NUEVA BIBLIA ESPAÑOLA



NUEVA BIBLIA ESPAÑOLA

Traducción de los textos originales
dirigida por
LUIS ALONSO SCHÖKEL
Profesor del Instituto Bíblico de Roma
y
JUAN MATEOS
Profesor del Instituto Oriental de Roma



EDICIONES CRISTIANDAD
Huesca, 30-32
MADRID

Nihil obstat:
CARLO MARTINI, SJ
Roma, 21 de junio de 1975

Imprimi potest:
JOSÉ M.ª MARTÍN PATINO, SJ
Pro-Vicario General
Madrid, 5 de julio de 1975

Primera edición: diciembre 1975
Segunda edición: enero 1977

Depósito legal: M. 21.029.—1977

ISBN: 84-7057-182-6

Printed in Spain by
ARTES GRÁFICAS BENZAL - Virtudes, 7 - MADRID-3

CONTENIDO

ANTIGUO TESTAMENTO

PENTATEUCO

HISTORIA

NARRACIONES

PROFETAS

POESIA

SAPIENCIALES

NUEVO TESTAMENTO

EL EVANGELIO

CARTAS

LOS TRADUCTORES

ANTIGUO TESTAMENTO

ALONSO SCHÖKEL, LUIS
BENITO, ALBERTO
GIL MODREGO, ANGEL
IGLESIAS GONZÁLEZ, MANUEL
MATEOS, JUAN
MENDOZA DE LA MORA, JOSÉ
MÚGICA, JOSÉ ANTONIO
OJEDA, JOSÉ LUZ
SANMARTÍN, JOAQUÍN
SICRE, JOSÉ LUIS
VALVERDE, JOSÉ MARÍA
VILLESCAS, JUAN
ZURRO, EDUARDO

Secretario de redacción
SANTIAGO BRETÓN

NUEVO TESTAMENTO

MATEOS, JUAN
ALONSO SCHÖKEL, LUIS

ABREVIATURAS DE LOS LIBROS BIBLICOS

Abd	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Bar	Baruc
Cant	Cantar de los Cantares
Col	Colosenses
1 Cor	1.ª Corintios
2 Cor	2.ª Corintios
1 Cr	1.° Crónicas
1 Cr	2.° Crónicas
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ecl	Eclesiastés
Eclo	Eclesiástico
Ef	Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Exodo
Ez	Ezequiel
Flm	Filemón
Flp	Filipenses
Gál	Gálatas
Gn	Génesis
Hab	Habacuc
Heb	Hebreos
Hch	Hechos
Is	Isaías
Jr	Jeremías
Job	Job
Jl	Joel
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jn	Juan
1 Jn	1.ª Juan
2 Jn	2.ª Juan
3 Jn	3.ª Juan
Jds	Judas
Jdt	Judit
Jue	Jueces
Lam	Lamentaciones
Lv	Levítico
Lc	Lucas
1 Mac	1.° Macabeos
2 Mac	2.° Macabeos
Mal	Malaquías
Mc	Marcos
Mt	Mateo
Miq	Miqueas
Nah	Nahún
Neh	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 Pe	1.ª Pedro
2 Pe	2.ª Pedro
Prov	Proverbios
1 Re	1.° Reyes
2 Re	2.° Reyes
Rom	Romanos
Rut	Rut
Sab	Sabiduría
Sal	Salmos
1 Sm	1.° Samuel
2 Sm	2.° Samuel
Sant	Santiago
Sof	Sofonías
1 Tes	1.ª Tesalonicenses
2 Tes	2.ª Tesalonicenses
1 Tim	1.ª Timoteo
2 Tim	2.ª Timoteo
Tit	Tito
Tob	Tobías
Zac	Zacarías

PRESENTACION

Esta es la edición de lectura *de la* Nueva Biblia Española. *Es «nueva» esta traducción porque aplica por primera vez, de modo reflejo y sistemático, los principios formulados por la moderna lingüística y la nueva estilística, o deducidos de su práctica.*

La edición de lectura ofrece ante todo una traducción *para ser leída, también en voz alta. El sentido original tiene que resultar inmediatamente accesible al lector de lengua hispana; el sentido original incluye no sólo informaciones intelectuales, sino también fuerza expresiva, pasión que interpela, eficacia y belleza.*

El lector español no tendrá que aprender un «castellano bíblico» para leer y entender esta Biblia, sino que la leerá en el castellano real, vivo, de nuestros días, adaptado en cada caso al nivel estilístico del original: épico, narrativo, coloquial, retórico, poético, sentencioso, didáctico... Porque la Biblia es una colección de obras, múltiple en géneros y estilos, aunque unitaria en el designio.

Para traducirla hemos operado con las posibilidades del castellano actual —fruto de siglos de elaboración—, en sus diversos géneros y estilos; no nos hemos contentado con una abstracción gramatical y un vocabulario mínimo; las enormes posibilidades del castellano coloquial y literario han sido puestas al servicio de esta traducción.

Naturalmente, para captar y definir el sentido original, se han aprovechado los conocimientos actuales de la ciencia bíblica, progresando en algunos casos y sin someterse a ninguna escuela. Se han aprovechado sobre todo los recursos de la Facultad y la biblioteca del Instituto Bíblico Pontificio de Roma.

La composición tipográfica *está ordenada también a la lectura. Se ha buscado la claridad, la amplitud y la armonía de la composición. El verso se imprime como verso y la narración como narración; se indica con guión el cambio de locutor en el diálogo o la diatriba; un trozo aparece como texto teatral.*

La numeración de los versículos va al margen. Pero siendo ésta tardía y artificial, la traducción no se ha esclavizado a ella, sino que admite inversiones e interferencias.

Explicaciones. *Aunque la traducción es de ordinario inmediatamente inteligible, por tratarse de un texto antiguo y rico, parecen necesarias o convenientes algunas ayudas para la lectura: tal suele ser la función de las notas.*

Ante todo, la mayoría de las dificultades están resueltas en la traducción, con lo cual se hacen innecesarias las notas destinadas a explicar traducciones malas o a medias. Se ofrecen variantes en casos dudosos o una calificación en casos discutidos.

Al principio de libro o sección ofrecemos introducciones, mirando más al lector que al autor (muchas veces desconocido o hipotético). Son en parte informaciones, en parte claves de lectura para lo que sigue; están redactadas en estilo conciso, para no retrasar la lectura.

Hay en los libros bíblicos una serie de conceptos o símbolos o patrones que formulan y desenvuelven la fe religiosa y condensan en gran parte el sentido religioso de dichos libros. En vez de repetir su explicación cada vez, multiplicando notas diseminadas, hemos preferido reunirlos en un

vocabulario bíblico-teológico en dos partes, una para el Antiguo y otra para el Nuevo Testamento, que pueden servir para la consulta ocasional. Así no se distrae de la lectura ni se turba la impresión.

* * *

Todos somos lectores, a nuestro modo, de la Biblia: como cristianos creyentes o por interés literario y cultural, como estudiantes de teología o por deseos de meditar, como especialistas bíblicos a diversos niveles de ocupación. Todos hemos de partir de la lectura y volver a ella.

Pero algunos desean profundizar, meditando a solas o en círculos de estudio; otros estudian profesionalmente los textos bíblicos en orden a la predicación, la enseñanza, el escribir. A éstos los remitimos a los volúmenes de la serie Los Libros Sagrados *(Antiguo Testamento) y al volumen aparte del* Nuevo Testamento, *provistos de introducciones más amplias, de notas y comentarios teológicos y espirituales.*

Respecto a Los Libros Sagrados, *la presente traducción difiere en lo siguiente: nueva traducción, aprovechando la primera, de* Doce Profetas Menores *y la poesía de* Jeremías; *revisión con múltiples enmiendas en los* Salmos; *revisión y mejora de* Proverbios *y de los trozos narrativos del* Pentateuco; *retoques en el resto. El Nuevo Testamento fue sometido a una intensa revisión exegética y estilística, motivada en buena parte por las sugerencias de amigos y críticos al publicarse la primera edición.*

Hemos indicado ya en portadilla los nombres de los colaboradores en esta traducción. A ellos sería necesario añadir los de otros ocasionales o indirectos: los que prepararon material para el índice teológico del Antiguo Testamento (en dos seminarios ad hoc), *los colaboradores en las concordancias bilingües hebreo-españolas y greco-españolas.*

LUIS ALONSO SCHÖKEL
JUAN MATEOS

ANTIGUO TESTAMENTO

PENTATEUCO

Traductores:

GENESIS

LUIS ALONSO SCHÖKEL

Colaboración de
JUAN MATEOS
y
MANUEL IGLESIAS GONZÁLEZ

EXODO - LEVITICO - NUMEROS

LUIS ALONSO SCHÖKEL
ALBERTO BENITO
ANGEL GIL MODREGO
JOSÉ A. MÚGICA

DEUTERONOMIO

LUIS ALONSO SCHÖKEL
JOAQUÍN SANMARTÍN

Introducciones:

LUIS ALONSO SCHÖKEL

INTRODUCCION

Los hebreos y los Evangelios lo llaman Tôra, o sea, Ley, instrucción. También se llama «libro de Moisés», al igual que «Pentateuco» o libro de cinco rollos.

Por su *contenido,* es una historia ambiciosa, que comienza con la creación del mundo y termina con la muerte de Moisés. Narración interrumpida al acoger diversos cuerpos legales con un genérico propósito fundacional.

Palabra narrativa que funda historia y con ello conciencia de pueblo, funda un patrimonio común y compartido. Ley que crea una comunidad humana distinta y organizada. La historia es ley en cuanto que sustenta y dirige la vida de un pueblo; la ley configura la historia y pertenece a ella, no es la versión mítica de un orden cósmico metatemporal.

La *división* en cinco rollos es funcional, se guía por el tema y por el tamaño; útil un tiempo para el manejo, más adelante para la cita. Hay otras divisiones que penetran más en la sustancia del libro.

Primero. La división en unidades, que iremos dando en sucesivas introducciones y títulos.

Segundo. Los cuatro cuerpos o fuentes literarias que la investigación del siglo pasado designó con las siglas J (Yahvista), E (Elohísta), D (Deuteronomio), P (Sacerdotal), pertenecientes a los siglos X, IX, VII y V antes de Cristo. Según esta hipótesis, que hoy se mantiene como la más razonable y comúnmente aceptada, el Pentateuco actual es el resultado de combinar esas cuatro fuentes, algo así como una *concordia evangeliorum* obtenida por la fusión de los cuatro evangelios en un relato unificado. El autor final compone unas veces yuxtaponiendo o insertando bloques, otras conservando duplicaciones narrativas y otras trenzando dos o más relatos en una línea continua. Separar hoy las piezas integrantes y asignarlas a cada fuente es tarea relativamente fácil cuando se trata de bloques, no muy difícil cuando se encuentran duplicados, cada vez más arriesgada cuando se quieren destrenzar párrafos, frases, palabras.

Tercero. Más adelante la investigación descubrió que las supuestas fuentes no eran documentos originales, sino a su vez colecciones de textos previos. Las fuentes resultaban representar escuelas teológicas y literarias, ser compilaciones de textos oficiales o confluencia de tradiciones orales. Y la investigación se desplazó a trazar la pista evolutiva de las tradiciones precedentes o subsistentes después de la primera fijación escrita.

Cuarto. La clasificación tipológica encuentra en estos libros gran variedad de géneros literarios: *a)* géneros narrativos como la leyenda (que algunos llamaron saga, por cierta afinidad con narraciones escandinavas), el relato idílico, patético, humorístico, heroico, épico...; *b)* leyes, códigos y listas; *c)* bendiciones, plegarias, emblemas, odas...; *d)* textos cúlticos de celebración, de catequesis, de predicación...

Tal variedad de géneros produce una variedad de estilos que puede desconcertar al lector. Junto a páginas maestras de narración inmediata encuentra listas de nombres, minuciosas descripciones de instrumental litúrgico, normas extrañas, exhortaciones reiterativas (se puede recomendar una primera lectura de los textos narrativos saltándose los otros componentes, suficientemente separados por divisiones y títulos). El lector deberá cambiar y adaptar su clave de lectura.

Es claro que el libro no tiene un autor en el sentido normal del término. Podemos pensar en Moisés como origen remoto de corrientes literarias: la corriente narrativa que cuenta los sucesos con entusiasmo religioso, la actividad legal, la corriente parenética o de exhortación. Mentalmente podemos pensar en un coro

jerárquico de verdaderos autores anónimos, que a lo largo de siglos han contribuido a esta magna obra.

Como convicción teológica, que se expresa con diversos recursos literarios, el protagonismo de Dios afecta profundamente a toda la obra. Dios es protagonista de la historia, que pone en movimiento y dirige con su acción y más aún con su palabra; es protagonista de la Ley, como legislador, garante y sancionador último. Pero protagonista que actúa suscitando verdaderos protagonistas humanos: sean individuos de notable personalidad, sea el pueblo escogido como protagonista de una historia vivida y narrada.

La promesa de Dios atraviesa y sustenta todo el Pentateuco. Puede llamarse alianza, como las promesas hechas a Noé y a Abrahán; puede formalizarse en alianza, inicialmente sellada en el Sinaí, finalmente renovada en la llanura de Moab.

Religiosamente, el Pentateuco es uno de los libros fundamentales de nuestra fe (y de la fe israelítica). Literariamente, contiene páginas que pertenecen a lo mejor de la literatura universal.

GENESIS

INTRODUCCION

Los hebreos designan el libro por su primera palabra *berešit* (= al principio); entre nosotros se ha impuesto el título Génesis.

El primer rollo de los cinco (pentateuco) resultó muy bien cortado y privilegiado en cuanto a material narrativo. Es el más popular y el más interesante para el lector ordinario; un buen comienzo para saborear la Biblia. Se divide cómodamente en tres bloques: orígenes (1-11), ciclo patriarcal (12-36), ciclo de José (37-50). Luego veremos la división en detalle.

Para una lectura unitaria pueden ayudar los siguientes temas:

El bien y el mal. Dios lo crea todo bueno (1); por la serpiente y la primera pareja humana entra el mal en el mundo (2-3); el mal desarrolla su fuerza y crece hasta anegar el mundo; apenas sobrenada una familia (4-11). Comienza una etapa en que el bien va superando al mal, hasta que al final (50), incluso a través del mal, Dios realiza el bien. Ese bien es fundamentalmente vida y amistad con Dios.

Fraternidad. El mal en la familia humana se inaugura con un fratricidio (4) que rompe la fraternidad primordial; viene una separación de hermanos (18), después una tensión que se resuelve en reconciliación (27-33); falla un intento de fratricidio (37) y lentamente se recompone la fraternidad de los doce hermanos (42-50).

Salvación. El pecado atrae calamidades, y Dios suministra medios para que se salven algunos: del diluvio, Noé en el arca (6-9); del hambre, Abrahán en Egipto (12); del incendio, Lot (19); del odio y la persecución, Jacob en Siria (28-31); de la muerte, José en Egipto (37); del hambre, sus hermanos en Egipto (42-47). Esta gravitación de los semitas hacia Egipto tiene carácter provisional hasta que se invierta la dirección del movimiento.

Es importante el papel que desempeñan algunas *mujeres:* Eva, tentadora y fecunda; Sara, estéril y fecunda; Rebeca, dominadora de Isaac; Raquel y Lía, Dina, y la mujer de Putifar, nueva tentadora como Eva.

Muchas narraciones y personajes del Génesis han adquirido en la tradición cristiana y occidental un valor de tipos o símbolos más allá de la intención inmediata de los primeros narradores.

Historia profana. La historia profana no nos suministra un cuadro donde situar los relatos del Génesis. Las eras geológicas no encajan en la semana laboral y estilizada de Gn 1. El cap. 4 expone unos orígenes de la cultura donde surgen simultáneamente agricultores y pastores, donde la Edad del Bronce y la del Hierro se superponen, dejando entrever o sospechar una era sin metales. Los Patriarcas tienen geografía, pero no historia (y el intento de Gn 14 no mejora la información). José está bien ambientado en Egipto, sin distinguirse por rasgos de época o dinastía.

La arqueología ha podido reunir unos cuantos datos, documentos, monumentos, pinturas, en cuyo cuadro genérico encajan bien los Patriarcas bíblicos; ese cuadro se extiende varios siglos (XIX-XVI a. C.). Hay que citar sobre todo los archivos de Mari (siglo XVIII), los de Babilonia, testimonios de una floreciente cultura religiosa, literaria y legal, heredada en gran parte de los sumerios. Este material nos ofrece un magnífico marco cultural para leer el Génesis, aunque no ofrece un marco cronológico.

Cuando se piensa que los semitas han sucedido a los sumerios, que los amorreos (= occidentales) dominan en Babilonia y desde allí en Asiria, que la cultura babilónica se transmite por medio de los hurritas al Imperio indoeuropeo de los hititas, se comprende mejor lo que es la concentración narrativa del Génesis.

O R I G E N E S

INTRODUCCIÓN

Origen del mundo, por creación; origen del mal, por el pecado; origen de la cultura, de la dispersión de los pueblos, de la pluralidad de lenguas...

Al comenzar la obra con la creación del mundo, el autor responsable de la composición actual hace subir audazmente la historia de salvación hasta el momento primordial, el principio de todo.

Esta sección intenta dar respuesta a grandes enigmas del hombre: el cosmos, el mismo hombre, la vida y la muerte, el bien y el mal, el individuo y la sociedad, la familia, la cultura y la religión... Tales problemas reciben una respuesta no teórica o doctrinal, sino narrativa, de acontecimientos. De la humanidad no decide una teoría, sino una historia, y de esa historia es responsable la humanidad.

La creación (1) está construida con las divisiones de una ciencia elemental, repartidas como tareas de una semana de trabajo; tareas realizadas por medio de órdenes soberanas y eficaces.

La historia del pecado (2-3) está construida según el esquema clásico de la experiencia israelita: don de Dios-rebelión humana-castigo limitado-nuevo comienzo. Algunos materiales parecen de ascendencia mítica, mientras que el problema del origen del mal está planteado en clave sapiencial.

La historia de la cultura (4) encoge la cronología superponiendo el Neolítico, la Edad del Bronce y la del Hierro. Destacan en la serie el homo faber, *el* homo ludens *y el* homo politicus.

La historia del diluvio (6-9) se inspira de cerca en los relatos suméricos y babilónicos de Ziusudra y Guilgamés.

La torre de Babel (11) está inspirada en las construcciones piramidales de Babilonia y en sus pretensiones imperialistas.

1 Al principio creó Dios el cielo y la tierra.
2 La tierra era un caos informe; sobre la faz del abismo, la tiniebla. Y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas.
3 Dijo Dios:
—Que exista la luz.
Y la luz existió.
4 Vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de la tiniebla:
5 llamó Dios a la luz «día», y a la tiniebla «noche».

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.

6 Y dijo Dios:
—Que exista una bóveda entre las aguas, que separe aguas de aguas.
7 E hizo Dios la bóveda para separar las aguas de debajo de la bóveda de las aguas de encima de la bóveda. Y así fue.
8 Y llamó Dios a la bóveda «cielo».

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día segundo.

9 Y dijo Dios:
—Que se junten las aguas de debajo del cielo en un solo sitio, y que aparezcan los continentes.
Y así fue.

10 Y llamó Dios a los continentes «tierra», y a la masa de las aguas la llamó «mar».
Y vio Dios que era bueno.
11 Y dijo Dios:
—Verdee la tierra hierba verde que engendre semilla y árboles frutales que den fruto según su especie y que lleven semilla sobre la tierra.
Y así fue.
12 La tierra brotó hierba verde que engendraba semilla según su especie, y árboles que daban fruto y llevaban semilla según su especie.
Y vio Dios que era bueno.

13 Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero.

14 Y dijo Dios:
—Que existan lumbreras en la bóveda del cielo para separar
el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años; y
15 sirvan de lumbreras en la bóveda del cielo para alumbrar a la tierra.
Y así fue.
16 E hizo Dios las dos lumbreras grandes: la lumbrera mayor para
regir el día, la lumbrera menor para regir la noche, y las estrellas.
17 Y las puso Dios en la bóveda del cielo para dar luz sobre la tierra;
18 para regir el día y la noche, para separar la luz de la tiniebla.
Y vio Dios que era bueno.

19 Pasó una tarde, pasó una mañana: el día cuarto.

20 Y dijo Dios:
—Bullan las aguas con un bullir de vivientes, y vuelen pájaros sobre la tierra frente a la bóveda del cielo.
21 Y creó Dios los cetáceos y los vivientes que se deslizan y que el agua hizo bullir según sus especies, y las aves aladas según sus especies.
22 Y vio Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo:
—Creced, multiplicaos, llenad las aguas del mar; que las aves se multipliquen en la tierra.

23 Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto.

24 Y dijo Dios:
—Produzca la tierra vivientes según sus especies: animales domésticos, reptiles y fieras según sus especies.
Y así fue.
25 E hizo Dios las fieras de la tierra según sus especies, los animales domésticos según sus especies y los reptiles del suelo según sus especies.
Y vio Dios que era bueno.
26 Y dijo Dios:
—Hagamos a un hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles.
27 Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.
28 Y los bendijo Dios y les dijo Dios:

—Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad
los peces del mar, las aves del cielo y todos los vivientes que reptan
sobre la tierra.
29 Y dijo Dios:
—Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla so-
bre la faz de la tierra; y todos los árboles frutales que engendran
30 semilla os servirán de alimento; y a todas las fieras de la tierra,
a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra —a todo
ser que respira—, la hierba verde les servirá de alimento.
Y así fue.
31 Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.

2 Y quedaron concluidos el cielo, la tierra y sus muchedumbres.
2 Para el día séptimo había concluido Dios toda su tarea; y des-
cansó el día séptimo de toda su tarea.
3 Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque ese día des-
cansó Dios de toda su tarea de crear.
4 Esta es la historia de la creación del cielo y de la tierra.

Paraíso y pecado

4b-5 Cuando el Señor Dios hizo tierra y cielo, no había aún ma-
torrales en la tierra, ni brotaba hierba en el campo, porque el Señor
Dios no había enviado lluvia a la tierra, ni había hombre que cul-
6 tivase el campo y sacase un manantial de la tierra para regar la
superficie del campo.
7 Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo,
sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en ser
vivo.
8 El Señor Dios plantó un parque en Edén, hacia oriente, y colocó
en él al hombre que había modelado.
9 El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermo-
sos de ver y buenos de comer; además, el árbol de la vida en mitad
del parque y el árbol de conocer el bien y el mal.
10 En Edén nacía un río que regaba el parque y después se dividía
11 en cuatro brazos: el primero se llama Pisón y rodea todo el terri-
12 torio de Javilá, donde se da el oro; el oro del país es de calidad,
13 y también se dan allí ámbar y ónice. El segundo río se llama Gui-
14 jón, y rodea todo el país de Cus. El tercero se llama Tigris, y corre
al este de Asiria. El cuarto es el Eufrates.
15 El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el parque de Edén,
16 para que lo guardara y lo cultivara. El Señor Dios mandó al
hombre:
17 —Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol
de conocer el bien y el mal no comas; porque el día en que comas
de él, tendrás que morir.
18 El Señor Dios se dijo:
«No está bien que el hombre esté solo; voy a hacerle el auxiliar
que le corresponde».

19 Entonces el Señor Dios modeló de arcilla todas las fieras salva-
jes y todos los pájaros del cielo, y se los presentó al hombre, para
ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que
20 el hombre le pusiera. Así, el hombre puso nombre a todos los ani-
males domésticos, a los pájaros del cielo y a las fieras salvajes.
Pero no se encontró el auxiliar que le correspondía.
21 Entonces el Señor Dios echó sobre el hombre un letargo, y el
hombre se durmió. Le sacó una costilla y creció carne desde dentro.
22 De la costilla que le había sacado al hombre, el Señor Dios formó
una mujer y se la presentó al hombre.
23 El hombre exclamó:
—¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su
24 nombre será Hembra, porque la han sacado del Hombre. Por eso
un hombre abandona padre y madre, se junta a su mujer y se hacen
una sola carne.
25 Los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero no sen-
tían vergüenza.

3 La serpiente era el animal más astuto de cuantos el Señor Dios
había creado; y entabló conversación con la mujer:
—¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del
parque?
2 La mujer contestó a la serpiente:
3 —¡No! Podemos comer de todos los árboles del jardín; solamen-
te del árbol que está en medio del jardín nos ha prohibido Dios
comer o tocarlo, bajo pena de muerte.
4 La serpiente replicó:
5 —¡Nada de pena de muerte! Lo que pasa es que sabe Dios que,
en cuanto comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios,
versados en el bien y el mal.
6 Entonces la mujer cayó en la cuenta de que el árbol tentaba el
apetito, era una delicia de ver y deseable para tener acierto. Cogió
fruta del árbol, comió y se la alargó a su marido, que comió con
ella.
7 Se les abrieron los ojos a los dos, y descubrieron que estaban
8 desnudos; entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron. Oyeron
al Señor Dios, que se paseaba por el jardín tomando el fresco. El
hombre y su mujer se escondieron entre los árboles del jardín, para
que el Señor Dios no los viera.
9 Pero el Señor Dios llamó al hombre:
—¿Dónde estás?
10 El contestó:
—Te oí en el jardín, me entró miedo porque estaba desnudo, y
me escondí.
11 El Señor Dios le replicó:
—Y ¿quién te ha dicho que estabas desnudo? ¿A que has comi-
do del árbol prohibido?
12 El hombre respondió:
—La mujer que me diste por compañera me alargó el fruto y
comí.
13 El Señor Dios dijo a la mujer:
—¿Qué has hecho?

Ella respondió:
—La serpiente me engañó y comí.
14 El Señor Dios dijo a la serpiente:
—Por haber hecho eso, maldita tú
entre todos los animales domésticos,
y todas las fieras salvajes;
te arrastrarás sobre el vientre
y comerás polvo toda tu vida;
15 pongo hostilidad entre ti y la mujer,
entre tu linaje y el suyo:
él herirá tu cabeza
cuando tú hieras su talón.
16 A la mujer le dijo:
—Mucho te haré sufrir en tu preñez,
parirás hijos con dolor,
tendrás ansia de tu marido,
y él te dominará.
17 Al hombre le dijo:
—Porque le hiciste caso a tu mujer
y comiste del árbol prohibido,
maldito el suelo por tu culpa:
comerás de él con fatiga mientras vivas;
18 brotará para ti cardos y espinas,
y comerás hierba del campo.
19 Con sudor de tu frente comerás el pan,
hasta que vuelvas a la tierra,
porque de ella te sacaron;
pues eres polvo y al polvo volverás.
20 El hombre llamó a su mujer Vitalidad [a], por ser la madre de
todos los que viven.
21 El Señor Dios hizo pellizas para el hombre y su mujer y se las
vistió.
22 Y el Señor Dios dijo:
—Si el hombre es ya como uno de nosotros, versado en el bien
y el mal, ahora sólo le falta echar mano al árbol de la vida, coger,
comer y vivir para siempre.
23 Y el Señor Dios lo expulsó del paraíso, para que labrase la tie-
24 rra de donde lo había sacado. Echó al hombre, y a oriente del par-
que de Edén colocó a los querubines y la espada llameante que
oscilaba, para cerrar el camino del árbol de la vida.

Caín y Abel

4 El hombre se unió a Eva, su mujer; ella concibió, dio a luz a
Caín y dijo:
—He conseguido un hombre con la ayuda del Señor.
2 Después dio a luz a Abel, el hermano. Abel era pastor de ovejas,
3 mientras que Caín cultivaba el campo. Pasado un tiempo, Caín

a = Eva.

4 ofreció al Señor dones de los frutos del campo, y Abel ofreció las
primicias y la grasa de sus ovejas.
5 El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda más que en Caín y en su
6 ofrenda. Por lo cual Caín se enfureció y andaba cabizbajo. El Señor
dijo a Caín:
7 —¿Por qué te enfureces y andas cabizbajo? Cierto, si obraras
bien, seguro que andarías con la cabeza alta; pero si no obras bien,
el pecado acecha a la puerta. Y aunque viene por ti, tú puedes
dominarlo.
8 Caín dijo a su hermano Abel:
—Vamos al campo.
Y cuando estaban en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y
lo mató.
9 El Señor dijo a Caín:
—¿Dónde está Abel, tu hermano?
Respondió:
—No sé. ¿Soy yo el guardián de mi hermano?
10 El Señor le replicó:
—¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando
11 desde la tierra. Por eso te maldice esa tierra, que ha abierto sus
12 fauces para recibir de tus manos la sangre de tu hermano. Aunque
cultives la tierra, no te pagará con su fecundidad. Andarás errante
y perdido por el mundo.
13 Caín contestó al Señor:
14 —Mi culpa es grave y me abruma. Si hoy me haces extranjero
en esta tierra, tendré que ocultarme de ti, andando errante y per-
dido por el mundo; el que tropiece conmigo me matará.
15 El Señor le dijo:
—El que mate a Caín lo pagará siete veces.
Y el Señor marcó a Caín, para que, si alguien tropezaba con él,
no lo matara.
16 Caín salió de la presencia del Señor y habitó en Tierra Perdida,
al este de Edén.

Cainitas: origen de la cultura
(1 Cr 1,2-4)

17 Caín se unió a su mujer, que concibió y dio a luz a Henoc. Caín
edificó una ciudad y le puso el nombre de su hijo, Henoc.
18 Henoc engedró a Irad, Irad a Mejuyael, éste a Metusael y éste
a Lamec.
19 Lamec tomó dos mujeres: una llamada Ada y otra llamada
20 Sila. Ada dio a luz a Yabal, el antepasado de los pastores nómadas;
21 su hermano se llamaba Yubal, el antepasado de los que tocan la cí-
tara y la flauta.
22 Sila a su vez dio a luz a Tubalcaín, forjador de herramientas de
bronce y hierro; tuvo una hermana que se llamaba Preciosa.
23 Lamec dijo a Ada y Sila, sus mujeres:
—Escuchadme, mujeres de Lamec,
prestad oído a mis palabras:

Por un cardenal mataré a un hombre,
a un joven por una cicatriz.
24 Si la venganza de Caín valía por siete,
la de Lamec valdrá por setenta y siete.

Setitas

25 Adán se unió otra vez a su mujer, que concibió, dio a luz un hijo
y lo llamó Set, pues dijo:
—Dios me ha dado otro descendiente a cambio de Abel, asesina-
do por Caín.
26 También Set tuvo un hijo, que se llamó Enós, el primero que
invocó el nombre del Señor.

5 Lista de los descendientes de Adán.
Cuando el Señor creó al hombre, lo hizo a su propia imagen,
2 varón y hembra los creó, los bendijo y los llamó Hombre [a] al
crearlos.
3 Cuando Adán cumplió ciento treinta años, engendró a su imagen
4 y semejanza y llamó a su hijo Set; después vivió ochocientos años,
5 engendró hijos e hijas, y a la edad de novecientos treinta años
murió.
6-7 Set tenía ciento cinco años cuando engendró a Enós; después vi-
8 vió ochocientos siete años, engendró hijos e hijas, y a la edad de
novecientos doce años murió.
9-0 Enós tenía noventa años cuando engendró a Quenán; después
11 vivió ochocientos quince años, engendró hijos e hijas, y a la edad
de novecientos cinco años murió.
12-3 Quenán tenía setenta años cuando engendró a Mahlalel; des-
14 pués vivió ochocientos cuarenta años, engendró hijos e hijas, y a la
edad de novecientos diez años murió.
15 Mahlalel tenía sesenta y cinco años cuando engendró a Yéred;
16 después vivió ochocientos treinta años, engendró hijos e hijas,
17 y a la edad de ochocientos noventa y cinco años murió.
18 Yéred tenía ciento sesenta y dos años cuando engendró a Henoc;
19-0 después vivió ochocientos años, engendró hijos e hijas, y a la
edad de novecientos sesenta y dos años murió.
21 Henoc tenía sesenta y cinco años cuando engendró a Matusalén;
22 Henoc trataba con Dios. Después de nacer Matusalén, vivió tres-
23 cientos años, engendró hijos e hijas; vivió un total de trescientos
24 sesenta y cinco años. Henoc trató con Dios y después desapareció,
porque Dios se lo llevó.
25 Matusalén tenía ciento ochenta y siete años cuando engendró a
26 Lamec; después vivió setecientos ochenta y dos años, engendró hi-
27 jos e hijas, y a la edad de novecientos sesenta y nueve años murió.
28 Lamec tenía ciento ochenta y dos años cuando engendró a un
29 hijo, y lo llamó Noé, pues dijo:
—Alivió nuestras tareas y trabajos en la tierra que el Señor ha
maldito.

a = Adán.

30 Después vivió quinientos noventa y cinco años, engendró hijos
31 e hijas, y a la edad de setecientos setenta y siete años murió.
32 Noé tenía quinientos años cuando engendró a Sem, Cam y Jafet.

Pecado: diluvio

6 Cuando los hombres se fueron multiplicando sobre la tierra y
2 engendraron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas del hom-
bre eran bellas, escogieron algunas como esposas y se las llevaron.
3 Pero el Señor se dijo:
«Mi aliento no durará por siempre en el hombre; puesto que es
de carne, no vivirá más que ciento veinte años».
4 En aquel tiempo —es decir, cuando los hijos de Dios se unieron
a las hijas del hombre y engendraron hijos— habitaban la tierra
los gigantes (se trata de los famosos héroes de antaño).
5 Al ver el Señor que en la tierra crecía la maldad del hombre y
6 que toda su actitud era siempre perversa, se arrepintió de haber
7 creado al hombre en la tierra, y le pesó de corazón. Y dijo:
—Borraré de la superficie de la tierra al hombre que he creado;
al hombre con los cuadrúpedos, reptiles y aves, pues me arrepiento
de haberlos hecho.
8 Pero Noé alcanzó el favor del Señor.

Noé y el arca

9 Descendientes de Noé: Noé fue en su época un hombre recto
10 y honrado y procedía de acuerdo con Dios, y engendró tres hijos:
Sem, Cam y Jafet.
11 La tierra estaba corrompida ante Dios y llena de crímenes.
12 Dios vio la tierra corrompida, porque todos los vivientes de la
tierra se habían corrompido en su proceder.
13 El Señor dijo a Noé:
—Veo que todo lo que vive tiene que terminar, pues por su
culpa la tierra está llena de crímenes; los voy a exterminar con la
14 tierra. Tú fabrícate un arca de madera resinosa con compartimien-
15 tos, y calafatéala por dentro y por fuera. Sus dimensiones serán:
ciento cincuenta metros de largo, veinticinco de ancho y quince de
16 alto. Haz un tragaluz a medio metro del remate; una puerta al
17 costado y tres cubiertas superpuestas. Voy a enviar el diluvio a la
tierra, para que extermine a todo viviente que respira bajo el cielo;
18 todo lo que hay en la tierra perecerá. Pero hago un pacto contigo:
19 Entra en el arca con tu mujer, tus hijos y sus mujeres. Toma una
pareja de cada viviente, es decir, macho y hembra, y métela en el
20 arca, para que conserve la vida contigo: pájaros por especies, cua-
drúpedos por especies, reptiles por especies; de cada una entrará
21 una pareja contigo para conservar la vida. Reúne toda clase de ali-
mentos y almacénalos para ti y para ellos.
22 Noé hizo todo lo que le mandó Dios.

Noé entra en el arca

7 El Señor dijo a Noé:
—Entra en el arca con toda tu familia, pues tú eres el único
2 hombre honrado que he encontrado en tu generación. De cada ani-
mal puro toma siete parejas, macho y hembra; de los no puros, una
3 pareja, macho y hembra; y lo mismo de los pájaros, siete parejas,
4 macho y hembra, para que conserven la especie en la tierra. Dentro
de siete días haré llover sobre la tierra cuarenta días con sus no-
ches, y borraré de la faz de la tierra a todos los seres que he creado.
5-6 Noé hizo todo lo que le mandó el Señor. Tenía Noé seiscientos
años cuando vino el diluvio a la tierra.
7 Noé entró en el arca con sus hijos, mujer y nueras, refugiándose
8 del diluvio. De los animales puros e impuros, de las aves y reptiles,
9 entraron parejas en el arca detrás de Noé, como Dios se lo había
mandado.
10-1 Pasados siete días vino el diluvio a la tierra. Tenía Noé seiscien-
tos años cuando reventaron las fuentes del océano y se abrieron las
compuertas del cielo. Era exactamente el diecisiete del mes segundo.
12 Estuvo lloviendo sobre la tierra cuarenta días con sus noches.
13 Aquel mismo día entró Noé en el arca con sus hijos, Sem, Cam y
14 Jafet, su mujer, sus tres nueras y también animales de todas clases:
cuadrúpedos por especies, reptiles por especies y aves por especies
15 (pájaros de todo plumaje); entraron con Noé en el arca parejas de
16 todos los vivientes que respiran, entraron macho y hembra de cada
especie, como lo había mandado Dios. Y el Señor cerró el arca por
fuera.
17 El diluvio cayó durante cuarenta días sobre la tierra. El agua al
crecer levantó el arca, de modo que iba más alta que el suelo.

Diluvio

18 El agua se hinchaba y crecía sin medida sobre la tierra, y el arca
19 flotaba sobre el agua; el agua crecía más y más sobre la tierra, hasta
20 cubrir las montañas más altas bajo el cielo; el agua alcanzó una
21 altura de siete metros y medio por encima de las montañas. Y pe-
recieron todos los seres vivientes que se mueven en la tierra: aves,
ganado y fieras y todo lo que bulle en la tierra; y todos los hom-
22 bres. Todo lo que respira por la nariz con aliento de vida, todo lo
23 que había en la tierra firme, murió. Quedó borrado todo lo que se
yergue sobre el suelo; hombres, ganado, reptiles y aves del cielo
fueron borrados de la tierra; sólo quedó Noé y los que estaban con
él en el arca.
24 El agua dominó sobre la tierra ciento cincuenta días.

Fin del diluvio

8 Entonces Dios se acordó de Noé y de todas las fieras y gana-
do que estaban con él en el arca; hizo soplar el viento sobre la
2 tierra, y el agua comenzó a bajar; se cerraron las fuentes del océano

3 y las compuertas del cielo, y cesó la lluvia del cielo. El agua se fue
retirando de la tierra y disminuyó, de modo que a los ciento cin-
4 cuenta días, el día diecisiete del mes séptimo, el arca encalló en los
montes de Ararat.
5 El agua fue disminuyendo hasta el mes décimo, y el día primero
6 de ese mes asomaron los picos de las montañas. Pasados cuarenta
7 días, Noé abrió el tragaluz que había hecho en el arca y soltó el
cuervo, que voló de un lado para otro, hasta que se secó el agua
8 en la tierra. Después soltó la paloma, para ver si el agua sobre la
9 superficie estaba ya somera. La paloma, no encontrando dónde
posarse, volvió al arca con Noé, porque todavía había agua sobre
la superficie. Noé alargó el brazo, la agarró y la metió consigo en el
10 arca. Esperó otros siete días y de nuevo soltó la paloma desde el
11 arca; ella volvió al atardecer con una hoja de olivo arrancada en
el pico. Noé comprendió que el agua sobre la tierra estaba somera;
12 esperó otros siete días, y soltó la paloma, que ya no volvió.
13 El año seiscientos uno, el día primero del primer mes se secó el
agua en la tierra. Noé abrió el tragaluz del arca, miró y vio que la
14 superficie estaba seca; el día veintisiete del mes segundo la tierra
estaba seca.

Noé sale del arca

15 Entonces dijo Dios a Noé:
16-7 —Sal del arca con tus hijos, tu mujer y tus nueras; todos los
seres vivientes que estaban contigo, todos los animales, aves, cua-
drúpedos o reptiles, hazlos salir contigo, para que bullan por la
tierra y crezcan y se multipliquen en la tierra.
18-9 Salió, pues, Noé con sus hijos, su mujer y sus nueras; y todos
los animales, cuadrúpedos, aves y reptiles salieron por grupos del
arca.
20 Noé construyó un altar al Señor, tomó animales y aves de toda
especie pura y los ofreció en holocausto sobre el altar.
21 El Señor olió el aroma que aplaca y se dijo:
—No volveré a maldecir la tierra a causa del hombre. Sí, el cora-
zón del hombre se pervierte desde la juventud; pero no volveré a
matar a los vivientes como acabo de hacerlo.
22 Mientras dure la tierra no han de faltar
siembra y cosecha, frío y calor,
verano e invierno, día y noche.

Alianza de Dios con Noé

9 Dios bendijo a Noé y a sus hijos diciéndoles:
—Creced, multiplicaos y llenad la tierra.
2 Todos los animales de la tierra
os temerán y respetarán:
aves del cielo, reptiles del suelo,
peces del mar, están en vuestro poder.
3 Todo lo que vive y se mueve
os servirá de alimento:
os lo entrego lo mismo que los vegetales.

4 Pero no comáis carne con sangre, que es su vida.
5 Pediré cuentas de vuestra sangre y vida,
se las pediré a cualquier animal;
y al hombre le pediré cuentas
de la vida de su hermano.
6 Si uno derrama la sangre de un hombre,
otro derramará la suya;
porque Dios hizo al hombre a su imagen.
7 Vosotros creced y multiplicaos,
rebullid por la tierra y dominadla.
8 Dios dijo a Noé y a sus hijos:
9 —Yo hago un pacto con vosotros y con vuestros descendientes,
10 con todos los animales que os acompañaron: aves, ganado y fieras;
con todos los que salieron del arca y ahora viven en la tierra.
11 Hago un pacto con vosotros: El diluvio no volverá a destruir la
vida ni habrá otro diluvio que devaste la tierra.
12 Y Dios añadió:
—Esta es la señal del pacto que hago con vosotros y con todo lo
13 que vive con vosotros, para todas las edades: Pondré mi arco en el
14 cielo, como señal de mi pacto con la tierra. Cuando yo envíe nubes
15 sobre la tierra, aparecerá en las nubes el arco, y recordaré mi pacto
con vosotros y con todos los animales, y el diluvio no volverá a
16 destruir los vivientes. Saldrá el arco en las nubes, y al verlo recordaré mi pacto perpetuo: Pacto de Dios con todos los seres vivos,
con todo lo que vive en la tierra.
17 Dios dijo a Noé:
—Esta es la señal del pacto que hago con todo lo que vive en la
tierra.

Noé maldice a Canaán

18 Los hijos de Noé que salieron del arca fueron: Sem, Cam y Jafet
19 (Cam es el antecesor de Canaán); son los tres hijos de Noé que se
propagaron por toda la tierra.
20-1 Noé, que era labrador, plantó la primera viña; bebió el vino, se
22 emborrachó y se desnudó dentro de la tienda. Cam (antecesor de
Canaán) vio a su padre desnudo y salió a contárselo a sus dos her-
23 manos. Pero Sem y Jafet tomaron una capa, la sostuvieron con los
hombros, y caminando hacia atrás taparon la desnudez de su padre;
como miraban al otro lado, no vieron desnudo a su padre.
24 Cuando Noé se despertó de la borrachera y se enteró de lo que
había hecho su hijo menor, dijo:
25 —¡Maldito Canaán! Sea el último siervo de sus hermanos.
26 Y añadió:
—Bendito el Señor Dios de Sem. Sea Canaán siervo de los dos.
27 Dios haga fecundo [a] a Jafet, hasta que habite en las tiendas de Sem,
y sea Canaán siervo de los dos.
28-9 Noé vivió después del diluvio trescientos cincuenta años, y a la
edad de novecientos cincuenta murió.

a = yapt.

Noequitas: tabla de los pueblos
(1 Cr 1,5-23)

10 Descendientes de los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, nacidos
después del diluvio:
2 Descendientes de Jafet: Gómer, Magog, Maday, Yaván, Tubal,
3 Mésec y Tirás. Descendientes de Gómer: Asquenaz, Rifat y Togar-
4 ma. Descendientes de Yaván: alasios, Tarsis, queteos, rodenses.
5 Hasta aquí los descendientes de Jafet; de ellos se separaron los
pueblos marítimos, cada uno con tierra y lengua propias, por fami-
lias y pueblos.
6-7 Descendientes de Cam: Cus, Egipto, Put y Canaán. Descen-
dientes de Cus: Sebá, Javila, Sabtá, Ramá y Sabtecá. Descendientes
8 de Ramá: Sebá y Dedán. Cus engendró a Nemrod, el primer solda-
9 do del mundo; fue, según el Señor, un intrépido cazador, de donde
el dicho: «intrépido cazador, según el Señor, como Nemrod».
10 Las capitales de su reino fueron Babel, Erec, Acad y Calno en
11 territorio de Senaar. De allí procede Asur, que construyó Nínive,
12 Rejobot-Ir, Calaj y Resen entre Nínive y Calaj; esta última es la
mayor.
13 Egipto engendró a los lidios, anamitas y lehabitas, naftujitas,
14 patrositas, caslujitas y cretenses, de los que proceden los filisteos.
15-6 Canaán engendró a Sidón, su primogénito, y a Het y también a
17-8 los jebuseos, amorreos, guirgaseos, heveos, arquitas, sinitas, arva-
deos, semareos y jamateos. Después se dividieron las familias de
19 Canaán; el territorio cananeo se extendía desde Sidón hasta Guerar
y Gaza, siguiendo después por Sodoma, Gomorra, Adama y Seboín,
junto a Lasa.
20 Hasta aquí los hijos de Cam, por familias y lenguas, territorios
y naciones.
21 También engendró hijos Sem, hermano mayor de Jafet y padre
22 de Héber. Descendientes de Sem: Elam, Asur, Arfaxad, Lud y
Aram.
23 Descendientes de Aram: Us, Jul, Guéter y Mésec.
24 Arfaxad engendró a Sélaj y éste a Héber.
25 Héber engendró dos hijos: uno se llamó Péleg [a], porque en su
tiempo se dividió la tierra; su hermano se llamó Yoctán.
26-7 Yoctán engendró a Almodad, Sélef, Jasarmaut, Yéraj, Hadorán,
28-9 Uzal, Diclá, Ebel, Abimael, Sebá, Ofir, Javila y Yobab: todos des-
30 cendientes de Yoctán. Su territorio se extendía desde Mesa hasta
Sefar, la montaña oriental.
31 Hasta aquí los descendientes de Sem, por familias, lenguas, te-
32 rritorios y naciones. Hasta aquí las familias descendientes de Noé,
por naciones; de ellas se ramificaron las naciones del mundo des-
pués del diluvio.

La torre de Babel

11 El mundo entero hablaba la misma lengua con las mismas
2 palabras. Al emigrar de oriente, encontraron una llanura en el
3 país de Senaar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros:

a = División.

—Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos (empleando ladrillos
en vez de piedras y alquitrán en vez de cemento).
4 Y dijeron:
—Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance al cielo,
para hacernos famosos y para no dispersarnos por la superficie de
la tierra.
5 El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo
6 los hombres; y se dijo:
—Son un solo pueblo con una sola lengua. Si esto no es más que
el comienzo de su actividad, nada de lo que decidan hacer les re-
7 sultará imposible. Vamos a bajar y a confundir su lengua, de modo
que uno no entienda la lengua del prójimo.
8 El Señor los dispersó por la superficie de la tierra y dejaron de
9 construir la ciudad. Por eso se llama Babel, porque allí confundió
el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó por la
superficie de la tierra.

Semitas
(1 Cr 1,24-27)

10 Descendientes de Sem:
Tenía Sem cien años cuando engendró a Arfaxad, dos años des-
11 pués del diluvio; después vivió quinientos años, y engendró hijos
e hijas.
12 Tenía Arfaxad treinta y cinco años cuando engendró a Sélaj;
13 después vivió cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.
14-5 Tenía Sélaj treinta años cuando engendró a Héber; después vi-
vió cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.
16 Tenía Héber treinta y cuatro años cuando engendró a Péleg;
17 después vivió cuatrocientos treinta años, y engendró hijos e hijas.
18-9 Tenía Péleg treinta años cuando engendró a Reú; después vivió
doscientos nueve años, y engendró hijos e hijas.
20-1 Tenía Reú treinta y dos años cuando engendró a Sarug; después
vivió doscientos siete años, y engendró hijos e hijas.
22-3 Tenía Sarug treinta años cuando engendró a Najor; después vi-
vió doscientos años, y engendró hijos e hijas.
24-5 Tenía Najor veintinueve años cuando engendró a Téraj; después
vivió ciento diecinueve años, y engendró hijos e hijas.
26 Tenía Téraj setenta años cuando engendró a Abrán, Najor y
Harán.
27 Descendientes de Téraj: Téraj engendró a Abrán, Najor y Harán;
Harán engendró a Lot.
28 Harán murió viviendo aún su padre, Téraj, en su tierra natal, en
Ur de los Caldeos.
29 Abrán y Najor se casaron: la mujer de Abrán se llamaba Saray;
la de Najor era Milcá, hija de Harán, padre de Milcá y Yiscá.
30 Saray era estéril y no tenía hijos.
31 Téraj tomó a Abrán, su hijo; a Lot, su nieto, hijo de Harán;
a Saray, su nuera, mujer de su hijo Abrán, y con ellos salió de
Ur de los Caldeos en dirección a Canaán; llegado a Jarán, se esta-
bleció allí.
32 Téraj vivió doscientos cinco años y murió en Jarán.

CICLO DE ABRAHAN

INTRODUCCIÓN

En la atención del autor la historia se va estrechando. Pueblos enteros, que el autor conoce y menciona, van cayendo afuera, a la tiniebla exterior de una historia sin historiografía. En cambio, las personas acogidas viven en estas páginas con una intensidad humana sorprendente, lograda por eliminación de datos secundarios o por el hallazgo certero de lo esencial. Sea escasez de medios narrativos o economía en su uso, el resultado es de esencialidad en los momentos culminantes, de concentración en los demás.

La aparición de Dios en el relato es misteriosa e imprevisible. Es la palabra de Dios la que establece el contacto inmediato y decisivo entre el hombre y Dios. Como la palabra llama e interpela al hombre libre, éste queda engranado como verdadero autor en la historia de salvación.

La palabra de Dios es mandato, anuncio, promesa. El hombre debe obedecer, creer, esperar. Esa triple respuesta es el dinamismo de esta historia, tensa hacia el futuro, comprometida con la tierra y pendiente de Dios, intensamente humana y soberanamente divina.

Abrahán es el peregrino colgado de la promesa de Dios. Por orden de Dios abandona la cultura urbana, corta sus vínculos de familia, no arraiga en ningún puesto. De Dios recibe sólo promesas, y cuando una de esas promesas se hace carne en la persona de Isaac, Dios se lo pide en sacrificio; al intentar obedecer, corta vínculos con otras prácticas religiosas. Al final tomará posesión de esa tierra prometida, enterrado en un trozo de su propiedad. Encerrado en ese espacio dejó plantada la continuidad histórica: dos hijos que son dos ramas y serán dos pueblos, uno de ellos escogido.

Isaac es pieza de enlace: tiene menos personalidad y una función subordinada; aunque su breve aparición introduce dos narraciones magistrales. También al morir ha desprendido de sí dos ramas vivas que lucharán y se separarán.

Jacob es otro peregrino, que tira de él hasta hacerse punto de llegada: Betel. Vence con astucia al codicioso Labán, vence con astucia y regalos al indómito Esaú, y hasta lucha con Dios para obtener su bendición. Echa de sí doce ramas que se conservan unidas en una familia. Jacob es Israel, y sus hijos, los antepasados de las doce tribus (operación artificial sin casi sustancia narrativa). Antes de morir ampara desde lejos el siguiente episodio de sus hijos.

HISTORIA PROFANA

La secuencia Abrahán-Isaac-Jacob podría ser artificial; la línea patriarcal pudo ser más larga y complicada. Sus andanzas seminómadas impiden anclarlos en sucesos históricos definidos. Sólo podemos aducir un marco genérico en el que encajan sin dificultad.

Babilonia. *La tercera dinastía de Ur (2060-1950) consolida el tránsito de la cultura sumeria a la acádica. Una segunda ola semita, los amorreos, penetra en Babilonia y establece una dinastía en la que sobresale el rey Hammurabi (1728 a 1686), famoso por su código legal. Al dominio amorreo sucede un período largo y oscuro de dominación casita.*

Asiria. *Extiende su Imperio por Asia Menor y hace incursiones hasta el Mediterráneo. Por breve tiempo cede el poderío a un grupo denominado Mari (1730 a*

1696), que ha dejado una buena colección documental, interesante para entender algunas costumbres patriarcales. Más adelante Asiria pierde influjo frente a la rival Babilonia.

Hititas. *Pueblo indoeuropeo cuyo Imperio se extiende por Asia Menor; cuenta en su población un fuerte e influyente grupo hurrita. El primer Imperio Hitita, fundado por Labarna hacia el 1600, aparece activo durante el siglo siguiente; el segundo dura aproximadamente de 1450 a 1200. En la ciudad hurrita de Nuzi se ha encontrado documentación (siglo XV) que también ilumina la vida patriarcal.*

Canaán. *Está ocupada por reinos semitas occidentales. Descuella el reino de Ugarit por los documentos que nos ha legado, escritos en una lengua próxima al hebreo.*

Egipto. *Durante los siglos XX y XIX reina la dinastía XII, que incluye las grandes figuras de Amenemhet y Sesostris; edad de oro de la literatura egipcia. Hacia 1730 los hicsos invaden Egipto e imponen su dominio hasta la liberación definitiva entrado el siglo XVI. Sigue la dinastía XVIII con los varios Tutmosis y Amenofis, la reina Hatsepsut y el final de Akenaton (siglo XIV).*

Vocación de Abrán

12 El Señor dijo a Abrán:
—Sal de tu tierra nativa
y de la casa de tu padre,
a la tierra que te mostraré.
2 Haré de ti un gran pueblo,
te bendeciré, haré famoso tu nombre,
y servirá de bendición.
3 Bendeciré a los que te bendigan,
maldeciré a los que te maldigan.
Con tu nombre se bendecirán
todas las familias del mundo.
4 Abrán marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó
Lot. Abrán tenía setenta y cinco años cuando salió de Jarán.
5 Abrán llevó consigo a Saray, su mujer; a Lot, su sobrino; todo
lo que había adquirido y todos los esclavos que había ganado en
Jarán. Salieron en dirección de Canaán y llegaron a la tierra de
Canaán.
6 Abrán atravesó el país hasta la región de Siquén y llegó a la
encina de Moré (en aquel tiempo habitaban allí los cananeos).
7 El Señor se apareció a Abrán y le dijo:
—A tu descendencia le daré esta tierra.
El construyó allí un altar en honor del Señor, que se le había
aparecido.
8 Desde allí continuó hacia las montañas al este de Betel, y plantó
allí su tienda, con Betel a poniente y Ay a levante; construyó allí
un altar al Señor e invocó el nombre del Señor.
9 Abrán se trasladó por etapas al Negueb.

Abrán en Egipto

10 Pero sobrevino una carestía en el país y, como el hambre apreta-
ba, Abrán bajó a Egipto para residir allí.

11 Cuando estaba llegando a Egipto, dijo a Saray, su mujer:
12 —Mira, eres una mujer muy hermosa; cuando te vean los egip-
cios, dirán: «es su mujer». Me matarán a mí y a ti te dejarán viva.
13 Por favor, di que eres mi hermana, para que me traten bien en
atención a ti, y así, gracias a ti, salvaré la vida.
14 Cuando Abrán llegó a Egipto, los egipcios vieron que su mujer
15 era muy hermosa; la vieron también los ministros del Faraón, y se
la ponderaron al Faraón, tanto que la mujer fue llevada al palacio
16 del Faraón. A Abrán le trataron bien, en atención a ella, y ad-
quirió ovejas, vacas, asnos, esclavos y esclavas, borricas y camellos.
17 Pero el Señor afligió al Faraón y a su corte con graves dolencias
a causa de Saray, mujer de Abrán.
18 Entonces el Faraón llamó a Abrán y le dijo:
—¿Qué me has hecho? ¿Por qué no me confesaste que es tu
19 mujer? ¿Por qué me dijiste que era tu hermana? Ya la he tomado
por esposa. Pues mira, si es tu mujer, cógela y vete de aquí.
20 El Faraón dio una escolta a Abrán y lo despidió con su mujer
y sus posesiones.

Abrán y Lot

13 Abrán subió de Egipto al Negueb con su mujer, sus posesiones
y con Lot.
2-3 Abrán era muy rico en ganado, plata y oro. Desde el Negueb
se trasladó por etapas a Betel, al sitio donde había fijado en otro
4 tiempo su tienda, entre Betel y Ay, donde había construido un
altar; y allí invocó el nombre del Señor.
5 También Lot, que acompañaba a Abrán, poseía ovejas, vacas
6 y tiendas; de modo que ya no podían vivir juntos en el país, por-
7 que sus posesiones eran inmensas y ya no cabían juntos. Por ello
surgieron disputas entre los pastores de Abrán y los de Lot. (En
aquel tiempo cananeos y fereceos ocupaban el país).
8 Abrán dijo a Lot:
—No haya disputas entre nosotros dos ni entre nuestros pasto-
9 res, pues somos hermanos. Tienes delante todo el país, sepárate de
mí: si vas a la izquierda, yo iré a la derecha; si vas a la derecha,
yo iré a la izquierda.
10 Lot echó una mirada y vio que toda la vega del Jordán, hasta la
entrada de Zoar, era de regadío (esto era antes de que el Señor
destruyera a Sodoma y Gomorra); parecía un jardín divino, o como
11 Egipto. Lot se escogió la vega del Jordán y marchó hacia levante,
y así se separaron los dos hermanos.
12 Abrán habitó en Canaán, Lot en las ciudades de la vega, ex-
13 tendiendo las tiendas hasta Sodoma. Los habitantes de Sodoma
eran unos malvados y pecaban gravemente contra el Señor.
14 El Señor habló a Abrán, después que Lot se había separado de él:
—Desde tu puesto dirige la mirada hacia el norte, mediodía,
15 levante y poniente. Toda la tierra que abarques te la daré a ti y a
16 tus descendientes para siempre. Haré a tus descendientes como el
polvo de la tierra: el que pueda contar el polvo de la tierra podrá
17 contar a tus descendientes. Anda, pasea el país a lo largo y a lo
ancho, pues te lo voy a dar.

18 Abrán alzó la tienda y fue a establecerse junto al encinar de
Mambré, en Hebrón, donde construyó un altar en honor del Señor.

Batalla de reyes

14 Siendo Amrafel rey de Senaar, Arioc rey de Elasar, Codorlaho-
2 mer rey de Elam, Tideal rey de Pueblos, declararon la guerra a Bera,
rey de Sodoma; a Birsa, rey de Gomorra; a Sinab, rey de Adma;
3 a Seméber, rey de Seboín, y al rey de Bela (o Soar). Estos se reunie-
ron en Valsidín (hoy el Mar Muerto).
4 Durante doce años habían sido vasallos de Codorlahomer, al
5 decimotercero se rebelaron; el año decimocuarto vino Codorlahomer
con sus reyes aliados y fue derrotando a los refaítas en Astarot Car-
6 naín, a los zuzeos en Ham, a los emeos en Savé de Dosvillas y a
los hurritas en los montes de Seír, junto a El Parán, al margen del
desierto.
7 Después volvieron y entraron por Fuenteljuicio (que hoy se llama
Cades) y sometieron el territorio amalecita y también a los amorreos,
8 que habitaban en Pedregal de Palma. Entonces hicieron una expe-
dición los reyes de Sodoma, Gomorra, Adma, Seboín y Bela (o
9 Soar) y presentaron batalla en Valsidín a Codorlahomer, rey de
Elam; Tideal, rey de Pueblos; Amrafel, rey de Senaar; Arioc, rey
de Elasar: cinco reyes contra cuatro.
10 Valsidín está lleno de pozos de asfalto, y los reyes de Sodoma y
Gomorra cayeron en ellos al huir, mientras que los otros escapaban
11 a los montes. Los vencedores saquearon las posesiones de Sodoma
12 y Gomorra con todas las provisiones y se fueron; al marcharse se
llevaron también a Lot, sobrino de Abrán, con sus posesiones,
pues Lot habitaba en Sodoma.

Abrán interviene

13 Un fugitivo vino y se lo contó a Abrán el Hebreo, que acam-
paba junto al encinar de Mambré el Amorreo, pariente de Escol
y Aner, aliados de Abrán.
14 Cuando Abrán oyó que su sobrino había caído prisionero,
reunió a los esclavos nacidos en su casa, trescientos dieciocho, y
15 persiguió a los enemigos hasta Dan; con su tropa cayó sobre ellos
16 de noche y los persiguió hasta Joba, al norte de Damasco; recu-
peró todas las posesiones y se trajo también a Lot, su hermano,
con sus posesiones, las mujeres y la tropa.
17 Cuando Abrán volvía después de derrotar a Codorlahomer y
los reyes aliados, el rey de Sodoma salió a su encuentro en el valle
de Savé, que es Valderrey.

Abrán y Melquisedec

18 Melquisedec, rey de Salén, sacerdote de Dios Altísimo, le sacó
19 pan y vino, y le bendijo diciendo:

Bendito sea Abrán por el Dios Altísimo,
creador de cielo y tierra;
20 bendito sea el Dios Altísimo,
que te ha entregado tus enemigos.
Y Abrán le dio el diezmo de todo.
21 El rey de Sodoma dijo a Abrán:
—Dame la gente, quédate con las posesiones.
22 Pero Abrán replicó:
—Juro por el Señor Dios Altísimo, creador de cielo y tierra,
23 que no aceptaré una hebra ni una correa de sandalia ni nada de lo
que te pertenece, para que no digas que has enriquecido a Abrán.
24 Sólo acepto lo que han comido mis mozos y la parte de los que me
acompañaron, Aner, Escol y Mambré; que ellos se lleven su parte.

Alianza de Abrán con el Señor

15 Después de estos sucesos, Abrán recibió en una visión la pa-
labra del Señor:
—No temas, Abrán; yo soy tu escudo y tu paga será abundante.
2 Abrán contestó:
—Señor, ¿de qué me sirven tus dones si soy estéril y Eliezer de
Damasco será el amo de mi casa?
3 Y añadió:
—No me has dado hijos, y un criado de casa me heredará.
4 Pero el Señor le dijo lo siguiente:
—No te heredará ése; uno salido de tus entrañas te heredará.
5 Y el Señor lo sacó afuera y le dijo:
—Mira al cielo; cuenta las estrellas si puedes.
Y añadió:
—Así será tu descendencia.
6 Abrán creyó al Señor y se le apuntó en su haber.
7 El Señor le dijo:
—Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los Caldeos para darte
en posesión esta tierra.
8 El replicó:
—Señor, ¿cómo sabré que voy a poseerla?
9 Respondió el Señor:
—Tráeme una novilla de tres años, una cabra de tres años, un
carnero de tres años, una tórtola y un pichón.
10 Abrán los trajo y los partió por en medio colocando una mitad
11 frente a otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban
a los cadáveres y Abrán los espantaba.
12 Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrán
y un terror intenso y oscuro cayó sobre él.
13 El Señor dijo a Abrán:
—Has de saber que tu descendencia vivirá como forastera en
tierra ajena, tendrá que servir y sufrir opresión durante cuatro-
14 cientos años, pero saldrá con grandes riquezas. Yo juzgaré al pue-
blo a quien han de servir, y al final saldrán cargados de riquezas.
15 Tú te reunirás en paz con tus abuelos y te enterrarán ya muy viejo.

16 A la cuarta generación volverán, pues hasta entonces no se colmará la culpa de los amorreos.
17 El sol se puso y vino la oscuridad; una humareda de horno y
una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados.
18 Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos:
—A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto
19 al Gran Río (Eufrates): la tierra de los quenitas, quenizitas, cad-
20-1 monitas, hititas, fereceos, refaítas, amorreos, cananeos, guirgaseos y
jebuseos.

Ismael

16 Saray, la mujer de Abrán, no le daba hijos; pero tenía una
sierva egipcia llamada Hagar.
2 Y Saray dijo a Abrán:
—El Señor no me deja tener hijos; llégate a mi sierva a ver si
ella me da hijos.
Abrán aceptó la propuesta.
3 A los diez años de habitar Abrán en Canaán, Saray, la mujer de
Abrán, tomó a Hagar, la esclava egipcia, y se la dio a Abrán, su
4 marido, como esposa. El se llegó a Hagar y ella concibió. Y al ver-
se encinta le perdió el respeto a su señora.
5 Entonces Saray dijo a Abrán:
—Tú eres responsable de esta injusticia; yo he puesto en tus
brazos a mi esclava, y ella, al verse encinta, me pierde el respeto.
Sea el Señor nuestro juez.
6 Abrán dijo a Saray:
—De tu esclava dispones tú; trátala como te parezca.
Saray la maltrató y ella se escapó.
7 El ángel del Señor la encontró junto a la fuente del desierto, la
8 fuente del camino de Sur, y le dijo:
—Hagar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y adónde vas?
Ella respondió:
—Vengo huyendo de mi señora.
9 El ángel del Señor le dijo:
—Vuelve a tu señora y sométete a ella.
10 Y el ángel del Señor añadió:
—Haré tan numerosa tu descendencia, que no se podrá contar.
11 Y el ángel del Señor concluyó:
—Mira, estás encinta y darás a luz un hijo y lo llamarás Ismael,
12 porque el Señor te ha escuchado [a] en la aflicción. Será un potro sal-
vaje: él contra todos y todos contra él; vivirá separado de sus
hermanos.
13 Hagar invocó el nombre del Señor, que le había hablado:
—Tú eres Dios, que me ve (diciéndose): ¡He visto al que me ve!
14 Por eso se llama aquel pozo «Pozo del que vive y me ve», y
está entre Cades y Bared.
15 Hagar dio un hijo a Abrán, y Abrán llamó Ismael al hijo que le
16 había dado Hagar. Abrán tenía ochenta y seis años cuando Hagar
dio a luz a Ismael.

a = šamaʿ.

Alianza del Señor con Abrán

17 Cuando Abrán tenía noventa y nueve años, se le apareció el
Señor y le dijo:
—Yo soy Dios Todopoderoso. Procede de acuerdo conmigo y sé
2 honrado, y haré una alianza contigo: haré que te multipliques sin
medida.
3 Abrán cayó rostro en tierra y Dios le habló así:
4 —Mira, éste es mi pacto contigo: serás padre de una multitud
5 de pueblos. Ya no te llamarás Abrán, sino Abrahán, porque te hago
6 padre de una multitud [a] de pueblos. Te haré fecundo sin medida,
7 sacando pueblos de ti, y reyes nacerán de ti. Mantendré mi pacto
contigo y con tu descendencia en futuras generaciones, como pacto
8 perpetuo. Seré tu Dios y el de tus descendientes futuros. Os daré
a ti y a tu descendencia futura la tierra de tus andanzas —la tierra
de Canaán— como posesión perpetua. Y seré su Dios.
9 Dios añadió a Abrahán:
—Tú guarda el pacto que hago contigo y tus descendientes fu-
10 turos. Este es el pacto, que hago con vosotros y con tus descen-
dientes futuros y que habéis de guardar: circuncidad a todos vues-
11 tros varones; circuncidaréis el prepucio, y será una señal de mi
12 pacto con vosotros. A los ocho días de nacer, todos vuestros varo-
nes de cada generación serán circuncidados; también los esclavos
nacidos en casa o comprados a extranjeros que no sean de vuestra
13 raza. Circuncidad a los esclavos nacidos en casa o comprados. Así
14 llevaréis en la carne mi pacto como pacto perpetuo. Todo varón
incircunciso, que no ha circuncidado su prepucio, será apartado de
su pueblo por haber quebrantado mi pacto.

Sara

15 Dios dijo a Abrahán:
16 —Saray, tu mujer, ya no se llamará Saray, sino Sara [b]. La bende-
ciré y te dará un hijo y lo bendeciré; de ella nacerán pueblos y
reyes de naciones.
17 Abrahán cayó rostro en tierra y se dijo sonriendo:
«¿Un centenario va a tener un hijo, y Sara va a dar a luz a los
noventa?».
18 Y Abrahán dijo a Dios:
—Me contento con que te guardes vivo a Ismael.
19 Dios replicó:
—No; es Sara quien te va a dar un hijo, a quien llamarás
Isaac; con él estableceré mi pacto y con sus descendientes, un pacto
20 perpetuo. En cuanto a Ismael, escucho tu petición: lo bendeciré,
lo haré fecundo, lo haré multiplicarse sin medida, engendrará doce
21 príncipes y haré de él un pueblo numeroso. Pero mi pacto lo esta-
blezco con Isaac, el hijo que te dará Sara el año que viene por estas
fechas.
22 Cuando Dios terminó de hablar con Abrahán se retiró.

a = Ab hamon. *b* = Princesa.

Circuncisión

23 Entonces Abrahán tomó a su hijo Ismael, a los esclavos nacidos
en casa o comprados, a todos los varones de la casa de Abrahán, y
los circuncidó aquel mismo día, como se lo había mandado Dios.
24 Abrahán tenía noventa y nueve años cuando se circuncidó;
25-6 Ismael tenía trece años cuando se circuncidó. Aquel mismo día se
27 circuncidaron Abrahán y su hijo Ismael. Y todos los varones de
casa, nacidos en casa o comprados a extranjeros, se circuncidaron
con él.

Aparición y promesa

18 El Señor se apareció a Abrahán junto al encinar de Mambré,
mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda, porque hacía
2 calor. Alzó la vista y vio a tres hombres de pie frente a él. Al
verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y se pros-
3 ternó en tierra, diciendo:
—Señor, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu
4 siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descan-
5 séis bajo el árbol. Mientras, ya que pasáis junto a vuestro siervo,
traeré un pedazo de pan para que cobréis fuerzas antes de seguir.
Contestaron:
—Bien, haz lo que dices.
6 Abrahán entró corriendo en la tienda donde estaba Sara y le
dijo:
—Aprisa, veintiún litros de flor de harina, amásalos y haz una
hogaza.
7 El corrió a la vacada, escogió un ternero hermoso y se lo dio a
8 un criado para que lo guisase en seguida. Tomó requesón, leche,
el ternero guisado y se lo sirvió. El les atendía bajo el árbol mien-
tras ellos comían.
9 Después le dijeron:
—¿Dónde está Sara, tu mujer?
Contestó:
—Ahí, en la tienda.
10 Y añadió uno:
—Para cuando yo vuelva a verte, en el plazo normal, Sara habrá
tenido un hijo.
11 Sara lo oyó, detrás de la puerta de la tienda. (Abrahán y Sara
eran ancianos, de edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus perío-
12 dos). Sara se rió por lo bajo, pensando:
«Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener placer, con un marido tan
viejo?».
13 Pero el Señor dijo a Abrahán:
—¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: «Cómo que voy a tener
14 un hijo, a mis años»? ¿Hay algo difícil para Dios? Cuando vuelva
a visitarte por esta época, dentro del tiempo de costumbre, Sara
habrá tenido un hijo.
15 Pero Sara, que estaba asustada, lo negó:
—No me he reído.
El replicó:
—No lo niegues, te has reído.

Intercesión de Abrahán

16 Los hombres se levantaron y miraron en dirección a Sodoma;
Abrahán los fue a acompañar para despedirlos.
17 El Señor pensó:
18 «¿Puedo ocultarle a Abrahán lo que pienso hacer? Abrahán se
convertirá en un pueblo grande y numeroso; con su nombre se ben-
19 decirán todos los pueblos de la tierra; lo he escogido para que
instruya a sus hijos, su casa y sucesores, a mantenerse en el camino
del Señor practicando la justicia y el derecho, y así cumplirá el Se-
ñor a Abrahán lo que le ha prometido».
20 El Señor dijo:
—La acusación contra Sodoma y Gomorra es seria y su pecado
21 es muy grave; voy a bajar a ver si realmente sus acciones respon-
den o no a la acusación.
22 Los hombres se volvieron y se dirigieron a Sodoma, mientras el
Señor seguía en compañía de Abrahán.
23 Entonces Abrahán se acercó y dijo:
24 —¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable? Suponga-
mos que hay en la ciudad cincuenta inocentes, ¿los destruirás en
vez de perdonar al lugar por los cincuenta inocentes que hay en él?
25 ¡Lejos de ti hacer tal cosa! Matar al inocente con el culpable, con-
fundiendo al inocente con el culpable, ¡lejos de ti! El juez de todo
el mundo, ¿no hará justicia?
26 El Señor contestó:
—Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes,
perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos.
27 Abrahán respondió:
—Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceni-
28 za. Supongamos que faltan cinco para llegar a los cincuenta ino-
centes, ¿destruirás, por cinco, toda la ciudad?
Respondió el Señor:
—No la destruiré si encuentro en ella cuarenta y cinco.
29 Abrahán insistió:
—Pongamos que no se encuentren más que cuarenta.
El Señor respondió:
—En atención a los cuarenta no lo haré.
30 Abrahán siguió:
—Que no se enfade mi Señor si sigo hablando. ¿Y si se encuen-
tran treinta?
Contestó el Señor:
—No lo haré si encuentro allí treinta.
31 Insistió Abrahán:
—Me he atrevido a hablar a mi Señor. ¿Y si se encuentran sólo
veinte?
Respondió el Señor:
—En atención a los veinte no la destruiré.
32 Abrahán continuó:
—Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más. ¿Y si se en-
cuentran diez?
Contestó el Señor:
—En atención a los diez no la destruiré.

33 Cuando terminó de hablar con Abrahán, el Señor se fue, y
Abrahán volvió a su lugar.

Sodoma. Pecado

19 Los dos ángeles llegaron a Sodoma por la tarde. Lot, que estaba
sentado a la puerta de la ciudad, al verlos, se levantó a recibirlos
2 y se prosternó rostro en tierra. Y dijo:
—Señores míos, pasad a hospedaros a casa de vuestro siervo.
Lavaos los pies y por la mañana seguiréis vuestro camino.
Contestaron:
—No; pasaremos la noche en la plaza.
3 Pero él insistió tanto, que pasaron y entraron en su casa. Les
4 preparó comida, coció panes y ellos comieron. Aún no se habían
acostado, cuando los hombres de la ciudad rodearon la casa: jóve-
5 nes y viejos, toda la población hasta el último. Y le gritaban a Lot:
—¿Dónde están los hombres que han entrado en tu casa esta
noche? Sácalos para que nos acostemos con ellos.
6-7 Lot se asomó a la entrada, cerrando la puerta al salir, y les dijo:
8 —Hermanos míos, no seáis malvados. Mirad, tengo dos hijas
que no han tenido que ver con hombres; os las sacaré para que las
tratéis como queráis, pero no hagáis nada a estos hombres que se
han cobijado bajo mi techo.
9 Contestaron:
—Quítate de ahí; este individuo ha venido como inmigrante y
ahora se mete a juez. Pues ahora te trataremos a ti peor que a ellos.
10 Y empujaban a Lot intentando forzar la puerta. Pero los visitan-
tes alargaron el brazo, metieron a Lot en casa y cerraron la puerta.
11 Y a los que estaban a la puerta, pequeños y grandes, los cegaron,
de modo que no daban con la puerta.

Liberación de Lot

12 Los visitantes dijeron a Lot:
—Si hay alguien más de los tuyos, yernos, hijos, hijas, a todos
13 los tuyos de la ciudad sácalos de este lugar. Pues vamos a destruir
este lugar, porque la acusación presentada al Señor contra él es muy
seria, y el Señor nos ha enviado para destruirlo.
14 Lot salió a decirles a sus yernos —prometidos de sus hijas—:
—Vamos, salid de este lugar, que el Señor va a destruir la ciudad.
15 Pero ellos lo tomaron a broma. Al amanecer, los ángeles urgie-
ron a Lot:
—Anda, toma a tu mujer y a esas dos hijas tuyas, para que no
perezcan por culpa de la ciudad.
16 Y como no se decidía, los agarraron de la mano, a él, a su mujer
y a las dos hijas, a quienes el Señor perdonaba; los sacaron y los
17 guiaron fuera de la ciudad. Una vez fuera, le dijeron:
—Ponte a salvo; no mires atrás. No te detengas en la vega;
ponte a salvo en los montes para no perecer.

18 Lot les respondió:
19 —No. Vuestro siervo goza de vuestro favor, pues me habéis
salvado la vida tratándome con gran misericordia; yo no puedo
ponerme a salvo en los montes, el desastre me alcanzará y moriré.
20 Mira, ahí cerca hay una ciudad pequeña donde puedo refugiarme
y escapar del peligro. Como la ciudad es pequeña, salvaré allí la
vida.
21 Le contestó:
22 —Accedo a lo que pides: no arrasaré esa ciudad que dices. Apri-
sa, ponte a salvo allí, pues no puedo hacer nada hasta que llegues.
Por eso la ciudad se llama La Pequeña.
23 Cuando Lot llegó a La Pequeña, salía el sol.

Castigo de Sodoma

24 El Señor desde el cielo hizo llover azufre y fuego sobre Sodoma
25 y Gomorra. Arrasó aquellas ciudades y toda la vega con los habi-
tantes de las ciudades y la hierba del campo.
26 La mujer de Lot miró atrás y se convirtió en estatua de sal.
27 Abrahán madrugó y se dirigió al sitio donde había estado con el
28 Señor. Miró en dirección de Sodoma y Gomorra, toda la extensión
de la vega, y vio humo que subía del suelo, como el humo de un
horno.
29 Así, cuando Dios destruyó las ciudades de la vega, arrasando las
ciudades donde había vivido Lot, se acordó de Abrahán y libró a
Lot de la catástrofe.

Hijos de Lot

30 Lot subió de La Pequeña y se instaló en los montes con sus dos
hijas, pues tenía miedo de vivir en La Pequeña; por eso se instaló
en una cueva con sus dos hijas.
31 La mayor dijo a la menor:
—Nuestro padre ya es viejo, y aquí no hay un hombre que se
32 acueste con nosotras, como se hace en todas partes. Vamos a em-
borrachar a nuestro padre y nos acostamos con él; así nos dará
descendencia.
33 Aquella noche lo emborracharon, y la mayor se acostó con él,
sin que él se diese cuenta de que se acostaba y se levantaba ella.
34 Al día siguiente la mayor dijo a la menor:
—Anoche me tocó a mí dormir con mi padre; esta noche lo em-
borrachamos también, y tú te acuestas con él para que te dé des-
cendencia.
35 También aquella noche emborracharon a su padre, y la pequeña
fue y se acostó con él, sin que él se diese cuenta de que se acosta-
ba y se levantaba ella.
36 Así, las dos hijas de Lot concibieron por obra de su padre.
37 La mayor dio a luz un hijo, y lo llamó Paterno [a], diciendo: «De
mi padre». (Es el antepasado de los actuales moabitas).

a = Moab.

38 La pequeña también dio a luz un hijo, y lo llamó Poblano [a], di-
ciendo: «Hijo de mi pueblo». (Es el antepasado de los actuales
amonitas).

Abrahán en Guerar

20 Abrahán levantó las tiendas y se dirigió al Negueb, establecién-
2 dose entre Cades y Sur. Mientras residía en Guerar decía que Sara
era hermana suya. Abimelec, rey de Guerar, mandó que le trajeran
3 a Sara. Dios se apareció de noche, en sueños, a Abimelec y le dijo:
—Vas a morir por haber tomado esa mujer, que es casada.
4 Abimelec, que no se había acercado a ella, respondió:
5 —Pero, Señor, ¿vas a matar a un inocente? Si él me dijo que era
su hermana, y ella que era su hermano. Lo he hecho de buena fe
y con manos limpias.
6 Dios le replicó en sueños:
—Ya sé yo que lo has hecho de buena fe y con manos limpias;
7 por eso no te dejé pecar contra mí ni te dejé tocarla. Pero ahora
devuelve esa mujer casada a su marido; él es profeta y rezará por
ti para que conserves la vida; pero si no se la devuelves, sabe que
morirás tú con todos los tuyos.
8 Abimelec madrugó, llamó a sus criados y les contó todo el asun-
9 to. Los hombres se asustaron mucho. Después Abimelec llamó a
Abrahán y le dijo:
—¿Qué has hecho con nosotros? ¿Qué mal te he hecho, para que
nos expusieras a mí y a mi reino a cometer un pecado tan grave?
Te has portado conmigo como no se debe.
10 Y añadió:
—¿Temías algo para obrar de este modo?
11 Abrahán le contestó:
—Pensé que en este país no respetan a Dios y que me mata-
12 rían por causa de mi mujer. Además, es realmente hermana mía;
13 de padre, aunque no de madre, y la tomé por mujer. Cuando Dios
me hizo vagar lejos de mi casa paterna, le dije: «Hazme este favor:
en todos los sitios a donde lleguemos, di que soy tu hermano».
14 Entonces Abimelec tomó ovejas, vacas, siervos y siervas y se los
15 dio a Abrahán, devolviéndole además a Sara, su mujer. Y le dijo:
—Ahí tienes mi tierra, vive donde te parezca.
16 Y a Sara le dijo:
—He dado a tu hermano mil pesos de plata; así podrás mirar a
la cara a todos los tuyos.
17 Abrahán rezó a Dios y Dios curó a Abimelec, a su mujer y a sus
18 concubinas, y dieron a luz. Pues el Señor había cerrado el vientre
a todas en casa de Abimelec por causa de Sara, mujer de Abrahán.

Nacimiento de Isaac

21 El Señor se fijó en Sara, como había dicho. El Señor cumplió a
2 Sara lo que le había prometido. Ella concibió, y le dio un hijo al
3 viejo Abrahán en el tiempo que había dicho Dios. Abrahán llamó

a = ben ʿammí.

4 Isaac al hijo que le había nacido, que le había dado Sara. Abrahán
circuncidó a su hijo Isaac al octavo día, como le había mandado
5 Dios. Tenía cien años Abrahán cuando le nació su hijo Isaac.
6 Sara le dijo:
—Dios me ha hecho bailar de alegría, y el que se entere bailará [a]
conmigo.
7 Y añadió:
—¡Quién le habría dicho a Abrahán que Sara iba a criar hijos!
Y, sin embargo, le ha dado un hijo en su vejez.
8 El chico creció y lo destetaron. El día que destetaron a Isaac,
Abrahán dio un gran banquete.

Hagar e Ismael

9 Pero Sara vio que el hijo que Abrahán había tenido de Hagar la
10 egipcia jugaba con Isaac, y dijo a Abrahán:
—Expulsa a esa criada y a su hijo, porque el hijo de esa criada
no va a repartirse la herencia con mi hijo Isaac.
11 Como al fin y al cabo era hijo suyo, Abrahán se llevó un gran
12 disgusto. Pero Dios dijo a Abrahán:
—No te aflijas por el niño y la criada. Haz exactamente lo que
13 te dice Sara, porque es Isaac quien continúa tu descendencia. Aun-
que también del hijo de la criada sacaré un gran pueblo, por ser
descendiente tuyo.
14 Abrahán madrugó, cogió pan y un odre de agua, se lo cargó a
hombros a Hagar y la despidió con el niño. Ella se marchó y fue
15 vagando por el desierto de Berseba. Cuando se le acabó el agua del
16 odre, colocó al niño debajo de unas matas; se apartó y se sentó a
solas a la distancia de un tiro de arco, diciéndose: «No puedo ver
morir a mi hijo». Y se sentó a distancia. El niño rompió a llorar.
17 Dios oyó la voz del niño, y el ángel de Dios llamó a Hagar desde el
cielo, preguntándole:
—¿Qué te pasa, Hagar? No temas, que Dios ha oído la voz del
18 niño que está ahí. Levántate, toma al niño y tenlo bien agarrado
de la mano, porque sacaré de él un gran pueblo.
19 Dios le abrió los ojos y divisó un pozo de agua; fue allá, llenó el
20 odre y dio de beber al muchacho. Dios estaba con el muchacho, que
21 creció, habitó en el desierto y se hizo un experto arquero; vivió en
el desierto de Farán, y su madre le buscó una mujer egipcia.

Abrahán y Abimelec

22 Por aquel tiempo, Abimelec, con Ficol, su capitán, dijo a
Abrahán:
23 —Dios está contigo en todo lo que haces. Por tanto, júrame por
Dios, aquí mismo, que no me engañarás ni a mí ni a mi estirpe ni a
mi linaje, y que me tratarás a mí y a esta tierra mía donde resides
con la misma lealtad con que yo te he tratado.

a = yisḥac.

24 Abrahán respondió:
—Lo juro.
25 Pero Abrahán reclamó a Abimelec por el asunto del pozo del
que se habían apoderado sus criados.
26 Abimelec dijo:
—No sé quién lo habrá hecho; tú no me lo habías dicho y hasta
hoy no me he enterado.
27 Entonces Abrahán tomó ovejas y vacas, se las dio a Abimelec
28 y los dos hicieron un pacto. Pero Abrahán apartó siete ovejas del
rebaño.
29 Abimelec preguntó a Abrahán:
—¿Qué significan esas siete ovejas que has apartado?
30 Respondió:
—Estas siete ovejas que recibes de mi mano son la prueba de
que yo cavé este pozo.
31 Por eso el lugar se llama Pozo del Juramento [a], porque allí jura-
ron los dos.
32 Concluido el pacto en Berseba, Abimelec, con Ficol, su capitán,
33 se volvieron al país filisteo. Abrahán plantó un tamarisco en Ber-
seba e invocó el nombre del Señor Dios eterno.
34 Abrahán residió en país filisteo muchos años.

Sacrificio de Isaac

22 Después de estos sucesos, Dios puso a prueba a Abrahán, di-
ciéndole:
—¡Abrahán!
Respondió:
—Aquí me tienes.
2 Dios le dijo:
—Coge a tu hijo único, a tu querido Isaac, vete al país de Mo-
ria y ofrécemelo allí en sacrificio en uno de los montes que yo te
indicaré.
3 Abrahán madrugó, aparejó el asno y se llevó a dos criados y a su
hijo Isaac; cortó leña para el sacrificio y se encaminó al lugar que
4 le había indicado Dios. Al tercer día, levantó Abrahán los ojos y
5 divisó el sitio a lo lejos. Abrahán dijo a sus criados:
—Quedaos aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allá
para adorar a Dios, y después volveremos con vosotros.
6 Abrahán tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo
Isaac y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos.
7 Isaac dijo a Abrahán, su padre:
—Padre.
El respondió:
—Aquí estoy, hijo mío.
El muchacho dijo:
—Tenemos fuego y leña, pero ¿dónde está el cordero para el
holocausto?

a = Berseba.

8 Abrahán le contestó:
—Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.
Y siguieron caminando juntos.
9 Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levan-
tó allí un altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso
10 sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán tomó el cuchillo
11 para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor le gritó desde el
cielo:
—¡Abrahán, Abrahán!
El contestó:
—Aquí estoy.
12 Dios le ordenó:
—No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ya he
comprobado que respetas a Dios, porque no me has negado a tu
hijo, tu único hijo.
13 Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuer-
nos en los matorrales. Abrahán se acercó, tomó el carnero y lo ofre-
14 ció en sacrificio en lugar de su hijo. Abrahán llamó a aquel sitio «El
Señor provee»; por eso se dice aún hoy «el monte donde el Señor
provee».
15 Desde el cielo, el ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán:
16 —Juro por mí mismo —oráculo del Señor—: Por haber obrado
17 así, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te bendeciré,
multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como
la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las ciudades
18 de sus enemigos. Todos los pueblos se bendecirán nombrando a tu
descendencia, porque me has obedecido.
19 Abrahán volvió a sus criados, y juntos se pusieron en camino
hacia Berseba. Abrahán se quedó a vivir en Berseba.
20 Algún tiempo más tarde le comunicaron a Abrahán:
21 —También Milcá ha dado hijos a Najor, tu pariente: Us el pri-
22 mogénito, Bus su hermano y Camuel, padre de Aram; Quésed, Jazó,
23 Fildás, Yidlaf y Betuel. Betuel fue padre de Rebeca. Milcá dio estos
24 ocho hijos a Najor, hermano de Abrahán. Y una concubina, llamada
Rauma, también le dio hijos: Tébaj, Gajan, Tajas y Maacá.

Abrahán compra un sepulcro

23 1-2 Sara vivió ciento veintisiete años; y murió en Villa Arbá
(hoy Hebrón), en país cananeo. Abrahán fue a hacer duelo y a llo-
3 rar a su mujer. Después dejó a su difunta y habló a los hititas:
4 —Yo soy un forastero residente entre vosotros. Dadme un se-
pulcro en propiedad, en terreno vuestro, para enterrar a mi difunta.
5 Los hititas respondieron a Abrahán:
6 —Escúchanos, señor: tú eres un jeque insigne entre nosotros;
entierra a tu difunta en el mejor de nuestros sepulcros; nadie de
nosotros te negará una sepultura para tu difunta.
7 Abrahán se levantó, hizo una inclinación a los propietarios hiti-
8 tas y les habló así:
—Si realmente tenéis voluntad de que entierre a mi difunta, es-
9 cuchadme: suplicad en mi nombre a Efrón, hijo de Sójar, que me

ceda la cueva de Macpela, que se encuentra en el extremo de su
campo. Que me la ceda por su precio, en vuestra presencia, como
sepulcro en propiedad.
10 Efrón estaba sentado entre los hititas; Efrón, el hitita, respondió
a Abrahán, en presencia de los hititas y de los que asistían al con-
cejo:
11 —No, señor mío; escucha: el campo te lo regalo, y la cueva que
hay en él te la regalo; te la regalo en presencia de mis paisanos;
entierra a tu difunta.
12-3 Abrahán hizo una inclinación a los propietarios, y oyéndolo ellos
se dirigió a Efrón:
—Si te parece, escúchame tú: yo te pago el precio del campo;
acéptalo y enterraré allí a mi difunta.
14 Efrón contestó a Abrahán:
15 —Señor mío, escucha: el terreno vale cuatro kilos de plata; en-
tre nosotros dos, ¿qué significa eso? Entierra a tu difunta cuando
quieras.
16 Abrahán aceptó y pagó a Efrón, en presencia de los hititas, el
17 precio establecido: cuatro kilos de plata, pesos comerciales. Y así
el campo de Efrón en Macpela, frente a Mambré, el campo con la
cueva y con todos los árboles dentro de sus linderos, pasó a ser
18 propiedad de Abrahán, siendo testigos los hititas que asistían al
concejo.
19 Después Abrahán enterró a Sara, su mujer, en la cueva del cam-
po de Macpela, frente a Mambré (hoy Hebrón), en país cananeo.
20 El campo con la cueva pasó de los hititas a Abrahán como sepulcro
en propiedad.

CICLO DE ISAAC

Boda de Isaac

24 Abrahán era viejo, de edad avanzada, y el Señor lo había bende-
2 cido en todo. Abrahán dijo al criado más viejo de su casa, que ad-
ministraba todas las posesiones:
3 —Pon tu mano bajo mi muslo, y júrame por el Señor Dios del
cielo y Dios de la tierra que cuando le busques mujer a mi hijo no
4 la escogerás entre los cananeos, en cuya tierra habito, sino que irás
a mi tierra nativa y allí buscarás mujer a mi hijo Isaac.
5 El criado contestó:
—Y si la mujer no quiere venir conmigo a esta tierra, ¿tengo
que llevar a tu hijo a la tierra de donde saliste?
6 Abrahán le replicó:
7 —En ningún caso lleves a mi hijo allá. El Señor Dios del cielo,
que me sacó de la casa paterna y del país nativo y que juró dar esta
tierra a mi descendencia, enviará su ángel delante de ti y podrás
8 traer mujer para mi hijo. En caso de que la mujer no quiera venir
contigo, quedas libre del juramento. Sólo que a mi hijo no lo lleves
allá.
9 El criado puso su mano bajo el muslo de Abrahán, su amo, y le
juró hacerlo así.
10 Entonces el criado cogió diez camellos de su amo, y llevando toda
clase de regalos de su amo, se encaminó a Siria Entreríos [a], ciudad
11 de Najor. Hizo arrodillarse a los camellos fuera de la ciudad, junto
12 a un pozo, al atardecer, cuando suelen salir las aguadoras. Y dijo:
—Señor Dios de mi amo Abrahán, dame hoy una señal propicia
13 y trata con amor a mi amo Abrahán. Yo estaré junto a la fuente
14 cuando las muchachas de la ciudad salgan a por agua. Diré a una
de las muchachas: Por favor, inclina tu cántaro para que beba. La
que me diga: Bebe tú, que voy a abrevar tus camellos, ésa es la que
has destinado para tu siervo Isaac. Así sabré que tratas con amor a
mi amo.
15 No había acabado de hablar, cuando salía Rebeca —hija de Be-
tuel, el hijo de Milcá, la mujer de Najor, el hermano de Abrahán—
16 con el cántaro al hombro. La muchacha era muy hermosa y donce-
lla; no había tenido que ver con ningún hombre. Bajó a la fuente,
llenó el cántaro y subió.
17 El criado corrió a su encuentro y le dijo:
—Déjame beber un poco de agua de tu cántaro.
18 Ella contestó:
—Bebe, señor mío.
19 Y en seguida bajó el cántaro al brazo y le dio de beber. Cuando
terminó, le dijo:
—Voy a sacar también para tus camellos, para que beban todo
lo que quieran.
20 Y en seguida vació el cántaro en el abrevadero, corrió al pozo a
21 sacar más y sacó para todos los camellos. El hombre la estaba mi-

a = Aram Naharaim.

rando, en silencio, esperando a ver si el Señor daba éxito a su via-
je o no.
22 Cuando los camellos terminaron de beber, el hombre tomó un
anillo de oro de cinco gramos de peso, y se lo puso en la nariz, y
dos pulseras de oro de diez gramos, y se las puso en las muñecas.
23 Y le preguntó:
—Dime de quién eres hija y si en casa de tu padre encontrare-
mos sitio para pasar la noche.
24 Ella contestó:
—Soy hija de Betuel, el hijo de Milcá y de Najor.
25 Y añadió:
—Tenemos abundancia de paja y forraje y sitio para pasar la
noche.
26-7 El hombre se inclinó, adorando al Señor, y dijo:
—Bendito sea el Señor Dios de mi amo Abrahán, que no ha ol-
vidado su amor y lealtad con su siervo. El Señor me ha guiado a la
casa del hermano de mi amo.
28 La muchacha fue corriendo a casa a contárselo todo a su madre.
29 Rebeca tenía un hermano llamado Labán. Cuando vio el anillo
y las pulseras de su hermana y oyó lo que le contaba su hermana
30 Rebeca de lo que le había dicho el hombre, salió corriendo hacia la
fuente en busca del hombre, y lo encontró esperando con los came-
31 llos, junto a la fuente. Y le dijo:
—Ven, el Señor te bendiga, ¿qué esperas aquí fuera? Yo te he
preparado alojamiento y sitio para los camellos.
32 El hombre entró en la casa, desaparejó los camellos, les dio paja
y forraje, y trajo agua para que se lavasen los pies el criado y sus
33 acompañantes. Cuando le ofrecieron de comer, él rehusó:
—No comeré hasta explicar mi asunto.
Y le dijeron:
—Habla.
34 Entonces él comenzó:
35 —Soy criado de Abrahán. El Señor ha bendecido inmensamente
a mi amo y le ha hecho rico; le ha dado ovejas y vacas, oro y plata,
36 siervos y siervas, camellos y asnos. Sara, la mujer de mi amo, ya
37 vieja, le ha dado un hijo, que lo hereda todo. Mi amo me tomó
juramento: Cuando le busques mujer a mi hijo, no la escogerás de
38 los cananeos, en cuya tierra habito, sino que irás a casa de mi padre
39 y mis parientes y allí le buscarás mujer a mi hijo. Yo le contesté:
40 ¿Y si la mujer no quiere venir conmigo? El replicó: El Señor, a
quien agrada mi proceder, enviará su ángel contigo, dará éxito a tu
viaje y encontrarás mujer para mi hijo en casa de mi padre y mis
41 parientes; pero quedarás libre del juramento si, llegado a casa de
mis parientes, no te la quieren dar: entonces quedarás libre del
42 juramento. Al llegar hoy a la ciudad dije: Señor, Dios de mi amo
43 Abrahán, si quieres dar éxito al viaje que he emprendido, yo me
pondré junto a la fuente, y diré a la muchacha que salga a coger
44 agua: Dame de beber un poco de agua de tu cántaro. Si me dice:
«Bebe tú, que voy a sacar para los camellos», ella es la que destina
45 el Señor para el hijo de mi amo. No había acabado de decirme esto,
cuando salía Rebeca con el cántaro al hombro; bajó a la fuente, sacó
46 agua, y yo le pedí: Dame de beber. Ella en seguida bajó el cántaro

y me dijo: «Bebe tú, que voy a abrevar tus camellos»; bebí yo y
47 ella abrevó los camellos. Entonces le pregunté: ¿De quién eres hija?
48 Me dijo: De Betuel, hijo de Najor y Milcá. Entonces le puse un
anillo en la nariz y pulseras en las muñecas, y me incliné adorando
al Señor, bendiciendo al Señor, Dios de mi amo Abrahán, que me
ha guiado por el camino justo para llevar al hijo de mi amo la hija
49 de su hermano. Por tanto, decidme si queréis o no queréis portaros
con amor y lealtad con mi amo para actuar en consecuencia.
50 Labán y Betuel le contestaron:
—Es cosa del Señor, nosotros no podemos responderte ni sí ni
51 no. Ahí tienes a Rebeca, tómala y vete, y sea la mujer del hijo de
tu amo, como el Señor ha dicho.
52 Cuando el criado de Abrahán oyó esto, se postró en tierra ante
53 el Señor. Después sacó ajuar de plata y oro y vestidos, y se los ofre-
54 ció a Rebeca, y ofreció regalos al hermano y a la madre. Comieron
y bebieron él y sus compañeros, pasaron la noche, y a la mañana
siguiente se levantaron y dijeron:
—Permitidme que vuelva a mi amo.
55 El hermano y la madre replicaron:
—Deja que la chica se quede con nosotros unos diez días, des-
pués se marchará.
56 Pero él replicó:
—No me detengáis, después que el Señor ha dado éxito a mi
57 viaje; permitidme volver a mi amo. Vamos a llamar a la chica y a
preguntarle su opinión.
58 Llamaron a Rebeca y le preguntaron:
—¿Quieres ir con este hombre?
Ella respondió:
—Sí.
59 Entonces despidieron a Rebeca y a su nodriza, al criado de Abra-
hán y a sus compañeros.
60 Y bendijeron a Rebeca:
—Tú eres nuestra hermana, sé madre de miles y miles;
que tu descendencia conquiste las ciudades enemigas.
61 Rebeca y sus compañeras se levantaron, montaron en los came-
llos y siguieron al hombre; y así se llevó a Rebeca el criado de
Abrahán.
62 Isaac se había trasladado del «Pozo del que vive y ve» al terri-
63 torio del Negueb. Una tarde salió a pasear por el campo, y alzando
64 la vista vio acercarse unos camellos. También Rebeca alzó la vista
65 y, al ver a Isaac, bajó del camello, y dijo al criado:
—¿Quién es aquel hombre que viene en dirección nuestra por
el campo?
Respondió el criado:
—Es mi amo.
Ella tomó el velo y se cubrió.
66-7 El criado le contó a Isaac todo lo que había hecho. Isaac la metió
en la tienda de Sara, su madre, la tomó por esposa y con su amor se
consoló de la muerte de su madre.

Muerte de Abrahán
(1 Cr 1,29-32)

25 1-2 Abrahán tomó otra mujer, llamada Quetura, la cual le dio
3 hijos: Zimrán, Yoxán, Medán, Madián, Yisbac y Suj. Yoxán en-
gendró a Sebá y Dedán; los hijos de Dedán fueron los asirios,
4 latusios y lemios. Los hijos de Madián fueron Efá, Efer, Henoc,
Abidá y Eldaá. Todos descendientes de Quetura.
5-6 Abrahán hizo a Isaac heredero universal, mientras que a los hijos
de las concubinas les dio legados, y todavía en vida los despachó
hacia el país de Levante, lejos de su hijo.
7-8 Abrahán vivió ciento setenta y cinco años. Abrahán expiró y
murió en buena vejez, colmado de años, y se reunió con los suyos.
9 Isaac e Ismael, sus hijos, lo enterraron en la cueva de Macpela, en
10 el campo de Efrón, hijo de Sojar, el hitita, frente a Mambré. En el
campo que compró Abrahán a los hititas fueron enterrados Abrahán
y Sara, su mujer.
11 Muerto Abrahán, Dios bendijo a su hijo Isaac, y éste se estable-
ció en «Pozo del que vive y ve».
12 Descendientes de Ismael, hijo de Abrahán y Hagar, su criada
13 egipcia. Nombres de los hijos de Ismael por orden de nacimiento:
14 Nebayot el primogénito, Quedar, Adbeel, Mibsán, Mismá, Dumá,
15-6 Masá, Jadad, Temá, Yetur, Nafís y Quedma. Estos son los hijos de
Ismael y sus nombres por cercados y campamentos: doce jefes de
tribu.
17 Ismael vivió ciento treinta y siete años. Expiró, murió y se re-
18 unió con los suyos. Ellos se extendieron desde Javila hasta Sur,
junto a Egipto, según se llega a Asur, unos frente a otros.
19 Descendientes de Isaac, hijo de Abrahán. Abrahán engendró a
20 Isaac. Cuando Isaac cumplió cuarenta años tomó por esposa a Re-
beca, hija de Betuel, el arameo, de Padán Aram, hermana de Labán,
21 el arameo. Isaac rezó a Dios por su mujer, que era estéril. Dios lo
22 escuchó y Rebeca, su mujer, concibió. Pero las criaturas se agitaban
en su vientre, y ella dijo:
—¿Y para esto he concebido yo?
23 Y fue a consultar al Señor, el cual le respondió:
—Dos naciones hay en tu vientre, dos pueblos se separan en tus
entrañas. Un pueblo vencerá al otro, el mayor servirá al menor.
24-5 Cuando llegó el parto, ella tenía gemelos en el vientre. Salió pri-
mero uno, todo rojo, peludo como un manto, y lo llamaron Esaú.
26 Salió después su hermano agarrando con la mano el talón [a] de Esaú,
y le llamaron Jacob. Isaac tenía sesenta años cuando nacieron.
27 Crecieron los chicos. Esaú se hizo un experto cazador, hombre
28 rústico, mientras que Jacob era un honrado beduino. Isaac prefería
a Esaú, porque le gustaba comer la caza, y Rebeca prefería a Jacob.
29 Un día que Jacob estaba guisando un potaje, volvía Esaú del cam-
30 po, agotado. Esaú dijo a Jacob:
—Dame un plato de esa cosa roja, que estoy agotado.
Por eso se llama Rojo [b].

a = ʿeqeb. *b* = Edom.

31 Jacob le contestó:
—Si me lo pagas hoy con los derechos de primogénito...
32 Esaú dijo:
—Estoy que me muero, ¿qué me importan los derechos de pri-
mogénito?
33 Jacob le dijo:
—Júramelo primero.
Y él se lo juró, y vendió a Jacob los derechos de primogénito.
34 Entonces Jacob dio a Esaú pan y potaje de lentejas; él comió y
bebió, y se puso en camino. Así malvendió Esaú sus derechos de
primogénito.

Isaac en Guerar

26 Hubo un hambre en el país (distinta de la que hubo en tiempos
de Abrahán), e Isaac fue a Guerar, donde Abimelec era rey de los
filisteos.
2 El Señor se le apareció y le dijo:
3 —No bajes a Egipto, quédate en la tierra que te diré; reside en
este país: estaré contigo y te bendeciré, pues a ti y a tus descendien-
tes os daré estas tierras, cumpliéndoos el juramento que hice a
4 Abrahán, tu padre. Haré crecer tu descendencia como las estrellas
del cielo y daré a tus descendientes todas estas tierras, y con su
5 nombre se bendecirán todos los pueblos de la tierra. Porque Abra-
hán me obedeció y guardó mis preceptos, mandatos, normas y leyes.
6-7 Isaac se quedó en Guerar. La gente del lugar le preguntó por
Rebeca, y él contestó:
—Es mi hermana.
Pues temía: «Como es tan guapa, esta gente me va a matar por
causa de ella».
8 Pasado bastante tiempo, Abimelec, rey de los filisteos, miraba un
día por la ventana y vio a Isaac acariciando a Rebeca, su mujer.
9 Lo mandó llamar y le dijo:
—Si es tu mujer, ¿por qué has dicho que es tu hermana?
Isaac respondió:
—Porque pensé que iban a matarme por causa de ella.
10 Abimelec respondió:
—¿Por qué te has portado así con nosotros? Por poco no se
acuesta uno de los nuestros con tu mujer y nos hace a todos cul-
pables.
11 Abimelec dio una orden a todo el pueblo:
—El que toque a este hombre o a su mujer, morirá.

Pozos

12 Isaac sembró en aquella tierra, y aquel año cosechó el céntuplo,
13 porque le bendijo el Señor. El hombre fue enriqueciéndose hasta
14 hacerse muy rico; tenía rebaños de ovejas y vacas, una gran servi-
15 dumbre, tanto que los filisteos le envidiaban, y cegaron con tierra
todos los pozos que habían cavado los criados de su padre, en vida
de Abrahán.

16 Y Abimelec dijo a Isaac:
—Vete de aquí, pues ya eres más poderoso que nosotros.
17 Isaac se fue de allí, acampó junto al torrente de Guerar y allí se
18 estableció. Cavó de nuevo los pozos que habían cavado en vida de
su padre y que los filisteos habían cegado a su muerte, y los llamó
19 con los mismos nombres que les había puesto su padre. Los criados
20 de Isaac cavaron junto al torrente y dieron con un manantial. Los
pastores de Guerar riñeron con los pastores de Isaac, diciendo:
—Ese agua es nuestra.
Y el pozo se llamó «Desafío», porque le habían desafiado.
21 Cavaron otro pozo y también riñeron por él. Y lo llamó «Rivalidad».
22 Se apartó de allí y cavó otro pozo, que por fin no suscitó riñas.
Y lo llamó «Espacioso», queriendo decir: «El Señor nos ha dado
espacio para crecer en el país».
23-4 De allí subió a Berseba, donde se le apareció el Señor aquella
noche y le dijo:
—Yo soy el Dios de Abrahán, tu padre; no temas, que estoy
contigo; te bendeciré y haré crecer tu descendencia en atención a
Abrahán, mi siervo.
25 Levantó allí un altar, invocó el nombre del Señor y plantó allí
26 su tienda. Y sus criados se pusieron a cavar un pozo. Abimelec fue
desde Guerar a visitarlo con Ajuza, su consejero, y Ficol, su capitán.
27 Isaac les preguntó:
—¿Qué os trae por aquí? Vosotros me habéis sido hostiles y me
habéis expulsado de vuestra compañía.
28 Le contestaron:
—Hemos visto que el Señor está contigo y nos hemos dicho:
Vamos a jurar un pacto entre los dos; queremos hacer alianza con-
29 tigo. No nos harás mal alguno, pues nosotros no te hemos atacado,
te hemos tratado siempre bien y te hemos dejado ir en paz. Y el
Señor te bendiga.
30-1 Les preparó un banquete, comieron y bebieron; al día siguiente
madrugaron y se prestaron mutuamente juramento. Isaac los despi-
dió y ellos se marcharon en paz.
32 Aquel día vinieron los siervos de Isaac y le hablaron del pozo
que habían cavado, y le dijeron:
—Hemos encontrado agua.
33 El llamó al pozo «Seba», y por eso todavía hoy la ciudad se llama
Berseba.
34 Cuando Esaú cumplió cuarenta años, tomó otras mujeres: Judit,
35 hija de Beeri, el hitita, y Basmat, hija de Elón, el hitita. Trajeron
muchos disgustos a Isaac y Rebeca.

Isaac bendice a Jacob

27 Cuando Isaac se hizo viejo y perdió la vista, llamó a su hijo
mayor:
—Hijo mío.
Contestó:
—Aquí estoy.

2 El le dijo:
3 —Mira, yo soy viejo y no sé cuándo voy a morir. Toma tus
4 aparejos, arco y aljaba, y sal al campo a cazarme algo; después me
guisas un buen plato, como sabes que me gusta, y me lo traes para
que coma, pues quiero darte mi bendición antes de morir.
5 Rebeca entreoyó la conversación de Isaac con Esaú, su hijo.
Salió Esaú al campo a cazar para su padre.
6 Y Rebeca dijo a su hijo Jacob:
—Acabo de oír a tu padre que hablando con tu hermano Esaú
7 le decía: «Tráeme caza y prepárame un guiso sabroso; comeré y
después te bendeciré delante del Señor, antes de morirme».
8-9 Ahora, hijo mío, escucha lo que te digo: Vete al rebaño, tráeme dos
cabritos hermosos, y con ellos prepararé un guiso para tu padre,
10 como a él le gusta. Se lo llevarás a tu padre para que coma, y así te
bendecirá antes de morir.
11 Jacob respondió a Rebeca, su madre:
—Mira, mi hermano Esaú es velludo, y yo, en cambio, lampiño.
12 A lo mejor al palparme mi padre descubre que soy un embustero,
y me atraería maldición en vez de bendición.
13 Su madre le dijo:
—Yo cargo con la maldición, hijo mío. Tú obedéceme, ve y
tráemelos.
14 El fue, cogió los cabritos, se los trajo a su madre, y su madre
preparó un guiso sabroso a gusto de su padre.
15 Rebeca tomó un traje de su hijo mayor, Esaú, el traje de fiesta,
16 que tenía en el arcón, y vistió con él a Jacob, su hijo menor; con la
piel de los cabritos le cubrió los brazos y la parte lisa del cuello.
17 Y puso en manos de su hijo Jacob el guiso sabroso que había pre-
parado y el pan.
18 El entró en la habitación de su padre y dijo:
—Padre.
Respondió Isaac:
—Aquí estoy. ¿Quién eres, hijo mío?
19 Respondió Jacob a su padre:
—Soy Esaú, tu primogénito, he hecho lo que me mandaste; in-
corpórate, siéntate y come lo que he cazado; después me bendeci-
rás tú.
20 Isaac dijo a su hijo:
—¡Qué prisa te has dado para encontrarla!
El respondió:
—El Señor, tu Dios, me la puso al alcance.
21 Isaac dijo a Jacob:
—Acércate que te palpe, hijo mío, a ver si eres tú mi hijo Esaú.
22 Se acercó Jacob a su padre, Isaac, y éste lo palpó, y dijo:
—La voz es la voz de Jacob, los brazos son los brazos de Esaú.
23 Y no lo reconoció porque sus brazos estaban peludos como los
de su hermano Esaú. Y lo bendijo.
24 Le volvió a preguntar:
—¿Eres tú mi hijo Esaú?
Respondió Jacob:
—Yo soy.

25 Isaac dijo:
—Sírveme la caza, hijo mío, que coma yo de tu caza, y así te bendeciré yo.
26 Se la sirvió, y él comió. Le trajo vino, y bebió. Isaac le dijo:
—Acércate y bésame, hijo mío.
27 Se acercó y lo besó. Y al oler el aroma del traje, lo bendijo, diciendo:

—Aroma de un campo que bendijo al Señor
es el aroma de mi hijo:
28 que Dios te conceda el rocío del cielo,
la fertilidad de la tierra,
abundancia de trigo y de vino.
29 Que te sirvan los pueblos,
y se postren ante ti las naciones.
Sé señor de los hijos de tu madre,
que ellos se postren ante ti.
Maldito quien te maldiga,
bendito quien te bendiga.

30 Apenas terminó Isaac de bendecir a Jacob, mientras salía Jacob
de la presencia de su padre, Isaac, su hermano Esaú volvía de cazar.
31 También él preparó un guiso sabroso, y se lo llevó a su padre, y le dijo:
—Padre, incorpórate y come de la caza de tu hijo, y después me bendecirás tú.
32 Le preguntó Isaac, su padre:
—¿Quién eres tú?
Respondió él:
—Soy Esaú, tu hijo primogénito.
33 Isaac quedó presa de un terror indescriptible, y preguntó:
—Entonces, ¿quién es el que ha venido y me ha traído la caza? Yo la he comido antes de que tú llegaras, lo he bendecido y quedará bendito.
34 Cuando oyó Esaú las palabras de su padre dio un grito atroz, y, amargado en extremo, dijo a su padre:
—Bendíceme a mi también, padre.
35 Dijo Isaac:
—Tu hermano ha hecho trampa y se ha llevado la bendición.
36 Respondió Esaú:
—Con razón se llama Jacob: ya es la segunda vez que me echa la zancadilla [a]; primero me quitó mi privilegic de primogénito y ahora me ha quitado mi bendición.
Y añadió:
—¿No te queda otra bendición para mí?
37 Respondió Isaac a Esaú:
—Lo he nombrado señor tuyo y he declarado a sus hermanos siervos suyos; le he asegurado el trigo y el vino. ¿Qué puedo ya hacer por ti, hijo mío?
38 Respondió Esaú:
—¿Es que sólo tienes una bendición? Bendíceme también a mí, padre mío.

a = ʿaqab.

39 Esaú rompió a llorar a gritos. Isaac, su padre, le dijo:
40 —En tierra estéril, sin rocío del cielo, tendrás tu morada. Vivirás de la espada y servirás a tu hermano. Pero cuando te rebeles, sacudirás el yugo de tu cuello.
41 Esaú guardaba rencor a Jacob por la bendición que éste había recibido de su padre, y se decía: «Cuando llegue el luto por mi padre, mataré a mi hermano Jacob».
42 Le contaron a Rebeca lo que decía su hijo mayor Esaú, y mandó llamar a Jacob, el hijo menor, y le dijo:
43 —Esaú, tu hermano, quiere matarte para vengarse. Por tanto,
hijo mío, escúchame: huye a Jarán, a casa de Labán, mi hermano,
44 y quédate con él una temporada hasta que se le pase la cólera a tu
45 hermano, hasta que se le pase a tu hermano la ira contra ti y se
olvide de lo que has hecho. Después te haré traer de allí; no quiero
verme privada de mis dos hijos en un solo día.
46 Rebeca dijo a Isaac:
—Estas mujeres hititas me hacen la vida imposible. Si también Jacob toma mujeres hititas del país, como éstas, ¿de qué me sirve vivir?

CICLO DE JACOB

Jacob peregrino

28 Isaac llamó a Jacob, lo bendijo y le dio instrucciones:
2 —No tomes por mujer a una cananea; vete a Padán Aram, a
casa de Betuel, tu abuelo materno, y toma allí por mujer a una de
3 las hijas de Labán, tu tío materno. Dios Todopoderoso te bendiga,
4 te haga crecer y multiplicarte, hasta ser un grupo de tribus. El te
conceda la bendición de Abrahán, a ti y a tu descendencia, para
que poseáis la tierra donde resides, que Dios ha entregado a
Abrahán.
5 Isaac despidió a Jacob, y él se dirigió a Padán Aram, a casa de
Labán, hijo de Betuel el arameo, hermano de Rebeca, la madre de
Jacob y Esaú.
6 Se enteró Esaú de que Isaac había bendecido a Jacob y lo había
enviado a Padán Aram para que buscase mujer allí, y de que al
7 bendecirle le había encargado que no tomase mujer cananea, y de
que Jacob, obedeciendo a su padre y a su madre, había ido a Padán
8 Aram, y cayó en la cuenta de que las mujeres cananeas no agrada-
9 ban a Isaac, su padre; entonces se dirigió a Ismael, y además de las
que tenía, tomó por mujer a Majla, hija de Ismael, hijo de Abra-
hán, hermana de Nebayot.
10 Jacob salió de Berseba en dirección a Jarán.

Jacob en Betel: visión y voto

11 Acertó a llegar a un lugar. Y como ya se había puesto el sol, se
quedó allí a pasar la noche. Cogió allí mismo una piedra, se la puso
12 a guisa de almohada y se echó a dormir en aquel lugar. Y tuvo un
sueño:
«Una rampa que arrancaba del suelo y tocaba el cielo con la cima.
13 Mensajeros de Dios subían y bajaban por ella. El Señor estaba en
pie en lo alto y dijo: Yo soy el Señor, el Dios de tu padre Abrahán
y el Dios de Isaac. La tierra donde estás acostado te la daré a ti y a
14 tu descendencia. Tu descendencia se multiplicará como el polvo de
la tierra y ocuparás el oriente y el occidente, el norte y el sur, y
todas las naciones del mundo serán benditas por causa tuya y de tu
15 descendencia. Yo estoy contigo, yo te guardaré adondequiera que
vayas, te haré volver a esta tierra y no te abandonaré hasta que
cumpla lo que he prometido».
16 Al despertar, dijo Jacob:
—Realmente, el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía.
17 Y añadió sobrecogido:
—Qué terrible es este lugar: es nada menos que la Morada de
Dios y la puerta del cielo.
18 Jacob se levantó de madrugada, cogió la piedra que le había ser-
vido de almohada, la puso en pie a modo de estela y derramó aceite
19 por encima. Y llamó aquel lugar Morada de Dios [a]; antes la ciudad
se llamaba Almendrales.

a = Betel.

20 Jacob hizo un voto:
—Si Dios está conmigo y me guarda en el viaje que estoy ha-
21 ciendo, si me da pan para comer y vestidos para cubrirme, si vuel-
vo sano y salvo a casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios
22 y esta piedra que he levantado como estela será una morada de
Dios, y de todo lo que me des, te daré el diezmo.

Jacob y Raquel

29 1-2 Jacob continuó su viaje hacia el país de los orientales. En
campo abierto vio un pozo y tres rebaños de ovejas tumbadas cerca,
pues los rebaños solían abrevar del pozo; la piedra que tapaba el
3 pozo era grande, tanto que sólo cuando se reunían allí todos los
pastores corrían la piedra de la boca del pozo, abrevaban los reba-
ños y volvían a tapar el pozo poniendo la piedra en su sitio.
4 Jacob les dijo:
—Hermanos, ¿de dónde sois?
Respondieron:
—Somos de Jarán.
5 Les preguntó:
—¿Conocéis a Labán, hijo de Najor?
Contestaron:
—Sí.
6 Les dijo:
—¿Qué tal está?
Contestaron:
—Está bien; mira, su hija Raquel llega con el rebaño.
7 El les dijo:
—Todavía es pleno día y no es aún tiempo de reunir los reba-
ños; abrevad las ovejas y dejadlas pastar.
8 Contestaron:
—No podemos hasta que se reúnan todos los pastores; entonces
movemos la piedra, destapamos el pozo y abrevamos las ovejas.
9 Todavía estaba hablando, cuando llegó Raquel con las ovejas de
10 su padre, pues era pastora. Cuando Jacob vio a Raquel, hija de
Labán, su tío, se acercó, corrió la piedra de la boca del pozo y
11 abrevó las ovejas de Labán, su tío; después besó a Raquel y rompió
12 a llorar. Jacob explicó a Raquel que era pariente de su padre, hijo
de Rebeca.
13 Ella corrió a contárselo a su padre. Cuando Labán oyó las noti-
cias de Jacob, hijo de su hermana, salió corriendo a su encuentro,
lo abrazó, lo besó y lo llevó a su casa. Allí él contó a Labán todo lo
sucedido.
14 Labán le dijo:
—Eres de mi carne y sangre.
Jacob se quedó con él un mes.

Boda de Jacob: Raquel y Lía

15 Labán dijo a Jacob:
—El que seas pariente mío no es razón para que me sirvas de
balde; dime qué salario pides.

16 Labán tenía dos hijas: la mayor se llamaba Lía, la menor se
17 llamaba Raquel. Lía tenía ojos apagados, Raquel era guapa y de
18 buen tipo. Jacob se había enamorado de Raquel, y dijo:
—Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor.
19 Labán respondió:
—Mejor es dártela a ti que dársela a un cualquiera. Quédate
conmigo.
20 Jacob sirvió por Raquel siete años, y estaba tan enamorado que
21 los años se le hicieron pocos días. Jacob dijo a Labán:
—Se ha cumplido el plazo, dame mi mujer para que viva con ella.
22 Labán reunió a todos los hombres del lugar y les ofreció un ban-
23 quete. Por la noche tomó a Lía, su hija, y se la llevó, y Jacob dur-
24 mió con ella. (Labán entregó su criada Zilpa a su hija Lía como
25 criada). A la mañana siguiente, descubrió Jacob que era Lía, y pro-
testó a Labán:
—¿Qué es lo que me has hecho? ¿No te he servido por Raquel?
¿Por qué me has engañado?
26 Replicó Labán:
—No es costumbre en este lugar dar la más pequeña antes que
27 la mayor. Termina esta semana y te daré también la otra a cambio
de que me sirvas otros siete años.
28 Jacob aceptó, y terminó aquella semana, y Labán le dio por mu-
29 jer a Raquel, su hija. (Labán entregó su criada Bilha a su hija Raquel
30 como criada). Vivió también con Raquel y amó a Raquel más que
a Lía, y se quedó a su servicio otros siete años.

Hijos de Jacob

31 El Señor, viendo que Lía no era correspondida, la hizo fecunda,
32 mientras Raquel seguía estéril. Lía concibió, dio a luz un hijo y lo
llamó Rubén, diciendo:
—El Señor ha visto mi aflicción [a]; ahora me querrá mi marido.
33 Volvió a concebir, dio a luz un hijo, y exclamó:
—El Señor ha oído [b] que no era correspondida y me ha dado este
otro.
34 Y le llamó Simeón. Volvió a concebir, dio a luz otro hijo, y dijo:
—Esta vez mi marido se sentirá ligado [c] a mí, pues le he dado
tres hijos.
35 Y le llamó Leví. Volvió a concebir, dio a luz otro hijo, y exclamó:
—Esta vez doy gracias [d] al Señor.
Por eso lo llamó Judá. Y dejó de tener hijos.

30 Vio Raquel que no daba hijos a Jacob, y envidiosa de su herma-
na, dijo a Jacob:
—O me das hijos o me muero.
2 Jacob se enfadó con Raquel, y le dijo:
—¿Soy yo Dios para negarte los hijos del vientre?
3 Ella replicó:
—Ahí tienes a mi sierva Bilha: únete a ella, para que dé a luz en
mi regazo; así tendré hijos por ella.

a = Raʾá beʿonyí. *b* = šamaʿ. *c* = yillawé. *d* = ʾode.

4-5 Y le dio a su sierva Bilha por mujer. Y Jacob se unió a ella. Bilha
concibió y dio un hijo a Jacob.
6 Raquel dijo:
—Dios me ha hecho justicia [a], ha escuchado mi voz y me ha dado
un hijo.
Por eso lo llamó Dan.
7 Volvió a concebir Bilha, la sierva de Raquel, y dio otro hijo a
Jacob.
8 Raquel dijo:
—Dios me ha hecho competir [b] con mi hermana y la he podido.
Y lo llamó Neftalí.
9 Viendo Lía que había cesado de dar a luz, tomó a su sierva Zilpa
10 y se la dio a Jacob por mujer. Zilpa, sierva de Lía, dio un hijo a
Jacob.
11 Dijo Lía:
—¡Qué suerte [c]!
Y lo llamó Gad.
12 Zilpa, sierva de Lía, dio un segundo hijo a Jacob.
13 Y Lía dijo:
—¡Qué felicidad [d]! Las mujeres me felicitarán.
Y lo llamó Aser.
14 Un día, durante la siega del trigo, Rubén salió al campo y encon-
tró unas mandrágoras y se las trajo a Lía, su madre.
Raquel dijo a Lía:
—Dame algunas mandrágoras de tu hijo.
15 Lía respondió:
—¿Te parece poco quitarme mi marido, que quieres quitarme
también las mandrágoras de mi hijo?
Raquel respondió:
—Que duerma contigo esta noche a cambio de las mandrágoras
de tu hijo.
16 Cuando Jacob volvía del campo, por la tarde, le salió Lía al en-
cuentro y le dijo:
—Dormirás conmigo, pues he pagado por ti con las mandrágoras
de mi hijo.
17 Y él se acostó con ella aquella noche. Dios escuchó a Lía, y ella
18 concibió y dio a Jacob otro hijo, el quinto, y ella dijo:
—Dios me ha pagado el haberle yo dado mi sierva a mi marido.
Y llamó al niño Isacar.
19-0 Volvió a concebir Lía, y dio a luz otro hijo, el sexto, y dijo:
—Dios me ha hecho un gran regalo; ahora ya dominaré [e] a mi
marido, pues le he dado seis hijos.
Y lo llamó Zabulón.
21 Después dio a luz una niña, y la llamó Dina.
22-3 Dios se acordó de Raquel, la escuchó y la hizo fecunda; ella
concibió y dio a luz un hijo, y dijo:
—Dios ha retirado mi afrenta.
24 Y llamó al niño José, diciendo:
—El Señor me dé [f] otro.

a = dan. *b* = niptalti. *c* = gad. *d* = ʾošer. *e* = yibeleni. *f* = yosep.

Jacob y Labán

25 Cuando Raquel dio a luz a José, Jacob dijo a Labán:
26 —Déjanos marchar a nuestro lugar y nuestro país; dame las mu-
jeres por las que te he servido y los hijos, y me marcharé, pues tú
sabes lo mucho que te he servido.
27 Labán le respondió:
—Escucha, por favor: he sabido por un oráculo que el Señor me
28 ha bendecido por tu causa; señala tu salario y te lo pagaré.
29 Le contestó:
—Sabes cuánto te he servido y cómo le ha ido conmigo a tu ga-
30 nado. Lo poco que tenías antes ha crecido inmensamente, porque
el Señor te ha bendecido por mi causa; es hora de que haga algo
también por mi familia.
31 Le preguntó:
—¿Cuánto quieres que te dé?
Respondió Jacob:
—No me des nada, sólo haz lo siguiente: yo volveré a pastorear
32 y guardar el rebaño; pasa hoy por todo el rebaño y aparta todas las
ovejas oscuras y todos los cabritos manchados: ése será mi salario.
33 Y así mañana, cuando llegue el momento de pagarme, mi honradez
quedará en claro; si encuentras en mi rebaño algún cabrito no man-
chado o alguna cordera no oscura, es que los he robado.
34 Dijo Labán:
—Está bien, como tú dices.
35 Pero el mismo día apartó todos los cabritos rayados o manchados
y todas las cabras manchadas o con manchas blancas y todas las
36 corderas oscuras, y se las confió a sus hijos. Y se alejó de Jacob a
una distancia de tres jornadas, mientras Jacob pastoreaba el resto
del rebaño.
37 Jacob tomó varas frescas de chopo, almendro y plátano, peló en
38 ellas tiras blancas, descubriendo lo blanco de las varas, y colocó las
varas peladas en los abrevaderos frente al ganado, donde las ovejas
solían beber agua, para que los machos las cubriesen cuando venían
39 a beber. En efecto, las cubrían frente a las varas, y las cabras parían
crías rayadas o manchadas.
40 Jacob apartó las ovejas y las apareó con machos oscuros o raya-
dos, y mantuvo separado su rebaño sin mezclarlo con el de Labán.
41 Cuando los animales más fuertes cubrían, colocaba las varas frente
al ganado en el abrevadero, para que cubrieran frente a las varas.
42 Cuando los animales eran flojos, no lo hacía. Y así se fue quedando
43 Labán con los flojos y Jacob con los fuertes. De este modo se enri-
queció muchísimo; tenía muchos rebaños, siervos y siervas, came-
llos y asnos.

Huida de Jacob

31 Jacob oyó que los hijos de Labán decían:
—Jacob se ha llevado toda la propiedad de nuestro padre y se
ha enriquecido a costa de nuestro padre.
2 Jacob tuvo miedo de Labán, porque ya no lo trataba como antes.

3 El Señor dijo a Jacob:
—Vuelve a la tierra de tu padre, tu tierra nativa, y allí estaré
contigo.
4 Entonces Jacob hizo llamar a Raquel y Lía para que vinieran al
5 campo de los rebaños, y les dijo:
—He observado el ademán de vuestro padre, ya no me trata
6 como antes; pero el Dios de mis padres está conmigo. Vosotras sa-
7 béis que he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas; pero
vuestro padre me ha defraudado cambiándome diez veces el salario,
8 aunque Dios no le ha permitido perjudicarme. Pues cuando decía:
«Tu salario serán los animales manchados», todo el rebaño paría
crías manchadas; cuando decía: «Tu salario serán los animales raya-
9 dos», todo el rebaño paría crías rayadas. Dios le ha quitado el re-
10 baño a vuestro padre y me lo ha dado a mí. Una vez, durante el
celo, vi en sueños que todos los machos que cubrían eran rayados
11 o manchados. El ángel de Dios me llamó en sueños: «Jacob»; yo
12 contesté: «Aquí estoy». El me dijo: «Alza la vista y fíjate; todos
los animales que cubren son rayados o manchados; he visto lo que
13 Labán está haciendo contigo. Yo soy el Dios de Betel, donde ungis-
te una estela y me hiciste un voto. Ahora levántate, sal de esta
tierra y vuelve a tu tierra nativa».
14 Raquel y Lía contestaron:
15 —¿Nos queda algo que heredar en nuestra casa paterna? Nos
trata como extranjeras después de vendernos y de comerse nuestro
16 precio. Toda la riqueza que Dios le ha quitado a nuestro padre
nuestra era y de nuestros hijos. Por tanto, haz todo lo que Dios te
manda.
17 Jacob se levantó, puso a los hijos y a las mujeres en los camellos,
18 y guiando todo el ganado y todas las posesiones que había adquiri-
do en Padán Aram, se encaminó a la casa de su padre, Isaac, en
tierra de Canaán.

Persecución y encuentro

19 Mientras Labán había salido a esquilar el rebaño, Raquel le robó
20 los amuletos a su padre. Jacob había disimulado con Labán, el
21 arameo, sin darle a entender que se escapaba. Así huyó él con todo
lo suyo, y cruzó el río y se encaminó hacia la montaña de Galaad.
22 Al tercer día informaron a Labán de que Jacob se había escapado.
23 El reunió gente y salió en su persecución. A los siete días de mar-
24 cha le dio alcance en la sierra de Galaad. Pero aquella noche Dios
se le apareció en sueños a Labán, el arameo, y le dijo:
—¡Cuidado con meterte con Jacob para bien o para mal!
25 Labán se acercó a Jacob; éste había plantado la tienda en una
26 altura y Labán la plantó en la montaña de Galaad. Labán dijo a
Jacob:
—¿Qué has hecho? ¿Por qué has disimulado conmigo y te has
27 llevado mis hijas como cautivas de guerra? ¿Por qué has huido a
escondidas sin decirme nada? Yo te habría despedido con festejos,
28 con cantos, cítaras y panderetas. Ni siquiera me dejaste besar a mis
29 hijas y nietos. ¡Qué imprudente has sido! Podría haceros daño, pero

el Dios de tu padre acaba de decirme: «¡Cuidado con meterte con
30 Jacob para bien o para mal!». Si te has marchado por nostalgia de la
casa paterna, ¿por qué me has robado mis dioses?
31 Jacob respondió a Labán:
32 —Tenía miedo pensando que me ibas a arrebatar tus hijas. Pero
aquel a quien le encuentres tus dioses no quedará con vida. En presencia de mi gente, si descubres aquí algo tuyo, tómalo.
(Jacob no sabía que era Raquel quien se los había robado).
33 Salió, pues, Labán de la tienda de Lía y entró en la de Raquel
34 y en la de las dos siervas, y no encontró nada. Raquel cogió los
amuletos, los escondió bajo la montura de un camello y se sentó
35 encima, y Labán revolvió toda la tienda sin encontrar nada. Ella
dijo a su padre:
—No te enfades, señor, si no puedo levantarme; es que me ha venido la cosa de las mujeres.
Y él, por más que buscó, no encontró los amuletos.
36 Jacob, irritado contra Labán, se puso a discutir con él:
37 —¿Cuál es mi crimen o mi pecado para que me acoses? Has revuelto todo mi ajuar; si has encontrado algo de tu ajuar, ponlo aquí
38 delante de mi gente, y ellos nos juzgarán a los dos. Veinte años he
pasado contigo: tus ovejas y cabras no han abortado y no he comido
39 do los carneros de tu rebaño; lo que las fieras despedazaban, no te
lo traía a ti, sino que lo compensaba con lo mío; me exigías cuentas
40 de lo robado de día y de noche; de día me consumía el calor y de
41 noche el frío, y no conciliaba el sueño. De estos veinte años que he
pasado en tu casa, te he servido catorce años por tus dos hijas y
seis por tu ganado, y tú me has cambiado el salario diez veces.
42 Si el Dios de mi padre, el Dios de Abrahán y el Terrible de Isaac
no hubiera estado conmigo, me habrías despedido con las manos
vacías; pero Dios se fijó en mi aflicción y mi fatiga y me ha hecho
justicia anoche.
43 Labán respondió a Jacob:
—Mías son las hijas, míos son los nietos, mío el rebaño y todo
lo que ves es mío. ¿Qué puedo hacer hoy por estas hijas mías y por
44 los nietos que ellas han dado a luz? Vamos a hacer una alianza tú
y yo que sirva de garantía a los dos.

Alianza de Labán y Jacob

45-6 Jacob entonces tomó una piedra y la erigió como estela, y dijo a su gente:
—Recoged piedras.
Ellos las recogieron, hicieron un majano y comieron junto a él.
47-8 Labán lo llamó Yegar Sahduta y Jacob lo llamó Galaad. Labán dijo:
—Este majano [a] es hoy nuestro testigo [b].
49 Y por eso lo llamó Galaad; también lo llamó Atalaya, diciendo:
50 —El Señor nos vigilará a los dos cuando nos separemos. Si maltratas a mis hijas o tomas otras mujeres, aunque nadie lo vea, Dios será nuestro testigo.

a = Gal. *b* = ʿed.

51 Y añadió:
—Mira este majano y esta estela que he erigido entre los dos.
52 Testigo sea este majano y testigo esta estela de que yo no los traspasaré para entrar en tu territorio y de que tú no traspasarás este majano ni esta estela para entrar en mi territorio en actitud hostil.
53 El Dios de Abrahán y el Dios de Najor (Dios de sus padres) será nuestro juez.
54 Y Jacob juró por el Terrible de Isaac, su padre. Después ofreció un sacrificio en la montaña, invitó a su gente a comer, comieron y pasaron la noche en el monte.

Jacob vuelve hacia Palestina

32 Labán se levantó de mañana, besó a sus nietos y a sus hijas, los bendijo y se volvió a su lugar.
2 Jacob siguió su camino y se encontró con unos mensajeros de
3 Dios, y al verlos dijo:
—Es el campamento de Dios.
Y llamó a aquel lugar Los Castros.
4 Jacob envió por delante mensajeros a Esaú, su hermano, al país
5 de Seír, al campo de Edom, y les encargó:
—Así diréis a mi señor Esaú: «Esto dice tu siervo Jacob: He
6 vivido con Labán y he estado con él hasta ahora; tengo vacas, asnos,
ovejas, siervos y siervas; envío este mensaje a mi señor para alcanzar su favor».
7 Los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo:
—Nos acercamos a tu hermano Esaú, y él salió a nuestro encuentro con cuatrocientos hombres.
8 Jacob se llenó de miedo y angustia, y dividió en dos campamen-
9 tos su gente, sus posesiones, ovejas, vacas y camellos, calculando:
«Si Esaú ataca un campamento y lo destroza, se salvará el otro».
10 Y rezó: «Dios de mi padre Abrahán, Dios de mi padre Isaac, Señor
que me dijiste: Vuelve a tu tierra nativa, que allí te daré bienes,
11 no merezco los favores ni la lealtad con que has tratado a tu siervo,
pues con un bastón pasé este Jordán y ahora llevo dos caravanas;
12 líbrame del poder de mi hermano Esaú, pues temo que venga y
13 mate a las madres con los hijos. Tú me dijiste: Te daré bienes, haré
tu descendencia como la arena innumerable de la playa».
14 Y pasó allí la noche. Luego, de lo que tenía a mano, escogió re-
15 galos para su hermano Esaú: doscientas cabras y veinte cabritos,
16 doscientas ovejas y veinte carneros, treinta camellas de leche con
sus crías, cuarenta vacas y diez novillos, veinte borricas y diez asnos.
17 Y se los confió a sus criados en rebaños aparte, y les encargó:
—Id por delante, dejando un trecho entre cada rebaño.
18 Y dio instrucciones al primero:
—Cuando te encuentre mi hermano Esaú y te pregunte: ¿De
19 quién eres, adónde vas, para quién es eso que llevas?, responderás:
Es de tu siervo Jacob, un regalo que envía a su señor Esaú; él viene
detrás.
20 Lo mismo encargó al segundo y al tercero y a todos los que guiaban los rebaños:

21 —Esto diréis a Esaú cuando lo encontréis, y añadiréis: Mira,
también tu siervo Jacob viene detrás de nosotros.
Pues se decía: «Me lo ganaré con los regalos que van por delan-
te. Después me presentaré a él; quizá me reciba bien».
22 Los regalos pasaron delante; él se quedó aquella noche en el cam-
23 pamento. Todavía de noche, se levantó, tomó a las dos mujeres, las
24 dos siervas y los once hijos y cruzó el vado de Yaboc; pasó con ellos
25 el torrente e hizo pasar a sus posesiones. Y él se quedó solo.

Visión en Penuel: Jacob lucha con Dios

26 Un hombre peleó con él hasta la aurora, y viendo que no le po-
día, le tocó la articulación del muslo y se la dejó tiesa mientras
peleaba con él.
27 Dijo:
—Suéltame, que llega la aurora.
Respondió:
—No te soltaré hasta que me bendigas.
28 Y le preguntó:
—¿Cómo te llamas?
Contestó:
—Jacob.
29 Le replicó:
—Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado [a] con
dioses y con hombres y has podido.
30 Jacob, a su vez, preguntó:
—Dime tu nombre.
Respondió:
—¿Por qué me preguntas mi nombre?
Y le bendijo.
31 Jacob llamó aquel lugar Penuel, diciendo:
—He visto a Dios cara a cara [b] y he quedado vivo.
32-3 Mientras atravesaba Penuel salía el sol, y él iba cojeando. Por
eso los israelitas, hasta hoy, no comen el tendón de la articulación
del muslo, porque Jacob fue herido en dicho tendón del muslo.

Encuentro de Jacob con Esaú

33 Alzó Jacob la vista y vio a Esaú que se acercaba con sus cuatro-
cientos hombres; repartió sus hijos entre Lía, Raquel y las dos cria-
2 das; puso delante a las criadas con sus hijos, detrás a Lía con los
3 suyos y finalmente a Raquel con José. El se adelantó y se fue pos-
trando en tierra siete veces hasta alcanzar a su hermano.
4 Esaú corrió a recibirlo, lo abrazó, se le echó al cuello y lo besó,
5 llorando. Después, alzando la vista, vio a las mujeres y a los hijos,
y preguntó:
—¿Quiénes son éstos?

a = śará. *b* = panim.

Respondió:
—Son los hijos que Dios ha regalado a tu siervo.
6-7 Se acercaron las criadas con sus hijos y se postraron, después se
acercó Lía con los suyos y se postraron, finalmente se acercó José
con Raquel y se postraron.
8 Volvió a preguntar:
—Y ¿qué significa toda esta caravana que he ido encontrando?
Contestó:
—Es para alcanzar el favor de mi señor.
9 Replicó Esaú:
—Yo tengo bastante, hermano mío; quédate con lo tuyo.
10 Jacob insistió:
—De ninguna manera; si he alcanzado tu favor, acepta estos do-
nes de mi mano, pues he visto tu rostro benévolo y ha sido como
11 ver el rostro de Dios. Acepta estos dones que te he traído, pues me
los ha regalado Dios y son todos míos.
12 Y como insistía, Esaú aceptó. Después propuso:
—Vamos a ponernos en marcha, y yo iré a tu lado.
13 Respondió Jacob:
—Mi señor sabe que los niños son débiles, que las ovejas y vacas
están criando, y si les hago caminar una jornada, se me morirá todo
14 el rebaño; pase mi señor delante de su siervo, y yo seguiré despa-
cio, al paso de los niños y al paso de la caravana que va delante;
alcanzaré a mi señor en Seír.
15 Esaú dijo:
—Te daré alguno de mis hombres como escolta.
Jacob rehusó:
—¿Para qué, si he alcanzado el favor de mi señor?
16 Aquel día Esaú prosiguió su marcha hacia Seír.
17 Jacob marchó a Sucot, donde se construyó una casa e hizo esta-
blos para el ganado; por eso el lugar se llama Sucot.

Llegada a Canaán

18 Jacob llegó sano y salvo a Siquén, en tierra de Canaán, prove-
19 niente de Padán Aram, y acampó fuera, frente a la ciudad. Y el
terreno donde plantó las tiendas se lo compró a los hijos de Jamor,
20 antepasado de Siquén, por cien monedas. Allí levantó un altar y lo
dedicó al Dios de Israel.

Dina en Siquén

34 Un día salió Dina, hija de Lía y de Jacob, a ver las mujeres del
2 país. La vio Siquén, hijo de Jamor, el heveo, príncipe del país; la
3 agarró, se acostó con ella y la violó. Atraído por Dina, hija de Ja-
cob, y enamorado de la muchacha, trató de ganársela.
4 Siquén habló a su padre, Jamor:
—Consígueme esa muchacha por mujer.
5 Jacob oyó que su hija Dina había sido infamada; pero como sus

hijos estaban en el campo con el ganado, esperó en silencio a que
volvieran.
6 Jamor, padre de Siquén, salió a visitar a Jacob para hablar con él.
7 Los hijos de Jacob volvían del campo cuando oyeron la noticia, y
se enfurecieron terriblemente, pues era una ofensa a Israel haberse
acostado con la hija de Jacob, cosa que no se hace.
8 Jamor habló con ellos:
—Mi hijo Siquén se ha enamorado de vuestra hija, dádsela por
9 mujer y emparentaremos; nos daréis vuestras hijas y tomaréis las
10 nuestras y viviréis con nosotros. La tierra está a vuestra disposición:
habitad en ella, comerciad y adquirid propiedades.
11 Siquén dijo al padre y a los hermanos de la chica:
12 —Hacedme este favor, que os daré lo que me pidáis; poned un
precio alto por la novia, y os daré lo que me pidáis, con tal de que
me la deis en matrimonio.
13 Los hijos de Jacob respondieron a Siquén y a su padre, Jamor,
con falsedad, porque Dina, su hermana, había sido infamada:
14 —No podemos hacer lo que decís, dando nuestra hermana a un
15 hombre no circuncidado, pues es una afrenta para nosotros. Os la
concedemos con esta condición: que seáis como nosotros, circunci-
16 dando a todos los varones; entonces os daremos nuestras hijas y
tomaremos las vuestras, habitaremos entre vosotros y seremos un
17 solo pueblo. Pero si no aceptáis circuncidaros, nos llevaremos a
nuestra hermana.
18-9 Pareció bien la propuesta a Jamor y a su hijo Siquén, y no tardó
el muchacho en ejecutarlo, porque quería a la hija de Jacob y él
20 era el más poderoso en casa de su padre. Fue, pues, Jamor y su hijo
Siquén al concejo de la ciudad y habló a toda la población:
21 —Esta es gente pacífica; que habiten en nuestra tierra, entre nos-
otros, comerciando en ella, pues la tierra es espaciosa. Tomaremos
22 sus hijas por mujeres, les daremos las nuestras. Pero han puesto esta
condición para vivir entre nosotros y ser un solo pueblo: que cir-
23 cuncidemos a todos los varones, como hacen ellos. Sus ganados y
posesiones y animales serán nuestros; aceptemos y habitarán entre
nosotros.
24 La gente del concejo aceptó la propuesta de Jamor y de su hijo
Siquén y circuncidaron a todos los varones en edad de concejo.
25 Al tercer día, cuando estaban convaleciendo, los dos hijos de Ja-
cob y hermanos de Dina, Simeón y Leví, agarraron el puñal, entra-
26 ron en la ciudad confiada, mataron a todos los varones y pasaron
a espada a Jamor y a su hijo Siquén; sacaron a Dina de casa de
27 Siquén y salieron. Los otros hijos de Jacob entraron y encontraron
la matanza y saquearon la ciudad que había infamado a su hermana:
28 ovejas, vacas, asnos, todo lo que había en la ciudad y en el campo
29 se lo llevaron, todas las riquezas, los niños y las mujeres como cau-
tivos y cuanto había en las casas.
30 Jacob dijo a Simeón y Leví:
—Me habéis arruinado, haciéndome odioso a los habitantes del
país, cananeos y fereceos. Somos pocos; si se reúnen y nos atacan,
me matarán y acabarán conmigo y con mi familia.
31 Ellos respondieron:
—¿Y a nuestra hermana la iban a tratar como a una prostituta?

Jacob vuelve a Betel

35 Dios dijo a Jacob:
—Anda, sube a Betel, haz allí un altar al Dios que se te apareció
cuando huías de tu hermano Esaú.
2 Jacob dijo a toda su familia y a toda su gente:
—Retirad los dioses extranjeros que tengáis, purificaos y cambiad
3 de ropa; vamos a subir a Betel, donde haré un altar al Dios que me
escuchó en el peligro y me acompañó en mi viaje.
4 Ellos entregaron a Jacob los dioses extranjeros que tenían y los
pendientes que llevaban. Jacob los enterró bajo la encina que hay
5 junto a Siquén. Durante su marcha caía el terror de Dios sobre las
ciudades de la comarca y no persiguieron a los hijos de Jacob.
6 Jacob, con toda su gente, llegó a Almendral, en tierra de Canaán,
7 que hoy es Betel; levantó allí un altar y llamó al lugar Betel, porque
allí se le había revelado Dios, mientras huía de su hermano.
8 Débora, nodriza de Rebeca, murió y la enterraron junto a Betel,
bajo la encina, a la que llamaron Encina del llanto.
9 Al volver de Padán Aram, Dios se le apareció de nuevo a Jacob,
10 y lo bendijo:
—Tu nombre es Jacob, pero ya no será Jacob; tu nombre será
Israel.
Y le puso por nombre Israel.
11 Dios añadió:
—Yo soy Dios Todopoderoso, crece, multiplícate: un pueblo, un
12 grupo de pueblos nacerá de ti y saldrán reyes de tus entrañas. La
tierra que di a Abrahán y a Isaac te la doy a ti, y a tus descendien-
tes les daré esa misma tierra.
13-4 Dios se separó del lugar donde había hablado con él. Jacob eri-
gió una estela de piedra en el lugar donde había hablado con Dios,
15 derramó sobre ella una libación y la ungió con aceite. Y al lugar
donde había hablado con Dios lo llamó Betel.

Muere Raquel

16 Después se marchó de Betel, y cuando faltaba un buen trecho
17 para llegar a Efrata, Raquel sintió los dolores del parto; y cuando
le apretaban los dolores, la comadrona le dijo:
—No tengas miedo, que tienes un niño.
18 Estando para expirar, lo llamó Hijo Siniestro, y su padre lo llamó
Hijo Diestro [a].
19 Murió Raquel y la enterraron en el camino de Efrata, hoy Belén,
20 y Jacob erigió una estela sobre el sepulcro, que es hasta hoy la es-
tela del sepulcro de Raquel.
21 Israel se marchó de allí y acampó al otro lado de Torre del
Rebaño.

a = Benjamín

Muerte de Isaac

22 Mientras vivía Israel en aquella tierra, Rubén fue y se acostó con
Bilha, concubina de su padre; Israel se enteró (y se disgustó
mucho).
23 Los hijos de Jacob fueron doce. Hijos de Lía: Rubén, primogé-
24 nito de Jacob, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón. Hijos de Ra-
25 quel: José y Benjamín. Hijos de Bilha, la sierva de Raquel: Dan
26 y Neftalí. Hijos de Zilpa, la sierva de Lía: Gad y Aser. Estos son
los hijos de Jacob nacidos en Padán Aram.
27 Jacob volvió a casa de Isaac, su padre, a Mambré, en Villa
28 Arba, hoy Hebrón, donde habían residido Abrahán e Isaac. Isaac
29 vivió ciento ochenta años; expiró, murió y se reunió con los suyos,
anciano y colmado de años, y lo enterraron Esaú y Jacob, sus hijos.

36 Descendientes de Esaú, es decir, Edom [a]:
2 Esaú tomó mujeres cananeas: Adá, hija de Elón, el hitita; Ohli-
3 bamá, hija de Aná, hijo de Sibeón, el heveo, y Basemat, hija de
4 Ismael y hermana de Nebayot. Adá dio a Esaú Elifaz; Basemat a
5 Regüel, y Ohlibamá a Yeús, Yalán y Córaj. Hasta aquí los hijos de
Esaú nacidos en el país de Canaán.
6 Esaú tomó sus mujeres, hijos e hijas, sus criados, su ganado, ani-
males y cuanto había adquirido en el país de Canaán y se dirigió a
7 Seír, lejos de su hermano Jacob, pues tenían demasiadas posesiones
para vivir juntos y la tierra donde residían no podía mantenerlos
8 a ellos con sus ganados. Esaú habitó en la montaña de Seír. (Esaú
equivale a Edom).
9 Descendientes de Esaú, padre de los edomitas, en la montaña de
10 Seír. Lista de los hijos de Esaú: Elifaz, hijo de Adá, mujer de Esaú;
11 Regüel, hijo de Basemat, mujer de Esaú. Hijos de Elifaz: Temán,
12 Omar, Sefó, Gatán y Quenaz. Elifaz, hijo de Esaú, tenía una con-
cubina llamada Timná, que le dio a Amalec. Estos últimos son los
13 descendientes de Adá, mujer de Esaú. Hijos de Regüel: Nájat, Zé-
raj, Samá y Mizá. Estos son los hijos de Basemat, mujer de Esaú.
14 Hijos de Ohlibamá, hija de Aná, hijo de Sibeón, mujer de Esaú:
Yeús, Yalán y Córaj.
15 Jefes de los hijos de Esaú: Hijos de Elifaz, primogénito de Esaú:
16 los jefes de Temán, Omar, Sefó, Quenaz, Córaj, Gatán y Amalec.
Estos son los jefes de Elifaz, en tierra de Edom, descendientes de
17 Adá. Los siguientes son los hijos de Regüel, hijo de Esaú: jefes de
Nájat, Zéraj, Samá y Mizá. Estos son los jefes de Regüel en el país
18 de Edom: descendientes de Basemat, mujer de Esaú. Los siguientes
son los hijos de Ohlibamá, mujer de Esaú: jefes de Yeús, Yalán y
19 Córaj. Estos son los jefes de Ohlibamá, hija de Aná, mujer de Esaú.
20 Hasta aquí los hijos y los jefes de Esaú, es decir, de Edom. Hijos
de Seír, el hurrita, habitantes del país: Lotán, Sobal, Sibeón, Aná,
21 Disón, Eser y Disán. Estos son los jefes hurritas de los hijos de Seír
22 en tierra de Edom. Hijos de Lotán: Horí y Hemán; hermana de
23 Lotán: Timná. Hijos de Sobal: Albán, Manájat, Ebal, Sefí y Onán.
24 Hijos de Sibeón: Ayá y Aná. Este Aná es el que encontró agua en

a 1 Cr 1,35-54.

25 el desierto cuando pastoreaba los asnos de su padre Sibeón. Hijos
26 de Aná: Disón y Ohlibamá, hija de Aná. Hijos de Disón: Jamrán,
27 Esbán, Yitrán y Querán. Hijos de Eser: Bilhán, Zaván y Acán.
28 Hijos de Disán: Us y Arán.
29-0 Jefes de Horí: jefes de Lotán, Sobal, Sibeón, Aná, Disón, Eser
y Disán. Hasta aquí los jefes de Horí en tierra de Seír.
31 Reyes que reinaron en tierra de Edom antes que los israelitas
32 tuvieran rey: En Edom fue rey Bela, hijo de Beor; su ciudad se
33 llamaba Dinhaba. Murió Bela y le sucedió en el trono Yobab, hijo
34 de Zéraj, natural de Bosra. Murió Yobab y le sucedió en el trono
35 Jusán, natural de Temán. Murió Jusán y le sucedió en el trono
Hadad, hijo de Badad, el que derrotó a Madián en el campo de
36 Moab; su ciudad se llamaba Avit. Murió Hadad y le sucedió en el
37 trono Samlá, natural de Masreca. Murió Samlá y le sucedió en el
38 trono Saúl, natural de Plaza del Río. Murió Saúl y le sucedió en
39 el trono Baal Janán, hijo de Acbor. Murió Baal Janán, hijo de
Acbor, y le sucedió en el trono Hadar; su ciudad se llamaba Pau
y su mujer Mehetabel, hija de Matred, hijo de Mezahab.
40 Jeques de Esaú por grupos, localidades y nombres: Timná, Alvá,
41-3 Yátet, Ohlibamá, Elá, Finón, Quenazí, Temán, Mibsar, Magdiel e
Irán. Hasta aquí los jeques de Edom, según los países propios en
que habitan. (Esaú es el padre de los edomitas).

CICLO DE JOSE

Introducción

Con la muerte de Isaac pasa Jacob a segundo plano, dejando el escenario a sus hijos, salvo breves apariciones. Entre ellos destaca en seguida como protagonista José, el primer hijo de Raquel. El llena la historia prácticamente hasta el Exodo, salvo la interrupción de Tamar y las bendiciones de Jacob (caps. 38 y 49).

La narración sobre José es algo nuevo en el Génesis: es la más amplia y la mejor compuesta, con mayor variedad de personajes y situaciones que demuestran una singular maestría en el arte de narrar. El personaje principal reúne una serie de aspectos en una figura ideal, humanamente ejemplar. El escenario tiene un razonable color local que muestra conocimiento de primera o segunda mano de las costumbres egipcias.

El tono de la narración también es nuevo: más tranquilo, más «lírico», humanismo más consciente, más «civilizado». Muchos de los motivos literarios entretejidos en la narración son comunes a otras culturas: la seductora despreciada que se venga, el hermano menor que se impone, el sueño que se cumple, el inocente encarcelado que triunfa, etc. De aquí un cierto carácter internacional de la narración.

La intervención de Dios ha cambiado el método: no hay apariciones ni oráculos, no hay visiones ni altares. Los sueños que dirigen la acción no se definen como visiones de Dios. Y, sin embargo, Dios actúa en la historia: el protagonista es consciente (45,5.7; 50,20) y el autor reconoce la presencia y acción de un Dios escondido.

Es un modo nuevo, sapiencial, el que informa estas páginas. Ultimo anillo de la cadena patriarcal, pero fuera de la terna clásica. Y es el primer ejemplo del hebreo que llega a alto funcionario en la corte extranjera, modelo que reaparecerá en épocas y culturas posteriores.

Sueños de José

37 Jacob se estableció en la tierra donde había residido su padre,
2 en tierra de Canaán. Sigue la historia de Jacob.
José tenía diecisiete años y pastoreaba el rebaño con sus hermanos; ayudaba a los hijos de Bilha y Zilpa, mujeres de su padre, y un día trajo a su padre malos informes acerca de sus hermanos.
3 José era el preferido de Israel, porque le había nacido en la vejez,
4 y le hizo una túnica con mangas. Al ver sus hermanos que su padre
lo prefería a los demás, le cogieron rencor y le negaban el saludo.
5 Un día tuvo José un sueño y contó el sueño a sus hermanos y
6 ellos le cogieron más rencor. Dijo José a sus hermanos:
7 —Escuchad el sueño que he soñado: Estábamos atando gavillas en el campo; mi gavilla se levantaba y se tenía derecha y vuestras gavillas la rodeaban y se postraban ante ella.
8 Y sus hermanos le dijeron:
—¿Que vas a ser tú nuestro rey? ¿Acaso vas a sujetarnos a tu dominio?
Y cada vez lo aborrecían más a causa de los sueños que les con-
9 taba. Tuvo José otro sueño y se lo contó a sus hermanos:

—He tenido otro sueño: El sol y la luna y once estrellas se postraban ante mí.
10 Se lo contó a su padre y a sus hermanos, y su padre le reprendió:
—¿Qué sueño es ese que has soñado? ¿Es que yo, tu madre y tus hermanos vamos a postrarnos por tierra ante ti?
11 Sus hermanos le tenían envidia, pero su padre daba vueltas al
12 asunto. Sus hermanos trashumaron hacia Siquén con los rebaños
de su padre.
13 Israel dijo a José:
—Tus hermanos deben estar con los rebaños en Siquén; ven, que te voy a mandar donde están ellos.
José le contestó:
—Aquí me tienes.
14 Su padre le dijo:
—Ve a ver cómo están tus hermanos y el ganado, y tráeme noticias.
Y lo envió desde el valle de Hebrón, y José se fue hacia Siquén.
15 Un hombre lo encontró dando vueltas por el campo, y le preguntó:
—¿Qué buscas?
16 Contestó José:
—Busco a mis hermanos; por favor, dime dónde están pastoreando.
17 El hombre respondió:
—Se han marchado de aquí, y les he oído decir que iban hacia Dotán.
18 José fue tras sus hermanos, y los encontró en Dotán. Ellos lo
vieron desde lejos. Antes de que se acercara maquinaron su muerte.
19 Se decían unos a otros:
20 —Ahí viene el de los sueños. Vamos a matarlo y a echarlo en un aljibe; luego diremos que una fiera lo ha devorado; veremos en qué paran sus sueños.
21 Oyó esto Rubén, e intentando librarlo de sus manos, dijo:
—No le quitemos la vida.
22 Y añadió:
—No derraméis sangre; echadlo en este aljibe, aquí, en la estepa; pero no pongáis las manos en él.
Lo decía para librarlo de sus manos y devolverlo a su padre.

José vendido

23 Cuando llegó José al lugar donde estaban sus hermanos, lo suje-
24 taron, le quitaron la túnica con mangas, lo cogieron y lo echaron en
25 un aljibe vacío, sin agua. Y se sentaron a comer. Levantando la
vista vieron una caravana de ismaelitas que transportaban en ca-
26 mellos goma, bálsamo y resina de Galaad a Egipto. Judá propuso
a sus hermanos:
—¿Qué sacamos con matar a nuestro hermano y con echar tierra
27 sobre su sangre? Vamos a venderlo a los ismaelitas en vez de poner
nuestras manos en él, que al fin es hermano nuestro y carne nuestra.
28 Los hermanos aceptaron. Al pasar unos comerciantes madianitas

tiraron de su hermano, lo sacaron del aljibe y se lo vendieron a los
ismaelitas por veinte monedas. Estos se llevaron a José a Egipto.
29 Entre tanto, Rubén volvió al aljibe, y al ver que José no estaba
30 allí, se rasgó las vestiduras; volvió a sus hermanos y les dijo:
—El muchacho no está, ¿adónde voy yo ahora?
31 Ellos cogieron la túnica de José, degollaron un cabrito y empa-
32 pando en la sangre la túnica con mangas se la enviaron a su padre
con un recado: Esto hemos encontrado, mira a ver si es la túnica
33 de tu hijo o no. El, al reconocerla, dijo:
—Es la túnica de mi hijo; una fiera lo ha devorado, ha descuar-
tizado a José.
34 Jacob rasgó su manto, se ciñó un sayal e hizo luto por su hijo
35 muchos días. Todos sus hijos e hijas intentaron consolarlo, pero él
rehusó el consuelo, diciendo:
—De luto por mi hijo bajaré a la tumba.
Y su padre lo lloró.
36 Entre tanto, los madianitas lo vendieron en Egipto a Putifar,
ministro y jefe de la guardia del Faraón.

Judá y Tamar

38 Por aquel tiempo Judá se separó de sus hermanos y fue a vivir
con un tal Jira, adulamita.
2 Judá vio allí una mujer cananea llamada Súa, la tomó y vivió con
3-4 ella. Ella concibió y dio a luz un hijo y lo llamó Er; volvió a con-
5 cebir, dio a luz un hijo y lo llamó Onán; dio a luz otro hijo y lo
llamó Selá, estando en Cazib cuando lo dio a luz.
6 Judá le buscó mujer a Er, su primogénito; la mujer se llamaba
7 Tamar. Pero Er, el primogénito de Judá, no agradaba al Señor, y
el Señor lo hizo morir.
8 Entonces Judá dijo a Onán:
—Cásate con la viuda de tu hermano, según tu obligación de
cuñado, y procúrale descendencia a tu hermano.
9 Pero Onán, sabiendo que la descendencia no iba a ser suya,
cuando se llegaba a la viuda de su hermano derramaba por tierra
10 para no procurar descendencia a su hermano. Desagradó al Señor
lo que hacía y lo hizo morir también.
11 Entonces dijo Judá a Tamar, su nuera:
—Vive como viuda en casa de tu padre hasta que crezca mi hijo
Selá.
Lo decía pensando: «No vaya a morir él también como sus her-
manos».
Tamar fue y vivió en casa de su padre.
12 Pasó mucho tiempo, y murió Súa, la mujer de Judá. Cuando ter-
minó el duelo, Judá se dirigió a Timná con su socio Jirá, el adula-
mita, a esquilar el rebaño.
13 Le informaron a Tamar:
—Tu suegro sube a Timná a esquilar el rebaño.
14 Ella se quitó el traje de viuda, se cubrió con un velo, disfrazán-
dose, y se sentó junto a Dosfuentes, cerca del camino de Timná,
pues veía que Selá había crecido y no se lo daban en matrimonio.

15 La vio Judá y creyó que era una prostituta, pues llevaba cubierto
16 el rostro; se acercó a ella por el camino y le propuso:
—Anda, vamos a tu casa.
Pues no sabía que era su nuera.
Preguntó ella:
—¿Qué me vas a dar por acostarte conmigo?
17 El respondió:
—Te enviaré un cabrito del rebaño.
Ella replicó:
—Pero si me dejas algo en prenda hasta enviármelo.
18 Preguntó él:
—¿Qué prenda quieres?
Respondió ella:
—El anillo de sello, con la cinta y el bastón que llevas.
El se lo entregó, se llegó a ella y la dejó encinta.
19 Tamar se levantó, se quitó el velo y se vistió el traje de viuda.
20 Judá envió el cabrito por medio de su socio el adulamita para reti-
rar las prendas que había dejado a la mujer, pero éste no la encon-
21 tró. Preguntó a la gente del lugar:
—¿Dónde está la ramera que se ponía en Dosfuentes, junto al
camino?
Le contestaron:
—Aquí no hay ninguna ramera.
22 Entonces volvió a Judá y le informó:
—No la he encontrado, y la gente del lugar dice que allí no hay
ninguna ramera.
23 Judá replicó:
—Que se quede con ello; no se vayan a burlar de nosotros. Yo
le he enviado el cabrito y tú no la has encontrado.
24 Al tercer mes le informaron a Judá:
—Tamar, tu nuera, se ha prostituido, y fíjate, ha concebido un
hijo adulterino.
Judá dijo:
—Que la saquen y la quemen.
25 Cuando la sacaban ella envió un recado a su suegro:
—El dueño de estos objetos me ha dejado encinta. A ver si re-
conoces de quién son este anillo de sello, la cinta y el bastón.
26 Judá los reconoció, y dijo:
—Ella es inocente y yo no, pues no le di a mi hijo Selá.
Pero no volvió a unirse con ella.
27-8 Cuando llegó el parto, ella tenía gemelos; y cuando iba a dar a
luz, uno sacó una mano; la comadrona le ató a la muñeca una cinta
roja, diciendo:
—Este saldrá el primero.
29 Pero retiró la mano y salió su hermano.
La comadrona dijo:
—¡Buena brecha [a] te has abierto!
Y lo llamó Fares.
30 Después salió el hermano, con la cinta roja en la muñeca, y lo
llamó Zéraj.

a = pares.

José, mayordomo de Putifar

39 Cuando llevaron a José a Egipto, Putifar, un egipcio ministro y
mayordomo del Faraón, se lo compró a los ismaelitas que lo habían
traído.
2 El Señor estaba con José y le dio suerte, de modo que lo dejaron
3 en casa de su amo egipcio. Su amo, viendo que el Señor estaba con
4 él y que hacía prosperar todo lo que él emprendía, le tomó afecto
y lo puso a su servicio personal, poniéndolo al frente de su casa y
5 encomendándole todas sus cosas. Desde que lo puso al frente de la
casa y de todo lo suyo, el Señor bendijo la casa del egipcio en aten-
ción a José, y vino la bendición del Señor sobre todo lo que poseía,
6 en casa y en el campo. Putifar lo puso todo en manos de José, sin
preocuparse de otra cosa que del pan que comía. José era guapo y
de buen tipo.

Tentación, calumnia y cárcel

7 Pasado cierto tiempo, la mujer del amo puso los ojos en José y
le propuso:
—Acuéstate conmigo.
8 El rehusó, diciendo a la mujer del amo:
—Mira, mi amo no se ocupa de nada de casa, todo lo suyo lo ha
9 puesto en mis manos; no ejerce en casa más autoridad que yo, y no
se ha reservado nada sino a ti, que eres su mujer. ¿Cómo voy a
cometer yo semejante crimen pecando contra Dios?
10 Ella insistía un día y otro para que se acostase con ella o estu-
11 viese con ella, pero él no le hacía caso. Un día de tantos, entró él
en casa a despachar sus asuntos, y no estaba en casa ninguno de los
12 empleados; ella lo agarró por el traje y le dijo:
—Acuéstate conmigo.
13 Pero él soltó el traje en sus manos y salió afuera corriendo. Ella,
al ver que le había dejado el traje en la mano y había corrido afue-
14 ra, llamó a los criados y les dijo:
—Mirad, nos han traído un hebreo para que se aproveche de
nosotros; ha entrado en mi habitación para acostarse conmigo,
15 pero yo he gritado fuerte; al oír que yo levantaba la voz y gritaba,
soltó el traje junto a mí y salió afuera corriendo.
16 Y retuvo consigo el manto hasta que volviese a casa su marido,
17 y le contó la misma historia:
—El esclavo hebreo que trajiste ha entrado en mi habitación
18 para aprovecharse de mí; yo alcé la voz y grité y él dejó el traje
junto a mí y salió corriendo.
19 Cuando el marido oyó la historia que le contaba su mujer, «tu
20 esclavo me ha hecho esto», montó en cólera, tomó a José y lo metió
en la cárcel, donde estaban los presos del rey; así fue a parar a la
cárcel.
21 Pero el Señor estaba con José, le concedió favores e hizo que
22 cayese en gracia al jefe de la cárcel. Este encomendó a José todos
los presos de la cárcel, de modo que todo se hacía allí según su de-

23 seo. El jefe de la cárcel no vigilaba nada de lo que estaba a su car-
go, pues el Señor estaba con José, y cuanto éste emprendía, el Señor
lo hacía prosperar.

Sueños del copero y del panadero reales

40 Pasado cierto tiempo, el copero y el panadero del rey de Egipto
2 ofendieron a su amo. El Faraón, encolerizado contra sus dos minis-
3 tros, el Copero Mayor y el Panadero Mayor, los hizo custodiar en
4 casa del mayordomo, en la cárcel donde José estaba preso. El ma-
yordomo se los encomendó a José para que les sirviera.
5 Pasaron varios días en la cárcel, y tuvieron los dos un sueño la
misma noche, cada sueño con su propio sentido, el copero y el
panadero del rey de Egipto, que estaban presos en la cárcel.
6 Por la mañana entró José donde ellos estaban y los encontró de-
7 primidos, y preguntó a los ministros del Faraón que estaban presos
con él, en casa de su señor:
—¿Por qué tenéis hoy ese aspecto?
8 Contestaron:
—Hemos soñado un sueño y no hay quien lo interprete.
Replicó José:
—Dios interpreta los sueños; contádmelos.
9 El copero contó su sueño a José:
10 —Soñé que tenía una vid delante; la vid tenía tres ramas, echó
11 brotes y flores y maduraron las uvas en racimos. Yo tenía en una
mano la copa del Faraón. Estrujé los racimos, los aplasté en la copa
y puse la copa en la mano del Faraón.
12 José le dijo:
13 —Esta es la interpretación: las tres ramas son tres días. Dentro
de tres días se acordará de ti, te restablecerá en tu cargo y pondrás
la copa en la mano del Faraón como antes, cuando eras su copero.
14 Pero acuérdate de mí cuando te vaya bien y hazme este favor:
menciónale mi nombre al Faraón para que me saque de esta pri-
15 sión, pues me trajeron secuestrado del país de los hebreos, y aquí
no he cometido nada malo para que me echasen al calabozo.
16 Viendo el panadero que había interpretado bien, le contó a José:
—Pues yo soñé que llevaba tres cestos de mimbre en la cabeza;
17 en el cesto superior había toda clase de repostería para el Faraón,
pero los pájaros las picoteaban en la cesta que yo llevaba en la
cabeza.
18 José respondió:
19 —Esta es la interpretación: las tres cestas son tres días. Dentro
de tres días el Faraón se fijará en ti y te colgará de un palo y las
aves picotearán la carne de tu cuerpo.
20 Al tercer día, el Faraón celebraba su cumpleaños y dio un ban-
quete a todos sus ministros, y entre todos se fijó en el Copero Ma-
21 yor y el Panadero Mayor: al Copero Mayor lo restableció en su
cargo de copero, para que pusiera la copa en la mano del Faraón;
22-3 al Panadero Mayor lo colgó, como José había interpretado. Pero el
Copero Mayor no se acordó de José, sino que se olvidó de él.

Sueño del Faraón

41 1-2 Pasaron dos años y el Faraón tuvo un sueño: Estaba en pie
junto al Nilo cuando vio salir del Nilo siete vacas hermosas y bien
3 cebadas que se pusieron a pastar en el carrizal. Detrás de ellas sa-
lieron del Nilo otras siete vacas flacas y mal alimentadas, y se pu-
4 sieron junto a las otras a la orilla del Nilo, y las vacas flacas y mal
alimentadas se comieron las siete vacas hermosas y bien cebadas.
El Faraón despertó.
5 Tuvo un segundo sueño: Siete espigas brotaban de un tallo, her-
6 mosas y granadas, y siete espigas secas y con tizón brotaban detrás
7 de ellas. Las siete espigas secas devoraban a las siete espigas grana-
das y llenas. El Faraón despertó; había sido un sueño.
8 A la mañana siguiente, agitado, mandó llamar a todos los magos
de Egipto y a sus sabios, y les contó el sueño, pero ninguno sabía
9 interpretárselo al Faraón. Entonces el Copero Mayor dijo al Faraón:
10 —Tengo que confesar hoy mi pecado. Cuando el Faraón se irritó
contra sus siervos y nos metió en la cárcel en casa del mayordomo
11 a mí y al Panadero Mayor, él y yo tuvimos un sueño la misma no-
12 che; cada sueño con su propio sentido. Había allí con nosotros un
joven hebreo, siervo del mayordomo; le contamos el sueño y él lo
13 interpretó, a cada uno su interpretación. Y tal como él lo interpretó
así sucedió: a mí me restablecieron en mi cargo, a él lo colgaron.

José interpreta los sueños

14 El Faraón mandó llamar a José. Lo sacaron aprisa del calabozo;
15 se afeitó, se cambió el traje y se presentó al Faraón. El Faraón dijo
a José:
—He soñado un sueño y nadie sabe interpretarlo. He oído decir
de ti que oyes un sueño y lo interpretas.
16 Respondió José al Faraón:
—Sin mérito mío, Dios dará al Faraón respuesta propicia.
17 El Faraón dijo a José:
18 —Soñaba que estaba de pie junto al Nilo, cuando vi salir del
Nilo siete vacas hermosas y bien cebadas, y se pusieron a pastar en
19 el carrizal; detrás de ellas salieron otras siete vacas flacas y mal
alimentadas, en los huesos; no las he visto peores en todo el país
20 de Egipto. Las vacas flacas y mal alimentadas se comieron las siete
21 vacas anteriores, las cebadas. Y cuando entraron dentro de ellas
no se notaba que habían entrado, pues su aspecto seguía tan malo
22 como al principio. Y me desperté. Tuve otro sueño: Siete espigas
23 brotaban de un tallo, hermosas y granadas, y siete espigas crecían
24 detrás de ellas, mezquinas, secas y con tizón; las siete espigas secas
devoraban a las siete espigas hermosas. Se lo conté a mis magos y
ninguno pudo interpretármelo.
25 José dijo al Faraón:
—Se trata de un único sueño: Dios anuncia al Faraón lo que va
26 a hacer. Las siete vacas gordas son siete años y las siete espigas
27 hermosas son siete años: es el mismo sueño. Las siete vacas flacas

y desnutridas que salían detrás de las primeras son siete años y las
28 siete espigas vacías y con tizón son siete años de hambre. Es lo que
he dicho al Faraón: Dios ha mostrado al Faraón lo que va a hacer.
29 Van a venir siete años de gran abundancia en todo el país de Egip-
30 to; detrás vendrán siete años de hambre que harán olvidar la abun-
31 dancia en Egipto, pues el hambre acabará con el país. No habrá
rastro de abundancia en el país a causa del hambre que seguirá,
32 pues será terrible. El haber soñado el Faraón dos veces indica que
33 Dios confirma su palabra y que se apresura a cumplirla. Por tanto,
que el Faraón busque un hombre sabio y prudente y lo ponga al
34 frente de Egipto; establezca inspectores que dividan el país en
35 regiones y administren durante los siete años de abundancia. Que
reúnan toda clase de alimentos durante los siete años buenos que
van a venir, metan grano en los graneros por orden del Faraón y los
36 guarden en las ciudades. Los alimentos servirán de provisiones para
los siete años de hambre que vendrán después en Egipto, y así no
perecerá de hambre el país.

José es nombrado virrey

37-8 El Faraón y sus ministros aprobaron la propuesta, y el Faraón
dijo a sus ministros:
—¿Podemos encontrar un hombre como éste, dotado de un espí-
ritu sobrehumano?
39 Y el Faraón dijo a José:
—Ya que Dios te ha enseñado todo eso, nadie será tan sabio y
40 prudente como tú. Tú estarás al frente de mi casa y todo el pueblo
obedecerá tus órdenes; sólo en el trono te precederé.
41 Y añadió:
—Mira, te pongo al frente de todo el país.
42 Y el Faraón se quitó el anillo de sello de la mano y se lo puso a
José; le vistió traje de lino y le puso un collar de oro al cuello.
43 Lo hizo sentarse en la carroza de sus lugartenientes y que gritasen
delante de él: «De rodillas». Así lo puso al frente de Egipto.
44 El Faraón dijo a José:
—Yo soy el Faraón; sin contar contigo nadie moverá mano o pie
en todo Egipto.
45 Y llamó a José Zafnat-Panej, y le dio por mujer a Asenat, hija
de Potifera, sacerdote de On. José salió a recorrer Egipto.
46 Treinta años tenía cuando se presentó al Faraón, rey de Egipto;
47 saliendo de su presencia, viajó por todo Egipto. La tierra produjo
48 generosamente los siete años de abundancia; durante ellos acumuló
alimentos en las ciudades: en cada una metió las cosechas de los
49 campos de la comarca. Reunió grano en cantidad como arena de la
playa, hasta que dejó de medirlo porque no alcanzaba a hacerlo.
50 Antes del primer año de hambre le nacieron a José dos hijos de
51 Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. Al primogénito lo llamó
Manasés, diciendo: «Dios me ha hecho olvidar [a] mis trabajos y la
52 casa paterna». Al segundo lo llamó Efraín, diciendo: «Dios me ha
hecho crecer [b] en la tierra de mi aflicción».

a = našá. *b* = hipra.

53-4 Se acabaron los siete años de abundancia en Egipto y comenza-
ron los siete años de hambre, como había anunciado José. Hubo
55 hambre en todas las regiones, y sólo en Egipto había pan. Llegó el
hambre a todo Egipto, y el pueblo reclamaba pan al Faraón; el Fa-
raón decía a los egipcios:
—Dirigíos a José y haced lo que él os diga.
56 Cuando el hambre cubrió toda la tierra, José abrió los graneros
y repartió raciones a los egipcios mientras arreciaba el hambre en
57 Egipto. Y de todos los países venían a Egipto a comprar a José,
porque el hambre arreciaba en toda la tierra.

Los hermanos de José: primer encuentro

42 Enterado Jacob de que había grano en Egipto, dijo a sus hijos:
2 —¿A qué esperáis? He oído decir que hay grano en Egipto; ba-
jad allá y compradnos grano, a ver si conservamos la vida y no
morimos.
3 Bajaron, pues, diez hermanos de José a comprar grano en Egipto.
4 Jacob no dejó marchar a Benjamín, hermano de José, con sus her-
5 manos, temiendo que le sucediera una desgracia. Los hijos de Israel
fueron con otros a comprar grano, pues había hambre en Canaán.
6 José mandaba en el país y distribuía las raciones a todo el mun-
do. Vinieron, pues, los hermanos de José y se postraron ante él,
7 rostro en tierra. Al ver a sus hermanos, José los reconoció; pero él
no se dio a conocer, sino que les habló duramente:
—¿De dónde venís?
Contestaron:
—De tierra de Canaán, a comprar provisiones.
8 José reconoció a sus hermanos, pero no se les dio a conocer.
9 Se acordó José de los sueños que había soñado, y les dijo:
—¡Sois espías! Habéis venido a observar las zonas desguarneci-
das del país.
10 Contestaron:
—No es así, señor; tus siervos han venido a comprar provisiones.
11 Somos todos hijos de un mismo padre y gente honrada; tus siervos
no son espías.
12 El insistió:
—No es cierto, habéis venido a observar las zonas desguarneci-
das del país.
13 Respondieron:
—Eramos doce hermanos, hijos de un mismo padre, en tierra de
Canaán; el menor se ha quedado con su padre y el otro ha desapa-
recido.
14 José les dijo:
15 —Lo que yo decía, sois espías; pero os pondré a prueba: no sal-
dréis de aquí, por vida del Faraón, si primero no me traéis a vues-
16 tro hermano menor. Despachad a uno de vosotros por vuestro her-
mano, mientras los demás quedáis presos, y probaréis que vuestras
palabras son verdaderas; de lo contrario, por vida del Faraón, que
sois espías.

17-8 Y los hizo detener durante tres días. Al tercer día, les dijo:
—Yo respeto a Dios; por eso haréis lo siguiente y salvaréis la
19 vida: si sois gente honrada, uno de vosotros quedará aquí encarce-
lado y los demás irán a llevar víveres a vuestras familias hambrien-
20 tas; después me traeréis a vuestro hermano menor; así probaréis
que habéis dicho la verdad y no moriréis.
21 Ellos aceptaron, y se decían:
—Estamos pagando el delito contra nuestro hermano, cuando le
veíamos suplicarnos angustiado y no le hicimos caso; por eso nos
sucede esta desgracia.
22 Intervino Rubén:
—¿No os decía yo: «No pequéis contra el muchacho», y no me
hicisteis caso? Ahora nos piden cuentas de su sangre.
23 Ellos no sabían que José les entendía, pues había usado intérpre-
24 te. El se retiró y lloró; después volvió a ellos y escogió a Simeón
y lo hizo encadenar en su presencia.

Vuelta a Canaán

25 José mandó que les llenasen los sacos de grano, que metieran el
dinero pagado en cada saco y que les dieran provisiones para el
camino.
26 Así se hizo. Cargaron el grano en los asnos y se marcharon.
27 Cuando acamparon, uno de ellos abrió el saco para echar pienso al
28 asno y descubrió el dinero en la boca del saco, y dijo a sus her-
manos:
—Me han devuelto el dinero, está en la boca del saco.
Llenos de terror y temblando, se decían:
—¿Qué es lo que ha hecho Dios con nosotros?
29 Llegados a casa de Jacob, su padre, en tierra de Canaán, le con-
30 taron todo lo sucedido: «El señor del país nos habló ásperamente
31 y nos tomó por espías de su tierra; nosotros le replicamos: Somos
32 gente honrada, no somos espías; éramos doce hermanos, hijos de
un mismo padre: uno ha desaparecido y el menor se ha quedado
33 con su padre, en la tierra de Canaán. El señor del país nos dijo:
Así sabré que sois gente honrada: yo retendré conmigo a uno de los
hermanos, mientras los demás llevan las provisiones a sus familias
34 hambrientas; después me traeréis a vuestro hermano menor, y así
sabré que no sois espías, sino gente honrada; entonces os devolveré
a vuestro hermano y podréis comerciar en mi país».
35 Cuando vaciaron los sacos, encontraron una bolsa de dinero en
cada saco; viendo las bolsas de dinero, ellos y su padre se asustaron.
36 Jacob, su padre, les dijo:
—Me dejáis solo. José ha desaparecido, Simeón también, y ahora
os queréis llevar a Benjamín. Todo se vuelve contra mí.
37 Rubén replicó a su padre:
—Da muerte a mis dos hijos si no te lo devuelvo; ponlo en mis
manos y te lo devolveré.
38 El dijo:
—Mi hijo no bajará con vosotros. Su hermano ha muerto y sólo
me queda él. Si le sucede una desgracia en el viaje que emprendéis,
de la pena daréis con mis canas en el sepulcro.

Segundo viaje, con Benjamín

43 1-2 El hambre apretaba en el país; cuando se terminaron los ví-
veres que habían traído de Egipto, su padre les dijo:
—Volved a comprarnos provisiones.
3 Judá le contestó:
—Aquel hombre nos ha jurado: «No os presentéis ante mí si no
4 me traéis a vuestro hermano». Si permites a nuestro hermano venir
5 con nosotros, bajaremos a comprarte provisiones; si no lo dejas, no
bajaremos, pues aquel hombre nos dijo: «No os presentéis ante mí
si no me traéis a vuestro hermano».
6 Israel les dijo:
—¿Por qué me habéis dado ese disgusto: decirle que teníais otro
hermano?
7 Contestaron:
—Aquel hombre nos preguntaba por nosotros y por nuestra fa-
milia: «¿Vive todavía vuestro padre? ¿Tenéis más hermanos?».
Y nosotros respondimos a sus preguntas. ¿Cómo íbamos a suponer
que nos iba a decir que lleváramos a nuestro hermano?
8 Judá dijo a su padre Israel:
—Deja que el muchacho venga conmigo, porque yendo podremos
salvar la vida; de lo contrario, moriremos tú y nosotros y los niños.
9 Yo salgo fiador por él; a mí me pedirás cuentas de él: si no te lo
10 traigo y lo pongo delante de ti, rompes conmigo para siempre. Si
no hubiéramos dado largas, ya estaríamos de vuelta la segunda vez.
11 Israel, su padre, les respondió:
—Si no hay más remedio, hacedlo; tomad productos del país en
vuestras vasijas y llevádselos como regalo a aquel hombre: un poco
de bálsamo, un poco de miel, goma, resina, mirra, pistachio y al-
12 mendra, y doble cantidad de dinero, para devolverle el dinero que
13 os pusieron en los sacos, quizá por descuido. Tomad a vuestro her-
14 mano y volved a visitar a aquel hombre. Dios Todopoderoso lo
haga compadecerse de vosotros y os suelte a vuestro hermano y
deje a Benjamín. Si tengo que quedarme solo, me quedaré.

Segundo encuentro con José

15 Ellos tomaron consigo los regalos, doble cantidad de dinero y a
16 Benjamín; se encaminaron a Egipto y se presentaron a José. Cuan-
do José vio con ellos a Benjamín, dijo a su mayordomo:
—Hazlos entrar en casa; que maten y guisen, pues al mediodía
comerán conmigo.
17 El mayordomo hizo lo que mandó José, y los hizo entrar en casa
18 de José. Viendo ellos que los metían en casa de José, se decían:
—Nos meten a causa del dinero que pusieron entonces en nues-
tros sacos; un pretexto para acusarnos, condenarnos, hacernos es-
clavos y quedarse con los asnos.
19 Acercándose al mayordomo de José, le hablaron a la puerta de
casa:
20 —Mira, señor, nosotros bajamos en otra ocasión a comprar víve-
21 res; cuando llegamos al campamento y abrimos los sacos, en la boca

22 de cada saco encontramos el dinero que habíamos pagado. Aquí lo
traemos, y otro tanto para comprar provisiones. No sabemos quién
metió el dinero en los sacos.
23 El les contestó:
—Estad tranquilos y no temáis. Vuestro Dios, el Dios de vues-
tros padres, os metió el tesoro en los sacos, que vuestro pago lo
recibí yo.
24 Y les sacó a Simeón. Después los hizo entrar en casa de José, les
25 dio agua para lavarse los pies y echó pienso a los burros. Ellos fue-
ron colocando los regalos hasta que llegase José al mediodía, pues
habían oído que iban a comer allí.
26 Cuando José entró en casa, ellos le presentaron los regalos que
habían traído y se postraron en tierra.
27 El les preguntó:
—¿Qué tal estáis? ¿Qué tal está vuestro viejo padre, del que me
hablasteis? ¿Vive todavía?
28 Contestaron:
—Tu siervo, nuestro padre, está bien, vive todavía.
Y se inclinaron y se postraron.
29 Alzando la vista, vio José a Benjamín, su hermano, hijo de su
madre, y preguntó:
—¿Es éste el hermano menor, de quien me hablasteis?
Y añadió:
—Dios te dé su favor, hijo mío.
30 En seguida, conmovido por su hermano, le vinieron ganas de
31 llorar, y entrando en la alcoba, lloró allí. Después se lavó la cara, y
salió dominándose y mandó:
—Servid la comida.
32 Le sirvieron a él por un lado, a ellos por otro y a los egipcios
convidados por otro, pues los egipcios no pueden comer con los
33 hebreos, ya que sería sacrilegio. Se sentaron frente a él, empezando
por el primogénito y terminando por el menor, y se miraban asom-
34 brados. José les hacía pasar porciones de su mesa, y la porción de
Benjamín era cinco veces mayor. Así bebieron abundantemente
con él.

Benjamín culpable

44 Después encargó al mayordomo:
—Llénales los sacos de víveres, todo lo que quepa, y pon el di-
2 nero en la boca de cada saco, y mi copa de plata la metes en el saco
del menor, junto con su dinero.
El hizo lo que le mandaban.
3 Al amanecer, los hombres se despidieron y salieron con los asnos.
4 Apenas salidos, no se habían alejado de la ciudad, cuando José dijo
al mayordomo:
—Sal en persecución de esos hombres y, cuando los alcances,
5 diles: «¿Por qué me habéis pagado mal por bien? ¿Por qué habéis
robado la copa de plata en que bebe mi señor y con la que suele
adivinar? Os habéis portado mal».
6 Cuando él les dio alcance, les repitió estas palabras.

7 Ellos replicaron:
—¿Por qué habla así nuestro señor? ¡Lejos de tus siervos obrar
8 de tal manera! Mira, el dinero que habíamos encontrado en los sa-
cos te lo trajimos desde la tierra de Canaán; ¿por qué íbamos a
9 robar en casa de tu amo oro o plata? Si se la encuentras a uno de
tus siervos, que muera, y nosotros seremos esclavos de nuestro
señor.
10 Respondió él:
—De acuerdo. Aquel a quien se le encuentre será mi esclavo, y
los demás quedáis libres.
11-2 Cada uno bajó aprisa su saco, lo puso en tierra y lo abrió. El co-
menzó a examinarlos, empezando por el del mayor y terminando
13 por el del menor, y encontró la copa en el saco de Benjamín. Ellos
se rasgaron los vestidos, cargaron de nuevo los asnos y volvieron
a la ciudad.

Tercer encuentro con José: acusación

14 Judá y sus hermanos entraron en casa de José (él estaba allí to-
davía) y se echaron por tierra ante él.
15 José les dijo:
—¿Qué manera es ésa de portarse? ¿No sabíais que uno como
yo es capaz de adivinar?
16 Judá le contestó:
—¿Qué podemos responder a nuestro señor? ¿Cómo probar
nuestra inocencia? Dios ha descubierto la culpa de tus siervos. Es-
clavos somos de nuestro señor, lo mismo que aquel en cuyo poder
se encontró la copa.
17 Respondió José:
—Lejos de mí obrar de tal manera. Aquel en cuyo poder se en-
contró la copa será mi esclavo, los demás volveréis en paz a casa
de vuestro padre.

Defensa de Judá

18 Entonces Judá se acercó y dijo:
—Permite a tu siervo hablar en presencia de su señor; no se
19 enfade mi señor conmigo, pues eres tú como el Faraón. Mi señor
20 interrogó a sus siervos: «¿Tenéis padre o algún hermano?». Res-
pondimos a mi señor: «Tenemos un padre anciano y un hijo pe-
queño que le ha nacido en la vejez. Un hermano suyo murió, y sólo
21 le queda éste de aquella mujer; su padre lo adora». Tú dijiste:
22 «Traédmelo para que lo conozca». Nosotros respondimos a mi se-
ñor: «El muchacho no puede dejar a su padre; si se separa, su padre
23 morirá». Tú dijiste a tus siervos: «Si no baja vuestro hermano me-
24 nor con vosotros, no volveréis a verme». Cuando subimos a casa de
tu siervo, nuestro padre, le contamos todas las palabras de mi señor,
25 y nuestro padre nos dijo: «Volved a comprarnos unos pocos víve-
26 res». Le dijimos: «No podemos bajar si no viene nuestro hermano
27 menor con nosotros». El replicó: «Sabéis que mi mujer me dio dos

28 hijos: uno se apartó de mí y pienso que lo ha descuartizado una
29 fiera, pues no he vuelto a verlo. Si arrancáis también a éste de mi
lado y le sucede una desgracia, daréis con mis canas, de pena, en el
30 sepulcro». Ahora, pues, si vuelvo a tu siervo, mi padre, sin llevar
31 conmigo al muchacho, a quien quiere con toda el alma, cuando vea
que falta el muchacho, morirá, y tu siervo habrá dado con las canas
32 de tu siervo, mi padre, en el sepulcro, de pena. Además, tu siervo
ha salido fiador por el muchacho ante mi padre, jurando: «Si no te
33 lo traigo, rompes conmigo para siempre». Ahora, pues, deja que tu
siervo se quede como esclavo de mi señor en lugar del muchacho,
34 y que él vuelva con sus hermanos. ¿Cómo puedo yo volver a mi
padre sin llevar conmigo al muchacho y contemplar la desgracia que
se abatirá sobre mi padre?

Reconocimiento

45 José no pudo contenerse en presencia de su corte y ordenó:
—Salid todos de mi presencia.
2 Y no había nadie cuando se dio a conocer a sus hermanos. Rom-
pió a llorar fuerte, de modo que los egipcios lo oyeron y la noticia
llegó a casa del Faraón.
3 José dijo a sus hermanos:
—Yo soy José. ¿Vive todavía mi padre?
Sus hermanos se quedaron sin respuesta del espanto.
4 José dijo a sus hermanos:
—Acercaos a mí.
Se acercaron, y les repitió:
—Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios.
5 Pero ahora no os preocupéis ni os pese el haberme vendido aquí;
6 para vuestro bien me envió Dios delante de vosotros. Llevamos dos
años de hambre en el país y nos quedan cinco años sin siembra ni
7 siega. Dios me envió por delante para que podáis sobrevivir en este
8 país, salvando vuestras vidas de modo admirable. Por eso no fuis-
teis vosotros quienes me enviasteis acá, sino Dios; me hizo ministro
9 del Faraón, señor de su casa y gobernador de todo Egipto. Aprisa,
subid a casa de mi padre y decidle: «Dice tu hijo José: Dios me ha
10 hecho señor de Egipto, baja aquí a estar conmigo sin tardar; habi-
tarás en la tierra de Gosén, estarás cerca de mí; tú con tus hijos y
11 nietos, con tus ovejas, vacas y todas tus posesiones. Yo te manten-
dré allí, porque quedan cinco años de hambre, para que no te falte
12 nada ni a ti, ni a tu familia, ni a los tuyos». Vosotros estáis viendo
13 y también Benjamín está viendo que os hablo yo en persona. Con-
tadle a mi padre todo mi poder en Egipto y todo lo que habéis vis-
to, y traed pronto acá a mi padre.
14 Y echándose al cuello de Benjamín, rompió a llorar, y lo mismo
15 hizo Benjamín; después besó, llorando, a todos sus hermanos. Sólo
entonces le hablaron sus hermanos.
16 Cuando la noticia llegó a la corte del Faraón: «Han llegado los
hermanos de José», el Faraón y sus ministros se alegraron.
17 El Faraón dijo a José:
—Di a tus hermanos: Haced lo siguiente: cargad las acémilas y

18 volved a tierra de Canaán; tomad a vuestro padre y a su familia y
volved acá, que yo os daré lo mejor de Egipto; comeréis lo más
19 sustancioso del país. Diles también: Tomad carros en Egipto para
20 cargar en ellos a niños y mujeres y a vuestro padre, y volved. No os
preocupéis por vuestros aperos, porque lo mejor de Egipto es
vuestro.
21 Así lo hicieron los hijos de Israel. José les dio carros, según las
22 órdenes del Faraón, y provisiones para el viaje. Además, dio a cada
uno una muda de ropa y a Benjamín trescientas monedas y cinco
23 mudas. A su padre le envió diez asnos cargados de productos de
Egipto, diez borricas cargadas de grano y vituallas para el viaje.
24 Cuando los hermanos se despidieron para marcharse, él les dijo:
—No riñáis por el camino.
25 Salieron, pues, de Egipto; llegaron a tierra de Canaán, a casa de
26 su padre, Jacob, y le dieron la noticia:
—José está vivo y es gobernador de Egipto.
27 El se quedó frío, sin poder creerlo. Le contaron todo lo que les
había dicho José, y cuando vio los carros que José había enviado
para transportarlo, recobró el aliento Jacob, su padre.
28 Y dijo Israel:
—¡Basta! Está vivo mi hijo José; iré a verlo antes de morir.

Jacob va a Egipto
(Nm 26,5-50)

46 Israel, con todo lo suyo, se puso en camino; llegó a Berseba y allí
ofreció sacrificios al Dios de su padre, Isaac.
2 Dios le dijo a Israel en una visión de noche:
—Jacob, Jacob.
Respondió:
—Aquí estoy.
3 Dios le dijo:
—Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas bajar a Egipto,
4 que allí te convertiré en un pueblo numeroso. Yo bajaré contigo a
Egipto y yo te haré subir; y José te cerrará los ojos.
5 Al salir Jacob de Berseba, los hijos de Israel hicieron montar a su
padre con los niños y las mujeres en las carretas que el Faraón ha-
6 bía enviado para transportarlos. Tomaron el ganado y las posesiones
que habían adquirido en Canaán y emigraron a Egipto Jacob con
7 todos sus descendientes: hijos y nietos, hijas y nietas, y todos los
descendientes los llevó consigo a Egipto.
8 Nombres de los hijos de Israel que emigraron a Egipto: Rubén,
9 primogénito de Jacob; hijos de Rubén: Henoc, Falú, Jesrón y Car-
10 mí; hijos de Simeón: Yemuel, Yamín, Ohad, Yaquín, Sójar y Saúl,
11 hijo de la cananea; hijos de Leví: Guersón, Quehat y Merarí;
12 hijos de Judá: Er, Onán, Selá, Fares y Zéraj; Er y Onán habían
13 muerto en Canaán; hijos de Fares: Jesrón y Jamul; hijos de Isacar:
14 Tolá, Puvá, Yasub y Simrón; hijos de Zabulón: Séred, Elón y Yaj-
15 leel. Hasta aquí los descendientes de Lía y Jacob en Padán Aram,
además la hija Dina; total entre hombres y mujeres, treinta y tres.

16 Hijos de Gad: Sifión, Jaguí, Suní, Esbón, Erí, Arodí y Arelí;
17 hijos de Aser: Yimná, Yisvá, Yisví, Beriá y su hermana Seraj; hijos
18 de Beriá: Héber y Malquiel. Hasta aquí los hijos de Jacob y Zilpa,
la criada que Labán dio a su hija Lía; total, dieciséis personas.
19-0 Hijos de Raquel, la mujer de Jacob: José y Benjamín. Asenat,
hija de Potifera, sacerdote de On, dio a José dos hijos en Egipto:
21 Manasés y Efraín. Hijos de Benjamín: Bela, Béquer y Asbel· hijos
22 de Bela: Guerá, Naamán, Ejí, Ros, Mupín, Jupín y Ared. Hasta
aquí los descendientes de Raquel y Jacob; total, catorce personas.
23-4 Hijos de Dan: Jusín; hijos de Neftalí: Yajseel, Guní, Yéser y
25 Silén. Hasta aquí los hijos de Jacob y Bilha, la criada que Labán
dio a su hija Raquel; total, siete personas.
26 Todas las personas que emigraron con Jacob a Egipto, nacidos
27 de él, sin contar las nueras, eran en total sesenta y seis. Añadiendo
los dos hijos nacidos a José en Egipto, la familia de Jacob que emi-
gró a Egipto hace un total de setenta.

Encuentro de Jacob y José

28 Jacob despachó por delante a Judá para que fuera a ver a José
y a preparar el sitio en Gosén. Cuando estaban llegando a Gosén,
29 José mandó preparar la carroza y se dirigió a Gosén a recibir a su
padre. Al verlo, se le echó al cuello y lloró abrazado a él.
30 Israel dijo a José:
—Ahora puedo morir, después de haberte visto en persona vivo.
31 José dijo a sus hermanos y a la familia de su padre:
—Voy a subir a informar al Faraón: mis hermanos y la familia
32 de mi padre, que vivían en Canaán, han venido a verme. Son pas-
tores de ovejas, que cuidan del ganado; se han traído las ovejas y
33 las vacas y todas sus posesiones. Cuando el Faraón os llame para
34 informarse de vuestra ocupación, le diréis: Tus siervos son pastores
desde la juventud hasta hoy, lo mismo nosotros que nuestros pa-
dres. Y os dejará habitar en Gosén (pues los egipcios consideran
impuros a los pastores).

Jacob en Egipto

47 José fue a informar al Faraón:
—Mi padre y mis hermanos, con sus ovejas y vacas y todas sus
posesiones, han venido de Canaán y se encuentran en Gosén.
2 Entre sus hermanos, escogió cinco, y se los presentó al Faraón.
3 El Faraón les preguntó:
—¿Cuál es vuestra ocupación?
Respondieron:
—Tus siervos son pastores de ovejas, lo mismo nosotros que
nuestros padres.
4 Y añadieron:
—Hemos venido a residir en esta tierra, porque en Canaán aprie-
ta el hambre y no hay pastos para los rebaños de tus siervos; per-
mite a tus siervos establecerse en Gosén.

5a El Faraón dijo a José:
6b —Que se establezcan en Gosén, y si conoces entre ellos algunos
con experiencia, ponlos a cargo de mi ganado.
Cuando Jacob y sus hijos llegaron a Egipto, se enteró el Faraón,
rey de Egipto, y dijo a José:
5b-6a —Tu padre y tus hermanos han llegado a verte; la tierra de
Egipto está a tu disposición, instala a tu padre y a tus hermanos en
lo mejor de la tierra.
7 José hizo venir a su padre Jacob, y se lo presentó al Faraón, y
Jacob bendijo al Faraón.
8 El Faraón le preguntó:
—¿Cuántos años tienes?
9 Respondió:
—Ciento treinta han sido los años de mis andanzas; los años de
mi vida han sido pocos y malos y no llegan a los que vivieron mis
padres en sus andanzas.
10 Dio gracias al Faraón y salió de su presencia.
11 José instaló a su padre y a sus hermanos y les dio propiedades
en Egipto, en lo mejor del país, en la región de Ramsés, como ha-
12 bía mandado el Faraón. Y dio pan a su padre, a sus hermanos y a
toda la familia de su padre, incluidos los niños.

Política de José

13 En todo el país faltaba el pan, porque el hambre apretaba y ago-
14 taba la tierra de Egipto y la de Canaán. José acumuló todo el dinero
que había en Egipto y en Canaán a cambio de los víveres que ellos
compraban, y reunió todo el dinero en casa del Faraón.
15 En Egipto y en Canaán se acabó el dinero, de modo que acudían
a José, diciendo:
—Danos pan o moriremos aquí mismo, porque se nos ha acabado
el dinero.
16 José contestó:
—Traedme vuestro ganado y os daré pan a cambio de él si se os
ha acabado el dinero.
17 Ellos traían el ganado a José, y éste les daba pan a cambio de
caballos, de ovejas, de vacas, de asnos; durante un año los estuvo
alimentando a cambio de todo su ganado.
18 Pasado aquel año, volvieron a él al año siguiente, diciendo:
—No podemos negar a nuestro señor que, terminado el dinero y
el ganado y los animales cobrados por nuestro señor, sólo nos que-
da que ofrecer a nuestro señor nuestras personas y nuestros campos.
19 ¿Por qué perecer en tu presencia nosotros y nuestros campos? Tó-
manos a nosotros y a nuestros campos a cambio de pan, y nosotros,
con nuestros campos, seremos siervos del Faraón; danos semilla
para que vivamos y no muramos, y nuestros campos no queden
desolados.
20 José compró para el Faraón toda la tierra de Egipto, pues todos
los egipcios vendían sus campos, porque arreciaba el hambre; así,
21 la tierra vino a ser propiedad del Faraón, y a todo el pueblo lo hizo
22 siervo, de un extremo a otro del país. Sólo dejó de comprar las

tierras de los sacerdotes, porque el Faraón les pasaba una porción
y vivían de la porción que les daba el Faraón; por eso no tuvieron
que vender sus campos.
23 José dijo al pueblo:
—Hoy os he comprado a vosotros, con vuestras tierras, para el
24 Faraón. Aquí tenéis simiente para sembrar los campos. Cuando
llegue la cosecha, daréis la quinta parte al Faraón, las otras cuatro
partes os servirán para sembrar y como alimento para vosotros,
vuestras familias y niños.
25 Ellos respondieron:
—Nos has salvado la vida, hemos alcanzado el favor de nuestro
señor; seremos siervos del Faraón.
26 Y José estableció una ley en Egipto, hoy todavía en vigor: que
una quinta parte es para el Faraón. Solamente las tierras de los
sacerdotes no pasaron a ser propiedad del Faraón.
27 Israel se estableció en Egipto, en el territorio de Gosén; adqui-
28 rió propiedades allí y creció y se multiplicó en gran manera. Jacob
vivió en Egipto diecisiete años, y toda su vida fueron ciento cua-
renta y siete años.

Muerte de Jacob: Efraín y Manasés

29 Cuando se acercaba para Israel la hora de morir, llamó a su hijo
José y le dijo:
—Si he alcanzado tu favor, coloca tu mano bajo mi muslo y pro-
30 mete tratarme con amor y lealtad; no me entierres en Egipto. Cuan-
do me duerma con mis padres, sácame de Egipto y entiérrame en
la sepultura con ellos.
Contestó José:
—Haré lo que pides.
31 Insistió él:
—Júramelo.
Y se lo juró.
Entonces Israel hizo una inclinación hacia la cabecera de la cama.

48 Después de estos sucesos, le dijeron a José:
—Tu padre está grave.
El tomó consigo a sus dos hijos: Manasés y Efraín.
2 Le dijeron a Jacob:
—Ha llegado tu hijo José.
3 El hizo un esfuerzo y se incorporó en la cama. Jacob dijo a José:
—Dios Todopoderoso, el que se me apareció en Almendral, en
4 tierra de Canaán, me bendijo y me dijo: «Yo te haré crecer y multi-
plicarte hasta llegar a ser un grupo de pueblos; a tus descendientes
5 daré esta tierra en posesión perpetua». Ahora, los dos hijos que te
nacieron en Egipto antes de venir yo a vivir contigo serán míos:
6 Efraín y Manasés serán para mí como Rubén y Simeón. Los que te
nazcan después serán tuyos, y en nombre de sus hermanos recibirán
7 la herencia. Cuando yo venía de Padán Aram, se me murió Raquel,
en tierra cananea, en el viaje, un buen trecho antes de llegar a Efra-
ta (hoy Belén), y allí la enterré.

8 Después, viendo Israel a los hijos de José, preguntó:
—¿Quiénes son?
9 Contestó José:
—Son mis hijos, que Dios me dio aquí.
Dijo Jacob:
—Tráemelos que los bendiga.
10 Israel tenía la vista débil por la vejez y casi no veía. Cuando se
los acercaron, los besó y los abrazó.
11 Israel dijo a José:
—No esperaba verte, pero Dios me ha permitido verte a ti y a
tus descendientes.
12 José los retiró de las rodillas del padre y se postró, rostro en
13 tierra. Después tomó a los dos: a Efraín, con la derecha, lo puso a
la izquierda de Israel; a Manasés, con la izquierda, a la derecha de
14 Israel, y se los acercó. Israel extendió la derecha y la apoyó sobre
la cabeza de Efraín, el pequeño, y la izquierda la apoyó sobre la
15 cabeza de Manasés, el primogénito, cruzando los brazos, y los ben-
dijo, diciendo:
—El Dios a quien agradaron mis padres, Abrahán e Isaac, Dios
16 mi pastor desde el nacimiento hasta hoy, el ángel que me libró de
todo mal, bendiga a estos chicos. Continúe en ellos mi nombre y el
apellido de mis padres, Abrahán e Isaac. Sean una multitud en me-
dio de la tierra.
17 Viendo José que su padre había colocado la derecha sobre la
cabeza de Efraín, lo tomó a mal; agarró el brazo de su padre, lo
retiró de la cabeza de Efraín y lo apoyó sobre la cabeza de Manasés,
18 y le explicó:
—No es así, padre; éste es el primogénito, pon la derecha sobre
su cabeza.
19 El padre rehusó, diciendo:
—Lo sé, hijo mío, lo sé. También él se hará un pueblo y crecerá,
pero su hermano será más grande que él y su descendencia será una
multitud de naciones.
20 Y aquel día los bendijo:
—Con vuestro nombre se bendecirá Israel, diciendo: Dios os
haga como Efraín y Manasés.
Y colocó a Efraín delante de Manasés.
21 Israel dijo a José:
—Yo estoy para morir; Dios estará con vosotros y os llevará otra
22 vez a la tierra de vuestros padres. Yo te entrego Siquén, con prefe-
rencia a tus hermanos, la que conquisté a los amorreos con mi es-
pada y mi arco.

Testamento profético de Jacob

49 Jacob llamó a sus hijos y les dijo:
—Reuníos, que os voy a contar lo que os va a suceder en el fu-
2 turo. Agrupaos y escuchadme, hijos de Jacob, oíd a vuestro padre
Israel:
3 Tú, *Rubén,* mi primogénito,
mi fuerza y primicia de mi virilidad,
primero en rango, primero en poder;

4 precipitado como agua, no serás de provecho,
porque subiste a la cama de tu padre
profanando mi lecho con tu acción.
5 *Simeón* y *Leví,* hermanos,
mercaderes en armas criminales.
6 No quiero asistir a sus consejos,
no he de participar en su asamblea,
pues mataron hombres ferozmente
y a capricho destrozaron bueyes.
7 Maldita su furia, tan cruel,
y su cólera inexorable.
Los repartiré entre Jacob
y los dispersaré por Israel.
8 A ti, *Judá,* te alabarán tus hermanos,
pondrás la mano sobre la cerviz de tus enemigos,
se postrarán ante ti los hijos de tu madre.
9 Judá es un león agazapado:
has vuelto de hacer presa, hijo mío;
se agacha y se tumba como león
o como leona, ¿quién se atreve a desafiarlo?
10 No se apartará de Judá el cetro
ni el bastón de mando de entre sus rodillas,
hasta que le traigan tributo
y le rindan homenaje los pueblos.
11 Ata su burro a una viña,
las crías a un majuelo;
lava su ropa en vino
y su túnica en sangre de uvas.
12 Sus ojos son más oscuros que vino
y sus dientes más blancos que leche.
13 *Zabulón* habitará junto a la costa,
será un puerto para los barcos,
su frontera llegará hasta Sidón.
14 *Isacar* es un asno robusto
que se tumba entre las alforjas;
15 viendo que es bueno el establo
y que es hermosa la tierra,
inclina el lomo a la carga
y acepta trabajos de esclavo.
16 *Dan* gobernará a su pueblo
como las otras tribus de Israel.
17 Dan es culebra junto al camino,
áspid junto a la senda:
muerde al caballo en la pezuña,
y el jinete es despedido hacia atrás.
18 Espero tu salvación, Señor.
19 *Gad:* le atacarán los bandidos
y él los atacará por la espalda.
20 El grano de *Aser* es sustancioso,
ofrece manjar de reyes.
21 *Neftalí* es cierva suelta
que tiene crías hermosas.

22 *José* es un potro salvaje,
un potro junto a la fuente,
asnos salvajes junto al muro.
23 Los arqueros los irritan,
los desafían y los atacan.
24 Pero el arco se les queda rígido
y les tiemblan manos y brazos
ante el Campeón de Jacob,
el Pastor y Piedra de Israel.
25 El Dios de tu padre te auxilia,
el Todopoderoso te bendice:
bendiciones que bajan del cielo,
bendiciones del océano, acostado en lo hondo,
bendiciones de pechos y ubres,
26 bendiciones de espigas [a] abundantes,
bendiciones de collados antiguos,
ambición de colinas perdurables,
bajen sobre la cabeza de José,
coronen al elegido entre sus hermanos.
27 *Benjamín* es un lobo rapaz:
por la mañana devora la presa,
por la tarde reparte despojos.
28 Estas son las doce tribus de Israel, y esto lo que su padre les dijo
al bendecirlos, dando una bendición especial a cada uno.

Muerte y sepultura de Jacob

29 Y les dio las siguientes instrucciones:
—Cuando me reúna con los míos, enterradme con mis padres en
30 la cueva del campo de Efrón, el hitita, la cueva del campo de Mac-
pela, frente a Mambré, en Canaán, la que compró Abrahán a Efrón,
31 el hitita, como sepulcro en propiedad. Allí enterraron a Abrahán
y Sara, su mujer; allí enterraron a Isaac y a Rebeca, su mujer; allí
32 enterré yo a Lía. El campo y la cueva fueron comprados a los hi-
titas.
33 Cuando Jacob terminó de dar instrucciones a sus hijos, recogió
los pies en la cama, expiró y se reunió con los suyos.

50 1-2 José se echó sobre él llorando y besándole. Después ordenó
a los médicos de su servicio que embalsamaran a su padre, y los mé-
3 dicos embalsamaron a Israel. Les llevó cuarenta días, que es lo que
suele llevar el embalsamar, y los egipcios le guardaron luto setenta
4 días. Pasados los días del duelo, dijo José a los cortesanos del
Faraón:
—Si he alcanzado vuestro favor, decidle personalmente al Faraón
5 (de mi parte): «Mi padre me hizo jurar: cuando muera, me enterra-
rás en el sepulcro que me hice en Canaán. Ahora, pues, déjame su-
bir a enterrar a mi padre, y después volveré».
6 Contestó el Faraón:
—Sube y entierra a tu padre, como lo has jurado.

a o, de tu padre.

7 Cuando José subió a enterrar a su padre, lo acompañaron los
ministros del Faraón, los ancianos de la corte y los concejales de los
8 pueblos, y toda su familia, sus hermanos, la familia de su padre;
9 sólo quedaron en Gosén los niños, las ovejas y las vacas. Subieron
también carros y jinetes, y la caravana era inmensa.
10 Llegados a Era del Cardo, al otro lado del Jordán, hicieron un
11 funeral solemne y magnífico, y le hicieron duelo siete días. Viendo
los cananeos que habitaban el país el funeral de Era del Cardo,
comentaron:
—El funeral de los egipcios es solemne.
Por eso llamaron el lugar «Duelo de Egipcios» (está al otro lado
del Jordán).
12-3 Sus hijos cumplieron lo que les había mandado: lo llevaron a
Canaán, lo enterraron en la cueva del campo de Macpela, frente a
Mambré, el campo que Abrahán había comprado a Efrón, el hitita,
como sepulcro en propiedad.
14 Volvieron a Egipto José con sus hermanos y con los que lo ha-
bían acompañado a enterrar a su padre, una vez que lo hubieron
enterrado.

José y sus hermanos

15 Al ver los hermanos de José que había muerto su padre, se di-
jeron:
—A ver si José nos guarda rencor y quiere pagarnos el mal que
le hicimos.
16 Y mandaron decirle: «Antes de morir tu padre nos encargó: Esto
17 diréis a José: Perdona a tus hermanos su crimen y su pecado y el
mal que te hicieron. Por tanto, perdona el crimen de los siervos del
18 Dios de tu padre». José, al oírlo, se echó a llorar. Entonces vinieron
los hermanos, se echaron al suelo ante él y le dijeron:
—Aquí nos tienes, somos tus siervos.
19 Pero José les respondió:
20 —No tengáis miedo. ¿Soy yo acaso Dios? Vosotros intentasteis
hacerme mal, pero Dios intentaba hacer bien para dar vida a un
21 pueblo numeroso, como hoy somos. Por tanto, no temáis; yo os
mantendré a vosotros y a vuestros hijos.
Y los consoló hablándoles al corazón.

Muerte de José

22 José vivió en Egipto con la familia de su padre y cumplió ciento
23 diez años; llegó a conocer a los hijos de Efraín hasta la tercera
generación, y también a los hijos de Maquir, hijo de Manasés, y se
los puso en el regazo.
24 José dijo a sus hermanos:
—Yo voy a morir. Dios se ocupará de vosotros y os llevará de
esta tierra a la tierra que prometió a Abrahán, Isaac y Jacob.
25 Y los hizo jurar:
—Cuando Dios se ocupe de vosotros, os llevaréis mis huesos de
aquí.
26 José murió a los ciento diez años de edad. Lo embalsamaron y lo
metieron en un sarcófago en Egipto.

EXODO

INTRODUCCION

El Exodo es el libro de la liberación y de la alianza con su código, de los primeros pasos por el desierto y de la fabricación del instrumental cúltico. Libro heterogéneo por tema y origen. La división temática se da por bloques bastante diferenciados, la división por origen impone muchas veces destrenzar lo trenzado por el autor del libro actual.

Según la hipótesis hoy comúnmente aceptada, apoyada en datos convergentes de la historia y la arqueología, la opresión y la salida de Egipto caen en los reinados de Ramsés II y Mernepta (1290-1224, 1224-1204).

Ramsés II era nieto de Ramsés I, el soldado fundador de la dinastía XVIII, e hijo de Seti I, quien restableció el dominio egipcio sobre Palestina y Fenicia. El comienzo de su reinado estuvo dominado por la rivalidad con el Imperio Hitita. Las dos potencias militares llegaron a un encuentro bélico que, si bien en el campo de batalla se resolvió a favor de Egipto, militarmente no fue decisivo; se trata de la famosa batalla a las puertas de Cades, junto al río Orontes, de Ramsés II contra Muwatalu. La lucha continuó hasta que las dos potencias comprobaron que era mejor entenderse pacíficamente y repartirse el dominio del mundo. El rey hitita Hatusil III firmó un pacto de amistad con Ramsés II y más tarde le dio una hija en matrimonio. Los hititas quedaron libres para enfrentarse con el poder creciente de Asiria; el Faraón sucumbió a una fiebre constructiva: las ciudades Pi-Rameses y Pitón al norte, monumentos, estatuas; incluso en monumentos anteriores graba su nombre.

SALIDA DE EGIPTO

INTRODUCCIÓN

Este es el gran libro épico de la liberación, que remata en un canto heroico. El Señor penetra en la historia poniéndose al lado de un pueblo de esclavos, oprimidos por una de las potencias de la época. Como rescatador de esclavos, como defensor del derecho de los sin derecho, como salvador justiciero se presenta en la historia el Señor de la historia.

El Faraón resiste por razón de Estado: razón política, porque la minoría extranjera se está haciendo mayoría; razón militar, porque podrían convertirse en quinta columna del enemigo; razón económica, porque suministran trabajo de balde.

Es inevitable el choque de fuerzas. En diez rondas o turnos el Señor descarga sus golpes. Los dos primeros turnos quedan indecisos; al tercero, el Señor se impone; al séptimo, el Faraón reconoce su culpa; al décimo, los israelitas son empujados a salir. El autor último, utilizando textos diversos, compone un cuadro estilizado y grandioso, puntuado por diversas repeticiones, desarrollado con dinamismo contenido.

El Señor actúa, en parte, por medio de Moisés, el gran liberador humano, que repite por adelantado la experiencia del pueblo, se solidariza con él, lo moviliza. Se enfrenta tenazmente con el Faraón y va creciendo en estatura hasta hacerse figura legendaria.

El último acto se desenvuelve en un escenario cósmico: un desierto hostil que se dilata a la espalda, un agua amenazadora que cierra el paso al frente, un viento

aliado que cumple las órdenes de Dios. En la batalla cósmica se consuma la derrota de un ejército prepotente y la salvación de un pueblo inerme.

Estos capítulos se clavan en la memoria del pueblo, convirtiéndose en modelo o patrón de sucesivas liberaciones; con la misma función penetran en el Nuevo Testamento y extienden su influjo e inspiración incluso a gente que no cree en ese Dios liberador. El Señor será ya siempre para Israel «el que nos sacó de Egipto, de la esclavitud».

1 Lista de los israelitas que fueron a Egipto con Jacob, cada uno
2-3 con su familia: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, Benja-
4-5 mín, Dan, Neftalí, Gad, Aser. Descendientes directos de Jacob, se-
tenta personas; José ya estaba en Egipto.
6-7 Muerto José y sus hermanos y toda aquella generación, los israe-
litas crecían y se propagaban, se multiplicaban y se hacían fuertes
en extremo e iban llenando todo el país.
8 Subió al trono en Egipto un Faraón nuevo que no había conoci-
9 do a José, y dijo a su pueblo:
—Mirad, los israelitas se están volviendo más numerosos y fuer-
10 tes que nosotros; vamos a vencerlos con astucia, pues si no crecerán;
y si se declara la guerra, se aliarán con el enemigo, nos atacarán y
después se marcharán de nuestra tierra.
11 Así, pues, nombraron capataces que los explotaran como carga-
dores en la construcción de las ciudades granero Pitón y Ramsés.
12 Pero cuanto más los oprimían, ellos crecían y se propagaban más.
13 Hartos de los israelitas, los egipcios les impusieron trabajos peno-
14 sos, y les amargaron la vida con dura esclavitud, imponiéndoles los
duros trabajos del barro, de los ladrillos y toda clase de trabajos
del campo.
15 El rey de Egipto ordenó a las comadronas hebreas (una se llama-
ba Séfora y otra Fuá):
16 —Cuando asistáis a las hebreas y les llegue el momento, si es
niño lo matáis, si es niña la dejáis con vida.
17 Pero las comadronas respetaban a Dios, y en vez de hacer lo que
les mandaba el rey de Egipto dejaban con vida a los recién nacidos.
18 El rey de Egipto llamó a las comadronas y las interrogó:
—¿Por qué obráis así y dejáis con vida a las criaturas?
19 Contestaron al Faraón:
—Es que las mujeres hebreas no son como las egipcias: son ro-
bustas y dan a luz antes de que lleguen las comadronas.
20 Dios premió a las comadronas: el pueblo crecía y se hacía muy
21 fuerte, y a ellas, como respetaban a Dios, también les dio familia.
22 Entonces, el Faraón ordenó a todos sus hombres:
—Cuando les nazca un niño, echadlo al Nilo; si es niña, dejadla
con vida.

Infancia de Moisés

2 Un hombre de la tribu de Leví se casó con una mujer de la mis-
2 ma tribu; ella concibió y dio a luz un niño. Viendo lo hermoso que
3 era, lo tuvo escondido tres meses. No pudiendo tenerlo escondido
por más tiempo, tomó una cesta de mimbre, la embadurnó de barro

y pez, colocó en ella a la criatura y la depositó entre los juncos, a la
orilla del Nilo.
4 Una hermana del niño observaba a distancia para ver en qué pa-
5 raba aquello. La hija del Faraón bajó a bañarse en el Nilo, mientras
sus criadas la seguían por la orilla. Al descubrir la cesta entre los
6 juncos, mandó a la criada a recogerla. La abrió, miró dentro y en-
contró un niño llorando. Conmovida, comentó:
—Es un niño de los hebreos.
7 Entonces, la hermana del niño dijo a la hija del Faraón:
—¿Quieres que vaya a buscar una nodriza hebrea que te críe
el niño?
8 Respondió la hija del Faraón:
—Anda.
La muchacha fue y llamó a la madre del niño.
9 La hija del Faraón le dijo:
—Llévate este niño y críamelo, y yo te pagaré.
La mujer tomó al niño y lo crió.
10 Cuando creció el muchacho, se lo llevó a la hija del Faraón, que
lo adoptó como hijo y lo llamó Sacado [a], diciendo: «Lo he sacado
del agua».

Juventud de Moisés

11 Pasaron los años, Moisés creció, fue adonde estaban sus herma-
nos y los encontró transportando cargas. Y vio cómo un egipcio
12 maltrataba a un hebreo, uno de sus hermanos. Miró a un lado y a
otro, y viendo que no había nadie, mató al egipcio y lo enterró en
la arena.
13 Al día siguiente, salió y encontró a dos hebreos riñendo, y dijo
al culpable:
—¿Por qué maltratas a tu compañero?
14 El le contestó:
—¿Quién te ha nombrado jefe y juez nuestro? ¿Es que pretendes
matarme como mataste al egipcio?
Moisés se asustó pensando que la cosa se había sabido.
15 Cuando el Faraón se enteró del hecho, buscó a Moisés para darle
muerte; pero Moisés huyó del Faraón y se refugió en el país de
Madián. Allí se sentó junto a un pozo.
16 El sacerdote de Madián tenía siete hijas, que solían salir a sacar
agua y a llenar los abrevaderos para abrevar el rebaño de su padre.
17 Llegaron unos pastores e intentaron echarlas. Entonces Moisés se
18 levantó, defendió a las muchachas y abrevó su rebaño. Ellas volvie-
ron a casa de Raguel, su padre, y él les preguntó:
—¿Cómo hoy tan pronto de vuelta?
19 Contestaron:
—Un egipcio nos ha librado de los pastores, nos ha sacado agua
y ha abrevado el rebaño.
20 Replicó el padre:
—¿Dónde está? ¿Cómo lo habéis dejado marchar? Llamadlo que
venga a comer.

a = moše.

21 Moisés accedió a vivir con él, y éste le dio a su hija Séfora por
22 esposa. Ella dio a luz un niño y Moisés lo llamó Guersón, diciendo:
«Soy forastero [a] en tierra extranjera».
23 Pasaron muchos años, murió el rey de Egipto, y los israelitas se
quejaban de la esclavitud y clamaron. Los gritos de auxilio de los
24 esclavos llegaron a Dios. Dios escuchó sus quejas y se acordó del
25 pacto hecho con Abrahán, Isaac y Jacob; y viendo a los israelitas,
Dios se interesó por ellos.

Vocación de Moisés

3 Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de
Madián; llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a
2 Horeb, el monte de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una
llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin con-
sumirse.
3 Moisés dijo:
—Voy a acercarme a mirar este espectáculo tan admirable: cómo
es que no se quema la zarza.
4 Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde
la zarza:
—Moisés, Moisés.
Respondió él:
—Aquí estoy.
5 Dijo Dios:
—No te acerques. Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio
que pisas es terreno sagrado.
6 Y añadió:
—Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de
Isaac, el Dios de Jacob.
Moisés se tapó la cara temeroso de mirar a Dios.
7 El Señor le dijo:
—He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus que-
8 jas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he ba-
jado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevar-
los a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, el
país de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos.
9 El clamor de los israelitas ha llegado a mí, y he visto cómo los tira-
10 nizan los egipcios. Y ahora, anda, que te envío al Faraón para que
saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas.
11 Moisés replicó a Dios:
—¿Quién soy yo para acudir al Faraón o para sacar a los israeli-
tas de Egipto?
12 Respondió Dios:
—Yo estoy contigo, y ésta es la señal de que yo te envío: que
cuando saques al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en esta
montaña.
13 Moisés replicó a Dios:
—Mira, yo iré a los israelitas y les diré: el Dios de vuestros pa-

a = ger.

dres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntan cómo se
llama, ¿qué les respondo?
14 Dios dijo a Moisés:
—«Soy el que soy». Esto dirás a los israelitas: «Yo soy» me envía
a vosotros.
15 Dios añadió:
—Esto dirás a los israelitas: El Señor Dios de vuestros padres,
Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vos-
otros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de genera-
16 ción en generación. Vete, reúne a las autoridades de Israel y diles:
El Señor Dios de vuestros padres, de Abrahán, de Isaac y de
Jacob, se me ha aparecido y me ha dicho: Os tengo presentes y veo
17 cómo os tratan los egipcios. He decidido sacaros de la opresión
egipcia y llevaros al país de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos,
18 heveos y jebuseos, a una tierra que mana leche y miel. Ellos te harán
caso, y tú, con las autoridades de Israel, te presentarás al rey de
Egipto y le diréis: El Señor Dios de los hebreos nos ha encontrado,
y nosotros tenemos que hacer un viaje de tres jornadas por el desier-
19 to para ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios. Yo sé que el rey
20 de Egipto no os dejará marchar si no es a la fuerza; pero yo exten-
deré la mano, heriré a Egipto con prodigios que haré en el país, y
21 entonces os dejará marchar. Y haré que este pueblo se gane el favor
de los egipcios, de modo que al salir no se marchen con las manos
22 vacías. Las mujeres pedirán a sus vecinas, o a las dueñas de las ca-
sas donde se alojen, objetos de plata y oro y ropa para vestir a sus
hijos e hijas. Así os llevaréis botín de Egipto.

4 Moisés replicó:
—¿Y si no me creen ni me hacen caso, y dicen que no se me ha
aparecido el Señor?
2 El Señor le preguntó:
—¿Qué tienes en la mano?
Contestó:
—Un bastón.
3 Dios le dijo:
—Tíralo al suelo.
El lo tiró al suelo y se convirtió en serpiente, y Moisés echó a
correr asustado.
4 El Señor dijo a Moisés:
—Echale mano y agárrala por la cola.
Moisés le echó mano, y al agarrarla en el puño se convirtió en un
bastón.
5 —Para que crean que se te ha aparecido el Señor, Dios de sus
padres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob.
6 El Señor siguió diciéndole:
—Mete la mano en el seno.
El la metió, y al sacarla tenía la piel descolorida como nieve.
7 Le dijo:
—Métela otra vez en el seno.
La metió, y al sacarla estaba normal, como de carne.
8 —Si no te creen ni te hacen caso al primer signo, te creerán al
9 segundo. Y si no te creen ni hacen caso a ninguno de los dos, toma

agua del Nilo, derrámala en tierra, y el agua que hayas sacado del
Nilo se convertirá en sangre.
10 Pero Moisés insistió al Señor:
—Yo no tengo facilidad de palabra, ni antes ni ahora que has
hablado a tu siervo; soy torpe de boca y de lengua.
11 El Señor replicó:
—¿Quién da la boca al hombre? ¿Quién lo hace mudo o sordo
12 o tuerto o ciego? ¿No soy yo, el Señor? Por tanto, ve; yo estaré en
tu boca y te enseñaré lo que tienes que decir.
13 Insistió:
—No, Señor; envía al que tengas que enviar.
14 El Señor se irritó con Moisés, y le dijo:
—Aarón, tu hermano, el levita, sé que habla bien. El viene ya a
15 tu encuentro y se alegrará al verte. Háblale y ponle mis palabras
en la boca. Yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que
16 tenéis que hacer. El hablará al pueblo en tu nombre, él será tu boca,
17 tú serás su dios. Tú coge el bastón con el que realizarás los signos.

Moisés vuelve a Egipto

18 Moisés volvió a casa de Jetró, su suegro, y le dijo:
—Voy a volver a Egipto a ver si mis hermanos viven todavía.
Jetró le contestó:
—Vete en paz.
19 El Señor dijo a Moisés en Madián:
—Anda, vuelve a Egipto, que han muerto los que intentaban
matarte.
20 Moisés tomó a su mujer y a sus hijos, los montó en asnos y se
encaminó a Egipto. En la mano llevaba el bastón maravilloso.
21 El Señor dijo a Moisés:
—Mientras vuelves a Egipto, fíjate en los prodigios que he pues-
to a tu disposición, pues los tienes que hacer delante del Faraón.
22 Yo lo pondré terco y no dejará salir al pueblo. Tú le dirás: Así dice
23 el Señor: Israel es mi hijo primogénito, y yo te ordeno que dejes
salir a mi hijo para que me sirva; si te niegas a soltarlo, yo daré
muerte a tu hijo primogénito.
24 En un albergue del camino, el Señor le salió al paso para darle
25 muerte. Séfora entonces tomó un pedernal, le cortó el prepucio a
su hijo, lo aplicó a las partes de Moisés y dijo:
—Eres para mí un marido de sangre.
26 Y el Señor lo dejó cuando ella dijo «marido de sangre» (por la
circuncisión).
27 El Señor dijo a Aarón:
—Sal al desierto a recibir a Moisés.
El fue, lo alcanzó en el monte de Dios y lo besó.
28 Moisés contó a Aarón todas las cosas que el Señor le había
29 encomendado y los signos que le había mandado hacer. Moisés y
30 Aarón fueron y reunieron a las autoridades de Israel. Aarón repitió
todo lo que el Señor había dicho a Moisés, y éste realizó los signos
31 ante el pueblo. El pueblo creyó, y al oír que el Señor se ocupaba de
los israelitas y se fijaba en su opresión, se inclinaron y se postraron.

Moisés y Aarón ante el Faraón

5 Después Moisés y Aarón se presentaron al Faraón, y le dijeron:
—Así dice el Señor Dios de Israel: Deja salir a mi pueblo, para
que celebre mi fiesta en el desierto.
2 Respondió el Faraón:
—¿Quién es el Señor para que tenga que obedecerle dejando
marchar a los israelitas? Ni reconozco al Señor ni dejaré marchar
a los israelitas.
3 Replicaron ellos:
—El Dios de los hebreos nos ha salido al encuentro: tenemos
que hacer un viaje de tres jornadas por el desierto para ofrecer sa-
crificios al Señor, nuestro Dios; de lo contrario, nos herirá con
peste o espada.
4 El rey de Egipto les dijo:
—¿Por qué, Moisés y Aarón, soliviantáis al pueblo en su traba-
5 jo? Volveos a transportar vuestras cargas. Ya son más numerosos
que los naturales del país, y vosotros queréis que dejen de transpor-
tar cargas.
6 El mismo día, el Faraón dio órdenes a los capataces y a los ins-
pectores:
7 —No volváis a proveerlos de paja para fabricar adobes, como
8 hacíais antes; que vayan ellos a buscarse la paja. Pero el cupo de
adobes que hacían antes se lo exigiréis sin disminuir nada. Son unos
holgazanes, y por eso andan gritando: Vamos a ofrecer sacrificios
9 a nuestro Dios. Imponedles un trabajo pesado y que lo cumplan,
y no hagáis caso de sus cuentos.
10 Los capataces y los inspectores salieron, y dijeron al pueblo:
11 —Esto dice el Faraón: No os proveeré de paja; id vosotros a
buscarla donde la encontréis, y no disminuirá en nada vuestra tarea.
12 El pueblo se dispersó por todo el territorio egipcio buscando
paja.
13 Los capataces les apremiaban:
—Completad vuestro trabajo, la tarea de cada día, como cuando
se os daba paja.
14 Los capataces golpeaban a los inspectores israelitas que habían
nombrado, diciéndoles:
—¿Por qué no completáis hoy vuestro cupo de adobes como
antes?
15 Entonces, los inspectores israelitas fueron a reclamar al Faraón:
16 —¿Por qué tratas así a tus siervos? Nos exigen que hagamos
adobes sin darnos paja; tus siervos se llevan los golpes, pero el cul-
pable es tu pueblo.
17 Contestó el Faraón:
—Holgazanes, eso es lo que sois, unos holgazanes; por eso an-
18 dáis diciendo: Vamos a ofrecer sacrificios al Señor. Y ahora a tra-
bajar; paja no se os dará, pero vosotros produciréis vuestro cupo de
adobes.
19 Los inspectores israelitas se vieron en un aprieto cuando les di-
20 jeron que no disminuiría el cupo diario de adobes, y encontrando
a Moisés y Aarón, que los esperaban a la salida del palacio del
21 Faraón, les dijeron:

—El Señor os examine y os juzgue. Nos habéis hecho odiosos al
Faraón y a su corte, le habéis puesto en la mano una espada para
que nos mate.
22 Moisés volvió al Señor, y le dijo:
—Señor, ¿por qué maltratas a este pueblo? ¿Para qué me has
23 enviado? Desde que me presenté al Faraón para hablar en tu nom-
bre, el pueblo es maltratado y tú no has librado a tu pueblo.

6 El Señor respondió a Moisés:
—Pronto verás lo que voy a hacer al Faraón: a la fuerza los de-
jará marchar y aun los echará de su territorio.

Misión de Moisés

2 Dios dijo a Moisés:
3 —Yo soy el Señor. Yo me aparecí a Abrahán, Isaac y Jacob como
«Dios Todopoderoso», pero no les di a conocer mi nombre: «El
4 Señor» [a]. Yo hice alianza con ellos prometiéndoles la tierra de Ca-
5 naán, tierra donde habían residido como emigrantes. Yo también,
al escuchar las quejas de los israelitas esclavizados por los egipcios,
6 me acordé de la alianza; por tanto, diles a los israelitas: Yo soy
el Señor, os quitaré de encima las cargas de los egipcios, os resca-
taré de vuestra esclavitud, os redimiré con brazo extendido y ha-
7 ciendo justicia solemne. Os adoptaré como pueblo mío y seré vues-
tro Dios; para que sepáis que soy el Señor, vuestro Dios, el que os
8 quita de encima las cargas de los egipcios, os llevaré a la tierra que
prometí con juramento a Abrahán, Isaac y Jacob, y os la daré en
posesión. Yo, el Señor.
9 Moisés comunicó esto a los israelitas, pero no le hicieron caso,
porque estaban agobiados por el durísimo trabajo.
10 El Señor dijo a Moisés:
11 —Ve al Faraón, rey de Egipto, y dile que deje salir de su terri-
torio a los israelitas.
12 Moisés se dirigió al Señor en estos términos:
—Si los israelitas no me escuchan, ¿cómo me escuchará el Fa-
raón a mí, que soy tan torpe de palabra?
13 El Señor habló a Moisés y Aarón, les dio órdenes para el Faraón,
rey de Egipto, y para los israelitas, y les mandó sacar de Egipto a
los israelitas.

Lista de los cabezas de familia
(Gn 46,8-11)

14 Hijos de Rubén, primogénito de Jacob: Henoc, Falú, Jesrón y
Carmí; son los clanes de Rubén.
15 Hijos de Simeón: Yemuel, Yamín, Ohad, Yaquín, Sójar y Saúl,
hijo de la cananea; son los clanes de Simeón.
16 Lista de los hijos de Leví por generaciones: Guersón, Quehat y
17 Merarí (Leví vivió ciento treinta y siete años). Hijos de Guersón:

a = Yahwé.

18 Libní, Semeí y sus clanes. Hijos de Quehat: Amrán, Yishar, He-
19 brón y Uziel (Quehat vivió ciento treinta y tres años). Hijos de
Merarí: Majlí y Musí. Hasta aquí los clanes de Leví, por genera-
ciones.
20 Amrán se casó con Yoquébed, pariente suya, y ella le dio a Aarón
21 y a Moisés (Amrán vivió ciento treinta y siete años). Hijos de
22 Yishar: Córaj, Néfeg y Zicrí. Hijos de Uziel: Misael, Elsafán y Sitrí.
23 Aarón se casó con Isabel, hija de Aminadab y hermana de Naj-
són; ella dio a luz a Nadab, Abihú, Eleazar e Itamar.
24 Hijos de Córaj: Asir, Elcaná y Abiasaf; son los clanes corajitas.
25 Eleazar, hijo de Aarón, se casó con una hija de Futiel, y ella dio
a luz a Fineés. Hasta aquí los cabezas de familia levitas por clanes.
26 Y éstos son Aarón y Moisés, a quienes el Señor dijo: «Sacad a
27 los israelitas de Egipto por escuadrones», y los que dijeron al Fa-
raón, rey de Egipto, que dejara salir a los israelitas de Egipto:
Moisés y Aarón.

Misión de Moisés (II)

28-9 Cuando el Señor habló a Moisés en Egipto, le dijo:
—Yo soy el Señor. Repite al Faraón de Egipto todo lo que te
digo.
30 Y Moisés le respondió al Señor:
—Soy torpe de palabra, ¿cómo me va a hacer caso el Faraón?
7 El Señor dijo a Moisés:
—Mira, te hago un dios para el Faraón, y Aarón, tu hermano,
2 será tu profeta. Tú dirás todo lo que yo te mande, y Aarón le dirá
3 al Faraón que deje salir a los israelitas de su territorio. Yo pondré
terco al Faraón y haré muchos signos y prodigios contra Egipto.
4 El Faraón no os escuchará, pero yo extenderé mi mano contra
Egipto y sacaré de Egipto a mis escuadrones, mi pueblo, los israe-
5 litas, haciendo solemne justicia. Para que los egipcios sepan que yo
soy el Señor cuando extienda mi mano contra Egipto y saque a los
israelitas de en medio de ellos.
6 Moisés y Aarón hicieron puntualmente lo que el Señor les
mandaba.
7 Cuando hablaron al Faraón, Moisés tenía ochenta años, y Aarón
ochenta y tres.

El bastón maravilloso

8 El Señor dijo a Moisés y Aarón:
9 —Cuando os diga el Faraón que hagáis algún prodigio, le dirás
a Aarón que coja su bastón y lo tire delante del Faraón, y se con-
vertirá en una culebra.
10 Moisés y Aarón se presentaron al Faraón e hicieron lo que el Se-
ñor les había mandado. Aarón tiró el bastón delante del Faraón
11 y de sus ministros, y se convirtió en una culebra. El Faraón llamó
a sus sabios y a sus hechiceros, y los magos de Egipto hicieron lo
12 mismo con sus encantamientos: cada uno tiró su bastón, y se con-

virtieron en culebras, pero el bastón de Aarón se tragó los otros
13 bastones. Y el Faraón se puso terco y no les hizo caso, como había
anunciado el Señor.

Primera plaga: el agua del Nilo

14 El Señor dijo a Moisés:
—El Faraón se ha puesto terco y se niega a dejar marchar al
15 pueblo. Acude mañana al Faraón, cuando salga al río, y espéralo
a la orilla del Nilo, llevando contigo el bastón que se convirtió en
16 serpiente. Y dile: El Señor, Dios de los hebreos, me ha enviado a
ti con este encargo: deja salir a mi pueblo para que me rinda culto
17 en el desierto; hasta ahora no me has hecho caso. Ahora dice el
Señor: Con esto sabrás que yo soy el Señor: con el bastón que llevo
en la mano golpearé el agua del Nilo, y se convertirá en sangre;
18 los peces del Nilo morirán, el río apestará y los egipcios no podrán
beber agua del Nilo.
19 El Señor dijo a Moisés:
—Dile a Aarón: Coge tu bastón, extiende la mano sobre las
aguas de Egipto: ríos, canales, estanques y aljibes, y el agua se
convertirá en sangre. Y habrá sangre por todo Egipto: en las vasi-
jas de madera y en las de piedra.
20 Moisés y Aarón hicieron lo que el Señor les mandaba. Levantó
el bastón y golpeó el agua del Nilo a la vista del Faraón y de su
21 corte. Toda el agua del Nilo se convirtió en sangre. Los peces del
Nilo murieron, el Nilo apestaba y los egipcios no podían beber
agua, y hubo sangre por todo el país de Egipto.
22 Los magos de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos,
de modo que el Faraón se empeñó en no hacer caso, como lo había
anunciado el Señor.
23-4 El Faraón se volvió a palacio, pero no aprendió la lección. Los
egipcios cavaban a los lados del Nilo buscando agua de beber, pues
no podían beber el agua del Nilo.

Segunda plaga: ranas

25-6 A los siete días de haber golpeado el Nilo, el Señor dijo a Moisés:
—Preséntate al Faraón, y dile: Así dice el Señor: deja marchar
27 a mi pueblo para que me rinda culto. Si tú te niegas a dejarlo mar-
28 char, yo infestaré todo tu territorio de ranas; bullirá el Nilo de
ranas que subirán, se meterán en tu palacio, por habitaciones y
alcobas y hasta tu cama; lo mismo pasará en casa de tus ministros
29 y de tu pueblo, en hornos y artesas. Las ranas os acosarán a ti, a tu
corte, a tu pueblo.
8 El Señor dijo a Moisés:
—Dile a Aarón: Extiende la mano con el bastón sobre ríos, cana-
les y estanques, y haz salir ranas por todo el territorio egipcio.
2 Aarón extendió la mano sobre las aguas de Egipto e hizo salir
3 ranas que infestaron todo el territorio egipcio. Pero lo mismo hi-

cieron los magos con sus encantamientos: hicieron salir ranas por
todo el territorio egipcio.
4 El Faraón llamó a Moisés y a Aarón, y les pidió:
—Rezad al Señor para que aleje las ranas de mí y de mi pueblo,
y dejaré marchar al pueblo para que ofrezca sacrificios al Señor.
5 Moisés respondió al Faraón:
—Dígnate indicarme cuándo he de rezar por ti, por tu corte y
por tu pueblo, para que se acaben las ranas en tu palacio y queden
sólo en el Nilo.
6 Respondió:
—Mañana.
Dijo Moisés:
—Así se hará, para que sepas que no hay otro como el Señor,
7 nuestro Dios. Las ranas se alejarán de ti, de tu palacio, de tu corte
y de tu pueblo, y quedarán sólo en el Nilo.
8 Moisés y Aarón salieron del palacio del Faraón. Moisés suplicó
al Señor por lo de las ranas, como había convenido con el Faraón.
9 El Señor cumplió lo que pedía Moisés: las ranas fueron muriendo
10 en casas, patios, campos, y las reunían en montones, de modo que
11 todo el país apestaba. Viendo el Faraón que le daban respiro, se
puso terco y no les hizo caso, como lo había anunciado el Señor.

Tercera plaga: mosquitos

12 Dijo el Señor a Moisés:
—Dile a Aarón: Extiende tu bastón y golpea el polvo del suelo,
y se convertirá en mosquitos por todo el territorio egipcio.
13 Así lo hicieron. Aarón extendió la mano y con el bastón golpeó
el polvo del suelo, que se convirtió en mosquitos que atacaban a
hombres y animales. Todo el polvo del suelo se convirtió en mos-
quitos por todo el territorio egipcio.
14 Intentaron los magos hacer lo mismo sacando mosquitos con sus
encantamientos, y no pudieron. Los mosquitos atacaban a hombres
y animales.
15 Entonces los magos dijeron al Faraón:
—Es el dedo de Dios.
Pero el Faraón se empeñó en no hacerles caso, como lo había
anunciado el Señor.

Cuarta plaga: moscas

16 Dijo el Señor a Moisés:
—Madruga mañana, preséntate al Faraón cuando sale hacia el
río y dile: Así dice el Señor: deja marchar a mi pueblo para que
17 me rinda culto; si tú no sueltas a mi pueblo, yo soltaré moscas
contra ti, contra tu corte, tu pueblo y tu familia, se llenarán de
moscas las casas de los egipcios y también los terrenos donde viven.
18 Ese día daré trato diverso al territorio de Gosén, donde reside mi
pueblo, de modo que allí no habrá moscas; para que sepas que yo,
19 el Señor, estoy en el país. Haré distinción entre mi pueblo y el
tuyo. Mañana sucederá este signo.

20 El Señor lo cumplió: nubes de moscas invadieron el palacio del
Faraón y de su corte y todo el territorio egipcio, de modo que toda
la tierra estaba infestada de moscas.
21 El Faraón llamó a Moisés y a Aarón, y les dijo:
—Id a ofrecer sacrificios a vuestro Dios en mi territorio.
22 Respondió Moisés:
—No nos es lícito hacerlo, porque habríamos de ofrecer en sacri-
ficio al Señor, nuestro Dios, lo que abominan los egipcios; si inmo-
23 lamos a su vista lo que ellos abominan, nos apedrearán; tenemos
que hacer un viaje de tres jornadas por el desierto para ofrecer sa-
crificios al Señor, nuestro Dios, como nos ha mandado.
24 Replicó el Faraón:
—Yo os dejaré marchar al desierto con vuestras víctimas para el
Señor, vuestro Dios, a condición de que no os alejéis. Rezad por mí.
25 Dijo Moisés:
—Cuando salga de tu presencia rezaré al Señor para que aleje
las moscas de ti, de tu corte y de tu pueblo mañana mismo. Pero
que el Faraón no vuelva a usar fraudes para no dejar salir al pueblo
a ofrecer sacrificios al Señor.
26-7 Moisés salió de la presencia del Faraón, y rezó al Señor. El Señor
hizo lo que Moisés pedía: alejó las moscas del Faraón, de su corte
28 y de su pueblo, hasta no quedar ni una. Pero el Faraón se puso terco
también esta vez y no dejó salir al pueblo.

Quinta plaga: peste

9 El Señor dijo a Moisés:
—Preséntate al Faraón y háblale: Así dice el Señor, Dios de los
2 hebreos: deja salir a mi pueblo para que me rinda culto. Si te nie-
3 gas a dejarlos salir y sigues reteniéndolos a la fuerza, la mano del
Señor se hará sentir en el ganado del campo, caballos, asnos, came-
4 llos, vacas y ovejas con una peste maligna. Pero el Señor hará dis-
tinción entre el ganado de Israel y el egipcio, de modo que no mue-
5 ra ni una res de los israelitas. El Señor ha establecido un plazo:
mañana cumplirá el Señor su palabra contra el país.
6 El Señor cumplió su palabra al día siguiente: murió todo el ga-
nado de los egipcios, y del ganado de los israelitas no murió ni una
res.
7 El Faraón mandó averiguar, y del ganado de los israelitas no ha-
bía muerto ni una res. Pero el Faraón se puso terco y no dejó mar-
char al pueblo.

Sexta plaga: úlceras

8 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
—Coged un puñado de hollín del horno y que Moisés lo avente
9 hacia el cielo a la vista del Faraón; se convertirá por todo el terri-
torio egipcio en polvo que caerá sobre hombres y animales produ-
ciendo úlceras y llagas en todo el territorio egipcio.
10 Cogieron hollín del horno, y a la vista del Faraón, Moisés lo

aventó hacia el cielo, y hombres y animales se cubrieron de úlceras
y llagas.
11 Los magos no pudieron resistir delante de Moisés, a causa de las
úlceras, que les habían salido como a todos los demás egipcios.
12 Pero el Señor hizo que el Faraón se empeñase en no hacerles caso,
como lo había anunciado el Señor.

Séptima plaga: tormenta

13 El Señor dijo a Moisés:
—Madruga mañana, preséntate al Faraón y dile: Esto dice el
Señor, Dios de los hebreos: deja salir a mi pueblo para que me
14 rinda culto. Pues esta vez voy a soltar todas mis plagas contra ti
mismo, tu corte y tu pueblo, para que sepas que no hay nadie como
15 yo en toda la tierra. Esta vez soltaré mi mano para heriros de peste
16 a ti y a tu pueblo, hasta que desaparezcáis de la tierra. Con este fin
te he mantenido en tu puesto, para mostrarte mi fuerza y para que
17 se difunda mi fama en toda la tierra. Todavía alzas tu barrera frente
18 a mi pueblo para no dejarlo marchar. Pues mira, mañana a estas
horas haré caer un terrible pedrisco como no lo ha habido en Egipto
19 desde su fundación hasta hoy. Ahora, pues, manda poner en seguro
tu ganado y lo que tienes en el campo. A los hombres y a los ani-
males que se encuentren en el campo y no se refugien en los esta-
blos, les caerá encima un granizo que los matará.
20 Los ministros del Faraón que respetaron la palabra del Señor hi-
cieron refugiarse a sus esclavos y metieron corriendo el ganado en
21 los establos; los que no atendieron a la palabra del Señor, dejaron
a sus esclavos y ganado en el campo.
22 El Señor dijo a Moisés:
—Extiende tu mano hacia el cielo y caerá granizo en todo el te-
rritorio egipcio: sobre hombres y animales y sobre la hierba del
campo.
23 Moisés extendió su bastón hacia el cielo, y el Señor lanzó true-
nos, granizo y rayos zigzagueando hacia la tierra; el Señor hizo
24 granizar en el territorio egipcio. Vino el granizo, con rayos que se
formaban entre el granizo, un pedrisco grueso como no se había
25 visto en Egipto desde que comenzó a ser nación. El granizo hizo
destrozos en todo el territorio egipcio: hirió a todo lo que se en-
contraba en el campo, hombres y animales, destrozó la hierba del
26 campo y tronchó los árboles silvestres. Pero en territorio de Gosén,
donde vivían los israelitas, no cayó granizo.
27 Entonces el Faraón mandó llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo:
—Esta vez he obrado mal. El Señor tiene razón, y yo y mi pue-
28 blo somos culpables. Rezad al Señor, que ya basta de truenos y
granizo, y os dejaré marchar sin reteneros más.
29 Moisés le contestó:
—Cuando salga de la ciudad extenderé las manos hacia el Señor,
y cesarán completamente truenos y granizo, para que sepas que
30 toda la tierra es del Señor. Aunque tú y tu corte ya sé que todavía
no respetáis al Señor Dios.
31 (El lino y la cebada se perdieron, pues la cebada estaba en espiga

32 y el lino estaba floreciendo; el trigo y el mijo no se perdieron, por-
que son tardíos).
33 Moisés salió del palacio y de la ciudad, y extendió las manos al
Señor: cesaron truenos y granizo y la lluvia no azotó la tierra.
34 Viendo el Faraón que habían cesado la lluvia, el granizo y los true-
35 nos, volvió a pecar y se puso terco, él con su corte, y se empeñó
en no dejar marchar a los israelitas, como lo había anunciado el
Señor por medio de Moisés.

Octava plaga: langosta

10 El Señor dijo a Moisés:
—Preséntate al Faraón, porque yo lo he puesto terco a él y a su
2 corte, para realizar en medio de ellos mis signos; para que puedas
contar a tus hijos y nietos cómo traté a los egipcios, y los signos que
ejecuté en medio de ellos; así sabréis que yo soy el Señor.
3 Moisés y Aarón se presentaron al Faraón y le dijeron:
—Esto dice el Señor, Dios de los hebreos: ¿Hasta cuándo te
negarás a humillarte ante mí y a dejar marchar a mi pueblo para
4 que me rinda culto? Si te niegas a dejar marchar a mi pueblo, ma-
5 ñana enviaré la langosta a tu territorio: cubrirá la superficie de la
tierra, de modo que no se vea el suelo; se comerá todo el resto y
residuo que se haya salvado del granizo, se comerá todas las plan-
6 tas que brotan en vuestros campos; llenarán tu casa, las casas de
tus ministros y de todos los egipcios; algo que no vieron tus padres
ni tus abuelos desde que poblaron la tierra hasta hoy.
Moisés dio media vuelta y salió de la presencia del Faraón.
7 Los ministros del Faraón dijeron:
—¿Hasta cuándo nos estará llevando ése a la ruina? Deja mar-
char a esa gente para que rinda culto al Señor, su Dios. ¿No acabas
de comprender que Egipto se está arruinando?
8 Hicieron volver a Moisés y a Aarón a presencia del Faraón, y
éste les dijo:
—Andad a rendir culto al Señor, vuestro Dios, indicando quiénes
tienen que ir.
9 Moisés respondió:
—Tenemos que ir con chicos y ancianos, con hijos e hijas, con
ovejas y vacas, para celebrar la fiesta del Señor.
10 El replicó:
—El Señor os acompañe, si yo os dejo marchar con vuestros ni-
11 ños. Malas intenciones tenéis. No; que vayan los varones a ofrecer
culto al Señor; es lo que habéis pedido.
Y el Faraón los despachó.
12 El Señor dijo a Moisés:
—Extiende tu mano sobre Egipto, haz que la langosta invada el
país y se coma la hierba y cuanto se ha salvado del granizo.
13 Moisés extendió la vara sobre Egipto. El Señor hizo soplar sobre
el país un viento de levante todo el día y toda la noche; a la ma-
14 ñana siguiente, el viento trajo la langosta, que invadió todo Egipto,
y se posó por todo el territorio; langosta tan numerosa como no la
15 hubo antes ni la habrá después. Cubrió la superficie, destrozó las

tierras, devoró la hierba y todos los frutos, cuanto se había salvado
del granizo, y no quedó cosa verde, ni árboles ni hierba, en todo el
territorio egipcio.
16 El Faraón llamó a toda prisa a Moisés y Aarón, y les dijo:
—He pecado contra el Señor, vuestro Dios, y contra vosotros.
17 Perdonad mi pecado esta vez, rezad al Señor, vuestro Dios, para
que aleje de mí este castigo mortal.
18-9 Moisés salió de su presencia, y rezó al Señor. El Señor cambió la
dirección del viento, que empezó a soplar con toda fuerza del po-
niente, y se llevó la langosta, empujándola hacia el Mar Rojo: no
quedó un solo animal en todo el territorio.
20 Pero el Señor hizo que el Faraón se empeñase en no dejar mar-
char a los israelitas.

Novena plaga: tinieblas

21 El Señor dijo a Moisés:
—Extiende tu mano hacia el cielo, y se extenderá sobre el terri-
torio egipcio una oscuridad palpable.
22 Moisés extendió la mano hacia el cielo, y una densa oscuridad
23 cubrió el territorio egipcio durante tres días. No se veían unos a
otros ni se movieron de su sitio durante tres días, mientras que to-
dos los israelitas tenían luz en sus poblados.
24 El Faraón llamó a Moisés y Aarón, y les dijo:
—Id a ofrecer culto al Señor; también los niños pueden ir con
vosotros, pero dejad las ovejas y las vacas.
25 Respondió Moisés:
—Tienes que dejarnos llevar víctimas para los sacrificios que
26 hemos de ofrecer al Señor nuestro. También el ganado tiene que
venir con nosotros, sin quedar ni una res, pues de ello tenemos que
ofrecer al Señor, nuestro Dios, y no sabemos qué hemos de ofrecer
al Señor hasta que lleguemos allá.
27 Pero el Señor hizo que el Faraón se empeñara en no dejarlos
marchar.
28 El Faraón, pues, le dijo:
—Sal de mi presencia, y cuidado con volver a presentarte; si te
vuelvo a ver, morirás inmediatamente.
29 Respondió Moisés:
—Lo que tú dices: no volveré a presentarme.

Décima plaga: muerte de los primogénitos

11 El Señor dijo a Moisés:
—Todavía tengo que enviar una plaga al Faraón y a su país.
Después os dejará marchar de aquí, es decir, os echará a todos de
2 aquí. Habla a todo el pueblo: que cada hombre pida a su vecino
y cada mujer a su vecina utensilios de plata y oro.
3 El Señor hizo que el pueblo se ganase el favor de los egipcios,
y también Moisés era muy estimado en Egipto por los ministros del
Faraón y por el pueblo.

4 Dijo Moisés:
—Así dice el Señor: A medianoche yo haré una salida entre los
5 egipcios: morirán todos los primogénitos de Egipto, desde el pri-
mogénito del Faraón que se sienta en el trono hasta el primogéni-
to de la sierva que atiende al molino, y todos los primogénitos del
6 ganado. Y se oirá un inmenso clamor por todo Egipto como nunca
7 lo ha habido ni lo habrá. Mientras que a los israelitas ni un perro
les ladrará, ni a los hombres ni a las bestias; para que sepáis que
8 el Señor distingue entre egipcios e israelitas. Entonces todos estos
ministros tuyos acudirán a mí, y postrados ante mí me pedirán: «Sal
con el pueblo que te sigue». Entonces saldré.
Y salió airado de la presencia del Faraón.
9 Así, pues, el Señor dijo a Moisés:
—El Faraón no os hará caso, y así se multiplicarán mis prodigios
en Egipto.
10 Y Moisés y Aarón hicieron todos estos prodigios en presencia
del Faraón; pero el Señor hizo que el Faraón se empeñara en no
dejar marchar a los israelitas de su territorio.

Pascua

12 En aquellos días, el Señor dijo a Moisés y a Aarón en Egipto:
2 —Este mes será para vosotros el principal, será para vosotros el
3 primer mes del año. Decid a toda la asamblea de Israel: El diez de
este mes cada uno procurará una res para su familia, una por casa.
4 Si la familia es demasiado pequeña para terminarla, que se junte
con el vecino de casa; según el número de comensales y lo que
5 coma cada uno, se repartirá la res. Será un animal sin defecto, ma-
6 cho, añal, cordero o cabrito. Lo guardaréis hasta el día catorce del
mes, y entonces toda la asamblea de Israel lo matará al atardecer.
7 Con algo de la sangre rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa
8 donde lo hayáis comido. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego,
9 acompañada de pan sin fermentar y verduras amargas. No comeréis
de ella nada crudo ni cocido en agua, sino asado a fuego: con cabe-
10 za, patas y entrañas. No dejaréis restos para la mañana siguiente,
11 y si sobra algo, lo quemaréis. Y lo comeréis así: la cintura ceñida,
las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a
12 toda prisa, porque es la Pascua del Señor. Esa noche atravesaré todo
el territorio egipcio dando muerte a todos sus primogénitos, de
hombres y de animales, y haré justicia de todos los dioses de Egip-
13 to. Yo soy el Señor. La sangre será vuestra contraseña en las casas
donde estéis: cuando vea la sangre, pasaré de largo; no os tocará la
14 plaga exterminadora cuando yo pase hiriendo a Egipto. Este día
será para vosotros memorable, en él celebraréis fiesta al Señor.
Ley perpetua para todas las generaciones.

Los ázimos

15 —Durante siete días comeréis panes ázimos; el día primero ha-
réis desaparecer de vuestras casas toda levadura, pues el que coma

algo fermentado será excluido de Israel. Así del primero al séptimo
16 día. El día primero hay asamblea litúrgica y lo mismo el día sépti-
mo: no trabajaréis en ellos; solamente prepararéis lo que haga falta
17 a cada uno para comer. Observaréis la ley de los ázimos, porque
en tal día sacó el Señor a sus escuadrones de Egipto. Haréis fiesta
18 ese día: es ley perpetua para todas vuestras generaciones. Desde el
día catorce por la tarde al día veintiuno por la tarde comeréis panes
19 ázimos; durante siete días no habrá levadura en vuestras casas, pues
quien coma algo fermentado será excluido de la asamblea de Israel,
20 sea forastero o indígena. No comáis nada fermentado, sino comed
panes ázimos en todos vuestros poblados.

Ordenes de Moisés

21 Moisés llamó a todas las autoridades de Israel y les dijo:
—Escogeos una res por familia y degollad la víctima de pascua.
22 Tomad un manojo de hisopo, mojadlo en la sangre del plato y un-
tad de sangre el dintel y las dos jambas, y ninguno de vosotros salga
23 por la puerta de casa hasta la mañana siguiente. El Señor va a pasar
hiriendo a Egipto, y cuando vea la sangre en el dintel y las jambas,
el Señor pasará de largo y no permitirá al exterminador entrar en
24 vuestras casas para herir. Cumplid este mandato del Señor: es ley
25 perpetua para vosotros y vuestros hijos. Y cuando entréis en la
tierra que el Señor os va a dar, según lo prometido, observaréis este
26 rito. Y cuando os pregunten vuestros hijos qué significa este rito,
27 les responderéis: es el sacrificio de la Pascua del Señor. El pasó en
Egipto, junto a las casas de los israelitas, hiriendo a los egipcios y
protegiendo nuestras casas.
28 El pueblo se inclinó y se prosternó. Y los israelitas fueron y pu-
sieron por obra lo que el Señor había mandado a Moisés y Aarón.

Salida de Israel

29 A medianoche, el Señor hirió de muerte a todos los primogénitos
de Egipto: desde el primogénito del Faraón que se sienta en el
trono hasta el primogénito del preso encerrado en el calabozo, y
30 los primogénitos de los animales. Aún de noche, se levantó el Fa-
raón y su corte y todos los egipcios, y se oyó un clamor inmenso en
todo Egipto, pues no había casa en que no hubiera un muerto.
31 El Faraón llamó a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo:
—Levantaos, salid de en medio de mi pueblo, vosotros con to-
dos los israelitas, id a ofrecer culto al Señor como habéis pedido;
32 llevaos también las ovejas y las vacas, como decíais; despedíos de
mí y salid.
33 Los egipcios urgían al pueblo para que saliese cuanto antes del
34 país, pues temían morir todos. El pueblo sacó de las artesas la
masa sin fermentar, la envolvió en mantas y se la cargó al hombro.
35 Además, los israelitas hicieron lo que Moisés les había mandado:
36 pidieron a los egipcios utensilios de plata y oro y ropa; el Señor
hizo que se ganaran el favor de los egipcios, que les dieron lo que
pedían. Así despojaron a Egipto.

37 Los israelitas marcharon de Ramsés hacia Sucot: eran seiscientos
38 mil hombres de a pie, sin contar los niños; y les seguía una turba
39 inmensa, con ovejas y vacas y enorme cantidad de ganado. Cocieron
la masa que habían sacado de Egipto haciendo hogazas de pan ázi-
mo, pues no había fermentado, porque los egipcios los echaban y
no podían detenerse, y tampoco se llevaron provisiones.
40 La estancia de los israelitas en Egipto duró cuatrocientos treinta
41 años. Cumplidos los cuatrocientos treinta años, el mismo día, salie-
42 ron de Egipto los escuadrones del Señor. Noche en que veló el Se-
ñor para sacarlos de Egipto: noche de vela para los israelitas por
todas las generaciones.

Rito de la Pascua

43 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
44 —Ningún extranjero la comerá. Los esclavos que te hayas com-
45 prado, circuncídalos y sólo entonces podrán comerla. Ni el criado
46 ni el jornalero la comerán. Cada cordero se ha de comer dentro de
una casa sin sacar afuera nada de la carne, y no le romperéis ningún
47-8 hueso. La comunidad entera de Israel la celebrará. Y si el emigrante
que vive contigo quiere celebrar la Pascua del Señor, hará circun-
cidar a todos los varones, y sólo entonces podrá tomar parte en ella:
49 será como un indígena. Pero ningún incircunciso la comerá. La mis-
ma ley vale para el indígena y para el emigrante que vive con
vosotros.
50 Así lo hicieron los israelitas: todo lo que el Señor había ordena-
51 do a Moisés y a Aarón lo cumplieron. Y aquel mismo día el Señor
sacó de Egipto a los israelitas, por escuadrones.

13 El Señor dijo a Moisés:
2 —Conságrame todos los primogénitos israelitas: el primer parto,
lo mismo de hombres que de animales, me pertenece.
3 Y Moisés dijo al pueblo:
—Acuérdate siempre de este día, en que habéis salido de Egipto,
de la esclavitud, cuando con mano fuerte os sacó de allí el Señor.
4 No se comerá nada fermentado en este día. Salís hoy, mes de abril.

Los panes ázimos

5 —Cuando el Señor te haya introducido en la tierra de los cana-
neos, los amorreos, los heveos y los jebuseos, que juró a tus padres
darte, tierra que mana leche y miel, entonces en este mes celebra-
6 rás el siguiente rito: Durante siete días comerás panes ázimos y el
7 día séptimo se hará fiesta en honor del Señor. Durante esos siete
días se comerá pan ázimo y no ha de aparecer en todo tu territorio
8 levadura ni nada fermentado. Y ese día le explicarás a tu hijo:
«Esto es por lo que el Señor hizo en mi favor cuando salí de Egip-
9 to». Te servirá como señal en el brazo y recordatorio en la fren-
te, para que tengas en los labios la Ley del Señor, que con mano
10 fuerte te sacó de Egipto. Guardarás este mandato todos los años,
en su fecha.

Los primogénitos

11 —Cuando el Señor te introduzca en la tierra de los cananeos,
12 como juró a ti y a tus padres, y te la entregue, dedicarás al Señor
todos los *primogénitos:* el primer parto de tus animales, si es ma-
13 cho, pertenece al Señor. La primera cría de asno la rescatarás con
un cordero; si no la rescatas, la desnucarás. Pero los primogénitos
14 humanos los rescatarás siempre. Y cuando mañana tu hijo te pre-
gunte: «¿Qué significa esto?», le responderás: «Con mano fuerte
15 nos sacó el Señor de Egipto, de la esclavitud. El Faraón se había
obstinado en no dejarnos salir; entonces el Señor dio muerte a to-
dos los primogénitos de Egipto, lo mismo de hombres que de ani-
males. Por eso yo sacrifico al Señor todo primogénito macho de los
16 animales. Pero los primogénitos de mis hijos los rescato». Te servi-
rá como señal en el brazo y signo en la frente de que con mano
fuerte te sacó el Señor de Egipto.

Hacia el Mar Rojo

17 Cuando el Faraón dejó marchar al pueblo, Dios no los guió por
el camino de Palestina, que es el más corto, pensando que si se
18 veían atacados, se arrepentirían y volverían a Egipto; por eso Dios
hizo que el pueblo diese un rodeo por el desierto hacia el Mar Rojo.
19 Los israelitas habían salido de Egipto pertrechados. Moisés tomó
consigo los huesos de José, como se lo había hecho jurar a los is-
raelitas: «Cuando Dios se ocupe de vosotros, os llevaréis mis hue-
sos de aquí».
20 Partieron de Sucot y acamparon en Etán, al borde del desierto.
21 El Señor caminaba delante de ellos, de día en una columna de nu-
bes, para guiarlos; de noche, en una columna de fuego, para alum-
22 brarles; así podían caminar día y noche. No se apartaba delante de
ellos ni la columna de nubes de día ni la columna de fuego de noche.

Paso del Mar Rojo

14 El Señor dijo a Moisés:
2 —Di a los israelitas que se vuelvan y acampen en Fejirot, entre
Migdal y el mar, frente a Baal Safón; poned los campamentos miran-
3 do al mar. El Faraón pensará que los israelitas están copados en el
4 país y que el desierto les cierra el paso. Haré que el Faraón se em-
peñe en perseguiros, y me cubriré de gloria derrotando al Faraón y
a su ejército, y sabrán los egipcios que soy el Señor.
Así lo hicieron los israelitas.
5 Cuando comunicaron al rey de Egipto que el pueblo había esca-
pado, el Faraón y su corte cambiaron de parecer sobre el pueblo,
y se dijeron: «¿Qué hemos hecho? Hemos dejado marchar a nues-
6 tros esclavos israelitas». Hizo enganchar un carro y tomó consigo
7 sus tropas: seiscientos carros escogidos y los demás carros de Egipto
con sus correspondientes oficiales.
8 El Señor hizo que el Faraón se empeñase en perseguir a los is-
raelitas, mientras éstos salían ostentosamente.
9 Los egipcios los persiguieron con caballos, carros y jinetes, y les
dieron alcance mientras acampaban en Fejirot, frente a Baal Safón.

10 El Faraón se acercaba, los israelitas alzaron la vista y vieron a los
egipcios que avanzaban detrás de ellos, y muertos de miedo gritaron
11 al Señor. Y dijeron a Moisés:
—¿No había sepulcros en Egipto? Nos has traído al desierto a
12 morir. ¿Qué nos has hecho sacándonos de Egipto? ¿No te decía-
mos ya en Egipto: «Déjanos en paz, y serviremos a los egipcios;
más nos vale servir a los egipcios que morir en el desierto»?
13 Moisés respondió al pueblo:
—No tengáis miedo; estad firmes y veréis la victoria que el Señor
os va a conceder hoy; esos egipcios que estáis viendo hoy, no los
14 volveréis a ver jamás. El Señor peleará por vosotros; vosotros es-
perad en silencio.
15 El Señor dijo a Moisés:
16 —¿Por qué me gritas? Di a los israelitas que avancen. Tú alza
el bastón y extiende la mano sobre el mar, y se abrirá en dos, de
17 modo que los israelitas puedan atravesarlo a pie enjuto. Yo haré
que el Faraón se empeñe en entrar detrás de vosotros y mostraré
mi gloria derrotando al Faraón con su ejército, sus carros y jinetes;
18 para que sepa Egipto que yo soy el Señor, cuando muestre mi gloria
derrotando al Faraón con sus carros y jinetes.
19 El ángel de Dios, que caminaba delante del campamento israelita,
se levantó y pasó a su retaguardia; la columna de nubes que estaba
20 delante de ellos se puso detrás de ellos, metiéndose entre el campa-
mento egipcio y el campamento israelita; la nube se oscureció y la
noche quedó oscura, de modo que no pudieron acercarse unos a
otros en toda la noche.
21 Moisés extendió la mano sobre el mar, el Señor hizo retirarse al
mar con un fuerte viento de levante que sopló toda la noche; el
22 mar quedó seco y las aguas se dividieron en dos. Los israelitas en-
traron por el mar a pie enjuto, y las aguas les hacían de muralla a
23 derecha e izquierda. Los egipcios, persiguiéndolos, entraron detrás
de ellos por el mar, con los caballos del Faraón, sus carros y sus
jinetes.
24 De madrugada, miró el Señor desde la columna de fuego y de
25 nubes y desbarató al ejército egipcio. Trabó las ruedas de los carros,
haciéndolos avanzar pesadamente. Los egipcios dijeron:
—Huyamos de los israelitas, porque el Señor combate por ellos.
26 Pero Dios dijo a Moisés:
—Tiende tu mano sobre el mar, y las aguas se volverán contra
los egipcios, sus carros y sus jinetes.
27 Moisés tendió su mano sobre el mar: al despuntar el día el mar
recobró su estado ordinario, los egipcios en fuga dieron en él, y
28 el Señor arrojó a los egipcios en medio del mar. Las aguas, al reunir-
se, cubrieron carros, jinetes y todo el ejército del Faraón que ha-
bían entrado en el mar en seguimiento de Israel, y no escapó uno
29 solo. Pero los israelitas pasaron a pie enjuto por el mar, mientras
las aguas les hacían de muralla a derecha e izquierda.
30 Aquel día libró el Señor a los israelitas de los egipcios, y los is-
raelitas vieron los cadáveres de los egipcios a la orilla del mar.
31 Los israelitas vieron la mano de Dios magnífica y lo que hizo a los
egipcios, temieron al Señor y se fiaron del Señor y de Moisés, su
siervo.

15 Entonces Moisés y los israelitas cantaron este canto al Señor:
«Cantaré al Señor, sublime es su victoria,
caballos y carros ha arrojado en el mar.
2 Mi fuerza y mi poder es el Señor,
él fue mi salvación.
El es mi Dios: yo lo alabaré;
el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré.
3 El Señor es un guerrero,
su nombre es el Señor.
4 Los carros y la tropa del Faraón los lanzó al mar,
ahogó en el Mar Rojo a la flor de los capitanes.
5 Las olas los cubrieron,
bajaron hasta el fondo como piedras.
6 Tu diestra, Señor, es fuerte y magnífica;
tu diestra, Señor, tritura al enemigo;
7 tu gran victoria destruye al adversario,
lanzas tu incendio y los devora como paja.
8 Al soplo de tu nariz se amontonaron las aguas,
las corrientes se alzaron como un dique,
las olas se cuajaron en el mar.
9 Decía el enemigo: 'Los perseguiré y alcanzaré,
repartiré el botín, se saciará mi codicia,
desenvainaré la espada, los agarrará mi mano'.
10 Pero sopló tu aliento y los cubrió el mar,
se hundieron como plomo en las aguas formidables.
11 ¿Qué Dios hay como tú, Señor?
¿Qué santo como tú, Magnífico,
temible por tus proezas, autor de prodigios?
12 Extendiste tu diestra: se los tragó la tierra;
13 guiaste con tu lealtad al pueblo que habías rescatado,
los llevaste con tu poder hasta tu santa morada.
14 Lo oyeron los pueblos y temblaron,
espasmos agarraron a los jefes filisteos,
15 se espantaron los Toros de Edom,
fueron presa de temblor los Carneros de Moab,
flaquearon todos los jefes cananeos;
16 los asaltaron tu espanto y tu pavor,
los dejó petrificados la grandeza de tu brazo,
mientras pasaba tu pueblo, Señor,
mientras pasaba el pueblo que te habías comprado.
17 Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad,
lugar del que hiciste tu trono, Señor;
santuario, Señor, que fundaron tus manos.
18 El Señor reina por siempre jamás».
19 Cuando el caballo del Faraón y su carro y sus jinetes entraron
por el mar, el Señor volcó sobre ellos las aguas del mar; en cambio,
los israelitas atravesaron el mar a pie enjuto.
20 María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó su pandero en la
mano, y todas las mujeres salieron detrás de ella con panderos a
21 danzar. María entonaba:
«Cantad al Señor, sublime es su victoria;
caballos y carros ha arrojado en el mar».

PRIMERA ETAPA EN EL DESIERTO

INTRODUCCIÓN

Ya está el pueblo fuera de Egipto y todavía no ha llegado a la tierra prometida. Entre las dos fronteras, entre los dos momentos decisivos, se extiende una especie de noviciado en el desierto.

Lugar desamparado que reduce al pueblo a las necesidades elementales de la subsistencia y lo pone a prueba, para que conquiste desde dentro la libertad que le han regalado. Tiempo intermedio de dilación, para templar el aguante y cultivar la esperanza, para vivir de la promesa después de haber experimentado el primer favor.

Nace así un forcejeo entre el pueblo y su Libertador a través del mediador Moisés, rico en experiencias aleccionadoras para los protagonistas y sus descendientes. También esta etapa se convierte en patrón de futuras peregrinaciones por otros desiertos, a la conquista de la libertad y la esperanza. Por su carácter elemental, los sucesos despliegan un valor simbólico de futuras experiencias religiosas (el agua, el maná), que culminarán en la teología simbólica del evangelista Juan.

Los episodios que comienzan aquí continúan en el libro de los Números, especialmente Nm 11-16 y 20.

Agua salobre

22 Moisés hizo partir a los israelitas del Mar Rojo y los llevó hacia
el desierto del Sur; caminando tres días por el desierto sin encon-
23 trar agua, llegaron por fin a La Amarga, pero no pudieron beber el
agua porque era amarga (por eso se llama La Amarga).
24 El pueblo protestó contra Moisés, diciendo:
—¿Qué bebemos?
25 El clamó al Señor, y el Señor le indicó una planta; Moisés la echó
en el agua, que se convirtió en agua dulce. Allí les dio leyes y man-
26 datos y los puso a prueba, diciéndoles:
—Si obedecéis al Señor, vuestro Dios, haciendo lo que él aprueba, escuchando sus mandatos y cumpliendo sus leyes, no os enviaré las enfermedades que he enviado a los egipcios, porque yo soy el Señor, que te cura.
27 Llegaron a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras, y acamparon allí a la orilla del mar.

Maná y codornices

16 Toda la comunidad de Israel partió de Elim y llegó al desierto
del Espino, entre Elim y Sinaí, el día quince del segundo mes des-
2 pués de salir de Egipto. La comunidad de los israelitas protestó
3 contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo:
—¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos ha sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta comunidad.

4 El Señor dijo a Moisés:
—Yo os haré llover pan del cielo: que el pueblo salga a recoger
la ración de cada día; lo pondré a prueba, a ver si guarda mi ley o
5 no. El día sexto prepararán lo que hayan recogido, y será el doble
de lo que recogen a diario.
6 Moisés y Aarón dijeron a los israelitas:
—Esta tarde sabréis que es el Señor quien os ha sacado de Egip-
7 to, y mañana veréis la gloria del Señor. Ha oído vuestras protestas
contra el Señor; pues ¿qué somos nosotros para que protestéis con-
8 tra nosotros? Esta tarde os dará a comer carne y mañana os saciará
de pan; el Señor os ha oído protestar contra él; ¿nosotros qué so-
mos? No habéis protestado contra nosotros, sino contra el Señor.
9 Moisés dijo a Aarón:
—Di a la asamblea de los israelitas: Acercaos al Señor, que ha
escuchado vuestras protestas.
10 Mientras Aarón hablaba a la asamblea, ellos se volvieron hacia
el desierto y vieron la gloria del Señor, que aparecía en una nube.
11 El Señor dijo a Moisés:
12 —He oído las protestas de los israelitas. Diles: Hacia el cre-
púsculo comeréis carne, por la mañana os saciaréis de pan, para que
sepáis que yo soy el Señor, vuestro Dios.
13 Por la tarde, una bandada de codornices cubrió todo el campa-
mento; por la mañana había una capa de rocío alrededor del cam-
14 pamento. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la su-
15 perficie del desierto un polvo fino parecido a la escarcha. Al verlo,
los israelitas preguntaron:
—¿Qué es esto? [a]
Pues no sabían lo que era.
16 Moisés les dijo:
—Es el pan que el Señor os da para comer. Estas son las órdenes
del Señor: que cada uno recoja lo que pueda comer, dos litros por
cabeza para todas las personas que vivan en cada tienda.
17 Así lo hicieron los israelitas: unos recogieron más, otros menos.
18 Y al medirlo en el celemín, no sobraba al que había recogido más
ni faltaba al que había recogido menos: había recogido cada uno
lo que podía comer.
19 Moisés les dijo:
—Que nadie guarde para mañana.
20 Pero no le hicieron caso, sino que algunos guardaron para el día
siguiente, y salieron gusanos que lo pudrieron. Y Moisés se enfadó
con ellos.
21 Lo recogían cada mañana, cada uno lo que iba a comer, porque
22 el calor del sol lo derretía. El día sexto recogían el doble, cuatro
litros cada uno. Los jefes de la comunidad informaron a Moisés,
23 y él les contestó:
—Es lo que había dicho el Señor: mañana es sábado, descanso
dedicado al Señor; coced lo que tengáis que cocer y guisad lo que
tengáis que guisar, y lo que sobre, apartadlo y guardadlo para
mañana.

a = man huʿ.

24 Ellos lo apartaron para el día siguiente, como había mandado
Moisés, y no le salieron gusanos ni se pudrió.
25 Moisés les dijo:
—Comedlo hoy, porque hoy es descanso dedicado al Señor, y no
26 lo encontraréis en el campo; recogedlo los seis días, pues el séptimo
es descanso y no lo habrá.
27 El día séptimo salieron algunos a recoger y no encontraron.
28 El Señor dijo a Moisés:
—¿Hasta cuándo os negaréis a cumplir mis mandatos y precep-
29 tos? El Señor es quien os da el descanso; por eso el día sexto os da
el pan de dos días. Que cada uno se quede en su puesto sin salir de
su tienda el día séptimo.
30 El pueblo descansó el día séptimo.
31 Los israelitas llamaron a aquella sustancia «maná»: era blanca
como semillas de coriandro y sabía a galletas de miel.
32 Dijo Moisés:
—Estas son las órdenes del Señor: Conserva dos litros de ello
para que las generaciones futuras puedan ver el pan que os di a
comer en el desierto cuando os saqué de Egipto.
33 Moisés ordenó a Aarón:
—Coge una jarra, mete en ella dos litros de maná y colócalo ante
el Señor; que se conserve para las generaciones futuras.
34 Aarón, según el mandato del Señor a Moisés, lo colocó ante el
documento de la alianza, para que se conservase.
35 Los israelitas comieron maná durante cuarenta años, hasta que
llegaron a tierra habitada. Comieron maná hasta atravesar la fron-
tera de Canaán.

Agua de la roca

17 La comunidad israelita se alejó del desierto del Espino por eta-
pas, según las órdenes del Señor, y acamparon en Rafidín, donde
2 el pueblo no encontró agua de beber. El pueblo se encaró con Moi-
sés, diciendo:
—Danos agua de beber.
El les respondió:
—¿Por qué os encaráis conmigo y tentáis al Señor?
3 Pero el pueblo, sediento, protestó contra Moisés:
—¿Por qué nos has sacado de Egipto, para matarnos de sed a
nosotros, a nuestros hijos y al ganado?
4 Moisés clamó al Señor:
—¿Qué hago con este pueblo? Por poco me apedrean.
5 El Señor respondió a Moisés:
—Pasa delante del pueblo, acompañado de las autoridades de
Israel, empuña el bastón con el que golpeaste el Nilo y camina;
6 yo te espero allí, junto a la roca de Horeb. Golpea la roca y saldrá
agua para que beba el pueblo.
7 Moisés lo hizo ante las autoridades israelitas y llamó al lugar
Tentación y Careo [a], porque los israelitas se habían careado y ha-
bían tentado al Señor, preguntando: «¿Está o no está con nosotros
el Señor?».

a = Masá y Meribá.

Victoria sobre Amalec

8 Los amalecitas fueron y atacaron a los israelitas en Rafidín.
9 Moisés dijo a Josué:
—Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Ama-
lec. Mañana yo estaré de pie en la cima del monte con el bastón
maravilloso en la mano.
10 Hizo Josué lo que le decía Moisés y atacó a los amalecitas; mien-
tras, Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte.
11 Mientras Moisés tenía en alto la mano vencía Israel, mientras
12 la tenía bajada vencía Amalec. Y como le pesaban las manos, ellos
cogieron una piedra y se la pusieron debajo para que se sentase;
mientras, Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así
sostuvo los brazos hasta la puesta del sol.
13 Josué derrotó a Amalec y a su tropa a filo de espada.
14 El Señor dijo a Moisés:
—Escríbelo en un libro de memorias y léeselo a Josué: «Borraré
la memoria de Amalec bajo el cielo».
15-6 Moisés levantó un altar y lo llamó «Señor, mi estandarte», di-
ciendo:
—Monumento al trono del Señor; el Señor está en guerra con
Amalec de generación en generación.

Visita a Jetró

18 Jetró, sacerdote de Madián, suegro de Moisés, se enteró de todo
lo que había hecho Dios con Moisés y con Israel, su pueblo; cómo
2 el Señor había sacado a Israel de Egipto. Jetró, suegro de Moisés,
había recogido a Séfora, mujer de Moisés, y a sus dos hijos cuando
3 Moisés la despidió. Uno se llamaba Guersón (por aquello de que
4 «he sido forastero en tierra extranjera») y el otro Eleazar (por aque-
llo de que «el Dios de mi padre me auxilia [a] y me libró de la espada
5 del Faraón»). Jetró fue a ver a Moisés, con la mujer y los hijos de
éste, al desierto donde acampaban, junto al monte de Dios.
6 Cuando le informaron a Moisés: «Está ahí tu suegro Jetró, que
7 ha venido a verte, con tu mujer y tus hijos», salió él a recibirlo,
se postró, lo besó y se saludaron los dos; después entraron en la
8 tienda. Moisés contó a su suegro todo lo que había hecho el Señor
al Faraón y a los egipcios a causa de los israelitas y las dificultades
que habían encontrado por el camino y de las cuales los había li-
9 brado el Señor. Se alegró Jetró de todos los beneficios que el Señor
10 había hecho a Israel, librándolo del poder egipcio, y dijo:
—Bendito el Señor, que os libró del poder de los egipcios y del
11 Faraón; ahora sé que el Señor es el más grande de todos los dioses,
pues cuando os trataban con arrogancia, el Señor libró al pueblo
del dominio egipcio.
12 Después Jetró, suegro de Moisés, tomó un holocausto y víctimas
para Dios; Aarón, con todas las autoridades israelitas, entró en la
tienda y comieron con el suegro de Moisés, en presencia de Dios.

a = ʿazar.

Gobierno colegial

13 Al día siguiente, Moisés se sentó a resolver los asuntos del pue-
14 blo, y todo el pueblo acudía a él de la mañana a la noche. Viendo
el suegro de Moisés todo lo que hacía éste por el pueblo, le dijo:
—¿Qué es lo que haces con el pueblo? ¿Por qué estás sentado
tú solo mientras todo el pueblo acude a ti de la mañana a la noche?
15 Moisés respondió a su suegro:
16 —El pueblo acude a mí para que consulte a Dios; cuando tienen
pleito vienen a mí a que se lo resuelva y a que les explique las
leyes y mandatos de Dios.
17 El suegro de Moisés le replicó:
18 —No está bien lo que haces; os estáis matando, tú y el pueblo
que te acompaña; la tarea es demasiado gravosa y no puedes des-
19 pacharla tú solo. Acepta mi consejo y que Dios esté contigo: tú
20 representas al pueblo ante Dios, y le presentas sus asuntos; inculcas
al pueblo los mandatos y preceptos, le enseñas el camino que debe
21 seguir y las acciones que debe realizar. Busca entre todo el pueblo
algunos hombres hábiles, que respeten a Dios, sinceros, enemigos
del soborno, y nombra entre ellos jefes de mil, de cien, de cincuenta
22 y de veinte; ellos administrarán justicia al pueblo regularmente:
los asuntos graves que te los pasen a ti, los asuntos sencillos que
los resuelvan ellos; así os repartiréis la carga y tú podrás con la tuya.
23 Si haces lo que te digo y Dios te da instrucciones, podrás resistir, y
el pueblo se volverá a casa en paz.
24 Moisés aceptó el consejo de su suegro e hizo lo que le decía.
25 Escogió entre todos los israelitas gente hábil y los puso al frente
del pueblo, como jefes de mil, de cien, de cincuenta y de veinte.
26 Ellos administraban justicia al pueblo regularmente: los asuntos
complicados se los pasaban a Moisés, los sencillos los resolvían ellos.
27 Moisés despidió a su suegro y éste se volvió a su tierra.

A L I A N Z A

Introducción

En el desierto sucede el gran encuentro del pueblo con Dios. La tradición ha fijado un lugar: el circo que se abre a los pies del Safsafá y el Monte de Moisés. Se trata de un encuentro fundacional.

La institución humana de la alianza, sobre todo en forma de alianza entre soberano y vasallo, se emplea para significar y realizar la unión de Dios con un pueblo escogido. Es el «sacramento» fundamental que constituye a Israel en pueblo de Dios. La alianza instaura relaciones, con compromisos bilaterales, aunque salvando la iniciativa y soberanía de Dios. El pueblo tiene que aceptar libremente y comprometerse establemente.

Dios apoya su oferta en un acto liberador, ofrece y pone condiciones, sanciona con promesas y amenazas. La ceremonia es litúrgica, el pacto queda sellado con un sacrificio.

Las condiciones primarias de Dios son «diez palabras» (= decálogo); a ellas se añade un «código de Alianza» (20,22-23,19). El decálogo, de origen vario no determinable, es una serie de preceptos escuetos (un par de ellos provistos de breve razonamiento) que intenta ofrecer una síntesis fundamental regulando las relaciones con Dios y con el prójimo. El código de la Alianza recoge leyes del patrimonio común antiguo, incluyendo sentencias judiciales, normas de derecho procesal, algunas prescripciones cúlticas.

Apenas terminada la alianza, el pueblo quebranta el segundo mandamiento. El pecado está descrito en una forma que parece depender del pecado de Jeroboán (1 Re 12,26-30). Moisés, intermediario de la alianza, tiene que interceder solidarizándose con su pueblo. De allí sube a la más alta intimidad con Dios.

Oferta de alianza

19 Aquel día, al cumplir tres meses de salir de Egipto, los israelitas
2 llegaron al desierto de Sinaí: saliendo de Rafidín llegaron al de-
3 sierto de Sinaí y acamparon allí, frente al monte. Moisés subió ha-
cia el monte de Dios y el Señor lo llamó desde el monte, y le dijo:
4 —Habla así a la casa de Jacob, diles a los hijos de Israel: Vos-
otros habéis visto lo que hice a los egipcios, os llevé en alas de
5 águila y os traje a mí; por tanto, si queréis obedecerme y guardar
mi alianza, entre todos los pueblos seréis mi propiedad, porque es
6 mía toda la tierra. Seréis un pueblo sagrado, regido por sacerdotes.
Esto es lo que has de decir a los israelitas.
7 Moisés volvió, convocó a las autoridades del pueblo y les expuso
todo lo que le había mandado el Señor.
8 Todo el pueblo a una respondió:
—Haremos cuanto dice el Señor.
9 Moisés comunicó al Señor la respuesta, y el Señor le dijo:
—Voy a acercarme a ti en una nube espesa, para que el pueblo
pueda escuchar lo que hablo contigo y te crea en adelante.
Moisés comunicó al Señor lo que el pueblo había dicho

Teofanía

10 Y el Señor le dijo:
—Vuelve a tu pueblo, purifícalos hoy y mañana, que se laven la
11 ropa y estén preparados para pasado mañana, pues pasado mañana
12 bajará el Señor al monte Sinaí, a la vista del pueblo. Traza un límite
alrededor y avisa al pueblo que se guarde de subir al monte o acer-
13 carse a la falda; el que se acerque al monte es reo de muerte. Lo
ejecutaréis, sin tocarlo, a pedradas o con flechas, sea hombre o ani-
mal; no quedará con vida. Sólo cuando suene el cuerno podrán
subir al monte.
14 Moisés bajó del monte adonde estaba el pueblo, lo purificó y le
15 hizo lavarse la ropa. Después les dijo:
—Estad preparados para pasado mañana, y no toquéis a vuestras
mujeres.
16 Al tercer día por la mañana hubo truenos y relámpagos y una
nube espesa en el monte, mientras el toque de la trompeta crecía
en intensidad, y el pueblo se echó a temblar en el campamento.
17 Moisés sacó al pueblo del campamento a recibir a Dios, y se que-
18 daron firmes al pie de la montaña. El monte Sinaí era todo una hu-
mareda, porque el Señor bajó a él con fuego; se alzaba el humo
19 como de un horno, y toda la montaña temblaba. El toque de la
trompeta iba creciendo en intensidad mientras Moisés hablaba y
20 Dios le respondía con el trueno. El Señor bajó a la cumbre del
monte Sinaí, y llamó a Moisés a la cumbre. Cuando éste subió, el
21 Señor le dijo:
—Baja al pueblo y mándales que no traspasen los límites para
22 ver al Señor, porque morirían muchísimos. Y a los sacerdotes que
se han de acercar al Señor purifícalos, para que el Señor no arre-
meta contra ellos.
23 Moisés contestó al Señor:
—El pueblo no puede subir al monte Sinaí, pues tú mismo nos
has mandado trazar un círculo que marque la montaña sagrada.
24 El Señor insistió:
—Anda, baja y después sube con Aarón; que el pueblo y los
sacerdotes no traspasen el límite para subir adonde está el Señor,
pues él arremetería contra ellos.
25 Entonces Moisés bajó al pueblo y se lo dijo.

Decálogo

20 Dios ha pronunciado las siguientes palabras:
2 —Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la es-
clavitud.
3-4 »No tendrás otros dioses rivales míos. No te harás ídolos, figura
alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el
5 agua bajo tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; por-
que yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso: castigo la culpa de
los padres en los hijos, nietos y bisnietos cuando me aborrecen;
6 pero actúo con lealtad por mil generaciones cuando me aman y guar-
dan mis preceptos.

7 »No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso. Porque
no dejará el Señor impune a quien pronuncie su nombre en falso.
8-9 »Fíjate en el sábado para santificarlo. Durante seis días trabaja y
10 haz tus tareas, pero el día séptimo es un día de descanso dedicado
al Señor, tu Dios: no harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu
hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el emigrante que
11 viva en tus ciudades. Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la
tierra y el mar y lo que hay en ellos, y el séptimo descansó; por eso
bendijo el Señor el sábado y lo santificó.
12 »Honra a tu padre y a tu madre; así prolongarás tu vida en la
tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar.
13 »No matarás.
14 »No cometerás adulterio.
15 »No robarás.
16 »No darás testimonio falso contra tu prójimo.
17 »No codiciarás los bienes de tu prójimo; no codiciarás la mujer
de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno,
ni nada que sea de él».
18 Todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonar de la
trompeta y la montaña humeante. Y el pueblo estaba aterrorizado,
19 y se mantenía a distancia. Y dijeron a Moisés:
—Háblanos tú y te escucharemos; que no nos hable Dios, que
moriremos.
20 Moisés respondió al pueblo:
—No temáis: Dios ha venido para probaros, para que tengáis
presente su temor y no pequéis.
21 El pueblo se quedó a distancia y Moisés se acercó hasta la nube
donde estaba Dios.

CODIGO DE LA ALIANZA

Ley sobre el altar

22 El Señor habló a Moisés:
—Di a los israelitas: Vosotros mismos habéis visto que os he
23 hablado desde el cielo: no me coloquéis a mí entre dioses de plata
24 ni os fabriquéis dioses de oro. Hazme un altar de tierra y en él ofre-
cerás tus holocaustos, tus sacrificios de comunión, tus ovejas y tus
vacas. En los lugares donde pronuncie mi nombre bajaré a ti y te
25 bendeciré. Y si quieres hacerme un altar de piedras, no lo constru-
yas con sillares, porque al picar la piedra con el escoplo queda pro-
26 fanada. No subas a mi altar por escalones, no sea que al subir por
él se te vean las partes.

21 —Decretos que les promulgarás.

Leyes acerca de la esclavitud

2 —Cuando te compres un esclavo hebreo, te servirá seis años y el
séptimo marchará libre, sin pagar nada.
3 »Si vino solo, marchará solo. Si trajo mujer, marchará la mujer
con él.

4 »Si fue su dueño quien le dio la mujer, de la que ha tenido hijos
o hijas, entonces la mujer y los hijos pertenecen al dueño; el escla-
vo marchará solo.
5 »Pero si el esclavo dice: 'Me he encariñado con mi amo, con mi
6 mujer y con mis hijos: no quiero marchar libre', entonces su dueño
lo llevará delante de Dios, lo acercará a la puerta o a la jamba y con
un punzón clavará la oreja del esclavo, y éste quedará esclavo para
siempre.
7 »Cuando alguien venda su hija como esclava, ésta no marchará
libre como marchan los esclavos.
8 »Si no le gusta a su dueño —al que había sido destinada— deja-
rá que la rescaten. No tiene derecho a venderla a extranjeros, ya
que ha sido desleal con ella.
9 »Si la ha destinado a su hijo, la tratará como a una hija.
10 »Si toma nueva mujer, no privará a la primera de comida, ropa
11 y derechos conyugales. Y si no le da estas tres cosas, ella podrá
marcharse de balde, sin pagar nada».

Legislación criminal

12-3 —El que hiera de muerte a un hombre, es reo de muerte. Si no
fue intencionado —Dios lo permitió—, yo te indicaré un lugar en
14 el que podrá buscar asilo. Pero si alguien está reñido con su próji-
mo y lo asesina con premeditación, a ése lo arrancarás de mi altar
y le darás muerte.
15 »El que hiere a su padre o a su madre, es reo de muerte.
16 »El que secuestra a un hombre, para venderlo o para retenerlo,
es reo de muerte.
17 »El que maldice a su padre o a su madre, es reo de muerte».

Casuística criminal

18 —Cuando surja una riña entre dos hombres y uno hiera al otro
a puñetazos o a pedradas, sin causarle la muerte, pero obligándole
19 a guardar cama, si el herido puede levantarse y salir a la calle con
ayuda de un bastón, entonces el que lo hirió será declarado inocen-
te: tendrá que pagar únicamente los gastos de la cura y la conva-
lecencia.
20 »Cuando alguien azote a varazos a su esclavo o a su esclava, de-
21 jándolo muerto en el instante, será declarado culpable; pero si el
esclavo dura con vida uno o más días, entonces no se condenará al
dueño, porque el esclavo era posesión suya.
22 »Cuando en una pelea entre hombres alguien golpee a una mujer
encinta, haciéndole abortar, pero sin causarle ninguna lesión, se
impondrá al causante la multa que reclame el marido de la mujer,
23 y la pagará ante los jueces. Pero cuando haya lesiones, las pagarás:
24 vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie
25 por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, cardenal por
cardenal.
26 »Cuando alguien golpee a su esclavo o esclava en el ojo y se lo

27 inutilice, dará la libertad al esclavo a cambio del ojo, y si le rompe
un diente, le dará la libertad a cambio del diente.
28 »Cuando un toro mate a cornadas a un hombre o a una mujer,
será apedreado y su carne no se comerá; el dueño es inocente.
29 Si se trata de un toro que ya embestía antes, y su dueño, advertido,
no lo tenía encerrado, entonces, si el toro mata a un hombre o a una
30 mujer, será apedreado, y también su dueño es reo de muerte. Si le
ponen un precio de rescate, pagará a cambio de su vida lo que le
31 pidan. La misma norma se aplicará cuando el toro acornee a un
32 muchacho o a una muchacha. Pero si el toro acornea a un esclavo
o a una esclava, el dueño del esclavo cobrará trescientos gramos de
plata y el toro será apedreado.
33 »Cuando alguien abra un pozo o cave una fosa, dejándola sin
34 cubrir, si cae dentro un buey o un asno, el dueño del pozo pagará:
restituirá en dinero al dueño del animal y él se quedará con el animal muerto.
35 »Cuando un toro mate a cornadas a otro toro de distinto dueño,
venderá el toro vivo y se repartirán el dinero; también el toro muer-
36 to se lo dividirán entre los dos. Pero si se sabía que el toro ya em-
bestía antes y su dueño no lo tenía encerrado, entonces pagará toro
por toro, y él se quedará con el toro muerto».

Leyes acerca de la propiedad

37 —Cuando alguien robe un toro o una oveja para matarlo o venderlo, restituirá cinco toros por toro y cuatro ovejas por oveja.

22 —Si un ladrón es sorprendido abriendo un boquete en un muro
2 y lo hieren de muerte, no hay homicidio; pero si es a la luz del día,
es un caso de homicidio: el ladrón restituirá, y si no tiene con qué
3 pagar, será vendido por el valor de lo robado. Si el toro, el asno o
el cordero robados se hallan aún vivos en manos del ladrón, éste
restituirá el doble.
4 »Cuando alguien arrase un campo o una viña llevando a su rebaño a pastar en campo ajeno, restituirá con lo mejor de su propio campo o viña.
5 »Cuando se declare un incendio y se propague por los zarzales y devore las mieses, las gavillas o el campo, el causante del incendio pagará los daños.
6 »Cuando alguien confíe en depósito a su prójimo dinero o cual-
quier otro objeto, y el objeto sea robado de casa de éste, entonces,
7 si se descubre al ladrón, restituirá el doble, y si no se descubre al
ladrón, el dueño de la casa se presentará ante Dios y jurará que no
ha tocado el objeto de su prójimo.
8 »En delitos contra la propiedad, de toro, asno, oveja o capa, o cualquier otro objeto perdido, si uno afirma que el objeto es suyo, se llevará el pleito ante Dios, y aquel a quien Dios declare culpable pagará al otro el doble.
9 »Cuando alguien confíe en depósito a su prójimo un asno, un
toro, una oveja o cualquier otro animal y el animal muere o se
10 daña o es robado sin que nadie lo vea, entonces el pleito se decidirá
jurando ante Dios que no ha tocado el animal de su prójimo. El

11 dueño del animal aceptará el juramento y no habrá restitución; pero
si se lo han robado viéndolo él, entonces se restituirá al dueño.
12 Si lo han descuartizado, se presentará como prueba el animal des-
cuartizado y no habrá restitución.
13 »Cuando alguien pida en préstamo a su prójimo un animal, y el
animal se dañe o muera estando ausente su dueño, debe restituirlo.
14 Si el dueño estaba presente, no habrá restitución. Si el acreedor es
un jornalero, se le descontará de su salario.
15 »Cuando alguien seduzca a una muchacha soltera y se acueste
16 con ella, pagará la dote y la tomará por mujer. Si el padre de la
muchacha no quiere dársela, entonces él pagará la dote que se da
por las vírgenes».

Legislación apodíctica

17 —No dejarás con vida a la hechicera.
18 »El que se acueste con bestias, es reo de muerte.
19 »El que ofrezca sacrificios a los dioses —fuera del Señor— será exterminado.
20 »No oprimirás ni vejarás al emigrante, porque emigrantes fuisteis vosotros en Egipto.
21-2 »No explotarás a viudas ni a huérfanos, porque si los explotas y
23 ellos gritan a mí, yo les escucharé. Se encenderá mi ira y os haré
morir a espada, dejando a vuestras mujeres viudas y a vuestros hijos
huérfanos.
24 »Si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita contigo, no serás con él un usurero, cargándole de intereses.
25 »Si tomas en prenda la capa de tu prójimo, se la devolverás antes
26 de ponerse el sol, porque no tiene otro vestido para cubrir su cuer-
po y para acostarse. Si grita a mí, yo le escucharé, porque yo soy
compasivo.
27 »No blasfemarás contra Dios y no maldecirás al jefe de tu pueblo.
28 »No retrasarás la oferta de tu cosecha y de tu vendimia.
29 »Me darás el primogénito de tus hijos; lo mismo harás con tus toros y ovejas: durante siete días quedará la cría con su madre y el octavo día me la entregarás.
30 »Me estaréis consagrados: no comáis carne de animal despedazado en el campo; echádsela a los perros».

Legislación judicial

23 —No harás declaraciones falsas: no te conchabes con el culpable para testimoniar en favor de una injusticia.
2 »No seguirás en el mal a los poderosos: no declararás en un proceso siguiendo a los poderosos y violando el derecho.
3 »No favorecerás al poderoso en su causa.
4 »Cuando encuentres extraviados el toro o el asno de tu enemigo, se los llevarás a su dueño.
5 »Cuando veas al asno de tu adversario caído bajo la carga, no pases de largo; préstale ayuda.
6 »No violarás el derecho de tu pobre en su causa.

7 »Abstente de las causas falsas: no harás morir al justo ni al ino-
cente ni absolverás al culpable, porque yo no absuelvo al culpable.
8 »No aceptarás soborno, porque 'el soborno ciega al perspicaz y
falsea la causa del inocente'.
9 »No vejarás al emigrante: conocéis la suerte del emigrante, por-
que emigrantes fuisteis vosotros en Egipto».

Sábado y año sabático

10 —Durante seis años sembrarás tu tierra y recogerás la cosecha,
11 pero el séptimo año la dejarás en barbecho. Deja que coman los
pobres de tu pueblo, y lo que sobre lo comerán las fieras salvajes.
Lo mismo harás con tu viña y tu olivar.
12 »Durante seis días harás tus faenas, pero el séptimo día descan-
sarás, para que reposen tu toro y tu asno y se repongan el hijo de
tu esclava y el emigrante.
13 »Guardad todo lo que os he dicho: no invocaréis el nombre de
dioses extranjeros, ¡que no se oiga en tus labios!».

Prescripciones cúlticas

14 —Tres veces al año vendréis en romería:
15 »*Por la fiesta de los Panes Azimos,* que celebrarás así: durante
siete días comerás panes ázimos —como os he ordenado— en la
fecha señalada del mes de Abib, porque en ese mes salisteis de
Egipto. No te presentarás a mí con las manos vacías.
16 »*Por la fiesta de la Siega,* de las primicias de todo lo que hayas
sembrado en tus tierras.
»*Por la fiesta de la Recolección,* a fin de año, cuando hayas ter-
minado de recoger las cosechas de tus tierras.
17 »Tres veces al año se presentarán todos los varones de tu pueblo
ante el Señor.
18 »No acompañarás con pan fermentado la sangre de mis sacrifi-
cios ni dejarás hasta el día siguiente la grasa de mi fiesta.
19 »Llevarás a la casa del Señor, tu Dios, las primicias de tus frutos.
No cocerás el cabrito en la leche de su madre».

Epílogo

20 —Voy a enviarte un ángel por delante para que te cuide en el
21 camino y te lleve al lugar que he preparado. Respétalo y obedécele.
No te rebeles, porque lleva mi nombre y no perdonará tus rebelio-
22 nes. Si le obedeces fielmente y haces lo que yo digo, 'tus enemigos
23 serán mis enemigos y tus adversarios serán mis adversarios'. Mi
ángel irá por delante y te llevará a las tierras de los amorreos, he-
teos, fereceos, cananeos, heveos y jebuseos, y yo acabaré con ellos.
24 »No adorarás sus dioses ni les servirás. Y no imitarás sus obras.
Al contrario, destruirás y destrozarás sus estelas.
25 »Vosotros servid al Señor, vuestro Dios, y él bendecirá tu pan y
26 tu agua. Apartaré de ti las enfermedades. No habrá en tu tierra
mujer estéril ni que aborte. Colmaré el número de tus días.

27 »Enviaré por delante mi terror y desbaratará los pueblos que in-
28 vadas: haré que tus enemigos te den la espalda. Enviaré por delante
el pánico que espantará delante de ti a heveos, cananeos y heteos.
29 Pero no los echaré a todos en un año, no vaya a quedar desierta la
30 tierra y se multipliquen las fieras. Los iré echando poco a poco,
hasta que hayas crecido y puedas tomar posesión de la tierra.
31 »Marcaré las fronteras de tu país: desde el Mar Rojo hasta el mar
de los filisteos y desde el desierto hasta el Río. Los habitantes de
ese país los pondré en tus manos y tú los echarás de tu presencia.
32-3 No harás alianzas con ellos ni con sus dioses y no les dejarás habitar
en tu país, no sea que te arrastren a pecar contra mí, adorando a sus
dioses, que serán para ti una trampa».

Rito de la alianza

24 El Señor dijo a Moisés:
—Sube a mí con Aarón, Nadab y Abihú y los setenta dirigentes
2 de Israel y prosternaos a distancia. Después se acercará Moisés solo,
no ellos, y el pueblo que no suba.
3 Moisés bajó y contó al pueblo todo lo que le había dicho el Se-
ñor, todos sus mandatos, y el pueblo contestó a una:
—Haremos todo lo que dice el Señor.
4 Entonces Moisés puso por escrito todas las palabras del Señor;
madrugó y levantó un altar a la falda del monte y doce estelas por
5 las doce tribus de Israel. Mandó a algunos jóvenes israelitas ofrecer
los holocaustos y ofrecer novillos como sacrificio de comunión para
6 el Señor. Después tomó la mitad de la sangre y la echó en recipien-
7 tes, y con la otra mitad roció el altar. Tomó el documento del pacto
y se lo leyó en voz alta al pueblo, el cual respondió:
—Haremos todo lo que manda el Señor y obedeceremos.
8 Moisés tomó el resto de la sangre y roció con ella al pueblo, di-
ciendo:
—Esta es la sangre del pacto que el Señor hace con vosotros a
tenor de estas cláusulas.
9 Subieron Moisés, Aarón, Nadab, Abihú y los setenta dirigentes
10 de Israel, y vieron al Dios de Israel: bajo los pies tenía una especie
11 de pavimento de zafiro, como el mismo cielo. Dios no extendió la
mano contra los notables de Israel, que pudieron contemplar a
Dios, y después comieron y bebieron.
12 El Señor dijo a Moisés:
—Sube hacia mí, al monte, que allí estaré yo para darte las losas
de piedra con la ley y los mandatos que he escrito para instruirlos.
13 Se levantó Moisés y subió con Josué, su ayudante, al monte de
14 Dios; a los dirigentes les dijo:
—Quedaos aquí hasta que yo vuelva. Aarón y Jur están con vos-
otros; el que tenga algún asunto, que se lo traiga a ellos.
15-6 Cuando Moisés subió al monte, la nube lo cubría y la gloria del
Señor descansaba sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió durante
17 seis días. Al séptimo día llamó a Moisés desde la nube. La gloria
del Señor apareció a los israelitas como fuego voraz sobre la cumbre
18 del monte. Moisés se adentró en la nube y subió al monte, y estuvo
allí cuarenta días con sus noches.

EL SANTUARIO

Introducción

En los capítulos precedentes mucha reflexión posterior se incorporaba a las viejas tradiciones narrativas. En los siguientes tenemos una proyección ideal del culto israelítico. No que los nómadas israelitas desconocieran el culto: un objeto cúltico portátil es históricamente probable, una tienda de campaña reservada para ceremonias de culto no es improbable. Pero los capítulos que siguen nos ofrecen una organización calculada y prevista en los últimos detalles, una riqueza de materiales y una habilidad técnica imposibles entre los nómadas. No es un sueño fantástico sobre el futuro, sino la organización cúltica tardía transferida al desierto, al monte Sinaí, a la institución de Dios. ¿Por qué?

El culto es un modo regular y sistemático de expresar y realizar la relación del hombre con Dios, y ha de ser legítimo, es decir, legalmente establecido, para que funcione, para que Dios lo acepte y el hombre entre en relación con Dios. El hombre no puede imponerlo, sólo Dios lo puede legitimar, es decir, instituir legítimamente, revelando al hombre «el modelo» en todos sus detalles. El hombre ejecuta las órdenes «ajustándose al modelo», y así sabe que Dios lo acepta.

El culto crea un universo sacral, separado del contexto profano, y consagrado: una tienda aparte, luz distinta, vestidos especiales, personal escogido y consagrado, incienso y óleo de receta exclusiva, tiempos sacros... El hombre transita alternativamente entre los dos universos, sacro y profano, según las reglas y con las cautelas necesarias.

Buena parte de estos capítulos se refieren al mundo material, espacio y utensilios sagrados; los ritos que se mencionan son ritos de consagración. El desarrollo concreto de la acción litúrgica está reunida en el Levítico.

Todo este mundo, rígido y hierático, tiene sentido como expresión de la actitud humana interna de adoración. Intentamos captar este sentido haciendo un esfuerzo de comprensión. Si a pesar del esfuerzo nos resulta remoto y extraño, es porque vivimos en la nueva era, porque nuestro culto a Dios ya no está ligado a esa rígida concepción sacral (véase la introducción al Levítico).

[A] *Tributos para la construcción del santuario*

25 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas que me ofrezcan un tributo; vosotros les
aceptaréis el tributo a todos los que generosamente me lo ofrezcan.
3-4 »*Tributos que podéis aceptarles:* oro, plata y bronce; púrpura
5 violácea, roja y escarlata; lino y pelo de cabra; pieles de carnero
6 curtidas; pieles de marsopa y maderas de acacia; aceite para la lám-
7 para y perfumes para la unción y el sahumerio; piedras de ónice y
piedras de engaste para el efod y el pectoral.
8-9 »Hazme un santuario, y moraré entre ellos. En su construcción
te ajustarás al modelo del santuario y de los utensilios que yo te
mostré.

[B] *El arca*

10 »Harás un *arca* de madera de acacia: ciento veinticinco centíme-
tros de largo por setenta y cinco de ancho y setenta y cinco de
11 alto. La revestirás de oro de ley por dentro y por fuera, y alrededor

12 le aplicarás un listón de oro. Fundirás oro para hacer cuatro anillas,
13 que colocarás en los cuatro ángulos, dos a cada lado. Harás también
14 unos varales de madera de acacia y los revestirás de oro, y los me-
15 terás por las anillas laterales del arca, para poder transportarla. Los
varales permanecerán metidos en las anillas del arca, y no se saca-
16 rán. Dentro del arca guardarás el documento de la alianza que te
daré.
17 »Harás también una *placa de oro* de ley de ciento veinticinco
18 centímetros de largo por setenta y cinco de ancho. En sus dos extre-
19 mos harás dos querubines cincelados en oro: cada uno arrancará de
20 un extremo de la placa, y la cubrirán con las alas extendidas hacia
arriba. Estarán uno frente a otro, mirando al centro de la placa.
21 Cubrirás el arca con la placa, y dentro de ella guardarás el documen-
22 to de la alianza que te daré. Allí me encontraré contigo, y desde
encima de la placa, en medio de los querubines del arca de la alian-
za, te diré todo lo que tienes que mandar a los israelitas.

[C] *Mesa de los panes presentados*

23 »Harás una mesa de madera de acacia de cien centímetros de lar-
24 go por cincuenta de ancho y setenta y cinco de alto; la revestirás
25 de oro de ley y aplicarás alrededor un listón de oro. Pondrás alrede-
dor de ella una abrazadera de un palmo, y alrededor de la abrazade-
26 ra un listón de oro. Harás cuatro anillas de oro y las colocarás en los
27 ángulos de las cuatro patas. Las anillas estarán sujetas a la abraza-
dera; por ellas se meterán los varales para poder transportar la mesa.
28 Harás los varales de madera de acacia, los revestirás de oro y con
ellos transportarás la mesa.
29 »Harás también fuentes, bandejas, jarras y copas para la libación:
30 todo de oro de ley. Sobre la mesa pondrás los panes presentados,
de modo que estén siempre ante mí.

[D] *El candelabro*

31 »Harás un *candelabro* de oro de ley; todo cincelado: base, fuste,
32 copas, cálices y corolas arrancarán de él. De sus lados arrancarán
33 seis brazos, tres a cada lado. Cada brazo tendrá tres copas, como
flores de almendro, con cáliz y corola; serán iguales los seis brazos
34 que arrancan del candelabro. El candelabro tendrá cuatro copas,
35 como flores de almendro, con cáliz y corola. Un cáliz debajo de cada
pareja de brazos del candelabro; serán iguales los seis brazos del
36 candelabro. Cálices y fustes arrancarán de él, todos por igual cince-
lados en oro puro.
37 »Harás también siete lámparas y las pondrás sobre el candelabro
38 de modo que iluminen la parte delantera. Sus despabiladeras y ce-
39 niceros serán de oro de ley. Emplearás treinta kilos de oro para hacer
40 el candelabro y todos sus utensilios. Te ajustarás al modelo que te
fue mostrado en la montaña».

El santuario

[A] *Lonas*

26 —Harás el santuario con diez *lonas* de lino torzal, de púrpura
violácea, roja y escarlata, y bordarás en ellas unos querubines.
2 Cada lona medirá catorce metros de largo por dos de ancho: todas
3 de la misma medida. Empalmarás las lonas en dos series de a cinco
4 cada una, y en cada uno de los bordes de las dos series de lonas
5 harás unas presillas de púrpura violácea: cincuenta en el borde de
la primera serie y cincuenta en el borde de la segunda. Las presillas
6 se corresponderán entre sí. Harás también cincuenta corchetes de
oro y con ellos empalmarás las lonas, de modo que el santuario
forme una unidad.
7 »Tejerás también once piezas de pelo de cabra, que sirvan de
8 tienda para el santuario. Cada una medirá quince metros de largo
9 por dos de ancho: las once de la misma medida. Por un lado empal-
marás cinco lonas y seis por el otro, y la sexta, plegada, servirá de
10 portal a la tienda. Pondrás cincuenta presillas en los bordes de cada
11 serie de lonas empalmadas. Harás también cincuenta corchetes de
bronce, los meterás por las presillas y cerrarás la tienda de modo
12 que forme una unidad. De lo que queda de lona de la tienda, la
13 mitad colgará en la parte posterior del santuario, y los cincuenta
centímetros que sobran a lo largo de los dos lados de la tienda
colgarán sobre ambos lados del santuario cubriéndolo.
14 »Harás también para la tienda una cubierta de pieles de carnero
curtidas y una sobrecubierta de pieles de marsopa.

[B] *Tablones*

15 »Harás unos *tablones* de madera de acacia y los colocarás verti-
16 calmente en el santuario. Cada uno medirá cinco metros de largo
17 por setenta y cinco centímetros de ancho, y llevará dos espigas para
ensamblarse con los contiguos. Harás todos los tablones iguales.
18 Los colocarás del modo siguiente: en la parte sur, veinte tablones,
19 y debajo de ellos, cuarenta basas de plata, dos por cada tablón, para
20 sus dos espigas. En el segundo lado, al norte, otros veinte tablones
21-2 con sus cuarenta basas, dos por tablón. En el lado del fondo, al
23-4 poniente, seis tablones de frente y dos en los ángulos. Parejos por
abajo y perfectamente unidos por arriba hasta la primera anilla:
25 así formarán los dos ángulos del santuario. En total, ocho tablones
con dieciséis basas, dos por tablón.
26 »Harás también cinco trancas de madera de acacia para los tablo-
27-8 nes de cada lado y cinco para el lado del fondo, al poniente. La tran-
ca central, a media altura de los tablones, atravesará de un extremo
29 a otro. Revestirás de oro los tablones y las trancas, y harás de oro
las anillas por donde han de pasar las trancas.
30 »Construirás el santuario ajustándote al modelo que viste en la
montaña.

[C] *Cortina y antepuerta*

31 »Harás una *cortina* de púrpura violácea, roja y escarlata y lino
32 torzal, y bordarás en ella querubines. Colgarás la cortina de cuatro
columnas de madera de acacia revestidas de oro y provistas de es-
33 carpias y de cuatro basas de plata. La colgarás debajo de los corche-
tes, y detrás de ella colocarás el arca de la alianza. La cortina sepa-
rará el Santo del Santísimo.
34 »Colocarás la placa de la expiación sobre el arca de la alianza, en
35 el Santísimo. Fuera de la cortina, al lado norte, pondrás la mesa,
y en el lado sur, frente a la mesa, colocarás el candelabro.
36 »Harás también una *antepuerta* para la tienda, de púrpura vio-
37 lácea, roja y escarlata y lino torzal, recamada. Y para la antepuerta
harás cinco columnas de madera de acacia, que revestirás de oro lo
mismo que sus escarpias, y fundirás en bronce cinco basas para las
columnas».

[A] *Altar de los holocaustos*

27 —Harás el *altar* de madera de acacia: será cuadrado y medirá
2 dos metros y medio por lado y metro y medio de alto. En las cuatro
esquinas harás unos salientes, que arrancarán de él, y los revestirás
3 de bronce. Harás para él calderos para la ceniza, paletas, asperso-
4 rios, trinchantes y braseros, todos de bronce. Harás también un
enrejado de bronce, y en sus cuatro ángulos pondrás cuatro anillas
5 de bronce. Lo colocarás bajo los rebordes del altar, de modo que
6 baje hasta media altura del altar. Harás también para el altar unos
7 varales de madera de acacia, los revestirás de bronce, y los meterás
por las anillas de los dos lados del altar para transportarlo.
8 »Harás el altar hueco, con tablas, ajustándote al modelo que viste
en la montaña.

[B] *El atrio del santuario*

9 »Harás así el *atrio del santuario:* En el lado sur del atrio pon-
drás cortinones de lino torzal, en una longitud de cincuenta metros.
10 Las veinte columnas y basas serán de bronce, las escarpias y filetes
11 de las columnas serán de plata. Lo mismo harás en el lado norte:
pondrás cortinones en una longitud de cincuenta metros, veinte co-
lumnas con sus basas de bronce, las escarpias y filetes de las colum-
12 nas de plata. A lo ancho, en el lado de poniente, colocarás cortino-
nes en una longitud de veinticinco metros, con diez columnas y diez
13 basas: la anchura será de veinticinco metros.
14 »A cada lado de la puerta pondrás cortinones en una longitud de
15-6 siete metros y medio, con tres columnas y tres basas. A la entrada
del atrio pondrás una antepuerta de diez metros, de púrpura violá-
cea, roja y escarlata y lino torzal, recamada; con cuatro columnas
17 y cuatro basas. Todas las columnas alrededor del atrio llevarán file-
tes de plata, sus escarpias serán de plata, sus basas de bronce.
18 »El atrio tendrá cincuenta metros de largo por veinticinco de
ancho por dos y medio de alto; todo él será de lino torzal y las ba-
19 sas de bronce. Todos los utensilios del servicio del santuario y todas
sus estacas, igual que las estacas del atrio, serán de bronce.

[C] *Aceite de la lámpara*

20 »Manda a los israelitas que te traigan *aceite* de oliva puro y refi-
21 nado para alimentar continuamente la lámpara. Aarón y sus hijos la
prepararán en la tienda del encuentro, fuera de la cortina que tapa
el documento de la alianza, para que arda de la tarde a la mañana
en presencia del Señor.
»Ley perpetua para todas las generaciones israelitas».

Ornamentos sacerdotales

28 —De entre los israelitas escoge a tu hermano Aarón y a sus hijos
Nadab, Abihú, Eleazar e Itamar para que sean mis sacerdotes.
2 »Harás confeccionar *ornamentos sagrados,* ricos y fastuosos, para
3 tu hermano Aarón. Manda a todos los artesanos a quienes yo he
dotado de habilidad que confeccionen los ornamentos de Aarón
para consagrarlo sacerdote mío.
4 »Ornamentos que confeccionarán: efod, pectoral, manto, túnica
5 ajedrezada, turbante y banda. Los ornamentos que tu hermano
Aarón y sus hijos usarán como sacerdotes míos se confeccionarán
en oro, púrpura violácea, roja y escarlata y lino.

[A] *Efod*

6 »Mandarás hacer artísticamente el *efod,* en oro, púrpura violácea,
7 roja y escarlata y lino torzal; labor de artesano. Llevará dos hom-
8 breras unidas por los extremos. El cíngulo para sujetar el efod
arrancará de él y será de la misma labor: de oro, púrpura violácea,
roja y escarlata y lino torzal.
9 »Tomarás dos piedras de ónice y harás grabar en ellas los nom-
10 bres de las tribus israelitas: seis en cada piedra, por orden de naci-
11 miento. Grabarán los nombres de las tribus israelitas como graba el
orfebre la piedra de un sello, y las engastarán en filigrana de oro.
12 Aplicarás las dos piedras a las hombreras del efod: piedras recorda-
torio de los israelitas. Aarón llevará sus nombres sobre las hombre-
13 ras, como recordatorio para el Señor. Mandarás hacer unas filigranas
14 de oro y dos cadenas de oro de ley, trenzadas como cordones, y las
sujetarás a las filigranas.

[B] *Pectoral*

15 »Mandarás hacer artísticamente el *pectoral* de las suertes, de la
misma labor que el efod: oro, púrpura violácea, roja y escarlata y
16 lino torzal. Será doble y cuadrado, un palmo de largo por uno de
17 ancho. Le engastarás una guarnición de cuatro filas de piedras: en
18 la primera fila, carnelita, topacio y azabache; en la segunda fila,
19 esmeralda, zafiro y diamante; en la tercera fila, jacinto, ágata y
20-1 amatista; en la cuarta fila, topacio, ónice y jaspe. Las guarniciones
de pedrería irán engastadas en filigrana de oro. Llevará doce pie-
dras, como el número de las tribus israelitas. Cada piedra llevará
grabada, como un sello, el nombre de una de las doce tribus.

22 »Harás además para el pectoral cadenas de oro de ley, trenzadas
23 como cordones, y dos anillas de oro que sujetarás a los dos extre-
24 mos del pectoral. Pasarás los dos cordones de oro por las dos anillas
del pectoral, y los dos cabos de los cordones los unirás a las dos
25 filigranas, y los fijarás en las hombreras del efod, por la parte de-
26 lantera. Harás otras dos anillas de oro y las colocarás en los dos
27 extremos del pectoral, en el borde interior que toca el efod. Y otras
dos anillas de oro, que fijarás en la parte inferior y delantera de
las hombreras del efod, junto al empalme y más arriba del cíngulo
28 del efod. Con un cordón de púrpura violácea sujetarán las anillas del
pectoral con las del efod, para que quede sobre el cíngulo del efod
y no pueda desprenderse el pectoral del efod.
29 »Cuando Aarón entre en el santuario, llevará sobre su corazón,
en el pectoral de las suertes, los nombres de las tribus israelitas,
30 como recordatorio perpetuo ante el Señor. Pondrás en el pectoral
de las suertes los urim y los tumim, para que estén sobre el corazón
de Aarón cuando entre a presentarse al Señor. Aarón llevará cons-
tantemente sobre el corazón, en presencia del Señor, las suertes de
los israelitas.

[C] *Manto*

31 »Mandarás hacer el *manto* del efod, todo él de púrpura violácea.
32 Llevará arriba una abertura en el centro, reforzada alrededor con
un dobladillo, como la abertura de un coselete, para que no se ras-
33 gue. En la orla del manto, todo alrededor, pondrás granadas de
púrpura violácea, roja y escarlata, y alternando con ellas, cascabeles
34 de oro; cascabel y granada, todo alrededor.
35 »Aarón lo vestirá cuando oficie. Y al entrar en el santuario a pre-
sentarse al Señor y al salir se oirá el tintineo de los cascabeles:
así no morirá.

[D] *La flor de oro*

36 »Mandarás hacer una *flor* de oro de ley y grabarás en ella, como
37 en un sello: 'Consagrado al Señor'. La sujetarás al turbante, por su
38 parte delantera, con un cordón de púrpura violácea. Se colocará so-
bre la frente de Aarón, y éste cargará con la culpa en que hayan
incurrido los israelitas al hacer sus ofrendas sagradas. La llevará
39 siempre sobre la frente para reconciliarlos con el Señor. La túnica
y el turbante serán de lino, la banda estará recamada.

[E] *Otros vestidos*

40 »Para los hijos de Aarón harás confeccionar túnicas, bandas y
41 birretas ricas y fastuosas. Se las vestirás a tu hermano Aarón y a sus
42 hijos, los ungirás y los consagrarás sacerdotes míos. Les vestirás
además calzones de lino que les cubran sus partes, de la cintura a
43 los muslos. Aarón y sus hijos los llevarán cuando entren en la tien-
da del encuentro o cuando se acerquen al altar para oficiar: así no
incurrirán en culpa y no morirán.
»Ley perpetua para Aarón y sus descendientes».

29 —*Rito de consagración de mis sacerdotes:*
2 »Tomarás un novillo y dos carneros sin defecto, pan ázimo, ros-
cas ázimas amasadas con aceite y hogazas ázimas untadas de aceite,
3 todo ello preparado con flor de harina de trigo. Lo pondrás en un
4 cestillo y lo presentarás junto con el novillo y los dos carneros. Des-
pués mandarás acercarse a Aarón y a sus hijos a la entrada de la
5 tienda del encuentro y los harás bañarse. Cogerás los ornamentos
y vestirás a Aarón la túnica, el manto del efod, el efod y el pecto-
6 ral, y sujetarás el efod con el cíngulo. Le pondrás el turbante en la
7 cabeza y sobre él la diadema santa. Luego, tomando el aceite de la
8 unción, lo derramarás sobre su cabeza para ungirlo. Después harás
9 acercarse a sus hijos, les vestirás las túnicas, les ceñirás las bandas
y les pondrás las birretas. El sacerdocio les pertenece por derecho
perpetuo.
»Así consagrarás a Aarón y a sus hijos.
10 »Harás traer el novillo a la tienda del encuentro: Aarón y sus
11 hijos pondrán la mano sobre la cabeza de la víctima. Después de-
gollarás la res en presencia del Señor, en la puerta de la tienda del
12 encuentro, y tomando sangre de la res, untarás con el dedo los sa-
lientes del altar. Después derramarás la sangre al pie del mismo
13 altar. Tomarás la grasa que envuelve las vísceras, el lóbulo del híga-
do, los dos riñones con su grasa y lo dejarás quemarse sobre el altar.
14 La carne, la piel y los intestinos los quemarás fuera del campamen-
to. Es un sacrificio expiatorio.
15 »Después tomarás uno de los carneros. Aarón y sus hijos pondrán
16 las manos sobre la cabeza de la víctima. Lo degollarás y tomando
17 sangre, rociarás el altar por todos los lados. Descuartizarás el carne-
ro, lavarás sus vísceras y patas, las pondrás sobre los trozos y la ca-
18 beza, y lo dejarás quemarse completamente sobre el altar.
»Es holocausto para el Señor: oblación de aroma que aplaca al
Señor.
19 »Después tomarás el segundo carnero. Aarón y sus hijos pondrán
20 las manos sobre la cabeza de la víctima. Degollarás el carnero, y to-
mando sangre, untarás con ella el lóbulo de la oreja derecha de
Aarón y de sus hijos y los pulgares de sus manos y pies derechos.
21 Luego con la sangre rociarás el altar por todos los lados. Tomarás
sangre del altar y aceite de la unción y salpicarás a Aarón y sus
vestidos, a los hijos de Aarón y sus vestidos. Así se consagrarán
22 Aarón con sus vestidos, sus hijos con sus vestidos. Luego, del car-
nero de la consagración tomarás la grasa, la cola, la grasa que en-
vuelve las vísceras, el lóbulo del hígado, los dos riñones con su
23 grasa y la pierna derecha; del cestillo de panes ázimos presentados
al Señor tomarás un pan, una rosca de pan amasada con aceite y
24 una oblea. Pondrás todo ello en manos de Aarón y de sus hijos,
25 para que lo agiten ritualmente en presencia del Señor. Lo recibirás
otra vez de sus manos y lo dejarás quemarse en el altar, sobre el
holocausto, como aroma que aplaca al Señor.
»Es una oblación al Señor.
26 »Después tomarás el pecho del carnero de la consagración de
Aarón y lo agitarás ritualmente en presencia del Señor. Es la ración
27 que te pertenece. Del carnero de la consagración de Aarón y sus
hijos consagrarás el pecho agitado ritualmente y la pierna ofrecida

28 en tributo: les pertenece a Aarón y a sus hijos como porción perpe-
tua de parte de los israelitas; porque es el tributo, tomado de los
sacrificios de comunión que los israelitas ofrecen al Señor.
29 »Los ornamentos sagrados de Aarón los heredarán sus hijos, para
30 vestirlos durante su unción y consagración. Durante siete días los
vestirá el hijo que le suceda en el sacerdocio, cuando entre en la
tienda del encuentro para oficiar en el santuario.
31 »Después tomarás el carnero de la consagración, cocerás su carne
32 en lugar santo, y Aarón y sus hijos la comerán con el pan del ces-
33 tillo, a la entrada de la tienda del encuentro. Comerán la parte con
que se hizo la expiación al ordenarlos y consagrarlos. Ningún extra-
34 ño la puede comer, porque es porción santa. Y si sobra carne y pan
de la consagración para el día siguiente, se quemará. No se comerá,
porque es porción santa.
35 »Esto es lo que harás a Aarón y a sus hijos, ajustándote a cuanto
36 te he mandado. La consagración durará siete días. Cada día ofrece-
rás un novillo expiatorio por el pecado. Lo ofrecerás sobre el altar
37 para expiar por él, y ungirás el altar para consagrarlo. La expiación
y consagración del altar durará siete días; el altar será sacrosanto,
y el que lo toque quedará santificado.
38 »*Ofrenda permanente* que ofrecerás sobre el altar cada día: dos
39-0 corderos añales. Uno por la mañana y otro por la tarde. Con el pri-
mero harás una ofrenda de veintidós decilitros de flor de harina
amasada con un litro de aceite refinado y una libación de un litro
41 de vino. El segundo cordero lo ofrecerás por la tarde, con una ofren-
da y una libación como las de la mañana, en oblación de aroma que
aplaca al Señor.
42 »Este es el holocausto que ofrecerán perpetuamente vuestras ge-
neraciones, en presencia del Señor, a la puerta de la tienda del en-
43 cuentro, donde me encontraré con vosotros para hablaros. Allí me
encontraré con los israelitas, y el lugar quedará consagrado con mi
44 gloria. Consagraré la tienda del encuentro y el altar, consagraré a
45 Aarón y a sus hijos como sacerdotes míos. Habitaré en medio de
46 los israelitas y seré su Dios. Ellos reconocerán que yo soy el Señor,
su Dios, que los sacó de Egipto para habitar entre ellos.
»Yo soy el Señor, su Dios».

[A] *El altar del incienso*

30 1-2 —El altar del incienso lo harás de madera de acacia, de cin-
cuenta centímetros de largo por cincuenta de ancho; será cuadrado y
3 tendrá un metro de alto. De él arrancarán unos salientes. Revestirás
de oro de ley la parte superior, todos sus lados y los salientes; alre-
4 dedor le pondrás un listón de oro. Bajo el listón, en los rebordes
de los dos lados opuestos, pondrás dos anillas de oro; por ellas se
5 meterán los varales para transportar el altar. Harás los varales de
6 madera de acacia, revestidos de oro. Colocarás el altar delante de la
cortina que tapa el arca de la alianza y delante de la placa que cu-
bre el arca de la alianza, donde me encontraré contigo.
7 »Aarón quemará sobre él el incienso del sahumerio por la maña-
8 na, cuando prepare las lámparas, y lo mismo al atardecer, cuando
las encienda. Será el incienso perpetuo que ofrecen vuestras gene-

9 raciones en presencia del Señor. No ofreceréis sobre el altar otro in-
cienso, ni holocaustos, ni ofrendas, ni derramaréis sobre él libación
alguna.
10 »Una vez al año Aarón hará la expiación untando con la sangre
de la víctima expiatoria los salientes del altar; una vez al año por
todas vuestras generaciones.
»El altar está consagrado al Señor».

[B] *Tributo por el rescate*

11 El Señor habló a Moisés:
12 —Cuando hagas el censo completo de los israelitas, cada uno, al
ser registrado, dará al Señor un rescate por sí mismo, para que no
13 les suceda ninguna desgracia al ser registrados. Cada uno dará cinco
gramos de plata (peso del templo, que vale veinte óbolos): el tribu-
14 to al Señor será cinco gramos de plata. Cada uno de los registrados
15 de veinte años para arriba pagará el tributo del Señor. Ni el rico
pagará más de cinco gramos ni el pobre menos cuando den el tri-
16 buto al Señor como rescate de sí mismos. Recibirás el dinero del
rescate de los israelitas y lo destinarás al servicio de la tienda del
encuentro: será el recordatorio de los israelitas para el Señor, como
rescate de sus vidas.

[C] *El barreño y su peana*

17 El Señor habló a Moisés:
18 —Harás el *barreño* para las abluciones y su *peana* de bronce, y
lo colocarás entre la tienda del encuentro y el altar. Echarás agua
19 en el barreño para que Aarón y sus hijos se laven manos y pies.
20 Cuando vayan a entrar en la tienda del encuentro, se lavarán para
no morir; lo mismo harán cuando se acerquen al altar para oficiar,
21 para quemar una oblación al Señor. Se lavarán los pies y las manos
para no morir.
»Ley perpetua para vosotros, para Aarón y sus descendientes, por
vuestras generaciones».

[D] *El aceite de la unción*

22 El Señor habló a Moisés:
23 —Toma perfumes de gran precio: cinco kilos de mirra en grano,
dos kilos y medio de cinamomo, dos kilos y medio de caña de olor,
24 cinco kilos (pesos del templo) de acacia y tres litros y medio de
25 aceite de oliva. Con estos ingredientes harás el aceite de la unción
santa. Harás la mezcla según la receta del perfumista, y servirá para
26 la unción santa. Untarás con él la tienda del encuentro y el arca de
27 la alianza, la mesa y todos sus utensilios, el candelabro con todos
28 sus utensilios y el altar del incienso, el altar de los holocaustos
29 con sus utensilios, el barreño con su peana. Todos ellos los consa-
grarás para que sean sacrosantos. El que los toque quedará santi-
ficado.
30 »Ungirás también a Aarón y a sus hijos para consagrarlos como
31 sacerdotes míos. A los israelitas les dirás: Este será el aceite de mi

32 unción santa en todas vuestras generaciones. No se derramará sobre
ningún otro ni copiaréis su receta. Es santo y como tal lo habéis de
33 tratar. El que haga una mezcla según esta receta y la derrame sobre
un laico, será excluido de su pueblo».

[E] *Incienso*

34 El Señor dijo a Moisés:
—Toma resina aromática, ámbar, bálsamo e incienso depurado, a
35 partes iguales, y según la receta del perfumista, haz con todo ello
36 un incienso, échale sal, y será puro y santo. Parte de él lo macha-
carás hasta reducirlo a polvo y lo pondrás delante del arca de la
alianza, en la tienda del encuentro, donde me encontraré contigo.
37 Será para vosotros sacrosanto. No haréis incienso para uso personal
38 según la misma receta. Lo consideraréis consagrado al Señor. El que
copie la receta para perfumarse, será excluido de su pueblo.

[A] *Artesanos del santuario*

31 El Señor habló a Moisés:
2 —He escogido personalmente a Besalel, hijo de Urí, hijo de Jur,
3 de la tribu de Judá, y lo he colmado de dotes sobrehumanas, de
4 destreza y de habilidad en su oficio, para que proyecte y labre oro,
5 plata y bronce; para que talle piedras y las engaste; para que talle
6 madera, y para las demás tareas. Le doy como ayudante a Ohliab,
hijo de Ajisamac, de la tribu de Dan. A todos los artesanos les he
7 dado habilidad para que hagan todo lo que te he mandado: la tien-
da del encuentro, el arca de la alianza, la placa que la tapa y todos
8 los utensilios de la tienda; la mesa con sus utensilios, el candelabro
9 de oro de ley con sus utensilios y el altar del incienso; el altar de
10 los holocaustos con sus utensilios, el barreño con su peana; todos
los ornamentos sagrados del sacerdote Aarón y sus hijos para cuan-
11 do oficien; el aceite de la unción y el incienso del sahumerio del
templo. Lo harán ajustándose a lo que yo he ordenado.

[B] *Descanso del sábado*

12 El Señor habló a Moisés:
13 —Di a los israelitas: Guardaréis mis sábados, porque el sábado
es la señal convenida entre yo y vosotros, por todas vuestras gene-
raciones, por la que conoceréis que yo soy el Señor, que os santifica.
14 Guardaréis el sábado porque es día santo para vosotros; el que lo
profane es reo de muerte; el que trabaje será excluido de su pueblo.
15 Seis días podéis trabajar; el séptimo es día de descanso solemne
16 dedicado al Señor. El que trabaje en sábado es reo de muerte. Los
israelitas guardarán el sábado en todas sus generaciones como alian-
17 za perpetua. Será la señal perpetua entre yo y los israelitas, porque
el Señor hizo el cielo y la tierra en seis días y el séptimo descansó.
18 Cuando acabó de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio las
losas de la alianza: losas de piedra escritas por el dedo del Señor.

MOISES Y EL PUEBLO

El becerro de oro

32 Viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, acudió
en masa ante Aarón, y le dijo:
—Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros; pues a ese
Moisés que nos sacó de Egipto no sabemos qué le ha pasado.
2 Aarón les contestó:
—Quitadles los pendientes de oro a vuestras mujeres, hijos e
hijas, y traédmelos.
3 Todo el pueblo se quitó los pendientes de oro y se los trajo a
4 Aarón. El los recibió, hizo trabajar el oro a cincel y fabricó un novi-
llo de fundición. Después les dijo:
—Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto.
5 Después, con reverencia, edificó un altar ante él y proclamó:
—Mañana es fiesta del Señor.
6 Al día siguiente se levantaron, ofrecieron holocaustos y sacrifi-
cios de comunión, el pueblo se sentó a comer y beber y después se
levantó a danzar.
7 El Señor dijo a Moisés:
—Anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo, el que
8 tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les
había señalado. Se han hecho un novillo de metal, se postran ante
él, le ofrecen sacrificios y proclaman: «Este es tu Dios, Israel, el
que te sacó de Egipto».
9 Y el Señor añadió a Moisés:
10 —Veo que este pueblo es un pueblo testarudo. Por eso déjame:
mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti sa-
caré un gran pueblo.
11 Entonces Moisés aplacó al Señor, su Dios, diciendo:
—¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que
12 tú sacaste de Egipto, con grande poder y mano robusta? ¿Tendrán
que decir los egipcios: «Con mala intención los sacó, para hacerlos
morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra»?
Desiste del incendio de tu ira, arrepiéntete de la amenaza contra tu
13 pueblo. Acuérdate de tus siervos Abrahán, Isaac e Israel, a quienes
juraste por ti mismo, diciendo: «Multiplicaré vuestra descendencia
como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se
la daré a vuestra descendencia, para que la posea siempre».
14 Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado
contra su pueblo.

Castigo

15 Moisés se volvió y bajó del monte con las dos losas de la alianza
en la mano. Las losas estaban escritas por ambos lados, por delante
16 y por detrás; eran hechura de Dios y la escritura era escritura de
Dios grabada en las losas.
17 Al oír Josué el griterío del pueblo, dijo a Moisés:
—Se oyen gritos de guerra en el campamento.

18 Contestó él:
—No es grito de victoria, no es grito de derrota, que son cantos
lo que oigo.
19 Al acercarse al campamento y ver el becerro y las danzas, Moisés,
20 enfurecido, tiró las losas y las rompió al pie del monte. Después
agarró el becerro que habían hecho, lo quemó y lo trituró hasta
hacerlo polvo, que echó en agua, haciéndoselo beber a los israelitas.
21 Moisés dijo a Aarón:
—¿Qué te ha hecho este pueblo para que le acarreases tan enor-
me pecado?
22 Contestó Aarón:
23 —No te irrites, señor. Sabes que este pueblo es perverso. Me di-
jeron: «Haznos un dios que vaya delante de nosotros, pues a ese
24 Moisés que nos sacó de Egipto no sabemos qué le ha pasado». Yo
les dije: «Quien tenga oro que se desprenda de él y me lo dé».
Yo lo eché al fuego y salió este becerro.
25 Moisés, viendo que el pueblo estaba desmandado por culpa de
26 Aarón, que lo había expuesto al ataque enemigo, se plantó a la
puerta del campamento y gritó:
—¡A mí los del Señor!
Y se le juntaron todos los levitas.
27 El les dijo:
—Esto dice el Señor de Israel: Ciña cada uno la espada al muslo,
pasad y repasad el campamento de puerta a puerta matando, aun-
que sea al hermano, al compañero, al pariente, al vecino.
28 Los levitas cumplieron las órdenes de Moisés, y aquel día cayeron
unos tres mil hombres del pueblo.
29 Moisés les dijo:
—Hoy os habéis consagrado al Señor, a costa del hijo o del her-
mano, ganándoos hoy su bendición.

Intercesión

30 Al día siguiente Moisés dijo al pueblo:
—Habéis cometido un pecado gravísimo; pero ahora subiré al
Señor a ver si puedo expiar vuestro pecado.
31 Volvió, pues, Moisés al Señor y le dijo:
—Este pueblo ha cometido un pecado gravísimo haciéndose dio-
32 ses de oro. Pero ahora, o perdonas su pecado o me borras de tu
registro.
33 El Señor respondió:
34 —Al que haya pecado contra mí lo borraré del libro. Ahora ve
y guía a tu pueblo al sitio que te dije: mi ángel irá delante de ti.
Y cuando llegue el día de la cuenta, les pediré cuentas de su pecado.
35 Y el Señor castigó al pueblo por venerar el becerro que había
hecho Aarón.

El Señor en el camino

33 El Señor dijo a Moisés:
—Anda, marcha desde aquí con el pueblo que sacaste de Egipto
a la tierra que prometí a Abrahán, Isaac y Jacob que se la daría a

2 su descendencia. Enviaré por delante mi ángel para que expulse a
3 cananeos, amorreos, hititas, fereceos, heveos y jebuseos; a una tierra
que mana leche y miel. Pero yo no subiré entre vosotros, porque
sois un pueblo testarudo y os devoraría en el camino.
4 Al oír el pueblo palabras tan duras, guardó luto y nadie se puso
sus joyas.
5 El Señor había dicho a Moisés:
—Di a los israelitas: Sois un pueblo testarudo; en un momento
que os acompañara yo, os consumiría; ahora quitaos las joyas que
lleváis, y ya veré lo que hago con vosotros.
6 Los israelitas se desprendieron de sus joyas a partir del monte
Horeb.

En la tienda del encuentro

7 Moisés levantó la tienda de Dios y la plantó fuera, a distancia del
campamento, y la llamó «Tienda del encuentro». El que tenía que
consultar al Señor, salía fuera del campamento y se dirigía a la
8 tienda del encuentro. Cuando Moisés salía en dirección a la tienda,
todo el pueblo se levantaba y esperaba a la entrada de sus tiendas,
siguiendo con la vista a Moisés hasta que entraba en la tienda;
9 en cuanto él entraba, la columna de nube bajaba y se quedaba a la
10 entrada de la tienda, mientras el Señor hablaba con Moisés. Cuando
el pueblo veía la columna de nube parada a la puerta de la tienda,
se levantaba y se prosternaba cada uno a la entrada de su tienda.
11 El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre
con un amigo. Después él volvía al campamento, mientras que Josué,
hijo de Nun, su joven ayudante, no se apartaba de la tienda.

Moisés suplica al Señor

12 Moisés dijo al Señor:
—Mira, tú me has dicho que guíe a este pueblo, pero no me has
comunicado a quién me das como auxiliar, y, sin embargo, dices
13 que me tratas personalmente y que gozo de tu favor; pues si gozo
de tu favor, enséñame el camino, y así sabré que gozo de tu favor;
además, ten en cuenta que esta gente es tu pueblo.
14 Respondió el Señor:
—Yo en persona iré caminando para llevarte al descanso.
15 Replicó Moisés:
16 —Si no vienes en persona, no nos hagas salir de aquí. Pues ¿en
qué se conocerá que yo y mi pueblo gozamos de tu favor sino en el
hecho de que vas con nosotros? Esto nos distinguirá a mí y a mi
pueblo de los demás pueblos de la tierra.
17 El Señor le respondió:
—También esa petición te la concedo, porque gozas de mi favor
y te trato personalmente.

La gloria del Señor

18 Entonces él pidió:
—Enséñame tu gloria.

19 Le respondió:
—Yo haré pasar ante ti toda mi riqueza y pronunciaré ante ti el
nombre «Señor», porque yo me compadezco de quien quiero y fa-
20 vorezco a quien quiero; pero mi rostro no lo puedes ver, porque
nadie puede verlo y quedar con vida.
21 Y añadió:
22 —Ahí, junto a la roca, tienes un sitio donde ponerte; cuando
pase mi gloria te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré
23 con mi palma hasta que haya pasado, y cuando retire la mano podrás
ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás.

Nueva alianza

34 El Señor ordenó a Moisés:
—Lábrate dos losas de piedra como las primeras: yo escribiré en
ellas los mandamientos que había en las primeras, las que tú rom-
2 piste. Prepárate para mañana, sube al amanecer al monte Sinaí y
3 espérame allí, en la cima del monte. Que nadie suba contigo ni aso-
me nadie en todo el monte, ni siquiera las ovejas y vacas pastarán
en la ladera del monte.
4 Moisés labró dos losas de piedra como las primeras, madrugó y
subió al amanecer al monte Sinaí, según la orden del Señor, llevan-
5 do en la mano las dos losas de piedra. El Señor bajó en la nube y
se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor.
6 El Señor pasó ante él proclamando: el Señor, el Señor, el Dios
7 compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel, que conser-
va la misericordia hasta la milésima generación, que perdona culpas,
delitos y pecados, aunque no deja impune y castiga la culpa de los
padres en los hijos, nietos y bisnietos.
8-9 Moisés, al momento, se inclinó y se echó por tierra. Y le dijo:
—Si gozo de tu favor, venga mi Señor con nosotros, aunque sea-
mos un pueblo testarudo; perdona nuestras culpas y pecados y tó-
manos como heredad tuya.
10 Respondió el Señor:
—Yo voy a hacer un pacto. En presencia de tu pueblo haré ma-
ravillas como no se han hecho en ningún país ni nación; así, todo
el pueblo que te rodea verá la obra impresionante que el Señor va
11 a realizar contigo. Cumple lo que yo te mando hoy, y te quitaré de
delante a amorreos, cananeos, hititas, fereceos, heveos y jebuseos.
12 No hagas alianza con los habitantes del país donde vas a entrar,
13 porque sería un lazo para ti. Derribarás sus altares, destrozarás sus
estelas, talarás sus árboles sagrados.

Nuevo decálogo

14 »No te postres ante dioses extraños, porque el Señor se llama
15 Dios celoso, y lo es. No hagas alianza con los habitantes del país,
porque se prostituyen con sus dioses, y cuando les ofrezcan sacrifi-
16 cios te invitarán a comer de las víctimas. Ni tomes a sus hijas por
mujeres para tus hijos, pues cuando sus hijas se prostituyan con sus
dioses, prostituirán a tus hijos con sus dioses.

17-8 »No te hagas estatuas de dioses. Guarda la fiesta de los ázimos:
comerás ázimos durante siete días por la fiesta del mes de abril,
19 según te mandé, porque en ese mes saliste de Egipto. Todas las pri-
meras crías machos de tu ganado me pertenecen, sean terneros o
20 corderos. La primera cría del borrico la rescatarás con un cordero,
y si no la rescatas, la desnucarás. A tu primogénito lo rescatarás, y
nadie se presentará ante mí con las manos vacías.
21 »Seis días trabajarás y al séptimo descansarás; durante la siembra
22 y la siega descansarás. Celebra la fiesta de las semanas al comenzar
23 la siega del trigo y la fiesta de la cosecha al terminar el año. Tres
veces al año se presentarán todos los varones al Señor, Dios de Is-
24 rael. Cuando desposea a las naciones a tu llegada y ensanche tus
fronteras, si subes a visitar al Señor, tu Dios, tres veces al año,
nadie codiciará tu tierra.
25 »No ofrezcas nada fermentado con la sangre de mis víctimas. De
la víctima de la Pascua no quedará nada para el día siguiente.
26 Ofrece en el templo del Señor, tu Dios, las primicias de tus tierras.
No cocerás el cabrito en la leche de la madre».
27 El Señor dijo a Moisés:
—Escríbete estos mandatos. A tenor de estos mandatos hago
alianza contigo y con Israel.
28 Moisés pasó allí con el Señor cuarenta días con sus cuarenta no-
ches: no comió pan ni bebió agua, y escribió en las losas las cláusu-
las del pacto, los diez mandamientos.

La gloria de Moisés

29 Cuando Moisés bajó del monte Sinaí llevaba las dos losas de la
alianza en la mano; no sabía que tenía radiante la cara de haber
30 hablado con el Señor. Pero Aarón y todos los israelitas vieron a
Moisés con la cara radiante, y no se atrevieron a acercarse a él.
31 Cuando Moisés los llamó, se acercaron Aarón y los jefes de la co-
32 munidad, y Moisés les habló. Después se acercaron todos los israe-
litas, y Moisés les comunicó las órdenes que el Señor le había dado
33 en el monte Sinaí. Y cuando terminó de hablar con ellos, se echó un
velo por la cara.
34 Cuando Moisés acudía al Señor para hablar con él, se quitaba el
velo hasta la salida. Cuando salía comunicaba a los israelitas lo que
35 le habían mandado. Los israelitas veían la cara radiante, y Moisés
se volvía a echar el velo por la cara, hasta que volvía a hablar con
Dios.

OBRAS DEL SANTUARIO

[A] *El sábado*

35 Moisés convocó a toda la asamblea de los israelitas y les dijo:
2 —Esto es lo que el Señor os manda hacer: Durante seis días ha-
réis vuestras tareas, pero el séptimo es el día de descanso solemne
3 dedicado al Señor. El que trabaje en él es reo de muerte. Ese día
no haréis lumbre en ninguno de vuestros poblados.

[B] *Colecta de materiales*

4 Moisés dijo a toda la asamblea de los israelitas:
5 —Estas son las órdenes del Señor: De vuestros bienes ofreced un
tributo al Señor; todo hombre generoso ofrecerá en tributo al Señor
6 oro, plata y bronce, púrpura violácea, roja y escarlata, lino y pelo
7 de cabra, pieles de carnero curtidas, pieles de marsopa y madera de
8 acacia, aceite para la lámpara, perfumes para la unción y para el
9 sahumerio, piedras de ónice y de engaste para el efod y el pectoral.
10 Los artesanos, que se presenten para hacer lo que manda el Señor:
11 el santuario con su tienda y cubierta, corchetes y tablones, trancas,
12 columnas y basas, el arca con sus varales, la placa y la cortina que
13 la tapa, la mesa con sus varales y todos sus utensilios, los panes
14 presentados, el candelabro con las lámparas, con sus utensilios y el
15 aceite, el altar del incienso con sus varales, el aceite de la unción,
el incienso del sahumerio y la antepuerta colocada a la entrada del
16 santuario, el altar de los holocaustos con su enrejado de bronce, sus
17 utensilios y varales, el barreño con su peana, los cortinones del atrio
con sus columnas y basas y la antepuerta de la entrada del atrio,
18 las estacas de la morada, las estacas del atrio con sus cuerdas, los
19 ornamentos sagrados para las funciones del santuario, los ornamen-
tos sagrados del sacerdote Aarón y los de sus hijos para oficiar.
20-1 Entonces toda la asamblea de los israelitas se retiró, y todos los
hombres generosos que se sentían animados llevaron tributos al
Señor para las obras de la tienda del encuentro, para su culto y
22 para las vestiduras sagradas. Acudieron hombres y mujeres y entre-
garon generosamente hebillas, pendientes, anillos, pulseras y toda
clase de objetos de oro, y cada uno lo agitaba ritualmente ante el
23 Señor. Los que poseían púrpura violácea, roja o escarlata, lino, pelo
de cabra, pieles de carnero curtidas y pieles de marsopa lo llevaron.
24 Los que deseaban ofrecer tributo de plata y bronce, se lo llevaron
al Señor, y los que poseían maderas de acacia, las llevaban para los
25 diversos usos. Las mujeres hábiles en el oficio hilaron y llevaron
26 las labores en púrpura violácea, roja, escarlata y en lino. Todas las
mujeres hábiles y dispuestas a ayudar tejieron el pelo de cabra.
27 Los jefes llevaron las piedras de ónice y de engaste para el efod y
28 el pectoral, los perfumes, el aceite de la lámpara, el aceite de la
29 unción y el incienso del sahumerio. Los hombres y mujeres israeli-
tas que se sentían con generosidad para contribuir a las diversas
tareas que el Señor había mandado hacer a Moisés llevaban su apor-
tación voluntaria al Señor.

[C] *Artesanos del santuario*

30 Moisés dijo a los israelitas:
—El Señor ha escogido a Besalel, hijo de Urí, hijo de Jur, de la
31 tribu de Judá, y lo ha colmado de dotes sobrehumanas, de sabidu-
32 ría, de destreza y de habilidad para su oficio, para que proyecte y
33 labre oro, plata y bronce; para que talle piedras y las engaste; para
34 que talle madera, y para las demás tareas. También le ha dado ta-
lento para enseñar a otros, lo mismo que a Ohliab, hijo de Ajisamac,
35 de la tribu de Dan. Los ha llenado de habilidad para que proyecten
y realicen cualquier clase de obras: bordar en púrpura violácea, roja
o escarlata y en lino, proyectar y realizar toda clase de trabajos.

[A] *Obras del santuario*

36 Besalel, Ohliab y todos los artesanos a quienes el Señor había
dotado de habilidad y destreza para ejecutar los diversos trabajos
del santuario realizaron lo que el Señor había ordenado.
2 Moisés convocó a Besalel, Ohliab y a todos los artesanos a quie-
nes el Señor había dotado de habilidad y que estaban dispuestos a
3 colaborar en la ejecución del proyecto, y les entregó personalmente
todos los tributos aportados por los israelitas para ejecutar los di-
versos trabajos del santuario. Los israelitas continuaban llevando
4 ofrendas voluntarias todas las mañanas. Un día los artesanos que
5 trabajaban en el santuario dejaron sus trabajos y fueron a decir a
Moisés:
—El pueblo trae más de lo que se necesita para llevar a cabo los
diversos trabajos que el Señor ha ordenado.
6 Moisés mandó echar un bando por el campamento: «Que nadie,
ni hombre ni mujer, prepare y traiga más tributos al santuario».
7 Y el pueblo cesó de llevarlos. Lo aportado era más que suficiente
para realizar las obras.

[B] *El santuario*

8 Todos los artesanos que colaboraban hicieron el santuario con
diez *lonas* de lino torzal de púrpura violácea, roja y escarlata, y en
9 ellas bordaron querubines. Cada lona medía catorce metros de largo
10 por dos de ancho: todas de la misma medida. Empalmaron las lonas
11 en dos series de a cinco cada una, y en cada uno de los bordes de
12 las dos series pusieron unas presillas de púrpura violácea: cincuenta
en el borde de la primera y otras cincuenta en el borde de la segun-
13 da, de modo que se correspondían. Hizo también cincuenta corche-
tes de oro y unió con ellos las lonas, de modo que el santuario for-
14 mase una unidad. Tejió también once piezas en pelo de cabra para
15 que sirvieran de tienda al santuario. Cada lona medía quince metros
16 de largo por dos de ancho: las once de la misma medida. Empalmó
17 cinco lonas por un lado y seis por el otro. Puso cincuenta presillas
18 en los bordes de cada serie de lonas empalmadas. Hizo también cin-
cuenta corchetes de bronce para cerrar la tienda y formar así una
19 unidad. Hizo además para la tienda una cubierta de pieles de carne-
ro curtidas y una sobrecubierta de pieles de marsopa.

20 Hizo unos *tablones* de madera de acacia para el santuario y los
21 colocó verticalmente. Cada tablón medía cinco metros de largo por
22 setenta y cinco centímetros de ancho, y llevaba dos espigas para
23 ensamblarse con los contiguos. Colocó así los tablones del santuario:
24 en la parte sur, veinte tablones, y bajo ellos cuarenta basas de plata,
25 dos por tablón, para las espigas. En el segundo lado, al norte, otros
26-7 veinte tablones con sus cuarenta basas, dos por tablón. En el fondo
28 del santuario, al poniente, seis tablones de frente y dos formando
29 los ángulos. Parejos por abajo y perfectamente unidos por arriba
hasta la primera anilla. Los dos tablones formaban así los ángulos
30 del fondo de la morada. En total, ocho tablones con dieciséis basas,
31 dos por tablón. Hizo también cinco trancas de madera de acacia
32 para los tablones de cada lado y cinco para el lado del fondo, al
33 poniente. La tranca central, a media altura de los tablones, atrave-
34 saba de un extremo a otro. Hizo de oro las anillas, por donde pa-
saban las trancas, y revistió de oro los tablones y las trancas.

[C] *Cortina y antepuerta*

35 Hizo una *cortina* de púrpura violácea, roja y escarlata y lino tor-
36 zal, y bordó en ella querubines. La colgó de cuatro columnas de
madera de acacia revestidas de oro y provistas de escarpias doradas.
Y fundió cuatro basas de plata.
37 Hizo también una *antepuerta* para la tienda, de púrpura violácea,
38 roja y escarlata y lino torzal, recamada, y cinco columnas provistas
de escarpias. Revistió de oro sus capiteles y filetes, y de bronce
las cinco basas.

[A] *El arca*

37 Besalel hizo el *arca* de madera de acacia, de ciento veinticinco
centímetros de largo por setenta y cinco de ancho y setenta y
2 cinco de alto. La revistió de oro de ley por dentro y por fuera, y le
3 aplicó alrededor un listón de oro. Fundió oro para hacer cuatro
anillas, que colocó en los cuatro ángulos, dos a cada lado.
4 Hizo también unos varales de madera de acacia y los revistió de
5 oro. Metió los varales por las anillas laterales del arca para poder
transportarla.
6 Hizo también una placa de oro de ley de ciento veinticinco cen-
7 tímetros de largo por setenta y cinco de ancho. En sus dos extremos
8 hizo dos querubines cincelados en oro: cada uno arrancando de un
9 extremo de la placa y cubriéndola con las alas extendidas hacia
arriba. Estaban uno frente a otro, mirando al centro de la placa.

[B] *La mesa de los panes presentados*

10 Hizo la *mesa* de madera de acacia, de un metro de largo por
11 cincuenta centímetros de ancho y setenta y cinco de alto. La re-
12 vistió de oro de ley y le aplicó alrededor un listón de oro. Le puso
alrededor una abrazadera de un palmo, y alrededor de la abrazadera
13 un listón de oro. Fundió oro para hacer cuatro anillas, y las colocó

14 en los ángulos de las cuatro patas. Sujetó las anillas a la abrazadera,
y por ellas se metían los varales para transportar la mesa.
15 Hizo también varales de madera de acacia y los revistió de oro:
con ellos se transportaba la mesa.
16 Hizo también los utensilios de la mesa: fuentes, bandejas, jarras
y copas para la libación, todo de oro de ley.

[C] *El candelabro*

17 Hizo el *candelabro* de oro de ley, todo cincelado; de él arranca-
18 ban base, fuste, cálices y corolas. De sus lados arrancaban seis bra-
19 zos, tres a cada lado. Cada brazo tenía tres copas, como de flor de
almendro, con cálices y corolas: eran iguales los seis brazos que
20 arrancaban del candelabro. El candelabro tenía cuatro copas, como
21 flores de almendro, con cálices y corolas. Un cáliz debajo de cada
pareja de brazos del candelabro: los seis brazos del candelabro eran
22 iguales. Cálices y fustes arrancaban de él, todos por igual, cincela-
23 dos en oro de ley. Hizo las siete lámparas, con sus despabiladeras
24 y ceniceros de oro de ley. Empleó treinta kilos de oro para hacer el
candelabro y sus utensilios.

[D] *El altar del incienso*

25 Hizo el *altar del incienso* de madera de acacia. Era cuadrado, de
cincuenta centímetros de largo por cincuenta de ancho por un me-
26 tro de alto. De él arrancaban los salientes. Revistió de oro de ley la
parte superior, los cuatro lados y los salientes. Alrededor le aplicó
27 un listón de oro. Bajo éste, en los rebordes de dos lados opuestos,
puso dos anillas de oro, por las cuales se metían los varales para
28 transportar el altar. Hizo también los varales de madera de acacia
y los revistió de oro.
29 Hizo también el aceite de la unción santa y el incienso puro del
sahumerio, según receta de perfumista.

[A] *Altar de los holocaustos*

38 Hizo el *altar de los holocaustos* de madera de acacia; medía dos
metros y medio de largo por dos y medio de ancho, era cuadrado
2 y medía metro y medio de alto. En las cuatro esquinas hizo unos
3 salientes que arrancaban de él y los revistió de bronce. También
hizo de bronce todos los utensilios del altar: calderos, paletas, asper-
sorios, trinchantes y braseros.
4 Hizo también para el altar un enrejado de bronce, y lo colocó
bajo los rebordes de modo que bajara hasta media altura del altar.
5 Soldó cuatro anillas a los cuatro ángulos del enrejado de bronce
6 para meter por ellas los varales. Hizo los varales de madera de aca-
7 cia y los revistió de bronce. Los metió por las anillas de los dos
lados del altar para transportarlo. Hizo el altar hueco y de tablas.
8 Hizo de bronce el barreño y su peana con los espejos de las mu-
jeres que servían a la entrada de la tienda del encuentro.

[B] *El atrio del santuario*

9 Así hizo el *atrio:* en el lado sur puso unos cortinones de lino
10 torzal, en una longitud de cincuenta metros. Las veinte columnas y
basas eran de bronce, las escarpias de las columnas y los filetes eran
11 de plata. En el lado norte puso cortinones en una longitud de cin-
cuenta metros, colgados de veinte columnas con sus basas de bronce;
12 las escarpias y los filetes de las columnas eran de plata. En el lado
de poniente puso cortinones en una anchura de veinticinco metros,
con diez columnas y diez basas; las escarpias y los filetes de las
13 columnas eran de plata. El lado de levante tenía una anchura de
14 veinticinco metros: a ambos lados de la entrada del atrio puso cor-
15 tinones de siete metros y medio, con tres columnas y tres basas.
16 Todos los cortinones que rodeaban el atrio eran de lino torzal.
17 Las basas de las columnas eran de bronce; las escarpias y filetes, de
plata. Revistió de plata los capiteles, y todas las columnas del atrio
18 llevaban filetes de plata. La antepuerta del atrio era de púrpura
violácea, roja y escarlata y lino torzal, y estaba recamada. Medía diez
metros de largo por dos y medio de alto, lo mismo que los cortino-
19 nes del atrio. Colgaba de cuatro columnas, con sus basas de bronce;
las escarpias eran de plata. Y revistió de plata los capiteles y los
20 filetes. Todas las estacas que rodeaban el atrio del santuario eran de
bronce.

[C] *Gastos*

21 Estos son los gastos de la construcción del santuario de la alian-
za, que registraron los levitas por orden de Moisés y bajo la direc-
ción de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.
22 Besalel, hijo de Urí, hijo de Jur, de la tribu de Judá, hizo todo
23 lo que el Señor había ordenado a Moisés. Le ayudó Ohliab, hijo de
Ajisamac, de la tribu de Dan, artesano, dibujante y bordador en
púrpura violácea, roja y escarlata, y en lino.
24 El total de oro empleado en la construcción del santuario, oro de
la ofrenda agitada ritualmente, fue de ochocientos setenta y ocho
25 kilos (peso del templo). La plata de los registrados de la asamblea
26 fue tres mil dieciocho kilos (peso del templo). Cinco gramos de pla-
ta (peso del templo) por cada uno de los registrados en el censo,
de veinte años para arriba, o sea, seiscientos tres mil quinientos cin-
27 cuenta hombres. Tres mil kilos de plata se emplearon en la fundi-
ción de las basas del templo y de la cortina, a razón de treinta kilos
28 por basa. Con los dieciocho kilos restantes se hicieron las escarpias
29 y los filetes de las columnas y se revistieron los capiteles. El bronce
de la ofrenda agitada ritualmente pesó dos mil ciento veinticuatro
30 kilos. Se empleó en hacer las basas de la entrada de la tienda del
encuentro, el altar de bronce con su rejilla y todos los utensilios
31 del altar, las basas del atrio y de su puerta, todas las estacas del
santuario y las del atrio.

Ornamentos sagrados

39 Confeccionaron los ornamentos sagrados para el servicio del san-
tuario en púrpura violácea, roja y escarlata, y lino torzal. Y del

mismo material hicieron los ornamentos sagrados de Aarón, como
el Señor se lo había ordenado a Moisés.

[A] *Efod*

2 Hicieron el *efod* de oro, púrpura violácea, roja y escarlata y lino
3 torzal. Hicieron panes de oro, los cortaron en hilos y los bordaron
4 en la púrpura violácea, roja y escarlata, y en el lino torzal. Hicieron
5 también dos hombreras unidas por los extremos. El cíngulo para
sujetar el efod arrancaba de él y era de la misma labor: de oro,
púrpura violácea, roja y escarlata y lino torzal, como el Señor se lo
6 había ordenado a Moisés. Engastaron las piedras de ónice en fili-
grana de oro y grabaron en ellas, como en un sello, los nombres de
7 las tribus israelitas. Las aplicaron a las hombreras del efod: piedras
recordatorio de los israelitas, como el Señor se lo había ordenado
a Moisés.

[B] *Pectoral*

8 Hizo artísticamente el *pectoral,* de la misma labor que el efod:
9 oro, púrpura violácea, roja y escarlata y lino torzal. Era doble y
10 cuadrado, un palmo de largo por uno de ancho. Engastaron en él
cuatro filas de piedras: en la primera fila, carnelita, topacio y aza-
11-2 bache; en la segunda fila, esmeralda, zafiro y diamante; en la terce-
13 ra fila, jacinto, ágata y amatista; en la cuarta fila, topacio, ónice y
14 jaspe. Las guarniciones de pedrería iban engastadas en filigrana de
oro. Pusieron doce piedras, como el número de las tribus israelitas.
Cada piedra llevaba grabado, como un sello, el nombre de una de
las doce tribus.
15 Hicieron además para el pectoral cadenas de oro de ley, trenza-
16 das como cordones; dos engastes de oro y dos anillas de oro, que
17 sujetaron a los dos extremos del pectoral. Pasaron los dos cordones
18 de oro por las dos anillas del pectoral y unieron los dos cabos de
los cordones a las dos filigranas, y los fijaron en las hombreras del
efod por la parte delantera.
19 Hicieron otras dos anillas de oro y las colocaron en los dos ex-
20 tremos del pectoral, en el borde inferior que toca el efod. Y otras
dos anillas de oro, que fijaron en la parte inferior y delantera de las
hombreras del efod, junto al empalme y más arriba del cíngulo del
21 efod. Con un cordón de púrpura violácea sujetaron las anillas del
pectoral con las del efod, de modo que quedara sobre el cíngulo
del efod y no pudiera desprenderse el pectoral del efod, como el
Señor se lo había ordenado a Moisés.

[C] *Manto*

22-3 Hizo el *manto* del efod todo él de púrpura violácea. Tenía arriba
una abertura en el centro, reforzada alrededor con un dobladillo,
24 como la abertura de un coselete, para que no se rasgara. En la orla
del manto, todo alrededor, pusieron granadas de púrpura violácea,
25-6 roja y escarlata, y alternando con ellas, cascabeles de oro: cascabel y
granada todo alrededor. Se usaba para oficiar, como el Señor se lo
había ordenado a Moisés.

[D] *Otros vestidos*

27-8 Para Aarón y sus hijos hicieron túnicas tejidas en lino, turbantes
29 y birretas con adornos, y calzones de lino torzal. Las bandas en lino
torzal, púrpura violácea, roja y escarlata, recamadas, como el Señor
se lo había ordenado a Moisés.

[E] *La flor de oro*

30 Hicieron de oro de ley la *flor* de la diadema santa, y grabaron
31 en ella, como en un sello: «Consagrado al Señor». La sujetaron al
turbante por su parte superior, con un cordón de púrpura violácea,
32 como el Señor se lo había ordenado a Moisés. Así terminaron los
trabajos del santuario y de la tienda del encuentro. Los israelitas
los hicieron ajustándose a lo que el Señor había ordenado a Moisés.

[F] *Presentación de la obra a Moisés*

33 Le presentaron a Moisés el santuario, la tienda y todos sus uten-
34 silios: corchetes, tablones, trancas, columnas y basas. La cubierta
de pieles de carnero curtidas, la cubierta de pieles de marsopa y la
35 cortina de la antepuerta. El arca de la alianza con varales y placa.
36-7 La mesa con sus utensilios y los panes presentados. El candelabro
de oro puro, con sus lámparas en orden, sus utensilios y el aceite
38 de las lámparas. El altar de oro y el aceite de la unción y del sahu-
39 merio y la antepuerta de la tienda. El altar de bronce con su rejilla,
40 varales y demás utensilios; el barreño con su peana. Los cortinones
del atrio con columnas y basas; la antepuerta de la entrada del atrio
con cuerdas, estacas y demás utensilios del servicio del santuario
41 de la tienda del encuentro. Los ornamentos sagrados para oficiar
en el santuario, los ornamentos que el sacerdote Aarón y sus hijos
usaban para oficiar.
42 Los israelitas hicieron todos los trabajos ajustándose a lo que el
43 Señor había ordenado a Moisés. Moisés examinó toda la labor,
comprobó que se ajustaban a lo ordenado por el Señor, y les dio la
bendición.

Construcción y consagración del santuario

[A] *Mandato del Señor*

40 El Señor habló a Moisés:
2 —El día uno del mes primero instalarás el santuario de la tienda
3 del encuentro: pondrás en él el arca de la alianza y la taparás con
4 la cortina; meterás la mesa y colocarás en ella los panes; meterás
5 el candelabro y encenderás las lámparas; pondrás el altar de oro del
incienso delante del arca de la alianza, y colgarás la antepuerta del
6 santuario: colocarás el altar de los holocaustos delante de la puerta
7 del santuario de la tienda del encuentro; pondrás el barreño entre
8 la tienda del encuentro y el altar, y le echarás agua; alrededor le-
vantarás el atrio y pondrás la antepuerta de la entrada del atrio.
9 »Tomarás el aceite de la unción y ungirás el santuario y cuanto

hay en él: lo consagrarás con todos sus utensilios y quedará consa-
10 grado. Ungirás también el altar de los holocaustos con todos sus
11 utensilios, lo consagrarás y será sacrosanto. Ungirás también el ba-
rreño con su peana y los consagrarás.
12 »Después mandarás acercarse a Aarón y a sus hijos a la puerta
13 de la tienda del encuentro y los harás bañarse. Vestirás a Aarón los
ornamentos sagrados, lo ungirás y lo consagrarás sacerdote mío.
14 Después mandarás acercarse a sus hijos, y les vestirás la túnica;
15 los ungirás como ungiste a su padre, para que sean mis sacerdotes.
La unción les conferirá el sacerdocio perpetuo en todas sus gene-
raciones.

[B] *Ejecución de las órdenes*

16 Moisés hizo todo ajustándose a lo que el Señor le había mandado.
17 El día uno del mes primero del segundo año fue instalado el
18 santuario. Moisés instaló el santuario, colocó las basas, puso los
19 tablones con sus trancas y plantó las columnas; montó la tienda
sobre el santuario y puso la cubierta sobre la tienda, como el Señor
20 se lo había ordenado a Moisés. Colocó el documento de la alianza
21 en el arca, sujetó al arca los varales y la cubrió con la placa. Después
la metió en el santuario y colocó la cortina de modo que tapase el
arca de la alianza, como el Señor se lo había ordenado a Moisés.
22 Colocó también la mesa en la tienda del encuentro, en la parte norte
23 del santuario y fuera de la cortina. Sobre ella colocó los panes pre-
sentados al Señor, como se lo había ordenado el Señor a Moisés.
24 Colocó el candelabro en la tienda del encuentro, en la parte sur
25 del santuario, frente a la mesa; encendió las lámparas en presencia
26 del Señor, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. Puso el
27 altar de oro en la tienda del encuentro, frente a la cortina, y quemó
sobre él el incienso del sahumerio, como el Señor se lo había orde-
28-9 nado a Moisés. Después colocó la antepuerta del santuario. Puso el
altar de los holocaustos a la puerta del santuario de la tienda del
encuentro, y sobre él ofreció el holocausto y la ofrenda, como el
30 Señor se lo había ordenado a Moisés. Colocó el barreño entre la
tienda del encuentro y el altar, y echó agua para las abluciones.
31-2 Moisés, Aarón y sus hijos se lavaban manos y pies cuando iban a
entrar en la tienda del encuentro para acercarse al altar, como el
Señor se lo había ordenado a Moisés.
33 Alrededor del santuario y del altar levantó el atrio, y colocó la
antepuerta a la entrada del mismo. Y así acabó la obra Moisés.

[C] *La gloria de Dios*

34 Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro, y la gloria del
Señor llenó el santuario.
35 Moisés no pudo entrar en la tienda del encuentro, porque la nube
se había posado sobre ella y la gloria del Señor llenaba el santuario.
36 Cuando la nube se alzaba del santuario, los israelitas levantaban
37 el campamento en todas las etapas. Pero cuando la nube no se al-
38 zaba, los israelitas esperaban hasta que se alzase. De día la nube
del Señor se posaba sobre el santuario, y de noche el fuego, en to-
das sus etapas, a la vista de toda la casa de Israel.

LEVITICO

INTRODUCCION

De todos los libros del Antiguo Testamento, el Levítico es el más extraño, el más erizado e impenetrable. Tabúes de alimentos, normas primitivas de higiene, menudas prescripciones rituales arredran o aburren al lector de mejor voluntad. Hay cristianos que comienzan con los mejores deseos a leer la Biblia, y al llegar al Levítico desisten.

Es verdad que este libro puede interesar al etnólogo, porque encuentra en él, cuidadosamente formulados y relativamente organizados, múltiples usos parecidos a los de otros pueblos, menos explícitos y articulados. Sólo que no buscamos satisfacer la curiosidad etnológica. Suponemos que el Levítico es un libro sagrado, recogido entero por la Iglesia y ofrecido a los cristianos para su alimento espiritual, como palabra de Dios.

El Levítico, libro cristiano, ¿no sería mejor decir que es un libro abolido por Cristo? Todos los sacrificios reducidos a uno, y éste renovado en la sencillez de un convite fraterno; todas las distinciones de animales puros e impuros arrolladas por el dinamismo de Cristo, que todo lo asume y santifica. Desde la plenitud y sencillez liberadora de Cristo, el Levítico se nos antoja como un catálogo de prescripciones jurídicas abolidas, como país de prisión que recordamos sin nostalgia. Este sentido dialéctico del libro es interesante, desde luego, y llegará hasta ser necesario para denunciar la presencia reptante del pasado entre nosotros, para curarnos de la tentación de recaída.

Entonces, ¿aquellas leyes eran malas? ¿Cómo las atribuye la Escritura a Dios? Tenemos que seguir buscando un acceso vivo a estas páginas, y no es poco que desafíen nuestro conformismo y curiosidad. El Levítico nos obliga a buscar, y esto es algo.

En primer lugar, procuremos *trasladarnos a su contexto vital,* no por curiosidad distante, sino buscando el testimonio humano. Pues bien, en estas páginas se expresa un sentido religioso profundo: el hombre se enfrenta con Dios en el filo de la vida y la muerte, en la conciencia de pecado e indignidad, en el ansia de liberación y reconciliación; busca a Dios en el banquete compartido. El hombre se preocupa del prójimo tanteando diagnósticos, adivinando y previniendo contagios, ordenando las relaciones sexuales para defensa de la familia. No es fácil leer los párrafos y apartados del libro como expresión vital. Y es que nos falta la ejecución viva, la participación de una asamblea, el ciudadano con su problema doméstico. Como es difícil leer una partitura sin escucharla o leer las notaciones de un ballet sin contemplarlo. El Levítico es en gran parte un libro de ceremonias, sin la interpretación viva y sin los textos recitados; se podría leer como ritual de los salmos, aunque no sabemos cómo combinarlos en concreto. En este sentido, resulta un libro de consulta más que de lectura.

Si, superando la maraña de menudas prescripciones, llegamos a auscultar un latido de vida religiosa, habremos descubierto una realidad humana válida y permanente.

En segundo lugar, *traslademos el libro al contexto cristiano,* y desplegará su energía dialéctica. Ante todo nos hará ver cómo la complicación se resuelve en la simplicidad de Cristo. Pero al mismo tiempo debemos recordar que la simplicidad de Cristo es concentración, y que esa concentración exige un despliegue para ser comprendida en su pluralidad de aspectos y riqueza de contenido. Cristo concentra en su persona y obra lo sustancial y permanente de las viejas ceremonias; éstas, a

su vez, despliegan y explicitan diversos aspectos de la obra de Cristo. Así lo entendió el autor de la carta a los Hebreos, sin perderse en demasiados particulares, pero dándonos un ejemplo de reflexión cristiana.

Contemplando el Levítico como un arco entre las prácticas religiosas de otros pueblos y la obra de Cristo, veremos en él la *pedagogía* de Dios. Pedagogía paterna y comprensiva y paciente: comprende lo bueno que hay en tantas expresiones humanas del paganismo, lo aprueba y lo recoge, lo traslada a nuevo contexto para depurarlo y desarrollarlo. Con esos elementos encauza la religiosidad de su pueblo, satisface la necesidad de expresión y práctica religiosa. Pero al mismo tiempo envía la palabra profética para criticar el formalismo, la rutina, el ritualismo, que son peligros inherentes a toda práctica religiosa.

Recordemos que la redacción final del Levítico es posterior a la predicación profética, que en su forma actual no es más que una parte del Pentateuco, del Antiguo Testamento, de la Biblia. Tiene su puesto y función en el gran organismo: ni el primero ni el más importante.

SACRIFICIOS Y SACERDOTES

INTRODUCCIÓN

Los capítulos 1-7 clasifican los sacrificios y regulan su práctica y sus ceremonias. Antes de recorrer la reglamentación, procuremos entender su espíritu.

Para ello podemos partir de nuestro término español «sacrificio». El hombre sacrifica algo suyo por un bien superior: sacrifica un órgano propio a su propia vida, parte de su fortuna a su salud, sacrifica algo suyo por un ideal, por otra persona a quien ama, con la que desea reconciliarse. Todo sacrificio es personal, porque lo sacrificado es nuestro y querido o apreciado. Este aspecto puede llegar a su máxima intensidad cuando uno se sacrifica a sí mismo: «No hay mayor amor que dar la vida por el amigo».

Este uso de la palabra ha olvidado la etimología de «sacrificio», «hacer sacro». Si referimos nuestro concepto común a nuestras relaciones con Dios, el sacrificio alcanza su sentido original y plenario. Dios persona y el hombre persona ante Dios. El hombre como criatura corpórea y mundana. El hombre se posee a sí mismo y posee otros bienes suyos, que ama y aprecia con relación personal; pero por encima de sí mismo y de sus bienes aprecia a Dios como bien supremo, que le dio el ser y todos los bienes, que le seguirá ayudando, que le puede exigir todo para su bien. Entonces el hombre se entrega a sí mismo o algo suyo: para reconocer la soberanía de Dios, para agradecerle sus beneficios, para impetrar otros nuevos, para expresar su arrepentimiento, para reconciliarse con él, para testimoniar su fidelidad. Dios acepta el don y lo consagra, sellando así la reconciliación del hombre, o ratificando y cumpliendo la finalidad específica del sacrificio; no que Dios reciba propiamente un don (Sal 50), sino que recibe un reconocimiento que es perfección del hombre.

El sacrificio religioso auténtico es expresión de la interioridad humana, de lo contrario, es farsa. Por eso, al fondo de la reglamentación que vamos a leer, hay que escuchar la denuncia y exigencia profética de autenticidad en el culto; véanse Is 1,10-20; Sal 50; Eclo 34-35, entre otros textos.

El sacrificio adquiere su valor supremo en Cristo, que se ofrece totalmente a sí mismo en acto de fidelidad al Padre y de amor a los hombres. Porque el plan del Padre es precisamente que Cristo se sacrifique por los hombres, para unirlos con Dios. El sacrificio de Cristo es expresión auténtica, es donación total: unidos a él tienen nuestros sacrificios sentido y validez (cf. Heb 13,15-16; Rom 12,1).

1 El Señor llamó a Moisés y le habló desde la tienda del encuentro:
2 —Di a los israelitas: Cuando ofrezcáis una oblación al Señor,
vuestra oferta será de ganado mayor o menor.

Holocaustos

3 »[a] Si es un *holocausto de ganado mayor*, ofrecerá un macho
sin defecto, lo llevará a la entrada de la tienda del encuentro para
4 que lo acepte el Señor. Pondrá la mano sobre la cabeza de la vícti-
5 ma, y el Señor se lo aceptará como expiación. Degollará la res en
presencia del Señor.
»Los sacerdotes aaronitas ofrecerán la sangre y con ella rociarán
por todos los lados el altar, que está a la entrada de la tienda del
6 encuentro. Desollará la víctima y la descuartizará.

7 »Los sacerdotes aaronitas harán fuego sobre el altar y apilarán
8 leña sobre el fuego. Colocarán después cabeza, trozos y grosura so-
9 bre la leña, sobre el fuego, sobre el altar. Lavarán vísceras y patas.
El sacerdote lo dejará quemarse completamente sobre el altar. Es
un holocausto: oblación de aroma que aplaca al Señor.
10 »[b] Si es un *holocausto de ganado menor,* corderos o cabritos,
11 ofrecerá un macho sin defecto. Lo degollará en el lado norte del
altar, en presencia del Señor.
»Los sacerdotes aaronitas rociarán con la sangre todos los lados
12 del altar. El sacerdote lo descuartizará y colocará la cabeza y la gro-
13 sura sobre la leña, sobre el fuego, sobre el altar. Lavarán vísceras y
patas. El sacerdote lo dejará quemarse completamente sobre el altar.
Es un holocausto: oblación de aroma que aplaca al Señor.
14 »[c] Si es un *holocausto de aves,* su oferta será de tórtolas o
pichones.
15 »El sacerdote la llevará al altar y le retorcerá el cuello. La dejará
quemarse sobre el altar, después de exprimir la sangre a un lado
16 del mismo. Le quitará buche y plumas, y los arrojará al este del al-
17 tar, en el lugar de las cenizas. Le rasgará las alas sin arrancarlas, y
el sacerdote dejará quemarse la víctima sobre el altar, sobre la leña,
sobre el fuego. Es un holocausto: oblación de aroma que aplaca al
Señor».

Ofrendas

[A] *Ofrendas crudas*

2 —Cuando alguien haga una ofrenda al Señor, su oferta será de
2 flor de harina, sobre la que echará aceite y pondrá incienso. La lle-
vará a los sacerdotes aaronitas, y uno de éstos, tomando un pellizco
de flor de harina, con aceite y todo el incienso, lo dejará quemarse
sobre el altar, en obsequio. Es una oblación de aroma que aplaca al
Señor.
3 »El resto de la ofrenda será para Aarón y sus descendientes. Es
la porción sagrada de la oblación al Señor.

[B] *Ofrendas preparadas*

4 »Si haces una ofrenda *cocida al horno,* ésta será de roscas ázimas
de flor de harina amasadas con aceite y de obleas ázimas untadas
de aceite.
5 »Si tu ofrenda es *a la sartén,* ésta será de flor de harina ázima
6 amasada con aceite. La migarás y le echarás encima aceite. Es una
ofrenda.
7 »Si tu ofrenda es *a la parrilla,* ésta será de flor de harina con acei-
8 te. La ofrenda así preparada la presentarás al Señor llevándola al
9 sacerdote, quien la pondrá junto al altar. Tomará de la ofrenda el
obsequio y lo dejará quemarse sobre el altar. Es una oblación de
aroma que aplaca al Señor.
10 »El resto de la ofrenda será para Aarón y sus descendientes. Es
la porción sagrada de la oblación al Señor.

[C] *Determinaciones particulares*

11 »Toda ofrenda que hagáis al Señor será sin fermentar, porque
nada que contenga levadura o miel debe ser quemado en oblación
12 al Señor. Lo podéis ofrecer al Señor como primicias, pero no lo pon-
dréis sobre el altar como aroma que aplaca.
13 »Sazonaréis todas vuestras ofrendas. No dejéis de echar a vues-
tras ofrendas la sal de la alianza de tu Dios. Todas las ofrecerás
sazonadas.

[D] *Primicias*

14 »Si haces una ofrenda de primicias al Señor, ésta será de granos
15 de espigas tiernas, tostados y machacados. Le echarás aceite y le
pondrás incienso. Es una ofrenda.
16 »El sacerdote quemará, en obsequio, algo de la masa y el aceite
con todo el incienso. Es una oblación al Señor».

Sacrificios de comunión

3 —Cuando tu oferta sea un sacrificio de comunión,
»[A] si es de *ganado mayor,* ofrecerá al Señor un macho o una
2 hembra sin defecto. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima
y la degollará a la entrada de la tienda del encuentro. Los sacer-
dotes aaronitas rociarán con la sangre el altar por todos los lados.
3 »Del sacrificio de comunión ofrecerá en oblación al Señor la gra-
4 sa que envuelve las vísceras y su gordura, los dos riñones con su
grasa, la grasa junto a los lomos y el lóbulo del hígado junto a los
riñones: todo esto lo apartará.
5 »Los aaronitas la dejarán quemarse sobre el altar, sobre el holo-
causto, sobre la leña, sobre el fuego. Es una oblación de aroma que
aplaca al Señor.
6 »[B] Si es de *ganado menor,* ofrecerá al Señor un macho o una
hembra sin defecto.
7 »[a] Si es un *cordero* lo que ofrece, lo llevará a la presencia del
8 Señor. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y lo degollará
ante la tienda del encuentro. Los sacerdotes aaronitas rociarán con
la sangre el altar por todos los lados.
9 »Del sacrificio de comunión ofrecerán en oblación al Señor la
grasa, la cola entera cortada desde la rabadilla, la grasa que envuel-
10 ve las vísceras y sus gorduras, los dos riñones con su grasa, la grasa
junto a los lomos y el lóbulo del hígado junto a los riñones: todo
11 esto lo apartará. El sacerdote la dejará quemarse sobre el altar. Es
comida en oblación al Señor.
12 »[b] Si es un *cabrito* lo que ofrece, lo llevará a la presencia del
13 Señor. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la degollará
ante la tienda del encuentro. Los sacerdotes aaronitas rociarán con
la sangre el altar por todos los lados.
14 »De él ofrecerán en oblación al Señor la grasa que envuelve las
15 vísceras y sus gorduras, los dos riñones con su grasa, la grasa junto
a los lomos y el lóbulo del hígado junto a los riñones: todo esto lo
16 apartará. El sacerdote lo dejará quemarse sobre el altar. Es comida

en oblación de aroma que aplaca al Señor. Toda grasa le pertenece
al Señor.
17 »Es ley perpetua para todas vuestras generaciones y en todos
vuestros poblados: no comeréis grasa ni sangre».

Sacrificios expiatorios

4 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas: Cuando alguien por inadvertencia traspase
alguna de las prohibiciones del Señor, haciendo algo prohibido,
3 »[a] si es el *sacerdote ungido* el que cometió la transgresión,
comprometiendo así al pueblo, ofrecerá al Señor por la transgresión
4 cometida un novillo sin defecto en sacrificio expiatorio. Lo llevará
a la entrada de la tienda del encuentro, a la presencia del Señor.
Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la degollará en pre-
5 sencia del Señor. El sacerdote ungido tomará sangre del novillo y
6 la llevará a la tienda del encuentro. Mojando un dedo en la sangre
y en presencia del Señor, salpicará con ella siete veces en dirección
7 a la cortina del santuario. Luego, en presencia del Señor, el sacer-
dote untará con la sangre los salientes del altar del sahumerio, si-
tuado en la tienda del encuentro, y derramará toda la sangre del
novillo al pie del altar de los holocaustos, situado a la entrada de
8 la tienda del encuentro. Quitará al novillo de expiación toda la
9 grasa: la grasa que envuelve las vísceras y sus gorduras, los dos ri-
ñones con sus grasas, la grasa junto a los lomos y el lóbulo del híga-
10 do junto a los riñones: todo esto lo apartará, como se hace con el
toro del sacrificio de comunión. El sacerdote la dejará quemarse
sobre el altar de los holocaustos.
11 »El resto del novillo, la piel, la carne con cabeza y patas, vísceras
12 e intestinos, lo sacará fuera del campamento a un lugar puro, al
vertedero de cenizas, y lo quemará sobre la leña. En el vertedero de
cenizas debe ser quemado.
13 »[b] Si es toda la *comunidad israelita* la que por inadvertencia
traspasó alguna prohibición del Señor, incurriendo así en reato, y el
14 asunto queda oculto a la comunidad, ésta, al darse cuenta de la
transgresión cometida, ofrecerá en sacrificio expiatorio un novillo,
15 que llevará hasta la tienda del encuentro. Las autoridades pondrán
las manos sobre la cabeza de la víctima y la degollarán en presencia
del Señor.
16 »Luego el sacerdote ungido llevará sangre del novillo a la tienda
17 del encuentro. Mojando un dedo en la sangre y en presencia del
Señor, salpicará con ella siete veces en dirección a la cortina del
18 santuario. Untará con la sangre los salientes del altar del sahume-
rio, situado ante el Señor en la tienda del encuentro, y derramará
toda la sangre al pie del altar de los holocaustos, situado a la entra-
19 da de la tienda del encuentro. Le quitará toda la grasa y la dejará
20 quemarse sobre el altar. Hará con este novillo como se hace con el
del sacrificio expiatorio. El sacerdote expía así por ellos y quedan
perdonados.
21 »Sacará el novillo fuera del campamento y lo quemará como el
primero. Es el sacrificio expiatorio de la asamblea.

22 »[c] Si es un *jefe* el que por inadvertencia traspasó alguna prohi-
23 bición del Señor, su Dios, incurriendo así en reato, al darse cuenta
de la transgresión cometida, ofrecerá en oblación un macho sin
24 defecto. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima, y en pre-
sencia del Señor la degollará en el matadero de los holocaustos. Es
un sacrificio expiatorio.
25 »El sacerdote, mojando un dedo en la sangre de la víctima, un-
tará los salientes del altar de los holocaustos y derramará la sangre
26 al pie del mismo altar. Toda la grasa la dejará quemarse sobre el
altar como se hace en los sacrificios de comunión. El sacerdote ex-
pía así por su transgresión, y queda perdonado.
27 »[d] Si es un *propietario* el que por inadvertencia traspasó al-
28 guna prohibición del Señor, incurriendo así en reato, al darse cuenta
de la transgresión cometida, ofrecerá una *cabra* sin defecto en sacri-
29 ficio expiatorio. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la
degollará en el matadero de los holocaustos.
30 »El sacerdote, mojando un dedo en la sangre, untará los salientes
del altar de los holocaustos y derramará la sangre al pie del mismo
31 altar. Le quitará toda la grasa, como en los sacrificios de comunión,
y la dejará quemarse sobre el altar como aroma que aplaca al Señor.
El sacerdote expía así por él, y queda perdonado.
32 »Si ofrece un *cordero* en sacrificio expiatorio, será hembra y sin
33 defecto. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la degolla-
rá en sacrificio expiatorio en el matadero de los holocaustos.
34 »El sacerdote, mojando un dedo en la sangre de la víctima, un-
tará los salientes del altar de los holocaustos y derramará toda la
35 sangre al pie del mismo altar. Le quitará toda la grasa, como al cor-
dero de los sacrificios de comunión, y la dejará quemarse sobre el
altar en oblación al Señor. El sacerdote expía así por su transgre-
sión, y queda perdonado».

[A] *Casos particulares*

5 —Si alguno, citado bajo pena a comparecer como testigo —de
vista o de oído—, no declara, peca e incurre en culpa.
2 »Si alguno, sin darse cuenta, toca algo impuro, sea el cadáver de
una fiera impura, sea el cadáver de ganado impuro, o el de un bicho
impuro, también, cuando se entere, incurre en reato.
3 »Si alguno, sin darse cuenta, toca a una persona impura, mancha-
da con cualquier clase de impureza, cuando se entere, incurre en
reato.
4 »Si alguno, sin darse cuenta, jura a la ligera, para mal o para
bien —como hace la gente—, cuando se entere, incurre en reato.
5 »El que por cualquiera de estas causas incurra en reato en cual-
6 quier caso, confesará su transgresión. Y por la transgresión cometi-
da, en penitencia ofrecerá al Señor una hembra de ganado menor,
oveja o cabra, por su transgresión. El sacerdote expiará por su
transgresión, y se le perdonará.

Casos de pobres

7 »[a] Si no tiene lo suficiente para un cabrito, por la transgresión
cometida ofrecerá al Señor dos tórtolas o dos pichones: uno en sa-
crificio expiatorio y el otro en holocausto.
8 »El sacerdote los llevará y ofrecerá en primer lugar la víctima del
sacrificio expiatorio, le retorcerá el cuello por la cerviz, sin arran-
9 carlo. Con la sangre de la víctima salpicará la pared del altar y ex-
primirá el resto de la sangre al pie del mismo altar. Es un sacrificio
expiatorio.
10 »El segundo lo ofrecerá en holocausto, según el ritual. El sacer-
dote expiará por la transgresión cometida, y se le perdonará.
11 »[b] Y si no tiene lo suficiente para dos tórtolas o dos pichones,
por la transgresión cometida, hará una oferta de veintidós decilitros
de flor de harina. No le pondrá aceite ni incienso, porque es un
12 sacrificio expiatorio. La llevará al sacerdote, y éste, tomando un
pellizco en obsequio, lo dejará quemarse sobre el altar, en oblación
al Señor. Es un sacrificio expiatorio.
13 »El sacerdote expiará por la transgresión cometida en cualquiera
de estos casos, y se le perdonará. El resto, como en las ofrendas de
flor de harina, le corresponde al sacerdote».

[B] *Sacrificio penitencial*

14 El Señor dijo a Moisés:
15 —El que cometa un delito, defraudando por inadvertencia algo
consagrado al Señor, ofrecerá al Señor en penitencia un carnero sin
16 defecto, tasado en veinte gramos de plata (pesos del templo). Y lo
que defraudó lo restituirá con recargo de un veinte por ciento. Lo
entregará al sacerdote, y éste expiará por él, con el carnero del sa-
crificio penitencial, y se le perdonará.
17 »Si alguno, sin darse cuenta, traspasa alguna prohibición del Se-
18 ñor, incurre en reato y carga con la culpa. Llevará al sacerdote un
carnero sin defecto, tasado en proporción al reato. El sacerdote ex-
piará por el pecado cometido por inadvertencia, y se le perdonará.
19 »Es un sacrificio penitencial por el reato en que incurrió contra
el Señor».

Fraude contra el prójimo

20 El Señor dijo a Moisés:
21 —El que cometa un delito contra el Señor defraudando a su pai-
22 sano, en concepto de depósito, préstamo, robo, explotación o apro-
piación con perjurio de algo perdido —uno de los pecados que sue-
23 len cometer los hombres—, pecando e incurriendo en reato, deberá
restituir lo robado, lo ganado con explotación, el depósito o lo
24 apropiado con perjurio. Lo restituirá por completo con recargo de
un veinte por ciento, y se lo devolverá al propietario al ofrecer el
sacrificio penitencial.
25 »Como víctima, ofrecerá al Señor un carnero sin defecto, tasado
26 en proporción al delito. Lo llevará al sacerdote, y éste hará la expia-
ción ante el Señor, y se le perdonará cualquier delito que haya
cometido».

Derechos y deberes sacerdotales

6 El Señor habló a Moisés:
2 —Da estas órdenes a Aarón y a sus hijos:

[A] *Rito del holocausto*

»El holocausto arderá sobre el fuego del altar de la noche a la
mañana, y el fuego del altar arderá sin apagarse.
3 »El sacerdote, vistiéndose un calzón de lino y una camisa tam-
bién de lino, retirará del altar la ceniza que deja el fuego al consu-
4 mir el holocausto y la dejará junto al altar. Después se cambiará de
vestiduras para sacar la ceniza fuera del campamento a un lugar
puro.
5 »El fuego del altar ha de arder sin apagarse, el sacerdote lo ali-
mentará con leña cada mañana, sobre ella colocará el holocausto y
6 dejará que se queme la grasa de los sacrificios de comunión. Es un
fuego que ha de arder sobre el altar continuamente, sin apagarse.

7 [B] *Rito de la ofrenda*

»Los aaronitas llevarán la ofrenda al altar, a la presencia del Se-
8 ñor. Y tomando de la ofrenda un pellizco de flor de harina con
aceite y todo el incienso, lo dejará quemarse sobre el altar en obse-
9 quio de aroma que aplaca al Señor. El resto de la ofrenda lo come-
rán Aarón y sus hijos.
»Se comerá sin levadura, en lugar sagrado, en el atrio de la tienda
10 del encuentro lo comerán. No se cocerá fermentado, es la parte que
les doy de mi oblación. Es porción sagrada, como en el sacrificio
expiatorio y en el sacrificio penitencial.
11 »La pueden comer todos los varones aaronitas: es vuestra por-
ción de las oblaciones del Señor, en las sucesivas generaciones. El
que las toque queda consagrado».
12 El Señor dijo a Moisés:
13 —*Oferta* de Aarón y sus hijos *el día de su unción:* Veintidós de-
cilitros de flor de harina como ofrenda permanente, la mitad por
la mañana y la mitad al atardecer.
14 »La presentarás desleída en aceite en la sartén, y la ofrenda he-
15 cha migajas la ofrecerás en aroma que aplaca al Señor. Igualmente
hará el sacerdote ungido que le suceda. Es ley perpetua: toda ella
se quemará en honor al Señor.
16 »Toda ofrenda sacerdotal se ha de quemar por completo, no se
comerá».
17 El Señor habló a Moisés:
18 —Di a Aarón y a sus hijos:

[C] *Rito del sacrificio expiatorio*

»La víctima expiatoria se degollará en el matadero de los holo-
caustos, en presencia del Señor. Es porción sagrada.
19 »El sacerdote que la ofrece la comerá. Se comerá en lugar sagra-
do, en el atrio de la tienda del encuentro.

20 »El que toque su carne queda consagrado. El vestido sobre el
que salpique sangre de aspersión se lavará en lugar sagrado.
21 »La vasija en que se cueza, si es de loza, se romperá; si es de
bronce, se fregará y enjuagará.
22 »Pueden comer la carne todos los sacerdotes varones. Es porción
23 sagrada. Pero ninguna víctima expiatoria cuya sangre haya de lle-
varse a la tienda del encuentro, para expiar en el santuario, se
comerá; debe ser quemada».

7 [D] *Rito del sacrificio penitencial*

2 —Es porción sagrada. Degollarán la víctima del sacrificio peni-
tencial en el matadero de los holocaustos. El sacerdote con la san-
3 gre rociará el altar por todos los lados. Ofrecerá toda la grasa: la
4 cola y la grasa que envuelve las vísceras, los dos riñones con su
grasa, la grasa junto a los lomos y el lóbulo del hígado junto a los
5 riñones: todo esto lo apartará. Lo dejará quemarse sobre el altar en
oblación al Señor. Es un sacrificio penitencial.
6 »Lo puede comer todo sacerdote varón, se comerá en lugar sa-
grado. Es porción sagrada.
7 »El mismo rito vale para el sacrificio expiatorio y para el peni-
8 tencial. Le pertenece al sacerdote que hace la expiación. Al sacer-
dote que ofrece el holocausto le pertenece la piel de la víctima.
9 »Toda ofrenda cocida al horno, asada a la parrilla o frita en la
10 sartén le pertenece al sacerdote celebrante. Toda ofrenda amasada
con aceite o seca les pertenece a los aaronitas, a todos por igual.

11 [E] *Rito de los sacrificios de comunión que se ofrecen al Señor*

12 »[a] Si es un sacrificio de *acción de gracias*, además de la vícti-
ma, se ofrecerán roscas ázimas amasadas con aceite, obleas ázimas
13 untadas de aceite y flor de harina desleída en aceite. Con la víctima
del sacrificio de comunión, de acción de gracias, hará una oferta de
roscas de pan fermentado.
14 »De todas estas oblaciones se ofrecerá una en tributo al Señor.
Ella le pertenece al sacerdote que roció con la sangre de la víctima.
15 La carne de este sacrificio de acción de gracias se comerá el día
en que se ofrece, sin dejar nada para el día siguiente.
16 »[b] Si es un sacrificio *voluntario* o en cumplimiento de un *voto*,
se comerá la víctima el día en que se ofrece; el resto se comerá al
17 día siguiente. Pero si sobra carne de la víctima, se quemará al ter-
cer día.
18 »[c] Y si alguno come carne de este sacrificio de comunión al
tercer día, el sacrificio es inválido, no se le tendrá en cuenta. Lo
que sobra se considera desecho, y el que lo coma cargará con la
culpa.
19 »La carne que toque algo impuro no se puede comer. Hay que
20 quemarla. Sólo el que está puro podrá comer la carne. El que estan-
do impuro coma de la carne del sacrificio de comunión ofrecida al
21 Señor, será excluido de su pueblo. El que habiendo tocado algo
impuro —de hombre, de ganado impuro o de cualquier bicho im-
puro— coma carne del sacrificio de comunión ofrecido al Señor,
será excluido de su pueblo».

Prescripciones diversas

[A] *Prohibición de comer grasa y sangre*

22 El Señor habló a Moisés:
23 —Di a los israelitas: No comerás grasa de toro, cordero ni cabri-
24 to. La grasa de un animal muerto o desgarrado por una bestia ser-
25 virá para cualquier uso, pero no la podéis comer. Porque todo el
que coma grasa del ganado ofrecido en oblación al Señor será ex-
26 cluido de su pueblo. No comeréis sangre ni de ganado ni de ave,
27 en ninguno de vuestros poblados. Todo el que coma sangre será
excluido de su pueblo.

[B] *Aranceles sacerdotales*

28 El Señor habló a Moisés:
29 —Di a los israelitas: El que ofrezca un sacrificio de comunión al
30 Señor, llevará de dicho sacrificio su oferta al Señor. El mismo lleva-
rá en oblación al Señor la grasa y el pecho, y lo agitará ritualmente
en presencia del Señor.
31 »El sacerdote dejará quemarse la grasa sobre el altar. El pecho le
pertenece a Aarón y a sus hijos.
32 »De vuestros sacrificios de comunión daréis como tributo al
33 sacerdote la pierna derecha. Al aaronita que ofrezca la sangre y la
grasa del sacrificio de comunión le pertenece como arancel la pier-
34 na derecha. Porque el pecho agitado ritualmente y la pierna del
tributo lo recibo de los israelitas; de sus sacrificios de comunión,
y se lo doy a Aarón, sacerdote, y a sus hijos. Es porción perpetua
cedida por los israelitas.
35 »Esta es la ración de Aarón y de sus hijos, de las oblaciones al
36 Señor, desde que son promovidos al sacerdocio del Señor. El Señor
ha mandado a los israelitas que se lo den a los sacerdotes, desde el
día en que éstos son ungidos. Es ley perpetua para todas vuestras
generaciones».
37 Este es el rito del holocausto, de la ofrenda, del sacrificio expia-
torio, del penitencial, del sacrificio de consagración y del de comu-
38 nión. El Señor se lo mandó a Moisés en el monte Sinaí, cuando
mandó a los israelitas en el desierto Sinaí que le ofrecieran obla-
ciones.

Consagración de Aarón y sus hijos

8 El Señor habló a Moisés:
2 —Toma a Aarón y a sus hijos, los vestidos, el aceite de la unción,
el novillo del sacrificio expiatorio, los dos carneros y el cestillo de
3 panes ázimos, y *convoca* a toda la asamblea a la entrada de la tien-
da del encuentro.
4 Moisés cumplió el mandato del Señor, y se congregó la asamblea
a la entrada de la tienda del encuentro.
5 Moisés dijo a la asamblea:
—Esto es lo que el Señor manda hacer.

6 Después hizo acercarse a Aarón y a sus hijos y los hizo bañarse.
7 Le *vistió* la túnica y le ciñó la banda, le puso el manto y encima le
8 colocó el efod, sujetándolo con el cíngulo. Le impuso el pectoral
9 con los urim y tumim. Le puso un turbante en la cabeza, y en el
lado frontal del mismo le impuso la flor de oro, la diadema santa,
como el Señor se lo había mandado.
10 Moisés, tomando después el aceite de la *unción,* ungió la morada
11 y cuanto en ella había. Y los consagró. Salpicó con el aceite siete
veces sobre el altar y ungió el altar con todos sus utensilios, el ba-
12 rreño y su peana, para consagrarlos. Luego derramó aceite sobre la
13 cabeza de Aarón, y lo ungió para consagrarlo. Después Moisés hizo
acercarse a los hijos de Aarón, les vistió la túnica, les ciñó la banda
y les puso sobre la cabeza las birretas, como el Señor se lo había
ordenado.
14 Hizo traer el novillo del *sacrificio expiatorio.* Aarón y sus hijos
15 pusieron sus manos sobre la cabeza de la víctima. Moisés la degolló,
y tomando sangre untó con el dedo los salientes del altar por todos
los lados: así purificó el altar. Derramó la sangre al pie del altar, y
16 así lo consagró para expiar en él. Tomó toda la grasa que envuelve
las vísceras, el lóbulo del hígado, los dos riñones con su grasa y lo
17 dejó quemarse sobre el altar. El resto del novillo, la piel, carne e
intestinos, lo quemó fuera del campamento, como el Señor se lo
había ordenado.
18 Hizo traer el carnero del *holocausto.* Aarón y sus hijos pusieron
19 sus manos sobre la cabeza de la víctima. Moisés lo degolló y roció
20 con la sangre el altar por todos los lados. Descuartizó el carnero y
21 dejó quemarse la cabeza, los trozos y la grosura. Lavó vísceras y
patas y dejó quemarse todo el carnero sobre el altar, como el Señor
se lo había ordenado.
Fue un holocausto: oblación de aroma que aplaca al Señor.
22 Hizo traer el segundo carnero, el de la *consagración.* Aarón y sus
23 hijos pusieron sus manos sobre la cabeza de la víctima. Moisés lo
degolló, y tomando sangre, untó con ella el lóbulo de la oreja dere-
24 cha de Aarón y los pulgares de su mano y pie derechos. Hizo acer-
carse a los hijos de Aarón y untó con sangre los lóbulos de sus ore-
jas derechas y los pulgares de sus manos y pies derechos, y roció
25 con la sangre el altar por todos sus lados. Tomó la grasa y la cola,
toda la grasa que envuelve las vísceras, el lóbulo del hígado, los dos
26 riñones con su grasa y la pierna derecha. Del cestillo de los panes
ázimos puesto en presencia del Señor tomó una rosca ázima, una
rosca de pan amasada con aceite y una oblea, y las colocó sobre la
27 grasa y la pierna derecha. Puso todo ello en manos de Aarón y sus
28 hijos, y éste lo agitó ritualmente en presencia del Señor. Luego
Moisés lo recibió de sus manos y lo dejó quemarse sobre el altar
del holocausto.
Fue un sacrificio de consagración: oblación de aroma que aplaca
al Señor.
29 Después tomó el pecho y lo *agitó ritualmente* en presencia del
Señor. Era la ración del carnero de consagración que le pertenecía
30 a Moisés, como se lo había ordenado el Señor. Moisés tomó el acei-
te de la unción y sangre del altar y salpicó sobre Aarón y sus vesti-
dos, sobre los hijos de Aarón y sus vestidos, y así los consagró.

31 Moisés dijo a Aarón y a sus hijos:
—Coced la carne a la entrada de la tienda del encuentro y allí
la comeréis con el pan que hay en el cestillo del sacrificio de consa-
32 gración; así se me ordenó: «Lo comerán Aarón y sus hijos». Las
33 sobras de carne y pan las quemaréis. Durante siete días no saldréis
por la puerta de la tienda del encuentro, hasta que concluya el
tiempo de vuestra consagración. Porque ha de durar siete días vues-
34 tra consagración. Lo que se ha hecho hoy ha mandado el Señor que
35 se haga para obtener vuestra expiación. Permaneceréis siete días y
siete noches a la entrada de la tienda del encuentro y respetaréis
las prohibiciones del Señor. Así no moriréis. Así se me ha ordenado.
36 Y Aarón y sus hijos cumplieron todo lo que el Señor había man-
dado por medio de Moisés.

Primeros sacrificios públicos

9 El día octavo Moisés llamó a Aarón, a sus hijos y al senado de
2 Israel. Y dijo a Aarón:
—Toma un novillo para el sacrificio expiatorio y un carnero para
el holocausto, ambos sin defecto, y ofrécelos en presencia del Señor.
3 Y di a los israelitas: Tomad un macho cabrío para el sacrificio ex-
piatorio, un novillo y un cordero añales y sin defecto, para el holo-
4 causto; un toro y un carnero para el sacrificio de comunión (que
sacrificaréis en presencia del Señor), y una ofrenda con aceite, por-
que hoy el Señor se os mostrará.
5 Llevaron ante la tienda del encuentro lo que Moisés había man-
dado, y acercándose toda la comunidad, se colocó ante el Señor.
6 Moisés les dijo:
—Cumplid cuanto el Señor ha ordenado, y se os mostrará su
gloria.
7 Después dijo a Aarón:
—Acércate al altar a ofrecer tu sacrificio expiatorio y tu holo-
causto. Expía así por ti y por el pueblo, presenta luego la oferta
del pueblo y expía por él, como el Señor ha ordenado.
8 *Aarón* se acercó al altar y degolló el novillo de su sacrificio ex-
9 piatorio. Los aaronitas le acercaron la sangre, y él, mojando un dedo
en ella, untó los salientes del altar. Después derramó la sangre al
10 pie del mismo altar. Dejó quemarse sobre el altar la grasa, los riño-
nes y el lóbulo del hígado de la víctima, como el Señor se lo había
11 ordenado a Moisés. La carne y la piel las quemó fuera del campa-
12 mento. Después degolló la víctima del holocausto, los aaronitas le
13 acercaron la sangre y él roció el altar por todos los lados. Le acerca-
ron la víctima descuartizada y la cabeza, y Aarón las dejó quemarse
14 sobre el altar. Lavó vísceras y patas y las dejó quemarse sobre el
holocausto, sobre el altar.
Aarón tomó el macho cabrío, víctima expiatoria *del pueblo,* y lo
degolló en sacrificio expiatorio, igual que el primer macho cabrío.
16-7 Ofreció el holocausto según el ritual. Hizo la ofrenda. Y tomando
un puñado de ella, lo dejó quemarse sobre el altar (además de la
18 ofrenda que acompaña el holocausto matutino). Degolló el toro y
el carnero del sacrificio de comunión del pueblo, los aaronitas le

19 acercaron la sangre y él roció el altar por todos los lados. La grasa
del toro y del carnero, la cola, la grasa que envuelve las vísceras,
20 los dos riñones con su grasa y el lóbulo del hígado los puso junto
21 a la grasa del pecho y lo dejó quemarse sobre el altar. El pecho y la
pierna derecha los agitó ritualmente en presencia del Señor, como
Moisés lo había ordenado.

Bendición

22 Aarón, alzando las manos sobre el pueblo, lo bendijo, y después
de haber ofrecido el sacrificio expiatorio, el holocausto y el sacrificio de comunión, bajó.
23 Aarón y Moisés entraron en la tienda del encuentro. Cuando
salieron bendijeron al pueblo. Y la gloria del Señor se mostró a
24 todo el pueblo. De la presencia del Señor salió fuego que devoró
el holocausto y la grasa. Al verlo, el pueblo aclamó y cayó rostro
a tierra.

Muerte de Nadab y Abihú

10 Nadab y Abihú, hijos de Aarón, cogiendo cada uno un incensario
y poniendo en ellos brasas e incienso, presentaron al Señor un fuego que él no les había mandado.
2 De la presencia del Señor salió un fuego que los devoró, y murieron en presencia del Señor.
3 Moisés dijo a Aarón:
—A esto se refería el Señor cuando dijo: «Mostraré mi santidad
en mis ministros y mi gloria ante todo el pueblo».
Aarón no respondió.
4 Moisés llamó después a Misael y Elsafán, hijos de Uziel, tío de
Aarón, y les dijo:
—Retirad a vuestros hermanos de la presencia del santuario y
sacadlos fuera del campamento.
5 Se acercaron y, con sus túnicas, los sacaron fuera del campamento, como Moisés había ordenado.
6 Moisés dijo a Aarón y a sus hijos Eleazar e Itamar:
—No os despeinéis ni os vistáis harapos, así no moriréis ni se
encenderá la ira del Señor contra la comunidad. Vuestros hermanos,
los demás israelitas, se encargarán de llorar por el incendio que
7 envió el Señor. No salgáis por la puerta de la tienda del encuentro,
no sea que muráis, porque estáis ungidos con aceite del Señor.
Ellos hicieron lo que Moisés había dicho.

Avisos a los sacerdotes

8 El Señor dijo a Aarón:
9 —Cuando tengáis que entrar en la tienda del encuentro, tú o tus
hijos, no bebáis vino ni licor, y no moriréis. Es ley perpetua para
10 vuestras generaciones. Separad lo sacro de lo profano, lo puro de
11 lo impuro. Enseñad a los israelitas todos los preceptos que os comunicó el Señor por medio de Moisés.

12 Moisés dijo a Aarón y a los hijos que le quedaban, Eleazar e
Itamar:
—Tomad la ofrenda, lo que sobra de la oferta al Señor, y comed-
13 lo sin levadura junto al altar, porque es porción sagrada. La comeréis en lugar sagrado: es tu porción y la de tus hijos de la oferta
14 al Señor. Así se me ha ordenado. El pecho agitado ritualmente y la
pierna del tributo los comeréis en lugar puro tú, tus hijos e hijas;
es tu porción y la de tus hijos de los sacrificios de comunión de los
15 israelitas. La pierna del tributo y el pecho agitado ritualmente, que
se ofrecen con la oferta de la grasa, agitándolos ritualmente ante el
Señor, te pertenecen a ti y a tus hijos como porción perpetua. Así
lo ha ordenado el Señor.

Caso de conciencia

16 Moisés preguntó por el macho cabrío del sacrificio expiatorio, y
ya estaba quemado. Se enfadó contra Eleazar e Itamar, únicos hijos
vivientes de Aarón, y les dijo:
17 —¿Por qué no comisteis la víctima expiatoria en lugar sagrado?
Es porción sagrada, y el Señor os la ha dado, para que carguéis con
18 la culpa de la comunidad y expiéis así por ellos ante el Señor. Si no
se llevó su sangre al interior del santuario, la debíais haber comido
en lugar sagrado, como se me ha ordenado.
19 Aarón replicó a Moisés:
—Si el día que han ofrecido ante el Señor sus sacrificios expiatorios y sus holocaustos me ha sucedido esto, ¿cómo le podía agradar al Señor que yo comiese hoy la víctima expiatoria?
20 Moisés quedó satisfecho con la respuesta.

PUREZA RITUAL Y EXPIACION

INTRODUCCIÓN

Acabamos de leer que es oficio de los sacerdotes distinguir lo puro de lo impuro, lo santo de lo profano. Con el capítulo 11 comienza esta distinción. Por ser tal, es orden que clasifica y regula. El orden tiene como punto de vista el culto, aptitud del hombre israelita para participar en el culto de la comunidad, y a esta participación se ordenan también animales, vestidos, casas. El orden es sacro, pero no es estático; una serie de normas regulan el paso de un estado a otro y piden la vuelta constante al estado de pureza. El culto ordena al hombre, y por él ordena el mundo humano. En teoría querría abarcar toda la vida del hombre; en la práctica ofrece una selección significativa: alimentos (y vajilla correspondiente), partos, enfermedades de la piel (y contagios de ajuar y vivienda), vida sexual. Este es el valor global del código de «pureza»; sus detalles son para nosotros en gran parte inaccesibles.

11 El Señor habló a Moisés y a Aarón:
2 —Decid a los israelitas:

[A] *Animales comestibles* [a]

3 »[a] De los *animales terrestres* podéis comer todos los rumiantes,
4 bisulcos, de pezuña partida; se exceptúan sólo los siguientes: el
camello, que es rumiante, pero no tiene la pezuña partida: tenedlo
5 por impuro; el tejón, que es rumiante, pero no tiene la pezuña par-
6 tida: tenedlo por impuro; la liebre, que es rumiante, pero no tiene
7 la pezuña partida: tenedla por impura; el puerco, que es bisulco y
tiene la pezuña partida, pero no es rumiante: tenedlo por impuro.
8 No comáis su carne ni toquéis su cadáver: son impuros.
9 »[b] De los *animales acuáticos*, de mar o de río, podéis comer
10 los que tienen escamas y aletas. Y todo reptil o animal acuático, de
mar o de río, que no tenga escamas y aletas, tenedlo por inmundo.
11 Son inmundos: no comáis su carne, y tened por inmundo su cadá-
12 ver. Todo animal acuático que no tiene escamas y aletas tenedlo
por inmundo.
13 »[c] De las *aves* tened por inmundas las siguientes (no son co-
14 mestibles, pues son inmundas): el águila, el quebrantahuesos y el
15 buitre negro; el milano y el buitre en todas sus variedades; el cuer-
16 vo en todas sus variedades; el avestruz, el chotacabras y la gaviota;
17 el halcón en todas sus variedades; el búho, el mergo y el mochuelo;
18-9 la corneja, el pelícano y el calamón; la cigüeña y la garza en todas
sus variedades; la abubilla y el murciélago.
20 »[d] Todo *insecto* que camine a cuatro patas tenedlo por inmun-
21 do. De estos insectos de cuatro patas podéis comer únicamente los
que tienen las patas traseras más largas que las delanteras, para sal-
22 tar con ellas sobre el suelo. Podéis comer los siguientes: la langosta
en todas sus variedades, el cortapicos en todas sus variedades, el

a Varias identificaciones son sólo probables.

grillo en todas sus variedades, el saltamontes en todas sus varieda-
23 des. Los demás insectos de cuatro patas tenedlos por inmundos.

24 [B] *Animales que contaminan*

25 »El que toque su cadáver, quedará impuro, y el que transporte
su cadáver, lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde.
26 »[a] Todo *animal bisulco* que no sea rumiante ni de pezuña
partida tenedlo por impuro: el que lo toque, quedará impuro hasta
la tarde.
27 »[b] De los *animales cuadrúpedos* tened por impuros los plantí-
28 grados: el que toque su cadáver, quedará impuro hasta la tarde;
el que transporte su cadáver, lavará sus vestidos y quedará impuro
hasta la tarde. Tenedlos por impuros.
29 »[c] De los *reptiles* tened por impuros los siguientes: la coma-
30 dreja, el ratón, el lagarto en todas sus variedades, el geco, la sala-
31 mandra y el camaleón. Estos son los reptiles que tendréis por im-
puros. El que los toque después de muertos quedará impuro hasta
la tarde.
32 »Todo objeto de madera, de paño, de cuero o de saco —todo
utensilio— sobre el que caiga un bicho de éstos después de muerto
quedará impuro: lo meteréis en agua, y quedará impuro hasta la
tarde. Después volverá a ser puro.
33 »Todo cacharro de loza donde caiga un bicho de éstos lo rompe-
34 réis. Y lo que haya dentro quedará impuro: la comida preparada
con agua quedará impura y la bebida —cualquiera que sea el tipo
de recipiente— quedará impura.
35 »Todo objeto sobre el que caiga el cadáver de esos bichos queda-
rá impuro: el hornillo y el fogón serán destruidos, porque quedan
36 impuros y por impuros los tendréis. Sólo se exceptúan las fuentes,
los pozos y las albercas, que siguen puras. Pero el que toque un
cadáver de estos bichos quedará impuro.
37 »Si uno de estos cadáveres cae sobre grano de sembrar, éste que-
38 da puro; pero si el grano ha sido humedecido y cae sobre él uno
de estos cadáveres, tenedlo por impuro.
39 »[d] Cuando muere un *animal* comestible, el que toque su ca-
40 dáver quedará impuro hasta la tarde; el que coma su carne, lavará
sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde; el que transporte su
cadáver, lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde.
41-2 »[e] Todo *reptil* es inmundo y no se come. Ningún reptil es
comestible, ni los que se arrastran sobre el vientre ni los que avan-
43 zan a cuatro patas ni los ciempiés: son inmundos. No os volváis
inmundos también vosotros con esos reptiles ni os contaminéis con
ellos ni os dejéis manchar por ellos.
44 »Yo soy el Señor, vuestro Dios, santificaos y sed santos, porque
yo soy santo. No os volváis impuros con esos reptiles, que se arras-
45 tran por el suelo. Yo soy el Señor que os saqué de Egipto para ser
vuestro Dios: sed santos, porque yo soy santo.
46 »Esta es la ley sobre los animales terrestres, las aves, los animales
47 que se mueven en el agua y sobre todos los reptiles; la ley que en-
seña a separar lo impuro de lo puro, los animales comestibles de
los no comestibles».

Partos

12 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas: Cuando una *mujer conciba y dé a luz un*
hijo, quedará impura durante siete días, como en la impureza por
3-4 menstruación. El octavo día circuncidarán al hijo, y ella pasará
treinta y tres días purificando su sangre: no tocará cosa santa ni
entrará en el templo hasta terminar los días de su purificación.
5 »Si *da a luz una hija,* quedará impura durante dos semanas, como
en la menstruación, y pasará sesenta y seis días purificando su san-
6 gre. Al terminar los días de su purificación —por hijo o por hija—,
llevará al sacerdote, a la entrada de la tienda del encuentro, un cor-
dero añal en holocausto y un pichón o una tórtola en sacrificio ex-
7 piatorio. El sacerdote los ofrecerá al Señor, hará la expiación por
ella y quedará purificada del flujo de su sangre.
»Esta es la ley sobre la mujer que da a luz un hijo o una hija.
8 Si no tiene medios para comprarse un cordero, que tome dos tór-
tolas o dos pichones: uno para el holocausto y el otro para el sacri-
ficio expiatorio. El sacerdote hará la expiación por ella, y quedará
pura.

[A] *Enfermedades de la piel*

13 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
2 —[a] Cuando alguno tenga una *inflamación,* una *erupción* o una
mancha en la piel y se le produzca una afección cutánea, será lleva-
do ante Aarón, el sacerdote, o cualquiera de sus hijos sacerdotes.
3 El sacerdote examinará la parte afectada; si el pelo en ella se ha
vuelto blanco y aparece hundida, es un caso de afección cutánea.
Después de examinarlo, el sacerdote lo declarará impuro.
4 »Si se trata de una mancha blanquecina en la piel, pero no apa-
rece hundida ni se ha vuelto blanco el pelo, entonces el sacerdote
5 aislará al enfermo durante siete días. El séptimo día lo examinará;
si observa que el mal está localizado, sin extenderse por la piel, lo
6 volverá a aislar por otros siete días. El séptimo día lo volverá a
examinar; si observa que la mancha está pálida y que no se ha
extendido por la piel, entonces lo declarará puro. Es un caso de
descamación. El enfermo lavará sus vestidos y quedará puro.
7 »Pero si después de examinado por el sacerdote y declarado puro
se extiende la descamación por la piel, se hará examinar de nuevo
8 por el sacerdote. El sacerdote lo examinará; si observa que la des-
camación se ha extendido por la piel, lo declarará impuro. Es un
caso de afección cutánea.
9 »[b] Cuando alguno tenga una *afección cutánea* será llevado al
10 sacerdote. El sacerdote lo examinará; si observa que tiene una in-
flamación blanquecina en la piel, que el pelo en esa parte se ha
11 vuelto blanco y que se han formado llagas en la inflamación, es un
caso de afección crónica. El sacerdote lo declarará impuro. No lo
aislará, porque es impuro.
12 »Pero si la afección va atacando la piel, hasta cubrir al enfermo
de pies a cabeza —cuanto puede observar el sacerdote—, el sacer-
13 dote lo examinará; si observa que la afección ha cubierto toda su

carne, declarará puro al enfermo. Toda su piel se ha vuelto blanca:
14 es puro. Pero cuando aparezcan en él nuevas llagas, será impuro.
15 El sacerdote examinará las llagas, y lo declarará impuro, porque las
16 llagas son impuras. Es un caso de afección cutánea. Y si se cierran
17 las llagas y se vuelven blancas, se presentará al sacerdote. El sacer-
dote lo examinará; si observa que la parte afectada se ha vuelto
blanca, declarará puro al enfermo: es puro.
18-9 »[c] Cuando uno tenga una *úlcera* ya curada y se le produzca
sobre la úlcera una inflamación blanquecina o una mancha rojiza
20 clara, se hará examinar por el sacerdote. El sacerdote lo examinará;
si la mancha aparece hundida y el pelo se ha vuelto blanco, el sacer-
dote lo declarará impuro. Es un caso de afección producida en la
21 úlcera. Pero si al examinar la mancha observa el sacerdote que el
pelo no se ha vuelto blanco ni se ha hundido la piel y que la man-
cha se ha vuelto pálida, entonces el sacerdote aislará al enfermo
22 durante siete días; si se extiende el mal por la piel, el sacerdote lo
23 declarará impuro. Es un caso de afección. Pero si a los siete días la
mancha sigue localizada, sin extenderse, se trata de la cicatriz de la
úlcera. El sacerdote lo declarará puro.
24 »[d] Cuando uno tenga una *quemadura* en la piel y se le pro-
duzca sobre la parte quemada una mancha blanca o rojiza clara,
25 el sacerdote lo examinará; si observa que el pelo en la mancha se
ha vuelto blanco y que ésta aparece hundida, es un caso de afección
producida en la quemadura. El sacerdote lo declarará impuro: es
26 un caso de afección cutánea. Pero si, al examinarlo, el sacerdote
observa que no se ha vuelto blanco el pelo en la mancha ni se ha
hundido la piel y que la mancha está pálida, entonces aislará al
27 enfermo durante siete días. El séptimo día lo examinará; si se ha
extendido el mal por la piel, el sacerdote lo declarará impuro: es
28 un caso de afección cutánea. Pero si la mancha está localizada, sin
extenderse por la piel, y se ha vuelto pálida, se trata de la inflama-
ción de la quemadura. El sacerdote lo declarará puro, pues se trata
de la cicatriz de la quemadura.
29 »[e] Cuando a un hombre o a una mujer se le produzca una
30 *afección en la cabeza o en la barba,* el sacerdote examinará la afec-
ción; si observa que está hundida y que el pelo se ha vuelto ama-
rillo y ralo, el sacerdote lo declarará impuro: es un caso de sarna,
31 afección de la cabeza o la barba. Pero si, al examinar la sarna, el
sacerdote ve que, aunque la piel no aparece hundida, ya no le queda
32 pelo negro, aislará al enfermo durante siete días. El séptimo día lo
examinará; si observa que no se ha extendido la sarna, que no hay
33 pelo amarillo ni aparece hundida, entonces el enfermo se afeitará
completamente menos la parte sarnosa, y el sacerdote lo volverá a
34 aislar por otros siete días. El séptimo día el sacerdote examinará la
sarna; si observa que no se ha extendido y que la piel no aparece
hundida, el sacerdote lo declarará puro. El enfermo lavará sus ves-
35 tidos y quedará puro. Pero si, después de declarado puro, se extien-
36 de la sarna, el sacerdote lo volverá a examinar; si observa que la
sarna se ha extendido, no hace falta que mire si el pelo se ha vuelto
37 amarillo: es impuro. Pero si ve que la sarna está localizada y le crece
pelo negro, entonces la sarna está curada: es puro, y el sacerdote lo
declarará puro.

38 »[f] Cuando a un hombre o a una mujer le salgan *manchas blan-*
39 *cas* en la piel, el sacerdote lo examinará; si observa sobre la piel
manchas blancas pálidas, es un caso de leucodermia formada en la
piel: es puro.
40 »[g] Cuando a un hombre se le caiga el pelo, es un caso de *alo-*
41 *pecia:* es puro. Si se le cae el pelo de las sienes, se le forman entra-
42 das: es puro. Si en la calvicie o en las entradas se le forman llagas
rojizas claras, es un caso de afección producida en la calvicie o en las
43 entradas. El sacerdote lo examinará; si observa en la calvicie o en
las entradas una inflamación rojiza clara del mismo aspecto que las
44 afecciones cutáneas, se trata de un hombre con afección cutánea: es
impuro. El sacerdote lo declarará impuro de afección en la cabeza.
45 »El que ha sido declarado enfermo de afección cutánea andará
harapiento y despeinado, con la barba tapada y gritando: '¡Impuro,
46 impuro!'. Mientras le dure la afección seguirá impuro. Vivirá apar-
tado y tendrá su morada fuera del campamento.

[B] *Infección de ropas*

47 »Cuando se produzca una infección en un vestido de lana o de
48 lino, en una trama o urdimbre de lana o de lino, en un cuero o en
49 cualquier objeto de piel, y aparezca en ellos una mancha verduzca o
50 rojiza, es una infección que hay que hacer examinar al sacerdote. El
sacerdote examinará la mancha y aislará el objeto durante siete días.
51 El séptimo día lo examinará; si se ha extendido el mal por el vesti-
do, o por la trama o urdimbre, o por el cuero del objeto hecho con
52 piel, se trata de un morbo corrosivo: es impuro. Quemará el vestido,
la trama o urdimbre, de lana o de lino, o el objeto de piel en el que
ha prendido el mal, porque se trata de un morbo corrosivo: lo
quemará.
53 »Pero si al examinarlo observa el sacerdote que no se ha exten-
dido el mal por el vestido, trama, urdimbre o por el objeto de cue-
54 ro, mandará lavar la parte manchada y la volverá a aislar por otros
55 siete días. Después de lavada, el sacerdote volverá a examinar la
mancha, y si no ha cambiado de aspecto, aunque no se haya exten-
dido, es impura. El sacerdote la quemará: está corroída por el de-
56 recho o por el revés. Pero si después de lavada, al examinarla el
sacerdote, observa que la mancha se ha vuelto pálida, entonces
arrancará el trozo del vestido, del cuero, de la trama o de la urdim-
57 bre. Y si más tarde reaparece la mancha en el vestido, trama, ur-
dimbre o en el objeto de piel, el mal sigue vivo. Quemaréis todo lo
58 infectado. El vestido, trama, urdimbre u objeto de cuero del que
ha desaparecido la mancha al lavarlo, lo volveréis a lavar y quedará
puro.
59 »Esta es la ley sobre la infección en vestidos de lana o lino, en
trama o urdimbre y en objetos de piel. Es la ley según la cual se
declararán puros o impuros».

14 El Señor dijo a Moisés:
2 —*Rito de purificación de las afecciones cutáneas:*
3 »[a] *El día en que se presente* el enfermo al sacerdote, el sa-
cerdote saldrá fuera del campamento y comprobará que el enfermo

4 se ha curado de su afección cutánea. Después mandará traer para
el purificando dos aves puras, vivas, ramas de cedro, púrpura escar-
lata e hisopo.
5 »El sacerdote mandará degollar una de las aves en una vasija de
6 loza sobre agua corriente. Después tomará el ave viva, las ramas de
cedro, la púrpura escarlata y el hisopo, y los mojará, también el ave
7 viva, en la sangre del ave degollada sobre agua corriente. Salpicará
siete veces al que se está purificando de la afección, y lo declarará
puro. El ave viva la soltará después en el campo.
8 »El purificando lavará sus vestidos, se afeitará completamente,
se bañará y quedará puro. Después de esto podrá entrar en el cam-
pamento. Pero durante siete días se quedará fuera de su tienda.
9 El séptimo día se rapará la cabeza, se afeitará la barba, las cejas y
todo el pelo, lavará sus vestidos, se bañará y quedará puro.
10 »[b] El *octavo día* tomará dos corderos sin defecto, una cordera
añal sin defecto, doce litros de flor de harina de ofrenda, amasada
con aceite y un cuarto de litro de aceite.
11 »El sacerdote que oficie la purificación presentará todo esto, jun-
to con el purificando, ante el Señor a la entrada de la tienda del
12 encuentro. El sacerdote tomará uno de los corderos y lo ofrecerá
en sacrificio penitencial, junto con el cuarto de litro de aceite; los
13 agitará ritualmente ante el Señor. Después degollará el cordero en
el matadero de las víctimas expiatorias y holocaustos en lugar san-
to, porque la víctima penitencial, igual que las víctimas expiatorias,
pertenece al sacerdote: son porción sagrada.
14 »El sacerdote tomará sangre de la víctima penitencial y untará
con ella el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha
15 y el pulgar del pie derecho del purificando. Después echará un poco
16 del aceite en su mano izquierda, y untando en él el índice de su
17 mano derecha, salpicará siete veces ante el Señor. Con el aceite que
le queda en la mano untará el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar
de la mano derecha y el pulgar del pie derecho del purificando,
18 donde había untado la sangre de la víctima penitencial. El resto del
aceite que le queda en la mano lo derramará sobre la cabeza del
purificando, y así expiará por él ante el Señor.
19 »Después el sacerdote ofrecerá el sacrificio expiatorio y hará la
expiación por el que se está purificando. Después degollará la vícti-
20 ma del holocausto, y la ofrecerá junto con la ofrenda sobre el altar.
Así expía por el purificando, y éste queda puro.
21 »[c] *Si es pobre* y no tiene recursos, tomará sólo un cordero,
víctima penitencial, para la agitación ritual y para la expiación,
cuatro litros de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda
22 y un cuarto de litro de aceite y dos tórtolas o dos pichones, según
sus recursos, uno para el sacrificio expiatorio y otro para el holo-
23 causto. El octavo día los presentará al sacerdote, a la entrada de la
tienda del encuentro, en presencia del Señor, para su purificación.
24 »El sacerdote tomará el cordero penitencial y el cuarto de litro
25 de aceite y los agitará ritualmente ante el Señor. Después degollará
el cordero penitencial. El sacerdote tomará sangre de la víctima y
untará con ella el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano
26 derecha y el pulgar del pie derecho del purificando. Después echará
27 un poco de aceite en su mano izquierda, y con el índice de la mano

derecha salpicará siete veces ante el Señor con el aceite que tiene
en la izquierda.
28 »Con el aceite que tiene en la mano, el sacerdote untará el lóbu-
lo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y el pulgar del
pie derecho del purificando, donde había untado la sangre de la
29 víctima. El resto del aceite que le quede en la mano lo derramará
sobre la cabeza del purificando, para expiar por él ante el Señor.
30 »Después ofrecerá una de las tórtolas o pichones, según sus re-
31 cursos: una en sacrificio expiatorio y otra en holocausto, junto a la
ofrenda. El sacerdote expía así por el purificando en presencia del
Señor.
32 »Este es el rito para la purificación del que padece de afección
cutánea y no dispone de medios».

Infecciones de casas

33 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
34 —Cuando hayáis entrado en la tierra de Canaán, que voy a da-
ros en posesión, y yo permita que una casa de vuestra tierra quede
35 infectada, el dueño de la casa se presentará al sacerdote a infor-
marle: 'Ha aparecido una mancha en mi casa'.
36 »El sacerdote, sin esperar hasta el examen de la mancha, man-
dará desalojar la casa, para que no se contamine lo que hay en ella.
37 Después el sacerdote entrará a examinar la casa. El sacerdote exa-
minará la mancha; si observa el mal en las paredes, cavidades ver-
38 duzcas o rojizas un poco hundidas en la pared, saldrá a la puerta
de la casa y la mandará cerrar durante siete días.
39 »Al séptimo día volverá; si la mancha se ha extendido por la
40 pared, el sacerdote mandará quitar las piedras manchadas y echar-
41 las a un lugar impuro fuera de la ciudad. Mandará raspar toda la
casa por dentro, y el polvo que salga de rasparla lo echarán a un
42 lugar impuro, fuera de la ciudad. Tomarán otras piedras y las pon-
drán en el lugar de las primeras. Y con nueva cal revocarán la casa.
43 »Si después de quitadas las piedras y después de haber raspado
44 y revocado la casa, reaparece la mancha, el sacerdote volverá a exa-
minar la casa; si observa que se ha extendido el mal por la casa,
45 se trata de un morbo corrosivo de la casa: es impura. Hará derribar
la casa, piedras, maderamen y toda la cal, y lo sacará todo a un
46 lugar impuro fuera de la ciudad. El que entre en la casa mientras
47 está cerrada, quedará impuro hasta la tarde. El que duerma en la
casa, lavará sus vestidos. El que coma en la casa, lavará sus ves-
tidos.
48 »Pero si el sacerdote entra, y al examinar la casa observa que no
se ha extendido el mal después de haberla revocado, declarará pura
la casa, porque el mal se ha curado.
49 »Entonces tomará dos aves, ramas de cedro, púrpura escarlata e
50 hisopo para expiar por la casa. Degollará una de las aves en una
51 vasija de loza sobre agua corriente. Después tomará la rama de
cedro, el hisopo, la púrpura escarlata y el ave viva, y los mojará en
la sangre del ave degollada sobre agua corriente, y salpicará la casa
52 siete veces. Así expía por la casa con la sangre del ave, con el agua

corriente, con el ave viva, con la rama de cedro, con el hisopo y
con la púrpura escarlata.
53 »El ave viva la soltará en el campo, fuera de la ciudad. Así ex-
pía por la casa, y ésta queda pura.
54-5 »Esta es la ley sobre infecciones y sarnas, sobre manchas de ves-
56-7 tidos y casas; sobre inflamaciones, erupciones y manchas, según la
cual se declaran los casos de pureza e impureza. Esta es la ley sobre
infecciones».

15 El Señor habló a Moisés y a Aarón:
2 —Decid a los israelitas:
3 »[a] Cuando un hombre padezca de *gonorrea,* es impuro. Estas
son las normas de impureza en caso de gonorrea, sea fluida o es-
4 pesa, pues ambas son impuras. La cama en que se acueste el enfer-
5 mo, quedará impura. El asiento que use, quedará impuro. El que
toque la cama del enfermo, lavará sus vestidos, se bañará y queda-
6 rá impuro hasta la tarde. El que se siente donde ha estado sentado
el enfermo, lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta
7 la tarde. El que toque al enfermo, lavará sus vestidos, se bañará
8 y quedará impuro hasta la tarde. Si el enfermo escupe a uno que
está puro, éste lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro
9 hasta la tarde. La albardilla sobre la que monte el enfermo, que-
10 dará impura. El que toque un objeto sobre el que ha estado el en-
fermo, quedará impuro hasta la tarde. Y el que lo transporte, lava-
11 rá sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. Aquel
a quien el enfermo toque, antes de lavarse las manos, lavará sus
12 vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. Todo cacharro
de loza que toque el enfermo, se romperá; si es de madera, se
lavará.
13 »Cuando cure de la gonorrea, el enfermo contará siete días hasta
su purificación. Lavará sus vestidos, se bañará con agua corriente
14 y quedará puro. El octavo día tomará dos tórtolas o dos pichones,
se presentará ante el Señor, a la entrada de la tienda del encuen-
15 tro, y los entregará al sacerdote. El sacerdote los ofrecerá uno en
sacrificio expiatorio y otro en holocausto. Así expía por él, por su
gonorrea, ante el Señor.
16 »[b] Cuando un hombre tenga una *polución,* se bañará y que-
17 dará impuro hasta la tarde. También la ropa o el cuero adonde
haya caído el semen, se lavará y quedará impuro hasta la tarde.
18 »Si un hombre se acuesta con una mujer y tiene una polución,
se bañarán los dos y quedarán impuros hasta la tarde.
19 »[c] La mujer, cuando tenga su *menstruación,* quedará mancha-
da durante siete días. El que la toque quedará impuro hasta la
20 tarde. El sitio donde se acueste o donde se siente, mientras está
21 manchada, quedará impuro. El que toque su casa, lavará sus ves-
22 tiduras, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. El que toque
el asiento que usó, lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro
23 hasta la tarde. Si está ella sobre la cama o el asiento, el que los
24 toque quedará impuro hasta la tarde. Si un hombre se acuesta con
ella, pasará también a él la mancha: quedará impuro durante siete
días, y dejará impura la cama en que se acueste.
25 »[d] Cuando una mujer tenga *hemorragias* frecuentes fuera o

después de la menstruación, quedará impura, como en la menstrua-
26 ción, mientras le duren las hemorragias. La cama en que se acueste
mientras le duran las hemorragias, quedará impura, lo mismo que
en la menstruación. El asiento en que se siente quedará impuro,
27 como en la menstruación. El que los toque, quedará impuro. La-
vará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde.
28 »Si cura de sus hemorragias, contará siete días y después que-
29 dará pura. El octavo día tomará dos tórtolas o dos pichones, los
presentará al sacerdote, a la entrada de la tienda del encuentro.
30 El sacerdote ofrecerá uno en sacrificio expiatorio y otro en holo-
causto. Así expía por ella, por la impureza de sus hemorragias ante
el Señor.
31 »Precaved a los israelitas de la impureza, para que no mueran
por su impureza, por haber profanado mi morada entre vosotros.
32 »Esta es la ley sobre la gonorrea, las poluciones que impurifican,
33 sobre la menstruación de la mujer, las secreciones de hombre o de
mujer y sobre el hombre que se acuesta con una mujer en estado
de impureza».

Fiesta de la expiación

16 El Señor habló a Moisés después de la muerte de los dos hijos
de Aarón, que murieron por acercarse hasta el Señor:
2 —Di a tu hermano Aarón que no entre en cualquier fecha en el
santuario, de la cortina hacia dentro, hasta la placa que cubre el
arca. Así no morirá. Porque yo me muestro en una nube sobre la
placa del arca.
3 »Así entrará Aarón en el santuario: con un novillo para el sacri-
4 ficio expiatorio y un carnero para el holocausto. Se vestirá la túnica
sagrada de lino, se cubrirá con calzones de lino, se ceñirá una ban-
da de lino y se pondrá un turbante de lino. Son vestiduras sagra-
5 das: las vestirá después de haberse bañado. Además recibirá de la
asamblea de los israelitas dos machos cabríos para el sacrificio ex-
6 piatorio y un carnero para el holocausto. Aarón ofrecerá su novillo,
víctima expiatoria, y hará la expiación por sí mismo y por su
familia.
7 »Después tomará los dos machos cabríos y los presentará ante
8 el Señor a la entrada de la tienda del encuentro. Echará a suerte
los dos machos cabríos: uno le tocará al Señor y el otro a Azazel.
9 Tomará el que haya tocado en suerte al Señor y lo ofrecerá en
10 sacrificio expiatorio. El que tocó en suerte a Azazel lo presentará
vivo ante el Señor, hará la expiación por él y después lo mandará
al desierto, a Azazel.
11 »Aarón ofrecerá su novillo, víctima expiatoria, y hará la expia-
12 ción por sí mismo y por su familia, y lo degollará. Tomará del altar
que está ante el Señor un incensario lleno de brasas y un puñado
de incienso de sahumerio pulverizado, pasando con ellos dentro de
13 la cortina. Pondrá incienso sobre las brasas, ante el Señor; el humo
del incienso ocultará la placa que hay sobre el documento de la
alianza, y así no morirá.
14 »Después tomará sangre del novillo y salpicará con el dedo la
placa, hacia oriente; después, frente a la placa, salpicará siete ve-

15 ces la sangre con el dedo. Degollará el macho cabrío, víctima ex-
piatoria, presentado por el pueblo; llevará su sangre dentro de la
cortina, y hará igual que con la sangre del novillo: la salpicará so-
bre la placa y delante de ella.
16 »Así hará la expiación por el santuario, por todas las impurezas
y delitos de los israelitas, por todos sus pecados.
»Lo mismo hará con la tienda del encuentro, establecida entre
17 ellos, en medio de sus impurezas. Mientras esté haciendo la expia-
ción por sí mismo, por su familia y por toda la asamblea de Israel,
desde que entra hasta que sale, no habrá nadie en la tienda del en-
18 cuentro. Después saldrá, irá al altar, que está ante el Señor, y hará
la expiación por él: tomará sangre del novillo y del macho cabrío,
19 irá untando con ella los salientes del altar. Salpicará la sangre con
el dedo siete veces sobre el altar. Así lo santifica y lo purifica de
las impurezas de los israelitas.
20 »Acabada la expiación del santuario, de la tienda del encuentro
21 y del altar, Aarón presentará el macho cabrío vivo. Con las dos
manos puestas sobre la cabeza del macho cabrío vivo, confesará
las iniquidades y delitos de los israelitas, todos sus pecados; se los
echará en la cabeza al macho cabrío, y después, con el encargado
22 de turno, lo mandará al desierto. El macho cabrío se lleva consigo,
a región baldía, todas las iniquidades de los israelitas. El encarga-
do lo soltará en el desierto.
23 »Después Aarón entrará en la tienda del encuentro, se quitará
los vestidos de lino que se había puesto para entrar en el santuario
24 y los dejará allí. Se bañará en lugar santo y se pondrá sus propios
vestidos. Volverá a salir, ofrecerá su holocausto y el holocausto del
25 pueblo. Hará la expiación por sí mismo y por el pueblo, y dejará
quemarse sobre el altar la grasa de la víctima expiatoria.
26 »El que ha llevado el macho cabrío a Azazel, lavará sus vestidos,
27 se bañará y después podrá entrar en el campamento. Las víctimas
expiatorias, el macho cabrío y el carnero, cuya sangre se introdujo
para expiar en el santuario, se sacarán fuera del campamento, y se
28 quemarán piel, carne e intestinos. El encargado de quemarlos lava-
rá sus vestidos, se bañará y después podrá entrar en el campamento.
29 »Es ley perpetua. El día diez del séptimo mes haréis penitencia;
no trabajaréis ni el indígena ni el emigrante que reside entre vos-
30 otros. Porque ese día se hace la expiación por vosotros, para puri-
ficaros. Quedaréis puros ante el Señor de todo pecado.
31 »Es el sábado solemne en que haréis penitencia: es ley perpetua.
32 »Hará la expiación el sacerdote ungido que ha sucedido a su
padre en las funciones sacerdotales. Se pondrá los vestidos sagra-
33 dos de lino y hará la expiación por el santuario, por la tienda del
encuentro y por el altar. Hará la expiación también por los sacer-
dotes y por toda la asamblea del pueblo de Israel.
34 »Será para vosotros ley perpetua. Una vez al año se hará la ex-
piación por todos los pecados de los israelitas».
Moisés hizo lo que le había mandado el Señor.

CODIGO DE LA SANTIDAD. BENDICIONES Y MALDICIONES

INTRODUCCIÓN

Estos capítulos forman un código autónomo incorporado en el Levítico. Los autores lo suelen llamar «Código de la santidad», por su tema dominante y sus fórmulas frecuentes de santidad. Dentro de esta visión general, los temas nos resultan a nosotros heterogéneos: sangre de animales, relaciones sexuales, relaciones humanas éticas, cultos prohibidos, personas sagradas, porciones sagradas, tiempos sagrados, lugares sagrados, el nombre sagrado, año jubilar.

En cuanto a la forma, encontramos con frecuencia la justificación categórica «Yo soy el Señor, vuestro Dios», «Yo soy el Señor», «Yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo», «Yo soy el Señor, que lo santifico». Hay varias series legales, de miembros breves y semejantes, sin explicaciones; hay breves piezas parenéticas; el vocabulario tiene palabras características. También es de notar el parentesco formal con Ezequiel.

La santidad es atributo esencial de Dios, es su misma naturaleza trascendente, del todo diversa e inalcanzable; en términos de voluntad, es ética, perfecta y dinámica. Dios manifiesta su santidad en acción y en presencia: la naturaleza y el hombre, descubiertos por Dios, se sobrecogen. Pero el Dios trascendente actúa para transmitir y comunicar su santidad, para arrastrar a su esfera al hombre, y por él a otros seres. Asume el título «Santo de Israel» (Isaías) y confiere el título «pueblo santo» (Exodo). Al sentirse arrastrado, el hombre descubre aún más su indignidad ontológica y ética, es decir, su finitud y su ser de pecado, a la vez que descubre la exigencia de Dios, que lo penetra en su apertura trascendente. Comienza la santificación o consagración: Dios acerca (hiqrib) *al hombre, lo traslada a un orden objetivo superior, de cercanía personal exigente; la diversidad y exigencia se expresan en un sistema al parecer arbitrario, de prescripciones, que tienen sentido sólo como símbolo de la transformación profunda, como formulación de exigencia. La esfera «objetiva» privilegiada de ese acercamiento y trato es el culto: por el hombre, Dios santifica objetos, tiempos, lugares, imponiendo sus exigencias significativas. Pero la transformación del hombre se ha de dar sobre todo en el centro de su ser, la libertad: la santificación tiene marcado carácter ético, y es exigencia constante y dinámica. El proceso de santificación es dialéctico: exigencia previa para penetrar, nueva exigencia para progresar. Además, el hombre debe reconocer y proclamar conscientemente la santidad de Dios, que se le manifiesta como presencia y como acción transformadora: esto es «santificar el nombre de Dios».*

Por este aspecto central, el «Código de la santidad» es una de las claves del Pentateuco.

Sobre la sangre

17 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a Aarón, a sus hijos y a los israelitas: Esto es lo que man-
3 da el Señor: cualquier israelita que en el campamento o fuera de
4 él degüelle un toro, un cordero o una cabra, y no los lleve a la en-
trada de la tienda del encuentro, para ofrecerlos al Señor, ante su
morada, es reo de sangre. Ha derramado sangre, y será excluido de
su pueblo.

5 »Así, pues, los israelitas llevarán al sacerdote las víctimas que
maten en el campo y las ofrecerán al Señor en sacrificio de comu-
6 nión, a la entrada de la tienda del encuentro. El sacerdote rociará
con la sangre el altar del Señor, situado a la entrada de la tienda
del encuentro, y dejará quemarse la grasa en aroma que aplaca al
7 Señor. En adelante no inmolarán sus víctimas a los sátiros, con
quienes se han prostituido.
»Es ley perpetua para los israelitas en todas sus generaciones.
8 »Diles también: Cualquier israelita o emigrante residente entre
9 vosotros que ofrezca un holocausto o un sacrificio y no los lleve a
la entrada de la tienda del encuentro, para ofrecerlos al Señor, será
excluido de su pueblo.
10 »Cualquier israelita o emigrante residente entre vosotros que
coma sangre, me enfrentaré con él y lo extirparé de su pueblo.
11 Porque la vida de la carne es la sangre, y yo os he dado la sangre
para uso del altar, para expiar por vuestras vidas. Porque la sangre
12 expía por la vida. Por eso he prescrito a los israelitas: ni vosotros
ni el emigrante residente entre vosotros comerá sangre.
13 »Cualquier israelita o emigrante residente entre vosotros que
cobre una pieza comestible de pluma o de pelo, derramará su san-
14 gre y la cubrirá con tierra, porque la vida de la carne es su sangre.
Por eso he prescrito a los israelitas: no comeréis la sangre de carne
alguna, porque la vida de la carne es su sangre; quien la coma,
será excluido.
15 »Todo indígena o emigrante que coma carne muerta o desgarra-
da por una bestia, lavará sus vestidos y se bañará, y quedará im-
16 puro hasta la tarde; después quedará puro. Si no los lava ni se
baña, cargará con su culpa».

Relaciones sexuales

18 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas:

[A] *Parenesis introductoria*

3 »Yo soy el Señor, vuestro Dios. No haréis lo que hacen los egip-
cios, con quienes habéis convivido, o los cananeos, a cuyo país os
4 llevo; ni seguiréis su legislación. Cumplid mis mandatos y guardad
mis leyes, procediendo según ellos. Yo soy el Señor, vuestro Dios.
5 »Cumplid mis leyes y mis mandatos, que dan vida al que los
cumple. Yo soy el Señor.

[B] *Código legal*

6 »Nadie se acercará a un pariente para tener *relaciones sexuales*
con él. Yo soy el Señor.
7 »No tendrás relaciones con tu madre. Es de tu padre y es tu ma-
dre; no tendrás relaciones con ella.
8 »No tendrás relaciones con la concubina de tu padre. Es carne
de tu padre.

9 »No tendrás relaciones con tu hermana, por parte de padre o de
madre, nacida en casa o fuera.
10 »No tendrás relaciones con tus nietas. Son tu propia carne.
11 »No tendrás relaciones con la hija nacida a tu padre de su concubina. Es tu hermana.
12 »No tendrás relaciones con tu tía paterna. Es de la sangre de tu padre.
13 »No tendrás relaciones con tu tía materna. Es de la sangre de tu madre.
14 »No ofenderás a tu tío, hermano de tu padre, teniendo relaciones con su mujer. Es tu tía.
15 »No tendrás relaciones con tu nuera. Es mujer de tu hijo; no tendrás relaciones con ella.
16 »No tendrás relaciones con tu cuñada. Es carne de tu hermano.
17 »No tendrás relaciones con una mujer y con su hija, o con dos primas hermanas. Son de la misma sangre; es aborrecible.
18 »No tomarás a la vez a una mujer y a su hermana, creando rivalidades al tener relaciones también con ella, mientras vive la otra.
19 »No tendrás relaciones con una mujer durante su menstruación.
20 »No te acostarás con la mujer de uno de tu pueblo. Quedarías impuro.
21 »No sacrificarás un hijo tuyo a Moloc por el fuego, profanando el nombre de tu Dios. Yo soy el Señor.
22 »No te acostarás con un hombre como con mujer. Es una abominación.
23 »No te acostarás con un animal. Quedarías impuro. La mujer no se ofrecerá a un animal para que la cubra. Es una depravación.

[C] *Parenesis final*

24 »No os manchéis con nada de esto, porque eso es lo que hacen
25 los pueblos que yo os voy a quitar de en medio de vosotros. La
tierra está impura: le tomaré cuentas, y ella vomitará a sus habi-
26 tantes. Vosotros, en cambio, cumplid mis leyes y mandatos y no
cometáis ninguna de esas abominaciones, tanto el indígena como
27 el emigrante que reside entre vosotros. Porque todas esas abomina-
ciones las cometían los habitantes que os precedieron en la tierra,
28 y la tierra quedó impura. ¡Que no os vaya a vomitar también a
vosotros, por haberla manchado, como vomitó a los pueblos que
29 os precedieron! Porque todo aquel que cometa una de esas abomi-
naciones, será excluido de su pueblo.
30 »Así, pues, respetad mis prohibiciones no haciendo ninguna de las prácticas abominables que se hacían antes de llegar vosotros. No os manchéis con ellas. Yo soy el Señor, vuestro Dios».

19 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a toda la comunidad de los israelitas:
»[a] *Sed santos,* porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo.
3 »Respetad a vuestros padres y guardad mis sábados. Yo soy el Señor, vuestro Dios.

4 »No acudáis a ídolos ni os hagáis dioses de fundición. Yo soy el Señor, vuestro Dios.
5 »Cuando ofrezcáis al Señor sacrificios de comunión, hacedlo de
6 forma que os sean aceptados. Se comerá la víctima el día mismo
de su inmolación o al día siguiente. Lo que sobre, se quemará al
7 tercer día. Lo que se come el tercer día es de desecho e inválido.
8 El transgresor cargará con su culpa por haber profanado lo santo
del Señor, y será excluido de su pueblo.
9 »Cuando seguéis la mies de vuestras tierras, no desorillarás el
10 campo ni espigarás después de segar. Tampoco harás el rebusco de
tu viña ni recogerás las uvas caídas. Se lo dejarás al pobre y al
emigrante. Yo soy el Señor, vuestro Dios.
11 »No robaréis, ni defraudaréis, ni engañaréis a ninguno de vuestro pueblo.
12 »No juraréis en falso por mi nombre, profanando el nombre de tu Dios. Yo soy el Señor.
13 »No explotarás a tu prójimo ni lo expropiarás. No dormirá contigo hasta el día siguiente el jornal del obrero.
14 »No maldecirás al sordo ni pondrás tropiezos al ciego. Respeta a tu Dios. Yo soy el Señor.
15 »No daréis sentencias injustas. No serás parcial ni por favorecer al pobre ni por honrar al rico. Juzga con justicia a tu conciudadano.
16 »No andarás con cuentos de aquí para allá ni declararás en falso contra la vida de tu prójimo. Yo soy el Señor.
17 »No guardarás odio a tu hermano. Reprenderás abiertamente a tu conciudadano y no cargarás con pecado por su causa.
18 »No serás vengativo ni guardarás rencor a tus conciudadanos. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor.
19 »[b] *Guardad mis leyes.*
»No emparejarás animales de especie diversa, ni sembrarás simientes de especie diversa, ni llevarás vestidos de paño mezclado.
20 »El que se acueste con una esclava prometida a otro, no resca-
tada ni manumitida, la resarcirá; pero no es reo de muerte, por no
21 ser ella libre. Ofrecerá al Señor a la entrada de la tienda del en-
22 cuentro un carnero como víctima penitencial. El sacerdote, con el
carnero del sacrificio penitencial, expiará por él, por el pecado
que cometió, en presencia del Señor. Y se le perdonará el pecado
que cometió.
23 »Cuando entréis en la tierra y plantéis árboles frutales, por tres
años os abstendréis de cortar sus frutos: los dejaréis incircuncisos.
24 Sus frutos no se comerán. Al cuarto año se los consagraréis al Se-
25 ñor. Y al quinto podréis comer de ellos; así incrementaréis para
vuestro provecho el rendimiento del árbol. Yo soy el Señor, vues-
tro Dios.
26 »No comeréis carne con sangre. No practicaréis la adivinación
27 ni la magia. No os raparéis en cerco la cabeza ni os recortaréis la
28 barba. No os haréis incisiones por un difunto ni tampoco tatuajes.
Yo soy el Señor.
29 »No profanes a tu hija prostituyéndola. No se prostituya el país llenándose de depravación.
30 »Guardad mis sábados y respetad mi santuario. Yo soy el Señor.

31 »No acudáis a nigromantes ni consultéis adivinos. Quedaréis
impuros. Yo soy el Señor, vuestro Dios.
32 »Alzate ante las canas y honra al anciano. Respeta a tu Dios. Yo
soy el Señor.
33 »Cuando un emigrante se establezca con vosotros en vuestro
34 país, no lo oprimiréis. Será para vosotros como el indígena: lo
amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuisteis en Egipto. Yo
soy el Señor, vuestro Dios.
35 »No daréis sentencias injustas ni cometeréis injusticias en pesos
36 y medidas. Tened balanzas, pesas y medidas exactas. Yo soy el
Señor, vuestro Dios, que os sacó de Egipto.
37 »Cumplid todas mis leyes y mandatos poniéndolos por obra. Yo
soy el Señor».

20 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas:

[A] *Cultos prohibidos*

»Cualquier israelita o emigrante residente en Israel que entre-
gue un hijo suyo a Moloc es reo de muerte. Los terratenientes lo
3 apedrearán. Yo mismo me enfrentaré con él y lo extirparé de su
pueblo, por haber entregado un hijo suyo a Moloc, manchando mi
4 santuario y profanando mi nombre santo. Pero si los terratenientes
se desentienden del que entrega un hijo suyo a Moloc y no ejecutan
5 al culpable, yo mismo me enfrentaré con él y con su familia, y
extirparé de su pueblo a él y a cuantos como él se prostituyen con
Moloc.
6 »Si uno acude a nigromantes y adivinos para prostituirse con
ellos, me enfrentaré con él y lo extirparé de su pueblo.
7 »Así, pues, santificaos y sed santos, porque yo, el Señor, soy
vuestro Dios.

[B] *Código penal*

8 »Guardad mis leyes poniéndolas por obra. Yo soy el Señor, que
os santifica.
9 »El que maldiga a su padre o a su madre, es reo de muerte. Cai-
ga su sangre sobre él, por haberlos maldecido.
10 »Si uno comete adulterio con la mujer de su prójimo, los dos
adúlteros son reos de muerte.
11 »Si uno se acuesta con la concubina de su padre, ofendiendo a
su propio padre, ambos son reos de muerte. Caiga su sangre sobre
ellos.
12 »Si uno se acuesta con su nuera, ambos son reos de muerte. Han
cometido una depravación. Caiga su sangre sobre ellos.
13 »Si uno se acuesta con un hombre como con mujer, ambos co-
meten una abominación. Son reos de muerte. Caiga su sangre sobre
ellos.
14 »Si uno toma a la vez a una hija y a la madre, es cosa aborreci-
ble. A él y a ellas los quemarán, para que no quede lo aborrecible
entre vosotros.

15 »El que se acueste con un animal, es reo de muerte. Al animal
lo mataréis.
16 »Si una mujer se ofrece a un animal para que la cubra, matarás
a la mujer y al animal. Son reos de muerte. Caiga su sangre sobre
ellos.
17 »Si uno toma a una hermana por parte de padre o de madre y
tienen relaciones, es una infamia. Serán públicamente excluidos de
su pueblo. Por haber tenido relaciones con su hermana, cargará con
su culpa.
18 »Si uno se acuesta con una mujer durante su menstruación, des-
cubriendo ambos la fuente de la sangre, los dos serán excluidos de
su pueblo.
19 »No tendrás relaciones con una tía materna o paterna. Por haber
tenido relaciones con alguien de su propia sangre, cargarán con su
culpa.
20 »Si uno se acuesta con la cuñada de su padre, ofende a su tío.
Cargarán con su pecado y morirán sin hijos.
21 »Si uno toma a su cuñada, es una inmundicia. Ofende a su pro-
pio hermano. No tendrán hijos.

[C] *Parenesis final*

22 »Cumplid todas mis leyes y mandatos poniéndolos por obra,
para que no os vomite la tierra a la que os llevo para que habitéis
23 en ella. No sigáis la legislación de los pueblos que voy a expulsar
24 ante vosotros, porque me da asco su proceder. Os he dicho: vos-
otros poseeréis su tierra, yo os la voy a dar en posesión, una tierra
que mana leche y miel. Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os he
separado de los demás pueblos.
25 »Separad también vosotros los animales puros de los impuros,
las aves impuras de las puras, y no os contaminéis con animales,
aves o reptiles que yo he separado como impuros.
26 »Sed para mí santos, porque yo, el Señor, soy santo, y os he
separado de los demás pueblos para que seáis míos.
27 »El hombre o mujer que practique la nigromancia o la adivina-
ción es reo de muerte. Será apedreado. Caiga su sangre sobre él».

[A] *Santidad sacerdotal*

21 [a] El Señor habló a Moisés:
—Di a los sacerdotes aaronitas: El *sacerdote* no se contaminará
2 con el cadáver de un pariente, a no ser de pariente próximo: ma-
3 dre, padre, hijo, hija, hermano o de su propia hermana soltera, no
4 dada en matrimonio. No se incluye la pariente casada. Quedaría
5 profanado. No se raparán la cabeza, no se recortarán la barba ni se
6 harán incisiones. Serán santos para su Dios y no profanarán el
nombre de su Dios, porque son los encargados de ofrecer la obla-
7 ción del Señor, la comida de su Dios. Deben ser santos. No tomará
por mujer una prostituta, una violada o una repudiada por su ma-
rido, porque está consagrado a su Dios.
8 »Lo considerarás santo, porque es el encargado de ofrecer la

comida de tu Dios. Será para ti santo, porque yo, el Señor, que los
santifico, soy santo.
9 »Si la hija de un sacerdote se profana prostituyéndose, profana
a su propio padre. Debe ser quemada.
10 »[b] El *sumo sacerdote,* escogido entre sus hermanos, sobre
cuya cabeza ha sido derramado el aceite de la unción y que ha sido
consagrado con la investidura de los ornamentos, no irá despeinado
11 ni harapiento. No se acercará a cadáver alguno ni se contaminará
12 con el de su padre o de su madre. No saldrá del santuario ni profanará el santuario de su Dios, porque tiene la consagración del
aceite de la unción de su Dios. Yo soy el Señor.
13-4 »Tomará por mujer una virgen. No tomará por mujer una viuda,
15 repudiada, violada ni prostituta, sino una virgen de su pueblo. No
profanará a sus hijos entre su pueblo, porque yo soy el Señor, que
lo santifico».

[B] *Condiciones corporales del sacerdote*

16 El Señor habló a Moisés:
17 —Di a Aarón: Ninguno de tus futuros descendientes que tenga
18 un defecto corporal podrá ofrecer la comida de su Dios: sea ciego,
19 cojo, con miembros atrofiados o hipertrofiados, con una pierna o
20 un brazo fracturados, cheposo, canijo, con cataratas, con sarna o
tiña, con testículos lesionados. Nadie con alguno de estos defectos
21 puede ofrecer la comida de su Dios. Ninguno de los descendientes
del sacerdote Aarón que tenga un defecto corporal se acercará a
ofrecer la oblación del Señor. Tiene un defecto corporal: no puede
22 acercarse a ofrecer la comida de su Dios. Podrá comer la comida
23 de su Dios, de la porción sagrada como de la santa; pero no puede
traspasar la cortina ni acercarse al altar, porque tiene un defecto
corporal. No profanará mi santuario, porque yo soy el Señor, que
los santifico».
24 Moisés se lo comunicó a Aarón, a sus hijos y a todos los israelitas.

[A] *La porción santa*

22 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a Aarón y a sus hijos que traten con respeto la *porción
santa* que los israelitas me consagran y no profanen mi santo nombre. Yo soy el Señor.
3 »Diles: Cualquiera de vuestros futuros descendientes que se
acerque en estado de impureza a la porción santa que los israelitas
consagran al Señor, será excluido de mi presencia. Yo soy el Señor.
4 »Ningún descendiente de Aarón, leproso o con gonorrea, comerá
de la porción santa hasta que no esté puro. El que toque un cadá-
5 ver, el que tenga polución, el que toque un bicho o un hombre que
6 puedan contaminarlo con cualquier clase de impureza, quedará impuro hasta la tarde. No comerá de la porción santa, sino que se
7 bañará, y a la puesta del sol quedará puro. Entonces podrá comer
8 de la porción santa, que es su comida. No comerá animal muerto
o desgarrado por una fiera: quedaría impuro. Yo soy el Señor.
9 »Respetarán mis prohibiciones para no incurrir en pecado que

les traiga la muerte por haberse profanado. Yo soy el Señor, que
los santifica.
10 »Ningún extraño comerá de lo santo: ni el criado del sacerdote
11 ni el jornalero lo comerán. Pero si un sacerdote compra con su dinero un esclavo, éste lo podrá comer, lo mismo que los esclavos
nacidos en su casa.
12 »Si la hija de un sacerdote se casa con un extraño, no podrá co-
13 mer del tributo de la porción santa. Pero si enviuda o es repudiada
sin tener descendencia y vuelve a la casa paterna como en su juventud, podrá comer de la comida de su padre. Pero ningún extraño
14 podrá comerla. El que por inadvertencia coma de lo santo, lo restituirá al sacerdote con recargo de un veinte por ciento.
15 »Los sacerdotes no profanarán la porción santa que los israelitas
16 tributan al Señor. Incurrirían en grave culpa al comer de su porción santa. Yo soy el Señor, que los santifico».

[B] *Condiciones de las víctimas sacrificiales*

17 El Señor habló a Moisés:
18 —Di a Aarón, a sus hijos y a todos los israelitas: Cualquier israelita o emigrante residente en Israel que ofrezca un holocausto
19 al Señor, voluntario o en cumplimiento de un voto, empleará como
víctima, para que os sea aceptado, un macho sin defecto, de ganado
20 mayor, ovino o caprino. No ofreceréis reses con defecto, porque no
os serán aceptadas.
21 »El que ofrezca al Señor un sacrificio de comunión, voluntario
o en cumplimiento de un voto, empleará reses de ganado mayor o
menor, sin defecto, para que les sea aceptado. No tendrán defecto
22 alguno. No ofreceréis al Señor reses ciegas, con fracturas, mutiladas,
con nubes, con sarna o tiña; ni las colocaréis sobre el altar en
23 oferta al Señor. Como ofrenda voluntaria podrás emplear toros
u ovejas con miembros hipertrofiados o atrofiados; pero como cum-
24 plimiento de un voto no te serán aceptados. No ofreceréis al Señor
reses con testículos machacados, aplastados, arrancados o cortados.
25 No haréis esto nunca en vuestra tierra. Ni siquiera de parte de un
extranjero ofreceréis tales reses como comida de vuestro Dios. Son
deformes y defectuosas, y, por tanto, inválidas».

[C] *Prescripciones particulares*

26 El Señor dijo a Moisés:
27 —Cuando nazca un toro, un cordero o un cabrito, estarán siete
días con la madre. A partir del octavo pueden ofrecerse válidamen-
28 te en oferta al Señor. No degollaréis el mismo día una vaca o una
oveja con su cría.
29 »Cuando ofrezcáis al Señor sacrificios de acción de gracias, ha-
30 cedlo de forma que os sean aceptados. Se comerá la víctima el día
mismo de la inmolación, sin dejar nada para el día siguiente. Yo
soy el Señor.
31 »Cumplid mis preceptos, poniéndolos por obra. Yo soy el Señor.
32 No profanaréis mi nombre santo, para que yo sea santificado entre
33 los israelitas. Yo soy el Señor, que os santifico, que os sacó de
Egipto para ser vuestro Dios. Yo soy el Señor».

23 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas: *Festividades del Señor* en las que convoca-
réis asamblea litúrgica; son mis festividades:

[A] *El sábado*

3 »Durante seis días trabajaréis, pero el día séptimo es día de des-
canso solemne, de asamblea litúrgica. No haréis trabajo alguno. Es
día de descanso dedicado al Señor en todos vuestros poblados.
4 »Estas son las festividades del Señor, las asambleas litúrgicas
que convocaréis a su debido tiempo.

[B] *La Pascua*

5 »El día catorce del primer mes, al atardecer, es la *Pascua* del
6 Señor. El día quince del mismo mes es la fiesta de los *panes ázi-
mos* dedicada al Señor. Comeréis panes ázimos durante siete días.
7 El primer día os reuniréis en asamblea litúrgica, y no haréis trabajo
8 ni tarea alguna. Los siete días ofreceréis oblaciones al Señor. Al
séptimo os volveréis a reunir en asamblea litúrgica, y no haréis tra-
bajo ni tarea alguna».

[C] *La primera gavilla*

9 El Señor habló a Moisés:
10 —Di a los israelitas: Cuando entréis en la tierra que yo os voy
a dar, y seguéis la mies, la *primera gavilla* se la llevaréis al sacer-
11 dote. Este la agitará ritualmente en presencia del Señor, para que
os sea aceptada; la agitará el sacerdote el día siguiente al sábado.
12 Ese mismo día ofreceréis al Señor en holocausto un cordero añal
13 sin defecto; haréis también una ofrenda de ocho litros de flor de
harina amasada con aceite —oblación de aroma que aplaca al Se-
14 ñor— y una libación de un litro de vino. No comeréis pan de
granos tiernos tostados hasta el día en que llevéis vuestra oferta a
Dios.
»Es ley perpetua para vuestras generaciones en todos vuestros
poblados.

[D] *Las primicias*

15 »Pasadas siete semanas completas, a contar desde el día siguiente
al sábado —día en que lleváis la gavilla para la agitación ritual—,
16 hasta el día siguiente al séptimo sábado, es decir, a los cincuenta
17 días, haréis una nueva ofrenda al Señor. Desde vuestros poblados
traeréis pan para la agitación ritual: dos roscas de ocho litros de
flor de harina, cocidas con levadura. Son las *primicias* del Señor.
18 »Además del pan, ofreceréis en holocausto al Señor siete corde-
ros añales sin defecto, un novillo y dos carneros, que junto con la
ofrenda y las libaciones es oblación de aroma que aplaca al Señor.
19 Ofreceréis también en sacrificio expiatorio un macho cabrío y dos
20 corderos añales en sacrificio de comunión. El sacerdote lo agitará
ritualmente, junto con el pan de las primicias, en presencia del

21 Señor. Es porción santa del Señor, para el sacerdote. El mismo día
os reuniréis en asamblea litúrgica, y no haréis trabajo alguno.
»Es ley perpetua para vuestras generaciones en todos vuestros
poblados.
22 »Cuando seguéis la mies de vuestras tierras, no desorillarás tu
campo ni espigarás después de segar; se lo dejarás al pobre y al
emigrante. Yo soy el Señor, vuestro Dios».

[E] *Año nuevo*

23 El Señor habló a Moisés:
24 —Di a los israelitas: El día primero del séptimo mes es día de
descanso solemne. Se anunciará con un toque. Os reuniréis en
25 asamblea litúrgica. No haréis trabajo alguno, y ofreceréis una obla-
ción al Señor.

[F] *Día de la expiación*

26 El Señor dijo a Moisés:
27 —El día diez del séptimo mes es el *día de la expiación.* Os re-
uniréis en asamblea litúrgica, haréis penitencia y ofreceréis una
28 oblación al Señor. No haréis trabajo alguno, porque es día de ex-
piación. Es el día en que se expía por vosotros en presencia del
29 Señor, vuestro Dios. Todo el que en ese día no haga penitencia
30 será excluido de su pueblo. A quien trabaje, lo exterminaré de su
31 pueblo. No haréis trabajo alguno. Es ley perpetua para vuestras
32 generaciones en todos vuestros poblados. Es día de descanso solem-
ne, en el que haréis penitencia. Desde el nueve por la tarde al diez
por la tarde guardaréis descanso.

[G] *Fiesta de las chozas*

33 El Señor habló a Moisés:
34 —Di a los israelitas: El día quince del séptimo mes comienza la
35 *fiesta de las chozas,* dedicada al Señor, y dura siete días. El día
primero os reuniréis en asamblea litúrgica. No haréis trabajo algu-
36 no. Los siete días ofreceréis oblaciones al Señor. Al octavo volve-
réis a reuniros en asamblea litúrgica y a ofrecer una oblación al
Señor. Es día de reunión religiosa solemne. No haréis trabajo
alguno.
37 »Estas son las festividades del Señor en las que os reuniréis en
asamblea litúrgica y ofreceréis al Señor oblaciones, holocaustos y
ofrendas, sacrificios de comunión y libaciones, según corresponda
38 a cada día. Además de los sábados del Señor, además de vuestros
dones y cuantos sacrificios ofrezcáis al Señor, sea en cumplimiento
de un voto o voluntariamente.
39 »Desde el día quince del séptimo mes, recogida ya la cosecha,
celebraréis la fiesta del Señor durante siete días. El primero y el
40 octavo son días de descanso solemne. El primer día cortaréis ramos
de árboles de adorno, palmas, ramas de árboles frondosos y de
41 sauces, y haréis fiesta siete días en presencia del Señor. Celebraréis
esta fiesta dedicada al Señor anualmente, por espacio de siete días.

Es ley perpetua para vuestras generaciones: la celebraréis el séptimo mes.
42 »Habitaréis los siete días en chozas. Todo indígena e israelita
43 habitará en chozas; para que sepan vuestras futuras generaciones
que yo hice habitar a los israelitas en chozas cuando los saqué de
Egipto. Yo soy el Señor, vuestro Dios».
44 Moisés comunicó a los israelitas las festividades del Señor.

Cuidado del templo

24 El Señor dijo a Moisés:
2 —Manda a los israelitas que te traigan aceite de oliva puro y re-
3 finado para alimentar cada día la lámpara. En la tienda del encuentro, delante de la cortina de la alianza, Aarón preparará cada
día la lámpara, para que arda de la noche a la mañana en presencia
4 del Señor. Es ley perpetua para vuestras generaciones. Colocará
siempre las lámparas en el candelabro, de oro de ley, en presencia
del Señor.
5 »Toma flor de harina y cuece con ella doce roscas de ocho litros
6 cada una. Colócalas después en dos montones de a seis, sobre la
7 mesa pura, en presencia del Señor. Echa en cada montón incienso
8 puro, para que sean pan de obsequio, oblación al Señor. Todos los
sábados las prepararás en presencia del Señor. Es un compromiso
9 perpetuo de los israelitas. Son para Aarón y sus hijos, que las comerán en lugar santo. Es la porción sagrada, porción perpetua para
Aarón, de la oblación al Señor».

Caso de blasfemia

10 Había entre los israelitas un hijo de madre israelita y padre
11 egipcio. Un día riñó con un israelita en el campamento. Blasfemó
y maldijo el nombre del Señor, por lo que lo llevaron ante Moisés.
(Su madre se llamaba Selamit, hija de Dibrí, de la tribu de Dan).
12 Lo arrestaron hasta que decidiese un oráculo del Señor.
13 El Señor dijo a Moisés:
14 —Saca al blasfemo fuera del campamento. Que todos los que le
oyeron pongan las manos sobre su cabeza y luego toda la asamblea
15 lo apedreará. Después dirás a los israelitas: Todo el que maldiga
16 a su Dios, cargará con su pecado. El que blasfeme el nombre del
Señor, es reo de muerte. Toda la asamblea lo apedreará. Emigrante
o indígena, quien blasfeme el nombre del Señor morirá.
17 »El que mate a un hombre, es reo de muerte.
18 »El que mate un animal, compensará pieza por pieza.
19 »Al que lesione a un conciudadano, se le hará lo que él ha he-
20 cho: fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente. La lesión
que causó a otro se le causará a él.
21 »El que mate un animal, compensará una pieza con otra; el que
mate a un hombre, morirá.
22 »Aplicaréis la misma sentencia al emigrante y al indígena. Yo
soy el Señor, vuestro Dios».

23 Moisés se lo comunicó a los israelitas, y éstos, sacando al blasfemo fuera del campamento, lo apedrearon. Los israelitas hicieron lo
que el Señor había mandado a Moisés.

25 El Señor habló a Moisés en el monte Sinaí:
2 —Di a los israelitas:

[A] *Año sabático y jubilar*

Año sabático.

»Cuando entréis en la tierra que yo os voy a dar, la tierra goza-
3 rá del descanso del Señor. Durante seis años sembrarás tus campos
y durante seis años vendimiarás tus viñedos y recogerás sus cose-
4 chas. Pero el séptimo será año de descanso solemne para la tierra:
el descanso del Señor. No sembrarás tus campos ni vendimiarás tus
5 viñas. No segarás el grano de ricio ni cortarás las uvas de cepas
6 bordes. Es año de descanso para la tierra. El descanso de la tierra
os servirá de alimento a ti, a tu esclavo, a tu esclava, a tu jornalero,
7 a tu criado y al emigrante que vive contigo. Su entera cosecha
servirá de pasto a tu ganado y a los animales salvajes.

Año jubilar.

8 »Haz el cómputo de siete semanas de años, siete por siete, o
9 sea, cuarenta y nueve años. A toque de trompeta darás un bando
por todo el país, el día diez del séptimo mes. El día de la expiación
haréis resonar la trompeta por todo vuestro país.
10 »Santificaréis el año cincuenta y promulgaréis manumisión en el
país para todos sus moradores. Celebraréis jubileo, cada uno recobrará su propiedad y retornará a su familia.
11 »El año cincuenta es para vosotros jubilar, no sembraréis ni se-
12 garéis el grano de ricio ni cortaréis las uvas de cepas bordes. Porque es jubileo, lo consideraréis sagrado. Comeréis de la cosecha de
vuestros campos.
13-4 »En este año jubilar cada uno recobrará su propiedad. Cuando
realicéis operaciones de compra y venta con alguien de vuestro
15 pueblo, no os perjudiquéis unos a otros. Lo que compres a uno de
tu pueblo se tasará según el número de años transcurridos después
del jubileo. El, a su vez, te lo cobrará según el número de cosechas
16 anuales: cuantos más años falten, más alto será el precio; cuantos
menos, menor será el precio. Porque él te cobra según el número
17 de cosechas. Nadie perjudicará a uno de su pueblo. Respeta a tu
Dios. Yo soy el Señor, vuestro Dios.

Exhortación y promesa.

18 »Cumplid mis leyes y guardad mis mandatos poniéndolos por
19 obra y habitaréis tranquilos en la tierra. La tierra dará sus frutos,
comeréis hasta saciaros y habitaréis tranquilos.
20 »Si os preguntáis: '¿Qué vamos a comer el año séptimo? No
21 hemos sembrado ni hemos recogido cosecha'. Yo os mandaré mi
bendición el año sexto, para que produzca cosecha para los tres

22 años. Sembraréis el año octavo y comeréis de la cosecha pasada.
Hasta el año noveno, hasta la recogida de su cosecha, seguiréis comiendo de la pasada.

[B] *Bienes inmuebles*

23 »La *tierra* no se venderá sin derecho a retracto, porque es mía,
24 y en lo mío sois emigrantes y criados. Daréis posibilidad de rescate
a todas las tierras de vuestra propiedad.
25 »Si un hermano tuyo se arruina y vende parte de su propiedad
hereditaria, a su pariente más cercano toca rescatar lo vendido por
26 su hermano. El que no tenga quien lo rescate, si ahorra lo reque-
27 rido para el rescate, descontará los años desde su venta, y pagará
28 al comprador lo que falta, recobrando así su propiedad. Pero si no
ha ahorrado lo requerido para el rescate, lo vendido quedará en
poder del comprador, hasta el año del jubileo, en que queda libre
y vuelve a ser propiedad suya.
29 »El que venda una *vivienda* situada en una ciudad amurallada
tiene derecho al rescate hasta cumplirse un año de la venta. Su
30 derecho al rescate es limitado. Si no es rescatada en el plazo de un
año, la casa situada en una ciudad amurallada queda en propiedad
del comprador y sus sucesores, sin derecho a retracto. No queda
libre el año del jubileo.
31 »Los poblados no amurallados se consideran como los campos.
Sus casas tienen posibilidad de rescate: quedan libres el año del
jubileo.
32 »Referente a las ciudades de los levitas, éstos tienen derecho
33 perpetuo a rescatar las casas de las ciudades de su propiedad. Si no
son rescatadas, quedan libres el año del jubileo, porque las casas
de las ciudades de los levitas son propiedad suya entre los israeli-
34 tas. Los ejidos pertenecientes a sus ciudades no se pueden vender,
porque son propiedad perpetua de los levitas.

[C] *Conducta social*

35 »Si un hermano tuyo se arruina y no puede mantenerse, tú lo
sustentarás para que viva contigo como el emigrante o el criado.
36 No le exijas ni intereses ni recargo. Respeta a tu Dios, y viva tu
37 hermano contigo. No le prestarás dinero a interés ni impondrás
recargo a su sustento.
38 »Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os saqué de Egipto para
daros la tierra de Canaán y ser vuestro Dios.

[D] *Esclavos*

Del propio pueblo.

39 »Si un hermano tuyo se arruina y se te vende, no lo tratarás
40 como esclavo, sino como jornalero o criado. Trabajará contigo hasta
41 el año del jubileo, cuando él y sus hijos quedarán libres para retor-
42 nar a su familia y recobrar su propiedad paterna. Porque son mis
siervos a quienes saqué de Egipto, y no pueden ser vendidos como
43 esclavos. No lo tratarás con dureza. Respeta a tu Dios.

Extranjeros.

44 »Los esclavos y esclavas de vuestra propiedad los adquiriréis en-
45 tre los pueblos circundantes. O bien entre los hijos de los cria-
dos emigrantes que viven con vosotros, entre sus familias nacidas
46 en vuestro territorio. Serán propiedad vuestra. Se los dejarás en
propiedad hereditaria a los hijos que os sucedan. Os podéis servir
de ellos siempre, pero a vuestros hermanos israelitas no los tratareís con dureza.

Israelita esclavo de un extranjero.

47 »Si un emigrante o un criado mejoran de posición y un hermano
tuyo se arruina y se vende al emigrante o criado o a un descendien-
48 te de la familia del emigrante, después de haberse vendido tiene
49 derecho a rescate. Uno de sus hermanos lo rescatará, o un tío suyo
o su primo o alguien de su parentela, o él mismo si ahorra lo nece-
50 sario. Calculará con el comprador los años desde la venta hasta el
jubileo, y el precio corresponderá al número de años, a razón de
51 jornales de jornalero. Si quedan muchos años, se devolverá del pre-
cio de compra, como rescate, lo que corresponda a dichos años.
52 Si quedan pocos años para el jubileo, pagará el rescate calculando
53 los años que faltan. Cada año que pase con él, será como un jorna-
54 lero. Y no permitirás que lo traten con dureza. Pero si no es resca-
tado de ninguna de estas maneras, él y sus hijos quedarán libres el
año jubilar.
55 »Porque los israelitas me pertenecen como siervos: son siervos
míos, a quienes saqué de Egipto. Yo soy el Señor, vuestro Dios».

Bendiciones y maldiciones
(Dt 27-28)

26 —No os haréis ídolos, ni erigiréis estelas, ni colocaréis relieves
en piedra en vuestro país para postraros ante ellos. Porque yo soy
el Señor, vuestro Dios.
2 »Guardad mis sábados y respetad mi santuario. Yo soy el Señor.

Bendiciones

3 »Si seguís mi legislación y cumplís mis preceptos poniéndolos
4 por obra, yo os mandaré la lluvia a su tiempo: la tierra dará sus
5 cosechas y los árboles sus frutos. La trilla alcanzará a la vendimia
y la vendimia a la sementera.
»Comeréis hasta saciaros y habitaréis tranquilos en vuestra tierra.
6 »Pondré paz en el país y dormiréis sin alarmas. Descastaré las
fieras y la espada no cruzará vuestro país.
7 »Perseguiréis a vuestros enemigos, que caerán ante vosotros a
8 filo de espada. Cinco de vosotros pondrán en fuga a cien, y cien
de vosotros, a diez mil. Vuestros enemigos caerán ante vosotros a
filo de espada.
9 »Me volveré hacia vosotros y os haré crecer y multiplicaros, manteniendo mi pacto con vosotros.

10 »Comeréis de cosechas almacenados y sacaréis lo almacenado para
hacer sitio a lo nuevo.
11 »Pondré mi morada entre vosotros y no os detestaré.
12 »Caminaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis
mi pueblo.
13 »Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os saqué de Egipto, de la
esclavitud, rompí las coyundas de vuestro yugo, os hice caminar
erguidos.

Maldiciones

14 »Pero si no me obedecéis y no ponéis por obra todos estos pre-
15 ceptos, si rechazáis mis leyes y detestáis mis mandatos, no poniendo
16 por obra todos mis preceptos y rompiendo mi pacto, entonces yo
os trataré así: despacharé contra vosotros el espanto, la tisis y la
fiebre, que nublan los ojos y consumen la vida; sembraréis en balde,
17 pues vuestros enemigos se comerán la cosecha; me enfrentaré con
vosotros y sucumbiréis ante vuestros enemigos; vuestros contrarios
os someterán y huiréis sin que nadie os persiga.
18 »Y si con todo no me obedecéis, multiplicaré por siete mis es-
19 carmientos, por vuestros pecados. Quebrantaré vuestra terca sober-
bia. Convertiré vuestro cielo en hierro y en bronce vuestra tierra.
20 Se agotarán en balde vuestras fuerzas. Vuestros campos no darán
su cosecha ni los árboles sus frutos.
21 »Y si seguís obstinados en proceder contra mí, negándoos a obe-
decerme, multiplicaré por siete mis golpes, por vuestros pecados.
22 Soltaré contra vosotros fieras salvajes que os dejarán sin hijos, des-
trozarán vuestros ganados, os diezmarán y asolarán vuestros ca-
minos.
23 »Y si aun así no escarmentáis, sino que procedéis obstinadamen-
24 te contra mí, también yo procederé obstinadamente contra vosotros,
25 multiplicando por siete mis golpes, por vuestros pecados. Esgrimi-
ré contra vosotros la espada vengadora de mi pacto y os refugiaréis
en vuestras ciudades. Os mandaré entonces la peste, y os rendiréis
26 a vuestros enemigos. Cuando os corte el sustento de pan, diez mu-
jeres cocerán vuestro pan en un horno, os darán el pan tasado y
comeréis sin saciaros.
27 »Y si aun así no me obedecéis, sino que procedéis obstinadamen-
28 te contra mí, también yo seguiré obstinado en mi ira contra vos-
otros, multiplicando por siete mis escarmientos, por vuestros pe-
29 cados. Os comeréis la carne de vuestros hijos, os comeréis la carne
30 de vuestras hijas. Destruiré vuestros altozanos, destrozaré vuestros
cipos, amontonaré vuestros cadáveres sobre los de vuestros ídolos,
31 y os detestaré. Devastaré vuestras ciudades, asolaré vuestros san-
32 tuarios, no me aplacarán vuestros aromas. Yo asolaré el país, y
33 vuestros enemigos, sus ocupantes, se horrorizarán de él. Os aven-
taré en medio de los pueblos y os perseguiré con la espada desen-
vainada. Vuestros campos serán desolación y vuestras ciudades
ruinas.
34 »Entonces todo el tiempo que dure la desolación y estéis vosotros
en país enemigo, la tierra disfrutará de sus sábados; sólo entonces
35 descansará la tierra y disfrutará de sus sábados. Descansará todo el

tiempo que dure la desolación; descanso de sábado que vosotros no
36 le disteis mientras la habitabais. A los que de vosotros sobrevivan,
los haré acobardarse en país enemigo; alarmados por el rumor de
hojas que vuelan, huirán como si fuera la espada, y caerán sin que
37 nadie los persiga. Tropezarán unos con otros, como si de espada
se tratara, sin que nadie los persiga. No podréis oponer resistencia
38 a vuestros enemigos. Pereceréis en medio de los pueblos. El país
enemigo os devorará.

Reconciliación

39 »Los que sobrevivan de vosotros, se pudrirán en país enemigo
40 por su culpa y la de sus padres. Confesarán su culpa y la de sus
padres: de haberme sido infieles y haber procedido obstinadamente
41 contra mí; por lo que también yo procedí obstinadamente contra
ellos, y los llevé a país enemigo, para ver si se doblegaba su corazón
incircunciso y expiaban su culpa.
42 »Entonces yo recordaré mi pacto con Jacob, mi pacto con Isaac,
43 mi pacto con Abrahán: me acordaré de la tierra. Pero ellos tendrán
que abandonar la tierra, y así ella disfrutará de sus sábados, mien-
tras queda desolada en su ausencia. Expiarán la culpa de haber re-
chazado mis mandatos y haber detestado mis leyes.
44 »Pero aun con todo esto, cuando estén en país enemigo, no los
rechazaré ni los detestaré hasta el punto de exterminarlos y de rom-
45 per mi pacto con ellos. Porque yo soy el Señor, su Dios. Recordaré
en favor de ellos el pacto con los antepasados, a quienes saqué de
Egipto, a la vista de los pueblos, para ser su Dios. Yo soy el Señor».
46 Estos son los preceptos, mandatos y leyes a tenor de los cuales
pactó el Señor por medio de Moisés con los israelitas en el monte
Sinaí.

27 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas:

Tarifas del Templo

»Cuando alguno haga un voto especial ofreciendo al Señor el va-
3 lor de una *persona,* se aplicarán las siguientes tarifas: Un varón
entre los veinte y los sesenta años será tasado en quinientos gramos
4 de plata (pesos del templo). Si es mujer, será tasada en trescientos
5 gramos. Un chico entre los cinco y los veinte años será tasado en
6 doscientos gramos; si es chica, en cien gramos. Un niño entre el mes
y los cinco años será tasado en cincuenta gramos; si es niña, en
7 treinta gramos. De los sesenta años para arriba, el varón será tasa-
8 do en ciento cincuenta gramos; la mujer, en cien gramos. Si es tan
pobre que no puede pagar la tarifa, lo presentará al sacerdote, y
éste lo tasará según los recursos del que hizo el voto.
9 »Si se trata de un *animal* apto para la oferta al Señor, el animal
10 entero queda consagrado. No se puede cambiar ni sustituir animal
bueno por malo, o viceversa. Y si se cambia un animal por otro,
11 los dos quedan consagrados. Si se trata de un animal impuro, no

12 apto para la oferta al Señor, será presentado al sacerdote, y éste lo
13 tasará según su calidad. La tasación será válida. Y si quiere rescatarlo, pagará un recargo del veinte por ciento sobre lo tasado.
14 »Cuando alguno consagre su *casa* al Señor, el sacerdote la tasará
15 según su calidad. La tasación será válida. Si el que la consagró la quiere rescatar, pagará lo tasado con un veinte por ciento de recargo.
16 »Si consagrara al Señor una parte de las *tierras* de su propiedad hereditaria, se tasará en proporción a su siembra: quinientos gra-
17 mos de plata por cada doscientos veinte litros de cebada. Si consa-
18 gra el campo durante el año jubilar, la tasación será válida. Pero si lo consagra después del jubileo, el sacerdote calculará el dinero que corresponde a los años que faltan hasta el próximo año jubilar, y
19 hará el descuento correspondiente. Si el que lo consagró lo quiere rescatar, pagará la tasa con un recargo dèl veinte por ciento. Y el
20 campo será suyo. Si no lo rescata o lo vende a otro, entonces el
21 campo ya no podrá ser rescatado. Cuando quede libre en el año jubilar, quedará, como campo dedicado, consagrado al Señor. Será propiedad del sacerdote.
22 »Si uno consagra al Señor un *campo comprado* que no pertenece
23 a su propiedad hereditaria, el sacerdote calculará el valor de la tasa hasta el año jubilar. El que consagró el campo pagará ese mismo
24 día lo tasado, como cosa consagrada al Señor. El año jubilar el campo volverá al vendedor a quien pertenecía en propiedad here-
25 ditaria. Las tasaciones se harán según el peso del templo: diez gramos equivalen a veinte óbolos.
26 »Nadie consagrará el *primogénito de los animales,* porque le pertenece ya al Señor como primicia: sea vaca o sea oveja, pertenece
27 al Señor. Si se trata de un *animal impuro,* será rescatado con un recargo del veinte por ciento sobre lo tasado. Si no lo rescata, se venderá al precio tasado.
28 »Lo que uno ha separado como *cosa dedicada* al Señor, personas, animales o campos de propiedad hereditaria, no podrá ser vendido ni rescatado. Lo dedicado es propiedad sagrada del Señor.
29 »Una *persona* dedicada al exterminio no puede ser rescatada, ha de ser ejecutada.
30 »Los *diezmos* del campo, de la siembra y de los frutos pertene-
31 cen al Señor y son sagrados. Si alguien quiere rescatarlos, lo hará
32 con un recargo del veinte por ciento sobre lo tasado. Los diezmos de animales de ganado mayor o menor, la décima parte de todos los
33 que pasen bajo el cayado, serán consagrados al Señor. No hay que averiguar si son buenos o malos ni se sustituirán. Si se cambia un animal por otro, los dos quedan consagrados, sin posibilidad de rescate».
34 Estos son los preceptos que el Señor dio a Moisés en el monte Sinaí para los israelitas.

NUMEROS

INTRODUCCION

Al dividirse el Pentateuco en cinco rollos, el cuarto resultó el menos agraciado. El lector lo encuentra desordenado y episódico. Mejor dicho, lo encuentra dividido en dos visiones contrarias.

El pueblo sigue en el desierto (véase la introducción a Ex, p. 96): sale del Sinaí (1-10) y se acerca a la tierra prometida (21,10-33,49), después de un largo rodeo. A lo largo del camino va enriqueciendo su caudal de leyes o disposiciones.

El autor sacerdotal (sigla P) ha convertido las andanzas de grupos seminómadas durante varios años en la marcha procesional de todo Israel, perfectamente dividido por tribus y clanes, perfectamente organizado y dispuesto como para un desfile militar o una procesión sacra. Las tribus son «los escuadrones» del Señor, cada una con su banderín, que avanzan en rigurosa formación: en el centro, el arca y la tienda; alrededor, los aaronitas y levitas; alrededor, las doce tribus, tres por lado. El viaje se hace en cuarenta etapas (33), a toque de trompeta (10). El término del viaje es tierra sagrada y también es sagrada la organización; los israelitas son peregrinos hacia la tierra de Dios.

En contraste con este movimiento regular, se lee la serie poco trabada de episodios; entre ellos sobresalen el de los exploradores (13-14) y el de Balaán (22-24). El primero narra la resistencia del pueblo, que provoca una dilación y un largo rodeo. El segundo muestra el poder del Señor sobre los poderes ocultos de la magia y la adivinación: el adivino extranjero se ve transformado en profeta de la gloria de Israel.

Vemos a Moisés en su tarea de jefe y legislador, en sus debilidades y desánimos, en su gran intercesión a favor del pueblo.

EN EL DESIERTO DE SINAI

1 El día primero del segundo mes del segundo año de la salida de Egipto, en el desierto de Sinaí, en la tienda del encuentro, el Señor dijo a Moisés:
2 —Haz un *censo* completo de la comunidad israelita: todos los varones, uno a uno, por clanes y familias, registrando sus nombres.
3 Tú y Aarón registraréis por escuadrones a todos los varones mayo-
4 res de veinte años aptos para la guerra. Os asistirán un hombre por cada tribu, todos jefes de familia.
5 »Sus nombres son los siguientes: por Rubén, Elisur, hijo de Se-
6-7 deur; por Simeón, Salumiel, hijo de Surisaday; por Judá, Najsón,
8-9 hijo de Aminadab; por Isacar, Natanel, hijo de Suar; por Zabulón,
10 Eliab, hijo de Jalón; por la casa de José: por Efraín, Elisamá, hijo
11 de Amihud, y por Manasés, Gamaliel, hijo de Fedasur; por Benja-
12 mín, Abidán, hijo de Gedeoní; por Dan, Ajiezer, hijo de Amisaday;
13-4 por Aser, Pagiel, hijo de Ocrán; por Gad, Eliasaf, hijo de Degüel;
15 por Neftalí, Ajirá, hijo de Enán».
16 Estos fueron los nombrados por la comunidad, jefes de tribus y cabezas de clanes.
17 Moisés tomó a Aarón y a estos hombres escogidos nominalmente,
18 reunió toda la asamblea el día primero del mes segundo, y todos

se inscribieron, uno a uno, los mayores de veinte años, por clanes
19 y familias, registrando sus nombres; como lo había mandado el Se-
ñor a Moisés, así hizo el censo en el desierto de Sinaí.
20 Hijos y descendientes de Rubén, primogénito de Israel, por
clanes y familias, registrando los nombres, uno a uno, de los varo-
21 nes mayores de veinte años y aptos para la guerra: total de la tribu
de Rubén, cuarenta y seis mil quinientos.
22 Hijos y descendientes de Simeón, por clanes y familias, regis-
trando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte
23 años y aptos para la guerra: total de la tribu de Simeón, cincuenta
y nueve mil trescientos.
24 Hijos y descendientes de Gad, por clanes y familias, registrando
los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y
25 aptos para la guerra: total de la tribu de Gad, cuarenta y cinco mil
seiscientos cincuenta.
26 Hijos y descendientes de Judá, por clanes y familias, registrando
los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y
27 aptos para la guerra: total de la tribu de Judá, setenta y cuatro
mil seiscientos.
28 Hijos y descendientes de Isacar, por clanes y familias, registran-
do los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años
29 y aptos para la guerra: total de la tribu de Isacar, cincuenta y cua-
tro mil cuatrocientos.
30 Hijos y descendientes de Zabulón, por clanes y familias, regis-
trando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte
31 años y aptos para la guerra: total de la tribu de Zabulón, cincuenta
y siete mil cuatrocientos.
32 Hijos y descendientes de Efraín, hijo de José, por clanes y fami-
lias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores
33 de veinte años y aptos para la guerra: total de la tribu de Efraín,
cuarenta mil quinientos.
34 Hijos y descendientes de Manasés, hijo de José, por clanes y fa-
milias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores
35 de veinte años y aptos para la guerra: total de la tribu de Manasés,
treinta y dos mil doscientos.
36 Hijos y descendientes de Benjamín, por clanes y familias, regis-
trando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte
37 años y aptos para la guerra: total de la tribu de Benjamín, treinta
y cinco mil cuatrocientos.
38 Hijos y descendientes de Dan, por clanes y familias, registrando
los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y
39 aptos para la guerra: total de la tribu de Dan, sesenta y dos mil
setecientos.
40 Hijos y descendientes de Aser, por clanes y familias, contando
los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y
41 aptos para la guerra: total de la tribu de Aser, cuarenta y un mil
quinientos.
42 Hijos y descendientes de Neftalí, por clanes y familias, registran-
do los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años
43 y aptos para la guerra: total de la tribu de Neftalí, cincuenta y tres
mil cuatrocientos.
44 Este es el censo que hizo Moisés con Aarón, asistidos por los

doce jefes israelitas, uno por cada tribu, todos jefes de familia.
45 El total de los israelitas, por familias, mayores de veinte años
46 y aptos para la guerra, fue de seiscientos tres mil quinientos cin-
cuenta.
47 Pero los levitas no fueron registrados con los demás, por fami-
48 lias, porque el Señor había dicho a Moisés:
49 —No incluyas a los levitas en el censo y registro de los israelitas;
50 encárgales de la tienda de la alianza, de sus objetos y enseres; ellos
transportarán la tienda de la alianza con sus objetos, estarán a su
51 servicio y acamparán a su alrededor. Cuando haya que ponerse en
marcha, los levitas desmontarán la tienda; cuando se haga alto, los
levitas la montarán. Al extraño que se meta, se le matará.
52 »Los israelitas acamparán por escuadrones, cada uno en su cam-
53 pamento, junto a su banderín. Los levitas harán la guardia de la
tienda de la alianza, para que no estalle la cólera contra la comu-
nidad israelita. Los levitas cuidarán de la tienda de la alianza».
54 Los israelitas hicieron todo lo que el Señor había mandado a
Moisés; lo cumplieron todo.

El campamento

2 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
2 —Los israelitas acamparán cada uno junto a su banderín o estan-
darte de familia, mirando a la tienda del encuentro y alrededor de
3 ella. Al este, hacia levante, acamparán los del banderín de Judá, por
escuadrones; jefe de los hijos de Judá es Najsón, hijo de Aminadab;
4 su ejército cuenta con setenta y cuatro mil seiscientos alistados.
5 Junto a él acampa la tribu de Isacar; su jefe es Natanel, hijo de
6 Suar; su ejército cuenta con cincuenta y cuatro mil cuatrocientos
7 alistados. Al otro lado, la tribu de Zabulón; su jefe es Eliab, hijo
8 de Jalón; su ejército cuenta con cincuenta y siete mil cuatrocientos
9 alistados. Los alistados en el campamento de Judá, por escuadrones,
son ciento ochenta y seis mil cuatrocientos. Se pondrán en marcha
los primeros.
10 »Al sur, el banderín del campamento de Rubén, por escuadrones;
11 jefe de los rubenitas es Elisur, hijo de Sedeur; su ejército cuenta
12 con cuarenta y seis mil quinientos alistados. Junto a él acampa la
13 tribu de Simeón; su jefe es Salumiel, hijo de Surisaday; su ejército
14 cuenta con cincuenta y nueve mil trescientos alistados. Al otro lado,
15 la tribu de Gad; su jefe es Eliasaf, hijo de Degüel; su ejército cuen-
16 ta con cuarenta y nueve mil seiscientos cincuenta. Los alistados en
el campamento de Rubén, por escuadrones, son ciento cincuenta y
un mil cuatrocientos cincuenta. Se pondrán en marcha los segundos.
17 »Después se pondrá en marcha la tienda del encuentro y el cam-
pamento levita, en medio de los demás campamentos. Se pondrán
en marcha según acampan, cada uno siguiendo su banderín.
18 »Al oeste, el banderín del campamento de Efraín, por escuadro-
19 nes; jefe de los efraimitas es Elisamá, hijo de Amihud; su ejército
20 cuenta con cuarenta mil quinientos alistados. Junto a él, la tribu de
21 Manasés; su jefe es Gamaliel, hijo de Fedasur; su ejército cuenta
22 con treinta y dos mil doscientos alistados. Al otro lado, la tribu de

23 Benjamín; su jefe es Abidán, hijo de Gedeoní; su ejército cuenta
24 con treinta y cinco mil cuatrocientos alistados. Los alistados en el
campamento de Efraín son ciento ocho mil cien. Se pondrán en
marcha los terceros.
25 »Al norte, el banderín del campamento de Dan, por escuadrones;
26 jefe de los danitas es Ajiezer, hijo de Amisaday; su ejército cuenta
27 con sesenta y dos mil setecientos alistados. Junto a él acampa la
28 tribu de Aser; su jefe es Pagiel, hijo de Ocrán; su ejército cuenta
29 con cuarenta y un mil quinientos alistados. Al otro lado, la tribu de
30 Neftalí; su jefe es Ajirá, hijo de Enán; su ejército cuenta con cin-
31 cuenta y tres mil cuatrocientos alistados. Alistados en el campa-
mento de Dan, ciento cincuenta y siete mil seiscientos. Se pondrán
en marcha los últimos, siguiendo sus banderines».
32 Este es el censo de los israelitas por familias; los alistados en los
campamentos por escuadrones, seiscientos tres mil quinientos cin-
33 cuenta. Los levitas no se incluyeron en el censo de los israelitas,
como lo había mandado el Señor a Moisés.
34 Los israelitas hicieron todo lo que el Señor mandó a Moisés;
según acampaban por banderines, así se ponían en marcha, por
clanes y familias.

Tribu de Leví

3 Esta es la historia de Aarón y Moisés cuando el Señor habló a
Moisés en el monte Sinaí.
2 *Nombres de los hijos de Aarón:* Nadab, el primogénito, Abihú,
3 Eleazar e Itamar. Estos son los nombres de los aaronitas ungidos
4 como sacerdotes, a quienes consagró sacerdotes. Nadab y Abihú
murieron sin hijos, en presencia del Señor, cuando ofrecieron al
Señor fuego profano en el desierto de Sinaí. Eleazar e Itamar ofi-
ciaron como sacerdotes en vida de su padre, Aarón.
5 El Señor dijo a Moisés:
6 —Haz que se acerque la tribu de Leví y ponla al servicio del
7 sacerdote Aarón. Harán la guardia tuya y de toda la asamblea de-
lante de la tienda del encuentro y desempeñarán las tareas del san-
8 tuario. Guardarán todo el ajuar de la tienda del encuentro y harán
la guardia en lugar de los israelitas y desempeñarán las tareas del
9 santuario. Aparta a los levitas de los demás israelitas y dáselos a
10 Aarón y a sus hijos como donados. Encarga a Aarón y a sus hijos
que salvaguarden el sacerdocio. Al extraño que se meta se le dará
muerte.
11 El Señor dijo a Moisés:
12 —Yo he elegido a los levitas de entre los israelitas en sustitu-
13 ción de los primogénitos o primeros partos de los israelitas. Los le-
vitas me pertenecen, porque me pertenecen los primogénitos. Cuan-
do di muerte a los primogénitos en Egipto, me consagré todos los
primogénitos de Israel, de hombres y de animales. Me pertenecen.
Yo soy el Señor.
14 El Señor dijo a Moisés en el desierto de Sinaí:
15 —Haz un censo de los levitas, por familias y clanes, de todos los
varones mayores de un mes.
16 Moisés hizo el censo, según la orden que le había dado el Señor.

17 *Nombres de los levitas:* Guersón, Quehat y Merarí.
18-9 Nombres de los guersonitas por clanes: Libní y Semeí; de los
20 quehatitas por clanes: Amrán, Yishar, Hebrón y Uziel; de los me-
raritas por clanes: Majlí y Musí. Estos son los clanes levitas por
familias.
21-2 Clanes guersonitas: el clan de Libní y el clan de Semeí. El nú-
mero de los varones mayores de un mes fue de siete mil quinientos.
23 Los clanes guersonitas acampaban a poniente, detrás del santuario;
24-5 jefe de la casa de Guersón era Eliasaf, hijo de Lael. En la tienda
del encuentro los guersonitas se encargaban de guardar la tienda
26 con su cortina, la cortina de la puerta, los cortinones del atrio, la
cortina de la puerta del atrio que da al santuario y rodea el altar,
las cuerdas y todo su servicio.
27 Clanes quehatitas: el clan de Amrán, el clan de Yishar, el clan
28 de Hebrón y el clan de Uziel. Número de los varones mayores de
un mes, encargados de las funciones del santuario, ocho mil seis-
29-0 cientos. Los clanes quehatitas acampaban al sur del santuario; su
31 príncipe era Elisafán, hijo de Uziel; se encargaban de guardar el
arca, la mesa, el candelabro, los altares, los instrumentos sagrados
con que oficiaban, la cortina y de todo su servicio.
32 Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, era el jefe supremo de los le-
vitas, prefecto de los que ejercían funciones en el santuario.
33-4 Clanes meraritas: el clan de Majlí y el clan de Musí; el número
35 de varones mayores de un mes fue de seis mil doscientos; su jefe
36 era Suriel, hijo de Abijail; acampaban al norte del santuario. Se
encargaban de los tablones del santuario, de las trancas, columnas
37 y basas, con todos sus accesorios, y de todo su servicio; de las co-
lumnas que rodeaban el atrio con sus basas, estacas y cuerdas.
38 Delante del santuario, a oriente, delante de la tienda del encuen-
tro, a levante, acampaban Moisés, Aarón y sus hijos, hacían la guar-
dia de los objetos sagrados, la guardia de los israelitas; al extraño
que se metía, se le mataba.
39 Censo de los levitas hecho por Moisés y Aarón, según las órdenes
del Señor, por clanes: total de varones mayores de un mes, veinti-
dós mil.
40 El Señor dijo a Moisés:
—Haz el censo de todos los primogénitos israelitas varones ma-
41 yores de un mes, registrando sus nombres; aparta para mí a los
levitas en sustitución de los primogénitos israelitas, y el ganado de
los levitas en sustitución de los primeros partos de los rebaños de
los israelitas. Yo soy el Señor.
42 Moisés hizo el censo de los primogénitos israelitas, como le había
43 mandado el Señor; el número de los primogénitos varones mayores
de un mes, contando sus nombres, fue de veintidós mil doscientos
setenta y tres.
44 El Señor dijo a Moisés:
45 —Aparta a los levitas en sustitución de los primogénitos israe-
litas y el ganado de los levitas en sustitución de los primeros par-
tos del ganado de los israelitas, y serán para mí. Yo soy el Señor.
46 Para rescatar a los doscientos setenta y tres primogénitos israelitas
47 que superan el número de los levitas, recoge cincuenta gramos por
48 cabeza (pesos del santuario: dos óbolos por gramo), y entrega el



dinero a Aarón y a sus hijos, como rescate de los que superan su
número.
49 Moisés recibió de los que superaban el número de levitas el di-
50 nero de su rescate; recibió así de los primogénitos israelitas trece
51 mil seiscientos cincuenta gramos (pesos del santuario), y entregó
el dinero del rescate a Aarón y a sus hijos, según las órdenes que
el Señor había dado a Moisés.

4 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
2 —Haced un censo de los quehatitas, aparte de los demás levitas,
3 por clanes y familias; los comprendidos entre los treinta y los cin-
cuenta años, aptos para el servicio, para que hagan las tareas de la
4 tienda del encuentro. Los quehatitas atenderán a lo sagrado en
5 la tienda del encuentro. Cuando se ponga en marcha el campamen-
to, Aarón y sus hijos entrarán, descolgarán la cortina y taparán con
6 ella el arca de la alianza, echarán encima una cubierta de piel de
marsopa, extenderán sobre ella un paño de púrpura violeta y mete-
7 rán los varales. Sobre la mesa de los panes presentados extenderán
un paño violeta, pondrán encima las fuentes, bandejas, copas y ja-
rras para la libación; encima estará el pan de la ofrenda continua.
8 Sobre ello extenderán un paño de púrpura escarlata y lo cubrirán
9 con una funda de piel de marsopa, y meterán los varales. Tomarán
un paño violeta y cubrirán el candelabro con sus lámparas, despa-
10 biladeras y ceniceros y las vasijas de aceite para alimentarlo. Lo me-
terán con todos sus utensilios en una funda de piel de marsopa y
11 meterán las varas. Sobre el altar de los sacrificios extenderán un
paño violeta, lo cubrirán con una funda de piel de marsopa y mete-
12 rán los varales. Tomarán todos los utensilios que se utilizan en el
servicio del santuario, los meterán en un paño violeta, los cubrirán
con una funda de piel de marsopa y lo pondrán sobre las varas.
13 Quitarán la ceniza del altar, extenderán sobre él un paño de lino,
14 pondrán encima todos los enseres de su servicio, ceniceros, trin-
chantes, paletas y aspersorios, todos los utensilios del altar, exten-
derán sobre ellos una cubierta de piel de marsopa y meterán los
varales.
15 »Al ponerse en marcha el campamento, Aarón y sus hijos termi-
narán de cubrir el santuario con todos sus enseres; después entra-
rán los quehatitas, para transportarlo, sin tocar las cosas santas,
pues morirían. Estos son los objetos de la tienda del encuentro que
16 han de transportar los quehatitas. Eleazar, hijo del sacerdote Aarón,
cuidará del aceite del candelabro, del incienso del sahumerio, de la
ofrenda diaria, del aceite de la unción. Cuidará además de todo el
santuario y sus enseres, objetos y utensilios sagrados».
17 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
18 —No permitáis que desaparezca de la tribu de Leví el clan de
19 los quehatitas, y para que no mueran, haced lo siguiente: cuando
tengan que acercarse a los objetos sagrados, Aarón y sus hijos entra-
20 rán y asignarán a cada uno su tarea y su carga. Pero ellos no en-
trarán a mirar los objetos sagrados ni por un momento, pues mo-
rirían.
21 El Señor dijo a Moisés:
22 —Haz también un censo de los guersonitas, por clanes y fami-

23 lias. Todos los comprendidos entre los treinta y los cincuenta años,
aptos para el servicio, para trabajar en la tienda del encuentro.
24-5 »Esta es la tarea y la carga de los guersonitas: transportarán las
lonas del santuario, la tienda del encuentro, su cubierta y la sobre-
cubierta de piel de marsopa y la antepuerta de la tienda del encuen-
26 tro; los cortinones del atrio, la cortina de la puerta del atrio que
rodea el santuario y el altar, las cuerdas y todos los utensilios de su
servicio. Y les prestarán todos los cuidados necesarios.
27 »Los guersonitas prestarán sus servicios a las órdenes de Aarón
y sus hijos, que les asignarán sus servicios de guardia y de transpor-
28 te. Estas son las tareas de los guersonitas al servicio de la tienda
del encuentro y su servicio de guardia a las órdenes de Itamar, hijo
del sacerdote Aarón.
29 »Haz también el censo de los meraritas por clanes y familias,
30 todos los comprendidos entre los treinta y los cincuenta años, aptos
para el servicio, para trabajar en la tienda del encuentro.
31 »Esto es lo que han de guardar y transportar y su tarea en la
tienda del encuentro: los tablones del santuario, las trancas, colum-
32 nas y basas; las columnas del atrio circundante con sus basas, esta-
cas y cuerdas, sus utensilios y su servicio. Les asignarás nominal-
33 mente los objetos que han de guardar y transportar. Estas son las
tareas de los meraritas en la tienda del encuentro, a las órdenes de
Itamar, hijo del sacerdote Aarón».
34 Moisés y Aarón, con los jefes de la asamblea, hicieron el censo
35 de los quehatitas por clanes y familias: todos los comprendidos
entre los treinta y los cincuenta años, aptos para el servicio, para
36 trabajar en la tienda del encuentro. Se contaron, por clanes, dos
37 mil setecientos cincuenta. Este es el censo de los clanes quehatitas
que trabajaban en la tienda del encuentro, realizado por Moisés y
Aarón por encargo del Señor.
38-9 El censo de los guersonitas, por clanes y familias, comprendidos
entre los treinta y los cincuenta años, aptos para el servicio, para
40 trabajar en la tienda del encuentro, arrojó un número, por clanes
41 y familias, de dos mil seiscientos treinta. Este es el censo de los
guersonitas que trabajaban en la tienda del encuentro, realizado por
Moisés y Aarón por encargo del Señor.
42-3 El censo de los meraritas, por clanes y familias, comprendidos
entre los treinta y los cincuenta años, aptos para el servicio, para
44 trabajar en la tienda del encuentro, arrojó un número, por clanes,
45 de tres mil doscientos. Este es el censo de los meraritas, realizado
por Moisés y Aarón por encargo del Señor.
46 Los levitas contados en el censo que hizo Moisés con Aarón y los
47 jefes israelitas, por clanes y familias, comprendidos entre los treinta
y los cincuenta años, aptos para el trabajo y el transporte de la
48 tienda del encuentro, sumaron ocho mil quinientos ochenta.
49 Moisés hizo el censo por encargo del Señor, asignando a cada
uno su tarea y su carga. Así se hizo el censo, como se lo había
mandado el Señor a Moisés.

5 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas que expulsen del campamento a los enfer-
mos de la piel, a los que padezcan de gonorrea, a los contaminados

3 con cadáveres. Sean hombres o mujeres, los expulsarán del campa-
mento, para que no se contamine el campamento, en medio del cual
habito.
4 Así lo hicieron los israelitas, expulsándolos del campamento; los
israelitas cumplieron lo que el Señor había mandado a Moisés.
5 El Señor habló a Moisés:
6 —Di a los israelitas: Cuando un hombre o una mujer cometa un
pecado contra otro hombre, ofendiendo al Señor e incurriendo en
7 reato, confesará su pecado, restituirá el perjuicio al que haya per-
8 judicado con un recargo del veinte por ciento. Si el perjudicado no
tiene pariente a quien se haga la restitución, ésta se hará al Señor
por medio del sacerdote, sin contar el carnero con el que se hace
9 la expiación del reo. El tributo sagrado que los israelitas llevan al
10 sacerdote será para él. Lo que uno da al sacerdote, será para él.

Ley de los celos

11 El Señor habló a Moisés:
12 —Di a los israelitas: Cuando a un hombre lo engaña su mujer y
13 le es infiel acostándose con otro hombre, y el marido no se entera,
y queda oculta la mancha, porque no hay testigos contra ella ni ha
14 sido sorprendida, si al marido le vienen celos de su mujer, sea que
15 ella se haya manchado o no, entonces el marido llevará su mujer
al sacerdote, con una oferta de veintidós decilitros de harina de
cebada, sin mezclar aceite ni incienso, pues es una oferta de celos
para denunciar una culpa.
16 »El sacerdote la acercará y la colocará en presencia del Señor;
17 tomará agua bendita en un cacharro de loza, echará en el agua ce-
18 niza del suelo del santuario; colocará a la mujer en presencia del
Señor, le soltará el pelo, le pondrá en las manos la ofrenda recor-
datorio de los celos, mientras el sacerdote tiene en la mano el agua
19 amarga de la maldición, y le tomará juramento en estos términos:
'Si no se ha acostado contigo un extraño, si no te has manchado
estando bajo la potestad de tu marido, que esta agua amarga de la
20 maldición no te haga daño. Pero si has engañado a tu marido, es-
tando bajo su potestad, si te has manchado acostándote con otro
21 que no sea tu marido (el sacerdote tomará juramento a la mujer,
diciéndole:) entonces que el Señor te entregue a la maldición entre
los tuyos, haciendo que se te aflojen los muslos y se te hinche el
22 vientre; entre esta agua de maldición en tus entrañas para hinchar-
te el vientre y aflojarte los muslos'. La mujer responderá: 'Amén,
amén'.
23 »El sacerdote escribirá esta maldición en un documento y lo la-
24 vará en el agua amarga. Después dará a beber a la mujer el agua
amarga de la maldición, y entrará en ella el agua amarga de la mal-
dición.
25 »El sacerdote recibirá de la mujer la ofrenda de los celos, la agi-
26 tará ritualmente ante el Señor y la llevará al altar. Tomará un pe-
27 llizco de la ofrenda como obsequio y lo quemará sobre el altar. Des-
pués dará a beber el agua a la mujer. Si ésta se ha manchado y ha
sido infiel a su marido, al entrar en ella el agua amarga de la mal-

dición, se le hinchará el vientre y se le aflojarán los muslos, y la
28 mujer será maldita entre los suyos. Si la mujer no se ha manchado,
sino que está limpia, no sufrirá daño y podrá concebir.
29 »Esta es la *ley de los celos,* para cuando una mujer, bajo la potes-
30 tad del marido, lo engaña y se mancha, o cuando a un hombre le
vienen celos de su mujer: el marido la presentará ante el Señor y
31 el sacerdote cumplirá con ella este rito. El marido queda libre de
culpa y la mujer cargará con su culpa».

Nazireato

6 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas: Cuando un hombre o una mujer quiera ha-
3 cer un voto especial al Señor, *voto de nazireato,* se abstendrá de
vino y licor, no beberá vinagres de vino ni de licor, no beberá zumo
4 de uvas ni comerá uvas frescas ni pasas. Mientras dure su voto,
no probará ningún producto de la vid, ni vino, ni granos, ni pelle-
5 jos. Mientras dure su voto de nazireato, la navaja no le tocará la
cabeza; hasta que termine el tiempo de su dedicación al Señor, está
6 consagrado y se dejará crecer el pelo. Mientras dure el tiempo de
7 su dedicación al Señor, no se acercará a ningún cadáver: ni de su
padre ni de su madre, ni de su hermano ni de su hermana; si mue-
ren, no se contaminará con ellos, porque lleva en la cabeza la dia-
8 dema de su Dios. Mientras dura su nazireato está consagrado al
Señor.
9 »Si alguien muere de repente junto a él y se contamina su cabe-
za dedicada, se afeitará la cabeza el día de la purificación, es decir,
10 el séptimo día. Al octavo llevará al sacerdote, a la puerta de la
11 tienda del encuentro, dos tórtolas o dos pichones. El sacerdote
ofrecerá uno en expiación y otro en holocausto, y expiará por el
pecado que cometió con el cadáver. Ese día consagra su cabeza y
12 dedica al Señor el tiempo de su nazireato. Ofrecerá un cordero
añal por su reato. Y el tiempo precedente no cuenta, porque había
contaminado su nazireato.
13 »*Instrucción sobre el nazireato:* Cuando concluya el tiempo de
14 su nazireato, irá a la puerta de la tienda del encuentro, llevando
como oferta al Señor un cordero añal sin defecto para el holocausto,
una cordera añal sin defecto para la expiación y un carnero sin de-
15 fecto para el sacrificio de comunión. Además, una cesta de panes
ázimos de flor de harina, tortas amasadas con aceite, obleas ázimas
untadas de aceite, con sus correspondientes ofrendas y libaciones.
16 »El sacerdote lo presentará al Señor haciendo el holocausto y el
17 sacrificio expiatorio. El carnero se lo ofrecerá al Señor en sacrificio
de comunión, con la cesta de panes ázimos; el sacerdote ofrecerá
18 también las ofrendas y libaciones. Entonces el nazireo se afeitará
la cabeza a la puerta de la tienda del encuentro, tomará el pelo de
su nazireato y lo echará en el fuego del sacrificio de comunión.
19 El sacerdote tomará la pierna cocida del carnero, una torta ázima
y una oblea ázima de la cesta, y lo pondrá en manos del nazireo
20 cuando éste se haya afeitado. Después el sacerdote lo agitará ritual-
mente ante el Señor: serán porción santa del sacerdote el pecho

agitado ritualmente y la pierna del tributo; después el nazireo
podrá beber vino.
21 »Esta es la *ley del nazireo,* la oferta que promete al Señor por
su nazireato, sin contar lo demás que pueda ofrecer. Lo que haya
prometido con voto lo cumplirá, según la ley del nazireato».

Bendición sacerdotal

22 El Señor habló a Moisés:
23 —Di a Aarón y a sus hijos: Así bendeciréis a los israelitas:
24 'El Señor te bendiga y te guarde,
25 el Señor te muestre su rostro radiante
y tenga piedad de ti,
26 el Señor te muestre su rostro
y te conceda la paz'.
27 »Así invocarán mi nombre sobre los israelitas, y yo los bende-
ciré».

Consagración del santuario: ofertas

7 Cuando Moisés terminó de instalar el santuario, lo ungió y con-
sagró con todos sus utensilios, y lo mismo el altar con sus utensi-
lios: los ungió y los consagró.
2 Los jefes israelitas, cabezas de familia, y jefes de las tribus, que
3 habían colaborado en el censo, se acercaron y presentaron sus ofer-
tas al Señor: seis carros cubiertos y doce bueyes, un carro por cada
dos jefes y un buey por cada uno. Los ofrecieron ante el santuario.
4 El Señor dijo a Moisés:
5 —Recíbeselos para el servicio de la tienda del encuentro y entré-
gaselos a los levitas, a cada uno según su tarea.
6 Moisés recibió los carros y los bueyes y se los entregó a los levi-
7 tas: dos carros y cuatro bueyes a los guersonitas, para sus tareas;
8 cuatro carros y ocho bueyes a los meraritas, para sus tareas a las
9 órdenes de Itamar, hijo del sacerdote Aarón. A los quehatitas no
les dio nada, porque éstos tenían que llevar a hombros los objetos
sagrados.
10 Además, los jefes trajeron ofertas por la dedicación del altar
cuando fue ungido; los jefes presentaron sus ofertas ante el altar.
11 El Señor dijo a Moisés:
—Cada día traerá un jefe su ofrenda por la dedicación del altar.
12 El primer día trajo su oferta Najsón, hijo de Aminadab, de la
13 tribu de Judá: una fuente de plata de mil trescientos gramos, un
aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario), los
dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
14-5 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo,
16 un carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
17 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Najsón, hijo de Aminadab.
18 El segundo día trajo su oferta Natanel, hijo de Suar, jefe de
19 Isacar: una fuente de plata de mil trescientos gramos, un aspersorio

de plata de setecientos gramos (pesos del santuario), los dos llenos
20 de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda; una bandeja
21 de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo, un carnero y
22 un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío para un sa-
23 crificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco machos ca-
bríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comunión. Esta
fue la oferta de Natanael, hijo de Suar.
24 El tercer día trajo su oferta Eliab, hijo de Jalón, jefe de la tribu
25 de Zabulón: una fuente de plata de mil trescientos gramos, un as-
persorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario), los
dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
26-7 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo, un
28 carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
29 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Eliab, hijo de Jalón.
30 El cuarto día trajo su oferta Elisur, hijo de Sedeur, jefe de la
31 tribu de Rubén: una fuente de plata de mil trescientos gramos, un
aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario), los
dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
32-3 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo, un
34 carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío para
35 un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco machos
cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comunión. Esta
fue la oferta de Elisur, hijo de Sedeur.
36 El quinto día trajo su oferta Salumiel, hijo de Surisaday, jefe de
37 la tribu de Simeón: una fuente de plata de mil trescientos gramos,
un aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario),
los dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
38-9 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo,
40 un carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
41 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Salumiel, hijo de Surisaday.
42 El sexto día trajo su oferta Eliasaf, hijo de Degüel, jefe de la
43 tribu de Gad: una fuente de plata de mil trescientos gramos, un
aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario), los
44 dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda; una
45 bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo, un
46 carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
47 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Eliasaf, hijo de Degüel.
48 El séptimo día trajo su oferta Elisamá, hijo de Amihud, jefe de
49 la tribu de Efraín: una fuente de plata de mil trescientos gramos,
un aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario),
los dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
50-1 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo,
52 un carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
53 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Elisamá, hijo de Amihud.



54 El octavo día trajo su oferta Gamaliel, hijo de Fedasur, jefe de
55 la tribu de Manasés: una fuente de plata de mil trescientos gramos,
un aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario),
los dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
56-7 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo,
58 un carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
59 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Gamaliel, hijo de Fedasur.
60 El noveno día trajo su oferta Abidán, hijo de Gedeoní, jefe de
61 la tribu de Benjamín: una fuente de plata de mil trescientos gra-
mos, un aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del san-
tuario), los dos llenos de flor de harina amasada con aceite para
62 la ofrenda; una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso;
63 un novillo, un carnero y un cordero añal para un holocausto;
64-5 un macho cabrío para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco
carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos añales para un sa-
crificio de comunión. Esta fue la oferta de Abidán, hijo de Ge-
deoní.
66 El décimo día trajo su oferta Ajiezer, hijo de Amisaday, jefe de
67 la tribu de Dan: una fuente de plata de mil trescientos gramos, un
aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario), los
dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
68-9 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo,
70 un carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
71 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Ajiezer, hijo de Amisaday.
72 El undécimo día trajo su oferta Pagiel, hijo de Ocrán, jefe de la
73 tribu de Aser: una fuente de plata de mil trescientos gramos, un
aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario), los
dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
74-5 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo,
76 un carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
77 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Pagiel, hijo de Ocrán.
78 El duodécimo día trajo su oferta Ajirá, hijo de Enán, jefe de la
79 tribu de Neftalí: una fuente de plata de mil trescientos gramos,
un aspersorio de plata de setecientos gramos (pesos del santuario),
los dos llenos de flor de harina amasada con aceite para la ofrenda;
80-1 una bandeja de oro de cien gramos llena de incienso; un novillo,
82 un carnero y un cordero añal para un holocausto; un macho cabrío
83 para un sacrificio de expiación; dos vacas, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos añales para un sacrificio de comu-
nión. Esta fue la oferta de Ajirá, hijo de Enán.
84 Esta fue la oferta de los jefes israelitas por la dedicación del
85 altar cuando fue ungido: doce fuentes de plata de mil trescientos
gramos y doce aspersorios de plata de setecientos gramos, en total
86 veinticuatro mil gramos de plata (pesos del santuario); doce bande-
jas de oro de cien gramos cada una (pesos del santuario) llenos de
87 incienso; en total, mil doscientos gramos de oro; doce novillos,

doce carneros y doce corderos añales con sus correspondientes
ofrendas para holocaustos; doce machos cabríos para sacrificios de
88 expiación; veinticuatro vacas, sesenta carneros, sesenta machos ca-
bríos y sesenta corderos añales para sacrificios de comunión. Esta
fue la oferta por la dedicación del altar cuando fue ungido.
89 Cuando Moisés entró en la tienda del encuentro para hablar con
Dios, oyó la voz que le hablaba desde la placa que cubre el arca
de la alianza, entre los querubines; desde allí le hablaba.

El candelabro

8 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a Aarón: Cuando enciendas las siete lámparas, hazlo de
modo que iluminen la parte delantera del candelabro.
3 Aarón lo hizo así. Las lámparas iluminaban la parte delantera
4 del candelabro, como el Señor se lo había mandado a Moisés. El
candelabro era de oro cincelado desde el fuste hasta las flores.
Moisés lo hizo según el modelo que el Señor le había mostrado.

Consagración de los levitas

5 El Señor dijo a Moisés:
6 —Escoge entre los israelitas a los levitas y purifícalos con el
7 siguiente rito: Los rociarás con agua expiatoria. Luego se pasarán
la navaja por todo el cuerpo, se lavarán los vestidos y se purifica-
8 rán. Después cogerán un novillo con la ofrenda correspondiente de
flor de harina amasada con aceite. Y tú cogerás otro novillo para
9 el sacrificio expiatorio. Harás que se acerquen los levitas a la tien-
da del encuentro y convocarás toda la asamblea de Israel.
10 »Puestos los levitas en presencia del Señor, los demás israelitas
11 les impondrán las manos. Aarón, en nombre de los israelitas, se los
presentará al Señor con el rito de la agitación, para desempeñar las
tareas del Señor.
12 »Los levitas pondrán las manos sobre la cabeza de los novillos,
y tú los ofrecerás para expiar por los levitas: uno en sacrificio ex-
13 piatorio, el otro en holocausto. Colocarás a los levitas ante Aarón
y sus hijos para que se los presente al Señor con el rito de la agi-
14 tación. Así separarás a los levitas de los demás israelitas, y serán
míos.
15 »Acabadas las ceremonias, purificados y ofrecidos con el rito de
la agitación, los levitas entrarán a servir en la tienda del encuentro.
16 Son donados míos, que me han dado los israelitas a cambio de sus
17 primogénitos, y yo me los reservo. Todos los primogénitos israelitas,
de hombres y animales, me pertenecen: me los consagré cuando di
18 muerte a los primogénitos egipcios. Por eso me reservo los levitas
19 a cambio de los primogénitos israelitas y se los cedo a Aarón y a
sus hijos, como donados de parte de los israelitas. Ellos prestarán
sus servicios en lugar de los israelitas en la tienda del encuentro;
además expiarán por los israelitas, para que si éstos se meten en la
zona sagrada, no sufran una desgracia».

20 Así lo hicieron Moisés, Aarón y toda la comunidad israelita;
todo lo que el Señor había mandado a Moisés acerca de los levitas
lo cumplieron.
21 Los levitas se purificaron de sus pecados, lavaron sus vestidos.
Aarón se los ofreció al Señor con el rito de la agitación y expió por
22 ellos para purificarlos. Acabadas las ceremonias, entraron a servir
en la tienda del encuentro, en presencia de Aarón y sus hijos. Así
se cumplió todo lo que el Señor había mandado a Moisés acerca
de los levitas.
23 El Señor dijo a Moisés:
24 —Los levitas harán los trabajos de la tienda del encuentro, de
25 veinticinco años para arriba. A los cincuenta años serán dados de
26 baja y no servirán más. Ayudarán a sus hermanos haciendo guardia
en la tienda del encuentro, pero no trabajarán. Así asignarás el
servicio de guardia a los levitas.

La pascua

9 A los dos años de salir los israelitas de Egipto, el mes primero,
el Señor dijo a Moisés en el desierto de Sinaí:
2-3 —Los israelitas celebrarán la pascua en su fecha: el día catorce
del primer mes, al atardecer, la celebrarán con todos sus ritos y
ceremonias.
4-5 Moisés mandó a los israelitas celebrar la pascua, y ellos la cele-
braron el catorce del mes primero, al atardecer, en el desierto de
Sinaí. Así cumplieron lo que el Señor había mandado a Moisés.
6 Había unos que estaban contaminados por haber tocado un ca-
dáver y no pudieron celebrar la pascua en su día. Se presentaron el
7 mismo día a Moisés y a Aarón, y les dijeron:
—Estamos contaminados por haber tocado un cadáver. ¿Por qué
no nos dejas traer nuestra oferta al Señor el día señalado, con los
demás israelitas?
8 Respondió Moisés:
—Esperad hasta que conozca lo que dispone el Señor.
9 El Señor habló a Moisés:
10 —Di a los israelitas: Si uno de vosotros o de vuestros descendien-
11 tes está contaminado por un cadáver o se encuentra de viaje, cele-
brará la pascua del Señor el catorce del segundo mes, al atardecer.
12 La comerá con panes ázimos y hierbas amargas; no dejará nada para
el día siguiente ni le romperá ningún hueso. La celebrará según el
13 ritual de la pascua. Pero el que estando puro y no encontrándose de
viaje deje de celebrarla, será excluido de su pueblo. Cargará con la
14 culpa de no haber llevado al Señor la ofrenda en su día. El emigran-
te que resida entre vosotros celebrará la pascua del Señor siguiendo
el ritual y ceremonial. El mismo ritual vale para el indígena y para
el emigrante.

La nube

15 Cuando montaban la tienda, la nube cubría el santuario sobre la
tienda de la alianza, y desde el atardecer al amanecer se veía sobre

16 el santuario una especie de fuego. Así sucedía siempre: la nube lo
17 cubría y de noche se veía una especie de fuego. Cuando se levanta-
ba la nube sobre la tienda, los israelitas se ponían en marcha.
18 Y donde se detenía la nube, acampaban. A la orden del Señor se
ponían en marcha y a la orden del Señor acampaban. Mientras esta-
19 ba la nube sobre el santuario, acampaban. Y si se quedaba muchos
días sobre el santuario, los israelitas, respetando la prohibición del
20 Señor, no se ponían en marcha. A veces la nube se quedaba pocos
días sobre el santuario; entonces, a la orden del Señor, acampaban,
21 y a la orden del Señor se ponían en marcha. Otras veces se quedaba
desde el atardecer hasta el amanecer, y cuando al amanecer se le-
vantaba, se ponían en marcha. O se quedaba un día y una noche,
22 y cuando se levantaba, se ponían en marcha. A veces se quedaba
sobre el santuario dos días o un mes o más tiempo aún; durante
este tiempo los israelitas seguían acampados sin ponerse en marcha.
23 Sólo cuando se levantaba se ponían en marcha. A la orden del Se-
ñor acampaban y a la orden del Señor se ponían en marcha. Respe-
taban la orden del Señor comunicada por Moisés.

Las trompetas

10 El Señor dijo a Moisés:
2 —Haz dos trompetas de plata labrada para convocar a la comu-
3 nidad y poner en marcha el campamento. Al toque de las dos trom-
petas se reunirá contigo toda la comunidad a la entrada de la tien-
4 da del encuentro. Al toque de una sola, se reunirán contigo los jefes
5 de clanes. Al primer toque agudo se pondrán en movimiento
6 los que acampan al este. Al segundo, los que acampan al sur. Se
7 les dará un toque para que se pongan en marcha. Para convocar a la
asamblea se dará un toque, pero no agudo.
8 »Se encargarán de tocar las trompetas los sacerdotes aaronitas.
9 Es ley perpetua para vuestras generaciones. Cuando en vuestro te-
rritorio salgáis a luchar contra el enemigo que os oprima, tocaréis
a zafarrancho. Y el Señor, vuestro Dios, se acordará de vosotros y
10 os salvará de vuestros enemigos. También los días de fiesta, festi-
vidades y principios de mes tocaréis las trompetas anunciando los
holocaustos y sacrificios de comunión. Y vuestro Dios se acordará
de vosotros. Yo soy el Señor, vuestro Dios».

DE SINAI A CADES

Partida

11 El segundo año, el veinte del segundo mes, se levantó la nube
12 sobre el santuario de la alianza, y los israelitas emprendieron la
marcha desde el desierto de Sinaí. La nube se detuvo en el desierto
13 de Farán. A la orden del Señor dada por Moisés emprendieron la
marcha.
14 El primero en hacerlo fue el banderín de Judá, por escuadrones,
15 a las órdenes de Najsón, hijo de Aminadab. Iba acompañado del
escuadrón de la tribu de Isacar, mandado por Natanel, hijo de
16 Suar, y del escuadrón de la tribu de Zabulón, mandado por Eliab,
hijo de Jalón.
17 Desmontado el santuario, los guersonitas y meraritas, encargados
de su transporte, se pusieron también en marcha.
18 A continuación lo hizo el banderín de Rubén, por escuadrones,
19 a las órdenes de Elisur, hijo de Sedeur. Iba acompañado del escua-
drón de la tribu de Simeón, mandado por Salumiel, hijo de Suri-
20 saday, y del escuadrón de la tribu de Gad, mandado por Eliasaf,
hijo de Degüel.
21 Seguían los quehatitas, encargados de transportar lo sagrado.
Y antes de que llegasen ellos, les montaban el santuario.
22 A continuación, el banderín de Efraín, por escuadrones, a las
23 órdenes de Elisamá —hijo de Amihud—, acompañado del escua-
drón de la tribu de Manasés, mandado por Gamaliel, hijo de Fe-
24 dasur, y del escuadrón de la tribu de Benjamín, mandado poı
Abidán, hijo de Gedeoní.
25 Por último, y cerrando filas, partió el banderín de Dan, por es-
26 cuadrones, mandado por Ajiezer —hijo de Amisaday—, acompaña-
do del escuadrón de la tribu de Aser, mandado por Pagiel, hijo de
27 Ocrán, y del escuadrón de la tribu de Neftalí, mandado por Ajirá,
hijo de Enán.
28 Este era el orden de marcha por escuadrones de los israelitas
cuando emprendieron la marcha.
29 Moisés dijo a su suegro, Jobab, hijo de Regüel, el madianita:
—Vamos a marchar al sitio que el Señor ha prometido darnos.
Ven con nosotros, que te trataremos bien, porque el Señor ha pro-
metido bienes a Israel.
30 Le contestó:
—No voy. Prefiero volver a mi país natal.
31 Insistió Moisés:
—No nos dejes, porque conoces este desierto y los lugares don-
32 de acampar. Debes ser nuestro guía. Si vienes con nosotros te ha-
remos compartir los bienes que el Señor nos conceda y te tratare-
mos bien.
33 Partieron del monte del Señor y anduvieron por espacio de tres
días. Durante todo el tiempo el arca de la alianza del Señor mar-
chaba al frente de ellos, buscándoles un lugar donde descansar.
34 Desde que se pusieron en marcha, la nube del Señor iba sobre ellos.
35 Cuando el arca se ponía en marcha, Moisés decía:

«¡Levántate, Señor!
Que se dispersen tus enemigos,
huyan de tu presencia los que te odian».
36 Y cuando se detenía el arca, decía:
«Descansa, Señor,
entre las multitudes de Israel».

Incendio

11 El pueblo se quejaba al Señor de sus desgracias. Al oírlo él, se
encendió su ira, estalló contra ellos el fuego del Señor y empezó a
2 abrasar el extremo del campamento. El pueblo gritó a Moisés; éste
3 rezó al Señor por ellos, y el incendio se apagó. Y llamaron a aquel
lugar Estallido, porque allí había estallado contra ellos el fuego del
Señor.

Quejas del pueblo

4 La masa que iba con ellos estaba hambrienta, y los israelitas se
pusieron a llorar con ellos, diciendo:
5 —¡Quién nos diera carne! Cómo nos acordamos del pescado que
comíamos de balde en Egipto, y de los pepinos, y melones, y pue-
6 rros, y cebollas, y ajos. Pero ahora se nos quita el apetito de no ver
7 más que maná. (El maná se parecía a semilla de coriandro, con
8 color de bedelio; el pueblo se dispersaba a recogerlo, lo molían en
el molino o lo machacaban en el almirez, lo cocían en la olla y
9 hacían con ello hogazas que sabían a pan de aceite. Por la noche
caía el rocío en el campamento y encima de él el maná).

Quejas de Moisés

10 Moisés oyó cómo el pueblo, familia por familia, lloraba, cada
uno a la entrada de su tienda, provocando la ira del Señor, y dis-
11 gustado dijo al Señor:
—¿Por qué tratas mal a tu siervo y no le concedes tu favor, sino
12 que le haces cargar con todo este pueblo? ¿He concebido yo a todo
este pueblo o lo he dado a luz para que me digas: Coge en brazos
a este pueblo, como una nodriza a la criatura, y llévalo a la tierra
13 que prometí a sus padres? ¿De dónde sacaré carne para repartirla
a todo el pueblo? Vienen a mí llorando: Danos de comer carne.
14 Yo solo no puedo cargar con todo este pueblo, pues supera mis
15 fuerzas. Si me vas a tratar así, más vale que me hagas morir; con-
cédeme este favor, y no tendré que pasar tales penas.

Anuncio y cumplimiento

16 El Señor respondió a Moisés:
—Tráeme setenta dirigentes que te conste que dirigen y gobier-
nan al pueblo, llévalos a la tienda del encuentro y que esperen allí

17 contigo. Yo bajaré y hablaré allí contigo. Apartaré una parte del
espíritu que posees y se lo pasaré a ellos, para que se repartan con-
tigo la carga del pueblo y no la tengas que llevar tú solo.
18 »Al pueblo le dirás: Purificaos para mañana, pues comeréis car-
ne. Habéis llorado pidiendo al Señor: '¡Quién nos diera carne! Nos
19 iba mejor en Egipto'. El Señor os dará de comer carne. No un día,
20 ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte, sino un mes entero, hasta que
os produzca náusea y la vomitéis. Porque habéis rechazado al Señor,
que va en medio de vosotros, y habéis llorado ante él diciendo:
'¿Por qué salimos de Egipto?'».
21 Replicó Moisés:
—El pueblo que va conmigo cuenta seiscientos mil de a pie, y
22 tú dices que les darás carne para que coman un mes entero. Aunque
matemos las vacas y las ovejas, no les bastará, y aunque reuniera
todos los peces del mar, no les bastaría.
23 El Señor dijo a Moisés:
—¿Tan mezquina es la mano de Dios? Ahora verás si se cumple
mi palabra o no.
24 Moisés salió y comunicó al pueblo las palabras del Señor. Des-
pués reunió a los setenta dirigentes del pueblo y los colocó alrede-
25 dor de la tienda. El Señor bajó en la nube, habló con él, y apartan-
do parte del espíritu que poseía, se lo pasó a los setenta dirigentes
del pueblo. Al posarse sobre ellos el espíritu, se pusieron a profe-
tizar, una sola vez.

Eldad y Medad

26 Habían quedado en el campamento dos del grupo, llamados El-
dad y Medad. Aunque estaban en la lista, no habían acudido a la
tienda. Pero el espíritu se posó sobre ellos, y se pusieron a profe-
27 tizar en el campamento. Un muchacho corrió a contárselo a Moisés:
—Eldad y Medad están profetizando en el campamento.
28 Josué, hijo de Nun, ayudante de Moisés desde joven, intervino:
—Prohíbeselo tú, Moisés.
29 Moisés le respondió:
—¿Estás celoso de mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera
profeta y recibiera el espíritu del Señor!
30 Moisés volvió al campamento con los dirigentes israelitas.

Tumbas de Avidez

31 El Señor levantó un viento del mar, que trajo bandadas de co-
dornices y las arrojó junto al campamento, aleteando a un metro
32 del suelo en un radio de una jornada de camino. El pueblo se pasó
todo el día, la noche y el día siguiente recogiendo codornices, y el
que menos, recogió diez cargas, y las tendían alrededor del cam-
pamento.
33 Con la carne aún entre los dientes, antes que se acabase, la ira
del Señor hirvió contra ellos y los hirió con una grave mortandad.
34 El lugar se llamó Tumbas de Avidez, porque allí enterró el pueblo
a las víctimas de su avidez.
35 Desde allí se marcharon a Corrales, donde se quedaron.

Moisés y sus hermanos

12 María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita
2 que había tomado por esposa. Dijeron:
—¿Ha hablado el Señor sólo a Moisés? ¿No nos ha hablado
también a nosotros?
El Señor lo oyó.
3 Moisés era el hombre más sufrido del mundo.
4 El Señor habló de repente a Moisés, Aarón y María:
—Salid los tres hacia la tienda del encuentro.
Y los tres salieron.
5 El Señor bajó en la columna de nube y se colocó a la entrada de
la tienda, y llamó a Aarón y María. Ellos se adelantaron y el Señor
6 les dijo:
—Escuchad mis palabras: Cuando hay entre vosotros un profeta
del Señor, me doy a conocer a él en visión y le hablo en sueños;
7-8 no así a mi siervo Moisés, el más fiel de todos mis siervos. A él le
hablo cara a cara; en presencia y no adivinando contempla la fi-
gura del Señor. ¿Cómo os habéis atrevido a hablar contra mi siervo
Moisés?
9 La ira del Señor se encendió contra ellos, y el Señor se marchó.
10 Al apartarse la nube de la tienda, María tenía toda la piel desco-
lorida, como nieve. Aarón se volvió y la vio con toda la piel des-
colorida.
11 Entonces Aarón dijo a Moisés:
—Perdón; no nos exijas cuentas del pecado que hemos cometido
12 insensatamente. No dejes a María como un aborto que sale del
vientre, con la mitad de la carne comida.
13 Moisés suplicó al Señor:
—Por favor, cúrala.
14 El Señor respondió:
—Si su padre le hubiera escupido en la cara, habría quedado
infamada siete días. Confinadla siete días fuera del campamento
y al séptimo se incorporará de nuevo.
15 La confinaron siete días fuera del campamento, y el pueblo no
16 se puso en marcha hasta que María se incorporó a ellos. Después
marcharon de Corrales y acamparon en el desierto de Farán.

Los exploradores

13 El Señor dijo a Moisés:
2 —Envía gente a explorar el país de Canaán, que yo voy a entre-
gar a los israelitas; envía uno de cada tribu, y que todos sean jefes.
3 Moisés los envió desde el desierto de Farán, según la orden del
Señor; todos eran jefes de los israelitas.
4 Sus nombres eran los siguientes: De la tribu de Rubén, Samúa,
5-6 hijo de Zacur; de la tribu de Simeón, Safat, hijo de Horí; de la
7 tribu de Judá, Caleb, hijo de Jefoné; de la tribu de Isacar, Yigal,
8-9 hijo de José; de la tribu de Efraín, Hosea, hijo de Nun; de la tribu
10 de Benjamín, Paltí, hijo de Rafú; de la tribu de Zabulón, Gadiel,
11 hijo de Sodí; de la tribu de Manasés (hijo de José), Gadí, hijo de

12-3 Susí; de la tribu de Dan, Amiel, hijo de Gamalí; de la tribu de
14 Aser, Satur, hijo de Miguel; de la tribu de Neftalí, Najbí, hijo
15 de Vafsí; de la tribu de Gad, Guevel, hijo de Maquí.
16 Estos son los nombres de los que envió Moisés a explorar el país;
a Hosea, hijo de Nun, le cambió el nombre en Josué.
17 Moisés los envió a explorar el país de Canaán, diciéndoles:
18 —Subid por este desierto hasta llegar a la montaña. Observad
cómo es el país y sus habitantes, si son fuertes o débiles, escasos o
19 numerosos; cómo es la tierra, buena o mala; cómo son las ciudades
20 que habitan, de tiendas o amuralladas; cómo es la tierra, fértil o es-
téril, con vegetación o sin ella. Sed valientes y traednos frutos del
país.
(Era la estación en que maduran las primeras uvas).
21 Subieron ellos y exploraron el país desde El Espino hasta Plaza,
22 junto a la Entrada de Jamat. Subieron por el desierto y llegaron
hasta Hebrón, donde vivían Ajimán, Sesay y Tolmay, hijos de Anac.
Hebrón había sido fundada siete años antes que Soán de Egipto.
23 Llegados a Torrente del Racimo, cortaron un ramo con un solo ra-
cimo de uvas, lo colgaron en una vara y lo llevaron entre dos. Tam-
bién cortaron granadas e higos.
24 Ese lugar se llama Torrente del Racimo, por el racimo que cor-
taron allí los israelitas.

Informe

25-6 Al cabo de cuarenta días volvieron de explorar el país, y se pre-
sentaron a Moisés, a Aarón y a toda la comunidad israelita, en el
desierto de Farán, en Cades. Les presentaron el informe a ellos, a
27 toda la comunidad israelita, y les enseñaron los frutos del país. Y les
contaron:
—Hemos entrado en el país adonde nos enviaste; es una tierra
28 que mana leche y miel; aquí tenéis sus frutos. Pero el pueblo que
habita el país es poderoso, tienen grandes ciudades fortificadas (he-
29 mos visto allí a los hijos de Anac). En la zona del desierto habitan
los amalecitas; los heteos, jebuseos y amorreos viven en la monta-
ña; los cananeos, junto al mar y junto al Jordán.
30 Caleb hizo callar al pueblo ante Moisés, y dijo:
—Tenemos que subir y apoderarnos de ella, porque podremos
con ella.
31 Pero los que habían subido con él replicaron:
—No podemos atacar al pueblo, porque es más fuerte que nos-
otros.
32 Y desacreditaban la tierra que habían explorado delante de los
israelitas:
—La tierra que hemos cruzado y explorado es una tierra que de-
33 vora a sus habitantes; el pueblo que hemos visto en ella es de gran
estatura. Hemos visto allí nefileos [a], hijos de Anac: parecíamos sal-
tamontes a su lado, y así nos veían ellos.

a o, gigantes.

Motín

14 Entonces toda la comunidad empezó a dar gritos, y el pueblo
2 lloró toda la noche. Los israelitas protestaban contra Moisés y
Aarón, y toda la comunidad les decía:
—¡Ojalá muriéramos en Egipto o en este desierto, ojalá murié-
3 ramos! ¿Por qué nos ha traído el Señor a esta tierra, para que cai-
gamos a espada y nuestras mujeres e hijos caigan cautivos? ¿No es
mejor volvernos a Egipto?
4 Y se decían unos a otros:
—Nombraremos un jefe y volveremos a Egipto.
5 Moisés y Aarón se echaron rostro en tierra ante toda la comuni-
6 dad israelita. Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefoné, dos de los
7 exploradores, se rasgaron los vestidos y dijeron a la comunidad is-
raelita:
—La tierra que hemos recorrido en exploración es una tierra
8 excelente. Si el Señor nos aprecia, nos hará entrar en ella y nos la
9 dará: es una tierra que mana leche y miel. Pero no os rebeléis con-
tra el Señor ni temáis al pueblo del país, pues nos los comeremos.
Su sombra protectora se ha apartado de ellos, mientras que el Se-
ñor está con nosotros. ¡No los temáis!
10 Pero la comunidad entera hablaba de apedrearlos, cuando la glo-
ria del Señor apareció en la tienda del encuentro ante todos los
israelitas.

Intercesión
(Ex 32,7-14)

11 El Señor dijo a Moisés:
—¿Hasta cuándo me despreciará este pueblo? ¿Hasta cuándo no
12 me creerán con todos los signos que he hecho entre ellos? Voy a
herirlo de peste y a desheredarlo. De ti sacaré un pueblo grande,
más numeroso que ellos.
13 Moisés replicó al Señor:
—Se enterarán los egipcios, pues de en medio de ellos sacaste tú
14 a este pueblo con tu fuerza, y se lo dirán a los habitantes de esta
tierra. Han oído que tú, Señor, estás en medio de este pueblo; que
tú, Señor, te dejas ver cara a cara; que tu nube está sobre ellos, y tú
caminas delante en columna de nube de día y en columna de fuego
15 de noche. Si ahora das muerte a este pueblo como a un solo hom-
16 bre, oirán la noticia las naciones y dirán: «El Señor no ha podido
llevar a este pueblo a la tierra que les había prometido; por eso los
17 ha matado en el desierto». Por tanto, muestra tu gran fuerza, como
18 lo has prometido. Señor, paciente y misericordioso, que perdonas
la culpa y el delito, pero no dejas impune; que castigas la culpa de
19 los padres en los hijos, nietos y bisnietos, perdona la culpa de este
pueblo por tu gran misericordia, ya que lo has traído desde Egipto
hasta aquí.

Perdón y castigo

20 El Señor respondió:
21 —Perdono, como me lo pides. Pero ¡por mi vida y por la gloria

22 del Señor que llena la tierra!, todos los hombres que vieron mi glo-
ria y los signos que hice en Egipto y en el desierto, y me han puesto
23 a prueba, ya van diez veces, y no me han obedecido, no verán la
tierra que prometí a sus padres, y los que me han despreciado tam-
24 poco la verán. Pero a mi siervo Caleb, que tiene otro espíritu y me
fue enteramente fiel, lo haré entrar en la tierra que ha visitado, y
25 sus descendientes la poseerán. (Amalecitas y cananeos habitan en
el valle). Mañana os dirigiréis al desierto, camino del Mar Rojo.
26 El Señor añadió a Moisés y Aarón:
27 —¿Hasta cuándo seguirá esta comunidad malvada protestando
28 contra mí? He oído a los israelitas protestar contra mí. Pues diles:
¡Por mi vida!, oráculo del Señor, que os haré lo que me habéis
29 dicho en la cara; en este desierto caerán vuestros cadáveres, y de
todo vuestro censo, contando de veinte años para arriba, los que
30 protestasteis contra mí, no entraréis en la tierra donde juré que os
establecería. Sólo exceptúo a Josué, hijo de Nun, y a Caleb, hijo
de Jefoné.
31 »A vuestros niños, de quienes dijisteis que caerían cautivos, los
haré entrar para que conozcan la tierra que vosotros habéis despre-
32 ciado. Mientras que vuestros cadáveres caerán en este desierto.
33 Vuestros hijos serán pastores en el desierto durante cuarenta años
y cargarán con vuestra infidelidad, hasta que se consuman vuestros
34 cadáveres en el desierto. Contando los días que explorasteis la tie-
rra, cuarenta días, cargaréis con vuestra culpa un año por cada día,
35 cuarenta años. Para que sepáis lo que es desobedecerme. Yo, el
Señor, juro que trataré así a esa comunidad perversa que se ha amo-
tinado contra mí: en este desierto se consumirán y en él morirán».
36 En cuanto a los hombres que envió Moisés a explorar la tierra y
volvieron e incitaron contra él a toda la comunidad, desacreditando
37 la tierra, los hombres que desacreditaron la tierra murieron fulmi-
38 nados ante el Señor. Sólo Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Je-
foné, quedaron con vida de todos los que habían explorado la tierra.
39 Moisés comunicó estas palabras a todos los israelitas, y el pueblo
hizo gran duelo.

Derrota

40 A la mañana siguiente se levantaron y subieron a la cima del
monte, diciendo:
—Subiremos al sitio que el Señor nos dijo. Hemos pecado.
41 Moisés contestó:
42 —¿Por qué quebrantáis el mandato del Señor? Fracasaréis. No
subáis, porque el Señor no está con vosotros y os derrotará el ene-
43 migo. Pues los amalecitas y los cananeos os harán frente, y caeréis
a espada. Os habéis apartado del Señor, y por eso el Señor no está
con vosotros.
44 Pero ellos se empeñaron en subir a la cima del monte, mientras
45 el arca y Moisés no se movían del campamento. Los amalecitas y
cananeos que habitaban en la montaña bajaron y los derrotaron y
desbarataron hasta Exterminio.

Ofrendas y libaciones
(Lv 2,1-10; 4)

15 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a los israelitas: Cuando entréis en la tierra que yo os voy
3 a dar para que la habitéis y hagáis una oblación al Señor, de gana-
do mayor o menor —sea holocausto o sacrificio de comunión vo-
luntario o en cumplimiento de un voto o con ocasión de una fiesta,
4 oblación de aroma que aplaca al Señor—, el que haga la oferta
hará una ofrenda de veintidós decilitros de flor de harina amasada
con un litro de aceite, y añadirá al holocausto o sacrificio de comu-
5-6 nión una libación de un litro de vino por cada cordero. Si se trata
de un carnero, añadirás una ofrenda de cuarenta y cuatro decilitros
de flor de harina amasada con doce decilitros y medio de aceite
7 y una libación de doce decilitros y medio de vino, aroma que apla-
ca al Señor.
8 »Si el holocausto o sacrificio de comunión —en cumplimiento de
9 un voto o en acción de gracias al Señor— es de un novillo, añadirás
una ofrenda de sesenta y seis decilitros de flor de harina amasada
10 con dos litros de aceite y una libación de dos litros de vino, obla-
ción de aroma que aplaca al Señor.
11 »Esto es lo que hay que ofrecer con un toro, un carnero, una
12 oveja o una cabra. Aplicaréis siempre esta proporción.
13 »Los indígenas procederán así cuando ofrezcan una oblación de
14 aroma que aplaca al Señor. Si en el futuro un emigrante que viva
o se encuentre entre vosotros quiere ofrecer una oblación de aroma
15 que aplaca al Señor, hará lo mismo que vosotros. El mismo rito ob-
servaréis vosotros y el emigrante residente entre vosotros. Es ley
perpetua para todas vuestras generaciones. Ante el Señor el emi-
16 grante es igual que vosotros. El mismo ritual y ceremonial obser-
varéis vosotros y el emigrante residente entre vosotros».
17 El Señor habló a Moisés:
18 —Di a los israelitas: Cuando entréis en la tierra a la que os llevo
19-20 y comáis su pan, ofreceréis en tributo al Señor, de la primera harina,
21 una rosca como tributo de la era. Por todas vuestras generaciones
daréis al Señor un tributo de vuestra primera harina.
22 »Cuando por *inadvertencia* descuidéis alguno de estos preceptos
23 que el Señor ha dado a Moisés, es decir, lo que el Señor os ha man-
dado por medio de Moisés, desde el día de su promulgación y en
24 adelante por todas vuestras generaciones; si es toda la comunidad
la que ha faltado por inadvertencia, ofrecerá en holocausto, aroma
que aplaca al Señor, un novillo con su ofrenda y su libación según
el ceremonial y un macho cabrío en sacrificio expiatorio.
25 »El sacerdote expiará por toda la comunidad israelita y quedará
perdonada, porque se trataba de una inadvertencia, y por ella han
26 ofrecido la oblación y la víctima expiatoria al Señor. Quedará per-
donada toda la comunidad israelita y también el emigrante que
reside entre ellos, porque de todo el pueblo fue la inadvertencia.
27 »Si es uno solo el que ha pecado por inadvertencia, ofrecerá un
28 cabrito añal en sacrificio expiatorio. El sacerdote expiará por él en
29 presencia del Señor, y quedará perdonado. La misma norma vale
para el indígena israelita y para el emigrante residente entre ellos

30 en casos de inadvertencia. Pero el indígena o emigrante que a con-
31 ciencia provoque al Señor, será excluido de su pueblo. Por haber
menospreciado la palabra del Señor y haber quebrantado sus pre-
ceptos, será excluido. Cargará con su culpa».

Violación del sábado

32 Estando los israelitas en el desierto, sorprendieron a un hombre
33 cortando leña en sábado. Se lo llevaron a Moisés, a Aarón y a toda
34 la comunidad. Lo arrestaron mientras se decidía lo que había que
hacer con él.
35 El Señor dijo a Moisés:
—Ese hombre es reo de muerte. Que toda la comunidad lo ape-
dree fuera del campamento.
36 La comunidad lo sacó fuera del campamento y lo apedrearon
hasta matarlo, como el Señor había mandado a Moisés.
37 El Señor habló a Moisés:
38 —Di a los israelitas: Haceos *borlas* y cosedlas con hilo violeta
39 a la franja de vuestros vestidos. Cuando las veáis, os recordarán los
mandamientos del Señor y os ayudarán a cumplirlos sin ceder a los
40 caprichos del corazón y de los ojos, que os suelen seducir. Así re-
cordaréis y cumpliréis todos mis mandatos y viviréis consagrados
41 a vuestro Dios. Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os sacó de Egip-
to para ser vuestro Dios. Yo soy el Señor, vuestro Dios.

Motín de Córaj, Datán y Abirán

16 Córaj, hijo de Yishar, hijo de Quehat, levita; Datán y Abirán,
2 hijos de Eliab, y On, hijo de Pélet, rubenitas, se rebelaron contra
Moisés, y con ellos doscientos cincuenta hombres, jefes de la asam-
3 blea, escogidos para su cargo y de buena reputación. Se amotinaron
contra Moisés y Aarón, diciendo:
—Ya está bien. Toda la comunidad es sagrada y en medio de
ella está el Señor, ¿por qué os ponéis encima de la asamblea del
Señor?
4-5 Moisés, al oírlo, se echó por tierra y dijo a Córaj y a sus secuaces:
—Mañana hará saber el Señor quién le pertenece: al consagrado
6 lo hará acercarse, al escogido lo hará acercarse. Haced, pues, lo si-
7 guiente: Córaj y todos sus secuaces, coged los incensarios, poned en
ellos fuego y echad incienso mañana. El hombre que el Señor escoja
le está consagrado. Ya está bien, levitas.
8 Moisés dijo a Córaj:
9 —Escuchadme, levitas: ¿todavía os parece poco? El Dios de Is-
rael os ha apartado de la asamblea de Israel para que estéis cerca
de él, prestéis servicio en su templo y estéis a disposición de la
10 asamblea para servirle. A ti y a tus hermanos levitas se os ha acer-
11 cado. ¿Por qué reclamáis también el sacerdocio? Tú y tus secuaces
os habéis rebelado contra el Señor, pues ¿quién es Aarón para que
protestéis contra él?
12 Moisés mandó llamar a Datán y a Abirán, hijos de Eliab, los cua-
les dijeron:

13 —No acudimos. ¿No te basta con habernos sacado de una tierra
que mana leche y miel para darnos muerte en el desierto, para que
14 encima pretendas ser nuestro jefe? No nos has llevado a una tierra
que mana leche y miel, ni nos has dado en heredad campos, ni
viñas, ¿y quieres sacarle los ojos a esta gente? No acudimos.
15 Moisés se enfureció y dijo al Señor:
—No aceptes sus ofrendas. Ni un asno he recibido de ellos ni he
hecho mal a ninguno.
16 Después dijo a Córaj:
—Mañana, tú y tus secuaces os presentaréis al Señor, y también
17 Aarón con ellos. Que cada uno coja su incensario, eche incienso y
lo ofrezca al Señor. Cada uno de los doscientos cincuenta su incen-
sario, y tú y Aarón el vuestro.
18 Cogió, pues, cada uno su incensario, puso fuego, echó incienso
y se colocaron a la entrada de la tienda del encuentro con Moisés
19 y Aarón. También Córaj reunió a sus secuaces a la entrada de la
tienda del encuentro.
20 La gloria del Señor se mostró a todos los reunidos, y el Señor
dijo a Moisés y a Aarón:
21 —Apartaos de ese grupo, que los voy a consumir al instante.

Intercesión y castigo

22 Ellos cayeron rostro a tierra y oraron: «Dios, Dios de los espí-
ritus de todos los vivientes, uno solo ha pecado, ¿y vas a irritarte
contra todos?».
23 El Señor respondió a Moisés:
24 —Di a la gente que se aparte de las tiendas de Córaj, Datán y
Abirán.
25 Moisés se levantó y se dirigió a donde estaban Datán y Abirán,
26 y le siguieron las autoridades de Israel, y dijo a la asamblea:
—Apartaos de las tiendas de estos hombres culpables y no to-
quéis nada de lo suyo para no comprometeros con sus pecados.
27 Ellos se apartaron de las tiendas de Córaj, Datán y Abirán, mien-
tras Datán y Abirán, con sus mujeres, hijos y niños, salieron a es-
perar a la entrada de la tienda.
28 Dijo entonces Moisés:
—En esto conoceréis que es el Señor quien me ha enviado a ac-
29 tuar así y que no obro por cuenta propia. Si éstos mueren de muer-
te natural, según el destino de todos los hombres, es que el Señor
30 no me ha enviado; pero si el Señor hace un milagro, si la tierra se
abre y se los traga con los suyos, y bajan vivos al abismo, entonces
sabréis que estos hombres han despreciado al Señor.
31 Apenas había terminado de hablar, cuando el suelo se resque-
32 brajó debajo de ellos, la tierra abrió la boca y se los tragó con todas
33 sus familias, y también a la gente de Córaj con sus posesiones. Ellos
con todos los suyos bajaron vivos al abismo; la tierra los cubrió y
desaparecieron de la asamblea.
34 Al ruido, todo Israel, que estaba alrededor, echó a correr, pen-
35 sando que los tragaba la tierra. Y el Señor hizo estallar un fuego
que consumió a los doscientos cincuenta hombres que habían lle-
vado el incienso.

Prerrogativas de los aaronitas

17 El Señor habló a Moisés:
2 —Di a Eleazar, hijo de Aarón, el sacerdote, que retire del fuego
3 los incensarios y que esparza las brasas, pues son santas; con los
incensarios de esos que murieron por su pecado haced chapas, que
aplicaréis al altar, pues en ellos ofrecieron incienso al Señor y que-
daron así consagrados. Y serán un signo para los israelitas.
4 El sacerdote Eleazar tomó los incensarios de bronce que habían
ofrecido los muertos en el incendio y los transformó en chapas, que
5 aplicó al altar, como aviso a los israelitas, para que nadie que no
sea de la estirpe de Aarón se meta a ofrecer incienso al Señor. Para
que no le suceda lo que a Córaj y a su banda, como lo había anun-
ciado el Señor por medio de Moisés.
6 Al día siguiente toda la comunidad israelita protestó contra Moi-
sés y Aarón, diciendo:
—Estáis matando al pueblo del Señor.
7 Y como se formaba un motín contra Moisés y Aarón, ellos se
dirigieron a la tienda del encuentro; la nube la cubrió y apareció
8 la gloria del Señor. Moisés y Aarón entraron en la tienda del en-
9 cuentro, y el Señor les habló:
10 —Apartaos de esa comunidad, y los consumiré al instante.
11 Pero ellos se echaron rostro a tierra, y Moisés dijo a Aarón:
—Coge el incensario, pon en él brasas del altar, echa incienso y
ve aprisa a la comunidad para expiar por ella, porque ha estallado
contra ellos la cólera del Señor y ha comenzado a hacer estragos.
12 Aarón hizo lo que decía Moisés, corrió a la comunidad y encon-
tró que el pueblo había comenzado a sufrir estragos. Entonces puso
13 incienso para expiar por ellos, y colocándose entre los muertos y
14 los vivos, detuvo la mortandad. Los muertos fueron catorce mil
setecientos, sin contar los muertos en el motín de Córaj.
15 Cuando Aarón volvió a Moisés, a la tienda del encuentro, la mor-
tandad había cesado.

Prerrogativas de los levitas

16 El Señor habló a Moisés:
17 —Di a los israelitas que te traigan varas: una por cada jefe de
familia, doce en total, y que cada uno escriba en ella su nombre.
18 En la vara de Leví irá escrito el nombre de Aarón. Una vara por
19 cada cabeza de tribu. Colocadlas en la tienda del encuentro, ante
20 el documento de la alianza que he hecho con ellos. La vara del que
yo elija, florecerá. Y así acabaré con las protestas de los israelitas
contra vosotros.
21 Moisés dijo a los israelitas que le trajeran doce varas, una por
22 cada jefe de tribu, y entre ellas la vara de Aarón. Moisés depositó
23 las varas ante el Señor en la tienda de la alianza. Al día siguiente,
cuando Moisés entró en la tienda de la alianza, vio que había flore-
cido la vara de Aarón, representante de la tribu de Leví: echaba
brotes y flores, y las flores maduraban hasta hacerse almendras.
24 Moisés sacó todas las varas de la presencia del Señor y se las
llevó a los israelitas. Ellos las vieron, y cada cual recogió la suya.

25 El Señor dijo a Moisés:
—Lleva otra vez la vara de Aarón a la presencia del documento
de la alianza, para que se conserve como signo contra los rebeldes.
Cesen sus protestas contra mí, y no morirán.
26 Moisés hizo exactamente lo que le mandaba el Señor.
27 Los israelitas dijeron a Moisés:
28 —Nos morimos, nos estamos muriendo todos. El que se acerca
a la morada del Señor, muere. ¿Vamos a morirnos todos?

Aaronitas y levitas

18 El Señor dijo a Aarón:
—Tú serás responsable de los objetos sagrados, con tus hijos y
familia; tú, con tus hijos, seréis responsables de los sacerdotes.
2 A tus hermanos de la tribu de Leví, la tribu de tu padre, los trae-
rás contigo y se unirán a ti para ayudarte cuando tú y tus hijos es-
3 téis en la tienda de la alianza. Custodiarán tu zona y todo el
santuario, pero sin meterse hasta el altar y el ajuar sagrado, pues
4 morirían ellos y también vosotros. Se unirán a ti para custodiar la
tienda del encuentro y para las tareas de la tienda, y ningún extraño
5 se meterá entre vosotros. Custodiaréis el altar y los objetos sagrados,
6 y no volverá a estallar la cólera contra los israelitas. Yo mismo he
escogido a los levitas, tus hermanos, entre los israelitas: son vues-
tro don, entregado al Señor para el servicio de la tienda del encuen-
7 tro. Tú con tus hijos ejerceréis el sacerdocio: lo que toca al altar
y a lo que oculta el velo; desempeñaréis sus tareas, pues a vosotros
os he dado el sacerdocio, y al extraño que intente meterse, se le
matará.

Tributos para los sacerdotes

8 El Señor dijo a Aarón:
—Yo te doy lo que se guarda de mis *tributos*. Lo que los israe-
litas consagran te lo doy a ti y a tus hijos, como privilegio de la
unción. Es derecho perpetuo.
9 »De lo *sagrado* y de las *oblaciones* que no se queman te corres-
ponde lo siguiente: todas las ofertas, las ofrendas, los sacrificios
expiatorios y los sacrificios penitenciales que me ofrezcan. Son
10 cosa sagrada, que te corresponde a ti y a tus hijos. Comeréis lo
sagrado: todo varón lo podrá comer. Tenlo por santo.
11 »Además, te corresponde lo siguiente: la parte *reservada* de los
dones que los israelitas presentan para la agitación ritual. Os la
doy a ti, a tus hijos e hijas como derecho perpetuo. Los de tu casa
que estén puros lo podrán comer.
12 »Lo mejor del aceite, del vino y del trigo, las *primicias* que se
13 ofrecen al Señor, a ti te las doy. Las primicias de sus tierras que
ellos presentan al Señor, a ti te corresponden. Los de tu casa que
14 estén puros las podrán comer. Lo que Israel dedica a Dios, a ti te
corresponde.
15 »Todo *primogénito,* de animal o de hombre, que ellos ofrecen al
Señor, a ti te corresponde. Pero deja que rescaten los primogénitos

16 del hombre y también los de animales impuros. Los rescatarán
cuando tengan un mes, tasándolos en cincuenta gramos (pesos del
templo), dos óbolos por gramo.
17 »Los primeros partos de vaca, oveja y cabra no se rescatarán:
son cosa santa. Derramarás su sangre en torno al altar, quemarás su
18 grasa en oblación de aroma que aplaca al Señor; su carne te corres-
ponde a ti, lo mismo que el pecho agitado ritualmente y la pierna
derecha.
19 »Todos los tributos sagrados de los israelitas te los doy a ti, a tus
hijos e hijas, como derecho perpetuo: es una alianza perpetua, se-
llada con sal delante del Señor, para ti y tus descendientes».

Diezmos para los levitas

20 El Señor dijo a Aarón:
—Tú no recibirás heredad en su tierra ni tendrás una parte en
medio de ellos. Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los israe-
21 litas. Yo doy como heredad a los levitas todos los *diezmos* en pago
de los servicios que me prestan, el servicio de la tienda del encuen-
22 tro. Los israelitas no volverán a incurrir en pecado y a morir por
23 meterse en la tienda del encuentro. Los levitas desempeñarán las
tareas de la tienda del encuentro y ellos serán los responsables por
los israelitas. Es ley perpetua para vuestros descendientes, que no
24 recibirán heredad en medio de los israelitas. Porque yo les doy
como heredad a los levitas los diezmos que los israelitas reservan
para el Señor. Por eso les he dicho que no recibirán heredad en
medio de los israelitas.
25 El Señor habló a Moisés:
26 —Di a los levitas: Cuando recibáis de los israelitas los diezmos
que yo os doy como heredad, ofreceréis en tributo al Señor la déci-
27 ma parte de los diezmos. Se os computará vuestro tributo como si
28 fuese del trigo de la era o del mosto del lagar. De ese modo tam-
bién vosotros pagaréis tributo al Señor por todos los diezmos que
recibís de los israelitas. Y esa parte que reserváis para el Señor se
29 la daréis a Aarón, el sacerdote. De todos los dones que recibáis
reservaréis un tributo para el Señor. Tomad la parte consagrada
de lo mejor [a].
30 »Diles también: Después de haber apartado lo mejor, los diez-
31 mos serán para los levitas como el fruto de la era y del lagar. Podéis
comerlos en cualquier lugar con vuestras familias, porque es vues-
tro salario por el servicio que prestáis en la tienda del encuentro.
32 Si reserváis lo mejor, no cargaréis con pecado, no profanaréis lo
consagrado por los israelitas, y no moriréis».

La vaca roja

19 El Señor habló a Moisés y a Aarón:
2 —Esta es la ley que ha dado el Señor: Di a los israelitas que te
traigan una vaca roja sin tara ni defecto y que nunca haya llevado

a dudoso.

3 el yugo, y que se la entreguen al sacerdote Eleazar. El la sacará
fuera del campamento, donde la degollarán en su presencia.
4 »Eleazar untará un dedo en su sangre y salpicará siete veces ha-
5 cia la tienda del encuentro. Y mandará quemar la vaca en su pre-
sencia: se quemará la piel, la carne y la sangre con los intestinos.
6 Después el sacerdote tomará ramas de cedro, hisopo y púrpura
7 escarlata y los echará al fuego, donde arde la vaca. El sacerdote
lavará sus vestidos, se bañará y después volverá al campamento.
8 Quedará impuro hasta la tarde. El que la quemó, lavará sus vesti-
dos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde.
9 »Un hombre puro se encargará de recoger las cenizas de la vaca
y las depositará en un lugar puro fuera del campamento. La comu-
nidad israelita las conservará para preparar el agua lustral, de ex-
10 piación. El que recogió las cenizas de la vaca lavará sus vestidos y
quedará impuro hasta la tarde.

Leyes de pureza ritual

»Ley perpetua para los israelitas y para los emigrantes que viven
11 con ellos: El que toque un muerto, un cadáver humano, quedará
12 impuro por siete días. Se purificará con dicha agua al tercero y al
13 séptimo día, y quedará puro; si no lo hace, no quedará puro. El que
toque un muerto, un cadáver humano, y no se purifique, contamina
la morada del Señor y será excluido de Israel, porque el agua lus-
tral no ha corrido por su cuerpo. Sigue impuro y la impureza sigue
en él.
14 »Ley para cuando un hombre muere dentro de una tienda: El
que entre en la tienda y todo lo que hay en ella quedan impuros
15 por siete días. Todo recipiente abierto que no estaba tapado queda
16 impuro. El que toque en el campo el cadáver de un hombre apu-
ñalado o cualquier muerto o huesos humanos, o una sepultura,
quedará impuro por siete días.
17 »Para el hombre impuro tomarás un poco de ceniza de la vícti-
ma quemada y echarás agua corriente en un vaso sobre la ceniza.
18 Un hombre puro tomará un hisopo, lo mojará en el agua y rociará
la tienda, los utensilios, todas las personas que estén allí y al que
haya tocado huesos, o un cadáver, o un muerto, o una sepultura.
19 El hombre puro rociará al impuro los días tercero y séptimo. El
séptimo día quedará libre de su pecado, lavará sus vestidos, se ba-
ñará y a la tarde quedará puro.
20 »El hombre impuro que no se haya purificado será excluido de
la asamblea, por haber contaminado el santuario del Señor. El agua
lustral no ha corrido por su cuerpo: él sigue impuro.
21 »Es ley perpetua: El que ha hecho la aspersión con las aguas
lustrales lavará sus vestidos. El que toque las aguas lustrales que-
22 dará impuro hasta la tarde. Todo lo que toque el impuro quedará
impuro. La persona que toque al impuro quedará impura hasta la
tarde».

Agua de la roca
(Ex 17,1-7)

20 La comunidad entera de los israelitas llegó al desierto del Espino
el mes primero, y el pueblo se instaló en Cades. Allí murió María
2 y allí la enterraron. Faltó agua al pueblo y se amotinaron contra
3 Moisés y Aarón. El pueblo se encaró con Moisés, diciendo:
—¡Ojalá hubiéramos muerto como nuestros hermanos, delante
4 del Señor! ¿Por qué has traído a la comunidad del Señor a este
5 desierto, para que muramos en él nosotros y nuestras bestias? ¿Por
qué nos han sacado de Egipto para traernos a este sitio horrible,
que no tiene grano, ni higueras, ni viñas, ni granados, ni agua para
beber?
6 Moisés y Aarón se apartaron de la comunidad y se dirigieron a
la entrada de la tienda del encuentro, y delante de ella se echaron
7 rostro en tierra. La gloria del Señor se les apareció, y el Señor dijo
a Moisés:
8 —Coge el bastón, reúne la asamblea tú con tu hermano Aarón, y
en presencia de ellos ordenad a la roca que dé agua. Sacarás agua
de la roca para darles de beber a ellos y a sus bestias.
9 Moisés retiró la vara de la presencia del Señor, como se lo man-
10 daba; ayudado de Aarón, reunió la asamblea delante de la roca, y
les dijo:
—Escuchad, rebeldes: ¿Creéis que podemos sacaros agua de esta
roca?
11 Moisés alzó la mano y golpeó la roca con el bastón dos veces, y
brotó agua tan abundante que bebió toda la gente y las bestias.
12 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
—Por no haberme creído, por no haber reconocido mi santidad
en presencia de los israelitas, no haréis entrar a esta comunidad en
la tierra que les voy a dar.
13 (Esta es Fuente de Careo, donde los israelitas se carearon con el
Señor, y él les mostró su santidad).

Edom niega el paso

14 Desde Cades Moisés despachó mensajeros al rey de Edom con
este mensaje: «Así dice tu hermano Israel: Ya sabes todas las fa-
15 tigas que hemos pasado. Nuestros padres bajaron a Egipto, donde
vivimos muchos años; los egipcios nos maltrataron a nosotros
16 como a nuestros padres; entonces gritamos al Señor y él nos escu-
chó y envió un ángel que nos sacase de Egipto. Ahora nos encon-
17 tramos en Cades, ciudad que linda con tu territorio. Déjanos cruzar
por tu país: no atravesaremos ni campos, ni huertos, ni beberemos
agua de los pozos; seguiremos el camino real, sin desviarnos a de-
recha ni a izquierda, hasta que hayamos atravesado tu territorio».
18 El rey de Edom les contestó:
—No paséis por mi país si no queréis que os reciba con la
espada.
19 Insistieron los israelitas:
—Iremos por la calzada. Si nosotros o nuestro ganado bebemos
agua tuya, te la pagaremos sin discutir. Déjanos pasar a pie.
20 El respondió:
—No paséis.
Y les salió al encuentro con numerosa tropa en son de guerra.
21 Y como Edom se negó a dejar pasar a los israelitas por su territo-
rio, ellos dieron un rodeo.

Muerte de Aarón

22 Desde Cades toda la comunidad de Israel se dirigió al Monte
23 Hor. El Señor dijo a Moisés y a Aarón en el Monte Hor, junto a la
frontera de Edom:
24 —Aarón se va a reunir con los suyos, pues no ha de entrar en la
tierra que voy a dar a los israelitas, porque os rebelasteis contra mi
25 mandato en Fuente de Careo. Toma a Aarón y a su hijo Eleazar y
26 sube con ellos al Monte Hor; quítale los ornamentos a Aarón y
vísteselos a su hijo Eleazar, pues Aarón morirá allí.
27 Moisés cumplió lo que le mandaba el Señor, y subió con ellos
28 al Monte Hor, a la vista de toda la comunidad. Le quitó los orna-
mentos a Aarón y se los vistió a Eleazar, su hijo. Aarón murió allí,
29 en la cima del monte. Moisés y Eleazar bajaron del monte, y toda
la comunidad, toda la casa de Israel, viendo que Aarón había muer-
to, lo lloró tres días.

Exterminio

21 Cuando el rey cananeo de Arad, en el Negueb, se enteró de que
los israelitas se acercaban por el camino de Atarín, los atacó y cap-
2 turó algunos prisioneros. Entonces Israel hizo voto al Señor:
—Si entregas a este pueblo en mi poder, consagraré al extermi-
nio sus ciudades.

3 El Señor escuchó a Israel, entregó a los cananeos en su poder, y
ellos consagraron al exterminio sus ciudades. Y el lugar se llamó
Exterminio.

Serpientes

4 Desde Monte Hor se encaminaron hacia el Mar Rojo, rodeando
el territorio de Edom. El pueblo estaba extenuado del camino, y
5 habló contra Dios y contra Moisés:
—¿Por qué nos has sacado de Egipto, para morir en el desierto?
No tenemos ni pan ni agua, y nos da náusea ese pan sin cuerpo.
6 El Señor envió contra el pueblo serpientes venenosas, que los
7 mordían, y murieron muchos israelitas. Entonces el pueblo acudió
a Moisés, diciendo:
—Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti; reza al
Señor para que aparte de nosotros las serpientes.
8 Moisés rezó al Señor por el pueblo, y el Señor le respondió:
—Haz una serpiente venenosa y colócala en un estandarte: los
mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla.
9 Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandar-
te. Cuando una serpiente mordía a uno, él miraba a la serpiente
de bronce y quedaba curado.

Etapas diversas

10-1 Los israelitas siguieron y acamparon en Las Animas. De allí si-
guieron y acamparon en Ruinas de Abarín, en el desierto, que se
12 extiende al este de Moab. Desde allí siguieron y acamparon en el
13 torrente Zared. Desde allí siguieron y acamparon al otro lado del
Arnón, en el desierto, que sale del territorio de los amorreos (pues
14 el Arnón es frontera entre Moab y los amorreos). Así se dice en el
15 libro de las batallas de Señor: «Waheb en Sufá y los afluentes del
Arnón, la ladera de los torrentes que se extienden hacia la vega
de Ar y se apoyan en territorios de Moab».
16 Desde allí se trasladaron a El Pozo. Este es el pozo donde el Se-
ñor dijo a Moisés: «Reúne al pueblo y les daré agua».
17 Los israelitas cantaban esta canción:
«¡Brota, pozo! Cantadle.
18 Pozo que cavaron príncipes,
que abrieron jefes del pueblo,
con sus cetros, con sus bastones».
19 Desde allí se trasladaron a Regalada; de allí a Río de Dios; de
20 allí a Bamot. De allí, por el valle del campo de Moab, hacia la cum-
bre del Fasga, que mira hacia la estepa.

Victoria sobre Sijón

21 Los israelitas despacharon mensajeros que dijeran a Sijón, rey de
los amorreos:
22 —Déjanos atravesar por tu tierra. No nos desviaremos ni por

campo, ni por huerto, ni beberemos agua de pozo. Iremos por el
camino real hasta atravesar tu territorio.
23 Pero Sijón no permitió a Israel atravesar su territorio, sino que
reunió toda su tropa, salió contra ellos al desierto, y llegado a
24 Yahaz, atacó a Israel. Israel lo derrotó a filo de espada y se apoderó
de su territorio, desde el Arnón al Yaboc y hasta el país de los
25 amonitas (pues Yazer es la frontera con los amonitas). Israel con-
quistó todas sus ciudades y se estableció en todas las ciudades amo-
26 rreas, Jesbón y los pueblos de la comarca. Jesbón era la capital de
Sijón, rey de los amorreos. El había luchado contra el anterior rey
de Moab y le había arrebatado su tierra desde el Yaboc al Arnón.
27 Por eso canta el romance:
«Entrad en Jesbón. Que se edifique
y se restaure la capital de Sijón.
28 Fuego ha salido de Jesbón,
llamas de la Villa de Sijón:
ha devorado a Ciudad Moab,
se ha tragado los cerros del Arnón.
29 ¡Ay de ti, Moab!
Estás perdido, pueblo de Camós.
Tus hijos que sobreviven y tus hijas
son cautivos del rey amorreo Sijón.
30 Se quedan sin descendencia
desde Jesbón a Dibón».
.... [a]

Victoria sobre Og

31 Israel se estableció así en tierra amorrea.
32 Moisés despachó unos espías contra Yazer, que se apoderaron
de los pueblos de la comarca, expulsando a sus habitantes amorreos.
33 Después cambiaron de dirección y subieron por el camino de Ba-
sán. Og, rey de Basán, les salió al paso con toda su tropa, y los ata-
có en Edrey.
34 El Señor dijo a Moisés:
—No lo temas, pues lo entrego en tu poder con toda su tropa y
su tierra. Trátalo como a Sijón, rey de los amorreos, que habitaba
en Jesbón.
35 Lo derrotó a él y a toda su tropa, sin dejar uno con vida, y se
apoderó de su territorio.

Balac llama a Balaán

22 Siguieron adelante y acamparon en la estepa de Moab, al otro
2 lado del Jordán, frente a Jericó. Balac, hijo de Sipor, vio cómo
3 había tratado Israel a los amorreos, y Moab tuvo miedo de aquel
4 pueblo tan numeroso; Moab tembló ante los israelitas. Y dijo a los
senadores de Madián:

a ininteligible.

—Esa horda va a apacentarse en nuestra comarca como un buey
que pace la hierba de la pradera.
5 Balac, hijo de Sipor, era entonces rey de Moab. Y despachó co-
rreos a Balaán, hijo de Beor, que habitaba en Petor, junto al Eufra-
tes, en tierra de amonitas, para que lo llamaran, diciéndole:
—Ha salido de Egipto un pueblo que cubre la superficie de la
6 tierra, y se ha establecido frente a nosotros. Ven, por favor, a mal-
decirme a ese pueblo, que me excede en número, a ver si logro
derrotarlo y expulsarlo de la región. Pues sé que el que tú bendices
queda bendecido y el que tú maldices queda maldecido.
7 Los senadores de Moab y de Madián fueron con el precio del
conjuro a donde estaba Balaán y le transmitieron el mensaje de
8 Balac. El les dijo:
—Dormid esta noche aquí y os comunicaré lo que el Señor me
diga.
Los jefes de Moab se quedaron con Balaán.

Balaán se niega a ir

9 Dios vino a ver a Balaán y le preguntó:
—¿Quiénes son esos que están contigo?
10 Contestó Balaán:
—Me los ha enviado Balac, hijo de Sipor, rey de Moab, con este
11 mensaje: «Un pueblo ha salido de Egipto que cubre la superficie
de la tierra; ven pronto a maldecírmelos, a ver si logro pelear con
ellos y expulsarlos».
12 Dios dijo a Balaán:
—No vayas con ellos ni maldigas a ese pueblo, que es bendito.
13 Balaán se levantó a la mañana siguiente y dijo a los ministros de
Balac:
—Volved a vuestra tierra, pues el Señor no me deja ir con
vosotros.
14 Los jefes de Moab se levantaron, y llegados a casa de Balac, le
dijeron:
—Balaán se ha negado a venir con nosotros.
15 Pero Balac despachó otros jefes más numerosos e importantes
16 que los anteriores, los cuales llegaron a donde estaba Balaán y le
dijeron:
17 —Así dice Balac, hijo de Sipor: No rehúses venir a verme, pues
te haré muy rico y haré todo lo que me digas. Ven, por favor, a
maldecirme este pueblo.
18 Balaán respondió a los ministros de Balac:
—Aunque me diera su palacio lleno de oro y plata, yo no podría
19 quebrantar el mandato del Señor, mi Dios, ni poco ni mucho. Por
tanto, quedaos aquí esta noche, hasta que sepa lo que me dice el
Señor esta vez.

La burra de Balaán

20 Dios vino de noche a donde estaba Balaán y le dijo:
—Ya que esos hombres han venido a llamarte, levántate y vete
con ellos; pero harás lo que yo te diga.

21 Balaán se levantó de mañana, aparejó la borrica y se fue con los
22 jefes de Moab. Al verlo ir, se encendió la ira de Dios, y el ángel
del Señor se plantó en el camino haciéndole frente. El iba montado
23 en la borrica, acompañado de dos criados. La borrica, al ver al án-
gel del Señor plantado en el camino, con la espada desenvainada en
la mano, se desvió del camino y tiró por el campo. Pero Balaán le
dio de palos para volverla al camino.
24 El ángel del Señor se colocó en un paso estrecho, entre viñas, con
25 dos cercas a ambos lados. La borrica, al ver al ángel del Señor, se
arrimó a la cerca, pillándole la pierna a Balaán contra la tapia. El
la volvió a golpear.
26 El ángel del Señor se adelantó y se colocó en un paso angosto,
27 que no permitía desviarse ni a derecha ni a izquierda. Al ver la
borrica al ángel del Señor, se tumbó debajo de Balaán. El, enfure-
28 cido, se puso a golpearla. El Señor abrió la boca a la borrica y ésta
dijo a Balaán:
—¿Qué te he hecho para que me apalees por tercera vez?
29 Contestó Balaán:
—Que te burlas de mí. Si tuviera a mano un puñal, ahora mismo
te mataría.
30 Dijo la borrica:
—¿No soy yo tu borrica, en la que montas desde hace tiempo?
¿Me solía portar contigo así?
Contestó él:
—No.
31 Entonces el Señor abrió los ojos a Balaán, y éste vio al ángel del
Señor plantado en el camino con la espada desenvainada en la
mano, e inclinándose se postró rostro en tierra.
32 El ángel del Señor le dijo:
—¿Por qué golpeas a tu burra por tercera vez? Yo he salido a
33 hacerte frente, porque sigues un mal camino. La borrica me vio y
se apartó de mí tres veces. Si no se hubiera apartado, ya te habría
matado yo a ti, dejándola viva a ella.
34 Balaán respondió al ángel del Señor:
—He pecado, porque no sabía que estabas en el camino, frente
a mí. Pero ahora, si te parece mal mi viaje, me vuelvo a casa.
35 El ángel del Señor respondió a Balaán:
—Vete con esos hombres; pero dirás únicamente lo que yo te
diga.
Y Balaán prosiguió con los ministros de Balac.

Balaán y Balac

36 Cuando Balac oyó que se acercaba Balaán, salió a recibirlo a
Ciudad Moab, en la frontera del Arnón, límite de su territorio.
37 Y le dijo:
—Yo te mandé llamar, ¿por qué no querías venir? ¿No puedo
yo hacerte rico?
38 Respondió Balaán:
—Acabo de llegar a tu casa; pero ¿qué puedo yo decir? Pronun-
ciaré sólo la palabra que el Señor me ponga en la boca.

39 Balaán prosiguió con Balac hasta que llegaron a Ciudad Jusot.
40 Allí Balac hizo matar vacas y ovejas, y ofreció la carne a Balaán y
41 a los jefes que lo acompañaban. A la mañana siguiente Balac tomó
a Balaán y subió con él a Monte Baal, desde donde se distinguían
las posiciones extremas del pueblo.

Primer oráculo

23 Balaán dijo a Balac:
—Haz que me construyan aquí siete altares y que me preparen siete novillos y siete carneros.
2 Balac hizo lo que le pedía Balaán, y juntos ofrecieron una vaca y un carnero en cada altar.
3 Después Balaán dijo a Balac:
—Quédate junto a los holocaustos mientras yo voy a ver si el Señor me sale al encuentro. Lo que él me manifieste, te lo comunicaré.
Y se fue a una altura pelada.
4 Cuando Dios salió al encuentro de Balaán, éste le dijo:
—He preparado los siete altares y he ofrecido un novillo y un carnero en cada uno.
5 El Señor puso su palabra en boca de Balaán y le encargó:
—Vuelve a Balac y dile esto.
6 El volvió y lo encontró de pie junto al holocausto, con todos los jefes de Moab.
7 Entonces él recitó sus versos:
«De Siria me ha traído Balac,
de los montes de oriente el rey de Moab:
'Ven y maldíceme a Jacob,
ven y fulmina a Israel'.
8 ¿Puedo maldecir a quien no maldice Dios,
puedo fulminar a quien no fulmina el Señor?
9 Desde la cima roqueña los veo,
desde la altura los contemplo:
Es un pueblo que habita apartado
y no se cuenta entre las naciones.
10 ¿Quién podrá medir el polvo de Jacob,
quién podrá contar la arena de Israel?
Que mi suerte sea la de los justos,
que mi fin sea como el suyo».
11 Balac dijo a Balaán:
—¿Qué me estás haciendo? Te he traído para maldecir a mi enemigo, y te pones a bendecirlo.
12 Respondió:
—Yo tengo que decir lo que el Señor me pone en la boca.

Segundo oráculo

13 Balac le dijo:
—Anda, ven conmigo a otro sitio que te enseñaré, desde donde verás un extremo y no todo el pueblo. Maldícemelo desde allí.

14 Y lo llevó al Campo Pelado, en el Monte Fasga. El levantó siete
15 altares y ofreció un novillo y un carnero en cada uno, y dijo a Balac:
—Quédate aquí, junto a los holocaustos, que yo tengo una cita allá.
16 El Señor salió al encuentro de Balaán, le puso en la boca unas palabras y le ordenó:
—Vuelve a donde está Balac y dile esto.
17 Volvió y lo encontró de pie junto a los holocaustos, con los jefes de Moab. Balac le preguntó:
—¿Qué dice el Señor?
18 El recitó sus versos:
«Levántate, Balac, escúchame;
dame oído, hijo de Sipor:
19 Dios no miente como el hombre
ni se arrepiente a lo humano.
¿Puede decir y no hacer,
puede prometer y no cumplir?
20 He recibido una bendición
y no puedo dejar de bendecir.
21 No descubre maldad en Jacob
ni encuentra crimen en Israel;
el Señor, su Dios, está con él,
y él lo aclama como a un rey.
22 Dios los sacó de Egipto
embistiendo como un búfalo.
23 No valen presagios contra Jacob
ni conjuros contra Israel;
el tiempo dirá a Jacob
y a Israel lo que ha hecho Dios.
24 El pueblo se alza como una leona,
se yergue como un león,
no se tumbará hasta devorar la presa
y beber la sangre de la matanza».
25 Balac dijo a Balaán:
—Si no lo maldices, al menos no lo bendigas.
26 Balaán le respondió:
—Ya te lo dije: Haré lo que me diga el Señor.

Tercer oráculo

27 Balac insistió:
—Ven, te voy a llevar a otro sitio. A ver si a Dios le parece bien que lo maldigas desde allí.
28 Y lo llevó a la cumbre del Fegor, que mira a la estepa.
29 Balaán dijo a Balac:
—Levántame aquí siete altares y prepárame aquí siete novillos y siete carneros.
30 Balac hizo lo que le pedía Balaán, y éste ofreció un novillo y un carnero en cada altar.
24 Viendo Balaán que el Señor tenía a bien bendecir a Israel, no
anduvo como las otras veces en busca de presagios, sino que se vol-

2 vió hacia el desierto, y tendiendo la vista, divisó a Israel acampado
3 por tribus. El Espíritu de Dios vino sobre él y recitó sus versos:
«Oráculo de Balaán, hijo de Beor;
oráculo del hombre de ojos perfectos,
4 oráculo del que escucha palabras de Dios,
que contempla visiones del Todopoderoso,
en éxtasis, con los ojos abiertos.
5 ¡Qué bellas las tiendas de Jacob
y las moradas de Israel!
6 Como vegas dilatadas,
como jardines junto al río,
como áloes que plantó el Señor
o cedros junto a la corriente;
7 el agua rebosa de sus cubos
y con el agua se multiplica su simiente.
Su rey es más alto que Agag
y su reino descuella.
8 Dios lo sacó de Egipto
embistiendo como un búfalo.
Devorará a las naciones enemigas
y triturará sus huesos,
las traspasará con sus flechas.
9 Se agazapa y se tumba como un león,
o como una leona, ¿quién lo desafiará?
Bendito quien te bendiga,
maldito quien te maldiga».
10 Balac entonces, irritado contra Balaán, dio una palmada y dijo:
—Te he llamado para maldecir a mi enemigo y ya lo has bende-
11 cido tres veces. Pues ahora escapa a tu patria. Te había prometido
riquezas, pero el Señor te deja sin ellas.
12 Balaán contestó:
13 —Ya se lo dije yo a los correos que enviaste: Aunque Balac me
regale su palacio lleno de oro y plata, no puedo quebrantar el man-
dato del Señor haciendo mal o bien por cuenta propia; lo que el
Señor me diga lo diré.

Cuarto oráculo

14 »Ahora me vuelvo a mi pueblo, pero antes te explicaré lo que este
pueblo hará al tuyo en el futuro».
15 Y recitó sus versos:
«Oráculo de Balaán, hijo de Beor;
oráculo del hombre de ojos perfectos,
16 oráculo del que escucha palabras de Dios
y conoce los planes del Altísimo,
que contempla visiones del Todopoderoso,
en éxtasis, con los ojos abiertos.
17 Lo veo, pero no es ahora;
lo contemplo, pero no será pronto.
Avanza la constelación de Jacob
y sube el cetro de Israel.

Triturará la frente de Moab
y el cráneo de los hijos de Set;
18 se adueñará de Edom,
se apoderará de Seír,
Israel ejercerá el poder,
19 Jacob dominará y acabará
con los que queden en la capital».
20 Después, viendo a Amalec, recitó sus versos:
«Amalec era primicia de las naciones,
al final ha de perecer».
21 Viendo a los cainitas, pronunció sus versos:
«Tu morada es duradera:
has puesto tu nido en la peña,
22 pero tu nido quedará arrasado».
.... [a]
23 Y siguió recitando:
«Naves llegan del norte,
24 navíos del extremo del mar [b]
que oprimirán a Asur y a Eber,
pero al final perecerán».
25 Después Balaán se puso en camino y volvió a su casa, y Balac
también emprendió su viaje.

Baal Fegor

25 Estando Israel en Acacias, el pueblo comenzó a prostituirse con
2 las muchachas de Moab, que los invitaban a comer de los sacrifi-
3 cios a sus dioses y a prosternarse ante ellos. Israel se emparejó con
Baal Fegor, y la ira del Señor se encendió contra Israel.
4 El Señor dijo a Moisés:
—Toma a los responsables del pueblo y cuélgalos delante del Se-
ñor, a la luz del sol, y se apartará de Israel la ira del Señor.
5 Moisés dijo a los gobernadores de Israel:
—Que cada cual dé muerte a los suyos que se hayan emparejado
con Baal Fegor.
6 Un israelita fue y trajo a su tienda a una madianita, a la vista de
Moisés y de toda la comunidad israelita, mientras ellos lloraban a
7 la entrada de la tienda del encuentro. Al verlo, el sacerdote Fineés,
hijo de Eleazar, hijo de Aarón, se levantó en medio de la asamblea,
8 empuñó su lanza, y entrando detrás del israelita en la alcoba, atra-
9 vesó a los dos, al israelita y a la mujer. Y la matanza de israelitas
cesó cuando ya habían muerto veinticuatro mil.
10 El Señor dijo a Moisés:
11 —El sacerdote Fineés, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, celoso de
mis derechos ante el pueblo, ha apartado mi cólera de los israelitas
12 y mi celo no los ha consumido; por eso prometo: Le ofrezco una
13 alianza de paz: el sacerdocio será para él y para sus descendientes,
en pacto perpetuo, en pago de su celo por Dios y de haber expiado
por los israelitas.

a ininteligible. b dudoso.

14 El israelita muerto con la madianita se llamaba Zimrí, hijo de
15 Salu, jefe de familia en la tribu de Simeón. La madianita muerta
se llamaba Cosbí, hija de Sur, jefe de familia en Madián.
16 El Señor dijo a Moisés:
17-8 —Ataca a los madianitas y derrótalos, porque ellos te atacaron
con sus seducciones, con los ritos de Fegor y con Cosbí, la hija del
príncipe madianita, muerta el día de la matanza, cuando lo de
Fegor.

Censo
(Gn 46,8-25)

26 Después de esta matanza, el Señor habló a Moisés y al sacerdote
Eleazar, hijo de Aarón:
2 —Haced el censo de la comunidad, registrando por familias a
todos los israelitas mayores de veinte años, aptos para el servicio.
3-4 Moisés con el sacerdote Eleazar hicieron el censo de los israelitas
mayores de veinte años en la estepa de Moab, junto al Jordán, a la
altura de Jericó, como lo había ordenado el Señor a Moisés.
Registro de los israelitas que salieron de Egipto:
5 *Rubén,* el primogénito de Israel. Hijos de Rubén: Henoc y la
6 familia de los henoquitas, Falú y la familia de los faluitas, Jesrón
y la familia de los jesronitas, Carmí y la familia de los carmitas.
7 Estas son las familias rubenitas: el total de los registrados fue de
8-9 cuarenta y tres mil setecientos treinta. Hijo de Falú, Eliab. Hijos
de Eliab: Nemuel, Datán y Abirán. Datán y Abirán, miembros del
Consejo, son los que se rebelaron contra Moisés, junto con la ban-
10 da de Córaj, que se rebeló contra el Señor. La tierra se abrió y los
tragó, junto con Córaj. Así murió toda la banda y el fuego devoró
11 a doscientos cincuenta hombres para escarmiento del pueblo. Pero
los hijos de Córaj no murieron.
12 Hijos de *Simeón* por familias: Nemuel y la familia de los ne-
muelitas, Yamín y la familia de los yaminitas, Yaquín y la familia
13 de los yaquinitas, Zéraj y la familia de los zerajitas, Saúl y la familia
14 de los saulitas. Estas son las familias simeonitas: veintidós mil tres-
cientos registrados.
15 Hijos de *Gad* por familias: Safón y la familia de los safonitas,
Jaguí y la familia de los jaguitas, Suní y la familia de los sunitas,
16 Ozní y la familia de los oznitas, Erí y la familia de los eritas,
17 Arod y la familia de los aroditas, Arelí y la familia de los arelitas.
18 Estas son las familias gaditas: cuarenta mil quinientos registrados.
19-0 Hijos de *Judá:* Er y Onán, que murieron en Canaán. Hijos de
21 Judá por familias: Selá y la familia de los selaítas, Fares y la fami-
lia de los faresitas, Zéraj y la familia de los zerajitas. Hijos de
Fares: Jesrón y la familia de los jesronitas, Jamul y la familia de
22 los jamulitas. Estas son las familias de Judá: setenta y seis mil
quinientos registrados.
23 Hijos de *Isacar* por familias: Tolá y la familia de los tolaítas,
24 Puvá y la familia de los puvaítas, Yasub y la familia de los yasubi-
25 tas, Simrón y la familia de los simronitas. Estas son las familias de
Isacar: sesenta y cuatro mil trescientos registrados.
26 Hijos de *Zabulón* por familias: Séred y la familia de los seredi-

tas, Elón y la familia de los elonitas, Yajleel y la familia de los yaj-
27 leelitas. Estas son las familias de Zabulón: sesenta mil quinientos
registrados.
28 Hijos de *José* por familias: Manasés y Efraín.
29 Hijos de Manasés: Maquir y la familia de los maquiritas. Ma-
quir engendró a Galaad. De Galaad se formó la familia de los ga-
30 laaditas. Hijos de Galaad: Yézer y la familia de los yezeritas, Jélec
31 y la familia de los jelequitas, Asriel y la familia de los asrielitas,
32 Siquén y la familia de los siquenitas, Semidá y la familia de los se-
33 miditas, Jéfer y la familia de los jeferitas; Salfajad, hijo de Jéfer,
no tuvo hijos varones, sino solamente hijas, que se llamaban Majlá,
34 Noá, Joglá, Milcá y Tirsá. Estas son las familias de Manasés: cin-
cuenta y dos mil setecientos registrados.
35 Hijos de Efraín por familias: Sutálaj y la familia de los sutalaji-
tas, Béquer y la familia de los bequeritas, Tajan y la familia de los
36-7 tajanitas. Hijos de Sutálaj: Erán y la familia de los eranitas. Estas
son las familias de Efraín: treinta y dos mil quinientos registrados.
Estos son los hijos de José por familias.
38 Hijos de *Benjamín* por familias: Bela y la familia de los belaítas,
Asbel y la familia de los asbelitas, Ajirán y la familia de los ajira-
39 nitas, Sufán y la familia de los sufanitas, Jufán y la familia de los
40 jufanitas. Hijos de Bela: Arad y Naamán con las familias de aradi-
41 tas y naamanitas. Estos son los hijos de Benjamín por familias: cua-
renta y cinco mil seiscientos registrados.
42 Hijos de *Dan* por familias: Suján y la familia de los sujanitas.
43 Estas son las familias de Dan: sesenta y cuatro mil cuatrocientos
registrados.
44 Hijos de *Aser* por familias: Yimná y la familia de los yimnaítas,
Yisví y la familia de los yisvitas, Beriá y la familia de los beriaítas.
45 Hijos de Beriá: Héber y la familia de los heberitas, Malquiel y la
46 familia de los malquielitas. La hija de Aser se llamaba Séraj.
47 Estas son las familias de los hijos de Aser: cincuenta y tres mil
cuatrocientos registrados.
48 Hijos de *Neftalí* por familias: Yajseel y la familia de los yajseeli-
49 tas, Guní y la familia de los gunitas, Yéser y la familia de los yese-
50 ritas, Silén y la familia de los silenitas. Estas son las familias de
Neftalí: cuarenta y cinco mil cuatrocientos registrados.
51 Número total de israelitas registrados: seiscientos un mil sete-
cientos treinta.
52 El Señor habló a Moisés:
53 —Entre todos éstos repartirás la tierra en heredad, en propor-
54 ción al número de hombres. Cada uno recibirá una heredad pro-
55 porcional al número de registrados. Pero la distribución de las tie-
rras se hará a suertes: se asignará la heredad a las diversas familias
56 patriarcales y se distribuirá entre los más numerosos y los menos
numerosos por sorteo.
57 *Censo de los levitas* por familias: Guersón y la familia de los
guersonitas, Quehat y la familia de los quehatitas, Merarí y la
58 familia de los meraritas. Estas son las familias de los levitas: la fa-
milia de los libnitas, la familia de los hebronitas, la familia de los
majlitas, la familia de los musitas, la familia de los corajitas. Quehat
59 engendró a Amrán, cuya mujer se llamaba Yoquébed, hija de Leví,

que le nació a Leví en Egipto. Ella le dio a Amrán tres hijos:
60 Aarón, Moisés y María, su hermana. De Aarón nacieron Nadab y
61 Abihú, Eleazar e Itamar. Nadab y Abihú murieron mientras ofre-
cían al Señor un fuego profano.
62 El total de los registrados fue de veintitrés mil varones mayores
de un mes. No fueron registrados con los demás israelitas porque
no habían de repartirse la heredad con ellos.
63 Este es el censo de israelitas que hicieron Moisés y el sacerdote
Eleazar en la estepa de Moab, junto al Jordán, a la altura de Jericó.
64 Entre los registrados no había ninguno de los registrados en el cen-
so que Moisés y el sacerdote Aarón habían hecho en el desierto de
65 Sinaí. El Señor lo había dicho: «Morirán todos en el desierto», y
no quedó ninguno vivo, más que Caleb, hijo de Jefoné, y Josué,
hijo de Nun.

Herencia de las hijas

27 Se acercaron las hijas de Salfajad, hijo de Jéfer, hijo de Galaad,
hijo de Maquir, hijo de Manasés, del clan de Manasés, hijo de José,
2 que se llamaban Majlá, Noá, Joglá, Milcá y Tirsá, y se presentaron
a Moisés, a Eleazar, a los jefes y a la comunidad entera a la entrada
de la tienda del encuentro, y declararon:
3 —Nuestro padre ha muerto en el desierto. No era de la banda
de Córaj, de los que se rebelaron contra el Señor, sino que él murió
4 por su propio pecado. Y no ha dejado hijos. Porque no haya dejado
hijos no va a borrarse el nombre de nuestro padre dentro de su
clan. Danos a nosotras una propiedad entre los hermanos de nues-
tro padre.
5-6 Moisés presentó la causa al Señor, y el Señor dijo a Moisés:
7 —Las hijas de Salfajad tienen razón. Dales alguna propiedad en
heredad entre los hermanos de su padre; pásales a ellas la herencia
8 de su padre. Después di a los israelitas: Cuando alguien muera sin
9 dejar hijos, pasaréis su herencia a su hija; si no tiene hijas, daréis
10 su herencia a sus hermanos; si no tiene hermanos, daréis su heren-
11 cia a los hermanos de su padre; si su padre no tiene hermanos,
daréis su herencia al pariente más cercano entre los de su clan;
éste recibirá la herencia. Esta es para los israelitas la norma justa,
como el Señor se lo ordenó a Moisés.

El Señor anuncia a Moisés su muerte

12 El Señor dijo a Moisés:
—Sube al Monte Abarín y mira la tierra que voy a dar a los is-
13 raelitas. Después de verla te reunirás también tú con los tuyos,
14 como ya Aarón, tu hermano, se ha reunido con ellos. Porque os
rebelasteis en el desierto del Espino, cuando la comunidad protestó,
y no les hicisteis ver mi santidad junto a la fuente, la Fuente de
Careo, en Cades, en el desierto del Espino.
15 Moisés dijo al Señor:
16 —Que el Señor, Dios de los espíritus de todos los vivientes,
17 nombre un jefe para la comunidad, uno que salga y entre al frente

de ellos, que los lleve en sus entradas y salidas. Que no quede la
comunidad del Señor como rebaño sin pastor.
18 El Señor dijo a Moisés:
—Toma a Josué, hijo de Nun, hombre de grandes cualidades,
19 impón la mano sobre él, preséntaselo a Eleazar, el sacerdote, y a
20 toda la comunidad, dale instrucciones en su presencia y delégale
parte de tu autoridad, para que la comunidad de Israel le obedezca.
21 Se presentará a Eleazar, el sacerdote, que consultará por él al Señor
por medio de las suertes, y conforme al oráculo, saldrán y entrarán
él y los israelitas, toda la comunidad.
22 Moisés hizo lo que el Señor le había mandado: tomó a Josué, lo
23 colocó delante del sacerdote Eleazar y de toda la asamblea, le im-
puso las manos y le dio las instrucciones recibidas del Señor.

28 El Señor habló a Moisés:
2 —Ordena a los israelitas: Presentadme a su debido tiempo mis
3 ofertas, mis alimentos y las oblaciones de aroma que aplaca. Diles
también:

Oblaciones que ofreceréis al Señor
(Lv 23)

[A] »*Diariamente* dos corderos añales, sin defecto, como holo-
4 causto perpetuo. Uno de los corderos lo ofrecerás por la mañana
5 y el otro al atardecer, junto con la ofrenda de veintidós decilitros de
6 flor de harina amasada con un litro de aceite refinado. Es el holo-
causto perpetuo que se ofrecía en el monte Sinaí, como aroma que
7 aplaca, oblación al Señor. La libación será de un litro por cada cor-
8 dero. La libación de licor se hará en el templo. El segundo cordero
lo ofrecerás al atardecer, con la misma ofrenda y la misma libación
de la mañana, en oblación de aroma que aplaca al Señor.
9 [B] »*El sábado* ofrecerás dos corderos añales, sin defecto, con
cuarenta y cuatro decilitros de flor de harina amasada con aceite,
10 como ofrenda, y con su libación. Es el holocausto del sábado que
se añade al holocausto diario y a su libación.
11 [C] »*El primero de mes* ofreceréis en holocausto al Señor dos
12 novillos, un carnero y siete corderos añales sin defecto. Como
ofrenda por cada novillo, sesenta y seis decilitros de flor de harina
amasada con aceite; por el carnero, una ofrenda de cuarenta y
13 cuatro decilitros de flor de harina amasada con aceite, y por cada
cordero, una ofrenda de veintidós decilitros de flor de harina ama-
sada con aceite. Es un holocausto, oblación de aroma que aplaca
14 al Señor. La libación será de dos litros de vino por cada novillo,
de doce decilitros y medio por el carnero y de un litro por cada
cordero. Es el holocausto del mes para todos los meses del año.
15 Se ofrecerá también al Señor un macho cabrío en sacrificio expia-
torio, además del holocausto diario y su oblación.
16 [D] »*El día catorce del primer mes* se celebra la *Pascua del Se-*
17 *ñor* y el día quince es día de fiesta. Durante siete días se comerá
18 pan ázimo. El primer día os reuniréis en asamblea litúrgica y no
19 haréis trabajo alguno. Ofreceréis en oblación, en holocausto al Se-
ñor, dos novillos, un carnero y siete corderos añales sin defecto

20 con una ofrenda de flor de harina amasada con aceite: sesenta y
seis decilitros por cada novillo, cuarenta y cuatro decilitros por el
21 carnero y veintidós decilitros por cada uno de los siete corderos.
22 Ofreceréis también un macho cabrío en sacrificio expiatorio para
23 expiar por vosotros, además del holocausto de la mañana, el holo-
24 causto diario. Lo mismo haréis cada uno de los siete días: es ali-
mento, oblación de aroma que aplaca al Señor. Haréis eso además
25 del holocausto diario y su libación. El séptimo día tendréis asam-
blea litúrgica y no haréis trabajo alguno.
26 [E] »*El día de las primicias,* cuando vosotros presentáis al Señor
la ofrenda nueva, en la *Fiesta de las Semanas,* tendréis asamblea
27 litúrgica y no haréis trabajo alguno. Ofreceréis como holocausto de
aroma que aplaca al Señor dos novillos, un carnero y siete corderos
28 añales con una ofrenda de flor de harina amasada con aceite:
sesenta y seis decilitros por cada novillo, cuarenta y cuatro decili-
29 tros por el carnero y veintidós decilitros por cada uno de los siete
30 corderos. Ofreceréis un macho cabrío para expiar por vosotros,
31 además del holocausto diario y de su ofrenda. (No tendrán defecto
y añadiréis la libación).

29 [F] »*El primer día del séptimo mes* tendréis asamblea litúrgica
y no haréis trabajo alguno. Ese día lo anunciaréis con un *toque.*
2 Ofreceréis en holocausto de aroma que aplaca al Señor un novillo,
3 un carnero y siete corderos añales sin defecto con una ofrenda de
flor de harina amasada con aceite: sesenta y seis decilitros por el
4 novillo, cuarenta y cuatro decilitros por el carnero y veintidós deci-
5 litros por cada uno de los siete corderos. Ofreceréis un macho ca-
6 brío en sacrificio expiatorio para expiar por vosotros, además del
holocausto del mes con su ofrenda y del holocausto diario con su
ofrenda, junto con sus libaciones, según lo prescrito. Es oblación
de aroma que aplaca al Señor.
7 [G] »*El décimo día del mismo mes séptimo* tendréis asamblea
8 litúrgica y haréis penitencia y no haréis trabajo alguno. Ofreceréis
en holocausto de aroma que aplaca al Señor un novillo, un carnero
9 y siete corderos añales sin defecto con una ofrenda de flor de ha-
rina amasada con aceite: sesenta y seis decilitros por el novillo,
10 cuarenta y cuatro decilitros por el carnero y veintidós decilitros por
11 cada uno de los siete corderos. Ofreceréis un macho cabrío en sa-
crificio expiatorio, además del sacrificio expiatorio del día de la
expiación del holocausto diario, con sus ofrendas y libaciones.
12 [H] »*El día quince del séptimo mes* tendréis asamblea litúrgica
y no haréis trabajo alguno. Celebraréis fiesta en honor del Señor
13 durante siete días. Ofreceréis en holocausto, oblación de aroma que
aplaca al Señor, trece novillos, dos carneros y catorce corderos aña-
14 les sin defecto con una ofrenda de flor de harina amasada con acei-
te: sesenta y seis decilitros por cada uno de los trece novillos, cua-
15 renta y cuatro decilitros por cada uno de los dos carneros y veinti-
16 dós decilitros por cada uno de los catorce corderos. Ofreceréis un
macho cabrío en sacrificio expiatorio, además del holocausto diario,
con su ofrenda y su libación.
17 »El segundo día ofreceréis doce novillos, dos carneros y catorce
18 corderos añales sin defecto con las ofrendas y libaciones correspon-

19 dientes al número de novillos, carneros y corderos. Ofreceréis un
macho cabrío en sacrificio expiatorio, además del holocausto diario,
con su ofrenda y sus libaciones.
20 »El tercer día ofreceréis once novillos, dos carneros y catorce
21 corderos añales sin defecto con las ofrendas y libaciones corres-
22 pondientes al número de novillos, carneros y corderos. Ofreceréis
un macho cabrío en sacrificio expiatorio, además del holocausto
diario, con su ofrenda y sus libaciones.
23 »El cuarto día ofreceréis diez novillos, dos carneros y catorce
24 corderos añales sin defecto con las ofrendas y libaciones correspon-
25 dientes al número de novillos, carneros y corderos. Ofreceréis un
macho cabrío en sacrificio expiatorio, además del holocausto diario,
con su ofrenda y su libación.
26 »El quinto día ofreceréis nueve novillos, dos carneros y catorce
27 corderos añales sin defecto con las ofrendas y libaciones correspon-
28 dientes al número de novillos, carneros y corderos. Ofreceréis un
macho cabrío, además del holocausto diario, con su ofrenda y su
libación.
29 »El sexto día ofreceréis ocho novillos, dos carneros y catorce
30 corderos añales sin defecto con las ofrendas y libaciones correspon-
31 dientes al número de novillos, carneros y corderos. Ofreceréis un
macho cabrío en sacrificio expiatorio, además del holocausto diario,
con su ofrenda y su libación.
32 »El séptimo día ofreceréis siete novillos, dos carneros y catorce
33 corderos añales sin defecto con las ofrendas y libaciones correspon-
34 dientes al número de novillos, carneros y corderos. Ofreceréis un
macho cabrío en sacrificio expiatorio, además del holocausto diario,
con su ofrenda y su libación.
35 »El octavo día tendréis reunión solemne y no haréis trabajo al-
36 guno. Ofreceréis en holocausto, oblación de aroma que aplaca al
Señor, un novillo, un carnero y siete corderos añales sin defecto
37 con las ofrendas y libaciones correspondientes al novillo, al carnero
38 y al número de los corderos. Ofreceréis un macho cabrío en sacri-
ficio expiatorio, además del holocausto diario, con su ofrenda y su
libación.
39 »Haréis todo esto en sus fechas, independientemente de vuestros
votos y sacrificios voluntarios, vuestros holocaustos, ofrendas, li-
baciones y sacrificios de comunión».

30 Moisés habló a los israelitas conforme el Señor le había or-
denado.

Ley sobre los votos

2 Moisés habló a los jefes de las tribus de Israel:
3 —Esto es lo que ordena el Señor: Cuando un hombre haga un
voto al Señor o se comprometa a algo bajo juramento, no faltará
a su palabra: como lo dijo lo hará.
4 »Cuando una mujer en su juventud, mientras vive con su padre,
5 haga un voto o adquiera un compromiso, si su padre, al enterarse
del voto o del compromiso, no dice nada, entonces sus votos son
6 válidos y quedan en pie los compromisos. Pero si su padre, al en-

terarse, lo desaprueba, entonces no quedan en pie sus votos ni el
compromiso. El Señor la dispensa, porque su padre lo ha des-
aprobado.
7 »Y si se casa, estando ligada por el voto o por el compromiso
8 que salió de sus labios por irreflexión, y al enterarse el marido no
le dice nada, entonces los votos son válidos y quedan en pie los
9 compromisos; pero si al enterarse el marido lo desaprueba, enton-
ces anula el voto que la ligaba y los compromisos salidos de sus
labios. El Señor la dispensa.
10 »El voto de la viuda y de la repudiada y los compromisos que
adquiere son válidos.
11 »Cuando una mujer hace un voto en casa de su marido o se com-
12 promete a algo bajo juramento, si su marido, al enterarse, no dice
nada y no lo desaprueba, entonces sus votos son válidos y quedan
13 en pie los compromisos; pero si su marido, al enterarse, lo anula,
entonces todo lo que salió de sus labios, votos y compromisos, son
inválidos. Su marido lo ha anulado y Dios la dispensa.
14 »El marido puede ratificar o anular todo voto o juramento de
15 hacer una penitencia. Pero si a los dos días el marido no le ha di-
cho nada, entonces ratifica todos los votos y compromisos que la
16 ligan: los ratifica con el silencio que guardó al enterarse; y si los
anula más tarde, cargará él con la culpa de ella».
17 Estas son las órdenes que dio el Señor a Moisés para marido y
mujer, para padre e hija cuando aún joven vive con su padre.

Guerra santa

31 El Señor dijo a Moisés:
2 —Primero vengarás a los israelitas de los madianitas, después te
reunirás con los tuyos.
3 Moisés dijo al pueblo:
—Escoged hombres de entre vosotros y armadlos para la guerra;
atacarán a Madián para ejecutar en ellos la venganza del Señor.
4 Armad para la guerra mil hombres de cada tribu de Israel.
5 Así, movilizaron para la guerra doce mil hombres, mil por cada
tribu de Israel.
6 Moisés los envió a la batalla, mil por cada tribu, a las órdenes de
Fineés, hijo de Eleazar, con las armas sagradas y las cornetas para
7 el toque de zafarrancho. Presentaron batalla a Madián, como el
Señor había mandado a Moisés, y mataron a todos los varones.
8 Y mataron a los reyes de Madián con los demás caídos: Eví, Requen,
Zur, Jur y Reba, los cinco reyes de Madián. Y también pasaron a
9 cuchillo a Balaán, hijo de Beor. Hicieron cautivos a las mujeres y
niños de Madián y saquearon sus bestias, su ganado y sus riquezas.
10-1 Incendiaron todas las ciudades habitadas y los poblados, y se lle-
12 varon todos los despojos, hombres y animales. Trajeron los prisio-
neros, el botín y los despojos a Moisés, al sacerdote Eleazar y a
toda la comunidad de Israel, que acampaba en la estepa de Moab,
junto al Jordán, frente a Jericó.
13 Moisés con el sacerdote Eleazar y los jefes de la comunidad sa-
14 lieron a recibirlos fuera del campamento. Moisés se encolerizó con

los jefes de la tropa, generales y capitanes que volvían de la batalla,
15 y les dijo:
16 —¿Por qué habéis dejado con vida a las mujeres? Son ellas las
que, instigadas por Balaán, hicieron a los israelitas traicionar al Se-
ñor por Baal Fegor, y por ellas hubo una mortandad en la comuni-
17 dad del Señor. Ahora, pues, dad muerte a todos los varones, inclui-
dos los niños, y a todas las mujeres que hayan tenido relaciones
18 con hombres. Las niñas y las jóvenes que no hayan tenido relacio-
19 nes con hombres dejadlas vivas. Vosotros acampad fuera del cam-
pamento siete días. Los que hayan matado a alguno o hayan tocado
algún muerto se purificarán con sus cautivos el día tercero y el
20 séptimo. Purificad también toda la ropa, los objetos de piel o de
pelo de cabra y los utensilios de madera.
21 El sacerdote Eleazar dijo a los guerreros que habían vuelto de la
batalla:
—Estas son las prescripciones que el Señor ha dado a Moisés:
22-3 Oro, plata, bronce, hierro, estaño y plomo, todo lo que resiste el
fuego, lo purificaréis a fuego y lo lavaréis con agua lustral, y lo
24 que no resiste el fuego lo lavaréis con agua. Lavad los vestidos el
día séptimo para que queden limpios, y así entraréis en el campa-
mento.

Botín

25 El Señor dijo a Moisés:
26 —Haced la cuenta del botín capturado, de hombres y animales,
27 tú con el sacerdote Eleazar y los cabezas de familia. Dividirás a
medias el botín entre los soldados que fueron a la batalla y el resto
28 de la comunidad. Cobra un tributo para el Señor a los soldados
que fueron a pelear: el uno por quinientos, de hombres, vacas,
29 asnos y ovejas, deducido de la mitad que les toca, y entrégaselo al
30 sacerdote Eleazar como tributo para el Señor. De la otra mitad, de
la porción de los israelitas, cobrarás el uno por cincuenta, de hom-
bres, vacas, asnos, ovejas y toda clase de animales, y se lo entrega-
rás a los levitas que atienden a las funciones del templo del Señor.
31 Moisés y el sacerdote Eleazar hicieron lo que el Señor mandaba
a Moisés.
32 Censo del botín que capturaron las tropas: ovejas, seiscientas
33-4 setenta y cinco mil; vacas, setenta y dos mil; asnos, sesenta y un
35 mil; mujeres que no habían tenido que ver con hombres, treinta y
dos mil.
36 Porción que tocó a los que habían luchado: ovejas, trescientas
37 treinta y siete mil quinientas; tributo de ovejas para el Señor, seis-
38 cientas setenta y cinco; vacas, treinta y seis mil; de ellas, tributo
39 para el Señor, setenta y dos; asnos, treinta mil quinientos, de los
40 cuales, tributo para el Señor, sesenta y uno; seres humanos, dieciséis
mil; de ellos, tributo para el Señor, treinta y dos.
41 Moisés entregó el tributo del Señor al sacerdote Eleazar, como
le había mandado el Señor.
42 De la otra mitad, que Moisés había requisado a los soldados para
43 los demás israelitas, el censo fue el siguiente: ovejas, trescientas
44-5 treinta y siete mil quinientas; vacas, treinta y seis mil; asnos, trein-

46-7 ta mil quinientos; seres humanos, dieciséis mil; de ellos, Moisés
tomó un tributo del dos por ciento, de hombres y animales, y lo
entregó a los levitas que atienden a las funciones del templo del
Señor, como lo había mandado el Señor.
48 Los mandos de las tropas, generales y capitanes, se acercaron a
49 Moisés y le dijeron:
—Tus siervos han hecho el censo de los soldados bajo su mando,
50 y no falta ni uno. Por eso cada uno de nosotros ofrece al Señor, en
reconocimiento por haber salvado la vida, de lo que ha capturado,
objetos de oro, ajorcas, brazaletes, anillos, pendientes y cuentas.
51 Moisés y el sacerdote Eleazar recibieron el oro que les ofrecían,
52 todo ello en artículos de orfebrería. El oro del tributo ofrecido al
53 Señor pesó mil seiscientos setenta y cinco gramos. Los soldados lo
54 habían recogido como botín para sí mismos. Moisés y el sacerdote
Eleazar recibieron de los generales y capitanes el oro y lo llevaron
a la tienda del encuentro, como recuerdo de los israelitas ante el
Señor.

Primera ocupación: Rubén y Gad

32 Los rubenitas y los gaditas poseían inmensos rebaños, y viendo
que la tierra de Yazer y de Galaad era excelente para el ganado,
2 acudieron a Moisés, al sacerdote Eleazar y a los jefes de la comuni-
dad para proponerles:
3 —Atarot, Yazer, Dibón, Nimrá, Jesbón, Elalé, Sebán, Nebo y
4 Beón, el territorio de los pueblos que el Señor derrotó al avanzar
los israelitas, es tierra buena para ganado, y tus siervos poseen re-
5 baños. Por favor, haz que entreguen a tus siervos esa tierra en
propiedad, y no pasaremos el Jordán.
6 Moisés respondió a los gaditas y rubenitas:
—¿De modo que vuestros hermanos han de ir a la guerra, mien-
7 tras vosotros os quedáis aquí? Vais a desmoralizar a los israelitas
8 y no pasarán a la tierra que piensa darles el Señor. Eso es lo que
hicieron vuestros padres cuando los envié desde Cades Barne a re-
9 conocer el país: subieron hasta Torrente del Racimo, reconocieron
la tierra y desmoralizaron a los israelitas para que no entraran en
10 la tierra que pensaba darles el Señor. Aquel día se encendió la ira
11 del Señor y juró: «Los hombres que salieron de Egipto, de veinte
años para arriba, no verán la tierra que prometí a Abrahán, Isaac
12 y Jacob, porque no me han sido fieles. Exceptúo a Caleb, hijo de
Jefoné, el quenizita, y a Josué, hijo de Nun, porque fueron fieles al
13 Señor». La ira del Señor se encendió contra Israel, y los zarandeó
por el desierto cuarenta años, hasta que se terminó la generación
14 que había hecho lo que el Señor reprueba. Y ahora vosotros, cater-
va de pecadores, sucedéis a vuestros padres, atizando la ira ardiente
15 del Señor. Pues si os apartáis de él, otra vez los dejará en el desier-
to y vosotros seréis los causantes de la destrucción de este pueblo.
16 Ellos se acercaron a decirle:
—Construiremos aquí apriscos para los rebaños y poblados para
17 nuestros niños, y nosotros iremos armados delante de los israelitas,
hasta dejarlos en su lugar; mientras, nuestros niños se quedarán en
18 las plazas fuertes, protegidos de los habitantes del país. No volve-

remos a nuestras casas hasta que cada israelita no haya ocupado
19 su heredad, y no repartiremos con ellos la heredad al otro lado del
Jordán, sino que nuestra heredad nos tocará a este lado, al este
del Jordán.
20 Moisés les contestó:
21 —Si os armáis para la batalla, como el Señor quiere [a], y armados
cruzáis el Jordán, como el Señor quiere, hasta que él os quite de
22 delante al enemigo, y la tierra queda sometida, como Dios quiere,
y sólo después volvéis, entonces seréis inocentes ante el Señor y
ante Israel, y esta tierra será vuestra propiedad por voluntad del
23 Señor. Pero si no obráis así, pecaréis contra el Señor, y sabed que
24 vuestro pecado será castigado. Ahora, pues, construid poblados para
vuestros niños y apriscos para los rebaños, y haced lo que habéis
prometido.
25 Los gaditas y rubenitas respondieron a Moisés:
26 —Tus siervos harán lo que su señor les manda; nuestros niños,
mujeres, ganados y bestias quedarán aquí, en los poblados de Ga-
27 laad, y tus siervos pasarán, todos armados, para luchar, como el
Señor quiere y tú nos dices.
28 Moisés dio instrucciones acerca de ellos al sacerdote Eleazar, a
Josué, hijo de Nun, y a los cabezas de familia en las tribus de
Israel:
29 —Si los gaditas y rubenitas pasan con vosotros el Jordán, todos
armados, para luchar, como el Señor quiere, y la tierra os queda
30 sometida, les daréis la tierra de Galaad en propiedad. Pero si no
pasan armados con vosotros, recibirán su propiedad en la tierra de
Canaán.
31 Los gaditas y rubenitas contestaron:
32 —Haremos lo que el Señor manda a tus siervos. Nosotros pasa-
remos armados a la tierra de Canaán, como el Señor quiere, y nos
tocará en propiedad una heredad a este lado del Jordán.
33 Moisés asignó a los gaditas y rubenitas y a la mitad de la tribu
de Manasés, hijo de José, el reino de Sijón, rey de los amorreos, y
el reino de Og, rey de Basán, con todas las ciudades y poblados del
territorio.
34 Los gaditas y rubenitas reconstruyeron Dibón, Atarot, Aroer,
35-6 Sofán, Yazer, Cimera, Casapantera, Bet-Harán, fortificándolas, y
37 apriscos para los rebaños. Los rubenitas reconstruyeron Jesbón,
38 Elalé, Quiriatain, Nebo, Baal Maón, Sibma, y pusieron nombres
39 nuevos a los poblados reconstruidos. Los maquiritas, descendientes
de Manasés, fueron y conquistaron Galaad y expulsaron a los amo-
40 rreos, que habitaban allí. Moisés asignó Galaad a la tribu de Ma-
41 quir, hijo de Manasés, que se estableció allí. Yaír, hijo de Manasés,
42 fue y conquistó sus aldeas, y las llamó Aldeas de Yaír; Nóbaj fue
y conquistó Quenat y los poblados de alrededor, y los llamó con su
nombre: Nóbaj.

33 *Etapas del viaje* de los israelitas cuando salieron de Egipto, por
2 escuadrones, bajo la guía de Moisés y Aarón. Moisés registró las
etapas de la marcha, según la orden del Señor.

a o, delante del Señor.

3 El día quince del primer mes, el día siguiente a la pascua, salie-
ron de Rameses, ostentosamente, ante la mirada de los egipcios.
4 Los egipcios estaban todavía enterrando los primogénitos, que
5 el Señor había hecho morir para hacer justicia de sus dioses. Los
6 israelitas salieron de Rameses y acamparon en Sucot. Salieron de
7 Sucot y acamparon en Etán, al borde del desierto. Salieron de Etán,
volvieron a Pi Hajirot, frente a Balsafón, y acamparon frente a
8 Migdol. Salieron de Pi Hajirot, atravesaron el mar hacia el desier-
to, caminaron tres días por el desierto de Etán y acamparon en
9 Amarga. Salieron de Amarga y llegaron a Elín, donde había doce
10 fuentes y setenta palmeras, y acamparon allí. Salieron de Elín y
11 acamparon junto al Mar Rojo. Salieron del Mar Rojo y acamparon
12 en el desierto del Espino. Salieron del desierto del Espino y acam-
13-4 paron en Dofca. Salieron de Dofca y acamparon en Alús. Salieron
de Alús y acamparon en Rafidín, donde no encontraron agua para
15 el pueblo. Salieron de Rafidín y acamparon en el desierto de Sinaí.
16 Salieron del desierto de Sinaí y acamparon en Tumbas de Avidez.
17-8 Salieron de Tumbas de Avidez y acamparon en Corrales. Salieron
19 de Corrales y acamparon en Retamar. Salieron de Retamar y acam-
20 paron en Granado Abierto. Salieron de Granado Abierto y acampa-
21-2 ron en Alba. Salieron de Alba y acamparon en Orvallo. Salieron de
23 Orvallo y acamparon en Concejo. Salieron de Concejo y acamparon
24 en Monteclaro. Salieron de Monteclaro y acamparon en Tembladar.
25-6 Salieron de Tembladar y acamparon en Reunión. Salieron de
27 Reunión y acamparon en Hondón. Salieron de Hondón y acampa-
28-9 ron en Taraj. Salieron de Taraj y acamparon en Ladulce. Salieron
30 de Ladulce y acamparon en Jasmoná. Salieron de Jasmoná y acam-
31 paron en Coyundas. Salieron de Coyundas y acamparon en Yaca-
32-3 nitas. Salieron de Yacanitas y acamparon en Cueva Rajada. Salie-
34 ron de Cueva Rajada y acamparon en Mejorada. Salieron de Mejora-
35 da y acamparon en El Paso. Salieron de El Paso y acamparon en
36 Foresta del Gallo. Salieron de Foresta del Gallo y acamparon en el
37 desierto del Espino, en Cades. Salieron de Cades y acamparon en
38 el Monte Hor, al extremo del territorio de Edom. El sacerdote
Aarón subió a Monte Hor, por mandato del Señor, y allí murió, a
los cuarenta años de la salida de los israelitas de Egipto, el día pri-
39 mero del quinto mes. Aarón murió en la cima de Monte Hor a la
edad de ciento veintitrés años.
40 El rey cananeo de Arad, que habitaba en el Negueb, en territorio
41 cananeo, se enteró de que se acercaban los israelitas. Salieron de
42 Monte Hor y acamparon en La Umbría. Salieron de La Umbría y
43 acamparon en Punón. Salieron de Punón y acamparon en Las Ani-
44 mas. Salieron de Las Animas y acamparon en Ruinas de Abarín, en
45 la frontera de Moab. Salieron de Ruinas de Abarín y acamparon en
46 Dibón Gad. Salieron de Dibón Gad y acamparon en Almón Dibla-
47 tain. Salieron de Almón Diblatain y acamparon en los montes de
48 Abarín, frente a Nebo. Salieron de los montes de Abarín y acam-
paron en la estepa de Moab, junto al Jordán, a la altura de Jericó.
49 En la estepa de Moab acamparon a lo largo del Jordán, desde Bet
Yesimot hasta Prado de Acacias.
50 En la estepa de Moab, junto al Jordán, a la altura de Jericó, el
Señor habló a Moisés:

51 —Di a los israelitas: Cuando atraveséis el Jordán para entrar en
52 el territorio de Canaán, expulsaréis a todos sus habitantes, destrui-
53 réis sus ídolos e imágenes y demoleréis sus santuarios. Ocupad la
54 tierra y habitadla, pues os la doy en posesión. Os la repartiréis a
suertes entre los clanes. Cada uno recibirá una heredad proporcio-
nal al número de registrados. Cada tribu ocupará la parte que le
55 toque por suerte. Si no expulsáis a los habitantes del país, enton-
ces los que queden serán para vosotros espinas en los ojos y agui-
jones en el costado, y os atacarán en la tierra que vais a habitar.
56 Y yo os trataré a vosotros como había pensado tratarlos a ellos.

Fronteras

34 El Señor dijo a Moisés:
2 —Ordena a los israelitas: Cuando entréis en Canaán, estáis en
la tierra que os toca en heredad: Canaán con sus fronteras.
3 »La zona del sur limitará por el desierto del Espino con Edom.
La *frontera del Sur* arrancará del extremo del Mar Muerto por
4 oriente, torcerá hacia el sur por la Cuesta de los Alacranes, y pa-
5 sando por El Espino dará al sur de Cades Barne; seguirá por Aldea-
noble y pasará por Asemán; en Asemán torcerá hacia el torrente
de Egipto, para terminar en el mar.
6 »La *frontera del Oeste* será el Mar Mediterráneo: es la frontera
occidental.
7 »La *frontera del Norte* la marcaréis arrancando del Mar Medi-
8 terráneo hasta el Monte Hor; de allí seguiréis hasta la entrada de
9 Jamat, llegando hasta Sedadá. Seguirá por Zefrón, para terminar
en Aldealafuente. Es la frontera septentrional.
10 »La *frontera del Este* la marcaréis desde Aldealafuente hasta
11 Safán; bajará desde allí hacia Rebla, al este de Lafuente; seguirá
12 bajando bordeando por el este el Lago de Genesaret; seguirá ba-
jando a lo largo del Jordán, para concluir en el Mar Muerto.
»Esa es vuestra tierra y los límites que la rodean».
13 Moisés ordenó a los israelitas:
—Esa es la tierra que repartiréis a suertes y que el Señor ha
14 ordenado dar a las nueve tribus y media. Porque la tribu de Rubén
por familias y la tribu de Gad por familias han recibido ya su he-
15 redad, lo mismo que media tribu de Manasés. Esas dos tribus y
media han recibido ya su heredad al otro lado del Jordán, frente
a Jericó, al oriente.
16 El Señor habló a Moisés:
17 —*Lista de personas* que os repartirán la tierra: el sacerdote Elea-
18 zar y Josué, hijo de Nun. Además, un jefe por cada tribu para re-
19 partir la tierra. Esta es la lista de los jefes: por la tribu de Judá,
20 Caleb, hijo de Jefoné; por la tribu de Simeón, Samuel, hijo de
21-2 Amihud; por la tribu de Benjamín, Eliad, hijo de Caselón; por la
23 tribu de Dan, el príncipe Boquí, hijo de Yoglí. Por los hijos de
José: por la tribu de Manasés, el príncipe Janiel, hijo de Efod;
24-5 por la tribu de Efraín, el príncipe Camuel, hijo de Seftán; por la
26 tribu de Zabulón, el príncipe Elisafán, hijo de Parnac; por la tribu
27 de Isacar, el príncipe Paltiel, hijo de Azán; por la tribu de Aser,

28 el príncipe Ajihud, hijo de Salomí; por la tribu de Neftalí, el prín-
cipe Fedael, hijo de Amihud.
29 A éstos encargó el Señor repartir a los israelitas la heredad en la
tierra de Canaán.

Ciudades levíticas

35 El Señor habló a Moisés en la estepa de Moab, junto al Jordán,
a la altura de Jericó:
2 —Ordena a los israelitas que cedan a los levitas, de su propiedad
hereditaria, algunos pueblos con sus ejidos circundantes para vivir;
3 tendrán pueblos para vivir y ejidos para sus animales, ganados y
4 bestias. Los ejidos de los pueblos que asignéis a los levitas se ex-
5 tenderán en un radio de un kilómetro fuera de los muros. Es decir,
mediréis un kilómetro desde el muro del pueblo a levante, sur,
poniente y norte; el pueblo quedará en medio, y ésos serán sus
6 ejidos. Asignaréis a los levitas los seis pueblos de refugio que ha-
yáis cedido para asilo del homicida y otros cuarenta y dos pueblos.
7 En total, asignaréis a los levitas cuarenta y ocho pueblos con sus
8 ejidos. Esos pueblos se tomarán de la heredad de los israelitas en
proporción a los que tenga cada tribu. Cada una cederá a los levi-
tas pueblos en proporción a la heredad que haya recibido.

Ciudades de asilo
(Dt 19,1-13)

9 El Señor habló a Moisés:
10 —Di a los israelitas: Cuando atraveséis el Jordán para entrar en
11 Canaán, elegiréis varias ciudades de refugio, donde pueda buscar
12 asilo el que haya matado a alguien sin intención. Os servirán de
refugio contra el vengador, y así el homicida no morirá antes de
13 comparecer a juicio ante la asamblea. Elegiréis seis ciudades de
14 refugio: tres al otro lado del Jordán y tres en Canaán. Serán ciu-
15 dades de asilo. Esas ciudades servirán de refugio a los israelitas, a
los emigrantes y a los criados que vivan con ellos. Allí podrá bus-
car asilo el que haya matado a alguien sin intención.
16 »Si lo ha herido con un objeto de hierro y lo ha matado, es ho-
17 micida. El homicida es reo de muerte. Si lo ha herido empuñando
una piedra capaz de causar la muerte y lo ha matado, es homicida.
18 El homicida es reo de muerte. Si lo ha herido manejando un objeto
de madera capaz de causar la muerte y lo ha matado, es homicida.
19 El homicida es reo de muerte. Toca al vengador de la sangre matar
al homicida: cuando lo encuentre, lo matará.
20 »Si lo ha derribado por odio o ha arrojado contra él algo con
21 toda intención y lo ha matado, o lo ha golpeado a puñetazos con
violencia y lo ha matado, entonces el agresor es reo de muerte: es
homicida. El vengador de la sangre matará al homicida cuando lo
22 encuentre. Si lo ha derribado casualmente, sin odio, o ha arrojado
23 algo contra él sin intención, o le ha dado una pedrada mortal sin
haberlo visto, y lo mata, sin que le tuviera rencor ni intentase ha-

24 cerle daño, entonces la comunidad juzgará al que hirió y al venga-
25 dor de la sangre, conforme a estas leyes, y salvará al homicida de
las manos del vengador de la sangre. La comunidad le dejará vol-
ver a la ciudad donde se había refugiado buscando asilo, y allí vi-
virá hasta que muera el sumo sacerdote ungido con óleo sagrado.
26 »Si el homicida sale fuera de los límites de la ciudad donde se
27 había refugiado buscando asilo, y el vengador de la sangre lo en-
cuentra fuera de los límites de la ciudad donde se había refugiado,
28 y lo mata, no hay delito. Porque el homicida debe vivir en la ciu-
dad donde se había refugiado, hasta que muera el sumo sacerdote.
Y cuando el sumo sacerdote muera, el homicida podrá volver a la
tierra donde se encuentra su heredad.
29 »Son normas de justicia para vosotros, para todas vuestras gene-
raciones y en todos vuestros poblados.
30 »En casos de homicidio, se dará muerte al homicida después de
oír a los testigos. Pero un testigo no basta para dictar pena de
31 muerte. No aceptaréis rescate por la vida del homicida reo de muer-
32 te, porque debe morir. Tampoco aceptaréis rescate del que buscó
asilo en una ciudad de refugio, para dejarle volver a vivir en su
tierra, antes de que muera el sumo sacerdote.
33 »No profanaréis la tierra en que vivís: con la sangre se profana
la tierra, y por la sangre derramada en la tierra no hay más expia-
34 ción que la sangre del que la derramó. No contaminéis la tierra en
que vivís y en la que yo habito. Porque yo, el Señor, habito en
medio de los israelitas».

Herencia de las mujeres
(27,1-11)

36 Los jefes de familia del clan de los galaaditas, descendientes de
Maquir, hijo de Manasés, uno de los clanes de la casa de José, se
presentaron a Moisés, a los príncipes y jefes de familia israelita,
y declararon:
2 —Dios ha ordenado a mi señor que reparta la tierra por suerte
a los israelitas. También ha ordenado a mi señor que haga pasar
3 la herencia de Salfajad, nuestro hermano, a sus hijas. Pero si se
casan con uno de otra tribu israelita, su heredad se sustraerá de la
heredad de nuestros padres; la heredad de la tribu a la que ellas
4 pasan aumentará y la que nos tocó a nosotros disminuirá. Y cuan-
do llegue el jubileo, la heredad de ellas se sumará a la heredad de
la tribu a la que hayan pasado y se sustraerá de la heredad de nues-
tros padres.
5 Entonces Moisés, por mandato del Señor, ordenó a los israelitas:
6 —La tribu de los hijos de José tiene razón. El Señor ordena a
las hijas de Salfajad: Podrán casarse con quien ellas quieran, pero
7 siempre dentro de algún clan de su tribu. La heredad de los israe-
litas no pasará de tribu a tribu, sino que todo israelita queda liga-
8 do a la heredad de la tribu paterna. Las hijas que posean alguna
heredad en cualquiera de las tribus israelitas, se casarán dentro de
uno de los clanes de la tribu paterna. Así, cada israelita conservará

9 la heredad de su padre, y no pasará una heredad de una tribu a
otra, sino que cada tribu estará ligada a su heredad.
10 Las hijas de Salfajad hicieron lo que el Señor había ordenado a
11 Moisés. Majlá, Tirsá, Joglá, Milcá y Noá, hijas de Salfajad, se ca-
12 saron con primos suyos. Se casaron en clanes de los manasitas,
tribu de José, conservando su heredad dentro de la tribu a la que
pertenecía el clan paterno.
13 Estas son las órdenes y las leyes que dio el Señor por medio de
Moisés a los israelitas en la estepa de Moab, junto al Jordán, frente
a Jericó.

DEUTERONOMIO

INTRODUCCION

1. El Deuteronomio que nosotros leemos hoy tiene algo de final de sinfonía, de conclusión solemne. Posee a la vez algo de roto, de violentamente interrumpido, como si el final no supiera llegar a su cadencia tonal.

Final para una persona, porque Moisés, el gigante que salió de Egipto a recorrer su carrera, la va a terminar en la cumbre de un monte que domina la tierra prometida. Para un pueblo, porque la masa de esclavos salida de Egipto es ya un pueblo libre, en alianza con su Dios, equipado de leyes e instituciones; se acabó su largo peregrinar casi nómada al margen de la cultura agrícola.

En cierto sentido, el movimiento del Pentateuco se remansa y se aquieta aquí, en la planicie de Moab: silencio contenido, para escuchar largos discursos de un hombre que se dispone a morir. Vienen a la memoria las andanzas incansables de los Patriarcas, que sólo después de morir ocupan un trozo de tierra prometida, y las andanzas de las tribus acudiendo a la cita de los muertos; la pujanza fértil de los Patriarcas, que ya se han convertido en un pueblo de tribus y clanes; las trabas humanas del gran Imperio y de reyezuelos arrogantes, rotas por la riada de ese pueblo, y la conjunción admirable de la promesa divina con la esperanza humana, en el momento de consumar una etapa histórica.

Al mismo tiempo, la historia se rompe. El gigante Moisés ha de morir antes de completar su empresa, el pueblo se queda a las puertas de la tierra prometida, ante la aduana geográfica del Jordán. Ese monte Nebo, vigilante frente a Jericó y Judá, inmóvil al otro lado del Jordán, se vuelve pedestal de Moisés, que añade su estatura a la cumbre, y con los ojos llenos de una visión soñada, desaparece de la geografía y se retira de la historia.

Y porque se rompe bruscamente la historia, se advierte una agitación extraña: tribus impacientes por empezar ya la conquista y ocupación, Rubén, Gad, parte de Manasés, y Moisés lo sanciona. Se anticipa la vida del pueblo en un código que prevé y resuelve las situaciones más importantes de la historia: monarquía, sacerdocio, profetismo, culto, justicia, guerra y paz, familia y sociedad. Y Moisés lucha desesperadamente por inculcar esa ley, por meter en las entrañas la fidelidad radical y duradera al único Señor, a sus leyes y mandatos, a las exigencias de la historia; lucha contra el olvido, el cansancio, la desesperanza. Y sintiendo que no va a vencer, Moisés deja un poema de testimonio que le sobreviva. Renueva la alianza, compila sus leyes, encara al pueblo con la gran decisión de su existencia.

Esto es un poco del Deuteronomio como hoy lo encontramos. Y también nosotros tenemos que sentarnos con calma para escuchar la conclusión del Pentateuco.

2. Parece ser que el Deuteronomio se leyó en otros tiempos de otro modo; no como final del Pentateuco, sino como comienzo de una gran obra histórica que abarcaba el tiempo de la tierra prometida desde la entrada, cruzando el Jordán, hasta la salida, camino del destierro.

Según esta teoría, el autor de la gran construcción y compilación histórica introdujo los capítulos autobiográficos (1-3), que le permitían ofrecer un resumen histórico con nueva perspectiva, y añadió el paso de poderes a Josué, como preparación para lo siguiente. Esta obra se extendía hasta el último capítulo del segundo libro de los Reyes.

En esa posición, el Deuteronomio era un código de alianza que organizaba la vida en la tierra, previendo y sancionando lealtad y deslealtad del pueblo. Y como la historia terminaba en el destierro, el Deuteronomio justifica por adelantado el castigo de Dios. Moisés prevé dolorido ese desenlace y pronuncia una última palabra de esperanza.

La alianza en Moab adquiere así importancia capital. Empalma con la alianza del Sinaí, que recoge en la memoria. Pero asigna a dicha alianza solamente el decálogo como ley promulgada; el resto lo escucha sólo Moisés, se lo guarda, lo promulga antes de morir.

Las instituciones, la legislación y el mensaje del Deuteronomio acompañan al lector desde el comienzo de la obra histórica: como lo que pudo ser y no fue, pero puede y debe volver a ser. Como un punto de arranque que coloca toda la historia subsiguiente bajo el signo de la libertad responsable ante Dios. Por Dios no quedó y no quedará, si el pueblo se convierte.

En esta perspectiva, el sentido del libro cambia notablemente. Es más difícil la paciencia para escuchar tantos sermones al comienzo de una historia. La ficción retrospectiva se hace más patente, las referencias a los Patriarcas se vuelven borrosas en la lejanía. El libro es un homenaje a la personalidad apasionada de Moisés, capaz de dejar tan gravemente preñada la historia que le sucede.

3. El Deuteronomio ya existía antes de las dos lecturas descritas. No íntegro, sino aproximadamente desde 4,44 hasta el final del 28.

Tiene la forma de un código legal preparado y entreverado de discursos o frases parenéticas, rematado en la serie paralela de bendiciones y maldiciones. La breve justificación histórica de 4,45 y 5,6, las alusiones históricas esparcidas en 6-11, las indicaciones rituales del capítulo 27 confieren al libro la forma aproximada de un documento o protocolo de alianza.

Es bastante probable que, prescindiendo de adiciones, este libro sea el documento encontrado en el templo en tiempos de Josías (2 Re 22), que sirvió de impulso y base para la reforma del rey. No es probable que el libro se fabricase *ad hoc* en aquella época, pero sí lo es que fuera obra de círculos reformadores, quizá durante el reinado de Manasés. Esto no pasa de conjetura. Es probable que parte del material legal se remonte a tiempos antiguos, mientras que la exhortación sobre la Ley también puede tener raíces seculares.

El Deuteronomio es un libro de gran riqueza teológica; su teología mana de una preocupación pastoral. Deseando inculcar al pueblo la fidelidad al Señor y a sus leyes, el autor recoge la historia y la comenta, sacando de ella unas cuantas directrices grandes y fecundas, afianza la ley en la historia, apela a la conciencia lúcida y responsable.

A primera lectura, puede llamar la atención la insistencia en la centralización del culto. En la superficie, eso es una medida restrictiva para cortar los abusos de los santuarios locales; en el fondo, es una convicción radical, que el Señor es uno solo, el Dios único de Israel. Todas sus leyes se concentran en el mandamiento principal del amor o lealtad a Dios; Israel es un pueblo de hermanos que han de ser unánimes en la lealtad a su Dios; cada israelita tiene que darse entero a ese compromiso. Dios ha elegido al pueblo por puro amor, sin méritos previos le va a regalar una tierra y le exige una tarea. Si el pueblo la cumple, obtendrá nuevos beneficios de su Dios, sobre todo el beneficio supremo de la convivencia con él; si no la cumple, Dios lo castigará sin abandonarlo del todo, llamándolo a la conversión. La tarea no es puramente cúltica, es ante todo una tarea de justicia social y de amor fraterno.

El estilo es retórico, reiterativo, puede hacerse pesado. El predicador usa sinónimos sin precisar el sentido diferenciado de cada término (por ejemplo, siete términos para mandato), emplea bastantes adjetivos (cosa rara en hebreo), prodiga las frases predicativas de relativo que alargan la frase y pueden hacer enojosa la lectura. Pero no hay que olvidar que el libro está destinado a la recitación oral; declamado en voz alta, el libro resulta más aceptable y más fiel a la intención original.

INTRODUCCION HISTORICA

1 *Palabras* que dijo Moisés a todo Israel al otro lado del Jordán,
es decir, en el desierto o estepa que hay frente a Espadaña, entre
2 Farán a un lado y Tofel, Alba, Aldeas y Dorada al otro lado; son
once jornadas desde el Horeb hasta Cades Barne, pasando por la
sierra de Seír.
3 Era el día primero del undécimo mes del año cuarenta cuando
4 Moisés se dirigió a los israelitas por encargo del Señor. O sea, des-
pués de la derrota de Sijón, rey amorreo que residía en Jesbón,
5 y de Og, rey de Basán, que residía en Astarot (en Edrey) [a]. Allende
el Jordán, en territorio moabita, Moisés comenzó a inculcar esta
ley, diciendo así:
6 —El Señor nuestro Dios nos dijo en el Horeb: 'Basta ya de vi-
7 vir en estas montañas. Poneos en camino y dirigíos a las montañas
amorreas y a las poblaciones vecinas de la estepa, la sierra, la Sefe-
la, el Negueb y la costa. O sea, el territorio cananeo, el Líbano y
8 hasta el Río Grande, el Eufrates. Mira, ahí delante te he puesto la
tierra; entra a tomar posesión de la tierra que el Señor prometió
a vuestros padres, Abrahán, Isaac y Jacob'.
9 »Entonces yo os dije: 'Yo solo no doy abasto con vosotros, por-
10 que el Señor, vuestro Dios, os ha multiplicado y hoy sois más nu-
11 merosos que las estrellas del cielo. Que el Señor, vuestro Dios, os
haga crecer mil veces más, bendiciéndoos como os ha prometido;
12 pero ¿cómo voy a soportar yo solo vuestra carga, vuestros asuntos
13 y pleitos? Elegid de cada tribu algunos hombres hábiles, prudentes
y expertos, y yo los nombraré jefes vuestros' [b].
14-5 »Me contestasteis que os parecía bien la propuesta. Entonces yo
tomé algunos hombres hábiles y expertos y los nombré jefes vues-
tros: para cada tribu jefes de mil, de cien, de cincuenta y de diez,
16 y además alguaciles. Y di a vuestros jueces las siguientes normas:
'Escuchad y resolved según justicia los pleitos de vuestros herma-
17 nos, entre sí o con emigrantes. No seáis parciales en la sentencia,
oíd por igual a pequeños y grandes; no os dejéis intimidar por na-
die, que la sentencia es de Dios. Si una causa os resulta demasiado
18 ardua, pasádmela y yo la resolveré'. En la misma ocasión os man-
dé todo lo que teníais que hacer.
19 »Así, pues, dejamos el Horeb y nos encaminamos a las montañas
amorreas, atravesando aquel inmenso y terrible desierto que vos-
otros habéis visto, y cumpliendo las órdenes del Señor llegamos a
Cades Barne.
20 »Entonces os dije: 'Habéis llegado a las montañas amorreas que
21 el Señor, nuestro Dios, va a darnos. Mira, el Señor, tu Dios, te ha
puesto delante esa tierra. Sube y toma posesión, pues te la ha pro-
metido el Dios de tus padres. No temas ni te acobardes' [c].
22 »Pero vosotros acudisteis a mí en masa y me propusisteis: 'Va-
mos a enviar por delante algunos que examinen la tierra y nos in-
formen del camino que hemos de seguir y de las ciudades donde
hemos de entrar'.

a Nm 21. *b* Nm 11. *c* Nm 13-14.

23 »Yo aprobé la propuesta, y escogí entre vosotros doce hombres,
24 uno por tribu. Ellos partieron, subieron a la montaña, llegaron al
25 Torrente del Racimo y exploraron la zona, tomaron muestras de
los frutos del país, bajaron y nos informaron: 'Es buena la tierra
que el Señor, nuestro Dios, va a darnos'.
26 »Pero vosotros, rebelándoos contra la orden del Señor, vuestro
27 Dios, os negasteis a subir. Y os pusisteis a murmurar en vuestras
tiendas: 'Porque nos odia nos ha sacado el Señor de Egipto, para
28 entregarnos a los amorreos y destruirnos. ¡Adónde vamos a subir!
Nuestros hermanos nos han acobardado con sus palabras, que la
gente es más fuerte y corpulenta que nosotros, que las ciudades son
enormes y sus fortificaciones más altas que el cielo, que hasta han
visto anaquitas allí'.
29-0 »Yo os decía: 'No os aterroricéis, no les tengáis miedo. El Señor,
vuestro Dios, que va delante, luchará por vosotros, como ya lo hizo
31 contra los egipcios, ante vuestros ojos. Y en el desierto ya has vis-
to que el Señor, tu Dios, te ha llevado como a un hijo por todo el
camino hasta llegar aquí'.
32 »Pero ni por ésas creisteis al Señor, vuestro Dios, que había ido
33 por delante buscándoos lugar donde acampar; de noche os marcaba
el camino con un fuego; de día, con una nube.
34-5 »El Señor, al oír lo que decíais, se irritó y juró: 'Ni uno solo de
estos hombres, de esta generación malvada, verá esa tierra buena
36 que juré dar a vuestros padres. Exceptúo a Caleb, hijo de Jefoné;
él la verá, a él y a sus hijos le daré la tierra que pise, por haber
seguido plenamente al Señor'.
37 »También contra mí se irritó el Señor, por culpa vuestra, y me
38 dijo: 'Tampoco tú entrarás allí. Josué, hijo de Nun, que está a tu
servicio, es quien entrará allí. Confírmalo, porque él ha de repartir
39 la heredad a Israel. Vuestros chiquillos, que creíais ya botín del
enemigo; vuestros niños, que aún no distinguen el bien del mal,
40 entrarán allí, a ellos se la daré en posesión. Vosotros dad la vuelta,
id al desierto en dirección al Mar Rojo'.
41 »Entonces vosotros me contestasteis: 'Hemos pecado contra el
Señor. Vamos a subir a pelear, como nos había ordenado el Señor,
nuestro Dios'. Y os ceñisteis todos las armas, como si fuera cosa
fácil subir a la montaña.
42 »Pero el Señor me dijo: 'Diles que no suban a pelear, porque
43 no estoy con ellos y el enemigo los derrotará'. Os lo dije y no me
hicisteis caso, os insolentasteis contra la orden del Señor y subisteis
44 temerariamente a la montaña. Los amorreos que habitaban allí hi-
cieron una salida contra vosotros, os persiguieron como abejas y os
45 derrotaron en Exterminio de Seír. Volvisteis llorando al Señor, pero
el Señor no os escuchó ni os atendió.
46 »Por eso os quedasteis tanto tiempo viviendo en Cades.

2 »Después dimos la vuelta y fuimos al desierto en dirección al
Mar Rojo, como me había mandado el Señor, y pasamos mucho
2 tiempo dando vueltas por la serranía de Seír [a]. Hasta que el Señor

a Nm 20,14-21.

3 me dijo: 'Basta de dar vueltas por esta serranía, dirigíos al Norte.
4 Pero advierte al pueblo: Vais a cruzar la frontera de Seír, donde
habitan vuestros hermanos, los descendientes de Esaú; aunque ellos
5 os tienen miedo, mucho cuidado con enzarzaros con ellos, pues no
pienso daros ni un pie de su territorio. La sierra de Seír se la he
6 entregado a Esaú. La comida que comáis se la pagaréis, el agua que
7 bebáis se la compraréis. Pues el Señor, tu Dios, te ha bendecido
en todas tus empresas, os ha atendido en el viaje por ese inmenso
desierto; durante los últimos cuarenta años el Señor, tu Dios, ha
estado contigo y no te ha faltado nada'.
8 »Así, pues, cruzamos junto a nuestros hermanos, los descendien-
tes de Esaú, que habitaban en Seír, seguimos por el camino de la
estepa que arranca de Eilat y Foresta del Gallo, y torciendo cruza-
mos hacia el desierto de Moab.
9 »El Señor me dijo: 'No provoques a los moabitas ni te enzarces
en combate con ellos; no te daré posesiones en su territorio, pues
10 se lo di en posesión a los descendientes de Lot'. (Antiguamente
habitaban allí los emitas, pueblo grande, numeroso y corpulento,
11 como los anaquitas. Comúnmente se los creía refaítas, como a los
12 anaquitas, pero los moabitas los llamaban emitas. En Seír habita-
ban antiguamente los hurritas, pero los descendientes de Esaú los
desalojaron y aniquilaron, instalándose en su lugar, lo mismo que
hizo Israel con el territorio de su propiedad que les dio el Señor).
13 'Ahora a cruzar el torrente Zared'. Y cruzamos el torrente Zared.
14 »Desde Cades Barne hasta cruzar el torrente Zared anduvimos
caminando treinta y ocho años, hasta que desapareció del campamen-
to toda aquella generación de guerreros, como les había jurado el Se-
15 ñor. La mano del Señor pesó sobre ellos hasta que los hizo des-
16 aparecer del campamento. Y cuando por fin murieron los últimos
17-8 guerreros del pueblo, el Señor me dijo: 'Hoy vas a cruzar la fron-
19 tera de Moab por Ar. Cuando establezcas contacto con los amoni-
tas, no los provoques ni te enzarces con ellos, porque no pienso dar-
te posesiones en territorio amonita, pues se lo di en posesión a
20 los descendientes de Lot'. (También esta región se consideraba de
refaítas, pues antiguamente la habitaban refaítas, si bien los amo-
21 rreos los llamaban sansumitas. Eran un pueblo grande, numeroso
y corpulento, como los anaquitas. El Señor los aniquiló y los amo-
22 nitas los desalojaron y se instalaron en su lugar. Lo mismo sucedió
con los habitantes de Seír, descendientes de Esaú; el Señor aniqui-
ló a los hurritas, y ellos los desalojaron y se instalaron en su lugar,
23 y allí viven hoy. En cuanto a los heveos que habitaban las aldeas
de Gaza, los aniquilaron los cretenses venidos de Creta y se insta-
24 laron en su lugar). 'Ahora poneos en camino para cruzar el río
Arnón. Te entrego a Sijón, el rey amorreo de Jesbón, y su territo-
25 rio. Atácale y empieza la conquista. Hoy comienzo a sembrar páni-
co y terror por todos los pueblos bajo el cielo; al oír tu fama, tem-
blarán y se estremecerán ante ti' [a].
26 »Desde el desierto de levante despaché mensajeros a Sijón, rey
27 de Jesbón, con propuestas de paz: 'Déjame cruzar por tu territo-
rio. Iré camino adelante, sin desviarme a derecha ni a izquierda.

[a] Nm 21,21-30.

28 Te pagaremos la comida que nos des y el agua que bebamos;
29 déjanos cruzar a pie, como han hecho los descendientes de Esaú,
que habitan en Seír, y los moabitas, que habitan en Ar, hasta que
crucemos el Jordán para entrar en la tierra que nos va a dar el
Señor, nuestro Dios'.
30 »Pero Sijón, rey de Jesbón, no quiso dejarnos pasar; el Señor lo
puso reacio y terco para entregarlo en tu poder. Hoy es un hecho.
31 El Señor me dijo: 'Mira, comienzo por entregarte Sijón y su te-
rritorio; comienza la conquista de su territorio'.
32 »Sijón nos salió al encuentro con todas sus tropas en Yahsá.
33 Y como el Señor, nuestro Dios, nos lo entregó, lo derrotamos a él,
34 a sus hijos y a todo el ejército. Entonces conquistamos sus ciudades
y consagramos al exterminio a los vecinos, con mujeres y niños, sin
35 dejar a nadie con vida. Sólo nos reservamos como botín el ganado
36 y los despojos de las ciudades conquistadas. Desde Aroer, a orillas
del Arnón (la ciudad que da sobre el río), hasta Galaad no hubo
villa que se nos resistiera. Todo nos lo fue entregando a nuestro
37 paso el Señor, nuestro Dios. Sólo evitaste el territorio amonita, la
cuenca del Yaboc y los pueblos de la montaña, como te había man-
dado el Señor, nuestro Dios.

3 »Torcimos, pues, y comenzamos a subir hacia Basán cuando en
Edrey nos salió al encuentro Og, rey de Basán, con todo su ejército [a].
2 El Señor me dijo: 'No le tengas miedo, que te lo entrego con todo
su ejército y su territorio. Trátalo como a Sijón, el rey amorreo que
residía en Jesbón'.
3 »El Señor, nuestro Dios, nos entregó también a Og, rey de Basán,
4 con todo su ejército, y los derrotamos sin dejar uno con vida. En-
tonces conquistamos todas sus ciudades sin dejar de arrebatarles
una sola. En total, sesenta ciudades en la zona de Argob, dominios
5 de Og de Basán; todas ellas fortificadas con imponentes murallas
y portones con trancas. Sin contar muchísimas aldeas de campesi-
6 nos. Como habíamos hecho con Sijón, rey de Jesbón, consagramos
7 al exterminio todos los vecinos, con mujeres y niños. Nos reserva-
8 mos como botín el ganado y los despojos de las ciudades. Así, con-
quistamos los territorios de los dos reyes amorreos al otro lado del
9 Jordán: desde el río Arnón hasta el monte Hermón. (Los sidonios
10 llaman Sirión al Hermón, los amorreos lo llaman Senir). Todos los
poblados de la planicie, todo Galaad y Basán, hasta Salcá y Edrey,
11 dominios del rey de Basán. Og, rey de Basán, era el único super-
viviente de los refaítas. En la capital, Amán, se puede visitar su
sarcófago de hierro; mide cuatro metros y medio de largo y dos
metros de ancho (patrón normal).
12 »Los territorios que conquistamos entonces los repartí así: a los
rubenitas y gaditas les asigné la mitad de la sierra de Galaad con
13 sus poblados, a partir de Aroer, junto al Arnón; a la media tribu
de Manasés le asigné el resto de Galaad y todo Basán, dominio de
Og, la zona de Argob. (Basán es lo que llaman tierra de refaítas).
14 Yaír, hijo de Manasés, escogió el Argob, hasta la frontera de Gue-
sur y Maacá, y dio a Basán su nombre, que subsiste hasta hoy:

[a] Nm 21,31-35.

15-6 Aldeas de Yaír. A Maquir le asigné Galaad. A los rubenitas y gadi-
tas les asigné una parte de Galaad: por un lado, hasta el Arnón, con
frontera en medio del río; por otro lado, hasta el Yaboc, frontera
17 de los amonitas; además, la estepa, con el Jordán de frontera, desde
Genesaret al Mar Muerto o Mar Salado, en las laderas orientales
del Fasga.
18 »Entonces os di estas instrucciones [a]: 'El Señor, vuestro Dios, os
ha dado esta tierra en propiedad. Todos los militares se armarán y
19 pasarán delante de sus hermanos. En las ciudades que os he asig-
nado se quedarán sólo las mujeres, los niños y los rebaños —pues
20 sé que tenéis mucho ganado—, hasta que el Señor conceda a vues-
tros hermanos el descanso como a vosotros, y también ellos tomen
posesión de la tierra que el Señor, vuestro Dios, va a darles al otro
lado del Jordán. Después volverá cada uno a la posesión que os he
asignado'.
21 »Entonces di instrucciones a Josué: 'Con tus ojos has visto todo
lo que el Señor, vuestro Dios, ha hecho a esos dos reyes. Lo mismo
22 hará el Señor a todos los reinos adonde vas a entrar. No los temas,
que el Señor, vuestro Dios, lucha a favor vuestro'.
23-4 »Entonces recé así al Señor: 'Señor mío, tú has comenzado a
mostrar a tu siervo tu grandeza y la fuerza de tu mano. ¿Qué dios
hay en el cielo o en la tierra que pueda realizar las hazañas y proe-
25 zas que tú? Déjame pasar a ver esa tierra hermosa allende el Jor-
dán, esas hermosas montañas y el Líbano'.
26 »Pero el Señor estaba irritado conmigo por culpa vuestra y no
accedió, sino que me dijo: '¡Basta! No sigas hablando de ese asun-
27 to. Sube a la cumbre del Fasga, pasea la vista a poniente y levante,
norte y sur, y mírala con los ojos, pues no has de cruzar el Jordán.
28 Da instrucciones a Josué, infúndele ánimo y valor, porque él pasará
al frente de ese pueblo y él les repartirá la tierra que estás viendo'.
29 »Y nos quedamos en la hondonada, frente a Bet Fegor.

4 »Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os ense-
ño a cumplir; así viviréis y entraréis y tomaréis posesión de la tie-
2 rra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar. No añadáis
nada a lo que os mando ni suprimáis nada; cumplid los preceptos
3 del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy. Vuestros ojos han
visto lo que el Señor hizo en Baal Fegor; el Señor, tu Dios, exter-
minó en medio de ti a todos los que se fueron con el ídolo de Fe-
4 gor; en cambio, vosotros, que os pegasteis al Señor, seguís hoy
5 todos con vida. Mirad, yo os enseño los mandatos y decretos que
me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra
6 donde vais a entrar para tomar posesión de ella. Ponedlos por obra,
que ellos serán vuestra prudencia y sabiduría ante los demás pue-
blos, que al oír estos mandatos comentarán: '¡Qué pueblo tan sa-
7 bio y prudente es esa gran nación!'. Pues ¿qué nación grande tiene
un dios tan cercano como está el Señor, nuestro Dios, cuando lo
8 invocamos? Y ¿qué nación grande tiene unos mandatos y decretos
tan justos como esta ley que yo os promulgo hoy?
9 »Pero, cuidado, guárdate muy bien de olvidar los sucesos que

a Nm 32.

vieron tus ojos, que no se aparten de tu memoria mientras vivas;
10 cuéntaselos a tus hijos y nietos. El día aquel que estuviste ante el
Señor, tu Dios, en el Monte Horeb, cuando me dijo el Señor:
'Reúneme al pueblo y les haré oír mis palabras, para que apren-
dan a temerme mientras vivan en la tierra y se las enseñen a sus
hijos' [a].
11 »Vosotros os acercasteis y os quedasteis al pie de la montaña,
mientras la montaña ardía con llamas que se alzaban hasta el cielo,
12 en medio de oscuros y densos nubarrones. El Señor os hablaba des-
de el fuego: oíais palabras sin ver figura alguna, sólo se oía una
13 voz. El os comunicó su alianza y los diez mandamientos que os
14 exigía cumplir, y los grabó en dos losas de piedra. A mí me mandó
entonces que os enseñara los mandatos y decretos que habíais de
cumplir en la tierra adonde vais a cruzar para tomar posesión de
ella.
15 »¡Mucho cuidado!, que cuando el Señor, vuestro Dios, os habló
16 en el Horeb, desde el fuego, no visteis figura alguna. No os pervir-
táis haciéndoos ídolos o figuras esculpidas: imágenes de varón o
17 hembra, imágenes de animales terrestres, imágenes de aves que vue-
18 lan por el cielo, imágenes de reptiles del suelo, imágenes de peces
19 del agua bajo la tierra. Al levantar los ojos al cielo y ver el sol, la
luna y las estrellas, el ejército entero del cielo, no te dejes arrastrar a
prosternarte ante ellos para darles culto; pues el Señor, tu Dios, se
20 los ha repartido a todos los pueblos bajo el cielo. En cambio, a vos-
otros os tomó el Señor y os sacó del horno de hierro de Egipto para
que fueseis el pueblo de su heredad, como lo eres hoy.
21 »El Señor se irritó conmigo y me juró que no cruzaré el Jordán
ni entraré en esa tierra buena que el Señor, tu Dios, te va a dar
22 como heredad. Sí, yo moriré en esta tierra, sin cruzar el Jordán,
mientras que vosotros lo cruzaréis y tomaréis posesión de esa tierra
23 buena. Cuidado con olvidar la alianza que el Señor, vuestro Dios,
concertó con vosotros, haciéndoos ídolos de cualquier figura, cosa
24 que te ha prohibido el Señor, tu Dios. Pues el Señor, tu Dios, es
fuego voraz, dios celoso.
25 »Cuando engendres hijos y nietos y os hagáis veteranos en la tie-
rra, si os pervertís haciéndoos ídolos de cualquier figura, haciendo
26 lo que el Señor, tu Dios, reprueba —¡cito hoy como testigos contra
vosotros al cielo y a la tierra!—, desapareceréis muy pronto de la
tierra de la que vas a tomar posesión pasando el Jordán; no prolon-
27 garéis la vida en ella, sino que seréis destruidos. El Señor os disper-
sará por las naciones, y quedaréis unos pocos en los pueblos adonde
28 os deportará el Señor. Allí serviréis a dioses fabricados por hombres,
29 leño y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. Desde allí
buscaréis al Señor, tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas de todo
30 corazón y con toda el alma. Cuando al cabo de los años te alcancen
y te estrechen todas estas maldiciones, volverás al Señor, tu Dios,
31 y le obedecerás. Porque el Señor, tu Dios, es un Dios compasivo:
no te dejará, ni te destruirá, ni olvidará el pacto que juró a vues-
tros padres.
32 »Sí, pregunta a la antigüedad, a los tiempos pasados, remontán-

a Ex 19.

dote al día en que Dios creó al hombre sobre la tierra y abarcando
el cielo de extremo a extremo, si ha sucedido algo tan grande o se
33 ha oído algo semejante. ¿Ha oído algún pueblo a Dios hablando
34 desde el fuego, como tú lo has oído, y quedó vivo? ¿Intentó algún
dios acudir a sacarse un pueblo de en medio de otro con pruebas,
signos y prodigios, en son de guerra, con mano fuerte y brazo extendido, con terribles portentos, como hizo el Señor, vuestro Dios,
con vosotros contra los egipcios, ante vuestros ojos?
35 »Pues a ti te lo mostraron, para que sepas que el Señor es Dios
36 y no hay otro fuera de él. Desde el cielo te hizo oír su voz para
instruirte, en la tierra te hizo ver su fuego terrible y escuchaste sus
37 palabras entre el fuego. Porque quiso a vuestros padres y escogió
a sus descendientes, él en persona te sacó de Egipto con su gran
38 poder, para desposeer a pueblos más grandes y poderosos que tú,
para llevarte a su tierra y dártela en heredad, cosa que hoy es un
39 hecho. Pues reconoce hoy, y métetelo dentro, que el Señor es Dios
40 arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro. Guarda los
mandatos y preceptos que te daré hoy; así os irá bien a ti y a los
hijos que te sucedan y prolongarás la vida en la tierra que el Señor,
tu Dios, te va a dar para siempre».
41 Entonces Moisés separó tres ciudades al este del Jordán para
42 que buscase asilo en ellas el que sin intención hubiera matado a
otro sin que lo odiase antes; refugiándose en una de ellas, salvaría
43 la vida. Para los rubenitas, Beser, en el desierto, en la planicie;
para los gaditas, Ramot de Galaad; para los manasitas, Golán de
Basán.

LEY

1. Decálogo y parenesis
(Ex 20)

44-5 *Ley* que promulgó Moisés a los israelitas. Normas, *mandatos*
y decretos que propuso Moisés a los israelitas al salir de Egipto.
46 Al otro lado del Jordán, en la hondonada frente a Bet Fegor, en
territorio de Sijón, rey amorreo que residía en Jesbón. Al salir de
47 Egipto lo derrotó Moisés con los israelitas y conquistaron su territorio, lo mismo que el de Og, rey de Basán. Dos reyes amorreos
48-9 del lado oriental del Jordán. Toda la estepa a oriente del Jordán,
desde Aroer, a orillas del Arnón, hasta el monte Sirión (o Hermón)
y hasta el Mar Muerto, en las laderas del Fasga.

5 Moisés convocó a los israelitas y les dijo:
—*Escucha, Israel, los mandatos y decretos* que hoy os predico,
para que los aprendáis, los guardéis y los pongáis por obra.
2 »El Señor, nuestro Dios, hizo alianza con nosotros en el Horeb.
3 No hizo esa alianza con nuestros padres, sino con nosotros, con los
4 que estamos vivos hoy, aquí. Cara a cara habló el Señor con vos-
5 otros en la montaña, desde el fuego. Yo mediaba entonces entre el
Señor y vosotros, anunciándoos la palabra del Señor, porque os
daba miedo aquel fuego y no subisteis a la montaña.
6 »El Señor dijo: 'Yo soy el Señor, tu Dios. Yo te saqué de Egipto, de la esclavitud.
7 'No tendrás otros dioses frente a mí.
8 'No te harás ídolos: figura alguna de lo que hay arriba en el
9 cielo, abajo en la tierra o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos ni les darás culto, porque yo, el Señor, tu Dios,
soy un dios celoso: castigo el pecado de los padres en los hijos,
10 nietos y bisnietos cuando me aborrecen. Pero actúo con lealtad por
mil generaciones cuando me aman y guardan mis preceptos.
11 'No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso, porque
no dejará el Señor impune a quien pronuncie su nombre en falso.
12 'Guarda el día del sábado, santificándolo, como el Señor, tu
13 Dios, te ha mandado. Durante seis días trabaja y haz tus tareas;
14 pero el día séptimo es día de descanso dedicado al Señor, tu Dios.
No harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo,
ni tu esclava, ni tu buey, ni tu asno, ni tu ganado, ni el emigrante
que viva en tus ciudades, para que descansen como tú, el esclavo
15 y la esclava. Recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que te sacó
de allí el Señor, tu Dios, con mano fuerte y con brazo extendido.
Por eso te manda el Señor, tu Dios, guardar el día del sábado.
16 'Honra a tu padre y a tu madre, como te mandó el Señor; así
prolongarás la vida y te irá bien en la tierra que el Señor, tu Dios,
te va a dar.
17 'No matarás.
18 'Ni cometerás adulterio.
19 'Ni robarás.
20 'Ni darás testimonio falso contra tu prójimo.
21 'Ni pretenderás la mujer de tu prójimo. Ni codiciarás su casa,

ni sus tierras, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno,
ni nada que sea de él'.
22 »Estos son los mandamientos que el Señor pronunció con voz
potente ante toda vuestra asamblea, en la montaña, desde el fuego
y los nubarrones. Y, sin añadir más, los grabó en dos losas de pie-
dra y me las entregó.
23 »Al escuchar la voz que salía de la tiniebla, mientras el monte
24 ardía, se acercaron a mí vuestros jefes de tribu y autoridades, y me
dijeron: 'El Señor, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su
grandeza, hemos oído su voz que salía del fuego. Hoy vemos que
25 puede Dios hablar a un hombre y seguir éste con vida. Pero ahora
tememos morir devorados por ese fuego violento; si seguimos oyen-
26 do la voz del Señor, nuestro Dios, moriremos. Porque ¿qué mor-
tal es capaz de oír, como nosotros, la voz de un Dios vivo, hablan-
27 do desde el fuego, y salir con vida? Acércate tú y escucha cuanto
tenga que decirte el Señor, nuestro Dios. Luego tú nos comunicarás
todo lo que te diga el Señor, nuestro Dios; nosotros escucharemos
y obedeceremos'.
28 »El Señor oyó lo que me decíais, y me dijo: 'He oído lo que te
29 dice ese pueblo; tiene razón. Ojalá conserven siempre esa actitud,
respetándome y guardando mis preceptos; así, les irá bien a ellos y a
30-1 sus hijos por siempre. Ve y diles: Volveos a las tiendas. Pero tú
quédate aquí conmigo, y te daré a conocer todos los preceptos, los
mandatos y decretos que has de enseñarles, para que los cumplan
en la tierra que les voy a dar para que tomen posesión de ella'.
32 »Poned por obra lo que os mandó el Señor, vuestro Dios; no os
33 apartéis a derecha ni a izquierda. Seguid el camino que os marcó
el Señor, vuestro Dios, y viviréis, os irá bien y prolongaréis la vida
en la tierra que vais a ocupar.

6 »Estos son los preceptos, los *mandatos y decretos* que el Señor,
vuestro Dios, os mandó aprender y cumplir en la tierra donde vais
2 a entrar para tomar posesión de ella. Que respetes al Señor, tu Dios,
guardando toda la vida todos los mandatos y preceptos que te doy
3 —y también tus nietos—, y te alargarán la vida. Escúchalo, Israel,
y ponlo por obra, para que te vaya bien y crezcáis mucho. Ya te
dijo el Señor, Dios de tus padres: 'Es una tierra que mana leche
y miel'.
4 »*Escucha, Israel,* el Señor, nuestro Dios, es solamente uno.
5 Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma,
6 con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu
7 memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando
8 en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu
9 muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás
en las jambas de tu casa y en tus portales.
10 »Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra que juró
a tus padres —a Abrahán, Isaac y Jacob— que te había de dar,
11 con ciudades grandes y ricas que tú no has construido, casas rebo-
santes de riquezas que tú no has llenado, pozos ya cavados que tú
no has cavado, viñas y olivares que tú no has plantado, cuando
12 comas hasta hartarte, guárdate de olvidar al Señor, que te sacó de
Egipto, de la esclavitud.

13 »Al Señor, tu Dios, respetarás, a él sólo servirás, sólo en su nom-
bre jurarás.
14 »No seguiréis a dioses extranjeros, dioses de los pueblos vecinos,
15 porque el Señor, tu Dios, es un dios celoso en medio de ti. No se
encienda contra ti la ira del Señor, tu Dios, y te extermine de la
superficie de la tierra.
16 »No tentaréis al Señor, vuestro Dios, poniéndolo a prueba, como
lo tentasteis en Tentación.
17 »Guardarás los preceptos del Señor, vuestro Dios, las normas y
mandatos que te ordenó.
18 »Harás lo que el Señor, tu Dios, aprueba y da por bueno; así, te
irá bien, entrarás y tomarás posesión de esa tierra buena que pro-
19 metió el Señor a tus padres, arrojando ante ti a todos tus enemigos,
como te dijo el Señor.
20 »Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: '¿Qué son esas
normas, esos *mandatos y decretos* que os mandó el Señor, vuestro
21 Dios?', le responderás a tu hijo: 'Éramos esclavos del Faraón en
22 Egipto y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte; el Señor
hizo signos y prodigios grandes y funestos contra el Faraón y toda
23 su corte, ante nuestros ojos. A nosotros nos sacó de allí para traer-
nos y darnos la tierra que había prometido a nuestros padres.
24 Y nos mandó cumplir todos estos mandatos, respetando al Señor,
nuestro Dios, para nuestro bien perpetuo, para que sigamos vivien-
25 do como hoy. Quedaremos justificados ante el Señor, nuestro Dios,
si ponemos por obra todos los preceptos que nos ha mandado'.

7 »Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra donde en-
tras para tomar posesión de ella y expulse a tu llegada a naciones
más grandes que tú —hititas, guirgasitas, amorreos, cananeos, fere-
ceos, heveos y jebuseos—, siete pueblos más numerosos y fuertes
2 que tú; cuando el Señor, tu Dios, los entregue en tu poder y tú
los venzas, los consagrarás sin remisión al exterminio. No pactarás
3 con ellos ni les tendrás piedad. No emparentarás con ellos: no darás
4 tus hijos a sus hijas ni tomarás sus hijas para tus hijos. Porque ellos
los apartarán de mí, para que sirvan a dioses extranjeros, y se en-
cenderá la ira del Señor contra vosotros y no tardará en destruiros.
5 »Esto es lo que haréis con ellos: demoleréis sus altares, destrui-
réis sus estelas, arrancaréis sus mayos, quemaréis sus imágenes.
6 Porque tú eres un pueblo consagrado al Señor, tu Dios; él te eligió
para que fueras, entre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de
su propiedad.
7 »Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió no fue por ser
vosotros más numerosos que los demás —porque sois el pueblo
8 más pequeño—, sino que por puro amor vuestro, por mantener el
juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó el Señor de
Egipto con mano fuerte y os rescató de la esclavitud, del dominio
9 del Faraón, rey de Egipto. Así sabrás que el Señor, tu Dios, es
Dios, un Dios fiel: a los que aman y guardan sus preceptos, les
10 mantiene su alianza y su favor por mil generaciones; al que lo abo-
rrece, le paga en persona sin hacerse esperar, al que lo aborrece le
11 paga en persona. Pon por obra estos preceptos y los *mandatos y
decretos* que te mando hoy.

12 »Si escuchas estos decretos y los mantienes y los cumples, tam-
bién el Señor, tu Dios, te mantendrá la alianza y el favor que pro-
13 metió a tus padres. Te amará, te bendecirá y te hará crecer; bende-
cirá el fruto de tu vientre y el fruto de tus tierras: tu trigo, tu mos-
to y tu aceite; las crías de tus vacas y el parto de tus ovejas, en la
14 tierra que te dará como prometió a tus padres. Serás bendito entre
todos los pueblos; no habrá estéril ni impotente entre los tuyos ni
15 en tu ganado. El Señor desviará de ti la enfermedad; no te mandará
jamás epidemias malignas, como aquellas de Egipto que conoces,
sino que afligirá con ellas a los que te odian.
16 »Devora a todos los pueblos que te entregue el Señor. No tengas
compasión de ellos ni des culto a sus dioses, porque serán un lazo
para ti.
17 »Si alguna vez se te ocurre pensar: Estos pueblos son más nu-
18 merosos que yo, ¿cómo podré desalojarlos?, no los temas; recuer-
19 da lo que hizo el Señor con el Faraón y con Egipto entero. Las
pruebas tremendas que vieron tus ojos, los signos y prodigios, la
mano fuerte y el brazo extendido con que te sacó el Señor, tu Dios;
así hará el Señor, tu Dios, con todos los pueblos que te asustan.
20 Pánico mandará el Señor contra ellos, hasta aniquilar a los que
21 queden escondiéndose de ti. No les tengas miedo, que está en medio
de ti el Señor, tu Dios, un Dios grande y terrible.
22 »El Señor, tu Dios, irá expulsando ante ti esas naciones poco a
poco. No podrás terminar con ellas rápidamente, no sea que las bes-
23 tias feroces se multipliquen con peligro tuyo. El Señor, tu Dios, los
entregará ante ti, sembrando en sus filas el desconcierto, hasta des-
24 truirlos. Entregará a sus reyes en tu poder, y tú harás desaparecer
su nombre bajo el cielo. No habrá quien se te resista, hasta que los
destruyas a todos.
25 »Las imágenes de sus dioses las quemarás. No codicies el oro ni
la plata que los recubre, ni te lo apropies; así no caerás en su tram-
26 pa. Mira que son abominación para el Señor, tu Dios. No metas en
tu casa una abominación, porque serás consagrado al exterminio
como ella. Aborrécela y detéstala, porque está consagrada al ex-
terminio.

8 »Todos los preceptos que yo os mando hoy ponedlos por obra;
así viviréis, creceréis, entraréis y conquistaréis la tierra que el Se-
ñor prometió con juramento a vuestros padres.
2 »Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer
estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para ponerte a
prueba y conocer tus intenciones, si guardas sus preceptos o no.
3 El te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con
el maná —que tú no conocías ni conocieron tus padres— para en-
señarte que el hombre no vive sólo de pan, sino de todo lo que
4 sale de la boca de Dios. Tus vestidos no se han gastado ni se te han
5 hinchado los pies durante estos cuarenta años, para que reconozcas
que el Señor, tu Dios, te ha educado como un padre educa a su
6 hijo; para que guardes los preceptos del Señor, tu Dios, sigas sus
caminos y lo respetes.
7 »Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra buena, tie-
rra de torrentes, de fuentes y veneros que manan en el monte y la

8 llanura; tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados,
9 tierra de olivares y de miel; tierra en que no comerás tasado el pan,
en que no carecerás de nada; tierra que lleva hierro en sus rocas
10 y de cuyos montes sacarás cobre; entonces, cuando comas hasta har-
tarte, bendice al Señor, tu Dios, por la tierra buena que te ha dado.
11 »Guárdate de olvidar al Señor, tu Dios, de no cumplir los pre-
12 ceptos, mandatos y decretos que yo te mando hoy. No sea que
cuando comas hasta hartarte, cuando te edifiques casas hermosas
13 y las habites, cuando críen tus reses y ovejas, aumenten tu plata y
14 tu oro y abundes de todo, te vuelvas engreído y te olvides del Se-
15 ñor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud; que te hizo
recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes,
un sequedal sin una gota de agua; que te sacó agua de una roca de
16 pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no co-
nocían tus padres: para afligirte y probarte y para hacerte el bien
17 al final. Y no digas: 'Por mi fuerza y el poder de mi brazo me he
18 creado estas riquezas'. Acuérdate del Señor, tu Dios, que es él
quien te da la fuerza para crearte estas riquezas, y así mantiene la
promesa que hizo a tus padres, como lo hace hoy.
19 »Si olvidas al Señor, tu Dios, y sigues a dioses extranjeros, les
das culto y te prosternas ante ellos, yo os garantizo hoy que pere-
20 ceréis sin remedio. Como los pueblos que el Señor va a destruir a
vuestro paso, así pereceréis vosotros, por no obedecer al Señor,
vuestro Dios.

9 »*Escucha, Israel,* tú vas a cruzar hoy el Jordán para conquistar
pueblos más grandes y fuertes que tú, ciudades más grandes y for-
2 tificadas que el cielo; un pueblo numeroso y corpulento, los ana-
quitas, que conoces de oídas, por aquello: '¿Quién resistirá a los
3 hijos de Anac?'. Así sabrás hoy que el Señor, tu Dios, es quien
cruza al frente de ti, como fuego voraz, y los destrozará, y los de-
rrotará ante ti, para que tú los desalojes y destruyas rápidamente,
como te prometió el Señor.
4 »Cuando los expulse el Señor, tu Dios, ante ti, no digas: 'Por
mi justicia me trajo el Señor a tomar posesión de esta tierra, y por
5 la injusticia de esos pueblos, el Señor los despoja ante mí'. Si tú
vas a conquistar esas tierras no es por tu justicia y honradez, sino
que el Señor, tu Dios, despoja a esos pueblos por su injusticia y
para mantener la palabra que juró a tus padres, Abrahán, Isaac y
6 Jacob. Y sabrás que si el Señor, tu Dios, te da en posesión esa tie-
rra buena no es por tu propia justicia, ya que eres un pueblo terco;
7 recuerda y no olvides que provocaste al Señor, tu Dios, en el de-
sierto; desde el día que saliste de Egipto hasta que llegasteis a este
8 lugar habéis sido rebeldes al Señor; en el Horeb provocaste al Se-
ñor, y el Señor se irritó con vosotros y os quiso destruir [a].
9 »Cuando yo subí al monte a recibir las losas de piedra, las tablas
de la alianza que concertó el Señor con vosotros, me quedé en el
monte cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber
10 agua. Luego el Señor me entregó las dos losas de piedra, escritas
de la mano de Dios; en ellas estaban todos los mandamientos que

[a] Ex 32.

os dio el Señor en la montaña, desde el fuego, el día de la asamblea.
11 Pasados los cuarenta días y cuarenta noches, me entregó el Señor
12 las dos losas de piedra, las tablas de la alianza, y me dijo: 'Levántate,
baja de aquí en seguida, que se ha pervertido tu pueblo, el
que tú sacaste de Egipto. Pronto se han apartado del camino que
13 les marcaste, se han fundido un ídolo'. El Señor me añadió: 'He
14 visto que este pueblo es un pueblo terco. Déjame destruirlo y
borrar su nombre bajo el cielo; de ti haré un pueblo más fuerte y
numeroso que él'.
15 »Yo me puse a bajar de la montaña, mientras la montaña ardía;
16 llevaba en las manos las dos losas de la alianza. Miré, y era verdad.
Habíais pecado contra el Señor, vuestro Dios; os habíais hecho un
becerro de fundición. Pronto os apartasteis del camino que el Señor
17 os había marcado. Entonces agarré las losas, las arrojé con las dos
18 manos y las estrellé ante vuestros ojos. Luego me postré ante el
Señor cuarenta días y cuarenta noches, como la vez anterior, sin
comer pan ni beber agua, pidiendo perdón por el pecado que habíais
cometido, haciendo lo que parece mal al Señor, irritándolo,
19 porque tenía miedo de que la ira y la cólera del Señor contra vosotros
os destruyese. También aquella vez me escuchó el Señor.
20 »Con Aarón se irritó tanto el Señor, que quería destruirlo, y
entonces tuve que interceder también por Aarón.
21 »Después cogí el pecado que os habíais fabricado, el becerro, y
lo quemé, lo machaqué, lo trituré hasta pulverizarlo como ceniza
y arrojé la ceniza en el torrente que baja de la montaña.
22 »Luego en Estallido, en Tentación y en Tumbas de Avidez seguis-
23 teis provocando al Señor. Y cuando os envió desde Cades Barne,
diciéndoos que subierais a conquistar la tierra que os había entregado,
os rebelasteis contra la orden del Señor, no le creisteis ni le
24 obedecisteis. Desde que os conozco, habéis sido rebeldes al Señor [a].
25 »Me postré ante el Señor, estuve postrado cuarenta días y cua-
26 renta noches, porque el Señor pensaba destruiros. Oré al Señor,
diciendo: 'Señor mío, no destruyas a tu pueblo, la heredad que
redimiste con tu grandeza, que sacaste de Egipto con mano fuerte.
27 Acuérdate de tus siervos Abrahán, Isaac y Jacob, no te fijes en la
28 terquedad de este pueblo, en su crimen y su pecado, no sea que
digan en la tierra de donde nos sacaste: No pudo el Señor introducirlos
en la tierra que les había prometido, o: Los sacó por odio,
29 para matarlos en el desierto. Son tu pueblo, la heredad que sacaste
con tu esfuerzo poderoso y con tu brazo extendido'.

10 »En aquella ocasión me dijo el Señor: 'Talla dos losas de piedra,
como las primeras, súbemelas a la montaña y haz un arca de made-
2 ra; voy a escribir sobre esas losas los mandamientos escritos en las
losas primeras, que has estrellado, para que las depositas en el arca'.
3 Hice un arca de madera de acacia, tallé dos losas de piedra como
4 las primeras y subí al monte con las dos losas. El escribió en las
losas la misma escritura de antes, los Diez Mandamientos que os
había dado el Señor en la montaña, desde el fuego, el día de la
5 asamblea, y me las entregó. Yo bajé de la montaña y coloqué las dos

a Nm 14.

losas en el arca que tenía preparada, y allí quedaron, como me había
mandado el Señor.
6 »(Los israelitas se dirigieron de los Pozos de Anac a Coyundas.
Allí murió Aarón y allí lo enterraron. Eleazar le sucedió en el sacer-
7 docio. De allí se dirigieron a Rajada, y de allí a Mejorada, región de
8 torrentes. En aquella ocasión el Señor apartó a la tribu de Leví
para que llevara el arca de la alianza del Señor, estuviera a disposición
del Señor para servirle y para que bendijera en su nombre,
9 y así hacen todavía hoy. Por eso el levita no recibe parte en la heredad
de sus hermanos, sino que el Señor es su heredad, como le
dijo el Señor, tu Dios).
10 »Yo permanecí en la montaña cuarenta días y cuarenta noches,
como la vez anterior, y también aquella vez me escuchó el Señor.
11 No quiso destruiros, sino que me dijo: 'Levántate y disponte a
partir al frente del pueblo. Que vayan y tomen posesión de la tierra
que les daré, como prometí a sus padres'.
12 »*Ahora, Israel,* ¿qué es lo que te exige el Señor, tu Dios? Que
respetes al Señor, tu Dios; que sigas sus caminos y lo ames; que sirvas
al Señor, tu Dios, con todo el corazón y con toda el alma;
13 que guardes los preceptos del Señor, tu Dios, y los mandatos que
yo te mando hoy, para tu bien.
14 »Cierto: del Señor son los cielos, hasta el último cielo; la tierra
15 y todo cuanto la habita; con todo, sólo de vuestros padres se enamoró
el Señor, los amó, y de su descendencia os escogió a vosotros
entre todos los pueblos, como sucede hoy.
16 »Circuncidad vuestro corazón, no endurezcáis vuestra cerviz;
17 que el Señor, vuestro Dios, es Dios de dioses y Señor de señores;
Dios grande, fuerte y terrible, no es parcial ni acepta soborno,
18 hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al emigrante, dándole
pan y vestido.
19 »Amaréis al emigrante, porque emigrantes fuisteis en Egipto.
20 »Al Señor, tu Dios, respetarás y a él sólo servirás, te pegarás a él,
21 en su nombre jurarás. El será tu alabanza, él será tu Dios, pues él
hizo a tu favor las terribles hazañas que tus ojos han visto.
22 »Setenta eran tus padres cuando bajaron a Egipto, y ahora el
Señor, tu Dios, te ha hecho numeroso como las estrellas del cielo.

11 »Amarás al Señor, tu Dios; guardarás sus consignas, sus decretos
y preceptos mientras te dure la vida.
2 »Sabedlo hoy. *No se trata de vuestros hijos,* que ni entienden ni
han visto la instrucción de vuestro Dios, su grandeza, su mano fuer-
3 te y su brazo extendido, los signos y hazañas que hizo en medio de
Egipto contra el Faraón, rey de Egipto, y contra todo su territorio;
4 lo que hizo al ejército egipcio, a sus carros y caballos: precipitó sobre
ellos las aguas del Mar Rojo cuando os perseguían y acabó con
5 ellos el Señor, hasta el día de hoy; lo que hizo con vosotros en el
6 desierto, hasta que llegasteis a este lugar; lo que hizo a Datán y
Abirón, hijos de Eliab, hijo de Rubén: la tierra abrió sus fauces y
se los tragó con sus familias y tiendas, con su servidumbre y gana-
7 do, en medio de todo Israel. *Se trata de vosotros,* que habéis visto
con vuestros ojos las grandes hazañas que hizo el Señor.
8 »Guardaréis fielmente los preceptos que yo os mando hoy, así

seréis fuertes, entraréis y tomaréis posesión de la tierra adonde
9 cruzáis para conquistarla; prolongaréis vuestros años sobre la tierra
que el Señor, vuestro Dios, prometió dar a vuestros padres y a su
10 descendencia: una tierra que mana leche y miel. La tierra adonde
te diriges para conquistarla no es como la tierra de Egipto, de don-
de saliste: allí sembrabas tu semilla y la regabas como una huerta
11 dando a la noria con los pies. La tierra adonde cruzas para tomarla
en posesión es una tierra de montes y valles, que bebe el agua de la
12 lluvia del cielo; es una tierra de la que el Señor, tu Dios, se ocupa
y está siempre mirando por ella, desde el principio del año hasta
el fin.
13 »Si escuchas y obedeces los preceptos que yo te mando hoy,
amando al Señor, vuestro Dios, y sirviéndole con todo el corazón
14 y con toda el alma, yo mandaré a vuestra tierra la lluvia a sus tiem-
pos: la lluvia temprana y la tardía; cosecharás tu trigo, tu mosto
15 y tu aceite; yo pondré hierba en tus campos para tu ganado, y co-
merás hasta hartarte.
16 »Pero, cuidado, no os dejéis seducir ni os desviéis sirviendo a
17 dioses extranjeros y postrándoos ante ellos; porque se encenderá
la ira del Señor contra vosotros, cerrará el cielo y no habrá más
lluvia, el campo no dará sus cosechas y desapareceréis en seguida
de esa tierra buena que os va a dar el Señor.
18 »Meteos estas palabras mías en el corazón y en el alma, atadlas a
19 la muñeca como un signo, ponedlas de señal en vuestra frente, ense-
ñádselas a vuestros hijos, habladles de ellas estando en casa y yendo
20 de camino, acostado y levantado, escríbelas en las jambas de tu casa
21 y en tus portales, para que dures y duren tus hijos en la tierra que
el Señor juró dar a tus padres, cuanto dure el cielo sobre la tierra.
22 »Si ponéis fielmente por obra los preceptos que yo os mando
hoy amando al Señor, vuestro Dios, siguiendo sus caminos y pe-
23 gándoos a él, el Señor irá por delante expulsando a esos pueblos,
más grandes y fuertes que vosotros, y vosotros iréis ocupando su
24 tierra; todo lo que pisen vuestros pies será vuestro; se extenderán
vuestras fronteras del Desierto al Líbano, del Río (Eufrates) al
25 Mar Occidental. Nadie podrá resistiros, porque el Señor, vuestro
Dios, sembrará vuestro pánico y vuestro terror por toda la tierra
que piséis, como os tiene dicho.
26-7 »Mira. Hoy os pongo delante bendición y maldición: la bendi-
ción, si acatáis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os
28 mando hoy; la maldición, si no acatáis los preceptos del Señor,
vuestro Dios, y os desviáis del camino que hoy os marco, yendo
detrás de dioses extranjeros, que no habías conocido.
29 »Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra adonde vas
para tomarla en posesión, darás la bendición en el monte Garizín
30 y la maldición en el monte Ebal. (Se encuentran a la otra parte del
Jordán, detrás de la carretera de poniente, en la tierra de los cana-
neos que habitan en la Estepa, frente a Guilgal, cerca de la encina
de Moré).
31 »Estáis a punto de cruzar el Jordán, de tomar posesión de la
32 tierra que el Señor, vuestro Dios, os va a dar. Cuando toméis po-
sesión de ella y la habitéis, pondréis por obra todos los *mandatos
y decretos* que yo os promulgo hoy».

LEY

2. Cuerpo legal

Introducción

Esta serie legal puede resultar difícil a la lectura: primero, no es puramente legal, sino que introduce motivaciones parenéticas; segundo, no presenta la organización que esperaríamos de un código.

Reconociendo lo heterogéneo de temas, formas y procedencia, es posible descubrir algunos bloques temáticos y algunas agrupaciones por parentesco parcial. Así, por ejemplo, comienza el tema cúltico (12), que empalma bien con la legislación criminal sobre la idolatría (13) y con los tabúes alimenticios vistos como ley de pureza cúltica (14); no es violento el paso a observancias periódicas de dones anuales, trienales, septenales y a las festividades del Señor (14-16); cierra el bloque una legislación criminal sobre la idolatría (17). El último tema da paso al del juicio, y así —interrumpiendo el tema de los testigos— entramos en el bloque «autoridades», tribunal, sacerdotes, rey, profetas (17-18); a la administración de la justicia pertenece también la ley que sigue sobre las ciudades de asilo y sobre los testigos (19). Hay un bloque sobre relaciones sexuales (22) y otro sobre primicias (26). Y grupos menores y leyes sueltas.

Más interesante para el lector es fijarse en el aspecto «humanitario» de esta legislación; algo que hace progresar el sentido de justicia y aun lo desborda con sentido de caridad. El progreso se aprecia mejor si se compara este código con el de la Alianza (Ex 21-23). Provisiones «humanitarias» son tema explícito de varias leyes breves o desarrolladas: la remisión (15), sobre las mujeres (21) y esclavos (15; 23,16-17), sobre la usura (23,20-21), objetos perdidos (22,1-4), derechos de los pobres (24). Además el tema de la caridad perfeccionando la justicia penetra en diversos contextos cúlticos: en el decálogo como motivación (5, 14-15), en la ley de centralización de culto (12,12.18.19), sobre festividades (16,11.12.14), primicias (26,11-13), guerra (20,5-7.19). Es importante la concepción de la radical hermandad con el pobre (15) y de la tierra como propiedad radical de todo el pueblo (26).

12 —*Mandatos y decretos* que pondréis por obra en la tierra que
el Señor, Dios de tus padres, va a darte en posesión mientras dure
vuestra vida sobre la tierra.

Cultos

2 »Destruirás todos los santuarios donde esos pueblos, que vos-
otros vais a desposeer, daban culto a sus dioses, en lo alto de los
3 montes, sobre las colinas, bajo cualquier árbol frondoso; demole-
réis sus altares, destrozaréis sus estelas, quemaréis sus mayos, derri-
baréis las imágenes de sus dioses y extirparéis sus nombres de
aquel lugar.
4-5 »No los imitarás al dar culto al Señor, vuestro Dios. Vosotros
iréis a visitar la morada del Señor, el lugar que el Señor, vuestro
Dios, se elija en una de tus tribus, para poner allí su nombre.
6 Allí ofreceréis vuestros holocaustos y sacrificios: los diezmos y

ofertas, votos y ofrendas voluntarias y los primogénitos de vuestras
7 reses y ovejas. Allí comeréis tú y tu familia, en la presencia del Se-
ñor, vuestro Dios, y festejaréis todas las empresas que el Señor, tu
Dios, haya bendecido.
8 »No haréis entonces lo que nosotros hacemos hoy aquí: cada uno
9 lo que bien le parece, porque no habéis alcanzado todavía vuestro
10 reposo, la heredad que va a darte el Señor, tu Dios. Cuando crucéis
el Jordán, y habitéis la tierra que el Señor, vuestro Dios, va a repar-
tiros en heredad, y ponga fin a las hostilidades con los enemigos
11 que os rodean, y viváis tranquilos, llevaréis al lugar que se elija el
Señor, vuestro Dios, para morada de su nombre todo lo que os
tengo ordenado: vuestros holocaustos, sacrificios, diezmos, ofertas
12 y lo mejor de vuestros votos que hayáis hecho al Señor, y haréis
fiesta en presencia del Señor, vuestro Dios, vosotros, vuestros hijos
e hijas, vuestros siervos y siervas, y el levita que vive en tu vecin-
dad y no le tocó nada en el reparto de vuestra herencia.
13 »¡Cuidado! No ofrecerás sacrificios en cualquier santuario que
14 veas, sino sólo en el lugar que el Señor se elija en una de tus tribus:
allí ofrecerás tus holocaustos y allí harás lo que te tengo ordenado.
15 Puedes matar y comer carne en cualquier pueblo cuando tengas
ganas, según los dones que el Señor, tu Dios, te conceda; pueden
comerla el puro y el impuro, como si se tratase de gacela o ciervo;
16 pero la sangre no la comeréis; la derramaréis por tierra, como el
agua.
17 »En tu residencia no puedes comer los diezmos del trigo, del
mosto y del aceite; los primogénitos de tus reses y ovejas; los votos,
18 las ofrendas y ofertas voluntarias. Sólo los comerás en presencia del
Señor, en el lugar que se elija el Señor, tu Dios, tú, tu hijo, tu hija,
tu siervo, tu sierva y el levita que viva en tu vecindad. En presen-
cia del Señor celebrarás el éxito de tus tareas.
19 »¡Cuidado! No abandones al levita mientras dure tu vida en la
20 tierra. Cuando el Señor, tu Dios, ensanche tus fronteras, como te
ha prometido, y decidas comer carne, porque te vienen ganas de co-
21 merla, puedes comerla a voluntad. Si queda lejos el lugar que elija
el Señor, tu Dios, para poner allí su nombre, matarás de las reses
u ovejas que te dé el Señor, según te tengo prescrito, y comerás
22 en tu ciudad siempre que te venga en gana; comerás esa carne
como si se tratase de gacela o ciervo; pueden comerla el puro y el
impuro.
23 »Pero de ningún modo comas sangre, porque la sangre es la vida,
24 y no comerás la vida con la carne. No la comas, derrámala en tierra,
25 como agua. No la comas, y te irá bien a ti y a tus hijos que te su-
cedan por haber hecho lo que le parece bien a Dios.
26 »Lo que hayas consagrado u ofrecido por voto llévalo al lugar
27 que escoja el Señor. De los holocaustos ofrecerás carne y sangre so-
bre el altar del Señor, tu Dios; de los sacrificios de comunión derra-
marás la sangre sobre el altar del Señor, tu Dios, y comerás la
carne.
28 »Pon por obra todo lo que yo te mando hoy, para que os vaya
bien a ti y a tus hijos que te sucedan perpetuamente, por haber
obrado bien, haciendo lo que le parece bien al Señor, tu Dios.
29 »Cuando el Señor, tu Dios, extirpe a los pueblos cuyas tierras

vas a ocupar, cuando los desalojes para instalarte en su tierra, una
30 vez quitados de en medio, no caigas en la trampa detrás de ellos; no
consultes a sus dioses ni averigües cómo les daban culto dichos
31 pueblos, para hacer tú lo mismo. Tú no harás lo mismo con el Se-
ñor, tu Dios, porque ellos hacían a sus dioses cosas que detesta y
abomina el Señor. Incluso queman a sus hijos e hijas en honor de
sus dioses.

13 »Todo lo que yo os mando, lo pondréis por obra; no añadirás
nada ni suprimirás nada.

Caso personal de idolatría

2 »Si entre los tuyos aparece un profeta o vidente de sueños y,
3 anunciando un signo o prodigio, te propone: 'Vamos a seguir a
dioses extranjeros y a darles culto'; aunque se cumpla el signo o
4 prodigio, no hagas caso a ese profeta o vidente de sueños. Pues se
trata de una prueba del Señor, vuestro Dios, para ver si amáis al
Señor, vuestro Dios, con todo el corazón y toda el alma.
5 »Al Señor, vuestro Dios, seguiréis, lo respetaréis, cumpliréis sus
preceptos, le obedeceréis, le daréis culto y os pegaréis a él.
6 »Y ese profeta o vidente de sueños será ejecutado: por haber
predicado la rebelión contra el Señor, vuestro Dios, que os sacó de
Egipto y os redimió de la esclavitud, y por haber intentado apartar-
te del camino que te mandó seguir el Señor, tu Dios. Así extirpa-
rás de ti la maldad.

Caso familiar

7 »Si un hermano tuyo de padre o de madre, o tu hijo, tu hija, o
la mujer que duerme en tus brazos, o tu amigo del alma te incitan
a escondidas proponiéndote: 'Vamos a dar culto a dioses extran-
8 jeros, desconocidos para ti y para tus padres' —sean dioses de
pueblos vecinos y cercanos o de pueblos remotos de un extremo al
9 otro de la tierra—, no le harás caso ni lo escucharás, no te apiada-
10 rás de él ni le tendrás compasión ni lo encubrirás. Antes le darás
muerte; tu mano será la primera en la ejecución y te seguirá todo
11 el pueblo; lo apedrearás hasta que muera. Por haber intentado
apartarte del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavi-
12 tud. Así, todo Israel, al enterarse, escarmentará, y no volverá a
cometerse entre los tuyos maldad semejante.

Caso colectivo

13 »Si te enteras de que en una de las ciudades que el Señor te da
14 para habitar han salido canallas que extravían a los vecinos, propo-
niéndoles: 'Vamos a dar culto a dioses extranjeros y desconocidos',
15 primero investiga, examina, interroga cuidadosamente, y si resulta
16 que realmente se ha cometido esa abominación entre los tuyos, pa-
sarás a cuchillo a los vecinos, dedicarás al exterminio la ciudad con
17 todo lo que hay dentro y con el ganado; amontonarás en la plaza
el botín y prenderás fuego a la ciudad con todo el botín en honor
del Señor, tu Dios. Quedará como ruina perpetua, sin ser reedifi-
18 cada. Que no se te pegue a las manos nada dedicado al exterminio.

Así, el Señor renunciará a su cólera, te tratará con compasión y,
19 compadecido, te hará crecer como prometió a tus padres. Por haber
obedecido al Señor, tu Dios, haber cumplido sus preceptos, que yo
te mando hoy, y por haber hecho lo que el Señor, tu Dios, aprueba.

14 »Hijos sois del Señor, vuestro Dios. No os haréis incisiones ni
2 os raparéis la frente por un muerto. Eres un pueblo consagrado al
Señor, tu Dios; el Señor te ha elegido entre todos los pueblos de
3 la tierra como pueblo de su propiedad. No comerás nada abominable [a]:
4 [a] »*Animales terrestres comestibles:* el toro, el cordero, el ca-
5 brito, el ciervo, la gacela, el corzo, la cabra montés, el antílope, el
6 bisonte y el rebeco. De los animales terrestres podéis comer todos
7 los rumiantes bisulcos de pezuña partida; se exceptúan sólo los
siguientes: el camello, la liebre y el león, que son rumiantes, pero
8 no tienen la pezuña partida, tenedlos por impuros; el jabalí, que
tiene la pezuña partida, pero no es rumiante, tenedlo por impuro.
No comáis sus carnes ni toquéis sus cadáveres.
9 [b] »*Animales acuáticos comestibles:* podéis comer los que tie-
10 nen aletas y escamas; pero los que no tienen aletas ni escamas no
los podéis comer, tenedlos por impuros.
11-2 [c] »Podéis comer todas las *aves* puras; pero no podéis comer
13 el águila, el quebrantahuesos, el buitre negro, el buitre, el milano
14-5 en todas sus variedades, el cuervo en todas sus variedades, el aves-
truz, el chotacabras, la gaviota y el halcón en todas sus variedades,
16-7 el búho, el mochuelo, la corneja, el pelícano, el calamón, el mergo,
18 la cigüeña y la garza en todas sus variedades, la abubilla y el mur-
19 ciélago, y los insectos, tenedlos por impuros, no son comestibles.
20 Podéis comer todas las aves puras.
21 »No comeréis sus cadáveres, dejádselos al emigrante que vive
en tu vecindad para que se los coma o véndeselos al extranjero,
porque tú eres un pueblo santo para el Señor, tu Dios.
»No cocerás un cabrito en la leche de su madre.

Diezmos y remisión

22 [a] »*Todos los años* apartarás el diezmo de los productos de tus
23 campos y comerás en presencia del Señor, tu Dios, en el lugar que
se elija por morada de su nombre; el diezmo de tu trigo, tu mosto
y tu aceite y los primogénitos de tus reses y ovejas, para que apren-
24 das a respetar al Señor, tu Dios, mientras te dure la vida. Si te resul-
ta demasiado largo el camino y no puedes con todo, porque te ha
bendecido el Señor, tu Dios, y porque te queda lejos el lugar que
25 haya elegido el Señor para poner en él su nombre, lo venderás,
meterás el dinero en una bolsa y lo llevarás al lugar que elija el
26 Señor, tu Dios. Allí compra lo que te apetezca: reses, ovejas, vino,
licores, todo lo que te pida el apetito, y lo comerás en la presencia
27 del Señor, disfrutando tú y los tuyos. Pero no descuides al levita
de tu vecindad, pues no le tocó nada en el reparto de la herencia.

a Lv 11.

28 [b] »*Cada tres años* apartarás el diezmo de la cosecha del año
29 y lo depositarás a las puertas de la ciudad. Así, vendrá el levita,
que no se benefició en el reparto de vuestra herencia, el emigrante,
el huérfano y la viuda que viven en tu vecindad, y comerán hasta
hartarse. Así, te bendecirá el Señor en todas las tareas que emprendas.

15 1-2 [c] »*Cada siete años* harás la remisión. Así dice la ley sobre
la remisión: 'Todo acreedor condonará la deuda del préstamo he-
cho a su prójimo; no apremiará a su prójimo, porque ha sido pro-
3 clamada la remisión del Señor'. Podrás apremiar al extranjero,
pero lo que hayas prestado a tu hermano lo condonarás.
4 »Es verdad que no habrá pobres entre los tuyos, porque te ben-
decirá el Señor, tu Dios, en la tierra que el Señor, tu Dios, va a
5 darte para que la poseas en heredad, a condición de que obedezcas
al Señor, tu Dios, poniendo por obra este precepto que yo te mando
6 hoy. El Señor, tu Dios, te bendecirá como te ha dicho: tú prestarás
a muchos pueblos y no pedirás prestado, dominarás a muchos pue-
blos y no serás dominado.
7 »Si hay entre los tuyos un pobre, un hermano tuyo, en una ciu-
dad tuya, en esa tierra tuya que va a darte el Señor, tu Dios, no
8 endurezcas el corazón ni cierres la mano a tu hermano pobre. Abre-
le la mano y préstale a la medida de su necesidad.
9 »Cuidado, no se te ocurra este pensamiento rastrero: 'Está cerca
el año séptimo, año de remisión', y seas tacaño con tu hermano
pobre y no le des nada, porque apelará al Señor contra ti, y resul-
10 tarás culpable. Dale, y no de mala gana, pues por esa acción bende-
cirá el Señor, tu Dios, todas tus obras y todas tus empresas.
11 »Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso yo te man-
do: 'Abre la mano a tu hermano, al pobre, al indigente de tu tierra'.
12 »Si se te vende tu hermano, hebreo o hebrea, te servirá seis años,
13 y al séptimo lo dejarás ir en libertad. Cuando lo dejes irse en liber-
14 tad, no lo despidas con las manos vacías: cárgalo de regalos de tu
ganado, de tu era y tu lagar, y le darás según te haya bendecido el
15 Señor, tu Dios. Recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que el Se-
16 ñor, tu Dios, te redimió; por eso yo te impongo hoy esta ley. Pero
si él te dice: 'No quiero marcharme, porque me he encariñado
17 contigo y con tu casa' —porque le iba bien contigo—, coge un
punzón, clávale la oreja a la puerta y será tu esclavo para siempre,
18 y lo mismo harás con tu esclava. No te parezca muy duro dejarlo
irse en libertad; el haberte servido seis años equivale al salario de
un jornalero, y además el Señor, tu Dios, bendecirá cuanto hagas.
19 »Todo *primogénito macho* que te nazca de tus reses y ovejas lo
consagrarás al Señor, tu Dios. No trabajarás con el primogénito de
20 tus vacas ni esquilarás el primogénito de tus ovejas. Te lo comerás
cada año con tu familia en presencia del Señor, tu Dios, en el lugar
21 que se elija el Señor. Si tiene algún defecto —cojo o ciego o cual-
22 quier otro defecto—, no lo sacrificarás al Señor, tu Dios. Puedes
comerlo en tu ciudad en estado de pureza o de impureza, como si
23 fuese gacela o ciervo. Pero la sangre no la comerás, la derramarás
por tierra, como el agua.

Festividades del Señor
(Ex 23,14-16; Lv 23)

16 [a] »Respeta el mes de abril celebrando la *Pascua* del Señor, tu
Dios, porque el mes de abril te sacó de Egipto el Señor, tu Dios.
2 Como víctima pascual inmolarás al Señor, tu Dios, una res mayor
o menor en el lugar que se elija el Señor, tu Dios, por morada de
3 su nombre. No acompañarás la comida con pan fermentado. Duran-
te siete días comerás panes ázimos (pan de aflicción), porque saliste
de Egipto apresuradamente; así recordarás toda tu vida tu salida
4 de Egipto. Durante siete días no se ha de ver levadura en todo tu
territorio. De la carne inmolada la tarde del primer día no quedará
nada para el día siguiente.
5 »No puedes sacrificar la víctima pascual en cualquiera de los po-
6 blados que el Señor va a darte. Sólo en el lugar que elija el Señor
por morada de su nombre. Allí, al atardecer, sacrificarás la Pascua,
7 a la caída del sol, hora en que saliste de Egipto. La cocerás y la
comerás en el lugar que elija el Señor, y a la mañana siguiente em-
8 prenderás el regreso a tu casa. Durante seis días comerás panes
ázimos, y el séptimo habrá asamblea en honor del Señor, tu Dios.
No harás trabajo alguno.
9 [b] »Contarás siete semanas; a partir del día en que metas la
10 hoz en la mies contarás siete semanas, y celebrarás la *Fiesta de las
Semanas* en honor del Señor, tu Dios. La oferta voluntaria que
hagas será en proporción a lo que te haya bendecido el Señor.
11 Celebrarás la fiesta en presencia del Señor, tu Dios, con tus hijos
e hijas, esclavos y esclavas y el levita de tu vecindad, con los emi-
grantes, huérfanos y viudas que haya entre los tuyos, en el lugar
12 que elija el Señor, tu Dios, por morada de su nombre. Recuerda
que fuiste esclavo en Egipto; guarda y cumple todos estos pre-
ceptos.
13 [c] »La *Fiesta de las Chozas* la celebrarás durante siete días,
14 cuando hayas recogido la cosecha de tu era y tu lagar. Celebrarás
la fiesta con tus hijos e hijas, esclavos y esclavas, con los levitas,
15 emigrantes, huérfanos y viudas de tu vecindad. Harás fiesta siete
días en honor del Señor, tu Dios, en el lugar que se elija el Señor.
Lo festejarás porque el Señor, tu Dios, ha bendecido tus cosechas
y tus tareas.
16 »Tres veces al año irán todos los varones en peregrinación al
lugar que el Señor se elija: por la fiesta de los Azimos, por la fiesta
17 de las Semanas y por la fiesta de las Chozas. Y no se presentarán al
Señor con las manos vacías. Ofreced cada uno vuestro don según
la bendición que os haya dado el Señor.
18 »Nombrarás *jueces y magistrados* por tribus en las ciudades que
el Señor, tu Dios, te va a dar que juzguen al pueblo con justicia.
19 No violarás el derecho, no serás parcial ni aceptarás sobornos, 'que
el soborno ciega los ojos de los sabios y falsea la causa del inocen-
20 te'. Busca sólo la justicia, y así vivirás y tomarás posesión de la
tierra que va a darte el Señor, tu Dios.

Cultos prohibidos

21 »No plantarás mayos ni árboles junto al altar que levantes al
22 Señor, tu Dios; no erigirás estelas, porque las aborrece el Señor.
17 »No sacrificarás al Señor, tu Dios, toros o corderos mutilados o
deformes: sería una abominación para el Señor, tu Dios.

Proceso por idolatría

2 »Si en una de las ciudades que va a darte el Señor, tu Dios, se
encuentra un hombre o una mujer que hace lo que le parece mal
3 al Señor, tu Dios, quebrantando su alianza, que va a dar culto a
dioses extranjeros y se postra ante ellos o ante el sol, la luna o el
4 ejército entero del cielo, haciendo lo que yo prohibí, y te los de-
nuncian o te enteras, primero investigarás a fondo, y si resulta cier-
5 to que se ha cometido tal abominación en Israel, sacarás a las puer-
tas al hombre o a la mujer que cometió el delito y lo apedrearás
hasta que muera.
6 »Sólo por la deposición de dos o tres testigos se procederá a la
ejecución del reo; no se le ejecutará por la deposición de un solo
7 testigo. La mano de los testigos será la primera en la ejecución y
seguirá todo el pueblo. Así extirparás de ti la maldad.

[A] *Tribunal del templo*

8 »Si una causa te parece demasiado difícil de sentenciar, causas
dudosas de homicidio, pleitos, lesiones, que surjan en tus ciudades,
9 subirás al lugar elegido por el Señor, acudirás a los sacerdotes le-
vitas, al juez que esté en funciones y les consultarás; ellos dictarán
10 sentencia. Lo que ellos te digan en el lugar elegido por el Señor,
11 tú lo harás y cumplirás su decisión. Cumplirás su decisión y pon-
drás en práctica su sentencia, sin apartarte a derecha ni a izquierda.
12 El que por arrogancia no escuche al sacerdote puesto al servicio del
13 Señor, tu Dios, ni acepte su sentencia, morirá. Así extirparás de ti
la maldad, el pueblo escarmentará al enterarse y nadie volverá a
obrar con arrogancia.

[B] *Sobre el rey*

14 »Cuando entres en la tierra que va a darte el Señor, tu Dios, la
tomes en posesión, habites en ella y te digas: 'Voy a nombrarme
15 un rey, como los pueblos vecinos', nombrarás rey tuyo al que elija
el Señor, tu Dios; nombrarás rey tuyo a uno de tus hermanos, no
podrás nombrar a un extranjero que no sea hermano tuyo.
16 »Pero él no aumentará su caballería, no enviará tropa a Egipto
para aumentar su caballería, pues el Señor os ha dicho: 'No volve-
17 réis jamás por ese camino'. No tendrá muchas mujeres, para que
18 no se extravíe su corazón, ni acumulará plata y oro. Cuando suba
al trono se hará escribir en un libro una *copia de esta ley,* según
19 original de los sacerdotes levitas. La llevará siempre consigo y la

leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor,
su Dios, poniendo por obra las palabras de esta ley y estos manda-
20 tos. Que no se alce orgulloso sobre sus hermanos ni se aparte de
este precepto a derecha ni a izquierda; así alargarán los años de su
reinado él y sus hijos en medio de Israel.

[C] *Sobre los sacerdotes*

18 »Los sacerdotes levitas, la tribu entera de Leví, no se repartirán
la herencia con Israel; comerán de la heredad del Señor, de sus
2 oblaciones; no tendrá parte en la heredad de sus hermanos, el Se-
ñor será su heredad, como le dijo.
3 »*Derechos sacerdotales.* Si uno del pueblo sacrifica un toro o una
4 oveja, dará al sacerdote una espalda, las quijadas y el cuajar. Le
darás las primicias de tu trigo, tu mosto y tu aceite y la primera
5 lana al esquilar tu rebaño. Porque el Señor, tu Dios, los eligió para
siempre, a él y a sus hijos, de entre todas las tribus, para que estén
al servicio personal del Señor.
6 »Si un levita residente en cualquier poblado de Israel se trasla-
7 da por voluntad propia al lugar elegido por el Señor, podrá servir
personalmente al Señor, su Dios, como el resto de sus hermanos
8 levitas que están allí al servicio del Señor, y comerá una parte lo
mismo que los demás. (Se exceptúan los sacerdotes adivinos).

[D] *Sobre los profetas*

9 »Cuando entres en la tierra que va a darte el Señor, tu Dios, no
10 imites las abominaciones de esos pueblos. No haya entre los tuyos
quien queme a sus hijos o hijas, ni vaticinadores, ni astrólogos, ni
11 agoreros, ni hechiceros, ni encantadores, ni espiritistas, ni adivinos,
12 ni nigromantes. Porque el que practica eso es abominable para el
Señor. Y por semejantes abominaciones los va a desheredar el Se-
ñor, tu Dios.
13-4 »Sé íntegro en tu trato con el Señor, tu Dios; esos pueblos que
tú vas a desposeer escuchan a astrólogos y vaticinadores, pero a ti
no te lo permite el Señor, tu Dios.
15 »Un *profeta* de los tuyos, de tus hermanos, como yo, te suscita-
rá el Señor, tu Dios; a él le escucharéis.
16 »Es lo que pediste al Señor, tu Dios, en el Horeb, el día de la
asamblea: 'No quiero volver a escuchar la voz del Señor, mi Dios,
ni quiero ver más ese terrible incendio para no morir'.
17-8 »El Señor me respondió: 'Tienes razón. Suscitaré un profeta de
entre sus hermanos, como tú. Pondré mis palabras en su boca y les
19 dirá lo que yo le mande. A quien no escuche las palabras que pro-
20 nuncie en mi nombre, yo le pediré cuentas. Y el profeta que tenga
la arrogancia de decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado,
o hable en nombre de dioses extranjeros, ese profeta morirá'.
21 »Y si te preguntas: '¿Cómo distinguir si una palabra no es pa-
labra del Señor?'.
22 »Cuando un profeta hable en nombre del Señor y no suceda ni se
cumpla su palabra, es algo que no dice el Señor; ese profeta habla
por arrogancia, no le tengas miedo.

Ciudades de asilo
(Nm 35)

19 »Cuando el Señor, tu Dios, haya extirpado las naciones cuya tie-
rra va a darte el Señor, tu Dios, y habites sus ciudades y sus casas,
2 separarás tres ciudades en la tierra que el Señor va a darte en po-
3 sesión. Medirás bien las distancias y dividirás en tres zonas la tie-
rra que el Señor, tu Dios, va a darte en herencia, como *asilo* de los
homicidas.
4 »Ley sobre el homicida que pide asilo para salvar su vida:
5 [a] »Si uno mata a su prójimo sin querer, sin estar enemistado
con él: por ejemplo, uno sale con su prójimo al bosque a cortar
leña, y al blandir el hacha para cortar la leña, el hierro se escapa
del mango, alcanza al prójimo y lo mata, ése recibirá asilo en una
6 de dichas ciudades y salvará la vida. No sea que el vengador de la
sangre lo persiga enfurecido, le dé alcance, porque el camino es
largo, y lo mate sin motivo suficiente, porque el homicida no esta-
ba enemistado con el otro.
7-8 »Por eso yo te mando: Separa tres ciudades. Si el Señor, tu Dios,
ensancha tus fronteras, como juró a tus padres, y te da toda la tie-
9 rra que prometió dar a tus padres —si pones por obra este precepto
que yo te mando hoy amando al Señor, tu Dios, y siguiendo sus
caminos toda la vida—, añadirás otras tres ciudades a las anterio-
10 res. Para que no se derrame sangre inocente en la tierra que el
Señor, tu Dios, va a darte en heredad y no recaiga sobre ti un
homicidio.
11 [b] »Pero si uno que odia a su prójimo se pone al acecho, lo
ataca, lo hiere de muerte y después busca asilo en una de esas
12 ciudades, los ancianos de dicha ciudad lo mandarán sacar de allí y
13 lo entregarán al vengador de la sangre para que muera. No tengas
piedad de él; así extirparás de Israel el homicidio y te irá bien.
14 »No correrás los mojones de tu prójimo, plantados por los ma-
yores en el patrimonio que heredes, en la tierra que el Señor, tu
Dios, va a darte en posesión.

Ley sobre los testigos

15 »No es válido el testimonio de uno solo contra nadie, en cual-
quier caso de pecado, culpa o delito. Sólo por la deposición de dos
o de tres testigos se podrá fallar una causa.
16 »Si se presenta contra alguien un testigo de mala fe acusándolo
17 de rebelión, las dos partes comparecerán ante el Señor, ante los
18 sacerdotes y jueces que estén en funciones entonces, y los jueces in-
vestigarán a fondo; si resulta que el testigo es falso y que ha calum-
19 niado a su hermano, le haréis a él lo que él intentaba hacer a su
20 hermano, y así extirparás de ti la maldad, y los demás escarmenta-
rán al enterarse y no volverán a cometer maldad semejante entre
21 los tuyos. No tengas piedad de él: vida por vida, ojo por ojo, dien-
te por diente, mano por mano, pie por pie.

Ley sobre la guerra

20 [A] »Cuando salgas a *combatir* contra tus enemigos, y veas ca-
ballos, carros y tropas más numerosas que las tuyas, no los temas,
porque está contigo el Señor, tu Dios, que te hizo subir de Egipto.
2 Cuando vayas a entablar combate, se adelantará el sacerdote para
3 arengar a la tropa, y les dirá: 'Escucha, Israel, vosotros presentáis
hoy batalla al enemigo; no os acobardéis, no temáis, no os turbéis,
4 no os aterroricéis ante ellos, porque el Señor, vuestro Dios, avanza
a vuestro lado, luchando a favor vuestro contra vuestros enemigos
para daros la victoria'.
5 »Después hablarán los alguaciles a la tropa: 'Quien haya edifi-
cado una casa y no la haya estrenado, que se retire y vuelva a su
6 casa, no vaya a morir en combate y la estrene otro'. 'Quien haya
plantado una viña y no la haya vendimiado todavía, que se retire
y vuelva a casa, no vaya a morir en combate y la vendimie otro'.
7 'Quien esté prometido a una mujer y no se haya casado todavía,
que se retire y vuelva a casa, no vaya a morir en combate y otro
se case con ella'.
8 »Los alguaciles añadirán a la tropa: 'Quien tenga miedo y se
acobarde, que se retire y vuelva a casa, no vaya a contagiar su co-
bardía a sus hermanos'.
9 »Cuando los alguaciles hayan terminado de arengar a la tropa,
se nombrarán jefes al mando de la tropa.
10 [B] »Cuando te acerques a *atacar una ciudad,* primero proponle
11 la paz. Si ella te responde 'Paz' y te abre las puertas, todos sus
12 habitantes te servirán en trabajos forzados; pero si no acepta tu
13 propuesta de paz, sino que mantiene las hostilidades, le pondrás
sitio, y cuando el Señor la entregue en tu poder, pasarás a cuchillo
14 a todos sus varones. Las mujeres, los niños, el ganado y demás bie-
nes de la ciudad los tomarás como botín, y comerás del botín de
los enemigos que te entregue el Señor, tu Dios.
15 »Lo mismo harás con todas las ciudades remotas que no perte-
16 necen a los pueblos de aquí. Pero en las ciudades de estos pueblos
cuya tierra te entrega el Señor, tu Dios, en heredad no dejarás un
17 alma viviente: dedicarás al exterminio a hititas, amorreos, cananeos,
18 fereceos, heveos y jebuseos, como te mandó el Señor, para que no
os enseñen a cometer las abominaciones que ellos cometen con sus
dioses y no pequéis contra el Señor, vuestro Dios.
19 »Si tienes que sitiar largo tiempo una ciudad antes de tomarla
al asalto, no destruyas su arbolado a hachazos, porque podrás comer
de sus frutos; no los tales, porque los árboles no son hombres para
20 que los trates como a los sitiados. Pero si te consta que un árbol no
es frutal, lo puedes destruir y talar, para construir con él obras de
asedio contra la ciudad que te hace la guerra, hasta que caiga.

Caso de asesinato

21 »Si encuentran apuñalado a un hombre, tendido en despoblado,
en la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte en posesión, y no se
2 sabe quién lo mató, saldrán tus ancianos y jueces, calcularán la dis-

3 tancia desde el cadáver a los pueblos de los alrededores; los ancia-
nos del pueblo más cercano cogerán una ternera que todavía no
4 haya trabajado, no uncida aún al yugo, la bajarán a un torrente de
agua perenne, donde nadie cultiva ni siembra, y la desnucarán allí;
5 después se acercarán los sacerdotes levitas que eligió el Señor, tu
Dios, para que le sirvan y bendigan en su nombre, competentes en
6 lo civil y en lo criminal, y los ancianos del pueblo más cercano al
lugar del crimen se lavarán las manos en el torrente, sobre la ter-
7 nera desnucada, recitando:
'Nuestras manos no han derramado esta sangre,
nuestros ojos no han visto nada.
8 Perdona a Israel, tu pueblo,
que tú redimiste, Señor;
no permitas que sangre inocente
recaiga sobre tu pueblo, Israel;
que esta sangre les quede expiada'.
9 »Así extirparás de ti el homicidio y harás lo que el Señor
aprueba.

Cautivas de guerra

10 »Cuando salgas a la guerra contra tu enemigo y el Señor, tu
11 Dios, te lo entregue en tu poder y hagas cautivos, si ves entre ellos
una mujer hermosa, te enamoras de ella y quieres tomarla por mu-
12 jer, la llevarás a tu casa, ella se rapará la cabeza, se cortará las uñas,
13 se quitará el manto de cautiva y durante un mes llorará en tu casa
a su padre y a su madre; pasado el luto, te unirás a ella, serás su
14 marido y ella será tu mujer. Si más tarde deja de gustarte, la deja-
rás irse, si quiere, pero no la venderás; no hagas negocio con ella
después de haberla humillado.

Caso de primogenitura

15 »Si uno tiene dos mujeres, una muy querida y otra menos, y las
dos, la más querida y la otra, le dan hijos, y el primogénito es hijo
16 de la menos querida, al repartir la herencia entre los hijos no po-
drá enriquecer al hijo de la primera a costa del hijo de la segunda,
17 que es el primogénito; reconocerá al primogénito, hijo de la menos
querida, dándole dos tercios de todos sus bienes, porque es la pri-
micia de su virilidad y es suya la primogenitura.

Caso de hijo rebelde

18 »Si uno tiene un hijo rebelde e incorregible, que no obedece a
su padre ni a su madre, que aunque lo corrijan no les hace caso,
19 sus padres lo cogerán, lo sacarán a las puertas del lugar, a los an-
20 cianos de la ciudad, y declararán ante ellos: 'Este hijo nuestro es
rebelde e incorregible, no nos obedece, es un comilón y un borra-
21 cho', y los hombres de la ciudad lo apedrearán hasta que muera.
Así extirparás la maldad de ti, y todo Israel escarmentará al ente-
rarse.

El ajusticiado

22 »Si uno sentenciado a pena capital es ajusticiado y colgado de un
23 árbol, su cadáver no quedará en el árbol de noche; lo enterrarás
aquel mismo día, porque Dios maldice al que cuelga de un árbol,
y no debes contaminar la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte
en heredad.

Objetos perdidos

22 »Si ves el buey o la oveja de tu hermano extraviados, no te des-
2 entiendas: se los devolverás a tu hermano. Si tu hermano no vive
cerca o no lo conoces, recoge la res en tu corral, donde se quedará
hasta que tu hermano venga a buscarla, y entonces se la devolverás.
3 Lo mismo harás con su asno, con su manto, con cualquier objeto
perdido de tu hermano que te encuentres: no te desentiendas.
4 Si ves el asno o el buey de tu hermano caídos en el camino, no te
desentiendas, ayúdalos a ponerse en pie.

Casos varios

5 »La mujer no llevará artículos de hombre ni el hombre se ves-
tirá con ropas de mujer, porque el que así obra es abominable para
el Señor, tu Dios.
6 »Si de camino encuentras un nido de pájaros en un arbusto o en
el suelo, con pollos o huevos y la madre junto a ellos, no cogerás
7 a la madre con los hijos; soltarás a la madre y puedes quedarte con
los hijos. Así te irá bien y prolongarás tus días.
8 »Si construyes una casa nueva, pondrás un pretil a la azotea, y
así no harás a tu casa responsable de sangre si alguien se cayese de
ella.
9 »No sembrarás tu viña con semillas mezcladas, no sea que quede
consagrado todo: la semilla que siembres y la cosecha de tu viña.
10 »No uncirás asno con buey para labrar.
11 »No vestirás paño mezclado de lana y lino.
12 »Hazte borlas en las cuatro puntas del manto con que te cubras.

Relaciones sexuales

[A] Caso de reclamación del marido.

13 »Si uno se casa con una mujer y después de cohabitar la aborrece,
14 la calumnia y la difama, diciendo: 'Me he casado con esta mujer,
15 y al acercarme a ella me encuentro con que no es virgen', el padre
y la madre de la joven cogerán las pruebas de su virginidad, las
16 llevarán a los ancianos de la ciudad, a las puertas, y el padre de la
joven declarará ante ellos: 'He dado a este hombre mi hija como
17 mujer; él la aborrece y ahora la difama afirmando que mi hija no
era virgen. Aquí están las pruebas de la virginidad de mi hija'.
Y extenderá la sábana ante los ancianos de la ciudad.
18 »Los ancianos de la ciudad detendrán al marido y lo castigarán

19 y lo multarán con cien siclos de plata —que darán al padre de la
joven— por haber difamado a una virgen israelita; además, ésta
seguirá siendo su mujer y no podrá despedirla en toda su vida.
20 »Pero si su denuncia era verdadera, si la joven no era virgen,
21 sacarán a la joven a la puerta de la casa paterna y los hombres de
la ciudad la apedrearán hasta que muera, por haber cometido en Is-
rael la infamia de prostituir la casa de su padre. Así extirparás la
maldad de ti.

[B] Adulterio.

22 »Si sorprenden a uno acostado con la mujer de otro, han de mo-
rir los dos: el que se acostó con ella y la mujer. Así extirparás la
maldad de ti.

[C] Casos de violación.

23 »Si uno encuentra en un pueblo a una joven prometida a otro y
24 se acuesta con ella, los sacarán a los dos a las puertas de la ciudad
y los apedrearán hasta que mueran: a la muchacha porque dentro
del pueblo no pidió socorro y al hombre por haber violado a la
mujer de su prójimo. Así extirparás la maldad de ti.
25 »Pero si fue en despoblado donde el hombre encontró a la joven
prometida, la forzó y se acostó con ella, morirá sólo el hombre que
26 se acostó con ella; a la joven no le harás nada, no es rea de muerte;
27 es como si uno ataca a otro y lo mata: él se la encontró en despo-
blado y la muchacha gritó, pero nadie podía defenderla.
28 »Si uno encuentra a una joven soltera, la agarra y se acuesta con
29 ella y los sorprenden, el hombre que se acostó con la joven dará a
su padre cincuenta siclos de plata y tendrá que aceptarla como mu-
jer por haberla violado, no podrá despedirla en toda su vida.

[D] Incesto.

23 »No tomará nadie a la mujer de su padre, no descubrirá lo que
es de su padre.

Leyes sobre la pureza

[A] Pureza de sangre.

2 »No se admite en la asamblea del Señor a quien tenga los tes-
tículos machacados o haya sido castrado.
3 »No se admite en la asamblea del Señor ningún bastardo; no se
admite en la asamblea del Señor hasta la décima generación.
4 »No se admiten en la asamblea del Señor amonitas ni moabitas;
no se admiten en la asamblea del Señor ni aun en la décima gene-
5 ración. Porque no te salieron al encuentro con pan y agua cuando
ibas de camino al salir de Egipto, y porque alquilaron para que te
6 maldijera a Balaán, hijo de Beor, de Petor, en Mesopotamia (aun-
que el Señor, tu Dios, no hizo caso a Balaán, el Señor, tu Dios,
cambió la maldición en bendición, porque te amaba el Señor, tu
7 Dios). No busques su paz ni su amistad mientras vivas.

8 »No consideres abominables a los edomitas, que son hermanos
tuyos.
»No consideres abominables a los egipcios, porque fuiste emi-
9 grante en su tierra; sus descendientes en la tercera generación serán
admitidos en la asamblea del Señor.

[B] Pureza en el campamento.

10 »Cuando estés acampado frente al enemigo, guárdate de toda
11 clase de maldad. Si uno de los tuyos queda impuro por polución
12 nocturna, saldrá fuera del campamento y no volverá; al atardecer,
se bañará, y al ponerse el sol volverá al campamento.
13 »Tendrás un lugar fuera del campamento para tus necesidades
14 y llevarás en tu equipo una estaca. Cuando salgas a hacer tus nece-
sidades, harás con ella un hoyo y al final taparás los excrementos.
15 Porque el Señor, tu Dios, anda por el campamento para darte la
victoria y entregarte el enemigo; tu campamento ha de estar santo,
para que el Señor no vea nada vergonzoso y no se aparte de ti.

Leyes diversas

16 »Si un esclavo se escapa y se refugia en tu casa, no lo entregues
17 a su amo; se quedará contigo, entre los tuyos, en el lugar que elija
en una de tus ciudades, donde mejor le parezca, y no lo explotes.
18 »No habrá prostitutas sagradas entre las israelitas ni prostitutos
19 sagrados entre los israelitas. No entregarás a la casa del Señor, en
cumplimiento de un voto, paga de prostituta ni salario de prosti-
tuto, porque los dos son abominables para el Señor, tu Dios.
20 »No cargues intereses a tu hermano: ni sobre el dinero, ni sobre
21 alimentos, ni sobre cualquier préstamo. Podrás cargar intereses a
los extraños, pero no a tu hermano. Para que te bendiga el Señor,
tu Dios, en todas tus empresas, en la tierra adonde vas para tomar-
la en posesión.
22 »Si ofreces un voto al Señor, tu Dios, no demores su cumpli-
miento, porque el Señor, tu Dios, te lo reclamará y cargarás con
23-4 un pecado. Si te abstienes de hacer votos, no pecas. Pero lo que
profieran tus labios has de cumplirlo, ya que es un voto al Señor, tu
Dios, lo que espontáneamente hayas prometido.
25 »Si entras en la viña de tu prójimo, come hasta hartarte; pero
26 no metas nada en la cesta. Si entras en las mieses de tu prójimo,
coge espigas con la mano; pero no metas la hoz en la mies de tu
prójimo.

24 »Si uno se casa con una mujer y luego no le gusta, porque des-
cubre en ella algo vergonzoso, le escribe el acta de divorcio, se la
2 entrega y la echa de casa, y ella sale de la casa y se casa con otro,
3 y el segundo también la aborrece, le escribe el acta de divorcio, se
la entrega y la echa de casa, o bien muere el segundo marido,
4 el primer marido, que la despidió, no podrá casarse otra vez con
ella, pues está contaminada; sería una abominación ante el Señor:
no eches un pecado sobre la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte
en heredad.

5 »Si uno es recién casado, no está obligado al servicio militar ni
a otros trabajos públicos; tendrá un año de licencia para disfrutar
de la mujer con quien se ha casado.
6 »No tomarás en prenda las dos piedras de un molino, ni siquiera
la muela, porque sería tomar en prenda una vida.
7 »Si descubren que uno ha secuestrado a un hermano suyo israe-
lita, para explotarlo o venderlo, el secuestrador morirá; así extir-
parás la maldad de ti.
8 »Tened cuidado con las afecciones de la piel, cumplid exacta-
mente las instrucciones de los sacerdotes levitas: cumplid lo que
9 yo les he mandado. Recuerda lo que hizo el Señor, tu Dios, a María
cuando salisteis de Egipto.
10 »Si haces un préstamo cualquiera a tu hermano, no entres en su
11 casa a recobrar la prenda; espera afuera, y el prestatario saldrá a
12 devolverte la prenda. Y si es pobre, no te acostarás sobre la prenda;
13 se la devolverás a la caída del sol, y así él se acostará sobre su man-
to y te bendecirá, y tuyo será el mérito ante el Señor, tu Dios.
14 »No explotarás al jornalero, pobre y necesitado, sea hermano
15 tuyo o emigrante que vive en tu tierra, en tu ciudad; cada jornada
le darás su jornal, antes que el sol se ponga, porque pasa necesidad
y está pendiente del salario. Si no, apelará al Señor, y tú serás
culpable.
16 »No serán ejecutados los padres por culpas de los hijos ni los
hijos por culpas de los padres; cada uno será ejecutado por su pro-
pio pecado.
17 »No defraudarás el derecho del emigrante y del huérfano ni to-
18 marás en prenda las ropas de la viuda; recuerda que fuiste esclavo
en Egipto, y que allí te redimió el Señor, tu Dios; por eso yo te
mando hoy cumplir esta ley.
19 »Cuando siegues la mies de tu campo y olvides en el suelo una
gavilla, no vuelvas a recogerla; déjasela al emigrante, al huérfano
y a la viuda, y así bendecirá el Señor todas tus tareas.
20 »Cuando varees tu olivar, no repases las ramas; déjaselas al emi-
grante, al huérfano y a la viuda.
21 »Cuando vendimies tu viña, no rebusques los racimos; déjaselos
22 al emigrante, al huérfano y a la viuda. Acuérdate que fuiste escla-
vo en Egipto; por eso yo te mando hoy cumplir esta ley.

25 »Cuando dos hombres tengan un pleito, vayan a juicio y los
2 juzguen, absolviendo al inocente y condenando al culpable; si el
culpable merece una paliza, el juez lo hará tenderse en tierra, y en
3 su presencia le darán los azotes que merece su delito; le podrán
dar hasta cuarenta y no más, no sea que excedan el número, la
paliza sea excesiva y tu hermano quede infamado a tus ojos.
4 »No le pondrás bozal al buey que trilla.
5 »Si dos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin hijos,
la viuda no saldrá de casa para casarse con un extraño; su cuñado
se casará con ella y cumplirá con ella los deberes legales de cuñado;
6 el primogénito que nazca continuará el nombre del hermano muer-
7 to, y así no se extinguirá su nombre en Israel. Pero si el cuñado se
niega a casarse, la cuñada acudirá a las puertas, a los ancianos, y
declarará: 'Mi cuñado se niega a transmitir el nombre de su her-

mano en Israel; no quiere cumplir conmigo su deber de cuñado'.
Los ancianos de la ciudad lo citarán y procurarán convencerlo; pero
8 si se empeña y dice que no quiere tomarla, la cuñada se le acercará,
9 en presencia de los ancianos, le quitará una sandalia del pie, le escupirá en la cara y le responderá: 'Esto es lo que se hace con un
10 hombre que no edifica la casa de su hermano'. Y en Israel le pondrán por mote 'La casa del Sinsandalias'.
11 »Si un hombre está riñendo con su hermano, se acerca la mujer de uno de ellos y, para defender a su marido del que lo golpea,
12 mete la mano y agarra al otro por sus vergüenzas, le cortarás la mano sin compasión.
13 »No guardarás en la bolsa dos pesas: una más pesada que otra.
14-5 No tendrás en casa dos medidas: una más capaz que otra. Ten pesas cabales y justas, ten medidas cabales y justas. Así prolongarás
16 tu vida en la tierra que va a darte el Señor, tu Dios, porque quien practica el fraude es abominable ante el Señor.
17 »Recuerda lo que te hicieron los amalecitas por el camino, cuan-
18 do salías de Egipto: te salieron al encuentro cuando ibas cansado y deshecho y atacaron por la espalda a los rezagados sin respetar a Dios.
19 »Cuando el Señor, tu Dios, ponga fin a las hostilidades con los enemigos que te rodean, en la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte en heredad para que la poseas, borrarás la memoria de los amalecitas bajo el cielo. No te olvides.

Primicias

26 »Cuando entres en la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte en
2 heredad, cuando tomes posesión de ella y la habites, tomarás primicias de todos los frutos que coseches de la tierra que va a darte tu Dios, los meterás en una cesta, irás al lugar que el Señor, tu
3 Dios, haya elegido para morada de su nombre, te presentarás al sacerdote que esté en funciones por aquellos días y le dirás: 'Hoy confieso ante el Señor, mi Dios, que he entrado en la tierra que el
4 Señor juró a nuestros padres que nos daría a nosotros'. El sacerdote cogerá de tu mano la cesta, la pondrá ante el altar del Señor,
5 tu Dios, y tú recitarás ante el Señor, tu Dios: 'Mi padre era un arameo errante: bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hom-
6 bres; allí se hizo un pueblo grande, fuerte y numeroso. Los egipcios nos maltrataron y nos humillaron, y nos impusieron dura es-
7 clavitud. Gritamos al Señor, Dios de nuestros padres, y el Señor escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestros trabajos, nuestra
8 opresión. El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo
9 extendido, con terribles portentos, con signos y prodigios, y nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche
10 y miel. Por eso entro aquí con las primicias de los frutos del suelo que me diste, Señor'. Y lo depositarás ante el Señor, tu Dios; te
11 postrarás ante el Señor, tu Dios, y harás fiesta con el levita y el emigrante que viva en tu vecindad por todos los bienes que el Señor, tu Dios, te haya dado a ti y a tu casa.
12 »Cuando termines de repartir el diezmo de todas tus cosechas,

cada tres años, el año del diezmo, y se lo hayas dado al levita, al emigrante, al huérfano y a la viuda para que coman hasta hartarse
13 en tus ciudades, recitarás ante el Señor, tu Dios: 'He apartado de mi casa lo consagrado: se lo he dado al levita, al emigrante, al huérfano y a la viuda, según el precepto que me diste. No he quebranta-
14 do ni olvidado ningún precepto. No he comido de ello estando de luto, ni lo he apartado estando impuro, ni se lo he ofrecido a un muerto. He escuchado la voz del Señor, mi Dios, he cumplido todo
15 lo que me mandaste. Vuelve los ojos desde tu santa morada, desde el cielo, y bendice a tu pueblo, Israel, y a esta tierra que nos diste, como habías jurado a nuestros padres, una tierra que mana leche y miel'.
16 »Hoy te manda el Señor, tu Dios, que cumplas estos *mandatos y decretos*. Guárdalos y cúmplelos con todo el corazón y con toda el alma.
17 »Hoy te has comprometido a aceptar lo que el Señor te propone: 'Que él será tu Dios, que tú irás por sus caminos, guardarás sus mandatos, preceptos y decretos y escucharás su voz'.
18 »Hoy se compromete el Señor a aceptar lo que tú le propones: 'Que serás su propio pueblo —como te prometió—, que guardarás
19 todos sus preceptos, que él te elevará en gloria, nombre y esplendor por encima de todas las naciones que ha hecho, y que serás el pueblo santo del Señor', como ha dicho».

L E Y

3. Bendiciones y maldiciones

27 Moisés y los ancianos de Israel mandaron al pueblo:
2 —Guardad todos los preceptos que yo os mando hoy. El día que
crucéis el Jordán para entrar en la tierra que va a darte el Señor,
tu Dios, levantarás unas piedras grandes, las revocarás de cal, y
3 cuando crucéis, escribiréis en ellas todos los artículos de esta ley,
en conmemoración de tu entrada en la tierra que va a darte el Se-
ñor, tu Dios, una tierra que mana leche y miel, como te dijo el
4 Señor, Dios de tus padres. Cuando crucéis el Jordán, levantaréis en
el monte Ebal las piedras que yo os mando hoy y las revocaréis de
5 cal. Allí construirás un altar al Señor, tu Dios, un altar de piedras
6 no labradas a hierro, un altar de piedras enteras construirás al Se-
7 ñor, tu Dios; ofrecerás sobre él holocaustos al Señor, tu Dios; ofre-
cerás sacrificios de comunión y allí los comerás haciendo fiesta ante
8 el Señor, tu Dios, y escribirás sobre las piedras, grabándolos bien,
todos los artículos de esta ley.
9 Moisés y los sacerdotes levitas dijeron a todo Israel:
—Guarda silencio y *escucha, Israel:* hoy te has convertido en el
10 pueblo del Señor, tu Dios; escucharás la voz del Señor, tu Dios, y
cumplirás los preceptos y mandatos que yo te mando hoy.
11 Aquel día ordenó Moisés al pueblo:
12 —Cuando crucéis el Jordán, se colocarán sobre el monte Gari-
zín las tribus de Simeón, Leví, Judá, Isacar, José y Benjamín para
13 pronunciar la *bendición* al pueblo, y en el monte Ebal las tribus
de Rubén, Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí para conminar la
maldición al pueblo.
14 »Los levitas entonarán y recitarán con voz fuerte, ante todos los
hombres de Israel:
15 ¡Maldito quien se haga una imagen o se funda un ídolo
—abominación del Señor, obra de artífice—
y se lo guarde escondido!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
16 ¡Maldito quien desprecie a su padre o a su madre!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
17 ¡Maldito quien corra los mojones de su vecino!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
18 ¡Maldito quien extravíe a un ciego en el camino!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
19 ¡Maldito quien defraude de sus derechos
al emigrante, al huérfano o a la viuda!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
20 ¡Maldito quien se acueste con la mujer de su padre!
(por haber descubierto lo que es de su padre),
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
21 ¡Maldito quien se acueste con bestias!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
22 ¡Maldito quien se acueste con su hermana,
hija de su padre o de su madre!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!

23 ¡Maldito quien se acueste con su suegra!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
24 ¡Maldito quien mate a escondidas a su hermano!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
25 ¡Maldito quien se deje sobornar para matar a un inocente!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!
26 ¡Maldito quien no mantenga los artículos de esta ley,
poniéndolos por obra!,
y el pueblo a una responderá: ¡Amén!

28 »Si obedeces y escuchas la voz del Señor, tu Dios, poniendo por
obra todos los preceptos que yo te mando hoy, el Señor, tu Dios,
2 te encumbrará por encima de todas las naciones de la tierra. Sobre
ti irán viniendo, hasta darte alcance, todas estas *bendiciones,* si es-
cuchas la voz del Señor, tu Dios:
3 »Bendito seas en la ciudad, bendito seas en el campo.
4 »Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu suelo, el fruto de
tu ganado, las crías de tus reses y el parto de tus ovejas.
5 »Bendita tu cesta y tu artesa.
6 »Bendito seas al entrar, bendito seas al salir.
7 »Que el Señor te entregue ya vencidos los enemigos que se alcen
contra ti; saldrán contra ti por un camino y por siete caminos
huirán.
8 »Que el Señor mande contigo la bendición en tus graneros y en
tus empresas y te bendiga en la tierra que va a darte el Señor, tu
Dios.
9 »Que el Señor te nombre su pueblo santo, como te tiene prome-
tido, si guardas los preceptos del Señor, tu Dios, y vas por sus
10 caminos; así verán todos los pueblos de la tierra que se ha invo-
cado sobre ti el nombre del Señor, y te temerán.
11 »Que el Señor te enriquezca con el fruto de tu vientre, el fruto
de tu ganado y el fruto de tu suelo, en la tierra que el Señor había
prometido a tus padres que te daría a ti.
12 »Que el Señor te abra su rico almacén del cielo, dando a su
tiempo la lluvia a tu tierra y bendiciendo todas tus tareas; así, pres-
tarás a muchas naciones y tú no pedirás prestado.
13 »Que el Señor te ponga de cabeza, no de cola; que vayas siempre
a más, nunca a menos; si escuchas los preceptos del Señor, tu Dios,
14 que yo te mando hoy, poniéndolos por obra, y no te apartas a de-
recha ni a izquierda de lo que yo te mando hoy, yendo detrás de
dioses extranjeros para darles culto.

15 »Pero si no escuchas la voz del Señor, tu Dios, poniendo por
obra todos los preceptos y mandatos que yo te mando hoy, irán
viniendo sobre ti, hasta darte alcance, todas estas *maldiciones:*
16 »Maldito seas en la ciudad, maldito seas en el campo.
17 »Maldita tu cesta y tu artesa.
18 »Maldito el fruto de tu vientre, el fruto de tu suelo, las crías de
tus reses y el parto de tus ovejas.
19 »Maldito seas al entrar, maldito seas al salir.
20 »Que el Señor te mande la maldición, el pánico y la amenaza en
todas las tareas que emprendas, hasta que seas exterminado, hasta

que perezcas sin tardanza, por haberlo abandonado con tus malas
obras.
21 »Que el Señor te pegue la peste, hasta terminar contigo, en esa
tierra adonde vas para tomarla en posesión.
22 »Que el Señor te hiera de tisis, calenturas y delirios; sequía,
agostamiento y tizón; que te persigan hasta que perezcas.
23 »Que el cielo sobre tu cabeza sea de bronce y la tierra bajo tus
pies de hierro.
24 »Que el Señor te mande en vez de lluvia polvo, y haga bajar ceniza del cielo, hasta que seas exterminado.
25 »Que el Señor te entregue ya vencido al enemigo: saldrás contra
él por un camino y por siete caminos huirás; serás el espanto de
26 todos los reinos de la tierra; será tu cadáver pasto de las aves del
cielo y de las bestias de la tierra, y no habrá quien las espante.
27 »Que el Señor te hiera de viruela, tiña y sarna, que no puedas
curar.
28-9 »Que el Señor te hiera de locura, ceguera y demencia; andarás
a tientas a mediodía, como a tientas anda un ciego en su tiniebla.
Fracasarás en todos tus caminos, te explotarán y te robarán mientras vivas, y no habrá quien te salve.
30 »Te prometerás con una mujer, y otro se la gozará; te edificarás
una casa, y no la habitarás; te plantarás una viña, y no la vendimiarás.
31 »Te matarán el buey ante tus ojos, y no lo probarás; te robarán
el asno, y no te lo devolverán; entregarán tu rebaño al enemigo, y
no habrá quien te salve.
32 »Serán entregados tus hijos e hijas a otro pueblo; tus ojos lo
verán y se irán consumiendo por ellos, sin que puedas echarles una
mano.
33 »Un pueblo desconocido se comerá el fruto de tu suelo, tus fati-
34 gas; te verás solo, explotado y aplastado mientras vivas, hasta volverte loco, por el espectáculo que han de contemplar tus ojos.
35 »Que el Señor te hiera en las rodillas y en los muslos con úlceras
que no puedas curar, de la planta de los pies al cráneo.
36 »Que el Señor te haga marchar a ti y al rey que te establezcas
a una nación desconocida de ti y de tus padres; allí darás culto a
37 dioses extranjeros de piedra y leño. Serás el asombro, el refrán y la
burla de todos los pueblos adonde te deporte el Señor, tu Dios.
38 »Saldrás al campo cargado de semilla y cosecharás una miseria,
porque te lo devorará la langosta.
39 »Plantarás y cultivarás viñas, y no beberás ni almacenarás vino,
porque te lo comerá el gusano.
40 »Tendrás olivos en todos tus terrenos, y no te ungirás con aceite,
porque se te caerán las olivas.
41 »Engendrarás hijos e hijas, y no serán para ti, porque marcharán
al cautiverio.
42 »De los árboles frutales de tu suelo se apoderarán los insectos.
43 »El extranjero que viva entre los tuyos se alzará sobre ti, cada
44 vez más arriba, y tú caerás, cada vez más abajo; él te prestará, y
tú no le podrás prestar; él será cabeza, y tú cola.
45 »Sobre ti irán viniendo todas estas maldiciones, te perseguirán
y te darán alcance, hasta exterminarte, por no haber escuchado la

voz del Señor, tu Dios, desobedeciendo los preceptos y mandatos
46 que él te mandó, y ellas serán signo y prodigio contra ti y tu descendencia para siempre.
47 »Por no haber servido al Señor, tu Dios, con alegría y generosi-
48 dad en tu abundancia, servirás al enemigo que mande el Señor
contra ti: en hambre y sed, desnudez y miseria total; él te pondrá
en los hombros un yugo de hierro, hasta exterminarte.
49 »El Señor alzará contra ti una nación lejana —se lanzará sobre
50 ti como buitre desde los confines del orbe—; una nación de lengua
incomprensible, nación cruel sin respeto para el anciano, sin piedad
51 para el muchacho; que devorará el fruto de tu ganado y el fruto de
tu suelo, hasta exterminarte; que no dejará rastro de tu trigo, tu
mosto y tu aceite, de las crías de tu ganado y del parto de tus ove-
52 jas, hasta destruirte; que te sitiará en todas tus ciudades, hasta que
se derrumben las altas y sólidas murallas que creías tu seguridad
en toda tu tierra; te sitiará en todas tus ciudades, por toda la tierra
53 que va a darte el Señor, tu Dios, y te comerás el fruto de tu vientre,
la carne de los hijos e hijas que te haya dado el Señor, tu Dios, en
54 la angustia del asedio con que te estrechará tu enemigo. El más refinado y exquisito mirará con envidia a su hermano, a la mujer que
55 se acostaba en su seno y a los hijos que le queden, por tener que
repartir con otros la carne del hijo que se coma, al no haberle quedado ya nada, en la angustia del asedio con que te estreche tu ene-
56 migo, en todas tus ciudades; la más refinada y exquisita, la que
jamás se aventuraba a posar la planta del pie sobre la tierra, de
tanta finura y exquisitez, mirará con envidia al hombre que se
57 acostaba en su seno, a su hijo y a su hija; a la placenta que le sale
entre las piernas y al hijo que acaba de parir, que querría comérselos a escondidas, al faltarle todo, en la angustia del asedio con
que te estreche tu enemigo, en todas tus ciudades.
58 »Si no pones por obra todos los artículos de esta ley, escritos en
este Código, temiendo este nombre glorioso y terrible, 'el Señor,
59 tu Dios', el Señor os producirá a ti y a tus descendientes heridas
impresionantes, heridas tremendas y enconadas, enfermedades ma-
60 lignas y crónicas; él volverá contra ti las epidemias egipcias que te
61 horrorizan y te las pegará, y todas las enfermedades y heridas que
no aparecen en el código de esta ley también las lanzará contra ti,
hasta exterminarte.
62 »Pocos seréis los que quedéis, después de haber sido numerosos
como las estrellas del cielo, por no haber escuchado la voz del Señor, tu Dios.
63 »Como gozó el Señor haciéndoos el bien, haciéndoos crecer, igual
ha de gozar destruyéndoos y exterminándoos; seréis arrancados de
64 la tierra adonde vas a entrar para tomarla en posesión, y el Señor
os dispersará entre todos los pueblos, de un extremo a otro de la
tierra, y allí darás culto a dioses extranjeros, desconocidos de ti y
65 de tus padres, piedra y leño; no descansarás jamás en esos pueblos,
no reposará nunca la planta de tu pie; el Señor te volverá allí asus-
66 tadizo, ciego y cobarde; vivirás pendiente de un hilo, temblarás
67 día y noche, no vivirás jamás seguro; por la mañana dirás: 'Ojalá
anocheciese', y por la tarde, 'Ojalá amaneciese', por el pavor que
estremecerá tu corazón, por el espectáculo que verán tus ojos.

68 »El Señor te hará volver en barcos a Egipto, por ese camino del
que yo te dije 'No lo volverás a ver', y allí seréis puestos en venta
como esclavos y esclavas a vuestros enemigos, y no habrá com-
prador».

ALIANZA EN MOAB

69 *Términos de la alianza* que el Señor mandó a Moisés concluir
con los israelitas en *Moab* (aparte de la alianza que había concluido
con ellos en el monte Horeb).

29 Moisés convocó a todo Israel y les dijo:
—Vosotros sois testigos de todo lo que el Señor hizo en Egipto
2 contra el Faraón, sus ministros y todo su país: aquellas grandes
pruebas que vieron vuestros ojos, aquellos grandes signos y prodi-
3 gios; pero el Señor no os ha dado inteligencia para entender, ni
4 ojos para ver, ni oídos para escuchar hasta hoy: 'Yo os he hecho
caminar cuarenta años por el desierto: no se os gastaron los vesti-
5 dos que llevabais ni se os gastaron las sandalias de los pies; no co-
misteis pan ni bebisteis vino ni licor; para que reconozcáis que
yo, el Señor, soy vuestro Dios'.
6 »Al llegar a este lugar, Sijón, rey de Jesbón, y Og, rey de Basán,
7 nos salieron al encuentro en son de guerra; los vencimos, conquista-
mos sus territorios y se los dimos en heredad a los rubenitas, a los
8 gaditas y a media tribu de Manasés. Por eso guardaréis los térmi-
nos de esta alianza y los cumpliréis, y así prosperaréis en todas
9 vuestras obras. Vosotros os habéis colocado hoy en presencia del
Señor, vuestro Dios —vuestros jefes de tribu, concejales y magistra-
10 dos y todos los hombres de Israel; vuestros niños y mujeres y los
emigrantes que están en el campamento (tus aguadores y leñado-
11 res)—, para entrar en alianza con el Señor, tu Dios, y aceptar el
pacto que el Señor, tu Dios, concluye contigo hoy; en virtud de él,
12 *te constituye pueblo suyo,*
y él será tu Dios,
como te dijo y como había jurado a tus padres, a Abrahán, Isaac
y Jacob.
13-4 »No sólo con vosotros concluyo esta alianza y este pacto; lo con-
cluyo con el que está hoy aquí con nosotros, en presencia del Señor,
y con el que hoy no está aquí con nosotros.
15 »Vosotros sabéis que habitamos en Egipto y que cruzamos por
16 medio de todos aquellos pueblos, vimos sus ídolos monstruosos, de
17 piedra y leño, de plata y oro. Que no haya nadie entre vosotros,
hombre o mujer, familia o tribu, cuyo corazón se aparte hoy del Se-
ñor, vuestro Dios, yendo a dar culto a los dioses de estos pueblos;
18 que no arraiguen en vosotros plantas amargas y venenosas, alguien
que al escuchar los términos de este pacto se felicite diciendo por
dentro: 'Tendré paz, aunque siga en mi obstinación'; pues la riada
19 se llevará secano y regadío, porque el Señor no está dispuesto a
perdonarlo; su ira y su celo se encenderán contra ese hombre, se
asentará sobre él la maldición de este código, y el Señor borrará
20 su nombre bajo el cielo; el Señor lo apartará, para su perdición,
de todas las tribus de Israel, según las maldiciones que sancionan
la alianza, escritas en este código.
21 »Las generaciones venideras, los hijos que os sucedan y los ex-
tranjeros que vengan de lejanas tierras, cuando vean las plagas de
22 esta tierra, las enfermedades con que la castigará el Señor —azufre
y sal, tierra calcinada, donde no se siembra, ni brota, ni crece la

hierba, catástrofe como la de Sodoma y Gomorra, Adamá y Seboín,
23 arrasadas por la ira y la cólera del Señor—, todos esos pueblos se
preguntarán: '¿Por qué trató el Señor así a esta tierra? ¿Qué sig-
24 nifica esta cólera terrible?'. Y les responderán: 'Porque abandona-
ron la alianza del Señor, Dios de sus padres, el pacto que hizo con
25 ellos al sacarlos de Egipto; porque fueron a dar culto a dioses ex-
tranjeros, postrándose ante ellos —dioses que no conocían, dioses
26 que no les había asignado—; por eso la ira del Señor se encendió
27 contra esta tierra, haciendo recaer sobre ella todas las maldiciones
escritas en este código; por eso el Señor los arrancó de su suelo,
con ira, furor e indignación, y los arrojó a una tierra extraña, como
sucede hoy'.
28 »Lo oculto es del Señor, nuestro Dios; lo revelado es nuestro y
de nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todos los ar-
tículos de esta ley.

30 »Cuando se cumplan en ti todas estas palabras —la bendición y
la maldición que te he propuesto— y las medites, viviendo entre
2 los pueblos adonde te expulsará el Señor, tu Dios, te convertirás
al Señor, tu Dios; escucharás su voz, lo que yo te mando hoy, con
todo el corazón y con toda el alma, tú y tus hijos.
3 »El Señor, tu Dios, cambiará tu suerte compadecido de ti; el
Señor, tu Dios, volverá y te reunirá sacándote de todos los pueblos
4 por donde te dispersó; aunque tus dispersos se encuentren en los
confines del cielo, el Señor, tu Dios, te reunirá, te recogerá allí;
5 el Señor, tu Dios, te traerá a la tierra que habían poseído tus pa-
dres y tomarás posesión de ella; te hará el bien y te hará crecer
6 más que tus padres; el Señor, tu Dios, circuncidará tu corazón y
el de tus descendientes para que ames al Señor, tu Dios, con todo
el corazón y con toda el alma, y así vivas.
7 »El Señor, tu Dios, mandará estas maldiciones contra tus enemi-
8 gos, los que te habían perseguido con saña, y tú te convertirás,
escucharás la voz del Señor, tu Dios, y cumplirás todos los precep-
tos suyos que yo te mando hoy.
9 »El Señor, tu Dios, hará prosperar tus empresas, el fruto de tu
vientre, el fruto de tu ganado y el fruto de tu tierra, porque el Se-
ñor, tu Dios, volverá a alegrarse contigo de tu prosperidad, como
10 se alegraba con tus padres; si escuchas la voz del Señor, tu Dios,
guardando sus preceptos y mandatos, lo que está escrito en el có-
digo de esta ley; si te conviertes al Señor, tu Dios, con todo el
corazón y con toda el alma.

11 »Porque el precepto que yo te mando hoy
no es cosa que te exceda ni inalcanzable;
12 no está en el cielo, no vale decir:
'¿Quién de nosotros subirá al cielo
y nos lo traerá y nos lo proclamará
para que lo cumplamos?';
13 ni está más allá del mar, no vale decir:
'¿Quién de nosotros cruzará el mar
y nos lo traerá y nos lo proclamará
para que lo cumplamos?'.

14 El mandamiento está a tu alcance:
en tu corazón y en tu boca. Cúmplelo.

15 »Mira: hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal.
16 Si obedeces los mandatos del Señor, tu Dios, que yo te promulgo
hoy, amando al Señor, tu Dios, siguiendo sus caminos, guardando
sus preceptos, mandatos y decretos, vivirás y crecerás; el Señor,
tu Dios, te bendecirá en la tierra adonde vas a entrar para conquis-
17 tarla. Pero si tu corazón se aparta y no obedeces, si te dejas arras-
18 trar y te prosternas dando culto a dioses extranjeros, yo te anuncio
hoy que morirás sin remedio, que después de pasar el Jordán y de
entrar en la tierra para tomarla en posesión, no vivirás muchos
años en ella.
19 »Hoy cito como testigos contra vosotros al cielo y a la tierra, te
pongo delante vida y muerte, bendición y maldición. Elige la vida,
20 y viviréis tú y tu descendencia, amando al Señor, tu Dios, escu-
chando su voz, pegándote a él, pues él es tu vida y tus muchos años
en la tierra que había prometido dar a tus padres, Abrahán, Isaac
y Jacob».

ULTIMAS DISPOSICIONES Y MUERTE DE MOISES

31 Cuando Moisés terminó de decir estas palabras a los israelitas,
añadió:
2 —He cumplido ya ciento veinte años, y me encuentro impedido;
3 además, el Señor me ha dicho: «No pasarás ese Jordán». El Señor,
tu Dios, pasará delante de ti. El destruirá delante de ti esos pue-
blos, para que te apoderes de ellos. Josué pasará delante de ti, como
4 ha dicho el Señor. El Señor los tratará como a los reyes amorreos
5 Sijón y Og y como a sus tierras, que arrasó. Cuando el Señor os los
6 entregue, haréis con ellos lo que yo os he ordenado. ¡Sed fuertes
y valientes, no temáis, no os acobardéis ante ellos!, que el Señor,
tu Dios, avanza a tu lado, no te dejará ni te abandonará.
7 Después Moisés llamó a Josué, y le dijo en presencia de todo
Israel:
—Sé fuerte y valiente, porque tú has de introducir a este pueblo
en la tierra que el Señor, tu Dios, prometió dar a tus padres, y tú
8 les repartirás la heredad. El Señor avanzará ante ti. El estará con-
tigo, no te dejará ni te abandonará. No temas ni te acobardes.
9 Moisés escribió esta ley y la consignó a los sacerdotes levitas, que
llevan el arca de la alianza del Señor, y a todos los concejales de
10 Israel, y les mandó:
—Cada siete años, el año de la remisión, por la fiesta de las
11 Chozas, cuando todo Israel acuda a presentarse ante el Señor, tu
Dios, en el lugar que él elija, se proclamará esta ley frente a todo
12 el pueblo. Congregad al pueblo, hombres, mujeres y niños, y al
emigrante que viva en tu vecindad, para que oigan y aprendan a
respetar al Señor, vuestro Dios, y pongan por obra todos los artícu-
13 los de esta ley, mientras os dure la vida en la tierra que vais a tomar
en posesión cruzando el Jordán. (Hasta tus hijos, aunque no tengan
uso de razón, han de escuchar la ley, para que vayan aprendiendo
a respetar al Señor, vuestro Dios).
14 El Señor dijo a Moisés:
—Está cerca el día de tu muerte. Llama a Josué, presentaos en
la tienda del encuentro, y yo le daré mis órdenes.
Moisés y Josué fueron a presentarse a la tienda del encuentro.
15 El Señor se les apareció en la tienda en una columna de nubes, que
16 fue a colocarse a la entrada de la tienda. El Señor dijo a Moisés:
—Mira, vas a descansar con tus padres, y el pueblo se va a pros-
tituir con los dioses extraños de la tierra adonde va. Me abando-
17 nará y quebrantará la alianza que he concluido con ellos. Ese día
mi furor se encenderá contra ellos: lo abandonaré y me esconderé
de él, se lo comerán y le ocurrirán innumerables desgracias y sufri-
mientos. Entonces dirá: «Es que no está mi Dios conmigo; por eso
18 me ocurren estas desgracias». Y yo, ese día, me esconderé todavía
más, por la maldad que comete volviéndose a dioses extranjeros.
19 Y ahora, escribid este cántico, enseñádselo a los israelitas, haced
que lo reciten, porque este cántico va a ser mi testigo de cargo
20 contra los israelitas. Cuando haya llevado a este pueblo a la tierra
que prometí a sus padres, una tierra que mana leche y miel, comerá
hasta hartarse, engordará y se volverá a dioses extranjeros para

21 darles culto; me despreciará y quebrantará mi alianza. Entonces,
cuando le ocurran innumerables desgracias y sufrimientos, este cán-
tico dará testimonio contra él, ¡que no lo olvide la posteridad!,
porque conozco los malos instintos que ya hoy alimenta antes de
haberlo introducido en la tierra prometida.
22 Aquel día Moisés escribió este cántico y se lo hizo aprender a
los israelitas.
23 El Señor ordenó a Josué:
—Sé fuerte y valiente, que tú has de introducir a los israelitas
en la tierra que he prometido. Yo estaré contigo.
24 Cuando Moisés terminó de escribir los artículos de esta ley hasta
25 el final, mandó a los levitas que llevaban el arca de la alianza del
Señor:
26 —Coged este código de la ley, depositadlo junto al arca de la
alianza del Señor, vuestro Dios, y que quede allí como testigo con-
27 tra ti. Yo conozco tu rebeldía y tu terquedad; si estando yo a vues-
tro lado os rebelabais contra el Señor, ¿qué será cuando haya muer-
28 to? Congregadme a todos los concejales de las tribus y a los magis-
trados; quiero recitar en su presencia estas palabras y citar contra
29 ellos como testigos el cielo y la tierra, porque sé que cuando yo
muera os pervertiréis y os apartaréis del camino que os tengo se-
ñalado. Al cabo de los años, si hacéis lo que el Señor reprueba
irritándolo con vuestras obras, os alcanzará la desgracia.
30 Entonces Moisés recitó hasta el final este *cántico* en presencia
de toda la asamblea de Israel.

Cántico de Moisés

32 «Escuchad, cielos, y hablaré;
oye, tierra, los dichos de mi boca;
2 descienda como lluvia mi doctrina,
destile como rocío mi palabra;
como llovizna sobre la hierba,
como orvallo sobre el césped;
3 voy a proclamar el nombre del Señor:
dad gloria a nuestro Dios.
4 El es la Roca, sus obras son perfectas,
sus caminos son justos;
es un Dios fiel, sin maldad,
es justo y recto.
5 Hijos degenerados, se portaron mal con él,
generación malvada y pervertida.
6 ¿Así le pagas al Señor,
pueblo necio e insensato?
¿No es él tu padre y tu creador,
el que te hizo y te constituyó?
7 Acuérdate de los días remotos,
considera las edades pretéritas,
pregunta a tu padre y te lo contará,
a tus ancianos y te lo dirán:
8 Cuando el Altísimo daba a cada pueblo su heredad,

y distribuía a los hijos de Adán,
trazando las fronteras de las naciones,
según el número de los hijos de Dios,
9 la porción del Señor fue su pueblo,
Jacob fue el lote de su heredad.
10 Lo encontró en una tierra desierta,
en una soledad poblada de aullidos;
lo rodeó cuidando de él,
lo guardó como a las niñas de sus ojos.
11 Como el águila incita a su nidada
revolando sobre los polluelos,
así extendió sus alas, los tomó
y los llevó sobre sus plumas.
12 El Señor solo los condujo,
no hubo dioses extraños con él.
13 Los puso a caballo de sus montañas,
y los alimentó con las cosechas de sus campos;
los crió con miel silvestre,
con aceite de rocas de pedernal;
14 con requesón de vaca y leche de ovejas,
con grasa de corderos y carneros,
ganado de Basán y cabritos,
con la flor de la harina de trigo,
y por bebida, con la sangre fermentada de la uva
15 Comió Jacob hasta saciarse,
engordó mi cariño, y tiró coces
—estabas gordo y cebado y corpulento—
y rechazó a Dios, su creador;
deshonró a su Roca salvadora.
16 Le dieron celos con dioses extraños,
lo irritaron con sus abominaciones,
17 ofrecieron víctimas a demonios que no son dios,
a dioses desconocidos,
nuevos, importados de cerca,
que no veneraban vuestros padres.
18 ¡Despreciaste a la Roca que te engendró,
y olvidaste al Dios que te dio a luz!
19 Lo vio el Señor, e irritado
rechazó a sus hijos e hijas,
20 pensando: 'Les esconderé mi rostro,
y veré en qué acaban,
porque son una generación depravada,
unos hijos desleales;
21 ellos me han dado celos con un dios ilusorio,
me han irritado con ídolos vacíos;
pues yo les daré celos con un pueblo ilusorio,
los irritaré con una nación fatua.
22 Está ardiendo el fuego de mi ira
y abrasará hasta el fondo del abismo,
consumirá la tierra y sus cosechas
y quemará los cimientos de los montes.
23 Reclutaré desastres contra ellos,

agotaré en ellos mis flechas;
24 andarán macilentos por el hambre,
consumidos de fiebres y epidemias malignas;
les enviaré dientes de fieras
y veneno de serpientes que se arrastran;
25 en las calles, la espada se llevará a los hijos;
en las casas, el espanto;
a los jóvenes con las doncellas,
a los niños de pecho con los ancianos'.
26 Yo pensaba: 'Voy a dispersarlos
y a borrar su memoria entre los hombres'.
27 Pero no; que temo la jactancia del enemigo
y la mala interpretación del adversario,
que dirían: 'Nuestra mano ha vencido,
no es el Señor quien lo ha hecho'.
28 Porque son una nación que ha perdido el juicio
y carece de inteligencia.
29 Si fueran sensatos, lo entenderían,
comprenderían su destino.
30 ¿Cómo es que uno persigue a mil
y dos ponen en fuga a diez mil?
¿No es porque su Roca los ha vendido,
porque el Señor los ha entregado?
31 Porque su roca no es como nuestra Roca;
nuestros mismos enemigos pueden juzgarlo.
32 Son cepa de las viñas de Sodoma,
de los campos de Gomorra;
sus uvas son uvas venenosas
y sus racimos son amargos;
33 su vino es ponzoña de monstruos
y veneno mortal de víboras.
34 ¿No tengo todo esto recogido
y sellado en mis archivos?
35 Mía será la venganza y el desquite
en la hora en que tropiecen sus pies,
pues el día de su perdición se acerca
y su suerte se apresura
36 —porque el Señor defenderá a su pueblo
y tendrá compasión de sus siervos—.
Cuando vea que sus manos flaquean,
que se consumen amos y criados,
37 dirá: '¿Dónde están sus dioses
o la roca donde se refugiaban?
38 ¿No comían la grasa de sus sacrificios
y bebían el vino de sus libaciones?
Que se levanten para socorreros,
que sean vuestro refugio'.
39 Pero ahora mirad: yo soy yo,
y no hay otro fuera de mí;
yo doy la muerte y la vida,
yo desgarro y yo curo,
y no hay quien libre de mi mano.

40 Levanto la mano al cielo y juro:
'Tan verdad como que vivo eternamente,
41 cuando afile el relámpago de mi espada
y tome en mi mano la justicia,
haré venganza del enemigo
y daré su paga al adversario;
42 embriagaré mis flechas en sangre,
mi espada devorará la carne;
sangre de muertos y cautivos,
cabezas de jefes enemigos'.
43 Naciones, aclamadlo con su pueblo,
porque él venga la sangre de sus siervos,
porque toma venganza del enemigo
y perdona a su tierra y a su pueblo».

44 Moisés fue y recitó este canto entero en presencia del pueblo. Lo
45 acompañaba Josué, hijo de Nun. Y cuando terminó de decir todo
46 esto a los israelitas, añadió:
—Fijaos bien en todas las palabras que yo os he conminado hoy,
y mandad a vuestros hijos que pongan por obra todos los artículos
47 de esta ley. Porque no son palabra vacía para vosotros, sino que
por ella viviréis y prolongaréis la vida en la tierra que vais a tomar
en posesión después de pasar el Jordán.
48 Aquel mismo día el Señor dijo a Moisés:
49 —Sube al monte Abarín (Monte Nebo), que está en Moab, mi-
rando a Jericó, y contempla la tierra que voy a dar en propiedad
50 a los israelitas. Después morirás en el monte y te reunirás a los
tuyos, lo mismo que tu hermano Aarón murió en Monte Hor y se
51 reunió a los suyos. Porque os portasteis mal conmigo en medio de
los israelitas, en la Fuente de Careo, en Cades, en el desierto del
Espino, y no reconocisteis mi santidad en medio de los israelitas.
52 Verás de lejos la tierra, pero no entrarás en la tierra que voy a dar
a los israelitas.

33 *Bendición* que pronunció Moisés sobre los israelitas antes de morir [a]:

2 «El Señor viene del Sinaí
amaneciendo desde Seír,
radiante desde Monte Farán,
avanza desde Careo de Cades.
3 Delante va el favorito de los pueblos,
a su derecha van los guerreros,
con la izquierda rige a sus santos;
ellos se rinden a su paso
y marchan a sus órdenes.
4 Moisés nos dio la ley
en herencia para la asamblea de Israel.
5 'Mi cariño' tuvo un rey,
al reunirse los jefes del pueblo,
al unirse las tribus de Israel.

a La traducción es dudosa en varios versos (Gn 49).

6 ¡Viva Rubén y no muera,
y sean innumerables sus hombres!

Para Judá

7 Escucha, Señor, la voz de Judá
y tráelo a tu pueblo;
sus manos lo defenderán
si tú lo proteges de sus enemigos.

Para Leví

8 Para tus leales los tumim y urim.
Los pusiste a prueba en La Prueba,
los desafiaste en Careo;
9 dijo a sus padres: No os hago caso;
a sus hermanos: No os reconozco;
a sus hijos: No os conozco.
Cumplieron tus mandatos
y guardaron tu alianza.
10 Enseñarán tus preceptos a Jacob
y tu ley a Israel;
ofrecerán incienso en tu presencia
y holocaustos en tu altar.
11 Bendice, Señor, sus posesiones
y acepta la obra de sus manos.
Tunde los lomos a sus rivales,
que sus enemigos no se levanten.

Para Benjamín

12 Favorito del Señor, habita tranquilo;
el Altísimo cuida de él continuamente,
y él habita entre sus hombros.

Para José

13 El Señor bendice su tierra
con el don y rocío del cielo
y con el océano acostado en lo hondo,
14 con las mejores cosechas del año
y los mejores frutos del mes,
15 con las primicias de las viejas montañas
y lo escogido de las duraderas colinas,
16 con lo mejor de la tierra y cuanto contiene
y el favor del que habita en la zarza;
bajen sobre la cabeza de José
y coronen al escogido entre los hermanos.
17 Bello como cría de vaca,
con grandes cuernos de búfalo,
con ellos embestirá a los pueblos
y acosará a los confines de la tierra.
Así son las miríadas de Efraín,
así son los millares de Manasés.

Para Zabulón

18 A Zabulón le gusta salir;
a Isacar, vivir en la tienda.
19 Invitarán a pueblos a la montaña
a ofrecer sacrificios legítimos,

porque explotan las riquezas marinas,
los tesoros ocultos de las playas.

20 *Para Gad*

Bendito el que ensancha a Gad.
Se acuesta como una leona
y destroza brazos y cráneos.
21 Escogió para sí las primicias,
el lote reservado al capitán.
Cumplió la justicia del Señor
y los compromisos con Israel.

22 *Para Dan*

Dan, cachorro de león,
que salta ante la serpiente.

23 *Para Neftalí*

Neftalí se sacia de favores
y se llena de bendiciones del Señor,
posee el mar y su comarca.

24 *Para Aser*

Bendito entre todos Aser,
el favorito de los hermanos,
que baña los pies en aceite.
25 Con cerrojos de hierro y bronce,
con tanta fuerza como años.
26 Nadie como Dios, 'mi Cariño',
que cabalga poderoso por el cielo,
cabalga a lomos de las nubes.
27 El Dios antiguo te ofrece morada
poniendo por debajo sus brazos eternos,
expulsa ante ti al enemigo
y ordena: Destruye.
28 Israel habita tranquilo
y apartado vive Jacob,
en tierra de grano y de mosto
bajo un cielo que destila rocío.
29 ¡Felicidades, Israel! ¿Quién como tú?
Pueblo salvado por el Señor,
su escudo protector y espada victoriosa.
Tus enemigos te adularán
y tú pisarás sus espaldas».

34 Moisés subió de la estepa de Moab al Monte Nebo, a la cima del
Fasga, que mira a Jericó, y el Señor le mostró toda la tierra: Galaad
2 hasta Dan, el territorio de Neftalí, de Efraín y de Manasés, el de
3 Judá hasta el Mar Occidental; el Negueb y la comarca del valle de
4 Jericó (la ciudad de las palmeras) hasta Soar, y le dijo:
—Esta es la tierra que prometí a Abrahán, a Isaac y a Jacob,
diciéndoles: Se la daré a tu descendencia. Te la he hecho ver con
tus propios ojos, pero no entrarás en ella.
5 Y allí murió Moisés, siervo del Señor, en Moab, como había di-
cho el Señor.
6 Lo enterraron en el valle de Moab, frente a Bet Fegor, y hasta
el día de hoy nadie ha conocido el lugar de su tumba.

7 Moisés murió a la edad de ciento veinte años: no había perdido
8 vista ni había decaído su vigor. Los israelitas lloraron a Moisés en
la estepa de Moab treinta días, hasta que terminó el tiempo del
duelo por Moisés.
9 Josué, hijo de Nun, poseía grandes dotes de prudencia, porque
Moisés le había impuesto las manos. Los israelitas le obedecieron
e hicieron lo que el Señor había mandado a Moisés.
10 Pero ya no surgió en Israel otro profeta como Moisés, con quien
11 el Señor trataba cara a cara; ni semejante a él en los signos y pro-
digios que el Señor le envió a hacer en Egipto contra el Faraón, su
12 corte y su país; ni en la mano poderosa, en los terribles portentos
que obró Moisés en presencia de todo Israel.

HISTORIA

Traductores:

JOSUE - JUECES - SAMUEL - REYES

MANUEL IGLESIAS GONZÁLEZ
LUIS ALONSO SCHÖKEL

CRONICAS

JOSÉ LUIS SICRE
MANUEL IGLESIAS GONZÁLEZ
LUIS ALONSO SCHÖKEL

ESDRAS - NEHEMIAS

JOSÉ LUIS SICRE
LUIS ALONSO SCHÖKEL

MACABEOS

MANUEL IGLESIAS GONZÁLEZ
LUIS ALONSO SCHÖKEL

Introducciones:

LUIS ALONSO SCHÖKEL

INTRODUCCION HISTORICA A JOSUE Y JUECES

Hacia la mitad del siglo XIII a. C., el Medio Oriente, donde pulsaba y crecía la cultura humana, había llegado a un equilibrio de fuerzas organizado en un triángulo geográfico: Mesopotamia, Egipto, Asia Menor. En Mesopotamia tocaba el turno al joven Imperio Asirio, que había logrado someter al rival meridional, Babilonia; en Asia Menor imperaban los heteos o hititas, en la segunda y última etapa de su reino; en Egipto culminaba la dinastía de los Ramésidas, con el segundo de su nombre. Tukulti Ninurta I, Ḫattušiliš III y Ramsés II eran los soberanos.

¿No hará falta abrir el triángulo y convertirlo en cuadrilátero? Si nos movemos del Oriente Medio hacia Occidente, recordamos que la cultura no termina en los puertos fenicios y en el delta del Nilo. En el Mediterráneo oriental, al imperio marítimo y comercial de la Creta Minoica había sucedido el nuevo imperio marítimo y comercial de los micenios, los griegos que recuerdan la *Ilíada* y la *Odisea.* Este Imperio, que podemos llamar occidental, mantenía un cierto equilibrio de intereses y bastantes relaciones con los heteos del Asia Menor.

La franja costera, Siria y Palestina, era, como de costumbre, un larguísimo puente de comunicación, disputado por Egipto y Asia. El Río del Perro *(Nahr el Kelb,* cerca de la actual Beirut) señalaba la frontera norte de Egipto, hasta que Ramsés osó cruzarla y tuvo que enfrentarse con el heteo Muwatalliš en Cades, junto al Orontes. La batalla quedó indecisa, y unos años después se firma un pacto que sella un matrimonio real. La cancillería de la capital hetea (desenterrada en Bogazkoy) da constancia de una serie de pactos con otros monarcas o vasallos.

El equilibrio de los Imperios estaba amenazado, y su decadencia se precipitó en la segunda mitad del siglo XIII. El triángulo tenía tres vértices firmes, pero sus lados no eran sólidos, porque se abrían a la inundación del desierto, fecundo en hombres; mientras que el imperio de islas en torno a la península griega era un trampolín diseminado, que convertía el Mediterráneo oriental en aguas vadeables.

De pronto, no sabemos exactamente cuándo ni por qué ley misteriosa de la historia, dos zonas humanas remotas entre sí y alejadas de la cultura comienzan a moverse y a propagar el movimiento. Como dos lagos tranquilos que recibieran dos fuertes impactos desde el fondo ignoto. En Occidente, los ilirios de Europa central, con los dorios y los frigios en los Balcanes; en Oriente, grupos nómadas que ostentan el denominador común de arameos. Cuando las ondas concéntricas empujadas desde los dos focos se encuentren, la inundación habrá cubierto el triángulo de los Imperios.

Ilirios, dorios y frigios avanzan, se les suman otros pueblos, derrumban el Imperio Micénico, expulsan y empujan a otros pueblos: sículos, etruscos, dánaos... Estos últimos se arrojan al mar en busca de nuevas tierras habitables. Son los llamados «Pueblos del mar», presentes ya como mercenarios en la batalla de Cades (Sardana, Pelashat, Dardana), aludidos quizá en la *Odisea* (canto XIV), esculpidos en el templo de Medinet Habú; el comentario a las escenas de los relieves habla de los filisteos, tjeker (¿teucros?), shekelesh (¿sículos?), denyen (¿dánaos?). Estos pueblos destruyeron los emporios de las costas mediterráneas orientales y se instalaron en algunos de ellos. A esta época pertenece la conquista de Troya, que cantó Homero.

Por el otro lado el desierto empuja sus tribus nómadas, como el viento las dunas. Por todas partes se filtran estas tribus, de movimientos flexibles, para saquear o en busca de una vida sedentaria, fija y segura. Ya habían turbado las vías comerciales entre babilonios y heteos en tiempo de Ḫattušiliš. Hostigan a los

asirios, vuelven a penetrar en Babilonia, hacen presión hacia la costa, y fundan una serie de reinos menores remansándose en esas playas del desierto, donde la arena comienza a ceder al agua y al verde: Alepo, Jamat, Damasco.

Las dos olas concéntricas se han juntado. ¿Dónde queda el armonioso triángulo de los imperios? Los heteos sucumben como nación y dispersan sus hombres en pequeñas colonias de exiliados; el último rey conocido lleva sólo un nombre glorioso: Šupiluliuma II; hacia 1200 el Imperio Heteo ha dejado de existir. El Imperio Asirio comienza a decaer al final del reinado del impetuoso Tukulti Ninurta (a finales del XIII), y un siglo más tarde Tiglat Piléser I no logra restituir su poderío. El trono de Egipto va añadiendo números a los monarcas ramésidas y quitándoles fuerza y esplendor. En Asiria queda latente el ideal de un dominio universal; en Babilonia y Egipto queda el rescoldo de antiguas glorias, que un día podrá encenderse y arder. Pero por ahora el triángulo ha sido sepultado, y sucede una especie de vacío.

Es también el tiempo en que fermenta una nueva cultura. La Edad del Hierro va sucediendo a la del Bronce; la lengua aramea se va extendiendo y ganando prestigio.

Israel

En estos tiempos agitados y en el siguiente intermedio de silencio asoma a escena ese pueblo minúsculo, que en nuestros libros se vuelve protagonista. Bajo Ramsés II (con toda probabilidad) sucede la opresión de los hebreos, muy adelantado su reino salen los hebreos de Egipto, en tiempo del sucesor Mernepta (1234-1220) se encuentran en tierra de Canaán.

¿Por qué nuestros libros se fijan en ese pueblo minúsculo? Nuestro panorama nos ha llevado desde Europa a Mesopotamia, desde Troya hasta el Nilo. El movimiento de pueblos no ha sido simple y momentáneo: olas sucesivas han empujado las precedentes y han chocado con ellas. Como al hundirse una nave se forma el embudo de un torbellino y se agitan las aguas vecinas, así al hundirse los imperios se agitaron muchos pueblos, emergieron como islotes nuevos reinos y se dispersaron los restos del naufragio. Y de toda esta grandeza y agitación nos fijamos en esa brizna humana. ¿Por qué? Podríamos responder apelando al destino histórico del pueblo judío; pero no basta semejante respuesta. La razón es teológica. Dios ha entrado en la historia humana para salvar a toda la humanidad. Su entrada se realiza en un tiempo y espacio determinados, sobre un pueblo pequeño, que Dios elige precisamente porque es pequeño y está oprimido. Durante siglos, la salvación de la humanidad estará concentrada de modo particular —no exclusivamente— en ese pueblo. Al autor sagrado no le interesa la historia universal, sino la historia de salvación. Otros pueblos tendrán sitio en su libro en cuanto penetren en la órbita del pueblo elegido.

En el libro de los Jueces presenciaremos el encuentro, el choque de las dos olas: del desierto llegan los israelitas, desde el mar los filisteos. Por un momento se darán un abrazo —Sansón y Dalila—, semilla de traición y nuevas hostilidades. También presenciaremos otras olas del desierto chocando con la ola precedente de los israelitas, en tiempo de Gedeón. Para el autor sagrado, la historia sagrada centra la historia universal.

La arqueología

Las múltiples excavaciones realizadas en Palestina han sacado a la luz datos que iluminan o ilustran la época. Se fundan entonces los reinos de Edom, Moab,

algo más tarde el de Amón, y se constituyen en monarquías, mientras que en Cisjordania dominan las ciudades estados, como Jerusalén, Meguido, Guezer. Repetidas destrucciones violentas de ciudades atestiguan la inestabilidad interna y quizá los ataques procedentes de fuera, sin que sea posible atribuir cada destrucción a un enemigo determinado. El uso del hierro se va extendiendo. Se aprecia una desigual distribución: en los valles y regiones agrícolas hay una cultura desarrollada, arte autóctono, objetos importados, ciudades y casas están bien construidas; en la montaña —primera residencia de los israelitas recién llegados— crece la población, la cultura es inferior, no aparecen objetos de importación; en la costa aparecen huellas inconfundibles de la cultura filistea.

La arqueología da un testimonio de conjunto, no de hechos individuales; más aún, en más de un caso los resultados de la arqueología no coinciden con la narración del texto, como sucede con Jericó y Ay; precisamente las dos primeras conquistas, según el libro de Josué.

Se puede decir que el cuadro particular de Josué y de los Jueces se inserta bien en el cuadro general de la historia de la época. La tradición israelítica ha conservado el recuerdo de unos hechos, transfigurándolos primero en narraciones épicas, elaborándolos después en una composición teológica.

Datos cronológicos

Egipto

Ramsés II (1290-1224)	Batalla en Cades del Orontes (1286). Opresión y salida de los israelitas. Moisés y Josué.
Mernepta (1224-1204)	Estela de 1229: victoria sobre Israel. Entrada en Palestina bajo Josué.
Ramsés III (1184-1153)	Lucha contra los «Pueblos del mar» (1175). Tiempo de los Jueces.
Ramsés IV-XI (1150-1070)	Victoria de Barac hacia 1125. Migración de los danitas.
Dinastía XXI (1070-945)	División de Egipto entre Tanis y Tebas. Victoria filistea en Afec hacia 1050. Saúl y David.

Cronología comparada (aproximada)

	Egipto	Hititas	Asiria
1300	Ramsés II	Muwatalliš Urḫi Tešup Ḫattušiliš	Salmanasar I
1250	Mernepta	Tutḫalia IV Arnuwanda III	Tukulti-Ninurta I

1200	Dinastía XX Šupiluliuma II Ašur-nadin-apli Paso de la Edad del Bronce a la Edad de Hierro. Fin del Imperio Hitita. Se instalan en Palestina israelitas y filisteos.
1200-1100	En Babilonia reinan las dinastías casita y de Isin. Lucha contra Elam, hasta la victoria de Nabucodonosor I, a finales de siglo.
1100	En Asiria sube al trono, a finales del siglo, Tiglat Piléser I: derrota a los nómadas vecinos (Ahlamu), expediciones a Siria y Fenicia, invade Babilonia, funda una biblioteca.

JOSUE

INTRODUCCION

El libro de Josué mira en dos direcciones: hacia atrás, completando con la entrada en Canaán la salida de Egipto; hacia adelante, inaugurando con el paso a la vida sedentaria la nueva etapa del pueblo.

Por lo primero, algunos añaden este libro al Pentateuco y hablan de un «Hexateuco». Sin la figura y obra de Josué, la epopeya de Moisés queda violentamente truncada. Con el libro de Josué, el libro del Exodo alcanza su conclusión natural.

Por lo segundo, otros juntan este libro a los siguientes, para formar una obra que llaman Historia Deuteronomística (por su parentesco espiritual con el libro del Deuteronomio). A esta obra pertenecerían varios elementos narrativos del Deuteronomio, que preparan la sucesión de Josué.

El autor que compone este libro, usando materiales precedentes, escribe una síntesis programática y unificada. Lo que fue una penetración lenta y diversificada está visto como un esfuerzo colectivo bajo una dirección única: todo el pueblo a las órdenes de Josué.

Josué es el continuador de Moisés. La sucesión está preparada en el Pentateuco: Ex 32; Nm 13-14; Dt 1,36-40; Nm 27,12-23; Dt 3,21-22; 31,1-8. Como sucesor, tendrá que cumplir sus órdenes, llevar a término la empresa, imitar a su jefe.

La tarea de Josué es doble: conquistar la tierra y repartirla entre las tribus. En otros términos: el paso de la vida seminómada a la vida sedentaria, de una cultura pastoral y trashumante a una cultura agrícola y urbana. Un proceso lento, secular, se reduce épicamente a un impulso bélico y un reparto único. Como el Jordán es el límite ideal de la tierra prometida, el autor tiene que ocuparse del hecho anómalo que son las tribus transjordanas. La renovación de la alianza (cap. 24) enlaza con el acto del Sinaí (Ex 19-24) y de Moab (Dt 27-29), y es la culminación de la tarea.

Por encima de Moisés y Josué se alza el protagonismo de Dios. La tierra es promesa de Dios, es decir, era palabra antes de ser hecho, será hecho en virtud de aquella palabra; Josué la ocupará porque el Señor se la ha entregado. La valentía de Josué es confianza religiosa más que valentía militar. Lo que va a realizar es mandato de Dios, es decir, palabra que crea historia a través de la obediencia humana. El éxito de la empresa está garantizado por la promesa divina y ligado a la colaboración humana. Es Dios quien elige y nombra a Josué; al pueblo toca reconocer el nombramiento y secundar al nuevo jefe.

Y cuando Dios haya cumplido su promesa, el pueblo profesará de nuevo su adhesión renovando la alianza: en la tierra prometida es el pueblo de Dios.

CONQUISTA DE LA TIERRA

1 Después que murió Moisés, siervo del Señor, dijo el Señor a Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés:
2 —Moisés, mi siervo, ha muerto. Anda, pasa el Jordán con todo
3 este pueblo, en marcha hacia el país que voy a darles. La tierra
4 donde pongáis el pie os la doy, como prometí a Moisés. Vuestro
territorio se extenderá desde el desierto hasta el Líbano, desde el
5 gran río Eufrates hasta el Mediterráneo, en occidente. Mientras
vivas, nadie podrá resistirte. Como estuve con Moisés estaré conti-
6 go; no te dejaré ni te abandonaré. ¡Animo, sé valiente!, que tú re-
partirás a este pueblo la tierra que prometí con juramento a vues-
7 tros padres. Tú ten mucho ánimo y sé valiente para cumplir todo
lo que te mandó mi siervo Moisés; no te desvíes a derecha ni a
8 izquierda, y tendrás éxito en todas tus empresas. Que el libro de
esa Ley no se te caiga de los labios; medítalo día y noche, para
poner por obra todas sus cláusulas; así prosperarán tus empresas
9 y tendrás éxito. ¡Yo te lo mando! ¡Animo, sé valiente! No te asus-
tes ni te acobardes, que contigo está el Señor, tu Dios, en todas tus
empresas.
10 Entonces Josué ordenó a los alguaciles:
11 —Id por el campamento y echad este pregón a la gente: «Abasteceos de víveres, porque dentro de tres días pasaréis el Jordán para ir a tomar posesión de la tierra que el Señor, vuestro Dios, os da en propiedad».
12 A los de Rubén, Gad y media tribu de Manasés les dijo [a]:
13 —Acordaos de lo que os mandó Moisés, siervo del Señor. El Se-
ñor, vuestro Dios, os va a dar descanso entregándoos esta tierra.
14 Vuestras mujeres, chiquillos y ganado pueden quedarse en la tierra
que os dio Moisés en Transjordania; pero vosotros, los soldados,
pasaréis el Jordán bien armados al frente de vuestros hermanos,
15 para ayudarlos hasta que el Señor les dé el descanso lo mismo que
a vosotros y también ellos tomen posesión de la tierra que el Señor,
vuestro Dios, les va a dar; después volveréis a la tierra de vuestra
propiedad, la que Moisés, siervo del Señor, os dio en Transjordania.
16 Ellos le respondieron:
17 —Haremos lo que nos ordenes, iremos a donde nos mandes; te
obedeceremos a ti igual que obedecimos a Moisés. Basta que el
18 Señor esté contigo como estuvo con él. El que se rebele y no obe-
dezca tus órdenes, las que sean, que muera. ¡Tú ten ánimo, sé
valiente!

2 Josué, hijo de Nun, mandó en secreto dos espías desde Acacias
con el encargo de examinar el país. Ellos se fueron, llegaron a Je-
ricó, entraron en casa de una prostituta llamada Rajab y se hospe-
2 daron allí. Pero llegó el soplo al rey de Jericó:
—¡Cuidado! Han llegado aquí esta tarde unos israelitas a reconocer el país.
3 El rey de Jericó mandó decir a Rajab:
—Saca a los hombres que han entrado en tu casa, porque han venido a reconocer todo el país.

a Nm 32.

4 Ella, que había metido a los dos hombres en un escondite, respondió:
—Es cierto, vinieron aquí; pero yo no sabía de dónde eran.
5 Y cuando se iban a cerrar las puertas al oscurecer, ellos se marcha-
ron, no sé adónde. Si salís en seguida tras ellos, los alcanzaréis.
6 Rajab había hecho subir a los espías a la azotea, y los había es-
7 condido entre los haces de lino que tenía apilados allí. Los guar-
dias salieron en su busca por el camino del Jordán, hacia los vados;
en cuanto salieron, se cerraron las puertas de la villa.
8 Antes de que los espías se acostaran, Rajab subió donde ellos, a
9 la azotea, y les dijo:
—Sé que el Señor os ha entregado el país, que nos ha caído en-
cima una ola de terror y que toda la gente de aquí tiembla ante
10 vosotros; porque hemos oído que el Señor secó el agua del Mar
Rojo ante vosotros cuando os sacó de Egipto y lo que hicisteis con
los dos reyes amorreos de Transjordania, que los exterminasteis;
11 al oírlo nos descorazonamos, y todos se han quedado sin aliento
ante vosotros; porque el Señor, vuestro Dios, es Dios arriba en el
12 cielo y abajo en la tierra. Ahora juradme por el Señor que como os
he sido leal, vosotros lo seréis con mi familia, y dadme una señal
13 segura de que dejaréis con vida a mi padre y a mi madre, a mis
hermanos y hermanas y a todos los suyos y que nos libraréis de la
matanza.
14 Ellos le juraron:
—¡Nuestra vida a cambio de la vuestra, con tal que no nos denuncies! Cuando el Señor nos entregue el país, te perdonaremos la vida.
15 Entonces ella se puso a descolgarlos con una soga por la ventana,
16 porque la casa donde vivía estaba pegando a la muralla, y les dijo:
—Id al monte, para que no os encuentren los que os andan buscando, y quedaos allí escondidos tres días, hasta que ellos regresen; luego seguís vuestro camino.
17 Contestaron:
—Nosotros respondemos de ese juramento que nos has exigido,
18 con esta condición: al entrar nosotros en el país, ata esta cinta roja
a la ventana por la que nos descuelgas, y a tu padre y tu madre,
19 a tus hermanos y toda tu familia los reúnes aquí, en tu casa. El que
salga a la calle, será responsable de su muerte, no nosotros; nos-
otros seremos responsables de la muerte de cualquiera que esté
20 contigo en tu casa si alguien lo toca. Pero si nos denuncias, no res-
pondemos del juramento que nos has exigido.
21 Rajab contestó:
—De acuerdo.
Y los despidió. Se marcharon, y ella ató a la ventana la cinta roja.
22 Se marcharon al monte, y estuvieron allí tres días, hasta que re-
gresaron los que fueron en su busca; por más que los buscaron por
23 todo el camino, no dieron con ellos. Los dos espías se volvieron
monte abajo, cruzaron el río, llegaron hasta Josué y le contaron
24 todo lo que les había pasado; le dijeron:
—El Señor nos entrega todo el país. Toda la gente tiembla ante nosotros.

Paso del Jordán

3 Josué madrugó, levantó el campamento de Acacias, llegó hasta
el Jordán con todos los israelitas y pernoctaron en la orilla antes de
cruzarlo.
2 Al cabo de tres días, los alguaciles fueron por el campamento,
3 echando este pregón a la gente:
—Cuando veáis moverse el arca de la alianza del Señor, nuestro
Dios, llevada por los sacerdotes levitas, empezad a caminar desde
4 vuestros puestos detrás de ella, pero a una distancia del arca como
de mil metros; manteneos a distancia para ver el camino por donde
tenéis que ir, porque nunca habéis pasado por él.
5 Josué ordenó al pueblo:
—Purificaos, porque mañana el Señor hará prodigios en medio
de vosotros.
6 Y a los sacerdotes:
—Levantad el arca de la alianza y pasad el río delante de la
gente.
Levantaron el arca de la alianza y marcharon delante de la gente.
7 El Señor dijo a Josué:
—Hoy empezaré a engrandecerte ante todo Israel, para que vean
8 que estoy contigo como estuve con Moisés. Tú ordena a los sacer-
dotes portadores del arca de la alianza que cuando lleguen a la
orilla se detengan en el Jordán.
9 Josué dijo a los israelitas:
—Acercaos aquí a escuchar las palabras del Señor, vuestro Dios.
10 Así conoceréis que un Dios vivo está en medio de vosotros, y que
va a expulsar ante vosotros a cananeos, hititas, heveos, fereceos,
11 guirgaseos, amorreos y jebuseos. Mirad, el arca de la alianza del
dueño de toda la tierra va a pasar el Jordán delante de vosotros.
12 (Elegid doce hombres de las tribus de Israel, uno de cada tribu).
13 Y cuando los pies de los sacerdotes que llevan el arca de la alianza
del dueño de toda la tierra pisen el Jordán, la corriente del Jordán
se cortará: el agua que viene de arriba se detendrá formando un
embalse.
14 Cuando la gente levantó el campamento para pasar el Jordán, los
sacerdotes que llevaban el arca de la alianza caminaron delante de
15 la gente. Y al llegar al Jordán, en cuanto se mojaron los pies en el
agua —el Jordán va hasta los bordes todo el tiempo de la siega—,
16 el agua que venía de arriba se detuvo (creció formando un embalse
que llegaba muy lejos, hasta Adán, un pueblo cerca de Sartán) y
el agua que bajaba al mar del desierto, al Mar Muerto, se cortó del
todo. La gente pasó frente a Jericó.
17 Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza del Señor esta-
ban quietos en el cauce seco, firmes en medio del Jordán, mientras
Israel iba pasando por el cauce seco, hasta que acabaron de pasar
todos.

4 Cuando todo el pueblo acabó de pasar el Jordán, dijo el Señor
a Josué:
2-3 —Elegid doce hombres del pueblo, uno de cada tribu, y mandad-

les sacar de aquí, del medio del Jordán, donde han pisado los sacer-
dotes, doce piedras; que carguen con ellas y las coloquen en el sitio
donde vais a pasar la noche.
4 Josué llamó a los doce hombres de Israel que había elegido, uno
5 de cada tribu, y les dijo:
—Pasad ante el arca del Señor, vuestro Dios, al medio del Jor-
dán, y cargad al hombro cada uno una piedra, una por cada tribu
6 de Israel, para que queden como monumento entre vosotros. Cuan-
do os pregunten vuestros hijos el día de mañana qué son esas pie-
7 dras, les diréis: «Es que el agua del Jordán dejó de correr ante el
arca de la alianza del Señor; cuando el arca atravesaba el Jordán,
dejó de correr el agua». Esas piedras se lo recordarán perpetuamen-
te a los israelitas.
8 Los israelitas hicieron lo que mandó Josué: sacaron doce piedras
del medio del Jordán, como había dicho el Señor a Josué, una por
cada tribu de Israel; las llevaron hasta el sitio donde iban a pasar
la noche y las colocaron allí.
9 Josué erigió doce piedras en medio del Jordán, en el sitio donde
se habían detenido los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza,
y todavía hoy están allí.
10 Los sacerdotes que llevaban el arca estuvieron quietos en medio
del Jordán hasta que terminaron de hacer todo lo que Josué mandó
al pueblo por orden del Señor. La gente se dio prisa a pasar.
11 Y cuando acabaron de pasar todos, pasó el arca del Señor, y los
12 sacerdotes se pusieron a la cabeza del pueblo. Los de Rubén, Gad
y media tribu de Manasés pasaron en orden de batalla al frente de
13 los israelitas, como les había mandado Moisés. Unos cuarenta mil
hombres equipados militarmente desfilaron ante el Señor hacia la
14 llanura de Jericó. Aquel día el Señor engrandeció a Josué ante todo
Israel, para que lo respetaran como habían respetado a Moisés
mientras vivió.
15 El Señor dijo a Josué:
16 —Manda a los sacerdotes portadores del arca que salgan del
Jordán.
17 Josué les mandó:
—Salid del Jordán.
18 Y cuando salieron de en medio del Jordán los sacerdotes porta-
dores del arca de la alianza del Señor, nada más poner los pies en
tierra, el agua del Jordán volvió a su cauce y corrió como antes,
hasta los bordes.
19 El pueblo salió del Jordán el día diez del mes primero y acampó
20 en Guilgal, al este de Jericó. Josué colocó en Guilgal aquellas doce
21 piedras sacadas del Jordán, y dijo a los israelitas:
—Cuando el día de mañana os pregunten vuestros hijos qué son
22-3 esas piedras, les diréis: «Israel pasó el Jordán a pie enjuto. El
Señor, Dios vuestro, secó el agua del Jordán ante vosotros hasta
que pasasteis, como hizo con el Mar Rojo, que lo secó ante nosotros
24 hasta que lo pasamos. Para que todas las naciones del mundo se-
pan que la mano del Señor es poderosa y vosotros respetéis siempre
al Señor, vuestro Dios».

5 Cuando los reyes amorreos de Cisjordania y los reyes cananeos
de Occidente oyeron que el Señor había secado el agua del Jordán
ante los israelitas hasta que pasaron, quedaron consternados y se
desalentaron ante ellos.

Circuncisión

2 En aquella ocasión dijo el Señor a Josué:
—Hazte cuchillos de pedernal, siéntate y haz una nueva circun-
cisión de israelitas.
3 Josué hizo cuchillos de pedernal y circuncidó a los israelitas en
4 Cerro de los Prepucios. El motivo de esta circuncisión fue que todos
los varones que habían salido de Egipto, todos los guerreros, ha-
5 bían muerto en el desierto, en el camino desde Egipto. Todos los
que salieron de Egipto estaban circuncidados, pero todos los naci-
dos en el desierto, en el camino desde Egipto, estaban sin circunci-
6 dar. Porque los israelitas anduvieron por el desierto cuarenta años,
hasta que la generación de guerreros que habían salido de Egipto
y que no obedecieron al Señor se acabó, conforme a su juramento
de que no verían la tierra que el Señor había jurado a sus padres
que les daría, una tierra que mana leche y miel.
7 Dios les suscitó descendientes; a éstos los circuncidó Josué, por-
que estaban sin circuncidar, no los habían circuncidado durante el
8 viaje. Cuando todos acabaron de circuncidarse, se quedaron guar-
9 dando reposo hasta que se curaron. Entonces el Señor dijo a Josué:
—Hoy os he quitado [a] de encima el oprobio de Egipto.
Y a aquel sitio le pusieron el nombre de Guilgal, y todavía se
llama así.

Pascua

10 Los israelitas estuvieron acampados en Guilgal y celebraron la
Pascua el catorce del mismo mes, por la tarde, en la llanura de Je-
11 ricó. A partir del día siguiente a la Pascua comieron de los produc-
tos del país; el día de Pascua comieron panes ázimos y grano tos-
12 tado. A partir del día siguiente, cuando comieron de los productos
del país, faltó el maná. Los israelitas no volvieron a tener maná;
aquel año comieron de los frutos del país de Canaán.
13 Estando ya cerca de Jericó, Josué levantó la vista y vio a un
hombre en pie frente a él con la espada desenvainada en la mano.
Josué fue hacia él y le preguntó:
—¿Eres de los nuestros o del enemigo?
14 Contestó:
—No. Soy el general del ejército del Señor, y acabo de llegar.
Josué cayó rostro a tierra, adorándolo. Después le preguntó:
—¿Qué orden trae mi señor a su siervo?
15 El general del ejército del Señor le contestó:
—Descálzate, porque el sitio que pisas es sagrado.
Josué se descalzó.

a = galloti.

Conquista de Jericó

6 Jericó estaba cerrada a cal y canto ante los israelitas. Nadie salía
ni entraba.
2 El Señor dijo a Josué:
3 —Mira, entrego en tu poder a Jericó y su rey. Todos los solda-
dos rodead la ciudad dando una vuelta alrededor, y así durante seis
4 días. Siete sacerdotes llevarán siete trompas delante del arca; al
séptimo día daréis siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocarán
5 las trompas; cuando den un toque prolongado, cuando oigáis el
sonido de la trompa, todo el ejército lanzará el alarido de guerra;
se desplomarán las murallas de la ciudad, y cada uno la asaltará
desde su puesto.
6 Josué, hijo de Nun, llamó a los sacerdotes y les mandó:
—Llevad el arca de la alianza, y que siete sacerdotes lleven siete
trompas delante del arca del Señor.
7 Y luego a la tropa:
—Marchad a rodear la ciudad; los que lleven armas pasen delan-
te del arca del Señor.
8 (Después de dar Josué estas órdenes a la tropa, siete sacerdotes,
llevando siete trompas, se pusieron delante del Señor y empezaron
9 a tocar. El arca del Señor los seguía; los soldados armados marcha-
ban delante de los sacerdotes que tocaban las trompas; el resto del
ejército marchaba detrás del arca. Las trompas acompañaban la
10 marcha). Josué había dado esta orden a la tropa:
—No lancéis el alarido de guerra, no alcéis la voz, no se os es-
cape una palabra hasta el momento en que yo os mande gritar; en-
tonces gritaréis.
11 Dieron una vuelta a la ciudad con el arca del Señor y se volvie-
12 ron al campamento para pasar la noche. Josué se levantó de madru-
13 gada, y los sacerdotes tomaron el arca del Señor. Siete sacerdotes,
llevando siete trompas delante del arca del Señor, acompañaban la
14 marcha con las trompas. Aquel segundo día dieron una vuelta a la
15 ciudad y se volvieron al campamento. Así hicieron seis días. El día
séptimo, al despuntar el sol, madrugaron y dieron siete vueltas a la
ciudad, conforme al mismo ceremonial. La única diferencia fue que
16 el día séptimo dieron siete vueltas a la ciudad. A la séptima vuelta,
los sacerdotes tocaron las trompas y Josué ordenó a la tropa:
17 —¡Gritad, que el Señor os entrega la ciudad! Esta ciudad, con
todo lo que hay en ella, se consagra al exterminio en honor del Se-
ñor. Sólo han de quedar con vida la prostituta Rajab y todos los
que estén con ella en casa, porque escondió a nuestros emisarios.
18 Cuidado, no se os vayan los ojos y cojáis algo de lo consagrado al
exterminio; porque acarrearíais una desgracia haciendo execrable
19 el campamento de Israel. Toda la plata y el oro y el ajuar de bronce
y hierro se consagran al Señor: irán a parar a su tesoro.
20 Sonaron las trompas. Al oír el toque, lanzaron todos el alarido
de guerra. Las murallas se desplomaron y el ejército dio el asalto
21 a la ciudad, cada uno desde su puesto, y la conquistaron. Consagra-
ron al exterminio todo lo que había dentro: hombres y mujeres,
muchachos y ancianos, vacas, ovejas y burros, todo lo pasaron a
cuchillo.

22 Josué había encargado a los dos espías:
—Id a casa de la prostituta y sacadla de allí con todo lo que
tenga, como le jurasteis.
23 Los espías fueron y sacaron a Rajab, a su padre, madre y herma-
nos y todo lo que tenía, y los dejaron fuera del campamento israelita.
24 Incendiaron la ciudad y cuanto había en ella. Sólo la plata, el oro
y el ajuar de bronce y hierro lo destinaron al tesoro del Señor.
25 Josué perdonó la vida a Rajab, la prostituta, a su familia y a
todo lo suyo. Rajab vivió en medio de Israel hasta hoy, por haber
escondido a los emisarios que envió Josué a explorar Jericó.
26 En aquella ocasión juró Josué:
—¡Maldito de Dios el que reedifique esta ciudad! La vida del
primogénito le cuesten los cimientos y la vida del benjamín las
puertas.
27 El Señor estuvo con Josué, y su fama se divulgó por toda la co-
marca.

El sacrilegio de Acán

7 Pero los israelitas cometieron un pecado con lo consagrado. Por-
que Acán, hijo de Carmí, de Zabdí, de Zéraj, de la tribu de Judá,
robó de lo consagrado. Y el Señor se encolerizó contra Israel.
2 Josué envió gente desde Jericó hacia Ay, al este de Betel, con
esta orden:
—Id a reconocer la comarca.
3 Fueron, hicieron el reconocimiento y, al volver, dijeron a Josué:
—No hace falta que vaya toda la tropa; bastan unos dos mil o
tres mil para conquistar la villa. No canses a toda la tropa en este
ataque, que ellos son pocos.
4 Entonces fueron hacia Ay unos tres mil del ejército; pero tuvie-
5 ron que huir ante los de Ay, que les hicieron unas treinta y seis
bajas y los persiguieron desde las puertas de la villa hasta Las Can-
teras, derrotándolos en la cuesta. El valor del ejército se deshizo
en agua.
6 Josué se rasgó el manto, cayó rostro en tierra ante el arca del Se-
ñor y estuvo así hasta el atardecer, junto con los concejales de Israel,
7 echándose polvo a la cabeza. Josué oró:
—¡Ay Señor mío! ¿Para qué hiciste pasar el Jordán a este pue-
blo, para entregarnos después a los amorreos y exterminarnos?
8 ¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán! ¡Perdón,
Señor! ¿Qué voy a decir después que Israel ha vuelto la espalda
9 ante el enemigo? Lo oirán los cananeos y toda la gente del país,
nos cercarán y borrarán nuestro nombre de la tierra. ¿Y qué harás
tú con tu gran nombre?
10 El Señor le respondió:
11 —Anda, levántate. ¿Qué haces ahí, caído rostro en tierra? Israel
ha pecado, han quebrantado el pacto que yo estipulé con ellos, han
cogido de lo consagrado, han robado, han disimulado escondién-
12 dolo entre su ajuar. No podrán los israelitas resistir a sus enemigos,
les volverán la espalda, porque se han hecho execrables. No estaré
más con vosotros mientras no extirpéis la execración de en medio
13 de vosotros. Levántate, purifica al pueblo, diles: Purificaos para

mañana, porque así dice el Señor, Dios de Israel: «¡Hay algo exe-
crable dentro de ti, Israel! No podréis resistir a vuestros enemigos
14 mientras no extirpéis la execración de en medio de vosotros». Por
la mañana os acercaréis por tribus. La tribu que el Señor indique
por sorteo se acercará por clanes; el clan que el Señor indique por
sorteo se acercará por familias; la familia que el Señor indique
15 por sorteo se acercará por individuos. El que sea sorprendido con
algo consagrado, será quemado con todos sus bienes, por haber
quebrantado el pacto del Señor y haber cometido una infamia en
Israel.
16 Josué madrugó y mandó a los israelitas acercarse por tribus.
17 La suerte cayó en la tribu de Judá. Se fue acercando la tribu de
Judá por clanes, y la suerte cayó en el clan de Zéraj. Se fue acer-
cando el clan de Zéraj por familias, y la suerte cayó en la familia
18 de Zabdí. Se fue acercando la familia de Zabdí por individuos, y la
suerte cayó en Acán, hijo de Carmí, de Zabdí, de Zéraj, de la tribu
de Judá.
19 Josué le dijo:
—Hijo mío, glorifica al Señor, Dios de Israel, haciendo tu confe-
sión. Dime lo que has hecho, no me ocultes nada.
20 Acán respondió:
—Es verdad, he pecado contra el Señor, Dios de Israel. He
21 hecho esto y esto: vi entre los despojos un manto babilonio muy
bueno, doscientas monedas de plata y una barra de oro de medio
kilo; se me fueron los ojos y lo cogí. Mira, está todo escondido en
un hoyo en medio de mi tienda, el dinero debajo.
22 Josué mandó a unos que fueran corriendo a la tienda de Acán:
23 todo estaba allí escondido, el dinero debajo. Lo sacaron de la tien-
da, se lo llevaron a Josué y a los israelitas y lo depositaron ante el
Señor.
24 Josué cogió a Acán, hijo de Zéraj (con el dinero, el manto y la
barra de oro), a sus hijos e hijas, sus bueyes, burros y ovejas, y su
tienda con todos sus bienes. En compañía de todo Israel los subió
25 al Valle de la Desgracia, y Josué dijo:
—¡El Señor te haga sufrir hoy mismo la desgracia que nos has
acarreado!
Todos los israelitas apedrearon a Acán. Luego lo quemaron y lo
26 cubrieron de piedras. Después levantaron encima un montón de
piedras, que todavía hoy se conserva. Y el Señor aplacó el incendio
de su ira. Por eso aquel sitio se llama hasta hoy Valle de la Des-
gracia.

Conquista de Ay

8 El Señor dijo a Josué:
—No temas ni te acobardes. Vete con tu ejército a atacar Ay,
que yo te pongo en las manos a su rey, su gente, la villa y sus cam-
2 pos. Trata a la ciudad y a su rey como trataste a Jericó y a su rey.
Sólo os llevaréis el botín y el ganado. Pon emboscadas al otro lado
del pueblo.
3 Josué y su ejército prepararon el ataque de Ay. Josué escogió
4 treinta mil soldados y los envió durante la noche con estas ins-
trucciones:

—Os emboscáis detrás del pueblo, pero sin alejaros mucho, y
5 estáis alerta; yo y los míos nos acercaremos. Cuando el enemigo
salga contra nosotros, como la primera vez, huiremos ante ellos;
6 ellos saldrán detrás, pensando que huimos como la primera vez, y
7 así lograremos alejarlos del pueblo. Entonces salid de la emboscada
8 y apoderaos de la villa —el Señor os la entregará—, y en cuanto la
ocupéis, incendiadla. Haced lo que ha dicho el Señor. Estas son mis
órdenes.
9 Los despachó, y fueron a poner la emboscada entre Betel y Ay,
10 al oeste de Ay. Josué pasó aquella noche entre la tropa. Se levantó
temprano, pasó revista a la tropa y marchó contra Ay. El iba en
11 cabeza, con los ancianos de Israel. Todos los soldados que los acom-
pañaban fueron acercándose a Ay, hasta llegar frente a ella, y acam-
12 paron al norte, dejando el valle entre ellos y el pueblo. (Josué había
tomado unos cinco mil hombres y los había emboscado entre Betel
13 y Ay, al oeste de la villa. El grueso del ejército acampó al norte,
la retaguardia al oeste de la villa. Josué fue aquella noche hasta la
mitad del valle).
14 Cuando el rey de Ay lo descubrió, despertó a toda prisa a la
gente y salió con su ejército a presentar batalla a Israel, en la baja-
da frente al páramo, sin saber que detrás de Ay había una em-
15 boscada. Josué y los israelitas cedieron ante ellos y emprendieron
16 la fuga camino del páramo. Los de Ay salieron gritando tras ellos
17 y persiguieron a Josué, alejándose de la ciudad; no quedó uno que
no saliera en persecución de los israelitas; por perseguirlos dejaron
la ciudad desguarnecida.
18 El Señor dijo a Josué:
—Extiende en dirección de Ay la jabalina que llevas en la mano,
porque la entrego en tu poder.
19 Josué extendió en dirección de Ay la jabalina que llevaba en la
mano, y los de la emboscada salieron corriendo de sus posiciones,
entraron en la ciudad, la ocuparon y la incendiaron en seguida.
20 Los de Ay se volvieron a mirar y vieron que subía de la ciudad una
humareda hasta el cielo y que no tenían escapatoria por ninguna
parte, pues los que habían huido hacia el páramo se volvieron con-
21 tra sus perseguidores (porque Josué y los israelitas, viendo que los
de la emboscada habían incendiado la ciudad, por la humareda que
22 subía, se dieron la vuelta y atacaron a los de Ay), y por su parte
los de la emboscada salieron de Ay a su encuentro, y así se vieron
copados entre dos ejércitos israelitas. Israel los derrotó hasta no
23 dejarles un superviviente ni un fugitivo. Al rey lo apresaron vivo
y se lo llevaron a Josué.
24 Cuando los israelitas acabaron de matar a todos los de Ay que
habían salido a campo abierto en su persecución, haciéndolos caer
a todos a filo de cuchillo, hasta el último, se volvieron contra Ay
25 y pasaron a cuchillo a sus habitantes. Las bajas de aquel día fueron
26 doce mil entre hombres y mujeres, toda la gente de Ay. Josué tuvo
extendido el brazo con la jabalina hasta que exterminaron a todos
los de Ay.
27 Los israelitas se llevaron sólo el ganado y el botín, como había
28 ordenado el Señor a Josué. Josué incendió la ciudad, reduciéndola
29 a un montón de escombros, que dura hasta hoy. Al rey de Ay lo

ahorcó de un árbol y lo dejó allí hasta la tarde; al ponerse el sol
mandó bajar del árbol el cadáver, lo tiraron junto a la puerta de la
ciudad y lo cubrieron con un montón enorme de piedras, que se
conserva hasta hoy.
30 Entonces levantó Josué un altar al Señor, Dios de Israel, en el
31 Monte Ebal, como había mandado Moisés, siervo del Señor, a los
israelitas —está escrito en el libro de la Ley de Moisés—: un altar
de piedras enteras, no labradas a hierro, y ofrecieron sobre él holo-
caustos y sacrificios de comunión.
32 Allí escribió Josué sobre las piedras una copia de la Ley que
33 Moisés había escrito en presencia de los israelitas [a]. Todo Israel, los
concejales, los alguaciles y los jueces estaban a ambos lados del arca,
frente a los sacerdotes portadores del arca de la alianza del Señor; el
extranjero lo mismo que el nativo: la mitad hacia el Monte Garizín,
la otra mitad hacia el Monte Ebal, como había mandado Moisés,
siervo del Señor, cuando bendijo por primera vez al pueblo israelita.
34 Josué leyó todo el texto de la Ley, bendiciones y maldiciones,
35 tal como está escrito en el libro de la Ley. De cuanto prescribió
Moisés no quedó ni una palabra que Josué no leyera ante la asam-
blea de Israel, incluidos niños, mujeres y los extranjeros que iban
con ellos.

Los gabaonitas

9 Cuando se enteraron los reyes de Cisjordania, de la montaña, la
Sefela y toda la costa mediterránea hasta el Líbano (hititas, amo-
2 rreos, cananeos, fereceos, heveos y jebuseos), se aliaron para luchar
contra Josué e Israel bajo un mando único.
3 Los de Gabaón se enteraron de lo que había hecho Josué con
4 Jericó y con Ay y actuaron por su parte astutamente; fueron y
cogieron provisiones, cargaron los burros con alforjas viejas y pe-
5 llejos de vino viejos, rotos y recosidos; se pusieron sandalias viejas
y remendadas y se echaron encima unos mantos viejos; todo el pan
que llevaban de comida era pan duro y desmigajado.
6 Fueron al campamento de Guilgal y dijeron a Josué y a los is-
raelitas:
—Venimos de un país lejano. Haced un tratado de paz con nos-
otros.
7 Los israelitas respondieron a aquellos heveos:
—A lo mejor vivís aquí cerca. ¿Cómo vamos a hacer un tratado
de paz con vosotros?
8 Ellos contestaron a Josué:
—Somos vasallos tuyos.
El insistió:
—¿Quiénes sois y de dónde venís?
9 Le respondieron:
—Venimos de un país muy lejano, por la fama del Señor, tu
10 Dios; que bien hemos oído todo lo que hizo en Egipto, y a los dos
reyes amorreos de Transjordania: Sijón, rey de Jesbón, y Og, rey
11 de Basán, en Astarot. Nuestros ancianos y la gente de nuestro país

a Dt 27.

nos encargaron: «Coged provisiones para el viaje y marchad a su
encuentro a ofreceros como vasallos suyos». Así, pues, haced un
12 tratado de paz con nosotros. Mirad nuestro pan: caliente lo cogimos
en casa el día que emprendimos el viaje hasta aquí, y ya lo
13 veis, está duro y desmigajado. Estos son los pellejos de vino: los
llenamos nuevos, y ahora están rotos. Estos son nuestros mantos
y las sandalias, gastados por el largo camino.
14 Entonces los oficiales de Josué tomaron de las provisiones de
15 los viajeros, sin consultar al Señor. Y Josué les firmó un tratado
de paz, comprometiéndose a respetar sus vidas; así se lo juraron
también los representantes de la asamblea.
16 Pero tres días después de haber pactado con ellos se enteraron
17 de que eran vecinos, que vivían allí cerca; porque los israelitas
levantaron el campamento y al tercer día de marcha llegaron a sus
18 poblados: Gabaón, Leona, Pozos y Villasotos. No los atacaron,
porque los representantes de la asamblea les habían hecho un juramento
por el Señor, Dios de Israel; pero toda la asamblea murmuró
contra sus representantes.
19 Entonces los jefes dieron explicaciones a la asamblea:
—Nosotros les hicimos un juramento por el Señor, Dios de Is-
20 rael; así que ahora no podemos atacarlos. Pero vamos a hacer lo
siguiente: respetaremos sus vidas, y así no nos vendrá un castigo
21 por quebrar el juramento que les hicimos. Que queden con vida,
pero que sean leñadores y aguadores de toda la asamblea.
22 Se acordó lo que habían propuesto los representantes. Josué
mandó llamar a los gabaonitas y les dijo:
—¿Por qué nos engañasteis, diciendo que erais de muy lejos,
23 siendo así que vivís cerca de nosotros? Pues bien, ¡malditos seáis!
Seréis a perpetuidad leñadores y aguadores del templo de mi Dios.
24 Le contestaron:
—Nosotros, servidores tuyos, estábamos informados de lo que
el Señor, tu Dios, había dicho a su siervo Moisés: que os daría todo
el país, y a todos sus habitantes los aniquilaría ante vosotros; en-
25 tonces, temblando por nuestra vida, discurrimos aquello. Ahora
estamos en tus manos: haz de nosotros lo que te parezca bien y
justo.
26 Josué los trató como había dicho: los protegió de los israelitas
27 para que no los mataran, pero los hizo aquel día leñadores y aguadores
de la asamblea y del altar del Señor, hasta hoy, donde el Señor
quisiese.

La campaña del Sur

10 Cuando Adonisedec, rey de Jerusalén, oyó que Josué había tomado
Ay y la había arrasado (con Ay y su rey hizo lo mismo que
con Jericó y su rey) y que los de Gabaón habían hecho las paces con
2 Israel y vivían con los israelitas, se asustó enormemente. Porque
Gabaón era toda una ciudad, como una de las capitales reales, mayor
que Ay, y todos sus hombres eran valientes.
3 Entonces envió este mensaje a Ohán, rey de Hebrón; a Pirán,
rey de Yarmut; a Yafía, rey de Laquis, y a Debir, rey de Becerril:
4 —Venid con refuerzos para derrotar a Gabaón, que ha hecho las
paces con Josué y los israelitas.

5 Entonces los cinco reyes aliados —el de Jerusalén, el de Hebrón,
el de Yarmut, el de Laquis y el de Becerril— subieron con sus ejércitos,
acamparon frente a Gabaón y la atacaron.
6 Los de Gabaón despacharon emisarios a Josué, al campamento
de Guilgal, con este ruego:
—No dejes de la mano a tus vasallos. Ven en seguida a salvarnos.
Ayúdanos, porque se han aliado contra nosotros los reyes amorreos
de la montaña.
7 Entonces Josué subió desde Guilgal con todo su ejército, todos
8 sus guerreros, y el Señor le dijo:
—No les tengas miedo, que yo te los entrego; ni uno de ellos
podrá resistirte.
9 Josué caminó toda la noche desde Guilgal y cayó sobre ellos de
10 repente; el Señor los desbarató ante Israel, que les infligió una
gran derrota junto a Gabaón, y los persiguió por la cuesta de Bejo-
11 rón, destrozándolos hasta Azeca y Maqueda. Y cuando iban huyendo
de los israelitas por la cuesta de Bejorón, el Señor les lanzó
desde el cielo un pedrisco fuerte y mortífero en el camino hasta
Azeca; murieron más por la granizada que por la espada de los
israelitas.
12 Cuando el Señor entregó los amorreos a los israelitas, aquel día
Josué habló al Señor y gritó en presencia de Israel:
—¡Sol, quieto en Gabaón! ¡Y tú, luna, en el valle de Cervera!
13 Y el sol quedó quieto y la luna inmóvil, hasta que se vengó de
los pueblos enemigos.
Así consta en los Cantares de Gesta [a]:
«El sol se detuvo en medio del cielo
y tardó un día entero en ponerse.
14 Ni antes ni después ha habido
un día como aquél,
cuando el Señor obedeció a la voz de un hombre,
porque el Señor luchaba por Israel».
15 Josué y los israelitas se volvieron al campamento de Guilgal.
16 Los cinco reyes lograron huir y se escondieron en la cueva de Ma-
queda.
17 Avisaron a Josué:
—Los cinco reyes están escondidos en la cueva de Maqueda.
18 Josué ordenó:
—Rodad piedras grandes a la entrada de la cueva y apostad allí
19 centinelas. Vosotros no dejéis de perseguir al enemigo, atacadles la
retaguardia; no los dejéis llegar a sus poblados, porque el Señor,
vuestro Dios, os los entrega.
20 Cuando Josué y los israelitas los derrotaron hasta acabar con
ellos —fue una gran derrota—, los que lograron salvarse huyendo
21 se refugiaron en sus plazas fuertes. Todo el ejército volvió victorioso
al campamento de Josué, en Maqueda. Nadie soltó la lengua
contra los israelitas.
22 Josué ordenó:
—Destapad la entrada de la cueva y sacadme a esos cinco reyes.
23 Cumpliendo sus órdenes, sacaron de la cueva a los cinco reyes:

a o en el Libro de Yasar.

el de Jerusalén, el de Hebrón, el de Yarmut, el de Laquis y el de
24 Becerril. Cuando se los presentaron, Josué convocó a todos los israelitas y dijo a sus oficiales:

—Acercaos a pisarles el cuello a esos reyes.

Ellos se acercaron y pusieron el pie en el cuello de los reyes.
25 El añadió:

—No temáis ni os acobardéis. ¡Animo, sed valientes!, que así tratará el Señor a todos los enemigos con los que vais a luchar.

26 Dicho esto, los ajustició y los colgó de cinco árboles; allí estuvie-
27 ron colgados hasta la tarde. A la puesta del sol mandó bajarlos de
los árboles y tirarlos a la cueva donde se habían escondido; después colocaron grandes piedras a la entrada de la cueva, y allí están todavía hoy.

28 Aquel día Josué tomó Maqueda. La pasó a cuchillo, consagrando al exterminio a su rey y a todos sus habitantes. No quedó un superviviente; trató al rey de Maqueda como al de Jericó.

29 Desde Maqueda Josué y los israelitas pasaron a Alba y la ataca-
30 ron. El Señor les entregó también Alba y a su rey, y pasaron a cuchillo a todos los habitantes. No quedó en ella un superviviente; a su rey lo trató Josué como al de Jericó.

31 Desde Alba Josué y los israelitas pasaron a Laquis, acamparon
32 frente a ella y la atacaron. El Señor se la entregó: tomaron Laquis
al segundo día y pasaron a cuchillo a todos los habitantes, lo mis-
33 mo que habían hecho en Alba. Horán, rey de Guézer, subió en
auxilio de Laquis, pero Josué lo derrotó a él y a su ejército, sin dejarle un superviviente.

34 Desde Laquis Josué y los israelitas pasaron a Becerril; acampa-
35 ron frente a ella y la atacaron. La tomaron aquel mismo día y la
pasaron a cuchillo, consagrando al exterminio a todos sus habitantes, lo mismo que habían hecho con Laquis.

36-7 Desde Becerril pasaron a Hebrón y la atacaron. La tomaron y pasaron a cuchillo a su rey y a toda la población. No quedó un superviviente, lo mismo que habían hecho en Becerril; la consagraron al exterminio con todos sus habitantes.

38-9 Después se volvieron contra Debir y la atacaron. Se apoderaron de ella, del rey y sus poblados y los pasaron a cuchillo, consagrando al exterminio a todos sus habitantes. No quedó un superviviente; trataron a Debir y a su rey lo mismo que a Alba y a su rey.

40 Así fue como conquistó Josué toda la montaña, el Negueb y la Sefela y las estribaciones de la sierra, con sus reyes. No quedó un superviviente. Consagraron al exterminio a todo ser viviente, como
41 había mandado el Señor, Dios de Israel. Josué conquistó desde Ca-
42 des Barnea hasta Gaza, y todo el país de Gosén hasta Gabaón. En
una sola ofensiva se apoderó de todos aquellos reyes y sus tierras,
43 porque el Señor, Dios de Israel, combatía por Israel. Josué y los
israelitas que iban con él se volvieron después al campamento de Guilgal.

La campaña del Norte

11 Cuando se enteró Yabín, rey de Jasor, mandó mensajeros a Yo-
2 bab, rey de Madón, al rey de Simerón, al de Axaf y a los reyes del
norte de la montaña y del páramo, al sur de Genesaret, de la Sefela

3 y del distrito de Dor, junto al mar; a los cananeos de levante y poniente, a los amorreos, hititas y fereceos, a los jebuseos de la montaña y a los heveos al pie del Hermón, en la región de Atalaya.
4 Salieron con todos sus ejércitos, una tropa numerosa como la arena
5 de la playa, muchísimos caballos y carros. Se aliaron todos aquellos
reyes, y todos juntos fueron a acampar cerca del arroyo de Merón para luchar contra Israel.

6 El Señor dijo a Josué:

—No les tengas miedo, que mañana, a estas horas, a todos ellos los haré caer ante Israel; les desjarretarás los caballos y les quemarás los carros.

7 Josué y sus soldados marcharon contra ellos hacia el arroyo de
8 Merón y cayeron sobre ellos de repente. El Señor se los entregó a
Israel, que los derrotó y persiguió hasta la capital de Sidón, Las Burgas y la parte oriental del valle de Atalaya. Los desbarataron hasta que no quedó un superviviente.

9 Josué los trató como había dicho el Señor: les desjarretó los ca-
10 ballos y les quemó los carros. Luego se volvió, se apoderó de Jasor
y ajustició a su rey (Jasor era desde antiguo la capital de aquellos
11 reinos) y pasó a cuchillo a todos sus habitantes, consagrándolos al
exterminio; no quedó uno vivo. A Jasor la incendió.

12 Josué se apoderó de todas aquellas poblaciones y sus reyes; los
pasó a cuchillo, consagrándolos al exterminio, como había ordenado
13 Moisés, siervo del Señor. Pero no incendiaron los israelitas las ciudades emplazadas sobre montículos; la única excepción fue Jasor,
14 incendiada por Josué. Se llevaron todo su botín y el ganado; sólo
pasaron a cuchillo a las personas, no dejando una viva.

15 Lo que el Señor había ordenado a su siervo Moisés, éste se lo ordenó a Josué y Josué lo cumplió; no descuidó nada de cuanto el Señor había ordenado a Moisés.

16 Así fue como se apoderó Josué de todo el país: de la montaña, el Negueb, la región de Gosén, la Sefela y el páramo, la montaña de
17 Israel y su llanura, desde el Monte Pelado, que sube hacia Seír,
hasta Baalgad, en el valle del Líbano, al pie del Monte Hermón. Se apoderó de todos sus reyes y los ajustició.

18 Josué estuvo mucho tiempo haciendo la guerra a todos aquellos
19 reyes. Ninguna ciudad hizo las paces con los israelitas, a excepción
de los heveos que vivían en Gabaón; todas las conquistaron con las
20 armas, porque fue cosa de Dios endurecer sus corazones para que
opusieran resistencia a Israel, con intención de que Israel los exterminara sin piedad, aniquilándolos, como el Señor había ordenado a Moisés.

21 Josué aniquiló a los enaquitas de la montaña, Hebrón, Debir, Anab, los montes de Judá y los montes de Israel. Los exterminó
22 con sus poblaciones. No quedaron enaquitas en tierra de Israel;
sólo en Gaza, Gat y Asdod quedaron algunos.

23 Josué se apoderó de todo el país, como el Señor había dicho a Moisés. Y se lo dio a Israel en heredad, repartiéndolo en lotes. El país quedó en paz.

Recapitulación

12 *Reyes de Transjordania* a los que derrotaron los israelitas y de
cuyas tierras se apoderaron, desde el río Arnón hasta el monte
Hermón, incluyendo toda la estepa oriental:
2 Sijón, rey amorreo con residencia en Jesebón. Sus dominios eran:
desde Aroer, a orillas del Arnón, desde el medio de la vaguada, la
3 mitad de Galaad hasta el Yaboc, frontera de los amonitas; la estepa,
desde la parte oriental del Mar de Galilea hasta la parte oriental
del mar del desierto, el Mar Muerto, hasta el camino de Bet Yesi-
mot y las estribaciones del Fasga, en el sur.
4 Og, rey de Basán, de los últimos refaimitas, con residencia en
5 Astarot y Edrey. Sus dominios eran: el monte Hermón, Salcá y
todo Basán hasta la frontera de los guesureos y macateos, además
de medio Galaad, hasta la frontera de Sijón, rey de Jesbón.
6 Moisés, siervo del Señor, y los israelitas los derrotaron, y Moisés,
siervo del Señor, dio sus tierras en propiedad a los de Rubén, Gad
y media tribu de Manasés.
7 *Reyes de Cisjordania* a los que derrotaron Josué y los israelitas,
desde Baalgad, en el valle del Líbano, hasta el Monte Pelado, que
sube a Seír, cuyas tierras dio Josué en propiedad a las tribus de
8 Israel, repartiéndolas en lotes; en la montaña, en la Sefela, la es-
tepa, en las estribaciones de la sierra, el páramo y el Negueb, donde
estaban los hititas, amorreos, cananeos, fereceos, heveos y jebuseos:
9-0 rey de Jericó, uno; rey de Ay, junto a Betel, uno; rey de Jerusalén,
11 uno; rey de Hebrón, uno; rey de Yarmut, uno; rey de Laquis, uno;
12-3 rey de Becerril, uno; rey de Guézer, uno; rey de Debir, uno; rey
14-5 de La Cerca, uno; rey de Exterminio, uno; rey de Arad, uno; rey de
16 Alba, uno; rey de Adulán, uno; rey de Maqueda, uno; rey de Betel,
17-8 uno; rey de El Manzano, uno; rey de Iéfer, uno; rey de El Cer-
19 co, uno; rey de Sarón, uno; rey de Madón, uno; rey de Jasor, uno;
20-1 rey de Simerón, uno; rey de Axaf, uno; rey de Taanac, uno; rey
22 de Meguido, uno; rey de Cades, uno; rey de Yocneán del Carmelo,
23 uno; rey de Dor, en el distrito de Dor, uno; rey de los pueblos de
24 Galilea, uno; rey de Tirsá, uno. Suma total: treinta y un reyes.

REPARTO DE LA TIERRA

INTRODUCCIÓN

Con el capítulo 13 comienza la segunda parte del libro, que trata del reparto de la tierra. A una primera lectura, un catálogo de nombres geográficos, bastante indigesto, ni siquiera agraciado con un poco de disposición esquemática. Esta permitiría la consulta fácil, ya que los capítulos difícilmente invitan a la lectura.

¿Qué hacer entonces con estos capítulos? Podemos intentar descubrir primero los materiales empleados por el autor y examinar después la intención de su composición.

Materiales

a) *Al parecer, el autor usa una lista de fronteras y una lista de poblaciones. La primera intenta definir los límites de cada tribu; el trazado no es geométrico (como el de Ez 40ss), hay repeticiones e incoherencias. Hace pensar en una lista antigua, cuando las tribus se habían consolidado en su diversidad dentro del territorio de Palestina y todavía no eran una monarquía unificada.*

b) *La segunda es una lista de poblaciones. La lista es detallada y parece aspirar a ser completa en las tribus del sur, es fragmentaria en las tribus del norte, falla en las tribus del centro. La identificación de muchas ciudades es posible: muchas veces el nombre árabe conservaba levemente deformado el nombre original (en bastantes ocasiones el moderno Estado de Israel ha restablecido el nombre antiguo), otras veces ayuda la arqueología. Quedan casos dudosos o insolubles por ahora. Cuando una localidad tiene un nombre comprensible, lo hemos traducido al castellano, para conservar lo que decía a oídos hebreos (la traducción es a veces conjetural).*

c) *Introducen o cierran o interrumpen las listas algunos discursos del Señor o de Josué y algunas anécdotas. Los discursos del Señor son particularmente importantes para conocer el sentido del reparto.*

d) *Los capítulos 20 y 21 ofrecen listas de ciudades de asilo y ciudades levíticas.*

Teología

Podemos distinguir los elementos genéricos de la tierra y los elementos específicos del reparto.

a) *Los primeros se encuentran concentrados en los discursos del Señor. Respecto a los Patriarcas, la entrega de la tierra es el cumplimiento de una promesa jurada; la expresión más clara se encuentra en 21,43 (véanse también 1,6 y 5,6). Respecto al desierto, la tierra prometida significa el descanso: 1,13.15; 21,44. Comparada con Egipto, donde los israelitas vivían de prestado, Palestina es tierra de propiedad: 18,3; 19,47.*

b) *Lo específico de estos capítulos es el reparto. La tierra prometida es entregada como totalidad al pueblo entero; la propiedad colectiva es el dato primario. El pueblo entero tiene derecho a poseer la tierra entera y a vivir de ella.*

c) *Se trata de una visión teológica, algo idealizada respecto a la realidad, pero más profunda que la simple experiencia de cultivar un campo. La concepción con su constelación de términos técnicos pasa a la literatura profética, en sentido propio y figurado, a las visiones escatológicas, y se conserva con gran vitalidad en el Nuevo Testamento. De la traducción griega de* gôral, kleros *(suerte),*

procede nuestra palabra clero y sus derivados. Los extraños capítulos del libro de Josué suministran un fondo realista a un aspecto importante de la teología del Nuevo Testamento.

13 Josué era viejo, de edad avanzada, y el Señor le dijo:
—Eres ya viejo, de edad avanzada, y queda aún mucha tierra
2-3 por ocupar: toda la parte filistea y todo Guesur; desde el Sijor, en
tierra de Egipto, hasta el término de Ecrón, al norte, zona considerada como cananea; más los cinco principados filisteos (Gaza, As-
4 dod, Ascalón, Gat, Ecrón) y los heveos del sur; todo el país cananeo, desde la Cueva de los Fenicios hasta El Cerco, hasta la frontera
5 de los amorreos; todo el país de Biblos y el Líbano oriental, desde
6 Baalgad, al pie del Hermón, hasta el Paso de Jamat. Yo expulsaré
ante los israelitas a todos los habitantes de la montaña, desde el Líbano hasta Las Burgas, y a todos los fenicios. Tú tienes sólo que repartir por suertes a Israel su heredad, como te he mandado.
7 Así, pues, reparte esa tierra en heredad entre las nueve tribus y la
media tribu de Manasés.

Transjordania

8 La otra media tribu de *Manasés,* los de Rubén y los de Gad habían recibido ya la heredad que les había asignado en Transjorda-
9 nia Moisés, siervo del Señor: desde Aroer a la orilla del Arnón,
con el pueblo que hay en mitad de la vaguada; toda la llanura de
10 Madabá hasta Dibón, y todas las ciudades de Sijón, rey amorreo
11 que reinaba en Jesbón, hasta la frontera de los amonitas; más Ga-
laad, el territorio de los guesureos y macateos, todo el Hermón y
12 todo Basán hasta Salcá, y todo el reino de Og de Basán, que reina-
ba en Astarot y Edrey, y era uno de los últimos refaimitas a los
13 que Moisés derrotó y expulsó. (En cambio, los israelitas no pudie-
ron expulsar a los guesureos y macateos, que han seguido viviendo en medio de Israel hasta hoy).
14 Sólo a la tribu de *Leví* no le asignó Moisés una heredad; el Señor, Dios de Israel, es su heredad, como les había prometido.
15 A la tribu de *Rubén* le asignó Moisés, por clanes, una heredad
16 cuyo territorio era: desde Aroer a la orilla del Arnón, con el pue-
blo que hay en mitad de la vaguada, toda la llanura de Madabá;
17 Jesbón y todos los pueblos de la llanura, Dibón, Altobaal, Bet Baal,
18-9 Maón, Yasá, Cademot, Fuenteclamor, Dosvillas, Sibmá y Séret Sajar,
20 en el monte y en el valle; Bet Fegor, las estribaciones del Fasga y
21 Bet Yesimot; todos los pueblos de la llanura y todo el reino de Si-
jón, rey amorreo que reinaba en Jesbón, al que derrotó Moisés, con Eví, Requen, Sur, Hur y Reba, jefes madianitas vasallos de Sijón
22 que vivían en el país. (Al adivino Balaán, hijo de Beor, lo acuchi-
23 llaron los israelitas con los demás). Así que el territorio de los ru-
benitas fue el Jordán y su ribera. Esa fue, con sus pueblos y alquerías, la heredad de los rubenitas, repartida por clanes.
24 A la tribu de *Gad* (a los gaditas) le asignó Moisés, por clanes,
25 una heredad cuyo territorio comprendía: Jézer, todos los pueblos
de Galaad, la mitad del país amonita, hasta Aroer, frente a Rabat,

26 y a partir de Jesbón hasta los altos de Atalaya y Betonín, desde Los
27 Castros hasta el término de Pocacosa. En el valle: Casa Alta y Casa-
pantera, Cabañas y Safón, lo que quedaba del reino de Sijón, rey de Jesbón. El Jordán servía de límite hasta la orilla del Mar de Ga-
28 lilea, en Transjordania. Esa fue, con pueblos y alquerías, la heredad
de los gaditas, repartida por clanes.
29 A la media tribu de *Manasés* le había asignado Moisés, por cla-
30 nes, una heredad cuyo territorio comprendía desde Los Castros,
todo Basán, todo el reino de Og, rey de Basán, todas las Villas de
31 Yaír, en Basán (sesenta poblaciones). Medio Galaad, Astarot y
Edrey, ciudades del reino de Og de Basán, le tocaron a los maqui-
32 ritas de Manasés (media tribu de Manasés), por clanes. Esa fue la
tierra que Moisés repartió en herencia en las estepas de Moab, en
33 Transjordania, al este de Jericó. A la tribu de Leví no le asignó
heredad. El Señor, Dios de Israel, es su heredad, como les había prometido.

Introducción

14 Herencia que el sacerdote Eleazar, Josué, hijo de Nun, y los cabezas de familias de las tribus de Israel repartieron entre los isra-
2 litas en el país de Canaán, echando a suertes, como había ordenado
3 el Señor a Moisés, a las nueve tribus y media, porque Moisés ya
había asignado heredad a dos tribus y media en Transjordania y a
4 los levitas no les asignó ninguna entre las otras tribus (los descen-
dientes de José formaban dos tribus: Manasés y Efraín); a los levitas no les asignaron un lote en el país, sino pueblos para habitar
5 y ejidos para sus ganados y rebaños. Los israelitas hicieron el re-
parto de la tierra como el Señor había mandado a Moisés.

Caleb

6 Los de Judá se acercaron a Josué en Guilgal, y Caleb, hijo de
Jefoné, el queniceo, le dijo:
—Ya sabes el encargo que, por orden del Señor, te dio para mí
7 Moisés, hombre de Dios, en Cades Barnea. Cuarenta años tenía yo
cuando Moisés, siervo del Señor, me envió desde Cades Barnea a
8 reconocer el país, y volví con una información fidedigna. Los com-
pañeros que habían ido conmigo desanimaron a la gente; yo, en
9 cambio, seguí plenamente al Señor, mi Dios, y Moisés juró aquel
día: «La tierra que han pisado tus pies será tu heredad y la de tus hijos por siempre, porque has seguido plenamente al Señor, mi
10 Dios». Pues bien, el Señor me ha conservado la vida, como prome-
tió. Cuarenta y cinco años han pasado desde que el Señor se lo dijo a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto; hoy cumplo ochenta
11 y cinco años, y todavía estoy tan fuerte como el día en que me envió
Moisés: me siento ahora tan fuerte como entonces para luchar y
12 para emprender lo que sea. Así, pues, dame ese monte que prome-
tió aquel día Moisés; tú lo oíste: que vivían aquí los enaquitas y que sus ciudades eran grandes y fortificadas. Ojalá el Señor esté conmigo y logre expulsarlos como él prometió.

13 Entonces Josué lo bendijo y dio Hebrón en herencia a Caleb,
14 hijo de Jefoné. Por eso Hebrón pertenece por herencia a Caleb,
hijo de Jefoné, el queniceo, hasta el día de hoy, por haber seguido
15 plenamente al Señor, Dios de Israel. Hebrón se llamaba antigua-
mente Villa Arbá, por el gigante enaquita.
Y el país quedó en paz.

Suerte de la tribu de Judá por clanes

15 Quedaba hacia la frontera de Edom, al sur del desierto del Espi-
2 no, en el extremo meridional. Su límite sur partía de la punta del
3 Mar Muerto, desde el cabo que mira hacia el sur; salía luego frente
a la Cuesta de los Alacranes, pasaba por Sin, subía al sur de Cades
4 Barnea, pasaba Jesrón, subía a Adar, rodeaba Carcá, pasaba después
por El Fuerte y venía a salir al río de Egipto, para acabar en el
mar: «Esa será vuestra frontera meridional».
5 Su límite oriental era el Mar Muerto, hasta la desembocadura
del Jordán.
6 Su límite norte iba desde el cabo que hay en la desembocadura
del Jordán, subía a Bejoglá, pasaba por encima de Casasola, subía
7 por la Piedra de Boán, hijo de Rubén, hasta Debir, por el Valle de
la Desgracia, dirigiéndose luego hacia Guilgal, frente a Cuestaber-
meja, que queda al sur de la vaguada; pasaba junto al arroyo de
8 Fuentelsol, para acabar en la Fuente del Explorador; después subía
por el valle de Ben Hinnón, por la vertiente sur de los jebuseos
(o sea, Jerusalén); subía a la cima del monte que hay sobre el valle
Hinnón a poniente y que llega por el norte al extremo de Valrefaín;
9 luego torcía desde la cima del monte hacia la fuente del arroyo
Neftoj y venía a salir a los pueblos del monte Efrón, torcía por
10 Baalá (o sea, Villasotos), rodeaba desde Baalá por el oeste hacia los
montes de Seír, y pasando la vertiente norte de Montesotos (o sea,
11 Simplón), bajaba a Casalsol, pasaba Timná, salía a la vertiente nor-
te de Ecrón, torcía hacia Sicrón, pasaba el monte de Baalá, salía a
12 Yabneel y terminaba en el mar. El Mar Mediterráneo era el límite.
Esos eran los límites del territorio de la tribu de Judá, por
clanes.

Caleb y Otoniel
(Jue 1,10-15)

13 Josué, siguiendo la orden del Señor, asignó a Caleb, hijo de Je-
foné, un lote en medio de Judá: Villa Arbá (el padre de Enac), o
14 sea, Hebrón. Caleb expulsó de allí a los tres hijos de Enac, descen-
15 dientes de Enaq: Sesay, Ajimán y Talmay. Desde allí subió contra
16 los de Debir, llamada antiguamente Villa del Escribano, y prometió:
—Al que tome al asalto Villa del Escribano le doy por esposa
a mi hija Axá.
17 Otoniel, hijo de Quenaz, pariente de Caleb, tomó la ciudad, y
18 Caleb le dio por esposa a su hija Axá. Cuando ella llegó, Otoniel
la instigó a pedirle un terreno a su padre; ella se bajó del burro, y
Caleb le preguntó:
—¿Qué te pasa?

19 Contestó:
—Hazme un regalo. La tierra que me has dado es de secano,
dame alguna alberca.
Caleb le dio la alberca de arriba y la de abajo.
20 Esa fue la heredad de la tribu de Judá, por clanes.

Poblaciones de la tribu de Judá

21 En la frontera del sur, junto a Edom: Cabseel, Rebaño, Yagur,
22-4 El Nido, Dimón, Perpetua, Cades, La Aldea, Yitnán, Zif, Telán,
25-6 Dueñas, Aldeanueva, El Cortijo (o sea, La Aldea), Amán, Semá,
27-8 Moladá, Aldearribera, Jesmón, El Refugio, Aldealazorra, el muni-
29-0 cipio de Berseba, Baalá, Las Ruinas, El Fuerte, Eltolad, Quesil,
31-2 Exterminio, Sicelag, Madmaná, El Espinar, Leonas, Canales, Fuen-
granada. Veintinueve pueblos con sus alquerías.
33-4 En la Sefela: Estaol, Sorá, Asená, Zanoj, Fuentejardines, El Man-
35-6 zano, Dosfuentes, Yarmut, Adulán, El Seto, Cavada, Dospuertas,
Aditain, La Cerca, Dostapias. Catorce pueblos con sus alquerías.
37-9 Ovejuna, La Nueva, Torregad, Dileán, El Otero, Yocteel, Laquis,
40-1 Boscat, Becerril, Cabón, Lajmás, Quitlis, Las Tapias, Casaltrigo,
Hermosa, Maqueda. Dieciséis pueblos con sus alquerías.
42-4 Alba, Eter, Humos, Abridera, Esná, Castro, Queilá, Aczib, Ma-
resa. Nueve pueblos con sus alquerías.
45 El municipio de Ecrón y sus alquerías.
46 Y desde Ecrón hasta el mar todas las poblaciones que quedan
al lado de Asdod, con sus alquerías.
47 El municipio de Asdod y sus alquerías; el municipio de Gaza y
sus alquerías, hasta el río de Egipto. El Mediterráneo era el límite.
48-9 En la montaña: El Zarzal, Eminencia, El Seto, Dana, Villa del
50-1 Escribano (o sea, Debir), La Uva, Estemó, Anón, Gosén, Jalón,
Guiló. Once pueblos con sus alquerías.
52-4 Acecho, Callada, Puntal, Yanún, Casalmanzano, El Cerco, Lagar-
tera, Villa Arbá (o sea, Hebrón), Sior. Nueve pueblos con sus al-
querías.
55-7 Maón, La Vega, Zif, Yuta, Yezrael, Yoqdeán, Zanoj, El Nido, La
Loma, Timná. Diez pueblos con sus alquerías.
58-9 Tremedal, Casarroca, Cercado, La Cueva, Casa Anot, Eltecón.
Seis pueblos con sus alquerías.
Tecua, Efrata (o sea, Belén), Fegor, Aguilar, Quilón, Tatán, Sores,
La Viña, Escombrera, Beter, Manoc. Once pueblos con sus alquerías.
60 Villaseñor (o sea, Villasotos), La Grande. Dos pueblos con sus
alquerías.
61-2 En el páramo: Casasola, Medín, Vallada, Nibsán, Salinas, Fuen-
telchivo. Seis pueblos con sus alquerías.
63 Pero la tribu de Judá no pudo expulsar a los jebuseos que habi-
taban Jerusalén; por eso han seguido viviendo en Jerusalén, en
medio de Judá, hasta hoy.

Suerte de la tribu de José

16 El límite iba desde el Jordán al este de Jericó, y subía desde Jeri-
2 có a la montaña de Betel. Saliendo de Betel (Almendro) iba hasta la

3 frontera de los arquitas, en Atarot, bajaba por el oeste hasta la
frontera de los yafletitas, hasta el término de Bejorón de Abajo y
4 Guézer, y terminaba en el mar. Esa fue la heredad de Manasés y
Efraín, hijos de José.
5 *Territorio de los efraimitas por clanes.* El límite de su heredad
iba desde Atarot Adar, al este, hasta Bejorón de Arriba y termina-
6 ba en el mar; desde Micmetá, en el norte, daba un rodeo hacia el
7 este de Higuera de Siló, pasaba después al este de Yanoj; bajaba
desde allí a Atarot y Zagala, llegaba a Jericó y terminaba en el Jor-
8 dán. Desde El Manzano iba en dirección oeste por la vaguada de
Las Cañas y terminaba en el mar. Esa fue la heredad de la tribu
9 de Efraín por clanes, además de los pueblos reservados a los efrai-
10 mitas en la heredad de Manasés, pueblos con sus alquerías. Efraín
no pudo expulsar a los cananeos de Guézer; los cananeos siguieron
viviendo en medio de Efraín, hasta hoy, aunque sometidos a traba-
jos forzados.

Suerte de la tribu de Manasés, primogénito de José

17 A Maquir, primogénito de Manasés, padre de Galaad, que era
2 hombre belicoso, le tocaron Galaad y Basán. A los otros hijos de
Manasés les tocó por clanes (al clan de Abiezer, de Jélec, de Asriel,
de Siquén, de Jéfer, de Semidá, o sea, los hijos varones de Manasés,
3 hijo de José). Salfajad, hijo de Jéfer, de Galaad, de Maquir, de
Manasés, no tuvo hijos varones, sino sólo hijas; se llamaban Majlá,
4 Noá, Joglá, Milcá y Tirsá. Estas se presentaron al sacerdote Elea-
zar, a Josué, hijo de Nun, y a los representantes de tribus, recla-
mando:
—El Señor mandó a Moisés que nos diera una heredad entre
nuestros parientes.
Entonces les dieron, según la orden del Señor, una heredad entre
5 los parientes de su padre. Así, le tocaron a Manasés diez partes,
6 además de Galaad y Basán, en Transjordania, porque las hijas de
Manasés recibieron una heredad entre sus parientes, mientras que
el país de Galaad fue para los otros hijos de Manasés.
7 El límite de Manasés (vecino de Aser) iba por Micmetá, frente
8 a Siquén, seguía por el sur de Fuentelmanzano (la zona de El Man-
zano pertenecía a Manasés, pero el poblado, en el confín de Mana-
9 sés, era de Efraín) y bajaba a la vaguada de Las Cañas; los pueblos
al sur de la vaguada eran los pueblos que tenía Efraín en medio de
Manasés; Manasés llegaba hasta la parte norte de la vaguada; su
10 límite terminaba en el mar. Limitaban con el mar: al sur, Efraín,
y al norte, Manasés; éste limitaba al norte con Aser, al este con
11 Isacar. Manasés tenía enclaves en Isacar y Aser: el municipio de
Beisán, el de Yiblán, los vecinos del municipio de Dor, los del mu-
nicipio de Fuendor, los del municipio de Taanac y los del munici-
pio de Meguido; tres cuartas partes del distrito.
12 Pero Manasés no logró desalojar aquellas ciudades, y los cana-
13 neos pudieron seguir en aquella región. Cuando los israelitas se
hicieron fuertes, los sometieron a trabajos forzados, aunque no lle-
garon a expulsarlos.

14 Los hijos de José reclamaron ante Josué:
—¿Por qué nos has dado en heredad sólo una suerte y una parte,
cuando somos tantos, gracias a Dios?
15 Josué les contestó:
—Si sois tantos, subid a los bosques e id talando la zona de los
fereceos y refaimitas, si es que os viene estrecha la sierra de Efraín.
16 Los de José replicaron:
—No nos basta la sierra. Por otra parte, los cananeos que viven
en el valle (los del municipio de Beisán y los del valle de Yezrael)
tienen carros de hierro.
17 Josué contestó a los hijos de José, a Efraín y Manasés:
18 —Sois muchos y fuertes: no tendréis una sola porción. Será vues-
tra una montaña; es verdad que es boscosa, pero la talaréis y sus
confines serán vuestros. Además expulsaréis a los cananeos, aunque
tengan carros de hierro y sean poderosos.

18 La asamblea israelita en pleno se reunió en Siló e instalaron allí
2 la tienda del encuentro. El país les estaba sometido. Pero quedaban
3 siete tribus israelitas que no habían recibido aún su heredad. Josué
les dijo:
—¿Hasta cuándo vais a estar con los brazos cruzados, sin ir a
tomar posesión de la tierra que os ha dado el Señor, Dios de vues-
4 tros padres? Elegid tres hombres de cada tribu; yo los mandaré a
recorrer el país para que hagan un plano dividido por heredades,
5 y ellos me traerán el proyecto. Dividirán el país en siete lotes. Judá
seguirá en su territorio, al sur, y la casa de José en el suyo, al norte.
6 Haced el plano del país en siete lotes y traedme el proyecto. Des-
7 pués os lo echaré a suertes aquí, ante el Señor, nuestro Dios. (Los
levitas no tienen parte propia entre vosotros; ser sacerdotes del
Señor es su heredad. Por su parte, Gad, Rubén y media tribu de
Manasés ya recibieron en Transjordania la heredad que les asignó
Moisés, siervo del Señor).
8 Cuando aquellos hombres emprendían el camino para hacer el
mapa del país, Josué les ordenó:
—Id a recorrer el país y trazadme un mapa; cuando volváis, os
lo echaré a suertes ante el Señor, aquí en Siló.
9 Ellos marcharon y atravesaron el país, registrando por escrito las
poblaciones en siete lotes, y se lo llevaron a Josué al campamento
10 de Siló. Josué se lo echó a suertes en Siló, ante el Señor; allí dis-
tribuyó la tierra entre los israelitas, por lotes.
11 Salió la *suerte de Benjamín, por clanes.* El territorio que le tocó
12 está entre Judá y José. Su límite norte partía del Jordán, subía por
la vertiente norte de Jericó, luego el monte hacia el oeste y termi-
13 naba en el páramo de Betavén. De allí pasaba a Almendral (es decir,
Betel) por su vertiente meridional, bajando después a Atarot Adar
14 por el monte que hay al sur de Bejorón de Abajo. Después torcía,
dando la vuelta por la parte oeste, hacia el sur, desde el monte que
está frente a Bejorón, al sur, y terminaba en Villaseñor (o sea, Villa-
sotos), población que pertenecía a Judá. Ese era el límite occidental.
15 Por el sur, desde el término de Villasotos, iba hacia la fuente del
16 arroyo de Neftoj. Después, por la punta del monte que hay frente
al valle de Hinnón, al norte de Valrefaín, bajaba al valle de Hinnón

por la vertiente sur de los jebuseos, hasta la Fuente del Explorador;
17 después torcía hacia el norte, llegaba a Fuentelsol y a los cerros que
hay frente a Cuestabermeja, bajaba a la Piedra de Bohán, hijo de
18 Rubén, pasaba por la vertiente norte frente a Casasola, bajaba hacia
19 la estepa, pasaba por la vertiente norte de Casa Joglá, terminando
en el cabo del Mar Muerto, el cabo norte, en la desembocadura del
Jordán. Ese era el límite meridional.
20 Por el este, el Jordán le servía de límite.
Esa fue la heredad de Benjamín, por clanes, siguiendo el trazado
de sus límites.
21 Poblaciones de la tribu de Benjamín, por clanes: Jericó, Casa
22-3 Joglá, Vallecortado, Casasola, Lanera, Betel, Avín, Zaca, Ofrá,
24 Villar del Amonita, Ofní, Loma. Doce pueblos con sus alquerías.
25-7 Gabaón, La Alta, Pozos, Otero, Leona, Mosa, Requen, Yirfel,
28 Tarela, Costilla de Buey, Jebús (o sea, Jerusalén), Loma, Villasotos.
Catorce pueblos con sus alquerías.
Esa fue la heredad de Benjamín, por clanes.

19 En segundo lugar salió la *suerte de Simeón, por clanes.* Su here-
dad quedaba en medio de la heredad de Judá.
2-3 Les tocaron como heredad: Berseba, Semá, Moladá, Aldealazorra,
4-5 Balá, Esem, Eltolad, Betul, Exterminio, Sicelag, Casaloscarros, Al-
6 dealayegua, Casaleonas, Sarujén. Trece pueblos con sus alquerías.
7 Fuengranada, Eter, Humos. Cuatro pueblos con sus alquerías.
8 Más todas las alquerías que hay en torno a esos pueblos hasta
Ama del Pozo y Ramat del Negueb.
Esa fue la heredad de la tribu de Simeón, por clanes.
9 La heredad de Simeón estaba enclavada en el lote de Judá, por-
que a Judá le había tocado una parte demasiado grande; por eso los
de Simeón tenían su heredad en medio de Judá.
10-1 En tercer lugar salió la *suerte de Zabulón, por clanes.* Su límite
llegaba hasta Sarid, subía por el oeste a La Tiembla, llegaba a La
12 Giba y a la vaguada frente a Yocneán; de Sarid volvía al este, hasta
el término de Quislot Tabor, salía a Daberá y subía a Fulgente;
13 de allí, siguiendo hacia el este, pasaba por Lagar del Hoyo hasta Itá
14 del Príncipe, salía a Granada y torcía hacia Neá; después daba la
vuelta por el norte de Janatón, para terminar en el valle de Yipta-
15 jel; Catat, Simerón, Yidalá y Belén. Doce pueblos con sus alquerías.
16 Esa fue la heredad de Zabulón, por clanes, los pueblos con sus al-
querías.
17 En cuarto lugar salió la *suerte de la tribu de Isacar, por clanes.*
18-9 Su territorio comprendía: Yezrael, Quesulot, Sunán, Doshoyos,
20-1 Sión, Anajará, La Grande, Asperón, Ebes, Yarmut, Fuentejardines,
22 Fuenterrábida, Casamolida; el límite llegaba al Tabor, Sajasín y
Casalsol y terminaba en el Jordán. Dieciséis pueblos con sus al-
querías.
23 Esa fue la heredad de la tribu de Isacar, por clanes, los pueblos
con sus alquerías.
24 En quinto lugar salió la *suerte de la tribu de Aser, por clanes.*
25-6 Su territorio comprendía: La Finca, Jalí, Beten, Axaf, Encina del
Rey, Amad y Demanda; el límite occidental llegaba al Carmelo y
27 Río Blanco; volviendo al este hacia Casaltrigo, llegaba a Zabulón

y a la parte norte del Valle de Yiptajel, a Casalvalle y Nehiel,
28 saliendo por el norte a Tierrabaldía, Abdón, Plaza, Caldas, Caná
29 y Sidón capital; volvía hacia Ramá y la plaza fuerte de Tiro, volvía
30 luego por Josá y terminaba en el mar. Majaleb, Aczib, Aco, El Cer-
co y Plaza. Veintidós pueblos con sus alquerías.
31 Esa fue la heredad de la tribu de Aser, por clanes, los pueblos
con sus alquerías.
32 En sexto lugar salió la *suerte de la tribu de Neftalí, por clanes.*
33 Su límite partía de Jélef, la Encina de Sananín, Campo Horadado
34 y Yabneel, hasta Lacún, y terminaba en el Jordán; volvía luego por
el este, hacia Aznot Tabor; de allí salía hacia Jucoc y lindaba con
Zabulón por el sur, con Aser al oeste y con el Jordán al este;
35 comprendía las plazas fuertes de Sidín, Ser, Caldas, Racat, Genesa-
36-8 ret, Campos, La Alta, Jasor, Cades, Edrey, Fuentelaldea, Yirón,
Migdalel, Jorén, Casa Anat y Casalsol. Diecinueve pueblos con sus
alquerías.
39 Esa fue la heredad de la tribu de Neftalí, por clanes, los pueblos
con sus alquerías.
40 En séptimo lugar salió la *suerte de la tribu de Dan, por clanes.*
41-2 El territorio de su heredad comprendía: Sorá, Estaol, Villasol, Sal-
43-4 bín, Cervera, Yitlá, Robledo, Timná, Ecrón, Elteque, Gabatón,
45-6 Baalá, Yehud, Relámpagos, Lagargranada, Río Verde con el término
47 frente a Jafa. Pero a los danitas les venía estrecho el territorio, y
subieron a atacar a Lais; la conquistaron, pasaron a cuchillo a sus
habitantes, tomaron posesión y se instalaron en ella, y la llamaron
Dan, en recuerdo de su antepasado.
48 Esa fue la heredad de Dan, por clanes, los pueblos con sus al-
querías.
49 Así terminaron de repartir la tierra por demarcaciones. Después
los israelitas dieron a Josué, hijo de Nun, una heredad en medio
50 de ellos. Siguiendo la orden del Señor, le dieron el pueblo que pi-
dió: Timná Séraj, en la sierra de Efraín. Josué lo reconstruyó y se
instaló allí.
51 Esta fue la herencia que repartieron entre las tribus de Israel el
sacerdote Eleazar, Josué, hijo de Nun, y los cabezas de familia,
echando a suertes en Siló, en presencia del Señor, a la entrada de
la tienda del encuentro. Así terminaron de repartir el país.

Ciudades de refugio
(Nm 35; Dt 19)

20 El Señor dijo a Josué:
2 —Di a los israelitas: Determinad las ciudades de refugio, de las
3 que os habló Moisés, donde pueda buscar asilo el que haya mata-
do a alguien sin intención, que os sirvan de refugio contra el ven-
4 gador de la sangre. Si busca asilo en una de esas ciudades, se coloca
en la plaza junto a la puerta de la ciudad y expone su caso a los
concejales, éstos lo admitirán en la población y le señalarán una casa
5 para vivir entre ellos. Si el vengador de la sangre llega en su perse-
cución, no le entregarán al homicida, porque mató involuntariamen-
6 te, sin estar enemistado con el otro. Vivirá en aquella ciudad mien-

tras no comparezca a juicio ante la asamblea, hasta que muera el
sumo sacerdote en funciones por entonces. Después el asesino podrá volver a su ciudad y a su casa, a la ciudad de la que huyó.
7 Entonces los israelitas apartaron Cades de Galilea, en los montes
de Neftalí; Siquén, en la serranía de Efraín; Villa Arbá (o sea,
8 Hebrón), en la serranía de Judá. En Transjordania, al este de Jericó,
señalaron Fuerte del Páramo, en la llanura de la tribu de Rubén;
Ramot de Galaad, en la tribu de Gad, y Golán de Basán, en la tribu de Manasés.
9 Esas fueron las ciudades designadas para los israelitas y emigrantes que vivieran entre ellos, con el fin de que pudiera encontrar asilo en ellas el homicida involuntario, librándose de morir a manos del vengador de la sangre, antes de comparecer ante la asamblea.

Ciudades levíticas
(Nm 35,1-8)

21 Los cabezas de familia de la tribu de Leví se acercaron al sacer-
dote Eleazar, a Josué, hijo de Nun, y a los cabezas de familia de
2 las tribus de Israel, en Siló, en el país de Canaán, y les dijeron:
—El Señor mandó, por medio de Moisés, que se nos dieran pueblos para vivir y ejidos para nuestros ganados.
3 Entonces los israelitas, siguiendo la orden del Señor, dieron de sus heredades a los levitas los siguientes pueblos con sus ejidos.
4 Se echó a suertes para el clan de Quehat; a los levitas descen-
dientes del sacerdote Aarón les tocaron trece pueblos de las tribus
5 de Judá, Simeón y Benjamín. A los otros hijos de Quehat, por cla-
nes, les tocaron en el sorteo diez pueblos de las tribus de Efraín,
6 Dan y la mitad de Manasés. A los hijos de Guersón, por clanes, les
tocaron en el sorteo diez pueblos de las tribus de Isacar, Aser y
7 Neftalí y de la mitad de Manasés, en Basán. A los hijos de Merarí,
por clanes, les tocaron doce pueblos de las tribus de Rubén, Gad
8 y Zabulón. Los israelitas asignaron a los levitas por sorteo aquellos
pueblos con sus ejidos, como había mandado el Señor a Moisés.
9 De las tribus de Judá y Simeón les asignaron las poblaciones que
10 se indican a continuación: a los levitas hijos de Aarón, de los cla-
11 nes de Quehat (porque a ellos les tocó primero la suerte), Villa
Arbá (el padre de Enac), o sea, Hebrón, en la sierra de Judá, con
12 sus ejidos alrededor; sus campos y alquerías se los habían dado en
13 propiedad a Caleb, hijo de Jefoné. Con derecho de asilo para los
homicidas les asignaron Hebrón y sus ejidos, Alba y sus ejidos,
14-5 Yatir y sus ejidos, Estemó y sus ejidos, Arenal y sus ejidos, Debir
16 y sus ejidos, Asén y sus ejidos, Yutá y sus ejidos, Casalsol y sus
ejidos. Nueve pueblos de las dos tribus dichas.
17 De la tribu de Benjamín: Gabaón y sus ejidos, Loma y sus ejidos,
18 Anatot y sus ejidos, Almón y sus ejidos; cuatro pueblos.
19 Suma total de las poblaciones de los sacerdotes hijos de Aarón,
trece pueblos y sus ejidos.
20 A los restantes levitas descendientes de Quehat, de los clanes de
21 Quehat, les tocaron en suerte pueblos de la tribu de Efraín; les asignaron, con derecho de asilo para los homicidas, Siquén y sus ejidos,

22 en la serranía de Efraín, Guézer y sus ejidos, Yocmán y sus ejidos,
23 Bejorón y sus ejidos; cuatro pueblos. De la tribu de Dan: Elteque
24 y sus ejidos, Gabatón y sus ejidos, Cervera y sus ejidos, Lagargra-
25 nada y sus ejidos; cuatro pueblos. Y de media tribu de Manasés:
Taanac y sus ejidos, Granada y sus ejidos; dos pueblos.
26 Suma total de las poblaciones con sus ejidos para los clanes de los restantes hijos de Quehat, diez.
27 Para los levitas hijos de Guersón y sus familias: de media tribu
de Manasés, con derecho de asilo para los homicidas, Golán de
28 Basán y sus ejidos, Astarot y sus ejidos; dos pueblos. De la tribu
29 de Isacar: Asperón y sus ejidos, Deberat y sus ejidos, Yarmut y sus
30 ejidos, Fuentejardines y sus ejidos; cuatro pueblos. De la tribu de
31 Aser: Demanda y sus ejidos, Abdón y sus ejidos, Finca y sus ejidos,
32 Plaza y sus ejidos; cuatro pueblos. De la tribu de Neftalí, con derecho de asilo para los homicidas: Cades de Galilea y sus ejidos,
Caldas de Dor y sus ejidos, Población y sus ejidos; tres pueblos.
33 Suma total de las poblaciones de los guersonitas, por clanes,
trece pueblos y sus ejidos.
34 Para los otros clanes levíticos descendientes de Merarí: de la tri-
35 bu de Zabulón, Yocneán y sus ejidos, Puebla y sus ejidos, Dimna
36 y sus ejidos, Abrevadero y sus ejidos; cuatro pueblos. De la tribu
de Rubén, en Transjordania, con derecho de asilo para los homici-
37 das: El Fuerte y sus ejidos, Yahas y sus ejidos, La Antigua y sus
38 ejidos, Fuenteclamor y sus ejidos; cuatro pueblos. De la tribu de
Gad, con derecho de asilo para los homicidas: Altos de Galaad con
39 sus ejidos, Los Castros y sus ejidos, Jesbón y sus ejidos, Yazer y
sus ejidos; cuatro pueblos.
40 Suma total de poblaciones que tocaron por sorteo a los otros clanes levíticos descendientes de Merarí, por clanes, doce pueblos.
41 Suma total de poblaciones levíticas en medio del territorio propiedad de los israelitas, cuarenta y ocho pueblos con sus ejidos.
42 Cada uno de esos pueblos se entiende con sus ejidos alrededor;
así todos los pueblos citados.
43 De esta forma dio el Señor a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres; los israelitas tomaron posesión y se instalaron
44 en ella. El Señor les dio paz con todos los pueblos vecinos, exacta-
mente como lo había jurado a sus padres; ni un enemigo pudo re-
45 sistirles; el Señor les entregó todos sus enemigos. No dejó de cumplirse una palabra de todas las promesas que había hecho el Señor a la casa de Israel. Todo se cumplió.

CONCLUSION

El altar de Transjordania

22 Entonces Josué llamó a los de Rubén, a los de Gad y a los de la
2 media tribu de Manasés, y les dijo:
—Obedecisteis las órdenes de Moisés, siervo del Señor, y a mí
3 también me habéis obedecido en lo que os he mandado; no habéis
abandonado a vuestros hermanos desde hace muchos años; habéis
4 cumplido las órdenes que os dio el Señor, vuestro Dios. Pues bien,

el Señor, vuestro Dios, ha dado ya el descanso a vuestros hermanos,
como les había prometido. Así que vosotros marchaos a casa, a la
tierra de vuestra propiedad, la que os dio Moisés, siervo del Señor,
5 en Transjordania. Cumplid a la letra los mandatos y leyes que dio
el Señor a Moisés, su siervo: amar al Señor, vuestro Dios, caminar
por sus sendas, cumplir sus mandamientos y adherirse a él, sirviéndole con todo el corazón y toda el alma.
6 Josué les echó la bendición y los despidió. Ellos marcharon a sus
casas.
7 Moisés había dado tierras en Basán a media tribu de Manasés;
a la otra media tribu le dio Josué tierras en medio de sus hermanos, en Cisjordania. También a éstos los despidió echándoles esta
bendición:
8 —Volved a casa llenos de riquezas, con rebaños abundantes, con
plata y oro, con bronce y hierro y ropa abundante. Repartid con
vuestros hermanos el botín cogido al enemigo.
9 Los de Rubén, los de Gad y los de la media tribu de Manasés dejaron a los israelitas en Siló de Canaán y emprendieron la marcha
hacia el país de Galaad, la tierra de su propiedad, que Moisés les
10 había entregado por orden del Señor. Fueron a la zona del Jordán,
en Canaán, y levantaron allí un altar junto al Jordán, un altar grande, bien visible.
11 Los israelitas se enteraron de que los de Rubén, los de Gad y los
de la media tribu de Manasés habían levantado un altar frente al
país de Canaán, en la zona del Jordán, al margen del territorio is-
12 raelita, y reunieron la asamblea en Siló, para ir a luchar contra ellos.
13-4 Les enviaron a Fineés, hijo del sacerdote Eleazar, con diez nota-
15 bles, uno por cada tribu de Israel, cabezas de familia. Se presentaron a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés, del
país de Galaad, y les dijeron:
16 —Así dice la asamblea del Señor: «¿Qué pecado es ése que habéis cometido contra el Dios de Israel, apostatando hoy del Señor,
17 haciéndoos un altar, rebelándoos contra el Señor? ¡Como si no nos
bastara el crimen de Fegor, que no hemos logrado borrar de nosotros hasta hoy, y eso que vino un castigo a la comunidad del Señor!
18 ¡Vosotros habéis apostatado hoy del Señor! Y por rebelaros vosotros hoy contra el Señor, mañana estará encolerizado contra toda
19 la comunidad de Israel. Si la tierra que os ha tocado está contaminada, pasaos a la propiedad del Señor, en la que está su santuario,
y elegid una propiedad entre nosotros. Pero ¡no os rebeléis contra
el Señor, no nos hagáis cómplices de vuestra rebeldía levantando
20 un altar aparte del altar oficial del Señor, nuestro Dios! Cuando
Acán, hijo de Zéraj, pecó con lo consagrado, él pereció por su pecado; pero la ira de Dios alcanzó a toda la comunidad de Israel,
y eso que se trataba de uno sólo».
21 Los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés respondieron a los cabezas de familia de Israel:
22 —¡El Señor, Dios de los dioses; el Señor, Dios de los dioses, lo
sabe bien, y que Israel lo sepa! Si ha habido rebelión o pecado
23 contra el Señor, que nos castigue hoy mismo. Si hemos hecho un
altar para apostatar del Señor, para ofrecer en él holocaustos, presentar ofrendas y hacer sacrificios de comunión, que el Señor nos

24 pida cuentas. Pero no. Lo hicimos con esta preocupación: el día de
mañana vuestros hijos dirán a los nuestros: «¿Qué tenéis que ver
25 vosotros con el Señor, Dios de Israel? El Señor puso el Jordán
como frontera entre nosotros y vosotros, los de Rubén y los de Gad.
¡No tenéis parte con el Señor!». Y así vuestros hijos alejarán a los
26 nuestros del culto del Señor. Entonces nos dijimos: «Vamos a hacernos un altar no para ofrecer holocaustos ni sacrificios de comu-
27 nión, sino como testimonio entre vosotros y nosotros con nuestros
sucesores de que seguiremos dando culto al Señor en su templo con
nuestros holocaustos y sacrificios de comunión». Que el día de mañana no digan vuestros hijos a los nuestros: «No tenéis parte con
28 el Señor». Nos dijimos: «Si el día de mañana nos dicen algo a nosotros y a nuestros sucesores, les diremos: 'Fijaos en la forma de ese
altar del Señor que hicieron nuestros padres: no sirve para holocaustos ni sacrificios de comunión, sino como testimonio entre
29 vosotros y nosotros'». Ni pensar en rebelarnos contra el Señor ni
en apostatar hoy del Señor levantando un altar para ofrecer holocaustos, presentar ofrendas y sacrificios de comunión fuera del altar del Señor, nuestro Dios, que está en su santuario.
30 Cuando el sacerdote Fineés, los notables de la comunidad y los
cabezas de familia israelitas que lo acompañaban oyeron la explicación de los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés, les
31 pareció bien. Y Fineés, hijo del sacerdote Eleazar, dijo a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés:
—Ahora sabemos que el Señor está entre nosotros, porque no
habéis cometido ese pecado contra él. Habéis librado a los israelitas del castigo del Señor.
32 Luego el sacerdote Fineés, hijo de Eleazar, y los notables dejaron
a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés en el
país de Galaad, y se volvieron al país de Canaán, a los israelitas,
33 y les informaron de lo ocurrido. El informe convenció a los israelitas. Bendijeron al Señor, Dios de Israel, y no se habló más de subir
contra ellos en plan de guerra para asolar la zona donde se habían
instalado los rubenitas y los gaditas.
34 Estos llamaron a aquel altar «Altar del Testimonio», explicando:
—Nos servirá de testimonio de que el Señor es Dios.

Despedida de Josué

23 Habían pasado muchos años desde que el Señor puso fin a las
2 hostilidades de Israel con sus enemigos fronterizos. Josué era ya
de edad avanzada, y convocó a todo Israel, a los ancianos, cabezas
de familias, jueces y alguaciles, y les dijo:
3 —Yo ya soy viejo, de edad avanzada. Vosotros habéis visto cómo
ha tratado el Señor, vuestro Dios, a todos esos pueblos ante vosotros; el Señor, vuestro Dios, es quien peleó contra ellos.
4 »Mirad: he sorteado como heredad para vuestras tribus a todos
esos pueblos que quedan (aparte de los que aniquilé), desde el
5 Jordán hasta el Mediterráneo, en Occidente. El Señor, vuestro Dios,
os los quitará de delante y los desposeerá para que poseáis sus tierras, como os prometió el Señor, vuestro Dios.

6 »Animaos mucho a poner por obra todo lo prescrito en el libro
7 de la Ley de Moisés, a no desviaros a derecha ni a izquierda, a no
mezclaros con esos pueblos que quedan entre vosotros.
»No invoquéis a sus dioses, ni juréis por ellos, ni les deis culto,
8 ni os postréis ante ellos; al contrario, seguid unidos a vuestro Dios,
como habéis hecho hasta hoy.
9 »Así os ha quitado de delante pueblos grandes y fuertes, sin que
10 nadie os haya resistido hasta hoy. Uno solo de vosotros puede per-
seguir a mil, porque el Señor, vuestro Dios, lucha por vosotros,
como os ha prometido.
11-2 »Poned toda el alma en amar al Señor, vuestro Dios; pero si
apostatáis y os unís a esos pueblos que quedan entre vosotros y
emparentáis con ellos, si os mezcláis con ellos y ellos con vosotros,
13 estad seguros de que el Señor, vuestro Dios, no os los volverá a
quitar de delante; os serán lazo y trampa, látigo en el costado y
espinas en los ojos, hasta que desaparezcáis de esa tierra magnífica
que os ha dado el Señor, vuestro Dios.
14 »Yo emprendo hoy el viaje de todos. Reconoced de todo corazón
y con toda el alma que no ha dejado de cumplirse una sola de todas
las promesas que os hizo el Señor, vuestro Dios. Todas se han cum-
15 plido, ni una sola ha dejado de cumplirse. Pues lo mismo que han
venido sobre vosotros todas las bendiciones que os anunció el Se-
ñor, vuestro Dios, lo mismo enviará el Señor contra vosotros todas
las maldiciones, hasta exterminaros de esta tierra magnífica que os
ha dado el Señor, vuestro Dios.
16 »Si quebrantáis el pacto que el Señor, vuestro Dios, os dio, y
vais tras otros dioses rindiéndoles adoración, el Señor se encoleriza-
rá contra vosotros, y pereceréis inmediatamente en la tierra magní-
fica que os ha dado».

Renovación de la alianza

24 Josué reunió a las tribus de Israel en Siquén. Convocó a los an-
cianos de Israel, a los cabezas de familia, jueces y alguaciles, y se
2 presentaron ante el Señor. Josué habló al pueblo:
—Así dice el Señor, Dios de Israel: «Al otro lado del río Eufra-
tes vivieron antaño vuestros padres, Téraj, padre de Abrahán y de
3 Najor, sirviendo a otros dioses. Tomé a Abrahán, vuestro padre,
del otro lado del río, lo conduje por todo el país de Canaán y mul-
4 tipliqué su descendencia dándole a Isaac. A Isaac le di Jacob y
Esaú. A Esaú le di en propiedad la montaña de Seír, mientras que
Jacob y sus hijos bajaron a Egipto.
5 »Envié a Moisés y a Aarón para castigar a Egipto con los por-
6 tentos que hice, y después os saqué de allí. Saqué de Egipto a
vuestros padres, y llegasteis al mar. Los egipcios persiguieron a
7 vuestros padres con caballería y carros hasta el Mar Rojo; pero gri-
taron al Señor, y él puso una nube oscura entre vosotros y los egip-
cios; después desplomó sobre ellos el mar, anegándolos. Vuestros
ojos vieron lo que hice en Egipto. Después vivisteis en el desierto
8 muchos años. Os llevé al país de los amorreos, que vivían en Trans-
jordania; os atacaron y os los entregué.

9 »Entonces Balac, hijo de Sipor, rey de Moab, atacó a Israel;
10 mandó llamar a Balaán, hijo de Beor, para que os maldijera; pero
yo no quise oír a Balaán, que no tuvo más remedio que bendeciros,
y os libré de sus manos.
11 »Pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó. Los jefes de Jericó os
atacaron: los amorreos, fereceos, cananeos, hititas, guirgaseos, he-
12 veos y jebuseos, pero yo os los entregué; sembré el pánico ante vos-
otros, y expulsasteis a los dos reyes amorreos no con tu espada ni
13 con tu arco; y os di una tierra por la que no habíais sudado, ciu-
dades que no habíais construido y en las que ahora vivís, viñedos
y olivares que no habíais plantado y de los que ahora coméis».
14 Pues bien, temed al Señor, servidle con toda sinceridad; quitad
de en medio los dioses a los que sirvieron vuestros padres al otro
15 lado del río y en Egipto, y servid al Señor. Si os resulta duro servir
al Señor, elegid hoy a quién queréis servir: a los dioses que sirvie-
ron vuestros padres al otro lado del río o a los dioses de los amo-
rreos en cuyo país habitáis, que yo y mi casa serviremos al Señor.
16 El pueblo respondió:
—¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para ir a servir a otros
17 dioses! Porque el Señor, nuestro Dios, es quien nos sacó a nosotros
y a nuestros padres de la esclavitud de Egipto, quien hizo ante
nuestros ojos aquellos grandes prodigios, nos guardó en todo nues-
18 tro peregrinar y entre todos los pueblos que atravesamos. El Señor
expulsó ante nosotros a los pueblos amorreos que habitaban el país.
También nosotros serviremos al Señor: ¡es nuestro Dios!
19 Josué dijo al pueblo:
—No podréis servir al Señor, porque es un Dios santo, un Dios
20 celoso. No perdonará vuestros delitos ni vuestros pecados. Si aban-
donáis al Señor y servís a dioses extranjeros, se volverá contra vos-
otros, y después de haberos tratado bien, os maltratará y os ani-
quilará.
21 El pueblo respondió:
—¡No! Serviremos al Señor.
22 Josué insistió:
—Sois testigos contra vosotros mismos de que habéis elegido
servir al Señor.
Respondieron:
—¡Somos testigos!
23 —Pues bien, quitad de en medio los dioses extranjeros que con-
serváis y poneos de parte del Señor, Dios de Israel.
24 El pueblo respondió:
—Serviremos al Señor, nuestro Dios, y le obedeceremos.
25 Aquel día Josué selló el pacto con el pueblo y les dio leyes y
26 mandatos en Siquén. Escribió las cláusulas en el libro de la Ley de
Dios, cogió una gran piedra y la erigió allí, bajo la encina del san-
27 tuario del Señor, y dijo a todo el pueblo:
—Mirad esta piedra, que será testigo contra nosotros, porque ha
oído todo lo que el Señor nos ha dicho. Será testigo contra vosotros
para que no podáis renegar de vuestro Dios.
28 Luego despidió al pueblo, cada cual a su heredad.

Muerte de Josué

29 Algún tiempo después murió Josué, hijo de Nun, siervo del Se-
30 ñor, a la edad de ciento diez años. Lo enterraron en el término de
su heredad, en Timná Séraj, en la serranía de Efraín, al norte del
monte Gaas.
31 Israel sirvió al Señor mientras vivió Josué y los ancianos que lo
sobrevivieron y que habían visto las hazañas del Señor en favor de
Israel.
32 Los huesos de José, traídos por los israelitas de Egipto, los en-
terraron en Siquén, en el campo que había comprado Jacob a los
hijos de Jamor, padre de Siquén, por cien pesos, y que pertenecía
a los hijos de José.
33 También murió Eleazar, hijo de Aarón. Lo enterraron en Loma,
población de su hijo Fineés, que la había recibido en propiedad en
la serranía de Efraín.

JUECES

INTRODUCCION

Institución y carisma

El título del libro es antiguo, aunque no original (no acostumbraban los antiguos a poner título a sus obras como nosotros). Mientras el libro de Josué está ocupado por un protagonista, que le da su nombre, este otro está repartido entre muchos protagonistas sucesivos, que quedan asumidos bajo un título común. Juez es título de oficio, algo institucional y vitalicio, bastante definido y homogéneo. En cambio, al leer el libro nos encontramos con jefes militares, una profetisa, un extraño nazareo (o soldado consagrado), un usurpador, varios jefes pacíficos mal definidos.

Podríamos reunir en un grupo a los personajes que intervienen militarmente contra la opresión o la agresión extranjera; en tal caso los habremos de separar del resto, registrado en forma de lista en 10,1-5 y 12,8-15: Tolá, Yaír, Ibsán, Elón, Abdón. De éstos no se cuentan maravillosas hazañas, no han merecido cantos épicos; solamente se consigna que sucedieron en el cargo de «jueces», lo ejercieron vitaliciamente durante veintitrés, veintidós, siete, diez, ocho años, murieron y fueron sepultados en su tierra. Estos personajes aparecen en una lista de fórmulas repetidas, con todas las apariencias de lista oficial, conservada quizá en los archivos de la administración judicial.

¿Y qué tienen que ver con éstos los grandes jefes salvadores? Estos no se suceden continuamente, sino que surgen cuando el espíritu del Señor los arrebata; no dirimen litigios, sino vencen al enemigo en campaña abierta o con estratagemas; rehúsan un cargo vitalicio, como Gedeón (8,22-23), o mueren relativamente jóvenes, como Sansón. Se suelen llamar éstos «jueces mayores», y los funcionarios, «jueces menores». El sociólogo Max Weber llamó a los mayores «jefes carismáticos», con una fórmula que ha hecho fortuna, porque opone la institución al carisma.

¿Cómo se explica la unificación de este material heterogéneo? Podemos imaginarnos así el trabajo del autor que compuso el libro definitivo (sin bajar a muchos detalles). Quiso llenar el espacio de vacío histórico que discurre en el suelo de Canaán antes de la monarquía, de manera que aparezca una continuidad. Para ello echa mano del material antiguo a su disposición: por una parte, «cantares de gesta» típicos de una edad heroica, transmitidos oralmente y recogidos en colecciones menores; por otra, una lista de funcionarios centrales, que representan una verdadera institución. Con estos materiales heterogéneos construye una historia seguida, una cronología sin huecos. Realiza un trabajo de unificación, superpuesto al material preexistente.

El libro logra presentar una continuidad de salvación. Esa continuidad se desenvuelve en una alternancia irregular de momentos espectaculares y tiempos cotidianos. Todo el material está proyectado sobre la totalidad de Israel, sean los jueces institucionales (hecho probablemente histórico), sean los liberadores locales o los de la confederación.

Composición

En una primera operación tenemos que dividir el libro en una sección inicial que se refiere todavía a la conquista (1,1-2,10), un cuerpo que comprende los

jueces y salvadores (2,11-16,31), un par de episodios tribales «antes de la monarquía» (17-21). En el libro de los Jueces, como en pocos del Antiguo Testamento, se puede apreciar la existencia de materiales antiguos y la elaboración artificiosa en un conjunto unificado. El material antiguo se remonta por etapas orales hasta poco después de los hechos; la composición final parece caer en tiempo del destierro.

Campañas de las tribus
(Jos 10)

1 Después que murió Josué, los israelitas consultaron al Señor:
—¿Quién de nosotros subirá el primero a luchar contra los cananeos?
2 El Señor respondió:
—Judá, que ya le he entregado el país.
3 Entonces Judá dijo a su hermano Simeón:
—Ven conmigo a la región que me ha tocado en suerte; lucharemos contra los cananeos, y después iré yo contigo a la tuya.
4 Simeón fue con él. Judá subió, y el Señor le entregó los cana-
5 neos y los fereceos: mataron a diez mil hombres en Bézec. Encontraron a Adonisedec, lucharon con él y derrotaron a cananeos y
6 fereceos. Adonisedec logró escapar, pero lo persiguieron, lo apresaron y le cortaron los pulgares de manos y pies.
7 Adonisedec comentó:
—Setenta reyes, amputados los pulgares de manos y pies, recogían las migajas que caían de mi mesa. Dios me paga mi merecido.
Lo llevaron a Jerusalén y allí murió.
8 La tribu de Judá asedió Jerusalén; la conquistaron, pasaron a
9 cuchillo a sus habitantes y prendieron fuego a la ciudad. Después bajaron a luchar contra los cananeos de la montaña, del Negueb y de la Sefela.
10 Judá [a] marchó contra los cananeos de Hebrón (llamada antigua-
11 mente Villa Arbá), y derrotó a Sesay, Ajimán y Talmay. Desde allí marchó contra los de Debir (llamada antiguamente Villa del Escri-
12 bano), y prometió:
—Al que tome al asalto Villa del Escribano, le doy por esposa a mi hija Axá.
13 Otoniel, hijo de Quenaz, pariente de Caleb (más joven que él), tomó la ciudad, y Caleb le dio por esposa a su hija Axá.
14 Cuando ella llegó, Otoniel la instigó a pedirle un terreno a su padre; ella se bajó del burro, y Caleb le preguntó:
—¿Qué te pasa?
15 Contestó:
—Hazme un regalo. La tierra que me has dado es de secano, dame alguna alberca.
Caleb le dio la alberca de arriba y la de abajo.
16 La familia de Jobab, el quenita, suegro de Moisés, subió desde la ciudad de Las Palmas, junto con los de Judá, hasta el desierto de Arad, y se establecieron entre los amalecitas.

a o Caleb.

17 Judá fue con su hermano Simeón y derrotó a los cananeos de
18 Safat; exterminaron la población y la llamaron Exterminio. Pero no pudo apoderarse de Gaza y su término, ni de Ascalón y su término,
19 ni de Ecrón y su término; no logró expulsar a los habitantes del valle, porque tenían carros de hierro, pero el Señor estaba con Judá, y conquistó la montaña.
20 A Caleb, como dejó encargado Moisés, le asignaron Hebrón, y
21 expulsó de allí a los tres hijos de Enac. Pero la tribu de Judá no pudo expulsar a los jebuseos que habitaban Jerusalén; por eso han seguido viviendo hasta hoy en Jerusalén, en medio de Judá.
22 Por su parte, la casa de José subió hacia Betel —el Señor estaba
23 con ellos— e hicieron un reconocimiento en las cercanías de Betel
24 (llamada antiguamente Almendral); los centinelas vieron a un hombre que salía de la ciudad y le dijeron:
—Enséñanos por dónde se entra en la ciudad, y te perdonamos la vida.
25 El hombre les enseñó por dónde entrar en la ciudad, y la pasaron a cuchillo, excepto a aquel hombre y a su familia, a los que dejaron
26 ir libres; el hombre emigró al país de los hititas y fundó una ciudad: la llamó Almendral, nombre que conserva hasta hoy.
27 En cambio, Manasés no logró expulsar a los vecinos del municipio de Beisán, ni a los del municipio de Taanac, ni a los del municipio de Dor, ni a los del municipio de Yiblán, ni a los del municipio de Meguido. Los cananeos siguieron en aquella región.
28 Sin embargo, cuando Israel se impuso, no llegó a expulsarlos, pero los sometió a trabajos forzados.
29 Tampoco Efraín logró expulsar a los cananeos de Guézer. Los cananeos siguieron en Guézer, en medio de los efraimitas.
30 Tampoco Zabulón logró expulsar a los de Quitrón ni a los de Abrevadero. Los cananeos siguieron viviendo en medio de Zabulón, aunque sometidos a trabajos forzados.
31 Tampoco Aser logró expulsar a los de Aco, ni a los de Sidón, ni a los de Majaleb, ni a los de Aczib, ni a los de El Cerco, ni a los
32 de Plaza; se instaló en medio de los cananeos que habitaban el país, porque no pudo expulsarlos.
33 Tampoco Neftalí logró expulsar a los de Casalsol ni a los de Casa Anat; se instaló en medio de los cananeos que habitaban el país, pero a los vecinos de Casalsol y de Casa Anat los sometió a trabajos forzados.
34 Los amorreos presionaron sobre los de Dan hacia la montaña, sin dejarlos bajar al valle; así pudieron los amorreos seguir en Monte-
35 sol, Cervera y Saalbín. Pero la casa de José los tuvo en un puño, sometiéndolos a trabajos forzados.
36 Las fronteras del territorio edomita iban desde la Cuesta de los Alacranes hasta La Peña, y seguían más arriba.

Liturgia penitencial

2 El ángel del Señor subió de Guilgal a Betel y dijo:
—Yo os saqué de Egipto y os traje al país que prometí con juramento a vuestros padres: «Jamás quebrantaré mi pacto con vos-

2 otros, a condición de que vosotros no pactéis con la gente de este
país y de que destruyáis sus altares». Pero no me habéis obedecido.
3 ¿Qué es lo que habéis hecho? Por eso os digo: «No los expulsaré
ante vosotros, serán enemigos vuestros, sus dioses serán vuestra
tentación».
4 Cuando el ángel del Señor terminó de hablar contra los israelitas,
5 el pueblo se echó a llorar a gritos —por eso llamaron a aquel sitio
El Llanto—. Luego ofrecieron sacrificios al Señor.
6 Josué despidió al pueblo y los israelitas marcharon cada cual a
tomar posesión de su territorio.
7 Mientras vivió Josué y los ancianos que le sobrevivieron y que
habían visto las hazañas del Señor a favor de Israel, los israelitas
8 sirvieron al Señor. Pero murió Josué, hijo de Nun, siervo del Señor,
9 a la edad de ciento diez años y lo enterraron en el término de su
heredad, en Timná Séraj, en la serranía de Efraín, al norte del
10 monte Gaas. Toda aquella generación fue también a reunirse con
sus padres, y le siguió otra generación que no conocía al Señor ni
lo que había hecho por Israel.

GRAN INTRODUCCION

11 Los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba: dieron culto a
12 los ídolos, abandonaron al Señor, Dios de sus padres, que los había
sacado de Egipto, y se fueron tras otros dioses, dioses de las na-
13 ciones vecinas, y los adoraron, irritando al Señor. Abandonaron al
Señor y dieron culto a Baal y a Astarté.
14 El Señor se encolerizó contra Israel: los entregó a bandas de sa-
queadores, que los saqueaban; los vendió a los enemigos de alrede-
15 dor, y los israelitas no podían resistirles. En todo lo que emprendían,
la mano del Señor se les ponía en contra, exactamente como él les
había dicho y jurado, llegando así a una situación desesperada.
16 Entonces el Señor hacía surgir jueces, que los libraban de las
17 bandas de salteadores; pero ni a los jueces hacían caso, sino que se
prostituían con otros dioses, dándoles culto, desviándose muy pron-
to de la senda por donde habían caminado sus padres, obedientes
al Señor. No hacían como ellos.
18 Cuando el Señor hacía surgir jueces, el Señor estaba con el juez,
y mientras vivía el juez, los salvaba de sus enemigos, porque le daba
19 lástima oírlos gemir bajo la tiranía de sus opresores. Pero en cuanto
moría el juez, recaían y se portaban peor que sus padres, yendo tras
otros dioses, rindiéndoles adoración; no se apartaban de sus mal-
dades ni de su conducta obstinada.
20 El Señor se encolerizó contra Israel y dijo:
—Ya que este pueblo ha violado mi pacto, el que yo estipulé
21 con sus padres, y no han querido obedecerme, tampoco yo seguiré
quitándoles de delante a ninguna de las naciones que Josué dejó al
22 morir; tentaré con ellas a Israel, a ver si siguen o no el camino del
Señor, a ver si caminan por él como sus padres.
23 Por eso dejó el Señor aquellas naciones, sin expulsarlas en se-
guida, y no se las entregó a Josué.

3 Lista de las naciones que dejó el Señor para tentar a los israeli-
2 tas que no habían conocido las guerras de Canaán (sólo para ense-
ñar la estrategia militar a las nuevas generaciones de los israelitas
3 sin experiencia de la guerra): los cinco principados filisteos, todos
los cananeos, fenicios e hititas que habitan el Líbano, desde la cor-
4 dillera de Baal Hermón hasta el Paso de Jamat. Estas naciones sir-
vieron para tentar a Israel, a ver si obedecía las órdenes del Señor,
promulgadas a sus padres por medio de Moisés.
5 Así, pues, los israelitas vivieron en medio de cananeos, hititas,
6 amorreos, fereceos, heveos y jebuseos. Tomaron sus hijas por espo-
sas, les entregaron las suyas en matrimonio y dieron culto a sus
dioses.

Otoniel

7 Los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba: se olvidaron del
8 Señor, su Dios, y dieron culto a Baal y Astarté. Entonces el Señor
se encolerizó contra Israel y los vendió a Cusán Risatain, rey de la
Siria Entrerríos. Los israelitas le estuvieron sometidos ocho años.
9 Pero gritaron al Señor, y el Señor hizo surgir un salvador que
los salvara: Otoniel, hijo de Quenaz, pariente de Caleb, más joven
10 que él. Vino sobre él el espíritu del Señor, gobernó a Israel y salió
a luchar; el Señor puso en sus manos a Cusán Risatain, rey de la
11 Siria Entrerríos, y Otoniel se le impuso. El país estuvo en paz
cuarenta años. Y murió Otoniel, hijo de Quenaz.

Ehud

12 Los israelitas volvieron a hacer lo que el Señor reprueba. Enton-
ces el Señor fortaleció contra Israel a Eglón, rey de Moab, porque
hacían lo que el Señor reprueba.
13 Eglón se alió con los amonitas y amalecitas, y fue y derrotó a
14 Israel, conquistando la ciudad de Las Palmas. Los israelitas estu-
15 vieron dieciocho años sometidos a Eglón, rey de Moab. Pero grita-
ron al Señor, y el Señor hizo surgir un salvador: Ehud, hijo de
Guerá, benjaminita, impedido de la mano derecha; por su mano
enviaron los israelitas el tributo a Eglón, rey de Moab.
16 Ehud se había hecho un puñal con hoja de doble filo, de un pal-
mo de largo, y se lo ciñó bajo el manto, junto al muslo derecho.
17 Presentó el tributo a Eglón, rey de Moab, que era gordísimo,
18 y al acabar de presentar el tributo se marchó con el séquito que lo
19 había llevado. Pero él se volvió desde Los Idolos, que está junto a
Guilgal, y le dijo a Eglón:
—¡Majestad! Tengo que comunicaros un mensaje secreto.
Eglón ordenó:
—¡Silencio!
Y salieron de su presencia todos los cortesanos.
20 Entonces Ehud se acercó al rey, que estaba sentado en su galería
privada de verano, y le dijo:
—Tengo que comunicaros un oráculo divino.
21 Eglón se incorporó en el trono, y Ehud echó la mano izquierda

al puñal, junto al muslo derecho, lo agarró y se lo metió a Eglón
22 en la barriga: el mango entró tras la hoja y la grasa se cerró sobre
23 ella, porque Ehud no sacó el puñal del vientre. Luego escapó por
la puerta trasera, salió al pórtico y dejó bien trancadas las puertas
24 de la galería. Mientras él salía, los criados entraban; miran, y se
encuentran trancadas las puertas de la galería. Comentaron:
—Seguro que está haciendo sus necesidades en la habitación de
verano.
25 Esperaron un rato, hasta el aburrimiento; pero como nadie abría
las puertas de la galería, cogieron la llave, abrieron y miraron: su
26 señor yacía en el suelo, muerto. Mientras ellos habían estado espe-
rando, Ehud pudo escapar hasta Los Idolos y se refugió en Seír.
27 En cuanto llegó, tocó a rebato en la serranía de Efraín. Los is-
28 raelitas bajaron de los montes, con él al frente. Ehud los arengó:
—¡Seguidme!, que el Señor ha puesto en vuestro poder a Moab,
vuestro enemigo.
Bajaron tras él y ocuparon los vados del Jordán, cortando el paso
29 a Moab; no dejaron pasar ni a uno. En aquella ocasión derrotaron
a unos diez mil moabitas, todos gente de armas; no escapó ni uno.
30 Aquel día Moab quedó sujeto bajo la mano de Israel. Y el país
estuvo en paz ochenta años.

Sangar

31 A Ehud le sucedió Sangar, hijo de Anat. Con una aguijada de
bueyes mató a trescientos filisteos, y así también él salvó a Israel.

Débora y Barac

4 Después que murió Ehud, los israelitas volvieron a hacer lo que
2 el Señor reprueba, y el Señor los vendió a Yabín, rey cananeo que
reinaba en Jasor; el general de su ejército era Sísara, con residencia
en Jaróset de los Pueblos.
3 Los israelitas gritaron al Señor, porque Sísara tenía novecientos
carros de hierro y llevaba ya veinte años tiranizándolos.
4 Débora, profetisa, casada con Lapidot, gobernaba por entonces a
5 Israel. Tenía su tribunal bajo la Palmera de Débora, entre Ramá
y Betel, en la serranía de Efraín, y los israelitas acudían a ella para
que decidiera sus asuntos.
6 Débora mandó llamar a Barac, hijo de Abinoán, de Cades de
Neftalí, y le dijo:
—Por orden del Señor, Dios de Israel, ve a alistar gente y reúne
7 en el Tabor diez mil hombres de Neftalí y Zabulón; que a Sísara,
general del ejército de Yabín, yo te lo llevaré junto al torrente
Quisón, con sus carros y sus tropas, y te lo entregaré.
8 Barac replicó:
—Si vienes conmigo, voy; si no vienes conmigo, no voy.
9 Débora contestó:
—Bien. Iré contigo. Ahora que no será tuya la gloria de esta
campaña que vas a emprender, porque a Sísara lo pondrá el Señor
en manos de una mujer.

Luego se puso en camino para reunirse con Barac, en Cades.
10 Barac movilizó en Cades a Zabulón y Neftalí; diez mil hombres lo
siguieron, y también Débora subió con él.
11 (Jéber, el quenita, se había separado de su tribu, de los descen-
dientes de Jobab, suegro de Moisés, y había acampado junto a la
encina de Sananín, cerca de Cades).
12 En cuanto avisaron a Sísara que Barac, hijo de Abinoán, había
13 subido al Tabor, movilizó sus carros —novecientos carros de hie-
rro— y toda su infantería, y avanzó desde Jaróset hasta el torrente
Quisón.
14 Débora dijo a Barac:
—¡Vamos! Que hoy mismo pone el Señor a Sísara en tus manos.
¡El Señor marcha delante de ti!
15 Barac bajó del Tabor, y tras él sus diez mil hombres. Y el Señor
desbarató a Sísara, a todos sus carros y todo su ejército ante Barac,
tanto que Sísara tuvo que saltar de su carro de guerra y huir a pie.
16 Barac fue persiguiendo al ejército y los carros hasta Jaróset de
los Pueblos. Todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, no
quedó ni uno.
17 Mientras tanto, Sísara había huido a pie hacia la tienda de Yael,
esposa de Jéber, el quenita, porque había buenas relaciones entre
Yabín, rey de Jasor, y la familia de Jéber, el quenita.
18 Yael salió a su encuentro y lo invitó:
—Pasa, señor; pasa, no temas.
19 Sísara pasó a la tienda, y Yael lo tapó con una manta. Sísara le
pidió:
—Por favor, dame un poco de agua, que me muero de sed.
20 Ella abrió el odre de la leche, le dio a beber y lo tapó. Sísara le
dijo:
—Ponte a la entrada de la tienda, y si viene alguno y te pregun-
ta si hay aquí alguien, le dices que nadie.
21 Pero Yael, esposa de Jéber, agarró un clavo de la tienda, cogió
un martillo en la mano, se le acercó de puntillas y le hundió el
clavo en la sien, atravesándolo hasta la tierra. Sísara, que dormía
rendido, murió.
22 Barac, por su parte, iba en persecución de Sísara. Yael le salió
al encuentro y le dijo:
—Ven, te voy a enseñar al hombre que buscas.
Barac entró en la tienda: Sísara yacía cadáver, con el clavo en
la sien.
23 Dios derrotó aquel día a Yabín, rey cananeo, ante los israelitas.
24 Y éstos se fueron haciendo cada vez más fuertes frente a Yabín,
rey cananeo, hasta que lograron aniquilarlo.

Canto de victoria

5 Aquel día Débora y Barac, hijo de Abinoán, cantaron [a]:
2 «Porque cuelgan las melenas en Israel,
por los voluntarios del pueblo,
¡bendecid al Señor!

a La traducción es dudosa en varios versos.

3 Oíd, reyes; príncipes, escuchad:
que voy a cantar, a cantar al Señor,
y a tocar para el Señor, Dios de Israel.
4 Señor, cuando salías de Seír
avanzando desde los campos de Edom,
la tierra temblaba, los cielos destilaban,
agua destilaban las nubes,
5 los montes se agitaban
ante el Señor, el de Sinaí;
ante el Señor, Dios de Israel.
6 En tiempo de Sangar, hijo de Anat,
en tiempo de Yael, los caminos no se usaban,
las caravanas andaban por sendas tortuosas;
7 ya no había aldeanos, no los había en Israel,
hasta que te pusiste en pie, Débora;
te pusiste en pie, madre de Israel.
8 Se había escogido dioses nuevos:
ya la guerra llegaba a las puertas;
ni un escudo ni una lanza se veían
entre cuarenta mil israelitas.
9 ¡Mi corazón por los capitanes de Israel,
por los voluntarios del pueblo!
¡Bendecid al Señor!
10 Los que cabalgáis borricas pardas,
sentados sobre albardas, de camino, atended:
11 tocando timbales y tambores
celebrad las victorias del Señor,
las victorias de los aldeanos de Israel,
cuando el pueblo del Señor acudió a las puertas.
12 ¡Despierta, despierta, Débora!
¡Despierta, despierta, entona un canto!
¡En pie, Barac! ¡Toma tus cautivos, hijo de Abinoán!
13 Superviviente, somete a los poderosos;
pueblo del Señor, somételе a los guerreros.
14 De Efraín, que arraiga en Amalec,
siguiéndote Benjamín con sus familias;
de Maquir bajaron los capitanes;
de Zabulón los que empuñan el bastón de mando;
15 los príncipes de Isacar con Débora;
Isacar también con Barac;
los infantes destacados al valle.
Rubén entre las acequias decide cosas grandes.
16 —¿Qué haces sentado en los apriscos,
escuchando la flauta de los pastores?
¡Rubén entre las acequias decide cosas grandes!
17 Galaad se ha quedado al otro lado del Jordán,
Dan sigue con sus barcos;
Aser se ha quedado a la orilla del mar
y sigue en sus ensenadas.
18 Zabulón es un pueblo que despreció la vida,
como Neftalí en sus campos elevados.
19 Llegaron los reyes al combate,

combatieron los reyes de Canaán:
en Taanac, junto a las aguas de Meguido,
no ganaron ni una pieza de plata.
20 Desde el cielo combatieron las estrellas,
desde sus órbitas combatieron contra Sísara.
21 El torrente Quisón los arrolló,
el torrente Quisón les hizo frente,
el torrente pisoteó a los valientes.
22 Martilleaban los cascos de los caballos
al galope, al galope de los bridones.
23 Maldecid a Meroz; maldecidla,
dice el mensajero del Señor;
maldecid a sus habitantes,
porque no vinieron en auxilio del Señor,
en auxilio del Señor con sus tropas.
24 ¡Bendita entre las mujeres Yael,
mujer de Jéber, el quenita,
bendita entre las que habitan en tiendas!
25 Agua le pidió, y le dio leche;
en taza de príncipes le ofreció nata.
26 Con la izquierda agarró el clavo,
con la derecha el martillo del obrero,
golpeó a Sísara, machacándole el cráneo,
lo destrozó atravesándole las sienes.
27 Se encorvó entre sus pies, cayó acostado;
se encorvó entre sus pies, cayó;
encorvado, allí mismo cayó deshecho.
28 Desde la ventana, asomada, grita
la madre de Sísara por la celosía:
—¿Por qué tarda en llegar su carro,
por qué se retrasan los pasos de su tiro?
29 La más sabia de sus damas le responde,
y ella se repite las palabras:
30 —Están cogiendo y repartiendo el botín,
una muchacha o dos para cada soldado,
paños de colores para Sísara,
bordados y recamados para el cuello de las cautivas.
31 ¡Perezcan así, Señor, tus enemigos!
¡Tus amigos sean fuertes como el sol al salir!».
Y el país estuvo en paz cuarenta años.

Gedeón

6 Los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba, y el Señor los
2 entregó a Madián por siete años. El régimen de Madián fue tiránico.
Para librarse de él, los israelitas tuvieron que valerse de las cuevas
de los montes, las cavernas y los refugios.
3 Cuando los israelitas sembraban, los madianitas, los amalecitas y
4 los orientales venían a hostigarlos; acampaban frente a ellos y des-
truían todos los sembrados, hasta la entrada de Gaza. No dejaban
5 nada con vida en Israel, ni oveja, ni buey, ni asno; porque venían
con sus rebaños y sus tiendas, numerosos como langostas, hombres

6 y camellos sin número, e invadían la comarca, asolándola. Con esto
Israel iba empobreciéndose por culpa de Madián.
7 Entonces los israelitas gritaron al Señor. Y cuando los israelitas
8 gritaron al Señor por causa de Madián, el Señor les envió un profeta a decirles:
—Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto,
9 os saqué de la esclavitud, os libré de los egipcios y de todos vuestros opresores, los expulsé ante vosotros para entregaros sus tie-
10 rras, y os dije: «Yo soy el Señor, Dios vuestro; no adoréis a los
dioses de los amorreos, en cuyo país vais a vivir». Pero no me habéis obedecido.
11 El ángel del Señor vino y se sentó bajo la encina de Ofrá, propiedad de Joás, de Abiezer, mientras su hijo, Gedeón, estaba trillando trigo a látigo en el lagar, para esconderse de los madianitas.
12 El ángel del Señor se le apareció y le dijo:
—El Señor está contigo, valiente.
13 Gedeón respondió:
—Perdón; si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha venido encima todo esto? ¿Dónde han quedado aquellos prodigios que nos contaban nuestros padres: «De Egipto nos sacó el Señor...»? La verdad es que ahora el Señor nos ha desamparado y nos ha entregado a los madianitas.
14 El Señor se volvió a él y le dijo:
—Vete, y con tus propias fuerzas salva a Israel de los madianitas. Yo te envío.
15 Gedeón replicó:
—Perdón, ¿cómo puedo yo librar a Israel? Precisamente mi familia es la menor de Manasés, y yo soy el más pequeño en la casa de mi padre.
16 El Señor contestó:
—Yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre.
17 Gedeón insistió:
—Si he alcanzado tu favor, dame una señal de que eres tú quien
18 habla conmigo. No te vayas de aquí hasta que yo vuelva con una
ofrenda y te la presente.
El Señor dijo:
—Aquí me quedaré hasta que vuelvas.
19 Gedeón marchó a preparar un cabrito y unos panes ázimos con media fanega de harina; colocó luego la carne en la cesta y echó el caldo en el puchero; se lo llevó al Señor y se lo ofreció bajo la encina.
20 El ángel del Señor le dijo:
—Coge la carne y los panes ázimos, colócalos sobre esta roca y derrama el caldo.
21 Así lo hizo. Entonces el ángel del Señor alargó la punta del cayado que llevaba, tocó la carne y los panes, y se levantó de la roca una llamarada que los consumió. Y el ángel del Señor desapareció.
22 Cuando Gedeón vio que se trataba del ángel del Señor, exclamó:
—¡Ay Dios mío, que he visto al ángel del Señor cara a cara!
23 Pero el Señor le dijo:
—¡Paz, no temas, no morirás!

24 Entonces Gedeón levantó allí un altar al Señor y le puso el nombre de «Señor de la Paz»; altar que aún existe en Ofra de Abiezer.
25 Aquella noche habló el Señor a Gedeón:
—Coge el buey de siete años que tiene tu padre, derriba el altar de tu padre dedicado a Baal y corta el árbol sagrado que está jun-
26 to a él; levanta luego un altar al Señor, tu Dios, en la cima del barranco, con las piedras bien puestas; coge el buey y ofrécelo en sacrificio aprovechando la leña del árbol ya cortado.
27 Gedeón escogió a diez de sus criados e hizo lo que le había mandado el Señor; pero no atreviéndose a hacerlo de día por miedo a sus familiares y a la gente del pueblo, lo hizo por la noche.
28 Cuando los vecinos se levantaron temprano, se encontraron derruido el altar de Baal, cortado el árbol sagrado junto a él y sacri-
29 ficado el buey sobre el altar recién construido. Se preguntaban:
—¿Quién habrá sido?
Indagaron, averiguaron y llegaron a la conclusión:
—Ha sido Gedeón, hijo de Joás.
30 Entonces le dijeron a Joás:
—Sácanos a tu hijo, que muera; porque ha derribado el altar de Baal y cortado el árbol sagrado que había junto a él.
31 Joás respondió a todos los que le amenazaban:
—¿Qué tenéis vosotros que defender a Baal? ¡Como si vosotros fuerais a salvarlo! El que lo defienda, muera antes de que salga el sol. Si Baal es dios, que se defienda a sí mismo, ya que han derribado su altar.
32 Por eso aquel día pusieron a Gedeón el apodo de Yerubaal [a], comentando:
—¡Que Baal se defienda a sí mismo, ya que han derribado su altar!
33 Los madianitas, los amalecitas y los orientales se aliaron, cruzaron el río y acamparon en la llanura de Yezrael.
34 El espíritu del Señor se apoderó de Gedeón, que tocó a rebato,
35 y Abiezer corrió a unírsele. Envió mensajeros a Manasés, y se le unió; luego a Aser, Zabulón y Neftalí, y también ellos vinieron a unírsele.
36 Gedeón dijo a Dios:
—Si realmente vas a salvar a Israel por mi medio, como asegu-
37 raste, mira, voy a extender en la era esta zalea: si cae el rocío sobre la lana mientras todo el suelo queda seco, me convenceré de que vas a salvar a Israel por mi medio, como aseguraste.
38 Así sucedió. Al día siguiente Gedeón madrugó, retorció la lana,
39 exprimiéndole el rocío, y llenó una cazuela de agua. Entonces Gedeón dijo a Dios:
—No te enfades conmigo si te hago otra propuesta; haré sólo otra vez la prueba con la zalea: que sólo ella quede seca, y, en cambio, caiga rocío sobre el suelo.
40 Así lo hizo Dios aquella noche: sólo la zalea quedó seca, mientras que cayó rocío en todo el suelo.

a = Defienda Baal.

7 Yerubaal, es decir, Gedeón, madrugó con su gente y acampó
junto a Fuentemblor. El campamento de Madián les quedaba al
norte, junto a la colina de Moré, en el valle.
2 El Señor dijo a Gedeón:
—Llevas demasiada gente para que yo os entregue Madián. No
sea que luego Israel se me gloríe diciendo: «Mi mano me ha dado
3 la victoria». Vas a echar este pregón ante la tropa: «El que tenga
miedo o tiemble, que se vuelva».
Se volvieron a casa veintidós mil hombres, y se quedaron
diez mil.
4 El Señor dijo a Gedeón:
—Todavía es demasiada gente. Hazlos bajar a la fuente, y allí te
los seleccionaré. El que yo te diga que puede ir contigo, irá contigo;
pero el que yo te diga que no puede ir contigo, ése, que no vaya.
5 Gedeón mandó bajar a la tropa hacia la fuente, y el Señor le
dijo:
—Los que beban el agua lengüeteando, como los perros, ponlos
a un lado; los que se arrodillen para beber, ponlos al otro lado.
6 Los que bebieron lengüeteando (llevándose el agua a la boca con
la mano) fueron trescientos; los demás se arrodillaron para beber.
7 El Señor dijo entonces a Gedeón:
—Con esos trescientos que han bebido lengüeteando os voy a
salvar, entregando a Madián en vuestro poder. Todos los demás
que se vuelvan a casa.
8 Cogieron, pues, sus provisiones y sus trompetas, y Gedeón des-
pidió a los israelitas, cada uno a su casa, reteniendo consigo a los
trescientos.
9 El campamento de Madián les quedaba abajo, en el valle. Y el Se-
ñor habló a Gedeón aquella noche:
—Levántate, baja contra el campamento enemigo, que yo te lo en-
10 trego. Si no te atreves, baja con tu escudero Furá hasta el campa-
11 mento. Cuando oigas lo que dicen, te sentirás animado a atacarlos.
Gedeón y su escudero Furá bajaron hasta las avanzadas del cam-
12 pamento. Madianitas, amalecitas y orientales estaban tumbados por
el valle, numerosos como langostas; sus camellos eran incontables,
13 como la arena de la playa. Al acercarse Gedeón, casualmente estaba
uno contando un sueño al compañero:
—Mira lo que he soñado: una hogaza de pan de cebada venía
rodando contra el campamento de Madián, llegó a la tienda, la
embistió, cayó sobre ella y la revolvió de arriba abajo.
14 El otro comentó:
—Eso significa la espada del israelita (de Gedeón, hijo de Joás):
Dios ha puesto en sus manos a Madián y todo el campamento.
15 Cuando Gedeón oyó el sueño y su interpretación, se prosternó.
Luego volvió al campamento israelita y ordenó:
—¡Arriba, que el Señor os entrega el campamento de Madián!
16 Dividió a los trescientos hombres en tres cuerpos y entregó a
cada soldado una trompeta, un cántaro vacío y una antorcha en el
17 cántaro. Luego les dio estas instrucciones:
—Fijaos en mí y haced lo mismo que yo. Cuando llegue a las
18 avanzadas del campamento, vosotros haced lo que yo haga. Yo toca-

ré la trompeta, y conmigo los de mi grupo; entonces también vos-
otros tocáis en torno al campamento y gritáis: ¡El Señor y Gedeón!
19 Gedeón llegó con los cien hombres de su grupo a las avanzadas
del campamento, justamente cuando empezaba el relevo de media-
noche; en cuanto se hizo el cambio de guardia, Gedeón tocó la
trompeta y rompió el cántaro que llevaba en la mano.
20 Entonces los tres grupos tocaron las trompetas y rompieron los
cántaros; luego, empuñando en la mano izquierda las antorchas y
las trompetas con la derecha para poder tocar, gritaron:
—¡El Señor y Gedeón!
21 Y se quedaron todos en su sitio alrededor del campamento. Todo
22 el campamento se alborotó, y empezaron a gritar y a huir, mientras
seguían sonando las trompetas. El Señor hizo que se acuchillasen
unos a otros en el campamento y que huyeran hasta Casalacacia,
en dirección a Sartán, hasta las lindes de Prado Bailén, frente a
23 Tabat. Los israelitas de Neftalí, Aser y todo Manasés se unieron en
24 persecución de Madián. Gedeón envió mensajeros que avisaron en
la serranía de Efraín:
—Bajad contra Madián. Ocupadles los vados del Jordán hasta
Casa Bará.
25 Todo Efraín corrió a ocupar los vados hasta Casa Bará, y apre-
saron a dos jefes madianitas, Cuervo y Lobo. A Cuervo lo dego-
llaron en Peñalcuervo, a Lobo en Lagar del Lobo. Siguieron en
persecución de los madianitas y le llevaron a Gedeón, al otro lado
del Jordán, las cabezas de Cuervo y de Lobo.

8 Pero los efraimitas se le quejaron:
—¿Qué es lo que has hecho no llamándonos cuando salías a lu-
char contra Madián?
2 Y se lo reprochaban duramente. El les respondió:
—¿Qué supone mi hazaña comparada con la vuestra? Vale más
3 el rebusco de Efraín que toda la vendimia de Abiezer. A vosotros
os ha entregado el Señor los jefes de Madián, Cuervo y Lobo.
¿Qué he podido yo hacer al lado de esto?
Con esta respuesta se calmó la cólera de los efraimitas contra
Gedeón.
4 Gedeón llegó al Jordán y lo cruzó con sus trescientos hombres,
5 agotados y hambrientos. Y dijo a los vecinos de Cabañas:
—Haced el favor de darme unas cuantas hogazas de pan para la
tropa que marcha conmigo, porque vienen agotados, y voy persi-
guiendo a Zébaj y a Salmuná, reyes madianitas.
6 Las autoridades de Cabañas le respondieron:
—¿Qué, tienes ya en el puño a Zébaj y a Salmuná para que de-
mos de comer a tus soldados?
7 Gedeón contestó:
—Cuando el Señor me entregue a Zébaj y a Salmuná cautivos,
os trillaré las carnes con espinas y cardos del páramo.
8 Desde allí subió a Penuel, y les pidió el mismo favor; pero los
9 de Penuel le respondieron lo mismo que los de Cabañas. Y también
contestó a los de Penuel:
—Cuando vuelva victorioso, derribaré esa torre.
10 Zébaj y Salmuná estaban en Carcor con sus tropas, unos quince

mil hombres. Era todo lo que quedaba de los soldados de los
orientales, pues las bajas habían sido ciento veinte mil.
11 Gedeón subió por la ruta de los beduinos, al este de Nóbaj y
12 Yogbohá, y atacó al enemigo cuando menos lo esperaban, Zébaj y
Salmuná lograron huir, pero Gedeón los persiguió y capturó a los
dos reyes madianitas, Zébaj y Salmuná. El resto del ejército huyó
a la desbandada.
13 Gedeón, hijo de Joás, volvió de la batalla por la Cuesta del Sol.
14 Echó mano a un muchacho de Cabañas, lo sometió a interrogatorio
y el muchacho le dio una lista de las autoridades y concejales de
15 Cabañas, setenta y siete personas. Entonces Gedeón fue a los ve-
cinos de Cabañas y les dijo:
—Aquí tenéis a Zébaj y a Salmuná, por los que os burlasteis de
mí, diciendo: «¿Qué, ya tienes en el puño a Zébaj y a Salmuná
para que demos de comer a tus soldados, que vienen agotados?».
16 Cogió a los concejales de la ciudad y los desolló con espinas y
17 cardos del páramo. Derribó también la torre de Penuel y pasó a
18 cuchillo a la población. Luego preguntó a Zébaj y a Salmuná:
—¿Cómo eran los hombres que matasteis en el Tabor?
Respondieron:
—Parecidos a ti. Tenían aspecto de príncipes.
19 Gedeón exclamó:
—¡Mis hermanos maternos! ¡Vive Dios, que si los hubierais de-
jado vivos, yo no os mataría ahora!
20 Y ordenó a Yéter, su primogénito:
—Anda, mátalos.
Pero el muchacho no desenvainó la espada, porque tenía miedo;
era todavía un muchacho.
21 Entonces Zébaj y Salmuná le pidieron:
—Anda, mátanos tú, que tú eres un valiente.
Gedeón fue y degolló a Zébaj y a Salmuná. Luego recogió las
lunetas de sus camellos.
22 Los israelitas dijeron a Gedeón:
—Tú serás nuestro jefe, y después tu hijo y tu nieto, porque nos
has salvado de los madianitas.
23 Gedeón les respondió:
—Ni yo ni mi hijo seremos vuestro jefe. Vuestro jefe será el
Señor.
24 Y añadió:
—Os voy a pedir una cosa: dadme cada uno un anillo de vuestra
porción del botín (los vencidos llevaban anillos de oro porque eran
ismaelitas).
25 Contestaron:
—Con mucho gusto.
El extendió su manto, y cada uno fue echando un anillo de su
26 porción en el botín. El peso de los anillos de oro que pidió Gedeón
fue diecinueve kilos de oro, sin contar las lunetas, pendientes y los
vestidos de púrpura que llevaban los reyes madianitas, más los co-
27 llares de los camellos. Con todo ello hizo Gedeón un efod, que
colocó en la ciudad de Ofrá. Con él se prostituyó todo Israel: fue
la tentación de Gedeón y su familia.

28 Madián quedó sometido a los israelitas y ya no levantó cabeza.
Con eso el país estuvo en paz cuarenta años, mientras vivió Gedeón.
29-30 Yerubaal, hijo de Joás, se fue a vivir a su casa. Gedeón tuvo se-
31 tenta hijos, pues tenía muchas mujeres. Una concubina que tenía
en Siquén también le dio un hijo, al que puso por nombre Abi-
melec.
32 Gedeón, hijo de Joás, murió en buena vejez, y lo enterraron en
33 la sepultura de su padre, Joás, en Ofrá, de Abiezer. Pero en cuanto
murió, otra vez los israelitas se prostituyeron con los ídolos, eligien-
34 do como dios suyo a Baal del Pacto, sin acordarse del Señor, su
Dios, que los había librado del poder de todos los enemigos de
35 alrededor. Y no se mostraron agradecidos a la familia de Yerubaal-
Gedeón, como merecía por todo lo que hizo por Israel.

Abimelec

9 Abimelec, hijo de Yerubaal, fue a Siquén, a casa de sus tíos ma-
ternos, y les propuso, a ellos y a todos los parientes de su abuelo
materno, lo siguiente:
2 —Decid a los siquemitas: ¿Qué os conviene más, que os gobier-
nen setenta, es decir, todos los hijos de Yerubaal, o que os gobierne
uno solo? Y no olvidéis que yo soy de vuestra sangre.
3 Sus tíos maternos lo comunicaron a los siquemitas, y éstos se
pusieron de parte de Abimelec, pensando:
—¡Es pariente nuestro!
4 Le dieron setecientos gramos de plata del templo de Baal del Pac-
to, y con ese dinero Abimelec asalarió a unos cuantos desocupados y
5 aventureros que se pusieron a sus órdenes. Luego fue a casa de su
padre, a Ofrá, y asesinó a sus hermanos, los hijos de Yerubaal, a
setenta hombres en la misma piedra. Sólo quedó Yotán, el hijo
menor de Yerubaal, que se había escondido.
6 Los de Siquén y todos los de El Terraplén se reunieron para
proclamar rey a Abimelec, junto a la encina de Siquén.
7 En cuanto se enteró Yotán, fue, y en pie sobre la cumbre del
monte Garizín, les gritó a voz en cuello:
8 —¡Oídme, vecinos de Siquén, así Dios os escuche! Una vez fue-
ron los árboles a elegirse rey, y dijeron al olivo: Sé nuestro rey.
9 Pero dijo el olivo: ¿Y voy a dejar mi aceite, con el que engordan
10 dioses y hombres, para ir a mecerme sobre los árboles? Entonces
11 dijeron a la higuera: Ven a ser nuestro rey. Pero dijo la higuera:
¿Y voy a dejar mi dulce fruto sabroso para ir a mecerme sobre los
12-3 árboles? Entonces dijeron a la vid: Ven a ser nuestro rey. Pero dijo
la vid: ¿Y voy a dejar mi mosto, que alegra a dioses y hombres,
14 para ir a mecerme sobre los árboles? Entonces dijeron todos a la
15 zarza: Ven a ser nuestro rey. Y les dijo la zarza: Si de veras queréis
ungirme rey vuestro, venid a cobijaros bajo mi sombra, y si no,
salga fuego de la zarza y devore a los cedros del Líbano.
16 »Pues bien, ¿habéis procedido sincera y lealmente proclamando
rey a Abimelec? ¿Os habéis portado bien con Yerubaal y su fami-
lia? ¿Os habéis portado con él como merecían los favores que os
17 hizo? —mi padre luchó por vosotros exponiéndose a la muerte y

12

18 os libró del poder de Madián—. Al contrario, os habéis sublevado
hoy contra la familia de mi padre, asesinando a sus hijos, setenta
hombres, en la misma piedra, y habéis nombrado rey de los sique-
mitas a Abimelec, hijo de una criada de mi padre, con el pretexto
19 de que es pariente vuestro. Si os habéis portado hoy sincera y leal-
mente con Yerubaal y su familia, celebradlo con Abimelec y que él
20 lo celebre con vosotros; pero si no es así, ¡salga de Abimelec fuego
que devore a los de Siquén y a los de Terraplén; salga fuego de los
de Siquén y de los de Terraplén que devore a Abimelec!».
21 Luego Yotán emprendió la huida y marchó a El Pozo; allí se
quedó por miedo a su hermano Abimelec.
22-3 Abimelec gobernó a Israel tres años. Dios enconó las relaciones
24 entre Abimelec y los siquemitas, que lo traicionaron. Así, el asesina-
to de los setenta hijos de Yerubaal, la sangre de sus hermanos,
recayó sobre Abimelec, que los había asesinado, y sobre los de Si-
25 quén, cómplices en el asesinato. Los de Siquén le pusieron embos-
cadas en los puertos de la sierra y despojaban a los caminantes que
pasaban por allí. Abimelec se enteró.
26 Gaal, hijo de Obed, vino a Siquén con sus hermanos y se ganó la
27 confianza de los siquemitas. Salieron al campo, a la vendimia, pisa-
ron la uva y celebraron la fiesta; fueron al templo de su dios y
28 comieron y bebieron entre maldiciones a Abimelec. Gaal, hijo de
Obed, les dijo:
—¿Quién es Abimelec y qué es Siquén para que seamos sus es-
clavos? ¡Un hijo de Yerubaal, y Zebul, su gobernador, que sirvieron
en casa de Jamor, padre de Siquén! ¿Por qué vamos a ser sus es-
29 clavos? ¡Ah, si yo tuviera poder sobre este pueblo! Quitaría de en
medio a Abimelec. Le diría: Refuerza tu ejército y sal.
30 Zebul, gobernador de la ciudad, oyó el discurso de Gaal, hijo de
31 Obed, y se encolerizó, y mandó emisarios a Abimelec, avisándole:
—Mira, Gaal, hijo de Obed, ha venido con sus parientes a Si-
32 quén y están soliviantando la ciudad contra ti. Ven de noche con tu
33 gente y pon emboscadas en el campo; por la mañana madrugas al
salir el sol y atacas la ciudad. Gaal y los suyos saldrán a presentarte
batalla; entonces actúa, que es tu ocasión.
34 Abimelec se puso en marcha de noche con su gente y se embosca-
35 ron frente a Siquén, divididos en cuatro cuerpos. Gaal, hijo de
Obed, salió y se detuvo a las puertas de la ciudad, y Abimelec con
36 su gente surgió de la emboscada. Cuando Gaal los vio, dijo a
Zebul:
—Mira, baja gente de las cumbres de los montes.
Zebul contestó:
—Las sombras de los montes se te antojan hombres.
37 Pero Gaal insistió:
—Baja gente de El Ombligo de la Tierra, y un grupo avanza por
el camino de la Encina de los Adivinos.
38 Entonces Zebul le dijo:
—¿Dónde está esa boca que decía: «Quién es Abimelec para
que seamos sus esclavos»? ¡Esos son los que despreciabas! Sal
ahora y lucha con ellos.
39 Gaal salió al frente de los siquemitas y entabló batalla con Abi-
40 melec. Abimelec lo persiguió. Gaal emprendió la huida y muchos

cayeron muertos cuando huían hacia las puertas de la ciudad.
41 Abimelec se volvió a Arumá y Zebul desterró de Siquén a Gaal
y sus parientes.
42 Al día siguiente, los de Siquén se echaron al campo, y Abimelec
43 se enteró; tomó a su gente, la dividió en tres cuerpos y se emboscó
en el campo. Cuando los vio salir de la ciudad, se lanzó al ataque
44 y los destrozó. Abimelec y los de su grupo se abalanzaron contra
la ciudad y tomaron posiciones en las puertas, mientras los otros
45 dos grupos atacaban y derrotaban a los del campo. Todo aquel día
estuvo Abimelec atacando la ciudad; al fin la conquistó, pasó a
cuchillo a todos sus habitantes, la arrasó y la sembró de sal.
46 Al saberlo los de Torre Siquén, se refugiaron en la cripta del
47 templo del dios del Pacto. Abimelec se enteró de que estaban reuni-
48 dos los de Torre Siquén; subió al Monte Umbrío con toda su gente,
empuñó un hacha, cortó una rama de un árbol y se la echó al hom-
bro, mientras decía a los suyos:
—¡Aprisa, haced lo que me veis hacer!
49 Cada uno cortó una rama y siguieron a Abimelec. Apoyaron las
ramas sobre la cripta y prendieron fuego al techo. Murieron todos
los de Torre Siquén, unos mil entre hombres y mujeres.
50-1 Después Abimelec fue a Tebes, la sitió y la conquistó. En medio
de la villa había una torre fortificada, y allí se refugiaron todos los
hombres y mujeres de la población, aseguraron por dentro los cerro-
52 jos y se subieron a la azotea. Abimelec llegó junto a la torre, in-
53 tentando asaltarla, se aproximó a la puerta para prenderle fuego,
pero una mujer le dejó caer sobre la cabeza una piedra de moler y
54 le partió el cráneo. Abimelec llamó en seguida a su escudero y le
dijo:
—Saca la espada y remátame, que no se diga «lo mató una
mujer».
Su escudero lo atravesó, y murió.
55 Al ver los israelitas que había muerto Abimelec, cada cual se fue
56 a su casa. Así pagó Dios a Abimelec lo mal que se portó con su
57 padre, asesinando a sus setenta hermanos. Y todo el mal que hicie-
ron los de Siquén Dios lo hizo recaer sobre ellos. Sobre ellos cayó
la maldición de Yotán, hijo de Yerubaal.

JUECES MENORES (I)

10 A Abimelec le sucedió como salvador de Israel Tolá, hijo de Fuá,
de Dodó, de la tribu de Isacar. Vivía en El Zarzal, en la serra-
2 nía de Efraín. Gobernó a Israel veintitrés años. Murió y lo enterra-
ron en El Zarzal.
3 Le sucedió Yaír, el galadita, que gobernó a Israel veintidós años.
4 Tuvo treinta hijos, que montaban en treinta asnos y eran señores
de treinta villas, llamadas hasta hoy Villas de Yaír, en Galaad.
5 Yaír murió y lo enterraron en Camón.

Liturgia penitencial

6 Los israelitas volvieron a hacer lo que el Señor reprueba: dieron
culto a Baal y Astarté, a los dioses de Siria, a los dioses de Feni-

cia, a los dioses de Moab, a los dioses de los amonitas, a los dioses
de los filisteos. Abandonaron al Señor, no le dieron culto.
7 Entonces el Señor se encolerizó contra Israel y lo vendió a los
8 filisteos y a los amonitas, que a partir de entonces oprimieron tirá-
nicamente durante dieciocho años a los israelitas de Transjordania,
enclave de Galaad en territorio amorreo.
9 Los amonitas pasaron el Jordán con intención de luchar también
contra Judá, Benjamín y la tribu de Efraín; así que Israel llegó a
una situación desesperada.
10 Entonces los israelitas gritaron al Señor:
—¡Hemos pecado contra ti! Hemos abandonado al Señor, nues-
tro Dios, para dar culto a los baales.
11 El Señor les respondió:
—Os he librado de los egipcios, de los amorreos, de los amoni-
12 tas y de los filisteos. Los fenicios, amalecitas y madianitas eran
13 vuestros tiranos. Me gritasteis, y yo os salvé. Pero me habéis aban-
14 donado, habéis dado culto a otros dioses. Por eso no volveré a
salvaros. Id a gritar a los dioses que os habéis escogido. ¡Que os
salven ellos en la hora del peligro!
15 Los israelitas insistieron:
—¡Hemos pecado! Haz de nosotros lo que te parezca bien, pero
líbranos hoy.
16 Entonces quitaron de en medio los dioses extranjeros y dieron
culto al Señor, que cesó en su cólera ante los sufrimientos de Israel.
17 Los amonitas, movilizados, acamparon en Galaad. Los israelitas
18 se movilizaron también y acamparon en Atalaya. La gente decía:
—El que empiece la guerra contra los amonitas será el caudillo
de los que vivimos en Galaad.

Jefté

11 Jefté, el galaadita, era todo un guerrero, hijo de Galaad y de una
2 prostituta. Galaad tuvo otros hijos de su esposa legítima, y cuando
llegaron a la mayoría de edad, echaron de casa a Jefté, diciéndole:
—Tú no puedes heredar en casa de nuestro padre, porque eres
hijo de una mujer extraña.
3 Jefté marchó lejos de sus hermanos y se estableció en el país de
Tob. Se le juntaron unos cuantos desocupados, que hacían incursio-
nes bajo su mando.
4 Algún tiempo después los amonitas declararon la guerra a Israel.
5 Los concejales de Galaad fueron al país de Tob a buscar a Jefté,
6 suplicándole:
—Ven a ser nuestro caudillo en la guerra contra los amonitas.
7 Pero Jefté les respondió:
—Vosotros, que por odio me echasteis de casa, ¿por qué venís
a mí ahora que os veis en aprieto?
8 Los concejales de Galaad le contestaron:
—Así es. Ahora nos dirigimos a ti para que vengas con nosotros
a luchar contra los amonitas. Serás jefe nuestro, de todos los que
estamos en Galaad.

9 Jefté les dijo:
—¿De modo que me llamáis para luchar contra los amonitas?
Pues si el Señor me los entrega, seré vuestro jefe.
10 Le respondieron:
—Que el Señor nos juzgue si no hacemos lo que dices.
11 Jefté marchó con los concejales de Galaad. El pueblo lo nombró
jefe y caudillo, y Jefté juró el cargo ante el Señor, en Atalaya.
12 Luego despachó unos emisarios al rey de los amonitas con esta
embajada:
—¿Qué te he hecho yo para que vengas contra mí, a hacer la
guerra a mi país?
13 El rey de los amonitas contestó a los emisarios de Jefté:
—Israel, cuando venía de Egipto, se apoderó de mi país, desde
el Arnón hasta el Yaboc y el Jordán; así que ahora devuélvemelo
por las buenas.
14-5 Jefté envió una segunda embajada al rey de los amonitas, con esta
respuesta:
—Así dice Jefté: Los israelitas no se apoderaron del país de
16 Moab ni del país de Amón, sino que al venir de Egipto marcharon
17 por el desierto hasta el Mar Rojo y llegaron a Cades. Enviaron emi-
sarios al rey de Edom pidiéndole que les dejase atravesar el país,
pero el rey de Edom no hizo caso. Mandaron también emisarios al
rey de Moab y tampoco quiso. Entonces los israelitas se instalaron
en Cades.
18 »Luego anduvieron por el desierto, bordeando Edom y Moab;
llegaron a la parte oriental de Moab y acamparon en la otra orilla
del Arnón, sin violar la frontera (pues el Arnón es la frontera de
Moab).
19 »Enviaron emisarios a Sijón, rey de los amorreos, que reinaba
en Jesbón, pidiendo que les dejase atravesar su territorio, de paso
20 hacia nuestra tierra; pero Sijón, no fiándose de la petición de Is-
rael de cruzar su frontera, reunió sus tropas, acampó en Yasá y
21 presentó batalla a Israel. El Señor, Dios de Israel, entregó a Sijón
y todas sus tropas en poder de Israel, que los derrotó y tomó pose-
sión de las tierras de los amorreos que habitaban aquella región.
22 Tomaron posesión de la demarcación de los amorreos, desde el
Arnón hasta el Yaboc y desde el desierto hasta el Jordán.
23 »Pues bien, si el Señor, Dios de Israel, expulsó a los amorreos
24 ante su pueblo, Israel, ¿tú ahora quieres expulsarnos? Ya tienes lo
que te asignó tu dios Camós, lo mismo que nosotros tenemos lo que
25 el Señor, nuestro Dios, nos ha asignado. Vamos a ver, ¿vales tú
más que Balac, hijo de Sipor, rey de Moab? ¿Se atrevió él a pleitear
26 con Israel? ¿Le declaró la guerra? Cuando Israel se instaló en el
municipio de Jesbón y en el Aroer y en los pueblos que bor-
dean el Arnón, hace trescientos años, ¿por qué entonces no los
librasteis?
27 »Así que yo no te he faltado. Eres tú quien me ofende declarán-
dome la guerra. ¡Que el Señor sentencie hoy como juez entre israe-
litas y amonitas!».
28 Pero el rey de los amonitas no quiso hacer caso al mensaje de
Jefté.
29 El espíritu del Señor vino sobre Jefté, que atravesó Galaad y

Manasés, pasó a Atalaya de Galaad, de allí marchó contra los amo-
30 nitas e hizo un voto al Señor:
31 —Si entregas a los amonitas en mi poder, el primero que salga
a recibirme a la puerta de mi casa, cuando vuelva victorioso de la
campaña contra los amonitas, será para el Señor, y lo ofreceré en
holocausto.
32 Luego marchó a la guerra contra los amonitas. El Señor se los
33 entregó: los derrotó desde Aroer hasta la entrada de Minit (veinte
pueblos) y hasta Pradoviñas. Fue una gran derrota, y los amonitas
quedaron sujetos a Israel.
34 Jefté volvió a su casa de Atalaya. Y fue precisamente su hija
quien salió a recibirlo, con panderos y danzas; su hija única, pues
35 Jefté no tenía más hijos o hijas. En cuanto la vio, se rasgó la túnica
gritando:
—¡Ay hija mía, qué desdichado soy! Tú eres mi desdicha, por-
que hice una promesa al Señor y no puedo volverme atrás.
36 Ella le dijo:
—Padre, si hiciste una promesa al Señor, cumple lo que prome-
tiste, ya que el Señor te ha permitido vengarte de tus enemigos.
37 Y le pidió a su padre:
—Dame este permiso: déjame andar dos meses por los montes,
llorando con mis amigas, porque quedaré virgen.
38 Su padre le dijo:
—Vete.
Y la dejó marchar dos meses, y anduvo con sus amigas por los
montes, llorando porque iba a quedar virgen.
39 Acabado el plazo de los dos meses, volvió a casa, y su padre cum-
plió con ella el voto que había hecho. La muchacha era virgen.
40 Así empezó en Israel la costumbre de que todos los años vayan
las chicas israelitas a cantar elegías durante cuatro días a la hija de
Jefté, el galaadita.

Reyerta con los efraimitas

12 Los efraimitas se amotinaron, cruzaron el Jordán hacia el norte
y fueron a protestarle a Jefté:
—¿Por qué marchaste a la guerra contra los amonitas y a nos-
otros no nos llamaste para que fuéramos contigo? Vamos a quemar
tu casa contigo dentro.
2 Jefté les respondió:
—Cuando yo andaba reñido con los parientes y los amonitas me
3 presionaban, os pedí ayuda, y no me salvasteis. Entonces, viendo
que no había quien me salvara, me jugué la vida, marché contra los
amonitas, y el Señor me los entregó. Por tanto, ¿a qué venís hoy a
mí atacándome?
4 Luego juntó a todos los de Galaad y atacó a los de Efraín. Los
5 galaaditas derrotaron a los efraimitas. Ocuparon los vados del Jor-
dán, cortándole el paso a Efraín. Y cuando los efraimitas fugitivos
les pedían: «¡Dejadnos pasar!», los galaaditas preguntaban: «¿Eres
6 de Efraín?»; el otro respondía: «No», y ellos le mandaban: «Di
'cebada'». El decía «sebada», pues no sabía pronunciar correcta-
mente; entonces lo agarraban y lo degollaban junto a los vados del

Jordán. Así murieron en aquella ocasión cuarenta y dos mil efrai-
mitas.
7 Jefté gobernó a Israel seis años. Murió, y lo enterraron en su
pueblo de Galaad.

JUECES MENORES (II)

8-9 Después de él gobernó a Israel Ibsán, natural de Belén. Tuvo
treinta hijos y treinta hijas. A sus hijas las casó fuera y a sus hijos
10 los casó con forasteras. Gobernó a Israel siete años. Murió, y lo
enterraron en Belén.
11 Después de él gobernó a Israel Elón, zabulonita. Gobernó a Is-
12 rael diez años. Murió, y lo enterraron en Cervera, en el territorio
de Zabulón.
13 Después de él gobernó a Israel Abdón, hijo de Hilel, natural de
14 Piratón. Tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que montaban sendos
15 pollinos. Gobernó a Israel ocho años. Abdón, hijo de Hilel, natural
de Piratón, murió, y lo enterraron en Piratón, de la serranía de
Efraín, en el término de Saalín.

Sansón

13 Los israelitas volvieron a hacer lo que el Señor reprueba, y el
Señor los entregó a los filisteos por cuarenta años.
2 Había en Sorá un hombre de la tribu de Dan, llamado Manoj.
Su mujer era estéril y no había tenido hijos.
3 El ángel del Señor se apareció a la mujer y le dijo:
—Eres estéril y no has tenido hijos. Pero concebirás y darás a
4 luz un hijo; ten cuidado de no beber vino ni licor, ni comer nada
5 impuro, porque concebirás y darás a luz un hijo. No pasará la na-
vaja por su cabeza, porque el niño estará consagrado a Dios desde
antes de nacer. El empezará a salvar a Israel de los filisteos.
6 La mujer fue a decirle a su marido:
—Me ha visitado un hombre de Dios que, por su aspecto terri-
ble, parecía un mensajero divino; pero no le pregunté de dónde era
7 ni él me dijo su nombre. Sólo me dijo: «Concebirás y darás a luz
un hijo; ten cuidado de no beber vino ni licor, ni comer nada im-
puro, porque el niño estará consagrado a Dios desde antes de nacer
hasta el día de su muerte».
8 Manoj oró así al Señor:
—Perdón, Señor: que vuelva ese hombre de Dios que enviaste
y nos indique lo que hemos de hacer con el niño una vez nacido.
9 Dios escuchó la oración de Manoj, y el ángel de Dios volvió a
aparecerse a la mujer mientras estaba en el campo y su marido no
10 estaba con ella. La mujer corrió en seguida a avisar a su marido:
—Se me ha aparecido aquel hombre que me visitó el otro día.
11 Manoj siguió a su mujer, fue hacia el hombre y le preguntó:
—¿Eres tú el que habló con esta mujer?
El respondió:
—Sí.

12 Manoj insistió:
—Y una vez que se realice tu promesa, ¿qué vida debe llevar el
niño y qué tiene que hacer?
13 El ángel del Señor respondió:
14 —Que se abstenga de todo lo que le prohibí a tu mujer: que no
tome mosto, que no beba vino ni licores, ni coma cosa impura;
que lleve la vida que dispuse.
15 Manoj dijo al ángel del Señor:
—No te marches, y te preparamos un cabrito.
(No había caído en la cuenta de que era el ángel del Señor).
16 Pero el ángel del Señor le dijo:
—Aunque me hagas quedar, no probaré tu comida. Si quieres
ofrecer un sacrificio al Señor, hazlo.
17 Manoj le preguntó:
—¿Cómo te llamas, para que cuando se cumpla tu promesa te
hagamos un obsequio?
18 El ángel del Señor contestó:
—¿Por qué me preguntas mi nombre? Es Misterioso.
19 Manoj tomó el cabrito y la ofrenda y ofreció sobre la peña un
20 sacrificio al Señor Misterioso. Al subir la llama del altar hacia
el cielo, el ángel del Señor subió también en la llama, ante Manoj
y su mujer, que cayeron rostro a tierra.
21 El ángel del Señor ya no se les apareció más. Manoj cayó en la
22 cuenta de que aquél era el ángel del Señor, y comentó con su
mujer:
—¡Vamos a morir, porque hemos visto a Dios!
23 Pero su mujer repuso:
—Si el Señor hubiera querido matarnos no habría aceptado nuestro sacrificio y nuestra ofrenda, no nos habría mostrado todo esto
ni nos habría comunicado una cosa así.
24 La mujer de Manoj dio a luz un hijo y le puso de nombre San-
25 són. El niño creció y el Señor lo bendijo. Y el espíritu del Señor
comenzó a agitarlo en Castrodán, entre Sorá y Estaol.

14 1-2 Sansón bajó a Timná y vio allí una muchacha filistea. Cuando regresó les dijo a sus padres:
—He visto una muchacha filistea en Timná. Pedídmela para
esposa.
3 Sus padres le contestaron:
—¿Y no hay ninguna mujer en tu parentela y en todo el pueblo
para que vayas a casarte con una chica de los filisteos, esos incircuncisos?
Pero Sansón insistió a su padre:
—Pídemela para esposa, porque ésa me gusta.
4 (Su padre y su madre no sospechaban que el Señor lo disponía
así buscando un pretexto contra los filisteos, que por entonces dominaban a Israel).
5 Sansón bajó a Timná. Cuando llegaba cerca de las viñas de Timná,
6 le salió rugiendo un leoncillo; el espíritu del Señor invadió a Sansón,
que descuartizó al león como quien descuartiza un cabrito, y eso
que no llevaba nada en la mano. Pero no se lo contó a sus padres.
7 Sansón habló con la muchacha, y le gustó.

8 Pasado algún tiempo, cuando volvía para casarse con ella, se desvió un poco para ver el león muerto, y encontró en el esqueleto un
9 enjambre de abejas con miel; sacó el panal con la mano y se lo fue
comiendo por el camino; cuando alcanzó a sus padres, les dio miel,
y la comieron, pero no les dijo que la había cogido en el esqueleto
del león.
10 Bajó a casa de la novia y hubo allí un convite, como suelen hacer
11 los mozos; y como le tenían miedo, le asignaron treinta compañeros
que se cuidaran de él.
12 Sansón les dijo:
—Os voy a poner un acertijo; si me lo sacáis en estos siete días
13 del convite, os doy treinta sábanas y treinta mudas; si no lográis
sacarlo, me dais vosotros a mí treinta sábanas y treinta mudas.
Le contestaron:
—A ver, di el acertijo.
14 El dijo:
—Del que come salió comida, del fuerte salió dulzura.
Durante los tres primeros días no pudieron dar con la solución.
15 Al cuarto día le dijeron a la mujer de Sansón:
—Engaña a tu marido, a ver si nos enteramos de la solución, que
si no, te quemamos a ti y a la casa de tu padre. ¿O nos habéis invitado para dejarnos sin nada?
16 Entonces la mujer de Sansón le fue llorando:
—Ya me has aborrecido, ya no me quieres. A los de mi pueblo
les has puesto el acertijo y a mí no me dices la solución.
El le contestó:
—¡Conque no se la he dicho a mi padre ni a mi madre y te la
voy a decir a ti!
17 Pero ella le estuvo llorando los siete días del convite. Al fin, el
día séptimo —tanto le importunaba— le dijo la solución, y ella
18 se la dijo a los de su pueblo. Y éstos dieron la respuesta a Sansón
el día séptimo, antes de que entrase en la alcoba:
«¿Qué más dulce que la miel,
qué más fuerte que el león?».
Sansón repuso:
«Si no hubierais arado con mi novilla,
no habríais acertado mi acertijo».
19 Entonces lo invadió el espíritu del Señor, bajó a Ascalón, mató
allí a treinta hombres, los desnudó y dio las mudas a los que habían
sacado el acertijo. Después, enfurecido, se volvió a casa de su pa-
20 dre. Y su mujer pasó a pertenecer a uno de los compañeros que
habían cuidado de él.

15 Algún tiempo después, cuando la siega del trigo, fue Sansón a
visitar a su mujer, y le llevaba un cabrito. Pensó:
—Voy a llegarme a mi mujer, en la alcoba.
2 Pero su suegro no le dejó entrar, diciendo:
—Yo estaba seguro de que la habías aborrecido, por eso se la di
a uno de tus compañeros. Pero su hermana la pequeña es más guapa, acéptala en vez de la otra.
3 Sansón replicó:
—Esta vez soy inocente del daño que voy a hacer a los filisteos.

4 Fue y atrapó trescientas zorras; preparó teas, ató las zorras rabo
5 con rabo, con una tea entre los dos rabos, prendió fuego a las teas
y soltó las zorras por las mieses de los filisteos, incendiando los
haces, la mies sin segar e incluso viñas y olivares.
6 Los filisteos preguntaron:
—¿Quién ha sido?
Les respondieron:
—Sansón, el yerno del timnita, porque le quitó su mujer y se la
dio a un compañero.
Entonces subieron los filisteos y prendieron fuego a la mujer y a
7 la casa de su padre. Sansón les dijo:
—Por haber hecho eso, no pararé hasta haberme vengado de
vosotros.
8 Y les sacudió una paliza. Luego se fue a vivir en la cueva de
Peñalbuitre.
9 Los filisteos fueron y acamparon contra Judá, haciendo incursio-
10 nes por la zona de La Quijada. Judá protestó:
—¿A qué habéis venido contra nosotros?
Los filisteos contestaron:
—Venimos a capturar a Sansón para devolverle lo que nos hizo.
11 Entonces bajaron tres mil judíos a la cueva de Peñalbuitre y
dijeron a Sansón:
—Pero ¿no sabes que estamos bajo el dominio filisteo? ¿Por
qué nos has hecho esto?
Les respondió:
—Les he pagado con la misma moneda.
12 Insistieron:
—Pues hemos venido para apresarte y entregarte a los filisteos.
Sansón les dijo:
—Juradme que no me mataréis.
13 Le juraron:
—Sólo queremos apresarte y entregarte, no pretendemos matarte.
Entonces lo ataron con dos sogas nuevas y lo sacaron de la peña.
14 Cuando llegó a La Quijada, los filisteos salieron a recibirlo con
gran algazara; pero lo invadió el espíritu del Señor, y las sogas de
sus brazos fueron como mecha que se quema, y las ataduras de sus
15 manos se deshicieron. Entonces encontró una quijada de asno re-
ciente, le echó mano, la empuñó y con ella mató a mil hombres.
16 Después cantó:

«Con la quijada de un burro,
zurra que zurro,
con la quijada de un burro
maté a mil hombres».

17 Al terminar, tiró la quijada y llamó a aquel sitio «Alto de la
18 Quijada». Pero sentía una sed enorme y gritó al Señor:
—Tú me has concedido esta gran victoria, ¡y ahora voy a morir
de sed y a caer en manos de esos incircuncisos!
19 Entonces Dios abrió el pilón que hay en La Quijada y brotó
agua. Sansón bebió, recuperó las fuerzas y revivió. Por eso a la
fuente de La Quijada se la llama hasta hoy Fuente del Grito.
20 Sansón gobernó a Israel durante la dominación filistea veinte
años.

Sansón y Dalila

16 Sansón fue a Gaza, vio allí una prostituta y entró en su casa.
2 Corrió la voz entre los de Gaza:
—¡Ha venido Sansón!
Entonces lo cercaron y se apostaron junto a la puerta de la ciu-
dad. Toda la noche estuvieron tranquilos, diciéndose:
—Al amanecer lo matamos.
3 Sansón estuvo acostado hasta medianoche; a medianoche se le-
vantó, agarró las hojas de la puerta de la ciudad con sus jambas,
las arrancó con cerrojos y todo, se las cargó a la espalda y las subió
a la cima del monte, frente a Hebrón.
4 Más tarde se enamoró Sansón de una mujer de Vallesorec, lla-
5 mada Dalila. Los príncipes filisteos fueron a visitarla y le dijeron:
—Sedúcelo y averigua en qué está su gran fuerza y cómo nos
apoderaríamos de él para sujetarlo y domarlo. Te daremos cada
uno mil cien siclos de plata.
6 Dalila le dijo a Sansón:
—Anda, dime el secreto de tu gran fuerza y cómo se te podría
sujetar y domar.
7 Sansón le respondió:
—Si me atan con siete cuerdas humedecidas, sin dejarlas secar,
perderé la fuerza y seré como uno cualquiera.
8 Los príncipes filisteos le llevaron a Dalila siete cuerdas humede-
9 cidas, sin dejarlas secar, y lo ató con ellas. Se apostaron al acecho
en la alcoba, y ella gritó:
—¡Sansón, los filisteos!
El rompió las cuerdas como se rompe un cordón de estopa cha-
muscada, y no se supo el secreto de su fuerza.
10 Dalila se le quejó:
—Vaya, me has engañado; me has dicho una mentira. Anda,
dime cómo se te puede sujetar.
11 El respondió:
—Si me atan bien con sogas nuevas, sin estrenar, perderé la fuer-
za y seré como uno cualquiera.
12 Dalila cogió sogas nuevas y lo ató con ellas. Y le gritó:
—¡Sansón, los filisteos!
(Estaban apostados al acecho en la alcoba). Pero él rompió las
sogas de sus brazos, como si fueran un hilo.
13 Dalila se le quejó:
—Hasta ahora me has engañado, me has dicho una mentira.
Anda, dime cómo se te puede sujetar.
El respondió:
—Si trenzas las siete guedejas de mi cabeza con la urdimbre y
las fijas con el batidor, perderé la fuerza y seré como uno cual-
quiera.
14 Dalila lo dejó dormirse y le trenzó las siete guedejas de la cabeza
con la urdimbre y las fijó con el batidor, y le gritó:
—¡Sansón, los filisteos!
El despertó y arrancó el batidor y la urdimbre.
15 Ella se le quejó:
—¡Y luego dices que me quieres, pero tu corazón no es mío! Es

la tercera vez que me engañas y no me dices el secreto de tu fuerza.
16 Y como lo importunaba con sus quejas día tras día hasta ma-
17 rearlo, Sansón, ya desesperado, le dijo su secreto:
—Nunca ha pasado la navaja por mi cabeza, porque estoy con-
sagrado a Dios desde antes de nacer. Si me corto el pelo perderé
la fuerza, me quedaré débil y seré como uno cualquiera.
18 Dalila se dio cuenta de que le había dicho su secreto, y mandó
llamar a los príncipes filisteos:
—Venid ahora, que me ha dicho su secreto.
19 Los príncipes fueron allá, con el dinero. Dalila dejó que Sansón
se durmiera en sus rodillas, y entonces llamó a un hombre, que
cortó las siete guedejas de la cabeza de Sansón, y Sansón empezó
20 a debilitarse, su fuerza desapareció. Dalila gritó:
—¡Sansón, los filisteos!
El despertó y se dijo:
—Saldré como otras veces y me los sacudiré de encima (sin saber
que el Señor lo había abandonado).
21 Los filisteos lo agarraron, le vaciaron los ojos y lo bajaron a
Gaza; lo ataron con cadenas y lo tenían moliendo grano en la cárcel.
22 (Pero el pelo de la cabeza le empezó a crecer después de cortado).
23 Los príncipes filisteos se reunieron para tener un gran banquete
en honor de su dios Dagón y hacer fiesta. Cantaban:
«Nuestro dios nos ha entregado
a Sansón, nuestro enemigo».
25 Cuando ya estaban alegres, dijeron:
—Sacad a Sansón, que nos divierta.
Sacaron a Sansón de la cárcel, y bailaba en su presencia. Luego
24 lo plantaron entre las columnas. La gente al verlo alabó a su dios:
«Nuestro dios nos ha entregado
a Sansón, nuestro enemigo,
que asolaba nuestros campos
y aumentaba nuestros muertos».
26 Sansón rogó al lazarillo:
—Déjame tocar las columnas que sostienen el edificio para apo-
yarme en ellas.
27 (La sala estaba repleta de hombres y mujeres; estaban allí todos
los príncipes filisteos, y en la galería había unos tres mil trescientos
hombres y mujeres, viendo bailar a Sansón).
28 El gritó al Señor:
—¡Señor, acuérdate de mí! Dame la fuerza al menos esta vez
para poder vengar en los filisteos, de un solo golpe, la pérdida de
los dos ojos.
29 Palpó las dos columnas centrales, apoyó las manos contra ellas,
30 la derecha sobre una y la izquierda sobre la otra, y al grito de
«¡A morir con los filisteos!», abrió los brazos con fuerza, y el edifi-
cio se derrumbó sobre los príncipes y sobre la gente que estaba allí.
Los que mató Sansón al morir fueron más que los que mató en vida.
31 Luego bajaron sus parientes y toda su familia, recogieron el ca-
dáver y lo llevaron a enterrar entre Sorá y Estaol, en la sepultura
de su padre, Manoj.
Sansón había gobernado a Israel veinte años.

Micá, el ídolo y el levita

17 Había un hombre en la serranía de Efraín llamado Micá.
2a Un día dijo a su madre:
—Aquellos mil cien siclos que te desaparecieron, por los que
echaste una maldición en mi presencia, mira, ese dinero lo tengo
3b yo, lo cogí yo. Pero ahora te lo devuelvo.
2b Su madre exclamó:
—¡Dios te bendiga, hijo mío!
3 Trajo a su madre los mil cien siclos, y ella dijo:
—Consagro este dinero mío al Señor, en favor de mi hijo, para
hacer una estatua chapeada.
4 Entonces entregó el dinero a su madre; ella cogió doscientos
siclos, se los llevó al platero, que les hizo una estatua chapeada, y
la pusieron en casa de Micá.
5 Aquel Micá tenía una capilla, hizo un efod y unos amuletos y
consagró sacerdote a uno de sus hijos.
6 Por entonces no había rey en Israel. Cada uno hacía lo que le
parecía bien.
7 Un joven de Belén de Judá (de la tribu de Judá), que era levita
8 y residía allí como emigrante, salió de Belén de Judá con intención
de establecerse donde pudiera; fue a la serranía de Efraín, y, de
camino, fue a dar a casa de Micá.
9 Este le preguntó:
—¿De dónde vienes?
El levita respondió:
—De Belén de Judá. Voy de camino, con intención de estable-
cerme donde pueda.
10 Micá le dijo:
—Quédate conmigo, me servirás de capellán. Te daré diez mone-
das al año, ropa y comida.
Y lo convenció.
11 Así, pues, el levita accedió a quedarse con él, y Micá lo trató
12 como a un hijo. Lo consagró, y el joven estuvo en casa de Micá
13 como sacerdote. Micá pensó:
—Ahora estoy seguro de que el Señor me favorecerá, porque
tengo a un levita de sacerdote.

Los danitas

18 Por entonces no había rey en Israel. Entonces también la tribu de
Dan andaba en busca de su heredad para establecerse, porque aún
no había recibido su heredad entre las tribus de Israel.
2 Los danitas enviaron a cinco de sus hombres, gente aguerrida,
de Sorá y Estaol, a explorar el país, con el encargo de examinar el
país. Fueron a la serranía de Efraín y llegaron a casa de Micá para
hacer noche allí.
3 Cuando estaban cerca de la casa de Micá, reconocieron la voz del
levita y se acercaron. Le preguntaron:

—¿Quién te trajo acá? ¿Qué haces aquí? ¿En qué te ocupas?
4 El les contó cómo lo había traído Micá, y añadió:
—Me ha contratado como capellán.
5 Ellos le pidieron:
—Consulta a Dios, a ver si va a salirnos bien este viaje que estamos haciendo.
6 El sacerdote les dio esta respuesta:
—Id tranquilos. El Señor ve con buenos ojos vuestro viaje.
7 Los cinco hombres se pusieron en camino y llegaron a Lais. Ob-
servaron a la gente que vivía en aquel pueblo: era gente confiada,
como suelen ser los fenicios; vivían tranquilos y seguros, nadie co-
metía acciones ignominiosas y estaban bien abastecidos [a]. Sidón les
quedaba lejos y no tenían relaciones con los sirios.
8 Los exploradores volvieron a Sorá y Estaol, a sus paisanos, que
les preguntaron:
—Hermanos, ¿qué noticias traéis?
9 Respondieron:
—¡Vamos, marchemos contra ellos! Que hemos visto aquel país,
y es de lo mejor. ¡Y os quedáis parados! No dudéis en marchar allá
10 a apoderaros del país; que os vais a encontrar con una gente con-
fiada, unos terrenos espaciosos que Dios os da, un sitio donde no
escasean los productos del campo.
11 Entonces emigraron de Sorá y Estaol seiscientos hombres arma-
12 dos de la tribu de Dan. Subieron y acamparon cerca de Villasotos
de Judá; por eso aquel sitio se llama hasta hoy Castrodán (queda
13 a poniente de Villasotos). Desde allí pasaron la montaña de Efraín
y llegaron cerca de la casa de Micá.
14 Los cinco exploradores del país dijeron a sus paisanos:
—Sabed que en esta casa hay un efod, unos amuletos y una estatua chapeada. Vosotros veréis qué hacéis.
15 Se desviaron hacia allá, llegaron a casa del levita y lo saludaron.
16 Los seiscientos danitas armados se quedaron en guardia junto al
17 portal de entrada, y los cinco exploradores del país se adelantaron
y se metieron dentro a coger la estatua, el efod, los amuletos y al
sacerdote, mientras los seiscientos hombres armados estaban en
18 guardia junto al portal de entrada. Se metieron en la casa y cogie-
ron el ídolo, el efod y las imágenes, pero el sacerdote les dijo:
—¿Qué estáis haciendo?
19 Le contestaron:
—¡Tú, a callar! Calla la boca y vente con nosotros a ser nuestro padre y sacerdote. ¿Qué te conviene más: ser capellán en casa de un particular o sacerdote de una tribu y un clan israelita?
20 Al sacerdote le gustó. Recogió el efod, los amuletos y el ídolo y
21 se fue con ellos. Emprendieron la marcha, colocando en cabeza a
22 las mujeres y niños, el ganado y sus enseres. Iban ya lejos de la
casa, cuando Micá y los suyos, dando la alarma, los persiguieron
23 de cerca. Como venían gritando, los danitas miraron atrás y pregun-
taron a Micá:
—¿Qué te pasa, que has dado la alarma?

a dudoso.

24 Micá contestó:
—Me habéis cogido mi dios, que me había hecho, y mi sacerdote y os vais sin dejarme nada, ¿y todavía me decís que qué me pasa?
25 Los danitas contestaron:
—¡Que no te oigamos más! No sea que nos calientes y caigamos sobre vosotros, y perezcas tú con los tuyos.
26 Y siguieron su camino. Micá tuvo miedo, porque eran más fuer-
tes ellos, y se volvió a casa.
27 Los danitas, con el ídolo que había hecho Micá y con el sacer-
dote que tenía, fueron a Lais, a aquella gente tranquila y confiada.
28 Los pasaron a cuchillo e incendiaron la villa. No hubo quien los
libraba, porque estaban lejos de Sidón y no tenían relaciones con los
sirios. Estaba situada en el valle que llaman Casagrande. La recons-
29 truyeron y se instalaron en ella, llamándola Dan, en recuerdo del
patriarca hijo de Israel. Antiguamente se llamaba Lais.
30 Los danitas entronizaron el ídolo. Y Jonatán, hijo de Guersón,
hijo de Moisés, con sus hijos, fueron sacerdotes de la tribu de Dan
31 hasta el destierro. Todo el tiempo que estuvo el templo de Dios en
Siló tuvieron instalada entre ellos la estatua de Micá.

El crimen de Loma

19 Por entonces no había rey en Israel. En la serranía de Efraín
2 vivía un levita que tenía una concubina de Belén de Judá. Ella le
fue infiel y se marchó a casa de su padre, a Belén de Judá, y estuvo
3 allí cuatro meses. Su marido se puso en camino tras ella, a ver si
la convencía para que volviese. Llevó consigo un criado y un par
de burros. Llegó a casa de su suegro, y al verlo, el padre de la chica
4 salió todo contento a recibirlo. Su suegro, el padre de la chica, lo
retuvo, y el levita se quedó con él tres días, comiendo, bebiendo y
5 durmiendo allí. Al cuarto día madrugó y se preparó para marchar.
Pero el padre de la chica le dijo:
—Coge fuerzas, prueba un bocado y luego os vais.
6 Se sentaron a comer y beber juntos. Después el padre de la chi-
ca dijo al yerno:
—Anda, quédate otro día, que te sentará bien.
7 El levita se disponía a marchar; pero su suegro le insistió tanto,
que cambió de parecer y se quedó allí.
8 A la mañana del quinto día madrugó para marchar, y el padre
de la chica le dijo:
—Anda, coge fuerzas.
Y se entretuvieron comiendo juntos, hasta avanzado el día.
9 Cuando el levita se levantó para marchar con su mujer y el cria-
do, el suegro, el padre de la chica, le dijo:
—Mira, ya se hace tarde; pasa aquí la noche, que te sentará
10 bien; mañana madrugas y haces el camino a casa. Pero el levita no
quiso quedarse y emprendió el viaje; llegó a dar vista a Jebús (o
sea, Jerusalén). Iba con los dos burros aparejados, la mujer y el
11 criado. Llegaron cerca de Jebús ya atardecido, y le dice el criado a
su amo:
—Podemos desviarnos hacia esa ciudad de los jebuseos y hacer noche en ella.

12 Pero el amo le respondió:
—No vamos a ir a una ciudad de extranjeros, de gente no israe-
lita. Seguiremos hasta Loma.
13 Y añadió:
—Vamos a acercarnos a uno de esos lugares, y pasamos la noche
en Loma o en Ramá.
14 Siguieron su camino, y la puesta del sol los cogió cerca de Loma
15 de Benjamín. Se dirigieron allá para entrar a pasar la noche. El
levita entró en el pueblo y se instaló en la plaza, pero nadie los
invitó a su casa a pasar la noche.
16 Ya de tarde llegó un viejo de su labranza. Era oriundo de Efraín,
y, por tanto, emigrante también él en Loma. Los del pueblo eran
benjaminitas.
17 El viejo alzó los ojos y vio al viajero en la plaza del pueblo. Le
preguntó:
—¿Adónde vas y de dónde vienes?
18 Le respondió:
—Vamos de paso, desde Belén de Judá hasta la serranía de
Efraín; yo soy de allí y vuelvo de Belén a mi casa; pero nadie me
19 invita a la suya, y eso que traigo paja y forraje para los burros, y
tengo comida para mí, para tu servidora y para el criado que acom-
paña a tu servidor. No nos falta nada.
20 El viejo le dijo:
—¡Sé bien venido! Lo que te haga falta corre de mi cuenta.
Anda, no te quedes de noche en la plaza.
21 Lo metió en su casa, echó pienso a los burros, los viajeros se la-
varon los pies y se pusieron a cenar.
22 Ya estaban animándose cuando los del pueblo, unos pervertidos,
rodearon la casa, y aporreando la puerta, gritaron al viejo, dueño
de la casa:
—Saca al hombre que ha entrado en tu casa, que nos aproveche-
mos de él.
23 El dueño de la casa salió afuera y les rogó:
—Por favor, hermanos, por favor, no hagáis una barbaridad con
ese hombre, una vez que ha entrado en mi casa; no cometáis tal
24 infamia. Mirad, tengo una hija soltera: os la voy a sacar, y abusáis
de ella y hacéis con ella lo que queráis; pero a ese hombre no se os
ocurra hacerle tal infamia.
25 Como no querían hacerle caso, el levita tomó a su mujer y se la
sacó afuera. Ellos se aprovecharon de ella y la maltrataron toda la
noche hasta la madrugada; cuando amanecía la soltaron.
26 Al rayar el día volvió la mujer y se desplomó ante la puerta de
la casa donde se había hospedado su marido; allí quedó hasta que
clareó.
27 Su marido se levantó a la mañana, abrió la puerta de la casa, y
salía ya para seguir el viaje, cuando encontró a la mujer caída a la
28 puerta de la casa, las manos sobre el umbral. Le dijo:
—Levántate, vamos.
Pero no respondía. Entonces la recogió, la cargó sobre el burro
y emprendió el viaje hacia su pueblo.
29 Cuando llegó a casa, agarró un cuchillo, cogió el cadáver de su
mujer, lo despedazó en doce trozos y los envió por todo Israel.

30 Cuantos lo vieron comentaban:
—Nunca ocurrió ni se vio cosa igual desde el día en que salieron
los israelitas de Egipto hasta hoy. Reflexionad sobre el asunto y dad
vuestro parecer.

La guerra

20 Todos los israelitas, desde Dan hasta Berseba, incluido el país de
Galaad, fueron como un solo hombre a reunirse en asamblea ante
2 el Señor en Atalaya. Asistieron a la asamblea del Pueblo de Dios
los dignatarios del pueblo y todas las tribus de Israel: cuatrocientos
mil soldados armados de espada.
3 Los benjaminitas se enteraron de que los israelitas habían ido a
Atalaya. Los israelitas empezaron:
—Vosotros diréis cómo se cometió ese crimen.
4 El levita, marido de la que había sido asesinada, respondió:
—Mi mujer y yo llegamos a Loma de Benjamín para pasar la
5 noche. Los del pueblo se levantaron contra mí, rodearon la casa
de noche intentando matarme, y abusaron de mi mujer, que de re-
6 sultas murió. Entonces cogí a la mujer, la despedacé y envié los
trozos por toda la heredad de Israel, porque se había cometido un
7 crimen infame en Israel. Todos vosotros sois israelitas: deliberad
y tomad una decisión.
8 Todo el pueblo se puso en pie como un solo hombre, diciendo:
—Ninguno de nosotros marchará a su tienda ni se volverá a su
9 casa. Ahora vamos a actuar así contra Loma: sortearemos los que
10 han de atacarla; de todas las tribus de Israel tomaremos diez hom-
bres de cada cien, cien de cada mil, mil de cada diez mil, para en-
cargarse de la intendencia del ejército que vaya contra Loma de
Benjamín a castigar como se merece esa infamia que han cometido
en Israel.
11 Todos los israelitas, como un solo hombre, se reunieron contra
12 la ciudad. Entonces las tribus israelitas mandaron emisarios a la
tribu de Benjamín a decirles:
13 —¿Qué crimen es ése que se ha cometido entre vosotros? ¡Ven-
ga! Entregadnos a esos pervertidos de Loma, que los matemos y
se borre así este crimen de en medio de Israel.
Pero los de Benjamín no quisieron hacer caso a sus hermanos los
14 israelitas. Desde sus ciudades se congregaron en Loma para ir a la
15 guerra contra los israelitas. De las ciudades de Benjamín se alista-
ron aquel día veintiséis mil hombres armados de espada, sin contar
16 a los vecinos de Loma. En todo aquel ejército se alistaron setecien-
tos hombres escogidos, zurdos, capaces de acertar con la honda a
un pelo sin fallar el tiro.
17 Los israelitas, excluidos los benjaminitas, alistaron cuatrocientos
18 mil hombres armados de espada, todos ellos gente aguerrida. Se pu-
sieron en camino hacia Betel y consultaron a Dios:
—¿Quién de nosotros irá el primero a la guerra contra los ben-
jaminitas?
El Señor respondió:
—Judá.
19 Los israelitas se levantaron temprano y acamparon frente a Loma.

20 Salieron al combate contra Benjamín y formaron frente a Loma.
21 Pero los benjaminitas salieron de Loma y dejaron tendidos en tie-
rra aquel día a veinte mil israelitas.
23 Los israelitas fueron a Betel a llorar ante el Señor hasta la tarde.
Le consultaron:
—¿Volvemos a presentar batalla a nuestro hermano Benjamín?
El Señor respondió:
—Atacadlo.
22 Entonces se rehicieron, volvieron a formar en orden de batalla
24 en el mismo sitio que el día anterior y se acercaron a los de Ben-
25 jamín aquel segundo día. Pero los de Benjamín salieron a su en-
cuentro desde Loma aquel segundo día y dejaron tendidos en tierra
otros dieciocho mil israelitas armados de espada.
26 Entonces subieron a Betel todos los israelitas, todo el ejército,
a llorar allí, sentados ante el Señor. Ayunaron aquel día hasta la
tarde, ofrecieron al Señor holocaustos y sacrificios de comunión
27 y le consultaron (en aquella época estaba allí el arca de la alianza
28 y oficiaba Fineés, hijo de Eleazar, hijo de Aarón):
—¿Volvemos a salir al combate contra nuestro hermano Benja-
mín, o desistimos?
El Señor respondió:
—Atacad, que mañana os lo entregaré.
29 Entonces pusieron emboscadas en torno a Loma y marcharon
30 contra Benjamín el tercer día, formando frente a Loma como las
otras veces.
31 Los benjaminitas salieron a su encuentro, alejándose del pueblo,
y como las otras veces, empezaron a destrozar y herir por los cami-
nos, el que sube a Betel y el que va a Gabaón. Así mataron en campo
32 abierto a unos treinta israelitas, y comentaron:
—Ya están derrotados, como el primer día.
Pero es que los israelitas habían convenido:
—Emprenderemos la huida para alejarlos del pueblo hacia los
caminos.
33 (El grueso del ejército se reorganizó en Baal de la Palma). Los
que estaban emboscados salieron de sus posiciones desde el claro
de Loma.
34 (Diez mil hombres selectos de Israel llegaron delante de Loma,
y se entabló un combate reñido, sin que los benjaminitas se dieran
35 cuenta de que el desastre se les echaba encima. El Señor los castigó
ante Israel: aquel día los israelitas hicieron a Benjamín veinticinco
mil cien bajas, todos soldados armados de espada).
36 (Los benjaminitas se vieron derrotados). Los israelitas retrocedie-
ron ante Benjamín, contando con la emboscada que habían tendido
37 contra Loma. Los de la emboscada asaltaron Loma rápidamente;
fueron y pasaron a cuchillo a toda la población.
38 Los israelitas habían convenido con los de la emboscada en que,
39 cuando hicieran subir una humareda desde el pueblo, ellos se vol-
verían en la batalla.
Los de Benjamín empezaron a destrozar y herir a los israelitas,
a unos treinta, y comentaron:
—Ya están derrotados, como en el primer combate.
40 Pero en aquel momento empezó a subir la humareda desde el

pueblo. Los benjaminitas miraron atrás y vieron que el pueblo en-
41 tero subía en llamas al cielo; entonces los israelitas se volvieron,
y los de Benjamín quedaron aterrorizados viendo que el desastre
42 se les echaba encima, y huyeron ante los israelitas, camino del pára-
mo, con el enemigo pisándoles los talones.
43 Los que habían arrasado el pueblo los acometieron de flanco y
los dividieron, persiguiéndolos sin descanso; los persiguieron hasta
44 llegar frente a Loma, a levante. Las bajas de Benjamín fueron die-
ciocho mil hombres.
45 En su huida se dirigieron hacia el páramo, a Peñagranada; pero
los israelitas dieron alcance a cinco mil por los caminos, los persi-
guieron de cerca, hasta Guideán, y les mataron dos mil hombres.
46 Las bajas de Benjamín aquel día fueron veinticinco mil hombres
47 armados de espada, todos gente de guerra. En su huida, seiscientos
hombres se dirigieron hacia el páramo, a Peñagranada, y allí estu-
vieron cuatro meses.
48 Los israelitas se volvieron contra los de Benjamín. Los pasaron
a cuchillo, desde las personas hasta el ganado y todo lo que encon-
traban; todas las ciudades que encontraron las incendiaron.

La paz

21 Los israelitas habían hecho este juramento en Atalaya:
—Ninguno de nosotros dará su hija en matrimonio a un benja-
minita.
2 Fueron a Betel y estuvieron allí sentados ante Dios hasta la tar-
3 de, gritando y llorando inconsolables, y decían:
—¿Por qué, Señor, Dios de Israel, ha pasado esto en Israel, que
ha desaparecido hoy una tribu de Israel?
4 Al día siguiente madrugaron, construyeron allí un altar y ofre-
5 cieron holocaustos y sacrificios de comunión. Después preguntaron:
—¿Quién de entre todas las tribus de Israel no acudió a la asam-
blea ante el Señor?
Porque se habían juramentado solemnemente contra el que no se
presentase ante el Señor en Atalaya, en estos términos: «Es reo de
muerte».
6 Los israelitas sentían lástima por su hermano Benjamín y comen-
taban:
7 —¡Una tribu se ha desgajado hoy de Israel! ¿Cómo proveer de
mujeres a los supervivientes? Porque nosotros nos hemos juramen-
8 tado por el Señor a no darles nuestras hijas en matrimonio. ¿Quién
de las tribus de Israel no se presentó ante el Señor en Atalaya?
Resultó que ningún hombre de Yabés de Galaad había venido a
9 filas, a la asamblea; al pasar revista a la tropa, vieron que allí no
10 había nadie de Yabés de Galaad. Entonces la asamblea mandó allá
doce mil soldados, con esta orden:
—Id y pasad a cuchillo a Yabés de Galaad, sin perdonar mujeres
11 ni niños. Hacedlo de modo que exterminéis a todos los hombres
y a las mujeres casadas, dejando con vida a las solteras.
12 Así lo hicieron. Y resultó que en Yabés de Galaad había cuatro-
cientas muchachas jóvenes no casadas, y las llevaron al campamen-

13 to de Siló, en tierra de Canaán. Luego envió la asamblea una emba-
jada a los benjaminitas de Peñagranada, con propuestas de paz.
14 Los benjaminitas volvieron, y les dieron las mujeres que quedaban
de Yabés de Galaad, pero no hubo para todos.
15 El pueblo se compadeció de Benjamín, porque el Señor había
16 abierto una brecha en las tribus israelitas. Los ancianos de la asam-
blea se preguntaban:
—¿Cómo proveer de mujeres a los supervivientes? Porque las
17 mujeres de Benjamín han sido exterminadas. ¡Que los supervivien-
tes de Benjamín tengan herederos y no se borre una tribu de Israel!
18 Claro que nosotros no podemos darles nuestras hijas en matrimonio.
(Porque habían jurado: ¡Maldito el que dé una mujer a Benjamín!).
19 Entonces propusieron:
—Está la fiesta del Señor, que se celebra todos los años en Siló
(al norte de Betel, al este del camino que va de Betel a Siquén, al
sur de Alba).
20 Y dieron estas instrucciones a los benjaminitas:
21 —Venid a esconderos entre las viñas, y estad atentos: cuando
salgan las muchachas de Siló a bailar en corro, salís vosotros de las
viñas, raptáis cada uno una muchacha y os marcháis a vuestra tierra.
22 Si luego vienen sus padres o hermanos a querellarse con vosotros,
les diremos: «Compadeceos de ellos, que no las han raptado como
esclavas de guerra ni vosotros se las habéis dado; porque en ese
caso seríais culpables».
23 Los benjaminitas lo hicieron así, y de las danzantes que habían
raptado se quedaron con las mujeres que necesitaban. Después se
volvieron a su heredad, reconstruyeron sus ciudades y las habitaron.
24 Los israelitas se repartieron, cada uno a su tribu y su clan, y se
25 fueron de allí cada cual a su heredad. Por entonces no había rey en
Israel; cada uno hacía lo que le parecía bien.

SAMUEL

INTRODUCCION

El libro de Samuel se llama así por uno de sus personajes clave, no porque sea él el autor. Está artificialmente dividido en dos partes, que se suelen llamar primer libro y segundo libro, y en terminología moderna se llamarían mejor primera y segunda parte. Su argumento central es el advenimiento de la monarquía y los dos primeros monarcas: Saúl y David.

Los acontecimientos narrados caen en el siglo XI, penetrando con David en el X. La cronología hoy más probable coloca la batalla de Afec hacia el año 1050, el nombramiento de Saúl un par de decenios después, el comienzo del reinado de David en Hebrón el año 1010, la subida de Salomón al trono el 971.

Es una etapa vacía o átona en la política de los Imperios. En Egipto, a la serie cada vez más débil de Ramésidas ha sucedido la Dinastía XXI, que reina modestamente en Tanis, mientras en Tebas gobierna de hecho una casa sacerdotal. En Mesopotamia, el final del siglo XII registra un monarca importante en Babilonia, Nabucodonosor I, vencedor definitivo de los elamitas y restaurador del reino. El comienzo del siglo XI está dominado por el gran Tiglat Piléser I de Asiria, pacificador, conquistador, gran cazador, fundador de una importante biblioteca, creador de un parque botánico y zoológico. Después el Imperio decae. Las tribus nómadas siguen en fermento: primero son los Ahlamu, que hostigan a los asirios; después los arameos, que van fundando y consolidando reinos en la Siria oriental y llegan a usurpar el trono de Babilonia.

En este largo compás de silencio pueden actuar como solistas sobre el suelo de Palestina dos pueblos relativamente recientes en el país: filisteos e israelitas. Sus batallas, que sobriamente debemos llamar modestas, tienen importancia histórica. Esto ya lo ha visto el autor de las primeras compilaciones.

Literariamente, el libro está a la altura narrativa del *Libro de los Jueces,* sólo que con mayor fuerza constructiva. El autor o autores sabían contar y gozaban contando; no menos gozaron los antiguos oyentes y lectores; del mismo deleite debemos participar en la lectura del libro, recreándolo en la contemplación gozosa.

Samuel

A Samuel le toca ser el anillo entre la cadena irregular de jueces y el comienzo agitado de la monarquía.

Los jueces eran figuras dispersas, locales, imprevisibles, que un historiador tardío ha reducido a cadena regular y sucesiva, pero sin dinastía, pues el único intento de apropiación dinástica, Abimelec, es un momento negativo en la dinámica de la obra.

Samuel será el último juez. Del tipo institucional, porque resuelve pleitos y casos y no empuña la espada o el bastón de mando. Cuando esta judicatura quiere convertirse en asunto familiar, por traspaso a los hijos, el intento fracasa. Más que juez, es Samuel un profeta o vidente; en buenas relaciones con los grupos de profetas extáticos (especie de derviches), aunque distinto de ellos. Confidente del Señor, que recibe su oráculo y presenta la intercesión. Habría que colocarlo en la línea de Débora, profetisa y juez, que llama y envía a la lucha sin luchar ella, que pronuncia el oráculo divino.

Un monte en las cercanías de Jerusalén perpetúa su nombre: Nebi Samwil. ¿Y no es Samuel como una montaña? Descollante, cercano al cielo y bien plantado en tierra, solitario, invitador de tormentas, recogiendo la primera luz de un nuevo sol y proyectando una ancha sombra sobre la historia.

Cronología comparada

Asiria		Egipto
	1085-950	Dinastía XXI Reino dividido en Tebas y Tanis
Asur-bel-kala	1071	
Iraba-Adad II	1053	
Samsi-Adad IV	1051	
	1050	Batalla de Afec (1 Sm 4)
Asur-nasir-pal II	1047	
	1040	Samuel en Ramá
	1030-1010	Saúl
Salmanasar II	1028	
Asur-nirari IV	1016	
Asur-rabi II	1010-971	David

SAMUEL 1

Nacimiento de Samuel

1 Había un hombre sufita, oriundo de Ramá, en la serranía de
Efraín, llamado Elcaná, hijo de Yeroján, hijo de Elihú, hijo de
2 Toju, hijo de Suf, efraimita. Tenía dos mujeres: una se llamaba Ana
3 y la otra Feniná. Feniná tenía hijos y Ana no los tenía. Aquel hom-
bre solía subir todos los años desde su pueblo para adorar y ofre-
cer sacrificios al Señor de los ejércitos en Siló, donde estaban de
sacerdotes del Señor los dos hijos de Elí: Jofní y Fineés.
4 Llegado el día de ofrecer el sacrificio, repartía raciones a su mu-
5 jer Feniná para sus hijos e hijas, mientras que a Ana le daba sólo
una ración, y eso que la quería, pero el Señor la había hecho estéril.
6 Su rival la insultaba ensañándose con ella para mortificarla, porque
7 el Señor la había hecho estéril. Así hacía año tras año; siempre que
subían al templo del Señor, solía insultarla así. Una vez Ana lloraba
8 y no comía. Y Elcaná, su marido, le dijo:
—Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué te afliges? ¿No te
valgo yo más que diez hijos?
9 Entonces, después de la comida en Siló, mientras el sacerdote
Elí estaba sentado en su silla, junto a la puerta del templo del Se-
10 ñor, Ana se levantó, y con el alma llena de amargura se puso a rezar
11 al Señor, llorando a todo llorar. Y añadió esta promesa:
—Señor de los ejércitos, si te fijas en la humillación de tu sierva
y te acuerdas de mí, si no te olvidas de tu sierva y le das a tu sierva
un hijo varón, se lo entrego al Señor de por vida y no pasará la
navaja por su cabeza.
12 Mientras ella rezaba y rezaba al Señor, Elí observaba sus labios.
13 Y como Ana hablaba para sí, y no se oía su voz aunque movía los
14 labios, Elí la creyó borracha y le dijo:
—¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera? A ver si se te pasa
el efecto del vino.
15 Ana respondió:
—No es así, señor. Soy una mujer que sufre. No he bebido vino
16 ni licor, estaba desahogándome ante el Señor. No creas que esta
sierva tuya es una descarada; si he estado hablando hasta ahora, ha
sido de pura congoja y aflicción.
17 Entonces Elí le dijo:
—Vete en paz. Que el Dios de Israel te conceda lo que le has
pedido.
18 Ana respondió:
—Que puedas favorecer siempre a esta sierva tuya.
Luego se fue por su camino, comió y no parecía la de antes.
19 A la mañana siguiente madrugaron, adoraron al Señor y se volvie-
ron. Llegados a su casa de Ramá, Elcaná se unió a su mujer Ana,
20 y el Señor se acordó de ella. Ana concibió, dio a luz un hijo y le
puso de nombre Samuel, diciendo:
—¡Al Señor se lo pedí!
21 Pasado un año, su marido, Elcaná, subió con toda la familia para
22 hacer el sacrificio anual al Señor y cumplir la promesa. Ana se ex-
cusó para no subir, diciendo a su marido:

—Cuando destete al niño, entonces lo llevaré para presentárselo
al Señor y que se quede allí para siempre.
23 Su marido, Elcaná, le respondió:
—Haz lo que te parezca mejor; quédate hasta que lo destetes.
Y que el Señor te conceda cumplir tu promesa.
24 Ana se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó. En-
tonces subió con él al templo del Señor de Siló, llevando un novillo
25 de tres años, una fanega de harina y un odre de vino. Cuando mata-
26 ron el novillo, Ana presentó el niño a Elí, diciendo:
—Señor, por tu vida, yo soy la mujer que estuvo aquí, junto a ti,
27 rezando al Señor. Este niño es lo que yo pedía; el Señor me ha
28 concedido mi petición. Por eso yo se lo cedo al Señor de por vida,
para que sea suyo.
Después se postraron ante el Señor.

Canto de Ana

2 Y Ana rezó esta oración:
«Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por Dios,
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque celebro tu salvación.
2 No hay santo como el Señor,
no hay roca como nuestro Dios.
3 No multipliquéis discursos altivos,
no echéis por la boca arrogancias,
porque el Señor es un Dios que sabe,
él es quien pesa las acciones.
4 Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se ciñen de valor;
5 los hartos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos queda baldía.
6 El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta;
7 da la pobreza y la riqueza,
el Señor humilla y enaltece.
8 El levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes
y que herede un trono glorioso,
pues del Señor son los pilares de la tierra
y sobre ellos afianzó el orbe.
9 El guarda los pasos de sus amigos
mientras los malvados perecen en las tinieblas
—porque el hombre no triunfa por su fuerza—.
10 El Señor desbarata a sus contrarios,
el Altísimo truena desde el cielo,
el Señor juzga hasta el confín de la tierra.
El da fuerza a su rey,
exalta el poder de su Ungido».

Samuel y Elí

11 Ana volvió a su casa de Ramá, y el niño estaba al servicio del
12 Señor, a las órdenes del sacerdote Elí. En cambio, los hijos de Elí
13 eran unos desalmados: no respetaban al Señor ni las obligaciones
de los sacerdotes con la gente. Cuando una persona ofrecía un sa-
crificio, mientras se guisaba la carne, venía el ayudante del sacer-
14 dote empuñando un tenedor, lo clavaba dentro de la olla o caldero
o puchero o barreño, y todo lo que enganchaba el tenedor se lo
llevaba al sacerdote. Así hacían con todos los israelitas que acudían
15 a Siló. Incluso antes de quemar la grasa, iba el ayudante del sacer-
dote y decía al que iba a ofrecer el sacrificio:
—Dame la carne para el asado del sacerdote. Tiene que ser cru-
da, no te aceptaré carne cocida.
16 Y si el otro respondía:
—Primero hay que quemar la grasa, luego puedes llevarte lo que
se te antoje.
Le replicaba:
—No. O me la das ahora o me la llevo por las malas.
17 Aquel pecado de los ayudantes era grave a juicio del Señor,
porque desacreditaban las ofrendas al Señor.
18 Por su parte, Samuel seguía al servicio del Señor y llevaba pues-
19 to un roquete de lino. Su madre solía hacerle una sotana, y cada
año se la llevaba cuando subía con su marido a ofrecer el sacrificio
20 anual. Y Elí echaba la bendición a Elcaná y a su mujer:
—El Señor te dé un descendiente de esta mujer, en compensa-
ción por el préstamo que ella hizo al Señor.
Luego se volvían a casa.
21 El Señor se cuidó de Ana, que concibió y dio a luz tres niños y
dos niñas. El niño Samuel crecía en el templo del Señor.
22 Elí era muy viejo. A veces oía cómo trataban sus hijos a todos
los israelitas y que se acostaban con las mujeres que servían a la
23 entrada de la tienda del encuentro. Y les decía:
—¿Por qué hacéis eso? La gente me cuenta lo mal que os por-
24 táis. No, hijos, no está bien lo que me cuentan; estáis escandalizan-
25 do al pueblo del Señor. Si un hombre ofende a otro, Dios puede
hacer de árbitro; pero si un hombre ofende al Señor, ¿quién inter-
cederá por él?
Pero ellos no hacían caso a su padre, porque el Señor había deci-
dido que murieran.
26 En cambio, el niño Samuel iba creciendo, y lo apreciaban el Se-
ñor y los hombres.
27 Un profeta se presentó a Elí y le dijo:
—Así dice el Señor: «Yo me revelé a la familia de tu padre cuan-
28 do eran todavía esclavos del Faraón en Egipto. Entre todas las tri-
bus de Israel me lo elegí para que fuera sacerdote, subiera a mi
altar, quemara mi incienso y llevara el efod en mi presencia, y con-
cedí a la familia de tu padre participar en las oblaciones de los
29 israelitas. ¿Por qué habéis tratado con desprecio mi altar y las
ofrendas que mandé hacer en mi templo? ¿Por qué tienes más res-
peto a tus hijos que a mí, cebándolos con las primicias de mi pue-
blo, Israel, ante mis mismos ojos?

30 »Por eso —oráculo del Señor, Dios de Israel—, aunque yo te
prometí que tu familia y la familia de tu padre estarían siempre en
mi presencia, ahora —oráculo del Señor— no será así. Porque yo
honro a los que me honran y serán humillados los que me des-
precian.
31 »Mira, llegará un día en que arrancaré tus brotes y los de la fa-
32 milia de tu padre, y nadie llegará a viejo en tu familia. Mirarás con
envidia todo el bien que voy a hacer; nadie llegará a viejo en tu
33 familia. Y si dejo a alguno de los tuyos que sirva a mi altar, se le
consumirán los ojos y se irá acabando; pero la mayor parte de tu
34 familia morirá a espada de hombres. Será una señal para ti lo que
les va a pasar a tus dos hijos, Jofní y Fineés: los dos morirán el
mismo día.
35 »Yo me nombraré un sacerdote fiel, que hará lo que yo quiero y
deseo; le daré una familia estable y vivirá siempre en presencia de
36 mi ungido. Y los que sobrevivan de tu familia vendrán a proster-
narse ante él para mendigar algún dinero y una hogaza de pan,
rogándole: 'Por favor, dame un empleo cualquiera como sacerdote,
para poder comer un pedazo de pan'».

Vocación de Samuel

3 El niño Samuel oficiaba ante el Señor con Elí. La palabra del
2 Señor era rara en aquel tiempo y no abundaban las visiones. Un día
Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos empezaban a apagar-
3 se y no podía ver. Aún no se había apagado la lámpara de Dios,
y Samuel estaba acostado en el santuario del Señor, donde estaba
4 el arca de Dios. El Señor llamó:
—¡Samuel, Samuel!
Y éste respondió:
—¡Aquí estoy!
5 Fue corriendo a donde estaba Elí, y le dijo:
—Aquí estoy; vengo porque me has llamado.
Elí respondió:
—No te he llamado, vuelve a acostarte.
6 Samuel fue a acostarse, y el Señor lo llamó otra vez. Samuel se
levantó, fue a donde estaba Elí, y le dijo:
—Aquí estoy; vengo porque me has llamado.
Elí respondió:
—No te he llamado, hijo; vuelve a acostarte.
7 (Samuel no conocía todavía al Señor; aún no se le había revela-
do la palabra del Señor).
8 El Señor volvió a llamar por tercera vez. Samuel se levantó y
fue a donde estaba Elí, y le dijo:
—Aquí estoy; vengo porque me has llamado.
Elí comprendió entonces que era el Señor quien llamaba al niño,
9 y le dijo:
—Anda, acuéstate. Y si te llama alguien, dices: «Habla, Señor,
que tu siervo escucha».
10 Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y lo
llamó como antes:
—¡Samuel, Samuel!

Samuel respondió:
—Habla, que tu siervo escucha.
11 Y el Señor le dijo:
—Mira, voy a hacer una cosa en Israel, que a los que la oigan
12 les retumbarán los oídos. Aquel día ejecutaré contra Elí y su fami-
13 lia todo lo que he anunciado sin que falte nada. Comunícale que
condeno a su familia definitivamente, porque él sabía que sus hijos
14 maldecían a Dios y no les reprendió. Por eso juro a la familia de Elí
que jamás se expiará su pecado, ni con sacrificios ni con ofrendas.
15 Samuel siguió acostado hasta la mañana siguiente, y entonces
16 abrió las puertas del santuario. No se atrevía a contarle a Elí la
visión, pero Elí lo llamó:
—Samuel, hijo.
Respondió:
—Aquí estoy.
17 Elí le preguntó:
—¿Qué es lo que te ha dicho? No me lo ocultes. Que el Señor
te castigue si me ocultas una palabra de todo lo que te ha dicho.
18 Entonces Samuel le contó todo, sin ocultarle nada. Elí comentó:
—¡Es el Señor! Que haga lo que le parezca bien.
19 Samuel crecía, y el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras
20 dejó de cumplirse, y todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo
21 que Samuel era profeta acreditado ante el Señor. El Señor siguió
manifestándose en Siló, donde se había revelado a Samuel.

4 La palabra de Samuel se escuchaba en todo Israel.

Victoria filistea

Por entonces se reunieron los filisteos para atacar a Israel. Los
israelitas salieron a enfrentarse con ellos y acamparon junto a Pie-
2 drayuda, mientras que los filisteos acampaban en El Cerco. Los fi-
listeos formaron en orden de batalla frente a Israel. Entablada la
lucha, Israel fue derrotado por los filisteos; de sus filas murieron
3 en el campo unos cuatro mil hombres. La tropa volvió al campa-
mento, y los concejales de Israel deliberaron:
—¿Por qué el Señor nos ha hecho sufrir hoy una derrota a ma-
nos de los filisteos? Vamos a Siló, a traer el arca de la alianza del
Señor, para que esté entre nosotros y nos salve del poder enemigo.
4 Mandaron gente a Siló, a por el arca de la alianza del Señor de
los ejércitos, entronizado sobre querubines. Los dos hijos de Elí,
5 Jofní y Fineés, fueron con el arca de la alianza de Dios. Cuando el
arca de la alianza del Señor llegó al campamento, todo Israel lanzó
6 a pleno pulmón el alarido de guerra, y la tierra retembló. Al oír los
filisteos el estruendo del alarido, se preguntaron:
—¿Qué significa ese alarido que retumba en el campamento
hebreo?
Entonces se enteraron de que el arca del Señor había llegado al
7 campamento, y muertos de miedo decían:
—¡Ha llegado su Dios al campamento! ¡Ay de nosotros! Es la
8 primera vez que nos pasa esto. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará
de la mano de esos dioses poderosos, los dioses que hirieron a

9 Egipto con toda clase de calamidades y epidemias? ¡Valor, filisteos!
Sed hombres y no seréis esclavos de los hebreos, como lo han sido
ellos de nosotros. ¡Sed hombres y al ataque!
10 Los filisteos se lanzaron a la lucha y derrotaron a los israelitas,
que huyeron a la desbandada. Fue una derrota tremenda: cayeron
11 treinta mil de la infantería israelita. El arca de Dios fue capturada
y los dos hijos de Elí, Jofní y Fineés, murieron.

Muerte de Elí

12 Un benjaminita salió corriendo de las filas y llegó a Siló aquel
13 mismo día, con la ropa hecha jirones y polvo en la cabeza. Cuando
llegó, allí estaba Elí, sentado en su silla, junto a la puerta, oteando
con ansia el camino, porque temblaba por el arca de Dios. Aquel
hombre entró por el pueblo dando la noticia, y toda la población
14 se puso a gritar. Elí oyó el griterío y preguntó:
—¿Qué alboroto es ése?
15 Mientras tanto, el hombre corría a dar la noticia a Elí. Elí había
cumplido noventa y ocho años; tenía los ojos inmóviles, sin poder
16 ver. El fugitivo le dijo:
—Soy el hombre que ha llegado del frente.
Elí preguntó:
—¿Qué ha ocurrido, hijo?
17 El mensajero respondió:
—Israel ha huido ante los filisteos, ha sido una gran derrota para
nuestro ejército; tus dos hijos, Jofní y Fineés, han muerto, y el arca
de Dios ha sido capturada.
18 En cuanto mentó el arca de Dios, Elí cayó de la silla hacia atrás,
junto a la puerta; se rompió la base del cráneo y murió. Era ya
viejo y estaba torpe. Había sido juez en Israel cuarenta años.
19 Su nuera, la mujer de Fineés, estaba encinta y próxima a dar a
luz. Cuando oyó la noticia de que habían capturado el arca y que
habían muerto su suegro y su marido, le sobrevinieron los dolores,
20 se encorvó y dio a luz. Estando para morir, las mujeres que la aten-
dían la animaban:
—No tengas miedo, que has dado a luz un niño.
21 Pero ella no respondió ni cayó en la cuenta. Al niño lo llamaron
Singloria [a], diciendo:
—Está desterrada la gloria de Israel (aludían a la captura del
arca y a la muerte de su suegro y su marido).
22 Y repetían:
—Está desterrada la gloria de Israel, porque han capturado el
arca de Dios.

El arca, en el templo de Dagón

5 Mientras tanto, los filisteos capturaron el arca de Dios y la lleva-
2 ron desde Piedrayuda a Asdod. Cogieron el arca de Dios, la metie-

a = Icabod.

3 ron en el templo de Dagón y la colocaron junto a Dagón. A la ma-
ñana siguiente se levantaron los asdodeos y encontraron a Dagón
caído de bruces delante del arca del Señor, lo recogieron y lo colo-
4 caron en su sitio. A la mañana siguiente se levantaron y encontra-
ron a Dagón caído de bruces ante el arca del Señor, con la cabeza
y las manos cortadas encima del umbral; sólo le quedaba el tronco.
5 (Por eso se conserva hasta hoy esta costumbre en Asdod: los sacer-
dotes y los que entran en el templo de Dagón no pisan el umbral).

El arca, en territorio filisteo

6 La mano del Señor descargó sobre los asdodeos, aterrorizándolos,
7 e hirió con diviesos a la gente de Asdod y su término. Al ver lo que
sucedía, los asdodeos dijeron:
—No debe quedarse entre nosotros el arca del Dios de Israel,
porque su mano es dura con nosotros y con nuestro dios Dagón.
8 Entonces mandaron convocar en Asdod a los príncipes filisteos
y les consultaron:
—¿Qué hacemos con el arca del Dios de Israel?
Respondieron:
—Que se traslade a Gat.
9 Llevaron a Gat el arca del Dios de Israel; pero nada más llegar,
descargó el Señor la mano sobre el pueblo, causando un pánico
terrible, porque hirió con diviesos a toda la población, a chicos y
grandes.
10 Entonces trasladaron el arca de Dios a Ecrón; pero cuando llegó
allí, protestaron los ecronitas:
—¡Nos han traído el arca de Dios para que nos mate a nosotros
y a nuestras familias!
11 Entonces mandaron convocar a los príncipes filisteos, y les di-
jeron:
—Devolved a su sitio el arca del Dios de Israel; si no, nos va a
matar a nosotros con nuestras familias.
Todo el pueblo tenía un pánico mortal, porque la mano de Dios
12 había descargado allí con toda fuerza. A los que no morían, les sa-
lían diviesos. Y el clamor del pueblo subía hasta el cielo.
6 El arca del Señor estuvo en país filisteo siete meses.

Devolución del arca

2 Los filisteos llamaron a los sacerdotes y adivinos y les consul-
taron:
—¿Qué hacemos con el arca del Señor? Indicadnos cómo la po-
demos mandar a su sitio.
3 Respondieron:
—Si queréis devolver el arca del Dios de Israel, no la mandéis
vacía, sino pagando una indemnización. Entonces, si os curáis, sa-
bremos por qué su mano no nos dejaba en paz.
4 Les preguntaron:
—¿Qué indemnización tenemos que pagarles?

Respondieron:
—Cinco diviesos de oro y cinco ratas de oro, uno por cada prín-
cipe filisteo, porque la misma plaga la habéis sufrido vosotros y
5 ellos. Haced unas imágenes de los diviesos y de las ratas que han
asolado el país, y así reconoceréis la gloria del Dios de Israel. A ver
si el peso de su mano se aparta de vosotros, de vuestro país y de
6 vuestro dios. No os pongáis tercos, como hicieron los egipcios y el
Faraón, y ese Dios los maltrató hasta que dejaron marchar a Israel.
7 Ahora haced un carro nuevo, tomad dos vacas que estén criando
y nunca hayan llevado el yugo y uncidlas al carro, dejando los terne-
8 ros encerrados en el establo. Después tomad el arca del Señor y
colocadla en el carro; poned en una cesta junto al arca los objetos
9 de oro que le pagáis como indemnización, y soltad el carro. Obser-
vadlo bien: si tira hacia su territorio y sube a Casalsol, es que ese
Dios nos ha causado esta terrible calamidad; en caso contrario,
sabremos que no nos ha herido su mano, sino que ha sido un ac-
cidente.
10 Así lo hicieron. Cogieron dos vacas que estaban criando y las un-
cieron al carro, dejando los terneros encerrados en el establo;
11 colocaron en el carro el arca del Señor y la cesta con las ratas de
12 oro y las imágenes de los diviesos. Las vacas tiraron derechas hacia
el camino de Casalsol; caminaban mugiendo, siempre por el mismo
camino, sin desviarse a derecha o izquierda. Los príncipes filisteos
fueron detrás, hasta el término de Casalsol.
13 La gente de este pueblo estaba segando el trigo en el valle; alza-
14 ron los ojos, y al ver el arca, se alegraron. El carro entró en el cam-
po de Josué, el de Casalsol, y se paró allí. Al lado había una gran
piedra. Entonces la gente hizo leña del carro y ofreció las vacas en
15 holocausto al Señor. (Los levitas habían descargado el arca del Se-
ñor y la cesta con los objetos de oro y los habían depositado sobre
la piedra grande. Aquel día los de Casalsol ofrecieron holocaustos
16 y sacrificios de comunión al Señor). Los cinco príncipes filisteos
estuvieron observando, y el mismo día se volvieron a Ecrón.
17 Lista de los diviesos de oro que los filisteos pagaron como indem-
nización al Señor: uno por Asdod, uno por Gaza, uno por Ascalón,
18 uno por Gat, uno por Ecrón. Las ratas de oro eran por las ciudades
de la Pentápolis filistea, incluyendo plazas fortificadas y aldeas des-
guarnecidas. Y la piedra grande donde depositaron el arca del Señor
se puede ver hoy en el campo de Josué, el de Casalsol.
19 Los hijos de Jeconías, aunque vieron el arca, no hicieron fiesta
con los demás, y el Señor castigó a setenta hombres. El pueblo hizo
20 duelo, porque el Señor los había herido con gran castigo, y los de
Casalsol decían:
—¿Quién podrá resistir al Señor, a ese Dios santo? ¿Adónde
podemos enviar el arca para deshacernos de ella?
21 Y mandaron este recado a Villasotos:
—Los filisteos han devuelto el arca del Señor. Bajad a recogerla.

7 Los de Villasotos fueron, recogieron el arca y la llevaron a Loma,
a casa de Abinadab, y consagraron a su hijo Eleazar para que guar-
dase el arca.

Derrota de los filisteos

2 Desde el día en que instalaron el arca en Villasotos pasó mucho
3 tiempo, veinte años. Todo Israel añoraba al Señor. Samuel dijo a
los israelitas:
—Si os convertís al Señor de todo corazón, quitad de en medio
los dioses extranjeros, Baal y Astarté, permaneced constantes con
el Señor, sirviéndole sólo a él, y él os librará del poder filisteo.
4 Entonces los israelitas retiraron las imágenes de Baal y Astarté
y sirvieron sólo al Señor.
5 Samuel ordenó:
—Reunid a todo Israel en Atalaya, y rezaré por vosotros al
Señor.
6 Se reunieron en Atalaya, sacaron agua y la derramaron ante el
Señor; ayunaron aquel día y dijeron:
—Hemos pecado contra el Señor.
Samuel juzgó a los israelitas en Atalaya.
7 Los filisteos se enteraron de que los israelitas se habían reunido
en Atalaya, y los príncipes filisteos subieron contra Israel. Al sa-
8 berlo, a los israelitas les entró miedo, y dijeron a Samuel:
—No calles, grita por nosotros al Señor, nuestro Dios, para que
nos salve del poder filisteo.
9 Samuel cogió un cordero lechal y lo ofreció al Señor en holocaus-
10 to; gritó al Señor en favor de Israel, y el Señor le escuchó. Mien-
tras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos se acercaron para dar
la batalla a Israel; pero el Señor mandó aquel día una gran tronada
11 contra los filisteos y los desbarató; Israel los derrotó. Los israelitas
salieron de Atalaya persiguiendo a los filisteos, y los fueron destro-
12 zando hasta más abajo de Casalcordero. Samuel cogió una piedra
y la plantó entre Atalaya y Muela, y la llamó Piedrayuda, expli-
cando:
—Hasta aquí nos ayudó el Señor.
13 Los filisteos tuvieron que someterse, y no volvieron a invadir el
territorio israelita. Mientras vivió Samuel, la mano del Señor pesó
14 sobre ellos. Israel reconquistó las ciudades que habían ocupado los
filisteos; así, volvieron al poder de Israel desde Ecrón a Gat y su
territorio. Y hubo paz entre Israel y los amorreos.
15-6 Samuel fue juez de Israel hasta su muerte. Todos los años visi-
17 taba Betel, Guilgal y Atalaya, y allí gobernaba a Israel. Luego vol-
vía a Ramá, donde tenía su casa y solía ejercer sus funciones. Allí
levantó un altar al Señor.

Los israelitas piden un rey. La monarquía

8 Cuando Samuel llegó a viejo, nombró a sus hijos jueces de Israel.
2 El hijo mayor se llamaba Joel y el segundo Abías; ejercían el cargo
3 en Berseba. Pero no se comportaban como su padre; atentos sólo
al provecho propio, aceptaban sobornos y juzgaban contra justicia.
4 Entonces los concejales de Israel se reunieron y fueron a entrevis-
5 tarse con Samuel en Ramá. Le dijeron:
—Mira, tú eres ya viejo y tus hijos no se comportan como tú.

Nómbranos un rey que nos gobierne, como se hace en todas las
naciones.
6 A Samuel le disgustó que le pidieran ser gobernados por un rey,
7 y se puso a orar al Señor. El Señor le respondió:
—Haz caso al pueblo en todo lo que te pidan. No te rechazan a
8 ti, sino a mí; no me quieren por rey. Como me trataron desde el
día que los saqué de Egipto, abandonándome para servir a otros
9 dioses, así te tratan a ti. Hazles caso; pero adviérteles bien claro,
explícales los derechos del rey.
10 Samuel comunicó la palabra del Señor a la gente que le pedía
un rey:
11 —Estos son los derechos del rey que os regirá: a vuestros hijos
los llevará para enrolarlos en sus destacamentos de carros y caballe-
12 ría y para que vayan delante de su carroza; los empleará como jefes
y oficiales en su ejército, como aradores de sus campos y segadores
de su cosecha, como fabricantes de armamentos y de pertrechos
13 para sus carros. A vuestras hijas se las llevará como perfumistas,
14 cocineras y reposteras. Vuestros campos, viñas y los mejores oliva-
15 res os los quitará para dárselos a sus ministros. De vuestro grano
y vuestras viñas os exigirá diezmos, para dárselos a sus funcionarios
16 y ministros. A vuestros criados y criadas, vuestros mejores burros y
17 bueyes se los llevará para usarlos en su hacienda. De vuestros reba-
ños os exigirá diezmos. ¡Y vosotros mismos seréis sus esclavos!
18 Entonces gritaréis contra el rey que os elegisteis, pero Dios no os
responderá.
19 El pueblo no quiso hacer caso a Samuel, e insistió:
20 —No importa. ¡Queremos un rey! Así seremos nosotros como los
demás pueblos. Que nuestro rey nos gobierne y salga al frente de
nosotros a luchar en la guerra.
21 Samuel oyó lo que pedía el pueblo y se lo comunicó al Señor.
22 El Señor le respondió:
—Hazles caso y nómbrales un rey.
Entonces Samuel dijo a los israelitas:
—¡Cada uno a su pueblo!

SAMUEL Y SAUL

9 Había un hombre de Loma de Benjamín llamado Quis, hijo de
Abiel, de Seror, de Becorá, de Afij, benjaminita, de buena posición.
2 Tenía un hijo que se llamaba Saúl, un mozo bien plantado; era el
israelita más alto: sobresalía por encima de todos, de los hombros
3 arriba. A su padre, Quis, se le habían extraviado unas burras, y dijo
a su hijo Saúl:
—Llévate a uno de los criados y vete a buscar las burras.
4 Cruzaron la serranía de Efraín y atravesaron la comarca de Sali-
sá, pero no las encontraron. Atravesaron la comarca de Saalín, y
nada. Atravesaron la comarca de Benjamín, y tampoco.
5 Cuando llegaron a la comarca de Suf, Saúl dijo al criado que iba
con él:
—Vamos a volvernos, no sea que mi padre prescinda de las bu-
rras y empiece a preocuparse por nosotros.
6 Pero el criado repuso:
—Precisamente en ese pueblo hay un hombre de Dios de gran
fama; lo que él dice sucede sin falta. Vamos allá. A lo mejor nos
orienta sobre lo que andamos buscando.
7 Saúl replicó:
—Y si vamos, ¿qué le llevamos a ese hombre? Porque no nos
queda pan en las alforjas y no tenemos nada que llevarle a ese
profeta. ¿Qué nos queda?
8 El criado respondió:
—Tengo aquí dos gramos y medio de plata; se los daré al profe-
ta y nos orientará.
10 Saúl comentó:
—Muy bien. ¡Hala, vamos!
11 Y caminaron hacia el pueblo en donde estaba el profeta. Según
subían por la cuesta del pueblo, encontraron a unas muchachas que
salían a por agua; les preguntaron:
—¿Vive aquí el vidente?
9 (En Israel, antiguamente, el que iba a consultar a Dios, decía
así: «¡Vamos al vidente!», porque antes se llamaba vidente al que
hoy llamamos profeta).
12 Ellas contestaron:
—Sí; se te ha adelantado. Precisamente hoy ha llegado al pueblo,
13 porque el pueblo celebra hoy un sacrificio en el altozano. Si entráis
en el pueblo, lo encontraréis antes de que suba al altozano para el
banquete; porque no se pondrán a comer hasta que él llegue, pues
a él le corresponde bendecir el sacrificio, y luego comen los convi-
dados. Subid ahora, que ahora precisamente lo encontraréis.
14 Subieron al pueblo. Y justamente cuando entraban en el pueblo,
se encontró con ellos Samuel según salía para subir al altozano.
15 El día antes de llegar Saúl, el Señor había revelado a Samuel:
16 —Mañana te enviaré un hombre de la región de Benjamín, para
que lo unjas como jefe de mi pueblo, Israel, y libre a mi pueblo de
la dominación filistea; porque he visto la aflicción de mi pueblo,
sus gritos han llegado hasta mí.
17 Cuando Samuel vio a Saúl, el Señor le avisó:
—Ese es el hombre de quien te hablé; ése regirá a mi pueblo.

18 Saúl se acercó a Samuel en medio de la entrada y le dijo:
—Haz el favor de decirme dónde está la casa del vidente.
19 Samuel le respondió:
—Yo soy el vidente. Sube delante de mí al altozano; hoy coméis
conmigo y mañana te dejaré marchar y te diré todo lo que piensas.
20 Por las burras que se te perdieron hace tres días no te preocupes,
que ya aparecieron. Además, ¿por quién suspira todo Israel? Por ti
y por la familia de tu padre.
21 Saúl respondió:
—¡Si yo soy de Benjamín, la menor de las tribus de Israel!
Y de todas las familias de Benjamín, mi familia es la menos importante. ¿Por qué me dices eso?
22 Entonces Samuel tomó a Saúl y a su criado, los metió en el comedor y los puso en la presidencia de los convidados, unas treinta
23 personas. Luego dijo al cocinero:
—Trae la ración que te encargué, la que te dije que apartases.
24 El cocinero sacó el pernil y la cola, y se lo sirvió a Saúl. Samuel dijo:
—Ahí tienes lo que te reservaron; come, que te lo han guardado para esta ocasión, para que lo comas con los convidados.
25 Así, pues, Saúl comió aquel día con Samuel. Después bajaron del altozano hasta el pueblo, prepararon la cama a Saúl en la azotea y se acostó.

Unción de Saúl

26 Al despuntar el sol, Samuel fue a la azotea a llamarlo:
—Levántate, que te despida.
27 Saúl se levantó, y los dos, él y Samuel, salieron de casa. Cuando habían bajado hasta las afueras, Samuel le dijo:
—Dile al criado que vaya delante; tú párate un momento y te comunicaré la palabra de Dios.

10 Tomó la aceitera, derramó aceite sobre la cabeza de Saúl y lo besó, diciendo:
2 —¡El Señor te unge como jefe de su heredad [a]! Hoy mismo, cuan-
do te separes de mí, te tropezarás con dos hombres junto a la tum-
ba de Raquel, en la linde de Benjamín, que te dirán: «Aparecieron
las burras que saliste a buscar; mira, tu padre ha olvidado el asun-
to de las burras y está preocupado por vosotros, pensando qué va
3 a ser de su hijo». Sigue adelante y vete hasta la encina del Tabor;
allí te tropezarás con tres hombres que suben a visitar a Dios en
Betel: uno con tres cabritos, otro con tres hogazas de pan y otro
4 con un pellejo de vino; después de darte los buenos días, te entre-
5 garán dos panes, y tú los aceptarás. Vete luego a Loma de Dios,
donde está la guarnición filistea; al llegar al pueblo te toparás con
un grupo de profetas que baja del cerro en danza frenética, detrás
6 de una banda de arpas y cítaras, panderos y flautas. Te invadirá
el espíritu del Señor, te convertirás en otro hombre y te mezclarás
7 en su danza. Cuando te sucedan estas señales, hala, haz lo que se te

a Gr y Vg añaden: «de su pueblo Israel; tú gobernarás el pueblo del Señor, tú lo salvarás de los enemigos vecinos. Y ésta será la señal:».

8 ofrezca, que Dios está contigo. Baja por delante a Guilgal; yo iré después a ofrecer holocaustos y sacrificios de comunión. Espera siete días, hasta que yo llegue y te diga lo que tienes que hacer.
9 Cuando Saúl dio la vuelta y se apartó de Samuel, Dios le cambió el corazón, y todas aquellas señales le sucedieron aquel mismo día.
10 De allí fueron a Loma, y de pronto dieron con un grupo de profetas.
El espíritu de Dios invadió a Saúl y se puso a danzar entre ellos.
11 Los que lo conocían de antes y lo veían danzando con los profetas, comentaban:
—¿Qué le pasa al hijo de Quis? ¡Hasta Saúl anda con los profetas!
12 Uno del pueblo replicó:
—¡Pues a ver quién es el padre de ésos!
(Así se hizo proverbial la frase: «¡Hasta Saúl anda con los profetas!»).
13-4 Cuando se le pasó el frenesí, Saúl fue a su casa. Su tío les preguntó:
—¿Dónde anduvisteis?
Saúl respondió:
—Buscando las burras. Como vimos que no aparecían, fuimos a ver a Samuel.
15 Su tío le dijo:
—Anda, cuéntame qué os dijo Samuel.
16 Respondió:
—Nos anunció que habían aparecido las burras.
Pero lo que le había dicho Samuel del asunto del reino no se lo dijo.

Elección del rey a suerte

17-8 Samuel convocó al pueblo ante el Señor, en Atalaya, y dijo a los israelitas:
—Así dice el Señor, Dios de Israel: «Yo saqué a Israel de Egipto, os libré de los egipcios y de todos los reyes que os oprimían».
19 Pero vosotros habéis rechazado hoy a vuestro Dios, el que os salvó de todas las desgracias y peligros, y habéis dicho: «No importa, danos un rey». Pues bien, presentaos ante el Señor por tribus y por familias.
20 Samuel hizo acercarse a las tribus de Israel, y le tocó la suerte a
21 la tribu de Benjamín. Hizo acercarse a la tribu de Benjamín, por
clanes, y le tocó la suerte al clan de Matrí; luego hizo acercarse al
clan de Matrí, por individuos, y le tocó la suerte a Saúl, hijo de
22 Quis; lo buscaron y no lo encontraron. Consultaron de nuevo al
Señor:
—¿Ha venido aquí Saúl?
El Señor respondió:
—Está escondido entre el bagaje.
23 Fueron corriendo a sacarlo de allí, y se presentó en medio de la gente: sobresalía por encima de todos, de los hombros arriba.
24 Entonces Samuel dijo a todo el pueblo:
—¡Mirad a quién ha elegido el Señor! ¡No hay como él en todo el pueblo!

Todos aclamaron:
—¡Viva el rey!
25 Samuel explicó al pueblo los derechos del rey, y los escribió en
un libro, que colocó ante el Señor. Luego despidió a la gente, cada
26 cual a su casa. También Saúl marchó a su casa, a Loma. Con él fue-
27 ron los mejores, a quienes Dios tocó el corazón. En cambio, los mal-
vados comentaron:
—¡Qué va a salvarnos ése!
Lo despreciaron y no le ofrecieron regalos. Saúl callaba.

Saúl vence a los amonitas

11 El amonita Serpiente hizo una incursión y acampó ante Yabés
de Galaad. Los de Yabés le pidieron:
—Haz un pacto con nosotros y seremos tus vasallos.
2 Pero Serpiente les dijo:
—Pactaré con vosotros a condición de sacaros el ojo derecho.
Así afrentaré a todo Israel.
3 Los concejales de Yabés le pidieron:
—Danos siete días para que podamos mandar emisarios por todo
el territorio de Israel. Si no hay quien nos salve, nos rendimos.
4 Los mensajeros llegaron a Loma de Saúl, comunicaron la noticia
5 al pueblo, y todos se echaron a llorar a gritos. Pero, mira por dónde,
llegaba Saúl del campo tras los bueyes y preguntó:
—¿Qué le pasa a la gente, que está llorando?
6 Le contaron la noticia que habían traído los de Yabés, y al oírlo
7 Saúl, lo invadió el espíritu de Dios; enfurecido, cogió la pareja de
bueyes, los descuartizó y los repartió por todo Israel, aprovechando
a los emisarios, con este pregón: «Así acabará el ganado del que
no vaya a la guerra con Saúl y Samuel».
El temor del Señor cayó sobre la gente, y fueron a la guerra como
8 un solo hombre. Saúl les pasó revista en Centella: los de Israel
9 eran trescientos mil y treinta mil los de Judá. Y dijo a los emisarios
que habían venido:
—Decid a los de Yabés de Galaad: «Mañana, cuando caliente
el sol, os llegará la salvación».
Los emisarios marcharon a comunicárselo a los de Yabés, que se
10 llenaron de alegría, y dijeron a Serpiente:
—Mañana nos rendiremos y haréis de nosotros lo que mejor os
parezca.
11 Al día siguiente Saúl distribuyó la tropa en tres cuerpos; irrum-
pieron en el campamento enemigo al relevo de la madrugada y es-
tuvieron matando amonitas hasta que calentó el sol; los enemigos
que quedaron vivos se dispersaron, de forma que no iban dos jun-
12 tos. Entonces el pueblo dijo a Samuel:
—¡A ver, los que decían que Saúl no reinaría! ¡Entregadlos, que
los matamos!
13 Pero Saúl dijo:
—Hoy no ha de morir nadie, porque hoy el Señor ha salvado a
Israel.
14 Y Samuel dijo a todos:
—Hala, vamos a Guilgal a inaugurar allí la monarquía.

15 Todos fueron a Guilgal y coronaron allí a Saúl ante el Señor;
ofrecieron al Señor sacrificios de comunión y celebraron allí una
gran fiesta Saúl y los israelitas.

Despedida de Samuel

12 Samuel dijo a los israelitas:
—Ya veis que os he hecho caso en todo lo que me pedisteis, y
2 os he dado un rey. Pues bien, ¡aquí tenéis al rey! Yo estoy ya viejo
y canoso, mientras a mis hijos los tenéis entre vosotros. Yo he ac-
3 tuado a la vista de todos desde mi juventud hasta ahora. Aquí me
tenéis, respondedme ante el Señor y su ungido: ¿A quién le quité
un buey? ¿A quién le quité un burro? ¿A quién he hecho injusti-
cia? ¿A quién he vejado? ¿De quién he aceptado un soborno para
hacer la vista gorda? Decidlo y os lo devolveré.
4 Respondieron:
—No nos has hecho injusticia, ni nos has vejado, ni has aceptado
soborno de nadie.
5 Samuel añadió:
—Yo tomo hoy por testigo frente a vosotros al Señor y a su un-
gido: no me habéis sorprendido con nada en la mano.
Respondieron:
—Sean testigos.
6 Samuel dijo al pueblo:
—Es testigo el Señor, que envió a Moisés y a Aarón e hizo subir
7 de Egipto a vuestros padres. Poneos en pie, que voy a juzgaros en
presencia del Señor, repasando todos los beneficios que el Señor
8 os hizo a vosotros y a vuestros padres: Cuando Jacob fue con sus
hijos a Egipto, y los egipcios los oprimieron, vuestros padres grita-
ron al Señor, y el Señor envió a Moisés y a Aarón para que sacaran
9 de Egipto a vuestros padres y los establecieran en este lugar. Pero
olvidaron al Señor, su Dios, y él los vendió a Sísara, general del
ejército de Yabín, rey de Jasor, y a los filisteos y al rey de Moab,
10 y tuvieron que luchar contra ellos. Entonces gritaron al Señor:
«Hemos pecado, porque hemos abandonado al Señor, para servir
a Baal y Astarté; líbranos del poder de nuestros enemigos y te ser-
11 viremos». El Señor envió a Yerubaal, a Barac, a Jefté y a Sansón,
y os libró del poder de vuestros vecinos, y pudisteis vivir tranqui-
12 los. Pero cuando visteis que os atacaba el rey amonita Serpiente,
me pedisteis que os nombrara un rey, siendo así que el Señor es
13 vuestro rey. Pues bien, ahí tenéis al rey que pedisteis y que habéis
14 elegido; ya veis que el Señor os ha dado un rey. Si respetáis al Se-
ñor y le servís, si le obedecéis y no os rebeláis contra sus mandatos,
vosotros y el rey que reine sobre vosotros viviréis siendo fieles al
15 Señor, vuestro Dios. Pero si no obedecéis al Señor y os rebeláis
contra sus mandatos, el Señor descargará la mano sobre vosotros y
16 sobre vuestro rey, hasta destruiros. Ahora preparaos a asistir al
17 prodigio que el Señor va a realizar ante vuestros ojos. Estamos
en la siega del trigo, ¿no es cierto? Pues voy a invocar al Señor
para que envíe una tronada y un aguacero; así reconoceréis la grave
maldad que cometisteis ante el Señor pidiéndoos un rey.

18 Samuel invocó al Señor, y el Señor envió aquel día una tronada
19 y un aguacero. Todo el pueblo, lleno de miedo ante el Señor y ante
Samuel, dijo a Samuel:
—Reza al Señor, tu Dios, para que tus siervos no mueran, porque a todos nuestros pecados hemos añadido la maldad de pedirnos un rey.
20 Samuel les contestó:
—No temáis. Ya que habéis cometido esa maldad, al menos en
adelante no os apartéis del Señor; servid al Señor de todo corazón,
21 no sigáis a los ídolos, que ni auxilian ni liberan, porque son puro
22 vacío. Por el honor de su gran Nombre, el Señor no rechazará a su
pueblo, porque el Señor se ha dignado hacer de vosotros su pueblo.
23 Por mi parte, líbreme Dios de pecar contra el Señor dejando de
24 rezar por vosotros. Yo os enseñaré el camino recto y bueno, puesto
que habéis visto los grandes beneficios que el Señor os ha hecho,
25 respetad al Señor y servidlo sinceramente y de todo corazón. Pero si
obráis mal, pereceréis, vosotros con vuestro rey.

Amenaza filistea

13 Saúl tenía ... [a] años cuando empezó a reinar, y reinó sobre Israel
veintidós años.
2 Seleccionó a tres mil hombres de Israel: dos mil estaban con él
en Micmás y la montaña de Betel, y mil estaban con Jonatán en
Loma de Benjamín. Al resto del ejército lo licenció.
3 Jonatán derrotó a la guarnición filistea que había en Loma. Los
filisteos supieron que los hebreos se habían sublevado. Saúl tocó
4 a rebato por todo el país. Entonces los israelitas supieron que Saúl
había derrotado a una guarnición enemiga y que se habían roto las
hostilidades con los filisteos, y se reunieron con Saúl en Guilgal.
5 Los filisteos se concentraron para la guerra contra Israel: tres mil
carros, seis mil jinetes e infantería numerosa como la arena de la
playa, y fueron a acampar junto a Micmás, al este de Betavén.
6 Al verse en peligro ante el avance filisteo, los israelitas fueron a
esconderse en las cuevas, los agujeros, las peñas, los refugios y los
7 aljibes. Muchos pasaron el Jordán hacia Gad y Galaad. Saúl seguía
8 en Guilgal, mientras la gente, atemorizada, se le marchaba. Aguardó
siete días, hasta el plazo señalado por Samuel; pero Samuel no llegó
9 a Guilgal, y la gente se le dispersaba. Entonces Saúl ordenó:
—Traedme las víctimas del holocausto y de los sacrificios de comunión.
Y ofreció el holocausto.

Samuel condena a Saúl

10 Apenas había terminado, cuando se presentó Samuel. Saúl salió
11 a su encuentro y lo saludó. Pero Samuel le dijo:
—¿Qué has hecho?
Contestó:
—Vi que la gente se me dispersaba y tú no venías en el plazo

[a] Falta el número en el original.

12 señalado, y los filisteos se concentraban frente a Micmás, y me dije:
Ahora bajarán los filisteos contra mí a Guilgal, sin que yo haya aplacado al Señor, y me atreví a ofrecer el holocausto.
13 Samuel le dijo:
—¡Estás loco! Si hubieras cumplido la orden del Señor, tu Dios,
14 él consolidaría tu reino sobre Israel para siempre. En cambio, ahora
tu reino no durará. El Señor se ha buscado un hombre a su gusto
y lo ha nombrado jefe de su pueblo, porque tú no has sabido
cumplir la orden del Señor.
15 Samuel se volvió de Guilgal por su camino. El resto del ejército
subió tras Saúl al encuentro del enemigo y llegaron desde Guilgal
a Loma de Benjamín. Saúl revistó las tropas que seguían con él:
unos seiscientos hombres.

Saúl y Jonatán

16 Saúl, su hijo Jonatán y sus tropas se establecieron en Loma de
Benjamín; por su parte, los filisteos acamparon junto a Micmás.
17 Del campamento filisteo salió una fuerza de choque dividida en tres
18 columnas: una se dirigió a Ofrá, hacia la zona de La Zorra; otra
se dirigió a Bejorón, y la tercera se dirigió a la colina que domina
el valle Seboín, hacia la estepa.
19 Por entonces no se encontraba un herrero en tierra de Israel,
porque el plan de los filisteos era que los hebreos no se forjaran
20 espadas ni lanzas. Todos los israelitas tenían que bajar al país filis-
21 teo para aguzar su reja, su azada, su hacha y su hoz. Por aguzar
una reja o una azada les cobraban medio peso, y dos tercios de peso
22 por un hacha o una aguijada. Así sucedió que, a la hora de la ba-
talla, en todo el ejército de Saúl no había más espada ni lanza que
las de Saúl y su hijo Jonatán.
23 Un destacamento filisteo salió hacia la cañada de Micmás.

Hazaña de Jonatán

14 Un día Jonatán, hijo de Saúl, dijo a su escudero:
—Vamos a pasar hasta el destacamento filisteo, al otro lado de la cañada.
Pero no se lo dijo a su padre.
2 Saúl estaba entonces en las afueras de Loma, bajo el granado de
3 la era. Su tropa eran unos seiscientos hombres. Ajías, hijo de Ajitub, hermano de Singloria, hijo de Fineés, hijo de Elí, sacerdote
del Señor en Siló, llevaba un efod.
4 La tropa no se dio cuenta de que Jonatán se alejaba. A ambos
lados de la cañada que Jonatán intentaba pasar para llegar al destacamento filisteo había dos salientes rocosos: uno se llamaba El Bri-
5 llante y el otro La Espina. Uno se erguía hacia el norte, frente a
Micmás, y el otro hacia el sur, frente a Loma.
6 Jonatán dijo a su escudero:
—Vamos a pasar hacia el destacamento de esos incircuncisos; a lo mejor el Señor nos da la victoria; no le cuesta salvar con muchos o con pocos.

7 El escudero respondió:
—Haz lo que quieras; estoy a tu disposición.
8 Jonatán dijo:
—Mira, vamos a pasar hasta esos hombres; nos descubrirán.
9 Si nos dicen: «¡Alto! ¡No os mováis hasta que vayamos a vos-
otros!», nos quedamos quietos donde estamos, sin subir hacia ellos.
10 Pero si nos dicen: «¡Subid acá!», subiremos, porque el Señor nos
los entrega; ésta será la contraseña.
11 El destacamento filisteo los descubrió, y comentaron:
—Mirad, unos hebreos que salen de las cuevas donde se habían
escondido.
12 Luego dijeron a Jonatán y a su escudero:
—Subid acá, que os contamos una cosa.
Jonatán ordenó entonces a su escudero:
—Sube detrás de mí, que el Señor se los entrega a Israel.
13 Jonatán subió gateando, seguido de su escudero; los filisteos
14 caían ante Jonatán, y su escudero, detrás, los iba rematando. Fue la
primera victoria de Jonatán y su escudero: unos veinte hombres,
15 como en medio surco de tierra arada. Temieron los filisteos del
campamento y toda la tropa. Temieron también los de la guarni-
ción y la fuerza de choque. La tierra tembló: hubo un pánico sobre-
humano.
16 Desde Loma de Benjamín vieron los centinelas de Saúl que el
17 ejército enemigo huía a la desbandada. Entonces Saúl ordenó a los
suyos:
—Pasad revista, a ver quién se ha separado de los nuestros.
Pasaron revista, y faltaban Jonatán y su escudero.
18 Saúl ordenó a Ajías:
—Acercarme el efod. (Porque Ajías era el que llevaba entonces
el efod en Israel).
19 Mientras Saúl hablaba al sacerdote, el tumulto del campamento
filisteo iba en aumento. Saúl dijo al sacerdote:
—Retira la mano.
20 Todo el ejército de Saúl se reunió y se lanzó al combate; los fi-
listeos se acuchillaban unos a otros, en medio de una confusión
21 enorme. Y los hebreos movilizados hacía tiempo por los filisteos,
y que habían subido con ellos al campamento, se pasaron a los is-
22 raelitas de Saúl y Jonatán. Todos los israelitas que se habían escon-
dido en la serranía de Efraín oyeron que los filisteos iban huyendo,
23 y se juntaron también en su persecución. El Señor salvó aquel día
24 a Israel. La lucha llegó hasta Betavén. Los que seguían a Saúl eran
unos dos mil hombres. La lucha se extendió por toda la serranía
de Efraín.
Saúl cometió aquel día un grave error, conjurando a la tropa:
—Maldito el que pruebe un bocado antes de la tarde, mientras
me vengo de mis enemigos.
25 Nadie probó bocado. Por el suelo había unos panales, y el ejér-
26 cito se acercó a los panales, que destilaban miel, pero nadie se la
27 llevó a la boca, por miedo al juramento. Jonatán no había oído el
juramento impuesto al pueblo por su padre, y alargó la punta del
palo que llevaba en la mano, lo hundió en el panal de miel, se lo
28 llevó a la boca y le brillaron los ojos. Uno de la tropa dijo:

—Tu padre nos echó un juramento maldiciendo al que probase
hoy un bocado, y eso que la tropa está agotada.
29 Jonatán exclamó:
—¡Mi padre ha traído la desgracia al país! Mirad cómo me
30 brillan los ojos, sólo por haber chupado esta poca miel. Si la tropa
hubiera comido hoy de los despojos ganados al enemigo, la derrota
de los filisteos sería hoy mucho mayor.
31 Aquel día destrozaron a los filisteos desde Micmás hasta Cervera,
32 y el ejército acabó agotado. Entonces echaron mano a los despojos
y cogieron ovejas, vacas y terneros, los degollaron en el suelo y los
33 comieron con la sangre. Avisaron a Saúl:
—Mira que la tropa está pecando contra el Señor, tomando la
sangre.
Saúl respondió:
—Rodad aquí una piedra grande.
34 Luego ordenó:
—Id por entre la gente y decidles que cada uno me traiga su toro
y su oveja; los degolláis aquí y los coméis; pero no pequéis contra
el Señor tomando la sangre.
Cada uno llevó lo que tenía, y Saúl degolló allí los animales.
35-6 Levantó un altar al Señor (fue el primero que levantó), y después
dijo:
—Bajaremos tras los filisteos de noche, a saquearlos hasta el
amanecer, sin dejarles uno vivo.
Le contestaron:
—Haz lo que te parezca bien.
El sacerdote ordenó:
—Vamos a acercarnos a consultar a Dios.
37 Saúl consultó a Dios:
—¿Puedo bajar tras los filisteos? ¿Los entregarás en poder de
Israel?
38 Aquel día no obtuvo respuesta. Entonces ordenó:
—Acercaos todos los jefes del pueblo, para ver quién ha come-
39 tido hoy este pecado. Porque, ¡vive el Señor, salvador de Israel!,
aunque sea mi hijo Jonatán, morirá sin remedio.
40 Nadie le respondió. Entonces se dirigió a todo Israel:
—Vosotros poneos de un lado y yo con mi hijo Jonatán nos pon-
dremos al otro.
Le respondieron:
—Haz lo que te parezca bien.
41 Entonces Saúl consultó al Señor, Dios de Israel:
—¿Por qué no respondes hoy a tu siervo? Señor, Dios de Israel,
si somos culpables yo o mi hijo Jonatán, salga cara; si es culpable
tu pueblo Israel, salga cruz.
42 Cayó la suerte en Jonatán y Saúl, y la tropa quedó libre. Enton-
ces dijo Saúl:
—Echad a suertes entre mi hijo Jonatán y yo.
43 Le tocó a Jonatán. Y Saúl le preguntó:
—Dime lo que has hecho.
Jonatán le contó:
—Probé un poco de miel con la punta del palo que llevaba en
la mano. ¡Y ahora me toca morir!

44 Saúl le dijo:
—¡Que Dios me castigue si no mueres, Jonatán!
45 Pero la tropa dijo a Saúl:
—¿Cómo va a morir Jonatán, que ha dado esta gran victoria a
Israel? ¡De ningún modo! ¡Vive Dios!, que no caerá a tierra ni un
pelo de su cabeza; que su hazaña de hoy la ha hecho ayudado por
Dios.
46 Así salvaron la vida a Jonatán. Saúl dejó de perseguir a los filis-
teos, y éstos volvieron a sus casas.
47 Después de ser proclamado rey de Israel, Saúl luchó contra todos
sus enemigos de alrededor: Moab, los amonitas, Edom, el rey de
48 Sobá, los filisteos, y vencía en todas sus campañas, haciendo proe-
zas; derrotó a Amalec y libró a Israel de sus opresores.
49 Sus hijos fueron: Jonatán, Isbaal, Malquisúa. De sus dos hijas,
50 la mayor se llamaba Merab; la pequeña, Mical. Su mujer se llamaba
Ajinoán, hija de Ajimaas. El general de su ejército se llamaba Ab-
51 ner, hijo de Ner, tío de Saúl. Quis, padre de Saúl, y Ner, padre de
Abner, eran hijos de Abiel.
52 Durante todo el reinado de Saúl hubo guerra abierta contra los
filisteos. A todo mozo valiente y aguerrido que veía, Saúl lo enro-
laba en su ejército.

Saúl es rechazado

15 Samuel dijo a Saúl:
—El Señor me envió para ungirte rey de su pueblo Israel.
2 Por tanto, escucha las palabras del Señor. Así dice el Señor de los
ejércitos: «Voy a tomar cuentas a Amalec de lo que hizo contra
Israel, atacándolo cuando subía de Egipto. Ahora ve y atácalo;
3 entrega al exterminio todos sus haberes, y a él no lo perdones;
mata a hombres y mujeres, niños de pecho y chiquillos, toros y
ovejas, camellos y burros».
4 Saúl convocó al ejército y le pasó revista en Telán: doscientos
5 mil de infantería y diez mil de caballería. Marchó a las ciudades
6 amalecitas y puso emboscadas en la vaguada. A los quenitas les
envió este mensaje:
—Vosotros salid del territorio amalecita y bajad. Os portasteis
muy bien con los israelitas cuando subían de Egipto y yo no quiero
mezclaros con Amalec.
7 Los quenitas se apartaron de los amalecitas. Saúl derrotó a los
amalecitas, desde Telán, según se va a La Muralla, en la frontera
8 de Egipto. Capturó vivo a Agag, rey de Amalec, pero a su ejército
9 lo pasó a cuchillo. Saúl y su ejército perdonaron la vida a Agag, a
las mejores ovejas y vacas, al ganado bien cebado, a los corderos
y a todo lo que valía la pena, sin querer exterminarlo; en cambio,
exterminaron lo que no valía nada.
10 El Señor dirigió la palabra a Samuel:
11 —Me pesa haber hecho rey a Saúl, porque ha apostatado de mí
y no cumple mis órdenes.
12 Samuel se entristeció y se pasó la noche gritando al Señor. Por
la mañana madrugó y fue a encontrar a Saúl; pero le dijeron que

se había ido a La Vega, donde había erigido una estela, y después,
13 dando un rodeo, había bajado a Guilgal. Samuel se presentó a
Saúl, y éste le dijo:
—El Señor te bendiga. He cumplido el encargo del Señor.
14 Samuel le preguntó:
—¿Y qué son esos balidos que oigo y esos mugidos que siento?
15 Saúl contestó:
—Los han traído de Amalec. La tropa ha dejado con vida a las
mejores ovejas y vacas, para ofrecérselas en sacrificio al Señor. El
resto lo hemos exterminado.
16 Samuel replicó:
—Pues déjame que te cuente lo que el Señor me ha dicho esta
noche.
Contestó Saúl:
—Dímelo.
17 Samuel dijo:
—Aunque te creas pequeño, eres la cabeza de las tribus de Is-
18 rael, porque el Señor te ha nombrado rey de Israel. El Señor te
envió a esta campaña con orden de exterminar a esos pecadores
19 amalecitas, combatiendo hasta acabar con ellos. ¿Por qué no has
obedecido al Señor? ¿Por qué has echado mano a los despojos,
haciendo lo que el Señor reprueba?
20 Saúl replicó:
—Pero ¡si he obedecido al Señor! He hecho la campaña a la que
me envió, he traído a Agag, rey de Amalec, y he exterminado a los
21 amalecitas. Si la tropa tomó del botín ovejas y vacas, lo mejor de
lo destinado al exterminio, lo hizo para ofrecérselas en sacrificio al
Señor, tu Dios, en Guilgal.
22 Samuel contestó:
—¿Quiere el Señor sacrificios y holocaustos o quiere que obe-
dezcan al Señor? Obedecer vale más que un sacrificio; ser dócil,
23 más que grasa de carneros. Pecado de adivinos es la rebeldía, cri-
men de idolatría es la obstinación. Por haber rechazado al Señor,
el Señor te rechaza hoy como rey.
24 Entonces Saúl dijo a Samuel:
—He pecado, he quebrantado el mandato de Dios y tu palabra;
25 tuve miedo a la tropa y les hice caso. Pero ahora perdona mi peca-
do, te lo ruego; vuelve conmigo y adoraré al Señor.
26 Samuel le contestó:
—No volveré contigo. Por haber rechazado la palabra del Señor,
el Señor te rechaza como rey de Israel.
27 Samuel dio media vuelta para marcharse. Saúl le agarró la orla
28 del manto, que se rasgó, y Samuel le dijo:
—El Señor te arranca hoy el reino y se lo entrega a otro más
29 digno que tú. El Campeón de Israel no miente ni se arrepiente,
porque no es un hombre para arrepentirse.
30 Saúl le dijo:
—Cierto, he pecado; pero esta vez salva mi honor ante los con-
cejales del pueblo y ante Israel. Vuelve conmigo para que haga la
adoración al Señor, tu Dios.
31-2 Samuel volvió con Saúl y éste hizo la adoración al Señor. Enton-
ces Samuel ordenó:

—Acercadme a Agag, rey de Amalec.
Agag se acercó temblando, y dijo:
—Ahora pasa la amargura de la muerte.
33 Samuel le dijo:
—Tu espada dejó a muchas madres sin hijos; entre todas quedará sin hijos tu madre.
34 Y lo descuartizó en Guilgal, en presencia del Señor. Luego se
35 volvió a Ramá, y Saúl volvió a su casa de Loma de Saúl. Samuel
no volvió a ver a Saúl mientras vivió. Pero hizo duelo por él, porque el Señor se había arrepentido de haber hecho a Saúl rey de Israel.

SAUL Y DAVID

Introducción a David

David es una de las grandes figuras de la historia de Israel, figura a la vez militar, política y religiosa. Es el comienzo de una nueva elección, de una institución salvadora estable; su recuerdo será terreno en que se descubra y madure la esperanza mesiánica.

Por eso David es una figura exaltada e idealizada, formada por la historia y la leyenda, por la memoria y la fantasía, sin que sea hoy posible separar con rigor sus componentes. Probablemente muy pronto se empezaron a formar tradiciones diversas de su vida y hazañas, que el autor de nuestro libro no pudo descartar ni consiguió armonizar. El David guerrero y el David músico producen dos versiones de su llegada a la corte de Saúl; el David pastor y el capitán se armonizan en etapas sucesivas.

A estos hilos narrativos, sueltos o trenzados, se fueron superponiendo nuevas variaciones o complementos, según las condiciones históricas de los sucesores y según la reflexión teológica de la escuela que elaboraba los textos ya existentes. Así encontramos un David teólogo, que, en medio de la acción narrativa, revela en sabios discursos el sentido religioso de los sucesos.

Detrás de simplificaciones de una mirada distante, por entre la ornamentación épica o lírica, se entrevé una vida azarosa que desemboca en el trono y en una dinastía estable. Ese proceso, piensan los autores, ha sido asumido y dirigido por Dios para salvar a su pueblo. Por eso es legítimo enmarcar la maraña de los sucesos con dos narraciones iluminadoras: la elección inicial de Dios, incluida la unción anticipada, y la profecía de Natán refrendando la nueva monarquía. Esta manera de proyectar hacia el pasado y hacia el futuro muestra la visión superior de los autores bíblicos, su tranquila certeza al interpretar los hechos. En sus palabras se revela la salvación que se fue realizando en los hechos.

Sobre los valores artísticos de las perícopas se destaca el juego contrastado de los personajes: Saúl, antagonista indeciso y arbitrario, lentamente devorado por la envidia y la sospecha; Jonatán, dividido entre la piedad filial y la amistad. Entre tanto, Samuel se retira discretamente para que sus personajes ocupen todo el escenario. Hay que leer primero esta historia seguida, hasta la muerte de Saúl, antes de releer con atención sus episodios.

David, ungido rey

16 El Señor dijo a Samuel:
—¿Hasta cuándo vas a estar lamentándote por Saúl, si yo lo he rechazado como rey de Israel? Llena la cuerna de aceite y vete, por encargo mío, a Jesé, el de Belén, porque entre sus hijos me he elegido un rey.
2 Samuel contestó:
—¿Cómo voy a ir? Si se entera Saúl, me mata.
El Señor le dijo:
—Llevas una novilla y dices que vas a hacer un sacrificio al Se-
3 ñor. Convidas a Jesé al sacrificio, y yo te indicaré lo que tienes que
hacer; me ungirás al que yo te diga.
4 Samuel hizo lo que le mandó el Señor. Cuando llegó a Belén, los
ancianos del pueblo fueron ansiosos a su encuentro:
—¿Vienes en son de paz?

5 Respondió:
—Sí, vengo a hacer un sacrificio al Señor. Purificaos y venid con-
migo al sacrificio.
6 Purificó a Jesé y a sus hijos y los convidó al sacrificio. Cuando
llegó, vio a Eliab, y pensó:
—Seguro, el Señor tiene delante a su ungido.
7 Pero el Señor le dijo:
—No te fijes en las apariencias ni en su buena estatura. Lo re-
chazo. Porque Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia.
El Señor ve el corazón.
8 Jesé llamó a Abinadab y lo hizo pasar ante Samuel, y Samuel le
dijo:
—Tampoco a éste lo ha elegido el Señor.
9 Jesé hizo pasar a Samá, y Samuel dijo:
—Tampoco a éste lo ha elegido el Señor.
10 Jesé hizo pasar a siete hijos suyos ante Samuel, y Samuel le dijo:
—Tampoco a éstos los ha elegido el Señor.
11 Luego preguntó a Jesé:
—¿Se acabaron los muchachos?
Jesé respondió:
—Queda el pequeño, que precisamente está cuidando las ovejas.
Samuel dijo:
—Manda a por él, que no nos sentaremos a la mesa mientras no
llegue.
12 Jesé mandó a por él y lo hizo entrar: era de buen color, de her-
mosos ojos y buen tipo. Entonces el Señor dijo a Samuel:
—Anda, úngelo, porque es éste.
13 Samuel tomó la cuerna de aceite y lo ungió en medio de sus her-
manos. En aquel momento invadió a David el espíritu del Señor,
y estuvo con él en adelante. Samuel emprendió la vuelta a Ramá.

David, en la corte de Saúl

14 El espíritu del Señor se había apartado de Saúl, y lo agitaba un
15 mal espíritu enviado por el Señor. Sus cortesanos le dijeron:
—Ahora te agita un mal espíritu. Da una orden, y nosotros, tus
siervos, buscaremos a uno que sepa tocar la cítara; cuando te so-
brevenga el ataque del mal espíritu, él tocará, y se te pasará.
17 Saúl ordenó:
—Buscadme un buen músico y traédmelo.
18 Entonces uno de los cortesanos dijo:
—Yo conozco a un hijo de Jesé, el de Belén, que sabe tocar y es
un muchacho muy valioso, buen guerrero, habla muy bien, es de
buena presencia y el Señor está con él.
19 Saúl mandó emisarios a Jesé con esta orden:
—Envíame a tu hijo David, el que está con el rebaño.
20 Jesé tomó cinco panes, un pellejo de vino y un cabrito, y se los
21 mandó a Saúl por medio de David. David llegó a palacio y se pre-
sentó a Saúl; al rey le causó muy buena impresión, y lo hizo su
escudero.
22 Saúl mandó este recado a Jesé:
—Que se quede David a mi servicio, porque me gusta.

23 Cuando el mal espíritu atacaba a Saúl, David tomaba el arpa y
tocaba. Saúl se sentía aliviado y se le pasaba el ataque del mal
espíritu.

David y Goliat

17 Los filisteos reunieron su ejército para la guerra; se concentra-
ron en Vallado de Judá y acamparon entre Vallado y Cavada, en
2 Fesdamín. Saúl y los israelitas se reunieron y acamparon en Valle-
3 laencina, y formaron para la batalla contra los filisteos. Los filisteos
tenían sus posiciones en un monte y los israelitas en el otro, con el
valle en medio.
4 Del ejército filisteo se adelantó un campeón, llamado Goliat,
5 oriundo de Gat, de casi tres metros de alto. Llevaba un casco de
bronce en la cabeza, una cota de malla de bronce que pesaba medio
6 quintal, grebas de bronce en las piernas y una jabalina de bronce
7 a la espalda; el asta de su lanza era como la percha de un tejedor
y su hierro pesaba seis kilos. Su escudero caminaba delante de él.
8 Goliat se detuvo y gritó a las filas de Israel:
—¡No hace falta que salgáis formados a luchar! Yo soy el filis-
teo, vosotros los esclavos de Saúl. Elegíos uno que baje hasta mí;
9 si es capaz de pelear conmigo y me vence, seremos esclavos vues-
tros; pero si yo le puedo y lo venzo, seréis esclavos nuestros y nos
serviréis.
10 Y siguió:
—¡Yo desafío hoy al ejército de Israel! ¡Echadme uno, y lucha-
remos mano a mano!
11 Saúl y los israelitas oyeron el desafío de aquel filisteo y se llena-
ron de miedo.
12 David era hijo de un efrateo de Belén de Judá, llamado Jesé, que
tenía ocho hijos, y cuando reinaba Saúl era ya viejo, de edad avan-
13 zada; sus tres hijos mayores habían ido a la guerra siguiendo a Saúl;
se llamaban Eliab el primero, Abinadab el segundo y Samá el ter-
14 cero. David era el más pequeño. Los tres mayores habían seguido
15 a Saúl; David iba y venía del frente a Belén, para guardar el rebaño
de su padre.
16 El filisteo se aproximaba y se plantaba allí mañana y tarde; lle-
vaba ya haciéndolo cuarenta días.
17 Jesé dijo a su hijo David:
—Toma media fanega de grano tostado y estos diez panes, y
18 llévaselos corriendo a tus hermanos al frente, y estos diez quesos
llévaselos al comandante. Mira a ver cómo están tus hermanos y
19 toma el recibo que te den. Saúl, tus hermanos y los soldados de
Israel están en Vallelaencina, luchando contra los filisteos.
20 David madrugó, dejó el rebaño al cuidado del rabadán, cargó y
21 se marchó, según el encargo de Jesé. Cuando llegaba al cercado de
los carros, los soldados salían a formar, lanzando el alarido de gue-
22 rra. Israelitas y filisteos formaron frente a frente. David dejó su
carga al cuidado de los de intendencia, corrió hacia las filas y pre-
23 guntó a sus hermanos qué tal estaban. Mientras hablaba con ellos,
un campeón, el filisteo llamado Goliat, oriundo de Gat, subió de
las filas del ejército filisteo y empezó a decir aquello. David lo oyó;

24-5 los israelitas, al ver a aquel hombre, huyeron aterrados. Uno dijo:
—¿Habéis visto a ese hombre que sube? ¡Pues sube a desafiar
a Israel! Al que lo venza, el rey lo colmará de riquezas, le dará su
hija y librará de impuestos a la familia de su padre en Israel.
26 David preguntó a los que estaban con él:
—¿Qué le darán al que venza a ese filisteo y salve la honra de
Israel? Porque, ¿quién es ese filisteo incircunciso para desafiar al
ejército del Dios vivo?
27 Los soldados le repitieron lo mismo:
—Al que le venza le darán este premio.
28 Eliab, el hermano mayor, lo oyó hablar con los soldados y se le
enfadó:
—¿Por qué has venido? ¿A quién dejaste aquellas cuatro ovejas
en el páramo? Ya sé que eres un presumido y qué es lo que preten-
des: a lo que has venido es a contemplar la batalla.
29 David respondió:
—¿Qué he hecho yo ahora? Estaba preguntando.
30 Se volvió hacia otro y preguntó:
—¿Qué es lo que dicen?
Los soldados le respondieron lo mismo que antes.
31 Cuando se corrió lo que decía David, se lo contaron a Saúl, que
lo mandó llamar.
32 David dijo a Saúl:
—Majestad, no os desaniméis. Este servidor tuyo irá a luchar con
ese filisteo.
33 Pero Saúl respondió:
—No podrás acercarte a ese filisteo para luchar con él, porque
eres un muchacho, y él es un guerrero desde mozo.
34 David le replicó:
—Tu servidor es pastor de las ovejas de mi padre, y si viene un
35 león o un oso y se lleva una oveja del rebaño, salgo tras él, lo apa-
leo y se la quito de la boca, y si me ataca, lo agarro por la melena
36 y lo golpeo hasta matarlo. Tu servidor ha matado leones y osos; ese
filisteo incircunciso será uno más, porque ha desafiado a las huestes
del Dios vivo.
37 Y añadió:
—El Señor, que me ha librado de las garras del león y de las
garras del oso, me librará de las manos de ese filisteo.
Entonces Saúl le dijo:
—Anda con Dios.
38 Luego vistió a David con su uniforme, le puso un casco de bron-
39 ce en la cabeza, le puso una loriga y le ciñó su espada sobre el
uniforme. David intentó en vano caminar, porque no estaba entre-
nado, y dijo a Saúl:
—Con esto no puedo caminar, porque no estoy entrenado.
40 Entonces se quitó todo de encima, agarró el cayado, escogió cinco
cantos del arroyo, se los echó al zurrón, empuñó la honda y se acer-
41 có al filisteo. Éste, precedido de su escudero, iba avanzando acer-
42 cándose a David; lo miró de arriba abajo y lo despreció, porque era
43 un muchacho de buen color y guapo, y le gritó:
—¿Soy yo un perro para que vengas a mí con un palo?

44 Luego maldijo a David invocando a sus dioses, y le dijo:
—Ven acá, y echaré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del
campo.
45 Pero David le contestó:
—Tú vienes hacia mí armado de espada, lanza y jabalina; yo voy
hacia ti en nombre del Señor de los ejércitos, Dios de las huestes
46 de Israel, a las que has desafiado. Hoy te entregará el Señor en mis
manos, te venceré, te arrancaré la cabeza de los hombros y echaré
tu cadáver y los del campamento filisteo a las aves del cielo y a las
fieras de la tierra, y todo el mundo reconocerá que hay un Dios en
47 Israel, y todos los aquí reunidos reconocerán que el Señor da la
victoria sin necesidad de espadas ni lanzas, porque ésta es una gue-
rra del Señor, y él os entregará en nuestro poder.
48 Cuando el filisteo se puso en marcha y se acercaba en dirección
de David, éste salió de la formación y corrió velozmente en direc-
49 ción del filisteo; echó mano al zurrón, sacó una piedra, disparó la
honda y le pegó al filisteo en la frente: la piedra se le clavó en la
50 frente, y cayó de bruces en tierra. Así venció David al filisteo, con
la honda y una piedra; lo mató de un golpe, sin empuñar espada.
51 David corrió y se paró junto al filisteo, le agarró la espada, la des-
envainó y lo remató, cortándole la cabeza. Los filisteos, al ver que
52 había muerto su campeón, huyeron. Entonces los soldados de Israel
y Judá, en pie, lanzaron el alarido de guerra y persiguieron a los
filisteos hasta la entrada de Gat y hasta las puertas de Ecrón; los fi-
listeos cayeron heridos por el camino de Dospuertas hasta Gat y
53 Ecrón. Los israelitas dejaron de perseguir a los filisteos y se vol-
54 vieron para saquearles el campamento. David cogió la cabeza del
filisteo y la llevó a Jerusalén; las armas las guardó en su tienda.
55 Cuando Saúl vio a David salir al encuentro del filisteo, preguntó
a Abner, general del ejército:
—Abner, ¿de quién es hijo ese muchacho?
Abner respondió:
—Por vuestra vida, majestad, no lo sé.
56 El rey le dijo:
—Pregunta de quién es hijo el muchacho.
57 Cuando David volvió de matar al filisteo, Abner lo llevó a pre-
58 sentárselo a Saúl, con la cabeza del filisteo en la mano. Saúl le
preguntó:
—¿De quién eres hijo, muchacho?
David respondió:
—De tu servidor Jesé, el de Belén.

Envidia de Saúl

18 Cuando David acabó de hablar con Saúl, Jonatán se encariñó
2 con David; lo quiso como a sí mismo. Saúl retuvo entonces a Da-
3 vid y no lo dejó volver a casa de su padre. Jonatán y David hicieron
4 un pacto, porque Jonatán lo quería como a sí mismo; se quitó el
manto que llevaba y se lo dio a David, y también su ropa, la espada,
5 el arco y el cinto. David tenía tal éxito en todas las incursiones que
le encargaba Saúl, que el rey lo puso al frente de los soldados, y
cayó bien entre la tropa, e incluso entre los ministros de Saúl.

6 Cuando volvieron de la guerra, después de haber matado David
al filisteo, las mujeres de todas las poblaciones de Israel salieron
a cantar y recibir con bailes al rey Saúl, al son alegre de panderos
7 y sonajas. Y cantaban a coro esta copla:

«Saúl mató a mil,
David a diez mil».

8 A Saúl le sentó mal aquella copla, y comentó enfurecido:
—¡Diez mil a David y a mí mil! ¡Ya sólo le falta ser rey!
9 Y a partir de aquel día Saúl le tomó ojeriza a David.
10 Al día siguiente le vino a Saúl el ataque del mal espíritu, y anda-
ba frenético por palacio, mientras David tocaba el arpa como de
11 costumbre. Saúl llevaba la lanza en la mano y la arrojó, intentando
clavar a David en la pared, pero David la esquivó dos veces.
12 A Saúl le entró miedo de David, porque el Señor estaba con él
13 y se había apartado de Saúl. Entonces alejó a David nombrándolo
14 comandante, y hacía expediciones al frente de las tropas. Y todas
sus campañas le salían bien, porque el Señor estaba con él.
15 Saúl vio que a David le salían las cosas muy bien, y le entró pá-
16 nico. Todo Israel y Judá querían a David, porque los guiaba en sus
expediciones.

David, yerno de Saúl

17 Una vez dijo Saúl a David:
—Mira, te doy por esposa a mi hija mayor, Merab, a condición
de que te portes como un valiente y pelees las batallas del Señor.
Porque pensó:
«Es mejor que lo maten los filisteos y no yo».
18 David respondió:
—¿Quién soy yo y quiénes mis hermanos —la familia de mi pa-
dre— en Israel para llegar a yerno del rey?
19 Pero cuando llegó el momento de entregarle a David por esposa
20 a Merab, hija de Saúl, se la dieron a Adriel, el de Bailén. Mical,
hija de Saúl, estaba enamorada de David. Se lo comunicaron a Saúl
21 y le pareció bien, porque calculó:
—Se la daré como cebo, para que caiga en poder de los filisteos.
Y renovó su propuesta a David:
—Hoy puedes ser mi yerno.
22 Luego dijo a sus ministros:
—Hablad a David confidencialmente: «Mira, el rey te aprecia
y todos sus ministros te quieren; acepta ser yerno suyo».
23 Los ministros de Saúl insinuaron esto a David, y él respondió:
—¡Pues no es nada ser yerno del rey! Yo soy un plebeyo sin
medios.
24 Los ministros comunicaron a Saúl lo que había respondido Da-
25 vid, y Saúl les dijo:
—Habladle así: «Al rey no le interesa el dinero; se contenta
con cien prepucios de filisteos, como venganza contra sus enemi-
gos». (Pensando que haría caer a David en poder de los filisteos).
26 Entonces los ministros de Saúl comunicaron a David esta pro-
puesta, y le pareció una condición justa para ser yerno del rey.
27 Y no había expirado el plazo, cuando David emprendió la marcha

con su gente, mató a doscientos filisteos y llevó al rey el número
completo de prepucios, para que lo aceptara como yerno. Entonces
Saúl le dio a su hija Mical por esposa.
28 Saúl cayó en la cuenta de que el Señor estaba con David y de
29 que su hija Mical estaba enamorada de él. Así creció el miedo que
30 tenía a David, y fue su enemigo de por vida. Los generales filisteos
salían a hacer incursiones, y siempre que salían, David tenía más
éxito que los oficiales de Saúl. Su nombre se hizo muy famoso.

Saúl y Jonatán

19 Delante de su hijo Jonatán y de sus ministros, Saúl habló de
matar a David. Jonatán, hijo de Saúl, quería mucho a David,
2 y le avisó:
—Mi padre, Saúl, te busca para matarte. Estate atento mañana
3 y escóndete en sitio seguro; yo saldré e iré al lado de mi padre al
campo donde tú estés; le hablaré de ti, y si saco algo en limpio, te
lo comunicaré.
4 Así, pues, Jonatán habló a su padre, Saúl, en favor de David:
—¡Que el rey no ofenda a su siervo David! El no te ha ofendido,
5 y lo que él hace es en tu provecho; se jugó la vida cuando mató al
filisteo, y el Señor dio a Israel una gran victoria; bien que te ale-
graste al verlo. ¡No vayas a pecar derramando sangre inocente,
matando a David sin motivo!
6 Saúl hizo caso a Jonatán, y juró:
—¡Vive Dios, no morirá!
7 Jonatán llamó a David y le contó la conversación; luego lo llevó
a donde Saúl, y David siguió en palacio como antes.
8 Se reanudó la guerra y David salió a luchar contra los filisteos;
les infligió tal derrota, que huyeron ante él.
9 Saúl estaba sentado en su palacio con la lanza en la mano, mien-
tras David tocaba el arpa. Un mal espíritu enviado por el Señor se
10 apoderó de Saúl, el cual intentó clavar a David en la pared con la
lanza, pero David la esquivó. Saúl clavó la lanza en la pared y
David se salvó huyendo.

Mical salva a David

11 Saúl mandó emisarios aquella noche a casa de David para vigi-
larlo y matarlo a la mañana. Pero su mujer, Mical, le avisó:
—Si no te pones a salvo esta misma noche, mañana eres cadáver.
12-3 Ella lo descolgó por la ventana y David se salvó huyendo. Mical
cogió luego el ídolo, lo echó en la cama, puso en la cabecera un
14 cojín de pelo de cabra y lo tapó con una colcha. Cuando Saúl mandó
los emisarios a David, Mical les dijo:
—Está malo.
15 Pero Saúl despachó de nuevo los emisarios para que buscaran a
David:
—Traédmelo en la cama, que lo quiero matar.
16 Llegaron los emisarios y se encontraron con un ídolo en la cama
y un cojín de pelo de cabra en la cabecera.

17 Entonces Saúl dijo a Mical:
—¿Qué modo es éste de engañarme? ¡Has dejado escapar a mi enemigo!
Mical le respondió:
—El me amenazó: «Si no me dejas marchar, te mato».

Saúl, en trance

18 Mientras tanto, David se salvó huyendo y llegó a Ramá, el pueblo
de Samuel, y le contó todo lo que había hecho Saúl. Entonces fue-
19 ron los dos a alojarse al convento. Cuando avisaron a Saúl que Da-
20 vid estaba en el convento de Ramá, despachó emisarios para apre-
sarlo. Encontraron a la comunidad de profetas en trance, presididos
por Samuel; el espíritu de Dios se apoderó de los emisarios de Saúl,
21 y también ellos entraron en trance. Se lo avisaron a Saúl, y mandó
otros emisarios, que también entraron en trance. Por tercera vez
despachó unos emisarios, y también éstos entraron en trance.
22 Entonces fue él en persona a Ramá, y al llegar al pozo de la era
junto al cabezo, preguntó:
—¿Dónde están Samuel y David?
Le respondieron:
—En el convento de Ramá.
23 Siguió hasta el convento de Ramá, y también de él se apoderó el
espíritu de Dios, entró en trance y caminó así hasta el convento de
24 Ramá. Se quitó la ropa y estuvo en trance delante de Samuel, tira-
do por tierra, desnudo, todo aquel día y toda la noche. (Por eso
dicen: «¡Hasta Saúl está con los profetas!»).

David y Jonatán

20 David huyó del convento de Ramá y fue a decirle a Jonatán:
—¿Qué he hecho, cuál es mi delito y mi pecado contra tu padre para que intente matarme?
2 Jonatán le dijo:
—¡Nada de eso! ¡No morirás! No hace mi padre cosa grande ni chica que no me la diga antes. ¿Por qué va a ocultarme esto mi padre? ¡Es imposible!
3 Pero David insistió:
—Tu padre sabe perfectamente que te he caído en gracia, y dirá: «Que no se entere Jonatán, no se vaya a llevar un disgusto». Pero, vive Dios, por tu vida, estoy a un paso de la muerte.
4 Jonatán le respondió:
—Lo que tú digas lo haré.
5 Entonces David le dijo:
—Mañana precisamente es luna nueva, y me toca comer con el
rey. Déjame marchar y me ocultaré en descampado hasta pasado
6 mañana por la tarde. Si tu padre me echa de menos, le dices que
David te pidió permiso para hacer una escapada a su pueblo, Belén,
7 porque su familia celebra allí el sacrificio anual. Si él dice que
bueno, estoy salvado; pero si se pone furioso, quiere decir que

8 tiene decidida mi muerte. Sé leal con este servidor, porque nos une
un pacto sagrado. Si he faltado, mátame tú mismo, no hace falta
que me entregues a tu padre.
9 Jonatán respondió:
—¡Dios me libre! Si me entero de que mi padre ha decidido que mueras, cierto que te aviso.
10 David preguntó:
—¿Quién me lo avisará, si tu padre te responde con malos modos?
11 Jonatán contestó:
—¡Vamos al campo!
12 Salieron los dos al campo, y Jonatán le dijo:
—Te lo prometo por el Dios de Israel; mañana a esta hora son-
death a mi padre, a ver si está a buenas o a malas contigo, y te en-
13 viaré un recado. Si trama algún mal contra ti, que el Señor me
castigue si no te aviso para que te pongas a salvo. ¡El Señor esté
14 contigo como estuvo con mi padre! Si entonces yo vivo todavía,
15 cumple conmigo el pacto sagrado, y si muero, no dejes nunca de
favorecer a mi familia. Y cuando el Señor aniquile a los enemigos
16 de David de la faz de la tierra, no se borre el nombre de Jonatán
en la casa de David. ¡Que el Señor tome cuentas a los enemigos de
David!
17 Jonatán repitió el juramento hecho a David por la amistad que
18 le tenía, porque lo quería con toda el alma, y le dijo:
—Mañana es luna nueva. Te echarán de menos, porque verán tu
19 asiento vacío. Pasado mañana tu ausencia llamará mucho la aten-
ción. Tú te vas a donde te escondiste aquella vez, y te quedas junto
20 a las piedras; yo dispararé unas flechas en esa dirección, como ti-
rando al blanco, y mandaré un criado que vaya por las flechas.
21 Si le digo: «Las tienes más acá, cógelas», puedes venir, es que todo
22 te va bien, no hay problema, vive Dios. Pero si le digo al chico:
23 «Las tienes más allá», vete, el Señor quiere que te marches. Y en
cuanto a la promesa que nos hemos hecho tú y yo, el Señor estará
siempre entre los dos.
24 Así, pues, David se escondió en el campo.
25 Llegó la luna nueva y el rey se sentó a la mesa para comer; ocupó
su puesto de siempre, junto a la pared; Jonatán se sentó enfrente,
y Abner a un lado, y se notó que el puesto de David quedaba vacío.
26 Pero aquel día Saúl no dijo nada, porque pensó: «A lo mejor es
27 que no está limpio, no se habrá purificado». Pero al día siguiente,
el segundo del mes, el sitio de David seguía vacío, y Saúl preguntó
a Jonatán:
—¿Por qué no ha venido a comer el hijo de Jesé ni ayer ni hoy?
28 Jonatán le respondió:
29 —Me pidió permiso para ir a Belén. Me dijo que lo dejase mar-
char, porque su familia celebraba en el pueblo el sacrificio anual
y sus hermanos le habían mandado ir; que si no me parecía mal,
él se iría a ver a sus hermanos. Por eso no ha venido a la mesa
del rey.
30 Entonces Saúl se encolerizó contra Jonatán, y le dijo:
—¡Hijo de mala madre! ¡Ya sabía yo que estabas conchabado con
31 el hijo de Jesé, para vergüenza tuya y de tu madre! Mientras el hijo

de Jesé esté vivo sobre la tierra, ni tú ni tu reino estaréis seguros.
Así que manda a buscármelo, porque merece la muerte.
32 Jonatán le replicó:
—Y ¿por qué va a morir? ¿Qué ha hecho?
33 Entonces Saúl le arrojó la lanza para matarlo. Jonatán se conven-
34 ció de que su padre había decidido matar a David. Se levantó en-
furecido y no comió aquel día (el segundo del mes), afligido porque
su padre había deshonrado a David.
35 Por la mañana Jonatán salió al campo con un chiquillo para la
36 cita que tenía con David. Dijo al muchacho:
—Corre a buscar las flechas que yo tire.
El muchacho echó a correr, y Jonatán disparó una flecha, que
37 lo pasó. El muchacho llegó a donde había caído la flecha de Jonatán,
38 y éste le gritó:
—¡La tienes más allá! ¡Corre aprisa, no te quedes parado!
39 El muchacho recogió la flecha y se la llevó a su amo, sin sospe-
40 char nada; sólo Jonatán y David lo entendieron. Jonatán dio sus
armas al criado y le dijo:
—Anda, llévalas a casa.
41 Mientras el muchacho se marchaba, David salió de su escondite;
cayó rostro a tierra, postrándose tres veces; luego se abrazaron llo-
42 rando los dos copiosamente. Jonatán le dijo:
—Vete en paz. Como nos lo juramos en el nombre del Señor:
que el Señor sea siempre juez de nosotros y de nuestros hijos.

David, en Nob

21 David emprendió la marcha, y Jonatán volvió a la ciudad.
2 David llegó a Nob, donde el sacerdote Ajimélec. Este salió ansioso
a su encuentro y le preguntó:
—¿Por qué vienes solo, sin nadie contigo?
3 David le respondió:
—El rey me ha encargado un asunto y me ha dicho que nadie
sepa una palabra de sus órdenes y del asunto que me encargaba.
4 A los muchachos los he citado en tal sitio. Ahora dame cinco panes,
si los tienes a mano, o lo que tengas.
5 El sacerdote le respondió:
—No tengo a mano pan ordinario. Sólo tengo pan consagrado;
si es que los muchachos se han guardado, al menos, del trato con
mujeres.
6 David le respondió:
—Seguro. Siempre que salimos a una campaña, aunque sea de
carácter profano, nos abstenemos de mujeres. ¡Cuánto más hoy los
muchachos se conservan limpios!
7 Entonces el sacerdote le dio pan consagrado, porque no había
allí más pan que el presentado al Señor, retirado de la presencia
8 del Señor para poner el pan reciente del día. (Estaba allí aquel día
uno de los empleados de Saúl, detenido en el templo; se llamaba
9 Doeg, edomita, mayoral de los pastores de Saúl). David preguntó
a Ajimélec:
—¿No tienes a mano una lanza o una espada? Ni siquiera traje
la espada ni las armas, porque el encargo del rey era urgente.

10 El sacerdote respondió:
—La espada de Goliat, el filisteo, al que mataste en Vallelaenci-
na. Ahí la tienes, envuelta en un paño, detrás del efod. Si la quie-
res, llévatela; aquí no hay otra.
David dijo:
—¡No la hay mejor! Dámela.

David, en Gat

11 Huyendo David aquel día lejos de Saúl, llegó a donde Aquís, rey
12 de Gat. Pero los cortesanos de Aquís comentaron con el rey:
—Ese es David, rey del país. ¿No le cantaban a éste danzando:
«Saúl mató a mil, David a diez mil»?
13 No se le escapó a David aquel comentario, y tuvo miedo de
14 Aquís, rey de Gat. Entonces se puso a hacer el bobo ante ellos;
fingiéndose loco cuando iban a apresarlo, se puso a arañar las puer-
15 tas, dejándose caer la baba por la barba. Entonces Aquís dijo a sus
cortesanos:
16 —¡Si ese hombre está loco! ¿A qué me lo habéis traído? ¿Ando
escaso de tontos para que me traigáis éste a hacer tonterías? ¿A qué
viene éste a mi palacio?

David, huido

22 David marchó de allí a esconderse en el refugio de Adulán.
Cuando se enteraron sus parientes y toda su familia, fueron allá.
2 Se le juntaron unos cuatrocientos hombres, gente en apuros o llena
3 de deudas o desesperados de la vida. David fue su jefe. De allí
marchó a Atalaya, de Moab, y dijo al rey de Moab:
—Permite a mis padres vivir entre vosotros, hasta que vea qué
quiere Dios de mí.
4 Se los presentó al rey de Moab, y se quedaron allí todo el tiempo
que David estuvo en el refugio.
5 El profeta Gad dijo a David:
—No sigas en el refugio, métete en tierra de Judá.
Entonces David marchó y se metió en la espesura de Járet.

Matanza de los sacerdotes

6 Saúl estaba en Loma, sentado bajo el tamarindo, en el alto, con
la lanza en la mano, rodeado de toda su corte, cuando llegó la no-
7 ticia de que habían sido vistos David y su gente. Entonces habló
Saúl:
—Oíd, benjaminitas: Por lo visto también a vosotros el hijo de
Jesé os va a repartir campos y viñas y os va a nombrar jefes y ofi-
8 ciales de su ejército, porque todos estáis conspirando contra mí,
nadie me informa del pacto de mi hijo con el hijo de Jesé, nadie
siente pena por mí ni me descubre que mi hijo ha instigado a un
esclavo mío para que me aceche, como está pasando ahora.
9 Doeg, el edomita, mayoral de los pastores de Saúl, respondió:
—Yo vi al hijo de Jesé llegar a Nob, donde Ajimélec, hijo de

10 Ajitob. Le pidió por amor de Dios, y Ajimélec le dio provisiones,
y además la espada de Goliat, el filisteo.
11 El rey mandó llamar al sacerdote Ajimélec, hijo de Ajitob, a toda
su familia, sacerdotes de Nob. Se presentaron todos ante el rey,
12 y éste les dijo:
—Escucha, hijo de Ajitob.
Respondió:
—Aquí me tienes, señor.
13 Saúl preguntó:
—¿Por qué habéis conspirado contra mí tú y el hijo de Jesé?
Le has dado comida y una espada, y has consultado a Dios por él
para que me aceche, como está pasando ahora.
14 Ajimélec respondió:
—¿Y qué siervo tenías tan de confianza como David, yerno del
15 rey, jefe de tu guardia y tratado con honor en tu palacio? ¡Ni que
fuera hoy la primera vez que consulto a Dios por él! ¡Líbreme
Dios! No mezcle el rey en este asunto a este servidor y a su fami-
lia, que tu servidor no sabía ni poco ni mucho de ese asunto.
16 Pero el rey replicó:
—Morirás sin remedio, Ajimélec, tú y toda tu familia.
17 Y luego dijo a los de su escolta:
—Acercaos y matad a los sacerdotes del Señor, porque se han
puesto de parte de David, y sabiendo que huía no lo denunciaron.
Pero los guardias no quisieron mover la mano para herir a los
18 sacerdotes del Señor. Entonces Saúl ordenó a Doeg:
—Acércate tú y mátalos.
Doeg, el edomita, se acercó y los mató. Aquel día murieron
19 ochenta y cinco hombres de los que llevan efod. En Nob, el pueblo
de los sacerdotes, pasó a cuchillo a hombres y mujeres, chiquillos
20 y niños de pecho, bueyes, asnos y ovejas. Un hijo de Ajimélec, hijo
21 de Ajitob, llamado Abiatar, se escapó. Llegó huyendo detrás de
David y le contó que Saúl había asesinado a los sacerdotes del Se-
22 ñor. David le dijo:
—Ya me di cuenta yo aquel día de que estaba allí Doeg, el edo-
mita, y que avisaría a Saúl. ¡Me siento culpable de la muerte de tus
23 familiares! Quédate conmigo, no temas; que el que intente matarte
a ti intenta matarme a mí; conmigo estarás bien defendido.

David, en Queilá

23 A David le llegó este aviso:
—Los filisteos están atacando Queilá y andan saqueando las eras.
2 David consultó al Señor:
—¿Puedo ir a matar a los filisteos?
El Señor le respondió:
—Vete, porque los derrotarás y liberarás Queilá.
3 La gente de David le dijo:
—Aquí, en Judá, estamos con miedo; cuánto más si vamos a
Queilá a atacar a los escuadrones filisteos.
4 David volvió a consultar al Señor. Y el Señor le respondió:
—Emprende la marcha hacia Queilá, que yo te entrego los fi-
listeos.

5 David fue a Queilá con su gente, luchó contra los filisteos, les
infligió una gran derrota y se llevó sus rebaños. Así salvó a los
6 vecinos de Queilá. (Cuando Abiatar, hijo de Ajimélec, huyó a donde
David, a Queilá, llevó consigo un efod).
7 A Saúl le informaron de que David había ido a Queilá, y co-
mentó:
—Dios me lo pone en la mano; se ha cortado la retirada, me-
tiéndose en una ciudad con puertas y cerrojos.
8 Luego convocó a todo su ejército a la guerra, para bajar a Queilá
9 a cercar a David y su gente. David supo que Saúl tramaba su ruina
y dijo al sacerdote Abiatar:
—Trae el efod.
10 Y oró:
—Señor, Dios de Israel, he oído que Saúl intenta venir a Queilá
11 a arrasar la ciudad por causa mía. ¿Bajará Saúl como he oído?
¡Señor, Dios de Israel, respóndeme!
El Señor respondió:
—Bajará.
12 David preguntó:
—Y los notables de la ciudad, ¿nos entregarán a mí y a mi gente
en poder de Saúl?
El Señor respondió:
—Os entregarán.
13 Entonces David y su gente, unos seiscientos, salieron de Queilá
y vagaron a la ventura. Avisaron a Saúl que David había escapado
de Queilá y desistió de la campaña.

David y Jonatán

14 David se instaló en el páramo, en los picachos, en la montaña
del desierto de Zif. Saúl andaba siempre buscándolo, pero Dios no
15 se lo entregaba. Cuando Saúl salió en su busca para matarlo, David
16 estaba en el desierto de Zif, en Jores, y tuvo miedo. Pero Jonatán,
hijo de Saúl, se puso en camino hacia Jores para ver a David; le
17 estrechó la mano, invocando a Dios, y le dijo:
—No temas, no te alcanzará la mano de mi padre, Saúl. Tú serás
rey de Israel y yo seré el segundo. Hasta mi padre, Saúl, lo sabe.
18 Los dos hicieron un pacto ante el Señor, y David se quedó en
Jores mientras Jonatán volvía a su casa.

David, perseguido

19 Algunos de Zif fueron a Loma a decir a Saúl:
—David está escondido entre nosotros, en los picachos, en Jores,
20 en el cerro de Jaquilá, en la vertiente que da a la estepa. Majestad,
si tienes tantas ganas de bajar, baja, que a nosotros nos toca entre-
gárselo al rey.
21 Saúl dijo:
22 —Dios os lo pague, ya que os habéis compadecido de mí. Andad,
preparaos bien, aseguraos bien del sitio por donde anda, porque

23 me han dicho que es muy astuto. Informaos a ver en qué escon-
drijos se esconde, y volved trayéndome los datos exactos. Yo mar-
charé con vosotros, y si él está en esa zona, daré una batida por
todas las aldeas de Judá.
24 Se pusieron en camino en dirección a Zif, delante de Saúl. David
25 y su gente estaban en el páramo, hacia el sur de la estepa. Saúl y los
suyos fueron en su busca, pero le llegó el soplo a David y bajó al
roquedal de la estepa de Maón. Saúl se enteró y persiguió a David
26 por la estepa de Maón. Saúl iba por un lado del monte y David
con los suyos por el otro, y cuando David se alejaba precipitada-
mente de Saúl, y éste con los suyos estaba ya rodeándolo para atra-
27 parlo, se le presentó a Saúl un mensajero:
—Ven aprisa, que los filisteos están saqueando el país.
28 Entonces Saúl dejó de perseguir a David, y se volvió para hacer
frente a los filisteos. Por eso aquel sitio se llama «Peña de las Des-
pedidas».

Saúl y David, en la cueva

24 David subió de allí y se instaló en los riscos de Fuentelchivo.
2 Cuando Saúl volvió de perseguir a los filisteos, le avisaron:
—David está en el páramo de Fuentelchivo.
3 Entonces Saúl, con tres mil soldados de todo Israel, marchó en
4 busca de David y su gente, hacia las Peñas de los Rebecos; llegó a
unos apriscos de ovejas junto al camino, donde había una cueva, y
entró a hacer sus necesidades.
5a David y los suyos estaban en lo más hondo de la cueva, y le di-
jeron a David sus hombres:
—Este es el día del que te dijo el Señor: «Yo te entrego tu ene-
migo. Haz con él lo que quieras».
7 Pero él les respondió:
—¡Dios me libre de hacer eso a mi señor, el ungido del Señor,
extender la mano contra él! ¡Es el ungido del Señor!
8a-5b Y les prohibió enérgicamente echarse contra Saúl; pero él se le-
6 vantó sin meter ruido y le cortó a Saúl el borde del manto; aunque
más tarde le remordió la conciencia por haberle cortado a Saúl el
borde del manto.
8b-9 Cuando Saúl salió de la cueva y siguió su camino, David se levan-
tó, salió de la cueva detrás de Saúl y le gritó:
—¡Majestad!
Saúl se volvió a ver, y David se postró rostro en tierra, rindién-
10 dole vasallaje. Le dijo:
—¿Por qué haces caso a lo que dice la gente, que David anda
11 buscando tu ruina? Mira, lo estás viendo hoy con tus propios ojos:
el Señor te había puesto en mi poder dentro de la cueva; me dije-
ron que te matara, pero te respeté, y dije que no extendería la
12 mano contra mi señor, porque eres el ungido del Señor. Padre mío,
mira en mi mano el borde de tu manto; si te corté el borde del
manto y no te maté, ya ves que mis manos no están manchadas de
maldad, ni de traición, ni de ofensa contra ti, mientras que tú me
13 acechas para matarme. Que el Señor sea nuestro juez. Y que él me
14 vengue de ti; que mi mano no se alzará contra ti. Como dice el vie-

jo refrán: «La maldad sale de los malos...», mi mano no se alzará
15 contra ti. ¿Tras de quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién vas
16 persiguiendo? ¡A un perro muerto, a una pulga! El Señor sea juez
y sentencie nuestro pleito, vea y defienda mi causa, librándome de
tu mano.
17 Cuando David terminó de decir esto a Saúl, Saúl exclamó:
—Pero ¿es ésta tu voz, David, hijo mío?
18 Luego levantó la voz llorando, mientras decía a David:
—¡Tú eres inocente y no yo! Porque tú me has pagado con bie-
19 nes y yo te he pagado con males, y hoy me has hecho el favor más
20 grande, pues el Señor me entregó a ti y tú no me mataste. Porque
si uno encuentra a su enemigo, ¿lo deja marchar por las buenas?
21 ¡El Señor te pague lo que hoy has hecho conmigo! Ahora, mira, sé
que tú serás rey y que el reino de Israel se consolidará en tu mano.
22 Pues bien, júrame por el Señor que no aniquilarás mi descendencia,
que no borrarás mi apellido.
23 David se lo juró. Saúl volvió a casa y David y su gente subieron
a los riscos.

David, Nabal y Abigail

25 Samuel murió. Todo Israel se reunió para hacerle los funerales,
y lo enterraron en su posesión de Ramá. David bajó después a la
estepa de Maón.
2 Había un hombre de Maón que tenía sus posesiones en La Vega.
Era muy rico: tenía tres mil ovejas y mil cabras, y estaba en La
3 Vega esquilando las ovejas. Se llamaba Nabal, de la familia de
Caleb, y su mujer, Abigail; la mujer era sensata y muy guapa, pero
4 el marido era áspero y de malos modales. David oyó en el páramo
5 que Nabal estaba de esquileo, y mandó diez mozos con este encargo:
—Subid a La Vega, presentaos a Nabal y saludadlo de mi parte.
6 Le decís: «¡Salud! La paz contigo, paz a tu familia, paz a tu ha-
7 cienda. He oído que estás en el esquileo; pues bien, tus pastores
estuvieron con nosotros; no los molestamos ni les faltó nada mien-
8 tras estuvieron en La Vega. Pregunta a tus criados y te lo dirán.
Atiende favorablemente a estos muchachos, que venimos en un
día de alegría. Haz el favor de darle a David, siervo e hijo tuyo,
lo que tengas a mano».
9 Cuando llegaron los mozos de David, se lo dijeron a Nabal, de
10 parte de David, y se quedaron aguardando. Nabal les respondió:
—¿Quién es David, quién es el hijo de Jesé? Hoy día abundan
11 los esclavos que se escapan del amo. ¿Voy a tomar mi pan y mi
agua y las ovejas que maté para mis esquiladores y voy a dárselos
a una gente que no sé de dónde viene?
12 Los mozos desandaron el camino de vuelta, y cuando llegaron,
13 se lo contaron todo. David ordenó a sus hombres:
—¡Ceñíos todos la espada!
Todos, incluso David, se la ciñeron. Después subieron unos cua-
trocientos siguiendo a David, mientras doscientos se quedaron con
el bagaje.
14 Uno de los criados avisó a Abigail, la mujer de Nabal:
—David ha mandado unos emisarios desde el páramo a saludar

15 a nuestro amo, y éste los ha tratado con malos modos, y eso que se
portaron muy bien con nosotros, no nos molestaron ni nos faltó
nada todo el tiempo que anduvimos con ellos, cuando estuvimos
16 en descampado; día y noche nos protegieron mientras estuvimos
17 con ellos guardando las ovejas. Así que mira a ver qué puedes ha-
cer, porque ya está decidida la ruina de nuestro amo y de toda su
casa; es un cretino que no atiende a razones.
18 Abigail reunió aprisa doscientos panes, dos pellejos de vino, cin-
co ovejas adobadas, treinta y cinco litros de trigo tostado, cien raci-
mos de pasas y doscientos panes de higos; lo cargó todo sobre los
19 burros, y ordenó a los criados:

—Id delante de mí, yo os guiaré.

Pero no dijo nada a Nabal, su marido.

20 Mientras ella, montada en el burro, iba bajando al reparo del
monte, David y su gente bajaban en dirección opuesta, hasta que
21 se encontraron. David, por su parte, había comentado:
—He perdido el tiempo guardando todo lo de éste en el pára-
mo para que él no perdiese nada. ¡Ahora me paga mal por bien!
22 ¡Que Dios me castigue si antes del amanecer dejo vivo en toda la
posesión de Nabal a uno solo de los que mean a la pared!
23 En cuanto vio a David, Abigail se bajó del burro y se postró
24 ante él, rostro en tierra. Postrada a sus pies, le dijo:
—La culpa es mía, señor. Pero deja que hable tu servidora,
25 escucha las palabras de tu servidora. No tomes en serio, señor, a
Nabal, ese cretino, porque es como dice su nombre: se llama «Ne-
cio» [a], y la necedad va con él. Tu servidora no vio a los criados que
26 enviaste. Ahora, señor, ¡vive el Señor que te impide derramar san-
gre y hacerte justicia por tu mano!, por tu vida, sean como Nabal
27 tus enemigos y los que intenten hacerte daño. Ahora, este obsequio
que tu servidora le ha traído a su señor, que sea para los criados
28 que acompañan a mi señor. Perdona la falta de tu servidora, que
el Señor dará a mi señor una casa estable, porque mi señor pelea
las guerras del Señor, ni en toda tu vida se te encontrará un fallo.
29 Y aunque alguno se ponga a perseguirte a muerte, la vida de mi
señor está bien atada en el zurrón de la vida, al cuidado del Señor,
tu Dios, mientras que la vida de tus enemigos la lanzará como pie-
30 dras con la honda. Que cuando el Señor cumpla a mi señor todo
31 lo que le ha prometido y lo haya constituido jefe de Israel, mi se-
ñor no tenga que sentir remordimientos ni desánimo por haber
derramado sangre inocente y haber hecho justicia por su mano.
Cuando el Señor colme de bienes a mi señor, acuérdate de tu ser-
vidora.
32 David le respondió:
—¡Bendito el Señor, Dios de Israel, que te ha enviado hoy a mi
33 encuentro! ¡Bendita tu prudencia y bendita tú, que me has impe-
34 dido hoy derramar sangre y hacerme justicia por mi mano! ¡Vive
el Señor, Dios de Israel, que me impidió hacerte mal! Si no te
hubieras dado prisa en venir a encontrarme, al amanecer no le
quedaba vivo a Nabal uno solo de los que mean a la pared.

a = nabal.

35 David le aceptó lo que ella le traía, y le dijo:
—Vete en paz a tu casa. Ya ves que te hago caso y te he guar-
dado consideración.
36 Al volver Abigail encontró a Nabal celebrando en casa un ban-
quete regio; estaba de buen humor y muy bebido, así que ella no
37 le dijo lo más mínimo hasta el amanecer. Y a la mañana, cuando
se le había pasado la borrachera, su mujer le contó lo sucedido; a
Nabal se le agarrotó el corazón en el pecho y se quedó de piedra.
38 Pasados unos diez días, el Señor hirió de muerte a Nabal, y falleció.
39 David se enteró de que había muerto Nabal, y exclamó:
—¡Bendito el Señor, que se encargó de defender mi causa contra
la afrenta que me hizo Nabal, librando a su siervo de hacer mal!
¡Hizo recaer sobre Nabal el daño que había hecho!
Luego mandó a pedir la mano de Abigail, para casarse con ella.
40 Unos criados de David fueron a La Vega, a casa de Abigail, a
proponerle:
—David nos ha enviado para pedirte que te cases con él.
41 Ella se levantó, se postró rostro en tierra y dijo:
—Aquí está tu esclava, dispuesta a lavar los pies de los criados
de mi señor.
42 Luego se levantó aprisa y montó en el burro; cinco criadas suyas
la acompañaban, detrás de los emisarios de David. Y se casó con él.
43 David se casó también con Ajinoán, de Yezrael. Las dos fueron
44 esposas suyas. Por su parte, Saúl había dado su hija Mical, mujer
de David, a Paltiel, hijo de Lais, natural de Galín.

Ultimo encuentro de David y Saúl

26 Los de Zif fueron a Loma a informar a Saúl:
—David está escondido en el cerro de Jaquilá, en la vertiente que
da a la estepa.
2 Entonces Saúl emprendió la bajada hacia el páramo de Zif, con
tres mil soldados israelitas, para dar una batida en busca de David.
3 Acampó en el cerro de Jaquilá en la vertiente que da a la estepa,
4 junto al camino. Cuando David, que vivía en el páramo, vio que
Saúl venía a por él, despachó unos espías para averiguar dónde
5 estaba Saúl. Entonces fue hasta el campamento de Saúl y se fijó
en el sitio donde se acostaban Saúl y Abner, hijo de Ner, general
del ejército; Saúl estaba acostado en el cercado de carros y la tropa
6 acampaba alrededor. David preguntó a Ajimélec, el hitita, y a Abi-
say, hijo de Seruyá, hermano de Joab:
—¿Quién quiere venir conmigo al campamento de Saúl?
Abisay dijo:
—Yo voy contigo.
7 David y Abisay llegaron de noche al campamento. Saúl estaba
echado, durmiendo en medio del cercado de carros, la lanza hinca-
da en tierra a la cabecera. Abner y la tropa estaban echados alre-
8 dedor. Entonces Abisay dijo a David:
—Dios te pone el enemigo en la mano. Voy a clavarlo en tierra
de una lanzada; no hará falta repetir el golpe.
9 Pero David le dijo:
—¡No lo mates, que no se puede atentar impunemente contra el

10 ungido del Señor! ¡Vive Dios, que sólo el Señor lo herirá: le lle-
11 gará su hora y morirá, o acabará cayendo en la batalla! ¡Dios me
libre de atentar contra el ungido del Señor! Toma la lanza que está
a la cabecera y el botijo y vámonos.
12 David tomó la lanza y el botijo de la cabecera de Saúl y se mar-
charon. Nadie los vio, ni se enteró, ni despertó; estaban todos
dormidos, porque los había invadido un letargo enviado por el
Señor.
13 David cruzó a la otra parte, se plantó en la cima del monte, lejos,
14 dejando mucho espacio en medio, y gritó a la tropa y a Abner, hijo
de Ner:
—Abner, ¿no respondes?
Abner preguntó:
—¿Quién eres tú, que gritas al rey?
15 David le dijo:
—¡Pues sí que eres todo un hombre! ¡El mejor de Israel! ¿Por
qué no has guardado al rey, tu señor, cuando uno del pueblo entró
16 a matarlo? ¡No te has portado bien! ¡Vive Dios, que merecéis la
muerte por no haber guardado al rey, vuestro señor, al ungido del
Señor! Mira dónde está la lanza del rey y el botijo que tenía a la
cabecera.
17 Saúl reconoció la voz de David, y dijo:
—¿Es tu voz, David, hijo mío?
David respondió:
—Es mi voz, majestad.
18 Y añadió:
—¿Por qué me persigues así, mi señor? ¿Qué he hecho, qué
19 culpa tengo? Que vuestra majestad se digne escucharme: si es el
Señor quien te instiga contra mí, apláquese con una oblación; pero
si son los hombres, ¡malditos sean de Dios!, porque me expulsan
hoy y me impiden participar en la herencia del Señor, diciéndome
20 que vaya a servir a otros dioses. Que mi sangre no caiga en tierra,
lejos de la presencia del Señor, ya que el rey de Israel ha salido
persiguiéndome a muerte, como se caza una perdiz por los montes.
21 Saúl respondió:
—¡He pecado! Vuelve, hijo mío, David, que ya no te haré nada
malo, por haber respetado hoy mi vida. He sido un necio, me he
equivocado totalmente.
22 David respondió:
—Aquí está la lanza del rey. Que venga uno de los mozos a re-
23 cogerla. El Señor pagará a cada uno su justicia y su lealtad. Porque
él te puso hoy en mis manos, pero yo no quise atentar contra el
24 ungido del Señor. Que como yo he respetado hoy tu vida, respete
el Señor la mía y me libre de todo peligro.
25 Entonces Saúl le dijo:
—¡Bendito seas, David, hijo mío! Tendrás éxito en todas tus
cosas.
Luego David siguió su camino, y Saúl volvió a su palacio.

David, entre los filisteos

27 David se echó esta cuenta:
—Saúl me va a eliminar el día menos pensado. No me queda
más solución que refugiarme en el país filisteo; así, Saúl dejará de
perseguirme por todo Israel y estaré seguro.
2 Entonces, con sus seiscientos hombres, se pasó a Aquís, hijo de
3 Maón, rey de Gat. David y su gente vivieron con Aquís en Gat,
cada uno con su familia: David con sus dos mujeres, Ajinoán, la
4 yezraelita, y Abigail, la esposa de Nabal, la de La Vega. Avisaron
a Saúl que David había huido a Gat, y dejó de perseguirlo.
5 David pidió a Aquís:
—Si quieres hacerme un favor, asígname un sitio en una pobla-
ción del campo para establecerme allí; pues este servidor tuyo no
tiene por qué residir contigo en la capital.
6 Aquel mismo día Aquís le asignó Sicelag. (Por eso Sicelag per-
tenece a los reyes de Judá hasta hoy).
7 David estuvo en la campiña filistea un año y cuatro meses.
8 Solía subir con su gente a saquear a los guesureos, a los guirsitas
y a los amalecitas, los pueblos que habitaban la zona que va desde
9 Telán hasta el paso de La Muralla y hasta Egipto. David devas-
taba el país, sin dejar vivo hombre ni mujer; cogía ovejas, vacas,
10 burros, camellos y ropa, y se volvía al país de Aquís. Aquís le pre-
guntaba:
—¿Dónde habéis saqueado hoy?
David respondía:
—Al sur de Judá.
O bien:
—Al sur de los yerajmelitas.
O bien:
—Al sur de los quenitas.
11 David no se traía a Gat ningún prisionero vivo, hombre ni mu-
jer, para que no lo denunciaran por lo que hacía. Ese fue su modo
12 de proceder todo el tiempo que vivió en la campiña filistea. Aquís
se fiaba de David, pensando que David se había enemistado con su
pueblo, Israel, y que sería siempre vasallo suyo.

28 Por entonces los filisteos concentraron sus tropas para salir a la
guerra contra Israel. Aquís dijo a David:
—Te comunico que tú y tus hombres tenéis que ir conmigo al
frente.
2 David le respondió:
—De acuerdo. Verás cómo se porta un vasallo tuyo.
Aquís le dijo:
—Muy bien. Te nombro de mi guardia personal para siempre.

Saúl y la nigromante

3 Samuel había muerto; todo Israel asistió a los funerales, y lo
habían enterrado en Ramá, su pueblo. Por otra parte, Saúl había
desterrado a nigromantes y adivinos.

4 Los filisteos se concentraron y fueron a acampar en Sunán. Saúl
5 concentró a todo Israel y acamparon en Gelboé. Pero al ver el
6 campamento filisteo, Saúl temió y se echó a temblar. Consultó al
Señor, pero el Señor no le respondió, ni por sueños, ni por suertes,
7 ni por profetas. Entonces Saúl dijo a sus ministros:

—Buscadme una nigromante para ir a consultarla.

Le dijeron:

—Precisamente hay una en Fuendor.

8 Saúl se disfrazó con ropa ajena; marchó con dos hombres, llegaron de noche donde la mujer, y le pidió:

—Adivíname el porvenir evocando a los muertos y haz que se me aparezca el que yo te diga.

9 La mujer le dijo:

—Ya sabes lo que ha hecho Saúl, que ha desterrado a nigromantes y adivinos. ¿Por qué me armas una trampa para luego matarme?

10 Pero Saúl le juró por el Señor:

—¡Vive Dios, no te castigarán por esto!

11 Entonces la mujer preguntó:

—¿Quién quieres que se te aparezca?

Saúl dijo:

—Evócame a Samuel.

12 Cuando la mujer vio aparecer a Samuel, lanzó un grito y dijo a Saúl:

—¿Por qué me has engañado? ¡Tú eres Saúl!

13 El rey le dijo:

—No temas. ¿Qué ves?

Respondió:

—Un espíritu que sube de lo hondo de la tierra.

14 Saúl le preguntó:

—¿Qué aspecto tiene?

Respondió:

—El de un anciano que sube, envuelto en un manto.

Saúl comprendió entonces que era Samuel, y se inclinó rostro en tierra, prosternándose.

15 Samuel le dijo:

—¿Por qué me has evocado, turbando mi reposo?

Saúl respondió:

—Estoy en una situación desesperada: los filisteos me hacen la guerra, y Dios se me ha alejado y ya no me responde ni por profetas ni en sueños. Por eso te he llamado, para que me digas qué debo hacer.

16 Pero Samuel le dijo:

—Si el Señor se te ha alejado y se ha hecho enemigo tuyo, ¿por
17 qué me preguntas a mí? El Señor ha ejecutado lo que te anunció
por mi medio: ha arrancado el reino de tus manos y se lo ha dado
18 a otro, a David. Por no haber obedecido al Señor, por no haber
llevado a cabo su condena contra Amalec, por eso ahora el Señor
19 ejecuta esta condena contra ti. Y también a Israel lo entregará el
Señor contigo a los filisteos; mañana, tú y tus hijos estaréis conmigo,
y al ejército de Israel lo entregará el Señor en poder de los filisteos.
20 De repente, Saúl se desplomó cuan largo era, espantado por lo
que había dicho Samuel. Estaba desfallecido, porque en todo el día

21 y toda la noche no había comido nada. La mujer se le acercó, y al
verlo aterrado le dijo:

—Esta servidora tuya te obedeció, y se jugó la vida para hacer
22 lo que pedías; ahora obedece tú también a tu servidora: voy a traerte algún alimento, come y recobra las fuerzas para ponerte en camino.

23 El lo rehusaba:

—¡No quiero!

Pero sus oficiales y la mujer le porfiaron, y les obedeció. Se incorporó y se sentó en la estera.

24 La mujer tenía un novillo cebado. Lo degolló en seguida, cogió
25 harina, amasó y coció unos panes. Se los sirvió a Saúl y sus oficiales. Comieron y se pusieron en camino aquella misma noche.

David, excluido de la batalla

29 Los filisteos concentraron sus tropas hacia El Cerco. Israel estaba
2 acampado junto a la fuente de Yezrael. Los príncipes filisteos desfilaban por batallones y compañías. David y los suyos iban en la
3 retaguardia, con Aquís. Los generales filisteos preguntaron:

—¿Qué hacen aquí esos hebreos?

Aquís les respondió:

—Ese es David, vasallo de Saúl, rey de Israel. Lleva conmigo cosa de uno o dos años, y desde que se pasó a mí hasta hoy no tengo nada que reprocharle.

4 Pero los generales filisteos le contestaron irritados:

—¡Despide a ese hombre! Que se vaya al pueblo que le asignaste. Que no baje al combate con nosotros, no se vuelva contra nosotros en plena batalla; porque el mejor regalo para reconciliarse
5 con su señor serían las cabezas de nuestros soldados. ¿No es ese
David al que cantaban: «Saúl mató a mil, David a diez mil»?

6 Aquís llamó entonces a David, y le dijo:

—¡Vive Dios, que eres honrado y no tengo queja de tu comportamiento en el ejército! No tengo nada que reprocharte desde que entraste en mi territorio hasta hoy, pero los príncipes no te ven
7 con buenos ojos; así que vuélvete en paz para no disgustarlos.

8 David replicó:

—Pero ¿qué he hecho? ¿En qué te he ofendido desde que me presenté a ti hasta hoy? ¿Por qué no puedo ir a luchar contra los enemigos del rey, mi señor?

9 Aquís le respondió:

—Ya sabes que te estimo como a un enviado de Dios; pero es
que los generales filisteos han dicho que no salgas con ellos al
10 combate. Así que tú y los siervos de tu señor madrugáis, y cuando
claree, os marcháis.

11 David y su gente madrugaron y salieron temprano, de vuelta al país filisteo. Los filisteos subieron a Yezrael.

David, en Sicelag

30 Para cuando David y su gente llegaron a Sicelag, al tercer día,
los amalecitas habían hecho una incursión por el Négueb y Sicelag,

2 habían asaltado Sicelag y la habían incendiado. Sin matar a nadie,
se llevaron cautivos a las mujeres y los vecinos, chicos y grandes,
3 y arreando los rebaños se volvieron por su camino. David y sus
hombres llegaron al pueblo y se lo encontraron incendiado y sus
4 mujeres e hijos llevados cautivos. Gritaron y lloraron hasta no po-
5 der más. Las dos mujeres de David, Ajinoán, la yezraelita, y Abi-
gail, la esposa de Nabal, el de La Vega, también habían caído pri-
6 sioneras. David se encontró en un gran apuro, porque la tropa,
afligida por sus hijos e hijas, hablaba de apedrearlo. Pero confor-
7 tado por el Señor, su Dios, ordenó al sacerdote Abiatar:
—Acércame el efod.
8 Abiatar se lo acercó, y David consultó al Señor:
—¿Persigo a esa banda? ¿Los alcanzaré?
El Señor le respondió:
—Persíguelos. Los alcanzarás y recuperarás lo robado.
9 Entonces David marchó con sus seiscientos hombres; pero al
llegar a la vaguada de Besor, se quedaron doscientos, demasiado
10 cansados para pasar la vaguada, y David continuó la persecución con
11 cuatrocientos hombres. Encontraron a un egipcio en el campo y se
12 lo llevaron a David; le dieron pan para comer y agua para beber
y un poco de un pan de higos, más dos racimos de pasas; con la
comida recobró las fuerzas, porque llevaba tres días y tres noches
13 sin comer ni beber. David le preguntó:
—¿De quién eres y de dónde vienes?
El muchacho egipcio respondió:
—Soy esclavo de un amalecita; mi amo me abandonó porque me
14 puse malo hace tres días. Habíamos hecho una incursión por la
parte sur de los quereteos, de Judá y de Caleb, e incendiamos
Sicelag.
15 David le dijo:
—¿Puedes guiarme hasta esa banda?
El muchacho respondió:
—Si me juras por Dios que no me matarás ni me entregarás a
mi amo, yo te guiaré hasta esa banda.
16 Los guió. Los encontraron desparramados por todo el campo,
banqueteando y festejando el gran botín cogido en el país filisteo
17 y en Judá. David los estuvo machacando desde el amanecer hasta
la tarde. Los exterminó sin que escapara nadie, fuera de cuatro-
18 cientos muchachos que huyeron a lomo de camello. David recobró
todo lo que habían robado los amalecitas, incluidas sus dos muje-
19 res. No les faltó nada, ni chico ni grande, hijos o hijas; David recu-
20 peró todo lo que les habían robado. Cogieron todas las ovejas y
bueyes, y los bueyes se los presentaron a David, diciendo:
—Esta es la parte que le toca a David.
21 Después volvió David a donde estaban los doscientos hombres
que, demasiado cansados para seguirlo, se habían quedado en la
vaguada de Besor. Salieron a recibir a David y a su gente, y cuando
22 llegaron, los saludaron. Pero entre los hombres de David, algunos
mezquinos dijeron:
—Por no haber venido con nosotros, no les damos del botín
recuperado, sino sólo su mujer y sus hijos a cada uno; que los cojan
y se marchen.

23 Pero David dijo:
—No hagáis eso, después que el Señor nos ha dado la victoria,
nos ha protegido y nos ha entregado esa banda que nos había ata-
24 cado. En eso nadie estará de acuerdo con vosotros,
«porque tocan a partes iguales
el que baja al campo de batalla
y el que queda guardando el bagaje».
25 Aquel día David estableció esta norma para Israel, y ha estado
en vigor hasta hoy.
26a Cuando entró en Sicelag, David mandó parte del botín a los con-
27 cejales de Judá y a sus amigos: los concejales de Betul, los de Ramá
28 del Sur, los de Yatir, los de Aroer, los de Sifemot, los de Estemó,
29-0 los de La Vega y a los de las ciudades de los quenitas, a los de
31 Exterminio y a los de Pozodehumo, a los de Atac, a los de Hebrón
y a los de todas las localidades por donde anduvo David con su
26b gente, y lo acompañó con estas palabras:
—Aquí tenéis un obsequio del botín cogido a los enemigos del
Señor.

Muerte de Saúl

31 Mientras tanto, los filisteos entraron en combate con Israel. Los
israelitas huyeron ante ellos, y muchos cayeron muertos en el mon-
te Gelboé.
2 Los filisteos persiguieron de cerca a Saúl y sus hijos, e hirieron
3 a Jonatán, Abinadab y Malquisúa, hijos de Saúl. Entonces cayó
sobre Saúl el peso del combate; los arqueros le dieron alcance y lo
4 hirieron gravemente. Saúl dijo a su escudero:
—Saca la espada y atraviésame, no vayan a llegar esos incircun-
cisos y abusen de mí.
Pero el escudero no quiso, porque le entró pánico. Entonces Saúl
5 tomó la espada y se dejó caer sobre ella. Cuando el escudero vio
que Saúl había muerto, también él se echó sobre su espada y murió
6 con Saúl. Así murieron Saúl, tres hijos suyos, su escudero y los de
su escolta, todos el mismo día.
7 Cuando los israelitas de la otra parte del valle y los de Trans-
jordania vieron que los israelitas huían y que Saúl y sus hijos ha-
8 bían muerto, huyeron, abandonando sus poblados. Los filisteos los
ocuparon. Al día siguiente fueron a despojar los cadáveres, y en-
contraron a Saúl y sus tres hijos muertos en el monte Gelboé.
9 Lo decapitaron, lo despojaron de sus armas y las enviaron por todo
el territorio filisteo, llevando la buena noticia a sus ídolos y al
10 pueblo. Colocaron las armas en el templo de Astarté y empalaron
los cadáveres en la muralla de Beisán.
11 Los vecinos de Yabés de Galaad oyeron lo que los filisteos ha-
12 bían hecho con Saúl, y los más valientes caminaron toda la noche,
quitaron de la muralla de Beisán el cadáver de Saúl y los de sus
13 hijos y los llevaron a Yabés, donde los incineraron. Recogieron los
huesos, los enterraron bajo el tamarindo de Yabés y celebraron un
ayuno de siete días.

SAMUEL 2

David llora la muerte de Saúl y Jonatán
(1 Cr 10,1-12)

1 Al volver de su victoria sobre los amalecitas, David se detuvo
2 dos días en Sicelag. Al tercer día de la muerte de Saúl, llegó uno
del ejército con la ropa hecha jirones y polvo en la cabeza; cuando
3 llegó cayó en tierra, postrándose ante David. David le preguntó:
—¿De dónde vienes?
Respondió:
—Me he escapado del campamento israelita.
4 David dijo:
—¿Qué ha ocurrido? Cuéntame.
El respondió:
—Pues que la tropa ha huido de la batalla, y ha habido muchas
bajas entre la tropa y muchos muertos, y hasta han muerto Saúl y
su hijo Jonatán.
5 David preguntó entonces al muchacho que le informaba:
—¿Cómo sabes que han muerto Saúl y su hijo Jonatán?
6 Respondió:
—Yo estaba casualmente en el monte Gelboé, cuando encontré
a Saúl apoyado en su lanza, con los carros y los jinetes persiguién-
7 dolo de cerca; se volvió, y al verme me llamó, y yo dije: «¡A la
8 orden!». Me preguntó: «¿Quién eres?» Respondí: «Soy un amale-
9 cita». Entonces me dice: «Echate encima y remátame, que estoy en
10 los estertores y no acabo de morir». Me acerqué a él y lo rematé,
porque vi que, una vez caído, no viviría. Luego le quité la diadema
de la cabeza y el brazalete del brazo y se los traigo aquí a mi señor.
11 Entonces David agarró sus vestiduras y las rasgó, y sus acompa-
12 ñantes hicieron lo mismo. Hicieron duelo, lloraron y ayunaron has-
ta el atardecer por Saúl y por su hijo Jonatán, por el pueblo del
Señor, por la casa de Israel, porque habían muerto a espada.
13 David preguntó al que le había dado la noticia:
—¿De dónde eres?
Respondió:
—Soy hijo de un emigrante amalecita.
14 Entonces David le dijo:
—¿Y cómo te atreviste a alzar la mano para matar al ungido del
Señor?
15 Llamó a uno de los oficiales y le ordenó:
—¡Acércate y mátalo!
16 El oficial lo hirió y lo mató. Y David sentenció:
—¡Eres responsable de tu muerte! Pues tu propia boca te acusó
cuando dijiste: «Yo he matado al ungido del Señor».
17-8 David entonó este lamento por Saúl y su hijo Jonatán, para que
lo aprendieran los de Judá (así consta en los Cantares de Gesta [a]):
19 «¡Ay la flor de Israel, herida en tus alturas!
¡Cómo cayeron los valientes!

a o Libro de Yasar.

20 En Gat no lo contéis,
no lo pregonéis en las calles de Ascalón;
que no se alegren las muchachas filisteas,
no lo celebren las hijas de los incircuncisos.
21 ¡Montes de Gelboé, altas mesetas,
ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros!
Que allí quedó manchado el escudo de los valientes,
escudo de Saúl, no untado con aceite,
22 sino con sangre de heridos y enjundia de valientes.
¡Arco de Jonatán, que no volvía atrás!
¡Espada de Saúl, que no tornaba en vano!
23 Saúl y Jonatán, mis amigos queridos:
ni vida ni muerte los pudo separar;
más ágiles que águilas, más bravos que leones.
24 Muchachas de Israel, llorad por Saúl,
que os vestía de púrpura y de joyas,
que enjoyaba con oro vuestros vestidos.
25 ¡Cómo cayeron los valientes en medio del combate!
¡Jonatán, herido en tus alturas!
26 ¡Cómo sufro por ti, Jonatán, hermano mío!
¡Ay, cómo te quería! Tu amor era para mí
más maravilloso que el amor de mujeres.
27 ¡Cómo cayeron los valientes,
los rayos de la guerra perecieron!».

DAVID, REY

INTRODUCCIÓN

La división del libro único de Samuel en dos partes es del todo artificial, y su intento parece haber sido dedicar a David un libro entero. Esta segunda parte sigue un orden temático más que cronológico. David, rey de Judá, en contraste con Isbaal, hasta que se proclama también rey de Israel. Luchas contra los filisteos, Jerusalén, el arca, la promesa dinástica; guerras con otros pueblos, Betsabé; rebelión de Sibá. Un apéndice final completa con datos sueltos la narración precedente.

David es para los israelitas el rey más grande, una figura que se coloca detrás de Moisés y Elías. Históricamente, David es un rey muy importante: recibe una nación deshecha, y en pocos años la convierte en el reino principal de la franja costera; recibe un reino dividido, y establece una monarquía unificada; más allá de sus fronteras somete a vasallaje a casi todos los reinos de alrededor. Da a su reino una capital administrativa y religiosa de gran influjo y atractivo; organiza un gobierno y un ejército; da origen a una dinastía estable.

Teológicamente, es el beneficiario de una nueva elección y de una promesa. Su elección se suma a la del pueblo y a la de otros jefes, constituyendo un nuevo artículo de la fe israelítica; a su elección se junta la de Jerusalén, como morada del Señor; otro artículo religioso fundacional. Como beneficiario de la promesa, es casi un nuevo patriarca, padre de una dinastía, como Abrahán lo fue de un pueblo grande.

Por esta promesa David se carga de futuro. Quiere decir que los israelitas no se contentarán con añorar el pasado, cuando recuerdan a su rey favorito, sino que en su nombre esperan un sucesor legítimo, digno de él, un restaurador, un futuro liberador. Sobre este eje se desarrolla y crece la esperanza mesiánica. Por David y su dinastía entra en la religión de Israel todo un repertorio de símbolos de salvación, que servirán para expresar y alimentar la esperanza mesiánica.

David es un hombre de singular atractivo para sus coetáneos. De joven se atrajo múltiples simpatías; la guerra y la persecución lo curtieron y le enseñaron a esperar pacientemente. Fue a la vez magnánimo y astuto, de gran visión y rápida decisión. Supo reconocer y llorar su gravísimo pecado. No logró la paz de su familia ni logró consolidar la unificación del reino. David fue una cumbre, y lo que siguió, a pesar del esplendor salomónico, se asemeja a una decadencia.

David, ungido rey en Hebrón

2 Después consultó David al Señor:
—¿Puedo ir a alguna ciudad de Judá?
El Señor le respondió:
—Sí.
David preguntó:
—¿A cuál debo ir?
Respondió:
—A Hebrón.
2 Entonces subieron allá David y sus dos mujeres, Ajinoán, la yez-
3 raelita, y Abigail, la mujer de Nabal, el de La Vega. Llevó también
a todos sus hombres con sus familias y se establecieron en los alrededores de Hebrón.

4 Los de Judá vinieron a ungir allí a David rey de Judá y le informaron:
—Los de Yabés de Galaad han dado sepultura a Saúl.
5 David mandó unos emisarios a los de Yabés de Galaad a decirles:
—El Señor os bendiga por esa obra de misericordia, por haber
6 dado sepultura a Saúl, vuestro señor. El Señor os trate con miseri-
7 cordia y lealtad, que yo también os recompensaré esa acción. Ahora
tened ánimo, sed valientes; Saúl, vuestro señor, ha muerto, pero
Judá me ha ungido a mí rey suyo.

Abner y Joab

8 Abner, hijo de Ner, general del ejército de Saúl, había recogido
9 a Isbaal, hijo de Saúl, lo había trasladado a Los Castros y lo había
10b nombrado rey de Galaad, de los de Aser, de Yezrael, Efraín, Ben-
10a jamín y todo Israel; sólo Judá siguió a David. Isbaal, hijo de Saúl,
tenía cuarenta años cuando empezó a reinar en Israel, y reinó dos
años.
11 David fue rey de Judá, en Hebrón, siete años y medio.
12 Abner, hijo de Ner, y los súbditos de Isbaal, hijo de Saúl, fueron
desde Los Castros hasta Gabaón.
13 Por su parte, Joab, hijo de Seruyá, y los de David salieron de
Hebrón, se los encontraron junto a la alberca de Gabaón y se detu-
14 vieron, unos a un lado de la alberca y otros al otro. Abner propuso
a Joab:
—Que los jóvenes se desafíen ante nosotros.
Joab dijo:
—¡Muy bien!
15 Se prepararon y desfilaron doce benjaminitas por Isbaal, hijo de
16 Saúl, y doce de los de David. Cada uno agarró por la cabeza a su
contrario, hundió la espada en las costillas del otro y cayeron todos
a una. Por eso a aquel sitio lo llaman Campo del Costillar; queda
17 junto a Gabaón. Aquel día la batalla fue muy violenta. Los de Da-
18 vid derrotaron a Abner y a los de Israel. Estaban allí los tres hijos
19 de Seruyá: Joab, Abisay y Asael. Asael corría como un gamo y per-
20 siguió a Abner derecho, sin desviarse a un lado ni a otro. Abner
volvió la cabeza y preguntó:
—¿Eres Asael?
Respondió:
—Sí.
21 Abner le dijo:
—Desvíate a derecha o izquierda, agarra a alguno de los muchachos y quítale las armas.
22 Pero Asael no quiso dejar de seguirlo. Abner le repitió:
—Deja de perseguirme, que voy a tener que aplastarte, y ¿con
qué cara me presento luego ante tu hermano Joab?
23 Pero como Asael no quiso apartarse, Abner dio hacia atrás con
la lanza, se la clavó en la ingle y la lanza le salió por detrás. Allí
cayó y allí mismo murió. Todos los que llegaban al sitio donde
24 Asael había muerto se paraban. Joab y Abisay persiguieron a Ab-
ner. Al ponerse el sol, llegaron al collado de Ammá, frente al valle,

25 en el camino del páramo de Gabaón. Los benjaminitas se concen-
traron tras Abner en pelotón cerrado, y aguantaron firmes en lo
26 alto de la loma. Entonces Abner le gritó a Joab:
—¿Va a estar siempre devorando la espada? ¿No piensas que
luego acaba amargando? ¿Cuándo vas a decir a tu gente que deje
de perseguir a sus hermanos?
27 Joab respondió:
—¡Vive Dios, si no hubieras hablado, mi gente habría estado
persiguiendo a sus hermanos hasta por la mañana!
28 Entonces sonó la trompa y todos se detuvieron, dejando de per-
29 seguir a los de Israel; no reanudaron la batalla. Abner y los suyos
caminaron por el páramo toda aquella noche, cruzaron el Jordán,
30 caminaron toda la mañana y llegaron a Los Castros. Joab, por su
parte, dejó de perseguir a Abner, congregó toda la tropa y se vio
que de los de David faltaban diecinueve hombres, más Asael.
31 En cambio, habían hecho trescientas sesenta bajas a los de Benja-
32 mín y Abner. Llevaron el cadáver de Asael y lo enterraron en Belén,
en la sepultura de la familia. Joab y los suyos estuvieron caminando
toda la noche, y les amaneció en Hebrón.

3 La guerra entre las familias de Saúl y David se prolongó. David
iba afianzándose, mientras la familia de Saúl iba debilitándose.
2 David tuvo varios hijos en Hebrón: el primero fue Amnón, de
3 Ajinoán, la yezraelita; el segundo fue Quilab, de Abigail, la mujer
de Nabal, el de La Vega; el tercero, Absalón, de Maacá, hija de
4 Talmay, rey de Guesur; el cuarto, Adonías, de Jaguit; el quinto,
5 Safatías, de Abital; el sexto, Yitreán, de su esposa Eglá. Esos fue-
ron los hijos que tuvo David en Hebrón.

Asesinato de Abner

6 Abner fue afianzándose en la casa de Saúl, mientras ésta estuvo
7 en guerra con la de David. Saúl había tenido una concubina llamada
Rispá, hija de Ayá. Isbaal dijo a Abner:
—¿Por qué te has acostado con la concubina de mi padre?
8 A Abner le molestó mucho aquella pregunta de Isbaal y le con-
testó:
—¡Ni que fuera yo un perro! De modo que estoy trabajando
lealmente por la casa de tu padre, Saúl, sus hermanos y compañe-
ros y no te entrego en poder de David, ¡y ahora me echas en cara
9 un asunto de mujeres! Que Dios me castigue si no trabajo yo para
10 que se cumpla el juramento del Señor a David: «Le pasaré el reino
de Saúl, afianzaré el trono de David sobre Israel y Judá, desde Dan
hasta Berseba».
11-2 Isbaal, de puro miedo, no fue capaz de replicarle. Entonces Ab-
ner despachó unos emisarios a Hebrón, para hacer a David esta pro-
puesta:
—El país, ¿para quién es? (Quería decir: «Haz un pacto conmi-
go y te ayudaré a poner a todo Israel de tu parte»).
13 David respondió:
—Está bien. Yo haré un pacto contigo. Sólo te exijo una cosa:

cuando vengas a verme, no te recibiré si no me traes a Mical, hija
de Saúl.
14 David despachó también emisarios a Isbaal, hijo de Saúl, pi-
diéndole:
—Devuélveme a mi mujer Mical, con la que me casé pagando
por ella cien prepucios de filisteos.
15 Entonces Isbaal mandó quitársela a su marido, Paltiel, hijo de
16 Lais. Paltiel la siguió hasta Bajurín, llorando detrás de ella. Abner
le dijo:
—¡Hala, vuélvete!
Y se volvió.
17 Abner había hablado a los concejales de Israel:
—Hace algún tiempo pretendíais que David fuera vuestro rey.
18 Pues bien, ha llegado el momento; porque el Señor dijo acerca de
David: «Por medio de mi siervo David salvaré a mi pueblo, Israel,
del poder de los filisteos y de todos sus enemigos».
19 Abner habló también a los de Benjamín. Después fue también
a Hebrón a hablar personalmente con David y comunicarle lo que
20 habían acordado Israel y Benjamín. Cuando Abner, con veinte
hombres, llegó a Hebrón para hablar con David, éste los convidó.
21 Abner le dijo:
—Voy a ir a reunir a todo Israel ante el rey, mi señor, para que
hagan un pacto contigo y seas rey según tus aspiraciones.
David lo despidió y él marchó en paz.
22 Pero los soldados de David venían con Joab de una correría y
traían un gran botín. Abner no estaba ya en Hebrón, porque David
23 lo había despedido y había marchado en paz. Cuando entraron Joab
y su ejército, les dieron la noticia:
—Ha venido Abner, hijo de Ner, a visitar al rey, y el rey lo ha
despedido y se ha marchado en paz.
24 Entonces Joab se presentó al rey y le dijo:
—¿Qué has hecho? Ahora que se te había presentado Abner,
25 ¿por qué lo has despedido dejándolo marchar sin más? ¿No sabes
que Abner, hijo de Ner, vino a engañarte para averiguar tus movi-
mientos y enterarse de lo que piensas?
26 Joab salió de palacio, y sin contar con David, despachó emisarios
27 tras Abner, que lo hicieron volver desde el Pozo de Sirá. Cuando
Abner volvió a Hebrón, Joab lo llevó aparte, a un lado de la en-
trada, para hablar con él a solas, y allí lo hirió en la ingle y lo mató,
28 para vengar la muerte de su hermano Asael. David se enteró muy
pronto y dijo:
—Ante el Señor y para siempre, yo y mi reino somos inocentes
29 de la sangre de Abner, hijo de Ner. ¡Respondan de ella Joab y su
casa! No falten nunca en tu familia tiñosos ni gonorreicos, castrados,
muertos a espada y muertos de hambre.
30 Joab y su hermano Abisay asesinaron a Abner porque éste les
había matado a su hermano Asael en la guerra junto a Gabaón.
31 David ordenó a Joab y a sus acompañantes:
—Rasgaos las vestiduras y ceñíos un sayal y haced duelo por
Abner.
32 El rey David caminaba detrás del féretro. Y cuando enterraron

a Abner en Hebrón, el rey gritó y lloró junto a su tumba. Todos
33 lloraron, y el rey entonó este lamento por Abner:
«¿Tenía que morir Abner
como muere un insensato?
34 Sus manos no conocieron las cadenas
ni sus pies los grilletes.
Caíste como se cae
a manos de traidores».
35 Todos siguieron llorándolo y luego se llegaron a David para obli-
garlo a comer mientras fuese de día, pero David juró:
—¡Que Dios me castigue si antes de ponerse el sol pruebo pan
o lo que sea!
36 Cuando la gente lo supo, a todos les pareció bien, como todo lo
37 que hacía el rey. Aquel día supieron todos, y lo supo todo Israel,
que el asesinato de Abner, hijo de Ner, no había sido cosa del rey.
38 El rey dijo a sus cortesanos:
39 —Ya veis que hoy ha caído en Israel un gran general. Yo he sido
hoy blando, aunque ungido como rey, mientras que esa gente, los
hijos de Seruyá, han sido más duros que yo. Que el Señor pague al
malhechor su merecido.

Asesinato de Isbaal

4 Cuando Isbaal, hijo de Saúl, oyó que Abner había muerto en
2 Hebrón, se acobardó, y todo Israel se alarmó. Isbaal, hijo de Saúl,
tenía dos jefes de guerrillas: uno se llamaba Baaná y el otro Recab,
hijos de Rimón, el de Pozos, benjaminitas (porque también Pozos
3 se consideraba perteneciente a Benjamín; los de Pozos huyeron a
Dos Lagares y allí siguen todavía residiendo como emigrantes).
4 Por otra parte, Jonatán, hijo de Saúl, tenía un hijo tullido de am-
bos pies: tenía cinco años cuando llegó de Yezrael la noticia de la
muerte de Saúl y Jonatán; la niñera se lo llevó en la huida, pero
con las prisas de escapar el niño cayó y quedó cojo; se llamaba
Meribaal.
5 Baaná y Recab, hijos de Rimón, el de Pozos, iban de camino,
y cuando calentaba el sol llegaron a casa de Isbaal, que estaba
6 echando la siesta. La portera se había quedado dormida mientras
limpiaba el trigo. Recab y su hermano Baaná entraron libremente
7 en la casa, llegaron a la alcoba donde estaba echado Isbaal y lo hi-
rieron de muerte; luego le cortaron la cabeza, la recogieron y cami-
8 naron toda la noche a través de la estepa. Llevaron la cabeza de
Isbaal a David, a Hebrón, y dijeron al rey:
—Aquí está la cabeza de Isbaal, hijo de Saúl, tu enemigo, que
intentó matarte. El Señor ha vengado hoy al rey, mi señor, de
Saúl y su estirpe.
9 Pero David dijo a Recab y Baaná, hijos de Rimón, el de Pozos:
10 —¡Vive Dios, que me ha salvado la vida de todo peligro! Si al
que me anunció «ha muerto Saúl», creyendo darme una buena no-
ticia, lo agarré y lo ajusticié en Sicelag, pagándole así la buena noti-
11 cia, con cuánta más razón cuando unos malvados han asesinado a
un inocente, en su casa, en su cama, vengaré la sangre que habéis
derramado, extirpándoos de la tierra.

12 David dio una orden a sus oficiales, y los mataron. Luego les
cortaron manos y pies y los colgaron junto a la Alberca de Hebrón;
en cambio, la cabeza de Isbaal la enterraron en la sepultura de
Abner, en Hebrón.

David, rey de Israel
(1 Cr 11,1-3)

5 Todas las tribus de Israel fueron a Hebrón a decirle a David:
2 —Aquí nos tienes. Somos de la misma sangre. Ya antes, cuando
todavía era Saúl nuestro rey, tú eras el verdadero general de Israel.
El Señor te dijo: «Tú pastorearás a mi pueblo, Israel; tú serás jefe
de Israel».
3 Fueron, pues, a Hebrón todos los concejales de Israel para visitar
al rey. El rey David hizo un pacto con ellos, en Hebrón, ante el
4 Señor, y ellos ungieron a David rey de Israel. Tenía treinta años
5 cuando empezó a reinar, y reinó cuarenta años; en Hebrón reinó
sobre Judá siete años y medio, y en Jerusalén reinó treinta y tres
años sobre Israel y Judá.

Conquista de Jerusalén
(1 Cr 11,4-8; 14,1-7)

6 El rey y sus hombres marcharon sobre Jerusalén, contra los je-
buseos que habitaban el país. Los jebuseos dijeron a David:
—No entrarás aquí. Te rechazarán los ciegos y los cojos. (Era
una manera de decir que David no entraría).
7 Pero David conquistó el alcázar de Sión, o sea, la llamada Ciudad
de David.
8 David había dicho aquel día:
—Al que mate a un jebuseo y se cuele por el túnel... [a] A esos
cojos y ciegos los detesta David. (Por eso se dice: «Ni cojo ni ciego
entre en el templo»).
9 David se instaló en el alcázar y lo llamó Ciudad de David. Des-
pués edificó una muralla en torno, desde el terraplén hacia adentro.
10 David iba creciendo en poderío y el Señor de los ejércitos estaba
11 con él. Jirán, rey de Tiro, mandó una embajada a David con ma-
dera de cedro, carpinteros y canteros para construirle un palacio.
12 Así comprendió David que el Señor lo establecía como rey de Is-
rael y que engrandecía su reino por amor a su pueblo, Israel.
13 Después que vino de Hebrón, David tomó en Jerusalén otras con-
14 cubinas y esposas, que le dieron más hijos e hijas. Los nombres de
los hijos que tuvo en Jerusalén son: Samúa, Sobab, Natán, Salomón,
15-6 Yibjar, Elisúa, Néfeg, Yafía, Elisamá, Baalyadá y Elifálet.

Batallas con los filisteos
(1 Cr 14,8-16)

17 Cuando los filisteos oyeron que habían ungido a David rey de Is-
rael, subieron todos a por él. David se enteró y bajó al refugio de

a Texto dudoso.

18 Adulán. Los filisteos habían llegado y se habían desplegado en
19 Valrefaín. David consultó al Señor:
—¿Puedo atacar a los filisteos? ¿Me los entregarás?
El Señor le respondió:
—Atácalos, que yo te los entrego.
20 David fue a Las Brechas, y allí los derrotó. Y comentó:
—El Señor ha abierto una brecha en el frente enemigo, como
brecha de agua en un dique. (Por eso aquel sitio se llama Las
Brechas).
21 Los filisteos dejaron abandonados allí sus ídolos; David y sus
22 hombres los recogieron. Los filisteos hicieron otra incursión y se
23 desplegaron en Valrefaín. David consultó al Señor, que respondió:
—No ataques. Rodéalos por detrás, y luego atácalos frente a las
24 moreras. Cuando sientas rumor de pasos en la copa de las moreras,
lánzate al ataque, porque entonces el Señor sale delante de ti a
derrotar al ejército filisteo.
25 David hizo tal como le mandó el Señor, y derrotó a los filisteos
desde Gob hasta la entrada de Guézer.

El arca, transportada a Jerusalén
(1 Cr 13,5-14; 15,25-29)

6 David reunió nuevamente a los mozos israelitas: treinta mil hom-
2 bres. Con todo su ejército emprendió la marcha a Baalá de Judá,
para trasladar de allí el arca de Dios, que lleva la inscripción: «Se-
3 ñor de los ejércitos», entronizado sobre querubines. Pusieron el
arca de Dios en un carro nuevo y la sacaron de casa de Abinadab,
en El Cerro. Uzá y Ajió, hijos de Abinadab, guiaban el carro con el
4-5 arca de Dios; Ajió marchaba delante del arca. David y los israelitas
iban danzando ante el Señor con todo entusiasmo, cantando al son
6 de cítaras y arpas, panderos, sonajas y platillos. Cuando llegaron
a la era de Nacón, los bueyes tropezaron y Uzá alargó la mano al
7 arca de Dios para sujetarla. El Señor se encolerizó contra Uzá por
su atrevimiento, lo hirió y murió allí mismo, junto al arca de Dios.
8 David se entristeció porque el Señor había arremetido contra Uzá,
y puso a aquel sitio el nombre de Arremetida de Uzá, y así se llama
9 ahora. Aquel día David temió al Señor, y dijo:
—¿Cómo va a venir a mi casa el arca del Señor?
10 Y no quiso llevar a su casa, a la Ciudad de David, el arca del
11 Señor, sino que la trasladó a casa de Obededom, el de Gat. El arca
del Señor estuvo tres meses en casa de Obededom, el de Gat, y el
12 Señor bendijo a Obededom y su familia. Informaron a David:
—El Señor ha bendecido a la familia de Obededom y toda su
hacienda en atención al arca de Dios.
Entonces fue David y llevó el arca de Dios desde la casa de Obe-
13 dedom a la Ciudad de David, haciendo fiesta. Cuando los portado-
res del arca del Señor avanzaron seis pasos, sacrificó un toro y un
14 ternero cebado. E iba danzando ante el Señor con todo entusiasmo,
15 vestido sólo con un roquete de lino. Así iban llevando David y los
israelitas el arca del Señor entre vítores y al sonido de las trompetas.
16 Cuando el arca del Señor entraba en la Ciudad de David, Mical,

hija de Saúl, estaba mirando por la ventana, y al ver al rey David
haciendo piruetas y cabriolas delante del Señor lo despreció en su
17 interior. Metieron el arca del Señor y la instalaron en su sitio, en
el centro de la tienda que David le había preparado. David ofreció
18 holocaustos y sacrificios de comunión al Señor, y cuando terminó
de ofrecerlos, bendijo al pueblo en el nombre del Señor de los ejér-
19 citos; luego repartió a todos, hombres y mujeres de la multitud
israelita, un bollo de pan, una tajada de carne y un pastel de uvas
pasas a cada uno. Después se marcharon todos, cada cual a su casa.
20 David se volvió para bendecir a su casa, y Mical, hija de Saúl, sa-
lió a su encuentro y dijo:
—¡Cómo se ha lucido el rey de Israel, desnudándose a la vista
de las criadas de sus ministros, como lo haría un bufón cualquiera!
21 David le respondió:
—Ante el Señor, que me prefirió a tu padre y a toda tu familia
22 y me eligió como jefe de su pueblo, yo bailaré y todavía me reba-
jaré más; si a ti te parece despreciable ante las criadas que dices,
ante ésas ganaré prestigio.
23 Mical, hija de Saúl, no tuvo hijos en toda su vida.

Promesa dinástica y oración de David

(1 Cr 17)

7 Cuando David se estableció en su casa y el Señor le dio paz con
2 sus enemigos de alrededor, dijo el rey al profeta Natán:
—Mira, yo estoy viviendo en una casa de cedro, mientras el arca
de Dios vive en una tienda.
3 Natán le respondió:
—Anda, haz lo que tienes pensado, que el Señor está contigo.
4 Pero aquella noche recibió Natán esta palabra del Señor:
5 —Ve a decir a mi siervo David: Así dice el Señor: «¿Eres tú
6 quien me va a construir una casa para que habite en ella? Desde
el día en que saqué a los israelitas de Egipto hasta hoy no he habi-
tado en una casa, sino que he viajado de acá para allá en una tienda
7 que me servía de santuario. Y en todo el tiempo que viajé de acá
para allá con los israelitas, ¿encargué acaso a algún juez de Israel,
a los que mandé pastorear a mi pueblo, Israel, que me construyese
8 una casa de cedro?». Pues bien, di esto a mi siervo David: Así dice
el Señor de los ejércitos: «Yo te saqué de los apriscos, de andar
9 tras las ovejas, para ser jefe de mi pueblo, Israel. Yo he estado con-
tigo en todas tus empresas; he aniquilado a todos tus enemigos;
10 te haré famoso como a los más famosos de la tierra; daré un puesto
a mi pueblo, Israel: lo plantaré, para que viva en él sin sobresaltos,
11 sin que vuelvan a humillarlo los malvados como antaño, cuando
nombré jueces en mi pueblo, Israel; te daré paz con todos tus ene-
migos, y, además, el Señor te comunica que te dará una dinastía.
12 Y cuando hayas llegado al término de tu vida y descanses con tus
antepasados, estableceré después de ti a una descendencia tuya, na-
13 cida de tus entrañas, y consolidaré tu reino. El edificará un templo
14 en mi honor y yo consolidaré su trono real para siempre. Yo seré
para él un padre, y él será para mí un hijo; si se tuerce, lo corregiré
15 con varas y golpes, como suelen los hombres; pero no le retiraré
mi lealtad como se la retiré a Saúl, al que aparté de mi presencia.
16 Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia; tu trono
permanecerá por siempre».
17 Natán comunicó a David toda la visión y todas estas palabras.
18 Entonces el rey David fue a presentarse ante el Señor, y dijo:
—¿Quién soy yo, mi Señor, y qué es mi familia para que me
19 hayas hecho llegar hasta aquí? ¡Y por si fuera poco para ti, mi
Señor, has hecho a la casa de tu siervo una promesa para el futuro,
20 mientras existan hombres, mi Señor! ¿Qué más puede añadirte
21 David si tú, mi Señor, conoces a tu siervo? Por tu palabra, y según
tus designios, has sido magnánimo con tu siervo, revelándole estas
22 cosas. Por eso eres grande, mi Señor, como hemos oído; no hay
23 nadie como tú, no hay Dios fuera de ti. ¿Y qué nación hay en el
mundo como tu pueblo, Israel, a quien Dios ha venido a librar para
hacerlo suyo, y a darle renombre, y a hacer prodigios terribles en
su favor, expulsando a las naciones y a sus dioses ante el pueblo
24 que libraste de Egipto? Has establecido a tu pueblo, Israel, como

25 pueblo tuyo para siempre, y tú, Señor, eres su Dios. Ahora, pues,
Señor Dios, mantén siempre la promesa que has hecho a tu siervo
26 y su familia, cumple tu palabra. Que tu nombre sea siempre famoso.
Que digan: «¡El Señor de los ejércitos es Dios de Israel!». Y que
27 la casa de tu siervo David permanezca en tu presencia. Tú, Señor
de los ejércitos, Dios de Israel, has hecho a tu siervo esta revela-
ción: «Te edificaré una casa»; por eso tu siervo se ha atrevido a
28 dirigirte esta plegaria. Ahora, mi Señor, tú eres el Dios verdadero,
tus palabras son de fiar, y has hecho esta promesa a tu siervo.
29 Dígnate, pues, bendecir a la casa de tu siervo, para que esté siem-
pre en tu presencia; ya que tú, mi Señor, lo has dicho, sea siempre
bendita la casa de tu siervo.

Victorias de David

(1 Cr 18)

8 Más adelante David derrotó a los filisteos y los sometió, arreba-
2 tándoles la capital, Gat. Derrotó a Moab: los hizo echarse en tierra
y los midió a cordel; midió dos cuerdas de condenados a muerte,
y dejó con vida a otra cuerda. Moab pasó a David en calidad de
3 vasallo tributario. Derrotó también a Adadhézer, hijo de Rejob,
rey de Sobá, cuando iba a restablecer su soberanía en la región del
4 Eufrates. David le capturó mil setecientos jinetes y veinte mil sol-
dados de infantería, y desjarretó los caballos de tiro, dejando el
5 tiro de cien carros. Los sirios de Damasco acudieron en auxilio de
Adadhézer, rey de Sobá, pero David les mató veintidós mil hom-
6 bres, e impuso gobernadores a los sirios de Damasco, que quedaron
vasallos tributarios de David.
7 El Señor dio a David la victoria en todas sus campañas. Cogió las
insignias de oro que llevaban los oficiales de Adadhézer, y las llevó
8 a Jerusalén. Y en Tébaj y Berotay, poblaciones de Adadhézer, cogió
una cantidad enorme de bronce.
9 Tou, rey de Jamat, oyó que David había derrotado al ejército
10 de Adadhézer, y despachó a su hijo Adorán para saludar al rey
David y darle la enhorabuena por el combate y la derrota de Adad-
hézer, porque Adadhézer atacaba a Tohu con frecuencia. Adorán
11 llevó una vajilla de plata, oro y bronce. El rey David consagró al
Señor estos regalos, añadiéndolos a la plata y al oro que había co-
12 gido a las naciones sometidas (Edom, Moab, los amonitas, filisteos
y Amalec) y había consagrado al Señor.
13 Cuando David, victorioso de Damasco, derrotó a Edom en Valle-
14 lasal, matándole ocho mil hombres, y aumentó su fama, impuso
gobernadores a Edom, que quedó como vasallo de David.
15 El Señor dio a David la victoria en todas sus campañas. David
16 reinó sobre todo Israel y gobernó con justicia a su pueblo. Joab,
hijo de Seruyá, era general en jefe del ejército; Josafat, hijo de
17 Ajilud, heraldo; Sadoc, hijo de Ajitob, y Abiatar, hijo de Ajimelec,
18 sacerdotes; Sisá, cronista; Benayas, hijo de Yehoyadá, jefe de los
quereteos y pelteos. Los hijos de David oficiaban en el culto.

Meribaal, acogido por David

9 David preguntó:
—¿Queda alguno de la familia de Saúl a quien yo pueda favorecer por amor a Jonatán?
2 La familia de Saúl había tenido un criado que se llamaba Sibá;
lo mandaron venir y el rey le preguntó:
—¿Eres Sibá?
Respondió:
—Servidor.
3 El rey le preguntó:
—¿Y no queda ya nadie de la familia de Saúl a quien yo pueda favorecer por amor de Dios?
Sibá le respondió:
—Queda todavía un hijo de Jonatán, tullido de ambos pies.
4 El rey le preguntó:
—¿Dónde está?
Sibá le contestó:
—En Pocacosa, en casa de Maquir, hijo de Amiel.
5-6 El rey David mandó que lo trajeran de allí. Así se presentó a
David Meribaal, hijo de Jonatán, hijo de Saúl. Cayó sobre su rostro, prosternándose, y David dijo:
—¿Eres Meribaal?
El respondió:
—Servidor.
7 David le dijo:
—No temas, porque estoy decidido a favorecerte por amor a Jonatan, tu padre; te devolveré todas las tierras de tu abuelo, Saúl, y comerás siempre a mi mesa.
8 Meribaal se postró y dijo:
—¿Qué soy yo para que te fijes en un perro muerto como yo?
9 El rey llamó entonces a Sibá, criado de Saúl, y le dijo:
—Todas las posesiones de Saúl y su familia se las entrego al hijo
10 de tu amo. Tú, tus hijos y tus siervos le cultivaréis las tierras y le
entregaréis las cosechas para su sustento. Meribaal, hijo de tu amo, comerá siempre a mi mesa.
11 Sibá, que tenía diez hijos y quince esclavos, contestó:
—Tu siervo hará todo lo que el rey le mande.
Meribaal comía a la mesa de David, como uno de los hijos del
12 rey. Tenía un hijo pequeño, llamado Micá, y toda la casa de Sibá
13 estaba al servicio de Meribaal, que se trasladó a Jerusalén, porque
comía siempre a la mesa del rey. Estaba impedido de ambos pies.

Guerra contra los amonitas
(1 Cr 19)

10 Murió después el rey de los amonitas, y su hijo Janún le sucedió
2 en el trono. David dijo:
—Voy a devolverle a Janún, hijo de Serpiente, los favores que me hizo su padre.
Y por medio de unos embajadores le envió el pésame por la

muerte de su padre. Pero cuando los embajadores de David entra-
3 ron en territorio amonita, los generales amonitas dijeron a su señor
Janún:
—¿Crees que David te da el pésame para mostrarte su estima por tu padre? ¿No será para examinar la ciudad, explorarla y después destruirla?
4 Janún cogió a los embajadores de David, les afeitó media barba,
les cortó la ropa por la mitad, a la altura de las nalgas, y los despi-
5 dió. Ellos volvieron abochornados. Se lo avisaron a David y les
envió este recado:
—Quedaos en Jericó hasta que os crezca la barba, y luego venid.
6 Cuando los amonitas cayeron en la cuenta de que habían provo-
cado a David, mandaron gente a contratar veinte mil mercenarios
de infantería de los sirios de Casa Grande y los de Sobá, mil hom-
7 bres del rey de Maacá y doce mil del rey de Tob. Al saberlo David,
8 mandó a Joab con todo el ejército y sus campeones. Los amonitas
salieron a la guerra y formaron para la batalla a la entrada de la
ciudad, mientras que los sirios de Sobá, Casa Grande y la gente de
9 Tob y Maacá se quedaban aparte, en el campo. Joab se vio envuel-
to por delante y por detrás; entonces escogió un grupo de soldados
10 israelitas y los formó frente a los sirios. A la tropa restante la formó
11 frente a los amonitas, al mando de su hermano Abisay, con esta
consigna:
—Si los sirios me pueden, ven a librarme, y si los amonitas te
12 pueden a ti, yo iré a librarte. ¡Animo! Por nuestro pueblo y por
las ciudades de nuestro Dios luchemos valientemente, y que el Señor haga lo que le agrade.
13 Joab y los suyos trabaron combate con los sirios y los pusieron
14 en fuga. Los amonitas, al ver que los sirios huían, huyeron también
ellos ante Abisay, y se metieron en la ciudad. Joab se volvió a Jerusalén, suspendiendo el ataque a los amonitas.
15-6 Viéndose derrotados por Israel, los sirios se coaligaron. Adadhé-
zer ordenó movilizar a los sirios de la otra parte del río, y vinieron
a Jelán, a las órdenes de Sobac, general en jefe del ejército de
17 Adadhézer. Cuando informaron a David, concentró todo el ejército
de Israel, cruzaron el Jordán y marcharon hacia Jelán. Los sirios
18 formaron frente a David y se entabló la batalla. Los sirios huyeron
ante los israelitas; David les mató setecientos caballos de tiro y
cuarenta mil hombres, e hirió a Sobac, general del ejército, que
19 murió allí mismo. Al ver los reyes vasallos de Adadhézer que éste
había sido derrotado por Israel, hicieron las paces con Israel, sometiéndose; en adelante, los sirios no se atrevieron a auxiliar a los amonitas.

David y Betsabé

11 Al año siguiente, en la época en que los reyes van a la guerra,
David envió a Joab con sus oficiales y todo Israel a devastar la región de los amonitas y sitiar a Rabá. David, mientras tanto, se que-
2 dó en Jerusalén, y un día, a eso del atardecer, se levantó de la cama
y se puso a pasear por la azotea de palacio, y desde la azotea vio
3 a una mujer bañándose, una mujer muy bella. David mandó a pre-
guntar por la mujer, y le dijeron:

—Es Betsabé, hija de Alián, esposa de Urías, el hitita.
4 David mandó a unos para que se la trajesen; llegó la mujer, y
David se acostó con ella, que estaba purificándose de sus reglas.
5 Después Betsabé volvió a su casa; quedó encinta y mandó este avi-
so a David:
—Estoy encinta.
6 Entonces David mandó esta orden a Joab:
—Mándame a Urías, el hitita.
7 Joab se lo mandó. Cuando llegó Urías, David le preguntó por
8 Joab, el ejército y la guerra. Luego le dijo:
—Anda a casa a lavarte los pies.
Urías salió de palacio y detrás de él le llevaron un regalo del rey.
9 Pero Urías durmió a la puerta de palacio, con los guardias de su
10 señor; no fue a su casa. Avisaron a David que Urías no había ido
a su casa, y David le dijo:
—Has llegado de viaje, ¿por qué no vas a casa?
11 Urías le respondió:
—El arca, Israel y Judá viven en tiendas; Joab, mi jefe, y sus
oficiales acampan al raso; ¿y voy yo a ir a mi casa a banquetear y a
acostarme con mi mujer? ¡Vive Dios, por tu vida, no haré tal!
12 David le dijo:
—Quédate aquí hoy, que mañana te dejaré ir.
13 Urías se quedó en Jerusalén aquel día. Al día siguiente David
lo convidó a un banquete y lo emborrachó. Al atardecer, Urías salió
para acostarse con los guardias de su señor, y no fue a su casa.
14 A la mañana siguiente David escribió una carta a Joab y se la man-
15 dó por medio de Urías. El texto de la carta era: «Pon a Urías en
primera línea, donde sea más recia la lucha, y retiraos dejándolo
16 solo, para que lo hieran y muera». Joab, que tenía cercada la ciu-
dad, puso a Urías donde sabía que estaban los defensores más
17 aguerridos. Los de la ciudad hicieron una salida, trabaron combate
con Joab, y hubo algunas bajas en el ejército entre los oficiales de
18 David; murió también Urías, el hitita. Joab mandó a David el par-
19 te de guerra, ordenando al mensajero:
20 —Cuando acabes de dar el parte al rey, si el rey monta en cólera
y te pregunta: «¿Por qué os acercasteis a la ciudad a combatir?
¿No sabíais que los arqueros disparan de lo alto de la muralla?
21 ¿Quién hirió a Abimelec, hijo de Yerubaal? ¡Una mujer, desde lo
alto de la muralla, le dejó caer encima una piedra de moler, y así
murió en Tebes! ¿Por qué os acercasteis a la muralla?», tú enton-
ces añades: «Ha muerto también tu siervo Urías, el hitita».
22 Marchó el mensajero, se presentó a David y le comunicó el men-
23 saje de Joab. David se enfadó, pero el mensajero le dijo:
—Es que el enemigo se lanzó contra nosotros, haciendo una sa-
lida a campo abierto; nosotros los rechazamos hasta la entrada de
24 la ciudad, y entonces los arqueros nos dispararon desde la muralla;
murieron algunos de los soldados del rey y también murió tu siervo
Urías, el hitita.
25 Entonces David dijo al mensajero:
—Dile a Joab que no se preocupe por lo que ha pasado; porque
así es la guerra: un día cae uno y otro día cae otro; que insista en
dar el asalto a la ciudad hasta arrasarla. Y tú anímalo.

26 La mujer de Urías oyó que su marido había muerto e hizo duelo
27 por él. Cuando pasó el luto, David mandó a por ella y la recogió
en su casa; la tomó por esposa, y le dio a luz un hijo. Pero el Señor
reprobó lo que había hecho David.

Penitencia de David

12 El Señor envió a Natán. Entró Natán ante el rey y le dijo:
—Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre.
2-3 El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo
tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella cre-
cía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su
4 vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó una visita
a casa del rico, y no queriendo perder una oveja o un buey, para
invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidó a su
huésped.
5 David se puso furioso contra aquel hombre, y dijo a Natán:
6 —¡Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte! No qui-
so respetar lo del otro, pues pagará cuatro veces el valor de la
cordera.
7 Entonces Natán dijo a David:
—¡Eres tú! Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo te ungí rey de
8 Israel, te libré de Saúl, te di la hija de tu señor, puse en tus brazos
sus mujeres, te di la casa de Israel y Judá, y por si fuera poco te
9a añadiré otros favores. ¿Por qué te has burlado del Señor haciendo
lo que él reprueba? Has asesinado a Urías, el hitita, para casarte
10 con su mujer. Pues bien, no se apartará jamás la espada de tu casa,
por haberte burlado de mí casándote con la mujer de Urías, el hi-
9b-11 tita, y matándolo a él con la espada amonita. Así dice el Señor:
Yo haré que de tu propia casa nazca tu desgracia; te arrebataré tus
mujeres y ante tus ojos se las daré a otro, que se acostará con ellas
12 a la luz del sol que nos alumbra. Tú lo hiciste a escondidas, yo lo
haré ante todo Israel, en pleno día.
13 David dijo a Natán:
—¡He pecado contra el Señor!
Natán le respondió:
14 —El Señor ha perdonado ya tu pecado, no morirás. Pero por ha-
ber despreciado al Señor con lo que has hecho, el hijo que te ha
nacido morirá.
15 Natán marchó a su casa.
El Señor hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David,
16 y cayó gravemente enfermo. David pidió a Dios por el niño, pro-
17 longó su ayuno y de noche se acostaba en el suelo. Los ancianos de
su casa intentaron levantarlo, pero él se negó, ni quiso comer nada
18 con ellos. El séptimo día murió el niño. Los cortesanos de David
temieron darle la noticia de que había muerto el niño, pues se
decían:
—Si cuando el niño estaba vivo le hablábamos al rey y no aten-
día a lo que decíamos, ¿cómo le decimos ahora que ha muerto el
niño? ¡Hará un disparate!

19 David notó que sus cortesanos andaban cuchicheando y adivinó
que había muerto el niño. Les preguntó:
—¿Ha muerto el niño?
Ellos dijeron:
—Sí.
20 Entonces David se levantó del suelo, se perfumó y se mudó; fue
al templo a adorar al Señor; luego fue a palacio, pidió la comida,
se la sirvieron y comió.
21 Sus cortesanos le dijeron:
—¿Qué manera es ésta de proceder? ¡Ayunabas y llorabas por
el niño cuando estaba vivo, y en cuanto ha muerto te levantas y te
pones a comer!
22 David respondió:
—Mientras el niño estaba vivo ayuné y lloré, pensando que quizá
23 el Señor se apiadaría de mí y el niño se curaría. Pero ahora ha
muerto, ¿qué saco con ayunar? ¿Podré hacerlo volver? Soy yo
quien irá donde él, él no volverá a mí.
24 Luego consoló a su mujer, Betsabé, fue y se acostó con ella. Bet-
sabé dio a luz un hijo, y David le puso el nombre de Salomón;
25 el Señor lo amó, y envió al profeta Natán, que le puso el nombre
de Yedidías por orden del Señor.
26 Mientras tanto, Joab había atacado a la capital de los amonitas
27 y se había apoderado de ella. Despachó unos mensajeros que dijeran
a David:
—He atacado Rabá. He conquistado el barrio de los aljibes.
28 Moviliza a los reservistas, acampa contra la ciudadela y ocúpala tú;
si no, la conquistaré yo y le pondrán mi nombre.
29 David llamó a filas a los reservistas, marchó a Rabá, la atacó y
30 la conquistó. Le quitó a Moloc la corona (que pesaba treinta kilos
de oro), con una piedra preciosa que David puso en su diadema, y
31 se llevó un botín inmenso de la ciudad. Hizo salir a todos los habi-
tantes y los puso a trabajar en las canteras, a labrar sillares, a serrar
madera y a trabajar en las tejeras. Hizo lo mismo con todas las
poblaciones de los amonitas. Después David volvió a Jerusalén con
todo el ejército.

ABSALON

13 Pasó cierto tiempo. Absalón, hijo de David, tenía una hermana
2 muy guapa, llamada Tamar, y Amnón, hijo de David, se enamoró
de ella tan apasionadamente, que se puso enfermo por ella, pues su
hermana Tamar era soltera, y a Amnón le parecía imposible inten-
3 tar nada con ella. Amnón tenía un amigo llamado Jonadab, hijo de
4 Samá, hermano de David. Jonadab era muy hábil, y le dijo:
—¿Qué te pasa, príncipe, que cada día tienes peor cara? ¿Por
qué no me lo cuentas?
Amnón respondió:
—Tamar, la hermana de mi hermano Absalón; estoy enamorado
de ella.
5 Entonces Jonadab le propuso:
—Acuéstate como que estás enfermo, y cuando tu padre vaya a
verte, le pides que vaya tu hermana Tamar a darte de comer: que
te prepare algo allí delante, para que tú lo veas, y te lo sirva ella
misma.
6 Amnón se acostó y se fingió enfermo. El rey fue a verlo y Am-
nón le dijo:
—Por favor, que venga mi hermana Tamar y me fría aquí delan-
te dos buñuelos y que me los sirva ella misma.
7 David envió un recado a casa de Tamar:
—Vete a casa de tu hermano Amnón y prepárale algo de comer.
8 Tamar fue a casa de su hermano Amnón, que estaba acostado,
cogió harina, la amasó, la preparó y frió los buñuelos delante de
9 Amnón. Luego los sacó de la sartén delante de él, pero Amnón no
quiso comer, y ordenó:
—¡Salid todos!
10 Cuando salieron todos, Amnón dijo a Tamar:
—Trae la comida a la alcoba y dame tú misma de comer.
Tamar cogió los buñuelos y se los llevó a su hermano a la alcoba;
11 pero al acercarse a él para darle de comer, Amnón la sujetó y le
dijo:
—Ven, hermana mía, acuéstate conmigo.
12 Ella replicó:
—No, hermano mío; no me fuerces, que eso no se hace en Israel,
13 no hagas esa villanía. ¿Dónde iré yo con mi deshonra? Tú quedarás
como un villano en Israel. Por favor, díselo al rey, que no se opon-
drá a que yo sea tuya.
14 Pero Amnón no quiso hacerle caso, la forzó violentamente y se
15 acostó con ella. Después sintió un terrible aborrecimiento hacia
ella, un aborrecimiento mayor que el amor que le había tenido, y
le dijo:
—¡Levántate, vete!
16 Pero ella le suplicó:
—¡No, hermano; despacharme ahora sería una maldad más grave
que la que acabas de hacer conmigo!
17 Pero él no le hizo caso; llamó a un sirviente y ordenó:
—¡Echadme a ésa a la calle! ¡Y ciérrale la puerta!
18 (Ella llevaba una túnica con mangas, porque así vestían tradi-

cionalmente las hijas solteras del rey). El sirviente la sacó a la calle
y le cerró la puerta.
19 Tamar se echó polvo a la cabeza, se rasgó la túnica y se fue gri-
20 tando por el camino, con las manos en la cabeza. Su hermano Ab-
salón le preguntó:

—¿Ha estado contigo tu hermano Amnón? Bueno, hermana, tú calla; es tu hermano, no te atormentes por eso.

Tamar se quedó, desolada, en casa de su hermano Absalón.

21 El rey David oyó lo que había pasado y se indignó, pero no qui-
so dar un disgusto a su hijo Amnón, a quien amaba por ser su
22 primogénito. Absalón no dirigió una palabra ni buena ni mala a
Amnón, pero le guardó rencor por haber violado a su hermana
Tamar.

Asesinato de Amnón

23 Dos años después, estando Absalón de esquileo en Baal Jasor,
24 junto a Efrón, convidó a todos los hijos del rey. Se presentó al rey
y le dijo:

—Un servidor está ahora en el esquileo. Dígnese venir conmigo el rey y su corte.

25 El rey respondió:

—No, hijo; no vamos a ir todos a serte una carga.

El insistió, pero David no quiso ir, y lo despidió con su bendi-
26 ción. Absalón le dijo:

—Que venga con nosotros por lo menos mi hermano Amnón.

El rey preguntó:

—¿Para qué va a ir contigo?

27 Pero Absalón insistió, y entonces David mandó con él a Amnón
y a todos los hijos del rey. Absalón preparó un banquete regio
28 y ordenó a sus criados:

—Fijaos. Cuando Amnón esté ya bebido y yo os dé la orden de herirlo, lo matáis, sin miedo ninguno; os lo mando yo. Animo, sed valientes.

29 Los criados de Absalón cumplieron sus órdenes. Entonces todos
los hijos del rey emprendieron la huida cada uno en su mulo.
30 Iban todavía de camino, y ya le llegó a David la noticia:

—¡Absalón ha matado a todos los hijos del rey y no queda ninguno!

31 El rey se levantó, se rasgó las vestiduras y se echó por tierra.
32 Todos los ministros se rasgaron las vestiduras. Pero Jonadab, hijo
de Samá, hermano de David, dijo:

—No piense su majestad que han matado a todos los hijos del
rey. Sólo ha muerto Amnón. Absalón lo decidió el día que Amnón
33 violó a su hermana Tamar. Así que no se preocupe su majestad
pensando que han muerto todos los hijos del rey, porque sólo ha
muerto Amnón.

34 El centinela, alzando la vista, vio un gran gentío por el camino
de Joronaín, en la cuesta, y avisó al rey:

—He visto gente por el camino de Joronaín, por la ladera del monte.

35 Jonadab dijo al rey:

—Son los hijos del rey que llegan. Pasa lo que decía tu servidor.

36 Acababa de hablar, cuando entraron los hijos del rey gritando y
llorando. También el rey y toda su corte se echaron a llorar incon-
solables.

37a Absalón fue a refugiarse en el territorio de Talmay, hijo de Ami-
38b hud, rey de Guesur, donde permaneció tres años.
37b El rey David guardó luto por su hijo todo aquel tiempo.
39 Pero después de calmar su dolor por la muerte de Amnón, el rey
cesó en su cólera contra Absalón.

14 Joab, hijo de Seruyá, comprendió que el rey volvía a querer a
2 Absalón. Entonces mandó a Tecua unos hombres para que trajeran
de allí a una mujer habilidosa. Joab le dijo:

—Haz como que estás de luto, ponte ropa de luto y no te perfu-
mes; tienes que parecer una mujer que ya de mucho tiempo lleva
3 luto por un difunto. Te presentas al rey y le dices esto (Joab le
ensayó toda la escena):

4 *Mujer de Tecua.*—(Presentándose al rey y cayendo rostro en tie-
rra). Majestad, ¡sálvame!
5 *Rey.*—¿Qué te pasa?
6 *Mujer.*—¡Ay de mí! Una viuda soy, murió mi marido. Y una ser-
vidora tenía dos hijos; riñeron los dos en el campo, sin nadie que
7 los separase, y uno de ellos hirió al otro y lo mató. Y ahora resulta
que toda la familia se ha puesto en contra de tu servidora; dicen
que les entregue al homicida para matarlo, para vengar la muerte
de su hermano, y acabar así con el heredero. ¡Así me apagarán la
última brasa que me queda, y mi marido se quedará sin apellido
ni descendencia sobre la tierra!
8 *Rey.*—Vete a casa, que yo me encargo de tu asunto.
9 *Mujer.*—Majestad, yo y mi casa cargaremos con la responsabili-
dad; el rey y su trono no serán responsables.
10 *Rey.*—Si alguno se mete conmigo, tráemelo y no te molesta-
rá más.
11 *Mujer.*—¡Que el rey pronuncie el nombre del Señor, su Dios,
para que el vengador de la sangre no aumente el daño acabando
con mi hijo!

Rey.—¡Vive Dios, no caerá a tierra un pelo de tu hijo!

12 *Mujer.*—¿Puedo añadir una palabra al rey, mi señor?

Rey.—Habla.

13 *Mujer.*—Con lo que acabas de decir, te condenas a ti mismo,
porque al no dejar que vuelva el desterrado estás maquinando con-
14 tra el pueblo de Dios. Todos hemos de morir; somos agua derra-
mada en tierra, que no se puede recoger. Los planes de Dios son
que el rey piense la manera de que no siga lejos el que está exiliado.
15 He venido a decir esto al rey porque algunos me han metido miedo,
y una servidora pensó: «Voy a hablarle al rey, a lo mejor sigue mi
16 consejo; el rey comprenderá y librará a una servidora de los que
intentan extirparnos de la heredad de Dios a mí y a mi hijo a la
17 vez». Tu servidora pensó: «La palabra del rey, mi señor, me servirá
de alivio, porque el rey es como un enviado de Dios, que sabe dis-
tinguir el bien y el mal. ¡El Señor, tu Dios, esté contigo!».

18 *Rey.*—No me ocultes nada de lo que voy a preguntarte.
Mujer.—Hablad, majestad.
19 *Rey.*—¿Ha andado de por medio la mano de Joab en todo esto?
Mujer.—¡Majestad, por tu vida! Las palabras de vuestra majes-
tad han dado en el blanco. Tu siervo Joab es quien me mandó y
20 me ensayó toda la escena. Ideó esto para no presentar el asunto de
frente; pero mi señor posee la sabiduría de un enviado de Dios y
conoce todo lo que pasa en la tierra.
21 El rey dijo a Joab:
—Ya ves que he dado mi palabra. Anda a traer al muchacho,
Absalón.
22 Joab se postró rostro en tierra, haciendo una reverencia, y dio
las gracias al rey:
—Majestad, hoy he visto que estás bien dispuesto conmigo, pues
has accedido a la petición de tu siervo.
23 Se levantó y marchó a Guesur y trajo a Absalón a Jerusalén.
24 El rey ordenó:
—Que se vaya a su casa, porque no quiero recibirlo.
Absalón volvió a su casa, sin ser recibido por el rey.
25 No había en todo Israel hombre más guapo ni tan admirado
26 como Absalón: de pies a cabeza no tenía un defecto. Cuando se
cortaba el pelo —acostumbraba hacerlo de año en año, porque le
pesaba mucho—, el pelo cortado pesaba más de dos kilos en la
27 balanza del rey. Tuvo tres hijos y una hija, llamada Tamar, una
muchacha muy guapa.
28 Absalón residió dos años en Jerusalén sin ser recibido por el rey.
29 Entonces llamó a Joab, para que fuera al rey como enviado suyo,
pero Joab no quiso ir; lo llamó por segunda vez, y tampoco quiso.
30 Absalón dijo a sus criados:
—Mirad, Joab tiene sembrada cebada en la tierra junto a la mía.
Id a quemársela.
31 Los criados de Absalón la incendiaron. Entonces fue Joab a casa
de Absalón y le dijo:
—¿Por qué han quemado tus criados mi tierra?
32 Absalón contestó:
—Mira, mandé a decirte que vinieras para enviarte al rey con
este mensaje: «¿Para qué he vuelto de Guesur? ¡Mejor estaba allí!
Quiero que el rey me reciba, y si soy culpable, que me mate».
33 Joab fue a decírselo al rey. El rey llamó a Absalón, que se pre-
sentó ante él y le hizo una reverencia rostro en tierra, y el rey abra-
zó a Absalón.

15 Absalón se agenció inmediatamente una carroza, caballos y cin-
2 cuenta hombres de escolta. Se ponía temprano junto a la entrada
de la ciudad, llamaba a los que iban con algún pleito al tribunal del
rey y les decía:
—¿De qué población eres?
El otro respondía:
—Tu servidor es de tal tribu israelita.
3 Entonces Absalón decía:
—Mira, tu caso es justo y está claro; pero nadie te va a atender
en la audiencia del rey.

4 Y añadía:
—¡Ah, si yo fuera juez en el país! Podrían acudir a mí los que
tuvieran pleitos o asuntos y yo les haría justicia.
5 Y cuando se le acercaba alguno postrándose ante él, Absalón le
6 tendía la mano, lo alzaba y lo besaba. Así hacía con todos los is-
raelitas que iban al tribunal del rey, y así se los iba ganando.
7 Al cabo de cuatro años, Absalón dijo al rey:
—Déjame ir a Hebrón, a cumplir una promesa que hice al Señor,
8 porque cuando estuve en Guesur de Jarán hice esta promesa: «Si
el Señor me deja volver a Jerusalén, le ofreceré un sacrificio en
Hebrón».
9 El rey le dijo:
—Vete en paz.
10 Absalón emprendió la marcha hacia Hebrón, pero despachó
agentes por todas las tribus de Israel con este encargo:
—Cuando oigáis el sonido de la trompa, decid: «¡Absalón es rey
en Hebrón!».
11 Desde Jerusalén marcharon con Absalón doscientos convidados;
12 caminaban inocentemente, sin sospechar nada. Durante los sacrifi-
cios, Absalón mandó gente a Guiló para hacer venir del pueblo a
Ajitófel, el guilonita, consejero de David. La conspiración fue to-
mando fuerza, porque aumentaba la gente que seguía a Absalón.

Huida de David

13 Pero uno llevó esta noticia a David:
—Los israelitas se han puesto de parte de Absalón.
14 Entonces David dijo a los cortesanos que estaban con él en Je-
rusalén:
—¡Ea, huyamos! Que si se presenta Absalón, no nos dejará es-
capar. Salgamos a toda prisa, no sea que él se adelante, nos alcance
y precipite la ruina sobre nosotros y pase a cuchillo la población.
15 Los cortesanos le respondieron:
—Lo que vuestra majestad decida. ¡A tus órdenes!
16 El rey dejó diez concubinas para cuidar del palacio y salió acom-
17 pañado de toda su corte. Se detuvieron junto a la última casa de la
18 ciudad; los ministros se colocaron a su lado y los quereteos, los
pelteos, Itay y los de Gat (seiscientos hombres que lo habían se-
guido desde Gat) fueron pasando ante el rey.
19 El rey dijo a Itay, el de Gat:
—¿Por qué vas a venir tú también con nosotros? Vuélvete y
quédate con el rey, que también tú eres un extranjero, lejos de tu
20 tierra. Llegaste ayer, ¿cómo voy a permitir que salgas hoy errante
con nosotros, cuando yo mismo marcho sin rumbo? Vuélvete y
llévate a tus paisanos. ¡Que el Señor sea bueno y fiel contigo!
21 Pero Itay respondió:
—¡Vive Dios, y vive el rey, mi señor! Donde esté el rey, mi se-
ñor, allí estaré yo, en vida y en muerte.
22 Entonces el rey le dijo:
—Anda, pasa.
Y pasó Itay, el de Gat, con sus hombres y sus niños.

23 Toda la gente lloraba y gritaba. El rey estaba junto al torrente
Cedrón, mientras todos iban pasando ante él por el camino del
24 páramo. Sadoc, con los levitas, llevaban el arca de la alianza de
Dios y la depositaron junto a Abiatar, hasta que toda la gente salió
25 de la ciudad. Entonces el rey dijo a Sadoc:
—Vuélvete con el arca de Dios a la ciudad. Si alcanzo el favor
26 del Señor, me dejará volver a ver el arca y su morada. Pero si dice
que no me quiere, aquí me tiene, haga de mí lo que le parezca bien.
27 Luego añadió al sacerdote Sadoc:
—Volveos en paz a la ciudad, tú con tu hijo Ajimás y Abiatar
28 con su hijo Jonatán. Mirad, yo me detendré por los pasos del desierto, hasta que me llegue algún aviso vuestro.
29 Sadoc y Abiatar volvieron con el arca de Dios a Jerusalén y se
quedaron allí.
30 David subió la Cuesta de los Olivos; la subía llorando, la cabeza
cubierta y los pies descalzos. Y todos sus acompañantes llevaban
31 cubierta la cabeza, y subían llorando. Dijeron a David:
—Ajitófel se ha unido a la conspiración de Absalón.
David oró:
—¡Señor, que fracase el plan de Ajitófel!
32 Cuando David llegó al humilladero que había en la cima, salió a
su encuentro Jusay, el arquita, rasgada la túnica y con polvo en la
33 cabeza. David le dijo:
34 —Si vienes conmigo, me vas a ser una carga. Pero puedes hacer
fracasar el plan de Ajitófel si vuelves a la ciudad y le dices a Absalón: «Majestad, soy tu esclavo; antes lo fui de tu padre, ahora lo
35 soy tuyo». Allí tienes a los sacerdotes Sadoc y Abiatar; todo lo que
36 oigas en palacio díselo a los sacerdotes Sadoc y Abiatar. Con ellos
estarán allí Ajimás, hijo de Sadoc, y Jonatán, hijo de Abiatar, y
por medio de ellos me comunicáis todo lo que averigüéis.
37 Jusay, amigo de David, se fue a la ciudad. Y Absalón entró en
Jerusalén.

Sibá, Semeí y David

16 David había remontado la cima, cuando se encontró con Sibá,
criado de Meribaal, con un par de burros aparejados, cargados con
doscientos panes, cien racimos de pasas, cien panes de higos y un
2 pellejo de vino. El rey le dijo:
—¿Qué significa esto?
Sibá respondió:
—Los burros son para que monte la familia del rey; el pan y la fruta, para que coman los criados, y el vino, para que beban los que desfallezcan en el desierto.
3 El rey preguntó:
—¿Y dónde está el hijo de tu amo?
Sibá respondió:
—Queda en Jerusalén, porque espera que la casa de Israel le devuelva ahora el reino de su padre.
4 Entonces el rey dijo a Sibá:
—Todo lo de Meribaal es tuyo.
Sibá dijo:
—A tus pies, majestad. ¡Gracias por el favor que me otorgas!

5 Al llegar el rey David a Bajurín, salió de allí uno de la familia de
Saúl, llamado Semeí, hijo de Guerá, insultándolo según venía.
6 Y empezó a tirar piedras a David y a sus cortesanos —toda la gente
7 y los militares iban a derecha e izquierda del rey— y le maldecía:
8 —¡Vete, vete, asesino, canalla! El Señor te paga la matanza de
la familia de Saúl, cuyo trono has usurpado. El Señor ha entregado
el reino a tu hijo Absalón, mientras tú has caído en desgracia, porque eres un asesino.
9 Abisay, hijo de Seruyá, dijo al rey:
—Ese perro muerto, ¿se pone a maldecir a mi señor? ¡Déjame ir
allá y le corto la cabeza!
10 Pero el rey dijo:
—¡No os metáis en mis asuntos, hijo de Seruyá! Déjale que maldiga, que si el Señor le ha mandado que maldiga a David, ¿quién
va a pedirle cuentas?
11 Luego dijo David a Abisay y a todos sus cortesanos:
—Ya veis. Un hijo mío, salido de mis entrañas, intenta matarme,
¡y os extraña ese benjaminita! Dejadlo que me maldiga, porque se
12 lo ha mandado el Señor. Quizá el Señor se fije en mi humillación
y me pague con bendiciones estas maldiciones de hoy.
13 David y los suyos siguieron su camino, mientras Semeí iba en
dirección paralela por la loma del monte, echando maldiciones según caminaba, tirando piedras y levantando polvo.

Absalón, en Jerusalén

14 El rey y sus acompañantes llegaron rendidos al Jordán y allí des-
15 cansaron. Mientras tanto, Absalón y los israelitas entraban en Jeru-
16 salén; Ajitófel iba con él. Cuando Jusay, el arquita, amigo de David, se presentó a Absalón, le dijo:
—¡Viva el rey! ¡Viva el rey!
17 Absalón contestó:
—¿Esa es tu lealtad para con tu amigo? ¿Por qué no te has ido
con él?
18 Jusay le respondió:
—¡No, de ninguna manera! Con el que han elegido el Señor, y
19 este pueblo, y todo Israel, yo estaré y con él viviré. Y, además, ¿a
quién voy a servir yo sino a su hijo? ¡Como serví a tu padre, te
serviré a ti!
20 Entonces Absalón preguntó:
—¿Qué me aconsejáis hacer?
21 Ajitófel le respondió:
—Acuéstate con las concubinas que dejó tu padre al cuidado del
palacio. Todo Israel sabrá que has roto con tu padre, y tus partidarios cobrarán confianza.
22 Entonces le instalaron a Absalón una tienda en la azotea, y se
acostó con las concubinas de su padre, a la vista de todo Israel.
23 En aquella época los consejos de Ajitófel se recibían como oráculos, lo mismo cuando aconsejaba a David que cuando aconsejaba a
Absalón.

Ajitófel, frente a Jusay

17 Ajitófel propuso a Absalón:
—Voy a seleccionar doce mil hombres para salir en persecución
2 de David esta misma noche. Lo alcanzaré, estará fatigado y acobar-
dado; le daré un susto, y todos los que lo acompañan huirán. En-
3 tonces, cuando quede solo, lo mataré y te traeré a todos como una
esposa vuelve al marido. Tú quieres matar sólo a una persona, y
que todo el pueblo quede en paz.
4 La propuesta le pareció bien a Absalón y a todos los concejales de
5 Israel. Absalón ordenó:
—Llamad también a Jusay, el arquita, a ver qué opina él.
6 Jusay se presentó ante Absalón, y éste le dijo:
—Ajitófel propone esto. ¿Lo hacemos? En caso contrario, ¿qué
propones tú?
7 Jusay respondió:
8 —Por esta vez el consejo de Ajitófel no es acertado. Tú conoces
a tu padre y a sus hombres: son valientes y están furiosos como una
osa a la que han robado las crías en el campo, y tu padre es prácti-
co en la guerra y no va a pasar la noche mezclado con la tropa.
9 Ahora lo tendrás escondido en una quebrada o en cualquier parte.
Si las primeras bajas son de los tuyos, se correrá la noticia de que
10 han derrotado a la tropa de Absalón, e incluso los mejores de los
tuyos, valientes como leones, se achicarán, porque todo Israel sabe
11 que tu padre es todo un soldado y los suyos unos valientes. Yo
aconsejo lo siguiente: concentra aquí a todo Israel, desde Dan hasta
Berseba, numeroso como la arena de la playa, y tú en persona sal
12 con ellos. Iremos a donde esté David, caeremos sobre él como rocío
sobre la tierra y no le dejaremos vivo a uno solo de los que lo acom-
13 pañan. Y si se mete en una población, todo Israel llevará sogas y
arrastraremos la ciudad hasta el río, hasta que no quede allí ni un
guijarro.
14 Entonces Absalón y los israelitas exclamaron:
—¡El consejo de Jusay, el arquita, vale más que el de Ajitófel!
(Es que el Señor había determinado hacer fracasar el plan de Aji-
tófel, que era el bueno, para acarrearle la ruina a Absalón).
15 Jusay informó a los sacerdotes Sadoc y Abiatar:
—Ajitófel ha aconsejado esto a Absalón y a los concejales de Is-
16 rael y yo les he aconsejado esto otro. Así que mandad este recado
urgente a David: «No pases la noche en la paramera; pasa a la otra
parte, para que no te aniquilen con toda tu gente».

David y Absalón, en Transjordania

17 Jonatán y Ajimás estaban en Fuente del Explorador, porque no
podían dejarse ver en la ciudad; una criada iría a pasarles los avi-
18 sos, y ellos marcharían a comunicárselos al rey David. Pero enton-
ces los vio un muchacho y se lo dijo a Absalón; ellos marcharon a
toda prisa y entraron en casa de un hombre en Bajurín. Aquel hom-
19 bre tenía un pozo en el corral y se metieron en él. La mujer cogió
una manta, la extendió sobre la boca del pozo y echó encima grano,

20 de modo que no se notara nada. Los criados de Absalón llegaron
a la casa de aquella mujer y preguntaron:
—¿Dónde están Ajimás y Jonatán?
Ella contestó:
—Se fueron hacia el río.
Los buscaron, pero al no encontrarlos se volvieron a Jerusalén.
21 En cuanto marcharon los de Absalón, salieron del pozo y fueron
a avisar al rey David. Le dijeron:
—Vamos, cruzad rápidamente el río, porque Ajitófel ha propues-
to este plan contra vosotros.
22 David y los que lo acompañaban pasaron el Jordán; estuvieron
pasando toda la noche, hasta que lo pasaron todos.
23 Mientras tanto, Ajitófel, viendo que no se había aceptado su con-
sejo, aparejó el burro y se marchó a casa, a su pueblo; hizo testa-
mento, se ahorcó y murió. Lo enterraron en la sepultura familiar.
24 Cuando David llegaba a Los Castros, Absalón pasaba el Jordán
25 con todo Israel. Absalón había nombrado a Amasá jefe del ejército
en sustitución de Joab; Amasá era hijo de un tal Yitrá, ismaelita,
que vivía con Abigal, hija de Jesé, hermana de Seruyá, madre de
26-7 Joab. Israel y Absalón acamparon en tierra de Galaad. Cuando Da-
vid llegó a Los Castros, Sobí, hijo de Serpiente, de Rabá de Amón;
Maquir, hijo de Amiel, de Pocacosa, y Barzilay, el galaadita, de Ro-
28 guelín, trajeron colchones, jarras y botijos; trigo, cebada, harina y
29 grano tostado; alubias, lentejas, miel, requesón de ovejas y quesos
de vaca; se lo ofrecieron a David y a la gente que lo acompañaba
para que comieran, diciendo:
—La gente estará cansada, hambrienta y sedienta de caminar por
el páramo.

Derrota y muerte de Absalón

18 1-2 David revistó sus tropas y les nombró jefes y oficiales; lue-
go dividió el ejército en tres cuerpos: uno al mando de Joab; el se-
gundo al mando de Abisay, hijo de Seruyá, hermano de Joab, y el
tercero al mando de Itay, el de Gat. Y dijo a los soldados:
—Yo también iré con vosotros.
3 Le respondieron:
—No vengas. Que si nosotros tenemos que huir, eso no nos im-
porta; si morimos la mitad, no nos importa. Tú vales por mil de
nosotros; es mejor que nos ayudes desde la ciudad.
4 El rey les dijo:
—Haré lo que mejor os parezca.
Y se quedó junto a las puertas mientras todo el ejército salía al
combate, por compañías y batallones.
5 El rey dio este encargo a Joab, Abisay e Itay:
—¡Cuidadme al muchacho, a Absalón!
Y todos oyeron el encargo del rey a sus generales.
6 El ejército de David salió al campo para hacer frente a Israel. Se
7 entabló la batalla en la espesura de Efraín, y allí fue derrotado el
ejército de Israel por los de David; fue gran derrota la de aquel
8 día: veinte mil bajas. La lucha se extendió a toda la zona, y la es-
9 pesura devoró aquel día más gente que la espada. Absalón fue a

dar en un destacamento de David. Iba montado en un mulo, y al
meterse el mulo bajo el ramaje de una encina copuda, se le engan-
chó a Absalón la cabeza en la encina y quedó colgando entre el cielo
y la tierra, mientras el mulo que cabalgaba se le escapó.
10 Lo vio uno y avisó a Joab:
—¡Acabo de ver a Absalón colgado de una encina!
11 Joab dijo al que le daba la noticia:
—Pues si lo has visto, ¿por qué no lo clavaste en tierra, y ahora
yo tendría que darte diez monedas de plata y un cinturón?
12 Pero el hombre le respondió:
—Aunque sintiera yo en la palma de la mano el peso de mil
monedas de plata, no atentaría contra el hijo del rey; estábamos
presentes cuando el rey os encargó a ti, a Abisay y a Itay que le
13 cuidaseis a su hijo Absalón. Si yo hubiera cometido por mi cuenta
tal villanía, como el rey se entera de todo, tú te pondrías contra mí.
14 Entonces Joab dijo:
—¡No voy a andar con contemplaciones por tu culpa!
Agarró tres venablos y se los clavó en el corazón a Absalón, to-
davía vivo en el ramaje de la encina.
15 Los diez asistentes de Joab se acercaron a Absalón y lo acribilla-
16 ron, rematándolo. Joab tocó la trompa para detener a la tropa, y el
17 ejército dejó de perseguir a Israel. Luego agarraron a Absalón y lo
tiraron a un hoyo grande en la espesura, y echaron encima un mon-
tón enorme de piedras. Los israelitas huyeron todos a la desbandada.
18 Absalón se había erigido en vida una estela en Valderrey, pen-
sando: «No tengo un hijo que lleve mi apellido». Grabó su nombre
en la estela; hasta hoy se la llama «Monumento de Absalón».

David recibe la noticia

19 Ajimás, hijo de Sadoc, dijo:
—Voy corriendo a llevarle al rey la buena noticia de que el Se-
ñor lo ha librado de sus enemigos.
20 Pero Joab le dijo:
—No lleves tú hoy la buena noticia, porque ha muerto el hijo
del rey. Ya lo harás otro día.
21 Luego ordenó a un etíope:
—Vete a comunicarle al rey lo que has visto.
El etíope hizo una inclinación a Joab y echó a correr.
22 Ajimás, hijo de Sadoc, le insistió a Joab:
—Pase lo que pase, voy corriendo yo también detrás del etíope.
Joab le dijo:
—¿A qué vas a correr tú, hijo? ¡Si no te van a dar una propina
por esa noticia!
23 Ajimás repuso:
—Pase lo que pase, voy corriendo.
Entonces Joab le dijo:
—Vete.
Ajimás echó a correr, y atajando por el valle adelantó al etíope.
24 David estaba sentado entre las dos puertas. El centinela subió al
mirador, encima de la puerta, sobre la muralla, levantó la vista y

25 miró: un hombre venía corriendo solo. El centinela gritó y avisó
al rey. El rey comentó:
—Si viene solo, trae buenas noticias.
26 El hombre seguía acercándose. Y entonces el centinela divisó a
otro hombre corriendo detrás, y gritó desde encima de la puerta:
—Viene otro hombre corriendo solo.
Y el rey comentó:
—También ése trae buenas noticias.
27 Luego dijo el centinela:
—Estoy viendo cómo corre el primero: corre al estilo de Ajimás,
el de Sadoc.
El rey comentó:
—Es buena persona, viene con buenas noticias.
28 Cuando Ajimás se aproximó, dijo al rey:
—¡Paz!
Y se postró ante el rey, rostro en tierra. Luego dijo:
—¡Bendito sea el Señor, tu Dios, que te ha entregado los que se
habían sublevado contra el rey, mi señor!
29 El rey preguntó:
—¿Está bien el muchacho, Absalón?
Ajimás respondió:
—Cuando tu siervo Joab me envió, yo vi un gran barullo, pero
no sé lo que era.
30 El rey dijo:
—Retírate y espera ahí.
31 Se retiró y esperó allí. Y en aquel momento llegó el etíope y dijo:
—¡Albricias, majestad! ¡El Señor te ha hecho hoy justicia de los
que se habían rebelado contra ti!
32 El rey le preguntó:
—¿Está bien mi hijo Absalón?
Respondió el etíope:
—¡Acaben como él los enemigos de vuestra majestad y cuantos
se rebelen contra ti!

David llora la muerte de su hijo

19 Entonces el rey se estremeció, subió al mirador de encima de la
puerta y se echó a llorar, diciendo mientras subía:
—¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Ojalá hu-
biera muerto yo en vez de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!
2 A Joab le avisaron:
—El rey está llorando y lamentándose por Absalón.
3 Así, la victoria de aquel día fue duelo para el ejército, porque
los soldados oyeron decir que el rey estaba afligido a causa de su
4 hijo. Y el ejército entró aquel día en la ciudad a escondidas, como
se esconden los soldados abochornados cuando han huido del com-
bate.
5 El rey se tapaba el rostro y gritaba:
—¡Hijo mío, Absalón! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!
6 Joab fue a palacio y dijo al rey:
—Tus soldados, que han salvado hoy tu vida y la de tus hijos e

7 hijas, mujeres y concubinas, están hoy avergonzados de ti, porque
quieres a los que te odian y odias a los que te quieren. Hoy has
dejado en claro que para ti no existen generales ni soldados. Hoy
caigo en la cuenta de que aunque hubiéramos muerto todos nos-
otros, con que Absalón hubiera quedado vivo, te parecería bien.
8 Levántate, sal a dar ánimo a tus soldados, que, ¡juro por el Señor!,
si no sales esta noche, te quedas sin nadie, y te pesará esta desgra-
cia más que todas las que te han sucedido desde joven hasta ahora.
9 El rey se levantó, se sentó a la puerta y avisaron a todos:
—¡El rey está sentado a la puerta!
Todos acudieron allá.

Vuelta de David

10 Los israelitas de Absalón habían huido a la desbandada. Y por
todas las tribus de Israel la gente discutía:
—El rey nos libró de nuestros enemigos y nos salvó de los filis-
11 teos. Si ahora huyó del país fue por culpa de Absalón. Absalón, al
que ungimos rey, ha muerto en la batalla; así que ¿por qué estáis
cruzados de brazos y no traéis al rey a su palacio?
12 La propuesta de todo Israel llegó a oídos del rey, que envió esta
orden a los sacerdotes Sadoc y Abiatar:
—Decid a los concejales de Judá: «No os quedéis los últimos en
13 llamar al rey. Sois mis parientes, de mi carne y sangre. No os que-
14 déis los últimos en llamar al rey». A Amasá decidle: «Eres de mi
carne y sangre. Que Dios me castigue si no te nombro de por vida
general en jefe de mi ejército en vez de Joab».
15 David se ganó a todos los de Judá, que le siguieron como un
solo hombre, y le mandaron este ruego:
—Vuelve con todos tus hombres.
16 El rey volvió y bajó al Jordán, mientras los de Judá iban a Guil-
gal al encuentro del rey, para acompañarlo en el paso del Jordán.
17 Semeí, hijo de Guerá, benjaminita, de Bajurín, con mil de su
tribu, se apresuró a bajar al encuentro del rey David y los de Judá.
18 Por su lado, Sibá, criado de la familia de Saúl, con sus quince hijos
y sus veinte criados, atravesaron la corriente del Jordán frente al
19 rey, y puestos a disposición del rey, ayudaron a pasar a la familia
real. Semeí, hijo de Guerá, se postró ante el rey cuando éste iba a
20 pasar el Jordán y le dijo:
—No me tome cuentas, majestad, de mi delito; no recuerde la
mala acción de un servidor cuando vuestra majestad salía de Jeru-
21 salén; no me lo guarde. Un servidor reconoce su pecado; pero, de
toda la casa de José, he venido yo hoy el primero para bajar al en-
cuentro de vuestra majestad.
22 Abisay, hijo de Seruyá, intervino:
—¿Y vamos a dejar vivo a Semeí, que maldijo al ungido del Se-
ñor? Semeí maldijo al ungido del Señor, ¿vamos a dejarlo vivo por
esto que ha hecho hoy?
23 Pero David habló:
—¡No te metas en mis asuntos, hijo de Seruyá! No me tientes.
Siento que hoy vuelvo a ser rey de Israel. ¿Vamos a matar hoy a
un hombre en Israel?

24 Luego dijo a Semeí:
—No morirás.
Y se lo juró.
25 Meribaal, nieto de Saúl, bajó al encuentro del rey. No se había
lavado los pies, ni arreglado la barba, ni lavado la ropa desde que
26 tuvo que irse el rey hasta el día en que volvía victorioso. Y cuando
desde Jerusalén llegó a donde el rey, éste le dijo:
—Meribaal, ¿por qué no viniste conmigo?
27 Respondió:
—Majestad, mi siervo me traicionó. Porque yo me dije: «Voy a
aparejar la burra para montar y marcharme con el rey» (porque tu
28 servidor está cojo). Pero mi siervo me calumnió ante vuestra ma-
jestad. Con todo, vuestra majestad es como un enviado de Dios;
29 haz, pues, lo que te parezca bien. Que no son reos de lesa majestad
todos los de la familia de mi padre, sino sólo unos cuantos. Además,
me sentaste a tu mesa, y eso que ¿qué derecho puedo yo reclamar
ante el rey?
30 El rey le dijo:
—¿Por qué estás hablando sin parar? Lo digo: tú y Sibá os re-
partiréis las tierras.
31 Meribaal respondió:
—Puede llevárselo él todo, una vez que vuestra majestad vuelve
a casa victorioso.
32 Por su parte, Barzilay, el galaadita, bajó desde Roguelín y siguió
33 hasta el Jordán para escoltar al rey en el río. Barzilay era muy vie-
jo, tenía ochenta años; había sido proveedor real mientras David
residía en Los Castros, porque Barzilay era de muy buena posición.
34 El rey le dijo:
—Tú pasa conmigo, que yo voy a ser tu proveedor en Jerusalén.
35 Barzilay repuso:
—Pero ¿cuántos años tengo para subir con el rey hasta Jerusa-
36 lén? ¡Cumplo hoy ochenta años! Cuando tu servidor come o bebe,
ya no distingue lo bueno de lo malo, ni tampoco si oye a los can-
tores o a las cantoras. ¿Para qué voy a ser una carga más de su
37 majestad? Pasaré un poco más allá acompañando al rey, no hace
38 falta que el rey me lo pague. Déjame volver a mi pueblo, y que al
morir me entierren en la sepultura de mis padres. Aquí está mi
hijo Quimeán, que vaya él, y lo tratas como te parezca bien.
39 Entonces dijo el rey:
—Que venga conmigo Quimeán, y yo lo trataré como te parezca
bien. Y todo lo que quieras encomendarme, yo lo haré.
40 La gente pasó el Jordán. Lo pasó también el rey; luego abrazó a
Barzilay, lo bendijo y Barzilay se volvió a su pueblo.
41 El rey siguió hasta Guilgal. Quimeán iba con él. Todo Judá y
42 medio Israel acompañaban al rey. Y los israelitas fueron al rey a
decirle:
—¿Por qué te han acaparado nuestros hermanos de Judá y han
ayudado al rey, a su familia y a toda su gente a pasar el Jordán?
43 Pero todo Judá respondió a los de Israel:
—¡Es que el rey es más pariente nuestro! ¿Por qué os molestáis?
Ni hemos comido nosotros a costa del rey ni hemos sacado pro-
vecho.

44 Los de Israel respondieron a los de Judá:
—¡Nos tocan diez partes del rey, y además somos el primogénito! ¡No nos despreciéis! ¿No hemos sido los primeros en hacer volver al rey?
Pero los de Judá les respondieron todavía más fuerte.

Sublevación de Sebá

20 Estaba allí por casualidad un desalmado llamado Sebá, hijo de
Bicrí, benjaminita, que tocó la trompa, y dijo:
—¿Qué nos repartimos nosotros con David? ¡No heredamos
juntos con el hijo de Jesé! ¡A tus tiendas, Israel!
2 Los israelitas, dejando a David, siguieron a Sebá, hijo de Bicrí,
mientras que los de Judá, desde el Jordán hasta Jerusalén, siguieron fieles al rey.
3 Cuando David llegó a su palacio de Jerusalén, encerró en el harén
a las diez concubinas que había dejado al cuidado del palacio; las
mantenía, pero no se acostó con ellas; quedaron como viudas de
por vida.
4 Luego ordenó a Amasá:
—Moviliza a los hombres de Judá. Tienes tres días. Luego preséntate aquí.
5 Amasá marchó para reclutar a los de Judá, pero se retrasó del
6 plazo señalado. David dijo entonces a Abisay:
—Sebá, hijo de Bicrí, nos va a ser ahora más peligroso que Absalón. Vete con los soldados a perseguirlo; que no llegue a las plazas fuertes y se nos escape.
7 Salieron, pues, con Abisay, Joab, los quereteos, los pelteos y todos
los campeones de David; salieron de Jerusalén en persecución de
8 Sebá, hijo de Bicrí. Cuando estaban junto a la piedra grande que
hay en Gabaón, apareció Amasá. Joab llevaba sobre el uniforme un
tahalí con la espada envainada, ceñida al muslo: la espada se le
9 salió y cayó. Joab saludó a Amasá:
—¿Qué tal estás, hermano?
Y mientras lo besaba, le agarró la barba con la mano derecha
10 (Amasá no se guardó de la espada que aún tenía Joab en la izquierda) y le clavó la espada en la ingle, le salieron fuera los intestinos
y, sin necesidad de otro golpe, Amasá murió.
Joab y su hermano Abisay persiguieron a Sebá, hijo de Bicrí.
11 Uno de los soldados de Joab se colocó junto a Amasá y dijo:
—¡Los de Joab y los de David, que sigan a Joab!
12 Amasá seguía bañado en su sangre, en medio de la calzada.
Aquel hombre, viendo que todos los que llegaban junto al cadáver
se paraban, retiró a Amasá de la calzada al campo y le echó encima
13 un paño. Cuando el cadáver quedó fuera de la calzada, todos siguieron a Joab en persecución de Sebá, hijo de Bicrí.
14 Sebá pasó por todas las tribus de Israel. Después se fue a Prado
de Casa Maacá, y todo el clan de Bicrí se metió allí detrás de él.
15 Llegó Joab y cercó a Prado de Casa Maacá; levantó un terraplén
contra la ciudad y los soldados de Joab comenzaron a socavar la
muralla.

16 Una mujer hábil salió de la ciudad, se detuvo en la empalizada
y gritó:
—¡Oíd, oíd! Decid a Joab que se acerque, que tengo que hablar
con él.
17 Joab se le acercó y ella preguntó:
—¿Eres tú Joab?
El dijo:
—Sí.
Y ella entonces:
—Escucha las palabras de tu servidora.
Joab respondió:
—Te escucho.
18 Y la mujer habló así:
—Solían decir antiguamente: «Que pregunten en Prado, y asunto
19 concluido». Somos israelitas cabales. Tú intentas destruir una capital de Israel. ¿Por qué quieres aniquilar la heredad del Señor?
20 Joab respondió:
21 —¡Líbreme, líbreme Dios de aniquilar y destruir! No se trata de
eso, sino que uno de la serranía de Efraín, llamado Sebá, hijo de
Bicrí, se ha sublevado contra el rey David. Entregádnoslo a él solo
y me alejaré de la ciudad.
La mujer dijo entonces a Joab:
—Ahora te echamos su cabeza por la muralla.
22 Con su ingenio convenció a la gente. Decapitaron a Sebá, hijo de
Bicrí, y le tiraron a Joab la cabeza. Joab tocó la trompa, y dejando
el asedio, marcharon cada cual a su casa. Joab volvió a Jerusalén,
al palacio real.
23 Joab era general en jefe del ejército; Benayas, hijo de Yehoyadá,
24 mandaba a los quereteos y pelteos; Adorán estaba encargado de las
25 brigadas de trabajadores; Josafat, hijo de Ajilud, heraldo; Sisá,
26 cronista, y Sadoc y Abiatar, sacerdotes. También Irá, el de Yaír,
era capellán real.

APENDICE

Venganza de sangre

21 En el reinado de David hubo hambre durante tres años consecutivos, y David consultó al Señor. El Señor respondió:
—Saúl y su familia están todavía manchados de sangre por haber
matado a los gabaonitas.
2 Los gabaonitas no pertenecían a Israel, sino que eran un resto de
los amorreos; los israelitas habían hecho un pacto con ellos, pero
Saúl, en su celo por Israel y Judá, intentó exterminarlos. El rey
3 David los convocó y les dijo:
—¿Qué puedo hacer por vosotros y cómo puedo indemnizaros,
de modo que bendigáis la heredad del Señor?
4 Los gabaonitas contestaron:
—Nosotros no queremos plata ni oro de Saúl y su familia, ni
queremos que muera nadie de Israel.
David les dijo:
—Haré lo que me pidáis.

5 Entonces dijeron:
—Un hombre quiso exterminarnos, y pensó destruirnos y expul-
6 sarnos del territorio de Israel. Que nos entreguen siete de sus hijos
varones, y los colgaremos en honor del Señor, en Gabaón, en la
montaña del Señor.
David respondió:
—Yo os los entregaré.
7 Perdonó la vida de Meribaal, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, por
8 el pacto sagrado que unía a David y Jonatán; pero a Armoní y
Meribaal, los dos hijos de Saúl y Rispá, hija de Ayá, y a los cinco
hijos de Adriel, hijo de Barzilay, el de Bailén, y de Merab, hija de
9 Saúl, se los entregó a los gabaonitas, que los colgaron en el monte,
ante el Señor. Murieron los siete a la vez; fueron ajusticiados duran-
te la siega, al comienzo de la siega de la cebada.
10 Rispá, hija de Ayá, cogió un saco, lo extendió sobre la peña y
desde el comienzo de la siega hasta que llegaron las lluvias estuvo
11 allí espantando día y noche a las aves y a las fieras. Cuando le con-
taron a David lo que hacía Rispá, hija de Ayá, concubina de Saúl,
12 fue a pedir a los de Yabés de Galaad los huesos de Saúl y de su hijo
Jonatán (los habían recogido a escondidas en la plaza de Beisán,
donde los colgaron los filisteos después de la derrota de Saúl en
13 Gelboé), trajo de allí los huesos de Saúl y los de su hijo Jonatán y
14 los juntaron con los huesos de los ajusticiados. Los enterraron todos
en el territorio de Benjamín, en Selá, en la sepultura de Quis.
Hicieron todo lo que mandó el rey y Dios se aplacó con el país.

Batalla contra los filisteos
(1 Cr 20,4-8)

15 Estalló de nuevo la guerra entre los filisteos e Israel. David bajó
con sus oficiales, acamparon en Gob y dieron batalla a los filisteos.
16 Se adelantó uno de la raza de los gigantes, con una lanza de bronce
de tres kilos y una espada nueva, diciendo que iba a matar a David.
17 Pero Abisay, hijo de Seruyá, defendió a David, hirió al filisteo y lo
mató. Entonces los de David le exigieron:
—¡Por Dios, no salgas más con nosotros a la batalla, para que
no apaguen la lámpara de Israel!
18 Después se reanudó en Gob la batalla contra los filisteos. Sibcay,
19 el husita, hirió a Asaf, uno de la raza de los gigantes. Después se
reanudó en Gob la batalla contra los filisteos, y Eljanán, hijo de
Yaír, el de Belén, mató a Goliat, el de Gat, que llevaba una lanza
20 larga como percha de tejedor. Después se reanudó la batalla en Gat.
Había un gigantón con seis dedos en manos y pies, veinticuatro en
21 total, que también era de la raza de los gigantes; desafió a Israel,
22 pero Jonatán, hijo de Samá, hermano de David, lo mató. Esos cua-
tro hombres de la raza de los gigantes eran de Gat, y cayeron a
manos de David y sus oficiales.

Salmo de David
(Sal 18)

22 Cuando el Señor lo libró de sus enemigos y de Saúl, David ento-
nó este canto:
2 «Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.
3 Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío,
mi fuerza salvadora, mi baluarte,
mi refugio, que me salvas de los violentos.
4 Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos.
5 Cuando me cercaban olas mortales,
torrentes destructores me aterraban,
6 me envolvían los lazos del Abismo,
me alcanzaban los lazos de la muerte,
7 en el peligro invoqué al Señor,
invoqué a mi Dios:
Desde su templo él escuchó mi voz,
mi grito llegó a sus oídos.
8 Tembló y retembló la tierra,
vacilaron los cimientos del cielo,
sacudidos por su cólera.
9 De su nariz se alzaba una humareda,
de su boca un fuego voraz,
y lanzaba ascuas al rojo.
10 Inclinó el cielo y descendió
con nubarrones bajo los pies;
11 volaba a caballo de un querubín,
se cernía sobre las alas del viento,
12 envuelto en un toldo de oscuridad,
denso aguacero y nubes espesas;
13 al fulgor de su presencia
se encendían centellas;
14 el Señor tronaba desde el cielo,
el Soberano hacía oír su voz.
15 Disparando sus saetas los dispersaba,
su relámpago los enloquecía.
16 Apareció el fondo del mar
y se vieron los cimientos del orbe,
al bramido del Señor,
con su nariz resoplando de cólera.
17 Desde el cielo alargó la mano y me agarró,
para sacarme de las aguas caudalosas,
18 me libró de un enemigo poderoso,
de adversarios más fuertes que yo.
19 Me hacían frente el día funesto,
pero el Señor fue mi apoyo:
20 me sacó a un lugar espacioso,
me libró porque me amaba.
21 El Señor me pagó mi rectitud,
retribuyó la pureza de mis manos,
22 porque seguí los caminos del Señor,

y no me rebelé contra mi Dios;
23 porque tuve presentes sus mandatos,
y no me aparté de sus preceptos;
24 estuve enteramente de su parte,
guardándome de toda culpa;
25 el Señor retribuyó mi rectitud,
mi pureza en su presencia.
26 Con el leal tú eres leal,
con el íntegro tú eres íntegro,
27 con el sincero tú eres sincero,
con el taimado tú eres sagaz.
28 Tú salvas al pueblo afligido,
tu mirada humilla a los soberbios.
29 Señor, tú eres mi lámpara;
Señor, tú alumbras mis tinieblas.
30 Fiado en ti me meto en la refriega,
fiado en mi Dios asalto la muralla.
31 El Dios de conducta perfecta,
el Señor de promesa acendrada,
es escudo para los que a él se acogen.
32 ¿Quién es Dios fuera del Señor?
¿Qué roca hay fuera de nuestro Dios?
33 Dios es mi fuerte refugio,
me enseña un camino perfecto;
34 él me da pies de ciervo
y me coloca en las alturas;
35 él adiestra mis manos para la guerra
y mis brazos para tensar la ballesta.
36 Me prestaste el escudo de tus victorias,
multiplicaste tus cuidados conmigo.
37 Ensanchaste el camino ante mis pasos,
y no flaquearon mis tobillos.
38 Perseguiré al enemigo hasta extirparlo,
y no volveré sin haberlo aniquilado.
39 Los destruiré, los derrotaré, no podrán rehacerse:
¡cayeron bajo mis pies!
40 Me ceñiste de valor para la lucha,
doblegaste a los que se me resistían;
41 hiciste volver la espalda a mis enemigos,
reduje al silencio a mis adversarios.
42 Pedían auxilio, nadie los salvaba;
gritaban al Señor, no les respondía.
43 Los reduje a polvo de la tierra,
los desmenucé como barro de la calle.
44 Me libraste de las contiendas de mi pueblo,
me reservaste para cabeza de naciones.
Un pueblo extraño fue mi vasallo,
45 los extranjeros me adulaban,
me escuchaban y me obedecían.
46 Los extranjeros flaqueaban
y salían temblando de sus baluartes.
47 ¡Viva el Señor, bendita sea mi Roca!

Sea ensalzado mi Dios, Roca salvadora:
48 el Dios que me dio el desquite
y me sometió los pueblos;
49 que me sacó de entre los enemigos,
me levantó sobre los que me resistían,
y me salvó del hombre cruel.
50 Por eso te daré gracias en medio de las naciones,
y tañeré, Señor, en tu honor:
51 Tú diste gran victoria a tu rey,
fuiste leal con tu ungido,
con David y su linaje por siempre».

Ultimas palabras de David

23 «Oráculo de David, hijo de Jesé,
oráculo del hombre enaltecido,
ungido del Dios de Jacob,
favorito de los cantores de Israel.
2 El espíritu del Señor habla por mí,
su palabra está en mi lengua.
3 Me dijo el Dios de Jacob,
me habló la Roca de Israel:
'El que gobierna a los hombres con justicia,
el que gobierna respetando a Dios,
4 es como la luz del alba al salir el sol,
mañana sin nubes tras la lluvia,
que hace brillar la hierba del suelo'.
5 Mi casa está firme junto a Dios,
que me dio un pacto eterno,
bien formulado y mantenido.
¡El hará prosperar mis deseos de salvación!
6 Pero los malvados serán como cardos,
que se tiran y nadie recoge;
7 nadie se acerca a ellos
sino con el hierro y leño de la lanza
y con fuego que los abrase».

8 *Nombres de los campeones de David* [a]*:*
Isbaal, el jaquemonita, primero de la terna, que blandió el ha-
9 cha y mató a ochocientos en una sola acometida. Segundo, Eleazar,
hijo de Didías, el ajojita. Estuvo con David en Fesdamín, cuando
10 los filisteos se concentraron allí para el combate; los israelitas se
retiraban, pero él estuvo matando filisteos hasta que se le rindió
el brazo y la mano se le pegó a la espada. El Señor dio a Israel
aquel día una gran victoria; detrás de él el ejército se volvió para
11 saquear. Tercero, Samá, hijo de Ajé, el ararita. Los filisteos se con-
centraron en La Quijada, donde había una tierra toda sembrada de
12 lentejas; el ejército huyó ante los filisteos, pero Samá se plantó en
medio de la tierra y la recuperó, mató a los filisteos, y el Señor

a 1 Cr 11,10-41.

17b concedió una gran victoria. Estas fueron las hazañas de los tres
campeones.
13 Tres de los treinta fueron a David, al comienzo de la siega, al
refugio de Adulán, cuando una banda de filisteos acampaba en
14 Valrefaín. David estaba entonces en el refugio y la guarnición filis-
15 tea estaba en Belén. David sintió sed y exclamó:
—¡Quién me diera agua, la del pozo junto a la puerta de Belén!
16 Los tres campeones irrumpieron en el campamento filisteo, saca-
ron agua del pozo, junto a la puerta de Belén, y se la llevaron a
David. Pero David no quiso beberla, sino que la derramó como
obsequio al Señor, diciendo:
17a —¡Líbreme Dios! ¡Sería beber la sangre de estos hombres, que
han ido allá exponiendo la vida!
Y no quiso beberla.
18 Abisay, hermano de Joab, hijo de Seruyá, era jefe de los treinta.
Blandiendo su lanza mató a trescientos, ganando renombre entre
19 los treinta; destacó entre ellos; fue su jefe, pero no les llegó a los
20 tres. Benayas, hijo de Yehoyadá, natural de Cabseel, era un tipo
aguerrido, pródigo en hazañas. Mató a los dos moabitas, hijos de
21 Ariel, y bajó a matar al león en la cisterna el día de la nieve. Mató
también a un egipcio de gran estatura, que empuñaba una lanza:
Benayas fue hacia él con un palo, le arrebató la lanza y con ella lo
22 mató. Esa fue la hazaña de Benayas, hijo de Yehoyadá, con la cual
23 ganó renombre entre los treinta campeones. Destacó entre ellos, pero
no les llegó a los tres. David lo puso al frente de su escolta personal.
24 Asael, hermano de Joab, era de los treinta.
Pertenecían al grupo de los treinta: Eljanán, hijo de Dodó, de
25-6 Belén; Samá, el de Jarod; Elicá, el de Jarod; Jeles, el pelteo; Irá,
27 hijo de Iqués, de Tecua; Abiézer, de Anatot; Sibecay, el husita;
28-9 Salmón, el ajojita; Mahray, de Netof; Jéleb, hijo de Baná, de Netof;
30 Itay, hijo de Ribay, de Loma de Benjamín; Benayas, de Piratón;
31 Hiday, de Río Gaas; Abialbón, de Arabá; Azmaut, de Bajurín;
32-3 Elyajbá, el saalbonita; Yasán; Jonatán, hijo de Samá, el ararita;
34 Ajián, hijo de Sarar, el ararita; Elifélet, hijo de Ajasbay, de Maacá;
35 Elián, hijo de Ajitófel, guilonita; Jesray, de La Vega; Paray, de
36-7 Arab; Yigal, hijo de Natán, de Sobá; Baní, el gadita; Sélec, el
38 amonita; Najeray, de Pozos, escudero de Joab, hijo de Seruyá; Irá,
39 de Yatir; Gareb, de Yatir; Urías, el hitita. Total, treinta y siete.

La peste
(1 Cr 21)

24 El Señor volvió a encolerizarse contra Israel e instigó a David
contra ellos:
—Anda, haz el censo de Israel y Judá.
2 El rey ordenó a Joab y a los jefes del ejército que estaban con él:
—Id por todas las tribus de Israel, desde Dan hasta Berseba, a
hacer el censo de la población, para que yo sepa cuánta gente tengo.
3 Joab le respondió:
—¡Que el Señor, tu Dios, multiplique por cien la población y
que vuestra majestad lo vea con sus propios ojos! Pero ¿qué pre-
tende vuestra majestad con este censo?

4 La orden del rey se impuso al parecer de Joab y de los jefes del
ejército, y salieron de palacio para hacer el censo de la población
5 israelita. Pasaron el Jordán y empezaron por Aroer y por la pobla-
ción que hay en medio de la vaguada, hacia Gad y hasta Yazer.
6 Llegaron a Galaad y al territorio hitita, a Cades. Llegaron a Dan
7 y de allí rodearon hacia Sidón. Llegaron a la fortaleza de Tiro y
todas las poblaciones de los heveos y cananeos; luego salieron al
8 sur de Judá, hacia Berseba. Así recorrieron todo el territorio, y al
9 cabo de nueve meses y veinte días volvieron a Jerusalén. Joab en-
tregó al rey los resultados del censo: en Israel había ochocientos
mil hombres aptos para el servicio militar, y en Judá, quinien-
tos mil.
10 Pero después de haber hecho el censo del pueblo, a David le re-
mordió la conciencia y dijo al Señor:
—He cometido un grave error. Ahora, Señor, perdona la culpa
de tu siervo, porque he hecho una locura.
11 Antes de que David se levantase por la mañana, el profeta Gad,
vidente de David, recibió la palabra del Señor:
12 —Vete a decir a David: «Así dice el Señor: Te propongo tres
castigos; elige uno y yo lo ejecutaré».
13 Gad se presentó a David y le notificó:
—¿Qué castigo escoges? Tres años de hambre en tu territorio,
tres meses huyendo perseguido por tu enemigo o tres días de peste
en tu territorio. ¿Qué le respondo al Señor, que me ha enviado?
14 David contestó:
—¡Estoy en un gran apuro! Mejor es caer en manos de Dios, que
es compasivo, que caer en manos de hombres.
15 El Señor mandó entonces la peste a Israel, desde la mañana has-
ta el tiempo señalado. Y desde Dan hasta Berseba murieron setenta
16a mil hombres del pueblo. El ángel extendió su mano hacia Jeru-
17 salén para asolarla. Entonces David, al ver al ángel que estaba hi-
riendo a la población, dijo al Señor:
—¡Soy yo el que ha pecado! ¡Soy yo el culpable! ¿Qué han he-
cho estas ovejas? Carga la mano sobre mí y sobre mi familia.
16b El Señor se arrepintió del castigo, y dijo al ángel, que estaba
asolando a la población:
—¡Basta! ¡Detén tu mano!
18 El ángel del Señor estaba junto a la era de Arauná, el jebuseo.
Y Gad fue aquel día a decir a David:
—Vete a edificar un altar al Señor en la era de Arauná, el je-
buseo.
19 Fue David, según la orden del Señor que le había comunicado
20 Gad, y cuando Arauná se asomó y vio acercarse al rey con toda su
21 corte, salió a postrarse ante él, rostro en tierra. Y dijo:
—¿Por qué viene a mí vuestra majestad?
David respondió:
—Vengo a comprarte la era para construir un altar al Señor y
que cese la mortandad en el pueblo.
22 Arauná le dijo:
—Tómela su majestad, y ofrezca en sacrificio lo que le parezca.
Ahí están los bueyes para el holocausto y los trillos y los yugos
23 para leña. Tu servidor se lo entrega todo al rey.

Y añadió:
—¡El Señor, tu Dios, acepte tu sacrificio!
24 Pero el rey le dijo:
—No, no. Te la compraré pagándola al contado. No voy a ofrecer
al Señor, mi Dios, víctimas que no me cuestan.
Así, compró David la era y los bueyes de Arauná por medio kilo
25 de plata. Construyó allí un altar al Señor, ofreció holocaustos y
sacrificios de comunión, el Señor se aplacó con el país y cesó la
mortandad en Israel.

REYES

INTRODUCCION

Por el *tema,* los dos libros de los Reyes continúan la historia de la monarquía y la conducen en movimiento paralelo de dos reinos a la catástrofe sucesiva de ambos. Se diría una historia trágica o la crónica de una decadencia. El paralelismo de los dos reinos determina la composición del libro y hace resaltar una divergencia importante. Conspiraciones las hay en ambos reinos: al norte, una conspiración produce cambio de dinastía; al sur produce cambio de monarca de la misma dinastía. Ataques externos los sufren ambos reinos: al norte favorecen los cambios dinásticos, al sur incluso los monarcas impuestos pertenecen a la dinastía de David. ¿Por qué sucede así? Porque la dinastía davídica tiene una promesa del Señor, perdura por la fidelidad a su Dios.

Una primera lectura nos revela la voluntad de unificación del autor dominando la variedad temática. Entre sus recursos conviene notar las fórmulas, los discursos, las profecías. Las *fórmulas* se emplean sobre todo en la sucesión y al final del reinado. Los *discursos* son a veces comentarios puestos en boca de personajes importantes, otras veces son reflexiones pronunciadas por el autor; son como pausas narrativas para mirar atrás. Las *profecías* van trazando arcos y tensando la historia hacia su cumplimiento. El arco puede abarcar una vida, una dinastía, toda una etapa histórica.

El *principio teológico.* La historia del pueblo y de la monarquía se desarrolla bajo el signo de la alianza, que constituye a Israel como pueblo de Dios y le exige fidelidad exclusiva y cumplimiento de los mandatos; cumplimiento e incumplimiento se sancionan con bendiciones y maldiciones. Es un código de retribución basado en la relación personal del pueblo con su Dios.

La fidelidad exclusiva toma al principio la forma de veneración y culto exclusivos al Señor, eliminado todo politeísmo o idolatría o sincretismo; los lugares de culto están diseminados por el país, aunque existe un santuario central para la corte y las grandes ocasiones. Muy pronto la fidelidad exclusiva se encuentra amenazada en los santuarios locales: dioses y cultos de fertilidad, introducción de dioses extranjeros, imágenes prohibidas; entonces surgió la idea de atacar el mal en su raíz, purificando constantemente los cultos locales, hasta extirparlos con una fuerte centralización del culto. En ese momento la fidelidad exclusiva al Señor toma la forma de culto en un solo templo.

El autor toma el hecho final y lo erige en criterio de interpretación y valoración de la historia precedente. Es un juicio anacrónico, porque proyecta hacia atrás una ley reciente; es un juicio simplista, porque simplifica los hechos. Hay que leer esta historia conociendo bien el punto de vista y completándola con lecturas de los grandes Profetas.

El gran principio de la fidelidad al Señor se desdobla en un *sistema bipolar:* un mandato originario, con sus sanciones, rige la historia sucesiva; una aplicación posterior, la centralización del culto, explica y valora la historia precedente. Sólo que el sistema funciona con poco rigor, y la obra queda dominada por la *tensión:* material histórico y narraciones particulares no se dejan configurar por el esquema. Esas narraciones son lo mejor del libro: atestiguan la fuerza de los hechos, la voluntad de recuerdo popular o gremial, el genio o talento de narradores anónimos, la existencia de tradiciones orales ya fijadas o de documentos que el autor ha sabido respetar.

Hay que gustar estos relatos primero en su calidad literaria, sin apresurarse a

reducirlos a esquemas, fórmulas y principios. Sólo así tomaremos la actitud de los antiguos oyentes y captaremos una parte fundamental de su sentido religioso. Muchos de sus recursos son comunes al arte narrativo sencillo de cualquier país, otros son desusados entre nosotros. Los números pueden tener valor constructivo; el material sonoro es con frecuencia muy importante, porque se recitaba y leía en voz alta; el ritmo de las frases crea efectos varios. El *tempo* narrativo se maneja acelerando y retrasando, difiriendo el desenlace, trabajando la simultaneidad, saltando atrás. La maestría indiscutible de los autores consiste en el arte de lo esencial e inmediato, sin explicaciones ni rodeos, en un lenguaje escueto de sustantivos y verbos. A ellos se añaden valores más sutiles de estructuras y símbolos.

El autor tiene como horizonte de su libro el pueblo de Israel unido o dividido. Si cruza la frontera, es porque algún personaje extranjero se ha metido en el espacio o el tiempo de los israelitas. Pero le falta visión de conjunto, la capacidad de situar la historia nacional en el cuadro de la historia universal. Al faltar dicho horizonte, falta la motivación compleja de muchos sucesos, se reduce la explicación causal. Esto se puede suplir en bastantes casos con datos sacados de los libros proféticos.

Así, procedemos captando primero el nivel narrativo del texto, pasando por él al nivel de los hechos con sus motivaciones, subiendo al nivel de la comprensión teológica. Dios es protagonista discreto, que actúa sobre todo con su palabra; el hombre y su historia discurren en presencia de Dios.

CRONOLOGIA DE «REYES»

	Saúl	1030-1010				
	David	1010-971				
950	Salomón	971-931				950
931	División del reino (931)					931
	Israel			**Judá**		
930	Jeroboán	931-910	930	Roboán	931-914	930
				Abías	914-911	
	Nadab	910-909		Asá	911-870	
900	Basá	909-885	900			900
	Elá	885-884				
	Zimrí	7 días				
	Omrí	884-874				
850	Ajab	874-853	850	Josafat	870-848	850
	Ocozías	853-852				
	Jorán	852-841		Jorán	848-841	
				Ocozías	841	
	Jehú	841-813		Atalía	841-835	
800	Joacaz	813-797	800	Joás	835-796	800
	Joás	797-782		Amasías	796-767	
	Jeroboán II	782-753				
	Zacarías	6 meses		Azarías	767-739	
	Salún	1 mes				
750	Menajén	752-741	750			750
	Pecajías	741-740				
	Pécaj	740-731		Yotán	739-734	
720	Oseas	731-722	720	Acaz	734-727	720
				Ezequías	727-698	
	Fin del reino de Israel					

REYES 1

Salomón sucede a David

1 El rey David era ya viejo, de edad avanzada; por más ropa que
2 le echaban encima, no entraba en calor. Los cortesanos le dijeron:
—Que busquen una muchacha soltera, que atienda y asista a
vuestra majestad; cuando duerma en vuestros brazos, vuestra ma-
jestad entrará en calor.
3 Entonces fueron por todo el territorio israelita buscando una
muchacha guapa; encontraron a Abisag, de Sunán, y se la llevaron
4 al rey. Era muy hermosa; atendía al rey y lo cuidaba, pero el rey
no se unió a ella.
5 Mientras tanto, Adonías, hijo de Jaguit, que ambicionaba el tro-
no, se agenció una carroza, caballos y cincuenta hombres de escolta
6 (su padre no lo había disgustado nunca pidiéndole cuentas de lo
que hacía). También era de muy buen tipo, más joven que Absalón.
7 Se alió con Joab, hijo de Seruyá, y con el sacerdote Abiatar, que
8 apoyaron su causa. En cambio, el sacerdote Sadoc, Benayas, hijo
de Yehoyadá, el profeta Natán, Semeí y sus compañeros y los cam-
peones de David no se unieron a Adonías.
9 Junto a Piedra de la Culebra, cerca de la Fuente del Explorador,
Adonías sacrificó ovejas, toros y terneros cebados; convidó a todos
sus hermanos, los hijos del rey, y a todos los funcionarios reales de
10 Judá, pero no convidó al profeta Natán, a Benayas, a los campeones
de David ni a su hermano Salomón.
11 Natán dijo entonces a Betsabé, madre de Salomón:
—¿No has oído que Adonías, hijo de Jaguit, se ha proclamado
12 rey sin que lo sepa David, nuestro señor? Pues te voy a dar un
13 consejo para que salgáis con vida tú y tu hijo Salomón: vete al rey
David y dile: «Majestad, tú me juraste: 'Tu hijo Salomón me su-
cederá en el reino y se sentará en mi trono'. Entonces, ¿por qué
14 Adonías se ha proclamado rey?». Mientras estés tú allí hablando
con el rey, entraré yo detrás de ti para completar tus palabras.
15 Betsabé se presentó al rey en la alcoba. El rey estaba muy viejo
16 y la sunamita Abisag lo cuidaba. Betsabé se inclinó, postrándose
ante el rey, y éste le preguntó:
—¿Qué quieres?
17 Betsabé respondió:
—¡Señor! Tú le juraste a tu servidora por el Señor, tu Dios: «Tu
hijo Salomón me sucederá en el reino y se sentará en mi trono».
18 Pero ahora resulta que Adonías se ha proclamado rey sin que
19 vuestra majestad lo sepa. Ha sacrificado toros, terneros cebados y
ovejas en cantidad y ha convidado a todos los hijos del rey, al
sacerdote Abiatar y al general Joab, pero no ha convidado a tu
20 siervo Salomón. ¡Majestad! Todo Israel está pendiente de ti, espe-
rando que les anuncies quién va a suceder en el trono al rey, mi
21 señor; porque el rey va a reunirse con sus antepasados, y mi hijo
Salomón y yo vamos a aparecer como usurpadores.
22 Estaba todavía hablando con el rey, cuando llegó el profeta Na-
23 tán. Avisaron al rey:

—Está ahí el profeta Natán.
24 Natán se presentó al rey, se postró ante él rostro en tierra, y dijo:
—¡Majestad! Sin duda tú has dicho: «Adonías me sucederá en el
25 reino y se sentará en mi trono»; porque hoy ha ido a sacrificar to-
ros, terneros cebados y ovejas en cantidad, y ha convidado a todos
los hijos del rey, a los generales y al sacerdote Abiatar, y ahí están,
26 banqueteando con él, y le aclaman: «¡Viva el rey Adonías!». Pero
no ha convidado a este servidor tuyo, ni al sacerdote Sadoc, ni a
27 Benayas, hijo de Yehoyadá, ni a tu siervo Salomón. Si esto se ha
hecho por orden de vuestra majestad, ¿por qué no habías comuni-
cado a tus servidores quién iba a sucederte en el trono?
28 El rey David dijo:
—Llamadme a Betsabé.
29 Ella se presentó al rey y se quedó en pie ante él. Entonces el rey
juró:
30 —¡Vive Dios, que me libró de todo peligro! Te juré por el Se-
ñor, Dios de Israel: «Tu hijo Salomón me sucederá en el reino y se
sentará en mi trono». ¡Pues voy a hacerlo hoy mismo!
31 Betsabé se inclinó rostro en tierra ante el rey, y dijo:
—¡Viva siempre el rey David, mi señor!
32 El rey David ordenó:
Llamadme al sacerdote Sadoc, al profeta Natán y a Benayas, hijo
de Yehoyadá.
33 Cuando se presentaron ante el rey, éste les dijo:
—Tomad con vosotros a los ministros de vuestro señor. Montad
a mi hijo Salomón en mi propia mula. Bajadlo al Manantial.
34 El sacerdote Sadoc lo ungirá allí rey de Israel; tocad la trompeta
35 y aclamad: «¡Viva el rey Salomón!». Luego subiréis detrás de él,
y cuando llegue se sentará en mi trono y me sucederá en el reino,
porque lo nombro jefe de Israel y Judá.
36 Benayas, hijo de Yehoyadá, respondió al rey:
—¡Amén! ¡Que el Señor refrende la orden de vuestra majestad!
37 ¡Que el Señor esté con Salomón como lo ha estado con vuestra
majestad! ¡Que haga su trono más glorioso que el trono de vues-
tra majestad!
38 Entonces, el sacerdote Sadoc, el profeta Natán y Benayas, hijo
de Yehoyadá, los quereteos y los pelteos bajaron a Salomón mon-
tado en la mula del rey David y lo condujeron al Manantial.
39 El sacerdote Sadoc cogió del santuario la cuerna de aceite y ungió
a Salomón. Sonaron las trompas y todos aclamaron: «¡Viva el rey
40 Salomón!». Luego subieron todos tras él al son de flautas, y arman-
do tal algazara, que la tierra se resquebrajaba con el estruendo.
41 Adonías y sus convidados lo oyeron cuando acababan de comer.
Joab oyó el sonido de la trompa y preguntó:
—¿Por qué está alborotada toda la ciudad?
42 Todavía estaba hablando cuando apareció Jonatán, hijo del
sacerdote Abiatar. Adonías dijo:
—Entra, que tú eres buena persona y traerás buenas noticias.
43 Jonatán le respondió:
—Al contrario. Su majestad, el rey David, ha nombrado rey a
44 Salomón. Ha mandado al sacerdote Sadoc, al profeta Natán, a Be-
nayas, hijo de Yehoyadá, y a los quereteos y los pelteos que lleven

45 a Salomón montado en la mula del rey; y el sacerdote Sadoc y el
profeta Natán lo han ungido rey en El Manantial. Desde allí han
subido en plan de fiesta; la ciudad está alborotada. Ese es el clamo-
46 reo que habéis oído. Y todavía más, Salomón se ha sentado en el
47 trono real, y los cortesanos han ido a felicitar a vuestra majestad,
el rey David: «¡Que tu Dios haga a Salomón más feliz que tú y su
trono más glorioso que el tuyo!». Y el rey, desde el lecho, ha excla-
48 mado, haciendo una inclinación: «¡Bendito el Señor, Dios de Israel,
que hoy me concede ver a un hijo mío sentado en mi trono!».
49 Todos los convidados se aterrorizaron, y levantándose de la mesa,
se fue cada uno por su lado.
50 Adonías tuvo miedo de Salomón y fue a agarrarse a los salientes
51 del altar. Avisaron a Salomón:
—Adonías te tiene miedo y está agarrado a los salientes del al-
tar, pidiendo que le jures hoy que no lo matarás.
52 Salomón dijo:
—Si se porta como un hombre de honor, no caerá a tierra ni un
pelo suyo. Pero si se le sorprende en alguna falta, morirá.
53 El rey Salomón envió gente que lo bajara del altar. Adonías se
presentó al rey Salomón, se postró ante él y el rey le dijo:
—Vete a casa.

Testamento de David

2 Estando ya próximo a morir, David hizo estas recomendaciones
a su hijo Salomón:
2-3 —Yo emprendo el viaje de todos. ¡Animo, sé un hombre! Guar-
da las consignas del Señor, tu Dios, caminando por sus sendas, guar-
dando sus preceptos, mandatos, decretos y normas, como están es-
critos en la Ley de Moisés; para que tengas éxito en todas tus
4 empresas, adondequiera que vayas; para que el Señor cumpla la pro-
mesa que me hizo: «Si tus hijos saben comportarse, procediendo
sinceramente de acuerdo conmigo, con todo el corazón y con toda el
5 alma, no te faltará un descendiente en el trono de Israel». Ya sabes
lo que me hizo Joab, hijo de Seruyá: lo que hizo a los dos generales
israelitas, Abner, hijo de Ner, y Amasá, hijo de Yéter; cómo los
asesinó vengando en plena paz sangre vertida en la guerra, una
6 sangre que manchó mi uniforme y mis sandalias. Haz lo que te dicte
tu prudencia: no dejes que sus canas vayan en paz al otro mundo.
7 En cambio, perdona la vida a los hijos de Barzilay, el galaadita.
Cuéntalos entre tus comensales, porque también ellos me atendie-
8 ron cuando yo huía de tu hermano Absalón. Tienes también a
Semeí, hijo de Guerá, benjaminita, de Bajurín. Me maldijo cruel-
mente cuando me dirigía a Los Castros; después bajó al Jordán a
recibirme, y yo le juré por el Señor que no lo mataría a espada.
9 Pero ahora no lo dejes impune. Eres inteligente y sabes lo que has
de hacer con él para que sus canas vayan al otro mundo manchadas
de sangre.
10 David fue a reunirse con sus antepasados y lo enterraron en la
11 Ciudad de David. Reinó en Israel cuarenta años: siete en Hebrón
12 y treinta y tres en Jerusalén. Salomón le sucedió en el trono, y su
reino se consolidó..

Salomón y sus enemigos

13 Adonías, hijo de Jaguit, fue a ver a Betsabé, madre de Salomón.
Ella le preguntó:
—¿Vienes como amigo?
Respondió:
—Sí.
14 Y añadió:
—Tengo que decirte una cosa.
Betsabé contestó:
—Dila.
15 Entonces Adonías dijo:
—Tú sabes que la corona me correspondía a mí, y todo Israel
esperaba verme rey; pero la corona se me ha escapado y ha ido a
16 parar a mi hermano, porque el Señor se la había destinado. Ahora
voy a pedirte un favor, no me lo niegues.
Ella le dijo:
—Habla.
17 Adonías pidió:
—Por favor, dile al rey Salomón —espero que no te lo niegue—
que me dé por esposa a la sunamita Abisag.
18 Betsabé contestó:
—Bien. Yo le hablaré al rey de tu asunto.
19 Betsabé fue al rey Salomón a hablarle de Adonías. El rey se le-
vantó para recibirla y le hizo una inclinación; luego se sentó en el
trono, mandó poner un trono para su madre, y Betsabé se sentó a
su derecha.
20 Betsabé le habló:
—Voy a pedirte un pequeño favor, no me lo niegues.
El rey le contestó:
—Madre, pide, no te lo negaré.
21 Ella siguió:
—Dale Abisag, la sunamita, como esposa a tu hermano Adonías.
22 Pero el rey Salomón respondió:
—¿Y por qué pides a la sunamita Abisag para Adonías? ¡Podías
pedir para él la corona! Porque es mi hermano, mayor que yo, y
tiene de su parte al sacerdote Abiatar y a Joab, hijo de Seruyá.
23 Luego juró por el Señor:
—¡Que Dios me castigue si, al pedir eso, no ha atentado Adonías
24 contra su propia vida! ¡Por el Señor, que me ha asentado firme-
mente en el trono de mi padre, David, y que me ha dado una dinas-
tía como lo había prometido, juro que hoy morirá Adonías!
25 El rey dio una orden, y Benayas, hijo de Yehoyadá, mató a
Adonías.
26 Al sacerdote Abiatar el rey le dijo:
—Vete a Anatot, a tus tierras. Mereces la muerte, pero hoy no
voy a matarte, porque llevaste el arca del Señor ante mi padre,
David, y lo acompañaste en sus tribulaciones.
27 Así destituyó Salomón a Abiatar de su cargo sacerdotal, cum-
pliendo la profecía del Señor contra la familia de Elí, en Siló.
28 Cuando le llegaron a Joab estas noticias (porque Joab se había
pasado al partido de Adonías, aunque no había sido de Absalón)

huyó a refugiarse en el santuario del Señor, y se agarró a los salien-
29 tes del altar. Pero cuando avisaron al rey Salomón que Joab se
había refugiado en el santuario del Señor y que estaba junto al
altar, Salomón le envió este mensaje:
—¿Qué te pasa que te refugias junto al altar?
Joab respondió:
—Tuve miedo y he buscado asilo junto al Señor.
Entonces Salomón ordenó a Benayas, hijo de Yehoyadá:
—¡Vete a matarlo!
30 Benayas entró en el santuario del Señor y dijo a Joab:
—El rey manda que salgas.
Joab contestó:
—No. Quiero morir aquí.
31 Benayas llevó al rey la respuesta de Joab, y el rey le ordenó:
—Haz lo que dice. Mátalo y entiérralo. Así nos quitarás de enci-
32 ma a mí y a mi familia la sangre inocente que vertió Joab. ¡Que el
Señor haga recaer su sangre sobre su cabeza por haber matado a
dos hombres más honrados y mejores que él, asesinándolos sin que
lo supiera mi padre, David: Abner, hijo de Ner, general israelita,
33 y Amasá, hijo de Yéter, general judío! ¡Que la sangre de estos hom-
bres caiga sobre Joab y su descendencia para siempre! ¡Y que la
paz del Señor esté siempre con David, con sus descendientes, su
casa y su trono!
34 Benayas, hijo de Yehoyadá, fue y mató a Joab; luego lo enterró
35 en sus posesiones, en la estepa. El rey puso a Benayas, hijo de Ye-
hoyadá, al frente del ejército, en sustitución de Joab; al sacerdote
Sadoc le dio el puesto de Abiatar.
36 El rey mandó llamar a Semeí, y le dijo:
—Constrúyete una casa en Jerusalén y estate sin salir a ninguna
37 parte. El día que salgas y cruces el torrente Cedrón, sábete bien que
morirás sin remedio, y tú serás responsable.
38 Semeí respondió:
—Está bien. Este servidor hará lo que ordene vuestra majestad.
39 Semeí vivió en Jerusalén mucho tiempo. Pero a los tres años se
le escaparon dos esclavos y se pasaron a Aquís, hijo de Maacá, rey
de Gat. Avisaron a Semeí:
—Tus esclavos están en Gat.
40 Entonces Semeí aparejó el burro y marchó a Gat, donde Aquís,
en busca de los esclavos. Así que fue a Gat y se los trajo de allí.
41 Pero comunicaron a Salomón que Semeí había ido a Gat y había
42 vuelto. El rey lo mandó llamar, y le dijo:
—¿No te hice jurar por el Señor, advirtiéndote que el día que
salieras y marcharas a cualquier parte podías estar seguro de que
43 morirías sin remedio? Y tú me dijiste que te parecía bien. ¿Por qué
no has cumplido lo que juraste por el Señor y la orden que te di?
44 Luego añadió:
—Tú sabes todo el daño que hiciste a mi padre, David. ¡Que el
45 Señor haga recaer tu maldad sobre ti! Pero ¡bendito el rey Salomón,
y el trono de David permanezca ante el Señor por siempre!
46 Entonces el rey dio una orden a Benayas, hijo de Yehoyadá, que
se adelantó y mató a Semeí. Así se consolidó el reino en manos de
Salomón.

Visión de Salomón
(2 Cr 1,7-12)

3 Salomón emparentó con el Faraón de Egipto, casándose con una
hija suya. La llevó a la Ciudad de David mientras terminaban las
obras del palacio, del templo y de la muralla en torno a Jerusalén.
2 La gente seguía sacrificando en los altozanos, porque todavía no
3 se había construido el templo en honor del Señor, y aunque Salo-
món amaba al Señor, procediendo según las normas de su padre,
David, sacrificaba y quemaba incienso en los altozanos.
4 El rey fue a Gabaón a ofrecer allí sacrificios, pues allí estaba la
ermita principal. En aquel altar ofreció Salomón mil holocaustos.
5 En Gabaón el Señor se apareció aquella noche en sueños a Salomón,
y le dijo:
—Pídeme lo que quieras.
6 Salomón respondió:
—Tú le hiciste una gran promesa a tu siervo, mi padre, David,
porque procedió de acuerdo contigo, con lealtad, justicia y rectitud
de corazón, y le has cumplido esa gran promesa dándole un hijo que
7 se siente en su trono: es lo que sucede hoy. Pues bien, Señor, Dios
mío, tú has hecho a tu siervo sucesor de mi padre, David; pero yo
8 soy un muchacho que no sé valerme. Tu siervo está en medio del
pueblo que elegiste, un pueblo tan numeroso que no se puede con-
9 tar ni calcular. Enséñame a escuchar para que sepa gobernar a tu
pueblo y discernir entre el bien y el mal; si no, ¿quién podrá go-
bernar a este pueblo tuyo tan grande?
10-11 Al Señor le pareció bien que Salomón pidiera aquello, y le dijo:
—Por haber pedido esto, y no haber pedido una vida larga, ni
haber pedido riquezas, ni haber pedido la vida de tus enemigos,
12 sino inteligencia para acertar en el gobierno, te daré lo que has
pedido: una mente sabia y prudente, como no la hubo antes de ti
13 ni la habrá después de ti. Y te daré también lo que no has pedido:
14 riquezas y fama mayores que las de rey alguno. Y si caminas por
mis sendas, guardando mis preceptos y mandatos, como hizo tu
padre, David, te daré larga vida.
15 Salomón despertó: había tenido un sueño. Entonces fue a Jeru-
salén, y en pie ante el arca de la alianza del Señor ofreció holocaus-
tos y sacrificios de comunión y dio un banquete a toda la corte.

El juicio de Salomón

16 Por entonces acudieron al rey dos prostitutas; se presentaron
17 ante él y una de ellas dijo:
—Majestad, esta mujer y yo vivíamos en la misma casa; yo di a
18 luz estando ella en la casa. Y tres días después también esta mujer
dio a luz. Estábamos juntas en casa, no había nadie de fuera con
19 nosotras, sólo nosotras dos. Una noche murió el hijo de esta mujer,
20 porque ella se recostó sobre él; se levantó de noche y, mientras tu
servidora dormía, cogió a mi hijo de junto a mí y lo acostó junto
21 a ella, y a su hijo muerto lo puso junto a mí. Yo me incorporé por
la mañana para dar el pecho a mi niño, y resulta que estaba muerto;
me fijé bien y vi que no era el niño que yo había dado a luz.

22 Pero la otra mujer replicó:
—No. Mi hijo es el que está vivo, el tuyo es el muerto.
Y así discutían ante el rey.
23 Entonces habló el rey:
—Esta dice: «Mi hijo es éste, el que está vivo; el tuyo es el
muerto». Y esta otra dice: «No, tu hijo es el muerto, el mío es el
que está vivo».
24 Y ordenó:
—Dadme una espada.
25 Le presentaron la espada, y dijo:
—Partid en dos al niño vivo; dadle una mitad a una y otra mitad
a la otra.
26 Entonces a la madre del niño vivo se le conmovieron las entra-
ñas por su hijo y suplicó:
—¡Majestad, dadle a ella el niño vivo, no lo matéis!
Mientras que la otra decía:
—Ni para ti ni para mí. Que lo dividan.
27 Entonces el rey sentenció:
—Dadle a ésa el niño vivo, no lo matéis. ¡Esa es su madre!
28 Todo Israel se enteró de la sentencia que había pronunciado el
rey, y respetaron al rey, viendo que poseía una sabiduría sobre-
humana para administrar justicia.

Administración del reino
(2 Sm 20,23-26; 1 Cr 15-17)

4 El rey Salomón reinó sobre todo Israel.
2 Lista de los miembros de su Gobierno: Azarías, hijo de Sadoc,
3 sumo sacerdote; Elijóref y Ajías, hijos de Sisá, secretarios; Josafat,
4 hijo de Ajilud, heraldo; Benayas, hijo de Yehoyadá, ministro del
5 Ejército; Azarías, hijo de Natán, ministro del Interior; Zabud, hijo
6 de Natán, del consejo privado del rey; Ajisar, mayordomo de pala-
cio; Adonirán, hijo de Abdá, encargado de las brigadas de traba-
jadores.
7 Salomón tenía doce gobernadores en todo Israel, proveedores de
8 la casa real, cada uno un mes al año. Eran éstos: Un Jur, en la serra-
9 nía de Efraín. Un Déquer, en Macás, Salbín, Casalsol y Cervera,
10 hasta Betjanán. Un Jésed, en Troneras; entraban en su jurisdicción
11 El Vallado y la región de Jéfer. Un Abinadab, casado con Tafat,
12 hija de Salomón, en todo el distrito de Dor. Baaná, hijo de Ajilud,
en Taanac y Meguido, hasta más allá de Yoqneán; todo Beisán, al
lado de Yezrael, desde Beisán hasta Prado Bailén, junto a Sartán.
13 Un Guéber, en Ramot de Galaad; entraban en su jurisdicción las
villas de Yaír, hijo de Manasés, en Galaad, y la región de Argob,
en Basán; sesenta grandes ciudades amuralladas, con cerrojos de
14-5 bronce. Ajinadab, hijo de Idó, en Los Castros. Ajimás, en Neftalí;
16 también éste se casó con una hija de Salomón, con Bosmat. Baaná,
17 hijo de Jusay, en Aser y Dueñas. Josafat, hijo de Faruj, en Isacar.
18-9 Semeí, hijo de Elá, en Benjamín. Guéber, hijo de Urí, en la región
de Gad, la región de Sijón, rey amorreo, y de Og, rey de Basán.

20 Había también un gobernador en la región de Judá. Israelitas y
judíos eran numerosos, como la arena de la playa. Tenían qué co-
mer y qué beber y podían descansar.

Riqueza y sabiduría
(2 Cr 2,3-16)

5 Salomón tenía poder sobre todos los reinos, desde el Eufrates
hasta la región filistea y la frontera de Egipto. Mientras vivió le
pagaron tributo y fueron sus vasallos.
2 Los víveres que recibía diariamente eran trescientas fanegas de
flor de harina, seiscientas de harina ordinaria, diez bueyes cebados,
3 veinte toros y cien ovejas, aparte de los ciervos, gacelas, corzos y
4 las aves de corral. Porque su poder se extendía al otro lado del
Eufrates, desde Tapsaco hasta Gaza, sobre todos los reyes del otro
5 lado del río, y había paz en todas sus fronteras. Mientras vivió Sa-
lomón, Judá e Israel vivieron tranquilos, cada cual bajo su parra y
su higuera, desde Dan hasta Berseba.
6 Salomón tenía cuadras para cuatro mil caballos de tiro y doce mil
7 de montar. Los gobernadores mencionados proveían al rey Salomón
y a los que comían a expensas del rey, cada uno un mes, de modo
8 que no faltase nada. También suministraban cebada y paja para los
caballos de tiro y de montar, cada gobernador desde su puesto,
cuando le tocaba.
9 Dios concedió a Salomón una sabiduría e inteligencia extraordi-
10 narias y una mente abierta como las playas junto al mar. La sabidu-
ría de Salomón superó a la de los sabios de Oriente y de Egipto.
11 Fue más sabio que ninguno, más que Etán, el ezrajita, más que los
rapsodas Hemán, Calcol y Dardá, hijos de Majol. Y se hizo famoso
12 en todos los países vecinos. Compuso tres mil proverbios y mil cin-
13 co canciones. Disertó sobre botánica, desde el cedro del Líbano
hasta el hisopo que crece en la pared. Disertó también sobre cua-
14 drúpedos y aves, reptiles y peces. De todas las naciones venían a
escuchar al sabio Salomón, de todos los reinos del mundo que oían
hablar de su sabiduría.

Alianza con Jirán de Tiro

15 Cuando Jirán, rey de Tiro, se enteró de que Salomón había suce-
dido a su padre en el trono, le mandó una embajada, porque Jirán
16 había sido siempre aliado de David. Salomón le contestó:
17 —Tú sabes que mi padre, David, no pudo construir un templo
en honor del Señor, su Dios, debido a las guerras en que se vio
envuelto, mientras el Señor iba poniendo a sus enemigos bajo sus
18 pies. Ahora el Señor, mi Dios, me ha dado paz en todo el territo-
19 rio: no tengo adversarios ni problemas graves. He pensado cons-
truir un templo en honor del Señor, mi Dios, como dijo el Señor a
mi padre, David: «Tu hijo, al que haré sucesor tuyo en el trono,
20 será quien construya un templo en mi honor». Así, pues, manda
que me corten cedros del Líbano. Mis esclavos irán con los tuyos;
te pagaré el jornal que determines para tus esclavos, pues ya sabes
que nosotros no tenemos taladores tan expertos como los fenicios.

21 Al oír Jirán la petición de Salomón se llenó de alegría, y ex-
clamó:
—¡Bendito sea hoy el Señor, que ha dado a David un hijo sabio
al frente de tan gran nación!
22 Luego despachó esta respuesta para Salomón:
—He oído tu petición. Cumpliré tus deseos, enviando madera
23 de cedro y de abeto; mis esclavos bajarán los troncos del Líbano
al mar; los remolcarán por mar en balsas, hasta donde tú nos digas,
allí desharemos las balsas y tú los subes. Por tu parte, cumple mis
deseos abasteciendo mi palacio.
24 Jirán dio a Salomón toda la madera de cedro y de abeto que qui-
25 so Salomón, y éste dio a Jirán veinte mil fanegas de trigo para la
manutención de su palacio, más veinte mil cántaros de aceite virgen.
26 Era lo que Salomón mandaba a Jirán anualmente. El Señor, según
su promesa, concedió sabiduría a Salomón. Jirán y Salomón firma-
ron un tratado de paz.
27 El rey Salomón reclutó trabajadores en todo Israel: salieron
28 treinta mil hombres. Los mandó al Líbano por turnos, diez mil
cada mes: un mes en el Líbano y dos en casa. Adonirán estaba al
29 frente de los trabajadores. Salomón tenía también setenta mil car-
30 gadores y ochenta mil canteros en la montaña, aparte de los capa-
taces de las obras, en número de tres mil trescientos, que mandaban
31 a los obreros. El rey ordenó extraer grandes bloques de piedra de
32 calidad para hacer los cimientos del templo con sillares. Los obre-
ros de Salomón, los de Jirán y los de Biblos labraban la piedra y
preparaban la madera y la piedra para construir el templo.

Construcción del templo
(2 Cr 3-4)

6 El año cuatrocientos ochenta de la salida de Egipto, el año cuar-
to del reinado de Salomón en Israel, en el mes de mayo (o sea, el
mes segundo), Salomón empezó a construir el templo del Señor.
2 El templo del Señor construido por Salomón medía treinta me-
3 tros de largo, diez de ancho y quince de alto. El vestíbulo ante la
nave del templo ocupaba diez metros a lo ancho del edificio y cinco
4 en profundidad. En el templo hizo ventanales con marcos y celo-
5 sías. Y todo alrededor, adosado a los muros del templo, construyó
6 un anejo, rodeando la nave y el santuario con pisos: el piso bajo
medía dos metros y medio de ancho; el piso intermedio, tres metros
de ancho; el tercero, tres metros y medio de ancho; porque había
hecho alrededor del templo, por fuera, unas ménsulas, para no te-
7 ner que empotrar las vigas en los muros del templo. (El templo se
construyó con piedra labrada ya en la cantera; durante las obras
no se oyeron en el templo martillos, hachas ni herramientas).
8 La entrada del piso bajo estaba en la fachada sur del templo, y por
escaleras de caracol se subía al piso segundo, y de éste al tercero.
9 Salomón remató la construcción del templo recubriéndolo con un
10 artesonado de cedro. Hizo una galería adosada a todo el edificio,
de dos metros y medio de altura, unida al templo por vigas de cedro.
11 El Señor habló a Salomón:
12 —Por este templo que estás construyendo, si caminas según mis

mandatos, pones en práctica mis decretos y cumples todos mis pre-
ceptos, caminando conforme a ellos, yo te cumpliré la promesa que
13 hice a tu padre, David: habitaré entre los israelitas y no abandona-
ré a mi pueblo Israel.
14-5 Cuando Salomón acabó la construcción del templo, revistió los
muros interiores con madera de cedro, desde el suelo hasta el arte-
16 sonado; revistió de madera todo el interior; el suelo lo cubrió con
tablas de abeto; los diez metros del fondo los recubrió con tablas
de cedro, desde el suelo hasta las vigas del techo, y lo destinó a
camarín o santísimo.
17 El templo, es decir, la nave delante del camarín, medía veinte
18 metros. El cedro del interior del templo llevaba bajorrelieves de
guirnaldas con frutos y flores; todo era de cedro, no se veían los
19 sillares. El camarín, en el fondo del templo, lo destinó para colocar
20 allí el arca de la alianza del Señor. El camarín medía diez metros
de largo, diez de ancho y diez de alto; lo revistió de oro puro.
21 Hizo un altar de cedro ante el camarín y lo revistió de oro.
22-3 (Revistió de oro todo el templo, hasta el último hueco). Para el ca-
marín talló dos querubines en madera de acebuche: medían cinco
24 metros de altura. Las alas del primero medían dos metros y medio
25 cada una, en total cinco metros de envergadura; el otro querubín
26 medía también cinco metros. Así que los querubines tenían las
mismas dimensiones y la misma forma; los dos medían cinco me-
27 tros de altura. Salomón los colocó en medio del recinto interior,
con las alas extendidas, de forma que sus alas exteriores llega-
ban a los dos muros, mientras que las alas interiores se tocaban
28 una a otra en el centro del recinto. Y revistió de oro los queru-
bines.
29 Sobre los muros del templo, en el camarín y en la nave, todo
alrededor, esculpió bajorrelieves de querubines, palmas y guirnaldas
30 de flores. El pavimento del templo, tanto el del camarín como el
31 de la nave, lo revistió de oro. Para la entrada del camarín hizo las
puertas de madera de acebuche, con jambas abocinadas de cinco
32 entrantes. Sobre las puertas de madera de acebuche esculpió bajo-
rrelieves de querubines, palmas y guirnaldas de flores, y los recu-
brió de oro, revistiendo con panes de oro el relieve de los queru-
33 bines y las palmas. Para la entrada de la nave hizo también jambas
34 abocinadas con cuatro entrantes, en madera de acebuche, y dos
puertas en madera de abeto, cada una con dos hojas giratorias;
35 sobre ellas esculpió querubines, palmas y guirnaldas de flores, y
36 los recubrió de oro, bien aplicado a los relieves. Construyó el atrio
interior con tres hileras de sillares y una de vigas de cedro.
37 El año cuarto, en el mes de mayo, echó los cimientos del templo,
38 y en el año once, en el mes de noviembre (o sea, el mes octavo), ter-
minó todos los detalles, según el proyecto. Lo construyó en siete
años.

Construcción del palacio

7 En cuanto a su palacio, Salomón empleó trece años en terminarlo.
2 Construyó el salón llamado Bosque del Líbano: medía cincuenta
metros de largo, veinticinco de ancho y quince de alto, con tres

3 series de columnas de cedro, que sostenían vigas de cedro. Sobre las
vigas que iban encima de las columnas (cuarenta y cinco columnas
4 en total, quince en cada serie) puso una techumbre de cedro. Había
tres series de ventanas con celosías, unas frente a otras, de tres
5 en tres. Todas las puertas y ventanas tenían un marco rectangular,
6 unas frente a otras, de tres en tres. Construyó el Pórtico de las Co-
lumnas, de veinticinco metros de largo por quince de ancho, y
delante de él otro pórtico con columnas y un voladizo delante.
7 Hizo el Salón del Trono o Audiencia, donde administraba justicia;
lo recubrió con madera de cedro, desde el piso hasta el artesonado.
8 Su residencia personal, en otro atrio dentro del pórtico, era de un
estilo parecido. Hizo también otro palacio parecido al pórtico, para
9 la hija del Faraón, con la que se había casado. Desde los cimientos
hasta las vigas todo estaba hecho con sillares magníficos, labrados
10 a escuadra, serradas la cara interna y externa. Los cimientos eran
de grandes bloques de piedra de calidad, de cinco por cuatro me-
11 tros, y encima piedras especiales labradas a escuadra y madera de
12 cedro. El gran atrio tenía tres hileras de sillares y una de vigas de
cedro, lo mismo que el atrio interior del templo y el vestíbulo del
palacio.

Trabajos para el templo

13 El rey Salomón mandó a buscar a Jirán de Tiro. Este Jirán era
14 hijo de una viuda de la tribu de Neftalí y de padre fenicio. Trabaja-
ba el bronce, era un artesano muy experto y hábil para cualquier
trabajo en bronce. Se presentó al rey Salomón y ejecutó todos sus
encargos.
15 Hizo dos columnas de bronce de ocho metros de alto y seis de
16 perímetro cada una, medidos a cordel. Para rematarlas hizo dos
capiteles de bronce fundido, de dos metros y medio de alto cada
17 uno. Y para adornar los capiteles hizo dos trenzados en forma de
18 cadena, uno para cada capitel. Luego hizo las granadas: dos series
19b rodeando cada trenzado, para cubrir el capitel que remataba cada
20 columna (cuatrocientas granadas en total, doscientas en torno a cada
19a capitel), puestas encima, junto a la moldura que seguía el trenzado.
21 Los capiteles de las columnas tenían todos forma de azucena. Eri-
gió las columnas en el pórtico del templo. Cuando levantó la colum-
na de la derecha la llamó «Firme»; luego la de la izquierda, y la
22 llamó «Fuerte». Así terminó el encargo de las columnas.
23 Hizo también un depósito de metal fundido: medía cinco metros
de diámetro; era todo redondo, de dos metros y medio de alto y
24 quince de perímetro, medidos a cordel. Por debajo del borde, todo
alrededor, daban la vuelta al depósito dos series de motivos vege-
tales, con veinte frutas en cada metro, fundidas con el depósito en
25 una sola pieza. El depósito descansaba sobre doce toros, que mira-
ban tres al norte, tres al poniente, tres al sur y tres a levante;
tenían los cuartos traseros hacia dentro. Encima de ellos iba el de-
26 pósito. Su espesor era de ocho centímetros, y su borde como el de
un cáliz de azucena. Su capacidad era de unos ochenta mil litros.
27 También fabricó diez palanganeros de bronce, de dos metros de
28 largo por dos de ancho y uno y medio de alto cada uno, hechos de

esta forma: iban revestidos con paneles enmarcados en una estruc-
29 tura metálica; sobre esos paneles había leones, toros y querubines,
y sobre el marco, por encima y por debajo de los leones y los toros,
30 iban guirnaldas colgantes. Cada palanganero tenía cuatro ruedas de
bronce, con ejes también de bronce; las patas remataban arriba en
unos soportes de metal fundido sobre los que iba el aguamanil,
31 rebasando las guirnaldas. Dentro de los soportes se abría una embo-
cadura, y medio metro más abajo, una embocadura redonda, de
setenta y cinco centímetros de diámetro, y por debajo, la emboca-
dura de los paneles, con bajorrelieves, cuadrada, no redonda.
32 Las cuatro ruedas estaban bajo los paneles y los ejes de las ruedas
estaban fijos al palanganero; cada rueda medía setenta y cinco
33 centímetros de diámetro, y eran como las ruedas de un carro: los
34 ejes, las llantas, los radios, el cubo, todo era de fundición. Los cua-
tro soportes en los cuatro ángulos de cada palanganero formaban
35 una sola pieza con la base. La parte superior del palanganero rema-
taba en una pieza circular de setenta y cinco centímetros de altura,
36 formando una misma pieza con el armazón y los paneles. Sobre las
planchas del armazón y los paneles, según el espacio disponible,
grabó querubines, leones y palmas, con guirnaldas alrededor.
37 Así hizo los diez palanganeros de metal fundido, con el mismo
38 molde, las mismas medidas y el mismo diseño para todos. Luego
hizo diez aguamaniles de bronce, uno por cada palanganero, con
39 una capacidad de ciento sesenta litros cada uno. Puso cinco palan-
ganeros en la parte sur del templo y cinco en la parte norte; el de-
pósito lo puso en la parte sur del templo.
40 Jirán hizo también los barreños, los ceniceros, los aspersorios.
Así ultimó todos los encargos de Salomón para el templo del Señor:
41 las dos columnas, las dos esferas de los capiteles que remataban las
42 columnas, las dos guirnaldas para cubrir esas esferas, las cuatro-
cientas granadas para las dos guirnaldas (dos series de granadas en
43 cada guirnalda), los diez palanganeros y los diez aguamaniles,
44-5 el depósito sobre los doce toros, los calderos, ceniceros y asperso-
rios. Todos los utensilios que Jirán hizo al rey Salomón para el
46 templo eran de bronce bruñido. Los fundió en el valle del Jordán,
47 junto al vado de Adamá, entre Cabañas y Sartán. Salomón colocó
todos esos objetos. Eran tantos, que no se comprobó el peso del
bronce.
48 También hizo Salomón todos los demás utensilios del templo:
el altar de oro, la mesa de oro sobre la que se ponían los panes
49 presentados, los candelabros de oro puro, cinco a la derecha y cinco
a la izquierda del camarín, con sus cálices, lámparas y tenazas de
50 oro; las palanganas, cuchillos, aspersorios, bandejas, despabiladeras
de oro puro, los quicios de oro para las puertas del camarín y de
la nave.
51 Cuando se terminaron todos los encargos del rey para el templo,
Salomón hizo traer las ofrendas de su padre, David: plata, oro y
vasos, y las depositó en el tesoro del templo.

Dedicación del templo
(2 Cr 5-6)

8 Entonces Salomón convocó a palacio, en Jerusalén, a los concejales de Israel, a los jefes de tribu y a los cabezas de familia de los
israelitas para trasladar el arca de la alianza del Señor desde la
2 Ciudad de David (o sea, Sión). Todos los israelitas se congregaron
en torno al rey Salomón en el mes de octubre (el mes séptimo), en
3 la fiesta de las Chozas. Cuando llegaron todos los concejales a Israel,
4 los sacerdotes cargaron con el arca del Señor, y los sacerdotes levitas
llevaron la tienda del encuentro, más los utensilios del culto que
había en la tienda.
5 El rey Salomón, acompañado de toda la asamblea de Israel reunida con él ante el arca, sacrificaba una cantidad incalculable de ovejas y bueyes.
6 Los sacerdotes llevaron el arca de la alianza del Señor a su sitio,
al camarín del templo (al santísimo), bajo las alas de los querubines,
7 pues los querubines extendían las alas sobre el sitio del arca y cu-
8a brían el arca y los varales por encima (los varales eran lo bastante
largos como para que se viera el remate desde la nave, delante del
9 camarín, pero no desde fuera). En el arca sólo había las dos tablas
de piedra que colocó allí Moisés en el Horeb, cuando el Señor pactó
8b con los israelitas, al salir de Egipto, y allí se conservan actualmente.
10 Cuando los sacerdotes salieron de la nave, la nube llenó el tem-
11 plo, de forma que los sacerdotes no podían seguir oficiando a causa
de la nube, porque la gloria del Señor llenaba el templo.
12 Entonces Salomón dijo:
—El Señor puso el sol en el cielo, el Señor quiere habitar en la
13 tiniebla, y yo te he construido un palacio, un sitio donde vivas para
siempre [a].
14 Luego se volvió para echar la bendición a toda la asamblea de
15 Israel (toda la asamblea de Israel estaba en pie), y dijo:
—¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel! Que a mi padre, David,
16 con la boca se lo prometió y con la mano se lo cumplió: «Desde el
día que saqué de Egipto a mi pueblo, Israel, no elegí ninguna ciudad de las tribus de Israel para hacerme un templo donde residiera
mi Nombre, sino que elegí a David para que estuviese al frente de
17 mi pueblo, Israel». Mi padre, David, pensó edificar un templo en
18 honor del Señor, Dios de Israel, y el Señor le dijo: «Ese proyecto
que tienes de construir un templo en mi honor haces bien en tener-
19 lo; sólo que tú no construirás ese templo, sino que un hijo de tus
20 entrañas será quien construya ese templo en mi honor». El Señor
ha cumplido la promesa que hizo: yo he sucedido en el trono de
Israel a mi padre, David, como lo prometió el Señor, y he construi-
21 do este templo en honor del Señor, Dios de Israel. Y en él he fijado
un sitio para el arca, donde se conserva la alianza que el Señor
pactó con nuestros padres cuando los sacó de Egipto.
22 Salomón, en pie ante el altar del Señor, en presencia de toda la
23 asamblea de Israel, extendió las manos al cielo y dijo:
—¡Señor, Dios de Israel! Ni arriba en el cielo ni abajo en la tie-

a Según el griego, se podría añadir: Tomado del *Libro de los Cantares*.

rra hay un Dios como tú, fiel a la alianza con tus vasallos, si proce-
24 den de todo corazón como tú quieres; que a mi padre, David, tu
siervo, le has mantenido la palabra: con tu boca se lo prometiste,
25 con la mano se lo cumples hoy. Ahora, pues, Señor, Dios de Israel,
mantén en favor de tu siervo, mi padre, David, la promesa que le
hiciste: 'No te faltará en mi presencia un descendiente en el trono
de Israel, a condición de que tus hijos sepan comportarse procedien-
26 do de acuerdo conmigo, como has procedido tú'. Ahora, pues, Dios
de Israel, confirma la promesa que hiciste a mi padre, David, siervo
27 tuyo. Aunque ¿es posible que Dios habite en la tierra? Si no cabes
en el cielo y lo más alto del cielo, ¡cuánto menos en este templo
que he construido!
28 »Vuelve tu rostro a la oración y súplica de tu siervo. Señor, Dios
mío, escucha el clamor y la oración que te dirige hoy tu siervo.
29 Día y noche estén tus ojos abiertos sobre este templo, sobre el sitio
donde quisiste que residiera tu Nombre. ¡Escucha la oración que
30 tu siervo te dirige en este sitio! Escucha la súplica de tu siervo y
de tu pueblo, Israel, cuando recen en este sitio; escucha tú desde
tu morada del cielo, escucha y perdona.
31 »Cuando uno peque contra otro, si se le exige juramento y viene
32 a jurar ante tu altar en este templo, escucha tú desde el cielo y haz
justicia a tus siervos: condena al culpable dándole su merecido y
absuelve al inocente pagándole según su inocencia.
33 »Cuando los de tu pueblo, Israel, sean derrotados por el enemigo, por haber pecado contra ti, si se convierten a ti y te confiesan
34 su pecado, y rezan y suplican en este templo, escucha tú desde el
cielo y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y hazlos volver a la
tierra que diste a sus padres.
35 »Cuando, por haber pecado contra ti, se cierre el cielo y no haya
lluvia, si rezan en este lugar, te confiesan su pecado y se arrepien-
36 ten cuando tú los afliges, escucha tú desde el cielo y perdona el
pecado de tu siervo, tu pueblo, Israel, mostrándole el buen camino
que deben seguir y envía la lluvia a la tierra que diste en heredad
37 a tu pueblo. Cuando en el país haya hambre, peste, sequía y añublo, langostas y saltamontes; cuando el enemigo cierre el cerco en
torno a alguna de sus ciudades; en cualquier calamidad o enferme-
38 dad; si uno cualquiera o todo tu pueblo, Israel, ante los remordimientos de su conciencia, extiende las manos hacia este templo y
39 te dirige oraciones y súplicas, escúchalas tú desde el cielo, donde
moras, perdona y actúa, paga a cada uno según su conducta, tú que
conoces el corazón, porque sólo tú conoces el corazón humano;
40 así te respetarán mientras vivan en la tierra que tú diste a nuestros
padres.
41 »También el extranjero, que no pertenece a tu pueblo, Israel,
42 cuando venga de un país lejano atraído por tu fama —porque oirán
hablar de tu gran fama, de tu mano fuerte y tu brazo extendido—,
43 cuando venga a rezar en este templo, escúchalo tú desde el cielo,
donde moras; haz lo que te pida, para que todas las naciones del
mundo conozcan tu fama y te teman como tu pueblo, Israel, y sepan
que tu nombre ha sido invocado en este templo que he construido.
44 »Cuando tu pueblo salga en campaña contra el enemigo, por el
camino que les señales, si rezan al Señor vueltos hacia la ciudad

45 que has elegido y al templo que he construido en tu honor, escucha
46 tú desde el cielo su oración y súplica y hazles justicia. Cuando pe-
quen contra ti —porque nadie está libre de pecado— y tú, irritado
contra ellos, los entregues al enemigo, y los vencedores los destie-
47 rren a un país enemigo, lejano o cercano, si en el país donde vivan
deportados reflexionan y se convierten, y en el país de los vence-
dores te suplican, diciendo: 'Hemos pecado, hemos faltado, somos
48 culpables'; si en el país de los enemigos que los hayan deportado
se convierten a ti con todo el corazón y con toda el alma, y te re-
zan vueltos hacia la tierra que habías dado a sus padres, hacia la
ciudad que elegiste y el templo que he construido en tu honor,
49 escucha tú desde el cielo, donde moras, su oración y súplica y haz-
50 les justicia; perdona a tu pueblo los pecados cometidos contra ti,
sus rebeliones contra ti, haz que sus vencedores se compadezcan de
51 ellos, porque son tu pueblo y tu heredad, los que sacaste de Egipto,
del horno de hierro.
52 »Ten los ojos abiertos ante la súplica de tu siervo, ante la súplica
de tu pueblo, Israel, para atenderlos siempre que te invoquen.
53 Pues entre todas las naciones del mundo tú los apartaste como he-
redad, como dijiste por tu siervo Moisés cuando sacaste de Egipto,
Señor, a nuestros padres».
54 Cuando Salomón terminó de rezar esta oración y esta súplica al
Señor, se levantó de delante del altar del Señor, donde estaba arro-
55 dillado con las manos extendidas hacia el cielo. Y puesto en pie,
echó esta bendición en voz alta a toda la asamblea israelita:
56 —¡Bendito sea el Señor, que ha dado el descanso a su pueblo,
Israel, conforme a sus promesas! No ha fallado ni una sola de las
57 promesas que nos hizo por medio de su siervo Moisés. Que el Se-
ñor, nuestro Dios, esté con nosotros, como estuvo con nuestros
58 padres; que no nos abandone ni nos rechace. Que incline hacia él
nuestro corazón, para que sigamos todos sus caminos y guardemos
los preceptos, mandatos y decretos que dio a nuestros padres.
59 Que las palabras de esta súplica hecha ante el Señor permanezcan
junto al Señor, nuestro Dios, día y noche, para que haga justicia
a su siervo y a su pueblo, Israel, según la necesidad de cada día.
60 Así sabrán todas las naciones del mundo que el Señor es el Dios
61 verdadero, y no hay otro; y vuestro corazón será totalmente del
Señor, nuestro Dios, siguiendo sus preceptos y guardando sus man-
damientos, como hacéis hoy.
62 El rey, y todo Israel con él, ofrecieron sacrificios al Señor.
63 Salomón inmoló, como sacrificio de comunión en honor del Señor,
veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Así dedicaron el
64 templo el rey y todos los israelitas. Aquel día consagró el rey el
atrio interior que hay delante del templo, ofreciendo allí los holo-
caustos, las ofrendas y la grasa de los sacrificios de comunión; pues
sobre el altar de bronce que estaba ante el Señor no cabían los ho-
locaustos, las ofrendas y la grasa de los sacrificios de comunión.
65 En aquella ocasión, Salomón, con todo Israel, celebró la fiesta
ante el Señor, nuestro Dios, durante siete días; acudió un gentío
inmenso, desde el paso de Jamat hasta el río de Egipto, al templo
que había construido. Comieron y bebieron e hicieron fiesta can-
66 tando himnos al Señor, nuestro Dios. Al octavo día Salomón des-

pidió a la gente, y ellos dieron gracias al rey. Marcharon a sus casas
alegres y contentos por todos los beneficios que el Señor había
hecho a su siervo David y a su pueblo, Israel.

Nueva aparición y oráculo
(2 Cr 7,11-22)

9 Cuando Salomón terminó el templo, el palacio real y todo cuanto
2 quería y deseaba, el Señor se le apareció otra vez, como en Gabaón,
3 y le dijo:
—He escuchado la oración y súplica que me has dirigido. Con-
sagro este templo que has construido, para que en él resida mi
Nombre por siempre; siempre estarán en él mi corazón y mis ojos.
4 En cuanto a ti, si procedes de acuerdo conmigo como tu padre, Da-
vid, con corazón íntegro y recto, haciendo exactamente lo que te
5 mando y cumpliendo mis mandatos y preceptos, conservaré tu trono
real en Israel perpetuamente, como le prometí a tu padre, David:
6 «No te faltará un descendiente en el trono de Israel». Pero si vos-
otros o vuestros hijos apostatáis, o no guardáis los preceptos y man-
datos que os he dado, y vais a dar culto a otros dioses y los adoráis,
7 borraré a Israel de la tierra que yo le di, rechazaré el templo que
he consagrado a mi Nombre e Israel será el refrán y la burla de
8 todas las naciones. Este templo será un montón de ruinas; los que
pasen se asombrarán y silbarán, comentando: «¿Por qué ha tratado
9 así el Señor a este país y a este templo?». Y les dirán: «Porque
abandonaron al Señor, su Dios, que había sacado a sus padres de
Egipto; porque siguieron a otros dioses, los adoraron y les dieron
culto; por eso el Señor les ha echado encima esta catástrofe».

Tierrabaldía
(2 Cr 8,1-4)

10 Salomón construyó los dos edificios, el templo y el palacio, du-
11 rante veinte años, con la ayuda de Jirán, rey de Tiro, que le pro-
porcionó madera de cedro y abeto y todo el oro que quiso. Al ter-
minar, el rey Salomón dio a Jirán veinte villas en la provincia de
Galilea.
12 Jirán salió de Tiro a visitar las poblaciones que le daba Salomón,
13 pero no le gustaron, y protestó:
—¡Vaya villas que me das, hermano!
14 Las llamó Tierrabaldía, y así se llama hoy aquella región. Jirán
había mandado al rey Salomón cuatro mil kilos de oro.

Leva de trabajadores
(2 Cr 8,7-18)

15 Modo como reclutó el rey Salomón trabajadores para construir
el templo, el palacio, el terraplén, la muralla de Jerusalén, Jasor,
16 Meguido y Guézer (el Faraón, rey de Egipto, se había apoderado de
Guézer, la había incendiado y degollado a los cananeos que la habi-

taban; luego se la dio como dote a su hija, la esposa de Salomón,
17-8 y éste la reconstruyó), Bejorón de Abajo, Baalat, Palma de la Este-
19 pa, todos los centros de avituallamiento que tenía Salomón, las
ciudades con cuarteles de caballería y carros y cuanto quiso cons-
truir en Jerusalén, en el Líbano y en todas las tierras de su Imperio.
20 Salomón hizo primero una leva de trabajadores no israelitas
21 entre los descendientes que quedaban todavía de los amorreos, hiti-
tas, fereceos, heveos y jebuseos (pueblos que los israelitas no habían
22 podido exterminar). A los israelitas no les impuso trabajos forzados,
sino que le servían como soldados, funcionarios, jefes y oficiales de
23 carros y caballería. Los jefes y capataces de las obras, que manda-
ban a los obreros, eran quinientos cincuenta.
24 Una vez que la hija del Faraón pasó de la Ciudad de David al
palacio que le había construido Salomón, entonces se hizo el te-
rraplén.
25 Salomón ofrecía tres veces al año holocaustos y sacrificios de co-
munión sobre el altar que había construido al Señor, y quemaba
perfumes ante el Señor, y mantenía el templo en buen estado.
26 El rey Salomón construyó una flota en Foresta del Gallo, junto a
27 Eilat, en la costa del Mar Rojo, en el país de Edom. Jirán envió
como tripulantes esclavos suyos, marineros expertos, junto con los
28 esclavos de Salomón. Llegaron a Ofir y le trajeron de allí al rey
Salomón unos quince mil kilos de oro.

Visita de la reina de Sabá
(2 Cr 9,1-12)

10 La reina de Sabá oyó la fama de Salomón y fue a desafiarlo con
2 enigmas. Llegó a Jerusalén con una gran caravana de camellos car-
gados de perfumes y oro en gran cantidad y piedras preciosas. Entró
3 en el palacio de Salomón y le propuso todo lo que pensaba. Salomón
resolvió todas sus consultas; no hubo una cuestión tan oscura que
el rey no pudiera resolver.
4 Cuando la reina de Sabá vio la sabiduría de Salomón, la casa que
5 había construido, los manjares de su mesa, toda la corte sentada a
la mesa, los camareros con sus uniformes sirviendo, las bebidas, los
holocaustos que ofrecía en el templo del Señor, se quedó asombra-
6 da, y dijo al rey:
—¡Es verdad lo que me contaron en mi país de ti y tu sabiduría!
7 Yo no quería creerlo; pero ahora que he venido y lo veo con mis
propios ojos, resulta que no me habían dicho ni la mitad. En sabi-
8 duría y riquezas superas todo lo que yo había oído. ¡Dichosa tu
gente, dichosos los cortesanos, que están siempre en tu presencia
9 aprendiendo de tu sabiduría! ¡Bendito sea el Señor, tu Dios, que,
por el amor eterno que tiene a Israel, te ha elegido para colocarte
en el trono de Israel y te ha nombrado rey para que gobiernes con
justicia!
10 La reina regaló al rey cuatro mil kilos de oro, gran cantidad de
perfumes y piedras preciosas. Nunca llegaron tantos perfumes como
13 los que la reina de Sabá regaló al rey Salomón. Por su parte, el rey
Salomón regaló a la reina de Sabá todo lo que a ella se le antojó,

aparte de lo que el mismo rey Salomón, con su esplendidez, le re-
galó. Después ella y su séquito emprendieron el viaje de vuelta a
su país.

Comercio exterior y riquezas
(2 Cr 9,13-28)

11 La flota de Jirán, que transportaba el oro de Ofir, trajo también
12 madera de sándalo en gran cantidad y piedras preciosas. Con la ma-
dera de sándalo el rey hizo balaustradas para el templo del Señor
y el palacio real y cítaras y arpas para los cantores. Nunca llegó
madera de sándalo como aquélla ni se ha vuelto a ver hasta hoy.
14 El oro que recibía Salomón al año eran veintitrés mil trescientos
15 kilos, sin contar el proveniente de impuestos a los comerciantes,
al tránsito de mercancías y a los reyes de Arabia y gobernadores
del país.
16 El rey Salomón hizo doscientos escudos de oro batido, gastando
17 seis kilos y medio en cada uno, y trescientas adargas de oro batido,
gastando medio kilo de oro en cada una; los puso en el salón llama-
18 do Bosque del Líbano. Hizo un gran trono de marfil recubierto de
19 oro fino: tenía seis gradas, la cabecera del respaldo redonda, brazos
a ambos lados del asiento, dos leones de pie junto a los brazos
20 y doce leones de pie a ambos lados de las gradas. Nunca se había
21 hecho cosa igual en ningún reino. Toda la vajilla del rey Salomón
era de oro y todo el ajuar del salón Bosque del Líbano era de oro
puro; nada de plata, a la que en tiempo de Salomón no se le daba
22 importancia; porque el rey tenía en el mar una flota mercante,
junto con la flota de Jirán, y cada tres años llegaban las naves car-
gadas de oro, plata, marfil, monos y pavos reales.
23 En riqueza y sabiduría, el rey Salomón superó a todos los reyes
24 de la tierra. De todo el mundo venían a visitarlo, para aprender de
25 la sabiduría de que Dios lo había llenado. Y cada cual traía su ob-
sequio: vajillas de plata y oro, mantos, perfumes y aromas, caballos
26 y mulos. Y así todos los años. Salomón juntó carros y caballos.
Llegó a tener mil cuatrocientos carros y doce mil caballos. Los
acantonó en las ciudades con cuarteles de carros y en Jerusalén,
cerca del palacio.
27 Salomón consiguió que en Jerusalén la plata fuera tan corriente
como las piedras y los cedros como los sicómoros de la Sefela
28 Los caballos de Salomón provenían de Cilicia, donde los tratantes
29 del rey los compraban al contado. Cada carro importado de Egipto
valía seiscientos pesos. Un caballo valía ciento cincuenta, y lo mis-
mo los importados de los reinos hititas y de los reinos sirios.

Idolatría de Salomón

11 Pero el rey Salomón se enamoró de muchas mujeres extranjeras,
además de la hija del Faraón: moabitas, amonitas, edomitas, feni-
2 cias e hititas, de las naciones de quienes había dicho el Señor a los
de Israel: «No os unáis con ellas ni ellas con vosotros, porque os
desviarán el corazón tras sus dioses». Salomón se enamoró perdida-

3 mente de ellas; tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas.
4 Y así, cuando llegó a viejo, sus mujeres desviaron su corazón tras
dioses extranjeros; su corazón ya no perteneció por entero al Señor,
como el corazón de David, su padre.
5 Salomón siguió a Astarté, diosa de los fenicios; a Malcón, ídolo
6 de los amonitas. Hizo lo que el Señor reprueba; no siguió plena-
7 mente al Señor, como su padre, David. Entonces construyó una
ermita a Camós, ídolo de Moab, en el monte que se alza frente a
8 Jerusalén, y a Malcón, ídolo de los amonitas. Hizo otro tanto para
sus mujeres extranjeras, que quemaban incienso y sacrificaban en
honor de sus dioses.
9 El Señor se encolerizó contra Salomón, porque había desviado
su corazón del Señor, Dios de Israel, que se le había aparecido dos
10 veces, y que precisamente le había prohibido seguir a dioses extran-
11 jeros; pero Salomón no cumplió esta orden. Entonces el Señor le
dijo:
—Por haberte portado así conmigo, siendo infiel al pacto y a los
mandatos que te di, te voy a arrancar el reino de las manos para
12 dárselo a un siervo tuyo. No lo haré mientras vivas, en considera-
13 ción a tu padre, David; se lo arrancaré de la mano a tu hijo. Y ni
siquiera le arrancaré todo el reino; dejaré a tu hijo una tribu, en
consideración a mi siervo David y a Jerusalén, mi ciudad elegida.

Rebeliones contra Salomón

14 Así, suscitó el Señor a Salomón un adversario: Hadad, el idumeo,
de la estirpe real de Edom.
15 Cuando David derrotó a Edom, al ir Joab, general en jefe, a en-
16 terrar a los muertos, mató a todos los varones de Edom. Joab y el
ejército israelita estuvieron acantonados allí seis meses, hasta que
17 exterminaron a todos los varones de Edom. Pero Hadad logró huir
a Egipto con unos cuantos idumeos, funcionarios de su padre.
18 Hadad era entonces un chiquillo. Partieron de Madián y llegaron
a Farán. Se les agregaron algunos de Farán, entraron en Egipto y se
presentaron al Faraón, rey de Egipto, que les dio casa, manutención
19 y tierras. Hadad se ganó completamente el favor del Faraón, que
20 lo casó con su cuñada, la hermana de la reina Tafnes. Su mujer le
dio un hijo, Guenubat, y lo crió en el palacio del Faraón, con los
hijos del Faraón.
21 Cuando Hadad se enteró en Egipto de que David había fallecido
y que había muerto Joab, general en jefe, pidió al Faraón:
—Déjame ir a mi tierra.
22 El Faraón le respondió:
—Pero ¿qué te falta junto a mí, que pretendes irte ahora a tu
tierra?
Hadad le dijo:
—Nada. Pero déjame ir.
25b Hadad reinó en Edom y no dejó en paz a Israel.
23 También suscitó el Señor como adversario de Salomón a Rezón,
hijo de Elyadá, que se le había escapado a su amo Adadhézer, rey
24 de Sobá; se le juntaron unos cuantos hombres y se hizo jefe de gue-

rrillas; y mientras David destrozaba a los sirios, él se apoderó de
25a Damasco, se estableció allí y llegó a ser rey de Damasco. Fue adver-
sario de Israel durante todo el reinado de Salomón.
26 Jeroboán, hijo de Nabat, era efraimita, natural de Serdá; su ma-
dre, llamada Servá, era viuda. Siendo funcionario de Salomón se
27 rebeló contra el rey. La ocasión de rebelarse contra el rey fue ésta:
Salomón estaba construyendo el terraplén para rellenar el foso de
28 la Ciudad de David, su padre. Jeroboán era un hombre de valer,
y Salomón, viendo que el chico trabajaba bien, lo nombró capataz
de todos los cargadores de la casa de José.
29 Un día salió Jeroboán de Jerusalén, y el profeta Ajías, de Siló,
envuelto en un manto nuevo, se lo encontró en el camino; estaban
30 los dos solos, en descampado. Ajías agarró su manto nuevo, lo ras-
31 gó en doce trozos y dijo a Jeroboán:
—Cógete diez trozos, porque así dice el Señor, Dios de Israel:
«Voy a arrancarle el reino a Salomón y voy a darte a ti diez tribus;
32 lo restante será para él, en consideración a mi siervo David y a
Jerusalén, la ciudad que elegí entre todas las tribus de Israel;
33 porque me ha abandonado y ha adorado a Astarté, diosa de los fe-
nicios; a Camós, dios de Moab; a Malcón, dios de los amonitas,
y no ha caminado por mis sendas practicando lo que yo apruebo,
34 mis mandatos y preceptos, como su padre, David. No le quitaré
todo el reino; en consideración a mi siervo David, a quien elegí,
que guardó mis leyes y preceptos, lo mantendré de jefe mientras
35 viva; pero a su hijo le quito el reino y te doy a ti diez tribus.
36 A su hijo le daré una tribu, para que mi siervo David tenga siempre
una lámpara ante mí en Jerusalén, la ciudad que me elegí para que
37 residiera allí mi Nombre. En cuanto a ti, voy a escogerte para que
38 seas rey de Israel, según tus ambiciones. Si obedeces en todo lo que
yo te ordene y caminas por mis sendas y practicas lo que yo aprue-
bo, guardando mis mandatos y preceptos, como lo hizo mi siervo
David, yo estaré contigo y te daré una dinastía duradera, como hice
39 con David, y te daré Israel. Humillaré a los descendientes de David
por esto, aunque no para siempre».
40 Salomón intentó matar a Jeroboán, pero Jeroboán emprendió la
fuga a Egipto, donde reinaba Sisac, y estuvo allí hasta que murió
Salomón.
41 Para más datos sobre Salomón, sus empresas y su sabiduría,
véanse los Anales de Salomón.
42 Salomón reinó en Jerusalén sobre todo Israel cuarenta años.
43 Cuando murió lo enterraron en la Ciudad de David, su padre. Su
hijo Roboán le sucedió en el trono.

ÉL CISMA: LOS DOS REINOS

El cisma
(2 Cr 10,1-11,4)

12 Roboán fue a Siquén porque todo Israel había acudido allí para
2 proclamarlo rey. (Cuando se enteró Jeroboán, hijo de Nabat —es-
taba todavía en Egipto, adonde había ido huyendo del rey Salo-
món—, volvió de Egipto, porque habían mandado a llamarlo).
3 Jeroboán y toda la asamblea israelita hablaron a Roboán:
4 —Tu padre nos impuso un yugo pesado. Aligera tú ahora la dura
servidumbre a que nos sujetó tu padre y el pesado yugo que nos
echó encima, y te serviremos.
5 El les dijo:
—Marchaos, y al cabo de tres días volved.
6 Ellos se fueron y el rey Roboán consultó a los ancianos que ha-
bían estado al servicio de su padre, Salomón, mientras vivía:
—¿Qué me aconsejáis que responda a esa gente?
7 Le dijeron:
—Si condesciendes hoy con este pueblo, poniéndote a su servicio,
y le respondes con buenas palabras, serán siervos tuyos de por vida.
8 Pero él desechó el consejo de los ancianos y consultó a los jóvenes
9 que se habían educado con él y estaban a su servicio. Les preguntó:
—Esta gente pide que les aligere el yugo que les echó encima mi
padre. ¿Qué me aconsejáis que les responda?
10 Los jóvenes que se habían educado con él le respondieron:
—O sea, que esa gente te ha dicho: «Tu padre nos impuso un
yugo pesado; aligéranoslo». Pues diles tú esto: «Mi dedo meñique
11 es más grueso que la cintura de mi padre. Si mi padre os cargó un
yugo pesado, yo os aumentaré la carga; que mi padre os castigó con
azotes, yo os castigaré con latigazos».
12 Al tercer día, la fecha señalada por el rey, Jeroboán y todo el
13 pueblo fueron a ver a Roboán. Este les respondió ásperamente;
14 desechó el consejo de los ancianos, y les habló siguiendo el consejo
de los jóvenes:

—Si mi padre os impuso un yugo pesado,
yo os aumentaré la carga;
que mi padre os castigó con azotes,
yo os castigaré con latigazos.

15 De manera que el rey no hizo caso al pueblo, porque era una
ocasión buscada por el Señor para que se cumpliese la palabra que
Ajías, el de Siló, comunicó a Jeroboán, hijo de Nabat.
16 Viendo los israelitas que el rey no les hacía caso, le replicaron:

—¿Qué nos repartimos nosotros con David?
¡No heredamos juntos con el hijo de Jesé!
¡A tus tiendas, Israel!
¡Ahora, David, a cuidar de tu casa!

17 Los de Israel se marcharon a casa; aunque los israelitas que vi-
vían en las poblaciones de Judá siguieron sometidos a Roboán.
18 El rey Roboán envió entonces a Adorán, encargado de las brigadas
de trabajadores; pero los israelitas la emprendieron a pedradas con

él hasta matarlo, mientras el rey montaba aprisa en su carroza para
19 huir a Jerusalén. Así fue como se independizó Israel de la casa de
David, hasta hoy.
20 Cuando Israel oyó que Jeroboán había vuelto, mandaron a lla-
marlo para que fuera a la asamblea, y lo proclamaron rey de Israel.
21 Con la casa de David quedó únicamente la tribu de Judá. Cuando
Roboán llegó a Jerusalén, movilizó ciento ochenta mil soldados de
Judá y de la tribu de Benjamín para luchar contra Israel y recupe-
22 rar el reino para Roboán, hijo de Salomón. Pero Dios dirigió la pa-
labra al profeta Semayas:
23 —Di a Roboán, hijo de Salomón, rey de Judá, a todo Judá y
24 Benjamín y al resto del pueblo: Así dice el Señor: «No vayáis a
luchar contra vuestros hermanos, los israelitas; que cada cual se
vuelva a su casa, porque esto ha sucedido por voluntad mía».
Obedecieron la palabra del Señor y desistieron de la campaña,
como Dios lo ordenaba.

El culto cismático

25 Jeroboán fortificó Siquén, en la serranía de Efraín, y residió allí.
26 Luego salió de Siquén para fortificar Penuel. Y pensó para sus
27 adentros: «Todavía puede volver el reino a la casa de David. Si la
gente sigue yendo a Jerusalén para hacer sacrificios en el templo
del Señor, terminarán poniéndose de parte de su señor, Roboán,
rey de Judá. Me matarán y volverán a unirse a Roboán, rey de
28 Judá». Después de aconsejarse, el rey hizo dos becerros de oro y
dijo a la gente:
—¡Ya está bien de subir a Jerusalén! ¡Este es tu dios, Israel,
el que te sacó de Egipto!
29 Luego colocó un becerro en Betel y el otro en Dan.
30 Esto incitó a pecar a Israel, porque unos iban a Betel y otros a
31 Dan. También edificó ermitas en los altozanos; puso de sacerdotes
32 a gente de la plebe, que no pertenecía a la tribu de Leví. Instituyó
también una fiesta el día quince del mes octavo, como la fiesta que
se celebraba en Jerusalén, y subió al altar que había levantado en
Betel a ofrecer sacrificios al becerro que había hecho. En Betel
estableció a los sacerdotes de las ermitas que había construido en
33 los altozanos. Subió al altar que había hecho en Betel el día quince
del mes octavo (el mes que a él le pareció). Instituyó una fiesta para
los israelitas y subió al altar a ofrecer incienso.

El profeta de Judá

13 En el momento en que Jeroboán, en pie junto al altar, se dispo-
nía a quemar incienso, llegó a Betel un profeta de Judá mandado
2 por el Señor. El profeta gritó contra el altar, por orden del Señor:
—¡Altar, altar! Así dice el Señor: Nacerá un descendiente de
David (llamado Josías) que sacrificará sobre ti a los sacerdotes de
los altozanos que queman incienso sobre ti y quemará sobre ti hue-
sos humanos.

3 Y ofreció una señal:
—Esta es la señal anunciada por el Señor: El altar va a rajarse
y se derramará la ceniza que hay encima.
4 Cuando el rey oyó lo que gritaba el profeta contra el altar de
Betel, extendió el brazo desde el altar, ordenando:
—¡Prendedlo!
Pero el brazo extendido contra el profeta se le quedó rígido, sin
5 poder acercarlo al cuerpo, mientras el altar se rajaba y se derrama-
ba la ceniza, que era la señal anunciada por el profeta en nombre
6 del Señor. Entonces el rey suplicó al profeta:
—Por favor, aplaca al Señor, tu Dios, y reza por mí para que
recupere el movimiento del brazo.
El profeta aplacó al Señor y el rey recuperó el movimiento del
7 brazo, que le quedó como antes. Entonces el rey le dijo:
—Ven conmigo a palacio a tomar algo, y te haré un regalo.
8 Pero el profeta replicó:
—No iré contigo ni aunque me des medio palacio. No comeré
9 ni beberé nada aquí, porque el Señor me ha prohibido comer, beber
o volverme por el mismo camino.
10 Luego se fue por otra ruta, sin volverse por el camino por donde
había ido a Betel.
11 Vivía en Betel un viejo profeta, y cuando sus hijos fueron a con-
tarle lo que había hecho el profeta aquel día en Betel y lo que había
12 dicho al rey, su padre les preguntó:
—¿Qué camino ha tomado?
Sus hijos le enseñaron el camino que había tomado el profeta
13 venido de Judá, y él les ordenó:
—Aparejadme el burro.
14 Se lo aparejaron, montó y marchó tras el profeta; se lo encontró
sentado bajo una encina, y le preguntó:
—¿Eres tú el profeta que vino de Judá?
El otro respondió:
—Sí.
15 Entonces le dijo:
—Ven conmigo a casa a tomar algo.
16 Pero el otro respondió:
—No puedo volverme contigo, ni comer ni beber nada aquí,
17 porque el Señor me ha prohibido comer o beber aquí o volverme
por el mismo camino.
18 Entonces el otro le dijo:
—También yo soy profeta, como tú, y un ángel me ha dicho, por
orden del Señor, que te lleve a mi casa para que comas y bebas algo.
19 Así lo engañó; se lo llevó con él, y el profeta comió y bebió en
20 su casa. Pero cuando estaban sentados a la mesa, el Señor dirigió
21 la palabra al profeta que lo había hecho volver, y éste gritó al pro-
feta venido de Judá:
—Así dice el Señor: Por haber desafiado la orden del Señor, no
22 haciendo lo que te mandaba el Señor, tu Dios, por volverte a comer
y beber allí donde él te lo había prohibido, no enterrarán tu cadá-
ver en la sepultura de tu familia.
23-4 Después le aparejó el burro, y el otro se marchó. Pero por el ca-
mino le salió un león y lo mató. Su cadáver quedó tendido en la

25 calzada, y el burro y el león se quedaron en pie junto a él. Unos
caminantes vieron el cadáver tendido en la calzada y el león de pie
junto al cadáver, y fueron a dar la noticia a la ciudad donde vivía
26 el viejo profeta. Cuando éste lo supo, comentó:
—¡Es el profeta que desafió la orden del Señor! El Señor lo ha-
brá entregado al león, que lo ha matado y descuartizado, como el
Señor dijo.
27 Luego ordenó a sus hijos:
—Aparejadme el burro.
28 Se lo aparejaron. Marchó y encontró el cadáver tendido en la
calzada; el burro y el león estaban en pie junto al cadáver; el león
29 no había devorado el cadáver ni descuartizado al burro. El recogió
el cadáver del profeta, lo acomodó sobre el burro y lo volvió a lle-
30 var a la ciudad, para hacerle los funerales y enterrarlo. Depositó el
cadáver en su propia sepultura y le entonaron la elegía «¡Ay her-
31 mano!». Después de enterrarlo, habló a sus hijos:
—Cuando yo muera, enterradme en la sepultura donde está en-
32 terrado este profeta; poned mis huesos junto a los suyos, porque
ciertamente se cumplirá la imprecación que lanzó, por orden del
Señor, contra el altar de Betel y todas las ermitas de los altozanos
que hay en las poblaciones de Samaría.
33 Pero después de esto, Jeroboán no se convirtió de su mala con-
ducta y volvió a nombrar sacerdotes de los altozanos a gente de la
plebe; al que lo deseaba, lo consagraba sacerdote de los altozanos.
34 Este proceder llevó al pecado a la dinastía de Jeroboán, y motivó
su destrucción y exterminio de la tierra.

Sentencia contra Jeroboán

14 1-2 Por entonces cayó enfermo Abías, hijo de Jeroboán, y éste
dijo a su mujer:
—Anda, disfrázate para que nadie se dé cuenta de que eres mi
mujer y vete a Siló; allí está el profeta Ajías, el que me profetizó
3 que yo sería rey de esta nación. Llévate diez panes, rosquillas y un
tarro de miel, y preséntate a él; él te dirá qué va a ser del niño.
4 Así lo hizo; se puso en camino hacia Siló y entró en casa de
Ajías. Ajías estaba casi ciego, tenía los ojos apagados por la vejez,
5 pero el Señor le había dicho: «Va a venir la mujer de Jeroboán a
pedirte un oráculo sobre su hijo enfermo; le dices esto y esto».
6 Llegó ella, haciéndose pasar por otra, y en cuanto Ajías sintió el
ruido de sus pasos en la puerta, dijo:
—Adelante, mujer de Jeroboán. ¿A qué te haces pasar por otra?
7 Tengo que darte una mala noticia. Ve a decirle a Jeroboán: Así
8 dice el Señor, Dios de Israel: «Yo te saqué de entre la gente y te
hice jefe de mi pueblo, Israel, arrancándole el reino a la dinastía
de David para dártelo a ti. Pero ya que tú no has sido como mi
siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo
9 corazón, haciendo únicamente lo que yo apruebo, sino que te has
portado peor que tus predecesores, haciéndote dioses ajenos, ídolos
10 de metal, para irritarme, y a mí me has echado a la espalda, por eso
yo voy a traer la desgracia a tu casa: te exterminaré a todo israelita

que mea a la pared, esclavo o libre, y barreré tu casa a conciencia,
11 como se hace con el estiércol. A los tuyos que mueran en poblado
los devorarán los perros y a los que mueran en descampado los
12 devorarán las aves del cielo». Lo ha dicho el Señor. Y tú, hala, vete
a tu casa; en cuanto pongas el pie en la ciudad, morirá el niño.
13 Todo Israel hará luto por él y lo enterrarán, porque será el único
de la familia de Jeroboán que acabe en un sepulcro; pues de toda
tu familia, sólo en él se puede encontrar algo que agrade al Señor,
14 Dios de Israel. El Señor suscitará un rey de Israel que extermine
15 la dinastía de Jeroboán. El Señor golpeará a Israel, que vacilará
como un junco en el agua; arrancará a Israel de esta tierra fértil,
que dio a sus padres, y los dispersará al otro lado del río, porque
16 se hicieron estelas, irritando al Señor. Entregaré a Israel por los
pecados que has cometido tú y has hecho cometer a Israel.
17 La mujer de Jeroboán emprendió la marcha. Llegó a Tirsá, y
18 cuando cruzaba el umbral de la casa, el niño murió. Todo Israel
hizo luto por él y lo enterraron, como había dicho el Señor por su
siervo el profeta Ajías.
19 Para más datos sobre Jeroboán, sus batallas y reinado, véanse los
Anales del Reino de Israel.
20 Jeroboán reinó veintidós años. Murió, y su hijo Nadab le sucedió
en el trono.

Roboán de Judá (931-914)

21 Roboán, hijo de Salomón, subió al trono de Judá a los cuarenta
y un años. Reinó diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que eligió
el Señor entre todas las tribus de Israel para establecer allí su Nom-
bre. Su madre se llamaba Naamá, y era amonita.
22 Los de Judá hicieron lo que el Señor reprueba. Provocaron sus
celos, más que sus antepasados, con todos los pecados que cometie-
23 ron: construyeron ermitas en los altozanos, erigieron cipos y estelas
24 en las colinas elevadas y bajo los árboles frondosos; hubo incluso
prostitución sagrada en el país; imitaron todos los ritos abomina-
bles de las naciones que el Señor había expulsado ante los israelitas.
25 El año quinto del reinado de Roboán, Sisac, rey de Egipto, atacó
26 a Jerusalén. Se apoderó de los tesoros del templo y del palacio, se
lo llevó todo, con los escudos de oro que había hecho Salomón.
27 Para sustituirlos, el rey Roboán hizo escudos de bronce, y se los
encomendó a los jefes de la escolta que vigilaban el acceso al pala-
28 cio; cada vez que el rey iba al templo, los de la escolta los cogían,
y luego volvían a dejarlos en el cuerpo de guardia.
29 Para más datos sobre Roboán y sus empresas, véanse los Anales
30 del Reino de Judá. Hubo guerras continuas entre Roboán y Je-
roboán.
31 Roboán murió y lo enterraron con sus antepasados, en la Ciudad
de David. Su hijo Abías le sucedió en el trono.

Abías de Judá (914-911)

15 Abías subió al trono de Judá el año dieciocho de Jeroboán, hijo
2 de Nabat. Reinó en Jerusalén tres años. Su madre se llamaba Maa-

3 cá, hija de Absalón. Imitó a la letra los pecados que su padre había
cometido; su corazón no perteneció por completo al Señor, su Dios,
4 como el corazón de David, su antepasado. En consideración a David,
el Señor, su Dios, le dejó una lámpara en Jerusalén, dándole des-
5 cendientes y conservando a Jerusalén. Porque David hizo lo que el
Señor aprueba, sin desviarse de sus mandamientos durante toda su
6 vida, excepto en el asunto de Urías, el hitita. Hubo guerras conti-
nuas entre Abías y Jeroboán.
7 Para más datos sobre Abías y sus empresas, véanse los Anales
del Reino de Judá.
8 Abías murió, y lo enterraron en la Ciudad de David. Su hijo Asá
le sucedió en el trono.

Asá de Judá (911-870)

9 Asá subió al trono de Judá el año veinte del reinado de Jeroboán
10 de Israel. Reinó cuarenta y un años en Jerusalén. Su abuela se lla-
11 maba Maacá, hija de Absalón. Hizo lo que el Señor aprueba, como
12 su antepasado, David. Desterró la prostitución sagrada y retiró to-
13 dos los ídolos hechos por sus antepasados. Incluso a su abuela
Maacá le quitó el título de reina madre, por haber hecho una ima-
gen de Astarté. Asá destrozó la imagen y la quemó en el torrente
14 Cedrón. No desaparecieron las ermitas en los altozanos; pero, sin
embargo, el corazón de Asá perteneció por entero al Señor toda su
15 vida. Llevó al templo las ofrendas de su padre y las suyas propias:
plata, oro y utensilios.
16-7 Hubo guerras continuas entre Asá y Basá de Israel. Basá de Is-
rael hizo una campaña contra Judá y fortificó Ramá, para cortar
18 las comunicaciones a Asá de Judá. Entonces Asá cogió la plata y
el oro que quedaba en los tesoros del templo y del palacio y, entre-
gándoselos a sus ministros, los envió a Benadad, hijo de Tabrimón,
de Jezión, rey de Siria, que residía en Damasco, con este mensaje:
19 «Hagamos un tratado de paz, como lo hicieron tu padre y el mío.
Aquí te envío este obsequio de plata y oro. Ve, rompe tu alianza
20 con Basá de Israel, para que se retire de mi territorio». Benadad
le hizo caso y envió a sus generales contra las ciudades de Israel,
devastando Iyón, Dan, Prado de Casa Maacá, la zona del lago y
21 toda la región de Neftalí. En cuanto se enteró Basá, suspendió las
22 obras de Ramá y se volvió a Tirsá. Asá movilizó entonces a todo
Judá, sin excepción. Desmontaron las piedras y leños con que Basá
fortificaba Ramá y los aprovecharon para fortificar Loma de Ben-
jamín y Atalaya.
23 Para más datos sobre Asá, sus hazañas militares y las ciudades
que fortificó, véanse los Anales del Reino de Judá.
24 De viejo, enfermó de podagra. Murió, y lo enterraron con sus
antepasados en la Ciudad de David. Su hijo Josafat le sucedió en el
trono.

Nadab de Israel (910-909)

25 Nadab, hijo de Jeroboán, subió al trono de Israel el año segundo
26 del reinado de Asá de Judá. Reinó en Israel dos años. Hizo lo que

el Señor reprueba: imitó a su padre y los pecados que hizo cometer
a Israel.
27 Basá, hijo de Ajías, de la tribu de Isacar, conspiró contra él y lo
asesinó en Gabatón, que pertenecía a los filisteos, cuando Nadab
28 con todo Israel la estaban sitiando. Basá lo mató el año tercero del
29 reinado de Asá de Judá, y lo suplantó en el trono. En cuanto se
proclamó rey, mató a toda la familia de Jeroboán, hasta aniquilarla,
sin dejar alma viviente, como había dicho el Señor por su siervo
30 Ajías, el silonita; por los pecados que Jeroboán hizo cometer a
Israel y por provocar el enojo del Señor, Dios de Israel.
31 Para más datos sobre Nadab y sus empresas, véanse los Anales
del Reino de Israel.

Basá de Israel (909-885)

32 Hubo guerras continuas entre Asá y Basá de Israel.
33 Basá, hijo de Ajías, subió al trono de Israel, en Tirsá, el año ter-
34 cero del reinado de Asá de Judá. Reinó veinticuatro años. Hizo lo
que el Señor reprueba; imitó a Jeroboán y los pecados que hizo
cometer a Israel.

16 El Señor dirigió la palabra de Jehú, hijo de Janani, contra Basá:
2 —Yo te saqué del polvo y te hice jefe de mi pueblo Israel; pero
tú has imitado a Jeroboán, has hecho pecar a mi pueblo, Israel,
3 irritándome con sus pecados; por eso voy a barrer a Basá y su casa
4 y a dejarla como la de Jeroboán, hijo de Nabat. A los de Basá que
mueran en poblado los devorarán los perros y al que muera en des-
campado lo devorarán las aves del cielo.
5 Para más datos sobre Basá y sus hazañas militares, véanse los
Anales del Reino de Israel.
6 Basá murió, y lo enterraron en Tirsá. Su hijo Elá le sucedió en
el trono.
7 Por medio del profeta Jehú, hijo de Janani, el Señor dirigió la
palabra a Basá y su casa, por haber imitado a la casa de Jeroboán,
haciendo lo que el Señor reprueba, irritándolo con sus obras, y
también porque exterminó a la casa de Jeroboán.

Elá de Israel (885-884)

8 Elá, hijo de Basá, subió al trono de Israel, en Tirsá, el año vein-
tisiete del reinado de Asá de Judá. Reinó dos años.
9 Su oficial Zimrí, jefe de media división de carros, conspiró contra
él mientras se emborrachaba en Tirsá, en casa de Arsá, mayordomo
10 de palacio. Entró Zimrí, lo asesinó el año veintisiete del reinado
11 de Asá de Judá y lo suplantó en el trono. En cuanto subió al trono
12 y se proclamó rey, mató a toda la familia de Basá; acabó con todo
el que mea a la pared, pariente o amigo. Zimrí exterminó a toda la
familia de Basá, como el Señor había profetizado contra Basá por
13 medio del profeta Jehú, a causa de los pecados de Basá y los de su
hijo Elá; los que cometieron ellos y los que hicieron cometer a Is-
rael, irritando al Señor, Dios de Israel, con sus ídolos.
14 Para más datos sobre Elá y sus empresas, véanse los Anales del
Reino de Israel.

Zimrí de Israel (884)

15 Zimrí ocupó el trono en Tirsá siete días, el año veintisiete del
16 reinado de Asá de Judá. La tropa acampaba junto a Gabatón, que
pertenecía a los filisteos, y cuando los acampados oyeron que Zimrí
había conspirado y matado al rey, aquel mismo día proclamaron
17 rey de Israel al general Omrí. Omrí, con todo el ejército israelita,
18 marchó de Gabatón para sitiar a Tirsá. Cuando Zimrí vio que la
ciudad estaba para caer, se encerró en la torre de palacio, prendió
19 fuego al palacio, y así murió. Fue por los pecados que cometió ha-
ciendo lo que el Señor reprueba, imitando a Jeroboán y los pecados
que hizo cometer a Israel.
20 Para más datos sobre Zimrí y la conspiración que tramó, véanse
los Anales del Reino de Israel.

Omrí de Israel (884-874)

21 Entonces los israelitas se dividieron: la mitad siguió a Tibní, hijo
de Guinat, queriendo proclamarlo rey, y la otra mitad siguió a
22 Omrí. Los partidarios de Omrí se impusieron a los de Tibní, hijo
de Guinat. Tibní cayó muerto y Omrí subió al trono.
23 Omrí subió al trono de Israel el año treinta y uno del reinado de
24 Asá de Judá. Reinó doce años, seis en Tirsá. Le compró a Sémer el
monte de Samaría por sesenta kilos de plata y edificó allí una ciu-
dad, a la que llamó Samaría (por Sémer, el dueño del monte).
25 Omrí hizo lo que el Señor reprueba; fue peor que todos sus pre-
26 decesores. Imitó a la letra a Jeroboán, hijo de Nabat, y los pecados
que hizo cometer a Israel, irritando al Señor, Dios de Israel, con sus
ídolos.
27 Para más datos sobre Omrí y sus hazañas militares, véanse los
28 Anales del Reino de Israel. Omrí murió y lo enterraron en Samaría.
Su hijo Ajab le sucedió en el trono.

Ajab de Israel (874-852)

29 Ajab, hijo de Omrí, subió al trono de Israel el año treinta y ocho
30 del reinado de Asá de Judá. Reinó sobre Israel, en Samaría, vein-
tidós años.
Hizo lo que el Señor reprueba, más que todos sus predecesores.
31 Lo de menos fue que imitara los pecados de Jeroboán, hijo de Na-
bat; se casó con Jezabel, hija de Etbaal, rey de los fenicios, y dio
32 culto y adoró a Baal. Erigió un altar a Baal en el templo que le
33 construyó en Samaría; colocó también una estela y siguió irritando
al Señor, Dios de Israel, más que todos los reyes de Israel que le
precedieron.
34 En su tiempo, Jiel, de Betel, reconstruyó Jericó: los cimientos le
costaron la vida de Abirán, su primogénito, y las puertas, la de Se-
gub, su benjamín, como lo había dicho el Señor por medio de Josué,
hijo de Nun.

CICLO DE ELIAS

Elías, desterrado. Primeros milagros

Aquí comienza el ciclo de los profetas. Aunque los reyes y su reinado dan el cuadro de los acontecimientos, se diría que las figuras de los profetas orientan la elección del material narrativo. Y es como si la presencia de los profetas tuviera la virtud de engrandecer la personalidad de los monarcas.

El ciclo de Elías. *Después de la introducción sobre el reinado de Ajab, irrumpe Elías para asumir el papel de protagonista en los tres capítulos siguientes (17-19). Deja el escenario a otros profetas en el capítulo 20 y reaparece para enfrentarse con Ajab; cede el puesto al profeta Miqueas y vuelve a aparecer para enfrentarse con el nuevo rey; desaparece definitivamente después de nombrar su sucesor. Este aparecer y desaparecer súbito es dato constitutivo de su figura.*

La primera aparición (capítulos 17-19) forma una unidad coherente, construida con habilidad y movida lógicamente: aparece primero como portador de la sequía, después como portador de la lluvia; perseguido, huye al monte Horeb. Cada capítulo tiene su construcción propia.

En su segunda aparición, Elías denuncia el crimen de Ajab; en la tercera denuncia la infidelidad de Ocozías.

En estos capítulos revive el estilo narrativo de los grandes relatos del libro de Samuel; como si la figura del profeta hubiera inspirado a los narradores. Gran parte del material aquí recogido se remonta, sin duda, al tiempo del profeta o de sus discípulos; aun la redacción parece ser antigua, salvo retoques del comentario deuteronomista.

17 Elías, el tesbita (de Tisbé de Galaad), dijo a Ajab:
—¡Vive el Señor, Dios de Israel, a quien sirvo! En estos años
no caerá rocío ni lluvia si yo no lo mando.
2 Luego el Señor le dirigió la palabra:
3 —Vete de aquí hacia el Oriente y escóndete junto al torrente
4 Carit, que queda cerca del Jordán. Bebe del torrente y yo mandaré
a los cuervos que te lleven allí la comida.
5 Elías hizo lo que le mandó el Señor y fue a vivir junto al torren-
6 te Carit, que queda cerca del Jordán. Los cuervos le llevaban pan
7 por la mañana y carne por la tarde, y bebía del torrente. Pero al
cabo del tiempo el torrente se secó, porque no había llovido en la
8 región. Entonces el Señor dirigió la palabra a Elías:
9 —Anda, vete a Sarepta de Fenicia a vivir allí; yo mandaré a una
viuda que te dé la comida.
10 Elías se puso en camino hacia Sarepta, y al llegar a la entrada del
pueblo encontró allí a una viuda recogiendo leña. La llamó y le
dijo:
—Por favor, tráeme un poco de agua en un jarro para beber.
11 Mientras iba a buscarla, Elías le gritó:
—Por favor, tráeme en la mano un trozo de pan.
12 Ella respondió:
—¡Vive el Señor, tu Dios! No tengo pan; sólo me queda un puñado de harina en el jarro y un poco de aceite en la aceitera. Ya
ves, estaba recogiendo cuatro astillas: voy a hacer un pan para mí
y mi hijo, nos lo comeremos y luego moriremos.

13 Elías le dijo:
—No temas. Anda a hacer lo que dices, pero primero hazme a
mí un panecillo y tráemelo; para ti y tu hijo lo harás después.
14 Porque así dice el Señor, Dios de Israel: «El cántaro de harina no
se vaciará, la aceitera de aceite no se agotará, hasta el día en que
el Señor envíe la lluvia sobre la tierra».
15 Ella marchó a hacer lo que le había dicho Elías, y comieron él,
16 ella y su hijo durante mucho tiempo. El cántaro de harina no se
vació ni la aceitera se agotó, como lo había dicho el Señor por
Elías.
17 Más tarde cayó enfermo el hijo de la dueña de la casa; la enfer-
18 medad fue tan grave, que murió. Entonces la mujer dijo a Elías:
—¡No quiero nada contigo, profeta! ¿Has venido a mi casa a
recordar mis culpas y matarme a mi hijo?
19 Elías respondió:
—Dame a tu hijo.
Y cogiéndolo de su regazo, se lo llevó a la habitación de arriba,
20 donde él dormía, y lo acostó en la cama. Después clamó al Señor:
—Señor, Dios mío, ¿también a esta viuda que me hospeda en su
casa la vas a castigar haciéndole morir al hijo?
21 Luego se echó tres veces sobre el niño, clamando al Señor:
—¡Señor, Dios mío, que resucite este niño!
22 El Señor escuchó la súplica de Elías, volvió la vida al niño y
23 resucitó. Elías tomó al niño, lo bajó de la habitación y se lo entregó
a la madre, diciéndole:
—Aquí tienes a tu hijo vivo.
24 La mujer dijo a Elías:
—¡Ahora reconozco que eres un profeta y que la palabra del Señor que tú pronuncias se cumple!

Juicio de Dios en el Carmelo

18 Pasó mucho tiempo. El año tercero dirigió el Señor la palabra a
Elías:
—Preséntate a Ajab, que voy a mandar lluvia a la tierra.
2 Elías se puso en camino para presentarse a Ajab.
3 El hambre apretaba en Samaría, y Ajab llamó a Abdías, mayor-
4 domo de palacio (Abdías era muy religioso, y cuando Jezabel mataba a los profetas del Señor, él cogió a cien profetas y los escondió
en dos cuevas en grupos de cincuenta, proporcionándoles comida
5 y bebida), y le dijo:
—Anda, vamos a recorrer el país, a ver todos los manantiales y
arroyos; a lo mejor encontramos pasto para conservar la vida a caballos y mulos sin que tengamos que sacrificar el ganado.
6 Se dividieron el país: Ajab se fue por su lado y Abdías por el
7 suyo. Y cuando Abdías iba de camino, Elías le salió al encuentro.
Al reconocerlo, Abdías cayó rostro en tierra y le dijo:
—Pero ¿eres tú, Elías, mi señor?
8 Elías respondió:
—Sí. Ve a decirle a tu amo que está aquí Elías.

9 Abdías respondió:
—¿Qué pecado he cometido para que me entregues a Ajab y me
10 mate? ¡Vive el Señor, tu Dios! No hay país ni reino adonde mi
amo no haya enviado gente a buscarte, y cuando le respondían que
no estabas, hacía jurar al reino o al país que no te encontraban.
11 ¡Y ahora tú me mandas que vaya a decirle a mi amo que aquí está
12 Elías! Cuando yo me separe de ti, el espíritu del Señor te llevará
no sé dónde: yo informo a Ajab, pero luego no te encuentra, y me
13 mata. Y tu servidor respeta al Señor desde joven. ¿No te han contado lo que hice cuando Jezabel mataba a los profetas del Señor?
Escondí dos grupos de cincuenta en dos cuevas y les proporcioné
14 comida y bebida. ¡Y ahora tú me mandas que vaya a decirle a mi
amo que está aquí Elías! ¡Me matará!
15 Elías respondió:
—¡Vive el Señor de los ejércitos, a quien sirvo! Hoy me va a ver.
16 Entonces Abdías fue en busca de Ajab y se lo dijo. Ajab marchó
17 al encuentro de Elías, y al verlo le dijo:
—¿Eres tú, ruina de Israel?
18 Elías le contestó:
—¡No he arruinado yo a Israel, sino tú y tu familia, por dejar
19 los mandatos del Señor y seguir a los baales! Ahora manda que se
reúna en torno a mí todo Israel en el monte Carmelo, con los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, comensales de Jezabel.
20 Ajab despachó órdenes a todo Israel, y los profetas se reunieron
21 en el monte Carmelo. Elías se acercó a la gente y dijo:
—¿Hasta cuándo vais a caminar con muletas? Si el Señor es el
verdadero Dios, seguidlo; si lo es Baal, seguid a Baal.
22 La gente no respondió una palabra. Entonces Elías les dijo:
—He quedado yo solo como profeta del Señor, mientras que los
23 profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta. Que nos den dos novillos: vosotros elegid uno, que lo descuarticen y lo pongan sobre
la leña sin prenderle fuego; yo prepararé el otro novillo y lo pondré sobre la leña sin prenderle fuego. Vosotros invocaréis a vuestro
24 dios y yo invocaré al Señor, y el dios que responda enviando fuego,
ése es el Dios verdadero.
Toda la gente asintió:
—¡Buena idea!
25 Elías dijo a los profetas de Baal:
—Elegid un novillo y preparadlo vosotros primero, porque sois
más. Luego invocad a vuestro dios, pero sin encender el fuego.
26 Cogieron el novillo que les dieron, lo prepararon y estuvieron
invocando a Baal desde la mañana hasta mediodía:
—¡Baal, respóndenos!
Pero no se oía una voz ni una respuesta, mientras brincaban alrededor del altar que habían hecho.
27 Al mediodía, Elías empezó a reírse de ellos:
—¡Gritad más fuerte! Baal es dios, pero estará meditando, o
bien ocupado, o estará de viaje. ¡A lo mejor está durmiendo y se
despierta!
28 Entonces gritaron más fuerte, y se hicieron cortaduras, según su
costumbre, con cuchillos y punzones, hasta chorrear sangre por todo
29 el cuerpo. Pasado el mediodía, entraron en trance, y así estuvieron

hasta la hora de la ofrenda. Pero no se oía una voz, ni una palabra,
30 ni una respuesta. Entonces Elías dijo a la gente:
—¡Acercaos!
31 Se acercaron todos, y él reconstruyó el altar del Señor, que estaba demolido: cogió doce piedras, una por cada tribu de Jacob (a
32 quien el Señor había dicho: «Te llamarás Israel»); con las piedras
levantó un altar en honor del Señor, hizo una zanja alrededor del
33 altar, como para sembrar dos fanegas; apiló la leña, descuartizó el
34 novillo, lo puso sobre la leña y dijo:
—Llenad cuatro cántaros de agua y derramadla sobre la víctima
y la leña.
Luego dijo:
—¡Otra vez!
Y lo hicieron otra vez.
Añadió:
—¡Otra vez!
35 Y lo repitieron por tercera vez. El agua corrió alrededor del
altar, e incluso la zanja se llenó de agua.
36 Llegada la hora de la ofrenda, el profeta Elías se acercó y oró:
—¡Señor, Dios de Abrahán, Isaac e Israel! Que se vea hoy que
tú eres el Dios de Israel y yo tu siervo, que he hecho esto por
37 orden tuya. Respóndeme, Señor, respóndeme, para que sepa este
pueblo que tú, Señor, eres el Dios verdadero y que eres tú quien
les cambiará el corazón.
38 Entonces el Señor envió un rayo, que abrasó la víctima, la leña,
39 las piedras y el polvo, y secó el agua de la zanja. Al verlo, cayeron
todos, exclamando:
—¡El Señor es el Dios verdadero! ¡El Señor es el Dios verdadero!
40 Elías les dijo:
—Agarrad a los profetas de Baal. Que no escape ninguno.
Los agarraron. Elías los bajó al torrente Quisón y allí los degolló.
41 Elías dijo a Ajab:
—Vete a comer y a beber, que ya se oye el ruido de la lluvia.
42 Ajab fue a comer y a beber, mientras Elías subía a la cima del
Carmelo; allí se encorvó hacia tierra, con el rostro en las rodillas,
43 y ordenó a su criado:
—Sube a otear el mar.
El criado subió, miró y dijo:
—No se ve nada.
Elías ordenó:
—Vuelve otra vez.
44 El criado volvió siete veces, y a la séptima dijo:
—Sube del mar una nubecilla como la palma de una mano.
Entonces Elías mandó:
—Vete a decirle a Ajab que enganche y se vaya, no le coja la
lluvia.
45 En un instante se oscureció el cielo con nubes empujadas por el
viento y empezó a diluviar. Ajab montó en el carro y marchó a
46 Yezrael. Y Elías, con la fuerza del Señor, se ciñó y fue corriendo
delante de Ajab, hasta la entrada de Yezrael.

Elías, en el monte Horeb

19 Ajab contó a Jezabel lo que había hecho Elías, cómo había pa-
2 sado a cuchillo a los profetas. Entonces Jezabel mandó a Elías este
recado:
—Que los dioses me castiguen si mañana a estas horas no hago
contigo lo mismo que has hecho tú con cualquiera de ellos.
3 Elías temió y emprendió la marcha para salvar la vida. Llegó a
4 Berseba de Judá y dejó allí a su criado. El continuó por el desierto
una jornada de camino y al final se sentó bajo una retama y se de-
seó la muerte:
—¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis
padres!
5 Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel le tocó
y le dijo:
—¡Levántate, come!
6 Miró Elías y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un
7 jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. Pero el ángel del
Señor le volvió a tocar y le dijo:
—¡Levántate, come! Que el camino es superior a tus fuerzas.
8 Elías se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimen-
to caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte
9 de Dios. Allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y el Se-
ñor le dirigió la palabra:
—¿Qué haces aquí, Elías?
10 Respondió:
—Me consume el celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque
los israelitas han abandonado tu alianza, han derruido tus altares
y asesinado a tus profetas; sólo quedo yo, y me buscan para ma-
tarme.
11 El Señor le dijo:
—Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a
pasar!
Vino un huracán tan violento, que descuajaba los montes y hacía
trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el
viento. Después del viento vino un terremoto; pero el Señor no
12 estaba en el terremoto. Después del terremoto vino un fuego; pero
el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se oyó una brisa
13 tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera
y se puso en pie a la entrada de la cueva. Entonces oyó una voz que
le decía:
—¿Qué haces aquí, Elías?
14 Respondió:
—Me consume el celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque
los israelitas han abandonado tu alianza, han derruido tus altares
y asesinado a tus profetas; sólo quedo yo, y me buscan para ma-
tarme.
15 El Señor le dijo:
—Desanda tu camino hacia el desierto de Damasco, y cuando
16 llegues, unge rey de Siria a Jazael, rey de Israel a Jehú, hijo de
Nimsí, y profeta sucesor tuyo a Eliseo, hijo de Safat, de Prado
17 Bailén. Al que escape de la espada de Jazael lo matará Jehú, y al

18 que escape de la espada de Jehú lo matará Eliseo. Pero yo me re-
servaré en Israel siete mil hombres: las rodillas que no se han
doblado ante Baal, los labios que no lo han besado.
19 Elías marchó de allí y encontró a Eliseo, hijo de Safat, arando
con doce yuntas en fila, él con la última. Elías pasó junto a él y le
20 echó encima el manto. Entonces Eliseo, dejando los bueyes, corrió
tras Elías y le pidió:
—Déjame decir adiós a mis padres, luego vuelvo y te sigo.
Elías le dijo:
—Vete, pero vuelve. ¿Quién te lo impide?
21 Eliseo dio la vuelta, cogió la yunta de bueyes y los ofreció en
sacrificio; aprovechó los aperos para cocer la carne y convidó a su
gente. Luego se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio.

Batallas contra Benadad de Siria

20 Benadad, rey de Siria, concentró todas sus tropas, y acompañado
de treinta y dos reyes vasallos, con caballería y carros, marchó a
2 sitiar Samaría y asaltarla. Mandó a la ciudad una embajada para
Ajab de Israel con este mensaje:
3 —Así dice Benadad: Dame tu plata y tu oro; quédate con tus
mujeres y niños.
4 El rey de Israel respondió:
—Como vuestra majestad ordene. Soy vuestro con todo lo que
tengo.
5 Pero los embajadores volvieron con un nuevo mensaje:
—Así dice Benadad: Mando a decirte que me des tu plata y tu
6 oro, tus mujeres y niños. Bien, mañana a estas horas te enviaré mis
oficiales a registrar tu palacio y los de tus ministros; echarán mano
a lo que más les guste y se lo llevarán.
7 El rey de Israel convocó a los senadores del país y les dijo:
—Fijaos bien cómo ése busca mi mal. Me reclama mis mujeres
e hijos, mi plata y mi oro, y eso que no me negué.
8 Todos los senadores y el pueblo le respondieron:
—No le hagas caso, no le obedezcas.
9 Entonces dio esta respuesta a los embajadores de Benadad:
—Decid a su majestad: Haré lo que me dijiste la primera vez;
pero esto otro no puedo hacerlo.
10 Los embajadores marcharon a llevar la respuesta. Entonces Be-
nadad le envió este mensaje:
—Que los dioses me castiguen si hay en Samaría polvo bastante
para que cada uno de mis soldados pueda coger un puñado.
11 Pero el rey de Israel contestó:
—Decidle que nadie canta victoria al ceñirse la espada, sino al
quitársela.
12 Benadad estaba bebiendo en las tiendas con los reyes, y en cuan-
to oyó la respuesta, ordenó a sus oficiales:
—¡A vuestro puesto!
Y se apostaron frente a la ciudad.
13 Mientras tanto, a Ajab de Israel se le presentó un profeta, que
le dijo:

—Así dice el Señor: «¿Ves todo ese ejército inmenso? Te lo en-
tregaré hoy mismo para que sepas que yo soy el Señor».
14 Ajab preguntó:
—¿Por medio de quién?
Respondió el profeta:
—Así dice el Señor: «Por los asistentes de los gobernadores».
Ajab preguntó:
—¿Y quién ataca primero?
Respondió:
—Tú.
15 Ajab pasó revista a los asistentes de los gobernadores, que eran
doscientos treinta y dos, y a continuación al ejército israelita: siete
16 mil hombres. A mediodía hicieron una salida, mientras Benadad
estaba emborrachándose en las tiendas con los treinta y dos aliados.
17 Abrían la marcha los asistentes de los gobernadores, y a Benadad
le llegó este aviso:
—Ha salido gente de Samaría.
18 Ordenó:
—Si han salido en son de paz, cogedlos vivos, y si han salido en
plan de guerra, cogedlos vivos también.
19 Decíamos que habían salido de la ciudad los asistentes de los
20 gobernadores, y el ejército tras ellos; cada uno mató a un enemigo,
y los sirios huyeron perseguidos por Israel; Benadad, rey de Siria,
21 escapó a caballo con algunos jinetes. Entonces salió el rey de Israel,
derrotó a los caballos y carros e infligió a los sirios una gran derrota.
22 El profeta se acercó al rey y le dijo:
—Hala, conserva tu ventaja y haz bien tus planes, porque el año
que viene volverá a atacarte el rey de Siria.
23 Por su parte, los ministros del rey de Siria propusieron:
—Su Dios es un dios de montaña; por eso nos vencieron. A lo
24 mejor, si les damos la batalla en el llano, los vencemos. Haz lo si-
guiente: depón a todos esos reyes y sustitúyelos por gobernadores.
25 Junta luego un ejército como el que has perdido, otros tantos ca-
ballos y carros; les presentamos batalla en el llano, y malo será que
no los venzamos.
26 Benadad les hizo caso y actuó así. Al año siguiente pasó revista
27 a los sirios y marchó a El Cerco para luchar contra Israel. Los israe-
litas, después de pasar revista y aprovisionarse, salieron a su encuen-
tro y acamparon frente a ellos; parecían un hato de cabras, mientras
que los sirios cubrían la llanura.
28 El profeta se acercó a decir al rey de Israel:
—Así dice el Señor: «Por haber dicho los sirios que el Señor es
un dios de montaña y no de llanura, te entrego ese ejército inmenso,
para que sepáis que yo soy el Señor».
29 Siete días estuvieron acampados frente a frente. El día séptimo
trabaron batalla, y en un solo día los israelitas les mataron a los
30 sirios cien mil de infantería. Los supervivientes huyeron a El Cerco,
pero la muralla se derrumbó sobre los veintisiete mil hombres que
quedaban.
Mientras tanto, Benadad, que había huido, se metió en la ciudad,
31 de casa en casa. Sus ministros le dijeron:
—Mira, hemos oído que los reyes de Israel son misericordiosos.

Vamos a ceñirnos un sayal y atarnos una cuerda en la cabeza, y nos
rendimos al rey de Israel. A lo mejor te perdona la vida.
32 Se ciñeron un sayal, se ataron una cuerda a la cabeza y se presen-
taron al rey de Israel, diciendo:
—Tu siervo Benadad pide que le perdones la vida.
El rey dijo:
—¿Vive todavía? ¡Es mi hermano!
33 Aquellos hombres se las prometieron felices, y tomándole por la
palabra, contestaron:
—¡Benadad es hermano tuyo!
Ajab dijo:
—Id a traerlo.
34 Cuando llegó, Ajab lo subió a su carroza, y Benadad le dijo:
—Te devolveré las poblaciones que mi padre arrebató al tuyo.
Y en Damasco te cederé un barrio, como lo tenía mi padre en Sa-
maría. Con este pacto déjame ir libre.
Ajab firmó un pacto con él y lo dejó en libertad.
35 Uno de la comunidad de profetas dijo a un compañero, por or-
den del Señor:
—¡Pégame!
36 El otro se negó, y entonces le dijo:
—Por no haber obedecido la orden del Señor, te matará un león
en cuanto te separes de mí.
Y cuando se alejaba, lo encontró un león y lo mató.
37 Aquel profeta encontró a otro hombre, y le dijo:
—¡Pégame!
El hombre le pegó y lo dejó maltrecho.
38 El profeta se puso a esperar al rey en el camino, disfrazado con
39 una venda en los ojos. Cuando pasaba el rey, el profeta le gritó:
—Tu servidor avanzaba hacia el centro de la batalla, cuando un
hombre se acercó y me entregó otro hombre, diciéndome: «Guarda
40 a éste; si desaparece, lo pagarás con la vida o con dinero». Pues
bien, mientras yo estaba ocupado de acá para allá, el otro des-
apareció.
El rey de Israel le dijo:
—¡Está clara la sentencia! Tú mismo la has pronunciado.
41 Entonces el profeta se quitó de golpe la venda de los ojos (el rey
42 de Israel se dio cuenta de que era un profeta) y dijo al rey:
—Así dice el Señor: «Por haber dejado escapar al hombre que
yo había consagrado al exterminio, pagarás su vida con tu vida y
su ejército con tu ejército».
43 El rey de Israel marchó a casa triste y afligido, y entró en Sa-
maría.

La viña de Nabot

21 Nabot, el de Yezrael, tenía una viña pegando al palacio de Ajab,
2 rey de Samaría. Ajab le propuso:
—Dame la viña para hacerme yo una huerta, porque está al lado,
pegando a mi casa; yo te daré en cambio una viña mejor o, si pre-
fieres, te pago en dinero.
3 Nabot respondió:
—¡Dios me libre de cederte la heredad de mis padres!

4 Ajab marchó a casa malhumorado y enfurecidó por la respuesta
de Nabot, el de Yezrael, aquello de «no te cederé la heredad de
mis padres». Se tumbó en la cama, volvió la cara y no quiso probar
5 alimento. Su esposa Jezabel se le acercó y le dijo:
—¿Por qué estás de mal humor y no quieres probar alimento?
6 El contestó:
—Es que hablé a Nabot, el de Yezrael, y le propuse: «Véndeme
la viña o, si prefieres, te la cambio por otra». Y me dice: «No te
doy mi viña».
7 Entonces Jezabel dijo:
—¿Y eres tú el que manda en Israel? ¡Arriba! A comer, que te
sentará bien. ¡Yo te daré la viña de Nabot, el de Yezrael!
8 Escribió unas cartas en nombre de Ajab, las selló con el sello del
rey y las envió a los concejales y notables de la ciudad, paisanos de
9 Nabot. Las cartas decían: «Proclamad un ayuno y sentad a Nabot
10 en primera fila. Sentad enfrente a dos canallas que declaren contra
él: 'Has maldecido a Dios y al rey'. Lo sacáis afuera y lo apedreáis,
hasta que muera».
11 Los paisanos de Nabot, los concejales y notables que vivían en la
ciudad, hicieron tal como les decía Jezabel, según estaba escrito en
12 las cartas que habían recibido. Proclamaron un ayuno y sentaron a
13 Nabot en primera fila; llegaron dos canallas, se le sentaron enfren-
te y testificaron contra Nabot públicamente:
—Nabot ha maldecido a Dios y al rey.
14 Lo sacaron fuera de la ciudad y lo apedrearon, hasta que murió.
Entonces informaron a Jezabel:
—Nabot ha muerto apedreado.
15 En cuanto oyó Jezabel que Nabot había muerto apedreado, dijo
a Ajab:
—Hala, toma posesión de la viña de Nabot, el de Yezrael, que
no quiso vendértela. Nabot ya no vive, ha muerto.
16 En cuanto oyó Ajab que Nabot había muerto, se levantó y bajó
a tomar posesión de la viña de Nabot, el de Yezrael.
17 Entonces el Señor dirigió la palabra a Elías, el tesbita:
18 —Anda, baja al encuentro de Ajab, rey de Israel, que vive en
Samaría. Mira, está en la viña de Nabot, adonde ha bajado para
19 tomar posesión. Dile: «Así dice el Señor: ¿Has asesinado, y encima
robas?». Por eso: «Así dice el Señor: En el mismo sitio donde los
perros han lamido la sangre de Nabot, a ti también los perros te
lamerán la sangre».
20 Ajab dijo a Elías:
—¿Conque me has sorprendido, enemigo mío?
Y Elías repuso:
—¡Te he sorprendido! Por haberte vendido, haciendo lo que el
21 Señor reprueba, aquí estoy para castigarte. Te dejaré sin descen-
dencia, te exterminaré todo israelita que mea a la pared, esclavo o
22 libre. Haré con tu casa como con la de Jeroboán, hijo de Nabat,
y la de Basá, hijo de Ajías, porque me has irritado y has hecho
24 pecar a Israel. A los de Ajab que mueran en poblado, los devorarán
los perros, y a los que mueran en descampado, los devorarán las
23 aves del cielo. (También ha hablado el Señor contra Jezabel: «Los
perros la devorarán en el campo de Yezrael»).

25 (Y es que no hubo otro que se vendiera como Ajab para hacer
26 lo que el Señor reprueba, empujado por su mujer, Jezabel. Proce-
dió de manera abominable, siguiendo a los ídolos, igual que hacían
los amorreos, a quienes el Señor había expulsado ante los israelitas).
27 En cuanto Ajab oyó aquellas palabras, se rasgó las vestiduras, se
vistió un sayal y ayunó; se acostaba con el sayal puesto y andaba
taciturno.
28 El Señor dirigió la palabra a Elías, el tesbita:
29 —¿Has visto cómo se ha humillado Ajab ante mí? Por haberse
humillado ante mí, no lo castigaré mientras viva; castigaré a su fa-
milia en tiempo de su hijo.

El profeta Miqueas

22 Pasaron tres años sin que hubiera guerra entre Siria e Israel.
2 Pero al tercer año, Josafat, rey de Judá, fue a visitar al rey de Is-
3 rael, y éste dijo a sus ministros:
—Ya sabéis que Ramot de Galaad nos pertenece; pero nosotros
nos estamos quietos, sin recuperarla de manos del rey sirio.
4 Y preguntó a Josafat:
—¿Quieres venir conmigo a la guerra contra Ramot de Galaad?
Josafat le contestó:
—Tú y yo, tu ejército y el mío, tu caballería y la mía, somos uno.
5 Luego añadió:
—Consulta antes el oráculo del Señor.
6 El rey de Israel reunió a los profetas, unos cuatrocientos hom-
bres, y les preguntó:
—¿Puedo atacar a Ramot de Galaad o lo dejo?
Respondieron:
—Vete. El Señor se la entrega al rey.
7 Entonces Josafat preguntó:
—¿No queda por ahí algún profeta del Señor para consultarle?
8 El rey de Israel le respondió:
—Queda todavía uno: Miqueas, hijo de Yimlá, por cuyo medio
podemos consultar al Señor; pero yo lo aborrezco, porque no me
profetiza venturas, sino desgracias.
Josafat dijo:
—¡No hable así el rey!
9 El rey de Israel llamó a un funcionario, y le ordenó:
—Que venga en seguida Miqueas, hijo de Yimlá.
10 El rey de Israel y Josafat de Judá estaban sentados en sus tronos,
con sus vestiduras reales, en la plaza, junto a la puerta de Samaría,
mientras todos los profetas gesticulaban ante ellos.
11 Sedecías, hijo de Canană, se hizo unos cuernos de hierro y decía:
—Así dice el Señor: Con éstos acornearás a los sirios hasta aca-
bar con ellos.
12 Y todos los profetas coreaban:
—¡Ataca a Ramot de Galaad! Triunfarás, el Señor te la entrega.
13 Mientras tanto, el mensajero que había ido a llamar a Miqueas
le dijo:
—Ten en cuenta que todos los profetas a una le están profeti-

zando venturas al rey. A ver si tu oráculo es como el de cualquiera
de ellos y anuncias venturas.
14 Miqueas replicó:
—¡Vive Dios, diré lo que el Señor me manda!
15 Cuando Miqueas se presentó al rey, éste le preguntó:
—Miqueas, ¿podemos atacar a Ramot de Galaad o lo dejamos?
Miqueas le respondió:
—Vete, triunfarás. El Señor se la entrega al rey.
16 El rey le dijo:
—Pero ¿cuántas veces tendré que tomarte juramento de que me
dices únicamente la verdad en nombre del Señor?
17 Entonces Miqueas dijo:
—Estoy viendo a Israel desparramado por los montes, como ove-
jas sin pastor. Y el Señor dice: «No tienen amo. Vuelva cada cual
a su casa, y en paz».
18 El rey de Israel comentó con Josafat:
—¿No te lo dije? No me profetiza venturas, sino desgracias.
19 Miqueas continuó:
—Por eso escucha la palabra del Señor: Vi al Señor sentado en
su trono. Todo el ejército celeste estaba en pie junto a él, a derecha
20 e izquierda, y el Señor preguntó: «¿Quién podrá engañar a Ajab
para que vaya y muera en Ramot de Galaad?». Unos proponían
21 una cosa y otros otra. Hasta que se adelantó un espíritu y, puesto
en pie ante el Señor, dijo: «Yo lo engañaré». El Señor le preguntó:
22 «¿Cómo?». Respondió: «Iré y me transformaré en oráculo falso en
la boca de todos los profetas». El Señor le dijo: «Conseguirás en-
23 gañarlo. ¡Vete y hazlo!». Como ves, el Señor ha puesto oráculos
falsos en la boca de todos esos profetas tuyos, porque el Señor ha
decretado tu ruina.
24 Entonces Sedecías, hijo de Canańá, se acercó a Miqueas y le dio
un bofetón, diciéndole:
—¿Por dónde se me ha escapado el espíritu del Señor para ha-
blarte a ti?
25 Miqueas respondió:
—Lo verás tú mismo el día en que vayas escondiéndote de habi-
tación en habitación.
26 Entonces el rey de Israel ordenó:
—Coge a Miqueas y llévalo al gobernador Amón y al príncipe
27 Joás. Diles: «Por orden del rey, meted a éste en la cárcel y tasadle
la ración de pan y agua hasta que yo vuelva victorioso».
28 Miqueas dijo:
—Si tú vuelves victorioso, el Señor no ha hablado por mi boca.
29 El rey de Israel y Josafat de Judá fueron contra Ramot de Ga-
30 laad. El rey de Israel dijo a Josafat:
—Voy a disfrazarme antes de entrar en combate. Tú vete con tu
ropa.
Se disfrazó y marchó al combate.
31 El rey sirio había ordenado a los comandantes de los carros que
32 no atacasen a chico ni grande, sino sólo al rey de Israel. Y cuando
los comandantes de los carros vieron a Josafat, comentaron:
—¡Aquél es el rey de Israel!
33 Y se lanzaron contra él. Pero Josafat gritó una orden, y entonces

los comandantes vieron que aquél no era el rey de Israel, y lo
34 dejaron. Un soldado disparó el arco al azar e hirió al rey de Israel,
atravesándole la cota de malla. El rey dijo al auriga:
—Da la vuelta y sácame del campo de batalla, porque estoy
herido.
35 Pero aquel día arreció el combate, de manera que sostuvieron al
rey en pie en su carro frente a los sirios, y murió al atardecer; la
36 sangre goteaba en el interior del carro. A la puesta del sol corrió
un grito por el campamento:
—¡Cada uno a su pueblo! ¡Cada uno a su tierra! ¡Ha muerto
el rey!
37-8 Llevaron al rey a Samaría, y allí lo enterraron. En la alberca de
Samaría lavaron el carro; los perros lamieron su sangre, y las pros-
titutas se lavaron en ella, como había dicho el Señor.
39 Para más datos sobre Ajab y sus empresas, el palacio de marfil
y las ciudades que construyó, véanse los Anales del Reino de Israel.
40 Ajab murió, y su hijo Ocozías le sucedió en el trono.

Josafat de Judá (870-848)

41 Josafat, hijo de Asá, subió al trono de Judá el año cuarto del
42 reinado de Ajab de Israel. Cuando subió al trono tenía treinta y
cinco años, y reinó veinticinco años en Jerusalén. Su madre se lla-
43 maba Azubá, hija de Siljí. Siguió el camino de su padre, Asá, sin
44 desviarse, haciendo lo que el Señor aprueba. Pero no desaparecie-
ron las ermitas de los altozanos; la gente seguía ofreciendo allí sa-
45 crificios y quemando incienso. Josafat vivió en paz con el rey de
Israel.
46 Para más datos sobre Josafat, las victorias que obtuvo y las gue-
47 rras que hizo, véanse los Anales del Reino de Judá. Desterró del
país los restos de prostitución sagrada que había dejado su padre,
48-9 Asá. El trono de Edom estaba entonces vacante. Josafat se constru-
yó entonces una flota mercante para ir por oro a Ofir, pero no pudo
50 zarpar, porque la flota naufragó en Floresta del Gallo. Entonces
Ocozías, hijo de Ajab, propuso a Josafat:
—Que vayan mis hombres con los tuyos en la expedición.
Pero Josafat no quiso.
51 Josafat murió; lo enterraron con sus antepasados en la Ciudad
de David, su antecesor, y su hijo Jorán le sucedió en el trono.

Ocozías de Israel (853-852)

52 Ocozías, hijo de Ajab, subió al trono de Israel, en Samaría, el
año diecisiete de Josafat de Judá. Reinó sobre Israel dos años.
53 Hizo lo que el Señor reprueba, imitando a su padre y a su madre,
54 y a Jeroboán, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel. Dio culto a
Baal; lo adoró, irritando al Señor, Dios de Israel, igual que había
hecho su padre.

REYES 2

Ocozías y Elías

1 1-2 Cuando murió Ajab, Moab se rebeló contra Israel. En Sa-
maría, Ocozías se cayó por el mirador, desde el piso de arriba, y
quedó malherido. Entonces despachó unos mensajeros con este en-
cargo:
—Id a consultar a Belcebú, dios de Ecrón, a ver si me curo de
estas heridas.
3 Pero el ángel del Señor dijo a Elías, el tesbita:
—Anda, sal al encuentro de los mensajeros del rey de Samaría
y diles: «¿Es que no hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar
4 a Belcebú, dios de Ecrón?». Por eso, así dice el Señor: «No te
levantarás de la cama donde te has acostado. Morirás sin remedio».
5 Elías se fue. Los mensajeros se volvieron, y el rey les preguntó:
—¿Por qué os habéis vuelto?
6 Le contestaron:
—Nos salió al encuentro un hombre y nos dijo que nos volvié-
ramos al rey que nos había enviado, y que le dijéramos: «Así dice
el Señor: ¿Es que no hay un Dios en Israel, para que mandes a
consultar a Belcebú, dios de Ecrón? Por eso no te levantarás de la
cama donde te has acostado. Morirás sin remedio».
7 El rey les preguntó:
—¿Cómo era el hombre que os salió al encuentro y os dijo eso?
8 Le contestaron:
—Llevaba una piel ceñida con un cinto de cuero.
El rey comentó:
—¡Elías, el tesbita!
9 Y despachó en su busca a un oficial con cincuenta hombres.
Cuando subió éste en busca de Elías, se lo encontró sentado en la
cima del monte. El oficial le dijo:
—Profeta, el rey manda que bajes.
10 Elías respondió:
—Si soy un profeta, que caiga un rayo y te abrase a ti con tus
hombres.
—Entonces cayó un rayo y abrasó al oficial y a sus hombres.
11 El rey mandó otro oficial con cincuenta hombres. Subió y le dijo:
—Profeta, el rey manda que bajes en seguida.
12 Elías respondió:
—Si soy un profeta, que caiga un rayo y te abrase a ti con tus
hombres.
Entonces cayó un rayo y abrasó al oficial y a sus hombres.
13 Por tercera vez mandó el rey un oficial con cincuenta hombres.
Subió y, cuando llegó frente a Elías, se hincó de rodillas y le rogó:
—Profeta, te lo pido, respeta mi vida y la de estos cincuenta
14 siervos tuyos. Ya han caído rayos y han abrasado a los dos oficiales
que vinieron antes y a sus hombres. Ahora respeta mi vida.
15 El ángel del Señor dijo entonces a Elías:
—Baja con él, no tengas miedo.
16 Elías se levantó, bajó con él para presentarse al rey, y al llegar
le dijo:

—Así dice el Señor: Por haber mandado mensajeros a consultar
a Belcebú, dios de Ecrón, como si en Israel no hubiese un Dios
para consultar su oráculo, no te levantarás de la cama donde te has
acostado. Morirás sin remedio.
17 El rey murió, conforme a la profecía de Elías, y Jorán, su herma-
no, le sucedió en el trono el año segundo del reinado de Jorán de
Judá, hijo de Josafat (porque Ocozías no tenía hijos).
18 Para más datos sobre Ocozías, véanse los Anales del Reino de
Israel.

CICLO DE ELISEO

Elías, arrebatado al cielo

2 Cuando el Señor iba a arrebatar a Elías al cielo en el torbellino,
2 Elías y Eliseo se marcharon de Guilgal. Elías dijo a Eliseo:
—Quédate aquí, porque el Señor me envía solo hasta Betel.
Eliseo respondió:
—¡Vive Dios! Por tu vida, no te dejaré.
3 Bajaron a Betel, y la comunidad de profetas de Betel salió a re-
cibir a Eliseo. Le dijeron:
—¿Ya sabes que el Señor te va a dejar hoy sin jefe y maestro?
El respondió:
—Claro que lo sé. ¡Callaos!
4 Elías dijo a Eliseo:
—Quédate aquí, porque el Señor me envía solo hasta Jericó.
Eliseo respondió:
—¡Vive Dios! Por tu vida, no te dejaré.
5 Llegaron a Jericó, y la comunidad de profetas de Jericó se acercó
a Eliseo y le dijeron:
—¿Ya sabes que el Señor te va a dejar hoy sin jefe y maestro?
El respondió:
—Claro que lo sé. ¡Callaos!
6 Elías dijo a Eliseo:
—Quédate aquí, porque el Señor me envía solo hasta el Jordán.
Eliseo respondió:
—¡Vive Dios! Por tu vida, no te dejaré.
Y los dos siguieron caminando.
7 También marcharon cincuenta hombres de la comunidad de pro-
8 fetas, y se pararon frente a ellos, a cierta distancia. Los dos se de-
tuvieron junto al Jordán; Elías cogió su manto, lo enrolló, golpeó
el agua y el agua se dividió por medio, y así pasaron ambos a pie
9 enjuto. Mientras pasaban el río, dijo Elías a Eliseo:
—Pídeme lo que quieras antes de que me aparten de tu lado.
Eliseo pidió:
—Déjame en herencia dos tercios de tu espíritu.
10 Elías comentó:
—¡No pides nada! Si logras verme cuando me aparten de tu lado,
lo tendrás; si no me ves, no lo tendrás.
11 Mientras ellos seguían conversando por el camino, los separó un
carro de fuego con caballos de fuego, y Elías subió al cielo en el
12 torbellino. Eliseo lo miraba y gritaba:

—¡Padre mío, padre mío, carro y auriga de Israel!
13 Y ya no lo vio más. Entonces agarró su túnica y la rasgó en dos;
luego recogió el manto que se le había caído a Elías, se volvió y se
14 detuvo a la orilla del Jordán, y agarrando el manto de Elías, golpeó
el agua, diciendo:
—¿Dónde está el Dios de Elías, dónde?
Golpeó el agua, el agua se dividió por medio y Eliseo cruzó.
15 Al verlo los hermanos profetas que estaban enfrente, comentaron:
—¡Se ha posado sobre Eliseo el espíritu de Elías!
16 Entonces fueron a su encuentro, se postraron ante él y le dijeron:
—Aquí entre tus siervos tienes cincuenta valientes; déjales ir a
buscar a tu maestro. A lo mejor el espíritu del Señor lo ha arreba-
tado y lo ha arrojado por algún monte o algún valle.
Eliseo les dijo:
—No mandéis a nadie.
17 Pero como le insistieron hasta hartarlo, dijo:
—Que vayan.
Ellos mandaron cincuenta hombres que lo buscaron durante tres
18 días y no dieron con él. Cuando volvieron a Eliseo, que se había
quedado en Jericó, les dijo:
—¿No os decía que no fuerais?

Milagros de Eliseo

19 Los habitantes de Jericó dijeron a Eliseo:
—El emplazamiento de la villa es bueno, como el señor puede
ver. Pero el agua es malsana y hace abortar a las mujeres [a].
20 Eliseo contestó:
—Traedme un plato nuevo con sal.
21 Cuando se lo llevaron, fue al manantial, echó allí la sal y dijo:
—Así dice el Señor: «Yo saneo este agua. Ya no saldrá de aquí
muerte ni esterilidad».
22 Y el agua se volvió potable hasta el día de hoy, conforme a lo
que dijo Eliseo.
23 Después subió de allí a Betel, y según subía por el camino salie-
ron del poblado unos chiquillos, que se burlaron de él:
—¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!
24 Eliseo se volvió, se les quedó mirando y los maldijo invocando
al Señor. Entonces salieron de la espesura dos osas que despeda-
zaron a cuarenta y dos de aquellos niños.
25 Eliseo marchó al monte Carmelo, y desde allí volvió luego a Sa-
maría.

Jorán de Israel (852-841)

3 Jorán, hijo de Ajab, subió al trono de Israel, en Samaría, el año
2 dieciocho del reinado de Josafat de Judá. Reinó doce años. Hizo lo
que el Señor reprueba, aunque no tanto como sus padres, pues
3 retiró la estela de Baal levantada por su padre. Pero repitió a la

[a] dudoso.

letra los pecados que Jeroboán, hijo de Nabat, hizo cometer a
Israel.
4 Mesá, rey de Moab, era ganadero y pagaba al rey de Israel un
5 tributo de cien mil corderos y la lana de cien mil carneros. Pero
6 cuando murió Ajab, Mesá se rebeló contra Israel. Entonces el rey
7 Jorán salió de Samaría, pasó revista a todo Israel y mandó este
mensaje a Josafat de Judá:
—El rey de Moab se ha rebelado contra mí. ¿Quieres venir con-
migo a luchar contra Moab?
Respondió:
—Sí. Tú y yo, tu ejército y el mío, tu caballería y la mía somos
uno.
8 Luego preguntó:
—¿Por qué camino subimos?
Jorán respondió:
—Por el camino del páramo de Edom.
9 Así, pues, los reyes de Israel, Judá y Edom emprendieron la
marcha. Pero después de un rodeo de siete días, se le acabó el agua
10 al ejército y a las acémilas. Entonces el rey de Israel exclamó:
—¡Ay, el Señor nos ha reunido a tres reyes para entregarnos en
poder de Moab!
11 Pero Josafat preguntó:
—¿No queda por ahí algún profeta para consultar al Señor?
Uno de los oficiales del rey de Israel respondió:
—Ahí está Eliseo, hijo de Safat, que daba aguamanos a Elías.
12 Josafat comentó:
—¡La palabra del Señor está con él!
Entonces el rey de Israel, Josafat y el rey de Edom bajaron a ver
13 a Eliseo, pero Eliseo dijo al rey de Israel:
—¡Déjame en paz! ¡Vete a consultar a los profetas de tu padre
y de tu madre!
El rey de Israel repuso:
—Mira, es que el Señor nos ha reunido a tres reyes para entre-
garnos en poder de Moab.
14 Eliseo dijo entonces:
—¡Vive el Señor de los ejércitos, a quien sirvo! Si no fuera en
consideración a Josafat de Judá, ni siquiera te miraría a la cara.
15 Pero, bueno, traedme un músico.
Y mientras el músico tañía, vino sobre Eliseo la mano del Señor,
16 y dijo:
17 —Así dice el Señor: «Abrid zanjas por toda la vaguada». Porque
así dice el Señor: «No veréis viento, ni veréis lluvia, pero esta va-
guada se llenará de agua y beberéis vosotros, vuestros ejércitos y
18 vuestras acémilas». Y por si esto fuera poco, el Señor os pondrá en
19 las manos a Moab: conquistaréis sus plazas fuertes, talaréis su me-
jor arbolado, cegaréis las fuentes y llenaréis de piedras los mejores
campos.
20 En efecto, a la mañana siguiente, a la hora de la ofrenda, vino
una riada de la parte de Edom, y se inundó de agua toda la zona.
21 Mientras tanto, los moabitas, sabiendo que los reyes iban a atacar-
los, habían hecho una movilización general, desde los que estaban
en edad militar para arriba, y se habían apostado en la frontera.

22 Madrugaron. El sol reverberaba sobre el agua, y al verla de lejos,
23 roja como la sangre, los moabitas exclamaron:
—¡Es sangre! Los reyes se han acuchillado, se han matado unos
a otros. ¡Al saqueo, Moab!
24 Pero cuando llegaron al campamento israelita, Israel se levantó
y derrotó a Moab, que huyó ante ellos. Los israelitas penetraron en
25 territorio de Moab y lo devastaron: destruyeron las ciudades, cada
uno tiró una piedra a los campos mejores hasta llenarlos, cegaron
las fuentes y talaron los árboles mejores, hasta dejar sólo a Quir
26 Jareset, a la que cercaron y atacaron los honderos. Cuando el rey
de Moab vio que llevaba las de perder, tomó consigo setecientos
hombres armados de espada para abrirse paso hacia el rey de Siria,
27 pero no pudo. Entonces cogió a su hijo primogénito, el que debía
sucederle en el trono, y lo ofreció en holocausto sobre la muralla.
Y se levantó una oleada tal de indignación contra Israel, que tuvo
que retirarse y volver a su país.

Milagros de Eliseo

4 Una mujer, esposa de uno de la hermandad de profetas, suplicó
a Eliseo:
—Mi marido, servidor tuyo, ha muerto. Y tú sabes que era hombre religioso. Pero el acreedor ha venido a llevarse a mis dos hijos
como esclavos.
2 Eliseo le dijo:
—¿Qué puedo hacer por ti? Dime qué tienes en casa.
Respondió ella:
—Todo lo que tengo en casa es una botella de aceite.
3 Entonces Eliseo le dijo:
—Anda, pídele a tus vecinas vasijas vacías en abundancia.
4 Entras luego en casa, te cierras por dentro con tus hijos y vas
echando aceite en todas las vasijas; según las llenas, las vas poniendo aparte.
5 La mujer se fue. Cuando se cerró por dentro con sus hijos, ellos
6 le acercaban las vasijas y ella iba echando aceite. Se llenaron todas,
y pidió a uno de los hijos:
—Acércame otra.
El contestó:
—Ya no hay más.
7 Entonces dejó de correr el aceite. Ella fue a decírselo al profeta,
y éste le dijo:
—Anda a vender el aceite, paga a tu acreedor y tú y tus hijos
vivid de lo que sobre.

El hijo de la sunamita

8 Un día pasó Eliseo por Sunán. Había allí una mujer rica que le
obligó a comer en su casa; después, siempre que él pasaba, entraba
9 allí a comer. Un día dijo la mujer a su marido:
—Mira, ese que viene siempre por casa es un profeta santo.

10 Si te parece, le hacemos en la azotea una habitación pequeña de
fábrica; le ponemos allí una cama, una mesa, una silla y un candil,
y cuando venga a casa, podrá quedarse allí arriba.
11 Un día que Eliseo llegó a Sunán, subió a la habitación de la azo-
12 tea y durmió allí. Después dijo a su criado, Guejazí:
—Llama a la sunamita.
13 La llamó y se presentó ante él. Entonces Eliseo habló a Guejazí:
—Dile: Te has tomado todas estas molestias por nosotros. ¿Qué
puedo hacer por ti? Si quieres alguna recomendación para el rey
o el general...
Ella dijo:
—Yo vivo con los míos.
14 Pero Eliseo insistió:
—¿Qué podríamos hacer por ella?
Guejazí comentó:
—Qué sé yo. No tiene hijos y su marido es viejo.
15 Eliseo dijo:
—Llámala.
16 La llamó. Ella se quedó junto a la puerta y Eliseo le dijo:
—El año que viene por estas fechas abrazarás a un hijo.
Ella respondió:
—Por favor, no, señor, no engañes a tu servidora.
17 Pero la mujer concibió, y dio a luz un hijo al año siguiente por
18 aquellas fechas, como le había predicho Eliseo. El niño creció. Un
19 día fue a donde su padre, que estaba con los segadores, y dijo:
—¡Me duele la cabeza!
Su padre dijo a un criado:
—Llévalo a su madre.
20 El criado lo cogió y se lo llevó a su madre; ella lo tuvo en sus
21 rodillas hasta el mediodía, y el niño murió. Lo subió y lo acostó en
22 la cama del profeta. Cerró la puerta y salió. Llamó a su marido y le
dijo:
—Haz el favor de mandarme un criado y una burra; voy a ir corriendo a donde el profeta y vuelvo en seguida.
23 El le dijo:
—¿Por qué vas a ir hoy a visitarlo si no es luna nueva ni sábado?
Pero ella respondió:
—Hasta luego.
24 Hizo aparejar la burra y ordenó al criado:
—Toma el ronzal y anda. No aflojes la marcha si no te lo digo.
25 Marchó, pues, y llegó a donde estaba el profeta, en el monte Carmelo. Cuando Eliseo la vio venir, dijo a su criado Guejazí:
26 —Allí viene la sunamita. Corre a su encuentro y pregúntale qué
tal están ella, su marido y el niño.
Ella respondió:
—Estamos bien.
27 Pero al llegar junto al profeta, en lo alto del monte, se abrazó a
sus pies. Guejazí se acercó para apartarla, pero el profeta le dijo:
—Déjala, que está apenada, y el Señor me lo tenía oculto sin
revelármelo.
28 Entonces la mujer dijo:
—¿Te pedí yo un hijo? ¡Te dije que no me engañaras!

29 Eliseo ordenó a Guejazí:
—Cíñete, coge mi bastón y ponte en camino; si encuentras a
alguno no lo saludes y si te saluda alguno no le respondas. Y coloca
mi bastón sobre el rostro del niño.
30 Pero la madre exclamó:
—¡Vive Dios! Por tu vida, no te dejaré.
31 Entonces Eliseo se levantó y la siguió. Mientras tanto, Guejazí
se había adelantado y había puesto el bastón sobre el rostro del
niño, pero el niño no habló ni reaccionó. Guejazí volvió al encuen-
tro de Eliseo y le comunicó:
—El niño no se ha despertado.
32 Eliseo entró en la casa y encontró al niño muerto tendido en su
33-4 cama. Entró, cerró la puerta y oró al Señor. Luego subió a la cama
y se echó sobre el niño, boca con boca, ojos con ojos, manos con
manos, encogido sobre él; la carne del niño fue entrando en calor.
35 Entonces Eliseo se puso a pasear por la habitación, de acá para
allá; subió de nuevo a la cama y se encogió sobre el niño, y así has-
36 ta siete veces; el niño estornudó y abrió los ojos. Eliseo llamó a
Guejazí, y le ordenó:
—Llama a la sunamita.
La llamó, y cuando llegó le dijo Eliseo:
—Toma a tu hijo.
37 Ella entró y se arrojó a sus pies, postrada en tierra. Luego cogió
a su hijo y salió.
38 Cuando Eliseo volvió a Guilgal, se pasaba hambre en aquella re-
gión. La comunidad de profetas estaba sentada junto a él, y Eliseo
ordenó a su criado:
—Pon la olla grande y cuece un caldo para la comunidad.
39 Uno de ellos salió al campo a coger unas hierbas; encontró unas
uvas de perro, las arrancó, llenó el manto y, al llegar, las fue echan-
40 do en el caldo sin saber lo que hacía. Cuando sirvieron la comida
a los hombres y probaron el caldo, gritaron:
—¡Profeta, esto sabe a veneno!
Y no pudieron tragarlo.
41 Entonces Eliseo ordenó:
—Traedme harina.
La echó en la olla, y dijo:
—Sirve a la gente, que coman.
Y el caldo ya no sabía mal.
42 Uno de Baal Salisá vino a traer al profeta el pan de las primicias,
veinte panes de cebada y grano reciente en la alforja. Eliseo dijo:
—Dáselos a la gente, que coman.
43 El criado replicó:
—¿Qué hago yo con esto para cien personas?
Eliseo insistió:
—Dáselos a la gente, que coman. Porque así dice el Señor: Co-
merán y sobrará.
44 Entonces el criado se los sirvió, comieron y sobró, como había
dicho el Señor.

Naamán de Siria y Eliseo

5 Naamán, general del ejército del rey sirio, era un hombre que
gozaba de la estima y del favor de su señor, pues por su medio el
Señor había dado la victoria a Siria; pero estaba enfermo de la piel.
2 En una incursión, una banda de sirios llevó de Israel a una mu-
3 chacha, que quedó como criada de la mujer de Naamán, y dijo a su
señora:
—Ojalá mi señor fuera a ver al profeta de Samaría; él lo libraría
de su enfermedad.
4 Naamán fue a informar a su señor:
—La muchacha israelita ha dicho esto y esto.
5 El rey de Siria le dijo:
—Ven, que te doy una carta para el rey de Israel.
Naamán se puso en camino, llevando tres quintales de plata, seis
6 mil monedas de oro y diez trajes. Presentó al rey de Israel la carta,
que decía así: «Cuando recibas esta carta, verás que te envío a mi
ministro Naamán para que lo libres de su enfermedad».
7 Cuando el rey de Israel leyó la carta, se rasgó las vestiduras,
exclamando:
—¿Soy yo un dios capaz de dar muerte o vida para que éste me
encargue de librar a un hombre de su enfermedad? Fijaos bien y
veréis cómo está buscando un pretexto contra mí.
8 El profeta Eliseo se enteró de que el rey de Israel se había ras-
gado las vestiduras, y le envió este recado:
—¿Por qué te has rasgado las vestiduras? Que venga a mí y verá
que hay un profeta en Israel.
9 Naamán llegó con sus caballos y su carroza y se detuvo ante la
10 puerta de Eliseo. Eliseo mandó uno a decirle:
—Ve a bañarte siete veces en el Jordán, y tu carne quedará
limpia.
11 Naamán se enfadó y decidió irse, comentando:
—Yo me imaginaba que saldría en persona a verme y que, pues-
to en pie, invocaría al Señor, su Dios, pasaría la mano sobre la
12 parte enferma y me libraría de mi enfermedad. ¿Es que los ríos de
Damasco, el Abana y el Farfar, no valen más que toda el agua de
Israel? ¿No puedo bañarme en ellos y quedar limpio?
13 Dio media vuelta y se marchaba furioso. Pero sus siervos se le
acercaron y le dijeron:
—Señor, si el profeta te hubiera prescrito algo difícil, lo harías.
Cuánto más si lo que te prescribe para quedar limpio es simple-
mente que te bañes.
14 Entonces Naamán bajó al Jordán y se bañó siete veces, como ha-
bía ordenado el profeta, y su carne quedó limpia, como la de un
niño.
15 Volvió con su comitiva y se presentó al profeta, diciendo:
—Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que
el de Israel. Acepta un regalo de tu servidor.
16 Eliseo contestó:
—¡Vive Dios, a quien sirvo! No aceptaré nada.
17 Y aunque le insistía, lo rehusó. Naamán dijo:
—Entonces que a tu servidor le dejen llevar tierra, la carga de

un par de mulas; porque en adelante tu servidor no ofrecerá holo-
18 caustos ni sacrificios a otros dioses fuera del Señor. Y que el Señor
me perdone: si al entrar mi señor en el templo de Rimón para ado-
rarlo se apoya en mi mano, y yo también me postro ante Rimón,
que el Señor me perdone ese gesto.
19 Eliseo le dijo:
—Vete en paz.
20 Naamán se marchó. Y había caminado ya un buen trecho, cuando
Guejazí, criado del profeta Eliseo, pensó: «Mi amo ha sido dema-
siado generoso con ese sirio, Naamán, no aceptando nada de lo que
ofrecía. ¡Vive Dios! Voy a correr detrás para que me dé algo».
21 Guejazí siguió a Naamán, y cuando éste lo vio correr tras él, bajó
de la carroza para ir a su encuentro y lo saludó. Guejazí respondió
22 al saludo, y dijo:
—Mi amo me manda a decirte que precisamente en este momen-
to se le han presentado dos muchachos de la serranía de Efraín, de
la comunidad de los profetas; que hagas el favor de darme para
ellos tres arrobas de plata y dos mudas de ropa.
23 Naamán dijo:
—Ten la bondad de coger el doble.
Y le porfió, hasta que le metió en dos costales seis arrobas con
dos mudas, que entregó a un par de esclavos para que se los lleva-
24 sen. Al llegar a la colina, Guejazí lo recogió todo, lo guardó en su
25 casa y despidió a los hombres, que se marcharon. Cuando se pre-
sentó a su amo, Eliseo le preguntó:
—Guejazí, ¿de dónde vienes?
Respondió:
—No me he movido de aquí.
26 Eliseo le dijo:
—Mi pensamiento te seguía cuando aquel hombre se apeó de su
carroza para ir a tu encuentro. ¿Es el momento de aceptar dinero
y vestidos, olivares y viñas, ovejas y vacas, criados y criadas?
27 ¡Que la enfermedad de Naamán se te pegue a ti y a tus descen-
dientes para siempre!
Guejazí salió con la piel descolorida, como nieve.

Milagro del hacha

6 La comunidad de profetas dijo a Eliseo:
—Mira, el sitio donde habitamos bajo tu dirección nos resulta
2 pequeño. Déjanos ir al Jordán a coger cada uno un madero para
hacernos una habitación.
Eliseo les dijo:
—Id.
3 Uno de ellos le pidió:
—Haz el favor de venir con nosotros.
Eliseo respondió:
—Voy.
4 Y se fue con ellos. Cuando llegaron al Jordán, se pusieron a cor-
5 tar ramas, pero a uno, cuando estaba derribando un tronco, se le
cayó al río el hierro del hacha, y gritó:

—¡Ay maestro, que era prestada!
6 El profeta preguntó:
—¿Dónde cayó?
El otro le indicó el sitio. Eliseo cortó un palo, lo tiró allí y el
7 hierro salió a flote. Eliseo dijo:
—Sácalo.
El otro alargó el brazo y lo cogió.

Guerra con Siria

8 El rey de Siria estaba en guerra con Israel, y en un Consejo de
ministros determinó:
—Vamos a tender una emboscada en tal sitio.
9 Entonces el profeta mandó este recado al rey de Israel:
—Cuidado con pasar por tal sitio, porque los sirios están allí
emboscados.
10 El rey de Israel envió a reconocer el sitio indicado por el pro-
feta. Eliseo le avisaba y él tomaba precauciones. Y esto no una ni
11 dos veces. El rey de Siria se alarmó ante esto, convocó a sus minis-
tros y les dijo:
—Decidme quién de los nuestros informa al rey de Israel.
12 Uno de los ministros respondió:
—No es eso, majestad. Eliseo, el profeta de Israel, es quien co-
munica a su rey las palabras que pronuncias en tu alcoba.
13 Entonces el rey ordenó:
—Id a ver dónde está, y enviaré a prenderlo.
Le avisaron:
—Está en Dotán.
14 El rey mandó allá caballería y carros y un fuerte contingente de
15 tropas. Llegaron de noche y cercaron la ciudad. Cuando el profeta
madrugó al día siguiente para salir, se encontró con que un ejército
cercaba la ciudad con caballería y carros. El criado dijo a Eliseo:
—Maestro, ¿qué hacemos?
16 Eliseo respondió:
—No temas. Los que están con nosotros son más que ellos.
17 Luego rezó:
—Señor, ábrele los ojos para que vea.
El Señor le abrió los ojos al criado y vio el monte lleno de ca-
ballería y carros de fuego en torno a Eliseo.
18 Cuando los sirios bajaron hacia él, Eliseo oró al Señor:
—¡Deslúmbralos!
19 El Señor los deslumbró, como pedía Eliseo, y éste les dijo:
—No es éste el camino ni es ésta la ciudad. Seguidme, yo os lle-
varé hasta el hombre que buscáis.
Y se los llevó a Samaría.
20 Cuando ya habían entrado en Samaría, Eliseo rezó:
—Señor, ábreles los ojos para que vean.
El Señor les abrió los ojos y vieron que estaban en mitad de
Samaría.
21 El rey de Israel, al verlos, dijo a Eliseo:
—Padre, ¿los mato?

22 Respondió:
—No los mates. ¿Vas a matar a los que no has hecho prisione-
ros con tu espada y tu arco? Sírveles pan y agua, que coman y
beban y se vuelvan a su amo.
23 El rey les preparó un gran banquete. Comieron y bebieron; lue-
go los despidió y se volvieron a su amo. Las guerrillas sirias no
volvieron a entrar en territorio israelita.

Asedio y hambre en Samaría

24 Más adelante, Benadad, rey de Siria, movilizó todo su ejército y
25 cercó Samaría. Hubo un hambre terrible en Samaría. El asedio fue
tan duro, que un asno llegó a valer ochocientos gramos de plata,
26 y treinta gramos de algarroba cincuenta gramos de plata. El rey de
Israel pasaba por la muralla, y una mujer le gritó:
—¡Sálvanos, majestad!
27 Respondió el rey:
—Si no te salva Dios, ¿de dónde saco yo para salvarte? ¿De la
28 panera o de la bodega? ¿Qué te pasa?
Ella respondió:
—Esta mujer me dijo: «Trae tu hijo, que nos lo comamos hoy,
29 y el mío nos lo comeremos mañana». Cocimos a mi hijo y nos lo
comimos; pero al otro día, cuando le pedí su hijo para comérnoslo,
lo escondió.
30 Cuando el rey oyó lo que decía la mujer, se rasgó las vestiduras
(pasaba por la muralla y la gente vio que llevaba un sayal pegado
31 al cuerpo), y dijo:
—¡Que Dios me castigue si Eliseo, hijo de Safat, se queda hoy
con la cabeza en su sitio!
32 Mientras tanto, Eliseo estaba sentado en su casa con los senado-
res. El rey le envió un mensajero, pero antes de que llegara dijo
Eliseo a los senadores:
—¡Vais a ver cómo ese asesino ha mandado uno a cortarme la
cabeza! Mirad; cuando llegue, atrancad la puerta y no lo dejéis
pasar; detrás de él se oyen las pisadas de su señor.
33 Todavía estaba hablando, cuando apareció el rey, que bajó hacia
él y le dijo:
—Esta desgracia nos la manda el Señor. ¿Qué puedo esperar
de él?
7 Eliseo respondió:
—Oye la palabra del Señor. Así dice el Señor: «Mañana a estas
horas siete litros de flor de harina valdrán diez gramos, y catorce
litros de cebada diez gramos en el mercado de Samaría».
2 El valido del rey, que ofrecía su brazo al soberano, le replicó:
—Suponiendo que el Señor abriese las compuertas del cielo, ¿se
cumpliría esa profecía?
Eliseo le respondió:
—¡Lo verás, pero no lo catarás!
3 Junto a la entrada de la ciudad había cuatro hombres leprosos.
Y se dijeron:
4 —¿Qué hacemos aquí esperando la muerte? Si nos decidimos a

entrar en la ciudad, moriremos dentro, porque aprieta el hambre;
y si nos quedamos aquí, moriremos lo mismo. ¡Venga, vamos a pa-
sarnos a los sirios! Si nos dejan con vida, viviremos; y si nos matan,
nos mataron.
5 Al oscurecer se pusieron en camino hacia el campamento sirio.
Llegaron a las avanzadas del campamento, y... ¡allí no había nadie!
6 (Es que el Señor había hecho oír al ejército sirio un fragor de ca-
rros y caballos, el fragor de un ejército poderoso, y se habían dicho
unos a otros: «El rey de Israel ha pagado a los reyes hititas y a los
7 egipcios para atacarnos!». Y así, al oscurecer, abandonando tiendas,
caballos, burros y el campamento tal como estaba, emprendieron
la fuga para salvar la vida).
8 Los leprosos llegaron a las avanzadas del campamento; entraron
en una tienda, comieron y bebieron; se llevaron plata, oro y ropa,
y fueron a esconderlo. Luego volvieron, entraron en otra tienda, se
9 llevaron más cosas de allí y fueron a esconderlas. Pero comentaron:
—Estamos haciendo algo que no está bien. Hoy es un día de
alegría. Si nos callamos y esperamos a que amanezca, resultaremos
culpables. ¡Venga! Vamos a palacio a avisar.
10 Al llegar, llamaron a los centinelas de la ciudad y les informaron:
—Hemos ido al campamento sirio, y allí no hay nadie ni se oye
a nadie; sólo caballos atados, burros atados y las tiendas tal como
estaban.
11 Los centinelas gritaron, transmitiendo la noticia al interior de
12 palacio. El rey se levantó de noche y comentó con sus ministros:
—Voy a deciros lo que nos han organizado los sirios: como saben
que pasamos hambre se han ido del campamento a esconderse en
descampado, pensando que cuando salgamos nos cogerán vivos y
entrarán en la ciudad.
13 Entonces uno de los ministros propuso:
—Que cojan cinco caballos de los que quedan en la ciudad, y los
mandamos a ver qué pasa; total, si se salvan, serán como la tropa
que todavía vive; si mueren, serán como los que ya han muerto.
14 Eligieron dos jinetes, y el rey les mandó seguir al ejército sirio,
encargándoles:
—Id a ver qué pasa.
15 Ellos los siguieron hasta el Jordán: todo el camino estaba sem-
brado de ropa y material abandonado por los sirios al huir a toda
16 prisa. Volvieron a informar al rey. Y entonces toda la gente salió
a saquear el campamento sirio. Y siete litros de flor de harina se
pagaron a diez gramos, y catorce de cebada a diez gramos también,
como había dicho el Señor.
17 El rey había encargado vigilar la entrada a su valido, el que le
ofrecía su brazo. La gente lo pisoteó al salir por la puerta, y murió,
18 como había dicho el profeta cuando el rey fue a verlo. Pues cuando
el profeta dijo al rey que al día siguiente, a la misma hora, catorce
litros de cebada valdrían diez gramos, y siete litros de flor de ha-
19 rina diez gramos en el mercado de Samaría, el valido le replicó que,
aun suponiendo que el Señor abriese las compuertas del cielo, aque-
lla profecía no se cumpliría, y entonces Eliseo le dijo: «¡Lo verás,
20 pero no lo catarás!». Eso fue lo que pasó: la gente lo pisoteó en la
entrada, y murió.

Vuelta de la sunamita

8 Eliseo dijo a la madre del niño que había resucitado:
—Anda, vete con tu familia, emigra a donde puedas; porque el
Señor ha llamado al hambre, y va a venir al país por siete años.
2 La mujer puso manos a la obra, según las instrucciones del pro-
feta; emigró con su familia a territorio filisteo y se quedó allí siete
3 años; y al cabo de los siete años se volvió del país filisteo y fue a
4 reclamar al rey su casa y su campo. El rey estaba hablando con
Guejazí, criado del profeta:
—Cuéntame todos los milagros de Eliseo.
5 Y precisamente cuando Guejazí le estaba contando al rey cómo
Eliseo había resucitado al niño muerto, la madre del niño entró
para reclamar al rey su casa y su campo. Guejazí dijo al rey:
—Majestad, ésa es, y ése es el niño resucitado por Eliseo.
6 El rey preguntó a la mujer, y ella le contó todo. Entonces el rey
puso a su disposición un funcionario, al que ordenó:
—Haz que entreguen a esta mujer todas sus posesiones y la ren-
ta de las tierras desde el día que se marchó hasta hoy.

Eliseo y Jazael, en Damasco

7 Eliseo marchó a Damasco. Benadad, rey de Siria, estaba enfermo,
y le avisaron:
—Ha venido el profeta.
8 El rey ordenó a Jazael:
—Coge un regalo, vete a ver al profeta y consulta al Señor por
medio de él, a ver si salgo de esta enfermedad.
9 Jazael fue a ver a Eliseo, llevándole como regalo cuarenta came-
llos cargados con los mejores productos de Damasco. Cuando llegó
ante él, puesto en pie dijo:
—Tu hijo Benadad, rey de Siria, me envía a consultarte: ¿Saldré
de esta enfermedad?
10 Eliseo le respondió:
—Ve a decirle que sanará; pero el Señor me ha revelado que
morirá sin remedio.
11 Luego inmovilizó la mirada, quedó fuera de sí un largo rato y se
12 echó a llorar. Jazael le preguntó:
—Maestro, ¿por qué lloras?
Eliseo contestó:
—Porque sé el daño que vas a hacer a los israelitas: incendiarás
sus plazas fuertes, pasarás a cuchillo a sus soldados, estrellarás a sus
niños y abrirás en canal a las embarazadas.
13 Jazael dijo:
—¿Qué soy yo más que un perro para llevar a cabo tal hazaña?
Eliseo respondió:
—El Señor me ha hecho verte como rey de Siria.
14 Jazael se despidió de Eliseo, y cuando llegó a su señor, éste le
preguntó:
—¿Qué te ha dicho Eliseo?
Respondió:
—Me ha dicho que sanarás.

15 Pero al día siguiente Jazael cogió una colcha, la empapó en agua
y se la extendió al rey sobre la cara, hasta que murió. Jazael lo su-
plantó en el trono.

Jorán de Judá (848-841)

16 Jorán, hijo de Josafat, subió al trono el año quinto del reinado
17 de Jorán de Israel, hijo de Ajab. Cuando subió al trono tenía trein-
18 ta y dos años, y reinó ocho años en Jerusalén. Imitó a los reyes de
Israel, como había hecho la dinastía de Ajab (se había casado con
19 una hija de Ajab). Hizo lo que el Señor reprueba, pero el Señor no
quiso aniquilar a Judá, por amor a su siervo David, según su pro-
mesa de conservarle siempre una lámpara en su presencia.
20 En su tiempo, Edom se independizó de Judá y se nombró un rey.
21 Jorán fue a Seír con todos sus carros; se levantó de noche y, aun-
que desbarató al ejército idumeo que lo cercaba, a él y a los oficia-
22 les del escuadrón de carros, la tropa huyó a la desbandada. Así se
independizó Edom de Judá hasta hoy. Por entonces también se
rebeló Alba.
23 Para más datos sobre Jorán y sus empresas, véanse los Anales del
Reino de Judá.
24 Jorán murió, y lo enterraron con sus antepasados en la Ciudad de
David. Su hijo Ocozías le sucedió en el trono.

Ocozías de Judá (841)

25 Ocozías, hijo de Jorán, subió al trono el año doce del reinado de
26 Jorán de Israel, hijo de Ajab. Cuando subió al trono tenía veinti-
dós años, y reinó un año en Jerusalén. Su madre se llamaba Atalía,
27 hija de Omrí de Israel. Imitó a Ajab. Hizo lo que el Señor repru-
28 ba (pues había emparentado con la familia de Ajab). Junto con Jo-
rán, hijo de Ajab, fue a luchar contra Jazael de Siria, en Ramot de
29 Galaad. Pero los sirios hirieron a Jorán, que se volvió a Yezrael
para curarse de las heridas que recibió de los sirios en Ramot, lu-
chando contra Jazael de Siria. Entonces, cuando estaba enfermo en
Yezrael, fue a visitarlo Ocozías de Judá, hijo de Jorán.

Jehú, ungido rey

9 El profeta Eliseo llamó a uno de la comunidad de profetas y le
ordenó:
—Atate el cinturón, coge en la mano esta aceitera y vete a Ramot
2 de Galaad. Cuando llegues, busca a Jehú, hijo de Josafat, hijo de
Nimsí; entras, lo haces salir de entre sus camaradas y lo llevas a
3 una habitación aparte. Coge la aceitera y derrámasela sobre la cabe-
za, diciendo: «Así dice el Señor: Te unjo rey de Israel». Luego
abres la puerta y escapas sin más.
4-5 El joven profeta marchó a Ramot de Galaad. Al llegar, encontró
a los generales del ejército reunidos, y dijo:
—Te traigo un mensaje, mi general.

Jehú preguntó:
—¿Para quién de nosotros?
Respondió:
—Para ti, mi general.
6 Jehú se levantó y entró en la casa. El profeta le derramó el aceite
sobre la cabeza y le dijo:
—Así dice el Señor, Dios de Israel: Te unjo rey de Israel, el pue-
7 blo del Señor. Derrotarás a la dinastía de Ajab, tu señor; en Jezabel
vengaré la sangre de mis siervos, los profetas, la sangre de los sier-
8 vos del Señor; perecerá toda la casa de Ajab; extirparé de Israel a
todos los hombres de Ajab: a todo el que mea a la pared, esclavo
9 o libre. Trataré a la casa de Ajab como a la de Jeroboán, hijo de
10 Nabat, y como a la de Basá, hijo de Ajías. Y a Jezabel la comerán
los perros en el campo de Yezrael, y nadie le dará sepultura.
Luego abrió la puerta y escapó.
11 Jehú salió a reunirse con los oficiales de su señor. Le pregun-
taron:
—¿Buenas noticias? ¿A qué ha venido a verte ese loco?
Les respondió:
—Ya conocéis a ese hombre y lo que anda hablando entre dientes.
12 Le dijeron:
—¡Cuentos! Explícate.
Jehú entonces les dijo:
—Me ha dicho a la letra: «Así dice el Señor: Te unjo rey de
Israel».
13 Inmediatamente cogió cada uno su manto y lo echó a los pies de
Jehú sobre los escalones. Tocaron la trompa y aclamaron:
—¡Jehú es rey!
14 Entonces Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsí, organizó una cons-
piración contra Jorán de esta manera: Jorán estaba con todo el ejér-
cito israelita, defendiendo Ramot de Galaad contra Jazael, rey de
15 Siria; pero se había vuelto a Yezrael para curarse las heridas reci-
bidas de los sirios en la guerra contra Jazael de Siria. Jehú dijo:
—Si os parece bien, que no salga nadie de la ciudad a llevar la
noticia a Yezrael.
16 Montó y marchó a Yezrael, donde estaba Jorán en cama. Ocozías
17 de Judá había ido a hacerle una visita. El vigía, en pie sobre la
torre de Yezrael, vio al grupo de Jehú, que se acercaba, y dijo:
—Veo un tropel de gente.
Jorán ordenó:
—Coge un jinete y mándalo al encuentro a preguntarles si traen
buenas noticias.
18 El jinete salió a su encuentro, y dijo:
—El rey pregunta si traéis buenas noticias.
Jehú contestó:
—¿Qué te importan las buenas noticias? ¡Ponte ahí detrás!
El centinela anunció:
—El mensajero ha llegado a donde ellos y no vuelve.
19 El rey mandó entonces otro jinete, que al llegar a ellos dijo:
—El rey pregunta si traéis buenas noticias.
Jehú contestó:
—¿Qué te importan las buenas noticias? ¡Ponte ahí detrás!

20 El centinela anunció:
—Ha llegado a donde ellos y no vuelve. Y la forma de guiar es
la de Jehú, hijo de Nimsí, porque guía a lo loco.
21 Jorán ordenó:
—¡Engancha!
Engancharon el carro, y Jorán de Israel y Ocozías de Judá salie-
ron, cada uno en su carro, al encuentro de Jehú. Lo alcanzaron jun-
22 to a la heredad de Nabot, el de Yezrael, y Jorán, al verlo, preguntó:
—¿Buenas noticias, Jehú?
Jehú respondió:
—¿Cómo va a haber buenas noticias mientras Jezabel, tu madre,
siga con sus ídolos y brujerías?
23 Jorán volvió grupas para escapar, diciendo a Ocozías:
—¡Traición, Ocozías!
24 Pero Jehú ya había tensado el arco, y asaeteó a Jorán por la es-
palda. La flecha le atravesó el corazón, y Jorán se dobló sobre el
25 carro. Jehú ordenó a su asistente, Bidcar:
—Cógelo y tíralo a la heredad de Nabot, el de Yezrael; porque
recuerda que cuando tú y yo cabalgábamos juntos siguiendo a su
26 padre, Ajab, el Señor pronunció contra él este oráculo: «Ayer vi la
sangre de Nabot y de sus hijos, oráculo del Señor. Juro que en
la misma heredad te daré tu merecido, oráculo del Señor». Así que
cógelo y tíralo a la heredad de Nabot, como dijo el Señor.
27 Al ver esto, Ocozías de Judá tiró por el camino de Casalhuerto.
Pero Jehú lo persiguió, diciendo:
—¡También a él!
Lo hirieron en su carro, por la cuesta de Gur, cerca de Yiblán.
28 Pero logró huir a Meguido, y allí murió. Sus siervos lo llevaron en
un carro a Jerusalén, y lo enterraron en la sepultura familiar, en la
29 Ciudad de David; había subido al trono de Judá el año once de
Jorán, hijo de Ajab.
30 Jehú llegó a Yezrael. Jezabel, que se había enterado, se sombreó
31 los ojos, se arregló el pelo y se asomó al balcón. Y cuando Jehú
entraba por la puerta, Jezabel le dijo:
—¿Qué tal, Zimrí, asesino de su señor?
32 Jehú levantó la vista al balcón y preguntó:
—¿Quién se pone de mi parte? ¿Quién?
33 Se asomaron dos o tres eunucos, y Jehú ordenó:
—¡Abajo con ella!
La tiraron; su sangre salpicó la pared y a los caballos, que la piso-
34 tearon. Jehú entró, comió y bebió, y luego dijo:
—Haceos cargo de esa maldita y enterradla, que, al fin y al cabo,
es hija de rey.
35 Pero cuando fueron a enterrarla, sólo encontraron la calavera,
36 los pies y las manos. Volvieron a informarle, y Jehú comentó:
—Se cumple la palabra que dijo Dios a su siervo Elías, el tesbita:
«En el campo de Yezrael comerán los perros la carne de Jezabel;
37 su cadáver será como estiércol en el campo, y nadie podrá decir:
ésa es Jezabel».

Baño de sangre

10 Ajab tenía setenta hijos en Samaría. Jehú escribió cartas y las
envió a Samaría, a los notables de la ciudad, los concejales y los pre-
2 ceptores de los príncipes, con este texto: «Tenéis ahí a los hijos de
vuestro señor, y sus carros y sus caballos, una ciudad fortificada y
3 un arsenal. Pues bien, cuando recibáis esta carta, ved cuál de los
hijos de vuestro señor es más capaz y más recto; sentadlo en el tro-
no de su padre y disponeos a defender la dinastía de vuestro señor».
4 Ellos, muertos de miedo, comentaron:
—Dos reyes no han podido con él, ¿cómo podremos nosotros?
5 Entonces el mayordomo de palacio, el gobernador, los concejales
y los preceptores enviaron esta respuesta a Jehú: «Somos siervos
tuyos. Haremos cuanto nos digas. No nombraremos rey a nadie. Haz
lo que te parezca bien».
6 Jehú les escribió esta otra carta: «Si estáis de mi parte y queréis
obedecerme, mañana a estas horas venid a verme a Yezrael, trayén-
dome las cabezas de los hijos de vuestro señor». (Los hijos del rey
vivían con la gente principal de la ciudad, que los criaba).
7 Cuando les llegó la carta, cogieron a los setenta hijos del rey, los
degollaron, pusieron las cabezas en unos cestos y se las mandaron
8 a Jehú a Yezrael. Llegó el mensajero y le comunicó:
—Han traído las cabezas de los hijos del rey.
Jehú dijo:
—Ponedlas en dos montones a la entrada de la ciudad, y dejad-
las allí hasta por la mañana.
9 A la mañana salió, se plantó y dijo a la gente:
—Vosotros sois inocentes; yo conspiré contra mi señor y lo maté.
10 Pero ¿quién ha matado a todos éstos? Fijaos cómo no falla nada de
lo que el Señor dijo contra la casa de Ajab. El Señor ha cumplido
lo que dijo por su siervo Elías.
11 Jehú acabó con los de la dinastía de Ajab que quedaban en Yez-
rael: dignatarios, parientes, sacerdotes, hasta no dejarle uno vivo.
12 Después emprendió la marcha a Samaría. Cuando en el viaje llega-
13 ba a Las Majadas, encontró a unos parientes de Ocozías de Judá
y les preguntó:
—¿Quiénes sois?
Respondieron:
—Somos parientes de Ocozías, que vamos a saludar a los hijos
del rey y de la reina madre.
14 Jehú dio una orden:
—¡Cogedlos vivos!
Los cogieron vivos y los degollaron junto al pozo de Las Maja-
das. Eran cuarenta y dos hombres, y no quedó uno.
15 Marchó de allí y encontró a Jonadab, hijo de Recab, que salió a
su encuentro. Le saludó y le dijo:
—¿Estás lealmente de mi parte como yo lo estoy contigo?
Jonadab contestó:
—Sí.
Jehú replicó:
—Entonces, venga esa mano.

16 Le dio la mano, y Jehú lo hizo subir con él a su carro, dicién-
dole:
—Ven conmigo y verás mi celo por el Señor.
Y lo llevó en su carro.
17 Cuando llegó a Samaría mató a todos los de Ajab que quedaban
allí, hasta acabar con la familia, como había dicho el Señor a Elías.
18 Después reunió a todo el pueblo y les habló:
—Si Ajab fue algo devoto de Baal, Jehú lo será mucho más;
19 así que llamadme a todos los profetas de Baal, todos sus fieles y
sacerdotes. Que no falte ninguno, porque quiero ofrecer a Baal un
sacrificio solemne. El que falte morirá.
(Jehú actuaba así astutamente para eliminar a los fieles de Baal).
20 Luego ordenó:
—Convocad una asamblea litúrgica en honor de Baal.
21 La convocaron. Y Jehú mandó aviso por todo Israel. Llegaron
todos los fieles de Baal (no quedó uno sin venir) y entraron en el
22 templo de Baal, que se llenó de bote en bote. Entonces Jehú dijo
al sacristán:
—Saca los ornamentos para los fieles de Baal.
23 Los sacó. Luego Jehú y Jonadab, hijo de Recab, entraron en el
templo, y Jehú dijo a los fieles de Baal:
—Aseguraos de que aquí hay sólo devotos de Baal y ninguno del
Señor.
24 Se adelantaron para ofrecer sacrificios y holocaustos. Pero Jehú
había apostado afuera ochenta hombres con esta consigna:
—El que deje escapar a uno de los que os pongo en las manos,
pagará con la vida.
25 Y así, cuando terminaron de ofrecer el holocausto, Jehú ordenó
a los guardias y oficiales:
—¡Entrad a matarlos! ¡Que no escape nadie!
Los guardias y oficiales los pasaron a cuchillo y entraron hasta
26 el camarín del templo de Baal. Sacaron la estatua de Baal y la que-
27 maron, derribaron el altar y el templo lo convirtieron en letrinas,
28 hasta el día de hoy. Así eliminó Jehú el culto de Baal en Israel.
29 Pero no se apartó de los pecados que Jeroboán, hijo de Nabat, hizo
cometer a Israel: los becerros de oro, el de Betel y el de Dan.
30 El Señor le dijo:
—Por haber hecho bien lo que yo quería y haber realizado en la
familia de Ajab todo lo que yo había decidido, tus hijos, hasta la
cuarta generación, se sentarán en el trono de Israel.
31 Pero Jehú no perseveró en el cumplimiento de la ley del Señor,
Dios de Israel, con todo su corazón; no se apartó de los pecados
que Jeroboán hizo cometer a Israel.
32 Por aquel entonces el Señor empezó a desmembrar a Israel.
33 Jazael lo derrotó en toda la frontera, desde el Jordán hacia el este,
todo el país de Galaad, de los gaditas, rubenitas y los de Manasés;
desde Aroer, junto al Arnón, hasta Galaad y Basán.
34 Para más datos sobre Jehú y sus hazañas militares, véanse los
Anales del Reino de Israel.
35 Jehú murió, y lo enterraron en Samaría, con sus antepasados.
36 Su hijo Joacaz le sucedió en el trono. Jehú fue rey de Israel, en
Samaría, veintiocho años.

Reinado y muerte de Atalía

11 Cuando Atalía, madre de Ocozías, vio que su hijo había muerto,
2 empezó a exterminar a toda la familia real. Pero cuando los hijos
del rey estaban siendo asesinados, Josebá, hija del rey Jorán y her-
mana de Ocozías, raptó a Joás, hijo de Ocozías, y lo escondió con
su nodriza en el dormitorio; así, se lo ocultó a Atalía y lo libró de
3 la muerte. El niño estuvo escondido con ella en el templo mientras
en el país reinaba Atalía.
4 El año séptimo, Yehoyadá mandó a buscar a los centuriones
de los carios y de la escolta; los llamó a su presencia en el templo,
5 se juramentó con ellos y les presentó al hijo del rey. Luego les dio
estas instrucciones:
—Vais a hacer lo siguiente: el tercio que está de servicio en el
6 palacio el sábado (el tercio que está en la puerta de las caballerizas
y el de la puerta de detrás del cuartel de la escolta haréis la guardia
7 en el templo por turnos) y los otros dos cuerpos, todos los que es-
táis libres el sábado, haréis la guardia en el templo cerca del rey.
8 Rodead al rey por todas partes, arma en mano. Si alguno quiere
meterse por entre las filas, matadlo. Y estad junto al rey, vaya
donde vaya.
9 Los oficiales hicieron lo que les mandó el sacerdote Yehoyadá;
cada uno reunió a sus hombres, los que estaban de servicio el sá-
bado y los que estaban libres, y se presentaron al sacerdote Yeho-
10 yadá. El sacerdote entregó a los oficiales las lanzas y los escudos
11 del rey David, que se guardaban en el templo. Los de la escolta
empuñaron las armas y se colocaron entre el altar y el templo,
desde el ángulo sur hasta el ángulo norte del templo, para proteger
12 al rey. Entonces Yehoyadá sacó al hijo del rey, le colocó la diadema
y las insignias, lo ungió rey, y todos aplaudieron, aclamando:
—¡Viva el rey!
13 Atalía oyó el clamor de la tropa y de los oficiales y se fue hacia
14 la gente, al templo. Pero cuando vio al rey en pie sobre el estrado,
como es costumbre, y a los oficiales y la banda cerca del rey, toda
la población en fiesta y las trompetas tocando, se rasgó las vestidu-
ras y gritó:
—¡Traición! ¡Traición!
15 El sacerdote Yehoyadá ordenó a los oficiales que mandaban las
fuerzas:
—Sacadla del atrio. Al que la siga lo matáis (pues no quería que
la matasen en el templo).
16 La fueron empujando con las manos, y cuando llegaba a palacio
por la puerta de las caballerizas, allí la mataron.
17 Yehoyadá selló el pacto entre el Señor y el rey y el pueblo, para
18 que éste fuera el pueblo del Señor. Toda la población se dirigió
luego al templo de Baal: lo destruyeron, derribaron sus altares, tri-
turaron las imágenes, y a Matán, sacerdote de Baal, lo degollaron
ante el altar. El sacerdote Yehoyadá puso guardias en el templo, y
19 luego, con los centuriones, los carios, los de la escolta y todo el ve-
cindario, bajaron del templo al rey y lo llevaron a palacio por la
20 puerta de la escolta. Y Joás se sentó en el trono real. Toda la po-

blación hizo fiesta, y la ciudad quedó tranquila. A Atalía la habían
matado en el palacio.

Joás de Judá (835-796)

12 1-2 Cuando Joás subió al trono tenía siete años (era el año sép-
timo de Jehú) y reinó en Jerusalén cuarenta años. Su madre se lla-
3 maba Sibyá, natural de Berseba. Joás hizo siempre lo que el Señor
4 aprueba, siguiendo las enseñanzas del sacerdote Yehoyadá. Pero no
desaparecieron las ermitas de los altozanos; la gente seguía ofre-
ciendo allí sacrificios y quemando incienso.
5 Joás dijo a los sacerdotes:
—Todo el dinero de las colectas del templo, el dinero del empa-
dronamiento, el de los impuestos según la tarifa personal y el de las
6 ofertas voluntarias que lo recojan los sacerdotes a través de sus
ayudantes para reparar los desperfectos del templo.
7 Pero el año veintitrés del reinado de Joás los sacerdotes todavía
8 no habían reparado los desperfectos del templo. Entonces Joás
convocó al sacerdote Yehoyadá y a los otros sacerdotes, y les dijo:
—¿Por qué no habéis reparado todavía los desperfectos del tem-
plo? En adelante, no os quedéis con el dinero recibido a través de
vuestros ayudantes; tenéis que entregarlo para los desperfectos del
templo.
9 Los sacerdotes aceptaron no recibir dinero de la gente ni encar-
10 garse de reparar los desperfectos del templo. El sacerdote Yehoyadá
cogió un cofre, hizo una ranura en la tapa y lo puso junto al altar,
a mano derecha según se entra en el templo. Los sacerdotes porte-
11 ros echaban allí todo el dinero que se traía al templo. Cuando veían
que había mucho dinero en el cofre, subía el secretario real con el
sumo sacerdote, lo vaciaban y contaban el dinero que había en el
12 templo. Luego entregaban el dinero ya contado a los maestros de
obras encargados del templo, para pagar a los carpinteros y albañi-
13 les que trabajaban allí, y a los tapiadores y canteros, para comprar
madera y piedra de cantería, para reparar los desperfectos del tem-
14 plo y para todos los gastos de la conservación del edificio. Con el
dinero que se traía al templo no se hacían palanganas de plata,
cuchillos, hisopos, trompetas, ni ningún utensilio de oro o de plata
15 para el templo; entregaban el dinero a los maestros de obras y con
16 él reparaban el edificio. Y no se pedían cuentas a aquellos a quie-
17 nes se entregaba el dinero, porque procedían con honradez. El dine-
ro de los sacrificios penitenciales y el de los sacrificios por el peca-
do no iba a parar al templo, sino que era para los sacerdotes.
18 Por entonces Jazael, rey de Siria, atacó a Gat y la conquistó.
19 Luego se volvió para atacar a Jerusalén. Pero Joás de Judá cogió
todas las ofrendas votivas de los reyes de Judá predecesores suyos,
Josafat, Jorán y Ocozías, sus propias ofrendas, más todo el oro que
había en el tesoro del templo y del palacio real, y se lo envió a
Jazael de Siria, que se alejó de Jerusalén.
20 Para más datos sobre Joás y sus empresas, véanse los Anales del
Reino de Judá.
21 Sus cortesanos tramaron una conspiración y lo mataron cuando

22 bajaba por el terraplén. Lo asesinaron sus cortesanos Yozabad, hijo
de Simat, y Yehozabad, hijo de Somer. Lo enterraron con sus ante-
pasados en la Ciudad de David, y su hijo Amasías le sucedió en el
trono.

Joacaz de Israel (813-797)

13 Joacaz, hijo de Jehú, subió al trono de Israel en Samaría el año
veintitrés del reinado de Joás de Judá, hijo de Ocozías. Reinó die-
2 cisiete años. Hizo lo que el Señor reprueba: repitió a la letra los
3 pecados que Jeroboán, hijo de Nabat, hizo cometer a Israel. El Se-
ñor se encolerizó contra Israel y lo entregó, durante todo aquel
tiempo, en poder de Jazael de Siria y de Benadad, hijo de Jazael.
4 Joacaz imploró al Señor, y el Señor lo escuchó, al ver cómo el rey
5 de Siria oprimía a Israel. El Señor dio a Israel un salvador, que lo
libró de la dominación siria, y los israelitas pudieron habitar sus
6 casas como antes. Pero no se apartaron de los pecados que la dinas-
tía de Jeroboán había hecho cometer a Israel. Incluso la estela si-
7 guió en pie en Samaría. Por eso el Señor no le dejó a Joacaz más
que cincuenta jinetes, diez carros y diez mil soldados de infantería;
el rey de Siria los había destrozado y reducido a polvo de la trilla.
8 Para más datos sobre Joacaz y sus hazañas militares, véanse los
Anales del Reino de Israel.
9 Joacaz murió, y lo enterraron con sus antepasados en Samaría.
Su hijo Joás le sucedió en el trono.

Joás de Israel (797-782)

10 Joás, hijo de Joacaz, subió al trono de Israel en Samaría el año
treinta y siete del reinado de Joás de Judá. Reinó dieciséis años.
11 Hizo lo que el Señor reprueba. Repitió a la letra los pecados que
Jeroboán, hijo de Nabat, hizo cometer a Israel; imitó su conducta.
12 Para más datos sobre Joás y sus hazañas militares contra Ama-
sías de Judá, véanse los Anales del Reino de Israel.
13 Joás murió, y Jeroboán le sucedió en el trono. A Joás lo enterra-
ron en Samaría con los reyes de Israel.

Muerte de Eliseo

14 Cuando Eliseo cayó enfermo de muerte, Joás de Israel bajó a
visitarlo y se echó sobre él llorando y repitiendo:
—¡Padre mío, padre mío, carro y auriga de Israel!
15 Eliseo le dijo:
—Coge un arco y unas flechas.
16 Cogió un arco y unas flechas y Eliseo le mandó:
—Empuña el arco.
Lo empuñó, y Eliseo puso sus manos sobre las manos del rey
17 y ordenó:
—Abre la ventana que da a levante.
Joás la abrió, y Eliseo dijo:
—¡Dispara!

El disparó, y comentó Eliseo:
—¡Flecha victoriosa del Señor, flecha victoriosa contra Siria!
Derrotarás a Siria en El Cerco hasta aniquilarla.
18 Luego ordenó:
—Coge las flechas.
El rey las cogió, y Eliseo le dijo:
—Golpea el suelo.
19 El lo golpeó tres veces y se detuvo. Entonces el profeta se le
enfadó:
—Si hubieras golpeado cinco o seis veces, derrotarías a Siria has-
ta aniquilarla; pero así sólo la derrotarás tres veces.
20 Eliseo murió, y lo enterraron.
Las guerrillas de Moab hacían incursiones por el país todos los
21 años. Una vez, mientras estaban unos enterrando a un muerto, al
ver las bandas de guerrilleros echaron el cadáver en la tumba de
Eliseo y marcharon, y al tocar el muerto los huesos de Eliseo, re-
vivió y se puso en pie.
22 Jazael, rey de Siria, había oprimido a Israel durante todo el rei-
23 nado de Joacaz. Pero el Señor se apiadó y tuvo misericordia de
ellos; se volvió hacia ellos, por el pacto que había hecho con Abra-
hán, Isaac y Jacob, y no quiso exterminarlos ni los ha arrojado de
su presencia hasta ahora.
24 Jazael de Siria murió, y su hijo Benadad le sucedió en el trono.
25 Entonces Joás, hijo de Joacaz, recuperó del poder de Benadad, hijo
de Jazael, las ciudades que Jazael había arrebatado por las armas
a su padre, Joacaz. Joás le derrotó tres veces, y así recuperó las
ciudades de Israel.

HASTA LA CAIDA DE SAMARIA

Amasías de Judá (796-767)

14 Amasías, hijo de Joás, subió al trono de Judá el año segundo del
2 reinado de Joás de Israel, hijo de Joacaz. Cuando subió al trono
tenía veinticinco años, y reinó en Jerusalén veintinueve años. Su
3 madre se llamaba Yehoadayán, natural de Jerusalén. Hizo lo que
el Señor aprueba, aunque no como su antepasado David; se portó
4 como su padre, Joás; pero no desaparecieron las ermitas de los al-
tozanos: allí seguía la gente sacrificando y quemando incienso.
5 Cuando se afianzó en el poder, mató a los ministros que habían
6 asesinado a su padre. Pero siguiendo lo que dice el libro de la Ley
de Moisés, promulgada por el Señor: «No serán ejecutados los pa-
dres por las culpas de los hijos ni los hijos por las culpas de los
padres; cada uno morirá por su propio pecado», no mató a los hi-
jos de los asesinos.
7 Amasías derrotó en Vallelasal a los idumeos, en número de diez
mil, y tomó al asalto la ciudad de Petra, llamándola Yoctael, nom-
8 bre que conserva hasta hoy. Entonces mandó una embajada a Joás,
hijo de Joacaz, de Jehú, rey de Israel, con este mensaje:
—¡Sal, que nos veamos las caras!
9 Pero Joás de Israel le envió esta respuesta:
—El cardo del Líbano mandó a decir al cedro del Líbano: Dame
a tu hija por esposa de mi hijo. Pero pasaron las fieras del Líbano
10 y pisotearon el cardo. Tú has derrotado a Edom y te has engreído.
¡Disfruta de tu gloria quedándote en tu casa! ¿Por qué quieres me-
terte en una guerra catastrófica, provocando tu caída y la de Judá?
11 Pero Amasías no hizo caso.
Entonces Joás de Israel subió a vérselas con Amasías de Judá en
12 Casalsol de Judá. Israel derrotó a los judíos, que huyeron a la des-
13 bandada. En Casalsol apresó Joás de Israel a Amasías de Judá, hijo
de Joacaz, de Ocozías, y se lo llevó a Jerusalén. En la muralla de
Jerusalén abrió una brecha de doscientos metros, desde la Puerta
14 de Efraín hasta la Puerta del Angulo; se apoderó del oro, la plata,
los utensilios que había en el templo y en el tesoro de palacio,
tomó rehenes y se volvió a Samaría.
15 Para más datos sobre Joás y sus hazañas militares en la guerra
contra Amasías de Judá, véanse los Anales del Reino de Israel.
16 Joás murió, y lo enterraron en Samaría, con los reyes de Israel.
Su hijo Jeroboán le sucedió en el trono.
17 Amasías de Judá, hijo de Joás, sobrevivió quince años a Joás de
Israel, hijo de Joacaz.
18 Para más datos sobre Amasías, véanse los Anales del Reino de
Judá.
19 En Jerusalén le tramaron una conspiración; huyó a Laquis, pero
20 lo persiguieron hasta Laquis y allí lo mataron. Lo cargaron sobre
unos caballos y lo enterraron en Jerusalén, con sus antepasados, en
21 la Ciudad de David. Entonces Judá en pleno tomó a Azarías, de
dieciséis años, y lo nombraron rey, sucesor de su padre, Amasías.
22 Después que murió el rey, reconstruyó Eilat, devolviéndola a Judá.

Jeroboán II de Israel (782-753)

23 Jeroboán, hijo de Joás, subió al trono en Samaría el año quince
del reinado de Amasías de Judá, hijo de Joás. Reinó cuarenta y un
24 años. Hizo lo que el Señor reprueba, repitiendo los pecados que
25 Jeroboán, hijo de Nabat, hizo cometer a Israel. Restableció la fron-
tera de Israel desde el Paso de Jamat hasta el Mar Muerto, como
el Señor, Dios de Israel, había dicho por su siervo el profeta Jonás,
26 hijo de Amitay, natural de Gatjéfer; porque el Señor se fijó en la
terrible desgracia de Israel: no había esclavo, ni libre, ni quien ayu-
27 dase a Israel. El Señor no había decidido borrar el nombre de Israel
bajo el cielo, y lo salvó por medio de Jeroboán, hijo de Joás.
28 Para más datos sobre Jeroboán y sus hazañas militares contra
Damasco, recuperando Jamat para Israel, véanse los Anales del Rei-
no de Israel.
29 Jeroboán murió, y lo enterraron con los reyes de Israel. Su hijo
Zacarías le sucedió en el trono.

Azarías (Ozías) de Judá (767-739)

15 Azarías, hijo de Amasías, subió al trono de Judá el año veinti-
2 siete del reinado de Jeroboán de Israel. Cuando subió al trono tenía
dieciséis años, y reinó en Jerusalén cincuenta y dos años. Su madre
3 se llamaba Yecolía, natural de Jerusalén. Hizo lo que el Señor
4 aprueba, igual que su padre, Amasías. Pero no desaparecieron las
ermitas de los altozanos: allí seguía la gente sacrificando y queman-
do incienso.
5 El Señor le envió una enfermedad de la piel hasta su muerte, así
que vivió recluido en casa. Su hijo Yotán estaba al frente de pala-
cio y gobernaba la nación.
6 Para más datos sobre Azarías y sus empresas, véanse los Anales
del Reino de Judá.
7 Azarías murió, y lo enterraron con sus antepasados en la Ciudad
de David. Su hijo Yotán le sucedió en el trono.

Zacarías de Israel (753)

8 Zacarías, hijo de Jeroboán, subió al trono de Israel en Samaría
el año treinta y ocho del reinado de Azarías de Judá. Reinó seis
9 meses. Hizo lo que el Señor reprueba, como sus antepasados, repi-
tiendo los pecados que Jeroboán, hijo de Nabat, hizo cometer a Is-
10 rael. Salún, hijo de Yabés, conspiró contra él y lo mató en Yiblán;
lo mató y lo suplantó en el trono.
11 Para más datos sobre Zacarías, véanse los Anales del Reino de
Israel.
12 Sucedió lo que el Señor había dicho a Jehú: «Tus hijos se senta-
rán en el trono de Israel hasta la cuarta generación».

Salún de Israel (753)

13 Salún, hijo de Yabés, subió al trono el año treinta y nueve del
14 reinado de Azarías de Judá, y reinó en Samaría un mes. Menajén,

hijo de Gadí, subió de Tirsá, entró en Samaría y mató allí a Salún,
hijo de Yabés; lo mató y lo suplantó en el trono.
15 Para más datos sobre Salún y su conspiración, véanse los Anales
del Reino de Israel.
16 Entonces Menajén castigó a Tifsaj y su término, matando a todos
sus habitantes, por no haberle abierto las puertas cuando salió de
Tirsá; la ocupó y abrió en canal a las mujeres embarazadas.

Menajén de Israel (752-741)

17 Menajén, hijo de Gadí, subió al trono de Israel el año treinta y
nueve del reinado de Azarías de Judá. Reinó en Samaría diez años.
18 Hizo lo que el Señor reprueba, repitiendo los pecados que Jero-
19 boán, hijo de Nabat, hizo cometer a Israel. En su tiempo, Pul, rey
de Asiria, invadió el país, pero Menajén le entregó mil pesos de
20 plata para que lo apoyase y lo mantuviese en el trono. Menajén
impuso esa contribución a todos los ricos de Israel, a razón de me-
dio kilo de plata cada uno, para el rey de Asiria. Entonces el rey
de Asiria se retiró, dando fin a la ocupación del país.
21 Para más datos sobre Menajén y sus empresas, véanse los Anales
del Reino de Israel.
22 Menajén murió, y su hijo Pecajías le sucedió en el trono.

Pecajías de Israel (741-740)

23 Pecajías, hijo de Menajén, subió al trono de Israel el año cin-
cuenta del reinado de Azarías de Judá. Reinó en Samaría dos años.
24 Hizo lo que el Señor reprueba, repitiendo los pecados que Jero-
25 boán, hijo de Nabat, hizo cometer a Israel. Su oficial Pécaj, hijo de
Romelía, conspiró contra él: con cincuenta galaaditas (con Argob
y Arié) lo mató en Samaría, en la torre de palacio. Lo mató y lo
suplantó en el trono.
26 Para más datos sobre Pecajías y sus empresas, véanse los Anales
del Reino de Israel.

Pécaj de Israel (740-731)

27 Pécaj, hijo de Romelía, subió al trono de Israel en Samaría el
año cincuenta y dos del reinado de Azarías de Judá. Reinó diez años.
28 Hizo lo que el Señor reprueba, repitiendo los pecados que Jero-
29 boán, hijo de Nabat, hizo cometer a Israel. En su tiempo, Tiglat
Piléser, rey de Asiria, fue y se apoderó de Iyón, Prado de Casa
Maacá, Yanoj, Cades, Jasor, Galaad, Galilea y toda la región de
Neftalí, y llevó a sus habitantes deportados a Asiria.
30 Oseas, hijo de Elá, tramó una conspiración contra Pécaj, hijo de
Romelía; lo mató y lo suplantó en el trono el año veinte del reina-
do de Yotán, hijo de Azarías.
31 Para más datos sobre Pécaj y sus empresas, véanse los Anales
del Reino de Israel.

Yotán de Judá (739-734)

32 Yotán, hijo de Azarías, subió al trono de Judá el año segundo del
33 reinado de Pécaj de Israel, hijo de Romelía. Cuando subió al trono
tenía veinticinco años, y reinó en Jerusalén dieciséis años. Su ma-
34 dre se llamaba Yerusá, hija de Sadoc. Hizo lo que el Señor aprueba,
35 igual que su padre, Azarías. Pero no desaparecieron las ermitas de
los altozanos; allí seguía la gente sacrificando y quemando incienso.
Yotán construyó la puerta superior del templo.
36 Para más datos sobre Yotán, véanse los Anales del Reino de Judá.
37 Por entonces empezó el Señor a mandar contra Judá a Razín, rey
de Damasco, y a Pécaj, hijo de Romelía.
38 Yotán murió, y lo enterraron, con sus antepasados, en la Ciudad
de David, su antecesor. Su hijo Acaz le sucedió en el trono.

Acaz de Judá (734-727)

16 Acaz, hijo de Yotán, subió al trono de Judá el año diecisiete del
2 reinado de Pécaj, hijo de Romelía. Cuando subió al trono tenía
3 veinte años, y reinó en Jerusalén dieciséis años. No hizo, como su
antepasado David, lo que el Señor aprueba. Imitó a los reyes de
Israel. Incluso sacrificó a su hijo en la hoguera, según las costum-
bres aborrecibles de las naciones que el Señor había expulsado ante
4 los israelitas. Sacrificaba y quemaba incienso en los altozanos, en
las colinas y bajo los árboles frondosos.
5 Por entonces, Razín de Damasco y Pécaj de Israel, hijo de Ro-
melía, subieron para atacar a Jerusalén; la cercaron, pero no pudie-
6 ron conquistarla. También por entonces el rey de Edom reconquistó
Eilat y expulsó de allí a los judíos; los de Edom fueron a Eilat y
se establecieron allí, hasta el día de hoy.
7 Acaz mandó una embajada a Tiglat Piléser, rey de Asiria, con
este mensaje: «Soy hijo y vasallo tuyo. Ven a librarme del poder
del rey de Siria y del rey de Israel, que se han levantado en armas
8 contra mí». Acaz cogió la plata y el oro que había en el templo y
en el tesoro de palacio y se lo envió al rey de Asiria como regalo.
9 El rey de Asiria le atendió, subió contra Damasco, se apoderó de
ella, deportó a sus habitantes a Quir y mató a Razín.
10 Entonces, el rey Acaz fue a Damasco a presentarse a Tiglat Pilé-
ser, rey de Asiria. Y cuando vio el altar que había en Damasco,
envió al sacerdote Urías el diseño del altar, con todos sus detalles.
11 Antes de que el rey volviera de Damasco, el sacerdote Urías cons-
truyó un altar siguiendo todas las instrucciones enviadas por el rey.
12 Cuando Acaz volvió de Damasco, vio el altar, se acercó, subió hasta
13 él, quemó su holocausto y su ofrenda, derramó su libación y roció
el altar con la sangre de los sacrificios de comunión que acababa de
14 ofrecer. El antiguo altar de bronce, que estaba situado ante el Se-
ñor, lo retiró de la fachada del edificio, es decir, entre el altar nuevo
15 y el templo, y lo puso al lado norte del nuevo altar. Luego dio estas
órdenes al sacerdote Urías:
—Sobre el altar grande quema el holocausto de la mañana y la
ofrenda de la tarde, el holocausto del rey y su ofrenda, el holocaus-

to del pueblo y su ofrenda; derrama sobre él sus libaciones y la
sangre de los sacrificios. Del altar de bronce me ocuparé yo.
16-7 El sacerdote Urías hizo lo que le mandó el rey Acaz. El rey
arrancó las abrazaderas que recubrían la base y retiró el barreño;
el depósito montado sobre los toros de bronce lo bajó de su sopor-
18 te y lo puso sobre las losas del pavimento. En consideración al rey
de Asiria, quitó también la tribuna del trono construida en el tem-
plo y la entrada exterior para el rey.
19 Para más datos sobre Acaz, véanse los Anales del Reino de Judá.
20 Acaz murió, y lo enterraron, con sus antepasados, en la Ciudad
de David. Su hijo Ezequías le sucedió en el trono.

Oseas de Israel (731-722)

17 Oseas, hijo de Elá, subió al trono de Israel en Samaría el año
2 doce del reinado de Acaz de Judá. Reinó nueve años. Hizo lo que
el Señor reprueba, aunque no tanto como los reyes de Israel pre-
3 decesores suyos. Salmanasar, rey de Asiria, lo atacó, y Oseas se le
4 sometió pagándole tributo. Pero el rey de Asiria descubrió que
Oseas lo traicionaba: había enviado emisarios a Sais, al rey de
Egipto, y no pagó el tributo como hacía otros años. Entonces el rey
5 de Asiria lo apresó y lo encerró en la cárcel. El rey de Asiria inva-
6 dió el país y asedió a Samaría durante tres años. El año noveno de
Oseas, el rey de Asiria conquistó Samaría, deportó a los israelitas
a Asiria y los instaló en Jalaj, junto al Jabor, río de Gozán, y en
7 las poblaciones de Media. Eso sucedió porque, sirviendo a otros
dioses, los israelitas habían pecado contra el Señor, su Dios, que los
había sacado de Egipto, del poder del Faraón, rey de Egipto;
8 procedieron según las costumbres de las naciones que el Señor ha-
bía expulsado ante ellos y que introdujeron los reyes nombrados
9 por ellos mismos. Los israelitas blasfemaron contra el Señor, su
Dios; en todo lugar habitado, desde las torres de vigilancia hasta
10 las plazas fuertes, se erigieron lugares de culto; erigieron cipos y
11 estelas en las colinas altas y bajo los árboles frondosos; allí quema-
ban incienso, como hacían las naciones que el Señor había desterra-
12 do ante ellos. Obraron mal, irritando al Señor. Dieron culto a los
ídolos, cosa que el Señor les había prohibido.
13 El Señor había advertido a Israel (y Judá) por medio de los pro-
fetas y videntes: «Volveos de vuestro mal camino, guardad mis
mandatos y preceptos, siguiendo la ley que di a vuestros padres,
14 que les comuniqué por medio de mis siervos los profetas». Pero no
hicieron caso, sino que se pusieron tercos, como sus padres, que no
15 confiaron en el Señor, su Dios. Rechazaron sus mandatos y el pacto
que había hecho el Señor con sus padres y las advertencias que les
hizo; se fueron tras los ídolos vanos y se desvanecieron, imitando
16 a las naciones vecinas, cosa que el Señor les había prohibido. Aban-
donaron los preceptos del Señor, su Dios, se hicieron ídolos de
fundición (los dos becerros) y una estela; se postraron ante el ejér-
17 cito del cielo y dieron culto a Baal. Sacrificaron en la hoguera a sus
hijos e hijas, practicaron la adivinación y la magia y se vendieron
18 para hacer lo que el Señor reprueba, irritándolo. El Señor se irritó

tanto contra Israel, que los arrojó de su presencia. Sólo quedó la
19 tribu de Judá (aunque tampoco Judá guardó los preceptos del Se-
20 ñor, su Dios, sino que imitó el proceder de Israel). El Señor recha-
zó a toda la raza de Israel, la humilló, la entregó al saqueo, hasta
21 que acabó por arrojarla de su presencia. Pues cuando Israel se des-
gajó de la casa de David y eligieron rey a Jeroboán, hijo de Nabat,
Jeroboán desvió a Israel del culto al Señor y lo indujo a cometer
22 un grave pecado. Los israelitas imitaron a la letra el pecado de
23 Jeroboán, hasta que el Señor los arrojó de su presencia, como había
dicho por sus siervos los profetas, y fueron deportados desde su
tierra a Asiria, donde todavía están.
24 El rey de Asiria trajo gente de Babilonia, Cutá, Avá, Jamat y Se-
farvain y la estableció en las poblaciones de Samaría, para suplir a
los israelitas. Ellos tomaron posesión de Samaría y se instalaron en
25 sus poblados. Pero al empezar a instalarse allí, no daban culto al
Señor, y el Señor les envió leones que hacían estrago entre los colo-
26 nos. Entonces expusieron al rey de Asiria:
—La gente que llevaste a Samaría como colonos no conoce los
ritos del dios del país, y por eso éste les ha enviado leones que ha-
cen estrago entre ellos, porque no conocen los ritos del dios del
país.
27 El rey de Asur ordenó:
—Llevad allá uno de los sacerdotes deportados de Samaría, para
que se establezca allí y les enseñe los ritos del dios del país.
28 Uno de los sacerdotes deportados de Samaría fue entonces a es-
tablecerse en Betel, y les enseñó cómo había que dar culto al Señor.
29 Pero todos aquellos pueblos se fueron haciendo sus dioses, y cada
uno en la ciudad donde vivía los pusieron en las ermitas de los
30 altozanos que habían construido los de Samaría: los de Babilonia
31 hicieron a Sucot-Benot; los de Cutá, a Nergal; los de Jamat, a Asi-
ma; los de Avá, a Nibjás y Tartac; los de Sefarvain sacrificaban a
sus hijos en la hoguera en honor de sus dioses Adramélec y Anamé-
32 lec. También daban culto al Señor; nombraron sacerdotes a gente
de la masa del pueblo, para que oficiaran en las ermitas de los alto-
33 zanos. De manera que daban culto al Señor y a sus dioses, según
34 la religión del país de donde habían venido. Hasta hoy vienen ha-
ciendo según sus antiguos ritos; no veneran al Señor ni proceden
según sus mandatos y preceptos, según la ley y la norma dada por
el Señor a los hijos de Jacob, al que impuso el nombre de Israel.
35 El Señor había hecho un pacto con ellos y les había mandado:
—No veneréis a otros dioses, ni los adoréis, ni les deis culto, ni
36 les ofrezcáis sacrificios, sino que habéis de venerar al Señor, que
os sacó de Egipto con gran fuerza y brazo extendido; a él adoraréis
37 y a él le ofreceréis sacrificios. Cuidad de poner siempre por obra
los preceptos y normas, la ley y los mandatos que os ha dado por
38 escrito. No veneréis a otros dioses. No olvidéis el pacto que he
39 hecho con vosotros. No veneréis a otros dioses, sino al Señor, vues-
tro Dios, y él os librará de vuestros enemigos.
40 Pero no hicieron caso, sino que procedieron según sus antiguos
41 ritos. Así, aquella gente honraba al Señor y daba culto a sus ídolos.
Y sus descendientes siguen hasta hoy haciendo lo mismo que sus
antepasados.

HASTA LA CAIDA DE JERUSALEN

Ezequías de Judá (727-698)

18 Ezequías, hijo de Acaz, subió al trono de Judá el año tercero del
2 reinado de Oseas de Israel, hijo de Elá. Cuando subió al trono te-
nía veinticinco años, y reinó en Jerusalén veintinueve años. Su ma-
3 dre se llamaba Abí, hija de Zacarías. Hizo lo que el Señor aprueba,
4 igual que su antepasado David. Suprimió las ermitas de los altoza-
nos, destrozó los cipos, cortó las estelas y trituró la serpiente de
bronce que había hecho Moisés (porque los israelitas seguían toda-
5 vía quemándole incienso; la llamaban Nejustán). Puso su confianza
en el Señor, Dios de Israel, y no tuvo comparación con ninguno de
6 los reyes que hubo en Judá, antes o después de él. Se adhirió al
Señor, sin apartarse de él, y cumplió los mandamientos que el Se-
7 ñor había dado a Moisés. El Señor estuvo con él, y así tuvo éxito
en todas sus empresas. Se rebeló contra el rey de Asiria y no le
8 rindió vasallaje. Derrotó a los filisteos hasta Gaza, devastando todo
su territorio, desde las torres de vigilancia hasta las plazas fuertes.
9 El año cuarto del reinado de Ezequías, que corresponde al sép-
timo del reinado de Oseas de Israel, hijo de Elá, Salmanasar, rey
10 de Asiria, atacó a Samaría y la sitió. Al cabo de tres años, el año
sexto de Ezequías, que corresponde al noveno de Oseas de Israel,
11 la conquistó. Salmanasar deportó a los israelitas a Asiria y los ins-
taló en Jalaj, junto al Jabor, río de Gozán, y en las poblaciones de
12 Media, por no haber obedecido al Señor, su Dios, y haber quebran-
tado su pacto; no obedecieron ni cumplieron lo que les había man-
dado Moisés, siervo del Señor.
13 El año catorce del reinado de Ezequías, Senaquerib, rey de Asi-
14 ria, atacó todas las plazas fuertes de Judá, y las conquistó. Entonces
Ezequías mandó a Laquis este mensaje para el rey de Asiria: «Soy
culpable. Retírate y te pagaré la multa que me impongas». El rey
asirio impuso a Ezequías de Judá el pago de nueve mil kilos de pla-
15 ta y novecientos kilos de oro. Ezequías le entregó toda la plata que
16 había en el templo y en el tesoro de palacio. Fue en aquella ocasión
cuando Ezequías rompió las puertas del santuario y los pilares que
Azarías de Judá había recubierto de oro, y se los entregó al rey de
Asiria.
17 Desde Laquis, el rey de Asiria despachó al general en jefe, al
prefecto de eunucos y al copero mayor para que fueran con un
fuerte destacamento a Jerusalén, al rey Ezequías. Fueron, y cuando
llegaron a Jerusalén se detuvieron ante el Canal de la Alberca de
Arriba, que queda junto a la calzada del Campo del Batanero.
18 Llamaron al rey, y salieron a recibirlos Eliacín, hijo de Jelcías,
mayordomo de palacio; Sobná, el secretario, y el heraldo Yoaj, hijo
19 de Asaf. El copero mayor les dijo:
—Decid a Ezequías: Así dice el emperador, el rey de Asiria:
20 «¿En qué fundas tu confianza? Tú piensas que la estrategia y la
valentía militares son cuestión de palabras. ¿En quién confías para
21 rebelarte contra mí? ¿Te fías de ese bastón de caña quebrada que
es Egipto? Al que se apoya en él, se le clava en la mano y se la
22 atraviesa; eso es el Faraón para los que confían en él. Y si me re-

plicas: yo confío en el Señor, nuestro Dios, ¿no es ése el dios cuyas
ermitas y altares ha suprimido Ezequías, exigiendo a Judá y a Jeru-
23 salén que se postren ante ese altar en Jerusalén? Por tanto, haz una
apuesta con mi señor, el rey de Asiria, y te daré dos mil caballos,
24 si es que tienes quien los monte. ¿Cómo te atreves a desairar a uno
de los últimos siervos de mi señor, confiando en que Egipto te pro-
25 porcionará carros y jinetes? ¿Te crees que he subido a arrasar esta
ciudad sin consultar con el Señor? Fue el Señor quien me dijo que
subiera a devastar este país».
26 Eliacín, hijo de Jelcías, Sobná y Yoaj dijeron al copero mayor:
—Por favor, háblanos en arameo, que lo entendemos. No nos
hables en hebreo, ante la gente que está en las murallas.
27 Pero el copero les replicó:
—¿Crees que mi señor me ha enviado para que os comunique a
ti y a tu señor este mensaje? También es para los hombres que
están en la muralla, y que con vosotros habrán de comer su excre-
mento y beber su orina.
28 E, irguiéndose, gritó a voz en cuello, en hebreo:
29 —¡Escuchad las palabras del emperador, rey de Asiria! Así dice
el rey: «Que no os engañe Ezequías, porque no podrá libraros de
30 mi mano. Que Ezequías no os haga confiar en el Señor, diciendo:
el Señor nos librará y no entregará esta ciudad al rey de Asiria.
31 No hagáis caso a Ezequías, porque esto dice el rey de Asiria: ren-
díos y haced la paz conmigo, y cada uno comerá de su viña y su
32 higuera y beberá de su pozo, hasta que llegue yo para llevaros a
una tierra como la vuestra, tierra de trigo y mosto, tierra de pan y
viñedos, tierra de aceite y miel, para que viváis y no muráis. No
hagáis caso de Ezequías, que os engaña, diciendo: el Señor nos
33 librará. ¿Acaso los dioses de las naciones libraron sus países de la
34 mano del rey de Asiria? ¿Dónde están los dioses de Jamat y Arpad,
los dioses de Sefarvain, Hená y Avá? ¿Han librado a Samaría de mi
35 poder? ¿Qué dios de esos países ha podido librar sus territorios de
mi mano? ¿Y va a librar el Señor a Jerusalén de mi mano?».
36 Todos callaron y no respondieron palabra. Tenían consigna del
37 rey de no responder. Eliacín, hijo de Jelcías, mayordomo de pala-
cio; Sobná, el secretario, y el heraldo Yoaj, hijo de Asaf, se presen-
taron al rey con las vestiduras rasgadas, y le comunicaron las pala-
bras del copero mayor.

19 Cuando el rey Ezequías lo oyó, se rasgó las vestiduras, se vistió
2 un sayal y fue al templo; y despachó a Eliacín, mayordomo de pa-
lacio; a Sobná, el secretario, y a los sacerdotes más ancianos, vesti-
dos de sayal, para que fueran a decirle al profeta Isaías, hijo de
Amós:
3 —Así dice Ezequías: Hoy es un día de angustia, de castigo y de
vergüenza; los hijos llegan al parto y no hay fuerza para darlos a
4 luz. Ojalá oiga el Señor, tu Dios, las palabras del copero mayor, a
quien su señor, el rey de Asiria, ha enviado para ultrajar al Dios
vivo, y castigue las palabras que el Señor, tu Dios, ha oído. ¡Reza
por el resto que todavía subsiste!
5-6 Los ministros del rey Ezequías se presentaron a Isaías, y éste les
dijo:

—Decid a vuestro señor: Así dice el Señor: «No te asustes por
esas palabras que has oído, por las blasfemias de los criados del rey
7 de Asiria. Yo mismo le meteré un espíritu, y cuando oiga cierta
noticia, se volverá a su país, y allí lo haré morir a espada».
8 El copero mayor regresó y encontró al rey de Asiria combatiendo
contra Alba, pues había oído que se había retirado de Laquis al
9 recibir la noticia de que Tarjaca, rey de Etiopía, había salido para
luchar contra él.
Senaquerib envió de nuevo mensajeros a Ezequías a decirle:
10 —Decid a Ezequías, rey de Judá: Que no te engañe tu Dios, en
quien confías, pensando que Jerusalén no caerá en manos del rey
11 de Asiria. Tú mismo has oído cómo han tratado los reyes de Asiria
12 a todos los países, exterminándolos, ¿y tú te vas a librar? ¿Los sal-
varon a ellos los dioses de los pueblos que destruyeron mis prede-
13 cesores: Gozán, Járán, Résef, y los adanitas de Telasar? ¿Dónde
está el rey de Jamat, el rey de Arpad, el rey de Sefarvain, de Hená
y de Avá?
14 Ezequías tomó la carta de mano de los mensajeros y la leyó; des-
15 pués subió al templo, la desplegó ante el Señor y oró:
«Señor, Dios de Israel, sentado sobre querubines:
Tú sólo eres el Dios de todos los reinos del mundo.
Tú hiciste el cielo y la tierra.
16 Inclina tu oído, Señor, y escucha;
abre tus ojos, Señor, y mira.
Escucha el mensaje que ha enviado Senaquerib
para ultrajar al Dios vivo.
17 Es verdad, Señor: los reyes de Asiria
han asolado todos los países y su territorio,
18 han quemado todos sus dioses
—porque no son dioses,
sino hechura de manos humanas,
leño y piedra— y los han destruido.
19 Ahora, Señor, Dios nuestro, sálvanos de su mano
para que sepan todos los reinos del mundo
que tú solo, Señor, eres Dios».
20 Isaías, hijo de Amós, mandó decir a Ezequías:
—Así dice el Señor, Dios de Israel: «He oído lo que me pides
21 acerca de Senaquerib, rey de Asiria». Esta es la palabra que el Se-
ñor pronuncia contra él:
«Te desprecia y se burla de ti la doncella, la ciudad de Sión;
menea la cabeza a tu espalda la ciudad de Jerusalén.
22 ¿A quién has ultrajado e insultado,
contra quién has alzado la voz y levantado tus ojos a lo alto?
¡Contra el Santo de Israel!
23 Por medio de tus mensajeros has ultrajado al Señor:
'Con mis numerosos carros yo he subido
a las cimas de los montes, a las cumbres del Líbano;
he talado la estatura de sus cedros y sus mejores cipreses;
llegué hasta la última cumbre, hasta lo más denso de su bosque.
24 Yo alumbré y bebí aguas extranjeras,
sequé bajo la planta de mis pies todos los canales de Egipto'.
25 ¿No lo has oído? Desde antiguo lo decidí,

en tiempos remotos lo preparé y ahora lo realizo;
por eso tú reduces sus plazas fuertes a montones de escombros.
26 Sus habitantes, faltos de fuerza, con la vergüenza de la derrota,
fueron como hierba del campo, como verde de los prados,
como grama de las azoteas, agostada antes de crecer.
27 Conozco cuando te sientas y te levantas, cuando entras y sales;
28 cuando te agitas contra mí y cuando te calmas sube a mis oídos.
Te pondré mi argolla en la nariz y mi freno en el hocico,
y te llevaré por el camino por donde viniste.
29 Esto te servirá de señal:
Este año comeréis el grano abandonado;
el año que viene, lo que brote sin sembrar;
el año tercero sembraréis y segaréis,
plantaréis viñas y comeréis sus frutos.
30 De nuevo el resto de la casa de Judá
echará raíces por abajo y dará fruto por arriba;
31 pues de Jerusalén saldrá un resto, del monte Sión los supervivientes.
¡El celo del Señor lo cumplirá!
32 Por eso así dice el Señor acerca del rey de Asiria:
No entrará en esta ciudad, no disparará contra ella su flecha,
no se acercará con escudo ni levantará contra ella un talud;
33 por el camino por donde vino se volverá,
pero no entrará en esta ciudad —oráculo del Señor—.
34 Yo escudaré a esta ciudad para salvarla,
por mi honor y el de David, mi siervo».
35 Aquella misma noche salió el ángel del Señor e hirió en el cam-
pamento asirio a ciento ochenta y cinco mil hombres. Por la maña-
na, al despertar, los encontraron ya cadáveres.
36 Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento, se volvió a
37 Nínive y se quedó allí. Y un día, mientras estaba postrado en el
templo de su dios Nisroc, Adramélec y Saréser lo asesinaron, y
escaparon al territorio de Ararat. Su hijo Asaradón le sucedió en el
trono.

Enfermedad de Ezequías

20 En aquel tiempo, Ezequías cayó enfermo de muerte. El profeta
Isaías, hijo de Amós, fue a visitarlo, y le dijo:
—Así dice el Señor: Haz testamento, porque vas a morir sin
remedio.
2 Entonces Ezequías volvió la cara a la pared y oró al Señor:
3 —Señor, recuerda que he caminado en tu presencia con corazón
sincero e íntegro y que he hecho lo que te agrada.
Y lloró con largo llanto.
4 Pero no había salido Isaías del patio central, cuando recibió esta
palabra del Señor:
5 —Vuelve a decirle a Ezequías, jefe de mi pueblo: Así dice el
Señor, Dios de tu padre David: «He escuchado tu oración, he vis-
to tus lágrimas. Mira, voy a curarte: dentro de tres días podrás
6 subir al templo; y añado a tus días otros quince años. Te libraré
de las manos del rey de Asiria, a ti y a esta ciudad; protegeré a
esta ciudad, por mí y por mi siervo David».

7 Isaías ordenó:
—Coged un emplasto de higos; que lo apliquen a la herida, y
curará.
8 Ezequías le preguntó:
—¿Y cuál es la señal de que el Señor me va a curar y dentro de
tres días podré subir al templo?
9 Isaías respondió:
—Esta es la señal de que el Señor cumplirá la palabra dada:
¿Quieres que la sombra adelante diez grados o que atrase diez?
10 Ezequías comentó:
—Es fácil que la sombra adelante diez grados, lo difícil es que
atrase diez.
11 El profeta Isaías clamó al Señor, y el Señor hizo que la sombra
atrasase diez grados en el reloj de Acaz.

Embajada de Merodac Baladán

12 En aquel tiempo, Merodac Baladán, hijo de Baladán, rey de Ba-
bilonia, envió cartas y regalos al rey Ezequías cuando se enteró de
13 que se había restablecido de su enfermedad. Ezequías se alegró y
enseñó a los mensajeros su tesoro: la plata y el oro, los bálsamos
y ungüentos, toda la vajilla y cuanto había en sus depósitos. No
quedó nada en su palacio y en sus dominios que Ezequías no les
enseñase.
14 Pero el profeta Isaías se presentó al rey Ezequías y le dijo:
—¿Qué ha dicho esa gente, y de dónde vienen a visitarte?
Ezequías contestó:
—Han venido de un país lejano: de Babilonia.
15 Isaías preguntó:
—¿Qué han visto en tu casa?
Ezequías dijo:
—Todo. No he dejado nada de mis tesoros sin enseñárselo.
16 Entonces Isaías le dijo:
17 —Escucha la palabra del Señor: Mira, llegarán días en que se
llevarán a Babilonia todo lo que hay en tu palacio, cuanto atesora-
18 ron tus abuelos hasta hoy. No quedará nada, dice el Señor. Y a los
hijos que salieron de ti, que tú engendraste, se los llevarán a Babi-
lonia para que sirvan como palaciegos del rey.
19 Ezequías dijo:
—Es favorable la palabra del Señor que has pronunciado (pues
se dijo: Mientras yo viva, habrá paz y seguridad).
20 Para más datos sobre Ezequías y sus victorias y las obras que
hizo: la alberca y el canal para la traída de aguas a la ciudad, véanse
los Anales del Reino de Judá.
21 Ezequías murió, y su hijo Manasés le sucedió en el trono.

Manasés de Judá (698-643)

21 Cuando Manasés subió al trono tenía doce años, y reinó en Jeru-
2 salén cincuenta y cinco años. Su madre se llamaba Jepsibá. Hizo lo
que el Señor reprueba, imitando las costumbres abominables de las

3 naciones que el Señor había expulsado ante los israelitas. Recons-
truyó las ermitas de los altozanos derruidas por su padre, Ezequías,
levantó altares a Baal y erigió una estela, igual que hizo Acaz de
4 Israel; adoró y dio culto a todo el ejército del cielo; puso altares
en el templo del Señor, del que había dicho el Señor: «Pondré mi
5 nombre en Jerusalén»; edificó altares a todo el ejército del cielo
6 en los dos atrios del templo; quemó a su hijo; practicó la adivina-
ción y la magia; instituyó nigromantes y adivinos. Hacía continua-
7 mente lo que el Señor reprueba, irritándolo. La imagen de Astarté
que había fabricado la colocó en el templo del que el Señor había
dicho a David y a su hijo Salomón: «En este templo y en Jerusalén,
a la que elegí entre todas las tribus de Israel, pondré mi nombre
8 para siempre; ya no dejaré que Israel ande errante, lejos de la tie-
rra que di a sus padres, a condición de que pongan por obra cuanto
les mandé, siguiendo la Ley que les promulgó mi siervo Moisés».
9 Pero ellos no hicieron caso. Y Manasés los extravió, para que se
portasen peor que las naciones a las que el Señor había exterminado
ante los israelitas.
10 El Señor dijo entonces por sus siervos los profetas:
11 —Puesto que Manasés de Judá ha hecho esas cosas abominables,
se ha portado peor que los amorreos que le precedieron y ha hecho
12 pecar a Judá con sus ídolos, así dice el Señor, Dios de Israel: Yo
voy a traer sobre Jerusalén y Judá tal catástrofe, que al que lo oiga
13 le retumbarán los oídos. Extenderé sobre Jerusalén el cordel como
hice en Samaría, el mismo nivel con que medí a la dinastía de Ajab,
y fregaré a Jerusalén como a un plato, que se friega por delante y
14 por detrás. Desecharé al resto de mi heredad, lo entregaré en poder
15 de sus enemigos, será presa y botín de sus enemigos, porque han
hecho lo que yo repruebo, me han irritado desde el día en que sus
padres salieron de Egipto hasta hoy.
16 Además, Manasés derramó ríos de sangre inocente, de forma que
inundó Jerusalén de punta a punta, aparte del pecado que hizo co-
meter a Judá haciendo lo que el Señor reprueba.
17 Para más datos sobre Manasés y los crímenes que cometió, véan-
se los Anales del Reino de Judá.
18 Manasés murió, y lo enterraron en el jardín de su palacio, el jar-
dín de Uzá. Su hijo Amón le sucedió en el trono.

Amón de Judá (643-640)

19 Cuando Amón subió al trono tenía veintidós años, y reinó en Je-
rusalén dos años. Su madre se llamaba Mesulémet, hija de Jarús,
20 natural de Yotbá. Hizo lo que el Señor reprueba, igual que su pa-
21 dre, Manasés; imitó a su padre: dio culto y adoró a los mismos
22 ídolos que su padre; dejó al Señor, Dios de sus padres, no caminó
23 por sus sendas. Sus cortesanos conspiraron contra él y lo asesinaron
24 en el palacio; pero la población mató a los conspiradores, y nom-
braron rey sucesor a Josías, hijo de Amón.
25 Para más datos sobre Amón y sus empresas, véanse los Anales
del Reino de Judá.
26 Lo enterraron en su sepultura del jardín de Uzá. Su hijo Josías
le sucedió en el trono.

Josías de Judá (640-609)

22 Cuando Josías subió al trono tenía dieciocho años, y reinó trein-
ta y un años en Jerusalén. Su madre se llamaba Yedidá, hija de
2 Adaya, natural de Boscat. Hizo lo que el Señor aprueba. Siguió el
camino de su antepasado David, sin desviarse a derecha ni izquier-
3 da. El año dieciocho de su reinado mandó al cronista Asaf, hijo de
Asalías, hijo de Musulán, que fuera al templo con este encargo:
4 —Preséntate al sacerdote Jelcías; que tenga preparado el dinero
ingresado en el templo por las colectas de los porteros entre la gen-
5 te. Que se lo entreguen a los encargados de las obras del templo,
para que lo repartan a los obreros que trabajan en el templo repa-
6 rando los desperfectos del edificio (carpinteros, albañiles y tapia-
dores) o para comprar madera y sillares para reparar el edificio.
7 Pero que no les pidan cuentas del dinero que les entregan, porque
se portan con honradez.
8 El sumo sacerdote, Jelcías, dijo al cronista Safán:
—He encontrado en el templo el Libro de la Ley.
9 Entregó el libro a Safán, y éste lo leyó. Luego fue a dar cuenta
al rey:
—Tus siervos han juntado el dinero que había en el templo y
se lo han entregado a los encargados de las obras.
10 Y le comunicó la noticia:
—El sacerdote Jelcías me ha dado un libro.
11 Safán lo leyó ante el rey, y cuando el rey oyó el contenido del
12 Libro de la Ley, se rasgó las vestiduras y ordenó al sacerdote Jel-
cías; a Ajicán, hijo de Safán; a Acbor, hijo de Miqueas; al cronista
Safán, y a Asaías, funcionario real:
13 —Id a consultar al Señor por mí y por el pueblo y todo Judá
a propósito de este libro que han encontrado; porque el Señor es-
tará enfurecido contra nosotros, porque nuestros padres no obede-
cieron los mandatos de este libro cumpliendo lo prescrito en él.
14 Entonces el sacerdote Jelcías, Ajicán, Acbor, Safán y Asaías fue-
ron a ver a la profetisa Julda, esposa de Salún, el guardarropa, hijo
de Ticua de Jarjás. Julda vivía en Jerusalén, en el Barrio Nuevo.
15 Le expusieron el caso, y ella les respondió:
—Así dice el Señor, Dios de Israel: Decidle al que os ha envia-
16 do: Así dice el Señor: «Yo voy a traer la desgracia sobre este lugar
y todos sus habitantes: todas las maldiciones de este libro que ha
17 leído el rey de Judá; por haberme abandonado y haber quemado
incienso a otros dioses, irritándome con sus ídolos, está ardiendo
18 mi cólera contra este lugar, y no se apagará». Y al rey de Judá, que
os ha enviado a consultar al Señor, decidle: Así dice el Señor, Dios
19 de Israel: «Puesto que al oír la lectura lo has sentido de corazón
y te has humillado ante el Señor, al oír mi amenaza contra este lu-
gar y sus habitantes, que serán objeto de espanto y de maldición;
puesto que te has rasgado las vestiduras y llorado en mi presencia,
20 también yo te escucho —oráculo del Señor—. Por eso, cuando yo
te reúna con tus padres, te enterrarán en paz, sin que llegues a ver
con tus ojos la desgracia que voy a traer a este lugar».
Ellos llevaron la respuesta al rey.

23 El rey ordenó que se presentasen ante él todos los ancianos de
2 Judá y de Jerusalén. Luego subió al templo, acompañado de todos
los judíos y los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes, los profetas
y todo el pueblo, chicos y grandes. El rey les leyó el libro de la
3 alianza encontrado en el templo. Después, en pie sobre el estrado,
selló ante el Señor la alianza, comprometiéndose a seguirle y cum-
plir sus preceptos, normas y mandatos, con todo el corazón y con
toda el alma, cumpliendo las cláusulas de la alianza escritas en
aquel libro. El pueblo entero suscribió la alianza.
4 Luego mandó el rey al sumo sacerdote, Jelcías, al vicario y a los
porteros que sacaran del templo todos los utensilios fabricados para
Baal, Astarté y todo el ejército del cielo. Los quemó fuera de Jeru-
salén, en los campos del Cedrón, y llevaron las cenizas a Betel.
5 Suprimió a los sacerdotes establecidos por los reyes de Judá para
quemar incienso en los altozanos de las poblaciones de Judá y al-
rededores de Jerusalén, y a los que ofrecían incienso a Baal, al sol
6 y a la luna, a los signos del zodíaco y al ejército del cielo. Sacó del
templo la estela, la llevó fuera de Jerusalén, al torrente Cedrón, la
quemó junto al torrente y la redujo a cenizas, que echó a la fosa
7 común. Derribó las habitaciones del templo dedicadas a la prosti-
8 tución sagrada, donde las mujeres tejían mantos para Astarté. Hizo
venir de las poblaciones de Judá a todos los sacerdotes y, desde
Loma hasta Berseba, profanó los altozanos donde estos sacerdotes
ofrecían incienso. Derribó la capilla de los sátiros que había a la
entrada de la puerta de Josué, gobernador de la ciudad, a mano
9 izquierda según se entra. (A los sacerdotes de las ermitas no se les
permitía subir al altar del Señor en Jerusalén, sino que sólo comían
10 panes ázimos entre sus hermanos). Profanó el crematorio del valle
de Ben-Hinnón, para que nadie quemase a su hijo o su hija en
11 honor de Moloc. Hizo desaparecer los caballos que los reyes de
Judá habían dedicado al sol, en la entrada del templo, junto a la
habitación del eunuco Natanmélec, en las dependencias del templo;
12 quemó el carro del sol. También derribó los altares en la azotea de
la galería de Acaz, construidos por los reyes de Judá, y los altares
construidos por Manasés en los dos atrios del templo; los trituró y
13 esparció el polvo en el torrente Cedrón. Profanó las ermitas que
miraban a Jerusalén, al sur del monte de los Olivos, construidas por
Salomón, rey de Israel, en honor de Astarté (ídolo abominable de
los fenicios), Camós (ídolo abominable de Moab) y Malcón (ídolo
14 abominable de los amonitas). Rompió los cipos, cortó las estelas y
15 llenó su emplazamiento con huesos humanos. Derribó también el
altar de Betel y el santuario construido por Jeroboán, hijo de Na-
bat, con el que hizo pecar a Israel. Lo trituró hasta reducirlo a pol-
vo, y quemó la estela.
16 Al darse la vuelta, Josías vio los sepulcros que había allí en el
monte; entonces envió a coger los huesos de aquellos sepulcros, los
quemó sobre el altar y lo profanó, según la palabra del Señor anun-
ciada por el profeta, cuando Jeroboán, en la fiesta, estaba en pie
ante el altar. Al darse la vuelta, el rey levantó la vista hacia el se-
17 pulcro del profeta que había anunciado estos sucesos, y preguntó:
—¿Qué es aquel mausoleo que estoy viendo?
Los de la ciudad le respondieron:

—Es el sepulcro del profeta que vino de Judá y anunció lo que
acabas de hacer con el altar de Betel.
18 Entonces el rey ordenó:
—¡Dejadlo! Que nadie remueva sus huesos.
Así se conservaron sus huesos junto con los del profeta que había venido de Samaría.
19 Josías hizo desaparecer también todas las ermitas de los altoza-
nos que había en las poblaciones de Samaría, construidas por los
reyes de Israel para irritar al Señor; hizo con ellas lo mismo que en
20 Betel. Sobre los altares degolló a los sacerdotes de las ermitas que
había allí, y quemó encima huesos humanos. Luego se volvió a
21 Jerusalén, y ordenó al pueblo:
—Celebrad la Pascua en honor del Señor, vuestro Dios, como
está prescrito en este libro de la alianza.
22 No se había celebrado una Pascua semejante desde el tiempo en
que los jueces gobernaban a Israel ni durante todos los reyes de
23 Israel y Judá. Fue el año dieciocho del reinado de Josías cuando se
celebró aquella Pascua en Jerusalén en honor del Señor.
24 Para cumplir las cláusulas de la ley, escritas en el libro que el
sacerdote Jelcías encontró en el templo, Josías extirpó también a
los nigromantes y adivinos, ídolos, fetiches y todas las monstruo-
25 sidades que se veían en territorio de Judá y en Jerusalén. Ni antes
ni después hubo un rey como él, que se convirtiera al Señor con
todo el corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas, conforme
26 en todo con la Ley de Moisés. Sin embargo, el Señor no aplacó su
furor contra Judá, por lo mucho que le había irritado Manasés.
27 El Señor dijo:
—También a Judá la apartaré de mi presencia, como hice con
Israel; y repudiaré a Jerusalén, mi ciudad elegida, y al templo en
que determiné establecer mi Nombre.
28 Para más datos sobre Josías y sus empresas, véanse los Anales
del Reino de Judá.
29 En su tiempo, el faraón Necó, rey de Egipto, subió a ver al rey
de Asiria, camino del Eufrates. El rey Josías salió a hacerle frente,
30 y Necó lo mató en Meguido, al primer encuentro. Sus siervos pu-
sieron el cadáver en un carro, lo trasladaron de Meguido a Jerusa-
lén y lo enterraron en su sepulcro. Entonces la gente tomó a
Joacaz, hijo de Josías, lo ungieron y lo nombraron rey sucesor.

Joacaz de Judá (609)

31 Cuando Joacaz subió al trono tenía veintitrés años, y reinó tres
meses en Jerusalén. Su madre se llamaba Jamutal, hija de Jeremías,
32 natural de Alba. Joacaz hizo lo que el Señor reprueba, igual que
33 sus antepasados. El faraón Necó lo encarceló en Ribla, provincia
de Jamat, para impedirle reinar en Jerusalén, e impuso al país un
tributo de tres mil kilos de plata y treinta de oro.
34 El faraón Necó nombró rey a Eliacín, hijo de Josías, como su-
cesor de su padre, Josías, y le cambió el nombre por el de Joaquín.
35 A Joacaz se lo llevó a Egipto, donde murió. Joaquín entregó al Fa-

raón la plata y el oro, pero para ello tuvo que imponer una contribución a la nación: cada uno, según su tarifa, pagó la plata y el oro que había que entregar al Faraón.

Joaquín de Judá (609-598)

36 Cuando Joaquín subió al trono tenía veinticinco años, y reinó
once años en Jerusalén. Su madre se llamaba Zebida, hija de Feda-
37 yas, natural de Rumá. Hizo lo que el Señor reprueba, igual que sus
antepasados.
24 Durante su reinado, Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo una
expedición militar, y Joaquín le quedó sometido por tres años.
Pero se le rebeló.
2 Entonces el Señor mandó contra él guerrillas de caldeos y sirios,
moabitas y amonitas; los envió contra Judá para aniquilarla, con-
forme a la palabra que había pronunciado por sus siervos los pro-
3 fetas. Eso le sucedió a Judá por orden del Señor, para apartarla de
4 su presencia por los pecados que había cometido Manasés, por la
sangre inocente que derramó hasta inundar a Jerusalén; el Señor
no quiso perdonar.
5 Para más datos sobre Joaquín y sus empresas, véanse los Anales
del reino de Judá.
6 Joaquín murió, y su hijo Jeconías le sucedió en el trono.
7 El rey de Egipto no volvió a salir de su país, porque el rey de
Babilonia se había apoderado de las antiguas posesiones del rey
de Egipto, desde el Nilo hasta el Eufrates.

Jeconías de Judá (598-597)

8 Cuando Jeconías subió al trono tenía dieciocho años, y reinó tres
meses en Jerusalén. Su madre se llamaba Nejustá, hija de Elnatán,
9 natural de Jerusalén. Hizo lo que el Señor reprueba, igual que su
padre.
10 En aquel tiempo, los oficiales de Nabucodonosor, rey de Babilo-
11 nia, subieron contra Jerusalén y la cercaron. Nabucodonosor, rey de
Babilonia, llegó a Jerusalén cuando sus oficiales la tenían cercada.
12 Jeconías de Judá se rindió al rey de Babilonia, con su madre, sus
ministros, generales y funcionarios. El rey de Babilonia los apresó
13 el año octavo de su reinado. (Se llevó los tesoros del templo y de
palacio, y destrozó todos los utensilios de oro que Salomón, rey
de Israel, había hecho para el templo según las órdenes del Señor.
14 Deportó a todo Jerusalén, los generales, los ricos —diez mil de-
15 portados—, los herreros y cerrajeros; sólo quedó la plebe). Nabuco-
donosor deportó a Jeconías a Babilonia. Llevó deportados de Jeru-
salén a Babilonia a la madre del rey y a sus mujeres, sus funciona-
16 rios y grandes del reino, todos los ricos —siete mil deportados—,
17 los herreros y cerrajeros —mil deportados—, todos aptos para la
guerra. En su lugar nombró rey a su tío Matanías, y le cambió el
nombre en Sedecías.

Sedecías de Judá (597-587)

18 Cuando Sedecías subió al trono tenía veintiún años, y reinó once
años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jamutal, hija de Jeremías,
19 natural de Alba. Hizo lo que el Señor reprueba, igual que había
20 hecho Joaquín. Eso le sucedió a Jerusalén y Judá por la cólera del
Señor, hasta que las arrojó de su presencia. Sedecías se rebeló contra el rey de Babilonia.

Caída de Jerusalén

25 Pero el año noveno de su reinado, el día diez del décimo mes,
Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén con todo su
ejército, acampó frente a ella y construyó torres de asalto alrededor.
2 La ciudad quedó sitiada hasta el año once del reinado de Sedecías,
3 el día noveno del mes cuarto. El hambre apretó en la ciudad, y no
4 había pan para la población. Se abrió brecha en la ciudad, y los
soldados huyeron de noche, por la puerta entre las dos murallas,
junto a los jardines reales, mientras los caldeos rodeaban la ciudad,
5 y se marcharon por el camino de la estepa. El ejército caldeo persiguió al rey; lo alcanzaron en la estepa de Jericó, mientras sus tro-
6 pas se dispersaban, abandonándolo. Apresaron al rey, y se lo lleva-
7 ron al rey de Babilonia, que estaba en Ribla, y lo procesó. A los hijos de Sedecías los hizo ajusticiar ante su vista; a Sedecías lo cegó,
le echó cadenas de bronce y lo llevó a Babilonia.
8 El día primero del quinto mes (que corresponde al año diecinueve del reinado de Nabucodonosor en Babilonia) llegó a Jerusalén
Nabusardán, jefe de la guardia, funcionario del rey de Babilonia.
9 Incendió el templo, el palacio real y las casas de Jerusalén, y puso
10 fuego a todos los palacios. El ejército caldeo, a las órdenes del jefe
11 de la guardia, derribó las murallas que rodeaban a Jerusalén. Nabusardán, jefe de la guardia, se llevó cautivos al resto del pueblo que
había quedado en la ciudad, a los que se habían pasado al rey de
12 Babilonia y al resto de la plebe. De la clase baja dejó algunos, como
viñadores y hortelanos.
13 Los caldeos rompieron las columnas de bronce, los pedestales y
el depósito de bronce que había en el templo, para llevarse el bron-
14 ce a Babilonia. También cogieron las ollas, palas, cuchillos, bande-
15 jas y todos los utensilios de bronce que servían para el culto. El jefe
de la guardia cogió los braseros e hisopos, y todo lo que había, en
16 dos lotes, de oro y de plata; y las dos columnas, el depósito y los
pedestales que había hecho Salomón para el templo (imposible
17 calcular lo que pesaba el bronce de aquellos objetos; cada columna
medía nueve metros y estaba rematada por un capitel de bronce de
metro y medio de altura, adornado con trenzados y granadas alrededor, todo de bronce).
18 El jefe de la guardia cogió al sumo sacerdote, Sedayas, al vicario
19 Sofonías y a los tres porteros; apresó en la ciudad a un dignatario
jefe del ejército y a cinco hombres del servicio personal del rey,
que se encontraban en la ciudad; al secretario del general en jefe,
que había hecho la leva de los terratenientes, y a sesenta ciudadanos

20 que se encontraban en la ciudad. Nabusardán, jefe de la guardia, los
21 apresó y se los llevó al rey de Babilonia, a Ribla. El rey de Babilonia los hizo ejecutar en Ribla, provincia de Jamat.
Así marchó Judá al destierro.

Godolías

22 Nabucodonosor, rey de Babilonia, nombró a Godolías, hijo de
Ajicán, hijo de Safán, gobernador de los que quedaban en territo-
23 rio de Judá, la gente que él dejaba. Cuando los capitanes y sus
hombres oyeron que el rey de Babilonia había nombrado gobernador a Godolías, fueron a Atalaya, a visitarlo, Ismael, hijo de Natanías; Juan, hijo de Carej; Salayas, hijo de Tanjumet, el netofateo,
24 y Yezanías, de Maacá; todos ellos con sus hombres. Godolías les
juró:
—No temáis someteros a los caldeos. Estableceos en el país, obedeced al rey de Babilonia y os irá bien.
25 Pero al séptimo mes, Ismael, hijo de Natanías, hijo de Elisama,
de sangre real, llegó con diez hombres y asesinó a Godolías y a los
26 judíos y caldeos de su séquito en Atalaya. Todo el pueblo, chicos
y grandes, con los capitanes, emprendieron la huida a Egipto, por
miedo a los caldeos.

Amnistía

27 El año treinta y siete del destierro de Jeconías de Judá, el día
veinticuatro del mes doce, Evil Merodac, rey de Babilonia, en el
año de su subida al trono, concedió gracia a Jeconías de Judá y lo
28 sacó de la cárcel. Le prometió su favor y colocó su trono más alto
29 que los de los otros reyes que había con él en Babilonia. Le cambió
30 el traje de preso y le hizo comer a su mesa mientras vivió. Y mientras vivió se le pasaba una pensión diaria de parte del rey.

CRONICAS

INTRODUCCION

Hacia el año 400, según muchas trazas, se compuso la obra histórica que abarca las Crónicas (o Anales o Paralipómenos), Esdras y Nehemías; desde Adán hasta Esdras.

¿Hacía falta volver a escribir la historia? ¿No bastaba añadir a lo ya escrito unos capítulos sobre la vuelta del destierro y la comunidad judía del siglo v? El autor, que conocía la situación de primera mano, juzgó que debía hacerlo.

El autor recoge gran parte de sus *materiales* de los libros históricos existentes, para compilar listas genealógicas o para copiar con retoques capítulos enteros. No sabemos si tuvo acceso a documentos de corte o templo. A partir de la vuelta del destierro escribe por cuenta propia o insertando las memorias de Nehemías.

En esta tarea es muy interesante *lo que deja:* la historia de Saúl y del reino septentrional, los episodios menos edificantes de sus héroes, David y Salomón, el aspecto civil y político de ambos. Como todo eso es conocido de sus lectores por los libros de Samuel y Reyes, el autor ofrece una alternativa, que es la *concentración en torno al templo.* Es centro y eje de cristalización: se lleva un quinto del libro, hacia él gravitan las generaciones precedentes, de él penden las reformas posteriores. David reina para esa empresa, y no la realiza por sus antecedentes militares, el censo está ligado al terreno del futuro templo. Salomón completa a su padre según el esquema planes-ejecución, preparativos-realización. La práctica del culto ocupa buena parte del texto original del autor, puede ser criterio para juzgar a los reyes, es el puesto adonde acude la historia pretérita en forma de recuerdo, como tema de alabanza. Misión litúrgica más que misión apostólica de aquella comunidad. En los peligros el pueblo reza, confía y espera; el resto lo hace Dios.

El proceso de la historia se desenvuelve por la aplicación rígida y estrecha del *principio de retribución:* la fidelidad a la Ley, concretamente a las exigencias del culto, determina el destino individual de cada rey, durante su vida. Lo dice directamente el autor o lo pone en boca de un profeta. Pero la concentración no impide cierta disgregación: la elección del pueblo en muchas elecciones menudas, la responsabilidad del pueblo en responsabilidades individuales de reyes, la Ley en numerosos preceptos.

Y ¿quién escribe esta historia, haciendo pobre competencia a las ya escritas? Unos dicen que los levitas, para aportar su visión de grupo religioso. Más convincente es pensar en un hombre de recia personalidad, con una tarea difícil y urgente, que necesitaba un documento simple y eficaz para ella. Pensemos en la comunidad judía de la segunda mitad del siglo v: dependiente del Imperio Persa, tolerada y sospechosa, amenazada de cerca por los samaritanos, corroída por dentro a causa de la decadencia religiosa. Con ella se enfrenta un hombre de clara visión, que actúa en dos planos paralelos: en la práctica, con reformas concretas y enérgicas; en la doctrina, con un documento que justificase y alentase las reformas (como el Deuteronomio de Josías).

En esta segunda hipótesis, el libro adquiere más relieve y se explican muchos aspectos unitariamente. *a)* Las genealogías enlazan, reparten, organizan, porque ese pueblo de judíos, amenazado por fuera y por dentro, está sujeto con fuertes cadenas a la historia universal, con identidad propia que no puede perder, ya que es resultado de una elección divina; los pocos y débiles judíos del siglo v son realmente el Israel elegido como centro de la historia universal. *b)* Queda fuera el reino septentrional: es que los samaritanos invocan esa ascendencia para mezclarse

con los judíos y disolverlos. *c)* Se centra en David, porque David significa la concreción histórica de Moisés y su Ley, que invocan exclusivamente los samaritanos. Lo mismo se diga de Jerusalén, verdadero y único centro religioso frente a las pretensiones de Siquén y el monte Garizín (donde a fines del siglo v los samaritanos construyen un templo rival). *d)* Atención a lo cúltico, porque exaltar éxitos políticos y militares puede hacer sospechosa la reforma ante la corte del emperador persa; porque ya no vive un rey descendiente de David, y el gobierno lo ejercen miembros del clero. *e)* Se simplifica la historia en términos de retribución, para que la presente generación de judíos aprenda que se enfrenta con una decisión histórica de la que pende su destino; no puede desentenderse de la tarea. *f)* Práctica del culto, porque allí se actualiza la historia, allí el pueblo siente su unidad ante Dios y en esa historia, allí sucede el encuentro con el Señor. La alabanza da optimismo y la plegaria escuchada excita a la confianza, dos cosas que necesitan los judíos para los años venideros.

La hipótesis explica bastantes cosas, pero su alcance es limitado. La ofrecemos como hipótesis de lectura, para hacer más accesible el libro.

En cuanto a la práctica de la reforma, complemento del documento teórico, la narran los libros de Esdras y Nehemías.

Una última pregunta: ¿logró el autor lo que intentaba? Aunque la historiografía sea avara en detalles, sabemos que la comunidad judía continuó sin perder su identidad y supo enfrentarse un siglo después a la onda arrolladora del helenismo. No que el libro de las Crónicas explique por sí solo tal éxito, pero probablemente tuvo su parte.

Realizados todos estos esfuerzos de comprensión, no llegamos a saborear este libro. Demasiadas cosas se oponen a nuestros hábitos y convicciones: sobre el rigor histórico, sobre el puesto del culto, sobre la retribución. Además, el estilo es pesado, la frase se carga de precisiones minuciosas, no acierta con lo esencial; los libros de Samuel y Reyes nos tenían acostumbrados a otro nivel narrativo.

Para los cuadros cronológicos, véase la introducción a Reyes.

Imprimimos en cursiva los fragmentos copiados de Samuel y Reyes (exceptuando citas sueltas o calcos de fraseología). Eso permitirá distinguir fácilmente lo que el autor aporta y cómo modifica sus modelos.

Hemos respetado de ordinario el testimonio masorético. Cuando el nombre está incorporado a nuestra lengua, como Jeremías, Belén, lo hemos respetado; cuando no lo está, hemos dado preferencia a una transposición fonética, temperada por patrones clásicos —por ejemplo, el final *-ías*— y por algunas exigencias de nuestra fonética.

CRONICAS 1

Introducción

Una de las aficiones sobresalientes de este autor son las listas de nombres. Una quinta parte de la obra la constituyen estas listas.

Desfilan en ella algunos nombres ilustres, como un friso con mucha historia cargada a las espaldas; otros son personajes secundarios; otros son simples comparsas en términos de acción. Y el autor no deja sin nombrar los jefes.

¿Por qué semejante afán? Desde luego actúa el deseo de registrar, la fidelidad burocrática de archivar y copiar. Claro que al lector normal no le interesan esas listas por sí mismas, y es lógico que se las salte. Muchos personajes y poca acción.

¿Hay algo más en ese afán? Una cierta afición nobiliaria a los árboles genealógicos: David empalma con Abrahán y Adán, muchos israelitas enlazan con los doce Patriarcas y con su padre, Jacob. El pobre Israel del siglo V antes de Cristo tiene una ejecutoria de nobleza histórica: desciende de aquellos personajes que interpretaron una historia cuyo protagonista era Dios.

Esa historia es movimiento «de generación en generación»: nada de mitos ni de héroes legendarios, sino hombres de carne y hueso con sus nombres propios (no figuran las mujeres). Y esa historia es prueba de la fidelidad de Dios, que no ha dejado perderse ni extinguirse a su pueblo, que siempre lo ha acompañado con la bendición patriarcal de la fecundidad, unas veces acreciendo, otras conservando un resto.

Como hay un libro que registra los nombres de los que viven, así este libro conserva el nombre y la memoria de los que vivieron y los transmite a la posteridad.

¿Se trata de nombres históricos o inventa el autor? Hemos de contar con el hecho de recuerdos tenaces en el seno de las familias y con la posibilidad de archivos salvados de la catástrofe. Carecemos de datos objetivos para controlar la validez de las listas. En cuanto a la transmisión escrita, el género se prestaba a las corrupciones, adaptaciones y demás errores de copia y transliteración.

De Adán a Abrahán
(Gn 10; 25,1-4.12-15)

1 1-3 Adán, Set, Enós, Quenán, Mahlalel, Yéred, Henoc, Matu-
4 salén, Lamec, Noé, Sem, Cam y Jafet.
5 *Descendientes de Jafet:* Gómer, Magog, Maday, Yaván, Tubal,
Mésec y Tirás.
6 Descendientes de Gómer: Asquenaz, Rifat y Togarma.
7 Descendientes de Yaván: alasios, Tarsis, queteos y rodenses.
8 Descendientes de Cam: Cus, Egipto, Put y Canaán.
9 Descendientes de Cus: Sebá, Javilá, Sabtá, Ramá y Sabtecá.
10 Descendientes de Ramá: Sebá y Dedán. Cus engendró a Nemrod,
el primer soldado del mundo.
11 Egipto engendró a los lidios, anamitas, lehabitas, naftujitas,
12 patrositas, caslujitas y cretenses, de los cuales proceden los filisteos.
13-4 Canaán engendró a Sidón, su primogénito, y a Het, y también a
15-6 los jebuseos, amorreos, guirgaseos, heveos, arquitas, sinitas, arva-
deos, semareos y jamateos.

17 *Descendientes de Sem:* Elam, Asur, Arfaxad, Lud y Aram. Des-
18 cendientes de Aram: Us, Jul, Guéter y Mésec. Arfaxad engendró a
19 Sélaj y éste a Héber. Héber engendró dos hijos: uno se llamaba
Péleg, porque en su tiempo se dividió la tierra; su hermano se lla-
20 maba Yoctán. Yoctán engendró a Almodad, Sélef, Jasarmaut, Yéraj,
21-3 Hadorán, Uzal, Diclá, Ebal, Abimael, Sebá, Ofir, Javilá y Yobab:
todos descendientes de Yoctán.
24-6 Sem, Arfaxad, Sélaj, Héber, Péleg, Reú, Sarug, Najor, Téraj,
27 Abrán, o sea, Abrahán.

De Abrahán a Israel

28-9 *Descendientes de Abrahán:* Isaac e Ismael; sus descendientes:
30 Nebayot, primogénito de Ismael, Quedar, Adbeel, Mibsán, Mismá,
Dumá, Masá, Jadad, Temá, Yetur, Nafís y Quedma. Estos son los
hijos de Ismael.
31 Quetura, concubina de Abrahán, dio a luz a Zimrán, Yoxán,
32 Medán, Madián, Yisbac y Suj. Descendientes de Yoxán: Sebá y
33 Dedán. Hijos de Madián: Efá, Efer, Henoc, Abidá y Eldaá. Todos
descendientes de Quetura.
34 Abrahán engendró a Isaac. Hijos de Isaac: Esaú e Israel.
35-6 *Hijos de Esaú:* Elifaz, Regüel, Yeús, Yalán y Córaj. Hijos de
37 Elifaz: Temán, Omar, Sefó, Gatán, Quenaz, Timná y Amalec. Hijos
38 de Regüel: Nájat, Zéraj, Samá y Mizá. Hijos de Seír: Lotán, Sobal,
39 Sibeón, Aná, Disón, Eser y Disán. Hijos de Lotán: Horí y Homán;
40 hermana de Lotán: Timná. Hijos de Sobal: Albán, Manájat, Ebal,
41 Sefí y Onán. Hijos de Sibeón: Ayá y Aná. Hijo de Aná: Disón.
42 Hijos de Disón: Jamrán, Esbán, Yitrán y Querán. Hijos de Eser:
Bilhán, Zaván y Acán. Hijos de Disán: Us y Arán.
43 Reyes que reinaron en el país de Edom antes de que los israelitas
tuvieran rey: Bela, hijo de Beor; su ciudad se llamaba Dinhaba.
44 Murió Bela y le sucedió en el trono Yobab, hijo de Zéraj, natural
45 de Bosra. Murió Yobab y le sucedió en el trono Jusán, natural de
46 Temán. Murió Jusán y le sucedió en el trono Hadad, hijo de Badad,
el que derrotó a Madián en el campo de Moab; su ciudad se llama-
47 ba Avit. Murió Hadad y le sucedió en el trono Samlá, natural de
48 Masreca. Murió Samlá y le sucedió en el trono Saúl, natural de Pla-
49 za del Río. Murió Saúl y le sucedió en el trono Baal Janán, hijo de
50 Acbor. Murió Baal Janán y le sucedió en el trono Hadar; su ciudad
se llamaba Pau y su mujer Mehetabel, hija de Matred, hijo de Me-
51 zahab. A la muerte de Hadar hubo jeques en Edom: Timná, Alvá,
52-4 Yetet, Ohlibamá, Elá, Finón, Quenazí, Temán, Mibsar, Magdiel e
Irán. Hasta aquí los jeques de Edom.

Descendientes de Israel

2 *Hijos de Israel:* Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón,
2 Dan, José, Benjamín, Neftalí, Gad y Aser.
3 Hijos de Judá: Er, Onán y Selá; los tres le nacieron de una ca-
nanea llamada Súa. Er, el primogénito de Judá, no agradaba al Se-

4 ñor, y el Señor lo hizo morir. Tamar, su nuera, tuvo de él dos hijos:
Fares y Zéraj. En total, los hijos de Judá fueron cinco.
5 Hijos de Fares: Jesrón y Jamul.
6 Hijos de Zéraj: Zimrí, Etán, Hemán, Calcol y Dardá; cinco en
total.
7 Hijo de Carmí: Acar, que perturbó a Israel, prevaricando contra
el anatema.
8 Hijo de Etán: Azarías.
9 Hijos que le nacieron a Jesrón: Yerajmeel, Ram y Qelubay.
10 Ram engendró a Aminadab. Aminadab engendró a Najsón, príncipe
11 de los judíos. Najsón engendró a Salmá. Salmá engendró a Boaz.
12-3 Boaz engendró a Obed. Obed engendró a Jesé. Jesé engendró a
Eliab, su primogénito; a Abinadab, el segundo; a Simeá, el tercero;
14-5 a Netanel, el cuarto; a Raday, el quinto; a Osen, el sexto, y a Da-
16 vid, el séptimo. Sus hermanas fueron Seruyá y Abigaíl.
17 Hijos de Seruyá: Abisay, Joab y Asael, tres. Abigaíl dio a luz a
Amasá. El padre de Amasá fue Yéter, el ismaelita.
18 Caleb, hijo de Jesrón, tuvo hijos de Azubá, su mujer, y de Yeriot.
19 Los hijos que tuvo de Azubá fueron: Yéser, Sobab y Ardón. Cuan-
20 do murió Azubá, Caleb se casó con Efrata, que le dio a Jur. Jur en-
gendró a Urí, y éste a Besalel.
21 Cuando Jesrón tenía sesenta años se unió a la hija de Maquir,
22 padre de Galaad, y ella le dio a luz a Segub. Segub engendró a Yaír,
23 que tuvo veintitrés ciudades en la tierra de Galaad. Los guesureos
y los sirios les arrebataron las aldeas de Yaír y Quenat con su distri-
to, hasta un total de sesenta pueblos. Todos éstos eran hijos de
24 Maquir, padre de Galaad. Después de la muerte de Jesrón, Caleb
se unió a Efrata, que le dio a Asjur, fundador de Tecua.
25 Los hijos de Yerajmeel, primogénito de Jesrón, fueron: Ram, el
26 primogénito; Buná, Oren y Osen, sus hermanos. Yerajmeel tuvo
27 otra mujer, llamada Atará, que fue madre de Onán. Los hijos de
Ram, primogénito de Yerajmeel, fueron: Maas, Yamín y Equer.
28-9 Los hijos de Onán fueron: Samay y Yadá. Hijos de Samay: Nadab
y Abisur. La mujer de Abisur se llamaba Abijail; le dio a Ajbán y
30 Molid. Hijos de Nadab: Séled y Apain. Séled murió sin hijos.
31 Hijo de Apain: Yiseí. Hijo de Yiseí: Sesán. Hijo de Sesán: Ajlay.
32 Hijos de Yadá, hermano de Samay: Yéter y Jonatán. Yéter murió
33 sin hijos. Hijos de Jonatán: Pélet y Zazá. Estos son los descendien-
tes de Yerajmeel.
34 Sesán no tuvo hijos, pero sí hijas. Sesán tenía un esclavo egipcio
35 llamado Yarjá, y le dio a una de sus hijas por mujer; ésta dio a luz
36-7 a Atay. Atay engendró a Natán; Natán engendró a Zabad; Zabad
38 engendró a Eflal; Eflal engendró a Obed; Obed engendró a Jehú;
39 Jehú engendró a Azarías; Azarías engendró a Jales; Jales engendró
40 a Eleasá; Eleasá engendró a Sismay; Sismay engendró a Salún;
41 Salún engendró a Yecamías; Yecamías engendró a Elisamá.
42 Hijos de Caleb, hermano de Yerajmeel: Mesá, el primogénito,
43 que fue padre de Zif, y Maresá, padre de Hebrón. Hijos de Hebrón:
44 Córaj, Tapuj, Requen y Sama. Sama engendró a Rajan, padre de
45 Yorqueán. Requen engendró a Samay. Hijo de Samay: Maón, fun-
46 dador de Casarroca. Efá, concubina de Caleb, parió a Jarán, Mosá
47 y Gazez. Jarán engendró a Gazez. Hijos de Yohday: Reguen, Yotán,

48 Guesán, Pélet, Efá y Sáaf. Maacá, concubina de Caleb, dio a luz a
49 Séber y Tirjaná. También parió a Sáaf, fundador de Madmená, y
a Sevá, fundador de Macbená y La Loma. Hija de Caleb fue Axá.
50 Estos fueron los descendientes de Caleb, descendiente de Jur,
51 primogénito de Efrata: Sobal, fundador de Villasotos; Salmá, fun-
dador de Belén; Jaref, fundador de La Cerca.
52 Sobal, fundador de Villasotos, fue padre de Reayas y antepasado
53 de la mitad de los manajteos. Clanes de Villasotos: yetureos, futeos,
sumateos y misraítas. De ellos salieron los soraítas y estaulitas.
54 Descendientes de Salmá: Belén y los netofateos, Atarot, Bet-Joab,
55 la mitad de los manajteos y los soraítas. Clanes de los sofritas que
viven en Yabés: los tirateos, simateos y sucateos. Estos eran los
quenitas, descendientes de Jamat, antepasado de los recabitas.

Descendientes de David

3 Hijos de David que le nacieron en Hebrón: el primogénito, Am-
nón, de Ajinoán, de Yezrael; el segundo, Daniel, de Abigaíl, de La
2 Vega; el tercero, Absalón, de Maacá, hija de Talmay, rey de Gue-
3 sur; el cuarto, Adonías, hijo de Jaguit; el quinto, Sefatías, de Abi-
4 tal; el sexto, Yitreán, de Eglá, su mujer. Estos seis le nacieron en
Hebrón, donde reinó siete años y seis meses. En Jerusalén reinó
treinta y tres años.
5 Hijos que le nacieron en Jerusalén: Simeá, Sobab, Natán y Salo-
6 món, los cuatro de Betsabé, hija de Amiel. Tuvo también otros
7-8 nueve: Yibjar, Elisamá, Elifélet, Nogah, Néfeg, Yafía, Elisamá,
9 Elyadá y Elifélet. Todos éstos fueron los hijos de David, sin contar
los que tuvo de las concubinas. Tamar era hermana de ellos.
10 Sucesores de Salomón en línea directa: Roboán, Abías, Asá, Jo-
11-3 safat, Jorán, Ocozías, Joás, Amasías, Azarías, Yotán, Acaz, Ezequías,
14-5 Manasés, Amón y Josías. Hijos de Josías: primogénito, Juan; se-
16 gundo, Joaquín; tercero, Sedecías; cuarto, Salún. Hijos de Joaquín:
17-8 Jeconías y Sedecías. Hijos de Jeconías: Asir, Sealtiel, Malquirán,
19 Fedayas, Senasar, Yecamías, Hosamá y Nedabías. Hijos de Fedayas:
Zorobabel y Simeí. Hijos de Zorobabel: Mesulán, Ananías y su
20 hermana Selomit. Había otros cinco: Jasubá, Ohel, Berequías, Ja-
21 sadías, Yusab y Jésed. Hijos de Ananías: Felatías e Isaías, padre
de Refayas, padre de Arnán, padre de Abdías, padre de Secanías.
22 Hijo de Secanías: Semayas. Hijos de Semayas: Jatús, Yigal, Barij,
23 Nearías y Safat; en total, seis. Hijos de Nearías: Elioenay, Ezequías
24 y Azricán; en total, tres. Hijos de Elioenay: Hodayas, Eliasib, Fe-
layas, Acub, Juan, Delayas y Ananí; en total, siete.

Descendientes de Judá

4 1-2 Hijos de Judá: Fares, Jesrón, Carmí, Jur y Sobal. Reayas,
hijo de Sobal, engendró a Yájat; Yájat engendró a Ajumay y Láhad.
Estos fueron los clanes de los soraítas.
3 Hijos de Etán: Yezrael, Yismá y Yidbás, que tenían una herma-
4 na llamada Haslelfoni. También Penuel, que fundó Cercado, y Ezer,
que fundó Jusá.

5 Hijos de Jur: Efrata, el primogénito, que fundó Belén. Asjur,
6 fundador de Tecua, tuvo dos mujeres: Jelá y Naará. Naará le dio a
Ajuzán, Jéfer, Temní y Ajastarí; éstos fueron los hijos de Naará.
7 Hijos de Jelá: Séret, Yesójar y Etnán.
8 Cos fue el padre de Anub, de Sobebá y de los clanes de Ajarjel,
9 hijo de Harún. Yabés fue más importante que sus hermanos; su
madre le puso este nombre porque decía: «Lo he dado a luz con
10 dolores». Yabés hizo esta petición al Dios de Israel: «Bendíceme,
ensancha mi territorio y ayúdame. Preservame del mal para que no
padezca». Dios le concedió lo que había pedido.
11 Quelub, hermano de Sujá, engendró a Mejir, que fue padre de
12 Estón. Estón engendró a Bet-rafá, Pasej y Tejiná, fundador de Villa-
serpiente. Estos fueron los hombres de Recá.
13 Hijos de Quenaz: Otniel y Serayas. Hijo de Otniel: Jatat.
14 Meonotay engendró a Ofrá. Serayas engendró a Joab, fundador
de Valdeherreros, pues eran herreros.
15 Hijos de Caleb, hijo de Jefoné: Iru, Elá y Naan. Hijo de Elá:
Quenaz.
16 Hijos de Yehalelel: Zif, Zifá, Tiriá y Asarel.
17 Hijos de Esdras: Yéter, Méred, Efer y Yalón. Yéter engendró a
18 Miriam, Samay y Yisbaj, fundador de Estemoa. Méred se casó con
Bitia, hija del Faraón. Esta le dio a Yéred, fundador de Cercado;
a Jéber, fundador de El Seto, y a Yecutiel, fundador de Zanoj.
19 Los hijos que tuvo de su otra mujer, Odía, hermana de Najan, fue-
ron: el padre de Queilá, el garmita, y Estemoa, el macateo.
20 Hijos de Simón: Amnón, Riná, Ben-Janán y Tilón. Hijos de Yi-
seí: Zojet y Ben-Zojet.
21 Hijos de Selá, hijo de Judá: Er, fundador de Lecá; Laedá, fun-
dador de Maresa; los clanes que trabajan el lino en Bet-Asbé;
22 Joaquín, los hombres de Cozebá, Joás y Saraf, que dominaron en
Moab; luego volvieron a Belén. (Estos datos son muy antiguos).
23 Eran alfareros; habitaban en El Plantío y en La Cerca, junto al rey,
y trabajaban para él.

Descendientes de Simeón

24 Hijos de Simeón: Nemuel, Yamín, Yarib, Zéraj y Saúl. Descen-
25 dientes de Saúl: Salún; el hijo de éste, Mibsán, y el de éste, Mismá.
26 Descendientes de Mismá: su hijo Jamuel; el de éste, Zacur, y el de
27 éste, Simeí. Simeí tuvo dieciséis hijos y seis hijas. Sus hermanos no
tuvieron muchos hijos y sus familias no se multiplicaron tanto como
28 las de los hijos de Judá. Habitaban en Berseba, Moladá y Aldeala-
29-1 zorra, Bilhá, Esen, Tolad, Batuel, Exterminio, Sicelag, Casalos-
carros, Aldealayegua, Casalpozo y Dospuertas. Estos fueron sus
32 pueblos hasta que David subió al trono. Sus aldeas eran Aguilar,
33 Fuente, Granado, Toquen y Humos: cinco. Y las aldeas que rodea-
ban estos pueblos, hasta Baal. Estos son los sitios donde residían.
34 Registro de sus clanes: Mesobab, Yamlec; Yosá, hijo de Amasías;
35-6 Joel, Jehú, hijo de Yosibías, hijo de Serayas, hijo de Asiel. Elioe-
37 nay, Jacoba, Yesojayas, Asayas, Adiel, Yesimiel, Benayas, Zizá, hijo
de Sifeí, hijo de Alón, hijo de Yedayas, hijo de Simrí, hijo de Se-

38 mayas. Eran jefes de sus clanes; sus familias fueron muy numerosas.
39 Buscando pastos para sus ganados, llegaron a las inmediaciones
40 de Cercado, hasta el oriente del valle. Encontraron pastos abundan-
tes y buenos en una región espaciosa, tranquila y apacible; antes la
41 habitaban los camitas. Estos, cuyos nombres hemos consignado an-
teriormente, vinieron en tiempos de Ezequías de Judá, atacaron sus
campamentos y a los mineos que se encontraban allí y los destru-
yeron por completo hasta el día de hoy. Ocuparon su puesto, por-
que había allí pasto para el ganado.
42 Quinientos de ellos, de los descendientes de Simeón, se dirigie-
ron a la montaña de Seír mandados por Felatías, Nearías, Refayas
43 y Uziel, hijos de Yiseí. Derrotaron a los supervivientes de Amalec
y han habitado allí hasta el día de hoy.

Descendientes de Rubén

5 Hijos de Rubén, primogénito de Israel. (Efectivamente, era el
primogénito; pero por haber mancillado el lecho paterno, la primo-
genitura pasó a los hijos de José, hijo de Israel, y no fue registrado
2 como primogénito. Es cierto que Judá fue más poderoso que sus
hermanos, y jefe de ellos, pero la primogenitura fue de José).
3 Hijos de Rubén, primogénito de Israel: Henoc, Falú, Jesrón y
4 Carmí. Línea de descendientes de Joel: Semayas, Gog, Semeí,
5-6 Miqueas, Reayas, Baal y Beerá; a este último se lo llevó cautivo
7 Tiglat Piléser, rey de Asiria; era príncipe de los rubenitas. Sus pa-
rientes, familia por familia, tal como están registrados en el árbol
8 genealógico, fueron: el jefe, Yeguiel; Zacarías; Bela, hijo de Azaz,
hijo de Semá, hijo de Joel, que habitó en Aroer; sus posesiones se
9 extendían hasta Nebo y Baal-Maón, y por levante hasta el comienzo
del desierto, desde el río Eufrates, pues tenía mucho ganado en la
10 tierra de Galaad. En tiempos de Saúl lucharon contra los agarenos,
que cayeron en sus manos; habitaron en sus tiendas, en toda la
zona oriental de Galaad.

Descendientes de Gad

11 Enfrente de ellos vivían los hijos de Gad, en el territorio de Ba-
12 sán, hasta Salcá: Joel, el jefe; segundo, Safán; luego, Yanay y Safat,
13 en Basán. Sus parientes pertenecían a las familias de Miguel, Mesu-
14 lán, Seba, Yoray, Yacán, Zía y Eber; en total, siete. Estos eran los
hijos de Abijail, hijo de Jurí, hijo de Yaroj, hijo de Galaad, hijo
15 de Miguel, hijo de Yesisay, hijo de Yajdó, hijo de Buz; Ají, hijo
16 de Abdiel, hijo de Guní, era el cabeza de familia. Habitaban en
Galaad, en Basán, en las aldeas del distrito y en los ejidos de Sarón,
17 hasta sus confines. Su genealogía se registró en tiempos de Yotán
de Judá y de Jeroboán de Israel.
18 Entre los descendientes de Rubén, de Gad y de la media tribu
de Manasés había cuarenta y cuatro mil setecientos sesenta soldados
en edad militar, provistos de escudo y espada, expertos en el ma-
19 nejo del arco y diestros en la guerra. Combatieron contra los agare-

20 nos y los itureos, contra Nafís y Nodab. En medio del combate
clamaron a su Dios, y por haber confiado en él, éste escuchó su
oración, los ayudó contra ellos y puso en sus manos a los agarenos
21 y a sus aliados. Se apoderaron de su ganado: cincuenta mil came-
llos, doscientas cincuenta mil ovejas, dos mil asnos. También hicie-
22 ron cien mil prisioneros, y hubo otros muchos muertos, porque esta
guerra fue cosa de Dios. Se establecieron en su territorio hasta el
destierro.

Descendientes de media tribu de Manasés

23 Media tribu de Manasés habitaba la región desde Basán hasta
Baal-Hermón, Sanir y el monte Hermón. Eran también numerosos
24 en el Líbano. Sus cabezas de familia fueron: Efer, Yiseí, Eliel,
Azriel, Jeremías, Hodavías y Yajdiel, hombres valientes, famosos,
25 jefes de sus familias. Pero pecaron contra el Dios de sus padres,
dando culto a los dioses de los moradores del país que Dios había
26 destruido ante ellos. Entonces Dios incitó contra ellos a Pul, rey
de Asiria (es decir, Tiglat Piléser de Asiria), y éste desterró a los
rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés, conduciéndolos
a Jalaj, Jabor, Hará y el río Gozán, donde viven actualmente.

Descendientes de Leví

27-8 Hijos de Leví: Guersón, Quehat y Merarí. Hijos de Quehat:
29 Amrán, Yishar, Hebrón y Uziel. Hijos de Amrán: Aarón, Moisés y
30 María. Hijos de Aarón: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. Eleazar en-
31 gendró a Fineés; Fineés engendró a Abisúa; Abisúa engendró a Bu-
32 quí; Buquí engendró a Uzí; Uzí engendró a Zerajías; Zerajías en-
33 gendró a Merayot; Merayot engendró a Amarías; Amarías engendró
34-5 a Ajitub; Ajitub engendró a Sadoc; Sadoc engendró a Ajimaas; Aji-
36 maas engendró a Azarías; Azarías engendró a Juan; Juan engendró
a Azarías, que ejerció el sacerdocio en el templo construido por
37-8 Salomón en Jerusalén; Azarías engendró a Amarías; Amarías en-
gendró a Ajitub; Ajitub engendró a Sadoc; Sadoc engendró a Salún;
39-0 Salún engendró a Jelcías; Jelcías engendró a Azarías; Azarías en-
41 gendró a Serayas; Serayas engendró a Yosadac, y Yosadac fue al
cautiverio cuando el Señor desterró a Judá y a Jerusalén por medio
de Nabucodonosor.

6 1-2 Hijos de Leví: Guersón, Quehat y Merarí. Nombres de los
3 guersonitas: Libní y Semeí; de los quehatitas: Amrán, Yishar, He-
4 brón y Uziel; de los meraritas: Majlí y Musí. Estos son los clanes
levitas por familias.
5-6 Línea de descendientes de Guersón: Libní, Yájat, Zimá, Yoaj,
7 Idó, Zéraj, Yeatray. Línea de descendientes de Quehat: Aminadab,
8-0 Córaj, Asir, Elcaná, Abiasaf, Asir, Tájat, Uriel, Uzías, Saúl. Hijos
11 de Elcaná: Amasay y Ajimot, padre de Elcaná, padre de Sofay,
12 padre de Nájat, padre de Eliab, padre de Yeroján, padre de Elcaná,
13 padre de Samuel; hijos de Samuel: Joel, el primogénito, y Abías,

14 el segundo. Línea de descendientes de Merarí: Majlí, Libní, Semeí,
15 Uzá, Simeá, Jaguías, Asayas.
16 Maestros del coro nombrados por David para el templo del Se-
17 ñor cuando se colocó allí el arca. Su oficio consistía en cantar de-
lante del tabernáculo de la tienda del encuentro, hasta que Salo-
món edificó al Señor el templo de Jerusalén y realizaron en él su
ministerio según las normas prescritas.
18 Encargados, con sus hijos: de los quehatitas, Hemán, cantor, hijo
19-0 de Joel, de Samuel, de Elcaná, de Yeroján, de Eliel, de Toj, de Suf,
21 de Elcaná, de Májat, de Amasay, de Elcaná, de Joel, de Azarías, de
22-3 Sofonías, de Tájat, de Asir, de Abiasaf, de Córaj, de Yishar, de
24 Quehat, de Leví, de Israel. Su colega Asaf estaba a su derecha; Asaf
25 era hijo de Baraquías, de Simeá, de Miguel, de Baseyas, de Mal-
26-7 quías, de Etní, de Zéraj, de Adayas, de Etán, de Zimá, de Semeí,
28-9 de Yájat, de Guersón, de Leví. A su izquierda estaban sus parientes
30 meraritas: Etán, hijo de Cusí, de Abdí, de Maluc, de Jasabías, de
31-2 Amasías, de Jelcías, de Amasí, de Baní, de Sémer, de Majlí, de
Musí, de Merarí, de Leví.
33 Sus hermanos levitas fueron asignados a todos los servicios del
34 tabernáculo del templo. Aarón y sus hijos ofrecían los sacrificios en
el altar de los holocaustos y el incienso en el altar de los perfumes,
se encargaban de todos los dones sacrosantos y de hacer la expiación
por Israel, como había mandado Moisés, siervo de Dios.
35-6 Línea de descendientes de Aarón: Eleazar, Fineés, Abisúa, Buquí,
37-8 Uzí, Zerajías, Merayot, Amarías, Ajitub, Sadoc, Ajimaas.

Ciudades levíticas
(Jos 21)

39 Lugares donde residían en poblados dentro de su territorio: a los
hijos de Aarón, del clan de Quehat (porque a ellos les tocó primero
40 la suerte), les correspondieron Hebrón, en territorio de Judá, con
41 sus ejidos alrededor; sus campos y alquerías se los habían dado en
42 propiedad a Caleb, hijo de Jefoné. Con derecho de asilo les asigna-
43 ron Hebrón, Alba y sus ejidos, Yatir y Estemó y sus ejidos, Arenal
44 y sus ejidos, Debir y sus ejidos, Humos y sus ejidos, Casalsol y sus
45 ejidos. De la tribu de Benjamín: Loma y sus ejidos, Alémet y sus
ejidos, Anatot y sus ejidos. Suma total, trece pueblos con sus ejidos.
46 A los demás clanes de quehatitas les tocaron en suerte diez ciu-
dades de la tribu de Efraín, de la tribu de Dan y de una media tribu
47 de Manasés. A los clanes guersonitas les tocaron trece ciudades de
la tribu de Isacar, de la tribu de Aser, de la tribu de Neftalí y de la
48 tribu de Manasés en Basán. A los clanes meraritas les tocaron doce
ciudades de la tribu de Rubén, de la tribu de Gad y de la tribu de
Zabulón.
49 Los hijos de Israel entregaron a los levitas estas ciudades con sus
50 ejidos. (Las poblaciones de las tribus de Judá, Simeón y Benjamín
indicadas anteriormente por su nombre las entregaron por sorteo).
51 A los clanes de Quehat les tocaron en suerte pueblos de la tribu
52 de Efraín. Les asignaron, con derecho de asilo, Siquén y sus ejidos
53 en la serranía de Efraín, Guézer y sus ejidos, Yocmeán y sus ejidos

54 Bejorón y sus ejidos, Cervera y sus ejidos, Lagargranada y sus eji-
55 dos. Y de la media tribu de Manasés: Aner y sus ejidos, Bileán y sus
ejidos los entregaron a los restantes clanes quehatitas.
56 Para los hijos de Guersón y sus familias: de la media tribu de
57 Manasés, Golán de Basán y sus ejidos, Astarot y sus ejidos. De la
58 tribu de Isacar, Asperón y sus ejidos, Daberat y sus ejidos, Yarmut
59 y sus ejidos, Fuentejardines y sus ejidos. De la tribu de Aser, De-
60 manda y sus ejidos, Abdón y sus ejidos, Finca y sus ejidos, Plaza
61 y sus ejidos. De la tribu de Neftalí, Cades de Galilea, Caldas y sus
ejidos, Población y sus ejidos.
62 Para los restantes descendientes de Merarí: de la tribu de Zabu-
63 lón, Granados y sus ejidos, Tabor y sus ejidos. En Transjordania,
frente a Jericó, a oriente del Jordán, de la tribu de Rubén, Fuerte
64 del Desierto y sus ejidos, Yahas y sus ejidos, La Antigua y sus eji-
65 dos, Fuenteclamor y sus ejidos. De la tribu de Gad, Altos de Ga-
66 laad y sus ejidos, Los Castros y sus ejidos, Jesbón y sus ejidos, Yazer
y sus ejidos.

Descendientes de Isacar

7 1-2 Hijos de Isacar: Tolá, Puvá, Yasub y Simrón, cuatro. Hijos
de Tolá: Uzí, Refayas, Yeriel, Yajmay, Yibsán y Samuel, cabezas de
familia de Tolá, hombres de armas. En tiempos de David eran vein-
3 tidós mil seiscientos. Hijo de Uzí: Yizrajías. Hijos de Yizrajías:
4 Miguel, Abdías, Joel, Yisías; cinco jefes en total. Según su árbol
genealógico por familias, contaban con un ejército de treinta y seis
mil hombres de guerra, porque tenían muchas mujeres e hijos.
5 Sus parientes de todos los clanes de Isacar eran ochenta y siete mil
hombres de armas; todos estaban registrados.

Descendientes de Benjamín

6-7 Hijos de Benjamín: Bela, Béquer y Yediael, tres. Hijos de Bela:
Esbón, Uzí, Uziel, Yerimot e Irí, cinco. Eran cabezas de familia y
hombres de armas. Estaban registrados veintidós mil treinta y cua-
8 tro. Hijos de Béquer: Zemirá, Joás, Eliezer, Elioenay, Omrí, Yere-
mot, Abías, Anatot y Alémet; todos ellos eran hijos de Béquer,
9 cabezas de familia y hombres de armas, según consta en su árbol
10 genealógico. Estaban registrados veinte mil doscientos. Hijo de
Yediael: Bilhán. Hijos de Bilhán: Yeús, Benjamín, Ehud, Quenaná,
11 Zetán, Tarsis y Ajisájar; todos ellos eran descendientes de Yediael,
cabezas de familia y hombres de armas. Contaban con un ejército
12 de diecisiete mil doscientos hombres. Los sufitas y jufitas eran hijos
de Irí; los jusitas, de Ajer.

Descendientes de Neftalí

13 Hijos de Neftalí: Yajsiel, Guní, Yéser y Salún. Estos eran hijos
de Bilhá.

Descendientes de la otra mitad de Manasés
(Nm 26,29-33)

14 Hijo de Manasés nacido de su concubina, una aramea: Maquir,
15 padre de Galaad. (Maquir se casó con una mujer llamada Maacá).
16 El segundo hijo se llamaba Selofjad; Selofjad tuvo hijas. Maacá,
esposa de Maquir, dio a luz un hijo y lo llamó Fares; su hermano
17 se llamaba Seres, y fueron sus hijos Ulán y Requen. Hijo de Ulán:
Bedán. Estos son los hijos de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Ma-
18 nasés. Su hermana Hamoléquet parió a Ishod, Abiezer y Majlá.
19 Hijos de Semidá: Ajián, Siquén, Licjí y Anián.

Descendientes de Efraín

20 Hijos de Efraín: Sutélaj, padre de Béred, padre de Tájat, padre
21 de Eleadá, padre de Tájat, padre de Zabad, padre de Sutélaj; a
otros dos hijos, Ezer y Elead, los mataron los nativos de Gat cuan-
22 do bajaron a recoger su ganado. Su padre, Efraín, llevó luto por
ellos durante mucho tiempo; sus parientes vinieron a consolarlo.
23 Luego se unió a su mujer, que concibió y dio a luz un hijo; lo llamó
Beriá, por la desgracia que había afectado a la familia.
24 Tenía una hija llamada Será, que construyó Bejorón Alta, Bejorón
25 Baja y Uzenserá. Tenía un hijo llamado Réfaj, padre de Résef, pa-
26 dre de Télaj, padre de Tajan, padre de Ladán, padre de Amihud,
27 padre de Elisamá, padre de Nun, padre de Josué.
28 Sus posesiones y lugares de residencia: Betel y su distrito; a
oriente, Naarán; a occidente, Guézer, Siquén y Ayá con sus distri-
29 tos. En poder de Manasés estaban Beisán, Tanac, Meguido y Dor
con sus respectivos distritos. En ellas habitaron los descendientes
de José, hijo de Israel.

Descendientes de Aser

30 Hijos de Aser: Yimná, Yisvá, Yisví, Beriá y su hermana Séraj.
31-2 Hijos de Beriá: Jéber y Malquiel, padre de Birzait. Jéber engendró
33 a Yaflet, Somer, Yotán y a Suá, hermana de éstos. Hijos de Yaflet:
34 Pasac, Bimhal y Asvat. Estos son los hijos de Yaflet. Hijos de So-
35 mer: Ají, Rohgá, Yejubá y Arán. Hijos de Elen, su hermano: Sofaj,
36 Yimná, Seles y Amal. Hijos de Sofaj: Suj, Jarnéfer, Sual, Berí,
37-8 Yimrá, Béser, Hod, Samá, Silsá, Yitrán y Beerá. Hijos de Yéter:
39-0 Jefoné, Fispá y Ará. Hijos de Ulá: Araj, Janiel y Risiá. Todos estos
descendientes de Aser eran cabezas de familia, hombres de armas
selectos, jefes con mando. Estaban alistados en el ejército. Contaban
veintiséis mil hombres.

Descendientes de Benjamín

8 Benjamín engendró a Bela, su primogénito; Asbel, el segundo;
2-3 Ajraj, el tercero; Nojá, el cuarto, y Rafá, el quinto. Hijos de Bela:
4-5 Adar, Guerá, Abihud, Abisúa, Naamán, Ajoj, Guerá, Sefufán y Ju-
6 rán. Hijos de Ejud, cabezas de familia de los que habitaban en Loma

7 y luego se trasladaron a Manájat: Naamán, Ajías y Guerá, que fue
quien los trasladó; éste engendró a Uzá y Ajijud.
8 Sajrain tuvo hijos en tierras de Moab, después de haber dejado
9 a sus mujeres Jusín y Bará. De otra mujer, Hodes, tuvo a Yobab,
10 Sibiá, Mesá, Malcán, Yeús, Saquías y Mirmá. Estos fueron sus hi-
11 jos, cabezas de familia. Jusín le había dado a Abitub y Elpáal.
12 Hijos de Elpáal: Eber, Miseán y Sémed, que edificó Onó, Lod y sus
distritos.
13 Beriá y Sema, cabezas de familia de Cervera, pusieron en fuga a
los habitantes de Gat.
14-6 Ajió, Sasac, Yeremot, Zebadías, Arad, Eder, Miguel, Yispá y
17-8 Yojá eran hijos de Beriá. Zebadías, Mesulán, Jizquí, Jéber, Yisme-
19 ray, Yizliá y Yobab eran hijos de Elpáal. Joaquín, Zicrí, Zabdí,
20-1 Elioenay, Siltay, Eliel, Adayas, Barayas y Simrat eran hijos de Semeí.
22-4 Yisfán, Eber, Eliel, Abdón, Zicrí, Janán, Ananías, Elán, Antotías,
25-6 Yifdías y Faniel eran hijos de Sasac. Samseray, Sejarías, Atalías,
27 Yaresías, Elías y Zicrí eran hijos de Yeroján.
28 En su árbol genealógico aparecen como cabezas de familia. Habi-
taban en Jerusalén.
29 Yeguiel, fundador de Gabaón, habitaba en Gabaón. Su mujer se
30 llamaba Maacá. Su primogénito era Abdón; después venían Sur,
31-2 Quis, Baal, Ner, Nadab, Guedor, Ajió, Zéquer y Miclot. Miclot
33 engendró a Simá. Vivían en Jerusalén, con sus parientes. Ner engen-
dró a Quis; Quis a Saúl; Saúl a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y
34 Esbaal. Hijo de Jonatán fue Meribaal, y éste engendró a Miqueas.
35-6 Hijos de Miqueas: Fitón, Mélec, Tarea y Ajaz. Ajaz engendró a
37 Yehoadá; éste engendró a Alémet, Azmaut y Zimrí. Zimrí engen-
dró a Mosá y Mosá a Bineá, padre de Rafá, padre de Eleasá, padre
38 de Asel. Asel tuvo seis hijos, llamados Azricán, Bocrú, Ismael,
39 Searías, Abdías y Janán. Estos fueron los hijos de Asel. Hijos de
su hermano Esec: Ulán, el primogénito; Yehús, el segundo; Elifélet,
40 el tercero. Los hijos de Ulán eran hombres de armas, arqueros.
Tuvieron muchos hijos y nietos, ciento cincuenta.
Todos éstos fueron los descendientes de Benjamín.

La comunidad de Jerusalén después del destierro
(Neh 11,3-22)

9 Todos los israelitas estaban registrados e inscritos en los Anales
del Reino de Israel. Judá, por sus pecados, fue cautivo a Babilonia.
2 Los primeros en ocupar de nuevo sus posesiones y ciudades eran
3 israelitas seglares, sacerdotes, levitas y donados. En Jerusalén se
establecieron judíos, benjaminitas y hombres de Efraín y Manasés.
4 *Judíos:* Utay, hijo de Amihud, hijo de Omrí, hijo de Imrí, hijo
5 de Baní, descendiente de Fares, hijo de Judá. *Silonitas:* Asayas, el
6 primogénito, con sus hijos. *Zerajitas:* Yegüel y sus parientes, seis-
7 cientos noventa. *Benjaminitas:* Salú, hijo de Mesulán, hijo de Hoda-
8 vías, hijo de Hasenuá; Yibnayas, hijo de Yeroján; Elá, hijo de Uzí,
hijo de Micrí; Mesulán, hijo de Sefatías, hijo de Regüel, hijo de
9 Yibnías, y sus parientes registrados: novecientos cincuenta y seis.
Todos ellos eran cabezas de familia de sus linajes.

10-1 *Sacerdotes:* Yedayas, Yehoyarib y Yaquín; Azarías, hijo de Jel-
cías, hijo de Mesulán, hijo de Sadoc, hijo de Merayot, hijo de Aji-
12 tub, prefecto del templo; Adayas, hijo de Yeroján, hijo de Pasjur,
hijo de Malquías; Masay, hijo de Adiel, hijo de Yajzera, hijo de
13 Mesulán, hijo de Mesilemit, hijo de Imer, y sus parientes, cabezas
de familia, mil setecientos sesenta hombres de armas, ocupados en
el servicio del templo.
14 *Levitas:* Semayas, hijo de Jasub, hijo de Azricán, hijo de Jasabías,
15 merarita; Bacbacar, Jeres, Galal, Matanías, hijo de Micá, hijo de
16 Zicrí, hijo de Asaf; Abdías, hijo de Semayas, hijo de Galal, hijo
de Yedutún; Berequías, hijo de Asá, hijo de Elcaná, que vivía en
los cortijos netofateos.
17 *Porteros:* Salún, Acub, Talmón y Ajimán; su hermano Salún era
18 el jefe. Hasta entonces estaban encargados de la puerta real, a orien-
19 te, y eran porteros de los barrios de los levitas. Salún, hijo de Coré,
hijo de Abiasaf, hijo de Córaj, y sus parientes de la familia corajita
estaban encargados de custodiar la entrada de la tienda; sus ante-
pasados habían hecho guardia a la entrada en el campamento del
20 Señor. Fineés, hijo de Eleazar, fue antiguamente su jefe; el Señor
21 estuvo con él. Zacarías, hijo de Meselemías, era portero de la tien-
22 da del encuentro. En total, los elegidos para porteros erán ciento
doce; estaban registrados por poblaciones. David y el vidente Sa-
23 muel los eligieron por su fidelidad. Ellos y sus hijos hacían los
24 turnos de guardia ante las puertas del templo, la tienda. Había por-
25 teros en las cuatro direcciones: este, oeste, norte y sur. Sus parien-
tes, que vivían en aldeas, tenían que venir a ayudarlos en turnos de
26 siete días. Los cuatro porteros principales estaban siempre en fun-
ciones; eran levitas y estaban encargados de las salas y almacenes
27 del templo. Pasaban la noche en los alrededores del templo, pues
debían custodiarlo y abrirlo cada mañana.
28 Algunos levitas estaban encargados de los objetos del culto; los
29 contaban al recibirlos y al entregarlos. Otros cuidaban los utensi-
lios, los vasos sagrados, la flor de harina, el vino, el aceite, el in-
30 cienso y los ungüentos. Algunos sacerdotes hacían la mezcla de los
31 ungüentos. El levita Matitías, primogénito de Salún, corajita, se
32 encargaba siempre de las tortas fritas en sartén; y algunos de sus
parientes quehatitas preparaban para cada sábado los panes pre-
33 sentados. Los *cantores,* cabezas de familia de los levitas, habitaban
en las salas y estaban exentos de cualquier otro trabajo, porque su
34 oficio les ocupaba día y noche. Estos eran los cabezas de familia de
los levitas, según su árbol genealógico. Vivían en Jerusalén.
35 Yeguiel, fundador de Gabaón, habitaba allí; su mujer se llamaba
36 Maacá. Su primogénito era Abdón; después venían Sur, Quis, Baal,
37-8 Ner, Nadab, Guedor, Ajió, Zacarías y Miclot. Miclot engendró a
39 Simá. Vivían en Jerusalén, con sus parientes. Ner engendró a Quis;
40 Quis a Saúl; Saúl a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y Esbaal. Hijo
41 de Jonatán fue Meribaal, y éste engendró a Miqueas. Hijos de Mi-
42 queas: Fitón, Mélec, Tajrea y Acaz. Acaz engendró a Yará. Yará
43 engendró a Alémet, Azmaut y Zimrí. Zimrí engendró a Mosá y
Mosá a Bineá, padre de Rafayas, padre de Eleasá, padre de Asel.
44 Asel tuvo seis hijos, llamados Azricán, Bocrú, Ismael, Searías, Ab-
días y Janán. Estos fueron los hijos de Asel.

Muerte de Saúl
(1 Sm 31,1-13)

10 *Mientras tanto, los filisteos entraron en combate con Israel. Los*
israelitas huyeron ante ellos, y muchos cayeron muertos en el mon-
2 *te Gelboé. Los filisteos persiguieron de cerca a Saúl y sus hijos, e*
3 *hirieron a Jonatán, Abinadab y Malquisúa, hijos de Saúl. Entonces*
cayó sobre Saúl el peso del combate; los arqueros le dieron alcance
4 *y lo hirieron a flechazos. Saúl dijo a su escudero:*
—Saca la espada y atraviésame, no vayan a llegar esos incircun-
cisos y abusen de mí.
Pero el escudero no quiso, porque le entró pánico. Entonces Saúl
5 *tomó la espada y se dejó caer sobre ella. Cuando el escudero vio*
que Saúl había muerto, también él se echó sobre la espada *y murió.*
6 *Así murieron Saúl y sus tres hijos; de golpe desapareció toda* su
casa.
7 *Cuando los israelitas del valle vieron que Israel se daba a la fuga*
y que Saúl y sus hijos habían muerto, huyeron abandonando sus
8 *poblados. Los filisteos los ocuparon; al día siguiente fueron a des-*
pojar los cadáveres y encontraron a Saúl y a sus hijos muertos en el
9 *monte Gelboé. Los despojaron,* cogieron *sus cabezas y sus armas*
y las pasearon por todo el territorio filisteo, llevando la buena no-
10 *ticia a sus ídolos y al pueblo. Colocaron las armas en el templo de*
sus dioses y clavaron las cabezas en el templo de Dagón.
11 *Los vecinos de Yabés de Galaad oyeron lo que los filisteos ha-*
12 *bían hecho con Saúl, y los más valientes se pusieron en marcha,*
cogieron el cadáver *de Saúl y los de sus hijos, y los* llevaron *a Ya-*
bés. Enterraron sus huesos bajo la encina de Yabés y celebraron un
ayuno de siete días.
13 Saúl murió por haberse rebelado contra el Señor, no prestando
atención a su palabra y por haber consultado a los espíritus en vez
14 de consultar al Señor. El Señor lo entregó a la muerte y traspasó el
reino a David, hijo de Jesé.

David, rey de Israel
(2 Sm 5,1-3.6-10; 23,8-39)

11 *Los israelitas* se reunieron *con David en Hebrón y le dijeron:*
2 *—Mira, somos de la misma sangre. Ya antes, cuando todavía era*
Saúl rey, tú eras el verdadero general de Israel. El Señor, tu Dios,
te dijo: «Tú pastorearás a mi pueblo, Israel; tú serás jefe de mi
pueblo, Israel».
3 *Fueron, pues, a Hebrón todos los concejales de Israel a visitar al*
rey. David hizo un pacto con ellos delante del Señor y ellos ungie-
ron a David rey de Israel, como había dicho el Señor por medio de
Samuel.

Conquista de Jerusalén

4 David y los israelitas *marcharon sobre Jerusalén,* es decir, Jebús,
5 *cuyo territorio estaba en manos de los jebuseos.* Los habitantes de
Jebús *dijeron a David:*

—No entrarás aquí.
Pero David conquistó el alcázar de Sión, la Ciudad de David.
6 *David había prometido:*
—Al primero *que mate a un jebuseo* lo nombro general en jefe.
Joab, hijo de Seruyá, subió el primero y llegó a general.
7 *David se instaló en el alcázar,* que por eso *se llama Ciudad de*
8 *David. Ensanchó* la ciudad *a partir del terraplén,* mientras Joab
9 restauraba el resto de la ciudad. *David iba creciendo en poderío y*
el Señor de los ejércitos estaba con él.
10 Capitanes de David que se distinguieron durante su reinado y
que con todo Israel lo nombraron rey, como había predicho el Señor
11 a Israel. Lista de *los campeones de David:*
Yasobeán, *el jaquemonita, primero de la terna,* que blandió su
lanza y *mató* a trescientos *en una sola arremetida.*
12 *Segundo, Eleazar, hijo de Dodó, el ajojita; también pertenecía a*
13 *la terna.* Estuvo *con David* en Fesdamín, *cuando los filisteos se*
concentraron allí para el combate; había una parcela toda sembrada
14 de cebada. *El ejército huía ante los filisteos, pero él se situó en me-*
dio de la parcela, la defendió y mató a los filisteos. El Señor con-
cedió *una gran victoria.*
15 *Tres de los treinta bajaron a la peña, al refugio de Adulán, don-*
de se encontraba David mientras una banda *de filisteos acampaba*
16 *en Valrefaín. David estaba entonces en el refugio, y la guarnición*
17 *filistea ocupaba Belén. David sintió sed y exclamó:*
—¡Quién me diera agua, la del pozo que hay junto a la puerta
de Belén!
18 *Los tres irrumpieron en el campamento filisteo, sacaron agua del*
pozo, junto a la puerta de Belén, y se la llevaron a David. Pero Da-
vid no quiso beberla, sino que la derramó como obsequio al Señor,
19 *diciendo:*
—¡Líbreme Dios *de hacerlo! Sería beber la sangre* de estos *hom-*
bres, que han arriesgado su vida para traerla.
Y no quiso beberla. Estas fueron las hazañas de los tres cam-
peones.
20 *Abisay, hermano de Joab,* era *jefe de los treinta. Blandiendo su*
21 *lanza, mató a trescientos y ganó renombre entre los treinta; destacó*
entre ellos y fue su jefe, pero no les llegó a los tres.
22 *Benayas, hijo de Yehoyadá, natural de Cabseel, era un tipo ague-*
rrido, pródigo en hazañas. Mató a los dos moabitas hijos de Ariel
23 *y bajó a matar al león en la cisterna el día de la nieve. Mató tam-*
bién a un egipcio que medía dos metros y medio y *empuñaba una*
lanza del tamaño de un enjullo de tejedor; *Benayas fue hacia él*
24 *con un palo, le arrebató la lanza y con ella lo mató. Esas fueron las*
hazañas de Benayas, hijo de Yehoyadá, con las cuales ganó renom-
25 *bre entre los treinta campeones. Destacó entre ellos, pero no les*
llegó a los tres. David lo puso al frente de su escolta.
26 Los guerreros más famosos eran:
Asael, hermano de Joab. Eljanán, hijo de Dodó, de Belén.
27 *Samot, el de Jarod. Jeles, el pelteo.*
28 *Irá, hijo de Iqués, de Tecua. Abiezer, de Anatot.*
29 *Sibcay, el jusita.* Ilay, *el ajojita.*
30 *Mahray, de Netof. Jéled, hijo de Baná, de Netof.*

31 *Itay, hijo de Ribay, de Loma de Benjamín. Benayas, de Piratón.*
32 *Juray, de Río Gaas. Abiel, de Arabá.*
33 *Azmaut, de Bajurín. Elyajbá, el saalbonita.*
34 Yasán, el gunita. *Jonatán,* hijo de Sagué, *el ararita.*
35 *Ajián, hijo de Sacar, el hararita. Elifal, hijo de* Ur.
36 Jéfer, de Mequerá. Ajías, el pelteo.
37 Jesró, *de La Vega.* Naaray, hijo de Ezbay.
38 *Joel,* hermano *de Natán.* Mibjar, hijo de Hagrí.
39 *Sélec, el amonita. Najeray, de Pozos, escudero de Joab, hijo de Seruyá.*
40 *Irá, de Yatir. Gareb, de Yatir.*
41 *Urías, el hitita.* Zabad, hijo de Ajlay.
42 Adiná, hijo de Sizá, el rubenita, jefe de los rubenitas, y con él treinta.
43 Janán, hijo de Maacá. Josafat, el mitnita.
44 Uzías, de Astarot. Samá y Yeguiel, hijos de Jotán, de Aroer.
45 Yediel, hijo de Simrí. Yojá, su hermano, el tisita.
46 Eliel, el majavita. Yeribay y Yosavías, hijos de Elnaan. Yitmá, el moabita.
47 Eliel, Obed y Yasiel, de Sobá.

Guerreros que se unieron a David en tiempos de Saúl

12 Lista de los que fueron a Sicelag para unirse a David cuando éste
se había desterrado a causa de Saúl, hijo de Quis. Eran de los sol-
2 dados más valientes en el combate; manejaban el arco y podían
lanzar piedras y disparar flechas con ambas manos. Pertenecían a
3 *Benjamín,* la tribu de Saúl. Ajiezer, el jefe, y Joás, hijos de Semaá,
de La Loma; Yeziel y Félet, hijos de Azmaut; Beracá y Jehú, de
4 Anatot; Yismayas, de Gabaón, uno de los treinta valientes y desta-
5-6 cado; Jeremías, Yajziel, Juan, Yozabad, de Tapias; Eleuzay, Yeri-
7 mot, Baalías, Semarías y Sefatías, de Jarif; Elcaná, Isaías, Azarel,
8 Yoézer, Yasobeán, corajitas; Yoelá y Zebadías, hijos de Yeroján,
de El Cercado.
9 También algunos *gaditas* se pasaron a David en el refugio del
desierto: hombres aguerridos, hechos al combate, diestros con el
escudo y la lanza, osados como leones, ágiles como cabras monteses.
10-1 Su capitán era Ezer; Abdías, segundo; Eliab, tercero; Mismaná,
12-3 cuarto; Jeremías, quinto; Atay, sexto; Eliel, séptimo; Juan, octavo;
14-5 Elzabad, noveno; Jeremías, décimo; Macbanay, undécimo. Todos
estos gaditas eran mandos del ejército: el inferior mandaba cien
16 hombres, el superior mil. Estos son los que el mes de abril cru-
zaron el río, cuando el Jordán rebasa las dos orillas y cierra los
valles a levante y poniente.
17 También algunos benjaminitas y *judíos* fueron al refugio de Da-
18 vid. Este salió a su encuentro y les dijo:
—Si venís en son de paz, para ayudarme, yo iré de acuerdo con vosotros; pero si venís para entregarme a mis enemigos, no siendo yo un criminal, que el Dios de nuestros padres nos examine y juzgue.

19 Entonces el Espíritu se apoderó de Amasay, jefe de los treinta, y exclamó:

—Somos tuyos, David.
Estamos contigo, hijo de Jesé.
La paz será tuya y de tus partidarios,
porque está de tu parte tu Dios.

David los acogió y los asignó a los batallones de guerrillas.
20 También algunos de *Manasés* se pasaron a David cuando éste iba
con los filisteos a luchar contra Saúl. De hecho no combatió con
ellos, porque los príncipes filisteos decidieron licenciarlo, pensan-
do: «Se pasará a Saúl, su señor, llevándole nuestras cabezas».
21 Y cuando volvía a Sicelag se le pasaron algunos de Manasés: Adnaj,
Yozabad, Yediel, Miguel, Yozabad, Elihú y Siltay, generales de
22 Manasés. Combatieron en guerrillas a favor de David. Todos eran
hombres de armas y llegaron a jefes del ejército.
23 Día tras día llegaban a David nuevos refuerzos, hasta que dis-
puso de una tropa innumerable.

Guerreros que vinieron a Hebrón para hacer rey a David

24 Número de los guerreros que se presentaron armados a David,
en Hebrón, para traspasarle el reino de Saúl, cumpliendo el oráculo
del Señor:
25 Seis mil ochocientos de Judá, armados de escudo y lanza, equipa-
26 dos para el combate. Siete mil cien valientes de Simeón, armados.
27-8 Cuatro mil seiscientos de Leví. Yehoyadá, jefe de los aaronitas, con
29 tres mil setecientos. Sadoc, joven y valiente, con veintidós jefes de
30 su familia. Tres mil de Benjamín, parientes de Saúl, que hasta en-
tonces habían permanecido fieles en su mayor parte a la casa de
31 Saúl. Veinte mil ochocientos valientes de Efraín, famosos en sus
32 familias. Dieciocho mil de media tribu de Manasés, designados no-
33 minalmente para ir a proclamar rey a David. Doscientos jefes de
Isacar, y todos sus hermanos a sus órdenes, inteligentes y oportu-
34 nos para apreciar los derroteros de Israel. Cincuenta mil de Zabu-
lón en edad militar, equipados con toda clase de armas y que pe-
35 leaban con toda el alma. Mil jefes de Neftalí, con treinta y siete mil
36 hombres provistos de escudo y lanza. Veintiocho mil seiscientos
37 danitas, armados. Cuarenta mil de Aser, en edad militar y armados.
38 De Transjordania, ciento veinte mil entre rubenitas, gaditas y la
media tribu de Manasés, provistos de toda clase de armas.
39 Todos éstos, hombres de guerra, en edad militar, decididos, lle-
garon a Hebrón dispuestos a nombrar a David rey de todo Israel.
También los demás israelitas estaban de acuerdo en nombrar rey a
40 David. Permanecieron allí tres días, comiendo y bebiendo a expen-
41 sas de sus hermanos. Además, todos los de la región, incluso los de
Isacar, Zabulón y Neftalí, venían con asnos, camellos y bueyes tra-
yendo provisiones: harina, pan de higo, pasas, vino, aceite, bueyes
y ovejas en abundancia, porque Israel estaba en fiesta.

El arca, transportada a Jerusalén
(2 Sm 6,2-11)

13 1-2 David consultó a sus mandos, jefes y oficiales. Después dijo
a toda la asamblea de Israel:
—Si os parece bien, y si el Señor, nuestro Dios, lo aprueba, va-
mos a invitar a nuestros hermanos que se han quedado en el terri-
torio de Israel y a los sacerdotes y levitas en sus ciudades y ejidos
3 a que se reúnan con nosotros. Luego traeremos el arca de nuestro
Dios, porque en vida de Saúl no la hemos consultado.
4 El pueblo aprobó la idea y la comunidad decidió ponerla en prác-
5 tica. *Entonces David* reunió *a todos* los israelitas, desde el torrente
de Egipto hasta la entrada de Jamat, para transportar el arca de
6 Dios desde Villasotos. *David y todo* Israel fueron *a Baalá,* es decir,
Villasotos *de Judá, para trasladar el arca de Dios, que lleva la ins-
cripción «Señor entronizado sobre los querubines».*
7 *Pusieron el arca de Dios en un carro nuevo y la sacaron de casa*
8 *de Abinadab. Uzá y Ajió guiaban el carro. David y los israelitas
iban danzando ante* Dios *con todo* entusiasmo, cantando al son de
9 *cítaras y arpas, panderos,* sonajas y trompetas. *Cuando llegaron a
la era de* Quidón, *los bueyes tropezaron, y Uzá alargó* la mano para
10 *sujetar el arca. El Señor se encolerizó contra Uzá* por haber alar-
11 gado la mano al arca, *y murió allí mismo,* delante de Dios. *David
se entristeció porque el Señor había arremetido contra Uzá, y puso
a aquel sitio el nombre de Arremetida de Uzá, y así se le llama*
12 *ahora. Aquel día David temió a* Dios *y dijo:*
—*¿Cómo* voy a llevar *a mi casa el arca* de Dios?
13 *Y no la llevó a su casa, a la Ciudad de David, sino que la trasla-*
14 *dó a casa de Obededón, el de Gat. El arca* de Dios *estuvo tres me-
ses en casa de Obededón, y el Señor bendijo a* la familia de *Obede-
dón* y todas sus cosas.

David, en Jerusalén
(2 Sm 5,11-16)

14 *Jurán, rey de Tiro, mandó una embajada a David con madera de*
2 *cedro, albañiles y carpinteros para construir*le *un palacio. Así com-
prendió David que el Señor lo consolidaba como rey de Israel y
que engrandecía* extraordinariamente *su reino por amor a su pue-
blo, Israel.*
3 *David tomó en Jerusalén otras esposas y engendró más hijos e
hijas.*
4 *Nombres de los hijos* que tuvo *en Jerusalén: Samúa, Sobab, Na-*
5-7 *tán, Salomón, Yibjar, Elisúa,* Elpálet, Nogah, *Néfeg, Yafía, Elisamá,*
Be*lyadá y Elifálet.*

Batallas con los filisteos
(2 Sm 5,17-25)

8 *Cuando los filisteos oyeron que habían ungido a David rey de
todo Israel, subieron todos a por él. David se enteró* y les salió al

9 encuentro. *Los filisteos habían llegado y se habían* desplegado *en*
10 *Valrefaín. David consultó a* Dios:
—*¿Puedo atacar a los filisteos? ¿Me los entregarás?*
El Señor le *respondió:*
—*Atácalos, que yo te* los *entrego.*
11 Los atacó *en Las Brechas y allí los derrotó. Y comentó* David:
—Dios *ha abierto* por mi mano *una brecha en el frente enemigo,
como brecha en un dique.*
(Por eso a aquel sitio lo llaman Las Brechas).
12 *Los filisteos dejaron abandonados allí sus* dioses y David mandó
que los quemasen.
13 *Los filisteos hicieron otra incursión* y se desplegaron en el valle.
14 *David consultó* de nuevo a Dios, *que* le *respondió:*
—*No ataques. Rodéalos por detrás,* sin enfrentarte con ellos,
15 *y luego los atacas frente a las moreras. Cuando sientas rumor de
pasos en la copa de las moreras,* lánzate al ataque, *porque* Dios *sale
delante de ti a derrotar al ejército filisteo.*
16 *David hizo como le mandó* Dios *y derrotaron* al ejército *filisteo*
17 *desde La Loma hasta Guézer.* La fama de David se extendió por
todo el territorio y el Señor hizo que todos los pueblos lo temieran.

Traslado del arca a Jerusalén
(2 Sm 6,12-16)

15 David se construyó un palacio en la Ciudad de David, preparó
2 un lugar para el arca de Dios y le levantó una tienda. Entonces dio
una orden:
—Nadie puede transportar el arca de Dios a excepción de los le-
vitas, porque a ellos los ha elegido el Señor para transportar el arca
y para servirle a él eternamente.
3 David congregó en Jerusalén a todos los israelitas para trasladar
4 el arca del Señor al lugar que le había preparado. Luego reunió a
los hijos de Aarón y a los levitas.
5 Hijos de Quehat: el príncipe Uriel y ciento veinte de su familia.
6 Hijos de Merarí: el príncipe Asayas y doscientos veinte de su fami-
7 lia. Hijos de Guersón: el príncipe Joel y ciento treinta de su fa-
8 milia. Hijos de Elisafán: el príncipe Semayas y doscientos de su
9 familia. Hijos de Hebrón: el príncipe Eliel y ochenta de su familia.
10 Hijos de Uziel: el príncipe Aminadab y ciento doce de su familia.
11 David llamó también a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y a los
12 levitas Uriel, Asayas, Joel, Semayas, Eliel y Aminadab, y les dijo:
—Vosotros sois los cabezas de familia de los levitas: purificaos
vosotros y vuestros hermanos para subir el arca del Señor, Dios de
13 Israel, al lugar que le he preparado. La primera vez no estabais
presentes ni consultamos al Señor, como es debido; por eso el Se-
ñor, nuestro Dios, abrió una brecha entre nosotros.
14 Los sacerdotes y levitas se purificaron para trasladar el arca del
15 Señor, Dios de Israel. Luego los levitas se echaron los varales a los
hombros y levantaron en peso el arca de Dios, tal como había man-
dado Moisés por orden del Señor.

16 David mandó a los jefes de los levitas organizar a los cantores de
sus familias para que entonasen cantos festivos acompañados de
17 instrumentos, arpas, cítaras y platillos. Los levitas se lo encomen-
daron a Hemán, hijo de Joel; a su pariente Asaf, hijo de Baraquías,
y a Etán, hijo de Cusayas, descendiente de Merarí y pariente de los
18 anteriores. Junto con ellos, en segundo puesto, a sus parientes Za-
carías, hijo de Yaziel, Semiramot, Yejiel, Uní, Eliab, Benayas, Mase-
yas, Matitías, Eliflehu, Micneyas, Obededón y Yeguiel, porteros.
19 Los cantores Hemán, Asaf y Etán tocaban platillos de bronce.
20 Zacarías, Yaziel, Semiramot, Yejiel, Uní, Eliab, Maseyas y Benayas
21 tenían arpas agudas [a]. Matitías, Eliflehu, Micneyas, Obededón, Ye-
22 guiel y Azazías tenían cítaras de octava [b] para dirigir el canto. Que-
23 nanías, jefe de los levitas, entonaba porque era experto. Baraquías
24 y Elcaná eran porteros del arca. Los sacerdotes Sebanías, Josafat,
Natanel, Amasay, Zacarías, Benayas y Eliezer tocaban las trompetas
delante del arca de Dios. Obededón y Yejías eran porteros del arca.
25 *David,* los concejales de Israel y los generales *fue*ron a *traslad*ar
el arca de la alianza del Señor *desde la casa de Obededón con gran*
26 *fiesta.* Y por haber protegido Dios a los levitas *que la transportaban*
27 *sacrific*aron siete becerros y siete carneros. *David* vestía un manto
de lino, igual que todos los levitas (los portadores del arca y los
cantores) y que Quenanías, director del coro. *David* llevaba tam-
28 bién *un roquete de lino. Todo Israel acompañaba al arca* de la
alianza *del Señor entre vítores, al son de trompas,* trompetas y pla-
29 tillos y tocando arpas y cítaras. *Cuando el arca* de la alianza *del*
Señor entraba en la Ciudad de David, Mical, hija de Saúl, estaba
mirando por la ventana, y al ver al rey David haciendo cabriolas y
bailando *lo despreció en su interior.*

El arca en la tienda
(2 Sm 6,17-19)

16 *Metieron el arca* de Dios *y la instalaron en el centro de la tienda*
que David le había preparado. Ofrecieron *holocaustos y sacrificios*
2 *de comunión* a Dios, *y cuando David terminó de ofrecerlos bendi-*
3 *jo al pueblo en nombre del Señor. Luego repartió a todos los israe-*
litas, hombres y mujeres, un bollo *de pan, una tajada de carne y un*
pastel de uvas pasas a cada uno.
4 A algunos levitas los puso al servicio del arca del Señor para que
5 invocasen, dieran gracias y alabasen al Señor, Dios de Israel. Asaf,
jefe; Zacarías, segundo; luego Uziel, Semiramot, Yejiel, Matitías,
Eliab, Benayas, Obededón y Yeguiel, con arpas y cítaras. Asaf to-
6 caba los platillos. Los sacerdotes Benayas y Yajziel tocaban las
7 trompetas a diario delante del arca de la alianza de Dios. Aquel día,
por medio de Asaf y sus hermanos, inauguró David la alabanza del
Señor:
8 [c] *Dad gracias al Señor, invocad su nombre,*
dad a conocer sus hazañas a los pueblos;
9 *cantadle al son de instrumentos,*

a dudoso. *b* dudoso. *c* Sal 105,1-15.

hablad de sus maravillas;
10 *gloriaos de su nombre santo,*
que se alegren los que buscan al Señor.
11 *Recurrid al Señor y a su poder,*
buscad continuamente su rostro.
12 *Recordad las maravillas que hizo,*
sus prodigios, las sentencias de su boca.
13 *¡Estirpe de Israel, su siervo;*
hijos de Jacob, su elegido!
14 *El Señor es nuestro Dios,*
él gobierna toda la tierra.
15 *Se acuerda de su alianza eternamente,*
de la palabra dada, por mil generaciones;
16 *de la alianza sellada con Abrahán,*
del juramento hecho a Isaac,
17 *confirmado como ley para Jacob,*
como alianza eterna para Israel:
18 *«A ti te daré el país cananeo*
como lote de tu heredad».
19 *Cuando eran unos pocos mortales,*
contados y emigrantes en el país,
20 *cuando erraban de pueblo en pueblo,*
de un reino a otra nación,
21 *a nadie le permitió oprimirlos*
y por ellos castigó a reyes:
22 *«No toquéis a mis ungidos,*
no maltratéis a mis profetas».
23 [a] *Cantad al Señor toda la tierra,*
proclamad día tras día su victoria.
24 *Contad a los pueblos su gloria,*
sus maravillas a todas las naciones;
25 *porque es grande el Señor y muy famoso,*
y más temible que todos los dioses.
26 *Pues los dioses de los paganos son apariencia,*
mientras que el Señor ha hecho el cielo;
27 *honor y majestad están en su presencia,*
fuerza y gozo están en su mansión.
28 *Familias de los pueblos, aclamad al Señor,*
aclamad la gloria y el poder del Señor,
29 *aclamad la gloria del nombre del Señor,*
entrad en su presencia trayéndole ofrendas;
postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
30 *tiemble en su presencia la tierra toda.*
El afianzó el orbe y no vacilará.
31 *Alégrese el cielo, goce la tierra,*
y digan los pueblos: «El Señor es rey».
32 *Retumbe el mar y cuanto lo llena,*
vitoreen las campiñas y cuanto hay en ellas,
33 *aclamen los árboles silvestres delante del Señor,*
que ya llega, ya llega a regir la tierra.

a Sal 96,1-13.

34 *Dad gracias al Señor porque es bueno,*
porque es eterna su misericordia.
35 [a] *Decid:*
Sálvanos, Dios salvador nuestro,
reúnenos y sálvanos de entre los paganos:
daremos gracias a tu santo nombre
y alabarte será nuestra gloria.
36 *Bendito sea el Señor, Dios de Israel,*
desde siempre y por siempre.
Todo el pueblo respondió: «¡Amén! ¡Aleluya!».
37 A Asaf y a sus hermanos los dejó al cuidado del arca de la
alianza del Señor para que prestasen ante ella su servicio permanen-
38 te, según los ritos de cada día. A Obededón, hijo de Yedutún, a
39 Josá y a sesenta y ocho de su familia los nombró porteros. Al sacer-
dote Sadoc y a sus hermanos los sacerdotes los encargó del santua-
40 rio del Señor, que se encontraba en la ermita de La Loma, para que
diariamente ofreciesen al Señor en el altar el holocausto matutino
y el vespertino, de acuerdo con todo lo escrito en la Ley que el
41 Señor dictó a Israel. Con ellos, Hemán, Yedutún y los demás esco-
gidos y designados nominalmente para cantar al Señor: «Es eterna
42 su misericordia». Estos tenían trompetas, platillos y otros instru-
mentos para acompañar los cantos del Señor. Los hijos de Yedutún
eran porteros.
43 *Después se marcharon todos, cada cual a su casa, y David se*
dirigió a bendecir a su casa.

Promesa dinástica y oración de David
(2 Sm 7,1-29)

17 *Cuando* David *se estableció en su casa, le dijo al profeta Natán:*
—Mira, yo estoy viviendo en una casa de cedro, y el arca de la
alianza del Señor está debajo de *unos toldos.*
2 *Natán le respondió:*
—Anda, haz lo que tienes pensado, que Dios *está contigo.*
3 *Pero aquella noche recibió Natán esta palabra* de Dios:
4 *—Ve a decir a mi siervo David: Así dice el Señor: No serás tú*
5 *quien me construya* la casa para *habitar. Desde el día en que liberé*
a Israel hasta hoy no he habitado en una casa, sino que he ido de
6 *tienda* en tienda *y de santuario en santuario. Y en todo el tiempo*
que viajé de acá para allá con los israelitas, ¿encargué acaso a algún
juez *de Israel, a los que mandé gobernar a mi pueblo, que me*
7 *construyese una casa de cedro? Pues bien, di esto a mi siervo Da-*
vid: Así dice el Señor de los ejércitos: Yo te saqué de los apriscos,
8 *de andar tras las ovejas, para ser jefe de mi pueblo, Israel. Yo he*
estado contigo en todas tus empresas; he aniquilado a todos tus
enemigos. Te haré famoso, como a los más famosos de la tierra;
9 *daré una tierra a mi pueblo, Israel, lo plantaré para que viva en ella*
sin sobresaltos, sin que vuelvan a abusar *de él los malvados como*
10 *antaño, cuando nombré jueces en mi pueblo, Israel, y* humillé *a to-*

a Sal 106,47-48.

dos sus enemigos; además, te comunico que el Señor te dará *una*
11 *dinastía. Y cuando te llegue el momento* de irte *con tus padres,*
estableceré después de ti a un descendiente tuyo, a uno de tus hijos,
12 *y consolidaré su reino. El* me *edificará un templo y yo consolidaré*
13 su *trono para siempre. Yo seré para él un padre, él será para mí un*
hijo; y no le retiraré mi lealtad, como se la retiré a tu predecesor.
14 Lo estableceré *para siempre* en mi *casa y* en mi *reino y su trono*
permanecerá eternamente.
15 *Natán comunicó a David toda la visión y todas estas palabras.*
16 *Entonces el rey David fue a presentarse ante el Señor, y dijo:*
—¿Quién soy yo, Señor, Dios, *y qué es mi familia para que me*
17 *hayas hecho llegar hasta aquí? Y por si fuera poco para ti,* Dios
mío, *has hecho a la casa de tu siervo una promesa para el futuro,*
18 mientras existan hombres, Señor, Dios. *¿Qué más puede añadir*
19 *David* en tu honor, *si tú conoces a tu siervo? Señor, por amor a tu*
siervo *y según tus designios, has sido magnánimo con tu siervo,*
20 *revelando* todas estas maravillas. *Señor, como hemos oído, no hay*
21 *nadie como tú, no hay Dios fuera de ti. ¿Y qué nación hay en el*
mundo como tu pueblo, Israel, al que Dios ha venido a librar para
hacerlo suyo y ganarte renombre con *prodigios terribles* en su favor,
expulsando *a las naciones ante el pueblo que libraste de Egipto?*
22 *Has* establecido *a tu pueblo, Israel, como pueblo tuyo para siempre,*
23 *y tú, Señor, eres su Dios. Ahora, pues, Señor,* mantén *siempre la*
promesa que has hecho a tu siervo y su familia, cumple tu palabra.
24 *Que tu nombre* perdure y *sea siempre famoso. Que digan: «El Se-*
ñor de los ejércitos es Dios de Israel». Y que la casa de David
25 *permanezca en tu presencia. Tú, Dios mío, has revelado a tu siervo*
que le *edificarás una casa; por eso tu siervo se ha atrevido a diri-*
26 *girte esta plegaria. Ahora, Señor, tú eres el Dios verdadero, y has*
27 *hecho esta promesa a tu siervo. Dígnate, pues, bendecir a la casa*
de tu siervo para que esté siempre en tu presencia; porque lo que
tú, Señor, bendices, queda bendito *para siempre.*

Victorias de David
(2 Sm 8,1-18)

18 *Más adelante David derrotó a los filisteos y los sometió, arreba-*
2 *tándoles* Gat y su distrito. *Derrotó a Moab, y los moabitas sirvieron*
3 *a David en calidad de vasallos tributarios. Derrotó también a Adad-*
hézer, rey de Sobá, en Jamat, *cuando iba a* establecer *su soberanía*
4 *en la región del Eufrates. David le capturó* mil carros, siete mil
jinetes y veinte mil soldados de infantería, y desjarretó los caballos
5 *de tiro, dejando el tiro de cien carros. Los sirios de Damasco acu-*
dieron en auxilio de Adadhézer, rey de Sobá, pero David les mató
6 *veintidós mil hombres, e impuso* gobernadores *a los sirios de Da-*
masco, que quedaron como vasallos tributarios de David. El Señor
7 *dio a David la victoria en todas sus campañas. Cogió las insignias*
de oro que llevaban los oficiales de Adadhézer y las llevó a Jerusa-
8 *lén. Y en* Tibjat y Cun, *poblaciones de Adadhézer, cogió una can-*
tidad enorme de bronce, con la que Salomón hizo el depósito, las
columnas y los utensilios de bronce.

9 Tou, rey de Jamat, oyó que David había derrotado al ejército de
10 Adadhézer, rey de Sobá, y despachó a su hijo Dorán para saludar
al rey David y darle la enhorabuena por el combate y la derrota de
Adadhézer, porque Adadhézer atacaba a Tou con frecuencia. Dorán
11 llevó una vajilla de oro, plata y bronce. El rey David consagró al
Señor estos regalos, añadiéndolos a la plata y al oro que había co-
gido a las naciones de Edom, Moab, los amonitas, filisteos y Amalec.
12 Abisay, hijo de Seruyá, derrotó a Edom en Vallelasal, matándole
13 dieciocho mil hombres; impuso gobernadores a Edom, que quedó
como vasallo de David.
14 El Señor dio a David la victoria en todas sus campañas. David
reinó en todo Israel y gobernó con justicia y rectitud a su pueblo.
15 Joab, hijo de Seruyá, era general en jefe del ejército. Josafat, hijo
16 de Ajilud, heraldo. Sadoc, hijo de Ajitob, y Ajimélec, hijo de Abia-
17 tar, sacerdotes. Sausá, cronista. Benayas, hijo de Yehoyadá, jefe de
los quereteos y pelteos. Los hijos de David ocupaban los primeros
puestos junto al rey.

Guerra contra los amonitas
(2 Sm 10,1-19; 12,26.30-31)

19 Murió después Serpiente, el rey de los amonitas, y su hijo le su-
2 cedió en el trono. David dijo:
—Voy a portarme bien con Janún, hijo de Serpiente, porque su
padre se portó bien conmigo.
Y, por medio de unos embajadores, le envió el pésame por la
muerte de su padre. Pero cuando los embajadores de David entraron
3 en territorio amonita para darle el pésame, los generales amonitas
dijeron a Janún:
—¿Crees que David te da el pésame para mostrarte su estima
por tu padre? Esa gente ha venido a examinar, explorar y destruir
el país.
4 Janún cogió a los embajadores de David, los afeitó, les cortó la
5 ropa por la mitad, a la altura de las nalgas, y los despidió. Ellos
volvieron abochornados. Se lo avisaron a David y el rey les envió
este recado:
—Quedaos en Jericó hasta que os crezca la barba y luego venís.
6 Cuando los amonitas cayeron en la cuenta de que habían provo-
cado a David, Janún y los amonitas enviaron treinta mil kilos de
plata a Siria Entrerríos, a Maacá y a Sobá para contratar carros y
7 jinetes. Contrataron treinta y dos mil carros y al rey de Maacá con
su ejército, que vino a acampar delante de Madabá. Los amonitas se
8 reunieron en sus ciudades y se pusieron en pie de guerra. Al saberlo
9 David, mandó a Joab con todo el ejército y sus campeones. Los
amonitas salieron a la guerra y formaron para la batalla a la entrada
de la ciudad, mientras que los reyes mercenarios se quedaban aparte
en el campo.
10 Joab se vio envuelto por delante y por la espalda; entonces cogió
11 un grupo de soldados y los formó frente a los sirios. A la tropa res-
tante la formó frente a los amonitas, al mando de su hermano Abi-
12 say, con esta consigna:

—Si los sirios me pueden, ven a librarme, y si los amonitas te
13 pueden a ti, yo te libraré. ¡Animo! Por nuestro pueblo y por las
ciudades de nuestro Dios luchemos valientemente, y que el Señor
haga lo que le agrade.
14 Joab y los suyos trabaron combate con los sirios y los pusieron
15 en fuga. Los amonitas, al ver que los sirios huían, huyeron también
ellos ante su hermano Abisay y se metieron en la ciudad. Joab vol-
16 vió a Jerusalén. Al verse derrotados por Israel, los sirios enviaron
mensajeros para movilizar a los sirios de allende el Eufrates. Sopac,
general en jefe del ejército de Adadhézer, se puso al frente de ellos.
17 Cuando informaron a David, concentró a todo Israel, cruzó el Jor-
dán, llegó a donde estaban, tomó posiciones, se puso en orden de
18 combate y entabló batalla con los sirios. Estos huyeron ante los
israelitas; David les mató siete mil caballos de tiro y cuarenta mil
hombres, entre ellos Sopac, general del ejército.
19 Al ver los vasallos de Adadhézer que habían sido derrotados por
Israel, hicieron las paces con David y se sometieron. A los sirios
se les quitaron las ganas de volver a ayudar a los amonitas.

20 Al año siguiente, en la época en que los reyes salen de campaña,
cogió Joab el grueso del ejército, devastó el territorio amonita y se
fue a sitiar Rabá, mientras David permanecía en Jerusalén. Joab
2 expugnó Rabá y la arrasó. David cogió la corona de la cabeza de
Milcón, y resultó que pesaba treinta y cuatro kilos de oro. Había
en ella una piedra preciosa que pasó a la corona de David. Se llevó
3 un botín inmenso de la ciudad. También capturó a sus habitantes
y los puso a trabajar con sierras, picos y hachas. Lo mismo hizo con
todas las poblaciones de los amonitas. Después volvió a Jerusalén
con todo el ejército.

Guerras con los filisteos
(2 Sm 21,18-22)

4 Más tarde tuvo lugar en Guézer una batalla con los filisteos. Fue
entonces cuando el jusita Sibcay mató a Sipay, de la raza de los
5 gigantes. Los filisteos quedaron sometidos. Cuando continuó la gue-
rra con los filisteos, Eljanán, hijo de Yaír, mató a Lajmí, que era
hermano de Goliat, el de Gat, y cuya lanza tenía un asta como la
6 percha de un tejedor. La guerra continuó en Gat, donde había un
gigantón con veinticuatro dedos —seis en cada mano y en cada
7 pie— que también era de la raza de los gigantes. Desafió a Israel,
8 pero Jonatán, hijo de Simeá, hermano de David, lo mató. Esta gente
descendía de los gigantes de Gat y cayeron a manos de David y de
sus oficiales.

Censo de Israel
(2 Sm 24,1-25)

21 Satán se alzó contra Israel e instigó a David a hacer un censo de
2 Israel. David ordenó a Joab y a los jefes de la tropa:
—Id a hacer el censo de Israel, desde Berseba hasta Dan, y traed-
me el resultado para que yo sepa cuánta gente tengo.

3 *Joab respondió:*
—Que el Señor multiplique a su *pueblo por cien.* Pero si todos
están sometidos a su majestad, ¿qué pretende mi señor con este
censo? Va a acarrear una culpa a Israel.
4 *Pero la orden del rey se impuso al parecer de Joab, que se puso*
5 *en camino* y recorrió todo Israel. Cuando volvió *a Jerusalén entregó*
a David *los resultados del censo: en Israel había* un millón cien mil
hombres aptos para el servicio militar, y *en Judá,* cuatrocientos se-
6 tenta mil. A Leví y Benjamín no los incluyó Joab en el censo por-
7 que detestaba la orden del rey. Dios lo desaprobó y castigó a Israel.
8 *Entonces David dijo a* Dios:
—He cometido un grave error al hacer este censo. *Ahora, perdo-*
na la culpa de tu siervo, porque he hecho una locura.
9 *El Señor* dijo *a Gad, vidente de David:*
10 *—Vete a decir a David: «Así dice el Señor: Te* propongo *tres*
castigos; elige uno y yo lo ejecutaré».
11 *Gad se presentó a David y le comunicó:*
12 —Así dice el Señor: Escoge o tres *años de hambre, o tres meses*
huyendo *de tus enemigos* y perseguido por la espada de tus adver-
sarios, *o tres días* de espada del Señor, es decir, de peste en el país,
mientras el ángel del Señor hace estragos en todo el territorio de
Israel. *¿Qué le respondes al que me ha enviado?*
13 *David contestó a Gad:*
—Estoy en un gran apuro. Mejor es caer en manos de Dios, que
es muy *compasivo, que caer en manos de hombres.*
14 *El Señor mandó entonces la peste a Israel* y murieron *setenta mil*
15 israelitas. *Luego envió* Dios un *ángel a Jerusalén para asolarla.*
Pero apenas había comenzado lo vio el Señor, *se arrepintió del cas-*
tigo y dijo al ángel exterminador:
—Basta, detén tu mano.
El ángel del Señor se encontraba junto a la era de Ornán, el je-
16 *buseo.* David alzó los ojos y vio al ángel del Señor erguido entre
tierra y cielo, con la espada desnuda en su mano, apuntando a Je-
rusalén. David y los ancianos, cubiertos de saco, cayeron rostro en
17 tierra. *Entonces David dijo a* Dios:
—Soy yo quien ordenó el censo del pueblo. Soy *yo* el que ha
pecado. Soy yo el culpable. *¿Qué han hecho estas ovejas?* Dios mío,
descarga la mano sobre mí y sobre mi familia, pero no hieras a tu
pueblo.
18 Entonces Gad, por orden del ángel del Señor, le dijo a David que
fuese a *edificar un altar al Señor en la era de Ornán, el jebuseo.*
19-0 *Fue David, según le había dicho Gad* en nombre *del Señor. Ornán*
se hallaba trillando el trigo y sus cuatro hijos se habían escondido;
21 se volvió y *vio al* ángel. David se acercó a Ornán y éste, al ver a
22 David, *salió* de la era *y se postró ante* él *rostro en tierra. David dijo*
a Ornán:
—Dame *la era* para *construir un altar al Señor. Es para que cese*
la mortandad en el pueblo. Te pagaré su precio exacto.
23 *Ornán le respondió:*
—Tómela *su majestad,* y haga *lo que le parezca.* Le doy también
los bueyes para los *holocaustos, los trillos para leña* y el trigo como
ofrenda. Se lo doy *todo.*

24 *Pero el rey* David *le dijo.*
—No, no. Lo compraré por su justo precio. No voy a coger lo
tuyo para *ofrecer al Señor víctimas que no me cuestan.*
25-6 *David* le dio a Ornán sesenta gramos de oro por la era. *Cons-*
truyó allí un altar al Señor. Ofreció holocaustos y sacrificios de
comunión, invocó al Señor, que le respondió enviando fuego del
27 cielo sobre el altar de los holocaustos. Y el Señor ordenó al ángel
28 que envainase la espada. Entonces, al ver David que el Señor le
respondía en la era de Ornán, el jebuseo, ofreció allí sacrificios.
29 El santuario del Señor que hizo Moisés en el desierto y el altar
de los holocaustos se encontraban por entonces en la ermita de La
30 Loma. Pero David no se atrevió a ir allá a consultar a Dios porque
lo aterraba la espada del ángel del Señor.

Preparativos para la construcción del templo

22 Dijo David:
—Aquí se alzará el templo del Señor Dios y el altar de los holo-
caustos de Israel.
2 Luego mandó reunir a los extranjeros que residían en tierra de
Israel y los hizo canteros para labrar sillares con los que construir
3 el templo de Dios. Reunió también gran cantidad de hierro para
hacer clavos y grapas para las puertas, y un montón enorme de
4 bronce y una cantidad incalculable de madera de cedro que los sido-
5 nios y tirios le traían en abundancia. David pensó: «Salomón, mi
hijo, es todavía joven y débil. Y el templo que hay que construir al
Señor debe ser grandioso, para que su fama y gloria se extienda por
todos los países. Voy a comenzar los preparativos». Y así lo hizo
6 generosamente antes de morir. Luego llamó a su hijo Salomón y le
7 mandó construir un templo al Señor, Dios de Israel, diciéndole:
—Hijo mío, yo tenía pensado edificar un templo en honor del
8 Señor, mi Dios. Pero él me dijo: «Has derramado mucha sangre y
has combatido en grandes batallas. No edificarás un templo en mi
9 honor porque has derramado mucha sangre en mi presencia. Pero
tendrás un hijo que será un hombre pacífico y le haré vivir en paz
con todos los enemigos de alrededor. Su nombre será Salomón, y
10 en sus días concederé paz y tranquilidad a Israel. El edificará un
templo en mi honor; será para mí un hijo, yo seré para él un padre,
11 y consolidaré por siempre su trono real en Israel». Hijo mío, que
el Señor esté contigo y te ayude a construir un templo al Señor, tu
12 Dios, según sus designios sobre ti. Basta que el Señor te conceda
prudencia e inteligencia para gobernar a Israel, cumpliendo la Ley
13 del Señor, tu Dios. Tu éxito depende de que pongas por obra los
mandatos y preceptos que el Señor mandó a Israel por medio de
14 Moisés. ¡Animo, sé valiente! ¡No te asustes ni te acobardes! Mira,
con grandes sacrificios he ido reuniendo para el templo del Señor
treinta y cuatro mil toneladas de oro, trescientas cuarenta mil tone-
ladas de plata, bronce y hierro en cantidad incalculable; además,
15 madera y piedra. Tú añadirás aún más. Dispones también de gran
cantidad de artesanos: canteros, albañiles, carpinteros y obreros de
16 todas las especialidades. Hay oro, plata, bronce y hierro de sobra.
Pon manos a la obra y que el Señor te acompañe.

17 David ordenó que todas las autoridades de Israel ayudasen a su
hijo Salomón. Les dijo:
18 —El Señor, vuestro Dios, está con vosotros y os ha dado paz en
las fronteras después de poner en mis manos a los habitantes de
esta tierra, que ahora se halla sometida al Señor y a su pueblo.
19 Ahora, en cuerpo y alma, a servir al Señor y a construir un santua-
rio, para colocar el arca de la alianza del Señor y los objetos sagra-
dos en ese templo construido en honor del Señor.

Los levitas: su número y sus funciones

23 Siendo ya anciano, colmado de días, David nombró rey de Israel
2 a su hijo Salomón. Luego reunió a todas las autoridades de Israel,
3 a los sacerdotes y a los levitas. Por entonces hicieron el censo de los
levitas mayores de treinta años, que resultaron ser treinta y ocho
4 mil varones. Veinticuatro mil dirigían las obras del templo del Se-
5 ñor, seis mil eran secretarios y jueces, cuatro mil porteros y cuatro
mil músicos, que alababan al Señor acompañados de los instrumen-
6 tos hechos por David. Este los distribuyó en tres clases, correspon-
dientes a las tres ramas de Leví: Guersón, Quehat y Merarí.
7-8 Hijos de Guersón: Ladán y Semeí. Hijos de Ladán: Yejiel, el
9 primero, Zetán y Joel; tres. Hijos de Semeí: Selomit, Jaziel y Ha-
10 rán; tres, que eran cabezas de familia de Ladán. Hijos de Semeí:
11 Yájat, Zizá, Yeús, Beriá; cuatro. Yájat era el primogénito; Zizá, el
segundo. Yeús y Beriá no tuvieron muchos hijos; formaron una sola
familia y como una fueron registrados.
12-3 Hijos de Quehat: Amrán, Yishar, Hebrón y Uziel; cuatro. Hijos
de Amrán: Aarón y Moisés. A Aarón y a sus descendientes los
apartaron a perpetuidad para ofrecer los dones sacrosantos, quemar
14 incienso ante el Señor, servirle y bendecir en su nombre. Los hijos
de Moisés, el hombre de Dios, fueron contados con la tribu de los
15-6 levitas. Hijos de Moisés: Guersón y Eliezer. El primogénito de
17 Guersón fue Sebuel; el primogénito de Eliezer, Rejabías. Eliezer
18 no tuvo más hijos, pero Rejabías tuvo muchos. El primogénito de
19 Yishar fue Selomit. Hijos de Hebrón: Yerías, el primogénito; Ama-
20 rías, segundo; Uziel, tercero, y Yecameán, cuarto. Hijos de Uziel:
Miqueas, el primogénito, y Yisías, el segundo.
21 Hijos de Merarí: Majlí y Musí. Hijos de Majlí: Eleazar y Quis.
22 Eleazar murió sin tener hijos, sino sólo hijas; sus primos, los hijos
23 de Quis, se casaron con ellas. Hijos de Musí: Majlí, Eder y Yere-
mot; tres.
24 Estos eran los levitas repartidos por familias, registrados según
sus linajes, cuando se hizo el censo de todos los individuos mayores
27 de veinte años. (Porque, de acuerdo con las últimas disposiciones
de David, los levitas entraban en el censo a partir de los veinte
24b años). Estaban al servicio del culto en el templo del Señor.
25 En efecto, David había dicho: «El Señor, Dios de Israel, ha conce-
26 dido paz a su pueblo y habita en Jerusalén para siempre. Los levitas
ya no tienen que transportar el santuario y los objetos de culto».
28 Por eso quedaron a las órdenes de los aaronitas para el servicio
del templo del Señor, de los atrios y de las habitaciones, para lim-

piar todos los objetos sagrados y ocuparse del culto del templo.
29 Estaban encargados de los panes presentados, de la flor de harina
para las ofrendas, de las obleas de pan ázimo, de las ofrendas a la
30 sartén o desleídas en aceite y de todos los pesos y medidas. Por la
mañana y por la tarde debían presentarse para alabar y dar gracias
31 al Señor; y debían ofrecer regularmente en su presencia los holo-
caustos de los sábados, principios de mes y días festivos, según el
32 número y el rito prescrito. Custodiaban la tienda del encuentro y
el santuario; sus hermanos aaronitas vigilaban el servicio del templo.

Distribución de los sacerdotes

24 Clases de los aaronitas:
2 Hijos de Aarón: Nadab, Abihú, Eleazar e Itamar. Como Nadab
y Abihú murieron antes que su padre, sin dejar hijos, Eleazar e
3 Itamar ejercieron el sacerdocio. David, Sadoc, de la familia de Elea-
zar, y Ajimélec, de la familia de Itamar, los distribuyeron en clases
4 para que prestasen servicio por turno. Resultó que la familia
de Eleazar contaba más varones que la de Itamar; por eso a los
de Eleazar les correspondieron dieciséis cabezas de familia y a
5 los de Itamar ocho. La distribución se hizo por sorteo, ya que
tanto los eleazaritas como los itamaritas tenían funcionarios sagra-
6 dos y funcionarios de Dios. Un levita, el secretario Semayas, hijo de
Netanel, los inscribió en presencia del rey, de las autoridades, del
sacerdote Sadoc, de Ajimélec, hijo de Abiatar, y de los cabezas de
familia sacerdotales y levíticos: dos familias de Eleazar, una de Ita-
mar, y así sucesivamente.
7 En el sorteo fueron saliendo: primero, Yehoyarib; segundo, Ye-
8-9 dayas; tercero, Jarín; cuarto, Seorín; quinto, Malquías; sexto, Miya-
10-1 mín; séptimo, Hacós; octavo, Abías; noveno, Jesús; décimo, Seca-
12-3 nías; undécimo, Eliasib; duodécimo, Yaquín; decimotercero, Jupá;
14 decimocuarto, Yesebab; decimoquinto, Bilgá; decimosexto, Imer;
15-6 decimoséptimo, Jezir; decimoctavo, Hapisés; decimonono, Petajías;
17 vigésimo, Ezequiel; vigésimo primero, Yaquín; vigésimo segundo,
18 Gamul; vigésimo tercero, Delayas; vigésimo cuarto, Maazías.
19 Estos fueron los turnos para acudir al templo del Señor, según
las normas establecidas por su padre, Aarón, de acuerdo con el
mandato del Señor, Dios de Israel.
20 *Otros miembros de familias levíticas:*
De la familia de Amrán, Subael; de la familia de Subael, Yejdías;
21 de la familia de Rejabías, el jefe era Yisías; de los yisharitas, Selo-
22-3 mot; de la familia de Selomot, Yájat; de la familia de Hebrón, el
jefe era Yerías; segundo, Amarías; tercero, Yajziel; cuarto, Yeca-
24 meán. De la familia de Uziel, Miqueas; de la familia de Miqueas,
25 Samur. Yisías era hermano de Miqueas; el jefe de la familia de
Yisías era Zacarías.
26 Hijos de Merarí: Majlí y Musí; también era hijo suyo Uzías.
27 Descendientes de Merarí por parte de Uzías: Sohan, Zacur e Ibrí.
28-9 Por parte de Majlí: Eleazar, que no tuvo hijos, y Quis. Por parte
30 de Quis: su hijo Yerajmeel. Hijos de Musí: Majlí, Eder y Yerimot.
Estas eran las familias de los levitas.
31 Igual que sus hermanos los aaronitas, también ellos hicieron

sorteo, tanto las familias principales como las más pequeñas, en
presencia del rey David, de Sadoc, de Ajimélec y de los cabezas de
familia sacerdotales y levíticos.

Distribución de los cantores

25 David y los directores del culto separaron para el culto a los hijos
de Asaf, Hemán y Yedutún, que improvisaban al son de cítaras,
arpas y platillos.
Lista de las personas empleadas en esta tarea del culto:
2 De la familia de Asaf: Zacur, José, Natanías y Asarela, hijos de
Asaf, bajo la dirección de Asaf, que improvisaba a las órdenes del
3 rey. De la familia de Yedutún: Godolías, Yisrí, Isaías, Semeí, Jasa-
bías y Matitías; seis en total, bajo la dirección de su padre, Yedu-
tún, que improvisaba al son de la cítara, alabando y dando gracias
4 al Señor. De la familia de Hemán: Buquías, Matanías, Uziel, Sebuel,
Yerimot, Ananías, Janané, Eliata, Guidalti, Romamti-Ezer, Yosbe-
5 casa, Maloti, Hotir, Majziot [a]. Todos éstos eran hijos de Hemán,
vidente del rey para los asuntos religiosos y para los intereses de la
corona. El Señor concedió a Hemán catorce hijos y tres hijas.
6 Todos ellos, bajo la dirección de su padre, cantaban en el templo
del Señor con platillos, arpas y cítaras, ejerciendo el culto en el
templo de Dios. Asaf, Hemán y Yedutún se hallaban a las órdenes
inmediatas del rey.
7 Su número, incluido el de sus parientes, era doscientos ochenta y
8 ocho; todos dominaban el arte de cantar al Señor. Se sortearon el
servicio, sin distinguir entre pequeños y grandes, maestros y dis-
cípulos.
9 En el sorteo salieron: Primero, José; con sus hermanos e hijos,
10 doce. Segundo, Godolías; con sus hermanos e hijos, doce. Tercero,
11 Zacur; con sus hermanos e hijos, doce. Cuarto, Yisrí; con sus her-
12 manos e hijos, doce. Quinto, Natanías; con sus hermanos e hijos,
13-4 doce. Sexto, Buquías; con sus hermanos e hijos, doce. Séptimo,
15 Asarela; con sus hermanos e hijos, doce. Octavo, Isaías; con sus
16 hermanos e hijos, doce. Noveno, Matanías; con sus hermanos e hi-
17-8 jos, doce. Décimo, Semeí; con sus hermanos e hijos, doce. Undéci-
19 mo, Azarel; con sus hermanos e hijos, doce. Duodécimo, Jasabías;
20 con sus hermanos e hijos, doce. Decimotercero, Subael; con sus her-
21 manos e hijos, doce. Decimocuarto, Matitías; con sus hermanos e
22 hijos, doce. Decimoquinto, Yeremot; con sus hermanos e hijos,
23 doce. Decimosexto, Ananías; con sus hermanos e hijos, doce.
24-5 Decimoséptimo, Yosbecasa; con sus hermanos e hijos, doce. Deci-
26 moctavo, Janané; con sus hermanos e hijos, doce. Decimonono,
27 Maloti; con sus hermanos e hijos, doce. Vigésimo, Eliata; con sus
28 hermanos e hijos, doce. Vigésimo primero, Hotir; con sus hermanos
29 e hijos, doce. Vigésimo segundo, Guidalti; con sus hermanos e hi-
30 jos, doce. Vigésimo tercero, Majziot; con sus hermanos e hijos, doce.
31 Vigésimo cuarto, Romamti-Ezer; con sus hermanos e hijos, doce.

a Los últimos nueve nombres componen un texto que significa: «Piedad, Señor, piedad; mi Dios eres tú. Exalto y ensalzo tu auxilio. Cuando estaba abrumado dije: Redobla las señales».

26 *Clases de los porteros:*
De los corajitas: Meselemías, hijo de Coré, descendiente de
2 Abiasaf. Hijos de Meselemías: Zacarías, el primogénito; segundo,
3 Yediel; tercero, Zebadías; cuarto, Yatniel; quinto, Elán; sexto,
4 Juan; séptimo, Elioenay. Hijos de Obededón: Semayas, el primo-
génito; segundo, Yehozabad; tercero, Yoaj; cuarto, Sacar; quinto,
5-6 Netanel; sexto, Amiel; séptimo, Isacar; octavo, Peuletay. Su hijo
Semayas tuvo varios hijos, que se impusieron en sus familias por sus
7 grandes cualidades. Hijos de Semayas: Otní, Rafael, Obed, Elzabad,
8 y sus hermanos Elihú y Semaquías, de grandes cualidades. Todos
éstos eran descendientes de Obededón. Ellos, sus hijos y sus herma-
nos eran setenta y dos en total, hombres de cualidades y robustos
9 para el trabajo. Meselemías tuvo hijos y hermanos, dieciocho hom-
bres capaces.
10 Los hijos de Josá, descendiente de Merarí, fueron: Simrí, el jefe,
pues aunque no era el primogénito, su padre le dio el primer pues-
11 to; segundo, Jelcías; tercero, Tebalías; cuarto, Zacarías. Los hijos
12 y hermanos de Josá fueron trece en total. A estos grupos de porte-
ros, tanto a los jefes como a sus hermanos, se les encomendó el
13 servicio del templo. Pequeños y grandes se sortearon las puertas
14 por familias. La oriental le tocó a Selamías. La del norte, a su hijo
15 Zacarías, que era un consejero prudente. La del sur, a Obededón,
16 y a sus hijos los almacenes. A Josá le tocó la occidental, la puerta
17 del Tocón, que da a la costanilla. Los turnos de guardia eran pro-
porcionales: seis levitas por día en la oriental, cuatro por día al
norte, cuatro por día al sur, y de dos en dos en los almacenes;
18 junto a los soportales, a poniente, cuatro para la cuesta y dos para
los soportales.
19 Estas eran las clases de los porteros, descendientes de Córaj y
de Merarí.
20 *Levitas encargados del tesoro del templo y de los dones votivos:*
21-2 Yejielí, hijo de Ladán, guersonita. Los hijos de Yejielí, Zetán y
su hermano Joel, custodiaban los tesoros del templo.
23-4 Descendientes de Amrán, Yishar, Hebrón y Uziel: Subael, hijo
25 de Guersón, hijo de Moisés, era el tesorero mayor. Sus hermanos,
por parte de Eliezer, eran: Rejabías, Isaías, Jorán, Zicrí y Selomit.
26 Este Selomit y sus hermanos custodiaban los dones votivos que
habían regalado el rey David, los cabezas de familia y los generales,
27 jefes y oficiales del ejército; parte del botín de guerra lo habían
28 dedicado a la fábrica del templo; también custodiaban todo lo que
habían donado el vidente Samuel; Saúl, hijo de Quis; Abner, hijo
de Ner, y Joab, hijo de Seruyá. Todo lo consagrado estaba a cargo
de Selomit y sus hermanos.
29 De los yisharitas, Jeconías y sus hijos se ocupaban de los asun-
30 tos profanos de Israel como alguaciles y jueces. De los hebronitas,
Jasabías y sus parientes, mil setecientos hombres capaces, adminis-
traban los asuntos del Señor y de la corona en Israel, a occidente
31 del Jordán. El jefe de los hebronitas era Yerías. El año cuarenta del
reinado de David se investigó el árbol genealógico de los hebroni-
tas y encontraron entre ellos gente de armas en Yazer de Galaad.
32 Sus parientes eran dos mil setecientos cabezas de familia, todos
hombres de armas; el rey David los puso al frente de los rubenitas,

de los gaditas y de la media tribu de Manasés para todos los asuntos
religiosos y de la corona.

27 *Israelitas seglares:*
Los cabezas de familia, jefes y oficiales, con sus alguaciles, esta-
ban al servicio del rey para toda clase de asuntos. Se turnaban por
divisiones de mes en mes, todo el año, y cada división constaba de
veinticuatro mil hombres.
2 Al mando de la primera, la del primer mes, estaba Yasobeán,
3 hijo de Zabdiel, con veinticuatro mil hombres. Era descendiente de
4 Fares y jefe de todos los oficiales del primer mes. Al mando de la
división del mes segundo se encontraba Eleazar, hijo de Doday, el
ajojita; el caudillo Miclot formaba parte de ella; tenía veinticuatro
5 mil hombres. Jefe de la tercera división, la del mes tercero, era
Benayas, hijo del sumo sacerdote Yehoyadá, con veinticuatro mil
6 hombres; Benayas era uno de los treinta campeones y jefe de ellos;
7 su hijo Amizabad pertenecía a esta división. Jefe del cuarto, para
el mes cuarto, Asael, hermano de Joab, al que sucedió su hijo Zeba-
8 días, con veinticuatro mil hombres. Jefe del quinto, para el mes
quinto, el general Samhut de Zéraj, con veinticuatro mil hombres.
9 Jefe del sexto, para el mes sexto, Irá, hijo de Iqués de Tecua, con
10 veinticuatro mil hombres. Jefe del séptimo, para el mes séptimo,
Jeles, el pelteo, de la tribu de Efraín, con veinticuatro mil hombres.
11 Jefe del octavo, para el mes octavo, Sibcay de Jusá, zerajita, con
12 veinticuatro mil hombres. Jefe del noveno, para el mes noveno,
13 Abiézer de Anatot, benjaminita, con veinticuatro mil hombres. Jefe
del décimo, para el mes décimo, Mahray de Netofá, zerajita, con
14 veinticuatro mil hombres. Jefe del undécimo, para el mes undécimo,
15 Benayas de Piratón, efraimita, con veinticuatro mil hombres. Jefe
del duodécimo, para el mes duodécimo, Jelday de Netofá, descen-
diente de Otniel, con veinticuatro mil hombres.
16 *Jefes de las tribus de Israel:*
De Rubén: Eliezer, hijo de Zicrí. De Simeón: Sefatías, hijo de
17 Maacá. De Leví: Jasabías, hijo de Quemuel. De Aarón: Sadoc.
18 De Judá: Eliab, hermano de David. De Isacar: Omrí, hijo de Mi-
19 guel. De Zabulón: Yismayas, hijo de Abdías. De Neftalí: Yerimot,
20 hijo de Azriel. De Efraín: Oseas, hijo de Uzías. De media tribu
21 de Manasés: Joel, hijo de Fedayas. De la otra media tribu de Ma-
nasés en Galaad: Yidó, hijo de Zacarías. De Benjamín: Yasiel, hijo
22 de Abner. De Dan: Azarel, hijo de Yeroján. Estos eran los jefes de
las tribus de Israel.
23 David no hizo el censo de los menores de veinte años, porque el
Señor había prometido multiplicar a Israel como las estrellas del
24 cielo. Joab, hijo de Seruyá, comenzó el censo —lo que motivó la
cólera de Dios contra Israel—, pero no lo terminó, y por eso no
figura el número en los Anales del rey David.
25 *Superintendentes:*
Del tesoro de la corona: Azmaut, hijo de Adiel. De los silos del
26 campo, pueblos, aldeas y alquerías: Jonatán, hijo de Uzías. De los
27 labradores que cultivaban la tierra: Ezrí, hijo de Quelub. De los vi-
ñedos: Semeí, de Ramá. De los productos de las viñas y de las
28 bodegas: Zabdí, de Sefán. De los olivares y de los sicómoros de la

Sefela: Baaljanán, de La Cerca. De los depósitos de aceite: Joás.
29 De las vacadas que pastaban en Sarón: Sitray, saronita. De las va-
30 cadas de las vegas: Safat, hijo de Adlay. De los camellos: Obil, de
31 Ismael. De las borricas: Yejdías, de Meronot. Del ganado menor:
Yaziz, de Agar. Todos ellos eran superintendentes de la hacienda
del rey David.
32 Jonatán, tío de David, hombre inteligente y culto, era consejero;
él y Yejiel, hijo de Jacmoní, eran preceptores de los hijos del rey.
33 Ajitófel era consejero del rey. Jusay, arquita, era amigo del rey.
34 A Ajitófel le sucedieron Yehoyadá, hijo de Benayas, y Abiatar.
El general en jefe era Joab.

Recomendaciones para la construcción del templo

28 David reunió en Jerusalén a todas las autoridades de Israel: a los
jefes de las tribus y de las divisiones al servicio del rey, a los gene-
rales y oficiales, a los superintendentes de la hacienda y de la ga-
nadería real, a los cortesanos, a los campeones y a todos los hombres
2 más capaces. El rey David se puso en pie y dijo:
—Hermanos míos, pueblo mío: escuchadme. Yo tenía pensado
construir un templo para descanso del arca de la alianza del Señor
y como estrado de los pies de nuestro Dios. Realicé los preparati-
3 vos para la construcción, pero Dios me dijo: «Tú no edificarás un
templo en mi honor porque te has pasado la vida guerreando y has
4 derramado mucha sangre». El Señor, Dios de Israel, me había ele-
gido entre toda mi familia para ser rey vitalicio de Israel. En efec-
to, escogió a Judá como tribu capitana, dentro de Judá a mi familia
y entre mis hermanos se fijó en mí para hacerme rey de todo Israel.
5 Y entre los muchos hijos que me dio el Señor, eligió a mi hijo Salo-
6 món para que ocupe el trono real del Señor en Israel. Y me dijo:
«Tu hijo Salomón será quien edifique mi templo y mis atrios, por-
7 que lo he escogido como hijo y seré un padre para él. Si se esfuerza
por cumplir mis preceptos y decretos, como ahora hace, consolidaré
8 su reino para siempre». Por tanto, en presencia de todo Israel, co-
munidad del Señor, y poniendo por testigo a nuestro Dios, os digo:
Observad y estudiad todos los preceptos del Señor, vuestro Dios;
así poseeréis este magnífico país y se lo legaréis a vuestros descen-
9 dientes para siempre. Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de
tu padre y sírvele de todo corazón, con generosidad de espíritu,
que el Señor escruta los corazones y penetra todas las intenciones.
Si lo buscas, se dejará encontrar; si lo abandonas, te rechazará defi-
10 nitivamente. Mira, el Señor te ha elegido para construir un santua-
rio. Animo, manos a la obra.
11 David entregó a su hijo Salomón los planos del atrio y del tem-
plo, de los almacenes, las habitaciones superiores, las naves interio-
12 res y la cámara del propiciatorio. También el proyecto que había
concebido sobre los atrios del templo y las habitaciones circundan-
13 tes para el tesoro del templo de Dios, para los dones votivos, para
las clases sacerdotales y levíticas, para los diversos servicios del
14 culto del templo y para los objetos sagrados del mismo. Le indicó
la cantidad de oro que debían tener los objetos de oro según sus
funciones y la cantidad de plata que debían tener los objetos de

15 plata según las suyas; el peso de los candelabros de oro con sus
lámparas y el de los de plata con las suyas, según el uso de los di-
16 versos candelabros; la cantidad de oro de cada una de las mesas
17 de los panes presentados y la de plata de las mesas de plata; el oro
de ley de los trinchantes, aspersorios y copas, la cantidad de oro y
18 plata de las tazas respectivas. El oro refinado del altar del incienso
y el proyecto del carro de los querubines de oro, que cubren con sus
19 alas el arca de la alianza del Señor. Todo esto se hallaba en un es-
crito que el Señor le había consignado, explicando la fabricación
del modelo.
20 David añadió a su hijo Salomón:
—Animo, sé valiente; pon manos a la obra. No te asustes ni te
acobardes, que el Señor Dios, mi Dios, está contigo. No te dejará
ni te abandonará hasta que remates todas las obras del servicio del
21 templo. Están a tu disposición las clases sacerdotales y levíticas que
se encuentran al servicio del templo de Dios, y además de las auto-
ridades y del pueblo, que están plenamente a tus órdenes, también
te ayudarán en esta tarea muchos profesionales que se ofrecerán
voluntariamente.

Ofrendas para el templo

29 El rey David dijo luego a toda la comunidad:
—Mi hijo Salomón, al que Dios eligió, es joven e inmaduro; sin
embargo, la empresa es enorme, porque no se trata de construir
2 una casa cualquiera, sino un templo al Señor Dios. Por eso fui ha-
ciendo los preparativos según mi capacidad: oro para los objetos de
oro, plata para los de plata, bronce para los de bronce, hierro para
los de hierro, madera para el mobiliario, ónice, piedras de engaste,
azabache, piedras para mosaicos, toda clase de piedras preciosas y
3 gran cantidad de alabastro. Además, por amor al templo de mi Dios,
aparte de lo que ya he preparado para el santuario, entrego mis
4 tesoros de oro y plata: mil quintales de oro, de oro de Ofir; dos
mil cuatrocientos quintales de plata finísima, para recubrir las pa-
5 redes interiores del templo, para los diversos objetos de oro y plata
y para los trabajos de los orfebres. Cuenta además con lo que cada
uno ofrezca hoy generosamente al Señor.
6 Los cabezas de familia, los jefes de las tribus de Israel, los jefes
7 y oficiales y los superintendentes ofrecieron generosamente para la
construcción del templo ciento setenta quintales de oro, diez mil
dáricos, tres mil cuatrocientos treinta quintales de plata, seis mil
ciento setenta y cuatro toneladas de bronce y tres mil cuatrocientas
8 treinta toneladas de hierro. Los que tenían piedras preciosas las
9 entregaron a Yejiel, guersonita, para el tesoro del templo. El pue-
blo, lleno de generosidad, se alegraba de ofrecer algo al Señor, y
también David sentía gran alegría.

Oración de David

10 Entonces bendijo al Señor en presencia de toda la comunidad
y dijo:
—Bendito seas, Señor, Dios de nuestro padre Israel, desde siem-

11 pre y para siempre. A ti, Señor, la grandeza, el poder, el honor, la
majestad y la gloria, porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra.
12 Tuyo el reino y el que está por encima de todos. Riqueza y gloria
vienen de ti. Todo lo gobiernas. En tus manos están la fuerza y el
13 poder, en tus manos engrandecer y fortalecer a quien quieras. Nos-
otros, Dios nuestro, te damos gracias y alabamos tu nombre glorio-
14 so. Ni yo ni mi pueblo somos nadie para ofrecerte todo esto, porque
15 todo es tuyo, y te ofrecemos lo que tu mano nos ha dado. Ante ti
somos emigrantes y extranjeros, igual que nuestros padres. Nuestra
16 vida terrena no es más que una sombra sin esperanza. Señor, Dios
nuestro, todo lo que hemos preparado para construir un templo a
17 tu santo nombre viene de tus manos y a ti te pertenece. Sé, Dios
mío, que sondeas el corazón y amas la sinceridad. Con sincero co-
razón te ofrezco todo esto, y veo con alegría a tu pueblo aquí reuni-
18 do ofreciéndote sus dones. Señor, Dios de nuestros padres Abrahán,
Isaac e Israel, conserva siempre en tu pueblo esta forma de pensar
19 y de sentir, mantén sus corazones fieles a ti. Concede a mi hijo
Salomón un corazón íntegro para poner en práctica todos tus pre-
ceptos, normas y mandatos, y para edificarte este templo que he
proyectado.
20 David añadió a toda la comunidad:
—Bendecid al Señor, vuestro Dios.
Toda la comunidad bendijo al Señor, Dios de sus padres, y pos-
trándose rindieron homenaje al Señor y al rey.
21 Al día siguiente ofrecieron sacrificios y holocaustos al Señor: mil
novillos, mil carneros y mil corderos, con sus libaciones, y numero-
22 sos sacrificios por todo Israel. Festejaron aquel día comiendo y be-
biendo en presencia del Señor. Entronizaron por segunda vez a
Salomón, hijo de David, y lo ungieron jefe por la gracia de Dios.
A Sadoc lo ungieron sacerdote.

Muerte de David y reinado de Salomón

23 Salomón se sentó en el trono del Señor como sucesor de su pa-
24 dre, David, y tuvo éxito. Todo Israel le prestó obediencia y todos
los generales, los campeones y los hijos del rey David prestaron
25 juramento al nuevo rey. El Señor engrandeció a Salomón ante todo
Israel y le otorgó una majestad regia que no habían conocido los
reyes anteriores de Israel.
26-7 David, hijo de Jesé, fue rey de todo Israel. *Reinó cuarenta años,*
28 *siete en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén.* Murió en buena vejez,
colmado de años, riquezas y gloria. Su hijo Salomón le sucedió en
29 el trono. Las gestas de David, de la primera a la última, están es-
critas en los libros de Samuel, el vidente, en la historia del profeta
30 Natán y en la historia del vidente Gad, con todo lo referente a su
reinado, a sus batallas y lo que le sucedió a él, a Israel y a todos
los reinos vecinos.

C R O N I C A S 2

Visión de Salomón
(1 Re 3,4-15)

1 Salomón, hijo de David, se afianzó en el trono, pues el Señor, su
2 Dios, estaba con él y lo engrandeció. Después de hablar con los is-
raelitas, con los jefes y oficiales, los jueces, los príncipes y todos los
3 cabezas de familia, Salomón y toda la comunidad con él se dirigie-
ron a la ermita de Guibeón, donde estaba la tienda del encuentro
con Dios, la que había hecho en el desierto Moisés, siervo de Dios.
4 (En cuanto al arca de Dios, David la había llevado desde Villasotos
al lugar que le había preparado, porque le había alzado una tienda
5 en Jerusalén. El altar de bronce que había hecho Besalel, hijo de
Urí, hijo de Jur, también se encontraba allí, delante del santuario
6 del Señor. Salomón y la comunidad lo consultaban). Subió Salomón
al lugar donde se hallaba el altar de bronce —el que está en presen-
cia del Señor, delante de la tienda del encuentro— y ofreció sobre
él *mil holocaustos.*
7 Aquella *noche,* Dios *se apareció a Salomón y* le *dijo:*
—*Pídeme lo que quieras.*
8 *Salomón respondió* a Dios:
—*Tú trataste con gran misericordia a mi padre, David, y* me *has*
9 *nombrado sucesor* suyo. Pues bien, Señor Dios, mantén la promesa
que hiciste a mi padre, David, porque tú has sido quien me ha
hecho reinar sobre un *pueblo numeroso* como el polvo de la tierra.
10 *D*ame ciencia y sabiduría para dirigir a este pueblo. De lo contrario,
¿quién podría gobernar a este pueblo tuyo tan numeroso?
11 *Contestó Dios* a Salomón:
—*Por* haber sido ése tu deseo, *en vez de pedirme riquezas,* bie-
nes, gloria, *la muerte de tus* enemigos *o una larga vida;* por haber
pedido ciencia y sabiduría para gobernar a mi pueblo, del que te he
12 constituido rey, se te concede la sabiduría y la ciencia, y también
riquezas, bienes *y gloria como no la han tenido los reyes* que te
precedieron ni la tendrán tus sucesores.
13 *Salomón* salió de la tienda del encuentro y *volvió* desde la ermi-
ta de Guibeón *a Jerusalén,* donde reinó en Israel.

Riqueza de Salomón
(1 Re 10,26-29)

14 *Salomón juntó carros y caballos. Llegó a tener mil cuatrocientos*
carros y doce mil caballos. Los acantonó en las ciudades con cuarte-
15 *les para carros y en Jerusalén, junto a palacio. El rey consiguió que*
en Jerusalén la plata y el oro *fueran tan corrientes como las piedras,*
16 *y los cedros tan numerosos como los sicómoros de la Sefela. Los ca-*
ballos de Salomón provenían de Egipto y Cilicia, donde los tratan-
17 *tes del rey los compraban al contado. Cada carro importado de*
Egipto valía seiscientos pesos, y un caballo, ciento cincuenta. Sus

intermediarios los vendían por el mismo precio a los reyes hititas y
sirios.
18 Salomón decidió construir un templo en honor del Señor y un
palacio real.

Alianza con Jurán de Tiro
(1 Re 5,20-30)

2 Reclutó setenta mil cargadores y ochenta mil canteros, y puso al
frente de ellos tres mil seiscientos capataces.
2 *Luego envió esta embajada a Jurán,* rey de Tiro:
—Hace tiempo enviaste a mi padre, David, madera de cedro para
3 que se construyese un palacio donde habitar. Mira, yo pienso cons-
truir ahora un templo en honor del Señor, mi Dios, para consagrar-
lo a él, quemar incienso de sahumerio en su presencia, tener siem-
pre los panes presentados, ofrecer los holocaustos matutinos y
vespertinos, los de los sábados, principios de mes y solemnidades
4 del Señor, nuestro Dios. Así se hará siempre en Israel. El templo
que voy a construir debe ser grande, porque nuestro Dios es el más
5 grande de los dioses. ¿Quién se atreverá a construirle un templo,
cuando el cielo y lo más alto del cielo resultan pequeños para con-
tenerlo? Y ¿quién soy yo para construirle un templo, aunque sólo
6 sea para quemar incienso en su presencia? De todos modos, envía-
me un hombre que domine el arte de trabajar el oro, la plata, el
bronce, el hierro, la escarlata, el carmesí, la púrpura y que sepa
grabar. Trabajará con los artesanos que preparó mi padre, David,
7 y que están a mi disposición en Judá y Jerusalén. Mándame también
madera de *cedro,* abeto y sándalo *del Líbano.* Ya sé que tus siervos
son peritos *en talar árboles* del Líbano. Mis esclavos irán con los
8 tuyos para prepararme gran cantidad de madera, porque el templo
9 que voy a construir será grande y magnífico. A los taladores les
daré para su manutención veinte mil fanegas de trigo, veinte mil
fanegas de cebada, veinte mil cántaros de vino y veinte mil de
aceite.
10 Jurán, rey de Tiro, contestó a Salomón por escrito: «El Señor te
11 ha hecho rey de su pueblo por lo mucho que lo quiere». Y añadía:
«*Bendito sea el Señor,* Dios de Israel, que hizo el cielo y la tierra,
por haber dado al rey *David un hijo sabio,* dotado de prudencia e
inteligencia, dispuesto a construir un templo al Señor y un palacio
2-3 real. Te envío a Jurán-Abiu, hombre experto e inteligente, *hijo de*
madre danita *y de padre fenicio.* Sabe trabajar el oro, la plata, *el*
bronce, el hierro, la piedra, la madera, la púrpura roja y violácea,
el carmesí, el lino y hacer toda clase de grabados. Realizará todos
los proyectos que le encarguen en colaboración con tus artesanos
14 y con los de tu padre, David, mi señor. Envía a tus servidores el
15 trigo, la cebada, el vino y el aceite de que hablas. Nosotros talare-
mos todos los árboles *del Líbano* que necesites, te los enviaremos
a Jafa en balsas, por vía marítima, y tú te encargas de transportar-
los a Jerusalén».
16 Salomón hizo el censo de todos los emigrantes que se encontra-
ban en territorio israelita, censo posterior al que hizo su padre, Da-

17 vid. Eran ciento cincuenta y tres mil seiscientos. *Setenta mil los*
destinó a cargadores, ochenta mil a canteros en la montaña y tres
mil seiscientos como capataces al frente del personal.

Construcción del templo
(1 Re 6)

3 Salomón comenzó a construir el templo del Señor en Jerusalén,
en el monte Moria —donde el Señor se apareció a su padre, David,
en el lugar que éste había preparado, en la era de Ornán, el jebu-
2 seo—. Comenzó a edificar en el mes segundo del año cuarto de su
3 reinado. Salomón determinó la planta del templo: *treinta metros* de
4 largo, del patrón antiguo, *y diez de ancho. El vestíbulo ante* la nave
del templo ocupaba *diez metros a lo ancho del edificio,* y tenía
cinco metros de profundidad y diez de altura. *Lo revistió por den-*
5 *tro de oro* puro. La nave principal la recubrió con madera de abeto
6 y la adornó con palmas y cadenetas engarzadas en oro fino. Adornó
el templo con piedras preciosas y con oro auténtico de Paravín.
7 También revistió de oro la nave, las vigas, los umbrales, las paredes
y las puertas. E hizo relieves de querubines en las paredes.
8 Hizo luego la cámara del santísimo. Ocupaba diez metros a lo
ancho del edificio y tenía diez de profundidad; la recubrió con dos-
9 cientos cinco quintales de oro fino. Los clavos, que eran de oro,
pesaban cada uno medio kilo. Revistió de oro las habitaciones su-
10 periores. Para la cámara del Santísimo encargó a los escultores *dos*
11 *querubines,* y los recubrió de oro. Las alas de los querubines abar-
caban diez metros; *un ala del primero, de dos metros y medio,*
tocaba la pared interior del edificio; *la otra, también de dos me-*
12 *tros y medio,* rozaba al segundo querubín. Un ala del segundo
querubín, de dos metros y medio, tocaba la pared de enfrente, y la
otra ala, de dos metros y medio, llegaba hasta un ala del primer
13 querubín. En total, las alas extendidas de los querubines abarcaban
14 diez metros. Estaban de pie, mirando hacia dentro. Hizo el velo de
púrpura violeta, escarlata, carmesí y lino, con querubines bordados.
15 Delante de la nave colocó *dos columnas* de diecisiete metros y
medio de altura, *rematadas* con un capitel de *dos metros y medio.*
16 Hizo unas *guirnaldas* en forma de collar y las puso *en los capiteles;*
17 *también hizo* cien *granadas* y las colocó en las guirnaldas. *Levantó*
las columnas a la entrada del templo, una a la derecha y otra a la
izquierda. *A la derecha la llamó «Firme» y a la izquierda «Fuerte».*

Trabajos para el templo
(1 Re 7,23-26.40-51)

4 Hizo un altar de bronce de diez metros de largo, diez de ancho
2 y cinco de alto. *Construyó también un depósito de metal fundido;*
medía cinco metros de diámetro. Era todo redondo, de dos metros
y medio de alto y unos quince de perímetro, medidos a cordel.
3 *Por debajo* del borde, *todo alrededor, daban la vuelta al depósito*
dos series de figuras *de toros —veinte cada metro— fundidas con*

4 *el depósito en una sola pieza. El depósito descansaba sobre doce*
toros; los toros, que miraban tres al norte, tres a poniente, tres al
sur y tres a levante, tenían los cuartos traseros hacia dentro; encima
5 *de ellos iba el depósito. Su espesor era de un palmo y su borde*
como el de un cáliz de azucena. Su capacidad, unos ciento veinte
mil litros.
6 *Hizo diez aguamaniles; puso cinco a la derecha y cinco a la iz-*
quierda. En ellos se lavaba el material de los holocaustos, mientras
que el depósito estaba destinado a las abluciones de los sacerdotes.
7 Hizo también diez candelabros de oro, según la forma prescrita, y
los puso en el santuario, cinco a la derecha y cinco a la izquierda.
8 También colocó en el santuario diez mesas, cinco a la derecha y
cinco a la izquierda. Fabricó cien aspersorios de oro.
9 Construyó el atrio de los sacerdotes, el atrio mayor y sus puertas,
10 que recubrió de bronce. *El depósito lo puso a la derecha, hacia el*
sudeste.
11 *Jurán hizo también* los calderos, *los ceniceros y los aspersorios.*
Así ultimó todos los encargos de Salomón para el templo del Señor:
12 *las dos columnas, las dos esferas de los capiteles que remataban las*
13 *columnas, las dos guirnaldas para adornar esas esferas, las cuatro-*
cientas granadas para las dos guirnaldas (dos series de granadas por
14-5 *guirnalda), los diez palanganeros y los diez aguamaniles, el depósito*
16 *sobre los doce toros, los calderos, ceniceros* y trinchantes. *Todos los*
utensilios que Jurán-Abiu *hizo al rey Salomón para el templo del*
17 *Señor eran de bronce* bruñido. *Los fundió en el valle del Jordán,*
junto al vado de *Adamá, entre Las Cabañas y* Seredá.
18 *Salomón hizo todos estos objetos; eran tantos que no se calculó*
19 *el peso del bronce. También hizo los demás utensilios del templo:*
el altar de bronce, las mesas sobre las que se ponen los panes pre-
20 *sentados, los candelabros* con sus lámparas, *de oro puro,* para que
21 ardieran como está mandado *delante del camarín, los cálices, lám-*
22 *paras y tenazas de oro,* de oro purísimo; *los cuchillos, aspersorios,*
bandejas y despabiladeras, de oro puro, y también de oro los qui-
cios de *las puertas del camarín y de la nave.*

Dedicación del templo
(1 Re 8,1-52.62-66)

5 *Cuando se terminaron todos los encargos del rey para el templo,*
Salomón hizo traer las ofrendas de su padre, David (plata, oro y
2 *vasos), y las depositó en el tesoro del templo* de Dios. *Entonces*
Salomón convocó en Jerusalén a los concejales de Israel, a los jefes
de las tribus y a los cabezas de familia de los israelitas para trans-
portar el arca de la alianza del Señor desde la Ciudad de David,
3 *o sea, Sión. Todos los israelitas se congregaron en torno al rey en la*
4 *fiesta del mes séptimo. Cuando llegaron todos los concejales de Is-*
5 *rael, los levitas cargaron con el arca; y los sacerdotes levitas la*
trasladaron, junto con la tienda del encuentro y los utensilios del
6 *culto que había en la tienda. El rey Salomón, acompañado de toda*
la asamblea de Israel, reunida con él ante el arca, sacrificaba una
cantidad incalculable de ovejas y bueyes.

7 Los sacerdotes llevaron el arca de la alianza del Señor a su sitio,
al camarín del templo, al santísimo, bajo las alas de los querubines;
8 los querubines extendían sus alas sobre el sitio del arca y cubrían
9 el arca y los varales por encima (los varales eran lo bastante largos
como para que se viera el remate desde la nave, delante del cama-
10 rín, pero no desde fuera). Allí se conservan actualmente. En el arca
sólo había las dos tablas que escribió Moisés en el Horeb, cuando
el Señor pactó con los israelitas al salir de Egipto.
11 Cuando los sacerdotes salieron del santuario (todos los sacerdotes
12 presentes se habían purificado sin distinción de clases), los levitas
cantores —Asaf, Hemán, Yedutún, sus hijos y sus hermanos—, ves-
tidos de lino fino, con platillos, arpas y cítaras, estaban de pie al
este del altar, acompañados de ciento veinte sacerdotes que tocaban
13 las trompetas. Trompeteros y cantores entonaron al unísono los
himnos y la acción de gracias al Señor; y en medio del fragor de
trompetas, platillos, instrumentos musicales e himnos al Señor,
14 «porque es bueno, porque es eterna su misericordia», una nube
llenó el templo, de forma que los sacerdotes no podían seguir ofi-
ciando a causa de la nube, porque la gloria del Señor llenaba el
templo de Dios.

6 Entonces Salomón dijo:
2 —El Señor quiere habitar en la tiniebla; y yo te he construido
un palacio, un sitio donde vivas para siempre.
3 Luego se volvió para echar la bendición a toda la asamblea de
4 Israel (toda la asamblea de Israel estaba en pie) y dijo:
—Bendito el Señor, Dios de Israel, que con su boca hizo una
5 promesa a mi padre, David, y con su mano la ha cumplido: «Desde
el día que saqué del país de Egipto a mi pueblo, no elegí ninguna
ciudad de las tribus de Israel para hacerme un templo donde resi-
diera mi Nombre, y no elegí a nadie para que fuese caudillo de mi
6 pueblo, Israel, sino que elegí a Jerusalén para poner allí mi Nom-
bre y elegí a David para que estuviera al frente de mi pueblo, Is-
7 rael». Mi padre, David, pensó edificar un templo en honor del
8 Señor, Dios de Israel, y el Señor le dijo: «Ese proyecto que tienes
9 de construir un templo en mi honor, haces bien en tenerlo; sólo que
tú no construirás ese templo, sino que un hijo de tus entrañas será
10 quien construya ese templo en mi honor». El Señor ha cumplido la
promesa que hizo; yo he sucedido en el trono de Israel a mi padre,
David, como prometió el Señor, y he construido este templo en
11 honor del Señor, Dios de Israel. Y en él he colocado el arca, donde
se conserva la alianza que el Señor pactó con los hijos de Israel.
12 Salomón, de pie ante el altar del Señor, en presencia de toda la
13 asamblea de Israel, extendió las manos. Salomón había hecho un
estrado de bronce de dos metros y medio de largo por dos y medio
de ancho y uno cincuenta de alto, y lo había colocado en medio del
atrio; subió a él, se arrodilló frente a toda la asamblea de Israel,
elevó las manos al cielo y dijo:
14 —Señor, Dios de Israel. Ni en el cielo ni en la tierra hay un Dios
como tú, fiel a la alianza con tus vasallos si proceden de todo cora-
15 zón de acuerdo contigo; que a mi padre, David, tu siervo, le has
mantenido tu palabra (con tu boca lo prometiste y con tu mano lo

16 cumples hoy). Ahora, pues, Señor, Dios de Israel, mantén en favor
de tu siervo, mi padre, David, la promesa que le hiciste: «No te fal-
tará en mi presencia un descendiente en el trono de Israel, a condi-
ción de que tus hijos sepan comportarse, caminando por mi Ley
17 como has caminado tú». Ahora, pues, Señor, Dios de Israel, confir-
18 ma la promesa que hiciste a tu siervo David. Aunque, ¿es posible
que Dios habite con los hombres en la tierra? Si no cabes en el cielo
y lo más alto del cielo, ¡cuánto menos en este templo que te he
construido!
19 »Vuelve tu rostro a la oración y súplica de tu siervo, Señor, Dios
20 mío, escucha el clamor y la oración que te dirige tu siervo. Día y
noche estén tus ojos abiertos sobre este templo, sobre el sitio donde
quisiste que residiera tu Nombre. ¡Escucha la oración que tu siervo
21 te dirige en este sitio! Escucha las súplicas de tu siervo y de tu
pueblo, Israel, cuando recen en este sitio; escucha tú desde tu mo-
rada del cielo, escucha y perdona.
22 »Cuando uno peque contra otro, si se le exige juramento y viene
23 a jurar ante tu altar en este templo, escucha tú desde el cielo y haz
justicia a tus siervos, condenando al culpable devolviéndole su me-
recido y absolviendo al inocente pagándole según su inocencia.
24 »Cuando tu pueblo, Israel, sea derrotado por el enemigo por
haber pecado contra ti, si se convierten y confiesan su pecado, y
25 rezan y suplican ante ti en este templo, escucha tú desde el cielo
y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y hazlos volver a la tierra
que les diste a ellos y a sus padres.
26 »Cuando, por haber pecado contra ti, se cierre el cielo y no haya
lluvia, si rezan en este lugar, te confiesan su pecado y se arrepienten
27 cuando tú los afliges, escucha tú desde el cielo y perdona el pecado
de tu siervo, de tu pueblo, Israel, mostrándole el buen camino que
deben seguir y envía la lluvia a la tierra que diste en heredad a tu
pueblo.
28 »Cuando en el país haya hambre, peste, sequía y añublo, langos-
tas y saltamontes; cuando el enemigo cierre el cerco a algunas de
29 sus ciudades; en cualquier calamidad o enfermedad; si uno cual-
quiera, o todo tu pueblo, Israel, ante los remordimientos y el dolor,
extiende las manos hacia este templo y te dirige oraciones y súpli-
30 cas, escucha tú desde el cielo donde moras, perdona y paga a cada
31 uno según su conducta, tú que conoces el corazón humano; así te
respetarán y marcharán por tus sendas mientras vivan en la tierra
que tú diste a nuestros padres.
32 »Pero también al extranjero que no pertenece a tu pueblo, Israel:
cuando venga de un país lejano, atraído por tu gran fama, tu mano
fuerte y tu brazo extendido, cuando venga a rezar en este templo,
33 escúchalo tú desde el cielo, donde moras, haz lo que te pida, para
que todas las naciones del mundo conozcan tu fama y te respeten
como tu pueblo, Israel, y sepan que tu Nombre ha sido invocado
en este templo que he construido.
34 »Cuando tu pueblo salga a campaña contra sus enemigos por el
camino que le señales, si rezan a ti vueltos hacia esta ciudad que
35 has elegido y al templo que he construido en tu honor, escucha tú
desde el cielo su oración y súplica y hazles justicia.
36 »Cuando pequen contra ti —porque nadie está libre de pecado—

y tú, irritado con ellos, los entregues al enemigo, y los vencedores
37 los destierren a un país lejano o cercano; si en el país donde viven
deportados reflexionan y se convierten, y en el país de su destierro
te suplican diciendo: 'Hemos pecado, hemos faltado, somos culpa-
38 bles'; si en el país del destierro adonde los han deportado se con-
vierten a ti con todo el corazón y con toda el alma, y rezan vueltos
a la tierra que habías dado a sus padres, hacia la ciudad que elegiste
39 y el templo que he construido en tu honor, desde el cielo donde
moras escucha tú su oración y súplica, hazles justicia y perdona a
40 tu pueblo los pecados cometidos contra ti. Que tus ojos, Dios mío,
estén abiertos y tus oídos atentos a las súplicas que se hagan en
este lugar.
41 [a] »Y ahora, levántate, Señor Dios, ven a tu mansión, ven con el
arca de tu poder; que tus sacerdotes, Señor Dios, se vistan de gala,
42 que tus fieles rebosen de felicidad. Señor Dios, no niegues audien-
cia a tu ungido; recuerda la lealtad de David, tu siervo».

7 Cuando Salomón terminó su oración, bajó fuego del cielo, que
devoró el holocausto y los sacrificios. La gloria del Señor llenó el
2 templo, y los sacerdotes no podían entrar en él porque la gloria del
3 Señor llenaba el templo. Los israelitas, al ver que el fuego y la
gloria del Señor bajaban al templo, se postraron rostro en tierra
sobre el pavimento y adoraron y dieron gracias al Señor, «porque
es bueno, porque es eterna su misericordia».
4-5 El rey y todo el pueblo ofrecieron sacrificios al Señor; el rey Sa-
lomón inmoló veintidós mil toros y ciento veinte mil ovejas. Así
6 dedicaron el templo de Dios el rey y todo el pueblo. Los sacerdotes
oficiaban de pie, mientras los levitas cantaban al Señor con los ins-
trumentos que había hecho el rey David para alabar y dar gracias
al Señor, «porque es eterna su misericordia»; los sacerdotes se ha-
llaban frente a ellos y todos los israelitas se mantenían de pie.
7 Salomón consagró el atrio interior que hay delante del templo,
ofreciendo allí los holocaustos y la grasa de los sacrificios de comu-
nión, pues en el altar de bronce que hizo Salomón no cabían los
8 holocaustos, la ofrenda y la grasa. En aquella ocasión Salomón
celebró durante siete días la fiesta; acudió todo Israel, un gentío
inmenso, desde el paso de Jamat hasta el río de Egipto. Después
9 de festejar la dedicación del altar durante siete días, al octavo cele-
braron una asamblea solemne y luego otros siete días de fiesta.
10 El día veintitrés del mes séptimo Salomón despidió a la gente;
marcharon a sus casas alegres y contentos por todos los beneficios
que el Señor había hecho a David, a Salomón y a su pueblo, Israel.

Aparición y oráculo
(2 Sm 9,1-9)

11 Salomón terminó el templo del Señor y el palacio real; todo cuan-
to había deseado hacer para el templo y el palacio le salió perfec-
12 tamente. Se le apareció el Señor de noche y le dijo:

a Sal 132,8-10.1.

—He escuchado tu oración y elijo este lugar como templo para
13 los sacrificios. Cuando yo cierre el cielo y no haya lluvia, cuando
ordene a la langosta que devore la tierra, cuando envíe la peste
14 contra mi pueblo, si mi pueblo, que lleva mi Nombre, se humilla,
ora, me busca y abandona su mala conducta, yo lo escucharé desde
15 el cielo, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra. Mantendré los
ojos abiertos y los oídos atentos a las súplicas que se hagan en este
16 lugar. Elijo y consagro este templo para que esté en él mi Nombre
17 eternamente. Mi corazón y mis ojos estarán siempre en él. Y en
cuanto a ti, si procedes de acuerdo conmigo como tu padre, David,
haciendo exactamente lo que yo te mando y cumpliendo mis man-
18 datos y decretos, conservaré tu trono real como pacté con tu padre,
David: «No te faltará un descendiente que gobierne a Israel».
19 Pero si apostatáis y descuidáis los mandatos y preceptos que os he
20 dado y os vais a dar culto a otros dioses y los adoráis, os arrancaré
de mi tierra que os di, rechazaré el templo que he consagrado a mi
Nombre y lo convertiré en el refrán y la burla de todas las nacio-
21 nes. Y todos los que pasen junto a este templo que fue tan magní-
fico se asombrarán, comentando: «¿Por qué ha tratado el Señor de
22 tal manera a este país y a este pueblo?». Y les dirán: «Porque aban-
donaron al Señor, el Dios de sus padres, que los había sacado de
Egipto, y siguieron a otros dioses, los adoraron y les dieron culto;
por eso les ha echado encima esta catástrofe».

Diversas noticias sobre Salomón
(1 Re 9,10-28)

8 Salomón construyó el templo del Señor y el palacio durante vein-
2 te años. Fortificó las ciudades que le había dado Jurán e instaló en
3 ellas a los israelitas. Luego se dirigió contra Jamat de Sobá y se apo-
4 deró de ella. Fortificó Tadmor, en el desierto, y todas las ciudades
5 de avituallamiento que había construido en Jamat. Convirtió Bejo-
rón de Arriba y Bejorón de Abajo en plazas fuertes, con murallas,
6 puertas y cerrojos. Lo mismo hizo con Balat, con los centros de
avituallamiento que tenía Salomón, las ciudades con cuarteles de
carros y caballería, y cuanto quiso construir en Jerusalén, en el Lí-
bano y en todas las tierras de su Imperio.
7-8 Salomón hizo una leva de trabajadores no israelitas entre los des-
cendientes que quedaban todavía de los hititas, amorreos, fereceos,
heveos y jebuseos (pueblos que los israelitas no habían extermina-
9 do). A los israelitas no les impuso trabajos forzados, sino que le
servían como soldados, funcionarios, jefes y oficiales de carros y
10 caballería. Los jefes y capataces que mandaban a los obreros eran
doscientos cincuenta.
11 A la hija del Faraón la trasladó de la Ciudad de David al palacio
que le había construido, porque pensaba: «El palacio de David, rey
de Israel, quedó consagrado por la presencia del arca del Señor;
mi mujer no puede vivir en él».
12 Salomón ofrecía holocaustos al Señor sobre el altar del Señor
13 que había construido delante del atrio. Observaba el rito diario de
los holocaustos y las prescripciones de Moisés referentes a los sá-

bados, principios de mes y las tres solemnidades anuales: la fiesta
14 de los Azimos, la de las Semanas y la de las Chozas. Siguiendo las
prescripciones de su padre, David, asignó a las clases sacerdotales
sus servicios; a los levitas, sus funciones de cantar y oficiar en presencia
de los sacerdotes, según el rito de cada día; y a los porteros
los encargó por grupos de cada una de las puertas. Así lo había
15 dispuesto David, el hombre de Dios. No se desviaron de lo que el
rey había mandado a los sacerdotes y a los levitas en cosa alguna,
16 ni siquiera en lo referente a los almacenes. Así llevó a cabo toda la
obra, desde el día en que puso los cimientos del templo del Señor
hasta su terminación.
17 Salomón se dirigió entonces a Floresta del Gallo y Elat, en la
18 costa de Edom. Por medio de sus ministros, Jurán le envió una flota
y marineros expertos. Fueron a Ofir con los esclavos de Salomón y
trajeron de allí al rey Salomón unos dieciséis mil kilos de oro.

Visita de la reina de Sabá
(1 Re 10,1-13)

9 La reina de Sabá oyó la fama de Salomón y fue a desafiarlo con
enigmas. Llegó a Jerusalén con una gran caravana de camellos cargados
de perfumes y oro en gran cantidad y piedras preciosas.
Entró en el palacio de Salomón y le propuso todo lo que pensaba.
2 Salomón resolvió todas sus consultas; no hubo una cuestión tan oscura
que Salomón no le pudiera resolver.
3 Cuando la reina de Sabá vio la sabiduría de Salomón, la casa que
4 había construido, los manjares de su mesa, toda la corte sentada a
la mesa, los camareros con sus uniformes, sirviendo, los coperos
con sus uniformes, los holocaustos que ofrecía en el templo del Se-
5 ñor, se quedó asombrada y dijo al rey:
—Es verdad lo que me contaron en mi país de ti y tu sabiduría.
6 Yo no quería creerlo, pero ahora que he venido y lo veo con mis
propios ojos, resulta que no me habían dicho ni la mitad. En abun-
7 dancia de sabiduría superas todo lo que yo había oído. ¡Dichosa tu
gente, dichosos los cortesanos que están siempre en tu presencia
8 aprendiendo de tu sabiduría! ¡Bendito sea el Señor, tu Dios, que,
por el amor con que quiere conservar para siempre a Israel, te ha
elegido para colocarte en el trono, como rey de ellos por la gracia
del Señor, tu Dios, para que gobiernes con justicia!
9 La reina regaló al rey cuatro mil kilos de oro, gran cantidad de
perfumes y piedras preciosas; nunca hubo perfumes como los que
la reina de Sabá regaló al rey Salomón.
10 (Los vasallos de Jurán y los de Salomón, que transportaban el
oro de Ofir, trajeron también madera de sándalo y piedras precio-
11 sas. Con la madera de sándalo el rey hizo entarimados para el templo
del Señor y el palacio real, y cítaras y arpas para los cantores.
Nunca se había visto madera semejante en la tierra de Judá).
12 Por su parte, el rey Salomón regaló a la reina de Sabá todo lo que
a ella se le antojó, superando lo que ella misma había llevado al rey.
Después ella y su séquito emprendieron el viaje de vuelta a su país.

Riqueza, sabiduría y comercio exterior
(1 Re 10,14-28; 11,41-43)

13 El oro que recibía Salomón al año eran veintitrés mil trescientos
14 kilos, sin contar el proveniente de impuestos a los comerciantes
y al tránsito de mercancías; y todos los reyes de Arabia y los gobernadores
del país llevaban oro y plata a Salomón.
15 El rey Salomón hizo doscientos escudos de oro batido, gastando
16 seis kilos y medio en cada uno, y trescientas adargas de oro batido,
gastando medio kilo de oro en cada una; las puso en el salón lla-
17 mado Bosque del Líbano. Hizo un gran trono de marfil, recubierto
18 de oro puro; tenía seis gradas, un cordero de oro en el respaldo,
brazos a ambos lados del asiento, dos leones de pie junto a los bra-
19 zos, y doce leones de pie a ambos lados de las gradas. Nunca se
había hecho cosa igual en ningún reino.
20 Toda la vajilla de Salomón era de oro, y todo el ajuar del salón
Bosque del Líbano era de oro puro; nada de plata, que en tiempos
21 de Salomón no se le daba importancia, porque el rey tenía una flota
que iba a Tarsis con los siervos de Jurán, y cada tres años volvían
las naves de Tarsis cargadas de oro, plata, marfil, monos y pavos
reales.
22 En riqueza y sabiduría, el rey Salomón superó a todos los reyes
23 de la tierra. Todos los reyes del mundo venían a visitarlo, para
24 aprender de la sabiduría de que Dios lo había llenado. Y cada cual
traía su obsequio: vajillas de plata y oro, mantos, perfumes y aromas,
caballos y mulos. Y así todos los años.
25 Salomón tenía en sus caballerizas cuatro mil caballos de tiro,
carros y doce mil caballos de montar. Los acantonó en las ciudades
26 con cuarteles de carros y en Jerusalén, cerca de palacio. Tenía poder
sobre todos los reyes, desde el Eufrates hasta la región filistea
27 y la frontera de Egipto. Salomón consiguió que en Jerusalén la pla-
ta fuera tan corriente como las piedras, y los cedros, como los sicó-
28 moros de la Sefela. Los caballos de Salomón provenían de Egipto
y de otros países.
29 Para más datos sobre Salomón, del principio al fin de su reinado,
véase la Historia del profeta Natán, la profecía de Ajías de Siló y
las visiones del vidente Idó a propósito de Jeroboán, hijo de Nabat.
30-1 Salomón reinó en Jerusalén sobre todo Israel cuarenta años. Cuan-
do murió lo enterraron en la Ciudad de David, su padre. Su hijo
Roboán le sucedió en el trono.

El cisma
(1 Re 12,1-19.21-24)

10 Roboán fue a Siquén, porque todo Israel había acudido allí para
2 proclamarlo rey. (Cuando se enteró Jeroboán, hijo de Nabat —es-
taba en Egipto, adonde había ido huyendo del rey Salomón—, vol-
3 vió de Egipto, porque habían mandado a llamarlo). Jeroboán y todo
Israel hablaron a Roboán:
4 —Tu padre nos impuso un yugo pesado. Aligera ahora la dura
servidumbre a que nos sujetó tu padre y el yugo pesado que nos
echó encima, y te serviremos.

del templo y del palacio; se llevó todo, incluso los escudos de oro
10 *que había hecho Salomón. Para sustituirlos, el rey Roboán hizo*
escudos de bronce y se los encomendó a los jefes de la escolta que
11 *vigilaban el acceso a palacio; cada vez que el rey iba al templo, los*
de la escolta los cogían y luego volvían a dejarlos en el cuerpo de
12 *guardia.* Por haberse humillado, el Señor apartó su cólera de él y
no lo destruyó por completo. También en Judá hubo cierto bien-
estar.
13 El rey *Roboán* se reafirmó en Jerusalén y siguió reinando. *Tenía*
cuarenta y un años cuando subió al trono y reinó diecisiete en Jeru-
salén, la ciudad que el Señor había elegido como propiedad personal
entre todas las tribus de Israel. Su madre se llamaba Naamá y era
14 *amonita. Obró mal* porque no se dedicó de corazón a servir al Señor.
15 *Las gestas de Roboán,* de las primeras a las últimas, *se hallan es-*
critas en la Historia del profeta Semayas y del vidente Idó. *Hubo*
16 *guerras continuas entre Roboán y Jeroboán. Cuando murió lo ente-*
rraron en la Ciudad de David. Su hijo Abías le sucedió en el trono.

Abías de Judá (914-911)
(1 Re 15,1-2.7-8)

13 *Abías subió al trono de Judá el año dieciocho del reinado de Je-*
2 *roboán. Reinó tres años en Jerusalén. Su madre se llamaba Maacá*
y era hija de Uriel, el de Guibeá. *Hubo guerra entre Abías y*
3 *Jeroboán.* Abías emprendió la guerra con un ejército de cuatrocien-
tos mil soldados aguerridos. Jeroboán le hizo frente con ochocientos
4 mil soldados aguerridos. Abías se situó en la cumbre del monte
Semaraín, en la sierra de Efraín, y gritó:
5 —Jeroboán, israelitas, escuchadme: ¿Acaso no sabéis que el Se-
ñor, Dios de Israel, con pacto de sal concedió a David y a sus des-
6 cendientes el trono de Israel para siempre? Sin embargo, Jeroboán,
hijo de Nabat, empleado de Salomón, hijo de David, se rebeló con-
7 tra su señor, rodeándose de gente desocupada y sin escrúpulos que
se impusieron a Roboán, hijo de Salomón, aprovechándose de que
8 no podía dominarlos por ser joven y débil de carácter. Ahora os
proponéis hacer frente al reino del Señor, administrado por los
descendientes de David. Vosotros sois muy numerosos, tenéis con
9 vosotros los ídolos que os hizo Jeroboán, los becerros de oro; habéis
expulsado a los aaronitas, sacerdotes del Señor, y a los levitas; os
habéis hecho sacerdotes como los pueblos paganos: a cualquiera que
traiga un novillo y siete carneros lo ordenáis sacerdote de los falsos
10 dioses. En cuanto a nosotros, el Señor es nuestro Dios y no lo he-
mos abandonado; los sacerdotes que sirven al Señor son los aaroni-
11 tas y los encargados del culto los levitas; ofrecen al Señor holocaus-
tos matutinos y vespertinos y perfumes fragantes, presentan los
panes sobre la mesa pura y encienden todas las tardes el candelabro
de oro y sus lámparas. Porque nosotros observamos las prescrip-
ciones del Señor, nuestro Dios, al que vosotros habéis abandonado.
12 Sabed que Dios está con nosotros en vanguardia. Sus sacerdotes
darán con las trompetas el toque de guerra contra vosotros. Israeli-

tas, no luchéis contra el Señor, Dios de vuestros padres, porque no
podréis vencer.
13 Mientras tanto, Jeroboán destacó una patrulla para cogerlos por
la espalda. El grueso del ejército quedó frente a los de Judá y el
14 destacamento a su espalda. Los judíos, al volverse, observaron que
15 los atacaban de frente y por la espalda. Entonces clamaron al Señor,
los sacerdotes tocaron las trompetas, la tropa lanzó el grito de gue-
rra y en aquel momento Dios derrotó a Jeroboán y a los israelitas
16 ante Abías y Judá. Los israelitas huyeron ante los judíos y el Señor
17 los entregó en sus manos. Abías y su tropa les infligieron una gran
18 derrota, cayendo muertos quinientos mil soldados de Israel. En
aquella ocasión los israelitas quedaron humillados, mientras los de
Judá se hicieron fuertes por haberse apoyado en el Señor, Dios de
sus padres.
19 Abías persiguió a Jeroboán y le arrebató algunas ciudades: Betel
20 y su distrito, Yesaná y su distrito, Efrón y su distrito. Jeroboán no
consiguió recuperarse en tiempos de Abías; el Señor lo hirió y
21 murió. Abías, por el contrario, se hizo cada vez más fuerte. Tuvo
catorce mujeres y engendró veintidós hijos y dieciséis hijas.
22 *Las restantes gestas de Abías,* su conducta y sus empresas, *se*
23 *hallan escritas* en el Comentario del profeta Idó. *Cuando murió lo*
enterraron en la Ciudad de David y le sucedió en el trono su hijo
Asá, en cuyo tiempo el país gozó de paz durante diez años.

Asá de Judá (911-870)
(1 Re 15,13-22)

14 1-2 *Asá hizo lo que el Señor,* su Dios, *aprueba* y estima. *Supri-*
mió los altares extranjeros y las ermitas de los altozanos, destrozó
3 las estelas y cortó los mayos. Animó a Judá a servir al Señor, Dios
4 de sus padres, y a observar la Ley y los preceptos. Suprimió las
ermitas de los altozanos y los cipos en todas las ciudades de Judá.
5 El reino gozó de paz en su época. Aprovechando esta paz que le
concedió el Señor, la calma que reinaba en el país y la ausencia de
6 guerras durante aquellos años, construyó fortalezas en Judá. Para
ello propuso a los judíos:
—Podemos disponer libremente del país porque hemos servido
al Señor, nuestro Dios, y él nos ha concedido paz con los vecinos.
Vamos a construir estas ciudades y a rodearlas de murallas con
torres, puertas y cerrojos.
Así lo hicieron con pleno éxito.
7 Asá dispuso de un ejército de trescientos mil judíos, armados de
escudo y lanza, y veintiocho mil benjaminitas, armados de adarga
y arco. Todos eran buenos soldados.
8 Zéraj de Cus salió a su encuentro con un ejército de un millón
9 de hombres y trescientos carros. Cuando llegó a Maresa, Asá le hizo
frente y entablaron batalla en el valle de Sefatá, junto a Maresa.
10 Asá invocó al Señor, su Dios:
—Señor, cuando quieres ayudar no distingues entre poderosos y
débiles. Ayúdanos, Señor, Dios nuestro, que en ti nos apoyamos

y en tu nombre nos dirigimos contra esa multitud. Tú eres nuestro
Dios. No te dejes vencer por un hombre.
11 El Señor derrotó a los cusitas ante Asá y Judá. Los cusitas huye-
12 ron, pero Asá los persiguió con su tropa hasta Guerar. El Señor y
sus huestes los destrozaron. Murieron tantos cusitas, que no pudie-
13 ron rehacerse. El botín fue enorme. Aprovechando que los pobla-
dos de la comarca de Guerar eran presa de un pánico sagrado, los
14 asaltaron y saquearon porque había en ellos gran botín. Mataron
también a unos pastores y volvieron a Jerusalén con gran cantidad
de ovejas y camellos.

15 El Espíritu del Señor vino sobre Azarías, hijo de Oded.
2 Salió al encuentro de Asá, y le dijo:
—Escuchadme, Asá, Judá y Benjamín: Si estáis con el Señor, él
estará con vosotros; si lo buscáis, se dejará encontrar; pero si lo
3 abandonáis, os abandonará. Durante muchos años Israel vivió sin
4 Dios verdadero, sin sacerdote que lo instruyese, sin ley. Pero en el
peligro volvieron al Señor, Dios de Israel; lo buscaron, y él se dejó
5 encontrar. En aquellos tiempos nadie vivía en paz, todos los habi-
6 tantes del país sufrían grandes turbaciones. Pueblos y ciudades se
destruían mutuamente, porque el Señor los turbaba con toda clase
7 de peligros. Pero vosotros cobrad ánimo, no desfallezcáis, que vues-
tras obras tendrán su recompensa.
8 Cuando Asá escuchó esta profecía de Azarías, hijo de Oded, se
animó a suprimir los ídolos de todo el territorio de Judá y Benja-
mín y de las ciudades que había conquistado en la sierra de Efraín,
y reparó el altar del Señor que se hallaba delante del vestíbulo.
9 Luego reunió a los judíos, a los benjaminitas y a los de Efraín,
Manasés y Simeón que residían entre ellos (porque muchos israeli-
tas se habían pasado a su bando al ver que el Señor, su Dios, es-
10 taba con él). Se reunieron en Jerusalén en mayo del año quince del
11 reinado de Asá. Sacrificaron al Señor setecientos toros y siete mil
12 ovejas del botín que habían traído, e hicieron un pacto, comprome-
tiéndose a servir al Señor, Dios de sus padres, con todo el corazón
13 y toda el alma, y a condenar a muerte a todo el que no lo observase,
14 grande o pequeño, hombre o mujer. Así lo juraron al Señor a gran-
15 des voces, entre vítores y al son de trompetas y cuernos. Todo Judá
festejó el juramento; lo habían hecho de corazón, buscando al Se-
ñor con sincera voluntad; él se dejó encontrar por ellos y les conce-
dió paz con sus vecinos.
16 El rey Asá *le quitó el título de reina madre a su madre, Maacá,*
por haber hecho una imagen de Astarté. Destrozó la imagen, la re-
17 dujo a polvo *y la quemó en el torrente Cedrón. No desaparecieron*
de Israel *las ermitas de los altozanos, pero el corazón de Asá perte-*
18 *neció íntegramente al Señor durante toda su vida. Llevó al templo*
las ofrendas de su padre y las suyas propias: plata, oro y utensilios.
19 Los treinta y cinco primeros años de su reinado no hubo guerras.

16 Pero el año treinta y seis del reinado de Asá, *Basá de Israel hizo*
una campaña contra Judá y fortificó Ramá para cortar las comuni-
2 *caciones a Asá de Judá. Este* sacó *entonces plata y oro de los teso-*
ros del templo y del palacio y los envió a Benadad, rey de Siria,
3 *que residía en Damasco, con este mensaje: «Hagamos un tratado*

de paz, como lo hicieron tu padre y el mío. Aquí te mando plata y
oro. Anda, rompe tu alianza con Basá de Israel para que se retire
4 *de mi territorio». Benadad le hizo caso y envió a sus generales con-*
tra las ciudades de Israel, devastando Iyón, Dan, Prado Regado y
5 *todos* los depósitos de las ciudades *de Neftalí. En cuanto se enteró*
6 *Basá, dejó de fortificar Ramá* e hizo parar las obras. *El rey Asá*
movilizó *entonces a todo Judá; desmontaron las piedras y leños*
con que Basá fortificaba Ramá y los aprovecharon para fortificar
Loma y Atalaya.
7 En aquella ocasión, el vidente Jananí se presentó ante Asá, rey
de Judá, y le dijo:
—Por haberte apoyado en el rey de Siria en vez de apoyarte en
el Señor, tu Dios, se te ha escapado de las manos el ejército del rey
8 de Siria. También los cusitas y libios constituían un gran ejército,
con innumerables carros y caballos; pero entonces te apoyaste en
9 el Señor, tu Dios, y él los puso en tus manos. Porque el Señor re-
pasa la tierra entera con sus ojos para fortalecer a los que le son
leales de corazón. Has hecho una locura y en adelante vivirás en
guerra.
10 Asá se indignó con el vidente, e irritado con él por sus palabras,
lo metió en la cárcel. Por entonces se ensañó también con otras
personas del pueblo.
11 Para *las gestas de Asá,* de las primeras a las últimas, *véanse los*
Anales de los reyes de Judá e Israel.
12 El año treinta y nueve de su reinado *enfermó de podagra.* Aun-
que la enfermedad se fue agravando, acudió sólo a los médicos, sin
13 acudir al Señor ni siquiera en la enfermedad. Asá murió el año cua-
renta y uno de su reinado, *yendo a reunirse con sus antepasados.* Lo
enterraron en el sepulcro que se había excavado *en la Ciudad de*
14 *David.* Lo pusieron en un lecho lleno de un ungüento confeccionado
a base de aromas y perfumes, y encendieron en su honor una gran
hoguera.

Josafat de Judá (870-848)
(1 Re 22,1-35.41-51)

17 *Le sucedió en el trono su hijo Josafat,* que logró imponerse al
2 reino de Israel. Instaló guarniciones en todas las fortalezas de Judá,
y nombró gobernadores en el territorio de Judá y en las ciudades
de Efraín, que había conquistado su padre, Asá.
3 El Señor estuvo con Josafat porque imitó la antigua conducta de
4 su padre y no servía a los baales, sino al Dios de su padre, cum-
5 pliendo sus preceptos; no imitó la conducta de Israel. El Señor
consolidó el reino en sus manos; todo Judá le pagaba tributo, y
6 Josafat llegó a tener gran riqueza y prestigio. Su orgullo era cami-
nar por las sendas del Señor, y volvió a suprimir las ermitas de los
altozanos y las estelas de Judá.
7 El año tercero de su reinado envió a algunos jefes, Benjail, Ab-
días, Zacarías, Natanael y Miqueas, a instruir a los habitantes de
8 las ciudades de Judá. Iban con ellos los levitas Semayas, Natanías,
Zebadías, Asael, Semiramot, Jonatán, Adonías, Tobías y Tobado-

9 nías y los sacerdotes Elisamá y Jorán. Recorrieron como instructo-
res de Judá todas las ciudades de Judá, llevando el libro de la Ley
del Señor, e instruyeron al pueblo.
10 Todos los reinos vecinos de Judá, presos de un pánico sagrado,
11 se abstuvieron de luchar contra Josafat. Los filisteos le pagaban
tributo copioso en dinero; también los árabes le traían ganado me-
nor: siete mil setecientos carneros y siete mil setecientos machos
12 cabríos. Josafat se hizo cada vez más poderoso. Construyó fortalezas
13 y ciudades de avituallamiento en Judá. Tenía muchos empleados en
14 las ciudades de Judá. En Jerusalén disponía de soldados valientes
y aguerridos, alistados por familias:
Alto Mando de Judá: Adná, capitán general, con trescientos mil
15 soldados; a sus órdenes, el general Juan, con doscientos ochenta
16 mil, y Amasías, hijo de Zicrí, que servía al Señor como voluntario,
al mando de doscientos mil.
17 De Benjamín: el valeroso Eliadá, con doscientos mil hombres,
18 armados de arco y adarga; a sus órdenes estaba Yehozabad, con
19 ciento ochenta mil hombres disponibles. Todos éstos se hallaban
al servicio del rey, sin contar los que éste había destinado a las
fortalezas de Judá.

18 Cuando Josafat llegó al colmo de su riqueza y prestigio empa-
2 rentó con Ajab. Años más tarde *bajó* a Samaría a visitar a Ajab.
Este mató gran cantidad de ovejas y de toros para él y para su sé-
3 quito; luego lo indujo a atacar a Ramot de Galaad. Ajab, *rey de Is-
rael, dijo a Josafat,* rey de Judá:
—*¿Quieres venir conmigo contra Ramot de Galaad?*
Josafat le respondió:
—*Tú y yo, tu ejército y el mío,* iremos juntos a la guerra.
4 *Luego añadió:*
—*Consulta antes el oráculo del Señor.*
5 *El rey de Israel reunió a los profetas, cuatrocientos hombres, y
les preguntó:*
—¿Podemos *atacar a Ramot de Galaad, o lo dejo?*
Respondieron:
—*Ve.* Dios *se la entrega al rey.*
6 *Entonces Josafat preguntó:*
—*¿No queda por ahí algún profeta del Señor para preguntarle?*
7 *El rey de Israel le respondió:*
—*Queda todavía uno, Miqueas, hijo de Yimlá, por cuyo medio
podemos consultar al Señor; pero yo lo aborrezco, porque nunca
me profetiza venturas, sino* siempre *desgracias.*
Josafat dijo:
—*¡No hable así el rey!*
8 *El rey de Israel llamó a un funcionario y le dijo:*
—*Que venga en seguida Miqueas, hijo de Yimlá.*
9 *El rey de Israel y Josafat de Judá estaban sentados en sus tronos,
con sus vestiduras reales, en la plaza, junto a la puerta de Samaría,*
10 *mientras todos los profetas gesticulaban ante ellos. Sedecías, hijo
de Canaaná, se hizo unos cuernos de hierro y decía:*
—*Así dice el Señor: Con éstos acornearás a los sirios hasta aca-
bar con ellos.*

11 *Y todos los profetas coreaban:*
—*¡Ataca a Ramot de Galaad! Triunfarás, el Señor te la entrega.*
12 *Mientras tanto, el mensajero que había ido a llamar a Miqueas
le dijo:*
—*Ten en cuenta que todos los profetas a una le están profeti-
zando venturas al rey. A ver si tu oráculo es como el de cualquiera
de ellos y anuncias venturas.*
13 *Miqueas replicó:*
—*¡Vive Dios! ¡Diré lo que* mi Dios *me mande!*
14 *Cuando se presentó al rey, éste le preguntó:*
—*Miqueas, ¿podemos atacar a Ramot de Galaad, o lo dejo?*
Miqueas le respondió:
—Id, *triunfaréis. El Señor* os *la entrega.*
15 *El rey le dijo:*
—*Pero ¿cuántas veces tendré que tomarte juramento de que me
dices únicamente la verdad en nombre del Señor?*
16 *Entonces Miqueas dijo:*
—*Estoy viendo a Israel desparramado por los montes, como ove-
jas sin pastor. Y el Señor dice: «No tienen amo. Vuelva cada cual
a su casa y en paz».*
17 *El rey de Israel comentó con Josafat:*
—*¿No te lo dije? No me profetiza venturas, sino desgracias.*
18 *Miqueas continuó:*
—*Por eso,* escuchad *la palabra del Señor: Vi al Señor sentado en
su trono. Todo el ejército celeste estaba en pie a derecha e izquier-*
19 *da; y el Señor preguntó: «¿Quién podrá engañar a Ajab,* rey de Is-
rael, *para que vaya y muera en Ramot de Galaad?». Unos proponían*
20 *una cosa, otros otra. Hasta que se adelantó un espíritu y, puesto en
pie ante el Señor, dijo: «Yo lo engañaré». El Señor le preguntó:*
21 *«¿Cómo?». Respondió: «Iré y me transformaré en oráculo falso en
la boca de todos los profetas». El Señor le dijo: «Conseguirás en-*
22 *gañarlo. Vete y hazlo». Como ves, el Señor ha puesto oráculos fal-
sos en la boca de esos profetas tuyos, porque el Señor ha decretado
tu ruina.*
23 *Entonces Sedecías, hijo de Canaaná, se acercó a Miqueas y le dio
un bofetón, diciéndole:*
—*¿Por* dónde *se me ha escapado el espíritu del Señor para ha-
blarte a ti?*
24 *Miqueas respondió:*
—*Lo verás tú mismo el día en que vayas escondiéndote de habi-
tación en habitación.*
25 *Entonces el rey de Israel ordenó:*
—*Coged a Miqueas y llevadlo al gobernador Amón y al príncipe*
26 *Joás.* Decidles: *«Por orden del rey, meted a éste en la cárcel y ta-
sadle la ración de pan y agua hasta que yo* vuelva *victorioso».*
27 *Miqueas dijo:*
—*Si tú vuelves victorioso, el Señor no ha hablado por mi boca.*
28 *El rey de Israel y Josafat de Judá fueron contra Ramot de Ga-*
29 *laad. El rey de Israel dijo a Josafat:*
—*Voy a disfrazarme antes de entrar en combate. Tú vete con tu
tropa.*
Se disfrazó y marcharon al combate.

30 *El rey sirio había ordenado a los comandantes de los carros que*
31 *no atacasen a chico ni grande, sino sólo al rey de Israel. Y cuando*
los comandantes de los carros vieron a Josafat, comentaron:
—¡Aquél es el rey de Israel!
Y se lanzaron *contra él. Pero Josafat gritó,* y el Señor vino en su
32 ayuda, alejándolos de él. *Los comandantes vieron que aquél no era*
33 *el rey de Israel, y lo dejaron. Un soldado disparó el arco al azar e*
hirió al rey de Israel, atravesándole la cota de malla. El rey dijo al
auriga:
—Da la vuelta y sácame del campo de batalla, porque estoy
herido.
34 *Pero aquel día arreció el combate, de manera que sostuvieron al*
rey de Israel *en pie en su carro frente a los sirios* hasta el *atardecer.*
Murió a la puesta del sol.

19 Josafat de Judá volvió sano y salvo a su palacio de Jerusalén.
2 Pero el vidente Jehú, hijo de Janani, le salió al encuentro y le dijo:
—¿Conque ayudas a los malvados y te alías con los enemigos del
3 Señor? El Señor se ha indignado contigo por eso. Pero cuentas también con buenas acciones: has quemado las estelas de este país y
has servido a Dios con constancia.
4 Josafat estableció su residencia en Jerusalén, pero volvió a visitar al pueblo, desde Berseba hasta la sierra de Efraín, convirtiéndo-
5 lo al Señor, Dios de sus padres. Estableció jueces en cada una de las
6 fortalezas del territorio de Judá y les advirtió:
—Cuidado con lo que hacéis, porque no juzgaréis con autoridad
de hombres, sino con la de Dios, que estará con vosotros cuando
7 pronunciéis sentencia. Por tanto, temed al Señor y proceded con
cuidado. Porque el Señor, nuestro Dios, no admite injusticias, favoritismos ni sobornos.
8 También en Jerusalén designó a algunos levitas, sacerdotes y cabezas de familia para que se encargasen del derecho divino y de los
9 litigios de los habitantes de Jerusalén. Les dio esta orden:
10 —Actuad con temor de Dios, con honradez e integridad. Cuando
vuestros hermanos que habitan en sus ciudades os presenten un
caso de asesinato, o bien os consulten sobre leyes, preceptos, mandatos o decretos, instruidlos para que no se hagan culpables ante
el Señor y no se derrame su cólera sobre vosotros y vuestros her-
11 manos. Si actuáis así estaréis exentos de culpa. El sumo sacerdote
Amarías presidirá las causas religiosas, y Zebadías, hijo de Ismael,
jefe de la casa de Judá, las contenciosas. Los levitas estarán a vuestro servicio. Animo, a trabajar, y que el Señor esté con los buenos.

20 Algún tiempo después los moabitas, los amonitas y algunos
2 meunitas vinieron contra Josafat en son de guerra. Informaron a
éste:
—Una gran multitud procedente de Edom, al otro lado del Mar
Muerto, se dirige contra ti; ya se encuentran en Pedregal de Palma
(la actual Fuentelchivo).
3 Josafat, asustado, decidió recurrir al Señor, proclamando un ayu-
4 no en todo Judá. Judíos de todas las ciudades se reunieron para
5 pedir consejo al Señor. Josafat se colocó en medio de la asamblea

6 de Judá y Jerusalén, en el templo, delante del atrio nuevo, y exclamó:
—Señor, Dios de nuestros padres. ¿No eres tú el Dios del cielo,
el que gobierna los reinos de la tierra, lleno de fuerza y de poder,
7 al que nadie puede resistir? ¿No fuiste tú, Dios nuestro, quien
expulsaste a los moradores de esta tierra delante de tu pueblo, Israel, y la entregaste para siempre a la estirpe de tu amigo Abrahán?
8 La habitaron y construyeron en ella un santuario en tu honor, pen-
9 sando: «Cuando nos ocurra una calamidad —espada, inundación,
peste o hambre— nos presentaremos ante ti en este templo —porque en él estás presente—, te invocaremos en nuestro peligro y tú
10 nos escucharás y salvarás». Cuando Israel venía de Egipto no le
permitiste atravesar el territorio de los amonitas, el de los moabitas y la montaña de Seír; en vez de destruirlos se alejó de ellos.
11 Y ahora nos lo pagan disponiéndose a expulsarnos de la propiedad
12 que tú nos concediste. Tú los has de juzgar, Dios nuestro, que nosotros nada podemos contra esa horda que se nos viene encima. No
sabemos qué hacer si no es clavar los ojos en ti.
13 Todos los judíos con sus mujeres e hijos, incluso los chiquillos,
14 permanecían de pie ante el Señor. En medio de la asamblea, un
descendiente de Asaf, el levita Yajziel, hijo de Zacarías, hijo de
Benayas, hijo de Yeguiel, hijo de Matanías, tuvo una inspiración
15 del Señor y dijo:
—Judíos, habitantes de Jerusalén, y tú, rey Josafat, prestad atención. Así dice el Señor: No os asustéis ni acobardéis ante esa inmensa multitud, porque la batalla no es cosa vuestra, sino de Dios.
16 Mañana bajaréis contra ellos cuando vayan subiendo la Cuesta de
las Flores; les saldréis al encuentro al final del barranco que hay
17 frente al desierto de Yeruel. No tendréis necesidad de combatir;
estad quietos y firmes contemplando cómo os salva el Señor. Judá
y Jerusalén, no os asustéis ni acobardéis. Salid mañana a su encuentro, que el Señor estará con vosotros.
18 Josafat se postró rostro en tierra y todos los judíos y los habitan-
19 tes de Jerusalén cayeron ante el Señor para adorarlo. Los levitas
corajitas descendientes de Quehat se alzaron para alabar a grandes
voces al Señor, Dios de Israel.
20 De madrugada se pusieron en marcha hacia el desierto de Tecua.
Cuando salían, Josafat se detuvo y dijo:
—Judíos y habitantes de Jerusalén, escuchadme: confiad en el
Señor, vuestro Dios, y subsistiréis; confiad en sus profetas, y venceréis.
21 De acuerdo con el pueblo, dispuso que un grupo revestido de
ornamentos sagrados marchase en vanguardia cantando y alabando
al Señor con estas palabras: «Dad gracias al Señor, porque es eterna
su misericordia».
22 Apenas comenzaron los cantos de júbilo y de alabanza, el Señor
sembró discordias entre los amonitas, los moabitas y los serranos de
23 Seír que venían contra Judá, y se mataron unos a otros. Los amonitas y moabitas decidieron destruir y aniquilar a los de Seír, y cuando terminaron con ellos se enzarzaron a muerte unos con otros.
24 Llegó Judá al otero que domina el desierto, dirigió su mirada a la
multitud y no vieron más que cadáveres tendidos por el suelo; na-

30 *El rey sirio había ordenado a los comandantes de los carros que*
31 *no atacasen a chico ni grande, sino sólo al rey de Israel. Y cuando*
los comandantes de los carros vieron a Josafat, comentaron:
—¡Aquél es el rey de Israel!
Y se lanzaron *contra él. Pero Josafat gritó,* y el Señor vino en su
32 ayuda, alejándolos de él. *Los comandantes vieron que aquél no era*
33 *el rey de Israel, y lo dejaron. Un soldado disparó el arco al azar e*
hirió al rey de Israel, atravesándole la cota de malla. El rey dijo al
auriga:
—Da la vuelta y sácame del campo de batalla, porque estoy
herido.
34 *Pero aquel día arreció el combate, de manera que sostuvieron al*
rey de Israel *en pie en su carro frente a los sirios* hasta el *atardecer.*
Murió a la puesta del sol.

19 Josafat de Judá volvió sano y salvo a su palacio de Jerusalén.
2 Pero el vidente Jehú, hijo de Janani, le salió al encuentro y le dijo:
—¿Conque ayudas a los malvados y te alías con los enemigos del
3 Señor? El Señor se ha indignado contigo por eso. Pero cuentas tam-
bién con buenas acciones: has quemado las estelas de este país y
has servido a Dios con constancia.
4 Josafat estableció su residencia en Jerusalén, pero volvió a visi-
tar al pueblo, desde Berseba hasta la sierra de Efraín, convirtiéndo-
5 lo al Señor, Dios de sus padres. Estableció jueces en cada una de las
6 fortalezas del territorio de Judá y les advirtió:
—Cuidado con lo que hacéis, porque no juzgaréis con autoridad
de hombres, sino con la de Dios, que estará con vosotros cuando
7 pronunciéis sentencia. Por tanto, temed al Señor y proceded con
cuidado. Porque el Señor, nuestro Dios, no admite injusticias, favo-
ritismos ni sobornos.
8 También en Jerusalén designó a algunos levitas, sacerdotes y ca-
bezas de familia para que se encargasen del derecho divino y de los
9 litigios de los habitantes de Jerusalén. Les dio esta orden:
10 —Actuad con temor de Dios, con honradez e integridad. Cuando
vuestros hermanos que habitan en sus ciudades os presenten un
caso de asesinato, o bien os consulten sobre leyes, preceptos, man-
datos o decretos, instruidlos para que no se hagan culpables ante
el Señor y no se derrame su cólera sobre vosotros y vuestros her-
11 manos. Si actuáis así estaréis exentos de culpa. El sumo sacerdote
Amarías presidirá las causas religiosas, y Zebadías, hijo de Ismael,
jefe de la casa de Judá, las contenciosas. Los levitas estarán a vues-
tro servicio. Animo, a trabajar, y que el Señor esté con los buenos.

20 Algún tiempo después los moabitas, los amonitas y algunos
2 meunitas vinieron contra Josafat en son de guerra. Informaron a
éste:
—Una gran multitud procedente de Edom, al otro lado del Mar
Muerto, se dirige contra ti; ya se encuentran en Pedregal de Palma
(la actual Fuentelchivo).
3 Josafat, asustado, decidió recurrir al Señor, proclamando un ayu-
4 no en todo Judá. Judíos de todas las ciudades se reunieron para
5 pedir consejo al Señor. Josafat se colocó en medio de la asamblea

6 de Judá y Jerusalén, en el templo, delante del atrio nuevo, y ex-
clamó:
—Señor, Dios de nuestros padres. ¿No eres tú el Dios del cielo,
el que gobierna los reinos de la tierra, lleno de fuerza y de poder,
7 al que nadie puede resistir? ¿No fuiste tú, Dios nuestro, quien
expulsaste a los moradores de esta tierra delante de tu pueblo, Is-
rael, y la entregaste para siempre a la estirpe de tu amigo Abrahán?
8 La habitaron y construyeron en ella un santuario en tu honor, pen-
9 sando: «Cuando nos ocurra una calamidad —espada, inundación,
peste o hambre— nos presentaremos ante ti en este templo —por-
que en él estás presente—, te invocaremos en nuestro peligro y tú
10 nos escucharás y salvarás». Cuando Israel venía de Egipto no le
permitiste atravesar el territorio de los amonitas, el de los moabi-
tas y la montaña de Seír; en vez de destruirlos se alejó de ellos.
11 Y ahora nos lo pagan disponiéndose a expulsarnos de la propiedad
12 que tú nos concediste. Tú los has de juzgar, Dios nuestro, que nos-
otros nada podemos contra esa horda que se nos viene encima. No
sabemos qué hacer si no es clavar los ojos en ti.
13 Todos los judíos con sus mujeres e hijos, incluso los chiquillos,
14 permanecían de pie ante el Señor. En medio de la asamblea, un
descendiente de Asaf, el levita Yajziel, hijo de Zacarías, hijo de
Benayas, hijo de Yeguiel, hijo de Matanías, tuvo una inspiración
15 del Señor y dijo:
—Judíos, habitantes de Jerusalén, y tú, rey Josafat, prestad aten-
ción. Así dice el Señor: No os asustéis ni acobardéis ante esa in-
mensa multitud, porque la batalla no es cosa vuestra, sino de Dios.
16 Mañana bajaréis contra ellos cuando vayan subiendo la Cuesta de
las Flores; les saldréis al encuentro al final del barranco que hay
17 frente al desierto de Yeruel. No tendréis necesidad de combatir;
estad quietos y firmes contemplando cómo os salva el Señor. Judá
y Jerusalén, no os asustéis ni acobardéis. Salid mañana a su encuen-
tro, que el Señor estará con vosotros.
18 Josafat se postró rostro en tierra y todos los judíos y los habitan-
19 tes de Jerusalén cayeron ante el Señor para adorarlo. Los levitas
corajitas descendientes de Quehat se alzaron para alabar a grandes
voces al Señor, Dios de Israel.
20 De madrugada se pusieron en marcha hacia el desierto de Tecua.
Cuando salían, Josafat se detuvo y dijo:
—Judíos y habitantes de Jerusalén, escuchadme: confiad en el
Señor, vuestro Dios, y subsistiréis; confiad en sus profetas, y ven-
ceréis.
21 De acuerdo con el pueblo, dispuso que un grupo revestido de
ornamentos sagrados marchase en vanguardia cantando y alabando
al Señor con estas palabras: «Dad gracias al Señor, porque es eterna
su misericordia».
22 Apenas comenzaron los cantos de júbilo y de alabanza, el Señor
sembró discordias entre los amonitas, los moabitas y los serranos de
23 Seír que venían contra Judá, y se mataron unos a otros. Los amoni-
tas y moabitas decidieron destruir y aniquilar a los de Seír, y cuan-
do terminaron con ellos se enzarzaron a muerte unos con otros.
24 Llegó Judá al otero que domina el desierto, dirigió su mirada a la
multitud y no vieron más que cadáveres tendidos por el suelo; na-

25 die se había salvado. Josafat y su ejército fueron a saquear el botín.
Encontraron mucho ganado, provisiones, vestidos y objetos de va-
lor. Cogieron hasta no poder con más. El botín fue tan copioso que
26 tardaron tres días en recogerlo. Al cuarto día se reunieron en el
Valle de Bendición —lugar al que dieron este nombre, con el que
27 se conoce hasta hoy, porque allí bendijeron al Señor— y todos los
judíos y jerosolimitanos, con Josafat al frente, emprendieron la
vuelta a Jerusalén, festejando la victoria que el Señor les había
28 concedido sobre sus enemigos. Una vez en Jerusalén, desfilaron
hasta el templo al son de arpas, cítaras y trompetas.
29 Los reinos circundantes fueron presa de un pánico sagrado al sa-
30 ber que el Señor luchaba contra los enemigos de Israel. El reino de
Josafat gozó de calma y su Dios le concedió paz con sus vecinos.
31 *Josafat reinó en Judá. Tenía treinta y cinco años cuando subió al*
trono y reinó en Jerusalén veinticinco años. Su madre se llamaba
32 *Azubá y era hija de Siljí. Imitó la conducta de su padre, Asá, sin*
33 *desviarse de ella, haciendo lo que el Señor aprueba. Pero no des-*
aparecieron las ermitas de los altozanos y el pueblo no se mantuvo
fiel al Dios de sus padres.
34 *Para más datos sobre Josafat,* desde el principio hasta el fin de
su reinado, *véase* la Historia de Jehú, hijo de Janani, inserta en el
35 libro de los reyes de Israel. Josafat de Judá se alió con Ocozías
36 de Israel, aunque éste era un malvado. Lo hizo para construir *una*
flota con destino a *Tarsis;* construyeron *las naves en Floresta del*
37 *Gallo.* Pero el maresita Eliezer, hijo de Dodavahu, profetizó contra
Josafat, diciendo:

—Por haberte aliado con Ocozías, el Señor destruirá tu obra.

Efectivamente, *las naves zozobraron* y no pudieron ir a Tarsis.

Jorán de Judá (848-841)
(2 Re 8,17-22)

21 *Murió Josafat y lo enterraron con sus antepasados en la Ciudad*
2 *de David. Su hijo Jorán le sucedió en el trono.* Tenía varios herma-
nos de padre: Azarías, Yejiel, Zacarías, Azarías, Miguel y Sefatías,
3 todos ellos hijos de Josafat de Judá. Su padre les legó gran cantidad
de plata, oro y objetos de valor, además de fortalezas en Judá; pero
4 el trono se lo dejó a Jorán por ser el primogénito. Cuando se afian-
zó en el trono de su padre, asesinó a todos sus hermanos y también
a algunos jefes de Israel.
5 *Tenía treinta y dos años cuando subió al trono y reinó en Jeru-*
6 *salén ocho años. Imitó la conducta de los reyes de Israel, las accio-*
nes de la casa de Ajab, porque se casó con una hija de éste. Hizo lo
7 *que el Señor reprueba. Pero el Señor no quiso destruir* la casa de
David, *a causa del* pacto que había hecho con *David,* y *porque le*
había prometido mantener siempre encendida su lámpara y la de
sus hijos.
8 *En su tiempo, Edom se independizó de Judá y se nombró un rey.*
9 *Jorán fue con* sus generales *y todos sus carros, se levantó de noche,*
y aunque desbarató al ejército idumeo, que lo había envuelto a él y
10 *a los oficiales del escuadrón de carros, Edom se independizó de*

Judá hasta hoy; también Alba consiguió entonces la independen-
cia. Esto ocurrió por haber abandonado al Señor, Dios de sus padres.
11 Levantó ermitas en los altozanos de las ciudades de Judá, indujo
a la idolatría a los habitantes de Jerusalén y descarrió a Judá.
12 El profeta Elías le mandó a decir por escrito: «Así dice el Señor,
Dios de tu padre, David: Por no haber imitado la conducta de tu
13 padre, Josafat, y la de Asá, rey de Judá, sino la conducta de los
reyes de Israel; por haber fomentado la idolatría en Judá y entre
los habitantes de Jerusalén, copiando las prácticas idolátricas de la
casa de Ajab, y por haber asesinado a tus hermanos, la casa de tu
14 padre, que valían todos más que tú, el Señor herirá a tu pueblo,
tus hijos, tus mujeres y tus posesiones con una plaga terrible.
15 Y tú mismo padecerás una enfermedad grave, un cáncer que te
consumirá las entrañas día tras día».
16 El Señor atizó contra Jorán la hostilidad de los filisteos y de los
17 árabes que habitaban junto a los cusitas. Subieron a Judá, la inva-
dieron y se llevaron todas las riquezas que encontraron en palacio
junto con sus mujeres e hijos. Sólo le quedó el más pequeño, Joacaz.
18 Después de esto, el Señor le hirió las entrañas con una enfermedad
19 incurable. Pasaron los días y al cabo de dos años la enfermedad le
consumió las entrañas; murió entre atroces dolores. Su pueblo no
le encendió una hoguera, como había hecho con sus predecesores.
20 Tenía treinta y dos años cuando subió al trono y reinó en Jerusa-
lén ocho años. Desapareció sin que nadie lo lamentase. Lo *ente-*
rraron en la Ciudad de David, pero no en el panteón real.

Ocozías de Judá (841)
(2 Re 8,24-29)

22 Los habitantes de Jerusalén nombraron *rey* a *su hijo* menor,
Ocozías, porque a los otros los había asesinado la banda que seguía
al campamento de los árabes. *Así reinó Ocozías, hijo de Jorán de*
Judá.
2 *Tenía* cuarenta *y dos años cuando subió al trono y reinó en Je-*
rusalén un año; su madre se llamaba Atalía y era hija de Omrí.
3 También él *imitó la conducta de la casa de Ajab,* porque su madre
4 lo incitaba al mal. *Hizo lo que el Señor reprueba, igual que la casa*
de Ajab, ya que al morir su padre ellos fueron sus consejeros para
5 su perdición. Por consejo suyo *acompañó a Jorán, hijo de Ajab,*
rey de Israel, *a luchar contra Jazael, rey de Siria, en Ramot de Ga-*
6 *laad. Los sirios hirieron a Jorán y éste volvió a Yezrael para curarse*
de las heridas que le habían infligido en Ramot, durante la batalla
contra Jazael de Siria. Entonces Ocozías, hijo de Jorán, rey de Judá,
bajó a Yezrael para visitar a Jorán, hijo de Ajab, que estaba enfer-
7 *mo.* Con esta visita el Señor provocó la ruina de Ocozías. Durante
su estancia, *salió con Jorán* al encuentro de *Jehú,* hijo de Nimsí,
al que había ungido el Señor para exterminar a la dinastía de Ajab.
8 Y mientras Jehú hacía justicia en la dinastía de Ajab, encontró a
las autoridades de Judá y a los parientes de Ocozías que estaban a
9 su servicio y los mató. Después buscó a Ocozías; lo apresaron en
Samaría, donde se había escondido, y se lo llevaron a Jehú, que lo

mandó matar. Pero *le dieron sepultura,* pensando: «Era hijo de
Josafat, que sirvió al Señor de todo corazón».
En la familia de Ocozías no quedó nadie capaz de reinar.

Reinado y muerte de Atalía
(2 Re 11,1-20)

10 *Cuando Atalía, madre de Ocozías, vio que su hijo había muerto,*
11 *empezó a exterminar a toda la familia real* de la casa de Judá. *Pero*
cuando los hijos del rey estaban siendo asesinados, Josebá, hija del
rey Jorán, esposa del sacerdote Yehoyadá y hermana de Ocozías,
raptó a Joás, hijo de Ocozías, y lo escondió con su nodriza en el
12 *dormitorio; así se lo ocultó a Atalía, que no pudo matarlo. Estuvo*
escondido con ellas en el templo durante seis años, mientras en el
país reinaba Atalía.

23 *Al año séptimo, Yehoyadá* se armó de valor y *reunió a los cen-*
turiones: Azarías, hijo de Yeroján, Ismael, hijo de Juan, Azarías,
hijo de Obed, Maseyas, hijo de Adayas, y Elisafat, hijo de Zicrí.
2 Se juramentó con ellos y recorrieron Judá congregando a los levitas
3 de todas las ciudades y a los cabezas de familia de Israel. Cuando
regresaron a Jerusalén, toda la comunidad *hizo en el templo un*
pacto con el rey. Luego les dijo:
—Debe reinar un hijo del rey, como prometió el Señor a la des-
4 cendencia de David. *Vais a hacer lo siguiente: el tercio de vosotros,*
sacerdotes y levitas, *que entra de servicio el sábado,* hará guardia
5 en las puertas; otro tercio ocupará *el palacio, y el último tercio la*
Puerta del Fundamento. El pueblo se situará en los atrios del tem-
6 plo. Pero que nadie entre en el templo, a excepción de los sacer-
dotes y los levitas de servicio. Ellos pueden hacerlo porque están
consagrados; pero el pueblo *deberá observar las prescripciones del*
7 *Señor.* Los levitas *rodearán al rey por todas partes, arma en mano.*
Si alguno quiere entrar en palacio, *matadlo. Y estad junto al rey,*
vaya a donde vaya.
8 Los levitas y los judíos *hicieron lo que les mandó el sacerdote*
Yehoyadá; cada uno reunió a sus hombres, los que estaban de ser-
vicio el sábado y los que quedaban libres, porque el sacerdote Yeho-
9 yadá no exceptuó a ninguna de las secciones. *El sacerdote* Yehoya-
dá *entregó a los oficiales las lanzas,* escudos *y adargas del rey*
10 *David, que se guardaban en el templo.* Colocó a todo el pueblo,
con armas arrojadizas, *desde el ángulo sur hasta el ángulo norte del*
11 *templo, entre el altar y el templo, para proteger al rey. Entonces*
*saca*ron *al príncipe, le colocaron la diadema y las insignias, lo pro-*
clamaron rey, y Yehoyadá y sus hijos *lo ungieron, aclamando:*
—*¡Viva el rey!*
12 *Atalía oyó el clamor de la tropa que corría* y aclamaba al rey *y se*
13 *fue hacia la gente, al templo. Pero cuando vio al rey en pie sobre*
su estrado, junto a la entrada, *y a los oficiales y la banda cerca del*
rey, toda la población en fiesta, las trompetas tocando y los canto-
res acompañando los cánticos de alabanza con sus instrumentos, *se*
rasgó las vestiduras y dijo:
—*¡Traición, traición!*

14 *El sacerdote Yehoyadá ordenó a los oficiales que mandaban las*
fuerzas:
—*Sacadla del atrio. Al que la siga lo matáis.*
(Pues no quería que la matasen *en el templo).*
15 *La fueron empujando con las manos, y cuando llegaba a palacio*
por la Puerta de las Caballerías, allí la mataron.
16 *Yehoyadá selló un pacto con todo el pueblo y con el rey para que*
17 *fuera el pueblo del Señor. Toda la población se dirigió luego al*
templo de Baal: lo destruyeron, derribaron sus altares y sus imáge-
nes, y a Matán, sacerdote de Baal, lo degollaron ante el altar.
18 Yehoyadá *puso guardias en el templo,* a las órdenes de los sacer-
dotes y levitas que David había distribuido en la casa de Dios para
ofrecer holocaustos al Señor —según manda la Ley de Moisés—
19 con alegría y con los cánticos compuestos por David. Puso porteros
en las puertas del templo para que no entrase absolutamente nada
20 impuro. *Luego, con los centuriones,* los notables, las autoridades *y*
todo el vecindario, bajaron del templo al rey, lo llevaron a palacio
21 por la *Puerta* Superior e *instalar*on al rey *en el trono* real. *Toda la*
población hizo fiesta y la ciudad quedó tranquila. A Atalía la habían
matado a espada.

Joás de Judá (835-796)
(2 Re 12,1-3)

24 *Joás tenía siete años cuando subió al trono y reinó en Jerusalén*
cuarenta años. Su madre se llamaba Sebiá y era natural de Berseba.
2 *Mientras vivió el sacerdote Yehoyadá hizo lo que el Señor aprueba.*
3-4 Yehoyadá le procuró dos mujeres y engendró hijos e hijas. Más tar-
5 de, Joás sintió deseos de restaurar el templo. Reunió a los sacerdo-
tes y a los levitas, y les dijo:
—Id por las ciudades de Judá recogiendo *dinero* de todo Israel
para *reparar* todos los años el templo de vuestro Dios. Daos prisa.
6 Pero los levitas se lo tomaron con calma. *Entonces el rey llamó*
al sumo *sacerdote Yehoyadá y le dijo:*
—*¿Por qué no* te has preocupado de que los levitas cobren en
Judá y Jerusalén el tributo impuesto por Moisés, siervo del Señor,
7 y por la comunidad de Israel para la tienda de la alianza? ¿No te
das cuenta de que la malvada Atalía y sus secuaces destrozaron el
templo y dedicaron a los baales todos los objetos sagrados del
mismo?
8 Entonces, por orden del rey, hicieron *una hucha y la colocaron*
9 en la puerta *del templo,* por fuera. Luego pregonaron por Judá y
Jerusalén que había que ofrecer al Señor el tributo que Moisés,
10 siervo de Dios, había impuesto a Israel en el desierto. Las autori-
dades y la población lo hicieron de buena gana y echaron dinero
11 hasta que se llenó la hucha. Cada vez que los levitas llevaban la
hucha a la inspección real *y veían que había mucho dinero,* se pre-
sentaban un secretario del rey y un inspector del sumo sacerdote,
vaciaban la hucha y volvían a colocarla en su sitio. Así hicieron
periódicamente, reuniendo una gran suma de dinero.

12 El rey y Yehoyadá *lo entregaban a los capataces de la obra* del
templo, y éstos pagaban a los canteros y *carpinteros que restaura-*
13 *ban el templo* y a los herreros y broncistas que lo *reparaban.* Los
obreros hicieron su tarea; bajo sus manos fue resurgiendo la estruc-
tura, hasta que levantaron sólidamente el templo según los planos.
14 Al terminar, devolvieron al rey y a Yehoyadá el dinero sobrante,
con el que hicieron objetos para el templo, utensilios para el culto
y para los holocaustos, copas y *objetos de oro y plata.* Mientras
vivió Yehoyadá ofrecieron los holocaustos regulares en el templo.
15 Este llegó a viejo y murió en edad avanzada, a los ciento treinta
16 años. Lo enterraron con los reyes en la Ciudad de David, porque
fue bueno con Israel, con Dios y con su templo.
17 Cuando murió Yehoyadá, las autoridades de Judá fueron a ren-
18 dir homenaje al rey, y éste siguió sus consejos; olvidando el templo
del Señor, Dios de sus padres, dieron culto a las estelas y a los ído-
los. Este pecado desencadenó la cólera de Dios contra Judá y Jeru-
19 salén. Les envió profetas para convertirlos, pero no hicieron caso
20 de sus amonestaciones. Entonces el Espíritu de Dios se apoderó de
Azarías, hijo del sacerdote Yehoyadá, que se presentó ante el pue-
blo, y le dijo:
—Así dice Dios: ¿Por qué quebrantáis los preceptos del Señor?
Vais a la ruina. Habéis abandonado al Señor y él os abandona.
21 Pero conspiraron contra él y lo lapidaron en el atrio del templo
22 por orden del rey. El rey Joás, sin tener en cuenta los beneficios
recibidos de Yehoyadá, mató a su hijo, que murió diciendo:
—¡Que el Señor juzgue y sentencie!
23 Al cabo de un año, un ejército de *Siria se dirigió* contra Joás,
penetró en Judá hasta *Jerusalén,* mató a todos los jefes del pueblo
24 y *envió* todo el botín *al rey de Damasco.* El ejército de Siria era
reducido, pero el Señor le entregó un ejército enorme porque el
pueblo había abandonado al Señor, Dios de sus padres. Así se ven-
25 garon de Joás. Al retirarse los sirios, dejándolo gravemente herido,
sus cortesanos conspiraron contra él para vengar al hijo del sacer-
dote Yehoyadá. Lo asesinaron en la cama *y murió. Lo enterraron*
en la Ciudad de David, pero no le dieron sepultura en el panteón
26 real. Los conspiradores fueron: Zabad, hijo de Simat, la amonita,
y Yehozabad, hijo de Simrit, la moabita.
27 Para lo referente a sus hijos, a las numerosas profecías contra él
y a la restauración del templo, véase el Comentario a los Anales de
los reyes. *Su hijo Amasías le sucedió en el trono.*

Amasías de Judá (796-767)
(2 Re 14,2-20)

25 Amasías *tenía veinticinco años cuando subió al trono y reinó en*
Jerusalén veintinueve años. Su madre se llamaba Yehoadayán y era
2 *natural de Jerusalén. Hizo lo que el Señor aprueba, aunque no* de
3 todo corazón. *Cuando se afianzó en el poder, mató a los ministros*
4 *que habían asesinado a su padre. Pero, siguiendo lo que dice el li-*
bro de la Ley de Moisés promulgada por el Señor: «No serán eje-
cutados los padres por las culpas de los hijos, ni los hijos por las

culpas de los padres; cada uno morirá por su propio pecado», no
mató a sus hijos.
5 Amasías reunió a los de Judá y puso a todos los judíos y benja-
minitas, por familias, a las órdenes de jefes y oficiales. Hizo el cen-
so de los mayores de veinte años; resultaron trescientos mil en edad
6 militar y equipados de espada y escudo. Reclutó en Israel cien mil
7 mercenarios por cien pesos de plata. Pero un profeta se presentó
ante él y le dijo:
—Majestad, no lleves contigo al destacamento de Israel, que el
8 Señor no está con los efraimitas. Si te apoyas en ellos, Dios te de-
rrotará frente a tus enemigos. Porque Dios puede dar la victoria y
la derrota.
9 Amasías preguntó al profeta:
—¿Y qué pasa con los cien pesos de plata que di al destacamen-
to de Israel?
El profeta le contestó:
—El Señor puede devolvértelos con creces.
10 Amasías licenció a la tropa procedente de Efraín para que volvie-
se a su tierra. Ellos se indignaron con Judá y volvieron a sus tierras
11 enfurecidos. Amasías se armó de valor, tomó el mando de la tropa,
12 marchó a *Vallelasal y mató a diez mil* seiritas. A otros diez mil los
cogieron vivos, los llevaron a la cima de la Roca y los despeñaron
desde ella. Murieron todos estrellados.
13 Mientras, el destacamento que había licenciado Amasías para que
no luchase a su lado se dispersó por las ciudades de Judá —desde
Samaría hasta Bejorón—, matando a tres mil personas y capturando
14 un gran botín. Cuando Amasías volvió de derrotar a los idumeos
se trajo los dioses de los seiritas, los adoptó como dioses propios,
15 los adoró y les quemó incienso. El Señor se indignó con Amasías
y le envió un profeta, que le dijo:
—¿Por qué sirves a unos dioses que no han podido salvar a su
pueblo de tu mano?
16 Amasías lo cortó en seco, diciéndole:
—¿Quién te ha hecho consejero del rey? Termina de una vez si
no quieres que te maten.
El profeta terminó con estas palabras:
—Por lo que has hecho, y por no escuchar mi consejo, estoy se-
guro de que Dios aconseja tu destrucción.
17 Después de aconsejarse, Amasías de Judá *mandó una embajada*
a Joás, hijo de Joacaz, de Jehú, rey de Israel con este mensaje:
—¡Sal, que nos veamos las caras!
18 *Pero Joás de Israel envió esta respuesta a Amasías de Judá:*
—El cardo del Líbano mandó decir al cedro del Líbano: «Dame
a tu hija por esposa de mi hijo». Pero pasaron las fieras y pisotea-
19 *ron el cardo.* Tú dices: *«He derrotado a Edom», y te has engreído.*
Disfruta de tu gloria quedándote en tu casa. ¿Por qué quieres me-
terte en una guerra catastrófica, provocando tu caída y la de Judá?
20 *Pero Amasías no hizo caso,* porque Dios quería entregarlo en
21 manos de Joás por haber servido a los dioses de Edom. *Entonces*
Joás de Israel subió a vérselas con Amasías de Judá en Casalsol de
22 *Judá. Israel derrotó a los judíos, que huyeron a la desbandada.*
23 *En Casalsol apresó Joás de Israel a Amasías de Judá, hijo de Joás,*

de Joacaz, y se lo llevó *a Jerusalén. En la muralla de Jerusalén*
abrió una brecha de doscientos metros, desde la Puerta de Efraín
24 *hasta la Puerta del Angulo; se apoderó del oro, la plata, los uten-*
silios que se hallaban en el templo al cuidado de Obededón, *los*
25 *tesoros de palacio y los rehenes, y se volvió a Samaría. Amasías de*
Judá, hijo de Joás, sobrevivió quince años a Joás de Israel, hijo de
Joacaz.
26 *Para más datos sobre Amasías,* desde el principio hasta el fin de
27 su reinado, *véase el libro de los reyes de Judá* e Israel. Cuando
Amasías se apartó del Señor *tramaron contra él una conspiración*
en Jerusalén; huyó a Laquis, pero lo persiguieron hasta Laquis y lo
28 *mataron allí. Lo cargaron sobre unos caballos y* lo *enterraron con*
sus antepasados en la capital de Judá.

Azarías (Ozías) de Judá (767-739)
(2 Re 14,21-22; 15,5-7)

26 *Entonces Judá en pleno tomó a* Ozías, *de dieciséis años, y lo*
2 *nombraron rey sucesor de su padre, Amasías. Después que murió*
3 *el rey, reconstruyó Elat, devolviéndola a Judá. Ozías tenía dieciséis*
años cuando subió al trono y reinó en Jerusalén cincuenta y dos
4 *años. Su madre se llamaba Yecolía, natural de Jerusalén. Hizo lo*
5 *que el Señor aprueba, igual que su padre, Amasías.* Sirvió al Señor
mientras vivió Zacarías, que lo había educado en el temor de Dios;
y mientras sirvió al Señor, Dios le hizo triunfar.
6 Salió a luchar contra los filisteos, derribó las murallas de Gat,
Yabné y Asdod, y construyó ciudades en Asdod y en territorio filis-
7 teo. Dios lo ayudó en la guerra contra los filisteos, los árabes que
8 habitaban en Gur-Baal y los meunitas. Los amonitas pagaron tri-
buto a Ozías, y llegó a ser tan poderoso que su fama se extendió
hasta la frontera de Egipto.
9 En Jerusalén Ozías construyó y fortificó torres en la Puerta del
10 Angulo, en la Puerta del Valle y en la Esquina. También levantó
torres en el desierto y cavó muchos pozos para el abundante ganado
que poseía en la llanura y la meseta; también tenía labradores y
viñadores en los montes y las huertas, porque a Ozías le gustaba el
campo.
11 Dispuso de un ejército en pie de guerra agrupado en escuadrones
según el censo efectuado por el secretario Yeguiel y el comisario
12 Maseyas por orden de Ananías, funcionario real. El número de los
cabezas de familia al mando de soldados era dos mil seiscientos.
13 Tenían a sus órdenes un ejército de trescientos siete mil quinientos
guerreros intrépidos, que luchaban contra los enemigos del rey.
14 Ozías equipó a toda la tropa con adargas, lanzas, cascos, corazas,
15 arcos y hondas. Hizo unos artefactos inventados por un ingeniero
que lanzaban flechas y pedruscos; los colocó en las torres y en los
ángulos de Jerusalén. Con la ayuda prodigiosa de Dios se hizo fuer-
16 te y su fama llegó hasta muy lejos. Pero al hacerse poderoso, la
soberbia lo arrastró a la perdición. Se rebeló contra el Señor, su
Dios, entrando en el templo para quemar incienso en el altar de los

17 perfumes. El sacerdote Azarías y ochenta valientes sacerdotes fue-
18 ron tras él, se plantaron ante el rey Ozías y le dijeron:
—Ozías, a ti no te corresponde quemar incienso al Señor. Sólo
pueden hacerlo los sacerdotes aaronitas consagrados para ello. ¡Sal
del santuario, que tu pecado no te honra ante el Señor!
19 Ozías, que tenía el incensario en la mano, se indignó con los
sacerdotes. Y en el mismo momento, en el templo, ante los sacer-
dotes, junto al altar de los perfumes, la lepra brotó en su frente.
20 El sumo sacerdote, Azarías, y los otros sacerdotes se quedaron mi-
rándolo y vieron que tenía lepra en la frente. Lo echaron de allí,
mientras él mismo se apresuraba a salir, herido por el Señor.
21 El rey Ozías *siguió leproso hasta el día de su muerte. Vivió en*
la leprosería, con prohibición de acudir al templo. *Su hijo Yotán*
se encargó de la corte y de juzgar a la población.
22 *Para más datos sobre Ozías,* desde el principio hasta el fin de su
23 reinado, véase el libro del profeta Isaías, hijo de Amós. *Cuando*
murió lo enterraron con sus antepasados en el campo del cemente-
rio real, considerando que era «un leproso». *Su hijo Yotán le suce-*
dió en el trono.

Yotán de Judá (739-734)
(2 Re 15,32-38)

27 *Cuando subió al trono* Yotán *tenía veinticinco años y reinó en*
Jerusalén dieciséis años. Su madre se llamaba Yerusá, hija de Sadoc.
2 *Hizo lo que el Señor aprueba, igual que su padre, Ozías. Pero no*
3 iba al templo, *y el pueblo seguía* corrompiéndose. *Construyó la*
Puerta Superior del templo e hizo muchas obras en la muralla del
4 Ofel. Construyó ciudades en la sierra de Judá y levantó fortalezas
5 y torres en la foresta. Luchó contra el rey de los amonitas y lo ven-
ció; los amonitas le pagaron aquel año cien pesos de plata, diez mil
toneles de trigo y diez mil de cebada; e igual cantidad los dos años
6 siguientes. Yotán se hizo poderoso porque procedió rectamente ante
el Señor, su Dios.
7 *Para más datos sobre Yotán,* sus guerras y empresas, *véase el libro*
8 *de los reyes de* Israel y *Judá. Subió al trono a la edad de veinticin-*
9 *co años y reinó en Jerusalén dieciséis años. Cuando murió* lo *ente-*
rraron en la Ciudad de David. Su hijo Acaz le sucedió en el trono.

Acaz de Judá (734-727)
(2 Re 16,2-4.19-20)

28 *Cuando subió al trono Acaz tenía veinte años y reinó en Jerusa-*
lén dieciséis años. No hizo, como su antepasado David, lo que el
2 *Señor aprueba. Imitó a los reyes de Israel,* haciendo estatuas a los
3 baales. Quemaba incienso en el valle de Ben-Hinón *e incluso sacri-*
ficó a su hijo en la hoguera, según la costumbre aborrecible de las
4 *naciones que el Señor había expulsado ante los israelitas. Sacrifica-*
ba y quemaba incienso en los altozanos, en las colinas y bajo los
5 *árboles frondosos.* El Señor, su Dios, lo entregó en manos *del rey*

sirio, que lo derrotó, capturó numerosos prisioneros y los llevó a
Damasco. También lo entregó en manos del *rey de Israel,* que le
infligió una gran derrota.
6 Pécaj, hijo de Romelías, mató en un solo día a ciento veinte mil
7 judíos por haber abandonado al Señor, Dios de sus padres. Y Zicrí,
un soldado de Efraín, mató a Maseyas, hijo del rey, a Azricán,
8 mayordomo de palacio, y al primer ministro, Elcaná. Entre mujeres,
hijos e hijas, los israelitas cogieron a sus hermanos doscientos mil
prisioneros; se apoderaron también de un gran botín y lo llevaron
a Samaría.
9 Había allí un profeta del Señor llamado Oded. Cuando el ejército
volvía a Samaría, salió a su encuentro y les dijo:
—El Señor, Dios de vuestros padres, indignado con Judá lo puso
en vuestras manos. Pero la saña con que los habéis matado clama
10 al cielo. Y encima os proponéis convertir en esclavos y esclavas a
los habitantes de Judá y Jerusalén. ¿No habéis pecado ya bastante
11 contra el Señor, vuestro Dios? Hacedme caso y devolved a vuestros
hermanos que habéis cogido prisioneros, porque os amenaza la ar-
diente cólera del Señor.
12 Algunos jefes efraimitas —Azarías, hijo de Juan, Berequías, hijo
de Mesilemot, Ezequías, hijo de Salún, y Amasá, hijo de Jadlay—
13 se pusieron también en contra del ejército que volvía y les dijeron:
—No metáis aquí a esos prisioneros, porque seríamos reos ante
el Señor. Bastante hemos pecado ya para que os dediquéis a aumen-
tar nuestras faltas y culpas, irritando al Señor contra Israel.
14 Entonces los soldados dejaron los prisioneros y el botín a dispo-
15 sición de las autoridades y de la comunidad. Designaron expresa-
mente a algunos para que se hiciesen cargo de los cautivos. A los
que estaban desnudos los vistieron con trajes y sandalias del botín;
luego les dieron de comer y beber, los ungieron, montaron en bu-
rros a los que no podían caminar y los llevaron a Jericó, la ciudad
de las palmeras, con sus hermanos. A continuación se volvieron a
Samaría.
16 Por entonces, el rey *Acaz envió* una embajada *al rey de Asiria*
17 para pedirle ayuda. (Los idumeos habían hecho una nueva incur-
18 sión, derrotando a Judá y cogiendo prisioneros; los filisteos saquea-
ron las ciudades de la Sefela y del Négueb de Judá, apoderándose
de Casalsol, Cervera, Tapias, Socó y su comarca, Timná y su co-
19 marca, Gimzó y su comarca, estableciéndose en ellas. El Señor hu-
millaba a Judá por culpa de Acaz, que había traído el desenfreno
20 a Judá y se mostraba rebelde al Señor). Pero Tiglat Piléser, rey de
21 Asiria, en vez de ayudarlo, marchó contra él y lo sitió. Y aunque
Acaz despojó el templo, el palacio y las casas de las autoridades
22 para ganarse al rey de Asiria, no le sirvió de nada. Incluso durante
23 el asedio siguió rebelándose contra el Señor. Ofreció sacrificios a
los dioses de Damasco, que lo habían derrotado, pensando: «Los
dioses de Siria sí que ayudan a sus reyes. Les ofreceré sacrificios
para que me ayuden a mí». Pero fueron su ruina y la de Israel.
24 Acaz reunió los objetos del templo y los *hizo pedazos;* cerró las
puertas del templo, construyó altares en todos los rincones de Jeru-
25 salén y levantó ermitas en todas las ciudades de Judá para quemar
incienso a dioses extraños, irritando al Señor, Dios de sus padres.

26 *Para sus restantes* actividades y empresas, del principio al fin de
27 su reinado, *véase el libro de los reyes de Judá* e Israel. *Cuando Acaz*
murió no lo llevaron al panteón real de Judá, sino que *lo enterraron*
en la ciudad, en Jerusalén. *Su hijo Ezequías le sucedió en el trono.*

Ezequías de Judá (727-698)
(2 Re 18,1-3)

29 *Cuando Ezequías subió al trono tenía veinticinco años y reinó en*
Jerusalén veintinueve años. Su madre se llamaba Abí, hija de Zaca-
2 *rías. Hizo lo que el Señor aprueba, igual que su antepasado David.*
3 El año primero de su reinado, el mes de marzo, abrió y restauró
4 las puertas del templo. Hizo venir a los sacerdotes y levitas, los
5 reunió en la Plaza de Oriente y les dijo:
—Escuchadme, levitas: Purificaos y purificad el templo del Se-
6 ñor, Dios de vuestros padres. Sacad del santuario la impureza, por-
que nuestros padres pecaron, hicieron lo que reprueba el Señor,
nuestro Dios, lo abandonaron y se despreocuparon por completo
7 de la morada del Señor. Por si fuera poco, cerraron las puertas de la
nave, apagaron las lámparas y dejaron de quemar incienso y de
8 ofrecer holocaustos en el santuario del Dios de Israel. Entonces el
Señor se indignó con Judá y Jerusalén, y los hizo objeto de estupor,
de espanto y de burla, como pudisteis ver con vuestros propios ojos.
9 Nuestros padres murieron a espada y nuestros hijos, hijas y mujeres
10 marcharon al destierro por este motivo. Ahora tengo el propósito
de sellar una alianza con el Señor, Dios de Israel, para que cese en
11 su ira contra nosotros. Por tanto, hijos míos, no seáis negligentes,
que el Señor os ha elegido para estar en su presencia, servirle, ser
sus ministros y quemar incienso.
12 Entonces los levitas —Májat, hijo de Amasay, y Joel, hijo de
Azarías, descendientes de Quehat; Quis, hijo de Abdí, y Azarías,
hijo de Yehalelel, descendientes de Merarí; Yoaj, hijo de Zimá, y
13 Eden, hijo de Yoaj, descendientes de Guersón; Simrí y Yeguiel,
descendientes de Elisafán; Zacarías y Matanías, descendientes de
14 Asaf; Yejiel y Semeí, descendientes de Hemán; Semayas y Uziel,
15 descendientes de Yedutún— reunieron a sus hermanos, se purifi-
caron y fueron a purificar el templo, como había dispuesto el rey
16 por orden del Señor. Los sacerdotes penetraron en el interior del
templo para purificarlo; sacaron al atrio todas las cosas impuras
que encontraron en el templo, y los levitas las cogieron y arrojaron
17 fuera, al torrente Cedrón. La tarea de purificación comenzó el día
uno del mes primero; el ocho llegaron a la nave del templo, y du-
rante otros ocho días purificaron el templo, terminando el dieciséis
18 del mismo mes. Se presentaron luego al rey Ezequías y le dijeron:
—Ya hemos purificado todo el templo: el altar de los holocaus-
tos con todos sus utensilios y la mesa de los panes presentados con
19 todos sus utensilios. También hemos reparado y purificado todos
los objetos que el rey Acaz profanó con su rebeldía durante su rei-
nado. Los hemos dejado delante del altar del Señor.
20 Muy de mañana, el rey Ezequías reunió a las autoridades de la
21 ciudad y subió al templo. Llevaron siete toros, siete carneros, siete

corderos y siete machos cabríos como sacrificio expiatorio por la
monarquía, por el santuario y por Judá. Luego ordenó a los sacer-
22 dotes aaronitas que los ofreciesen sobre el altar del Señor. Sacrifi-
caron los toros, y los sacerdotes recogieron la sangre y la derrama-
ron sobre el altar; sacrificaron los carneros y derramaron la sangre
sobre el altar; sacrificaron los corderos y derramaron la sangre so-
23 bre el altar. Luego llevaron los machos cabríos de la expiación
delante del rey y de la comunidad para que les impusiesen las ma-
24 nos. Los sacerdotes los degollaron y derramaron la sangre sobre el
altar para obtener el perdón de todo Israel, ya que el rey había
ordenado que el holocausto y el sacrificio de expiación fueran por
25 todo Israel. El rey había instalado a los levitas en el templo, con
platillos, arpas y cítaras, como lo habían dispuesto David, Gad, el
vidente del rey, y el profeta Natán. La orden era de Dios, por medio
26 de sus profetas. Así, pues, se hallaban presentes los levitas con los
instrumentos de David y los sacerdotes con las trompetas.
27 Ezequías dio orden de ofrecer el holocausto ante el altar, y en el
mismo instante en que empezó el holocausto comenzó el canto del
Señor y el son de las trompetas, acompañados de los instrumentos
28 de David, rey de Israel. Hasta que terminó el holocausto toda la
comunidad permaneció postrada, mientras continuaban los cantos
29 y resonaban las trompetas. Cuando acabó, el rey y su séquito se
30 postraron en adoración. Luego Ezequías y las autoridades pidieron
a los levitas que alabasen al Señor con canciones de David y del
31 vidente Asaf. Lo hicieron con tono festivo y adoraron al Señor
haciendo reverencia. Luego Ezequías tomó la palabra y dijo:
—Ahora quedáis consagrados al Señor. Acercaos y ofreced sacri-
ficios de acción de gracias por el templo.
La comunidad ofreció sacrificios de acción de gracias y las per-
sonas generosas holocaustos.
32 El número de víctimas que ofreció la comunidad fue de setenta
toros, cien carneros y doscientos corderos, todos en holocausto al
33 Señor. Las ofrendas sagradas fueron seiscientos toros y tres mil ove-
34 jas. Como los sacerdotes eran pocos y no daban abasto para degollar
tantas víctimas, los ayudaron sus hermanos, los levitas, hasta que
terminaron la tarea y se purificaron los sacerdotes (porque los levi-
tas se mostraron más dispuestos a purificarse que los sacerdotes).
35 Hubo muchos holocaustos, además de la grasa de los sacrificios de
comunión y de las libaciones de los holocaustos. Así se restableció
el culto del templo.
36 Ezequías y el pueblo se alegraron de que Dios hubiera movido al
pueblo, porque todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

30 Ezequías envió mensajeros por todo Israel y Judá, y escribió car-
tas a Efraín y Manasés para que acudiesen al templo de Jerusalén,
2 con el fin de celebrar la Pascua del Señor, Dios de Israel. El rey,
las autoridades y toda la comunidad de Jerusalén decidieron en
3 consejo celebrar la Pascua durante el mes de mayo, ya que no ha-
bían podido hacerlo a su debido tiempo porque quedaban muchos
sacerdotes por purificarse y el pueblo no se había reunido aún en
4 Jerusalén. Al rey y a toda la comunidad les pareció acertada la
5 decisión. Entonces acordaron pregonar por todo Israel, desde Ber-

seba hasta Dan, que viniesen a Jerusalén a celebrar la Pascua del
Señor, Dios de Israel, porque muchos no la celebraban como está
6 mandado. Los mensajeros recorrieron todo Israel y Judá llevando
las cartas del rey y de las autoridades, y pregonando por orden del
rey:
—Israelitas, volved al Señor, Dios de Abrahán, Isaac e Israel, y
el Señor volverá a estar con todos los supervivientes del poder
7 de los reyes asirios. No seáis como vuestros padres y hermanos,
que se rebelaron contra el Señor, Dios de sus padres, y éste los con-
virtió en objeto de espanto, como vosotros mismos podéis ver.
8 No seáis tercos como vuestros padres. Entregaos al Señor, acudid
al santuario que ha sido consagrado para siempre. Servid al Señor,
9 vuestro Dios, y él apartará de vosotros el ardor de su cólera. Si os
convertís al Señor, los que deportaron a vuestros hermanos e hijos
sentirán compasión de ellos y los dejarán volver a este país. Porque
el Señor, vuestro Dios, es clemente y misericordioso, y no os vol-
verá la espalda si volvéis a él.
10 Los mensajeros recorrieron de ciudad en ciudad la tierra de
Efraín y Manasés, hasta Zabulón, pero se reían y se burlaban de
11 ellos. Sólo algunos de Aser, Manasés y Zabulón se mostraron hu-
12 mildes y acudieron a Jerusalén. Los judíos, por gracia de Dios,
cumplieron unánimes lo que el Señor había dispuesto por orden
del rey y de las autoridades.
13 El mes de mayo se reunió en Jerusalén una gran multitud para
celebrar la fiesta de los Azimos; fue una asamblea numerosísima.
14 Suprimieron todos los altares que había por Jerusalén y eliminaron
todas las aras de incensar, arrojándolas al torrente Cedrón.
15 El catorce de mayo inmolaron la Pascua. Los sacerdotes levíticos
confesaron sus pecados, se purificaron y llevaron holocaustos al tem-
16 plo. Cada cual ocupó el puesto que le correspondía según la Ley de
Moisés, hombre de Dios; los sacerdotes derramaban la sangre que
17 les pasaban los levitas. Como muchos de la comunidad no se habían
purificado, los levitas se encargaron de inmolar los corderos pas-
cuales de todos los que no estaban puros para consagrarlos al Señor.
18 Gran número de personas, en su mayoría de Efraín, Manasés, Isa-
car y Zabulón, no observaron lo prescrito y comieron la Pascua sin
haberse purificado. Pero Ezequías intercedió por ellos diciendo:
19 —El Señor, que es bueno, perdone a todos los que sirven de co-
razón a Dios, al Señor Dios de sus padres, aunque no tengan la
pureza ritual.
20 El Señor escuchó a Ezequías y curó al pueblo.
21 Los israelitas que se encontraban en Jerusalén celebraron la fies-
ta de los Azimos durante siete días con gran júbilo; los sacerdotes
y levitas alababan al Señor día tras día con todo entusiasmo.
22 Ezequías felicitó a los levitas por sus buenas disposiciones para
con el Señor. Pasaron los siete días de fiesta ofreciendo sacrificios
23 de comunión y confesando al Señor, Dios de sus padres. Luego la
comunidad decidió prolongar la fiesta otros siete días. Y pudieron
24 hacerlo, con gran júbilo, porque Ezequías, rey de Judá, les propor-
cionó mil toros y siete mil ovejas, y las autoridades, mil toros y diez
25 mil ovejas; además, se purificaron muchos sacerdotes. La alegría
reinaba entre la comunidad de Judá, entre los sacerdotes, los levi-

tas, los que habían venido de Israel, los extranjeros procedentes de
26 Israel y los residentes en Judá. Una fiesta tan magnífica no se re-
cordaba en Jerusalén desde los días de Salomón, hijo de David, rey
de Israel.
27 Los sacerdotes levíticos se levantaron para bendecir al pueblo.
El Señor escuchó su voz, y la plegaria llegó hasta su santa morada
de los cielos.

31 Terminada la fiesta, todos los israelitas presentes recorrieron las
ciudades de Judá *destruyendo los cipos,* talando *las estelas* y de-
moliendo las ermitas y los altares de todo Judá, Benjamín, Efraín
y Manasés hasta que no quedó ni uno. Luego cada cual se volvió a
su casa y su ciudad.
2 Ezequías organizó por clases a los sacerdotes y levitas, asignando
a cada uno su función sacerdotal o levítica: ofrecer holocaustos y
sacrificios de comunión, dar gracias y alabar y servir a la entrada
3 de los campamentos del Señor. Destinó parte de los bienes de la
corona a toda clase de holocaustos: matutinos y vespertinos, de los
sábados, principios de mes y festividades, como manda la Ley del
4 Señor. A los habitantes de Jerusalén les ordenó ayudar económica-
mente a los sacerdotes y levitas para que pudieran dedicarse a la
5 Ley del Señor. Cuando se difundió la orden, los israelitas recogie-
ron las primicias del trigo, del mosto, del aceite, de la miel y de
todos los productos agrícolas y entregaron abundantes diezmos de
6 todo. También los israelitas y judíos que habitaban en las ciudades
de Judá entregaron el diezmo del ganado mayor y menor y el diez-
mo de las cosas sacrosantas dedicadas al Señor, disponiéndolos en
7 montones. Comenzaron a hacer los montones en mayo y terminaron
8 en octubre. Cuando llegaron Ezequías y las autoridades, al ver
9 los montones, bendijeron al Señor y a su pueblo, Israel. Ezequías
pidió a los sacerdotes y levitas que le informasen sobre ellos.
10 El sumo sacerdote, Azarías, de la familia de Sadoc, le dijo:
—Desde que comenzaron a traer ofrendas al templo hemos co-
mido hasta saciarnos; pero ha sobrado mucho porque el Señor ha
bendecido a su pueblo. Toda esta cantidad es lo que ha sobrado.
11 Ezequías dio orden de preparar unos silos en el templo. Cuando
lo hicieron llevaron fielmente las ofrendas, el diezmo y los dones
12 sacrosantos. Encargaron de ellos al levita Conanías y a su hermano
13 Semeí como ayudante. Por orden del rey Ezequías y de Azarías,
prefecto del templo, nombraron inspectores a Yejiel, Azazías, Nájat,
Asael, Yerimot, Yozabad, Eliel, Yismaquías, Májat y Benayas, a las
14 órdenes de Conanías y de su hermano Semeí. El levita Coré, hijo
de Yimná, portero de la Puerta de Oriente, estaba encargado de las
ofrendas voluntarias y de administrar las ofrendas del Señor y los
15 dones sacrosantos. A sus órdenes estaban Eden, Minyamín, Jesús,
Semayas, Amarías y Secanías, repartidos por las ciudades sacer-
dotales para proveer permanentemente a sus hermanos, según sus
16 clases, fuesen grandes o pequeños, con tal que estuviesen inscritos
entre los varones a partir de los tres años; es decir, proveían a to-
dos los que entraban diariamente al servicio del templo para reali-
zar las funciones asignadas a sus clases.
17 Los sacerdotes estaban registrados por familias y los levitas —a

18 partir de los veinte años— por sus funciones y clases. Debían re-
gistrarse con toda su familia, mujeres, hijos e hijas, todo el grupo,
19 porque habían de ser fieles a su consagración. Respecto a los sacer-
dotes aaronitas que vivían en los ejidos de sus ciudades, en todas
ellas había personas encargadas nominalmente de proveer a los
sacerdotes varones y a todos los levitas inscritos en el registro.
20 Ezequías impuso esta norma en todo Judá. Actuó con bondad,
21 rectitud y fidelidad de acuerdo con el Señor, su Dios. Todo lo que
emprendió en servicio del templo, de la Ley y de los preceptos lo
hizo sirviendo a su Dios de todo corazón. Por eso tuvo éxito.

32 Después de estos actos de lealtad, *Senaquerib, rey de Asiria, se
puso en marcha,* llegó a Judá, sitió *las fortalezas* y dio orden de
2 conquistarlas [a]. Ezequías advirtió que Senaquerib venía dispuesto a
3 atacar a Jerusalén. Reunido en consejo con las autoridades civiles
y militares, propuso cegar las fuentes de agua que había fuera de la
4 ciudad y ellos se mostraron de acuerdo. Reunieron mucha gente
y cegaron todas las fuentes y el torrente que atravesaba la ciudad,
diciéndose: «Sólo falta que cuando venga el rey de Asiria encuentre
5 agua en abundancia». Con gran energía reparó toda la muralla de-
rruida, la coronó con torres, edificó una barbacana, fortificó la zona
del terraplén, la Ciudad de David, e hizo numerosas armas arroja-
6 dizas y adargas. Nombró jefes militares al mando de la población,
los reunió en la Plaza Mayor y los arengó con estas palabras:
7 —¡Animo y valor! No os asustéis ni acobardéis ante el rey de
8 Asiria y la multitud que le sigue. Nosotros contamos con algo más
grande que él. El cuenta con fuerzas humanas, nosotros con el Se-
ñor, nuestro Dios, que nos auxilia y guerrea con nosotros.
El pueblo se animó con las palabras de Ezequías, rey de Judá.
9 Más tarde, mientras *Senaquerib,* rey de Asiria, sitiaba Laquis con
todas sus tropas, *envió* a unos cortesanos a Jerusalén para que dije-
sen *a Ezequías, rey* de Judá, y a todos los judíos que se encontraban
en Jerusalén:
10 —*Así dice* Senaquerib, *rey de Asiria:* ¿En qué *confiáis* para se-
11 guir en una ciudad sitiada como Jerusalén? ¿No veis que Ezequías
os está engañando y os lleva a morir de hambre y de sed cuando
dice: «*El Señor, nuestro Dios,* nos salvará de la mano del rey de
12 Asiria»? *¿No fue él quien suprimió sus ermitas y sus altares orde-
nando a judíos y jerosolimitanos que se postren* y quemen incienso
13 *ante* un único *altar?* ¿No sabéis lo que hice yo y lo que hicieron
mis antepasados con todos los pueblos del mundo? ¿Acaso *los dio-
ses de esos pueblos* pudieron librar *sus territorios de* mi *mano?*
14 *¿Qué dios de* esos pueblos que exterminaron mis antepasados con-
siguió *librar* a su gente *de mi mano? ¿Y va* a poder *salvar*os vuestro
15 Dios? *No os dejéis engañar* y embaucar *por Ezequías.* No confiéis
en él. Ningún dios de ninguna nación o reino pudo librar a su pue-
blo de mi mano y de la de mis antepasados. ¡Y va a poder libraros
vuestro Dios!
16 Los cortesanos siguieron hablando contra el Señor Dios y contra
17 su siervo Ezequías. (Senaquerib había escrito también un mensaje

a 2 Re 18,13-37; 19,35.

ultrajando al Señor, Dios de Israel, y diciendo contra él: «Lo mis-
mo que los dioses nacionales no libraron sus pueblos de mi mano,
18 tampoco el Dios de Ezequías librará a su pueblo»). *Hablaban a*
voces, en hebreo, al pueblo de Jerusalén que se encontraba en la
muralla, para atemorizarlo y asustarlo, a fin de apoderarse de la
19 ciudad. Hablaron del Dios de Jerusalén como si se tratase de un
dios cualquiera, fabricado por hombres.
20 El rey *Ezequías* y el profeta Isaías, hijo de Amós, *se pusieron*
21 *en oración* con este motivo y clamaron al cielo. Entonces el Señor
envió *un ángel,* que aniquiló a todos los soldados y a los jefes y
oficiales *del campamento* del rey *asirio. Este volvió* a su país derro-
tado, y una vez que entró *en el templo de su dios* lo asesinaron
allí sus propios hijos.
22 El Señor salvó a Ezequías y a los habitantes de Jerusalén de ma-
nos de Senaquerib, rey de Asiria, y de todos los enemigos, conce-
23 diéndoles paz en las fronteras. Mucha gente vino a Jerusalén para
ofrecer dones al Señor y presentes a Ezequías de Judá, que a raíz
de esto adquirió gran prestigio en todas las naciones.
24 *Por entonces, Ezequías había enfermado de muerte. Oró al Se-*
25 *ñor,* que le prometió curarlo y le concedió un prodigio. Pero Eze-
quías no correspondió a este beneficio; al contrario, se engrió y
atrajo sobre sí, sobre Judá y sobre Jerusalén la cólera del Señor.
26 Pero luego se arrepintió de su orgullo, junto con todos los habitan-
tes de Jerusalén, y el Señor no volvió a airarse contra ellos en vida
27 de Ezequías. Tuvo gran riqueza y prestigio. Acumuló gran cantidad
de plata, oro, piedras preciosas, aromas, adargas y objetos de valor
28 de todas clases; construyó silos para las cosechas de trigo, mosto y
aceite, establos para todo tipo de ganado y apriscos para los reba-
29 ños. Edificó ciudades y reunió un inmenso rebaño de ovejas y va-
cas, porque Dios le concedió muchísimos bienes.
30 Fue Ezequías quien cegó la salida superior de las aguas de Guijón
y las desvió por un subterráneo a la parte occidental de la Ciudad
31 de David. Triunfó en todas sus empresas; y cuando los príncipes de
Babilonia le enviaron mensajeros para informarse del prodigio que
había sucedido en su país, si Dios lo abandonó fue para ponerlo a
prueba y conocer sus intenciones.
32 *Para más datos sobre Ezequías* y sobre sus obras de piedad, *véan-*
se el libro del profeta Isaías, hijo de Amós, y el libro *de los reyes*
33 *de Judá* e Israel. *Cuando murió Ezequías* lo enterraron en la cuesta
de las tumbas de los descendientes de David. Los judíos y la pobla-
ción de Jerusalén le dedicaron un gran funeral. *Su hijo Manasés le*
sucedió en el trono.

Manasés de Judá (698-643)
(2 Re 21,1-18)

33 *Manasés tenía doce años cuando subió al trono y reinó en Jeru-*
2 *salén cincuenta y cinco años. Hizo lo que el Señor reprueba, imi-*
tando las costumbres abominables de las naciones que el Señor
3 *había expulsado ante los israelitas. Reconstruyó las ermitas de los*
altozanos derruidas *por su padre, Ezequías, levantó altares a* los

baales, erigió estelas, adoró y dio culto a todo el ejército del cielo;
4 *puso altares en el templo del Señor, del que había dicho el Señor:*
5 *«Mi nombre* estará *en Jerusalén* para siempre»; *edificó altares a*
6 *todo el ejército del cielo en los dos atrios del templo; quemó a sus*
hijos en el valle de Ben-Hinón; *practicó la adivinación, la magia*
y la hechicería, *e instituyó nigromantes y adivinos. Hacía continua-*
7 *mente lo que el Señor reprueba, irritándolo. La imagen* del ídolo
que había fabricado la colocó en el templo de Dios, *del que* Dios
había dicho a David y a su hijo Salomón: «En este templo y en
Jerusalén, a la que elegí entre todas las tribus de Israel, pondré mi
8 *nombre para siempre; ya no dejaré que Israel* ande lejos *de la tie-*
rra que asigné *a* vuestros *padres, a condición de que pongan por*
obra cuanto les mandé, siguiendo la Ley, los preceptos y normas
de *Moisés».*
9 *Pero Manasés extravió* a Judá y a la población de Jerusalén *para*
que se portase peor que las naciones que el Señor había extermi-
nado ante los israelitas.
10 *El Señor dirigió su palabra* a Manasés y a su pueblo, pero no le
11 hicieron caso. Entonces hizo venir contra ellos a los generales del
rey de Asiria, que apresaron a Manasés con garfios, lo ataron con
12 cadenas de bronce y lo condujeron a Babilonia. En su angustia pro-
curó aplacar al Señor, su Dios, y se humilló profundamente ante el
13 Dios de sus padres y le suplicó. El Señor lo atendió con benignidad,
escuchó su súplica y lo hizo volver a Jerusalén, a su reino. Manasés
reconoció que el Señor es el verdadero Dios.
14 Más tarde construyó una barbacana en la Ciudad de David, des-
de el oeste de Guijón, en el torrente, hasta la Puerta del Pescado,
rodeando el Ofel; la hizo muy alta. Puso oficiales en todas las for-
talezas de Judá.
15 Suprimió del templo los dioses extranjeros y el ídolo; y arrojó
fuera de la ciudad todos los altares que había construido en el
16 monte del templo y en Jerusalén. Restauró el altar del Señor e in-
moló sobre él sacrificios de comunión y de acción de gracias.
Y ordenó que los judíos diesen culto al Señor, Dios de Israel.
17 Pero el pueblo siguió sacrificando en las ermitas de los altozanos,
aunque sólo al Señor, su Dios.
18 *Para más datos sobre Manasés,* la oración que hizo y los oráculos
de los videntes que le hablaban en nombre del Señor, Dios de Is-
19 rael, véase la historia *de los reyes de* Israel. Su oración y la acogida
divina, su pecado y su rebeldía, los lugares donde levantó ermitas
y erigió estelas e ídolos antes de su conversión están registrados en
20 la historia de sus videntes. *Cuando murió Manasés* lo *enterraron*
en *su casa. Su hijo Amón le sucedió en el trono.*

Amón de Judá (643-641)
(2 Re 21,19-26)

21 *Amón tenía veintidós años cuando subió al trono y reinó en Je-*
22 *rusalén dos años. Hizo lo que el Señor reprueba, igual que su pa-*
dre, Manasés. Amón sacrificó y dio culto a todos los ídolos que hizo
23 su padre, Manasés. Pero no se humilló ante el Señor, como había

24 hecho su padre; al contrario, multiplicó sus culpas. *Sus cortesanos*
25 *conspiraron contra él y* lo *asesinaron en el palacio. Pero la pobla-*
ción mató a los conspiradores y nombraron rey sucesor suyo a Jo-
sías, hijo de Amón.

Josías de Judá (641-609)
(2 Re 22,1-20; 23,1-5.22.29-30)

34 *Cuando Josías subió al trono tenía ocho años y reinó en Jerusa-*
2 *lén treinta y un años. Hizo lo que el Señor aprueba. Imitó la con-*
ducta de su antepasado David, sin desviarse a derecha ni izquierda.
3 El año octavo de su reinado, cuando todavía era un muchacho, co-
menzó a servir al Dios de su antepasado David, y el año doce em-
pezó a purificar a Judá y a Jerusalén de ermitas, estelas, estatuas e
4 ídolos. Destruyeron en su presencia los altares de los baales y derri-
bó los cipos que había sobre ellos; *las estelas*, las estatuas y los
ídolos los trituró *hasta reducirlos a polvo,* y lo esparció *sobre las*
5 *tumbas* de los que les habían ofrecido sacrificios. *Quemó sobre* sus
altares los huesos de los sacerdotes. Así purificó a Judá y Jerusa-
6 lén. *En las ciudades* de Manasés, Efraín, Simeón y hasta de Neftalí,
7 en todos sus lugares, destruyó los altares, trituró hasta hacer polvo
las estelas y las estatuas y derribó los cipos en todo el territorio de
Israel. *Luego volvió a Jerusalén.*
8 *El año dieciocho* de su reinado, cuando terminó de purificar el
país y el templo, *mandó a Safán, hijo de Asalías,* al alcalde Maseyas
y al canciller Yoaj, hijo de Joacaz, a reparar *el templo del Señor,* su
9 Dios. Se presentaron *al sumo sacerdote, Jelcías,* para recoger *el*
dinero ingresado en el templo por las colectas de los porteros levi-
tas en Manasés, Efraín, el resto de Israel, y en Judá, Benjamín y
10 la población de Jerusalén. *Lo entregaron a los encargados de las*
obras del templo, y los maestros de *obras que* trabajaban *en el*
11 *templo lo dedicaron a reparar y restaurar el edificio,* entregándolo
a los carpinteros y albañiles para comprar sillares para los muros
y madera para las vigas de los edificios que los reyes de Judá ha-
12 bían dejado arruinarse. Aquellos hombres *realizaron* su trabajo
con toda honradez. Estaban designados para dirigir las obras los
levitas Yájat y Abdías, descendientes de Merarí, y Zacarías y Me-
sulán, descendientes de Quehat. Los levitas, como sabían tocar di-
13 versos instrumentos, acompañaban a los acarreadores y dirigían a
todos los obreros, cualquiera que fuese su tarea. Otros levitas eran
secretarios, inspectores y porteros.
14 Cuando estaban sacando el dinero ingresado en el templo, el
sacerdote Jelcías encontró el libro de la Ley del Señor escrito por
15 Moisés. *Entonces Jelcías dijo al cronista Safán:*
—He encontrado en el templo el libro de la Ley.
Y se lo entregó a Safán.
16 *Este* se lo llevó *al rey cuando fue a darle cuenta de su tarea.*
17 *—Tus siervos* ya han hecho todo lo que les encargaste. *Recogie-*
ron el dinero que había en el templo y se lo entregaron a los encar-
gados y a los obreros.

18 *Y le comunicó la noticia:*
—El sacerdote Jelcías me ha dado un libro.
19 *Safán lo leyó ante el rey, y cuando éste oyó el contenido de la*
20 *Ley se rasgó los vestidos y ordenó a Jelcías, a Ajicán, hijo de Sa-*
fán, a Abdón, hijo de Miqueas, al cronista Safán y al funcionario
real Asayas:
21 *—Id a consultar al Señor por mí,* por el resto de Israel *y por*
Judá a propósito del libro encontrado; el Señor estará enfurecido
con nosotros porque nuestros padres no obedecieron la palabra del
Señor, *cumpliendo lo prescrito* en este libro.
22 *Jelcías y* los designados por el rey *fueron a ver a la profetisa*
Julda, esposa del guardarropa Salún, hijo de Ticuá, de Jasrá, que
23 *vivía en Jerusalén, en el barrio nuevo. Le expusieron* el caso *y ella*
les respondió:
—Así dice el Señor, Dios de Israel: Decidle al que os ha envia-
24 *do: «Así dice el Señor: Yo voy a traer la desgracia sobre este lugar*
y sus habitantes, todas las maldiciones escritas en *el libro que han*
25 *leído ante el rey de Judá. Por haberme abandonado y haber que-*
mado incienso a otros dioses, irritándome con sus ídolos, está ar-
26 diendo *mi cólera contra este lugar y no se apagará. Y al rey de Judá,*
que os ha enviado a consultar al Señor, decidle: Así dice el Señor,
27 *Dios de Israel: Por haber escuchado estas palabras con dolor de*
corazón, humillándote ante Dios *al oír sus amenazas contra este*
lugar y sus habitantes, porque te has humillado ante mí, *te has*
rasgado los vestidos y llorado en mi presencia, también yo te escu-
28 *cho —oráculo del Señor—. Cuando yo te reúna con tus padres te*
enterrarán en paz, sin que lleguen a ver tus ojos la desgracia que
voy a traer a este lugar y a sus habitantes».
29 *Ellos llevaron la respuesta al rey, y éste dio órdenes para que se*
30 *presentasen los ancianos de Judá y de Jerusalén. Luego subió al*
templo, acompañado de todos los judíos, los habitantes de Jerusa-
lén, los sacerdotes, los levitas *y todo el pueblo, chicos y grandes.*
El rey les leyó el libro de la alianza encontrado en el templo.
31 *Después, en pie sobre* su *estrado, selló ante el Señor la alianza,*
comprometiéndose a seguirle y cumplir sus preceptos, normas y
mandatos con todo su *corazón y con toda* su *alma,* poniendo en
32 práctica *las cláusulas de la alianza escritas en este libro. Hizo sus-*
cribir la alianza a todos los que se encontraban en Jerusalén. La
población de Jerusalén actuó según la alianza del Dios de sus
padres.
33 Josías suprimió las abominaciones de todos los territorios israe-
litas e hizo que todos los residentes en Israel diesen culto al Señor,
su Dios. Durante su vida no se apartaron del Señor, Dios de sus
padres.

35 Josías *celebró* en Jerusalén *la Pascua del Señor,* inmolándola el
2 día catorce del primer mes. Asignó a los sacerdotes sus funciones
3 y los confirmó en el servicio del templo. Y dijo a los levitas consa-
grados al Señor, encargados de instruir a Israel:
—Dejad el arca santa en el templo que construyó Salomón, hijo
de David, rey de Israel; no tenéis ya que trasladarla a hombros.
Dedicaos ahora a servir al Señor, vuestro Dios, y a su pueblo, Is-

4 rael. Organizaos en turnos por familias, como dispusieron por escri-
5 to el rey David y su hijo Salomón. Ocupad vuestros puestos en el
santuario, dividiendo vuestras familias de forma que cada grupo
6 levítico se encargue de una familia seglar. Inmolad la Pascua, puri-
ficaos y preparádsela a vuestros hermanos para que puedan cumplir
lo que mandó el Señor por medio de Moisés.
7 Josías proporcionó a la gente corderos y cabritos —treinta mil
en total— para sacrificios pascuales de todos los presentes y tres
8 mil bueyes, todo ello de la hacienda real. Las autoridades ayudaron
voluntariamente al pueblo, a los sacerdotes y a los levitas. Jelquías,
Zacarías y Yejiel, intendentes del templo, dieron a los sacerdotes
9 dos mil seiscientos animales pascuales y trescientos bueyes. Cona-
nías, Semayas, su hermano Natanael; Jasabías, Yeguiel y Jozabad,
jefes de los levitas, proporcionaron a los levitas cinco mil animales
pascuales y quinientos bueyes.
10 Cuando estuvo preparada la ceremonia, los sacerdotes ocuparon
sus puestos y los levitas se distribuyeron por clases, como había
11 ordenado el rey. Inmolaron la Pascua. Los sacerdotes rociaban la
12 sangre, mientras los levitas desollaban las víctimas. Separaban la
parte que debía ser quemada y la entregaban a las diversas familias
seglares, para que ellas la ofreciesen al Señor, como está escrito
13 en el libro de Moisés. Lo mismo hicieron con los bueyes. Asaron la
pascua, como está mandado, y cocieron los alimentos sagrados en
ollas, calderos y cazuelas, repartiéndolos en seguida a todos los
14 laicos. Después la prepararon para ellos mismos y para los sacer-
dotes; como los sacerdotes aaronitas estuvieron ocupados hasta la
noche en ofrecer los holocaustos y las grasas, los levitas la prepa-
raron para sí mismos y para ellos.
15 Los cantores, descendientes de Asaf, estaban en sus puestos,
como habían mandado David, Asaf, Hemán y Yedutún, vidente del
rey. Los porteros ocuparon cada cual su puesto, sin necesidad de
abandonar su trabajo, porque sus hermanos levitas se lo prepararon
16 todo. Toda la ceremonia se realizó aquel mismo día: se celebró la
Pascua y se inmolaron holocaustos en el altar del Señor, como ha-
17 bía mandado el rey Josías. Los israelitas que se hallaban presentes
celebraron entonces la Pascua y a continuación la fiesta de los Ázi-
mos durante siete días.
18 *Desde los tiempos* del profeta Samuel *ningún rey de Israel había*
celebrado una Pascua como la que organizaron Josías, los sacerdo-
tes, los levitas, todos los judíos e israelitas que se encontraban allí
19 y los habitantes de Jerusalén. *Se celebró el año dieciocho del* reina-
do de *Josías.*
20 Bastante después de que Josías restaurase el templo, *el rey de*
Egipto, Necó, se dirigió a Cárquemis, *junto al Eufrates,* para enta-
21 blar batalla. *Josías* salió *a hacerle frente.* Entonces Necó le envió
este mensaje:
—No te metas en mis asuntos, rey de Judá. No vengo contra ti,
sino contra la dinastía que me hace la guerra. Dios me ha dicho que
me dé prisa. Deja de oponerte a Dios, que está conmigo, no sea que
él te destruya.
22 Pero Josías, en vez de dejarle paso franco, se empeñó en comba-
tir. Desatendiendo lo que Dios le decía por medio de Necó, entabló

23 batalla en la llanura de Meguido. Los arqueros dispararon contra el
rey Josías, y éste dijo a sus servidores:
—Sacadme del combate, porque estoy gravemente herido.
24 *Sus servidores* lo sacaron del carro, *lo trasladaron* al otro que
poseía y lo llevaron a Jerusalén, donde murió. Lo *enterraron en las*
tumbas de sus antepasados. Todo Judá y Jerusalén hizo duelo por
25 Josías. Jeremías compuso una elegía en su honor, y todos los can-
tores y cantoras siguen recordándolo en sus elegías. Se han hecho
tradicionales en Israel; pueden verse en las Lamentaciones.
26 *Para más datos sobre Josías,* las obras de piedad que hizo de
27 acuerdo con la Ley del Señor y todas sus gestas, de las primeras a
las últimas, *véase* el libro *de los reyes de* Israel y *Judá.*

Joacaz de Judá (609)
(2 Re 23,30-34)

36 *La gente tomó a Joacaz, hijo de Josías, y lo nombraron rey suce-*
2 *sor* en Jerusalén. *Cuando Joacaz subió al trono tenía veintitrés años*
3 *y reinó tres meses en Jerusalén.* El rey de Egipto *lo destronó, im-*
puso al país un tributo de cien pesos de plata y un peso de oro,
4 *y nombró* rey de Judá y Jerusalén *a* su hermano *Eliacín, cam-*
biándole el nombre por el de Joaquín. A su hermano *Joacaz* se lo
llevó Necó *a Egipto.*

Joaquín de Judá (609-598)
(2 Re 23,36-37)

5 *Cuando Joaquín subió al trono tenía veinticinco años y reinó en*
Jerusalén once años. Hizo lo que el Señor, su Dios, *reprueba.*
6 *Nabucodonosor de Babilonia subió* contra él y lo condujo a Babilo-
7 nia atado con cadenas de bronce. También se llevó algunos objetos
del templo y los colocó en su palacio de Babilonia.
8 *Para más datos sobre Joaquín,* las iniquidades *que cometió* y
todo lo que le sucedió, *véase* el libro *de los reyes de* Israel y *Judá.*
Su hijo Jeconías le sucedió en el trono.

Jeconías de Judá (598-597)
(2 Re 24,8-9)

9 *Cuando Jeconías subió al trono tenía* ocho *años y reinó en Jeru-*
salén tres meses y diez días. *Hizo lo que el Señor reprueba.*
10 A principios de año, *el rey Nabucodonosor* envió a por él *y lo lle-*
varon a Babilonia, junto con los objetos de valor del templo. *Nom-*
bró rey de Judá y Jerusalén *a* su hermano *Sedecías.*

Sedecías de Judá (597-587)
(2 Re 24,18-20)

11 *Cuando Sedecías subió al trono tenía veintiún años y reinó en*
12 *Jerusalén once años. Hizo lo que el Señor,* su Dios, *reprueba;* no

se humilló ante el profeta Jeremías, que le hablaba en nombre de
13 Dios. Además, *se rebeló contra el rey Nabucodonosor,* que le había
tomado juramento solemne de fidelidad. Se puso terco y se negó
14 por completo a convertirse al Señor, Dios de Israel. También las
autoridades de Judá, los sacerdotes y el pueblo obraron inicuamen-
te, imitando las abominaciones de los paganos y profanando el
templo que el Señor había consagrado en Jerusalén.
15 El Señor, Dios de sus padres, les enviaba continuamente mensa-
16 jeros, porque sentía lástima de su pueblo y de su morada; pero
ellos se burlaban de los mensajeros de Dios, se reían de sus pala-
bras y se mofaban de los profetas, hasta que la ira del Señor se
17 encendió sin remedio contra su pueblo. Entonces envió contra ellos
al rey de los caldeos, que mató en su santuario a sus hijos; a todos
los entregó en sus manos, sin perdonar joven, muchacha, anciano
18 o canoso. Y se llevó a Babilonia todos los objetos del templo, gran-
des y pequeños, los tesoros del templo, los del rey y los de los mag-
19 nates. Incendiaron el templo, derribaron la muralla de Jerusalén,
pasaron a fuego todos sus palacios y destrozaron todos los objetos
20 de valor. Se llevó desterrados a Babilonia a los supervivientes de la
matanza y fueron esclavos suyos y de sus descendientes hasta el
21 triunfo del reino persa. Así se cumplió lo que anunció el Señor por
Jeremías, y la tierra disfrutó de su descanso sabático todo el tiempo
que estuvo desolada, hasta cumplirse setenta años.
22 El año primero de Ciro [a], rey de Persia, el Señor, para cumplir lo
que había anunciado por medio de Jeremías, movió a Ciro, rey de
Persia, a promulgar de palabra y por escrito en todo su reino:
23 «Ciro, rey de Persia, decreta: El Señor, Dios del cielo, me ha en-
tregado todos los reinos de la tierra y me ha encargado construirle
un templo en Jerusalén de Judá. Todos los de ese pueblo que vi-
ven entre nosotros pueden volver. Y que el Señor, su Dios, esté
con ellos».

a Esd 1,1-3.

ESDRAS y NEHEMIAS

INTRODUCCION

1. *La época*

586 Segunda deportación a Babilonia.
553 Ciro conquista Media, Lidia (547), Babilonia (539).
538 Edicto de tolerancia: 2 Cr 36; Esd 1.
537 Primer grupo de repatriados bajo Sesbasar; se reanuda el culto: Esd 2-3.
536 Preparativos para la reconstrucción del templo, estorbos internos y externos: Esd 4-5.
529 Cambises sucede a Ciro. Somete Egipto (525). Problemas internos.
522-486 Darío I, hijo de Histaspes, se instala en el trono después de derrotar al embaucador Gaumata. Inscripción de Behistún. Organiza el Imperio. Conquistas en India y Libia, luchas en Asia Menor.
520 Predicación de Ageo y Zacarías.
518 Obras del templo interrumpidas y recomenzadas: Esd 5-6.
515 Dedicación del templo: Esd 6.
490 Primera guerra contra Grecia. Maratón.
486-465 Jerjes I (= Asuero).
485 Jerjes reprime una primera rebelión en Egipto.
480-479 Segunda guerra contra Grecia: Salamina, Platea, Micala.
466 Victoria de Cimón en Eurimedón.
465-425 Artajerjes I.
459-454 Rebelión en Egipto de Inaro, apoyado por una flota griega, derrotado por Megabizo.
448 El sátrapa Megabizo es derrotado. Paz de Kalias con los griegos. Epoca de Pericles. Una colonia de judíos se traslada a Jerusalén: Esd 4,8-22.
445 Nehemías va a Jerusalén: Neh 1-2. Construcción de la muralla. Es nombrado gobernador: Neh 5,14.
433 Nehemías vuelve a Susa: Neh 13. Predicación de Malaquías.
430 Nehemías y Esdras en Jerusalén; lectura de la Ley, reformas: Neh 8-10 y 13.
429 Artajerjes concede poderes a Esdras para promulgar la Ley: Esd 7-8. Muerte de Pericles.
428 Reformas de Esdras: Esd 9-10.
423-404 Darío II. Los samaritanos construyen el templo en el Garizín.
405 Rebelión de Amirteo e independencia de Egipto; dinastías XXVIII, XXIX y XXX hasta 342.
404-359 Artajerjes II.
401 Rebelión de Ciro el Joven, batalla de Kunaxa; retirada de los diez mil (=Anábasis).
399 Muerte de Sócrates.

2. *Los libros de Esdras y Nehemías*

Originariamente se trata de un solo libro, incorporado a la obra del cronista. Más tarde sucede la separación, la colocación en la Biblia hebrea de Esdras y Nehemías antes de Crónicas y la división de Esdras en dos partes, llamadas primero y segundo libro de Esdras; más tarde el segundo recibe el nombre de Nehemías.

Sus veintitrés capítulos no están en orden cronológico ni en el orden literario original. Dada la dificultad de restablecer el orden primitivo, propongo aquí la reconstrucción que acepto como más probable (sin bajar a los últimos detalles).

Esdras 1-6: Repatriación de 538.
1: Decreto de tolerancia. 2: Lista de repatriados. Llegada. 3: Construcción de un altar, se reanuda el culto, fiesta de las Chozas. Preparativos para el templo, se echan los cimientos. 4,1-5.24: Estorbos contra las obras. 5: Se reanudan los trabajos. 6: Dedicación del templo. 4,6-23: Intrigas contra los judíos.
Nehemías 1-7: Construcción de la muralla.
1: En la corte: malas noticias, oración. 2: Permiso, viaje, inspección nocturna, dificultades. 3: Reparto del trabajo de construcción, burlas. 4: Amenazas; los constructores se arman. 5: Problemas sociales y desinterés de Nehemías. 6: Intrigas de los enemigos, intimidación y falsa profecía. 7,1-3: Las puertas de la ciudad.
Nehemías 7,4-72; 11-12: Repoblación de Jerusalén.
7: Repoblación de la capital, lista de repatriados. 11: Continuación de las listas. 12: Listas de sacerdotes y levitas. Inauguración de la muralla. Resumen.
Nehemías 8-10; 13: Alianza y reformas.
8: Lectura de la Ley. Fiesta de las Chozas. 9: Liturgia penitencial, oración de Esdras. 10: Renovación de la alianza. 13: Reformas de Nehemías.
Esdras 7-10.
7: Esdras recibe poderes del rey persa. 8: Lista de repatriados. Viaje a Jerusalén. 9: Matrimonios mixtos: penitencia. 10: Asamblea, compromiso y ejecución. Lista.
Otra ordenación (Rudolph): Esd 1-8; Neh 7,72b-8,18; Esd 9-10; Neh 9-10; Neh 1,1-7,72a; 11-13.

3. *Fuentes, autor y época*

El autor ha utilizado las siguientes fuentes: listas de personas y lugares conservadas quizá en el archivo del templo o en algún archivo civil. Algunas estaban ya incorporadas a las memorias. Un relato en arameo sobre la reconstrucción del templo, que el autor recoge sin traducir: Esd 5-6 y 4,6-23.

Las memorias de Esdras abarcan: Esd 7,12-8,36; Neh 8; Esd 9-10; Neh 9-10. Las memorias de Nehemías abarcan: Neh 1-7; 11-13. El autor retoca y añade en diversas ocasiones; en general, respeta el texto original. Y hemos de agradecerle que haya dejado hablar a los protagonistas.

El autor del conjunto es el mismo de las Crónicas. Por eso se suele llamar esta obra histórica la Historia del Cronista.

Su fecha de composición más probable es hacia el año 400 a. C. Al interrumpir la narración con la primera actividad de Esdras, parece considerar que los años siguientes no habían traído acontecimientos decisivos. Así comienza el gran silencio histórico, que se extiende hasta el tiempo de los seléucidas.

ESDRAS

La vuelta del destierro

1 El año primero de Ciro, rey de Persia, el Señor, para cumplir lo
que había anunciado por boca de Jeremías, movió a Ciro de Persia
2 a promulgar de palabra y por escrito en todo su reino: «Ciro, rey
de Persia, decreta: El Señor, Dios del cielo, me ha entregado todos
los reinos de la tierra y me ha encargado construirle un templo en
3 Jerusalén de Judá. Los que entre vosotros pertenezcan a ese pueblo,
que su Dios los acompañe y suban a Jerusalén de Judá para reconstruir el templo del Señor, Dios de Israel, el Dios que habita en
4 Jerusalén. Y a todos los supervivientes, dondequiera que residan,
la gente del lugar les proporcionará plata, oro, hacienda y ganado,
además de las ofrendas voluntarias para el templo del Dios de Jerusalén».
5 Entonces, todos los que se sintieron movidos por Dios —cabezas
de familia de Judá y Benjamín, sacerdotes y levitas— se pusieron
6 en marcha y subieron a reedificar el templo de Jerusalén. Sus vecinos les proporcionaron de todo: plata, oro, hacienda, ganado y otros
muchos regalos, además de las ofrendas voluntarias.
7 El rey Ciro mandó sacar el ajuar del templo que Nabucodonosor
se había llevado de Jerusalén para colocarlo en el templo de su
8 dios. Ciro de Persia lo consignó al tesorero Mitrídates, que lo con-
9 tó delante de Sesbasar, príncipe de Judá. Era la siguiente cantidad:
treinta copas de oro, mil copas de plata, veintinueve cuchillos,
10 treinta vasos de oro, cuatrocientos diez vasos de plata y mil obje-
11 tos de otras clases. Total de objetos de oro y plata: cinco mil cuatrocientos. Sesbasar los llevó todos consigo cuando los desterrados
subieron de Babilonia a Jerusalén.

2 *Lista* de los pertenecientes a la provincia de Judá, deportados a
Babilonia por Nabucodonosor, que volvieron a Jerusalén y Judá
2 —cada uno a su pueblo— desde el destierro. Fueron con Zorobabel,
Josué, Nehemías, Serayas, Reelayas, Mardoqueo, Bilsán, Mispar,
Bigvay, Rejún y Baná.
Lista de los seglares:
3 Descendientes de Farós, dos mil ciento setenta y dos.
4 Descendientes de Sefatías, trescientos setenta y dos.
5 Descendientes de Araj, setecientos setenta y cinco.
6 Descendientes de Pajat Moab, descendientes de Josué y de Joab,
dos mil ochocientos doce.
7 Descendientes de Elán, mil doscientos cincuenta y cuatro.
8 Descendientes de Zatú, novecientos cuarenta y cinco.
9 Descendientes de Zacay, setecientos sesenta.
10 Descendientes de Baní, seiscientos cuarenta y dos.
11 Descendientes de Bebay, seiscientos veintitrés.
12 Descendientes de Azgad, mil doscientos veintidós.
13 Descendientes de Adonicán, seiscientos sesenta y seis.
14 Descendientes de Bigvay, dos mil cincuenta y seis.
15 Descendientes de Adín, cuatrocientos cincuenta y cuatro.

16 Descendientes de Ater, de Ezequías, noventa y ocho.
17 Descendientes de Besay, trescientos veintitrés.
18 Descendientes de Yorá, ciento doce.
19 Descendientes de Jasún, doscientos veintitrés.
20 Descendientes de Guibar, noventa y cinco.
21 Ciento veintitrés hombres de Belén.
22 Cincuenta y seis de Netofá.
23 Ciento veintiocho de Anatot.
24 Cuarenta y dos de Azmaut.
25 Setecientos cuarenta y tres de Villasotos, Leona y Pozos.
26 Seiscientos veintiuno de Ramá y Loma.
27 Ciento veintidós de Micmás.
28 Doscientos veintitrés de Betel y Ay.
29 Descendientes de Nebo, cincuenta y dos.
30 Descendientes de Magbís, ciento cincuenta y seis.
31 Descendientes del otro Elán, mil doscientos cincuenta y cuatro.
32 Descendientes de Jarín, trescientos veinte.
33 Descendientes de Lod, Jadid y Onó, setecientos veinticinco.
34 Descendientes de Jericó, trescientos cuarenta y cinco.
35 Descendientes de Senaá, tres mil seiscientos treinta.
36 Sacerdotes:
Descendientes de Yedayas, de la familia de Josué, novecientos setenta y tres.
37 Descendientes de Imer, mil cincuenta y dos.
38 Descendientes de Pasjur, mil doscientos cuarenta y siete.
39 Descendientes de Jarín, mil diecisiete.
40 Levitas:
Descendientes de Josué y de Cadmiel, de la familia de Hodavías, setenta y cuatro.
41 Cantores:
Descendientes de Asaf, ciento veintiocho.
42 Porteros:
Descendientes de Salún, Ater, Talmón, Acub, Jatitá y Sobay, ciento treinta y nueve en total.
43 Donados:
44 Descendientes de Sijá, Jasufá, Tabaot, Querós, Siahá, Fadón,
45-7 Lebaná, Jagabá, Acub, Jagab, Samlay, Janán, Guidel, Gájar, Reayas,
48-0 Resín, Necodá, Gazán, Uzá, Pasej, Besay, Asná, meunitas, nefusi-
51-3 tas, Bacbuc, Jacufá, Jarjur, Baslut, Mejidá, Jarsá, Barcós, Sísara,
54 Támaj, Nesij y Jatifá.
55 Siervos de Salomón:
56 Descendientes de Sotay, Soféret, Perudá, Yalá, Darcón, Guidel,
57 Sefatías, Jatil, Poquéret, el sebaíta, y Amí.
58 Total de donados y siervos de Salomón, trescientos noventa y dos.
59 *Lista* de los que subieron de Tel Mélaj, Tel Jarsá, Querub, Adán
e Imer, pero no pudieron probar su ascendencia o su origen israe-
60 lita: Descendientes de Delayas, Tobías y Necodá, seiscientos cin-
cuenta y dos.
61 Y entre los sacerdotes, los descendientes de Jobayas, Hacós y
Barzilay (que se casó con una hija del galaadita Barzilay y tomó su
62 nombre). Buscaron su registro genealógico, pero no lo encontraron,
63 y se les excluyó del sacerdocio. El gobernador les ordenó que no

comiesen de los alimentos sagrados hasta que apareciese un sacer-
dote experto en consultar las suertes.
64 La comunidad constaba en total de cuarenta y dos mil trescientas
65 sesenta personas, sin contar los esclavos y esclavas, que eran siete
mil trescientos treinta y siete. Tenían doscientos, entre cantores y
66 cantoras; setecientos treinta y seis caballos, doscientos cuarenta y
67 cinco mulos, cuatrocientos treinta y cinco camellos y seis mil sete-
cientos veinte asnos.
68 Cuando llegaron al templo de Jerusalén, algunos cabezas de fami-
lia hicieron donativos para que se reconstruyese en su mismo sitio.
69 De acuerdo con sus posibilidades, entregaron al fondo del culto
sesenta y un mil dracmas de oro, cinco mil minas de plata y cien
túnicas sacerdotales.
70 Los sacerdotes, los levitas y parte del pueblo se establecieron en
Jerusalén; los cantores, los porteros y los donados, en sus pueblos,
y el resto de Israel, en los suyos.

Restauración del altar y del culto

3 Los israelitas se encontraban ya en sus poblaciones cuando al
llegar el mes de octubre se reunieron todos a una en Jerusalén.
2 Entonces Josué, hijo de Yosadac, con sus parientes los sacerdotes, y
Zorobabel, hijo de Sealtiel, con sus parientes, se pusieron a cons-
truir el altar del Dios de Israel para ofrecer en él holocaustos, como
3 manda la Ley de Moisés, hombre de Dios. Levantaron el altar en
su antiguo sitio —aunque intimidados por los colonos extranjeros—
y ofrecieron en él al Señor los holocaustos matutinos y vespertinos.
4 Celebraron la fiesta de las Chozas, como está mandado, ofrecien-
5 do holocaustos según el número y el ritual de cada día; y siguieron
ofreciendo el holocausto diario, el de principios de mes, el de
las solemnidades dedicadas al Señor y los ofrecidos voluntariamen-
te al Señor.
6 El día primero de octubre comenzaron a ofrecer holocaustos
al Señor. Pero aún no se habían echado los cimientos del templo.
7 Entonces, de acuerdo con lo autorizado por Ciro de Persia, contra-
taron canteros y carpinteros, y dieron a los sidonios y tirios alimen-
tos, bebidas y aceite para que enviasen a Jafa, por vía marítima,
madera de cedro del Líbano.
8 A los dos años de haber llegado al templo de Jerusalén, el mes
de abril, Zorobabel, hijo de Sealtiel, Josué, hijo de Yosadac, sus
demás parientes sacerdotes y levitas, y todos los que habían vuelto
a Jerusalén del cautiverio comenzaron la obra del templo, poniendo
9 al frente de ella a los levitas mayores de veinte años. Josué, sus
hijos y hermanos, Cadmiel y sus hijos, Hodavías, los hijos de Hena-
dad, sus hijos y sus hermanos, los levitas, se pusieron todos al fren-
te de los obreros que trabajaban en el templo.
10 Cuando los albañiles terminaron de echar los cimientos, se pre-
sentaron los sacerdotes, revestidos, con trompetas, y los levitas,
descendientes de Asaf, con platillos, para entonar himnos al Señor,
11 según ordenó David, rey de Israel. Alabaron y dieron gracias al
Señor «porque es bueno, porque es eterna su misericordia» con
Israel.

Todo el pueblo alabó con vítores al Señor por haberse echado los
12 cimientos del templo. Muchos sacerdotes, levitas y cabezas de fami-
lia —los ancianos que habían visto con sus propios ojos el primer
templo— se lamentaban a voces, mientras otros muchos lanzaban
13 gritos de alegría. Y era imposible distinguir entre gritos de alegría
y sollozos, porque el clamor de la gente era tan grande que se oía
desde lejos.

Interrupción de las obras

4 Cuando los rivales de Judá y Benjamín se enteraron de que los
desterrados estaban construyendo el templo del Señor, Dios de Is-
2 rael, se presentaron a Zorobabel, a Josué y a los cabezas de familia,
y les dijeron:
—Vamos a ayudaros, porque también nosotros servimos a vues-
tro Dios, igual que vosotros, y le ofrecemos sacrificios desde que
Asaradón de Asiria nos instaló aquí.
3 Zorobabel, Josué y los demás cabezas de familia les respondieron:
—No edificaremos juntos el templo de nuestro Dios. Lo haremos
nosotros solos, como ha mandado Ciro de Persia.
4 Entonces los colonos extranjeros se dedicaron a desmoralizar a
5 los judíos y a intimidarlos para que dejasen de construir. Desde
tiempos de Ciro hasta el reinado de Darío de Persia estuvieron so-
bornando consejeros que hiciesen fracasar sus planes.
6 Cuando Jerjes subió al trono, al comienzo de su reinado, redac-
taron una denuncia contra los habitantes de Judá y Jerusalén.
7 Y en tiempos de Artajerjes, Bislán, Mitrídates, Tabeel y demás
colegas enviaron un informe a Artajerjes de Persia. El documento
estaba redactado en arameo, con aclaraciones también en arameo.
8 El gobernador Rejún y el secretario Simsay escribieron al rey
9 Artajerjes una carta contra Jerusalén. Exactamente, la firmaron el
gobernador Rejún, el secretario Simsay, sus demás colegas, los jue-
ces y los legados, funcionarios persas, ciudadanos de Uruc, Babilo-
10 nia, Susa —es decir, elamitas—, los restantes pueblos que el ilustre
emperador Asurbanipal deportó e instaló en las ciudades de Sama-
ría y en el resto de Transeufratina, etc.
11 Copia de la carta que enviaron:
«Al rey Artajerjes, tus súbditos, habitantes de Transeufratina, etc.
12 »Comunicamos al rey que los judíos que han venido de tu región
piensan reconstruir Jerusalén, ciudad rebelde y perversa; están dis-
13 puestos a levantar la muralla y ya han echado los cimientos. Sepa
el rey que si reconstruyen esta ciudad y levantan sus murallas no
seguirán pagando tributo, contribución ni peaje, lo que en defini-
tiva perjudicaría a su majestad.
14 »Como nosotros vivimos a sueldo de la corona, no podemos to-
lerar esta ofensa a su majestad y le comunicamos lo que ocurre.
15 Que investiguen en los anales de tus predecesores y verás cómo se
trata de una ciudad rebelde, que trae de cabeza a los reyes y a las
provincias y que ha estado siempre fomentando insurrecciones. Por
eso la destruyeron.
16 »Nosotros hacemos saber al rey que, si se reconstruye esta ciu-

dad y se terminan sus murallas, perderás pronto los territorios de
Transjordania».
17 El rey respondió:
«Al gobernador Rejún, al secretario Simsay y a sus demás cole-
gas que residen en Samaría y en las restantes localidades de Trans-
eufratina; paz, etc.
18 »Me han leído una traducción del documento que enviasteis.
19 Mandé investigar el caso y, efectivamente, esa ciudad se ha rebe-
lado desde antiguo contra los reyes y se han producido en ella sedi-
20 ciones y revueltas. En Jerusalén ha habido reyes poderosos que
dominaban toda Transeufratina, y a los que se pagaban impuestos,
21 contribuciones y peajes. Ordenad, pues, que se impida a esos hom-
22 bres reconstruir la ciudad hasta nueva orden. Guardaos de actuar
con negligencia en este asunto, para que no empeore la situación
en perjuicio de los reyes».
23 Cuando leyeron al gobernador Rejún, al secretario Simsay y a sus
demás colegas la copia del documento del rey Artajerjes, se dirigie-
ron en seguida a Jerusalén, a los judíos, y les obligaron con las ar-
24 mas a detener las obras. Se suspendieron, pues, las obras del tem-
plo de Jerusalén y estuvieron paradas hasta el año segundo del
reinado de Darío de Persia.

Se reanuda la construcción

5 Entonces, el profeta Ageo y el profeta Zacarías, hijo de Idó, co-
menzaron a profetizar a los judíos de Judá y Jerusalén como lega-
2 dos en nombre del Dios de Israel. Zorobabel, hijo de Sealtiel, y
Josué, hijo de Yosadac, se pusieron a reconstruir el templo de Jeru-
3 salén, acompañados y alentados por los profetas de Dios. Pero Ta-
tenay, sátrapa de Transeufratina, Setar Boznay y sus colegas se
acercaron, y les dijeron:
4 —¿Quién os ha ordenado construir este templo y armar ese ma-
deramen? ¿Cómo se llaman los hombres que han mandado cons-
truir este edificio?
5 Pero Dios velaba por las autoridades de Judá y les permitieron
seguir las obras mientras no llegase un decreto de Darío y les en-
tregasen el escrito.
6 Copia de la carta que enviaron Tatenay, sátrapa de Transeufrati-
na, Setar Boznay, sus colegas y las autoridades de Transeufratina
7 al rey Darío. El escrito estaba redactado en los siguientes términos:
«Al rey Darío, paz completa.
8 »Sepa el rey que hemos ido a la provincia de Judá y resulta que
los judíos con su senado están construyendo en Jerusalén un gran
templo con piedras sillares, y recubren sus paredes de madera; tra-
9 bajan a conciencia y el trabajo les cunde. Entonces preguntamos al
senado: '¿Quién os ha ordenado reconstruir esta casa y armar ese
10 maderamen?'. Les pedimos también sus nombres, y tomamos por
11 escrito los de sus jefes para poder informarte. Nos dieron la siguien-
te respuesta: 'Nosotros somos servidores del Dios de cielo y tierra,
y estamos reconstruyendo un templo edificado antaño, que cons-
12 truyó y terminó un gran rey de Israel. Pero nuestros padres irrita-

ron al Dios del cielo, y éste los entregó en manos del caldeo Nabu-
codonosor, rey de Babilonia, que destruyó este templo y deportó
13 el pueblo a Babilonia. Sin embargo, el primer año de su reinado,
14 Ciro de Babilonia ordenó reconstruirlo. Además, los objetos de oro
y plata que Nabucodonosor se llevó del templo de Jerusalén al de
Babilonia el rey Ciro mandó sacarlos de este último y los consignó
15 a un hombre llamado Sesbasar, al que nombró sátrapa, diciéndole:
Toma estos objetos, ve a llevarlos al templo de Jerusalén y que re-
16 construyan la casa de Dios en su mismo sitio. Sesbasar vino, echó
los cimientos del templo de Jerusalén y desde entonces lo estamos
construyendo; pero todavía no hemos terminado'.
17 »Por consiguiente, si al rey le parece, que investiguen en los ar-
chivos reales de Babilonia, a ver si es verdad que el rey Ciro ordenó
reconstruir este templo de Jerusalén. Y que nos comuniquen lo que
el rey decida».

6 El rey Darío ordenó investigar en la tesorería de Babilonia, que
2 servía también de archivo, y resultó que en Ecbatana, la fortaleza
de la provincia de Media, había un rollo redactado en los siguientes
términos:
«Memorándum.
3 »El año primero de su reinado, el rey Ciro decretó a propósito
del templo de Jerusalén: Constrúyase un templo donde ofrecer sa-
crificios y echen sus cimientos. Su altura será de treinta metros y su
4 ancho de otros treinta. Tendrá tres hileras de piedras sillares y una
hilera de madera nueva. Los gastos correrán a cargo de la corona.
5 Además, los objetos de oro y plata de la casa de Dios, que Nabuco-
donosor trasladó del templo de Jerusalén al de Babilonia, serán
devueltos al templo de Jerusalén para que ocupen su puesto en la
casa de Dios.
6 »Por consiguiente, Tatenay, sátrapa de Transeufratina, Setar Boz-
nay y vuestros colegas, las autoridades de Transeufratina, manteneos
7 al margen y permitid al sátrapa y al senado de Judá que trabajen
8 reconstruyendo el templo de Dios en su antiguo sitio. En cuanto al
senado de Judá y a la construcción del templo, os ordeno que se
paguen a esos hombres todos los gastos puntualmente y sin inte-
rrupción, utilizando los fondos reales de los impuestos de Trans-
9 eufratina. Los novillos, carneros y corderos que necesiten para los
holocaustos del Dios del cielo, igual que el trigo, la sal, el vino y
el aceite se les proporcionarán sin falta cada día, según las indica-
10 ciones de los sacerdotes de Jerusalén, para que ofrezcan sacrificios
al Dios del cielo rogando por la salud del rey y de sus hijos.
11 »Asimismo, ordeno: al que no cumpla este edicto, arrancarán una
viga de su casa y lo empalarán en ella, y convertirán su casa en un
12 montón de escombros. Y a todo rey o pueblo que, transgrediendo
esta orden, intente destruir el templo de Jerusalén, el Dios que le
ha dado su nombre lo aniquile.
»La orden es mía y quiero que se cumpla a la letra. Darío».
13 Tatenay, sátrapa de Transeufratina, Setar Boznay y sus colegas
14 hicieron puntualmente lo que había mandado el rey Darío. De este
modo, el senado de Judá adelantó mucho la construcción, cumplien-
do las instrucciones de los profetas Ageo y Zacarías, hijo de Idó,

hasta que por fin la terminaron, conforme a lo mandado por el
Dios de Israel y por Ciro, Darío y Artajerjes, reyes de Persia.
15 El templo se terminó el día tres del mes de marzo, el año sexto
16 del reinado de Darío. Los israelitas —sacerdotes, levitas y resto de
los deportados— celebraron con júbilo la dedicación del templo,
17 ofreciendo con este motivo cien toros, doscientos carneros, cuatro-
cientos corderos y doce machos cabríos —uno por tribu— como
18 sacrificio expiatorio por todo Israel. El culto del templo de Jeru-
salén se lo encomendaron a los sacerdotes, por grupos, y a los levi-
tas, por clases, como manda la Ley de Moisés.
19 Los deportados celebraron la Pascua el día catorce del mes de
20 abril; como los levitas se habían purificado, junto con los sacer-
dotes, estaban puros e inmolaron la víctima pascual para todos los
deportados, para los sacerdotes sus hermanos y para ellos mismos.
21 La comieron los israelitas que habían vuelto del destierro y todos
los que, renunciando a la impureza de los colonos extranjeros, se
22 unieron a ellos para servir al Señor, Dios de Israel. Celebraron con
gozo la fiesta de los Azimos durante siete días; festejaban al Señor
porque, cambiando la actitud del rey de Asiria, les dio fuerzas para
trabajar en el templo del Dios de Israel.

Esdras llega a Jerusalén

7 Años más tarde, durante el reinado de Artajerjes de Persia, Es-
2 dras, hijo de Serayas, de Azarías, de Jelcías, de Salún, de Sadoc, de
3-4 Ajitub, de Amarías, de Azarías, de Merayot, de Zerajías, de Uzí,
5 de Buquí, de Abisúa, de Fineés, de Eleazar, hijo del sumo sacerdote
6 Aarón, subió de Babilonia. Era un letrado experto en la Ley que dio
el Señor, Dios de Israel, por medio de Moisés. El rey le concedió
todo lo que pedía porque el Señor, su Dios, estaba con él.
7 El año séptimo del rey Artajerjes subieron a Jerusalén algunos
8 israelitas, sacerdotes, levitas, cantores, porteros y donados. Llegaron
9 a Jerusalén en julio del año séptimo del rey. El uno de marzo deci-
dió salir de Babilonia y el uno de julio llegó a Jerusalén, con la
10 ayuda de Dios, porque Esdras se había dedicado a estudiar la Ley
del Señor para cumplirla y para enseñar a Israel sus mandatos y
preceptos.
11 Copia del documento que entregó el rey Artajerjes a Esdras,
sacerdote-letrado, especialista en los preceptos del Señor y en sus
mandatos a Israel:
12 «Artajerjes, rey de reyes, al sacerdote Esdras, doctor en la ley del
Dios del cielo. Paz perfecta, etc.
13 »Dispongo que mis súbditos israelitas, incluidos sus sacerdotes
14 y levitas, que deseen ir a Jerusalén puedan ir contigo. El rey y sus
siete consejeros te envían para ver cómo se cumple en Judá y Jeru-
15 salén la ley de tu Dios, que te han confiado, y para llevar la plata
y el oro que el rey y sus consejeros han ofrecido voluntariamente
16 al Dios de Israel, que habita en Jerusalén, además de la plata y el
oro que recojas en la provincia de Babilonia y de los dones que
ofrezcan el pueblo y los sacerdotes al templo de su Dios en Jerusa-
17 lén. Emplea exactamente ese dinero en comprar novillos, carneros

y corderos, con las oblaciones y libaciones correspondientes, y ofré-
celos en el altar del templo dedicado a vuestro Dios en Jerusalén.
18 El oro y la plata que sobren lo emplearéis como mejor os parezca
a ti y a tus hermanos, de acuerdo con la voluntad de vuestro Dios.
19 Los objetos que te entreguen para el culto del templo de tu Dios
20 los pondrás al servicio de Dios en Jerusalén. Cualquier otra cosa
que necesites para el templo te la proporcionarán en la tesorería
real.
21 »Yo, el rey Artajerjes, ordeno a todos los tesoreros de Trans-
eufratina que entreguen puntualmente a Esdras, sacerdote, doctor
22 en la Ley del Dios del cielo, todo lo que les pida, hasta un total de
tres mil kilos de plata, cien cargas de trigo, cien medidas de vino y
23 cien de aceite; la sal sin restricciones. Hágase puntualmente todo lo
que ordene el Dios del cielo con respecto a su templo, para que no
24 se irrite contra el reino, el rey y sus hijos. Y os hacemos saber que
todos los sacerdotes, levitas, cantores, porteros, donados y servido-
res de esa casa de Dios están exentos de impuesto, contribución y
peaje.
25 »Tú, Esdras, con esa prudencia que Dios te ha dado, nombra ma-
gistrados y jueces que administren justicia a todo tu pueblo de
Transeufratina, es decir, a todos los que conocen la Ley de tu Dios,
y a los que no la conocen, enséñasela.
26 »Al que no cumpla exactamente la Ley de Dios y la orden del
rey, que se le condene a muerte, o al destierro, o a pagar una multa,
o a la cárcel».
27 Bendito sea el Señor, Dios de nuestros padres, que movió al rey
28 a dotar el templo de Jerusalén y me granjeó su favor, el de sus con-
sejeros y el de las autoridades militares. Animado al ver que el
Señor, mi Dios, me ayudaba, reuní a algunos israelitas importantes
para que subiesen conmigo.

8 *Lista* de los cabezas de familia, indicando su genealogía, que su-
bieron conmigo desde Babilonia durante el reinado de Artajerjes:
2 De los descendientes de Fineés, Guersón.
De los descendientes de Itamar, Daniel.
3 De los descendientes de David, Jatús, hijo de Secanías.
De los descendientes de Farós, Zacarías y ciento cincuenta regis-
trados con él.
4 De los descendientes de Pajat Moab, Elioenay, hijo de Zerajías,
con doscientos varones.
5 De los descendientes de Zatú, Secanías, hijo de Yajziel, con tres-
cientos varones.
6 De los descendientes de Adín, Ebed, hijo de Jonatán, con cin-
cuenta varones.
7 De los descendientes de Elam, Isaías, hijo de Atalías, con setenta
varones.
8 De los descendientes de Sefatías, Zebadías, hijo de Miguel, con
ochenta varones.
9 De los descendientes de Joab, Abdías, hijo de Yejiel, con dos-
cientos dieciocho varones.
10 De los descendientes de Baní, Selomit, hijo de Yosifías, con cien-
to sesenta varones.

11 Descendientes de Bebay, Zacarías, hijo de Bebay, con veintiocho
varones.
12 Descendientes de Azgad, Juan, hijo de Hacatán, con ciento diez
varones.
13 Descendientes de Adonicán, los últimos, llamados Elifélet, Ye-
guiel y Semayas, con sesenta varones.
14 Descendientes de Bigvay, Utay y Zabud, con setenta varones.

El viaje a Jerusalén

15 Los reuní junto al río que corre hacia Ahavá; acampamos allí
tres días, y observé que había seglares y sacerdotes, pero no encon-
16 tré levitas. Entonces envié a los jefes Eliezer, Ariel, Semayas, El-
natán, Yarib, Elnatán, Natán, Zacarías y Mesulán, y a Yoyarib y
17 Elnatán, hombres prudentes, con la orden de presentarse a Idó, jefe
de la localidad de Casifía, a fin de que nos proporcionaran emplea-
18 dos para el templo de nuestro Dios. Gracias a Dios, nos enviaron
un hombre prudente, descendiente de Majlí, de Leví, de Israel:
Serebías, que vino con dieciocho personas entre hijos y hermanos.
19 También nos enviaron a Yasabías e Isaías, descendientes de Merarí,
20 con veinte entre hijos y hermanos. Y doscientos veinte donados, de
los que David y las autoridades destinaron al servicio de los levitas.
Todos fueron designados nominalmente.
21 Allí, junto al río Ahavá, proclamé un ayuno para hacer peniten-
cia ante nuestro Dios y pedirle un feliz viaje para nosotros, nuestros
22 niños y nuestros bienes. Porque nos daba reparo pedirle al rey in-
fantes y jinetes que nos protegiesen de los enemigos durante el
viaje, después de haberle dicho: «Nuestro Dios protege a los que le
sirven, mientras su poder y su cólera se vuelven contra los que lo
23 abandonan». Por esta intención ayunamos y suplicamos al Señor,
que nos atendió benignamente.
24 Escogí a doce príncipes de los sacerdotes y también a Serebías
25 y Yasabías con diez de sus hermanos. Pesé ante ellos la plata, el oro
y los objetos que el rey, sus consejeros y los israelitas residentes
allí habían entregado como ofrenda al templo de nuestro Dios.
26 Lo pesé, y les entregué diecinueve mil quinientos kilos de plata,
cien objetos de plata que pesaban sesenta kilos y tres mil kilos de
27 oro, veinte copas de oro de mil dáricos y dos objetos de bronce fino
28 dorado, valiosos como el oro. Y les dije:
—Vosotros estáis consagrados al Señor. Estos objetos son sagra-
dos y la plata y el oro son ofrendas voluntarias al Señor, Dios de
29 nuestros padres. Vigiladlos y guardadlos hasta que los peséis en
Jerusalén, en las salas del templo, delante de los príncipes de los
sacerdotes, los levitas y los cabezas de familia de Israel.
30 Los sacerdotes y levitas cogieron la plata, el oro y los objetos
que habían contado para llevarlos a Jerusalén, al templo de nuestro
Dios.
31 El doce de marzo partimos del río Ahavá y nos encaminamos ha-
cia Jerusalén. Nuestro Dios nos protegió y nos libró de enemigos
32 y salteadores durante el viaje. Llegamos a Jerusalén y descansamos
33 allí tres días. El cuarto contamos la plata, el oro y los objetos en

el templo de nuestro Dios y se los entregamos al sumo sacerdote,
Meremot, hijo de Urías, en presencia de Eleazar, hijo de Fineés,
y de los levitas Yozabad, hijo de Josué, y Noadías, hijo de Binuy.
34 Tras contar y pesar todo, se puso el inventario por escrito.
35 Los deportados que volvían del cautiverio ofrecieron holocaustos
al Dios de Israel: doce novillos por todo Israel, noventa y seis carneros, setenta y siete corderos y doce machos cabríos como sacrifi-
36 cio expiatorio; todos en holocausto al Señor. Luego entregaron los
decretos del rey a los sátrapas imperiales y a los gobernadores de
Transeufratina, que ayudaron al pueblo y al templo de Dios.

El problema de los matrimonios con extranjeras

9 Más adelante se me acercaron las autoridades para decirme:
—El pueblo de Israel, los sacerdotes y los levitas han cometido
las mismas abominaciones que los pueblos paganos, cananeos, hititas, fereceos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios y amorreos;
2 ellos y sus hijos se han casado con extranjeras, y la raza santa se ha
mezclado con pueblos paganos. Los jefes y los consejeros han sido
los primeros en cometer esta infamia.
3 Cuando me enteré de esto, me rasgué los vestidos y el manto, me
4 afeité la cabeza y la barba y me senté desolado. Todos los que respetaban la Ley del Dios de Israel se reunieron junto a mí al enterarse de esta infamia de los deportados. Permanecí abatido hasta la
5 hora de la oblación de la tarde. Pero al llegar ese instante acabé
mi penitencia, y con el vestido y el manto rasgados, me arrodillé
6 y alcé las manos al Señor, mi Dios, diciendo:
—Dios mío, de pura vergüenza no me atrevo a levantar el rostro
hacia ti, porque nuestros delitos sobrepasan nuestra cabeza y nues-
7 tra culpa llega al cielo. Desde los tiempos de nuestros padres hasta
hoy hemos sido reos de grandes culpas, y por nuestros delitos,
nosotros con nuestros reyes y sacerdotes hemos sido entregados a
reyes extranjeros, a la espada, al destierro, al saqueo y a la ignomi-
8 nia, que es la situación actual. Pero ahora el Señor, nuestro Dios,
nos ha concedido un momento de gracia, dejándonos un resto y una
estaca en su lugar santo, dando luz a nuestros ojos y concediéndo-
9 nos respiro en nuestra esclavitud. Porque éramos esclavos, pero
nuestro Dios no nos abandonó en nuestra esclavitud; nos granjeó
el favor de los reyes de Persia, nos dio respiro para levantar el
templo de nuestro Dios y restaurar sus ruinas y nos dio una tapia
en Judá y Jerusalén.
10 »Y ahora, Dios nuestro, ¿qué podemos decir después de todo
11 esto? Hemos abandonado los preceptos que nos diste, por medio de
tus siervos los profetas, diciendo: 'La tierra que vais a poseer es
una tierra manchada por la inmundicia de los pueblos paganos, por
las abominaciones con que la han llenado de un extremo a otro,
12 por sus impurezas. Por consiguiente, no entreguéis vuestras hijas
a sus hijos ni caséis a vuestros hijos con sus hijas; no pretendáis
nunca su alianza ni su favor; así os haréis fuertes, comeréis los frutos de la tierra y se la legaréis a vuestros hijos para siempre'.
13 »Después de todo lo que nos ha ocurrido por nuestras malas ac-

ciones y nuestra grave culpa —aunque tú, Dios nuestro, has estimado por lo bajo nuestros delitos y nos has dejado salir con vida—,
14 ¿volveremos a violar tus preceptos, emparentándonos con estos pueblos abominables? ¿No te irritarías hasta acabar con nosotros sin
dejar un resto con vida?
15 »Señor, Dios de Israel, este resto que hoy sigue con vida demuestra que eres justo. Nos presentamos ante ti como reos, pues
después de lo ocurrido no podemos enfrentarnos contigo».

10 Mientras Esdras, llorando y postrado ante el templo de Dios,
oraba y hacía esta confesión, una gran multitud de israelitas —hombres, mujeres y niños— se reunió junto a él llorando sin parar.
2 Entonces Secanías, hijo de Yejiel, descendiente de Elam, tomó la
palabra y dijo a Esdras:
—Hemos sido infieles a nuestro Dios al casarnos con mujeres
extranjeras de los pueblos paganos. Pero todavía hay esperanza para
3 Israel. Nos comprometeremos con nuestro Dios a despedir a todas
las mujeres extranjeras y a los niños que hemos tenido de ellas,
según decidas tú y los que respetan los preceptos de nuestro Dios.
4 Cúmplase la Ley. Levántate, que este asunto es competencia tuya
y nosotros te apoyaremos. Actúa con energía.
5 Esdras se puso en pie e hizo jurar a los príncipes de los sacerdotes, a los levitas y a todo Israel que actuarían de esa forma.
6 Ellos lo juraron. Entonces Esdras salió del templo y fue al aposento
de Yehojanán, hijo de Elyasib, donde pasó la noche. Pero en señal
de duelo no comió ni bebió, entristecido como estaba por la infidelidad de los desterrados.
7 Pregonaron por Judá y Jerusalén que todos los deportados se
8 reunieran en Jerusalén. Al que no acudiese en el plazo de tres días
establecido por las autoridades y los senadores le incautarían los
bienes para el Señor y lo expulsarían de la comunidad de los des-
9 terrados. Al tercer día estaban en Jerusalén todos los judíos y benjaminitas. Era el veinte de diciembre. Todo el pueblo se encontraba en la explanada del templo, temblando a causa del problema y
10 de la lluvia intensa. El sacerdote Esdras se puso en pie y les dijo:
—Habéis pecado al casaros con mujeres extranjeras, agravando
11 la culpa de Israel. Ahora, confesadlo al Señor, Dios de vuestros
padres, cumplid su voluntad y separaos de los pueblos paganos y
de las mujeres extranjeras.
12 Toda la comunidad respondió en alta voz:
13 —Haremos lo que nos dices. Pero somos muchos, y en época de
lluvias no hay quien resista a la intemperie. El problema no se resuelve en un día ni en dos, porque somos muchos los que hemos
14 cometido este pecado. Sería mejor que nuestros jefes representasen
a toda la comunidad. Los ciudadanos que se hayan casado con una
extranjera se presentarán cuando los llamen, junto con los concejales y jueces de cada pueblo, hasta que apartemos la cólera de Dios
que hemos provocado con tal conducta.
15 Sólo se opusieron Jonatán, hijo de Asael, y Yajzías, hijo de Tiquá, apoyados por Mesulán y por el levita Sabtay.
16 Los desterrados lo hicieron así. El sacerdote Esdras escogió algunos cabezas de familia, según sus linajes, designándolos nominal-

mente. El uno de diciembre se sentaron a examinar el asunto
17 y el uno de marzo terminaron con todos los hombres que se habían
casado con extranjeras.
18 Sacerdotes casados con extranjeras: Maseyas, Eliezer, Yarib y
Guedalías, descendientes de Josué, hijo de Yosadac, y de sus her-
19 manos; se comprometieron a dejar sus mujeres y a ofrecer un car-
20 nero por su reato. Janani y Zebadías, descendientes de Imer.
21 Maseyas, Elías, Semayas, Yejiel y Uzías, descendientes de Jarín.
22 Elioenay, Maseyas, Ismael, Netanel, Yozabad y Elasá, descendientes
de Pasjur.
23 Levitas: Yozabad, Semeí, Quelayas, que era quelita, Petajías,
Judá y Eliezer.
24 Cantores: Eliasib.
Porteros: Salún, Telen y Urí.
25 Seglares: Ramías, Yizías, Malquías, Miyamín, Eleazar, Malquías
26 y Benayas, descendientes de Farós. Matanías, Zacarías, Yejiel, Abdí,
27 Yeremot y Elías, descendientes de Elam. Elioenay, Eliasib, Mata-
28 nías, Yeremot, Zabat y Azizá, descendientes de Zatú. Juan, Ananías,
29 Zabay y Atlay, descendientes de Bebay. Mesulán, Maluc, Adayas,
30 Yasub, Seal y Yeramot, descendientes de Baní. Adná, Quelal, Be-
nayas, Maseyas, Matanías, Besalel, Binuy y Manasés, descendientes
31 de Pajat Moab. Eliezer, Yesiyas, Malquías, Semayas, Simeón,
32-3 Benjamín, Maluc y Semarías, descendientes de Jarín. Matnay, Ma-
tatá, Zabad, Elifélet, Yeremay, Manasés y Semeí, descendientes de
34-5 Jasún. Descendientes de Baní: Maday, Amrán, Uel, Benayas, Bedías,
36-7 Queluhí, Vanías, Meremot, Eliasib, Matanías, Matenay, Yasay,
38-0 Baní, Binuy, Semeí, Selemías, Natán, Adayas, Macnadbay, Sasay,
41-3 Saray, Azarel, Selemías, Semarías, Salún, Amarías y José. Yeguiel,
Matitías, Zabad, Zebiná, Yaday, Joel y Benayas, descendientes de
Nebó.
44 Todos éstos se habían casado con extranjeras y despidieron a sus
mujeres y a sus hijos.

NEHEMIAS

1 Autobiografía de Nehemías, hijo de Jacalías:
El mes de diciembre del año veinte me encontraba yo en la ciu-
2 dadela de Susa cuando llegó mi hermano Janani con unos hombres
de Judá. Les pregunté por los judíos que se habían librado del des-
3 tierro y por Jerusalén. Me respondieron:
—Los que se libraron del destierro están en la provincia pasando
grandes privaciones y humillaciones. La muralla de Jerusalén está
en ruinas y sus puertas consumidas por el fuego.
4 Al oír estas noticias lloré e hice duelo durante unos días, ayu-
5 nando y orando al Dios del cielo con estas palabras:
—Señor, Dios del cielo, Dios grande y terrible, fiel a la alianza
y misericordioso con los que te aman y guardan tus preceptos:
6 ten los ojos abiertos y los oídos atentos a la oración de tu siervo,
la oración que día y noche te dirijo por tus siervos, los israelitas,
confesando los pecados que los israelitas hemos cometido contra ti,
7 tanto yo como la casa de mi padre. Nos hemos portado muy mal
contigo, no hemos observado los preceptos, mandatos y decretos
8 que ordenaste a tu siervo Moisés. Pero acuérdate de lo que dijiste
a tu siervo Moisés: «Si sois infieles os dispersaré entre los pueblos;
9 pero si volvéis a mí y ponéis en práctica mis preceptos, aunque
vuestros desterrados se encuentren en los confines del mundo, allá
iré a reunirlos y los llevaré al lugar que elegí para morada de mi
10 nombre». Son tus siervos y tu pueblo, los que rescataste con tu
11 gran poder y fuerte mano. Señor, mantén tus oídos atentos a la
oración de tu siervo y a la oración de tus siervos que están deseosos
de respetarte. Haz que tu siervo acierte y logre conmover a ese
hombre.
Yo era copero del rey.

El viaje

2 Era el mes de marzo del año veinte del rey Artajerjes. Tenía el
vino delante y yo tomé la copa y se la serví. En su presencia no
2 debía tener cara triste. El rey me preguntó:
—¿Qué te pasa que tienes mala cara? Tú no estás enfermo, sino
triste.
3 Me llevé un susto, pero contesté al rey:
—Viva su majestad eternamente. ¿Cómo no he de estar triste
cuando la ciudad donde se hallan enterrados mis padres está en
ruinas y sus puertas consumidas por el fuego?
4 El rey me dijo:
—¿Qué es lo que pretendes?
5 Me encomendé al Dios del cielo, y respondí:
—Si a su majestad le parece bien, y si está satisfecho de su sier-
vo, déjeme ir a Judá a reconstruir la ciudad donde están enterrados
mis padres.
6 El rey y la reina, que estaba sentada a su lado, me preguntaron:
—¿Cuánto durará tu viaje y cuándo volverás?

Al rey le pareció bien la fecha que le indiqué y me dejó ir.
7 Pero añadí:
—Si a su majestad le parece bien, que me den cartas para los
gobernadores de Transeufratina, a fin de que me faciliten el viaje
8 hasta Judá. Y una carta dirigida a Asaf, superintendente de los
bosques reales, para que me suministren tablones para las puertas
(de la ciudadela del templo), para el muro de la ciudad y para la
casa donde me instalaré.
9 Gracias a Dios, el rey me lo concedió todo. Me proporcionó tam-
bién una escolta de oficiales y jinetes, y cuando me presenté a los
gobernadores de Transeufratina, les entregué las cartas del rey.
10 Cuando el joronita Sanbalat y Tobías, el siervo amonita, se ente-
raron de la noticia, les molestó que alguien viniera a preocuparse
por el bienestar de los israelitas.
11-2 Llegué a Jerusalén y descansé allí tres días. Luego me levanté de
noche con unos pocos hombres, sin decir a nadie lo que mi Dios
me había inspirado hacer en Jerusalén. Sólo llevaba la cabalgadura
13 que yo montaba. Salí de noche por la puerta del Valle, dirigiéndo-
me a la Fuente del Dragón y a la Puerta de la Basura; comprobé
que las murallas de Jerusalén estaban en ruinas y las puertas con-
14 sumidas por el fuego. Continué por la Puerta de la Fuente y la al-
15 berca real. Como allí no había sitio para la cabalgadura, subí por el
torrente, todavía de noche, y seguí inspeccionando la muralla. Volví
16 a entrar por la Puerta del Valle y regresé a casa. Las autoridades
no supieron adónde había ido ni lo que pensaba hacer. Hasta en-
tonces no había dicho nada a los judíos, ni a los sacerdotes, ni a
los notables, ni a las autoridades, ni a los demás encargados de la
17 obra. Entonces les dije:
—Ya veis la situación en que nos encontramos: Jerusalén está
en ruinas y sus puertas incendiadas. Vamos a reconstruir la muralla
de Jerusalén y cese nuestra ignominia.
18 Les conté cómo el Señor me había favorecido y lo que me había
dicho el rey. Ellos dijeron:
—Venga, a trabajar.
Y pusieron manos a la obra con todo entusiasmo.
19 Cuando se enteraron el joronita Sanbalat, Tobías, el siervo amo-
nita, y el árabe Guesen, empezaron a burlarse de nosotros y a za-
herirnos, comentando:
—¿Qué estáis haciendo? ¿Rebelaros contra el rey?
20 Les repliqué:
—El Dios del cielo hará que tengamos éxito. Nosotros, sus sier-
vos, seguiremos construyendo. Y vosotros no tendréis terrenos, ni
derechos, ni un nombre en Jerusalén.

Reconstrucción de la muralla

3 El sumo sacerdote, Eliasib, y sus parientes, los sacerdotes, pusie-
ron manos a la obra y reconstruyeron la Puerta de las Ovejas; la
consagraron y fijaron sus hojas; continuaron hasta la Torre de Cien-
2 to, hasta la torre de Jananel. Junto a ellos reconstruyeron los hom-
3 bres de Jericó, y junto a éstos, Zacur, hijo de Imrí. La Puerta de

los Peces la reconstruyeron los hijos de Hasnaá; la armaron y fi-
4 jaron sus hojas, barras y cerrojos. A su lado restauró Meremot, hijo
de Urías, hijo de Hacós; junto a éste, Mesulán, hijo de Berequías,
5 hijo de Mesezabel; junto a éste, Sadoc, hijo de Baná; junto a éste
repararon los de Tecua, aunque sus nobles se negaron a colaborar
6 con sus señores. La puerta del barrio nuevo la restauraron Yoyadá,
hijo de Pasej, y Mesulán, hijo de Besodías; la armaron y fijaron sus
7 hojas, barras y cerrojos. Junto a ellos restauraron Melatías de Ga-
baón y Yadón de Meronot, con los hombres de Gabaón y de Atalaya,
8 a expensas del gobernador de Transeufratina. Junto a él restauró
Uziel, hijo de Jarjayas, orfebre, y junto a éste el perfumista Ananías;
9 reconstruyeron Jerusalén hasta el muro ancho. Junto a ellos res-
tauraron Refayas, hijo de Jur, jefe de medio distrito de Jerusalén.
10 A su lado lo hizo Yedayas, hijo de Jarumaf, delante de su casa.
Junto a éste restauró Jatús, hijo de Jasabnías.
11 La parte siguiente, hasta la Torre de los Hornos, la restauraron
12 Malquías, hijo de Jarín, y Jasub, hijo de Pajat Moab. Junto a éstos
trabajó Salún, hijo de Halojés, jefe de medio distrito de Jerusalén
con sus villas.
13 La Puerta del Valle la restauró Janún con los habitantes de Za-
noj; la reconstruyeron, fijaron sus puertas, barras y cerrojos, e hi-
cieron quinientos metros de muralla, hasta la Puerta de la Basura.
14 La Puerta de la Basura la restauró Malquías, hijo de Recab, jefe
del distrito de Casalhuerto; la reconstruyó y fijó sus hojas, barras
y cerrojos.
15 La Puerta de la Fuente la restauró Salún, hijo de Col-Jozé, jefe
del distrito de Atalaya; la reconstruyó, la cubrió y fijó sus hojas,
barras y cerrojos; también construyó la muralla de la alberca de
Siloé, junto al jardín real, hasta la escalera que baja de la Ciudad
de David.
16 A continuación, Nehemías, hijo de Azbuc, jefe de medio distrito
de Casarroca, reparó hasta las tumbas de David, la alberca artificial
17 y la Casa de los Campeones. A continuación lo hicieron los levitas:
Rejún, hijo de Baní; junto a él, Jasabías, jefe de medio distrito de
18 Queilá, su distrito. A continuación repararon sus parientes: Bavay,
19 hijo de Jenadad, jefe de medio distrito de Queilá. Junto a él, Ezer,
hijo de Josué, jefe de Atalaya, restauró el sector a partir de la subi-
da del arsenal del Angulo.
20 Baruc, hijo de Zabay, reparó el sector que va desde el Angulo
21 hasta la puerta de la casa del sumo sacerdote, Eliasib. Meremot,
hijo de Urías, hijo de Hacós, restauró desde la puerta de la casa de
22 Eliasib hasta el final de la misma. Luego lo hicieron los sacerdotes
23 que habitaban en la vega del Jordán. Benjamín y Jasub repararon
la zona frente a su casa, luego lo hizo Azarías, hijo de Maseyas, de
24 Ananías, en la zona junto a su casa. Binuy, hijo de Jenadad, reparó
el sector desde la casa de Azarías hasta el Angulo y la Esquina.
25 Palal, hijo de Uzay, lo hizo a partir del Angulo y la torre saliente
del palacio real, la de arriba, que da al patio de la cárcel. Luego,
26 Fedayas, hijo de Farós, reparó hasta enfrente de la Puerta del Agua,
al este de la torre saliente. (Los donados vivían en el Ofel).
27 A continuación trabajaron los de Tecua, desde la torre grande
28 saliente hasta la muralla del Ofel. A partir de la Puerta de los Ca-

29 ballos restauraron los sacerdotes, cada cual frente a su casa. A con-
tinuación, Sadoc, hijo de Imer, reparó la zona delante de su casa y
detrás de él lo hizo Semayas, hijo de Secanías, encargado de la
30 Puerta de Oriente. Ananías, hijo de Selemías, y Janún, sexto hijo de
Salaf, repararon el sector siguiente. Mesulán, hijo de Berequías,
31 restauró frente a su vivienda. A continuación, el orfebre Malquías
restauró hasta la casa de los donados y de los comerciantes, frente
a la Puerta de la Inspección, y hasta la habitación superior de la
32 esquina. La zona entre la habitación superior de la esquina y la
Puerta de las Ovejas la restauraron los orfebres y comerciantes.
33 Cuando Sanbalat se enteró de que estábamos reconstruyendo la
muralla, se indignó, y enfurecido, empezó a burlarse de los judíos,
34 diciendo a su gente y a la guarnición samaritana:
—¿Qué hacen esos desgraciados judíos? ¿No hay nadie que se lo
impida? ¿Van a ofrecer sacrificios? ¿Se creen que van a terminar en
un día y a resucitar de montones de escombros unas piedras calci-
nadas?
35 El amonita Tobías, que se encontraba a su lado, dijo:
—Déjalos que construyan. En cuanto suba una zorra abrirá bre-
cha en su muralla de piedra.
36 Escucha, Dios nuestro, cómo se burlan de nosotros. Haz que sus
insultos recaigan sobre ellos y mándalos al destierro para que se
37 burlen de ellos. No encubras sus delitos, no borres de tu vista sus
pecados, pues han ofendido a los constructores.
38 Seguimos levantando la muralla, que quedó reparada hasta me-
dia altura. La gente tenía ganas de trabajar.

4 Cuando Sanbalat, Tobías, los árabes, los amonitas y los asdoditas
se enteraron de que la reparación de la muralla de Jerusalén iba
adelante —pues empezaban a cerrarse las brechas— lo llevaron muy
2 a mal. Se confabularon para luchar contra Jerusalén y sembrar en
3 ella la confusión. Encomendándonos a nuestro Dios, apostamos una
guardia día y noche para vigilarlos.
4 Mientras los judíos decían: «Los cargadores se agotan y los es-
combros son muchos; nosotros solos no podemos construir la mu-
5 ralla», nuestros enemigos comentaban: «Que no sepan ni vean nada
hasta que hayamos penetrado en medio de ellos y los matemos; así
detendremos las obras».
6 En esta situación, los judíos que vivían entre ellos, viniendo de
diversos lugares, nos repetían una y otra vez que nos iban a atacar.
7 Entonces aposté en trincheras detrás de la muralla y entre matorra-
les gente dividida por familias y armados con sus espadas, lanzas y
8 arcos. Después de una inspección, dije a los notables, a las autori-
dades y al resto del pueblo:
—No les tengáis miedo. Acordaos del Señor, grande y terrible,
y luchad por vuestros hermanos, hijos, hijas, mujeres y casas.
9 Al ver nuestros enemigos que estábamos informados, Dios des-
barató sus planes y pudimos volver a la muralla, cada cual a su
10 tarea. Con todo, desde aquel día la mitad de mis hombres trabajaba
mientras la otra mitad estaba armada de lanzas, escudos, arcos y
11 corazas. Las autoridades se preocupaban de todos los judíos. Los
que construían la muralla y los cargadores estaban armados; con

12 una mano trabajaban y con la otra empuñaban el arma. Todos los
albañiles llevaban la espada al cinto mientras trabajaban. Y el cor-
13 neta iba a mi lado, pues había dicho a los notables, a las autorida-
des y al resto del pueblo: «El trabajo es tan grande y tan extenso,
que debemos desperdigarnos a lo largo de la muralla, lejos unos de
14 otros. En cuanto oigáis la corneta, dondequiera que estéis, venid
a reuniros con nosotros. Nuestro Dios combatirá por nosotros».
15 Así seguimos, unos trabajando y otros empuñando las lanzas, desde
16 que despuntaba el alba hasta que salían las estrellas. Por entonces
dije también al pueblo:
—Todos pernoctarán en Jerusalén con sus criados. De noche ha-
remos guardia y de día trabajaremos.
17 Yo, mis hermanos, mis criados y los hombres de mi escolta dor-
míamos vestidos y con las armas al alcance de la mano.

Problemas sociales

5 La gente sencilla, sobre todo las mujeres, empezaron a protestar
2 fuertemente contra sus hermanos judíos. Unos decían: «Tenemos
muchos hijos e hijas; que nos den trigo para comer y seguir con
3 vida». Otros: «Pasamos tanta hambre, que tenemos que hipotecar
4 nuestros campos, viñedos y casas para conseguir trigo». Y otros:
«Hemos tenido que pedir dinero prestado para pagar el impuesto
5 real. Somos iguales que nuestros hermanos, nuestros hijos son como
los suyos, y, sin embargo, debemos entregar como esclavos a nues-
tros hijos e hijas; a algunas de ellas incluso las han deshonrado, sin
que podamos hacer nada, porque nuestros campos y viñas están en
manos ajenas».
6 Cuando me enteré de sus protestas y de lo que sucedía me in-
digné y, sin poder contenerme, me encaré con los nobles y las auto-
7 ridades. Les dije:
—Os estáis portando con vuestros hermanos como usureros.
8 Convoqué contra ellos una asamblea general, y les dije:
—Nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, rescatamos
a nuestros hermanos judíos vendidos a los paganos. Y vosotros ven-
déis a vuestros hermanos para que luego nos los vendan a nosotros.
9 Se quedaron cortados, sin respuesta, y yo seguí:
—No está bien lo que hacéis. Sólo respetando a nuestro Dios evi-
10 taréis el desprecio de nuestros enemigos, los paganos. También yo,
mis hermanos y mis criados les hemos prestado dinero y trigo.
11 Olvidemos esa deuda. Devolvedles hoy mismo sus campos, viñas,
olivares y casas, y perdonadles el dinero, el trigo, el vino y el aceite
que les habéis prestado.
12 Respondieron:
—Se lo devolveremos sin exigir nada. Haremos lo que dices.
13 Entonces llamé a los sacerdotes para que les tomasen juramento
de que cumplirían su palabra. Luego me despojé de mi manto,
diciendo:
—Así despoje Dios de su casa y de sus bienes al que no cumpla
su palabra, y que se quede despojado y sin nada.
Toda la asamblea respondió:
—Amén.
Y alabó al Señor. El pueblo cumplió lo prometido.

14 Dicho sea de paso, desde el día en que me nombraron goberna-
dor de Judá, cargo que ocupé durante doce años, desde el veinte
hasta el treinta y dos del rey Artajerjes, ni yo ni mis hermanos co-
15 mimos a expensas del cargo. Los gobernadores anteriores gravaban
al pueblo, exigiéndole cada día cuatrocientos gramos de plata en con-
cepto de pan y vino, y también sus servidores oprimían a la gente.
16 Pero yo no obré así por respeto al Señor. Además, trabajé personal-
mente en la muralla, aunque yo no era terrateniente, y todos mis
17 criados se pasaban el día en la obra. A mi mesa se sentaban ciento
cincuenta nobles y consejeros, sin contar los que venían de los paí-
18 ses vecinos. Cada día se aderezaba un toro, seis ovejas escogidas y
aves; cada diez días encargaba vino de todas clases en abundancia.
Y a pesar de esto nunca reclamé la manutención de gobernador,
porque bastante agobiado estaba ya el pueblo.
19 Dios mío, acuérdate para mi bien de todo lo que hice por esta
gente.

Intrigas de los enemigos

6 Cuando Sanbalat, Tobías, el árabe Guesen y el resto de nuestros
enemigos se enteraron de que había reconstruido la muralla sin de-
jar ni una brecha —aunque todavía no había puesto las hojas de las
2 puertas—, Sanbalat y Guesen mandaron a decirme:
—Ven a entrevistarte con nosotros en una de las aldeas de la
vega de Onó.
3 Venían con malas intenciones, y les contesté con unos mensa-
jeros:
—Tengo muchísimo trabajo y no puedo bajar. No voy a dejar la
obra parada para bajar a veros.
4 Cuatro veces me mandaron a decir lo mismo y les contesté igual.
5 A la quinta, Sanbalat envió a su criado con una carta abierta, que
6 decía: «Se oye comentar entre la gente, y así lo afirma Guesen, que
tú y los judíos pensáis rebelaros, y que por eso has construido la
7 muralla. Según esos rumores, tú serías el rey, y has nombrado pro-
fetas que te proclamen en Jerusalén rey de Judá. Esos rumores van
a llegar a oídos del emperador. Ven, y decidiremos juntos lo que
conviene hacer».
8 Le respondí:
—Esos rumores de que hablas carecen de fundamento; son pura
invención tuya.
9 Querían intimidarnos, pensando que abandonaríamos la obra,
dejándola a medio acabar. Al contrario, cobré nuevos ánimos.
10 Por entonces fui a casa de Semayas, hijo de Delayas, hijo de Mehe-
tabel, que se hallaba impedido, y me dijo:
—Vamos a meternos en el templo, dentro de la nave, y cerramos
la puerta. Porque van a venir a matarte; piensan matarte esta noche.
11 Le contesté:
—Un hombre como yo no huye ni se mete en el templo para sal-
var la vida. No voy.
12 Pues caí en la cuenta de que no era Dios quien lo enviaba; me
13 hizo esta «profecía» sobornado por Tobías y Sanbalat, para que me

entrase miedo y actuase de esa forma, cometiendo un pecado que
pensaban aprovechar para denigrarme y difamarme.
14 Dios mío, acuérdate de lo que han hecho Tobías y Sanbalat; tam-
bién de la profetisa Noadías y de los otros profetas que intentaron
amedrentarme.
15 El veinticinco de septiembre, a los cincuenta y dos días de comen-
16 zada, se terminó la muralla. Cuando se enteraron nuestros enemigos
y lo vieron los pueblos circundantes se llenaron de admiración y re-
conocieron que era nuestro Dios el autor de esta obra.
17 Por aquellos días era intensa la correspondencia epistolar entre
18 los notables de Judá y Tobías, ya que muchos judíos se habían ju-
ramentado con él por ser yerno de Secanías, hijo de Araj, y porque
su hijo Juan estaba casado con la hija de Mesulán, hijo de Berequías.
19 Me contaban lindezas de él y a él le referían lo que yo hacía. Tobías
siguió enviando cartas para intimidarme.

7 Cuando estuvo reconstruida la muralla y coloqué las puertas, se
2 asignaron los cargos de porteros, cantores y levitas. Puse al frente
de Jerusalén a mi hermano Jananí, y a Ananías, jefe de la fortaleza,
3 que era un hombre honrado y temeroso de Dios como pocos. Les
dije:
—Que no abran las puertas de Jerusalén hasta que el sol calien-
te, y que las cierren y atranquen antes de que se ponga. Y que for-
men cuerpos de guardia con los habitantes de Jerusalén; unos vigi-
larán en los puestos y otros delante de su casa.

La repoblación de Jerusalén (I)

4 La ciudad era espaciosa y grande, pero los habitantes escasos y
5 no se construían casas. Entonces mi Dios me inspiró reunir a los
notables, a las autoridades y al pueblo para hacer el registro. En-
contré el registro de los primeros que habían vuelto, donde estaba
6 escrito: «Habitantes de la provincia que regresaron del destierro,
adonde los llevó cautivos Nabucodonosor, rey de Babilonia, y vol-
7 vieron a Jerusalén y a Judá, cada uno a su pueblo: Vinieron con
Zorobabel, Josué, Nehemías, Azarías, Raamías, Najmaní, Mardo-
queo, Bilsán, Mispéret, Bigvay, Nejún y Baná».
Lista de los seglares:
8 Dos mil ciento setenta y dos descendientes de Farós.
9 Trescientos setenta y dos descendientes de Sefatías.
10 Seiscientos cincuenta y dos descendientes de Araj.
11 Dos mil ochocientos dieciocho descendientes de Pajat Moab, des-
cendientes de Josué y de Joab.
12 Mil doscientos cincuenta y cuatro descendientes de Elán.
13 Ochocientos cuarenta y cinco descendientes de Zatú.
14 Setecientos sesenta descendientes de Zacay.
15 Seiscientos cuarenta y ocho descendientes de Binuy.
16 Seiscientos veintiocho descendientes de Bebay.
17 Dos mil trescientos veintidós descendientes de Azgad.
18 Seiscientos sesenta y siete descendientes de Adonicán.
19 Dos mil sesenta y siete descendientes de Bigvay.

20 Seiscientos cincuenta y cinco descendientes de Adín.
21 Noventa y ocho descendientes de Ater, de Ezequías.
22 Trescientos veintiocho descendientes de Jasún.
23 Trescientos veinticuatro descendientes de Besay.
24 Ciento doce descendientes de Jarif.
25 Noventa y cinco oriundos de Guibeón.
26 Ciento ochenta y ocho oriundos de Belén y Netofá.
27 Ciento veintiocho de Anatot.
28 Cuarenta y dos de Bet-Azmaut.
29 Setecientos cuarenta y tres de Villasotos, Leona y Pozos.
30 Seiscientos veintiuno de Ramá y Loma.
31 Ciento veintidós de Micmás.
32 Ciento veintitrés de Betel y Ay.
33 Cincuenta y dos descendientes de Nebo.
34 Mil doscientos cincuenta y cuatro descendientes del otro Elán.
35 Trescientos veinte de Jarín.
36 Trescientos cuarenta y cinco de Jericó.
37 Setecientos veintiuno de Lod, Jadid y Onó.
38 Tres mil novecientos treinta de Senaá.
39 *Sacerdotes:*
Novecientos setenta y tres descendientes de Yedayas, de la familia de Josué.
40 Mil cincuenta y dos descendientes de Imer.
41 Mil doscientos cuarenta y siete descendientes de Pasjur.
42 Mil diecisiete descendientes de Jarín.
43 *Levitas:*
Setenta y cuatro descendientes de Josué y de Cadmiel, de la familia de Hodavías.
44 *Cantores:*
Ciento cuarenta y ocho descendientes de Asaf.
45 *Porteros:*
Ciento treinta y ocho descendientes de Salún, Ater, Talmón, Acub, Jatitá y Sobay.
46 *Donados:*
47-8 Descendientes de Sijá, Jasufá, Tabaot, Querós, Sía, Fadón, Leba-
49-0 ná, Jagabá, Salmay, Janán, Guidel, Gájar, Reayas, Resín, Necodá,
51-3 Gazán, Uzá, Pasej, Besay, meunitas, nefisitas, Bacbuc, Jacufá, Jarjur,
54-6 Baslit, Mejidá, Jarsá, Barcós, Sísara, Támaj, Nesij y Jatifá.
57 *Siervos de Salomón:*
58 Descendientes de Sotay, Soféret, Peridá, Yalá, Darcón, Guidel,
59 Sefatías, Jatil, Poquéret, el sebaíta, y Amón.
60 Total de donados y siervos de Salomón: trescientos noventa y dos.
61 Lista de los que subieron de Tel Mélaj, Tel Jarsá, Querub, Adón
e Imer, pero no pudieron probar su ascendencia o su origen israe-
62 lita: seiscientos cuarenta y dos descendientes de Delayas, Tobías y
63 Necodá. Y de los sacerdotes, los descendientes de Jobayas, Hacós
y Barzilay, que se había casado con una hija de Barzilay, el galaadi-
64 ta, y tomó su nombre. Buscaron su registro genealógico, pero no lo
65 encontraron y se les excluyó del sacerdocio; el gobernador les prohi-
bió comer los alimentos sagrados hasta que apareciese un sacerdote
experto en consultar las suertes.

66 En total, la comunidad constaba de cuarenta y dos mil trescientas
67 sesenta personas, sin contar los esclavos y esclavas, que eran siete
68 mil trescientos treinta y siete. Tenía doscientos cuarenta y cinco
entre cantores y cantoras, setecientos treinta y seis caballos y doscientos cuarenta y cinco mulos, cuatrocientos treinta y cinco camellos y seis mil setecientos veinte asnos.
69 Algunos cabezas de familia hicieron donativos para la obra. El
gobernador entregó al tesoro mil dáricos de oro, cincuenta asper-
70 sorios y quinientas treinta túnicas sacerdotales. Los cabezas de fa-
milia ofrecieron para el culto veinte mil dáricos de oro y dos mil
71 doscientas minas de plata. El resto del pueblo, veinte mil dáricos
de oro, dos mil minas de plata y sesenta y siete túnicas sacerdotales.
72 Los sacerdotes, los levitas, los porteros, los cantores, parte del
pueblo, los donados y todo Israel se establecieron en sus pueblos.
Al llegar el mes de octubre se encontraban instalados en ellos.

Lectura de la Ley

8 Entonces todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la
plaza que se abre ante la Puerta del Agua, y pidió a Esdras, el le-
trado, que trajera el libro de la Ley de Moisés, que Dios había dado
2 a Israel. El sacerdote Esdras trajo el libro de la Ley ante la asam-
blea, compuesta de hombres, mujeres y todos los que tenían uso de
3 razón. Era a mediados de septiembre. En la plaza de la Puerta del
Agua, desde el amanecer hasta el mediodía, estuvo leyendo el libro
a los hombres, a las mujeres y a los que tenían uso de razón. Toda
la gente seguía con atención la lectura de la Ley.
4 Esdras, el letrado, estaba de pie en el púlpito de madera que
había hecho para esta ocasión. A su derecha se encontraban Mati-
tías, Sema, Anayas, Urías, Jelcías y Maseyas; a su izquierda, Fe-
dayas, Misael, Malquías, Jasún, Jasbadana, Zacarías y Mesulán.
5 Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo —pues se hallaba
en un puesto elevado—, y cuando lo abrió, toda la gente se puso en
6 pie. Esdras bendijo al Señor, Dios grande, y todo el pueblo, levan-
tando las manos, respondió: «Amén, amén». Después se inclinaron
y adoraron al Señor, rostro en tierra.
7 Los levitas Josué, Baní, Serebías, Yamín, Acub, Sabtay, Hodiyías,
Maseyas, Quelitá, Azarías, Yozabad, Janán y Felayas explicaron la
8 Ley al pueblo, que se mantenía en sus puestos. Leían el libro de la
Ley de Dios traduciéndolo y explicándolo para que se entendiese
9 la lectura. El gobernador Nehemías, el sacerdote y letrado Esdras
y los levitas que instruían al pueblo, viendo que la gente lloraba al
escuchar la lectura de la Ley, le dijeron:
—Hoy es un día consagrado al Señor, vuestro Dios. No estéis tristes ni lloréis.
10 Después añadió:
—Id a casa, comed buenas tajadas, bebed vinos generosos y enviad porciones a los que no tienen nada, porque hoy es día consagrado a nuestro Dios. No ayunéis, que al Señor le gusta que estéis fuertes.
11 Los levitas acallaban al pueblo, diciendo:
—Silencio, que es un día santo; no estéis tristes.

12 El pueblo se fue, comió, bebió, envió porciones y organizó una
gran fiesta, porque había comprendido lo que le habían explicado.

La fiesta de las Chozas

13 Al día siguiente, los cabezas de familia de todo el pueblo, los
sacerdotes y los levitas se reunieron con el letrado Esdras para es-
14 tudiar el libro de la Ley. En la Ley que había mandado el Señor
por medio de Moisés encontraron escrito: «Los israelitas habitarán
en chozas durante la fiesta del mes de octubre».
15 Entonces pregonaron en todos sus pueblos y en Jerusalén:
—Id al monte y traed ramas de olivo, pino, mirto, palmera y de
otros árboles frondosos para construir las chozas, como está man-
dado.
16 La gente fue, las trajo e hicieron las chozas; unos en la azotea,
otros en sus patios, en los patios del templo, en la plaza de la Puer-
17 ta del Agua y en la plaza de la Puerta de Efraín. Toda la asamblea
que había vuelto del destierro hizo chozas, habitaron en ellas
—cosa que no hacían los israelitas desde tiempos de Josué, hijo de
18 Nun— y hubo una gran fiesta. Todos los días, del primero al últi-
mo, leyó Esdras el libro de la Ley de Dios. La fiesta duró siete días,
y el octavo tuvo lugar una asamblea solemne, como está mandado.

Ceremonia de expiación

9 El día veinticuatro de este mismo mes se reunieron los israelitas
2 para ayunar, cubiertos de saco y polvo. La raza de Israel se separó
de todos los extranjeros, y puestos en pie confesaron sus pecados
3 y las culpas de sus padres. Permanecieron en sus puestos una cuarta
parte del día, mientras se leía el libro de la Ley del Señor, su Dios,
y otra cuarta parte la pasaron confesando y rindiendo homenaje al
Señor, su Dios.
4 Josué, Baní, Cadmiel, Sebanías, Buní, Serebías, Baní y Quenaní
subieron a la tribuna de los levitas e invocaron en alta voz al Señor,
5 su Dios. Y los levitas Josué, Cadmiel, Baní, Jasabnías, Serebías,
Hodiyas, Sebanías y Petajías dijeron:
—Levantaos, bendecid al Señor, vuestro Dios, desde siempre y
por siempre; bendecid su Nombre glorioso, que supera toda bendi-
ción y alabanza.
6 Y Esdras rezó:
«Tú, Señor, eres el único Dios.
Tú hiciste los cielos, lo más alto de los cielos
y todos sus ejércitos;
la tierra y cuantos la habitan,
los mares y cuanto contienen.
A todos les das vida,
y los ejércitos celestes te rinden homenaje.
7 Tú, Señor, eres el Dios que elegiste a Abrán,
lo sacaste de Ur de los caldeos
y le pusiste por nombre Abrahán.
8 Viste que su corazón te era fiel

e hiciste con él un pacto
para darle la tierra de los cananeos,
hititas, amorreos, fereceos, jebuseos y guirgaseos,
a él y a su descendencia.
Y cumpliste la palabra porque eres leal.
9 Viste luego la aflicción de nuestros padres en Egipto,
escuchaste sus clamores junto al Mar Rojo.
10 Realizaste signos y prodigios contra el Faraón,
contra sus ministros y toda la gente del país
—pues sabías que eran altivos con ellos—
y te creaste una fama que perdura hasta hoy.
11 Hendiste ante ellos el mar,
y cruzaron el mar a pie enjuto.
Arrojaste al abismo a sus perseguidores,
como una piedra en aguas turbulentas.
12 Con columna de nube los guiaste de día,
con columna de fuego de noche,
para iluminarles el camino que debían recorrer.
13 Bajaste al monte Sinaí,
hablaste con ellos desde el cielo.
Les diste normas justas, leyes válidas,
mandatos y preceptos excelentes.
14 Les diste a conocer tu santo sábado,
les diste preceptos, mandatos y leyes
por medio de tu siervo Moisés.
15 Les enviaste pan desde el cielo cuando tenían hambre,
hiciste brotar agua de la roca cuando tenían sed.
Y les ordenaste tomar posesión de la tierra
que, mano en alto, habías jurado darles.
16 Pero ellos, nuestros padres, se mostraron altivos;
poniéndose tercos desoyeron tus mandatos.
17 No quisieron oír ni recordar los prodigios
que hiciste en su favor.
Tercamente se empeñaron en volver
a la esclavitud de Egipto.
Pero tú, Dios del perdón,
clemente y compasivo, paciente y misericordioso,
no los abandonaste,
18 ni siquiera cuando hicieron un becerro fundido
y proclamaron: 'Este es tu dios,
que te sacó de Egipto',
cometiendo una ofensa terrible.
19 Pero tú, por tu gran compasión,
no los abandonaste en el desierto.
No se alejó de ellos la columna de nube
que los guiaba por el camino de día,
ni la columna de fuego
que de noche les iluminaba
el camino que debían recorrer.
20 Les diste tu buen espíritu para instruirlos,
no les quitaste de la boca tu maná,
les diste agua en los momentos de sed.

21 Cuarenta años los sustentaste en el desierto
y nada les faltó;
ni sus vestidos se gastaron
ni se hincharon sus pies.
22 Les entregaste reinos y pueblos,
repartiste a cada uno su región.
Se apoderaron del país de Sijón, rey de Jesbón,
de la tierra de Og, rey de Basán.
23 Multiplicaste sus hijos como las estrellas del cielo,
los introdujiste en la tierra
que habías prometido a sus padres en posesión.
24 Entraron los hijos para ocuparla
y derrotaste ante ellos a sus habitantes, los cananeos.
Los pusiste en sus manos,
igual que a los reyes y a los pueblos del país,
para que dispusieran de ellos a placer.
25 Conquistaron fortalezas y una tierra fértil;
poseyeron casas rebosantes de riquezas,
pozos excavados, viñas y olivares,
y abundantes árboles frutales;
comieron hasta hartarse y engordaron
y disfrutaron de tus dones generosos.
26 Pero, indóciles, se rebelaron contra ti,
se echaron tu Ley a las espaldas
y asesinaron a tus profetas, que los amonestaban
a volver a ti,
cometiendo gravísimas ofensas.
27 Los entregaste en manos de sus enemigos,
que los oprimieron.
Pero en su angustia clamaron a ti,
y tú los escuchaste desde el cielo;
y por tu gran compasión
les enviaste salvadores
que los salvaron de sus enemigos.
28 Pero al sentirse tranquilos
hacían otra vez lo que repruebas;
los abandonabas en manos de sus enemigos,
que los oprimían;
clamaban de nuevo a ti,
y tú los escuchabas desde el cielo,
librándolos muchas veces por tu gran compasión.
29 Los amonestaste para que volvieran a tu Ley,
pero ellos, altivos, no obedecieron tus preceptos
y pecaron contra tus normas,
que dan la vida al hombre si las cumple.
Volvieron la espalda con rebeldía;
tercamente, no quisieron escuchar.
30 Fuiste paciente con ellos durante muchos años,
tu espíritu los amonestó por tus profetas,
pero no prestaron atención
y los entregaste en manos de pueblos paganos.
31 Mas por tu gran compasión

no los aniquilaste ni abandonaste,
porque eres un Dios clemente y compasivo.
32 Ahora, Dios nuestro,
Dios grande, valiente y terrible,
fiel a la alianza y leal,
no menosprecies las aflicciones
que les han sobrevenido a nuestros reyes,
a nuestros príncipes, sacerdotes y profetas,
a nuestros padres y a todo tu pueblo
desde el tiempo de los reyes asirios hasta hoy.
33 Eres inocente en todo lo que nos ha ocurrido,
porque tú obraste con lealtad,
y nosotros somos culpables.
34 Ciertamente, nuestros reyes,
príncipes, sacerdotes y padres
no cumplieron tu Ley
ni prestaron atención a los preceptos y avisos
con que los amonestabas.
35 Durante su reinado,
a pesar de los grandes bienes que les concediste
y de la tierra espaciosa y fértil que les entregaste,
no te sirvieron ni se convirtieron
de sus malas acciones.
36 Por eso estamos ahora esclavizados,
esclavos en la tierra que diste a nuestros padres
para que comiesen sus frutos excelentes.
37 Y sus abundantes productos son para los reyes
a los que nos sometiste por nuestros pecados,
y que ejercen su dominio a su arbitrio
sobre nuestras personas y ganados.
Somos unos desgraciados».

10 Con todo, hacemos un pacto y lo ponemos por escrito, sellándolo
nuestras autoridades, nuestros levitas y nuestros sacerdotes.
2-3 Lo firmaron: Nehemías, hijo de Jacalías, y Sedecías; Serayas, Aza-
4-5 rías, Jeremías, Pasjur, Amarías, Malquías, Jatús, Sebanías, Maluc,
6-8 Jarín, Meremot, Abdías, Daniel, Guinetón, Baruc, Mesulán, Abías,
9 Miyamín, Mazías, Bilgay, Semayas. Todos ellos sacerdotes.
10 Levitas: Josué, hijo de Azanías; Binuy, descendiente de Jenadad;
11 Cadmiel y sus hermanos; Secanías, Hodiyas, Quelitá, Felayas, Ja-
12-4 nán, Micá, Rejob, Jasabías, Zacur, Serebías, Sebanías, Hodiyas, Baní
y Beninú.
15-6 Autoridades: Farós, Pajat Moab, Elán, Zatú, Baní, Buní, Azgad,
17-9 Bebay, Adonías, Bigvay, Adín, Ater, Ezequías, Azur, Hodiyas, Jasún,
20-2 Besay, Jarif, Anatot, Nebay, Magpiás, Mesulán, Jezir, Mesezabel,
23-4 Sadoc, Yadúa, Felatías, Janán, Anayas, Oseas, Ananías, Jasub,
25-7 Halojés, Filjá, Sobec, Rejún, Jasabná, Maseyas, Ajías, Janán. Anán,
28 Maluc, Jarín y Baná.
29 El resto del pueblo, los sacerdotes, los levitas, los porteros, los
cantores, los donados y todos los extranjeros que se habían convertido a la Ley de Dios, sus mujeres, hijos, hijas y todos los que te-

30 nían uso de razón se unieron a sus hermanos, los notables, y jura-
ron solemnemente:
— proceder según la Ley de Dios dada por medio de Moisés,
siervo de Dios, y poner en práctica todos los preceptos, decretos y
mandatos del Señor;
31 — no dar nuestras hijas a extranjeros y no casar a nuestros hijos
con extranjeras;
32 — no comprar en sábado o día de fiesta las mercancías, especial-
mente el trigo, que los extranjeros traen y venden en sábado;
— renunciar cada siete años a la cosecha y a cualquier clase de
deudas.
33 Nos comprometimos además:
— a entregar cada año un tercio de siclo para el culto del tem-
34 plo de nuestro Dios: para los panes presentados y la ofrenda diaria;
para el holocausto diario, el de los sábados, principios de mes, so-
lemnidades, consagraciones y sacrificios expiatorios por Israel, y
35 para la fábrica del templo (en cuanto a la ofrenda de leña que debe
arder en el altar del Señor, nuestro Dios, como manda la Ley, sacer-
dotes, levitas y pueblo echaron suertes para traerla al templo por
familias y en determinadas épocas cada año);
36 — a traer al templo cada año las primicias de nuestros campos,
37 las primicias de todos los árboles frutales y los primogénitos de
nuestros hijos y ganados, como está escrito en la Ley;
— a entregar a los sacerdotes que ofician en el templo los pri-
mogénitos de nuestros ganados mayor y menor.
38 Para los sacerdotes llevaremos a los almacenes del templo lo me-
jor de nuestra harina, de nuestras ofrendas, de toda clase de frutos,
del vino y del aceite, y daremos a los levitas el diezmo de nuestros
campos (es decir, a los levitas que perciben el diezmo en todos los
39 pueblos donde trabajamos). Un sacerdote aaronita acompañará a los
levitas cuando éstos reciban el diezmo, y los levitas entregarán la
décima parte del mismo al templo de nuestro Dios, depositándolo
40 en los almacenes del tesoro. Porque los israelitas y los levitas llevan
las ofrendas de trigo, vino y aceite a los almacenes; allí está el ajuar
del santuario y viven los sacerdotes que están de servicio, los por-
teros y los cantores. En una palabra: no descuidaremos el templo
de nuestro Dios.

La repoblación de Jerusalén (II)

11 Las autoridades fijaron su residencia en Jerusalén, y el resto del
pueblo se sorteó para que, de cada diez, uno habitase en Jerusalén,
2 la ciudad santa, y nueve en sus pueblos. La gente colmó de bendi-
ciones a todos los que se ofrecieron voluntariamente a residir en
Jerusalén.
3 Lista de los jefes de la provincia que fijaron su residencia en Je-
rusalén y en los pueblos de Judá. Cada cual residió en su propie-
dad, en su pueblo, seglares, sacerdotes, levitas, donados y siervos de
4 Salomón. En Jerusalén residían judíos y benjaminitas.
Judíos: Atayas, hijo de Uzías, hijo de Zacarías, hijo de Amarías,
5 hijo de Sefatías, hijo de Mahlalel, descendiente de Fares; Maseyas,

hijo de Baruc, hijo de Col-Jozé, hijo de Jazayas, hijo de Adayas, hijo
6 de Yoyarib, hijo de Zacarías, hijo de Seloní. Total de descendien-
tes de Fares que habitaban en Jerusalén: cuatrocientos sesenta y
ocho hombres de recursos.
7 Benjaminitas: Salú, hijo de Mesulán, hijo de Yoed, hijo de Fe-
dayas, hijo de Colayas, hijo de Maseyas, hijo de Itiel, hijo de Isaías,
8 y sus parientes, novecientos veintiocho hombres de recursos.
9 Joel, hijo de Zicrí, estaba al frente de ellos, y Judá, hijo de Has-
nuá, era la segunda autoridad de la ciudad.
10-1 Sacerdotes: Yedayas, Yoyarib, Yaquín; Serayas, hijo de Jelcías,
hijo de Mesulán, hijo de Sadoc, hijo de Merayot, hijo de Ajitub,
12 jefe del templo, y sus ochocientos veintidós parientes, que traba-
jaban en el templo; Adayas, hijo de Yeroján, hijo de Felalías, hijo
13 de Amsí, hijo de Zacarías, hijo de Pasjur, hijo de Malquías, y sus
doscientos cuarenta y dos parientes, cabezas de familia; Amasay,
hijo de Azarel, hijo de Ajzay, hijo de Mesilemot, hijo de Imer,
14 y sus ciento veintiocho parientes, hombres de armas. Su superin-
tendente era Zabdiel, hijo de Hagadol.
15 Levitas: Semayas, hijo de Jasub, hijo de Azricán, hijo de Jasa-
16 bías, hijo de Buní; Sabtay y Yozabad, jefes levitas al frente del ser-
17 vicio exterior del templo; Matanías, hijo de Micá, hijo de Zabdí,
hijo de Asaf, que dirigía el canto y entonaba la acción de gracias;
Bacbuquías, el segundo de sus hermanos; Abdías, hijo de Samúa,
18 hijo de Galal, hijo de Yedutún. Total de levitas residentes en la
ciudad santa: doscientos ochenta y cuatro.
19 Porteros: Acub, Talmón y sus parientes, que hacían la guardia
de las puertas: ciento setenta y dos.
20 El resto de Israel, de los sacerdotes y de los levitas se estableció
21 en los pueblos de Judá, cada cual en su propiedad. Los donados
22 habitaban el Ofel; Sijá y Guispá estaban al frente de ellos. El en-
cargado de los levitas de Jerusalén era Uzí, hijo de Baní, hijo de
Jasabías, hijo de Matanías, hijo de Micá; era uno de los descendien-
23 tes de Asaf, encargados del canto al servicio del templo. Una orden
real y un reglamento fijaban la actuación de los cantores cada día.
24 Petajías, hijo de Mesezabel, descendiente de Zéraj, hijo de Judá,
estaba al servicio del rey para todos los asuntos del pueblo.
25 En las aldeas y campos también habitaban judíos: en Villa
Arbá y su municipio, en Dibón y su municipio, en Yecabsel y sus
26-7 cortijos, en Yesúa, en Moladá, en Bet-Pélet, en Aldealazorra, en
28 Berseba y su municipio, en Sicelag, en Meconá y su municipio,
29-0 en Fuengranado, Soreá, Yarmut, Zanoj, Adulán y sus caseríos, en
Laquis y su comarca, en Azecá y su municipio. Se establecieron des-
de Berseba hasta el valle de Hinón.
31 Los benjaminitas habitaban en Loma, Micmás, Ayá, Betel y su
32-4 municipio, Anatot, Nob, Ananías, Jasor, Ramá, Doslagares, Jadid,
35-6 Seboín, Nebalat, Lod, Onó y en Valdeherreros. Grupos de levi-
tas residían en Judá y Benjamín.

12 Lista de los sacerdotes y levitas que subieron con Zorobabel,
2 hijo de Sealtiel y con Josué: Serayas, Jeremías, Esdras, Amarías,
3-4 Maluc, Jatús Secanías, Rejún, Meremot, Idó, Guinetón, Abías,
5-7 Miyamín, Maadías, Bilgá, Semayas, Yoyarib, Yedayas, Salú, Amoc,

Jelcías, Yedayas. Eran los jefes de los sacerdotes y de sus parientes
en tiempos de Josué.
8 Levitas: Josué, Binuy, Cadmiel, Serebías, Judá, Matanías —en-
cargado con sus hermanos de los himnos de acción de gracias—;
9 sus hermanos Bacbuquías y Uní les ayudaban en el ministerio.
10 Josué engendró a Joaquín; Joaquín engendró a Eliasib; Eliasib
11 engendró a Yoyadá; Yoyadá engendró a Juan, y Juan engendró a
Yadúa.
12 Sacerdotes cabezas de familia en tiempos de Joaquín: de la fami-
13 lia de Serayas, Merayas; de Jeremías, Ananías; de Esdras, Mesulán;
14-5 de Amarías, Juan; de Maluc, Jonatán; de Secanías, José; de Jarín,
16 Azná; de Meremot, Jelcay; de Idó, Zacarías; de Guinetón, Mesu-
17-8 lán; de Abías, Zicrí; de Minyamín...; de Moadías, Piltay; de Bilgá,
19 Samúa; de Semayas, Jonatán; de Yoyarib, Matnay; de Yedayas,
20-1 Uzí; de Salú, Calay; de Amoc, Eber; de Jelcías, Jasabías; de Ye-
dayas, Netanel.
22 Los cabezas de familia de los sacerdotes que vivieron en tiempos
de Eliasib, Yoyadá, Juan y Yadúa están registrados en el libro de
las Crónicas hasta el reinado del persa Darío.
23 Levitas: Los cabezas de familia están registrados en el libro de
24 las Crónicas hasta el tiempo de Juan, nieto de Eliasib. Los jefes de
los levitas eran: Jasabías, Serebías, Josué, Binuy, Cadmiel; a sus
órdenes estaban sus hermanos, que se turnaban por grupos en la
alabanza y la acción de gracias, según dispuso David, hombre de
25 Dios. Matanías, Bacbuquías, Abdías, Mesulán, Talmón y Acub eran
26 porteros; hacían la guardia en los almacenes de las puertas. Todos
éstos vivieron en tiempos de Joaquín, hijo de Josué, hijo de Yosa-
dac, en tiempos del gobernador Nehemías y del sacerdote y letrado
Esdras.

Inauguración de la muralla

27 Al inaugurar la muralla de Jerusalén buscaron a los levitas por
todas partes para traerlos a Jerusalén a celebrar la inauguración con
una fiesta y con acciones de gracias, al son de platillos, arpas y cí-
28 taras. Se reunieron los cantores del valle del Jordán, de la comarca
29 de Jerusalén, de las aldeas de Netofat, de Bet-Guilgal y de los cam-
pos de Loma y Azmaut (porque los cantores se habían construido
30 aldeas en las cercanías de Jerusalén). Los sacerdotes y los levitas
se purificaron y luego purificaron al pueblo, las puertas y la mu-
ralla.
31 Mandé a las autoridades de Judá que subiesen a la muralla y
organicé dos grandes coros. Uno iba por la derecha, encima de la
32 muralla, hacia la Puerta de la Basura. Cerraban la marcha Oseas,
33-4 la mitad de las autoridades de Judá, Azarías, Esdras, Mesulán, Judá,
35 Benjamín, Semayas, Jeremías; sacerdotes con trompetas, Zacarías,
hijo de Jonatán, hijo de Semayas, hijo de Matanías, hijo de Mi-
36 queas, hijo de Zacur, hijo de Asaf, y sus hermanos, Semayas, Azarel,
Milalay, Guilalay, Maay, Netanel, Judá y Jananí, con los instru-
mentos de David, hombre de Dios. Esdras, el letrado, iba al frente
de ellos.
37 Pasaron por la Puerta de la Fuente y, siguiendo en línea recta,

subieron a la escalera de la Ciudad de David y bajaron por la cues-
ta de la muralla, junto al palacio de David, hasta la Puerta del
38a Agua, a levante. El segundo coro, al que seguía yo con la mitad de
41 las autoridades y los sacerdotes Eliaquín, Maseyas, Minyamín, Mi-
42a queas, Elioenay, Zacarías y Ananías, con trompetas, y Maseyas, Se-
38b mayas, Eleazar, Uzí, Juan, Malquías, Elán, Ezer, se dirigió hacia la
izquierda, por encima de la muralla, a lo largo de la Torre de los
39 Hornos hasta el muro ancho, y continuó por la Puerta de Efraín, la
Puerta Antigua, la Puerta del Pescado, la Torre de Jananel, la Torre
de los Cien y la Puerta de los Rebaños, hasta detenerse en la Puerta
40 de la Cárcel. Los dos coros se situaron en el templo de Dios;
42b los cantores cantaban dirigidos por Yizrajías.
43 Aquel día ofrecieron sacrificios solemnes y hubo fiesta, porque
el Señor los inundó de gozo; también las mujeres y los niños partici-
paron en ella. La algazara de Jerusalén se escuchaba desde lejos.
44 Por entonces se nombraron los intendentes de los almacenes des-
tinados a provisiones, ofrendas, primicias y diezmos, donde se guar-
daban, por campos y pueblos, las porciones que prescribe la ley
para los sacerdotes y los levitas. Porque los judíos estaban conten-
45 tos de los sacerdotes y levitas en funciones, que se ocupaban del
culto de su Dios y del rito de la purificación, como habían man-
dado David y su hijo Salomón, y también de los cantores y porteros.
46 (Ya desde antiguo, en tiempos de David y Asaf, había jefes de
cantores y cánticos de alabanza y de acción de gracias a Dios).
47 Y en tiempos de Zorobabel y de Nehemías todos los israelitas sub-
venían diariamente a las necesidades de los cantores y porteros, y
hacían ofrendas sagradas a los levitas, igual que éstos a los descen-
dientes de Aarón.

Diversas reformas

13 Por entonces, leyendo al pueblo el libro de Moisés, encontramos
escrito: «Los amonitas y moabitas nunca podrán pertenecer a la
2 comunidad de Dios, porque no socorrieron a los israelitas con pan
y agua, 'sino que contrató a Balaán para que los maldijese' (aunque
3 nuestro Dios cambió la maldición en bendición)». Cuando escucha-
ron esta cláusula apartaron de Israel a la masa de extranjeros.
4 Antes de esto, el sacerdote Eliasib, encargado de las dependen-
5 cias del templo y pariente de Tobías, le había acondicionado a éste
una gran habitación, en la que antes solían guardarse las ofrendas,
el incienso, los utensilios, el diezmo del trigo, del vino y del aceite
debido a los levitas, cantores y porteros, y la contribución para los
6 sacerdotes. En ese momento no me encontraba yo en Jerusalén,
pues el año treinta y dos de Artajerjes, rey de Babilonia, fui a ver
a su majestad; al cabo de cierto tiempo, con el permiso del rey,
7 volví a Jerusalén y advertí la maldad que había cometido Eliasib
acondicionándole a Tobías una habitación en los atrios del templo.
8 Me pareció muy mal, mandé sacar de la habitación todas las cosas
9 de Tobías, ordené que la purificasen y volví a guardar allí los uten-
silios del templo, las ofrendas y el incienso.
10 Supe también que los levitas no habían percibido sus porciones

y que por eso los levitas y los cantores encargados del culto se ha-
11 bían marchado a sus campos. Me encaré con los notables, y les dije:
—¿Por qué se ha descuidado el templo?
12 Mandé reunir a los levitas y volvieron a ocupar sus puestos. To-
dos los judíos trajeron a los almacenes el diezmo del trigo, del vino
13 y del aceite. Puse al frente de los almacenes al sacerdote Selemías,
al sacerdote Sadoc y al levita Fedayas, ayudados por Janán, hijo de
Zacur, hijo de Matanías, que tenían fama de honrados; se encarga-
ron de distribuir las porciones a sus hermanos.
14 Tenme esto en cuenta, Dios mío, y no olvides mi piedad en favor
del templo y de su culto.
15 Vi también por entonces que algunos judíos pisaban el lagar en
sábado, otros hacían gavillas y las cargaban en mulos; e incluso
introducían en sábado en Jerusalén vino, uvas, higos y toda clase
de cargas. Les eché en cara que vendiesen su mercancía ese día.
16 También los tirios residentes en Jerusalén traían pescado y toda
clase de mercancías, y los vendían en sábado a los judíos y en Je-
rusalén.
17 Me encaré con los nobles de Judá, y les dije:
18 —Obráis mal profanando el día del sábado. Es lo mismo que
hicieron nuestros padres, y fijaos en el castigo que nos mandó nues-
tro Dios a nosotros y a esta ciudad. Profanando el sábado acrecen-
táis su cólera contra Israel.
19 Mandé que se cerrasen las puertas de Jerusalén al caer la tarde
antes del sábado, con orden de no abrirlas hasta pasado el sábado.
Y puse en las puertas a algunos de mis criados para que no entrase
20 ninguna carga en día de sábado. Pero algunos comerciantes y
mercaderes diversos se quedaron a pernoctar fuera de Jerusalén
21 una y otra vez. Les advertí:
—¿Por qué dormís frente a la muralla? Como volváis a hacerlo
os echo mano.
Desde entonces no aparecieron en sábado.
22 Ordené a los levitas que se purificasen y ayudasen a los guardia-
nes de las puertas a santificar el día del sábado.
Tenme también esto en cuenta, Dios mío, y perdóname por tu
gran misericordia.
23 Por entonces advertí también que algunos judíos se habían casa-
24 do con mujeres asdoditas, amonitas y moabitas. La mitad de sus
hijos hablaban asdodeo u otras lenguas extranjeras, pero no sabían
25 hablar hebreo. Me encaré con ellos, los maldije, golpeé a algunos,
les tiré de los pelos y los conjuré solemnemente: «No casaréis vues-
tras hijas con sus hijos ni tomaréis sus hijas para vuestros hijos o
26 para vosotros». Ese fue precisamente el pecado de Salomón, rey
de Israel. No había otro rey como él en toda la tierra, y su Dios
lo quería tanto que lo hizo rey de todo Israel. Pero incluso a él lo
27 hicieron pecar las mujeres extranjeras. Que no volvamos a enterar-
nos de que cometéis la infamia de ofender a nuestro Dios casándoos
con extranjeras.
28 Un hijo del sumo sacerdote, Yoyadá, hijo de Eliasib, era yerno
del joronita Sanbalat. Lo alejé de mi presencia.
29 Tenles en cuenta, Dios mío, las profanaciones que han cometido
contra el sacerdocio y contra el pacto de los sacerdotes y levitas.

30 Así, pues, los purifiqué de todo contacto con extranjeros y resta-
31 blecí a los sacerdotes y levitas en sus respectivos cargos. También
me ocupé de la ofrenda de leña en los tiempos señalados, igual que
de las primicias.
Acuérdate de mí, Dios mío, para mi bien.

MACABEOS

INTRODUCCION

A la muerte de Alejandro, su Imperio, apenas sometido, se convierte en escenario de las luchas de los diadocos. En menos de veinte años se realiza una división estable en tres zonas: los lágidas en Egipto, los seléucidas en Siria, el reino macedonio. Palestina, como parte de la Celesiria, vuelve a ser terreno disputado por los señores de Egipto y Siria. Durante todo el siglo III dominaron benévolamente los tolomeos, siguiendo una política de tolerancia religiosa y explotación económica. En el 199, Antíoco III de Siria se aseguró el dominio de Palestina y concedió a los judíos en torno a Jerusalén autonomía para seguir su religión y leyes, con obligación de pagar tributos y dar soldados al rey.

En el primer siglo del helenismo, los judíos, más o menos como otros pueblos, estuvieron sometidos a su influjo, y se fue realizando una cierta simbiosis espiritual y cultural, sin sacrificio de la religión y las leyes y tradiciones paternas. El siglo siguiente, las actitudes diversas frente al helenismo fraguan en dos partidos opuestos: el progresista, que quiere conciliar la fidelidad a las propias tradiciones con una decidida apertura a la nueva cultura internacional, y el partido conservador, cerrado y exclusivista. En gran parte, las luchas que narra este libro son luchas judías internas o provocadas por la rivalidad de ambos partidos.

Antíoco IV hace la coexistencia imposible al escalar las medidas represivas. (Aquí comienza el libro). Los judíos reaccionaron primero con la resistencia pasiva hasta el martirio; después abandonaron las ciudades en acto de resistencia pasiva; finalmente, estalló la revuelta a mano armada. Primero en guerrillas, después, con organización más amplia, lucharon con suerte alterna desde el 165 hasta el 134. Hasta que los judíos obtuvieron la independencia bajo el reinado del asmoneo Juan Hircano.

En tiempos de este rey y con el optimismo de la victoria se escribió el primer libro de los Macabeos, para exaltar la memoria de los combatientes que habían conseguido la independencia, y para justificar la monarquía reinante.

Justificación, porque Juan Hircano era a la vez sumo sacerdote y rey, cosa inaudita y contra la tradición. Si la descendencia levítica podía justificar el cargo sacerdotal, excluía el oficio real, que tocaba a la dinastía davídica de la tribu de Judá.

El autor, usando situaciones paralelas y un lenguaje rico en alusiones, muestra que el iniciador de la revuelta es el nuevo Fineés (Nm 25), merecedor de la función sacerdotal; que sus hijos son los nuevos «jueces», suscitados y apoyados por Dios para salvar a su pueblo; que la dinastía asmonea es la correspondencia actual de la davídica.

Más aún, muestra el nuevo reino como cumplimiento parcial de muchas profecías escatológicas o mesiánicas: la liberación del yugo extranjero, la vuelta de judíos dispersos, la gran tribulación superada, el honor nacional reconquistado, son los signos de la nueva era de gracia.

El autor no vivió (al parecer) para contemplar el fracaso de tantos esfuerzos e ilusiones, es decir, la traición por parte de los nuevos monarcas de los principios religiosos y políticos que habían animado a los héroes de la resistencia. Fueron otros quienes juraron odio a la dinastía asmonea y con su influjo lograron excluir de los libros sagrados una obra que exaltaba las glorias de dicha familia.

Por encima del desenlace demasiado humano, el libro resultó el canto heroico de un pueblo pequeño, empeñado en luchar por su identidad e independencia nacional: con el heroísmo de sus mártires, la audacia de sus guerrilleros, la prudencia política de sus jefes. La identidad nacional en aquel momento se definía por las «leyes paternas» frente a los usos griegos, especialmente las más distintivas. Por el pueblo, así definido, lucharon y murieron hasta la victoria.

El libro es, por tanto, un libro de batallas, con muy poco culto y devoción personal. Dios apoya a los combatientes de modo providencial, a veces inesperado, pero sin los milagros del segundo libro de los Macabeos y sin realizar él solo la tarea, como en las Crónicas. El autor es muy parco en referencias religiosas explícitas, pero el tejido de alusiones hacen la obra transparente para quienes estaban familiarizados con los escritos bíblicos precedentes. La obra es claramente parcial contra los seléucidas en general y contra el partido judío helenista.

El autor tuvo acceso a documentos de archivo para sus fechas y quizá para algunas cartas. Si no participó personalmente en la lucha, se diría que entrevistó a algunos participantes. La obra tiene gran valor histórico, no anulado por la postura manifiesta del autor.

La construcción del libro es cronológica y sencilla: 1-2: Comienza la persecución y la revuelta de Matatías; 3,1-9,22: Judas Macabeo; 9,23-12,52: Jonatán; 12,53-16,22: Simón.

El estilo narrativo tiene bastante viveza cuando se concentra en escenas o en registrar algunos detalles. En general, tiende al énfasis retórico: términos universales para dar la impresión de totalidad, frecuentes superlativos, adjetivos de valor o desprecio, enumeraciones, antítesis en serie. Introduce discursos, elegías, elogios. Tiende a provocar la emoción patética.

El libro se lee en la traducción griega de un original hebreo perdido.

CRONOLOGIA DE «MACABEOS»

Era			Cita bíblica
Seléucida	A. de C.		
137	175	Antíoco Epífanes sube al trono	1 Mac 1,10
143	169	Vencedor en Egipto, invade Jerusalén ...	1 Mac 1,20
145	167	Profanación del altar	1 Mac 1,54
146	166	Muerte de Matatías; le sucede Judas	1 Mac 2,70
147	165	Incursión de Antíoco en Mesopotamia ...	1 Mac 3,37
148	164	El altar es nuevamente consagrado	1 Mac 4,52
149	163	Muerte de Antíoco	1 Mac 6,16
150	162	Judas asedia la acrópolis de Jerusalén ...	1 Mac 6,20
151	161	Demetrio seléucida se sienta en el trono.	1 Mac 7,1
152	160	Báquides y Alcimo contra Judas; éste muere	1 Mac 9,3
153	159	Muerte de Alcimo	1 Mac 9,54
160	152	Alejandro Epífanes, rey en Ptolemaida ...	1 Mac 10,1
160	152	Jonatán, sumo sacerdote	1 Mac 10,21
162	150	Boda de Alejandro y Cleopatra, hija de Ptolomeo VI	1 Mac 10,57
165	147	Demetrio llega de Creta	1 Mac 10,67
167	145	Demetrio sube al trono	1 Mac 11,19
170	142	Israel sacude el yugo. Reina Simón	1 Mac 13,41
172	140	Demetrio, preso de Arsaces	1 Mac 14,1

Era			Cita bíblica
Seléucida	A. de C.		
172	140	Inscripción en honor de Simón	1 Mac 14,27
174	138	Antíoco cerca a Trifón en Dor	1 Mac 15,10
177	134	Muere Simón. Le sucede Juan	1 Mac 16,14
169	143	Carta dirigida a los judíos de Egipto	2 Mac 1,7
188	124	Carta enviada a los judíos de Egipto	2 Mac 1,10
149	163	Cartas	2 Mac 11,21
149	163	Cartas	2 Mac 11,33
149	163	Cartas	2 Mac 11,38
149	163	Antíoco Eupátor avanza sobre Judá	2 Mac 13,1
151	161	Alcimo visita a Demetrio	2 Mac 14,4

SINCRONISMOS

165 a. C.	Batalla de Emaús	1 Mac 4,1-27	2 Mac 8,8-29.34-36
164 a. C.	Primera campaña de Lisias.	1 Mac 4,28-35	2 Mac 11,1-21.27-12,1
164 a. C.	Muerte de Antíoco	1 Mac 6,1-16	2 Mac 9,1-29
164 a. C.	Entronización de Antíoco V.	1 Mac 6,17	2 Mac 10,10-11
164 a. C.	Dedicación del templo	1 Mac 4,36-61	2 Mac 10,1-8
163 a. C.	Batallas con los vecinos	1 Mac 5,68	2 Mac 10,14-38; 12

MACABEOS 1

Introducción histórica

1 Alejandro el macedonio, hijo de Filipo, que ocupaba el trono de
Grecia, salió de Macedonia, derrotó y suplantó a Darío, rey de Per-
2 sia y Media, entabló numerosos combates, ocupó fortalezas, asesinó
3 a reyes, llegó hasta el confín del mundo, saqueó innumerables na-
ciones. Cuando la tierra quedó en paz bajo su mando, él se engreyó
4 y se llenó de orgullo; reunió un ejército potentísimo y dominó paí-
5 ses, pueblos y soberanos, que tuvieron que pagarle tributo. Pero
6 después cayó en cama, y cuando vio cercana la muerte, llamó a los
generales más ilustres, educados con él desde jóvenes, y les repartió
7 el reino antes de morir. A los doce años de reinado, Alejandro
8 murió y sus generales se hicieron cargo del gobierno, cada cual en
9 su territorio; al morir Alejandro, todos ciñeron la corona real, y
después sus hijos durante muchos años, multiplicando las desgra-
cias en el mundo.

Persecución de Antíoco Epífanes
(2 Mac 4,7-17)

10 De ellos brotó un vástago perverso: Antíoco Epífanes, hijo del
rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén, y subió al trono el
año ciento treinta y siete de la era seléucida.
11 Por entonces hubo unos israelitas apóstatas que convencieron a
muchos:
—¡Vamos a hacer un pacto con las naciones vecinas, pues desde
que nos hemos aislado nos han venido muchas desgracias!
12-3 Gustó la propuesta, y algunos del pueblo se decidieron a ir al
14 rey. El rey los autorizó a adoptar las costumbres paganas, y enton-
ces, acomodándose a los usos paganos, construyeron un gimnasio
15 en Jerusalén, disimularon la circuncisión, apostataron de la alianza
santa, emparentaron con los paganos y se vendieron para hacer el
mal.
16 Cuando ya se sintió seguro en el trono, Antíoco se propuso rei-
17 nar también sobre Egipto, para ser así rey de dos reinos. Invadió
Egipto con un fuerte ejército, con carros, elefantes, caballos y una
18 gran flota. Atacó a Tolomeo, rey de Egipto. Tolomeo retrocedió y
19 huyó, sufriendo muchas bajas. Entonces Antíoco ocupó las plazas
fuertes de Egipto y saqueó el país.
20 Cuando volvía de conquistar Egipto, el año ciento cuarenta y
21 tres, subió contra Israel y Jerusalén con un fuerte ejército. Entró
con arrogancia en el santuario, cogió el altar de oro, el candelabro
22 y todos sus accesorios, la mesa de los panes presentados, las copas
para la libación, las fuentes, los incensarios de oro, la cortina y las
coronas; arrancó todo el decorado de oro de la fachada del templo;
23 se incautó también de la plata y el oro, la vajilla de valor y los te-
24 soros escondidos que encontró, y se lo llevó todo a su tierra, des-
pués de verter mucha sangre y de proferir fanfarronadas increíbles.

25 Un lamento por Israel se oyó en todo el país:
26 gimieron los príncipes y los ancianos,
desfallecieron doncellas y muchachos,
se desfiguró la hermosura de las mujeres.
27 El esposo entonó una endecha,
la esposa se entristeció en su alcoba.
28 La tierra tembló por sus habitantes,
y toda la casa de Jacob se cubrió de vergüenza.
29 Dos años después envió el rey un oficial del fisco a las ciudades
30 de Judá; se presentó en Jerusalén con un fuerte ejército, y habló
en son de paz, pérfidamente. La gente se fio de él, y entonces cayó
de improviso sobre la ciudad, infligiéndole un duro castigo: mató
31 a muchos israelitas, saqueó la ciudad, derribó sus casas y la muralla
32 entera. Se llevaron cautivos a las mujeres y los niños, y se apodera-
33 ron del ganado. Después convirtió en acrópolis la Ciudad de David,
34 rodeándola de fuertes torres y una muralla alta y maciza. Instalaron
allí a gentiles perversos, judíos renegados que se acuartelaron allí,
35 almacenaron armas y víveres, y guardaron allí los despojos que ha-
bían reunido en Jerusalén. De esta forma se convirtieron en un gran
36 peligro, una insidia contra el templo, una continua amenaza para
Israel.
37 Derramaron sangre inocente
en torno al santuario, profanándolo.
38 Los de Jerusalén huyeron por su causa,
Jerusalén se convirtió en morada de extranjeros,
casa extraña para los suyos;
sus hijos la abandonaron.
39 Su santuario quedó como un desierto,
sus fiestas se cambiaron en duelo,
los sábados en oprobio.
su honor en humillación.
40 Su deshonra igualó a su fama,
su exaltación se cambió en duelo.
41 El rey decretó la unidad nacional para todos los súbditos de su
42 Imperio, obligando a cada uno a abandonar su legislación particu-
43 lar. Todas las naciones acataron la orden del rey, e incluso muchos
israelitas adoptaron la religión oficial: ofrecieron sacrificios a los
44 ídolos y profanaron el sábado. El rey despachó correos a Jerusalén
y a las ciudades de Judá, con órdenes escritas: tenían que adoptar
45 la legislación extranjera, se prohibía ofrecer en el santuario holo-
caustos, sacrificios y libaciones, guardar los sábados y las fiestas;
46-7 se mandaba contaminar el santuario y a los fieles, construyendo
aras, templos y capillas idolátricas, sacrificando cerdos y animales
48 inmundos; tenían que dejar incircuncisos a los niños y profanarse
49 a sí mismos con toda clase de impurezas y abominaciones, de mane-
50 ra que olvidaran la Ley y cambiaran todas las costumbres. El que
no cumpliese la orden del rey tenía pena de muerte.
51 En estos términos escribió el rey a todos sus súbditos. Nombró
inspectores para toda la nación, y mandó que en todas las ciudades
52 de Judá, una tras otra, se ofreciesen sacrificios. Se les unió mucha
gente, todos traidores a la Ley, y cometieron tales tropelías en el

53 país, que los israelitas tuvieron que esconderse en cualquier refugio
disponible.
54 El día quince de diciembre del año ciento cuarenta y cinco (el rey)
mandó poner sobre el altar un ara sacrílega, y fueron poniendo aras
55 por todas las poblaciones judías del contorno; quemaban incienso
56 ante las puertas de las casas y en las plazas; los libros de la Ley
57 que encontraban los rasgaban y echaban al fuego; al que le encon-
traban en casa un libro de la alianza y al que vivía de acuerdo con
58 la Ley lo ajusticiaban, según el decreto real. Como tenían el poder,
todos los meses hacían lo mismo a los israelitas que se encontraban
59 en las ciudades. El veinticinco de cada mes sacrificaban sobre el
60 ara pagana encima del altar de los holocaustos. A las madres que
circuncidaban a sus hijos, las mataban, como ordenaba el edicto,
61 con las criaturas colgadas al cuello; y mataban también a sus fami-
liares y a los que habían circuncidado a los niños [a].
62 Pero hubo muchos israelitas que resistieron, haciendo el firme
63 propósito de no comer alimentos impuros; prefirieron la muerte
antes que contaminarse con aquellos alimentos y profanar la alian-
za santa. Y murieron.
64 Una cólera terrible se abatió sobre Israel.

Rebelión de Matatías

2 Por entonces surgió Matatías, hijo de Juan, de Simeón, sacerdote
de la familia de Yoarib; aunque oriundo de Jerusalén, se había es-
2-3 tablecido en Modín. Tenía cinco hijos: Juan, apodado el Feliz; Si-
4-5 món, apodado el Fanático; Judas, apodado Macabeo; Lázaro, apo-
dado Avarán, y Jonatán, apodado Apfús.
6 Al ver Matatías los sacrilegios que se cometían en Judá y Jerusa-
7 lén, exclamó:
—¡Ay de mí! ¿Por qué nací para ver la ruina de mi pueblo y de
la ciudad santa? ¡Para estar allí sentado cuando la ciudad pasaba
8 al enemigo, y el santuario a manos extrañas! Su templo es como
9 un hombre deshonrado; su ajuar valioso ha sido llevado como des-
pojos; sus pequeñuelos, asesinados en las plazas; sus jóvenes, muer-
tos por la espada enemiga.
10 ¿Qué nación no ha ocupado sus palacios,
no se ha apropiado de sus despojos?
11 Le han arrebatado su hermosura;
era libre, y ahora es esclava.
12 Ahí tenéis: nuestro santuario,
nuestra hermosura y nuestro orgullo,
está desolado,
lo han profanado los gentiles.
13 ¿Para qué seguir viviendo?
14 Matatías y sus hijos se rasgaron las vestiduras, se vistieron de
sayal e hicieron gran duelo.
15 Los funcionarios reales encargados de hacer apostatar por la fuer-
16 za llegaron a Modín, para que la gente ofreciese sacrificios, y mu-

a 2 Mac 6,10.

chos israelitas acudieron a ellos. Matatías se reunió con sus hijos,
17 y los funcionarios del rey le dijeron:
—Eres un personaje ilustre, un hombre importante en este pue-
18 blo, y estás respaldado por tus hijos y parientes. Adelántate el pri-
mero, haz lo que manda el rey, como lo han hecho todas las nacio-
nes, y los mismos judíos, y los que han quedado en Jerusalén. Tú
y tus hijos recibiréis el título de grandes del reino, os premiarán
con oro y plata y muchos regalos.
19 Pero Matatías respondió en voz alta:
—Aunque todos los súbditos en los dominios del rey le obedez-
can, apostatando de la religión de sus padres, y aunque prefieran
20 cumplir sus órdenes, yo, mis hijos y mis parientes viviremos según
21 la alianza de nuestros padres. ¡Dios nos libre de abandonar la Ley
22 y nuestras costumbres! No obedeceremos las órdenes del rey, des-
viándonos de nuestra religión a derecha ni a izquierda.
23 Nada más decirlo, se adelantó un judío, a la vista de todos, dis-
puesto a sacrificar sobre el ara de Modín, como lo mandaba el rey.
24 Al verlo, Matatías se indignó, tembló de cólera y en un arrebato
25 de ira santa corrió a degollar a aquel hombre sobre el ara. Y enton-
ces mismo mató al funcionario real, que obligaba a sacrificar, y
26 derribó el ara. Lleno de celo por la Ley, hizo lo que Fineés a Zimrí,
27 hijo de Salu. Luego empezó a gritar a voz en cuello por la ciudad:
—El que sienta celo por la Ley y quiera mantener la alianza,
¡que me siga!
28 Después se echó al monte con sus hijos, dejando en el pueblo
cuanto tenía.
29 Por entonces, muchos bajaron al desierto para instalarse allí, por-
30 que deseaban vivir según derecho y justicia, con sus hijos, mujeres
y ganados. Es que las desgracias habían llegado al colmo.
31 A los funcionarios reales y a la guarnición de Jerusalén, de la
Ciudad de David, les llegó el aviso de que unos individuos, que
habían desobedecido el mandato del rey, habían bajado a las cue-
32 vas del desierto. Corrieron en su persecución muchos soldados. Los
alcanzaron, tomaron posiciones frente a ellos y los atacaron un sá-
33 bado. Les conminaron:
—¡Es un ultimátum! Si salís y obedecéis al rey os dejamos con
vida.
34 Pero ellos respondieron:
—Ni saldremos ni obedeceremos al rey, profanando el sábado.
35-6 Los soldados les dieron el asalto en seguida, y ellos no replica-
ron, ni les tiraron una piedra, ni se atrincheraron en las cuevas,
37 sino que dijeron:
—¡Muramos todos con la conciencia limpia! El cielo y la tierra
nos son testigos de que nos matáis contra todo derecho.
38 Así que los atacaron en sábado. Y murieron todos, con sus mu-
39 jeres, hijos y ganados. Había unas mil personas. Cuando lo supieron
40 Matatías y sus hijos hicieron gran duelo por ellos, y comentaban:
—Como todos hagamos lo que nuestros hermanos, sin luchar
contra los paganos por la vida y nuestra Ley, nos van a eliminar
muy pronto del país.
41 Aquel mismo día celebraron consejo y acordaron lo siguiente:

«Al que nos ataque en sábado le responderemos luchando; así no
pereceremos todos, como nuestros hermanos en las cuevas».
42 Entonces se les añadió el grupo de los Leales, israelitas aguerri-
43 dos, todos los voluntarios de la Ley; se les sumaron también como
44 refuerzos todos los que escapaban de cualquier desgracia. Organiza-
ron un ejército y descargaron su ira contra los pecadores y su có-
lera contra los apóstatas. Los que se libraron fueron a refugiarse
entre los paganos.
45 Matatías y sus partidarios organizaron una correría, derribando
46 las aras, circuncidando por la fuerza a los niños no circuncidados
47 que encontraban en territorio israelita y persiguiendo a los inso-
48 lentes. La campaña fue un éxito, de manera que rescataron la Ley
de manos de los paganos y sus reyes, y mantuvieron a raya al
malvado.
49 Cuando le llegó la hora de morir, Matatías dijo a sus hijos:
—Hoy triunfan la insolencia y el descaro; son tiempos de sub-
50 versión y de ira. Hijos míos, sed celosos de la Ley y dad la vida
51 por la alianza de nuestros padres. Recordad las hazañas que hicieron
nuestros padres en su tiempo y conseguiréis gloria sin par y fama
52 perpetua. Abrahán demostró su fidelidad en la prueba, y se le
53 apuntó en su haber. José, en medio del peligro, cumplió el manda-
54 miento y llegó a ser señor de Egipto. Fineés, nuestro padre, por su
55 gran celo recibió la promesa de un sacerdocio eterno. Josué llegó a
56 ser juez de Israel por haber cumplido la Ley. Caleb, por su testi-
57 monio ante la asamblea, recibió una tierra en heredad. David, por
58 su misericordia, obtuvo el trono de una monarquía perpetua. Elías
59 fue arrebatado al cielo por su gran celo por la Ley. Ananías, Aza-
60 rías y Misael, por su fe, se salvaron de la hoguera. Daniel, por su
inocencia, se salvó de las fauces de los leones.
61 »Y así, repasando las generaciones, comprenderéis que los que
62 esperan en Dios no desfallecen. No temáis las palabras de un peca-
63 dor, pues su fasto acabará en estiércol y gusanos: hoy exaltado y
mañana desaparecerá; vuelto al polvo, sus planes fracasarán.
64 »Hijos míos, sed valientes en defender la Ley, que ella será vues-
65 tra gloria. Mirad, sé que vuestro hermano Simeón es prudente;
66 obedecedle siempre, que él será vuestro padre. Y Judas Macabeo,
aguerrido desde joven, será vuestro caudillo y dirigirá la guerra
67 contra el extranjero. Ganaos a todos los que guardan la Ley y
68 vengad a vuestro pueblo; pagad a los paganos su merecido y cum-
plid cuidadosamente los preceptos de la Ley».
69 Y después de bendecirlos fue a reunirse con sus antepasados.
70 Murió el año ciento cuarenta y seis. Lo enterraron en la sepultura
familiar, en Modín, y todo Israel le hizo solemnes funerales.

Actividad de Judas en Judea
(2 Mac 8,1-7)

3 1-2 Le sucedió su hijo Judas, apodado Macabeo. Le apoyaban
todos sus hermanos y todos los partidarios de su padre; llenos de
entusiasmo, seguían luchando por Israel.

3 Judas dilató la fama de su pueblo;
vistió la coraza como un gigante,
ciñó sus armas y entabló combates
protegiendo sus campamentos con la espada.
4 Fue un león en sus hazañas,
un cachorro que ruge por la presa;
5 rastreó y persiguió a los apóstatas,
quemó a los agitadores del pueblo.
6 Por miedo a Judas los apóstatas se acobardaron,
los malhechores quedaron consternados;
por su mano triunfó la liberación.
7 Hizo sufrir a muchos reyes,
alegró a Jacob con sus hazañas,
su recuerdo será siempre bendito.
8 Recorrió las ciudades de Judá
exterminando en ellas a los impíos;
apartó de Israel la cólera divina.
9 Su renombre llenó la tierra,
porque reunió a un pueblo que perecía.

10 Apolonio reunió un ejército extranjero y un gran contingente de
Samaría para luchar contra Israel.
11 Cuando lo supo Judas, salió a hacerle frente, lo derrotó y lo
mató. Los paganos tuvieron muchas bajas, y los supervivientes hu-
12 yeron. Al recoger los despojos, Judas se quedó con la espada de
Apolonio, y la usó siempre en la guerra.
13 Cuando Serón, general en jefe del ejército sirio, se enteró de que
Judas había reunido en torno a sí un partido numeroso, de hom-
14 bres adictos en edad militar, se dijo:

—Voy a ganar fama y renombre en el Imperio luchando contra
Judas y los suyos, esos que desprecian la orden del rey.

15 Se le sumó un fuerte ejército de gente impía, que subieron con
16 él para ayudarle a vengarse de los israelitas. Cuando llegaba cerca
de la cuesta de Bejorón, Judas le salió al encuentro con un puñado
17 de hombres; pero al ver el ejército que venía de frente dijeron a
Judas:

—¿Cómo vamos a luchar contra esa multitud bien armada, sien-
do nosotros tan pocos? Y además estamos agotados, porque no he-
mos comido en todo el día.

18 Judas respondió:

—No es difícil que unos pocos envuelvan a muchos, pues a Dios
19 lo mismo le cuesta salvar con muchos que con pocos; la victoria no
depende del número de soldados, pues la fuerza llega del cielo.
20 Ellos vienen a atacarnos llenos de insolencia e impiedad, para ani-
quilarnos y saquearnos a nosotros, a nuestras mujeres y a nuestros
21 hijos, mientras que nosotros luchamos por nuestra vida y nuestra
22 religión. El Señor los aplastará ante nosotros. No los temáis.
23 Nada más terminar de hablar, se lanzó contra ellos de repente.
24 Derrotaron a Serón y su ejército, lo persiguieron por la bajada de
Bejorón hasta la llanura. Serón tuvo unas ochocientas bajas, y los
demás huyeron al territorio filisteo.
25 Judas y sus hermanos empezaron a ser temidos, y una ola de pá-

26 nico cayó sobre las naciones vecinas. Su fama llegó a oídos del rey,
porque todos comentaban las batallas de Judas.

Batalla de Emaús

27 Cuando el rey Antíoco se enteró, montó en cólera y ordenó con-
centrar todas las fuerzas de su Imperio, un ejército poderosísimo.
28 Abrió el tesoro y repartió a las tropas la soldada de un año, orde-
29 nándoles estar preparados para cualquier eventualidad. Pero cuando
vio que las arcas se le vaciaban y que los tributos de la región dis-
minuían por las discordias y la miseria que había desencadenado
30 en el país al suprimir las leyes antiguas, tuvo miedo de que, como
le había ocurrido más de una vez, no le llegara para los gastos y
31 regalos que solía hacer, superando a los reyes anteriores. Viéndose
muy apurado, proyectó marchar a Persia, para recoger los tributos
32 de aquellas provincias y reunir una gran suma de dinero. A Lisias,
miembro distinguido de la familia real, lo dejó al frente del gobier-
33 no, desde el Eufrates hasta los confines de Egipto, y le encomendó
34 el cuidado de su hijo Antíoco, hasta su vuelta. Le dejó la mitad de
las tropas y de los elefantes, y le comunicó todas sus decisiones, en
35 particular las referentes a la población de Judá y Jerusalén: que en-
viara contra ellos un ejército para aplastar y aniquilar al ejército
de Israel y a los que quedaban en Jerusalén; que borrara su nombre
36 de aquel sitio y estableciera extranjeros por todo el territorio.
37 El rey, por su parte, marchó de Antioquía, capital de su Imperio,
el año ciento cuarenta y siete, llevándose la otra mitad de las tropas.
Después de pasar el Eufrates fue recorriendo las provincias del
norte.
38 Lisias [a] escogió a Tolomeo de Dorimeno, a Nicanor y a Gorgias,
39 hombres poderosos y grandes del reino, y envió con ellos cuarenta
mil soldados de infantería y siete mil jinetes, para que invadieran y
40 devastaran Judá, conforme a la orden del rey. Partieron con todo
su ejército, y fueron a acampar junto a Emaús, en la llanura.
41 Cuando los traficantes de aquella zona oyeron la noticia, acudie-
ron al campamento con muchísima plata, oro y con cadenas, para
comprar a los israelitas como esclavos. Al ejército se le unieron
tropas sirias y filisteas.
42 Judas y sus hermanos vieron que se agravaba la situación —los
ejércitos acampaban en su territorio, y conocían la orden del rey
43 que mandaba destruir y exterminar al pueblo—, y comentaron:

—¡Reparemos la ruina de nuestro pueblo! ¡Luchemos por nues-
tro pueblo y por el templo!

44 La asamblea se reunió para prepararse a la guerra y para rezar
pidiendo misericordia y compasión.

45 Jerusalén estaba despoblada como un desierto,
ninguno de sus hijos entraba o salía.
El santuario, pisoteado;
extranjeros en la acrópolis, cobijo de paganos.
Jacob había perdido la alegría,
no sonaban la cítara y la flauta.

a 2 Mac 8,8-23.

46 Se reunieron y fueron a Mispá, frente a Jerusalén, porque allí
47 había habido antaño un templo israelítico. Aquel día ayunaron, se
ciñeron un sayal, se echaron ceniza en la cabeza y se rasgaron las
48 vestiduras. Desenrollaron el volumen de la Ley, para consultarlo lo
49 mismo que los paganos consultaban a sus ídolos. Llevaron los orna-
mentos sacerdotales, las primicias y los diezmos; hicieron ir a los
50 nazireos que habían terminado de cumplir su voto, y gritaron al
cielo:
—¿Qué podemos hacer con éstos y adónde podemos llevarlos,
51 si tu templo está pisoteado y tus sacerdotes tristes y humillados?
52 Ya ves, los paganos se han reunido para exterminarnos. Tú conoces
53 sus planes contra nosotros. ¿Cómo podremos resistirles si tú no nos
auxilias?
54 Tocaron las cornetas y lanzaron el alarido.
55 Después Judas nombró jefes militares: comandantes, capitanes
56 y suboficiales. A los que estaban edificando una casa, a los que
iban a casarse, a los que acababan de plantar una viña y a los mie-
dosos les dijo que se volvieran a sus casas, como manda la Ley.
57 El ejército se puso en marcha, y acamparon al sur de Emaús.
58 Judas ordenó:
—¡Preparaos! Sed valientes, estad prontos de madrugada, para
dar batalla a esos paganos que se han reunido contra nosotros para
59 exterminarnos, a nosotros y nuestro templo. Más vale morir en la
60 batalla que ver las desgracias de nuestra nación y del templo. Pero
hágase la voluntad de Dios.

4 Gorgias [a] emprendió la marcha de noche, con cinco mil hombres
2 de infantería y mil jinetes escogidos, con idea de caer sobre el cam-
pamento judío y aplastarlos de improviso. Gente de la acrópolis de
Jerusalén le servían de guías.
3 Pero Judas se enteró, y también él se puso en marcha con sus
guerreros, para aplastar al ejército real que quedaba en Emaús,
4 mientras algunos batallones estaban lejos del campamento.
5 Cuando Gorgias llegó de noche al campamento judío no encontró
a nadie. Se puso a buscarlos por la sierra, pensando que huían de
6 él. Al amanecer apareció Judas en la llanura con tres mil hombres,
7 aunque sin escudos ni espadas como hubieran querido. Cuando
vieron el campamento pagano fortificado, bien defendido, rodeado
8 por la caballería, con tropas aguerridas, Judas arengó a sus hombres:
9 —No temáis su número ni os arredréis ante su empuje. Recordad
cómo se salvaron nuestros antepasados en el Mar Rojo, cuando los
10 perseguía el Faraón con un ejército. Gritemos al cielo para que nos
favorezca, acordándose de la alianza con nuestros padres, para que
11 aplaste hoy a este ejército ante nosotros. Así, todas las naciones
reconocerán que hay alguien que rescata y salva a Israel.
12 Cuando los extranjeros levantaron la vista y los vieron venir de
13 frente, salieron del campamento para la batalla. Los de Judas to-
14 caron a zafarrancho y se entabló la lucha. Los paganos fueron derro-
15 tados y huyeron hacia la llanura; los más rezagados cayeron muertos

a 2 Mac 8,23-29.

a espada; los de Judas los fueron persiguiendo hasta Guézer y los
llanos de Idumea, Asdod y Yamnia; les hicieron unas tres mil bajas.
16 Cuando Judas y su ejército dejaron de perseguirlos, Judas advir-
tió a la tropa:
17 —No tengáis ansia del botín, porque nos queda otra batalla:
18 Gorgias y su ejército están en el monte, ahí cerca. Ahora haced
frente al enemigo y luchad; después podréis coger los despojos
tranquilamente.
19 Aún estaba hablando cuando asomó por el monte un escuadrón;
20 pero al ver que los suyos habían huido y que el campamento estaba
21 ardiendo, como lo probaba la humareda que se veía, se desmorali-
zaron por completo, y cuando vieron al ejército de Judas en la lla-
22 nura, dispuesto al combate, huyeron todos a territorio filisteo.
23 Entonces Judas se volvió a saquear el campamento: cogieron
mucho oro, plata, ropa de púrpura roja y violeta y muchas riquezas.
24 Y regresaron cantando alabanzas a Dios,
«porque es bueno,
porque es eterna su misericordia».
25 Israel consiguió aquel día una gran victoria.
26 Los extranjeros que escaparon con vida fueron a comunicar a
27 Lisias lo ocurrido [a]. Lisias, al oírlo, quedó abrumado de pesar, por-
que a Israel no le había ocurrido lo que él quería, ni el plan le
28 había salido como le había ordenado el rey. Así que al año siguien-
te reclutó sesenta mil infantes y cinco mil jinetes para luchar contra
29 los judíos. Llegaron a Idumea y acamparon en Betsur. Judas salió
30 a hacerles frente con diez mil hombres, y al ver aquel ejército tan
poderoso, rezó:
—Bendito eres, Salvador de Israel, que quebrantaste el ímpetu
de aquel gigante por medio de tu siervo David y entregaste el cam-
pamento filisteo en poder de Jonatán, hijo de Saúl, y de su escude-
31 ro. Entrega así ese ejército en poder de tu pueblo Israel. Que su
32 infantería y su caballería sean su baldón. Mételes miedo, haz que
33 se derrita su poderío y que se tambaleen con la derrota. Derríbalos
con la espada de tus amigos. Que te canten con himnos cuantos
conocen tu Nombre.
34 Llegaron a las manos, y el ejército de Lisias perdió unos cinco
mil hombres en la refriega.
35 Al ver Lisias rotas sus líneas de combate y el valor de los de
Judas, dispuestos a vivir o morir noblemente, marchó a Antioquía
para reclutar más mercenarios, con intención de volver a Judá.

Purificación del templo
(2 Mac 10,1-8)

36 Judas y sus hermanos propusieron:
—Ahora que tenemos derrotado al enemigo, subamos a purificar
y consagrar el templo.
37-8 Se reunió toda la tropa, y subieron al monte Sión. Vieron el
santuario desolado, el altar profanado, las puertas incendiadas, la

a 2 Mac 11,1-12.

maleza creciendo en los atrios como matorrales en una ladera y las
39 dependencias del templo derruidas. Se rasgaron las vestiduras e
40 hicieron gran duelo, echándose ceniza en la cabeza y postrándose
41 rostro en tierra. Al toque de corneta gritaron hacia el cielo. Judas
ordenó a sus hombres que tuvieran en jaque a los de la acrópolis,
42 hasta que terminaran de purificar el templo. Eligió sacerdotes sin
43 defecto corporal, observantes de la Ley, que purificaron el templo
y arrojaron a un lugar inmundo las piedras que lo contaminaban.
44 Luego deliberaron qué hacer con el altar de los holocaustos pro-
45 fanado, y se les ocurrió una buena idea: destruirlo; así no les servi-
ría de oprobio por haberlo profanado los gentiles. Así que lo des-
46 truyeron, y colocaron las piedras en el monte del templo, en un
sitio a propósito, hasta que viniese un profeta y resolviese el caso.
47 Luego cogieron piedras sin tallar, como manda la Ley, y levantaron
un altar nuevo, igual que el anterior.
48 Restauraron el templo y consagraron el interior del edificio y los
49 atrios. Renovaron todos los utensilios sagrados y metieron en el
50 templo el candelabro, el altar del incienso y la mesa. Quemaron
incienso sobre el altar y encendieron los candiles del candelabro,
para que alumbraran el templo.
51 Cuando pusieron panes sobre la mesa y corrieron la cortina, que-
dó ultimado todo el trabajo.
52 El año ciento cuarenta y ocho, el día veinticinco del mes noveno
53 (diciembre), madrugaron para ofrecer un sacrificio, según la Ley, en
54 el nuevo altar de los holocaustos recién construido. En el aniversa-
rio del día en que lo habían profanado los paganos lo volvieron a
consagrar, cantando himnos y tocando cítaras, laúdes y platillos.
55 Todo el pueblo se postró en tierra, adorando y alabando a Dios, que
les había dado éxito.
56 Durante ocho días celebraron la consagración, ofreciendo con
57 júbilo holocaustos y sacrificios de comunión y de alabanza. Decora-
ron la fachada del templo con coronas de oro y rodelas. Consagra-
ron también el portal y las dependencias, poniéndoles puertas.
58 El pueblo entero celebró una gran fiesta, que canceló la afrenta de
los paganos.
59 Judas, con sus hermanos y toda la asamblea de Israel, determinó
que se conmemorara anualmente la nueva consagración del altar,
con solemnes festejos, durante ocho días, a partir del veinticinco
de diciembre.
60 En aquella ocasión construyeron en torno al monte Sión unas
murallas altas, con torreones, no fueran a llegar los paganos y las
61 derruyesen como habían hecho antaño. Judas acuarteló allí una
guarnición para defender el monte. También fortificó Betsur, para
que la gente estuviera defendida por la parte de Idumea.

Hazañas de Judas fuera de Judea
(2 Mac 10,15-23)

5 Cuando las naciones vecinas se enteraron de que los judíos ha-
bían reconstruido el altar y restaurado el santuario como estaba
2 antes, se irritaron muchísimo; determinaron destruir a los descen-

dientes de Jacob que vivían entre ellos, y empezaron a matar y eli-
minar a gente del pueblo.
3 Entonces Judas atacó a los descendientes de Esaú en Idumea, en
Acrabatene, porque hostigaban a Israel. Les infligió una gran derro-
4 ta, los sometió y los saqueó. Después se acordó de la maldad de los
beanitas, una trampa peligrosa para el pueblo, con sus emboscadas
5 en los caminos, y los cercó en sus castillos; tomó posiciones, los
consagró al exterminio y quemó sus castillos con todos los que
6 estaban dentro. Después marchó contra los amonitas, y se las vio
con un ejército considerable y bien armado, a las órdenes de Timo-
7 teo. Trabó con ellos muchos combates; los destrozó, los deshizo,
8 se apoderó de todo el municipio de Jézer y luego se volvió a Judá.

Doble frente

9 Los pueblos de Galaad se aliaron contra los israelitas que vivían
en su territorio, con intención de exterminarlos. Los israelitas huye-
10 ron a la plaza fuerte de Datema, y enviaron a Judas y sus hermanos
este mensaje: «Los pueblos vecinos se han aliado contra nosotros
11 para exterminarnos, y se están preparando para venir a apoderarse
de la plaza fuerte donde nos hemos refugiado. Timoteo es su gene-
12 ral. Ven a librarnos de sus manos, porque ya han caído muchos de
13 los nuestros, y todos nuestros hermanos que vivían en el país de
Tob han muerto; sus mujeres, hijos y enseres han sido llevados al
destierro; han muerto allí unas mil personas».
14 Estaban leyendo la carta cuando otros mensajeros, con la ropa
15 hecha jirones, llegaron de Galilea con esta noticia: «De Tolemaida,
Tiro y Sidón, y toda la Galilea de los gentiles, se han aliado contra
nosotros para aniquilarnos».
16 En cuanto lo oyeron Judas y la tropa, convocaron una asamblea
extraordinaria para deliberar qué podían hacer por los hermanos
17 en situación apurada, hostilizados por el enemigo. Judas dijo a su
hermano Simón:
—Elige unos cuantos y vete a librar a tus hermanos de Galilea.
Mi hermano Jonatán y yo iremos al país de Galaad.
18 Dejó con el resto de las fuerzas, para la defensa de Judá, a José,
19 de Zacarías, y a Azarías, oficial del ejército, dándoles estas instruc-
ciones:
—Tomad el mando de estas tropas, pero no trabéis combate con
los paganos hasta que volvamos nosotros.
20 A Simón le asignaron tres mil hombres para ir a Galilea, y a Ju-
das, ocho mil para la expedición contra Galaad.
21 Simón partió para Galilea y trabó muchos combates con los pa-
22 ganos, los derrotó y los persiguió hasta las puertas de Tolemaida.
Los paganos tuvieron unas tres mil bajas, y Judas recogió el botín.
23 Luego juntó a los judíos que había en Galilea y Arbata, con sus
mujeres, hijos y enseres, y los llevó a Judá, con gran regocijo.
24 Por su parte, Judas Macabeo y su hermano Jonatán atravesaron
25 el Jordán y caminaron tres jornadas por el páramo. Encontraron a
los nabateos, que los recibieron en son de paz, y les contaron lo que
26 había pasado a sus hermanos israelitas en Galaad: muchos se habían
encerrado en Bosra, Béser, Alema, Casfo, Maqued y Carnín, todas

27 plazas fuertes e importantes. Otros se habían reunido en las demás
ciudades de Galaad, y el enemigo había determinado atacar esas
plazas fuertes al día siguiente, ocuparlas y exterminarlos a todos en
un solo día.
28 Judas y su ejército desandaron inmediatamente el camino hacia
el páramo de Bosra. Judas tomó la ciudad, pasó a cuchillo a todos
los varones, saqueó la villa y la incendió.
29 Por la noche marchó de allí, y caminaron hasta la plaza fuerte.
30 Al salir el sol divisaron un ejército innumerable colocando escalas
y máquinas de guerra para apoderarse de la plaza fuerte; estaban
dando el asalto.
31 Al ver Judas que había empezado el ataque y que de la ciudad
subía al cielo el fragor del alarido de guerra y el son de las corne-
32 tas, ordenó a sus soldados:
—¡Luchad hoy por vuestros hermanos!
33 Avanzaron en tres columnas por detrás del enemigo, tocaron las
cornetas y oraron gritando.
34 Cuando los soldados de Timoteo se dieron cuenta de que era el
Macabeo, huyeron. Judas les infligió una gran derrota: les hizo
35 aquel día unas ocho mil bajas. Luego torció hacia Alema. La tomó
36 al asalto, mató a todos los varones, la saqueó y la incendió. Partió
de allí y conquistó Casfo, Maqued y Béser, con las demás ciudades
de Galaad.
37 Después de estos sucesos, Timoteo reunió otro ejército y acampó
38 frente a Rafón, al otro lado del torrente. Judas envió gente a reco-
nocer el campamento, y le informaron:
—Se le han unido todas las naciones vecinas; es un ejército nu-
39 merosísimo; tienen mercenarios árabes como auxiliares, y están
acampados al otro lado del torrente, preparados para venir a
atacarte.
40 Judas les salió al encuentro, y mientras él y su ejército se acerca-
ban al torrente, Timoteo dijo a sus oficiales:
—Si lo atraviesa él primero hacia nosotros, no podremos resis-
41 tirle; seguro que nos vencerá. Pero si no se atreve, y acampa al otro
lado del río, lo pasamos nosotros hacia él, y lo venceremos.
42 Cuando Judas se acercó al torrente, formó a los oficiales de leva
en la ribera y les ordenó:
—No dejéis acampar a nadie. Que avancen todos.
43 Luego él, el primero, atravesó el río hacia el enemigo. Toda la
tropa le siguió. Derrotaron a los paganos, que arrojaron sus armas
44 y huyeron hasta el santuario de Carnín. Los judíos se apoderaron
de la ciudad e incendiaron el santuario con todos los que estaban
dentro. Destruida Carnín, ya nadie opuso resistencia a Judas.
45 Judas reunió a todos los israelitas que había en Galaad, chicos
y grandes, con sus esposas, hijos y enseres —una muchedumbre in-
46 mensa—, para llevarlos a Judá. Llegaron a Efrón, una ciudad im-
portante, bien fortificada, que les caía de camino (era imposible
47 dejarla a derecha o izquierda, había que atravesarla). Pero los de la
48 ciudad la cerraron y obstruyeron las puertas con piedras. Judas les
envió esta embajada en son de paz:
—Dejadnos atravesar vuestro territorio camino de nuestra tierra;
nadie os hará daño, sólo queremos pasar.

Pero se negaron a abrirle.
49 Entonces Judas ordenó pregonar por el campamento que todos
50 formaran para el combate, en el sitio donde estuvieran. Los gue-
rreros formaron. Dio el asalto a la ciudad, todo aquel día y toda la
51 noche, y la ciudad se rindió. Judas pasó a cuchillo a todos los varo-
nes, arrasó la villa después de saquearla y la atravesó pasando por
52 encima de los cadáveres. Luego cruzaron el Jordán hasta la gran
53 llanura, frente a Beisán. Judas iba reuniendo a los rezagados y ani-
mando a la gente durante toda la marcha, hasta que llegaron a Judá.
54 Subieron al monte Sión, en medio de una gran alegría, y ofrecieron
holocaustos por haber regresado sanos y salvos, sin ninguna baja.
55 Mientras Judas y Jonatán estaban en Galaad, y su hermano Si-
56 món en Galilea, frente a Tolemaida, José, de Zacarías, y Azarías,
oficiales del ejército, se enteraron de las hazañas militares que ha-
57 bían llevado a cabo, y se dijeron:
—Vamos a hacernos famosos también nosotros. ¡Vamos a luchar
contra las naciones vecinas!
58 Dieron órdenes a sus tropas, y marcharon contra Yamnia.
59 Pero Gorgias y sus hombres salieron de la ciudad a presentarles
60 batalla, y José y Azarías huyeron. Gorgias los persiguió hasta las
fronteras de Judá. Aquel día cayeron unos dos mil soldados israeli-
61 tas; el ejército sufrió una gran derrota por no haber obedecido a
62 Judas y sus hermanos, esperando hacer una gran hazaña; no eran
de la raza de los hombres destinados a salvar a Israel.
63 El valeroso Judas y sus hermanos se hicieron muy célebres en
todo Israel y por todos los países donde se oía hablar de ellos.
64 La gente se arremolinaba en torno a ellos, vitoreándolos.
65 Judas y sus hermanos salieron a luchar contra los descendientes
de Esaú, en el sur. Conquistó el municipio de Hebrón, derribó sus
66 plazas fuertes e incendió los torreones de la muralla. Luego empren-
67 dió la marcha al país filisteo y atravesó Maresá. Aquel día cayeron
en el combate unos sacerdotes que, queriendo hacer una hazaña,
salieron a luchar imprudentemente.
68 Luego Judas torció hacia Asdod, en tierra filistea; derribó sus
altares, quemó las imágenes de sus dioses, saqueó las ciudades y se
volvió a Judá.

Muerte de Antíoco
(2 Mac 9)

6 El rey Antíoco recorría las provincias del norte cuando se enteró
de que en Persia había una ciudad llamada Elimaida, famosa por
2 su riqueza en plata y oro, con un templo lleno de tesoros: escudos
dorados, lorigas y armas dejadas allí por Alejandro, el de Filipo,
3 rey de Macedonia, que había sido el primer rey de Grecia. Antíoco
fue allá e intentó apoderarse de la ciudad y saquearla; pero no
pudo, porque los de la ciudad, dándose cuenta de lo que pretendía,
4 salieron a atacarle. Antíoco tuvo que huir, y emprendió el viaje de
vuelta a Babilonia, apesadumbrado.
5 Entonces llegó a Persia un mensajero con la noticia de que la
6 expedición militar contra Judá había fracasado: Lisias, que había
ido como caudillo de un ejército poderoso, había huido ante el ene-

migo; los judíos, sintiéndose fuertes con las armas y pertrechos, y
7 el enorme botín de los campamentos saqueados, habían derribado
el ara sacrílega construida sobre el altar de Jerusalén, habían levantado en torno al santuario una muralla alta como la de antes, y lo
mismo en Betsur, ciudad que pertenecía al rey.
8 Al oír este informe, el rey se asustó y se impresionó, de tal forma que cayó en cama con una gran depresión, porque no le habían
9 salido las cosas como quería. Allí pasó muchos días, cada vez más
10 deprimido. Pensó que se moría, llamó a todos sus grandes y les
dijo:
—El sueño ha huido de mis ojos. Me siento abrumado de pena
11 y me digo: «¡A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje
12 estoy metido, yo, feliz y querido cuando era poderoso!». Pero ahora
me viene a la memoria el daño que hice en Jerusalén, robando el
ajuar de plata y oro que había allí y enviando gente que extermi-
13 nase a los habitantes de Judá sin motivo. Reconozco que por eso
me han venido estas desgracias. Ya veis, muero de tristeza en tierra
extranjera.
14 Llamó a Filipo, un grande del reino, y lo puso al frente de todo
15 el Imperio. Le dio su corona, su manto real y el anillo, encargándole la educación de su hijo Antíoco y de prepararlo para reinar.
16 El rey Antíoco murió allí el año ciento cuarenta y nueve.
17 Cuando Lisias se enteró de la muerte del rey alzó por rey a su hijo
Antíoco, criado por él de pequeño, y le dio el sobrenombre de
Eupátor.

Antíoco Eupátor. Paz

18 Mientras tanto, los de la acrópolis confinaban a los israelitas en
torno al templo, perjudicándoles continuamente y favoreciendo a
19 los paganos. Judas se propuso acabar con ellos, y congregó a todo
20 el ejército para asediarlos. Se concentraron todos y empezaron el
asedio el año ciento cincuenta, con catapultas y máquinas de asalto.
21 Algunos sitiados rompieron el cerco; se les juntaron algunos israeli-
22 tas apóstatas y fueron a decirle al rey:
—¿Cuándo piensas hacer justicia y vengar a nuestros hermanos?
23 Nosotros nos sometimos a tu padre voluntariamente, procedimos
24 según sus instrucciones y obedecimos sus órdenes a la letra. El resultado es que nuestros compatriotas han cercado la acrópolis y nos
tratan como extraños. Más aún, han matado a los que han pillado
25 de los nuestros, han saqueado nuestras heredades, y no sólo extienden la mano contra nosotros, sino también contra todo vuestro
26 territorio. Ahí los tienes, acampados ahora contra la acrópolis de
Jerusalén, intentando conquistarla; han fortificado el santuario y
27 Betsur, y si no les coges la delantera en seguida, se irán creciendo
y no podrás detenerlos.
28 El rey se encolerizó al oír esto. Convocó a todos los grandes del
29 reino, jefes de infantería y de caballería. Y como también se le
30 presentaron mercenarios del extranjero y de ultramar, su ejército
contaba cien mil infantes, veinte mil jinetes y treinta y dos elefan-
31 tes amaestrados para la lucha. Atravesando Idumea asediaron Betsur. La lucha se prolongó muchos días; prepararon máquinas de

asalto, pero los sitiados hicieron una salida y las incendiaron, luchando valientemente.
32 Entonces Judas levantó el cerco de la acrópolis y acampó junto
33 a Casazacarías, frente al campamento del rey. De madrugada, el rey
hizo avanzar su ejército a toda prisa por el camino de Casazacarías.
Las tropas se dispusieron a entrar en acción, y sonó la señal de ata-
34 que. A los elefantes les habían dado vino de uva y de moras, para
35 excitarlos a la lucha. Los repartieron entre los escuadrones, asignando a cada elefante mil hombres con cota de malla y casco de
36 bronce, más quinientos jinetes escogidos: donde estaba un elefante,
37 allí estaban ellos; a donde iba, iban ellos, sin separarse de él. Cada
elefante llevaba encima, sujeta con un arnés, una torre de madera
bien protegida. En cada torre iban el guía indio y cuatro guerreros,
38 que disparaban desde allí. El resto de la caballería, protegido por
las tropas de a pie, iba en las dos alas del ejército, para hostigar al
enemigo.
39 Cuando el sol relumbró sobre los escudos de oro y bronce, su
40 reflejo en los montes los hizo reverberar como antorchas. Parte del
ejército real estaba formado en las cumbres de los montes; otra
parte en la ladera. Iban avanzando seguros y en perfecto orden.
41 Estremecía oír el fragor de aquella muchedumbre en marcha y el
entrechocar de las armas. Realmente era un ejército inmenso y poderoso.
42 Judas y sus tropas avanzaron, y en el choque el ejército real tuvo
43 seiscientas bajas. Lázaro, apodado Avarán, se fijó en un elefante
engualdrapado con insignias reales que sobresalía entre los demás
44 elefantes; creyendo que el rey iba allí, entregó su vida para salvar
45 a su pueblo y ganarse así renombre inmortal: corrió audazmente
hacia el elefante, matando a diestra y siniestra por en medio del
46 escuadrón, que se iba abriendo a ambos lados, se metió bajo el elefante y le clavó la espada; el elefante se desplomó encima de él,
y allí murió.
47 Al ver los judíos la fuerza impetuosa del ejército real retroce-
48 dieron. Los del ejército real subieron contra ellos hacia Jerusalén;
49 el rey acampó con intención de invadir Judá y el monte Sión; hizo
un tratado de paz con los de Betsur, que salieron de la ciudad (no
tenían ya provisiones para resistir el asedio, porque era año sabá-
50 tico en el país). El rey ocupó Betsur y acantonó allí una guarnición
51 para su defensa. Luego puso cerco durante muchos días al templo;
instaló ballestas y máquinas de asalto, lanzallamas, catapultas, escor-
52 piones y hondas. Los judíos hicieron también máquinas defensivas,
53 y la lucha se prolongó muchos días. Pero cuando se acabaron los
víveres en los almacenes, porque era año séptimo, y los que se habían refugiado huyendo a Judá desde el extranjero habían consu-
54 mido las últimas provisiones, se quedaron pocos en el templo; el
hambre apretaba, y se dispersaron cada cual por su lado.
55 Lisias [a] se enteró de que Filipo, a quien el rey Antíoco había con-
56 fiado en vida la educación de su hijo Antíoco como sucesor, había
vuelto de Persia y Media con las tropas de la expedición real y que

a 2 Mac 11,13-33.

57 intentaba hacerse con el pôder. Rápidamente determinó partir, y
dijo al rey, a los generales y a las tropas:
—Cada día somos menos, tenemos pocas provisiones y el lugar
que atacamos está fortificado; los asuntos del reino son urgentes.
58 Hagamos las paces con esa gente, firmemos un tratado con ellos y
59 toda su nación, permitiéndoles vivir según su legislación, como
hacían antes. Pues, enfurecidos por haberles abolido su legislación,
nos han hecho todo esto.
60 El rey y los jefes aprobaron la propuesta; ofrecieron la paz a los
61 judíos, y éstos la aceptaron. El rey y los jefes confirmaron el pacto
62 con juramento, y así los judíos salieron de la fortaleza. Pero cuando
el rey llegó al monte Sión y vio aquellas fortificaciones quebrantó
63 el juramento y mandó derribar la muralla entera. Luego, a toda
prisa, emprendió el regreso a Antioquía, y se encontró con que Fi-
lipo se había apoderado de la ciudad. El rey lo atacó y se la arre-
bató por la fuerza.

Demetrio I
(2 Mac 14,1-10)

7 El año ciento cincuenta y uno Demetrio de Seleuco se marchó
de Roma, desembarcó con unos pocos en una ciudad de la costa y
2 allí empezó su reinado. Cuando iba a entrar en el palacio real de
sus antepasados, las tropas apresaron a Antíoco y Lisias para lle-
3 várselos a Demetrio. Se lo dijeron a Demetrio, y respondió:
—¡Ni verles la cara!
4 Entonces los soldados los mataron, y Demetrio subió al trono
5 imperial. Todos los israelitas apóstatas e impíos se le presentaron,
6 guiados por Alcimo, que aspiraba al cargo de sumo sacerdote, y
acusaron al pueblo ante el rey:
—Judas y sus hermanos han exterminado a todos tus partidarios,
7 y a nosotros nos han expulsado de nuestro país. Envía a uno de tu
confianza a inspeccionar los destrozos que nos ha causado Judas,
a nosotros y a tu provincia, y a castigarlos a ellos y a cuantos les
apoyan.
8 El rey eligió a Báquides, grande del reino, gobernador de la
9 zona allende el río, hombre influyente y de su confianza. Lo envió
con el impío Alcimo, confirmado en el cargo de sumo sacerdote,
10 con orden de castigar a los israelitas. Partieron. Entraron en Judá
con un ejército numeroso, y mandaron una embajada a Judas y sus
11 hermanos, con ofertas fingidas de paz. Pero al verles los judíos con
12 un ejército numeroso no hicieron caso a la embajada; no obstante,
una comisión de letrados se reunió con Alcimo y Báquides para
13 buscar una solución justa; los primeros en pedir la paz por parte
14 de los israelitas eran los leales, porque decían:
—El que ha venido con el ejército es un sacerdote de la estirpe
de Aarón; no nos va a traicionar.
15 Báquides habló con ellos en son de paz y les juró:
—No os maltrataremos, ni a vosotros ni a vuestros amigos.
16 Ellos le creyeron. Entonces arrestó a sesenta y los mató en un
solo día, según aquel texto de la Escritura [a]:

a Sal 79,2-3.

17 «Han echado en torno a Jerusalén los cadáveres
y derramado la sangre de tus fieles,
y nadie los entierra».
18 A la gente le entró pánico ante los invasores. Se comentaba:
—No tienen sinceridad ni honradez; han faltado a su palabra y
a su juramento.
19 Después Báquides marchó de Jerusalén para acampar en Betsaid.
Mandó apresar muchos de los suyos, que habían desertado, y a al-
20 gunos del pueblo, y los asesinó y arrojó a la cisterna grande. Dejó
la provincia en manos de Alcimo, con un destacamento para apo-
21 yarlo, y se volvió a donde el rey. Alcimo tuvo que luchar para de-
22 fender su cargo de sumo sacerdote; se le unieron todos los agitado-
res del pueblo y se adueñaron de Judá, haciendo un estrago enorme
en Israel.
23 Cuando vio Judas que Alcimo y su gente hacían más daño a los
24 israelitas que los paganos, salió por todo el territorio de Judá para
castigar a los desertores e impedirles hacer correrías por la región.
25 Y al ver Alcimo que Judas y los suyos se rehacían, comprendió que
no podría resistirles, y se volvió al rey, con gravísimas acusaciones.

Derrota de Nicanor
(2 Mac 14,12-36)

26 Entonces el rey envió a Nicanor, uno de sus más famosos gene-
rales, enemigo mortal de los israelitas, con el encargo de exterminar
27 al pueblo. Nicanor llegó a Jerusalén con un gran ejército, y envió
a Judas y sus hermanos este mensaje, con palabras fingidas de
amistad:
28 —No nos peleemos. Yo saldré con unos pocos para celebrar con
vosotros una entrevista amistosa.
29 Llegó a donde Judas, y se saludaron amistosamente, pero los ene-
30 migos estaban preparados para secuestrar a Judas. Judas se enteró
de que la visita de Nicanor era una trampa, y le cogió tal miedo
31 que no quiso volver a verlo. Entonces Nicanor se dio cuenta de que
su plan había sido descubierto, y salió a luchar contra Judas, junto
32 a Cafarsalán. Nicanor tuvo unas quinientas bajas, y los demás hu-
yeron a la Ciudad de David.
33 Después de estos sucesos, Nicanor subió al monte Sión. Algunos
sacerdotes y ancianos del pueblo salieron del templo para saludarle
amistosamente y mostrarle el holocausto que se ofrecía por el rey.
34 Pero él los escarneció, se burló de ellos, les escupió, profiriendo
35 insolencias, y juró encolerizado:
—Si no me entregáis ahora mismo a Judas y su ejército, cuando
yo vuelva victorioso incendiaré este templo.
Y salió enfurecido.
36 Los sacerdotes entraron, y en pie frente al altar y el santuario
dijeron entre lágrimas:
37 —Tú elegiste este templo dedicado a tu Nombre para que sir-
38 viera a tu pueblo de casa de oración y súplica. Castiga a ese hombre
y a su ejército. ¡Que caiga a filo de espada! Recuerda sus blasfe-
mias, no les des reposo.

39 Nicanor salió de Jerusalén y acampó en Bejorón; allí se le añadió
un ejército sirio.
40 Judas acampó en Adasa con tres mil hombres, y rezó así:
41 —Cuando los embajadores del rey blasfemaron, salió tu ángel y
42 les mató a ciento ochenta y cinco mil. Aplasta hoy igualmente a este
ejército ante nuestros ojos, para que sepan todos que blasfemó contra tu templo. ¡Júzgalo como merece su maldad!
43 Los ejércitos entraron en combate el trece de marzo. El ejército
de Nicanor fue derrotado; él mismo cayó el primero en la batalla,
44 y sus soldados, al ver que había caído Nicanor, arrojaron las armas
45 y huyeron. Los judíos los persiguieron una jornada, desde Adasa
46 hasta Guézer, tocando a rebato detrás de ellos. De todas las aldeas
judías a la redonda salió gente para copar a los fugitivos, que se
volvían unos contra otros; todos cayeron a espada, no quedó ni uno.
47 Luego cogieron el botín y los despojos. A Nicanor le cortaron la
cabeza y la mano derecha, que había extendido insolentemente, y
las llevaron para colgarlas frente a Jerusalén.
48 El pueblo se alegró muchísimo, y festejaron aquel día por todo
49 lo alto. Determinaron celebrar anualmente aquella fecha, trece de
marzo.
50 Judá tuvo paz por algún tiempo.

Judas pacta con Roma

8 Judas había oído hablar de los romanos: que eran muy poderosos, benévolos con sus aliados y que hacían pacto de amistad con
2 cuantos acudían a ellos. Le contaron sus hazañas militares en las
Galias: cómo las habían conquistado, sometiéndolas a tributo;
3 y todo lo que habían hecho en tierras de España para apoderarse
4 de las minas de plata y oro que hay allí, cómo habían sabido mantener su dominio en todo el país con paciencia y prudencia, y eso
que estaba muy lejos. A los reyes que les habían atacado desde los
confines de la tierra los habían derrotado aplastándolos definitiva-
5 mente; los demás les pagaban un tributo anual. Habían derrotado
y sometido a Filipo, a Perseo, rey de Macedonia, y a los que se les
6 habían sublevado; derrotaron también a Antíoco el Grande, rey
de Asia, que salió a atacarles con ciento veinte elefantes, caballería,
7 carros y muchísima infantería: lo apresaron vivo, y quedó obligado,
él y sus sucesores en el trono, a pagar un fuerte tributo, a entregar
8 rehenes y ceder la India, Media y Lidia, las mejores provincias del
rey; cuando los romanos las recibieron se las dieron al rey Eumenes.
9 También los griegos proyectaron una campaña para aniquilar a
10 los romanos, pero al enterarse éstos del proyecto mandaron contra
ellos a un solo general: entraron en combate e hicieron muchas bajas a los griegos, se llevaron cautivas a las mujeres y niños, saquearon el país y lo sometieron, derribaron las plazas fuertes y los
11 redujeron a esclavitud perpetua. Aniquilaron y esclavizaron los
restantes reinos, las islas, a cuantos les opusieron resistencia; en
cambio, se mantenían fieles a sus amigos y a los que se ponían
12 bajo su protección. Dominaron a reyes vecinos y lejanos. Cuantos
13 oían hablar de ellos los temían. Aquellos a quienes quieren ayudar

en sus pretensiones al trono, llegan a reyes; a los que quieren cam-
14 biar, los destituyen. Están en la cima del poder. Y con todo esto
ni uno de ellos ha ceñido la corona ni se ha vestido de púrpura para
15 aumentar su autoridad. Han formado un Senado, y diariamente deliberan trescientos veinte senadores, buscando siempre el bien pú-
16 blico. Confían cada año el poder y el gobierno del país a un solo
hombre; todos le obedecen, sin envidia ni rivalidades.
17 Judas eligió a Eupólemo, hijo de Juan, de Acos, y a Jasón, hijo
de Lázaro, y los envió a Roma para firmar un tratado de amistad y
18 mutua defensa, con la intención de sacudirse el yugo griego, pues
veían que el Imperio griego estaba esclavizando a Israel.
19 Partieron para Roma, un viaje larguísimo. Y al entrar en el Senado hablaron así:
20 —Judas Macabeo, sus hermanos y el pueblo judío nos han enviado aquí para hacer con vosotros un tratado de paz y mutua defensa, de manera que seamos contados entre vuestros aliados y
amigos.
21 Los senadores aprobaron la petición.
22 Copia del documento que escribieron en tablillas de bronce, y
mandaron a Jerusalén para que quedase allí como documento fehaciente del pacto de paz y mutua defensa:
23 «¡Gocen bienestar perpetuo romanos y judíos en tierra y mar!
¡Lejos de ellos la espada enemiga!
24 »Pero si estalla la guerra contra Roma o uno de sus aliados en el
25 Imperio, el pueblo judío luchará a su lado con toda el alma, con-
26 forme lo exijan las circunstancias; a los enemigos no les darán ni
suministrarán alimentos, armas, dinero, naves. Es decreto de Roma.
Cumplirán estas cláusulas sin compensación alguna.
27 »Igualmente, si estalla una guerra contra el pueblo judío, los romanos lucharán a su lado decididamente, conforme lo exijan las
28 circunstancias, y no darán a los enemigos alimentos, armas, dinero
ni naves. Es decreto de Roma. Observarán estas cláusulas lealmente».
29 En estos términos quedaba estipulado el pacto de los romanos
con el pueblo judío.
30 «Y si más adelante alguna de las partes quisiera añadir o rescindir algo, se hará de común acuerdo, y lo añadido o rescindido tendrá fuerza de ley.
31 »En cuanto a los daños que les ha causado el rey Demetrio, ya
le escribimos en los siguientes términos: '¿Por qué oprimes tiráni-
32 camente a nuestros amigos y aliados los judíos? Si se nos vuelven
a quejar de ti, defenderemos sus derechos atacándote por tierra y
mar'».

Muerte de Judas

9 Pero Demetrio, en cuanto oyó que Nicanor y su ejército habían
sucumbido en el combate, volvió a enviar a Báquides y Alcimo al
2 territorio de Judá con el ala derecha del ejército. Emprendieron la
marcha por el camino de Guilgal, tomaron al asalto Mesalot de
3 Arbela y asesinaron a mucha gente. El mes primero del año ciento

4 cincuenta y dos acamparon frente a Jerusalén, pero luego partieron
de allí, camino de Berea, con veinte mil de infantería y dos mil
jinetes.
5-6 Judas acampaba en Elasa con tres mil soldados, y al ver la enor-
me muchedumbre de enemigos se aterrorizaron; muchos desertaron
7 del campamento, y sólo quedaron ochocientos. Judas vio que su
ejército se deshacía precisamente cuando era inminente la batalla,
8 y se descorazonó, porque ya no era posible reunirlos. Aunque des-
alentado, dijo a los que quedaban:

—¡Hala, contra el enemigo! A lo mejor podemos presentarles
batalla.

9 Los suyos intentaban convencerle:

—Es completamente imposible. Pero si salvamos ahora la vida,
volveremos con los nuestros, y entonces les daremos la batalla.
Ahora somos pocos.

10 Judas repuso:

—¡Nada de huir ante el enemigo! Si nos ha llegado la hora, mu-
ramos valientemente por nuestros compatriotas, sin dejar una man-
cha en nuestra fama.

11 El ejército enemigo salió del campamento y formó frente a ellos,
con la caballería dividida en dos cuerpos, y los honderos y arqueros
delante del ejército, los más aguerridos en primera fila. Báquides
12 iba en el ala derecha. La falange avanzó por ambos lados, a toque
13 de corneta. Los de Judas también tocaron las cornetas, y el suelo
retembló por el fragor de los ejércitos. El combate se entabló al
amanecer y duró hasta la tarde.
14 Judas vio que Báquides y lo más fuerte del ejército estaba a la
15 derecha; se le juntaron los más animosos, destrozaron el ala dere-
16 cha y la persiguieron hasta los montes de Asdod. Pero cuando los
del ala izquierda vieron que el ala derecha estaba destrozada se
17 volvieron en persecución de Judas y sus compañeros. El combate
18 arreció, y hubo muchas bajas por ambas partes. Judas cayó también,
y los demás huyeron.
19 Jonatán y Simón recogieron el cadáver de su hermano Judas y lo
20 enterraron en la sepultura familiar, en Modín. Lo lloraron, y todo
Israel le hizo solemnes funerales, entonando muchos días esta
elegía:

21 «¡Cómo cayó el valiente,
salvador de Israel!».

22 No hemos escrito otros datos de la historia de Judas, sus haza-
ñas militares y sus títulos de gloria, porque fueron muchísimos.

Jonatán y Báquides

23 Después que murió Judas, por todo el territorio israelita asoma-
ron de nuevo los apóstatas y reaparecieron todos los malhechores.
24 El país se pasó a su bando, pues por entonces hubo un hambre
25 terrible. Báquides eligió a unos impíos y los puso al frente del go-
26 bierno de la zona. Daban batidas siguiendo el rastro de los del
partido de Judas, y se los llevaban a Báquides, que los castigaba
escarneciéndolos.

27 Israel cayó en una tribulación tan grande como no la había habi-
do desde que cesaron los profetas.
28 Todos los partidarios de Judas se reunieron y dijeron a Jonatán:
29 —Desde que murió tu hermano Judas no hay un valiente como
él que guíe la lucha contra el enemigo, ese Báquides y los que odian
30 a nuestro pueblo. Por eso te elegimos hoy a ti para que lo sustitu-
yas como jefe y caudillo que dirija nuestra guerra.
31 En aquel mismo instante tomó el mando Jonatán, sucediendo a
32-3 su hermano Judas. Báquides se enteró y quería matarlo; pero en
cuanto lo supieron Jonatán, su hermano Simón y todos sus cama-
radas, huyeron al páramo de Tecua y acamparon junto a la cisterna
de Asfar.
34 Báquides lo supo un sábado, y fue él en persona con todo su
ejército a la otra orilla del Jordán.
35 Jonatán envió a su hermano al frente de la comitiva, a pedir a
sus amigos los nabateos que les cuidaran todo el bagaje, que era
36 mucho. Pero los hijos de Jambrí, de Madabá, salieron y capturaron
a Juan con todo lo que tenía, y se marcharon llevándoselo todo.
37 Más tarde comunicaron a Jonatán y su hermano Simón:

—Los hijos de Jambrí celebran una boda de postín; a la novia,
hija de uno de los ricos de Canaán, la llevan desde Madabá en un
gran cortejo.

38 Recordando el asesinato de su hermano Juan, subieron a ocultar-
39 se al reparo del monte. Levantaron la vista y vieron, en medio de
una gran algazara y una caravana de regalos, al novio, que avanzaba
hacia el cortejo de la novia con sus amigos y parientes, al son de la
40 música, de tamboriles y otros instrumentos. Los de Jonatán salieron
de la emboscada y se lanzaron contra ellos para matarlos. Hirieron
a muchos, y los supervivientes escaparon al monte. Les cogieron
41 todo el botín, y la boda se cambió en luto, y el canto de los músi-
42 cos en elegía. Así vengaron la muerte de su hermano. Luego se
volvieron a las marismas del Jordán.
43 Cuando Báquides lo supo se fue un sábado hasta las riberas del
44 Jordán con un gran ejército. Jonatán dijo a los suyos:

—¡En pie! Luchemos por la vida, que hoy no es como antes.
45 Mirad, estamos entre dos frentes, y a los lados tenemos el Jordán
con la marisma y su maleza; no hay donde batirse en retirada.
46 Así que gritad al cielo para que nos salve de nuestros enemigos.
47 Se trabó el combate. Jonatán alargó el brazo para herir a Báqui-
48 des, pero éste lo esquivó echándose atrás. Jonatán y los suyos se
echaron al río y lo atravesaron a nado hasta la otra orilla; el ene-
49 migo no pasó el Jordán en su persecución. Báquides tuvo aquel día
50 unas mil bajas; luego se volvió a Jerusalén y edificó fortalezas en
Judá, las plazas fuertes de Jericó, Emaús, Bejorón y Betel, Timná,
51 Piratón y Tefón, con murallas altas, puertas y cerrojos. En todas
ellas acuarteló guarniciones para hostilizar a Israel.
52 Fortificó también la ciudad de Betsur, Guézer y la acrópolis, y
53 dejó en ellas tropas y depósitos de víveres. Cogió como rehenes a
los hijos de las autoridades de la zona y los encarceló en la acró-
polis de Jerusalén.
54 El año ciento cincuenta y tres, el segundo mes, Alcimo ordenó
derribar el muro del atrio interior del templo, destruyendo la obra

55 de los profetas. Empezó el derribo, pero precisamente entonces Al-
cimo sufrió una enfermedad que detuvo sus planes; la parálisis le
cerró la boca de forma que no podía hablar ni hacer testamento.
56 Y así murió entonces, entre enormes dolores.
57 Cuando Báquides vio que había muerto Alcimo, regresó a donde
el rey. Judá quedó en paz durante dos años.
58 Todos los apóstatas deliberaron:
—Ahí tenéis a Jonatán y los suyos, tranquilos y confiados. Pues
bien, traeremos a Báquides para que se apodere de todos ellos en
una noche.
59 Fueron a verlo y parlamentaron con él.
60 Báquides se puso en marcha con un gran ejército. Envió instruc-
ciones secretas a todos sus aliados de Judá para que apresaran a
Jonatán y sus compañeros; pero no lo consiguieron, porque se des-
61 cubrió su plan. Jonatán y los suyos apresaron a unos cincuenta
hombres de la región, de los principales conspiradores, y los mata-
62 ron. Jonatán y Simón se retiraron con su gente a Betbasí del Pára-
63 mo, reconstruyeron lo que estaba en ruinas y la fortificaron. En
cuanto se enteró Báquides, reunió todas sus tropas y avisó a los de
64 Judá; llegó a Betbasí, la cercó y la atacó durante muchos días,
emplazando máquinas de asalto.
65 Jonatán dejó a su hermano Simón en la ciudad, salió hacia el
66 campo y se puso en marcha con unos cuantos. Derrotó a Odomera
y sus parientes, y a los hijos de Farisón en su campamento. Luego
empezaron a repartir golpes, avanzando por entre el ejército.
67 Entonces Simón y los suyos hicieron una salida e incendiaron las
68 máquinas de asalto. Lucharon contra Báquides y lo derrotaron;
quedó profundamente humillado, porque su plan y su campaña
69 habían sido inútiles. Entonces se encolerizó contra los apóstatas
que le habían aconsejado la expedición, mató a muchos y decidió
volverse a su tierra.
70 Al enterarse Jonatán, le envió embajadores para tratar con él la
71 paz y la devolución de los prisioneros. Báquides los recibió, accedió
a su petición y juró a Jonatán no hacerle más daño en toda su
72 vida. Le devolvió los prisioneros que había hecho en Judá, y regre-
só a su tierra, sin volver a hacer incursiones en territorio judío.
73 La espada descansó en Israel. Jonatán vivió en Micmás; empezó
a gobernar al pueblo, y barrió a los impíos del territorio israelita.

Jonatán y Alejandro Balas

10 El año ciento sesenta Alejandro de Antíoco, por sobrenombre
Epífanes, se hizo a la mar, tomó posesión de Tolemaida, lo acogie-
ron y empezó a reinar allí.
2 Cuando se enteró el rey Demetrio, reunió un gran ejército y salió
3 a enfrentarse con él. Demetrio envió a Jonatán una carta en son de
4 paz, halagándole; pues pensó:
—Voy a adelantarme a hacer con ésos las paces, antes de que las
5 haga con Alejandro en contra mía, al acordarse de todo el daño que
le hice a él, a sus hermanos y a su raza.
6 Le autorizó para reclutar tropas, fabricar armas y ser su aliado,
y mandó devolverle los rehenes de la acrópolis.

7 Jonatán fue a Jerusalén y leyó la carta a todo el pueblo y a los
8 de la acrópolis. Todos se aterrorizaron al oír que el rey lo autori-
9 zaba para reclutar un ejército. Los de la acrópolis devolvieron a
10 Jonatán los rehenes, y él los entregó a sus padres. Jonatán se ins-
taló en Jerusalén, y empezó a reconstruir y restaurar la ciudad.
11 Ordenó a los albañiles que reconstruyeran la muralla y rodearan el
monte Sión con una fortificación de sillería. Así lo hicieron.
12 Los extranjeros que vivían en las plazas fuertes construidas por
13 Báquides huyeron; todos abandonaron sus puestos y se volvieron
14 a su tierra. Unicamente en Betsur quedaron algunos apóstatas que
habían abandonado la Ley y los mandamientos. Betsur les ofrecía
asilo.
15 El rey Alejandro se enteró de las promesas de Demetrio a Jona-
tán; le contaron las hazañas militares llevadas a cabo por él y sus
16 hermanos y las fatigas que habían soportado, y comentó:
—¿Encontraremos un hombre como éste? ¡Hagámoslo amigo y
aliado nuestro!
17 Luego escribió una carta y se la mandó. Decía así:
18-9 «El rey Alejandro saluda a su hermano Jonatán. Hemos oído
20 que eres poderoso y digno de nuestra amistad. Pues bien, te nom-
bramos hoy sumo sacerdote de tu nación y te damos el título de
grande del reino, para que apoyes nuestra causa y seas siempre
amigo nuestro».
Y le envió un manto de púrpura y una corona de oro.
21 Jonatán se puso los ornamentos sagrados el mes séptimo del año
ciento sesenta, en la fiesta de las Chozas; reclutó tropas y almacenó
muchas armas.

Jonatán y Demetrio

22 Demetrio se enteró y comentó entristecido:
23 —¿Qué habremos hecho para que Alejandro se nos haya ade-
24 lantado y se haya ganado la amistad y el apoyo judío? Voy a escri-
birles yo también, a ver si les convenzo ofreciéndoles altos puestos
y regalos, para que luchen a mi lado.
25 Y les escribió lo siguiente:
26 «El rey Demetrio saluda a la nación judía. Hemos recibido con
alegría la noticia de que habéis guardado los pactos hechos con
nosotros y perseverado en nuestra amistad sin pasaros al enemigo.
27 Pues bien, seguid siéndonos leales y os recompensaremos los favores
28 que nos hacéis. Os dejaremos exentos de muchos impuestos y os
haremos regalos.
29 »De momento os libero, y eximo a todos los judíos, de los im-
puestos y contribución de la sal y de las coronas.
30 »Renuncio, a partir de hoy para siempre, al tercio de las cose-
chas y a la mitad de la fruta que me corresponde percibir de Judá
31 y sus tres distritos anejos de Samaría y Galilea. Jerusalén con su te-
rritorio, sus diezmos y derechos, será sagrada y exenta de impuestos.
32 »Renuncio asimismo a mis atribuciones sobre la acrópolis de
Jerusalén y faculto al sumo sacerdote para acuartelar allí una guar-
nición de hombres a su gusto.

33 »Concedo libertad, gratuitamente, a todo judío que haya sido
deportado desde Judá a cualquier parte de mi Imperio. Todos que-
darán libres de impuestos, incluso de los del ganado.
34 »Las festividades, los sábados, luna nueva y las fiestas de guar-
dar, más los tres días anteriores y posteriores a cada fiesta, todos
esos días serán días de exención y remisión para todos los judíos
35 que haya en mi Imperio, y nadie tendrá derecho a perseguir ni mo-
lestar a ninguno de ellos por ningún motivo.
36 »Serán llamados a filas para el ejército real hasta treinta mil ju-
37 díos; se les dará la ración normal de las tropas reales; se les acan-
tonará en las plazas fuertes más importantes, y se les pondrá en
puestos administrativos de confianza. Sus jefes y oficiales serán ju-
díos, y podrán seguir su legislación, como ha ordenado el rey para
Judá.
38 »Los tres distritos de Samaría anexionados a Judá le quedarán
unidos, y serán considerados dependientes de la misma autoridad,
no estando sometidos más que a la jurisdicción del sumo sacerdote.
39 »Dono Tolemaida y su término al templo de Jerusalén, para su-
40 fragar los gastos del templo, y asigno además quince mil siclos de
plata anuales, provenientes del presupuesto del rey, en las locali-
41 dades que parezca conveniente. Y la cantidad que no pagaron los
funcionarios, como se hacía al principio, la entregarán desde ahora
42 para las obras del templo. Además, los cinco mil siclos de plata
que se retiraban de los ingresos anuales del templo quedan libres
de impuestos, por tratarse de ingresos de los sacerdotes oficiantes.
43 Todo deudor del rey por asuntos de impuestos o cualquier otro
motivo que se refugie en el templo de Jerusalén o en su recinto
queda perdonado con todas las posesiones que tenga en mi Imperio.
44 Los gastos de reconstrucción y restauración de la fábrica del templo
correrán a cuenta del rey.
45 »Los gastos de reconstrucción y fortificaciones de la muralla en
torno a Jerusalén correrán a cuenta del rey, lo mismo que la re-
construcción de murallas en Judá».
46 Cuando Jonatán y el pueblo oyeron todo esto no le dieron cré-
dito ni lo admitieron, acordándose de los graves daños inferidos a
47 Israel por Demetrio y de su dura opresión. Se inclinaron a favor
de Alejandro, porque les había dirigido mejores propuestas de paz,
y ellos querían ser siempre sus aliados.
48 El rey Alejandro reunió un gran ejército y formó sus tropas fren-
49 te a Demetrio. Los dos reyes trabaron combate. El ejército de De-
50 metrio huyó. Alejandro los persiguió y se les impuso. Y aunque
luchó encarnizadamente hasta la puesta del sol, Demetrio cayó
aquel día.

Alejandro, Tolomeo y Jonatán

51 Alejandro envió entonces embajadores al rey Tolomeo de Egipto,
con este mensaje:
52 —He vuelto a mi reino, he ocupado el trono de mis padres, con-
quistado el poder, derrotado a Demetrio y soy dueño del país
53 —trabé combate con él y lo derrotamos junto con su ejército y
54 ahora he ocupado su trono—; hagamos, pues, un tratado de amis-

tad: dame tu hija por esposa, yo seré tu yerno, y os haré, a ella y a
ti, regalos dignos de ti.
55 El rey Tolomeo respondió:
—¡Feliz el día en que has vuelto a tu patria y has ocupado el
56 trono real! Haré lo que pides, pero sal a entrevistarte conmigo en
Tolemaida; yo seré tu suegro, como dices.
57 Tolomeo salió de Egipto con su hija Cleopatra, y llegó a Tole-
58 maida el año ciento sesenta y dos. El rey Alejandro salió a su en-
cuentro. Tolomeo le dio su hija Cleopatra por esposa, y celebraron
la boda en Tolemaida, a estilo regio, por todo lo alto.
59 El rey Alejandro escribió a Jonatán para que fuera a verle.
60 Jonatán marchó a Tolemaida con un gran cortejo, para entrevistarse
con los dos reyes; a ellos y a sus grandes los obsequió con oro y
muchos regalos, y se ganó sus simpatías.
61 Entonces se confabuló contra él la peste de Israel, unos apósta-
tas dispuestos a querellarse ante el rey, pero el rey no les atendió;
62 ordenó que quitaran a Jonatán su ropa y lo vistieran de púrpura.
63 Así lo hicieron. El rey lo hizo sentar a su lado y dijo a sus nobles:
—Salid con él por la ciudad y pregonad que nadie lo acuse de
nada ni lo moleste por nada.
64 Cuando vieron los honores que le tributaban, a medida que se
publicaba el pregón, y al verlo a él revestido de púrpura, los acu-
sadores huyeron.
65 El rey lo honró elevándolo al rango superior de los grandes del
66 reino, y lo nombró general y gobernador. Jonatán regresó a Jeru-
salén en paz y contento.

Actividad de Jonatán en tiempo de Demetrio II

67 El año ciento sesenta y cinco, Demetrio, hijo de Demetrio, llegó
68 de Creta a su patria. El rey Alejandro se disgustó mucho cuando
lo supo, y se volvió a Antioquía.
69 Demetrio confió el mando a Apolonio, gobernador de Celesiria,
que reunió un gran ejército y acampó frente a Yamnia. Y mandó
este mensaje al sumo sacerdote, Jonatán:
70 —Tú eres el único que se ha rebelado contra nosotros y me has
dejado en ridículo. ¿Por qué alardeas desafiante en la montaña?
71 Si confías en tu ejército, baja aquí, a la llanura, que nos veamos las
72 caras, pues está conmigo el ejército de las ciudades. Pregunta, en-
térate de quién soy yo y quiénes nuestros aliados, y te dirán que
no sois capaces de resistirnos a pie firme, puesto que ya tus padres
73 huyeron dos veces en su propio país. Ahora no podrás resistir a la
caballería ni a un ejército tan poderoso, en esta llanura, donde no
hay piedras, ni guijarros, ni sitio donde escapar.
74 Cuando Jonatán oyó el mensaje de Apolonio, todo alterado, eli-
gió diez mil hombres y salió de Jerusalén; su hermano Simón se le
75 juntó con refuerzos. Acampó frente a Jafa; como allí había una
guarnición de Apolonio, los de la ciudad le cerraron las puertas.
76 Jonatán dio el asalto. Los de la ciudad, atemorizados, le abrieron,
y Jonatán se apoderó de Jafa.
77 Cuando se enteró Apolonio, formó en orden de batalla a tres

mil jinetes y mucha infantería, y marchó a Asdod como si fuera de
paso; pero al mismo tiempo, contando con su numerosa caballería,
avanzó por la llanura.
78 Jonatán los persiguió por detrás, hacia Asdod, y los dos ejércitos
79 trabaron combate. Apolonio había dejado a su espalda mil jinetes
80 ocultos, pero Jonatán sabía que tenía a su espalda una emboscada.
Y aunque el enemigo rodeó a su ejército disparando flechas contra
81 la tropa desde la mañana hasta la tarde, la tropa aguantó bien, si-
guiendo las órdenes de Jonatán, mientras que los caballos del ene-
82 migo se cansaron. Cuando ya la caballería estaba fatigada, Simón
hizo avanzar a sus tropas y trabó combate con la falange; la destro-
83 zó, y huyeron; la caballería se desparramó por la llanura; huyeron
84 hasta Asdod, y se guarecieron en Casadagón, templo pagano. Jona-
tán incendió Asdod y las ciudades del contorno; se llevó sus despo-
jos e incendió el santuario de Dagón con todos los que se habían
85 refugiado allí. Sumando los caídos a espada y los abrasados, las
bajas fueron unas ocho mil.
86 Jonatán marchó de allí y acampó frente a Ascalón. Los de la ciu-
87 dad salieron a recibirlo con grandes festejos. Después regresó a
Jerusalén con los suyos, cargados de despojos.
88 Cuando el rey Alejandro se enteró de todo, concedió nuevos ho-
89 nores a Jonatán: le envió una hebilla de oro, como suelen regalar
a los familiares de los reyes, y le dio en propiedad Ecrón y su
término.

Tolomeo VI en Antioquía

11 El rey de Egipto reunió un ejército numeroso, como la arena de
la playa, e intentó apoderarse astutamente del Imperio de Alejan-
2 dro, para anexionarlo a su propio Imperio. Marchó hacia Siria en
son de paz, y la gente de las ciudades le abría las puertas y salía a
recibirlo, pues el rey Alejandro había dado orden de hacerle reci-
3 bimientos, por ser su yerno. Pero a medida que entraba en las ciu-
dades, Tolomeo iba dejando en todas una guarnición militar.
4 Cuando llegaron cerca de Asdod le enseñaron el santuario incen-
diado de Dagón, Asdod y sus alrededores en escombros, los cadá-
veres esparcidos y los cuerpos calcinados en la guerra con Jonatán
5 (pues los habían amontonado a lo largo del camino). Le contaron
lo que había hecho Jonatán, para que el rey lo reprobara; pero el
rey calló.
6 Jonatán salió a recibirlo en Jafa, fastuosamente. Se saludaron y
7 pernoctaron allí. Luego Jonatán acompañó al rey hasta el río Eléu-
8 tero y regresó a Jerusalén. Pero el rey Tolomeo se apoderó de las
ciudades de la costa hasta Seléucida del Mar, tramando planes si-
9 niestros contra Alejandro, y envió al rey Demetrio unos embaja-
dores con este mensaje: «Vamos a hacer un pacto; te daré a mi
hija, la mujer de Alejandro, y reinarás en el Imperio de tu padre.
10 Estoy arrepentido de haberle dado mi hija, pues ha intentado
matarme».
11 (Lo calumnió porque codiciaba su Imperio).
12 Le quitó su hija y se la dio a Demetrio. Así rompió con Alejan-
dro, y su enemistad se hizo pública.

13 Tolomeo entró en Antioquía y se ciñó la corona de Asia; así,
ciñó su frente con dos coronas: la de Egipto y la de Asia.
14 El rey Alejandro estaba en Cilicia por aquel entonces, porque se
15 habían sublevado los de aquellas provincias. Pero, en cuanto se en-
teró, marchó contra Tolomeo para atacarle. Tolomeo salió a enfren-
16 tarse con él con un ejército poderoso, y lo hizo huir. Alejandro
huyó a Arabia en busca de protección, mientras que el rey Tolomeo
quedaba vencedor.
17 El árabe Zabdiel decapitó a Alejandro y envió la cabeza a To-
18 lomeo. El rey Tolomeo murió dos días después, y los habitantes de
las plazas fuertes asesinaron a las guarniciones acantonadas allí.

Demetrio II y Jonatán

19 Demetrio subió al trono el año ciento sesenta y siete.
20 Por entonces Jonatán reunió a los de Judá para atacar la acró-
polis de Jerusalén e instaló en ella muchas máquinas de guerra.
21 Unos malos patriotas, apóstatas, fueron a decir al rey que Jo-
22 natán tenía cercada la acrópolis. El rey se puso furioso al oírlo, y
emprendió inmediatamente la marcha hacia Tolemaida; escribió a
Jonatán que no continuara el asedio y que fuera a entrevistarse con
él cuanto antes en Tolemaida.
23 Cuando Jonatán se enteró, ordenó continuar el asedio; escogió
24 senadores de Israel y sacerdotes, y se lanzó al peligro. Con plata y
oro, ropas y otros muchos regalos, fue a presentarse al rey en Tole-
25 maida, y lo halló favorable. Algunos compatriotas apóstatas lo
26 acusaban, pero el rey lo trató como sus predecesores, honrándolo
27 ante todos sus amigos: lo confirmó en el puesto de sumo sacerdote
y las demás dignidades que tenía antes, y lo puso en el rango supe-
28 rior de los grandes del reino. Jonatán pidió al rey que eximiera de
impuestos a Judá y los tres distritos de Samaría, y le prometió unos
29 nueve mil kilos de plata. El rey lo aprobó, y le escribió sobre este
punto la siguiente carta:
30 «El rey Demetrio saluda a su hermano Jonatán y al pueblo judío.
31 Os enviamos, a título de información, copia de la carta que escri-
32 bimos a nuestro pariente Lástenes acerca de vosotros: 'El rey De-
33 metrio saluda a su pariente Lástenes. Por sus buenos sentimientos
hacia nosotros, hemos determinado favorecer a nuestros amigos los
34 judíos, que respetan nuestros derechos. Les confirmamos los límites
territoriales de Judá y los tres distritos de Samaría —Ofrá, Lida y
Ramá— que se añadieron a Judá, con todos sus anejos, en benefi-
cio de los sacerdotes de Jerusalén, como compensación por los
impuestos que pagaban al rey anualmente por los productos agrí-
35 colas y la fruta. En cuanto a los demás ingresos nuestros a los que
tenemos derecho, los diezmos y los tributos de las salinas y las
36 coronas, se los cedemos desde este momento. Es una determinación
37 irrevocable, que surtirá efecto a partir de hoy. Proveed a sacar una
copia, que entregaréis a Jonatán y la expondréis en el monte santo,
en un sitio visible'».
38 Cuando el rey Demetrio vio que el país quedaba tranquilo bajo
su mando, eliminada toda resistencia, licenció todas sus tropas,

cada uno a su casa, excepto los mercenarios extranjeros que había
reclutado en ultramar. Así se ganó la malquerencia de los soldados
39 movilizados en tiempo de sus antepasados. Entonces Trifón, anti-
guo partidario de Alejandro, al ver que todos los soldados protes-
taban contra Demetrio, se presentó a Imalcúe, el árabe preceptor
40 de Antíoco, hijo de Alejandro, y le urgió a que se lo entregara para
entronizarlo como sucesor de su padre. Le contó lo que había hecho
Demetrio y lo impopular que era entre sus soldados. Trifón se
quedó allí muchos días.
41 Jonatán envió a pedir al rey Demetrio que retirara a los de la
acrópolis de Jerusalén y a las guarniciones de las plazas fuertes,
42 que traían en jaque continuamente a Israel. Demetrio le remitió
esta respuesta: «Por ti y por tu pueblo no sólo haré eso, sino que
os colmaré de honores, a ti y a tu pueblo, en cuanto tenga ocasión.
43 Ahora hazme el favor de enviarme gente que luche en mi favor,
44 porque todos mis soldados han desertado». Jonatán le envió tres
mil hombres aguerridos a Antioquía. Cuando se presentaron al
rey, éste se alegró de su llegada.
45 La población, unas ciento veinte mil personas, organizó una ma-
nifestación en el centro de la ciudad con el intento de asesinar al
46 rey. El rey se refugió en palacio; los vecinos de la ciudad ocuparon
47 las salidas de la villa y empezaron el asalto. Entonces el rey llamó
a los judíos en su ayuda; inmediatamente se congregaron todos en
torno de él; luego se esparcieron por la ciudad, y mataron aquel
48 día a unos cien mil, e incendiaron la ciudad, después de recoger
muchos despojos. Así salvaron al rey.
49 Al ver los de la ciudad que los judíos se habían apoderado de la
villa a placer, se acobardaron y clamaron al rey, suplicándole:
50 —Hagamos las paces, y que los judíos dejen de atacarnos a nos-
otros y a la ciudad.
51 Rindieron las armas e hicieron la paz. Los judíos subieron en el
concepto del rey y de todos los súbditos de su Imperio; luego re-
gresaron a Jerusalén con muchos despojos.
52 El rey Demetrio ocupó su trono real, y el país quedó en paz
53 bajo su mando. Pero no cumplió ninguna promesa; se distanció de
Jonatán, y en vez de pagarle los buenos servicios le dio mucho que
sufrir.

Intrigas de Trifón

54 Después de estos sucesos volvió Trifón con Antíoco, un mucha-
cho muy joven todavía, que subió al trono y se ciñó la corona.
55 Se le sumaron todos los soldados que había licenciado Demetrio de
mala manera; atacaron a Demetrio, y éste, derrotado, tuvo que huir.
56 Trifón se apoderó de Antioquía utilizando los elefantes.
57 El joven Antíoco escribió a Jonatán: «Te confirmo en el puesto
de sumo sacerdote, te pongo al frente de los cuatro distritos y te
58 confirmo grande del reino». Y le envió una vajilla de oro con
todo el servicio completo, autorizándole a beber en copas de oro,
59 a vestirse de púrpura y usar hebilla de oro. A su hermano Simón lo
nombró gobernador militar en la zona que comprende desde la
Escala de Tiro hasta la frontera de Egipto.

60 Jonatán marchó a hacer un recorrido por la región y las ciudades
del otro lado del río Eufrates. Todo el ejército sirio se le agregó
como aliado. Al llegar a Ascalón, los habitantes de la ciudad lo
61 recibieron con todos los honores. De allí marchó a Gaza, pero los
de Gaza le cerraron las puertas; entonces la cercó; saqueó los alre-
62 dedores y los incendió. Los de Gaza pidieron la paz a Jonatán; se
la concedió, pero retuvo como rehenes a los hijos de las autoridades
y los envió a Jerusalén. Luego prosiguió su viaje a través del país,
hasta Damasco.
63 Cuando se enteró de que los oficiales de Demetrio se encontra-
ban en Cades de Galilea con un gran ejército, en plan de estorbarle
64 su proyecto, salió a hacerles frente, dejando en la región a su her-
65 mano Simón. Simón cercó Betsur, la atacó durante muchos días,
66 apretando el asedio. Los de la ciudad le pidieron la paz, y se la
concedió; pero les hizo evacuar la ciudad, la ocupó y puso en ella
una guarnición.
67 Jonatán y su ejército acamparon junto al lago de Genesaret; de
68 madrugada fueron a la llanura de Jasor y se encontraron con que el
ejército de extranjeros avanzaba hacia ellos por la llanura y les
69 había puesto emboscadas en los montes; ellos iban de frente. Cuan-
70 do surgieron los emboscados y se trabó el combate, todos los de
Jonatán huyeron; no quedó ni uno, fuera de Natatías, de Absalón,
y Judas, de Alfeo, oficiales del ejército.
71 Jonatán se rasgó las vestiduras, se echó tierra a la cabeza y oró.
72 Luego volvió a la lucha contra el enemigo y les hizo emprender
73 la huida. Al ver esto los que se le habían marchado, se le incorpo-
raron de nuevo, persiguieron juntos al enemigo hasta su campa-
74 mento de Cades y acamparon allí. Los extranjeros tuvieron aquel
día unas tres mil bajas. Jonatán volvió luego a Jerusalén.

Embajada a Roma

12 Viendo Jonatán que el momento era favorable, eligió a algunos
para enviarlos a Roma a confirmar y renovar el pacto de amistad
2 con los romanos. A Esparta y otros países despachó mensajes en el
mismo sentido.
3 Los embajadores partieron para Roma, y cuando entraron en el
Senado, dijeron:
—El sumo sacerdote, Jonatán, y el pueblo judío nos han envia-
do a renovar vuestro antiguo pacto de amistad y de mutua defensa
con ellos.
4 Los romanos les dieron un salvoconducto con el que pudieran
llegar a Judá sanos y salvos.
5 Copia de la carta de Jonatán a los espartanos:
6 «El sumo sacerdote, Jonatán, los senadores del pueblo, los sacer-
dotes y toda la nación judía saludan a sus hermanos de Esparta.
7 »Antaño vuestro rey Areo envió al sumo sacerdote, Onías, una
carta reconociendo nuestro parentesco, como consta en la copia
8 adjunta. Onías recibió a vuestro mensajero con todos los honores,
9 y recibió la carta, que hablaba de mutua defensa y amistad. Y aun-
que con el estímulo de los libros santos no necesitamos tales alian-

10 zas, nos hemos aventurado a enviaros una embajada para renovar
con vosotros nuestra alianza fraternal, a fin de no mirarnos como
extraños, pues ha pasado mucho tiempo desde que nos enviasteis
aquel mensaje.
11 »Por lo que a nosotros toca, con ocasión de las festividades y en
otros días designados no os olvidamos en nuestros sacrificios y ora-
ciones, pues es justo y debido acordarse de los hermanos.
12 »Nos congratulamos con vuestra fama.
13 »Nosotros nos hemos visto cercados de muchas tribulaciones y
14 muchas guerras; los reyes vecinos nos han atacado, pero no hemos
querido molestaros a vosotros ni a los demás aliados y amigos nues-
15 tros con motivo de esas guerras, pues gracias a la ayuda protectora
del cielo nos hemos librado de los enemigos, que han sido derro-
tados.
16 »Así, pues, hemos elegido a Numenio, de Antíoco, y a Antípatro,
de Jasón, y los hemos enviado a Roma para renovar el anterior pac-
17 to de amistad y mutua defensa. Les hemos ordenado presentarse
también a vosotros, saludaros y entregaros esta nuestra carta sobre
18 la renovación de nuestra fraternidad. Haced el favor de responder-
nos a esta carta».
19 Copia de la carta enviada a Onías:
20 «Areo, rey de Esparta, saluda al sumo sacerdote, Onías.
21 »En un documento relativo a espartanos y judíos se ha descu-
22 bierto que son parientes, de la estirpe de Abrahán. Ahora que lo
sabemos, os pedimos por favor que nos escribáis con noticias vues-
23 tras. Por nuestra parte, os decimos: vuestros ganados y hacienda
son nuestros y los nuestros son vuestros. Por tanto, ordenamos que
os lo comuniquen en estos términos».
24 Jonatán se enteró de que los oficiales de Demetrio habían vuelto
25 con un ejército mayor que antes para atacarle. Salió de Jerusalén
para hacerles frente en la zona de Jamat, sin dejarles poner pie en
26 su territorio. Envió espías al campamento enemigo, y al volver le
comunicaron que se preparaban para caer de noche sobre los judíos.
27 En cuanto se puso el sol, Jonatán ordenó a los suyos estar en
vela y con las armas a mano toda la noche, preparados para el com-
bate, y destacó avanzadillas en torno al campamento.
28 Cuando los enemigos se enteraron de que Jonatán y los suyos
estaban dispuestos al combate se acobardaron, llenos de miedo;
29 encendieron fogatas en el campamento [y se retiraron]. Jonatán
y los suyos, como veían el resplandor de las hogueras, no se ente-
30 raron hasta por la mañana de lo ocurrido. Entonces Jonatán los
persiguió, pero no pudo alcanzarlos, porque ya habían pasado el
31 río Eléutero. Luego se volvió contra los árabes llamados zabadeos;
32 los derrotó y los saqueó. Emprendió la marcha hacia Damasco y
atravesó toda la región.
33 Simón había salido, mientras tanto, y había llegado hasta Ascalón
y las plazas fuertes cercanas; se desvió luego hacia Jafa y la con-
34 quistó (es que se había enterado de que querían entregar la plaza
fuerte a los de Demetrio). Dejó allí una guarnición de defensa.
35 A su vuelta, Jonatán convocó a los senadores del pueblo y deci-
36 dió con ellos construir plazas fuertes en Judá, dar más altura a las
murallas de Jerusalén, construir una gran barrera de separación

entre la acrópolis y la ciudad para aislar la acrópolis sin que pu-
dieran comprar ni vender.
37 Se reunieron para reconstruir la ciudad, porque estaba caída una
parte de la muralla oriental, sobre el torrente de levante. Jonatán
38 restauró la muralla de Capenat. Simón, por su parte, reconstruyó
Adida en la Sefela, la fortificó y le puso puertas con cerrojos.

Secuestro de Jonatán

39 Trifón había intentado ocupar el trono de Asia, ceñirse la coro-
40 na y eliminar al rey Antíoco. Pero temiendo que Jonatán no le iba
a dejar, o que a lo mejor lo atacaba, andaba buscando la manera
de prenderlo y deshacerse de él; así, se marchó hasta Beisán.
41 Jonatán salió a hacerle frente con cuarenta mil soldados escogi-
42 dos, y llegó a Beisán. Al ver Trifón que Jonatán había venido con
43 aquel ejército, temió echarle mano; es más, lo recibió con todos
los honores, lo recomendó a todos sus generales, le hizo regalos y
ordenó a sus generales y soldados que le obedeciesen como a él
44 mismo. Y dijo a Jonatán:
—¿Para qué has cansado a toda esta gente, cuando no hay gue-
45 rra entre nosotros? Licéncialos, quédate con una pequeña escolta
y ven conmigo a Tolemaida; te la entregaré con las demás plazas
fuertes, el resto del ejército y todos los funcionarios; después em-
prenderé el regreso; para esto he venido.
46 Jonatán se fio de él e hizo lo que le dijo: licenció a los soldados,
47 que se fueron a Judá; se quedó con unos tres mil hombres: dejó
48 dos mil en Galilea, los otros mil lo acompañaron. Y cuando entró
en Tolemaida, los habitantes de la villa cerraron las puertas, lo
apresaron y acuchillaron a todos los que habían entrado con él.
49 Trifón envió tropas de infantería y caballería a Galilea y a la gran
50 llanura de Esdrelón para eliminar a todos los de Jonatán. Pero
éstos, que ya sabían que Jonatán había caído preso y muerto con
los de su escolta, se animaron mutuamente, y avanzaron en escua-
51 drón cerrado, dispuestos a la lucha. Sus perseguidores los vieron
52 dispuestos a jugarse la vida, y se volvieron. Así, los de Jonatán
pudieron llegar sanos y salvos a Judá. Lloraron a Jonatán y a los
de su escolta, muy alarmados. Todo Israel hizo gran duelo.
53 Todos los países vecinos intentaron entonces exterminarlos, pues
decían:
—No tienen jefe ni defensor. ¡Vamos a atacarlos y borrar su re-
cuerdo de entre los hombres!

Simón asume el mando

13 Cuando Simón se enteró de que Trifón había reunido un gran
2 ejército para ir a devastar Judá y vio a la gente aterrorizada, subió
3 a Jerusalén, congregó al pueblo y les arengó:
—Vosotros sabéis lo que yo, mis hermanos y mi familia hemos
hecho por la Ley y el templo, las guerras y dificultades que hemos
4 pasado. Por eso todos mis hermanos han muerto por Israel. Quedo
5 yo solo. Pero lejos de mí escatimar mi vida en momentos de peli-

6 gro, pues no valgo más que mis hermanos. Al contrario, vengaré a
mi pueblo, al templo, a vuestras mujeres y a vuestros hijos, puesto
que todas las naciones, por odio, se han unido para aniquilarnos.
7-8 Al oírle hablar así, todos se reanimaron, y le respondieron con
una aclamación:
—¡Tú eres nuestro caudillo después de Judas y de tu hermano
9 Jonatán! Dirige nuestra guerra, y haremos lo que nos mandes.
10 Simón congregó a todos los guerreros y se dio prisa a terminar
11 la muralla de Jerusalén, fortificándola toda en derredor. A Jonatán,
de Absalón, lo envió a Jafa con bastante tropa. Jonatán expulsó a
los de Jafa y se estableció allí.
12 Trifón salió de Tolemaida con un gran ejército para ir a Judá;
13 llevaba con él a Jonatán, prisionero. Simón acampó en Adida, fren-
te a la llanura.
14 Cuando Trifón supo que Simón reemplazaba a su hermano Jo-
natán y que estaba a punto de atacarle, le envió este mensaje:
15 —Tenemos cautivo a tu hermano Jonatán, por el dinero que
16 debe al fisco a causa de los cargos que tenía. Si mandas tres mil
kilos de plata y dos de sus hijos como rehenes, para que no se re-
bele cuando quede libre, lo soltamos.
17 Simón comprendió que le hablaban de mala fe, pero envió a por
el dinero y los niños, para no suscitar una mayor odiosidad entre
18 el pueblo, que comentaría:
—¡Ha muerto Jonatán porque Simón no envió a Trifón el dine-
ro ni los niños!
19 Así que envió los niños y tres mil kilos de plata. Pero Trifón,
faltando a su palabra, no soltó a Jonatán.
20 Trifón marchó después para invadir y saquear el país; rodeó por
el camino de Adora. Simón y su ejército lo seguían a todas partes.
21 Los de la acrópolis enviaban mensajes a Trifón, metiéndole prisa
22 para que cortara por el páramo y les enviara víveres. Trifón prepa-
ró toda su caballería para ir allá, pero aquella noche caía una ne-
vada tan fuerte que no pudo ir a causa de la nieve. Entonces em-
23 prendió la marcha hacia Galaad. Al llegar cerca de Bascama mató
24 a Jonatán, y allí lo enterraron. Luego regresó a su tierra.
25 Simón envió a recoger los restos mortales de su hermano Jona-
26 tán, y lo enterró en Modín, su pueblo natal. Todo Israel le hizo
solemnes funerales y lo lloraron durante muchos días.
27 Sobre la sepultura de su padre y hermanos, Simón levantó un
28 monumento de piedra pulida por ambas caras, bien visible. Erigió
siete pirámides, unas frente a otras, en honor de su padre, su ma-
29 dre y sus cuatro hermanos. Las rodeó artísticamente con grandes
columnas; sobre las columnas colocó panoplias para recuerdo per-
petuo, y junto a las panoplias, naves esculpidas, para que las vieran
30 los navegantes. Así era el monumento que construyó en Modín y
que todavía se conserva.

Actividad político-militar de Simón

31 Por su parte, Trifón conspiró contra el joven rey Antíoco y lo
32 mató; lo suplantó en el trono, ciñó la corona de Asia y asestó un
duro golpe al país.

33 Simón construyó las plazas fuertes de Judá, las rodeó de torres
elevadas y altas murallas, con puertas y cerrojos, y las dejó bien
34 aprovisionadas. Eligió a algunos para enviarlos al rey Demetrio a
pedirle que condonase los impuestos al país, porque todas las in-
35 tervenciones de Trifón habían sido un verdadero saqueo. El rey
Demetrio respondió a su petición con la siguiente carta:
36 «El rey Demetrio saluda al sumo sacerdote, Simón, aliado de re-
yes, a los senadores y al pueblo judío.
37 »Hemos recibido la corona de oro y el ramo de palma que en-
viasteis, y estamos dispuestos a firmar con vosotros una paz dura-
dera y a escribir a los funcionarios para que os eximan de im-
puestos.
38 »Sigue en vigor cuanto hemos decretado en vuestro favor. Las
plazas fuertes que habéis construido quedan en vuestro poder.
39 »Asimismo, concedemos amnistía por los errores y transgresiones
cometidas hasta el presente. Os perdonamos la corona que debéis.
Y si en Jerusalén debéis alguna contribución, no se os exigirá.
40 »Si algunos de vosotros estáis dispuestos a alistaros en nuestra
escolta podéis hacerlo.
»¡Haya paz entre nosotros!».
41-2 Israel se sacudió el yugo extranjero el año ciento setenta, y em-
pezaron a fechar así los documentos y contratos: «Año primero de
Simón el Grande, sumo sacerdote, general y caudillo de los judíos».
43 Por entonces acampó Simón frente a Guézer y la cercó con su
ejército; armó una torre de asalto, la arrimó a la ciudad, abrió bre-
44 cha en un torreón y lo ocupó. Cuando los que iban en la torre
móvil saltaron a la ciudad se armó un gran revuelo en la población.
45 Los vecinos de la ciudad subieron a la muralla con sus mujeres e
hijos, y rasgándose las vestiduras, pidieron la paz a Simón, con
grandes gritos:
46 —¡No nos trates como merece nuestra maldad, sino conforme a
tu misericordia!
47 Simón accedió y suspendió el ataque. Pero los expulsó de la ciu-
dad, purificó las casas en las que había ídolos, y entonces entró en
48 la ciudad entre cantos de alabanza y acción de gracias. Echó fuera
de la ciudad todo lo que la profanaba e instaló en ella gente obser-
vante de la Ley. Fortificó Guézer y se construyó allí una casa.
49 Los de la acrópolis de Jerusalén, como no podían salir ni entrar
en la provincia para comprar y vender, pasaban un hambre espan-
50 tosa, y muchos de ellos morían de inanición. Clamaron a Simón,
pidiéndole las paces. El accedió. Los expulsó de allí y purificó la
acrópolis de las profanaciones.
51 El día veintitrés del mes segundo del año ciento setenta y uno
entraron los judíos en la acrópolis, entre vítores, con ramos de pal-
ma, cítaras, platillos y arpas, con himnos y canciones, porque había
52 sido derrotado el mayor enemigo de Israel. Simón declaró aquel
día fiesta anual. Luego fortificó el monte del templo, del lado de
53 la acrópolis, y habitó allí con los suyos. Y cuando vio que su hijo
Juan era ya un hombre, lo nombró general en jefe del ejército, con
residencia en Guézer.

Gloria de Simón

14 El año ciento setenta y dos el rey Demetrio concentró sus tropas
y marchó a Media en busca de ayuda para la guerra contra Trifón.
2 Pero cuando Arsaces, rey de Persia y Media, se enteró de que
Demetrio había entrado en su territorio, envió a uno de sus gene-
3 rales con orden de apresarlo vivo. Fue el general, derrotó al ejér-
cito de Demetrio, lo apresó y se lo llevó a Arsaces, que lo metió
en la cárcel.

4 Mientras vivió Simón, Judá estuvo en paz.
Simón buscó el bienestar de su pueblo,
que aprobó siempre su gobierno y su magnificencia.
5 Añadió a sus títulos de gloria
la conquista de Jafa como puerto,
y así abrió un camino al tráfico marítimo.
6 Extendió las fronteras de su patria,
se adueñó del país;
7 repatrió a numerosos cautivos,
se apoderó de Guézer, Betsur y la acrópolis;
echó de ella las profanaciones,
no hubo quien le resistiera.
8 La gente cultivaba en paz sus campos,
la tierra daba sus cosechas
y los árboles de la llanura sus frutos.
9 Los ancianos se sentaban en las plazas
hablando todos de venturas,
y los mozos vistieron gloriosos uniformes militares.
10 Abasteció de víveres a las ciudades,
las equipó con medios de defensa,
su renombre llegó a los confines del orbe.
11 Hizo obra de paz en el país,
e Israel se llenó de inmenso gozo.
12 Cada cual pudo habitar bajo su parra y su higuera
sin que nadie lo inquietara.
13 Acabó con los enemigos en el país,
en su tiempo los reyes acababan derrotados.
14 Protegió a la gente humilde; tuvo en cuenta la Ley,
exterminó a apóstatas y malvados.
15 Dio esplendor al templo
y aumentó los utensilios sagrados.

16 En Roma y Esparta sintieron profundamente la muerte de Jona-
17 tán cuando supieron la noticia; pero al enterarse de que su herma-
no Simón le había sucedido como sumo sacerdote y que se había
18 hecho cargo del país y sus ciudades, le escribieron en tablillas de
bronce para renovarle el tratado de amistad y mutua defensa pac-
19 tado con sus hermanos Judas y Jonatán; aquel documento se leyó
en Jerusalén ante la asamblea.
20 Copia de la carta que mandaron los espartanos:
«El gobierno y la ciudad de Esparta saludan a sus hermanos el
sumo sacerdote, Simón, los senadores, los sacerdotes y demás pue-
blo judío.

21 »Los embajadores que nos habéis enviado nos han informado de
vuestro esplendor y vuestra gloria. Nos hemos alegrado con su
22 venida, y sus discursos constan en las actas oficiales, en estos tér-
minos: 'Numenio, de Antíoco, y Antípatro, de Jasón, embajadores
de los judíos, han venido aquí a renovar su pacto de amistad.
23 El pueblo ha decretado recibirlos con todos los honores y deposi-
tar una copia de sus discursos en los documentos oficiales, para que
sirva de recuerdo a la nación espartana. Se ha sacado una copia de
todo esto para el sumo sacerdote, Simón'».
24 Más tarde envió Simón a Numenio a Roma, con un gran escudo
de oro, de seiscientos kilos, para ratificar el pacto de mutua defen-
sa con los romanos.
25 Al correrse estas noticias entre el pueblo, la gente comentó:
26 —¿Con qué podremos pagar a Simón y sus hijos? Porque él,
sus hermanos y su familia han luchado con constancia para rechazar
a los enemigos de Israel, y le han conseguido la libertad.
Grabaron una inscripción en bronce y la fijaron en unas colum-
nas en el monte Sión.
27 Copia de la inscripción:
«El dieciocho de septiembre del año ciento setenta y dos —que
corresponde al año tercero de Simón, sumo sacerdote—, durante la
28 tribulación del pueblo de Dios, en una asamblea solemne de sacer-
dotes y pueblo, autoridades y senadores del país, se nos notificó lo
29 siguiente: Cuando en el país se libraban frecuentes combates, el
sacerdote Simón, hijo de Matatías, descendiente de Yoarib, y sus
hermanos se expusieron al peligro y resistieron a los enemigos de
su patria para salvar incólumes su templo y su Ley, y así dieron
30 gran gloria a su nación, haciéndola gloriosa. Jonatán, después de
unificar a su patria y hacer de sumo sacerdote, fue a reunirse con los
31 suyos. Sus enemigos quisieron poner el pie en el país y atacar el
32 templo, pero entonces surgió Simón, para luchar por su pueblo;
gastó gran parte de su fortuna en equipar y pagar a los guerreros
33 de su patria. Fortificó las ciudades de Judá y a Betsur, en la raya
de Judá, antiguo cuartel enemigo, y dejó allí una guarnición judía.
34 Fortificó Jafa, en la costa, y Guézer, en la raya de Asdod, antiguo
enclave enemigo, y estableció allí colonias judías, proporcionándo-
35 les todo lo necesario para su buen funcionamiento. Al ver la gente
la fidelidad de Simón y su interés por engrandecer a su patria, lo
nombraron caudillo y sumo sacerdote suyo, como recompensa por
los servicios prestados, por su honradez y lealtad para con la patria,
36 intentando por todos los medios enaltecer a su pueblo. En su tiem-
po pudo llevarse a buen término la expulsión de los paganos de la
zona ocupada, y de los de Jerusalén, la ciudad de David, que se
habían edificado una acrópolis de donde salían a profanar los alre-
37 dedores del templo, profanando gravemente su pureza. Simón ins-
taló judíos en la acrópolis, la fortificó para seguridad del país y de
38 la ciudad, y elevó las murallas de Jerusalén. Por eso el rey Deme-
39 trio le confirmó en el cargo de sumo sacerdote, lo hizo grande del
40 reino y lo colmó de honores, pues se enteró de que los romanos
llamaban a los judíos amigos, aliados y hermanos, y que habían
41 recibido con todos los honores a los embajadores de Simón, y que
los judíos y los sacerdotes habían determinado que Simón fuese su

caudillo y sumo sacerdote vitalicio, hasta que surgiese un profeta
42 fidedigno, y que fuese su general, que se cuidase del templo, de la
supervisión de las obras, del gobierno del país, del armamento, de
43 las plazas fuertes; todos debían obedecerle. Los documentos oficiales
se escribirían todos en su nombre, y él vestiría de púrpura y oro.
44 Se prohíbe a todo el pueblo y a los sacerdotes desobedecer uno solo
de estos puntos, contradecir las órdenes que dicte, convocar en todo
el territorio una reunión sin su autorización, vestir de púrpura o
45 llevar una hebilla de oro. Todo el que contravenga estas prescripciones
o desobedezca uno solo de estos puntos será reo de culpa».
46 Todos aprobaron que se otorgase a Simón autoridad para actuar
47 conforme a tales normas. Simón aceptó con agrado actuar de sumo
sacerdote, ser general y jefe de los judíos y de los sacerdotes y pre-
48 sidirlos a todos. Decretaron grabar este documento en tablillas de
bronce y colocarlas en el recinto del templo, en un sitio visible,
49 depositando en el tesoro copias a disposición de Simón y sus hijos.

Antíoco y Simón

15 Antíoco, hijo del rey Demetrio, mandó una carta desde ultramar
a Simón, sumo sacerdote y jefe de los judíos, y a toda la nación,
2 redactada en los siguientes términos:
«El rey Antíoco saluda a Simón, sumo sacerdote y jefe del Estado, y al pueblo judío.
3 »Considerando que unos canallas se han apoderado del reino de
mis padres; queriendo yo hacer valer mis derechos al trono para
restaurar el Imperio, y habiendo reclutado numerosas tropas y
4 equipado barcos de guerra con intención de desembarcar en el país
para vengarme de sus devastadores, que han asolado muchas ciu-
5 dades de mi reino, te confirmo todas las exenciones de impuestos
concedidas por los reyes predecesores míos y cualesquiera otras
6 exenciones que te otorgaran. Te permito acuñar moneda propia, de
7 curso legal, en tu país. Jerusalén y el templo serán ciudad franca.
Puedes retener todo el armamento que has almacenado, así como
8 las plazas fuertes que edificaste y tienes en tu poder. Todas tus
deudas, presentes y futuras, pagaderas al tesoro real, te quedan
9 perdonadas desde ahora para siempre. Y cuando hayamos restablecido
nuestro reino os colmaremos de honores, a ti, a tu nación y al
santuario, de modo que vuestra fama será conocida de todo el
mundo».
10 El año ciento setenta y cuatro Antíoco marchó al país de sus padres;
toda la tropa se pasó a él, de manera que quedaron pocos con
Trifón.
11-2 Antíoco lo persiguió. Trifón se refugió en Dor del Mar, dándose
perfecta cuenta de su situación desesperada al abandonarlo sus
soldados.
13 Antíoco acampó frente a Dor con ciento veinte mil guerreros de
14 a pie y ocho mil jinetes. Cercaron la ciudad. Los barcos se acercaron
por mar, de modo que Antíoco bloqueó la ciudad por mar y
15 tierra, sin dejar entrar ni salir a nadie. Mientras tanto, Numenio y

su comitiva llegaron de Roma con una carta para los reyes de los
diversos países, en la que se decía:
16 «Lucio, cónsul de Roma, saluda al rey Tolomeo.
17 »Enviados por el sumo sacerdote, Simón, y el pueblo judío, se nos
han presentado los embajadores judíos, nuestros amigos y aliados,
18 trayéndonos un escudo de oro de seiscientos kilos.
19 »Nos es grato escribir a los reyes de los diversos países para que
no intenten hacerles daño ni les ataquen a ellos, a sus ciudades y
su país, ni se alíen con sus enemigos.
20 »Hemos decidido aceptarles ese escudo.
21 »Si tenéis refugiados en vuestro país algunos judíos traidores
entregadlos al sumo sacerdote, Simón, para que los castigue conforme
a su Ley».
22 Escribió una carta igual al rey Demetrio, a Atalo, Ariarates y
23 Arsaces, y a todos los países: Sansame, Esparta, Delos, Mindo,
Sición, Caria, Samos, Panfilia, Licia, Halicarnaso, Rodas, Faselida,
Cos, Side, Arados [a], Górtina, Cnidos, Chipre y Cirene.
24 Al sumo sacerdote, Simón, le enviaron una copia.
25 Mientras tanto, el rey Antíoco atacaba de nuevo a Dor, lanzando
contra ella incesantemente sus batallones y levantando máquinas
de guerra. Tenía cercado a Trifón, sin dejarle salir ni entrar.
26 Simón le envió dos mil soldados para luchar como aliados, y ade-
27 más plata, oro y material suficiente. Pero Antíoco no sólo no quiso
recibirlos, sino que revocó las concesiones hechas a Simón, rom-
28 piendo con él. Le envió uno de sus amigos, Atenobio, como parlamentario,
con este mensaje:
«Tenéis en vuestro poder Jafa, Guézer y la acrópolis de Jerusa-
29 lén, ciudades de mi Imperio. Habéis asolado sus territorios, habéis
causado graves daños al país y os habéis apoderado de muchas po-
30 blaciones de mi Imperio. Así que entregadme las ciudades que
habéis ocupado y los tributos de las poblaciones que habéis some-
31 tido fuera de los límites de Judá. O si no, dadme en cambio nueve
mil kilos de plata, y otros tantos como indemnización por daños y
perjuicios y por los impuestos de las ciudades. En caso contrario,
me presentaré ahí para atacarte».
32 Atenobio, amigo del rey, llegó a Jerusalén y se quedó asombrado
ante el esplendor de Simón, sus aparadores repletos de vajilla de
oro y plata, y todo el fasto que lo rodeaba. Entregó a Simón el
33 mensaje del rey, y Simón respondió:
—Ni hemos ocupado tierra extranjera ni nos hemos apoderado
de bienes ajenos, sino de la heredad de nuestros antepasados, que
34 ha estado algún tiempo en poder enemigo injustamente. Aprovechando
la ocasión hemos recuperado la heredad de nuestros ante-
35 pasados. En cuanto a Jafa y Guézer, que tú reclamas, eran una
fuente de malestar para nuestro pueblo y nuestro país. Te daremos
por ellas tres mil kilos (de plata).
36 Atenobio no respondió. Enfurecido, se volvió a donde el rey y le
transmitió la respuesta; le habló de la fastuosidad de Simón y de
todo lo que había visto. El rey se puso furioso.
37 Por su parte, Trifón pudo huir por mar a Ortosia.

a = Arvad.

38 El rey nombró a Cendebeo jefe supremo del litoral, y le asignó
39 soldados de infantería y caballería. Le mandó acampar frente a
Judá, reconstruir Cedrón, reforzar sus puertas y hostilizar al pue-
blo mientras el rey perseguía a Trifón.
40 Cendebeo se presentó en Yamnia y empezó a provocar al pue-
41 blo, a invadir Judá, a hacer prisioneros y a matar gente. Recons-
truyó Cedrón y acantonó allí jinetes e infantería, para que hicieran
incursiones y marchas por las rutas de Judá, como se lo había orde-
nado el rey.

Primer éxito de Juan

16 Juan subió de Guézer y comunicó a su padre, Simón, lo que ha-
2 cía Cendebeo. Simón llamó a sus dos hijos mayores, Judas y Juan,
y les dijo:
—Mis hermanos y yo, y toda mi familia, combatimos a los ene-
migos de Israel, desde jóvenes hasta hoy, y muchas veces consegui-
3 mos liberar a Israel con nuestro esfuerzo. Yo ya soy viejo, pero
vosotros estáis en buena edad, gracias a Dios. Sustituidme a mí y
a mi hermano. Salid a luchar por nuestra patria. Que la ayuda del
cielo os acompañe.
4 Seleccionó veinte mil guerreros y jinetes del país, y marcharon
5 contra Cendebeo. Pernoctaron en Modín, y de madrugada camina-
ron hacia la llanura; se toparon con un ejército numeroso, de in-
fantería y caballería, separado de ellos por un río.
6 Juan y sus tropas formaron frente a ellos; al ver que la tropa no
se atrevía a pasar el río, Juan lo pasó el primero. Al verlo sus sol-
7 dados, pasaron tras él. Luego dividió a la tropa, colocando en medio
a los jinetes, porque la caballería enemiga era muy numerosa.
8 Sonaron las cornetas, y Cendebeo y su ejército fueron derrotados:
cayeron muchos heridos, y los demás huyeron a la plaza fuerte.
9 Entonces fue herido Judas, el hermano de Juan. Juan los persiguió
10 hasta llegar a Cedrón, reconstruida por Cendebeo. Huyeron a las
torres de la campiña de Asdod. Juan incendió la ciudad, causando
dos mil bajas al enemigo. Después regresó victorioso a Judá.

Muerte de Simón

11 Tolomeo de Abubo había sido nombrado gobernador de la lla-
12 nura de Jericó. Tenía mucha plata y oro, por ser yerno del sumo
13 sacerdote; pero, lleno de soberbia, quiso apoderarse del país, y
conspiró para eliminar a Simón y sus hijos.
14 Simón estaba inspeccionando las poblaciones del país, ocupado
en sus problemas administrativos. Bajó a Jericó con sus hijos Mata-
tías y Judas, el año ciento setenta y siete, el mes de enero, o sea, el
15 mes Sebat. El hijo de Abubo los recibió pérfidamente en el fortín
llamado Doc, construido por él; les ofreció un banquete y apostó
16 allí unos cuantos hombres. Cuando Simón y sus hijos estaban be-
bidos, Tolomeo surgió con su gente, y arma en mano, se precipita-
ron sobre Simón en la sala del banquete, y lo mataron con sus dos
hijos y algunos de su séquito.

17 ¡Fue una gran perfidia devolver mal por bien!
18 Tolomeo consignó por escrito lo sucedido y envió el informe al
rey, pidiéndole tropas de socorro y el mando sobre la provincia y
19 las poblaciones. Despachó a Guézer otros emisarios para eliminar
a Juan; envió cartas a la oficialidad para que se entrevistaran con
20 él, que les daría plata, oro y regalos. A otro grupo lo mandó a Je-
rusalén, para apoderarse de la ciudad y del monte del templo.
21 Pero hubo uno que corrió a Guézer y avisó a Juan de la muerte de
su padre y hermanos, y que Tolomeo había mandado gente para
22 matarle también a él. Juan quedó consternado ante la noticia. Lue-
go apresó a los que venían a asesinarlo y los ejecutó, sabiendo que
llegaban para matarlo.
23 Para otros datos sobre Juan y las hazañas militares que realizó,
24 las murallas que construyó y sus empresas, véanse los anales de su
pontificado, a partir de la fecha de su consagración como sumo
sacerdote, sucesor de su padre.

MACABEOS 2

INTRODUCCION

El autor dice en el prólogo que su tarea no ha sido fácil, y da a entender en el epílogo que ha quedado satisfecho de su trabajo y espera que les guste a los lectores. Lo *primero* es cierto: tenía que resumir eligiendo, dejando fuera, y tenía que construir una obra rigurosa.

Lo ha conseguido. La obra se despliega en un díptico: tiempo de cólera y tiempo de misericordia. Todo era bello y pacífico bajo Onías; por el pecado de algunos judíos, el Señor se encoleriza y castiga a su pueblo; se suceden las desgracias, culminando en el martirio de Eleazar y de los siete hermanos con su madre. Este momento es como una expiación: el Señor pasa de la cólera a la misericordia, y los acontecimientos, incluso los más adversos, se vuelven triunfalmente a favor de los judíos.

¿Es cierto lo *segundo?* ¿Consigue agradarnos? Hay en el libro una serie de cosas que nos desagradan: el recurso a las apariciones, de una magnificencia infantil, la tendencia a exagerar y esquematizar, el estilo hinchado y retorcido, el patetismo teatral, el placer de contar y multiplicar las bajas enemigas. Para corregir estas impresiones podemos apelar a la historia literaria: el libro es fruto del segundo tipo de asianismo. Pero una época no justifica sus libros, sino al revés. Busquemos otra alternativa.

Una de ellas, ampliamente tradicional, es prescindir de esos aspectos y entresacar mentalmente las lecciones importantes del libro. Los comentadores subrayan: la fe en la resurrección (justificada por el poder creativo de Dios), el valor de los mártires, el templo como tesoro de limosnas para los pobres, la protección divina como respuesta a la oración confiada. Este acercamiento a la obra es por vía de exclusión, a fuerza de prescindir. La obra interesa, a pesar de ella misma, por un cierto contenido de ideas.

Como alternativa y a modo de ensayo se puede ofrecer una lectura que toma la obra en su realidad literaria portadora de sentido. Pensemos en un auto sacramental barroco con bastante tramoya y aparato escénico; algo así sería nuestro libro, en clave narrativa. Los *personajes* son más bien tipos (o cualidades personificadas en el auto sacramental): lo que les falta de perfil individual lo suplen con rasgos típicos; por eso hay que exagerar su aparición —vestido, semblante, habla—, para que se distingan y para que destaque la idea que encarnan. En la escena tienen cabida algunos *personajes sobrehumanos,* como presencia de la divinidad; también necesitan signos emblemáticos, pero no necesitan nombre; son funciones escénicas, no copias de una realidad, ni mucho menos enunciados dogmáticos. El *tiempo* se concentra legítimamente en los momentos dramáticos, de los que se saca partido sin recato; el público ha de quedar cogido en la intensidad de la pasión o de su expresión. En los *discursos* los personajes enseñan o conmueven al público, la retórica se monta en la dramática; también los diálogos de la escena están compuestos muy de cara al público (por ejemplo, la madre de los Macabeos o sus hijos frente al tirano). El gesto forma parte de la representación: ha de ser marcado y hasta exagerado para diferenciar su sentido (por ejemplo, el suicidio de Razis en 14,37-46). También adquieren valor escénico las *intervenciones corales* de la multitud anónima, creando un clima, induciendo el contagio en el público.

Quizá con este enfoque se nos haga más legible la obra. Hablo de un recurso de lectura, no de una destinación original a la representación escénica. Es una

narración bastante teatral, no es una pieza de teatro. En muchos pasajes las escenas dramáticas dan paso a trozos más puramente narrativos.

En todo caso, el ensayo de lectura responde a algo que es constitutivo de la obra. No estamos ante una historia, en el sentido clásico, sino más bien ante la transformación de datos reales en una especie de parábola o símbolo desarrollado. La construcción se podría resumir así: un reino de Dios en la tierra, del que forma parte un pueblo de escogidos, y los demás quedan fuera. Los de dentro están ligados a su Dios, que es su verdadero rey; si lo ofenden, son escarmentados; si le son fieles, participan en los bienes de esta vida y en una vida después de la muerte. Hay comunicación entre los ciudadanos vivos y muertos: algunos de los difuntos viven más allá e interceden por los que viven acá; algunos mueren con culpas que los vivos pueden expiar con oraciones y sacrificios. Los de fuera, o sencillamente no entran en la representación, o son extras que contemplan, o ejecutores provisionales del escarmiento, o agresores que sufren castigo ejemplar.

El libro en su forma actual va precedido de dos cartas de recomendación a los judíos de Egipto: la primera invita a celebrar la fiesta de las Chozas, la segunda a celebrar la nueva fiesta de la dedicación del templo (Hanucá). Estas cartas están añadidas posteriormente (la primera está fechada en 124 a. C., durante el reinado de Juan Hircano).

En cambio, son del autor el prólogo y el epílogo, en los que echamos de menos la fecha o algún dato equivalente. La narración abarca hasta el año 160, lo cual puede sugerir que Jasón de Cirene escribió antes del reino asmoneo. El compilador o trabajó poco después o no intentó poner al día la historia.

Carta a los judíos de Egipto

1 «Los hermanos judíos de Jerusalén y de Judá saludan a los her-
manos judíos de Egipto: ¡paz y prosperidad!
2 »¡Que Dios os favorezca y se acuerde de la promesa que hizo a
3 sus fieles siervos Abrahán, Isaac y Jacob! ¡Que os dé a todos el
deseo de adorarlo y de hacer su voluntad con corazón generoso y
4 de buena gana! ¡Que abra vuestro corazón a su Ley y sus precep-
5 tos, y os conceda la paz! ¡Que escuche vuestras oraciones, se re-
concilie con vosotros y no os abandone en la desgracia!
6 »Ahora mismo estamos aquí rezando por vosotros.
7 »El año ciento sesenta y nueve, durante el reinado de Demetrio,
nosotros los judíos os escribimos: 'En medio de la grave tribula-
ción que nos sobrevino aquellos años, desde que Jasón y su partido
8 traicionaron a la tierra santa y al reino, cuando incendiaron las
puertas del templo y derramaron sangre inocente, oramos al Señor
y nos escuchó; ofrecimos un sacrificio y flor de harina, encendimos
las lámparas y presentamos los panes'.
9 »Así que ahora celebrad la fiesta de las Chozas del mes de di-
ciembre. Año ciento ochenta y ocho».
10 «Los habitantes de Jerusalén, de Judá, el Senado y Judas saludan
a Aristóbulo, preceptor del rey Tolomeo, miembro de la familia de
los sacerdotes ungidos, y a los judíos de Egipto, deseándoles se en-
cuentren bien.
11 »Salvados por Dios de graves peligros, le damos muchas gracias
12 por ser nuestro defensor contra el rey, pues él expulsó a los que se
13 habían levantado en armas contra la Ciudad Santa. En efecto, cuan-

do el generalísimo marchó a Persia rodeado de un ejército que pa-
recía invencible, fueron descuartizados en el templo de Nanea,
gracias a una estratagema de la que se valieron los sacerdotes de la
diosa.
14 »Antíoco se presentó allí en compañía de sus consejeros, con el
pretexto de casarse con la diosa, para recibir como dote sus inmen-
15 sas riquezas. Cuando los sacerdotes del templo de Nanea las tenían
expuestas, entró él con unos pocos en el recinto del santuario; y en
16 cuanto entró Antíoco, cerraron el templo, abrieron la trampa del
techo y acribillaron a pedradas al generalísimo. Luego los descuar-
tizaron, los degollaron y echaron las cabezas a los que habían que-
dado afuera.
17 »¡Bendito sea siempre nuestro Dios, que entregó a los impíos!
18 »Como vamos a celebrar la purificación del templo el veinticinco
de diciembre, nos pareció conveniente comunicároslo para que tam-
bién vosotros celebréis la fiesta de las Chozas y del fuego que apa-
reció cuando ofreció sacrificios Nehemías, el que construyó el templo
19 y el altar; pues cuando nuestros antepasados fueron deportados a
Persia, los piadosos sacerdotes de entonces cogieron fuego del altar
y lo ocultaron clandestinamente en una cavidad a modo de pozo
seco; lo escondieron tan bien que nadie supo el sitio.
20 »Pasados muchos años, cuando Dios quiso, Nehemías, enviado
por el rey de Persia, mandó a por el fuego a los descendientes de
21 los sacerdotes que lo habían escondido. Y, según nos cuentan, no
encontraron fuego, sino un líquido espeso. Nehemías les ordenó
22 sacarlo y llevárselo; y cuando ya estaban las víctimas sobre el altar,
Nehemías mandó a los sacerdotes rociar con aquel líquido la leña
23 y lo que había encima. Lo hicieron. Pasó algún tiempo, y el sol,
antes nublado, brilló, y se encendió una llamarada que dejó a todos
24 admirados. Mientras el sacrificio se consumía, todos los sacerdotes
y todos los presentes oraban; Jonatán entonaba, y los demás corea-
25 ban como Nehemías. Este era el texto de la oración: 'Señor, Señor
Dios, creador de todo, terrible y fuerte, justo y compasivo, único
26 rey y bienhechor, único protector, único justo, todopoderoso y
eterno, que salvas a Israel de todo mal, que elegiste y consagraste
27 a nuestros padres: recibe este sacrificio por todo tu pueblo, Israel.
Guarda tu porción y santifícala. Congrega a los nuestros dispersos,
da libertad a los que viven como esclavos entre los paganos, fíjate
en los despreciados y aborrecidos, para que los paganos reconozcan
28 que tú eres nuestro Dios; castiga a los tiranos que se ensoberbecen
29 insolentes; planta a tu pueblo en tu lugar santo, como dijo Moisés'.
30-1 »Los sacerdotes, por su parte, cantaban los himnos. Y cuando se
consumieron las víctimas, Nehemías mandó derramar el líquido
32 sobrante encima de unas piedras grandes. Lo hicieron, y se encen-
dió una llama, pero se consumió en cuanto brilló la luz refulgente
del altar.
33 »Cuando se hizo público el suceso, y cuando contaron al rey de
Persia que en el sitio donde habían escondido el fuego los sacer-
dotes deportados había aparecido un líquido con el que los acom-
pañantes de Nehemías habían purificado las víctimas del sacrificio,
34 el rey, después de comprobar el hecho, mandó poner una cerca y
declarar aquel sitio recinto sagrado.

35 »Cuando el rey les hacía ese favor había un intercambio de rega-
los entre el rey y sus favorecidos [a].
36 »Los acompañantes de Nehemías llamaron a aquel líquido *neftar,*
que significa *purificación,* pero comúnmente se llama *nafta.*

2 »En los documentos se lee que el profeta Jeremías mandó a los
2 deportados coger fuego, como queda dicho, y que el profeta, al en-
tregarles la Ley, les recomendó que no olvidaran los preceptos del
Señor ni se extraviaran al ver estatuas de oro y plata revestidas de
3 adornos. Y con otros consejos por el estilo los exhortaba a no ale-
jar la Ley de su corazón.
4 »En ese escrito se decía que el profeta, avisado por un oráculo,
mandó que llevaran con él la tienda y el arca cuando marchó al
monte desde cuya altura había contemplado Moisés la heredad de
5 Dios. Al llegar arriba, Jeremías encontró una especie de cueva;
metió allí la tienda, el arca y el altar del incienso, y cerró la entra-
6 da. Algunos de sus acompañantes fueron después a marcar el ca-
7 mino, pero no pudieron encontrarlo. Cuando lo supo Jeremías, les
reprendió: 'Ese sitio quedará desconocido hasta que Dios se vuelva
8 propicio y reúna la comunidad del pueblo; entonces el Señor mos-
trará de nuevo esos objetos, y se verá la gloria del Señor y la nube
que aparecía en tiempo de Moisés, y también cuando Salomón pi-
dió que el lugar santo quedara consagrado solemnemente'.
9 »También se contaba cómo Salomón, con su sabiduría, ofreció el
10 sacrificio de la dedicación e inauguración del templo; lo mismo que
Moisés suplicó al Señor y bajó fuego del cielo que consumió el sa-
crificio, también suplicó Salomón, y bajó fuego que devoró los ho-
11 locaustos. (Moisés dijo: 'La víctima ofrecida por el pecado ha sido
12 devorada por no haberla comido' [b]). Salomón celebró los ocho días
siguiendo un ceremonial parecido.
13 »También se cuenta eso en las actas y en las memorias de Nehe-
mías, y que para organizar una biblioteca reunió los anales de los
reyes, los escritos de los Profetas y David, y las cartas reales sobre
14 donaciones. De forma parecida reunió Judas todos los libros dis-
persos a causa de la guerra que hemos padecido, y ahora los tene-
15 mos a mano. Si los necesitáis, enviadnos alguien que os los lleve.
16 »Así que, próximos ya a la fiesta de la Purificación, os escribimos
para que tengáis a bien celebrar esos días.
17 »Y el Dios que ha salvado a todo su pueblo y ha devuelto a to-
18 dos la heredad, el reino, el sacerdocio y la santificación, como lo
había prometido por la Ley, confiamos que se apiade pronto de
nosotros y nos reúna en el lugar santo desde todas las regiones de
la tierra, ya que nos libró de grandes males y purificó el lugar
santo».

Prólogo

23a-19 Jasón de Cirene dejó escrita en cinco libros la historia de Judas
Macabeo y sus hermanos, la purificación del gran templo y la dedi-
20 cación del ara, las guerras contra Antíoco Epífanes y su hijo Eupá-

a o, el rey se beneficiaba y hacía partícipes a sus favorecidos.
b Lv 10,16-17.

21 tor, las apariciones celestiales en favor de los bravos combatientes
por el judaísmo, que, aunque pocos, llegaron a saquear todo el país
22 y perseguir a las hordas bárbaras, a recuperar el templo famoso en
todo el mundo, liberar la ciudad, restablecer las leyes que estaban
a punto de ser abolidas (gracias a que el Señor fue compasivo y
benévolo con ellos).
23b Nosotros vamos a intentar resumirlo en un solo volumen.
24 Viendo el maremágnum de números, y lo molesta que resulta la
abundancia de materia para los que quieren internarse en las narra-
25 ciones históricas, hemos procurado ofrecer entretenimiento a los
que se contentan con una simple lectura, facilitar a los estudiosos
el trabajo de retener datos de memoria y ser útiles a los lectores en
general.
26 Para quienes hemos emprendido la penosa tarea de hacer este
resumen no ha sido un trabajo fácil, sino de sudores y vigilias,
27 como no es fácil el trabajo del que organiza un banquete, que tiene
que atender al gusto de los demás. Para merecer también nosotros
28 la gratitud de muchos, soportaremos con gusto esta fatiga; y dejan-
do al historiador aquilatar cada detalle, nos esforzaremos por seguir
29 las normas de un resumen; pues a nosotros nos pasa, creo yo, lo
que al arquitecto de un edificio nuevo: debe proyectar el conjunto
de la obra, mientras que el decorador y el pintor sólo tienen que
atender a lo necesario para la ornamentación.
30 Al historiador principal le toca meterse a fondo en los sucesos,
explayarse en ellos, estudiar críticamente todos sus pormenores;
31 en cambio, al que hace una adaptación se le permite una exposición
concisa, renunciando a hacer una obra exhaustiva.
32 Esto supuesto, comencemos ya la narración, poniendo punto final
a este prólogo. Pues sería una simpleza alargar el prólogo y abre-
viar la historia.

Historia de Heliodoro

3 Cuando en la Ciudad Santa se vivía con toda paz y se observaban
las leyes con la mayor perfección, gracias a la piedad del sumo
2 sacerdote, Onías, y su rigor contra el mal, los mismos reyes honra-
ban el lugar santo, y engrandecían el templo con regalos magníficos;
3 hasta el mismo Seleuco, rey de Asia, pagaba de sus entradas perso-
nales todos los gastos necesarios para los sacrificios litúrgicos.
4 Pero un tal Simón, del clan de Bilga [a], nombrado administrador
del templo, riñó con el sumo sacerdote acerca del reglamento del
5 mercado general. Y no pudiendo imponerse a Onías, acudió a Apo-
lonio de Tarso, que en aquel entonces era gobernador de Celesiria
6 y Fenicia, y le contó que el tesoro de Jerusalén estaba repleto de
riquezas indescriptibles, tantas que era incontable la cantidad de
ofrendas, y desproporcionada para el presupuesto de los sacrifi-
cios; y que era posible hacerlas pasar a manos del rey.
7 En una audiencia con el rey, Apolonio le informó de las rique-
zas que le habían denunciado. Entonces el rey eligió a Heliodoro
jefe del Gobierno, y lo envió con órdenes de traerse dichas riquezas.

a o, de la tribu de Benjamín.

8 Heliodoro se puso inmediatamente en camino, con el pretexto de
recorrer las ciudades de Celesiria y Fenicia, pero en realidad para
9 ejecutar el plan del rey. Cuando llegó a Jerusalén, el sumo sacer-
dote de la ciudad lo recibió amistosamente. Expuso la denuncia que
le había llegado, explicó el motivo de su viaje y preguntaba si real-
mente todo aquello era verdad.
10 El sumo sacerdote le manifestó que las cantidades depositadas
—contra el informe falso del impío Simón— estaban destinadas a
11 las viudas y a los huérfanos; más una suma que era de Hircano de
Tobías, un hombre de muy buena posición; que en total había unos
12 doce mil kilos de plata y seis mil de oro, y que de ninguna manera
se podía hacer una injusticia a los que se habían fiado del lugar
santo, de la sagrada inviolabilidad del templo venerado en todo el
orbe.
13 Pero Heliodoro, en virtud de las órdenes del rey, insistió en que
14 todo aquello había que confiscarlo para el tesoro real. Fijó una fe-
cha y quería entrar para inventariar todo aquello. En la ciudad
15 había una ansiedad enorme: los sacerdotes, revestidos con los orna-
mentos sacerdotales, postrados ante el altar invocaban al cielo,
legislador sobre las cantidades en depósito, para que a los deposi-
16 tarios les guardara intactos aquellos bienes. Ver el aspecto del sumo
sacerdote partía el alma: la palidez de su rostro revelaba su angus-
17 tia interior; estaba invadido por un miedo y un temblor corporal
que descubrían a quienes lo miraban el sufrimiento que llevaba
dentro del corazón.
18 Además, salían de las casas corriendo grupos de gente para hacer
rogativas públicas ante el ultraje que iba a sufrir el lugar santo.
19 Las mujeres, ceñidas de sayal bajo los senos, llenaban las calles.
Y las doncellas, normalmente recluidas en sus casas, unas corrían
hacia las puertas, otras a las murallas, otras se asomaban a las ven-
20 tanas; y todas rezaban levantando las manos al cielo.
21 Daba lástima aquella muchedumbre revuelta y postrada, y la ex-
22 pectación ansiosa del sumo sacerdote, lleno de angustia; pues mien-
tras ellos suplicaban al Señor todopoderoso que a quienes habían
23 confiado su dinero se lo guardase intacto, Heliodoro intentaba eje-
cutar lo decretado.
24 Estaba ya junto al tesoro con su escolta, cuando de pronto el
Soberano de los espíritus y de todo poder se manifestó tan gran-
diosamente que todos los que se habían atrevido a entrar se que-
25 daron sin fuerzas ni valor, atónitos ante la fuerza de Dios. Pues se
le apareció un caballo montado por un jinete terrible, y enjaezado
con espléndida gualdrapa, el cual, en una arrancada impetuosa,
atacó a Heliodoro con las patas delanteras; el jinete aparecía reves-
26 tido de una armadura de oro. Y se le aparecieron también otros dos
jóvenes, extraordinariamente vigorosos y de resplandeciente hermo-
sura, vestidos con ropajes magníficos; se pusieron uno a cada lado
y lo azotaban sin parar, descargándole una lluvia de golpes.
27 Al punto cayó al suelo, envuelto en densa oscuridad, y tuvieron
28 que recogerlo y acomodarlo en una litera. Así, reconociendo abier-
tamente la soberanía de Dios, llevaban al que poco antes había
llegado al dicho tesoro con gran acompañamiento y numerosa es-
29 colta, incapaz ahora de valerse a sí mismo. Mientras él, por la fuer-

za de Dios, yacía mudo y privado de toda esperanza de salvación,
30 los judíos alababan al Señor que había glorificado su lugar santo;
y el templo, lleno poco antes de miedo y turbación, rebosaba de
alegría y gozo por la aparición del Señor omnipotente.
31 Algunos de los acompañantes de Heliodoro pedían a Onías ur-
gentemente que invocara al Altísimo para que concediese vivir al
32 que realmente estaba en los estertores. El sumo sacerdote, supo-
niendo que el rey podía sospechar que los judíos habían preparado
un atentado contra Heliodoro, ofreció un sacrificio por la curación
33 de aquel hombre. Y mientras el sumo sacerdote hacía la expiación,
se le aparecieron a Heliodoro los mismos jóvenes, revestidos con los
mismos ropajes, y puestos en pie le dijeron:
—Ya puedes estarle agradecido al sumo sacerdote, Onías, pues
34 por él el Señor te concede la vida. Y tú, castigado por el cielo,
anuncia a todos el gran poder de Dios.
Dicho esto, desaparecieron.
35 Heliodoro, después de ofrecer un sacrificio al Señor y de hacer
grandes promesas al que le había conservado la vida, se despidió
36 de Onías y volvió al rey con su ejército, dando testimonio ante
todos de los milagros del Dios supremo, que había visto con sus
37 propios ojos. Y cuando el rey le preguntó quién sería el más indi-
cado para enviarlo nuevamente a Jerusalén, Heliodoro dijo:
38 —Si tienes algún enemigo, o un conspirador contra el Estado,
envíalo allá, y te lo devolverán bien vapuleado. Si es que se salva,
39 porque verdaderamente una fuerza divina rodea aquel lugar. Pues
el que habita en el cielo es el guardián y protector de aquel lugar,
y a los que van allí a hacer daño los castiga con la muerte.
40 Así acabó el episodio de Heliodoro y la conservación del tesoro.

Persecución de Antíoco Epífanes
(1 Mac 1,10-64)

4 Simón, al que antes mencionamos, el que denunció los tesoros
traicionando a la patria, calumniaba a Onías, como si éste hubiese
2 sido el que maltrató a Heliodoro y el causante de los males. Se atre-
vía a llamar enemigo público al bienhechor de la ciudad, al protec-
tor de sus compatriotas y fervoroso cumplidor de las leyes.
3 La enemistad llegó a tal punto, que uno de los agentes de Simón
4 llegó a cometer asesinatos. Entonces Onías, considerando que aque-
lla tensión era peligrosa y que Apolonio, el de Menesteo, goberna-
5 dor de Celesiria y Fenicia, atizaba la maldad de Simón, acudió al
rey no como acusador de sus conciudadanos, sino mirando al bien
6 común y privado, pues veía que si no intervenía el rey era ya im-
posible tener paz en el Estado y que Simón se contuviera en su
locura.
7 Al morir Seleuco ocupó el trono Antíoco, por sobrenombre Epí-
fanes. Jasón, el hermano de Onías, consiguió el sumo sacerdocio
8 por soborno, prometiendo al rey en una audiencia unos diez mil
9 kilos de plata al contado, más dos mil de otras rentas. Y además se
comprometía a incluir en la cuenta otros cuatro mil si se le conce-

día autorización para instalar un gimnasio y un centro juvenil y
para registrar a los de Jerusalén como ciudadanos antioquenos [a].
10 En cuanto obtuvo el consentimiento del rey y se apoderó del
mando Jasón hizo en seguida que sus compatriotas adoptaran el
11 estilo de vida griego; suprimió los privilegios reales concedidos be-
névolamente a los judíos gracias a Juan, padre de Eupólemo —el
que negoció el pacto de amistad y mutua defensa con los roma-
nos—, abolió las leyes de la constitución e intentaba introducir
12 prácticas contra la Ley. Se dio el gusto de levantar un gimnasio bajo
la misma acrópolis, y sacó en público uniformados a los jóvenes de
las mejores familias.
13 El helenismo llegaba a tanto, y estaba tan en boga la moda ex-
tranjera, por la enorme desvergüenza del impío y pseudopontífice
14 Jasón, que los sacerdotes ya no tenían interés por el culto litúrgico
ante el altar, sino que, despreciando el templo, y sin preocuparse
de los sacrificios, corrían a participar en los juegos de la palestra,
contrarios a la Ley, en cuanto se convocaba el campeonato de disco;
15 sin hacer ningún caso de los valores tradicionales, tenían, en cam-
bio, en sumo aprecio las glorias griegas.
16 Pero esto mismo los llevó a una situación difícil: aquellos cuyas
costumbres emulaban, queriendo igualarlos en todo, fueron sus ene-
17 migos y verdugos. Porque no es cosa liviana quebrantar las leyes
divinas, como se verá claramente en lo que sigue.
18 Cuando se celebraban en Tiro los campeonatos cuadrienales en
19 presencia del rey, el contaminado Jasón envió unos legados antio-
quenos como representantes de Jerusalén, con trescientas dracmas
de plata para el sacrificio a Hércules. Pero los mismos que las lleva-
ban tuvieron por mejor no emplearlas en el sacrificio, cosa inconve-
20 niente, sino dejarlas para otros gastos; y así aquel dinero destinado
al sacrificio de Hércules por voluntad del donante, fue a parar a la
construcción de trirremes por deseo de los portadores.
21 Cuando Apolonio de Menesteo fue enviado a Egipto para asistir
a la entronización del rey Filométor, Antíoco se enteró de que éste
no apoyaba su política, y empezó a adoptar medidas de seguridad;
22 por eso visitó Jafa y siguió hacia Jerusalén. Jasón y los vecinos lo
recibieron apoteósicamente; entró al resplandor de antorchas y en-
tre aclamaciones, y después fue a acampar en Fenicia con su
ejército.

Jasón y Menelao

23 Al cabo de tres años, Jasón envió a Menelao, el hermano del
Simón antes mencionado, a llevar el dinero al rey y concluir las
24 negociaciones sobre asuntos urgentes. El, bien recomendado ante
el rey, y rindiéndole honores con aire de gran personaje, consiguió
el sumo sacerdocio, ofreciendo unos nueve mil kilos de plata más
25 que Jasón; y se volvió con el nombramiento real, sin otros méritos
para el sumo sacerdocio que el furor de un tirano cruel y la ira
26 rabiosa de un animal salvaje. Y Jasón, que había suplantado a su

a o, formar en Jerusalén un grupo de «antioquenos».

propio hermano, suplantado a su vez por otro, tuvo que huir a
territorio amonita.
27 Por su parte, Menelao tenía en sus manos el poder, pero no hacía
28 nada por pagar la cantidad prometida al rey. Sóstrato, prefecto de
la acrópolis, se la reclamaba, porque estaba encargado de cobrar los
29 impuestos. Por este motivo el rey llamó a los dos. Menelao dejó
como sustituto en su cargo de sumo sacerdote a su hermano Lisímaco,
y Sóstrato dejó a Crates, jefe de los chipriotas.
30 Entre tanto, ocurrió la sublevación de Tarso y Malos, porque las
habían entregado en donación a Antióquida, concubina del rey.
31 Así que el rey marchó a toda prisa para restablecer el orden, dejando
como regente a Andrónico, uno de los dignatarios de la corte.
32 Pensando aprovechar una buena oportunidad, Menelao robó algunos
objetos de oro del templo, se los regaló a Andrónico y vendió
33 otros en Tiro y las ciudades vecinas. Cuando Onías lo averiguó con
toda certeza, se refugió en un lugar sagrado, junto a Dafne, cerca de
34 Antioquía, y se lo reprochaba. El resultado fue que Menelao, tomando
aparte a Andrónico, le urgía a matar a Onías. Andrónico
fue a donde Onías, y a base de engaños, y dándole la mano derecha
con juramento, aunque Onías no las tenía todas consigo, lo convenció
a salir de su lugar sagrado, e inmediatamente lo mató, sin respetar
el derecho.
35 Por esta razón no sólo los judíos, sino también muchos de otras
naciones, estaban alarmados e indignados por aquel asesinato ini-
36 cuo. Cuando el rey volvió de Cilicia, se le presentaron los judíos
de la capital y los griegos, que como ellos reprobaban la violencia,
para hablarle del asesinato injustificado de Onías.
37 Antíoco, profundamente apenado y movido a compasión, lloró
recordando la prudencia y la conducta irreprochable del difunto.
38 Y montando en cólera, al punto le arrancó a Andrónico la púrpura
y le desgarró los vestidos; luego hizo que lo pasearan por toda la
ciudad, y en el mismo sitio donde había tratado a Onías impíamente,
allí eliminó al homicida. Así le dio el Señor el castigo que
merecía.
39 Como Lisímaco había cometido en Jerusalén muchos robos sacrílegos
a sabiendas de Menelao, al correrse fuera la noticia, y cuando
ya habían desaparecido muchos objetos de oro, la muchedumbre se
40 amotinó contra Lisímaco. Soliviantadas las turbas y rebosantes de
ira, Lisímaco armó a unos tres mil hombres y emprendió una represión
violenta, dirigida por un tal Aurano, hombre avanzado en
edad y más aún en demencia.
41 Ante el ataque de Lisímaco, unos con piedras, otros con estacas
y algunos cogiendo a puñados la ceniza esparcida, cargaron en tro-
42 pel contra los de Lisímaco. Con eso hirieron a muchos, mataron a
algunos y a todos los demás les hicieron emprender la huida, y al
sacrílego lo mataron junto al tesoro.
43-4 A Menelao se le procesó por aquel incidente, y cuando el rey
llegó a Tiro, los tres hombres emisarios del Senado expusieron un
45 informe ante el rey. Viéndose ya perdido, Menelao prometió una
buena suma a Tolomeo, de Dorimeno, para que convenciera al rey;
46 y efectivamente, Tolomeo se llevó al rey a un pórtico como para
47 tomar un poco el aire, y lo hizo cambiar de opinión: al culpable de

todo lo absolvió de lo que se le imputaba, y a unos infelices, que
aun ante un tribunal bárbaro habrían sido absueltos como inocen-
48 tes, los condenó a muerte. Los que habían hablado en defensa de
la ciudad, el pueblo y el ajuar sagrado, sufrieron sin más aquella
49 pena injusta. Por este motivo algunos de Tiro, para manifestar su
50 repulsa por aquel crimen, sufragaron el funeral. En cambio, Menelao,
gracias a la avaricia de los poderosos, se mantuvo en el mando,
progresando en maldad, convirtiéndose en el mayor adversario de
sus conciudadanos.

Conquista de Jerusalén y profanación del templo

5 Por aquel entonces Antíoco preparaba su segunda expedición a
Egipto.
2 Ocurrió que casi durante cuarenta días aparecieron por toda la
ciudad jinetes galopando por el aire, con vestiduras de oro, y escua-
3 drones de tropas armadas con las espadas desenvainadas, compañías
de caballería en formación, escaramuzas y cargas por ambas partes,
escudos que se agitaban, bosques de lanzas, disparos de flechas,
4 fulgor de armaduras de oro y corazas de todo tipo. Y así todos pedían
que aquella aparición fuera de buen augurio.
5 Se corrió el falso rumor de que había muerto Antíoco. Y Jasón,
con mil hombres por lo menos, lanzó un ataque por sorpresa contra
la ciudad. Rechazados los de la muralla, y al fin tomada ya la
6 ciudad, Menelao se refugió en la acrópolis. Jasón empezó a asesinar
sin piedad a sus propios conciudadanos, sin comprender que una
victoria sobre sus hermanos era la mayor derrota; sólo pensaba que
7 triunfaba sobre enemigos, no sobre compatriotas. Pero no logró el
mando, y al final, afrentado por su traición, marchó nuevamente
8 fugitivo hacia el territorio amonita. Su malvado proceder tuvo este
desenlace: encarcelado por Aretas, rey de los árabes, huyendo de
ciudad en ciudad, perseguido por todos, aborrecido como apóstata
de las leyes, detestado como verdugo de la patria y de los ciudada-
9 nos, fue arrojado a Egipto; y el que había desterrado a muchos
pereció en tierra extranjera, después de navegar rumbo a Esparta
10 esperando obtener protección por los lazos de familia. Al que dejó
a tantos insepultos, nadie lo lloró; ni tuvo funerales ni sitio en la
sepultura familiar.
11 Cuando llegó a oídos del rey la noticia de lo sucedido, pensó que
Judá intentaba sublevarse. Por eso, hecho una fiera, emprendió
12 viaje desde Egipto y tomó la ciudad por las armas. Ordenó a los
soldados degollar sin piedad a los que encontraran y matar a los
13 que se refugiasen en las casas. Fue un asesinato en masa de jóvenes
y viejos, un exterminio de muchachos, mujeres y niños, una matan-
14 za de doncellas y chiquillos. En aquellos días perecieron ochenta
mil: cuarenta mil asesinados y otros tantos vendidos como esclavos.
15 Y no satisfecho con eso, se atrevió a entrar en el templo más santo
de toda la tierra, guiado por Menelao, hecho un traidor de las leyes
16 y la patria. Y tomó el ajuar sagrado con sus manos sacrílegas, y
arrebató con sus manos profanas las ofrendas depositadas por otros
reyes para engrandecimiento, gloria y honor del lugar santo.

17 Antíoco se ensoberbeció en su interior, sin darse cuenta de que
el Señor estaba airado poco tiempo por los pecados de los habi-
tantes de la ciudad, y que a eso se debía su indiferencia por el lugar
18 santo; pues si no estuvieran ellos entonces envueltos en muchos
pecados, Antíoco habría sido castigado nada más llegar, y se habría
visto obligado a desistir de su atrevimiento, como Heliodoro, el
19 enviado por el rey Seleuco para inventariar el tesoro. Pero el Señor
no eligió al pueblo para el lugar santo, sino al lugar santo para el
20 pueblo, y por eso el mismo lugar santo que compartió las desgra-
cias del pueblo participó después de su fortuna; y el que estuvo
abandonado mientras duró la ira del Todopoderoso, fue reconstrui-
do con todo esplendor en la reconciliación del Señor supremo.
21 Así que Antíoco se llevó unos cincuenta mil kilos (de plata) del
templo, y se marchó urgentemente a Antioquía, creyendo en su in-
solencia y arrogancia que podría hacer navegable la tierra y transi-
22 table el mar. Dejó unos prefectos que maltrataran a nuestra raza:
en Jerusalén a Felipe, de nacimiento frigio y de carácter más salvaje
que el que le dio el cargo; en Garizín, Andrónico, y para remate,
23 Menelao, el peor de todos en ensañarse contra sus conciudadanos,
lleno de un odio profundo contra los ciudadanos judíos.
24 Antíoco envió a Apolonio, jefe de los mercenarios de Misia, con
un ejército de veintidós mil hombres y la orden de asesinar a todos
25 los adultos y vender a las mujeres y a los niños. Cuando llegó a
Jerusalén, con aires de hombre pacífico, se contuvo hasta el día
santo del sábado, y aprovechando el descanso de los judíos, ordenó
26 desfilar a sus tropas; y a todos los que salían a ver el espectáculo,
los acuchilló; después, corriendo a la ciudad con sus soldados, mató
a mucha gente.
27 Mientras tanto, Judas el Macabeo se retiró al desierto con nueve
hombres; viviendo con sus compañeros por los montes, como los
animales salvajes, allí seguían, alimentándose de hierbas para no
contaminarse.

Leyes persecutorias
(1 Mac 1,45-50)

6 Poco tiempo después, el rey envió a un senador ateniense para
que obligara a los judíos a abandonar las costumbres tradicionales
2 y a no gobernarse por la Ley de Dios; tenía orden de profanar el
templo de Jerusalén y dedicarlo a Júpiter Olímpico y dedicar el
de Garizín a Júpiter Hospitalario, siguiendo la práctica de los habi-
tantes del lugar.
3 El avance del mal resultaba molesto e insoportable aun para la
4 masa; pues el templo estaba repleto del libertinaje y las bacanales
de los paganos, que se divertían alegremente con rameras y yacían
con mujeres en los recintos sagrados, y además introducían objetos
5 prohibidos. El altar rebosaba de víctimas nefandas, prohibidas por
6 la Ley. No se podía ni celebrar el sábado, ni guardar las fiestas
7 tradicionales, ni confesar llanamente que se era judío. A su pesar,
se veían forzados al banquete sacrificial de cada mes en la fecha
del cumpleaños del rey; y cuando llegaba la fiesta de Baco, les obli-
gaban a hacer una procesión en su honor, coronados de hiedra.

8 A propuesta de Tolomeo [a], se decretó para las ciudades griegas
vecinas que actuasen igual contra los judíos, obligándoles al ban-
9 quete sacrificial, y matando a los que no quisieran aceptar las cos-
tumbres griegas. Se estaba viendo venir la desgracia.
10 Dos mujeres fueron denunciadas por haber circuncidado a sus
hijos. Con los niños colgados a los pechos las pasearon públicamen-
11 te por la ciudad, y luego las despeñaron muralla abajo. A otros,
que se habían reunido en las cuevas cercanas para celebrar a escon-
didas el sábado, los denunciaron a Felipe, y los quemaron en masa
al no querer defenderse por motivos religiosos, por respeto a aquel
día santísimo.
12 Recomiendo a todos aquellos a cuyas manos llegue este libro que
no se dejen desconcertar por estos sucesos; piensen que aquellos
castigos no pretendían exterminar nuestra raza, sino corregirla;
13 pues es señal de gran bondad no dejar mucho tiempo a los impíos,
14 sino darles en seguida el castigo; pues el Señor soberano no ha
determinado tratarnos como a los otros pueblos, que para castigar-
los espera pacientemente a que lleguen al colmo de sus pecados;
15 no nos condena cuando ya hemos llegado al límite de nuestros
16 pecados. Por eso no retira nunca de nosotros su misericordia, y
17 aunque corrige a su pueblo con desgracias, no lo abandona. Quede
esto dicho como advertencia. Después de esta pequeña digresión,
volvamos a nuestra historia.

Martirio de Eleazar

18 A Eleazar, uno de los principales letrados, hombre de edad avan-
zada y semblante muy digno, le abrían la boca a la fuerza para que
19 comiera carne de cerdo. Pero él, prefiriendo una muerte honrosa
a una vida de infamia, escupió la carne y avanzó voluntariamente
20 al suplicio, como deben hacer los que son constantes en rechazar
manjares prohibidos, aun a costa de la vida.
21 Los que presidían aquel sacrificio ilegal, viejos amigos de Elea-
zar, lo llevaron aparte y le propusieron que hiciera traer carne per-
mitida, preparada por él mismo, y que la comiera haciendo como
22 que comía la carne del sacrificio ordenado por el rey, para que así
se librara de la muerte y, dada su antigua amistad, lo tratasen con
23 consideración. Pero él, adoptando una actitud cortés, digna de sus
años, de su noble ancianidad, de sus canas honradas e ilustres, de
su conducta intachable desde niño y, sobre todo, digna de la Ley
santa dada por Dios, respondió todo seguido:
24 —¡Enviadme al sepulcro! Que no es digno de mi edad ese en-
gaño. Van a creer muchos jóvenes que Eleazar, a los noventa años,
25 ha apostatado, y si miento por un poco de vida que me queda se
van a extraviar con mi mal ejemplo. Eso sería manchar e infamar
26 mi vejez. Y aunque de momento me librase del castigo de los hom-
bres, no escaparía de la mano del Omnipotente, ni vivo ni muerto.
27 Si muero ahora como un valiente me mostraré digno de mis años
28 y legaré a los jóvenes un noble ejemplo, para que aprendan a arros-

a o, de los habitantes de Tolemaida.

trar voluntariamente una muerte noble por amor a nuestra santa
y venerable Ley.
Dicho esto se dirigió en seguida al suplicio.
29 Los que lo llevaban, poco antes deferentes con él, se endurecie-
ron, considerando insensatas las palabras que acababa de pronunciar.
30 Él, a punto de morir a fuerza de golpes, dijo entre suspiros:
—Bien sabe el Señor, que posee la santa sabiduría, que, pudien-
do librarme de la muerte, aguanto en mi cuerpo los crueles dolores
de la flagelación, y los sufro con gusto en mi alma por respeto a él.
31 Así terminó su vida, dejando no sólo a los jóvenes, sino a toda
la nación, un ejemplo memorable de heroísmo y de virtud.

Los siete hermanos y su madre

7 Arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azo-
tar con látigos y nervios para forzarles a comer carne de cerdo,
2 prohibida por la Ley. Uno de ellos habló en nombre de los demás:
—¿Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a mo-
rir antes que quebrantar la Ley de nuestros padres.
3-4 Fuera de sí, el rey ordenó poner al fuego sartenes y ollas. Las pu-
sieron al fuego inmediatamente, y el rey ordenó que cortaran la
lengua al que había hablado en nombre de todos, que le arrancaran
el cuero cabelludo y le amputaran las extremidades a la vista de los
demás hermanos y de su madre.
5 Cuando el muchacho estaba ya inutilizado del todo, el rey mandó
aplicarle fuego y freírlo; todavía respiraba. Mientras se esparcía a
lo ancho el olor de la sartén, los otros con la madre se animaban
entre sí a morir noblemente:
6 —El Señor Dios nos contempla, y de verdad se compadece de
nosotros, como declaró Moisés en el cántico de denuncia contra
Israel [a]: «Se compadecerá de sus siervos».
7 Cuando murió así el primero, llevaron al segundo al suplicio;
le arrancaron los cabellos con la piel, y le preguntaban si pensaba
8 comer antes que lo atormentasen miembro a miembro. El respondió
en la lengua materna:
—¡No comeré!
Por eso también él sufrió a su vez el martirio como el primero.
9 Y estando para morir, dijo:
—Tú, malvado, nos arrancas la vida presente. Pero cuando haya-
mos muerto por su Ley, el rey del universo nos resucitará para una
vida eterna.
10 Después se divertían con el tercero. Invitado a sacar la lengua,
11 lo hizo en seguida, y alargó las manos con gran valor. Y habló dig-
namente:
—De Dios las recibí, y por sus leyes las desprecio. Espero reco-
brarlas del mismo Dios.
12 El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven des-
13 preciaba los tormentos. Cuando murió éste, torturaron de modo
14 semejante al cuarto. Y cuando estaba para morir, dijo:
—Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se espera

a Dt 32,6.

que Dios mismo nos resucitará. En cambio, tú no resucitarás para
la vida.
15-6 Después sacaron al quinto, y lo atormentaban. Pero él, mirando
al rey, le dijo:
—Aunque eres un simple mortal, haces lo que quieres porque
tienes poder sobre los hombres. Pero no te creas que Dios ha aban-
17 donado a nuestra nación. Espera un poco y ya verás cómo su gran
poder te tortura a ti y a tu descendencia.
18 Después de éste llevaron al sexto, y cuando iba a morir, dijo:
—No te engañes neciamente. Nosotros sufrimos esto porque he-
mos pecado contra nuestro Dios; por eso han ocurrido estas cosas
19 extrañas. No pienses que vas a quedar impune tú, que te has atre-
vido a luchar contra Dios.
20 Pero ninguno más admirable y digno de recuerdo que la madre.
Viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un día, lo soportó
21 con entereza, esperando en el Señor. Con noble actitud, uniendo
un temple viril a la ternura femenina, fue animando a cada uno,
y les decía en su lengua:
22 —Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno; yo no os di el aliento
23 ni la vida, ni ordené los elementos de vuestro organismo. Fue el
creador del universo, el que modela la raza humana y determina
el origen de todo. El, con su misericordia, os devolverá el aliento
y la vida si ahora os sacrificáis por su Ley.
24 Antíoco creyó que la mujer lo despreciaba, y sospechó que lo
estaba insultando.
Todavía quedaba el más pequeño, y el rey intentaba persuadirlo
no sólo con palabras, sino que le juraba que si renegaba de sus
tradiciones lo haría rico y feliz, lo tendría por amigo y le daría
25 algún cargo. Pero como el muchacho no hacía el menor caso, el rey
llamó a la madre y le rogaba que aconsejase al chiquillo para su
26 bien. Tanto le insistió, que la madre accedió a persuadir al hijo;
27 se inclinó hacia él, y riéndose del cruel tirano, habló así en su
idioma:
—Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en el
seno, te amamanté y crié tres años y te he alimentado hasta que
28 te has hecho un joven. Hijo mío, te lo suplico, mira el cielo y la
tierra, fíjate en todo lo que contienen y verás que Dios lo creó todo
29 de la nada, y el mismo origen tiene el hombre. No temas a ese
verdugo, no desmerezcas de tus hermanos y acepta la muerte. Así,
por la misericordia de Dios, te recobraré junto con ellos.
30 Estaba todavía hablando cuando el muchacho dijo:
—¿Qué esperáis? No me someto al decreto real. Yo obedezco
los decretos de la Ley dada a nuestros antepasados por medio de
31 Moisés. Pero tú, que has tramado toda clase de crímenes contra los
32 hebreos, no escaparás de las manos de Dios. Pues nosotros sufrimos
33 por nuestros pecados. Y si el Dios vivo se ha enojado un momento
para corregirnos y educarnos, volverá a reconciliarse con sus sier-
34 vos. Pero tú, impío, el hombre más criminal de todos, no te enso-
berbezcas neciamente con vanas esperanzas, mientras alzas la mano
35 contra los siervos de Dios; que todavía no has escapado de la sen-
36 tencia de Dios, vigilante todopoderoso. Mis hermanos, después de
soportar ahora un dolor pasajero, participan ya de la promesa divina

de una vida eterna; en cambio, tú, por sentencia de Dios, pagarás la
37 pena que merece tu soberbia. Yo, lo mismo que mis hermanos,
entrego mi cuerpo y mi vida por las leyes de mis padres, suplican-
do a Dios que se apiade pronto de mi raza, que tú tengas que con-
38 fesarlo, entre tormentos y azotes, como único Dios, y que la ira
del Todopoderoso, que se ha abatido justamente sobre todo mi pue-
blo, se detenga en mí y en mis hermanos.
39 El rey, exasperado y no aguantando aquel sarcasmo, se ensañó
40 contra éste muchísimo más que contra los otros, y aquel muchacho
murió sin mancha, con total confianza en el Señor.
41 La madre murió la última, después de sus hijos.
42 Baste lo que he contado a propósito de los convites sacrificiales
y la increíble crueldad del rey.

Primera actividad de Judas
(1 Mac 3)

8 Mientras tanto, Judas el Macabeo y sus compañeros, entrando a
escondidas en las aldeas, convocaban a sus parientes y reunían a
los que habían permanecido fieles al judaísmo. Así, juntaron unos
seis mil.
2 Suplicaban al Señor que mirase al pueblo pisoteado por todos
y se compadeciera del santuario profanado por hombres impíos;
3 que se apiadara de la ciudad destrozada, a punto de ser arrasada
por completo; que escuchara el clamor de la sangre que clamaba al
4 cielo; que recordara el injusto exterminio de niños inocentes y las
blasfemias pronunciadas contra su Nombre, y que mostrara su rigor
contra el mal.
5 En cuanto el Macabeo organizó a su gente, se hizo invencible a
los enemigos, porque la ira del Señor se cambió en misericordia.
6 Llegaba inesperadamente a ciudades y aldeas y las incendiaba, to-
maba posiciones estratégicas y ponía en fuga a numerosos enemi-
7 gos, aprovechando sobre todo para estas operaciones la complici-
dad de la noche. La fama de su valentía se extendía por todas
partes.
8 Al ver Felipe que aquel hombre progresaba poco a poco y que
conseguía éxitos cada vez más frecuentes, escribió a Tolomeo, go-
bernador de Celesiria y Fenicia, para que defendiese los intereses
9 reales. Tolomeo eligió inmediatamente a Nicanor, de Patroclo, del
rango superior entre los Grandes del Reino, y lo envió al frente de
una muchedumbre abigarrada, veinte mil por lo menos, para exter-
minar a toda la raza judía, y le agregó a Gorgias, un general con
mucha experiencia militar.
10 Con la venta de esclavos judíos, Nicanor contaba completar los
sesenta mil kilos (de plata) del tributo que el rey debía a los roma-
11 nos. Despachó en seguida mensajeros a las ciudades de la costa,
invitándolas al mercado de esclavos judíos, prometiendo entregar
noventa esclavos por treinta kilos (de plata), sin sospechar el castigo
del Todopoderoso que se le venía encima.
12 Cuando le llegó a Judas la noticia de la expedición de Nicanor,
13 informó a su gente de la proximidad del enemigo; los cobardes y los

que no esperaban la venganza de Dios huían a refugiarse en otros
14 sitios; pero los demás vendían todo lo que les quedaba, rogando al
mismo tiempo al Señor que librara a los que el impío Nicanor
15 había vendido ya antes de la batalla, y si no por ellos, al menos
por las promesas hechas a sus padres y por invocar sobre ellos su
Nombre augusto y magnífico.
16 El Macabeo reunió a sus seguidores en número de seis mil y los
arengaba a no asustarse ante el enemigo ni temer a la inmensa
turba de gentiles que los atacaba injustamente. Al contrario, que
17 luchasen con valentía, teniendo ante los ojos la insolencia criminal
de aquéllos contra el lugar santo, las injurias y burlas contra la
18 ciudad y además la supresión de las antiguas instituciones. Dijo:
—Ellos confían en sus armas y en su audacia, pero nosotros con-
fiamos en el Dios Todopoderoso, que con un gesto puede deshacer
a nuestros atacantes y al mundo entero.
19 Les enumeró las intervenciones de Dios en favor de sus antepa-
sados, aquella del tiempo de Senaquerib, cuando perecieron ciento
20 ochenta y cinco mil, y la batalla contra los gálatas en Babilonia,
cuando llegaron al combate ocho mil en total, más cuatro mil mace-
donios, y a pesar de verse desbaratados los macedonios, los ocho
mil aniquilaron a ciento veinte mil, gracias a la ayuda del cielo, y
consiguieron mucho botín.
21 Enardecidos con aquellas palabras, quedaron dispuestos a morir
por la patria y las leyes. Entonces Judas dividió al ejército en cua-
22 tro cuerpos; puso al frente de cada uno a sus hermanos Simón,
Josefo y Jonatán, asignando mil quinientos hombres a cada uno.
23 Además ordenó a Eleazar que leyera el libro sagrado. Y después de
darles como contraseña «¡Dios ayuda!», él mismo se puso al frente
del primer cuerpo, y atacó a Nicanor.
24 Y con el Todopoderoso como aliado, mataron más de nueve mil
enemigos; dejaron heridos y maltrechos a la mayoría de los solda-
25 dos de Nicanor, y los hicieron huir a todos. Recogieron el dinero
de los que habían ido con intención de comprarlos. Y después de
perseguirlos bastante tiempo, se volvieron, frenados por lo tarde
26 que era, pues era víspera de sábado, y por eso no pudieron perse-
27 guirlos más lejos. Les recogieron las armas, despojaron los cadá-
veres enemigos y celebraron el sábado, alabando y agradeciendo
solemnemente al Señor por haberlos conservado hasta aquel día
señalado por Dios como comienzo de la misericordia.
28 Después del sábado dieron parte de los despojos a los damnifi-
cados, a las viudas y los huérfanos; el resto se lo repartieron ellos
29 y sus hijos. Después de hacer el reparto tuvieron rogativas públicas,
pidiendo al Señor misericordioso que completara su reconciliación
con sus siervos.
30 Lucharon también contra los de Timoteo y Báquides, y les ma-
taron más de veinte mil; se apoderaron de muchas plazas fuertes
de montaña, y distribuyeron muchos despojos a partes iguales entre
ellos, los damnificados, los huérfanos y las viudas, más los ancianos.
31 Les recogieron las armas y las almacenaron cuidadosamente en sitios
32 estratégicos; los restantes despojos los llevaron a Jerusalén. Mata-
ron al comandante de las tropas de Timoteo, un hombre de lo más
33 impío, que había hecho mucho mal a los judíos. En las fiestas de la

victoria en la capital quemaron vivos a los que habían incendiado
las puertas santas y a Calístenes, que se había refugiado en una
casilla, y recibió así la paga que merecía su impiedad.
34 El bandido Nicanor, que había llevado a mil comerciantes para
35 la venta de judíos esclavos, humillado, gracias a Dios, por los que
él consideraba los últimos, despojado de sus ropajes suntuosos,
como un esclavo fugitivo, solitario, a campo traviesa, llegó a Antioquía, muy afortunado en comparación con su ejército derrotado.
36 Y el que esperaba pagar a los romanos un tributo con la venta de
esclavos de Jerusalén, proclamaba que los judíos tenían un defensor y que eran invulnerables por seguir las leyes que él les había
impuesto.

Muerte de Antíoco Epífanes
(1 Mac 6,1-6)

9 Por aquel entonces Antíoco se había tenido que retirar en des-
2 orden del territorio persa, porque al llegar a la capital, Persépolis,
empezó a saquear el templo y a ocupar la ciudad; con eso las turbas
recurrieron a las armas, y Antíoco, derrotado y puesto en fuga por
los habitantes, tuvo que emprender el regreso ignominiosamente.
3 Cuando estaba cerca de Ecbatana, le llegó la noticia de lo ocurri-
4 do a Nicanor y a los de Timoteo, y fuera de sí por la ira, pensaba
cobrar a los judíos la injuria de los que le habían puesto en fuga.
Por eso ordenó al auriga avanzar sin detenerse hasta el final del
viaje. Pero ¡viajaba con él la sentencia del cielo! Porque dijo jactanciosamente:
—Cuando llegue allá convertiré a Jerusalén en un cementerio de
judíos.
5 Pero el Señor, que lo ve todo, el Dios de Israel, lo castigó con
una enfermedad invisible e incurable; pues apenas había pronunciado esa frase, le sobrevino un incesante dolor de vientre, con unas
6 punzadas agudísimas (cosa perfectamente justa, ya que él había
atormentado las entrañas de otros con tantísimos tormentos refina-
7 dos). Pero todavía no desistió de su soberbia. Es más, rebosando
arrogancia, respirando contra los judíos el fuego de su cólera, mandó acelerar la marcha. Pero se cayó del carro cuando corría a toda
velocidad, y con la violencia de la caída se le dislocaron todos los
miembros del cuerpo.
8 El que poco antes pensaba, en su ambición sobrehumana, que
podía mandar a las olas del mar; el que se imaginaba poder pesar
en la balanza las cumbres de los montes, estaba tendido en tierra,
y tenía que ser llevado en una litera, mostrando a todos la fuerza
9 manifiesta de Dios, hasta el punto de que hervía de gusanos el
cuerpo de aquel impío, y la carne se le desprendía en vida en medio
de terribles dolores; en todo el campamento no se aguantaba el
10 hedor de su podredumbre. Al que poco antes parecía capaz de tocar
las estrellas, nadie podía transportarlo, por su olor inaguantable.
11 Entonces, postrado por la enfermedad, empezó a ceder en su
arrogancia. Al aumentar los dolores a cada momento, llegó a reco-
12 nocer el castigo divino, y no pudiendo soportar su propio hedor,
dijo:

—Es justo que un mortal se someta a Dios y no quiera medirse
con él.
13 Pero aquel criminal rezaba a un soberano que ya no se apiadaba
14 de él. Decía que declararía libre a la Ciudad Santa, hacia la que
antes caminaba a toda prisa para arrasarla y convertirla en cemen-
15 terio; que daría los mismos derechos que a los atenienses a todos
los judíos, de quienes había decretado que ni sepultura merecían,
sino que los echasen de comida a las fieras y aves con sus hijos;
16 que adornaría con bellísimos exvotos el templo santo que antes
despojó; que regalaría muchos más objetos sagrados; que pagaría
17 los gastos de los sacrificios con sus propios ingresos, y que encima
se haría judío y recorrería todos los lugares habitados anunciando
el poder de Dios.
18 Como los dolores no cesaban de ninguna forma, pues el justo
juicio de Dios había caído sobre él, sin esperanza de curación, escribió a los judíos, en forma de súplica, la carta que copiamos a
continuación:
19 «El rey y general Antíoco envía muchos saludos a los nobles ciudadanos judíos, deseándoles bienestar y prosperidad.
20 »Espero que gracias al cielo os encontréis bien vosotros y vuestros hijos, y que vuestros asuntos marchen según vuestros deseos.
21 »Guardo un recuerdo muy afectuoso de vuestro respeto y benevolencia. Al volver de Persia he contraído una enfermedad muy
molesta, y me ha parecido necesario proveer a la seguridad pública.
22 No es que yo desespere de mi situación —al contrario, espero salir
23 de la enfermedad—; pero pienso que también mi padre, siempre
que organizaba una expedición militar al norte, nombraba un suce-
24 sor, para que si ocurría algo imprevisto o llegaban malas noticias,
los súbditos de las provincias no se intranquilizaran, sabiendo a
25 quién había quedado confiado el gobierno. Además sé bien que los
soberanos vecinos, en las fronteras de nuestro Imperio, están espiando la ocasión, a la espera de un acontecimiento; por eso he
nombrado rey a mi hijo Antíoco, al que muchas veces recomendé
y confié a la mayoría de vosotros mientras yo recorría las provincias del norte. A él le he escrito la carta que va a continuación.
26 »Así, pues, os exhorto y ruego que, recordando mis beneficios
públicos y privados, mantengáis todos para con mi hijo la lealtad
27 que me profesáis. Pues estoy persuadido de que él sabrá acomodarse a vosotros, siguiendo moderada y humanamente mi programa
político».
28 Y así aquel asesino y blasfemo, entre dolores atroces, perdió la
vida en los montes, en tierra extraña, con un final desastrado,
29 como él había tratado a otros. Felipe, su amigo íntimo, trasladó sus
restos; pero no fiándose del hijo de Antíoco, se fue a Egipto, a
Tolomeo Filométor.

Purificación del templo
(1 Mac 4,36-61)

10 El Macabeo y su gente, guiados por el Señor, reconquistaron el
2 templo y la ciudad, derruyeron los altares levantados por los extranjeros en la plaza pública y sus templos.

3 Después de purificar el templo, levantaron otro altar, y con fuego
sacado del pedernal ofrecieron sacrificios después de una interrup-
ción de dos años, quemaron incienso, encendieron las lámparas y
presentaron los panes.
4 Hecho esto, se postraron en tierra y suplicaron al Señor no vol-
ver a caer en tales desastres, sino que, si alguna vez pecaban, los
castigara él con moderación, pero que no los entregara a extranje-
ros blasfemos.
5 La purificación del templo cayó en el mismo día en que los ex-
tranjeros lo habían profanado: el veinticinco del mismo mes, o sea,
6 diciembre. Celebraron con regocijo ocho días de fiesta, como la de
las Chozas, recordando que poco antes, en tiempo de esa fiesta, an-
daban por los montes y las cuevas, viviendo como animales salvajes.
7 Por eso, llevando tirsos, ramos verdes y palmas, entonaban himnos
al que había llevado a buen fin la purificación de su lugar santo,
8 y determinaron, mediante decreto público votado en la asamblea y
obligatorio para todo el pueblo judío, celebrar todos los años aque-
llos días de fiesta.

Hazañas de Judas
(1 Mac 5,1-8)

9-0 Así acabó Antíoco, por sobrenombre Epífanes. Ahora vamos a
tratar de Antíoco Eupátor, hijo de aquel impío, dando un resumen
de los daños causados por las guerras.
11 Cuando Eupátor subió al trono nombró jefe de Gobierno a un
12 tal Lisias, gobernador supremo de Celesiria y Fenicia; pues To-
lomeo, el apodado Macrón, que se distinguió en tratar con justicia
a los judíos, para reparar la injusticia que habían cometido con
13 ellos, procuraba gobernarlos pacíficamente, y, en consecuencia, los
Grandes del Reino lo acusaron ante Eupátor, y como a cada paso
estaba oyéndose llamar traidor, por haber abandonado Chipre, que
le había confiado Filométor, y haberse pasado al partido de Antío-
co Epífanes, viendo que no había ejercido su cargo con honor, se
suicidó, envenenándose.
14 Por su parte, Gorgias, nombrado gobernador de la región, man-
tenía tropas mercenarias, y a cada paso hostigaba a los judíos.
15 Al mismo tiempo, también los idumeos, apoderándose de plazas
fuertes estratégicas, molestaban a los judíos, y procuraban atizar
16 la guerra acogiendo a los fugitivos de Jerusalén. Los del Macabeo,
después de unas rogativas para pedir a Dios que fuera su aliado,
17 atacaron las plazas fuertes de los idumeos: las asaltaron impetuosa-
mente, las conquistaron, rechazaron a los que luchaban en las mu-
rallas, acuchillaron a los que cayeron en sus manos y eliminaron
por lo menos a veinte mil.
18 Nueve mil fugitivos por lo menos se refugiaron en dos castillos
muy bien defendidos, provistos de todo lo necesario para soportar
19 un asedio. El Macabeo dejó a Simón y Josefo, y también a Zaqueo,
con bastante tropa para mantener el cerco, y él marchó a los sitios
20 de mayor urgencia. Pero los de Simón, hambrientos de dinero, se
dejaron sobornar por algunos de los refugiados en los castillos, y

21 por siete mil dracmas los dejaron escapar. Cuando informaron al
Macabeo de lo sucedido, reunió a los oficiales del ejército y les acu-
só de haber vendido a sus hermanos por dinero, dejando libres a
22 sus adversarios. Hizo ejecutar a los traidores y conquistó en seguida
23 los dos castillos. Aquella operación militar, dirigida personalmente
por él, fue un éxito: en las dos plazas mató a más de veinte mil.
24 Pero Timoteo, derrotado antes por los judíos, reclutó muchísimas
tropas extranjeras, juntó muchos caballos de Asia y se presentó para
25 conquistar a punta de lanza Judá. Cuando él se aproximaba, los del
Macabeo, echándose tierra a la cabeza y ciñéndose sayal a la cintu-
26 ra, con rogativas a Dios pedían, postrados al pie del altar, que les
favoreciera, que fuera enemigo de sus enemigos y adversario de sus
27 adversarios, como dice expresamente la Ley. Al terminar la oración,
empuñaron las armas y avanzaron bastante fuera de la ciudad;
cuando llegaban cerca de los enemigos se detuvieron.
28 Al romper el alba se entabló el combate. Unos llevaban como
garantía de triunfo y de victoria, aparte de su valor, el recurso al
Señor; los otros sólo tenían a su propio arrojo como jefe en las
29 batallas. En lo más recio del combate, los enemigos vieron en el
cielo cinco hombres resplandecientes montando caballos con frenos
30 de oro: se pusieron a la vanguardia de los judíos, colocaron en
medio al Macabeo y lo cubrieron con sus propias armas, para guar-
darlo incólume, mientras disparaban flechas y rayos contra los ene-
migos; éstos, desconcertados y deslumbrados, se desorganizaron,
31 llenos de pánico. Cayeron veinte mil quinientos, y seiscientos jinetes.
32 El mismo Timoteo tuvo que huir a la plaza fuerte llamada Guézer,
33 muy bien fortificada, cuyo jefe era Quereas. Pero los del Macabeo
asediaron la fortaleza durante cuatro días, llenos de entusiasmo.
34 Los de dentro, confiando en lo inaccesible de la plaza, blasfemaban
a destajo, ensartando palabras nefandas.
35 Al amanecer del quinto día, veinte muchachos del ejército del
Macabeo, enfurecidos por aquellas blasfemias, asaltaron valerosa-
mente el muro, y con furor salvaje mataban a todo el que les salía
36 al paso. Los demás escalaron por otra parte, y sorprendiendo a los
sitiados incendiaron los torreones, prendieron hogueras y quemaron
vivos a los blasfemos. Mientras tanto, otros rompieron las puertas,
y así metieron dentro al resto de la tropa y conquistaron la plaza.
37 A Timoteo, escondido en una cisterna, lo degollaron; también a su
hermano Quereas y a Apolófanes.
38 Después de aquella hazaña, bendecían con himnos de alabanza
al Señor, que había hecho a Israel un beneficio tan grande conce-
diéndoles aquella victoria.

Expedición de Lisias
(1 Mac 4,26-35)

11 Muy poco tiempo después, Lisias, tutor y pariente del rey y jefe
2 de Gobierno, muy disgustado por lo ocurrido, reunió unos ochenta
mil hombres y toda la caballería y avanzó contra los judíos, con el
3 proyecto de establecer en Jerusalén colonos griegos, someter al
templo al pago de impuestos como los demás santuarios de los

4 paganos y poner en venta todos los años el sumo sacerdocio. Enso-
berbecido por las miríadas de soldados, los millares de jinetes y los
ochenta elefantes, no se le ocurría pensar para nada en el poder
de Dios.
5 Cuando entró en Judá se aproximó a Betsur, que es una plaza
fuerte distante de Jerusalén como unas cinco leguas, y la atacó [a].
6 Cuando los del Macabeo recibieron la noticia de que Lisias estaba
asediando las plazas fuertes, sollozando y llorando suplicaban al
Señor, junto con el pueblo, que enviara un ángel bueno para salvar
7 a Israel. El Macabeo en persona empuñó las armas el primero, y
arengó a los demás, urgiéndoles a socorrer a sus hermanos, expo-
8 niéndose al peligro con él. Se lanzaron todos animosos, y allí, cerca
todavía de Jerusalén, se les apareció, al frente del ejército, un jinete
con vestiduras blancas, blandiendo armas de oro.
9 Todos a una alabaron al Dios misericordioso, y quedaron enarde-
cidos, dispuestos a derribar no sólo a hombres, sino a las fieras más
10 feroces y a murallas de hierro. Avanzaban ordenadamente, tenien-
do un aliado celestial, porque el Señor se había compadecido de
11 ellos. Se arrojaron contra el enemigo como leones, y dejaron tendi-
dos a once mil de infantería y mil seiscientos jinetes, y obligaron
12 a huir a los demás, pero la mayoría se salvaron con heridas y desar-
mados; el mismo Lisias se salvó huyendo vergonzosamente.
13 Como no era tonto, reflexionó sobre la derrota que había sufrido,
y pensando que los hebreos eran invencibles por luchar con ellos
14 como aliado el Dios poderoso, les envió una embajada para propo-
nerles un arreglo en términos justos y prometiendo persuadir al rey
de la necesidad de aliarse con los judíos.
15 El Macabeo, pensando en el bien común, accedió a todo lo que
proponía Lisias. Y el rey concedió todo lo que el Macabeo pidió
16 por escrito a Lisias en favor de los judíos. La carta de Lisias a los
judíos estaba concebida en los siguientes términos:
«Lisias saluda al pueblo judío.
17 »Juan y Absalón, vuestros embajadores, me han entregado el
18 documento firmado y me han pedido ratificar su contenido. Todo
lo que había que comunicar al rey se lo expuse ya, y concedí todo
lo que entraba en mis atribuciones.
19 »Así, pues, si perseveráis en esa buena disposición hacia el go-
bierno, procuraré trabajar en vuestro favor en el futuro.
20 »He ordenado a vuestros embajadores y a los míos que traten
con vosotros las cuestiones de detalle.
21 »Saludos. Año ciento cuarenta y ocho, el veinticuatro de Júpiter
Corintio».
22 La carta del rey decía así:
«El rey Antíoco saluda a su hermano Lisias.
23 »Después que mi padre se fue al cielo [b], queriendo que los súb-
ditos de nuestro Imperio puedan dedicarse sin temor a sus asuntos;
24 como hemos sabido que a los judíos no les gusta adoptar costum-
bres griegas como era el deseo de mi padre, sino que prefieren su
propio estilo de vida y piden se les permita seguir su legislación;

a el texto aparece aquí bastante corrompido.
b lit.: «fue a juntarse con los dioses».

25 deseando que dicho pueblo viva sin temor, hemos determinado res-
tituirles el templo y que vivan conforme a las costumbres de sus
mayores.
26 »Así, pues, ten la bondad de enviarles embajadores y hacer con
ellos las paces, para que, conociendo nuestros deseos, vivan conten-
tos y puedan atender con gusto a sus asuntos».
27 La carta del rey para el pueblo era ésta:
«El rey Antíoco saluda al Senado y al pueblo judío.
28 »Nos alegramos de que estéis bien. También nosotros estamos
bien.
29 »Menelao nos ha expuesto que queréis volver a vuestros hoga-
30 res; por tanto, a los que vuelvan a casa, hasta el treinta de abril,
les garantizamos la inmunidad.
31 »Los judíos podrán usar sus alimentos y sus leyes como antes, y
ninguno de ellos será molestado en absoluto por infracciones come-
32 tidas por ignorancia. Os envío también a Menelao para que os lo
confirme.
33 »Saludos. Año ciento cuarenta y ocho, el quince de abril».
34 También los romanos les enviaron una carta, que decía así:
«Quinto Memmio y Tito Manio, legados de Roma, saludan al
pueblo judío.
35 »Estamos de acuerdo con lo que os ha concedido Lisias, pariente
36 del rey. Y en cuanto a los puntos que él determinó presentar al rey,
estudiadlos bien, y después enviadnos en seguida a alguien para que
37 negociemos en provecho vuestro, ya que vamos a Antioquía. Por
eso, enviadnos pronto algunos para que nosotros conozcamos vues-
tras propuestas.
38 »Saludos. Año ciento cuarenta y ocho, el quince de abril».

Nuevas hazañas de Judas

12 Cuando acabaron las negociaciones, Lisias volvió a donde el rey,
y los judíos volvieron a sus trabajos del campo.
2 Entre los gobernadores locales, Timoteo, Apolonio de Geneo,
más Jerónimo y Demofón, a los que hay que añadir a Nicanor, jefe
de los chipriotas, no les dejaban tranquilos ni vivir en paz.
3 Y los habitantes de Jafa cometieron el crimen horrendo que voy
a contar: sin aparentar la menor intención hostil, invitaron a los
judíos que vivían en la ciudad a subir, con sus mujeres y niños, a
4 las naves que ellos mismos habían equipado. Como se trataba de
un decreto público de la ciudad, y los judíos deseaban vivir en paz,
y no abrigaban ninguna sospecha, aceptaron la invitación; pero
cuando estaban en alta mar, los echaron a pique; eran por lo me-
nos doscientos.
5 Cuando Judas recibió la noticia de aquella crueldad contra sus
6 compatriotas, dio órdenes a sus hombres, e invocando a Dios, justo
juez, marchó contra los asesinos de sus hermanos, les incendió de
noche el puerto, les quemó las naves y pasó a cuchillo a los que se
habían refugiado allí.
7 Como la ciudad estaba cerrada, se retiró, pero con intención de
8 volver para acabar con Jafa. Y al recibir la noticia de que los de

Yamnia intentaban hacer lo mismo con los judíos que vivían allí,
9 los atacó de noche y prendió fuego al puerto con todos los navíos,
de forma que el resplandor del incendio se vio hasta en Jerusalén,
a cuarenta y cinco kilómetros.
10 Se había alejado de allí unos dos kilómetros en un avance contra
Timoteo, cuando cayeron sobre él por lo menos cinco mil árabes
11 con quinientos de caballería. Se trabó un violento combate, y con
la ayuda de Dios vencieron los de Judas. Los nómadas, derrotados,
le pedían la paz, prometiendo entregarle ganado y serle útiles en el
12 futuro. Judas pensó que realmente podían serle útiles de muchas
maneras, y accedió a hacer las paces con ellos; después de concertar
la paz, se fueron a sus tiendas.
13 Atacó también una ciudad llamada Caspín, defendida con terra-
14 plenes y amurallada, en la que vivía gente de toda raza. Los de
dentro, confiados en sus murallas inexpugnables y en los depósitos
de víveres, se mostraron insolentes contra los de Judas, insultándo-
15 los, y encima blasfemando y profiriendo palabras nefandas. Los de
Judas invocaron al supremo Soberano del universo, que en tiempos
de Josué derruyó Jericó sin arietes ni máquinas bélicas. Luego asal-
16 taron ferozmente la muralla. Y cuando conquistaron la ciudad por
voluntad de Dios, hicieron una matanza indescriptible, hasta el
punto de que el estanque vecino, de unos cuatrocientos metros de
ancho, aparecía lleno de la sangre que afluía a él.
17 Se alejaron de allí unos ciento cuarenta kilómetros y llegaron a
18 Querac, donde habitan los judíos tubianos; pero a Timoteo no lo
encontraron en aquella región, porque, al no conseguir nada por
entonces, se había marchado de allí, dejando en su lugar una guar-
19 nición, por cierto muy fuerte. Dositeo y Sosípatro, oficiales del ejér-
cito del Macabeo, fueron allá y aniquilaron a la guarnición que
había dejado Timoteo en la plaza fuerte: más de diez mil hombres.
20 Por su parte, el Macabeo distribuyó sus tropas en varios cuerpos;
nombró jefes a aquellos dos, y se lanzó contra Timoteo, que tenía
un ejército de ciento veinte mil de infantería y dos mil quinientos
jinetes.
21 Cuando Timoteo recibió la noticia de la llegada de Judas, envió
las mujeres, los niños y el resto del bagaje al lugar llamado Kar-
nión, inexpugnable e inaccesible por lo angosto de los pasos en
toda aquella zona.
22 Cuando apareció el primer destacamento de Judas, el terror se
apoderó de los enemigos, el pánico ante la manifestación del Omni-
vidente; y emprendieron la huida, lanzándose cada uno por su lado,
hiriéndose unos a otros muchas veces, atravesándose con sus espa-
23 das. Judas los persiguió impetuosamente; acribilló a aquellos cri-
24 minales y aniquiló a unos treinta mil hombres. El mismo Timoteo,
que fue a caer entre las tropas de Dositeo y Sosípatro, les pedía
con mucha diplomacia que lo dejaran vivo, porque tenía en su po-
der a los padres de muchos y a los hermanos de otros, y podría
25 suceder que dieran cuenta de ellos. Logró convencerlos a base de
muchos razonamientos, con la promesa de devolverlos ilesos, y lo
dejaron en libertad con el fin de salvar a sus hermanos.
26 Judas marchó después contra Karnión y el santuario de Atargate,
27 y mató veinticinco mil hombres. Después de derrotarlos y aniqui-

larlos, marchó contra Efrón, una ciudad fortificada donde residía
Lisias y una muchedumbre abigarrada. Jóvenes robustos, alineados
ante la muralla, la defendían valerosamente, y dentro estaban bien
28 provistos de proyectiles y máquinas bélicas. Después de invocar al
Soberano, que con su poder tritura las fuerzas del enemigo, con-
quistaron la ciudad y mataron unos veinticinco mil de los que ha-
bía dentro.
29 Partiendo de allí, se lanzaron contra Escitópolis, distante más de
30 cien kilómetros de Jerusalén; pero como los judíos de allí asegura-
ron que los de Escitópolis los trataban con deferencia y que los
habían acogido humanitariamente en los momentos de infortunio,
31 Judas y los suyos les dieron las gracias y los exhortaron a seguir
siendo en el futuro benévolos con los de su raza. Próxima ya la
32 fiesta de las Semanas, llegaron a Jerusalén; y después de la fiesta
de Pentecostés se lanzaron contra Gorgias, gobernador de Idumea.
33 Gorgias salió con tres mil de infantería y cuatrocientos jinetes;
34 se entabló el combate y los judíos tuvieron unas cuantas bajas.
35 Un tal Dositeo, jinete muy valiente de los de Bacenor, sujetaba a
Gorgias por el manto y lo arrastraba a pura fuerza, queriendo cazar
vivo a aquel maldito; pero uno de los jinetes tracios se lanzó contra
Dositeo, le cercenó el brazo y así Gorgias pudo huir a Maresá.
36 Por otra parte, los de Esdrías [a] estaban agotados porque llevaban
combatiendo mucho tiempo. Judas invocó al Señor para que se
37 mostrara aliado y dirigiera la batalla. En la lengua materna lanzó
el grito de guerra, y entonando himnos irrumpió por sorpresa entre
los de Gorgias y los puso en fuga.
38 Judas congregó el ejército y marchó a la ciudad de Adulán, y
como llegaba el día séptimo se purificaron según el rito acostum-
39 brado, y allí mismo celebraron el sábado. Al día siguiente, porque
ya urgía, los de Judas fueron a recoger los cadáveres de los caídos,
para sepultarlos con sus parientes en las sepulturas familiares.
40 Y bajo la túnica de cada muerto encontraron amuletos de los ído-
los de Yamnia, que la Ley prohíbe a los judíos. Todos vieron cla-
41 ramente que aquélla era la razón de su muerte. Así que todos
alababan las obras del Señor, justo juez, que descubre lo oculto,
42 e hicieron rogativas para pedir que el pecado cometido quedara
borrado por completo.
Por su parte, el noble Judas arengó a la tropa a conservarse sin
pecado, después de ver con sus propios ojos las consecuencias del
43 pecado de los caídos. Después recogió dos mil dracmas de plata en
una colecta y las envió a Jerusalén para que ofreciesen un sacrifi-
cio de expiación. Obró con gran rectitud y nobleza, pensando en la
44 resurrección. Si no hubiera esperado la resurrección de los caídos,
45 habría sido inútil y ridículo rezar por los muertos. Pero conside-
rando que a los que habían muerto piadosamente les estaba reser-
46 vado un magnífico premio, la idea es piadosa y santa. Por eso hizo
una expiación por los caídos, para que fueran liberados del pecado.

a o Eleazar.

Paz con Antíoco V

13 El año ciento cuarenta y nueve les llegó a los de Judas la noti-
cia de que Antíoco Eupátor avanzaba sobre Judá con muchas tro-
2 pas y que iba con él Lisias, su preceptor y jefe de Gobierno. Tenían
un ejército de ciento diez mil griegos de infantería, cinco mil tres-
cientos jinetes, veintidós elefantes y trescientos carros falcados.
3 Menelao se les añadió y animaba a Antíoco con mucho disimulo,
no para salvar a la patria, sino con intención de conservar su cargo.
4 Pero el Rey de reyes excitó la cólera de Antíoco contra aquel mal-
vado, y como Lisias demostró que aquél era el causante de todos
los males, Antíoco ordenó que lo llevaran a Berea y lo ajusticiaran
5 allí según la costumbre del lugar: hay allí una torre de veinticinco
metros, llena de ceniza, provista de una máquina giratoria inclinada
6 por todas partes hacia la ceniza; allí era donde todos empujaban al
responsable de un robo sacrílego, o al autor de otras enormidades,
7 para que pereciera. Con tal muerte acabó aquel prevaricador, Me-
8 nelao, que ni siquiera tuvo sepultura. Con toda justicia: puesto
que había cometido muchos pecados contra el altar cuyo fuego y
ceniza eran puros, en la ceniza recibió la muerte.
9 Pero el rey avanzaba con planes feroces, para que los judíos lo
pasasen peor que en tiempo de su padre.
10 Cuando recibió Judas esta noticia, exhortó a la gente a pedir al
Señor día y noche que también entonces, como otras veces, soco-
rriese a los que iban a quedar privados de la Ley, la patria y el
11 templo santo, y que no permitiera a gentes blasfemas someter al
pueblo, que empezaba apenas a respirar.
12 Después de hacerlo todos a una, suplicando al Señor misericor-
dioso con llantos, ayunos y postraciones tres días seguidos, Judas
13 los arengó y les ordenó concentrarse. Se reunió en privado con los
senadores y determinó salir a resolver el asunto con la ayuda de
Dios antes que el ejército del rey entrase en Judá y se apoderase de
14 la capital. Confiando al creador del universo el resultado, arengó a
los suyos, animándoles a luchar valerosamente hasta la muerte por
las leyes, el templo, la ciudad, la patria y las instituciones. Y mar-
chó a acampar en los alrededores de Modín.
15 Después de darles la contraseña: «¡Victoria de Dios!», con unos
cuantos jóvenes de los más valientes lanzó un ataque nocturno con-
tra la tienda real: mató unos dos mil hombres en el campamento
enemigo, y acribillaron al principal de los elefantes con el que iba
16 en la torreta. Finalmente, llenaron el campamento de espanto y
17 confusión, y se marcharon victoriosos. Cuando amanecía, ya estaba
hecho todo, gracias a la protección que el Señor les prestaba.
18 Cuando el rey saboreó la audacia de los judíos, intentó apode-
19 rarse de las plazas valiéndose de estratagemas. Se acercó a Betsur,
plaza judía fortificada; lo hicieron huir; atacó, lo vencieron.
20-1 Judas envió lo necesario a los sitiados. Pero Ródoco, del ejército
judío, pasó información secreta a los enemigos; lo descubrieron, lo
apresaron y lo ejecutaron.
22 El rey volvió a parlamentar con los de Betsur [a]: les ofreció la paz,

a 1 Mac 6,55-63.

la aceptó de ellos y se retiró; atacó a los de Judas y salió derrotado.
23 Recibió la noticia de que Felipe, que había quedado al frente del
Gobierno, se había sublevado en Antioquía. Consternado, habló con
los judíos, se sometió con juramento a todas las condiciones razo-
nables, hizo las paces y ofreció un sacrificio, honró al templo y se
24 portó bien con el lugar santo. Recibió al Macabeo, y dejó a Hege-
mónidas de gobernador desde Tolemaida hasta Guerar.
25 Luego marchó a Tolemaida. Los de Tolemaida llevaron a mal los
pactos, pues estaban indignadísimos, y querían anular lo estipulado.
26 Pero Lisias subió a la tribuna, hizo una defensa lo mejor que pudo,
los convenció, los calmó, los dejó en disposición de ánimo favora-
ble y marchó a Antioquía.
27 Así acabó la expedición y retirada del rey.

Expedición de Nicanor
(1 Mac 7)

14 Pasados tres años, llegó a los de Judas la noticia de que Deme-
trio Seléucida había penetrado en el puerto de Trípoli con una flo-
2 ta y un gran ejército, había matado a Antíoco y a su preceptor,
Lisias, y se había apoderado del país.
3 Un tal Alcimo, que anteriormente había sido sumo sacerdote y
que durante la secesión se había contaminado voluntariamente,
pensando que ya no tenía salida alguna, ni podría ya subir al sagra-
4 do altar, fue a entrevistarse con el rey Demetrio el año ciento cin-
cuenta y uno, llevando una corona de oro y una palma, además de
los acostumbrados ramos del templo. Aquel día no pidió nada;
5 pero aprovechando una buena oportunidad para su insensatez,
cuando Demetrio lo llamó al Consejo y le preguntó en qué disposi-
ción de ánimo y en qué plan estaban los judíos, respondió:
6 —Los judíos llamados leales, capitaneados por Judas Macabeo,
fomentan la guerra y promueven rebeliones, y así no dejan que el
7 Imperio disfrute de estabilidad. Debido a eso, viéndome despojado
de mi dignidad hereditaria —quiero decir, del sumo sacerdocio—,
8 me presento aquí ahora, interesado sinceramente, en primer lugar
por los derechos del rey, y en segundo lugar mirando por el bien
de mis conciudadanos; pues por la falta de cabeza de los que antes
9 mencioné todo nuestro pueblo está sufriendo muchísimo. Tú, rey,
infórmate de todo esto en detalle, y según tu bondad comprensiva
con todos vela sobre el país y sobre nuestra raza, cercada por todas
10 partes; porque mientras viva Judas será imposible que el Estado
disfrute de paz.
11 Después de hablar así, los otros Grandes del Reino, hostiles a
12 Judas en todo, empezaron en seguida a calentar a Demetrio. Inme-
diatamente eligió a Nicanor, que era jefe de la sección de elefantes;
13 lo nombró gobernador de Judá y lo envió con órdenes de aniquilar
a Judas, dispersar a sus partidarios e imponer a Alcimo como sumo
sacerdote del augusto templo.
14 Por otra parte, los paganos de Judá que habían escapado de Ju-
das se agregaron en tropel a Nicanor, pensando que los infortunios
y desgracias de los judíos iban a ser su prosperidad.

15 Al enterarse los judíos de la expedición de Nicanor y la agresión
de los paganos, echándose tierra encima rezaban al que había cons-
tituido a su pueblo para siempre y siempre ayudaba manifiestamen-
te a su porción.
16 A una orden del jefe, salieron en seguida de allí y llegaron a las
17 manos junto a la aldea de Desau. Simón, el hermano de Judas, ha-
bía trabado combate con Nicanor, pero por la llegada repentina del
18 enemigo sufrió un revés momentáneo; sin embargo, Nicanor no se
atrevía a resolver la batalla a base de sangre, porque estaba enterado
del valor de las tropas de Judas y de su coraje en la lucha por la
19 patria. Por eso envió a Posidonio, Teódoto y Matatías para negociar
la paz.
20 Después de una larga deliberación sobre las condiciones, el jefe
se las comunicó a la tropa, y todos estuvieron de acuerdo con el
21 tratado de paz. Fijaron una fecha para una entrevista privada de los
jefes, en un sitio determinado. De ambos bandos se adelantó un
vehículo; colocaron asientos.
22 Judas había apostado gente armada en sitios estratégicos, dispues-
ta a intervenir si los enemigos les jugaban de repente una mala par-
tida. La entrevista se desarrolló normalmente.
23 Nicanor se detuvo en Jerusalén, y se portó con toda corrección,
y hasta licenció a las tropas que se le habían agregado en masa.
24 Tenía a Judas continuamente a su lado, y sentía por él un sincero
25 afecto. Le aconsejó casarse y fundar una familia. Judas se casó, vivió
feliz, como un ciudadano ordinario.
26 Pero Alcimo, al ver la amistad que tenían, se fue a Demetrio
con una copia del pacto que habían firmado, y le dijo que Nicanor
tenía ideas contrarias a la política del Gobierno, pues había nombra-
do sucesor suyo a Judas, el conspirador contra el Imperio.
27 El rey, enfurecido e irritado con las acusaciones de aquel perfecto
canalla, escribió a Nicanor, diciéndole que estaba disgustado por lo
del pacto, ordenándole que arrestara al Macabeo y se lo enviara
rápidamente a Antioquía.
28 Cuando Nicanor recibió aquella carta quedó abatido, con un gran
disgusto por tener que anular el pacto sin que aquel hombre hubie-
29 ra cometido ninguna injusticia. Pero como no se podía contradecir
al rey, aguardaba la ocasión de cumplir la orden mediante una estra-
tagema.
30 Por su parte, el Macabeo observó que Nicanor lo trataba con cier-
ta frialdad y que las relaciones normales se habían puesto difíciles.
Pensando que aquella frialdad no presagiaba nada bueno, reunió a
muchos de los suyos y se le escapó a Nicanor ocultamente.
31 Nicanor vio que aquel hombre lo había ganado limpiamente en la
maniobra; se presentó en el augusto y santo templo mientras los
sacerdotes ofrecían los sacrificios rituales, y les ordenó que le entre-
32 garan aquel hombre. Ellos le dijeron y le juraron que no sabían
dónde podría estar el que buscaba. Entonces él extendió la mano
33 derecha hacia el santuario, y juró así:
—Si no me entregáis preso a Judas, arrasaré este santuario de
Dios, derribaré el altar y levantaré aquí un templo magnífico en
honor de Baco.

34 Dicho esto se fue. Y los sacerdotes elevaron las manos hacia el
cielo, invocando así al que siempre había luchado por nuestro
pueblo:
35 —Tú, Señor, que no necesitas nada en el mundo, quisiste que
36 estuviera entre nosotros el templo donde resides. Pues bien, Señor
santísimo, guarda sin mancha eternamente esta casa recién puri-
ficada.
37 Denunciaron ante Nicanor a un tal Razis, del Senado de Jerusa-
lén, un hombre que amaba a sus conciudadanos, muy estimado, y
38 al que llamaban por su bondad «padre de los judíos». Al principio
de la secesión había sido acusado de practicar el judaísmo, y se
había entregado al judaísmo en alma y cuerpo, sin reservas.
39 Nicanor quería mostrar su malevolencia respecto a los judíos, y
40 envió más de quinientos soldados para arrestarlo, pensando que con
eso asestaba un duro golpe a los judíos.
41 Cuando los soldados estaban a punto de apoderarse de la torre
y querían forzar la puerta del atrio, se les ordenó prender fuego e
incendiar las puertas. Entonces Razis, acorralado, se clavó la espa-
42 da, prefiriendo morir noblemente antes de caer bajo las garras de
aquellos criminales y tener que sufrir ultrajes indignos de su noble-
43 za. Pero en la precipitación de la lucha no acertó con el golpe, y
las tropas entraban ya puertas adentro. Entonces corrió valiente-
mente hacia la muralla y se tiró abajo sobre los soldados, como un
44 héroe. Los soldados retrocedieron inmediatamente, dejando un es-
45 pacio libre, y allí cayó, en medio del espacio vacío. Todavía respi-
raba. Se levantó enardecido; arrojando sangre a chorros, herido
gravemente, corrió por entre las tropas, se encaramó a una peña
46 y ya completamente exangüe se arrancó los intestinos, los cogió con
las dos manos y se los tiró a las tropas; suplicó al Dueño de la vida
y del espíritu que se los devolviera de nuevo, y así murió.

15 Cuando recibió Nicanor la noticia de que las tropas de Judas an-
daban por Samaría, determinó atacarles sin exponerse, en día de
2 descanso. Los judíos que le seguían por la fuerza le dijeron:
—No los aniquiles de esa forma tan cruel y tan bárbara. Honra
ese día, honrado y santificado por el que lo ve todo.
3 Pero el bandido preguntó si había en el cielo un soberano que
4 hubiera mandado celebrar el día del sábado. Ellos le respondieron:
—El Señor vivo, el soberano del cielo, es quien mandó celebrar
el día séptimo.
5 Y él replicó:
—Pues yo soy soberano de la tierra, que ordeno empuñar las ar-
mas y servir los intereses del rey.
Sin embargo, no logró realizar su cruel designio.
6 Mientras Nicanor, irguiendo el cuello con toda jactancia, se pro-
ponía levantar un trofeo a su victoria sobre las tropas de Ju-
7 das, el Macabeo no perdía su confianza, esperando firmemente
8 recibir ayuda de parte del Señor, y animaba a los suyos a no temer
el ataque de los paganos, sino a recordar las ayudas recibidas del
cielo anteriormente y a esperar la victoria que les iba a conceder
9 el Todopoderoso. Los exhortó con textos de la Ley y los Profetas,
y recordándoles los combates que habían sostenido los enardeció.

10 Y a la vez que los llenaba de entusiasmo les dio instrucciones, mos-
trándoles la perfidia de los paganos, que violaban los juramentos.
11 Así los alegró a todos, armando a cada uno no tanto con la segu-
ridad que dan los escudos y las lanzas cuanto con el ánimo que dan
las palabras de aliento, y con un sueño fidedigno, una especie de
12 visión, que les contó. En el sueño vio lo siguiente: Onías, el anti-
guo sumo sacerdote, un hombre a carta cabal, de aspecto venerable,
de carácter suave, digno en su hablar, ejercitado desde niño en la
práctica de la virtud, extendía las manos y rezaba por toda la co-
13 munidad judía. Después, en igual actitud, se le apareció a Judas
un personaje extraordinario por su ancianidad y su dignidad, en-
14 vuelto en un halo de majestad maravillosa. Onías tomó la palabra
para decir:
—Este es Jeremías, el profeta de Dios, que ama a sus hermanos
e intercede continuamente por el pueblo y la Santa Ciudad.
15 Entonces Jeremías extendió la mano derecha y entregó a Judas
una espada de oro, mientras decía:
16 —Toma la santa espada, don de Dios, con la que destruirás a los
enemigos.
17 Arengados por aquellas magníficas palabras de Judas, capaces de
llevar al heroísmo y de infundir a los jóvenes el vigor de hombres
maduros, decidieron no esperar, sino tomar la ofensiva valerosa-
mente y decidir el asunto con valentía, todos unidos, ya que peli-
18 graban la ciudad, la religión y el templo. La preocupación por sus
mujeres y niños, además de sus hermanos y parientes, no les im-
portaba mucho; temían sobre todo por el templo consagrado.
19 Ni era menor la angustia de los que quedaron en la ciudad,
preocupados por el combate que iba a librarse en campo abierto.
20 Mientras todos aguardaban el desenlace inminente, ya estaban
concentrándose los enemigos: el ejército formaba para la batalla,
los elefantes estaban colocados en puntos estratégicos y la caballe-
ría se situaba en los flancos.
21 Al ver el Macabeo el despliegue de aquella masa, la variedad de
armamento y la fiereza de los elefantes, levantó las manos al cielo
invocando al Señor, que hace prodigios, sabiendo que a los que lo
merecen les da la victoria, no por las armas, sino por el medio que
22 quiere. Su invocación a Dios fue la siguiente:
—Señor: tú, en tiempo de Ezequías, rey de Judá, enviaste a tu
ángel y exterminó a ciento ochenta y cinco mil del campamento de
23 Senaquerib. Señor de los cielos: envíanos ahora un ángel que nos
24 preceda sembrando un terrible pánico. Que la grandeza de tu brazo
quebrante a los que han llegado blasfemando contra tu pueblo
santo.
Así terminó.
25 Mientras los de Nicanor avanzaban al son de cornetas y cantos
26 de guerra, los de Judas trabaron combate con el enemigo entre in-
27 vocaciones y rezos; y luchando con las manos, pero orando a Dios
con el corazón, dejaron tendidos por lo menos a treinta y cinco mil.
Y rebosaron de alegría por la intervención manifiesta de Dios.
28 Acabada la contienda, cuando volvían llenos de gozo, descubrie-
29 ron a Nicanor muerto, con la armadura puesta. En medio del grite-
30 río y el alboroto alababan al Señor en la lengua materna. Y el que,

todo él, en cuerpo y alma, estaba siempre luchando en el primer
puesto por sus conciudadanos, el que nunca había perdido el afecto
de su juventud para con sus compatriotas, ordenó que a Nicanor
le cortaran la cabeza y el brazo por el hombro y que los llevaran a
Jerusalén.
31 Al llegar allí convocó a sus compatriotas y a los sacerdotes, y
puesto en pie ante el altar mandó a buscar a los de la acrópolis:
32 les mostró la cabeza del infame Nicanor y la mano que aquel blas-
femo había extendido contra la santa morada del Todopoderoso,
33 lleno de arrogancia; después cortó la lengua del impío Nicanor, y
mandó que se la echaran a los pájaros en pedazos, y que colgaran
ante el santuario el pago que merecía su locura.
34 Todos levantaron los ojos al cielo, alabando al Señor glorioso:
—¡Bendito tú, que has guardado sin mancha tu lugar santo!
35 Judas colgó de la acrópolis la cabeza y el brazo de Nicanor, como
36 prueba visible y manifiesta a todos de la ayuda del Señor. Y todos,
de común acuerdo, decretaron no dejar pasar aquel día inadvertido,
sino celebrar fiesta el día trece del mes doce —en arameo, Adar—,
la víspera del día de Mardoqueo.

Epílogo

37 Así acabó la historia de Nicanor. Como desde aquel tiempo la
ciudad quedó en poder de los hebreos, yo también pondré aquí
punto final a nuestra historia.
38 Si he logrado dejarla bien escrita y construida, eso es lo que yo
quería. Si me ha salido vulgar y mediocre, he hecho lo mejor que
he podido.
39 Es desagradable beber vino solo o agua sola; en cambio, el vino
mezclado con agua es agradable, es un placer para el gusto. Pues
lo mismo pasa en una obra literaria, donde el estilo variado es un
placer para el oído del lector.
Y con esto termino.

NARRACIONES

Traductores:

Manuel Iglesias González
Luis Alonso Schökel

Introducciones

Luis Alonso Schökel

RUT

INTRODUCCION

El libro de Rut es un buen ejemplo del arte narrativo hebreo. Más cerca de la concentración que de la difusión. Ni la sustentación está desarrollada ni los personajes analizados; el patetismo se concentra en algunas frases y pocas lágrimas, el júbilo en breves felicitaciones. El autor construye su relato en cuatro escenas centrales, con su respectivo cortejo de preparación, enlace y desenlace. Dominan las partes habladas sobre la acción, dando a la narración un carácter dramático. El autor crea un clima aldeano, cuyo tiempo está medido por las faenas agrícolas y desemboca en el tiempo de la fecundidad humana. En ese ambiente y clima se desenvuelve el proceso de la desdicha a la dicha, del vacío a la plenitud.

Destacan los personajes femeninos, Noemí y Rut, y algo menos el pretendiente, Boaz. En segundo plano hay otros personajes que se retiran, realzando a los principales. En tercer plano está la presencia coral, que anima y subraya el tono aldeano del relato.

El tema no es el amor como nosotros lo entendemos, sino una trama legal: la ley del levirato y del rescate. Cuando muere un hombre sin dejar hijos, el hermano o un pariente próximo debe tomar a la mujer y engendrar hijos, que llevarán el nombre del hermano; la mujer queda así dentro del clan. Paralelamente, hay bienes de familia que no deben salir. Si alguien, forzado por la necesidad, pone en venta esos bienes, algún pariente debe comprarlos. Tierra y mujer forman un lote inseparable. El libro es un relato de lealtad familiar en el cuadro de la legislación antigua.

Dios actúa con suma discreción: sobre la tierra, la lluvia, las cosechas. La tierra, bendecida por Dios, tira de los emigrantes para que vuelvan. El don de Dios se actualiza por la legislación social y por la lealtad de Boaz con su pariente pobre. Boaz es en el relato el dador humano que de Dios ha recibido la lección de dar y los bienes de qué dar. De ahí pasará a dar un hijo a su primo, un nieto a Noemí, una casa ilustre a Israel.

Dios es el «protector de viudas», en silencio, sin meter ruido. El destierro de una «madre» israelita servirá para atraer una extranjera a la familia, a la tierra prometida, al Dios del pueblo. Presencia misionera de Israel, que atraviesa caminos humanos.

No conocemos al autor ni sabemos con certeza la fecha de composición. La legislación es antigua, pero el autor parece distanciarse de los hechos. No sabemos si el relato responde a realidad histórica, a recuerdos locales o de familia. Quizá esta cuestión se deba trasladar al terreno de las diversas lecturas.

La primera lectura se podría llamar «davídica»: el relato preserva un recuerdo de los antepasados de David, la bendición final exalta a los novios a rango casi patriarcal, honrando así a David. El relato está, naturalmente, ambientado en Belén, que es la patria de David.

La segunda lectura sucede después del destierro. Isaías II llama al Señor «el rescatador» (o redentor): viene a rescatar a Sión, la matrona viuda que ha perdido sus hijos y vive en el destierro; la llama para un nuevo desposorio, para que tenga numerosos hijos, para que disfrute de la tierra. Por otra parte, la incorporación de extranjeros consuena mejor con algunos textos de Isaías III; pudo servir para contrarrestar tendencias exclusivistas.

En contexto cristiano es de destacar la lectura mariana del libro, expresada en autos sacramentales. La relación con David, la localización en Belén y otros detalles han favorecido la transposición poética de signo teológico.

La muchacha forastera

1 En tiempo de los Jueces hubo hambre en el país, y un hombre
emigró, con su mujer y sus dos hijos, desde Belén de Judá a la
2 campiña de Moab. Se llamaba Elimélec; su mujer, Noemí, y sus
hijos, Majlón y Kilión. Eran efrateos, de Belén de Judá. Llegados
a la campiña de Moab, se establecieron allí.
3 Elimélec, el marido de Noemí, murió, y quedaron con ella sus
4 dos hijos, que se casaron con dos mujeres moabitas: una se llamaba
5 Orfá y la otra Rut. Pero al cabo de diez años de residir allí, murie-
ron también los dos hijos, Majlón y Kilión, y la mujer se quedó
sin marido y sin hijos.
6 Al enterarse de que el Señor había atendido a su pueblo dándole
pan, Noemí con sus dos nueras emprendió el camino de vuelta des-
7 de la campiña de Moab. En compañía de sus dos nueras salió del
lugar donde residía, y emprendieron el regreso al país de Judá.
8 Noemí dijo a sus dos nueras:
—Andad, volveos cada una a vuestra casa. Que el Señor os trate
con piedad, como vosotras lo habéis hecho con mis muertos y con-
9 migo. El Señor os conceda vivir tranquilas en casa de un nuevo
marido.
10 Las abrazó. Ellas, rompiendo a llorar, le replicaron:
—¡De ningún modo! Volveremos contigo a tu pueblo.
11 Noemí insistió:
—Volveos, hijas. ¿A qué vais a venir conmigo? ¿Creéis que po-
12 dré tener más hijos para casaros con ellos? Andad, volveos, hijas,
que soy demasiado vieja para casarme. Y aunque pensara que me
13 queda esperanza, y me casara esta noche, y tuviera hijos, ¿vais a
esperar a que crezcan, vais a renunciar, por ellos, a casaros? No,
hijas. Mi suerte es más amarga que la vuestra, porque la mano del
Señor se ha desatado contra mí.
14 De nuevo rompieron a llorar. Orfá se despidió de su suegra y
volvió a su pueblo, mientras que Rut se quedó con Noemí.
15 Noemí le dijo:
—Mira, tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a su dios. Vuélvete
tú con ella.
16 Pero Rut contestó:
—No insistas en que te deje y me vuelva. A donde tú vayas, iré
yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo es el mío, tu Dios es mi
17 Dios; donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. Sólo la
muerte podrá separarnos, y si no, que el Señor me castigue.
18 Al ver que se empeñaba en ir con ella, Noemí no insistió más.
19 Y siguieron caminando las dos hasta Belén. Cuando llegaron, se
alborotó toda la población, y las mujeres decían:
—¡Si es Noemí!
20 Ella corregía:
—No me llaméis Noemí [a]. Llamadme Mara [b], porque el Todopo-
21 deroso me ha llenado de amargura. Llena me marché, y el Señor me
trae vacía. No me llaméis Noemí, que el Señor me afligió, el Todo-
poderoso me maltrató.

a = hermosa. *b* = amarga.

22 Así fue como Noemí, con su nuera Rut, la moabita, volvió de la
campiña de Moab. Empezaba la siega de la cebada cuando llegaron
a Belén.

El rico del pueblo

2 Noemí tenía, por parte de su marido, un pariente de muy buena
posición llamado Boaz, de la familia de Elimélec.
2 Rut, la moabita, dijo a Noemí:
—Déjame ir al campo, a espigar donde me admitan por caridad.
Noemí le respondió:
—Anda, hija.
3 Se marchó y fue a espigar en las tierras, siguiendo a los segado-
res. Fue a parar a una de las tierras de Boaz, de la familia de Eli-
4 mélec, y en aquel momento llegaba él de Belén y saludó a los sega-
dores:
—¡A la paz de Dios!
Respondieron:
—¡Dios te bendiga!
5 Luego preguntó al mayoral:
—¿De quién es esa chica?
6 El mayoral respondió:
—Es una chica moabita, la que vino con Noemí de la campiña
7 de Moab. Me dijo que la dejase espigar detrás de los segadores
hasta juntar unas gavillas; desde que llegó por la mañana ha estado
en pie hasta ahora, sin parar un momento.
8 Entonces Boaz dijo a Rut:
—Escucha, hija. No vayas a espigar a otra parte, no te vayas de
9 aquí ni te alejes de mis tierras. Fíjate en qué tierra siegan los hom-
bres y sigue a las espigadoras. Dejo dicho a mis criados que no te
molesten. Cuando tengas sed, vete donde los botijos y bebe de lo
que saquen los criados.
10 Rut se echó, se postró ante él por tierra y le dijo:
—Yo soy una forastera, ¿por qué te he caído en gracia y te has
interesado por mí?
11 Boaz respondió:
—Me han contado todo lo que hiciste por tu suegra después que
murió tu marido: que dejaste a tus padres y tu pueblo natal y has
12 venido a vivir con gente desconocida. El Señor te pague esta buena
acción. El Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte,
te lo pague con creces.
13 Ella dijo:
—Ojalá sepa yo agradarte, señor; me has tranquilizado y has lle-
gado al corazón de tu servidora, aunque no soy ni una criada tuya.
14 Cuando llegó la hora de comer, Boaz le dijo:
—Acércate, coge pan y moja la rebanada en la salsa.
Ella se sentó junto a los segadores, y él le ofreció grano tostado.
15 Rut comió hasta quedar satisfecha, y todavía le sobró. Después se
levantó a espigar, y Boaz ordenó a los criados:
16 —Aunque espigue entre las gavillas, no la riñáis, y hasta podéis
tirar algunas espigas del manojo y las dejáis, y no la reprendáis
cuando las recoja.

17 Rut estuvo espigando en aquel campo hasta la tarde; después
18 vareó lo que había espigado y sacó media fanega de cebada. Se la
cargó y marchó al pueblo. Enseñó a su suegra lo que había espigado,
19 sacó lo que le había sobrado de la comida y se lo dio. Su suegra le
preguntó:

—¿Dónde has espigado hoy y con quién has trabajado? ¡Bendito el que se ha interesado por ti!

Rut le contó:

—El hombre con el que he trabajado hoy se llama Boaz.

20 Noemí dijo a su nuera:

—Que el Señor le bendiga; el Señor, que no deja de apiadarse de vivos y muertos.

Y añadió:

—Ese hombre es pariente nuestro, uno de los que tienen que responder por nosotras.

21 Entonces siguió Rut, la moabita:

—También me dijo que no me apartase de sus criados hasta que no le acaben toda la siega.

22 Y Noemí le dijo:

—Hija, más vale que salgas con sus criadas, y así no te molestarán en otra parte.

23 Así, pues, Rut siguió con las criadas de Boaz, espigando hasta acabar la siega de la cebada y del trigo. Vivía con su suegra.

3 Un día su suegra le dijo:
2 —Hija, tengo que buscarte un hogar donde vivas feliz. Resulta
que Boaz, con cuyas criadas has estado trabajando, es pariente nues-
3 tro. Esta noche va a aventar la parva de cebada. Tú lávate, perfú-
mate, ponte el manto y baja a la era. Que no te vea mientras come
4 y bebe. Y cuando se eche a dormir, fíjate dónde se acuesta; vas, le
destapas los pies y te acuestas allí. El te dirá lo que has de hacer.

5 Rut respondió:

—Haré todo lo que me dices.

6 Después bajó a la era e hizo exactamente lo que le había encargado su suegra.

7 Boaz comió, bebió y le sentó bien. Luego fue a acostarse a una orilla del pez de cebada. Rut se acercó de puntillas, le destapó los pies y se acostó.

8 A medianoche el hombre sintió un escalofrío, se incorporó y vio
9 una mujer echada a sus pies. Preguntó:

—¿Quién eres?

Ella dijo:

—Soy Rut, tu servidora. Extiende tu manto sobre tu servidora, pues a ti te toca responder por mí.

10 El dijo:

—El Señor te bendiga, hija. Esta segunda obra de caridad es me-
jor que la primera, porque no te has buscado un pretendiente joven,
11 pobre o rico. Bien, hija, no tengas miedo, que haré por ti lo que me
pidas; pues ya saben todos los del pueblo que eres una mujer de
12 cualidades. Es verdad que a mí me toca responder por ti, pero hay
13 otro pariente más cercano que yo. Esta noche quédate aquí, y ma-
ñana por la mañana, si él quiere cumplir su deber familiar, que lo

haga enhorabuena; si él no quiere, lo haré yo, ¡vive Dios! Acuéstate hasta la mañana.

14 Ella durmió a sus pies hasta la mañana, y se levantó cuando la gente todavía no llega a reconocerse (pues Boaz no quería que supiesen que la mujer había ido a la era).

15 Boaz le dijo:

—Trae el manto y sujeta fuerte.

Le midió seis medidas de cebada, la ayudó a cargarlas y Rut vol-
16 vió al pueblo. Al llegar a casa de su suegra, ésta le preguntó:

—¿Qué tal, hija?

17 Rut le contó lo que Boaz había hecho por ella, y añadió:

—También me regaló estas seis medidas de cebada, diciéndome: «No vas a volver a casa de tu suegra con las manos vacías».

18 Noemí le dijo:

—Estate tranquila, hija, hasta que sepas cómo se resuelve el asunto; que él no descansará hasta dejarlo arreglado hoy mismo.

La boda

4 Boaz, por su parte, fue a la plaza del pueblo y se sentó allí. En aquel momento pasaba por allí el pariente del que había hablado Boaz. Lo llamó:

—Oye, fulano, ven y siéntate aquí.

El otro llegó y se sentó.

2 Boaz reunió a diez concejales y les dijo:

—Sentaos aquí.

Y se sentaron.

3 Entonces Boaz dijo al otro:

—Mira, la tierra que era de nuestro pariente Elimélec la pone en
4 venta Noemí, la que volvió de la campiña de Moab. He querido po-
nerte al tanto y decirte: «Cómprala ante los aquí presentes, los
concejales, si es que quieres rescatarla, y si no, házmelo saber; por-
que tú eres el primero con derecho a rescatarla y yo vengo después
de ti».

El otro dijo:

—La compro.

5 Boaz prosiguió:

—Al comprarle esa tierra a Noemí adquieres también a Rut, la moabita, esposa del difunto, con el fin de conservar el apellido del difunto en su heredad.

6 Entonces el otro dijo:

—No puedo hacerlo, porque perjudicaría a mis herederos. Te cedo mi derecho; a mí no me es posible.

7 Antiguamente había esta costumbre en Israel, cuando se trataba de rescate o de permuta: para cerrar el trato se quitaba uno la sandalia y se la daba al otro. Así se hacían los tratos en Israel.

8 Así que el otro dijo a Boaz:

—Cómpralo tú.

9 Se quitó la sandalia y se la dio. Y entonces Boaz dijo a los concejales y a la gente:

—Os tomo hoy por testigos de que adquiero todas las posesiones

10 de Elimélec, Kilión y Majlón de manos de Noemí, y de que adquiero como esposa a Rut, la moabita, mujer de Majlón, con el fin de conservar el apellido del difunto en su heredad, para que no desaparezca el apellido del difunto entre sus parientes y paisanos. ¿Sois testigos?
11 Todos los allí presentes respondieron:
—Somos testigos.
Y los concejales añadieron:
—¡Que a la mujer que va a entrar en tu casa la haga el Señor como Raquel y Lía, las dos que construyeron la casa de Israel!
12 ¡Que tengas riqueza en Efrata y renombre en Belén! ¡Que por los hijos que el Señor te dé de esta joven tu casa sea como la de Fares, el hijo que Tamar dio a Judá!
13 Así fue como Boaz se casó con Rut. Se unió a ella; el Señor hizo que Rut concibiera y diese a luz un hijo.
14 Las mujeres dijeron a Noemí:
—Bendito sea Dios, que te ha dado hoy quien responda por ti.
15 El nombre del difunto se pronunciará en Israel. Y el niño te será un descanso y una ayuda en tu vejez; pues te lo ha dado a luz tu nuera, la que tanto te quiere, que te vale más que siete hijos.
16 Noemí tomó al niño, lo puso en su regazo y se encargó de criarlo.
17 Las vecinas le buscaban un nombre, diciendo:
—¡Noemí ha tenido un niño!
Y le pusieron por nombre Obed. Fue el padre de Jesé, padre de David.
18 Lista de los descendientes de Fares: Fares engendró a Jesrón,
19-0 Jesrón engendró a Ram, Ram engendró a Aminadab, Aminadab en-
21 gendró a Najsón, Najsón engendró a Salmá, Salmá engendró a Boaz,
22 Boaz engendró a Obed, Obed engendró a Jesé y Jesé engendró a David.

TOBIAS

INTRODUCCION

El libro de Tobías ha sido alabado por muchos comentadores de otros tiempos; hoy no nos atrevemos a compartir semejante juicio. El argumento pudo ser entretenido y sorprendente, pero el autor no ha sabido desarrollarlo.

Es acertado el montaje paralelo del capítulo 4 y el no revelar la personalidad del ángel; pero el ángel abusa de su saber para adelantar lo que va a suceder, matando periódicamente el interés narrativo. Hay una escena divertida, de humor macabro (cap. 8); algunos detalles pintorescos animan periódicamente el relato. Nos molesta la falta de tensión dramática, el fácil recurso a lo maravilloso, los discursos y plegarias insistentes, el recurso a las lágrimas para expresar la emoción. Son convenciones de época que hoy no funcionan.

Tobit llega a interesarnos. Rafael es como una «domesticación» de lo angélico, quiero decir que su misión pasa de la gran historia a un asunto familiar. Tobías es casi un antipersonaje, puesto para hacer preguntas y recibir instrucciones del ángel; sin haber luchado ni vencido, llega al colmo de la felicidad cuando hereda a padres y suegros.

La espiritualidad del libro se inscribe bajo el lema de la «observancia». Tobit realiza actos heroicos enterrando a sus compatriotas; pero da la impresión de que para el autor no era menos importante lavarse las manos antes de comer. La estima de la limosna es notable, pero no menos se aprecian las riquezas que acarrea. La preocupación por casarse dentro de la familia parece excesiva, la boda es ante todo una cuestión legal. Varias veces se cita un precepto o se alude a él para justificar alguna acción del libro, que de este modo se convierte en ilustración narrativa de la Ley.

Las oraciones expresan una piedad auténtica de agradecimiento y confianza en Dios.

El libro parece escrito durante la era helenística, quizá bien entrado el siglo III a. C. El autor es desconocido. Tiene todas las trazas de ser traducción griega de un original semítico, probablemente hebreo. La dicción es poco feliz y da la impresión de que ese defecto no se debe exclusivamente al traductor. Hemos basado nuestra versión en el texto manuscrito S (Sinaítico), corregido y completado en ocasiones con el texto de los manuscritos A y B (Alejandrino y Vaticano), según la edición de Rahlfs.

Vida y milagros de un deportado

1 *Historia de Tobit,* hijo de Tobiel, de Ananiel, de Aduel, de Ga-
2 bael, de la familia de Asiel, de la tribu de Neftalí, deportado desde Tisbé —al sur de Cades de Neftalí, en la alta Galilea, por encima de Jasor, detrás de la ruta occidental, al norte de Safed— durante el reinado de Salmanasar, rey de Asiria.
3 Yo, Tobit, procedí toda mi vida con sinceridad y honradez, e hice muchas limosnas a mis parientes y compatriotas deportados conmigo a Nínive, de Asiria.
4 De joven, cuando estaba en Israel, mi patria, toda la tribu de nuestro padre Neftalí se separó de la dinastía de David y de Jerusalén, la ciudad elegida entre todas las tribus de Israel como lugar

de sus sacrificios, en la que había sido edificado y consagrado a
perpetuidad el templo, morada de Dios.
5 Todos mis parientes, y la tribu de nuestro padre Neftalí, ofrecían
sacrificios al becerro que Jeroboán, rey de Israel, había puesto en
6 Dan, en la serranía de Galilea; mientras que muchas veces era yo
el único que iba a las fiestas de Jerusalén, como se lo prescribe a
todo Israel una ley perpetua. Yo corría a Jerusalén con las primi-
cias de los frutos y de los animales, con los diezmos del ganado y la
primera lana de las ovejas, y lo entregaba a los sacerdotes, hijos de
7 Aarón, para el culto; el diezmo del trigo y del vino, del aceite,
de las granadas, de las higueras y demás árboles frutales se lo daba
a los levitas que oficiaban en Jerusalén. El segundo diezmo lo cam-
biaba en dinero, juntando lo de seis años, y cuando iba cada año a
8 Jerusalén lo gastaba allí. El tercer diezmo lo daba cada tres años
a los huérfanos y viudas y a los prosélitos agregados a Israel. Lo
comíamos según lo prescrito en la Ley de Moisés acerca de los
diezmos, y según el encargo de Débora, madre de mi abuelo Ana-
niel (porque mi padre murió, dejándome huérfano).
9 De mayor, me casé con una mujer de mi parentela llamada Ana;
tuve de ella un hijo y le puse de nombre Tobías.
10 Cuando me deportaron a Asiria como cautivo, vine a Nínive.
Todos mis parientes y compatriotas comían manjares de los genti-
11-2 les, pero yo me guardé muy bien de hacerlo. Y como yo tenía muy
13 presente a Dios, el Altísimo hizo que me ganara el favor de Salma-
14 nasar, y llegué a ser su proveedor. Hasta que murió, yo solía ir a
Media, y allí hacía las compras en casa de Gabael, hijo de Gabri,
en Ragués de Media, y allí dejé en depósito unos sacos con tres-
cientos kilos de plata.
15 Cuando murió Salmanasar, su hijo Senaquerib le sucedió en el
trono. Las rutas de Media se cerraron y ya no pude volver allá.
16 En tiempo de Salmanasar hice muchas limosnas a mis compa-
17 triotas: di mi pan al hambriento y mi ropa al desnudo, y si veía
a algún israelita muerto y arrojado tras la muralla de Nínive, lo
18 enterraba. Así, enterré a los que mató Senaquerib al volver huyen-
do de Judea; el Rey del cielo lo castigó por sus blasfemias, y él,
despechado, mató a muchos israelitas; yo cogí los cadáveres y los
enterré a escondidas; Senaquerib mandó buscarlos, pero no apare-
19 cieron. Un ninivita fue a denunciarme al rey, diciéndole que era yo
el que los había enterrado. Me escondí, y cuando me cercioré de
que el rey lo sabía y que me buscaban para matarme, hui lleno de
20 miedo. Entonces me confiscaron todos los bienes; se lo llevaron
todo para el tesoro real y me dejaron únicamente a mi mujer, Ana,
y mi hijo, Tobías.
21 No habían pasado cuarenta días cuando a Senaquerib lo asesina-
ron sus dos hijos; huyeron a los montes de Ararat, y su hijo Asa-
radón le sucedió en el trono. Asaradón puso a Ajicar, hijo de mi
hermano Anael, al frente de la hacienda pública, con autoridad so-
bre toda la administración.
22 Ajicar intercedió por mí y pude volver a Nínive. Durante el rei-
nado de Senaquerib de Asiria, Ajicar había sido copero mayor,
canciller, tesorero y contable, y Asaradón lo repuso en sus cargos.
Ajicar era de mi parentela, sobrino mío.

La desgracia de Tobit

2 Durante el reinado de Asaradón regresé a casa; me devolvieron a
mi mujer, Ana, y a mi hijo, Tobías. En nuestra fiesta de Pentecostés
2 (la fiesta de las Semanas) me prepararon una buena comida. Cuando
me puse a la mesa, llena de platos variados, dije a mi hijo, Tobías:
—Hijo, anda a ver si encuentras a algún pobre de nuestros com-
patriotas deportados a Nínive, uno que se acuerde de Dios con
toda el alma, y tráelo para que coma con nosotros. Te espero, hijo,
hasta que vuelvas.
3 Tobías marchó a buscar a algún israelita pobre, y cuando volvió,
me dijo:
—Padre.
Respondí:
—¿Qué hay, hijo?
Repuso:
—Padre, han asesinado a un israelita. Lo han estrangulado hace
un momento, y lo han dejado tirado ahí, en la plaza.
4 Yo pegué un salto, dejé la comida sin haberla probado, recogí el
cadáver de la plaza y lo metí en una habitación para enterrarlo
5 cuando se pusiera el sol. Cuando volví, me lavé y comí entristecido,
recordando la frase del profeta Amós contra Betel:
6 «Se cambiarán vuestras fiestas en luto,
vuestros cantos en elegías» [a],
7 y lloré. Cuando se puso el sol, fui a cavar una fosa y lo enterré.
8 Los vecinos se me reían:
—¡Ya no tiene miedo! Lo anduvieron buscando para matarlo
por eso mismo, y entonces se escapó; pero ahora ahí lo tenéis, en-
terrando muertos.
9 Aquella noche, después del baño, fui al patio y me tumbé junto
10 a la tapia, con la cara destapada porque hacía calor; yo no sabía
que en la tapia, encima de mí, había un nido de gorriones; su ex-
cremento caliente me cayó en los ojos y se me formaron nubes. Fui
a los médicos a que me curaran; pero cuantos más ungüentos me
daban, más vista perdía, hasta que quedé completamente ciego.
Estuve sin vista cuatro años. Todos mis parientes se apenaron por
mi desgracia, y Ajicar me cuidó dos años, hasta que marchó a Eli-
maida.
11 En aquella situación, mi mujer, Ana, se puso a hacer labores para
12 ganar dinero. Los clientes le daban el importe cuando les llevaba
la labor terminada; el siete de marzo, al acabar una pieza y man-
dársela a los clientes, éstos le dieron el importe íntegro y le rega-
13 laron un cabrito para que lo trajese a casa. Cuando llegó, el cabrito
empezó a balar. Yo llamé a mi mujer, y le dije:
—¿De dónde viene ese cabrito? ¿No será robado? Devuélveselo
al dueño, que no podemos comer nada robado.
14 Ana me respondió:
—Me lo han dado de propina, además de la paga.
Pero yo no le creía, y abochornado por su acción, insistí en que
se lo devolviera al dueño. Entonces me replicó:

a Am 8,10.

—Y ¿dónde están tus limosnas? ¿Dónde están tus obras de caridad? ¡Ya ves lo que te pasa!

3 Profundamente afligido, sollocé, me eché a llorar y empecé a
rezar entre sollozos:
2 «Señor, tú eres justo; todas tus obras son justas;
tú actúas con misericordia y lealtad,
tú eres el juez del mundo.
3 Tú, Señor, acuérdate de mí y mírame;
no me castigues por mis pecados, mis errores y los de mis padres,
4 cometidos en tu presencia, desobedeciendo tus mandatos.
Nos has entregado al saqueo, al destierro y a la muerte,
nos has hecho refrán, comentario y burla
de todas las naciones donde nos has dispersado.
5 Sí, todas tus sentencias son justas
cuando me tratas así por mis pecados,
porque no hemos cumplido tus mandatos
ni hemos procedido lealmente en tu presencia.
6 Haz ahora de mí lo que te guste.
Manda que me quiten la vida,
y desapareceré de la faz de la tierra
y en tierra me convertiré.
Porque más me vale morir que vivir
después de oír ultrajes que no merezco
y verme invadido de tristeza.
Manda, Señor, que yo me libre de esta prueba;
déjame marchar a la eterna morada
y no me apartes tu rostro, Señor.
Porque más me vale morir que vivir
pasando esta prueba y escuchando tales ultrajes».

La desgracia de Sara

7 Aquel mismo día, Sara, la hija de Ragüel, el de Ecbatana de
Media, tuvo que soportar también los insultos de una criada de su
8 padre; porque Sara se había casado siete veces, pero el maldito
demonio Asmodeo fue matando a todos los maridos cuando iban a
unirse a ella, según costumbre. La criada le dijo:
—Eres tú la que matas a tus maridos. Te han casado ya con siete
9 y no llevas el apellido ni siquiera de uno. Porque ellos hayan muer-
to, ¿a qué nos castigas por su culpa? ¡Vete con ellos! ¡Que no vea-
mos nunca ni un hijo ni una hija tuya!
10 Entonces Sara, profundamente afligida, se echó a llorar y subió
al piso de arriba de la casa, con intención de ahorcarse. Pero lo
pensó otra vez, y se dijo:
—¡Van a echárselo en cara a mi padre! Le dirán que la única
hija que tenía, tan querida, se ahorcó al verse hecha una desgracia-
da. Y mandaré a la tumba a mi anciano padre de puro dolor. Será
mejor no ahorcarme, sino pedir al Señor la muerte, y así ya no
tendré que oír más insultos.

11 Extendió las manos hacia la ventana y rezó:
«Bendito eres, Dios misericordioso.
Bendito tu nombre por los siglos.
Que te bendigan todas tus obras por los siglos.
12 Hacia ti levanto ahora mi rostro y mis ojos.
13 Manda que yo desaparezca de la tierra
para no oír más insultos.
14 Tú sabes, Señor, que me conservo limpia
de todo pecado con varón,
15 conservo limpio mi nombre
y el de mi padre, en el destierro.
Soy hija única; mi padre no tiene
otro hijo que pueda heredarlo,
ni pariente próximo, o de la familia,
con quien poder casarme.
Ya se me han muerto siete,
¿para qué vivir más?
Si no quieres matarme, Señor,
escucha cómo me insultan».
16 En el mismo momento, el Dios de la gloria escuchó la oración de
17 los dos, y envió a Rafael para curarlos: a Tobit, limpiándole la
vista, para que pudiera ver la luz de Dios, y a Sara, la de Ragüel,
dándola como esposa a Tobías, hijo de Tobit, y librándola del mal-
dito demonio Asmodeo (pues Tobías tenía más derecho a casarse
con ella que todos los pretendientes). En el mismo momento Tobit
pasaba del patio a casa y Sara de Ragüel bajaba del piso de arriba.

Tobit y su hijo Tobías

4 Aquel día Tobit se acordó del dinero que había depositado en
2 casa de Gabael, en Ragués de Media, y pensó para sus adentros:
«He pedido la muerte. ¿Por qué no llamo a mi hijo Tobías y le
3 informo sobre ese dinero antes de morir?». Entonces llamó a su
hijo Tobías, y cuando se presentó, le dijo:
—Hazme un entierro digno. Honra a tu madre, no la abandones
4 mientras viva. Tenla contenta y no la disgustes en nada. Acuérdate,
hijo, de los muchos peligros que pasó por tu causa cuando te lle-
vaba en su seno. Y cuando muera ella, entiérrala junto a mí en la
5 misma sepultura. Hijo, acuérdate del Señor toda tu vida. No con-
sientas en pecado ni quebrantes sus mandamientos. Haz obras de
6 caridad toda tu vida, y no vayas por caminos injustos, porque a los
7 que obran bien les van bien los negocios. Da limosna de tus bienes,
y no seas tacaño. Si ves un pobre, no vuelvas el rostro, y Dios no
8 apartará su rostro de ti. Haz limosna en proporción a lo que tengas;
9 si tienes poco, no temas dar limosna conforme a ese poco. Así ate-
10 soras un buen caudal para cuando te veas en apuro, porque la li-
11 mosna libra de la muerte y no deja caer en las tinieblas. El que
hace limosna presenta al Altísimo una buena ofrenda.
12 »Guárdate, hijo, de la fornicación. Para casarte busca primero
una mujer de la familia; no te cases con una que no sea de nuestra
tribu, pues somos hijos de profetas. Recuerda, hijo, que ya antaño

nuestros antepasados Noé, Abrahán, Isaac y Jacob tomaron esposas
de entre sus parientes, y 'recibieron la bendición de los hijos, y su
13 descendencia heredará la tierra'. Bien, hijo, ama a tus parientes
y no te creas más que los hijos e hijas de tu pueblo, desdeñando
tomar esposa de entre ellos, porque en la soberbia está la perdición
y la intranquilidad, y la pereza lleva a la indigencia y la miseria,
porque la pereza es madre del hambre.
14 »No retengas ni una noche el jornal de tu obrero. Dáselo en se-
guida, que si sirves a Dios, él te lo pagará. Ten cuidado, hijo, en
todo lo que haces y pórtate siempre con educación.
15 [a] »No hagas a otro lo que a ti no te agrada. No bebas hasta em-
briagarte, que la embriaguez no te acompañe en el camino.
16 »Da tu pan al hambriento y tu ropa al desnudo. Da de limosna
17 todo lo que te sobre, y no seas tacaño. Ofrece tu pan sobre la tum-
ba de los justos, y no lo des a los pecadores.
18 »Pide consejo al sensato, y no desprecies un consejo útil.
19 »Bendice al Señor Dios en todo momento, y pídele que allane
tus caminos y que te dé éxito en tus empresas y proyectos. Porque
no todas las naciones aciertan en sus proyectos; es el Señor quien,
según su designio, da todos los bienes o humilla hasta lo profundo
del abismo.
»Bien, hijo, recuerda estas normas; que no se te borren de la
memoria.
20 »Y ahora te comunico que en casa de Gabael, el de Gabri, en
21 Ragués de Media, dejé en depósito trescientos kilos de plata. No te
apures porque seamos pobres; si temes a Dios, huyes de todo pe-
cado y haces lo que le agrada al Señor, tu Dios, tendrás muchas
riquezas».

El guía desconocido

5 Tobías respondió a su padre, Tobit:
2 —Padre, haré lo que me has dicho. Pero ¿cómo podré recuperar
ese dinero de Gabael, si ni él ni yo nos conocemos? ¿Qué contra-
seña puedo darle para que me reconozca y se fíe de mí y me dé el
dinero? Además, no conozco el camino de Media.
3 Tobit le dijo:
—Gabael me dio un recibo, y yo le di el mío; firmamos los dos
el contrato, después lo rompí por la mitad y cogimos cada uno una
parte, de modo que una quedó con el dinero. ¡Veinte años hace
que dejé en depósito ese dinero! Bien, hijo, búscate un hombre de
confianza que pueda acompañarte, y le pagaremos por todo lo que
dure el viaje. Vete a recuperar ese dinero.
4 Tobías salió a buscar un guía experto que lo acompañase a Me-
dia. Cuando salió se encontró con el ángel Rafael, parado; pero no
5 sabía que era un ángel de Dios. Le preguntó:
—¿De dónde eres, buen hombre?
Respondió:
—Soy un israelita compatriota tuyo y he venido aquí buscando
trabajo.
Tobías le preguntó:

a vv. 15-19a de los manuscritos AB.

—¿Sabes por dónde se va a Media?
6 Rafael le dijo:
—Sí. He estado allí muchas veces y conozco muy bien todos los
caminos. He ido a Media con frecuencia, parando en casa de Ga-
bael, el paisano nuestro que vive en Ragués de Media. Ragués está
a dos días enteros de camino desde Ecbatana, porque queda en la
montaña.
7 Entonces Tobías le dijo:
—Espérame aquí, buen hombre, mientras voy a decírselo a mi
padre. Porque necesito que me acompañes; ya te lo pagaré.
8 El otro respondió:
—Bueno, espero aquí, pero no te entretengas.
9 Tobías fue a informar a su padre, Tobit:
—Mira, he encontrado a un israelita compatriota nuestro.
Tobit le dijo:
—Llámamelo, que yo me entere de qué familia y de qué tribu
es, y a ver si es de confianza para acompañarte, hijo.
Tobías salió a llamarlo:
—Buen hombre, mi padre te llama.
10 Cuando entró, Tobit se adelantó a saludarlo. El ángel le res-
pondió:
—¡Que tengas salud!
Pero Tobit comentó:
—¿Qué salud puedo tener? Soy un ciego que no ve la luz del
día. Vivo en la oscuridad, como los muertos, que ya no ven la luz.
Estoy muerto en vida: oigo hablar a la gente, pero no la veo.
El ángel le dijo:
—Animo, Dios te curará pronto; ánimo.
Entonces Tobit le preguntó:
—Mi hijo Tobías quiere ir a Media. ¿Podrías acompañarlo como
guía? Yo te lo pagaré, amigo.
El respondió:
—Sí. Conozco todos los caminos. He ido a Media muchas veces,
he atravesado sus llanuras y sus montañas; sé todos los caminos.
11 Tobit le preguntó:
—Amigo, ¿de qué familia y de qué tribu eres? Dímelo.
12 Rafael respondió:
—¿Qué falta te hace saber mi tribu?
Tobit dijo:
—Amigo, quiero saber exactamente tu nombre y apellido.
13 Rafael respondió:
—Soy Azarías, hijo del ilustre Ananías, compatriota tuyo.
14 Entonces Tobit le dijo:
—¡Seas bien venido, amigo! No te me enfades si he querido saber
exactamente de qué familia eres. Ahora resulta que tú eres pariente
nuestro, y de muy buena familia. Yo conozco a Ananías y a Natán,
los dos hijos del ilustre Semeyas. Iban conmigo a adorar a Dios en
Jerusalén, y no han tirado por mal camino. Los tuyos son buena
gente. Bien venido, hombre; eres de buena cepa.
15 Y añadió:
—Te daré como paga una dracma diaria y la manutención, lo mis-
16 mo que a mi hijo. Acompáñale, y ya añadiré algo a la paga.

17 Rafael respondió:
—Lo acompañaré. No tengas miedo: sanos marchamos y sanos
volveremos; el camino es seguro.
Tobit le dijo:
—Amigo, Dios te lo pague.
Luego llamó a Tobías y le habló así:
—Hijo, prepara el viaje y vete con tu pariente. Que el Dios del
cielo os proteja allá y os traiga de nuevo sanos y salvos. Que su
ángel os acompañe con su protección, hijo.
Tobías besó a su padre y a su madre y emprendió la marcha,
mientras Tobit le decía:
—¡Buen viaje!
18 Pero la madre se echó a llorar, y dijo a Tobit:
—¿Por qué has mandado a mi hijo? ¡El, que era nuestro apoyo,
19 que lo teníamos siempre cerca! El dinero no es más que dinero,
20 es basura en comparación con nuestro hijo. ¡Nos bastaba vivir con
lo que Dios nos daba!
21 Tobit le dijo:
—No te atormentes. Nuestro hijo ha marchado sano y salvo, y
sano y salvo volverá. Lo verás con tus ojos el día que regrese sano
22 y salvo. No te atormentes ni te apures por ellos, mujer, que un án-
gel bueno lo acompañará, le dará un viaje feliz y lo traerá sano y
salvo.
23 Ella dejó de llorar.

El viaje

6 Cuando salieron el muchacho y el ángel, el perro se fue con ellos.
Caminaron hasta que se les hizo de noche, y acamparon junto al río
2 Tigris. El muchacho bajó hasta el río a lavarse los pies, y un pez
3 enorme saltó del río intentando arrancarle un pie. Tobías dio un
grito, y el ángel le dijo:
—¡Cógelo, no lo sueltes!
4 Tobías sujetó al pez y lo sacó a tierra. Entonces, el ángel le dijo:
—Abrelo, quítale la hiel, el corazón y el hígado, y guárdalos,
porque sirven como remedios; los intestinos, tíralos.
5 El chico abrió el pez y juntó la hiel, el corazón y el hígado; luego
asó un trozo del pez, lo comió y saló el resto.
6 Siguieron su camino juntos hasta llegar a Media.
7 Entonces Tobías preguntó al ángel:
—Amigo Azarías, ¿qué remedios se sacan del corazón, del híga-
do y de la hiel del pez?
8 El ángel respondió:
—Si a un hombre o a una mujer le dan ataques de un demonio
o un espíritu malo, se queman allí delante el corazón y el hígado
9 del pez, y ya no le vuelven los ataques. Y si uno tiene nubes en los
ojos, se le unta con la hiel; luego se sopla, y se cura.
10 Habían entrado ya en Media, y estaban cerca de Ecbatana,
11 cuando Rafael dijo al chico:
—Amigo Tobías.
El respondió:
—¿Qué?

Rafael dijo:
—Hoy vamos a hacer noche en casa de Ragüel. Es pariente tuyo,
12 y tiene una hija llamada Sara. Es hija única. Tú eres el pariente con
más derecho a casarse con ella y a heredar los bienes de su padre.
La muchacha es formal, decidida y muy guapa, y su padre es de
buena posición.
13 Luego siguió:
—Tú tienes derecho a casarte con ella. Escucha, amigo. Esta
misma noche hablaré al padre acerca de la muchacha, para que te
la reserve como prometida. Y cuando volvamos de Ragués hacemos
la boda. Estoy seguro de que Ragüel no va a poner obstáculos ni la
va a casar con otro. Se expondría a la pena de muerte, según la
Ley de Moisés, sabiendo como sabe que su hija te pertenece a ti
antes que a cualquier otro. De manera que escucha, amigo. Esta
misma noche vamos a tratar acerca de la muchacha y hacemos la
petición de mano. Luego, cuando volvamos a Ragués, la recogemos
y la llevamos con nosotros a tu casa.
14 Tobías le dijo:
—Amigo Azarías, he oído que ya se ha casado siete veces, y to-
dos los maridos han muerto en la alcoba la noche de bodas cuando
se acercaban a ella. He oído decir que los mataba un demonio,
15 y como el demonio no le hace daño a ella, pero mata al que quiere
acercársele, yo, como soy hijo único, tengo miedo de morirme y de
mandar a la sepultura a mis padres del disgusto que les iba a dar.
Y no tienen otro hijo que pueda enterrarlos.
16 El ángel le preguntó:
—¿Y no te acuerdas de las recomendaciones que te hizo tu pa-
dre: que te casaras con una de la familia? Mira, escucha, amigo, no
te preocupes por ese demonio; tú cásate con ella; sé que esta mis-
17 ma noche te la darán como esposa. Y cuando vayas a entrar en la
alcoba, coge un poco del hígado y del corazón del pez y échalo en
el brasero del incienso. Al esparcirse el olor, en cuanto el demonio
18 lo huela, escapará y ya no volverá a aparecer cerca de ella. Cuando
vayas a unirte a ella, levantaos antes los dos y orad pidiendo al
Señor del cielo que os conceda su misericordia y que os proteja.
No temas; que ella te está destinada desde la eternidad; tú la sal-
varás, ella irá contigo, y pienso que te dará hijos muy queridos.
No te preocupes.
19 Al oír Tobías lo que iba diciendo Rafael, y que Sara era pariente
suya, de la familia de su padre, le tomó cariño y se enamoró de ella.

La boda de Sara

7 Al llegar a Ecbatana, le dijo Tobías:
—Amigo Azarías, llévame derecho a casa de nuestro pariente
Ragüel.
El ángel lo llevó a casa de Ragüel. Lo encontraron sentado a la
puerta del patio; se adelantaron a saludarlo, y él les contestó:
—Tanto gusto, amigos; bien venidos.
2 Luego los hizo entrar en casa, y dijo a su mujer, Edna:
—¡Cómo se parece este chico a mi pariente Tobit!

3 Edna les preguntó:
—¿De dónde sois, amigos?
Respondieron:
—Somos de la tribu de Neftalí, deportados en Nínive.
4 Ella siguió:
—¿Conocéis a nuestro pariente Tobit?
Respondieron:
—Sí.
—¿Qué tal está?
5 Le dijeron:
—Vive, está bien.
Y Tobías dijo:
—Es mi padre.
6 Entonces Ragüel dio un salto, lo besó, llorando, y le dijo:
—¡Hijo, bendito seas! Tienes un padre excelente. ¡Qué desgracia que haya quedado ciego un hombre tan honrado y que daba tantas limosnas!
Y abrazado al cuello de su pariente Tobías, siguió llorando.
7-8 Edna, la esposa, y su hija, Sara, lloraban también. Ragüel los acogió cordialmente y mandó matar un carnero.
9 Cuando se lavaron y bañaron, se pusieron a la mesa. Tobías dijo a Rafael:
—Amigo Azarías, dile a Ragüel que me dé a mi pariente Sara.
10 Ragüel lo oyó, y dijo al muchacho:
—Tú come y bebe y disfruta a gusto esta noche. Porque, amigo, sólo tú tienes derecho a casarte con mi hija, Sara, y yo tampoco
puedo dársela a otro, porque tú eres el pariente más cercano. Pero,
11 hijo, te voy a hablar con toda franqueza. Ya se la he dado en matrimonio a siete de mi familia, y todos murieron la noche en que iban a acercarse a ella. Pero bueno, hijo, tú come y bebe, que el Señor cuidará de vosotros.
12 Tobías replicó:
—No comeré ni beberé mientras no dejes decidido este asunto mío.
Ragüel le dijo:
—Lo haré. Y te la daré como prescribe la Ley de Moisés. Dios mismo manda que te la entregue, y yo te la confío. A partir de hoy, para siempre, sois marido y mujer. Es tuya desde hoy para siempre. ¡El Señor del cielo os ayude esta noche, hijo, y os dé su gracia y su paz!
13 Llamó a su hija, Sara. Cuando se presentó, Ragüel le tomó la mano y se la entregó a Tobías, con estas palabras:
—Recíbela conforme al derecho y a lo prescrito en la Ley de Moisés, que manda se te dé por esposa. Tómala y llévala enhorabuena a casa de tu padre. Que el Dios del cielo os dé paz y bienestar.
14 Luego llamó a la madre, mandó traer papel y escribió el acta del matrimonio: «Que se la entregaba como esposa conforme a lo prescrito en la Ley de Moisés». Después empezaron a cenar.
15 Ragüel llamó a su mujer, Edna, y le dijo:
—Mujer, prepara la otra habitación, y llévala allí.
16 Edna se fue a arreglar la habitación que le había dicho su marido. Llevó allí a su hija y lloró por ella. Luego, enjugándose las lágrimas, le dijo:
17 —Animo, hija. Que el Dios del cielo cambie tu tristeza en gozo. Animo, hija.
Y salió.

8 Al terminar la cena, decidieron irse a dormir, y acompañaron al
2 muchacho hasta la habitación. Tobías recordó los consejos de Rafael; sacó de la alforja el hígado y el corazón del pez y los echó en
3 el brasero del incienso. El olor del pez contuvo al demonio, que escapó hasta el confín de Egipto. Rafael lo persiguió al instante y lo sujetó allí, atándolo de pies y manos.
4 Cuando Ragüel y Edna salieron, cerraron la puerta de la habitación. Tobías se levantó de la cama y dijo a Sara:
—Mujer, levántate, vamos a rezar pidiendo a nuestro Señor que tenga misericordia de nosotros y nos proteja.
5 Se levantó, y empezaron a rezar pidiendo a Dios que los protegiera. Rezó así:
«Bendito eres, Dios de nuestros padres,
y bendito tu nombre por los siglos de los siglos.
Que te bendigan el cielo y todas tus criaturas por los siglos.
6 Tú creaste a Adán,
y como ayuda y apoyo creaste a su mujer, Eva:
de los dos nació la raza humana.
Tú dijiste: 'No está bien que el hombre esté solo,
voy a hacerle alguien como él que le ayude'.
7 Si yo me caso con esta prima mía
no busco satisfacer mi pasión, sino que procedo lealmente.
Dígnate apiadarte de ella y de mí,
y haznos llegar juntos a la vejez».
8 Los dos dijeron:
—Amén, amén.
9 Y durmieron aquella noche.
Ragüel se levantó, llamó a los criados y fueron a cavar una fosa;
10 pues se dijo:
—No sea que haya muerto, y luego se rían y se burlen de nosotros.
11 Cuando terminaron la fosa, Ragüel marchó a casa, llamó a su
12 mujer y le dijo:
—Manda una criada que entre a ver si está vivo; porque si está muerto, lo enterramos, y así nadie se entera.
13 Encendieron el candil, abrieron la puerta y mandaron dentro a la criada. Entró y encontró a los dos juntos, profundamente dormidos,
14 y salió a decir:
—Está vivo, no ha ocurrido nada.
15 Entonces Ragüel alabó al Dios del cielo:
«Bendito eres, Dios, digno de toda bendición sincera.
Seas bendito por siempre.
16 Bendito eres por el gozo que me has dado:
no pasó lo que me temía,
sino que nos has tratado según tu gran misericordia.

17 Bendito eres por haberte compadecido
de dos hijos únicos.
Sé misericordioso con ellos, Señor, y protégelos;
haz que vivan hasta el fin disfrutando de tu misericordia».
18 Ragüel mandó luego a sus criados que taparan la fosa antes del
19 amanecer y a su mujer que hiciera una gran hornada. El se fue a la
vacada, trajo dos bueyes y cuatro carneros, mandó guisarlos y empe-
20 zaron los preparativos. Después llamó a Tobías, y le dijo:
—Tú no te muevas de aquí en catorce días. Te quedas aquí co-
miendo y bebiendo en mi casa y haciendo feliz a mi hija, que bas-
21 tante ha sufrido. Luego llévate la mitad de mis bienes, y vete en-
horabuena a casa de tu padre. La otra mitad será vuestra cuando
muramos mi mujer y yo. Animo, hijo, yo soy tu padre y Edna tu
madre; somos tuyos y de tu mujer, desde ahora para siempre. Ani-
mo, hijo.

9 Entonces Tobías llamó a Rafael, y le dijo:
2 —Amigo Azarías, vete a Ragués con cuatro criados y dos came-
llos. Llégate a casa de Gabael, dale el recibo, carga el dinero y a él
3 te lo traes a la boda. Ya sabes que mi padre estará contando los
4 días, y basta que me retrase un día para darle un disgusto. Y ya ves
que tampoco puedo quebrantar el juramento de Ragüel.
5 Rafael marchó a Ragués de Media con los cuatro criados y los
dos camellos, y se hospedaron en casa de Gabael. Rafael le entregó
el recibo y le habló de Tobías, hijo de Tobit: que se había casado
y que lo invitaba a la boda. Gabael contó inmediatamente los sacos
precintados y los cargaron.
6 De madrugada partieron juntos para ir a la boda. Al llegar a casa
de Ragüel encontraron a Tobías sentado a la mesa. Se levantó y
saludó a Gabael, que le echó la bendición entre lágrimas:
—¡Qué buen hijo de un padre excelente, honrado y caritativo!
Que el Señor te bendiga con bendiciones del cielo, y también a tu
mujer y a tus suegros. Bendito sea Dios, porque estoy viendo el
vivo retrato de mi primo Tobit.

La vuelta a casa

10 Por su parte, Tobit iba contando, uno por uno, los días del viaje
de Tobías, la ida y la vuelta. Pero pasó el tiempo sin que su hijo
2 volviera, y pensó: «¡Ha tenido allí algún contratiempo! A lo mejor
3 ha muerto Gabael y no le da nadie el dinero». Y empezó a preocu-
parse.
4 Su mujer, Ana, decía:
—Mi hijo ha muerto. Mi hijo ya no vive.
Y empezó a llorar y a lamentarse por él:
5 —¡Ay de mí, hijo! ¡Te dejé marchar, y tú eras la luz de mis ojos!
6 Tobit le reñía:
—Calla, no te preocupes, mujer. Está sano y salvo. Habrá tenido
allí mucho que hacer. Su compañero es de confianza, es uno de los
nuestros. No te aflijas por él, mujer, llegará en seguida.
7 Pero ella repuso:
—Calla, déjame, no intentes engañarme. Mi hijo ha muerto.

Y todos los días iba a otear el camino por donde había marchado
su hijo, porque no creía a nadie. Y cuando se ponía el sol entraba
en casa, lamentándose, y se pasaba la noche llorando, sin poder
dormir.
8 Cuando pasaron los catorce días de fiesta que Ragüel había jura-
do hacer a su hija por la boda, Tobías fue a decirle:
—Déjame marchar, porque estoy seguro de que mi padre y mi
madre piensan que no volverán a verme. Te ruego, padre, que me
dejes marchar a mi casa. Ya te dije en qué situación los dejé.
9 Ragüel respondió:
—Quédate, hijo, quédate conmigo. Yo mandaré un correo a tu
padre, Tobit, con noticias tuyas.
Pero Tobías repuso:
—No, no. Por favor, déjame volver a mi casa.
10 Entonces Ragüel, sin más, entregó a Tobías su mujer, Sara, y la
mitad de sus bienes; criados y criadas, vacas y ovejas, burros y
11 camellos, ropa, dinero y vajilla. Los despidió sanos y salvos, dicién-
dole a Tobías:
—Salud, hijo. Que tengas buen viaje. El Señor del cielo os guíe,
a ti y a tu mujer, Sara. A ver si antes de morirme puedo ver a vues-
tros hijos.
12 Luego dijo a su hija, Sara:
—Ve a casa de tu suegro. Desde ahora ellos son tus padres, como
14c los que te hemos dado la vida. ¡Ojalá puedas honrarlos mientras
vivan! Vete en paz, hija. A ver si mientras vivo no oigo más que
buenas noticias tuyas.
Los abrazó y les dejó marchar.
13 Edna se despidió de Tobías:
—Hijo y pariente querido, que el Señor te lleve a casa. A ver si
antes de morirme puedo ver a vuestros hijos. Delante de Dios te
confío a mi hija, Sara. No la disgustes nunca. Anda en paz, hijo.
Desde ahora yo soy tu madre y Sara tu hermana. ¡Ojalá viviéramos
todos juntos toda la vida!
Los besó y los despidió sanos y salvos.
14 Así marchó Tobías de casa de Ragüel, sano y salvo, alegre y ala-
bando al Señor de cielo y tierra, rey del universo, por el éxito del
viaje.

Curación de Tobit

11 1-2 Cuando estaban cerca de Caserín, frente a Nínive, dijo Ra-
fael:
3 —Tú sabes en qué situación quedó tu padre. Vamos a adelantar-
nos a tu mujer y preparar la casa en lo que llegan los demás.
4 Caminaron los dos juntos, y Rafael le dijo:
—Ten a mano la hiel.
(El perro fue detrás de ellos).
5 Ana estaba sentada, oteando el camino por donde tenía que llegar
6 su hijo. Tuvo el presentimiento de que llegaba, y dijo al padre:
—Mira, viene tu hijo con su compañero.
7 Rafael dijo a Tobías antes de llegar a casa:
8 —Estoy seguro de que tu padre recuperará la vista. Untale los

ojos con la hiel del pez; el remedio hará que las nubes de los ojos
se contraigan y se le desprendan. Tu padre recobrará la vista y verá
la luz.
9 Ana fue corriendo a arrojarse al cuello de su hijo, diciéndole:
—Te veo, hijo, ya puedo morirme.
Y se echó a llorar.
10 Tobit se puso en pie, y, tropezando, salió por la puerta del patio.
11 Tobías fue hacia él con la hiel del pez en la mano; le sopló en los
ojos, le agarró la mano y le dijo:
—Animo, padre.
12 Le echó el remedio, se lo aplicó y luego con las dos manos le
13 quitó como una piel de los lagrimales. Tobit se le arrojó al cuello,
llorando, mientras decía:
—Te veo, hijo, luz de mis ojos.
14 Luego añadió:

«Bendito sea Dios, bendito su gran nombre,
benditos todos sus santos ángeles.
Que su nombre glorioso nos proteja,
porque si antes me castigó
ahora veo a mi hijo, Tobías».

15 Tobías entró en casa contento y bendiciendo a Dios a voz en
cuello. Luego le contó a su padre lo bien que les había salido el
viaje: traía el dinero y se había casado con Sara, la hija de Ragüel:
—Está ya cerca, a las puertas de Nínive.
16 Tobit salió al encuentro de su nuera, hacia las puertas de Nínive.
Iba contento y bendiciendo a Dios, y los ninivitas, al verlo caminar
con paso firme y sin ningún lazarillo, se sorprendían. Tobit les con-
fesaba abiertamente que Dios había tenido misericordia y le había
17 devuelto la vista. Cuando llegó cerca de Sara, mujer de su hijo,
Tobías, le echó esta bendición:
—¡Bien venida, hija! Bendito sea tu Dios, que te ha traído aquí.
Bendito sea tu padre, bendito mi hijo, Tobías, y bendita tú, hija.
¡Bien venida a ésta tu casa! Que goces de alegría y bienestar. Entra,
hija.
18 Todos los judíos de Nínive celebraron aquel día una gran fiesta,
19 y Ajicar y Nadab, los sobrinos de Tobit, fueron a casa de Tobit a
darle la enhorabuena.

Rafael

12 Cuando acabaron los festejos de la boda, Tobit llamó a Tobías
y le recordó:
—Hijo, a ver si le pagas a tu compañero. Y dale una buena
propina.
2 Tobías respondió:
—Padre, ¿cuánto le doy? No salgo perdiendo ni aunque le dé la
mitad de los bienes que trajo conmigo. Me ha guiado sin que me
3 pasara nada malo, curó a mi mujer, trajo el dinero conmigo y te
curó a ti. ¿Cuánto le doy?
4 Tobit dijo:
—Hijo, bien se merece la mitad de todo lo que ha traído.

5 Así es que lo llamó y le dijo:
—Como paga, toma la mitad de todo lo que has traído, y vete
en paz.
6 Entonces Rafael llamó aparte a los dos y les dijo:
—Bendecid a Dios y proclamad ante todos los vivientes los bene-
ficios que os ha hecho, para que todos canten himnos en su honor.
Manifestad a todos las obras del Señor como él se merece, y no
7 seáis negligentes en darle gracias. Si el secreto del rey hay que guar-
darlo, las obras de Dios hay que publicarlas y proclamarlas como se
8 merecen. Obrad bien, y no os vendrá ninguna desgracia. Más vale
la oración sincera y la limosna generosa que la riqueza adquirida
9 injustamente. Más vale hacer limosnas que atesorar dinero. La li-
mosna libra de la muerte y expía el pecado. Los que hacen limos-
10 nas se saciarán de vida. Los pecadores y los malhechores son ene-
11 migos de sí mismos. Os descubriré toda la verdad sin ocultaros
nada. Ya os dije que si el secreto del rey hay que guardarlo, las
12 obras de Dios hay que publicarlas como se merecen. Pues bien,
cuando Sara y tú estabais rezando, yo presentaba al Señor de la
gloria el memorial de tu oración. Lo mismo cuando enterrabas a
13 los muertos. Y cuando te levantaste de la mesa sin dudar, y dejaste
la comida por ir a enterrar a aquel muerto, Dios me envió para pro-
14 barte; pero me ha enviado de nuevo para curarte a ti y a tu nuera,
15 Sara. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están al servicio
de Dios y tienen acceso ante el Señor de la gloria.
16 Los dos hombres se asustaron y cayeron rostro en tierra, teme-
rosos.
17 Rafael les dijo:
18 —No temáis. ¡Paz! Bendecid a Dios siempre. Mi presencia entre
vosotros no se ha debido a mí, sino a la voluntad de Dios. Bende-
19 cidlo siempre y cantadle himnos. Aunque me veíais comer, no co-
20 mía; era pura apariencia. Así, pues, bendecid al Señor en la tierra,
dad gracias a Dios. Yo subo ahora al que me envió. Vosotros escri-
bid todo lo que os ha ocurrido.
21 El ángel desapareció. Cuando se pusieron en pie, ya no lo vieron.
22 Entonces bendijeron y cantaron a Dios, dándole gracias por aque-
llas maravillas que hizo, porque se les había aparecido un ángel de
Dios.

Cántico de Tobit

13 Tobit dijo:
«Bendito sea Dios, que vive eternamente,
su reino dura por los siglos.
2 El azota y se compadece;
hunde hasta el abismo y saca de él,
y no hay quien escape de su mano.
3 Dadle gracias, israelitas, ante los gentiles,
porque él nos dispersó entre ellos
4 y nos mostró allí su grandeza.
Ensalzadlo ante todo viviente:
que él es nuestro Dios y Señor,
nuestro Padre y Dios para siempre.

5 El nos azota por nuestros delitos,
pero se compadecerá de nuevo
y os congregará de entre todas las naciones
por donde estáis dispersos.
6 Si volvéis a él de todo corazón y con toda el alma,
siendo sinceros con él,
él volverá a vosotros y no ocultará su rostro.
7 [a] Veréis lo que hará con vosotros, le daréis gracias a boca llena,
bendeciréis al Señor de la justicia y ensalzaréis al rey de los siglos.
8 Yo le doy gracias en mi país de destierro,
anuncio su grandeza y su poder a un pueblo pecador.
¡Convertíos, pecadores, obrad rectamente en su presencia!
Quizá querrá acogeros y tendrá compasión de vosotros.
9 Ensalzaré a mi Dios, al rey del cielo,
y me alegraré de su grandeza.
10 Que todos lo alaben y le den gracias en Jerusalén.
Jerusalén, ciudad santa, él te castigó por las obras de tus hijos,
pero volverá a apiadarse del pueblo justo.
11 Da gracias al Señor como es debido y bendice al rey de los siglos,
para que tu templo sea reconstruido con júbilo,
12 para que él alegre en ti a todos los desterrados
y ame en ti a todos los desgraciados,
por los siglos de los siglos.
13 Una luz resplandeciente iluminará
a todas las regiones de la tierra.
Vendrán a ti de lejos muchos pueblos,
y los habitantes del confín de la tierra
vendrán a visitar al Señor, tu Dios,
con ofrendas para el rey del cielo.
Generaciones sin fin cantarán vítores en tu recinto,
y el nombre de la elegida durará para siempre.
14 Malditos los que te insulten, malditos quienes te arruinen,
quienes derriben tus muros, derruyan tus torres
e incendien tus casas.
15 Saldrás entonces con júbilo al encuentro del pueblo justo,
porque todos se reunirán para bendecir al Señor del mundo.
16 Dichosos los que te aman, dichosos los que te desean la paz,
dichosos cuantos se afligen por tus pruebas:
se alegrarán por ti viendo tu alegría perpetua.
17 Bendice, alma mía, al Señor, al rey soberano,
porque Jerusalén será reconstruida, y allí, su templo para siempre.
Feliz de mí si queda alguno de mi sangre
para ver tu gloria y dar gracias al rey del cielo.
Las puertas de Jerusalén serán renovadas con zafiros y esmeraldas
y todos tus muros con piedras preciosas.
Las torres de Jerusalén serán edificadas con oro,
y sus baluartes con oro fino.
18 El pavimento de sus plazas
será de azabache y piedras de Ofir.

a vv. 8-11a, según los manuscritos AB.

Las puertas de Jerusalén resonarán con cantos de júbilo
y todas sus casas aclamarán: ¡Aleluya! Bendito el Dios de Israel.
Los bendecidos por él
bendecirán su santo nombre por siempre jamás».

14 (Fin de la acción de gracias de Tobit).
2 Tobit descansó en paz a los ciento doce años, y recibió honrosa
sepultura en Nínive. A los sesenta y dos años quedó ciego, y des-
pués de recobrar la vista vivió prósperamente y haciendo limosnas,
bendiciendo a Dios y proclamando su grandeza.
3 Próximo a la muerte, llamó a su hijo, Tobías, y le hizo estas re-
comendaciones:
4 —Hijo, lleva a tus hijos corriendo a Media. Porque yo me fío del
oráculo divino que pronunció el profeta Nahún contra Nínive;
todo eso se cumplirá y le sucederá a Asiria y Nínive. Se cumplirá
todo lo que dijeron los profetas de Israel enviados por Dios, sin
que falle una profecía; todo sucederá a su tiempo, y en Media se
estará más seguro que en Asiria o en Babilonia. Lo sé y estoy con-
vencido: todo lo que dijo Dios sucederá y se cumplirá sin que falle
un oráculo. Y nuestros hermanos que viven en tierra de Israel serán
dispersados y deportados de aquella tierra buena, y todo Israel
quedará desierto; Samaría y Jerusalén quedarán desiertas, y el tem-
plo será pasto del fuego y quedará algún tiempo en estado lamen-
5 table. Pero Dios se apiadará nuevamente de ellos, y los devolverá
a la tierra de Israel: Reconstruirán el templo, no como la primera
vez, hasta que llegue el tiempo prefijado. Después volverán del
destierro, reconstruirán Jerusalén espléndidamente y reconstruirán
6 el templo como lo anunciaron los profetas de Israel. Y todas las
naciones de la tierra se convertirán y temerán a Dios sinceramente;
arrojarán los ídolos, que los han engañado con mentiras, y bende-
cirán como es justo al Dios de los siglos.
7 »Todos los israelitas que se salven aquellos días, acordándose sin-
ceramente de Dios, se reunirán e irán a Jerusalén, recibirán la tie-
rra de Abrahán y la habitarán para siempre con seguridad. Los que
aman sinceramente al Señor se alegrarán, pero los pecadores e in-
justos serán borrados de la tierra.
8 »Y ahora, hijos, os encargo que sirváis sinceramente al Señor
9 y hagáis lo que le agrada. Obligad a vuestros hijos a practicar la
limosna y las obras de caridad; que se acuerden del Señor y bendi-
gan sinceramente su nombre en todo momento con todas sus fuerzas.
10 Tú, hijo, sal de Nínive, no te quedes aquí. El día que entierres a
tu madre conmigo, ese mismo día no duermas en este territorio.
Porque veo en él mucha injusticia, mucho engaño, y que no se arre-
pienten. Ya ves, hijo, lo que Nadab le hizo a Ajicar, que lo había
criado: ¡lo encerró vivo en un sepulcro! Pero Dios lo cubrió de
desprecio ante su misma víctima, y Ajicar salió a la luz mientras
que Nadab marchó a la eterna tiniebla por haber intentado matar
a Ajicar. Por sus limosnas se libró Ajicar de la red mortal que le
había tendido Nadab, y Nadab cayó en la red mortal y pereció.
11 Así que, hijos, ved cuáles son los frutos de la limosna y cuáles los
de la injusticia, que mata. Pero ya me va faltando el aliento».
Lo tendieron en la cama y murió.

12 Cuando murió su madre, Tobías la enterró junto a su padre. Luego marchó a Media con su mujer, y se establecieron en Ecbatana, con su suegro, Ragüel.
13 Tobías atendió a sus suegros en su vejez, los sepultó en Ecbatana de Media, y así heredó los bienes de Ragüel y los de su padre, Tobit.
14-5 Murió, muy estimado, a la edad de ciento diecisiete años. Antes de morir fue testigo de la caída de Nínive, y vio a sus habitantes desterrados en la deportación que hizo Ciaxares, rey de Media. Bendijo al Señor por el castigo de los ninivitas y asirios. Antes de morir pudo alegrarse por la desgracia de Nínive, y bendijo al Señor por los siglos de los siglos.

JUDIT

INTRODUCCION

Probablemente durante los azares de la rebelión macabaica, el autor se puso a componer una historia que sirviera para animar a la resistencia. Historia conocida y nueva, ideal y realizable. La acumulación de datos precisos le sirve para enmascarar la referencia peligrosa a los hechos del día; los lectores de la época entendían fácilmente ese guiño malicioso, que suena ya en el nombre de la protagonista («La Judía»).

El argumento, reducido a esqueleto, es de pura ascendencia bíblica, aunque es nuevo el hecho de que el pueblo no haya pecado. Tradicional es el motivo de la mujer que seduce y vence al enemigo (Yael-Sísara, Dalila-Sansón); Judit toma algunos rasgos proféticos, denunciando a los jefes su falta de confianza, presentándose a Holofernes como confidente de Dios. También son tradicionales los motivos del extranjero alabando a Israel, el descubrimiento del asesinato, las danzas y el canto de victoria, la soberbia del extranjero agresor, el castigo del enemigo por la noche y la liberación por la mañana.

A esto se añade la abundante fraseología tradicional, que sumerge al lector en un lenguaje familiar, bastante concentrado. Esta tradicionalidad tiene función decisiva: el pasado todavía es presente y puede volver a repetirse, incluso adoptando formas nuevas.

El autor narra con amplitud, en *tempo* dilatado, *maestoso,* en proceso cronológico lineal (salvo dos síntesis históricas). Es maestro en el arte de sustentar y estrechar la acción, en la creación de escenas sugestivas, en la aceleración rítmica cuando llega el momento culminante. Descuella su manejo de la ironía a diversos niveles: caracterización de Nabucodonosor y Holofernes, las palabras de Judit al general enemigo, las alusiones del autor al partido colaboracionista. En su estilo destaca el amor a las enumeraciones, que expresan riqueza, extensión, universalidad, y la expresión enfática, retórica, y los discursos que piden una recitación dramática.

Entre los personajes típicos y los grupos corales destaca la personalidad de Judit, más simbólica que individual. Judit es encarnación del pueblo, como novia (por la belleza) y como madre, según la tradición profética. Encarna la piedad y fidelidad al Señor y la confianza en Dios, el valor con la sagacidad. Es una figura ideal que podrá inspirar a cualquier hijo de Israel. Como viuda puede representar el sufrimiento del pueblo, aparentemente abandonado de su Señor (Is 49 y 54); puede concentrar toda su fidelidad en el único Señor del pueblo. No teniendo hijos físicos, puede asumir la maternidad de todo el pueblo y convertirse en «bienhechora de Israel». Judit aconseja como Débora, hiere como Yael, canta como María.

A través de la desmañada y literalista traducción griega es fácil muchas veces leer la falsilla del original hebreo, con suficiente seguridad para mejorar dicha traducción

Planes de Nabucodonosor

1 Era el año doce del reinado de Nabucodonosor, rey de Asiria, en
la capital, Nínive. Por entonces, Arfaxad era rey de los medos en
2 Ecbatana; la rodeó de murallas hechas con sillares de metro y medio
de ancho por tres de largo; las murallas tenían una altura de treinta
4 y cinco metros y una anchura de veinticinco; las puertas tenían una
altura de treinta y cinco metros y una anchura de veinte, para que
pudieran desfilar las fuerzas de su ejército y evolucionar su infan-
3 tería; sobre las puertas levantó unas torres de cincuenta metros de
alto por treinta de ancho en los cimientos.
5 En aquel entonces, el rey Nabucodonosor luchó contra el rey Ar-
faxad en la gran llanura, es decir, la llanura que hay en el término
de Ragau.
6 Se le unieron todos los de la montaña, los habitantes de las ribe-
ras del Eufrates, del Tigris y del Hidaspe, y de la llanura de Arioc,
el rey de Elimaida. Así, se aliaron muchas naciones para combatir
contra los hijos de Jeleud.
7 Nabucodonosor, rey de Asiria, despachó embajadores a Persia
y a las naciones de occidente, a Cilicia, Damasco, el Líbano y el
8 Antilíbano; a los habitantes del litoral y a los pueblos del Carmelo,
9 Galaad, la alta Galilea y la gran llanura de Esdrelón; a los de Sama-
ría y sus municipios; a los de Cisjordania hasta Jerusalén, Betané,
Jelús, Cades, y el río de Egipto, Tafnés, Ramsés y todo Gosén,
10 hasta más allá de Tanis y Menfis, y a todos los egipcios, hasta la
frontera de Etiopía.
11 Todo el mundo despreció la embajada de Nabucodonosor, rey de
Asiria, y no se aliaron con él, y es que no le tenían miedo, porque
lo consideraban aislado. Así que despidieron a sus embajadores con
las manos vacías y humillados.
12 Nabucodonosor se encolerizó contra todas aquellas regiones y
juró, por su trono y por su Imperio, vengarse de todo el territorio
de Cilicia, Damasco y Siria, y pasar a cuchillo a todos los moabitas,
amonitas, judíos y a todo Egipto, hasta la frontera de los dos mares.
13 El año diecisiete presentó batalla al rey Arfaxad, y lo venció en
el combate, aplastando todo su ejército, su caballería y sus carros.
14 Se apoderó de sus ciudades, llegó hasta Ecbatana, tomó sus torres
y saqueó sus calles, convirtiendo en afrenta su hermosura.
15 A Arfaxad lo capturó en los montes de Ragau, lo acribilló a fle-
16 chazos y así acabó con él para siempre. Luego se volvió con toda
su gente, una inmensa turbamulta de soldados. Y allá se estuvieron
holgando y banqueteando, él y su ejército, ciento veinte días.

Ordenes de Nabucodonosor

2 El año dieciocho, el día veintidós del primer mes, en el palacio
de Nabucodonosor, rey de Asiria, se deliberó sobre la venganza con-
tra toda la tierra, como el rey había dicho.
2 El rey convocó a todos sus ministros y grandes del reino, les ex-
puso su plan secreto y decretó la destrucción de aquellos territorios.
3 Se aprobó la destrucción de cuantos no habían hecho caso a la

4 embajada de Nabucodonosor. Y en cuanto acabó el consejo, Nabu-
codonosor, rey de Asiria, llamó a Holofernes, generalísimo de su
ejército, segundo en el reino, y le ordenó:
5 —Así dice el Emperador, dueño de toda la tierra: Cuando salgas
de mi presencia, toma contigo hombres de probado valor, hasta
ciento veinte mil de infantería y un fuerte contingente de caballe-
6 ría, doce mil jinetes, y ataca a todo occidente, porque no hicieron
7 caso a mi embajada. Conmínalos a poner a mi disposición la tierra
y el agua, porque voy a salir irritado contra ellos para cubrir el
suelo con los pies de mis soldados; se los entregaré al pillaje,
8 sus heridos llenarán las hondonadas, torrentes y ríos desbordarán
9 de cadáveres, llevaré sus cautivos hasta el confín del mundo.
10 Ve por delante a conquistarme sus territorios. Si se te entregan,
11 resérvamelos para el castigo. No tengas miramiento con los rebel-
des; entrégalos a la matanza y al saqueo en toda tierra que conquis-
12-3 tes. ¡Por mi vida y mi Imperio! Lo he dicho y lo cumpliré. No que-
brantes una sola de las órdenes de tu señor. Ejecútalas exactamente
como te he ordenado. ¡Cúmplelas sin tardanza!

El general Holofernes

14 Holofernes salió de la presencia de su señor, convocó a todos los
jefes, generales y oficiales del ejército asirio y, tal como se lo había
15 mandado su señor, seleccionó para la guerra un contingente de cien-
16 to veinte mil hombres y doce mil arqueros a caballo, y los organizó
17 para la campaña. Requisó una cantidad enorme de camellos, asnos
y mulos para el bagaje, e innumerables ovejas, bueyes y cabras para
18 el avituallamiento, provisiones abundantes para cada soldado y gran
cantidad de oro y plata del palacio real.
19 Cuando emprendió la marcha con todo su ejército, precediendo
al rey Nabucodonosor, cubrió todo occidente con sus carros, jinetes
20 y tropas escogidas. Iba con ellos una turba abigarrada, una muche-
dumbre innumerable como langostas, como la arena de la tierra.
21 Salieron de Nínive. En tres días de marcha avanzaron hacia la
llanura de Bectilet, y desde allí fueron a acampar cerca de los mon-
22 tes, al norte de la alta Cilicia. Después, con todo su ejército —in-
23 fantería, caballería y carros—, marchó a la zona montañosa. Devastó
a Put y Lidia, saqueó a los rasitas e ismaelitas junto al desierto,
24 al sur de Jeleón; luego, bordeando el Eufrates, atravesó Mesopo-
tamia y destruyó todas las plazas fuertes que dominaban el torrente
25 Abrona hasta llegar al mar. Se apoderó del territorio de Cilicia,
desbaratando a cuantos le ofrecieron resistencia, y llegó a la fron-
26 tera sur de Jafet, frente a Arabia; cercó a todos los madianitas,
27 incendió sus campamentos y saqueó sus rebaños; bajó después a la
llanura de Damasco durante la siega del trigo: quemó las mieses,
aniquiló los rebaños y vacadas, saqueó las ciudades, asoló las lla-
28 nuras y pasó a cuchillo a todos los jóvenes. Un miedo terrible se
abatió sobre la gente del litoral, los de Sidón y Tiro, los de Aco
y los de Yamnia.

3 Los de Asdod y Ascalón, aterrorizados, despacharon una emba-
jada con esta propuesta de paz:
2 —Aquí nos tienes, siervos del emperador Nabucodonosor, pos-
3 trados ante ti. Haz de nosotros lo que te parezca bien. Tienes a tu
disposición nuestras alquerías y todo nuestro territorio, los campos
de trigo, los rebaños y vacadas, todos los establos de nuestras al-
4 deas; dispón de ellos como gustes. Nuestras ciudades y sus habitan-
tes son tus esclavos; avanza hacia ellas en el plan que prefieras.
5 Los embajadores se presentaron a Holofernes y le transmitieron
6 el mensaje. Entonces Holofernes bajó con su ejército hacia el lito-
ral, dejó guarniciones en las plazas fuertes y se llevó gente escogida
7 para servicios auxiliares. Por toda la región lo recibieron con coro-
8 nas, danzas y panderos. Pero él destruyó sus santuarios, taló los
árboles sagrados y se dedicó a exterminar todos los dioses del país,
para que todas las naciones adoraran sólo a Nabucodonosor y todas
las tribus lo invocasen como dios, cada una en su lengua.
9 Cuando llegó a la vista de Esdrelón, cerca de Dotán, que está
10 frente a la serranía de Judá, acampó entre Gabá y Escitópolis, y
allí se quedó un mes, reuniendo provisiones para el ejército.

Resistencia israelita

4 Cuando los israelitas de Judea se enteraron de lo que Holofernes,
generalísimo de Nabucodonosor, rey de Asiria, había hecho a aque-
llas naciones, saqueando sus templos y entregándolos al pillaje,
2 se aterrorizaron, temblando por Jerusalén y el templo de su Dios,
3 pues acababan de volver del destierro y hacía poco que el pueblo
se había reagrupado en Judea, y ya habían consagrado el ajuar, el
altar y el edificio del templo, que habían sido profanados.
4 Mandaron aviso por todo el territorio de Samaría: Coná, Bejorón,
5 Belmain, Jericó, Joba, Asora y el valle de Salén. Ocuparon las cum-
bres de los montes más altos, fortificaron las aldeas de aquella
sierra e hicieron acopio de provisiones con vistas a la guerra, pues
hacía poco que habían terminado la recolección.
6 Joaquín, que era entonces el sumo sacerdote en Jerusalén, escri-
bió a los habitantes de Betulia y Betomestain, que queda frente a
7 Esdrelón, ante la llanura cercana a Dotán, mandándoles ocupar los
puertos de la sierra; por allí pasaba el camino a Judea y era fácil
cortar el paso a los invasores, porque el desfiladero era tan estrecho
8 que sólo se podía pasar de dos en dos. Los israelitas obedecieron
al sumo sacerdote, Joaquín, y al Senado del pueblo, que tenía sus
sesiones en Jerusalén.
9 Todos los israelitas gritaron fervientemente a Dios, humillándose
10 ante él. Ellos y sus mujeres, hijos y ganados, los forasteros, criados
11 y jornaleros, se vistieron de sayal. Y los que vivían en Jerusalén,
incluso mujeres y niños, se postraron ante el templo, cubierta la
12 cabeza con ceniza, extendiendo el sayal ante el Señor. Cubrieron el
altar con un sayal y gritaron a una voz, fervientemente, al Dios de
Israel, pidiéndole que no entregara sus hijos al pillaje, ni sus mu-
jeres al cautiverio, ni a la destrucción las ciudades que habían here-
dado, ni el templo a la profanación y las burlas humillantes de los
gentiles.

13 El Señor acogió su clamor y se fijó en su tribulación. En toda
Judea la gente ayunó muchos días seguidos, y también en Jerusalén,
14 ante el templo del Señor todopoderoso. El sumo sacerdote, Joaquín,
todos los sacerdotes y ministros al servicio del Señor ofrecían el
holocausto diario, las ofrendas y dones voluntarios de la gente,
15 ceñidos con sayal y con ceniza en sus turbantes, y gritaban al Señor
con todas sus fuerzas para que protegiera a la casa de Israel.

Informe de Ajior

5 A Holofernes, generalísimo del ejército asirio, le llegó el aviso de
que los israelitas se estaban preparando para la guerra: habían
cerrado los puertos de la sierra, habían fortificado las cumbres de
los montes más altos y llenado de obstáculos las llanuras.
2 Holofernes montó en cólera. Convocó a todos los jefes moabitas,
a los generales amonitas y a todos los gobernadores del litoral,
3 y les habló así:
—Cananeos: decidme qué gente es ésa de la sierra, qué ciudades
tienen, con qué fuerzas cuentan y en qué basan su poder y su fuer-
4 za, qué rey les gobierna y manda su ejército y por qué no se han
dignado venir a mi encuentro, a diferencia de lo que han hecho
todos los pueblos de occidente.
5 Ajior, jefe de todos los amonitas, le respondió:
—Escucha, alteza, lo que dice tu siervo. Te diré la verdad sobre
ese pueblo que vive en la sierra, ahí cerca. Tu siervo no mentirá.
6-7 Esa gente desciende de los caldeos. Al principio estuvieron en Me-
sopotamia, por no querer seguir a los dioses de sus antepasados,
8 que residían en Caldea. Abandonaron la religión de sus padres y
adoraron al Dios del cielo, al que ellos reconocían por Dios; pero
los caldeos los expulsaron de la presencia de sus dioses, y tuvieron
9 que huir a Mesopotamia. Allí residieron mucho tiempo; pero su
Dios les mandó salir de allí y marchar al país de Canaán, donde se
establecieron, y abundaron en oro, plata y muchísimo ganado.
10 Después bajaron a Egipto a causa de un hambre que se abatió so-
bre el país de Canaán, y allí se estuvieron mientras encontraron
alimento. Allí crecieron mucho, hasta ser un pueblo innumerable.
11 Pero el rey de Egipto la emprendió contra ellos y los explotó en el
12 trabajo de las tejeras, humillándolos y esclavizándolos. Ellos grita-
ron a su Dios, y él castigó a todo el país de Egipto con plagas incu-
13 rables; así, los egipcios los expulsaron de su presencia. Dios secó
14 ante ellos el Mar Rojo y los condujo por el camino del Sinaí y de
15 Cades Barnea. Expulsaron a todos los moradores de la estepa, se
asentaron en el país amorreo y exterminaron por la fuerza a todos
los de Jesbón. Luego pasaron el Jordán y tomaron posesión de
16 toda la sierra, después de expulsar a los cananeos, fereceos, jebu-
seos, a los de Siquén y a todos los guirgaseos, y residieron allí mu-
17 cho tiempo. Mientras no pecaron contra su Dios, prosperaron,
18 porque estaba con ellos un Dios que odia la injusticia. Pero cuando
se apartaron del camino que les había señalado, fueron destrozados
con muchas guerras y deportados a un país extranjero; el templo
de su Dios fue arrasado, y sus ciudades, conquistadas por el enemi-

19 go. Pero ahora se han convertido a su Dios; han vuelto de la dis-
persión, han ocupado Jerusalén, donde está su templo, y repoblado
20 la sierra, que había quedado desierta. Así que, alteza, si esa gente
se ha desviado pecando contra su Dios, comprobemos esa caída y
21 subamos a luchar contra ellos. Pero si no han pecado, déjalos, no
sea que su Dios y Señor los proteja y quedemos mal ante todo el
mundo.
22 Cuando Ajior acabó, se levantaron protestas de todos los que
estaban en pie en torno a la tienda. Los oficiales de Holofernes,
todos los del litoral y los moabitas querían despedazarlo:
23 —¡No tenemos miedo a los israelitas! Son un pueblo sin ejército
24 ni fuerza para aguantar un combate duro. ¡Hala, vamos allá! Serán
un bocado para tu ejército, general Holofernes.

Condena y liberación de Ajior

6 Cuando se calmó el alboroto de los que rodeaban el consejo,
Holofernes, generalísimo del ejército asirio, dijo a Ajior, en pre-
sencia de toda la tropa extranjera y todos los moabitas:
2 —Y ¿quién eres tú, Ajior, y los mercenarios de Efraín para po-
nerte a profetizar así, diciendo que no luchemos contra los israelitas
porque su Dios los protegerá? ¿Qué dios hay fuera de Nabucodo-
nosor? El va a enviar su poder y los exterminará de la faz de la
3 tierra, sin que su Dios pueda librarlos. Nosotros, sus siervos, los
aplastaremos como a un solo hombre. No podrán resistir el empuje
4 de nuestra caballería. Los barreremos. Sus montes se emborracha-
rán con su sangre, sus llanuras rebosarán de cadáveres. No podrán
aguantar a pie firme ante nosotros, sino que perecerán totalmente,
dice el rey Nabucodonosor, dueño de toda la tierra. Porque ha
5 hablado, y no pronuncia palabras vacías. Y en cuanto a ti, Ajior,
mercenario amonita, que has dicho esas frases en un momento de
sinrazón, no volverás a verme hasta que castigue a esa gente esca-
6 pada de Egipto. Entonces, cuando yo vuelva, la espada de mis sol-
dados y la lanza de mis oficiales te traspasarán el costado, y caerás
7 entre sus heridos. Mis esclavos te van a llevar a la montaña y te
8 dejarán en alguna ciudad de los desfiladeros; no perecerás hasta
9 que seas exterminado con ellos. Y si por dentro confías en que no
nos apoderaremos de ellos, no estés cabizbajo. Lo he dicho; no
quedará una palabra sin cumplirse.
10 Después ordenó a los esclavos que estaban en la tienda que echa-
sen mano a Ajior y lo llevasen a Betulia para entregarlo a los israe-
11 litas. Los esclavos lo cogieron y lo sacaron a la llanura, fuera del
campamento. Luego, alejándose hacia la sierra, llegaron a las fuen-
12 tes que hay bajo Betulia. Al verlos, los de la ciudad empuñaron las
13 armas y salieron de Betulia, que está en la cumbre del monte. Los
de Holofernes, como los honderos les impedían la subida disparán-
doles piedras, se deslizaron por la falda del monte, ataron a Ajior
y lo dejaron tendido al pie del monte. Luego volvieron a presentar-
se a su jefe.
14 Los israelitas bajaron de la ciudad, se acercaron a Ajior, lo des-
ataron, lo llevaron a Betulia y se lo presentaron a los jefes de la

15 ciudad, que eran, en aquel entonces, Ozías, de Miqueas, de la tribu
de Simeón; Cabris, de Gotoniel, y Carmis, hijo de Melquiel.
16 Convocaron a todos los ancianos de la ciudad, y también los jóve-
nes y las mujeres fueron corriendo a la asamblea. Pusieron a Ajior
17 en medio de la gente, y Ozías le preguntó qué había pasado. Ajior
respondió contándoles lo que habían hablado en el consejo de Ho-
lofernes: lo que dijo él ante la oficialidad asiria y las fanfarronadas
de Holofernes contra Israel.
18 Todo el pueblo se postró en adoración a Dios, gritando:
19 —Señor, Dios del cielo, mira desde lo alto su soberbia y apiáda-
te de la humillación de nuestro pueblo. Mira hoy benévolo a tus
consagrados.
20-1 Después animaron a Ajior y lo felicitaron efusivamente. Y, al aca-
bar la asamblea, Ozías lo llevó a su casa y ofreció un convite a los
ancianos. Toda aquella noche estuvieron implorando el auxilio del
Dios de Israel.

La ciudad sitiada

7 Al día siguiente Holofernes ordenó a su ejército y a las tropas
aliadas que levantaran el campamento y avanzaran hacia Betulia,
2 ocuparan los puertos de la sierra y atacaran a los israelitas. Aquel
mismo día todos los soldados emprendieron el avance. El ejército
contaba ciento setenta mil soldados de infantería y doce mil jinetes,
además de los de intendencia y la enorme muchedumbre de a pie
3 mezclada a ellos. Formaron en orden de batalla en el valle cercano
a Betulia, junto a la fuente, desplegándose a lo ancho en dirección
de Dotán, hasta Belmain, y a lo largo desde Betulia hasta Ciamón,
frente a Esdrelón.
4 Cuando los israelitas vieron aquella multitud, comentaron ate-
rrorizados:
—Estos van a barrer la faz de la tierra; ni los montes más altos,
ni las colinas, ni los barrancos aguantarán tanto peso.
5 Cada cual empuñó sus armas, encendieron hogueras en las torres
y estuvieron en guardia toda la noche.
6 Al segundo día Holofernes desplegó toda la caballería ante los
7 israelitas de Betulia, exploró las subidas a la ciudad, inspeccionó
las fuentes y las ocupó, dejando allí destacamentos militares. Luego
regresó a los suyos.
8 Los mandos moabitas, los oficiales de Esaú y los jefes del litoral
fueron a decirle:
9 —Si vuestra alteza nos hace caso, el ejército no sufrirá ni un ras-
10 guño. Esos israelitas no confían en sus armas, sino en la altura de
los montes donde viven, porque las cimas de esos montes no son
11 fáciles de escalar. Pues bien, alteza, no les presentes batalla y no
12 sufrirás ni una baja. Quédate en el campamento, reserva a tus sol-
dados y permítenos ocupar la fuente que brota al pie del monte,
13 porque de ahí sacan el agua los de Betulia. Así, cuando la sed acabe
con ellos, entregarán la ciudad. Nosotros subiremos con nuestros
soldados a la cumbre de los montes cercanos y acamparemos allí,
14 para impedir que salga nadie de la ciudad. Se consumirán de ham-
bre, con sus mujeres y niños. Antes de que los toque la espada cae-

15 rán tendidos en las calles de la ciudad, y así les pagarás su rebelión,
cuando no quisieron salir a tu encuentro en son de paz.
16 La propuesta le gustó a Holofernes y a sus ayudantes. Ordenó
17 que aquel plan se llevara a efecto, y los amonitas emprendieron la
marcha con cinco mil asirios; acamparon en el valle y ocuparon los
manantiales y las fuentes de los israelitas.
18 Los edomitas y amonitas subieron a la sierra, acamparon frente
a Dotán y mandaron destacamentos hacia el sur y al este, frente a
Egrebel, cerca de Cus, sobre el torrente Mocmur. El grueso del
ejército asirio acampó en la llanura, cubriendo todo el suelo. Sus
tiendas y bagajes formaban un campamento de una extensión enor-
me, porque eran una multitud inmensa.
19 Al verse cercados por el enemigo, sin posibilidad de escapar, los
israelitas se desanimaron, y gritaron al Señor, su Dios.
20 El ejército asirio —infantería, caballería y carros— mantuvo el
cerco treinta y cuatro días. Los vecinos de Betulia gastaron el agua
21 de las tinajas; los aljibes se agotaron, y ya ni un solo día podían
22 beber agua hasta saciarse, porque estaba racionada. Los niños esta-
ban macilentos, las mujeres y los jóvenes desfallecían de sed y caían
por las calles y junto a las puertas de la ciudad completamente
exhaustos.
23 Hasta que un buen día todos, jóvenes, mujeres y niños, se amo-
tinaron contra Ozías y los jefes de la ciudad, vociferando contra
los senadores:
24 —Que Dios sea nuestro juez, porque nos habéis causado un per-
25 juicio grave al no querer negociar la paz con los asirios. Ahora ya
no hay quien nos ayude. Dios nos ha vendido a los asirios para que
26 sucumbamos ante ellos, muriendo atrozmente de sed. Llamadlos
y entregad la ciudad entera al pillaje de todo el ejército de Holo-
27 fernes. Nos tiene más cuenta que nos saqueen: seremos sus escla-
vos, pero salvaremos la vida, y no veremos con nuestros ojos morir
a nuestros niños, ni expirar a nuestras mujeres y nuestros hijos.
28 Si no lo hacéis hoy mismo, invocamos por testigos contra vosotros
al cielo y la tierra y a nuestro Dios, Señor de nuestros padres, que
nos castiga como merecen nuestros pecados y los de nuestros padres.
29 Entonces se levantó de la asamblea un lamento unánime, y gri-
taron al Señor a voz en cuello.
30 Ozías les dijo:
—Tened confianza, hermanos. Vamos a resistir otros cinco días,
y en ese plazo el Señor, Dios nuestro, se compadecerá de nosotros.
31 ¡Porque no nos va a abandonar hasta el fin! Si pasados los cinco
días no hemos recibido ayuda, haré lo que habéis dicho.
32 Disolvió la reunión, cada uno a su puesto: los hombres subieron
a las murallas y torres de la ciudad, y mandaron a casa a las muje-
res y niños. Entre la población cundía el desánimo.

La mujer valiente

8 Entonces se enteró Judit, hija de Merarí, hijo de Ox, de José, de
Uziel, de Jelcías, de Ananías, de Gedeón, de Rafaín, de Ajitob,
de Elías, de Jelcías, de Eliab, de Natanael, de Salamiel, de Suri-
saday, de Simeón, de Israel.

2 Su marido, Manasés, de su tribu y parentela, había fallecido du-
3 rante la siega de la cebada: cuando atendía a los que agavillaban
en el campo cogió una insolación; cayó en cama y murió en Betulia,
su ciudad; lo enterraron en la sepultura familiar, en su finca, entre
Dotán y Balamón.
4-5 Judit llevaba ya viuda tres años y cuatro meses. Vivía en su casa,
en una habitación que se había preparado en la azotea; ceñía un
6 sayal y vestía de luto. Desde que enviudó ayunaba diariamente,
excepto los sábados y sus vísperas, el primero y el último día del
7 mes y las fiestas de guardar en Israel. Era muy bella y atractiva.
Su marido, Manasés, le había dejado oro y plata, criados y criadas,
8 rebaños y tierras, y ella vivía de ello. Era muy religiosa, y nadie
podía reprocharle lo más mínimo.
9 Cuando se enteró de que la gente, desalentada por la falta de
agua, había protestado contra el gobernador, y que Ozías les había
10 jurado entregar la ciudad a los asirios pasados cinco días, Judit
mandó a su ama de llaves a llamar a Cabris y Carmis, concejales de
11 la ciudad, y cuando se presentaron les dijo:
—Escuchadme, jefes de la población de Betulia. Ha sido un error
eso que habéis dicho hoy a la gente, obligándoos ante Dios, con
juramento, a entregar la ciudad al enemigo si el Señor no os manda
12 ayuda dentro de este plazo. Vamos a ver: ¿quiénes sois vosotros
para tentar hoy a Dios y poneros públicamente por encima de él?
13 ¡Habéis puesto a prueba al Señor todopoderoso, vosotros, que nun-
14 ca entenderéis nada! Si sois incapaces de sondear la profundidad
del corazón humano y de rastrear sus pensamientos, ¿cómo vais a
escrutar a Dios, creador de todo, conocer su mente, entender su
pensamiento? No, hermanos, no enojéis al Señor, nuestro Dios.
15 Porque aunque no piense socorrernos en estos cinco días, tiene po-
der para protegernos el día que quiera, lo mismo que para aniqui-
16 larnos ante el enemigo. No exijáis garantías a los planes del Señor,
nuestro Dios, que a Dios no se le intimida como a un hombre ni
17 se regatea con él como con un ser humano. Por tanto, mientras
aguardamos su salvación, imploremos su ayuda, y si le parece bien,
18 escuchará nuestras voces. Pues, en nuestro tiempo, y hoy mismo,
no ha habido tribu alguna, ni familia, pueblo o ciudad que haya
adorado a dioses hechos por manos humanas, como ocurría antaño,
19 y por eso nuestros antepasados fueron entregados a la espada y al
saqueo, y sucumbieron de mala manera ante nuestros enemigos.
20 Nosotros, en cambio, no reconocemos otro Dios fuera de él. Por
eso esperamos que no nos desprecie ni desatienda a nuestra raza.
21 Porque si caemos nosotros, caerá toda Judea, nuestro templo será
22 saqueado y esa profanación la pagaremos con nuestra sangre; en las
naciones donde estemos como esclavos seremos responsables de la
muerte de nuestros compatriotas, de la deportación de la gente del
país y de la desolación de nuestra heredad. Y seremos la irrisión y la
23 burla de quienes nos compren, porque nuestra esclavitud no aca-
bará bien, sino que el Señor, Dios nuestro, la aprovechará para
24 deshonrarnos. Así que, hermanos, demos ejemplo a nuestros com-
patriotas; que su vida depende de nosotros, y en nosotros se basa
25 la seguridad del santuario, del templo y del altar. Demos gracias al
Señor, Dios nuestro, por todo esto, pues nos pone a prueba como

26 a nuestros antepasados. Recordad lo que hizo con Abrahán, cómo
probó a Isaac y lo que le pasó a Jacob en Mesopotamia de Siria
27 cuando guardaba los rebaños de su tío materno Labán. Dios no nos
trata como a ellos, que los purificó con el fuego para aquilatar su
lealtad; no nos castiga; es que el Señor, como advertencia, azota a
sus fieles.
28 Entonces Ozías le dijo:
—Todo lo que has dicho es muy sensato, y nadie te va a llevar
29 la contraria, porque no hemos descubierto hoy tu prudencia; desde
30 pequeña conocen todos tu inteligencia y tu buen corazón. Pero es
que la gente se moría de sed y nos forzaron a hacer lo que dijimos,
31 comprometiéndonos con un juramento irrevocable. Tú, que eres
una mujer piadosa, reza por nosotros, para que el Señor mande la
lluvia, se nos llenen los aljibes y no perezcamos.
32 Judit les dijo:
—Escuchadme. Voy a hacer una cosa que se comentará de gene-
33 ración en generación entre la gente de nuestra raza. Esta noche os
ponéis junto a las puertas. Yo saldré con mi ama de llaves, y en el
plazo señalado para entregar la ciudad al enemigo, el Señor socorre-
34 rá a Israel por mi medio. Pero no intentéis averiguar lo que voy a
hacer, porque no os lo diré hasta que lo cumpla.
35 Ozías y los jefes le dijeron:
—Vete en paz. Que Dios te guíe para que puedas vengarte de
nuestro enemigo.
36 Luego salieron de la habitación y cada uno se fue a su puesto.

Oración de Judit

9 Era el momento en que acababan de ofrecer en el templo de Je-
rusalén el incienso vespertino. Judit se echó ceniza en la cabeza,
y postrada en tierra, se descubrió el sayal que llevaba a la cintura
y gritó al Señor con todas sus fuerzas:
2 «Señor, Dios de mi padre Simeón,
al que pusiste una espada en la mano
para vengarse de los extranjeros
que desfloraron vergonzosamente a una doncella,
la desnudaron para violentarla
y profanaron su seno deshonrándola.
Aunque tú habías dicho: 'No hagáis eso', lo hicieron.
3 Por eso entregaste sus jefes a la matanza,
y su lecho, envilecido por su engaño,
con engaño quedó ensangrentado:
heriste a esclavos con amos, y a los amos en sus tronos,
4 entregaste sus mujeres al pillaje, sus hijas a la cautividad;
sus despojos fueron presa de tus hijos queridos,
que, encendidos por tu celo,
y horrorizados por la mancha inferida a su sangre,
te habían pedido auxilio.
¡Dios, Dios mío, escucha a esta viuda!
5 Tú hiciste aquello, y lo de antes y lo de después.
Tú proyectas el presente y el futuro,

lo que tú quieres, sucede;
6 tus proyectos se presentan y dicen: 'Aquí estamos'.
Pues todos tus caminos están preparados,
y tus designios, previstos de antemano.
7 Ahí están los asirios:
en el apogeo de su fuerza,
orgullosos de sus caballos y jinetes,
jactanciosos por el vigor de su infantería,
seguros de sus escudos, lanzas, arcos y hondas;
¡y no saben que tú eres el Señor, que pone fin a la guerra!
8 ¡Tu nombre es «el Señor»!
Quebranta su fuerza con tu poder,
aplasta su dominio con tu cólera.
Porque han decidido profanar tu templo,
manchar la tienda donde reside tu nombre glorioso,
echar abajo con el hierro los salientes de tu altar.
9 Mira su soberbia, descarga tu ira sobre sus cabezas,
ayuda a esta viuda a realizar la hazaña que ha pensado.
10 Por mi lengua seductora
hiere a esclavos con amos, al señor con el siervo;
quebranta su arrogancia a manos de una mujer.
11 Tu poder no está en el número ni tu imperio en los guerreros;
eres Dios de los humildes, socorredor de los pequeños,
protector de los débiles, defensor de los desanimados,
salvador de los desesperados.
12 Sí, sí, Dios de mi padre,
Dios de la heredad de Israel, dueño de cielo y tierra,
creador de las aguas, rey de toda la creación,
escucha mi súplica
13 y concédeme hablar seductoramente
para herir de muerte a los que han planeado
una venganza cruel contra tus fieles,
tu santa morada, el monte Sión
y la casa posesión de tus hijos.
14 Haz que todo tu pueblo y todas las tribus
vean y conozcan que tú eres el único Dios,
Dios de toda fuerza y de todo poder,
y que no hay nadie que proteja a la raza israelita fuera de ti».

Judit frente a Holofernes

10 Cuando Judit terminó de suplicar al Dios de Israel, cuando aca-
2 bó sus rezos, se puso en pie, llamó al ama de llaves y bajó a la casa,
3 en la que pasaba los sábados y días de fiesta; se despojó del sayal,
se quitó el vestido de luto, se bañó, se ungió con un perfume in-
tenso, se peinó, se puso una diadema y se vistió la ropa de fiesta
4 que se ponía en vida de su marido, Manasés; se calzó las sandalias,
se puso los collares, las ajorcas, los anillos, los pendientes y todas
sus joyas. Quedó bellísima, capaz de seducir a los hombres que la
5 viesen. Luego entregó a su ama de llaves un odre de vino y una
aceitera; llenó las alforjas con galletas, un pan de frutas secas y
panes puros; empaquetó las provisiones y se las dio al ama.

6 Cuando salían hacia la puerta de Betulia encontraron allí a Ozías,
7 en pie, y a los concejales de la ciudad Cabris y Carmis. Al verla con
aquel semblante transformado, y con otros vestidos, se quedaron
pasmados ante tanta belleza, y le dijeron:
8 —¡Que el Dios de nuestros padres te favorezca y te permita rea-
lizar tus planes para gloria de los israelitas y exaltación de Jeru-
salén!
9 Ella adoró a Dios, y les dijo:
—Ordenad que me abran las puertas de la ciudad para ir a
cumplir vuestros deseos.
Ellos ordenaron a los soldados que le abrieran, como pedía.
10 Así lo hicieron. Judit salió con su criada. Los hombres de la ciu-
dad la siguieron con la vista mientras bajaba el monte, hasta que
cruzó el valle y desapareció.
11 Cuando caminaban derecho por el valle les salió al encuentro
12 una avanzadilla asiria, que les echó el alto:
—¿De qué nación eres, de dónde vienes y adónde vas?
Judit respondió:
—Soy hebrea, y huyo de mi gente porque les falta poco para caer
13 en vuestras manos. Quisiera presentarme a Holofernes, vuestro ge-
neralísimo, para darle informaciones auténticas; le enseñaré el ca-
mino por donde puede pasar y conquistar toda la sierra sin que
caiga uno solo de sus hombres.
14 Mientras la escuchaban, admiraban aquel rostro, que les parecía
un prodigio de belleza, y le dijeron:
15 —Has salvado la vida apresurándote a bajar para presentarte a
nuestro jefe. Ve ahora a su tienda; te escoltarán hasta allá algunos
16 de los nuestros. Y cuando estés ante él, no tengas miedo; dile lo
que nos has dicho, y te tratará bien.
17 Eligieron a cien hombres, que escoltaron a Judit y su ama de
llaves hasta la tienda de Holofernes.
18 Al correrse por las tiendas la noticia de su llegada, se armó un
revuelo por todo el campamento. Y como Judit estaba fuera de la
19 tienda de Holofernes mientras la anunciaban, los soldados la ro-
dearon admirando su hermosura, y por ella, a los israelitas. Comen-
taban:
—No podemos menospreciar a una nación que tiene mujeres tan
bellas. No hay que dejarles ni un solo hombre; los que quedasen
serían capaces de engañar a todo el mundo.
20 Los guardaespaldas de Holofernes y los oficiales salieron e intro-
dujeron a Judit en la tienda.
21 Holofernes estaba reposando en su lecho, bajo un dosel de púr-
22 pura y oro, recamado con esmeraldas y piedras preciosas. Cuando
le dijeron que estaba Judit, salió a la antecámara, precedido de por-
tadores de lámparas de plata.
23 Cuando Judit estuvo frente a Holofernes y sus oficiales, todos
quedaron pasmados ante aquel rostro tan hermoso. Ella se postró
ante él, rostro en tierra; pero los esclavos la levantaron.

Informe de Judit

11 Holofernes le dijo:
—Animo, mujer, no tengas miedo; yo no he hecho nunca daño
a nadie que quiera servir a Nabucodonosor, rey del mundo entero.
2 Incluso si tu gente de la sierra no me hubiese despreciado, yo no
3 blandiría mi lanza contra ellos. Pero ellos se lo han buscado. Bien,
dime por qué te has escapado y te pasas a nosotros. Viniendo has
salvado la vida. Animo, no correrás peligro ni esta noche ni después.
4 Nadie te tratará mal. Nos portaremos bien contigo, como con los
siervos de mi señor, el rey Nabucodonosor.
5 Entonces Judit le dijo:
—Permíteme hablarte, y acoge las palabras de tu esclava. No
6 mentiré esta noche a mi señor. Si haces caso a las palabras de tu
esclava, Dios llevará a buen término tu campaña, no fallarás en tus
7 planes. Pues ¡por vida de Nabucodonosor, rey del mundo entero,
que te ha enviado para poner en orden a todos, y por su Imperio!
Gracias a ti no sólo le servirán los hombres, sino que por tu poder
hasta las fieras, y los rebaños, y las aves del cielo vivirán a dispo-
8 sición de Nabucodonosor y de su casa. Porque hemos oído hablar
de tu sabiduría y tu astucia, y todo el mundo comenta que tú eres
el mejor en todo el Imperio, el consejero más hábil y el estratega
9 más admirado. Ahora bien, nos enteramos del discurso que pro-
nunció Ajior en tu consejo, porque los de Betulia le perdonaron
10 la vida y él les contó todo lo que dijo aquí. Alteza, no deseches su
opinión, tenla presente, porque es exacta: nuestra raza no sufrirá
daño ni las armas podrán someterlos si no pecan contra su Dios.
11 Pero ahora, que mi señor no se sienta rechazado y fracasado, la
muerte se abate sobre ellos: son reos de un pecado con el que irri-
12 tan a su Dios cuando lo cometen. Como han empezado a faltarles
los víveres y a agotárseles el agua, han acordado lanzarse sobre sus
rebaños, han decidido consumir cuanto el Señor en sus leyes les
13 prohibió comer y han resuelto acabar con las primicias del trigo y
los diezmos del vino y del aceite, porción sagrada de los sacerdotes
que ofician ante nuestro Dios en Jerusalén, que ningún laico puede
14 ni tocar. Y como los de Jerusalén ya lo están haciendo, han man-
dado allá una comisión para conseguir del Senado el mismo permi-
15 so; y lo que va a pasar es que, en cuanto les llegue el permiso, lo
usarán, y ese mismo día caerán en tu poder para que los aniquiles.
16 Por eso, en cuanto lo supe, me escapé. Dios me envía para hacer
17 contigo una hazaña que asombrará a cuantos la oigan. Yo soy una
mujer piadosa; día y noche doy culto al Dios del cielo. Ahora, se-
ñor, me gustaría quedarme con vosotros; saldré por las noches
hacia el barranco, para pedirle a Dios que me avise cuando cometan
18 ese pecado. Y entonces vendré a decírtelo; tú saldrás con todo tu
19 ejército y ninguno de ellos te opondrá resistencia. Yo te guiaré a
través de Judea, hasta llegar frente a Jerusalén, y pondré tu trono
en medio de la ciudad. Tú los manejarás como a ovejas sin pastor
y ni un perro gruñirá contra ti. Todo esto lo preveo, me ha sido
anunciado y he sido enviada para comunicártelo.
20 Las palabras de Judit agradaron a Holofernes, y sus oficiales,
admirados de la prudencia de Judit, comentaron:

21 —En toda la tierra, de punta a cabo, no hay una mujer tan bella
y que hable tan bien.
22 Y Holofernes le dijo:
—Dios ha hecho bien enviándote por delante de los tuyos para
darnos a nosotros el poder y destruir a los que despreciaron a mi
23 señor. Eres tan guapa como elocuente. Si haces lo que has dicho,
tu Dios será mi Dios, vivirás en el palacio del rey Nabucodonosor
y serás célebre en todo el mundo.

12 Luego ordenó que la llevaran a donde tenía su vajilla de plata, y
mandó que le sirvieran de su misma comida y de su mismo vino.
2 Pero Judit dijo:
—No los probaré, para no caer en pecado. Yo me he traído mis
provisiones.
3 Holofernes le preguntó:
—Y si se te acaba lo que tienes, ¿de dónde sacamos una comida
igual? Entre nosotros no hay nadie de tu raza.
4 Judit le respondió:
—¡Por tu vida, alteza! No acabaré lo que he traído antes de que
el Señor haya realizado su plan por mi medio.
5 Los oficiales de Holofernes la llevaron a su tienda. Judit durmió
hasta la medianoche, se levantó antes del relevo del amanecer
6 y mandó este recado a Holofernes:
—Señor, ordena que me permitan salir a orar.
7 Holofernes ordenó a los guardias de corps que la dejaran salir.
8 Así pasó Judit tres días en el campamento. Después de lavarse
suplicaba al Señor, Dios de Israel, que dirigiera su plan para exal-
9 tación de su pueblo. Luego, purificada, volvía a su tienda y allí se
quedaba hasta que, a eso del atardecer, le llevaban la comida.

La noche decisiva

10 El cuarto día, Holofernes ofreció un banquete exclusivamente
11 para su personal de servicio, sin invitar a ningún oficial, y dijo al
eunuco Bagoas, que era su mayordomo:
—Vete a ver si convences a esa hebrea que tienes a tu cargo para
12 que venga a comer y beber con nosotros. Porque sería una vergüen-
za no aprovechar la ocasión de acostarme con esa mujer. Si no me
la gano, se va a reír de mí.
13 Bagoas salió de la presencia de Holofernes, entró donde Judit
y le dijo:
—No tenga miedo esta niña bonita de presentarse a mi señor
como huésped de honor, para beber y alegrarse con nosotros, pa-
sando el día como una mujer asiria de las que viven en el palacio
de Nabucodonosor.
14 Judit respondió:
—¿Quién soy yo para contradecir a mi señor? Haré en seguida
lo que le agrade; será para mí un recuerdo feliz hasta el día de mi
muerte.
15 Se levantó para arreglarse. Se vistió y se puso todas sus joyas de
mujer. Su doncella entró delante y le extendió en el suelo, ante

Holofernes, el vellón de lana que le había dado Bagoas para que
se recostase allí a diario mientras comía.
16 Judit entró y se sentó. Al verla, Holofernes se turbó, y le agitó
la pasión con un deseo violento de unirse a ella (desde la primera
17 vez que la vio esperaba la ocasión de seducirla), y le dijo:
—Anda, bebe; alégrate con nosotros.
18 Judit respondió:
—Claro que beberé, señor. Hoy es el día más grande de toda mi
vida.
19 Y comió y bebió ante Holofernes, tomando de lo que le había
preparado su doncella.
20 Holofernes, entusiasmado con ella, bebió muchísimo vino, como
no había bebido en toda su vida.

13 Cuando se hizo tarde, el personal de servicio se retiró en seguida.
Bagoas cerró la tienda por fuera, después de hacer salir a los sir-
vientes. Todos fueron a acostarse, rendidos por lo mucho que ha-
bían bebido.
2 En la tienda quedaron sólo Judit y Holofernes, tumbado en el
lecho, completamente borracho.
3 Judit había ordenado a su doncella que se quedara fuera de la
alcoba y la esperase a la salida como otros días. Había dicho que
saldría para hacer la oración, y había hablado de ello con Bagoas.
4 Cuando salieron todos, sin que quedara en la alcoba nadie, ni
chico ni grande, Judit, de pie junto al lecho de Holofernes, oró
interiormente:
«Señor, Dios todopoderoso,
mira ahora benévolo lo que voy a hacer
para exaltación de Jerusalén.
5 Ha llegado el momento de ayudar a tu heredad
y de cumplir mi plan, hiriendo al enemigo
que se ha levantado contra nosotros».
6 Avanzó hacia la columna del lecho, que quedaba junto a la cabe-
7 za de Holofernes, descolgó el alfanje y, acercándose al lecho, agarró
la melena de Holofernes y oró:
—¡Dame fuerza ahora, Señor, Dios de Israel!
8 Le asestó dos golpes en el cuello con todas sus fuerzas, y le cortó
la cabeza.
9 Luego, haciendo rodar el cuerpo de Holofernes, lo tiró del lecho
y arrancó el dosel de las columnas. Poco después salió, entregó a su
10 ama de llaves la cabeza de Holofernes y el ama la metió en la al-
forja de la comida. Luego salieron las dos juntas para orar, como
acostumbraban. Atravesaron el campamento, rodearon el barranco,
subieron la pendiente de Betulia y llegaron a las puertas de la
ciudad.

La ciudad victoriosa

11 Judit gritó desde lejos a los centinelas:
«¡Abrid, abrid la puerta!
Dios, nuestro Dios, está con nosotros,

demostrando todavía su fuerza en Israel
y su poder contra el enemigo.
¡Acaba de pasar hoy!».
12 Cuando los de la ciudad la oyeron, bajaron en seguida hacia la
13 puerta y convocaron a los concejales. Todos fueron corriendo, chicos
y grandes. Les parecía increíble que llegara Judit. Abrieron la puer-
ta y las recibieron; luego hicieron una gran hoguera para poder ver,
y se arremolinaron en torno a ellas.
14 Judit les dijo gritando:
«¡Alabad a Dios, alabadlo!
Alabad a Dios,
que no ha retirado su misericordia
de la casa de Israel;
que por mi mano ha dado muerte al enemigo
esta misma noche».
15 Y sacando la cabeza guardada en la alforja, la mostró, y dijo:
—Esta es la cabeza de Holofernes, generalísimo del ejército asi-
rio. Este es el dosel bajo el que dormía su borrachera. ¡El Señor lo
16 hirió por mano de una mujer! Vive el Señor, que me protegió en
mi camino; os juro que mi rostro sedujo a Holofernes para su ruina,
pero no me hizo pecar. Mi honor está sin mancha.
17 Todos se quedaron asombrados, y postrándose en adoración a
Dios, dijeron a una voz:
—Bendito eres, Dios nuestro, que has aniquilado hoy a los ene-
migos de tu pueblo.
18 Y Ozías dijo a Judit:
«Que el Altísimo te bendiga, hija,
más que a todas las mujeres de la tierra.
Bendito el Señor, creador de cielo y tierra,
que enderezó tu golpe contra la cabeza del general enemigo.
19 Los que recuerden esta hazaña de Dios
jamás perderán la confianza que tú inspiras.
20 Que el Señor te engrandezca siempre
y te dé prosperidad,
porque no dudaste en exponer tu vida
ante la humillación de nuestra raza,
sino que vengaste nuestra ruina
procediendo con rectitud en presencia de nuestro Dios».
Todos aclamaron:
—¡Así sea, así sea!

La mañana triunfal

14 Entonces Judit les habló:
—Escuchad, hermanos. Tomad esta cabeza y colgadla en las al-
2 menas de la muralla. Y cuando comience a clarear y salga el sol
sobre la tierra, empuñará cada cual sus armas y saldrán de la ciudad
todos los soldados. Poned al frente un jefe, como si fuerais a bajar
3 a la llanura contra las avanzadas asirias, pero no bajéis. Ellos toma-
rán las armas e irán al campamento a despertar a los generales del
ejército asirio: todos irán corriendo a la tienda de Holofernes, y

no lo encontrarán. Entonces les entrará el pánico y huirán ante
4 vosotros. Vosotros, y cuantos viven en territorio israelita, los per-
5 seguiréis para destrozarlos en la retirada. Pero antes llamadme a
Ajior, el amonita, para que vea y reconozca al que se burlaba de
los israelitas y nos lo mandó para que lo matáramos.
6 Fueron a casa de Ozías a buscar a Ajior. Cuando llegó y vio la
cabeza de Holofernes en la mano de un hombre de la asamblea,
7 se desmayó y cayó de bruces. Cuando lo levantaron, se echó a los
pies de Judit, y postrado ante ella, dijo:
—Te bendecirán en todas las tiendas de Judá, y todos los pue-
8 blos que escuchen tu fama temblarán. Ahora cuéntame lo que has
hecho estos días.
En medio de la gente, Judit contó lo que había hecho, desde el
9 día en que marchó hasta aquel momento. Cuando acabó, todos echa-
ron vivas, llenando la ciudad de gritos de júbilo.
10 Ajior, viendo cuanto había hecho el Dios de Israel, creyó plena-
mente en él, se circuncidó y fue admitido en la casa de Israel defi-
nitivamente.
11 Cuando despuntó el día, colgaron de la muralla la cabeza de Ho-
lofernes. Los hombres empuñaron las armas y salieron por escua-
12 drones hacia los accesos de la ciudad. Por su parte, los asirios, al
verlos, lo notificaron a sus jefes, y éstos a los generales, comandan-
13 tes y toda la oficialidad. Cuando llegaron a la tienda de Holofernes,
dijeron al mayordomo:
—Despierta a nuestro jefe, que esos esclavos se han atrevido a
bajar para atacarnos; quieren que los destrocemos por completo.
14 Bagoas entró y golpeó el tapiz de la tienda, suponiendo que Ho-
lofernes dormía con Judit.
15 Como no respondía nadie, apartó las cortinas, entró en la alcoba
y se lo encontró muerto, tirado a la entrada; le habían arrancado
la cabeza.
16 Bagoas pegó un grito, y rasgándose las vestiduras, se echó a llo-
17 rar, sollozando y aullando. Luego fue a la tienda donde se alojaba
Judit, y al no encontrarla, se lanzó sobre la tropa, gritando:
18 —¡Los esclavos nos han traicionado! Una sola mujer hebrea ha
deshonrado a la casa del rey Nabucodonosor. ¡Ahí está Holofernes,
tirado en el suelo y descabezado!
19 Al oírlo, los oficiales asirios se rasgaron los mantos, completa-
mente perturbados. Sus gritos y alaridos resonaron por todo el
campamento.

15 Cuando lo oyeron los soldados que estaban en las tiendas, que-
2 daron espantados ante lo ocurrido. Les entró el pánico, y sin espe-
rar uno al otro, huyeron todos por los caminos de la llanura y de
la sierra, en una desbandada general.
3 Los acampados en la sierra, en torno a Betulia, se dieron tam-
bién a la fuga. Entonces todos los soldados israelitas se lanzaron
4 sobre ellos. Ozías despachó enlaces a Betomastain, Joba, Cola y
por todo Israel, para comunicar lo sucedido y pedir que se lanzasen
todos contra el enemigo y lo destrozasen.
5 Al enterarse los israelitas, todos a una cayeron sobre los asirios,
machacándolos hasta Joba. Se juntaron también los de Jerusalén y

todos los de la sierra, informados de lo ocurrido en el campamento
enemigo. Además, los de Galaad y Galilea los atacaron por los flan-
cos, causándoles grandes pérdidas, hasta más allá de Damasco y su
6 comarca. Los que quedaron en Betulia se lanzaron sobre el campa-
7 mento asirio y lo devastaron, consiguiendo un inmenso botín. Al
volver de la matanza, los israelitas se apoderaron de lo que queda-
ba; incluso la gente de las aldeas y alquerías de la sierra y de la
llanura se llevó muchos despojos; así que hubo un botín enorme.

Acción de gracias

8 El sumo sacerdote, Joaquín, y el Senado israelita de Jerusalén
fueron a contemplar los prodigios de Dios en favor de Israel y a ver
9 y saludar a Judit. Cuando llegaron a su casa, todos a una voz la
felicitaron:

«Tú eres la gloria de Jerusalén,
tú eres el honor de Israel,
tú eres el orgullo de nuestra raza.
10 Con tu mano lo hiciste, bienhechora de Israel,
y Dios se ha complacido.
Que Dios omnipotente te bendiga por siempre jamás».

Y todos aclamaron:
—¡Así sea!

11 El saqueo del campamento duró treinta días. A Judit le asignaron
la tienda de Holofernes con toda su vajilla de plata, los divanes, las
vasijas y el mobiliario. Judit lo recogió y lo cargó en su mula; luego
enganchó los carros y lo fue amontonando todo.
12 Todas las israelitas corrieron a verla y darle la enhorabuena.
13 Algunas organizaron una danza en su honor. Judit cogió ramos y
los repartió a sus compañeras, que se coronaron como ella con ho-
jas de olivo. Judit, a la cabeza de toda la gente, dirigía la danza de
las mujeres. Seguían todos los israelitas, armados, llevando coronas
y cantando himnos.
14 En medio de todos los israelitas, Judit entonó este canto de ac-
ción de gracias, coreado por todo el pueblo:

Himno de Judit

16 «Cantad a mi Dios con panderos, celebrad al Señor con platillos;
con un cántico nuevo invocad y ensalzad su nombre.
2 El Señor es un Dios que pone fin a la guerra;
desde su campamento en medio del pueblo
me libró de las manos de mis perseguidores.
3 De las montañas del norte llegó Asur
con las miríadas de su ejército.
Su muchedumbre obstruyó los torrentes,
su caballería cubrió los valles.
4 Amenazó incendiar mi territorio,
matar a espada a mis muchachos,
estrellar a mis pequeñuelos,

entregar mis niños al pillaje
y mis doncellas para ser raptadas.
5 ¡El Señor omnipotente los frustró por mano de una mujer!
6 No cayó su campeón ante soldados,
ni lo hirieron hijos de titanes,
ni gigantes corpulentos lo vencieron,
sino Judit, hija de Merarí,
lo paralizó con la belleza de su rostro:
7 se quitó su vestido de luto
para levantar a los afligidos de Israel,
se ungió el rostro con perfumes,
8 sujetó sus cabellos con una diadema
y se vistió de lino para seducirlo.
9 Su sandalia cautivó sus ojos, su hermosura esclavizó su alma,
el alfanje le cortó el cuello.
10 Los persas se asustaron de su audacia,
los medos se asombraron de su osadía.
11 Entonces mis humildes lanzaron su alarido, y los atemorizaron;
gritaron mis débiles, y los aterrorizaron;
levantaron la voz, y ellos retrocedieron.
12 Hijos de esclavas los atravesaron,
los hirieron como a hijos de prófugos;
perecieron en el combate de mi Señor.
13 Cantaré a mi Dios un cántico nuevo:
Señor, tú eres grande y glorioso,
admirable en tu fuerza, invencible.
14 Que te sirva toda la creación,
porque lo mandaste y existió,
enviaste tu aliento y la construiste,
nada puede resistir a tu voz.
15 Sacudirán las olas los cimientos de los montes,
las peñas en tu presencia se derretirán como cera,
pero tú serás propicio a tus fieles.
16 Pues poco valen los sacrificios de olor agradable
y nada la grasa de los holocaustos,
pero el que teme al Señor será siempre grande.
17 ¡Ay de los pueblos que atacan a mi raza!
El Señor omnipotente se vengará de ellos el día de la sentencia;
meterá en su carne fuego y gusanos
y llorarán de dolor eternamente».

18 Al llegar a Jerusalén adoraron a Dios, y cuando todos termina-
ron de purificarse, ofrecieron holocaustos, sacrificios voluntarios y
ofrendas votivas.

Conclusión

19 Judit consagró al Señor todo el ajuar de la tienda de Holofernes,
regalo del pueblo, y el dosel que ella había quitado de la tienda.
20 Durante tres meses toda la gente estuvo en fiestas ante el templo
21 de Jerusalén, y Judit se quedó con ellos. Pasado ese tiempo, cada
cual emprendió la marcha hacia su heredad. Judit volvió a Betulia
y siguió administrando su casa. Fue muy célebre en su tiempo por

22 todo el país. Tuvo muchos pretendientes, pero no volvió a casarse
desde que su marido, Manasés, murió y fue a reunirse con los suyos.
23 La fama de Judit fue en aumento. Vivió en casa de su marido hasta
la edad de ciento cinco años. Dejó libre a su ama de llaves. Murió
en Betulia, la enterraron en la sepultura de su marido, Manasés,
24 y los israelitas hicieron duelo siete días. Antes de morir, Judit re-
partió sus bienes entre los parientes de su marido, Manasés, y entre
sus propios parientes.
25 En su tiempo, y después, durante muchos años, nadie volvió a
molestar a los israelitas.

ESTER

INTRODUCCION

El libro de Ester es un relato construido con habilidad y desarrollado con bastante acierto, no exento de las inverosimilitudes, que entonces se aceptaban sin dificultad. El tema y esquema general es un grave peligro del pueblo judío, del que se libra maravillosamente; no hace falta mencionar a Dios para saber quién es el liberador. El desenlace es un juicio histórico, fácilmente atribuible al Juez de la historia. La escenificación en tierra extranjera permite detalles pintorescos y deja más espacio a la ficción. La exaltación del humillado y la intervención decisiva de una mujer son motivos tradicionales, tratados con bastante originalidad.

Los personajes son figuras típicas, sin relieve individual; pero el juego de contrastes les da relieve y anima la trama. Mardoqueo es encarnación de lo mejor de los judíos: sensatez y valor, tenacidad y calma; es un poco la conciencia de los judíos e intenta ser la de los demás.

El relato tiene un marcado carácter sapiencial, enseña parabólicamente: el israelita aprenderá confianza, solidaridad, acción cautelosa; el extranjero puede aprender que los judíos son empleados de fiar, que debe respetar sus costumbres; también pueden escarmentar en la figura de Amán, porque hay alguien más poderoso, que sale por el pueblo judío.

Hay algo en el libro que nos turba, y es la complacencia en la venganza. La caída de Amán se retrata con detalles crueles, la victoria final desborda los presupuestos; los judíos se vengan de sus enemigos, cuentan las víctimas, alargan el plazo de la venganza, ponen gran empeño en recordar ese día. La justicia vindicativa podía cumplirse con moderación. Esta dificultad nos invita a leer el libro como cifra de la crueldad humana, poderosa y derrocada.

Es muy posible que el libro conserve recuerdos de persecuciones y liberaciones de los judíos durante el dominio persa. Esto no quiere decir que el libro sea historia; es más bien una ficción bien ambientada y ejemplar; pudo haber sido escrita en la primera época helenística o durante la persecución de Antíoco IV. El libro se leyó después en zonas y épocas más tranquilas; entonces un autor griego recogió la obra y le añadió elementos para hacer explícita la acción de Dios: sueño y explicación, plegarias, aclaraciones; sustituyó la defensa armada por un edicto de tolerancia para los judíos. Este es el texto griego, que introducimos en el puesto correspondiente de la narración, distinguiéndolo con letra cursiva, con la numeración de la Vulgata. Se puede hacer una primera lectura saltándose dichos pasajes y una segunda incluyéndolos.

11 2 *El año segundo del reinado del emperador Artajerjes, el día
uno de abril, tuvo un sueño Mardoqueo, de Yaír, de Semeí, de*
3 *Quis, benjaminita, un judío que vivía en la ciudad de Susa, funcio-*
4 *nario de la corte, uno de los deportados que Nabucodonosor, rey de
Babilonia, había llevado cautivos desde Jerusalén con Jeconías, rey
de Judá.*
5 *Soñó lo siguiente: una barahúnda de gritos, truenos, un terremo-*
6 *to, tumulto en la tierra. Luego aparecieron dos grandes dragones*
7 *dispuestos al combate; lanzaron un rugido, y al oírlo, todas las na-
ciones se armaron para atacar a la raza de los justos.*
8 *El día quedó oscuro y sombrío. ¡Día de tribulación y angustia,*
9 *calamidades y tumultos! Toda la raza de los justos se asustó, te-*

10 *miendo la ruina, y se dispusieron a morir; pero gritaron al Señor,*
y en respuesta a su clamor, un río enorme y caudaloso surgió como
11 *de una fuentecilla; apareció una luz y salió el sol; los oprimidos se*
crecieron y devoraron a los grandes.
12 *Cuando Mardoqueo despertó, se le había grabado profundamente*
aquel sueño, en el que había visto los planes de Dios, y estuvo
dándole vueltas hasta la noche, intentando descifrarlo.

Asuero y Vasti

1 Era en tiempo del rey Asuero, aquel Asuero cuyo Imperio abar-
caba ciento veintisiete provincias, desde la India hasta Etiopía.
2-3 El año tercero de su reinado, el rey, que residía en la acrópolis
de Susa, ofreció un banquete a todos los generales y oficialidad del
ejército persa y medo, a la nobleza de palacio y a los gobernadores
4 de las provincias, para hacer alarde durante muchos días, ciento
ochenta días, de las riquezas y el esplendor de su reino, de su extra-
ordinario fasto y su grandeza.
5 Pasados aquellos días, el rey ofreció un banquete de siete días a
toda la población de la acrópolis de Susa, chicos y grandes, en la
6 explanada de los jardines del palacio. Había colgaduras de lino blan-
co y púrpura violeta que pendían de columnas de mármol blanco,
sujetas a unas anillas de plata por cordones de lino y púrpura roja.
Y divanes de oro y plata sobre el pavimento de mosaico, hecho de
7 malaquita, mármol blanco y nácar. Había copas de oro para la be-
bida, todas distintas, y vino abundante, ofrecido por el rey con
8 esplendidez regia. La norma para beber era que nadie obligase a
nadie; el rey había ordenado a todos los sirvientes de palacio que
respetaran los deseos de cada uno.
9 Por su parte, la reina Vasti ofreció un banquete a las mujeres
del palacio real de Asuero.
10 El séptimo día, cuando el rey estaba alegre por el vino, ordenó
a Maumán, Bazata, Jarbona, Bagatá, Abgatá, Zetar y Carcás, los
11 siete eunucos adscritos al servicio personal del rey Asuero, que le
trajeran a la reina Vasti con su corona real, para que los generales
12 y el pueblo admirasen su belleza, porque era muy hermosa. Pero
cuando los eunucos le transmitieron la orden del rey, la reina Vasti
13 no quiso ir. El rey tuvo un acceso de ira y montó en cólera; luego
consultó a los letrados —porque los asuntos del rey se solían con-
14 sultar a los expertos en derecho—; mandó que se presentaran Car-
sená, Setar, Admatá, Tarsis, Mares, Marsana y Memucán, los siete
grandes del reino de Persia y Media, que formaban parte del con-
sejo real y ocupaban los primeros puestos en el reino, y les pre-
guntó:
15 —¿Qué sanción hay que imponer a la reina Vasti por no haber
obedecido la orden del rey Asuero, transmitida por los eunucos?
16 Ante el rey y los grandes del reino respondió Memucán:
—La reina Vasti no sólo ha faltado al rey, sino a todos los go-
bernadores y a todos los súbditos que tiene el rey Asuero en las
17 provincias. Porque cuando las mujeres se enteren de lo que ha he-
cho la reina, despreciarán a sus maridos. Dirán: «El rey Asuero

18 mandó que se presentara la reina Vasti, y ella no fue». Hoy mismo,
las mujeres de los príncipes de Persia y Media que oigan lo de la
reina, ¡cómo hablarán a sus maridos! Acabarán despreciándolos y
19 riñendo. Si al rey le parece bien, publique un decreto real, que se
incluirá en la legislación de Persia y Media con carácter irrevocable,
prohibiendo que Vasti se presente al rey Asuero y otorgando el
20 título de reina a otra mejor que ella. Cuando por todo el inmenso
Imperio del rey oigan el decreto real, todas las mujeres honrarán
a sus maridos, nobles o plebeyos.
21 El rey y los príncipes aprobaron la propuesta. El rey hizo lo que
22 había sugerido Memucán: mandó cartas a todas las provincias del
Imperio, a cada una en su escritura y a cada pueblo en su lengua,
ordenando que fuese el marido quien mandase en casa.

Ester, elegida reina

2 Más adelante, cuando se le pasó la cólera, el rey se acordó de
Vasti, de lo que había hecho y lo que él decretó con aquel motivo.
2 Entonces le dijeron los cortesanos:
3 —Que le busquen al rey muchachas solteras guapas. El rey pue-
de nombrar comisarios en todas las provincias del Imperio para que
reúnan a todas las muchachas en el harén de la acrópolis de Susa,
bajo el mando de Hegeo, eunuco real guardián de las mujeres, que
4 les dará cremas de tocador, y la muchacha que más le guste al rey
sustituirá a la reina Vasti.
Al rey le agradó la propuesta, y fue lo que se hizo.
5 En la acrópolis de Susa vivía un judío llamado Mardoqueo, hijo
6 de Yaír, de Semeí, de Quis, benjaminita, que había sido deportado
desde Jerusalén con Jeconías, rey de Judá, entre los cautivos que
7 se llevó Nabucodonosor, rey de Babilonia. Mardoqueo había criado
a Edisa, es decir, Ester, prima suya, huérfana de padre y madre.
La muchacha era muy guapa y atractiva, y al morir sus padres,
Mardoqueo la adoptó por hija.
8 Cuando se promulgó el decreto real, llevaron a muchas chicas a
la acrópolis de Susa, bajo las órdenes de Hegeo, y llevaron también
a Ester a palacio y se la encomendaron a Hegeo, guardián de las
mujeres.
9 A Hegeo le gustó la muchacha, y como le agradó le dio inmedia-
tamente las cremas de tocador y los alimentos y le asignó siete
esclavas, escogidas del palacio real; después la trasladó, con sus es-
clavas, a un apartamento mejor dentro del harén.
10 Ester no dijo de qué raza ni de qué familia era, porque Mardo-
queo se lo había prohibido.
11 Mardoqueo paseaba diariamente ante el atrio del harén para en-
terarse de cómo iba Ester y cómo la trataban.
12 Cada muchacha se preparaba durante doce meses, según el regla-
mento de las mujeres —es lo que duraba el tratamiento de belleza:
seis meses a base de aceite de mirra y seis meses con diversos bál-
13 samos y otras cremas femeninas—; después, cuando le llegaba el
turno de presentarse ante el rey Asuero, le daban todo lo que
14 quería llevar consigo del harén al palacio real. Entraba por la tarde,

y a la mañana volvía a un segundo harén, a las órdenes de Sagsegaz,
eunuco real guardián de las concubinas; ya no volvía a presentarse
al rey, a no ser que el rey la desease y la llamase expresamente.
15 Cuando a Ester, hija de Abijail, tío de Mardoqueo, su padre
adoptivo, le llegó el turno de presentarse al rey, se contentó con lo
que dijo Hegeo, eunuco real, guardián de las mujeres. Ester se ga-
16 naba a cuantos la veían. En el año séptimo del reinado de Asuero,
el mes de enero, o sea, el mes Tebet, llevaron a Ester al palacio real,
17 al rey Asuero, y el rey la prefirió a las otras mujeres, tanto que la
coronó, nombrándola reina en vez de Vasti.
18 Después ofreció un gran banquete, en honor de Ester, a todos
sus generales y oficialidad, ordenó un día de descanso y repartió
regalos con esplendidez regia.
19 Cuando Ester pasó al segundo harén, como las demás muchachas,
20 no dijo de qué raza ni de qué familia era; se lo había encargado
Mardoqueo, a quien obedecía igual que cuando vivía con él. *Mar-
doqueo le había ordenado que temiese a Dios y cumpliese sus man-
damientos como cuando vivía con él. Y Ester no cambió de con-
ducta.*
21 Por entonces, Mardoqueo era funcionario de la corte. Bigtán y
Teres, dos eunucos reales del cuerpo de centinelas, estaban descon-
22 tentos y planeaban un atentado contra el rey Asuero. El plan llegó
a oídos de Mardoqueo; se lo dijo a la reina Ester, y Ester habló
23 al rey por encargo de Mardoqueo. Hecha una investigación, se des-
cubrió la conjura. Los dos eunucos fueron ahorcados, y el suceso se
consignó por escrito en los anales del reino, en presencia del rey.

12 *Mardoqueo vivía en la corte con Gabazá y Zarra, los dos eunu-
2 cos reales centinelas, y oyendo sus conversaciones se enteró de sus
planes, hasta averiguar que preparaban un atentado contra el rey
3 Artajerjes. Mardoqueo informó al rey de todo. El rey interrogó a
4 los dos eunucos; ellos confesaron y fueron ajusticiados. Entonces
el rey mandó escribir este suceso en los anales, y Mardoqueo, por
5 su cuenta, escribió una relación de todo aquello. El rey dio a Mar-
6 doqueo un cargo en la corte y lo recompensó con regalos. Pero
Amán, el de Hamdatá, de Agag, un personaje con mucho prestigio
ante el rey, andaba buscando la manera de perjudicar a Mardoqueo
y a su gente por el asunto de los dos eunucos del rey.*

Amán y Mardoqueo

3 Pasado algún tiempo, el rey Asuero ascendió a Amán, hijo de
Hamdatá, de Agag. Le asignó un trono más alto que el de los mi-
2 nistros colegas suyos. Todos los funcionarios de palacio, según
orden del rey, rendían homenaje a Amán doblando la rodilla, pero
Mardoqueo no le rendía homenaje doblando la rodilla.
3 Los funcionarios de palacio le preguntaron:
—¿Por qué desobedeces la orden del rey?
4 Y como se lo decían día tras día sin que les hiciera caso, lo de-
nunciaron a Amán, por ver si a Mardoqueo le valían sus excusas,
pues les había dicho que era judío.

5 Amán comprobó que Mardoqueo no le rendía homenaje doblan-
6 do la rodilla, y montó en cólera. Pero no se contentó con echar
mano sólo a Mardoqueo; como le habían dicho a qué raza pertene-
cía, pensó aniquilar con él a todos los judíos del Imperio de Asuero.
7 El año doce del reinado de Asuero, el mes primero, o sea, el mes
de abril, se hizo ante Amán el sorteo, llamado «pur», por días y
por meses. La suerte cayó en el mes doce, o sea, el mes de marzo.
8 Amán dijo al rey Asuero:
—Hay una raza aislada, diseminada entre todas las razas de las
provincias de tu Imperio. Tienen leyes diferentes de los demás y
9 no cumplen los decretos reales. Al rey no le conviene tolerarlos.
Si a vuestra majestad le parece bien, decrete su exterminio, y yo
entregaré a la hacienda trescientas toneladas de plata para el tesoro
real.
10 El rey se quitó el anillo del sello y se lo entregó a Amán, hijo de
11 Hamdatá, de Agag, enemigo de los judíos, diciéndole:
—Haz con ellos lo que te parezca, y quédate con el dinero.
12 Los notarios del reino fueron convocados para el día trece del
mes primero. Y tal como ordenó Amán, redactaron un documento
destinado a los sátrapas reales, a los gobernadores de cada una de
las provincias y a los jefes de cada pueblo, a cada provincia en su
escritura y a cada pueblo en su lengua. Estaba escrito en nombre
del rey Asuero y sellado con el sello real.
13 A todas las provincias del Imperio llevaron los correos cartas
ordenando exterminar, matar y aniquilar a todos los judíos, niños
y viejos, chiquillos y mujeres, y saquear sus bienes el mismo día:
el día trece del mes de marzo, o sea, el mes de Adar.

13 *Copia de la carta:
«El emperador Artajerjes a los gobernadores de las ciento veinti-
siete provincias, desde la India hasta Etiopía, y a los jefes de distri-
to bajo sus órdenes:
2 »Jefe de muchas naciones y señor de toda la tierra, procuro no
ensoberbecerme con la arrogancia que da el poder, sino gobernar
siempre equitativa y benévolamente, para que mis súbditos disfru-
ten siempre de una vida sin tormentas. Ofreciendo así una política
humana, y dejando libertad dentro de nuestras fronteras, intento
restablecer la paz tan deseada de todos.
3 »Al consultar a mis consejeros cómo se podría conseguir esto,
Amán, que se distingue por su prudencia, hombre de una dedica-
ción sin igual, de una fidelidad inquebrantable y probada y cuyas
4 prerrogativas siguen a las del rey, nos ha informado de que entre
todos los pueblos de la tierra hay un pueblo hostil, con un régimen
jurídico opuesto al de todas las naciones, que desdeña continua-
mente las órdenes reales, hasta el punto de estorbar nuestra política
irreprochable y recta.
5 »Así, pues, considerando que este pueblo singular, enemigo de
todos y completamente aparte por su legislación, hostil a nuestros
intereses, comete los peores crímenes, hasta el punto de amenazar
la estabilidad de nuestro reinado,
6 »Ordenamos que el día catorce del mes de marzo, el mes de Adar,
del presente año todos los que se os indican en la carta de Amán,*

nuestro jefe de gobierno, que es como nuestro segundo padre, sean
exterminados de raíz, con sus mujeres y niños, por la espada de sus
7 *enemigos, sin compasión ni miramiento alguno, para que, arrojados*
violentamente al sepulcro en un solo día estos enemigos de ayer y
de hoy, nuestra política marche en el futuro con seguridad y orden
perpetuos».

3 14 El texto de la carta, con fuerza de ley para todas y cada una
de las provincias, se haría público a fin de que todos estuviesen pre-
parados para aquel día.
15 Obedeciendo al rey, los correos partieron veloces. El edicto fue
promulgado en la acrópolis de Susa, y mientras el rey y Amán ban-
queteaban, toda Susa quedó consternada.

Ester conjura el peligro

4 Cuando Mardoqueo supo lo que pasaba, se rasgó las vestiduras,
se vistió un sayal, se echó ceniza y salió por la ciudad lanzando gri-
tos de dolor:
—*¡Desaparece un pueblo inocente!*
2 Y llegó hasta la puerta del palacio real, que no podía franquear-
se, llevando un sayal.
3 De provincia en provincia, según se iba publicando el decreto
real, todo era un gran duelo, ayuno, llanto y luto para los judíos;
muchos se acostaron sobre saco y ceniza.
4 Las esclavas y los eunucos de Ester fueron a decírselo, y la reina
quedó consternada; mandó ropa a Mardoqueo para que se vistiera
5 y se quitara el sayal, pero Mardoqueo no la aceptó. Entonces Ester
llamó a Hatac, uno de los eunucos reales al servicio de la reina, y
le mandó ir a Mardoqueo para informarse de lo que pasaba y por
6 qué hacía aquello. Hatac fue a hablar con Mardoqueo, que estaba
7 en la plaza, ante la puerta de palacio. Mardoqueo le comunicó lo
que había pasado: le contó en detalle lo del dinero que Amán ha-
bía prometido ingresar en el tesoro real a cambio del exterminio
8 de los judíos, y le dio una copia del decreto que había sido pro-
mulgado en Susa ordenando el exterminio de los judíos, para que
se la enseñara a Ester y le informara, que mandase a la reina
presentarse al rey intercediendo en favor de los suyos.
15 *Que le dijese:*
2 *«Acuérdate de cuando eras pequeña y yo te daba de comer. El*
3 *virrey Amán ha pedido nuestra muerte. Invoca al Señor, habla al*
rey en favor nuestro, líbranos de la muerte».

4 9-0 Hatac transmitió a Ester la respuesta de Mardoqueo, y Es-
ter le dio este recado para Mardoqueo:
11 —Los funcionarios reales y la gente de las provincias del Impe-
rio saben que, por decreto real, cualquier hombre o mujer que se
presente al rey en el patio interior sin haber sido llamado es reo
de muerte; a no ser que el rey, extendiendo su cetro de oro, le per-
done la vida. Pues bien, hace un mes que el rey no me ha llamado.

12-3 Cuando Mardoqueo recibió la respuesta de Ester, ordenó que le
contestaran:
—No creas que por estar en palacio vas a ser tú la única que
14 quede con vida entre todos los judíos. ¡Ni mucho menos! Si ahora
te niegas a hablar, la liberación y la ayuda les vendrán a los judíos
de otra parte, pero tú y tu familia pereceréis. Quizá has subido al
trono para esta ocasión.
15 Entonces Ester envió esta respuesta a Mardoqueo:
16 —Vete a reunir a todos los judíos que viven en Susa; ayunad por
mí. No comáis ni bebáis durante tres días con sus noches. Yo y mis
esclavas haremos lo mismo, y al acabar me presentaré ante el rey,
incluso contra su orden. Si hay que morir, moriré.
17 Mardoqueo se fue a cumplir las instrucciones de Ester.
13 8 *Y oró así, recordando todas las hazañas del Señor:*
9 *—Señor, Señor, rey y dueño de todo, porque todo está bajo tu*
poder y no hay quien se oponga a tu voluntad de salvar a Israel.
10 *Tú creaste el cielo y la tierra y todas las maravillas que hay bajo el*
11 *cielo, y eres Señor de todo; ni hay, Señor, quien se te pueda oponer.*
12 *Tú lo sabes todo. Si yo me niego a postrarme ante ese soberbio*
Amán, tú sabes bien, Señor, que no lo hago por arrogancia, orgullo
13 *o vanidad; que por salvar a Israel, de buena gana le besaría yo la*
14 *planta del pie. Si me he negado a hacerlo es porque para mí Dios*
está por encima de cualquier hombre. Yo no me postro ante nadie
15 *si no es ante ti, Señor mío; no lo hago por orgullo. Pues bien, Se-*
ñor, Dios rey, Dios de Abrahán, perdona a tu pueblo; porque tra-
man nuestra muerte, han deseado aniquilar tu antigua heredad.
16 *No desprecies la porción que te rescataste del país de Egipto;*
17 *escucha mi súplica, apiádate de tu heredad, cambia nuestro duelo*
en fiesta, para que vivamos celebrando tu nombre, Señor. No hagas
enmudecer la boca de los que te alaban.
18 *Ante la muerte inminente, todos los israelitas gritaban a Dios*
con todas sus fuerzas.
14 *La reina Ester, temiendo el peligro inminente, acudió al Señor.*
2 *Se despojó de sus ropas lujosas y se vistió de luto; en vez de perfu-*
mes refinados, se cubrió la cabeza de ceniza y basura, y se desfiguró
por completo, cubriendo con sus cabellos revueltos aquel cuerpo
3 *que antes se complacía en adornar. Luego rezó así al Señor, Dios*
de Israel:
«Señor mío, único rey nuestro.
Protégeme, que estoy sola
y no tengo otro defensor fuera de ti,
4 *pues yo misma me he expuesto al peligro.*
5 *Desde mi infancia oí, en el seno de mi familia,*
cómo tú, Señor, escogiste a Israel entre las naciones,
a nuestros padres entre todos sus antepasados
para ser tu heredad perpetua,
y les cumpliste lo que habías prometido.
6 *Nosotros hemos pecado contra ti dando culto a otros dioses;*
7 *por eso nos entregaste a nuestros enemigos. ¡Eres justo, Señor!*
8 *Y no les basta nuestro amargo cautiverio,*
sino que se han comprometido con sus ídolos,

9 *jurando invalidar el pacto salido de tus labios,*
haciendo desaparecer tu heredad y enmudecer a los que te alaban,
extinguiendo tu altar y la gloria de tu templo
10 *y abriendo los labios de los gentiles*
para que den gloria a sus ídolos
y veneren eternamente a un rey de carne.
11 *No entregues, Señor, tu cetro a los que no son nada.*
Que no se burlen de nuestra caída.
Vuelve contra ellos sus planes,
que sirva de escarmiento el que empezó a atacarnos.
12 *Atiende, Señor, muéstrate a nosotros en la tribulación,*
y dame valor, Señor, rey de los dioses y señor de poderosos.
13 *Pon en mi boca un discurso acertado*
cuando tenga que hablar al león;
haz que cambie y aborrezca a nuestro enemigo,
para que perezca con todos sus cómplices.
14 *A nosotros líbranos con tu mano,*
y a mí, que no tengo otro auxilio fuera de ti,
protégeme tú, Señor, que lo sabes todo,
15 *y sabes que odio la gloria de los impíos,*
que me horroriza el lecho de los incircuncisos
y de cualquier extranjero.
16 *Tú conoces mi peligro. Aborrezco este emblema de grandeza*
que llevo en mi frente cuando aparezco en público.
Lo aborrezco como un harapo inmundo,
y en privado no lo llevo.
17 *Tu sierva no ha comido a la mesa de Amán,*
ni estimado el banquete del rey, ni bebido vino de libaciones.
18 *Desde el día de mi exaltación hasta hoy,*
tu sierva sólo se ha deleitado en ti, Señor, Dios de Abrahán.
19 *¡Oh Dios poderoso sobre todos!*
Escucha el clamor de los desesperados,
líbranos de las manos de los malhechores
y a mí quítame el miedo».

Ester y Asuero

5 Al tercer día, Ester se puso sus vestidos de reina y llegó hasta el
patio interior del palacio, frente al salón del trono. El rey estaba
2 sentado en su trono real, en el salón, frente a la entrada. Cuando
vio a la reina Ester, de pie en el patio, la miró complacido, extendió
hacia ella el cetro de oro que tenía en la mano y Ester se acercó a
tocar el extremo del cetro.

15 4 *Al tercer día, al acabar la oración, Ester se quitó la ropa de*
5 *suplicante y se vistió con todo lujo. Quedó esplendorosa. Luego,*
invocando al Dios y salvador que vela sobre todos, marchó con dos
6 *doncellas, apoyándose suavemente en una con delicada elegancia,*
7 *mientras la otra la acompañaba llevando la cola del vestido.*
8 *Ester iba encendida, radiante de hermosura, con el rostro alegre,*
como una enamorada, pero con el corazón angustiado.

9 *Atravesó todas las puertas, hasta quedar de pie ante el rey. Es-*
taba sentado en su trono real, revestido de todos sus ornamentos
majestuosos, de oro y piedras preciosas. El rey aparecía terrible.
10 *Levantó la cabeza incendiada de gloria y, en la cumbre de su cólera,*
lanzó una mirada. La reina palideció y se apoyó en el hombro de la
11 *doncella, desmayándose. Entonces Dios movió al rey a benevolen-*
cia; se inquietó, saltó de su trono y cogió a Ester en sus brazos,
animándola con palabras tranquilizadoras mientras ella volvía en sí:
12-3 *—¿Qué pasa, Ester? Soy tu esposo. Animo, no morirás. Nuestra*
14 *orden es sólo para nuestros súbditos. Acércate.*
15 *Puso su cetro de oro sobre el cuello de Ester y la acarició, di-*
ciéndole:
—Háblame.
16 *Ester le dijo:*
—Te vi, señor, como a un ángel de Dios, y me atemoricé ante
17 *tanto esplendor. Porque eres admirable, señor, y tu rostro fascina.*
18-9 *Mientras hablaba, se desmayó. El rey se turbó, y todos los corte-*
sanos intentaban reanimarla.

5 3 El rey le preguntó:
—¿Qué te pasa, reina Ester? Pídemelo, y te daré hasta la mitad
de mi reino.
4 Ester dijo:
—Si le agrada al rey, venga hoy con Amán al banquete que he
preparado en su honor.
5 El rey dijo:
—Avisad en seguida a Amán, que haga lo que quiere Ester.
El rey y Amán fueron al banquete preparado por Ester.
6 Y en medio de los brindis, el rey dijo a Ester:
—Pídeme lo que quieras y te lo doy. Aunque pidas la mitad de
mi reino, la tendrás.
7 Ester respondió:
8 —Mi petición y mi deseo es que si el rey quiere hacerme un fa-
vor, si quiere acceder a mi petición y cumplir mi deseo, venga con
Amán al banquete que voy a prepararle mañana, y entonces le res-
ponderé.
9 Amán salió aquel día alegre y de buen humor; pero cuando vio
que Mardoqueo, a la puerta del palacio real, no se levantaba ni se
10 apartaba, montó en cólera contra Mardoqueo, pero se dominó.
11 Al llegar a casa, llamó a sus amigos y a su mujer, Zares; les habló
del esplendor de sus riquezas, de sus muchos hijos y de cómo el rey
lo había engrandecido ascendiéndolo sobre sus funcionarios y mi-
12 nistros. Y añadió:
—Además, la reina Ester, a ese banquete que ha celebrado, no
ha invitado más que al rey y a mí. Y también estoy invitado con el
13 rey para mañana. Pero todo esto no me satisface mientras siga vien-
do al judío Mardoqueo sentado a la puerta de palacio.
14 Su mujer, Zares, y sus amigos le dijeron:
—Que preparen una horca de veinticinco metros. Por la mañana
le pides al rey que ahorquen allí a Mardoqueo, y luego te vas con-
tento al banquete.
A Amán le gustó la propuesta, y mandó preparar la horca.

Mardoqueo y Amán

6 Aquella noche el rey no lograba conciliar el sueño. Entonces
2 mandó traer el libro de los anales o crónicas. Se los leyeron. Y allí
se contaba cómo Mardoqueo había descubierto a Bigtán y Teres,
los dos eunucos reales centinelas, que habían querido atentar contra
3 el rey Asuero. El rey preguntó:

—¿Qué premio o recompensa se le dio a Mardoqueo por aquello?

Los cortesanos que asistían al rey respondieron:

—No se le dio nada.

4 Entonces el rey preguntó:

—¿Quién hay en el patio?

En aquel momento llegaba Amán al patio exterior de palacio para pedir al rey que ahorcasen a Mardoqueo en la horca que le había preparado.

5 Los cortesanos respondieron:

—En el patio está Amán.

El rey dijo:

—Que entre.

6 Cuando entró Amán, el rey le preguntó:

—¿Qué se puede hacer en favor de uno a quien el rey quiere honrar?

Amán pensó para sus adentros: «Y ¿a quién va a querer honrar
7 el rey si no es a mí?». Así que contestó:

—Que a esa persona a la que el rey quiere honrar le traigan las
8 vestiduras regias que suele llevar el rey, el caballo en el que suele
9 cabalgar el rey y una corona real. La ropa y el caballo se los entre-
garán a un dignatario real que pertenezca a la nobleza, que vista
con esa ropa al hombre a quien el rey quiere honrar y lo pasee a
caballo por la plaza de la ciudad, pregonando ante él: «¡Este es el
trato que se da a quien el rey quiere honrar!».

10 Entonces el rey dijo a Amán:

—Aprisa, coge la ropa y el caballo que has dicho y haz eso con Mardoqueo, el judío funcionario de la corte. No omitas ni un detalle de lo que has dicho.

11 Amán cogió la ropa y el caballo, vistió a Mardoqueo y lo paseó a caballo por la plaza de la ciudad, pregonando ante él:

—¡Este es el trato que se da a quien el rey quiere honrar!

12 Después, mientras Mardoqueo volvía a su puesto en palacio,
13 Amán corría hacia su casa, triste y tapándose la cara. Contó a su
mujer, Zares, y a todos sus amigos lo que había pasado. Zares y sus
sabios le dijeron:

—Si Mardoqueo, ante quien has empezado a caer, es de raza judía, no podrás con él; caerás ante él hasta el fondo. *No podrás defenderte de él porque el Dios vivo está con él.*

14 Estaban todavía hablando con él cuando llegaron los eunucos reales para llevarle en seguida al banquete preparado por Ester.

Hundimiento de Amán

7 1-2 El rey y Amán fueron al banquete con la reina Ester. Aquel segundo día el rey volvió a preguntar a Ester en medio de los brindis:

—Reina Ester, pídeme lo que quieras y te lo doy. Aunque me pidas la mitad de mi reino, la tendrás.

3 La reina Ester respondió:

—Majestad, si quieres hacerme un favor, si te agrada, concédeme
la vida —es mi petición— y la vida de mi pueblo —es mi deseo—.
4 Porque mi pueblo y yo hemos sido vendidos para el exterminio, la
matanza y la destrucción. Si nos hubieran vendido para ser esclavos
o esclavas, me habría callado, ya que esa desgracia no supondría
daño para el rey.

5 El rey preguntó:

—¿Quién es? ¿Dónde está el que intenta hacer eso?

6 Ester respondió:

—¡El adversario y enemigo es ese malvado, Amán!

Amán quedó aterrorizado ante el rey y la reina.

7 Y el rey, en un acceso de ira, se levantó del banquete y salió al jardín de palacio, mientras Amán se quedó para pedir por su vida a la reina Ester, pues comprendió que el rey ya había decidido su ruina.

8 Cuando el rey volvió del jardín de palacio y entró en la sala del banquete, Amán estaba inclinado sobre el diván donde se recostaba Ester, y el rey exclamó:

—¿Y se atreve a violentar a la reina, ante mí, en mi palacio?

9 Nada más decir esto, taparon la cara a Amán, y Harbona, uno de los eunucos del servicio personal del rey, sugirió:

—Precisamente en casa de Amán han instalado una horca de veinticinco metros de alto; la ha preparado Amán para Mardoqueo, que salvó al rey con su denuncia.

El rey ordenó:

—¡Ahorcadlo allí!

10 Ahorcaron a Amán en la horca que había levantado para Mardoqueo, y la cólera del rey se calmó.

Triunfo de los judíos

8 Aquel día el rey Asuero entregó a la reina Ester la casa de Amán,
el enemigo de los judíos; y Mardoqueo fue presentado al rey, que
2 ya sabía por Ester el parentesco que tenía con la reina. El rey se
quitó el anillo que había recuperado de Amán y se lo entregó a
Mardoqueo. Ester confió a Mardoqueo la administración de la casa
de Amán.

3 Ester volvió a hablar al rey. Cayó a sus pies llorando y suplicándole que anulase los planes perversos que Amán había tramado contra los judíos.

4 Cuando el rey extendió hacia Ester el cetro de oro, ella se levan-
5 tó y quedó en pie ante el rey. Luego dijo:

—Si al rey le agrada y quiere hacerme un favor, si mi propuesta le parece bien y si está contento de mí, revoque por escrito la carta

de Amán, hijo de Hamdatá, de Agag, que había mandado extermi-
6 nar a los judíos en las provincias del Imperio. Porque ¿cómo podré
ver la desgracia que se echa sobre mi pueblo, cómo podré ver la
destrucción de mi familia?
7 El rey Asuero dijo entonces a la reina Ester y al judío Mar-
doqueo:
—Ya veis que he dado a Ester la casa de Amán y a él lo han
8 ahorcado por atentar contra los judíos. Vosotros escribid en nombre
del rey lo que os parezca sobre los judíos y selladlo con el sello
real, pues los documentos escritos en nombre del rey y sellados
con su sello son irrevocables.
9 Entonces, el día veintitrés del mes de junio, o sea, el mes de Si-
ván, fueron convocados los notarios del reino, y tal como ordenó
Mardoqueo, se redactó un documento destinado a los judíos, sá-
trapas, gobernadores y jefes de las provincias —ciento veintisiete
provincias, desde la India hasta Etiopía—, a cada provincia en su
escritura y a cada pueblo en su lengua; a los judíos, en su alfabeto
y su lengua.
10 Redactaron un documento en nombre del rey Asuero, lo sellaron
con su sello y despacharon las cartas por correos montados en ca-
ballos velocísimos, pura sangre, de las cuadras reales.
11 En dicho documento el rey concedía a los judíos de todas y cada
una de las ciudades el derecho a reunirse y defenderse, a extermi-
nar, matar y aniquilar a cualquier gente armada de cualquier raza
o provincia que los atacara, incluso a sus mujeres y niños, más el
12 derecho a saquear sus bienes en todas las provincias del rey Asuero,
el mismo día, el trece del mes de marzo, o sea, el mes de Adar.

16 *Copia de la carta:*
«El emperador Artajerjes a los gobernadores de las ciento veinti-
siete provincias, desde la India hasta Etiopía, y a cuantos nos son
leales, ¡salud!
2 *»Considerando que muchos, cuantos más beneficios y más honra*
3 *reciben de sus bienhechores más se ensoberbecen, y no sólo inten-*
tan maltratar a nuestros súbditos, sino que, no pudiendo dominar
su propia arrogancia, conspiran contra sus mismos bienhechores,
4 *borran del corazón humano el sentimiento de gratitud y, más aún,*
ensoberbecidos con los aplausos de los malvados piensan escapar
a la justicia del Dios que siempre lo ve todo y odia a los malos.
5 *»Considerando que con frecuencia muchos constituidos en auto-*
ridad, influidos por los que creían amigos, a quienes confiaron la
marcha de sus asuntos, se han visto envueltos en desgracias irre-
parables y convertidos en cómplices del asesinato de inocentes,
6 *porque la maldad de los amigos, a base de sofismas engañosos, pre-*
valeció sobre la íntegra nobleza de sentimientos de los gobernantes.
7 *Basta con mirar no a las anécdotas que se nos cuentan de la anti-*
güedad, sino delante de nuestros mismos ojos: ¡cuántas maldades
8 *no se han cometido por esa peste de gobernantes indignos! Por lo*
cual procuraremos que en el futuro todos tengan asegurada la tran-
9 *quilidad y la paz en el reino, efectuando los cambios convenientes*
y dictaminando siempre con benevolencia y equidad los asuntos que
se nos presenten.

10 *»Resultando que Amán, de Hamdatá, macedonio —extranjero*
tenía que ser, no de nuestra sangre y nuestra hidalguía—, recibido
11 *por nosotros como amigo, experimentó el trato humano que damos*
a todos los pueblos, hasta el punto de haber sido proclamado
12 *'nuestro padre' y reverenciado por todos como virrey; pero no sa-*
biendo mantenerse en su rango, ha intentado arrebatarnos el poder
13 *y la vida, pues a base de taimados engaños nos pidió la muerte de*
Mardoqueo, nuestro salvador y continuo bienhechor, y la de Ester,
nuestra intachable compañera en el trono, junto con toda su raza
14 *(con estas medidas pensaba dejarnos aislados y pasar el poder de*
manos de los persas a los macedonios).
15 *»Resultando que no hemos comprobado que los judíos, conde-*
16 *nados por este criminal al exterminio, sean malhechores; al contra-*
rio, se rigen por leyes justísimas y son hijos del Altísimo, del gran
Dios vivo, que para bien nuestro y el de nuestros antecesores con-
serva el Imperio con un orden excelente.
17 *»Ordenamos que no habéis de obedecer a la carta enviada por*
18 *Amán, hijo de Hamdatá, porque su autor ha sido ahorcado junto*
a las puertas de Susa, con todos los de su casa (el Señor dominador
de todo le ha dado en seguida la pena que merecía).
19 *»Y que habéis de poner en público copias de esta carta y permi-*
20 *tir a los judíos que sigan libremente sus leyes. Ayudadles además*
a defenderse de quienes los ataquen, ese mismo día trece del mes
21 *de marzo, mes de Adar. Porque ese día trágico para el pueblo elegi-*
do, el Dios dominador, universal, lo ha convertido en día de alegría.
22 *»Por tanto, vosotros, judíos, celebrad con toda solemnidad este*
23 *día señalado entre vuestras fiestas solemnes, para que ahora y en*
el futuro sea un recuerdo de salvación para vosotros y los persas
de buena voluntad y un recuerdo de destrucción para vuestros ene-
migos.
24 *»Toda ciudad o región en general que no actúe conforme a la*
presente orden será devastada sin piedad a hierro y fuego. Ningún
hombre pondrá el pie en ella, y hasta las fieras y las aves la detes-
tarán».

8 13 El texto del documento, con fuerza de ley en todas y cada
una de las provincias, se haría público para que los judíos estuvie-
sen preparados para vengarse de sus enemigos dicho día.
14 A toda prisa, obedeciendo la orden del rey, los correos, montados
en caballos velocísimos, pura sangre, de las cuadras reales, partieron
rápidos. El edicto se promulgó en la acrópolis de Susa.
15 Mardoqueo salió de la presencia del rey con vestiduras regias
color violeta y blanco, una gran corona de oro y un manto de linc
color púrpura. En la ciudad de Susa resonaban gritos de alegría.
16 Para los judíos fue un día luminoso y alegre, gozoso y triunfal.
17 En cada provincia y ciudad adonde llegaba el decreto del rey los
judíos se llenaban de inmensa alegría, y celebraban banquetes y
fiestas. Y muchos gentiles se convirtieron, sobrecogidos ante los
judíos.

9 El día trece del mes de marzo, o sea, el mes de Adar, cuando de-
bía ejecutarse el decreto del rey, el día en que los enemigos de los

judíos esperaban apoderarse de ellos, se volvieron las tornas, y fue-
2 ron los judíos quienes se apoderaron de sus enemigos. Los judíos
se concentraron en sus ciudades, en todas las provincias del rey
Asuero, para atacar a los que habían intentado destruirlos. Nadie
les opuso resistencia, porque la población fue presa del pánico ante
3 los judíos. Los jefes de las provincias, los sátrapas, gobernadores y
funcionarios reales apoyaron a los judíos por miedo a Mardoqueo,
4 porque Mardoqueo tenía un alto cargo en palacio y su fama se
extendía por todas las provincias: Mardoqueo iba aumentando su
poder.
5 Los judíos pasaron a cuchillo a sus enemigos, matándolos y exter-
6 minándolos; hicieron de ellos lo que quisieron. En la acrópolis de
7 Susa exterminaron a quinientos hombres, y también a Parsandatá,
8-9 Dalfón, Aspatá, Poratá, Adalía, Aridatá, Parmastá, Arisay, Ariday
10 y Vaizatá, los diez hijos de Amán, de Hamdatá, enemigo de los
judíos. Pero no cogieron botín.
11 Cuando aquel mismo día comunicaron al rey el número de víc-
12 timas en la acrópolis de Susa, dijo a la reina Ester:
—Sólo en la acrópolis de Susa los judíos han exterminado a quinientos hombres y a los diez hijos de Amán. ¿Qué habrán hecho en las demás provincias del Imperio? Pide lo que quieras, y te lo daré; si deseas algo más, se hará.
13 Ester respondió:
—Si al rey le agrada, que los judíos de Susa puedan prorrogar hasta mañana el cumplimiento del decreto. Y que cuelguen a los diez hijos de Amán.
14 El rey ordenó que se hiciese así: se prorrogó el decreto en Susa
15 y colgaron a los diez hijos de Amán. Así, los judíos de Susa se con-
centraron también el día catorce del mes de Adar. Mataron a otros
trescientos hombres, pero no cogieron botín.
16 Los demás judíos en las provincias del Imperio se concentraron para defenderse, eliminando a sus enemigos; mataron a setenta y cinco mil adversarios, pero no cogieron botín.

Fiesta de «purim»

17 Eso fue el día trece del mes de Adar, y el día catorce descansa-
18 ron, declarándolo día festivo. En cambio, los judíos de Susa se
reunieron los días trece y catorce; el día quince descansaron, de-
19 clarándolo día festivo. Por eso los judíos del campo, los que viven
en las aldeas, celebran como gran día festivo el catorce del mes de
Adar, y se hacen regalos.
20 Mardoqueo puso todo esto por escrito, y mandó cartas a todos
los judíos de todas las provincias del rey Asuero, próximos y leja-
21 nos, encargándoles celebrar anualmente los días catorce y quince
22 del mes de Adar, por ser los días en los cuales los judíos quedaron
libres de sus enemigos y el mes en que se les cambió la tristeza en
alegría y el luto en fiesta. Que los declararan días festivos, que se
hicieran regalos y dieran también a los pobres.
23 Los judíos, que ya habían empezado a hacerlo, aceptaron lo que
24 les escribió Mardoqueo. Pues Amán, hijo de Hamdatá, de Agag, el
enemigo de los judíos, había hecho el sorteo, llamado «pur», para

25 eliminarlos y destruirlos; pero cuando Ester se presentó al rey, el
rey escribió un documento volviendo contra Amán el plan perverso
que había tramado contra los judíos, y lo colgaron en la horca, a él
26 y a sus hijos. Por eso, esos días se llaman «purim», de la palabra
«pur».
Según el texto de aquella carta, y lo que habían presenciado o las
27 noticias que les habían llegado, los judíos ratificaron y se compro-
metieron de forma irrevocable, ellos, sus descendientes y los pro-
sélitos, a celebrar esos dos días anualmente, según aquel documen-
28 to y en aquellas fechas. Esos días, recordados y celebrados de gene-
ración en generación, en cada familia y ciudad, esos días de «purim»
no desaparecerán de entre los judíos, ni su recuerdo perecerá entre
sus descendientes.
29 La reina Ester, hija de Abijail, y el judío Mardoqueo escribieron
urgiendo el cumplimiento de la segunda carta sobre los días de
30 «purim», y enviaron cartas a todos los judíos de las ciento veinti-
31 siete provincias del Imperio de Asuero, saludándolos sinceramente
y ratificando la celebración de esos días de «purim» tal como les
había ordenado el judío Mardoqueo y la reina Ester, y tal como
se habían comprometido ellos mismos y sus descendientes, con
algunas cláusulas sobre ayunos y lamentaciones.
32 Así, el edicto de Ester fijó las normas para celebrar los días de
«purim», y quedó consignado por escrito.

10 El rey Asuero impuso prestaciones personales a los habitantes
2 del continente y de las islas. Para sus victorias militares y la narra-
ción detallada de la dignidad a que el rey elevó a Mardoqueo, véan-
3 se los anales del reino de Media y Persia: «El judío Mardoqueo era
el virrey de Asuero, el primero entre los judíos, querido de sus
4 muchos compatriotas, solícito del bien de su raza, promotor de la
paz para los suyos».
5 *Mardoqueo comentó:*
—Esto viene de Dios. Pues recuerdo el sueño que tuve sobre
6 *esto, y no ha fallado un detalle: la fuentecilla que se convirtió en*
río, la luz, el sol, el agua abundante. Ester es el río: el rey la tomó
7 *por esposa y la hizo reina. Los dos dragones somos Amán y yo.*
8 *Las naciones son las que se aliaron para borrar el nombre judío.*
9 *Nuestra nación, los que gritaban a Dios y se salvaron, es Israel. El*
Señor salvó a su pueblo, el Señor nos sacó de todos estos males.
Dios ha hecho signos y prodigios portentosos, como no ha hecho
10 *entre los gentiles. Por eso señaló dos destinos: uno para el pueblo*
11 *de Dios y otro para los gentiles. Ambos se han cumplido en la hora,*
el momento y el día determinado en la presencia de Dios y ante
12 *todas las naciones. Dios se acordó de su pueblo e hizo justicia a su*
13 *heredad. Por tanto, el pueblo del Señor celebrará siempre esos días*
del mes de Adar, el catorce y el quince, como fiesta religiosa, con
una asambla litúrgica y festejos.

11 *El año cuarto del reinado de Tolomeo y Cleopatra, Dositeo, que decía ser sacerdote y levita, y su hijo Tolomeo trajeron la presente carta de los «purim». Dijeron que era auténtica, traducida por Lisímaco, hijo de Tolomeo, de la comunidad de Jerusalén.*

PROFETAS

Traductores:

ISAIAS - JEREMIAS
LUIS ALONSO SCHÖKEL
JUAN MATEOS

EZEQUIEL
EDUARDO ZURRO
LUIS ALONSO SCHÖKEL

DOCE PROFETAS MENORES
Oseas
EDUARDO ZURRO
LUIS ALONSO SCHÖKEL

Los restantes
LUIS ALONSO SCHÖKEL
con la colaboración de
JOSÉ MARÍA VALVERDE

DANIEL
LUIS ALONSO SCHÖKEL
MANUEL IGLESIAS GONZÁLEZ
JUAN MATEOS

BARUC - CARTA DE JEREMIAS
LUIS ALONSO SCHÖKEL

Introducciones:
LUIS ALONSO SCHÖKEL

ISAIAS

INTRODUCCION

1. *Datos cronológicos*

745 Subida al trono de Asiria de Tiglat Piléser. Reina en Judá Azarías (= Ozías), el rey leproso; y en Israel Menajén.
742 Muere Menajén; le sucede Pecajías.
740 Tiglat Piléser conquista Arpad (Is 10).
739 Muere Azarías; le sucede Yotán. En Israel muere Pecajías; le sucede Pécaj. Vocación de Isaías (Is 6).
738 Tiglat Piléser conquista Calno (= Kullani) (Is 10); comienza las expediciones contra Media, Urartu, Filistea.
734 Muere Yotán; le sucede Acaz. Comienza la guerra siro-efraimítica: Damasco e Israel contra Judá (Is 7).
733 Nace Ezequías.
732 Tiglat Piléser conquista Damasco.
731 Muere Pécaj; le sucede Oseas.
729 Tiglat Piléser se proclama rey de Babilonia, con el nombre Pul.
728-727 Muere Acaz; le sucede Ezequías, niño de cinco años. Muere Tiglat Piléser; le sucede Salmanasar V (Is 14,28).
726 Durante la regencia comienza la reforma religiosa y política en Judá.
724 Salmanasar V comienza el sitio de Samaría.
722 Conquista de Samaría; deportación. Muere Salmanasar V; le sucede Sargón II.
721 Ocupa el trono de Babilonia Marduc-Baladán.
720 Samaría con Jamat se rebelan: nueva deportación de samaritanos. Sargón lucha contra Elam.
713 Enfermedad de Ezequías (Is 38).
712 Marduc-Baladán envía una embajada a Ezequías (Is 39). Sargón II ataca el reino filisteo de Asdod; en Judá ocupa la plaza fuerte de Azeca (Is 20).
710 Sargón II expulsa de Babilonia a Marduc-Baladán y se proclama rey.
705 Muere en campaña Sargón II; le sucede Senaquerib.
703 Ezequías viola el juramento de fidelidad prestado al rey de Asiria.
701 Senaquerib invade Judá, pone sitio a Jerusalén, se retira (Is 37).
698 Muere Ezequías; le sucede Manasés.

2. *El libro de Isaías*

Con el nombre de Isaías se ha transmitido una colección profética en la que han participado varias manos. Una división mayor distingue tres bloques: Isaías I, 1-39; Isaías II, «Libro de la Consolación», 40-55; Isaías III, 56-66.

El primer bloque contiene mucho material del profeta Isaías; 7-12, «Libro de Emanuel», correspondiente al tiempo de la guerra siro-efraimítica; 13-23, libro de los oráculos contra las naciones; 24-27, «escatología» de un autor posexílico; 28-33, oráculos de diversa época; 34-35, sección intercalada, Isaías II; 36-39, capítulos narrativos.

Aparte las dos adiciones globales 24-27 y 34-35, casi todas las secciones indicadas contienen oráculos posteriores: por ejemplo, 2,2-5; 11,10-16 y 12; 13 y 14 y 21, contra Babilonia; 19,16-25, sobre la conversión de Egipto; 33.

3. *El profeta Isaías*

Nació hacia el 760, recibió la vocación profética el 739, vivió una época agitada y decisiva, con la destrucción del reino septentrional y la invasión de Judá por Senaquerib. Es un profeta ligado a la corte: en su profecía resalta el tema dinástico, según las promesas hechas por Dios a David; profecía que, al menos, apunta hacia el mesianismo. Respecto al pueblo, desarrolla la teología del «resto», insiste en la exigencia de vivir por fe. Subraya la santidad de Dios.

Como escritor es el gran poeta clásico: dueño de singular maestría estilística, que le permite variar originalmente un tema. Poeta de buen oído, amante de la brevedad y la concisión, con algunos finales lapidarios. Más que otros profetas parece realizar la distancia clásica entre la experiencia o revelación y la realización literaria: apreciamos en sus poemas una distancia sin indiferencia, sentido constructivo dinámico, pero no apasionado; apenas asoma la emoción a sus poemas. En su predicación al pueblo sabe ser incisivo, con imágenes originales y escuetas, que sacuden por su inmediatez. Su rigor y ajuste de lenguaje hacen difícil la traducción.

ISAIAS I

1 Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén en tiempos de Ozías, de Yotán, de Acaz y de Ezequías, reyes de Judá.

Requisitoria de Dios y confesión del pueblo

2 Oíd, cielos; escucha, tierra; que habla el Señor:
Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí.
3 Conoce el buey a su amo, y el asno el pesebre del dueño;
Israel no conoce, mi pueblo no recapacita.
4 ¡Ay gente pecadora, pueblo cargado de culpas,
raza de malvados, hijos degenerados!
Han abandonado al Señor, despreciado al Santo de Israel.
5 ¿Dónde seguiros hiriendo, si acumuláis delitos?
La cabeza es una llaga, el corazón está agotado,
6 de la planta del pie a la cabeza no queda parte ilesa:
llagas, cardenales, heridas recientes,
no exprimidas ni vendadas, ni aliviadas con ungüento.
7 Vuestra tierra devastada, vuestras ciudades incendiadas,
vuestros campos, ante vosotros, los devoran extranjeros.
¡Desolación como en la catástrofe de Sodoma!
8 Y Sión, la capital, ha quedado como cabaña de viñedo,
como choza de melonar, como ciudad sitiada.
9 Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un resto,
seríamos como Sodoma, nos pareceríamos a Gomorra.

Segunda requisitoria

10 Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma;
escucha la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra.
11 ¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios?
—dice el Señor—.
Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones;
la sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me agrada.
12 ¿Por qué entráis a visitarme?
¿Quién pide algo de vuestras manos cuando pisáis mis atrios?
13 No me traigáis más dones vacíos, más incienso execrable.
Novilunios, sábados, asambleas, no los aguanto.
14 Vuestras solemnidades y fiestas las detesto;
se me han vuelto una carga que no soporto más.
15 Cuando extendéis las manos, cierro los ojos;
aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé.
Vuestras manos están llenas de sangre.
16 Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones.
17 Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien;
buscad el derecho, enderezad al oprimido;
defended al huérfano, proteged a la viuda.
18 Entonces, venid, y litigaremos —dice el Señor—.
Aunque vuestros pecados sean como púrpura,
blanquearán como nieve;
aunque sean rojos como escarlata, quedarán como lana.
19 Si sabéis obedecer, lo sabroso de la tierra comeréis;
20 si rehusáis y os rebeláis, la espada os comerá.
Lo ha dicho el Señor.

La ciudad infiel

21 ¡Cómo se ha vuelto una ramera la Villa Fiel!
Antes llena de derecho, morada de justicia.
22 Tu plata se ha vuelto escoria, tu vino está aguado,
23 tus jefes son bandidos, socios de ladrones:
todos amigos de sobornos, en busca de regalos.
No defienden al huérfano, no se encargan de la causa de la viuda.
24 Oráculo del Señor de los ejércitos, el héroe de Israel:
Tomaré satisfacción de mis adversarios, venganza de mis enemigos.
25 Volveré mi mano contra ti:
te limpiaré de escoria en el crisol, separaré de ti la ganga;
26 te daré jueces como los antiguos, consejeros como los de antaño:
entonces te llamarás Ciudad Justa, Villa Fiel.

Contra los cultos idolátricos

27 Sión será redimida con el derecho, los repatriados con la justicia.
28 Vendrá la ruina para rebeldes y pecadores juntos,
los que abandonan al Señor perecerán.
29 Os avergonzaréis de las encinas que amabais,
os sonrojaréis de los jardines que elegíais.

30 Seréis como una encina con las hojas secas,
como un jardín sin agua.
31 El poderoso será la estopa, su obra será la chispa:
arderán los dos juntos y no habrá quien los apague.

2 Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén:

Sión centro del reino escatológico
(Miq 4,1-3)

2 Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor,
en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas.
Hacia él confluirán las naciones,
3 caminarán pueblos numerosos.
Dirán: Venid, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob:
él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas,
porque de Sión saldrá la ley; de Jerusalén, la palabra del Señor.
4 Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos.
De las espadas forjarán arados; de las lanzas, podaderas.
No alzará la espada pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra.
5 Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor.

Teofanía y juicio de Dios

6 Has desechado a tu pueblo, a la casa de Jacob,
porque está llena de adivinos de oriente,
de agoreros filisteos, y han pactado con extraños.
7 Su país está lleno de plata y oro, y sus tesoros no tienen número;
su país está lleno de caballos, y sus carros no tienen número;
8 su país está lleno de ídolos,
y se postran ante las obras de sus manos, que fabricaron sus dedos.
9 Pues será doblegado el mortal,
será humillado el hombre y no podrá levantarse.
10 Métete en las peñas, escóndete en el polvo,
ante el Señor terrible, ante su majestad sublime.
11 Los ojos orgullosos serán humillados,
será doblegada la arrogancia humana;
sólo el Señor será ensalzado aquel día,
12 que es el día del Señor de los ejércitos:
contra todo lo orgulloso y arrogante,
contra todo lo empinado y engreído,
13 contra todos los cedros del Líbano,
contra todas las encinas de Basán,
14 contra todos los montes elevados,
contra todas las colinas encumbradas,
15 contra todas las altas torres,
contra todas las murallas inexpugnables,
16 contra todas las naves de Tarsis,

contra todos los navíos opulentos:
17 será doblegado el orgullo del mortal,
será humillada la arrogancia del hombre;
18 sólo el Señor será ensalzado aquel día,
y los ídolos pasarán sin remedio.
19 Se meterán en las cuevas de las rocas, en las grietas de la tierra,
ante el Señor terrible, ante su majestad sublime,
cuando se levante aterrando la tierra.
20 Aquel día arrojará el hombre
sus ídolos de plata, sus ídolos de oro
—que se hizo para postrarse ante ellos—,
a los topos y a los murciélagos;
21 y se meterá en las grutas de las rocas
y en las hendiduras de las peñas.
22 Dejad de confiar en el hombre,
que tiene el respiro en la nariz: ¿qué vale?

Anarquía en Jerusalén

3 Mirad que el Señor de los ejércitos
aparta de Jerusalén y de Judá bastón y sustento:
todo sustento de pan, todo sustento de agua;
2 capitán y soldado, juez y profeta, adivino y concejal;
3 alférez y notable, consejero y artesano
y experto en encantamientos.
4 Nombraré jefes a muchachos, los gobernarán chiquillos.
5 Se atacará la gente, unos a otros, un hombre a su prójimo;
se amotinarán muchachos contra ancianos,
plebeyos contra nobles.
6 Un hombre agarra a su hermano en la casa paterna:
«Tienes un manto, sé nuestro jefe, toma el mando de esta ruina».
7 El otro protestará: «No soy médico,
y en mi casa no hay pan ni tengo manto:
no me nombréis jefe del pueblo».
8 Se desmorona Jerusalén, Judá se derrumba:
porque hablaban y actuaban contra el Señor,
rebelándose en presencia de su gloria.
9 Su descaro testimonia contra ellos,
publican sus pecados, no los ocultan:
¡ay de ellos, que se acarrean su desgracia!
10 ¡Dichoso el justo: le irá bien, comerá el fruto de sus acciones!
11 ¡Ay del malvado: le irá mal, le darán la paga de sus obras!
12 Pueblo mío, te oprimen chiquillos, te gobiernan mujeres;
pueblo mío, tus guías te extravían, destruyen tus senderos.
13 El Señor se levanta a juzgar, de pie va a sentenciar a su pueblo.
14 El Señor viene a entablar un pleito
con los jefes y príncipes de su pueblo.
Vosotros devastabais las viñas, tenéis en casa lo robado al pobre.
15 ¿Qué es eso? ¿Trituráis a mi pueblo,
moléis el rostro de los desvalidos?
—oráculo del Señor de los ejércitos—.

Contra el lujo femenino

16 Dice el Señor:
Porque se envanecen las mujeres de Sión,
caminan con el cuello estirado guiñando los ojos,
caminan con paso menudo sonando las ajorcas de los pies:
17 el Señor pegará tiña a la cabeza de las mujeres de Sión,
el Señor desnudará sus vergüenzas.
18 Aquel día arrancará el Señor sus adornos [a]:
19 ajorcas, diademas, medias lunas,
20 pendientes, pulseras, velos,
pañuelos, cadenillas, cinturones, frascos de perfume, amuletos,
21 sortijas y anillos de nariz,
22 trajes, mantos, chales, bolsos,
23 vestidos de gasa y de lino, turbantes y mantillas.
24 Y tendrán: en vez de perfume, podre;
en vez de cinturón, soga; en vez de rizos, calva;
en vez de sedas, saco; en vez de belleza, cicatriz.

Las viudas de Jerusalén

25 Tus hombres caerán a espada; tus soldados, en la guerra;
26 gemirán y harán luto tus puertas, asolada te sentarás en el suelo.

4 Aquel día, siete mujeres agarrarán a un solo hombre,
diciéndole: Comeremos de nuestro pan,
nos vestiremos con nuestra ropa;
danos sólo tu apellido, quita nuestra afrenta.

Restauración escatológica

2 Aquel día, el vástago del Señor será joya y gloria,
fruto del país, honor y ornamento
para los supervivientes de Israel.
3 A los que queden en Sión, a los restantes en Jerusalén,
los llamarán santos: los inscritos en Jerusalén entre los vivos.
4 Cuando lave el Señor la suciedad de las mujeres de Sión
y friegue la sangre dentro de Jerusalén,
con el viento justiciero, con el soplo ardiente,
5 creará el Señor en el templo del Monte Sión y en su asamblea
una nube de día, un humo brillante,
un fuego llameante de noche.
6 Baldaquino y tabernáculo cubrirán su gloria:
serán sombra en la canícula,
reparo en el aguacero, cobijo en el chubasco.

a Algunas traducciones son dudosas.

Canto a la viña

5 Voy a cantar en nombre de mi amigo un canto de amor a su viña:
Mi amigo tenía una viña en fértil collado.
2 La entrecavó, la descantó y plantó buenas cepas;
construyó en medio una atalaya y cavó un lagar.
Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones.
3 Pues ahora, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá,
por favor, sed jueces entre mí y mi viña.
4 ¿Qué más cabía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho?
¿Por qué, esperando que diera uvas, dio agrazones?
5 Pues ahora os diré a vosotros lo que voy a hacer con mi viña:
quitar su valla para que sirva de pasto,
derruir su cerca para que la pisoteen.
6 La dejaré arrasada: no la podarán ni la escardarán,
crecerán zarzas y cardos;
prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella.
7 La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel,
son los hombres de Judá su plantel preferido.
Esperó de ellos derecho, y ahí tenéis: asesinatos;
esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos.

Malaventuras

8 ¡Ay de los que añaden casas a casas y juntan campos con campos,
hasta no dejar sitio, y vivir ellos solos en medio del país!
9 Lo ha jurado el Señor de los ejércitos:
Sus muchas casas serán arrasadas,
sus palacios magníficos quedarán deshabitados,
10 diez yugadas de viña darán un tonel,
una carga de simiente dará una canasta.
11 ¡Ay de los que madrugan en busca de licores,
y hasta el crepúsculo los enciende el vino!
12 Todo son cítaras y arpas,
panderetas y flautas y vino en sus banquetes,
y no atienden a la actividad de Dios
ni se fijan en la obra de su mano.
13 Por eso mi pueblo va deportado cuando menos lo piensa;
sus nobles mueren de hambre, y la plebe se abrasa de sed.
14 El abismo ensancha sus fauces, dilata la boca sin medida:
allá bajan los nobles y la plebe, su tumulto y sus festejos.
15 Será doblegado el mortal, será humillado el hombre,
los ojos arrogantes serán humillados.
16 El Señor de los ejércitos será exaltado al juzgar,
el Dios santo mostrará su santidad en la sentencia.
17 Corderos pastarán como en sus praderas [a],
chivos tascarán en sus ruinas.
18 ¡Ay de los que arrastran así la culpa con cuerdas de bueyes,
y el pecado con sogas de carretas!

a Texto dudoso.

19 Los que dicen: Que se dé prisa,
que apresure su obra, para que la veamos;
que se cumpla en seguida el plan del Santo de Israel,
para que lo comprobemos.
20 ¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal,
que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas,
que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!
21 ¡Ay de los que se tienen por sabios y se creen perspicaces!
22 ¡Ay de los valientes para beber vino
y aguerridos para mezclar licores;
23 de los que por soborno absuelven al culpable
y niegan justicia al inocente! [a]
24 Como la lengua de fuego devora el rastrojo
y la paja se consume en la llama,
su raíz se pudrirá, sus brotes volarán como tamo.
Porque rechazaron la ley del Señor de los ejércitos
y despreciaron la palabra del Santo de Israel.
25 Por eso se inflama la ira del Señor contra su pueblo
y extiende la mano para herirlo.
Tiemblan los montes, yacen los cadáveres
como estiércol por las calles.
Y con todo eso no se aplaca su ira, sigue extendida su mano.

Invasión asiria

26 Izará una enseña para un pueblo remoto,
le silbará hacia el confín de la tierra:
Miradlo llegar veloz y ligero.
27 No hay cansancio, no hay tropiezo,
no se acuesta, no se duerme,
no se desciñe el cinturón de los lomos,
no se desata la correa de las sandalias.
28 Sus saetas están aguzadas y todos los arcos tensos;
las pezuñas de sus caballos son pedernal, y las ruedas, torbellinos.
29 Su rugido es de león, ruge como los cachorros,
gruñe y atrapa la presa, la retiene, y nadie se la arranca.
30 Aquel día bramará contra él como brama el mar.
Mira a la tierra en espesas tinieblas, nubarrones oscurecen la luz.

Vocación de Isaías

6 El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado sobre un
2 trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Y vi se-
rafines en pie junto a él, cada uno con seis alas: con dos alas se
cubrían el rostro, con dos alas se cubrían el cuerpo, con dos alas
3 se cernían. Y se gritaban uno a otro diciendo: ¡Santo, santo, santo,
4 el Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria! Y tembla-
ban los umbrales de las puertas al clamor de su voz, y el templo
5 estaba lleno de humo. Yo dije:

a Puede leerse aquí 10,1-4.

«¡Ay de mí, estoy perdido!
Yo, hombre de labios impuros,
que habito en medio de un pueblo de labios impuros,
he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos».
6 Y voló hacia mí uno de los serafines con un ascua en la mano,
7 que había cogido del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca
y me dijo:
«Mira: esto ha tocado tus labios,
ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado».
8 Entonces escuché la voz del Señor, que decía:
—¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?
Contesté:
—Aquí estoy, mándame.
9 El replicó:
—Vete y di a ese pueblo:
Oíd con vuestros oídos, sin entender;
mirad con vuestros ojos, sin comprender.
10 Embota el corazón de ese pueblo,
endurece su oído, ciega sus ojos:
que sus ojos no vean, que sus oídos no oigan,
que su corazón no entienda,
que no se convierta y sane.
11 Pregunté:
—¿Hasta cuándo, Señor?
Y me contestó:
—Hasta que queden las ciudades sin habitantes,
las casas sin vecinos, los campos desolados.
12 Porque el Señor alejará a los hombres,
y crecerá el abandono en el país.
13 Y si queda en él uno de cada diez,
de nuevo quedará arrasado;
como una encina o un roble,
que al talarlos dejan sólo un tocón.
Este tocón será semilla santa.

LIBRO DE EMANUEL

Primer aviso a Acaz

7 Reinaba en Judá Acaz, hijo de Yotán, hijo de Ozías. Rasín, rey
de Damasco, y Pécaj, hijo de Romelías, rey de Israel, subieron a
Jerusalén para atacarla; pero no lograron conquistarla.
2 Llegó la noticia al heredero de David:
—Los sirios acampan en Efraín.
Y se agitó su corazón y el del pueblo como se agitan los árboles
del bosque con el viento.
3 Entonces el Señor dijo a Isaías:
—Sal al encuentro de Acaz, con tu hijo Sear Yasub [a], hacia el ex-
tremo del canal de la Alberca de Arriba, junto a la Calzada del
4 Batanero, y le dirás: «¡Vigilancia y calma! No temas, no te acobar-
des ante esos dos cabos de tizones humeantes (la ira ardiente de
5 Rasín y los sirios, y del hijo de Romelías). Aunque tramen tu ruina
6 diciendo: Subamos contra Judá, sitiémosla, abramos brecha en ella
7 y nombraremos en ella rey al hijo de Tabeel». Así dice el Señor:
No se cumplirá ni sucederá:
8 Damasco es capital de Siria,
y Rasín, capitán de Damasco;
9 Samaría es capital de Efraín,
y el hijo de Romelías, capitán de Samaría.
8b (Dentro de cinco o seis años,
Efraín, destruido, dejará de ser pueblo).
9b Si no creéis, no subsistiréis.

Segundo aviso: el signo de Emanuel

10 El Señor volvió a hablar a Acaz:
11 —Pide una señal al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en
lo alto del cielo.
12 Respondió Acaz:
—No la pido, no quiero tentar al Señor.
13 Entonces dijo Dios:
—Escucha, heredero de David:
¿No os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios?
14 Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal:
Mirad: la joven está encinta y dará a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Dios-con-nosotros [b].
15 Comerá requesón con miel, hasta que aprenda
a rechazar el mal y a escoger el bien.
16 Antes que aprenda el niño a rechazar el mal y escoger el bien,
quedará abandonada la tierra de los dos reyes que te hacen temer.

Invasión devastadora

17 El Señor hará venir sobre ti, sobre tu pueblo, sobre tu dinastía
días como no se conocieron desde que Efraín se separó de Judá.

a = un resto volverá. *b* = ʿimmanuʾel.

18 Aquel día les silbará el Señor
a los tábanos del confín del delta de Egipto
y a las abejas del país de Asiria,
19 y vendrán y se posarán en masa
en las honduras de las quebradas,
en las hendiduras de las rocas,
en todo matorral, en todo abrevadero.
20 Aquel día le afeitará el Señor
con navaja alquilada al otro lado del Eufrates
la cabeza y el pelo de sus partes,
y le rapará la barba.
21 Aquel día cada uno mantendrá una novilla y dos ovejas,
22 y como abundará la leche, comerán requesón;
sí comerán requesón y miel los que queden en el país.
23 Aquel día, un terreno de mil cepas de a mil monedas
producirá zarzas y cardos.
24 Entrarán por él con arcos y flechas,
porque todo el país será zarzas y cardos;
25 en las laderas escardadas a escarda
no entrarás por miedo a las zarzas y cardos;
serán pasto de vacas, hollado por ovejas.

El hijo de Isaías

8 El Señor me dijo:
—Coge una tabla grande, y escribe con caracteres ordinarios:
«Pronto-al-saqueo, Presto-al-botín».
2 Entonces yo tomé dos testigos fieles: Urías, sacerdote, y Zacarías,
hijo de Baraquías.
3 Me llegué a la profetisa; ella concibió y dio a luz un hijo. El Se-
ñor me dijo:
4 —Ponle por nombre Pronto-al-saqueo, Presto-al-botín. Porque
antes que el niño aprenda a decir «papá, mamá», las riquezas de
Damasco y el despojo de Samaría serán llevadas a presencia del rey
de Asiria.

Invasión

5 El Señor volvió a dirigirme la palabra:
6 Ya que ese pueblo ha despreciado el agua de Siloé, que corre mansa,
por la arrogancia de Rasín y del hijo de Romelías.
7 sabed que el Señor hará subir contra ellos
las aguas del Eufrates, torrenciales e impetuosas:
(el rey de Asiria, con todo su ejército) [a]
remontan las orillas, desbordan las riberas,
8 invaden Judá, rebosan, crecen y alcanzan hasta el cuello.
Y se extenderán sus bordes hasta cubrir la anchura de tu tierra,
¡oh Dios-con-nosotros!

a Probablemente glosa.

Liberación

9 Sabedlo, pueblos, y seréis derrotados; escuchadlo, países lejanos:
armaos, que seréis derrotados; armaos, que seréis derrotados.
10 Haced planes, que fracasarán;
pronunciad amenazas, que no se cumplirán,
porque tenemos a Dios-con-nosotros [a].

El Señor, piedra de tropiezo

11 Así me dijo el Señor, mientras su mano me agarraba y me apar-
taba del camino de este pueblo:
12 No llaméis aliados a los que ese pueblo llama aliados,
no temáis ni os asuste lo que él teme.
13 Al Señor de los ejércitos llamaréis Santo,
él será vuestro temor, él será vuestro terror.
14 El será piedra de tropiezo y roca de precipicio
para las dos casas de Israel,
será lazo y trampa para los habitantes de Jerusalén:
15 tropezarán en ella muchos, caerán, se destrozarán,
se enredarán y quedarán cogidos.

Dios esconde su rostro

16 Guardo el testimonio, sello la instrucción para mis discípulos.
17 Y aguardaré al Señor, que oculta su rostro a la casa de Jacob,
y esperaré en él.
18a Y yo con mis hijos, los que me dio el Señor,
seremos signos y presagios para Israel,
20a como testimonio e instrucción
18b de parte del Señor de los ejércitos, que habita en el Monte Sión.
19 Cierto, os dirán:
Consultad espíritus y adivinos, que susurran y musitan:
¿No consulta un pueblo a sus dioses,
y con los muertos, los asuntos de los vivos?
20b Seguro que os hablarán así.

Días oscuros

21 Vagará afligido y hambriento,
y rabioso de hambre maldecirá a su rey y a su Dios.
22 Volverá la cabeza a lo alto, mirará a la tierra:
encontrará aprieto y oscuridad sin salida,
angustia y tinieblas persistentes,
23 y no habrá salida para la angustiada.

Profecía mesiánica

23b En otro tiempo humilló el país de Zabulón y el país de Neftalí;
ahora ensalzará el camino del mar, al otro lado del Jordán, la Gali-
lea de los gentiles.

a = ʿimmanuʾel.

9 El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz intensa;
habitaban tierra de sombras, y una luz les brilló.
2 Acreciste la alegría, aumentaste el gozo:
se gozan en tu presencia, como gozan al segar,
como se alegran al repartirse el botín.
3 Porque la vara del opresor, el yugo de su carga,
el bastón de su hombro los quebrantaste como el día de Madián.
4 Porque la bota que pisa con estrépito y la capa empapada en sangre
serán combustible, pasto del fuego.
5 Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado:
lleva al hombro el principado, y es su nombre:
Maravilla de Consejero, Dios guerrero,
Padre perpetuo, Príncipe de la paz.
6 Para dilatar el principado, con una paz sin límites,
sobre el trono de David y sobre su reino.
Para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho,
desde ahora y por siempre.
El celo del Señor lo realizará.

La ira del Señor

7 El Señor ha lanzado una amenaza contra Jacob,
y ha caído en Israel;
8 la entenderá el pueblo entero, Efraín y los habitantes de Samaría,
que van diciendo con soberbia y presunción:
9 «Si han caído los ladrillos, construiremos con sillares;
si han derribado el sicómoro, lo sustituiremos con cedro».
10 El Señor alzará al enemigo contra ellos
y azuzará a sus adversarios:
11 a levante, Damasco; a poniente, Filistea;
devorarán a Israel a boca llena.
Y, con todo, no se aplaca su ira,
sigue extendida su mano.
12 Pero el pueblo no se ha vuelto al que lo hería,
no ha buscado al Señor de los ejércitos.
13 El Señor cortará cabeza y cola,
palma y junco en un solo día.
14 (El anciano y el noble son la cabeza;
el profeta, maestro de mentiras, es la cola).
15 Los que guían al pueblo lo extravían,
y los guiados perecen.
16 Por eso el Señor no se apiada de los jóvenes,
no se compadece de huérfanos y viudas;
porque todos son impíos y malvados,
y toda boca profiere infamias.
Y, con todo, no se aplaca su ira,
sigue extendida su mano.
17 La maldad está ardiendo como fuego
que consume zarzas y cardos:
prende en la espesura del bosque,
y se enrosca la altura del humo.

18 Con la ira del Señor arde el país,
y el pueblo es pasto del fuego:
19b uno devora la carne de su prójimo
18b y ninguno perdona a su hermano;
19a destroza a diestra, y sigue con hambre,
devora a siniestra, y no se sacia.
20 Manasés contra Efraín, Efraín contra Manasés,
juntos los dos contra Judá.
21 Y, con todo, no se aplaca su ira,
sigue extendida su mano [a].

Malaventura

10 ¡Ay de los que decretan decretos inicuos,
de los notarios que registran vejaciones,
2 que echan del tribunal al desvalido
y despojan a los pobres de mi pueblo,
que hacen su presa de las viudas
y saquean a los huérfanos!
3 ¿Qué haréis el día de la cuenta,
cuando la tormenta venga de lejos?
¿A quién acudiréis buscando auxilio,
y dónde dejaréis vuestra fortuna?
4 Iréis encorvados con los prisioneros
y caeréis con los que mueren.
Y, con todo, no se aplaca su ira,
sigue extendida su mano.

Asiria, instrumento de Dios

5 ¡Ay Asur, vara de mi ira, bastón de mi furor!
6 Contra una nación impía lo envié,
lo mandé contra el pueblo de mi cólera,
para entrarle a saco y despojarlo,
para hollarlo como barro de las calles.
7 Pero él no pensaba así, no eran éstos los planes de su corazón;
su propósito era aniquilar, exterminar naciones numerosas.
8 Decía: ¿No son mis ministros reyes?
9 ¿No fue Calno como Cárquemis? ¿No fue Jamat como Arpad?
¿No fue Samaría como Damasco?
10 (Como mi mano alcanzó aquellos reinos,
de ídolos e imágenes mayores que los de Jerusalén y Samaría).
11 Lo que hice con Samaría y sus imágenes,
¿no lo voy a hacer con Jerusalén y sus ídolos?
12 (Cuando termine el Señor toda su tarea
en el Monte Sión y en Jerusalén,
castigará el corazón orgulloso del rey de Asiria,
la arrogancia altanera de sus ojos).
13 El decía:
—Con la fuerza de mi mano lo he hecho,
con mi saber, porque soy inteligente.

a Puede leerse aquí 5,24-25.

Cambié las fronteras de las naciones,
saqueé sus tesoros y derribé como un héroe a sus jefes.
14 Mi mano cogió, como un nido, las riquezas de los pueblos;
como quien recoge huevos abandonados, cogí toda su tierra,
y no hubo quien batiese las alas, quien abriese el pico para piar.
15 —¿Se envanece el hacha contra quien la blande?
¿Se gloría la sierra contra quien la maneja?
Como si el bastón manejase a quien lo levanta,
como si la vara alzase a quien no es leño.
16 Por eso, el Señor de los ejércitos
meterá enfermedad en su gordura,
y debajo del hígado le encenderá una fiebre,
como incendio de fuego.

El resto de Israel

17 La luz de Israel se convertirá en fuego; su Santo será llama:
arderá y consumirá sus zarzas y sus cardos en un solo día.
18 El esplendor de su bosque y de su huerto
lo consumirá Dios de médula a corteza, un consumirse de carcoma.
19 Arboles contados quedarán de su bosque,
un niño los podrá numerar.
20 Aquel día, el resto de Israel, los supervivientes de Jacob,
no volverán a apoyarse en su agresor,
sino que se apoyarán sinceramente
en el Señor, el Santo de Israel.
21 Un resto volverá, un resto de Jacob, al Dios guerrero.
22 Aunque fuera tu pueblo, Israel,
como la arena del mar, volverá sólo un resto;
la destrucción decretada rebosa justicia.
23 El Señor va a cumplir en medio del país la destrucción decretada.

Oráculo de liberación

24 Por eso dice el Señor de los ejércitos:
Pueblo mío, que habitas en Sión, no temas a Asiria,
aunque te hiera con la vara
y alce su bastón contra ti, a la manera de Egipto.
25 Porque dentro de muy poco mi ira los consumirá,
mi furor los aniquilará.
26 El Señor de los ejércitos sacudirá contra ellos su látigo,
como cuando hirió a Madián en la Roca del Cuervo,
como cuando alzó su bastón contra el mar,
en el camino de Egipto.
27 Aquel día su carga resbalará de tu hombro,
arrancarán su yugo de tu cuello.

Avance asirio y derrota

28 Sube del lado de Rimón [a], llega hasta Ayat,
atraviesa Migrón, revista las armas en Micmás.

a Corrigiendo el texto.

29 Desfilan por el desfiladero, en Gabá acampan de noche;
temerosa está Rama, Gabá de Saúl escapa.
30 Clama fuerte, Bat-Galín, escúchala, Lais,
contesta, Anatot.
31 Madmená va desbandada, los vecinos de Guebín huyen;
32 un día para hacer alto en Nob,
y ya tiende la mano hacia el Monte Sión,
hacia la colina de Jerusalén.
33 Mirad, el Señor de los ejércitos desgajará el ramaje con el hacha,
derribará los troncos corpulentos, abatirá los ramos altos;
34 cortará con el hierro la espesura del bosque,
y el Líbano caerá con su esplendor.

Paz mesiánica

11 Saldrá un renuevo del tocón de Jesé,
y de su raíz brotará un vástago.
2 Sobre él se posará el espíritu del Señor:
espíritu de prudencia y sabiduría,
espíritu de consejo y valentía,
espíritu de conocimiento y respeto del Señor [a].
3 No juzgará por apariencias ni sentenciará sólo de oídas;
4 juzgará a los pobres con justicia,
con rectitud a los desamparados.
Ejecutará al violento con la vara de su boca,
y al malvado con el aliento de sus labios.
5 La justicia será cinturón de sus lomos
y la lealtad, cinturón de sus caderas.
6 Habitará el lobo con el cordero,
la pantera se tumbará con el cabrito,
el novillo y el león pacerán juntos:
un muchacho pequeño los pastorea.
7 La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas;
el león comerá paja con el buey.
8 El niño jugará en la hura del áspid,
la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente.
9 No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo:
porque está lleno el país de conocimiento del Señor,
como las aguas colman el mar.

Retorno de los desterrados

10 Aquel día la raíz de Jesé se erguirá como enseña de los pueblos:
la buscarán las naciones y será gloriosa su morada.
11 Aquel día el Señor tenderá otra vez su mano
para rescatar al resto de su pueblo:
los que queden en Asiria y Egipto,
en Patros y en Cus y en Elam
y en Senaar y en Jamat y en las islas.

a Una glosa hebrea añade: «se inspirará en el respeto del Señor».

12 Izará una enseña para las naciones,
para reunir a los dispersos de Israel,
y congregará a los desperdigados de Judá
de los cuatro extremos del orbe.
13 Cesará la envidia de Efraín y se acabarán los rencores de Judá:
Efraín no envidiará a Judá, ni Judá tendrá rencor a Efraín.
14 Hombro con hombro marcharán contra Filistea a occidente,
y unidos despojarán a las tribus de oriente:
Edom y Moab caerán en sus manos,
y los hijos de Amón se les someterán.
15 El Señor secará el golfo del mar de Egipto,
y alzará la mano contra el río;
con su soplo potente herirá sus siete canales,
que se pasarán en sandalias.
16 Y habrá una calzada para el resto de su pueblo que quede en Asiria,
como la tuvo Israel cuando subió de Egipto.

Himno

12 Te doy gracias, Señor, porque estabas airado contra mí,
pero ha cesado tu ira y me has consolado.
2 El es mi Dios y salvador: confiaré y no temeré,
porque mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación.
3 Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación.
4 Aquel día diréis:
Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
contad a los pueblos sus hazañas,
proclamad que su nombre es excelso.
5 Tañed para el Señor, que hizo proezas,
anunciadlas a toda la tierra;
6 gritad jubilosos, habitantes de Sión:
«Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel».

ORACULOS CONTRA LAS NACIONES

13 Oráculo contra Babilonia, que recibió el profeta Isaías, hijo de Amós:
2 Sobre un monte pelado izad la enseña,
gritadles con fuerza agitando la mano,
para que entren por las puertas de los príncipes.
3 Yo he dado órdenes a mis consagrados,
he reclutado a los soldados de mi ira, entusiastas de mi honor.
4 Escuchad: tumulto en los montes, como de gran muchedumbre;
escuchad: alboroto de reinos, naciones reunidas.
El Señor de los ejércitos revista su ejército para el combate
5 Van llegando de tierra lejana, del confín del cielo:
el Señor con las armas de su ira, para devastar la tierra.
6 Ululad, que está cerca el día del Señor:
como azote del Todopoderoso llegará.
7 Por eso los brazos desfallecerán,
desmayarán los corazones humanos,
8 espasmos y angustias los agarrarán,
se retorcerán como parturienta.
Unos a otros se mirarán espantados;
rostros febriles, sus rostros.
9 Mirad: llega el día del Señor,
implacable, con cólera e incendio de ira,
para hacer de la tierra una desolación
y exterminar de ella a los pecadores.
10 Los astros del cielo, las constelaciones, no destellan su luz;
se entenebrece el sol al salir, la luna no irradia su luz.
11 Tomaré cuentas al orbe de su maldad,
a los perversos de su crimen.
Terminaré con la soberbia de los insolentes,
el orgullo de los tiranos lo humillaré.
12 Haré a los hombres más escasos que el oro;
a los mortales, más que metal de Ofir.
13 Porque sacudiré el cielo y se moverá la tierra de su sitio.
Por la cólera del Señor, el día del incendio de su ira.
14 Y serán como cierva acosada, como rebaño que nadie congrega:
uno se vuelve a su pueblo, el otro huye a su tierra.
15 Al que alcanzan lo atraviesan,
al que agarran lo matan a espada.
16 Estrellan a los niños ante sus ojos,
saquean sus casas, violan a sus mujeres.
17 Mirad: yo incito contra ellos a los medos,
que no estiman la plata ni les importa el oro:
18 sus arcos acribillan a los jóvenes, no perdonan a los niños,
sus ojos no se apiadan de las criaturas.
19 Quedará Babilonia, la perla de los reinos,
joya y orgullo de los caldeos,
como Sodoma y Gomorra en la catástrofe de Dios.
20 Jamás la habitarán ni la poblarán de generación en generación.
El beduino no acampará allí ni apriscarán los pastores.

21 Apriscarán allí las fieras, los búhos llenarán sus casas,
anidará allí el avestruz y los chivos brincarán;
22 aullarán las hienas en las mansiones
y los chacales en los palacios de placer.
Ya está a punto de llegar su hora, sus días no tardarán.

Vuelta del destierro

14 El Señor se apiadará de Jacob,
volverá a escoger a Israel y a establecerlo en su patria.
Los extranjeros se asociarán a ellos,
se incorporarán a la casa de Jacob.
2 Las poblaciones los irán recogiendo
y los llevarán a su lugar;
la casa de Israel los poseerá
como siervos y siervas en la tierra del Señor.
Cautivarán a sus cautivadores,
dominarán a sus opresores.
3 Y el día en que el Señor te dé reposo de tus penas y temores,
y de la dura esclavitud en que serviste,
4 entonarás este cantar contra el rey de Babilonia:

Sátira contra el rey de Babilonia

5 ¡Cómo ha acabado el tirano, ha acabado su arrogancia!
¡Ha quebrado el Señor el cetro de los malvados,
la vara de los dominadores,
6 al que golpeaba furioso a los pueblos con golpes incesantes
y oprimía iracundo a las naciones con opresión implacable!
7 La tierra entera descansa tranquila,
gritando de júbilo.
8 Hasta los cipreses se alegran de tu suerte, y los cedros del Líbano:
«Desde que yaces no sube el talador contra nosotros».
9 El Abismo en lo profundo se estremece al salir a tu encuentro:
en tu honor despierta a las sombras, a los potentados de la tierra;
levanta de su trono a los reyes de las naciones,
10 y cantan a coro, diciendo:
¡También tú consumido como nosotros, igual a nosotros,
11 abatido al abismo tu fasto y el son de tus arpas!
Por debajo tu lecho son gusanos; tu cobertor, lombrices.
12 ¿Cómo has caído del cielo, lucero hijo de la aurora,
y estás derrumbado por tierra, agresor de naciones?
13 Tú, que decías en tu corazón: «Escalaré los cielos,
por encima de los astros divinos levantaré mi trono,
y me sentaré en el Monte de la Asamblea,
en el vértice del cielo;
14 escalaré la cima de las nubes, me igualaré al Altísimo».
15 ¡Ay, abatido al Abismo, al vértice de la sima!
16 Los que te ven se te quedan mirando, meditan tu suerte:
«¿Es éste el que hacía temblar la tierra y estremecerse los reinos,

17 que dejaba el orbe desierto, arrasaba sus ciudades
y no soltaba a sus prisioneros?».
18 Los reyes de los pueblos descienden a sepulcros de piedra,
todos reposan con gloria, cada cual en su morada.
19 A ti, en cambio, te han arrojado de la tumba,
como carroña asquerosa;
te han cubierto de muertos traspasados a espada,
como a cadáver pisoteado.
20 No te juntarás a ellos en el sepulcro
porque arruinaste tu país, asesinaste a tu pueblo.
21 No se nombrará jamás la estirpe del malvado.
Preparad la matanza de sus hijos por la culpa de su padre:
no sea que se levanten y se adueñen de la tierra
y cubran el orbe de ruinas.
22 Yo me levantaré contra ellos
—oráculo del Señor de los ejércitos—
y extirparé de Babilonia posteridad y apellido, retoño y vástago
—oráculo del Señor—.
23 La convertiré en posesión de erizos, en agua estancada;
la allanaré con el rastrillo de destrucción
—oráculo del Señor de los ejércitos—.

Contra el rey de Asiria

24 El Señor de los ejércitos lo ha jurado:
Lo que he planeado sucederá, lo que he decidido se cumplirá:
25 quebrantaré a Asiria en mi país, la pisotearé en mis montañas;
resbalará de ellos su yugo, su carga resbalará de sus hombros.
26 Este es el plan decidido sobre toda la tierra,
ésta es la mano extendida sobre todos los pueblos.
27 Y si el Señor de los ejércitos decide, ¿quién lo impedirá?
Si su mano está extendida, ¿quién la apartará?

Contra Filistea

28 El año de la muerte del rey Acaz se pronunció este oráculo:
29 No te alegres, Filistea entera,
de que se haya quebrado la vara que te hería;
porque de la raíz de la serpiente saldrá una víbora,
y su fruto será un áspid volador,
30b que hará morir de hambre tu raíz y matará tu resto.
31 Gime, puerta; grita, ciudad; tiembla, Filistea entera,
porque viene una humareda desde el Norte en columnas apretadas.
32 ¿Qué responder al mensajero de esa nación?
Que el Señor fundó Sión
y allí se refugiarán los oprimidos de su pueblo.
30a Los desvalidos pastarán en mis praderas,
y los pobres se echarán seguros.

El luto de Moab

15 Oráculo contra Moab:
La noche que asolaron Ar, sucumbió Moab;
la noche que asolaron Quir, sucumbió Moab.
2 La gente de Dibón sube a las alturas a llorar;
por Nebo y por Madaba está gimiendo Moab,
con las cabezas rapadas y las barbas afeitadas.
3 En las calles, vestidos de sayal, en azoteas y plazas,
todos dan alaridos deshechos en llanto.
4 Se lamentan Jesbón y Elalé, hasta en Yahas se escucha su clamor,
y se estremecen los ijares de Moab, se estremece su respiro.
5 Mi corazón se lamenta por Moab:
sus fugitivos [a] van hacia Soar.
Por la cuesta de Lujit suben llorando,
por la vía de Joronain lanzan gritos desgarradores.
6 Que las aguas de Nimrín se han vuelto áridas:
seco está el césped, marchita la hierba, falta el verdor.
7 Por eso cargan con haberes y provisiones
hacia el Torrente de los Sauces.
8 Que un grito va recorriendo las fronteras de Moab:
hasta Eglain llega su alarido, hasta Ber-Elín llega su grito.
9 Que las aguas de Dimón van llenas de sangre.
Añadiré plagas contra Dimón:
el león contra el resto de Moab,
contra los supervivientes del campo.

Los moabitas se refugian en Judá

16 Enviad reses al soberano del país,
desde la Peña del desierto al Monte Sión.
2 (Como pájaro espantado, nidada dispersa,
van las hijas de Moab por los vados del Arnón).
3 Danos consejo, toma una decisión;
adensa tu sombra como la noche, en pleno mediodía;
esconde a los fugitivos, no descubras al prófugo.
4 Da asilo a los fugitivos de Moab,
sé tú su escondrijo ante el devastador.
Cuando cese la opresión, termine la devastación
y desaparezca el que pisoteaba el país,
5 se fundará en la clemencia un trono:
sobre él se sentará con lealtad, bajo la tienda de David,
un juez celoso del derecho, diestro en la justicia.

Lamentación sobre Moab

6 Nos hemos enterado de la soberbia de Moab,
una soberbia desmedida;
su orgullo, su soberbia, su arrogancia,
¿qué valen sus bravatas?

a Texto dudoso.

7 Y gemirán los moabitas por Moab, todos gemirán.
Por las tortas de Quir-Jaréset, suspirad, sí, afligidos.
8 Languidece la campiña de Jesbón, la viña de Sibmá,
los señores de las gentes aplastaron sus sarmientos:
hasta Jazer llegaban, serpenteaban por el desierto,
sus vástagos se extendían y cruzaban el mar.
9 Por eso lloraré con el llanto de Jazer por la viña de Sibmá;
os regaré con mis lágrimas, Jesbón y Elalé.
Que sobre tu vendimia y cosecha murieron las coplas;
10 se retiraron del huerto el gozo y la alegría.
En las viñas ya no cantan jubilosos,
ya no pisan el vino en el lagar, las coplas enmudecieron.
11 Por eso mis entrañas por Moab vibran como cítara,
y mi pecho por Quir-Jaréset.
12 Un día se verá a Moab fatigarse hacia su altura,
irá con plegarias a su santuario, pero no le valdrá.

Contra Moab

13 Esta es la palabra que en otro tiempo pronunció el Señor contra Moab;
14 pero ahora dice el Señor:
Dentro de tres años, años de jornalero,
será humillada la nobleza de Moab con toda su numerosa plebe,
y los que queden serán pocos, escasos e impotentes.

17 Oráculo contra Damasco:
Mirad: Damasco va a dejar de ser ciudad,
será un montón de escombros.
2 Sus pueblos, abandonados para siempre,
serán para los rebaños, que se tumbarán sin que nadie los espante
3 Efraín va a perder su plaza fuerte y Damasco su poderío,
y al resto de los arameos sucederá
como a la nobleza de Israel
—oráculo del Señor de los ejércitos—.
4 Aquel día la riqueza de Jacob quedará pobre,
y macilenta la gordura de su cuerpo:
5 como el segador abraza la mies y su brazo siega las espigas;
como se espigan los rastrojos del valle de Refaín
6 y queda sólo un rebusco;
como al varear el olivo quedan dos o tres aceitunas
en lo alto de la copa, y cuatro o cinco en las ramas fecundas
—oráculo del Señor, Dios de Israel—.

Fin de la idolatría

7 Aquel día el hombre mirará a su Hacedor,
sus ojos contemplarán al Santo de Israel;
8 y ya no mirará los altares, hechura de sus manos,
ni contemplará las estelas y cipos que fabricaron sus dedos.

Los jardines de Adonis

9 Aquel día tus ciudades fortificadas serán evacuadas,
como las ciudades de los heveos y amorreos ante los israelitas,
y quedarán desiertas.
10 Porque olvidaste a Dios, tu Salvador,
y no te acordaste de tu Roca de refugio.
Plantabas jardines de Adonis e injertabas esquejes extranjeros:
11 el día que lo plantabas, germinaba;
por la mañana el injerto florecía;
pero la cosecha se disipará en un día funesto de dolor incurable.

La marea de los pueblos

12 ¡Ay!, retumbar de muchedumbres,
como retumbar de aguas que retumban;
bramar de pueblos,
como bramar de aguas caudalosas que braman.
13 El les da un grito, y huyen lejos,
empujados como tamo de los montes por el viento,
como vilanos por el vendaval.
14 Al atardecer, ahí está el espanto;
antes que amanezca, ya no existen.
Este es el destino de los que nos saquean,
la suerte de los que nos despojan.

Contra el reino de Cus

18 ¡Ay del país del zumbido de alas, allende los ríos de Cus,
que envía correos por el mar, en canoas de junco sobre las aguas!
2 Corred, mensajeros, ligeros,
al pueblo esbelto de piel bruñida, a la gente temible y remota,
al pueblo nervudo y dominador,
cuya tierra surcan canales.
3 Habitantes del orbe, moradores de la tierra,
al alzarse la enseña en los montes, mirad;
al sonar la trompeta, escuchad;
4 que así me ha dicho el Señor:
Desde mi morada yo contemplo sereno,
como el ardor deslumbrante del día,
como nube de rocío en el bochorno de la siega.
5 Porque antes de la vendimia, cumplida la floración,
cuando la cierna se haya vuelto agraz que madura,
cortará los zarcillos con la podadera,
arrancará y arrojará los sarmientos;
6 y juntos serán abandonados
a los buitres del monte y a las fieras de la tierra:
el buitre veranea sobre ellas,
sobre ellos invernan las fieras de la tierra.
7 Entonces traerá tributo al Señor de los ejércitos

el pueblo esbelto de piel bruñida,
la gente temible y remota, el pueblo nervudo y dominador,
cuya tierra surcan canales:
a la sede del nombre del Señor de los ejércitos,
al Monte Sión.

19 Oráculo contra Egipto:
Mirad al Señor, que montado en una nube ligera
entra en Egipto;
vacilan ante él los ídolos de Egipto,
y el corazón de los egipcios se les derrite en el pecho.
2 Azuzaré egipcios contra egipcios:
peleará uno con su hermano, el otro con su compañero;
ciudad contra ciudad, reino contra reino.
3 El valor de los egipcios se les deshará en el pecho,
y les anularé sus planes.
Consultarán a los ídolos y a los agoreros,
y a los adivinos y a los hechiceros.
4 Entregaré a los egipcios en manos de un amo cruel,
un rey severo los dominará
—oráculo del Señor de los ejércitos—.
5 Se secarán las aguas del mar, el río quedará seco y árido;
6 apestarán los canales,
los arroyos menguarán y se secarán,
se marchitarán cañas y juncos.
7 La hierba de la orilla del Nilo [a]
y los sembrados junto al Nilo se secarán,
barridos por el viento desaparecen.
8 Gimen los pescadores,
se lamentan los que echan el anzuelo en el Nilo,
y los que extienden las redes en el agua desfallecen.
9 Quedan defraudados los que trabajan el lino,
los cardadores y tejedores están pálidos,
10 los amos están consternados,
los jornaleros abatidos.
11 Qué locos los magnates de Tanis;
los sabios aconsejan al Faraón consejos desatinados.
¿Cómo decís al Faraón: soy hijo de sabios,
discípulo de antiguos reyes?
12 ¿Dónde están tus sabios? Que te anuncien, si lo saben,
lo que el Señor de los ejércitos planea contra Egipto.
13 Los magnates de Tanis son necios, e ilusos los magnates de Menfis,
los notables de sus tribus descarrían a Egipto.
14 El Señor ha infundido en sus entrañas un soplo de vértigo:
descarrían a Egipto en todas sus empresas,
como desvaría el borracho vomitando.
15 No le resultará a Egipto empresa que emprenda:
cabeza o cola, palmera o junco.

a Texto dudoso.

Conversión de Egipto y Asiria

16 Aquel día los egipcios serán como mujeres, se asustarán y tem-
blarán ante la mano del Señor de los ejércitos, que él agita contra
ellos.
17 Judea será el espanto de Egipto: sólo mentársela le producirá
terror, por el plan que el Señor de los ejércitos planea contra él.
18 Aquel día habrá en Egipto cinco ciudades que hablarán la lengua
de Canaán y que jurarán por el Señor de los ejércitos; una de ellas
se llamará Ciudad del Sol [a].
19 Aquel día, en medio de Egipto, habrá un altar del Señor, y un
monumento al Señor junto a la frontera.
20 Serán signo y testimonio del Señor de los ejércitos en tierra egip-
cia. Si claman al Señor contra el opresor, él les enviará un salvador
y defensor que los libre.
21 El Señor se manifestará a Egipto, y Egipto aquel día reconocerá
al Señor. Le ofrecerán sacrificios y ofrendas, harán votos al Señor
y los cumplirán.
22 El Señor herirá a Egipto con una plaga y lo curará; ellos volve-
rán al Señor, él los escuchará y los curará.
23 Aquel día habrá una calzada de Egipto a Asiria: Asiria entrará
en Egipto y Egipto en Asiria, y los egipcios con los asirios servirán
a Dios.
24 Aquel día Israel será mediador entre Egipto y Asiria, será ben-
25 dito en medio de la tierra; porque el Señor de los ejércitos lo
bendice diciendo: «¡Bendito mi pueblo, Egipto, y Asiria, obra de
mis manos, e Israel, mi heredad!».

Acción simbólica: contra Egipto y Cus

20 El año en que el general en jefe enviado por Sargón, rey de Asi-
2 ria, llegó a Azoto, la atacó y la conquistó. Entonces el Señor habló
por medio de Isaías, hijo de Amós [antes le había dicho]:
—Anda, desátate el sayal de la cintura, quítate las sandalias de
los pies.
El lo hizo y anduvo desnudo y descalzo.
3 Y dijo el Señor:
—Como mi siervo Isaías ha caminado desnudo y descalzo du-
4 rante tres años, como signo y presagio contra Egipto y Cus, así el
rey de Asiria conducirá a los cautivos de Egipto y a los deportados
de Cus, jóvenes y viejos, descalzos y desnudos, con las nalgas al aire
5 (vergüenza para Egipto). Sentirán miedo y vergüenza por Cus, su
6 confianza, y por Egipto, su orgullo. Y aquel día los habitantes de
esta costa dirán: Ahí tenéis a los que eran nuestra confianza, a los
que acudíamos en busca de auxilio para que nos libraran del rey de
Asiria; pues nosotros, ¿cómo nos salvaremos?

a = Heliópolis.

Caída de Babilonia

21 Oráculo de la marisma:
Como torbellinos que azotan el Négueb,
vienen del desierto, de un país temible.
2 Se me ha manifestado una visión siniestra:
el traidor traicionado, el devastador devastado [a].
¡Adelante, elamitas; al asedio, medos!
Haced callar los gemidos.
3 Al verlo, mis entrañas están con espasmos,
me agarran angustias como angustias de parturienta.
Me agobia el oírlo, me espanta el mirarlo;
4 se me turba la mente, el terror me sobrecoge;
la tarde suspirada se me ha vuelto espanto.
5 ¡Preparad la mesa, extended el mantel, a comer y beber!
En pie, capitanes, engrasad el escudo.
6 Así me ha dicho el Señor:
«Ve y coloca un vigía; lo que vea que lo anuncie.
7 Si ve gente montada, un par de jinetes,
montados en jumentos o montados en camellos,
8 que preste atención, mucha atención, y que grite: lo veo».
Como vigía, Señor, yo mismo estoy de pie toda la jornada,
y en mi centinela yo sigo erguido toda la noche.
9 Mirad: llega gente montada, un par de jinetes,
y anuncian: Ha caído, ha caído Babilonia;
las estatuas de sus dioses yacen destrozadas por tierra.
10 Pueblo mío, trillado en la era,
lo que he escuchado del Señor de los ejércitos,
Dios de Israel, yo te lo anuncio.

11 Oráculo contra Duma:
Uno me grita desde Seír:
Vigía, ¿qué queda de la noche? Vigía, ¿qué queda de la noche?
12 Responde el vigía: Vendrá la mañana y también la noche.
Si queréis preguntar, preguntad, venid otra vez.

13 Oráculo contra Arabia:
En la maleza de la estepa pernoctaréis,
caravanas de Dedán;
14 al encuentro del sediento sacad agua,
habitantes del país de Tema, llevadles pan a los fugitivos,
15 porque van huyendo de la espada, de la espada afilada,
de los arcos tensos, de la lucha encarnizada.

Contra Cadar

16 Así me ha dicho el Señor:
Dentro de un año, año de jornalero,
acabará la nobleza de Cadar,

a Según las vocales hebreas = traiciona... devasta.

17 y quedará de los arqueros de Cadar bien poca cosa
—lo ha dicho el Señor, Dios de Israel—.

Contra Jerusalén

22 Oráculo del Valle de la Visión:
Pero ¿qué te pasa que te subes en masa a las azoteas?
2 Llena de ruido, urbe estridente, ciudad divertida.
Tus caídos no han caído a espada,
no han muerto en combate.
3 Tus jefes desertaron en bloque,
sin disparar el arco cayeron prisioneros;
tus tropas fueron copadas cuando se alejaban huyendo.
4 Por eso digo: Apartaos de mí, lloraré amargamente;
no porfiéis en consolarme de la derrota de mi pueblo.
5 Porque era un día de pánico, de humillación, de desconcierto,
que enviaba el Señor de los ejércitos.
En el Valle de la Visión socavaban los muros,
y subían gritos hacia el monte.
6 Elam se cargaba la aljaba, los jinetes aparejaban los caballos [a],
Quir desnudaba el escudo.
7 Tus valles mejores se llenaban de carros,
los jinetes cargaban contra la puerta,
8 quedaba al descubierto Judá.
Aquel día inspeccionabais el arsenal en el palacio de maderas
9 y descubríais cuántas brechas tenía la ciudad de David;
recogíais el agua del aljibe de abajo,
10 hacíais recuento de las casas de Jerusalén,
demolíais casas para reforzar la muralla;
11 entre los dos muros hicisteis un depósito
para el agua del aljibe viejo.
Pero no os fijabais en el que lo hacía,
ni mirabais al que lo dispuso hace tiempo.
12 El Señor de los ejércitos os invitaba aquel día
a llanto y a luto, a raparos y a ceñir sayal;
13 pero ahora: fiesta y alegría,
a matar vacas, a degollar corderos,
a comer carne, a beber vino,
«a comer y a beber, que mañana moriremos».
14 Me ha revelado al oído el Señor de los ejércitos:
Juro que no se expiará este pecado hasta que muráis
—lo ha dicho el Señor de los ejércitos—.

Contra el mayordomo de palacio

15 Así dice el Señor de los ejércitos:
Anda, ve a ese mayordomo de palacio, a Sobná,
16b que se labra en lo alto un sepulcro
y excava en la piedra una morada:

a Texto dudoso.

16a ¿Qué tienes aquí, a quién tienes aquí,
que te labras aquí un sepulcro?
17 Mira: el Señor te aferrará con fuerza
y te arrojará con violencia,
18 te hará dar vueltas y vueltas como un aro,
sobre la llanura dilatada.
Allí morirás, allí pararán tus carrozas de gala,
baldón de la corte de tu señor.

Nuevo mayordomo

19 Te echaré de tu puesto, te destituiré de tu cargo.
20 Aquel día llamaré a mi siervo, a Eliaquín, hijo de Jelcías:
21 le vestiré tu túnica, le ceñiré tu banda, le daré tus poderes:
será un padre para los habitantes de Jerusalén,
para el pueblo de Judá.
22 Colgaré de su hombro la llave del palacio de David:
lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá.
23 Lo hincaré como un clavo en sitio firme,
dará un trono glorioso a la casa paterna.
24 Colgarán de él los nobles de su familia, vástagos y descendientes,
toda la vajilla menor, de bandejas a cántaros.
25 Aquel día —oráculo del Señor de los ejércitos—
cederá el clavo hincado en sitio firme,
y la carga que colgaba de él se soltará, caerá y se romperá
—lo ha dicho el Señor—.

Contra Tiro y Sidón

23 Oráculo contra Tiro:
Ululad, naves de Tarsis, porque está destruido vuestro puerto.
Al volver de Chipre les dieron la noticia.
2 Enmudeced, habitantes de la costa, mercaderes de Sidón,
que cruzáis el mar y enviáis viajantes por el océano.
3 Sacaban su ganancia del grano de Sijor,
de las cosechas del Nilo, del comercio extranjero.
4 Avergüénzate, Sidón, que habla la fortaleza marina [a]:
«No he dado a luz entre dolores,
no he criado jóvenes ni he sacado adelante muchachas».
5 Cuando Egipto se entere,
se retorcerá por las noticias de Tiro.
6 Volved a Tarsis, ululad, habitantes de la costa.
7 ¿Es ésta vuestra bullanguera ciudad de origen remoto,
cuyos pies la llevaron a colonias lejanas?
8 ¿Quién decretó esto contra ti, la Coronada,
cuyos comerciantes eran príncipes
y sus mercaderes grandes de la tierra?
9 El Señor de los ejércitos lo decretó

a Texto dudoso.

para abatir el orgullo de los príncipes
y humillar a los grandes de la tierra.
10 Vuelve a tu tierra, gente de Tarsis,
el puerto no existe ya.
11 Extendió su mano sobre el mar, hizo estremecerse los reinos;
el Señor mandó destruir el puerto de Canaán.
12 Dijo: No volverás a alegrarte, doncella violentada, capital de Sidón.
Levántate y cruza hasta Chipre: tampoco allí tendrás reposo.
13 (Mira el país de los caldeos,
reducido a ruinas, convertido en derribo;
erigieron torres y devastaron sus palacios).
14 Ululad, naves de Tarsis,
porque está destruido vuestro puerto.

Tiro, olvidada y restaurada

15 En aquel tiempo Tiro quedará olvidada setenta años, los años
de un rey, y al cabo de setenta años le pasará a Tiro como en la
canción de la ramera:
16 «Toma la cítara, recorre la ciudad, ramera olvidada,
acompaña con tiento, multiplica las canciones,
para que se acuerden de ti».
17 Al cabo de los setenta años, el Señor se ocupará de Tiro, y ella
volverá a su tráfico, fornicando con todos los reinos de la superfi-
18 cie del orbe. Pero las ganancias de su tráfico serán consagradas al
Señor, no serán almacenadas ni atesoradas. Sus ganancias serán para
los que habitan ante el Señor, para que coman y se sacien y se
vistan con esplendor.

ESCATOLOGIA

Catástrofe

24 Mirad al Señor, que hiende la tierra y la resquebraja,
devasta la superficie y dispersa a sus habitantes:
2 lo mismo plebe que sacerdote, esclavo que señor,
esclava que señora, comprador que vendedor,
prestatario que prestamista, acreedor que deudor.
3 Queda rajada la tierra, despojada del todo,
porque el Señor ha pronunciado esta palabra.
4 Languidece y descaece la tierra, desfallece y descaece el orbe,
desfallecen la altura y el suelo
5 de la tierra empecatada bajo sus habitantes que violaron la ley,
trastocaron el decreto, rompieron el pacto perpetuo.
6 Por eso la maldición se ceba en la tierra
y lo pagan sus habitantes;
por eso se consumen los moradores del orbe
y quedan hombres contados.

La ciudad desolada

7 Languidece el mosto, desfallece la vid,
gime el corazón alegre.
8 Cesa el alborozo de los panderos,
se acaba el bullicio de los que se divierten,
cesa el alborozo de las cítaras.
9 Ya no beben vino entre canciones,
el licor sabe amargo al que lo bebe.
10 La ciudad, desolada, se derrumba;
están cerradas las entradas de las casas.
11 Se lamentan en las calles porque no hay vino,
han pasado las fiestas, han desterrado el alborozo del país.
12 En la ciudad quedan sólo escombros,
y la puerta está herida de ruina.

El resto

13 Sucederá en medio de la tierra y entre los pueblos,
como en el vareo de la aceituna
o en la rebusca después de la vendimia.
14 Ellos levantarán la voz vitoreando en honor del Señor:
15 Aclamad desde el mar, responded desde oriente,
glorificando al Señor;
desde las islas del mar, el nombre del Señor,
Dios de Israel.
16 Desde el confín de la tierra oímos cánticos: «Gloria al Justo».

Destrucción

Pero yo digo: «¡Qué dolor, qué dolor, ay de mí!».
Los traidores traicionan, los traidores traman traiciones.

17 Pánico y zanja y cepo contra ti, habitante del país:
18 el que huya del grito de pánico caerá en la zanja;
el que salga del fondo de la zanja quedará cogido en el cepo.

Terremoto y diluvio

Se abren las compuertas de lo alto
y retiemblan los cimientos de la tierra:
19 Se tambalea y se bambolea la tierra,
tiembla y retiembla la tierra,
se mueve y se remueve la tierra;
20 vacila y oscila la tierra como un borracho, cabecea como una choza.
Tanto le pesa su pecado, que se desploma y no se alza más.

Juicio y reino del Señor

21 Aquel día juzgará el Señor
a los ejércitos del cielo en el cielo,
a los reyes de la tierra en la tierra.
22 Se van agrupando, presos en la mazmorra, y quedan encerrados;
pasados muchos días comparecerán a juicio.
23 La Cándida se sonrojará, el Ardiente se avergonzará [a]
cuando reine el Señor de los ejércitos
en el Monte Sión y en Jerusalén,
glorioso delante de su senado.

Himno de los salvados

25 Señor, mi Dios eres tú;
te ensalzaré, te daré gracias;
porque realizaste maravillas,
antiguos designios firmes y seguros.
2 Convertiste la ciudad en escombros,
la plaza fuerte en derribo,
el castillo enemigo en ruina
que jamás será reconstruida.
3 Por eso te glorifica un pueblo fuerte,
la capital de los tiranos te respeta:
4 porque fuiste baluarte del pobre,
baluarte del desvalido en la angustia,
reparo del aguacero, sombra de la canícula.
(Porque el ánimo de los tiranos es aguacero de invierno,
5 es canícula estiva el tumulto del enemigo:
tú mitigas la canícula con sombra de nubes,
tú humillas el canto de los tiranos).

El banquete del Señor

6 El Señor de los ejércitos prepara
para todos los pueblos en este monte

a = luna y sol.

un festín de manjares suculentos,
un festín de vinos de solera;
manjares enjundiosos, vinos generosos.
7 Y arrancará en este monte
el velo que cubre a todos los pueblos,
el paño que tapa a todas las naciones.
8 Aniquilará la muerte para siempre.
El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros,
y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país
—lo ha dicho el Señor—.

Moab, la ciudad rebelde

9 Aquel día se dirá: Aquí está nuestro Dios,
de quien esperábamos que nos salvara:
celebremos y festejemos su salvación.
10 La mano del Señor se posará sobre este monte
y Moab será pisoteado en su suelo,
como se pisa la paja en el agua del muladar.
11 Allí dentro extenderá las manos,
como las extiende el nadador al nadar;
pero él humillará su orgullo y los esfuerzos de sus manos.
12 Los altos baluartes de sus murallas
los humillará y doblegará, los arrojará al suelo, al polvo.

Himno de victoria

26 Aquel día se cantará este canto en el país de Judá:
Tenemos una ciudad fuerte,
ha puesto para salvarla murallas y baluartes:
2 Abrid las puertas para que entre un pueblo justo,
que conserva la lealtad;
3 su ánimo está firme y mantiene la paz,
porque confía en ti.
4 Confiad siempre en el Señor,
porque el Señor es la Roca perpetua:
5 doblegó a los habitantes de la altura y a la ciudad elevada;
la humilló, la humilló hasta el suelo, la arrojó al polvo,
6 y la pisan los pies, los pies del humilde,
las pisadas de los pobres.

Los juicios del Señor

7 La senda del justo es recta.
Tú allanas el sendero del justo;
8 en la senda de tus juicios, Señor, te esperamos,
¡con qué ansia por tu nombre y tu recuerdo!
9 Mi alma te ansía de noche,
mi espíritu en mi interior madruga por ti,
porque tus juicios son luz de la tierra,
y aprenden justicia los habitantes del orbe.

10 Si se trata con clemencia al malvado,
no aprende justicia:
en tierra de honradez obra mal,
sin ver la grandeza del Señor.
11 Señor, tu mano está alzada, pero no la miran;
que miren avergonzados tu celo por el pueblo,
que un fuego devore a tus enemigos.
12 Señor, tú nos darás la paz,
porque todas nuestras empresas nos las realizas tú.
13 Señor, Dios nuestro, nos dominaron señores distintos de ti;
pero nosotros sólo a ti reconocemos, e invocamos tu nombre.

Resurrección

14 Los muertos no viven, las sombras no se alzan;
porque tú los juzgaste, los aniquilaste y extirpaste su memoria.
15 Señor, multiplicaste el pueblo;
multiplicaste el pueblo y manifestaste tu gloria,
ensanchaste los confines del país.
16 Señor, en el peligro acudíamos a ti,
cuando apretaba la fuerza de tu escarmiento.
17 Como la preñada cuando le llega el parto
se retuerce y grita angustiada,
así éramos en tu presencia, Señor:
18 concebimos, nos retorcimos, dimos a luz... viento;
no trajimos salvación al país, no le nacieron habitantes al mundo.
19 ¡Vivirán tus muertos, tus cadáveres se alzarán,
despertarán jubilosos los que habitan en el polvo!
Porque tu rocío es rocío de luz,
y la tierra de las sombras parirá.

Juicio y condena de la serpiente

20 Anda, pueblo mío, entra en los aposentos
y cierra la puerta por dentro;
escóndete un breve instante mientras pasa la cólera.
21 Porque el Señor va a salir de su morada
para castigar la culpa de los habitantes de la tierra:
la tierra descubrirá la sangre derramada
y no ocultará más a sus muertos.

27 Aquel día castigará el Señor
con su espada, grande, templada, robusta,
al Leviatán, serpiente huidiza,
al Leviatán, serpiente tortuosa, y matará al Dragón marino.

Canción de la viña

2 A la viña hermosa le cantaréis:
3 Yo, el Señor, soy su guardián: con frecuencia la riego,
para que no falte su hoja, la guardo noche y día.

4 No me enfado más: si brotan zarzas y cardos,
saldré a quemarlos todos.
5 Si se acoge a mi protección,
que haga las paces conmigo, que haga las paces conmigo.

Renovación de Israel

6 Llegarán días en que Jacob echará raíces,
Israel echará brotes y flores y sus frutos cubrirán la tierra.
7 ¿Lo ha herido como hiere a los que lo hieren?
¿Lo ha matado como mueren los que lo matan?
8 Lo castigas espantándolo y expulsándolo,
arrollándolo con viento impetuoso,
como al tamo en día de solano [a].
9 Con esto se expiará la culpa de Jacob,
y éste será el fruto de alejar su pecado:
convertir las piedras de los altares
en piedra caliza triturada, y no erigir cipos ni estelas.

La ciudad desierta

10 La plaza fuerte está solitaria, como mansión desdeñada,
abandonada como un desierto.
Allí pastan novillos, se tumban y consumen sus ramas.
11 Al secarse el ramaje, lo quiebran,
vienen mujeres y le prenden fuego.
Porque es un pueblo insensato;
por eso su Hacedor no se apiada,
su Creador no los compadece.

Reunión final en Jerusalén

12 Aquel día el Señor trillará las espigas
desde el Gran Río hasta el Torrente de Egipto;
pero vosotros, israelitas, seréis espigados uno a uno.
13 Aquel día tocará el Señor la gran trompeta,
y vendrán los dispersos del país de Asiria
y los prófugos del país de Egipto,
para postrarse ante el Señor en el monte santo de Jerusalén.

a Texto dudoso.

ORACULOS VARIOS

Contra el reino del Norte

28 ¡Ay de la corona fastuosa, de los ebrios de Efraín,
y de la flor caduca, joya de su atavío,
que está en la cabeza de los hartos de vino!
2 Mirad: un fuerte y robusto, de parte del Señor,
como turbión de granizo y tormenta asoladora,
como turbión de aguas caudalosas y desbordantes,
3 con la mano derriba al suelo y con los pies pisotea
la corona fastuosa de los ebrios de Efraín
4 y la flor caduca, joya de su atavío,
que está en el cabezo del valle ubérrimo.
Será como breva temprana:
que el primero que la ve, apenas la coge, se la traga.
5 Aquel día será el Señor de los ejércitos
corona enjoyada, diadema espléndida para el resto de su pueblo;
6 espíritu de justicia para los que se sientan a juzgar,
espíritu de valentía para los que rechazan el asalto a las puertas.

Contra los que se burlan del profeta

7 También éstos se tambalean por el vino,
y dan traspiés por el licor:
sacerdotes y profetas se tambalean por el licor,
los aturde el vino, dan traspiés por el licor;
se tambalean al mirar, titubean en la sentencia;
8 porque todas las mesas están llenas de vómitos
y no queda espacio libre.
9 ¿A quién viene a adoctrinar, a quién viene a enseñar la lección?
¿A recién destetados, a niños apartados del pecho?,
10 cuando dice: «ce con ce, ce con ce, pe con pe, pe con pe,
chico aquí, chico allí».
11 Pues ahora, con lengua balbuciente,
en lenguaje extraño, hablará a ese pueblo;
12 el que les había dicho: «En esto está el reposo:
dad reposo al cansado, en esto está el descanso»,
pero no quisieron obedecer.
13 Entonces la palabra del Señor les sonará así:
«Ceconcé ceconcé, pecompé pecompé,
chiquaquí, chiquallí».
para que anden y se caigan de espaldas,
se destrocen, se enreden y queden cogidos.

Pacto con la muerte y verdadero cimiento

14 Escuchad la palabra del Señor, gente burlona,
que domináis a ese pueblo de Jerusalén.
15 Vosotros decíais: «Hemos firmado un pacto con la Muerte,

una alianza con el Abismo;
cuando pase el azote desbordante, no nos alcanzará,
porque tenemos la mentira por refugio y el engaño por escondrijo».
16 Pues así dice el Señor:
Mirad, yo coloco en Sión una piedra probada,
angular, preciosa, de cimiento: «quien se apoya no vacila».
17 Usaré la justicia como plomada y el derecho como nivel;
mientras que el granizo arrasará vuestro refugio
y las aguas inundarán vuestro escondrijo.
18 Vuestro pacto con la Muerte se romperá,
vuestra alianza con el Abismo no durará:
cuando pase el azote desbordante os pisoteará,
19 cada vez que pase os arrollará,
y pasará mañana tras mañana, de día y de noche:
y entonces bastará el terror para que aprendáis la lección.

Contra los cínicos

20 Será corta la cama para estirarse
y estrecha la manta para arroparse.
21 El Señor se alzará como en el monte Parás
y se desperezará como en el valle de Gabaón,
para ejecutar su obra, obra extraña;
para cumplir su tarea, tarea inaudita.
22 Por tanto, no os burléis,
no sea que se aprieten vuestras cadenas;
porque me he enterado de la destrucción decretada
por el Señor de los ejércitos contra todo el país.

Instrucción agrícola

23 Escuchad, prestad oído a mi voz;
atención, escuchad mi discurso:
24 El que ara, ¿se pasa los días arando
y abriendo surcos en el campo?
25 Cuando ha igualado la superficie,
siembra hinojo y esparce comino,
echa trigo y cebada, y en las lindes, escanda y mijo;
26 porque su Dios lo instruye y le enseña las reglas.
27 Pues el hinojo no se trilla con trillo,
ni las ruedas del carro se pasan sobre el comino:
el hinojo se trilla con varas y el comino con látigo.
28 El grano no se tritura hasta lo último,
sino que se trilla empujando la rueda del carro,
sin que las pezuñas trituren el grano.
29 También esto es disposición del Señor de los ejércitos:
su consejo es admirable y es grande su destreza.

Contra Jerusalén

29 ¡Ay Ariel, Ariel, ciudad que sitió David!
Añadid años a años, gire el ciclo de las fiestas,
2 y asediaré a Ariel, y habrá llanto y lamento;
serás para mí como Ariel,
3 y te sitiaré como David, te estrecharé con trincheras
y alzaré baluartes contra ti.
4 Humillada, hablarás desde el suelo
y tu palabra sonará apagada desde el polvo;
como voz de fantasma desde el suelo,
desde el polvo, susurrará tu palabra.
5 Será como polvareda el tropel de tus enemigos,
como nube de tamo el tropel de tus agresores;
pero de improviso, de repente,
6 te auxiliará el Señor de los ejércitos,
con trueno y terremoto y gran estruendo,
con huracán y vendaval y llamas devoradoras.
7 Acabará como sueño o visión nocturna
el tropel de los pueblos que combaten a Ariel,
sus trincheras, sus baluartes, sus sitiadores.
8 Como sueña el hambriento que come,
y se despierta con el estómago vacío;
como sueña el sediento que bebe,
y se despierta con la garganta reseca;
así será el tropel de los pueblos
que combaten contra el Monte Sión.
9 Espantaos y quedaos espantados, cegaos y quedaos ciegos;
os emborracharéis, y no de vino; vacilaréis, y no por el licor;
10 porque el Señor derrama sobre vosotros un soplo de letargo,
que tapará vuestros ojos (los profetas)
y cubrirá vuestras cabezas (los videntes).
11 Cualquier visión se os volverá como el texto de un libro sellado:
se lo dan a uno que sabe leer, diciéndole: Por favor, lee esto.
Y él responde: No puedo, porque está sellado.
12 Y se lo dan a uno que no sabe leer,
diciéndole: Por favor, lee esto.
Y él responde: No sé leer.

Formalismo religioso

13 Dice el Señor:
Ya que este pueblo se me acerca con la boca,
y me glorifica con los labios,
mientras su corazón está lejos de mí,
y su culto a mí es precepto humano y rutina,
14 yo seguiré realizando prodigios maravillosos:
fracasará la sabiduría de sus sabios,
y se eclipsará la prudencia de sus prudentes.

Malaventura

15 ¡Ay de los que ahondan para esconderle sus planes al Señor!
Hacen sus obras en la oscuridad, diciendo:
«¿Quién nos ve, quién se entera?».
16 ¡Qué desatino! Como barro que se considerase alfarero;
como obra que dijera del que la hizo: No me ha hecho;
como cacharro que dijera del alfarero: No entiende.

Salvación escatológica

17 Pronto, muy pronto, el Líbano se convertirá en vergel,
el vergel parecerá un bosque;
18 aquel día oirán los sordos las palabras del libro;
sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos.
19 Los oprimidos volverán a alegrarse con el Señor
y los pobres gozarán con el Santo de Israel;
20 porque se acabó el tirano, se terminó el cínico
y serán aniquilados los despiertos para el mal,
21 los que van a coger a otro en el hablar,
y al que defiende en el tribunal, con trampas,
y por nada hunden al inocente.
22 Así dice a la casa de Jacob el Señor, que rescató a Abrahán:
Ya no se avergonzará Jacob, ya no se sonrojará su cara;
23 pues cuando vea mi obra en medio de él,
santificará mi nombre, santificará al Santo de Jacob,
y temerá al Dios de Israel.
24 Los que habían perdido la cabeza, comprenderán,
y los que protestaban, aprenderán la enseñanza.

Contra el pacto con Egipto

30 ¡Ay de los hijos rebeldes! —oráculo del Señor—,
que hacen planes sin contar conmigo,
que firman pactos sin contar con mi profeta,
añadiendo pecado a pecado;
2 que bajan a Egipto sin consultar mi oráculo,
buscando la protección del Faraón
y refugiarse a la sombra de Egipto.
3 La protección del Faraón será su deshonra,
y el refugio a la sombra de Egipto su oprobio.
4 Cuando estén sus magnates en Soán
y lleguen sus mensajeros a Hanés,
5 todos se avergonzarán de un pueblo impotente,
que no puede auxiliar ni servir,
si no es de deshonra y afrenta.

Contra la embajada

6 Oráculo contra la Bestia del Sur:
Por tierra siniestra y temible,

de leones y leonas rugientes, de víboras y áspides voladores,
llevan sus riquezas a lomo de asno y sus tesoros a giba de camellos,
7 a un pueblo sin provecho, a Egipto,
cuyo auxilio es inútil y nulo;
por eso lo llamo así: «Fiera que ruge y huelga».

Testamento de Isaías

8 Ahora ve y escríbelo en una tablilla, grábalo en el bronce,
que sirva para el futuro de testimonio perpetuo.
9 «Es un pueblo rebelde, hijos renegados,
hijos que no quieren escuchar la ley del Señor;
10 que dicen a los videntes: No veáis;
y a los profetas: No profeticéis sinceramente;
decidnos cosas halagüeñas, profetizad ilusiones.
11 Apartaos del camino, retiraos de la senda,
dejad de ponernos delante al Santo de Israel.
12 Por eso, así dice el Santo de Israel:
Puesto que rechazáis esta palabra,
y confiáis en la opresión y la perversidad, y os apoyáis en ellas;
13 por eso esa culpa será para vosotros
como una grieta que baja en una alta muralla, y la abomba,
hasta que de repente, de un golpe, se desmorona;
14 como se rompe una vasija de loza, hecha añicos sin piedad,
hasta no quedar entre sus añicos ni un trozo
con que sacar brasas del brasero, con que sacar agua del aljibe».
15 Así decía el Señor, el Santo de Israel:
Vuestra salvación está en convertiros y en tener calma;
vuestra valentía está en confiar y estar tranquilos;
pero no quisisteis;
16 dijisteis: —No. Huiremos a caballo.
—Está bien, tendréis que huir.
—Correremos al galope.
—Más correrán los que os persiguen.
17 Huirán mil ante el reto de uno, huiréis ante el reto de cinco;
hasta que quedéis como mástil en la cumbre de un monte,
como enseña sobre una colina.

Conversión del pueblo

18 Pero el Señor espera para apiadarse,
aguanta para compadecerse;
porque el Señor es un Dios recto:
dichosos los que esperan en él.
19 Vecinos de Sión, habitantes de Jerusalén,
no tendréis que llorar,
porque se apiadará al oír tu gemido,
apenas te oiga, te responderá.
20 Aunque el Señor os dé tasada el agua y el pan medido,
ya no se esconderá tu Maestro, tus ojos verán a tu Maestro;

21 si desviáis a la derecha o a la izquierda,
tus oídos oirán una palabra a la espalda:
«Ese es el camino, caminad por él».
22 Tendrás por impuros tus ídolos chapeados de plata
y tus estatuas adornadas de oro;
los arrojarás como inmundicia, los llamarás basura.
23 Te dará lluvia para la semilla que siembras en el campo,
y el grano de la cosecha del campo será rico y sustancioso;
aquel día tus ganados pastarán en anchas praderas;
24 los bueyes y asnos que trabajan el campo comerán
forraje fermentado, aventado con bieldo y horquilla.
25 En todo monte elevado, en toda colina alta,
habrá acequias y cauces de agua
el día de la gran matanza, cuando se desplomen las torres.
26 La luz de la Cándida será como la luz del Ardiente,
y la luz del Ardiente será siete veces mayor.
Cuando el Señor vende la herida de su pueblo
y cure la llaga de su golpe.

Teofanía y castigo de Asiria

27 Mirad: el Señor en persona viene de lejos,
arde su cólera con espesa humareda;
sus labios están llenos de furor,
su lengua es fuego devorador;
28 su aliento es torrente desbordado
que alcanza hasta el cuello:
para cribar a los pueblos con criba de exterminio,
para poner bocado de extravío en la quijada de las naciones.
29 Vosotros entonaréis un cántico
como en noche sagrada de fiesta:
se alegrará el corazón al compás de la flauta,
mientras vais al Monte del Señor, a la Roca de Israel.
30 El Señor hará oír la majestad de su voz,
mostrará su brazo que descarga
con ira furiosa y llama devoradora,
con tormenta y aguacero y pedrisco.
31 A la voz del Señor se acobarda Asiria,
golpeada con la vara.
32 Cada golpe de la vara de castigo
que el Señor descargue sobre ella
se dará entre panderos y cítaras y danzas.
33 Que está preparada hace tiempo en Tofet,
está dispuesta, ancha y profunda,
una pira con leña abundante:
y el soplo del Señor, como torrente de azufre, le prenderá fuego.

Contra el pacto con Egipto

31 ¡Ay de los que bajan a Egipto por auxilio
y buscan apoyo en su caballería!

Confían en los carros, porque son numerosos,
y en los jinetes, porque son fuertes;
sin mirar al Santo de Israel ni consultar al Señor.
2 Pues él también es hábil para traer desgracias
y no ha revocado su palabra.
Se alzará contra la casa de los malvados,
contra el auxilio de los malhechores.
3 Los egipcios son hombres y no dioses,
sus caballos son carne y no espíritu.
El Señor extenderá su mano:
tropezará el protector y caerá el protegido,
los dos juntos perecerán
—me lo ha dicho el Señor—.

Protección divina

4 Como gruñe el león y sus cachorros con su presa,
y se reúne contra ellos un tropel de pastores,
pero ellos no se arredran de sus voces
ni se intimidan por su tumulto;
así bajará el Señor de los ejércitos
a combatir sobre el Monte Sión, sobre su cumbre.
5 Como un ave aleteando,
el Señor de los ejércitos protegerá a Jerusalén:
protección liberadora, rescate salvador.
6 Hijos de Israel, volved a él
de lo hondo de vuestra rebelión.

Conversión de Judá y fin de Asiria

7 Aquel día todos rechazaréis los ídolos de plata y los ídolos de oro
que hicieron vuestras manos pecadoras.
8 Asiria caerá a espada no humana,
espada no de mortal la devorará;
y si sus jóvenes escapan de la espada,
caerán en trabajos forzados.
9 Despavorida escapará su peña
y sus jefes huirán espantados de su estandarte
—oráculo del Señor, que tiene una hoguera en Sión,
un horno en Jerusalén—.

Reino de la justicia

32 Mirad: un rey reinará con justicia
y sus jefes gobernarán según derecho.
2 Serán abrigo contra el viento, reparo del aguacero,
acequias en el secano, sombra de roca maciza en tierra reseca.
3 Los ojos de los que ven no estarán cerrados,
y los oídos de los que oyen atenderán;

4 la mente precipitada aprenderá sensatez,
la lengua tartamuda será ágil y hablará con soltura.
5 Ya no llamarán noble al necio
ni tratarán de excelencia al pícaro,
6 pues el necio dice necedades·
y su corazón planea el crimen:
practica el vicio y habla falsamente del Señor,
deja vacío al hambriento y le quita el agua al sediento.
7 El pícaro usa malas artes y maquina sus intrigas:
perjudica a los pobres con mentiras
y al desvalido que defiende su derecho.
8 En cambio, el noble tiene planes nobles
y está firme en su noble sentir.

Contra las mujeres frívolas

9 Mujeres despreocupadas, levantaos, escuchad mi voz;
damas confiadas, prestad oído a mi discurso:
10 Dentro de un año y tantos días temblaréis las confiadas,
pues se consumirá la vendimia y no habrá cosecha.
11 Temblad las despreocupadas, temblad las confiadas,
quitaos el vestido, ceñíos la cintura,
12 golpeaos el pecho en duelo por los campos preciados,
por las viñas fecundas,
13 por las tierras de mi pueblo donde crecen zarzas y cardos,
por las casas alegres y la ciudad divertida.
14 Porque el palacio está vacío, la ciudad populosa desierta;
el baluarte y la atalaya, convertidos para siempre
en cuevas, delicia de asnos y pasto de rebaños.

Restauración

15 Cuando se derrame sobre nosotros un aliento de lo alto,
el desierto será un vergel, el vergel parecerá bosque;
16 en el desierto morará la justicia,
y en el vergel habitará el derecho:
17 la obra de la justicia será la paz,
la acción del derecho, la calma y tranquilidad perpetuas;
18 mi pueblo habitará en dehesas de paz,
en moradas tranquilas, en mansiones sosegadas.
19 Aunque sea abatida la selva,
aunque sea humillada la ciudad.
20 Dichosos vosotros que sembráis junto al agua,
y dais suelta al toro y al asno.

Esperanza en el Señor

33 ¡Ay de ti!, devastador, nunca devastado;
saqueador, nunca saqueado;

cuando acabes de devastar, te devastarán a ti;
cuando termines de saquear, te saquearán a ti.
2 Piedad, Señor, que esperamos en ti,
sé nuestro brazo por la mañana y nuestra salvación en el peligro.
3 A tu voz potente se desbandaron los pueblos;
al levantarte tú, se dispersaron las naciones.
4 Se recogía botín como se recoge la langosta,
se abalanzaban a él como se abalanza el saltamontes.
5 El Señor es excelso, porque habita en la altura;
él llenará a Sión de justicia y derecho,
6 y la fidelidad será su adorno;
la sabiduría y el saber serán su refugio salvador,
el respeto del Señor será su tesoro.

Lamentación

7 Oíd: los heraldos gimen en la calle,
los mensajeros de paz lloran amargamente;
8 están destruidas las calzadas
y ya no transitan caminantes.
Ha roto la alianza, despreciando a los testigos,
no respetando al hombre.
9 Languidece y se marchita el país,
el Líbano se decolora y queda mustio,
el Sarión es una estepa,
están pelados el Basán y el Carmelo.

Sentencia de Dios

10 Ahora me pongo en pie, dice el Señor,
ahora me yergo, ahora me alzo:
11 Concebiréis paja y pariréis rastrojo,
mi aliento como fuego os consumirá;
12 los pueblos serán calcinados,
como cardos segados arderán.
13 Los lejanos, escuchad lo que he hecho;
los cercanos, reconoced mi valor.
14 Temen en Sión los pecadores, y un temblor agarra a los perversos:
«¿Quién de nosotros habitará un fuego devorador,
quién de nosotros habitará una hoguera perpetua?».
15 El que procede con justicia y habla con rectitud
y rehúsa el lucro de la opresión;
el que sacude la mano rechazando el soborno
y tapa su oído a propuestas sanguinarias;
el que cierra los ojos para no aceptar la maldad,
16 ése habitará en lo alto,
tendrá su alcázar en un picacho rocoso,
con abasto de pan y provisión de agua.

Restauración

17 Contemplarán tus ojos a un rey en su esplendor
y verán un país dilatado,
18 y pensarás sobrecogido:
¿Dónde está el que contaba, dónde está el que pesaba,
dónde el que contaba las torres?
19 Ya no verás al pueblo violento,
a la gente que pronuncia extrañamente
en una lengua oscura que no se entiende.
20 Contempla a Sión, ciudad de nuestras fiestas:
tus ojos verán a Jerusalén, morada tranquila, tienda estable,
cuyas estacas no se arrancarán, cuyas cuerdas no se soltarán.
21 Allí el Señor es nuestro campeón,
en un lugar de ríos y canales anchísimos;
no lo surcarán barcas de remo ni los cruzará la nave capitana.
22 Porque el Señor nos gobierna, el Señor nos da leyes,
el Señor es nuestro rey, él es nuestra salvación.
23 Los cordajes están flojos,
no sujetan el mástil ni tensan las velas.
Entonces el ciego repartirá enorme botín
y hasta los cojos se darán al saqueo.
24 Y ningún habitante dirá: Me siento mal,
pues al pueblo que allí habita le han perdonado la culpa.

ESCATOLOGIA DE ISAIAS II

INTRODUCCIÓN

Los capítulos 34 y 35 componen un gran díptico escatológico: un gran juicio sentencia y castiga a la ciudad rebelde; sigue la restauración del pueblo. El estilo corresponde claramente a Isaías II (el autor de los capítulos 40-55); por eso la restauración está vista como una gran vuelta a la tierra prometida. El primer cuadro es más vigoroso y amplio, el segundo expresa el gozo sereno.

Después de la introducción (1), la primera parte presenta en cuatro escenas la cólera (2), la espada (5), la matanza (6c), el día (8); la segunda parte describe con menos rigor el país pasado a fuego (9-10), la destrucción de la ciudad (11b-13a), la morada lúgubre (13b-15), conclusión (16-17).

Juicio

34 Acercaos, pueblos, a escuchar; naciones, atended:
escuche la tierra y los que la llenan, el orbe y cuanto produce;
2 porque el Señor está airado con todas las naciones,
enojado con todos sus ejércitos,
los consagra al exterminio, los entrega a la matanza.
3 Arrojan a los caídos, y de los cadáveres sube el hedor;
los montes chorrean sangre y los collados se empapan;
4 el cielo se abarquilla como un pliego y se marchitan sus ejércitos,
como se alacian los pámpanos, como se alacia la hoja de la higuera.
5 Porque la espada del Señor se embriaga en el cielo:
miradla bajar hacia Edom para ejecutar a un pueblo proscrito.
6 La espada del Señor chorrea sangre,
ya está grasienta de sebo,
sangre de corderos y machos cabríos,
sebo de entrañas de carneros.
Porque el Señor hace carnicería en Bosra,
gran matanza en Edom.
7 Y caen juntos los búfalos con toros y novillos.
Se empapa la tierra de su sangre, el polvo está grasiento de sebo;
8 porque es el día de la venganza del Señor,
año de desquite para la causa de Sión.
9 Sus torrentes se transforman en pez, y el polvo en azufre;
su país se vuelve pez ardiente,
10 que no se apaga de día ni de noche,
y su humo sube perpetuamente;
de edad en edad quedará desolada,
por siglos de siglos nadie la transitará.
11 Se adueñan de ella la corneja y el mochuelo,
la lechuza y el cuervo la habitan.
El Señor aplica sobre ella la plomada del caos
y el nivel del vacío.
12 No queda nombre con que llamar su reino,
y sus jefes vuelven a la nada.
13 En sus palacios crecen espinos;
en sus torreones, cardos y ortigas.

Se convierte en cubil de chacales,
en guarida de crías de avestruz;
14 se reúnen hienas y gatos salvajes, el chivo llama a su compañero,
allí descansa el búho y encuentra su guarida;
15 la serpiente anida y pone, incuba y empolla sus huevos;
allí se juntan los buitres, y no falta el macho a la hembra.
16 Estudiad el libro del Señor: ni uno sólo de ellos falta,
porque lo ha mandado la boca del Señor,
y su aliento los ha reunido.
17 Echa la suerte para ellos y su mano les reparte a cordel el país;
lo poseerán para siempre, de edad en edad lo habitarán.

Vuelta a Sión

35 El desierto y el yermo se regocijarán,
se alegrarán el páramo y la estepa,
2 florecerá como flor de narciso, desbordando de gozo y alegría;
tiene la gloria del Líbano, la belleza del Carmelo y del Sarión;
ellos verán la gloria del Señor, la belleza de nuestro Dios.
3 Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes;
4 decid a los cobardes de corazón: «Sed fuertes, no temáis».
Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite,
viene en persona, resarcirá y os salvará.
5 Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán,
6 saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará.
Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa;
7 el páramo será un estanque, lo reseco un manantial.
En el cubil donde se tumbaban los chacales
brotarán cañas y juncos.
8 Lo cruzará una calzada que llamarán Vía Sacra:
no pasará por ella el impuro, y los inexpertos no se extraviarán.
9 No habrá por allí leones
ni se acercarán las bestias feroces,
sino que caminarán los redimidos
10 y volverán por ella los rescatados del Señor.
Vendrán a Sión con cánticos: en cabeza, alegría perpetua;
siguiéndolos, gozo y alegría; pena y aflicción se alejarán.

SECCION HISTORICA

Invasión de Senaquerib
(2 Re 18)

36 El año catorce del reinado de Ezequías, Senaquerib, rey de Asi-
ria, subió contra las plazas fuertes de Judá, y las conquistó.
2 Desde Laquis, el rey de Asiria despachó al copero mayor para
que fuera con un fuerte destacamento a Jerusalén, al rey Ezequías.
El copero mayor se detuvo ante el canal de la Alberca de Arriba,
3 junto a la calzada del Campo del Batanero. Salieron a recibirlo Elia-
quín, hijo de Jelcías, mayordomo de palacio; Sobná, el secretario, y
4 Joab, hijo de Asaf, el canciller. El copero mayor les dijo:
—Decid a Ezequías: Así dice el Emperador, el rey de Asiria:
5 ¿en qué fundas tu confianza? Tú piensas que la estrategia y la va-
lentía militares son cuestión de palabras. ¿En quién confías para
6 rebelarte contra mí? ¿Te fías de ese bastón de caña cascada que es
Egipto? Al que se apoya en él se le clava en la mano y se la atra-
7 viesa. Eso es el Faraón para los que confían en él. Y si me replicas:
«Yo confío en el Señor, nuestro Dios», ¿no es ése el Dios cuyas
alturas y altares ha suprimido Ezequías, exigiendo a Judá y a Jeru-
8 salén que se postren solamente ante este altar? Por tanto, haz una
apuesta con mi señor, el rey de Asiria, y te daré dos mil caballos,
9 si es que tienes quien los monte. ¿Cómo te atreves a desairar a uno
de los siervos menores de mi señor, confiando en que Egipto te pro-
10 porcionará carros y jinetes? ¿Te crees que he subido a devastar este
país sin contar con el Señor? Fue el Señor quien me dijo: Sube a
devastar ese país.
11 Eliaquín, Sobná y Joab dijeron al copero mayor:
—Por favor, háblanos en arameo, que lo entendemos; no nos
hables en hebreo en presencia de la gente que está en las murallas.
12 Replicó el copero mayor:
—¿Crees que mi señor me ha enviado para que os comunique a
ti y a tu señor este mensaje? Tengo que decirlo a los hombres que
están en la muralla, y que con vosotros habrán de comer su excre-
mento y beber su orina.
13 Entonces el copero mayor se irguió y gritó a voz en cuello, en
hebreo:
—Escuchad las palabras del Emperador, del rey de Asiria:
14 Así dice el rey: que no os engañe Ezequías, porque no podrá libra-
15 ros. Que Ezequías no os haga confiar en el Señor, diciendo: «El
Señor nos librará y no entregará esta ciudad al rey de Asiria».
16 No hagáis caso a Ezequías, porque esto dice el rey de Asiria: ren-
díos y haced la paz conmigo, y cada uno comerá de su viña y de su
17 higuera y beberá de su aljibe. Hasta que yo llegue para llevaros a
una tierra como la vuestra, tierra de grano y de mosto, tierra de
18 trigo y de vino. Que no os engañe Ezequías, diciendo: «El Señor
nos librará». ¿Acaso los dioses de las naciones libraron sus países
19 de la mano del rey de Asiria? ¿Dónde están los dioses de Jamat y
Arpad, los dioses de Sefarvain? ¿Quién ha librado a Samaría de mi
20 poder? ¿Qué dios de esos países ha podido librar sus tierras de
mi mano? ¿Y va a salvar el Señor a Jerusalén de mi mano?

21 Ellos callaron y no le respondieron palabra, porque tenían con-
22 signa del rey de no responder. Entonces Eliaquín, hijo de Jelcías, el
mayordomo de palacio; Sobná, el secretario, y Joab, hijo de Asaf,
el canciller, se presentaron al rey con los vestidos rasgados y le
comunicaron las palabras del copero mayor.

Recurso a Isaías
(2 Re 19)

37 Cuando el rey Ezequías oyó esto, se rasgó los vestidos, se vistió
2 un sayal y se dirigió al templo del Señor. Y despachó a Eliaquín, el
mayordomo de palacio; a Sobná, el secretario, y a los sacerdotes
más ancianos, vestidos de sayal, para que fueran al profeta Isaías,
hijo de Amós.
5 Los ministros del rey Ezequías se presentaron a Isaías.
3 Ellos le dijeron:
—Así dice Ezequías: Hoy es un día de angustia, de castigo, de
vergüenza; los hijos llegan al parto, y no hay fuerza para darlos a
4 luz. Ojalá oiga el Señor las palabras del copero mayor, a quien su
señor, el rey de Asiria, ha enviado para ultrajar al Dios vivo y cas-
tigue las palabras que el Señor, tu Dios, ha oído. Eleva súplicas por
el resto que todavía subsiste.
6 Isaías les respondió:
—Esto diréis a vuestro señor: Así dice el Señor: no te asustes
por esas palabras que has oído, por las blasfemias de los criados
7 del rey de Asiria. Yo mismo le meteré un espíritu, y cuando oiga
cierta noticia, se volverá a su país, y en su país lo haré morir a
espada.

Segunda versión de la embajada

8 El copero mayor regresó, y encontró al rey de Asiria combatiendo
contra Alba; pues había oído que se había retirado de Laquis,
9 al recibir la noticia que Tarjaca, rey de Etiopía, había salido para
luchar contra él. Senaquerib envió de nuevo mensajeros, que dije-
ron a Ezequías:
10 —Así diréis a Ezequías, rey de Judá: Que no te engañe tu Dios,
en quien confías pensando que Jerusalén no será entregada en ma-
11 nos del rey de Asiria. Tú mismo has oído cómo han tratado los re-
yes de Asiria a todos los países, exterminándolos, y tú, ¿te vas a
12 librar? ¿Los salvaron a ellos los dioses de los pueblos que mis pa-
dres destruyeron: Gozén, Harán, Résef y los adanitas de Telasar?
13 ¿Dónde están el rey de Jamat, el rey de Arpad, el rey de Sefar-
vain, de Hena y Ava?

Oración de Ezequías

14 Ezequías tomó la carta de manos de los mensajeros y la leyó;
después subió al templo del Señor, la desplegó ante el Señor
15 y suplicó al Señor con estas palabras:

16 «Señor de los ejércitos, Dios de Israel, sentado sobre querubines:
tú sólo eres el Dios de todos los reinos del mundo,
tú hiciste el cielo y la tierra.
17 Presta oído, Señor, y escucha; abre tus ojos, Señor, y mira.
Escucha que ha enviado Senaquerib estas palabras
para ultrajar al Dios vivo.
18 Es verdad, Señor: los reyes de Asiria
han asolado todos los países,
19 han quemado todos sus dioses porque no son dioses,
sino hechura de manos humanas, leño y piedra,
y los han destruido.
20 Ahora, Señor, Dios nuestro, sálvanos de su mano,
para que sepan todos los reinos del mundo
que tú sólo, Señor, eres Dios».

Respuesta de Isaías

21 Isaías, hijo de Amós, mandó decir a Ezequías:
—Así dice el Señor, Dios de Israel: He oído lo que me pides
22 acerca de Senaquerib, rey de Asiria. Esta es la palabra que el Señor
pronuncia contra él:
Te desprecia y te burla la doncella de Sión;
menea la cabeza a tu espalda la ciudad de Jerusalén.
23 ¿A quién has ultrajado e insultado,
contra quién has alzado la voz y levantado tus ojos a lo alto?
¡Contra el Santo de Israel!
24 Por medio de tus criados has ultrajado al Señor:
«Con mis numerosos carros yo he subido
a las cimas de los montes, a las cumbres del Líbano;
he talado la estatura de sus cedros y sus mejores cipreses;
llegué hasta la última cumbre
y entré hasta lo más denso de su bosque.
25 Yo alumbré y bebí aguas extranjeras;
sequé bajo la planta de mis pies todos los canales de Egipto».
26 ¿No lo has oído? Desde antiguo lo estoy actuando,
en tiempos remotos lo preparé, y ahora lo realizo;
por eso tú reduces las plazas fuertes a montones de escombros.
27 Sus habitantes, faltos de fuerza, con la vergüenza de la derrota,
fueron como hierba del campo, como verde de los prados,
como grama de las azoteas agostada antes de crecer.
28 Me entero cuando te sientas y te levantas,
cuando entras y sales;
29 cuando te agitas contra mí y cuando te calmas
sube a mis oídos.
Te pondré mi argolla en la nariz y mi freno en el hocico,
y te llevaré por el camino por donde viniste.

Signo para Ezequías

30 Esto te servirá de señal:
Este año comeréis el grano de ricio;

el año que viene, lo que brote sin sembrar;
el año tercero sembraréis y segaréis,
plantaréis viñas y comeréis frutos.
31 De nuevo el resto de la casa de Judá
echará raíces por abajo y dará fruto por arriba;
32 pues de Jerusalén saldrá un resto;
los supervivientes, del Monte Sión:
el celo del Señor de los ejércitos lo cumplirá.
33 Así dice el Señor acerca del rey de Asiria:
No entrará en esta ciudad, no disparará contra ella su flecha,
no se acercará con escudo ni levantará contra ella un talud;
34 por el camino por donde vino se volverá,
pero no entrará en esta ciudad —oráculo del Señor—.
35 Yo escudaré a esta ciudad para salvarla,
por mi honor y el de David, mi siervo.

Desenlace

36 Aquella misma noche salió el ángel del Señor e hirió en el cam-
pamento asirio a ciento ochenta y cinco mil hombres; por la ma-
ñana, al despertar, todos eran ya cadáveres.
37 Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento, se volvió a
38 Nínive y se quedó allí. Y un día que estaba postrado en el templo
de Nisroc, su dios, sus hijos Adramélec y Saréser lo mataron con
la espada, y escaparon al territorio de Ararat. Y le sucedió en el
trono su hijo Asaradón.

Enfermedad y curación de Ezequías
(2 Re 20,1-11)

38 En aquel tiempo, Ezequías cayó enfermo de muerte, y vino a vi-
sitarlo el profeta Isaías, hijo de Amós, y le dijo:
—Así dice el Señor: Haz testamento, porque vas a morir sin re-
medio y no vivirás.
2 Entonces, Ezequías volvió la cara a la pared y oró al Señor:
3 —Señor, acuérdate que he procedido de acuerdo contigo, con co-
razón sincero e íntegro, y que he hecho lo que te agrada.
Y Ezequías lloró con largo llanto.
4 Y vino la palabra del Señor a Isaías:
5 —Ve y dile a Ezequías: Así dice el Señor, Dios de David, tu
padre: he escuchado tu oración, he visto tus lágrimas. Mira, añado
6 a tus días otros quince años. Os libraré de las manos del rey de
Asiria, a ti y a esta ciudad, y la protegeré.
21 Isaías dijo:
—Que traigan un emplasto de higos y lo apliquen a la herida
para que se cure.
22 Ezequías dijo:
—¿Cuál es la prueba de que subiré a la casa del Señor?
7 —Esta es la señal del Señor, de que cumplirá el Señor la palabra

8 dada: «En el reloj de sol de Acaz haré que la sombra suba los diez
grados que ha bajado».
Y desandó el sol en el reloj los diez grados que había avanzado.

Cántico de Ezequías

9 Cántico de Ezequías, rey de Judá, cuando enfermó y sanó de la
enfermedad:
10 «Yo pensé: 'Mediada la vida
tengo que marchar hacia las puertas del Abismo;
me privan del resto de mis años'.
11 Yo pensé: 'Ya no veré más al Señor en la tierra de los vivos,
ya no miraré a los hombres entre los habitantes del mundo.
12 Levantan y enrollan mi vida como una tienda de pastores.
Como un tejedor devanaba yo mi vida, y me cortan la trama.
13 Día y noche me estás acabando, sollozo hasta el amanecer.
Me quiebras los huesos como un león,
día y noche me estás acabando.
14 Estoy piando como una golondrina, gimo como una paloma.
Mis ojos mirando al cielo se consumen:
¡Señor, que me oprimen, sal fiador por mí!'.
15 ¿Qué le diré y qué pensaré si él es quien lo hace?
Huye de mí el sueño por la amargura de mi alma.
16 Los que Dios protege, viven, y entre ellos vivirá mi espíritu:
me has curado, me has hecho revivir.
17 La amargura se me volvió paz
cuando detuviste mi vida ante la tumba vacía
y volviste la espalda a todos mis pecados.
18 El Abismo no te da gracias, ni la Muerte te alaba,
ni esperan en tu fidelidad los que bajan a la fosa.
19 Los vivos, los vivos son quienes te dan gracias: como yo ahora.
El padre enseña a sus hijos tu fidelidad.
20 Sálvame, Señor, y tocaremos nuestras arpas
todos nuestros días en la casa del Señor»[a].

Embajada del rey de Babilonia
(2 Re 20,12-19)

39 En aquel tiempo, Marduc Baladán, hijo de Baladán, rey de Babi-
lonia, envió cartas y regalos al rey Ezequías cuando se enteró de
que se había restablecido de su enfermedad.
2 Ezequías se alegró y enseñó a los mensajeros su tesoro: la plata
y el oro, los perfumes y ungüentos, toda la vajilla y cuanto había en
sus depósitos. No quedó nada en su palacio y en sus dominios que
Ezequías no les enseñase.
3 Entonces el profeta Isaías vino al rey Ezequías y le dijo:
—¿Qué ha dicho esa gente y de dónde vienen a visitarte?
Ezequías contestó:
—De una tierra lejana han venido a visitarme: de Babilonia.

a vv. 21-22 detrás del v. 6.

4 Preguntó Isaías:
—¿Qué han visto en tu casa?
Ezequías contestó:
—Han visto toda mi casa; no he dejado de enseñarles nada de mis tesoros.
5 Isaías replicó a Ezequías:
6 —Escucha la palabra del Señor de los ejércitos: Mira: llegarán días en que todo lo que hay en tu casa, cuanto atesoraron tus abuelos, se lo llevarán a Babilonia. No quedará nada. Dice el Señor.
7 Y a los hijos que de ti salieron, que tú engendraste, se los llevarán a Babilonia para que sirvan como palaciegos del rey.
8 Ezequías contestó a Isaías:
—Es favorable la palabra del Señor que has pronunciado. Pues se decía: Mientras yo viva habrá paz y seguridad.

ISAIAS II

INTRODUCCION

1. *Datos cronológicos*

612 Caída de Nínive y fin del Imperio Asirio. Comienza la subida del nuevo reino babilónico, bajo Nabopolasar. En el norte reina Ciaxares sobre los medos.
604 Sube al trono de Babilonia Nabucodonosor.
597 Primera deportación de judíos a Babilonia.
586 Conquista de Jerusalén; segunda deportación
562 Amel Marduc sucede a Nabucodonosor.
560 Nergal Sarusur sucede a Amel Marduc.
559 Ciro, rey de Ansán, en Persia, vasallo de Media.
556 En Babilonia sube al trono Labasi Marduc, y poco después Nabonido.
553 Ciro niega obediencia a Astiages, rey de Media, lo vence y unifica el Imperio. Nabonido conquista Harrán.
550-540 Nabonido se retira a Tema. Ministerio profético de Isaías II.
541 Ciro derrota a Creso, rey de Lidia.
539 Ciro derrota a Nabonido, cruza el Tigris, conquista Babilonia.
538 Edicto de repatriación de los judíos.

2. *Libro de Isaías II*

Nada sabemos en concreto del autor de este magnífico libro: sólo nos consta que es un extraordinario teólogo y un inspirado poeta. De su libro podemos decir algo más.

Es el gran poema de la vuelta del destierro, el segundo éxodo, más glorioso que el primero. El segundo éxodo recoge el antiguo, lo actualiza y lo levanta a nuevo nivel histórico. Ello demuestra que el primer éxodo, en cuanto acontecimiento empírico, tiene un límite y condicionamiento; pero en cuanto salvación divina, no se agota, sino que se supera a sí mismo hacia el futuro. Como experiencia religiosa y en formulación múltiple se ofrece de nuevo, anulando el límite y el condicionamiento: la salvación de Dios, que penetra en la historia para realizarse en ella, desborda esa historia con su plenitud sin límites.

El segundo éxodo, antes que vivido como experiencia histórica, es cantado en un admirable poema fluvial. El nuevo cantor —con algo de Moisés, con mucho de profeta, con el nombre nuevo de «evangelista»— anuncia los hechos no en forma puntual y circunstanciada, sino con arrebato poético, con imágenes y símbolos gloriosos, con horizonte ilimitado. Su profecía desborda los hechos inmediatos, porque dice en símbolos espléndidos la gloria del nuevo éxodo; los símbolos acogen la realidad próxima, desbordándola; porque apuntan a una realidad superior, suprema, que será la liberación auténtica, que las otras sólo preparan y prefiguran.

El estilo de Isaías II es enteramente opuesto al de Isaías I: opone a la concisión un ímpetu retórico de buena ley. Ama las repeticiones, las enumeraciones detallistas, desarrolla en fórmulas cuaternarias con muchos sinónimos, construye poco, sus imágenes son menos rigurosas.

La buena noticia

40 Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios;
2 hablad al corazón de Jerusalén, gritadle:
que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen,
pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados.
3 Una voz grita: En el desierto preparadle un camino al Señor;
allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios;
4 que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen,
que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale.
5 Se revelará la gloria del Señor y la verán todos los hombres juntos
—ha hablado la boca del Señor—.
6 Dice una voz: Grita.
Respondo: ¿Qué debo gritar?
Toda carne es hierba y su belleza como flor campestre:
7 se agosta la hierba, se marchita la flor,
cuando el aliento del Señor sopla sobre ellos [a];
8 se agosta la hierba, se marchita la flor,
pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.
9 Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión;
alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén;
álzala, no temas, di a las ciudades de Judá:
«Aquí está vuestro Dios».
10 Mirad, el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda.
Mirad, viene con él su salario, y su recompensa lo precede.
11 Como un pastor que apacienta el rebaño, su brazo lo reúne,
toma en brazos los corderos y hace recostar a las madres.

Polémica de Dios con los ídolos

12 ¿Quién ha medido a puñados el mar,
o mensurado a palmos el cielo,
o a cuartillos el polvo de la tierra?
¿Quién ha pesado en la balanza los montes
y en la báscula las colinas?
13 ¿Quién ha medido el espíritu del Señor?
¿Quién le ha sugerido su proyecto?
14 ¿Con quién se aconsejó para entenderlo,
para que le enseñara el camino exacto?
¿Para que le enseñara el saber
y le sugiriese el método inteligente?
15 Mirad, las naciones son gotas de un cubo
y valen lo que el polvillo de balanza.
Mirad, las islas pesan lo que un grano,
16 el Líbano no basta para leña,
sus fieras no bastan para el holocausto.
17 En su presencia, las naciones todas son como si no existieran,
para él no cuentan absolutamente nada.
18 ¿Con quién compararéis a Dios,
qué imagen vais a contraponerle?

a Una glosa comenta: «así es, el pueblo es hierba».

19 El escultor funde una estatua,
el orfebre la recubre de oro y le suelda cadenas de plata.
41,6 Se ayudan uno a otro, dicen a su compañero: «Animo»,
y el fundidor anima al orfebre;
7 el que forja a martillo al que golpea el yunque,
diciendo: «Buena soldadura»,
y lo sujetan con clavos para que no se mueva.
40,20 El modesto en la oferta escoge una madera incorruptible,
se busca un hábil escultor que le haga una estatua sólida.
21 ¿No sabéis, no lo habéis oído, no os lo han anunciado de antemano?
¿No habéis comprendido quién fundó la tierra?
22 El que habita sobre el círculo de la tierra
—sus habitantes parecen saltamontes—;
el que tendió como toldo el cielo
y lo despliega como tienda que se habita;
23 el que reduce a nada los príncipes
y convierte a los gobernantes en nulidad:
24 apenas plantados, apenas sembrados,
apenas arraigan sus brotes en tierra,
sopla sobre ellos y se agostan,
y el vendaval los arrebata como tamo.
25 ¿A quién podéis compararme, que me asemeje? —dice el Santo—.
26 Alzad los ojos a lo alto y mirad: ¿Quién creó aquello?
El que cuenta y despliega su ejército
y a cada uno lo llama por su nombre;
tan grande es su poder, tan robusta su fuerza,
que no falta ninguno.

Polémica de Dios con el pueblo

27 ¿Por qué andas hablando, Jacob, y diciendo, Israel:
«Mi suerte está oculta al Señor, mi Dios ignora mi causa»?
28 ¿Acaso no lo sabes, es que no lo has oído?
El Señor es un Dios eterno y creó los confines del orbe.
No se cansa, no se fatiga, es insondable su inteligencia.
29 El da fuerza al cansado, acrecienta el vigor del inválido;
30 se cansan los muchachos, se fatigan,
los jóvenes tropiezan y vacilan;
31 pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas,
echan alas como las águilas,
corren sin cansarse, marchan sin fatigarse.

Vocación de Ciro

41 Islas, callad ante mí; naciones, esperad mi reto.
Que se acerquen a hablar, comparezcamos juntos a juicio.
2 ¿Quién lo ha suscitado en oriente y convoca la victoria a su paso,
le entrega los pueblos, le somete los reyes?
Su espada los tritura y su arco los dispersa como paja;
3 los persigue y avanza seguro sin pisar el camino con sus pies.
4 ¿Quién lo ha hecho y ejecutado?

El que anuncia el futuro de antemano.
Yo, el Señor, que soy el primero, yo estoy con los últimos.
5 Vedlo, islas, y estremeceos, tiemblen los confines del orbe [a].

Israel, siervo del Señor

8 Tú, Israel, siervo mío; Jacob, mi elegido;
estirpe de Abrahán, mi amigo.
9 Tú, a quien cogí en los confines del orbe,
a quien llamé en sus extremos,
a quien dije: «Tú eres mi siervo,
te he elegido y no te he rechazado».
10 No temas, que yo estoy contigo;
no te angusties, que yo soy tu Dios:
te fortalezco, te auxilio, te sostengo con mi diestra victoriosa.
11 Mira: se avergonzarán derrotados los que se enardecen contra ti;
serán aniquilados y perecerán los que pleitean contra ti;
12 los buscarás sin encontrarlos a los que pelean contra ti;
serán aniquilados, dejarán de existir los que guerrean contra ti.
13 Porque yo, el Señor, tu Dios, te agarro de la diestra,
y te digo: «No temas, yo mismo te auxilio».
14 No temas, gusanito de Jacob, oruga de Israel,
yo mismo te auxilio —oráculo del Señor—,
tu redentor es el Santo de Israel.
15 Mira, te convierto en trillo aguzado, nuevo, dentado:
trillarás los montes y los triturarás, harás paja de las colinas;
16 los aventarás, y el viento los arrebatará, el vendaval los dispersará;
y tú te alegrarás con el Señor, te gloriarás del Santo de Israel.

Nuevo éxodo

17 Los pobres y los indigentes buscan agua, y no la hay;
su lengua está reseca de sed.
Yo, el Señor, les responderé;
yo, el Dios de Israel, no los abandonaré.
18 Alumbraré ríos en cumbres peladas;
en medio de las vaguadas, manantiales;
transformaré el desierto en estanque
y el yermo en fuentes de agua;
19 pondré en el desierto cedros, y acacias, y mirtos, y olivos;
plantaré en la estepa cipreses, y olmos, y alerces juntos.
20 Para que vean y conozcan, reflexionen y aprendan de una vez
que la mano del Señor lo ha hecho,
que el Santo de Israel lo ha creado.

Pleito con los dioses

21 Presentad vuestro pleito, dice el Señor;
aducid vuestras pruebas, dice el Rey de Jacob;
22 que se adelanten y nos anuncien lo que va a suceder:

a vv. 6-7 después de 40,19.

Narradnos vuestras predicciones pasadas
y prestaremos atención;
anunciadnos el futuro, y conoceremos el desenlace;
23 narrad los sucesos futuros, y sabremos que sois dioses.
Haced algo, bueno o malo,
que nos demos cuenta y lo veamos todo.
24 Mirad, vosotros sois nada; vuestras obras, vacío;
es abominable elegiros.
25 Yo lo he suscitado en el norte, y ha venido;
en oriente lo llamo por su nombre;
pisará gobernantes como barro,
como pisa el alfarero la arcilla.
26 ¿Quién lo anunció de antemano para que se supiera,
por adelantado, para que dijeran: «Tiene razón»?
Ninguno lo narra, ninguno lo anuncia,
nadie oye vuestro discurso.
27 Lo anuncié yo el primero en Sión
y envié un heraldo a Jerusalén.
28 Busqué; pero entre ellos no había nadie,
ningún consejero a quien preguntarle para que me informara.
29 Todos juntos eran nada; sus obras, vacío;
aire y nulidad sus estatuas.

Dios presenta a su siervo

42 Mirad a mi siervo, a quien sostengo;
mi elegido, a quien prefiero.
Sobre él he puesto mi espíritu,
para que traiga el derecho a las naciones.
2 No gritará, no clamará, no voceará por las calles.
3 La caña cascada no la quebrará,
el pabilo vacilante no lo apagará.
4 Promoverá fielmente el derecho,
no vacilará ni se quebrará,
hasta implantar el derecho en la tierra,
y sus leyes que esperan las islas.

Dios habla a su siervo

5 Así dice el Señor Dios, que creó y desplegó el cielo,
consolidó la tierra con su vegetación,
dio el respiro al pueblo que la habita
y el aliento a los que se mueven en ella.
6 Yo, el Señor, te he llamado para la justicia,
te he cogido de la mano,
te he formado y te he hecho
alianza de un pueblo, luz de las naciones.
7 Para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la prisión
y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas:

8 Yo soy el Señor, éste es mi nombre,
no cedo mi gloria a nadie ni mi honor a los ídolos.
9 Lo antiguo ya ha sucedido, y algo nuevo yo anuncio,
antes de que brote os lo comunico.

Himno

10 Cantad al Señor un cántico nuevo,
llegue su alabanza hasta el confín de la tierra;
muja el mar y lo que contiene,
las costas y sus habitantes;
11 alégrese el desierto con sus tiendas,
los cercados que habita Quedar;
exulten los vecinos de Petra,
clamen desde la cumbre de las montañas;
12 den gloria al Señor, anuncien su alabanza en las costas.
13 El Señor sale como un héroe, excita su ardor como un guerrero,
lanza el alarido mostrándose valiente frente al enemigo.

Nueva salvación

14 Desde antiguo guardé silencio, me callaba, aguantaba;
como parturienta grito, jadeo y resuello.
15 Agostaré montes y collados, secaré toda su hierba,
convertiré los ríos en yermo, desecaré los estanques;
16 conduciré a los ciegos por el camino que no conocen,
los guiaré por senderos que ignoran.
Ante ellos convertiré la tiniebla en luz, lo escabroso en llano.
Esto es lo que pienso hacer, y no dejaré de hacerlo.
17 Retrocederán avergonzados los que confían en el ídolo,
los que dicen a la estatua: «Tú eres nuestro Dios».

Ceguera del pueblo

18 Sordos, escuchad y oíd; ciegos, mirad y ved:
¿Quién es ciego sino mi siervo,
quién es sordo sino el mensajero que envío?
19 ¿Quién es ciego como mi enviado,
quién es sordo como el siervo del Señor?
20 Mirabas mucho sin sacar nada,
con los oídos abiertos no te enterabas.
21 El Señor, por amor de su justicia,
quería glorificar y engrandecer su ley;
22 pero son un pueblo saqueado y despojado,
atrapados todos en cuevas, encerrados en mazmorras.
Lo saqueaban, y nadie lo libraba;
lo despojaban, y nadie decía: «Devuélvelo».
23 ¿Quién de vosotros prestará oído,
y atento escuchará el futuro?

24 ¿Quién entregó a Jacob al saqueo, a Israel al despojo?
¿No fue el Señor contra quien pecamos
no queriendo seguir sus caminos ni obedecer su ley?
25 Derramó sobre él el ardor de su ira, el furor de la guerra;
lo rodeaban sus llamas, y no se daba cuenta;
lo quemaban, y no hacía caso.

Rescate del pueblo

43 Y ahora, así dice el Señor, el que te creó, Jacob;
el que te formó, Israel:
No temas, que te he redimido,
te he llamado por tu nombre, tú eres mío.
2 Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo,
la corriente no te anegará;
cuando pases por el fuego, no te quemarás,
la llama no te abrasará.
3 Porque yo, el Señor, soy tu Dios;
el Santo de Israel es tu salvador.
Como rescate tuyo entregué a Egipto,
a Etiopía y Sabá a cambio de ti;
4 porque eres de gran precio a mis ojos, eres valioso y yo te amo;
entregué hombres a cambio de ti, pueblos a cambio de tu vida:
5 no temas, que contigo estoy yo;
desde oriente traeré a tu estirpe, desde occidente te reuniré.
6 Diré al Norte: Entrégalo; al Sur: No lo retengas;
tráeme a mis hijos de lejos y a mis hijas del confín de la tierra;
7 a todos los que llevan mi nombre,
a los que creé para mi gloria, a los que hice y formé.

El pueblo, testigo de Dios

8 Sacad al pueblo ciego, aunque tiene ojos;
a los sordos, aunque tienen oídos;
9 que se reúnan las naciones y se junten los pueblos:
¿quién de ellos puede contárnoslo
o informarnos de predicciones pasadas?
Que presenten testigos para justificarse,
que los oigamos, y diremos: Es verdad.
10 Vosotros sois mis testigos —oráculo del Señor—
y mis siervos, a quienes escogí,
para que supierais y me creyerais,
para que comprendierais quién soy yo.
Antes de mí no habían fabricado ningún dios
y después de mí ninguno habrá:
11 Yo, yo soy el Señor; fuera de mí no hay salvador.
12 Yo predije, y salvé; yo anuncié, y no teníais dios extranjero.
Vosotros sois mis testigos —oráculo del Señor—;
13 yo soy Dios, desde siempre lo soy.
No hay quien libre de mi mano;
lo que yo hago, ¿quién lo deshará?

Salvación

14 Así dice el Señor, vuestro Redentor, el Santo de Israel:
En favor vuestro yo he mandado gente a Babilonia,
he arrancado los cerrojos de las prisiones,
y los caldeos rompen en lamentos.
15 Yo soy el Señor, vuestro Santo,
el creador de Israel, vuestro Rey.
16 Así dice el Señor, que abrió camino en el mar
y senda en las aguas impetuosas;
17 que sacó a batalla carros y caballos, tropa con sus valientes:
caían para no levantarse, se apagaron como mecha que se extingue.
18 No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo;
19 mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?
Abriré un camino por el desierto, ríos en el yermo;
20 me glorificarán las fieras salvajes, chacales y avestruces,
porque ofreceré agua en el desierto, ríos en el yermo,
para apagar la sed de mi pueblo, de mi elegido,
21 el pueblo que yo formé, para que proclamara mi alabanza.

Requisitoria contra el pueblo

22 Pero tú no me invocabas, Jacob;
ni te esforzabas por mí, Israel;
23 no me ofrecías ovejas en holocausto,
no me honrabas con tus sacrificios;
yo no te avasallé exigiéndote ofrendas,
ni te cansé pidiéndote incienso;
24 no me comprabas canela con dinero,
no me saciabas con la grasa de tus sacrificios;
pero me avasallabas con tus pecados,
y me cansabas con tus culpas.
25 Yo, yo era quien por mi cuenta borraba tus crímenes
y no me acordaba de tus pecados;
26 recuérdamelo tú, y discutiremos;
cuéntamelo tú, y saldrás absuelto.
27 Ya tu primer padre pecó,
tus jefes se rebelaron contra mí;
28 por eso profané a príncipes consagrados,
entregué a Jacob al exterminio y a Israel a los insultos.

Dios consuela a su pueblo

44 Y ahora escucha, Jacob, siervo mío; Israel, mi elegido:
2 Así dice el Señor que te hizo,
que te formó en el vientre y te auxilia:
No temas, siervo mío, Jacob, mi cariño, mi elegido;
3 voy a derramar agua sobre lo sediento
y torrentes en el páramo;
voy a derramar mi aliento sobre tu estirpe
y mi bendición sobre tus vástagos.

4 Crecerán como hierba junto a la fuente,
como sauces junto a las acequias.
5 Uno dirá: Soy del Señor; otro se pondrá el nombre de Jacob;
uno se tatuará en el brazo: «Del Señor», y se apellidará Israel.

Pleito con los ídolos

6 Así dice el Señor, Rey de Israel,
su redentor, el Señor de los ejércitos:
Yo soy el primero y yo soy el último;
fuera de mí no hay dios.
7 ¿Quién se parece a mí? Que se levante y hable,
que lo explique y me lo exponga.
¿Quién anunció de antemano el porvenir,
quién nos predice lo que ha de suceder?
8 No temáis, no tembléis:
¿no lo anuncié y lo predije por adelantado?
Vosotros sois testigos: ¿Hay un dios fuera de mí?
No existe roca que yo no conozca.

Sátira contra la idolatría

9 Los que modelan ídolos son todos nada,
es inútil lo que codician,
sus devotos no ven nada ni conocen;
por eso quedan defraudados.
10 ¿Quién modela un dios o funde una imagen
si no es para sacar algo?
11 Mirad: todos sus socios quedarán defraudados,
porque los artífices no son más que hombres.
Que se reúnan todos para comparecer:
sentirán espanto y vergüenza a la vez.
12 El herrero lo trabaja en las brasas, lo va modelando con el mar-
tillo, lo trabaja con brazo robusto; pasa hambre, se agota, no bebe
13 y está exhausto. El que talla en madera aplica la regla, lo diseña
con un lápiz, lo trabaja con la gubia y lo delinea con el compás:
le da figura de hombre y belleza humana, para que habite en una
casa.
14 Se corta cedros, se escoge una encina o un roble, dejándolos cre-
cer entre los árboles del bosque, o planta un fresno que crece con
15 la lluvia. A la gente le sirve de leña, cogen para calentarse o tam-
bién para cocer pan; pero él hace un dios y lo adora, fabrica una
16 imagen y se postra ante ella. Con una mitad hace lumbre: asa carne
sobre las brasas, se la come, queda satisfecho, se calienta y dice:
17 «Bueno, estoy caliente y tengo luz». Con el resto se hace la imagen
de un dios, lo adora y le reza: «Sálvame, que tú eres mi dios».
18 No comprenden ni distinguen, tienen los ojos cerrados y no ven;
19 las mentes, y no entienden. No reflexionan, no tienen inteligencia
ni criterio para decir: La mitad la he quemado en la lumbre; he
cocido pan sobre las brasas, he asado carne para comer. ¿Y voy a

hacer del resto una abominación? ¿Y a postrarme ante un tronco?
20 Se apacienta de ceniza, una mente ilusa lo extravía, no es capaz de
salvarse diciéndose: ¿No es un engaño lo que tengo en mi diestra?

Redención de Israel

21 Acuérdate de esto, Jacob; de que eres mi siervo, Israel.
Te formé, y eres mi siervo, Israel, no te olvidaré.
22 He disipado como niebla tus rebeliones;
como nube tus pecados: vuelve a mí, que soy tu redentor.

Himno

23 Aclamad, cielos, porque el Señor ha actuado;
vitoread, simas de la tierra,
romped en aclamaciones, montañas,
y tú, bosque, con todos tus árboles;
porque el Señor ha redimido a Jacob
y se gloría de Israel.

«Yo soy el Señor»

24 Así dice el Señor, tu redentor, que te formó en el vientre:
Yo soy el Señor, creador de todo;
yo solo desplegué el cielo, yo afiancé la tierra.
Y ¿quién me ayudaba?
25 Yo soy el que frustra los presagios de los magos
y muestra la necedad de los agoreros;
el que echa atrás a los sabios
y muestra que su saber es ignorancia;
26 pero realiza la palabra de sus siervos,
cumple el proyecto de sus mensajeros;
el que dice de Jerusalén: «Será habitada»,
y de las ciudades de Judá: «Serán reconstruidas»,
y levantaré sus ruinas;
27 el que dice al océano: «aridece», «secaré tus corrientes»;
28 el que dice a Ciro: «Tú eres mi pastor
y cumplirás toda mi voluntad».
El que dice de Jerusalén: «Serás reconstruida»,
y del templo: «Será cimentado».

Investidura de Ciro

45 Así dice el Señor a su ungido, Ciro,
a quien lleva de la mano:
Doblegaré ante él las naciones, desceñiré las cinturas de los reyes,
abriré ante él las puertas, los batientes no se le cerrarán.
2 Yo iré delante de ti, allanándote los cerros;
haré trizas las puertas de bronce, arrancaré los cerrojos de hierro,
3 te daré los tesoros ocultos, los caudales escondidos.

Así sabrás que yo soy el Señor, que te llamo por tu nombre,
el Dios de Israel.
4 Por mi siervo Jacob, por mi elegido Israel,
te llamé por tu nombre, te di un título, aunque no me conocías.
5 Yo soy el Señor, y no hay otro; fuera de mí, no hay dios.
Te pongo la insignia, aunque no me conoces,
6 para que sepan de oriente a occidente
que no hay otro fuera de mí.
Yo soy el Señor, y no hay otro:
7 artífice de la luz, creador de las tinieblas,
autor de la paz, creador de la desgracia;
yo, el Señor, hago todo esto.
8 Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad la victoria;
ábrase la tierra y brote la salvación,
y con ella germine la justicia:
yo, el Señor, lo he creado.

Poder soberano de Dios

9 ¡Ay del que pleitea con su artífice, loza contra el alfarero!
¿Acaso dice la arcilla al artesano: «Qué estás haciendo»
o «Tu vasija no tiene asas»?
10 ¡Ay del que le dice al padre: «¿Qué engendras?»,
o a la mujer: «¿Por qué te retuerces?»!
11 Así dice el Señor, el Santo de Israel, su artífice:
Y vosotros, ¿vais a pedirme cuentas de mis hijos?
¿Me vais a dar instrucciones sobre la obra de mis manos?
12 Yo hice la tierra y creé sobre ella al hombre;
mis propias manos desplegaron el cielo,
y doy órdenes a su entero ejército.
13 Yo lo he suscitado para la victoria
y allanaré todos sus caminos:
él reconstruirá mi ciudad, libertará a mis deportados
sin precio ni rescate —dice el Señor de los ejércitos—.

Los paganos se convierten

14 Así dice el Señor:
Los obreros de Egipto, los mercaderes de Etiopía
y los sabeos de alta estatura a ti pasarán, tuyos serán,
tras de ti marcharán en cadenas;
se postrarán ante ti y te suplicarán:
«Sólo en ti está Dios, y no hay más dioses».

El Dios escondido

15 Es verdad: Tú eres un Dios escondido,
el Dios de Israel, el Salvador.
16 Se avergüenzan y se sonrojan todos por igual,

se van avergonzados los fabricantes de ídolos,
17 mientras el Señor salva a Israel con una salvación perpetua,
para que no se avergüencen ni se sonrojen nunca jamás.
18 Así dice el Señor, creador del cielo —él es Dios—,
él modeló la tierra, la fabricó y la afianzó;
no la creó vacía, sino que la formó habitable:
«Yo soy el Señor y no hay otro».
19 No te hablé a escondidas, en un país tenebroso;
no dije a la estirpe de Jacob: «Buscadme en el vacío».
Yo soy el Señor que pronuncia sentencia
y declara lo que es justo.
20 Reuníos, venid, acercaos juntos,
supervivientes de las naciones:
No discurren los que llevan su ídolo de madera
y rezan a un dios que no puede salvar.
21 Declarad, aducid pruebas, que deliberen juntos:
¿Quién anunció esto desde antiguo,
quién lo predijo desde entonces?
¿No fui yo, el Señor? —no hay otro Dios fuera de mí—.
Yo soy un Dios justo y salvador, y no hay ninguno más.
22 Volveos hacia mí para salvaros, confines de la tierra,
pues yo soy Dios, y no hay otro.
23 Yo juro por mi nombre,
de mi boca sale una sentencia, una palabra irrevocable:
«Ante mí se doblará toda rodilla,
por mí jurará toda lengua».
24 Dirán: «Sólo el Señor tiene la justicia y el poder».
A él vendrán avergonzados los que se enardecían contra él;
25 con el Señor triunfará y se gloriará la estirpe de Israel.

Contra los dioses de Babilonia

46 Se encorva Bel, se desploma Nebo;
sus imágenes las cargan sobre bestias y acémilas,
y las estatuas que lleváis en andas
son una carga abrumadora;
2 a una se encorvan y se desploman:
incapaces de librar al que los lleva,
ellos mismos marchan al destierro.
3 Escuchadme, casa de Jacob, resto de la casa de Israel,
con quien he cargado desde el vientre materno,
a quien he llevado desde las entrañas:
4 hasta vuestra vejez yo seré el mismo,
hasta las canas yo os sostendré;
yo lo he hecho y yo os seguiré llevando,
yo os sostendré y os libraré.
5 ¿A quién me compararéis, me igualaréis
o me asemejaréis que se me pueda comparar?
6 Sacan oro de la bolsa y pesan plata en la balanza;
asalarian un orfebre que les fabrique un dios,
se postran y hasta lo adoran.

7 Se lo cargan a hombros, lo transportan;
donde lo ponen, allí se queda; no se mueve de su sitio.
Por mucho que le griten, no responde,
no los salva del peligro.

Dios, dueño del futuro

8 Recordadlo y meditadlo, reflexionad, rebeldes,
9 recordando el pasado predicho.
Yo soy Dios, y no hay otro; no hay otro dios como yo.
10 De antemano yo anuncio el futuro;
por adelantado, lo que aún no ha sucedido.
Digo: «Mi designio se cumplirá, mi voluntad la realizo».
11 Llamo al buitre de oriente,
de tierra lejana al hombre de mi designio.
Lo he dicho y haré que suceda,
lo he dispuesto y lo realizaré.
12 Escuchadme, los desanimados,
que os creéis lejos de la victoria:
13 Yo acerco mi victoria, no está lejos;
mi salvación no tardará;
traeré la salvación a Sión y mi honor será para Israel.

Humillación de Babilonia y de sus magos

47 Baja, siéntate en el polvo, joven Babilonia;
siéntate en tierra, sin trono, capital de los caldeos,
que ya no te volverán a llamar blanda y refinada.
2 Coge el molino, muele la harina, quítate el velo,
alza las faldas, descubre el muslo, vadea los ríos:
3 aparezca tu desnudez, véase tu vergüenza.
Tomaré venganza inexorable.
4 Nuestro redentor, que se llama
el Señor de los ejércitos, el Santo de Israel, dice:
5 Siéntate y calla, entra en las tinieblas, capital de los caldeos,
que ya no te llamarán señora de reinos.
6 Airado contra mi pueblo, profané mi heredad,
la entregué en tus manos:
no tuviste compasión de ellos,
abrumaste con tu yugo a los ancianos,
7 diciéndote: «Seré señora por siempre jamás»,
sin considerar esto, sin pensar en el desenlace.
8 Pues ahora escúchalo, lasciva, que reinabas confiada,
que te decías: «Yo y nadie más.
No me quedaré viuda, no perderé a mis hijos».
9 Las dos cosas te sucederán, de repente, en un solo día:
viuda y sin hijos te verás a la vez,
a pesar de tus muchas brujerías
y del gran poder de tus sortilegios.
10 Tú te sentías segura en tu maldad,

diciéndote: «Nadie me ve»;
tu sabiduría y tu ciencia te han trastornado,
mientras pensabas: «Yo y nadie más».
11 Pues vendrá sobre ti una desgracia que no sabrás conjurar,
caerá sobre ti un desastre que no podrás aplacar;
vendrá sobre ti de repente
una catástrofe que no te imaginabas.
12 Insiste en tus sortilegios, en tus muchas brujerías,
que han sido tu tarea desde joven;
quizá te aprovechen, quizá lo espantes.
13 Te has cansado con tus muchos consejeros:
que se levanten y te salven
los que conjuran el cielo, los que observan las estrellas,
los que pronostican cada mes lo que va a suceder.
14 Mira, se han convertido en paja, que el fuego consume,
no pueden librarse del poder de las llamas:
no son brasas para calentarse ni hogar para sentarse enfrente.
15 En eso han parado tus traficantes,
con quien te atareabas desde joven:
cada uno se pierde por su lado, y no hay quien te salve.

Nueva predicción

48 Escuchad esto, casa de Jacob,
que lleváis el nombre de Israel,
que brotáis de la semilla de Judá,
que juráis por el nombre del Señor,
que invocáis al Dios de Israel,
pero sin verdad ni rectitud,
2 aunque tomáis nombre de la ciudad santa
y os apoyáis en el Dios de Israel,
cuyo nombre es «Señor de los ejércitos».
3 El pasado lo predije de antemano:
de mi boca salió y lo anuncié;
de repente lo realicé y sucedió.
4 Porque sé que eres obstinado,
que tu cerviz es un tendón de hierro
y tu frente es de bronce;
5 por eso te lo anuncio de antemano,
antes de que te suceda te lo predigo,
para que no digas: «Mi ídolo lo ha hecho,
mi estatua de leño o metal lo ha ordenado».
6 Lo que escuchaste lo verás todo, ¿y no lo anunciarás?
Y ahora te predigo algo nuevo, secretos que no conoces;
7 ahora son creados, y no antes, ni de antemano los oíste,
para que no digas: «Ya lo sabía».
8 Ni lo habías oído ni lo sabías, aún no estaba abierta tu oreja;
porque yo sabía lo pérfido que eres,
que desde el vientre de tu madre te llaman rebelde.
9 Por mi nombre doy largas a mi cólera,
por mi honor la reprimo para no aniquilarte.

10 Mira, yo te he refinado como plata,
te he probado en el crisol de la desgracia;
11 por mí, por mí lo hago:
porque mi nombre no ha de ser profanado
y mi gloria no la cedo a nadie.

Misión de Ciro

12 Escúchame, Jacob; Israel, a quien llamé:
yo soy, yo soy el primero y yo soy el último.
13 Mi mano cimentó la tierra, mi diestra desplegó el cielo;
cuando yo los llamo, comparecen juntos.
14 Reuníos todos y escuchad:
¿quién de ellos lo ha predicho?
Mi amigo cumplirá mi voluntad
sobre Babilonia y la raza de los caldeos.
15 Yo mismo, yo he hablado y yo lo he llamado,
lo he traído y he dado éxito a su empresa.
16 Acercaos y escuchad esto: No hago predicciones en secreto,
y desde que sucede, allí estoy yo;
—y ahora el Señor Dios me ha enviado con su Espíritu—.
17 Así dice el Señor, tu redentor, el Santo de Israel:
Yo, el Señor, tu Dios, te enseño para tu bien,
te guío por el camino que sigues.
18 Si hubieras atendido a mis mandatos
sería tu paz como un río, tu justicia como las olas del mar;
19 tu descendencia sería como arena,
como sus granos, los vástagos de tus entrañas;
tu nombre no sería aniquilado ni destruido ante mí.

Salida de Babilonia

20 ¡Salid de Babilonia, huid de los caldeos!
Con gritos de júbilo anunciadlo y proclamadlo,
publicadlo hasta el confín de la tierra.
Decid: el Señor ha redimido a su siervo Jacob.
21 No pasaron sed cuando los guió por la estepa,
hizo brotar agua de la roca, hendió la roca y manó agua.
22 (Dice el Señor: No hay paz para los malvados).

Segundo cántico del siervo: la misión

49 Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:
Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó;
en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre.
2 Hizo de mi boca una espada afilada,
me escondió en la sombra de su mano;
me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba
3 y me dijo: «Tú eres mi siervo (Israel), de quien estoy orgulloso».

4 Mientras yo pensaba: «En vano me he cansado,
en viento y en nada he gastado mis fuerzas»;
en realidad mi derecho lo defendía el Señor,
mi salario lo tenía mi Dios.
5 Y ahora habla el Señor,
que ya en el vientre me formó siervo suyo,
para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel
—tanto me honró el Señor, y mi Dios fue mi fuerza—:
6 Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob
y conviertas a los supervivientes de Israel;
te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra.
7 Así dice el Señor, redentor y Santo de Israel,
al despreciado, al aborrecido de las naciones,
al esclavo de los tiranos:
Te verán los reyes, y se alzarán; los príncipes, y se postrarán;
porque el Señor es fiel, porque el Santo de Israel te ha elegido
8 Así dice el Señor:
En tiempo de gracia te he respondido,
en día propicio te he auxiliado;
te he defendido y constituido alianza del pueblo;
para restaurar el país, para repartir heredades desoladas,
9 para decir a los cautivos: «Salid»;
a los que están en tinieblas: «Venid a la luz»;
aun por los caminos pastarán,
tendrán praderas en todas las dunas;
10 no pasarán hambre ni sed,
no les hará daño el bochorno ni el sol;
porque los conduce el Compasivo
y los guía a manantiales de agua.
11 Convertiré mis montes en caminos
y mis senderos se nivelarán.
12 Miradlos venir de lejos;
miradlos, del norte y del poniente,
y los otros del país de Siene.
13 Exulta, cielo; alégrate, tierra;
romped en aclamaciones, montañas,
porque el Señor consuela a su pueblo
y se compadece de los desamparados.

Consuelo de Sión.

14 Decía Sión: «Me ha abandonado el Señor,
mi dueño me ha olvidado».
15 ¿Puede una madre olvidarse de su criatura,
dejar de querer al hijo de sus entrañas?
Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré.
16 Mira, en mis palmas te llevo tatuada,
tus muros están siempre ante mí;
17 los que te construyen van más aprisa que los que te destruyen,
los que te arrasaban se alejan de ti.

18 Levanta los ojos en torno y mira:
todos se reúnen para venir a ti;
por mi vida —oráculo del Señor—,
a todos los llevarás como vestido precioso,
serán tu cinturón de novia.
19 Porque tus ruinas, tus escombros, tu país desolado,
resultarán estrechos para tus habitantes,
mientras se alejarán los que te devoraban.
20 Los hijos que dabas por perdidos te dirán otra vez:
«Mi lugar es estrecho, hazme sitio para habitar».
21 Pero tú dices: «¿Quién me engendró a éstos?
Yo, sin hijos y estéril, ¿quién los ha criado?
Me habían dejado sola, ¿de dónde vienen éstos?».
22 Así dice el Señor:
Mira, con la mano hago seña a las naciones,
alzo mi estandarte para los pueblos:
traerán a tus hijos en brazos,
a tus hijas las llevarán al hombro.
23 Sus reyes serán tus ayos; sus princesas, tus nodrizas;
rostro en tierra, te adorarán, lamerán el polvo de tus pies,
y sabrás que yo soy el Señor,
que no defraudo a los que esperan en mí.
24 ¿Se le puede quitar la presa a un soldado,
se le escapa su prisionero al vencedor?
25 Así dice el Señor:
Si le quitan a un soldado el prisionero
y se le escapa la presa al vencedor,
yo mismo defenderé tu causa,
yo mismo salvaré a tus hijos.
26 Haré a tus opresores comerse su propia carne,
se embriagarán de su sangre como de vino;
y sabrá todo el mundo que yo soy el Señor, tu salvador,
y que tu redentor es el héroe de Jacob.

Pleito con el pueblo

50 Así dice el Señor:
¿Dónde está el acta de repudio con que despedí a vuestra madre?
¿O a cuál de mis acreedores os he vendido?
Mirad, por vuestras culpas fuisteis vendidos,
por vuestros crímenes fue repudiada vuestra madre.
2 ¿Por qué cuando vengo no hay nadie,
por qué cuando llamo nadie responde?
¿Tan corta es mi mano que no puede redimir?
¿O es que no tengo fuerza para librar?
Mirad: Con un bramido seco el mar,
convierto los ríos en desierto;
por falta de agua se pudren sus peces, muertos de sed.
3 Yo visto el cielo de luto, lo cubro de sayal.

Tercer cántico del siervo: sufrimiento y confianza

4 Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado,
para saber decir al abatido una palabra de aliento.
Cada mañana me espabila el oído,
para que escuche como los iniciados.
5 El Señor me abrió el oído:
yo no me resistí ni me eché atrás:
6 ofrecí la espalda a los que me apaleaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba;
no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos.
7 El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes;
por eso endurecí el rostro como pedernal,
sabiendo que no quedaría defraudado.
8 Tengo cerca a mi defensor, ¿quién pleiteará contra mí?
Comparezcamos juntos.
¿Quién tiene algo contra mí? Que se me acerque.
9 Mirad, el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?
Mirad, todos se consumen como ropa, los roe la polilla.

Discurso del siervo

10 ¿Quién de vosotros teme al Señor y escucha la voz de su siervo?
Aunque camine en tinieblas, sin un rayo de luz,
que confíe en el nombre del Señor y se apoye en su Dios.
11 Atención, vosotros, los que atizáis el fuego y encendéis teas:
id a la hoguera de vuestro fuego,
de las teas que habéis encendido.
Así os tratará mi mano, yaceréis en el tormento.

51 Escuchadme, los que vais tras la justicia,
los que buscáis al Señor:
Mirad la roca de donde os tallaron,
la cantera de donde os extrajeron;
2 mirad a Abrahán, vuestro padre; a Sara, que os dio a luz:
cuando lo llamé, era uno, pero lo bendije y lo multipliqué.
3 El Señor consuela a Sión, consuela a sus ruinas:
convertirá su desierto en un edén, su yermo en paraíso del Señor;
allí habrá gozo y alegría,
con acción de gracias al son de instrumentos.
4 Hacedme caso, pueblos; dadme oído, naciones;
pues de mí sale la ley, mis mandatos son luz de los pueblos.
5 En un momento haré llegar mi victoria,
amanecerá como el día mi salvación,
mi brazo gobernará los pueblos:
me están aguardando las islas,
ponen su esperanza en mi brazo.
6 Levantad los ojos al cielo, mirad abajo, a la tierra:
el cielo se disipa como humo,
la tierra se consume como ropa,
sus habitantes mueren como mosquitos;

pero mi salvación dura por siempre,
mi victoria no tendrá fin.
7 Escuchadme los entendidos en derecho,
el pueblo que lleva mi ley en el corazón:
no temáis la afrenta de los hombres,
no desmayéis por sus oprobios:
8 pues la polilla los roerá como a la ropa,
como los gusanos roen la lana;
pero mi victoria dura por siempre,
mi salvación de edad en edad.

«Despierta, Señor»

9 ¡Despierta, despierta; revístete de fuerza, brazo del Señor;
despierta como antaño, en las antiguas edades!
¿No eres tú quien destrozó al monstruo
y traspasó al dragón?
10 ¿No eres tú quien secó el mar
y las aguas del Gran Océano;
el que hizo un camino por el fondo del mar
para que pasaran los redimidos?
11 Los rescatados del Señor volverán:
vendrán a Sión con cánticos, en cabeza alegría perpetua,
siguiéndolos gozo y alegría, pena y aflicción se alejarán.
12 Yo, yo soy vuestro consolador.
¿Quién eres tú para temer a un mortal,
a un hombre que será como hierba?
13 Olvidaste al Señor que te hizo,
que desplegó el cielo y cimentó la tierra.
Y temías sin cesar, todo el día, la furia del opresor,
cuando se disponía a destruir.
¿Dónde ha quedado la furia del opresor?
14 Se dan prisa en soltar al preso encorvado,
no morirá en el calabozo ni le faltará el pan.
15 Yo, el Señor, tu Dios, agito el mar, y mugen sus olas:
mi nombre es Señor de los ejércitos.
16 Puse en tu boca mi palabra,
te cubrí con la sombra de mi mano;
extiendo el cielo, cimiento la tierra,
y digo a Sión: «Mi pueblo eres tú».

«Despierta, Jerusalén»

17 ¡Espabílate, espabílate, ponte en pie, Jerusalén!,
que bebiste de la mano del Señor la copa de su ira,
y apuraste hasta el fondo el cuenco del vértigo.
18 Entre los hijos que engendró, no hay quien la guíe;
entre los hijos que crió, no hay quien la lleve de la mano:
19 esos dos males te han sucedido, ¿quién te compadece?;
ruina y destrucción, hambre y espada, ¿quién te consuela?

20 Tus hijos yacen desfallecidos en las encrucijadas,
como antílope en la red,
repletos de la ira del Señor, de la amenaza de tu Dios.
21 Por tanto, escúchalo, desgraciada; borracha, y no de vino.
22 Así dice el Señor, tu Dios, defensor de su pueblo:
Mira, yo quito de tu mano la copa del vértigo,
no volverás a beber del cuenco de mi ira;
23 lo pondré en la mano de tus verdugos, que decían a tu cuello:
«Dóblate, que pasemos encima»;
y presentaste la espalda como suelo,
como calzada para los transeúntes.

«Despierta, Sión»

52 ¡Despierta, despierta, vístete de tu fuerza, Sión;
vístete el traje de gala, Jerusalén, santa ciudad!,
porque no volverán a entrar en ti incircuncisos ni impuros.
2 Sacúdete el polvo, ponte en pie, Jerusalén cautiva;
desata las correas de tu cuello, Sión cautiva;
3 porque así dice el Señor:
De balde os vendieron, y sin pagar os rescataré.
4 Porque así dice el Señor:
Al principio mi pueblo bajó a Egipto,
para residir allí como extranjero; al final, Asur lo oprimió.
5 Pero ahora, ¿qué hago yo aquí? —oráculo del Señor—.
A mi pueblo se lo llevan de balde,
sus dominadores lanzan aullidos —oráculo del Señor—
y todo el día, sin cesar, ultrajan mi nombre.
6 Por eso mi pueblo reconocerá mi nombre,
comprenderá aquel día que era yo el que hablaba,
y aquí estoy.

El mensajero de paz

7 ¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del heraldo que anuncia la paz,
que trae la buena nueva, que pregona la victoria!
Que dice a Sión: «Tu Dios es rey».
8 Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro,
porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión.
9 Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén,
que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén;
10 el Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones,
y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.

Salida de Babilonia

11 ¡Fuera, fuera! Salid de allí, no toquéis al impuro.
¡Salid de ella, purificaos, portadores del ajuar del Señor!
12 No saldréis apresurados ni os iréis huyendo,
pues en cabeza marcha el Señor,
y en la retaguardia, el Dios de Israel.

Cuarto cántico: pasión y gloria del siervo

13 Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho.
14 Como muchos se espantaron de él,
porque desfigurado no parecía hombre
ni tenía aspecto humano;
15 así asombrará a muchos pueblos;
ante él los reyes cerrarán la boca,
al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito.

53 ¿Quién creyó nuestro anuncio?
¿A quién se reveló el brazo del Señor?
2 Creció en su presencia como brote,
como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza.
Lo vimos sin aspecto atrayente,
3 despreciado y evitado de los hombres,
como un hombre de dolores acostumbrado a sufrimientos,
ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado
4 El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores;
nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado;
5 pero él fue traspasado por nuestras rebeliones,
triturado por nuestros crímenes.
Nuestro castigo saludable cayó sobre él,
sus cicatrices nos curaron.
6 Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino,
y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.
7 Maltratado, se humillaba y no abría la boca:
como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador,
enmudecía y no abría la boca.
8 Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron,
¿quién meditó en su destino?
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,
por los pecados de mi pueblo lo hirieron.
9 Le dieron sepultura con los malvados
y una tumba con los malhechores,
aunque no había cometido crímenes
ni hubo engaño en su boca.
10 El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento
y entregar su vida como expiación:
verá su descendencia, prolongará sus años,
lo que el Señor quiere prosperará por su mano.
11 Por los trabajos de su alma verá la luz,
el justo se saciará de conocimiento.
Mi siervo justificará a muchos,
porque cargó con los crímenes de ellos.
12 Le daré una multitud como parte,
y tendrá como despojo una muchedumbre.
Porque expuso su vida a la muerte
y fue contado entre los pecadores,
él cargó con el pecado de muchos
e intercedió por los pecadores.

Fecundidad de la estéril

54 Alégrate, la estéril, que no dabas a luz,
rompe a cantar de júbilo la que no tenías dolores;
porque la abandonada tendrá más hijos
que la casada —dice el Señor—.
2 Ensancha el espacio de tu tienda,
despliega sin miedo tus lonas,
alarga tus cuerdas, hinca bien tus estacas;
3 porque te extenderás a derecha e izquierda.
Tu estirpe heredará las naciones
y poblará ciudades desiertas.
4 No temas, no tendrás que avergonzarte,
no te sonrojes, que no te afrentarán.
Olvidarás el bochorno de tu soltería,
ya no recordarás la afrenta de tu viudez.
5 El que te hizo te tomará por esposa:
su nombre es Señor de los ejércitos.
Tu redentor es el Santo de Israel,
se llama Dios de toda la tierra.
6 Como a mujer abandonada y abatida
te vuelve a llamar el Señor;
como a esposa de juventud, repudiada
—dice tu Dios—.
7 Por un instante te abandoné,
pero con gran cariño te reuniré.
8 En un arrebato de ira te escondí un instante mi rostro,
pero con misericordia eterna te quiero
—dice el Señor, tu redentor—.
9 Me sucede como en tiempo de Noé:
Juré que las aguas del diluvio no volverían a cubrir la tierra;
así juro no airarme contra ti ni amenazarte.
10 Aunque se retiren los montes y vacilen las colinas,
no se retirará de ti mi misericordia ni mi alianza de paz vacilará
—dice el Señor, que te quiere—.

Reconstrucción de Jerusalén

11 ¡Oh afligida, zarandeada, desconsolada!
Mira, yo mismo coloco tus piedras sobre azabaches,
tus cimientos sobre zafiros;
12 te pondré almenas de rubí, y puertas de esmeralda,
y muralla de piedras preciosas.
13 Tus hijos [a] serán discípulos del Señor,
tendrán gran paz tus hijos.
14 Tendrás firme asiento en la justicia.
Estarás lejos de la opresión, y no tendrás que temer,
y del terror, que no se te acercará.
15 Si alguno te asedia, no es de parte mía;
si lucha contigo, caerá frente a ti.

a Otros leen: «tus constructores».

16 Yo he creado al herrero que sopla en las brasas
y saca una herramienta,
y yo he creado al devastador funesto:
17 ninguna arma forjada contra ti resultará,
ninguna lengua que te acuse en juicio logrará condenarte.
Esta es la herencia de los siervos del Señor,
esta es la victoria que yo les doy —oráculo del Señor—.

La alianza del Señor

55 Oíd, sedientos todos, acudid por agua,
también los que no tenéis dinero:
venid, comprad trigo, comed sin pagar;
vino y leche de balde.
2 ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?
¿Y el salario en lo que no da hartura?
Escuchadme atentos, y comeréis bien,
saborearéis platos sustanciosos.
3 Prestad oído, venid a mí: escuchadme y viviréis.
Sellaré con vosotros alianza perpetua,
la promesa que aseguré a David:
4 a él lo hice mi testigo para los pueblos,
caudillo y soberano de naciones;
5 tú llamarás a un pueblo desconocido,
un pueblo que no te conocía correrá hacia ti:
por el Señor, tu Dios; por el Santo de Israel, que te honra.

La palabra del Señor

6 Buscad al Señor mientras se le encuentra,
invocadlo mientras esté cerca;
7 que el malvado abandone su camino
y el criminal sus planes;
que regrese al Señor, y él tendrá piedad;
a nuestro Dios, que es rico en perdón.
8 Mis planes no son vuestros planes,
vuestros caminos no son mis caminos
—oráculo del Señor—.
9 Como el cielo está por encima de la tierra,
mis caminos son más altos que los vuestros,
mis planes más que vuestros planes.
10 Como bajan la lluvia y la nieve del cielo,
y no vuelven allá sino después de empapar la tierra,
de fecundarla y hacerla germinar,
para que dé semilla al sembrador y pan al que come,
11 así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía,
sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo.

Epílogo: Salida de Babilonia

12 Saldréis con alegría, os llevarán seguros:
montes y colinas romperán a cantar ante vosotros
y aplaudirán los árboles silvestres.
13 En vez de espinos, crecerá el ciprés;
en vez de ortigas, el arrayán:
serán el renombre del Señor
y monumento perpetuo imperecedero.

ISAIAS III

INTRODUCCION

Prácticamente no sabemos nada de este profeta, a quien convencionalmente llamamos Isaías III; ni siquiera es claro que todos los capítulos siguientes sean una unidad de autor único. El núcleo parece de un profeta que actúa poco después de la restauración en Judá, en medio de la pobreza y el desánimo de los repatriados. En un par de referencias (61,1-3; 62,1.6) habla de sí mismo; se advierte que imita a Isaías II.

Domina esta colección un carácter escatológico, es decir, de mirada hacia un futuro definitivo; aunque varios oráculos se refieren a un presente de sufrimiento y de pecado. La visión escatológica incluye el juicio de los enemigos, el juicio que distingue entre israelitas fieles y perversos, la teofanía del Señor victorioso, la condena del enemigo y la restauración del pueblo fiel y la ciudad santa, en la que hay sitio para los gentiles que se convierten.

Parecen referirse al presente algunos oráculos de acusación, al estilo de los profetas preexílicos, una liturgia penitencial y una lamentación pública.

El estilo sigue la línea de Isaías II en la amplitud, en la poca construcción y las imágenes visionarias.

Fin del exclusivismo

56 Así dice el Señor:
Guardad el derecho, practicad la justicia,
que mi salvación está para llegar y se va a revelar mi victoria.
2 Dichoso el hombre que obra así,
dichoso el mortal que persevera en ello,
que guarda el sábado sin profanarlo
y guarda su mano de obrar el mal.
3 No diga el extranjero que se ha dado al Señor:
«El Señor me excluirá de su pueblo».
No diga el eunuco: «Yo soy un árbol seco».
4 Porque así dice el Señor:
A los eunucos que guardan mis sábados,
que deciden lo que me agrada y perseveran en mi alianza,
5 les daré en mi casa y en mis murallas
un monumento y un nombre mejores que hijos e hijas;
nombre eterno les daré que no se extinguirá.
6 A los extranjeros que se han dado al Señor, para servirlo,
para amar al Señor y ser sus servidores,
que guardan el sábado sin profanarlo
y perseveran en mi alianza
7 los traeré a mi Monte Santo,
los alegraré en mi casa de oración;
aceptaré sobre mi altar
sus holocaustos y sacrificios;
porque mi casa es casa de oración,
y así la llamarán todos los pueblos.
8 Oráculo del Señor, que reúne a los dispersos de Israel,
y reunirá otros a los ya reunidos.

Jefes indignos

9 Fieras salvajes, venid a comer; fieras todas de la selva:
10 los guardianes están ciegos y no se dan cuenta de nada,
son perros mudos incapaces de ladrar;
los vigilantes se tumban, tienen gana de dormir;
11 son perros hambrientos e insaciables,
son pastores que no saben comprender;
cada uno va por su camino y a su ganancia, hasta el último.
12 «¡Ea! Voy por vino, emborrachémonos de licor;
y mañana lo mismo que hoy, hay provisión abundante».

57 Perece el inocente, y nadie hace caso;
se llevan a los hombres fieles, y nadie comprende
que por la maldad se llevan al inocente,
2 para que entre en la paz
y descanse en su lecho el que procedía con sinceridad.

Idolatría

3 Pero vosotros acercaos, hijos de bruja,
estirpe de adúltera y prostituta:
4 ¿De quién os burláis abriendo la boca y sacando la lengua?
¿No sois vosotros hijos ilegítimos, prole bastarda?
5 Vosotros, que os enceláis entre los robles,
bajo cualquier árbol frondoso;
que degolláis niños en las torrenteras
y entre los huecos de las peñas.
6 Las piedras del torrente serán tu herencia,
ellas serán tu lote:
en su honor derramabas libaciones y ofrecías sacrificios.
(¿Podrá eso aplacarme?).
7 Sobre un monte alto y elevado colocabas tu lecho;
allá subías a ofrecer sacrificios;
8 tras las jambas de la puerta colocabas tu emblema;
prescindiendo de mí, te descubrías,
subías al lecho y hacías sitio;
y hacías pacto con aquellos con los que te gustaba acostarte;
contemplando el ídolo, fornicabas con ellos sin cesar.
9 Ibas a Moloc con ungüento, prodigando perfumes;
despachabas lejos a tus mensajeros, bajaste hasta el abismo.
10 Te cansabas de tanto caminar, pero no decías «es inútil»,
encontrabas nueva fuerza y no desfallecías.
11 ¿De quién tenías miedo, a quién temías para renegarme
y no acordarte de mí ni pensar en mí?
¿No es verdad que yo callé y disimulé,
y por eso no me temías?
12 Pero yo denunciaré tu justicia y tu labor,
no te aprovecharán tus ídolos
13 ni te librarán cuando grites;
porque el viento se los llevará a todos y un soplo los arrebatará.

Pero el que se refugia en mí heredará el país
y poseerá mi Monte Santo.

Consuelo

14 Allanad, allanad, despejad el camino,
quitad todo tropiezo del camino de mi pueblo,
15 porque así dice el Alto y Excelso,
el Sentado en el trono, cuyo nombre es Santo.
Estoy sentado en la altura sagrada,
pero estoy con los de ánimo humilde y quebrantado,
para reanimar a los humildes,
para reanimar el corazón quebrantado.
16 No estaré en pleito perpetuo ni me irritaré por siempre,
porque ante mí sucumbirían el espíritu
y el aliento que yo he creado.
17 Por su culpa me irrité un momento,
lo herí, e irritado me oculté,
él se apartó y tomó su camino preferido;
18 yo vi sus caminos; pero lo curaré, compadecido,
lo resarciré con consuelos;
19 y a los que hacen duelo, les crearé en los labios este canto:
«Paz al lejano, paz al cercano», dice el Señor, y lo curaré.

Contraste

20 Los malvados son como el mar borrascoso,
que no puede calmarse:
sus aguas remueven cieno y lodo.
21 No hay paz para los malvados —dice mi Dios—.

El ayuno

58 Grita a voz en cuello, sin cejar,
alza la voz como una trompeta,
denuncia a mi pueblo sus delitos,
a la casa de Jacob sus pecados.
2 Consultan mi oráculo a diario,
muestran deseo de conocer mi camino,
como un pueblo que practicara la justicia
y no abandonase el mandato de Dios.
Me piden sentencias justas, desean tener cerca a Dios.
3 ¿Para qué ayunar, si no haces caso? ¿Mortificarnos, si tú no te fijas?
4 Mirad: el día de ayuno buscáis vuestro interés,
y apremiáis a vuestros servidores;
mirad: ayunáis entre riñas y disputas,
dando puñetazos sin piedad.
No ayunéis como ahora,
haciendo oír en el cielo vuestras voces.

5 ¿Es ése el ayuno que el Señor desea,
para el día en que el hombre se mortifica?
Mover la cabeza como un junco, acostarse sobre estera y ceniza,
¿a eso lo llamáis ayuno, día agradable al Señor?
6 El ayuno que yo quiero es éste —oráculo del Señor—:
abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos,
dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos;
7 partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne.
8 Entonces romperá tu luz como la aurora,
en seguida te brotará la carne sana;
te abrirá camino la justicia,
detrás irá la gloria del Señor.
9 Entonces clamarás al Señor, y te responderá;
pedirás auxilio, y te dirá: Aquí estoy.
Cuando destierres de ti los cepos,
y el señalar con el dedo, y la maledicencia;
10 cuando partas tu pan con el hambriento
y sacies el estómago del indigente,
brillará tu luz en las tinieblas,
tu oscuridad se volverá mediodía.
11 El Señor te guiará siempre, en el desierto saciará tu hambre,
hará fuertes tus huesos, serás un huerto bien regado,
un manantial de aguas cuya vena nunca engaña,
12 reconstruirás viejas ruinas, levantarás sobre cimientos de antaño;
te llamarán tapiador de brechas, restaurador de casas en ruinas.

El sábado

13 Si detienes tus pies el sábado,
y no traficas en mi día santo;
si llamas al sábado tu delicia,
y lo consagras a la gloria del Señor;
si lo honras absteniéndote de viajes,
de buscar tu interés, de tratar tus asuntos,
14 entonces el Señor será tu delicia.
Te asentaré sobre mis montañas,
te alimentaré con la herencia de tu padre Jacob
—ha hablado la boca del Señor—.

Liturgia penitencial
El pecado, obstáculo a la salvación

59 Mira, la mano del Señor no es tan corta que no pueda salvar
ni es tan duro de oído que no pueda oír;
2 son vuestras culpas las que crean separación
entre vosotros y vuestro Dios;
son vuestros pecados los que tapan su rostro,
para que no os oiga;
3 pues vuestras manos están manchadas de sangre,

vuestros dedos, de crímenes;
vuestros labios dicen mentiras,
vuestras lenguas susurran maldades.
4 No hay quien invoque la justicia
ni quien pleitee con sinceridad;
se apoyan en la mentira, afirman la falsedad,
conciben el crimen y dan a luz la maldad.
5 Incuban huevos de serpiente y tejen telarañas:
quien come esos huevos, muere;
si se cascan, salen víboras.
6 Sus telas no sirven para vestidos;
son tejidos que no pueden cubrir.
Sus obras son obras criminales,
sus manos ejecutan la violencia.
7 Sus pies corren al mal,
tienen prisa por derramar sangre inocente;
sus planes son planes criminales,
destrozos y ruinas jalonan su camino.
8 No conocen el camino de la paz,
no existe el derecho en sus senderos;
se abren sendas tortuosas;
quien las sigue, no conoce la paz.

Confesión del pecado

9 Por eso está lejos de nosotros el derecho
y no nos alcanza la justicia:
esperamos la luz, y vienen tinieblas;
claridad, y caminamos a oscuras.
10 Como ciegos vamos palpando la pared,
andamos a tientas como gente sin vista;
en pleno día tropezamos como al anochecer,
en pleno vigor estamos como muertos.
11 Todos gruñimos como osos
y nos quejamos como palomas.
Esperamos en el derecho, pero nada;
en la salvación, y está lejos de nosotros.
12 Porque nuestros crímenes contra ti son muchos,
y nuestros pecados nos acusan;
nuestros crímenes nos acompañan,
y reconocemos nuestras culpas:
13 rebelarnos y olvidarnos del Señor,
volver la espalda a nuestro Dios,
tratar de opresión y revuelta,
urdir por dentro engaños;
14 y así se tergiversa el derecho
y la justicia se queda lejos,
porque en la plaza tropieza la lealtad,
y la sinceridad no encuentra acceso;
15 la lealtad está ausente,
y expolian a quien evita el mal.

Interviene el Señor

El Señor contempla disgustado que ya no existe justicia.
16 Ve que no hay nadie, se extraña de que nadie intervenga.
Entonces su brazo le dio la victoria, y su justicia lo mantuvo:
17 por coraza se puso la justicia y por casco la salvación;
por traje se vistió la venganza
y por manto se envolvió en la indignación.
18 A cada uno va a pagar lo que merece:
a su enemigo, furia; a su adversario, represalia.
19 Los de occidente temerán al Señor,
los de oriente respetarán su gloria;
porque vendrá como torrente encajonado,
empujado por el aliento del Señor.
20 Pero a Sión vendrá el Redentor
para alejar los crímenes contra Jacob
—oráculo del Señor—.

Oráculo de salvación

21 Por mi parte, dice el Señor, éste es mi pacto con ellos:
el espíritu mío, que te envié;
las palabras mías, que puse en tu boca,
no se caerán de tu boca,
de la boca de tus hijos, de la boca de tus nietos,
desde ahora y por siempre —lo dice el Señor—.

La luz de la nueva Jerusalén

60 ¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz;
la gloria del Señor amanece sobre ti!
2 Mira: las tinieblas cubren la tierra; la oscuridad, los pueblos;
pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti;
3 y caminarán los pueblos a tu luz,
los reyes al resplandor de tu aurora.
4 Echa una mirada en torno, mira:
todos esos se han reunido, vienen a ti;
tus hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos.
5 Entonces lo verás, radiante de alegría;
tu corazón se asombrará, se ensanchará,
cuando vuelquen sobre ti los tesoros del mar
y te traigan las riquezas de los pueblos.
6 Te inundará una multitud de camellos,
de dromedarios de Madián y de Efá.
Vienen todos de Sabá, trayendo incienso y oro
y proclamando las alabanzas del Señor.
7 A los rebaños de Cadar los reunirán para ti
y los carneros de Nebayot estarán a tu servicio;
subirán a mi altar como víctimas gratas
y honraré mi noble casa.

8 ¿Quiénes son esos que vuelan como nubes
y como palomas al palomar?
9 Son navíos que acuden a mí,
en primera línea las naves de Tarsis,
para traer a tus hijos de lejos, y con ellos su plata y su oro,
por la fama del Señor, tu Dios,
del Santo de Israel, que así te honra.

Homenaje de los pueblos

10 Extranjeros reconstruirán tus murallas y sus reyes te servirán;
si te herí en mi cólera, con mi favor te compadezco.
11 Tus puertas estarán siempre abiertas,
ni de día ni de noche se cerrarán:
para traerte las riquezas de los pueblos guiadas por sus reyes.
12 El pueblo y el rey que no se te sometan, perecerán;
las naciones serán arrasadas.
13 Vendrá a ti el orgullo del Líbano,
con el ciprés y el abeto y el pino,
para adornar el lugar de mi santuario
y ennoblecer mi estrado.
14 Los hijos de tus opresores vendrán a ti encorvados,
y los que te despreciaban se postrarán a tus pies;
te llamarán Ciudad del Señor, Sión del Santo de Israel.
15 Estuviste abandonada, aborrecida y deshabitada,
pero te haré el orgullo de los siglos, la delicia de todas las edades.
16 Mamarás la leche de los pueblos,
mamarás al pecho de los reyes;
y sabrás que yo, el Señor, soy tu salvador,
que el héroe de Jacob es tu redentor.
17 En vez de bronce, te traeré oro; en vez de hierro, te traeré plata;
en vez de madera, bronce, y en vez de piedra, hierro;
te daré por inspectores la paz, y por capataces, la justicia.
18 No se oirán más violencias en tu tierra;
ni dentro de tus fronteras, ruina o destrucción;
tu muralla se llamará «Salvación», y tus puertas, «Alabanza».

Luz perpetua

19 Ya no será el sol tu luz en el día,
ni te alumbrará la claridad de la luna;
será el Señor tu luz perpetua, y tu Dios será tu esplendor;
20 tu sol ya no se pondrá ni menguará tu luna,
porque el Señor será tu luz perpetua
y se habrán cumplido los días de tu luto.
21 En tu pueblo todos serán justos
y poseerán por siempre la tierra:
es el brote que yo he plantado,
la obra de mis manos, para gloria mía.
22 El pequeño crecerá hasta mil, y el menor se hará pueblo numeroso:
yo soy el Señor y apresuraré el plazo.

Misión del profeta

61 El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren,
para vendar los corazones desgarrados,
para proclamar la amnistía a los cautivos
y a los prisioneros la libertad,
2 para proclamar el año de gracia del Señor,
el día del desquite de nuestro Dios;
para consolar a los afligidos,
3 los afligidos de Sión;
para cambiar su ceniza en corona,
su traje de luto en perfume de fiesta,
su abatimiento en cánticos.

Restauración

Los llamarán Robles del Justo,
plantados para gloria del Señor.
4 Reconstruirán las viejas ruinas,
levantarán los antiguos escombros;
renovarán las ciudades en ruinas,
los escombros de muchas generaciones.
5 Se presentarán extranjeros a pastorear vuestros rebaños,
y forasteros serán vuestros labradores y viñadores.
6 Vosotros os llamaréis «Sacerdotes del Señor»,
dirán de vosotros: «Ministros de nuestro Dios».
Comeréis la opulencia de los pueblos,
y tomaréis posesión de sus riquezas.
7 A cambio de su vergüenza y sonrojo,
obtendrán una porción doble;
poseerán el doble en su país,
y gozarán de alegría perpetua.
8 Porque yo, el Señor, amo la justicia,
detesto la rapiña y el crimen.
Les daré su salario fielmente
y haré con ellos un pacto perpetuo.
11 Como el suelo echa sus brotes,
como un jardín hace germinar sus semillas,
así el Señor hará brotar la justicia
y los elogios ante todos los pueblos.
9 Su estirpe será célebre entre las naciones,
y sus vástagos entre los pueblos.
Los que los vean reconocerán
que son la estirpe que bendijo el Señor.
10 Desbordo de gozo con el Señor,
y me alegro con mi Dios:
porque me ha vestido un traje de gala
y me ha envuelto en un manto de triunfo,
como novio que se pone la corona
o novia que se adorna con sus joyas.

La nueva Jerusalén

62 Por amor de Sión no callaré,
por amor de Jerusalén no descansaré,
hasta que rompa la aurora de su justicia
y su salvación llamee como antorcha.
2 Los pueblos verán tu justicia, y los reyes, tu gloria;
te pondrán un nombre nuevo
pronunciado por la boca del Señor.
3 Serás corona fúlgida en la mano del Señor
y diadema real en la palma de tu Dios.
4 Ya no te llamarán «abandonada» ni a tu tierra «devastada»;
a ti te llamarán «Mi favorita», y a tu tierra, «Desposada»;
porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá marido.
5 Como un joven se casa con su novia,
así te desposa el que te construyó;
la alegría que encuentra el marido con su esposa
la encontrará tu Dios contigo.
6 Sobre tus murallas, Jerusalén, he colocado centinelas:
nunca callan, ni de día ni de noche,
los que se lo recordáis al Señor no os deis descanso;
7 no le deis descanso hasta que la establezca,
hasta que haga de Jerusalén la admiración de la tierra.
8 El Señor lo ha jurado por su diestra y por su brazo poderoso:
ya no entregaré tu trigo para que se lo coman tus enemigos;
ya no se beberán extranjeros tu vino, por el que tú trabajaste.
9 Los que lo cosechan lo comerán y alabarán al Señor;
los que lo vendimian lo beberán en mis atrios sagrados.

Llegada del salvador victorioso

10 Pasad, pasad por las puertas, despejad el camino del pueblo;
allanad, allanad la calzada, limpiadla de piedras,
alzad una enseña para los pueblos.
11 El Señor hace oír esto hasta el confín de la tierra:
Decid a la ciudad de Sión: Mira a tu Salvador, que llega,
el premio de su victoria lo acompaña,
la recompensa lo precede;
12 los llamarán «Pueblo Santo», «redimidos del Señor»,
y a ti te llamarán «Buscada», «Ciudad no abandonada».

63 ¿Quién es ése que viene de Edom,
de Bosra, con las ropas enrojecidas [a]?
¿Quién es ése vestido de gala que avanza lleno de fuerza?
Yo, que sentencio con justicia
y soy poderoso para salvar.
2 ¿Por qué están rojos tus vestidos
y la túnica, como quien pisa en el lagar?
3 Yo solo he pisado el lagar y de otros pueblos nadie me ayudaba.

a ʾdm = rojo, bṣr = vendimiar.

Los pisé con mi cólera, los estrujé con mi furor:
su sangre salpicó mis vestidos y me manché toda la ropa.
4 Porque es el día en que pienso vengarme,
el año del rescate ha llegado.
5 Miraba sin encontrar un ayudante,
espantado al no haber quien me apoyara;
pero mi brazo me dio la victoria,
mi furor fue mi apoyo;
6 pisoteé a los pueblos con mi cólera,
los embriagué con mi furor, para que su sangre bajara a la tierra.

Meditación histórica

7 Voy a recordar las misericordias del Señor,
las alabanzas del Señor:
todo lo que hizo por nosotros el Señor,
sus muchos beneficios a la casa de Israel,
lo que hizo con su compasión y con su gran misericordia.
8 El dijo: «Son mi pueblo,
hijos que no engañarán».
9 El fue su salvador en el peligro:
no fue un mensajero ni un enviado, él en persona los salvó,
con su amor y su clemencia los rescató,
los liberó y los llevó siempre en los tiempos antiguos.
10 Pero ellos se rebelaron e irritaron su santo espíritu;
entonces él se volvió su enemigo y guerreó contra ellos.
11 Se acordaron de los tiempos antiguos, del que sacó a su pueblo [a]:
¿Dónde está el que sacó de las aguas al pastor de su rebaño?
¿Dónde el que metió en su pecho su santo espíritu?
12 ¿El que estuvo a la derecha de Moisés
guiándolo con su brazo glorioso?
¿El que dividió el mar ante ellos,
ganándose renombre perpetuo?
13 ¿El que los hizo andar por el fondo del mar
como caballos por la estepa,
14 y como a ganado que baja a la cañada
no los dejó tropezar?
El espíritu del Señor los llevó al descanso:
así condujiste a tu pueblo ganándote renombre glorioso.

Invocación a Dios Padre

15 Otea desde el cielo, mira desde tu morada santa y gloriosa:
¿Dónde está tu celo y tu fortaleza,
tu entrañable ternura y compasión?
16 No la reprimas, que tú eres nuestro padre:
Abrahán no sabe de nosotros, Israel no nos reconoce;
tú, Señor, eres nuestro padre,
tu nombre de siempre es «nuestro redentor».

a el que sacó = moše, nombre hebreo de Moisés.

17 Señor, ¿por qué nos extravías lejos de tus caminos
y endureces nuestro corazón para que no te respete?
Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad.
18 ¿Por qué un tirano se apodera de tu pueblo santo
y enemigos pisotean tu santuario?
19 Hace tiempo que somos los que tú no gobiernas,
los que no llevamos tu nombre.

El pueblo pide una teofanía

¡Ojalá rasgases el cielo y bajases,
derritiendo los montes con tu presencia,
64 como un fuego que prende en los sarmientos
o hace hervir el agua!
Para mostrar a tus enemigos quién eres,
para que tiemblen ante ti las naciones,
2 cuando hagas portentos inesperados.
3 Jamás oído oyó ni ojo vio un Dios fuera de ti
que hiciera tanto por el que espera en él.
4 Sales al encuentro del que practica gozosamente la justicia
y se acuerda de tus caminos.

Confesión del pecado y súplica

Estabas airado, y nosotros fracasamos:
aparta nuestras culpas, y seremos salvos.
5 Todos éramos impuros,
nuestra justicia era un paño manchado;
todos nos marchitábamos como follaje,
nuestras culpas nos arrebataban como el viento.
6 Nadie invocaba tu nombre
ni se esforzaba por aferrarse a ti;
pues nos ocultabas tu rostro
y nos entregabas en poder de nuestra culpa.
7 Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre,
nosotros la arcilla y tú el alfarero:
somos todos obra de tu mano.
8 No te excedas en la ira, Señor,
no recuerdes siempre nuestra culpa:
mira que somos tu pueblo.
9 Tus santas ciudades son un desierto,
Sión se ha vuelto un desierto y Jerusalén un yermo.
10 Nuestro templo, nuestro orgullo,
donde te alabaron nuestros padres, ha sido pasto del fuego,
y lo que más queríamos está reducido a escombros.
11 ¿Te quedas insensible a todo esto, Señor,
te callas y nos afliges sin medida?

Denuncia y amenaza

65 Yo ofrecía respuesta a los que no preguntaban,
salía al encuentro de los que no me buscaban;
decía: «aquí estoy, aquí estoy»
al pueblo que no invocaba mi nombre.
2 Tenía mis manos extendidas todo el día
hacia un pueblo rebelde,
que andaba por el mal camino, siguiendo sus antojos,
3 pueblo que me provocaba en la cara, continuamente,
que sacrificaba en los jardines
y ofrecía incienso sobre ladrillos,
4 que se agachaba en los sepulcros
y pernoctaba en grutas,
que comía carne de puerco
y caldo abominable en las tazas;
5 que decía: «Retírate,
no te acerques, que te dejo consagrado».
Eso hace humear mi cólera
como fuego que arde todo el día.
6 Lo tengo escrito delante,
y no descansaré hasta que os pague
7 por vuestra culpa y la de vuestros padres;
las dos juntas —dice el Señor—.
Porque ofrecían incienso en las alturas
y me afrentaban en los collados,
les mediré su paga y se la echaré encima.

Suerte de buenos y malos

8 Así dice el Señor:
Como al encontrar zumo en un racimo se dice:
«No lo eches a perder, que es una bendición»,
así haré yo en atención a mis siervos:
no lo echaré a perder todo.
9 Sacaré descendencia de Jacob,
y de Judá, el poseedor de mis montañas:
las poseerán mis elegidos y mis siervos habitarán allí.
10 El Sarón será aprisco de ovejas,
y el Valle de Acor, dehesa de vacas,
para mi pueblo que me ha buscado.
11 Pero vosotros que abandonasteis al Señor
olvidando su Monte Santo,
que preparasteis la mesa para la Fortuna
y llenasteis la copa para el Destino,
12 yo os destino a la espada,
y todos os encorvaréis para el degüello:
porque llamé y no respondisteis, hablé y no escuchasteis,
hicisteis lo que no me agrada, escogisteis lo que no quiero.
13 Por eso, así dice el Señor:
Mirad: mis siervos comerán, y vosotros pasaréis hambre;

mirad: mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed;
mirad: mis siervos estarán alegres, y vosotros avergonzados;
14 mirad: mis siervos cantarán de puro contento,
y vosotros gritaréis de dolor y aullaréis con el corazón desgarrado.
15 Legaréis vuestro nombre a mis elegidos
como fórmula de imprecación.
A vosotros el Señor os dará muerte,
y a sus siervos les dará otro nombre.
16 El que quiera felicitarse en el país, se felicitará por el Dios veraz;
el que quiera jurar en el país, jurará por el Dios veraz;
porque se olvidarán las angustias de antaño
y hasta de mi vista desaparecerán.

Nueva creación

17 Mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva:
de lo pasado no habrá recuerdo ni vendrá pensamiento,
18 sino que habrá gozo y alegría perpetua por lo que voy a crear;
mirad, voy a transformar a Jerusalén en alegría
y a su población en gozo;
19 me alegraré de Jerusalén y me gozaré de mi pueblo,
y ya no se oirán en ella gemidos ni llantos;
20 ya no habrá allí niños malogrados
ni adultos que no colmen sus años,
pues será joven el que muera a los cien años,
y el que no los alcance se tendrá por maldito.
21 Construirán casas y las habitarán,
plantarán viñas y comerán sus frutos,
22 no construirán para que otro habite,
ni plantarán para que otro coma;
porque los años de mi pueblo serán los de un árbol,
y mis elegidos podrán gastar lo que sus manos fabriquen.
23 No se fatigarán en vano,
no engendrarán hijos para la catástrofe;
porque serán semilla bendita del Señor,
y como ellos, sus retoños.
24 Antes que me llamen yo les responderé,
aún estarán hablando y los habré escuchado.
25 El lobo y el cordero pastarán juntos,
el león con el buey comerá paja [a].
No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo
—dice el Señor—.

El culto auténtico

66 Así dice el Señor:
El cielo es mi trono, y la tierra, el estrado de mis pies:
¿qué templo podréis construirme o qué lugar para mi descanso?

a El hebreo añade: «y la serpiente comerá polvo».

2 Todo esto lo hicieron mis manos,
todo es mío —oráculo del Señor—.
En ése pondré mis ojos: en el humilde y el abatido
que se estremece ante mis palabras.
3 Hay quien inmola un toro,
y es como si matara a un hombre;
hay quien sacrifica una oveja,
y es como si desnucara un perro;
hay quien trae una ofrenda,
y es como si fuera sangre de puerco;
hay quien inciensa invocando,
y es como si bendijera a un ídolo.
Todos ellos eligieron su camino
y escogieron sus abominaciones,
4 pues yo también elegiré sus castigos
y les mandaré lo que más temen;
porque llamé, y nadie contestó; hablé, y no escucharon;
hicieron lo que no me agrada, escogieron lo que yo no quería.

Juicio

5 Oíd la palabra del Señor,
los que os estremecéis ante sus palabras:
Dicen vuestros hermanos, los que os detestan,
los que os rechazan por mi nombre:
«Que el Señor muestre su gloria y veamos nosotros vuestra alegría»
Pues serán confundidos ellos.
6 Una voz atruena en la ciudad, una voz en el templo:
es la voz del Señor, que paga su merecido a sus enemigos.

Un pueblo renace

7 Antes de los espasmos dio a luz,
antes que le llegaran los dolores ha dado vida a un varón:
8 ¿Quién ha oído tal cosa o quién ha visto algo semejante?
¿Se engendra todo un país en un solo día,
se da a luz a un pueblo de una sola vez?
Apenas sintió los espasmos, Sión dio a luz a sus hijos.
9 ¿Abro yo la matriz, y no voy a dejarla parir?
—dice el Señor—.
Yo, que hago dar a luz, ¿la voy a cerrar?
—dice tu Dios—.
10 Festejad a Jerusalén, gozad con ella, todos los que la amáis;
alegraos de su alegría los que por ella llevasteis luto;
11 mamaréis a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos,
y apuraréis las delicias de sus ubres abundantes.
12 Porque así dice el Señor:
Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz;
como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones.
Llevarán en brazos a sus criaturas

y sobre las rodillas las acariciarán;
13 como a un niño a quien su madre consuela,
así os consolaré yo (en Jerusalén seréis consolados).
14 Al verlo se alegrará vuestro corazón
y vuestros huesos florecerán como un prado;
la mano del Señor se manifestará a sus siervos,
y su cólera, a sus enemigos.

Juicio de los pueblos

15 Porque el Señor llegará con fuego y sus carros como torbellino,
para desfogar con ardor su ira y su indignación con llamas.
16 Porque el Señor va a juzgar con su fuego
y con su espada a todo mortal:
serán muchas las víctimas del Señor.
17 Los que se consagran y purifican para entrar en los jardines
tras uno que está en medio,
los que comen carne de puerco y reptiles y ratas,
sus obras y sus planes perecerán juntos
—oráculo del Señor—.

Reunión de todos los pueblos

18 Pero yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua:
vendrán para ver mi gloria;
19 les daré una señal,
y de entre ellos despacharé supervivientes a las naciones:
a Tarsis, Etiopía, Libia, Masac, Tubal y Grecia;
a las costas lejanas,
que nunca oyeron mi fama ni vieron mi gloria,
y anunciarán mi gloria a las naciones.
20 Y de todos los países, como ofrenda al Señor,
traerán a todos vuestros hermanos
a caballo y en carros y en literas, en mulos y dromedarios,
hasta mi Monte Santo de Jerusalén —dice el Señor—,
como los israelitas, en vasijas puras,
traen ofrendas al templo del Señor.
21 De entre ellos escogeré sacerdotes y levitas
—dice el Señor—.
22 Como el cielo nuevo y la tierra nueva,
que voy a hacer, durarán ante mí —oráculo del Señor—,
así durará vuestra estirpe y vuestro nombre.
23 Cada luna nueva y cada sábado
vendrá todo mortal a postrarse ante mí —dice el Señor—.
24 Y al salir verán los cadáveres
de los que se rebelaron contra mí:
su gusano no muere, su fuego no se apaga,
y serán el horror de todos los vivientes.

JEREMIAS

INTRODUCCION

El profeta Jeremías

Pocas personalidades del Antiguo Testamento nos resultan tan conocidas y próximas como el profeta Jeremías, nacido en Anatot, pueblo de la tribu de Benjamín, a mediados del siglo VII a. C.

En primer lugar, porque aquella época tumultuosa en que le tocó vivir y actuar la conocemos bastante bien, gracias a la documentación bíblica, conjugada con anales extrabíblicos de la época (2 Re 22-25). Además, porque buena parte del libro de Jeremías está formado por relatos biográficos, escritos quizá por el discípulo y secretario de Jeremías: Baruc. Estos relatos unas veces nos dan las circunstancias de algunos oráculos centrales (como el oráculo sobre el templo, cap. 7; 25-26), otras veces recogen simplemente momentos decisivos de la actividad del profeta. A esto se añaden las confesiones de Jeremías, dispersas a lo largo de la segunda colección (7-25), en las que él se desahoga, revelándonos la psicología de un profeta en consolación y en crisis. A estas confesiones formales se añaden las irrupciones o apartes líricos del profeta en medio de sus oráculos.

Con estos elementos podemos seguir el itinerario trágico y conmovedor de Jeremías: su vocación el año 627, la primera actividad profética dirigida al deshecho Reino del Norte, las ilusiones juveniles; tras un silencio (622-609), la gran tragedia de Josías y la terrible revelación de la «amenaza del Norte»; a partir de ella, las burlas de la gente porque no se cumplen sus amenazas, el desvío y aislamiento del profeta molesto, los insultos, y después la persecución declarada en dos tiempos, bajo el perverso Joaquín y bajo el débil Sedecías; su vocación llega a hacerse intolerable y necesita que Dios lo conforte; lo vemos luchar denodadamente contra los ministros, de cara al rey, para salvar lo último salvable. Y todos sus oráculos de amenaza se van cumpliendo, hasta la catástrofe del año 586. No es bastante, cuando el profeta intenta reunir un grupo de judíos, para que la historia sagrada continúe en Palestina, el asesinato del gobernador frustra sus consejos, y el profeta es llevado a la fuerza a Egipto, donde pronuncia sus últimos oráculos. Termina como un antimoisés, es decir, desandando el camino de la liberación: perdiendo las instituciones y la tierra prometida, volviendo a Egipto, donde se deja de invocar el nombre del Señor.

Este itinerario no lo recorre el profeta impasible, sino apasionadamente. Se siente desgarrado entre la nostalgia de los oráculos de promesa y la presencia de los oráculos de amenaza que Dios le impone; entre la solidaridad con su pueblo, que lo empuja a la intercesión, y la palabra de Dios, que le ordena apartarse y no interceder; entre la obediencia a la misión divina y la solidaridad con su pueblo doliente. Con ojos lúcidos, iluminados por Dios mismo, tiene que ir asistiendo al fracaso sistemático de toda su vida y actividad; ¿no habría sido mejor no nacer? (20,14-18).

De su muerte trágica se salva un libro, y en ese libro pervive la personalidad de Jeremías, con un vigor excepcional en el Antiguo Testamento. Su vida y pasión parece en muchos aspectos una anticipación de la de Cristo.

El libro de Jeremías

A cierta distancia, el libro de Jeremías es bastante claro y abarcable. Después de la vocación y dos oráculos típicos (cap. 1), sigue una colección de oráculos del profeta casi originales (2,1-4,4 y 4,5-6,30); la segunda colección abarca desde 7,1 hasta 25,14, y comprende oráculos originales junto a otros reelaborados, con las confesiones entremetidas; la tercera colección comprende los relatos biográficos (26-45), interrumpidos por algunos oráculos de restauración en 30-31 y 33; concluye con una colección de oráculos contra las naciones (46-51), cuyo prólogo ha quedado desplazado en la edición hebrea oficial y se lee en 25,15-38; el capítulo 52 es un epílogo histórico.

En cuanto a las «fuentes» o procedencia de esos materiales, se suelen distinguir en el libro tres grupos: el primero lo forman los oráculos originales del profeta y sus confesiones, escritos de ordinario en verso, dotados a veces de introducciones históricas. El segundo lo integran las narraciones biográficas, en las que se insertan también oráculos del profeta en forma original o reelaborada. El tercero está formado por los discursos de Jeremías reelaborados con las ideas y el estilo de la llamada escuela deuteronomística, a la que se atribuye una última elaboración del cuerpo histórico Josué-Jueces-Samuel-Reyes.

El capítulo 36 nos narra cómo se escribieron las dos primeras versiones de los oráculos proféticos; no nos dice lo que contenían exactamente. En el libro actual no es raro encontrar repeticiones, de tema y de versos, en diversos contextos; a veces en clara desarmonía con uno de los contextos; también es obvio que algunos textos bien compuestos están violentamente interrumpidos por inserciones en bloque (ejemplos típicos: 11,18-12,6; 19-20; 15,12-14; 20,11-13, y el citado 25, 14-38).

En la impresión ha sido necesario restablecer varias veces el orden o señalar las interrupciones para hacer el texto fácilmente legible.

Jeremías es un poeta que desarrolla con gran originalidad la tradición de sus predecesores; sobresale su capacidad de crear imágenes y de trascender visiones simples y caseras. Polarizado por su misión, descubre un sentido profundo en lo menudo. Se distingue además por el lirismo, entendido como presencia confesada del poeta en el poema, y también por la intensa emotividad. Para un lector moderno, es uno de los estilos más «fáciles», o sea, que permiten sintonizar con menor esfuerzo.

Las narraciones mantienen la gran tradición israelita de brevedad, inmediatez e intensidad. Los discursos reelaborados adoptan el estilo retórico, rico en fórmulas estereotipadas, propio de la escuela.

Datos cronológicos

640 Subida al trono de Josías.
633 El rey se convierte a Dios.
629 Comienza a desarraigar la idolatría.
628 Vocación de Jeremías. Primera actividad profética: Jr 1-6; 30-31.
622 Josías encuentra el libro de la Ley.
622-609 No hay señales de actividad profética de Jeremías.
612 Caída de Nínive, capital del Imperio Asirio.
610 Caída de Jarán, último reducto del Imperio.
609 Campaña del Faraón en el Eufrates septentrional. Batalla de Meguido, en la que muere Josías; le sucede en el trono el hijo segundo, Joacaz,

a quien depone tres meses después el faraón Necó, y nombra rey a Joaquín, el primogénito: Jr 22,10-22.
609-604 Jr 7,1-15; 22,1-19; 26.
605 Batalla de Cárquemis, 46,2-12: derrota del Faraón. Asciende el poder de Babilonia, el «enemigo del Norte»; discurso de Jeremías en el templo, 25,1-14, por el que es castigado, 20,1-6, y se le prohíbe entrar en él, 36,5. Subida al trono de Nabucodonosor.
604 Jeremías compila el primer volumen: 36,1-4. Invasión de Palestina, conquista de Ascalón: 47,2-7. Diciembre: lectura, destrucción del volumen: 36; 45.
603 Resistencia leve y sumisión de Joaquín al rey de Babilonia.
601 Derrota de Nabucodonosor en Egipto.
600 Rebelión de Joaquín.
599 Expedición de castigo contra Judá.
598-597 Diciembre-enero: invasión y asedio de Jerusalén.
597 Episodio de los recabitas: 35. Muere Joaquín; le sucede su hijo Jeconías.
597 16 de marzo: Jeconías se rinde; primera deportación de diez mil judíos. Mayo: es nombrado rey Sedecías, hijo de Josías y hermano de Joaquín.
594 Sube al trono el faraón Psamético y fomenta la rebeldía contra Babilonia. Embajada de reyes vecinos a Sedecías. Embajada de Sedecías a Nabucodonosor protestando fidelidad. Carta de Jeremías para los desterrados: Jr 27-29; 51,59-64.
588 Rebelión de Sedecías, quizá incitado por el nuevo faraón, Ofra.
587 5 de enero: comienza el asedio de Jerusalén: 34,1-10. Se acerca el Faraón, y los babilonios suspenden el asedio: 34,11-22; 37,1-16.
586 18 de julio: caída de Jerusalén; segunda deportación: 52,4-11; 39,2-7.
586 Octubre: asesinato del prefecto Godolías: 40,7-41,18. Parada en Belén: 42,1-43,7; en Tafnes de Egipto: 43,8-13. Jeremías profetiza el ataque a Egipto del 568. Ultimo oráculo de Jeremías, 44,1-30, en que anuncia la derrota del faraón Ofra.

1 Palabras de Jeremías, hijo de Jelcías, de los sacerdotes residentes
2 en Anatot, territorio de Benjamín. Recibió palabras del Señor durante el reinado de Josías, hijo de Amón, en Judá, el año trece de
3 su reinado, y de Joaquín, hijo de Josías, hasta el final del año once del reinado en Judá de Sedecías, hijo de Josías; hasta la deportación de Jerusalén en el mes quinto.

Vocación y primeros oráculos

4 El Señor me dirigió la palabra:
5 —Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de los paganos.
6 Yo repuse:
—¡Ay Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho.
7 El Señor me contestó:
—No digas que eres un muchacho: que a donde yo te envíe, irás;
8 lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte —oráculo del Señor—.
9 El Señor extendió la mano, me tocó la boca y me dijo:
10 —Mira, yo pongo mis palabras en tu boca, hoy te establezco sobre pueblos y reyes, para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar.
11 El Señor me dirigió la palabra:
—¿Qué ves, Jeremías?
Respondí:
—Veo una rama de alerce [a].
12 Me dijo:
—¡Bien visto! Que alerta estoy yo para cumplir mi palabra.
13 De nuevo me dirigió la palabra:
—¿Qué ves?
Respondí:
—Veo una olla hirviendo que se sale por el lado del norte.
14 Me dijo:
—Desde el norte se derramará la desgracia sobre todos los habi-
15 tantes del país. Voy a reclutar a todas las tribus del norte —oráculo del Señor—:

Vendrán y pondrá cada uno su trono
  frente a las puertas de Jerusalén,
en torno a sus murallas
  y frente a los poblados de Judá.
16 Entablaré pleito con ellos por todas sus maldades:
  porque me abandonaron,
quemaron incienso a dioses extranjeros
  y se postraron ante las obras de sus manos.

17 Y tú cíñete, en pie, diles lo que yo te mando. No les tengas miedo; que si no, yo te meteré miedo de ellos.
18 Yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro,
  en muralla de bronce, frente a todo el país:
frente a los reyes y príncipes de Judá,

a alerce-alerta: en el original, šaqued-šoqed.

frente a los sacerdotes y los terratenientes;
19 lucharán contra ti, pero no te podrán,
porque yo estoy contigo para librarte
—oráculo del Señor—.

Pleito de Dios y conversión

1. *Vuelvo a pleitear con vosotros*

2 El Señor me dirigió la palabra:
2 —Ve, grita, que lo oiga Jerusalén: Así dice el Señor:
Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia,
cuando me seguías por el desierto, por tierra yerma.
3 Israel era sagrada para el Señor, primicia de su cosecha:
quien osaba comer de ella lo pagaba,
la desgracia caía sobre él —oráculo del Señor—.
4 Escuchad la palabra del Señor, casa de Jacob,
tribus todas de Israel: Así dice el Señor:
5 ¿Qué delito encontraron en mí vuestros padres
para alejarse de mí?
Siguieron tras vaciedades y se quedaron vacíos,
6 en vez de preguntar: ¿Dónde está el Señor?
El que nos sacó de Egipto y nos condujo por el desierto,
por estepas y barrancos, tierra sedienta y sombría,
tierra que nadie atraviesa, que el hombre no habita.
7 Yo os conduje a un país de huertos,
para que comieseis sus buenos frutos;
pero entrasteis y contaminasteis mi tierra,
hicisteis abominable mi heredad.
8 Los sacerdotes no preguntaban: ¿Dónde está el Señor?
Los doctores de la Ley no me reconocían,
los pastores se rebelaron contra mí,
los profetas profetizaban en nombre de Baal,
siguiendo a dioses que de nada sirven.
9 Por eso vuelvo a pleitear con vosotros
y con vuestros nietos pleitearé —oráculo del Señor—.
10 Navegad hasta las costas de Chipre y mirad,
despachad gente a Cadar y observad atentamente:
11 ¿Cambia un pueblo de dios? Y eso que no es dios,
pues mi pueblo cambió su Gloria por el que no sirve.
12 ¡Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos!
—oráculo del Señor—,
13 porque dos maldades ha cometido mi pueblo:
me abandonaron a mí, fuente de agua viva,
y se cavaron aljibes, aljibes agrietados
que no retienen el agua.

2. *Tu maldad te escarmienta*

14 ¿Era Israel un esclavo o un nacido en esclavitud?
Pues ¿cómo se ha vuelto presa de leones
15 que rugen contra él con gran estruendo?

Arrasaron su tierra, incendiaron sus poblados
hasta dejarlos deshabitados.
16 Incluso gente de Menfis y Tafnes
te raparon la coronilla.
17 ¿No te ha sucedido todo eso
por haber abandonado al Señor, tu Dios?
18 Y ahora, ¿qué buscas rumbo a Egipto?, ¿beber agua del Nilo?;
¿qué buscas rumbo a Asiria?, ¿beber agua del Eufrates?
19 Tu maldad te escarmienta, tu apostasía te enseña:
mira y aprende que es malo y amargo
abandonar al Señor, tu Dios, sin sentir miedo
—oráculo del Señor de los ejércitos—.
20 Desde antiguo has roto el yugo y hecho saltar las correas
diciendo: No quiero servir;
en cualquier collado alto, bajo cualquier árbol frondoso,
te acostabas y te prostituías.
21 Yo te planté, vid selecta de cepas legítimas,
y tú te volviste espino, cepa borde.
22 Por más que te laves con sosa y lejía abundante,
me queda presente la mancha de tu culpa
—oráculo del Señor—.

3. *¿Por qué me ponéis pleito?*

23 ¿Cómo te atreves a decir: No me he contaminado,
no he seguido a los ídolos?
Mira en el valle tu camino y reconoce lo que has hecho,
camella liviana de extraviados caminos,
24 asna salvaje criada en la estepa,
cuando en celo otea el viento, ¿quién domará su pasión?
Los que la buscan no necesitan cansarse,
la encuentran encelada.
25 Ahórrales calzado a tus pies, sed a tu garganta;
tú respondes: ¡Ni por pienso!
Amo a extranjeros y me iré con ellos.
26 Como se queda cortado un ladrón sorprendido,
se quedan cortados los israelitas,
con sus reyes, príncipes, sacerdotes y profetas;
27 dicen a un leño: Eres mi padre; a una piedra: Me has parido;
me dan la espalda y no la cara,
pero en el apuro dicen: ¡Acude a salvarnos!
28 ¿Y dónde están los dioses que te hacías?
¡Que se levanten ellos y te salven del apuro!
Pues tantos como poblados eran tus dioses, Judá.
29 ¿Por qué me ponéis pleito, si sois todos rebeldes?
—oráculo del Señor—.
30 En vano herí a vuestros hijos: no escarmentaron;
la espada se cebó en vuestros profetas
como león carnicero.
31 (Vosotros fijaos en la palabra del Señor).
¿Me he vuelto desierto para Israel o tierra tenebrosa?
¿Por qué dice mi pueblo: Huimos, ya no volvemos a ti?

32 ¿Acaso olvida una joven sus joyas, una novia su cinturón?
Pues mi pueblo me tiene olvidado un sinfín de días.
33 ¡Qué bien te sabes el camino de tu amor!
¡Qué bien te has aprendido el mal camino!
34 En tus manos hay sangre de pobres inocentes:
no los sorprendiste abriendo un boquete.
35 Y encima dices: Soy inocente, su ira no me alcanzará.
Pues yo te juzgaré por haber dicho que no has pecado.
36 ¡Qué poco te cuesta cambiar de rumbo!
Pues Egipto te dejará plantada como te dejó Asiria;
37 también de allí saldrás con las manos en la cabeza,
porque el Señor ha rechazado la base de tu confianza,
y no tendrás éxito con ellos.

4. *¿Podrás volver a mí?*

3 Si un hombre repudia a su mujer, ella se separa y se casa con
otro, ¿volverá él a ella?, ¿no está esa mujer infamada? Pues tú has
fornicado con muchos amantes, ¿podrás volver a mí? —oráculo del
Señor—.
2 Levanta la vista a las dunas y mira:
¿dónde no has hecho el amor? Como un nómada en el desierto
te sentabas en los caminos, a su disposición,
y profanaste la tierra con tus infames fornicaciones.
3 Faltaban los chubascos, no venían las lluvias,
y tú, ramera desfachatada, no sentías vergüenza.
4 Ahora mismo me dices: «Tú eres mi padre, mi amigo de juventud»;
5 pensando: «No me va a guardar un rencor eterno»,
y seguías obrando maldades, tan tranquila.

5. *Las dos hermanas*

6 Durante el reinado de Josías me dijo el Señor:
—¿Has visto lo que ha hecho Israel, la apóstata? Se ha ido por
todos los montes altos y se ha prostituido bajo todo árbol frondoso.
7 Yo pensé que después de hacer todo eso volvería a mí; pero no
8 volvió. Entonces su hermana, Judá, la infiel, vio que a Israel, la
apóstata, la había despedido yo por sus infidelidades, dándole el
acta de divorcio; con todo, Judá, la infiel, no temió, sino que fue y
9 se prostituyó también ella. Y así, con su fácil prostituirse, infamó
10 el país, porque cometió adulterio con la piedra y el leño. A pesar de
todo, su hermana, Judá, la infiel, no volvió a mí de todo corazón,
sino de mentiras —oráculo del Señor—.
11 El Señor me dijo:
—Israel, la apóstata, resulta inocente al lado de Judá, la infiel.
12 Ve y proclama este mensaje hacia el norte:
Vuelve, Israel, apóstata —oráculo del Señor—,
que no os pondré mala cara, porque soy leal
y no guardo rencor eterno —oráculo del Señor—.
13 Pero reconoce tu culpa, pues te rebelaste contra el Señor, tu Dios:
prodigaste tu amor a extraños bajo todo árbol frondoso
y me desobedeciste —oráculo del Señor—.

6. *Volved, hijos apóstatas*

14 Volved, hijos apóstatas —oráculo del Señor—,
que yo soy vuestro dueño:
cogeré a uno de cada ciudad, a dos de cada tribu
y os traeré a Sión;
15 os daré pastores a mi gusto
que os apacienten con saber y acierto;
16 entonces, cuando crezcáis y os multipliquéis en el país
—oráculo del Señor—,
ya no se nombrará el arca de la alianza del Señor,
no se recordará ni mencionará,
no se echará de menos ni se hará otra.
17 En aquel tiempo llamarán a Jerusalén «Trono del Señor»,
acudirán a ella todos los paganos,
porque Jerusalén llevará el nombre del Señor
y ya no seguirán la maldad de su corazón obstinado.
18 En aquellos días Judá irá a reunirse con Israel
y juntas vendrán del país del norte
a la tierra que di en heredad a vuestros padres.
19 Yo había pensado contarte entre mis hijos,
darte una tierra envidiable,
la perla de las naciones en heredad,
esperando que me llamara «padre mío»
y no se apartara de mí;
20 pero igual que una mujer traiciona a su marido,
así me traicionó Israel —oráculo del Señor—.
21 Oíd, se escucha en las dunas llanto afligido de los israelitas,
que han extraviado el camino, olvidados del Señor, su Dios.
22 Volved, hijos apóstatas, y os curaré de vuestra apostasía.

7. *Hemos venido a ti*

Aquí estamos, hemos venido a ti,
porque tú, Señor, eres nuestro Dios.
23 Cierto, son mentira los collados y el barullo de los montes,
en el Señor, nuestro Dios, está la salvación de Israel.
24 La ignominia devoró los ahorros de nuestros padres
desde su juventud: vacas y ovejas, hijos e hijas;
25 nos acostamos sobre nuestra vergüenza
y nos cubre el sonrojo,
porque pecamos contra el Señor, nuestro Dios,
nuestros padres y nosotros, desde la juventud hasta hoy
y desobedecimos al Señor, nuestro Dios.

4 Si quieres volver, Israel, vuelve a mí
—oráculo del Señor—;
si apartas de mí tus execraciones, no irás errante;
2 si juras por el Señor con verdad, justicia y derecho,
las naciones se desearán tu dicha y tu fama.
3 Así dice el Señor a los habitantes de Judá y Jerusalén:
Roturad los campos y no sembréis cardos,
el prepucio quitadlo de vuestros corazones,

4 habitantes de Judá y Jerusalén,
no sea que, por vuestras malas acciones,
estalle como fuego su cólera y arda inextinguible.

El enemigo del norte

1. *Miradle subir*

5 Anunciadlo en Judá, pregonadlo en Jerusalén,
tocad la trompeta en el país, gritad a pleno pulmón:
congregaos para marchar a la ciudad fortificada,
6 levantad la bandera hacia Sión; aprisa, no os paréis;
que yo traigo del norte la desgracia, una gran calamidad:
7 sube el león de la maleza, sale de su guarida,
está en marcha un asesino de pueblos, para arrasar tu país
e incendiar tus ciudades dejándolas deshabitadas.
8 Por eso vestíos de sayal, haced duelo y gemid,
porque no cede el incendio de la ira del Señor.
9 Aquel día —oráculo del Señor—
se acobardarán el rey y los príncipes,
se espantarán los sacerdotes, se turbarán los profetas.
10 Yo dije: ¡Ay Señor mío! Realmente has engañado a este pueblo,
prometiéndole paz, cuando tenemos al cuello la espada.
11 En aquel tiempo dirán a este pueblo y a Jerusalén:
Un viento sopla de las dunas del desierto
hacia la capital de mi pueblo:
no viento de aventar ni de cribar,
12 sino viento huracanado a mis órdenes:
ahora me toca a mí juzgarlos a ellos.
13 Miradle avanzar como una nube, sus carrozas como un huracán,
sus caballos son más rápidos que águilas:
¡ay de nosotros! Estamos perdidos.
14 Jerusalén, lava tu corazón de maldades, para salvarte,
¿hasta cuándo anidarán en tu pecho planes desatinados?
15 Escucha al mensajero de Dan,
al que anuncia desgracias desde la sierra de Efraín:
16 Decídselo a los paganos, anunciadlo en Jerusalén:
de tierra lejana llega el enemigo
lanzando gritos contra los poblados de Judá;
17 como guardas de campo te cercan,
porque te rebelaste contra mí —oráculo del Señor—;
18 tu conducta y tus acciones te lo han traído,
ése es tu castigo, el dolor que te hiere el corazón.

2. *El alarido de guerra*

19 ¡Ay mis entrañas, mis entrañas! Me tiemblan las paredes del pecho,
tengo el pecho turbado y no puedo callar;
porque yo mismo escucho el toque de trompeta, el alarido de guerra,
20 un golpe llama a otro golpe, el país está deshecho;
de repente quedan destrozadas las tiendas
y en un momento los pabellones.

21 ¿Hasta cuándo tendré que ver la bandera
y escuchar la trompeta a rebato?
22 Mi pueblo es insensato, no me reconoce,
son hijos necios que no recapacitan:
son diestros para el mal, ignorantes para el bien.
23 Miro a la tierra: ¡caos informe!; al cielo: está sin luz;
24 miro a los montes: tiemblan; a las colinas: danzan;
25 miro: no hay hombres, las aves del cielo han volado;
26 miro: el vergel es un páramo, los poblados están arrasados:
por el Señor, por el incendio de su ira.

3. *El grito de Sión*

27 Así dice el Señor:
El país quedará desolado, pero no lo aniquilaré;
28 la tierra guardará luto, el cielo arriba se ennegrecerá;
lo dije y no me arrepiento, lo pensé y no me vuelvo atrás.
29 Al oír a los jinetes y arqueros, huyen los vecinos,
se meten en cuevas, se esconden en la maleza, trepan a los riscos,
y la ciudad queda abandonada, sin un habitante.
30 Y tú, ¿qué haces que te vistes de púrpura,
te enjoyas de oro, te alargas los ojos con negro?
En vano te embelleces, tus amantes te rechazan,
sólo buscan tu vida.
31 Oigo un grito como de parturienta,
sollozos como en el primer parto:
el grito angustiado de Sión, estirando los brazos:
¡Ay de mí, que desfallezco, que me quitan la vida!

¿No he de vengarme yo mismo?

5 Repasad las calles de Jerusalén, mirad, inspeccionad,
buscad en sus plazas a ver si hay alguien
que respete el derecho y practique la sinceridad;
y la perdonaré.
2 Cuando dicen: «¡Vive el Señor!», juran en falso,
3 y tus ojos, Señor, buscan la sinceridad.
Los heriste y no les dolió,
los consumiste y no escarmentaban;
endurecían la cara como roca
y se negaban a convertirse.
4 Me dije: ésos son pobretones e ignorantes,
no conocen el camino del Señor, el precepto de su Dios;
5 me dirigiré a los jefes para hablarles, pues ellos sí
conocen el camino del Señor, el precepto de su Dios.
Pero todos juntos rompieron el yugo, hicieron saltar las correas;
6 por eso los herirá un león de la selva,
un lobo de la estepa los despedazará,
una pantera acecha sus ciudades y arrebata al que sale,
porque son muchas sus culpas y graves sus apostasías.
7 Después de todo, ¿podré perdonarte?

tus hijos me abandonaron, juraron por dioses falsos;
yo los sacié, ellos fueron adúlteros,
se iban en tropel a los burdeles;
8 son caballos cebados y lascivos que relinchan
cada cual por la mujer del prójimo.
9 *Y de todo esto, ¿no os tomaré cuentas?* —oráculo del Señor—;
de un pueblo semejante, ¿no he de vengarme yo mismo?
10 Subid a sus azoteas, destruid sin aniquilar;
arrancad sus sarmientos, pues ya no es del Señor;
11 porque me han sido infieles Israel y Judá
—oráculo del Señor—;
12 renegaron del Señor diciendo: «No es él»,
no nos pasará nada, no veremos espada ni hambre.
13 Sus profetas son viento, no tienen palabras del Señor,
por eso así dice el Señor, Dios de los ejércitos:
14 Por haber hablado así, así les sucederá:
haré que mi palabra sea fuego en su boca
que consumirá al pueblo como leña.
15 Israel, yo voy a conducir contra vosotros
un pueblo remoto —oráculo del Señor—:
un pueblo duradero, un pueblo antiquísimo,
un pueblo de lengua incomprensible,
no entenderás lo que diga;
16 su boca es una tumba abierta y todos son guerreros:
17 comerá tus mieses y tu pan, comerá a tus hijos e hijas,
comerá tus vacas y ovejas, comerá tu viña y tu higuera,
conquistará a espada las fortalezas en que confías.
18 Pero en aquellos días —oráculo del Señor— no os aniquilaré.
19 Cuando te pregunten: «¿Por qué nos ha hecho todo esto el Señor,
nuestro Dios?», contestarás: Como me abandonasteis para servir a
dioses extranjeros en vuestro país, así serviréis a dioses extranjeros
en tierra extraña.
20 Anuncia esto a Jacob, pregona en Judá:
Escúchalo, pueblo necio y sin juicio,
que tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye:
22 ¿A mí no me teméis, no tembláis en mi presencia?
—oráculo del Señor—.
Yo puse la arena como frontera del mar,
límite perpetuo que no traspasa;
hierve impotente, mugen sus olas,
23 pero no lo traspasan; en cambio, este pueblo
es duro y rebelde de corazón, y se marcha lejos;
no piensan: Debemos respetar al Señor, nuestro Dios,
24 que envía las lluvias tempranas y tardías en su sazón
y observa las semanas justas para nuestra siega.
25 Vuestras culpas han trastornado el orden,
vuestros pecados os dejan sin lluvia,
26 porque hay en mi pueblo criminales que ponen trampas
como cazadores y cavan fosas para cazar hombres:
27 sus casas están llenas de fraudes
como una cesta está llena de pájaros,
28 así es como medran y se enriquecen, engordan y prosperan;

rebosan de malas palabras, no juzgan según derecho,
no defienden la causa del huérfano
ni sentencian a favor de los pobres.
29 *Y de todo esto, ¿no tomaré cuentas?* —oráculo del Señor—;
de un pueblo semejante, ¿no he de vengarme yo mismo?
30 Espantos y abominaciones suceden en el país:
31 los profetas profetizan embustes,
los sacerdotes dominan por la fuerza,
y mi pueblo tan contento. ¿Qué haréis en el desenlace?

Proclamad la guerra santa

6 Huid, benjaminitas, de Jerusalén,
tocad la trompeta en Tecua, haced señales en Casalhuerto:
asoma por el norte la desgracia, una ruina gigante.
2 Se me antoja Sión una finca de recreo
3 donde entran pastores y rebaños, plantan en círculo las tiendas,
y a pastar cada uno por su lado.
4 Declaradle la guerra santa; ¡arriba, al ataque a mediodía!;
¡ay que se acaba el día, se alargan las sombras de la tarde!;
5 ¡arriba, al ataque de noche, a destruir sus palacios!;
6 pues así dice el Señor de los ejércitos:
Cortad árboles, construid un talud contra Jerusalén;
es una ciudad sentenciada, donde domina la opresión;
7 como brota el agua de un pozo, brota de ella la maldad,
violencias y atropellos se escuchan en ella,
siempre tengo delante golpes y heridas.
8 Escarmienta, Jerusalén, si no quieres que me aparte de ti
y te convierta en desolación, en tierra deshabitada.
9 Así dice el Señor de los ejércitos:
Rebusca el resto de Israel, como racimos en una viña,
pasa la mano por los pámpanos, como un vendimiador.
10 ¿A quién conjuraré para que me escuche?:
tienen oídos incircuncisos, incapaces de atender,
toman a burla la palabra de Dios porque no les agrada;
11 pero yo reboso de la ira del Señor y no puedo contenerla,
se me derrama en la calle sobre los chiquillos
y sobre las pandillas de mozos, de golpe,
caerán presos marido y mujer, viejos y ancianos,
12 pasarán a extraños sus casas, sus campos y sus mujeres,
cuando extienda la mano contra los habitantes del país
—oráculo del Señor—,
13 porque del primero al último sólo buscan medrar,
profetas y sacerdotes se dedican al fraude.
14 Pretenden curar por encima la fractura de mi pueblo,
diciendo: Marcha bien, muy bien. Y no marcha bien.
15 ¿Se avergüenzan cuando cometen abominaciones?
Ni se avergüenzan ni conocen el sonrojo;
pues caerán con los demás caídos, tropezarán
el día de la cuenta —lo ha dicho el Señor—.
16 Así decía el Señor:

Paraos en los caminos a mirar, preguntad por la vieja senda:
«¿cuál es el buen camino?», seguidlo y hallaréis reposo;
ellos respondieron: No queremos caminar.
17 Os di centinelas: «Atención al toque de trompeta»;
ellos respondieron: No nos importa.
18 Pues bien, oíd, naciones; aprende, asamblea, lo que va a pasar;
19 escucha tierra: Yo traigo contra este pueblo
una desgracia, resultado de sus planes,
porque despreciaron mis palabras, rechazaron mi Ley.
20 ¿Qué me importa el incienso de Sabá
y la exótica caña aromada?
Vuestros holocaustos no me agradan,
vuestros sacrificios no me son gratos.
21 Así dice el Señor:
Yo pondré a este pueblo obstáculos en que tropiecen:
padres e hijos, vecinos y amigos acabarán juntos.
22 Así dice el Señor:
Mirad, un ejército viene desde el norte,
una multitud se moviliza en el extremo del mundo,
23 armados de arcos y jabalinas, implacables e inexorables,
sus gritos resuenan como el mar, avanzan a caballo,
formados como soldados contra ti, Sión.
24 Al oír su fama nos acobardamos,
nos atenazan ansias y espasmos de parturienta.
25 No salgas a descampado, no vayas por el camino,
que la espada enemiga siembra en torno el terror.
26 Capital de mi pueblo, vístete de sayal y revuélcate en el polvo,
haz funeral como por un hijo único, un duelo amargo,
porque llega de repente nuestro devastador.
27 Te nombro examinador de mi pueblo,
para que examines y pruebes su conducta.
28 Todos son levantiscos y propalan calumnias,
todos son bronce y hierro de mala calidad;
29 el fuelle resopla, el fuego deja plomo,
en vano funde el fundidor, la escoria no se desprende.
30 Plata de desecho hay que llamarlos, porque el Señor los desecha.

Sermón sobre el templo (609)
(25,1-14; 26,1-19)

7 Palabra del Señor que recibió Jeremías:
2 Ponte a la puerta del templo y proclama allí:
Escuchad, judíos, la palabra del Señor,
los que entráis por estas puertas a adorar al Señor,
3 así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones,
y habitaré con vosotros en este lugar;
4 no os hagáis ilusiones con razones falsas, repitiendo:
«el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor».
5 Si enmendáis vuestra conducta y vuestras acciones,
si juzgáis rectamente los pleitos,

6 si no explotáis al emigrante, al huérfano y a la viuda,
si no derramáis sangre inocente en este lugar,
si no seguís a dioses extranjeros, para vuestro mal,
7 entonces habitaré con vosotros en este lugar,
en la tierra que di a vuestros padres,
desde antiguo y para siempre.
8 Os hacéis ilusiones con razones falsas, que no sirven:
9 ¿de modo que robáis, matáis, cometéis adulterio,
juráis en falso, quemáis incienso a Baal,
seguís a dioses extranjeros y desconocidos,
10 y después entráis a presentaros ante mí
en este templo que lleva mi nombre,
y decís: «Estamos salvados»,
para seguir cometiendo tales abominaciones?
11 ¿Creéis que es una cueva de bandidos
este templo que lleva mi nombre?
Atención, que yo lo he visto —oráculo del Señor—.
12 Andad, id a mi templo de Siló, al que di mi nombre antaño,
y mirad lo que hice con él, por la maldad de Israel, mi pueblo.
13 Pues ahora, por haber cometido tales acciones
—oráculo del Señor—,
porque os hablé sin cesar y no me escuchasteis,
porque os llamé y no me respondisteis,
14 por eso trataré al templo que lleva mi nombre,
y os tiene confiados,
y al lugar que di a vuestros padres y a vosotros
lo mismo que traté a Siló;
15 a vosotros os arrojaré de mi presencia,
como arrojé a vuestros hermanos, la estirpe de Efraín.

No valen intercesiones

16 Y tú no intercedas por este pueblo,
no supliques a gritos por ellos,
no me reces, que no te escucharé.
17 ¿No ves lo que hacen en los pueblos de Judá
y en las calles de Jerusalén?
18 Los hijos recogen leña, los padres encienden lumbre,
las mujeres preparan la masa para hacer tortas
en honor de la reina del cielo, y para irritarme
hacen libaciones a dioses extranjeros.
19 ¿Es a mí a quien irritan —oráculo del Señor—
o más bien a sí mismos, para su confusión?
20 Por eso así dice el Señor:
Mirad, mi ira y cólera se derraman sobre este lugar,
sobre hombres y ganados, sobre el árbol silvestre,
sobre el fruto del suelo, y arden sin apagarse.

No vale el culto
(11,15)

21 Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios
y comeos la carne;
22 pues cuando saqué a vuestros padres de Egipto,
no les ordené ni hablé de holocaustos y sacrificios;
23 ésta fue la orden que les di: «Obedecedme,
y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo;
caminad por el camino que os señalo, y os irá bien».
24 Pero no escucharon ni prestaron oído, seguían sus planes,
la maldad de su corazón obstinado,
dándome la espalda y no la cara.
25 Desde que salieron vuestros padres de Egipto hasta hoy
les envié a mis siervos los profetas un día y otro día;
26 pero no me escucharon ni prestaron oído, se pusieron tercos
y fueron peores que sus padres.
27 Ya puedes repetirles este sermón, que no te escucharán;
ya puedes gritarles, que no te responderán.
28 Les dirás: Esta es la gente que no obedeció al Señor, su Dios,
y no quiso escarmentar;
la sinceridad se ha perdido, extirpada de su boca.

Duelo por el Valle de Ben Hinón
(19,3-9)

29 Córtate la melena y tírala, entona en las dunas una elegía:
El Señor ha rechazado y expulsado
a la generación digna de su cólera;
30 porque los judíos hicieron lo que yo repruebo
—oráculo del Señor—,
pusieron sus abominaciones en el templo
que lleva mi nombre, contaminándolo.
31 Levantaron ermitas al Horno [a] en el Valle de Ben Hinón
para pasar por el fuego a hijos e hijas,
cosa que yo no mandé ni se me pasó por la cabeza;
32 por eso, mirad que llegan días —oráculo del Señor—
en que ya no se llamará El Horno ni Valle de Ben Hinón,
sino Valle de las Animas, pues enterrarán en El Horno
33 por falta de sitio; y los cadáveres de este pueblo
serán pasto de las aves del cielo
y de las bestias de la tierra, sin que nadie los espante.
34 Haré cesar en los pueblos de Judá y en las calles de Jerusalén
la voz alegre y la voz gozosa,
la voz del novio y la voz de la novia,
porque el país será un desierto.

8 Entonces —oráculo del Señor— sacarán de sus tumbas
los huesos de los reyes de Judá,
los huesos de sus profetas y de los vecinos de Jerusalén;

a o: Tófet.

2 los tenderán al sol, a la luna, a los astros del cielo
a quienes amaron y sirvieron y siguieron,
y consultaron y adoraron;
no serán recogidos ni sepultados,
yacerán como estiércol en el campo.
3 La muerte será preferible a la vida para todo el resto,
para los supervivientes de esta raza perversa,
en todos los lugares por donde los dispersé
—oráculo del Señor de los ejércitos—.

No quieren convertirse
(17,1)

4 Diles: Así dice el Señor:
¿No se levanta el que cayó?, ¿no vuelve el que se fue?
5 Entonces, ¿por qué este pueblo de Jerusalén
ha apostatado irrevocablemente?
Se afianza en la rebelión, se niega a convertirse.
6 He escuchado atentamente: No dicen la verdad,
nadie se arrepiente de su maldad diciendo: ¿Qué he hecho?
Todos vuelven a sus extravíos
como caballo que se lanza a la batalla.
7 Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo,
la tórtola, la golondrina, la grulla
vuelven puntualmente a su hora;
pero mi pueblo no comprende el mandato del Señor.
8 ¿Por qué decís: Somos sabios, tenemos la Ley del Señor?
Si la ha falsificado la pluma falsa de los escribanos.
9 Pues quedarán confusos los sabios,
se espantarán y caerán prisioneros:
rechazaron la palabra del Señor,
¿de qué les servirá su sabiduría?
10 Por eso entregaré vuestras mujeres a extraños
y vuestros campos a los conquistadores;
porque del primero al último sólo buscan medrar,
profetas y sacerdotes se dedican al fraude.
11 Pretenden curar por encima la fractura de mi pueblo
diciendo: Marcha bien, muy bien; y no marcha bien
12 ¿Se avergüenzan cuando cometen abominaciones?
Ni se avergüenzan ni conocen el sonrojo;
pues caerán con los demás caídos, tropezarán
el día de la cuenta —oráculo del Señor—.
13 Si intento cosecharlos —oráculo del Señor—
no hay racimos en la vid ni higos en la higuera,
la hoja está seca; los entregaré a la esclavitud.
14 ¿Qué hacemos aquí sentados? Reunámonos,
entremos en las plazas fuertes, para morir allí;
porque el Señor, nuestro Dios, nos deja morir,
nos da a beber agua envenenada,
porque pecamos contra el Señor.
15 Se espera mejoría y no hay bienestar,
a la hora de curarse sobreviene el delirio.

16 Desde Dan se escucha el resoplar de los caballos,
cuando relinchan los corceles, retiembla la tierra;
llegan y devoran el país y a sus habitantes,
la ciudad con sus vecinos.
17 Yo envío contra vosotros serpientes venenosas,
contra las que no valen encantamientos,
os picarán mortalmente —oráculo del Señor—.

Llanto del profeta

18 El pesar me abruma, mi corazón desfallece,
19 al oír desde lejos el grito de auxilio de la capital:
¿No está el Señor en Sión, no está allí su Rey?
¿No me irritaron con sus ídolos, ficciones importadas?
20 Pasó la cosecha, se acabó el verano,
y no hemos recibido auxilio.
21 Por la aflicción de la capital ando afligido,
sombrío y atenazado de espanto:
22 ¿No queda bálsamo en Galaad, no quedan médicos?
¿Por qué no se cierra la herida de la capital de mi pueblo?
23 ¡Quién diera agua a mi cabeza
y a mis ojos una fuente de lágrimas,
para llorar día y noche a los muertos de la capital!

Depravación de Jerusalén

9 Quién me diera posada en el desierto
para dejar a mis paisanos y alejarme de ellos;
pues son todos unos adúlteros, una caterva de bandidos;
2 tensan las lenguas como arcos, dominan el país
con la mentira y no con la verdad;
avanzan de maldad en maldad, y a mí no me conocen
—oráculo del Señor—.
3 Guárdese cada uno de su prójimo, no os fiéis del hermano,
el hermano pone zancadillas y el prójimo anda difamando;
4 se estafan unos a otros y no dicen la verdad,
entrenan sus lenguas en la mentira, están depravados
y son incapaces de convertirse:
5 fraude sobre fraude, engaño sobre engaño,
y rechazan mi conocimiento —oráculo del Señor—.
6 Por eso así dice el Señor de los ejércitos:
Yo mismo los fundiré y examinaré,
pues no puedo desentenderme de la capital de mi pueblo:
7 Su lengua es flecha afilada, su boca dice mentiras,
saludan con la paz al prójimo
y por dentro le traman asechanzas.
8 *Y de esto, ¿no os tomaré cuentas?* —oráculo del Señor—.
De un pueblo semejante, ¿no he de vengarme yo mismo?
9 Sobre los montes entonaré endechas,
en las dehesas de la estepa elegías:

Están requemadas, nadie transita, no se oye mugir el ganado,
aves del cielo y bestias se han escapado.
10 Convertiré a Jerusalén en escombros, en guarida de chacales,
arrasaré los pueblos de Judá dejándolos deshabitados.

No sabios, sino plañideras

11 ¿Quién es el sabio que lo entienda?
A quien le haya hablado el Señor, que lo explique:
¿por qué perece el país y se abrasa
como desierto intransitado?
12 Responde el Señor:
Porque abandonaron la Ley que yo les promulgué,
desobedecieron y no la siguieron,
13 sino que siguieron a su corazón obstinado
y a los baales recibidos de sus padres.
14 Por eso, así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Les daré a comer ajenjo y a beber agua envenenada;
15 los dispersaré por naciones desconocidas de ellos y sus padres,
les echaré detrás la espada hasta que los consuma.
16 Así dice el Señor de los ejércitos:
Sed sensatos y haced venir plañideras,
17 enviad por mujeres expertas; que vengan pronto
y nos entonen una endecha, para que se deshagan en lágrimas
nuestros ojos y destilen agua nuestros párpados.
18 Ya se escucha la endecha en Sión:
«¡Ay, estamos deshechos, qué terrible fracaso!
Tuvimos que abandonar el país,
nos echaron de nuestras moradas».
19 Escuchad, mujeres, la palabra del Señor,
reciban vuestros oídos la palabra de su boca:
Ensayad a vuestras hijas una endecha,
cada una a su vecina una elegía:
20 «Subió la muerte por las ventanas y entró en los palacios,
arrebató al chiquillo en la calle, a los mozos en la plaza».
21 El Señor dice su oráculo:
Yacen cadáveres humanos como estiércol en el campo,
como gavillas tras el segador, que nadie recoge.
22 Así dice el Señor:
No se gloríe el sabio de su saber,
no se gloríe el soldado de su valor,
no se gloríe el rico de su riqueza;
23 quien quiera gloriarse, que se gloríe de esto:
de conocer y comprender que soy el Señor, que en la tierra
establece la lealtad, el derecho y la justicia
y se complace en ellas —oráculo del Señor—.

Todos incircuncisos

24 Mirad que llegan días —oráculo del Señor—
en que pediré cuentas a todo circunciso:

25 a Egipto, Judá, Edom, Amón, Moab
y a los beduinos de cabeza rapada.
Porque todos, lo mismo que Israel,
son incircuncisos de corazón.

El Señor y los ídolos

10 Israelitas, escuchad esta palabra que el Señor os dirige:
2 Dice el Señor: No imitéis la conducta de los paganos,
no os asusten los signos celestes que asustan a los paganos.
3 Los ritos de esos pueblos son falsos:
Corta un leño en el bosque,
lo trabaja el artífice con la gubia,
4 lo adorna con oro y plata,
lo sujeta con clavos y martillo, para que no vacile.
5 Son espantapájaros de melonar, que no hablan,
hay que transportarlos, porque no andan;
no los temáis que no pueden hacer ni mal ni bien.
6 No hay como tú, Señor; tú eres grande,
grande es tu fama y tu poder, ¿quién no te temerá?
Tú lo mereces, Rey de las naciones;
entre todos sus sabios y reyes, ¿quién hay como tú?
8 Sin distinción son necios e insensatos,
educados por una ficción de leño.
9 De Tarsis importan plata laminada, oro de Ofir;
lo trabajan el orfebre y el fundidor,
lo revisten de grana y púrpura:
pura obra de artesanos.
10 En cambio, el Señor es Dios verdadero,
Dios vivo y rey de los siglos:
bajo su cólera tiembla la tierra,
las naciones no soportan su ira.
11 (Por eso les diréis: Dioses que no hicieron cielo y tierra
desaparezcan de la tierra y bajo el cielo).
12 El hizo la tierra con su poder [a],
asentó el orbe con su maestría,
desplegó el cielo con su habilidad.
13 Cuando él truena retumban las aguas del cielo,
hace subir las nubes desde el horizonte,
con los rayos desata la lluvia
y saca los vientos de sus silos.
14 El hombre con su saber se embrutece,
el orfebre con su ídolo fracasa:
son imágenes falsas, sin aliento, son vanidad y chapucería;
el día de la cuenta perecerán.
16 No es así la porción de Jacob, sino que lo hizo todo:
Israel es la tribu de su propiedad
y su nombre es Señor de los ejércitos.

12-16 = 51,15-19.

Los rebaños se dispersan
(23,1-8)

17 Recoge tus haberes y sal, población asediada,
18 porque así dice el Señor: Esta vez
lanzaré con honda a los habitantes del país,
los estrujaré hasta exprimirlos.
19 ¡Ay de mí, qué desgracia, mi herida es incurable!
Yo que decía: Es una dolencia, me aguantaré.
20 Mi tienda está deshecha, las cuerdas arrancadas,
se me han ido los hijos y no queda ninguno,
no hay quien plante mi tienda y sujete las lonas.
21 Los pastores están embrutecidos, no buscan al Señor,
por eso no atinan, y los rebaños se desperdigan.
22 Escuchad un mensaje: Ya llega
con gran estruendo del país del norte,
para convertir los poblados de Judá
en desolación, en guarida de chacales.
23 Ya lo sé, Señor, que el hombre no es dueño de sus caminos,
que nadie puede establecer su propio curso.
24 Corrígenos, Señor, con medida,
no nos hagas menguar con tu cólera;
25 derrama tu ira sobre las naciones que no te reconocen,
sobre las tribus que no invocan tu nombre,
porque han devorado y consumido a Jacob
y han asolado sus dehesas.

Los términos de la alianza
(31,31-34; 33,19-22)

11 Palabra del Señor que recibió Jeremías:
2 —Escucha los términos de esta alianza y comunícaselos a los ju-
3 díos y a los vecinos de Jerusalén. Diles: Así dice el Señor, Dios de
4 Israel: Maldito el que no acate los términos de esta alianza, que yo
impuse a vuestros padres cuando los saqué de Egipto, de aquel
horno de hierro: «Obedecedme y haced lo que os mando; así seréis
5 mi pueblo y yo seré vuestro Dios». Así cumpliré la promesa que
hice a vuestros padres de darles una tierra que mana leche y miel.
Hoy es un hecho.
Yo respondí:
—Amén, Señor.
6 Y el Señor me dijo:
—Proclama estas palabras en los pueblos de Judá y en las calles
de Jerusalén: Escuchad los términos de esta alianza y cumplidlos.
7 Yo se lo encarecí a vuestros padres cuando los saqué de Egipto, y
8 hasta hoy he repetido mis encarecimientos: «Obedecedme». Ellos
no escucharon ni prestaron oído, sino que cada uno seguía la mal-
dad de su corazón obstinado. Por eso hice caer sobre ellos las mal-
diciones de la alianza, pues no hicieron lo que yo les mandaba.
9 El Señor me dijo:
—Judíos y habitantes de Jerusalén se han conjurado para tornar

10 a los pecados de sus antepasados, que rehusaron acatar mis manda-
tos; siguen y sirven a dioses extranjeros. Israel y Judá han quebran-
11 tado la alianza que establecí con sus padres. Por eso, así dice el
Señor: Yo les enviaré una calamidad que no podrán rehuir; me
12 gritarán y no los oiré. Entonces los pueblos de Judá y los vecinos
de Jerusalén irán a gritar a los dioses a quienes quemaban incienso;
pero ellos no podrán salvarlos en la hora aciaga.

Ni rezos ni culto ni elección
(7)

13 Tenías tantos dioses como poblados, Judá;
hiciste tantos altares como calles, Jerusalén;
altares para ofrecer sacrificios a Baal.
14 Y tú no intercedas por este pueblo,
no supliques a gritos por él, que no escucharé
cuando me invoquen en la hora aciaga.
15 ¿Qué busca mi predilecta en mi casa?, ¿ejecutar sus intrigas?,
¿podrán los votos y la carne inmolada
apartar de ti la adversidad,
para que lo celebres con gritos estrepitosos?
16 El Señor te llamó olivo verde de fruto excelente;
si prende en él el fuego, se queman sus ramas.
17 El Señor de los ejércitos, que te plantó,
pronuncia una amenaza contra ti,
por la maldad de Israel y de Judá,
que quemaron incienso a Baal, irritándome.

De las confesiones de Jeremías
(15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,1-18)

1. *Comienza la persecución*

18 El Señor me enseñó y me hizo comprender lo que hacían:
12,6 «También tus hermanos y tu familia te son desleales,
también ellos te calumnian a la espalda;
no te fíes aunque te digan buenas palabras».
11,19 Yo, como cordero manso llevado al matadero, no sabía
los planes homicidas que tramaban contra mí:
«Cortemos el árbol en su lozanía,
arranquémoslo de la tierra de los vivos,
que su nombre no se pronuncie más».
20 Pero tú, Señor de los ejércitos, juzgas rectamente,
sondeas las entrañas y el corazón;
a ti he encomendado mi causa,
que logre desquitarme de ellos.
12,3 Tú, Señor, me examinas y me conoces;
tú sabes cuál es mi actitud contigo:
apártalos como a ovejas de matanza,
resérvalos para el día del sacrificio.

11,21 Así sentencia el Señor contra los vecinos de Anatot, que inten-
tan matarte, diciéndote: «No profetices en nombre del Señor si no
22 quieres morir a manos nuestras». Así dice el Señor de los ejércitos:
Yo les tomaré cuentas, sus mozos morirán a espada,
sus hijos e hijas morirán de hambre;
23 y no quedará resto de ellos el día de las cuentas,
cuando envíe la desgracia a los vecinos de Anatot.

El problema de la retribución

12 Aunque tú, Señor, llevas la razón cuando discuto contigo,
quiero proponerte un caso:
¿Por qué prosperan los impíos y viven en paz los traidores?
2 Los plantas, arraigan, crecen, dan fruto;
aunque tú estás cerca de sus labios y lejos de su corazón,
4c pues dicen: «No ve nuestras andanzas».
5 Si corriendo con los infantes te cansas,
¿cómo competirás con los caballos?
Aunque en tierra tranquila te sientas seguro,
¿qué harás en la maleza del Jordán? [a]

He desechado mi heredad

7 He abandonado mi casa y desechado mi heredad,
he entregado al amor de mi alma en manos enemigas;
8 porque mi heredad se había vuelto contra mí,
rugiendo como león feroz; por eso la detesté;
9 mi heredad se había vuelto un leopardo,
y los buitres giraban sobre él:
¡Venid, fieras agrestes, acercaos a comer!
10 Entre tantos pastores destrozaron mi viña
y pisotearon mi parcela, convirtieron
mi parcela escogida en desierto desolado,
11 la dejaron desolada, yerma, ¡qué desolación!
Todo el país desolado, ¡y a nadie le importaba!
12 Por todas las dunas de la estepa llegaron salteadores,
porque la espada del Señor devora de punta a punta,
y ningún ser vivo queda en paz.
4 ¿Hasta cuándo hará duelo la tierra
y se agostará la hierba del campo?
Por la maldad de sus habitantes
se escapan el ganado y las aves del cielo.
13 Sembraron trigo y cosecharon cardos,
quedaron baldados en balde, ¡qué miseria de cosecha!,
por la ira ardiente del Señor.

Cada uno a su heredad

14 Así dice el Señor a todos los vecinos maleantes que tocaron la
herencia que yo regalé a mi pueblo, Israel:

a v. 6 después de 11,18.

—Yo los arrancaré de sus campos, arrancaré de allí a los judíos.
15 Después de arrancarlos, volveré a compadecerme de ellos y a traer
16 a cada uno a su tierra y su heredad. Y si aprenden la costumbre de
mi pueblo, de jurar por mi nombre, «vive el Señor», como ellos
enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal, se establecerán en medio
17 de mi pueblo. Pero a la nación que no obedezca, la arrancaré y la
destruiré, oráculo del Señor.

El cinturón de lino

13 El Señor me ordenó:
—Ve, cómprate un cinturón de lino y póntelo a la cintura; que
no lo toque el agua.
2 Según la orden del Señor, me compré el cinturón y me lo puse
a la cintura.
3 El Señor me ordenó de nuevo:
4 —Coge el cinturón comprado, que llevas ceñido, ve al río Eufra-
tes y escóndelo allí entre las hendiduras de una peña.
5 Fui y lo escondí en el Eufrates, según la orden del Señor.
6 Pasados muchos días, me ordenó el Señor:
—Ve al Eufrates y recoge el cinturón que te mandé esconder.
7 Fui al Eufrates, cavé donde lo había escondido y recogí el cintu-
rón: estaba gastado e inservible.
8 Entonces el Señor me dirigió la palabra:
9 —Así dice el Señor: Lo mismo desgastaré el orgullo de Judá y
10 el orgullo desmedido de Jerusalén; de ese pueblo que se niega
a obedecerme, que se porta obstinadamente, que sigue a dioses
extranjeros y les rinde adoración. Serán como ese cinturón inservible.
11 Como se adhiere el cinturón a la cintura del hombre, así me ceñí
a judíos e israelitas para que fueran mi pueblo, mi fama, mi gloria
y mi honor —oráculo del Señor—. Y no obedecieron.

El último plazo

12 Les dirás lo siguiente: Así dice el Señor, Dios de Israel: «Las
vasijas se llenan de vino»; te contestarán: «Como si no supiéramos
13 que las vasijas se llenan de vino». Les replicarás: «Así dice el Señor:
Yo mismo llenaré de embriaguez a todos los habitantes del país, a
los reyes que se sientan en el trono de David, a sacerdotes y pro-
14 fetas y a todos los vecinos de Jerusalén. Los haré chocar unos con
otros, padres con hijos —oráculo del Señor—; ni piedad, ni perdón,
ni compasión me impedirán destruirlos».
15 Oíd, atended, no seáis soberbios, que habla el Señor:
16 Confesaos ante el Señor, vuestro Dios,
antes de que oscurezca, antes de que tropiecen vuestros pies
por los montes a media luz,
y convierta en lóbregas tinieblas la luz que esperáis.
17 Y si no escucháis, lloraré a escondidas vuestra soberbia,
mis ojos se desharán en lágrimas,
cuando se lleven el rebaño del Señor.

18 Di al rey y a la reina madre: Sentaos en el suelo,
porque se os ha caído de la cabeza la corona real.
19 Los poblados del Negueb están cercados, nadie rompe el cerco,
todo Judá marcha al destierro, al destierro sin faltar uno.
20 Alza la vista y míralos venir por el norte:
¿dónde está el rebaño que te encomendaron?
21 ¿Qué dirás cuando te falte la gala de tus ovejas,
los que habías educado para gobernarte?
¿No sentirás dolores como la parturienta?
22 Y si preguntas por qué te sucede todo eso,
por tus muchas culpas te levantan las faldas
y te violentan los tobillos.
23 ¿Puede un etíope cambiar de piel o una pantera de pelaje?
Igual vosotros: ¿podréis enmendaros, habituados al mal?
24 Los disiparé como tamo arrebatado por el viento de la estepa.
25 Esta es tu suerte, mi paga por tu rebelión
—oráculo del Señor—,
porque te olvidaste confiando en la mentira,
26 también yo te alzaré las faldas por delante,
27 y se verá tu vergüenza, tus adulterios,
tus relinchos, tus pensamientos de fornicación.
Sobre las colinas del campo he visto tus abominaciones.
¡Ay de ti, Jerusalén, que no te purificas!
¿Hasta cuándo darás largas?

La sequía

14 Cuando la sequía, vino la palabra del Señor a Jeremías:
2 Se enluta Judá, desfallecen sus puertas,
se inclinan sombrías, Jerusalén lanza gritos.
3 Los nobles envían a sus criados por agua:
van a las cisternas, no encuentran agua,
se vuelven con los cántaros vacíos,
se cubren desencantados la cabeza,
4 porque los campos se horrorizan
al faltar la lluvia en el país;
los labradores se cubren la cabeza defraudados;
5 hasta la cierva pare y abandona en descampado
porque no hay pastos;
6 los asnos salvajes se paran en las dunas,
venteando el aire como chacales, con ojos apagados,
porque no hay hierba.
7 Si nuestras culpas nos acusan, Señor, intervén por tu nombre,
que son muchas nuestras apostasías, hemos pecado contra ti.
8 Esperanza de Israel, salvador en el peligro,
¿por qué te portas como forastero en el país,
como caminante que se desvía para pernoctar?
9 ¿Por qué te portas como un hombre aturdido,
como soldado incapaz de vencer?
Tú estás con nosotros, Señor, llevamos tu nombre,
no nos abandones.
10 Así responde el Señor a este pueblo:

Les gusta mover las piernas, no las escatiman,
pero el Señor no se complace en ellos;
ahora recuerda sus culpas y castigará sus pecados.

Intercesión y falsos profetas
(7,16-20; 23,9-32; 28)

11 El Señor me dijo:
No intercedas a favor de este pueblo.
12 Si ayunan, no escucharé sus gritos;
si ofrecen holocaustos y ofrendas, no los aceptaré;
con espada, hambre y peste, los consumiré.
13 Yo objeté:
¡Ay Señor mío! Mira que los profetas les dicen:
«No veréis la espada, no pasaréis hambre,
os daré paz duradera en este lugar».
14 El Señor me contestó:
Mentiras profetizan los profetas en mi nombre;
no los envié, no los mandé, no les hablé;
visiones engañosas, oráculos vanos,
fantasías de su mente es lo que profetizan.
15 Por eso, así dice el Señor a los profetas que profetizan en mi
nombre sin que yo los haya enviado:
Ellos dicen: «Ni espada ni hambre llegarán a este país»;
pues a espada y de hambre acabarán esos profetas;
16 y el pueblo a quien profetizan
yacerá por las calles de Jerusalén,
a causa del hambre y la espada;
y no habrá quien los entierre a ellos y a sus mujeres,
a sus hijos e hijas; les echaré encima sus maldades.
17 Diles esta palabra:
Mis ojos se deshacen en lágrimas, día y noche, sin cesar,
por la terrible desgracia de la capital de mi pueblo,
por su herida incurable.
18 Salgo al campo: muertos a espada;
entro en la ciudad: desfallecidos de hambre;
profetas y sacerdotes recorren el país a la ventura.
19 ¿Por qué has rechazado a Judá y sientes asco de Sión?
¿Es que nos has herido sin remedio?
Se espera mejoría y no hay bienestar,
al tiempo de curarse sobreviene el delirio.
20 Señor, reconocemos nuestra culpa
y los delitos paternos; te hemos ofendido.
21 Por tu nombre, no nos rechaces,
no desprestigies tu trono glorioso,
recuerda tu alianza con nosotros, no la rompas.
22 ¿Hay entre los ídolos paganos uno que dé lluvia?
¿Sueltan solos los cielos sus chubascos?
Tú, Señor, eres nuestro Dios, en ti esperamos,
porque eres tú quien hace todo eso.

15 El Señor me respondió:
—Aunque estuvieran delante Moisés y Samuel, no me conmove-
2 ría por ese pueblo. Despáchalos, que salgan de mi presencia. Y si
te preguntan adónde han de salir, diles: Así dice el Señor:
El destinado a la muerte, a la muerte;
el destinado a la espada, a la espada;
el destinado al hambre, al hambre;
el destinado al destierro, al destierro.
3 Os daré cuatro clases de verdugos —oráculo del Señor—:
la espada para matar, los perros para despedazar,
las aves del cielo para devorar,
las bestias de la tierra para destrozar.
4 Los haré escarmiento de todos los reyes del mundo,
por culpa de Manasés, hijo de Ezequías, rey de Jerusalén,
por todo lo que hizo en Jerusalén.
5 ¿Quién se apiada de ti, Jerusalén, quién te compadece?
¿Quién da un rodeo para preguntar cómo estás?
6 Tú me rechazaste, te echaste atrás —oráculo del Señor—,
y yo tendí la mano para aniquilarte,
7 cansado de compadecer, los aventé con la horquilla
por las ciudades del país;
dejé sin hijos, destruí a mi pueblo,
y no se convirtieron de su conducta.
8 Las viudas que dejé eran como la arena de la playa,
conduje en pleno día un devastador contra la madre y el mozo,
les metí de repente pánico y turbación,
9 la madre de siete hijos desfallecía exhalando el alma,
se le ponía el sol de día y quedaba desconcertada,
el resto lo entregué a la espada enemiga
—oráculo del Señor—.

Confesiones de Jeremías
(11,18ss; 17; 18; 20)

2. *Crisis de vocación*

10 ¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste
hombre de pleitos y contiendas con todo el mundo!
Ni he prestado ni me han prestado, y todos me maldicen.
11 De veras, Señor, te he servido fielmente:
en el peligro y en la desgracia [a]
15 he intercedido en favor de mi enemigo; tú lo sabes.
Señor, acuérdate y ocúpate de mí,
véngame de mis perseguidores,
no me dejes perecer por tu paciencia,
mira que soporto injurias por tu causa.
16 Cuando recibía tus palabras, las devoraba,
tu palabra era mi gozo y mi alegría íntima,
yo llevaba tu nombre, Señor, Dios de los ejércitos.

a v. 12 en 6,29; vv. 13-14 en 17,3-4.

17 No me senté a disfrutar con los que se divertían,
forzado por tu mano me senté solitario,
porque me llenaste de tu ira.
18 ¿Por qué se ha vuelto crónica mi llaga
y mi herida enconada e incurable?
Te me has vuelto arroyo engañoso, de agua inconstante.
19 Entonces me respondió el Señor:
Si vuelves, te haré volver y estar a mi servicio;
si apartas el metal de la escoria, serás mi boca.
Que ellos vuelvan a ti, no tú a ellos.
20 Frente a este pueblo te pondré
como muralla de bronce inexpugnable:
lucharán contra ti y no te podrán,
porque yo estoy contigo para librarte y salvarte
—oráculo del Señor—.
21 Te libraré de manos de los perversos,
te rescataré del puño de los opresores.

Una vida profética

16 Me vino la palabra del Señor:
2-3 —No te cases, no tengas hijos ni hijas en este lugar. Porque así
dice el Señor a los hijos e hijas nacidos en este lugar, a las madres
que los parieron, a los padres que los engendraron en esta tierra:
4 Morirán de muerte cruel, no serán llorados ni sepultados,
serán como estiércol sobre el campo,
acabarán a espada y de hambre, sus cadáveres serán pasto
de las aves del cielo y de las bestias de la tierra.
5 Así dice el Señor:
No entres en casa donde haya luto,
no vayas al duelo, no les des el pésame,
porque retiro de este pueblo —oráculo del Señor—
mi paz, misericordia y compasión.
6 Morirán en esta tierra grandes y pequeños,
no serán sepultados ni llorados, ni por ellos
se harán incisiones o se raparán el pelo;
7 no asistirán al banquete fúnebre
para darle el pésame por el difunto,
ni les darán la copa del consuelo por su padre o su madre.
8 No entres en la casa donde se celebra un banquete
para comer y beber con los comensales;
9 porque así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Yo haré cesar en este lugar, en vuestros días, ante vosotros,
la voz alegre, la voz gozosa, la voz del novio, la voz de la novia.
10 Cuando anuncies a este pueblo todas estas palabras, te pregun-
tarán: «¿Por qué ha pronunciado el Señor contra nosotros tan terri-
bles amenazas? ¿Qué delitos o pecados hemos cometido contra el
11 Señor, nuestro Dios?», les responderás: Porque vuestros padres
me abandonaron —oráculo del Señor—, siguieron a dioses extran-
jeros, sirviéndolos y adorándolos. A mí me abandonaron y no guar-
2 daron mi Ley. Pero vosotros sois peores que vuestros padres, cada

cual sigue la maldad de su corazón obstinado, sin escucharme a mí.
13 Os arrojaré de esta tierra a un país desconocido de vosotros y de
vuestros padres: allí serviréis a dioses extranjeros, día y noche, por-
que no os haré gracia.
14 Pero llegarán días —oráculo del Señor— en que ya no se dirá:
15 «Vive el Señor, que sacó a los israelitas de Egipto», sino más bien:
«Vive el Señor, que nos sacó del país del norte, de todos los países
por donde nos dispersó». Y los haré volver a su tierra, la que di a
sus padres.
16 Enviaré muchos pescadores a pescarlos —oráculo del Señor—,
detrás enviaré muchos cazadores a cazarlos por montes y valles, por
17 las hendiduras de las peñas. Yo vigilo su conducta, no se me oculta,
18 sus culpas no se esconden de mi vista. Les pagaré el doble por sus
culpas y pecados, porque profanaron mi tierra con la carroña de
sus execraciones y con sus abominaciones llenaron mi heredad.
19 El Señor es mi fuerza y fortaleza, mi refugio en el peligro.
A ti vendrán los paganos, de los extremos del orbe, diciendo:
Qué engañoso es el legado de nuestros padres,
qué vaciedad sin provecho.
20 ¿Podrá un hombre hacer dioses? No serán dioses.
21 Pues esta vez yo les enseñaré mi mano poderosa,
y sabrán que me llamo El Señor.

Falsas confianzas

17 El pecado de Judá está escrito con punzón de hierro,
con punta de diamante está grabado en la tabla del corazón
2 y en los salientes de los altares, para memoria de sus sucesores:
son sus altares y mayos, junto a árboles frondosos,
3 en colinas elevadas, en montículos del campo.
Entregaré al saqueo tus riquezas y tesoros,
porque pecaste en las alturas en todo tu territorio;
4 tendrás que renunciar a la heredad que yo te dí,
te haré esclavo de tu enemigo en país desconocido,
porque prende el fuego de mi ira y arde perpetuamente.
5 Así dice el Señor:
¡Maldito quien confía en un hombre y busca apoyo en la carne,
apartando su corazón del Señor!
6 Será cardo estepario que no llegará a ver la lluvia,
habitará un desierto abrasado, tierra salobre e inhóspita.
7 ¡Bendito quien confía en el Señor y busca en él su apoyo!
8 Será un árbol plantado junto al agua,
arraigado junto a la corriente; cuando llegue el bochorno,
no temerá, su follaje seguirá verde,
en año de sequía no se asusta, no deja de dar fruto.
9 Nada más falso y enconado que el corazón: ¿quién lo entenderá?
10 Yo, el Señor, penetro el corazón, sondeo las entrañas,
para pagar al hombre su conducta, lo que merecen sus obras.
11 Perdiz que empolla huevos que no puso
es quien amasa riquezas injustas:
a la mitad de la vida lo abandonan,
y él termina hecho un necio.

12 Trono glorioso, exaltado desde el principio
es nuestro lugar santo:
13 tú, Señor, eres la esperanza de Israel,
los que te abandonan fracasan,
los que se apartan serán escritos en el polvo,
porque abandonaron al Señor, manantial de agua viva.

Confesiones de Jeremías
(11; 15; 17; 20)

3. *Incredulidad*

14 Sáname, Señor, y quedaré sano; sálvame, y quedaré a salvo;
para ti es mi alabanza.
15 Ellos me repiten: ¿Dónde queda
la palabra del Señor? Que se cumpla.
16 Pero yo no he insistido pidiéndote desgracias
ni me he augurado un día aciago;
tú sabes lo que pronuncian mis labios, lo tienes delante.
17 No me hagas temblar, tú eres mi refugio en la desgracia;
18 fracasen mis perseguidores y no yo,
sientan terror ellos y no yo,
haz que les llegue el día funesto,
quebrántalos con doble quebranto.

El sábado

19 Así me dijo el Señor:
—Ve y colócate en la Puerta de Benjamín, por donde entran y
salen los reyes de Judá, y en cada una de las puertas de Jerusalén,
20 y diles: Reyes de Judá, judíos y vecinos de Jerusalén, que entráis
21 por estas puertas, escuchad la palabra del Señor. Así dice el Señor:
Guardaos muy bien de llevar cargas en sábado o de meterlas por
22 las puertas de Jerusalén. No saquéis cargas de vuestras casas en sá-
bado ni hagáis trabajo alguno; santificad el sábado como mandé a
23 vuestros padres. Ellos no me escucharon ni prestaron oído; se pu-
24 sieron tercos, no me escucharon ni escarmentaron. Pero si vosotros
me escucháis —oráculo del Señor— y no metéis cargas en sábado
por las puertas de esta ciudad, sino que santificáis el sábado no tra-
25 bajando en él, entonces entrarán por las puertas de esta ciudad los
reyes sucesores en el trono de David, montados en carros y caballos,
acompañados de sus dignatarios, de judíos y vecinos de Jerusalén,
26 y la ciudad estará habitada por siempre. Vendrán de los pueblos de
Judá, de la comarca de Jerusalén, del territorio de Benjamín, de la
Sefela, de la Sierra, del Negueb, y entrarán en el templo del Señor
con holocaustos, sacrificios, ofrendas e incienso en acción de gracias.
27 Pero si no me escucháis, si no santificáis el sábado absteniéndoos
de meter cargas en sábado por las puertas de Jerusalén, entonces
prenderé fuego a sus puertas, que se cebará en los palacios de Jeru-
salén, sin apagarse.

En el taller del alfarero

18 Palabra del Señor que recibió Jeremías:
2 —Anda, baja al taller del alfarero y allí te comunicaré mi palabra.
3 Bajé al taller del alfarero, y lo encontré trabajando en el torno.
4 A veces, trabajando el barro, le salía mal una vasija; entonces
hacía otra vasija, como mejor le parecía.
5 Y me vino la palabra del Señor:
6 —Y yo, ¿no podré trataros, israelitas, como ese alfarero? Como
está el barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mis ma-
7 nos, israelitas. Primero me refiero a un pueblo y a un rey y hablo
8 de arrancar y arrasar: si ese pueblo al que me refiero se convierte
de su maldad, yo me arrepentiré del mal que pensaba hacerles.
9 Después me refiero a un pueblo y a un rey y hablo de edificar y
10 plantar: si me desobedecen y hacen lo que yo repruebo, yo me arre-
11 pentiré de los beneficios que les había prometido. Y ahora habla a
los judíos y a los vecinos de Jerusalén:
Así dice el Señor: Yo, el alfarero,
os preparo un castigo y medito un plan contra vosotros.
Que se convierta cada cual de su mala conducta,
enmendad vuestra conducta y vuestras acciones.
12 Responden: No queremos, seguiremos nuestros planes,
cada uno seguirá la maldad de su corazón obstinado.
13 Pues bien, así dice el Señor:
Preguntad a los paganos quién oyó tal cosa:
la capital de Israel ha cometido algo horripilante.
14 ¿Abandona la nieve del Líbano las rocas escarpadas?
¿Se corta el agua fresca que fluye caprichosa?
15 Pues mi pueblo me olvida y sacrifica a una ficción;
tropiezan caminando por las viejas veredas
y caminan por sendas y caminos sin aplanar,
16 convirtiendo así su tierra en desolación y burla perpetua,
los viandantes se espantan y sacuden la cabeza.
17 Como viento solano los aventaré ante el enemigo,
darán la espalda y no la cara el día de la derrota.

Confesiones de Jeremías
(11; 15; 17; 20)

4. *Persecución*

18 Dijeron: Vamos a tramar un plan contra Jeremías,
que no nos faltará la instrucción de un sacerdote,
el consejo de un docto, el oráculo de un profeta;
vamos a herirlo en la lengua, no hagamos caso de lo que dice.
19 Hazme tú caso, Señor, escucha a mis rivales,
20 ¿es que se pagan bienes con males? Me han cavado una fosa.
Recuerda que estuve ante ti intercediendo por ellos
para apartar de ellos tu enojo.
21 Ahora entrega sus hijos al hambre, ponlos a merced de la espada,
queden sus mujeres viudas y sin hijos,

mueran sus hombres asesinados
y los mozos a filo de espada en el combate.
22 Que se oigan gritos salir de sus casas,
cuando de repente los asalten bandidos,
pues cavaron una fosa para atraparme,
escondieron trampas para mis pies.
23 Señor, tú conoces su plan homicida contra mí:
no perdones sus culpas, no borres de tu vista sus pecados;
caigan derribados ante ti,
ejecútalos en el momento de la ira.

La jarra de loza (604)
(25,1)

19 El Señor me dijo:
—Vete a comprar una jarra de loza; acompañado de algunos con-
2 cejales y sacerdotes, sal hacia el Valle de Ben Hinón, adonde da
la Puerta de los Cascotes, y proclama allí lo que yo te diré.
10-1 »Rompe la jarra en presencia de tus acompañantes, y diles: Así
dice el Señor de los ejércitos: Del mismo modo romperé yo a este
pueblo y a esta ciudad; como se rompe un cacharro de loza y no se
puede recomponer».
14 Jeremías volvió de la puerta adonde lo había mandado el Señor
a profetizar, se plantó en el atrio del templo y dijo a todo el pueblo:
15 —Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Yo haré ve-
nir sobre esta ciudad y su comarca todos los males con que la he
amenazado, porque se pusieron tercos y no escucharon mis palabras.

20 Pasjur, hijo de Imer, sacerdote comisario del templo del Señor,
2 oyó a Jeremías profetizar aquello; Pasjur hizo azotar al profeta Je-
remías y lo metió en el cepo que se encuentra en la puerta superior
de Benjamín, en el templo del Señor.
3 A la mañana siguiente, cuando Pasjur lo sacó del cepo, Jeremías
le dijo:
4 —El Señor ya no te llama Pasjur, sino Cerco de Pavor; pues así
dice el Señor: Serás el pavor tuyo y de tus amigos, que caerán a
espada enemiga, ante tu vista; entregaré a todos los judíos en poder
del rey de Babilonia, que los desterrará a Babilonia y los matará
5 con la espada. Entregaré todas las riquezas de esta ciudad, sus po-
sesiones, objetos preciosos, los tesoros reales de Judá a los enemi-
gos, que los saquearán, los cogerán y se los llevarán a Babilonia.
6 Y tú, Pasjur, con todos los de tu casa, iréis al destierro, a Babilonia;
allí morirás y serás enterrado con todos tus amigos, a quienes pro-
fetizabas tus embustes.

El Valle de Ben Hinón
(7,29ss)

19,3 Di: Escuchad la palabra del Señor, reyes de Judá y vecinos de
Jerusalén: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:

Yo haré venir sobre este lugar una catástrofe
que a quien la oiga le zumbarán los oídos;
4 porque me abandonaron, extrañaron este lugar
sacrificando en él a dioses extranjeros,
que ni ellos ni sus padres conocían,
y los reyes de Judá lo llenaron de sangre inocente.
5 Construyeron ermitas a Baal donde quemaban a sus hijos
como holocaustos en honor de Baal;
cosa que no les mandé, ni les dije,
ni se me pasó por la cabeza.
6 Por eso llegarán días —oráculo del Señor—
en que este lugar ya no se llamará El Horno
ni Valle de Ben Hinón, sino Valle de las Animas.
7 Haré fracasar en él los planes de Judá y Jerusalén,
los derribaré a espada ante el enemigo,
por mano de los que los buscan para matarlos,
daré sus cadáveres en pasto
a las aves del cielo y a las bestias de la tierra.
8 Haré de esta ciudad espanto y burla:
los que pasen junto a ella se espantarán
y silbarán a la vista de tantas heridas.
9 Haré que se coman a sus hijos e hijas,
que se coman unos a otros,
cuando les aprieten y estrechen el cerco
sus enemigos mortales [a].
11c Y enterrarán en El Horno, por falta de sitio.
12 Así trataré a este lugar y a sus habitantes,
haré de esta ciudad un horno —oráculo del Señor—,
13 las casas de Jerusalén y los palacios reales de Judá
serán inmundos como el sitio de El Horno;
las casas en cuyas azoteas ofrecían sacrificios
a los astros del cielo, y libaban a dioses extranjeros [b].

Confesiones de Jeremías
(11; 15; 17, 18)

5. *Final*

20,7 Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me violaste.
Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí.
8 Si hablo, es a gritos, clamando «¡violencia, destrucción!»,
la palabra del Señor se me volvió
escarnio y burla constantes, y me dije:
No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre.
9 Pero la sentía dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos:
hacía esfuerzos por contenerla y no podía.
10 Oía el cuchicheo de la gente: «Cerco de Pavor»,
¡a delatarlo, a delatarlo!
Mis amigos acechaban mi traspié: A ver si se deja seducir,
lo violaremos y nos vengaremos de él.

a vv. 10-11ab después de 19,2.
b vv. 14-15, con 10-11ab, después de 19,2.

11 «Pero el Señor está conmigo como fiero soldado[a],
mis perseguidores tropezarán y no me podrán;
sentirán la confusión de su fracaso,
un sonrojo eterno e inolvidable.
12 Señor de los ejércitos, examinador justo
que ves las entrañas y el corazón,
que yo vea cómo tomas venganza de ellos,
pues a ti encomendé mi causa.
13 Cantad al Señor, alabad al Señor,
que libró al pobre del poder de los malvados».
14 ¡Maldito el día en que nací,
el día que me parió mi madre no sea bendito!
15 ¡Maldito el que dio la noticia a mi padre:
«Te ha nacido un hijo», dándole un alegrón!
16 ¡Ojalá fuera ese hombre como las ciudades
que el Señor trastornó sin compasión!
¡Ojalá oyese gritos por la mañana
y alaridos al mediodía!
17 ¿Por qué no me mató en el vientre?
Habría sido mi madre mi sepulcro;
su vientre, preñado por siempre.
18 ¿Por qué salí del vientre para pasar trabajos y penas
y acabar mis días derrotado?

Oráculos dirigidos

1. *A Sedecías*

21 Palabra que recibió Jeremías del Señor cuando el rey Sedecías
envió a Pasjur, hijo de Malaquías, y a Sofonías, hijo de Masías,
para decirle:
2 —Consulta por nosotros al Señor, a ver si repite sus prodigios
con nosotros, y Nabucodonosor, rey de Babilonia, que ahora nos
está combatiendo, se tiene que retirar.
3 Jeremías les contestó:
4 —Decid a Sedecías: Así dice el Señor, Dios de Israel: Las armas
que empuñáis en el combate yo se las pasaré al rey de Babilonia y
a los caldeos, que os asedian fuera de la muralla, y los reuniré en
5 medio de esta ciudad. Yo en persona lucharé contra vosotros, con
6 mano extendida y brazo fuerte, con ira y cólera y furia. Heriré a los
habitantes de esta ciudad, hombres y animales, y morirán en una
7 grave epidemia. Después —oráculo del Señor— a Sedecías, rey de
Judá, a sus ministros y a los que sobrevivan en la ciudad a la peste,
la espada y el hambre los entregaré en manos de Nabucodonosor,
rey de Babilonia, y en mano de sus enemigos mortales. Los pasará
a filo de espada, sin piedad, sin respetos, sin compasión.

2. *A ese pueblo*

8 le dirás: Así dice el Señor:
Yo os pongo delante el camino de la vida y el camino de la muer-
9 te. Los que se queden en la ciudad morirán a espada, de hambre

a vv. 11-13, insertados aquí por un copista.

y de peste; los que salgan y se pasen a los caldeos sitiadores, salva-
10 rán la vida, los cogerán como botín vivo. Porque me enfrento con
esta ciudad para mal y no para bien —oráculo del Señor—. Será
entregada al rey de Babilonia, que la pasará a fuego.

3. *A la casa real de Judá:*

11-2 Escuchad la palabra del Señor: Casa de David, así dice el Señor:
Id temprano a administrar justicia,
librad al oprimido del poder del opresor;
si no queréis que mi cólera estalle como fuego
y arda inextinguible por vuestras malas acciones.

4. *A Jerusalén*

13 Aquí estoy contra ti, Señora del Valle,
Roca de la Plana —oráculo del Señor—.
Decís: ¿Quién nos meterá miedo,
quién penetrará en nuestras moradas?
14 Os castigaré como merecen vuestras acciones:
prenderé fuego al bosque y consumirá todo alrededor.

5. *Al rey*

22 Así dice el Señor: Baja al palacio real de Judá y proclama allí
2 lo siguiente: Escuchad la palabra del Señor, rey de Judá, que ocu-
pas el trono de David, y también tus ministros y el pueblo, que
3 entra por estas puertas: Así dice el Señor:
Practicad la justicia y el derecho,
librad al oprimido del opresor,
no explotéis al emigrante, al huérfano y a la viuda,
no derraméis sangre inocente en este lugar.
4 Si cumplís estos mandatos, podréis entrar por estas puertas los
reyes que ocupáis el trono de David, montados en carros de caba-
5 llos, acompañados de vuestros ministros y del pueblo. Y si no cum-
plís estos mandatos, juro por mí mismo —oráculo del Señor— que
6 este palacio se convertirá en ruinas. Pues así dice el Señor al palacio
real de Judá:
Aunque fueras para mí como Galaad o la cumbre del Líbano,
juro que haré de ti un desierto, una ciudad deshabitada;
7 consagraré a tus devastadores, cada uno con sus armas.
para que talen tus mejores cedros y los echen al fuego.
8 Llegarán muchos pueblos a esta ciudad,
y se preguntarán unos a otros:
¿Por qué trató así el Señor a esta gran ciudad?
9 Y responderán: Porque abandonaron la alianza del Señor, su Dios,
y sirvieron y adoraron a dioses extranjeros.

6. *A Joacaz-Salún*

10 No lloréis por el muerto ni os lamentéis por él,
llorad por el que se marcha,
porque no volverá a ver su tierra natal.

11 Pues así dice el Señor a Salún, hijo de Josías, rey de Judá, sucesor de su padre, Josías:
El que salió de este lugar no volverá a él,
12 morirá en el país de su destierro
y esta tierra no la volverá a ver.

7. *A Joaquín* (36,29-31)

13 ¡Ay del que edifica su casa con injusticias,
piso a piso, inicuamente;
hace trabajar de balde a su prójimo
sin pagarle el salario.
14 Piensa: Me construiré una casa espaciosa
con salones aireados, abriré ventanas,
la revestiré de cedro, la pintaré de bermellón.
15 ¿Piensas que eres rey porque compites en cedros?
Si tu padre comió y bebió y le fue bien,
es porque practicó la justicia y el derecho;
16 hizo justicia a pobres e indigentes,
y eso sí que es conocerme —oráculo del Señor—.
17 Tú, en cambio, tienes ojos y corazón sólo para el lucro,
para derramar sangre inocente, para el abuso y la opresión.
18 Por eso, así dice el Señor a Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá:
No le harán funeral cantando: ¡Ay hermano mío, ay hermana!
No le harán funeral: ¡Ay Señor, ay Majestad!
19 Lo enterrarán como a un asno: lo arrastrarán
y lo tirarán fuera del recinto de Jerusalén.

8. *A Jerusalén*

20 Sube al Líbano y grita, alza la voz en Basán,
grita desde Abarín, porque están deshechos tus amantes.
21 Te hablé en tu bienestar y dijiste: No quiero oír;
ésa es tu conducta desde joven, no me obedeciste;
22 pues el viento se llevará a tus pastores
y tus amantes irán al destierro;
entonces sentirás vergüenza y sonrojo
de todas tus maldades.
23 Tú, Señora del Líbano, que anidas entre cedros,
cómo sollozarás cuando te lleguen las ansias,
dolores como de parto.

9. *A Jeconías*

24 ¡Por mi vida!, Jeconías, hijo de Joaquín, rey de Judá,
aunque fueras el sello de mi mano derecha, te arrancaría
25 y te entregaría en poder de tus mortales enemigos,
de los que más temes: de Nabucodonosor, rey de Babilonia,
y en manos de los caldeos.
26 Os expulsaré a ti y a tu madre, que te dio a luz,
a un país extraño, donde no nacisteis, y allí moriréis.
27 Y no volverán a la tierra adonde ansían volver.

28 Ese Jeconías, ¿es una vasija rota, despreciable,
un cacharro inútil?, ¿por qué lo expulsan con su estirpe
y lo arrojan a un país desconocido?
29 ¡Tierra, tierra, tierra!, escucha la palabra del Señor:
30 Así dice el Señor: Inscribid a ese hombre como estéril,
como varón malogrado en la vida,
porque de su estirpe no se logrará ninguno.
que se siente en el trono de David para reinar en Judá.

10. *A los pastores* (10,21; 25,34-38)

23 ¡Ay de los pastores que dispersan y extravían
las ovejas de mi rebaño! —oráculo del Señor—.
2 Pues así dice el Señor, Dios de Israel,
a los pastores que pastorean a mi pueblo:
Vosotros dispersasteis mis ovejas, las expulsasteis,
no hicisteis cuenta de ellas;
pues yo os tomaré cuentas de vuestras malas acciones
—oráculo del Señor—.
3 Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas
en todos los países adonde las expulsé,
las volveré a traer a sus dehesas,
para que crezcan y se multipliquen.
4 Les daré pastores que las pastoreen:
no temerán, ni se espantarán, ni se perderán
—oráculo del Señor—.
5 Mirad que llegan días —oráculo del Señor—
en que daré a David un vástago legítimo.
Reinará como rey prudente, y administrará
la justicia y el derecho en el país;
6 en sus días se salvará Judá, Israel vivirá en paz,
y le darán el título «Señor, justicia nuestra».
7 Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que ya no se dirá:
8 «Vive el Señor, que sacó a los israelitas de Egipto», sino que se
dirá: «Vive el Señor, que sacó a la estirpe de Israel del país del
norte y de todos los países adonde los expulsó, y los trajo a sus
tierras».

11. *A los profetas* (14,13-16; 28-29)

9 A los profetas: Se me rompe el corazón en el pecho,
se me dislocan los huesos, estoy como un borracho,
como uno vencido por el vino,
a causa del Señor y de sus santas palabras:
10 El país está lleno de adulterios, y por ellos hace duelo la tierra,
se agostan las dehesas de la estepa, su curso es perverso,
su poder un abuso;
11 profetas y sacerdotes son unos impíos,
hasta en mi templo encuentro maldades
—oráculo del Señor—;
12 pues su camino se volverá resbaladizo,
empujados a las tinieblas caerán en ellas;

les enviaré la desgracia el año de la cuenta
—oráculo del Señor—.
13 Entre los profetas de Samaría he visto un desatino:
profetizan por Baal extraviando a Israel, mi pueblo;
14 entre los profetas de Jerusalén he visto algo espeluznante:
adúlteros y embusteros que apoyan a los malvados,
para que nadie se convierta de la maldad;
para mí son todos sus vecinos como Sodoma y Gomorra.
15 Por eso dice el Señor de los ejércitos a los profetas:
Os daré a comer ajenjo y a beber agua envenenada,
porque de los profetas de Jerusalén
se difundió la impiedad a todo el país.
16 Así dice el Señor de los ejércitos:
No hagáis caso a vuestros profetas, que os embaucan:
cuentan visiones de su fantasía, no de la boca del Señor;
17 a los que desprecian la palabra del Señor
les dicen: Tendréis paz;
a los que siguen su corazón obstinado
les dicen: No os pasará nada malo.
18 ¿Quién asistió al consejo del Señor?,
¿quién lo vio y escuchó su palabra?,
¿quién atendió a mi palabra y la escuchó?
19 Mira, el Señor desata una tormenta, un huracán
que gira sobre la cabeza de los malvados;
20 la ira del Señor no cejará hasta ejecutar todos sus planes.
Al cabo de los años lograréis comprenderlo.
21 Yo no envié a los profetas, y ellos corrían;
no les hablé, y ellos profetizaban;
22 si hubieran asistido a mi consejo,
anunciarían mis palabras a mi pueblo,
para que se convirtiese del mal camino,
de sus malas acciones.
23 ¿Soy yo Dios sólo de cerca y no Dios de lejos?
—oráculo del Señor—.
24 Porque uno se esconda en su escondrijo,
¿no lo voy a ver yo? —oráculo del Señor—,
¿no lleno yo el cielo y la tierra?
—oráculo del Señor—.
25 He oído lo que dicen los profetas,
profetizando embustes en mi nombre,
diciendo que han tenido un sueño;
26 ¿hasta cuándo seguirán los profetas
profetizando embustes y las fantasías de su mente?
27 Con los sueños que se cuentan unos a otros
pretenden hacer olvidar mi nombre a mi pueblo,
como lo olvidaron sus padres a causa de Baal.
28 El profeta que tenga un sueño, que lo cuente;
el que tenga mi palabra, que la diga a la letra.
¿Qué hace el grano con la paja? —oráculo del Señor—.
29 ¿No es mi palabra fuego —oráculo del Señor—
o martillo que tritura la piedra?
30 Pues aquí estoy contra los profetas —oráculo del Señor—

que se roban unos a otros mis palabras;
31 aquí estoy contra los profetas —oráculo del Señor—
que manejan la lengua para soltar oráculos;
32 aquí estoy contra los profetas —oráculo del Señor—
que cuentan sus sueños falsos
y extravían a mi pueblo con sus embustes y jactancias.
No los mandé, no los envié, no aprovecharán a este pueblo
—oráculo del Señor—.

La carga del Señor

33 Si este pueblo o un sacerdote o un profeta te preguntan cuál es
la carga del Señor, les dirás: Vosotros sois la carga del Señor, y yo
34 os arrojaré —oráculo del Señor—. Si un sacerdote o un profeta o
uno del pueblo dicen «carga del Señor», lo castigaré a él y a su casa.
35 Cuando habláis y comentáis entre vosotros, tenéis que decir: «¿Qué
36 responde el Señor, qué dice el Señor?». Y que no se vuelva a men-
cionar la carga del Señor, pues cada uno cargará con sus palabras.
Trastocáis las palabras del Dios vivo, del Señor de los ejércitos,
37 nuestro Dios. Al profeta le hablaréis así: ¿Qué responde el Señor,
38 qué dice el Señor? Y ahora dice el Señor: Si os empeñáis en decir
«carga del Señor», siendo así que yo os he prohibido decir «carga
39 del Señor», entonces, por haberlo dicho, yo os levantaré en vilo y os
tiraré lejos de mí, a vosotros y a la ciudad que os di a vosotros y a
40 vuestros padres. Y os enviaré una afrenta eterna, un sonrojo eter-
no e inolvidable.

¿Quién es el resto?
(29,16-20)

24 El Señor me mostró dos cestas de higos colocadas delante del
santuario del Señor. (Era después que Nabucodonosor, rey de Babi-
lonia, desterró a Jeconías, hijo de Joaquín, rey de Judá, con los
dignatarios de Judá, y a los artesanos y maestros de Jerusalén, y se
los llevó a Babilonia).
2 Una tenía higos exquisitos, es decir, brevas; otra tenía higos muy
pasados, que no se podían comer.
3 El Señor me preguntó:
—¿Qué ves, Jeremías?
Contesté:
—Veo higos: unos exquisitos, otros tan pasados que no se pue-
den comer.
4-5 Y me vino la palabra del Señor: Así dice el Señor, Dios de Israel:
A los desterrados de Judá, a los que expulsé de su patria al país
6 caldeo, los considero buenos, como estos higos buenos. Los miraré
con benevolencia, los volveré a traer a esta tierra; los construiré y
7 no los destruiré, los plantaré y no los arrancaré. Les daré inteligen-
cia para que reconozcan que yo soy el Señor; ellos serán mi pueblo
y yo seré su Dios.
8 A Sedecías, rey de Judá, a sus dignatarios, al resto de Jerusalén
que quede en esta tierra o resida en Egipto, los trataré como a esos

9 higos tan malos que no se pueden comer. Serán terrible escarmiento
para todos los reinos del mundo, serán tema de mofas, sátiras, chan-
zas y maldiciones en todos los lugares por donde los disperse.
10 Les enviaré la espada, el hambre y la peste, hasta consumirlos en
la tierra que les di a ellos y a sus padres.

Nabucodonosor, verdugo de Dios (604)

25 El año cuarto del reinado de Joaquín, hijo de Josías, en Judá,
que corresponde al año primero del reinado de Nabucodonosor en
Babilonia, recibió Jeremías este mensaje para todo el pueblo judío,
2 y el profeta Jeremías se lo comunicó a todos los judíos y a todos
los vecinos de Jerusalén:
3 Desde el año trece del reinado en Judá de Josías, hijo de Amón,
hasta el presente día —en total, veintitrés años—, he recibido la
palabra del Señor y os la he predicado puntualmente, y no me ha-
4 béis escuchado. El Señor os enviaba puntualmente a sus siervos los
5 profetas, y no quisisteis escuchar ni prestar oído. Os exhortaban:
«Que se convierta cada uno de su mala conducta y de sus malas
acciones, y volverá a la tierra que el Señor os entregó a vosotros y
6 a vuestros padres, desde siempre y para siempre. Y no sigáis a dio-
ses extranjeros para servirles y adorarlos, y no me irritéis con las
obras de vuestras manos, para vuestro mal».
7 No escuchasteis —oráculo del Señor—, me irritasteis con las
8 obras de vuestras manos, para vuestro mal. Por eso, así dice el Se-
ñor de los ejércitos: Puesto que no escuchasteis mis palabras,
9 yo mandaré a por los pueblos del norte y a por Nabucodonosor,
rey de Babilonia, siervo mío; lo traeré a esta tierra, contra sus ha-
bitantes y los pueblos vecinos; los consagraré al exterminio, los
10 convertiré en espanto, burla y ruina perpetua. Haré cesar la voz
alegre y la voz gozosa, la voz del novio y la voz de la novia, el rui-
11 do del molino y la luz de la lámpara. Toda esta tierra quedará
desolada, y las naciones vecinas estarán sometidas al rey de Babi-
lonia durante setenta años.
12 Pasados los setenta años —oráculo del Señor—, pediré cuentas
al rey de Babilonia y a su nación de todas sus culpas, y convertiré
13 en desierto perpetuo el país de los caldeos. Cumpliré en su país
todas las amenazas que pronuncié contra él; todo lo escrito en este
14 libro. Ellos, a su vez, estarán sometidos a muchas naciones y a reyes
poderosos; les pagaré sus acciones, las obras de sus manos.

Profecía de Jeremías contra los paganos
(Introducción a los capítulos 46-51)

15 El Señor, Dios de Israel, me dijo:
—Toma de mi mano esta copa de aguardiente y házsela beber a
16 todas las naciones adonde te envío. Que beban y se tambaleen y
enloquezcan ante la espada que arrojo en medio de ellos.
17 Tomé la copa de mano del Señor y se la hice beber a todas las
naciones a las que me envió el Señor:

18 A *Jerusalén* y a los pueblos de *Judá,* a sus reyes y nobles, para
convertirlos en desierto desolado, en burla y maldición. Cosa que
sucede hoy.
19 Al Faraón, rey de *Egipto,* a sus ministros, sus nobles y todo su
pueblo y sus turbas.
20 A los reyes de *Hus* y de *Filistea:* Ascalón, Gaza, Ecrón y el resto
de Asdod.
21-2 A *Edom, Moab* y *Amón;* a todos los reyes de *Tiro* y *Sidón* y a
23 los reyes de las costas allende el mar; a *Dedán, Temá, Buz* y a todos
24 los de cabeza rapada; a todos los reyes de *Arabia* y de los beduinos
25 que viven en el desierto; a todos los reyes de *Zimri,* de *Elam* y de
26 *Media;* a todos los reyes del *norte,* próximos y remotos, uno tras
otro, y a todos los reyes de la superficie terrestre. Y después de to-
dos ellos, beberá el rey de *Sesac* [a].
27 Les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Bebed, emborrachaos, vomitad, caed para no levantaros, ante la
28 espada que yo arrojo entre vosotros. Y si se niegan a tomar la copa
de tu mano para beber, les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos:
29 Habéis de beber. Porque si en la ciudad que lleva mi nombre co-
mencé el castigo, ¿vais a quedar vosotros impunes? No quedaréis
impunes, porque yo reclamo la espada contra todos los habitantes
del mundo, oráculo del Señor de los ejércitos.
30 Y tú profetízales diciendo lo siguiente:
El Señor ruge desde la altura, clama desde su mansión santa,
ruge y ruge contra su dehesa,
entona la copla de los pisadores de uva
contra todos los habitantes del mundo;
31 el eco resuena hasta los confines del orbe,
porque el Señor entabla pleito con los paganos,
viene a juzgar a todos los hombres
y hará ejecutar a los culpables —oráculo del Señor—.
32 Así dice el Señor de los ejércitos:
Mirad la catástrofe pasar de nación en nación,
un terrible huracán se agita en los extremos del mundo.
33 Aquel día las víctimas del Señor
ocuparán la tierra de punta a punta,
no los recogerán, ni enterrarán, ni les harán duelo,
serán como estiércol sobre el campo.
34 Gemid, pastores; gritad, revolcaos, mayorales del rebaño;
os ha llegado el día de la matanza
y caeréis como carneros hermosos;
35 no hay escapatoria para los pastores,
no hay salida para los mayorales del rebaño.
36 Se oye el grito de los pastores,
el gemido de los mayorales del rebaño,
porque el Señor ha destruido sus pastos;
37 están silenciosas las prósperas dehesas,
por el incendio de la ira del Señor;
38 el león abandona su guarida, porque están desoladas las tierras,
por el incendio devastador, por el incendio de su ira.

a = Babilonia.

RELATOS BIOGRAFICOS DE JEREMIAS

(26-45, excepto 30-31 y 33)

INTRODUCCIÓN

Los relatos biográficos comienzan el año 609, con el sermón sobre el templo; enlazando temáticamente con el primer capítulo de la segunda colección (7). Al año 604 pertenece el capítulo 36, donde se narra cómo comenzó la primera colección escrita del profeta. También el capítulo 35 pertenece a esta época. Podemos leer el último capítulo de la serie como una especie de firma de Baruc, secretario de Jeremías.

El resto pertenece al tiempo de Sedecías, hasta el capítulo 39, y a los acontecimientos después de la catástrofe definitiva, hasta el capítulo 44.

Asistimos en ellos a la desintegración culpable de un reino, por la terquedad de sus ministros y la debilidad de su rey. Jeremías se enfrenta de nuevo con los pastores o gobernantes, con falsos profetas (28), con propietarios codiciosos (34), con embajadores intrigantes (27). En medio de la desgracia nacional y la persecución personal, tiene tiempo para escribir a los desterrados (29), para animar a los supervivientes (40), para predicar a los prófugos (43).

En el panorama sombrío de una catástrofe que se pudo evitar destacan algunos espacios de luz: el funcionario real extranjero que salva al profeta (38), los sencillos recabitas fieles a sus tradiciones (35). Y ese acto portentoso de confianza, prenda a la vez del futuro: la compra de un campo en Anatot (32). Continuando esa acción simbólica, hay que leer la serie de promesas coleccionadas en el capítulo 33: sobre la nueva alianza, la dinastía davídica, la capital, la unión de los dos reinos.

Los oráculos de restauración (30-31), dedicados originalmente al reino septentrional destruido por los asirios, están actualizados completando el destinatario: para Israel y Judá, y añadiendo nuevos oráculos.

A la serie de relatos biográficos pertenece 51,59-64, trasladado como conclusión al final del libro.

Jeremías, juzgado y absuelto (609)

(7,1-15)

26 Al comienzo del reinado de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá,
Jeremías recibió esta palabra del Señor:
2 —Así dice el Señor: Ponte en el atrio del templo y di a todos los
vecinos de los pueblos de Judá que vienen al templo a adorar al
Señor todo lo que yo te mando decir; no dejes ni una palabra.
3 A ver si se convierte cada uno de su mala conducta y yo puedo
arrepentirme del castigo que preparo contra ellos por sus malas
4 acciones. Les dirás: Así dice el Señor: Si no me obedecéis, siguien-
5 do la Ley que yo os promulgué, y escuchando lo que os dicen mis
siervos los profetas, que yo os envío sin cesar, aunque vosotros no
6 escucháis, yo trataré a este templo como al de Siló, y esta ciudad
será fórmula de maldición para todas las naciones.
7 Los sacerdotes, los profetas y toda la gente oyeron a Jeremías
8 pronunciar este discurso en el templo; y cuando terminó de decir
todo lo que el Señor le había mandado decir al pueblo, lo prendie-
ron los sacerdotes, los profetas y la gente, diciéndole:

9 —Eres reo de muerte. ¿Por qué profetizas en nombre del Señor
diciendo que este templo será como el de Siló y esta ciudad queda-
rá en ruinas y deshabitada?
10 La gente se amotinó contra Jeremías en el templo. Se enteraron
de todo los dignatarios de Judá y, subiendo del palacio real al tem-
11 plo, se sentaron en el tribunal de la Puerta Nueva. Los sacerdotes
y los profetas dijeron a los dignatarios y a la gente:
—Este hombre merece la muerte por haber profetizado contra
esta ciudad; vosotros mismos lo habéis oído.
12 Contestó Jeremías a los dignatarios y al pueblo:
—El Señor me envió a profetizar todo lo que habéis oído contra
13 este templo y esta ciudad. Y ahora, enmendad vuestra conducta y
vuestras acciones, obedeced al Señor, vuestro Dios, y el Señor se
arrepentirá de las amenazas que ha proferido contra vosotros.
14 Yo estoy en vuestras manos: haced de mí lo que mejor os parezca.
15 Pero que conste: si vosotros me matáis, os cargáis con sangre ino-
cente vosotros y la ciudad y sus vecinos. Porque ciertamente me
ha enviado el Señor a vosotros, a predicaros todo lo que he dicho.
16 Los dignatarios y toda la gente dijeron a los sacerdotes y profetas:
—Este hombre no merece la muerte, pues nos ha hablado en
nombre del Señor, nuestro Dios.
17 Entonces se levantaron algunos diputados y dijeron a toda la
asamblea del pueblo:
18 —Miqueas de Moraste profetizó durante el reinado de Ezequías,
rey de Judá, y dijo a los judíos: Así dice el Señor de los ejércitos:
«Sión será un campo arado, Jerusalén será una ruina,
el monte del templo un cerro de breñas» [a].
19 ¿Le dieron muerte Ezequías, rey de Judá, y todo el pueblo? ¿No
respetaron al Señor y lo aplacaron y el Señor se arrepintió de la
amenaza que había proferido contra ellos? Nosotros, en cambio,
estamos a punto de cargarnos con un crimen enorme.
20 Hubo otro profeta que profetizó en nombre del Señor: Urías,
hijo de Semayas, natural de Villasotos. Profetizó contra esta ciudad
21 y este país lo mismo que Jeremías. El rey Joaquín, con sus guardias
y dignatarios, lo oyeron, y el rey intentó matarlo; pero Urías se
22 enteró y, atemorizado, huyó a Egipto. Entonces el rey Joaquín des-
pachó a Egipto a Elnatán, hijo de Acbor, con su destacamento.
23 Sacaron a Urías de Egipto y se lo llevaron al rey Joaquín, el cual
lo hizo ajusticiar y arrojar su cadáver en la sepultura común.
24 Entonces Ajicán, hijo de Safán, se hizo cargo de Jeremías para
que no lo entregaran a ser ejecutado por el pueblo.

Sumisión al rey de Babilonia (594)

(25,1-11)

1. *A los embajadores*

27 El año cuarto del reinado de Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá,
recibió Jeremías esta palabra del Señor:
2 —El Señor me dijo: Hazte unas coyundas y un yugo y encájatelo

a Miq 3,12.

3 en el cuello, y envía un mensaje a los reyes de Edom, Moab, Amón,
Tiro y Sidón, por medio de los embajadores que han venido a Je-
4 rusalén a visitar al rey Sedecías. Diles que informen a sus señores:
Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Decid a vuestros
señores:
5 Yo he creado la tierra y hombres y animales
sobre la faz de la tierra,
con mi gran poder y con mi brazo extendido;
y la doy a quien me parece;
6 pues bien, yo entrego todos estos territorios
a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo;
incluso las fieras agrestes se las doy como vasallos;
7 todas las naciones serán vasallos de él, de su hijo y nieto,
hasta que le llegue a su país la hora de ser vasallo
de pueblos numerosos y reyes poderosos.
8 Si una nación y su rey no se someten
a Nabucodonosor, rey de Babilonia,
y no rinden el cuello al yugo del rey de Babilonia,
con espada y hambre y peste castigaré a esa nación,
hasta entregarla en sus manos —oráculo del Señor—.
9 Y vosotros no hagáis caso a vuestros profetas y adivinos
intérpretes de sueños, agoreros y magos, que os dicen:
«No seréis vasallos del rey de Babilonia»;
10 porque os profetizan embustes para sacaros de vuestra tierra,
para que yo os disperse y os destruya.
11 Si una nación rinde el cuello y se somete al rey de Babilonia,
la dejaré en su tierra, para que la cultive y la habite
—oráculo del Señor—.

2. *A Sedecías*

12 A Sedecías, rey de Judá, le hablé en los mismos términos:
Rendid el cuello al yugo del rey de Babilonia,
someteos a él y a su pueblo, y viviréis;
13 así no moriréis a espada, de hambre y peste, como dijo el Señor
a los pueblos que no se sometan al rey de Babilonia.
14 No hagáis caso a los profetas que os dicen:
«No seréis vasallos del rey de Babilonia»,
porque os profetizan embustes;
15 yo no los envié —oráculo del Señor—,
y ellos profetizan embustes en mi nombre,
para que yo os tenga que arrojar y destruir
a vosotros con los profetas que os profetizan.

3. *A los sacerdotes y al pueblo*

16 A los sacerdotes y al pueblo les dije: Así dice el Señor:
No hagáis caso a esos profetas que os profetizan:
«Muy pronto recobraremos de Babilonia el ajuar del templo»;
17 os profetizan embustes, no les hagáis caso.
Seguid sometidos al rey de Babilonia y viviréis,
y esta ciudad no se convertirá en ruinas.

18 Si son profetas y tienen la palabra del Señor,
que intercedan al Señor para que no se lleven a Babilonia
el resto del ajuar del templo y del palacio real de Jerusalén.
19 Porque así dice el Señor de los ejércitos
acerca de las columnas, el depósito, el pedestal
y el resto del ajuar que aún queda en la ciudad
20 (que Nabucodonosor, rey de Babilonia, no se llevó de Jerusalén a
Babilonia cuando desterró a Jeconías, hijo de Joaquín, con todos los
21 notables de Judá y Jerusalén). Así dice el Señor de los ejércitos,
Dios de Israel, acerca del ajuar que ha quedado en el templo y en
el palacio real de Jerusalén:
22 Se los llevarán a Babilonia y allí quedarán,
hasta que yo haga inventario —oráculo del Señor—
y los saque y los devuelva a este lugar.

4. *Jeremías y Ananías (594)* (23,13-32)

28 Ese mismo año, el cuarto del reinado de Sedecías en Judá, el mes
quinto, Ananías, hijo de Azur, profeta natural de Gabaón, me dijo
en el templo, en presencia de los sacerdotes y de toda la gente:
2 —Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Rompo el
3 yugo del rey de Babilonia. Antes de dos años devolveré a este lugar
todo el ajuar del templo que Nabucodonosor, rey de Babilonia, co-
4 gió y se llevó a Babilonia. A Jeconías, hijo de Joaquín, rey de Judá,
y a todos los judíos desterrados en Babilonia yo los haré volver a
este lugar —oráculo del Señor—. Porque romperé el yugo del rey
de Babilonia.
5 El profeta Jeremías respondió al profeta Ananías, en presencia
6 de los sacerdotes y del pueblo que estaba en el templo; el profeta
Jeremías dijo:
—¡Amén, así lo haga el Señor! Que el Señor cumpla tu profecía
trayendo de Babilonia a este lugar todo el ajuar del templo y a to-
7 dos los desterrados. Pero escucha lo que yo te digo a ti y a todo el
8 pueblo: Los profetas que nos precedieron, a ti y a mí, desde tiempo
inmemorial, profetizaron guerras, calamidades y epidemias a mu-
9 chos países y a reinos dilatados. Cuando un profeta predecía pros-
peridad, sólo al cumplirse su profecía era reconocido como profeta
enviado realmente por el Señor.
10 Entonces Ananías le quitó el yugo del cuello al profeta Jeremías
11 y lo rompió, diciendo en presencia de todo el pueblo:
—Así dice el Señor: Así es como romperé el yugo del rey de Ba-
bilonia, que llevan al cuello tantas naciones, antes de dos años.
El profeta Jeremías se marchó por su camino.
12 Después que el profeta Ananías rompió el yugo que el profeta
Jeremías llevaba al cuello, recibió éste una palabra del Señor:
13 —Ve a decirle a Ananías: Así dice el Señor: Tú has roto un yugo
14 de madera, yo lo sustituiré con un yugo de hierro. Pues así dice el
Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Yugo de hierro pondré al
cuello de todas estas naciones, para que sean vasallos de Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, y hasta las fieras agrestes le daré como
vasallos.

15 El profeta Jeremías dijo al profeta Ananías:
—Escúchame, Ananías; el Señor no te ha enviado, y tú induces
16 a este pueblo a una falsa confianza. Por eso, así dice el Señor: Yo
te echaré de la superficie de la tierra. Este año morirás, por haber
predicado rebelión contra el Señor.
17 El profeta Ananías murió aquel año, el mes de octubre.

Cartas de Jeremías

29 Texto de la carta que el profeta Jeremías envió desde Jerusalén
a los desterrados; a los concejales, sacerdotes, profetas y al pueblo
deportados por Nabucodonosor de Jerusalén a Babilonia.
2 (Fue después de marcharse el rey Jeconías con la reina madre y
los eunucos y dignatarios de Judá y Jerusalén y los artesanos y
maestros de Jerusalén).
3 La envió por medio de Elasa, hijo de Safán, y de Gamarías, hijo
de Jelcías, legados de Sedecías, rey de Judá, a Nabucodonosor, rey
de Babilonia:
4 «Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los
deportados que yo llevé de Jerusalén a Babilonia:
5 »Construid casas y habitadlas, plantad huertos y comed sus fru-
6 tos, casaos y engendrad hijos e hijas, tomad esposas para vuestros
hijos y casad a vuestras hijas, para que ellas engendren hijos e hijas;
7 creced allí y no mengüéis. Pedid por la prosperidad de la ciudad
adonde yo os desterré y rezad por ella, porque su prosperidad será
la vuestra.
8 »Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: No os dejéis
engañar por los profetas y adivinos que viven entre vosotros; no
9 hagáis caso de los sueños que ellos sueñan, porque os profetizan
embustes en mi nombre, y yo no los envié, oráculo del Señor.
10 »Esto es lo que dice el Señor: Cuando se cumplan setenta años
en Babilonia, me ocuparé de vosotros, os cumpliré mis promesas
11 trayéndoos de nuevo a este lugar. Yo conozco mis designios sobre
vosotros: designios de prosperidad, no de desgracia, de daros un
12 porvenir y una esperanza. Me invocaréis, vendréis a rezarme y yo
13 os escucharé; me buscaréis y me encontraréis, si me buscáis de todo
14 corazón; me dejaré encontrar y cambiaré vuestra suerte —oráculo
del Señor—. Os reuniré en todas las naciones y lugares adonde os
arrojé —oráculo del Señor— y os volveré a traer al lugar de donde
os desterré».
15 «Si decís que el Señor os ha nombrado profetas en Babilonia,
21 el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, dice a propósito de Ajab,
hijo de Colayas, y de Sedecías, hijo de Masías, que os profetizan
embustes en mi nombre: Yo los entregaré a Nabucodonosor, rey de
22 Babilonia, que los hará ajusticiar en vuestra presencia. Y darán
origen a una maldición que se correrá entre todos los judíos deste-
rrados en Babilonia: 'El Señor te trate como a Ajab y a Sedecías,
23 a quienes asó el rey de Babilonia'. Porque cometieron una infamia
en Israel, adulteraron con la mujer del prójimo y contaron embustes
en mi nombre sin que yo los mandase. Lo sé y lo atestiguo, orácu-
lo del Señor».

Cartas de Samayas y de Jeremías
(23,13-32,26)

24 El Señor de los ejércitos, Dios de Israel, dice lo siguiente a Sa-
mayas, el nejlamita:
25 —Tú has enviado por tu cuenta una carta a Sofonías, hijo de
Masías, el sacerdote, en estos términos:
26 «El Señor te ha nombrado sucesor del sacerdote Yehoyadá como
responsable del templo; al que se desmande y se meta a profetizar
27 lo tienes que meter en el cepo y la argolla. Entonces, ¿por qué no
has dado un escarmiento a Jeremías, de Anatot, que se ha metido a
28 profetizar? Nos ha enviado una carta a Babilonia diciendo que va
para largo, que construyamos casas y las habitemos, que plantemos
huertos y comamos sus frutos».
29 El sacerdote Sofonías le leyó la carta al profeta Jeremías,
30 y éste recibió una palabra del Señor:
31 —Envía un mensaje a los desterrados:
«Así dice el Señor acerca de Samayas, el nejlamita: Samayas os
ha profetizado, sin que yo lo enviase, induciéndoos a una falsa con-
32 fianza. Por eso, dice el Señor: Yo castigaré a Samayas, el nejlamita,
y a su descendencia: no tendrá un sucesor que viva entre este pue-
blo, no probará los bienes que yo daré a mi pueblo, porque predicó
rebelión contra el Señor —oráculo del Señor—».

A los que quedan y a los desterrados
(24,1-10)

16 «Así dice el Señor acerca del rey que se sienta en el trono de Da-
vid y de todo el pueblo que vive en la ciudad —de vuestros her-
17 manos que no han ido con vosotros al destierro—. Así dice el Señor
de los ejércitos: Yo despacharé contra ellos la espada, el hambre y
la peste; los trataré como a los higos podridos que no se pueden
18 comer de malos. Los perseguiré con la espada, el hambre y la peste,
y haré de ellos un escarmiento para todos los reinos de la tierra, y
maldición y espanto y burla y oprobio de todas las naciones por
19 donde los dispersé. Porque no escucharon mis palabras —oráculo
del Señor—; porque les envié constantemente a mis siervos los pro-
fetas, y no hicieron caso, oráculo del Señor.
20 »Vosotros, los desterrados que envié de Jerusalén a Babilonia,
escuchad la palabra del Señor».

ORACULOS DE RESTAURACION (627-622)

30 Palabra que recibió Jeremías del Señor:
2 —Así dice el Señor: Escribe en un libro todas las palabras que
3 te he dicho. Porque llegarán días —oráculo del Señor— en que
cambiaré la suerte de mi pueblo, Israel y Judá, dice el Señor, y los
volveré a llevar a la tierra que di en posesión a sus padres.
4 *Palabra del Señor a Israel y Judá.*
5 Así dice el Señor:
Gritos de pavor hemos oído, de terror sin sosiego.
6 Preguntad y averiguad: ¿Es que da a luz un varón?
¿Qué veo? Todos los varones, como parturientas,
las manos a las caderas, los rostros demudados y lívidos.
7 ¡Ay! Aquel día será grande y sin igual,
hora de angustia para Jacob. Pero saldrá de ella.
8 Aquel día —oráculo del Señor de los ejércitos—
romperé el yugo de tu cuello y haré saltar las correas;
9 ya no servirán a extranjeros, servirán al Señor, su Dios,
y a David, el rey que les nombraré.
10 Y tú, siervo mío, Jacob, no temas;
no te asustes, Israel —oráculo del Señor—,
que yo te salvaré del país remoto
y a tu descendencia del destierro;
Jacob volverá y descansará, reposará sin alarmas,
11 porque yo estoy contigo para salvarte
—oráculo del Señor—.
Destruiré a todas las naciones por donde os dispersé,
a ti no te destruiré, te corregiré con medida
y no te dejaré impune.
12 Así dice el Señor:
Tu fractura es incurable, tu herida está enconada,
13 no hay remedio para tu dolencia
ni cura que cierre tu herida.
14 Tus amantes te olvidaron y ya no te buscan,
porque te derrotó el enemigo con cruel escarmiento;
por la masa de tus crímenes, por tus muchos pecados.
15 ¿A qué gritas por tu herida? Tu llaga es incurable;
por la masa de tus crímenes,
por tus muchos pecados te he tratado así.
16 Los que te devoran serán devorados,
todos tus enemigos irán al destierro,
los que te saquean serán saqueados,
los que te despojan serán despojados.
17 Te devolveré la salud, te curaré las heridas
—oráculo del Señor—.
Te llamaban La Abandonada, Sión, por quien nadie pregunta.
18 Pues así dice el Señor:
Yo cambiaré la suerte de las tiendas de Jacob,
compadecido de sus moradas;
sobre sus ruinas será reconstruida la ciudad,
su palacio se asentará en su puesto;

19 resonarán allí himnos y rumores de fiesta;
los haré crecer y no menguar,
los honraré y no serán despreciados.
20 Serán sus hijos como antaño, asamblea estable delante de mí;
21 castigaré a sus opresores, de ella saldrá su príncipe,
de ella nacerá su jefe, y yo lo acercaré hasta mí;
¿quién, si no, osaría acercarse a mí?
22 Vosotros seréis mi pueblo, yo seré vuestro Dios
—oráculo del Señor—.
23 ¡Atención! El Señor desencadena una tormenta,
un huracán gira sobre la cabeza de los malvados;
24 no cede el incendio de la ira del Señor,
hasta realizar y cumplir sus designios.
Al cabo de los años llegaréis a comprenderlo.

31 En aquel tiempo —oráculo del Señor— seré el Dios
de todas las tribus de Israel y ellas serán mi pueblo.
2 El pueblo escapado de la espada alcanzó favor en el desierto:
Israel camina a su descanso,
3 el Señor se le apareció desde lejos.
Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi lealtad;
te reconstruiré y quedarás construida, capital de Israel;
4 de nuevo saldrás enjoyada a bailar con panderos en corros;
5 de nuevo plantarás viñas en los montes de Samaría,
y los que las plantan las cosecharán.
6 «¡Es de día!», gritarán los centinelas en la sierra de Efraín,
«en pie, a Sión, a visitar al Señor, nuestro Dios».
7 Así dice el Señor: Gritad jubilosos por Jacob,
regocijaos por el primero de los pueblos,
pregonad, alabad, decid: El Señor ha salvado
a su pueblo, al resto de Israel.
8 Yo os traeré del país del norte,
os reuniré en los rincones del mundo.
Qué gran multitud retorna; entre ellos
hay ciegos y cojos, preñadas y paridas;
9 si marcharon llorando, los conduciré entre consuelos,
los guiaré hacia torrentes, por vía llana y sin tropiezos.
Seré un padre para Israel, Efraín será mi primogénito.
10 Escuchad, pueblos, la palabra del Señor,
anunciadla en las islas remotas:
El que esparció a Israel lo reunirá,
lo guardará como el pastor de su rebaño;
11 el Señor redimió a Jacob, lo rescató de una mano más fuerte,
12 y vendrán entre aclamaciones a la altura de Sión,
afluirán hacia los bienes del Señor: trigo y vino y aceite,
y rebaños de vacas y ovejas;
serán como huerto regado, no volverán a desfallecer;
13 entonces la muchacha gozará bailando
y los ancianos igual que los mozos;
convertiré su tristeza en gozo,
los consolaré y aliviaré sus penas;
14 alimentaré a los sacerdotes con enjundia

y mi pueblo se saciará de mis bienes
—oráculo del Señor—.
15 Así dice el Señor:
Oíd, en Ramá se escuchan gemidos y llanto amargo:
es Raquel que llora inconsolable a sus hijos que ya no viven.
16 Pues así dice el Señor:
Reprime tus sollozos, enjuga tus lágrimas —oráculo del Señor—,
tu trabajo será pagado, volverán del país enemigo;
17 hay esperanza de un porvenir —oráculo del Señor—,
volverán los hijos a la patria.
18 Estoy escuchando lamentarse a Efraín: Me has corregido
y he escarmentado, como novillo indómito;
vuélveme y me volveré, que tú eres el Señor, mi Dios;
19 si me alejé, después me arrepentí,
y al comprenderlo me di golpes de pecho;
me sentía corrido y avergonzado
de soportar el oprobio de mi juventud.
20 ¡Si es mi hijo querido Efraín, mi niño, mi encanto!
Cada vez que le reprendo me acuerdo de ello,
se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión
—oráculo del Señor—.
21 Coloca mojones, planta señales,
fíjate bien en la calzada por donde caminas,
vuelve, doncella de Israel, vuelve a tus ciudades,
22 ¿hasta cuándo estarás indecisa, muchacha esquiva?,
que el Señor crea de nuevo en el país,
y la hembra abrazará al varón.
23 Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Cuando yo cambie vuestra suerte,
se volverá a decir en Judá y en sus poblados:
«El Señor os bendiga, dehesa legítima, monte santo».
24 En Judá y en sus poblados habitarán juntos
los labradores y los que trashuman con el rebaño.
25 Regaré gargantas sedientas, colmaré a los muertos de hambre.
26 (Yo desperté, miré y me pareció un sueño feliz).
27 Mirad que llegan días —oráculo del Señor—
en que sembraré en Israel y en Judá
simiente de hombres y simiente de animales.
28 Como vigilé sobre ellos para arrancar y arrasar,
para destruir y deshacer y maltratar,
así vigilaré sobre ellos para edificar y plantar
—oráculo del Señor—.
29 En aquellos días ya no se dirá:
«Los padres comieron agraces, los hijos tuvieron dentera»,
30 pues el que muera, será por su propia culpa
y tendrá dentera el que coma los agraces.
31 Mirad que llegan días —oráculo del Señor—
en que haré una alianza nueva con Israel y con Judá:
32 no será como la alianza que hice con sus padres
cuando los agarré de la mano para sacarlos de Egipto;
la alianza que ellos quebrantaron y yo mantuve
—oráculo del Señor—;

33 así será la alianza que haré con Israel
en aquel tiempo futuro —oráculo del Señor—:
Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en su corazón,
yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo;
34 ya no tendrán que enseñarse unos a otros, mutuamente,
diciendo: «Tienes que conocer al Señor»,
porque todos, grandes y pequeños, me conocerán
—oráculo del Señor—,
pues yo perdono sus culpas y olvido sus pecados.
35 Así dice el Señor
que establece el sol para iluminar el día,
el ciclo de la luna y las estrellas para iluminar la noche,
que agita el mar y mugen sus olas
—su título es Señor de los ejércitos—:
36 Cuando fallen estas leyes que yo he dado —oráculo del Señor—,
la estirpe de Israel ya no será más el pueblo mío.
37 Así dice el Señor: Si puede medirse el cielo en lo alto,
o escrutar en lo profundo el cimiento de la tierra,
yo rechazaré a la estirpe entera de Israel,
por todo lo que hizo —oráculo del Señor—.
38 Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que se edificará
la ciudad del Señor, desde la torre de Hanael hasta la puerta del
39 Angulo. La cinta de medir seguirá derecha hasta Loma de Gareb
40 y girará hacia Goat. Todo el valle de los cadáveres, el cementerio
de las cenizas, hasta el valle del torrente Cedrón, y hasta la Puerta
de los Caballos, a oriente, estará consagrado al Señor, y ya no será
arrasada ni destruida jamás.

Compra de un terreno (587)

32 Palabra que recibió Jeremías del Señor el año décimo del reina-
do de Sedecías en Judá, que corresponde al año dieciocho de Nabu-
codonosor.
2 Entonces asediaba a Jerusalén el ejército del rey de Babilonia,
y el profeta Jeremías estaba preso en el atrio de la guardia, en el
3 palacio real de Judá. Lo había encarcelado Sedecías, acusándole:
—Tú has profetizado: «Así dice el Señor: Yo entregaré esta
ciudad en manos del rey de Babilonia, para que la conquiste.
4 Sedecías, rey de Judá, no escapará de manos de los caldeos, sino
que será entregado sin falta en manos del rey de Babilonia, que le
5 hablará cara a cara, y sus ojos verán sus ojos. Y llevará a Sedecías
a Babilonia, y allí quedará (hasta que yo me ocupe de él) —oráculo
del Señor—. Si lucháis con los caldeos, no venceréis».
6 Jeremías contestó:
7 —He recibido esta palabra del Señor: Hanamel, hijo de tu tío
Salún, vendrá a decirte: Cómprame el campo de Anatot, porque a
8 ti te corresponde rescatarlo comprándolo. Y vino a visitarme mi
primo, como había dicho el Señor, al atrio de la guardia, y me dijo:
«Cómprame el campo de Anatot, en el territorio de Benjamín, por-
que a ti te corresponde rescatarlo y adquirirlo: cómpramelo». Yo
9 comprendí que era una palabra del Señor. Y, así, compré el campo

de Anatot a mi primo Hanamel; pesé el dinero: diecisiete siclos de
10 plata. Escribí el contrato, lo sellé, hice firmar a los testigos y pesé
11 la plata en la balanza. Después tomé el contrato sellado, según las
12 normas legales, y la copia abierta, y entregué el contrato a Baruc,
hijo de Nerías, de Majsías, en presencia de Hanamel, mi primo, en
presencia de los testigos que habían firmado el contrato y en pre-
13 sencia de los judíos que estaban en el atrio de la guardia. En presen-
14 cia de ellos ordené a Baruc: «Así dice el Señor de los ejércitos,
Dios de Israel: Toma estos contratos, el sellado y el abierto, y mé-
telos en una jarra de loza, para que se conserven muchos años.
15 Porque así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Todavía
se comprarán casas y campos y huertos en esta tierra».
16 Después de entregar a Baruc, hijo de Nerías, el contrato, oré al
17 Señor: ¡Ay, mi Señor! Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran
18 poder, con brazo extendido, nada es imposible para ti. Tú eres leal
por mil generaciones, pero castigas el pecado de los padres en los
hijos que les suceden. Dios grande y esforzado, cuyo nombre es
19 Señor de los ejércitos. Grande en ideas, poderoso en acciones, cuyos
ojos están abiertos sobre los pasos de los hombres, para pagar a
20 cada uno su conducta, lo que merecen sus acciones. Tú hiciste sig-
nos y prodigios en Egipto un día como hoy, en Israel y entre todos
21 los hombres, y te has ganado fama que dura hoy. Sacaste de Egipto
a tu pueblo, Israel, con prodigios y portentos, con mano fuerte y
22 brazo extendido, y con gran terror. Les diste esta tierra, que habías
23 jurado a sus padres darles, tierra que mana leche y miel, y entraron
a poseerla. Pero ellos no te obedecieron, no procedieron según tu
Ley, no hicieron lo que les habías mandado hacer; por eso les en-
24 viaste todas estas desgracias. Mira, los taludes llegan hasta la ciu-
dad para conquistarla, la ciudad está entregada en manos de los
caldeos, que la atacan con la espada, el hambre y la peste. Sucede
25 lo que anunciaste, y lo estás viendo. Y tú, mi Señor, me dices:
«Cómprate el campo con dinero, ante testigos», mientras la ciudad
cae en manos de los caldeos.
26 Vino a Jeremías la palabra del Señor:
27 —Yo soy el Señor, Dios de todos los humanos: ¿hay algo impo-
28 sible para mí? Pues bien, así dice el Señor: Yo entrego esta ciudad
en manos de los caldeos, en manos de Nabucodonosor, rey de Babi-
29 lonia, para que la conquiste. Los caldeos que la atacan entrarán en
esta ciudad y le pondrán fuego. La quemarán con las casas, en cuyas
azoteas se quemaba incienso a Baal y se hacían libaciones a dioses
30 extranjeros, para irritarme. Porque israelitas y judíos hacen lo que
yo repruebo desde su juventud; los israelitas me irritan con las
31 obras de sus manos —oráculo del Señor—. Esta ciudad ha provoca-
do mi ira y mi cólera desde que la construyeron hasta hoy. La ten-
32 dré que apartar de mi presencia, por todas las maldades que cometen
israelitas y judíos, irritándome todos, con sus reyes y príncipes, con
sus sacerdotes y profetas, los judíos y los habitantes de Jerusalén.
33 Me dan la espalda, y no la cara. Yo los enseñaba sin cesar, y ellos
34 no escuchaban ni escarmentaban. Ponían abominaciones en la casa
35 que llevaba mi nombre, profanándola. Construían capillas a Baal,
en el Valle de Ben Hinón, para pasar por el fuego a sus hijos e hi-
jas, en honor de Moloc. Cosa que yo no mandé ni se me pasó por la

cabeza. Hicieron abominaciones semejantes, haciendo pecar a Judá.
36 Pues ahora así dice el Señor, Dios de Israel, a esta ciudad de la
que decís: «Va a caer en manos del rey de Babilonia, por la espada
37 y el hambre y la peste». Mirad que yo los congregaré en todos los
países por donde los dispersó mi ira y mi cólera y mi gran furor.
38 Los traeré a este lugar, y los haré habitar tranquilos. Ellos serán
39 mi pueblo y yo seré su Dios. Les daré un corazón entero y una
conducta íntegra, para que me respeten toda la vida, para su bien
40 y el de sus hijos que los sucedan. Haré con ellos alianza eterna, y no
cesaré de hacerles bien. Les infundiré respeto a mí, para que no se
41 aparten de mí. Gozaré haciéndoles el bien. Los plantaré de verdad
42 en esta tierra, con todo mi corazón y toda mi alma. Porque así dice
el Señor: Lo mismo que envié a este pueblo esta gran calamidad,
también yo mismo les enviaré todos los bienes que les prometo.
43 Se comprarán campos en esta tierra, de la que decís: «Está desolada,
44 sin hombres ni ganado, y cae en manos de los caldeos». Se compra-
rán campos con dinero, ante testigos, se escribirá y sellará el con-
trato en el territorio de Benjamín y en el distrito de Jerusalén, en
las poblaciones de Judá, de la Sierra, de la Sefela y del Negueb
porque cambiaré su suerte —oráculo del Señor—.

Restauración

(30-31)

33 Jeremías recibió una segunda palabra del Señor, mientras todavía
estaba detenido en el atrio de la guardia:
2 —Así dice el Señor, que hizo la tierra, la formó y la estableció;
3 su nombre es «Señor». Grítame, y te contestaré, te comunicaré co-
sas grandes e inaccesibles que no conoces.
4 Porque así dice el Señor de Israel a las casas de esta ciudad y a
los palacios reales de Judá, ahora arrasados por el asedio y la espa-
5 da: Ahora vienen a pelear contra ella los caldeos, y a llenarla de
cadáveres humanos; porque yo la herí con ira y cólera, oculté mi
rostro a esta ciudad, por todas sus maldades.
6 Yo mismo le traeré restablecimiento y curación, y les revelaré
7 un rebose de paz y de fidelidad. Cambiaré la suerte de Judá y la
8 suerte de Israel, y los edificaré como en otro tiempo; los purificaré
de todos los crímenes que cometieron contra mí, les perdonaré to-
dos los crímenes que cometieron contra mí, rebelándose contra mí.
9 Jerusalén será título de gozo, alabanza y honor, para mí y para
todas las naciones de la tierra que oigan contar todo el bien que les
he hecho, y los temerán y respetarán, por todo el bien y la paz que
les he dado.
10 Así dice el Señor:
En este lugar del que decís que está en ruinas,
sin hombres ni ganado;
en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén,
ahora desoladas, sin hombres ni ganado,
11 todavía se escuchará la voz alegre y la voz gozosa,
la voz del novio y la voz de la novia;
la voz de los que cantan

al entrar con acción de gracias en el templo:
«Dad gracias al Señor de los ejércitos, porque es bueno,
porque es eterno su amor».
Porque cambiaré la suerte de esta tierra,
haciéndola como antes, dice el Señor.
12 Así dice el Señor de los ejércitos:
En este lugar, ahora arruinado, sin hombres ni ganado,
y en todas sus ciudades,
todavía habrá majadas de pastores que recogen sus ovejas.
13 Por las poblaciones de la Sierra, de la Sefela, del Negueb,
por el territorio de Benjamín,
por el distrito de Jerusalén y por las ciudades de Judá,
todavía pasarán las ovejas conducidas por el que las cuenta
—dice el Señor—.
14 Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que cumpliré la
promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá.
15 En aquellos días y en aquella hora
suscitaré a David un vástago legítimo
que hará justicia y derecho en la tierra.
16 En aquellos días se salvará Judá
y en Jerusalén vivirán tranquilos,
y la llamarán así: «Señor-nuestra-justicia».
17 Porque así dice el Señor:
No faltará a David un sucesor
que se siente en el trono de la casa de Israel.
18 De los sacerdotes y levitas no faltará
quien ofrezca en mi presencia holocaustos,
inciense las ofrendas y haga sacrificios todos los días.
19 Vino a Jeremías la palabra del Señor:
20 —Así dice el Señor:
Si puede romperse mi alianza con el día y la noche,
de modo que no haya día y noche a su tiempo,
21 también se romperá la alianza con David, mi siervo,
de modo que le falte sucesor en el trono,
y la alianza con los sacerdotes y levitas, mis ministros.
22 Como las estrellas del cielo, incontables;
como las arenas de la playa, innumerables;
multiplicaré la descendencia de mi siervo David
y de los levitas que me sirven.
23 Vino a Jeremías la palabra del Señor:
24 —¿No oyes lo que dice este pueblo?
«Las dos familias que el Señor había elegido las ha rechazado».
Así desprecian a mi pueblo y no lo consideran como nación.
25 Así dice el Señor:
Como es cierto que creé el día y la noche
y establecí las leyes del cielo y la tierra,
26 también es cierto que no rechazaré
a la estirpe de Jacob y de mi siervo David,
dejando de escoger entre su descendencia
los jefes de la estirpe de Abrahán, Isaac y Jacob.
Porque cambio su suerte y les tengo compasión.

A Sedecías (587)

34 Palabra que Jeremías recibió del Señor mientras Nabucodonosor,
rey de Babilonia, y todo su ejército y todos los reyes de la tierra
bajo su dominio y todos sus pueblos luchaban contra Jerusalén y
contra sus ciudades:
2 —Así dice el Señor, Dios de Israel: Vete a hablar con Sedecías,
rey de Judá, y le dirás: Así dice el Señor: Yo he entregado esta
3 ciudad en manos del rey de Babilonia, para que la incendie. Tú no
te librarás de su mano, sino que serás atrapado y caerás en su poder:
tus ojos verán los ojos del rey de Babilonia, tu boca hablará
4 a su boca y tú irás a Babilonia. Escucha, pues, la palabra del Señor,
Sedecías, rey de Judá: Así te dice el Señor: No morirás a espada.
5 Morirás en paz. Igual que se quemaron perfumes por tus padres,
los reyes que te precedieron, también se quemarán por ti. Te harán
funeral cantando «¡Ay señor!». Lo he dicho yo —oráculo del
Señor—.
6 El profeta Jeremías dijo todo esto a Sedecías en Jerusalén,
7 mientras el ejército del rey de Babilonia luchaba contra Jerusalén
y contra el resto de las ciudades de Judá: Laquis y Azeca, las dos
plazas fuertes que aún subsistían.

Manumisión de esclavos

8 Palabra que Jeremías recibió del Señor después que el rey Sedecías
pactó con el pueblo de Jerusalén para proclamar una remisión:
9 que cada cual manumitiese a su esclavo hebreo y a su esclava hebrea,
de modo que ningún judío fuera esclavo de un hermano suyo.
10 Todos los nobles y el pueblo aceptaron este pacto de dejar libres
cada cual a su esclavo y a su esclava, de modo que ninguno siguiera
11 en esclavitud. Obedecieron, y los pusieron en libertad. Pero después
se volvieron atrás, cogieron otra vez a los esclavos y esclavas
que habían manumitido y los sometieron de nuevo a esclavitud.
12 Entonces vino a Jeremías la palabra del Señor:
13 —Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo pacté con vuestros pa-
14 dres cuando los saqué de Egipto, de la esclavitud, diciendo: Al cabo
de cada siete años, todos dejarán libre a su hermano hebreo que
hayan comprado y que les haya servido seis años: lo despedirán en
libertad. Pero vuestros padres no me escucharon ni me prestaron
15 oído. Vosotros os habíais convertido hoy haciendo lo que yo apruebo,
proclamando cada cual la manumisión para su prójimo y habíais
hecho un pacto ante mí, en el templo que lleva mi nombre.
16 Pero después habéis cambiado, habéis profanado mi nombre; cada
cual ha vuelto a tomar al esclavo y a la esclava que había dejado
17 libres y los ha sometido de nuevo a esclavitud. Por eso así dice el
Señor: Vosotros no me obedecisteis proclamando cada cual la manumisión
para su prójimo y su hermano; pues mirad, yo proclamo
la manumisión —oráculo del Señor— para la espada y el hambre
y la peste, y os haré escarmiento de todos los reyes de la tierra.
18 A los hombres que quebrantaron mi pacto no cumpliendo las estipulaciones
del pacto que hicieron conmigo, los trataré como al no-

19 villo que cortaron en dos para pasar entre las dos mitades. A los
dignatarios de Judá y Jerusalén, a los eunucos y sacerdotes, a todo
20 el pueblo que pasó entre las mitades del novillo, los entregaré en
manos de sus enemigos, que los persiguen a muerte; sus cadáveres
21 serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra. Y a Se-
decías, rey de Judá, con sus príncipes, los entregaré en manos de sus
enemigos, que los persiguen a muerte; en manos del ejército del rey
22 de Babilonia, que acaba de retirarse. Yo los he mandado —oráculo
del Señor— y los volveré a traer contra esta ciudad, para que la
ataquen, la conquisten y la incendien. Y las ciudades de Judá que-
darán desoladas y sin habitantes.

Los recabitas

35 Palabra que recibió Jeremías del Señor en tiempo de Joaquín,
hijo de Josías, rey de Judá:
2 —Vete a la familia de los recabitas, habla con ellos, tráelos al
templo, a una de las celdas, y dales a beber vino.
3 Yo tomé a Yazanías, hijo de Jeremías, hijo de Habasinías, con
4 sus hermanos e hijos y con toda la familia de los recabitas. Los lle-
vé al templo, a la celda de Benhanán, hijo de Yigdalías, el hombre
de Dios, que está junto a la sala de los dignatarios y encima de la
5 habitación de Maasías, hijo de Salún, el portero. Ofrecí jarras y
copas de vino a los miembros de la familia recabita, y les dije:
—Bebed.
6 Ellos respondieron:
—No bebemos vino. Porque Jonadab, hijo de Recab, nuestro an-
tepasado, nos dio la orden: No beberéis jamás vino, ni vosotros ni
7 vuestros hijos; no construiréis casas, no sembraréis simientes, no
plantaréis ni poseeréis viñas, sino que habitaréis en tiendas toda la
vida, para que viváis largos años en la superficie de la tierra en
8 la que residís. Nosotros obedecemos a Jonadab, hijo de Recab,
nuestro antepasado, en todo lo que nos mandó: No bebemos vino
en toda la vida, ni nosotros ni nuestras esposas, ni nuestros hijos ni
9 nuestras hijas; no construimos casas para habitarlas, ni tenemos
10 viñas ni campos de sembradío, sino que vivimos en tiendas, y aca-
tamos y cumplimos todo lo que nos mandó nuestro padre Jonadab.
11 Pero cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, invadió el país, di-
jimos: Vamos a Jerusalén, huyendo del ejército caldeo y del ejército
arameo. Por eso habitamos en Jerusalén.
12 Vino a Jeremías la palabra del Señor:
13 —Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Vete y di a
los judíos y a los habitantes de Jerusalén: ¿No aprenderéis la lec-
14 ción y obedeceréis mis palabras? —oráculo del Señor—. Se cumple
la palabra de Jonadab, hijo de Recab, que prohibió a sus hijos beber
vino, y no beben vino hasta hoy, porque obedecen los mandatos de
su padre. En cambio, yo os hablo sin cesar, y vosotros no me hacéis
15 caso. Sin cesar os envié a mis siervos los profetas a que os dijeran:
Que se convierta cada cual de su mala conducta y que enmiende sus
acciones; no sigáis a dioses extraños, dándoles culto; así habitaréis
en la tierra que os di a vosotros y a vuestros padres. Pero no pres-

16 tasteis oído ni me hicisteis caso. Realmente, los hijos de Jonadab,
hijo de Recab, observan los mandatos que les mandó su padre, pero
17 este pueblo no me hace caso. Por eso, así dice el Señor de los ejér-
citos, Dios de Israel: Yo haré caer sobre Judá y sobre los habitantes
de Jerusalén todas las amenazas que he pronunciado contra ellos,
porque les hablé, y no me escucharon; los llamé, y no me respon-
dieron.
18 A la familia de los recabitas les dijo Jeremías:
—Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Porque obe-
decéis los preceptos de Jonadab, vuestro padre, y observáis sus
19 mandatos y cumplís cuanto os mandó, por eso así dice el Señor de
los ejércitos, Dios de Israel: Nunca faltarán descendientes de Jona-
dab, hijo de Recab, que estén a mi servicio todos los días.

El rollo de Jeremías (604)

36 El año cuarto de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, vino a Je-
remías esta palabra del Señor:
2 —Coge un rollo y escribe en él todas las palabras que te he dicho
sobre Judá y Jerusalén y sobre todas las naciones, desde el día en
3 que comencé a hablarte, siendo rey Josías, hasta hoy. A ver si es-
cuchan los judíos las amenazas que pienso ejecutar contra ellos y se
convierte cada cual de su mala conducta y puedo perdonar sus crí-
menes y pecados.
4 Entonces Jeremías llamó a Baruc, hijo de Nerías, para que escri-
biese en el rollo, al dictado de Jeremías, todas las palabras que el
Señor le había dicho.
5 Después Jeremías le ordenó a Baruc:
6 —Yo estoy detenido y no puedo entrar en el templo. Entra tú
en el templo un día de ayuno y lee en el rollo que has escrito al
dictado las palabras del Señor, de modo que las oiga el pueblo y
todos los judíos que vienen de sus poblaciones al templo del Señor.
7 A ver si presentan sus súplicas al Señor y se convierte cada cual de
su mala conducta, porque es grande la ira y la cólera con que el
Señor amenaza a este pueblo.
8 Baruc, hijo de Nerías, cumplió todo lo que le mandó el profeta
Jeremías, leyendo en el rollo las palabras del Señor en el templo.
9 El año quinto de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, el mes no-
veno, se proclamó un ayuno en honor del Señor para toda la pobla-
ción de Jerusalén y para los que venían de los poblados judíos a
10 Jerusalén. En presencia de todo el pueblo leyó Baruc en el rollo las
palabras de Jeremías en el templo, desde la habitación de Gamarías,
hijo de Safán, el escribano, en el atrio superior, a la entrada de la
Puerta Nueva del templo.
11 Cuando Miqueas, hijo de Gamarías, hijo de Safán, oyó las pala-
12 bras del Señor leídas del rollo, bajó al palacio real, a la habitación
del secretario, donde encontró en sesión a los dignatarios: al secre-
tario, Elisama; a Delayas, hijo de Samayas; a Elnatán, hijo de Ac-
bor; a Gamarías, hijo de Safán; a Sedecías, hijo de Ananías, y a los
13 demás dignatarios. Y Miqueas les contó todo lo que había oído leer
14 a Baruc del rollo, en presencia del pueblo. Entonces los dignatarios

enviaron a Yehudí, hijo de Natanías, y a Salamías, hijo de Cusí,
para que le dijeran a Baruc: Coge el rollo que has leído en presencia
del pueblo y ven. Baruc, hijo de Nerías, tomó en la mano el rollo
y fue adonde estaban.
15 Ellos le dijeron:
—Siéntate y léelo ante nosotros.
Baruc lo leyó ante ellos.
16 Cuando oyeron el contenido, se asustaron, y se decían unos a
otros:
—Tenemos que comunicar todo esto al rey.
17 Y a Baruc le preguntaron:
—Dinos cómo escribiste todo eso.
18 Baruc les respondió:
—Jeremías iba pronunciando estas palabras y yo las iba escri-
biendo con tinta en el rollo.
19 Los dignatarios le dijeron a Baruc:
—Vete y escóndete con Jeremías, y que nadie sepa dónde estáis.
20 Entonces se dirigieron al atrio real, después de guardar el rollo
en la habitación de Elisama, el secretario, y comunicaron al rey de
palabra todo el asunto.
21 Entonces el rey envió a Yehudí a traer el rollo de la habitación
de Elisama, el secretario. Este lo leyó ante el rey y ante los digna-
22 tarios que estaban al servicio del rey. El rey estaba sentado en las
habitaciones de invierno (era el mes de diciembre), y tenía delante
23 un brasero encendido. Cada vez que Yehudí terminaba de leer tres
o cuatro columnas, el rey las cortaba con un cortaplumas y las arro-
jaba al fuego del brasero. Hasta que todo el rollo se consumió en
24 el fuego del brasero. Pero ni el rey ni sus ministros se asustaron al
25 oír las palabras del libro ni rasgaron sus vestiduras. Y aunque El-
natán, Delayas y Gamarías instaban al rey que no quemase el rollo,
él no les hizo caso.
26 Entonces el rey mandó a Yerajmeel, príncipe real; a Serayas, hijo
de Azriel, y a Salamías, hijo de Abdeel, a arrestar a Baruc, el escri-
bano, y a Jeremías, el profeta. Pero el Señor los escondió.
27 Después que el rey quemó el rollo con las palabras escritas por
Baruc, al dictado de Jeremías, vino a Jeremías esta palabra del
Señor:
28 —Toma otro rollo y escribe en él todas las palabras que había en
29 el primer rollo, quemado por Joaquín, rey de Judá. Y a Joaquín,
rey de Judá, le dirás: Así dice el Señor: Tú has quemado este rollo
diciendo: ¿Por qué has escrito en él que el rey de Babilonia vendrá
ciertamente a destruir este país y a aniquilar en él a hombres y
30 ganado? Por eso, así dice el Señor a Joaquín, rey de Judá: No
tendrá descendiente en el trono de David; su cadáver quedará ex-
31 puesto al calor del día y al frío de la noche. Castigaré sus crímenes
en él, en su descendencia y en sus siervos, y haré venir sobre ellos
y sobre los habitantes de Jerusalén y sobre los judíos todas las
amenazas con que los he conminado, sin que ellos me escuchasen.
32 Jeremías tomó otro rollo y se lo entregó a Baruc, hijo de Nerías,
el escribano, para que escribiese en él, a su dictado, todas las pala-
bras del libro quemado por Joaquín, rey de Judá. Y se añadieron
otras muchas palabras semejantes.

El profeta y el rey (587)

37 Sedecías, hijo de Josías, sucedió en el trono a Jeconías, hijo de
Joaquín, a quien había nombrado rey de Judá Nabucodonosor, rey
de Babilonia.
2 Ni él ni sus ministros ni los terratenientes escucharon las palabras
3 que dijo el Señor por medio de Jeremías, profeta. El rey Sedecías
envió a Yehucal, hijo de Selamías, y a Sofonías, hijo de Maasías,
sacerdote, para que dijeran al profeta Jeremías: Reza por nosotros
4 al Señor, nuestro Dios. Por entonces Jeremías podía moverse libre-
mente entre el pueblo: aún no lo habían metido en la cárcel.
5 El ejército del Faraón había salido de Egipto, y cuando los caldeos
que sitiaban Jerusalén oyeron la noticia, levantaron el cerco de la
ciudad.
6 Entonces vino al profeta Jeremías la palabra del Señor:
7 —Así dice el Señor, Dios de Israel: Esto dirás al rey de Judá,
que te ha enviado a consultarme: Mira, el ejército del Faraón, que
ha salido en vuestro auxilio, se volverá a su tierra de Egipto.
8 Y los caldeos volverán a atacar esta ciudad, la conquistarán y la
9 incendiarán. Así dice el Señor: No os hagáis ilusiones pensando
10 que los caldeos levantarán el cerco, porque no se marcharán. Aun-
que derrotaseis al ejército caldeo que os ataca, de manera que no
quedasen más que soldados heridos, se levantaría cada uno en su
tienda y prendería fuego a esta ciudad.
11 Cuando el ejército caldeo levantó el cerco de Jerusalén, por mie-
12 do al ejército egipcio, intentó Jeremías salir de Jerusalén hacia el
territorio de Benjamín, para repartirse una herencia con los suyos.
13 Al llegar a la Puerta de Benjamín estaba allí el capitán de la guar-
dia, Yirayas, hijo de Selamías, hijo de Ananías, quien detuvo al
profeta Jeremías, diciendo:
—¿Conque te pasas a los caldeos?
14 Respondió Jeremías:
—Mentira. No me paso a los caldeos.
Pero Yirayas no le creyó, sino que lo detuvo y lo llevó a los dig-
natarios.
15 Los dignatarios se irritaron contra Jeremías, lo hicieron azotar y
lo encarcelaron en casa de Jonatán, el escribano —que habían con-
16 vertido en cárcel—. Así entró Jeremías en el calabozo del sótano,
y allí pasó mucho tiempo.
17 El rey Sedecías lo hizo traer y le preguntó en secreto en su pa-
lacio:
—¿Tienes algún oráculo del Señor?
Respondió Jeremías:
—Sí. Serás entregado en manos del rey de Babilonia.
18 Y añadió Jeremías al rey Sedecías:
—¿Qué delito he cometido contra ti o tus ministros o contra este
19 pueblo para que me encierren en la cárcel? ¿Dónde están vuestros
profetas que os profetizaban: «No vendrá contra vosotros el rey de
20 Babilonia ni invadirá el territorio»? Pues ahora escúchame, majes-
tad. Acoge mi súplica, no me conduzcas a casa de Jonatán, el escri-
bano, no sea que muera allí.
21 Entonces el rey Sedecías ordenó que custodiasen a Jeremías en

el patio de la guardia y que le diesen una hogaza de pan al día —de
la Calle de los Panaderos—, mientras hubiese pan en la ciudad.
Y Jeremías se quedó en el patio de la guardia.

Condenado a muerte y liberado (587)

38 Safatías Ben Matán; Godolías, hijo de Pasjur; Yucal, hijo de Selamías, y Pasjur, hijo de Malquías, oyeron las palabras que dijo al
2 pueblo Jeremías: «Así dice el Señor: El que se quede en esta ciudad morirá a espada, de hambre o de peste; el que se pase a los
3 caldeos será cogido como botín, pero salvará la vida. Y así dice el Señor: Esta ciudad será entregada al ejército del rey de Babilonia
4 para que la conquiste». Y los dignatarios dijeron al rey:
—Muera ese hombre, porque está desmoralizando a los soldados que quedan en la ciudad y a todo el pueblo con semejantes discursos. Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia.
5 Respondió el rey Sedecías:
—Ahí lo tenéis, en vuestro poder: el rey no puede nada contra vosotros.
6 Ellos cogieron a Jeremías y lo arrojaron en el aljibe de Malquías, príncipe real, en el patio de la guardia, descolgándolo con sogas. En el aljibe no había agua, sino lodo, y Jeremías se hundió en el lodo.
7 Ebedmélec, un criado del rey, eunuco etíope que también vivía en palacio, se enteró de que habían metido a Jeremías en el aljibe. Mientras el rey estaba sentado junto a la Puerta de Benjamín,
8 Ebedmélec salió de palacio y habló al rey:
9 —Majestad, esos hombres han tratado inicuamente al profeta Jeremías, arrojándolo al aljibe, donde morirá de hambre (porque no quedaba pan en la ciudad).
10 Entonces el rey ordenó a Ebedmélec, el etíope:
—Toma tres hombres a tu mando y sacad al profeta Jeremías del aljibe antes de que muera.
11 Ebedmélec tomó a su mando los hombres, entró en el ropero de palacio y allí cogió tiras y trapos, y los descolgó con la soga hasta el aljibe.
12 Y Ebedmélec, el etíope, dijo a Jeremías:
—Colócate los trapos en los sobacos, por debajo de la soga.
Y Jeremías lo hizo.
13 Entonces tiraron de Jeremías con las sogas y lo sacaron del aljibe.
Y Jeremías se quedó en el patio de la guardia.

Ultimo encuentro

14 El rey Sedecías mandó que le trajeran al profeta Jeremías, a la tercera entrada del templo; y el rey dijo a Jeremías:
—Quiero preguntarte una cosa: no me calles nada.
15 Respondió Jeremías a Sedecías:
—Si te lo digo, seguro que me matarás, y si te doy un consejo, no me escucharás.

16 El rey Sedecías juró en secreto a Jeremías:
—¡Vive el Señor, que nos dio la vida!, que no te mataré ni te entregaré en poder de estos hombres que te persiguen a muerte.
17 Respondió Jeremías a Sedecías:
—Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Si te rindes a los generales del rey de Babilonia, salvarás la vida y no incendia-
18 rán la ciudad; viviréis tú y tu familia. Pero si no te rindes a los generales del rey de Babilonia, esta ciudad caerá en manos de los caldeos, que la incendiarán, y tú no escaparás.
19 El rey Sedecías dijo a Jeremías:
—Tengo miedo de que me entreguen en manos de los judíos que se han pasado a los caldeos y que me maltraten.
20 Respondió Jeremías:
—No te entregarán. Obedece al Señor en lo que te comunico y
21 te irá bien, y salvarás la vida. Pero si te niegas a rendirte, éste es el
22 oráculo que me ha comunicado el Señor: Escucha: todas las mujeres que han quedado en el palacio real de Judá serán entregadas a los generales del rey de Babilonia, y cantarán:

«Te han engañado y te han podido
tus buenos amigos;
han hundido tus pies en el barro
y se han marchado».

23 Todas tus mujeres y tus hijos se los entregarán a los caldeos, y tú no te librarás de ellos, sino que caerás en poder del rey de Babilonia, que incendiará la ciudad.
24 Sedecías dijo a Jeremías:
25 —Que nadie sepa de esta conversación y no morirás. Si los jefes se enteran de que he hablado contigo y vienen a preguntarte: «Cuéntanos lo que has dicho al rey y lo que él te ha dicho; no nos
26 lo ocultes, que no te mataremos», tú les responderás: «Estaba presentando mi súplica al rey para que no me llevasen de nuevo a casa de Jonatán, a morir allí».
27 Vinieron los dignatarios y le preguntaron, y él respondió según las instrucciones del rey. Así, se fueron sin decir más, porque la
28 cosa no se supo. Y así se quedó Jeremías en el patio de la guardia, hasta el día de la conquista de Jerusalén.

39 *Sobre la conquista de Jerusalén (586)*

El año noveno de Sedecías, rey de Judá, el mes décimo, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército a Jerusalén,
2 poniéndole cerco. El año undécimo de Sedecías, el mes cuarto, el
3 día noveno, abrieron brecha en la ciudad, y entraron los generales del rey de Babilonia y se sentaron en la puerta central: Nergalsaréser, príncipe de Sin-Maguir, jefe de empleados, y Nabusasbán, jefe de eunucos, y los demás generales del rey de Babilonia.
4 Cuando lo vieron Sedecías, rey de Judá, y sus soldados, salieron de noche huyendo de la ciudad, por el camino de los jardines reales, por una puerta entre las dos murallas, y se dirigieron hacia el de-
5 sierto. Pero el ejército caldeo los persiguió, y alcanzó a Sedecías en la estepa de Jericó. Lo apresaron y lo llevaron ante Nabucodonosor,

rey de Babilonia, que estaba en Ribla, provincia de Jamat. Allí lo
juzgó.
6 El rey de Babilonia hizo ajusticiar en Ribla a los hijos de Sede-
cías, ante su vista, y a todos los notables de Judá también los hizo
7 ajusticiar el rey de Babilonia. A Sedecías lo cegó y le echó cadenas
de bronce, para llevarlo a Babilonia.
8 Los caldeos incendiaron el palacio real y las casas del pueblo, y
9 derruyeron las murallas. Al resto del pueblo que había quedado en
Jerusalén y a los que se habían pasado a ellos, los llevó a Babilonia
10 desterrados Nabusardán, jefe de la guardia. A la gente pobre que
no tenía nada, Nabusardán, jefe de la guardia, los dejó en el terri-
torio de Judá, y les entregó aquel día viñedos y campos.
11 En cuanto a Jeremías, Nabucodonosor, rey de Babilonia, había
dado órdenes a Nabusardán, jefe de la guardia, diciendo:
12 —Tenlo, mira por él, no le hagas ningún daño, sino trátalo como
él te diga.
13 Nabusardán, jefe de la guardia; Nabusasbán, jefe de eunucos, y
Nergalsaréser, jefe de empleados, y todos los generales del rey de
14 Babilonia enviaron a sacar del patio de la guardia a Jeremías, y se
lo entregaron a Godolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán, para que
lo mandase a su casa y habitase en medio del pueblo.
15 Jeremías había recibido una palabra del Señor mientras estaba
preso en el patio de la guardia:
16 —Vete y di a Ebedmélec, el etíope: Así dice el Señor de los ejér-
citos, Dios de Israel:

Yo cumpliré mis palabras contra esta ciudad,
para mal y no para bien:
tenlas presentes aquel día.
17 Aquel día te libraré —oráculo del Señor—
y no caerás en poder de los hombres que tú temes;
18 seguro que te libraré y no caerás a espada:
salvarás tu vida como un despojo,
porque confiaste en mí —oráculo del Señor—.

Godolías, gobernador (586)

40 Palabra que Jeremías recibió del Señor después que Nabusardán,
jefe de la guardia, lo tomó a su cargo en Ramá, donde se encontraba
encadenado entre los deportados de Jerusalén y de Judá que iban
desterrados a Babilonia.
2 El jefe de la guardia mandó traer a Jeremías, y le dijo:
—El Señor, tu Dios, anunció esta calamidad contra esta ciudad;
3 el Señor lo cumplió y ejecutó lo que había dicho, porque habíais
pecado contra el Señor, desobedeciéndole; por eso os ha sucedido
4 esto. Pero ahora yo te suelto hoy las cadenas de tus brazos. Si quie-
res venir conmigo a Babilonia, yo te cuidaré; si no quieres venir
conmigo a Babilonia, déjalo. Toda la tierra está delante de ti, y pue-
5 des ir adonde te parezca bien. Si prefieres vivir con Godolías, hijo
de Ajicán, hijo de Safán, a quien el rey de Babilonia ha nombrado
gobernador de Judá, vive con él entre tu pueblo, o vete adonde te
parezca bien.

El jefe de la guardia le dio provisiones y regalos, y lo dejó libre.
6 Jeremías se fue con Godolías, hijo de Ajicán, a vivir con él, entre
el pueblo que había quedado en el país.
7 Los capitanes, que estaban en el campo con sus hombres, oyeron
que el rey de Babilonia había nombrado gobernador del país a Go-
dolías, hijo de Ajicán, y que le habían confiado los hombres, las
mujeres y los niños y los pobres que no habían sido deportados a
8 Babilonia. Entonces fueron a visitar a Godolías en Atalaya: Ismael,
hijo de Natanías; Juan y Jonatán, hijos de Carej; Sarayas, hijo de
Tanjumet; los hijos de Efaí, el netofateo, y Yezanías, el macateo,
todos ellos con sus hombres.
9 Godolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán, les juró a ellos y a sus
hombres:
—No temáis someteros a los caldeos; habitad en el país, obede-
10 ced al rey de Babilonia y os irá bien. Yo tengo que quedarme en
Atalaya, a disposición de los caldeos que vengan a visitarnos; vos-
otros cosechad vino, fruta y aceite, metedlo en vasijas, y habitad en
los pueblos que os toque ocupar.
11 También los otros judíos que habitaban en Moab, Amón, Edom
y en otros países oyeron que el rey de Babilonia había dejado un
resto en Judá y que les había nombrado gobernador a Godolías,
12 hijo de Ajicán, hijo de Safán. Y volvieron todos los judíos de todos
los sitios de la dispersión, y fueron a Judá a visitar a Godolías, en
Atalaya. Y tuvieron una gran cosecha de vino y fruta.
13 Juan, hijo de Carej, y los capitanes que estaban en el campo
14 fueron a ver a Godolías en Atalaya, y le dijeron:
—¿No sabes que Baalís, rey de Amón, ha enviado a Ismael, hijo
de Natanías, para que te asesine?
Pero Godolías, hijo de Ajicán, no les creyó.
15 Juan, hijo de Carej, habló secretamente a Godolías en Atalaya:
—Yo iré y mataré a Ismael, hijo de Natanías, y nadie lo sabrá.
Así no te matarán a ti, no se dispersarán todos los judíos que se han
reunido contigo y no perecerá el resto de Judá.
16 Godolías, hijo de Ajicán, respondió a Juan, hijo de Carej:
—No hagas eso. Es mentira lo que dices de Ismael.

Asesinato de Godolías

41 El mes séptimo vino Ismael, hijo de Natanías, hijo de Elisamá,
de estirpe real, con diez hombres, a visitar a Godolías, hijo de Aji-
2 cán, en Atalaya; mientras comían juntos allí, se levantó Ismael, hijo
de Natanías, y sus diez hombres, apuñalaron a Godolías, hijo de
Ajicán, hijo de Safán, el gobernador del país puesto por el rey de
3 Babilonia, y lo mataron. Y a los judíos que acompañaban a Godo-
lías en Atalaya y a los militares caldeos que se encontraban allí
también los mató Ismael.
4 Al día siguiente del asesinato de Godolías, cuando nadie lo sabía
5 aún, venían unos hombres de Siquén, de Siló y de Samaría, unos
ochenta en total, con las barbas rapadas, con las vestiduras rasgadas
y con incisiones, trayendo ofrendas e incienso para ofrecer en el
6 templo. Ismael, hijo de Natanías, les salió al encuentro desde Ata-
laya y caminaba llorando. Cuando los alcanzó, les dijo:

—Venid a ver a Godolías, hijo de Ajicán.
7 Y cuando entraron en la ciudad, Ismael, hijo de Natanías, los
8 asesinó, y apoyado por sus hombres los arrojó en el aljibe. Entre
ellos había diez hombres que dijeron a Ismael:
—No nos mates, porque tenemos escondido en el campo trigo,
cebada, aceite y miel.
El accedió y no los mató como a sus hermanos.
9 (El aljibe donde arrojó Ismael los cadáveres de los hombres ase-
sinados, una cisterna grande, es la que construyó el rey Asá por
temor a Basá, rey de Israel. Ismael, hijo de Natanías, la llenó de
cadáveres).
10 Después Ismael apresó al resto del pueblo en Atalaya, y a las
princesas reales que Nabusardán, jefe de la guardia, había entregado
en custodia a Godolías, hijo de Ajicán. Ismael, hijo de Natanías,
los hizo prisioneros, y se puso en marcha hacia el territorio amonita.
11 Pero Juan, hijo de Carej, y sus capitanes se enteraron del cri-
12 men cometido por Ismael, hijo de Natanías. Reunieron toda su
tropa y marcharon a combatir contra Ismael, hijo de Natanías, y
13 lo alcanzaron junto al Gran Lago de Gabaón. Cuando el pueblo
que Ismael llevaba cautivo vio a Juan, hijo de Carej, y a sus capi-
14 tanes se alegraron. Toda la gente que Ismael llevaba cautiva desde
Atalaya cambió de dirección y se pasó a Juan, hijo de Carej.
15 Mientras, Ismael, hijo de Natanías, logró escapar de Juan con ocho
16 hombres, y se fue al país amonita. Juan, hijo de Carej, y sus capi-
tanes cogieron al resto del pueblo que Ismael, hijo de Natanías,
había apresado en Atalaya, después de matar a Godolías, hijo de
Ajicán, soldados, mujeres, niños y eunucos, liberados en Gabaón,
17 y marcharon, parando en el albergue de Quimhán, cerca de Belén,
18 con intención de emigrar a Egipto, lejos de los caldeos; pues los
temían, porque Ismael, hijo de Natanías, había asesinado a Godo-
lías, el gobernador del país nombrado por el rey de Babilonia.

Consulta a Jeremías

42 Entonces los capitanes, con Juan, hijo de Carej, y Yezanías, hijo
2 de Hosayas, y todo el pueblo, del menor al mayor, acudieron al
profeta Jeremías y le dijeron:
—Acepta nuestra súplica y reza al Señor, tu Dios, por nosotros
y por todo este resto; porque quedamos bien pocos de la multitud,
3 como lo pueden ver tus ojos. Que el Señor, tu Dios, nos indique
el camino que debemos seguir y lo que debemos hacer.
4 El profeta Jeremías les respondió:
—De acuerdo; yo rezaré al Señor, vuestro Dios, según me pedís,
y todo lo que el Señor me responda os lo comunicaré, sin ocultaros
nada.
5 Ellos dijeron a Jeremías:
—El Señor sea testigo veraz y fiel contra nosotros si no cumpli-
6 mos todo lo que el Señor, tu Dios, te mande decirnos. Sea favora-
ble o desfavorable, obedeceremos al Señor, nuestro Dios, a quien
nosotros te enviamos, para que nos vaya bien, obedeciendo al Se-
ñor, nuestro Dios.

7-8 Pasados diez días, vino la palabra del Señor a Jeremías. Este
llamó a Juan, hijo de Carej, a todos sus capitanes y a todo el pue-
9 blo, del menor al mayor, y les dijo:
—Así dice el Señor, Dios de Israel, a quien me enviasteis para
presentarle vuestras súplicas:
10 Si os quedáis a vivir en esta tierra,
os construiré y no os destruiré,
os plantaré y no os arrancaré;
porque me pesa del mal que os he hecho.
11 No temáis al rey de Babilonia, a quien ahora teméis;
no lo temáis —oráculo del Señor—
porque yo estoy con vosotros
para salvaros y libraros de su mano.
12 Le infundiré compasión para que os compadezca
y os deje vivir en vuestras tierras.
13 Pero si decís: «No habitaremos en esta tierra
—desobedeciendo al Señor, vuestro Dios—,
14 sino que iremos a Egipto, donde no conoceremos la guerra,
ni oiremos el toque de trompetas,
ni pasaremos hambre de pan, y allí viviremos»,
15 entonces, resto de Judá, escuchad la palabra del Señor:
Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Si os empeñáis en ir a Egipto para residir allí,
16 la espada que vosotros teméis os alcanzará en Egipto;
el hambre que os asusta se os pegará en Egipto y allí moriréis.
17 Todos los que se empeñen en ir a Egipto para residir allí,
allí morirán por la espada, el hambre y la peste,
y no quedará ni un superviviente
de todas las calamidades que yo les enviaré.
18 Porque así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Como se derramó mi ira y mi cólera
sobre los habitantes de Jerusalén,
así se derramará mi cólera sobre vosotros si vais a Egipto
Seréis maldición y espanto, execración y burla,
y no volveréis a ver este lugar.
19 Esto os dice el Señor, resto de Judá: No vayáis a Egipto.
Sabedlo bien, porque yo os lo atestiguo hoy.
20 Cierto que os engañáis a vosotros mismos cuando me enviáis al
Señor, vuestro Dios, pidiendo que rece por vosotros al Señor, vues-
tro Dios, y que os comunique todo lo que dice el Señor, vuestro
21 Dios, para cumplirlo. Yo os lo he comunicado hoy, y no queréis
obedecer al Señor, vuestro Dios, que me ha enviado a vosotros.
22 Pues ahora, sabedlo bien: Moriréis a espada, de hambre y de peste
en el sitio que escogéis como residencia.

A Egipto

43 Cuando Jeremías terminó de comunicar al pueblo las palabras del
Señor, su Dios, todas las palabras que le encomendó el Señor, su
2 Dios, tomaron la palabra Azarías, hijo de Hosayas, y Juan, hijo de
Carej, y dijeron a Jeremías:

—¡Mentira! No te ha mandado el Señor, nuestro Dios, decir: No
3 vayáis a Egipto a residir allí; sino que Baruc, hijo de Nerías, te
incita contra nosotros, para entregarnos en manos de los caldeos,
para que nos maten o nos deporten a Babilonia.
4 Y ni Juan, hijo de Carej, ni sus capitanes ni el pueblo obede-
5 cieron al Señor, quedándose a vivir en tierra de Judá; sino que
Juan, hijo de Carej, y sus capitanes reunieron al resto de Judá, que
había vuelto de todas las naciones de la dispersión para habitar en
6 Judá: hombres y mujeres, niños y princesas y cuantos Nabusardán,
jefe de la guardia, había encomendado a Godolías, hijo de Ajicán,
hijo de Safán; y también al profeta Jeremías y a Baruc, hijo de
7 Nerías. Y llegaron a Egipto, sin obedecer al Señor, y llegaron a
Tafne.
8 La palabra del Señor vino a Jeremías en Tafne:
9 —Coge unas piedras grandes y entiérralas en el mortero del pa-
vimento que está a la entrada del palacio del Faraón en Tafne, en
10 presencia de los judíos; y les dirás: Así dice el Señor de los ejér-
citos, Dios de Israel: Yo mandaré a buscar a Nabucodonosor, rey
de Babilonia, mi siervo, y colocaré su trono sobre estas piedras que
11 he enterrado, y plantará su pabellón sobre ellas. Vendrá y herirá a
Egipto: el destinado a la muerte, a la muerte; el destinado al cau-
12 tiverio, al cautiverio; el destinado a la espada, a la espada. Pegará
fuego a los templos de Egipto, incendiará sus casas y espulgará
Egipto como espulga un pastor su manto, y se marchará de allí en
13 paz. Destrozará las estelas de Casalsol, en Egipto, y pegará fuego
a los templos de los dioses egipcios.

Ultimos oráculos

44 Palabra del Señor a Jeremías para los judíos que habitaban en
Egipto: en Migdol, en Tafnes, en Menfis y en tierra de Patros:
2 —Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Vosotros
habéis visto todas las calamidades que envié sobre Jerusalén y so-
bre las ciudades de Judá: ahí las tenéis hoy, arruinadas y sin habi-
3 tantes. A causa de las maldades que cometieron, irritándome, que-
mando incienso y dando culto a dioses extraños, que ni ellos ni sus
4 padres conocían. Sin cesar os envié a mis siervos los profetas para
5 que os dijeran: No cometáis esas abominaciones que detesto. Pero
no escuchasteis ni prestasteis oído para enmendaros de la maldad
6 dejando de quemar incienso a dioses extraños. Entonces estalló mi
cólera y mi ira, y quemó las ciudades de Judá y las calles de Jeru-
salén, que se convirtieron en ruina y desolación hasta el día de hoy.
7 Pues ahora, así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: ¿Por
qué os hacéis daño grave a vosotros mismos extirpando de Judá
8 hombres y mujeres, niños y lactantes, sin dejar un resto, y me irri-
táis con las obras de vuestras manos, quemando incienso a dioses
extraños en Egipto, donde habéis venido a residir; y así sois extir-
pados y os convertís en maldición y oprobio de todas las naciones
9 del mundo? ¿Habéis olvidado las maldades de vuestros padres, de
los reyes de Judá y sus mujeres, vuestras maldades y las de vuestras
10 mujeres cometidas en Judá y en las calles de Jerusalén? Hasta hoy
no se han arrepentido, no han temido, no han procedido según mi

Ley y mis preceptos, que yo os promulgué a vosotros y a vuestros
11 padres. Por eso, así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Yo me enfrentaré con vosotros para mal,
para extirpar a Judá.
12 Me llevaré el resto de Judá
que se empeñó en ir a Egipto para residir allí.
Se consumirán todos en Egipto,
caerán a espada o se consumirán de hambre,
del menor al mayor morirán a espada o de hambre,
y serán execración y espanto, maldición y burla.
13 Castigaré a los habitantes de Egipto,
como castigué a los de Jerusalén, con espada, hambre y peste.
14 No quedarán supervivientes del resto de Judá
que vino a residir en Egipto,
ni volverán a Judá, adonde ansían volver para vivir allí.
(No volverán más que algunos fugitivos).
15 Todos los hombres que sabían que sus mujeres quemaban incien-
so a dioses extraños y todas las mujeres que asistían y los que
habitaban en Patros respondieron a grandes voces a Jeremías:
16 —No queremos escuchar esa palabra
que nos dices en el nombre del Señor,
17 sino que haremos lo que hemos prometido:
quemaremos incienso a la reina del cielo
y le ofreceremos libaciones;
igual que hicimos nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y jefes
en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén.
Entonces nos hartábamos de pan, nos iba bien,
y no conocíamos la desgracia.
18 Pero desde que dejamos de quemar incienso
a la reina del cielo y de ofrecerle libaciones,
carecemos de todo, y morimos a espada y de hambre.
19 Cuando nosotras quemamos incienso y ofrecemos libaciones a la
reina del cielo, ¿acaso hacemos tortas con su imagen y le ofrecemos
libaciones sin el consentimiento de nuestros maridos?
20 Respondió Jeremías al pueblo, hombres y mujeres, y a todos los
que habían respondido igual:
21 —¿Y no recordaba el Señor y no pensaba en todo el incienso
que quemabais en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén,
vosotros, vuestros padres, vuestros reyes y príncipes y todos los
22 terratenientes? El Señor ya no podía soportar vuestras malas ac-
ciones, las abominaciones que cometíais; por eso se convirtió vues-
tra tierra en ruina y espanto y maldición, sin habitantes hasta hoy:
23 por haber quemado incienso y haber pecado contra el Señor, des-
obedeciendo al Señor, no procediendo según su Ley, preceptos y
mandatos. Por eso os ha sucedido esa calamidad, que dura hasta hoy.
24 Dijo Jeremías al pueblo y a las mujeres:
—Escuchad la palabra del Señor, judíos que vivís en Egipto:
25 Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Con la boca lo decís, con la mano lo cumplís:
«Tenemos que cumplir los votos que hemos hecho
de ofrecer incienso y libaciones a la reina del cielo».
Cumpliréis vuestros votos, cumpliréis vuestras promesas.

26 Pero escuchad la palabra del Señor, judíos que habitáis en Egipto:
Mirad: Yo juro por mi nombre ilustre —dice el Señor— que ya
no invocará mi nombre ninguna boca judía, diciendo «vive mi Se-
27 ñor», en todo el país de Egipto. Yo vigilaré sobre vosotros para mal
y no para bien. Se consumirán los judíos de Egipto, con la espada
28 y el hambre y la peste, hasta acabarse. (Sólo los escapados de la
espada, pocos en número, volverán de Egipto a Judá). Entonces
sabrá el resto de Judá que ha venido a residir en Egipto cuál es la
29 palabra que se cumple, la mía o la de ellos. Esta será la señal
—oráculo del Señor—: Os castigaré en este lugar, para que sepáis
30 que mis amenazas contra vosotros se cumplen. Así dice el Señor:
Yo entregaré al faraón Ofra, rey de Egipto, en manos de los ene-
migos que lo persiguen a muerte, como entregué a Sedecías, rey de
Judá, en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, el enemigo
que lo perseguía a muerte.

Para Baruc (604)

45 Palabra que dijo Jeremías, profeta, a Baruc, hijo de Nerías, cuan-
do escribió estas palabras en el rollo, al dictado de Jeremías, el año
cuarto de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá:
2-3 —Esto dice el Señor, Dios de Israel, para ti, Baruc: Tú dices:
¡Ay de mí!, que el Señor añade penas a mi dolor;
me canso de gemir y no encuentro reposo.
4 Dile esto: Así dice el Señor:
Mira: lo que yo he construido, yo lo destruyo;
lo que yo he plantado, yo lo arranco;
5 ¿y tú pides milagros para ti?
No los pidas.
Porque yo he de enviar desgracias
a todo ser vivo —oráculo del Señor—
y tú salvarás tu vida como un despojo
adondequiera que vayas.

ORACULOS CONTRA LAS NACIONES

(46-51)

Introducción

La introducción a esta serie se encuentra en 25,15-38, que a su vez suena como respuesta de Dios a la súplica del profeta en 10,25.

La lista recoge los nombres tradicionales: reinos vecinos a oriente y occidente, entre los Imperios de Egipto y Babilonia.

Hay fragmentos simplemente copiados de autores precedentes; en los demás se siguen los temas y procedimientos tradicionales: datos descriptivos del enemigo de turno, referencia o descripción de sus pecados, rasgos estilizados de la movilización y el ataque enemigo, derrota y elegía.

En estos oráculos cumple Jeremías con su misión de «profeta de los paganos» (1,5.10). El epílogo coincide en gran parte con el final del libro de los Reyes.

46 Palabras del Señor al profeta Jeremías sobre las naciones:
2 Contra *Egipto.*
Contra el ejército de Necó, faraón de Egipto, que llegó hasta
Cárquemis, junto al Eufrates, y fue derrotado por Nabucodonosor,
rey de Babilonia, el año cuarto del reinado de Joaquín, hijo de Jo-
sías, en Judá.
3 Preparad escudo y adarga, lanzaos al ataque,
4 ensillad los caballos; a montar, jinetes;
dispuestos con los cascos, bruñid las lanzas, vestid la coraza.
5 ¿Qué es lo que veo? Están aterrados,
se baten en retirada sus soldados derrotados,
huyen corriendo sin volverse, cercados de pavor
—oráculo del Señor—:
6 que no salve la agilidad, que no libre la valentía.
¡Al norte, a la orilla del Eufrates, tropezaron y cayeron!
7 ¿Quién es ése que crece como el Nilo
y encrespa sus aguas como los ríos,
8 que dice: Creceré, inundaré la tierra,
destruiré ciudades con sus habitantes?
9 Montad a caballo; lanzaos, carros; avanzad, soldados:
etíopes y libios que embrazan el escudo,
lidios que tensan el arco.
10 Ese día es para el Señor de los ejércitos
día de venganza para vengarse de sus enemigos.
La espada se ceba, se sacia, chorrea sangre,
porque el Señor de los ejércitos celebra un banquete
en el norte, a la orilla del Eufrates.
11 Sube a Galaad por bálsamo, capital de Egipto:
en vano multiplicas las curas, tu herida no se cierra.
12 Las naciones se enteraron de tu humillación,
pues tus lamentos llenan la tierra.
¡Tropezaron soldado con soldado, juntos cayeron los dos!

13 Palabra que dijo el Señor al profeta Jeremías cuando Nabucodo-
nosor, rey de Babilonia, fue a derrotar a Egipto:

14 Anunciadlo en Egipto, pregonadlo en Migdol,
pregonadlo en Menfis y Tafne;
decid: ¡En formación, alerta!, que la espada se ceba en torno.
15 ¿Por qué está tendido tu Buey Apis y no se levanta?
16 Porque el Señor lo derribó poderosamente: tropezó y cayó.
Dicen a sus camaradas: Arriba, huyamos de la espada mortífera,
a nuestra gente, a nuestra tierra nativa,
17 y por mote llaman al Faraón: «Estruendo a destiempo».
18 ¡Por mi vida! —oráculo del Rey
que se llama Señor de los ejércitos—.
Como es real el Tabor entre los montes
y el Carmelo junto al mar, sucederá.
19 Prepara el ajuar del desierto, población de Egipto;
Menfis será una desolación, incendiada y deshabitada.
20 Egipto es una novilla hermosa;
desde el norte viene un tábano, viene;
21 también sus mercenarios eran novillos cebados;
huyen juntos sin parar, porque les llega
el día funesto, la hora de rendir cuentas.
22 Oídla: silba como serpiente, porque avanzan los ejércitos,
la invaden como leñadores con sus hachas,
talan sus bosques —oráculo del Señor—.
23 Por muchos e incontables que sean,
aunque sean más que la langosta,
24 es derrotada la capital de Egipto
y entregada al ejército del norte.
25 Dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Yo tomaré cuen-
tas al dios Amón de No, a Egipto con sus ídolos y príncipes, al
26 Faraón y a los que confían en él. Los entregaré en manos de ene-
migos mortales: de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y sus gene-
rales. Después será habitada como antaño —oráculo del Señor—.
27 Tú no temas, siervo mío, Jacob; no te asustes, Israel.
Yo te traeré de lejos, sano y salvo,
y a tu descendencia de la cautividad;
Jacob volverá, descansará, reposará sin alarmas.
28 Tú no temas, siervo mío, Jacob,
que yo estoy contigo —oráculo del Señor—.
Acabaré con todas las naciones por donde te dispersé;
contigo no acabaré, aunque no te dejaré impune,
te escarmentaré como es debido.

47 Palabra del Señor al profeta Jeremías contra los *filisteos*. (Antes
que el Faraón derrotara a Gaza):
2 Así dice el Señor:
Mira las aguas creciendo en el norte,
ya son un torrente, una avenida que inunda
el país y sus habitantes, la ciudad y sus vecinos.
Gritan los hombres, gimen los habitantes del país,
3 al oír el estrépito de los cascos de los corceles,
el retumbo de los carros, el fragor de las ruedas;
los padres, ya sin fuerzas, no miran por sus hijos.

4 Porque le llega el día asolador a toda Filistea,
en Tiro y Sidón se acabará hasta el último defensor.
El Señor destruye a los filisteos, al resto de la isla de Creta.
5 Le crece la calva a Gaza, Ascalón enmudece.
¡Ay resto de los enaquitas! ¿Hasta cuándo os haréis incisiones?
6 ¡Ay espada del Señor! ¿Cuándo vas a descansar?
Recógete en la vaina, cálmate, cesa.
7 ¿Y cómo va a descansar, si el Señor la ha mandado?
La ha despachado contra Ascalón y contra el litoral.

48 Contra *Moab*.
Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
¡Ay de Nebo, arrasada; de Quiriatain, derrotada y conquistada!
¡De la Ensalzada, derrotada y deshecha!
2 Ya no existe la fama de Moab.
En Jesbón planeaban contra ella.
¡Vamos a destruirla como nación!
Madmena, enmudeces [a] perseguida por la espada.
3 Oíd gritos en Joronain: gran desastre y quebranto;
4 quebrantada está Moab, que se oigan sus gritos en Seír.
5 Por la cuesta de Lujit subían llorando,
por la bajada de Joronain se oyen gritos desgarradores.
6 Huíd, salvad la vida, como asnos de la estepa.
7 Por fiarte de tus obras y tesoros,
también tú serás conquistada;
Camós marchará al destierro con sus sacerdotes y dignatarios.
8 Vendrá el devastador a cada pueblo: ni uno se librará;
quedará desolada la vega y destruida la llanura
—lo ha dicho el Señor—.
9 ....
sus pueblos quedarán desiertos por falta de habitantes.
10 ¡Maldito quien ejecute con negligencia el encargo del Señor!
¡Maldito quien retenga su espada de la sangre!
11 Moab reposó desde joven, tranquila sobre sus heces:
no la trasvasaron de una vasija a otra, no fue al destierro;
así conservó su gusto y no alteró su aroma.
12 Pero llegará un tiempo —oráculo del Señor—
en que despacharé tinajeros que la trasvasen:
vaciarán las vasijas y las romperán.
13 Y Camós defraudará a Moab, como le pasó a Israel
con Betel, en quien confiaba.
14 ¿Cómo presumíais de valientes, de soldados aguerridos?
Avanza el destructor de Moab y sus pueblos,
la flor de sus soldados baja al matadero
—oráculo del Rey que se llama Señor de los ejércitos—.
16 Se acerca la catástrofe de Moab, su desgracia se apresura:
17 lloradla, todos sus vecinos y los que respetáis su fama.
Decid: ¡Ay, quebrado el bastón del poder, el cetro de majestad!
18 Baja de tu solio, siéntate en el yermo, población de Dibón,
porque avanza contra ti el devastador de Moab,

a enmudecer = damam.

para derruir tus fortalezas;
19 y tú, población de Aroer, ponte en el camino y vigila,
pregunta al fugitivo evadido: «¿Qué ha pasado?».
20 Que está derrotada y deshecha Moab: gemid y gritad,
anunciad en el Arnón que está arrasada Moab;
21 que han ejecutado la sentencia contra la meseta:
22 Arenal, Yahas, Fuenteclamor, Dibón, Nebo, Bet Diblatain,
23 Quiriatain, Casalpago, La Mansión, Quiriat, Bosra,
24 contra todos los poblados de Moab, cercanos y lejanos.
25 Han arrancado el cuerno a Moab, le han roto el brazo
—oráculo del Señor—.
26 Emborrachadla, porque desafió al Señor;
Moab se revolcará en su vómito, y se burlarán de ella.
27 ¿No te burlaste tú de Israel
como de uno sorprendido entre ladrones?
¿No hacías muecas cuando hablabas de ella?
28 Dejad las ciudades, habitad entre peñas, vecinos de Moab,
como palomas que anidan en la pared de una cueva.
29 Nos hemos enterado de la soberbia de Moab, de su orgullo desmedido,
de su soberbia, vanidad, presunción y engreimiento.
30 Yo conozco su arrogancia —oráculo del Señor—,
sus bravatas desatinadas, sus acciones desatinadas.
31 Por eso voy a aullar por Moab, a gritar por todo Moab,
a sollozar por Villa Alfarera; a llorar por ti,
32 viña de Sibmá, más que lloré por Yazer.
Tus sarmientos se extendían hasta el mar
y llegaban hasta Yazer:
sobre tu cosecha y tu vendimia cayó el devastador;
33 cesaron el gozo y la alegría en las vegas de Moab.
Acabé con el vino de tus lagares, y ya no pisarán
entonando coplas y más coplas.
34 El grito de Jesbón llega hasta Elalé y Yahas,
las voces se oyen en Soar, Joronain y Eglat Salisiya,
porque hasta la Fuente de las Panteras se ha secado.
35 Acabaré en Moab con los que suben a las ermitas
a ofrecer incienso a sus dioses —oráculo del Señor—.
36 Por eso mi corazón gime con voz de flauta por Moab,
mi corazón gime con voz de flauta por Villa Alfarera,
porque han perdido todo lo ahorrado.
37 Todas las cabezas están calvas y las barbas rapadas,
llevan incisiones en los brazos y un sayal a la cintura;
38 en las azoteas y calles de Moab hay luto unánime,
porque he quebrado a Moab como cacharro inútil
—oráculo del Señor—.
39 Gemid: ¡Ay Moab!, deshecha volvió la espalda;
¡qué vergüenza, Moab!,
hecha la burla y el espanto de todos sus vecinos.
40 Así dice el Señor:
Miradlo lanzarse como un águila abriendo las alas sobre Moab:
41 Las ciudades han sido conquistadas, las ciudadelas tomadas.
Aquel día se sentirán los soldados de Moab como mujer en parto.
42 Moab dejará de ser nación, porque desafió al Señor.

43 ¡Pánico y zapa y cepo contra ti, población de Moab!
—oráculo del Señor—:
44 el que se libra del pánico cae en la zapa,
al que se alza de la zapa lo pilla el cepo;
porque hago que le llegue a Moab el año de rendir cuentas
—oráculo del Señor—.
45 Al amparo de Jesbón se detienen sin fuerzas los fugitivos:
ha salido un fuego de Jesbón, una llama de Sijón
que devora las patillas de Moab y la coronilla de los saonitas.
46 ¡Ay de ti, Moab; estás perdido, pueblo de Camós!
Tus hijos van deportados, tus hijas marchan al destierro.
47 Al cabo de los años cambiaré la suerte de Moab
—oráculo del Señor—.
Fin de la sentencia de Moab.

49 Contra *Amón*.
Así dice el Señor:
¿Acaso Israel no tiene hijos, no tiene heredero?
¿Por qué Malcom ha heredado a Gad
y su pueblo vive en sus poblados?
2 Pues llegará un tiempo —oráculo del Señor—
en que haré resonar en Rabat Amón el alarido de guerra:
se convertirá en collado de escombros
y sus ciudades serán incendiadas;
entonces Israel heredará al heredero —lo dice el Señor—.
3 Gime, Jesbón, porque está arrasada Ay;
gritad, ciudades de Rabat, vestid sayal,
haced duelo, callejead por entre las cercas,
porque Malcom marcha al destierro
con sus sacerdotes y dignatarios.
4 ¿Por qué te glorías de tus valles, valles que rezuman,
ciudad perversa, confiada en tus tesoros;
decías: «¿Quién me invadirá?».
5 Yo haré que te invada el terror por todas partes
—oráculo del Señor de los ejércitos—:
cada uno huirá en una dirección y nadie reunirá a los dispersos.
6 Después cambiaré la suerte de Amón —oráculo del Señor—.

7 Contra *Edom*.
Así dice el Señor de los ejércitos:
¿Ya no queda sabiduría en Temán?,
¿ya no dan consejos sus maestros?,
¿se ha puesto rancia su sabiduría?
8 Huid, dad la vuelta, cavad refugios, habitantes de Dedán,
porque le envío a Esaú su desastre, la hora de las cuentas.
9 Si te invadieran vendimiadores, ¿no dejarían racimos?
Si vinieran ladrones nocturnos,
¿no te saquearían con medida?
10 Pero soy yo quien desnudo a Esaú, descubro sus escondrijos,
y no podrá ocultarse.
Está destruido su linaje, su familia, no quedan vecinos;
11 abandonas a tus huérfanos, ¿y voy a mantenerlos yo?,
¿van a depender de mí tus viudas?

12 Así dice el Señor:
Los que no acostumbraban beber la copa la han tenido que beber,
¿y tú vas a quedar impune? ¡De ningún modo! La beberás.
13 Lo juro por mí mismo —oráculo del Señor—:
Bosra se convertirá en espanto, oprobio, ruina, maldición;
todos sus pueblos serán ruinas perpetuas.
14 He oído un mensaje del Señor enviado a las naciones:
Reuníos, marchad contra ella, presentadle batalla.
15 Te convierto en la nación más pequeña, despreciada de los hombres.
16 Te sedujo el terror que sembrabas y la arrogancia de tu corazón:
habitas en rocas escarpadas, agarrada a las cumbres;
pues aunque pongas el nido tan alto como el águila,
de allí te derribaré —oráculo del Señor—.
17 Y Edom será un espanto: los que pasen junto a ella
silbarán espantados al ver sus heridas.
18 Será como la catástrofe de Sodoma y Gomorra y sus vecinos,
donde no habita nadie ni mora hombre alguno —dice el Señor—.
19 Como un león que sube de la espesura del Jordán
a las dehesas siempre verdes,
así los espantaré de repente y me adueñaré de los escogidos.
Pues ¿quién hay como yo?, ¿quién me desafía?,
¿quién es el pastor que puede resistirme?
20 Ahora escuchad el designio del Señor contra Edom
y sus planes contra los habitantes de Temán:
Juro que aun las ovejas más pequeñas serán arrebatadas,
juro que se espantarán de ellas las dehesas.
21 Al estruendo de su caída retiembla la tierra,
el clamor y los gritos se oyen hasta el Mar Rojo.
22 Como un águila, se cierne y se lanza abriendo las alas contra Bosra;
aquel día los soldados de Edom se sentirán como mujer en parto.

23 Contra *Damasco.*
Están confusas Jamat y Arpad, porque han oído una noticia terrible:
ansiosas, se deshacen en agua, no logran reposar.
24 Damasco desfallece y emprende la huida,
le atenaza un temblor, le agarran dolores
y espasmos como de parturienta.
25 ¡Ay, abandonada la ciudad famosa, la villa gozosa!
26 Sus mozos caen en las calles aquel día,
y sus guerreros enmudecen —oráculo del Señor de los ejércitos—.
27 Prenderé un fuego a las murallas de Damasco
que devorará los palacios de Benadad.

28 Contra *Cadar* y los reinos de *Jazor*
(a los que derrotó Nabucodonosor, rey de Babilonia).
Así dice el Señor:
En pie, marchad contra Cadar, destruid a las tribus de oriente.
29 Que cojan sus tiendas y sus ovejas, sus lonas,
todo su ajuar, que se llevan sus camellos,
que se alce un grito: «Cercados de pavor».
30 Huid desbandados, cavad refugios,
habitantes de Jazor —oráculo del Señor—,

porque Nabucodonosor, rey de Babilonia,
tiene planes y designios contra vosotros.
31 En pie, marchad contra un pueblo confiado
que habita tranquilo —oráculo del Señor—,
no usa puertas ni cerrojos y vive apartado:
32 sus camellos serán botín; sus inmensos rebaños, despojo;
dispersaré a todos los vientos a los de sienes rapadas,
de todas partes conduciré su desastre —oráculo del Señor—.
33 Jazor será guarida de chacales, un desierto perpetuo;
nadie habitará allí ni morará hombre alguno.

34 Palabra del Señor al profeta Jeremías contra *Elam*
(al principio del reinado de Sedecías en Judá).
35 Así dice el Señor de los ejércitos:
Yo quebraré el arco de Elam y la flor de sus soldados:
36 conduciré contra Elam los cuatro vientos
desde los cuatro puntos cardinales;
los dispersaré a todos los vientos, y no habrá nación
adonde no lleguen prófugos de Elam.
37 Haré que Elam se aterrorice ante sus enemigos
que intentan darle muerte; les enviaré una desgracia,
el incendio de mi ira —oráculo del Señor—;
despacharé tras ellos la espada hasta consumirlos.
38 Colocaré mi trono en Elam y destruiré al rey y a los nobles
—oráculo del Señor—.
39 Al cabo de los años cambiaré la suerte de Elam
—oráculo del Señor—.

50 Palabra del Señor contra *Babilonia* (país caldeo) por medio del profeta Jeremías:
2 Anunciadlo a las naciones, pregonadlo,
alzad la bandera, pregonad, no lo calléis, decid:
«Babilonia ha sido conquistada, Bel está confuso,
Marduc consternado, sus ídolos derrotados,
sus imágenes consternadas».
3 Porque desde el norte se abalanza sobre ella
un pueblo que asolará su territorio,
hasta que no quede en ella un habitante,
pues hombres y animales huirán desbandados.
4 En aquellos días y en aquella hora —oráculo del Señor—
vendrán juntos israelitas y judíos
llorando y buscando al Señor, su Dios;
5 preguntan por Sión y allá se encaminan:
«Vamos a unirnos al Señor en alianza eterna, irrevocable».
6 Mi pueblo era un rebaño perdido
que los pastores extraviaban por los montes,
iban de monte en colina, olvidando el aprisco;
7 los que los encontraban se los comían,
sus rivales decían: «No somos culpables,
pues han pecado contra el Señor,
su Dehesa legítima, la Esperanza de sus padres».
8 Huid de Babilonia y del territorio caldeo,
salid como cabestros delante del rebaño,

9 porque yo movilizo contra Babilonia en el norte
una alianza de naciones poderosas
que formarán contra ella y la conquistarán;
sus flechas, como soldado experto, no vuelven de vacío.
10 Los caldeos serán saqueados y los saqueadores se hartarán
—oráculo del Señor—.
11 Aunque festejéis bulliciosamente, ladrones de mi heredad,
aunque brinquéis como novilla en el prado
y relinchéis como corceles,
12 vuestra madre quedará avergonzada,
abochornada la que os dio a luz,
convertida en la última de las naciones,
en desierto y estepa reseca.
13 Por la cólera del Señor quedará deshabitada
y hecha toda un desierto; los que pasen junto a Babilonia
silbarán espantados al ver tantas heridas.
14 Arqueros, poned cerco a Babilonia, apuntad,
no ahorréis flechas, pues pecó contra el Señor;
lanzad el alarido en torno a ella, que se entregue su guarnición,
que caigan sus pilares y se derrumben sus murallas;
porque el Señor se venga de ella así:
lo que hizo hacédselo.
16 Extirpad en Babel al sembrador y al que empuña la hoz en la siega.
Huyen de la espada mortífera,
cada uno a su gente y a su tierra nativa.
17 Israel era una oveja descarriada, acosada de leones:
primero la devoró el rey de Asiria,
últimamente la despedazó Nabucodonosor, rey de Babilonia.
18 Por eso, dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Yo tomaré cuentas al rey de Babilonia y a su país,
como se las tomé al rey de Asiria.
19 Restituiré Israel a sus dehesas, para que paste
en el Carmelo y en Basán, para que sacie su hambre
en la sierra de Efraín y en Galaad.
20 En aquellos días y en aquella hora —oráculo del Señor—
se buscará la culpa de Israel, y no aparecerá;
el pecado de Judá, y no se encontrará;
porque yo perdonaré a los que deje con vida.
21 ¡Contra el territorio de Merataín avanzad,
contra los habitantes de Pecod!
Aniquila a filo de espada, haz cuanto te diga
—oráculo del Señor—.
22 Suena el grito de guerra en el país, un grave quebranto:
23 «¡Ay, arrancado y quebrado el martillo del mundo!
¡Ay Babilonia, convertida en el espanto de las naciones!».
24 Babilonia, te puse una trampa,
y has caído sin darte cuenta;
te han sorprendido y apresado porque retaste al Señor.
25 El Señor ha abierto su arsenal
y ha sacado las armas de su ira,
porque el Señor de los ejércitos
tiene una tarea en el país caldeo.

26 Le llegó la cosecha: abrid los graneros, apilad sus gavillas,
destruid hasta no dejar resto;
27 matad sus novillos, que bajen al matadero;
¡ay de ellos, les llega el día y la hora de la cuenta!
28 Oíd a los fugitivos evadidos de Babilonia
que anuncian en Sión la venganza del Señor, nuestro Dios,
la venganza de su templo.
29 Reclutad contra Babel saeteros, a todos los arqueros;
cerrad el cerco, que no escape nadie;
pagadle sus obras, lo que hizo hacédselo:
se insolentó contra el Señor, el Santo de Israel;
30 sus mozos caerán en las calles, aquel día
sus guerreros enmudecerán —oráculo del Señor—.
31 ¡Aquí estoy contra ti, insolente!
—oráculo del Señor de los ejércitos—,
te llegó el día, la hora de rendir cuentas:
32 tropezará la insolente, caerá y nadie la levantará.
Pegaré fuego a sus pueblos, que consuma todo en torno.
33 Así dice el Señor de los ejércitos:
Israelitas y judíos sufren juntos la opresión,
los que los desterraron los retienen
y se niegan a soltarlos.
34 Pero su rescatador es fuerte, se llama Señor de los ejércitos:
él defenderá su causa, acallando la tierra,
agitando a los habitantes de Babilonia.
35 ¡Espada!, contra los caldeos, contra los vecinos de Babilonia
—oráculo del Señor—,
contra sus nobles y sus maestros.
36 ¡Espada!, contra sus adivinos, que se desconcierten.
¡Espada!, contra sus soldados, que se aterroricen.
37 ¡Espada!, contra sus caballos y carros,
contra la turba entre ellos, que se vuelvan mujeres,
contra sus tesoros, para que sean saqueados.
38 ¡Espada!, contra sus canales, que se sequen,
porque es un país de ídolos que se gloría de sus espantajos.
39 Habitarán allí chacales y hienas y avestruces,
por siempre jamás, de edad en edad estará despoblada.
40 Será como la catástrofe de Sodoma, Gomorra y sus vecinas,
donde no habita nadie ni mora hombre alguno
—oráculo del Señor—.
41 Mirad: un ejército viene desde el norte, una multitud
y muchos reyes se movilizan en el extremo del mundo:
42 armados de arcos y jabalinas, implacables e inexorables,
sus gritos resuenan como el mar, avanzan a caballo,
formados como soldados contra ti, Babilonia.
43 Al oír su fama, el rey de Babilonia se acobarda,
lo atenazan ansias y espasmos de parturienta.
44 Como un león que sube de la espesura del Jordán
a las dehesas siempre verdes,
así los espantaré de repente y me adueñaré de los escogidos,
pues ¿quién hay como yo?, ¿quién me desafía?,

¿quién es el pastor que puede resistirme?
45 Ahora escuchad el designio del Señor contra Babel
y sus planes contra el territorio caldeo:
Juro que aun las ovejas más pequeñas serán arrebatadas,
juro que se espantarán de ellas las dehesas.
46 Al estruendo de su caída retiembla la tierra,
y las naciones escuchan sus gritos.

51 Así dice el Señor:
Yo movilizo contra Babilonia y los caldeos un viento mortífero,
2 despacho contra Babilonia aventadores
que la aventarán y vaciarán su territorio;
3 el día aciago la asediarán; que no se vaya el arquero
ni se retire el que viste coraza;
no perdonéis a sus soldados, aniquilad su ejército,
4 caigan heridos en tierra caldea,
caigan atravesados en sus calles.
5 Porque Israel y Judá no son viudas de su Dios,
el Señor de los ejércitos,
mientras que el país caldeo es deudor del Santo de Israel.
6 Huíd de Babilonia, sálvese el que pueda,
no perezca por culpa de ella;
porque es la hora de la venganza del Señor,
cuando le pagará su merecido.
7 Babilonia era en la mano del Señor una copa de oro
que emborrachaba a toda la tierra,
de su vino bebían las naciones y se perturbaban.
8 Cayó de repente Babilonia y se rompió: gemid por ella.
Traed bálsamo para sus heridas, a ver si se cura;
9 hemos tratado a Babilonia y no se cura,
dejadla, vamos cada uno a nuestra tierra;
su condena llega al cielo, alcanza a las nubes;
10 el Señor nos ha rehabilitado, vamos a Sión
a contar las hazañas del Señor, nuestro Dios.
11 Afilad las saetas, embrazad el escudo,
el Señor incita a los jefes medos,
porque quiere destruir a Babilonia:
es la venganza del Señor, la venganza de su templo.
12 Alzad la bandera contra las murallas de Babilonia,
reforzad la guardia, poned centinelas, colocad emboscadas;
porque el Señor ejecuta lo que pensó
y anunció contra los habitantes de Babilonia.
13 Ciudad opulenta, que vive entre canales:
te llega el fin, el límite de tu existencia.
14 El Señor de los ejércitos lo jura por su vida:
Aunque tu muchedumbre sea más que la langosta,
sobre ti cantarán victoria.
15 El hizo la tierra con su poder, fundó el orbe con maestría [a],
desplegó el cielo con habilidad.
16 Cuando él truena, retumban las aguas del cielo,
hace subir las nubes desde el horizonte,

a vv. 15-19 como 10,12-16.

con los rayos desata la lluvia
y saca los vientos de sus silos.
17 El hombre, con su saber, se embrutece;
el orfebre, con su ídolo, fracasa:
18 son imágenes falsas, sin aliento, son vanidad y chapucería:
el día de la cuenta perecerán.
19 No es así la porción de Jacob, sino que lo hizo todo:
Israel es la tribu de su propiedad,
y su nombre es Señor de los ejércitos.
20 Tú eres mi maza, mi arma bélica:
machacaré contigo las naciones, destruiré a los reyes,
21 machacaré contigo carros y caballos,
machacaré contigo carros y aurigas,
22 machacaré contigo hombres y mujeres,
machacaré contigo ancianos y jóvenes,
machacaré contigo mozos y doncellas,
23 machacaré contigo pastores y rebaños,
machacaré contigo labradores y yuntas,
machacaré contigo gobernadores y alcaldes
24 y pagaré a Babilonia y a todos los caldeos
todo el mal que hicieron a Sión en vuestra presencia
—oráculo del Señor—.
25 Aquí estoy contra ti, Monte Exterminio,
que exterminó la tierra entera —oráculo del Señor—;
extenderé contra ti mi brazo, te haré rodar peñas abajo,
te convertiré en Monte Quemado;
26 ya no sacarán de ti piedras de remate o de cimiento,
porque serás desolación eterna —oráculo del Señor—.
27 Izad bandera en la tierra, tocad la trompeta por las naciones,
convocando a la guerra santa;
reclutad contra ella los reinos de Ararat, Miní y Asquenaz,
nombrad contra ella un general,
avancen los caballos como langostas erizadas;
28 llamad a guerra santa a las naciones,
a los reyes medos, con sus gobernadores y alcaldes
y toda la tierra de sus dominios.
29 Temblará y se retorcerá la tierra cuando se cumpla
el plan del Señor contra Babilonia,
cuando deje el territorio babilonio
como un desierto despoblado.
30 Los soldados de Babilonia dejan de luchar,
se agachan en los fortines,
se acaba su valentía, se han vuelto mujeres;
han quemado sus edificios y roto sus cerrojos.
31 Un correo releva a otro, un mensajero releva a otro,
para anunciar al rey de Babilonia
que su ciudad está enteramente conquistada,
32 los vados tomados, las esclusas incendiadas
y los soldados presa del pánico.
33 Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
La capital de Babilonia era una era en tiempo de trilla:
muy pronto llegará el tiempo de la siega.

34 Nabucodonosor, rey de Babilonia, me ha comido,
me ha devorado, ha rebañado el plato,
me ha engullido como un dragón,
se ha llenado la panza con mis manjares
y me ha vomitado;
35 recaiga sobre Babilonia mi carne violentada
—dice la población de Sión—,
recaiga mi sangre sobre los caldeos
—dice Jerusalén—.
36 Y así responde el Señor: Aquí estoy yo
para defender tu causa y ejecutar tu venganza:
secaré su mar, agotaré sus manantiales,
37 Babilonia se convertirá en escombros, en guarida de chacales,
objeto de burla y espanto, vacío de habitantes.
38 Rugen a coro como leones, gruñen como cachorros de león:
39 haré que sus festines acaben en fiebre,
los emborracharé para que celebren una orgía
y duerman un sueño eterno, sin despertar
—oráculo del Señor—.
40 Los haré bajar al matadero
como corderos o carneros o machos cabríos.
41 ¡Ay Babilonia conquistada, capturado el orgullo del mundo!
¡Ay Babilonia convertida en el espanto de las naciones!
42 El mar subió hasta Babilonia
y la inundó con el tumulto de su oleaje;
43 sus ciudades quedaron desoladas
como tierra yerma y esteparia,
tierra que nadie habita, que no atraviesa el mortal.
44 Tomaré cuentas a Bel en Babilonia
y le sacaré el bocado de la boca.
Ya no acudirán a él los pueblos,
y hasta las murallas de Babilonia se desplomarán.
45 ¡Pueblo mío, salid! Ponte a salvo de la ira ardiente del Señor.
46 No os acobardéis ni temáis por las noticias que se propalan,
cada año una nueva noticia: «Violencia en el país,
señores contra señores».
47 Porque llega un tiempo en que castigaré
a los ídolos de Babilonia: el país quedará confuso
y los caídos yacerán en medio de él.
48 Clamarán contra Babilonia cielo y tierra y lo que hay en ellos
cuando venga sobre ella desde el norte el destructor
—oráculo del Señor—.
49 También Babilonia ha de caer por las víctimas de Israel,
como por Babilonia cayeron víctimas de todo el mundo.
50 Los que evitasteis su espada, marchad sin deteneros,
invocando desde lejos al Señor, recordando a Jerusalén.
51 Nos avergonzamos al oír la infamia,
nos cubre la cara la vergüenza,
entraron extranjeros en el santuario del Señor.
52 Pues bien, llegarán días —oráculo del Señor—
en que castigaré a sus ídolos
y por todo el país se quejarán los heridos.

53 Aunque se encarame Babel hasta el cielo
y fortifique en la altura su ciudadela,
yo le enviaré destructores —oráculo del Señor—.
54 Se oyen los gritos de Babilonia, grave quebranto de los caldeos,
55 porque el Señor devasta Babilonia,
pone fin a sus gritos estentóreos,
por mucho que mujan sus olas como un océano
y resuene el fragor de sus voces.
56 Porque llega a Babilonia el devastador:
caerán prisioneros sus soldados, se romperán sus arcos.
Porque el Señor es un Dios que recompensa
y les dará su paga.
57 Emborracharé a sus nobles, y a sus maestros,
a sus gobernadores y alcaldes y a sus soldados,
y dormirán un sueño eterno sin despertarse
—oráculo del Rey que se llama Señor de los ejércitos—.
58 Así dice el Señor de los ejércitos:
La gruesa muralla de Babilonia será desmantelada,
sus altas puertas serán incendiadas,
para nada trabajaron los pueblos,
para el fuego se fatigaron las naciones.
59 Encargo del profeta Jeremías a Serayas, hijo de Nerías, de Maj-
sías, cuando fue a Babilonia con Sedecías, rey de Judá, el año cuar-
to de su reinado (Serayas era jefe de intendencia).
60 Jeremías había escrito en un rollo todas las desgracias que iban
a suceder a Babilonia, todas las palabras citadas acerca de Babilonia.
61 Y Jeremías dijo a Serayas:
—Cuando llegues a Babilonia, busca un sitio y proclama todas
62 estas palabras. Dirás: «Señor, tú has amenazado destruir este lugar
hasta dejarlo deshabitado, sin hombres ni animales, convertido en
63 perpetua desolación». Y cuando termines de leer el rollo, le atarás
64 una piedra y lo arrojarás al Eufrates, y dirás: «Así se hundirá Babi-
lonia y no se levantará, por las desgracias que yo envío contra ella».
Aquí terminan las palabras de Jeremías.

Epílogo narrativo
(2 Re 24,20-25,30)

52 Cuando Sedecías subió al trono tenía veintiún años y reinó cinco
años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jamutal, hija de Jeremías,
natural de Alba.
2 Hizo lo que el Señor reprueba, igual que había hecho Joaquín.
3 Esto les sucedió a Jerusalén y a Judá por la cólera del Señor, hasta
que las arrojó de su presencia. Sedecías se rebeló contra el rey de
Babilonia.
4 El año noveno de su reinado, el diez del mes décimo, Nabucodo-
nosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén con todo su ejército, acam-
pó frente a ella y construyó torres de asalto alrededor.
5 La ciudad quedó sitiada hasta el año once del reinado de Sede-
6 cías, el nueve del mes cuarto. El hambre apretó en la ciudad y no
había pan para la población.

7 Se abrió brecha en la ciudad, y los soldados huyeron de noche
por la puerta entre las dos murallas, junto a los jardines reales,
mientras los caldeos rodeaban la ciudad, y se marcharon por el ca-
mino de la estepa.
8 El ejército caldeo persiguió al rey; alcanzaron a Sedecías en la
estepa de Jericó, mientras sus tropas se dispersaban abandonándolo.
9 Apresaron al rey y se lo llevaron al rey de Babilonia, que estaba en
Ribla, provincia de Jamat, y lo procesó.
10 El rey de Babilonia hizo ajusticiar en Ribla a los hijos de Sede-
cías, ante su vista, y a todos los nobles de Judá también los hizo
11 ajusticiar en Ribla. A Sedecías lo cegó, le echó cadenas de bronce,
lo llevó a Babilonia y lo encerró en prisión de por vida.
12 El día diez del mes quinto (que corresponde al año diecinueve
del reinado de Nabucodonosor en Babilonia) llegó a Jerusalén Na-
busardán, jefe de la guardia, funcionario del rey de Babilonia.
13 Incendió el templo, el palacio real y las casas de Jerusalén y puso
fuego a todos los palacios.
14 El ejército caldeo, a las órdenes del jefe de la guardia, derribó las
15 murallas que rodeaban a Jerusalén. Nabusardán, jefe de la guardia,
se llevó cautivos al resto del pueblo que había quedado en Jerusa-
lén, a los que se habían pasado al rey de Babilonia y al resto de la
16 plebe. De la clase baja dejó algunos como viñadores y hortelanos.
17 Los caldeos rompieron las columnas de bronce, los pedestales y
el depósito de bronce que había en el templo para llevarse el bron-
18 ce a Babilonia. También cogieron las ollas, palas, cuchillos, asper-
sorios, bandejas y todos los utensilios de bronce empleados en el
19 culto. Nabusardán, jefe de la guardia, cogió las palanganas, los bra-
seros, aspersorios, ollas, candelabros, bandejas, fuentes, en dos lo-
tes, de oro y de plata.
20 También las dos columnas, el depósito y los doce toros que sos-
tenían el pedestal —que había encargado el rey Salomón para el
templo—; imposible calcular lo que pesaba el bronce de aquellos
objetos.
21 Cada columna medía nueve metros de altura, ocho centímetros
de espesor y eran huecas; tenía un anillo de veinticinco centíme-
22 tros de circunferencia. Estaba rematada por un capitel de bronce de
dos metros y medio de altura, adornado con trenzados y granadas
23 alrededor, todo de bronce. Sobresalían noventa y seis granadas, y el
total de las granadas sobre la circunferencia era cien.
24 El jefe de la guardia apresó también al sumo sacerdote, Serayas;
25 al vicario, Sofonías, y a los tres porteros. En la ciudad apresó a un
cortesano jefe de la tropa y a siete hombres del servicio personal
del rey que se encontraban en la ciudad; al secretario del general en
jefe, que había hecho la leva entre los terratenientes, y a sesenta
26 terratenientes que se encontraban en la ciudad. Nabusardán, jefe de
27 la guardia, los apresó y los llevó al rey de Babilonia, a Ribla. El rey
de Babilonia los hizo ejecutar en Ribla, provincia de Jamat. Así
marchó Judá al destierro.
28 Este es el número de los deportados por Nabucodonosor: el año
29 séptimo, tres mil veintitrés judíos; el año decimoctavo de Nabuco-
30 donosor, ochocientos treinta y dos vecinos de Jerusalén; el año vi-
gésimo tercero de Nabucodonosor, deportó Nabusardán, jefe de la

guardia, setecientos cuarenta y cinco judíos. Total, cuatro mil seis-
cientos.
31 El año trigésimo séptimo del destierro de Jeconías, rey de Judá,
el día veinticinco del duodécimo mes, Evil Merodac, rey de Babilo-
nia, el año de su accesión al trono, concedió gracia a Jeconías, rey
32 de Judá, y lo sacó de la cárcel. Le prometió su favor, y colocó su
trono más alto que los de los otros reyes que había con él en Babi-
33 lonia. Le cambió el traje de preso y lo hizo comer a su mesa mien-
34 tras vivió. De parte del rey se le pasaba una pensión diaria, toda
la vida, hasta que murió.

EZEQUIEL

INTRODUCCION

Su vida

No sabemos cuándo nació. Probablemente en su infancia y juventud conoció algo de la reforma de Josías, su muerte trágica, supo de la caída de Nínive y del ascenso del nuevo Imperio Babilónico. Siendo de familia sacerdotal, recibiría su formación en el templo, donde debió de oficiar hasta el momento del destierro. Para él, Jeconías (Yehoyakin) es el verdadero continuador de la dinastía davídica. En el destierro recibe la vocación profética, que lo hace una especie de hermano menor de Jeremías: son los dos intérpretes de la tragedia, en la patria y en el destierro.

Su actividad se divide en dos etapas con un corte violento. La primera etapa dura unos siete años, hasta la caída de Jerusalén; su tarea en ella es destruir sistemáticamente la falsa esperanza; denunciando y anunciando hace comprender que es vano confiar en Egipto y en Sedecías, que la primera deportación es sólo el primer acto, preparatorio de la catástrofe definitiva. La caída de Jerusalén sella la validez de su profecía: se ha sepultado una esperanza.

Viene un entreacto de silencio forzado, casi más trágico que la palabra precedente. Unos siete meses de intermedio fúnebre sin ritos ni palabras, sin consuelo ni compasión.

El profeta comienza la segunda etapa pronunciando sus oráculos contra las naciones: a la vez que socava toda esperanza humana en otros poderes, afirma el juicio de Dios en la historia. Después comienza a rehacer una nueva esperanza, fundada solamente en la gracia y la fidelidad de Dios. Sus oráculos precedentes reciben una nueva luz, su autor los completa, les añade nuevos finales y otros oráculos de pura esperanza.

Su estilo

Ezequiel está familiarizado con la mentalidad y el estilo de los sacerdotes: se le nota en sus fórmulas declaratorias, en su temática del culto, en sus desarrollos casuísticos. También conoce la tradición profética, y con frecuencia explota temas y motivos tradicionales: unas veces una simple imagen se transforma en toda una visión, otras veces una metáfora sirve para un amplio desarrollo imaginativo; también sabe crear imágenes nuevas, sin la riqueza y variedad de Jeremías, sin la concisión de Isaías. Su sentimiento tiende a lo patético, que se transforma fácilmente en retórica (aun suprimiendo probables adiciones). La tendencia intelectual lo lleva a componer grandes cuadros articulados o a sintetizar simplificando. El intelectualismo es la mayor debilidad de su estilo: con frecuencia la razón apaga la intuición, el alegorismo deseca una imagen válida, las explicaciones ahogan el valor sugestivo. Algunos de sus defectos resaltan más en la simple lectura; si declamamos sus oráculos, cobran relieve sus juegos verbales, sus palabras dominantes repetidas y llega a imponerse el ritmo de su verso libre o prosa rítmica.

Su obra

Sucede como con los otros profetas: el libro de Ezequiel no es enteramente obra de Ezequiel. Primero, porque su actividad literaria es oral, compuesta en la cabeza y para la recitación, conservada en la memoria y en la repetición oral,

difundida por el profeta y por sus discípulos. Indicamos con paréntesis las adiciones más notables.

Si Ezequiel escribió algo y comenzó a reunir sus oráculos, lo que hoy conocemos como libro de Ezequiel es obra de su escuela. Por una parte, se le incorporan bastantes adiciones: especulaciones teológicas, fragmentos legislativos al final, aclaraciones exigidas por acontecimientos posteriores; por otra, con todo ese material se realiza una tarea de composición unitaria de un libro. Su estructura es clara en las grandes líneas y responde a las etapas de su actividad: hasta la caída de Jerusalén, 1-24; oráculos contra las naciones, 25-32; después de la caída de Jerusalén, 33-48. Esta construcción ofrece el esquema ideal de amenaza-promesa, tragedia-restauración. Sucede que este esquema se aplica también a capítulos individuales, por medio de adiciones o transponiendo material de la segunda etapa a los primeros capítulos; también se transpone material posterior a los capítulos iniciales para presentar desde el principio una imagen sintética de la actividad del profeta.

El libro se puede leer como unidad amplia, dentro de la cual se cobijan piezas no bien armonizadas: algo así como una catedral de tres naves góticas en la que se han abierto capillas barrocas con monumentos funerarios y estatuas de devociones limitadas. En la lectura debemos sorprender sobre todo el dinamismo admirable de una palabra que interpreta historia para crear nueva historia, el dinamismo de una acción divina que, a través de la cruz merecida de su pueblo, va a sacar un puro don de resurrección.

Datos cronológicos

609 Comienza el reinado de Joaquín (Yehoyaqim) en Judá.
605 Comienza el reinado de Nabucodonosor en Babilonia.
603 Joaquín, vasallo del rey de Babilonia.
600 Nabucodonosor es derrotado en Egipto; Joaquín se rebela (2 Re 24,1).
597 Muere Joaquín, le sucede Jeconías (Yehoyakin). Nabucodonosor conquista Jerusalén, deporta a muchos nobles con el rey, nombra rey vasallo a Sedecías. Ezequiel marcha al destierro.
593 Vocación de Ezequiel (1-3). Jeremías envía su carta a los desterrados (Jr 29).
592 Visión del templo profanado (8-10): la gloria del Señor abandona el templo y la ciudad.
591 Visita de los ancianos a Ezequiel (20).
588 Sedecías, incitado por Tiro y Egipto, se rebela contra Nabucodonosor.
587 5 de enero: Comienza el asedio de Jerusalén (24,1). 7 de enero: Oráculo contra Egipto (29,1). 29 de abril: Oráculo contra Egipto (30,20). 21 de junio: Oráculo contra Egipto (31,1).
586 Junio: Muere la mujer del profeta y éste se queda mudo (24,15). 18 de julio: Los asediantes abren brecha en la muralla de Jerusalén; Sedecías intenta huir (2 Re 25,2-7). 15 de agosto: Destrucción de la ciudad y del templo (2 Re 25,8-17).
585 8 de enero: Llega un evadido de Jerusalén con la noticia de la caída de la ciudad; el profeta recobra el habla (33,21-22). 6 de febrero: Oráculo contra Tiro (26). 3 de marzo: Oráculo contra Egipto (32). Comienza el asedio de Tiro.
573 Abril: Visión del nuevo templo (40ss).
572 Nabucodonosor abandona el sitio de Tiro.
571 Oráculo contra Egipto (29,17).
562 Muere Nabucodonosor, le sucede su hijo Amelmarduk.
560 Amelmarduk saca de la cárcel a Jeconías (Yehoyakin) (2 Re 25,27).

VOCACION

Teofanía

1 [a] 1-2 El año treinta, quinto de la deportación del rey Joaquín, el
día cinco del mes cuarto, hallándome entre los deportados, a orillas
del río Quebar, se abrieron los cielos y contemplé una visión divina.
3 (Vino la palabra del Señor a Ezequiel, hijo de Buzi, sacerdote, en
tierra de los caldeos, a orillas del río Quebar). Entonces se apoyó
4 en mí la mano del Señor, y vi que venía del norte un viento hura-
canado, una gran nube y un zigzagueo de relámpagos. (Nube nim-
bada de resplandor, y entre el relampagueo como el brillo del elec-
5 tro). En medio de éstos aparecía la figura de cuatro seres vivientes;
6 tenían forma humana, (cuatro rostros) y cuatro alas cada uno.
7 [Sus piernas eran rectas y sus pies como pezuñas de novillo; rebri-
8 llaban como brilla el bronce bruñido. Debajo de las alas tenían
brazos humanos por los cuatro costados (tenían rostros y alas los
9 cuatro). (Sus alas se juntaban de dos en dos). No se volvían al ca-
10 minar; caminaban de frente. Su rostro tenía esta figura: rostro de
hombre, y rostro de león por el lado derecho de los cuatro, rostro
de toro por el lado izquierdo de los cuatro, rostro de águila los
11 cuatro]. Sus alas estaban extendidas hacia arriba: un par de alas se
12 juntaban, otro par de alas les cubría el cuerpo. Los cuatro camina-
ban de frente, avanzaban a favor del viento, sin volverse al caminar.
13 Entre esos seres vivientes había como ascuas encendidas (parecían
antorchas agitándose entre los vivientes); el fuego brillaba y lanza-
14 ba relámpagos. (Iban y venían como chispas).
15 [Miré y vi en el suelo una rueda al lado de cada uno de los cuatro
16 seres vivientes. El aspecto de las ruedas era como el brillo del cri-
sólito; las cuatro tenían la misma apariencia. Su hechura era como
17 si una rueda estuviera encajada dentro de la otra, para poder rodar
en las cuatro direcciones sin tener que girar al rodar. Tenían pinas
18 y llantas, y vi que la circunferencia de las cuatro llantas estaba llena
19 de ojos. Al caminar los seres vivientes, avanzaban a su lado las rue-
das; cuando los seres vivientes se elevaban del suelo, se elevaban
20 también las ruedas; avanzaban hacia donde soplaba el viento; las
ruedas se elevaban a la vez, porque llevaban el espíritu de los seres
21 vivientes. (Y así avanzaban cuando avanzaban ellos), se detenían
cuando se detenían ellos (y cuando ellos se elevaban del suelo las
ruedas se elevaban a la vez, porque llevaban el espíritu de los seres
vivientes)].
22 Sobre la cabeza de los seres vivientes había una especie de plata-
forma, brillante como el cristal (extendida por encima de sus cabe-
23 zas). Bajo la plataforma, sus alas estaban horizontalmente empare-
24 jadas; cada uno se cubría el cuerpo con un par. Y oí el rumor de sus
alas, como estruendo de aguas caudalosas, como la voz del Todo-
poderoso, cuando caminaban; griterío de multitudes como estruen-
25 do de tropas; cuando se detenían, abatían las alas. También se oyó
un estruendo sobre la plataforma que estaba encima de sus cabezas;
cuando se detenían, abatían las alas.

a Los paréntesis indican las adiciones, escalonadas cronológicamente.

26 Y por encima de la plataforma, que estaba sobre sus cabezas,
había una especie de zafiro en forma de trono; sobre esta especie
27 de trono sobresalía una figura que parecía un hombre. Y vi un
brillo como de electro (algo así como fuego lo enmarcaba) de lo
que parecía su cintura para arriba, y de lo que parecía su cintura
para abajo vi algo así como fuego. Estaba nimbado de resplandor.
28 El resplandor que lo nimbaba era como el arco que aparece en las
nubes cuando llueve. Era la apariencia visible de la gloria del Señor.
Al contemplarla, caí rostro en tierra, y oí la voz de uno que me
hablaba.

Vocación

2 Me decía:
—Hijo de Adán, ponte en pie, que voy a hablarte.
2 Penetró en mí el espíritu mientras me estaba hablando y me
3 levantó en pie, y oí al que me hablaba. Me decía:
—Hijo de Adán, yo te envío a Israel, pueblo rebelde: se rebela-
ron contra mí ellos y sus padres, se sublevaron contra mí hasta el
4 día de hoy. (A hijos duros de rostro y de corazón empedernido te
5 envío). Les dirás «esto dice el Señor», te escuchen o no te escuchen,
pues son casa rebelde, y sabrán que hay un profeta en medio de
6 ellos. Y tú, hijo de Adán, no les tengas miedo, no tengas miedo a
lo que digan, aun cuando te rodeen espinas y te sientes encima de
alacranes. (No tengas miedo a lo que digan ni te acobardes ante
7 ellos, pues son casa rebelde). Les dirás mis palabras, te escuchen o
8 no te escuchen, pues son casa rebelde. Y tú, hijo de Adán, oye lo
que te digo: ¡No seas rebelde, como la casa rebelde! Abre la boca
y come lo que te doy.
9-0 Vi entonces una mano extendida hacia mí, con un rollo. Lo
desenrolló ante mí: estaba escrito en el anverso y en el reverso;
tenía escritas elegías, lamentos y ayes.

Misión del profeta

3 Y me dijo:
—Hijo de Adán, (come lo que tienes ahí); cómete este rollo
y vete a hablar a la casa de Israel.
2-3 Abrí la boca y me dio a comer el rollo, diciéndome:
—Hijo de Adán, alimenta tu vientre y sacia tus entrañas con este
rollo que te doy.
Lo comí y me supo en la boca dulce como la miel.
4 Y me dijo:
—Hijo de Adán, anda, vete a la casa de Israel y diles mis pala-
5 bras, pues no se te envía a un pueblo de idioma extraño y de len-
6 guas extranjeras que no comprendes. Por cierto, que si a éstos te
7 enviara te harían caso; en cambio, la casa de Israel no querrá
hacerte caso, porque no quieren hacerme caso a mí. Pues toda la
8 casa de Israel son tercos de cabeza y duros de corazón. Mira, hago
tu rostro tan duro como el de ellos y tu cabeza terca como la de
9 ellos; como el diamante, más dura que el pedernal hago tu cabeza.

No les tengas miedo ni te acobardes ante ellos, aunque sean casa
rebelde.
10 Y me dijo:
—Hijo de Adán, todas las palabras que yo te diga escúchalas
11 atentamente y apréndelas de memoria. Anda, vete a los deportados,
a tus compatriotas, y diles «esto dice el Señor», te escuchen o no te
escuchen.
12 Entonces me arrebató el espíritu y oí a mis espaldas el estruendo
de un gran terremoto al elevarse de su sitio la gloria del Señor.
13 (Era el revuelo de las alas de los seres vivientes al rozar una con
otra, junto con el fragor de las ruedas: el estruendo de un gran
14 terremoto). El espíritu me cogió y me arrebató y marché decidido
15 y enardecido, mientras la mano del Señor me empujaba. Llegué a
los deportados de Tel-Abib (que vivían a orillas del río Quebar),
que es donde ellos vivían, y me quedé allí siete días abatido en
medio de ellos.

PRIMERA ACTIVIDAD DEL PROFETA

I

El profeta como centinela

16 Al cabo de siete días me vino esta palabra del Señor:
17 —Hijo de Adán, te he puesto de atalaya en la casa de Israel.
Cuando escuches una palabra de mi boca, les darás la alarma de mi
18 parte. Si yo digo al malvado que es reo de muerte y tú no le das
la alarma —es decir, no hablas poniendo en guardia al malvado
para que cambie su mala conducta y conserve la vida—, entonces
el malvado morirá por su culpa y a ti te pediré cuenta de su sangre.
19 Pero si tú pones en guardia al malvado, y no se convierte de su
maldad y de su mala conducta, entonces él morirá por su culpa,
20 pero tú habrás salvado la vida. Y si el justo se aparta de su justicia
y comete maldades, pondré un tropiezo delante de él y morirá; por
no haberlo puesto en guardia, él morirá por su pecado y no se ten-
drán en cuenta las obras justas que hizo; pero a ti te pediré cuenta
21 de su sangre. Si tú, por el contrario, pones en guardia al justo para
que no peque, y en efecto no peca, ciertamente conservará la vida
por haber estado alerta, y tú habrás salvado la vida.
22 Entonces se apoyó sobre mí la mano del Señor, quien me dijo:
—Levántate, sal a la llanura y allí te hablaré.
23 Me levanté y salí a la llanura: allí estaba la gloria del Señor, la
gloria que yo había contemplado a orillas del río Quebar, y caí
24 rostro en tierra. Penetró en mí el espíritu y me levantó en pie;
entonces el Señor me habló así:
25 —Vete y enciérrate dentro de casa. Y tú, hijo de Adán, mira que
te pondrán sogas, te amarrarán con ellas y no podrás soltarte.
26 Te pegaré la lengua al paladar, te quedarás mudo y no podrás ser
27 su acusador, pues son casa rebelde. Pero cuando yo te hable, te
abriré la boca para que les digas «esto dice el Señor»; el que quie-
ra, que te escuche, y el que no, que lo deje; pues son casa rebelde.

Acciones simbólicas

4 Y tú, hijo de Adán, coge un adobe,
póntelo delante y graba en él una ciudad,
2 ponle cerco, construye torres de asalto contra ella,
y haz un terraplén contra ella;
pon tropas contra ella y emplaza arietes a su alrededor.
3 Y tú coge una sartén de hierro
y ponla como valladar de hierro entre ti y la ciudad;
dirige contra ella tu rostro;
quedará sitiada y le apretarás el cerco.
Es una señal para la casa de Israel.
4 Y tú, acuéstate del lado izquierdo,
y te echaré encima la culpa de la casa de Israel.
Los días que estés así acostado cargarás con su culpa.

5 Yo te señalo en días los años de su culpa
(trescientos noventa días)
para que cargues con la culpa de la casa de Israel.
6 Cumplidos éstos, te acostarás del lado derecho
y cargarás con la culpa de la casa de Judá cuarenta días:
un día por cada año te señalo.
7 Dirigirás el rostro y el brazo desnudo
hacia el cerco de Jerusalén y profetizarás contra ella.
8 Mira, te amarro con sogas y no podrás cambiar de lado
hasta que cumplas los días de tu apretura.
9 Y tú, coge trigo y cebada, alubias y lentejas, mijo y escanda:
échalo todo en una vasija y con ello hazte de comer.
(Eso comerás trescientos noventa días,
todos los días que estés echado de lado).
10 Comerás tasado tu alimento: una ración diaria de ocho onzas,
a una hora fija la comerás.
11 Beberás el agua medida: la sexta parte de una cantarilla,
a una hora fija la beberás.
12 Comerás una hogaza de cebada
que cocerás delante de ellos sobre excremento humano.
13 Y dijo el Señor:
—Los hijos de Israel comerán un pan impuro
en las naciones por donde los disperse.
14 Yo repliqué:
—¡Ay Señor! Mira que yo nunca me he contaminado;
desde muchacho nunca he comido
carne de animal muerto o despedazado por una fiera;
nunca ha entrado en mi boca carne de desecho.
15 Me respondió:
—Está bien, te concedo que prepares tu pan
no sobre excremento humano, sino sobre boñigas.
16 Y añadió:
—Hijo de Adán, cortaré el sustento del pan en Jerusalén:
comerán el pan tasado y con susto,
beberán el agua medida y con miedo,
para que, al faltarles el pan y el agua,
17 se consuman por su culpa, y todo el mundo se horrorice.

5 Y tú, hijo de Adán, coge una cuchilla afilada,
coge una navaja barbera
y pásatela por la cabeza y la barba.
Después coge una balanza y haz porciones.
2 Un tercio lo quemarás en la lumbre en medio de la ciudad
(cuando termine el asedio),
un tercio lo sacudirás con la espada
(en torno a la ciudad),
un tercio lo esparcirás al viento
(y los perseguiré con la espada desnuda).
3 Recogerás unos cuantos pelos
y los meterás en el orillo del manto;
4 de éstos apartarás algunos
y los echarás al fuego, y dejarás que se quemen.

5 Dirás a la casa de Israel: Esto dice el Señor:
Se trata de Jerusalén:
la puse en el centro de los pueblos, rodeada de países,
6 y se rebeló contra mis leyes y mandatos
pecando más que otros pueblos, más que los países vecinos.
Porque rechazaron mis mandatos y no siguieron mis leyes,
7 por eso así dice el Señor:
Porque fuisteis más rebeldes que los pueblos vecinos,
porque no seguisteis mis leyes ni cumplisteis mis mandatos,
ni obrasteis como es costumbre de los pueblos vecinos;
8 por eso así dice el Señor:
Aquí estoy contra ti para hacer justicia en ti
a la vista de los pueblos.
9 Por tus abominaciones,
haré en ti cosas que jamás hice ni volveré a hacer.
10 Por eso los padres se comerán a sus hijos en medio de ti,
y los hijos se comerán a sus padres;
haré justicia en ti, y a tus supervivientes
los esparciré a todos los vientos.
11 Por eso, ¡por mi vida! —oráculo del Señor—,
por haber profanado mi santuario
con tus ídolos y abominaciones,
juro que te rechazaré, no me apiadaré de ti ni te perdonaré.
12 Un tercio de los tuyos morirán de peste
y el hambre los consumirá dentro de ti,
un tercio caerá a espada alrededor de ti
y un tercio lo esparciré a todos los vientos
y lo perseguiré con la espada desnuda.
13 Agotaré mi ira contra ellos
y desfogaré mi cólera hasta quedarme a gusto;
y sabrán que yo, el Señor, hablé con pasión
cuando agote mi cólera contra ellos.
14 Te haré escombro y escarnio
para los pueblos vecinos, a la vista de los que pasen.
15 Será escarnio y afrenta,
escarmiento y espanto para los pueblos vecinos,
cuando haga en ti justicia con ira y cólera,
con castigos despiadados.
Yo, el Señor, lo he dicho:
16 Dispararé contra vosotros las flechas fatídicas del hambre,
que acabarán con vosotros
(para acabar con vosotros las dispararé).
Os daré hambre con creces y os cortaré el sustento del pan.
17 Mandaré contra vosotros hambre y fieras salvajes
que os dejarán sin hijos;
pasarán por ti peste y matanza y mandaré contra ti la espada.
Yo, el Señor, lo he dicho.

Contra los montes de Israel

6 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, mira a los montes de Israel
y profetiza contra ellos.
3 ¡Montes de Israel, escuchad la palabra del Señor!
Esto dice el Señor a los montes y a los collados,
a las torrenteras y a las vaguadas:
¡Atención!, que yo mando la espada contra vosotros
para destruir vuestros altozanos;
4 serán arrasados vuestros altares y rotos vuestros cipos;
haré que caigan vuestros muertos delante de vuestros ídolos.
5 (Arrojaré los cadáveres de los israelitas delante de sus ídolos).
Esparciré vuestros huesos en torno a vuestros altares.
6 En todas vuestras comarcas
arruinarán las aldeas y arrasarán los altozanos;
hasta que queden arruinados y arrasados vuestros altares,
rotos y destruidos vuestros ídolos,
arrancados vuestros cipos y borradas vuestras obras.
7 Los muertos yacerán entre vosotros,
y sabréis que yo soy el Señor.
8 Dejaré que algunos escapen de la espada a otras naciones,
y cuando se dispersen por sus territorios,
9 los que se salven se acordarán de mí
en las naciones adonde los deporten;
les desgarraré el corazón adúltero que se apartó de mí
y los ojos que fornicaron con sus ídolos;
sentirán asco de sí mismos
por lo mal que se portaron, por sus abominaciones.
10 Y sabrán que yo, el Señor,
no en vano les amenacé con estos castigos.
11 Esto dice el Señor:
Bate palmas y bailotea, y di:
¡Bien por las graves abominaciones de la casa de Israel!,
que a espada, de hambre y de peste caerán.
12 El que está lejos morirá de peste,
el que está cerca caerá a espada
y el que aún quede vivo de hambre morirá.
Agotaré mi cólera contra ellos.
13 Y sabréis que yo soy el Señor cuando sus muertos y sus ídolos
yazcan juntos en torno a sus altares, en los altos collados,
en la cima de los montes, al pie de los árboles frondosos
y al pie de las copudas encinas,
santuarios donde ofrecían a sus ídolos
oblaciones de aroma que aplaca.
14 Extenderé mi mano contra ellos y haré del país un desierto desolado
—todos los poblados desde el desierto hasta Ribla—.
Y sabrán que yo soy el Señor.

Llega el día

7 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Tú, hijo de Adán, di:
Esto dice el Señor a la tierra de Israel:
¡El fin, llega el fin desde los cuatro extremos del orbe!
3 Ya te llega el fin: lanzaré mi ira contra ti,
te juzgaré como mereces y pagarás tus abominaciones.
4 No me apiadaré ni te perdonaré: te daré la paga que mereces,
te quedarás con tus abominaciones, y sabréis que yo soy el Señor.
5 Esto dice el Señor:
Se avecina desgracia tras desgracia:
6 el fin llega, llega el fin, te acecha, está llegando.
7 Te toca el turno, habitante de la tierra:
llega el momento, el día se aproxima sin dilación y sin tardanza.
8 Pronto derramaré mi cólera sobre ti y en ti agotaré mi ira;
te juzgaré como mereces y pagarás tus abominaciones.
9 No me apiadaré ni te perdonaré, te daré la paga que mereces,
te quedarás con tus abominaciones, y sabréis que yo soy el Señor.
10 Ahí está el día, está llegando, te toca el turno.
Florece la injusticia, madura la insolencia,
11 triunfa la violencia, el cetro del malvado,
sin dilación y sin tardanza.
12 Llega el momento, el día se avecina;
el comprador, que no se alegre; el vendedor, que no esté triste
(porque a todos los alcanza el incendio).
13 Pues el vendedor no recobrará lo vendido
ni el comprador retendrá lo comprado
(porque a todos los alcanza el incendio).
14 Tocan la trompeta, preparan las armas,
pero nadie acude a la batalla
(porque a todos los alcanza mi incendio).
15 La espada en la calle, en casa la peste y el hambre:
el que está en descampado muere a espada,
al que está en la ciudad lo devoran el hambre y la peste.
16 Los que escapan huyendo a las montañas,
gimiendo como palomas, morirán todos ellos,
cada cual por su culpa.
17 Todos los brazos desfallecen y todas las rodillas flaquean;
18 se visten sayal, se cubren de espanto;
todos los rostros, consternados; todas las cabezas, rapadas.
19 Tirarán a la calle la plata, tendrán el oro por inmundicia;
ni su oro ni su plata podrán salvarlos el día de la ira del Señor,
porque fueron su tropiezo y pecado.
No les quitarán el hambre ni les llenarán el vientre.
20 Estaban orgullosos de sus espléndidas alhajas:
con ellas fabricaron estatuas de sus ídolos abominables,
pero yo se los convertiré en inmundicia.
21 Se lo daré como botín a bárbaros,
como presa a los criminales de la tierra.
22 Apartaré de ellos mi rostro y profanarán mi tesoro:
invadirán la ciudad bandoleros que la profanarán.

23 Prepara grilletes, que el país está lleno de crímenes,
la ciudad está llena de violencias.
24 Traeré a los pueblos más feroces para que se adueñen de sus casas;
pondré fin a su terca soberbia y serán profanados sus santuarios.
25 Cuando llegue el pánico, buscarán paz, y no la habrá.
26 Vendrá desastre tras desastre y alarma tras alarma;
pedirán visiones al profeta,
fracasarán las instrucciones del sacerdote
y las propuestas de los concejales.
27 El rey hará duelo, los nobles se vestirán de espanto,
a la gente del pueblo le temblarán las manos;
los trataré como merecen, los juzgaré con su misma justicia,
y sabrán que yo soy el Señor.

EL TEMPLO PROFANADO

Pecado

8 El año sexto, el día cinco del mes sexto, estando yo sentado en
mi casa y los concejales de Judá sentados frente a mí, bajó sobre mí
2 la mano del Señor. Vi una figura que parecía un hombre: de lo que
parecía la cintura para abajo, fuego; de la cintura para arriba, como
3 un resplandor, un brillo como de electro. Alargando una forma de
mano, me agarró por la melena; el espíritu me levantó en vilo y
me llevó en éxtasis entre el cielo y la tierra a Jerusalén, junto a la
puerta septentrional del atrio interior (donde estaba la estatua
4 rival). Allí estaba la gloria del Dios de Israel, como la había con-
templado en la llanura.
5 Me dijo:
—Hijo de Adán, dirige la vista hacia el norte.
Dirigí la vista hacia el norte, y vi al norte de la puerta del altar
la estatua rival (la que está a la entrada).
6 Añadió:
—Hijo de Adán, ¿no ves lo que están haciendo? Graves abomi-
naciones comete aquí la casa de Israel para que me aleje de mi san-
tuario. Pero aún verás abominaciones mayores.
7 Después me llevó a la puerta del atrio y vi una grieta en el muro.
8 Me dijo:
—Hijo de Adán, abre un boquete en el muro.
Abrí un boquete en el muro y vi una puerta.
9 Añadió:
—Entra y mira las atroces abominaciones que están cometien-
do ahí.
10 Entré, y vi grabados en las cuatro paredes toda clase de reptiles
11 y bichos inmundos, todos los ídolos de la casa de Israel. Frente a
ellos, setenta senadores de la casa de Israel estaban en pie, incensa-
rio en mano. (Jazanías, hijo de Safán, entre ellos). Una nube de in-
cienso se elevaba.
12 Me dijo:
—¿No ves, hijo de Adán, lo que están haciendo los senadores de
la casa de Israel a oscuras, en los camarines de sus imágenes? Por-
que piensan: El Señor no nos ve, el Señor ha abandonado el país.
13 Y añadió:
—Aún los verás hacer abominaciones mayores.
14 Después me llevó junto a la puerta septentrional de la casa del
Señor; allí estaban unas mujeres sentadas en el suelo, llorando a
Tamuz.
15 Me dijo:
—¿No ves, hijo de Adán? Aún verás abominaciones mayores que
éstas.
16 Después me llevó al atrio interior de la casa del Señor. A la en-
trada del templo del Señor, entre el atrio y el altar, había unos
veinticinco hombres, de espaldas al templo y mirando hacia el orien-
te: estaban adorando al sol.
17 Me dijo:
—¿No ves, hijo de Adán? ¡Le parecen poco a la casa de Judá las

abominaciones que aquí cometen, y colman el país de violencias,
indignándome más y más. ¡Ahí los tienes despachando esbirros
para enfurecerme!
18 Pues también yo actuaré con cólera, no me apiadaré ni perdonaré;
me invocarán a voz en grito, pero no les escucharé.

Sentencia y ejecución

9 Entonces le oí llamar en voz alta:
—Acercaos, verdugos de la ciudad, empuñando cada uno su arma
mortal.
2 Entonces aparecieron seis hombres por el camino de la puerta de
arriba, la que da al norte, empuñando mazas. En medio de ellos,
un hombre vestido de lino, con los avíos de escribano a la cintura.
3 Al llegar, se detuvieron junto al altar de bronce. La gloria del Dios
de Israel se había levantado del querubín en que se apoyaba, yen-
do a ponerse en el umbral del templo. Llamó al hombre vestido de
4 lino, con los avíos de escribano a la cintura, y le dijo el Señor:
—Recorre la ciudad, atraviesa Jerusalén y marca en la frente a
los que se lamentan afligidos por las abominaciones que en ella se
cometen.
5 A los otros les dijo en mi presencia:
—Recorred la ciudad detrás de él
hiriendo sin compasión y sin piedad.
6 A viejos, mozos y muchachas,
a niños y mujeres, matadlos, acabad con ellos;
pero a ninguno de los marcados lo toquéis.
Empezad por mi santuario.
Y empezaron por los ancianos que estaban frente al templo
7 Luego les dijo:
—Profanad el templo, llenando sus atrios de cadáveres, y salid a
matar por la ciudad.
8 Sólo yo quedé con vida. Mientras ellos mataban, caí rostro en
tierra y grité:
—¡Ay Señor! ¿Vas a exterminar al resto de Israel, derramando
tu cólera sobre Jerusalén?
9 Me respondió:
—Grande, muy grande, es el delito de la casa de Israel y de Judá;
el país está lleno de crímenes; la ciudad, colmada de injusticias;
porque dicen:
El Señor ha abandonado el país, no lo ve el Señor.
10 Pues tampoco yo me apiadaré ni perdonaré;
doy a cada uno su merecido.
11 Entonces el hombre vestido de lino, con los avíos de escribano
a la cintura, informó diciendo:
—He cumplido lo que me ordenaste.

La gloria se marcha

10 [a] (En la plataforma que estaba sobre la cabeza de los querubines vi
una especie de zafiro, en forma de trono, que sobresalía).
2 *El Señor dijo al hombre vestido de lino:*
—*Métete* debajo de la carroza (bajo el querubín), *coge una am-
buesta de brasas* de entre los querubines *y espárcelas por la ciudad.*
Y vi que *se metió.*
3 Al entrar este hombre, los querubines se encontraban al sur del
templo (y la nube llenaba el atrio interior).
4 *La gloria del Señor se remontó sobre los querubines y se colocó
en el umbral del templo; la nube llenó el templo y el resplandor de
la gloria del Señor llenó el atrio.*
5 (El rumor de las alas de los querubines llegó hasta el atrio exte-
rior: era como la voz del Todopoderoso cuando habla).
6 (El hombre vestido de lino, al recibir la orden de coger fuego de
debajo de la carroza, entre los querubines, se colocó al lado de una
rueda).
7 (El querubín) *alargó la mano* (entre los querubines) *hacia el fue-
go* que estaba entre los querubines (lo cogió y se lo echó en el
cuenco de las manos al hombre vestido de lino); *él lo cogió y se
marchó.*
8 (A los querubines les asomaban por debajo de las alas una espe-
cie de brazos humanos).
9 [Y vi cuatro ruedas al lado de los querubines, una al lado de
cada uno. El aspecto de las ruedas era como el brillo del crisólito.
10 Las cuatro tenían la misma apariencia. Su hechura era como si una
11 rueda estuviese encajada dentro de la otra, para poder rodar en las
cuatro direcciones sin tener que girar al rodar, pues ya de antema-
no estaban orientadas en la dirección en que rodaban. (No se vol-
12 vían al avanzar). La circunferencia de las cuatro llantas estaba llena
13-4 de ojos. Oí que a las ruedas las llamaban La Carroza. Cada uno te-
nía cuatro caras: de querubín, de hombre, de león y de águila. (Los
15 querubines se elevaron). Estos eran los seres vivientes que yo había
16 visto a orillas del río Quebar. Al caminar los querubines, avanzaban
a su lado las ruedas. Las ruedas no se apartaban de su lado, ni si-
quiera cuando los querubines levantaban las alas para remontarse
17 del suelo. Se detenían cuando se detenían ellos y junto con ellos se
elevaban, porque llevaban el espíritu de los seres vivientes].
18 *Luego la gloria del Señor salió* levantándose del umbral *del tem-
19 plo* y se colocó sobre los querubines. Vi a los querubines levantar
las alas, remontarse del suelo (sin separarse de las ruedas) y salir.
Y se detuvo junto a la puerta oriental de la casa del Señor; mien-
tras tanto, la gloria del Dios de Israel sobresalía por encima de
ellos.
20 Eran los seres vivientes que yo había visto debajo del Dios de
Israel a orillas del río Quebar, y me di cuenta de que eran queru-
21 bines. Tenían cuatro rostros y cuatro alas cada uno, y una especie

a Lo que va en este capítulo y en el próximo en cursiva intenta reconstruir el original del profeta.

22 de brazos humanos debajo de las alas, y su fisonomía era la de los
rostros que yo había contemplado a orillas del río Quebar. Caminaban de frente.

El resto

11 Me arrebató el espíritu y me llevó en volandas a la puerta oriental de la casa del Señor (la que mira a levante); allí, junto a la
puerta, había veinticinco hombres, entre los que distinguí a Jazanías, hijo de Azur, y a Palatías, hijo de Banías, jefes del pueblo.
2 El Señor me dijo:
—Hijo de Adán, ésos son los que en esta ciudad maquinan mal-
3 dades y planean crímenes. Andan diciendo: «Pronto reconstruire-
4 mos las casas: la ciudad es la olla y nosotros la tajada». Por tanto,
profetiza contra ellos, profetiza, hijo de Adán.
5 Bajó sobre mí el espíritu del Señor y me dijo:
—Di: Esto dice el Señor: Eso pensáis vosotros, casa de Israel;
6 yo conozco vuestras cavilaciones. Habéis multiplicado vuestras víc-
7 timas en esta ciudad, habéis llenado de víctimas sus calles. Por tanto, esto dice el Señor: La ciudad es la olla, de la que os sacaré a
vosotros, y las víctimas vuestras son la tajada.
8 Teméis la espada:
pues mandaré la espada contra vosotros
—oráculo del Señor—.
9 Os sacaré de la ciudad, os entregaré en poder de bárbaros
y haré justicia en vosotros.
10 Os juzgaré en la frontera de Israel,
caeréis a espada y sabréis que yo soy el Señor.
11 (No será ya vuestra olla ni vosotros su tajada:
os juzgaré en la frontera de Israel).
12 Y sabréis que yo soy el Señor,
cuyas leyes no habéis seguido,
cuyos mandatos no habéis cumplido,
sino que habéis imitado las costumbres
de los pueblos vecinos.
13 Mientras yo profetizaba, cayó muerto Palatías, hijo de Banías;
entonces caí rostro en tierra y rompí a gritar, diciendo:
—¡Ay Señor, vas a aniquilar al resto de Israel!
14 Me vino esta palabra del Señor:
15 —Hijo de Adán, los habitantes de Jerusalén dicen de tus hermanos, los responsables de la familia y de la casa de Israel toda entera: «Ellos se han alejado del Señor, a nosotros nos toca poseer la
16 tierra». Por tanto, di: Esto dice el Señor:
Cierto, los llevé a pueblos lejanos,
los dispersé por los países
y fui para ellos un santuario provisorio
en los países adonde fueron.
17 Por tanto, di: Esto dice el Señor:
Os reuniré de entre los pueblos, os recogeré de los países
en los que estáis dispersos y os daré la tierra de Israel.
18 Entrarán y quitarán de ella
todos sus ídolos y abominaciones.

19 Les daré un corazón íntegro
e infundiré en ellos un espíritu nuevo:
les arrancaré el corazón de piedra
y les daré un corazón de carne,
20 para que sigan mis leyes y pongan por obra mis mandatos;
serán mi pueblo y yo seré su Dios.
21 Pero si el corazón se les va tras sus ídolos y abominaciones,
les daré su merecido —oráculo del Señor—.
22 Los querubines levantaron las alas (sin separarse de las ruedas);
mientras tanto, la gloria del Dios de Israel sobresalía por encima de
23 ellos. *La gloria del Señor se elevó sobre la ciudad y se detuvo en el*
24 *monte, al oriente de la ciudad.* Entonces el espíritu me arrebató y
me llevó en volandas al desierto de Babilonia, en éxtasis; la visión
25 desapareció. Y yo les conté a los desterrados lo que el Señor me
había revelado.

PRIMERA ACTIVIDAD DEL PROFETA

II

Al destierro

12 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, vives en la casa rebelde: tienen ojos para ver,
y no ven; tienen oídos para oír, y no oyen; pues son casa rebelde.
3 Tú, hijo de Adán, prepara el ajuar del destierro (y emigra) a la luz
del día, a la vista de todos; a la vista de todos emigra a otro lugar,
4 a ver si lo ven; pues son casa rebelde. Saca tu ajuar, como quien va
al destierro, a la luz del día, a la vista de todos, y tú sal al atarde-
5 cer, a la vista de todos, como quien va al destierro. (A la vista de
6 todos abre un boquete en el muro y saca por allí tu ajuar). Cárgate
al hombro el hatillo, a la vista de todos (sácalo en la oscuridad);
tápate la cara, para no ver la tierra, porque hago de ti una señal
para la casa de Israel.
7 Yo hice lo que me mandó: saqué mi ajuar como quien va al des-
tierro, a la luz del día; al atardecer (abrí un boquete en el muro, lo
saqué en la oscuridad), me cargué al hombro el hatillo, a la vista
de todos.
8 A la mañana siguiente me vino esta palabra del Señor:
9 —Hijo de Adán, ¿no te ha preguntado la casa de Israel, la casa
10 rebelde, qué es lo que hacías? Pues respóndeles: (Esto dice el Se-
ñor: Este oráculo contra Jerusalén va por el príncipe y por toda la
11 casa de Israel que vive allí. Di:) Soy señal para vosotros; lo que yo
he hecho lo tendrán que hacer ellos: irán (cautivos) al destierro.
12 El príncipe que vive entre ellos se cargará al hombro el hatillo,
abrirá un boquete en el muro para sacarlo, lo sacará en la oscuridad
13 y se tapará la cara para que no lo reconozcan. Pero tenderé mi red
sobre él y lo cazaré en mi trampa; lo llevaré a Babilonia, país de
14 los caldeos, donde morirá sin poder verla. A su escolta y a su ejér-
cito los dispersaré a todos los vientos y los perseguiré con la espada
15 desnuda. Y sabrán que yo soy el Señor cuando los desparrame por
16 los pueblos y los disperse por los territorios. Pero dejaré a unos
pocos, supervivientes de la espada, del hambre y de la peste, para
que cuenten sus abominaciones por los pueblos adonde vayan, y
sepan que yo soy el Señor.
17 Me vino esta palabra del Señor:
18 —Hijo de Adán, come el pan con estremecimiento, bebe el agua
19 con temblor (y susto). Para la gente del pueblo dirás: Esto dice el
Señor a los que habitan (en Jerusalén) en la tierra de Israel:
Comerán el pan con susto, beberán el agua con miedo,
porque devastarán y despoblarán su país
por las violencias de sus habitantes;
20 arrasarán las ciudades habitadas
y el país quedará desolado, y sabréis que yo soy el Señor.

Estribillos

21 Me vino esta palabra del Señor:
22 —Hijo de Adán, ¿qué significa ese refrán que decís en la tierra
23 de Israel: «Pasan días y días y no se cumple la visión»? Pues diles:
Esto dice el Señor: Acabaré con ese refrán y no volverán a repetirlo
en Israel. Diles tú este otro: «Ya está llegando el día de cumplirse
24 la visión». (Pues ya no habrá visiones vanas ni vaticinios lisonjeros
25 en la casa de Israel). Porque yo, el Señor, diré lo que tenga que
decir, y lo què diga se hará, no se retrasará más; sino que en vues-
tros días, casa rebelde, lo diré y lo haré —oráculo del Señor—.
26 Me vino esta palabra del Señor:
27 —Hijo de Adán, mira lo que anda diciendo la casa de Israel:
«Las visiones de éste van para largo, a largo plazo profetiza».
28 Pues diles: Esto dice el Señor: No se retrasarán más mis palabras;
lo que diga lo haré —oráculo del Señor—.

Falsos profetas y brujas

13 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, profetiza contra los profetas de Israel, profetiza
3 diciéndoles: Escuchad la palabra del Señor. Esto dice el Señor:
¡Ay de los profetas mentecatos que se inventan profecías,
cosas que nunca vieron, siguiendo su inspiración!
4 (Como raposas entre ruinas son tus profetas, Israel).
5 No acudieron a la brecha ni levantaron cerca
en torno a la casa de Israel,
para que resistiera en la batalla, el día del Señor.
6 Visionarios falsos, adivinos de embustes,
que decían «oráculo del Señor»
cuando el Señor no los enviaba,
esperando que cumpliera su palabra.
7 Vosotros habéis visto visiones vanas
y habéis pronunciado oráculos falsos
diciendo «oráculo del Señor»,
cuando el Señor no hablaba.
8 Por tanto, esto dice el Señor:
Por haber dicho mentiras y haber visto engaños,
por eso aquí estoy contra vosotros
—oráculo del Señor—.
9 Extenderé mi mano contra los profetas
visionarios falsos y adivinos de embustes;
no tomarán parte en el consejo de mi pueblo,
ni serán inscritos en el censo de la casa de Israel,
ni entrarán en la tierra de Israel,
y sabréis que yo soy el Señor.
10 Sí, porque habéis extraviado a mi pueblo,
anunciando paz cuando no había paz,
y mientras ellos construían la tapia,
vosotros la ibais enluciendo.
11 (Diles a los enlucidores:
Vendrá una lluvia torrencial,

caerá pedrisco,
se desencadenará un vendaval).
12 Cuando la pared se derrumbe, os dirán:
«¿Qué fue del enlucido que echasteis?».
13 Por tanto, esto dice el Señor:
Con furia desencadenaré un vendaval,
una lluvia torrencial mandaré con ira,
y pedrisco, en el colmo de mi furia.
14 Derribaré la pared que enlucisteis, la tiraré al suelo,
quedarán al desnudo sus cimientos;
se desplomará y pereceréis debajo,
y sabréis que yo soy el Señor.
15 (Cuando agote mi cólera en el muro
y en los que lo enlucieron,
os dirán: «¿Qué fue del muro
y de los que lo enlucieron:
16 de los profetas de Israel
que profetizaban para Jerusalén,
que tenían para ella visiones de paz,
cuando no había paz?» —oráculo del Señor—).

17 Tú, hijo de Adán, encárate con tus paisanas, metidas a profetisas
18 por su cuenta, y profetiza contra ellas diciéndoles: Esto dice el
Señor:
¡Ay de las que cosen lazos en las muñecas
y hacen capillos de todos los tamaños
para cazar a la gente!
Cazáis a mis paisanos, para medrar vosotras.
19 Me profanáis ante mi pueblo
por un puñado de cebada y un mendrugo de pan,
destinando a la muerte al que no tenía que morir,
y a la vida al que no tenía que vivir;
embaucáis de este modo a mi pueblo,
que hace caso de vuestros embustes...
20 Por tanto, esto dice el Señor:
Aquí estoy yo contra los lazos
con que cazáis a la gente al vuelo;
se los arrancaré de los brazos a la gente que vosotros cazáis,
y los soltaré para que vuelen.
21 Rasgaré vuestros capillos
y libraré a mi pueblo de vuestras manos;
no volverán a ser presa de vuestras manos,
y sabréis que yo soy el Señor.
22 Porque habéis afligido con embustes al justo,
sin que yo lo afligiera,
porque habéis dado apoyo al malvado,
para que no se convirtiera de su mala conducta
y pudiera conservar la vida;
23 por tanto, no volveréis a ver falsedades
ni a vaticinar embustes;
libraré a mi pueblo de vuestras manos,
y sabréis que yo soy el Señor.

Nostalgia de los ídolos

14 Se me presentaron algunos concejales de Israel y se sentaron
2 frente a mí. Entonces me vino esta palabra del Señor:
3 —Hijo de Adán, esos hombres se han puesto a pensar en sus
ídolos y se han imaginado algo que les hace caer en pecado: ¿voy
4 a permitir que me consulten? Por tanto, háblales así: Esto dice el
Señor: Cualquier israelita que se ponga a pensar en sus ídolos,
imaginándose algo que le hace caer en pecado, cuando acuda al
profeta, yo mismo me encargaré de responderle, de acuerdo con la
5 multitud de sus ídolos, y así agarraré por dentro a los israelitas
6 que han desertado de mí por causa de todos sus ídolos. Por tanto,
dile a la casa de Israel: Esto dice el Señor: Arrepentíos y convertíos
de vuestras idolatrías, volved la espalda a vuestras abominaciones,
7 porque cualquier israelita o emigrante residente en Israel que apos-
tate de mí y se ponga a pensar en sus ídolos imaginándose algo que
le hace caer en pecado, cuando acuda al profeta para consultarme,
8 yo mismo me encargaré de responderle. Me enfrentaré con él, haré
de él un escarmiento proverbial, lo extirparé de mi pueblo, y sa-
9 bréis que yo soy el Señor. Y si un profeta, dejándose engañar, pro-
nuncia un oráculo, yo, el Señor, lo dejaré en su engaño; extenderé
10 mi mano contra él y lo eliminaré de mi pueblo, Israel. Tanto el pro-
11 feta como quien le consulte serán reos de la misma culpa. Para que
la casa de Israel no vuelva a extraviarse lejos de mí ni a mancharse
con sus crímenes, y así será mi pueblo y yo seré su Dios —oráculo
del Señor—.

Cuatro casos de intercesión

12 Me vino esta palabra del Señor:
13 —Hijo de Adán, si un país peca contra mi cometiendo un delito,
extenderé mi mano contra él, le cortaré el sustento del pan y le
14 mandaré hambre y extirparé de él hombres y animales. Si se encon-
trasen allí estos tres varones: Noé, Daniel y Job, por ser justos
15 salvarían ellos la vida —oráculo del Señor—. Si suelto por el país
fieras salvajes que lo dejen sin hijos, para que quede devastado y
16 sin nadie que lo transite, por miedo a las fieras, aunque esos tres
varones se encuentren allí, ¡por mi vida! —oráculo del Señor—,
juro que no salvarán a sus hijos ni a sus hijas; ellos solos se salva-
17 rán y el país quedará devastado. Si mando la espada contra ese país,
si ordeno a la espada que atraviese el país y extirpo de él hombres
18 y animales, aunque se encuentren allí esos tres varones, ¡por mi
vida! —oráculo del Señor—, juro que no salvarán a sus hijos ni a
19 sus hijas, sino que ellos solos se salvarán. Si le envío la peste a ese
país y derramo sobre él mi cólera, para extirpar de él hombres y
20 animales, aunque se encuentren allí Noé, Daniel y Job, ¡por mi
vida! —oráculo del Señor—, juro que no salvarán a sus hijos ni a
sus hijas, sino que ellos solos, por ser justos, salvarán la vida.
21 Pues así dice el Señor: ¡Cuánto más cuando yo mande mis cuatro
fatídicas plagas: la espada, el hambre, las fieras salvajes y la peste,
22 contra Jerusalén para extirpar de ella hombres y animales! Si queda
allí algún superviviente, hijos e hijas que hayan logrado evadirse

adonde estáis vosotros, entonces, al ver su conducta y sus malas
obras, os sentiréis aliviados de la catástrofe que mandé contra Jeru-
23 salén, de todo lo que mandé contra ella. Sí que os aliviarán, pues
al ver su conducta y sus malas obras caeréis en la cuenta de que
no sin razón ejecuté en ella lo que ejecuté —oráculo del Señor—.

La vid inútil

15 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán,
¿en qué gana la vid a los demás arbustos silvestres?
3 ¿Sacan de ella madera para cualquier labor?
¿Sacan acaso clavos para colgar la vajilla?
4 Si la echan a la lumbre para cebarla,
y el fuego le devora las puntas
y el centro se quema, ¿para qué labor valdrá?
5 Si cuando estaba entera no hacía ningún avío,
cuando la queme el fuego y la devore
aún sacarán de ella menor partido.
6 Por tanto, esto dice el Señor:
Igual que el leño de la vid silvestre
que eché a la lumbre para cebarla,
así echaré a los habitantes de Jerusalén;
7 me encararé con ellos:
¿escaparon del fuego?, pues el fuego los devorará,
y sabrán que yo soy el Señor cuando me enfrente con ellos.
8 Convertiré su tierra en yermo
por los delitos que han cometido —oráculo del Señor—.

Una historia de amor

16 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán,
denuncia a Jerusalén sus abominaciones,
3 diciendo: Esto dice el Señor: ¡Jerusalén!,
eres cananea de casta y de cuna:
tu padre era amorreo y tu madre era hitita.
4 [Fue así tu alumbramiento]:
el día en que naciste no te cortaron el ombligo,
no te bañaron ni frotaron con sal,
ni te envolvieron en pañales.
5 Nadie se apiadó de ti
haciéndote uno de estos menesteres, por compasión,
sino que te arrojaron a campo abierto,
asqueados de ti, el día en que naciste.
6 Pasando yo a tu lado, te vi
chapoteando en tu propia sangre,
y te dije mientras yacías en tu sangre:
«Sigue viviendo y crece como brote campestre».

7 Creciste y te hiciste moza, llegaste a la sazón;
tus senos se afirmaron y el vello te brotó,
pero estabas desnuda y en cueros.
8 Pasando de nuevo a tu lado, te vi en la edad del amor;
extendí sobre ti mi manto para cubrir tu desnudez;
te comprometí con juramento, hice alianza contigo
—oráculo del Señor— y fuiste mía.
9 Te bañé, te limpié la sangre y te ungí con aceite.
10 Te vestí de bordado, te calcé de marsopa;
te ceñí de lino, te revestí de seda.
11 Te engalané con joyas:
te puse pulseras en los brazos y un collar al cuello.
12 Te puse un anillo en la nariz, pendientes en las orejas
y diadema de lujo en la cabeza.
13 Lucías joyas de oro y plata
y vestidos de lino, seda y bordado;
comías flor de harina, miel y aceite;
estabas guapísima y prosperaste más que una reina.
14 Cundió entre los pueblos la fama de tu belleza,
completa con las galas con que te atavié
—oráculo del Señor—.
15 Te sentiste segura en tu belleza
y amparada en tu fama fornicaste
y te prostituiste con el primero que pasaba.
16 Cogiste tus vestidos y sobre ellos fornicabas,
y te hiciste capillas de colores... [a]
17 Cogiste tus espléndidas alhajas,
el oro y la plata que yo te regalé,
y te hiciste estatuas de varones
con las que fornicabas.
18 Cogiste tus vestidos bordados y las revestiste con ellos,
y les ofrecías mi aceite y mi perfume.
19 El alimento que yo te daba
—flor de harina, miel y aceite te daba de comer—
también se lo ofreciste como oblata de aroma que aplaca
—oráculo del Señor—.
20 Cogiste a tus hijos y a tus hijas,
los que diste a luz para mí,
y se los inmolaste para que comieran.
No bastándote tus fornicaciones,
21 degollaste a mis hijos
pasándolos por el fuego en su honor.
22 Con todas tus abominables fornicaciones,
no te acordaste de tu niñez,
cuando estabas desnuda y en cueros
chapoteando en tu propia sangre.
23 Y encima de tanta maldad,
¡ay de ti, ay de ti! —oráculo del Señor—,
24 te edificabas alcobas
y te levantabas puestos en todas las calles.

a Frase ininteligible.

25 En las encrucijadas instalabas tus puestos
y envilecías tu hermósura;
abriéndote de piernas al primero que pasaba,
continuamente te prostituías.
26 Fornicaste con los egipcios, tus vecinos,
de grandes miembros,
y a fuerza de prostituirte, me encolerizaste.
27 Entonces extendí mi brazo contra ti,
te mengüé la ración,
te entregué a la avidez de tus rivales,
las hijas de los filisteos,
que se sonrojaban de tu conducta infame.
28 Fornicaste con los asirios sin saciarte,
volvías a fornicar con ellos y todavía no te saciabas.
29 A destajo fornicaste en Caldea,
tierra de mercaderes, y ni con eso te saciaste.
30 ¡Cómo me enfurecí contra ti
—oráculo del Señor—
cuando hacías todo eso,
lo que hace una ramera empedernida!
31 Cuando instalabas tus alcobas en las encrucijadas
y levantabas tus puestos en todas las calles,
no cobrabas el precio como hacen las prostitutas.
32 [¡Oh hembra adúltera,
que teniendo marido acoge a extraños!].
33 A las prostitutas les hacen regalos;
tú, en cambio, diste tu regalo de boda a tus amantes;
los sobornabas para que acudieran
de todas partes a fornicar contigo.
34 Tú hacías lo contrario que las otras hembras:
a ti nadie te solicitaba, eras tú la que pagabas
y a ti no te pagaban y obrabas al revés.
35-6 Por eso, prostituta, escucha la palabra del Señor. Esto dice el Señor:
Por haber prodigado tus encantos
y desnudado tus vergüenzas,
prostituyéndote con tus amantes,
con tus abominables ídolos,
por haberles ofrecido la sangre de tus hijos;
37 por eso aquí me tienes:
voy a reunir a todos tus amantes a los que complaciste,
a todos los que amabas y a los que aborrecías.
Los reuniré de todas partes contra ti,
te dejaré desnuda delante de ellos,
para que miren tus vergüenzas.
38 Te aplicaré las penas de las adúlteras y de las homicidas,
descargando sobre ti mi furor y mi rabia.
39 Te entregaré en sus manos:
derribarán tus alcobas, demolerán tus puestos;
te quitarán los vestidos, te arrebatarán las alhajas,
dejándote desnuda y en cueros.
40 Traerán un tropel contra ti que te apedreará
y te descuartizará a cuchilladas.

41 Prenderán fuego a tus casas y ejecutarán en ti la sentencia
en presencia de muchas mujeres;
así dejarás de prostituirte
y no volverás a pagar el precio.
42 Aplacaré mi ira contra ti y apartaré de ti mi cólera;
me serenaré y no volveré a irritarme.
43 Por no haberte acordado de tu juventud,
por haberme provocado con todas estas cosas,
también yo te pagaré según tu conducta
—oráculo del Señor—.
¿No has añadido la infamia a todas tus abominaciones?
44 Mira, todos se burlan diciéndote el refrán:
«De tal madre, tal hija».
45 Hija eres de tu madre,
que aborreció marido e hijos;
hermana eres de tus hermanas,
que aborrecieron maridos e hijos.
Vuestra madre era hitita y vuestro padre amorreo.
46 Tu hermana la mayor es Samaría con sus villas,
situada a tu izquierda;
tu hermana la pequeña, situada a tu derecha,
es Sodoma con sus villas.
47 No sólo seguiste sus caminos
e imitaste sus abominaciones,
sino que te pareció poco
y las ganaste en conducta depravada.
48 Juro por mi vida —oráculo del Señor—
que Sodoma, tu hermana, y sus villas
no han obrado como habéis obrado tú y tus villas.
49 Mira, éste fue el delito de Sodoma, tu hermana:
soberbia, hartura de pan y bienestar apacible
tuvieron ella y sus villas,
pero no dio una mano al desgraciado y al pobre.
50 Se engrieron frente a mí cometiendo abominaciones,
y las quité de en medio en cuanto lo vi.
51 Y Samaría no pecó ni la mitad que tú;
tú has cometido más abominaciones que ellas,
y con las abominaciones cometidas,
has hecho buenas a tus hermanas.
52 Pues carga, tú también, con tu vergüenza,
porque con tus pecados
dejaste en buen lugar a tus hermanas;
te envileciste más que ellas,
ellas son inocentes a tu lado.
Sonrójate también tú y carga con tu vergüenza,
porque has hecho buenas a tus hermanas.
53 Cambiaré su suerte, la suerte de Sodoma y sus villas,
la suerte de Samaría y sus villas
(también cambiaré tu suerte junto con la de ellas),
54 para que cargues con tu vergüenza
y te avergüences de cuanto hiciste
sirviéndoles a ellas de consuelo.

55 Y tu hermana Sodoma y sus villas
volverán a su estado antiguo;
Samaría y sus villas volverán a su estado antiguo
(también tú y tus villas volveréis a vuestro estado antiguo).
56 ¡No aprendiste la lección de Sodoma, tu hermana,
cuando la mentabas en tu época arrogante,
57 antes de descubrirse tus vergüenzas!
¡Ahora eres el oprobio de las edomitas
y de sus vecinas las filisteas,
que te zahieren por todas partes!
58 Ahora cargas con tu infamia y tus abominaciones
—oráculo del Señor—.
59 Pues así dice el Señor:
Actuaré contigo conforme a tus acciones,
pues menospreciaste el juramento
y quebrantaste la alianza.
60 Pero yo me acordaré de la alianza
que hice contigo cuando eras moza
y haré contigo una alianza eterna.
61 Tú te acordarás de tu conducta
y te sonrojarás, al acoger a tus hermanas,
las mayores y las más pequeñas;
pues yo te las daré como hijas,
mas no en virtud de tu alianza.
62 Yo mismo haré alianza contigo
y sabrás que yo soy el Señor,
63 para que te acuerdes y te sonrojes
y no vuelvas a abrir la boca de vergüenza,
cuando yo te perdone todo lo que hiciste
—oráculo del Señor—.

El águila y el cedro

17 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, propón un enigma y narra una parábola a la
3 casa de Israel, diciendo: Esto dice el Señor:
El águila gigante, de gigantescas alas,
de gran envergadura, de plumaje tupido,
de color abigarrado, voló al Líbano;
cogió el cogollo del cedro,
4 arrancó su pimpollo cimero
y se lo llevó a un país de mercaderes,
plantándolo en una ciudad de traficantes.
5 Después cogió simiente de la tierra
y la echó en terreno sembradío.
La sembró ribereña, junto a aguas abundantes,
6 para que germinara y se hiciera vid aparrada, achaparrada,
para que orientara hacia ella los sarmientos,
y le sometiera las raíces.
Y se hizo vid,
y echó pámpanos y se puso frondosa.

7a Vino después otra águila gigante,
de gigantescas alas y de espeso plumaje,
y entonces nuestra vid,
8a aunque estaba plantada en buen terreno,
junto a aguas abundantes,
7b sesgó sus raíces hacia ella
y orientó hacia ella sus sarmientos,
para recibir más riego
que en el bancal donde estaba plantada,
8b y así echar ramas y dar fruto y hacerse vid espléndida.
9 Di: Esto dice el Señor:
¿Se logrará?, ¿o la desceparán
y se malogrará su fruto y se marchitarán sus renuevos?
No hará falta un brazo robusto
ni mucha gente para desceparla.
10 Mirad, ya está plantada: ¿se logrará?,
¿o se agostará cuando la azote el viento solano,
en el bancal donde germinó se agostará?

11 Me vino esta palabra del Señor:
12 —Dile a la casa rebelde:
¿No entendéis lo que esto significa?
Di: Mirad, el rey de Babilonia fue a Jerusalén,
y cogiendo a su rey y a sus príncipes
se los llevó a Babilonia.
13 Tomando a uno de estirpe real,
hizo con él un pacto
y lo comprometió con juramento,
llevándose a los nobles del país,
14 para que fuera un reino humilde
que no se ensoberbeciera y observara fielmente el pacto.
15 Pero se rebeló contra él y envió mensajeros a Egipto
pidiendo caballos y tropas numerosas.
¿Tendrá éxito?, ¿escapará con vida el que hizo esto?
El que violó el pacto, ¿escapará con vida?
16 Por mi vida —oráculo del Señor—, juro que en el territorio del
rey que lo hizo rey, cuyo juramento menospreció y cuyo pacto violó,
17 en Babilonia morirá. Y el Faraón no intervendrá en favor suyo en
la guerra con un gran ejército y mucha tropa cuando hagan terra-
plenes y construyan torres de asalto para matar a tanta gente.
18 Menospreció el juramento y violó el pacto. Dio la mano y después
19 hizo esto. No escapará con vida. Por tanto, así dice el Señor:
Juro por mi vida que lo castigaré
por haber menospreciado mi juramento
y por haber violado mi pacto.
20 Tenderé mi red sobre él y lo cazaré en mi trampa;
lo llevaré a Babilonia para juzgarlo allí
por haberme traicionado.
21 Todas sus huestes caerán a espada
y los supervivientes se dispersarán a todos los vientos,
y sabréis que yo, el Señor, he hablado.
22 Esto dice el Señor:

Cogeré una guía del cogollo del cedro alto y encumbrado;
del vástago cimero arrancaré un esqueje
y yo lo plantaré en un monte elevado y señero,
lo plantaré en el monte encumbrado de Israel.
23 Echará ramas, se pondrá frondoso
y llegará a ser un cedro magnífico;
anidarán en él todos los pájaros,
a la sombra de su ramaje anidarán todas las aves.
24 Y sabrán todos los árboles silvestres que yo, el Señor,
humillo el árbol elevado y elevo el árbol humilde,
seco el árbol verde y reverdezco el árbol seco.
25 Yo, el Señor, lo digo y lo hago.

Responsabilidad personal

18 Me vino esta palabra del Señor:
2 —¿Por qué andáis repitiendo este refrán en la tierra de Israel:
«Los padres comieron agraces y los hijos tuvieron dentera»?
3 Por mi vida, os juro —oráculo del Señor—
que nadie volverá a repetir ese refrán en Israel.
4 Sabedlo: todas las vidas son mías;
lo mismo que la vida del padre,
es mía la vida del hijo;
el que peca es el que morirá.
5 El hombre que es justo,
que observa el derecho y la justicia,
6 que no come en los montes
levantando los ojos a los ídolos de Israel;
que no profana a la mujer de su prójimo,
ni se llega a la mujer en su regla;
7 que no explota, sino que devuelve la prenda empeñada;
que no roba, sino que da su pan al hambriento
y viste al desnudo;
8 que no presta con usura ni acumula intereses;
que aparta la mano de la iniquidad
y juzga imparcialmente los delitos;
9 que camina según mis preceptos
y guarda mis mandamientos, cumpliéndolos fielmente,
ese hombre es justo y ciertamente vivirá
—oráculo del Señor—.
10 Si éste engendra un hijo criminal y homicida,
que quebranta algunas de estas prohibiciones
11 o no cumple todos estos mandatos,
sino que come en los montes
y profana a la mujer de su prójimo;
12 que explota al desgraciado y al pobre,
que roba y no devuelve la prenda empeñada,
que levanta los ojos a los ídolos
y comete abominación;
13 que presta con usura y acumula intereses,
ciertamente no vivirá;

por haber cometido todas esas abominaciones,
morirá ciertamente y será responsable de sus crímenes.
14 Y si éste engendra un hijo,
que a pesar de haber visto los pecados de su padre
no los imita;
15 que no come en los montes
levantando los ojos a los ídolos de Israel;
que no profana a la mujer de su prójimo;
16 que no explota ni se apropia la prenda empeñada;
que no roba, sino que da su pan al hambriento
y viste al desnudo;
17 que aparta la mano de la iniquidad
y no cobra interés usurario;
que cumple mis mandamientos
y camina según mis preceptos,
ese hombre no morirá por culpa de su padre,
sino que ciertamente vivirá.
18 Su padre, que cometió atropellos y robos
y maltrató a su gente, murió por su culpa.
19 Objetáis: ¿Por qué no carga el hijo con la culpa del padre?
Si el hijo observa el derecho y la justicia
y guarda mis preceptos y los cumple, ciertamente vivirá.
20 El que peca es el que morirá;
el hijo no cargará con la culpa del padre,
el padre no cargará con la culpa del hijo:
sobre el justo recaerá su justicia,
sobre el malvado recaerá su maldad.
21 Si el malvado se convierte de los pecados cometidos
y guarda mis preceptos y practica el derecho y la justicia,
ciertamente vivirá y no morirá.
22 No se le tendrán en cuenta los delitos que cometió,
por la justicia que hizo vivirá.
23 ¿Acaso quiero yo la muerte del malvado —oráculo del Señor—
y no que se convierta de su conducta y que viva?
24 Si el justo se aparta de su justicia y comete maldad,
imitando las abominaciones del malvado,
no se tendrá en cuenta la justicia que hizo:
por la iniquidad que perpetró
y por el pecado que cometió morirá.
25 Objetáis: No es justo el proceder del Señor.
Escuchad, casa de Israel: ¿Es injusto mi proceder?
¿No es vuestro proceder el que es injusto?
26 Cuando el justo se aparta de su justicia,
comete la maldad y muere,
muere por la maldad que cometió.
27 Y cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo
y practica el derecho y la justicia, él mismo salva su vida.
28 Si recapacita y se convierte de los delitos cometidos,
ciertamente vivirá y no morirá.
29 Objeta la casa de Israel: No es justo el proceder del Señor.
¿Es injusto mi proceder, casa de Israel?
¿No es vuestro proceder el que es injusto?

30 Pues bien, casa de Israel,
os juzgaré a cada uno según su proceder
—oráculo del Señor—.
Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos,
y no caeréis en pecado.
31 Quitaos de encima los delitos que habéis perpetrado
y estrenad un corazón nuevo y un espíritu nuevo,
y así no moriréis, casa de Israel.
32 Pues no quiero la muerte de nadie —oráculo del Señor—.
¡Convertíos y viviréis!

La leona y los cachorros

19 Tú entona esta elegía por los príncipes de Israel:
2 ¡Qué leona tu madre en medio de leones!
Tumbada entre leoncillos amamantaba a sus cachorros.
3 Crió a uno de sus cachorros, que se hizo leoncillo
y aprendió a desgarrar la presa, devorando hombres.
4 Reclutaron gente contra él, lo atraparon en la fosa,
y con ganchos se lo llevaron a la tierra de Egipto.
5 Y viendo desvanecida y burlada su esperanza,
tomó otro de sus cachorros y lo hizo leoncillo.
6 Merodeaba entre los leones hecho ya un leoncillo;
7 hacía estragos en los palacios y arrasaba las ciudadelas;
tenía el país y sus moradores amedrentados con sus rugidos.
8 Cargaron contra él los pueblos de las comarcas vecinas;
tendieron sus redes sobre él y lo atraparon en la fosa.
9 Con collera y con ganchos lo llevaron al rey de Babilonia;
enjaulado se lo llevaron para que no volviera a oírse su rugido
en las montañas de Israel.

La vid descepada

10 Tu madre es como vid sarmentosa plantada al pie del agua:
produjo fronda y fruto por la abundancia de agua.
11 Echó vástagos robustos para cetros reales;
se elevó su estatura hasta tocar las nubes;
destacaba por su altura, por su abundancia de sarmientos.
12 Pero la desceparon con rabia y la tiraron por tierra,
y el viento solano secó su fruto;
[se desgajó y se secó]
y el fuego devoró su vástago robusto.
13 Ahora está plantada en la estepa, en terreno calcinado y sediento.
14 [Brotó fuego de un vástago y devoró sus pámpanos].
No queda en ella vástago robusto, cetro para gobernar.
(Es una elegía: se canta como elegía).

Historia de una rebeldía

20 El año séptimo, el día décimo del quinto mes, vinieron algunos
concejales de Israel a consultar al Señor y se sentaron frente a mí.
2 Entonces me vino esta palabra del Señor:

3 —Hijo de Adán, habla así a los concejales de Israel: Esto dice el
Señor: ¿Con que venís a consultarme? Por mi vida juro que no me
4 dejaré consultar por vosotros —oráculo del Señor—. ¡Júzgalos tú,
júzgalos tú, hijo de Adán! Denúnciales las abominaciones de sus
5 padres, diciéndoles: Esto dice el Señor:
Cuando elegí a Israel, juré con la mano en alto
al linaje de la casa de Jacob;
cuando me manifesté a ellos en Egipto
les dije con la mano en alto:
«Yo soy el Señor, vuestro Dios».
6 Aquel día les juré con la mano en alto
sacarlos de Egipto y llevarlos a una tierra
que yo mismo les había explorado:
manaba leche y miel, era la perla de las naciones
7 Y les dije: Arrojad los fetiches que os encandilan
y no os contaminéis con los ídolos de Egipto.
Yo soy el Señor, vuestro Dios.
8 Pero se rebelaron contra mí y no quisieron obedecerme;
ninguno arrojó los fetiches que lo encandilaban
ni se deshizo de los ídolos de Egipto.
Entonces pensé derramar mi cólera sobre ellos
para agotar en ellos mi ira en territorio egipcio.
9 Pero actué por respeto a mi nombre,
para que no fuera profanado
ante los paganos con los que vivían,
y en cuya presencia me manifesté a ellos
para sacarlos de Egipto.
10 Los saqué de Egipto y los llevé al desierto.
11 Les di mis preceptos y les enseñé mis mandamientos,
que dan la vida al que los cumple.
12 Les di también mis sábados como señal recíproca,
para que se supiera que yo soy el Señor que los santifico.
13 Pero se rebeló contra mí la casa de Israel en el desierto:
no caminaron según mis preceptos,
rechazaron mis mandamientos,
que dan la vida al que los cumple,
y profanaron gravemente mis sábados.
Entonces pensé derramar mi cólera sobre ellos,
en el desierto, para exterminarlos.
14 Pero actué por respeto a mi nombre,
para que no fuera profanado ante los paganos,
en cuya presencia los había sacado.
15 No obstante, juré en el desierto, con la mano en alto,
no llevarlos a la tierra que les había asignado,
que manaba leche y miel y era la perla de las naciones,
16 por haber rechazado mis mandamientos,
por no haber caminado según mis preceptos,
por haber profanado mis sábados,
porque se les iba el corazón tras sus ídolos.
17 Pero compadecido de ellos, no los aniquilé
ni acabé con ellos en el desierto.
18 A sus hijos les dije en el desierto:

No caminéis según los preceptos de vuestros padres,
ni guardéis sus mandamientos, ni os contaminéis con sus ídolos.
19 Yo soy el Señor, vuestro Dios:
caminad según mis preceptos,
guardad mis mandamientos y cumplidlos;
20 santificad mis sábados:
serán señal recíproca para que se sepa
que yo soy el Señor, vuestro Dios.
21 Pero sus hijos se rebelaron contra mí:
no caminaron según mis preceptos,
ni guardaron ni cumplieron mis mandamientos,
que dan la vida al que los cumple,
y profanaron mis sábados.
Entonces pensé derramar mi cólera sobre ellos
para agotar en ellos mi ira en el desierto.
22 Pero retraje mi mano y actué por respeto a mi nombre
para que no fuera profanado ante los paganos,
en cuya presencia los había sacado.
23 Con todo, juré en el desierto, con la mano en alto,
dispersarlos por las naciones y esparcirlos por los países,
24 por no haber cumplido mis mandamientos,
por haber rechazado mis preceptos
y haber profanado mis sábados,
por habérseles ido los ojos
tras los ídolos de sus padres.
25 ¿Acaso les di yo preceptos no buenos,
mandamientos que no les darían la vida?
26 ¿Los contaminé con las ofrendas que hacían
inmolando a sus primogénitos?
¿Los horroricé para que así supieran que yo soy el Señor?
27 Por tanto, hijo de Adán, habla así a la casa de Israel: Esto dice el Señor:
Vuestros padres encima me ofendieron
cometiendo esta traición:
28 Cuando los introduje en la tierra
que con la mano en alto había jurado darles,
al ver un collado alto, al ver un árbol copudo,
allí hacían sus sacrificios,
allí depositaban su irritante ofrenda,
allí ponían sus oblaciones de aroma que aplaca,
allí vertían sus libaciones.
29 Entonces les pregunté:
¿Qué hay en ese altozano que frecuentáis?
Y se quedó con el nombre de «altozano» hasta el día de hoy.
30 Por tanto, dile a la casa de Israel: Esto dice el Señor:
Os contamináis igual que vuestros padres,
fornicáis con sus fetiches,
31 ofrecéis a vuestros hijos pasándolos por el fuego,
os seguís contaminando con vuestros ídolos,
¿y voy a dejarme consultar por vosotros, casa de Israel?
Por mi vida —oráculo del Señor—,
juro que no me dejaré consultar.

32 Jamás se realizarán los planes que estáis pensando:
«Seremos como los demás pueblos,
como las razas de otros países, sirviendo al leño y a la piedra».
33 Por mi vida —oráculo del Señor—,
juro que con mano poderosa,
con brazo extendido, con cólera incontenible,
reinaré sobre vosotros,
34 y os sacaré de los países y os reuniré de entre las naciones
por las que andáis dispersos,
con mano poderosa, con brazo extendido,
con cólera incontenible.
35 Y os llevaré al desierto de los pueblos
para pleitear allí con vosotros cara a cara.
36 Igual que pleiteé con vuestros padres en el desierto de Egipto,
así pleitearé con vosotros —oráculo del Señor—.
37 Os haré pasar bajo el cayado
y os haré entrar uno a uno por el aro de la alianza,
38 y excluiré a los rebeldes que se sublevan contra mí;
los sacaré del país de su destierro,
pero no entrarán en la tierra de Israel.
Y sabréis que yo soy el Señor.
39 A vosotros, casa de Israel, esto os dice el Señor:
Cada uno que vaya a servir a sus ídolos
si no quiere obedecerme,
pero que no siga profanando mi santo nombre
con sus ofrendas idolátricas.
40 Porque en mi santo monte, en el más alto monte de Israel
—oráculo del Señor—,
allí en la tierra, me servirá la casa de Israel toda entera.
Allí los aceptaré, allí os pediré vuestros tributos,
vuestras primicias y vuestros dones sagrados.
41 Como aroma que aplaca os aceptaré
cuando os saque de los países
y os reúna de entre las naciones
en las que estáis dispersos
y muestre en vosotros mi santidad
a la vista de los paganos.
42 Y sabréis que yo soy el Señor
cuando os lleve a la tierra de Israel,
al país que con la mano en alto
juré dar a vuestros padres.
43 Allí, cuando os acordéis de vuestra conducta
y de las malas obras con que os contaminasteis,
sentiréis asco de vosotros mismos
por las maldades que cometisteis.
44 Y sabréis que yo soy el Señor
cuando os trate como exige mi nombre,
no según vuestra mala conducta
y vuestras obras perversas, casa de Israel
—oráculo del Señor—.

El bosque en llamas

21 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, ponte mirando al sur, vaticina al mediodía,
3 profetiza así al bosque austral: ¡Bosque austral, escucha la palabra
del Señor! Esto dice el Señor:
Voy a prenderte un fuego que devore
tus árboles verdes, tus árboles secos.
No se apagará la ardiente llamarada
que abrasará todos los terrenos, desde el sur hasta el norte.
4 Y verá todo mortal que yo, el Señor, lo encendí,
y no se apagará.
5 Yo entonces repliqué:
—¡Ay Señor! Van diciendo de mí: «Es un recitador de fábulas».
6 Me vino esta palabra del Señor:
7 —Hijo de Adán, ponte mirando a Jerusalén, vaticina al templo,
8 profetiza así a la tierra de Israel: Tierra de Israel, esto dice el Señor:
Aquí estoy contra ti, desenvaino la espada
para extirpar de ti a inocentes y culpables.
9 Porque tengo que extirpar de ti a inocentes y culpables;
por eso sale mi espada de la vaina
contra todo mortal, de sur a norte.
10 Y sabrá todo mortal que yo, el Señor,
desenvainé mi espada: no volverá a la vaina.
11 Y tú, hijo de Adán, gime doblando la cintura,
gime amargamente a la vista de ellos.
12 Y cuando te pregunten por qué gimes,
responderás: Porque al llegar una noticia
todos los corazones desmayarán
y desfallecerán todos los brazos,
todos los espíritus vacilarán
y flaquearán todas las rodillas.
Mira que llega, que sucede —oráculo del Señor—.
13 Me vino esta palabra del Señor:
14 —Hijo de Adán, profetiza diciendo: Esto dice el Señor:
¡Espada, espada afilada y además bruñida!
15 Afilada para degollar, bruñida para fulgurar.
.... [a]
16 La llevaron a bruñir antes de empuñarla;
ya está afilada la espada, ya está bruñida
para ponerla en manos del sicario.
17 Grita y ulula, hijo de Adán, porque la blanden contra mi pueblo,
contra todos los príncipes de Israel;
los han entregado a la espada, junto con mi pueblo;
por tanto, golpéate el muslo
.... [a]
18 —oráculo del Señor—.
19 Y tú, hijo de Adán, profetiza y bate palmas:
que se duplique la espada, que se triplique,
la espada de los acribillados, la espada grande que acribilla,
que los tiene acorralados.

a Ininteligible.

20 Para que el corazón tiemble y haya muchos caídos,
contra todas sus puertas enderezo la punta de la espada,
hermanada con el rayo, desnuda para la matanza.
21 Da estocadas a diestra y tajos a siniestra:
donde tu hoja sea requerida.
22 También yo batiré palmas y desfogaré mi rabia.
Yo, el Señor, he hablado.
23 Me vino esta palabra del Señor:
24 —Y tú, hijo de Adán, traza dos rutas para la espada del rey de
25 Babilonia; las dos arrancarán del mismo país. Pon una señal en el
arranque de cada ruta para la espada: «A Rabat de los amonitas, a
26 Judá, que tiene en Jerusalén su plaza fuerte». Ha hecho alto el rey
de Babilonia en la bifurcación de la calzada, donde se dividen las
dos rutas, para consultar el vaticinio: baraja las flechas, pregunta a
27 los ídolos, inspecciona el hígado. Ya tiene en su mano derecha el
vaticinio: ¡A Jerusalén! ¡A prorrumpir en alaridos y lanzar gritos
de algazara, a emplazar arietes contra las puertas, a hacer un terra-
28 plén y construir torres de asalto! Les pareció falso el vaticinio, por-
que les habían jurado vasallaje; pero él los acusará y los arrestará.
29 Por tanto, así dice el Señor:
Porque os denuncian vuestra culpa
y se descubren vuestros delitos;
porque quedan patentes vuestros pecados
y todos vuestros crímenes;
porque estáis procesados
os arrestarán por la fuerza.
30 Y tú, malhechor infame, príncipe de Israel,
cuyo día ha llegado, la hora del castigo final;
31 esto dice el Señor:
¡Fuera el turbante, quítate la corona!
Esto ya no es esto: lo alto es bajo, lo bajo es alto;
32 caos, caos, todo lo convierto en caos.
Pero esto no sucederá hasta que llegue el que ha de ejecutar la
33 sentencia que yo le he encargado. Y tú, hijo de Adán, profetiza:
Esto dice el Señor contra los amonitas y contra sus sarcasmos:
¡Espada, espada desenvainada para la matanza,
bruñida para fulgurar!
34 De ti ven visiones falsas, vaticinan patrañas.
¡Que te apliquen al cuello de los malhechores infames,
cuyo día ha llegado, la hora del castigo final!
35 ¡Vuelve a la vaina!
En el mismo lugar donde fuiste forjada,
en tu país natal te juzgaré;
36 derramaré mi furor sobre ti,
atizaré contra ti el fuego de mi furia
y te entregaré en poder de hombres bárbaros,
artesanos del exterminio.
37 Serás pasto del fuego, tu sangre caerá en tu propia tierra.
Jamás serás nombrada, porque yo, el Señor, he hablado.

La ciudad sanguinaria

22 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Y tú, hijo de Adán, juzga,
juzga a la ciudad sanguinaria,
denúnciale todas sus abominaciones,
3 diciendo: Esto dice el Señor:
¡Ciudad que se encamina a su término,
derramando sangre dentro de sí,
y que se ha contaminado fabricándose ídolos!
4 La sangre que derramaste te condena,
te han contaminado los ídolos que fabricaste.
Has precipitado tu hora
y se avecina el fin de tu existencia.
Por eso te hago escarnio de los pueblos
y burla de todas las naciones.
5 Las vecinas y las remotas se burlan de ti,
famosa por tu impureza, grande por tu anarquía.
6 Mira, los príncipes de Israel
derraman en ti sangre a porfía.
7 En ti despojan al padre y a la madre,
en ti atropellan al forastero,
en ti explotan al huérfano y a la viuda.
8 Menosprecias mis cosas santas
y profanas mis sábados.
9 En ti hay hombres que calumnian para derramar sangre;
en ti van a comer a los montes, en ti se cometen infamias.
10 En ti hay quien peca con su madrastra,
en ti quien violenta a la mujer en su regla.
11 En ti unos cometen abominaciones
con la mujer del prójimo;
otros abusan infamemente de su nuera,
otros violentan a su hermana, hija de su mismo padre.
12 En ti se practica el soborno para derramar sangre;
cobras interés usurario, te lucras a costa del prójimo
y a mí me tienes olvidado —oráculo del Señor—.
13 Pero yo estoy batiendo palmas
al ver los negocios que haces y la sangre que hay en ti.
14 ¿Seguirá tu corazón impertérrito y firmes tus manos
cuando yo actúe contra ti?
Yo, el Señor, lo digo y lo hago.
15 Te dispersaré por las naciones y te esparciré por los países,
y así te limpiaré de toda mancha.
16 En ti quedaré profanado a la vista de los paganos,
y sabrás que yo soy el Señor.
17 Me vino esta palabra del Señor:
18 —Hijo de Adán, la casa de Israel
se me ha convertido en escoria;
todos ellos son cobre y estaño,
hierro y plomo (dentro del horno);
se han convertido en escoria.

19 Por tanto, esto dice el Señor:
Por haberos convertido todos en escoria,
por eso voy a reuniros dentro de Jerusalén.
20 Igual que se reúne plata y cobre,
hierro, plomo y estaño dentro del horno,
y se atiza el fuego para que se funda todo,
de la misma manera os reuniré,
en mi ira y en mi cólera os meteré y os fundiré.
21 Os juntaré y atizaré contra vosotros
el fuego de mi furia, que os fundirá en ella.
22 Allí os fundiréis igual que se funde
la plata dentro del horno.
Y sabréis que yo, el Señor,
he derramado mi cólera sobre vosotros.
23 Me vino esta palabra del Señor:
24 —Hijo de Adán, dile a Jerusalén:
Eres tierra no limpiada ni llovida,
en el día de mi furor.
25 Sus príncipes dentro de ella eran león que ruge
al desgarrar la presa;
devoraban a la gente, arrebataban riquezas y objetos preciosos,
multiplicaban dentro de ella el número de viudas.
26 Sus sacerdotes violaban mi ley y profanaban mis cosas santas;
no separaban lo sacro y lo profano
ni declaraban lo que es puro o es impuro.
Ante mis sábados cerraban los ojos,
y así fui profanado en medio de ellos.
27 Sus nobles dentro de ella eran lobos que desgarran la presa,
derramando sangre y eliminando gente para enriquecerse.
28 Sus profetas eran enjabelgadores
que les ofrecían visiones falsas y les vaticinaban embustes,
diciendo: Esto dice el Señor,
cuando el Señor no hablaba.
29 Los terratenientes cometían atropellos y robos,
explotaban al desgraciado y al pobre
y atropellaban inicuamente al emigrante.
30 Busqué entre ellos uno que levantara una cerca,
que por amor a la tierra aguantara en la brecha frente a mí,
para que yo no la destruyera; pero no lo encontré.
31 Entonces derramé mi furor sobre ellos,
los consumí en el fuego de mi furia;
di a cada uno su merecido —oráculo del Señor—.

Las dos hermanas

23 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, había dos mujeres hijas de la misma madre;
3 fornicaron en Egipto, doncellas eran y fornicaron.
Allí tantearon sus pechos y desfloraron su seno virginal.
4 Ohlá se llamaba la mayor y Ohlibá su hermana.
Después fueron mías y dieron a luz hijos e hijas.

5 Ohlá, siendo mía, fornicó y se enamoró de sus amantes:
6 guerreros vestidos de púrpura, gobernantes y regidores;
todos eran galanes gallardos, jinetes cabalgando en corceles.
7 Y fornicó con ellos, que eran la flor de los asirios;
se contaminó con los ídolos de todos sus enamorados.
8 Pero no dejó de fornicar con los egipcios
que se habían acostado con ella de muchacha,
habían desflorado su seno virginal y fornicado con ella.
9 Por eso la entregué en poder de sus amantes,
en poder de los asirios, sus enamorados.
10 Ellos desnudaron sus vergüenzas,
le arrebataron hijos e hijas y a ella la mataron a espada;
fue la habladuría de las mujeres
por la sentencia que en ella ejecutaron.
11 Ohlibá, su hermana, que lo vio,
se envició aún más que ella y fornicó más que su hermana.
12 Se enamoró de los asirios:
gobernantes y regidores, guerreros de punta en blanco,
jinetes cabalgando en corceles, galanes gallardos todos ellos.
13 Y vi cómo se contaminaba:
las dos iban por el mismo camino.
14 Aún fueron a más sus fornicaciones:
vio grabados de hombres en las paredes,
figuras de caldeos pintadas en bermellón
15 ceñidos los lomos con talabartes,
tocadas con turbantes las cabezas,
todos con facha de capitanes,
fiel retrato de los babilonios, naturales de Caldea,
16 y se enamoró de ellos a primera vista
y les envió mensajeros a Caldea.
17 Y acudieron a ella los babilonios, a su lecho de mancebía,
contaminándola con sus fornicaciones;
una vez contaminada, se hastió de ellos.
18 Descubrió sus fornicaciones y desnudó sus vergüenzas;
entonces yo me hastié de ella
lo mismo que me había hastiado de su hermana.
19 Todavía acrecentó sus fornicaciones, añorando su juventud,
cuando se prostituía en Egipto,
20 y volvió a enamorarse de sus rufianes,
que tienen sexo de garañones y esperma de sementales.
21 Echabas de menos tu juventud infame,
cuando los egipcios desfloraron tu seno,
seducidos por tus pechos de doncella.
22 Por tanto, Ohlibá, esto dice el Señor:
Mira, yo azuzo contra ti a tus amantes,
de los que sentiste hastío;
los traigo contra ti de todas partes;
23 a los babilonios y a todos los caldeos,
a Pecod y Soá y Coa, y a todos los asirios con ellos.
Galanes gallardos, todos gobernantes y regidores,
capitanes y oficiales, cabalgando en corceles todos ellos.
24 Vienen contra ti infantes y jinetes y carros,

multitud de tropas;
te cercan con escudos y adargas y yelmos;
les encomiendo la justicia y ejecutarán en ti su sentencia.
25 Descargaré sobre ti mi pasión y te tratarán con rabia;
te cercenarán nariz y orejas y tu prole caerá a espada;
te arrebatarán hijos e hijas y el fuego devorará a tu prole.
26 Te arrancarán los vestidos y te arrebatarán las joyas;
27 pondré fin a tu infamia
y al meretricio que empezaste en Egipto,
y no volverás a levantar a ellos los ojos
ni a acordarte de Egipto.
28 Porque esto dice el Señor:
Mira, voy a entregarte en manos de los que aborreces,
en manos de aquellos de quienes sentiste hastío.
29 Te tratarán con odio y te quitarán cuanto ganaste;
te dejarán desnuda, en cueros, visibles tus vergüenzas de ramera.
30 Esto es lo que te traen tu infamia y tus prostituciones,
por fornicar con las naciones y contaminarte con sus ídolos.
31 Por seguir el camino de tu hermana,
pongo su copa en tus manos.
32 Esto dice el Señor:
Beberás la copa de tu hermana,
ancha y profunda y de gran capacidad.
[Serás la irrisión y el escarnio].
33 Te llenarás de embriaguez y bascas,
de espanto y aturdimiento:
es la copa de tu hermana Samaría.
34 La beberás, la apurarás, morderás el bocal
y te lacerarás los pechos.
Porque soy yo quien habla —oráculo del Señor—.
35 Por tanto, así dice el Señor:
Por haberte olvidado de mí y haberme vuelto las espaldas,
carga también tú con tu infamia y tus fornicaciones.
36 El Señor me dijo:
—Juzga, juzga a Ohlá y a Ohlibá,
acusándolas de sus abominaciones.
37 Porque cometieron adulterio y hay sangre en sus manos,
cometieron adulterio con sus ídolos;
y hasta a sus propios hijos, los que dieron a luz para mí,
se los inmolaron, para que comieran.
38 Algo más me hicieron:
profanaron mi santuario y violaron mis sábados.
39 Después de degollar a sus hijos en honor de sus ídolos,
entraron en mi santuario profanándolo.
Ahí tienes lo que hicieron dentro de mi casa.
40 Y mandaban también recado a hombres que venían de lejos,
les mandaban mensajeros y en seguida acudían;
para ellos te bañabas, te pintabas los ojos
y te engalanabas con joyas.
41 Te sentabas en un diván acolchado
delante de una mesa aparejada
y ponías encima mi incienso y mi perfume.

42 La chusma se solazaba con ella,
eran bebedores traídos del desierto;
le ponían pulseras en los brazos
y diademas de lujo en la cabeza.
43 .... [a]
44 Acudían a ella como quien acude a una prostituta;
así acudían a Ohlá y a Ohlibá, hembras depravadas.
45 Pero varones justos las juzgarán
aplicándoles las penas de las adúlteras y de las homicidas,
porque adúlteras son y hay sangre en sus manos.
46 Pues esto dice el Señor: traerán gente contra ellas
que se ensañen con ellas y las despojen.
47 La gente las apedreará y las cortará con sus espadas;
matarán a sus hijos e hijas y prenderán fuego a sus casas.
48 Así pondré fin a la infamia de esta tierra
y escarmentarán todas las mujeres
y no imitarán vuestras infamias.
49 Os darán el merecido de vuestra infamia
y cargaréis con vuestros pecados de idolatría,
y sabréis que yo soy el Señor.

La olla al fuego

24 El año noveno, el día décimo del décimo mes, me vino esta pala-
bra del Señor:
2 —Hijo de Adán, apunta la fecha de hoy, de hoy mismo. El rey
3 de Babilonia hoy mismo ha atacado a Jerusalén. Propón una pará-
bola a la casa rebelde, diciéndoles: Esto dice el Señor:
Pon la olla, ponla, echa en ella agua;
4 echa en ella tajadas,
las mejores tajadas, pernil y espaldilla;
llénala de huesos escogidos.
5 Coge lo mejor del rebaño; luego apila debajo la leña,
cuece las tajadas en la olla y hierve los huesos.
6 Por tanto, así dice el Señor:
¡Ay ciudad sanguinaria,
olla herrumbrosa que no se desherrumbra!
Vacíala tajada a tajada; no le ha tocado la suerte.
7 Pues la sangre que en ella se derramó la echó en roca pelada,
no la vertió en la tierra para que el polvo la cubriera.
8 Para encolerizarme, para vengarme
he puesto en roca pelada la sangre que derramó:
así no será cubierta.
9 Por tanto, así dice el Señor:
¡Ay ciudad sanguinaria! Yo mismo agrando la pira,
10 arrimo más leña, enciendo la hoguera,
consumo la carne, saco el caldo
y los huesos se queman.
11 La coloco vacía sobre las brasas
para que el cobre se recaliente,

a Ininteligible.

se ponga al rojo y se le derrita la roña,
se le consuma la herrumbre.
12 Por más que uno se canse,
ni al fuego se le desprende su mucha herrumbre.
13 Por tu infame inmundicia, porque intenté limpiarte
y no quedaste limpia de tu inmundicia,
no volverás a ser limpiada
hasta que desfogue en ti mi cólera.
14 Yo, el Señor, lo digo, lo realizo y sucede,
no lo paso por alto, ni me apiado, ni me arrepiento.
Según tu conducta y tus malas obras te juzgaré
—oráculo del Señor—.

Muerte de la esposa

15 Me vino esta palabra del Señor:
16 —Hijo de Adán, voy a arrebatarte repentinamente
el encanto de tus ojos;
no llores ni hagas duelo ni derrames lágrimas;
17 laméntate en silencio como un muerto, sin hacer duelo;
líate el turbante y cálzate las sandalias;
no te emboces la cara ni comas el pan del duelo.
18 Por la mañana yo hablaba a la gente,
por la tarde se murió mi mujer
y a la mañana siguiente
hice lo que se me había mandado.
19 Entonces me dijo la gente:
¿quieres explicarnos qué nos anuncia lo que estás haciendo?
20 Les respondí: Me vino esta palabra del Señor:
21 Dile a la casa de Israel: Esto dice el Señor:
Mira, voy a profanar mi santuario, vuestro soberbio baluarte,
el encanto de vuestros ojos, el tesoro de vuestras almas.
Los hijos e hijas que dejasteis caerán a espada.
22 Entonces haréis lo que yo he hecho:
no os embozaréis la cara ni comeréis el pan del duelo;
23 seguiréis con el turbante en la cabeza y las sandalias en los pies,
no lloraréis ni haréis duelo;
os consumiréis por vuestra culpa
y os lamentaréis unos con otros.
24 Ezequiel os servirá de señal: haréis lo mismo que él ha hecho.
Y cuando suceda sabréis que yo soy el Señor.
25 Y tú, hijo de Adán, el día que yo les arrebate su baluarte,
su espléndida alegría,
el encanto de sus ojos, el ansia de sus almas [a],
26 ese día se te presentará un evadido
para comunicarte una noticia.
27 Ese día se te abrirá la boca y podrás hablar,
y no volverás a quedar mudo.
Les servirás de señal
y sabrán que yo soy el Señor.

a Aquí encaja 3,25-26.

ORACULOS CONTRA LAS NACIONES

Contra Amón

25 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, ponte de cara a los amonitas y profetiza contra
3 ellos, diciendo a los amonitas: Escuchad la palabra del Señor:
Esto dice el Señor:
Por haber exclamado: «¡Qué bien!»,
cuando profanaban mi santuario,
cuando devastaban la campiña de Israel,
cuando la casa de Judá iba al destierro;
4 por eso te doy en propiedad a los orientales:
colocarán en ti sus cercados y plantarán en ti su campamento;
ellos se comerán tus frutos, ellos se beberán tu leche.
5 Haré a Rabat dehesa de camellos y a Amón corral de ovejas,
y sabréis que yo soy el Señor.
6 Porque así dice el Señor:
Por el palmoteo de tus manos y el bailoteo de tus pies,
por haberte regocijado, con tu mala entraña,
a costa de los campos de Israel;
7 por eso extiendo mi mano contra ti:
te daré como botín a las naciones,
te extirparé de entre los pueblos
y te exterminaré de la tierra,
te destruiré para que sepas que yo soy el Señor.

Contra Moab

8 Esto dice el Señor:
Por haber dicho Moab: «Mira, la casa de Judá
igual que todas las naciones»;
9 por eso voy a abrir el costado de Moab,
desde sus ciudades fronterizas
hasta Bet Yesimot, Baal Maón y Quiriatain,
la joya del país;
10 la daré en propiedad a los orientales, junto con Amón,
para que no sea nombrada entre las naciones.
11 Haré justicia contra Moab
y sabrán que yo soy el Señor.

Contra Edom

12 Esto dice el Señor:
Por haberse ensañado Edom en la casa de Judá,
porque delinquió vengándose de ellos;
13 por eso así dice el Señor:
extiendo mi mano contra Edom:
exterminaré de ella hombres y animales,
la convertiré en ruinas,
de Temán a Dedán todos caerán a espada.

14 Tomaré venganza de Edom
por mano de mi pueblo, Israel;
tratarán a Edom según mi cólera y mi rabia;
conocerán entonces mi venganza —oráculo del Señor—.

Contra los filisteos

15 Esto dice el Señor:
Por haberse ensañado los filisteos, por haber tomado venganza,
aniquilando con mala entraña, por vieja hostilidad;
16 por eso, así dice el Señor:
Extiendo mi mano contra los filisteos,
voy a ajusticiar a los verdugos,
voy a acabar con los supervivientes de la orilla del mar.
17 Haré en ellos una venganza terrible, castigos despiadados,
y sabrán que yo soy el Señor
cuando ejecute en ellos mi venganza.

Contra Tiro

I

26 El año undécimo, el día primero del mes, me vino esta palabra
del Señor:
2 —Hijo de Adán, por haber dicho Tiro de Jerusalén:
«¡Ya está rota la puerta de los pueblos!
Ha caído en mi poder; en ella cebaré mi espada»;
3 por eso, así dice el Señor:
Aquí estoy, Tiro, contra ti;
levanto contra ti naciones numerosas
igual que el mar levanta su oleaje.
4 Demolerán las murallas de Tiro, derribarán sus baluartes;
raeré su solar convirtiéndola en roca pelada.
5 Será tendedero de redes en medio del mar,
porque he hablado yo —oráculo del Señor—.
6 Serán botín de las naciones, y sus poblados del campo
serán pasados a cuchillo, y sabrán que yo soy el Señor.
7 Porque esto dice el Señor:
Yo traigo contra Tiro desde el norte
a Nabucodonosor, rey de Babilonia, rey de reyes,
con caballos y carros y jinetes
y un ejército de tropa numerosa.
8 Pasará por la espada a tus poblados del campo.
Armará contra ti torres de asalto,
contra ti elevará terraplenes,
contra ti montará testudos.
9 Con arietes batirá tus murallas
y abatirá a hachazos tus baluartes.
10 Te envolverá la polvareda de sus escuadrones de caballos.
El estrépito de las caballerías y el rodar de los carros

hará que trepiden tus murallas
cuando entre por tus puertas
como se entra en ciudad desportillada.
11 Con los cascos de sus caballos
irá hollando tus calles.
Pasará por la espada a tus vecinos,
se desplomarán tus robustos pilares.
12 Harán botín de tus tesoros
y saquearán tus mercancías.
Derribarán tus murallas
y derruirán tus suntuosos edificios.
Arrojarán en medio del mar
tus piedras y tu madera y tus escombros.
13 Haré cesar el bullicio de tus canciones
y no se escuchará el acompañamiento de tus cítaras.
14 Te convertiré en roca pelada, serás tendedero de redes.
No la reedificarán, que yo, el Señor, he hablado
—oráculo del Señor—.
15 Esto dice el Señor:
Tiro, al estruendo de tu derrumbamiento,
con el lamento de tus alanceados
y la matanza de tus víctimas en medio de ti,
las islas temblarán.
16 Bajarán de sus tronos todos los príncipes marinos,
se despojarán de sus mantos y se quitarán sus ropajes bordados;
se vestirán de terror y se sentarán en el suelo,
se estremecerán sobresaltados, espantados de ti.
17 Te entonarán esta elegía:
«¡Cómo ha sucumbido, desbaratada por el mar,
la ciudad famosísima!
Era más fuerte que el mar, ella y sus jefes;
qué terror infundían ella y sus jefes;
18 ahora se estremecen las islas al derrumbarte tú,
y las costas marinas se horrorizan de tu desenlace».
19 Porque esto dice el Señor:
Cuando yo te convierta en ciudad arrasada,
igual que las ciudades despobladas;
cuando levante contra ti al océano
y te cubran las aguas caudalosas,
20 te precipitaré con los que bajan a la fosa,
los pobladores del pasado;
pondré tu domicilio en el fondo de la tierra,
en las ruinas perpetuas, con los que bajan a la fosa,
para que no vuelvas a reinar
ni a adornar la tierra de los vivos.
21 Te convertiré en espanto, dejarás de existir;
te buscarán, pero no darán contigo nunca jamás
—oráculo del Señor—.

Contra Tiro

II

27 Me vino esta palabra del Señor:
2-3 —Y tú, hijo de Adán, entona una elegía a Tiro. Di:
¡Oh Tiro, princesa de los puertos,
mercado de innumerables pueblos costeros!,
esto dice el Señor:
Tiro, tú decías: «Soy la belleza acabada».
4 Tu territorio era el corazón del mar,
tus armadores dieron remate a tu belleza;
5 con abetos de Senir armaron todo tu maderaje;
cogieron un cedro del Líbano para erigir tu mástil;
6 con robles de Basán fabricaron tus remos;
tus bancos son de boj de las costas de Chipre,
taraceado de marfil;
7 tus velas, de lino bordado de Egipto, eran tu estandarte;
de grana y púrpura de las costas de Elisa era tu toldilla.
8 Vecinos de Sidón y Arvad eran tus remeros,
hombres expertos de Tiro eran tus timoneles;
9 veteranos expertos de Biblos tenías de calafateadores;
todas las naves del mar y sus marineros traficaban contigo;
10 tenías alistados en tu ejército guerreros persas, lidios y libios;
escudo y yelmo colgaban en ti, te engalanaban con ellos.
11 Los de Arvad y Jelec estaban en tus murallas,
los de Gamad en tus baluartes;
en tus murallas colgaron sus rodelas,
dando remate a tu belleza.
12 Tarsis comerciaba contigo, por tu opulento comercio: plata, hie-
13 rro, estaño y plomo te daba a cambio. Grecia, Tubal y Mosoc co-
merciaban contigo; con esclavos y objetos de bronce te pagaban.
14 Los de Bet Togarma te daban a cambio caballos, jinetes y mulos.
15 Los de Rodas comerciaban contigo; muchos pueblos costeros so-
metidos te ofrecían colmillos de marfil y madera de ébano.
16 Aram negociaba contigo por tu abundante manufactura: granate,
púrpura, bordados, hilo, corales y rubíes te daba a cambio.
17 Judá y la tierra de Israel comerciaban contigo; con trigo de Me-
18 nit, rosquillas, miel, aceite y bálsamo te pagaban. Damasco acudía
a tu mercado —por tu abundante manufactura, por tu opulento
19 comercio— con vino de Jelbón y lana de Sajar. De Uzal traían a
20 tu feria hierro forjado, canela y caña aromada, como pago. Dedán
comerciaba contigo con mantas de montar.
21 Arabia y los príncipes de Cadar negociaban contigo; en borregos,
22 carneros y machos cabríos negociaban. Los mercaderes de Sabá y
Ramá comerciaban contigo; te daban a cambio los mejores perfu-
23 mes, piedras preciosas y oro. Jarrán, Canné y Edén, asirios y medos
24 comerciaban contigo; comerciaban contigo en objetos primorosos,
mantos bordados de granate, tejidos preciosos, recias maromas re-
torcidas; en esto comerciaban contigo.
25 Naves de Tarsis transportaban tus mercancías;
te henchiste y pesabas demasiado en el corazón del mar;

26 en alta mar te engolfaron tus remeros;
viento solano te desmanteló en el corazón del mar;
27 tu riqueza, tu comercio, tus mercancías, tu marinería y tus pilotos,
tus calafateadores y tus mercaderes y tus guerreros,
toda la tripulación de a bordo,
naufragarán en el corazón del mar, el día de tu naufragio.
28 Al grito de auxilio de tus pilotos retumbará el espacio;
29 saltarán de sus naves cuantos empuñan remo,
marineros y capitanes, para quedarse en tierra.
30 Se escucharán sus gritos, gimiendo amargamente por ti;
se echarán ceniza en la cabeza, se revolcarán en el polvo.
31 Se raparán por ti, se vestirán de sayal;
llorarán por ti amargamente con duelo amargo.
32 Te entonarán una elegía fúnebre, te cantarán lamentos:
«¿Quién como Tiro, sumergida en el seno del mar?».
33 Al desembarcar tus mercancías hartabas a muchos pueblos;
con tu opulento comercio enriquecías a reyes de la tierra.
34 Ahora estás desmantelada en los mares, en lo hondo del mar;
cargamento y tripulación naufragaron a bordo.
35 Los habitantes de las costas se espantan de ti,
y sus reyes se consternan, demudado el rostro.
36 Los mercaderes de los pueblos silban por ti;
¡siniestro desenlace!, dejarás de existir para siempre.

Contra el rey de Tiro

28 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, di al príncipe de Tiro: Esto dice el Señor:
Se hinchó tu corazón y dijiste: «Soy Dios,
entronizado en solio de dioses en el corazón del mar»,
tú que eres hombre y no dios;
te creías listo como los dioses.
3 ¡Si eres más sabio que Daniel!, ningún enigma se te resiste.
4 Con tu talento, con tu habilidad, te hiciste una fortuna;
acumulaste oro y plata en tus tesoros.
5 Con agudo talento de mercader ibas acrecentando tu fortuna,
y tu fortuna te llenó de presunción.
6 Por eso, así dice el Señor:
Por haberte creído sabio como los dioses;
7 por eso traigo contra ti bárbaros pueblos feroces:
desnudarán la espada contra tu belleza y tu sabiduría,
profanando tu esplendor.
8 Te hundirán en la fosa,
morirás con muerte ignominiosa en el corazón del mar.
9 Tú que eres hombre y no dios, ¿osarás decir: «Soy Dios»,
delante de tus asesinos, en poder de los que te apuñalen?
10 Morirás con muerte de incircunciso, a manos de bárbaros.
Yo lo he dicho —oráculo del Señor—.
11 Me vino esta palabra del Señor:
12 —Hijo de Adán, entona una elegía al rey de Tiro. Así dice el
Señor:

Eras cuño de perfección,
colmo de sabiduría, de acabada belleza;
13 estabas en un jardín de dioses, revestido de piedras preciosas:
cornalina, topacio y aguamarina,
crisólito, malaquita y jaspe, zafiro, rubí y esmeralda;
de oro afiligranado tus zarcillos y dijes,
preparados el día de tu creación.
14 Te puse junto a un querube protector de alas extendidas.
Estabas en la montaña sagrada de los dioses,
entre piedras de fuego te paseabas.
15 Era irreprensible tu conducta desde el día de tu creación
hasta que se descubrió tu culpa.
16 A fuerza de hacer tratos,
te ibas llenando de atropellos, y pecabas.
Te desterré entonces de la montaña de los dioses
y te expulsó el querube protector
de entre las piedras de fuego.
17 Te llenó de presunción tu belleza
y tu esplendor te trastornó el sentido;
te arrojé por tierra,
te hice espectáculo para los reyes.
18 Con tus muchas culpas, con tus sucios negocios,
profanaste tu santuario;
hice brotar de tus entrañas fuego que te devoró;
te convertí en ceniza sobre el suelo, a la vista de todos.
19 Tus conocidos de todos los pueblos se espantaron de ti;
¡siniestro desenlace!, para siempre dejaste de existir.

Contra Sidón

20 Me vino esta palabra del Señor:
21 —Hijo de Adán, ponte de cara a Sidón y profetiza contra ella.
22 Esto dice el Señor:
Aquí estoy contra ti, Sidón, en ti me cubriré de gloria.
Sabrán que yo soy el Señor cuando haga justicia contra ella
y brille en ella mi santidad.
23 Mandaré contra ella peste y sangre por sus calles;
caerán acuchillados sus habitantes
por la espada hostil que la rodea,
y sabrán que yo soy el Señor.
24 Y no tendrá ya la casa de Israel
espino punzante ni zarzal lacerante
en los vecinos que la hostigan,
y sabrán que yo soy el Señor.
25 Esto dice el Señor: Cuando recoja la casa de Israel de entre los
pueblos donde está dispersa y brille en ella mi santidad, a la vista
de las naciones, volverán a habitar su tierra, la que di a mi siervo
26 Jacob; habitarán en ella seguros, edificarán casas y plantarán viñas;
habitarán seguros, cuando haga justicia en los vecinos que la hosti-
gan, y sabrán que yo soy el Señor, su Dios.

Contra Egipto

29 El año décimo, el doce del décimo mes, me vino esta palabra del
Señor:
2 —Hijo de Adán, ponte de cara al Faraón, rey de Egipto, y pro-
3 fetiza contra él y contra todo Egipto: Esto dice el Señor:
Aquí estoy contra ti, Faraón, rey de Egipto,
colosal cocodrilo acostado en el cauce del Nilo,
que dices: «Mío es el Nilo, yo me lo he hecho».
4 Te clavaré arpones en las fauces,
prenderé en tus escamas los peces de tu Nilo;
te sacaré del cauce de tu Nilo,
con todos los peces de tu Nilo prendidos en tus escamas.
5 Te arrojaré a la estepa, a ti y a los peces de tu Nilo;
yacerás en el páramo, sin que nadie te recoja y te entierre.
Te echaré de comida a las fieras de la tierra
y a las aves del cielo;
6 así sabrán los habitantes de Egipto que yo soy el Señor.
Porque has sido bastón de caña para la casa de Israel:
7 cuando su mano te empuñaba, te chascaste
y les horadaste la mano;
cuando se apoyaban en ti, te quebraste
y los hiciste tambalearse.
8 Por eso, así dice el Señor:
Traigo la espada contra ti,
exterminaré en ti hombres y animales.
9 La tierra de Egipto será desolación y ruina;
sabrán entonces que yo soy el Señor.
Por haber dicho: «Mío es el Nilo, yo soy quien lo ha hecho»;
10 por eso aquí estoy contra ti y contra tu Nilo;
convertiré Egipto en ruina y desolación,
de Migdal a Asuán y hasta la raya de Etiopía.
11 No la transitará pie humano,
no la recorrerá pezuña de animal;
nadie la poblará en cuarenta años.
12 Haré a Egipto la más desolada de todas las tierras:
sus ciudades quedarán más arrasadas
que todas las ciudades en ruinas por cuarenta años.
Dispersaré a Egipto entre las naciones,
lo esparciré por los países.
13 Porque esto dice el Señor:
Al cabo de cuarenta años recogeré a Egipto
de entre los pueblos por los que ande disperso.
14 Cambiaré la suerte de Egipto,
haciéndolos regresar a la tierra de Patrós,
a su cuna, donde formarán un reino miserable,
15 el más miserable de todos los reinos,
y no volverán a alardear frente a las naciones:
los menguaré para que no sometan a las naciones.
16 Ya no serán la confianza de la casa de Israel,
sino que le denunciarán el delito de haberlos seguido;
sabrán entonces que yo soy el Señor.

Nabucodonosor conquistará Egipto

17 El año veintisiete, el uno del primer mes, me vino esta palabra
del Señor:
18 —Hijo de Adán, Nabucodonosor, rey de Babilonia, empeñó a su
ejército en dura campaña contra Tiro; toda cabeza quedó calva,
toda espalda desollada; pero ni él ni su ejército sacaron nada de la
19 campaña contra Tiro. Por eso, así dice el Señor: Voy a entregar
Egipto a Nabucodonosor, rey de Babilonia: se llevará sus tesoros,
20 lo despojará y lo saqueará, servirá de paga a su ejército. Como sol-
dada por su hazaña, pues por mí la hicieron, le entregaré Egipto
21 —oráculo del Señor—. Ese día haré germinar el vigor de la casa
de Israel, y a ti te daré palabra intrépida en medio de ellos, y sabrán
que yo soy el Señor.

El día de Egipto

30 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, profetiza: Esto dice el Señor:
¡Ay de aquel día!,
3 que está cerca el día, está cerca el día del Señor:
será día anubarrado, la hora de las naciones.
4 La espada vendrá contra Egipto, y Etiopía se estremecerá
cuando caigan acuchillados en Egipto;
les arrebatarán sus tesoros, demolerán sus cimientos.
5 Etiopía, Put, Lidia y la entera Arabia,
Libia y los habitantes del país aliado
caerán con ellos a espada.
6 Esto dice el Señor:
Caerán los que apoyan a Egipto,
su orgulloso poderío menguará;
de Migdal a Asuán caerán a espada
—oráculo del Señor—.
7 Quedará el país más desolado que ningún otro país,
sus ciudades más arruinadas que ninguna otra ciudad.
8 Sabrán que yo soy el Señor
cuando prenda fuego a Egipto
y queden desbaratados cuantos le auxilian.
9 Ese día despacharé correos veloces
para sobresaltar a la confiada Etiopía;
se estremecerán el día de Egipto,
que está llegando.
10 Esto dice el Señor:
Pondré fin a la opulencia de Egipto
por medio de Nabucodonosor, rey de Babilonia.
11 A él y a sus tropas, terror de las naciones,
los traigo para devastar el país;
desnudarán la espada contra Egipto,
llenando el país de acuchillados.
12 Convertiré el Nilo en sequedal,
venderé el país a desalmados;

arrasaré el país y cuanto hay en él por mano de bárbaros;
yo, el Señor, he hablado.
13 Esto dice el Señor:
Exterminaré a los ídolos, acabaré con los dioses de Menfis
y con los príncipes de Egipto, que no existirán más.
14 Meteré miedo a Egipto, arrasaré a Patrós,
prenderé fuego a Tanis y haré justicia contra Tebas,
15 derramaré mi cólera en Pelusio, ciudadela de Egipto,
exterminaré a la muchedumbre de Tebas,
16 prenderé fuego a Egipto,
Pelusio se retorcerá de dolor, abrirán brecha en Tebas,
.... [a]
17 La flor de Heliópolis y Bubastis caerá a espada;
las mujeres irán cautivas.
18 En Tafnes se oscurecerá el día,
cuando yo rompa allí el cetro de Egipto
y se extinga su terca soberbia;
una nube la velará, sus hijas irán cautivas.
19 Haré justicia contra Egipto, y sabrán que yo soy el Señor.

20 El año undécimo, el siete del primer mes, me vino esta palabra
del Señor:
21 —Hijo de Adán, le he roto el brazo al Faraón, rey de Egipto, y
ahí lo tienes, no lo han curado con medicamentos ni vendajes para
22 que cobre fuerzas, y así no puede empuñar la espada; por tanto,
esto dice el Señor:
Aquí estoy contra el Faraón, rey de Egipto;
voy a romperle los brazos, el sano y el roto,
y haré que se le caiga la espada de la mano.
23 Dispersaré a Egipto entre las naciones,
lo esparciré por los países.
24 Le robusteceré los brazos al rey de Babilonia,
y le pondré mi espada en la mano;
al Faraón le romperé los brazos,
gemirá ante él con gemidos de acuchillado.
25 Fortaleceré los brazos del rey de Babilonia,
al Faraón se le caerán los brazos;
sabrán que yo soy el Señor
cuando entregue mi espada al rey de Babilonia,
para que la descargue contra Egipto.
26 Dispersaré a Egipto entre las naciones,
lo esparciré por los países, y sabrán que yo soy el Señor.

Contra el Faraón

I

31 El año undécimo, el día uno del mes tercero, me vino esta pala-
bra del Señor:
2 —Hijo de Adán, di al Faraón, rey de Egipto, y a su tropa:

[a] Ininteligible.

¿A quién te pareces en tu grandeza?
3 Eres cedro del Líbano, de magnífica fronda,
tupido y umbroso, de estatura gigante,
cuya cima destaca entre las nubes.
4 Lo criaron las lluvias, las aguas soterrañas lo elevaron:
con sus corrientes rodeaban su tronco
y derivaban sus acequias al arbolado de la campiña.
5 Así se empinó por encima de los árboles de la campiña;
se hizo tupido su ramaje, dilatada su copa,
gracias a sus canales caudalosos.
6 Anidaban en su ramaje las aves del cielo,
parían bajo su copa las fieras salvajes,
a su sombra se cobijaba muchedumbre de pueblos.
7 Era magnífico por su corpulencia,
por la envergadura de sus ramas,
pues hundía su raíz en aguas abundantes.
8 Los cedros del parque de los dioses no lo sobrepasaban,
ni competían con su ramaje los abetos,
ni los plátanos igualaban su copa;
ningún árbol del parque de los dioses
podía competir con su hermosura.
9 Lo hice magnífico, tupido de ramas,
lo envidiaban los árboles del paraíso, del parque de los dioses.
10 Pues bien, esto dice el Señor:
Por haber empinado su estatura
y haber erguido su cima hasta las nubes,
y haberse engreído por su altura,
11 lo entregué a merced de la nación más poderosa
para que lo tratara según su maldad.
12 Lo cortaron los bárbaros más feroces,
lo tiraron por los barrancos:
por las vaguadas fueron cayendo sus ramas;
se fue desgajando su copa por las torrenteras del país,
de su sombra escaparon los pueblos de la tierra,
dejándolo abatido.
13 Anidaron en su derribo las aves del cielo
y se guarecieron en su copa las fieras salvajes.
14 Para que no empinen su estatura los árboles bien regados,
y no yergan su cima hasta las nubes,
ni confíen en su altura los bien abrevados;
pues todos están destinados a la muerte,
a lo profundo de la tierra,
en medio de los hijos de Adán que bajan a la fosa.
15 Esto dice el Señor:
El día en que bajó al Abismo hizo duelo el Océano:
detuve sus corrientes, las aguas caudalosas se estancaron.
Enluté al Líbano por él,
por él languideció el arbolado de la campiña.
16 Al estruendo de su caída hice temblar a las naciones,
cuando lo precipité en el Abismo con los que bajan a la fosa;
entonces se consolaron en lo profundo de la tierra
los árboles del paraíso, la gala del Líbano, los bien regados.

17 También ellos bajaron al Abismo con él,
con los muertos a espada;
perecieron los que se cobijaban a su sombra
en medio de las naciones.
18 ¿Con qué árbol del paraíso competías en gloria y en grandeza?
Fuiste precipitado con los árboles del paraíso
a lo profundo de la tierra:
yaces en medio de incircuncisos, con los muertos a espada.
Se trata del Faraón y de su tropa
—oráculo del Señor—.

Contra el Faraón

II

32 El año duodécimo, el día uno del mes duodécimo, me vino esta
palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, entona esta elegía al Faraón, rey de Egipto:
Parecías león de las naciones,
pero eres cocodrilo del Nilo;
chapoteas en la corriente
y enturbias las aguas con tus patas pateando en su corriente.
3 Esto dice el Señor:
Tenderé mi red sobre ti, te sacaré en mi esparavel,
4 te dejaré varado en tierra, te estrellaré contra el páramo,
para que aniden en ti las aves del cielo
y se ceben en ti las fieras salvajes.
5 Pondré en las lomas tu carnaza
y henchiré con tu carroña los valles;
6 regaré con tu sangre la vega, la exprimiré sobre los cerros
y las torrenteras se henchirán de sangre tuya.
7 Enfoscaré el cielo cuando te extingas y enlutaré sus estrellas;
al sol le velaré con nubarrones y la luna no rielará;
8 los astros fulgurantes del firmamento por ti los enlutaré
y mandaré tinieblas a tu tierra —oráculo del Señor—.
9 Agitaré el corazón de muchos pueblos
cuando lleve tus despojos a las naciones, a países desconocidos.
10 Al blandir ante ellos mi espada
haré que se espanten de ti muchos pueblos,
que sus reyes se horroricen de ti;
el día de tu abatimiento
temblarán sobresaltados por su propia vida
11 Porque esto dice el Señor:
La espada del rey de Babilonia te alcanzará.
12 A espada de valientes, de los más feroces de las naciones,
haré caer a tu tropa;
arrasarán el orgullo de Egipto y quedará deshecha su tropa.
13 Acabaré con el ganado de la ribera del río caudaloso:
no lo enturbiará ya planta humana,
pezuña de ganado no lo enturbiará.
14 Entonces sosegaré sus aguas y haré fluir su caudal como aceite
—oráculo del Señor—.

15 Cuando convierta a Egipto en desolación
y quede el país despoblado,
cuando hiera a todos sus habitantes,
sabrán que yo soy el Señor.
16 Esta es la elegía que cantarán; la cantarán las capitales de las na-
ciones, por Egipto y sus tropas la cantarán —oráculo del Señor—.
17 El año duodécimo, el quince del mes, me vino esta palabra del
Señor:
18 —Hijo de Adán, entona cantos fúnebres a las tropas de Egipto;
condúcelas junto con las capitales de naciones ilustres a las profun-
didades de la tierra, con los que bajan a la fosa.
19 »¿Eres más agraciado que los demás? Pues desciende, acuéstate
20 con los incircuncisos. Caerán en medio de muertos a espada y yace-
21 rán con él todas sus tropas; le dirán los más bravos guerreros en
medio del Abismo: 'Tú y tus aliados, bajad, yaced con los incircun-
cisos muertos a espada'.
22 »Allí está Asiria y todo su ejército rodeando su sepulcro; todos
23 cayeron muertos a espada, y los sepultaron en el fondo de la fosa,
su ejército rodeando su sepultura; todos cayeron muertos a espada,
por haber aterrorizado el mundo de los vivos.
24 »Allí está Elam y sus tropas, rodeando su sepultura; todos caye-
ron muertos a espada, bajaron incircuncisos a las profundidades de
la tierra, por haber aterrorizado el mundo de los vivos; arrastran
25 su vergüenza con los que bajan a la fosa. En medio de acuchillados
pusieron su yacija, sus tropas rodeando su sepulcro; todos ellos in-
circuncisos, muertos a espada, por haber aterrorizado el mundo de
los vivos; arrastran su vergüenza con los que bajan a la fosa, en
medio de acuchillados los echaron.
26 »Allí están Mesec y Tubal y sus tropas, rodeando su sepulcro;
todos incircuncisos, muertos a espada, por haber aterrorizado el
27 mundo de los vivos. Pero no yacerán con los heroicos caídos de
antaño, que bajaron al Abismo con los arneses de guerra: la espada
bajo la cabeza, el escudo sobre la osamenta. ¡Aún dan miedo sus
28 hazañas en el mundo de los vivos! Tú, en cambio, te irás desmoro-
nando en medio de incircuncisos, yacerás con los muertos a espada.
29 »Allí está Edom con sus reyes y príncipes: los sepultaron con los
muertos a espada, yacerán con los incircuncisos que bajan a la fosa.
30 »Allí están todos los caudillos del norte y los sidonios todos, que
bajaron bochornosamente con los acuchillados, por haber infundido
terror con sus proezas: yacen incircuncisos con los muertos a espa-
da, arrastran su vergüenza con los que bajan a la fosa.
31 »Viéndolos el Faraón se consolará de la pérdida de sus tropas:
muertos a espada el Faraón y todo su ejército —oráculo del Se-
32 ñor—. Por haber aterrorizado el mundo de los vivos, se encontrará
tumbado en medio de incircuncisos, con los muertos a espada, el
Faraón con sus tropas —oráculo del Señor—».

SEGUNDA ACTIVIDAD DEL PROFETA

El profeta como atalaya

33 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, habla así a tus compatriotas: Cuando yo lleve
la espada contra una población y el vecindario escoja a uno del
3 lugar y lo ponga de atalaya; si al divisar la espada que avanza con-
tra la población da la alarma al vecindario a toque de trompeta,
4 el que oyendo el toque de trompeta no se ponga alerta, será
responsable de su propia sangre cuando llegue la espada y lo arre-
5 bate. Puesto que oyó el toque de trompeta y no se puso alerta,
responderá de su propia sangre; si hubiera estado alerta, habría
6 salvado la vida. Pero si el atalaya divisa la espada que avanza y no
toca la trompeta, y el vecindario no se pone alerta, y llega la espada
y arrebata a alguno de ellos, éstos mueren por su culpa, pero al
atalaya le pediré cuenta de la sangre.
7 »A ti, hijo de Adán, te he puesto de atalaya en la casa de Israel;
cuando escuches palabra de mi boca, les darás la alarma de mi parte.
8 Si yo digo al malvado: ¡Malvado, eres reo de muerte!, y tú no ha-
blas poniendo en guardia al malvado para que cambie de conducta,
el malvado morirá por su culpa, pero a ti te pediré cuenta de su
9 sangre; pero si tú pones en guardia al malvado para que cambie de
conducta, y él no cambia de conducta, él morirá por su culpa y tú
salvarás la vida.
10 »Y tú, hijo de Adán, dile a la casa de Israel: Vosotros discurrís
de este modo: Nuestros crímenes y nuestros pecados cargan sobre
nosotros y por ellos nos consumimos, ¿podremos seguir con vida?
11 Pues diles: Por mi vida —oráculo del Señor—, juro que no quiero
la muerte del malvado, sino que cambie de conducta y viva. ¡Con-
vertíos, cambiad de conducta, malvados, y no moriréis, casa de
Israel!
12 »Y tú, hijo de Adán, di a tus compatriotas: Al justo no lo salvará
su justicia si comete un delito, al malvado no lo condenará su mal-
dad si se convierte de ella. (El justo no podrá seguir viviendo a
13 costa de su justicia si peca). Si digo al justo 'vivirás', y él, confiado
en su justicia, comete un delito, no se tendrá en cuenta su justicia,
14 sino que morirá por el delito que cometió. Si digo al malvado 'mo-
rirás', y él se convierte de su pecado, practica el derecho y la justicia,
15 devuelve la prenda, restituye el hurto y sigue los preceptos de vida
16 sin incurrir en delito, entonces vivirá y no morirá; no se tendrá en
cuenta ningún pecado de los que cometió; por haber practicado el
derecho y la justicia vivirá.
17 »Replicarán tus compatriotas: 'No es justo el proceder del Se-
18 ñor', cuando son ellos los que no proceden rectamente. Si se per-
vierte el justo de su justicia y comete un delito, por él morirá.
19 Si el malvado se convierte de su maldad y practica la justicia y el
20 derecho, por ellos vivirá. ¿Insistís en decir que no es justo el pro-
ceder del Señor? A cada uno lo juzgaré según su conducta».

Llega el fugitivo
(24,26-27)

21 El año duodécimo de nuestra deportación, el día cinco del mes
décimo, se me presentó un evadido de Jerusalén y me dio esta no-
22 ticia: «Han destruido la ciudad». La tarde anterior había venido
sobre mí la mano del Señor, y permaneció hasta que el evadido se
me presentó por la mañana; entonces se me abrió la boca y no vol-
ví a estar mudo.

En Jerusalén

23 Me vino esta palabra del Señor:
24 —Hijo de Adán, los moradores de aquellas ruinas de la tierra de
Israel andan diciendo: 'Si Abrahán, que era uno solo, se adueñó
de la tierra, ¡cuánto más nosotros, que somos muchos, seremos
25 dueños de la tierra!'. Pues diles: Esto dice el Señor: Vosotros, que
coméis en los montes levantando los ojos a vuestros ídolos y derra-
26 máis sangre, ¿vais a poseer la tierra? Vosotros, los que os habéis
quedado en las ruinas, cometéis abominaciones y profanáis a la
27 mujer del prójimo, ¿vais a poseer la tierra? Diles así: Esto dice el
Señor: Os juro por mi vida que los que estén en las ruinas caerán
a espada, a los que estén en descampado los entregaré en pasto a
las fieras y los que estén en los fortines y refugios morirán apesta-
28 dos. Convertiré el país en desierto desolado y así terminará su terca
soberbia. Quedarán desolados los montes de Israel, sin nadie que
29 los transite. Sabrán que yo soy el Señor cuando convierta el país
en desierto desolado por todas las abominaciones que cometieron.

Coplero de amoríos

30 »Y tú, hijo de Adán, tus paisanos andan murmurando de ti al
abrigo de los muros y a la puerta de las casas, diciéndose uno a
31 otro: 'Vamos a ver qué palabra nos envía el Señor'. Acuden a ti en
tropel y mi pueblo se sienta delante de ti; escuchan tus palabras,
pero no las practican; con la boca dicen lisonjas, pero su ánimo
32 anda tras el negocio. Eres para ellos coplero de amoríos, de bonita
voz y buen tañedor. Escuchan tus palabras, pero no las practican.
33 Pero cuando se cumplan, y están para cumplirse, se darán cuenta
de que tenían un profeta en medio de ellos».

Los pastores de Israel

34 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, profetiza contra los pastores de Israel, profetiza
diciéndoles: ¡Pastores!, esto dice el Señor:
¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos!
¿No son las ovejas lo que tienen que apacentar los pastores?
3 Os coméis su enjundia, os vestís con su lana;
matáis las más gordas, y las ovejas no las apacentáis.

4 No fortalecéis a las débiles, ni curáis a las enfermas,
ni vendáis a las heridas;
no recogéis las descarriadas, ni buscáis las perdidas
y maltratáis brutalmente a las fuertes.
5 Al no tener pastor, se desperdigaron
y fueron pasto de las fieras salvajes.
6 Mis ovejas se desperdigaron y vagaron sin rumbo
por montes y altos cerros;
mis ovejas se dispersaron por toda la tierra,
sin que nadie las buscase siguiendo su rastro.
7 Por eso, pastores, escuchad la palabra del Señor:
8 ¡Lo juro por mi vida! —oráculo del Señor—.
Mis ovejas fueron presa, mis ovejas fueron pasto
de las fieras salvajes por falta de pastor;
pues los pastores no las cuidaban,
los pastores se apacentaban a sí mismos.
9 Por eso, pastores, escuchad la palabra del Señor:
10 Esto dice el Señor:
Me voy a enfrentar con los pastores:
les reclamaré mis ovejas,
los quitaré de pastores de mis ovejas
para que dejen de apacentarse a sí mismos los pastores,
libraré a mis ovejas de sus fauces
para que no sean su manjar.
11 Así dice el Señor:
Yo mismo en persona buscaré mis ovejas
siguiendo su rastro.
12 Como sigue el pastor el rastro de su rebaño
cuando las ovejas se le dispersan,
así seguiré yo el rastro de mis ovejas
y las libraré sacándolas de todos los lugares
por donde se desperdigaron
un día de oscuridad y nubarrones.
13 Los sacaré de entre los pueblos,
los congregaré de los países, los traeré a su tierra,
los apacentaré en los montes de Israel,
en las cañadas y en los poblados del país.
14 Los apacentaré en ricos pastizales,
tendrán sus dehesas en los montes más altos de Israel;
se recostarán en fértiles dehesas
y pastarán pastos jugosos en los montes de Israel.
15 Yo mismo apacentaré mis ovejas, yo mismo las haré sestear
—oráculo del Señor—.
16 Buscaré las ovejas perdidas, recogeré las descarriadas;
vendaré a las heridas, curaré a las enfermas;
a las gordas y fuertes las guardaré
y las apacentaré como es debido.
17 Y a vosotras, mis ovejas, esto dice el Señor:
Voy a juzgar el pleito de mis ovejas:
¡carneros y machos cabríos!
18 ¿No os basta pacer el mejor pasto,
que holláis con las pezuñas el resto del pastizal?

¿Ni beber el agua clara,
que enturbiáis la restante con las pezuñas?
19 Y luego mis ovejas tienen que pacer
lo que hollaron vuestras pezuñas
y tienen que beber lo que vuestras pezuñas enturbiaron.
20 Por eso, así les dice el Señor:
Yo mismo juzgaré el pleito
de las reses flacas y las gordas.
21 Porque embestís de soslayo, con la espaldilla,
y acorneáis a las débiles,
hasta desperdigarlas en desbandada;
22 yo salvaré a mis ovejas y no volverán a ser botín;
yo juzgaré el pleito de mis ovejas.
23 Les daré un pastor único que las pastoree: mi siervo David;
él las apacentará, él será su pastor.
24 Yo, el Señor, seré su Dios,
y mi siervo David, príncipe en medio de ellos.
Yo, el Señor, lo he dicho.
25 Haré con ellos alianza de paz:
descastaré de la tierra los animales dañinos;
acamparán seguros en el desierto,
dormirán en los bosques.
26 Ellos y mi colina toda a la redonda serán una bendición:
enviaré lluvias a su tiempo, una bendición de lluvias.
27 El árbol silvestre dará su fruto y la tierra dará sus cosechas,
y ellos estarán seguros en su territorio.
Sabrán que yo soy el Señor
cuando haga saltar las coyundas de su yugo
y los libre del poder de los tiranos.
28 No volverán a ser botín de las naciones
ni los devorarán las fieras salvajes;
vivirán seguros, sin sobresaltos.
29 Les daré un plantío famoso:
no volverá a haber muertos de hambre en el país
ni tendrán que soportar la burla de los pueblos.
30 Y sabrán que yo, el Señor, soy su Dios
y ellos son mi pueblo, la casa de Israel
—oráculo del Señor—.
31 [Y vosotros sois mis ovejas, ovejas de mi rebaño,
y yo soy vuestro Dios —oráculo del Señor—].

Contra el monte de Seír

35 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, ponte de cara al monte Seír y profetiza así contra él:
3 Esto dice el Señor:
Aquí estoy contra ti, monte Seír,
extenderé mi mano contra ti para hacerte desierto desolado.
4 Convertiré en escombros tus ciudades,
quedarás desolado y sabrás que yo soy el Señor.

5 Porque, movido por un rencor antiguo,
entregaste a los israelitas a la espada
el día fatídico, el día del castigo final;
6 por eso juro por mi vida —oráculo del Señor—
que en sangre te convertiré y la sangre te perseguirá.
¿Aborreces la sangre?, pues la sangre te perseguirá.
7 Convertiré el monte Seír en desierto desolado
y extirparé de él al que va y al que viene.
8 Llenaré de apuñalados tus collados y vaguadas
y todas tus torrenteras;
allí yacerán los muertos a espada.
9 Te convertiré en eterna desolación,
tus ciudades no serán habitadas,
y sabréis que yo soy el Señor.
10 Por haber dicho:
«Las dos naciones serán mías, me apoderaré de los dos países»
—y el Señor estaba allí—;
11 por eso, juro por mi vida —oráculo del Señor—
que te trataré con la misma ira y con la misma rabia
con que tú los trataste, movida de odio,
y haré que me conozcas cuando te juzgue.
12 Y sabrás que yo, el Señor,
escuché los insultos que decías a los montes de Israel:
«Están desiertos: nos los han dado para que los devoremos».
13 Os envalentonasteis contra mí con vuestras bravatas
y os insolentasteis contra mí con vuestra palabrería
—y yo lo estaba oyendo—.
14 Esto dice el Señor:
[Con gozo de toda la tierra te convertiré en desolación].
15 Lo mismo que te alegraste
al quedar desolada la heredad de la casa de Israel,
así haré contigo: quedará desolado el monte Seír
y todo el territorio de Edom, y sabrán que yo soy el Señor.

A los montes de Israel

36 —Y tú, hijo de Adán, profetiza así a los montes de Israel:
Montes de Israel, escuchad la palabra del Señor:
2 »Esto dice el Señor: Por haber dicho vuestro enemigo: '¡Bien!
3 Los cerros antiguos son propiedad nuestra'; por eso profetiza así:
»Esto dice el Señor: Porque os han arrasado y pisoteado y con-
quistado los restantes pueblos; porque habéis andado en boca de
4 deslenguados y os ha difamado la gente; por eso, montes de Israel,
escuchad la palabra del Señor:
»Esto dice el Señor a los montes y a los collados, a las torrente-
ras y a las vaguadas, a las ruinas desoladas y a las ciudades aban-
donadas, que fueron botín y burla del resto de los pueblos vecinos;
5 por tanto, esto dice el Señor: Juro que en el fuego de mi celo
hablo contra el resto de las naciones que se han apoderado de mi
tierra con regocijo de corazón y mala entraña, despoblándola y es-
6 quilmándola. Por eso profetiza a la tierra de Israel diciendo a los
montes y a los collados, a las torrenteras y a las vaguadas:

»Esto dice el Señor: Yo hablo con celo y con cólera, porque
7 habéis cargado con el sarcasmo de las naciones; por eso, así dice el
Señor: Juro con la mano en alto que los pueblos que os rodean
8 cargarán con sus sarcasmos. Y vosotros, montes de Israel, echaréis
frondas y daréis fruto para mi pueblo, Israel, que está para llegar.
9 Porque yo estoy con vosotros y me vuelvo hacia vosotros: os labra-
10 rán y os sembrarán. Acrecentaré vuestra población, toda la casa de
Israel; serán repobladas las ciudades y las ruinas serán reconstrui-
11 das. Acrecentaré vuestra población y vuestro ganado [serán muchos
y fecundos] y haré que os habiten como antaño y os concederé más
12 bienes que al principio, y sabréis que yo soy el Señor. Haré que os
transite la gente de mi pueblo, Israel; tomarán posesión de vos-
otros y seréis su heredad y no volveréis a quedaros sin hijos.
13 »Esto dice el Señor: Porque te dicen: 'Eres devoradora de hom-
14 bres, has dejado a tu nación sin hijos'; por eso no devorarás más
hombres ni dejarás a tu nación sin hijos —oráculo del Señor—.
15 Haré que no escuches más los sarcasmos de las naciones, y ya no
tendrás que cargar con las afrentas de las naciones ni volverás a
dejar a tu nación sin hijos —oráculo del Señor—».

Castigo y reconciliación

16 Me vino esta palabra del Señor:
17 —Hijo de Adán, cuando la casa de Israel habitaba en su tierra,
la contaminó con su conducta y con sus malas obras; para mí su
18 proceder fue como sangre inmunda. Entonces derramé mi cólera
sobre ellos por la sangre que habían derramado en el país y por
19 haberlo contaminado con sus ídolos. Los esparcí por las naciones
y anduvieron dispersos por los países; según su proceder y sus ma-
20 las obras los juzgué. Al llegar a las diversas naciones profanaron
mi santo nombre, pues decían de ellos: 'Estos son el pueblo del
21 Señor, han tenido que salir de su tierra'. Entonces sentí lástima
de mi nombre santo, profanado por la casa de Israel en las nacio-
22 nes adonde fue. Por eso, di a la casa de Israel:
»Esto dice el Señor: No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino
por mi santo nombre, profanado por vosotros en las naciones adon-
23 de fuisteis. Mostraré la santidad de mi nombre ilustre profanado
entre los paganos, que vosotros profanasteis en medio de ellos, y
sabrán los paganos que yo soy el Señor —oráculo del Señor— cuan-
24 do les muestre mi santidad en vosotros. Os recogeré por las nacio-
nes, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra.
25 Os rociaré con un agua pura que os purificará, de todas vuestras
26 inmundicias e idolatrías os he de purificar. Os daré un corazón
nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne
27 el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré
mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos y que pongáis
28 por obra mis mandamientos. Habitaréis en la tierra que di a vues-
tros padres; vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.
29 »Os libraré de vuestras inmundicias, llamaré al grano y lo haré
30 abundar y no os dejaré pasar hambre; haré que abunden los frutos
de los árboles y las cosechas de los campos, para que no os insulten

31 los paganos llamándoos 'muertos de hambre'. Al acordaros de vues-
tra conducta perversa y de vuestras malas acciones, sentiréis asco
32 de vosotros mismos por vuestras culpas y abominaciones. Sabedlo
bien, no lo hago por vosotros —oráculo del Señor—; avergonzaos
y sonrojaos de vuestra conducta, casa de Israel.
33 »Esto dice el Señor: Cuando os purifique de vuestras culpas, haré
que se repueblen las ciudades y que las ruinas se reconstruyan.
34 Volverán a labrar la tierra asolada, después de haber estado baldía
35 a la vista de los caminantes. Dirán: Esta tierra desolada está hecha
un paraíso, y las ciudades arrasadas, desiertas, destruidas, son pla-
36 zas fuertes habitadas. Y los pueblos que queden en vuestro contor-
no sabrán que yo, el Señor, reedifico lo destruido y planto lo arra-
sado. Yo, el Señor, lo digo y lo hago.
37 »Esto dice el Señor: Me dejaré suplicar por la casa de Israel y le
38 concederé esto: acrecentaré su población como un rebaño. Como re-
baño de ovejas consagradas, como ovejas en Jerusalén durante la
fiesta, así rebosarán de gente las ciudades arrasadas. Y sabrán que
yo soy el Señor».

Los huesos y el espíritu

37 La mano del Señor se posó sobre mí y el espíritu del Señor me
2 llevó, dejándome en un valle todo lleno de huesos. Me los hizo pa-
sar revista: eran muchísimos los que había en la cuenca del valle;
3 estaban calcinados. Entonces me dijo:
—Hijo de Adán, ¿podrán revivir esos huesos?
Contesté:
—Tú lo sabes, Señor.
4 Me ordenó:
—Conjura así a esos huesos: Huesos calcinados, escuchad la pa-
5 labra del Señor. Esto dice el Señor a esos huesos: Yo os voy a in-
6 fundir espíritu para que reviváis. Os injertaré tendones, os haré
criar carne; tensaré sobre vosotros la piel y os infundiré espíritu
para que reviváis. Así sabréis que yo soy el Señor.
7 Pronuncié el conjuro que se me había mandado, y mientras lo
pronunciaba, resonó un trueno, luego hubo un terremoto y los hue-
8 sos se ensamblaron, hueso con hueso. Vi que habían prendido en
ellos los tendones, que habían criado carne y tenían la piel tensa;
pero no tenían aliento.
9 Entonces me dijo:
—Conjura al aliento, conjura, hijo de Adán, diciéndole al aliento:
Esto dice el Señor: Ven, aliento, desde los cuatro vientos y sopla
en estos cadáveres para que revivan.
10 Pronuncié el conjuro que se me había mandado. Penetró en ellos
el aliento, revivieron y se pusieron en pie: era una muchedumbre
inmensa.
11 Entonces me dijo:
—Hijo de Adán, esos huesos son toda la casa de Israel. Ahí los
tienes diciendo: Nuestros huesos están calcinados, nuestra esperan-
12 za se ha desvanecido; estamos perdidos. Por eso profetiza dicién-
doles: Esto dice el Señor: Yo voy a abrir vuestros sepulcros, os voy

a sacar de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os voy a llevar a la
13 tierra de Israel. Sabréis que yo soy el Señor cuando abra vuestros
sepulcros, cuando os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío.
14 Infundiré mi espíritu en vosotros para que reviváis, os estableceré
en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago
—oráculo del Señor—.

Las dos varas

15 Me vino esta palabra del Señor:
16 —Y tú, hijo de Adán, cógete una vara y escribe en ella 'Judá';
17 coge luego otra vara y escribe en ella 'José'. Empálmalas la una
con la otra de modo que formen una sola vara y queden unidas en
18 tu mano. Y cuando te pregunten tus paisanos: 'Explícanos lo que
19 quieres decir', respóndeles:
»Esto dice el Señor: Voy a coger la vara de José y a empalmarla
con la vara de Judá, de modo que formen una sola vara y queden
unidas en mi mano.
20 »Toma en la mano las varas escritas, y enseñándoselas, diles:
21 »Esto dice el Señor: Yo voy a recoger a los israelitas por las na-
ciones adonde marcharon, voy a congregarlos de todas partes y los
22 voy a repatriar. Los haré un solo pueblo en su país, en los montes
de Israel, y un solo rey reinará sobre todos ellos. No volverán a ser
23 dos naciones ni a desmembrarse en dos monarquías. No volverán
a contaminarse con sus ídolos y fetiches y con todos sus crímenes.
Los libraré de sus pecados y prevaricaciones, los purificaré: ellos
24 serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, el
único pastor de todos ellos. Caminarán según mis mandatos y cum-
25 plirán mis preceptos, poniéndolos por obra. Habitarán en la tierra
que le di a mi siervo Jacob, en la que habitaron vuestros padres;
allí vivirán para siempre, ellos y sus hijos y sus nietos, y mi siervo
26 David será su príncipe para siempre. Haré con ellos una alianza de
paz, alianza eterna pactaré con ellos. Los estableceré, los acrecentaré
27 y pondré entre ellos mi santuario para siempre; tendré mi morada
28 junto a ellos, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las
naciones que yo soy el Señor que consagra a Israel, cuando esté
entre ellos mi santuario para siempre».

ORACULOS CONTRA GOG

Contra Gog: Escatología

38 Me vino esta palabra del Señor:
2 —Hijo de Adán, encárate con Gog, adalid y caudillo de Mesec
y Tubal, y profetiza así contra él:
3 »Esto dice el Señor: Aquí estoy contra ti, Gog, adalid y caudillo
4 de Mesec y Tubal; te revolveré y te clavaré garfios en la mandíbu-
la; os sacaré a la lucha a ti y a todo tu ejército: caballos y jinetes,
todos bien equipados; una milicia inmensa, con escudos y adargas,
5 todos empuñando la espada. Parás, Cus y Put van con ellos, todos
6 con escudos y yelmos. Gómer y todas sus huestes; Bet Togarma,
el norte remoto, con todas sus huestes; tropas innumerables te
7 siguen. ¡En pie de guerra, prepárate tú, con toda la milicia que
8 tienes reclutada, mantenlos alerta! Al cabo de mucho tiempo te
pasarán revista; al terminar los años invadirás una nación rescatada
de la espada, reunida de muchos países en los montes de Israel,
que fueron yermo perenne. Fueron sacados de entre los pueblos y
9 habitan todos confiados. Pero tú te levantarás como una borrasca,
avanzarás como un nublado hasta cubrir el país. Tú, con todas tus
huestes y tropas aliadas incontables.
10 »Esto dice el Señor: Aquel día te vendrán pensamientos y pla-
11 nearás planes malvados: 'Invadiré un país abierto y atacaré a gente
pacífica que habita confiada en ciudades sin murallas, sin cerrojos
12 y sin puertas; para entrar a saco y alzarme con el botín, para alar-
gar la mano a las ruinas repobladas. Atacaré a un pueblo recogido
de entre las naciones, que se ha hecho con ganado y hacienda y
13 habita en el ombligo del mundo'. Sabá y Dedán, los mercaderes de
Tarsis y todos sus traficantes te dirán: '¿Conque vienes a saquear?
¿Has reclutado tu milicia para alzarte con el botín; para robar pla-
ta y oro, para arrebatar ganado y hacienda, para alzarte con un rico
botín?'.
14 »Pues bien, hijo de Adán, profetiza contra Gog:
»Esto dice el Señor: Aquel día, cuando mi pueblo, Israel, habite
15 confiado, te despertarás y vendrás desde tu territorio, desde el
norte remoto, con tropas aliadas incontables, todos montados a
16 caballo, una gran milicia, un ejército inmenso, y atacarás a mi pue-
blo, Israel, lo mismo que un nublado, hasta cubrir el país. Al cabo
de los años te traeré contra mi país, para que, al ver mi santidad
actuando sobre ti, Gog, me reconozcan las naciones.
17 »Esto dice el Señor: Tú eres aquel de quien hablé antiguamente
por medio de mis siervos los profetas de Israel; ya entonces profe-
18 tizaron que yo te traería contra ellos. Aquel día, cuando Gog invada
la tierra de Israel —oráculo del Señor—, brotará mi cólera y mi
19 indignación. En el fuego de mi furia y en mi pasión lo juro: aquel
20 día habrá un gran terremoto en la tierra de Israel, temblarán ante
mí los peces del mar y las aves del cielo, las fieras salvajes y los
reptiles del suelo y todos los hombres de la superficie de la tierra.
Se derrumbarán las montañas, los riscos se despeñarán y las mura-
21 llas se desplomarán. Daré cita contra él a la espada —oráculo del

Señor—, y la espada de cada uno se volverá contra su hermano.
22 Pleitearé con él con peste y con sangre; haré que lluevan trombas
de agua y granizo, fuego y azufre sobre él y sus huestes y sus tropas
23 aliadas incontables. Mostraré mi grandeza y mi santidad y me daré
a conocer a muchas naciones, y sabrán que yo soy el Señor.

39 »Y tú, hijo de Adán, profetiza así contra Gog:
»Esto dice el Señor: Aquí estoy contra ti, Gog, adalid y caudillo
2 de Mesec y Tubal, voy a revolverte y a sacarte, te levantaré en el
3 norte remoto y te llevaré a los montes de Israel. De un golpe te
tiraré el arco de la mano izquierda y las flechas se te caerán de la
4 mano derecha. En los montes de Israel caeréis tú con todas tus
huestes y las tropas que vienen contigo. Te daré como pasto a todas
5 las aves de rapiña y a las fieras salvajes. Caerás en campo abierto,
6 pues yo lo he dicho —oráculo del Señor—. Enviaré fuego contra
Magog y los que habitan confiados en las islas, para que sepan que
7 yo soy el Señor. Daré a conocer mi nombre santo en medio de mi
pueblo, Israel; ya no profanaré mi nombre santo, y sabrán las na-
8 ciones que yo soy el Señor, el Santo de Israel. Mira que llega, que
sucede —oráculo del Señor—: es el día que predije.
9 »Saldrán los vecinos de las villas de Israel y prenderán y quema-
rán las armas: arco y flechas, adarga y escudo, venablo y jabalina;
10 harán fuego con ellas durante siete años. No tendrán que acarrear
leña del monte ni tendrán que cortarla en los bosques, pues harán
fuego con las armas. Saquearán a sus saqueadores y despojarán a
sus despojadores —oráculo del Señor—.
11 »Aquel día le daré a Gog un mausoleo, un sepulcro en Israel: la
nava de Abarín, al este del Mar Muerto; obstruirá el paso a los ca-
minantes. Allí enterrarán a Gog con toda su horda, y le pondrán
12 de nombre Navalahorda de Gog. La casa de Israel los enterrará
13 para limpiar el país, y tardarán siete meses. Entre todos los del país
los enterrarán, y el día en que me cubra yo de gloria será memora-
14 ble para ellos —oráculo del Señor—. Destacarán patrullas que se
dediquen a rastrear el país y a enterrar a los que aún queden a flor
de tierra, para limpiar el país. Pasados siete meses harán la inspec-
15 ción. El rastreador que recorriendo el país vea un hueso humano,
plantará junto a él un mojón, hasta que lo entierren los enterrado-
16 res en Navalahorda de Gog, y dejen limpio el país.
17 »Y tú, hijo de Adán, esto dice el Señor:
»Di a las aves de toda pluma y a las fieras salvajes: Reuníos y
congregaos, venid de todas partes al banquete que os he preparado,
un banquete colosal en los montes de Israel. Comeréis carne y be-
18 beréis sangre: comeréis carne de héroes y beberéis sangre de paladi-
nes de la tierra; ellos serán los carneros, corderos y machos cabríos,
19 los novillos y cebones de Basán. Comeréis grasa hasta saciaros y
beberéis sangre hasta embriagaros: es el banquete que os he pre-
20 parado. Os hartaréis a mi mesa de corceles y jinetes, de héroes y
guerreros —oráculo del Señor—.
21 »Mostraré mi gloria a las naciones: todas las naciones verán el
22 juicio que hago en ellos y mi mano que lo ejecuta. A partir de aquel
23 día sabrá la casa de Israel que yo soy el Señor, su Dios. Y las na-
ciones sabrán que la casa de Israel fue deportada por su culpa, por

haberse rebelado contra mí; por eso les oculté mi rostro, los puse
24 en manos de sus adversarios y cayeron todos a espada. Los traté
según merecían su inmundicia y sus delitos, ocultándoles mi rostro.
25 »Por tanto, así dice el Señor: Ahora cambio la suerte de Jacob,
me apiado de la casa de Israel y soy celoso de mi santo nombre.
26 Cargarán con su ignominia y su deslealtad contra mí cuando habi-
27 ten en su tierra seguros, sin sobresaltos; cuando los haga regresar
de las naciones y los recoja de los países hostiles y muestre en ellos
28 mi santidad a la vista de muchos pueblos. Sabrán que yo soy el
Señor, que si los deporté entre los paganos, ahora los reúno en su
29 tierra sin dejarme ninguno. No volveré a ocultarles mi rostro, yo
que he infundido mi espíritu a la casa de Israel —oráculo del
Señor—».

NUEVO TEMPLO Y NUEVA TIERRA

El nuevo templo

40 El año veinticinco de nuestra deportación, el diez del mes, día
de año nuevo, el año catorce de la caída de la ciudad, ese mismo
2 día vino sobre mí la mano del Señor, y el Señor me llevó en éxtasis
a la tierra de Israel, dejándome en un monte muy alto, en cuya
3 cima se erguía una mole con traza de ciudadela. Me llevó allí y vi
junto a la puerta un hombre que parecía de bronce: tenía en la
4 mano un cordel de lino y una caña de medir. Este hombre me dijo:
—Hijo de Adán, mira y escucha atentamente, fíjate bien en lo
que voy a enseñarte, porque has sido traído aquí para que yo te lo
enseñe. Anuncia a la casa de Israel todo lo que veas.
5 Una *muralla* ceñía todo el perímetro del templo. La caña de me-
dir que el hombre llevaba en la mano era de seis codos (codo ma-
yor, de a codo y palmo)[a]. La muralla medía tres metros de espesor
por tres metros de alto.
6 Entró por la *puerta oriental:* subió los peldaños y se puso a me-
7 dir. El umbral de la puerta medía tres metros de fondo; las garitas,
tres metros de largo por tres de ancho; los entrepaños, tres metros;
8 el umbral interior de la puerta contigua al vestíbulo, tres metros.
9 El vestíbulo de la puerta medía cuatro metros; las jambas, un me-
10 tro; el vestíbulo estaba al fondo. La puerta oriental tenía tres gari-
tas a cada lado, todas de las mismas dimensiones. Las pilastras de
11 ambos lados tenían también las mismas dimensiones. El vano de la
puerta tenía cinco metros de luz. El pasillo de la puerta medía un
12 metro y medio de ancho. Las garitas tenían en su embocadura un
pretil de medio metro. Las garitas medían tres metros de lado.
13 Sección transversal de la puerta, desde el arranque del techo de una
garita hasta el remate del techo de la de enfrente, doce metros y
14 medio. Los vanos de las garitas caían frente a frente. El vestíbulo
15 medía diez metros y comunicaba con el atrio. Sección longitudinal
de la puerta, desde la fachada de la entrada hasta el testero del ves-
16 tíbulo interno, veinticinco metros. Las garitas de dentro de la puer-
ta tenían troneras. También el vestíbulo tenía troneras. Las jambas
del vestíbulo estaban ornamentadas con palmas.
17 Luego me llevó al *atrio exterior,* en el que había treinta habita-
18 ciones. Una acera bordeaba todo el atrio. La acera arrancaba de las
puertas y su anchura correspondía a la longitud de éstas. Es la acera
19 inferior. El atrio, desde el testero de la puerta exterior hasta la fa-
chada de la puerta interior, medía cincuenta metros.
20 Midió también la *puerta septentrional* del atrio exterior a lo largo
21 y a lo ancho. Tenía las mismas dimensiones que la puerta anterior:
veinticinco metros de largo por doce metros y medio de ancho, con
22 sus tres garitas a cada lado, sus pilastras y su vestíbulo. Las troneras
del vestíbulo y las palmas ornamentales tenían las mismas dimen-
siones que las de la puerta oriental. Tenía una escalinata de siete

a Simplificamos las medidas reduciendo el codo mayor (0,518 m.) a medio metro.

23 peldaños. El vestíbulo estaba al fondo. Por el norte, lo mismo que
por el este, la puerta del atrio interior caía frente a la puerta del
atrio exterior. Entre puerta y puerta había una distancia de cin-
cuenta metros.
24 Me condujo hacia el sur. Allí vi la *puerta meridional*. Sus pilas-
tras y su vestíbulo medían lo mismo que los de las demás puertas.
25 Las garitas y el vestíbulo de la puerta tenían troneras, iguales a las
de las demás puertas. La puerta medía veinticinco metros de largo
26 por doce metros y medio de ancho. Tenía una escalinata de siete
peldaños. El vestíbulo estaba al fondo. Las jambas del vestíbulo
27 estaban ornamentadas con palmas. El atrio interior tenía también
una puerta mirando al sur. Entre puerta y puerta había una distan-
cia de cincuenta metros.
28 Por la puerta meridional me llevó al *atrio interior*. Esta puerta
29 medía lo mismo que las demás. Sus garitas, sus pilastras y su vestí-
30 bulo medían lo mismo que los de las demás puertas. La puerta y su
vestíbulo tenían troneras. La puerta medía veinticinco metros por
doce metros y medio [a].
31 El vestíbulo comunicaba con el atrio exterior. Sus jambas estaban
ornamentadas con palmas. Tenía una escalinata de ocho peldaños.
32 Me llevó al atrio interior en dirección este. Esta puerta medía lo
33 mismo que las demás. Sus garitas, sus pilastras y su vestíbulo me-
dían lo mismo que los de las demás puertas. La puerta y su vestí-
bulo tenían troneras. La puerta medía veinticinco metros por doce
34 metros y medio. El vestíbulo comunicaba con el atrio exterior. Sus
jambas estaban ornamentadas con palmas. Tenía una escalinata de
35 ocho peldaños. Me llevó a la puerta septentrional, que medía lo
36 mismo que las demás. Sus garitas, sus pilastras y su vestíbulo eran
como los de las demás puertas. La puerta y su vestíbulo tenían
troneras. La puerta medía veinticinco metros por doce metros y
37 medio. El vestíbulo comunicaba con el atrio exterior. Sus jambas
estaban ornamentadas con palmas. Tenía una escalinata de ocho
peldaños.
47 El atrio central era un cuadrado de cincuenta metros de lado.
El *altar* estaba situado enfrente del templo.
48 Me llevó al *vestíbulo del templo*. Las jambas medían dos metros
y medio. La entrada tenía siete metros de luz. Los flancos de la
49 puerta medían un metro y medio. El vestíbulo medía diez metros
de ancho por seis de fondo. Tenía una escalinata de diez peldaños.
Junto a las jambas había sendas columnas.

41 Me llevó a la *nave del templo*. Las jambas medían tres metros de
2 espesor. La entrada tenía cinco metros de luz; los flancos de la
entrada medían dos metros y medio. La nave medía veinte metros
de largo por diez de ancho.
3 Penetró en la *pieza interior*. Las jambas de la entrada medían un
metro. La entrada tenía tres metros de luz. Los flancos de la entra-
4 da medían tres metros y medio. Esta pieza medía diez metros de
largo por diez de ancho. Entonces me dijo: «Este es el Santísimo».

a El texto está corregido.

40,38 Había un cuarto que comunicaba con el vestíbulo de la puerta.
39 Era el lavadero de las víctimas de los holocaustos. A cada lado del
vestíbulo de la puerta había dos *mesas* destinadas a degolladero de
las víctimas de los holocaustos y de los sacrificios expiatorios y
40 penitenciales. Fuera del vestíbulo, a cada flanco de la entrada de la
41 puerta septentrional, había dos mesas. Cuatro mesas había dentro
de la puerta y otras cuatro fuera. Eran ocho en total las mesas des-
42a tinadas a degolladero. Las cuatro mesas para las víctimas de los
holocaustos estaban construidas con sillares. Medían setenta y cinco
centímetros de largo por setenta y cinco de ancho y cincuenta de
43 alto. Un palmo medían las repisas que había empotradas en las pa-
42b redes. En ellas se ponían las herramientas utilizadas para degollar
43b las víctimas de los holocaustos [y del sacrificio]. La carne de las
ofrendas se ponía en las mesas.
44 Me condujo al atrio interior, donde había dos habitaciones: una
al flanco de la puerta septentrional, mirando al sur, y otra al flanco
45 de la puerta oriental, mirando al norte. Y me dijo:
—Esta habitación orientada al sur es para los sacerdotes que
46 atienden al servicio del templo; y la habitación orientada al norte
es para los sacerdotes que atienden al servicio del altar, es decir, los
sadoquitas, escogidos entre los levitas para servir al Señor.

41,5 La pared del *templo* medía tres metros de espesor. Las crujías
6 anejas que ceñían el templo medían dos metros de anchura. Las cru-
jías estaban superpuestas formando tres plantas. La pared del tem-
plo tenía retallos en los que estribaban las vigas de las crujías, que
7 así no iban empotradas en la pared del templo. Las crujías se hacían
más anchas a medida que se subía, pues en cada planta ganaban
espacio al muro del templo. Desde la planta baja se podía subir a
la intermedia y a la superior.
8 El templo estaba bordeado por una acera. Las crujías anejas te-
nían más de una vara de cimientos. La acera medía tres metros.
9 La pared exterior de las crujías anejas medía dos metros y medio
10 de espesor. Entre las crujías anejas al templo y los bloques de habi-
taciones quedaba un solar de diez metros de anchura alrededor del
11 templo. Las crujías anejas comunicaban con este solar por sendos
postigos, uno al norte y otro al sur. Este solar tenía una tapia de
dos metros y medio de espesor.
12 Contiguo a este recinto, por el lado occidental, se levantaba un
pabellón de treinta y cinco metros de ancho por cuarenta y cinco
de largo. La pared de este pabellón medía dos metros y medio de
13 espesor. Longitud total del templo, cincuenta metros. Longitud del
pabellón, incluyendo el espesor del muro y el recinto, cincuenta
14 metros. Anchura de la fachada oriental del templo, incluyendo el
15 recinto, cincuenta metros. Anchura del pabellón contiguo al recinto,
por la parte de atrás, cincuenta metros.
La nave del templo y el vestíbulo estaban revestidos de madera.
16 Los alféizares de las ventanas estaban chapeados de madera. La
pared estaba guarnecida de madera desde el suelo hasta las venta-
17 nas; igualmente el paño que carga sobre la puerta. En las paredes
18 del santísimo y de la nave había paneles ornamentados con palmas
19 y querubines alternándose. Los querubines tenían dos rostros: un

rostro humano mirando a la palma de un lado y un rostro de león
mirando a la palma del otro lado. Todo el templo tenía esta *orna-*
20 *mentación*. Desde el piso hasta el paño que carga sobre la puerta
toda la pared estaba ornamentada con querubines y palmas.
21-2 La puerta de la nave tenía jambas cuadradas. Delante del santua-
rio había una especie de altar de madera: medía metro y medio de
alto por uno de largo y uno de ancho; tenía ángulos salientes; su
base y sus paredes eran de madera. Me dijo: «Esta es la *mesa* que
está en presencia del Señor».
23-4 La puerta de la nave tenía dos hojas. La puerta del santuario te-
25 nía dos hojas. Las hojas de estas puertas eran giratorias. Estaban
ornamentadas con querubines y palmas. Tenían la misma ornamen-
tación que las paredes. En la fachada del vestíbulo había una mar-
26 quesina de madera. Las paredes laterales del vestíbulo y la marque-
sina estaban ornamentadas con querubines y palmas.

42 Me llevó a la parte septentrional del atrio exterior y me condujo
a un bloque de *habitaciones* situado frente al recinto y frente al
2 pabellón, por el norte. Medía cincuenta metros de largo por veinti-
3 cinco de ancho, por el lado norte. Se levantaba entre el recinto inte-
rior diez metros y la acera del atrio exterior. Tenía tres galerías, una
4 encima de otra. La fachada de este bloque daba a una calle interior,
de cinco metros de ancho por cincuenta de largo. Este bloque comu-
nicaba con la calle por el norte.
5 Las habitaciones del piso superior eran menos amplias que las de
los pisos bajo e intermedio, porque las galerías les robaban espacio.
6 En efecto, el bloque constaba de tres plantas, y no tenía columnas
como las del atrio exterior; por eso estaba escalonado, con entran-
7 tes en los pisos intermedio y superior. Un muro de veinticinco me-
tros de longitud separaba este bloque de habitaciones del atrio exte-
8 rior. El bloque del atrio exterior medía veinticinco metros de lon-
gitud. Este bloque caía enfrente del otro y medía cincuenta metros.
9 Desde el atrio exterior se podía entrar en este bloque de habitacio-
10 nes por una puerta que se abría al este, en el arranque del muro
del atrio. Al sur había otro bloque gemelo frente al recinto y al
11 pabellón. Delante pasaba una calle. Tenía el mismo aspecto que el
bloque del norte; medía lo mismo de longitud y de anchura, tenía
12 idénticos accesos y estructura. Al pie de este bloque se abría una
puerta en el arranque del muro, por la parte oriental.
13 Me dijo: «Las habitaciones de estos bloques, septentrional y me-
ridional, emplazados frente al recinto y al pabellón, son sacristías.
En ellas los sacerdotes que se acercan al Señor comerán los manja-
res sacrosantos. En ellas depositarán la oblación sacrosanta y la
ofrenda, el sacrificio expiatorio y el penitencial, pues el lugar es
14 sagrado. Los sacerdotes que entren allí no podrán salir del recinto
santo al atrio exterior sin antes quitarse las vestiduras con las que
oficiaron, pues son sagradas. Deben mudarse de ropa antes de acer-
carse adonde está el pueblo».
15 Cuando terminó de medir el ámbito del templo, me sacó por la
16 puerta oriental y se puso a medir el *perímetro del templo*. El lado
oriental medía doscientos cincuenta metros, medidos con la caña de
17 medir. Pasó al lado septentrional, que medía doscientos cincuenta

18 metros, medidos con la caña de medir. Pasó al lado meridional, que
medía doscientos cincuenta metros, medidos con la caña de medir.
19 Pasó al lado occidental, que medía doscientos cincuenta metros,
20 medidos con la caña de medir. Lo midió por los cuatro costados.
Lo circundaba una muralla de doscientos cincuenta metros de ancho
por doscientos cincuenta de largo, que separaba lo sacro de lo
profano.

Vuelve la gloria

43 1-2 Me condujo a la puerta oriental: vi la gloria del Dios de
Israel que venía de oriente, con estruendo de aguas caudalosas, la
3 tierra reflejó su gloria. La visión que tuve era [como la visión que
había contemplado cuando vino a destruir la ciudad] como la vi-
sión que había contemplado a orillas del río Quebar. Y caí rostro
4 en tierra. La gloria del Señor entró en el templo por la puerta
5 oriental. Entonces me arrebató el espíritu y me llevó al atrio inte-
rior. La gloria del Señor llenaba el templo.
6 Entonces oí a uno que me hablaba desde el templo —el hombre
7 seguía a mi lado—, y me decía:
—Hijo de Adán, éste es el sitio de mi trono,
el sitio de las plantas de mis pies,
donde voy a residir para siempre
en medio de los hijos de Israel.
La casa de Israel y sus monarcas
ya no profanarán mi nombre santo
con sus fornicaciones ni con los cadáveres
de sus reyes difuntos.
8 Poniendo su umbral junto a mi umbral
y las jambas de sus puertas pegadas a las mías
—ellos y yo pared por medio—,
profanaron mi nombre santo
con las abominaciones que perpetraron,
y por eso los consumió mi ira.
9 Pero ahora alejarán de mí sus fornicaciones
y los cadáveres de sus monarcas,
y residiré en medio de ellos para siempre.
10 Y tú, hijo de Adán, describe a la casa de Israel el templo, a ver
11 si se avergüenzan de sus culpas. Al medir el plano, se avergonzarán
de lo que hicieron. La estructura y disposición del templo, sus en-
tradas y salidas, sus preceptos y leyes, enséñaselos y diséñalos, para
que pongan por obra todas sus leyes y preceptos.
12 *Ley del templo*. El área entera de la cima del monte es lugar
sacrosanto. Esta es la ley del templo.
13 *Dimensiones del altar* (en codos mayores de a codo y palmo). La
caja del altar medía medio metro de profundidad; entre el bordillo
y el altar quedaba un espacio de medio metro; el bordillo medía
una cuarta.
14 *Alzado del altar*. El bloque inferior desde la caja medía un metro
de altura y tenía un rellano de medio metro. El bloque superior
15 medía dos metros de altura y tenía un rellano de medio metro.

Desde aquí hasta el ara, dos metros de altura. Del ara sobresalían
cuatro remates.
16-7 *Dimensiones del ara.* Un cuadrado de seis metros de lado. El blo-
que superior era un cuadrado de siete metros de lado. Entre el altar
y el bordillo quedaba un espacio de medio metro; el bordillo que
lo rodeaba medía veinticinco centímetros. La escalinata del altar
miraba al oriente.
18 Me dijo:
—Hijo de Adán, esto dice el Señor: *Preceptos sobre el altar.*
El día en que terminen de construirlo, para ofrecer holocaustos y
19 rociarlo con sangre, darás un novillo para el sacrificio expiatorio a
los sacerdotes levitas del linaje de Sadoc, que se acercan a mí para
20 servirme —oráculo del Señor—. Tomarás su sangre, untarás con
ella los cuatro salientes del altar, los cuatro ángulos de sus bloques
y el bordillo que rodea la base, y así lo purificarás y lo expiarás.
21 Tomarás el novillo del sacrificio expiatorio y lo quemarán en el
22 sitio establecido del templo, fuera del santuario. El segundo día
ofrecerás un macho cabrío sin defecto como sacrificio expiatorio;
con él expiarán el altar lo mismo que lo expiaron con el novillo.
23 Terminada la expiación, ofrecerás un novillo y un carnero sin de-
24 fecto: los ofrecerás al Señor y los sacerdotes les echarán sal y se los
25 ofrecerán al Señor en holocausto. Durante siete días ofrecerás un
macho cabrío como sacrificio expiatorio y ofrecerán un novillo y
26 un carnero sin defecto. Durante siete días purificarán el altar, lo
27 expiarán y lo consagrarán. Así pasarán estos siete días. A partir del
octavo, los sacerdotes ofrecerán sobre el altar vuestros holocaustos
y vuestros sacrificios de comunión. Y yo os los aceptaré —oráculo
del Señor—.

La puerta cerrada

44 Luego me hizo volver a la puerta exterior del santuario que mira
a levante; estaba cerrada.
2 Y me dijo:
—Esta puerta permanecerá cerrada. No se abrirá nunca y nadie
entrará por ella, porque el Señor, el Dios de Israel, ha entrado por
3 ella; permanecerá cerrada. Sólo el príncipe en funciones podrá sen-
tarse allí para comer el pan en presencia del Señor; entrará por el
vestíbulo de la puerta y saldrá por el mismo camino.
4 Luego me llevó por la puerta septentrional hacia la fachada del
templo. Contemplé la gloria del Señor, que llenaba el templo del
Señor, y caí rostro en tierra.
5 Y me dijo:
—Hijo de Adán, fíjate bien, mira con los ojos, escucha con los
oídos: voy a comunicarte los *preceptos y leyes* del templo del Se-
ñor. Fíjate bien en los que tienen acceso al templo y al santuario.
6 »Dile a la casa rebelde, a la casa de Israel: Basta ya de perpetrar
7 abominaciones, casa de Israel. Profanáis mi templo metiendo en mi
santuario *extranjeros,* incircuncisos de corazón e incircuncisos de
carne, y ofreciéndome como alimento grasa y sangre, mientras que-
8 brantáis mi alianza con vuestras abominaciones. En vez de atender
al servicio de mis cosas santas, les encargáis a ellos el servicio de mi

9 santuario. Por tanto, esto dice el Señor: Ningún extranjero incir-
cunciso de corazón e incircunciso de carne entrará en mi santuario;
absolutamente ninguno de los extranjeros que viven con los is-
raelitas.
10 »Los *levitas,* que se alejaron de mí cuando Israel se extravió,
11 abandonándome para seguir a sus ídolos, pagarán su culpa, y desem-
peñarán en mi santuario el oficio de porteros y sacristanes del tem-
plo. Ellos degollarán las víctimas del holocausto y del sacrificio del
12 pueblo, al servicio de la gente. Porque le sirvieron delante de sus
ídolos, arrastrando al pecado a la casa de Israel; por eso les juro
con la mano en alto —oráculo del Señor— que pagarán sus culpas,
13 y no se acercarán a mí para oficiar como sacerdotes ni podrán acer-
carse a mis cosas sacrosantas. Cargarán con su ignominia y con las
14 abominaciones que perpetraron. Yo los nombro encargados de todos
los servicios y oficios auxiliares del templo.
15 »Pero los *sacerdotes* levíticos *descendientes de Sadoc,* que se hi-
cieron cargo del servicio de mi santuario cuando los israelitas andu-
vieron extraviados lejos de mí, se acercarán a mí para servirme y
estarán en mi presencia, para ofrecerme grasa y carne —oráculo del
16 Señor—. Ellos entrarán en mi santuario y se acercarán a mi mesa
como ministros míos y se encargarán de mi servicio.
17 »Cuando tengan que entrar por la puerta del atrio interior, se
pondrán *vestiduras* de lino; no llevarán ropa de lana cuando vayan
18 a oficiar en las puertas del atrio interior o dentro del atrio. Irán to-
cados con turbantes de lino, llevarán calzones de lino, pero no se
19 ceñirán, para no sudar. Cuando tengan que salir del atrio exterior,
donde está el pueblo, se quitarán las vestiduras con las que oficia-
ron, dejándolas en las sacristías, y se pondrán otra ropa. Así no
consagrarán al pueblo con sus vestiduras.
20 »No se raparán la cabeza ni irán desmelenados; se recortarán el
21 pelo. Ningún sacerdote beberá vino cuando vaya a entrar en el atrio
22 interior. No tomarán por mujer a viuda ni a repudiada; sólo podrán
casarse con vírgenes del linaje de la casa de Israel o con la viuda de
23 un sacerdote. Declararán a mi pueblo lo que es sagrado y lo que es
24 profano y dictaminarán lo que es puro o impuro. En los pleitos ac-
tuarán como jueces. Sentenciarán según mis leyes; guardarán mis
mandatos y preceptos en todas mis festividades y santificarán mis
25 sábados. No se contaminarán con ningún cadáver, a no ser del pa-
26 dre, la madre, el hermano o la hermana soltera. Después de purifi-
27 carse, contará siete días, y cuando vaya a entrar en el atrio interior
para oficiar en el santuario, ofrecerá por sí mismo un sacrificio
expiatorio —oráculo del Señor—.
28 »No tendrán *propiedad hereditaria:* yo soy su propiedad; no les
29 daréis ninguna posesión en Israel: yo soy su posesión. Comerán la
ofrenda y las víctimas de los sacrificios expiatorios y penitenciales.
30 También les pertenece todo lo dedicado al Señor. Lo mejor de las
primicias y de todos vuestros tributos será para los sacerdotes. La
primicia de vuestra molienda se la daréis al sacerdote para que la
31 bendición descienda sobre tu casa. Los sacerdotes no comerán nin-
gún ave ni animal terrestre muerto o desgarrado por una fiera.

Reparto de la tierra

45 »Cuando repartáis a suerte las heredades de la tierra, reservaréis
para el Señor como tributo un coto sagrado de doce kilómetros y
medio de longitud por diez de anchura. Toda su superficie será sa-
2 grada. [En ella se dejará para el santuario un cuadro de doscientos
cincuenta metros de lado, rodeado de veinticinco metros de
3 pastos]. Aquí acotaréis una parcela de doce kilómetros y medio
de largo por cinco de ancho, en la que se levantará el santuario.
4 Es la parcela sacrosanta del país. Se adjudicará a los *sacerdotes* mi-
nistros del santuario que se acercan al Señor para servirle. Allí
5 tendrán solares para sus casas y pastos para el ganado. A los *levitas,*
empleados del templo, se les adjudicará una propiedad de doce kiló-
metros y medio de longitud por cinco de anchura, para que tengan
6 donde habitar. El área señalada como término de la *ciudad* medirá
doce kilómetros y medio de largo por dos y medio de ancho, a lo
largo del coto sagrado. Pertenecerá a toda la casa de Israel.
7 »Al *príncipe* le asignaréis territorios a ambos lados del coto sa-
grado y del término de la ciudad; se extenderán desde el límite del
coto sagrado y del término de la ciudad hasta el mar por occidente
y hasta la frontera por oriente. Su longitud de frontera a frontera
8 corresponde a una de las porciones asignadas a las tribus. Esta será
su posesión en Israel. Mis príncipes ya no explotarán a mi pueblo,
sino que adjudicarán la tierra a la casa de Israel, por tribus.

9 »Esto dice el Señor: ¡Basta ya, príncipes de Israel! Apartad la
violencia y la rapiña y practicad el derecho y la justicia. Dejad de
atropellar a mi pueblo —oráculo del Señor—.
10 »Usad *balanzas precisas* y medias fanegas justas y cántaras justas.
11 La media fanega y la cántara tendrán cabida fija. La media fanega
y la cántara serán la décima parte de la carga. La media fanega será
12 el patrón. El siclo valdrá veinte óbolos. Cinco siclos serán siempre
cinco siclos, diez siclos serán diez siclos y cincuenta siclos valdrán
una mina.
13 »*Arancel tributario:* un celemín por cada carga de trigo y un ce-
14 lemín por cada carga de cebada. Tasa del aceite (el aceite se medirá
con la cántara): un azumbre por cada coro, pues diez azumbres
15 hacen un coro. Una oveja por cada rebaño de doscientas cabezas,
como tributo de las familias de Israel, para expiar por medio de la
ofrenda, del holocausto y del sacrificio de comunión —oráculo del
Señor—.
16 »Toda la población está obligada a dar al príncipe este tributo.
17 El príncipe es responsable del holocausto, la ofrenda y la libación
en las fiestas, novilunios, sábados y solemnidades de la casa de Is-
rael. El en persona hará el sacrificio expiatorio, la ofrenda, el holo-
causto y el sacrificio de comunión para expiar por los pecados de la
casa de Israel.
18 »Esto dice el Señor: El día *uno del mes primero* tomarás un no-
19 villo sin defecto y purificarás el santuario. El sacerdote tomará
sangre de la víctima expiatoria, untará con ella las jambas del tem-
plo y los cuatro ángulos del bloque del altar y las jambas de la puer-
20 ta del atrio interior. Lo mismo harás el *siete del mes* [por los que

hayan pecado por inadvertencia o por ignorancia, y así expiarás por
21 el templo]. El día *catorce del mes primero* celebraréis la pascua.
22 Comeréis panes ázimos durante siete días. El primer día ofrecerá
el príncipe un novillo como víctima expiatoria por sí y por toda la
23 población del país. Cada uno de los siete días de la fiesta ofrecerá
al Señor en holocausto siete novillos y siete carneros sin defecto y
24 un macho cabrío como víctima expiatoria. Añadirá una ofrenda de
media fanega por cada novillo y media fanega por cada carnero,
25 más un azumbre de aceite por cada media fanega. En la fiesta del
día *quince del mes séptimo* se hará la misma ofrenda durante siete
días: sacrificio expiatorio, holocausto, ofrenda y aceite.

46 »Esto dice el Señor: La *puerta oriental* del atrio interior perma-
necerá cerrada los seis días laborables. Sólo se abrirá los sábados
2 y los días de novilunio. El príncipe entrará desde el exterior por el
vestíbulo, deteniéndose junto a las jambas de la puerta; los sacer-
dotes ofrecerán el holocausto y el sacrificio de comunión; el prín-
cipe se postrará en el zaguán de la puerta y volverá a salir. La puer-
3 ta no se cerrará hasta el atardecer. También los terratenientes del
país se postrarán ante el Señor, a la entrada de la puerta, los sába-
dos y días de novilunio.
4 »*Oblación del príncipe* al Señor: *a)* Los sábados: un holocausto
5 de seis corderos sin defecto y un carnero sin defecto. Como ofrenda,
media fanega por carnero, y por los corderos a voluntad, más un
6 azumbre de aceite por cada media fanega. *b)* Los días de novilunio:
un novillo sin defecto, seis corderos y un carnero sin defecto.
7 Como ofrenda, media fanega por novillo, media fanega por carnero
y por los corderos según sus posibilidades, más un azumbre de acei-
te por cada media fanega.
8 »El príncipe entrará por el vestíbulo de la puerta y saldrá por el
9 mismo camino. Pero cuando los terratenientes del país vayan a pre-
sentarse ante el Señor en las festividades, los que entren por la
puerta septentrional para hacer la adoración, saldrán por la meri-
dional, y los que entren por la puerta meridional, saldrán por la
septentrional; no se retirarán por la misma puerta por la que en-
10 traron, sino que saldrán por la de enfrente. Y el príncipe entrará
y saldrá en medio de ellos.
11 »*c)* En las fiestas y solemnidades la ofrenda consistirá en media
fanega por novillo; por los corderos, a voluntad, más un azumbre
de aceite por cada media fanega.
12 »Cuando el príncipe ofrezca voluntariamente al Señor un holo-
causto o sacrificio de comunión, le abrirán la puerta oriental, ofre-
cerá su holocausto o sacrificio de comunión como todos los sábados,
y luego saldrá. Y cuando salga, cerrarán la puerta.
13 »Ofrecerás diariamente al Señor en holocausto un cordero añal
14 sin defecto; lo ofrecerás todas las mañanas. Añadirás cada mañana
como ofrenda un celemín, más un tercio de azumbre de aceite para
rociar la flor de harina; esta ofrenda al Señor es un rito cotidiano
15 y perpetuo. El cordero con la ofrenda y el aceite lo ofrecerán todas
las mañanas como holocausto cotidiano.
16 »Esto dice el Señor: Cuando el príncipe dé parte de su heredad
a alguno de sus hijos, a éstos les pertenece como propiedad here-

17 ditaria. Pero si da parte de su heredad a un súbdito suyo, a éste le
pertenecerá hasta el año de la remisión. Luego retornará al príncipe.
18 Es herencia de sus hijos y a ellos les pertenece. El príncipe no qui-
tará al pueblo su heredad, expropiándole tiránicamente. Sólo podrá
dejar a sus hijos lo que sea propiedad suya, para que mi pueblo no
se desperdigue, despojado de su propiedad».
19 Me llevó por la entrada de al lado de la puerta a los bloques de
sacristías sacerdotales, que dan al norte; en la parte de atrás, al
20 poniente, había un local. Y me dijo:
—Este es el local donde los sacerdotes cocerán las víctimas de los
sacrificios expiatorios y penitenciales y prepararán la ofrenda; así
no tendrán que sacarlos al atrio exterior, pues consagrarían al
pueblo.
21 Me sacó al atrio exterior y me lo hizo atravesar hasta las cuatro
esquinas del atrio; allí, en cada esquina del atrio, había un corral.
22 Al abrigo de las cuatro esquinas había corrales de veinte metros de
longitud por quince de anchura; los cuatro tenían las mismas di-
23 mensiones. Los cuatro estaban cercados; al pie de la cerca había
24 hogares. Y me dijo:
—Estas son las *cocinas* donde los servidores del templo cocerán
los sacrificios del pueblo.

El manantial del templo

47 Me hizo volver a la entrada del templo. Del zaguán del templo
manaba agua hacia levante —el templo miraba a levante—. El agua
iba bajando por el lado derecho del templo, al mediodía del altar.
2 Me sacó por la puerta septentrional y me llevó a la puerta exterior,
que mira a levante. El agua iba corriendo por el lado derecho.
3 El hombre que llevaba el cordel en la mano salió hacia levante.
Midió quinientos metros, y me hizo atravesar las aguas: ¡agua hasta
4 los tobillos! Midió otros quinientos, y me hizo cruzar las aguas:
¡agua hasta las rodillas! Midió otros quinientos, y me hizo pasar:
5 ¡agua hasta la cintura! Midió otros quinientos: era un torrente que
no pude cruzar, pues habían crecido las aguas y no se hacía pie;
era un torrente que no se podía vadear.
6 Me dijo entonces:
—¿Has visto, hijo de Adán?
A la vuelta me condujo por la orilla del torrente.
7 Al regresar, vi a la orilla del río una gran arboleda en sus dos
8 márgenes. Me dijo:
—Estas aguas fluyen hacia la comarca levantina, bajarán hasta la
estepa, desembocarán en el mar de las aguas salobres [a] y lo sanearán.
9 Todos los seres vivos que bullan allí donde desemboque la corrien-
te tendrán vida, y habrá peces en abundancia. Al desembocar allí
estas aguas quedará saneado el mar y habrá vida dondequiera que
10 llegue la corriente. Se pondrán pescadores a su orilla: desde Engadí
hasta Eglain habrá tendederos de redes; su pesca será variada, tan
11 abundante como la del Mediterráneo. Pero sus marismas y esteros

a = Mar Muerto.

12 no serán saneados: quedarán para salinas. A la vera del río, en sus
dos riberas, crecerá toda clase de frutales; no se marchitarán sus
hojas ni sus frutos se acabarán; darán cosecha nueva cada luna, por-
que los riegan aguas que manan del santuario; su fruto será comes-
tible y sus hojas medicinales.
13 »Esto dice el Señor: *Fronteras de la tierra* que las doce tribus de
14 Israel recibiréis como propiedad hereditaria. Todos recibiréis partes
iguales. Yo juré con la mano en alto dársela a vuestros padres; por
eso esta tierra os tocará a vosotros como propiedad hereditaria.
15 »Fronteras de la tierra: Por el norte: desde el Mediterráneo, por
16 Jetlón, el Paso de Jamat, Sedad, Berota y Sibrain —separando los
territorios de Damasco y Jamat—, hasta Aldealafuente, que limi-
17 ta con Haurán. Así que la frontera va desde el Mediterráneo hasta
Aldealafuente, separando los territorios de Damasco y Jamat. Esta
es la frontera septentrional.
18 »Por el este: desde Aldealafuente, por la línea que separa los
territorios de Haurán y Damasco, siguiendo el curso del Jordán,
entre Galaad e Israel, hasta el Mar de Levante y hasta Palma. Esta
es la frontera oriental.
19 »Por el sur: desde Palma hasta el oasis de Careo Cades y siguien-
do el torrente hasta el Mediterráneo. Esta es la frontera meridional.
20 »Por el oeste: limita con el mar Mediterráneo hasta la latitud del
Paso de Jamat. Esta es la frontera occidental.
21 »Esta es la tierra que os repartiréis las doce tribus de Israel.
22 Os la repartiréis a suerte como propiedad hereditaria, incluyendo
a los emigrantes residentes entre vosotros que hayan tenido hijos
en vuestro país. Serán para vosotros como los israelitas indígenas.
23 Entrarán en la distribución con las tribus de Israel. A los emigran-
tes les daréis su propiedad hereditaria en el territorio de la tribu
donde residan —oráculo del Señor—.

48 »*Lista de las tribus:*
»En el extremo septentrional —que va desde el Mediterráneo,
por Jetlón y el Paso de Jamat, hasta Aldealafuente, separando
por el norte la región de Damasco de la de Jamat—, se extiende de
este a oeste el territorio de *Dan.*
2 »Lindando con Dan, se extiende de este a oeste el territorio de
Aser.
3 »Lindando con Aser, se extiende de este a oeste el territorio de
Neftalí.
4 »Lindando con Neftalí, se extiende de este a oeste el territorio
de *Manasés.*
5 »Lindando con Manasés, se extiende de este a oeste el territorio
de *Efraín.*
6 »Lindando con Efraín, se extiende de este a oeste el territorio de
Rubén.
7 »Lindando con Rubén, se extiende de este a oeste el territorio de
Judá.
8 »Lindando con Judá, se extiende de este a oeste el *coto sagrado:*
medirá doce kilómetros y medio de anchura, y de este a oeste lo
mismo que las demás porciones. En el centro se levantará el san-
tuario.

9 »El coto sagrado que reservaréis como tributo al Señor tendrá
doce kilómetros y medio de longitud por diez de anchura.
10 »Beneficiarios del coto sagrado: A los sacerdotes les correspon-
derá una parcela rectangular, de doce kilómetros y medio de longi-
tud —lados septentrional y meridional— por cinco de anchura
—lados oriental y occidental—. En el centro se levantará el santua-
rio del Señor.
11 »Se trata de los sacerdotes consagrados, descendientes de Sadoc,
que se hicieron cargo de mi servicio y no se extraviaron como los
12 levitas, cuando se extraviaron los israelitas, y les corresponderá una
porción sacrosanta del coto sagrado de la tierra, colindante con la
de los levitas.
13 »A los levitas les corresponderá una parcela de doce kilómetros
y medio de longitud por cinco de anchura, lindando con la de los
sacerdotes. Area total del coto sagrado: doce kilómetros y medio
14 de longitud por diez de anchura. Nada de esto podrán vender ni
permutar. No podrán enajenar lo mejor de la tierra, porque es por-
ción santa del Señor.
15 »Queda una extensión de dos kilómetros y medio de anchura por
doce y medio de longitud: es terreno profano. Pertenece a la ciudad
para viviendas y pastos. La ciudad se levantará en el centro.
16 Area de la ciudad: dos mil doscientos cincuenta metros por cada
17 lado, norte, sur, este y oeste. Tendrá ciento veinticinco metros de
prados comunales al norte, sur, este y oeste.
18 »Quedan al este y al oeste de la ciudad, colindantes con el coto
sagrado, sendas parcelas de cinco kilómetros de longitud. Con lo
19 que produzcan se alimentarán los que trabajen en la ciudad. Las la-
brarán los obreros de todas las tribus israelitas que trabajen en la
20 ciudad. Area total del coto sagrado, incluyendo lo que pertenece a
la ciudad: un cuadrado de doce kilómetros y medio de lado.
21 »Quedan los terrenos del príncipe. Están situados a ambos lados
del coto sagrado y de las posesiones de la ciudad. Se extienden por
el este desde la raya de doce kilómetros y medio hasta la frontera
oriental, y por el oeste, desde la raya de doce kilómetros y medio
hasta la frontera occidental, paralelos a los territorios de las tribus.
En medio quedará el coto sagrado con el santuario del templo.
22 »Igualmente, las propiedades de los levitas y de la ciudad que-
darán enclavadas entre los terrenos del príncipe y los territorios de
Judá y de Benjamín.
23 »Resto de las tribus:
»De este a oeste se extiende el territorio de *Benjamín.*
24 »Lindando con Benjamín, se extiende de este a oeste el territorio
de *Simeón.*
25 »Lindando con Simeón, se extiende de este a oeste el territorio
de *Isacar.*
26 »Lindando con Isacar, se extiende de este a oeste el territorio de
Zabulón.
27 »Lindando con Zabulón, se extiende de este a oeste el territorio
de *Gad.*
28 »El territorio de Gad coincide al sur con la frontera meridional,
que va desde Palma, por el oasis de Careo Cades, siguiendo el cau-
ce del torrente, hasta el Mediterráneo.

29 »Esta es la tierra que distribuiréis en propiedad hereditaria a las
tribus de Israel y éstas son sus porciones —oráculo del Señor—.
30a-1a »*Puertas* de salida *de la ciudad:* llevarán los nombres de las tri-
bus de Israel.
30b-1b »Por el lado septentrional, que mide dos mil doscientos cincuenta
metros, tres puertas: la puerta de Rubén, la puerta de Judá y la
puerta de Leví.
32 »Por el lado oriental, que mide dos mil doscientos cincuenta me-
tros, tres puertas: la puerta de José, la puerta de Benjamín y la
puerta de Dan.
33 »Por el lado meridional, que mide dos mil doscientos cincuenta
metros, tres puertas: la puerta de Simeón, la puerta de Isacar y la
puerta de Zabulón.
34 »Por el lado occidental, que mide dos mil doscientos cincuenta
metros, tres puertas: la puerta de Gad, la puerta de Aser y la puer-
ta de Neftalí.
35 »Perímetro de la ciudad: nueve kilómetros.
»Desde entonces la ciudad se llamará 'El Señor está allí'».

DOCE PROFETAS MENORES

OSEAS

INTRODUCCION

Epoca

Según el título del libro, el profeta Oseas ben Beerí ejerció su actividad en el reino del Norte, durante el reinado de Jeroboán II (782-753).

Jehú, jefe militar de una guarnición, se levantó a vengar violentamente los crímenes pasados y selló la venganza haciendo asesinar a Jezabel en el campo de Yezrael (con matanzas criminales vengó crímenes pasados). Fundó una vigorosa dinastía que contó cinco reyes y duró cien años (841-753); el penúltimo rey de esta dinastía fue Jeroboán II. Durante su reinado restableció las fronteras nacionales, desde el Paso de Jamat hasta el Mar Muerto, sometiendo de nuevo el reino transjordánico de Moab.

Con la paz vino la prosperidad, y con ella graves diferencias sociales, lujo, confianza en los bienes de la tierra, corrupción de costumbres. Pero también cultivo de las artes: con dependencia extranjera en las artes plásticas, con soberana maestría en la literatura. En este siglo comienza una edad de oro literaria —al menos una época clásica— que culminará con Isaías, y que cuenta poetas tan importantes como Amós y Oseas, y magníficos narradores, como los autores de tantas páginas incorporadas en el libro de los Reyes.

Temas

Oseas es sobre todo un profeta acusador. El pecado capital que denuncia es la infidelidad al Señor, presentada como fornicación, prostitución, adulterio. Esa infidelidad se muestra ante todo en el culto de los *ídolos,* con sus altares y sacrificios, las consultas en los problemas, los cultos de fertilidad, la prostitución sacra. Esa infidelidad acarreará la infidelidad de las mujeres, el tener hijos bastardos, el fracaso de ídolos y altares, la esterilidad.

En segundo lugar, en las *alianzas* políticas, especialmente con Asiria y Egipto. De ellas se sigue la dependencia, la explotación económica en forma de tributos, el fracaso, la deportación: 7,8-12; 8,9-10.

Internamente, en los golpes de Estado, usurpaciones y cambios de *dinastías.* De donde se sigue la falta de respeto al rey, su mínima autoridad, su fracaso repetido: 7,3-7; 11,15; 13,10-11.

En menor escala ofenden con la *falsa confianza* en sus fortificaciones, en sus riquezas: 8,14; 11,13-14; 12,9.

Una forma particular de culto perverso, que equivale a idolatría, es la *representación del Señor en imágenes* de toro (o novillo), contra el mandamiento del Decálogo: 4,15-18; 7,16; 8,5-6; 10,5-6; 12,12.

No falta la denuncia de diversas *injusticias,* sin el desarrollo que encontraremos en otros profetas: 4,1-2; 6,6.8-9; 7,1; 10,12-13.

Formas

Domina la predicación de Oseas la articulación pecado-castigo, muchas veces con la correspondencia inspirada en la ley del talión: porque rechazan son rechazados, por olvidarse serán olvidados, una infidelidad engendra otra, los cultos de

fertilidad producen esterilidad, la paloma atolondrada cae en la red, la novilla atrae el yugo, el arco falso provoca la espada certera. A veces se enuncia genéricamente (5,5; 7,2), y en forma de aforismo suena así: «Siembran vientos, cosechan tempestades».

A veces el autor desarrolla un tema o una imagen, otras utiliza el simple recuento. Unas veces yuxtapone brevemente pecado y castigo, otras emplea un patrón más elaborado: situación desgraciada presente o inminente, motivada por pecados que se especifican, anuncio del castigo.

La *imagen* más importante del libro es el símbolo conyugal, presente en los primeros capítulos y elemento unificador; después aparece muchas veces en el libro. Otras imágenes están simplemente apuntadas, con preferencia por la técnica de comparación «como». Del mundo vegetal: lluvia y rocío (6,4; 13,3), sembrar y cosechar (6,11; 10,12-13), uva y viña (9,10.16; 10,1). Más llamativas son las del mundo animal, sobre todo aplicadas a Dios: la vaca brava (4,16), polilla y carcoma (5,12), león (5,14; 11,10), paloma (7,11-13), asno cimarrón (8,9), pájaro (9,11), novilla de labranza (10,11), pantera y osa (13,7-8).

El texto hebreo del libro no está bien conservado y con frecuencia es necesario recurrir a conjeturas para llegar a un sentido comprensible. Pero también hay que tener en cuenta que Oseas utiliza el dialecto septentrional, que no conocemos tan bien como el meridional.

1 Palabra del Señor que recibió Oseas, hijo de Beerí, durante los
reinados de Ozías, Yotán, Acaz y Ezequías en Judá y de Jeroboán,
hijo de Joás, en Israel.

El mal amor

2 Comienzan las palabras del Señor a Oseas: Dijo el Señor a Oseas:
—Anda, toma una mujer prostituta y ten hijos bastardos, porque
el país está prostituido, alejado del Señor.
3 Fue y tomó a Gomer, hija de Diblain, que concibió y dio a luz
4 un hijo. El Señor le dijo:
—Llámalo Yezrael, porque muy pronto tomaré cuentas de la san-
gre de Yezrael a la dinastía de Jehú y pondré fin al reino de Israel.
5 Aquel día romperé el arco de Israel en el valle de Yezrael.
6 Ella volvió a concebir y dio a luz una hija. El Señor le dijo:
—Llámala «Incompadecida», porque ya no me compadeceré de
7 Israel ni lo perdonaré. (Pero de Judá me compadeceré y lo salvaré,
porque soy el Señor, su Dios. No lo salvaré con arco, ni espada, ni
batallas, ni caballos, ni jinetes).
8 Cuando destetó a Incompadecida, concibió y dio a luz un hijo.
9 El Señor le dijo:
—Llámalo «No-pueblo-mío», porque vosotros no sois mi pueblo
y yo no estoy con vosotros.

Salvación

2 El número de los israelitas llegará a ser
como la arena de la playa, que ni se mide ni se cuenta,
y en lugar de llamarlos No-pueblo-mío,
los llamarán Hijos de Dios vivo.
2 Se reunirán israelitas con judíos

y se nombrarán un único caudillo
y resurgirán de la tierra,
porque es el día grande de Yezrael.
3 Llamad a vuestro hermano Pueblo-mío
y a vuestra hermana Compadecida.

El buen amor: pleito y reconciliación

4 Pleitead con vuestra madre, pleitead,
que ella no es mi mujer ni yo soy su marido,
para que se quite de la cara sus fornicaciones
y sus adulterios de entre los pechos;
5 si no, la dejaré desnuda y en cueros, como el día que nació;
la convertiré en estepa, la transformaré
en tierra yerma, la mataré de sed.
6 De sus hijos no me compadeceré,
porque son hijos bastardos.
7 Sí, su madre se ha prostituido,
se ha deshonrado la que los engendró.
Se decía: Me voy con mis amantes, que me dan mi pan y mi agua,
mi lana y mi lino, mi vino y mi aceite.
8 Pues bien, voy a vallar su camino con zarzales
y le voy a poner delante una barrera
para que no encuentre sus senderos.
9 Perseguirá a sus amantes y no los alcanzará,
los buscará y no los encontrará,
y dirá: Voy a volver con mi primer marido,
porque entonces me iba mejor que ahora.
10 Ella no comprendía que era yo quien le daba
el trigo y el vino y el aceite,
y oro y plata en abundancia [a].
11 Por eso le quitaré otra vez
mi trigo en su tiempo y mi vino en su sazón;
recobraré mi lana y mi lino,
con que cubría su desnudez.
12 Descubriré su infamia ante sus amantes,
y nadie la librará de mi mano;
13 pondré fin a sus alegrías, sus fiestas,
sus novilunios, sus sábados y todas sus solemnidades.
14 Arrasaré su vid y su higuera, de los que decía:
son mi paga, me las dieron mis amantes.
Los reduciré a matorrales
y los devorarán las alimañas.
15 Le tomaré cuentas de cuando ofrecía incienso a los baales
y se endomingaba con aretes y gargantillas
para ir con sus amantes,
olvidándose de mí —oráculo del Señor—.
16 Por tanto, mira, voy a seducirla
llevándomela al desierto y hablándole al corazón.
17 Allí le daré sus viñas,

a El hebreo añade: con ello se hacían un ídolo.

y el Valle de la Desgracia
será Paso de la Esperanza.
Allí me responderá como en su juventud,
como cuando salió de Egipto.
18 Aquel día —oráculo del Señor—
me llamarás Esposo mío,
ya no me llamarás Idolo mío.
19 Le apartaré de la boca los nombres de los baales
y sus nombres no serán invocados.
20 Aquel día haré para ellos una alianza
con las fieras salvajes,
con las aves del cielo
y los reptiles de la tierra.
Arco y espada y armas romperé en el país,
y los haré dormir tranquilos.
21 Me casaré contigo para siempre, me casaré contigo
a precio de justicia y derecho, de afecto y de cariño.
22 Me casaré contigo a precio de fidelidad,
y conocerás al Señor.
23 Aquel día escucharé —oráculo del Señor—,
escucharé al cielo, éste escuchará a la tierra,
24 la tierra escuchará al trigo y al vino y al aceite
y éstos escucharán a Yezrael.
25 Y me la sembraré en el país,
me compadeceré de Incompadecida
y diré a No-pueblo-mío: Eres mi pueblo,
y él responderá: Dios mío.

Matrimonio simbólico

3 Me dijo el Señor: Vete otra vez,
ama a una mujer amante de otro y adúltera,
como ama el Señor a los israelitas,
a pesar de que siguen a dioses ajenos,
golosos de tortas de uva.
2 Me la compré por quince pesos de plata
3 y fanega y media de cebada, y le dije:
—Muchos años vivirás conmigo; no fornicarás
ni estarás con hombre alguno, ni yo estaré contigo.
4 Porque muchos años vivirán los israelitas sin rey y sin príncipe,
sin sacrificios y sin estelas, sin imágenes ni amuletos.
5 (Después volverán a buscar los israelitas
al Señor, su Dios, y a David, su rey,
temblando acudirán al Señor y su riqueza,
al final de los tiempos).

Pleito con los sacerdotes

4 Escuchad la palabra del Señor, hijos de Israel:
el Señor pone pleito a los habitantes del país,

que no hay verdad ni lealtad
ni conocimiento de Dios en el país,
2 sino juramento y mentira, asesinato y robo,
adulterio y libertinaje, homicidio tras homicidio.
3 Por eso gime la tierra y desfallecen sus habitantes:
hasta las fieras salvajes, hasta las aves del cielo,
incluso los peces del mar desaparecen.
4 Que nadie acuse, que nadie reprenda;
¡contigo va mi pleito, sacerdote!
5 Tropezarás de día y contigo
tropezará el profeta de noche.
6 Perecerá tu patria, perecerá mi pueblo,
por falta de conocimiento.
Porque tú has rehusado el conocimiento,
yo te rehusaré mi sacerdocio;
te olvidaste de la ley de tu Dios,
también yo me olvidaré de tus hijos.
7 Cuantos más son, más pecan contra mí;
cambiaré su dignidad en ignominia.
8 Se alimentan del pecado de mi pueblo
y con sus culpas matan el hambre.
9 Pueblo y sacerdote correrán la misma suerte:
les tomaré cuenta de su conducta
y les daré la paga de sus acciones.
10 Comerán y no se saciarán,
fornicarán sin quedar satisfechos,
porque abandonaron al Señor
11 para entregarse a la fornicación.

Fornicación idolátrica

12 El vino y el licor quitan el juicio a mi pueblo,
consulta a su leño, escucha el oráculo de su vara;
porque un espíritu de fornicación los extravía
y fornican abandonando a su Dios.
13 Sacrifican en la cumbre de los montes
y queman ofrendas en las colinas,
debajo de encinas y álamos
y terebintos de agradable sombra.
Y así se prostituyen vuestras hijas
y adulteran vuestras nueras.
14 No castigaré a vuestras hijas por prostituirse
ni a vuestras nueras por sus adulterios,
porque ellos mismos se van con prostitutas
y sacrifican con rameras del templo.
(El pueblo incauto va a la ruina).
15 Eres madre prostituida, Israel,
¡que no lo pague Judá!
No vayáis a Guilgal, no subáis a Betavén,
no juréis «¡vive el Señor!».

16 Si Israel embiste como vaca brava,
¿va ahora a apacentarlos el Señor
como a corderos en la pradera?
17 Efraín se ha aliado con los ídolos,
18 los príncipes de los borrachos [a]
se han entregado a la prostitución,
sus jefes hacen corte a la deshonra.
19 Un huracán la envolverá en sus alas
y sus altares los defraudarán.

Sentencia sin apelación: no vale el culto

5 Escuchadlo, sacerdotes; atended, israelitas;
casa real, oíd: Es contra vosotros la sentencia.
Porque fuisteis trampa en Atalaya,
red tendida sobre el Tabor
2 y fosa cavada en Sitín.
3 Yo los castigaré a todos: yo conozco a Efraín,
Israel no me es desconocido;
sí, tú, Efraín, has fornicado,
Israel está contaminado.
4 No los dejan sus acciones convertirse a su Dios,
porque llevan dentro un espíritu de fornicación
y no conocen al Señor.
5 La arrogancia de Israel lo acusará a la cara,
Efraín tropezará en sus delitos
(también Judá tropezará con ellos).
6 Con ovejas y vacas irán en busca del Señor,
7 sin encontrarlo, pues se ha apartado de ellos;
engañaron al Señor y tuvieron hijos bastardos,
pues ahora un intruso les comerá las fincas.

No valen las alianzas

8 Tocad la corneta en Gabá, la trompeta en Ramá,
lanzad el grito de guerra en Betavén:
«¡Que te persiguen, Benjamín!».
9 Efraín se volverá desolación el día del castigo.
Es seguro lo que proclamo contra las tribus de Israel.
10 Son los príncipes de Judá como los que corren mojones,
sobre ellos derramaré mi cólera como agua.
11 Oprime Efraín, quebranta el derecho,
está empeñado en seguir la idolatría.
12 Pues yo soy polilla para Efraín,
carcoma para la casa de Judá.
13 Cuando vio Efraín su enfermedad y Judá su llaga,
fue Efraín a Asiria, mandó recado al emperador,
pero él no puede curaros ni sanaros la llaga.

a Texto dudoso.

14 Pues yo seré león para Efraín,
leoncillo para la casa de Judá.
Yo mismo haré presa y me iré,
la llevaré sin que nadie la salve.

Conversión auténtica

15 Voy a volver a mi puesto,
hasta que se sientan reos y acudan a mí
y en su aflicción madruguen en busca mía.
6 Vamos a volver al Señor:
él nos despedazó y nos sanará,
nos hirió y nos vendará la herida.
2 En dos días nos hará revivir,
al tercer día nos restablecerá
y viviremos en su presencia.
3 Esforcémonos por conocer al Señor:
si madrugamos lo encontraremos;
vendrá a nosotros como la lluvia,
como aguacero que empapa la tierra.
4 —¿Qué haré de ti, Efraín; qué haré de ti, Judá?
Vuestra lealtad es nube mañanera,
rocío que se evapora al alba.
5 Por eso los maté con las palabras de mi boca,
los atravesé con mis profetas
y mi sentencia brilla como la luz.
6 Porque quiero lealtad, no sacrificios;
conocimiento de Dios, no holocaustos.

Llevo cuenta de sus maldades

7 Ellos en la tierra [a] quebrantaron mi alianza,
allí me hicieron traición.
8 Galaad es villa de malhechores,
con huellas de sangre.
9 Como bandidos al acecho se confabulan los sacerdotes;
asesinan camino de Siquén, perpetran villanías.
10 En la casa de Israel he visto algo espeluznante:
allí se prostituye Efraín, se contamina Israel.
11 (También para ti, Judá, hay cosecha preparada).
7 Cuando cambie la suerte de mi pueblo, cuando cure a Israel,
se descubrirá el pecado de Efraín
y las maldades de Samaría: obran de mala fe,
ladrones que entran en las casas,
bandoleros que asaltan en despoblado.
2 Y no reflexionan que llevo cuenta de todas sus maldades,
ya los han copado sus acciones, las tengo delante de mí.

a o: como Adán.

Conjuras de palacio

3 Lisonjean al rey con su maldad,
y con sus embustes a los príncipes;
4 todos arden de ira, son como horno encendido
que deja de atizar el tahonero
desde que amasa hasta que fermenta la pasta.
5 En la fiesta del rey, con la calentura del vino,
los príncipes dan la mano a los agitadores.
6 Sí, su corazón es como un horno,
su mente está tramando;
de noche se aletarga su ira,
por la mañana arde como una hoguera.
7 Todos abrasan como un horno
y devoran a sus gobernantes.
Todos sus reyes van cayendo
sin que ni uno me invoque.

Alianzas funestas

8 Efraín se mezcla con los pueblos,
Efraín es hogaza sin volver.
9 Extranjeros le han comido su fuerza,
y él sin enterarse;
ya tiene los cabellos entrecanos,
y él sin enterarse.
10 Su arrogancia acusa a Israel,
pero ellos no vuelven al Señor, su Dios,
a pesar de todo no lo buscan.
11 Efraín es ingenua paloma atolondrada:
piden ayuda a Egipto, acuden a Asiria;
12 en cuanto acudan echaré sobre ellos mi red
y los abatiré como a pájaros,
los atraparé en cuanto escuche la bandada.

Insinceros e ingratos

13 ¡Ay de ellos!, que se me escaparon;
¡desgraciados! por rebelarse contra mí.
Yo los redimiría, pero ellos me calumnian,
14 y no me gritan de corazón,
sino que vociferan en sus lechos,
son devotos de Ceres y Baco [a]
y se apartan de mí.
15 Yo adiestré, robustecí sus brazos,
y ellos cavilaban contra mí.
16 Se volvían a su dios, eran como arco falso.

a o: del trigo y el mosto.

Caerán a espada sus príncipes
por la virulencia de sus lenguas,
por sus burlas contra Egipto.

Han roto la alianza

8 ¡Emboca la trompeta!
Que un águila se cierne sobre la casa del Señor.
Porque han roto mi alianza
rebelándose contra mi ley.
2 Me gritan: «Te conocemos, Dios de Israel».
3 Pero Israel rechazó el bien;
que el enemigo lo persiga.
4 Se nombraron reyes sin contar conmigo,
se nombraron príncipes sin mi aprobación.
Con su plata y su oro se hicieron ídolos
para su perdición.
5 Hiede tu novillo, Samaría, ardo de ira contra él.
¿Cuándo lograréis la inocencia?
6 Porque ¿qué es ese toro?, ¿acaso un dios? [a].
Un escultor lo hizo, no es dios,
se hace añicos el novillo de Samaría.

No valen alianzas ni fortalezas

7 Siembran viento y cosechan tempestades;
las mieses no echan espiga ni dan grano,
y si lo dieran, extraños lo devorarían.
8 Han devorado a Israel;
es ya entre las naciones un cacharro inútil.
9 Pues han marchado a Asiria como asno cimarrón.
Efraín contrata su amor;
10 pues, aunque lo hayan contratado con las naciones,
yo los cogeré, y empezarán a disminuir
por las cargas del Rey soberano.
11 Porque Efraín multiplicó sus altares para pecar,
para pecar le sirvieron sus altares.
12 Aunque les dé multitud de leyes,
las consideran como de un extraño.
13 Aunque inmolen víctimas en mi honor
y coman la carne, al Señor no le agradan.
Tiene presente sus culpas
y castigará sus pecados:
tendrán que volver a Egipto.
14 Israel olvidó a su Hacedor y construyó palacios,
Judá fortificó muchas ciudades;
pues prenderé fuego a sus ciudades
y devorará sus alcázares.

a Dudoso.

Cultos de fertilidad: ni pan ni vino

9 No te alegres, Israel, no te regocijes como los paganos,
porque te has prostituido abandonando a tu Dios.
Vendiste tu amor en todas las eras de trigo;
2 era y lagar no los alimentarán, el vino les fallará.
3 No habitarán en la tierra del Señor,
Efraín volverá a Egipto,
en Asiria comerán manjar impuro.
4 No harán libaciones de vino al Señor
ni le ofrecerán sus sacrificios;
serán para ellos pan de duelo,
se contaminarán quienes lo coman.
Su pan les quitará el hambre,
pero no entrará en la casa del Señor.
5 ¿Qué haréis el día de la solemnidad,
el día de la fiesta del Señor?
6 Pues si escapan de la catástrofe,
Egipto los recogerá, Menfis los enterrará;
ortigas heredarán su codiciada plata,
cardos crecerán en sus tiendas.
7 Llega la hora de la cuenta,
llega la hora de la paga,
que se entere Israel.

No valen profetas ni videntes

El profeta es un loco, el hombre inspirado desvaría;
por tu gran culpa, por tu gran subversión.
8 El vidente de Efraín profetiza sin contar con su Dios;
es trampa de furtivo en sus caminos,
subversión en la casa de Dios.
9 Se han corrompido profundamente, como en los días de Gabá.
Pero él tiene presente su culpa, castigará su pecado.

Serie histórica

1. *Uva en el desierto*

10 Como uvas en el desierto encontré a Israel,
como breva en la higuera descubrí a vuestros padres.
Pero ellos fueron a Baal Fegor, se consagraron a la Ignominia
y se hicieron abominables como su idolatrado.
11 Como pájaro emigra la gloria de Efraín:
no habrá parto ni embarazo ni concepción;
12 aunque críen a sus hijos, los dejaré sin descendencia,
pues ¡ay de ellos! cuando de ellos me aparte.
13 Efraín... [a]

a Ininteligible.

Efraín entrega sus hijos al verdugo.
14 Dales, Señor; ¿qué vas a darles?
Dales vientres que malparan, pechos secos.

2. *En Guilgal*

15 Su maldad arranca de Guilgal: allí lo aborrecía;
por la maldad de sus acciones los eché de mi casa,
no volveré a quererlos, todos sus jefes son rebeldes.
16 Herido está Efraín, su raíz está seca, no da fruto;
aunque den a luz, mataré al amor de sus entrañas.
17 Mi Dios los rechazará por su desobediencia
y andarán errantes por las naciones.

3. *En la tierra: vid frondosa*

10 Israel era vid frondosa, daba fruto:
cuanto más fruto, más altares;
cuanto mejor iba el país, mejores estelas.
2 Tienen el corazón dividido, y han de pagarlo;
él desnucará sus altares, arrasará sus estelas.
3 Sí, ya pueden decir: «No tenemos rey,
no respetamos al Señor; el rey, ¿qué puede hacernos?».
4 Hablan y hablan, juran en falso, firman alianzas;
florecen los pleitos como la cizaña en los surcos del campo.
5 Los vecinos de Samaría tiemblan por el novillo de Betavén,
el pueblo y los sacerdotes hacen duelo a su Dios,
se revuelcan porque su gloria ha marchado al destierro:
6 se la llevan a Asiria como tributo a su dios.
La vergüenza se adueña de Efraín,
Israel se avergüenza de su plan.
7 Samaría y su rey desaparecen
como astilla que se lleva el agua.
8 Son destruidos los altozanos idolátricos,
el pecado de Israel.
Cardos y abrojos crecen en sus altares,
gritan a los montes: «¡Cubridnos!»,
y a los collados: «¡Aplastadnos!».

4. *En Gabá*

9 Del tiempo de Gabá arranca el pecado de Israel;
allí me hicieron frente;
¿no los sorprenderá en Gabá la guerra?
10 Contra los malvados he venido para aprisionarlos,
los pueblos se reunirán contra ellos,
aprisionándolos por su doble culpa.

5. *En la tierra: novilla de labranza*

11 Efraín es una novilla domesticada que trilla con gusto;
pero yo echaré el yugo a su hermoso pescuezo,
engancharé a Efraín para que are,
a Jacob para que labre la tierra.

12 Sembrad según justicia, cosechad el fruto de la lealtad,
roturad vuestro barbecho,
que estáis a tiempo de buscar al Señor,
hasta que venga y os dé la lluvia conveniente.
13 Arasteis maldad, cosechasteis crímenes,
comisteis el fruto de la alevosía.
Por confiar en tu poder, en la multitud de tus soldados,
14 clamor de guerra se alzará contra tu pueblo;
tus fortalezas serán arrasadas,
como arrasó Salmón a Bet Arbel;
cuando la batalla, estrellaron a la madre con los hijos.
15 Así harán con vosotros, Betel, por vuestra maldad consumada.
De amanecida desaparecerá el rey de Israel.

6. *La niñez de Israel*

11 Cuando Israel era niño, lo amé,
y desde Egipto llamé a mi hijo.
2 Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí:
ofrecían sacrificios a los baales
y quemaban ofrendas a los ídolos.
3 Yo enseñé a andar a Efraín y lo llevé en mis brazos,
y ellos sin darse cuenta de que yo los cuidaba.
4 Con correas de amor los atraía, con cuerdas de cariño.
Fui para ellos como quien levanta el yugo de la cerviz;
me inclinaba y les daba de comer.
5 Pues volverá a Egipto, asirio será su rey,
porque no quisieron convertirse.
6 Irá girando la espada por sus ciudades
y destruirá sus cerrojos;
7 por sus maquinaciones devorará a mi pueblo,
propenso a la apostasía.
Aunque invoquen a su Dios, tampoco los levantará.
8 ¿Cómo podré dejarte, Efraín; entregarte a ti, Israel?
¿Cómo dejarte como a Admá; tratarte como a Seboín?
Me da un vuelco el corazón, se me revuelven todas las entrañas.
9 No cederé al ardor de mi cólera,
no volveré a destruir a Efraín;
que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti
y no enemigo devastador.
10 Irán detrás del Señor, que rugirá como león;
sí, rugirá y vendrán temblando sus hijos desde occidente,
11 desde Egipto vendrán temblando como pájaros,
desde Asiria como palomas, y los haré habitar en sus casas
—oráculo del Señor—.

12 Efraín me rodea de mentiras, y de engaños la casa de Israel
(Judá es el rebaño, el pueblo del Señor
se mantiene fiel al Santo).
2 Efraín apacienta viento, va detrás del solano todo el día,
hace acopio de embustes funestos.
Hace alianza con Asiria, tributa aceite a Egipto.

7. *Jacob, adulto*

3 El Señor entabla pleito con Israel
para tomar cuenta a Jacob de su conducta,
para darle la paga de sus acciones.
4 En el vientre suplantó a su hermano,
siendo adulto luchó contra Dios,
5 luchó con un ángel y lo pudo.
Lloró y alcanzó misericordia;
en Betel lo encontró y allí habló con él:
6 «El Señor, Dios de los ejércitos,
su nombre es El Señor».
7 Y tú, conviértete a tu Dios,
practica la lealtad y la justicia,
espera siempre en tu Dios.
8 Canaán maneja balanza falsa, le gusta estafar.
9 Efraín dice: «Ya soy rico, me he allegado una fortuna»;
pues sus ganancias no le llegarán para la culpa que cometió.
10 Yo soy el Señor, Dios tuyo desde Egipto;
otra vez te haré habitar en tiendas,
como en los días de romería.
11 Yo hablé por los profetas, yo multipliqué las visiones
y hablé por los profetas en parábolas.
12 .... [a]
en Guilgal sacrificaban al Toro
y sus altares eran majanos en los surcos del campo.
13 Jacob huyó al campo de Siria,
Israel se puso a servir por una mujer,
por una mujer guardó ganado.
14 Por medio de un profeta, el Señor sacó a Israel de Egipto
y por un profeta lo guardó.
15 Efraín lo irritó amargamente:
el Señor descargará sobre él sus crímenes
y le devolverá su injuria.

8. *Síntesis histórica*

13 Efraín hablaba e imponía, la autoridad estaba en Israel;
pero se hizo reo de idolatría y murió.
2 Y ahora continúan pecando: se funden imágenes,
se hacen ídolos de plata con destreza,
obras de pura artesanía.
En su honor inmolan corderos,
les dan a beber sangre de novillos.
3 Por eso serán nube matutina, rocío que al alba se evapora,
ramo arrebatado de la era, humo por la chimenea.
4 Pero yo soy el Señor, Dios tuyo desde Egipto,
no conocías a otro dios que a mí,
ningún salvador fuera de mí.
5 Yo te conocí en el desierto, en tierra abrasadora.

a Ininteligible.

6 Yo los apacenté y se hartaron,
se hartaron y se engreyó su corazón,
y así se olvidaron de mí.
7 Seré para ellos como leopardo,
los acecharé como pantera en el camino,
8 los asaltaré como una osa a quien roban las crías
y les desgarraré el pecho;
allí los devoraré como un león,
las fieras los descuartizarán.
9 Si yo destruyo, Israel, ¿quién te auxiliará?,
10 ¿dónde está tu rey para salvarte?,
¿y los jueces de tus ciudades? Tú me los pediste:
«Dame rey y príncipes».
11 Airado te di un rey, y encolerizado te lo quito.

Pecador de nacimiento

12 La culpa de Efraín está registrada, está archivado su pecado.
13 Cuando su madre estaba con dolores, fue criatura torpe,
que no se puso a tiempo en la embocadura del alumbramiento.
14 ¿Los libraré del poder del Abismo, los rescataré de la Muerte?
¡Qué plagas las tuyas, oh Muerte, qué pestes las del Abismo! [a]
El consuelo se aparta de mi vista.
15 Aunque fructifique entre carrizos, vendrá el solano,
viento del Señor, subiendo del desierto,
y secará su fuente, agotará su manantial;
se llevará sus tesoros, sus enseres preciosos.

14 Samaría pagará la culpa de rebelarse contra su Dios:
los pasarán a cuchillo, estrellarán a las criaturas,
abrirán en canal a las preñadas.

Conversión

2 Conviértete, Israel, al Señor, tu Dios,
que tropezaste en tu culpa.
3 Preparad vuestro discurso y convertíos al Señor; decidle:
«Perdona del todo nuestra culpa;
acepta el don que te ofrecemos, el fruto de nuestros labios.
4 Nuestra salvación no está en Asiria, ni en montar a caballo;
no volveremos a llamar dios nuestro
a las obras de nuestras manos;
en ti encuentra compasión el huérfano».
5 Curaré su apostasía, los querré sin que lo merezcan,
mi cólera ya se ha apartado de ellos.
6 Será rocío para Israel:
florecerá como azucena y arraigará como álamo;
7 echará vástagos, tendrá la lozanía del olivo
y el aroma del Líbano;

a o: ¿Dónde están tus plagas, Muerte; dónde tus pestes, Abismo?

8 volverán a morar a su sombra, revivirán como el trigo,
florecerán como la vid, serán famosos como el vino del Líbano.
9 Efraín, ¿qué tengo ya que ver con las imágenes?
Yo contesto y miro. Yo soy abeto frondoso:
de mí proceden tus frutos.

Epílogo

10 Quien sea sabio que lo entienda,
quien sea inteligente que lo comprenda.
Los caminos del Señor son rectos,
por ellos caminan los justos,
en ellos tropiezan los pecadores.

JOEL

INTRODUCCION

Nada nos dice el texto bíblico sobre Joel ben Fatuel: en qué reinado actuó, algún dato de su vida... Su nombre significa «Yahvé es Dios». Tampoco nos ofrece el libro bases para datarlo con seguridad: el «enemigo del Norte» (2,20) puede ser Asiria, que destruyó a Israel, o Babilonia, que destruyó a Judá, o puede ser el enemigo por antonomasia para autores tardíos. La dispersión entre las naciones (4,2) es el destierro, y está vista como hecho histórico. La mención de los griegos (4,6) —si no es adición— nos lleva también a una época tardía. Y también parece tardía la concepción escatológica. La principal razón para colocar al profeta en período preexílico es que se encuentra entre Oseas y Amós, ambos profetas del siglo VIII.

Pero si poco sabemos de la biografía del autor, tanto más interesante es contemplar su obra: poderosa creación literaria y a la vez significativa del modo de profetizar.

El profeta toma como punto de partida una catástrofe ciudadana: una terrible plaga de langosta, fatal para una cultura agrícola. También él ha tomado parte en la situación: conoce las diversas variedades del insecto desolador, ha observado cómo se suceden las olas o nubes invasoras; ha contemplado con detalle los efectos destructores en las plantas. En su imaginación poética la plaga de langosta se convierte en un ejército aguerrido y ordenado que asalta y conquista una ciudad. Este es un primer paso de elevación poética.

La catástrofe nacional pide una acción religiosa de expiación: una jornada de ayuno y penitencia para suplicar la compasión divina. Y aquí se nos presenta un aspecto de la religiosidad israelítica, sus actos de culto, la proclamación del profeta, la participación de sacerdotes y pueblo en sus puestos respectivos. Estos elementos litúrgicos están en el libro en su estado natural, sin transformación poética. Todo culmina en el oráculo con que Dios responde al pueblo, anunciando la liberación de la plaga y las bendiciones tradicionales que retornan sobre la tierra.

En este ambiente litúrgico, y con la iluminación poética, Joel levanta todo el suceso, la plaga de langosta, a la categoría religiosa de «día del Señor»: momentos de la historia en que Dios interviene soberanamente, usando como instrumento los fenómenos atmosféricos o los ejércitos humanos. En esos «días» el Señor hace juicio público, castigando y salvando. Este, que es un «día del Señor», puede convertirse fácilmente en el día del Señor, en cuanto lo anuncia y prefigura.

Así es el libro de Joel: obra de un gran poeta que construye con rigor, que sabe desarrollar coherentemente una transposición imaginativa, que renueva con breves imágenes la tradición literaria y los motivos poéticos comunes. Al mismo tiempo es un profeta adicto al culto, ejemplo de uno de esos profetas cúlticos que la investigación reciente ha descubierto.

1 Palabra del Señor que recibió Joel, hijo de Fatuel.

Liturgia penitencial por una plaga

1. *Descripción y llanto*

2 Oídlo, jefes; escuchad, campesinos:
¿Ha sucedido algo semejante en vuestros días
o en los días de vuestros antepasados?

3 Contádselo a vuestros hijos, vuestros hijos a los suyos,
sus hijos a la siguiente generación.
4 Lo que dejó el saltamontes lo comió la langosta,
lo que dejó la langosta lo comió el cigarrón,
lo que dejó el cigarrón lo comió el langostón.
5 Despertad, borrachos, y llorad; gemid, bebedores,
que os quitan el licor de la boca;
6 porque un pueblo invade mi país, apretado, sin número:
tiene dientes de león y quijadas de leona;
7 convierte mi viñedo en desolación,
reduce las higueras a astillas;
pela, descorteza, hasta que blanquean las ramas.
8 Suspira, como joven vestida de sayal
por el marido de su juventud;
9 en el templo del Señor cesaron ofrenda y libación,
hacen duelo los sacerdotes que sirven al Señor.
10 Asolado el suelo, hace duelo la tierra:
el grano está perdido, el vino seco, el aceite rancio;
11 están defraudados los labradores, se quejan los viñadores
por el trigo y la cebada, pues no hay cosecha en los campos.
12 La viña está seca, la higuera marchita,
y el granado y la palmera y el manzano,
los árboles silvestres están secos,
y hasta el gozo de los hombres se ha secado.

2. *Duelo y súplica*

13 Vestid de luto, sacerdotes; gemid, ministros del altar;
venid a dormir en esteras, ministros de mi Dios,
porque faltan en el templo de vuestro Dios ofrenda y libación.
14 Proclamad un ayuno, convocad la asamblea,
reunid a los jefes y a todos los campesinos
en el templo del Señor, vuestro Dios,
15 y clamad al Señor: ¡Ay qué día!,
porque está cerca el día del Señor,
llegará como azote del Todopoderoso.
16 ¿No estáis viendo cómo falta en el templo de nuestro Dios
la comida y la fiesta y la alegría?
17 Se han secado las semillas bajo los terrones,
los silos están desolados, los graneros vacíos,
porque la cosecha se ha perdido.
18 ¡Cómo muge el ganado, está inquieta la vacada,
porque no quedan pastos, y las ovejas lo pagan!
19 A ti, Señor, te invoco,
que el fuego se ha cebado en las dehesas de la estepa,
la canícula abrasa los árboles silvestres.
20 Hasta las bestias agrestes rugen a ti,
porque están secas las cañadas
y el fuego se ceba en las dehesas de la estepa.

3. *La invasión de la langosta*

2 Tocad la trompeta en Sión,
lanzad el alarido en mi monte santo:
tiemblen los campesinos, porque llega,
ya está cerca el día del Señor;
2 día de oscuridad y tinieblas,
día de nubes y nubarrones;
como crepúsculo que se extiende sobre los montes
es el ejército denso y numeroso;
no hubo semejante ni se volverá a repetir
por muchas generaciones.
3 En vanguardia el fuego devora,
las llamas abrasan en retaguardia;
delante la tierra es un vergel,
detrás es una estepa desolada; nada se salva.
4 Su aspecto es de caballos, de jinetes que galopan;
5 su estruendo, de carros rebotando por las montañas;
como crepitar de llama que consume la paja,
como ejército numeroso formado para la batalla;
6 ante el cual tiemblan los pueblos, con los rostros enrojecidos.
7 Corren como soldados, escalan aguerridos la muralla,
cada cual avanza en su línea sin desordenar las filas;
8 ninguno estorba al camarada, avanza cada cual por su calzada;
aunque caigan al lado saetas, no se desbandan.
9 Asaltan la ciudad, escalan las murallas, suben a las casas,
penetran como ladrones por las ventanas.
10 Ante ellos tiembla la tierra y se conmueve el cielo,
sol y luna se oscurecen, los astros retiran su resplandor.
11 El Señor alza la voz delante de su ejército:
son innumerables sus campamentos,
son fuertes los que cumplen sus órdenes.
Grande y terrible es el día del Señor: ¿quién le resistirá?

4. *Penitencia y súplica*

12 Pues bien —oráculo del Señor—, convertíos a mí
de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto.
13 Rasgad los corazones y no los vestidos;
convertíos al Señor, Dios vuestro,
que es compasivo y clemente, paciente y misericordioso,
y se arrepiente de las amenazas.
14 Quizá se arrepienta y vuelva, dejando a su paso
bendición, ofrenda y libación para el Señor, vuestro Dios.
15 Tocad la trompeta en Sión, proclamad un ayuno,
16 convocad la reunión, congregad al pueblo,
purificad a la asamblea, reunid el concejo,
congregad a chiquillos y niños de pecho;
salga el esposo de la alcoba, la esposa del tálamo;
17 entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes,
digan los ministros del Señor:
Perdona, Señor, a tu pueblo, no entregues tu heredad

al oprobio, no la sometan los gentiles,
no se diga entre los pueblos: ¿dónde está su Dios?
18 El Señor tenga celos de su tierra y perdone a su pueblo.

5. *Oráculo de salvación*

19 Entonces el Señor respondió a su pueblo:
Yo os enviaré el trigo, el vino, el aceite a saciedad,
ya no haré de vosotros el oprobio de los paganos;
20 alejaré de vosotros al pueblo del norte,
lo dispersaré por tierra árida y yerma:
la vanguardia hacia el mar de levante,
la retaguardia hacia el mar de poniente;
se esparcirá su hedor, se extenderá su pestilencia,
porque intentó hacer proezas.
21 No temas, suelo; alégrate, haz fiesta,
porque el Señor ha hecho proezas;
22 no temáis, fieras agrestes,
que las dehesas de la estepa germinarán,
los árboles darán sus frutos,
la vid y la higuera darán su riqueza.
23 Hijos de Sión, alegraos y festejad al Señor, vuestro Dios,
que os da la lluvia temprana en su sazón,
la lluvia tardía como antaño
y derrama para vosotros el chubasco.
24 Las eras se llenarán de grano,
rebosarán los lagares de vino y aceite;
25 os compensaré los años en que devoraban la langosta,
el saltamontes, el cigarrón y el langostón,
mi gran ejército que envié contra vosotros.
26 Comeréis hasta hartaros y alabaréis al Señor, vuestro Dios,
que hizo prodigios por vosotros;
27 sabréis que yo estoy en medio de Israel
y mi pueblo no quedará defraudado.
Yo soy el Señor, vuestro Dios, y no hay otro,
y mi pueblo no quedará defraudado.

Escatología: día del Señor

1. *El don del espíritu*

3 Después derramaré mi espíritu sobre todos:
vuestros hijos e hijas profetizarán,
vuestros ancianos soñarán sueños,
vuestros jóvenes verán visiones.
2 También sobre siervos y siervas
derramaré mi espíritu aquel día.
3 Haré prodigios en cielo y tierra:
sangre, fuego, humareda;
4 el sol aparecerá oscuro, la luna ensangrentada,
antes de llegar el día del Señor, grande y terrible.

5 Todos los que invoquen el nombre del Señor se librarán:
en el monte Sión quedará un resto —lo dice el Señor—,
en Jerusalén los supervivientes que él convoque.

4 ¡Atención!, en aquellos días, en aquel momento,
cuando cambie la suerte de Judá y Jerusalén,
2 reuniré a todas las naciones
y las haré bajar al valle de Josafat:
allí las juzgaré por sus delitos contra mi pueblo y heredad;
porque dispersaron a Israel por las naciones,
3 se repartieron mi tierra, se sortearon a mi pueblo,
cambiaban un muchacho por una ramera,
vendían una ramera por unos tragos de vino.
4 También vosotros, Tiro, Sidón y comarca filistea,
¿qué queréis de mí?, ¿queréis vengaros de mí?,
¿queréis que os las pague? Pues muy pronto
haré recaer la paga sobre vosotros:
5 porque me robasteis mi oro y mi plata,
llevasteis a vuestros templos mis objetos preciosos;
6 vendisteis los hijos de Judá y Jerusalén a los griegos
para alejarlos de su territorio.
7 Pues yo los sacaré del país donde los vendisteis,
haré recaer la paga sobre vosotros;
8 venderé vuestros hijos e hijas a los judíos,
y ellos los venderán al pueblo remoto de los sabeos
—lo ha dicho el Señor—.

2. *Juicio militar*

9 Pregonadlo a las naciones, declarad la guerra santa,
alistad soldados, que vengan todos los combatientes;
10 de los arados forjad espadas; de las podaderas, lanzas;
diga el cobarde: Soy todo un soldado.
11 Venid, pueblos todos vecinos, reuníos allí:
el Señor conducirá sus guerreros.
12 Alerta, vengan las naciones al valle de Josafat,
que allí me sentaré a juzgar a los pueblos vecinos.
13 Mano a la hoz, madura está la mies;
venid y pisad, repleto está el lagar;
rebosan las cubas, porque abunda su maldad,
14 turbas y más turbas en el valle de la Decisión;
porque llega el día del Señor en el valle de la Decisión.
15 Sol y luna se oscurecen, los astros recogen su resplandor.
16 El Señor rugirá desde Sión, alzará la voz en Jerusalén
y temblarán cielo y tierra;
el Señor será refugio de su pueblo, alcázar de los israelitas.
17 Y sabréis que yo soy el Señor, vuestro Dios,
que habito en Sión, mi monte santo;
Jerusalén será santa y no la atravesarán extranjeros.

3. Restauración

18 Aquel día los montes manarán licor,
los collados se desharán en leche,
las cañadas de Judá irán llenas de agua;
brotará un manantial en el templo del Señor
que engrosará el Torrente de las Acacias.
19 Egipto se volverá un desierto; Edom, estepa desolada,
porque violentaron a los judíos
y derramaron sangre inocente en su país.
20 Judá estará habitada siempre, Jerusalén sin interrupción.
21 Vengaré su sangre, no quedarán impunes,
y el Señor habitará en Sión.

AMOS

INTRODUCCION

El profeta Amós nació en Tecua, veinte kilómetros al sur de Jerusalén; por tanto, pertenece al reino de Judá; pero su actividad profética se desarrolló en el reino de Israel. De oficio era ganadero o granjero; una situación económica desahogada, que le permitiría adquirir una buena cultura y aprender el arte literario. Pero de aquella situación tranquila lo arrancó la llamada de Dios: no fue profeta por nacimiento o por haber frecuentado una escuela profética, sino por pura vocación de Dios (7,10-14). No es extraño que el mundo imaginativo de su vida precedente lo acompañara en la nueva actividad.

Amós se encontró así obligado a predicar, por pura vocación, en un reino floreciente, bastante injusto, bastante corrompido, muy confiado en las propias fuerzas humanas, pero próximo a una catástrofe en que no quiere pensar ni oírla mencionar. Así llegó Amós a un choque con el rey, según cuenta el capítulo 7. Este rey era Jeroboán II (a quien ya conocemos por la predicación de Oseas).

Además de denunciar vigorosamente las injusticias sociales, el lujo, la satisfacción humana, Amós predice la catástrofe inminente. Extraña predicción en un momento en que el enemigo próximo, Damasco, está sin fuerzas para rehacerse, y el enemigo remoto y terrible, Asiria, no puede pensar en campañas occidentales. Pero Amós sabe que Israel está «madura» para la catástrofe, y, de hecho, el año 746 muere Jeroboán II, al año siguiente sube al trono de Asiria Tiglatpiléser III, que será el comienzo del fin para Israel. Con todo, Amós cierra su profecía con un oráculo de esperanza.

El mensaje

El mensaje del libro de Amós es en su conjunto claro y orgánico, no lo es tanto en su disposición. El Señor es el león, que ruge antes de hacer presa; el profeta es la voz de su rugido (3,4.8), que denuncia e invita a la conversión; si ésta no llega, el león hará presa (3,12; 5,19).

El juicio de Dios comenzará por los pueblos circundantes (1,3-2,3), pasará a Judá (2,4-5) y culminará en Israel (2,6-16). Israel es culpable de múltiples injusticias, de lujo inmoderado, de vanas complacencias, de cultos idolátricos; la injusticia vicia el culto legítimo (5,21-25), la idolatría lo corrompe.

La clase alta y el pueblo piensan que pueden continuar con sus injusticias evitando las consecuencias: sea con el culto (5,21-23), sea con la riqueza y las fortificaciones (6,1), sea sobre todo con un supuesto «día del Señor» en que Dios será propicio a su pueblo. Ese día vendrá, pero será funesto (5,17-18); el Señor pasará, pero castigando (5,16-17); la elección será redoblada responsabilidad (3,2), y el encuentro con Dios será terrible (4,12).

Como el pueblo no ha escarmentado en una serie de castigos (4,6-11), se llegará a un juicio definitivo, de hambre y sed, luto y duelo (8,9-14); pero después de castigar a los pecadores (9,8.10), vendrá la restauración (9,11-15).

Así termina en tonalidad de esperanza un libro de vibrantes denuncias.

El libro presenta serias dificultades de lectura seguida. Eso no disminuye el valor de su *estilo* incisivo, polémico, rico en detalles descriptivos y a la vez en imágenes sugestivas.

1 Palabras de Amós, uno de los mayorales de Tecua. Visión acerca
de Israel durante los reinados de Ozías en Judá y de Jeroboán, hijo
de Joás, en Israel.
2 Dos años antes del terremoto, dijo:
El Señor ruge desde Sión,
alza la voz desde Jerusalén,
y aridecen las majadas de los pastores,
se seca la cumbre del Carmelo.

Delito y castigo de ocho naciones

3 Así dice el Señor: A Damasco, *por tres delitos*
y por el cuarto, no le perdonaré:
porque trilló a Galaad con trillos de hierro,
4 enviaré fuego a la casa de Hazael,
que devorará los palacios de Benadad.
5 Romperé los cerrojos de Damasco
y aniquilaré a los jefes de Valdelito
y al que lleva cetro en Casa Delicias,
y el pueblo sirio irá desterrado a Quir
—lo ha dicho el Señor—.
6 Así dice el Señor: A Gaza, *por tres delitos*
y por el cuarto, no le perdonaré:
porque hicieron prisioneros en masa
y los vendieron a Edom,
7 enviaré fuego a las murallas de Gaza,
que devorará sus palacios;
8 aniquilaré a los vecinos de Asdod,
al que lleva el cetro en Ascalón;
tenderé la mano contra Ecrón
y perecerá el resto de los filisteos
—lo ha dicho el Señor—.
9 Así dice el Señor: A Tiro, *por tres delitos*
y por el cuarto, no le perdonaré:
porque vendió innumerables prisioneros a Edom
y no respetó la alianza fraterna,
10 enviaré fuego a las murallas de Tiro,
que devorará sus palacios.
11 Así dice el Señor: A Edom, *por tres delitos*
y por el cuarto, no le perdonaré:
porque persiguió con la espada a su hermano
ahogando la compasión,
siempre se ensañaba su ira,
conservó siempre la cólera,
12 enviaré fuego a Temán,
que devorará los palacios de Bosra.
13 Así dice el Señor: A Amón, *por tres delitos*
y por el cuarto, no le perdonaré:
porque abrieron en canal a las preñadas de Galaad,
para ensanchar su territorio,
14 encenderé fuego en la muralla de Rabá,

que devorará sus palacios,
entre los alaridos de la batalla
y el torbellino de la tormenta;
15 su rey marchará al destierro junto con sus príncipes
—lo ha dicho el Señor—.

2 Así dice el Señor: A Moab, *por tres delitos*
y por el cuarto, no le perdonaré:
porque consumió con cal
los huesos del rey de Edom,
2 enviaré fuego a Moab,
que devorará los palacios de Queriot;
Moab morirá en el tumulto bélico,
entre alaridos y toques de trompeta;
3 aniquilaré en medio de ella al gobernante
y mataré con él a los príncipes
—lo ha dicho el Señor—.
4 Así dice el Señor: A Judá, *por tres delitos*
y por el cuarto, no le perdonaré:
porque rechazaron la ley del Señor
y no observaron sus mandamientos;
sus mentiras los extraviaron,
las que veneraban sus padres;
5 enviaré fuego a Judá,
que devorará los palacios de Jerusalén.
6 Así dice el Señor: A Israel, *por tres delitos*
y por el cuarto, no le perdonaré:
porque venden al inocente por dinero
y al pobre por un par de sandalias;
7 revuelcan en el polvo al desvalido
y tuercen el proceso del indigente.
Padre e hijo van juntos a una mujer
profanando mi santo nombre;
8 se acuestan sobre ropas dejadas en fianza,
junto a cualquier altar,
beben vino de multas
en el templo de su Dios.
9 Yo destruí a los amorreos al llegar ellos:
eran altos como cedros, fuertes como encinas;
destruí arriba el fruto, abajo la raíz.
10 Yo os saqué de Egipto,
os conduje por el desierto cuarenta años,
para que conquistarais el país amorreo.
11 Nombré profetas a hijos vuestros,
nazireos a jóvenes vuestros:
¿no es cierto, israelitas? —oráculo del Señor—.
12 Pero vosotros emborrachabais a los nazireos
y a los profetas les prohibíais profetizar.
13 Pues mirad, yo os aplastaré en el suelo,
como un carro cargado de gavillas:
14 el más veloz no logrará huir,
el más fuerte no sacará fuerzas,

el soldado no salvará la vida;
15 el arquero no resistirá,
el más ágil no se salvará,
el jinete no salvará la vida;
16 el más valiente entre los soldados
huirá desnudo aquel día —oráculo del Señor—.

Os tomaré cuentas

3 *Escuchad,* israelitas, esta palabra que os dice el Señor;
a todas las tribus que saqué de Egipto:
2 A vosotros solos os escogí
entre todas las tribus de la tierra,
por eso os tomaré cuentas
de todos vuestros pecados.
3 ¿Caminan juntos dos que no se han citado?
4 ¿Ruge el león en la espesura sin tener presa?,
¿grita el cachorro en la guarida sin haber cazado?,
5 ¿cae el pájaro al suelo si no hay una trampa?,
¿salta la trampa del suelo sin haber atrapado?,
6 ¿suena la trompeta en la ciudad sin que el vecindario se alarme?,
¿sucede una desgracia en la ciudad que no la mande el Señor?
7 No hará cosa el Señor sin revelar su plan
a sus siervos los profetas.
8 Ruge el león, ¿quién no temerá?
Habla el Señor, ¿quién no profetizará?
9 *Pregonad* en los palacios de Asdod,
decid en los palacios de Egipto:
Reuníos junto a los montes de Samaría,
contemplad el tráfago en medio de ella,
las opresiones en su recinto.
10 No sabían obrar rectamente —oráculo del Señor—,
atesoraban violencias y crímenes en sus palacios.
11 Por eso así dice el Señor: El enemigo asedia el país,
derriba tu fortaleza, saquea tus palacios.
12 Así dice el Señor:
Como salva el pastor de las fauces del león
un par de patas o un lóbulo de oreja,
así se salvarán los israelitas, vecinos de Samaría,
con el borde de un petate y un cobertor de damasco.
13 *Escuchad* y dad testimonio contra la casa de Jacob
—oráculo del Señor, Dios de los ejércitos—.
14 Cuando tome cuentas a Israel de sus delitos,
le tomaré cuentas de los altares de Betel:
los salientes del altar serán arrancados
y caerán al suelo;
15 derribaré la casa de invierno y la casa de verano,
se perderán las arcas de marfil, se desharán los ricos arcones [a]
—oráculo del Señor—.

a o: se acabarán los palacios suntuosos.

4 *Escuchad* esta palabra, vacas de Basán,
en el monte de Samaría:
Oprimís a los indigentes, maltratáis a los pobres
y pedís a vuestros maridos: «Trae de beber».
2 El Señor lo jura por su santidad:
Os llegará la hora en que os cojan
a vosotras con garfios, a vuestros hijos con ganchos;
3 saldrá cada una por la brecha que tenga delante,
y os arrojarán al estiércol [a] —oráculo del Señor—.
4 Marchad a Betel a pecar, en Guilgal pecad de firme:
ofreced por la mañana vuestros sacrificios
y en tres días vuestros diezmos;
5 ofreced ázimos, pronunciad la acción de gracias,
anunciad dones voluntarios,
que eso es lo que os gusta, israelitas
—oráculo del Señor—.

Escarmientos vanos

6 *Aunque* os di en vuestros poblados dientes sin estrenar,
en todos vuestros lugares carestía de pan,
no os convertisteis a mí —oráculo del Señor—.
7 *Aunque* yo os retuve la lluvia tres meses antes de la siega,
hice llover en un pueblo sí y en otro no,
en una parcela llovió, otra sin lluvia se secó;
8 de dos o tres pueblos iban a otro
para beber agua, y no se hartaban,
no os convertisteis a mí —oráculo del Señor—.
9 Os herí con tizón y neguilla,
sequé vuestros huertos y viñedos,
vuestras higueras y olivares los devoró la langosta,
pero no os convertisteis a mí —oráculo del Señor—.
10 Os envié la peste egipcia, maté a espada a vuestros mozos
con lo mejor de vuestra caballería,
hice subir a vuestras narices
el hedor de vuestro campamento;
pero no os convertisteis a mí —oráculo del Señor—.
11 Os envié una catástrofe tremenda,
como la de Sodoma y Gomorra,
y fuisteis como tizón sacado del incendio;
pero no os convertisteis a mí —oráculo del Señor—.
12 Por eso así te voy a tratar, Israel,
y porque así te voy a tratar,
prepárate a encararte con tu Dios;
13 él formó las montañas, creó el viento,
descubre al hombre sus pensamientos,
hizo la aurora y el crepúsculo
y camina sobre el dorso de la tierra:
se llama Señor, Dios de los ejércitos.

a o: al Harmón.

Elegía por la casa de Israel

5 *Escuchad* estas palabras que entono por vosotros:
2 Cayó para no levantarse la doncella de Israel,
está arrojada en el suelo y nadie la levanta.
3 Pues así dice el Señor a la casa de Israel:
La ciudad de donde partieron mil se quedará con cien;
de donde partieron cien, se quedará con diez.

Culto y justicia
(4-6 y 14-15)

4 Así dice el Señor a la casa de Israel:
Buscadme y viviréis:
5 no busquéis a Betel, no vayáis a Guilgal,
no os dirijáis a Berseba;
que Guilgal irá cautiva y Betel se volverá Betavén.
6 Buscad al Señor y viviréis.
Y si no, la casa de José penetrará como fuego
y devorará inextinguible a Betel.

Primer ay: justicia en los tribunales

7 ¡Ay de los que convierten la justicia en acíbar
y arrastran por el suelo el derecho,
10 odian a los fiscales del tribunal
y detestan al que depone exactamente!
11 Pues por haber conculcado al indigente
exigiéndole un tributo de grano,
si construís casas de sillares, no las habitaréis;
si plantáis viñas selectas, no beberéis de su vino.
12 Sé bien vuestros muchos crímenes
e innumerables pecados:
estrujáis al inocente, aceptáis sobornos,
atropelláis a los pobres en el tribunal
13 (por eso se calla entonces el prudente,
porque es un momento peligroso).
14 Buscad el bien, no el mal, y viviréis
y estará realmente con vosotros, como decís,
el Señor, Dios de los ejércitos.
15 Odiad el mal, amad el bien,
instalad en el tribunal la justicia;
a ver si se apiada el Señor, Dios de los ejércitos,
del resto de José.
16 Así dice el Señor, Dios de los ejércitos:
En todas las calles hay duelo,
en todas las callejas gritan: ¡Ay, ay!;
los campesinos llaman para el duelo y el luto
a expertos en lamentaciones;
17 en todas las viñas habrá duelo,

cuando pase entre vosotros, dice el Señor:
8 que creó las Pléyades y Orión,
convierte las sombras en aurora,
el día en noche oscura;
9 lanza la destrucción contra la fortaleza,
y la destrucción alcanza a la plaza fuerte.

Segundo ay: culto y justicia

18 ¡Ay de los que ansían el día del Señor!
¿De qué os servirá el día del Señor
si es tenebroso y sin luz?
19 Como cuando huye uno del león y topa con el oso,
o se mete en casa, apoya la mano en la pared
y le pica la culebra.
20 ¿No es el día del Señor tenebroso y sin luz,
oscuridad sin resplandor?
21 Detesto y rehúso vuestras fiestas,
no me aplacan vuestras reuniones litúrgicas;
22 por muchos holocaustos y ofrendas que me traigáis,
no los aceptaré ni miraré vuestras víctimas cebadas.
23 Retirad de mi presencia el barullo de los cantos,
no quiero oír la música de la cítara;
24 que fluya como agua el derecho
y la justicia como arroyo perenne.
25 ¿Es que en el desierto, durante cuarenta años,
me traíais ofrendas y sacrificios, casa de Israel?
26 Tendréis que transportar a Sacut y Queván,
imágenes de vuestros dioses astrales,
que vosotros os fabricasteis,
cuando os destierre más allá de Damasco.
Dice el Señor, Dios de los ejércitos.

Tercer ay: lujo y riquezas

6 ¡Ay de los que se fían de Sión
y confían en el monte de Samaría!
Se consideran la flor y nata de los pueblos,
y la casa de Israel acude a ellos.
2 Id a Calno y observad,
de allí seguid a Jamat la Grande
y bajad a Gat de Filistea:
¿valéis más que esos reinos,
es más extenso vuestro territorio?
3 Queréis espantar el día funesto
aplicando un cetro de violencia.
4 Os acostáis en lechos de marfil, arrellanados en divanes
coméis carneros del rebaño y terneras del establo;
5 canturreáis al son del arpa,
inventáis, como David, instrumentos musicales;

6 bebéis vino en copas, os ungís con perfumes exquisitos
y no os doléis del desastre de José.
7 Pues encabezarán la cuerda de cautivos
y se acabará la orgía de los disolutos.
8 Oráculo del Señor, Dios de los ejércitos:
El Señor lo ha jurado por su vida:
Porque detesto el fasto de Jacob y odio sus palacios,
entregaré la ciudad y sus habitantes.
11 El Señor ha dado órdenes de reducir
a escombros las mansiones, a cascotes los tugurios.
9 Y si quedan diez hombres en una casa, morirán.
10 (El tío y el incinerador vendrán a sacar los huesos de la casa.
Uno dirá al que está en el rincón de la casa: ¿Te queda alguno?
Responderá: Ninguno. Y él dirá: Chsss... Pues no es hora de pro-
nunciar el nombre del Señor).
12 ¿Corren los caballos por los peñascos?,
¿se puede arar con toros?
Pues vosotros convertís en veneno el derecho,
la justicia en acíbar.
13 Quedáis satisfechos con una Nadería,
os gloriáis de haber conquistado
con vuestro esfuerzo Doscuernos.
14 Pues yo, casa de Israel
—oráculo del Señor, Dios de los ejércitos—,
suscitaré contra vosotros un pueblo que os oprimirá
desde el Paso de Jamat hasta el Torrente de los Sauces.

Visiones

7 *Esto me mostró el Señor:* Preparaba la langosta cuando comen-
zaba a crecer la hierba (la hierba que brota después de la segazón
2 del rey), y cuando terminaba de devorar la hierba del país, *yo dije:*
Señor, perdona: ¿cómo podrá resistir Jacob si es tan pequeño?
3 *Con esto se compadeció el Señor y dijo: No sucederá.*
4 *Esto me mostró el Señor:* El Señor convocaba a un juicio por el
5 fuego que devoraba el gran Océano y devoraba la Finca. *Yo dije:*
6 *Señor, cesa, ¿cómo podrá resistir Jacob si es tan pequeño? Con esto*
se compadeció el Señor y dijo: Tampoco esto sucederá.
7 *Esto me mostró el Señor:* Estaba en pie junto al muro con una
8 plomada en la mano. El señor me preguntó: —¿Qué ves, Amós?
Respondí: —Una plomada. Me explicó: —Voy a echar la plomada
9 en medio de mi pueblo, Israel; ya no pasaré de largo; quedarán
desolados los altozanos de Isaac, arruinadas las ermitas de Jacob;
empuñaré la espada contra la dinastía de Jeroboán.

Amós y Jeroboán

10 Amasías, sacerdote de Betel, envió un mensaje a Jeroboán, rey
de Israel:
—Amós está conjurando contra ti en medio de Israel; el país ya

11 no puede soportar sus palabras. Así predica Amós: «A espada mo-
rirá Jeroboán, Israel marchará de su país al destierro».
12 Amasías ordenó a Amós:
—Vidente, vete, escapa al territorio de Judá; allí puedes ganarte
13 la vida y profetizar. Pero no vuelvas a profetizar contra Betel, que
es el santuario real y nacional.
14 Respondió Amós a Amasías:
—Yo no soy profeta ni del gremio profético; soy ganadero y cul-
15 tivo higueras. Pero el Señor me arrancó de mi ganado y me mandó
16 ir a profetizar a su pueblo, Israel. Pues bien, escucha la palabra del
Señor:
Tú me dices: No profetices contra Israel,
no vaticines contra la casa de Isaac.
17 Pues el Señor dice: Tu mujer será deshonrada en la ciudad,
tus hijos e hijas morirán a espada;
tu tierra será repartida a cordel,
tú morirás en tierra pagana,
Israel marchará de su país al destierro.

Cuarta visión

8 1-2 *Esto me mostró el Señor:* Un cesto de higos maduros. Me
preguntó: —¿Qué ves, Amós? Respondí: —Un cesto de higos ma-
duros. Me explicó: —Maduro está mi pueblo, Israel, y ya no pasaré
3 de largo. Aquel día —oráculo del Señor— gemirán las cantoras del
templo [a]: «¡Cuántos cadáveres arrojados por todas partes. Chsss!».
4 *Escuchadlo* los que exprimís a los pobres y elimináis a los mise-
5 rables; pensáis: ¿Cuándo pasará la luna nueva para vender trigo
o el sábado para ofrecer grano y hasta el salvado de trigo? Para
6 encoger la medida y aumentar el precio, para comprar por dinero
7 al desvalido y al pobre por un par de sandalias. ¡Jura el Señor por
la gloria de Jacob no olvidar jamás lo que han hecho!
8 ¿Y no va a temblar la tierra,
no van a hacer luto sus habitantes?
Se alzará toda como el Nilo,
como el Nilo se agitará y se calmará.

Día de juicio

9 *Aquel día* —oráculo del Señor—
haré ponerse el sol a mediodía
y en pleno día oscureceré la tierra.
10 Convertiré vuestras fiestas en duelo,
vuestros cantos en elegías,
vestiré de sayal toda cintura
y dejaré calva toda cabeza;
les daré un duelo como por el hijo único,
el final será un día trágico.

a o: de palacio.

11 *Mirad que llegan días* —oráculo del Señor—
en que enviaré hambre al país:
no hambre de pan ni sed de agua,
sino de oír la palabra del Señor;
12 irán errantes de levante a poniente,
vagando de norte a sur,
buscando la palabra del Señor,
y no la encontrarán.
13 *Aquel día* desfallecerán de sed
las bellas muchachas y los mozos.
14 Los que juran: «Por Asima de Samaría,
por la vida de tu Dios, Dan,
por la vida del señor [a] de Berseba»,
caerán para no levantarse.

Quinta visión

9 *Vi* al Señor en pie junto al altar, que decía:
Golpea los capiteles y trepidarán los umbrales:
Arrancaré a todos los capitanes
y daré muerte a espada a su séquito;
no escapará ni un fugitivo,
no se salvará ni un evadido.
2 Aunque perforen hasta el abismo,
de allí los sacará mi mano;
aunque escalen el cielo,
de allí los derribaré;
3 aunque se escondan en la cima del Carmelo,
allí los descubriré y agarraré;
aunque se me oculten en lo hondo del mar,
allá enviaré la serpiente que los muerda;
4 aunque vayan cautivos delante del enemigo,
allá enviaré la espada que los mate.
Clavaré en ellos mis ojos
para mal, no para bien.
5 El Señor de los ejércitos,
que al tocar la tierra la zarandea,
en un flujo y reflujo como el del Nilo,
y hacen duelo sus habitantes;
6 que construye en el cielo su escalinata
y cimenta su bóveda sobre la tierra;
que convoca las aguas del mar
y las derrama sobre la superficie de la tierra;
se llama El Señor.
7 ¿No sois para mí como etíopes, israelitas?
—oráculo del Señor—.
Si saqué a Israel de Egipto, saqué
a los filisteos de Creta y a los sirios de Quir.
8 Mirad, el Señor clava los ojos sobre el reino pecador

a o: del camino.

y lo extirparé de la superficie de la tierra
(aunque no aniquilaré a la casa de Jacob)
—oráculo del Señor—.
9 Mirad, daré órdenes de zarandear
a Israel entre las naciones,
como se zarandea una criba
sin que caiga un grano a tierra.
10 Pero morirán a espada todos los pecadores de mi pueblo;
los que dicen: No llega, no nos alcanza la desgracia.

Día de restauración

11 *Aquel día* levantaré la choza caída de David,
tapiaré sus brechas, levantaré sus ruinas
hasta reconstruirla como era antaño;
12 para que conquisten el resto de Edom
y todos los pueblos que llevaron mi nombre
—oráculo del Señor, que lo cumplirá—.
13 *Mirad que llegan días* —oráculo del Señor—
cuando el que ara seguirá de cerca al segador
y el que pisa uvas al sembrador;
fluirá licor por los montes y ondearán los collados.
14 Cambiaré la suerte de mi pueblo, Israel:
reconstruirán ciudades arruinadas y las habitarán,
plantarán viñedos y beberán su vino,
cultivarán huertos y comerán sus frutos.
15 Los plantaré en su tierra,
y ya no los arrancarán de la tierra que les di,
dice el Señor, tu Dios.

ABDIAS

INTRODUCCION

No sabemos quién es este profeta que se llama «Siervo del Señor» y que figura entre los Doce Profetas Menores con veinte versículos. Por la extensión habría que llamarle «profeta mínimo»; otros profetas anónimos del Antiguo Testamento han escrito más que él. Pero la extensión poco cuenta cuando el hombre tiene algo que decir en nombre de Dios.

Para comprender su breve profecía conviene recordar algunos datos: *a)* La relación entre el reino de Judá y el reino de Edom, que se remonta, según la tradición bíblica, a las relaciones entre los dos hermanos gemelos: Jacob y Esaú, antecesores de Judá y Edom. Según la bendición de Isaac (Gn 27), el segundo dominará al primero (la primogenitura comprada). La situación geográfica muestra esta situación, pues mientras Judá o Jacob poseen la zona montañosa, relativamente fértil, Edom o Esaú habita en la zona esteparia meridional. *b)* Históricamente, Edom vivió en relaciones de sumisión o rebeldía con Judá. A este reino le interesaba, por una parte, la ruta meridional con salida al golfo de Aqaba; por otra, codiciaba las ricas minas del territorio meridional. Saúl luchó contra los edomitas; David los sometió; Salomón reprimió una revuelta y consolidó el dominio meridional, que era un acceso a las minas y al puerto de Floresta del Gallo. Al dividirse el reino, a la muerte de Salomón, los edomitas pudieron rebelarse y llevar una política independiente. Cuando Nabucodonosor invadió y arrasó Jerusalén, los edomitas apoyaron al invasor, sacaron partido de la derrota y se alegraron de ella.

Contra este último pecado se dirige la profecía presente; es decir, en una ocasión histórica muy concreta. Pero en el verso 15 la profecía despega y se levanta a un panorama trascendente de «día del Señor», con mirada universal, «todas las naciones, todos los pueblos» (15 y 16), y con un final de restauración. Pero esta visión última conserva su relación firme con el horizonte de Edom.

1 Visión de Abdías. Así dice el Señor a Edom:
Hemos oído un mensaje del Señor
al embajador enviado a las naciones:
«¡Arriba, a combatir contra ella!».
2 Te convierto en la nación más pequeña y despreciable:
3 tu arrogancia te sedujo;
porque habitas en rocas escarpadas, asentada en las cimas,
piensas: ¿Quién me derribará en tierra?
4 Pues aunque te remontes como un águila
y pongas el nido en las estrellas,
de allí te derribaré —oráculo del Señor—.
5 Si te invadieran salteadores o ladrones nocturnos,
¿no te robarían con medida?
Si te invadieran vendimiadores, ¿no dejarían racimos?
6 ¡Ay de Esaú, destruido!
Lo han registrado y requisado sus tesoros;
7 te han empujado a la frontera tus aliados,
tus amigos te han engañado y sometido,
tus comensales te ponen trampas debajo.
8 Pues aquel día —oráculo del Señor—
acabaré con los sabios de Edom,

con los prudentes del monte de Esaú
y no le quedará habilidad.
9 Se acobardarán tus soldados, Temán,
y se acabarán los varones del monte de Esaú;
10 por la violencia criminal contra tu hermano Jacob,
te cubrirá la vergüenza y perecerás para siempre.

En la caída de Jerusalén

11 Aquel día estabas tú presente,
el día que bárbaros capturaron su ejército,
cuando extraños invadían la ciudad y se rifaban Jerusalén,
tú eras uno de ellos.
12 «No disfrutes del día de tu hermano, su día funesto,
no te alegres por los judíos el día de su desastre,
no hables con insolencia el día del aprieto,
13 no entres en la capital de mi pueblo el día de su ruina,
no disfrutes tú también de su desgracia el día de su ruina,
no eches mano a sus riquezas el día de su ruina,
14 no aguardes a la salida para matar a los fugitivos,
no vendas a los supervivientes el día del aprieto».

El día del Señor

15 Se acerca el día del Señor para todas las naciones:
lo que hiciste te lo harán, te pagarán tu merecido.
16 Como bebisteis en mi monte santo,
beberán todas las naciones por turno,
beberán, apurarán y desaparecerán sin dejar rastro.
17 Pero en el monte Sión quedará un resto que será santo
y la casa de Jacob recobrará sus posesiones.
18 Jacob será el fuego, José será la llama,
Esaú será la estopa: arderá hasta consumirse;
no quedará superviviente al pueblo de Esaú
—lo ha dicho el Señor—.
19 Ocuparán el Negueb, el monte de Esaú,
ocuparán la Sefela y Filistea, Benjamín y Galaad,
los campos de Efraín, los campos de Samaría;
20 los desterrados israelitas, esos desgraciados,
ocuparán Canaán hasta Sarepta;
los desterrados de Jerusalén que viven en Sefarad
ocuparán los poblados del Negueb;
21 después subirán victoriosos al monte Sión
para gobernar el monte de Esaú,
y el reino será del Señor.

JONAS

INTRODUCCION

Como quinto de los Profetas Menores encontramos a Jonás, el hombre que se empeña en hacer exactamente lo contrario de lo que debería hacer un profeta. Entre una serie de poetas que escriben normalmente en verso, encontramos a este genial narrador, que, salvo el vocabulario algo tardío, maneja la prosa como cualquiera de los mejores narradores clásicos hebreos. Entre tantas profecías contra naciones determinadas o contra las naciones en general, encontramos a este Jonás que trae un mensaje de misericordia para el pueblo que es símbolo de crueldad, imperialismo, agresión contra el pueblo de Israel. Y entre una serie de profetas firmemente arraigados en la situación política y social, desfila este Jonás sin arraigo en tierra ni en mar.

Ahí está indicada la extrañeza y la importancia excepcional; porque en medio de profetas llamados por Dios para predicar a su pueblo, para denunciar pecados, amenazar castigos y prometer restauración, se inserta esta cuña violenta, gran predicador de los gentiles en el Antiguo Testamento. Este es el mensaje capital del libro, y hacia ese mensaje se tensa todo el movimiento narrativo y dramático del libro. (Sería un error tomar del libro solamente la ballena mediterránea).

Es lógico que esa ballena servicial, que presta alojamiento al náufrago y lo vomita en tierra firme, haya herido la imaginación de tantos lectores y de tantos artistas desde el tiempo de las catacumbas. La razón no es sólo su valor de aventura, sino la referencia que los evangelistas hacen al libro de Jonás: Mt 12,39-41; 16,4; Mc 8,12; Lc 11,29.32.

La figura de Jonás es favorita del arte de las catacumbas: en esta historia, y en su representación pictórica o escultórica, veían los primitivos cristianos un símbolo de resurrección y salvación. Dios salvó al profeta del peligro mortal para salvar por él a un pueblo gentil. Dios salvó a Cristo, no apartando el cáliz de la pasión, sino resucitándolo de la muerte, para salvar con esta muerte y resurrección de su Hijo a todos los pueblos de la tierra.

En el barco

1 El Señor dirigió la palabra a Jonás, hijo de Amitay:
2 —Levántate y vete a Nínive, la gran metrópoli, y proclama en
ella que su maldad ha llegado hasta mí.
3 Se levantó Jonás para huir a Tarsis, lejos del Señor; bajó a Jafa
y encontró un barco que zarpaba para Tarsis; pagó el precio y embarcó para navegar con ellos a Tarsis, lejos del Señor.
4 Pero el Señor envió un viento impetuoso sobre el mar, se alzó
una furiosa tormenta en el mar y la nave estaba a punto de naufragar.
5 Temieron los marineros y cada cual gritaba a su dios. Arrojaron
los pertrechos al mar para aligerar la nave, mientras Jonás, que había bajado a lo hondo de la nave, dormía profundamente.
6 El capitán se le acercó y le dijo:
—¿Qué haces dormido? Levántate y grita a tu Dios; a ver si ese
Dios se compadece de nosotros y no perecemos.

7 Y se decían unos a otros:
—Echemos suertes para ver por culpa de quién nos viene esta
calamidad.
Echaron suertes y le tocó a Jonás.
8 Le interrogaron:
—Dinos: ¿por qué nos sobreviene esta calamidad?, ¿cuál es tu
oficio?, ¿de dónde vienes?, ¿cuál es tu país?, ¿de qué pueblo
eres?
9 Les contestó:
—Soy un hebreo y adoro al Señor, Dios del cielo, que hizo el
mar y la tierra firme.
10 Atemorizados aquellos hombres le preguntaron:
—¿Qué has hecho?
(Pues comprendieron que huía del Señor, por lo que él había
declarado).
11 Le preguntaron:
—¿Qué hacemos contigo para que se nos calme el mar?
Porque el mar seguía embraveciéndose.
12 El contestó:
—Cogedme en vilo y arrojadme al mar, y el mar se os calmará;
pues sé que por mi culpa os sobrevino esta furiosa tormenta.
13 Pero ellos remaban para alcanzar tierra firme, y no podían porque el mar seguía embraveciéndose.
14 Entonces invocaron al Señor:
—¡Ah Señor, que no perezcamos por culpa de este hombre, no
nos hagas responsables de una sangre inocente! Tú, Señor, puedes
hacer lo que quieres.
15 Cogieron en vilo a Jonás y lo arrojaron al mar, y el mar calmó
su furia.
16 Y aquellos hombres temieron mucho al Señor. Ofrecieron un sacrificio al Señor y le hicieron votos.

En el vientre de la ballena

2 El Señor envió un pez gigantesco para que se tragara a Jonás,
y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días con sus noches.
2 Desde el vientre del pez, Jonás rezó al Señor, su Dios:
3 «En el peligro grité al Señor y me atendió,
desde el vientre del abismo pedí auxilio y me escuchó.
4 Me habías arrojado al fondo, en alta mar,
me rodeaba la corriente, tus torrentes y tus olas me arrollaban.
5 Pensé: Me has arrojado de tu presencia;
¡quién pudiera otra vez ver tu santo templo!
6 A la garganta me llegaba el agua, me rodeaba el océano,
las algas se enredaban a mi cabeza;
7 bajaba hasta las raíces de los montes,
la tierra se cerraba para siempre sobre mí.
Y sacaste mi vida de la fosa, Señor, Dios mío.
8 Caundo se me acababan las fuerzas, invoqué al Señor,
llegó hasta ti mi oración, hasta tu santo templo.
9 Los devotos de los ídolos faltan a su lealtad;

10 yo, en cambio, te cumpliré mis votos,
mi sacrificio será un grito de acción de gracias:
'la salvación viene del Señor'».
11 El Señor dio orden al pez de vomitar a Jonás en tierra firme.

En Nínive

3 El Señor dirigió otra vez la palabra a Jonás:
2 —Levántate y vete a Nínive, la gran metrópoli, y échale el pre-
gón que yo te digo.
3 Se levantó Jonás y fue a Nínive, como le mandó el Señor. Nínive
4 era una gran metrópoli, tres días hacían falta para recorrerla. Jonás
se fue adentrando en la ciudad y caminó un día entero pregonando:
—¡Dentro de cuarenta días Nínive será arrasada!
5 Creyeron a Dios los ninivitas, proclamaron un ayuno y se vistie-
ron de sayal pequeños y grandes.
6 Cuando el mensaje llegó al rey de Nínive, se levantó del trono,
7 se quitó el manto, se vistió de sayal, se sentó en el polvo y mandó
al heraldo proclamar en Nínive un decreto real y de la corte:
—Hombres y animales, vacas y ovejas no prueben bocado, no
8 pasten ni beban; cúbranse de sayal hombres y animales. Invoquen
fervientemente a Dios; que cada cual se convierta de su mala vida
9 y de sus acciones violentas. A ver si Dios se arrepiente, cesa el in-
cendio de su ira y no perecemos.
10 Vio Dios sus obras y que se habían convertido de su mala vida,
y se arrepintió de la catástrofe con que había amenazado a Nínive
y no la ejecutó.

La lección del ricino

4 Jonás sintió un disgusto enorme. Irritado, rezó al Señor en estos
términos:
2 —¡Ah Señor, ya me lo decía yo cuando estaba en mi tierra! Por
algo me adelanté a huir a Tarsis; porque sé que eres «un Dios com-
pasivo y clemente, paciente y misericordioso», que te arrepientes
3 de las amenazas. Pues bien, Señor, quítame la vida; más vale morir
que vivir.
4 Respondió el Señor:
—¿Y vale irritarse?
5 Jonás había salido de la ciudad y se había instalado a levante;
allí se había hecho una choza, y estaba sentado a la sombra espe-
rando el destino de la ciudad.
6 Entonces el Señor Dios hizo crecer un ricino hasta sobrepasar a
Jonás, para que le diese sombra en la cabeza y lo librase de una
insolación. Jonás estaba encantado con aquel ricino.
7 Entonces Dios envió un gusano al amanecer el día siguiente, el
8 cual dañó el ricino, que se secó. Y cuando el sol apretaba, envió
Dios un viento solano bochornoso; el sol abrasaba la cabeza de
Jonás y lo hacía desfallecer. Jonás se deseó la muerte y dijo:
—Más vale morir que vivir.

9 Respondió Dios a Jonás:
—¿Y vale irritarse por lo del ricino?
Contestó:
—¡Vaya si vale! Y mortalmente.
10 El Señor le replicó:
—Tú te apiadas de un ricino que no te ha costado cultivar, que
11 una noche brota y otra perece, ¿y yo no voy a apiadarme de Nínive,
la gran metrópoli, que habitan más de ciento veinte mil hombres
que no distinguen la derecha de la izquierda, y muchísimo ganado?

MIQUEAS

INTRODUCCION

Epoca

Miqueas nació en Moréset Gat, una aldea de Judá, donde las montañas centrales comienzan a descender hacia el mar. Cuando comenzó su actividad todavía subsistía y resistía el Reino del Norte, Israel; conoció su agonía y sufrió con ella; escuchó la terrible destrucción de Samaría y la deportación en masa de habitantes; conoció la invasión de Senaquerib en Judea, y respiró con la inesperada y maravillosa liberación.

Entonces era rey un hombre piadoso y emprendedor: Ezequías (727-698). Fortificó la ciudad, excavó un túnel para asegurar el aprovisionamiento de aguas a la ciudad (quinientos metros de túnel en la roca viva). También promovió el rey la compilación literaria.

El modesto profeta venido de la aldea encontró en la corte a un profeta de gran envergadura que se llamaba Isaías, y al parecer recibió su influjo literario: lo imita, por ejemplo, en los juegos con los nombres, repite algunas imágenes; pero conserva un estilo relativamente personal, vigoroso en el ataque, capaz de apurar una imagen, en vez de sólo apuntarla (técnica que empleará Ezequiel).

Disposición

El libro de Miqueas, probablemente por obra de un editor, ofrece una disposición bastante clara.

Un gran marco encierra oráculos parciales. El marco es típico de un gran juicio: Dios se presenta en una gran teofanía (1,2-4) para pedir cuentas de los pecados (1,5-7); a la teofanía reacciona el profeta (1,8-9) y reaccionan una serie de localidades israelitas (1,10-16). Este primer capítulo empalma con el sexto: se convoca el juicio y comienza el interrogatorio (6,1-5), Dios rechaza un intento de compensación cúltica (6,6-8) y denuncia los pecados (6,9-16); el profeta se hace eco de la denuncia de Dios (7,1-6), pero, con todo, espera. De hecho, sucede una restauración final (7,8-20) articulada en cuatro piezas a manera de diálogo: afrentas y esperanza (8-10), oráculo de restauración (11-13), súplica confiada (14-17), oráculo de perdón y conversión (18-20).

Este patrón o esquema de juicio de castigo y restauración se realiza en menor escala en otras secciones del libro, con reiteración de motivos. En el capítulo 2: denuncia de las injusticias sociales de los poderosos y anuncio del castigo (1-5); los acusados reaccionan contra el profeta, quieren profetas cómplices, y Miqueas polemiza irónicamente con ellos (6-11); suena un breve oráculo de restauración, anunciando la vuelta de las ovejas desperdigadas en el destierro (12-13), pronunciado quizá por falsos profetas.

Un esquema semejante organiza los capítulos 3-5. Hay una denuncia de injusticias (3,1-4), después el profeta se vuelve contra los profetas cómplices y justifica su actuación (5-8), y continúa la denuncia comenzada, que desemboca en la sentencia condenatoria (3,9-12). Aquí empalma, con el mismo motivo poético del monte, un amplio oráculo de restauración (4-5). Esta restauración recoge los grandes temas del monte (5,1-4), la capital (5,8), el resto (4,6-7; 5,6-8), los jefes (5, 1-5). A la restauración se llegará por un tiempo de prueba (5,9-14) y una purificación que Dios realiza (5,9-14); Jacob o Israel quedará transformado (5,6-8). El

Señor será rey del nuevo pueblo (4,7), y un nuevo David será el jefe humano (5,1-3).

Pero estos dos capítulos se pueden leer también como una discusión entre los falsos profetas y Miqueas; los falsos predicen una restauración inmediata, Miqueas la remite a un futuro no definido; ellos hablan de Sión, él de Belén como vuelta a un nuevo David; ellos del poder de las armas, él del poder de Dios. El esquema sería el siguiente: M(iqueas) 4,1-5; F(alsos profetas) 6-8; M 9-10; F 11-13; M 4,14-5,3; F 5,4-5; M 6; F 7-8; M 9-14.

Algunos fragmentos del libro están muy mal conservados, como atestiguan ya las versiones; a esto se puede añadir un estilo conciso y un tono polémico, y también alusiones que se nos escapan. El resultado es que en algunas secciones la traducción es en alto grado conjetural.

1 Palabra del Señor que recibió Miqueas, el morastita, durante los reinados de Yotán, Acaz y Ezequías de Judá. Visión sobre Samaría y Jerusalén.

Teofanía de juicio

2 Escuchad, pueblos todos; atended, tierra y los que la pueblan:
sea el Señor testigo contra vosotros,
el Señor en su santo templo.
3 Mirad al Señor que sale de su morada y desciende
y camina sobre el dorso de la tierra.
4 Bajo él se derriten los montes
y los valles se resquebrajan,
como cera junto al fuego,
como agua precipitada por la torrentera.
5 Todo por el delito de Jacob, por los pecados de Israel.
¿Cuál es el delito de Jacob?, ¿no es Samaría?
¿Cuál es el altozano de Judá?, ¿no es Jerusalén?
6 Pues reduciré Samaría a una ruina campestre
donde plantar viñedos,
arrastraré al valle sus piedras
y desnudaré sus cimientos.
7 Todos sus ídolos serán triturados
y sus ofrendas quemadas,
arrasaré todas sus imágenes;
las reunió como precio de prostitución,
otra vez serán precio de prostitución.

Lamento del profeta

8 Por eso gimo y me lamento,
camino descalzo y desnudo,
hago duelo como aúllan los chacales
y gimo como las crías de avestruz.
9 Incurable es la herida que ha sufrido Judá,
llegó hasta la capital de mi pueblo, hasta Jerusalén.

Duelo de las poblaciones [a]

10 No lo contéis en Gat, no lloréis en El Llanto,
en Casalodones revolcaos en el lodo,
11 la población de Sapir se aparta desnuda y afrentada,
la población de Ovejuna no sale,
hay duelo en El Retiro, porque os quitan su residencia,
12 muy alarmada está la población de Marot, porque el Señor
arroja la desgracia sobre Jerusalén, la capital;
13 uncid al carro los caballos, población de Laquis
(allí comenzó el pecado de Sión,
allí se encontraban los delitos de Israel);
14 dad repudio a Desposada de Gat,
Casalfraude ha defraudado a los reyes de Israel,
15 te enviaré un heredero, población de La Heredada;
la tropa de Israel se refugia en Adulá.
16 Rápate, aféitate, por tus hijos adorados,
hazte una calva ancha como la de un águila,
pues te los han desterrado.

Primera denuncia

2 ¡Ay de los que planean maldades
y traman iniquidades en sus camas!
Al amanecer las ejecutan, porque tienen poder.
2 Codician campos y los roban, casas y las ocupan,
oprimen al varón con su casa, al hombre con su heredad.
3 Por eso así dice el Señor:
Mirad, yo planeo una desgracia contra esta tribu,
de la que no podréis apartar el cuello,
ni podréis caminar erguidos,
porque es una hora funesta.
4 Aquel día entonarán contra vosotros una sátira,
cantarán una elegía:
«¡Ay que me roba y vende la finca familiar!
Nos apresa y reparte nuestras tierras,
¡estamos perdidos!».
5 Así no tendrás quien sortee los lotes
a la asamblea del Señor.

Los profetas

6 No sermoneéis —sermonean—,
no se sermonea así, no llegará la afrenta.
7 —¿Así se habla, casa de Jacob?
¿Es que se ha acabado el espíritu del Señor
o van a ser tales sus acciones?
«¿No son buenas mis palabras
para el que procede rectamente?».

a El autor juega con los nombres de las poblaciones. El texto es dudoso.

8 Antaño mi pueblo se levantaba contra el enemigo,
hogaño arrancáis túnica y manto a quien transita confiado,
¡desertores de la guerra!
9 Echáis del hogar querido a las mujeres de mi pueblo
y a sus niños les quitáis para siempre mi honor.
10 Pues ¡arriba, marchaos!, que no es sitio de reposo,
porque está contaminado,
está hipotecado y exigen la hipoteca [a].
11 Si viniera un profeta soltando embustes:
«Te invito a vino y licor»,
sería un profeta digno de este pueblo.

El rebaño reunido (Falsos profetas)

12 «Yo te reuniré todo entero, Jacob;
congregaré tus supervivientes, Israel;
los juntaré como ovejas en un redil,
como rebaño en la pradera,
y se oirá el barullo de la multitud.
13 Delante avanza el cabestro, los demás se abren paso,
atraviesan la puerta y salen:
delante marcha su rey, el Señor a la cabeza».

Segunda denuncia

3 Escuchadme, jefes de Jacob, príncipes de Israel:
¿No os toca a vosotros ocuparos del derecho,
vosotros que odiáis el bien y amáis el mal?
2 Arrancáis la piel del cuerpo, la carne de los huesos,
3 os coméis la carne de mi pueblo, lo despellejáis,
le rompéis los huesos, lo cortáis
como carne para la olla o el puchero.
4 Pues cuando griten al Señor, no les responderá,
les ocultará el rostro entonces por sus malas acciones.

Los profetas y el profeta

5 Así dice el Señor a los profetas que extravían a mi pueblo:
Cuando tienen algo que morder, anuncian paz,
y declaran una guerra santa a quien no les llena la boca.
6 Por eso llegará una noche sin visión, oscuridad sin oráculo;
se pondrá el sol para los profetas oscureciendo el día;
7 los videntes avergonzados, los adivinos sonrojados
se taparán la barba, porque Dios no responde.
8 Yo, en cambio, estoy lleno de valor, de espíritu del Señor,
de justicia, de fortaleza, para anunciar
sus crímenes a Jacob, sus pecados a Israel.

a o: será destruido terriblemente.

Denuncia y sentencia

9 Escuchadme, jefes de Jacob, príncipes de Israel:
vosotros que detestáis la justicia y torcéis el derecho,
10 edificáis con sangre a Sión, a Jerusalén con crímenes.
11 Sus jefes juzgan por soborno,
sus sacerdotes predican a sueldo,
sus profetas adivinan por dinero;
y encima se apoyan en el Señor diciendo:
¿No está el Señor en medio de nosotros?
No nos sucederá nada malo.
12 Pues por vuestra culpa Sión será un campo arado,
Jerusalén será una ruina,
el monte del templo un cerro de breñas.

Restauración: el monte del templo
(Is 2,2-4)

4 *Al final de los tiempos* estará firme
el monte de la casa del Señor,
en la cima de los montes,
encumbrado sobre las montañas.
Hacia él confluirán las naciones,
2 caminarán pueblos numerosos;
dirán: Venid, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob;
él nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas;
porque de Sión saldrá la ley
de Jerusalén, la palabra del Señor.
3 Será el árbitro de muchas naciones,
el juez de numerosos pueblos.
De las espadas forjarán arados;
de las lanzas, podaderas.
No alzará la espada pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra.
4 Se sentará cada uno bajo su parra y su higuera,
sin sobresaltos —lo ha dicho el Señor de los ejércitos—.
5 Todos los pueblos caminan invocando a su Dios,
nosotros caminamos invocando siempre
al Señor, nuestro Dios.

El resto y el Señor rey

6 *Aquel día* —oráculo del Señor— reuniré a los inválidos,
congregaré los dispersos a los que maltraté:
7 haré de los inválidos el resto,
los desterrados serán un pueblo numeroso.
Sobre ellos reinará el Señor en el monte Sión
desde ahora y por siempre.

8 *Y tú, Torre del Rebaño, colina de Sión,*
recibirás el poder antiguo,
el reino de la capital, Jerusalén.

Salvación por la prueba

9 *Y ahora,* ¿por qué gritas quejándote?
¿No tienes rey, te falta el consejero?
¿Por qué te retuerces como parturienta?
10 Retuércete como parturienta, expulsa, Sión,
porque ahora saldrás de la ciudad para vivir en descampado;
irás a Babilonia y de allí te sacarán,
te rescatará el Señor de manos enemigas.
11 *Ahora* se alían contra ti muchas naciones,
diciendo: Está profanada,
gocemos del espectáculo de Sión;
12 y no entienden los planes del Señor,
no comprenden sus designios:
que los junta como gavillas en la era.
13 Arriba, trilla, Sión:
te daré cuernos de hierro y pezuñas de bronce,
para que tritures a muchos pueblos;
consagrarás al Señor sus riquezas,
sus posesiones al Dueño de la tierra.
14 *Ahora* se juntan en tropeles, nos ponen asedio,
con el cetro golpean en la mejilla al Juez de Israel.

5 *Pero tú, Belén de Efrata,*
pequeña entre las aldeas de Judá,
de ti sacaré el que ha de ser jefe de Israel:
su origen es antiguo, de tiempo inmemorial.
2 Pues los entrega sólo hasta que la madre dé a luz
y el resto de los hermanos vuelva a los israelitas.
3 En pie pastoreará con el poder del Señor,
en nombre de la majestad del Señor, su Dios;
y habitarán tranquilos, cuando su grandeza
se extienda hasta los confines de la tierra.
4 La paz vendrá así: Si Asiria se atreve
a invadir nuestro país y pisar nuestros palacios,
le enfrentaremos siete pastores, ocho capitanes,
5 que pastorearán Asiria a espada, Nimrod con daga.
Así nos librará de Asiria,
cuando invada nuestro país y pise nuestro territorio.

El resto entre los pueblos

6 El resto de Jacob será en medio de muchas naciones
como rocío del Señor o lluvia sobre el césped,
que no tiene que esperar a los hombres
ni aguardar a nadie.
7 El resto de Jacob será en medio de muchas naciones

como un león entre fieras salvajes,
como cachorro en un rebaño de ovejas,
que penetra y pisotea y hace presa, impune.
8 ¡Alza tu mano contra los agresores
y sean aniquilados todos tus enemigos!

La gran purificación

9 *Aquel día* —oráculo del Señor—
os aniquilaré vuestra caballería
y destruiré vuestros carros,
10 aniquilaré las ciudadelas
y arrasaré las plazas fuertes,
11 aniquilaré en tus manos los sortilegios
y no te quedarán adivinos,
12 aniquilaré en medio de ti ídolos y estelas
y no adorarás las obras de tus manos,
13 derribaré en medio de ti los mayos
y acabaré con tus bosques sagrados.
14 Con ira y cólera tomaré venganza
de las naciones que no obedezcan.

Llamada a juicio

6 Escuchad lo que dice el Señor:
Levántate, llama a juicio a los montes,
que los collados escuchen tu voz.
2 Escuchad, montes, el juicio del Señor,
firmes cimientos de la tierra:
el Señor entabla juicio con su pueblo,
pleitea con Israel.
3 Pueblo mío, ¿qué te hice,
en qué te molesté? Respóndeme.
4 Te saqué de Egipto, te redimí de la esclavitud,
enviando por delante a Moisés, Aarón y María.
5 Pueblo mío, recuerda lo que maquinaba Balac, rey de Moab,
y cómo respondió Balaán, hijo de Beor;
recuerda desde Acacias a Guilgal,
para que comprendas que el Señor tiene razón.

Compensación cúltica

6 —¿Con qué me presentaré al Señor,
inclinándome al Dios del cielo?
¿Me presentaré con holocaustos,
con becerros añojos?
7 ¿Aceptará el Señor un millar de carneros
o diez mil arroyos de aceite?
¿Le ofreceré mi primogénito por mi culpa
o el fruto de mi vientre por mi pecado?

8 —Hombre, ya te ha explicado lo que está bien,
lo que el Señor desea de ti:
que defiendas el derecho y ames la lealtad,
y que seas humilde con tu Dios.
9 ¡Qué acierto es respetarte a ti!

Denuncias y amenazas

¡Oíd! El Señor llama a la ciudad,
escuchad, tribu y sus asambleas:
10 —¿Voy a tolerar la casa del malvado con sus tesoros injustos,
con sus medidas exiguas e indignantes?,
11 ¿voy a absolver las balanzas con trampa
y una bolsa de pesas falsas?
12 Los ricos están llenos de violencias, la población miente,
tienen en la boca una lengua embustera.
13 Pues yo voy a comenzar a golpearte
y a devastarte por tus pecados:
14 comerás sin saciarte, te retorcerás por dentro;
si apartas algo, se echará a perder;
si se conserva, lo entregaré a los guerreros;
15 sembrarás y no segarás,
pisarás la aceituna y no te ungirás,
pisarás la uva y no beberás vino.
16 Se observan los decretos de Omrí
y las prácticas de Ajab; seguís sus consejos;
así que os devastaré, entregaré la población al oprobio
y tendréis que soportar la afrenta de mi pueblo.

Discurso del profeta

7 ¡Ay de mí! Me sucede como al que rebusca
terminada la vendimia:
no quedan racimos que comer
ni brevas, que tanto me gustan;
2 han desaparecido del país los hombres leales,
no queda un hombre honrado;
todos acechan para matar,
se tienden redes unos a otros;
3 sus manos son buenas para la maldad:
el príncipe exige, el juez se soborna,
el poderoso declara sus ambiciones;
se retuerce la bondad como espinos
y la rectitud como zarzales.
4 El día de la cuenta que anuncia el centinela
llegará: pronto llegará la desgracia.
5 No os fiéis del prójimo, no confiéis en el amigo,
guarda la puerta de tu boca de la que duerme en tus brazos;
6 porque el hijo deshonra al padre, se levantan
la hija contra la madre, la nuera contra la suegra
y los enemigos de uno son los de su casa.

7 Pero yo estoy alerta aguardando
al Señor, mi Dios y salvador:
mi Dios me escuchará.

Restauración

8 No cantes victoria, mi enemiga: si caí, me alzaré;
si me siento en tinieblas, el Señor es mi luz.
9 Soportaré la cólera del Señor, pues pequé contra él,
hasta que juzgue mi causa y me haga justicia;
me sacará a la luz y gozaré de su justicia.
10 Mi enemiga al verlo se cubrirá de vergüenza,
la que me decía: «¿Dónde está tu Dios?».
Mis ojos gozarán pronto viéndola
pisoteada como lodo de la calle.
11 Es el día de reconstruir tu cerca,
es el día de ensanchar tus lindes,
el día en que vendrán a ti desde Asiria hasta Egipto,
del Nilo al Eufrates, de mar a mar, de monte a monte.
13 El país con sus habitantes quedará desolado
en pago de sus malas acciones.
14 Pastorea a tu pueblo con el cayado,
a las ovejas de tu propiedad,
vecino solitario de la foresta del Carmelo;
que pasten como antaño en Basán y Galaad;
15 como cuando saliste de Egipto,
muéstranos tus prodigios.
16 Que los pueblos al verlo se avergüencen,
a pesar de su valentía;
que se lleven la mano a la boca y se tapen los oídos;
17 que muerdan el polvo como culebras o sabandijas;
que salgan temblando de sus baluartes,
que teman y se asusten ante ti, Señor, Dios nuestro.
18 ¿Qué Dios como tú perdona el pecado
y absuelve la culpa al resto de su heredad?
No mantendrá siempre la ira, pues ama la misericordia;
19 volverá a compadecerse, destruirá nuestras culpas,
arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados.
20 Así serás fiel a Jacob y leal a Abrahán,
como lo prometiste en el pasado a nuestros padres.

NAHUN

INTRODUCCION

Epoca

De Nahún sabemos que nació en Elcas, pero Elcas no sabemos dónde cae. Aunque la introducción al libro no trae fechas, el contenido nos orienta con aproximación.

Asurbanipal, el que nos legó la mejor biblioteca del antiguo Oriente, fue el último rey importante del Imperio Asirio (668-627). Durante su reinado queda decidida la suerte del gran Imperio opresor de naciones, «el león que hacía presas». El pudo reconquistar Babilonia, derrotando a su hermano, que se rebeló al frente de una gran coalición; pero no pudo vencer al faraón Psamético.

Suceden a Asurbanipal tres monarcas débiles, mientras el péndulo del poder oscila de nuevo hacia el sur, donde Nabopolasar funda el nuevo Imperio Babilónico (626). Nabopolasar, aliado con Ciaxares, rey de los medos, conquista al asalto la ciudad de Nínive (612). Es una fecha grande y terrible de la historia universal la que canta Nahún. Desaparece Asiria, retorna Babilonia y se anuncia una tercera potencia: Media.

Describiendo con exaltada pasión la caída del Imperio temido y odiado, Nahún canta también al Señor de la historia, que hace sonar su hora a los Imperios.

Estilo

Nahún es un magnífico poeta en tono mayor. Ninguno como él ha sabido evocar líricamente el asalto y conquista de una gran ciudad, el pánico, la agitación, los lamentos; ninguno se ha atrevido a acumular esa serie alucinante de sustantivos y adjetivos. Su técnica es de trazos breves yuxtapuestos, su descripción es impresionista y patética; de cuando en cuando irrumpe encarándose con los personajes. Las imágenes del león y de la langosta están bien desarrolladas, con rasgos originales. Un alarde de vocabulario selecto hace rico y difícil su verso.

1 Oráculo contra Nínive: texto de la visión de Nahún, el elcasita.

Teofanía y juicio (poema alfabético)

2a El Señor es un Dios celoso y justiciero [a],
el Señor sabe airarse y tomar venganza.
3b Camina en el huracán y la tormenta,
las nubes son el polvo de sus pasos.
4 Ruge contra el mar y lo seca
y evapora todos los ríos;
aridecen el Basán y el Carmelo
y se marchita la flor del Líbano.
5 Las montañas tiemblan ante él,
los collados se estremecen,
la tierra en su presencia se levanta,
el orbe con todos sus habitantes.

a El poema está mal conservado y desordenado.

6 ¿Quién resistirá su cólera,
quién aguantará su ira ardiente?
Su furor se derrama como fuego
y las rocas se rompen ante él.
7 El Señor es bueno, atiende a los que se acogen a él,
8a es refugio en el peligro, cuando pasa la crecida.
3a El Señor es paciente y es poderoso,
el Señor no deja impune.
8b Extermina a sus contrarios,
empuja a las tinieblas al enemigo;
9b su adversario no se alzará dos veces,
pues él lo aniquilará.
9a ¿Qué maquináis contra el Señor?
11 De ti salió el que maquinaba maldades
contra el Señor, el consejero inicuo.
2b El Señor se venga de sus adversarios,
se la guarda a sus enemigos.
10 Los que se emborrachan en festines serán consumidos
como maraña de espinos, como montón de paja seca.
12b Así dice el Señor:
Si te afligí, ya no te afligiré más,
13 pues ahora romperé el yugo que te oprime,
haré saltar tus correas.
14b En el templo de tu Dios aniquilaré ídolos e imágenes.
14a El Señor lo ha dispuesto para ti:
ya no se esparcirán los de tu estirpe.
Te despreciaban, pero te daré un sepulcro.
12a Aunque sean muchos y estén sanos,
serán trasquilados y pasarán.

Fiesta en Jerusalén

2 Mirad sobre los montes los pies
del heraldo que pregona la paz:
«Festeja tu fiesta, Judá, cumple tus votos,
que el Criminal no volverá a atravesarte
porque ha sido aniquilado»;
3 porque el Señor restaura
la gloria de Jacob, la gloria de Israel,
a quien habían asaltado salteadores
destruyendo sus sarmientos.

Asalto y conquista de Nínive

2 Que te asaltan los arietes y se estrecha el cerco:
vigila los accesos, apréstate y redobla tus fuerzas.
4 El escudo de la tropa está rojo
y los soldados visten de púrpura,
es un ascua el revestimiento
de los carros en formación.

5 Los jinetes vertiginosos, los carros enloquecidos
se lanzan por calles y callejas
revolviéndose como teas o relámpagos.
6 Pasa revista a sus capitanes
que tropiezan en sus recorridos,
se apresuran hacia las murallas
y se asegura la barrera.
7 Se abren las esclusas de los ríos
y el palacio se derrumba;
8 hacen formar y salir a los cautivos, conducen a las esclavas,
que se golpean el pecho gimiendo como palomas.
9 Nínive es una alberca cuyas aguas se escapan:
¡Deteneos, deteneos!, pero nadie se vuelve.
10 Saquead plata, saquead oro, el depósito es inacabable,
qué abundancia de toda clase de enseres preciosos.
11 ¡Destrucción, desolación, devastación!
El temple se funde, vacilan las rodillas,
se doblan los ijares, el rostro pierde el color.
12 ¿Dónde está el cubil de leones,
la guarida de los cachorros,
adonde iban sin asustarse
el león con la leona y sus crías?
13 El león que hacía presas para sus cachorros
y despedazaba para sus leonas,
su cueva se llenaba de víctimas,
su guarida de despojos.
14 ¡Aquí estoy yo contra ti!
—oráculo del Señor de los ejércitos—.
Arderán humeando tus carros
y la espada devorará tus cachorros,
extirparé de la tierra tus presas
y no volverá a sonar la voz de tus pregoneros.

Ciudad sanguinaria

3 ¡Ay de la ciudad sanguinaria y traidora,
repleta de rapiñas, insaciable de despojos!
2 Escuchad: látigos, estrépito de ruedas,
caballos al galope, carros rebotando,
3 jinetes al asalto, llamear de espadas,
relampagueo de lanzas, multitud de heridos,
masas de cadáveres, cadáveres sin fin,
se tropieza en cadáveres.
4 Por las muchas fornicaciones de la prostituta,
tan hermosa y hechicera,
que compraba pueblos con sus fornicaciones
y tribus con sus hechicerías;
5 ¡aquí estoy yo contra ti!
—oráculo del Señor de los ejércitos—.
Te levantaré hasta la cara las faldas, enseñando
tu desnudez a los pueblos, tu afrenta a los reyes.

6 Te arrojaré basura encima
y te expondré a la pública vergüenza.
7 Los que te vean se apartarán de ti diciendo:
Desolada está Nínive, ¿quién la compadecerá?
¿Dónde encontrar quien la consuele?

Tú como ella

8 ¿Eres tú mejor que No-Amón,
señora del Nilo, rodeada de aguas?
Su fuerza era el mar, las aguas su muralla,
9 incontables cusitas, egipcios sin número,
libios y etíopes eran sus defensores.
10 También ella fue al destierro, marchó prisionera,
sus hijos fueron estrellados en las encrucijadas,
se rifaron a los nobles y encadenaron a los notables.
11 También tú te embriagarás y te esconderás,
también tú buscarás asilo lejos del enemigo.
12 Tus plazas fuertes son higueras cargadas de brevas,
al sacudirlas caen en la boca que las come.
13 Mira, tus soldados se han vuelto mujeres frente al enemigo;
abiertas están las puertas de tu territorio
y el fuego ha consumido los cerrojos.

No hay remedio

14 Haz acopio de agua para el asedio, fortifica las defensas,
pisa lodo, aplasta arcilla, métela en el molde:
15 que el fuego te consumirá, como devora la langosta,
y la espada te aniquilará.
Aunque te multipliques como la langosta,
te multipliques como los saltamontes,
la langosta muda la piel y vuela;
16 aunque sean tus buhoneros más que las estrellas del cielo,
17 tus capitanes como langostas, tus jefes como insectos,
posados en la tapia durante el frío,
al brillar el sol se marchan sin dejar huella.
18 Tus pastores, rey de Asiria, se han dormido
y tus capitanes se han tumbado,
la tropa está dispersa por los montes
y no hay quien la reúna.
19 No hay remedio para tu fractura, tu herida es incurable.
Los que oyen noticias tuyas palmotean,
pues ¿sobre quién no descargó tu perpetua maldad?

HABACUC

INTRODUCCION

Habacuc, profeta sin patria ni apellido, vive y escribe en la misma época que Nahún. Su horizonte histórico está definido por dos grandes poderes: Asiria decadente y Babilonia renaciente. Asiria es el pescador de pueblos y su dios es su red; sucumbirá ante el nuevo Imperio Babilónico, águila guerrera cuyo dios es su fuerza.

Entre los dos vive Israel su historia, y Habacuc representa a su pueblo. Son tiempos de opresión y violencias, y Habacuc reza: «¿Hasta cuándo?». Los caldeos harán justicia, y el profeta espera impaciente. Hasta que su impaciencia se convierte en expectación.

Dios enuncia un principio general: el arrogante confiado en sí malogra su vida, el inocente fiado de Dios salva su vida. En este momento el arrogante es el Imperio Asirio; los caldeos de momento hacen justicia, pero pueden pecar también de arrogancia. Son tiempos turbulentos en que Israel puede convertirse en juguete de los imperios. Es el decenio 622-612.

Al caer el Imperio insaciable, los pueblos liberados entonan un coro de ayes satíricos, repasando algunos crímenes del opresor: robos, fraudes, asesinatos, lujuria, idolatría, y exponiendo el castigo.

Sobre el coro se alza la voz solista de Habacuc, intercediendo por su pueblo (la traducción «por delitos inadvertidos» es insegura). Es una súplica en forma de acto de confianza: aunque los enemigos sean poderosos, más poderoso es el Señor, que aparece como guerrero cósmico incontrastable; aunque los campos sufran también por la sequía, el profeta celebra al Señor de la naturaleza y de la historia.

1 Oráculo recibido en visión por el profeta Habacuc.

El final de la injusticia: impaciencia y anuncio

2 ¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que me escuches;
te gritaré: ¡Violencia!, sin que me salves?
3 ¿Por qué me haces ver crímenes, me enseñas trabajos,
me pones delante violencias y destrucción
y surgen reyertas y se alzan contiendas?
4 Pues la ley cae en desuso y el derecho no sale vencedor,
los malvados cercan al inocente y el derecho sale conculcado.
5 Mirad a las naciones, contemplad, espantaos:
en vuestros días haré una obra tal,
que si os la contasen no la creeríais.
6 Yo movilizaré a un pueblo cruel y resuelto
que recorrerá la anchura de la tierra
conquistando poblaciones ajenas.
7 Es temible y terrible: él con su sentencia
sacará adelante el derecho.
8 Sus caballos son más veloces que panteras,
más afilados que lobos esteparios.
Sus jinetes brincan, sus jinetes vienen de lejos
volando como rauda águila sobre la presa.

9 Todos acuden a la violencia,
en masa, adelantando el rostro,
y juntan prisioneros como arena.
10 Se mofa de los reyes, se burla de los jefes;
se ríe de todas las plazas fuertes,
apisona tierra y las conquista.
11 Después toma aliento y continúa.
Su fuerza es su dios.

Súplica y descripción

12 ¿No eres tú, Señor, desde antiguo
mi Dios santo que no muere?
Señor, lo has puesto en el tribunal;
Roca, lo has establecido para que juzgue.
13 Tus ojos son demasiado puros para estar mirando el mal,
no puedes estar contemplando la opresión:
pues ¿por qué contemplas en silencio a los traidores,
al culpable que devora al inocente?
14 Tú hiciste a los hombres como peces del mar,
como reptiles sin jefe,
15 y él los saca a todos con el anzuelo, los apresa en la red,
los reúne en el copo y luego ríe satisfecho;
16 ofrece sacrificios al anzuelo, incienso a la red,
porque le dieron rica presa, comida sustanciosa.
17 ¿Y va a seguir vaciando sus redes
y matando pueblos sin compasión?

Espera y oráculo

2 Me pondré de centinela, haré la guardia oteando
a ver qué me dice, qué responde a mi reclamación.
2 El Señor me respondió:
—Escribe la visión, grábala en tablillas,
de modo que se lea de corrido [a]:
3 la visión tiene un plazo, jadea hacia la meta,
no fallará; aunque tarde, espérala,
que ha de llegar sin retraso.
4 «El arrogante tiene un alma torcida;
el inocente, por fiarse, vivirá».
5 Aunque se lance el pérfido, un tipo fanfarrón,
nada conseguirá;
aunque ensanche las fauces como el abismo
y sea insaciable como la muerte;
aunque arramble con todos los pueblos
y se adueñe de todas las naciones,
6 todos ellos entonarán contra él
coplas y sátiras y epigramas:

a o: que el heraldo la lleve corriendo.

Copla de los cinco ayes

7 ¡Ay del que acumula bien ajeno, ¿por cuánto tiempo?,
y amontona objetos empeñados!
De pronto se alzarán tus acreedores, despertarán
y, sacudiéndote bien, te desvalijarán;
8 porque saqueaste a tantas naciones,
los demás pueblos te saquearán;
por tus asesinatos y violencias
en países, ciudades y poblaciones.
9 ¡Ay del que mete en casa ganancias injustas
y anida muy alto para librarse de la desgracia!
10 Destruyendo a tantas naciones
has planeado la afrenta de tu casa
y has malogrado tu vida.
11 Las piedras de las paredes reclamarán
alternando con las vigas de madera.
12 ¡Ay del que construye con sangre la ciudad
y asienta la capital en el crimen!
13 El Señor de los ejércitos ha decidido
que trabajen los pueblos para el fuego
y las naciones se fatiguen en balde,
14 cuando toda la tierra se llene
del conocimiento de la gloria del Señor,
como las aguas colman el mar.
15 ¡Ay del que emborracha a su prójimo,
lo embriaga con una copa drogada,
para remirarlo desnudo!
16 Bebe tú también y enseña el prepucio,
hártate de baldones y no de honores,
que te pasa la copa la diestra del Señor
y tu ignominia superará a tu honor.
17 El Líbano violentado te aplastará,
la matanza de animales te aterrará:
por tus asesinatos y violencias
en países, ciudades y poblaciones.
19 ¡Ay del que dice a un leño: Despierta,
y a una piedra: Desperézate! ¿Te va a instruir?
Míralo forrado de oro y plata, y no tiene alma.
18 ¿De qué le sirve al ídolo que lo talle el artífice
si es una imagen, un maestro de mentiras?
¿De qué al artífice confiar en su obra
o fabricar ídolos mudos?
20 En cambio, el Señor está en su santo templo:
¡silencio en su presencia todo el mundo!

3 Intercesión del profeta Habacuc por delitos inadvertidos.
2 ¡Señor, he oído tu fama; Señor, he visto tu acción!
En medio de los años realízala,
en medio de los años manifiéstala,
en la ira acuérdate de la compasión.
3 El Señor viene de Temán, el Santo del Monte Farán;

su resplandor eclipsa el cielo
y la tierra se llena de sus alabanzas;
4 su brillo es como el sol,
su mano destella velando su poder.
5 Ante él marcha la Peste, la Fiebre sigue sus pasos.
6 Se detiene y tiembla la tierra,
lanza una mirada y dispersa a las naciones;
se desmoronan las viejas montañas,
se prosternan los collados primordiales,
los caminos primordiales, ante él.
7 Agobiadas veo las tiendas de Cusán,
sacudidas las lonas de Madián.
8 ¿Es que arde, Señor, contra los ríos,
contra los ríos tu cólera, contra el mar tu furor,
cuando montas tus caballos, tu carro victorioso?
9 Desnudas y alertas tu arco, cargas de flechas tu aljaba.
Hiendes con torrentes el suelo
10 y al verte tiemblan las montañas;
pasa una tromba de agua, el océano fragoroso
levanta sus brazos a lo alto.
11 Sol y Luna se detienen en su morada
a la luz de tus flechas que cruzan,
al brillo del relámpago de tu lanza.
12 Caminas airado por la tierra, pisoteas furioso a los pueblos,
13 sales a salvar a tu pueblo, a salvar a tu ungido:
destrozas el techo de la casa del malvado,
desnudas sus cimientos hasta la roca.
14 Con sus dardos atraviesas al capitán
y sus tropas se dispersan en torbellino,
cuando triunfantes iban a devorar
una víctima a escondidas.
15 Pisas el mar con tus caballos
y hierve la inmensidad de las aguas.
16 Lo escuché y temblaron mis entrañas,
al oírlo se estremecieron mis labios,
me entró un escalofrío por los huesos
y vacilaban mis piernas al andar.
Gimo por el día de angustia
que se echa sobre el pueblo que nos oprime.
17 Aunque la higuera no echa yemas y las cepas no dan fruto,
aunque el olivo se niega a su tarea
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil
y no quedan vacas en el establo;
18 yo festejaré al Señor gozando con mi Dios salvador:
19 el Señor es mi fuerza, me da piernas de gacela,
me encamina por las alturas.

(Al director del coro: con cítaras).

SOFONIAS

INTRODUCCION

Epoca

Sofonías es un profeta del reinado de Josías, y Josías es una paradoja en el plan histórico de Dios. Después de los tristes años de decadencia religiosa bajo el reinado de Manasés (698-643), Josías es el gran restaurador y continuador de las reformas religiosas de su bisabuelo Ezequías. Luchó eficazmente contra nigromantes y adivinos, proscribió el culto en santuarios locales para centralizarlo exclusivamente en Jerusalén, desarraigó los restos de la idolatría, luchó contra el influjo asirio, promovió con su ejemplo una nueva observancia religiosa, logró ensanchar el reino hacia el norte, en territorio del destruido reino de Israel. Según la doctrina común, semejante rey tenía todas las garantías para asegurar la prosperidad suya y de su reino. Pero ¿qué sucedió? Que el rey, intentando detener las tropas del Faraón que corrían en auxilio de Asiria, fue muerto en combate junto a Meguido; el pueblo, escandalizado por aquel aparente abandono de Dios, volvió a los pecados religiosos, al sincretismo pagano. Estaba a poca distancia de la catástrofe.

Sofonías colaboró con Josías (640-609), denunciando las costumbres extranjeras, y predijo la destrucción de Nínive. Sintió acercarse la gran catástrofe sobre Jerusalén, el gran «día de la cólera», *dies irae*. Pero concluye, como otros profetas, con una profecía de esperanza. Como poeta, es menos personal, recoge motivos de la tradición profética y los compone con el procedimiento de la enumeración. Sofonías vive a la sombra de su gran contemporáneo Jeremías.

Tema

El libro de Sofonías se puede leer como composición unitaria, semejante a las escatologías proféticas, o bien como un ejemplo de ellas.

Se celebra un juicio solemne, definitivo respecto a una etapa, al que sigue la gran restauración que implanta el reino del Señor.

El juicio se celebra en un día establecido y en un espacio de dimensiones cósmicas: termina el tiempo de la paciencia y el perdón, hay que rendir cuentas finales, el Señor pronuncia sentencia. Por eso es un día de ira, introducido por una teofanía sobrecogedora.

El profeta, al anunciar la proximidad del día, se encuentra aún en tiempo de misericordia e invita a la conversión. Porque de Israel se salvará un resto, no constituido por la simple circuncisión física, sino por la conversión y la humilde fidelidad. Por eso también entre los paganos habrá quien se salve y se incorpore al servicio del Señor.

La restauración es tiempo de gozo mutuo, del Señor y de su pueblo; tiempo de cambio interno y definitivo; se acaba el temor y la opresión y retornan los dispersos.

1 Palabra del Señor que recibió Sofonías, hijo de Cusí, de Godolías, de Azarías, de Ezequías, durante el reinado de Josías, hijo de Amón, en Judá.

Destrucción

2 Acabaré con todo en la superficie de la tierra
—oráculo del Señor—:
3 acabaré con hombres y animales,
acabaré con las aves del cielo y los peces del mar,
con los escándalos y los malvados;
extirparé a los hombres de la superficie de la tierra
—oráculo del Señor—.
4 Extenderé mi mano contra Judá
y contra todos los vecinos de Jerusalén,
extirparé de este lugar lo que queda de Baal
y el nombre de sus sacerdotes y su clero,
5 a los que adoran en las azoteas el ejército del cielo,
a los que adorando al Señor y jurando por él,
juran también por Moloc,
6 a los que apostatan del Señor,
a los que no lo buscan ni lo consultan.

«Dies irae»

7 ¡Silencio en presencia del Señor!,
que se acerca el día del Señor.
El Señor ha preparado un banquete
y ha purificado a sus invitados.
8 El día del banquete del Señor
tomaré cuentas a nobles y príncipes reales
y a cuantos visten a la moda extranjera;
9 a los que escalan la terraza del templo —ese día—,
a los que llenan de engaños y violencias
el templo de su Señor.
10 Aquel día —oráculo del Señor—
se oirá gritar en la Puerta del Pescado,
gemir en el Barrio Nuevo
y lamentarse en las colinas:
11 ¡Gemid, vecinos del Mortero!
Que se acabaron los mercaderes,
desaparecieron los cambistas.
12 Entonces registraré a Jerusalén con linternas,
para pedir cuentas a los aletargados con vinos generosos,
a los que piensan: «Dios no actúa ni bien ni mal»;
13 sus riquezas serán saqueadas, sus casas derribadas,
las casas que construyan no las habitarán,
de las viñas que planten no beberán vino.
14 ¡Se acerca el día grande del Señor!
Se acerca con gran rapidez:
el día del Señor es más ágil que un fugitivo,
más veloz que un soldado.

15 Ese día será un día de cólera,
día de angustia y aflicción,
día de destrucción y desolación,
día de oscuridad y tinieblas,
día de nubes y nubarrones,
día de trompeta y alaridos,
16 contra las plazas fuertes, contra las altas almenas.
17 Acosaré a los hombres, para que anden ciegos,
porque pecaron contra el Señor;
su sangre se derramará como polvo,
sus entrañas como estiércol,
18 ni su plata ni su oro podrán librarlos,
el día de la cólera del Señor,
cuando el fuego de su celo consuma la tierra entera,
cuando acabe atrozmente
con todos los habitantes de la tierra.

2 ¡Amontonaos bien, pueblo despreciable!,
2 antes que os arrebaten como tamo volandero,
antes que os alcance el incendio de la ira del Señor,
antes que os alcance el día de la ira del Señor.
3 Buscad al Señor, los humildes que cumplís sus mandatos:
buscad la justicia, buscad la humildad,
para tener un refugio
el día de la ira del Señor.

Contra las naciones [a]

4 Gaza quedará abandonada; Ascalón, devastada;
Asdod, desalojada al mediodía; Acrón, arrancada.
5 ¡Ay de los que habitan en la costa, pueblo cretense!
—la palabra del Señor va por vosotros—:
Canaán, tierra filistea,
te dejaré totalmente despoblada,
6 el litoral se convertirá en dehesas,
prados de pastores, rediles de ovejas;
7 lote del resto de los judíos, que pastarán allí
y al atardecer se recogerán en las casas de Ascalón,
cuando el Señor, su Dios, los visite
para cambiar su suerte.
8 He oído las injurias de Moab,
los insultos de los amonitas:
injuriaban a mi pueblo, invadían su territorio;
9 pues ¡juro por mi vida!
—oráculo del Señor de los ejércitos, Dios de Israel—,
Moab será como Sodoma, Amón como Gomorra:
campo de ortigas, mina de sal, desierto perenne.
El resto de mi pueblo los saqueará,
sus supervivientes serán sus dueños.

a Basado en juegos de palabras con los nombres.

10 Esa será la paga de su arrogancia,
de sus insultos despectivos,
contra el pueblo del Señor de los ejércitos;
11 terrible se les mostrará el Señor
cuando deje macilentos
a todos los dioses de la tierra;
entonces le adorarán desde sus puestos
las islas de los paganos.
12 También vosotros, etíopes,
caeréis atravesados por mi espada.
13 Extenderá su mano hacia el norte y exterminará a Asiria,
dejará a Nínive desolada, hecha un erial, un desierto:
14 en su recinto se tenderán manadas de fieras de toda especie,
pelícanos y erizos pernoctan en los capiteles,
resuena su canto en las ventanas,
el umbral queda destrozado, las maderas de cedro desnudas.
15 Esta es la ciudad bullanguera que vivía confiada,
que pensaba: «Yo y nadie más»,
quedó reducida a escombros, a madriguera de fieras;
los que pasan junto a ella silban y agitan la mano.

Juicio de Jerusalén

3 ¡Ay de la ciudad rebelde, manchada y opresora!
2 No obedeció ni escarmentó,
no confiaba en el Señor ni acudía a su Dios;
3 sus príncipes en ella eran leones rugiendo;
sus jueces, lobos a la tarde, sin comer desde la mañana;
4 sus profetas, unos fanfarrones, hombres desleales;
sus sacerdotes profanaban lo sacro, violentaban la ley.
5 En ella está el Señor justo, que no comete injusticia;
cada mañana dicta sentencia, al alba sin falta;
pero el criminal no reconoce su culpa.
6 Aniquilé naciones, derruí sus almenas,
llené de escombros sus calles para que nadie transitase,
arrasé sus ciudades para que nadie las habitara,
7 pensando: «Quizá escarmiente y me tema,
y no perezca su morada cuando yo le tome cuentas»;
pero ellos madrugaban para pervertir sus acciones.
8 Pues esperad —oráculo del Señor—
a que yo me levante a acusar,
porque yo suelo reunir a los pueblos, juntar a los reyes,
para derramar sobre ellos mi furor, el incendio de mi ira;
en el fuego de mi celo se consumirá la tierra entera.

Restauración

9 Entonces purificaré los labios de los pueblos
para que invoquen todos el nombre del Señor
y le sirvan de común acuerdo;

10 desde allende los ríos de Etiopía, de la dispersión,
los que me rezan me traerán ofrendas.
11 Aquel día no tendrás que avergonzarte
de las acciones con que me ofendiste,
porque extirparé tus soberbias bravatas
y no volverás a insolentarte en mi monte santo.
12 Dejaré en ti un pueblo pobre y humilde,
13 un resto de Israel que se acogerá al Señor,
que no cometerá crímenes ni dirá mentiras
ni tendrá en la boca una lengua embustera.
Pastarán y se tenderán sin que nadie los espante.
14 ¡Grita, ciudad de Sión; lanza vítores, Israel;
festéjalo exultante, Jerusalén capital!
15 Que el Señor ha expulsado a los tiranos,
ha echado a tus enemigos;
el Señor dentro de ti es el rey de Israel
y ya no temerás nada malo.
16 Aquel día dirán a Jerusalén:
No temas, Sión, no te acobardes;
17 el Señor, tu Dios, es dentro de ti
un soldado victorioso
que goza y se alegra contigo, renovando su amor,
18 se llena de júbilo por ti, como en día de fiesta.
Apartaré de ti la desgracia
y el oprobio que pesa sobre ti;
19 entonces yo mismo trataré con tus opresores,
salvaré a los inválidos, reuniré a los dispersos,
les daré fama y renombre en la tierra
donde ahora los desprecian.
20 Entonces os traeré, y cuando os haya reunido,
os daré fama y renombre en todos los pueblos del mundo,
cambiando vuestra suerte ante sus ojos
—lo ha dicho el Señor—.

AGEO

INTRODUCCION

El profeta Ageo queda perfectamente situado históricamente gracias a las referencias de sus oráculos y a las noticias del libro de Esdras (4,24; 5,1). El año 538 firmó Ciro el primer decreto a favor de los hebreos, permitiendo la repatriación, restituyendo objetos sagrados y añadiendo dinero para la reconstrucción del templo. Al poco tiempo, unos 40.000 repatriados, guiados por el descendiente davídico Zorobabel y el sumo sacerdote Josué, tornaban a Judea para reconstruir el templo y reorganizar la vida del pueblo en su patria.

En estas circunstancias se sitúa la actividad profética de Ageo y Zacarías. Más exactamente durante el reinado de Darío, entre junio y diciembre del 520.

El libro está compuesto de cuatro oráculos fechados y dirigidos. Todos se refieren al templo y al jefe de la comunidad. Templo y jefe abren un horizonte universal, que trasciende el don de la fertilidad agrícola. La gloria del templo es la misma gloria del Señor y le confiere fama universal. Al templo vendrán las riquezas de los pueblos y de él brotará la paz. Una paz acompañada de conmoción cósmica y de cambio de imperios. El elegido, que al principio es un gobernador dependiente del rey persa, al final es el sello del Señor: garantiza el origen de los decretos y su ejecución; por Zorobabel sabemos que la historia es acción del Señor.

Así, el profeta, atendiendo a un problema local, enuncia un programa de enormes dimensiones.

Primer oráculo

1 El año segundo del reinado de Darío, el día primero del sexto
mes, la palabra del Señor se dirigió, por medio del profeta Ageo,
a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judea, y a Josué, hijo
de Yosadac, sumo sacerdote:
2 —Así dice el Señor de los ejércitos: Este pueblo anda diciendo
que todavía no ha llegado el momento de reconstruir el templo.
3 Y la palabra del Señor llegó por medio del profeta Ageo:
4 —¿De modo que es tiempo de vivir en casas recubiertas, mien-
5 tras el templo está en ruinas? Pues ahora, así dice el Señor de los
ejércitos: Fijaos en vuestra situación:
6 Sembráis mucho, cosecháis poco;
comeis sin saciaros, bebéis sin embriagaros;
os vestís sin abrigaros,
y el asalariado echa en saco roto.
7 Así dice el Señor de los ejércitos:
Fijaos en vuestra situación;
8 subid al monte, traed maderos, construid el templo;
yo lo aceptaré y mostraré en él mi gloria
—dice el Señor—.
9 Emprendéis mucho, resulta poco;
metéis en casa y yo lo aviento;
¿por qué? —oráculo del Señor de los ejércitos—.
Porque mi casa está en ruinas, mientras vosotros
disfrutáis cada uno de su casa

10 Por eso el cielo os rehúsa el rocío
y la tierra os rehúsa la cosecha;
11 porque he reclutado una sequía contra la tierra y los montes;
contra el trigo, el vino, el aceite;
contra los productos del campo, contra hombres y ganados;
contra todas las labores vuestras.
12 Zorobabel, hijo de Sealtiel, y Josué, hijo de Yosadac, sumo sacer-
dote, y el resto del pueblo obedecieron al Señor; porque el pueblo,
al oír las palabras del profeta Ageo, tuvo miedo al Señor.
13 Ageo, mensajero del Señor, transmitió al pueblo este mensaje del
Señor:
—Yo estoy con vosotros —oráculo del Señor—.
14 El Señor movió a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Ju-
dea; a Josué, hijo de Yosadac, sumo sacerdote, y al resto del pue-
blo; ellos fueron y emprendieron las obras del templo del Señor de
los ejércitos, su Dios.
15 Era el veinticuatro del sexto mes.

Segundo oráculo

2 El año segundo del reinado de Darío, el veintiuno del mes sép-
timo, vino la palabra del Señor por medio del profeta Ageo:
2 —Di a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judea, y a
Josué, hijo de Yosadac, sumo sacerdote, y al resto del pueblo:
3 ¿Queda alguien entre vosotros que haya visto este templo en su
esplendor primitivo?, ¿cómo lo encontráis ahora?, ¿no os parece
4 que no existe? Pues ánimo, Zorobabel —oráculo del Señor—; áni-
mo, Josué, hijo de Josadac, sumo sacerdote; ánimo, pueblo entero
—oráculo del Señor—; ¡a la obra!, que yo estoy con vosotros
5 —oráculo del Señor de los ejércitos—. La palabra pactada con vos-
otros cuando salisteis de Egipto y mi espíritu sigue entre vosotros;
6 no temáis. Y así dice el Señor de los ejércitos: Dentro de muy poco
7 yo agitaré cielo y tierra, mares y continentes; haré temblar a todas
las naciones, y vendrán las riquezas de todos los pueblos, y llenaré
8 este templo de gloria —dice el Señor de los ejércitos—. Mía es la
9 plata, mío es el oro —oráculo del Señor de los ejércitos—. La gloria
de este segundo templo será mayor que la del primero —dice el Se-
ñor de los ejércitos—. En este sitio daré la paz —oráculo del Señor
de los ejércitos—.

Tercer oráculo

10 El segundo año de Darío, el veinticuatro del mes noveno, recibió
el profeta Ageo esta palabra del Señor:
11 —Así dice el Señor de los ejércitos: Consulta a los sacerdotes el
12 caso siguiente: Si uno toca carne consagrada con la orla del vesti-
do y toca con ella pan o caldo o vino o aceite o cualquier alimento,
¿quedan consagrados?
13 Los sacerdotes respondieron que no. Ageo añadió:
—Y si cualquiera de esas cosas toca un cadáver, ¿queda conta-
minada?

14 Los sacerdotes respondieron que sí. Y Ageo replicó:
—Pues lo mismo le pasa a este pueblo y nación respecto a mí:
15 todas las obras que me ofrecen están contaminadas. Ahora bien,
16 fijaos en el tiempo antes de construir el templo: ¿cómo os iba?
El montón que calculabais pesar veinte pesaba diez; calculabais
17 sacar cincuenta cubos del lagar y sacabais veinte. Hería con tizón
y neguilla y granizo vuestras labores, y no os volvíais a mí —orácu-
18 lo del Señor—. Ahora, mirando hacia atrás, fijaos en el día veinti-
cuatro del mes noveno, cuando se echaron los cimientos del templo
19 del Señor: ¿Quedaba grano en el granero? Viñas, higueras, grana-
dos y olivos no producían. A partir de ese día los bendigo.

Cuarto oráculo

20 El veinticuatro del mismo mes recibió Ageo otra palabra del
Señor:
21 —Di a Zorobabel, gobernador de Judea: Haré temblar cielo y
22 tierra, volcaré los tronos reales, destruiré el poder de los reinos
paganos, volcaré carros y aurigas, caballos y jinetes morirán a ma-
23 nos de sus camaradas. Aquel día —oráculo del Señor de los ejérci-
tos— te tomaré, Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío —oráculo
del Señor—; te haré mi sello, porque te he elegido —oráculo del
Señor de los ejércitos—.

ZACARIAS

INTRODUCCION

Zacarías desarrolla su actividad profética en las mismas circunstancias históricas que Ageo. Los repatriados se enfrentan con el problema de la reconstrucción del templo y de la comunidad con sus jefes en la vieja tierra prometida. Estos temas aparecen en sus profecías.

Tiene interés en ligar su actividad a la de los profetas preexílicos: la cadena continúa, el mensaje se repite. Que el escarmiento del destierro no sea inútil, dice el profeta a sus compañeros. Se nota también la continuidad literaria: sobre todo de Isaías II, que manifiesta su influjo en 2,10-17, y de Ezequiel, que es antecesor obvio en procedimientos literarios.

Sólo que Zacarías lleva adelante el estilo visionario, tocando en algún momento formas casi surrealistas. Por ello se convierte en anillo literario entre los profetas y la literatura apocalíptica.

Estos datos ayudan mucho a situar y comprender en conjunto su libro. No así la disposición, que presenta dificultades peculiares, a pesar del procedimiento de las series. Parece necesario resolver aquí las dificultades más importantes. Para ello distinguiremos las dos partes del libro: Zac 1-8 y Zac 9-14.

ZACARÍAS 1-8
(Visiones y promesas)

Destacan a primera vista la serie de las ocho visiones: 1,7-6,8, y la serie de las diez promesas: 8,1-23. Quedan aparte unos cuantos mensajes: el primero es como una introducción, justificando su actividad profética y la repetición del viejo mensaje, 1,2-6; el segundo es la respuesta a una consulta litúrgica, 7,1-13; los otros mensajes están entreverados en las visiones y promesas: a los desterrados, 2,10-17; al sumo sacerdote Josué, 3,8-10 y 6,12-15; al gobernador Zorobabel, 4,6b-10a. Algunas promesas incluyen elementos de exhortación. Estos mensajes frenan, interrumpen y aparecen interrumpidos; se pueden leer aparte.

Las ocho visiones componen un organismo. Hay una purificación externa (los cuernos y Babilonia), una interna (rollo y recipiente), una restauración de la ciudad con sus vecinos y autoridades.

El tema del *templo* es muy importante. Al sumo sacerdote Josué le tocará administrarlo, pero no construirlo; la construcción pertenecerá al sucesor davídico, el «Germen». Este tendrá la dignidad y será el jefe efectivo; por eso le toca llevar la corona. Aquí sucede una anomalía en el texto actual (6,9-15): donde se espera la imposición de la corona al jefe, el texto hebreo introduce al sumo sacerdote (6,11); muchos autores piensan que se trata de un cambio introducido por un autor posterior para adaptar el texto a las circunstancias de su época, cuando el sumo sacerdote detentaba el supremo poder.

Dios garantiza esas promesas: con las figuras oraculares (3,8), con los siete ojos que vigilan en la piedra (3,9) y desde el candelabro (4,10), con la corona recordatorio (6,14). Zorobabel tendrá dificultades en su tarea, pero las superará con el espíritu del Señor y con auxiliares venidos de lejos; así rematará la construcción en una fiesta solemne (3,6b-10a; 6,15).

La construcción del templo significa y realiza otros bienes: remoción de la

culpa (3,9), paz ciudadana (3,10), concordia de los dos poderes (6,13), fertilidad de los campos (8,11-12) y la atracción universal (8,20-23).

Pero el templo, cifra del culto, no basta; hace falta practicar la justicia y obedecer a Dios: 3,7; 6,15; 9,9-10.11-14; 8,19.16-17.

1 El año segundo de Darío, el mes octavo, el Señor dirigió la pala-
bra al profeta Zacarías, hijo de Beraquías, hijo de Idó:
2-3 —El Señor estaba muy irritado con vuestros antepasados. Ahora
diles: Así dice el Señor de los ejércitos: Volved a mí —oráculo del
Señor de los ejércitos— y yo volveré a vosotros —dice el Señor de
4 los ejércitos—. No seáis como vuestros antepasados, a quienes pre-
dicaban los antiguos profetas: «Así dice el Señor de los ejércitos:
Convertíos de vuestra mala conducta y de vuestras malas acciones»;
y no me escucharon ni me hicieron caso —oráculo del Señor de los
5 ejércitos—. Vuestros antepasados, ¿dónde están?; vuestros profe-
6 tas, ¿viven para siempre? En cambio, mis palabras y decretos, que
encomendé a mis siervos los profetas, ¿no alcanzaron a vuestros
antepasados? Entonces se convirtieron, diciendo: «Como el Señor
había dispuesto tratarnos por nuestra conducta y nuestras acciones,
así nos ha tratado».

Ocho visiones

1. *Los jinetes*

7 El veinticuatro del mes undécimo del segundo año del reinado
de Darío, el Señor dirigió la palabra a Zacarías, hijo de Beraquías,
hijo de Idó:
8 En una visión nocturna se me apareció un jinete sobre un caballo
alazán, parado en un hondón entre los mirtos; detrás de él había
9 caballos alazanes, overos y blancos. Pregunté:
—¿Quiénes son, señor?
Me contestó el ángel que hablaba conmigo:
—Te voy a enseñar quiénes son.
10 Y el que estaba entre los mirtos me dijo:
—A éstos los ha despachado el Señor para que recorran la tierra.
11 Ellos informaron al ángel del Señor, que estaba entre los mirtos:
—Hemos recorrido la tierra y la hemos encontrado en paz y
tranquila.
12 Entonces el ángel del Señor dijo:
—Señor de los ejércitos, ¿cuándo te vas a compadecer de Jerusa-
lén y de los pueblos de Judá? Ya hace setenta años que estás airado
contra ellos.
13 El Señor contestó al ángel que hablaba conmigo palabras buenas,
14 frases de consuelo. Y el ángel que me hablaba me ordenó proclamar:
15 —Así dice el Señor de los ejércitos: Siento celos de Jerusalén,
celos grandes de Sión, y siento gran cólera contra las naciones con-
fiadas que se aprovechan de mi breve cólera para colaborar al mal.
16 Por eso, así dice el Señor: Me vuelvo a Jerusalén con compasión,
y mi templo será reedificado —oráculo del Señor de los ejércitos—,
17 y aplicarán la plomada a Jerusalén. Sigue proclamando: Así dice el

Señor de los ejércitos: Otra vez rebosarán las ciudades de bienes,
el Señor consolará otra vez a Sión, Jerusalén será su elegida.

2. *Los cuernos y los herreros*

2 1-2 Alcé la vista y vi cuatro cuernos. Pregunté al ángel que ha-
blaba conmigo:
—¿Qué significan?
Me contestó:
—Significan los cuernos que dispersaron a Judá (Israel) y Jeru-
salén.
3-4 Después el Señor me enseñó cuatro herreros. Pregunté:
—¿Qué han venido a hacer?
Respondió:
—Aquéllos son los cuernos que dispersaron tan bien a Judá que
nadie pudo levantar cabeza, y éstos han venido a espantarlos, a
expulsar los cuernos de las naciones que embestían con los cuernos
a Judá para dispersarla.

3. *El cordel de medir*

5-6 Alcé la vista y vi a un hombre con un cordel de medir. Pregunté:
—¿Adónde va ése?
Me contestó:
—A medir Jerusalén, para comprobar su anchura y longitud.
7 Entonces se adelantó el ángel que hablaba conmigo y otro ángel
le salió al encuentro, diciéndole:
8 —Corre a decirle a aquel muchacho:
Por la multitud de hombres y ganados que habrá,
Jerusalén será ciudad abierta;
9 yo la rodearé como muralla de fuego
y mi gloria estará en medio de ella —oráculo del Señor—.

10 ¡Eh, eh!, huid del país del norte —oráculo del Señor—,
que yo os dispersé a los cuatro vientos —oráculo del Señor—.
11 ¡Eh, hijos de Sión, que habitáis en Babilonia, escapad!
12 Porque así dice el Señor de los ejércitos a las naciones que os
deportaron:
El que os toca a vosotros, me toca a mí la niña de los ojos.
13 Yo agitaré mi mano contra ellos,
y serán botín de sus vasallos,
y sabrán que el Señor de los ejércitos me ha enviado.
14 Festeja y aclama, joven Sión, que yo vengo a habitar en ti
—oráculo del Señor—.
15 Aquel día se incorporarán al Señor muchos pueblos
y serán pueblo mío; habitaré en medio de ti,
y sabrás que el Señor de los ejércitos me ha enviado a ti.
16 El Señor tomará a Judá como lote suyo en la tierra santa
y volverá a escoger a Jerusalén.
17 ¡Silencio todos ante el Señor,
que se levanta en su santa morada!

4. *Investidura del sumo sacerdote*

3 Después me enseñó al sumo sacerdote, Josué, de pie ante el ángel
2 del Señor. A su derecha estaba el Satán acusándolo. El Señor dijo
a Satán[a]:
—El Señor te llama al orden, Satán, el Señor que ha escogido a
Jerusalén te llama al orden. ¿No es ése un tizón sacado del fuego?
3 Josué estaba vestido con un traje sucio, en pie delante del ángel.
4 Este dijo a los que estaban allí delante:
—Quitadle el traje sucio.
Y a él le dijo:
—Mira, aparto de ti la culpa y te visto de fiesta.
5 Y añadió:
—Ponedle en la cabeza una diadema limpia.
Le pusieron la diadema limpia y lo revistieron.
6 El ángel del Señor asistía y dijo a Josué:
7 —Así dice el Señor: Si sigues mi camino y guardas mis mandamientos, también administrarás mi templo y guardarás mis atrios, y te dejaré acercarte con esos que están ahí.

8 Escuchad, Josué, sumo sacerdote, y los compañeros que estáis
sentados delante de él: Son figuras proféticas de que yo he de traer
9 a mi siervo Germen. Mirad la piedra que presento a Josué: es una
y lleva siete ojos. Tiene una inscripción: «En un día removeré la
10 culpa de esta tierra» —oráculo del Señor de los ejércitos—. Aquel
día se invitarán unos a otros bajo la parra y la higuera —oráculo
del Señor de los ejércitos—.

5. *El candelabro y los dos olivos*

4 Volvió el ángel que hablaba conmigo y me despertó como se des-
2 pierta a uno del sueño, y me dijo:
—¿Qué ves?
Contesté:
—Veo un candelabro de oro macizo con un cuenco en la punta,
3 siete lámparas y siete tubos que enlazan con la punta. Y dos olivos
junto a él, a derecha e izquierda.
4 Pregunté al ángel que hablaba conmigo:
—¿Qué significan, señor?
5 El ángel que hablaba conmigo contestó:
—Pero ¿no sabes lo que significan?
Repuse:
—No, señor.
6a Entonces él me explicó:
10b —Esas siete lámparas representan los ojos del Señor, que se pasean por toda la tierra.
11 Entonces yo pregunté:
—¿Y qué significan esos dos olivos a derecha e izquierda del candelabro?

a šaṭan = fiscal.

12 Insistí:
—¿Qué significan los dos plantones de olivo junto a los dos tubos de oro que conducen el aceite?
13 Me dijo:
—Pero ¿no lo sabes?
Respondí:
—No, señor.
14 Y me dijo:
—Son los dos ungidos que sirven al Dueño de todo el mundo.
6b Esto dice el Señor a Zorobabel:
—No cuentan fuerza ni riqueza, lo que cuenta es mi espíritu
7 —dice el Señor de los ejércitos—. ¿Quién eres tú, montaña señera?
Ante Zorobabel serás allanada. El sacará la piedra de remate entre
exclamaciones: «¡Qué bella, qué bella!».
8 El Señor me dirigió la palabra:
9 —Zorobabel con sus manos puso los cimientos de esta casa y
con sus manos la terminará. Y así sabrás que el Señor de los ejér-
10a citos me ha enviado a vosotros. El que despreciaba los humildes
comienzos, gozará viendo en manos de Zorobabel la piedra emplomada.

6. *El rollo volando*

5 1-2 Alcé de nuevo la vista y vi un rollo volando. El ángel me
preguntó:
—¿Qué ves?
Contesté:
—Veo un rollo volando, de diez metros por cinco.
3 Me explicó:
—Es la maldición que se dirige a la superficie de todo el país.
Por un lado del rollo: «los ladrones quedan impunes»; por el otro:
4 «los perjuros quedan impunes». Yo la he sacado —oráculo del
Señor de los ejércitos— para que entre en casa del ladrón y en casa
del que perjura por mi nombre; se instalará en la casa hasta consumir maderas y piedras.

7. *El recipiente y la mujer*

5 El ángel que hablaba conmigo se adelantó y me dijo:
—Alza la vista y mira lo que aparece.
6 Pregunté:
—¿Qué?
Me contestó:
—Un recipiente de veintidós litros: así de grande es la culpa en todo el país.
7 Entonces se levantó la tapadera de plomo y apareció una mujer
sentada dentro del recipiente.
8 Me explicó:
—Es la maldad.
La empujó dentro del recipiente y puso la tapa de plomo.
9 Alcé la vista y vi dos mujeres con alas de cigüeña aleteando en
el viento, que transportaban el recipiente entre cielo y tierra.
10 Pregunté al ángel que hablaba conmigo:

—¿Adónde se llevan el recipiente?
11 Me contestó:
—A construirle un nicho en territorio de Senaar, y cuando esté terminado, la pondrán sobre un pedestal.

8. *Los cuatro carros*

6 Alcé la vista de nuevo y vi aparecer cuatro carros entre dos mon-
2 tañas; las montañas eran de bronce. Del primer carro tiraban caba-
3 llos alazanes; del segundo, caballos tordos; del tercero, caballos
blancos; del cuarto, caballos píos.
4 Pregunté al ángel que hablaba conmigo:
—¿Qué significan, señor?
5 El ángel me respondió:
—Están al servicio del Dueño de todo el mundo y salen a los
6 cuatro vientos. Los alazanes parten hacia levante, los tordos hacia
el norte, los blancos hacia poniente, los píos hacia el sur.
7 Salían briosos, dispuestos a recorrer la tierra. El les ordenó:
—Recorred la tierra.
8 Y lo hicieron. Y a mí me gritó:
—Los que salen hacia el norte aplacan mi ira contra el país del norte.

La corona

9 El Señor me dirigió la palabra:
10 —Pide dones a los exiliados que han vuelto de Babilonia: a Jel-
day, Tobías y Yedayas; después vete a casa de Josías, hijo de Sofo-
11 nías. Toma oro y plata, haz una corona y pónsela en la cabeza a
12 Zorobabel [a], hijo de Sealtiel. Y le dirás:
Así dice el Señor de los ejércitos:
Ahí está el hombre llamado Germen,
que construirá el templo
—su descendencia germinará—;
13 él construirá el templo, él asumirá la dignidad
y se sentará en el trono para gobernar;
mientras el sumo sacerdote se sentará en el suyo,
y reinará la concordia entre los dos.
14 La corona quedará en el templo del Señor como recordatorio
para Jelday, Tobías, Yedayas y Josías, hijo de Sofonías.
15 Si obedecéis al Señor, vuestro Dios,
de lejos vendrán a construir el templo,
y sabréis que el Señor de los ejércitos me ha enviado a vosotros.

Consulta litúrgica: culto y justicia

7 El año cuarto del reinado de Darío, el cuatro del mes noveno,
es decir, Casleu, Zacarías recibió una palabra del Señor.
2 Betel-saréser había enviado a Reguem-melec con su séquito a
3 aplacar al Señor y a consultar a los sacerdotes del templo del Señor
de los ejércitos y a los profetas lo siguiente:

a En el texto hebreo se dice, por equivocación, Josué.

—¿Debemos observar el quinto mes un día de duelo y abstinencia como lo venimos haciendo desde hace años?
4 El Señor de los ejércitos me dirigió la palabra:
5 —Di a la gente del campo y a los sacerdotes: Cuando estos seten-
ta años ayunabais y hacíais duelo los meses quinto y séptimo, ¿lo
6 hacíais en mi honor? Cuando coméis y bebéis, ¿no lo hacéis en pro-
7 vecho propio? Recordad las palabras que proclamaba el Señor por
medio de los antiguos profetas, cuando todavía estaban habitadas
y en paz Jerusalén, los pueblos de su comarca, el Negueb y la
Sefela.
8 El Señor dirigió la palabra al profeta Zacarías:
9 —Así dice el Señor de los ejércitos: Juzgad según derecho, que
10 cada uno trate a su hermano con piedad y compasión, no oprimáis
a viudas, huérfanos, emigrantes y necesitados, que nadie maquine
11 maldades contra su prójimo. Pero no hicieron caso, me dieron la
12 espalda rebelándose, se taparon los oídos para no oír. Empederni-
dos, no escucharon la ley ni las palabras que el Señor de los ejér-
citos inspiraba a los antiguos profetas. Entonces el Señor de los
13 ejércitos se encolerizó y dijo: «Como no escucharon cuando yo los
14 llamaba, no los escucharé cuando me llamen». Y los zarandeé por
naciones extranjeras; a su espalda quedó la tierra devastada, sin
vecinos ni viandantes. Así convirtieron una tierra envidiable en una
desolación.

Diez promesas

8 El Señor de los ejércitos envió este mensaje:
2 *Así dice el Señor de los ejércitos:* Siento celos de Sión, celos te-
rribles, siento de ella unos celos que me arrebatan.
3 *Así dice el Señor de los ejércitos:* Volveré a Sión, habitaré en
medio de Jerusalén: Jerusalén se llamará Villafiel; el monte del Se-
ñor de los ejércitos, Montesanto.
4 *Así dice el Señor de los ejércitos:* Otra vez se sentarán ancianos
y ancianas en las calles de Jerusalén, y habrá hombres tan ancianos,
5 que se apoyen en cachavas; las calles de la ciudad se llenarán de
chiquillos y chiquillas que jugarán en la calle.
6 *Así dice el Señor de los ejércitos:* Si entonces el resto de este
pueblo juzga algo imposible, ¿tendré que juzgarlo yo también im-
posible? —oráculo del Señor de los ejércitos—.
7 *Así dice el Señor de los ejércitos:* Yo salvaré a mi pueblo y lo
8 traeré de los países de levante y poniente para que habite en Jeru-
salén. Ellos serán mi pueblo, yo seré su Dios auténtico y legítimo.
9 *Así dice el Señor de los ejércitos:* Cobrad ánimos los que enton-
ces escuchasteis estas palabras, pronunciadas por los profetas, el día
en que se echaron los cimientos para la construcción del templo del
10 Señor de los ejércitos. Antes no se asalariaban hombres ni animales,
no había seguridad de movimientos, debido a las rivalidades. Yo
11 enfrentaba a unos con otros. Ahora no trataré al resto del pueblo
como en tiempos pasados —oráculo del Señor de los ejércitos—.
12 Sembrarán tranquilos, la cepa dará su fruto, la tierra dará su cose-
cha, el cielo dará el rocío; todo se lo lego al resto de este pueblo.

13 Como fuisteis maldecidos por los paganos, Judá e Israel, así os sal-
varé y seréis bendecidos. No temáis, cobrad ánimos.
14 *Así dice el Señor de los ejércitos:* Como planeaba desgracias con-
tra vosotros, cuando me irritaban vuestros padres, y no me arrepen-
15 tía —dice el Señor de los ejércitos—, así cambiaré entonces mis
16 planes para hacer bien a Jerusalén y a Judá. No temáis. Esto es lo
que tenéis que hacer: Decir la verdad al prójimo, juzgar con inte-
17 gridad en los tribunales, no tramar males unos contra otros, no
aficionarse al perjurio. Que yo detesto todo eso —oráculo del
Señor—.
18 El Señor de los ejércitos me dirigió la palabra:
19 *Así dice el Señor de los ejércitos:* El ayuno de los meses cuarto,
quinto, séptimo y décimo se cambiará para Judá en gozo y alegría
y festividad. Amad la sinceridad y la concordia.
20 *Así dice el Señor de los ejércitos:* Todavía vendrán pueblos y
21 vecinos de ciudades populosas; los de una ciudad irán a los de otra
y les dirán: «Vamos a aplacar al Señor. —Yo voy contigo a visitar
22 al Señor de los ejércitos». Así vendrán pueblos numerosos y nacio-
nes poderosas a visitar al Señor de los ejércitos en Jerusalén y a
aplacar al Señor.
23 *Así dice el Señor de los ejércitos:* En aquellos días diez hombres
de cada lengua extranjera agarrarán a un judío por la orla del manto
y le dirán: «Vamos con vosotros, pues hemos oído que Dios está
con vosotros».

ZACARÍAS 9-14

Aunque no faltan puntos de contacto entre estos capítulos y los precedentes, sobre todo con las promesas del capítulo 8, el tema y la situación han cambiado notablemente. Con toda probabilidad hay que colocar su composición al principio de la era alejandrina, cuando Seléucidas y Ptolomeos se reparten el poder y la herencia de Alejandro.

Los Seléucidas son los sirios; los Ptolomeos, los egipcios. El autor bíblico utiliza una clave que le permite enlazar con las viejas tradiciones: asirios-egipcios. Sin disimulo menciona un par de veces a los griegos o yavanitas (= jonios).

El libro se compone de tres piezas bastante diferenciadas: 9,1-11,3; 11,4-17 con 13,7-9; 12-14 (menos 13,7-9).

Primera. El oráculo se dirige a pueblos extranjeros comprendidos en el área de Siria, Fenicia y Filistea; de ellas sacará Dios un resto que le servirá. Porque suyo es todo, su palabra puede dirigirse eficazmente a los extranjeros. Dios ya no disimulará: 9,1-8.

Segunda. Es una especie de acción simbólica en la imagen de pastores: el profeta representa una pantomima, que significa el abuso de los malos pastores, el descuido de los torpes y la venganza que de ellos toma el Señor, a quien ha menospreciado. A través de una nueva purificación por el fuego, se constituirá el nuevo pueblo en alianza con el Señor: 11,4-17; 13,7-9.

Tercera. En una serie de diecisiete unidades introducidas con la fórmula «aquel día», el autor compone una escatología profética, con coherencia temática y sin orden cronológico.

Destacan los siguientes elementos: un asalto general contra Jerusalén, con éxito parcial, que será frustrado. Una purificación del pueblo, por la prueba, la disminución, la penitencia y el agua lustral. Purificación que se consuma eliminando las fuerzas militares, los ídolos, los profetas engañosos, los mercaderes del templo. Así puede instaurarse el reino del Señor, radicado en Jerusalén y que alcanza a todo el mundo: cambia la geografía, el ciclo de los días, y la ciudad es enteramente santa. Las demás naciones son invitadas a rendir homenaje al Señor rey.

Si los temas y su composición en conjunto son bastante claros, especialmente iluminados por textos semejantes, el desarrollo ofrece dificultades de orden gramatical y por alusiones a usos desconocidos. El autor no es gran maestro de estilo y su manejo de la lengua hebrea nos desconcierta con frecuencia.

Contra las naciones

9 Una palabra del Señor en territorio de Jadrac,
con residencia en Damasco;
porque al Señor le pertenecen la capital de Siria
como todas las tribus de Israel;
2 y también la vecina Jamat,
y Tiro y Sidón las habilísimas.
3 Tiro se construyó una fortaleza,
amontonó plata como polvo
y oro como barro de la calle;
4 pero el Señor la desposeerá,
arrojará al mar sus riquezas
y ella será pasto del fuego.
5 Ascalón al verlo temblará, Gaza se retorcerá,
y también Ecrón, por el fracaso de la que era su esperanza.
Perecerá el rey de Gaza, Ascalón quedará deshabitada.
6 En Asdod habitarán bastardos,
y aniquilaré el orgullo de los filisteos.
7 Les arrancaré la sangre de la boca
y las comidas nefandas de los dientes:
entonces un resto de ellos será de nuestro Dios,
será como una tribu de Judá, y Ecrón como los jebuseos.
8 Pondré una guarnición en mi casa contra los que merodean,
y no volverá a pasar el tirano, porque ahora vigilo con mis ojos.

Paz y guerra

9 Alégrate, ciudad de Sión; aclama, Jerusalén;
mira a tu rey que está llegando:
justo, victorioso, humilde,
cabalgando un asno, una cría de borrica.
10 Destruirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén;
destruirá los arcos de guerra y dictará paz a las naciones;
dominará de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra.
11 Por la sangre de tu alianza, libertaré a los presos del calabozo.
12 Volved a la plaza fuerte, cautivos esperanzados;
hoy te envío un segundo mensajero.
13 Tenderá a Judá como un arco y lo cargaré con Efraín;
Sión, te convierto en espada de campeón,
e incitaré a tus hijos contra los de Grecia.

14 El Señor se les aparecerá disparando saetas como rayos,
el Señor tocará la trompeta y avanzará entre huracanes del sur.
15 El Señor de los ejércitos será su escudo:
se tragarán como carne a los honderos,
beberán como vino su sangre, se llenarán
como copas o como salientes de altar.

Fecundidad

16 Aquel día el Señor los salvará,
y su pueblo será como un rebaño en su tierra,
como piedras agrupadas en una diadema.
17 ¿Cuál es su riqueza, cuál es su belleza?
Un trigo que desarrolla a los jóvenes,
un vino que desarrolla a las jóvenes.

10 Implorad del Señor las lluvias tempranas y tardías,
que el Señor envía los relámpagos y los aguaceros,
da pan al hombre y hierba al campo.
2 En cambio, los fetiches prometen en vano,
los agoreros ven falsedades,
cuentan sueños fantásticos,
consuelan sin provecho.
Por eso vagan perdidos como ovejas sin pastor.

Repatriación

3 Contra los pastores se enciende mi cólera,
tomaré cuentas a los machos cabríos.
El Señor de los ejércitos cuidará de su rebaño (la casa de Judá)
y hará de él su corcel real en la batalla.
4 Ellos proveerán remates y estacas para las tiendas,
ellos los arcos guerreros y los capitanes;
todos juntos serán como soldados
5 que pisan el lodo de la calle en la batalla;
pelearán porque el Señor está con ellos,
y los jinetes saldrán derrotados.
6 Haré aguerrida a la casa de Judá,
daré la victoria a la casa de José,
los repatriaré, pues me dan lástima,
y serán como si no los hubiera rechazado.
Yo soy el Señor, su Dios, que les responde.
7 Efraín será como un soldado,
se sentirá alegre, como si hubiera bebido;
sus hijos al verlo se alegrarán,
se sentirán gozosos con el Señor.
8 Silbaré para reunirlos, pues los redimí,
y serán tan numerosos como antes.
9 Si los dispersé por varias naciones,
allá lejos criarán hijos,
se acordarán de mí y volverán.

10 Los repatriaré desde Egipto, los reuniré en Asiria,
los conduciré a Galaad y al Líbano
y no les quedará sitio.
11 Entonces atravesarán un mar hostil:
golpearé el mar agitado y se secará el fondo del Nilo.
Será abatido el orgullo de Asiria
y arrancado el cetro de Egipto;
12 con la fuerza del Señor avanzarán en su nombre
—oráculo del Señor—.

11 Abre tus puertas, Líbano,
que el fuego se cebe en tus cedros.
2 Gime, ciprés, que ha caído el cedro,
han talado los árboles próceres;
gemid, encinas de Basán, que ha caído la selva impenetrable.
3 Oíd: gimen los pastores,
porque han asolado sus pastos;
oíd: rugen los leones,
porque han asolado la espesura del Jordán.

Ovejas y pastores

4 Así dice el Señor, mi Dios: Engorda las ovejas para la matanza:
5 los compradores las matan impunemente, los vendedores dicen:
«¡Bendito sea Dios!, me hago rico», los pastores no las escatiman.
6 No volveré a perdonar a los habitantes del país —oráculo del Se-
ñor—; entregaré a cada uno en manos de su pastor y de su rey;
cuando destruyan el país, no los libraré de sus manos.
7 Entonces yo engordé las ovejas para la matanza, por cuenta de
los tratantes. Tomé dos varas: a una la llamé Belleza, a la otra
8 Concordia, y seguí engordando las ovejas. En un mes eliminé a los
9 tres pastores: ya no los aguantaba ni ellos a mí. Les dije:
—No quiero seguir pastoreando con vosotros. Si una se muere,
que se muera; si una perece, que perezca; las que queden, se come-
rán unas a otras.
10 Tomé la vara Belleza y la rompí, en señal de que anulaba mi
11 alianza con todas las naciones. Aquel día se anuló, y los tratantes
que me vigilaban comprendieron que se trataba de una palabra del
12 Señor. Entonces les dije:
—Si os parece bien, pagadme el salario; si no, dejadlo.
Ellos pesaron mi salario: treinta siclos.
13 Y el Señor me dijo:
—Echalo en el cepillo.
Yo tomé aquella valiosa suma en que me habían valorado y la
eché en el cepillo del templo del Señor.
14 Después rompí la segunda vara, Concordia, en señal de que anu-
laba la hermandad de Judá e Israel.
15 El Señor me ordenó:
16 —Procúrate los aperos de un pastor torpe. Porque yo pondré en
el país un pastor que descuide a las extraviadas y no busque a las
perdidas, que no cure a las heridas ni alimente a las sanas, que se
coma las cebadas y les arranque las pezuñas.

17 ¡Ay del pastor torpe que abandona el rebaño!
Un puñal contra su brazo, contra su ojo derecho:
que se le paralice el brazo,
que se le ciegue el ojo derecho.
13,7 ¡Arriba, espada, contra mi pastor, contra mi ayudante!
—oráculo del Señor de los ejércitos—.
Hiere al pastor, que se dispersen las ovejas;
volveré mi mano contra los zagales.
8 En todo el país —oráculo del Señor—
dos tercios serán arrancados y perecerán,
y quedará sólo un tercio.
9 Ese tercio lo pasaré a fuego,
lo acrisolaré como al oro,
lo acendraré como a la plata.
Después me llamará y yo le contestaré;
diré: Son mi pueblo,
y ellos dirán: El Señor es mi Dios [a].

Aquel día

12 Oráculo. Palabra del Señor para Israel. Oráculo del Señor que
desplegó el cielo, cimentó la tierra y formó el espíritu del hombre
dentro de él.
2 Mirad: voy a hacer de Jerusalén una copa embriagadora para to-
dos los pueblos vecinos; también Judá estará en el asedio de Jeru-
salén.
3 *Aquel día* haré de Jerusalén una piedra caballera para todos los
pueblos: cuando se alíen contra ella todas las naciones del mundo,
el que intente levantarla se herirá con ella.
4 *Aquel día* —oráculo del Señor— haré que se espanten los caba-
llos y se asusten los jinetes; pondré mis ojos en Judá y cegaré los
5 caballos de los paganos. Las tribus de Judá se dirán: «Los vecinos
de Jerusalén cobran fuerzas gracias al Señor de los ejércitos, su
Dios».
6 *Aquel día* haré de las tribus de Judá un incendio en la espesura,
una tea en las gavillas: se cebarán a derecha e izquierda en todos
los pueblos vecinos; mientras Jerusalén seguirá habitada en su sitio.
7 El salvará las tiendas de Judá como antaño: así ni la dinastía daví-
dica ni los vecinos de Jerusalén mirarán con orgullo a Judá.
8 *Aquel día* escudará el Señor a los vecinos de Jerusalén: el más
flojo será un David, el sucesor de David será un dios, un ángel del
Señor al frente de ellos.
9 *Aquel día* me dispondré a aniquilar a todas las naciones que in-
10 vadan Jerusalén. Sobre la dinastía davídica y los vecinos de Jerusa-
lén derramaré un espíritu de compunción y de pedir perdón. Al
mirarme traspasado por ellos mismos, harán duelo como por un hijo
único, llorarán como se llora a un primogénito.
11 *Aquel día* el luto de Jerusalén será tan grande como el de Hadad
12 Rimón, en el valle de Meguido. Hará duelo el país, familia por fa-

a Aparecen aquí los vv. 7-9 del cap. 13 por pertenecer a este lugar.

milia: la familia de David aparte y sus mujeres aparte, la familia
13 de Natán aparte y sus mujeres aparte, la familia de Leví aparte y
sus mujeres aparte, la familia de Semeí aparte y sus mujeres aparte,
14 todas las familias supervivientes una a una aparte y sus mujeres
aparte.

13 *Aquel día* se alumbrará un manantial contra los pecados e impu-
rezas para la dinastía de David y los vecinos de Jerusalén.
2 *Aquel día* —oráculo del Señor de los ejércitos— extirparé del
país los nombres de los ídolos y no serán invocados más; también
apartaré del país sus profetas y el espíritu que los contamina.
3 Si uno vuelve a profetizar, los mismos padres que lo engendraron
le dirán: No quedarás vivo, por haber profetizado mentiras en nom-
bre del Señor. Sus mismos padres lo atravesarán por meterse a
profeta.
4 *Aquel día* se avergonzarán los profetas de sus visiones y profecías
5 y no se vestirán mantos peludos para engañar. Dirán: No soy pro-
feta, sino labrador; la tierra es mi ocupación desde la juventud.
6 Le preguntarán: ¿Y qué son esas heridas que llevas entre los bra-
zos? Contestará: Es que me hirieron en casa de mis amantes [a].

14 Mirad que llega *el día del Señor,* en que se repartirá botín en
2 medio de ti. Movilizaré a todas las naciones contra Jerusalén: con-
quistarán la ciudad, saquearán las casas, violarán a las mujeres; la
mitad de la población marchará al destierro, el resto del pueblo no
3 será expulsado de la ciudad. Porque el Señor saldrá a luchar contra
esas naciones como cuando salía a luchar en la batalla.
4 *Aquel día* asentará los pies sobre el Monte de los Olivos, a orien-
te de Jerusalén, y lo dividirá por el medio con una vega dilatada
de levante a poniente; la mitad del monte se apartará hacia el
5 norte, la otra mitad hacia el sur. El valle de Hinón quedará blo-
queado, porque el valle entre los dos montes seguirá su dirección.
Y vosotros huiréis como cuando el terremoto en tiempos de Ozías,
rey de Judá. Y vendrá el Señor, mi Dios, con todos sus consagrados.
6-7 *Aquel día* no se dividirá en lumbre, frío y hielo; será un día
único, elegido por el Señor, sin distinción de noche y día, porque
al atardecer seguirá habiendo luz.
8 *Aquel día* brotará un manantial en Jerusalén: la mitad fluirá ha-
cia el mar oriental, la otra mitad hacia el mar occidental, lo mismo
9 en verano que en invierno. El Señor será rey de todo el mundo.
Aquel día el Señor será único y su nombre único.
10 Todo el país se allanará: desde La Loma hasta Granado del Sur.
Jerusalén estará en alto y habitada, desde la Puerta de Benjamín
hasta la Puerta Vieja y hasta la Puerta del Angulo, desde la Torre
11 de Jananel hasta el Lagar del Rey. Estará habitada, no volverá a
12 ser proscrita; habitarán en Jerusalén tranquilos. A todos los pue-
blos que lucharon contra Jerusalén el Señor les impondrá el si-
guiente castigo: Se les pudrirá la carne mientras estén en pie, se les
pudrirán los ojos en las cuencas, se les pudrirá la lengua en la boca.

a Los vv. 7-9 aparecen como final del cap. 11, como ya se indicó, por ser ése
su lugar.

13 *Aquel día* los asaltará un pánico terrible enviado por el Señor:
Cuando uno agarre la mano de un camarada, el otro volverá su
14 mano contra él. Hasta Judá luchará con Jerusalén. Arrebatarán las
riquezas de los pueblos vecinos: plata, oro y trajes innumerables.
15 Los caballos, mulos, asnos, camellos y demás animales que haya en
16 los campamentos sufrirán el mismo castigo. Los supervivientes de
las naciones que invadieron Jerusalén vendrán cada año a rendir
homenaje al Rey, al Señor de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de
17 las Chozas. La tribu que no suba a Jerusalén a rendir homenaje al
18 Rey no recibirá lluvia en su territorio. Si alguna tribu egipcia no
acude, el Señor la castigará como castiga a los que no van a celebrar
19 la fiesta de las Chozas. Esa será la pena de Egipto y de las naciones
que no vengan a celebrar la fiesta de las Chozas.
20 *Aquel día* los cascabeles de los caballos llevarán escrito: «Consagrado al Señor»; los calderos del templo serán como los aspersorios
21 del altar. Todos los calderos de Jerusalén y Judá estarán consagrados al Señor. Los que vengan a ofrecer sacrificios los usarán para
guisar en ellos. Y ya no habrá mercaderes en el templo del Señor
de los ejércitos *aquel día.*

MALAQUIAS

INTRODUCCION

Malaquías aparece en la Biblia como último de los profetas. Pero su nombre es dudoso y su actividad precede, sin duda, a otros textos proféticos. El título del libro parece tomado de 3,1, «mi mensajero», para encabezar unas profecías anónimas.

Insiste en los deberes cúlticos, víctimas valiosas y diezmos íntegros, y ataca los matrimonios mixtos; aunque no descuida otras obligaciones de justicia. Esto invita a situar su actividad en los años que preceden a Nehemías y Esdras.

Usa bastante el tema y la imagen de las relaciones familiares: Dios ama como un padre que prefiere a uno de los hermanos, 1,2; como padre exige ser honrado, 1,6; como padre exige lealtad entre sus hijos, que son hermanos; como padre se compadecerá de sus hijos, 3,17, y anuncia una reconciliación de generaciones, 3,24.

También toca el tema del juicio en un día señalado, con invitación a convertirse y promesa de restauración.

En su estilo destaca el procedimiento dialéctico de acusación, objeción, respuesta y mensaje; procedimiento imitado quizá de la práctica judicial.

Se cierra el libro, y la serie de libros proféticos, con la promesa de la vuelta del primer profeta, Elías, tema que deja su huella en Ben Sira y en el evangelio.

1 Oráculo. Palabra del Señor a Israel por medio de Malaquías.

Amor de Dios y elección

2 Dice el Señor: «Yo os amo». Objetáis: «¿En qué se nota que nos
amas?». Oráculo del Señor: ¿No eran hermanos Jacob y Esaú?
3 Sin embargo, amé a Jacob y odié a Esaú, reduje sus montes a un
4 desierto, su heredad a majadas de la estepa. Si Edom dice: «Aunque
estemos deshechos, reconstruiremos nuestras ruinas»; el Señor de
los ejércitos replica: «Ellos construirán y yo derribaré. Y los llama-
5 rán Tierra Malvada, Pueblo de la Ira Perpetua del Señor». Cuando
lo veáis con vuestros ojos, diréis: «La grandeza del Señor desborda
las fronteras de Israel».

Delitos cúlticos

6 «Honre el hijo a su padre, el esclavo a su amo». Pues si yo soy
padre, ¿dónde queda mi honor?; si yo soy dueño, ¿dónde queda
mi respeto? El Señor de los ejércitos os habla a vosotros, sacerdotes
que menospreciáis su nombre. Objetáis: «¿En qué despreciamos tu
nombre?».
7 Traéis al altar pan manchado y encima preguntáis: «¿Con qué te
manchamos?». Con pretender que la mesa del Señor no importa,
8 que traer víctimas ciegas no es malo, que traerlas cojas o enfermas
no es malo. Ofrecédselas a vuestro gobernador, a ver si le agradan
9 y os congraciáis con él —dice el Señor de los ejércitos—. Eso traéis,
y ¿os vais a congraciar con él? Pues bien, dice el Señor de los ejér-
10 citos, aplacad a Dios para que os sea propicio. Ojalá alguien de vos-

otros os cerrara las puertas, para que no encendáis el altar sin razón.
Vosotros no me agradáis y no acepto la ofrenda de vuestras manos
—dice el Señor de los ejércitos—.
11 De levante a poniente es grande mi fama en las naciones, y en
todo lugar me ofrecen sacrificios y ofrendas puras; porque mi fama
12 es grande en las naciones —dice el Señor de los ejércitos—. Vos-
otros, en cambio, la profanáis cuando decís: «La mesa del Señor
13 está manchada y su comida no vale la pena». Decís: «¡Qué fatiga!»,
y resopláis encima —dice el Señor de los ejércitos—. Me traéis
víctimas robadas, cojas, enfermas, y ¿voy a aceptarlas de vuestras
14 manos? —dice el Señor—. Maldito el embustero que tiene un ma-
cho en su rebaño y ofrece una víctima estropeada al Señor. Yo soy
el Gran Rey y mi nombre es respetado en las naciones —dice el
Señor de los ejércitos—.

2 1-2 Y ahora os toca a vosotros, sacerdotes: Si no me obedecéis
y no os proponéis honrarme —dice el Señor de los ejércitos— os
enviaré mi maldición; maldeciré vuestras bendiciones, las maldeciré
3 porque no hacéis caso. Mirad que os arranco el brazo y os arrojo
4 basura a la cara; la basura de vuestras fiestas... Entonces sabréis
que yo os envié este mensaje, mientras duraba mi alianza con Leví
5 —dice el Señor de los ejércitos—. Mi alianza con él era de vida y
paz; se la di, para que me temiera, respetara y acatara.
6 Una doctrina auténtica llevaba en la boca y en sus labios no se
hallaba maldad; se portaba conmigo con integridad y rectitud y
7 apartaba a muchos de la culpa. Labios sacerdotales han de guardar
el saber y en su boca se busca la doctrina, porque es mensajero del
8 Señor de los ejércitos. Pero vosotros os apartasteis del camino, hicis-
teis tropezar a muchos con vuestra instrucción, invalidasteis la alian-
9 za con Leví —dice el Señor de los ejércitos—. Pues yo os haré des-
preciables y viles ante todo el pueblo, por no haber seguido mis
caminos y haber sido parciales en vuestra instrucción.

Justicia y lealtad

10 ¿No tenemos todos un solo padre?, ¿no nos creó un mismo
Dios?, ¿por qué uno traiciona a su hermano profanando la alianza
11 de nuestros padres? Judá traiciona, en Jerusalén se cometen abomi-
naciones: Judá ha profanado el santuario que el Señor ama y se ha
12 casado con la hija de un dios extranjero. Excluya el Señor de las
tiendas de Jacob, de los que traen ofrendas al Señor de los ejércitos,
a quien tal hace, incita o responde.
13 Y hacéis otra cosa: cubrís el altar del Señor de lágrimas, llantos
y lamentos, porque no se fija en vuestra ofrenda ni la acepta de
14 vuestras manos. Preguntáis por qué; porque el Señor dirime tu
causa con la mujer de tu juventud, a la que fuiste infiel, aunque
15 era compañera tuya, esposa de alianza. Uno solo los ha hecho de
carne y espíritu, ese uno busca descendencia divina; controlaos
16 para no ser infieles a la esposa de vuestra juventud. Pues el que
aborrece y repudia —dice el Señor, Dios de Israel— cubre su ves-
tido de violencia —dice el Señor de los ejércitos—. Controlaos y
no seáis infieles.

Juicio de purificación

17 Con vuestras palabras cansáis al Señor. Objetáis: ¿por qué lo
cansamos? —Porque decís que el que obra mal agrada al Señor y
que él se complace en tales hombres, y que ¿dónde está el Dios
justo?

3 Mirad, yo envío un mensajero a prepararme el camino. De pron-
to entrará en el santuario el Señor que buscáis; el mensajero de la
alianza que deseáis miradlo entrar —dice el Señor de los ejérci-
2 tos—. ¿Quién resistirá cuando él llegue?, ¿quién quedará en pie
3 cuando aparezca? Será fuego de fundidor, lejía de lavandero: se
sentará como fundidor a refinar la plata, refinará y purificará como
plata y oro a los levitas, y ellos ofrecerán al Señor ofrendas legíti-
4 mas. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y Jerusalén,
5 como en tiempos pasados, como en años remotos. Os llamaré a jui-
cio, seré testigo exacto contra hechiceros, adúlteros y perjuros,
contra los que defraudan al obrero de su jornal, oprimen a viudas
y huérfanos y atropellan al emigrante sin tenerme respeto —dice
el Señor de los ejércitos—.
6 Yo, el Señor, no he cambiado y vosotros, hijos de Jacob, no ha-
7 béis acabado. Desde los tiempos de vuestros antepasados os apartáis
de mis preceptos y no los observáis. Volved a mí y volveré a vos-
8 otros —dice el Señor de los ejércitos—. Objetáis: ¿por qué tene-
mos que volver? —¿Puede un hombre defraudar a Dios como vos-
otros intentáis defraudarme? Objetáis: ¿En qué te defraudamos?
9 —En los diezmos y tributos: habéis incurrido en maldición, porque
10 toda la nación me defrauda. Traed íntegros los diezmos al tesoro
del templo para que haya sustento en mi templo; haced la prueba
conmigo —dice el Señor de los ejércitos— y veréis cómo os abro
las compuertas del cielo y derrocho sobre vosotros bendiciones sin
11 cuento. Os expulsaré la langosta para que no os destruya la cosecha
del campo ni os despoje los viñedos de las fincas —dice el Señor
12 de los ejércitos—. Todos los pueblos os felicitarán, porque seréis mi
país favorito —dice el Señor de los ejércitos—.

La justicia de Dios

13 Dice el Señor: Vuestros discursos son insolentes contra mí. Ob-
14 jetáis: ¿en qué te ofenden nuestras palabras? Porque decís: «No
vale la pena servir a Dios, ¿qué sacamos de guardar sus manda-
15 mientos y de andar enlutados ante el Señor de los ejércitos? Tene-
mos que felicitar a los arrogantes: los malvados prosperan, tientan
a Dios impunemente».
16 Así comentaban entre sí los fieles del Señor, el Señor atendió y
lo oyó. Ante él se escribía un libro de memorias: «Fieles del Señor
17 que estiman su nombre». Dice el Señor de los ejércitos: el día que
yo actúe serán mi propiedad; los perdonaré como un padre al hijo
18 que le sirve; entonces veréis la diferencia entre buenos y malos,
entre los que sirven a Dios y los que no le sirven.
19 Mirad que llega el día, ardiente como un horno, cuando arrogan-

tes y malvados serán la paja: ese día futuro los abrasaré y no quedará de ellos rama ni raíz —dice el Señor de los ejércitos—.
20 Pero a los que respetan mi nombre los alumbrará el sol de la
justicia que cura con sus alas. Saldréis saltando como terneros del
21 establo; pisotearéis a los malvados, que serán como polvo bajo la
planta de vuestros pies, el día que yo actúe —dice el Señor de los
ejércitos—.

Vuelta de Elías

22 Recordad la Ley de Moisés, mi siervo, los preceptos y mandatos
23 para todo Israel que yo le encomendé en Monte Horeb. Y yo os
enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día del Señor, grande
24 y terrible: reconciliará a padres con hijos, a hijos con padres, y así
no vendré yo a exterminar la tierra.

APOCALIPTICA

DANIEL

INTRODUCCION

El libro

Lo que hoy leemos como libro de Daniel es una obra compleja y aparte en el Antiguo Testamento.

Empezando por la *lengua,* encontramos una serie de capítulos escritos en hebreo que imita el clásico, otros están escritos en arameo, otros en griego. Una obra trilingüe. El reparto es el siguiente: hebreo, 1,1-2,4a + 8-12; arameo, 2,4b-7,28; griego, 2,24-90; 13-14. El reparto nos enseña que la división no corresponde exactamente al tema en el capítulo 3; además, encontramos en ese capítulo una numeración repetida de 2,24-33, para el arameo y el griego.

Es muy fácil separar los fragmentos griegos como adiciones posteriores, escritas en esa lengua o traducidas de un original semítico. No es fácil dar razón definitiva de la mezcla de hebreo con arameo; es más razonable pensar que los textos se escribieron primero en hebreo y que parte se tradujo al arameo, lengua corriente de la época.

La distribución de *formas y temas* no coincide con el reparto de lenguas. Encontramos tres tipos fundamentales: una serie de episodios narrativos, que tienen por protagonistas a Daniel y sus compañeros; una serie de visiones de Daniel explicadas por un ángel; dos plegarias amplias y otras breves. Los relatos están en hebreo (cap. 1), arameo (2-6) y griego (13-14); las visiones en arameo (7) y hebreo (8-12); las plegarias amplias en griego (3,25-90) y las demás en la lengua del contexto.

Dado el carácter de serie del material, esa pluralidad no asusta demasiado. Además, la narrativa hebrea tradicional nos tiene acostumbrados a leer plegarias intercaladas. De un problema de coherencia narrativa hablaremos más adelante.

Datación

La composición del libro, prescindiendo de las adiciones griegas, pertenece a la época macabaica (véanse las introducciones y cronologías de dichos libros). Más en concreto, podemos datar el libro entre los años 167 y 164, o sea, entre la campaña en Egipto de Antíoco IV Epífanes y su muerte.

Buena parte del material, especialmente de los capítulos 1-6, parece haber sido escrito a finales del período persa y comienzo del helenista, o sea, en la segunda mitad del siglo IV. Imposible decidir si todo el material legendario pertenecía desde el principio a *Daniel* o si se ha ido agrupando en torno al héroe. En todo caso, el ambiente babilónico es ficticio; el autor utiliza rasgos sueltos de la tradición bíblica y no muestra demasiado interés en la precisión histórica de sus relatos.

También las adiciones griegas de relatos podrían remontarse a dicha etapa persa o helenística; el carácter legendario de dichos relatos deja abierta la cuestión.

Apocalipsis

El libro de Daniel es un libro aparte en la literatura del Antiguo Testamento; no lo es en toda una literatura de la época, que penetra también al final del Nue-

vo Testamento y que florece durante varios siglos. En otros términos: el libro de Daniel es entre muchos el único escrito apocalíptico que haya sido reconocido como inspirado y haya entrado en el canon judío.

No ha entrado como libro profético, porque la serie ya estaba clausurada; forma parte de los «escritos», concepto más vago y acogedor. En cambio, en las biblias griega y latina y en la tradición cristiana Daniel figura como uno de los cuatro profetas mayores.

La apocalíptica es heredera de la profecía: surge cuando la profecía se ha extinguido y pretende llevar adelante su misión. Más en concreto, empalma con una serie de textos tardíos de los libros proféticos que con término genérico llamamos «escatologías»: Is 24-27; Ez 38-39; Zac 12-14 y otros.

El apocalipsis se presenta como revelación de Dios hecha a un hombre escogido sobre la historia y su desenlace, destinada a la comunidad en momentos de crisis, para reavivar la esperanza.

Es Dios quien revela, pero su *medio* no es sin más la «palabra de Dios, oráculo del Señor». Son más bien los sueños o las visiones extáticas, que tienen su antecedente en textos narrativos, en la actividad de José en Egipto, y también en algunas formas proféticas, especialmente de Ezequiel y Zacarías. Es decir, desarrollan una línea peculiar de la tradición profética, sin usar las fórmulas clásicas de la profecía: «vino la palabra del Señor», o semejantes. Las visiones son explicadas por un ángel, algo así como el personaje de la sección final de Ezequiel y de algunas visiones de Zacarías.

El tema es la *historia y su desenlace*. La historia se entiende como lucha y sucesión de imperios o reinos; los soberanos monopolizan prácticamente los papeles de protagonistas. Se exceptúa la comunidad de los elegidos, protagonista pasivo hasta que llegue el desenlace.

Esta historia se puede periodizar esquemáticamente. Y el esquema se transpone en diversas imágenes artificiales. Es una historia pasada que llega hasta el presente y que la ficción del género presenta como futuro predicho por el vidente.

El desenlace llega de modo repentino, aunque previsto por el vidente y explicado por su intérprete. Consiste en la instauración del reino definitivo y universal del Señor de la historia, que ya ha estado dirigiendo la historia, en todos sus períodos y cambios, y que podía revelar de antemano (véase la polémica de Isaías II).

En algunos textos no canónicos el autor se explaya en visiones de misterios cósmicos y aun míticos; cosa que no sucede en el presente libro, donde lo cósmico sólo entra en un salmo añadido.

El *estilo* utiliza como procedimiento básico la alegoría. El autor esquematiza uno o varios períodos históricos, después transpone ese esquema, pieza a pieza, a una imagen articulada. El lector tiene que abolir la imagen para recobrar el esquema intelectual. A veces, el autor da con una imagen feliz, tal la estatua del capítulo 2; con mucha frecuencia le falla la fantasía, y todo termina en un árido juego intelectual, como en los capítulos 8-12. La alegoría sirve entonces para disimular ante lectores no iniciados.

Pseudonimia: el autor, fiel a la ficción de predecir la historia, tiene que atribuir su obra a un personaje ilustre del pasado: hay apocalipsis de Moisés, de Henoc, de Isaías, etc. Nuestro autor parece haber escogido uno de los personajes citados por Ezequiel (Ez 14,14.20; 28,3), que contaba con ascendiente legendario ya en la literatura cananea.

HISTORIA DE DANIEL (caps. 1-6)

Daniel en la corte de Babilonia

1 El año tercero del reinado de Joaquín, rey de Judá, llegó a Jeru-
2 salén Nabucodonosor, rey de Babilonia, y la asedió. El Señor entregó
en su poder a Joaquín de Judá y todo el ajuar que quedaba en el
templo; se los llevó a Senaar, y el ajuar del templo lo metió en el
tesoro del templo de su Dios.
3 El rey ordenó a Aspenaz, jefe de eunucos, seleccionar algunos is-
4 raelitas de sangre real y de la nobleza, jóvenes, perfectamente sanos,
de buen tipo, bien formados en la sabiduría, cultos e inteligentes y
aptos para servir en palacio, y ordenó que les enseñasen la lengua
5 y literatura caldeas. Cada día el rey les pasaría una ración de comida
y de vino de la mesa real. Su educación duraría tres años, al cabo
de los cuales pasarían a servir al rey.
6 Entre ellos había unos judíos: Daniel, Ananías, Misael y Azarías.
7 El jefe de eunucos les cambió los nombres, llamando a Daniel, Bel-
sazar; a Ananías, Sidrac; a Misael, Misac, y a Azarías, Abdénago.
8 Daniel hizo propósito de no contaminarse con los manjares y el
vino de la mesa real, y pidió al jefe de eunucos que le dispensase
9 de esa contaminación. El jefe de eunucos, movido por Dios, se com-
10 padeció de Daniel y le dijo:
—Tengo miedo al rey, mi señor, que os ha asignado la ración de
comida y bebida; si os ve más flacos que vuestros compañeros, me
juego la cabeza.
11 Daniel dijo al guardia que el jefe de eunucos había designado
para cuidarle a él, a Ananías, a Misael y a Azarías:
12 —Haz una prueba con nosotros durante diez días: que nos den
13 legumbres para comer y agua para beber. Compara después nuestro
aspecto con el de los jóvenes que comen de la mesa real y trátanos
luego según el resultado.
14-5 Aceptó la propuesta e hizo la prueba durante diez días. Al aca-
bar tenían mejor aspecto y estaban más gordos que los jóvenes que
16 comían de la mesa real. Así que les retiró la ración de comida y de
vino y les dio legumbres.
17 Dios les concedió a los cuatro un conocimiento profundo de to-
dos los libros del saber. Daniel sabía además interpretar visiones y
sueños.
18 Al cumplirse el plazo señalado por el rey, el jefe de eunucos se
19 los presentó a Nabucodonosor. Después de conversar con ellos, el
rey no encontró ninguno como Daniel, Ananías, Misael y Azarías,
y los tomó a su servicio.
20 Y en todas las cuestiones y problemas que el rey les proponía, lo
hacían diez veces mejor que todos los magos y adivinos de todo el
reino.
21 Daniel estuvo en palacio hasta el año primero del reinado de
Ciro.

El sueño de Nabucodonosor

2 El año segundo de su reinado, Nabucodonosor tuvo un sueño;
se sobresaltó y no pudo seguir durmiendo.
2 Mandó llamar a los magos, astrólogos, agoreros y adivinos para
3 que le explicasen el sueño. Cuando llegaron a su presencia, el rey
les dijo:
—He tenido un sueño que me ha sobresaltado y quiero saber lo
que significa.
4 Respondieron los adivinos:
—¡Viva el rey eternamente! Cuente su majestad el sueño y nos-
otros explicaremos su sentido.
5 El rey les dijo:
—¡Ordeno y mando! Si no me decís el sueño y su interpretación,
6 os harán pedazos y demolerán vuestras casas; en cambio, si me ex-
plicáis el sueño y su interpretación, os colmaré de dones, regalos y
honores. Por tanto, decidme el sueño y su interpretación.
7 Ellos replicaron:
—Majestad, cuéntanos el sueño y explicaremos su sentido.
8 El rey repuso:
—Está claro que intentáis ganar tiempo, sabiendo que he dado
9 una orden. Pero si no me contáis el sueño, os tocará a todos una
misma sentencia. Porque os habéis conchabado para contarme men-
tiras y embustes mientras llega un cambio de situación. Así que
contadme el sueño, y me convenceré de que sabéis interpretarlo.
10 Los adivinos contestaron al rey:
—No hay un hombre en la tierra que pueda decir lo que el rey
pide; ningún rey ni príncipe ha exigido cosa semejante a magos,
11 astrólogos o adivinos. Lo que el rey exige es sobrehumano; sólo los
dioses, que no habitan con los mortales, pueden decírselo al rey.
12 Al oírlo, el rey se enfureció y mandó acabar con todos los sabios
13 de Babilonia. Y decretó que los sabios fueran ejecutados. Y fueron
a buscar a Daniel y a sus compañeros para ajusticiarlos.
14 Cuando Arioc, jefe de la guardia real, se dirigía a ejecutar a los
15 sabios, Daniel aconsejó tener prudencia y preguntó al funcionario
real:
—¿Por qué ha dado el rey un decreto tan severo?
16 Arioc le explicó todo el asunto, y Daniel se dirigió al rey para
pedirle un poco de tiempo para explicarle el sueño.
17 Daniel volvió a casa y contó todo a sus compañeros, Ananías,
18 Azarías y Misael, y les encargó que invocasen la misericordia del
Dios del cielo para que les revelase el secreto y no tuvieran que
perecer Daniel y sus compañeros con los demás sabios de Babilonia.
19 En una visión nocturna Daniel tuvo la revelación del secreto, y
bendijo al Dios del cielo, diciendo:
20 «Bendito sea el nombre de Dios
por los siglos de los siglos.
El posee la sabiduría y el poder,
21 él cambia tiempos y estaciones,
destrona y entroniza a los reyes.
El da sabiduría a los sabios
y ciencia a los expertos,

22 revela los secretos más profundos
y conoce lo que ocultan las tinieblas,
pues la luz habita junto a él.
23 Te alabo y te doy gracias, Dios de mis padres,
porque me has dado sabiduría y poder:
me has revelado lo que te pedía,
me has revelado el asunto del rey».
24 Después Daniel acudió a Arioc, a quien el rey había mandado
ejecutar a los sabios de Babilonia, y le dijo:
—No des muerte a los sabios de Babilonia; llévame a presencia
del rey y le explicaré el sentido del sueño.
25 Arioc lo condujo a toda prisa hasta el rey y le dijo:
—Hay un hombre de los deportados de Judá que está dispuesto
a explicar el sueño a su majestad.
26 El rey preguntó a Daniel:
—¿De modo que eres capaz de contarme el sueño y de explicar-
me su sentido?
27 Daniel repuso:
—El secreto de que habla su majestad no lo pueden explicar ni
28 sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos; pero hay un Dios en el
cielo que revela los secretos y que ha anunciado al rey Nabucodo-
nosor lo que sucederá al final de los tiempos.
29 »Este es el sueño que viste estando acostado. Te pusiste a pensar
en lo que iba a suceder, y el que revela los secretos te comunicó lo
30 que va a suceder. En cuanto a mí, no es que yo tenga una sabiduría
superior a la de todos los vivientes; si me han revelado el secreto
es para que le explique el sentido al rey y así puedas entender lo
que pensabas.
31 »Tú, rey, viste una visión: una estatua majestuosa, una estatua
gigantesca y de un brillo extraordinario; su aspecto era impresio-
32 nante. Tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata,
33 el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies
34 de hierro mezclado con barro. En tu visión una piedra se despren-
dió sin intervención humana, chocó con los pies de hierro y barro
35 de la estatua y la hizo pedazos. Del golpe se hicieron pedazos el
hierro y el barro, el bronce, la plata y el oro, triturados como tamo
de una era en verano, que el viento arrebata y desaparece sin dejar
rastro. Y la piedra que deshizo la estatua creció hasta convertirse
en una montaña enorme que ocupaba toda la tierra.
36 »Este era el sueño; ahora explicaremos al rey su sentido:
37 Tú, majestad, rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha concedido
38 el reino y el poder, el dominio y la gloria, a quien ha dado poder
sobre los hombres dondequiera que vivan, sobre las bestias del cam-
po y las aves del cielo, para que reines sobre ellos, tú eres la cabeza
39 de oro. Te sucederá un reino de plata, menos poderoso. Después un
40 tercer reino, de bronce, que dominará todo el orbe. Vendrá después
un cuarto reino, fuerte como el hierro. Como el hierro destroza y
machaca todo, así destrozará y triturará a todos.
41 »Los pies y los dedos que viste, de hierro mezclado con barro de
alfarero, representan un reino dividido; conservará algo del vigor
42 del hierro, porque viste hierro mezclado con arcilla. Los dedos de
los pies, de hierro y barro, son un reino a la vez poderoso y débil.

43 Como viste el hierro mezclado con la arcilla, así se mezclarán los
linajes, pero no llegarán a fundirse, lo mismo que no se puede alear
44 el hierro con el barro. Durante ese reinado el Dios del cielo susci-
tará un reino que nunca será destruido ni su dominio pasará a otro,
sino que destruirá y acabará con todos los demás reinos, pero él
45 durará por siempre; eso significa la piedra que viste desprendida
sin intervención humana y que destrozó el barro, el hierro, el bron-
ce, la plata y el oro. Este es el destino que el Dios poderoso
comunica a su majestad. El sueño tiene sentido, la interpretación
es cierta».
46 Entonces Nabucodonosor se postró rostro en tierra rindiendo ho-
menaje a Daniel y mandó que le ofrecieran sacrificios y oblaciones.
47 El rey dijo a Daniel:
—Sin duda que tu Dios es Dios de dioses y Señor de reyes; él
revela los secretos, puesto que tú fuiste capaz de explicar este
secreto.
48 Después el rey colmó a Daniel de honores y riquezas, lo nombró
gobernador de la provincia de Babilonia y jefe de todos los sabios
de Babilonia.
49 A instancias de Daniel, el rey puso a Sidrac, Misac y Abdénago
al frente de la provincia de Babilonia, mientras que Daniel quedó
en la corte.

La estatua de oro

3 El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, treinta metros de
alta por tres de ancha, y la colocó en la vega de Dura, provincia de
Babilonia.
2 Mandó convocar a los sátrapas, ministros, prefectos, consejeros,
tesoreros, letrados, magistrados y gobernadores de provincia para
que acudieran a la inauguración de la estatua que había erigido el
rey Nabucodonosor.
3 Se reunieron los sátrapas, ministros, prefectos, consejeros, teso-
reros, letrados, magistrados y gobernadores de provincia para la
inauguración de la estatua que había erigido el rey Nabucodonosor,
4 y mientras estaban en pie frente a ella, el heraldo proclamó con voz
potente:
5 —A todos los pueblos, naciones y lenguas: Cuando oigáis tocar
la trompa, la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los
demás instrumentos, os postraréis para adorar la estatua que ha eri-
6 gido el rey Nabucodonosor. El que no se postre en adoración, será
arrojado en un horno encendido.
7 Así, pues, cuando los diversos pueblos oyeron tocar la trompa,
la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los demás ins-
trumentos, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron ado-
rando la estatua de oro que Nabucodonosor había erigido.
8 Entonces unos caldeos fueron al rey a denunciar a los judíos:
9-0 —¡Viva el rey eternamente! Su majestad ha decretado que cuan-
tos escuchen tocar la trompa, la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la
vihuela y todos los demás instrumentos se postren adorando la esta-
11 tua de oro, y el que no se postre en adoración será arrojado a un
12 horno encendido. Pues bien, hay unos judíos, Sidrac, Misac y Abdé-

nago —a quienes has encomendado el gobierno de la provincia de
Babilonia—, que no obedecen la orden real, ni respetan a tus dio-
ses, ni adoran la estatua de oro que has erigido.
13 Nabucodonosor, en un acceso de ira, ordenó que trajeran a
Sidrac, Misac y Abdénago, y cuando los tuvo delante, les dijo:
14 —¿Es cierto, Sidrac, Misac y Abdénago, que no respetáis a mis
15 dioses ni adoráis la estatua que he erigido? Mirad: si al oír tocar
la trompa, la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los
demás instrumentos estáis dispuestos a postraros adorando la esta-
tua que he hecho, hacedlo; pero si no la adoráis, seréis arrojados
al punto al horno encendido, y ¿qué Dios os librará de mis manos?
16 Sidrac, Misac y Abdénago contestaron:
17 —Majestad, a eso no tenemos por qué responder. El Dios a quien
veneramos puede librarnos del horno encendido y nos librará de tus
18 manos. Y aunque no lo haga, conste, majestad, que no veneramos
a tus dioses ni adoramos la estatua de oro que has erigido.
19 Nabucodonosor, furioso contra Sidrac, Misac y Abdénago y con
el rostro desencajado por la rabia, mandó encender el horno siete
20 veces más fuerte que de costumbre, y ordenó a sus soldados más
robustos que atasen a Sidrac, Misac y Abdénago y los echasen en el
horno encendido.
21 Así, vestidos con sus pantalones, camisas, gorros y demás ropa,
los ataron y los echaron en el horno encendido.
22 La orden del rey era severa y el horno estaba ardiendo; sucedió
que las llamas abrasaron a los que conducían a Sidrac, Misac y
23 Abdénago; mientras los tres, Sidrac, Misac y Abdénago, caían ata-
dos en el horno encendido [a].

Oración penitencial de Azarías

24 Paseaban por las llamas alabando y dando gracias a Dios.
25 Azarías se detuvo a orar, y abriendo los labios en medio del
fuego, dijo:
26 Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres,
alabado y glorificado sea tu nombre por siempre.
27 Lo que has hecho con nosotros está justificado,
todas tus obras son justas,
28 tus caminos son rectos,
tus sentencias son justas.
29 Porque hemos pecado y cometido toda clase de delitos
rebelándonos contra ti,
hemos cometido toda clase de pecados
no obedeciendo a tus mandamientos.
30 No pusimos por obra lo que nos habías mandado
para nuestro bien.
31 Lo que nos has enviado, lo que has hecho con nosotros
es un castigo merecido.
32 Nos entregaste en poder de enemigos inicuos, rebeldes, malvados,
del rey más injusto y perverso de toda la tierra.

a Los vv. 24-33 de esta numeración aramea aparecen al final del capítulo.

33 *Ahora no podemos abrir la boca, pues la vergüenza*
abruma a tus siervos y a tus fieles.
34 *¡Por el honor de tu Nombre!,*
no nos abandones para siempre,
no rompas tu alianza,
no nos niegues tu misericordia.
35 *Por Abrahán, tu amigo;*
por Isaac, tu siervo;
por Israel, tu consagrado;
36 *a quienes prometiste multiplicar su descendencia*
como las estrellas del cielo,
como la arena de las playas.
37 *Por causa de nuestros pecados, Señor,*
somos hoy el más pequeño de los pueblos,
humillado por toda la tierra;
38 *no tenemos ya ni príncipe, ni jefe, ni profeta,*
ni holocaustos, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso,
ni lugar donde ofrecerte primicias y alcanzar tu misericordia.
39 *Pero tenemos un corazón quebrantado y un espíritu humillado:*
recíbelos como si fueran una oblación
de holocaustos de toros y carneros,
de millares de corderos cebados.
40 *Ese será hoy nuestro sacrificio para ti, para aplacarte fielmente;*
porque los que confían en ti no quedan defraudados.
41 *Te seremos enteramente fieles,*
de todo corazón te seguiremos,
te temeremos y buscaremos tu rostro,
no nos defraudes, Señor.
42 *Trátanos según tu piedad,*
según tu gran misericordia.
43 *Líbranos con tu poder maravilloso*
y da gloria a tu Nombre, Señor.
44 *Sean humillados los que nos maltratan,*
queden confundidos, pierdan el mando, sea triturado su poder
45 *y sepan que tú, Señor, eres el Dios único,*
glorioso, en toda la tierra.

Cántico de los tres jóvenes

46 *Los criados del rey que los habían arrojado no cesaban de atizar*
el fuego. En el momento de echarlos, el horno estaba encendido
siete veces más fuerte que de costumbre. Los criados que los echa-
ron se encontraban en la parte superior, mientras otros, por debajo,
47 *alimentaban el fuego con petróleo, pez, estopa y leña. Las llamas se*
48 *alzaban veinticuatro metros y medio por encima del horno; saltaron*
y abrasaron a los caldeos que se encontraban cerca del horno.
49 *Un ángel del Señor bajó adonde estaban Azarías y sus compañe-*
ros, expulsó las llamas fuera del horno, metió dentro un viento
50 *húmedo que silbaba, y el fuego no los atormentó, ni los hirió, ni*
siquiera los tocó.

51 *Entonces los tres, al unísono, cantaban himnos y bendecían y*
glorificaban a Dios en el horno, diciendo:
52 *Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres,*
a ti gloria y alabanza por los siglos.
Bendito tu nombre, santo y glorioso,
a él gloria y alabanza por los siglos.
53 *Bendito eres en el templo de tu santa gloria,*
a ti gloria y alabanza por los siglos.
54 *Bendito eres en tu trono real,*
a ti gloria y alabanza por los siglos.
55 *Bendito cuando cabalgas sobre querubines*
sondeando los abismos,
a ti gloria y alabanza por los siglos.
56 *Bendito eres en la bóveda del cielo,*
a ti gloria y alabanza por los siglos.
57 *Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
58 *Angeles del Señor, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
59 *Cielos, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
60 *Aguas del espacio, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
61 *Ejércitos del Señor, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
62 *Sol y Luna, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
63 *astros del cielo, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
64 *Lluvia y rocío, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
65 *vientos todos, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
66 *fuego y calor, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
67 *fríos y heladas, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
68 *rocíos y nevadas, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
69 *témpanos y hielos, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
70 *escarchas y nieves, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
71 *Noche y día, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
72 *luz y tinieblas, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
73 *rayos y nubes, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
74 *Bendiga la tierra al Señor,*
ensálcelo con himnos por los siglos;
75 *montes y cumbres, bendecid al Señor,*

ensalzadlo con himnos por los siglos;
76 *cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor,*
ensálcelo con himnos por los siglos;
77 *manantiales, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
78 *mares y ríos, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
79 *cetáceos y peces, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
80 *aves del cielo, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
81 *fieras y ganados, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
82 *Hombres todos, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
83 *bendiga Israel al Señor,*
ensálcelo con himnos por los siglos;
84 *sacerdotes del Señor, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
85 *siervos del Señor, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
86 *almas y espíritus justos, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos;
87 *santos y humildes de corazón, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos.
88 *Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor,*
ensalzadlo con himnos por los siglos,
porque os sacó de la fosa, os libró de la muerte,
os arrancó de la llama ardiente
y os libertó del fuego.
89 *Dad gracias al Señor, porque es bueno,*
porque es eterna su misericordia.
90 *Alabad a Dios, fieles todos de Dios,*
dadle gracias con himnos,
porque es eterna su misericordia,
dura por los siglos de los siglos.

Confesión de Nabucodonosor

24 El rey los oyó cantar himnos; extrañado se levantó, y al verlos
vivos, preguntó, estupefacto, a sus consejeros:
—¿No eran tres los hombres que atamos y echamos al horno?
Le respondieron:
—Así es, majestad.
25 Preguntó:
—¿Entonces cómo es que veo cuatro hombres, sin atar, paseando
por el horno sin sufrir nada? Y el cuarto parece un ser divino.
26 Y acercándose a la puerta del horno encendido, dijo:
—Sidrac, Misac y Abdénago, siervos del Dios Altísimo, salid y
venid.
27 Sidrac, Misac y Abdénago salieron del horno. Los sátrapas, mi-

nistros, prefectos y consejeros se apretaron para ver a aquellos hombres a prueba de fuego: no se les había quemado el pelo, los pantalones estaban intactos, ni siquiera olían a chamuscados.
28 Nabucodonosor entonces dijo:
—Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, que envió un
ángel a salvar a sus siervos, que, confiando en él, desobedecieron
el decreto real y prefirieron arrostrar el fuego antes que venerar y
29 adorar otros dioses que el suyo. Por eso decreto que quien blasfeme
contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, de cualquier pueblo,
nación o lengua que sea, sea hecho pedazos y su casa sea derribada.
Porque no existe otro Dios capaz de librar como éste.
30 El rey dio cargos a Sidrac, Misac y Abdénago en la provincia de
Babilonia.

Visión del árbol

31 El rey Nabucodonosor, a todos los pueblos, naciones y lenguas
que habitan en la tierra: Paz y prosperidad.
32 Quiero contar los signos y prodigios que el Dios Altísimo ha hecho conmigo:
33 ¡Qué grandes son sus signos,
qué admirables sus prodigios!
Su reinado es eterno,
su poder dura por todas las edades.
4 Estaba yo en paz en mi casa,
con buena salud en mi palacio,
2 cuando tuve un sueño que me asustó
y las fantasías de mi mente me turbaron.
3 Mandé que se presentaran todos los sabios de Babilonia para
4 explicarme el sentido del sueño. Acudieron los magos, astrólogos,
agoreros y adivinos; les conté mi sueño, pero no supieron explicarme su sentido.
5 Después se presentó Daniel —llamado Belsazar en honor de mi
dios—, hombre dotado de espíritu profético, y le conté mi sueño:
6 —Belsazar, jefe de los magos, sé que posees espíritu profético y
que no se te resiste ningún secreto; te contaré mi sueño y tú me lo
explicarás.
7 Estando yo acostado tuve esta visión:
Vi un árbol gigantesco en medio del orbe:
8 el árbol se hacía corpulento, su copa tocaba el cielo,
se le veía desde los cuatro cabos de la tierra.
9 Su follaje era hermoso,
de sus frutos copiosos se alimentaban todos,
bajo él se guarecían las fieras agrestes
y en su ramaje anidaban las aves del cielo;
sustentaba a todos los vivientes.
10 Estando yo acostado tuve esta visión:
Vi bajar del cielo un Guardián Sagrado
11 que gritó con voz fuerte:
«Derribad el árbol, tronchad su ramaje,
arrancadle el follaje, esparcid sus frutos;

que huyan de su sombra las fieras
y las aves de su ramaje.
12 Dejad en tierra sólo el tocón con las raíces.
Encadenado con hierro y bronce pacerá la hierba,
mojado de relente, compartirá con las fieras
los pastos del suelo.
13 Perderá el instinto de hombre
y adquirirá instintos de fiera,
y pasará en ese estado siete años.
14 Lo han decretado los Guardianes,
lo han anunciado los Santos,
para que todos los vivientes reconozcan
que el Dios Altísimo es dueño de los reinos humanos,
que da el reino a quien quiere
y pone al más humilde en el trono».
15 Este es el sueño que he visto yo, el rey Nabucodonosor; tú, Belsazar, explícame su sentido, pues ningún sabio ha sido capaz de hacerlo, mientras que tú posees espíritu profético.
16 Por una hora Daniel, llamado Belsazar, quedó espantado, turbado por sus pensamientos.

El rey le dijo:

—Belsazar, no te asustes de mi sueño o de su sentido.

Belsazar replicó:

—Vaya el sueño por tus enemigos y su interpretación por tus rivales.

17 »El árbol gigantesco que viste, cuya copa tocaba el cielo y se veía
18 hasta los cabos de la tierra, de hermoso follaje y frutos copiosos
que sustentaban a todos, a cuya sombra habitaban las fieras agres-
19 tes y en cuyo ramaje anidaban las aves del cielo, eres tú mismo,
majestad; porque tu poder es inmenso, tu dominio alcanza hasta el
cielo y tu imperio se extiende hasta los cabos de la tierra.
20 »El Guardián Sagrado que viste bajar del cielo y que dijo: 'Derribad el árbol, destrozadlo dejando sólo su tocón y sus raíces en tierra; encadenado con bronce pacerá la hierba, mojado de relente compartirá con las fieras la hierba del suelo, y pasará en ese estado siete años', significa lo siguiente:
21 »Es el decreto del Altísimo pronunciado contra el rey, mi señor.
22 Te apartarán de los hombres, vivirás con las fieras, pacerás hierba
como los toros, te mojará el relente, y así pasarás siete años; hasta
que reconozcas que el Altísimo es dueño de los reinos humanos y
23 da el poder a quien quiere. Mandaron dejar el tocón con las raíces
porque volverás a reinar cuando reconozcas al Soberano del cielo.
24 Por tanto, majestad, acepta mi consejo: expía tus pecados con limosnas, tus delitos socorriendo a los pobres, para que dure tu tranquilidad».

25 Todo eso le sucedió al rey Nabucodonosor.
26 Al cabo de doce meses, paseando por su palacio de Babilonia,
27 dijo:

—Esta es Babilonia la magnífica, que yo he construido como capital de mi reino, en un alarde de poder y para honrar mi majestad.

28 No había acabado de hablar, cuando se oyó una voz en el cielo:

29 —¡Contigo hablo, rey Nabucodonosor! Has perdido el reino, te apartarán de los hombres, vivirás en compañía de las fieras paciendo hierba como los toros, te mojará el relente, y así pasarás siete años, hasta que reconozcas que el Altísimo es dueño de los reinos humanos y da el poder a quien quiere.
30 Inmediatamente ejecutaron la sentencia contra Nabucodonosor: lo alejaron de los hombres, pació hierba como los toros, lo mojó el relente, le creció pelo de buitre y garras de ave rapaz.

31 Pasado el tiempo, yo, Nabucodonosor, alcé los ojos al cielo, recobré la razón, bendije al Altísimo, alabé al que vive siempre:
32 «Su reino es eterno, su imperio dura de edad en edad;
no cuentan los que habitan la tierra,
y trata como quiere al ejército del cielo;
nadie puede atentar contra él
ni exigirle cuentas de lo que hace».
33 En aquel momento recobré la razón, recobré los honores y la dignidad real, mis consejeros y nobles acudieron a mí, volví a ocupar el trono y creció mi poder incomparable.
34 Y ahora yo, Nabucodonosor, alabo y ensalzo y glorifico al Rey del cielo, porque sus obras son justas y rectos sus caminos; al que procede con arrogancia lo humilla.

El festín de Baltasar

5 El rey Baltasar ofreció un banquete a mil nobles del reino, y se
2 puso a beber delante de todos. Después de probar el vino, mandó
traer los vasos de oro y plata que su padre, Nabucodonosor, había
cogido en el templo de Jerusalén, para que bebiesen en ellos el rey
3 y los nobles, sus mujeres y concubinas. Cuando trajeron los vasos
de oro que habían cogido en el templo de Jerusalén, brindaron con
4 ellos el rey y sus nobles, sus mujeres y concubinas. Apurando el
vino, alababan a los dioses de oro y plata, de bronce y hierro, de
piedra y madera.
5 De repente aparecieron unos dedos de mano humana escribiendo
sobre el revoco del muro del palacio, frente al candelabro, y el rey
6 veía cómo escribían los dedos. Entonces su rostro palideció, la
mente se le turbó, le faltaron las fuerzas, las rodillas le entrecho-
7 caban. A gritos mandó que vinieran los astrólogos, magos y adivi-
nos, y dijo a los sabios de Babilonia:

—El que lea y me interprete ese escrito, se vestirá de púrpura, llevará un collar de oro y ocupará el tercer puesto en mi reino.

8 Acudieron todos los sabios del reino, pero no pudieron leer lo
9 escrito ni explicar al rey su sentido. Entonces el rey Baltasar quedó
consternado y palideció y sus nobles estaban perplejos.
10 Al saber lo que le ocurría al rey y a los nobles, la reina entró en la sala del banquete, y dijo:

—¡Viva siempre el rey! No te turbes ni palidezcas. En el reino
hay un hombre a quien Dios ha concedido espíritu de profecía.
11 En el reinado de tu padre demostró poseer inteligencia, prudencia
y un saber sobrehumano. Tu padre, el rey Nabucodonosor, lo nom-

12 bró jefe de los magos, astrólogos, agoreros y adivinos, porque de-
mostró tener un don extraordinario de ciencia y de penetración
para interpretar sueños, aclarar enigmas y resolver problemas. Se
trata de Daniel, a quien el rey puso el nombre de Belsazar. Que
llamen a Daniel y nos dará la interpretación.
13 Cuando trajeron a Daniel ante el rey, éste le preguntó:
—¿Eres tú Daniel, uno de los judíos desterrados que trajo de
14 Judea el rey, mi padre? Me han dicho que posees espíritu de profe-
15 cía, inteligencia, prudencia y un saber extraordinario. Aquí me han
traído los sabios y los astrólogos para que leyeran el escrito y me
16 explicaran su sentido, pero han sido incapaces de hacerlo. Me han
dicho que tú puedes interpretar sueños y resolver problemas; pues
bien, si logras leer lo escrito y explicarme su sentido, te vestirás de
púrpura, llevarás un collar de oro y ocuparás el tercer puesto en mi
reino.
17 Entonces Daniel habló así al rey:
—Quédate con tus dones y da a otro tus regalos. Yo leeré al rey
lo escrito y le explicaré su sentido.
18 »Majestad: el Dios Altísimo concedió imperio y poder, gloria y
19 honor a tu padre, Nabucodonosor. Y por aquel poder recibido, to-
dos los pueblos, naciones y lenguas lo temieron y respetaron. Tenía
poder sobre la vida y la muerte, exaltaba y humillaba a su arbitrio.
20 Pero se ensoberbeció y creció su arrogancia; entonces lo derribaron
21 del trono real y lo despojaron de su dignidad. Tuvo que vivir lejos
de los hombres, con instintos de bestia; en compañía de asnos sal-
vajes, comiendo hierba como los toros, con su cuerpo empapado en
relente, hasta que reconoció que el Dios Altísimo rige los reinos
humanos y coloca en el trono a quien quiere.
22 »Pues bien, tú, Baltasar, su hijo, aun sabiendo esto, no has que-
23 rido humillarte. Te has rebelado contra el Señor del cielo, has he-
cho traer los vasos de su templo para brindar con ellos en compañía
de tus nobles, tus mujeres y concubinas. Habéis alabado a dioses de
oro y plata, de bronce y hierro, de piedra y madera, que ni ven,
ni oyen, ni entienden; mientras que al Dios dueño de vuestra vida
24 y vuestras empresas no lo has honrado. Por eso Dios ha enviado
esa mano para escribir ese texto.
25-6 »Lo que está escrito es: 'Contado, Pesado, Dividido'. La inter-
pretación es ésta: 'Contado': Dios ha contado los días de tu reinado
27 y les ha señalado el límite. 'Pesado': Te ha pesado en la balanza y
28 te falta peso. 'Dividido': Tu reino se ha dividido y se lo entregan
a medos y persas».
29 Baltasar mandó vestir a Daniel de púrpura, ponerle un collar de
oro y pregonar que tenía el tercer puesto en el reino.
30 Baltasar, rey de los caldeos, fue asesinado aquella misma noche,
6 y Darío, el medo, le sucedió en el trono a la edad de sesenta y dos
años.

Daniel en el foso de los leones

2 Darío decidió nombrar ciento veinte sátrapas que gobernasen el
3 reino, y sobre ellos, tres ministros, a quienes los sátrapas rendirían

cuentas para que no sufriesen los intereses de la corona. Uno de los
tres era Daniel.
4 Daniel sobresalía entre los ministros y los sátrapas por su talento
extraordinario, de modo que el rey decidió ponerlo al frente de
5 todo el reino. Entonces los ministros y los sátrapas buscaron algo
de qué acusarle en su administración del reino; pero no le encon-
traron ninguna culpa ni descuido, porque era hombre de fiar, que
no cometía errores ni era negligente.
6 Aquellos hombres se dijeron:
—No podremos acusar a Daniel de nada de eso. Tenemos que
buscar un delito de carácter religioso.
7 Entonces los ministros y sátrapas fueron a decirle al rey:
8 —¡Viva siempre el rey Darío! Los ministros del reino, los pre-
fectos, los sátrapas, consejeros y gobernadores están de acuerdo en
que el rey debe promulgar un edicto sancionando que en los próxi-
mos treinta días nadie haga oración a otro dios que no seas tú, bajo
9 pena de ser arrojado al foso de los leones. Por tanto, majestad,
promulga esa prohibición y sella el documento, para que sea irre-
vocable, como ley perpetua de medos y persas.
10 Así, el rey Darío promulgó y firmó el decreto.
11 Cuando Daniel se enteró de la promulgación del decreto, subió
al piso superior de su casa, que tenía ventanas orientadas hacia Je-
rusalén. Y, arrodillado, oraba dando gracias a Dios tres veces al
día, como solía hacerlo.
12 Aquellos hombres lo espiaron y lo sorprendieron orando y supli-
13 cando a su Dios. Entonces fueron a decirle al rey:
—Majestad, ¿no has firmado tú un decreto que prohíbe hacer
oración a cualquier dios fuera de ti, bajo pena de ser arrojado al
foso de los leones?
El rey contestó:
—El decreto está en vigor, como ley irrevocable de medos y
persas.
14 Ellos le replicaron:
—Pues Daniel, uno de los deportados de Judea, no te obedece a
ti, majestad, ni al decreto que has firmado, sino que tres veces al
día hace oración a su Dios.
15 Al oírlo, el rey, todo sofocado, se puso a pensar la manera de
salvar a Daniel, y hasta la puesta del sol hizo lo imposible por li-
16 brarlo. Pero aquellos hombres le urgían diciéndole:
—Majestad, sabes que, según la ley de medos y persas, un decre-
to o edicto real es válido e irrevocable.
17 Entonces el rey mandó traer a Daniel y echarlo al foso de los leo-
nes. El rey dijo a Daniel:
—¡Que te salve ese Dios a quien tú veneras tan fielmente!
18 Trajeron una piedra, taparon con ella la boca del foso y el rey la
selló con su sello y con el de sus nobles, para que nadie pudiese
19 modificar la sentencia dada contra Daniel. Luego el rey volvió a
palacio, pasó la noche en ayunas, sin mujeres y sin poder dormir.
20-1 Madrugó y fue corriendo al foso de los leones. Se acercó al foso
y gritó afligido:
—¡Daniel, siervo del Dios vivo! ¿Ha podido salvarte de los leo-
nes ese Dios a quien veneras tan fielmente?

22 Daniel le contestó:
23 —¡Viva siempre el rey! Mi Dios envió su ángel a cerrar las fau-
ces de los leones, y no me han hecho nada, porque ante él soy ino-
cente, como tampoco he hecho nada contra ti.
24 El rey se alegró mucho y mandó que sacaran a Daniel del foso.
Al sacarlo, no tenía ni un rasguño, porque había confiado en su
25 Dios. Luego mandó el rey traer a los que habían calumniado a Da-
niel y arrojarlos al foso de los leones con sus hijos y esposas. No
habían llegado al suelo y ya los leones los habían atrapado y des-
pedazado.
26 Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y
lenguas de la tierra:
27 «¡Paz y bienestar! Ordeno y mando: Que en mi imperio todos
respeten y teman al Dios de Daniel. El es el Dios vivo que perma-
nece siempre. Su reino no será destruido, su imperio dura hasta el
28 fin. El salva y libra, hace signos y prodigios en el cielo y en la
tierra. El salvó a Daniel de los leones».
29 Así fue como prosperó Daniel durante el reinado de Darío y de
Ciro de Persia.

Las visiones (caps. 7-12)

Son en total cuatro y no son homogéneas; domina el esquema visión-interpretación. Su contenido global se reparte desigualmente: de la historia pasada tenemos tres visiones esquemáticas; de la historia próxima y reciente tenemos varias referencias confusas y un resumen detallado. El desenlace está anunciado varias veces y aun la fecha está señalada.

Primera. *En el escenario de la historia (océano), agitado por los vientos cósmicos, operan y actúan los imperios en figura emblemática de animales: león=Babilonia, oso=Media, leopardo=Persia, bestia=Alejandro. Al llegar aquí el autor se embarulla manipulando cuernos para introducir a Antíoco.*

Segunda. *El último rey persa, en figura emblemática de carnero, es atacado y destruido por Alejandro, en figura emblemática de macho cabrío. Muere Alejandro, y el autor vuelve a la manipulación de cuernos para llegar hasta Antíoco IV, del cual refiere la divinización blasfema y la persecución de los judíos. Termina anunciando simplemente su fracaso.*

Tercera. *Se refiere al tiempo y es una reinterpretación de la carta de Jeremías sobre el tiempo del destierro (Jr 29). Antes de la revelación, Daniel pronuncia, en nombre de su pueblo, una oración penitencial como la del capítulo 2 (en griego) y como Esd 9 y Neh 9.*

V. 26. El ungido asesinado es el sumo sacerdote Onías III. La semana siguiente es el tiempo entre la profanación del altar y su rededicación, 168-165. Luego vendrá el fin del perseguidor, simplemente anunciado.

Cuarta. *Se anuncia con gran aparato en el capítulo 10, con alusiones a luchas entre ángeles protectores de los diversos imperios. Se inspira de cerca en las visiones de Ezequiel. El anuncio se realiza sin visión, en forma de profecía: hasta el v. 39 narra la historia conocida por el autor; en 40-45 anuncia la muerte del perseguidor en términos tomados de tradiciones proféticas, no por conocimiento de la historia, que fue diversa. En el capítulo 12 se anuncia la restauración del pueblo elegido.*

El capítulo 11 es bastante claro cuando se conoce la historia. Remitimos a las cronologías y sincronías de los Macabeos.

Las cuatro fieras

7 El año primero de Baltasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sue-
ño, visiones de su fantasía, estando en la cama. Al punto escribió
lo que había soñado:
2 Tuve una visión nocturna: los cuatro vientos agitaban el océano.
3 Cuatro fieras gigantescas salieron del mar, las cuatro distintas.
4 La primera era como un león con alas de águila; mientras yo mi-
raba, le arrancaron las alas, la alzaron del suelo, la pusieron de pie
como un hombre y le dieron mente humana.
5 La segunda era como un oso medio erguido, con tres costillas en
la boca, entre los dientes. Le dijeron: «¡Arriba! Come carne en
abundancia».
6 Después vi otra fiera como un leopardo, con cuatro alas de ave
en el lomo y cuatro cabezas. Y le dieron el poder.
7 Después tuve otra visión nocturna: una cuarta fiera, terrible, es-
pantosa, fortísima; tenía grandes dientes de hierro, con los que
comía y descuartizaba, y las sobras las pateaba con las pezuñas. Era
8 diversa de las fieras anteriores, porque tenía diez cuernos. Miré
atentamente los cuernos y vi que entre ellos salía otro cuerno pe-
queño; para hacerle sitio, arrancaron tres de los cuernos preceden-
tes. Aquel cuerno tenía ojos humanos y una boca que profería in-
solencias.
9 Durante la visión vi que colocaban unos tronos, y un anciano se
sentó:

Su vestido era blanco como nieve,
su cabellera como lana limpísima;
su trono, llamas de fuego;
sus ruedas, llamaradas.
10 Un río impetuoso de fuego
brotaba delante de él.
Miles y miles le servían,
millones estaban a sus órdenes.
Comenzó la sesión y se abrieron los libros.

11 Yo seguía mirando, atraído por las insolencias que profería aquel
cuerno; hasta que mataron a la fiera, la descuartizaron y la echaron
12 al fuego. A las otras fieras les quitaron el poder, dejándolas vivas
una temporada.
13 Seguí mirando, y en la visión nocturna vi venir en las nubes del
cielo una figura humana, que se acercó al anciano y se presentó ante
14 él. Le dieron poder real y dominio: todos los pueblos, naciones y
lenguas lo respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no
tendrá fin.
15 Yo, Daniel, me sentía agitado por dentro y me turbaban las vi-
16 siones de mi fantasía. Me acerqué a uno de los que estaban allí en
pie y le pedí que me explicase todo aquello. El me contestó expli-
cándome el sentido de la visión:
17 —Esas cuatro fieras gigantescas representan cuatro reinos que
18 surgirán en el mundo. Pero los santos del Altísimo recibirán el
reino y lo poseerán por los siglos de los siglos.
19 Yo quise saber lo que significaba la cuarta fiera, diversa de las
demás; la fiera terrible, con dientes de hierro y garras de bronce,

que devoraba y trituraba y pateaba las sobras con las pezuñas;
20 lo que significaban los diez cuernos de su cabeza y el otro cuerno
que le salía y eliminaba a otros tres, que tenía ojos y una boca que
profería insolencias, y era más grande que los otros.
21 Mientras yo seguía mirando, aquel cuerno luchó contra los san-
22 tos y los derrotó. Hasta que llegó el anciano para hacer justicia a
los santos del Altísimo, y empezó el imperio de los santos.
23 Después me dijo:
—La cuarta bestia es un cuarto reino que habrá en la tierra, di-
verso de todos los demás; devorará toda la tierra, la trillará y tritu-
24 rará. Sus diez cuernos son diez reyes que habrá en aquel reino;
después vendrá otro, diverso de los precedentes, que destronará a
25 tres reyes; blasfemará contra el Altísimo e intentará aniquilar a los
santos y cambiar el calendario y la ley. Dejarán en su poder a los
26 santos durante un año y otro año y otro año y medio. Pero cuando
se siente el tribunal para juzgar, le quitará el poder y será destrui-
27 do y aniquilado totalmente. El poder real y el dominio sobre todos
los reinos bajo el cielo serán entregados al pueblo de los santos del
Altísimo. Será un reino eterno, al que temerán y se someterán to-
dos los soberanos.
28 Fin del relato. Yo, Daniel, turbado con mis pensamientos, pali-
decí; pero me lo guardé todo dentro.

El carnero y el macho cabrío

8 El año tercero del rey Baltasar, yo, Daniel, tuve otra visión (des-
2 pués de la que ya había tenido). Me vino la visión estando yo en
Susa, capital de la provincia de Elam, mientras me encontraba jun-
to al río Ulay.
3 Alcé la vista y vi junto al río, en pie, un carnero de altos cuernos,
4 uno más alto y detrás del otro. Vi que el carnero embestía a po-
niente, a norte y a sur, y no había fiera que le resistiera ni quien
se librase de su poder; hacía lo que quería, alardeando.
5 Mientras yo reflexionaba, apareció un macho cabrío que venía de
poniente, atravesando toda la tierra sin tocar el suelo; tenía un
cuerno entre los ojos.
6 Se acercó al carnero de los dos cuernos, que había visto de pie
7 junto al río, y se lanzó contra él furiosamente. Lo vi llegar junto
al carnero, revolverse contra él y herirlo; le rompió los dos cuernos,
y el carnero quedó sin fuerza para resistir. Lo derribó en tierra y lo
pateó, sin que nadie librase al carnero de su poder.
8 Entonces el macho cabrío hizo alarde de su poder. Pero, al crecer
su poderío, se le rompió el cuerno grande y le salieron en su lugar
otros cuatro orientados hacia los cuatro puntos cardinales.
9 De uno de ellos salió otro cuerno pequeño que creció mucho,
apuntando hacia el sur, hacia el este, hacia La Perla.
10 Creció hasta alcanzar el ejército del cielo, derribó al suelo algu-
11 nas estrellas de ese ejército y las pisoteó. Creció hasta alcanzar al
general del ejército, le arrebató el sacrificio cotidiano y socavó los
12 cimientos del templo. Le entregaron el ejército y el sacrificio expia-
torio; la lealtad cayó por los suelos, mientras él actuaba con gran
éxito.

13 Entonces oí a dos santos que hablaban entre sí. Uno preguntaba:
«¿Cuánto tiempo abarca la visión de los sacrificios cotidiano y
expiatorio, de la desolación del santuario y del ejército pisoteado?».
14 El otro contestaba: «Dos mil trescientas tardes y mañanas; después
el santuario será reivindicado».
15 Yo, Daniel, seguía mirando y procurando entender la visión
16 cuando apareció frente a mí, en pie, una figura humana. Oí una voz
humana junto al río Ulay que gritaba: «Gabriel, explícale a éste la
visión».
17 Se acercó adonde yo estaba, y al acercarse caí espantado de bru-
ces; pero él me dijo: «Hombre, has de comprender que la visión
se refiere al final».
18 Mientras él hablaba, seguí de bruces, aletargado; él me tocó y
19 me puso en pie. Después me dijo: «Yo te explicaré lo que sucederá
en el tiempo final de la cólera; porque se trata del plazo final».
20 El carnero de dos cuernos que viste representa los reyes de Me-
21 dia y Persia. El macho cabrío es el rey de Grecia; el cuerno grande
22 entre sus ojos es el jefe de la dinastía. Los cuatro cuernos que sa-
lieron al quebrarse el primero son cuatro reyes de su estirpe, pero
no de su fuerza.

23 Al final de sus reinados,
en el colmo de sus crímenes, se alzará un rey osado,
24 experto en enigmas, de fuerza indomable,
prodigiosamente destructivo, que actuará con gran éxito.
Destruirá a poderosos, a un pueblo de santos.
25 Con su astucia hará triunfar el fraude en sus acciones.
Se creerá grande y destruirá con toda calma a muchos.
Se atreverá con el Príncipe de príncipes,
pero sin intervención humana fracasará.

26 La visión en que hablaban de tardes y mañanas es auténtica. Pero
tú sella la visión, porque se refiere a un futuro remoto.
27 Yo, Daniel, estuve enfermo unos días; cuando me levanté, me
puse a despachar los asuntos del rey, pero seguía perplejo, sin com-
prender la visión.

Las setenta semanas

9 El año primero de Darío, hijo de Asuero, medo de linaje y rey
2 de los caldeos, el año primero de su reinado, yo, Daniel, leía aten-
tamente en el libro de las profecías de Jeremías el número de años
3 que Jerusalén había de quedar en ruinas: eran setenta años. Des-
pués me dirigí al Señor Dios implorándole con oraciones y súplicas,
con ayuno, sayal y ceniza.
4 Oré y me confesé al Señor, mi Dios:
Señor, Dios grande y terrible,
que guardas la alianza y eres leal
con los que te aman y cumplen tus mandamientos:
5 Hemos pecado, hemos cometido crímenes y delitos,
nos hemos rebelado apartándonos de tus mandatos y preceptos.
6 No hicimos caso a tus siervos los profetas
que hablaban en tu nombre a nuestros reyes,
a nuestros príncipes, padres y terratenientes.

7 Tú, Señor, tienes razón,
a nosotros nos abruma hoy la vergüenza:
a los habitantes de Jerusalén,
a judíos e israelitas, cercanos y lejanos,
en todos los países por donde los dispersaste
por los delitos que cometieron contra ti.
8 Señor, nos abruma la vergüenza:
a nuestros reyes, príncipes y padres,
porque hemos pecado contra ti.
9 Pero aunque nosotros nos hemos rebelado,
el Señor, nuestro Dios, es compasivo y perdona.
10 No obedecimos al Señor, nuestro Dios,
siguiendo las normas que nos daba
por sus siervos los profetas.
11 Todo Israel quebrantó tu ley rehusando obedecerte;
por eso nos han caído encima las maldiciones
consignadas con juramento en la Ley
de Moisés, el siervo de Dios;
porque pecamos contra él.
12 Cumplió la palabra que pronunció contra nosotros
y contra los jefes que nos gobernaban,
enviándonos una calamidad
—la que sucedió en Jerusalén—
como no ha sucedido bajo el cielo.
13 Según está escrito en la Ley de Moisés,
nos ha sucedido esta desgracia completa;
con todo, no aplacamos al Señor, nuestro Dios,
convirtiéndonos de nuestros crímenes
y comprendiendo tu veracidad.
14 El Señor, nuestro Dios, vigiló
para enviarnos esa desgracia:
el Señor, nuestro Dios, nos trata justamente,
porque no le obedecimos.
15 Pero ahora, Señor, Dios nuestro,
que con mano fuerte sacaste a tu pueblo de Egipto,
cobrándote fama que dura hasta hoy:
hemos pecado y obrado inicuamente.
16 Señor, a la medida de tu justicia,
aparta la ira y la cólera de Jerusalén,
tu ciudad y tu monte santo.
Por nuestros pecados y los delitos de nuestros padres
Jerusalén y todo tu pueblo son afrentados
por los pueblos vecinos.
17 Ahora, pues, Dios nuestro, escucha
la oración y las súplicas de tu siervo,
mira benévolo a tu santuario asolado,
¡Señor mío, por tu honor!
18 Dios mío, inclina tu oído y escúchame;
abre los ojos y mira nuestra desolación
y la ciudad que lleva tu nombre;
pues, al presentar ante ti nuestra súplica,

no confiamos en nuestra justicia,
sino en tu gran compasión.
19 Escucha, Señor; perdona, Señor;
atiende, Señor; actúa sin tardanza,
¡Dios mío, por tu honor!
Por tu ciudad y tu pueblo, que llevan tu nombre.
20 Aún estaba hablando y suplicando y confesando mi pecado y el
de mi pueblo, Israel, y presentando mis súplicas al Señor, mi Dios,
21 en favor de su monte santo; aún estaba pronunciando mi súplica,
cuando aquel Gabriel que había visto en la visión llegó volando
22 hasta mí, a la hora de la ofrenda vespertina. Al llegar, me habló así:
23 —Daniel, acabo de salir para explicarte el sentido. Al principio
de tus súplicas se pronunció una sentencia, y yo he venido para
comunicártela, porque eres un predilecto. ¡Entiende la palabra,
comprende la visión!:
24 Setenta semanas están decretadas para tu pueblo y tu ciudad santa:
para encerrar el delito, sellar el pecado, expiar el crimen,
para traer una justicia perenne,
para sellar la visión y al profeta y ungir el lugar santísimo.
25 Has de saberlo y comprenderlo:
Desde que se decretó la vuelta y la reconstrucción de Jerusalén
hasta el Príncipe ungido pasarán siete semanas;
durante sesenta y dos semanas
estará reconstruida con calles y fosos,
en tiempos difíciles.
26 Pasadas las sesenta y dos semanas matarán al ungido inocente;
vendrá un príncipe con su tropa y arrasará la ciudad y el templo.
El final será un cataclismo, y hasta el fin
están decretadas guerra y destrucción.
27 Hará una alianza firme con muchos durante una semana,
durante media semana hará cesar ofrendas y sacrificios
y pondrá sobre el altar el ídolo abominable
hasta que el fin decretado le llegue al destructor.

La visión terrible

10 El año tercero de Ciro, rey de Persia, Daniel, llamado Belsazar,
recibió una palabra: palabra cierta, un ejército inmenso. Compren-
dió la palabra, entendió la visión.
2 Por entonces yo, Daniel, estaba cumpliendo un luto de tres sema-
3 nas: no comía manjares exquisitos, no probaba vino ni carne, ni me
ungía durante las tres semanas.
4 El día veinticuatro del mes primero estaba yo junto al Río Gran-
5 de (el Tigris). Alcé la vista y vi aparecer un hombre vestido de lino
6 con un cinturón de oro; su cuerpo era como crisolito, su rostro
como un relámpago, sus ojos como antorchas, sus brazos y piernas
como destellos de bronce bruñido, sus palabras resonaban como
una multitud.
7 Yo sólo veía la visión; la gente que estaba conmigo, aunque no
veía la visión, quedó sobrecogida de terror y corrió a esconderse.
8 Así quedé solo; al ver aquella magnífica visión, me sentí desfalle-

cer, mi semblante quedó desfigurado y no lograba dominarme.
9 Entonces oí ruido de palabras, y al oírlas, caí en un letargo con el
rostro en tierra.
10 Una mano me tocó, me sacudió poniéndome a cuatro pies.
11 Luego me habló:
—Daniel, predilecto: Fíjate en las palabras que voy a decirte y
ponte en pie, porque me han enviado a ti.
Mientras me hablaba así, me puse en pie temblando.
12 Me dijo:
—No temas, Daniel. Desde el día aquel en que te dedicaste a
estudiar y a humillarte ante Dios, tus palabras han sido escuchadas
13 y yo he venido a causa de ellas. El príncipe del reino de Persia me
opuso resistencia durante veintiún días; Miguel, uno de los prín-
cipes supremos, vino en mi auxilio; por eso me detuve allí junto a
14 los reyes de Persia. Pero ahora he venido a explicarte lo que ha de
suceder a tu pueblo en los últimos días. Porque la visión va para
largo.
15-6 Mientras me hablaba así, caí de bruces y enmudecí. Una figura
humana me tocó los labios: abrí la boca y hablé al que estaba fren-
te a mí:
—La visión me ha hecho retorcerme de dolor, y no puedo domi-
17 narme. ¿Cómo hablará este esclavo a tal señor? ¡Si ahora las fuerzas
me abandonan y he quedado sin aliento!
18-9 De nuevo una figura humana me tocó y me sujetó. Después me
dijo:
—No temas, predilecto; ten calma, sé fuerte.
Mientras me hablaba, recobré las fuerzas y dije:
—Me has dado fuerzas, señor, puedes hablar.
20 Me dijo:
—¿Sabes para qué he venido? Tengo que volver a luchar con el
príncipe de Persia; cuando termine, vendrá el príncipe de Grecia.
21 Pero te comunicaré lo que está escrito en el libro de la verdad.
Nadie me ayuda en mis luchas si no es vuestro príncipe, Miguel.

11 (Yo, por mi parte, me pondré a auxiliarlo y reforzarle, el año pri-
mero de Darío, el medo).
2 Ahora te comunicaré la verdad:
—Persia todavía tendrá tres reyes. El cuarto los superará en ri-
quezas; pero cuando por las riquezas crezca su poderío, provocará
a todo el reino griego.
3 »Surgirá un rey poderoso, que tendrá grandes dominios y actuará
4 a su propio arbitrio. Cuando se afirme, su reino será dividido hacia
los cuatro puntos cardinales. No lo heredarán sus descendientes,
ni será tan poderoso; su reino pasará a manos ajenas.
5 »Se hará fuerte el rey del sur [a], pero uno de sus generales lo su-
6 perará y sus dominios serán más dilatados. Después los dos harán
una alianza; la hija del rey del sur acudirá al rey del norte [b] para
hacer las paces. Perderá la fuerza de su brazo, su linaje no subsis-
tirá; serán entregados por algún tiempo ella, su séquito, su hijo y
su protector.

a Lágidas, de Egipto. *b* Seléucidas, de Siria.

7 »De sus raíces se alzará un retoño que saldrá a luchar, penetrará
8 en la fortaleza del rey del norte y los tratará como vencedor. Se lle-
vará a Egipto sus dioses e ídolos y el ajuar precioso de oro y plata,
y por unos años dejará en paz al rey del norte.
9 »Este último invadirá el reino del rey del sur, pero se volverá a
su territorio.
10 »Sus hijos declararán la guerra, reunirán ejércitos enormes: inva-
dirá y pasará como una inundación, y volverán a luchar hasta la
fortaleza.
11 »El rey del sur, despechado, saldrá a luchar contra él, pondrá en
pie de guerra un gran ejército, el cual caerá en manos del rey del
12 norte. Este se engreirá con la victoria sobre el ejército y hará morir
a millares, pero no prevalecerá.
13 »El rey del norte pondrá en pie de guerra un ejército mayor que
el primero; pasados unos años volverá con un gran ejército bien
avituallado.
14 »Entonces muchos se levantarán contra el rey del sur; hombres
violentos de tu pueblo se alzarán para cumplir la visión, pero fra-
15 casarán. Vendrá el rey del norte, hará un talud y conquistará la
ciudad fortificada. Las tropas del sur no resistirán, ni siquiera los
más valientes tendrán fuerza para resistir.
16 »Uno que avanza contra él lo tratará a su capricho, sin que nadie
le pueda resistir. Se establecerá en la Perla de la Tierra [a] y será suya
17 toda entera. Decidido a someter todo su reino, ofrecerá la paz y la
firmará; le dará en matrimonio una princesa con intención de per-
derlo, pero el proyecto no resultará.
18 »Entonces se volverá contra la costa y conquistará mucho terri-
torio; pero un jefe pondrá fin a su insolencia, para que no responda
con insolencias.
19 »Entonces se dirigirá a las fortalezas de su territorio; allí trope-
zará y caerá sin dejar rastro.
20 »Un sucesor suyo despachará a un exactor de su majestad a re-
quisar el tesoro del templo; en pocos días será liquidado sin riñas
ni peleas.
21 »Le sucederá un plebeyo sin títulos reales. Se abrirá paso y con
22 intrigas se hará dueño del reino. Barrerá ejércitos enemigos desba-
23 ratándolos, y también al príncipe de la alianza. Aun disponiendo
de poca gente, con sus cómplices y a fuerza de traiciones se irá ha-
24 ciendo fuerte. Sin agitarse irá penetrando en las zonas más fértiles
de la provincia, y hará lo que no hicieron sus padres ni sus abuelos:
repartirá botín, despojos, riquezas, atacará con estratagemas las for-
talezas; pero por poco tiempo.
25 »Envalentonado, se dispondrá a atacar al rey del sur con un gran
ejército; el rey del sur le hará frente con un ejército inmenso, pero
26 caerá víctima de conspiraciones: los que compartían su pan serán
su ruina, su ejército será barrido y tendrá muchísimas bajas.
27 »Los dos reyes, llenos de malas intenciones, se sentarán a una
mesa para decirse mentiras; pero no les valdrá, porque el plazo ya
28 está fijado. El volverá a su país con muchas riquezas y con planes

a Judá.

contra la santa alianza [a]; después de ejecutarlos, volverá a su país.
29 »En el plazo fijado volverá al país del sur, pero no le irá como
30 las otras veces. Naves de Chipre lo atacarán; se volverá asustado
para desahogar su cólera contra la santa alianza. Al volver, hará
31 caso a los que abandonan la santa alianza. Algunos destacamentos
suyos se presentarán a profanar el santuario y la ciudadela, abolirán
32 el sacrificio cotidiano e instalarán un ídolo abominable. Pervertirá
con halagos a los que quebrantan la alianza, pero los que reconocen
33 a su Dios se decidirán a actuar. Los maestros del pueblo instruirán
a los demás, aunque por un tiempo tengan que arrostrar la espada,
34 el fuego, la cautividad y la confiscación de bienes. Al verlos en tales
peligros, unos cuantos les ayudarán y otros se les juntarán por adu-
35 lación. La desgracia de algunos maestros servirá para purificar y
acendrar y blanquear hasta que llegue el final, pues el plazo está
fijado.
36 »El rey actuará a su arbitrio, se engreirá desafiando a todos los
dioses y hablará con arrogancia contra el Dios de dioses; prosperará
hasta el momento del castigo, que está decretado y se ejecutará.
37 No respetará al dios de sus padres ni al que veneran las mujeres, no
38 respetará a ningún dios, porque se creerá superior a todos. En cam-
bio, dará culto al dios de la ciudadela, ofrecerá plata y oro, piedras
39 preciosas y joyas a un dios desconocido de sus padres. Con la ayuda
de un dios extranjero atacará ciudadelas fortificadas; a los que lo
reconozcan los colmará de honores, los nombrará gobernadores de
pueblos numerosos y les dará tierras en recompensa.
40 »Al final, el rey del sur se lanzará contra él; el rey del norte se
lanzará al asalto con carros, jinetes y muchas naves. Invadirá y cru-
zará países como una inundación.
41 »Penetrará en la Perla de la Tierra. Caerán a millares, pero se
librarán de sus manos edomitas, moabitas y la flor de los amonitas.
42 Echará mano a diversos países y ni siquiera Egipto se librará.
43 Se adueñará del oro y la plata y todos los tesoros de Egipto; libios
44 y etíopes formarán su séquito. Pero alarmado por noticias recibidas
del este y del norte, marchará con toda furia a destruir y aniquilar
muchedumbres.
45 »Plantará su tienda entre el mar y la santa y gloriosa montaña [b].
Se aproxima a su fin y nadie lo defenderá.

12 Entonces se levantará Miguel,
el arcángel que se ocupa de tu pueblo:
serán tiempos difíciles, como no los ha habido
desde que hubo naciones hasta ahora.
Entonces se salvará tu pueblo:
todos los inscritos en el libro.
2 Muchos de los que duermen en el polvo despertarán:
unos para vida eterna, otros para ignominia perpetua.
3 Los maestros brillarán como brilla el firmamento,
y los que convierten a los demás,
como estrellas, perpetuamente.

a los judíos. *b* = Sión.

4 »Tú, Daniel, guarda estas palabras y sella el libro hasta el mo-
mento final. Muchos lo repasarán y aumentarán su saber».
5 Yo, Daniel, vi a otros dos hombres de pie a ambos lados del río.
6 Y pregunté al hombre vestido de lino, que se cernía sobre el agua
del río:
—¿Cuándo acabarán estos prodigios?
7 El hombre vestido de lino, que se cernía sobre el agua del río,
alzó ambas manos al cielo y le oí jurar por el que vive eternamente:
—Un año y dos años y medio. Cuando acabe la opresión del pue-
blo santo, se cumplirá todo esto.
8 Yo oí sin entender y pregunté:
—Señor, ¿cuál será el desenlace?
9 Me respondió:
—Ve, Daniel. Las palabras están guardadas y selladas hasta el
10 momento final. Muchos se purificarán y acendrarán y blanquearán;
los malvados seguirán en su maldad, sin entender; los maestros
11 comprenderán. Desde que supriman el sacrificio cotidiano y colo-
quen el ídolo abominable pasarán mil doscientos noventa días.
12 Dichoso el que aguarde hasta que pasen mil trescientos treinta y
13 y cinco días. Tú vete y descansa. Te alzarás a recibir tu destino al
final de los días.

RELATOS GRIEGOS

Susana y Daniel

13 1-2 Vivía en Babilonia un hombre llamado Joaquín, casado con
3 Susana, hija de Jelcías, mujer muy bella y religiosa. Sus padres eran
4 honrados y habían educado a su hija según la Ley de Moisés. Joa-
quín era muy rico y tenía un parque junto a su casa; como era el
más respetado de todos, los judíos solían reunirse allí.
5 Aquel año fueron designados jueces dos concejales del pueblo, de
esos que el Señor denuncia diciendo: «En Babilonia la maldad ha
brotado de los viejos jueces, que pasan por guías del pueblo».
6 Solían ir a casa de Joaquín, y los que tenían pleitos que resolver
acudían a ellos.
7 A mediodía, cuando la gente se marchaba, Susana salía a pasear
8 por el parque de su marido. Los concejales la veían a diario, cuan-
9 do salía a pasear en el parque, y se enamoraron de ella: «Pervirtie-
ron su corazón y desviaron los ojos para no mirar a Dios ni acor-
darse de sus justas leyes».
10 Los dos estaban locos de pasión por ella, pero no se confesaban
11 mutuamente su tormento, porque les daba vergüenza admitir que
12 estaban ansiosos de poseerla. Día tras día acechaban ansiosamente
para verla.
13 Un día dijeron:
—Vamos a casa, que es hora de comer.
14 Y al salir se separaron. Pero, dando media vuelta, se encontraron
otra vez en el mismo sitio. Preguntando uno a otro el motivo, aca-
baron por confesarse su pasión. Entonces, de acuerdo, fijaron una
ocasión para encontrarla sola.
15 Un día, mientras acechaban ellos el momento oportuno, salió ella
como de ordinario, acompañada sólo de dos criadas, y se le antojó
16 bañarse en el parque, porque hacía mucho calor. Allí no había na-
die, fuera de los dos viejos escondidos y acechándola.
17 Susana dijo a las criadas:
—Traedme el perfume y las cremas y cerrad la puerta del parque
mientras me baño.
18 Ellas, cumpliendo la orden, cerraron la puerta del parque y salie-
ron por una puerta lateral para traer el encargo, sin darse cuenta
de que los viejos estaban escondidos.
19 Apenas salieron las criadas, se levantaron los dos concejales,
20 corrieron hacia ella y le dijeron:
—Las puertas del parque están cerradas, nadie nos ve y nosotros
21 estamos enamorados de ti; consiente y acuéstate con nosotros. Si te
niegas, daremos testimonio contra ti diciendo que un joven estaba
contigo y que por eso habías despachado a las criadas.
22 Susana lanzó un gemido y dijo:
—No tengo salida: si hago eso, seré rea de muerte; si no lo hago,
23 no escaparé de vuestras manos. Pero prefiero no hacerlo y caer en
vuestras manos antes que pecar contra Dios.
24 Susana se puso a gritar y los concejales, por su parte, también
25 gritaron. Uno de ellos fue corriendo y abrió la puerta del par-

26 que. Al oír gritos en el parque, la servidumbre vino corriendo por
27 la puerta lateral a ver qué le había pasado. Y cuando los viejos
contaron su historia, los criados quedaron abochornados, porque
Susana nunca había dado que hablar.
28 Al día siguiente, cuando la gente vino a casa de Joaquín, el mari-
do, vinieron también los dos viejos con el propósito criminal de
29 hacerla morir. En presencia del pueblo ordenaron:
—Id a buscar a Susana, hija de Jelcías, mujer de Joaquín.
30 Fueron a buscarla, y vino ella con sus padres, hijos y parientes.
31-2 Susana era una mujer muy delicada y muy hermosa. Los canallas
le mandaron quitarse el velo que llevaba echado para gozar miran-
33 do su belleza. Toda su familia y cuantos la veían lloraban.
34 Entonces los dos concejales se levantaron en medio de la asam-
blea y pusieron las manos sobre la cabeza de Susana.
35 Ella, llorando, levantó la vista al cielo, porque su corazón confia-
36 ba en el Señor. Los concejales declararon:
—Mientras paseábamos nosotros solos por el parque, salió ésta
con dos criadas, cerró la puerta del parque y despidió a las criadas.
37 Entonces se le acercó un joven que estaba escondido y se acostó
38 con ella. Nosotros estábamos en un rincón del parque, y al ver aquel
39 delito, corrimos hacia ellos. Los vimos abrazados, pero no pudimos
sujetar al joven, porque era más fuerte que nosotros, y abriendo la
40 puerta salió corriendo. En cambio, a ésta le echamos mano y le
preguntamos quién era el joven, pero no quiso decírnoslo. Damos
testimonio de ello.
41 Como eran concejales del pueblo y jueces, la asamblea les creyó y
condenó a muerte a Susana.
42 Ella dijo gritando:
—Dios eterno que ves lo escondido,
que lo sabes todo antes de que suceda,
43 tú sabes que han dado falso testimonio contra mí,
y ahora tengo que morir siendo inocente
de lo que su maldad ha inventado contra mí.
44 El Señor la escuchó.
45 Mientras la llevaban para ejecutarla, Dios movió con su santa
46 inspiración a un muchacho llamado Daniel; éste dio una gran voz:
—¡No soy responsable de ese homicidio!
47 Toda la gente se volvió a mirarlo y le preguntaron:
—¿Qué pasa, qué estás diciendo?
48 El, plantado en medio de ellos, les contestó:
—Pero ¿estáis locos, israelitas? ¿Conque sin discutir la causa ni
49 apurar los hechos condenáis a una israelita? Volved al tribunal,
porque ésos han dado falso testimonio contra ella.
50 La gente volvió a toda prisa y los concejales le dijeron:
—Ven, siéntate con nosotros y explícate; pues Dios mismo te ha
nombrado concejal.
51 Daniel les dijo:
—Separadlos lejos uno del otro, que los voy a interrogar yo.
52 Los apartaron, él llamó a uno y le dijo:
—¡Envejecido en años y en crímenes! Ahora vuelven tus pecados
53 pasados: cuando dabas sentencia injusta condenando inocentes y
absolviendo culpables, contra el mandato del Señor: «No matarás

54 al inocente ni al justo». Ahora, puesto que tú la viste, dime debajo
de qué árbol los viste abrazados.
Él respondió:
—Debajo de una acacia.
55 Replicó Daniel:
—Tu calumnia se vuelve contra ti: el ángel de Dios ha recibido
la sentencia divina y te va a partir por medio.
56 Lo apartó, mandó traer al otro y le dijo:
—¡Eres cananeo y no judío! La belleza te sedujo y la pasión
57 pervirtió tu corazón. Eso hacíais con las mujeres israelitas, y ellas
por miedo se acostaban con vosotros; pero una mujer judía no ha
58 tolerado vuestra maldad. Ahora dime: ¿bajo qué árbol los sorpren-
diste abrazados?
El contestó:
—Debajo de una encina.
59 Replicó Daniel:
—Tu calumnia se vuelve contra ti: el ángel de Dios aguarda con
la espada para dividirte por medio. Y así acabará con vosotros.
60 Entonces toda la asamblea se puso a gritar bendiciendo a Dios,
61 que salva a los que esperan en él. Se alzaron contra los dos conce-
jales a quienes Daniel había dejado convictos de falso testimonio
62 por su propia confesión. Según la Ley de Moisés, les aplicaron la
pena que ellos habían tramado contra su prójimo y los ajusticia-
ron. Aquel día se salvó una vida inocente.
63 Jelcías, su mujer, todos los parientes y Joaquín, el marido, ala-
baron a Dios, porque su pariente Susana no había cometido nin-
guna acción vergonzosa.
64 Y desde aquel día Daniel gozó de gran prestigio entre el pueblo.

Bel o el fraude descubierto

14 El rey Astiages fue sepultado en el sepulcro familiar y le sucedió
en el trono Ciro, el persa.
2-3 Daniel vivía con el rey, más honrado que sus demás amigos. Te-
nían los babilonios un ídolo llamado Bel; cada día le llevaban medio
quintal de sémola, cuarenta ovejas y ciento treinta litros de vino.
4 También el rey lo veneraba y acudía todos los días a adorarlo,
5 mientras que Daniel adoraba a su Dios. El rey le preguntó:
—¿Por qué no adoras a Bel?
Contestó:
—Porque yo no venero a dioses de fabricación humana, sino al
Dios vivo, creador de cielo y tierra y dueño de todos los vivientes.
6 El rey le replicó:
—Entonces, ¿no crees que Bel es un dios vivo? ¿No ves todo lo
que come y bebe a diario?
7 Daniel repuso sonriendo:
—No te engañes, majestad. Ese es de barro por dentro y de bron-
ce por fuera y jamás ha comido ni bebido.
8 El rey se enfadó, llamó a sus sacerdotes y les dijo:
—Si no me decís quién se come esas viandas, moriréis. Pero si
demostráis que se las come Bel, morirá Daniel por haber blasfe-
mado contra Bel.

9 Daniel dijo al rey:
—Que se cumpla lo que has dicho.
10 Los sacerdotes de Bel eran setenta, sin contar mujeres y niños.
11 El rey se dirigió con Daniel al templo de Bel. Los sacerdotes de Bel
le dijeron:
—Nosotros saldremos fuera. Tú, majestad, trae la comida, mez-
cla el vino y acércalo, después cierra la puerta y séllala con tu anillo.
12 Mañana temprano volverás; si descubres que Bel no ha consumido
todo, moriremos nosotros; en caso contrario, morirá Daniel por ha-
bernos calumniado.
13 (Lo decían muy seguros, porque habían hecho debajo de la
mesa un pasadizo oculto por donde entraban siempre a comer las
ofrendas).
14 Cuando salieron ellos, el rey acercó la comida a Bel. Daniel
mandó a sus criados que trajeran ceniza y la esparcieran por todo
el templo, en presencia del rey solo. Salieron, cerraron la puerta, la
sellaron con el anillo real y se marcharon.
15 Aquella noche los sacerdotes, según costumbre, vinieron con sus
mujeres y niños y dieron cuenta de la comida y la bebida.
16-7 El rey madrugó y lo mismo hizo Daniel. Preguntó el rey:
—¿Están intactos los sellos?
Contestó:
—Intactos, majestad.
18 Al abrir la puerta, el rey miró a la mesa y gritó:
—¡Qué grande eres, Bel! No hay fraude en ti.
19 Daniel, riéndose, sujetó al rey para que no entrase y le dijo:
—Mira al suelo y averigua de quién son esas huellas.
20 El rey repuso:
—Estoy viendo huellas de hombres, mujeres y niños.
21 Y montando en cólera, hizo arrestar a los sacerdotes con sus
mujeres y niños. Le enseñaron la puerta secreta por donde entraban
22 a comer lo que había en la mesa. El rey los hizo ajusticiar y entregó
Bel a Daniel, el cual lo destruyó con su templo.

El dragón reventado

23 Había también un dragón enorme, al que veneraban los babi-
lonios.
24 El rey dijo a Daniel:
—No dirás que éste es de bronce; está vivo, come y bebe; no
puedes negar que es un dios vivo. Adóralo.
25 Replicó Daniel:
—Yo adoro al Señor, mi Dios, que es el Dios vivo. Dame permi-
so, majestad, y mataré al dragón sin palo ni cuchillo.
26 El rey contestó:
—Concedido.
27 Entonces Daniel tomó pez, grasa y pelos; los coció, hizo unas
albóndigas y se las echó en la boca al dragón. El dragón las comió
y reventó. Daniel sentenció:
—Eso es lo que venerabais.
28 Al enterarse los babilonios se enfurecieron, se amotinaron contra
el rey y dijeron:

—Un judío se ha hecho rey; ha destrozado a Bel, ha matado al
dragón y ha degollado a los sacerdotes.
29 Acudieron al rey y exigieron:
—Entréganos a Daniel si no quieres morir con tu familia.
30 Viendo el rey que lo apremiaban con violencia, les entregó a
31 Daniel a la fuerza. Ellos lo arrojaron al foso de los leones, donde
pasó seis días.
32 Había en el foso siete leones; cada día les echaban dos ajusticiados y dos ovejas; en aquella ocasión no les echaron nada para que devorasen a Daniel.
33 En Judea vivía el profeta Habacuc. Aquel día había guisado un cocido, migado pan en una cazuela y marchaba al campo para llevárselo a los segadores.
34 El ángel del Señor ordenó a Habacuc:
—Ese almuerzo llévaselo a Daniel, que está en Babilonia, en el foso de los leones.
35 Habacuc respondió:
—Señor, ni he visitado Babilonia ni conozco ese foso.
36 Entonces el ángel del Señor lo asió por la coronilla sujetándolo por el pelo, lo llevó zumbando con su aliento y lo depositó frente al foso.
37 Habacuc gritó:
—Daniel, Daniel, toma el almuerzo que te envía Dios.
38 Daniel respondió:
—Dios mío, te has acordado de mí, no has desamparado a los que te aman.
39 Y levantándose se puso a comer. Mientras el ángel del Señor restituía a Habacuc a su país.
40 Al séptimo día vino el rey para llorar a Daniel. Se acercó al foso,
41 miró dentro y allí estaba Daniel sentado. Con todas sus fuerzas
gritó:
—¡Grande eres, Señor, Dios de Daniel, y no hay más Dios que tú!
42 Lo hizo sacar, y a los culpables del atentado los hizo arrojar al foso, y al instante fueron devorados en su presencia.

BARUC

INTRODUCCION

Baruc, hijo de Nerías, desempeña un papel importante en la vida y obra de Jeremías. Esto ha movido a escritores tardíos a acogerse bajo su nombre. Entre esas obras pseudónimas se cuenta el libro de Baruc, escrito originalmente en hebreo, pero no incluido en el canon hebreo. Conservamos una traducción griega, que forma parte del canon griego.

El libro se compone de una introducción y tres secciones autónomas.

No sabemos si las tres piezas son obra del mismo autor o de la misma época. Se pueden leer por separado. Puestos a leerlas como composición unitaria, pensaríamos en el modelo de Joel 1-2, con el siguiente esquema: plegaria penitencial - respuesta exhortando a la conversión y enmienda - oráculo de esperanza y restauración.

1 Texto del documento que escribió en Babilonia Baruc, hijo de
2 Nerías, de Maasías, de Sedecías, de Asadías, de Jelcías, el siete
del mes del año quinto, cuando los caldeos conquistaron Jerusalén
y la incendiaron.
3 Baruc leyó este documento en presencia del rey Jeconías, hijo de
4 Joaquín, rey de Judá, y del pueblo que acudió a escuchar, en presen-
cia de los magnates, príncipes reales, senadores y de todo el pueblo,
pequeños y grandes, de cuantos vivían en Babilonia junto al río Sud.
5-6 Todos lloraron, ayunaron y suplicaron al Señor; después hicieron
7 una colecta, cada uno ofreció según sus posibilidades, y enviaron el
dinero a Jerusalén, al sumo sacerdote Joaquín, hijo de Jelcías, de
Salún, a los demás sacerdotes y a todo el pueblo que habitaba en
Jerusalén.
8 Fue entonces, el diez de junio, cuando Baruc recobró el ajuar
robado del templo para devolverlo a Jerusalén; se trataba del ajuar
9 de plata encargado por Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, después
de que Nabucodonosor, rey de Babilonia, deportó a Jeconías, a los
jefes y autoridades, a príncipes y gente del pueblo de Jerusalén a
Babilonia.
10 La carta decía así:
Os enviamos este dinero para que compréis holocaustos, vícti-
mas expiatorias, incienso, ofrendas y las ofrezcáis sobre el altar del
11 Señor, nuestro Dios, rezando por la salud de Nabucodonosor, rey
de Babilonia, y la de su hijo Baltasar para que vivan en la tierra
12 tantos años como el cielo. El Señor nos conceda fuerzas y nos ilu-
mine para que podamos vivir protegidos por Nabucodonosor, rey
de Babilonia, y de su hijo Baltasar sirviéndoles muchos años y go-
13 zando de su favor. Rezad también por nosotros al Señor, nuestro
Dios, porque hemos pecado contra el Señor, nuestro Dios, y la có-
lera y furor del Señor sigue pesando sobre nosotros.
14 Leed este documento que os enviamos y haced vuestra confesión
en el templo el día de fiesta y en las fechas oportunas, diciendo así:

Confesión de pecados

15 Confesamos que el Señor, nuestro Dios, es justo y a nosotros nos
abruma hoy la vergüenza: a los judíos y vecinos de Jerusalén,
16 a nuestros reyes y gobernantes, a nuestros sacerdotes y profetas y a
17-8 nuestros padres; porque pecamos contra el Señor no haciéndole
caso, desobedecimos al Señor, nuestro Dios, no siguiendo los man-
datos que el Señor nos había dado.
19 Desde el día en que el Señor sacó a nuestros padres de Egipto
hasta hoy no hemos hecho caso al Señor, nuestro Dios, hemos rehu-
20 sado obedecerle. Por eso nos persiguen ahora las desgracias y la
maldición con que el Señor conminó a Moisés, su siervo, cuando
sacó a nuestros padres de Egipto para darnos una tierra que mana
leche y miel.
21 No obedecimos al Señor, nuestro Dios, que nos hablaba por me-
22 dio de sus enviados, los profetas; todos seguimos nuestros malos
deseos sirviendo a dioses ajenos y haciendo lo que el Señor, nues-
tro Dios, reprueba.

2 Por eso el Señor cumplió las amenazas que había pronunciado
contra nuestros gobernadores, reyes y príncipes y contra israelitas
2 y judíos. Jamás sucedió bajo el cielo lo que sucedió en Jerusalén
3 —según lo escrito en la Ley de Moisés—, que la gente se comió a
4 sus hijos e hijas; el Señor los sometió a todos los reinos vecinos,
dejó desolado su territorio, haciéndolos objeto de burla y baldón
para los pueblos a la redonda donde los dispersó.
5 Fueron vasallos y no señores, porque habíamos pecado contra el
Señor, nuestro Dios, desoyendo su voz.
6 El Señor, nuestro Dios, es justo, a nosotros nos abruma hoy la
7 vergüenza. Todas las amenazas que el Señor había pronunciado
8 han caído sobre nosotros; con todo, no aplacamos al Señor con-
9 virtiéndonos de nuestra actitud perversa. Por eso el Señor estuvo
vigilando para enviarnos las desgracias amenazadas.
10 El Señor fue justo en todo lo que dispuso contra nosotros, por-
que nosotros no le obedecimos poniendo por obra lo que nos había
mandado.
11 Pero ahora, Señor, Dios de Israel, que sacaste a tu pueblo de
Egipto con mano fuerte, con signos y prodigios, con brazo alzado
y fuerza incontrastable, cobrándote fama que dura hasta hoy:
12 nosotros hemos pecado, Señor, Dios nuestro; hemos cometido crí-
13 menes y delitos contra todos tus mandamientos; aparta de nosotros
tu cólera, que quedamos muy pocos en las naciones donde nos has
dispersado.
14 Escucha, Señor, nuestras oraciones y súplicas, líbranos por tu
15 honor, haz que ganemos el favor de los que nos deportaron; para
que conozca todo el mundo que tú eres el Señor, nuestro Dios, que
has dado tu nombre a Israel y a su descendencia.
16 Mira, Señor, desde tu santa morada y fíjate en nosotros; inclina,
17 Señor, tu oído y escucha; abre los ojos y mira: los muertos en la
tumba, con sus cuerpos ya sin vida, no pueden cantar tu gloria y tu
18 justicia; mientras que el ánimo profundamente afligido, el que ca-
mina encorvado y desfallecido, los ojos que se apagan, el estómago
hambriento cantarán tu gloria y tu justicia.

19 Nuestras súplicas no se apoyan en los derechos de nuestros pa-
20 dres y reyes, Señor, Dios nuestro. Tú has descargado tu ira contra
nosotros, como lo habías amenazado por tus siervos los profetas,
21 que gritaban: «Así dice el Señor: Doblad los hombros, someteos
al rey de Babilonia, y viviréis en la tierra que di a vuestros padres.
22 Si desobedecéis al Señor y no os sometéis al rey de Babilonia,
23 dejaré desiertas las poblaciones de Judá, alejaré de Jerusalén la voz
alegre y gozosa, la voz del novio y de la novia, y el país quedará
24 desierto, sin habitantes» [a]. Y como no obedecimos sometiéndonos
al rey de Babilonia, cumpliste todas las amenazas pronunciadas por
tus siervos los profetas: sacaron de las tumbas los huesos de nues-
25 tros reyes y antepasados, los expusieron al calor del día y al frío
de la noche. Ellos murieron de diversas calamidades, de hambre,
26 de peste y a espada. Y por la maldad de Israel y de Judá, la casa
que llevaba tu nombre ha llegado a ser lo que es hoy.
27 Tú, Señor, Dios nuestro, nos habías tratado según tu inmensa
28 piedad y compasión; tú hablaste por Moisés, tu siervo, cuando le
29 mandaste escribir tu Ley en presencia de Israel: «Si no me obede-
céis, esa inmensa multitud quedará reducida a unos pocos, en medio
30 de los pueblos donde los dispersaré. Sé que no me van a obedecer,
porque son un pueblo terco; con todo, en el destierro se converti-
31 rán, y reconocerán que yo soy el Señor, su Dios; entonces les daré
32 oídos y mente dóciles, en su destierro me alabarán e invocarán mi
33 nombre, se arrepentirán de su contumacia y de su mala conducta,
34 recordando cómo sus padres pecaron contra el Señor. Entonces los
traeré de nuevo a la tierra que con juramento prometí a sus padres,
Abrahán, Isaac y Jacob, y la poseerán; los haré crecer y no men-
35 guarán; les daré una alianza eterna: seré su Dios y ellos serán mi
pueblo, y no volveré a expulsar a mi pueblo de la tierra que les
di» [b].

3 Señor todopoderoso, Dios de Israel, un alma afligida y un espí-
2 ritu que desfallece gritan a ti. Escucha, Señor, ten piedad, porque
3 hemos pecado contra ti. Tú reinas por siempre, nosotros morimos
4 para siempre. Señor todopoderoso, Dios de Israel, escucha las súpli-
cas de los israelitas que ya murieron y las súplicas de los hijos de
los que pecaron contra ti: ellos desobedecieron al Señor, su Dios,
5 y a nosotros nos persiguen las desgracias. No te acuerdes de los
delitos de nuestros padres, acuérdate hoy de tu mano y de tu nom-
6 bre. Porque tú eres el Señor, Dios nuestro, y nosotros te alabamos,
7 Señor. Nos infundiste tu temor para que invocásemos tu nombre y
te alabásemos en el destierro y para que apartásemos nuestro cora-
8 zón de los pecados con que te ofendieron nuestros padres. Mira,
hoy vivimos en el destierro donde nos dispersaste haciéndonos ob-
jeto de burla y maldición, para que paguemos así los delitos de
nuestros padres, que se alejaron del Señor, nuestro Dios.

Parenesis sobre la sabiduría

9 Escucha, Israel, mandatos de vida;
presta oído para aprender prudencia.

a Jr 27,12 y 7,34. *b* Lv 26.

10 ¿A qué se debe, Israel, que estés aún en país enemigo,
que envejezcas en tierra extranjera,
11 que estés contaminado entre los muertos
y te cuenten con los habitantes del Abismo?
12 —Es que abandonaste la fuente de la sabiduría.
13 Si hubieras seguido el camino de Dios,
habitarías en paz para siempre.
14 Aprende dónde se encuentra la prudencia,
el valor y la inteligencia;
así aprenderás dónde se encuentra la vida larga,
la luz de los ojos y la paz.
15 —¿Quién encontró su puesto
o entró en sus almacenes?
16 ¿Dónde están los jefes de las naciones,
los amos de los animales terrestres,
17 los que jugaban con las aves del cielo,
los que atesoraban oro y plata,
riquezas en que confían los hombres?
18 ¿Dónde los orfebres minuciosos
cuyas obras no podemos describir?
19 —Desaparecieron, bajaron a la tumba
y otros ocuparon sus puestos.
20 Una nueva generación vio la luz
y habitó en la tierra,
pero no conocieron el camino de la inteligencia,
21 no descubrieron sus senderos
ni lograron alcanzarla,
y sus hijos se extraviaron.
22 No se dejó oír en Canaán
ni se dejó ver en Temán;
23 ni los agarenos que buscan
el saber en la tierra,
ni los mercaderes de Meirán y Temán,
que cuentan historias y buscan el saber,
conocieron el camino de la sabiduría
ni recordaron sus senderos [a].
26 Allí nacieron los gigantes,
famosos en la antigüedad,
corpulentos y belicosos;
27 pero no los eligió Dios
ni les mostró el camino de la inteligencia;
28 murieron por su falta de prudencia,
perecieron por falta de reflexión.
29 ¿Quién subió al cielo para cogerla,
quién la bajó de las nubes?
30 ¿Quién atravesó el mar para encontrarla
y comprarla a precio de oro?
31 —Nadie conoce su camino
ni puede rastrear sus sendas.

a Los vv. 24 y 25, después del v. 35.

32 El que todo lo sabe la conoce,
la examina y la penetra.
El que creó la tierra para siempre
y la llenó de animales cuadrúpedos;
33 el que manda a la luz y ella va,
la llama y le obedece temblando;
34 a los astros que velan gozosos
en sus puestos de guardia,
35 los llama y responden «¡Presentes!»,
y brillan gozosos para su Creador.
24 ¡Qué grande es, Israel, el templo de Dios;
qué vastos son sus dominios!
25 El es grande y sin límites,
es sublime y sin medida.
36 El es nuestro Dios
y no hay otro frente a él:
37 investigó el camino de la inteligencia
y se lo enseñó a su hijo Jacob,
a su amado, Israel.
38 Después apareció en el mundo
y vivió entre los hombres.
4 Es el libro de los mandatos de Dios,
la ley de validez eterna:
los que la guarden vivirán,
los que la abandonen morirán.
2 Vuélvete, Jacob, a recibirla,
camina a la claridad de su resplandor;
3 no entregues a otros tu gloria
ni tu dignidad a un pueblo extranjero.
4 ¡Dichosos nosotros, Israel, que conocemos
lo que agrada al Señor!

Restauración de Jerusalén

5 ¡Animo, pueblo mío,
que llevas el nombre de Israel!
6 Os vendieron a los gentiles,
pero no para ser aniquilados;
por la cólera de Dios contra vosotros
os entregaron a vuestros enemigos,
7 porque irritasteis a vuestro Creador
sacrificando a demonios y no a Dios;
8 os olvidasteis del Señor eterno,
que os había criado,
y afligisteis a Jerusalén,
que os sustentó.
9 Cuando ella vio que el castigo de Dios se avecinaba, dijo:
Escuchad, habitantes de Sión,
Dios me ha enviado una pena terrible:
10 vi cómo el Eterno desterraba a mis hijos e hijas;
11 yo los crié con alegría,
los despedí con lágrimas de pena.

12 Que nadie se alegre viendo a esta viuda
abandonada de todos.
Si estoy desierta, es por los pecados de mis hijos,
que se apartaron de la ley de Dios.
13 No hicieron caso de sus mandatos
ni siguieron la vía de sus preceptos,
ni entraron por el camino
que los educara para su justicia.
14 Que se acerquen los vecinos de Sión,
recuerden que el Eterno llevó cautivos
a mis hijos e hijas.
15 Les envió un pueblo remoto,
cruel y de lengua extraña
que no respetaba a los ancianos
ni sentía piedad por los niños;
16 arrebataron a la viuda sus hijos queridos,
la dejaron sola y sin hijas.
17 Y yo, ¿qué puedo hacer por vosotros?
18 Sólo el que os envió tales desgracias
os librará del poder enemigo.
19 Marchad, hijos, marchad,
mientras yo quedo sola.
20 Me he quitado el vestido de la paz,
me he puesto el sayal de suplicante,
gritaré al Eterno toda mi vida.
21 ¡Animo, hijos! Gritad a Dios
para que os libre del poder enemigo.
22 Yo espero que el Eterno os salvará,
el Santo ya me llena de alegría,
porque muy pronto el Eterno, vuestro Salvador,
tendrá misericordia de vosotros.
23 Si os expulsó entre duelo y llantos,
Dios mismo os devolverá a mí
con gozo y alegría sin término.
24 Como hace poco los vecinos de Sión
os vieron marchar cautivos,
así pronto os verán salvados por vuestro Dios,
nimbados con la gloria y el esplendor del Eterno.
25 Hijos, soportad con fortaleza el castigo
que Dios os ha enviado;
si tus enemigos te dieron alcance,
muy pronto verás su perdición
y pondrás el pie sobre sus cuellos.
26 Mis niños mimados recorrieron caminos ásperos,
los robó el enemigo como a un rebaño.
27 ¡Animo, hijos, gritad a Dios!
Que el que os castigó se acordará de vosotros.
28 Si un día os empeñasteis en alejaros de Dios,
volveos a buscarlo con redoblado empeño.
29 El que os mandó las desgracias,
os mandará el gozo eterno de vuestra salvación.
30 —¡Animo, Jerusalén!

El que te dio su nombre te consuela.
31 Malditos los que te hicieron mal
y se alegraron de tu caída,
32 malditas las naciones que esclavizaron a tus hijos,
maldita la ciudad que los aceptó.
33 Como se alegró de tu caída
y disfrutó de tu ruina,
llorará su propia desolación.
34 Le quitaré la población de que se enorgullece
y su arrogancia se convertirá en duelo.
35 El Eterno le enviará un fuego
que arderá muchos días,
y la habitarán largos años los demonios.
36 Mira hacia levante, Jerusalén,
contempla el gozo que Dios te envía.
37 Ya llegan los hijos que despediste,
reunidos por la palabra del Santo
en oriente y occidente; ya llegan
alegres y dando gloria a Dios.
5 Jerusalén, despójate de tu vestido
de luto y aflicción
y vístete las galas perpetuas
de la gloria que Dios te da,
2 envuélvete en el manto
de la justicia de Dios
y ponte en la cabeza la diadema
de la gloria del Eterno;
3 porque Dios mostrará tu esplendor
a cuantos viven bajo el cielo.
4 Dios te dará un nombre para siempre:
«Paz en la Justicia, Gloria en la Piedad».
5 Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura,
mira hacia oriente y contempla a tus hijos,
reunidos de oriente y occidente a la voz del Santo,
gozosos invocando a Dios.
6 A pie se marcharon, conducidos por el enemigo,
pero Dios te los traerá con gloria
como llevados en carroza real.
7 Dios ha mandado abajarse a los montes elevados
y a las colinas encumbradas,
ha mandado llenarse a los barrancos
hasta allanar el suelo,
para que Israel camine con seguridad
guiado por la gloria de Dios;
8 ha mandado al boscaje y a los árboles aromáticos
hacer sombra a Israel.
9 Porque Dios guiará a Israel con alegría
a la luz de su gloria,
con su justicia y su misericordia.

CARTA DE JEREMIAS

INTRODUCCION

Tomando pie de las cartas de Jeremías a los desterrados (Jr 29), un autor anónimo compuso esta sátira contra la idolatría. La actitud polémica lo induce a simplificar los hechos y a acumular los rasgos burlescos. Parece dirigida a hombres de su misma fe, para prevenirlos contra los peligros de un ambiente idolátrico; su escrito no haría tanta mella en paganos convencidos, que podrían replicar.

No se puede comparar con el análisis de Sab 13-15; es más bien como una versión teórica del género burlesco que incluyen los capítulos griegos de Daniel.

Con alguna probabilidad se puede pensar en un original hebreo, si bien el griego del escrito es rico y correcto.

Carta de Jeremías

a los desterrados conducidos a Babilonia por el rey de Babilonia,
en la cual les comunica lo que Dios le ha encargado:
1 Por vuestros pecados contra Dios os conducirá desterrados a Ba-
2 bilonia Nabucodonosor de Babilonia. Llegaréis a Babilonia y pasa-
réis allí muchos días, largos años, unas siete generaciones. Después
3 os sacará de allí en paz. Durante ese tiempo veréis en Babilonia,
llevados a hombros, dioses de plata, oro y madera, que infunden te-
4 mor a los gentiles. ¡Cuidado! No os asimiléis a los extranjeros, no
5 os dejéis dominar del temor. Cuando veáis delante y detrás de ellos
multitudes que los adoran, decid internamente: «¡A ti, Señor, se
6 debe la adoración!», pues está con vosotros mi ángel, que sondea
las conciencias.
7 Los ídolos tienen una boca modelada por el escultor, están recu-
biertos de oro y plata, pero son falsos e incapaces de hablar.
8 Como se hace con una doncella aficionada a las joyas, toman oro
9 y tejen coronas para sus dioses. Pero los sacerdotes sustraen a sus
10 dioses oro y plata para sus usos personales, y llegan a dar parte de
ello a rameras de burdel. A sus dioses de oro y plata los adornan
11 con vestidos como a hombres. Por mucho que se vistan de púrpura,
no se libran del orín y la carcoma. Les ponen mantos de púrpura,
y tienen que limpiarles la cara del polvo del templo que se les
12 acumula encima. Empuña un cetro como juez comarcal, pero no
13 puede herir con él a quien lo ofende. Empuña en la diestra un pu-
ñal y un hacha, que no los librarán en la guerra ni de los bandidos.
14 De donde se sigue que no son dioses y que no debéis temerlos.
15 Como un cacharro roto que ya no sirve son los dioses que entro-
16 nizan en sus casas. Tienen los ojos llenos del polvo que levantan los
17 que entran. Sus atrios están cercados, como se hace con un reo de
lesa majestad. Y para que no los roben los ladrones, los sacerdotes
fortifican sus templos con portones y barras y cerrojos, como se
18 hace con uno a quien llevan a ejecutar. Les encienden más candiles
19 que a sí mismos, aunque los dioses no pueden ver ninguno. Son
como las vigas de las casas, que, según dicen, los gusanos las roen
20 por dentro, y devorados con sus vestidos, no lo sienten. Tienen la

21 cara negra del humo del templo. Sobre sus cuerpos y cabezas revo-
22 lotean lechuzas, golondrinas y otras aves, y saltan los gatos. Por
donde conoceréis que no son dioses y que no debéis temerlos.
23 El oro que los recubre y adorna no brilla si no le limpian la páti-
24 na. Cuando los fundían no lo sentían. Se compran a cualquier pre-
25 cio, aunque no tienen vida. Cuando los llevan a hombros —porque
no tienen pies— demuestran a la gente su falta de valor, y hasta sus
26 servidores se avergüenzan; pues si caen a tierra, no pueden levan-
tarse; si los colocan derechos, no pueden moverse; si se inclinan,
no se ponen derechos, y reciben como muertos los dones que les
27 ofrecen. Los sacerdotes venden las víctimas de sus sacrificios para
aprovecharse, y lo mismo sus mujeres las sazonan, sin dar a pobres
28 y necesitados. Esos sacrificios los tocan mujeres paridas o en sus
reglas. Por tanto, sabiendo que no son dioses, no les tengáis miedo.
29 Entonces, ¿por qué se llaman dioses? Las mujeres llevan ofren-
30 das a dioses de plata, oro y madera. En sus templos los sacerdotes
guían carros con las túnicas rasgadas, la cabeza y la barba afeitadas,
31 la cabeza descubierta, lanzan aullidos ante sus dioses, como se hace
32 en un banquete fúnebre. Los sacerdotes les sustraen vestidos para
33 vestir a sus mujeres e hijos. Reciban bienes o males, no pueden
34 retribuirlo. No pueden nombrar ni destituir reyes. Tampoco pueden
dar riquezas ni dinero. Si uno les hace una promesa y no la cumple,
35 no pueden vengarse. No arrancan al hombre de la muerte ni libran
36 al débil del poderoso. No devuelven la vista al ciego ni libran al
37 hombre del peligro. No se apiadan de las viudas ni socorren a los
38 huérfanos. Aunque sean de madera, dorados y plateados, son como
39 piedras de los montes. Sus servidores quedarán defraudados. Enton-
ces, ¿cómo es posible creerlos o llamarlos dioses?
40 Más aún, los mismos caldeos los deshonran, pues viendo que un
mudo no habla, se lo llevan a Bel y le piden que le dé el habla,
41 como si pudiera escuchar. Pero ellos no son capaces de discurrir y
42 abandonarlos, viendo que no sienten. Las mujeres, ceñidas de cuer-
43 das, se sientan en las calles y queman salvado. Cuando una de ellas,
agarrada por algún transeúnte se acuesta, se burla de la vecina que
no ha tenido el mismo éxito ni le han cortado las cuerdas.
44 Todo lo que hacen con ellos es falso. Entonces, ¿cómo es posible
45 creerlos o llamarlos dioses? Están fabricados por escultores y orfe-
46 bres, y son lo que quieren sus autores. Los que los fabrican no
47 viven muchos años, ¿qué será, pues, de sus fabricaciones? Legan a
48 los sucesores engaños e infamias. Pues si sobreviene una guerra o
una desgracia, los sacerdotes deliberan dónde esconderse con ellos.
49 ¿Cómo no comprenden que no son dioses cuando no pueden salvar-
50 se en la guerra o en la desgracia? Son de madera, dorados y platea-
dos, y se verá que son falsos; quedará patente a reyes y pueblos que
no son dioses, sino manufactura humana y no realizan ninguna ac-
51 ción divina. ¿Quién no ve que no son dioses?
52 No nombran reyes de un país ni dan la lluvia a los hombres;
53 no pueden juzgar sus causas ni vindicar sus injurias, porque son
54 impotentes. Son como cuervos que vuelan entre cielo y tierra. Si se
produce un incendio en el templo de esos dioses de madera, dora-
dos y plateados, sus sacerdotes escapan para ponerse a salvo, y
55 ellos se queman como las vigas del templo. No pueden resistir ni al

56 rey ni a los enemigos. Pues ¿cómo vamos a creer o aceptar que son
dioses?
57 Esos dioses de madera, dorados y plateados, no se libran de la-
drones ni de bandidos; éstos los pueden, les quitan el oro, la plata
y los vestidos, se los llevan y los ídolos no pueden defenderse.
58 Por tanto, más vale un rey que hace alarde de su valor o una vasija
doméstica útil que los dioses falsos. Más vale puerta de casa que
protege a los inquilinos que los dioses falsos. Más vale columna de
madera en un palacio que los dioses falsos.
59 El sol, la luna y las estrellas brillan y obedecen cuando les encar-
60 gan sus tareas. Cuando aparece el rayo, es bien visible. El viento
61 mismo sopla en cualquier región. Las nubes obedecen en seguida
62 cuando Dios las despacha por todo el mundo habitado. El rayo,
cuando lo despachan desde arriba a consumir montes y selvas, lo
hace al punto. Los ídolos no se les pueden comparar ni en figura ni
63 en poder. Por tanto, ¿cómo es posible creerlos o llamarlos dioses?
64 Pues no pueden hacer justicia ni favorecer a los hombres. Por tanto,
sabiendo que no son dioses, no les tengáis miedo.
65-6 No pueden maldecir ni bendecir a los reyes. No pueden hacer
portentos celestes para los pueblos, no iluminan como el sol ni
67 brillan como la luna. Valen más las fieras, que saben defenderse
68 refugiándose en sus guaridas. Ningún argumento prueba que sean
dioses; por tanto, no los temáis.
69 Son como espantapájaros inútiles en un melonar esos dioses de
70 madera, dorados y plateados. Son como espinos en un huerto, don-
de se posa cualquier pájaro; son como un muerto echado a las tinie-
71 blas esos dioses de madera, dorados y plateados. La púrpura y el
lino que decaen encima de ellos demuestran que no son dioses.
72 Terminan carcomidos y son el oprobio del país. En conclusión: vale
más el hombre honrado que no tiene ídolos, pues no le alcanzará
su oprobio.

POESIA

Traductores:

SALMOS

LUIS ALONSO SCHÖKEL
JUAN MATEOS

CANTAR DE LOS CANTARES

LUIS ALONSO SCHÖKEL
JOSÉ LUZ OJEDA

colaboración de
JOSÉ MENDOZA DE LA MORA

LAMENTACIONES

LUIS ALONSO SCHÖKEL
JOSÉ LUZ OJEDA

Introducciones:

LUIS ALONSO SCHÖKEL

SALMOS

INTRODUCCION

Los salmos son la *oración de Israel*. Son la expresión de la experiencia humana vuelta hacia Dios. Son expresión de la vida de un pueblo arrastrado por Dios. La vida del individuo es el recorrido consciente de suertes alternas: lo que uno elige, lo que uno pasa. La vida del pueblo es su historia, que él mismo crea o padece. Todo esto se ha ido convirtiendo en oraciones, vivas y variadas, por arte de autores muy diversos. La tradición hace remontar muchos salmos al rey David y atribuye algunas colecciones a Córaj y a Asaf: es una convención, como atribuir a Salomón las composiciones sapienciales. Incluso cuando los autores imitan motivos y formas literarias de los cananeos imprimen su carácter israelítico. Una cadena anónima de poetas, a lo largo de siglos, es la imagen más realista sobre los autores de estas piezas.

Como son variadas las circunstancias de la vida y lo fueron las de la historia, así surgieron y se repitieron y se afianzaron algunos tipos de salmos. Por eso resulta preferible una clasificación tipológica atendiendo al tema, los motivos, la composición y el estilo.

Los *himnos* cantan la alabanza y suelen ser comunitarios: su tema son las acciones de Dios en la creación y la historia. Muy cerca están las *acciones de gracias* por beneficios personales o colectivos: la salud recobrada, la inocencia reivindicada, una victoria conseguida, las cosechas del campo. De la necesidad brota la *súplica,* que es tan variada de temas como lo son las necesidades del individuo o la sociedad; el orante motiva su petición, como para convencer o mover a Dios. De la súplica se desprende a veces el *acto de confianza,* basado en experiencias pasadas o en la simple promesa de Dios.

Los salmos *reales* se ocupan de diversos aspectos, que llegan a componer una imagen diferenciada del rey: batallas, administración de la justicia, boda, entronización, elección de la dinastía, y hay un momento en que estos salmos empiezan a cargarse de expectación mesiánica. Otro grupo canta y aclama *el reinado del Señor,* para una justicia universal.

El pecador confiesa su pecado y pide perdón en salmos *penitenciales,* o bien el grupo celebra una liturgia penitencial. Hay salmos para diversas ocasiones litúrgicas, peregrinaciones y otras fiestas. Otros se pueden llamar *meditaciones,* que versan sobre la vida humana o sobre la historia de Israel. Y los hay que no se dejan clasificar o que rompen el molde riguroso de la convención.

Los salmos se componían para el uso repetido: no los agota el primer individuo que los compone o encarga ni la primera experiencia histórica del pueblo. Como realidades literarias, quedan disponibles a nuevas denotaciones, con los símbolos capaces de desplegarse en nuevas circunstancias. A veces un retoque, una adición los adapta al nuevo momento; en otros casos basta cambiar la clave.

Por esa razón los salmos se conservaron y coleccionaron. Sabemos que surgieron agrupaciones menores y que después se coleccionaron en cinco partes (como un pentateuco de oración): 2-41; 42-72; 73-89; 90-106; 107-150. En el proceso de coleccionar, la división y numeración sufrió menoscabo: algunos salmos están arbitrariamente cortados en dos (9-10; 42-43); otros aparecen duplicados, al menos en parte (70 y 40; 53 y 14). Se explica que en la tradición griega se haya impuesto otra numeración. Aquí daremos la numeración hebrea, añadiendo entre paréntesis la grecolatina.

En general, el estilo de los salmos se distingue por su realismo e inmediatez, no disminuido por la riqueza de imágenes y símbolos elementales; sólo algunos fragmentos con símbolos de ascendencia mítica se salen del cuadro general. Es intensa la expresión sin caer jamás en sentimentalismo. El lirismo es más compartido que personal; en muchos casos podríamos hablar de planteamientos y desarrollos dramáticos. La sonoridad y el ritmo son factores importantes del estilo. No sabemos cómo se ejecutaban: muchos se cantaban, probablemente con solistas y coro unísono; algunos quizá se danzaban, otros se recitaban en marchas o procesiones; otros acompañarían ritos específicos. Algunas de las notas añadidas por los transmisores parecen referirse a la ejecución. Estas notas, que asignan una situación histórica o dan una instrucción litúrgica, no las hemos traducido, porque no son originales, aunque entren en la numeración admitida.

Los salmos son también *oración* privilegiada *de la comunidad cristiana* y del individuo aislado. Muchos fueron rezados por Cristo, quien les dio la plenitud de sentido que podían transportar. La experiencia de Israel y del hombre pasa por Cristo y debe encontrar de nuevo expresión en estas oraciones; su lenguaje puede llegar a ser lenguaje del rezo cristiano. El libro de los salmos es un repertorio que suministra textos para diversas ocasiones y a diversos niveles; su lectura puede interesar, pero sólo rezados serán realmente comprendidos.

1

1 Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malvados
ni se detiene en la senda de los pecadores
ni se sienta en la reunión de los cínicos,
2 sino que su tarea es la ley del Señor
y medita esa ley día y noche.
3 Será como un árbol plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas;
cuanto emprende tiene buen fin.
4 No así los malvados:
serán paja que arrebata el viento.
5 En el juicio los malvados no se levantarán
ni los pecadores en la asamblea de los justos.
6 Porque el Señor cuida del camino de los justos,
pero el camino de los malvados acaba mal.

2

1 ¿Por qué se amotinan las naciones
y los pueblos planean fracasos?
2 Se alían los reyes del mundo,
los príncipes conspiran contra el Señor y su Mesías:
3 «¡Rompamos sus coyundas, sacudámonos su yugo!».
4 El soberano del cielo sonríe, el Señor se burla de ellos;
5 luego les habla con ira y los espanta con su cólera:
6 «Yo mismo he ungido a mi rey en Sión, mi monte santo».
7 Voy a proclamar el decreto del Señor.
Él me ha dicho: «Tú eres mi hijo,
yo te he engendrado hoy.
8 Pídemelo: te daré en herencia las naciones;
en posesión, la tierra hasta sus confines;

9 los gobernarás con cetro de hierro,
los quebrarás como jarro de loza».
10 Y ahora, reyes, sed sensatos,
escarmentad los que regís el mundo;
11 servid al Señor con temor,
rendidle homenaje temblando;
12 no sea que se irrite y vayáis a la ruina
si llega a inflamarse su ira.
¡Dichosos los que se refugian en él!

3

2 Señor, cuántos son mis enemigos,
cuántos se levantan contra mí,
3 cuántos dicen de mí: «Ya no lo protege Dios».
4 Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria,
tú mantienes alta mi cabeza.
5 Si grito invocando al Señor,
él me escucha desde su monte santo;
6 puedo acostarme y dormir y despertar:
el Señor me sostiene.
7 No temeré al ejército innumerable
que acampa a mi alrededor.
8 Levántate, Señor; sálvame, Dios mío;
tú abofeteaste a mis enemigos,
rompiste los dientes de los malvados.
9 De ti, Señor, viene la salvación
y la bendición para tu pueblo.

4

2 Cuando te llamo, escúchame, Dios, defensor mío;
tú que en el aprieto me diste holgura,
ten piedad de mí, oye mi oración.
3 ¡Señores!, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi honor,
amaréis la falsedad y buscaréis el engaño?
4 Sabedlo: el Señor ha distinguido a un fiel suyo,
el Señor me oirá cuando lo llame.
5 Temblad, no pequéis, reflexionad en el lecho,
6 guardad silencio, ofreced sacrificios legítimos
y confiad en el Señor.
7 Muchos dicen: «¿Quién podrá darnos la dicha,
si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?».
8 En cambio, a mí, Señor, me has infundido más alegría
que cuando abundan el trigo y el vino.
9 En paz me acuesto y en seguida me duermo,
porque sólo tú, Señor, me haces vivir tranquilo.

5

2 Señor, escucha mis palabras, percibe mi murmullo,
3 haz caso de mis gritos de socorro, Rey mío y Dios mío.

4 A ti te suplico, Señor; por la mañana me escucharás,
por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando.
5 Tú no eres un Dios que ame la maldad,
ni el malvado es tu huésped
6 ni el arrogante se mantiene frente a ti.
7 Detestas a los malhechores, destruyes a los mentirosos,
a los traidores y sanguinarios los aborrece el Señor.
8 Pero yo, por tu gran bondad, entraré en tu casa,
me postraré hacia tu santuario con toda reverencia.
9 Señor, que me acechan, guíame con tu rectitud,
alláname tu camino.
10 En su boca no hay sinceridad, su corazón es perverso,
su garganta es sepulcro abierto y halagan con la lengua.
11 Castígalos, oh Dios, que fracasen sus planes,
expúlsalos por sus muchos crímenes,
pues se rebelan contra ti.
12 Que se alegren los que se acogen a ti, con júbilo eterno,
protégelos, que se regocijen los que te aman;
13 porque tú, Señor, bendices al justo;
como escudo lo protege tu favor.

6

2 Señor, no me reprendas con ira,
no me corrijas con cólera;
3 piedad, Señor, que desfallezco;
cura, Señor, mis huesos dislocados.
4 Tengo el alma en delirio,
y tú, Señor, ¿hasta cuándo?
5 Vuélvete, Señor, pon a salvo mi vida;
sálvame, por tu misericordia:
6 que en el reino de la muerte nadie te invoca
y en el abismo ¿quién te da gracias?
7 Estoy agotado de gemir, de llorar sobre el lecho,
regando de noche con lágrimas mi cama.
8 Mis ojos se consumen irritados,
envejecen por tantas contradicciones.
9 Apartaos de mí los malhechores,
que el Señor ha escuchado mis sollozos,
10 el Señor ha escuchado mi súplica,
el Señor ha aceptado mi oración.
11 Que la derrota abrume a mis enemigos,
que derrotados huyan al momento.

7

2 Señor, Dios mío, a ti me acojo,
líbrame de mis perseguidores y sálvame;
3 que no me atrapen como leones
y me desgarren sin remedio.
4 Señor, Dios mío, si soy culpable,
si hay crímenes en mis manos,

5 si he causado daño a mi amigo
o despojado al que me ataca sin razón,
6 que el enemigo me persiga y me alcance,
que me pisotee vivo por tierra
apretando mi vientre contra el polvo.
7 Levántate, Señor, indignado,
álzate con furor contra mis adversarios,
acude a defenderme en el juicio que has convocado.
8 Que te rodee la asamblea de las naciones,
presídela desde lo alto
9 —el Señor es juez de los pueblos—.
Júzgame, Señor, según mi rectitud,
según mi inocencia, oh Altísimo.
10 Cese la maldad de los culpables y apoya al inocente,
tú que sondeas corazón y entrañas, Dios justo.
11 Mi escudo es un Dios que salva a los hombres sinceros.
12 Dios es un juez justo, Dios castiga cada vez.
13 Si no se convierten, afilará su espada,
tensará el arco y apuntará;
14 apunta sus armas mortíferas,
prepara sus flechas incendiarias.
15 Mirad: concibió un crimen,
está preñado de maldad, da a luz un fraude.
16 Cavó y ahondó una fosa,
caiga en la fosa que hizo;
17 recaiga sobre él su maldad,
su crueldad se vuelva contra él.
18 Yo confesaré la justicia del Señor
tañendo en honor del Señor Altísimo.

8

2 ¡Señor, dueño nuestro, qué admirable eres tú
en toda la tierra!
Ensalzaré tu majestad por encima del cielo
3 con la boca de un niño de pecho.
Has cimentado un alcázar frente a tus adversarios,
para reprimir al enemigo y al rebelde.
4 Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
5 ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano para que te ocupes de él?
6 Lo hiciste poco menos que un dios,
lo coronaste de gloria y dignidad;
7 le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies:
8 los rebaños de ovejas y toros
y hasta las fieras salvajes,
9 las aves del cielo, los peces del mar
que trazan sendas por el mar.
10 ¡Señor, dueño nuestro, qué admirable eres tú
en toda la tierra!

9 [a]

2 Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
proclamando todas tus maravillas;
3 me alegro y exulto contigo
y toco en tu honor, oh Altísimo.
4 Porque mis enemigos retrocedieron,
cayeron y perecieron ante ti;
5 diste sentencia en mi favor
sentado en tu tribunal.
6 Reprendiste a los pueblos, destruiste al malvado
borrando para siempre su apellido;
7 el enemigo acabó en ruina perpetua,
arrasaste sus ciudades y se perdió su memoria.
8 Mirad, el Señor reina eternamente,
tiene establecido un tribunal para juzgar:
9 juzga el orbe con justicia
y rige las naciones con rectitud.
10 El Señor es refugio del oprimido,
su refugio en los momentos de peligro.
11 Confiarán en ti los que tienen trato contigo,
porque tú no abandonas a los que te buscan, Señor.
12 Tañed para el Señor, que reina en Sión,
narrad sus hazañas a los pueblos:
13 el que venga la sangre se acuerda
y no olvida los gritos de los oprimidos.
14 Piedad, Señor, mira cómo me oprimen mis enemigos,
levántame del umbral de la muerte,
15 para que pueda proclamar tus alabanzas
y celebrar tu victoria en la plaza de Sión.
16 Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron,
su pie quedó escondido en la red que escondieron;
17 el Señor apareció para hacer justicia,
y se enredó el malvado en sus propias acciones.
18 Vuelvan al abismo los malvados,
los pueblos que olvidan a Dios.
19 El no olvida jamás al pobre
ni la esperanza del humilde perecerá.
20 Levántate, Señor, que el hombre no triunfe,
sean juzgadas las naciones en tu presencia;
21 Señor, infúndeles terror,
y aprendan los pueblos que no son más que hombres.

a Este salmo y el siguiente emplean el artificio «alfabético»: cada verso doble comienza con una letra del alfabeto. Por eso la versión griega y la Vulgata los juzgan un mismo salmo. El texto hebreo, en cambio, los divide. De ahí la diferente numeración a partir de este salmo entre la tradición hebrea y la occidental. Aquí seguimos la original, indicando al lado la griega-Vulgata. El texto de ambos salmos es desesperante por su mala conservación. Apenas existe verso con sentido, y ha sido preciso traducirlos por conjeturas y apoyados en lugares paralelos.

10 (Griego-Vulgata 9B)

1 ¿Por qué te quedas lejos, Señor,
y te escondes en el momento del aprieto?
2 La soberbia del malvado oprime al infeliz:
¡que se enrede en las intrigas que ha tramado!
3 El malvado se jacta de su ambición,
el codicioso desprecia y maldice al Señor;
4 el malvado dice con insolencia:
«No hay dios que me pida cuentas».
5 La intriga retuerce siempre sus caminos,
no alcanza a comprender tus juicios
y desafía a sus rivales;
6 se dice: «No tropezaré jamás,
seré feliz, sin desgracias».
7 Su boca está llena de engaños y fraudes,
su lengua esconde maldad y opresión;
8 en el corral se agazapa
para matar a escondidas al inocente;
sus ojos espían al pobre,
9 acecha en su escondrijo como león en su guarida,
acecha al desgraciado para secuestrarlo,
secuestra al desgraciado, lo arrastra en su red;
10 se agacha y se encoge
y con violencia se apodera del inocente;
11 pensando: «Dios se olvida, se tapa la cara,
nunca se enterará».
12 Levántate, Señor, extiende la mano,
no te olvides de los humildes;
13 ¿por qué ha de despreciar a Dios el malvado
pensando que no le pedirá cuentas?
14 Pero tú ves las penas y los trabajos,
tú los miras y los tomas en tus manos;
a ti se encomienda el pobre,
tú eres el socorro del huérfano.
15 Rómpele el brazo al malvado,
pídele cuentas de su maldad hasta que desaparezca.
16 El Señor reinará eternamente
y los paganos desaparecerán de su tierra.
17 Señor, tú atiendes a los deseos de los humildes,
les prestas oído y los animas;
18 tú defiendes al huérfano y al desvalido:
que el hombre hecho de tierra
no vuelva a sembrar su terror.

11 (10)

1 Al Señor me acojo; ¿por qué me decís:
«Escapa como pájaro al monte,
2 que los malvados tensan el arco, ajustan la saeta a la cuerda
para disparar en la sombra contra el honrado?

3 Cuando se tambalean los cimientos,
¿qué podrá hacer el justo?».
4 —El Señor está en su templo santo,
el Señor tiene su trono en el cielo:
sus ojos están observando,
sus pupilas examinan a los hombres.
5 El Señor examina a inocentes y culpables,
y odia al que ama la violencia;
6 hará llover sobre los culpables ascuas y azufre,
les tocará en suerte viento huracanado.
7 Porque el Señor es justo y ama la justicia:
los honrados verán su rostro.

12 (11)

2 Sálvanos, Señor, que se acaba la lealtad,
que desaparece la sinceridad entre los hombres:
3 no hacen más que mentirse unos a otros,
hablan con labios lisonjeros y doblez de corazón.
4 Corte el Señor los labios lisonjeros
5 y la lengua fanfarrona de los que dicen:
«La lengua es nuestra valentía, nuestros labios nos defienden,
¿quién será nuestro amo?».
6 El Señor responde: «Por la opresión del humilde,
por el lamento del pobre, ahora me levanto
y pongo a salvo al que lo anhela».
7 Las palabras del Señor son palabras auténticas
como plata limpia de ganga, refinada siete veces.
8 Tú nos guardarás, Señor,
nos librarás para siempre de esa gente,
9 de esos malvados que merodean
como sabandijas en torno a los hombres [a].

13 (12)

2 ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome,
hasta cuándo me esconderás tu rostro?
3 ¿Hasta cuándo he de estar cavilando
con el corazón apenado todo el día?
¿Hasta cuándo va a triunfar mi enemigo?
4 Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío;
sigue dando luz a mis ojos,
líbrame del sueño de la muerte;
5 para que no diga mi enemigo: «Le he podido»,
ni se alegre mi adversario de mi fracaso.
6 Pues yo confío en tu lealtad,
mi corazón se alegra con tu salvación
y cantaré al Señor por el bien que me ha hecho.

a dudoso.

14 (13)

1 Piensa el necio: «No hay Dios».
2 El Señor observa desde el cielo a los hijos de Adán,
para ver si hay alguno sensato que busque a Dios.
Se corrompen cometiendo execraciones,
no hay quien obre bien.
3 Todos se extravían igualmente obstinados,
no hay uno que obre bien, ni uno solo.
4 —Pero ¿no aprenderán los malhechores
que devoran a mi pueblo como pan y no invocan al Señor?
5 Pues tendrán que temblar,
porque Dios está con los justos;
6 el designio del desvalido los confunde,
porque el Señor es su refugio.
7 ¡Ojalá venga de Sión la salvación de Israel!
Cuando el Señor cambie la suerte de su pueblo,
se alegrará Jacob, hará fiesta Israel.

15 (14)

1 Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?
2 —El que procede honradamente y practica la justicia,
3 el que habla sinceramente y no calumnia con su lengua,
el que no le hace mal a su prójimo ni difama a su vecino,
4 el que desprecia al que Dios reprueba
y honra a los fieles del Señor,
el que no retracta lo que juró aun en daño propio,
5 el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
6 El que así obra nunca fallará.

16 (15)

1 Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
2 yo digo al Señor: «Tú eres mi dueño, mi sumo bien».
3 [a] A los dioses que se veneran en la tierra,
a los príncipes que a ellos se dedican
4 les lloverán desgracias, saldrán huyendo;
yo no derramaré sus libaciones de sangre
ni pronunciaré sus nombres con mis labios.
5 El Señor tiene en su mano mi copa
con mi suerte y mi lote:
6 me toca una parcela hermosa,
una heredad magnífica.
7 Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente;
8 tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

a 3-4a dudoso.

9 Por eso se me alegra el corazón y gozan mis entrañas
y mi carne descansa serena,
10 porque no me entregarás a la muerte
ni dejarás al que te es fiel conocer la fosa.
11 Me enseñarás el sendero de la vida,
me colmarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

17 (16)

1 Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño;
2 emane de ti la sentencia, miren tus ojos la honradez.
3 Aunque sondees mi corazón, inspeccionándolo de noche,
aunque me pruebes al fuego, no encontrarás malicia en mí;
4 mi boca no ha faltado como suelen los hombres;
he observado tus mandamientos,
me he mantenido en la senda prescrita;
5 mis pisadas eran firmes en tus senderos
y no vacilaron mis pasos.
6 Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
préstame oído y escucha mis palabras.
7 Haz un prodigio de lealtad y salva de sus adversarios
a quien se refugia a tu derecha;
8 guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme
9 de los malvados que me asaltan,
del enemigo mortal que me cerca.
10 Han cerrado sus entrañas y hablan con boca arrogante,
11 me siguen, ya me rodean, clavan en mí los ojos para derribarme,
12 como leones ávidos de presa,
como cachorros agazapados en su escondrijo.
13 Levántate, Señor; hazle frente, doblégalo,
que tu espada me libre del malvado.
14 Mátalos, Señor, con tu mano; mátalos,
que no compartan la suerte de los vivos [a];
a tus protegidos llénales el vientre,
que se sacien sus hijos y tengan qué dejar a sus pequeños.
15 Pero yo, por mi rectitud, veré tu rostro,
al despertar me saciaré de tu semblante.

18 (17) (2 Sm 22)

2 ¡Cuánto te amo, Señor, mi fortaleza!
3 ¡Señor, mi peña, mi alcázar, mi libertador,
Dios mío, roca mía, refugio mío!
¡Mi fuerza salvadora, mi baluarte famoso!
4 Invoco al Señor y me salva del enemigo.
5 Me cercaban los lazos de la muerte,
torrentes destructores me aterraban,

a dudoso.

6 me envolvían los lazos del abismo,
me alcanzaban las redes de la muerte;
7 en el peligro invoqué al Señor
pidiendo socorro a mi Dios:
desde su templo él escuchó mi clamor
y mi grito de auxilio llegó a sus oídos.
8 Entonces tembló y retembló la tierra,
vacilaron los cimientos de los montes,
sacudidos por su cólera;
9 de su nariz se alzaba una humareda,
de su boca un fuego voraz y lanzaba ascuas al rojo.
10 Inclinó el cielo y descendió
con nubarrones bajo los pies;
11 volaba a caballo de un querubín
cerniéndose sobre las alas del viento,
12 envuelto en un manto de oscuridad;
como un toldo lo rodeaban
oscuro aguacero y nubes espesas;
13 al fulgor de su presencia, las nubes
se deshicieron en granizo y centellas;
14 mientras el Señor tronaba desde el cielo,
el Soberano hacía oír su voz.
15 Disparando sus saetas los dispersaba,
y sus continuos relámpagos los enloquecían.
16 Apareció el fondo del mar
y se vieron los cimientos del orbe,
cuando tú, Señor, lanzaste un bramido,
con tu nariz resoplando de cólera.
17 Desde el cielo alargó la mano y me agarró
para sacarme de las aguas caudalosas;
18 me libró de un enemigo poderoso,
de adversarios más fuertes que yo.
19 Me hacían frente el día funesto,
pero el Señor fue mi apoyo:
20 me sacó a un lugar espacioso,
me libró porque me amaba.
21 El Señor me pagó mi rectitud,
retribuyó la pureza de mis manos,
22 porque seguí los caminos del Señor
y no renegué de mi Dios;
23 porque tuve presentes sus mandatos
y no me aparté de sus preceptos,
24 le fui enteramente fiel
guardándome de toda culpa.
25 El Señor retribuyó mi rectitud,
la pureza de mis manos frente a él.
26 Con el leal tú eres leal,
con el íntegro tú eres íntegro,
27 con el sincero tú eres sincero,
con el taimado tú eres sagaz.
28 Tú salvas al pueblo afligido
y humillas los ojos soberbios.

29 Señor, tú enciendes mi lámpara;
Dios mío, tú alumbras mis tinieblas.
30 Fiado en ti me meto en la refriega,
fiado en mi Dios asalto la muralla.
31 Perfecto es el camino de Dios,
acendrada es la promesa del Señor,
él es escudo para los que a él se acogen.
32 ¿Quién es Dios fuera del Señor?
¿Qué roca hay fuera de nuestro Dios?
33 Dios me ciñe de valor y hace perfecta mi conducta:
34 me da pies de ciervo y me coloca en las alturas,
35 adiestra mis manos para la guerra
y mis brazos para tensar la ballesta.
36 Me prestaste tu escudo protector, tu diestra me sostuvo,
multiplicaste tus cuidados conmigo.
37 Ensanchaste el camino ante mis pasos
y no flaquearon mis tobillos,
38 perseguía al enemigo hasta alcanzarlo
y no me volvía sin haberlo aniquilado;
39 los derroté y no pudieron rehacerse,
se humillaron bajo mis pies.
40 Me ceñiste de valor para la lucha,
doblegaste a los que se me resistían;
41 pusiste en fuga a mis enemigos,
reduje al silencio a mis adversarios.
42 Pedían auxilio, nadie los salvaba;
gritaban al Señor, nadie respondía.
43 Los reduje a polvo que arrebata el viento,
los desmenucé como barro de la calle.
44 Me libraste de las contiendas de mi pueblo,
me hiciste cabeza de naciones;
un pueblo extraño fue mi vasallo:
45 me escuchaban, me obedecían;
los extranjeros me adulaban, los extranjeros flaqueaban
y salían temblando de sus baluartes.
47 ¡Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
sea ensalzado mi Dios y Salvador!
48 El Dios que me dio el desquite
y me sometió los pueblos,
49 que me libró del enemigo,
me levantó sobre los que resistían
y me salvó del hombre violento.
50 Por eso te daré gracias en medio de las naciones
y tañeré, Señor, en tu honor:
51 tú diste gran victoria a tu rey,
fuiste leal con tu Ungido,
con David y su linaje por siempre.

19 (18)

2 El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos;

3 el día le pasa el mensaje al día,
la noche se lo susurra a la noche.
4 Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
5 a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje.
Allí le ha puesto su tienda al sol:
6 él sale como un esposo de su alcoba,
contento como un héroe, a recorrer su camino.
7 Asoma por un extremo del cielo
y su órbita llega al otro extremo:
nada se libra de su calor.
8 La ley del Señor es perfecta, devuelve el respiro,
el precepto del Señor es fiel, instruye al ignorante,
9 los mandatos del Señor son rectos, alegran el corazón,
la norma del Señor es límpida, da luz a los ojos,
10 el temor de Dios es puro, eternamente estable,
los mandamientos del Señor son genuinos, justos sin excepción;
11 más preciosos que el oro, más que el oro fino,
más dulces que la miel de un panal que destila.
12 Pero, aunque iluminan a tu siervo
y traen una gran recompensa,
13 ¿quién conoce sus fallos?
Absuélveme de lo que se me oculta,
14 preserva a tu siervo de la insolencia,
para que no me domine:
así quedaré libre e inocente de grave pecado.
15 Acepta las palabras de mi boca, acoge mi meditación,
Señor, Roca mía, redentor mío.

20 (19)

2 Que te escuche el Señor en el peligro,
que te proteja el Dios de Jacob en persona,
3 que te envíe su auxilio desde el santuario,
que te apoye desde el monte Sión,
4 que se acuerde de todas tus ofrendas
y de tus pingües holocaustos;
5 que cumpla el deseo de tu corazón,
que dé éxito a todos tus planes;
6 que podamos celebrar tu victoria
y alzar estandartes en honor de nuestro Dios.
Que el Señor te conceda todo lo que le pides.
7 Ahora reconozco que el Señor
da la victoria a su Ungido,
que le responde desde su santo cielo
con las proezas de su diestra victoriosa.
8 Unos confían en los carros, otros en la caballería,
nosotros invocamos al Señor, nuestro Dios;
9 ellos se encorvaron y cayeron,
nosotros nos mantenemos en pie.

10 Señor, da la victoria al rey,
respóndenos cuando te invocamos.

21 (20)

2 Señor, el rey se alegra de tu fuerza,
¡qué satisfacción por tu victoria!
3 Le has concedido el deseo de su corazón,
no le has negado lo que pedían sus labios.
4 Te adelantaste a bendecirlo con el éxito,
has puesto en su cabeza una corona de oro.
5 Te pidió vida, y le has concedido
años que se prolongan sin término.
6 Tu victoria ha engrandecido su fama,
le has conferido honor y majestad.
7 Le concedes bendiciones incesantes,
lo colmas de gozo en tu presencia;
8 porque el rey confía en el Señor,
por la lealtad del Soberano no fracasará.
9 Que tu izquierda alcance a tus enemigos
y tu derecha caiga sobre tus adversarios;
10 Conviértelos en un horno encendido
al aparecer, Señor;
que el Señor los consuma con su cólera
y el fuego los devore.
11 Destruye su estirpe en la tierra
y su descendencia entre los hombres.
12 Aunque preparen tu ruina y urdan intrigas,
nada conseguirán;
13 porque los pondrás en fuga
asestando el arco contra ellos.
14 Levántate, Señor, con tu fuerza,
y al son de instrumentos cantaremos tu valor.

22 (21)

2 Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonas?
No te alcanzan mis clamores ni el rugido de mis palabras;
3 Dios mío, de día te grito y no respondes;
de noche, y no me haces caso,
4 aunque tú habitas en el santuario
donde te alaba Israel.
5 En ti confiaban nuestros padres,
confiaban y los ponías a salvo,
6 a ti gritaban y quedaban libres,
en ti confiaban y no los defraudaste.
7 Pero yo soy un gusano, no un hombre,
vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;
8 al verme se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
9 «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo,
que lo libre si tanto lo quiere».

10 Fuiste tú quien me sacó del vientre,
me tenías confiado en los pechos de mi madre,
11 desde el seno pasé a tus manos,
desde el vientre materno tú eres mi Dios.
12 No te quedes lejos, que el peligro está cerca
y nadie me socorre.
13 Me acorrala un tropel de novillos,
me cercan toros de Basán,
14 abren contra mí las fauces
leones que descuartizan y rugen.
15 Estoy como agua derramada,
tengo los huesos descoyuntados,
mi corazón, como cera,
se derrite en mis entrañas;
16 mi garganta está seca como una teja,
la lengua se me pega al paladar;
me aprietas contra el polvo de la muerte.
17 Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores,
me taladran las manos y los pies,
18 y puedo contar mis huesos.
Ellos me miran triunfantes,
19 se reparten mi ropa, se sortean mi túnica.
20 Pues tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a auxiliarme;
21 líbrame a mí de la espada,
mi única vida, de la saña del mastín;
22 sálvame de las fauces del león;
a este pobre, de los cuernos del búfalo.
23 Hablaré de ti a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré:
24 «Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
respetadlo, linaje de Israel;
25 porque no ha sentido desprecio ni repugnancia
hacia el pobre desgraciado,
no le ha escondido su rostro;
cuando pidió auxilio, lo escuchó».
26 Tú inspiras mi alabanza en la gran asamblea,
cumpliré mis votos delante de sus fieles.
27 Los desvalidos comerán hasta saciarse,
y alabarán al Señor los que lo buscan:
¡no perdáis nunca el ánimo!
28 Lo recordarán y volverán al Señor desde los confines del orbe,
en su presencia se postrarán las familias de los pueblos.
29 Porque el Señor es rey, él gobierna a los pueblos.
30 Ante él se postrarán las cenizas de la tumba,
ante él se inclinarán los que bajan al polvo;
a mí me dará vida.
31 Mi descendencia le servirá y hablará del Señor,
a la generación venidera le anunciará su rectitud,
al pueblo que ha de nacer, lo que él hizo.

23 (22)

1 El Señor es mi pastor: nada me falta;
2 en verdes praderas me hace recostar,
3 me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo haciendo honor a su nombre;
4 aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo,
tu vara y tu cayado me sosiegan.
5 Me preparas una mesa frente a los enemigos,
me unges la cabeza con perfume, mi copa rebosa.
6 Tu bondad y lealtad me siguen, toda la vida,
y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

24 (23)

1 Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y sus habitantes;
2 él la fundó sobre los mares,
la afianzó sobre las corrientes.
3 —¿Quién puede subir al monte del Señor?,
¿quién puede estar en el recinto sacro?
4 —El de manos inocentes y puro corazón,
el que no se dirige a los ídolos ni jura en falso.
5 Ese recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia Dios, su salvador.
6 —Así son los que te buscan, los que vienen
a visitarte, Dios de Jacob.
7 —¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la Gloria.
8 —¿Quién es ese Rey de la Gloria?
—El Señor, héroe valeroso;
el Señor, héroe de la guerra.
9 —¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la Gloria.
10 —¿Quién es ese Rey de la Gloria?
—El Señor de los ejércitos
es el Rey de la Gloria.

25 (24)

1 A ti, Señor, presento mi afán;
2 en ti, mi Dios, confío, no quede defraudado,
no triunfen de mí mis enemigos;
3 pues los que esperan en ti no quedan defraudados,
mientras que el fracaso malogra a los traidores.
4 Indícame tus caminos, Señor; enséñame tus sendas;
5 encamíname fielmente, enséñame,
tú eres mi Dios y salvador, en ti espero siempre.
6 Recuerda, Señor, que tu ternura y tu lealtad son eternas;

7 no te acuerdes de los pecados y delitos de mi juventud,
acuérdate de mí con tu lealtad, por tu bondad, Señor.
8 El Señor es bueno y recto y enseña el camino a los pecadores;
9 encamina a los humildes por la rectitud,
enseña a los humildes su camino;
10 las sendas del Señor son la lealtad y la fidelidad
para los que guardan su alianza y sus mandatos.
11 Por tu nombre, Señor, perdona mi culpa, que es grave.
12 ¿Hay alguien fiel al Señor? —Le enseñará un camino escogido:
13 así vivirá feliz y su descendencia poseerá la tierra.
14 El Señor se confía con sus fieles
y les da a conocer su alianza.
15 Tengo los ojos puestos en el Señor,
que saca mis pies de la red.
16 Vuélvete a mí y ten piedad, que estoy solo y afligido;
17 ensancha mi corazón encogido y sácame de mis congojas.
18 Mira mis trabajos y mis penas y perdona todos mis pecados;
19 mira cuántos son mis enemigos que me detestan con odio cruel.
20 Guarda mi vida y líbrame,
que no quede defraudado de haberme acogido a ti.
21 La honradez y la rectitud me protegerán: lo espero de ti.
22 ¡Oh Dios, salva a Israel de todos sus peligros!

26 (25)

1 Hazme justicia, Señor, que camino honradamente,
confiado en el Señor no flaqueo.
2 Escrútame, Señor; ponme a prueba,
aquilata mis entrañas y mi corazón;
3 porque tengo ante los ojos tu lealtad
y procedo con fidelidad.
4 No me siento con gente falsa,
no voy con los que se ocultan;
5 detesto las bandas de malhechores,
no tomo asiento con los malvados.
6 Me lavo las manos en prueba de inocencia
y doy vueltas en torno a tu altar,
7 haciendo oír mi acción de gracias
y contando tus maravillas.
8 Señor, yo amo la casa donde moras,
el lugar donde reside tu gloria.
9 No me quites el aliento como a los pecadores
ni la vida como a los sanguinarios,
10 que en su izquierda llevan infamias
y llenan su derecha de sobornos.
11 Yo, en cambio, procedo honradamente;
sálvame, ten piedad de mí;
12 mi pie se mantiene en el camino recto,
en la asamblea bendeciré al Señor.

27 (26)

1 El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?
2 Cuando me asaltan los malhechores para devorarme,
mis enemigos y adversarios tropiezan y caen.
3 Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra, me siento tranquilo.
4 Una cosa pido al Señor y es lo que busco:
habitar en la casa del Señor toda mi vida,
contemplar la belleza del Señor examinando su templo.
5 El me guarecerá en su recinto durante el peligro,
me esconderá en un rincón de su tienda, me alzará sobre la roca,
6 y así levantaré la cabeza sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda ofreceré sacrificios entre aclamaciones,
cantando y tañendo para el Señor.
7 Escúchame, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme.
8 Anda —dice mi corazón—, busca su rostro,
9 y yo busco tu rostro, Señor; no me escondas tu rostro;
no rechaces con ira a tu siervo, tú que eres mi auxilio,
no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.
10 Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá.
11 Señor, enséñame tu camino, que tengo enemigos,
guíame por la senda llana;
12 no me entregues a la saña de mi adversario,
pues se levantan contra mí testigos falsos
que respiran violencia.
13 Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida.
14 —Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

28 (27)

1 A ti, Señor, te invoco;
Roca mía, no seas sordo a mi voz;
que si te callas, seré uno más
de los que bajan a la fosa.
2 Escucha mi súplica cuando te pido auxilio
y alzo las manos hacia tu santuario.
3 No me arrebates con los malvados y los malhechores,
que saludan a su prójimo, pero llevan mala intención.
4 Dales lo que merecen sus obras, sus malas acciones,
págales con su misma moneda.
5 Como no atienden a las obras del Señor y a sus acciones,
los derribará sin remisión.
6 Bendito el Señor, que escuchó mi súplica;
el Señor es mi fuerza y mi escudo,
en él confía mi corazón;
7 me socorrió, y mi corazón exulta
y le canta agradecido.
8 El Señor es la fuerza de su pueblo,
el apoyo y salvación de su Ungido.

9 Salva a tu pueblo y bendice a tu heredad,
apaciéntalos y llévalos siempre.

29 (28)

1 Hijos de Dios, aclamad al Señor;
aclamad la gloria y el poder del Señor;
2 aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado [a].
3 La voz del Señor sobre las aguas,
el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor sobre las aguas torrenciales:
4 la voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica,
5 la voz del Señor troncha los cedros,
el Señor troncha los cedros del Líbano;
6 hace brincar al Líbano como un novillo,
al Sarión como una cría de búfalo;
7 la voz del Señor hiende con rayos,
8 la voz del Señor sacude el desierto,
el Señor sacude el desierto de Cades;
9 la voz del Señor retuerce los robles,
el Señor descorteza las selvas.
En su templo un grito unánime: ¡Gloria!
10 El Señor está sentado por encima del aguacero,
el Señor está sentado como rey eterno.
11 El Señor da fuerza a su pueblo,
el Señor bendice a su pueblo con la paz.

30 (29)

2 Te ensalzaré, Señor, porque has tirado de mí
y no has dado el triunfo a mis enemigos;
3 Señor, Dios mío, te pedí auxilio y tú me sanaste;
4 Señor, sacaste mi vida del abismo,
me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa.
5 Tañed para el Señor, sus adictos,
confesad que él es santo;
6 su cólera inspira temor, su favor da vida;
al atardecer nos visita el llanto,
por la mañana el júbilo.
7 Yo pensaba muy seguro: «No vacilaré jamás»;
8 Señor, con tu favor me colocabas en una cima inexpugnable;
pero escondiste tu rostro y quedé desconcertado.
9 A ti, Señor, llamé; supliqué a mi Dios:
10 «¿Qué ganas con mi muerte, con que baje a la fosa?
¿Te va a dar gracias el polvo, o va a proclamar tu lealtad?
11 Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme».
12 Cambiaste mi luto en danza,

a o: con ornamentos sagrados.

me desataste el sayal y me has vestido de fiesta;
13 te cantaré con toda el alma sin callarme, Señor;
Dios mío, te daré gracias por siempre.

31 (30)

2 A ti, Señor, me acojo, no quede yo nunca defraudado;
tú que eres justo ponme a salvo,
3 préstame oído, ven aprisa a librarme,
sé mi roca de refugio, alcázar que me salve;
4 porque tú eres mi peña y mi alcázar,
haz honor a tu nombre, dirígeme y guíame;
5 sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi amparo.
6 En tus manos pongo mi vida:
tú, Señor, el Dios fiel, me librarás.
7 Detesto a los que veneran ídolos vacíos,
yo confío en el Señor;
8 tu lealtad será mi gozo y mi alegría.
Te has fijado en mi aflicción,
velas por mi vida en peligro;
9 no me has entregado al enemigo,
me has dado espacio para moverme.
10 Piedad, Señor, que estoy en peligro:
se consumen de pena mis ojos,
mi garganta y mi vientre;
11 mi vida se gasta en la congoja,
mis años en los gemidos;
mi vigor decae con la aflicción,
mis huesos se consumen.
12 Soy la burla de todos mis enemigos,
la irrisión de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos:
me ven por la calle y escapan de mí.
13 Me han olvidado como a un muerto,
soy un cacharro inútil.
14 Oigo a muchos motejarme: «Pájaro de mal agüero»,
se conjuran contra mí y traman quitarme la vida.
15 Pero yo confío en ti, Señor; te digo «tú eres mi Dios».
16 En tu mano están mis azares,
líbrame de los enemigos que me persiguen;
17 muestra a tu siervo tu rostro radiante
y sálvame por tu lealtad.
18 Señor, que no me avergüence de haberte invocado,
que se avergüencen los malvados
y bajen mudos al abismo;
19 queden mudos los labios mentirosos,
que profieren insolencias contra el justo
con soberbia y desprecio.
20 Qué bondad tan grande, Señor, reservas para tus fieles,
y despliegas, a la vista de todos, con los que a ti se acogen;

21 en tu asilo personal los escondes de las conjuras humanas,
los ocultas en tu tienda frente a las lenguas pendencieras.
22 Bendito el Señor, que ha hecho por mí
prodigios de lealtad en la ciudad amurallada.
23 Yo decía en mi ansiedad: «Me has echado de tu presencia»;
pero tú escuchaste mi súplica cuando te pedí auxilio.
24 Amad al Señor, leales suyos; el Señor guarda a sus fieles
y paga con creces a los soberbios.
25 Sed valientes y animosos los que esperáis en el Señor.

32 (31)

1 Dichoso el que está absuelto de su culpa,
a quien le han enterrado su pecado,
2 dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito
y cuya conciencia no queda turbia.
3 Callase o rugiese todo el día, se consumían mis huesos,
4 porque día y noche tu mano pesaba sobre mí,
secando mi savia como el bochorno estivo.
5 Te manifesté mi pecado, no te encubrí mi delito,
propuse: «Confesaré al Señor mi culpa»,
y tú perdonaste mi culpa y mi pecado.
6 Por eso, que todo fiel te suplique en la desgracia,
la crecida de las aguas caudalosas no lo alcanzará.
7 Tú eres mi refugio, me libras del peligro,
a mi grito de socorro me proteges.
8 —Te instruiré, te enseñaré el camino que has de seguir,
te aconsejaré, no te perderé de vista.
9 Pero tú no seas irracional, como caballo o mulo
cuyo brío hay que domar con freno y bocado
antes de acercarse [a].
10 Los malvados sufren muchas penas,
al que confía en el Señor su lealtad lo protege.
11 Alegraos, los honrados, gozad con el Señor;
aclamadlo, los hombres sinceros.

33 (32)

1 Aclamad, los honrados, al Señor,
que la alabanza es cosa de hombres buenos;
2 dad gracias al Señor con la cítara,
tocad en su honor el arpa de diez cuerdas;
3 cantadle un cántico nuevo
acompañando los vítores con bordones:
4 que la palabra del Señor es recta
y todas sus obras son duraderas;
5 él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra.
6 La palabra del Señor hizo el cielo;
el aliento de su boca, sus ejércitos;

a dudoso.

7 encierra en un odre las aguas marinas,
mete en un depósito el océano.
8 Tema al Señor la tierra entera,
tiemblen ante él los habitantes del orbe:
9 porque él lo dijo, y existió;
él lo mandó, y surgió.
10 El Señor deshace los planes de las naciones,
frustra los proyectos de los pueblos;
11 pero el plan del Señor dura siempre,
sus proyectos, de edad en edad.
12 Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
13 El Señor mira desde el cielo
fijándose en todos los hombres;
14 desde su morada observa
a todos los habitantes de la tierra:
15 él modeló cada corazón
y comprende todas sus acciones.
16 No vence el rey por su gran ejército,
no escapa el soldado por su mucha fuerza,
17 nada valen sus caballos para la victoria,
ni por su gran ejército se salva.
18 El Señor mira por sus fieles,
por los que esperan en su lealtad,
19 para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre.
20 Nosotros aguardamos al Señor,
que es nuestro auxilio y escudo;
21 con él se alegra nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos.
22 Que tu lealtad nos acompañe,
Señor, como lo esperamos de ti.

34 (33)

2 Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
3 yo me enorgullezco del Señor:
que lo escuchen los humildes y se alegren;
4 proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
5 Consulté al Señor y me respondió
librándome de todas mis ansias.
6 Contempladlo y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se sonrojará.
7 Si el afligido grita, el Señor lo oye
y lo salva de sus angustias;
8 el ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
9 Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el varón que se acoge a él.
10 Todos sus consagrados, respetad al Señor,

porque nada les falta a los que lo respetan;
11 los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada.
12 Venid, hijos, escuchadme,
os instruiré en el temor del Señor.
13 ¿Hay alguien que quiera vivir y desee pasar años prósperos?
14 Guarda tu lengua del mal, tus labios de la falsedad;
15 apártate del mal, obra el bien, busca la paz y corre tras ella.
16 Los ojos del Señor no se apartan de los honrados,
sus oídos atienden a sus gritos de auxilio;
17 el Señor se enfrenta con los malhechores
para borrar de la tierra su memoria.
18 Cuando uno clama, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias;
19 el Señor está cerca de los atribulados
y salva a los abatidos.
20 Por muchos males que sufra el honrado,
de todos lo libra el Señor;
21 él cuida de todos sus huesos,
y ni uno solo se le quebrará.
22 Pero la maldad da muerte al malvado
y los que odian al honrado serán castigados.
23 El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él.

35 (34)

1 Pleitea tú, Señor, con los que me ponen pleito,
combate tú con los que me combaten;
2 empuña el escudo y la adarga,
levántate y ven en mi auxilio;
3 blande la lanza y cierra el paso a los que me persiguen,
dime: «Yo soy tu victoria».
4 Sufran una derrota vergonzosa
los que me persiguen a muerte,
vuelvan la espalda con ignominia
los que traman mi daño;
5 sean paja frente al viento
cuando el ángel del Señor los desbarate;
6 sea su camino oscuro y resbaladizo
y que el ángel del Señor los persiga.
7 Porque sin motivo me escondían redes,
me abrían zanjas mortales;
8 que los sorprenda el desastre imprevisto,
que los enrede la red que escondieron
y caigan en la zanja que abrieron.
9 Y yo me alegraré con el Señor
gozando de su victoria;
10 todos mis miembros proclamarán:
«Señor, ¿quién como tú
que defiendes al débil del poderoso,
al débil y pobre del explotador?».

11 Se presentaban testigos violentos,
me interrogaban de cosas que ni sabía,
12 me pagaban mal por bien, dejándome desamparado.
13 Yo, en cambio, cuando estaban enfermos,
me vestía de sayal,
me mortificaba con ayunos,
y lo que pedía a Dios lo recogía.
14 Como por un amigo o un hermano andaba triste,
cabizbajo y sombrío como quien llora a una madre.
15 Pero cuando yo tropecé, se alegraron,
se juntaron, se juntaron contra mí;
me golpeaban por sorpresa, me desgarraban sin parar,
16 cruelmente se burlaban de mí, rechinando los dientes de odio.
17 Señor, ¿cuándo vas a fijarte?
Defiende mi vida de su furia,
mi único bien, de los leones,
18 y te daré gracias en la gran asamblea,
te alabaré entre la multitud del pueblo.
19 Que no canten victoria mis enemigos traidores,
que no se hagan guiños a mi costa los que me odian sin razón;
20 traman engaños, no viven en paz
ni con la gente pacífica;
21 se ríen de mí a carcajadas diciendo:
«Ja, ja, con nuestros ojos lo hemos visto».
22 Señor, tú lo has visto, no te calles;
Señor, no te quedes a distancia;
23 despierta, levántate, Dios mío;
Señor mío, defiende mi causa.
24 Júzgame tú según tu justicia;
Señor, Dios mío, que no triunfen de mí;
25 que no piensen: «¡Qué bien! Lo que queríamos»,
que no digan: «Nos lo hemos tragado».
26 Sufran una derrota afrentosa
los que se alegran de mi desgracia,
queden cubiertos de vergüenza y oprobio
los que se envalentonaban contra mí.
27 Que canten y se alegren
los que desean mi victoria;
los que desean la paz a tu siervo
repitan siempre: «¡Grande es el Señor!»,
28 y musitarán mis labios todo el día
alabando tu justicia.

36 (35)

2 El malvado escucha en su interior
un oráculo del pecado:
«No tengo miedo a Dios ni en su presencia».
3 Porque se hace la ilusión de que su culpa
no será descubierta ni aborrecida.
4 Sus palabras son maldad y traición,
renuncia a ser sensato y obrar bien;

5 acostado planea el crimen,
se obstina en el mal camino,
no rechaza la maldad.
6 Señor, tu lealtad llega al cielo,
tu fidelidad hasta las nubes,
7 tu justicia es como las altas cordilleras,
tus juicios son un océano inmenso.
Tú, Señor, socorres a hombres y animales,
8 ¡qué inapreciable es tu lealtad, oh Dios!
Los humanos se acogen a la sombra de tus alas,
9 se nutren de la enjundia de tu casa,
les das a beber del torrente de tus delicias.
10 Porque en ti está la fuente viva
y tu luz nos hace ver la luz.
11 Prolonga tu lealtad con los que te reconocen,
tu justicia con los hombres sinceros.
12 Que no me pisotee el pie del soberbio,
que no me destierre la mano del malvado.
13 Han fracasado los malhechores,
derribados no se pueden levantar.

37 (36)

1 No te exasperes por los malvados,
no envidies a los inicuos:
2 se secarán pronto, como la hierba,
como el césped verde se agostarán.
3 Confía en el Señor y haz el bien,
habita tu tierra y cultiva la fidelidad;
4 será el Señor tu delicia,
y te dará lo que pide tu corazón.
5 Encomienda tu camino al Señor,
confía en él, y él actuará:
6 hará tu rectitud como el amanecer,
tu derecho, como el mediodía.
7 Descansa en el Señor y espera en él,
no te exasperes por el que triunfa
empleando la intriga;
8 cohíbe la ira, reprime el coraje,
no te exasperes, y no obrarás mal;
9 porque los que obran mal son excluidos,
pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra.
10 Aguarda un momento: ya no está el malvado;
fíjate en su sitio: ya no está ahí;
11 mientras los sufridos poseerán la tierra
y disfrutarán de paz abundante.
12 El malvado intriga contra el honrado,
rechina los dientes contra él;
13 pero el Señor se ríe de él,
porque ve que le llega la hora.
14 Los malvados desenvainan la espada,
asestan el arco

para abatir a pobres y humildes,
para asesinar a los honrados;
15 pero su espada les atravesará el corazón,
sus arcos se romperán.
16 Mejor es ser honrado con poco
que ser malvado en la opulencia;
17 pues al malvado se le romperán los brazos,
pero al honrado lo sostiene el Señor.
18 El Señor vela por los días de los buenos,
y su herencia durará siempre;
19 no se agostarán en tiempo de sequía,
en tiempo de hambre se saciarán;
20 Pero los malvados perecerán,
los enemigos del Señor
se marchitarán como la belleza de un prado [a],
como humo se disiparán.
21 El malvado pide prestado y no devuelve,
el honrado se compadece y perdona.
22 Los que el Señor bendice poseen la tierra,
los que él maldice son excluidos.
23 El Señor asegura los pasos del hombre,
se ocupa de sus caminos;
24 aunque tropiece, no caerá:
el Señor lo tiene de la mano.
25 Fui joven, ya soy viejo:
nunca he visto a un justo abandonado
ni a su linaje mendigando el pan.
26 A diario se compadece y da prestado,
bendita será su descendencia.
27 Apártate del mal y haz el bien,
y siempre tendrás una casa;
28 porque el Señor ama lo que es justo
y no abandona a sus adictos,
los guarda siempre;
pero la estirpe de los malvados se extinguirá;
29 los honrados poseerán la tierra,
la habitarán por siempre jamás.
30 La boca del honrado habla sabiamente,
su lengua dice lo que debe:
31 porque lleva en el corazón la ley de su Dios
y sus pasos no vacilan.
32 El malvado espía al honrado
e intenta darle muerte;
33 pero el Señor no lo entrega en sus manos,
no deja que lo condenen en el juicio.
34 Confía en el Señor, sigue su camino:
él te levantará a poseer la tierra
y verás la expulsión de los malvados.
35 Vi a un malvado que se jactaba,
que prosperaba como cedro frondoso;

a o: como lo mejor de un carnero.

36 volví a pasar, y ya no estaba;
lo busqué, y no lo encontré.
37 Observa al hombre íntegro, fíjate en el recto:
el hombre cabal tiene un porvenir;
38 los impíos serán aniquilados en masa,
el porvenir de los malvados quedará truncado.
39 El Señor es quien salva a los honrados,
es su alcázar en el peligro;
40 el Señor los protege y los libra,
los libra de los malvados y los salva,
porque se acogen a él.

38 (37)

2 Señor, no me reprendas con ira, no me corrijas con cólera;
3 tus flechas se me han clavado, tu mano pesa sobre mí;
4 no hay parte ilesa en mi carne, a causa de tu furor;
no me queda un hueso sano, a causa de mis pecados;
5 mis culpas sobrepasan mi cabeza, son un peso superior a mis fuerzas;
6 mis llagas están podridas y supuran, debido a mi insensatez;
7 voy encorvado y encogido, todo el día camino sombrío,
8 tengo las espaldas ardiendo, no hay parte ilesa en mi carne;
9 estoy agotado y deshecho, me ruge y me brama el corazón.
10 Señor mío, mis ansias están en tu presencia,
no se te ocultan mis gemidos;
11 siento palpitar mi corazón, me abandonan las fuerzas
y me falta hasta la luz de los ojos.
12 Mis amigos, mis compañeros, mis parientes,
por mi dolencia se mantienen a distancia;
13 me tienden lazos los que atentan contra mí,
los que me quieren mal anuncian desgracias
y todo el día propalan calumnias.
14 Pero yo me hago el sordo y no oigo; me hago el mudo, no abro la
15 soy como uno que no oye y no puede replicar. [boca;
16 En ti, Señor, espero, y tú me escucharás, Señor, Dios mío;
17 esto pido: que no se alegren por mi causa,
que cuando resbale mi pie no canten triunfo.
18 Porque yo estoy a punto de caer y mi pena no se aparta de mí.
19 Yo confieso mi culpa, me aflige mi pecado.
20 Mis enemigos mortales son poderosos,
son muchos los que me aborrecen sin razón,
21 los que me pagan males por bienes,
los que me atacan cuando procuro el bien.
22 No me abandones, Señor, Dios mío, no te quedes lejos;
23 ven aprisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación.

39 (38)

2 Yo me dije: vigilaré mi proceder, para que no se me vaya la lengua;
pondré una mordaza a mi boca mientras el malvado esté frente
3 Guardé silencio resignado, me contuve inútilmente, [a mí.

4 mi herida empeoró, el corazón me ardía por dentro;
pensándolo me requemaba, hasta que solté la lengua.
5 Señor, dame a conocer mi fin y cuál es la medida de mis años,
que comprenda lo caduco que soy.
6 Me concediste un palmo de vida, mis días son nada ante ti;
el hombre no dura más que un soplo,
7 el hombre se pasea como un fantasma, por un soplo se afana,
atesora sin saber para quién.
8 Y ahora, Señor, ¿qué aguardo? Mi esperanza eres tú;
9 líbrame de mis iniquidades, no me hagas la burla de los necios.
10 Enmudezco, no abro la boca, porque eres tú quien lo ha hecho.
11 Aparta de mí tus golpes, que el ímpetu de tu mano me acaba.
12 Escarmientas al hombre castigando su culpa;
como una polilla roes sus tesoros,
el hombre no es más que un soplo.
13 Escucha, Señor, mi oración; haz caso de mis gritos de auxilio,
no seas sordo a mis llantos, porque yo soy huésped tuyo,
forastero como todos mis padres.
14 Aplácate, dame respiro, antes de que pase y no exista.

40 (39)

2 Yo esperaba con ansia al Señor:
Se inclinó y oyó mi grito de auxilio;
3 me levantó de la fosa fatal, de la charca fangosa;
afianzó mis pies sobre roca y aseguró mis pasos;
4 me puso en la boca un canto nuevo de alabanza a nuestro Dios.
Muchos al verlo quedaron sobrecogidos y confiaron en el Señor.
5 Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor
y no acude a los idólatras, que se extravían con engaños.
6 Cuántas maravillas has hecho, Señor, Dios mío;
cuántos planes en favor nuestro: nadie se te puede comparar.
Intento decirlas y contarlas, pero superan todo número.
7 Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
8 entonces yo digo: «Aquí estoy»,
9 porque está prescrito en el libro que cumpla tu voluntad.
Dios mío, lo quiero, llevo tu ley en las entrañas.
10 He proclamado que eres justo ante la gran asamblea,
no he cerrado los labios; Señor, tú lo sabes.
11 No me he guardado en el pecho tu defensa,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu lealtad y fidelidad ante la gran asamblea.
12 Tú, Señor, no me cierres tus entrañas,
que tu lealtad y fidelidad me guarden siempre,
13 porque me cercan desgracias sin cuento,
se me echan encima mis culpas y no puedo huir;
son más que los pelos de mi cabeza, y me falta el valor.
14 Dios mío, dígnate librarme; Señor, date prisa en socorrerme;
15 sufran una derrota ignominiosa los que me persiguen a muerte,

vuelvan la espalda afrentados los que traman mi daño;
16 queden mudos de vergüenza los que se ríen de mí.
17 Alégrense y gocen contigo todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»,
los que desean tu salvación;
18 yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor cuida de mí;
tú eres mi auxilio y mi liberación: Dios mío, no tardes.

41 (40)

2 Dichoso el que cuida del desvalido,
en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor.
3 El Señor lo guardará y lo conservará en vida
para que sea dichoso en la tierra,
y no lo entregará a la saña de sus enemigos.
4 El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor,
calmará los dolores de su enfermedad.
5 Yo dije: «Señor, ten misericordia,
sáname, porque he pecado contra ti».
6 Mis enemigos me maldicen:
«¡Cuándo se morirá y se acabará su apellido!».
7 El que viene a verme habla con fingimiento,
disimula su mala intención,
y cuando sale afuera, la dice.
8 Mis adversarios se reúnen a murmurar contra mí,
9 hacen cálculos siniestros: «Padece un mal sin remedio,
se acostó para no levantarse».
10 Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba
y que compartía mi pan, es el primero en traicionarme.
11 Pero tú, Señor, apiádate de mí,
haz que pueda levantarme para darles su merecido.
12 En esto conozco que me amas: en que mi enemigo no canta victoria.
13 A mí, en cambio, me conservas la salud,
me mantienes siempre en tu presencia.

*

14 ¡Bendito el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre!
Amén, amén [a].

42-43 (41-42) [b]

2 Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío;
3 tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?
4 Las lágrimas son mi pan noche y día,
mientras todo el día me repiten: «¿Dónde está tu Dios?».

a Verso añadido para cerrar la colección primera de salmos.
b Estos dos no forman más que un solo salmo.

5 Recordando otros tiempos desahogo mi alma:
cómo entraba en el recinto y me postraba hacia el santuario,
entre cantos de júbilo y acción de gracias,
en el bullicio de la fiesta.
6 *¿Por qué te acongojas, alma mía; por qué te me turbas?*
Espera en Dios, que volverás a darle gracias:
«Salud de mi rostro, Dios mío».
7 Cuando mi alma se acongoja, te recuerdo,
desde el Jordán y el Hermón y el Monte Menor.
8 Una sima grita a otra sima con voz de cascadas:
tus torrentes y tus olas me han arrollado.
9 De día el Señor me hará misericordia,
de noche cantaré la alabanza del Dios de mi vida.
10 Diré a Dios: «Roca mía, ¿por qué me olvidas?,
¿por qué voy andando sombrío, hostigado por mi enemigo?».
11 Mis adversarios se burlan del quebranto de mis huesos,
todo el día me preguntan: «¿Dónde está tu Dios?».
12 *¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas?*
Espera en Dios, que volverás a darle gracias:
«Salud de mi rostro, Dios mío».
43,1 Hazme justicia, oh Dios, defiende mi causa contra gente desleal,
sálvame del hombre traidor y malvado.
2 Tú eres mi Dios y protector, ¿por qué me rechazas?,
¿por qué voy andando sombrío, hostigado por mi enemigo?
3 Envía tu luz y tu verdad: que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada,
4 y me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi gozo y alegría,
te daré gracias al son de la cítara, Dios, Dios mío.
5 *¿Por qué te acongojas, alma mía; por qué te me turbas?*
Espera en Dios, que volverás a darle gracias:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

44 (43)

2 Oh Dios, nuestros oídos lo oyeron,
nuestros padres nos lo han contado:
la obra que realizaste en sus días,
antaño, con tus propias manos.
3 Desposeíste a los paganos y los plantaste a ellos,
trituraste naciones y los hiciste crecer a ellos.
4 Porque no fue su espada la que ocupó la tierra
ni su brazo el que les dio la victoria,
sino tu diestra y tu brazo y la luz de tu rostro,
porque tú los amabas.
5 Mi rey y mi Dios eres tú, que das la victoria a Jacob.
6 Con tu auxilio embestimos al enemigo,
en tu nombre pisoteamos al agresor;
7 pues yo no confío en mi arco ni mi espada me da la victoria;
8 tú nos das la victoria sobre el enemigo
y derrotas a nuestros adversarios.
9 Dios ha sido siempre nuestro orgullo,
y siempre te daremos gracias.

10 Ahora, en cambio, nos rechazas y nos avergüenzas
y ya no sales, Señor, con nuestras tropas:
11 nos haces retroceder ante el enemigo,
y nuestro adversario nos saquea;
12 nos entregas como ovejas a la matanza,
y nos has dispersado por las naciones.
13 Vendes a tu pueblo por nada, no lo tasas muy alto.
14 Nos haces el escarnio de nuestros vecinos,
irrisión y burla de los que nos rodean.
15 Nos has hecho el refrán de los paganos,
nos hacen muecas las naciones.
16 Tengo siempre delante mi deshonra
y la vergüenza me cubre la cara,
17 al oír insultos e injurias,
al ver a mi rival y a mi enemigo.
18 Todo esto nos sucede sin haberte olvidado
ni haber violado tu alianza,
19 sin que nos volviéramos atrás
ni se desviaran de tu senda nuestros pasos;
20 y tú nos trituraste, nos deslomaste,
nos envolviste en tinieblas.
21 Si hubiéramos olvidado el nombre de nuestro Dios
y extendido las manos a un Dios extraño,
22 ¿no lo habría averiguado Dios,
él que penetra los secretos del corazón?
23 Por tu causa continuamente sufrimos degüellos,
nos tratan como a ovejas de matanza.
24 ¡Despierta, Señor! ¿Por qué duermes?
¡Levántate, no nos rechaces más!
25 ¿Por qué nos escondes tu rostro
y olvidas nuestra desgracia y opresión?
26 Nuestro aliento se hunde en el polvo,
nuestro vientre está pegado al suelo.
27 ¡Levántate a socorrernos, redímenos por tu lealtad!

45 (44) [a]

2 Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey:
mi lengua es ágil pluma de escribano.
3 Eres el más bello de los hombres,
de tus labios fluye la gracia,
porque Dios te bendice para siempre.
4 Cíñete al flanco la espada, valiente: es tu gala y tu orgullo;
5 cabalga victorioso, por la verdad y la justicia,
tu diestra te enseñe a realizar proezas.
6 Tus flechas son agudas, se te rinden ejércitos,
se acobardan los enemigos del rey.
7 Tu trono, como el de un dios, permanece para siempre;
cetro de rectitud es tu cetro real.

a Texto difícil, traducción dudosa.

8 Amas la justicia y odias la maldad;
por eso, entre todos tus compañeros, el Señor, tu Dios,
te ha ungido con perfume de fiesta.
9 A mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos,
y en la sala de los marfiles te festejan las arpas.
10 Hijas de reyes salen a tu encuentro,
de pie a tu derecha está la reina,
enjoyada con oro de Ofir.
11 Escucha, hija, mira: presta oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna:
12 prendado está el rey de tu belleza,
ríndele homenaje, que él es tu señor.
13 La ciudad de Tiro viene con regalos,
los magnates buscan tu favor.
14 Con todos los honores penetra la princesa,
vestida de tisú de oro y brocados;
15 la llevan hasta el rey; un séquito de vírgenes
16 entra detrás de ella; las llevan entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real.
17 «A cambio de tus padres, tendrás hijos,
que nombrarás príncipes por toda la tierra».
18 Quiero hacer memorable tu nombre por generaciones y generaciones,
y los pueblos te darán gracias por los siglos de los siglos.

46 (45)

2 Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza,
poderoso defensor en el peligro;
3 por eso no tememos aunque cambie la tierra
y los montes se desplomen en el mar.
4 Que hiervan y bramen sus olas,
que sacudan los montes con su furia:
El Señor de los ejércitos está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.
5 El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios,
el Altísimo consagra su morada.
6 Teniendo a Dios en medio, no vacila;
Dios la socorre al despuntar la aurora.
7 Los pueblos se amotinan, los reyes se rebelan,
pero él lanza su trueno y se tambalea la tierra.
8 *El Señor de los ejércitos está con nosotros,*
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.
9 Venid a ver las obras del Señor,
los prodigios que hace en la tierra:
10 pone fin a la guerra hasta el extremo del orbe,
rompe los arcos, quiebra las lanzas,
prende fuego a los escudos.
11 «Rendíos, reconoced que yo soy Dios:
más alto que los pueblos, más alto que la tierra».
12 *El Señor de los ejércitos está con nosotros,*
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

47 (46)

2 Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo,
3 porque el Señor es sublime y terrible, emperador de toda la tierra.
4 El nos somete los pueblos y nos sojuzga las naciones;
5 él nos escogió nuestra heredad: el orgullo de Jacob, su amado.
6 Dios asciende entre aclamaciones, el Señor, al son de trompetas:
7 tañed para Dios, tañed, tañed para nuestro rey, tañed;
8 porque Dios es el rey del mundo: tañed con maestría.
9 Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado:
10 los príncipes paganos se reúnen con el pueblo del Dios de Abrahán;
porque de Dios son los grandes de la tierra, y él es excelso.

48 (47)

2 Grande es el Señor, y muy digno de alabanza
en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo.
3 Altura hermosa, alegría de toda la tierra
es el monte Sión, vértice del cielo, capital del gran rey.
4 Entre sus palacios, Dios descuella como un alcázar.
5 Mirad: los reyes se aliaron para atacarla juntos;
6 pero al verla, quedaron aterrados y huyeron despavoridos;
7 allí los agarró un temblor y dolores como de parto;
8 como viento del desierto que destroza las naves de Tarsis.
9 Lo que habíamos oído lo hemos visto
en la ciudad del Señor de los ejércitos,
en la ciudad de nuestro Dios:
que Dios la ha fundado para siempre.
10 Oh Dios, meditamos tu lealtad en medio de tu templo:
11 como tu renombre, oh Dios, tu alabanza
llega al confín de la tierra:
12 tu diestra está llena de justicia: el monte Sión se alegra,
las ciudades de Judá gozan con tus juicios.
13 Dad la vuelta en torno a Sión, contando sus torreones;
14 fijaos en sus baluartes, observad sus palacios;
para poder decirle a la próxima generación:
15 «Así es Dios, nuestro Dios eterno, nuestro guía perpetuo».

49 (48)

2 Oíd esto, todas las naciones;
escuchadlo, habitantes del orbe:
3 plebeyos y nobles, ricos y pobres.
4 Mi boca hablará sabiamente
y serán sensatas mis reflexiones;
5 prestaré oído al proverbio
y propondré mi enigma al son de la cítara.
6 ¿Por qué habré de temer los días aciagos,
cuando me cerquen y acechen los malvados
7 que confían en su opulencia

y se jactan de sus inmensas riquezas,
8 si nadie puede salvarse ni dar a Dios un rescate?
9 Es tan caro el rescate de la vida, que nunca les bastará
10 para vivir perpetuamente, sin bajar a la fosa.
11 Mirad: los sabios mueren
lo mismo que perecen los ignorantes y necios,
y legan sus riquezas a extraños.
12 El sepulcro es su morada perpetua y su casa de edad en edad,
aunque hayan dado nombre a países.
13 El hombre no perdura en la opulencia,
sino que perece como los animales.
14 Este es el camino de los confiados,
el destino de los hombres satisfechos:
15 son un rebaño para el abismo, la Muerte es su pastor,
y bajan derechos a la tumba;
se desvanece su figura, y el Abismo es su casa.
16 Pero a mí Dios me saca de las garras del Abismo
y me arrebata.
17 No te preocupes si se enriquece un hombre
y aumenta el fasto de su casa:
18 cuando muera, no se llevará nada,
su fasto no bajará con él.
19 Aunque en vida se felicitaba: «Ponderan lo bien que lo pasas»,
20 irá a reunirse con sus antepasados,
que no verán nunca la luz.
21 El hombre opulento e inconsciente
es como animal que perece.

50-51 (49-50) [a]

1 El Dios de dioses, el Señor, habla:
convoca la tierra de oriente a occidente.
2 Desde Sión, dechado de belleza, Dios resplandece:
3 viene nuestro Dios y no callará.
Lo precede fuego voraz, lo rodea tempestad violenta.
4 Desde lo alto convoca cielo y tierra
para entrar en juicio con su pueblo:
5 «Congregadme a mis fieles que sellaron mi pacto con un sacrificio».
6 Proclame el cielo su inocencia,
que Dios en persona viene a juicio.
7 «Escucha, pueblo mío, que voy a hablarte; Israel,
voy a dar testimonio contra ti —yo, Dios, tu Dios—.
8 No te reprocho por tus sacrificios,
pues a diario me presentas tus holocaustos.
9 Pero no aceptaré un novillo de tu casa
ni un macho cabrío de tu rebaño,
10 pues todas las fieras agrestes son mías,
y hay miles de bestias en mis montes;
11 conozco todos los pájaros del cielo,
tengo a mano todas las alimañas.

a Conviene leer estos dos salmos como una unidad litúrgica.

12 Si tuviera hambre, no te lo diría,
pues el orbe y lo que encierra es mío.
13 ¿Comeré yo carne de toros,
beberé sangre de machos cabríos?
14 Sea tu sacrificio a Dios confesar tu pecado,
cumple tus votos al Altísimo,
15 e invócame el día del peligro:
yo te libraré y tú me darás gloria».
16 Dios dice al pecador:
«¿Por qué recitas mis preceptos
y tienes siempre en la boca mi alianza,
17 tú que detestas mi corrección
y te echas a la espalda mis mandatos?
18 Cuando ves un ladrón, corres con él,
te mezclas con los adúlteros;
19 sueltas la lengua para el mal,
tu boca urde el engaño;
20 te sientas a hablar contra tu hermano,
deshonras al hijo de tu madre:
21 esto haces, ¿y me voy a callar?, ¿crees que soy como tú?
Te acusaré, te lo echaré en cara».
22 Atención los que olvidáis a Dios,
no sea que os destroce sin remedio;
23 confesar el pecado es sacrificio que me honra,
al que se enmiende lo haré gozar de la salvación divina.

51,3 Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa.
4 Lava del todo mi delito, limpia mi pecado,
5 pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado.
6 Contra ti, contra ti solo pequé, cometí lo que tú repruebas.
Tus argumentos te darán la razón, del juicio resultarás inocente.
7 Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.
8 Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría.
9 Purifícame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.
10 Anúnciame el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
11 Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa.
12 Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
13 no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu;
14 devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con tu espíritu generoso.
15 Enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.
16 ¡De delitos de sangre líbrame, oh Dios;
Dios, salvador mío! Y aclamará mi lengua tu rectitud.
17 Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

18 Los sacrificios no te satisfacen,
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
19 Sacrificio para Dios es un espíritu quebrantado,
un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios, no lo desprecias.
20 Dígnate, Señor, favorecer a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
21 entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

52 (51)

3 ¿Por qué te glorías de la maldad
y te envalentonas contra el piadoso?
4 Estás todo el día maquinando injusticias,
tu lengua es navaja afilada, autor de fraudes;
5 prefieres el mal al bien, la mentira a la honradez;
6 te gustan las palabras corrosivas, lengua embustera.
7 Pues Dios te destruirá para siempre,
te abatirá y te barrerá de tu tienda;
arrancará tus raíces del suelo vital.
8 Lo verán los honrados y temerán, y se reirán de él:
9 «Mirad al valiente que no puso en Dios su apoyo,
confió en sus muchas riquezas, se insolentó en sus crímenes».
10 Pero yo, como verde olivo, en la casa de Dios,
confío en la lealtad de Dios por siempre jamás.
11 Te daré siempre gracias, porque has actuado;
proclamaré delante de tus fieles: «¡Tú sí que eres bueno!».

53 (52) = 14 (13)

2a Piensa el necio: «No hay Dios».
3 El Señor observa desde el cielo a los hijos de Adán,
para ver si hay alguno sensato que busque a Dios.
2b Se corrompen cometiendo execraciones,
no hay quien obre el bien.
4 Todos se extravían igualmente obstinados,
no hay uno que obre bien, ni uno solo.
5 —Pero ¿no aprenderán los malhechores
que devoran a mi pueblo como pan y no invocan al Señor?
6 Pues tendrán que temblar,
porque Dios desbarata las fuerzas del agresor,
y serán derrotados porque Dios los rechaza.
7 ¡Ojalá venga de Sión la salvación de Israel!
Cuando el Señor cambie la suerte de su pueblo,
se alegrará Jacob, hará fiesta Israel.

54 (53)

3 Oh Dios, sálvame por tu honor, sal por mí con tu poder.
4 Oh Dios, escucha mi súplica, atiende a mis palabras;

5 porque unos extranjeros se alzan contra mí,
y hombres violentos me persiguen a muerte sin contar con Dios.
6 Pero Dios es mi auxilio, el Señor me sostiene.
7 Devuelve tú su maldad a mis contrarios,
y destrúyelos por tu fidelidad.
8 Te ofreceré un sacrificio voluntario
dándote gracias, Señor, porque eres bueno,
9 cuando me libres del peligro
y vea la derrota de mis enemigos.

55 (54)

2 Dios mío, escucha mi oración, no te cierres a mi súplica,
3 hazme caso y respóndeme: me agitan mis ansiedades.
4 Me turba la voz del enemigo, los gritos del malvado:
descargan sobre mí calamidades y me atacan con furia;
5 se me retuercen dentro las entrañas, me sobrecoge un pavor mortal,
6 me asalta el temor y el terror, me cubre el espanto;
7 y pienso: «¡Quién me diera alas de paloma para volar y posarme!
8 Emigraría lejos, habitaría en el desierto,
9 me pondría en seguida a salvo de la tormenta,
10 del huracán que devora, Señor, del torrente de sus lenguas».
Veo en la ciudad violencias y discordias,
11 día y noche hacen la ronda de las murallas;
en su recinto hay crímenes e injusticias,
12 en su interior calamidades,
no se apartan de sus calles la crueldad y el engaño.
13 Si mi enemigo me injuriase, lo aguantaría;
si mi adversario se alzase contra mí, me escondería de él;
14 pero eres tú, mi camarada, mi amigo y confidente,
15 a quien me unía una dulce intimidad:
entre el bullicio paseábamos en la casa de Dios.
16 Que los sorprenda la muerte, que bajen vivos al abismo,
pues la maldad anida entre ellos.
17 Pero yo invoco a Dios, y el Señor me salva:
18 a la tarde, a la mañana, al mediodía, me quejo gimiendo
y Dios me escucha; en la guerra que me hacen
19 tantos contra mí, Dios me redime y me da paz.
20 Dios me escucha, los humilla el que reina desde siempre,
porque no quieren enmendarse ni temen a Dios.
21 Levantan la mano contra su aliado, violando los pactos;
22 su boca es más blanda que la manteca, pero desean la guerra;
sus palabras son más suaves que el aceite, pero son puñales.
23 Encomienda a Dios tus afanes, que él te sustentará,
no permitirá jamás que el justo caiga.
24 Tú, Dios mío, los harás bajar a ellos a la fosa profunda.
Los traidores y sanguinarios no cumplirán
ni la mitad de sus años; pero yo confío en ti.

56 (55) [a]

2 Piedad, Dios mío, que me atacan y me acosan
resollando todo el día;
3 resuellan mis enemigos todo el día;
cuántos me atacan y se alzan contra mí.
4 Cuando siento miedo, confío en ti.
5 *Me glorío de la promesa de Dios, en Dios confío y no temo,*
¿qué podrá hacerme un mortal?
6 Continuamente me hieren sus palabras y piensan sólo en mi daño,
7 se ponen a espiarme, acechan mis pasos, me están aguardando.
8 Resérvalos para el desastre, oh Dios,
derriba con ira a los pueblos.
9 Anota en tu libro mi vida errante,
recoge mis lágrimas en tu odre.
10 Que retrocedan mis enemigos cuando te invoco,
y así sabré que eres mi Dios.
11 *Me glorío de la promesa de Dios,*
me glorío de la promesa del Señor,
12 *en Dios confío y no temo, ¿qué podrá hacerme un hombre?*
13 Te debo, Dios mío, los votos que hice,
los cumpliré con acción de gracias,
14 porque libraste mi vida de la muerte, mis pies de la caída;
para que camine en presencia de Dios, en la luz de los que viven.

57 (56)

2 Piedad, Dios mío; piedad, que me refugio en ti;
me refugio a la sombra de tus alas, mientras pasa la calamidad.
3 Invoco al Dios Altísimo, al Dios que hace tanto por mí.
4 Desde el cielo me enviará la salvación,
dejará sin resuello a mis enemigos, enviando su firme lealtad.
5 Estoy echado entre leones que devoran hombres;
sus dientes son lanzas y flechas; su lengua es puñal afilado.
6 *¡Elévate sobre el cielo, Dios mío, y llene la tierra tu gloria!*
7 Han tendido una red a mis pasos, para que sucumbiera;
me han cavado delante una fosa, pero han caído en ella.
8 Me siento animoso, Dios mío, me siento animoso,
9 voy a cantar y a tañer: «Despierta, gloria mía;
despertad, cítara y arpa; despertaré a la aurora».
10 Te daré gracias ante los pueblos, Señor;
tañeré para ti ante las naciones;
11 por tu lealtad, que llega hasta el cielo;
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes.
12 *¡Elévate sobre el cielo, Dios mío, y llene la tierra tu gloria!*

58 (57)

2 ¿Es verdad, poderosos, que dais sentencias justas,
que juzgáis rectamente a los hombres?

a Texto bastante dudoso.

3 ¡No! Que ya por dentro cometéis la injusticia
y calculáis qué violencia ejecutar en la tierra [a].
4 Se extravían los malvados desde el vientre materno,
los mentirosos se pervierten desde que nacen:
5 llevan veneno como las serpientes,
son víboras sordas que cierran el oído,
6 para no oír la voz del encantador experto en echar conjuros.
7 Oh Dios, rómpeles los dientes en la boca;
quiebra, Señor, los colmillos a los leones;
8 que se derritan como agua que se escurre,
que se marchiten como hierba pisoteada;
9 sean como babosa que se deslíe al andar,
como aborto que no llega a ver el sol.
10 Que los arrebaten desprevenidos las breñas,
las fieras, el incendio [b].
11 Y goce el honrado viendo la venganza,
bañe sus pies en la sangre de los malvados;
12 y comenten los hombres: «El honrado cosecha su fruto,
porque hay un Dios que hace justicia en la tierra».

59 (58)

2 Líbrame de mi enemigo, Dios mío,
protégeme de mis agresores;
3 líbrame de los malhechores,
sálvame de los hombres sanguinarios.
4 Mira, hombres crueles me acechan emboscados,
sin que yo haya pecado ni faltado, Señor;
5 sin culpa mía, avanzan para acometerme.
Despierta, ven a mi encuentro, mira:
6 tú, el Señor, Dios de los ejércitos, el Dios de Israel,
levántate y castiga a los paganos,
no tengas piedad de los traidores.
7 *Vuelven por la tarde, ladran como perros,*
merodean por la ciudad.
8 Mira cómo sueltan la lengua, sus labios son puñales:
«¿Quién nos oye?».
9 Pero tú, Señor, te ríes de ellos,
haces burla de los insolentes.
10 Estoy velando contigo, fuerza mía,
porque tú, oh Dios, eres mi alcázar;
11 que tu lealtad se adelante, oh Dios,
y me haga ver la derrota del enemigo.
12 Dales muerte, Dios mío, para que mi pueblo no lo olvide:
dispérsalos y derríbalos con tu potencia,
Señor, escudo nuestro.
13 Queden prendidos en su insolencia, en el pecado de su boca,
en las palabras de sus labios,
en las mentiras y maldiciones que profieren.
14 Que tu cólera los acabe, que los acabe sin dejar rastro:

a dudoso. *b* Traducción conjetural.

para que se sepa que Dios gobierna a Jacob
y hasta el confín de la tierra.
15 *Vuelven por la tarde, ladran como perros,*
merodean por la ciudad,
16 dan vueltas buscando comida,
y hasta que no se hartan, van gruñendo.
17 Pero yo cantaré tu fuerza, por la mañana aclamaré tu lealtad,
porque has sido mi alcázar y mi refugio en el peligro,
18 y tañeré en tu honor, fuerza mía,
porque tú eres mi alcázar, mi Dios leal.

60 (59)

3 Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas,
airado te apartaste de nosotros;
4 has sacudido y agrietado el país,
repara sus grietas, que se desmorona;
5 hiciste sufrir un desastre a tu pueblo,
dándonos a beber un vino de vértigo;
6 da una bandera a tus fieles para que se agrupen frente a los arcos;
7 para que se salven tus predilectos,
respóndenos con tu mano salvadora.
8 Dios habló en su santuario:
«Triunfante repartiré Siquén, parcelaré el Valle de Cabañas,
9 mío es Galaad, mío Manasés, Efraín es yelmo de mi cabeza,
10 Judá es mi cetro, Moab una jofaina para lavarme,
sobre Edom echo mi sandalia, sobre Filistea canto victoria».
11 Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte,
quién me conducirá a Edom,
12 si tú, oh Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas?
13 Auxílianos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es inútil.
14 Con Dios haremos proezas,
él pisoteará a nuestros enemigos.

61 (60)

2 Dios mío, escucha mi clamor, atiende a mi súplica.
3 Te invoco desde el confín de la tierra con el corazón abatido:
4 llévame a una roca inaccesible, porque tú eres
mi refugio y mi bastión contra el enemigo.
5 Habitaré siempre en tu morada,
refugiado al amparo de tus alas,
6 porque tú, oh Dios, escucharás mis votos
y me darás la heredad de los que te veneran.
7 Añade días a los días del rey,
que sus años alcancen varias generaciones;
8 que reine siempre en presencia de Dios,
que tu lealtad y fidelidad le hagan guardia.
9 Yo tañeré siempre en tu honor,
e iré cumpliendo mis votos día tras día.

62 (61)

2 Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación;
3 *sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré.*
4 ¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre todos juntos,
para derribarlo como a una pared que cede
o a una tapia ruinosa?
5 Sólo piensan en derribarme de mi altura,
y se complacen en la mentira:
con la boca bendicen, con el corazón maldicen.
6 Descansa sólo en Dios, alma mía, porque él es mi esperanza;
7 *sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré.*
8 De Dios viene mi salvación y mi gloria,
él es mi roca firme, Dios es mi refugio.
9 Pueblo suyo, confiad siempre en él,
desahogad ante él vuestro corazón,
que Dios es nuestro refugio.
10 Los hombres no son más que un soplo, los nobles son apariencia:
todos juntos en la balanza subirían más leves que un soplo.
11 No confiéis en la opresión, no pongáis ilusiones en el robo;
y aunque crezcan vuestras riquezas, no les deis el corazón.
12 Dios ha dicho una cosa, y dos cosas que he escuchado:
13 «Que tú, Dios, tienes el poder; tú, Señor, la lealtad,
que tú pagas a cada uno según sus obras».

63 (62)

2 Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi garganta tiene sed de ti, mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agotada, sin agua.
3 ¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria!
4 Tu lealtad vale más que la vida, te alabarán mis labios;
5 toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote.
6 me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.
7 Si en el lecho me acuerdo de ti y velando medito en ti,
8 es que fuiste mi auxilio; a la sombra de tus alas
9 canto con júbilo; mi aliento está pegado a ti,
y tu diestra me sostiene.
10 Pero los que buscan mi perdición
bajarán a lo profundo de la tierra;
11 serán entregados a la espada
y echados como pasto a las raposas.
12 Y el rey se alegrará con Dios,
se felicitarán los que juran por tu nombre,
cuando tapen la boca a los mentirosos.

64 (63)

2 Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento,
protege mi vida del terrible enemigo;

3 escóndeme de la conjura de los perversos
y del motín de los malhechores.
4 Afilan sus lenguas como puñales
y disparan como flechas palabras venenosas,
5 para acribillar a escondidas al inocente,
para herirlo por sorpresa y sin riesgo.
6 Se animan al delito, calculan cómo esconder trampas,
y dicen: «¿Quién lo descubrirá?».
7 Inventan maldades y ocultan sus invenciones,
porque su mente y su corazón no tienen fondo.
8 Pero Dios los acribilla a flechazos,
por sorpresa los cubre de heridas;
9 su misma lengua los lleva a la ruina,
y los que lo ven menean la cabeza.
10 Todo el mundo se atemoriza, proclama la intervención de Dios
y medita su obra.
11 El honrado se alegra con el Señor, se refugia en él
y se felicitan los hombres sinceros.

65 (64)

2 Oh Dios, tú mereces un himno en Sión
3 y a ti se te cumplen los votos, porque tú escuchas las súplicas;
4 a ti acude todo mortal, a causa de sus culpas;
nuestros delitos nos abruman, pero tú los perdonas.
5 Dichoso el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.
6 Con portentos de justicia nos respondes,
Dios, Salvador nuestro;
tú, esperanza del confín de la tierra y del océano remoto;
7 tú, que afianzas los montes con tu fuerza, ceñido de poder;
8 tú, que reprimes el estruendo del mar, el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.
9 Los habitantes del extremo del orbe se sobrecogen ante tus signos,
y a las puertas de la aurora y del ocaso las llenas de júbilo.
10 Tú cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua, preparas sus trigales,
11 así la preparas: riegas los surcos, igualas los terrones,
tu llovizna los deja esponjosos, bendices sus brotes;
12 coronas el año con tus bienes,
tus carriles rezuman abundancia;
13 rezuman los pastos del páramo y las colinas se orlan de alegría;
14 las praderas se cubren de rebaños y los valles
se visten de mieses que aclaman y cantan.

66 (65)

1 Aclamad a Dios, tierra entera, tañed en su honor,
2 alabad su gloria;

3 decid a Dios: ¡Qué temibles son tus acciones,
ante tu inmenso poder tus enemigos se rinden!
4 Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor,
que toquen para ti.
5 Venid a ver las acciones de Dios,
sus temibles proezas en favor de los hombres:
6 transformó el mar en tierra firme, a pie atravesaron el río;
7 vamos a festejarlo: con su poder gobierna eternamente,
sus ojos vigilan a las naciones,
para que no se subleven los rebeldes.
8 Bendecid, pueblos, a nuestro Dios; haced resonar sus alabanzas,
9 porque él nos ha devuelto la vida
y no dejó que tropezaran nuestros pies.
10 Oh Dios, nos pusiste a prueba,
nos refinaste como refinan la plata,
11 nos empujaste a la trampa, nos echaste a cuestas un fardo:
12 nos los pusiste a cabalgar encima,
pasamos por fuego y por agua, pero nos has dado respiro.
13 Entraré en tu casa con víctimas para cumplir mis votos:
14 los que pronunciaron mis labios
y prometió mi boca en el peligro.
15 Te ofreceré víctimas cebadas, te quemaré carneros,
inmolaré vacas y cabras.
16 Fieles de Dios, venid a escuchar;
os contaré lo que ha hecho conmigo:
17 a él gritó mi boca, y lo ensalzó mi lengua.
18 Si hubiera tenido yo mala intención
19 el Señor no me habría escuchado; pero Dios me escuchó
y atendió a mi súplica.
20 Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica
ni me retiró su favor.

67 (66)

2 Dios tenga piedad y nos bendiga, muéstrenos su rostro radiante:
3 conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación.
4 *¡Oh Dios, que te den gracias los pueblos,*
que todos los pueblos te den gracias!
5 Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.
6 *¡Oh Dios, que te den gracias los pueblos,*
que todos los pueblos te den gracias!
7 La tierra ha dado su cosecha,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
8 Que Dios nos bendiga; que lo teman
hasta los confines del orbe.

68 (67)

2 Se levanta Dios y se dispersan sus enemigos,
huyen de su presencia los que lo odian;

3 como la bruma se disipa, se disipan ellos;
como se derrite la cera ante el fuego,
así perecen los malvados ante Dios.
4 En cambio, los justos se alegran,
gozan en la presencia de Dios, rebosando de alegría.
5 Cantad a Dios, tañed en su honor,
allanad el camino del que cabalga por el desierto,
se llama El Señor; celebrad su presencia:
6 padre de huérfanos, defensor de viudas.
Dios vive en su santa morada,
7 Dios prepara casa a los desvalidos,
saca con bien a los cautivos; sólo los rebeldes
se quedan en la tierra abrasada.
8 Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo
y avanzabas por el desierto,
9 la tierra tembló, el cielo se derramó,
ante Dios, el Dios del Sinaí;
ante Dios, el Dios de Israel.
10 Derramaste en tu heredad una lluvia generosa,
oh Dios, aliviaste la tierra extenuada;
11 y tu rebaño habitó en la tierra que tu bondad,
oh Dios, preparó para los pobres.
12 El Señor pronuncia un oráculo,
millares pregonan la alegre noticia:
13 «Los reyes, los ejércitos van huyendo, van huyendo,
¿vais a descansar en los apriscos mientras en las tiendas
14 se reparte botín: alas de paloma plateadas,
plumas con destellos de oro;
15 mientras el Todopoderoso dispersa reyes,
como una nevada en el Monte Umbrío?».
16 Las montañas de Basán son altísimas,
las montañas de Basán son escarpadas:
17 ¿por qué tenéis envidia, montañas escarpadas,
del monte codiciado por Dios para habitar,
morada perpetua del Señor?
18 Los carros de Dios son miles y miles:
Dios marcha del Sinaí al santuario.
19 Subiste a la cumbre llevando cautivos,
te dieron tributo de hombres: los que se resistían
a que el Señor Dios tuviera una morada.
20 Bendito el Señor cada día,
Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación.
21 Nuestro Dios es un Dios que salva,
el Señor Dios nos hace escapar de la muerte.
22 Dios aplasta las cabezas de sus enemigos,
los cráneos de los que han incurrido en reato.
23 Dice el Señor: «Los traeré desde Basán,
los traeré desde el fondo del mar;
24 bañarás tus pies en la sangre del enemigo,
y los perros la lamerán con sus lenguas».
25 Aparece tu cortejo, oh Dios, el cortejo
de mi Dios, de mi Rey, hacia el santuario.

26 Al frente marchan los cantores;
los últimos, los tañedores de arpa;
en medio, las muchachas van tocando panderos.
27 «En la asamblea bendecid a Dios,
al Señor, en la reunión de Israel».
28 Va delante Benjamín, el más pequeño, y con sus tropeles,
los príncipes de Judá, los príncipes de Zabulón,
los príncipes de Neftalí.
29 Oh Dios, despliega tu poder; tu poder,
oh Dios, que actúa en favor nuestro.
30 A tu templo de Jerusalén traigan los reyes su tributo.
31 Reprime a la Fiera del Cañaveral, al tropel de los Toros,
a los Novillos de los pueblos [a];
que se te rindan con lingotes de plata,
dispersa a las naciones belicosas;
32 lleguen los magnates de Egipto,
Etiopía extienda sus manos a Dios.
33 Reyes de la tierra, cantad a Dios, tañed para el Señor,
34 que cabalga por el cielo, el cielo antiquísimo,
que lanza su voz, su voz poderosa:
35 «Reconoced el poder de Dios».
Sobre Israel resplandece su majestad y su poder sobre las nubes.
36 Desde el santuario Dios impone reverencia:
es el Dios de Israel quien da fuerza y poder a su pueblo.
¡Dios sea bendito!

69 (68)

2 Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello:
3 me estoy hundiendo en un cieno profundo y no puedo hacer pie;
me he adentrado en aguas hondas, me arrastra la corriente.
4 Estoy agotado de gritar, tengo ronca la garganta;
se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios.
5 Más que los pelos de mi cabeza son los que me odian sin razón;
más duros que mis huesos los que me atacan injustamente.
¿Es que voy a devolver lo que no he robado?
6 Dios mío, tú conoces mi ignorancia, no se te ocultan mis deudas;
7 que por mi causa no queden defraudados
los que esperan en ti, Señor de los ejércitos;
que por mi causa no se avergüencen
los que te buscan, Dios de Israel.
8 Por ti he aguantado afrentas,
la vergüenza cubrió mi rostro.
9 Soy un extraño para mis hermanos,
un extranjero para los hijos de mi madre;
10 porque me devora el celo de tu templo,
y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí.
11 Cuando me aflijo con ayunos, se burlan de mí;
12 cuando me visto de sayal, se ríen de mí;
13 sentados a la puerta cuchichean,
mientras beben vino me sacan coplas.

a Títulos emblemáticos de jefes enemigos.

14 Pero mi oración se dirige a ti, Dios mío, en el momento propicio;
respóndeme por tu gran lealtad, por tu fidelidad que salva;
15 arráncame del cieno, que no me hunda; líbrame
de los que me aborrecen y de las aguas sin fondo.
16 Que no me arrastre la corriente,
que no me trague el torbellino,
que no se cierre la poza sobre mí.
17 Respóndeme, Señor, con tu lealtad insigne,
por tu gran compasión vuélvete hacia mí;
18 no escondas tu rostro a tu siervo:
estoy en peligro, respóndeme en seguida.
19 Acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos:
20 estás viendo mi afrenta, mi vergüenza y mi deshonra,
a tu vista están los que me acosan;
21 la afrenta me destroza el corazón y desfallezco.
Espero compasión, y no la hay;
consoladores, y no los encuentro.
22 En mi comida me echaron veneno,
para mi sed me dieron vinagre.
23 Que su mesa se vuelva una trampa, sus manjares un lazo;
24 que sus ojos se nublen y no vean,
que su espalda siempre flaquee.
25 Descarga sobre ellos tu furor,
que los alcance el incendio de tu ira;
26 que sus terrenos se vuelvan un desierto,
que nadie habite en sus tiendas;
27 porque persiguen al que tú has herido,
cuentan las llagas del que tú has lacerado.
28 Págales delito a delito, exclúyelos de tu amnistía,
29 sean borrados del registro de los vivos,
no sean inscritos con los honrados.
30 Yo soy un pobre malherido,
Dios mío, tu acción salvadora sea mi baluarte.
31 Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias;
32 le agradará a Dios más que un toro,
más que un novillo con cuernos y pezuñas.
33 Miradlo, los humildes, y alegraos;
los que buscáis a Dios, cobrad ánimo.
34 Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos;
35 alábenlo el cielo y la tierra,
las aguas y cuanto bulle en ellas.
36 Dios salvará a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá,
y las habitarán en posesión.
37 La estirpe de sus siervos la heredará,
los que lo aman vivirán en ella.

70 (69) = 40,14-18

2 Dios mío, dígnate librarme; Señor, date prisa en socorrerme;
3 sufran una derrota ignominiosa los que me persiguen a muerte,

vuelvan la espalda afrentados los que traman mi daño;
4 que se retiren avergonzados los que se ríen de mí.
5 Alégrense y gocen contigo todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor» los que desean tu salvación;
6 yo soy pobre y desgraciado, Dios mío, apresúrate,
que tú eres mi auxilio y mi liberación: Señor, no tardes.

71 (70)

1 A ti, Señor, me acojo:
que no sufra yo una derrota definitiva;
2 tú, que eres justo, líbrame y ponme a salvo,
3 préstame oído y sálvame; sé tú mi roca de refugio
siempre accesible; da la orden de salvarme,
porque mi peña y mi alcázar eres tú.
4 Dios mío, líbrame de la mano perversa,
del puño criminal y violento;
5 porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
6 En el vientre materno ya me apoyaba en ti;
en el seno tú me sostenías, siempre he confiado en ti.
7 Muchos me miraban como a un milagro,
porque tú eres mi fuerte refugio.
8 Llena estaba mi boca de tu alabanza y de tu gloria todo el día.
9 No me rechaces ahora en la vejez;
cuando me faltan las fuerzas, no me abandones;
10 porque mis enemigos hablan de mí,
los que acechan mi vida celebran consejo;
11 dicen: «Dios lo ha abandonado;
perseguidlo, agarradlo, que nadie lo defiende».
12 Dios mío, no te quedes a distancia;
Dios mío, ven aprisa a socorrerme.
13 Que fracasen y se pierdan los que atentan contra mi vida,
queden cubiertos de oprobio y vergüenza
los que buscan mi daño.
14 Yo, en cambio, seguiré esperando, redoblaré tus alabanzas;
15 mi boca hablará de tu justicia, todo el día de tu salvación.
16 Aunque no sé expresarme, entraré en tu fortaleza;
a proclamar, Señor, que sólo tú eres justo.
17 Dios mío, me instruiste desde mi juventud,
y hasta hoy relato tus maravillas;
18 ahora, en la vejez y las canas no me abandones, Dios mío,
hasta que describa tu brazo a la nueva generación;
19 tu fortaleza, tu victoria excelsa, las hazañas que realizaste:
oh Dios, ¿quién como tú?
20 Me hiciste pasar por peligros, muchos y graves;
me harás revivir alzándome de las simas de la tierra;
21 acrecerás mi dignidad, de nuevo me consolarás;
22 y yo te daré gracias, Dios mío, con el arpa, por tu lealtad;
tañeré para ti la cítara, Santo de Israel;
23 te aclamarán mis labios, Señor, y mi aliento que tú redimiste;

24 mi lengua todo el día hablará de tu justicia,
porque fueron derrotados y afrentados los que buscaban mi daño.

72 (71)

1 Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes:
2 para que rija a tu pueblo con justicia,
a tus humildes con rectitud.
3 Que los montes traigan paz para tu pueblo y los collados justicia;
4 que él defienda a los humildes del pueblo,
socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador.
5 Que dure tanto como el sol, como la luna de edad en edad;
6 que baje como lluvia sobre el césped,
como llovizna que empapa la tierra;
7 que en sus días florezca la justicia
y la paz hasta que falte la luna;
8 que domine de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra;
9 que en su presencia se inclinen los beduinos,
que sus enemigos muerdan el polvo;
10 que los reyes de Tarsis y de las islas le paguen tributo,
que los reyes de Sabá y Arabia le ofrezcan sus dones,
11 que se postren ante él todos los reyes
y que todos los pueblos le sirvan;
12 porque él librará al pobre que pide auxilio,
al afligido que no tiene protector;
13 él se apiadará del pobre y del indigente,
y salvará la vida de los pobres;
14 él vengará sus vidas de la violencia,
su sangre será preciosa a sus ojos.
15 Que viva y que le traigan el oro de Sabá,
que recen por él continuamente y lo bendigan todo el día.
16 Que abunden las mieses del campo
y ondeen en lo alto de los montes;
que den fruto como el Líbano
y broten las espigas como hierba del campo;
17 que su nombre sea eterno, y su fama dure como el sol:
que para bendecirse se deseen su dicha todos los pueblos
y lo feliciten todas las razas de la tierra.

*

18 Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
el único que hace maravillas;
19 Bendito por siempre su nombre glorioso,
que su gloria llene la tierra. ¡Amén, amén! [a].

73 (72)

1 «Qué bueno es Dios para el honrado,
el Señor para los limpios de corazón».

a Los versos 18-19 fueron añadidos para cerrar la colección segunda de salmos.

2 Pero yo por poco doy un mal paso, casi resbalaron mis pisadas:
3 porque envidiaba a los perversos viendo prosperar a los malvados.
4 Para ellos no hay sinsabores, están sanos y orondos;
5 no pasan las fatigas humanas ni sufren como los demás;
6 por eso su collar es el orgullo y los cubre un vestido de violencia;
7 sus ojos asoman entre las carnes
8 y les pasan fantasías por la mente; insultan y hablan con maldad,
y desde lo alto amenazan con la opresión;
9 su boca se atreve con el cielo y su lengua recorre la tierra;
10 por eso sus secuaces los siguen y se lo beben todo [a].
11 Ellos dicen: «¿Es que Dios lo va a saber,
se va a enterar el Altísimo?».
12 Así son los malvados: siempre seguros acumulan riquezas.
13 Entonces, ¿para qué he conservado la conciencia limpia
y he lavado mis manos en señal de inocencia?,
14 ¿para qué aguanto yo todo el día y me corrijo cada mañana?
15 Si yo dijera: «Voy a hablar como ellos»,
renegaría de la estirpe de tus hijos.
16 Meditaba yo para entenderlo, pero me resultaba difícil:
17 hasta que entré en el misterio de Dios
y comprendí el destino de ellos.
18 Es verdad: los pones en el resbaladero, los precipitas en la ruina;
19 en un momento causan horror
y consumidos de espanto acaban:
20 como un sueño al despertar, Señor,
como imágenes que se desprecian al levantarse.
21 Cuando mi corazón se agriaba y me punzaba mi interior,
22 yo era un necio y un ignorante, yo era un animal ante ti.
23 Pero yo siempre estaré contigo, tú agarras mi mano derecha,
24 me guías según tus planes, me llevas a un destino glorioso.
25 ¿A quién tengo yo en el cielo?
Contigo, ¿qué me importa la tierra?
26 Aunque se consuman mi espíritu y mi carne,
Dios es la roca de mi espíritu, mi lote perpetuo.
27 Sí, los que se alejan de ti se pierden,
tú destruyes a los que te son infieles.
28 Para mí lo bueno es estar junto a Dios,
hacer del Señor mi refugio y contar todas tus acciones.

74 (73)

1 ¿Por qué, oh Dios, nos tienes abandonados
y está ardiendo tu cólera contra las ovejas de tu rebaño?
2 Acuérdate de la comunidad que adquiriste antaño,
de la tribu que rescataste para poseerla,
del monte Sión donde pusiste tu morada.
3 Dirige tus pasos a estas ruinas sin remedio:
el enemigo ha arrasado del todo el santuario.
4 Rugían los agresores en medio de tu asamblea,
plantaron sus estandartes bien visibles.

a dudoso.

5 Como uno que a hachazos se abre paso por la maleza,
6 arrancaron los relieves, los destrozaron con martillos y mazas [a];
7 prendieron fuego a tu santuario,
derribaron y profanaron tu morada.
8 Proponían: ¡A todo su linaje, quemadlo;
a todas las asambleas de Dios en el país!
9 Ya no vemos estandartes nuestros, no nos queda ni un profeta,
ni uno que sepa hasta cuándo.
10 ¿Hasta cuándo, Dios mío, nos va a afrentar el enemigo?,
¿no cesará de despreciar tu nombre el adversario?
11 ¿Por qué retraes tu mano izquierda
y tienes tu derecha escondida en el pecho?
12 Pero tú, Dios mío, eres rey desde siempre,
tú ganaste la victoria en medio de la tierra;
13 tú hendiste con fuerza el mar,
rompiste la cabeza del dragón marino;
14 tú aplastaste la cabeza del Leviatán,
se la echaste en pasto a las bestias del mar.
15 Tú alumbraste manantiales y torrentes,
tú secaste ríos inagotables.
16 Tuyo es el día, tuya la noche,
tú colocaste la luna y el sol;
17 tú plantaste los linderos del orbe,
tú formaste el verano y el invierno.
18 Tenlo en cuenta, Señor, que el enemigo te ultraja,
que un pueblo insensato desprecia tu nombre;
19 no entregues a los buitres la vida de tu tórtola
ni olvides sin remedio la vida de tus pobres.
20 Piensa en tu alianza: que los rincones del país
están llenos de violencias;
21 que el oprimido no salga defraudado,
que pobres y afligidos alaben tu nombre.
22 Levántate, oh Dios, defiende tu causa:
recuerda los ultrajes continuos del insensato;
23 no olvides las voces de tus enemigos,
el tumulto creciente de los rebeldes contra ti.

75 (74)

2 Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias,
invocando tu nombre, contando tus maravillas.
3 «Cuando elija la ocasión, yo juzgaré rectamente.
4 Aunque tiemble la tierra con sus habitantes,
yo he afianzado sus columnas».
5 Digo a los jactanciosos: «No os jactéis»;
a los malvados: «No alcéis la testuz,
6 no alcéis la testuz contra el cielo,
no digáis insolencias contra la Roca».
7 No es el oriente ni el occidente,

a dudoso.

no es el desierto ni la montaña,
8 sólo Dios gobierna: a uno humilla, a otro ensalza.
9 El Señor tiene una copa en la mano,
un vaso lleno de vino drogado:
se lo hace beber hasta las heces
a todos los malvados de la tierra.
10 Pero yo siempre proclamaré tu grandeza
y tañeré para el Dios de Jacob:
11 derribaré el poder de los malvados
y se alzará el poder del honrado.

76 (75)

2 Dios se manifiesta en Judá, su fama es grande en Israel;
3 su albergue está en Jerusalén, su morada en Sión.
4 Allí quebró los relámpagos del arco,
el escudo, la espada y la guerra.
5 Tú eres deslumbrante, magnífico,
con montones de botín conquistado.
6 Los valientes duermen su sueño
y a los guerreros no les responden sus brazos.
7 Con un bramido, oh Dios de Jacob,
inmovilizaste carros y caballos.
8 Tú eres terrible: ¿quién resiste frente a ti, al ímpetu de tu ira?
9 Desde el cielo proclamas la sentencia:
de miedo se paraliza la tierra
10 cuando Dios se pone en pie para juzgar,
para salvar a los humildes de la tierra.
11 La cólera humana tendrá que reconocerte,
los que sobrevivan al castigo te rodearán.
12 Haced votos al Señor, vuestro Dios, y cumplidlos,
traigan los vasallos tributo al Temible:
13 él deja sin aliento a los príncipes
y es temible para los reyes del orbe.

77 (76)

2 Alzo mi voz gritando,
alzo mi voz a Dios para que me oiga.
3 En mi angustia te busco, Señor, Dios mío;
de noche rebullen mis manos sin descanso,
no se me calma el jadeo;
4 acordándome de Dios gimo y meditando me siento desfallecer;
5 mantengo desvelados los ojos,
pero la agitación no me deja hablar.
6 Repaso los tiempos antiguos, recuerdo los años remotos;
7 en la noche recuerdo mi cántico,
lo medito en mis adentros y mi espíritu indaga:
8 —¿Es que el Señor nos rechaza para siempre
y ya no volverá a favorecernos?
9 ¿Se ha agotado ya su misericordia,
se ha terminado para siempre su promesa?,

10 ¿es que Dios se ha olvidado de su bondad,
o la cólera cierra sus entrañas?
11 Y me digo: ¡Pobre de mí!,
no es la misma la diestra del Altísimo.
12 Recuerdo las proezas del Señor;
sí, recuerdo tus antiguos portentos,
13 medito todas tus obras, considero tus hazañas.
14 Dios mío, tus caminos son santos:
¿qué Dios es grande como nuestro Dios?
15 Tú, oh Dios, haciendo maravillas
mostraste tu poder a los pueblos;
16 con tu brazo rescataste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José.
17 Te vio el mar, oh Dios, te vio el mar y tembló,
las olas se estremecieron;
18 las nubes descargaban sus aguas, retumbaban los nubarrones,
tus saetas zigzagueaban;
19 rodaba el estruendo de tu trueno,
los relámpagos deslumbraban el orbe,
la tierra retembló estremecida:
20 tú te abriste camino por las aguas,
un vado por las aguas caudalosas,
y no quedaba rastro de tus huellas;
21 mientras guiabas a tu pueblo como a un rebaño,
por la mano de Moisés y de Aarón.

78 (77)

1 Escucha, pueblo mío, mi enseñanza;
prestad oído a las palabras de mi boca:
2 que voy a abrir la boca pronunciando sentencias,
dejando brotar viejas adivinanzas.
3 Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron,
4 no lo ocultaremos a sus hijos,
lo contaremos a la generación venidera:
las glorias del Señor, su poder, las maravillas que realizó.
5 Porque él hizo un pacto con Jacob dando leyes a Israel:
él mandó a nuestros padres que lo enseñaran a sus hijos,
6 para que lo supiera la generación venidera
y los hijos que nacieran después.
Que los descendientes se lo cuenten a sus hijos
7 para que pongan en Dios su confianza
y no olviden las acciones de Dios,
sino que guarden sus mandamientos;
8 para que no imiten a sus padres, generación rebelde y pertinaz;
generación de corazón inconstante, de espíritu infiel a Dios.
9 Los arqueros de la tribu de Efraín
volvieron la espalda en la batalla.
10 No guardaron la alianza de Dios,
se negaron a seguir su ley,
11 echando en olvido sus acciones,
las maravillas que les había mostrado,

12 cuando hizo portentos a vista de sus padres,
en Egipto, en la campiña de Soán:
13 hendió el mar para abrirles paso,
sujetando las aguas como muros;
14 los guiaba de día con una nube;
de noche, con el resplandor del fuego;
15 hendió la roca en el desierto,
y les dio a beber raudales de agua;
16 sacó arroyos de la peña,
hizo correr las aguas como ríos.
17 Pero ellos volvieron a pecar contra él,
y se rebelaron en el desierto contra el Altísimo:
18 tentaron a Dios en su corazón,
exigiendo una comida a su gusto;
19 hablaron contra Dios: «¿Podrá Dios
ponernos la mesa en el desierto?
20 Sí, él hirió la roca, brotó el agua y desbordaron los torrentes;
pero ¿podrá también darnos pan, proveer de carne a su pueblo?».
21 Lo oyó el Señor, y se indignó,
un incendio estalló contra Jacob,
hervía su cólera contra Israel;
22 porque no tenían fe en su Dios ni confiaban en su auxilio.
23 Pero dio orden a las altas nubes, abrió las compuertas del cielo:
24 hizo llover sobre ellos maná, les dio un trigo celeste,
25 y el hombre comió pan de ángeles,
les mandó provisiones hasta la hartura.
26 Soltó desde el cielo el viento de levante
y empujó con fuerza el viento sur;
27 hizo llover carne como una polvareda
y volátiles como arena del mar;
28 los hizo caer en mitad del campamento,
alrededor de sus tiendas.
29 Ellos comieron y se hartaron, así él satisfizo su avidez;
30 pero con la avidez recién saciada, con la comida aún en la boca,
31 la ira de Dios hirvió contra ellos:
mató a los más robustos, doblegó a la flor de Israel.
32 Y, con todo, volvieron a pecar
y no dieron fe a sus milagros;
33 entonces consumió sus días en un soplo,
sus años en un momento,
34 y cuando los hacía morir, lo buscaban,
y madrugaban para volverse hacia Dios;
35 se acordaban de que Dios era su roca;
el Dios Altísimo, su redentor.
36 Lo adulaban con su boca, le mentían con su lengua;
37 su corazón no era sincero con él ni eran fieles a su alianza.
38 El, en cambio, sentía lástima, perdonaba la culpa y no los destruía;
una y otra vez reprimió su cólera y no despertaba todo su furor;
39 recordando que eran de carne, un aliento fugaz que no torna.
40 ¡Qué rebeldes fueron en el desierto, enojando a Dios en la estepa!
41 Volvían a tentar a Dios, a irritar al Santo de Israel,
42 sin acordarse de aquella mano

que un día los rescató de la opresión:
43 cuando hizo prodigios en Egipto,
portentos en la campiña de Soán;
44 cuando convirtió en sangre los canales
y los arroyos para que no bebieran;
45 cuando les mandó tábanos que les picasen
y ranas que los hostigasen;
46 cuando entregó a la langosta sus cosechas
y al saltamontes el fruto de sus sudores;
47 cuando aplastó con granizo sus viñedos
y con escarcha sus higueras;
48 cuando entregó sus ganados al pedrisco
y al rayo sus rebaños;
49 cuando lanzó contra ellos el incendio de su ira,
su cólera, su furor, su indignación,
50 y despachando a los siniestros mensajeros,
dio curso libre a su ira:
no los salvó de la muerte,
entregó sus vidas a la peste;
51 cuando hirió a los primogénitos en Egipto,
a las primicias de la virilidad en las tiendas de Cam;
52 sacó como un rebaño a su pueblo,
los guió como un hato por el desierto;
53 los condujo seguros, sin alarmas,
mientras el mar cubría a sus enemigos;
54 los hizo entrar por las santas fronteras
hasta el monte que su diestra había adquirido;
55 les quitó de delante las naciones,
les asignó por suerte su heredad:
instaló en sus tiendas a las tribus de Israel.
56 Pero ellos tentaron a Dios Altísimo, y se rebelaron
negándose a guardar sus preceptos:
57 desertaron y traicionaron como sus padres,
fallaron como un arco engañoso;
58 con sus altozanos lo irritaban,
con sus ídolos provocaban sus celos.
59 Dios lo oyó y se indignó,
y rechazó totalmente a Israel;
60 abandonó su morada de Siló,
la tienda en que habitaba con los hombres;
61 abandonó sus valientes al cautiverio,
su orgullo a las manos enemigas;
62 entregó su pueblo a la espada,
encolerizado contra su heredad;
63 el fuego devoraba a los jóvenes
y para las novias no había requiebros;
64 los sacerdotes caían a espada
y sus viudas no los lloraban.
65 Pero el Señor se despertó como de un sueño,
como un soldado aturdido por el vino:
66 hirió al enemigo en la espalda,
infligiéndole una derrota definitiva.

67 Repudió las tiendas de José, no escogió la tribu de Efraín:
68 escogió la tribu de Judá y el monte de Sión, su preferido.
69 Construyó su santuario como el cielo,
como la tierra lo cimentó para siempre.
70 Escogió a David, su siervo,
lo sacó de los apriscos del rebaño;
71 de andar tras las ovejas, lo llevó a pastorear
a su pueblo, Jacob; a Israel, su heredad.
72 Los pastoreaba con todo empeño,
los guiaba con mano experta.

79 (78)

1 Dios mío, los paganos han invadido tu heredad,
han profanado tu santo templo,
han reducido Jerusalén a ruinas;
2 echaron los cadáveres de tus siervos
en pasto a las aves del cielo,
y la carne de tus fieles a las fieras de la tierra.
3 Derramaron su sangre como agua en torno a Jerusalén,
y nadie la enterraba.
4 Fuimos el escarnio de nuestros vecinos,
la irrisión y la burla de los que nos rodean.
5 ¿Hasta cuándo, Señor?, ¿vas a estar siempre enojado?,
¿van a arder como fuego tus celos?
6 Derrama tu furor sobre los pueblos que no te reconocen,
sobre los reyes que no invocan tu nombre:
7 porque han devorado a Jacob, han asolado sus casas.
8 No recuerdes contra nosotros las culpas de nuestros padres;
que tu compasión nos alcance en seguida, pues estamos agotados.
9 Socórrenos, Dios Salvador nuestro, por el honor de tu nombre;
líbranos y perdona nuestros pecados, por tu renombre.
10 ¿Por qué han de decir los paganos: «Dónde está tu Dios»?,
que a nuestra vista conozcan los paganos
la venganza de la sangre de tus siervos derramada.
11 Llegue a tu presencia el lamento del cautivo:
con tu brazo poderoso salva a los condenados a muerte;
12 y a nuestros vecinos págales siete veces
la afrenta con que te afrentaron, Señor.
13 Mientras nosotros, pueblo tuyo, ovejas de tu rebaño,
te daremos gracias siempre,
cantaremos tus glorias de generación en generación.

80 (79)

2 Pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como a un rebaño;
3 en tu trono de querubines resplandece
ante Efraín, Benjamín y Manasés;
4 despierta tu valor y ven a salvarnos:
¡Oh Dios, restáuranos,
muestra tu rostro radiante y nos salvaremos!

5 Señor, Dios de los ejércitos, ¿hasta cuándo te escondes en el humo
mientras tu pueblo te suplica?
6 Les diste a comer llanto, a beber lágrimas a tragos;
7 nos entregaste a las contiendas de nuestros vecinos,
nuestros enemigos se burlan de nosotros.
8 *¡Dios de los ejércitos, restáuranos,*
muestra tu rostro radiante y nos salvaremos!
9 Sacaste una vid de Egipto,
expulsaste a los paganos y la trasplantaste;
10 le preparaste el terreno y echó raíces hasta llenar el país;
11 su sombra cubría las montañas
y sus pámpanos los cedros altísimos;
12 extendió sus sarmientos hasta el mar
y sus brotes hasta el Gran Río.
13 ¿Por qué has abierto brecha en su cerca:
para que la vendimien los viandantes,
14 la pisoteen los jabalíes y sea pasto de las alimañas?
15 Dios de los ejércitos, vuélvete, mira desde el cielo,
fíjate, ven a inspeccionar tu viña,
16 la cepa que tu diestra plantó [a].
17 La han talado y le han prendido fuego:
con un bramido hazlos perecer.
18 Que tu mano proteja al que está a tu diestra,
al hombre a quien diste poder.
19 No nos alejaremos de ti; danos vida,
para que invoquemos tu nombre.
20 *¡Señor, Dios de los ejércitos, restáuranos,*
muestra tu rostro radiante y nos salvaremos!

81 (80)

2 Aclamad a Dios, nuestra fuerza, dad vítores al Dios de Jacob:
3 acompañad, tocad los panderos, las cítaras templadas
4 y las arpas; tocad la trompeta por la luna nueva,
por la luna llena, que es nuestra fiesta:
5 porque es una ley de Israel,
un precepto del Dios de Jacob,
6 un pacto hecho con José, al salir de Egipto.
Oigo un hablar que no entiendo:
7 —Retiré la carga de sus hombros,
y sus manos dejaron la espuerta.
8 Clamaste en la aflicción y te libré,
te respondí oculto entre los truenos,
te puse a prueba junto a la Fuente del Careo.
9 Escucha, pueblo mío, por lo que más quieras;
Israel, a ver si me escuchas:
10 «No tendrás un dios extraño, no adorarás un dios extranjero,
11 yo soy el Señor, Dios tuyo, que te saqué de Egipto:
pide por esa boca, que todo te lo daré».
12 Pero mi pueblo no me hizo caso; Israel no quiso obedecer:

a El hebreo repite aquí 18b.

13 los entregué a su corazón obstinado
para que siguiesen sus antojos.
14 Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino:
15 yo humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios;
16 los que aborrecen a tu Señor te adularían,
y su suerte quedaría fijada;
17 te alimentaría con flor de harina,
te saciaría de miel silvestre.

82 (81)

1 Dios se levanta en la asamblea divina,
rodeado de dioses juzga:
2 «¿Hasta cuándo daréis sentencias injustas
poniéndoos de parte del culpable?».
3 «Proteged al desvalido y al huérfano,
haced justicia al humilde y al necesitado,
4 defended al pobre y al indigente,
sacándolos de las manos del culpable».
5 No saben, no entienden, caminan a oscuras
y tiemblan los cimientos del orbe.
6 Yo declaro: «Aunque seáis dioses
e hijos del Altísimo todos,
7 moriréis como cualquier hombre,
caeréis como cualquier príncipe».
8 ¡Levántate, oh Dios, y juzga la tierra,
porque tú eres el dueño de todos los pueblos!

83 (82)

2 Señor, no te estés callado, en silencio e inmóvil, oh Dios;
3 mira que tus enemigos se agitan
y los que te odian levantan la cabeza;
4 traman planes contra tu pueblo,
se conjuran contra tus protegidos.
5 Dicen: «Vamos a aniquilarlos como nación,
que el nombre de Israel no se pronuncie más».
6 Están de acuerdo en la conjura, hacen liga contra ti:
7 los beduinos, idumeos, ismaelitas, moabitas y agarenos,
8 Biblos, Amón, Amalec, los filisteos con los tirios;
9 también los asirios se aliaron con ellos
y prestaron refuerzos a los hijos de Lot.
10 Trátalos como a Madián, como a Sísara,
como a Yabín, junto al torrente Quisón:
11 que fueron aniquilados en Fuendor
y sirvieron de estiércol para el campo.
12 Trata a sus príncipes como al Cuervo y al Lobo,
a sus capitanes como a Zebá y a Salmaná,
13 que arengaban: «Conquistemos las vegas ubérrimas».

14 Dios mío, vuélvelos hojarasca, vilanos frente al vendaval;
15 como fuego que prende en la maleza,
como incendio que abrasa los montes,
16 persíguelos así con tu tormenta,
atérralos con tu huracán.
17 Cúbreles el rostro de ignominia,
para que te busquen a ti, Señor;
18 abrumados de vergüenza para siempre,
perezcan derrotados;
19 y reconozcan que te llamas Señor,
que tú eres el Soberano de toda la tierra.

84 (83)

2 ¡Qué delicia es tu morada, Señor de los ejércitos!
3 Mi alma se consume anhelando los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo.
4 Hasta el gorrión ha encontrado una casa
y la golondrina un nido donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío.
5 Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre;
6 dichosos los que encuentran en ti su fuerza
y la esperanza de su corazón.
7 Cuando atraviesan el Valle Arido, beben de manantiales [a];
la lluvia temprana lo cubre de albercas.
8 Caminan de refugio en refugio hasta ver a Dios en Sión.
9 Señor, Dios de los ejércitos, escucha mi súplica;
atiéndeme, Dios de Jacob;
10 fíjate, oh Dios, en nuestro Escudo,
mira el rostro de tu Ungido.
11 Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir en la tienda del malvado.
12 Porque el Señor es sol y escudo, Dios concede favor y gloria.
El Señor no niega sus bienes a los de conducta intachable.
13 ¡Señor de los ejércitos, dichoso el hombre que confía en ti!

85 (84)

2 Señor, has sido bueno con tu tierra,
has cambiado la suerte de Jacob,
3 has perdonado la culpa de tu pueblo,
has sepultado todos sus pecados,
4 has reprimido tu cólera, has frenado el incendio de tu ira.
5 Restáuranos, Dios salvador nuestro,
calma tu enojo con nosotros,
6 ¿vas a estar siempre indignado
o a prolongar tu ira de edad en edad?,
7 ¿no vas a devolvernos la vida
para que tu pueblo se alegre contigo?

a dudoso.

8 Demuéstranos tu lealtad y danos tu salvación.
9 Voy a escuchar lo que dice el Señor:
«Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus adictos,
a los que recobran la esperanza».
10 La salvación está ya cerca de sus fieles
y la gloria habitará en nuestra tierra;
11 la lealtad y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan;
12 la fidelidad brota de la tierra
y la justicia mira desde el cielo.
13 El Señor nos dará la lluvia
y nuestra tierra dará su cosecha.
14 La justicia marchará ante él encaminando sus pasos.

86 (85)

1 Presta oído, Señor; escúchame, que soy un pobre desamparado;
2 protege mi vida, que soy un fiel tuyo;
salva a tu siervo, que confía en ti;
3 tú eres mi Dios, piedad de mí, Señor,
que te estoy llamando todo el día;
4 da alegría a tu siervo, que se dirige a ti, Señor,
5 porque tú eres bueno y perdonas,
eres misericordioso con los que te invocan.
6 Señor, escucha mi oración, atiende a mi súplica;
7 en el peligro te llamo, porque tú me escuchas.
8 No tienes igual entre los dioses, Señor,
ni hay obras como las tuyas.
9 Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia,
Señor, y a honrar tu nombre:
10 «Grande eres tú y haces maravillas, tú eres el único Dios».
11 Enséñame, Señor, tu camino para que siga tu fidelidad,
haz que mi corazón sin dividirse te respete.
12 Te daré gracias de todo corazón, Señor, Dios mío,
daré gloria a tu nombre por siempre,
13 por tu insigne misericordia conmigo,
porque me salvaste del abismo profundo.
14 Dios mío, unos soberbios se levantan contra mí,
una banda de insolentes atenta contra mi vida,
sin contar contigo.
15 Pero tú, Señor, Dios compasivo y piadoso,
paciente, misericordioso y fiel,
16 mírame, ten compasión de mí, da fuerza a tu siervo,
17 salva al hijo de tu esclava, dame una señal propicia,
que la vean mis adversarios y queden confusos,
porque tú, Señor, me ayudas y me consuelas.

87 (86)

1 ¡Sus cimientos están en un monte santo!
2 El Señor prefiere las puertas de Sión
a todas las moradas de Jacob.

3 ¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!
4 «Contaré a Egipto y a Babilonia entre mis fieles;
filisteos, tirios y etíopes han nacido allí».
5 Se dirá de Sión: «Uno por uno, todos han nacido en ella,
el Altísimo en persona la ha fundado».
6 El Señor escribirá en el registro de los pueblos:
«Este ha nacido allí»;
7 y cantarán mientras danzan:
«Todos mis manantiales están en ti».

88 (87)

2 Señor, Dios mío, de día te pido auxilio;
de noche grito en tu presencia;
3 llegue hasta ti mi súplica, presta oído a mi clamor.
4 Porque mi ánimo está colmado de desdichas
y mi vida está al borde del abismo;
5 ya me cuentan con los que bajan a la fosa,
soy como un inválido,
6 tengo mi cama entre los muertos,
como las víctimas que yacen en el sepulcro,
de los cuales ya no guardas memoria,
porque fueron arrancados de tu mano.
7 Me has colocado en lo hondo de la fosa,
en las tinieblas del fondo.
8 Tu cólera pesa sobre mí, me echas encima todas tus olas;
9 has alejado de mí a mis conocidos,
me has hecho repugnante para ellos:
encerrado, no puedo salir,
10 y los ojos, Señor, se me nublan de pesar.
Todo el día te estoy invocando, tendiendo las manos hacia ti.
11 ¿Harás tú maravillas por los muertos?,
¿se alzarán las sombras para darte gracias?,
12 ¿se anuncia en el sepulcro tu lealtad
o tu fidelidad en el reino de la muerte?,
13 ¿se conocen tus maravillas en la tiniebla
o tu justicia en el país del olvido?
14 Pero yo te pido auxilio, Señor,
por la mañana irá a tu encuentro mi súplica:
15 ¿por qué, Señor, me rechazas y me escondes tu rostro?
16 Desde niño fui desgraciado y enfermo,
17 me abruma tu terror y deliro, pasó sobre mí tu incendio,
tus espantos me han consumido;
18 me rodean como las aguas todo el día,
me envuelven todos a una.
19 Alejaste de mí amigos y compañeros:
mi compañía son las tinieblas.

89 (88)

2 Cantaré eternamente la lealtad del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades,

3 diciendo: «Perpetua es la lealtad que se construye en el cielo,
tu fidelidad está firme allí».
4 —Sellé una alianza con mi elegido jurando a David, mi siervo:
5 «Te fundaré un linaje perpetuo,
te construiré un trono perdurable».
6 El cielo proclama tus maravillas, Señor,
y tu fidelidad, la asamblea de los ángeles.
7 ¿Quién sobre las nubes se compara a Dios?,
¿quién como el Señor entre los dioses?
8 Dios es temible en el consejo de los ángeles,
es grande y terrible para toda su corte.
9 Señor, Dios de los ejércitos, ¿quién como tú?;
Señor poderoso, la fidelidad te ciñe.
10 Tú domeñas la soberbia del mar
y amansas la hinchazón del oleaje;
11 tú traspasaste y destrozaste a Rahab,
tu brazo potente desbarató al enemigo.
12 Tuyo es el cielo, tuya es la tierra,
tú cimentaste el orbe y cuanto contiene;
13 tú has creado el norte y el sur,
el Tabor y el Hermón aclaman tu nombre.
14 Tienes un brazo valeroso,
fuerte es tu izquierda y sublime tu derecha.
15 Justicia y derecho sostienen tu trono,
lealtad y fidelidad se colocan frente a ti.
16 Dichoso el pueblo que sabe aclamarte:
caminará, Señor, a la luz de tu rostro;
17 tu nombre es su gozo cada día, tu justicia es su orgullo.
18 Porque tú eres su honor y su fuerza,
y con tu favor, se yergue nuestro poder.
19 Porque el Señor es nuestro escudo
y el Santo de Israel es nuestro Rey.
20 Un día hablaste en visión a tus leales:
«He ceñido la corona a un héroe,
he levantado a un soldado de la tropa»;
21 encontré en David un siervo y lo he ungido con óleo sagrado;
22 para que mi mano esté siempre con él
y mi brazo lo haga valeroso;
23 no lo engañará el enemigo ni los malvados lo humillarán;
24 ante él machacaré a sus adversarios y heriré a los que lo odian.
25 Mi fidelidad y lealtad lo acompañarán,
con mi autoridad se erguirá su poder:
26 extenderé su izquierda hasta el mar
y su derecha hasta el Gran Río.
27 El me invocará: «Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora»,
28 y yo lo nombraré mi primogénito,
excelso entre los reyes de la tierra.
29 Le guardaré lealtad eterna y mi alianza con él será estable;
30 le daré una posteridad perpetua
y un trono duradero como el cielo.
31 «Si sus hijos abandonan mi ley y no siguen mis mandamientos,

32 si profanan mis preceptos y no guardan mis mandatos,
33 castigaré con la vara sus pecados y a latigazos sus culpas;
34 pero no les retiraré mi lealtad ni desmentiré mi fidelidad,
35 no violaré mi alianza ni cambiaré mis promesas.
36 Una vez juré por mi santidad
no faltar a mi palabra con David;
37 su linaje será perpetuo
y su trono como el sol en mi presencia,
38 como la luna que siempre permanece:
indicador sin fallo en el cielo».
39 Pero tú, encolerizado con tu ungido,
lo has rechazado y desechado;
40 has roto la alianza con tu siervo
y has profanado por los suelos su corona;
41 has abierto brecha en sus murallas
y derrocado sus fortalezas;
42 todo viandante la saquea y es la burla de sus vecinos;
43 has alzado la diestra de sus enemigos
y has dado el triunfo a sus adversarios;
44 pero a él le has torcido la hoja de la espada
y no lo has sostenido en la pelea;
45 has dejado que se contamine su cetro glorioso
y has derribado su trono;
46 has acortado los días de su juventud
y lo has cubierto de ignominia.
47 ¿Hasta cuándo, Señor, estarás escondido
y arderá como fuego tu cólera?
48 Recuérdalo: ¿es perpetua la vida?,
¿o has creado para nada a los hombres? [a].
49 ¿Qué hombre va a vivir sin ver la muerte,
quién sustraerá su vida a la garra del abismo?
50 ¿Dónde está, Señor, tu antigua lealtad,
lo que tu fidelidad juró a David?
51 Fíjate, Señor, en la afrenta de tus siervos:
lo que tengo que aguantar de las naciones,
52 cómo afrentan, Señor, tus enemigos,
cómo afrentan las huellas de tu ungido.

*

Bendito el Señor por siempre: amén, amén [b].

90 (89)

1 Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.
2 Antes que naciesen los montes
o fuera engendrado el orbe de la tierra,
desde siempre y por siempre tú eres Dios.
3 Tú reduces el hombre a polvo, diciendo:
«Retornad, hijos de Adán».

a dudoso.
b Aquí finaliza la tercera colección o serie de los salmos.

4 Para ti mil años son un ayer que pasó, una vela nocturna.
5 Acabas con ellos, son un sueño al amanecer [a],
se renuevan como la hierba:
6 por la mañana se renueva y florece,
por la tarde se seca y la siegan.
7 ¡Cómo nos ha consumido tu cólera
y nos ha trastornado tu indignación!
8 Pusiste nuestras culpas ante ti,
nuestros secretos ante la luz de tu mirada,
9 y todos nuestros días pasaron bajo tu cólera,
y nuestros años se acabaron como un suspiro.
10 Aunque uno viva setenta años y el más robusto hasta ochenta,
su afán es fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan.
11 ¿Quién conoce la vehemencia de tu ira,
quién ha sentido el peso de tu cólera?
12 Enséñanos a llevar buena cuenta de nuestros años
para que adquiramos un corazón sensato.
13 Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?,
ten compasión de tus siervos:
14 por la mañana sácianos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo,
15 danos alegría por los días en que nos afligiste,
por los años en que sufrimos desdichas.
16 Hágase visible tu acción a tus siervos,
y a sus hijos, tu gloria.
17 Baje hasta nosotros el favor del Señor, nuestro Dios,
y haz prosperar la obra de nuestras manos,
¡prospere la obra de nuestras manos!

91 (90)

1 Tú que habitas al amparo del Altísimo,
que vives a la sombra del Todopoderoso,
2 di al Señor: «Refugio mío, alcázar mío,
Dios mío, confío en ti».
3 El te librará de la red del cazador, de la peste funesta;
4 te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás,
su brazo [b] es escudo y armadura:
5 no temerás el espanto nocturno
ni la flecha que vuela de día,
6 ni la peste que se desliza en las tinieblas,
ni la epidemia que devasta a mediodía;
7 caerán a tu lado mil, diez mil a tu derecha,
a ti no te alcanzará.
8 Nada más mirar con tus ojos, verás la paga de los malvados,
9 porque hiciste del Señor tu refugio,
tomaste al Altísimo por defensa.
10 No se te acercará la desgracia
ni la plaga llegará hasta tu tienda,
11 porque a sus ángeles ha dado órdenes

a dudoso. *b* o: su fidelidad.

para que te guarden en tus caminos;
12 te llevarán en sus palmas
para que tu pie no tropiece en la piedra;
13 caminarás sobre chacales y víboras,
pisotearás leones y dragones.
14 «Porque me quiere, lo libraré; lo protegeré
porque me trata personalmente;
me invocará y lo escucharé;
15 con él estaré en el peligro, lo defenderé, lo honraré;
16 lo saciaré de largos días, le haré gozar de mi salvación».

92 (91)

2 Es bueno dar gracias al Señor
y tañer en tu honor, oh Altísimo;
3 proclamar por la mañana tu lealtad y de noche tu fidelidad,
4 con arpas de diez cuerdas y laúdes sobre arpegios de cítaras,
5 porque tus acciones, Señor, son mi alegría
y mi júbilo las obras de tus manos.
6 ¡Qué magníficas son tus obras, Señor;
qué profundos tus designios!
7 El ignorante no los entiende ni el necio los comprende.
8 Aunque broten como hierba los malvados
y florezcan los malhechores, serán destruidos para siempre.
9 Tú, en cambio, Señor, eres excelso por los siglos.
10 Sí, tus enemigos, Señor; sí, tus enemigos perecerán,
los malhechores se dispersarán;
11 pero yo alzo la cabeza como búfalo que sacude los cuernos,
estoy ungido con aceite fresco.
12 Cuando los malvados se alzan contra mí,
contemplo a mis enemigos y mis oídos escuchan:
13 «El honrado florecerá como palmera, se alzará
14 como cedro del Líbano plantado en la casa del Señor,
florecerá en los atrios de nuestro Dios;
15 en la vejez seguirá dando fruto
y estará lozano y frondoso;
16 proclamando que el Señor es recto,
que en mi Roca no existe la maldad».

93 (92)

1 El Señor reina, vestido de majestad;
el Señor, vestido y ceñido de poder:
así está firme el orbe y no vacila.
2 Tu trono está firme desde siempre y tú eres eterno.
3 Levantan los ríos, Señor,
levantan los ríos su voz,
levantan los ríos su fragor;
4 pero más que la voz de aguas caudalosas,
más potente que el oleaje del mar,
más potente en el cielo es el Señor.
5 Tus mandatos son eficaces, en tu casa reina la santidad,
Señor, por días sin término.

94 (93)

1 Dios justiciero, Señor, Dios justiciero, resplandece.
2 Levántate, juez de la tierra, paga su merecido a los soberbios.
3 ¿Hasta cuándo, Señor, los malvados,
hasta cuándo triunfarán los malvados?
4 Discursean profiriendo insolencias, se jactan los malhechores;
5 trituran, Señor, a tu pueblo, oprimen a tu heredad;
6 asesinan a viudas y emigrantes, degüellan a los huérfanos,
7 y comentan: «El Señor no lo ve, el Dios de Jacob no se entera».
8 Enteraos, los más insensatos; necios, ¿cuándo discurriréis?
9 El que plantó el oído, ¿no va a oír?;
el que formó el ojo, ¿no va a ver?;
10 el que educa a los pueblos, ¿no va a castigar?;
el que instruye al hombre, ¿no va a saber?
11 Sabe el Señor que los designios del hombre son insustanciales.
12 Dichoso el hombre a quien tú educas, al que enseñas tu ley, Señor,
13 dándole descanso tras los años duros,
mientras al malvado le cavan la fosa;
14 porque el Señor no rechaza a su pueblo ni abandona su heredad:
15 al inocente le harán justicia [a] y se irán con él los hombres sinceros.
16 ¿Quién se pone a mi favor contra los perversos,
quién se coloca a mi lado frente a los malhechores?
17 Si el Señor no me hubiera auxiliado,
ya estaría yo habitando en el silencio.
18 Cuando me parece que voy a tropezar,
tu lealtad, Señor, me sostiene;
19 y aunque se multipliquen mis preocupaciones,
tus consuelos son mi delicia.
20 ¿Podrá aliarse contigo un tribunal inicuo
que dicta injusticias en nombre de la ley?
21 Aunque atenten contra la vida del justo
y condenen a muerte al inocente,
22 el Señor será mi alcázar, mi Dios será mi roca de refugio.
23 El les pagará su iniquidad, los destruirá por sus maldades,
los destruirá el Señor, nuestro Dios.

95 (94)

1 Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva;
2 entremos a su presencia dándole gracias,
vitoreándolo al son de instrumentos.
3 Porque el Señor es un Dios grande,
soberano de todos los dioses:
4 tiene en su mano las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes;
5 suyo es el mar, porque él lo hizo;
la tierra firme, que modelaron sus manos.

dudoso.

6 Entrad, inclinados rindamos homenaje,
bendiciendo al Señor, Creador nuestro.
7 Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo,
el rebaño de su aprisco.
¡Ojalá le hagáis caso!:
8 «No endurezcáis el corazón como en Fuente del Careo,
como el día de La Prueba en el desierto:
9 cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron aunque habían visto mis obras».
10 Durante cuarenta años aquella generación me asqueó, y dije:
«Es un pueblo de corazón extraviado que no conoce mi camino;
11 por eso juro indignado que no entrarán en mi descanso».

96 (95)

1 Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor toda la tierra;
2 cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su victoria.
3 Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones:
4 porque es grande el Señor y muy famoso,
más temible que todos los dioses.
5 Pues los dioses de los paganos son apariencia,
mientras que el Señor ha hecho el cielo;
6 honor y majestad están en su presencia,
fuerza y esplendor en su templo.
7 Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
8 aclamad la gloria del nombre del Señor,
entrad en sus atrios trayéndole ofrendas;
9 postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia la tierra toda.
10 Decid a los pueblos: «El Señor es rey,
él afianzó el orbe, y no vacilará;
él gobierna a los pueblos rectamente».
11 Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
12 vitoreen las campiñas y cuanto hay en ellas,
aclamen los árboles silvestres delante del Señor,
13 que ya llega, ya llega a regir la tierra:
14 regirá el orbe con justicia y a los pueblos con fidelidad.

97 (96)

1 El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables.
2 Tiniebla y Nube lo rodean, Justicia y Derecho sostienen su trono.
3 Delante de él avanza Fuego abrasando en torno a los enemigos;
4 sus relámpagos deslumbran el orbe,
y viéndolos, la tierra se estremece;
5 los montes se derriten como cera ante el Señor,
ante el Señor de toda la tierra.

6 El cielo pregona su justicia
y todos los pueblos contemplan su gloria;
7 los que adoran estatuas se sonrojan
y los que ponen su orgullo en los ídolos.
Ante él se postran todos los dioses.
8 Lo oye Sión y se alegra, se regocijan los pueblos de Judá
9 por tus sentencias, Señor, porque tú eres, Señor,
altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses;
10 el Señor ama al que aborrece el mal,
protege la vida de sus fieles y los libra de los malvados.
11 Amanece la luz para el honrado
y la alegría para los hombres sinceros.
12 Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre

98 (97)

1 Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas:
2 su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo;
el Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
3 se acordó de su lealtad y fidelidad para con la casa de Israel;
los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
4 Aclamad al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tañed:
5 tañed la cítara para el Señor,
la cítara con los demás instrumentos:
6 con clarines y al son de trompetas aclamad al Rey y Señor.
7 Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;
8 aplaudan los ríos, aclamen los montes
al Señor que llega para regir la tierra.
9 Regirá el orbe con justicia y a los pueblos con rectitud.

99 (98)

1 El Señor reina, tiemblen las naciones,
sentado sobre querubines, vacile la tierra.
2 El Señor es grande en Sión,
encumbrado sobre todos los pueblos.
3 Reconozcan tu nombre, grande y terrible:
«*El es Santo*».
4 Reinas con poder y amas la justicia,
tú has establecido la rectitud;
tú administras la justicia y el derecho para Jacob.
5 Ensalzad al Señor, Dios nuestro,
postraos ante el estrado de sus pies:
«*El es Santo*».
6 Moisés y Aarón con sus sacerdotes,
Samuel con los que invocan su nombre,
invocaban al Señor y él respondía.

7 Dios les hablaba desde la columna de nubes,
cumplían sus órdenes y la ley que les dio.
8 Señor, Dios nuestro, tú les respondías,
tú eras para ellos un Dios de perdón
y un Dios vengador de sus maldades.
9 Ensalzad al Señor, Dios nuestro,
postraos ante su monte santo:
«*Santo es el Señor, nuestro Dios*».

100 (99)

1 Aclamad al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría,
2 entrad en su presencia con vítores.
3 Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo
y somos suyos, su pueblo y ovejas de su redil.
4 Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos, dándole gracias
y bendiciendo su nombre:
5 «El Señor es bueno, su lealtad es eterna,
su fidelidad es perpetua».

101 (100)

1 Voy a cantar la lealtad y la justicia,
para ti es mi música, Señor;
2 voy a explicar el camino perfecto:
quiero proceder en mi casa con recta conciencia;
¿cuándo vienes a mi casa?
3 No quiero ocuparme de asuntos indignos,
aborrezco las acciones criminales y no se me pegarán;
4 lejos de mí una conciencia torcida,
no quiero nada con la maldad;
5 al que en secreto difama a su prójimo lo haré callar;
ojos engreídos, mentes ambiciosas, no los soportaré;
6 escojo a gente de fiar para que vivan conmigo;
el que sigue un camino perfecto será mi servidor;
7 no habitará en mi casa quien cometa fraudes,
el que dice mentiras no durará en mi presencia;
8 cada mañana haré callar a los hombres malvados
para excluir de la Ciudad del Señor a todos los malhechores.

102 (101)

2 Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti;
3 no me escondas tu rostro en la desgracia;
préstame oído cuando te invoco, escúchame pronto.
4 Que mis días se desvanecen como humo,
mis huesos queman como brasas;
5 mi corazón está agostado como hierba,
me olvido de comer mi pan;
6 con la violencia de mis quejidos
se me pega la piel a los huesos.

7 Estoy como lechuza en la estepa, como búho entre ruinas;
8 estoy desvelado gimiendo, como pájaro sin pareja en el tejado.
9 Mis enemigos me insultan sin descanso,
furiosos contra mí me maldicen.
10 En vez de pan como ceniza, mezclo mi bebida con llanto;
11 por tu cólera y tu indignación,
porque me alzaste en vilo y me tiraste;
12 mis días son una sombra que se alarga,
me voy secando como la hierba.
13 Tú, en cambio, Señor, reinas siempre
y tu fama pasa de generación en generación.
14 Levántate y ten misericordia de Sión,
que ya es hora y tiempo de misericordia.
15 Tus siervos aman sus piedras, les duele hasta su polvo.
16 Los paganos temerán tu nombre; los reyes del mundo, tu gloria.
17 Cuando el Señor reconstruya a Sión y aparezca en su gloria,
18 y se vuelva a las súplicas de los indefensos,
y no desprecie sus peticiones,
19 quede esto escrito para la generación futura,
y el pueblo que será creado alabará al Señor:
20 que el Señor ha mirado desde su excelso santuario,
desde el cielo se ha fijado en la tierra,
21 para escuchar los lamentos de los cautivos
y librar a los condenados a muerte.
22 Para anunciar en Sión la fama del Señor
y alabarlo en Jerusalén,
23 cuando se reúnan unánimes los pueblos
y los reyes para dar culto al Señor.
24 El agotó mis fuerzas en el camino, acortó mis días;
25 yo dije: Dios mío, no me arrebates en la mitad de mis días,
tus años duran por todas las generaciones.
26 Al principio cimentaste la tierra
y el cielo es obra de tus manos;
27 ellos perecerán, tú permaneces, se gastarán como ropa,
serán como vestido que se muda.
28 Tú, en cambio, eres aquel cuyos años no acabarán.
29 Los hijos de tus siervos y su linaje
habitarán establemente en tu presencia.

103 (102)

1 Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior a su santo nombre.
2 Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios.
3 El perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades;
4 él rescata tu vida de la fosa
y te rodea con su misericordia y su cariño;
5 él sacia de bienes tus anhelos
y como la de un águila se renueva tu juventud.
6 El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos;
7 enseñó sus caminos a Moisés y sus hazañas a los israelitas.
8 El Señor es compasivo y clemente, paciente y misericordioso;
9 no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo.

10 No nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas;
11 como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
12 como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos;
13 como un padre siente cariño por sus hijos,
siente el Señor cariño por sus fieles;
14 porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro.
15 Los días del hombre duran lo que la hierba,
16 florecen como flor del campo, que el viento la roza
y ya no existe; el terreno no volverá a verla.
17 Pero la misericordia del Señor con sus fieles dura siempre,
su justicia pasa de hijos a nietos,
18 para los que guardan la alianza
y recitan y cumplen sus mandatos.
19 El Señor puso en el cielo su trono,
su soberanía gobierna el universo.
20 Bendecid al Señor, ángeles suyos,
poderosos ejecutores de sus órdenes,
prontos a cumplir su palabra.
21 Bendecid al Señor, ejércitos suyos,
servidores que cumplís sus deseos.
22 Bendecid al Señor, todas sus obras, en todo lugar de su imperio.
¡Bendice, alma mía, al Señor!

104 (103)

1 Bendice, alma mía, al Señor.
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
2 la luz te envuelve como un manto.
Despliegas el cielo como una tienda,
3 construyes tus salones sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las alas del viento;
4 los vientos te sirven de mensajeros,
el fuego llameante, de ministro.
5 Asentaste la tierra sobre sus cimientos,
y no vacilará jamás;
6 la cubriste con el manto del océano,
y las aguas asaltaron las montañas;
7 pero a tu bramido huyeron,
al fragor de tu trueno se precipitaron,
8 mientras subían los montes y bajaban los valles:
cada cual al puesto asignado.
9 Trazaste una frontera que no traspasarán
y no volverán a cubrir la tierra.
10 De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes,
11 en ellos beben las fieras agrestes,
el asno salvaje apaga su sed;

12 junto a ellos habitan las aves del cielo,
y entre las frondas se oye su canto.
13 Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
14 haces brotar hierba para los ganados
y forraje para las bestias de labor;
15 así saca él pan de los campos, y vino que le alegra el ánimo,
y aceite que da brillo a su rostro, y alimento que le da fuerzas.
16 Se llenan de savia los árboles del Señor,
los cedros del Líbano que él plantó.
17 Allí anidan los pájaros,
en su cima pone casa la cigüeña.
18 Los riscos son para las cabras,
las peñas son madriguera de tejones.
19 Hiciste la luna con sus fases,
el sol conoce su ocaso.
20 Traes las tinieblas y se hace de noche
y rondan las fieras de la selva;
21 los cachorros rugen por la presa
reclamando a Dios su comida.
22 Cuando brilla el sol se retiran y se tumban en sus guaridas;
23 el hombre sale a sus faenas, a su labranza hasta el atardecer.
24 Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con maestría,
la tierra está llena de tus criaturas.
25 Ahí está el mar: ancho y dilatado,
en él bullen, sin número, animales pequeños y grandes;
26 lo surcan las naves y el Leviatán
que modelaste para jugar con él [a].
27 Todos ellos aguardan
a que les eches comida a su tiempo;
28 se la echas, y la atrapan;
abres tu mano, y se sacian de bienes;
29 escondes tu rostro, y se espantan;
les retiras el aliento, y expiran, y vuelven a ser polvo;
30 envías tu alimento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra.
31 Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.
32 Cuando él mira la tierra, ella tiembla;
cuando toca los montes, humean.
33 Cantaré al Señor mientras viva,
tañeré para mi Dios mientras exista:
34 que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.
35 Que se acaben los pecadores en la tierra,
que los malvados no existan más.
¡Bendice, alma mía, al Señor!
¡Aleluya!

a o: para que juegue con él.

105 (104)

1 Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos;
2 cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas;
3 gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
4 Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro.
5 Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca.
6 ¡Estirpe de Abrahán, su siervo; hijos de Jacob, su elegido!
7 El Señor es nuestro Dios, él gobierna toda la tierra.
8 Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
9 de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac,
10 confirmado como ley para Jacob,
como alianza eterna para Israel:
11 «A ti te daré el país cananeo
como lote de tu heredad».
12 Cuando eran unos pocos mortales,
contados, y emigrantes en el país,
13 cuando erraban de pueblo en pueblo, de un reino a otra nación,
14 a nadie le permitió oprimirlos, y por ellos castigó a reyes:
15 «No toquéis a mis ungidos, no maltratéis a mis profetas».
16 Llamó al hambre sobre aquella tierra
cortando el sustento de pan;
17 por delante había enviado a un hombre,
a José, vendido como esclavo;
18 le trabaron los pies con grillos,
le metieron el cuello en la argolla,
19 hasta que se cumplió su predicción,
y la palabra del Señor lo acreditó.
20 El rey lo mandó desatar, el soberano le abrió la prisión,
21 lo nombró administrador de su casa,
señor de todas sus posesiones,
22 para que a su gusto instruyera a los nobles
y aleccionase a los consejeros.
23 Entonces Israel entró en Egipto,
Jacob se hospedó en la tierra de Cam.
24 Dios hizo a su pueblo muy fecundo,
más poderoso que sus enemigos.
25 A éstos les cambió el corazón para que odiasen a su pueblo
y usaran malas artes con sus siervos.
26 Pero envió a Moisés, su siervo, y a Aarón, su elegido,
27 que hicieron contra ellos sus signos,
prodigios en la tierra de Cam.
28 Envió la oscuridad, y oscureció,
pero ellos resistieron a sus palabras;

29 convirtió sus aguas en sangre y dio muerte a sus peces;
30 su tierra bullía de ranas, hasta en la alcoba del rey.
31 Ordenó que vinieran tábanos y mosquitos por todo el territorio;
32 les dio en vez de lluvia granizo y rayos por toda su tierra,
33 y dañó a higueras y viñas, tronchó los árboles del país;
34 ordenó que viniera la langosta, saltamontes innumerables,
35 que roían la hierba de su tierra
y devoraron los frutos de sus campos.
36 Hirió de muerte a los primogénitos del país,
primicias de su virilidad.
37 Sacó a su pueblo cargado de oro y plata,
y entre sus tribus nadie tropezaba;
38 los egipcios se alegraban de su marcha,
porque los había sobrecogido el terror.
39 Tendió una nube que los cubriese
y un fuego que los alumbrase de noche.
40 Lo pidieron, y envió codornices,
los sació con pan del cielo;
41 hendió la peña y brotó agua,
que corrió hecha un río por el desierto.
42 Porque se acordaba de la palabra sagrada
que había dado a su siervo Abrahán,
43 sacó a su pueblo con alegría,
a sus escogidos con gritos de triunfo.
44 Les asignó las tierras de los paganos,
y poseyeron las haciendas de las naciones
45 para que guarden sus decretos y cumplan su ley.
¡Aleluya!

106 (105)

1 ¡Aleluya!
Dad gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
2 ¿Quién podrá contar las hazañas de Dios
o hacer su elogio completo?
3 Dichosos los que respetan el derecho
y practican siempre la justicia.
4 Acuérdate de mí por amor a tu pueblo,
ven a traerme tu salvación
5 para que goce de la dicha de tus escogidos
y me alegre con la alegría de tu pueblo
y me gloríe con tu heredad.
6 Hemos pecado con nuestros padres,
hemos cometido maldades e iniquidades.
7 Nuestros padres en Egipto
no comprendieron tus maravillas;
no se acordaron de tu insigne lealtad,
se rebelaron contra el Altísimo en el Mar Rojo.
8 Pero Dios los salvó por la honra de su nombre
para manifestar su poder.
9 Increpó al Mar Rojo, y quedó seco;
los condujo entre las olas como por el desierto;

10 los salvó de la mano del adversario,
los rescató del puño del enemigo;
11 las aguas cubrieron a los atacantes,
y ni uno solo se salvó.
12 Entonces creyeron sus palabras, cantaron su alabanza.
13 Bien pronto olvidaron sus obras y no se fiaron de su designio:
14 su apetito era insaciable en el desierto
y tentaron a Dios en la estepa;
15 él les concedió lo que pedían,
pero les mandó un cólico por su gula.
16 Envidiaron a Moisés en el campamento,
y a Aarón, el consagrado al Señor:
17 se abrió la tierra y se tragó a Datán,
se cerró sobre Abirán y sus secuaces;
18 un fuego abrasó a su banda,
una llama consumió a los culpables.
19 En Horeb se hicieron un becerro,
adoraron un ídolo de fundición;
20 cambiaron su gloria por la imagen
de un toro que come hierba;
21 se olvidaron de Dios, su salvador,
que había hecho prodigios en Egipto,
22 maravillas en el país de Cam,
portentos junto al Mar Rojo.
23 Dios hablaba ya de aniquilarlos;
pero Moisés, su elegido,
se puso en la brecha frente a él
para apartar su cólera del exterminio.
24 Despreciaron una tierra envidiable, desconfiando de su palabra;
25 murmuraban en las tiendas, desobedeciendo al Señor.
26 El alzó la mano y juró
que los haría morir en el desierto,
27 que dispersaría su estirpe por las naciones
y los aventaría por los países.
28 Se aparearon con Baal Fegor,
comieron de los sacrificios a dioses muertos;
29 provocaron a Dios con sus acciones
y una plaga irrumpió en medio de ellos,
30 pero Fineés se levantó e hizo justicia, y la plaga cesó,
31 y se le apuntó a su favor por generaciones sin término.
32 Lo irritaron junto a la Fuente del Careo,
y a Moisés le fue mal por culpa de ellos:
33 le habían amargado el alma y desvariaron sus labios.
34 No exterminaron a los pueblos que el Señor les había mandado;
35 emparentaron con los paganos, imitaron sus costumbres,
36 adoraron sus ídolos y cayeron en sus lazos;
37 inmolaron a los demonios sus hijos y sus hijas;
38 derramaron la sangre inocente
y profanaron la tierra ensangrentándola;
39 se contaminaron con sus obras
y se prostituyeron con sus acciones.

40 La ira del Señor se encendió contra su pueblo
y aborreció su heredad.
41 Los entregó en manos de paganos
y sus adversarios los sometieron;
42 sus enemigos los tiranizaban
y los doblegaron bajo su poder.
43 Cuántas veces los libró;
mas ellos, obstinados en su actitud,
perecían por sus culpas.
44 Pero él miró su angustia y escuchó sus gritos;
45 recordando su pacto con ellos,
se arrepintió por su insigne lealtad;
46 hizo que movieran a compasión
a los que los habían deportado.
47 Sálvanos, Señor, Dios nuestro,
reúnenos de entre los paganos;
daremos gracias a tu santo nombre
y alabarte será nuestra gloria.

*

48 Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
desde siempre y por siempre.
(Responde todo el pueblo:) ¡Amén, aleluya! [a].

107 (106)

1 Dad gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor.
2 Que lo confiesen los redimidos por el Señor,
los que él rescató de la mano del enemigo,
3 los que reunió de todos los países:
norte y sur, levante y poniente.
4 Erraban por un desierto solitario,
no encontraban el camino de ningún poblado;
5 pasaban hambre y sed,
se les iba agotando la vida;
6 *pero gritaron al Señor en su angustia,*
y los arrancó de la tribulación.
7 Los guió por un camino derecho
para que llegaran a un poblado.
8 *Den gracias al Señor por su amor,*
por las maravillas que hace con los hombres.
9 Calmó el ansia de los sedientos,
y a los hambrientos los colmó de bienes.
10 Yacían en oscuridad y tinieblas,
cautivos de hierros y miserias;
11 por haberse rebelado contra los mandamientos,
despreciando el plan del Altísimo.
12 El quebrantó su ánimo con trabajos,
sucumbían y nadie los socorría.

a Con este verso concluye la cuarta serie o colección de salmos.

13 *Pero gritaron al Señor en su angustia,*
y los arrancó de la tribulación.
14 Los sacó de las sombrías tinieblas
e hizo saltar sus correas.
15 *Den gracias al Señor por su amor,*
por las maravillas que hace con los hombres.
16 Destrozó las puertas de bronce,
quebró los cerrojos de hierro.
17 Andaban como pasmados por sus maldades,
tenían que ayunar por sus culpas;
18 aborrecían todos los manjares
y ya tocaban las puertas de la muerte.
19 *Pero gritaron al Señor en su angustia,*
y los arrancó de la tribulación.
20 Envió su palabra para curarlos,
para salvarlos de la perdición.
21 *Den gracias al Señor por su amor,*
por las maravillas que hace con los hombres.
22 Ofrézcanle sacrificios de agradecimiento
y cuenten con entusiasmo sus hazañas.
23 Entraron en naves por el mar,
comerciando por las aguas inmensas.
24 Contemplaron las obras de Dios,
sus maravillas en el océano.
25 El mandó alzarse un viento tormentoso
que hinchaba el oleaje;
26 subían al cielo, bajaban al abismo,
el estómago revuelto por el mareo,
27 rodaban, se tambaleaban como borrachos,
y no les valía su pericia.
28 *Pero gritaron al Señor en su angustia,*
y los arrancó de la tribulación.
29 Apaciguó la tormenta en suave brisa
y enmudeció el oleaje.
30 Se alegraron de aquella bonanza,
y él los condujo al ansiado puerto.
31 *Den gracias al Señor por su amor,*
por las maravillas que hace con los hombres.
32 Aclámenlo en la asamblea del pueblo,
alábenlo en el consejo de los ancianos.
33 El transforma los ríos en desierto,
los manantiales en aridez;
34 la tierra fértil en marismas,
por la depravación de sus habitantes.
35 Transforma el desierto en estanques,
el erial en manantiales.
36 Establece allí a los hambrientos
y fundan un poblado.
37 Siembran campos, plantan huertos,
recogen cosechas.
38 Los bendice, y se multiplican,
y no les escatima el ganado.

39 Si menguan abatidos por el peso
de infortunios y desgracias,
40 el mismo que arroja desprecio sobre los príncipes
y los descarría por una inmensidad sin caminos,
41 levanta a los pobres de la miseria
y multiplica sus familias como rebaños.
42 Los rectos lo ven, y se alegran,
a la maldad se le tapa la boca.
43 El inteligente, que retenga estos hechos
y medite el amor del Señor.

108 (107)

2 Dios mío, me siento animoso;
voy a cantar y tañer para ti, gloria mía:
3 despertad, cítara y arpa, despertaré a la aurora;
4 te daré gracias ante los pueblos, Señor,
tañeré para ti ante las naciones:
5 por tu lealtad, que llega hasta el cielo,
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes.
6 ¡Elévate sobre el cielo, y llene la tierra tu gloria!,
7 para que se salven tus predilectos,
respóndenos con tu mano salvadora.
8 Dios habló en su santuario:
«Triunfante repartiré Siquén, parcelaré el Valle de Cabañas,
9 mío es Galaad, mío Manasés, Efraín es yelmo de mi cabeza,
10 Judá es mi cetro, Moab una jofaina para lavarme,
sobre Edom echo mi sandalia, sobre Filistea canto victoria».
11 Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte,
quién me conducirá a Edom
12 si tú, oh Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas?
13 Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil.
14 Con Dios haremos proezas, él pisoteará a nuestros enemigos.

109 (108)

1 Dios de mi alabanza, no te hagas el sordo,
2 que una boca perversa y traicionera se abre contra mí:
me hablan con lengua mentirosa,
3 me cercan con palabras de odio, me combaten sin motivo;
4 en pago de mi amor me denuncian, y yo busco un arbitraje [a];
5 me devuelven mal por bien, odio por amor.
6 «Nombra contra él un malvado,
un acusador que se ponga a su derecha;
7 salga condenado del juicio, que su arbitraje no acierte;
8 que sus días sean breves y que su empleo lo ocupe otro;
9 que sus hijos queden huérfanos y su mujer viuda;
10 que sus hijos mendiguen, vagabundos,

a o: mientras yo rezo.

y pidan limosna echados de sus ruinas;
11 que el usurero se apodere de sus bienes,
que extraños arrebaten sus sudores;
12 que nadie le muestre clemencia
y ninguno se compadezca de sus huérfanos;
13 que su posteridad sea exterminada
y en una generación se acabe su apellido;
14 que el Señor recuerde las culpas de sus padres
y no borre los pecados de su madre;
15 que el Señor los tenga siempre presentes
y extirpe de la tierra su memoria».
16 «Porque no se acordó de obrar con clemencia,
porque persiguió al pobre y desvalido,
y al atribulado para darle muerte,
17 porque amó la maldición: recaiga sobre él;
no buscó la bendición: quede lejos de él;
18 se vestía como un traje la maldición:
que le empape como agua las entrañas,
como aceite los tuétanos;
19 sea un vestido que lo envuelva,
un cinturón que lo ciña siempre».
20 Así pague el Señor a los que me acusan,
a los que me calumnian.
21 Pero tú, Señor, trátame bien, por tu nombre,
líbrame por tu lealtad bienhechora,
22 que yo soy un pobre desvalido,
y llevo dentro el corazón traspasado;
23 voy pasando como sombra que se alarga,
me sacuden como a la langosta;
24 se me doblan las rodillas de no comer,
estoy flaco y descarnado;
25 ellos hacen burla de mí, al verme menean la cabeza.
26 Socórreme, Señor, Dios mío; sálvame por tu lealtad.
27 Reconozcan que aquí está tu mano,
que eres tú, Señor, quien lo ha hecho.
28 Que ellos maldigan: bendíceme tú,
fracasen mis enemigos, mientras tu siervo se alegra;
29 que se cubran de infamia los que me acusan,
que la vergüenza los envuelva como un manto.
30 Muchas gracias dará mi boca al Señor,
lo alabaré en medio de la multitud,
31 porque se puso a la derecha del pobre,
para salvar su vida de los jueces.

110 (109)

1 Oráculo del Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi derecha, que voy a hacer
de tus enemigos estrado de tus pies».
2 Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos.

3 «Tu familia es de nobles; el día de tu nacimiento [a],
en el atrio sagrado, te di a luz,
como a rocío del seno de la aurora».
4 El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
«Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec».
5 El Señor a tu derecha, el día de su ira, quebrantará a reyes;
6 dará sentencia contra pueblos, amontonará cadáveres,
quebrantará cráneos sobre la ancha tierra.
7 En su camino beberá del torrente, por eso levantará la cabeza.

111 (110)

1 ¡Aleluya! Doy gracias al Señor de todo corazón,
en compañía de los rectos, en la asamblea.
2 Grandes son las obras del Señor,
dignas de estudio para los que las aman.
3 Su acción es magnífica y espléndida,
su generosidad dura por siempre;
4 ha hecho maravillas memorables,
el Señor es piadoso y clemente:
5 él da alimento a sus fieles recordando siempre su alianza.
6 Mostró a su pueblo la fuerza con que actúa,
dándole la heredad de los paganos.
7 Sus acciones son fieles y sinceras,
todos sus preceptos merecen confianza:
8 son estables para siempre jamás,
se han de cumplir fiel y rectamente.
9 Envió la redención a su pueblo,
ratificó para siempre su alianza,
su nombre es sagrado y temible.
10 Primicia de la sabiduría es el respeto del Señor,
aciertan los que lo traducen en obras,
el elogio del Señor dura por siempre.

112 (111)

1 ¡Aleluya! Dichoso quien respeta al Señor
y es entusiasta de sus mandatos.
2 Su linaje será poderoso en la tierra,
la descendencia de los rectos será bendita.
3 En su casa habrá riquezas y abundancia,
su generosidad dura por siempre.
4 En las tinieblas brilla una luz para los honrados:
el Piadoso y Compasivo y Justo.
5 Dichoso el que se apiada y presta
y administra rectamente sus asuntos.
6 El hombre honrado jamás vacilará,
su recuerdo será perpetuo.
7 No temerá las malas noticias,
confiando en el Señor se siente firme,

a o: eres príncipe desde el día de tu nacimiento.

8 se siente seguro, sin temor,
y verá derrotados a sus enemigos.
9 Reparte limosna a los pobres, su generosidad dura por siempre
y alzará la frente con dignidad.
10 El malvado al verlo se irritará,
rechinará los dientes hasta consumirse.
La ambición del malvado fracasará.

113 (112)

1 ¡Aleluya! Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor.
2 Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre:
3 de la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.
4 El Señor se eleva sobre todos los pueblos
y su gloria por encima del cielo.
5 ¿Quién como el Señor, Dios nuestro, en el cielo o en la tierra,
6 el que encumbra su trono y se abaja para mirar?
7 Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre,
8 para sentarlo con los nobles, los príncipes de su pueblo;
9 a la estéril, ya madre feliz de hijos,
la pone al frente de la casa [a]. ¡Aleluya!

114 (113)

1 Al salir Israel de Egipto, Jacob de un pueblo balbuciente,
2 Judá fue santuario de Dios, Israel su dominio.
3 El mar, al verlos, huyó; el Jordán se echó atrás;
4 los montes saltaron como carneros, las colinas como corderos.
5 —¿Qué te pasa, mar, que huyes,
y a ti, Jordán, que te echas atrás?,
6 ¿y a vosotros, montes, que saltáis como carneros;
colinas, que saltáis como corderos?
7 En presencia del Señor se estremece la tierra,
en presencia del Dios de Jacob:
8 que transforma las peñas en estanques,
el pedernal en manantiales.

115 (114)

1 No a la nuestra, Señor, no a la nuestra,
hazle honor a tu fama, por tu lealtad, por tu fidelidad.
2 ¿Por qué han de decir los paganos: «Dónde está su Dios»?
3 —Nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace.
4 Sus ídolos, en cambio, son plata y oro,
hechura de manos humanas:
5 tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven,
6 tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen,
7 tienen manos y no tocan, tienen pies y no andan,
no tiene voz su garganta.

a o: le da un puesto en la casa.

8 Que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos.
9 Israel confía en el Señor:
él es su auxilio y su escudo;
10 la casa de Aarón confía en el Señor:
él es su auxilio y su escudo;
11 los fieles del Señor confían en el Señor:
él es su auxilio y su escudo.
12 Que el Señor se acuerde de nosotros y nos bendiga:
bendiga a la casa de Israel, bendiga a la casa de Aarón;
13 bendiga a los fieles del Señor, pequeños y grandes.
14 Que el Señor os acreciente a vosotros y a vuestros hijos;
15 benditos seáis del Señor, que hizo el cielo y la tierra.
16 El cielo pertenece al Señor,
la tierra se la ha dado a los hombres.
17 Los muertos ya no alaban al Señor, ni los que bajan al silencio.
18 Nosotros sí bendeciremos al Señor
ahora y por siempre. ¡Aleluya!

116 (115)

1 Amo al Señor porque escucha mi voz suplicante,
2 porque me presta oído cuando lo invoco.
3 Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo,
4 caí en tristeza y angustia, invoqué al Señor:
«¡Vamos, Señor, salva mi vida!».
5 El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo;
6 el Señor guarda a los sencillos:
estando yo sin fuerzas me salvó.
7 Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo:
8 arrancó mi vida de la muerte, mis ojos de las lágrimas,
mis pies de la caída.
9 Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos.
10 Yo me fiaba cuando decía: «Soy un desgraciado»;
11 pero en mi apuro dije: «Todos los hombres son unos mentirosos».
12 ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?
13 *Alzaré mi copa por el triunfo invocando al Señor;*
14 *cumpliré al Señor mis votos, en presencia de todo el pueblo.*
15 Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus adictos.
16 Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis coyundas.
17 *Te ofreceré un sacrificio de gracias invocando tu nombre,*
18 *cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo;*
19 en el atrio de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén.
¡Aleluya!

117 (116)

1 Alabad al Señor todas las naciones,
aclamadlo todos los pueblos:
2 firme es su lealtad con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. ¡Aleluya!

118 (117)

1 Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterno su amor.
2 Diga la casa de Israel: es eterno su amor;
3 diga la casa de Aarón: es eterno su amor;
4 digan los fieles del Señor: es eterno su amor.
5 —En el asedio clamé al Señor,
y me respondió dándome espacio.
6 El Señor está conmigo; no temo,
¿qué podrá hacerme el hombre?
7 El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.
8 Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres,
9 mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los jefes.
10 Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
11 me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;
12 me rodeaban como abejas, se apagaron como fuego de zarzas,
en el nombre del Señor los rechacé.
13 Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;
14 el Señor es mi fuerza y mi brío, él es mi salvación.
15 Escuchad cantos de victoria en las tiendas de los vencedores:
«La diestra del Señor hace proezas,
16 la diestra del Señor se exalta,
la diestra del Señor hace proezas».
17 —No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor.
18 Me escarmentó, me escarmentó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.
19 Abridme las puertas del triunfo
y entraré para dar gracias al Señor.
20 —Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella.
21 —Te doy gracias, porque me escuchaste y fuiste mi salvación.
22 La piedra que desecharon los constructores
es ahora la piedra angular:
23 es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente.
24 Este es el día en que actuó el Señor:
¡a festejarlo y a celebrarlo!
25 Señor, danos la salvación; Señor, danos la prosperidad.
26 —Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;
27 el Señor es Dios: él nos ilumina.
—Ordenad una procesión con ramos hasta los ángulos del altar.
28 Tú eres mi Dios, te doy gracias; Dios mío, yo te ensalzo.
29 «Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterno su amor».

119 (118)

Aleph

1 Dichoso el que, con vida intachable,
camina según la voluntad del Señor;

2 dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón;
3 el que, sin cometer iniquidad, anda por sus senderos;
4 tú promulgas tus decretos para que se observen exactamente;
5 ojalá esté firme mi camino para cumplir tus consignas;
6 entonces no sentiré vergüenza al mirar tus mandatos;
7 te daré gracias con sincero corazón
cuando aprenda tus justos mandamientos;
8 quiero guardar tus leyes exactamente, tú no me abandones.

Beth

9 ¿Cómo podrá un joven proceder limpiamente?
Cumpliendo tus palabras;
10 te busco de todo corazón,
no consientas que me desvíe de tus mandamientos;
11 en mi corazón escondo tus consignas, así no pecaré contra ti;
12 bendito eres, Señor; enséñame tus leyes;
13 mis labios van enumerando los mandamientos de tu boca;
14 mi alegría es el camino de tus preceptos,
mayor que todas las riquezas;
15 medito tus decretos y me fijo en tus sendas;
16 tu voluntad es mi delicia, no olvidaré tus palabras.

Guimel

17 Haz bien a tu siervo: viviré y cumpliré tus palabras;
18 ábreme los ojos y contemplaré las maravillas de tu voluntad;
19 soy un forastero en la tierra: no me ocultes tus promesas;
20 mi alma se consume, deseando continuamente tus mandamientos;
21 reprendes a los arrogantes,
malditos los que se apartan de tus mandatos;
22 aleja de mí las afrentas y el desprecio,
porque observo tus preceptos;
23 aunque los nobles se sientan a murmurar de mí,
tu siervo medita tus leyes;
24 tus preceptos son mi delicia, tus decretos son mis consejeros.

Daleth

25 Mi aliento está pegado al polvo: reanímame con tus palabras;
26 te expliqué mi camino y me escuchaste: enséñame tus leyes;
27 instrúyeme en el camino de tus decretos y meditaré tus maravillas;
28 estoy llorando de pena, consuélame con tus promesas;
29 apártame del camino falso y dame la gracia que es tu voluntad;
30 escogí el camino verdadero, deseé tus mandamientos;
31 me apegué a tus preceptos, Señor, no me defraudes;
32 correré por el camino de tus mandatos
cuando me ensanches el corazón.

He

33 Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes
y lo seguiré puntualmente;

34 enséñame a cumplir tu voluntad y a guardarla de todo corazón;
35 encamíname por la senda de tus mandatos, porque ella es mi gozo;
36 inclina mi corazón a tus preceptos y no al lucro;
37 aparta mis ojos de las vanidades, dame vida con tu palabra;
38 cumple a tu siervo la promesa que hiciste a tus fieles;
39 aparta de mí la afrenta que temo,
porque tus mandamientos son amables;
40 mira cómo ansío tus decretos: dame vida con tu justicia.

Vau

41 Señor, que me alcance tu favor y tu salvación, según tu promesa;
42 así responderé a los que me injurian, que confío en tu palabra;
43 no quites de mi boca las palabras sinceras,
porque yo espero en tus mandamientos;
44 cumpliré sin cesar tu voluntad, por siempre jamás;
45 andaré por un camino ancho, consultando tus decretos;
46 comentaré tus preceptos ante los reyes y no me avergonzaré;
47 serán mi delicia tus mandatos, que tanto amo;
48 levantaré mis manos hacia ti recitando tus mandatos.

Zain

49 Recuerda la palabra que diste a tu siervo,
de la que hiciste mi esperanza;
50 éste es mi consuelo en la aflicción: que tu promesa me da vida;
51 los insolentes me insultan sin parar,
pero yo no me aparto de tus mandatos;
52 recordando tus antiguos mandamientos, Señor, quedé consolado;
53 me arrollaba la cólera ante los malvados,
que abandonan tu voluntad;
54 tus leyes eran mi canción en tierra extranjera;
55 de noche pronuncio tu nombre, Señor, y velando, tus preceptos;
56 esto es lo que a mí me toca: guardar tus decretos.

Heth

57 Mi porción es el Señor: he resuelto guardar tus palabras;
58 de todo corazón busco tu favor: ten piedad de mí según tu promesa;
59 he examinado mi camino para enderezar mis pies a tus preceptos;
60 con diligencia, sin tardanza, observo tus mandatos;
61 los lazos de los malvados me envuelven, pero no olvido tu voluntad;
62 a medianoche me levanto para darte gracias
por tus justos mandamientos;
63 me junto con tus fieles que guardan tus decretos;
64 Señor, de tu bondad está llena la tierra; enséñame tus leyes.

Teth

65 Has tratado bien a tu siervo, Señor, con tus palabras;
66 enséñame a gustar y a comprender,
porque me fío de tus mandatos;

67 antes de sufrir, yo andaba extraviado,
pero ahora me ajusto a tu promesa;
68 tú eres bueno y haces el bien, instrúyeme en tus leyes;
69 los insolentes urden engaños contra mí,
pero yo custodio tus leyes de todo corazón;
70 tienen el corazón espeso como grasa,
pero mi delicia es tu voluntad;
71 me estuvo bien el sufrir, así aprendí tus mandamientos;
72 más estimo yo los preceptos de tu boca
que miles de monedas de oro y plata.

Yod

73 Tus manos me hicieron y me formaron:
instrúyeme para que aprenda tus mandatos;
74 tus fieles verán con alegría que he esperado en tu palabra;
75 reconozco, Señor, que tus mandamientos son justos,
que con razón me hiciste sufrir;
76 que tu bondad me consuele, según la promesa hecha a tu siervo;
77 cuando me alcance tu compasión, viviré,
y mis delicias serán tu voluntad;
78 que se avergüencen los insolentes del daño que me hacen,
yo recitaré tus decretos;
79 vuelvan a mí tus fieles que hacen caso de tus preceptos;
80 sea mi corazón perfecto con tus leyes, así no quedaré avergonzado.

Kaph

81 Me consumo ansiando tu salvación y espero en tu palabra;
82 mis ojos se consumen ansiando tus promesas,
mientras digo: ¿cuándo me consolarás?
83 Estoy como un odre puesto al humo, pero no olvido tus leyes;
84 ¿cuántos serán los días de tu siervo?,
¿cuándo me harás justicia de mis perseguidores?
85 Me han cavado fosas los insolentes, ignorando tu voluntad;
86 todos tus mandatos son legítimos,
sin razón me persiguen, protégeme;
87 casi dieron conmigo en la tumba, pero yo no abandoné tus decretos;
88 por tu bondad dame vida para que observe los preceptos de tu boca.

Lamed

89 Tu palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo;
90 tu fidelidad permanece de generación en generación,
igual la tierra que tú fundaste;
91 por tu mandamiento subsisten hasta hoy,
porque todo está a tu servicio;
92 si tu voluntad no fuera mi delicia,
ya habría perecido en mi desgracia;
93 jamás olvidaré tus decretos, pues con ellos me diste vida;
94 soy tuyo, sálvame, que yo consulto tus leyes;
95 los malvados me aguardaban para perderme,

pero yo meditaba tus preceptos;
96 he visto el límite de todo lo perfecto:
tu mandato se dilata sin término.

Mem

97 Cuánto amo tu voluntad: todo el día la estoy meditando;
98 tu mandato me hace más diestro que mis enemigos,
siempre me acompaña;
99 soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos;
100 soy más sagaz que los ancianos, porque cumplo tus leyes;
101 aparto mi pie de toda senda mala para guardar tu palabra;
102 no me aparto de tus mandamientos, porque tú me has instruido;
103 qué dulce al paladar tu promesa: más que miel en la boca;
104 medito tus decretos y odio el camino de la mentira.

Nun

105 Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero;
106 lo juro y lo cumpliré: guardaré tus justos mandamientos.
107 ¡Estoy tan afligido, Señor! Dame vida según tu promesa;
108 acepta, Señor, los votos que pronuncio, enséñame tus mandatos;
109 mi vida está siempre en peligro, pero no olvido tu voluntad;
110 los malvados me tendieron un lazo,
pero no me desvié de tus decretos;
111 tus preceptos son mi herencia perpetua, la alegría de mi corazón;
112 inclino mi corazón a cumplir tus leyes siempre y cabalmente.

Samek

113 Detesto a los inconstantes y amo tu voluntad;
114 tú eres mi refugio y mi escudo, yo espero en tu palabra;
115 apartaos de mí los perversos, y cumpliré tus mandatos, Dios mío;
116 sosténme con tu promesa y viviré,
que no quede frustrada mi esperanza;
117 dame apoyo y estaré a salvo, me fijaré en tus leyes sin cesar;
118 desprecias a los que se desvían de tus decretos,
sus proyectos son engañosos;
119 tienes por escoria a los malvados, por eso amo tus preceptos;
120 mi carne se estremece con tu temor y respeto tus mandamientos.

Ain

121 Practico la justicia y el derecho, no me entregues a mis opresores;
122 da fianza en favor de tu siervo, que no me opriman los insolentes;
123 mis ojos se consumen aguardando
tu salvación y tu promesa de justicia;
124 trata con misericordia a tu siervo, enséñame tus leyes;
125 yo soy tu siervo: instrúyeme, y conoceré tus preceptos;
126 es hora de que actúes, Señor: han quebrantado tu voluntad;
127 yo amo tus mandatos más que el oro purísimo;
128 por eso aprecio tus decretos y detesto el camino de la mentira.

Pe

129 Tus preceptos son admirables, por eso los guardo yo;
130 la explicación de tus palabras ilumina, instruye a los ignorantes;
131 abro la boca y resuello ansiando tus mandamientos;
132 vuélvete a mí y ten misericordia,
como es tu norma con los que te aman;
133 asegura mis pasos con tu promesa, que ninguna maldad me domine;
134 líbrame de la opresión de los hombres y guardaré tus decretos;
135 muestra a tu siervo tu rostro radiante, enséñame tus leyes;
136 arroyos de lágrimas bajan de mis ojos
por los que no cumplen tu voluntad.

Sade

137 Señor, tú eres justo, tus mandamientos son rectos;
138 has prescrito leyes justas sumamente estables;
139 me consume el celo porque mis enemigos olvidan tus palabras;
140 tu promesa es acrisolada y tu siervo la ama;
141 soy pequeño y despreciable, pero no olvido tus decretos;
142 tu justicia es justicia eterna, tu voluntad es legítima;
143 me asaltan angustias y aprietos, tus mandatos son mi delicia;
144 la justicia de tus preceptos es eterna, instrúyeme y tendré vida.

Qoph

145 Te invoco de todo corazón:
respóndeme, Señor, y guardaré tus leyes;
146 a ti grito: sálvame, y cumpliré tus decretos;
147 me adelanto a la aurora pidiendo auxilio, esperando tus palabras;
148 mis ojos se adelantan a las vigilias meditando tu promesa;
149 escúchame, Señor, por tu misericordia,
con tus mandamientos dame vida;
150 ya se acercan mis infames perseguidores, están lejos de tu voluntad;
151 tú, Señor, estás cerca y todos tus mandatos son estables;
152 hace tiempo comprendí que tus preceptos los fundaste para siempre.

Res

153 Mira mi abatimiento y líbrame, porque no olvido tu voluntad;
154 defiende mi causa y rescátame, con tu promesa dame vida;
155 la salvación está lejos de los malvados que no consultan tus leyes;
156 grande es tu ternura, Señor, con tus mandatos dame vida;
157 muchos son los enemigos que me persiguen,
pero yo no me aparto de tus preceptos;
158 viendo a los renegados sentía asco
porque no guardan tus mandatos;
159 mira cómo amo tus decretos;
Señor, por tu misericordia, dame vida;
160 el compendio de tu palabra es la verdad,
y tus justas normas son eternas.

Sin

161 Los nobles me perseguían sin motivo,
pero mi corazón respetaba tus palabras;
162 yo me alegraba con tu promesa,
como el que encuentra un rico botín;
163 detesto y aborrezco la mentira y amo tu voluntad;
164 siete veces al día te alabo por tus justos mandamientos;
165 mucha paz tienen los que aman tus leyes y nada los hace tropezar;
166 aguardo tu salvación, Señor, y cumplo tus mandatos;
167 yo guardo tus preceptos y los amo intensamente;
168 guardo tus decretos y tú tienes presentes mis caminos.

Tau

169 Que llegue mi clamor a tu presencia,
Señor, con tus palabras instrúyeme;
170 que mi súplica llegue a tu presencia, líbrame según tu promesa;
171 de mis labios brota la alabanza porque me enseñaste tus leyes;
172 mi lengua canta tu fidelidad porque todos tus preceptos son justos;
173 que tu mano me auxilie, ya que prefiero tus decretos;
174 ansío tu salvación, Señor; tu voluntad es mi delicia;
175 que yo viva para alabarte, que tus mandamientos me auxilien;
176 me extravié como oveja perdida:
busca a tu siervo, que no olvida tus mandatos.

120 (119)

1 En mi aflicción llamé al Señor, y él me respondió:
2 «Líbrame, Señor, de los labios mentirosos, de la lengua traidora».
3 ¿Qué te va a dar o mandarte Dios, lengua traidora?
4 —Flechas de arquero afiladas con ascuas de retama.
5 ¡Ay de mí, desterrado en Masac, acampado en Cadar!
6 Demasiado llevo viviendo con los que odian la paz:
7 cuando yo digo: «Paz», ellos dicen: «Guerra».

121 (120)

1 Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?
2 —El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.
3 No permitirá que tropiece tu pie, tu guardián no duerme;
4 no duerme ni reposa el guardián de Israel.
5 El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha:
6 de día el sol no te hará daño ni la luna de noche.
7 El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu vida;
8 el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre.

122 (121)

1 ¡Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor»!
2 Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén:
3 Jerusalén está construida como ciudad bien trazada.

4 Allá suben las tribus, las tribus del Señor,
según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor.
5 En ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David.
6 Desead la paz a Jerusalén: «Los que te quieren vivan tranquilos,
7 haya paz dentro de tus muros, tranquilidad en tus palacios».
8 En nombre de mis hermanos y compañeros, te saludo con la paz;
9 por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien.

123 (122)

1 A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo.
2 Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus amos,
como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su ama,
así están nuestros ojos fijos en el Señor, Dios nuestro,
esperando su misericordia.
3 Piedad, Señor, piedad, que estamos saciados de desprecios;
4 estamos saciados del sarcasmo de los satisfechos,
del desprecio de los orgullosos.

124 (123)

1 Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte
—que lo diga Israel—,
2 si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,
cuando nos asaltaban los hombres,
3 nos habría devorado vivos el incendio
de su ira contra nosotros:
4 nos habrían arrollado las aguas,
llegándonos el torrente hasta el cuello;
5 nos habrían llegado hasta el cuello las aguas espumeantes.
6 Bendito el Señor, que no nos entregó como presa de sus dientes;
7 hemos salvado la vida como un pájaro de la trampa del cazador:
la trampa se rompió y escapamos.
8 Nuestro auxilio es invocar al Señor, que hizo el cielo y la tierra.

125 (124)

1 Los que confían en el Señor son como el monte Sión:
no tiembla, está asentado para siempre.
2 A Jerusalén la rodean montañas, a su pueblo lo rodea el Señor,
ahora y por siempre.
3 No pesará el cetro de los malvados sobre el lote de los honrados,
para que los honrados no pongan manos al crimen.
4 Señor, concede bienes a los buenos, a los hombres sinceros,
5 y a los que se desvían por sendas tortuosas,
que los mande el Señor con los malhechores. ¡Paz a Israel!

126 (125)

1 Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar:
2 la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares.
Hasta los paganos decían: «El Señor ha estado grande con ellos».

3 El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres.
4 Que el Señor cambie nuestra suerte, como los torrentes del Negueb.
5 Los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares;
6 al ir iba llorando llevando la semilla,
al volver vuelve cantando trayendo sus gavillas.

127 (126)

1 Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas.
2 Es inútil que madruguéis, que retraséis el descanso,
que comáis un pan de fatigas;
¡si Dios lo da a sus amigos mientras duermen!
3 El Señor como herencia te dará hijos,
como salario, el fruto del vientre:
4 son saetas en mano de un guerrero los hijos de la juventud;
5 dichoso el hombre que llena con ellas su aljaba:
no quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza.

128 (127)

1 ¡Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos!
2 Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien.
3 Tu mujer como parra fecunda en la intimidad de tu casa,
tus hijos como renuevos de olivo alrededor de tu mesa:
4 ésta es la bendición del hombre que respeta al Señor.
5 Que el Señor te bendiga desde Sión,
que goces de la prosperidad de Jerusalén toda tu vida;
6 que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!

129 (128)

1 Cuánta guerra me han hecho desde mi juventud
—que lo diga Israel—,
2 cuánta guerra me han hecho desde mi juventud,
pero no pudieron conmigo.
3 En mis espaldas metieron el arado y alargaron los surcos;
4 pero el Señor, que es justo, rompió las coyundas de los malvados.
5 Retrocedan derrotados los que odian a Sión,
6 sean como la hierba de la azotea que se seca y nadie la siega:
7 que no llena la mano del segador ni la brazada del que agavilla,
8 ni le dicen los que pasan: «Que el Señor te bendiga».
Os bendecimos en el nombre del Señor.

130 (129)

1 Desde lo hondo a ti grito, Señor: Señor, escucha mi voz;
2 estén tus oídos atentos al clamor de mi súplica.
3 Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?
4 El perdón es cosa tuya y así infundes respeto.
5 Aguardo al Señor, lo estoy aguardando, esperando su palabra;
6 aguardo al Señor, más que el centinela la aurora.

7 Espere Israel al Señor, como el centinela a la aurora;
porque la misericordia es cosa del Señor, la redención copiosa:
8 y él redimirá a Israel de todos sus delitos.

131 (130)

1 Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros:
no pretendo grandezas que superan mi capacidad,
2 sino que acallo y modero mis deseos:
como un niño en brazos de su madre,
como un niño está en mis brazos mi deseo.
3 Espere Israel en el Señor ahora y por siempre.

132 (131)

1 Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes:
2 cómo juró al Señor e hizo voto al Fuerte de Jacob:
3 «No entraré bajo el techo de mi casa,
no subiré al lecho de mi descanso,
4 no daré sueños a mis ojos ni reposo a mis párpados
5 hasta que encuentre un lugar para el Señor,
una morada para el Fuerte de Jacob».
6 Oímos que estaba en Efrata, la encontramos en el campo de El Soto:
7 entremos en su morada, postrémonos ante el estrado de sus pies.
8 Levántate, Señor, ven a tu mansión, ven con el arca de tu poder,
9 que tus sacerdotes se vistan de gala, que tus fieles vitoreen.
10 Por amor a tu siervo David no niegues audiencia a tu ungido.
11 El Señor juró a David una promesa que no retractará:
«A uno de tu linaje pondré en tu trono.
12 Si tus hijos guardan mi alianza y los mandatos que les enseño,
también sus hijos, por siempre, se sentarán en tu trono».
13 Porque el Señor ha elegido a Sión, ha deseado vivir en ella:
14 «Esta es mi mansión por siempre; aquí viviré porque la deseo.
15 Bendeciré sus provisiones, a sus pobres los saciaré de pan;
16 vestiré a sus sacerdotes de gala
y sus fieles aclamarán con vítores.
17 Haré germinar el vigor de David,
preparo una lámpara para mi ungido.
18 A sus enemigos los vestiré de ignominia,
sobre él brillará mi diadema».

133 (132)

1 Ved: qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos.
2 Es ungüento precioso en la cabeza,
que va bajando por la barba,
que baja por la barba de Aarón
hasta la franja de su ornamento.
3 Es rocío del Hermón que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición:
la vida para siempre.

134 (133)

1 Y ahora, bendecid al Señor, los siervos del Señor,
los que pasáis la noche en la casa del Señor:
2 levantad las manos hacia el santuario y bendecid al Señor.
3 —El Señor te bendiga desde Sión: el que hizo cielo y tierra.

135 (134)

1 ¡Aleluya! Alabad el nombre del Señor; alabadlo, siervos del Señor,
2 que estáis en la casa del Señor,
en los atrios de la casa de nuestro Dios.
3 Alabad al Señor porque es bueno;
tañed en su honor porque es amable.
4 Porque él se escogió a Jacob, a Israel en propiedad.
5 Yo sé que el Señor es grande,
nuestro dueño más que todos los dioses.
6 El Señor todo lo que quiere lo hace,
en el cielo y en la tierra, en los mares y los océanos.
7 Hace subir las nubes desde el horizonte,
con los relámpagos desata la lluvia,
suelta a los vientos de sus silos.
8 El hirió a los primogénitos de Egipto, hombres y animales.
9 Hizo prodigios y signos en medio de ti, Egipto,
contra el Faraón y sus ministros.
10 Hirió de muerte a pueblos numerosos,
mató a reyes poderosos:
11 a Sijón, rey de los amorreos; a Og, rey de Basán,
y a todos los reyes de Canaán.
12 Y dio su tierra en heredad,
en heredad a Israel, su pueblo.
13 Señor, tu renombre es eterno;
Señor, tu recuerdo de edad en edad.
14 Porque el Señor gobierna a su pueblo
y se compadece de sus siervos.
15 Los ídolos de los paganos son oro y plata,
hechura de manos humanas:
16 tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven,
17 tienen orejas y no oyen, no hay aliento en sus bocas.
18 Sean lo mismo los que los hacen, cuantos confían en ellos.
19 Casa de Israel, bendice al Señor;
casa de Aarón, bendice al Señor;
20 casa de Leví, bendice al Señor;
fieles del Señor, bendecid al Señor.
21 Bendito en Sión el Señor, que habita en Jerusalén. ¡Aleluya!

136 (135)

1 Dad gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor.
2 Dad gracias al Dios de los dioses,
porque es eterno su amor.

3 Dad gracias al Señor de los señores,
porque es eterno su amor.
4 Sólo él hizo grandes maravillas,
porque es eterno su amor.
5 El hizo el cielo con maestría,
porque es eterno su amor.
6 El afianzó sobre las aguas la tierra,
porque es eterno su amor.
7 El hizo lumbreras gigantes,
porque es eterno su amor.
8 El sol para gobernar el día,
porque es eterno su amor.
9 La luna para gobernar la noche,
porque es eterno su amor.
10 El hirió a los primogénitos egipcios,
porque es eterno su amor.
11 Y sacó a Israel de aquel país,
porque es eterno su amor.
12 Con mano poderosa, con brazo extendido,
porque es eterno su amor.
13 El despedazó el Mar Rojo,
porque es eterno su amor.
14 Y condujo por en medio a Israel,
porque es eterno su amor.
15 Arrojó en el Mar Rojo al Faraón,
porque es eterno su amor.
16 Guió por el desierto a su pueblo,
porque es eterno su amor.
17 El hirió a reyes famosos,
porque es eterno su amor.
18 Dio muerte a reyes poderosos,
porque es eterno su amor.
19 A Sijón, rey de los amorreos,
porque es eterno su amor.
20 Y a Og, rey de Basán,
porque es eterno su amor.
21 Les dio su tierra en heredad,
porque es eterno su amor.
22 En heredad a Israel, su siervo,
porque es eterno su amor.
23 En nuestra humillación se acordó de nosotros,
porque es eterno su amor.
24 Y nos libró de nuestros opresores,
porque es eterno su amor.
25 El da alimento a todo viviente,
porque es eterno su amor.
26 Dad gracias al Dios del cielo,
porque es eterno su amor.

137 (136)

1 Junto a los canales de Babilonia nos sentamos
y lloramos con nostalgia de Sión;
2 en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras.
3 Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar,
nuestros opresores a divertirlos:
«Cantadnos un cantar de Sión».
4 —¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera!
5 Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha,
6 que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías.
7 Señor, toma cuentas a los idumeos del día de Jerusalén,
cuando se incitaban: «Desnudadla,
desnudadla hasta el cimiento».
8 ¡Capital de Babilonia, criminal!
¡Quién pudiera pagarte los males que nos has hecho!
9 ¡Quién pudiera agarrar y estrellar tus niños contra las piedras!

138 (137)

1 Te doy gracias de todo corazón,
frente a los dioses tañeré para ti.
2 Me postraré hacia tu santuario para darte gracias:
por tu lealtad y fidelidad,
pues tu promesa supera a tu fama.
3 Cuando te invoqué, me escuchaste, avivaste mis bríos.
4 Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra
al escuchar el oráculo de tu boca;
5 canten la conducta del Señor,
porque la gloria del Señor es grande;
6 el Señor es sublime, se fija en el humilde,
y al soberbio lo trata a distancia.
7 Cuando camino entre peligros, me conservas la vida;
extiendes tu izquierda contra la furia del enemigo
y tu derecha me salva.
8 El Señor completará sus favores conmigo:
Señor, tu lealtad es eterna,
no abandones la obra de tus manos.

139 (138)[a]

1 Señor, tú me sondeas y me conoces:
2 me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos percibes mis pensamientos;
3 distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares;
4 no ha llegado la palabra a mi lengua
y ya, Señor, te la sabes toda.

a El texto es dudoso y la traducción insegura en varios versos.

5 Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma.
6 Tanto saber me sobrepasa, es sublime y no lo abarco.
7 ¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
8 Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
9 si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
10 allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.
11 Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
12 ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.
13 Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
14 Te doy gracias, porque eres sublime
y te distingues por tus hechos tremendos;
yo lo sé muy bien, conocías hasta el fondo de mi alma,
15 no se te escondía mi organismo.
Cuando en lo oculto me iba formando
y entretejiendo en lo profundo de la tierra,
16 tus ojos veían mi embrión, mis días estaban modelados,
escritos todos en tu libro, sin faltar uno.
17 Qué incomparables encuentro tus designios,
qué densos sus capítulos:
18 los cuento y me salen más que granos de arena;
si los desmenuzo, aún me quedas tú.
19 «Dios mío, si matases al malvado,
si se apartasen de mí los asesinos
20 que hablan de ti pérfidamente
y se rebelan en vano contra ti».
21 ¿No aborreceré, Señor, a los que te aborrecen,
no me repugnarán los que se te rebelan?
22 Los odio con odio implacable, los tengo por enemigos.
23 Dios mío, sondéame para conocer mi corazón,
ponme a prueba para conocer mis sentimientos:
24 mira si mi camino se desvía,
guíame por el camino eterno.

140 (139)

2 Líbrame, Señor, del malvado,
guárdame del hombre violento:
3 que planean maldades en su corazón
y todo el día provocan contiendas;
4 afilan sus lenguas como serpientes,
con veneno de víboras en los labios.
5 Defiéndeme, Señor, de la mano perversa,
guárdame de los hombres violentos
que preparan zancadillas a mis pasos;
6 los soberbios me esconden trampas,

los perversos me tienden una red
y por el camino me colocan lazos.
7 Pero yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».
Señor, atiende a mis gritos de socorro.
8 Señor, dueño mío, mi fuerte salvador,
que cubres mi cabeza cuando me armo.
9 Señor, no le concedas sus deseos al malvado,
no des éxito a sus proyectos;
10 no levanten cabeza los que me cercan;
que los cubra la perfidia de sus labios,
11 que les lluevan encima ascuas encendidas,
que caigan en hoyos y no puedan levantarse;
12 que el deslenguado no se afirme en la tierra,
que al violento lo cace la desgracia.
13 Yo sé que el Señor hace justicia al afligido
y defiende el derecho del pobre.
14 Los inocentes te darán gracias a ti,
los rectos habitarán en tu presencia.

141 (140)

1 Señor, te estoy llamando, ven de prisa,
escúchame cuando te llamo;
2 aquí está mi oración, como incienso en tu presencia,
mis manos levantadas, como ofrenda de la tarde.
3 Coloca, Señor, una guardia en mi boca,
un centinela a la puerta de mis labios;
4 no dejes inclinarse mi corazón a la maldad,
a cometer crímenes y delitos con los malhechores;
no he de participar en sus banquetes;
5 que el justo me golpee, que el bueno me reprenda,
pero que el ungüento del impío no perfume mi cabeza:
me haría cómplice de sus maldades.
6 Aunque oyeron mis buenas palabras,
sus jefes cayeron junto a una peña
7 y sus huesos se esparcieron a la boca del abismo,
como astillas o pedruscos por el suelo.
8 Señor, mis ojos están vueltos a ti,
en ti me refugio, no me dejes indefenso;
9 guárdame del lazo que me han tendido,
de la trampa de los malhechores;
10 caigan los malvados en sus propias redes,
mientras yo solo escapo libre.

142 (141)

2 A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor;
3 desahogo ante él mis afanes, expongo ante él mi angustia,
4 mientras me va faltando el aliento.
Pero tú conoces mis senderos
y que en el camino por donde avanzo
me han escondido una trampa.

5 Mira a la derecha, fíjate: nadie me hace caso;
no tengo a donde huir, nadie mira por mi vida.
6 A ti grito, Señor; te digo: «Tú eres mi refugio
y mi lote en el país de los vivos».
7 Atiende a mis clamores, que estoy agotado;
líbrame de mis perseguidores, que son más fuertes que yo;
8 sácame de la prisión y te daré gracias a ti:
me rodearán los honrados cuando me devuelvas tu favor.

143 (142)

1 Señor, escucha mi oración:
tú que eres fiel, atiende a mi súplica;
tú que eres justo, respóndeme.
2 No llames a juicio a tu siervo,
pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti.
3 El enemigo me persigue a muerte, me machaca vivo contra el suelo,
me confina a las tinieblas, como a los muertos de antaño.
4 Mi aliento desfallece, mi corazón dentro de mí está yerto.
5 Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones,
considero la obra de tus manos,
6 y extiendo mis brazos hacia ti,
tengo sed de ti como tierra reseca.
7 Respóndeme en seguida, Señor, que me falta el aliento;
no me escondas tu rostro, igual que a los que bajan a la fosa.
8 Por la mañana déjame oír tu lealtad, pues confío en ti;
indícame el camino que he de seguir, pues me dirijo a ti;
9 líbrame del enemigo, Señor, que me refugio en ti;
10 enséñame a cumplir tu voluntad, que tú eres mi Dios.
Tu aliento benéfico me guíe por tierra llana.
11 Por tu nombre, Señor, consérvame vivo;
por tu justicia, sácame de la angustia;
12 por tu lealtad, destruye a mis enemigos,
aniquila a los que me acosan, que siervo tuyo soy.

144 (143)

1 Bendito el Señor, mi Roca, que adiestra
mis manos para el combate, mis dedos para la pelea;
2 mi aliado, mi alcázar, castillo donde me pongo a salvo,
mi escudo y mi refugio, que me somete los pueblos.
3 Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él,
qué los hijos de Adán para que pienses en ellos?
4 El hombre es igual que un soplo,
sus días como una sombra que pasa.
5 Señor, inclina tu cielo y desciende,
toca los montes y echarán humo,
6 fulmina el rayo y dispérsalos,
dispara tus saetas y desbarátalos.
7 Extiende la mano desde arriba, defiéndeme, líbrame
de las aguas caudalosas, de la mano de extranjeros,
8 cuya boca dice falsedades, cuya diestra jura en falso.

9 Dios mío, te cantaré un cántico nuevo,
tañeré para ti el arpa de diez cuerdas:
10 para ti, que das la victoria a los reyes
y salvas a David, tu siervo.
Defiéndeme de la espada cruel,
11 líbrame de la mano de extranjeros
cuya boca dice falsedades, cuya diestra jura en falso.
12 Sean nuestros hijos un plantío, crecidos desde su adolescencia,
nuestras hijas sean columnas talladas, estructura de un templo;
13 que nuestros silos estén repletos de frutos de toda especie,
que nuestros rebaños a millares se multipliquen en los ejidos
14 y nuestros bueyes vengan cargados;
que no haya brechas ni aberturas
ni alarma en nuestras plazas.
15 ¡Dichoso el pueblo que esto tiene,
dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor!

145 (144)

1 Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey, te bendeciré por siempre jamás;
2 día tras día te bendeciré y te alabaré por siempre jamás.
3 Grande es el Señor y muy famoso, es incalculable su grandeza.
4 Una generación pondera tus obras a la otra y le cuenta tus haza-
5 alaban ellos la gloria de tu majestad [ñas;
y yo repito tus maravillas;
6 encarecen ellos tus temibles hazañas
y yo narro tus grandes proezas;
7 difunden la memoria de tu inmensa bondad
y aclaman tus victorias.
8 El Señor es clemente y compasivo, paciente y misericordioso:
9 el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas.
10 Que todas tus criaturas te den gracias, Señor;
que te bendigan tus fieles;
11 que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas,
12 explicando tus hazañas a los hombres,
la gloria y majestad de tu reinado.
13 Tu reinado es un reinado perpetuo,
tu gobierno continúa de edad en edad.
El Señor es fiel a sus palabras,
leal en todas sus acciones.
14 El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan.
15 Los ojos de todos te están aguardando,
tú les das la comida a su tiempo;
16 abres tú la mano y sacias de favores a todo viviente.
17 El Señor es justo en todos sus caminos,
leal con todas sus criaturas;
18 cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente.
19 Satisface los deseos de sus fieles,

escucha sus gritos de auxilio y los salva;
20 el Señor guarda a los que lo aman,
pero destruye a los malvados.
21 Pronuncie mi boca el elogio del Señor,
todo viviente bendiga su santo nombre por siempre jamás.

146 (145)

1 ¡Aleluya! Alaba, alma mía, al Señor:
2 alabaré al Señor mientras viva,
tañeré para mi Dios mientras exista.
3 No confiéis en los nobles, en hombres que no pueden salvar:
4 exhalan el aliento y vuelven al polvo,
ese día perecen sus planes.
5 Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob,
el que espera en el Señor, su Dios,
6 que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él;
que mantiene su fidelidad perpetuamente;
7 que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.
El Señor liberta a los cautivos,
8 el Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los honrados,
9 el Señor guarda a los emigrantes,
sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.
10 El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad. ¡Aleluya!

147 (146 y 147)[a]

1 ¡Aleluya! Alabad al Señor, que la música es buena,
nuestro Dios merece una alabanza armoniosa.
2 El Señor reconstruye Jerusalén, reúne a los deportados de Israel,
3 él sana los corazones destrozados, venda sus heridas.
4 Cuenta el número de las estrellas,
a cada una la llama por su nombre.
5 Nuestro Señor es grande y poderoso,
su sabiduría no tiene medida.
6 El Señor sostiene a los humildes,
humilla hasta el polvo a los malvados.
7 Entonad la acción de gracias al Señor,
tañed la cítara para nuestro Dios:
8 que cubre el cielo de nubes, preparando la lluvia para la tierra,
que hace brotar hierba en los montes;
9 que da su alimento al ganado
y a las crías de cuervo que graznan.
10 No aprecia el brío de los caballos,

a En este salmo, uno sólo, según el texto hebreo, vuelven a unificarse las dos numeraciones.

no estima la agilidad del hombre:
11 el Señor aprecia a sus fieles que esperan en su lealtad.
12 Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión:
13 que ha reforzado los cerrojos de tus puertas
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti;
14 ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina;
15 envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz;
16 manda la nieve como lana, esparce la escarcha como ceniza;
17 hace caer el hielo como migajas y con el frío congela las aguas;
18 envía una orden y se derriten, sopla su aliento y corren las aguas.
19 Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel;
20 con ninguna nación obró así ni les dio a conocer sus mandatos.
¡Aleluya!

148

1 ¡Aleluya! Alabad al Señor desde el cielo;
alabad al Señor en lo alto;
2 alabadlo todos sus ángeles; alabadlo todos sus ejércitos;
3 alabadlo, sol y luna; alabadlo, estrellas lucientes,
4 alabadlo, espacios celestes y aguas que cuelgan en el cielo;
5 alaben el nombre del Señor,
porque él lo mandó y quedaron creados;
6 les dio consistencia perpetua y una ley que no pasará.
7 Alabad al Señor desde la tierra,
cetáceos y todos los océanos,
8 rayos, granizo, nieve y bruma,
viento huracanado que cumple sus órdenes,
9 montes y todos los collados, árboles frutales y cedros,
10 fieras y animales domésticos, reptiles y pájaros que vuelan;
11 reyes y pueblos del orbe, príncipes y jefes del mundo,
12 jóvenes y también doncellas, los viejos junto con los niños;
13 alaben el nombre del Señor, el único nombre sublime.
Su majestad sobre el cielo y la tierra:
14 él acrece el vigor de su pueblo.
Himno de todos sus fieles, de Israel, su pueblo cercano.
¡Aleluya!

149

1 ¡Aleluya! Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
2 festeje Israel a su Creador,
los vecinos de Sión a su Rey.
3 Alabad su nombre con danzas,
tañendo para él panderos y cítaras;
4 porque el Señor ama a su pueblo
y corona con la victoria a los humildes.
5 Que los fieles celebren su gloria
y canten jubilosos desde sus lechos:
6 en las gargantas vítores a Dios,
en las manos espadas de dos filos;
7 para tomar venganza de los pueblos

y aplicar el castigo a los paganos,
8 sujetando a reyes con argollas
y a nobles con esposas de hierro.
9 Ejecutar la sentencia dictada
es un honor para todos sus fieles. ¡Aleluya!

150

1 ¡Aleluya! Alabad a Dios en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento,
2 alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza,
3 alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,
4 alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas,
5 alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.
6 Todo ser que alienta alabe al Señor.
¡Aleluya!

CANTAR DE LOS CANTARES

INTRODUCCION

Este librillo es una colección de cantos de amor, una de las joyas de la literatura hebrea. No conocemos al autor (o autores) ni la fecha de composición, y no importa.

El libro se lee como colección de canciones para una boda y de diálogos entre novios: esperando y recordando. Durante la semana que sigue a la boda los novios son rey y reina: Salomón y Sulamita, «pastor de azucenas» y «señora de los jardines». Canciones con dos protagonistas por igual. El y ella, sin nombre propio, son todas las parejas de la historia que repiten el milagro del amor.

El libro canta la plenitud de la unión personal, que, desde un centro, ilumina y transfigura el mundo, elevándolo a la conjunción humana del amor: primavera, frondas, flores y frutos, bosques y jardines, valles y montañas... El amor los nombra, y al nombrarlos los coloca concéntricos a sí mismo.

El tema personal lo domina todo. Pero la persona es la totalidad, no un reducto espiritual incorpóreo. El amado contempla el cuerpo amado como cifra y suma de bellezas naturales y artificiales. Nos atrevemos a parafrasear: al ver los amados la belleza del cuerpo amado descubren que el mundo es muy bueno, como en un reposo genesíaco. La contemplación es camino y pausa de la posesión, y el gozo del amor sintetiza los deleites, sobre todo aromas y sabores.

El amor no se agota en sí mismo, sino que se abre para el descubrimiento: hacia el final se presienten las dos oscuridades, Muerte y Abismo, y se descubre un fulgor, «llamarada divina». En efecto, el amor es grande e invencible porque es fuego que viene de Dios, y viene de Dios «porque Dios es amor» (1 Jn 4,8.16).

Si el amor de esa pareja, sin perder intensidad, pudiera abarcar y abrazar a todos los hombres, ese amor sería la encarnación más alta del amor de Dios; ese amor, hecho hombre, se llama Jesucristo. Por eso san Pablo aplica la imagen conyugal a Cristo y su Iglesia (Ef 5,32), y canta entusiasmado la participación humana en ese amor, el amor cristiano (1 Cor 13,4-13).

El amor de este libro todavía tiene resquicios de temor: raposas que destrozan, sorpresas nocturnas y la fascinación temerosa; por eso no es del todo perfecto (como dice Juan: 1 Jn 4,18). Pero precisamente en su límite nos descubre el amor sin límites, sin sombra ni recuerdo de temor, la plenitud de amar a Dios y a todo en él. Es lo que han cantado los místicos.

A causa de estas honduras o alturas, que el amor descubre e ilumina instantáneamente, algunos lectores de este libro se han lanzado a ver inmediatamente en sus versos un amor desencarnado. Han olvidado a los amantes o los han petrificado en ficciones, en claves intelectuales. Planteada una clave intelectual, han multiplicado las menudas correspondencias alegóricas en cada frase, palabra o imagen; han retozado como raposas «destrozando nuestras viñas florecidas».

No es ése el camino. Quien no crea en el amor humano de los novios, quien tenga que pedir perdón del cuerpo, no tiene derecho a remontarse; porque «quien no ama al hombre, que ve, ¿cómo amará a Dios, a quien no ve?» (1 Jn 4,20). En cambio, afirmado el amor humano, es posible descubrir en él la revelación de Dios, que «es amor». No se ha dicho cosa más alta de Dios. Ni del amor.

El título original del libro es un superlativo: «el mejor cantar» o «el más bello cantar». Si en vez de traducir, se sustituye cada palabra hebrea por una castellana, resulta «el cantar de cantares» o «el cantar de los cantares», que es la forma popularizada y, por ello, difícil de desarraigar.

1 El mejor cantar, por Salomón.

Besos

2 ¡Que me bese con besos de su boca!
3 Son mejores que el vino tus amores,
es mejor el olor de tus perfumes.
Tu nombre es como un bálsamo fragante,
y de ti se enamoran las doncellas.
4 ¡Ah, llévame contigo, sí, corriendo,
a tu alcoba condúceme, rey mío:
a celebrar contigo nuestra fiesta
y alabar tus amores más que el vino!
¡Con razón de ti se enamoran!

Diálogo

5 ELLA Tengo la tez morena, pero hermosa,
muchachas de Jerusalén,
como las tiendas de Cadar,
los pabellones de Salomón.
6 No os fijéis en mi tez oscura,
es que el sol me ha bronceado:
enfadados conmigo, mis hermanos de madre
me pusieron a guardar sus viñas;
y mi viña, la mía, no la supe guardar.
7 ELLA Avísame, amor de mi alma,
dónde pastoreas, dónde recuestas
tu ganado en la siesta,
para que no vaya perdida
por los rebaños de tus compañeros.
8 EL Si no lo sabes,
tú, la más bella de las mujeres,
sigue las huellas de las ovejas,
y lleva a pastar tus cabritos
en los apriscos de los pastores.
9 Amada, te pareces a la yegua
de la carroza del Faraón.
10 ¡Qué bellas tus mejillas con los pendientes,
tu cuello con los collares!
11 Te haremos pendientes de oro,
incrustados de plata.
12 ELLA Mientras el rey estaba en su diván,
mi nardo despedía su perfume.
13 Mi amado es para mí una bolsa de mirra
que descansa en mis pechos;
14 mi amado es para mí
como un ramo florido de ciprés
de los jardines de Engadí.
15 EL ¡Qué hermosa eres, mi amada, qué hermosa eres!
Tus ojos son palomas.

16 Ella ¡Qué hermoso eres, mi amado,
qué dulzura y qué hechizo!
Nuestra cama es de frondas
y las vigas de casa son de cedro, y el techo de cipreses.

2 Ella Soy un narciso de Sarón, una azucena de las vegas.
2 El Azucena entre espinas es mi amada entre las muchachas.
3 Ella Manzano entre los árboles silvestres,
es mi amado entre los jóvenes:
a su sombra quisiera sentarme
y comer de sus frutos sabrosos.
4 Me metió en su bodega
y contra mí enarbola su bandera de amor.
5 Dadme fuerzas con pasas y vigor con manzanas:
¡desfallezco de amor!
6 Ponme la mano izquierda bajo la cabeza
y abrázame con la derecha.
7 El ¡Muchachas de Jerusalén,
por las ciervas y las gacelas
de los campos, os conjuro,
que no vayáis a molestar,
que no despertéis al amor, hasta que él quiera!

Primavera

8 Ella ¡Oíd, que llega mi amado
saltando sobre los montes,
brincando por los collados!
9 Es mi amado como un gamo,
es mi amado un cervatillo.
Mirad: se ha parado detrás de la tapia,
atisba por las ventanas,
mira por las celosías.
10 Habla mi amado y me dice:
El «¡Levántate, amada mía,
hermosa mía, ven a mí!
11 Porque ha pasado el invierno,
las lluvias han cesado y se han ido,
12 brotan flores en la vega,
llega el tiempo de la poda,
el arrullo de la tórtola
se deja oír en los campos;
13 apuntan los frutos en la higuera,
la viña en flor difunde perfume.
¡Levántate, amada mía,
hermosa mía, ven a mí!
14 Paloma mía que anidas
en los huecos de la peña,
en las grietas del barranco,
déjame ver tu figura,
déjame escuchar tu voz,
porque es muy dulce tu voz

y es hermosa tu figura».
15 Agarradnos las raposas,
las raposas pequeñitas,
que destrozan nuestras viñas,
nuestras viñas florecidas.
16 Ella ¡Mi amado es mío y yo soy suya,
del pastor de azucenas!
17 Mientras sopla la brisa
y las sombras se alargan,
retorna, amado mío,
imita al cervatillo por montes y quebradas.

Nocturno

3 En mi cama, por la noche,
buscaba al amor de mi alma:
lo busqué y no lo encontré.
2 Me levanté y recorrí la ciudad
por las calles y las plazas,
buscando al amor de mi alma;
lo busqué y no lo encontré.
3 Me han encontrado los guardias
que rondan por la ciudad:
—¿Visteis al amor de mi alma?
4 Pero apenas los pasé,
encontré al amor de mi alma:
lo agarré y ya no lo soltaré,
hasta meterlo en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me llevó en sus entrañas.
5 ¡Muchachas de Jerusalén,
por las ciervas y gacelas de los campos,
os conjuro que no vayáis a molestar,
que no despertéis al amor hasta que él quiera!

DIA DE BODAS

6 ¿Qué es eso que sube por el desierto
como columna de humo,
como nube de incienso y de mirra
y perfumes de mercaderes?
7 ¡Es la litera de Salomón!
La rodean sesenta soldados,
los valientes de todo Israel,
8 todos llevan al flanco la espada,
veteranos de muchos combates,
todos llevan al flanco la espada
por temor a sorpresas nocturnas.
9 El rey Salomón se hizo construir un palanquín
con maderas del Líbano,
10 con columnas de plata, con respaldo de oro,
con asiento de púrpura, taraceado por dentro de marfil.
11 ¡Muchachas de Sión,

salid para ver al rey Salomón,
con la rica corona que le ciñó su madre
el día de su boda, día de fiesta de su corazón!

JARDIN

1. *Cuerpo cantado*

4 El ¡Qué hermosa eres, mi amada, qué hermosa eres!
Tus ojos de paloma, por entre el velo;
tu pelo es un rebaño de cabras
descolgándose por las laderas de Galaad.
2 Son tus dientes un rebaño esquilado recién salido de bañar,
cada oveja tiene mellizos, ninguna hay sin corderos [a].
3 Tus labios son cinta escarlata, y tu hablar, melodioso;
tus sienes, entre el velo, son dos mitades de granada.
4 Es tu cuello la torre de David, construida con sillares,
de la que penden miles de escudos,
miles de adargas de capitanes.
5 Son tus pechos dos crías mellizas de gacela
paciendo entre azucenas.
6 Mientras sopla la brisa y se alargan las sombras
me voy al monte de la mirra, iré por la colina del incienso.
7 ¡Toda eres hermosa, amada mía, y no hay en ti defecto!

2. *Ven*

8 Ven desde el Líbano, novia mía, ven;
baja del Líbano,
desciende de la cumbre del Amaná,
de la cumbre del Senir y del Hermón,
de las cuevas de leones, de los montes de panteras.
9 Me has enamorado, hermana y novia mía,
me has enamorado con una sola de tus miradas,
con una vuelta de tu collar.
10 ¡Qué bellos tus amores, hermana y novia mía;
tus amores son mejores que el vino!
Y tu aroma es mejor que los perfumes.
11 Un panal que destila son tus labios,
y tienes, novia mía, miel y leche debajo de tu lengua;
y la fragancia de tus vestidos es fragancia del Líbano.

3. *Jardín*

12 Eres jardín cerrado, hermana y novia mía;
eres jardín cerrado, fuente sellada.
13 Tus brotes [b] son jardines de granados
con frutos exquisitos,
14 nardo y enebro y azafrán,

a o: todas de dos en dos, ninguna sin pareja.
b o: tu lozanía es de.

canela y cinamomo,
con árboles de incienso, mirra y áloe,
con los mejores bálsamos y aromas.
15 La fuente del jardín
es pozo de agua viva que baja desde el Líbano.
16 Ella Despierta, cierzo; llégate, austro;
orea mi jardín, que exhale sus perfumes.
Entra, amor mío, en tu jardín
a comer de sus frutos exquisitos.

5 El Ya vengo a mi jardín, hermana y novia mía,
a recoger el bálsamo y la mirra,
a comer de mi miel y mi panal,
a beber de mi leche y de mi vino.
Compañeros, comed y bebed,
y embriagaos, mis amigos.

ASI ES MI AMIGO

1. *Nocturno*

2 ELLA Estaba durmiendo, mi corazón en vela,
cuando oigo a mi amado que me llama:
«Abreme, amada mía, mi paloma sin mancha,
que tengo la cabeza cuajada de rocío,
mis rizos, del relente de la noche».
3 Ya me quité la túnica,
¿cómo voy a ponérmela de nuevo?
Ya me lavé los pies,
¿cómo voy a mancharlos otra vez?
4 Mi amor mete la mano por la abertura:
me estremezco al sentirlo,
6b al escucharlo se me escapa el alma.
5 Ya me he levantado a abrir a mi amado:
mis manos gotean perfume de mirra,
mis dedos mirra que fluye
por la manilla de la cerradura.
6a Yo misma abro a mi amado;
abro, y mi amado se ha marchado ya.
Lo busco, y no lo encuentro; lo llamo, y no responde.
7 Me encontraron los guardias que rondan la ciudad.
Me golpearon e hirieron,
me quitaron el manto los centinelas de las murallas.
8 Muchachas de Jerusalén, os conjuro
que si encontráis a mi amado
le digáis..., ¿qué le diréis?...,
que estoy enferma de amor.
9 ELLAS ¿Qué distingue a tu amado de los otros, tú, la más bella?
¿Qué distingue a tu amado de los otros que así nos conjuras?

2. *Así es mi amigo*

10 ELLA Mi amado es blanco y sonrosado,
descuella entre diez mil.
11 Su cabeza es de oro, del más puro;
sus rizos son racimos de palmera,
negros como los cuervos.
12 Sus ojos, dos palomas a la vera del agua
que se bañan en leche y se posan al borde de la alberca.
13 Sus mejillas, macizos de bálsamo que exhalan aromas;
sus labios son lirios con mirra que fluye.
14 Sus brazos, torneados en oro,
engastados con piedras de Tarsis;
su cuerpo es de marfil labrado,
todo incrustado de zafiros;
15 sus piernas, columnas de mármol
apoyadas en plintos de oro.
Gallardo como el Líbano, juvenil como un cedro;
16 es muy dulce su boca, todo él pura delicia.
Así es mi amado, mi amigo, muchachas de Jerusalén.

3. *Encuentro*

6 ELLAS ¿Adónde fue tu amado,
la más bella de todas las mujeres?
¿Adónde fue tu amado?
Queremos buscarlo contigo.
2 ELLA Ha bajado mi amado a su jardín,
a los macizos de las balsameras,
el pastor de jardines a cortar azucenas.
3 Yo soy de mi amado y mi amado es mío,
el pastor de azucenas.

A BANDERAS DESPLEGADAS

I

4 EL Eres bella, amiga mía, como Tirsá,
igual que Jerusalén tu hermosura;
terrible como escuadrón a banderas desplegadas.
5 ¡Aparta de mí tus ojos, que me turban!
Tus cabellos son un hato de cabras
que se descuelgan por las cuestas de Galaad;
6 y la hilera de tus dientes como un rebaño esquilado,
recién salido del baño:
cada oveja con mellizos y ninguna sin corderos [a].
7 Tus sienes, por entre el velo,
dos mitades de granada.
8 Si sesenta son las reinas,
ochenta las concubinas,
sin número las doncellas,
9 una sola es mi paloma, sin defecto;
una sola, predilecta de su madre.
Al verla, la felicitan las muchachas,
y la alaban las reinas y concubinas.
10 ELLAS ¿Quién es ésa que se asoma como el alba,
hermosa como la luna y límpida como el sol,
terrible como escuadrón a banderas desplegadas?

II

11 ELLA Bajé a mi nogueral a examinar los brotes de la vega,
a ver si ya las vides florecían,
a ver si ya se abrían los botones de los granados;
12 y, sin saberlo,
me encontré en la carroza con mi príncipe [b].

a o: todas de dos en dos, ninguna sin pareja.
b traducción dudosa.

TE DARE MI AMOR

1. *Danza*

7 CORO Vuélvete, vuélvete, Sulamita;
vuélvete, vuélvete, para que te veamos.
ELLA ¿Qué miráis en la Sulamita
cuando danza en medio de dos coros?
2 CORO Tus pies hermosos en las sandalias,
hija de príncipes;
esa curva de tus caderas como collares,
labor de orfebre;
3 tu ombligo, una copa redonda, rebosando licor,
y tu vientre, montón de trigo, rodeado de azucenas;
4 tus pechos, como crías mellizas de gacela;
5a tu cuello es una torre de marfil;
6a tu cabeza se yergue semejante al Carmelo;
5b tus ojos, dos albercas de Jesbón,
junto a la Puerta Mayor;
es el perfil de tu nariz igual que el saliente del Líbano,
que mira hacia Damasco;
6b tus cabellos de púrpura,
con sus trenzas, cautivan a un rey.
7 EL ¡Qué hermosa estás, qué bella,
qué delicia en tu amor!

2. *Te daré mi amor*

8 Tu talle es de palmera; tus pechos, los racimos.
9 Yo pensé: treparé a la palmera a coger sus dátiles;
son para mí tus pechos como racimos de uvas;
tu aliento, como aroma de manzanas.
10 ¡Ay, tu boca es un vino generoso que fluye acariciando
y me moja los labios y los dientes!
11 ELLA Yo soy de mi amado y él me busca con pasión.
12 Amado mío, ven, vamos al campo,
al abrigo de enebros [a] pasaremos la noche,
13 madrugaremos para ver las viñas,
para ver si las vides ya florecen,
si ya se abren las yemas
y si echan flores los granados,
y allí te daré mi amor...
14 Perfuman las mandrágoras
y a la puerta hay mil frutas deleitosas,
frutas secas y frescas
que he guardado, mi amado, para ti.

3. *No despertéis al amor*

8 ¡Oh si fueras mi hermano
y criado a los pechos de mi madre!

a o: en las aldeas.

Al verte por la calle
te besaría sin temor a burlas,
2 te metería en casa de mi madre,
en la alcoba en que me crió,
te daría a beber vino aromado,
licor de mis granados.
3 Pone la mano izquierda bajo mi cabeza
y me abraza con la derecha.
4 EL ¡Muchachas de Jerusalén, os conjuro
que no vayáis a molestar,
que no despertéis al amor hasta que él quiera!

BAJO EL MANZANO

5 ¿Quién es esa que sube del desierto
apoyada en su amado?
Bajo el manzano te desperté,
allí donde tu madre te dio a luz con dolores de parto.

Llamarada divina

6 Grábame como un sello en tu brazo,
como un sello en tu corazón,
porque es fuerte el amor como la muerte,
es cruel la pasión como el abismo;
es centella de fuego, llamarada divina;
7 las aguas torrenciales no podrán apagar el amor
ni anegarlo los ríos.
Si alguien quisiera comprar el amor
con todas las riquezas de su casa,
se haría despreciable.

Soy una muralla

8 Nuestra hermana es tan pequeñita,
que no le han crecido los pechos.
¿Qué haremos con nuestra hermanita
cuando vengan para pedirla?
9 Si es una muralla,
le pondremos almenas de plata;
si es una puerta,
la protegeremos con planchas de cedro.
10 Soy una muralla, y mis pechos son los torreones;
pero yo seré para él mensajera de paz [a].

La viña de Salomón

11 Salomón tenía una viña en Baal Hamón;
se la dio a guardar a aparceros,
que le traen de sus frutos
cada uno mil siclos de plata.
12 Mi viña es sólo para mí;
para ti, Salomón, los mil siclos,
y da doscientos a los aparceros.

Señora de los jardines

13 Señora de los jardines,
mis compañeros te escuchan,
déjanos oír tu voz.
14 Date prisa, amor mío,
como el gamo, como el cervatillo,
por las lomas de las balsameras.

a dudoso.

LAMENTACIONES

INTRODUCCION

Lamentaciones o trenos de Jeremías es el título tradicional. Se trata de cinco elegías por la caída de Jerusalén, o bien de cuatro elegías y una oración.

Los hechos se leen al final del segundo libro de los Reyes: el segundo asedio, con sus consecuencias de hambre y sed, el asalto, las matanzas, incendios, saqueos, y después el destierro forzado.

Uno o varios autores hacen del suceso tema de sus canciones. Es tradicional representar a la capital como joven hermosa y como matrona fecunda; acoge al pueblo, le da la vida, lo representa. Esta imagen tradicional sugiere fácilmente rasgos de sexualidad y maternidad: el atractivo, la afrenta y violación, la viudez, la pérdida de los hijos; la entonación maternal hace más patética la queja.

La elegía permite gran libertad de desarrollo: puede hablar un cantor y corearle los que asisten; puede tomar la palabra el personaje cantado, Jerusalén, hablando de sus pensamientos y experiencias; a través del cantor o de Jerusalén, podemos escuchar también voces del enemigo o de espectadores externos. Cabe la descripción de rasgos sueltos, la transposición imaginativa, los lamentos, las súplicas, las preguntas desconcertadas, la exhortación; todo ello suministra riqueza y variedad de materiales.

Los poemas utilizan el artificio alfabético, que tiene dos versiones: la rigurosa es el acróstico, la libre es el número 22. En los dos primeros poemas forman el acróstico los primeros versos de estrofas ternarias; en el tercero, los tres versos de cada estrofa ternaria; en el cuarto, el primer verso de cada pareado; en el quinto sólo tenemos el número alfabético veintidós.

Esto fuerza bastante el desarrollo, como puede hacerlo una rima muy rigurosa (digamos, la octava real). El autor no ha sabido superar todos los escollos del artificio: no logra construir, cae en repeticiones, tiene que rellenar con frases convencionales; es un lastre a magníficos momentos de descripción o de lamento. Para nuestro gusto, habría sido mejor concentrar y suprimir; para el autor y sus lectores tenía valor recorrer todo el alfabeto de penas y desgracias, cebarse reiteradamente en el dolor personal y nacional, escuchar resonancias de profetas y liturgias.

La atribución a Jeremías (de donde procede nuestro vocablo «jeremiada») sirve para dar autoridad al escrito. El autor, o autores, parecen haber vivido los acontecimientos, y escriben poco después de la catástrofe.

El hecho ha sido el más terrible de la historia de Israel; el último causante ha sido el Señor, Dios de ese pueblo; el motivo, los pecados y rebeliones del pueblo. Por eso el pueblo confiesa sus pecados y pide perdón, y en medio de la tragedia se anima con la esperanza.

1 ¡Qué solitaria está la ciudad populosa!
Se ha quedado viuda la primera de las naciones;
la princesa de las provincias, en trabajos forzados.
2 Pasa la noche llorando, le corren las lágrimas por las mejillas.
No hay nadie entre sus amigos que la consuele;
todos sus aliados la han traicionado, se han vuelto sus enemigos.
3 Judá marchó al destierro, humillada y esclava;
hoy habita entre gentiles, sin encontrar reposo;
los que la perseguían le dieron alcance y la cercaron.

4 Los caminos de Sión están de luto, porque nadie acude a las fiestas;
sus puertas están en ruinas, gimen sus sacerdotes,
sus doncellas están desoladas, y ella misma llena de amargura.
5 Sus enemigos la han vencido, han triunfado sus adversarios,
porque el Señor la ha castigado por su continua rebeldía;
aun sus niños marcharon al destierro delante del enemigo.
6 La ciudad de Sión ha perdido toda su hermosura;
sus nobles, como ciervos que no encuentran pasto,
caminaban desfallecidos, empujados por la espalda.
7 Jerusalén recuerda los días tristes y turbulentos,
cuando caía su pueblo en manos enemigas y nadie lo socorría,
y al verla, sus enemigos se reían de su desgracia.
8 Jerusalén ha pecado gravemente y ha quedado manchada;
los que antes la honraban, la desprecian viéndola desnuda,
y ella entre gemidos se vuelve de espaldas.
9 Lleva su impureza en la falda, sin pensar en el futuro.
¡Qué caída tan terrible!: no hay quien la consuele.
«Mira, Señor, mi aflicción y el triunfo de mi enemigo».
10 El enemigo ha echado mano a todos sus tesoros;
ella ha visto a los gentiles entrar en el santuario,
aunque tú habías prohibido que entraran en tu asamblea.
11 Todo el pueblo, entre gemidos, anda buscando pan;
ofrecían sus tesoros para comer y recobrar las fuerzas.
«Mira, Señor, fíjate cómo estoy envilecida.
12 »Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad, fijaos:
¿Hay dolor como mi dolor? ¡Cómo me han maltratado!
El Señor me ha castigado el día del incendio de su ira.
13 »Desde el cielo ha lanzado un fuego
que se me ha metido en los huesos;
ha tendido una red a mis pasos y me ha hecho retroceder,
me ha dejado consternada y sufriendo todo el día.
14 »El Señor hizo un fardo con mis culpas y lo ató con su mano,
me lo echó al cuello y doblegó mis fuerzas,
me ha entregado en unas manos que no me dejan levantarme.
15 »El Señor desbarató a mis capitanes en medio de mí;
hizo leva contra mí para triturar a mis soldados;
el Señor pisó en el lagar a la doncella, capital de Judá.
16 »Por eso estoy llorando, mis ojos se deshacen en agua;
no tengo cerca quien me consuele, quien me reanime;
mis hijos están consternados ante la victoria del enemigo».
17 —Sión extiende las manos, pero nadie la consuela.
El Señor mandó a los pueblos vecinos que atacaran a Jacob;
Jerusalén quedó en medio de ellos como basura.
18 »Pero el Señor es justo, porque me rebelé contra su palabra.
Pueblos todos, escuchad y mirad mis heridas:
mis doncellas y mis jóvenes han marchado al destierro.
19 »Llamé a mis amantes, pero me han traicionado.
Mis sacerdotes y ancianos murieron en la ciudad,
mientras buscaban alimento para recobrar las fuerzas.
20 »Mira, Señor, mis angustias y la amargura de mis entrañas;
se me revuelve dentro el corazón de tanta amargura;
en la calle me deja sin hijos la espada; en casa, la muerte.

21 »Escuchad cómo gimo, sin nadie que me consuele.
El enemigo se alegró de mi desgracia, que tú mismo ejecutaste;
pero haz que llegue el día anunciado, y serán como yo.
22 »Lleguen a tu presencia sus maldades y trátalos a ellos
como me trataste a mí, por mis rebeliones:
se multiplican mis gemidos, desfallece mi corazón».

2 —¡Ay, el Señor nubló con su cólera a la capital, Sión!
Desde el cielo arrojó por tierra la gloria de Israel,
y el día de su cólera se olvidó del estrado de sus pies.
2 El Señor destruyó sin compasión todas las moradas de Jacob,
con su indignación demolió las plazas fuertes de Judá,
derribó por tierra, deshonrados, al rey y a los príncipes.
3 Encendido en ira tronchó el vigor de Israel;
al llegar el enemigo, se guardó la diestra a la espalda,
y prendieron las llamas en Jacob, consumiendo todo alrededor.
4 Como un enemigo, tendió el arco, aplicó la diestra
y dio muerte, enemistado, a la flor de la juventud,
y en las tiendas de Sión derramó como fuego su furor.
5 El Señor se portó como enemigo, destruyendo a Israel:
derribó todos sus palacios, arrasó sus plazas fuertes,
y en la capital de Judá multiplicó duelos y lamentos.
6 Como un salteador, destruyó la tienda, arrasó el lugar de la asamblea,
el Señor dio al olvido en Sión sábados y fiestas,
indignado y furioso rechazó al rey y al sacerdote.
7 El Señor repudió su altar; desechó su santuario,
entregó en manos enemigas los muros de sus palacios;
y gritaban en el templo del Señor, como en día de fiesta.
8 El Señor determinó arrasar las murallas de Sión:
tendió la plomada y no retiró la mano que derribaba;
muros y baluartes se lamentaban al desmoronarse juntos.
9 Derribó por tierra las puertas, rompió los cerrojos.
Rey y príncipes estaban entre los gentiles. No había ley.
Y los profetas ya no recibían visiones del Señor.
10 Los ancianos de Sión se sientan en el suelo silenciosos,
se echan polvo en la cabeza y se visten de sayal;
las doncellas de Jerusalén humillan hasta el suelo la cabeza.
11 Se consumen en lágrimas mis ojos, de amargura mis entrañas,
se derrama por tierra mi hiel,
por la ruina de la capital de mi pueblo,
muchachos y niños de pecho desfallecen por las calles de la ciudad.
12 Preguntaban a sus madres: ¿dónde hay pan y vino?,
mientras desfallecían, como los heridos,
por las calles de la ciudad,
mientras expiraban en brazos de sus madres.
13 ¿Quién se te iguala, quién se te asemeja, ciudad de Jerusalén?,
¿a quién te compararé, para consolarte, Sión, la doncella?
Inmensa como el mar es tu desgracia: ¿quién podrá curarte?
14 Tus profetas te ofrecían visiones falsas y engañosas;
y no te denunciaban tus culpas para cambiar tu suerte,
sino que te anunciaban visiones falsas y seductoras.
15 Los que van por el camino se frotan las manos al verte,

silban y menean la cabeza contra la ciudad de Jerusalén:
«¿Es ésta la ciudad más hermosa, la alegría de toda la tierra?».
16 Se burlaron a carcajadas de ti todos tus enemigos,
silbaron y rechinaron los dientes diciendo: «La hemos arrasado;
éste es el día que esperábamos:
lo hemos conseguido y lo estamos viendo».
17 El Señor ha realizado su designio, ha cumplido la palabra
que había pronunciado hace tiempo: ha destruido sin compasión;
ha exaltado el poder del adversario,
ha dado al enemigo el gozo de la victoria.
18 Grita con toda el alma al Señor; laméntate, Sión,
derrama torrentes de lágrimas, de día y de noche,
no te concedas reposo, no descansen tus ojos.
19 Levántate y grita de noche, al relevo de la guardia,
derrama como agua tu corazón en presencia del Señor,
levanta hacia él las manos, por la vida de tus niños
(desfallecidos de hambre en las encrucijadas):
20 «Mira, Señor, fíjate: ¿a quién has tratado así?
¿Cuándo las mujeres se han comido a sus hijos,
a sus hijos tiernos?
¿Cuándo han asesinado en el templo del Señor
a sacerdotes y profetas?
21 »Se tienden en el suelo de las calles muchachos y ancianos,
mis jóvenes y mis doncellas cayeron a filo de espada;
el día de tu ira diste muerte, mataste sin compasión.
22 »Convocaste, como para una fiesta, terrores que me cercan:
el día de tu ira nadie pudo salvarse ni escapar.
A los que yo crié y alimenté los aniquiló el enemigo».

3 Yo soy un hombre que ha probado el dolor bajo la vara de su cólera,
2 porque me ha llevado y conducido a las tinieblas y no a la luz;
3 está volviendo su mano todo el día contra mí.
4 Me ha consumido la piel y la carne y me ha roto los huesos;
5 en torno mío ha levantado un cerco de veneno y amargura
6 y me ha confinado en las tinieblas, como a los muertos de antaño.
7 Me ha tapiado sin salida cargándome de cadenas;
8 por más que grito: «Socorro», se hace sordo a mi súplica;
9 me ha cerrado el paso con sillares, y ha retorcido mis sendas.
10 Me está acechando como un oso o como un león escondido;
11 me ha cerrado el camino para despedazarme y me ha dejado [inerte;
12 tensa el arco y me hace blanco de sus flechas.
13 Me ha clavado en las entrañas las flechas de su aljaba:
14 la gente se burla de mí, me saca coplas todo el día;
15 me ha saciado de hieles abrevándome con ajenjo.
16 Mis dientes rechinan mordiendo guijas, y me revuelco en el polvo;
17 me han arrancado la paz, y ni me acuerdo de la dicha;
18 me digo: «Se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor».
19 Fíjate en mi aflicción y en mi amargura, en la hiel que me envenena;
20 no hago más que pensar en ello, y estoy abatido.
21 Pero hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza:
22 que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión;
23 antes bien, se renuevan cada mañana: ¡qué grande es tu fidelidad!

24 «El Señor es mi lote», me digo, y espero en él.
25 El Señor es bueno para los que en él esperan y lo buscan;
26 es bueno esperar en silencio la salvación del Señor;
27 le irá bien al hombre si carga con el yugo desde joven.
28 Que se esté solo y callado cuando la desgracia descarga sobre él;
29 que pegue la boca al polvo, quizá quede esperanza;
30 que entregue la mejilla al que lo hiere y se sacie de oprobios.
31 Porque el Señor no rechaza para siempre;
32 aunque aflige, se compadece con gran misericordia,
33 porque no goza afligiendo o apenando a los hombres.
34 Aplastar bajo los pies a todos los prisioneros de la tierra,
35 negar su derecho al pobre, en presencia del Altísimo,
36 defraudar a alguien en un proceso: eso no lo aprueba el Señor.
37 ¿Quién mandó que sucediera si no fue el Señor?,
38 ¿no es el Señor quien dispone que suceda el bien y el mal?,
39 ¿por qué se ha de quejar de su desgracia el hombre mientras vive?
40 —Examinemos y revisemos nuestra conducta y volvamos al Señor,
41 levantemos con las manos el corazón al Dios del cielo:
42 nosotros nos hemos rebelado pecando, y tú no nos has perdonado;
43 envuelto en cólera nos has perseguido y matado sin piedad,
44 te has envuelto en nubes para que no te alcancen las plegarias;
45 nos has hecho el desprecio y el desecho de las gentes.
46 Todos nuestros enemigos se ríen de nosotros;
47 nos asaltan terrores y espantos, desgracias y fracasos,
48 lloramos arroyos de lágrimas por la ruina de la capital.
49 Mis ojos se diluyen sin cesar y sin descanso,
50 hasta que el Señor desde el cielo se asome y me vea;
51 me duelen los ojos de llorar por las jóvenes de la ciudad.
52 Los que me odian sin razón me han dado caza, como a un pájaro;
53 me han echado vivo al pozo y me han arrojado piedras;
54 se cierran las aguas sobre mi cabeza, y pienso: «Estoy perdido».
55 Invoqué tu nombre, Señor, de lo hondo de la fosa:
56 oye mi voz, no cierres el oído a mis gritos de auxilio;
57 tú te acercaste cuando te llamé y me dijiste: «No temas».
58 Te encargaste de defender mi causa y de salvar mi vida,
59 has visto que padezco injusticia, juzga mi causa;
60 has visto la venganza que traman contra mí;
61 has oído, Señor, cómo me insultan y traman mi desgracia,
62 lo que dicen y piensan contra mí continuamente;
63 vigila todos sus movimientos: soy el objeto de sus sátiras.
64 Tú les pagarás, Señor, como merecen sus obras,
65 les darás una mente obcecada y los maldecirás;
66 los perseguirás con ira hasta aniquilarlos bajo el cielo, Señor.

4 Se ha vuelto pálido el oro, el oro más puro,
están tiradas las piedras santas por las encrucijadas;
2 los nobles vecinos de Sión, que valían su peso en oro,
cuentan como cacharros de loza, labor de alfarero.
3 Hasta los chacales dan las ubres para amamantar sus crías;
en cambio, la capital fue despiadada como el avestruz del desierto.
4 De pura sed, a las criaturas se les pega la lengua al paladar;
los niños piden pan y nadie se lo da;

5 los que comían manjares exquisitos, desfallecen en la calle;
los que se criaron entre púrpura, se revuelcan en la basura.
6 La culpa de la capital era más grave que el pecado de Sodoma,
que fue arrasada en un momento sin manos humanas.
7 Sus príncipes eran más limpios que la nieve,
más blancos que la leche;
eran más rojos que corales, con venas como zafiros,
8 ahora están más negros que hollín, no se les reconoce en la calle,
sobre los huesos se les arruga la piel, reseca como leña.
9 ¡Más dichosos los que murieron a espada que los muertos de hambre!
Aquéllos, apuñalados, se desangraron;
éstos, por falta de alimento.
10 Las manos de mujeres delicadas cuecen a sus propios hijos
y se los comen mientras se derrumba la capital de mi pueblo.
11 El Señor sació su cólera y derramó el incendio de su ira,
prendió un fuego en Sión que devora hasta los cimientos.
12 No creían los reyes del mundo ni los habitantes del orbe
que el enemigo lograría entrar por las puertas de Jerusalén.
13 Por los pecados de sus profetas y los crímenes de sus sacerdotes,
que derramaron en medio de ella sangre inocente.
14 Vagaban como ciegos por las calles, manchados de sangre:
nadie podía tocar sus vestidos.
15 «¡Aparte —gritaban—, estoy impuro; aparte, no me toquéis!».
Iban como prófugos o fugitivos que ya no reciben asilo.
16 El Señor mismo los ha dispersado y ya no se ocupa de ellos:
no hay respeto para los sacerdotes,
no hay compasión para los ancianos.
17 Nuestros ojos se consumen esperando socorro en vano:
aguardamos vigilantes a un pueblo impotente.
18 No podíamos andar por la calle, porque acechaban nuestros pasos;
se acercaba nuestro fin, el término de nuestros días.
19 Los que nos perseguían eran más veloces que las águilas del cielo,
nos acosaban por los montes y nos acechaban en el desierto.
20 Al ungido del Señor, al que era nuestro aliento,
lo cazaron en una trampa,
a aquel de quien decíamos: «A su sombra
viviremos entre los pueblos».
21 ¡Goza y disfruta, capital de Edom, princesa de Us,
que a ti también te llegará la copa:
te embriagarás y te desnudarás!
22 Está cumplida tu condena, Sión, no seguirás en el destierro;
examinarán tu culpa, capital de Edom, y aparecerá tu pecado.

5 Recuerda, Señor, lo que nos ha pasado;
mira y fíjate en nuestras afrentas.
2 Nuestra heredad ha pasado a los bárbaros;
nuestras casas, a extranjeros;
3 hemos quedado huérfanos de padre
y nuestras madres han quedado viudas.
4 Tenemos que comprar el agua que bebemos
y pagar la leña que nos llevamos.

5 Nos empujan con un yugo al cuello,
nos fatigan sin darnos descanso.
6 Hemos pactado con Egipto y Asiria
para saciarnos de pan.
7 Nuestros padres pecaron, y ya no viven,
y nosotros cargamos con sus culpas.
8 Unos esclavos nos han sometido
y nadie nos libra de su poder.
9 Arriesgamos la vida por el pan,
pues la espada amenaza en descampado.
10 Nuestra piel quema como un horno,
torturada por el hambre.
11 Violaron a las mujeres en Sión
y a las doncellas en los pueblos de Judá;
12 con sus manos colgaron a los príncipes,
sin respetar a los ancianos;
13 forzaron a los jóvenes a mover el molino,
y los muchachos sucumbían bajo cargas de leña.
14 Los ancianos ya no se sientan a la puerta,
los jóvenes ya no cantan;
15 ha cesado el gozo del corazón,
las danzas se han vuelto duelo;
16 se nos ha caído la corona de la cabeza:
¡Ay de nosotros, que hemos pecado!
17 Por eso está enfermo nuestro corazón
y se nos nublan los ojos,
18 porque el Monte Sión está desolado
y los zorros se pasean por él.
19 Pero tú, Señor, eres rey por siempre,
tu trono dura de edad en edad.
20 ¿Por qué te olvidas siempre de nosotros
y nos tienes abandonados por tanto tiempo?
21 Señor, tráenos hacia ti para que volvamos,
renueva los tiempos pasados,
22 ¿o es que ya nos has rechazado,
que tu cólera no tiene medida?

SAPIENCIALES

Traductores:

PROVERBIOS

LUIS ALONSO SCHÖKEL

colaboración de

JOSÉ MARÍA VALVERDE

JOB

LUIS ALONSO SCHÖKEL
JOSÉ LUZ OJEDA

colaboración de

JOSÉ MENDOZA DE LA MORA

ECLESIASTES

LUIS ALONSO SCHÖKEL

ECLESIASTICO

LUIS ALONSO SCHÖKEL
JUAN MATEOS

SABIDURIA

EDUARDO ZURRO
LUIS ALONSO SCHÖKEL

Introducciones

LUIS ALONSO SCHÖKEL

Los libros sapienciales forman uno de los grupos de libros bíblicos con perfil propio, netamente distintos de la literatura profética, de los cuerpos legales, de las obras narrativas. Cinco libros forman esta pentápolis de claras fronteras, esta especie de «pentateuco» sapiencial: Proverbios, Job, Eclesiastés (= Qohelet), Eclesiástico (= Ben Sirá), Sabiduría. Como el Pentateuco invoca como autor o patrono a Moisés, así tres de estos libros invocan a Salomón como autor. Un cierto parentesco liga a Job con el Eclesiastés, como testigos y actores de una patética controversia sobre el sentido de la vida; por otro lado, caminan Proverbios y Eclesiástico, mientras que Sabiduría es un enclave tardío en territorio griego.

PROVERBIOS

INTRODUCCION

Las doctrinas o enseñanzas de esta antología tienen dos ejes principales, cada uno con dos polos opuestos: uno es sensato-necio —en abstracto, la sensatez y necedad—, otro es honrado-malvado. Los términos no son precisos: en el primero pueden entrar dotes naturales de inteligencia y perspicacia, conocimientos adquiridos, destreza en el obrar. Lo mismo el segundo, que puede referirse a la integridad, la justicia, la inocencia. Estos dos ejes se cruzan, porque la sensatez tiene algo de ético, mientras que la maldad se considera insensata.

Dios está presente en este mundo sapiencial y ético: posee la sabiduría y concede la sensatez al hombre; con su aprobación y reprobación consolida el mundo ético. En el curso de la antología encontramos consejos e instrucciones que repiten o se asemejan a diversos preceptos de la ley.

PRIMERA COLECCION

1 Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel:

2 para adquirir sensatez y educación,
para entender sentencias inteligentes,
3 para obtener una educación acertada:
justicia, derecho y rectitud,
4 para enseñar sagacidad al ingenuo,
saber y reflexión al muchacho;
5 lo escucha el sensato y aumenta su saber,
el inteligente adquiere destreza
6 para entender proverbios y refranes,
máximas y enigmas.
7 El temor del Señor es el principio del saber,
los necios desprecian la sensatez y la educación.

Exordio

8 Hijo mío, escucha la corrección de tu padre,
no rechaces las instrucciones de tu madre,
9 pues serán hermosa diadema en tu cabeza
y collar en tu garganta.
10 Hijo mío, si intentan engañarte los pervertidos, no accedas.

Si te dicen:
11 «Vente con nosotros,
a poner insidias mortales, a acechar al inocente;
12 nos lo tragaremos vivo, como el abismo;
enterito, como a uno que baja a la fosa;
13 obtendremos magníficas riquezas,
llenaremos nuestra casa de botín;
14 comparte tu suerte con nosotros,
tendremos una bolsa común».
15 Hijo mío, no los acompañes en su camino;
retrae tus pasos de su senda,
16 porque sus pies corren a la maldad,
se apresuran a derramar sangre.
17 En vano se tiende una red
visible a seres alados:
18 sus insidias serán mortales para ellos,
atentan contra sí mismos;
19 así termina la codicia desmedida,
quitando la vida a su dueño.

Pregón de la Sensatez

20 La Sensatez pregona por las calles,
en las plazas levanta la voz;
21 grita en lo más ruidoso de la ciudad,
y en las plazas públicas pregona:
22 «¿Hasta cuándo, inexpertos, amaréis la inexperiencia,
y vosotros, insolentes, os empeñaréis en la insolencia,
y vosotros, necios, odiaréis el saber?
23 Volveos a escuchar mi reprensión,
y os abriré mi corazón comunicándoos mis palabras.
24 Os llamé, y rehusasteis;
extendí mi mano, y no hicisteis caso;
25 rechazasteis mis consejos,
no aceptasteis mi reprensión;
26 pues yo me reiré de vuestra desgracia,
me burlaré cuando os alcance el terror.
27 Cuando os alcance como tormenta el terror,
cuando os llegue como huracán la desgracia,
cuando os alcancen la angustia y la aflicción,
28 entonces llamarán, y no los escucharé;
me buscarán, y no me encontrarán.
29 Porque aborrecían el saber
y no escogían el temor del Señor;
30 no aceptaron mis consejos,
despreciaron mis reprensiones;
31 comerán el fruto de su conducta,
y se hartarán de sus planes.
32 La rebeldía da muerte a los irreflexivos,
la despreocupación acaba con los imprudentes;
33 en cambio, el que me obedece vivirá tranquilo,
seguro y sin temer ningún mal».

Discurso del maestro

2 Hijo mío, si aceptas mis palabras
y conservas mis consejos,
2 prestando oído a la sensatez
y prestando atención a la prudencia;
3 si invocas a la inteligencia
y llamas a la prudencia;
4 si la procuras como el dinero
y la buscas como un tesoro,
5 entonces comprenderás el temor del Señor
y alcanzarás el conocimiento de Dios.
6 Porque es el Señor quien da sensatez,
de su boca proceden saber e inteligencia.
7 El atesora acierto para los hombres rectos,
es escudo para el de conducta intachable,
8 custodia la senda del deber,
la rectitud y los buenos senderos.
9 Entonces comprenderás la justicia y el derecho,
la rectitud y toda obra buena,
10 porque entrará en tu mente la sensatez
y sentirás gusto en el saber,
11 la sagacidad te guardará,
la prudencia te protegerá
12 para librarte del mal camino,
del hombre que habla perversamente,
13 de los que abandonan el sendero recto
para seguir caminos tenebrosos,
14 de los que gozan haciendo el mal
y se alegran de la perversión,
15 siguen senderos tortuosos
y sendas extraviadas;
16 para librarte de la ramera,
de la prostituta que halaga con sus palabras
17 abandonó al compañero de su juventud,
olvidó la alianza de su Dios;
18 su casa se inclina hacia la muerte,
sus sendas hacia el país de los muertos;
19 los que entran allí no retornan,
no alcanzan las sendas de la vida.
20 Para que sigas el buen camino
y te mantengas en los senderos de los hombres honrados,
21 porque los rectos habitarán la tierra
y los íntegros permanecerán en ella;
22 pero los malvados serán expulsados de la tierra,
los pérfidos serán arrancados de ella.

Deberes con Dios

3 Hijo mío, no olvides mis instrucciones,
conserva en la memoria mis preceptos,

2 porque alargarán los días y años de tu vida
y prosperidad;
3 no abandones la bondad y la lealtad,
cuélgatelas al cuello, escríbelas en la tablilla del corazón:
4 alcanzarás favor y aceptación
ante Dios y ante los hombres.
5 Confía en el Señor con toda el alma,
no te fíes de tu propia inteligencia;
6 en todos tus caminos piensa en él,
y él allanará tus sendas;
7 no te tengas por sabio,
teme al Señor y evita el mal,
8 y será salud de tu carne
y jugo de tus huesos.
9 Honra a Dios con tus riquezas,
con la primicia de todas tus ganancias,
10 y tus graneros se colmarán de grano,
tus lagares rebosarán de mosto.
11 Hijo mío, no rechaces el castigo del Señor,
no te enfades por su reprensión,
12 porque el Señor reprende a los que ama,
como un padre al hijo preferido.

Sabiduría y prudencia

13 Dichoso el que encuentra sensatez,
el que adquiere inteligencia:
14 es mejor mercancía que la plata,
produce más rentas que el oro,
15 es más valiosa que los corales,
ni se le comparan las joyas;
16 en la diestra trae largos años
y en la izquierda honor y riquezas;
17 sus caminos son deleitosos
y sus sendas son tranquilas,
18 es árbol de vida para los que la cogen,
son dichosos los que la retienen.
19 El Señor cimentó la tierra con destreza
y afirmó el cielo con pericia;
20 con su saber se abren los veneros
y las nubes destilan rocío.
21 Hijo mío, no pierdas de vista la prudencia,
conserva el tino y la reflexión:
22 serán vida para tu alma
y adorno para tu cuello;
23 seguirás tranquilo tu camino
sin que tropiecen tus pies,
24 descansarás sin alarma,
te acostarás y el sueño te será dulce,
25 no te asustará el terror imprevisto
ni la desgracia que cae sobre el malvado.

26 El Señor se pondrá a tu lado
y guardará tu pie de la trampa.

Deberes con el prójimo

27 No niegues un favor a quien lo necesita
si está en tu mano hacérselo.
28 Si tienes, no digas al prójimo:
«Anda, vete; mañana te lo daré».
29 No trames daños contra tu prójimo,
mientras él vive confiado contigo;
30 no pleitees con nadie sin motivo
si no te ha hecho daño;
31 no envidies al violento
ni escojas su camino,
32 porque el Señor aborrece al perverso,
pero se confía a los hombres rectos;
33 el Señor maldice la casa del malvado
y bendice la morada del honrado;
34 se burla de los burlones
y concede su favor a los humildes;
35 otorga honores a los sensatos
y reserva baldón para los necios.

La tradición

4 Escuchad, hijos, la corrección paterna;
atended, para aprender prudencia:
2 os enseño una buena doctrina,
no abandonéis mis instrucciones.
3 Yo también fui hijo de mi padre,
amado tiernamente por mi madre;
4 él me instruía así: «Conserva mis palabras en tu corazón,
guarda mis preceptos y vivirás;
5 adquiere sensatez, adquiere inteligencia,
no la olvides, no te apartes de mis consejos;
6 no la abandones, y te guardará;
ámala, y te protegerá;
7 que tu primera adquisición sea la sensatez,
con todos tus haberes compra prudencia;
8 conquístala, y te hará noble;
abrázala, y te hará rico;
9 pondrá en tu cabeza una diadema hermosa,
te ceñirá una corona esplendente».

Los dos caminos

10 Hijo mío, escucha y recibe mis palabras,
y se alargarán los años de tu vida:
11 te instruyo en el camino de la sensatez,
te encamino por la senda recta;

12 al caminar, no serán torpes tus pasos;
al correr, no tropezarás;
13 agárrate a la corrección, no la sueltes;
consérvala, porque te va la vida;
14 no entres por el sendero de los malvados,
no pises el camino de los perversos;
15 evítalo, no lo atravieses;
apártate de él y sigue;
16 no duermen si no cometen crímenes,
pierden el sueño si no hunden a alguien,
17 comen la maldad como pan
y beben violencias como vino;
18 pero la senda de los honrados brilla como la aurora,
se va esclareciendo hasta que es de día;
19 el camino de los malvados es tenebroso,
no saben dónde tropezarán.

El buen camino

20 Hijo mío, haz caso a mis palabras,
presta oído a mis consejos:
21 que no se aparten de tus ojos,
guárdalos dentro del pecho;
22 pues son vida para el que los consigue,
son salud para su cuerpo;
23 por encima de todo guarda tu corazón,
porque de él brota la vida.
24 Aparta de ti la lengua tramposa,
aleja de ti los labios falsos;
25 que tus ojos miren de frente
y tu mirada se dirija hacia adelante;
26 fíjate dónde pones los pies,
que todos tus caminos estén firmes,
27 no te desvíes ni a derecha ni a izquierda,
aparta tus pasos del mal.

La ramera

5 Hijo mío, haz caso de mi experiencia,
presta oído a mi inteligencia:
2 así conservarás la reflexión
y tus labios guardarán el saber.
3 Los labios de la ramera destilan miel,
su paladar es más suave que el aceite;
4 pero al final es más amarga que el ajenjo
y más cortante que puñal de doble filo;
5 sus pies bajan a la Muerte
y sus pasos se dirigen al Abismo;
6 no sigue el camino de la vida,
sus sendas se extravían sin que se dé cuenta.
7 Por tanto, hijo, escúchame,
no te apartes de mis consejos:

8 aleja de ella tu camino,
no te acerques a la puerta de su casa,
9 no des a extraños tu honor
ni tus años a gente implacable;
10 no se harten de tu vigor los extraños
y de tus sudores la casa del desconocido;
11 gemirás cuando llegue el desenlace
y se te consuma la carne del cuerpo;
12 entonces dirás: «¿Por qué aborrecí la corrección
y mi corazón despreció la reprimenda?
13 ¿Por qué no hice caso a mis maestros
ni presté oído a mis educadores?
14 Por poco no llego al colmo de la desgracia,
en medio de la asamblea reunida».

Gozo del matrimonio

15 Bebe agua de tu aljibe,
bebe a chorros de tu pozo;
16 no derrames por la calle tu manantial
ni tus acequias por las plazas;
17 sean para ti solo,
sin repartirlas con extraños;
18 sea bendita tu fuente,
goza con la esposa de tu juventud:
19 cierva querida, gacela hermosa,
que siempre te embriaguen sus caricias
y continuamente te deleite su amor.
20 Hijo mío, no te deleite la ramera
ni estreches el seno de la extraña,
21 porque los caminos humanos están patentes a Dios,
él examina todas sus sendas;
22 sus propias culpas enredan al malvado
y queda cogido en los lazos del pecado;
23 muere por falta de corrección,
por su enorme insensatez perece.

Fianza

6 Hijo mío, si has salido fiador de tu vecino
y has dado la mano por un extranjero;
2 si te has enredado con tus palabras
o has quedado cogido por la boca,
3 haz lo siguiente para librarte,
pues caíste en poder de tu vecino:
ve, insiste, acosa a tu vecino,
4 no des sueño a tus ojos
ni reposo a tus párpados;
5 líbrate como gacela del lazo
o como pájaro de la trampa.
6 Anda, holgazán, mira a la hormiga,
observa su proceder y aprende;

7 aunque no tiene jefe,
ni guía, ni gobernante,
8 acumula grano en verano
y reúne provisiones durante la cosecha.
9 ¿Hasta cuándo dormirás, holgazán?,
¿cuándo sacudirás el sueño?
10 Un rato duermes, un rato das cabezadas,
un rato cruzas los brazos y descansas
11 y te llega la pobreza del vagabundo
y la indigencia del mendigo.
12 Es hombre depravado y malvado
el que emplea palabras tortuosas,
13 guiña el ojo, menea los pies
y señala con el dedo;
14 piensa desatinos y planea maldades
y siempre está sembrando discordias;
15 pero le llegará de repente la perdición,
fracasará de improviso y sin remedio.
16 Seis cosas detesta el Señor,
y una séptima la aborrece de corazón:
17 ojos engreídos, lengua embustera,
manos que derraman sangre inocente,
18 corazón que maquina planes malvados,
pies que corren para la maldad,
19 testigo falso que profiere mentiras
y el que siembra discordia entre hermanos.

Adulterio

20 Hijo mío, guarda los consejos de tu padre,
no rechaces las instrucciones de tu madre,
21 llévalos siempre atados al corazón
y cuélgatelos al cuello:
22 cuando camines, te guiarán; cuando descanses, te guardarán;
cuando despiertes, te hablarán;
23 porque el consejo es lámpara y la instrucción es luz,
y es camino de vida la reprensión que corrige.
24 Te guardarán de la mala mujer,
de la lengua blanda de la ramera;
25 que tu corazón no codicie la belleza
ni te dejes coger por sus guiños;
26 si la ramera busca una hogaza de pan,
la casada va a la caza de una vida.
27 ¿Podrá uno llevar fuego en el seno
sin que se le queme la ropa?,
28 ¿podrá uno caminar sobre ascuas
sin quemarse los pies?
29 Pues lo mismo el que se junta con la mujer del prójimo,
y el que la toca, no quedará impune.
30 ¿No se infama el ladrón cuando roba
para saciar su codicia?
31 Si lo cogen, le cobrarán siete veces más,

y tendrá que dar toda su fortuna;
32 el adúltero es hombre sin juicio,
el violador se arruina a sí mismo;
33 obtendrá golpes e insultos
y no se borrará su infamia;
34 porque los celos enfurecen al hombre
y no perdonará el día de la venganza,
35 no aceptará compensaciones
ni las querrá aunque aumentes la oferta.

La seducción

7 Hijo mío, conserva mis palabras
y guarda mis mandatos,
2 conserva mis mandatos y vivirás,
guarda mi instrucción como la niña de tus ojos.
3 Atatelos a los dedos,
escríbelos en la tablilla del corazón;
4 di a la sensatez: «Tú eres mi hermana»,
llama a la prudencia parienta tuya,
5 para que te guarde de la ramera,
de la prostituta de palabra seductora:
6 «Estaba yo a la ventana de mi casa,
mirando por la reja,
7 y veo entre los inexpertos un joven,
distingo entre los muchachos uno sin juicio,
8 que pasa por la calleja junto a la esquina
y se dirige a casa de ella;
9 era al oscurecer
de una noche de luna nueva.
10 Una mujer le sale al encuentro,
vestida como ramera, envuelta en un velo,
11 bullanguera y procaz,
sus pies no saben estarse en casa:
12 ahora en la calle, luego en la plaza,
acechando en todas las esquinas.
13 Lo agarra y lo besa,
y con desfachatez le dice:
14 'He preparado un banquete
porque hoy cumplo mi voto;
15 por eso he salido a tu encuentro
ansiosa de verte, y te he encontrado;
16 he cubierto la cama con colchas,
he extendido sábanas de Egipto,
17 he perfumado la alcoba
con mirra, áloe y cinamomo.
18 Ven, vamos a embriagarnos de caricias,
a saciarnos de amores;
19 porque mi marido no está en casa,
ha emprendido un largo viaje,
20 tomó la bolsa del dinero,
y hasta la luna llena no volverá a casa'.

21 Con tantos discursos lo seduce,
lo atrae con labios lisonjeros,
22 y el infeliz se va detrás de ella como buey al matadero,
como ciervo que se enreda en el lazo,
23 hasta que una flecha le desgarra el flanco,
como pájaro que vuela a la trampa sin saber que le va la vida».
24 Ahora, hijo mío, escúchame,
presta atención a mis consejos,
25 no se extravíe tu corazón detrás de ella,
no te pierdas por sus sendas,
26 porque ella ha asesinado a muchos,
sus víctimas son innumerables,
27 su casa es un camino hacia el abismo,
una bajada a la morada de la muerte.

Pregón de la Sensatez

8 Oíd, la Sensatez pregona,
la Prudencia levanta la voz,
2 en los montículos junto al camino,
de pie junto a las sendas,
3 junto a las puertas de la ciudad,
pregonando a la entrada de los postigos:
4 A vosotros, señores, os llamo,
me dirijo a la gente:
5 los inexpertos, aprended sagacidad;
los necios, adquirid juicio;
6 escuchad, que hablo sin rodeos,
abro los labios con sinceridad;
7 mi paladar repasa la verdad
y mis labios aborrecen el mal;
8 todas mis palabras son justas,
ni una es desatinada o tortuosa;
9 son leales para el que entiende
y rectas para el que comprende.
10 Recibid de mí avisos, no plata,
y una experiencia, más valiosa que el oro;
11 porque la sensatez vale más que los corales
y ninguna joya se le puede comparar.

Himno de la Sensatez

12 Yo, Sensatez, soy vecina de la Sagacidad
y busco la compañía de la Reflexión.
13 (El temor del Señor odia el mal).
Yo detesto el orgullo y la soberbia, el mal camino y la boca falsa,
14 yo poseo el buen consejo y el acierto,
son mías la prudencia y el valor;
15 por mí reinan los reyes
y los príncipes dan leyes justas,
16 por mí gobiernan los gobernantes
y los nobles dan sentencias justas;

17 yo amo a los que me aman,
y los que madrugan por mí, me encuentran;
18 yo traigo riqueza y gloria,
fortuna copiosa y bien ganada;
19 mi fruto es mejor que el oro puro
y mi renta vale más que la plata,
20 camino por sendero justo,
por las sendas del derecho,
21 para legar riquezas a mis amigos
y colmar sus tesoros.
22 El Señor me estableció al principio de sus tareas,
al comienzo de sus obras antiquísimas.
23 En un tiempo remotísimo fui formada,
antes de comenzar la tierra.
24 Antes de los océanos fui engendrada,
antes de los manantiales de las aguas.
25 Todavía no estaban encajados los montes,
antes de las montañas fui engendrada.
26 No había hecho aún la tierra y la hierba
ni los primeros terrones del orbe.
27 Cuando colocaba el cielo, allí estaba yo;
cuando trazaba la bóveda sobre la faz del Océano;
28 cuando sujetaba las nubes en la altura
y fijaba las fuentes abismales.
29 Cuando ponía un límite al mar,
y las aguas no traspasan su mandato;
cuando asentaba los cimientos de la tierra,
30 yo estaba junto a él, como aprendiz, yo era su encanto cotidiano,
todo el tiempo jugaba en su presencia:
31 jugaba con la bola de la tierra,
disfrutaba con los hombres.
32 Por tanto, hijos míos, escuchadme:
dichosos los que siguen mis caminos;
33 escuchad mis avisos y seréis sensatos,
no los rechacéis;
34 dichoso el hombre que me escucha, velando en mi portal cada día,
guardando las jambas de mi puerta.
35 Quien me alcanza, alcanza la vida
y goza del favor del Señor.
36 Quien me pierde, se arruina a sí mismo;
los que me odian aman la muerte.

Banquete de la Sensatez

9 La Sensatez se ha edificado una casa,
ha labrado siete columnas,
2 ha preparado un banquete, mezclado el vino
y puesto la mesa,
3 ha despachado a sus criadas para que lo anuncien
en los puntos que dominan la ciudad.
4 «Los inexpertos, que vengan aquí;
quiero hablar a los faltos de juicio:

5 Venid a comer de mi pan
y a beber el vino que he mezclado;
6 dejad la inexperiencia y viviréis,
seguid el camino de la prudencia».
7 Quien corrige al cínico se acarrea insultos;
quien reprende al malvado, desprecio;
8 no reprendas al cínico, pues te aborrecerá;
reprende al sensato, que te lo agradecerá;
9 instruye al docto, y será más docto;
enseña al honrado, y aprenderá.
10 El comienzo de la sensatez es el temor del Señor,
y conocer al Santo es inteligencia.
11 «Por mí prolongarás tus días
y se te añadirán años de vida;
12 si eres sensato, lo serás para tu provecho;
si te burlas, tú sólo lo pagarás».

Banquete de la Locura

13 Doña Locura es bullanguera,
la ingenua no tiene vergüenza,
14 se sienta a la puerta de casa,
en un asiento que domina la ciudad,
15 para gritar a los transeúntes,
a los que van derechos por el camino:
16 «Los inexpertos, que vengan aquí;
quiero hablar a los faltos de juicio.
17 El agua robada es más dulce,
el pan a escondidas es más sabroso».
18 Y no saben que en su casa están los muertos,
y sus invitados en lo hondo del Abismo.

PROVERBIOS DE SALOMON

10 Hijo sensato, alegría de su padre;
hijo necio, pena de su madre.
2 Tesoros mal ganados no aprovechan,
pero la limosna libra de la muerte.
3 Dios no deja con ganas al honrado,
pero rechaza la ambición del malvado.
4 Mano perezosa empobrece,
brazo diligente enriquece.
5 Quien almacena en otoño es prudente,
quien duerme en la cosecha se abochorna.
6 Baja la bendición sobre la cabeza del honrado,
la boca malvada encubre violencia.
7 Bendita la memoria del honrado,
el nombre del malvado se pudre.
8 El hombre juicioso acepta el mandato,
labios necios se arruinan.
9 Quien procede sin tacha, camina seguro;
el tortuoso queda descubierto.
10 El que guiña el ojo causa pesares,
el que reprende abiertamente trae remedio.
11 La boca del justo es manantial de vida,
la boca del malvado es copa de vinagre.
12 El odio provoca reyertas,
el amor disimula las ofensas.
13 En los labios del prudente hay sensatez,
la vara es para la espalda del falto de juicio.
14 El docto atesora saber,
la boca del necio es ruina inminente.
15 La fortuna del rico es su baluarte,
la miseria es el terror del pobre.
16 El salario del honrado es la vida,
la ganancia del malvado es el fracaso.
17 El que acepta la corrección va por camino de vida,
el que rechaza la reprensión se extravía.
18 Labios embusteros encubren el odio,
quien difunde calumnias es un insensato.
19 En mucho charlar no faltará pecado,
quien se muerde los labios es discreto.
20 Plata de ley la boca del honrado;
mente perversa no vale nada.
21 Labios honrados apacientan a muchos,
los necios mueren por falta de juicio.
22 Hace prosperar la bendición divina,
y nada le añade nuestra fatiga.
23 El necio se divierte haciendo trampas,
el hombre prudente es hábil.
24 Al malvado le sucede lo que teme,
pero al honrado se le da lo que desea.
25 Pasa el huracán, desaparece el malvado;
pero el honrado está firme para siempre.

26 Vinagre a los dientes, humo a los ojos:
eso es el holgazán para quien le da un encargo.
27 El temor del Señor prolonga la vida,
los años de los malvados se acortan.
28 La esperanza de los honrados es risueña,
la ilusión del malvado fracasa.
29 El Señor es refugio para el hombre cabal,
y es terror para el malhechor.
30 El honrado jamás vacilará,
el malvado no habitará la tierra.
31 De boca honrada brota sensatez,
la lengua tramposa será cortada.
32 Labios honrados saben de afabilidad;
la boca del malvado, de engaños.

11 El Señor aborrece las balanzas falsas
y le gustan las pesas exactas.
2 Donde entra la insolencia, entra el baldón;
pero la sensatez acompaña a los humildes.
3 La honradez guía a los buenos,
la falsedad destruye a los traidores.
4 No aprovecha la fortuna el día de la ira,
pero la limosna libra de la muerte.
5 La honradez del hombre íntegro allana su camino,
el malvado caerá en su ambición.
6 La honradez de los rectos los salva,
los traidores quedan cogidos en su maldad.
7 Cuando muere el malvado se acaba su esperanza,
la ilusión de las riquezas perece.
8 El honrado se libra del peligro,
el malvado ocupa su puesto.
9 El impío hunde al prójimo con la boca,
los honrados se salvan con su experiencia.
10 El éxito de los honrados lo festeja la ciudad,
y cuando perecen los malvados, canta de júbilo.
11 Con la bendición de los rectos prospera la ciudad,
la boca de los malvados la destruye.
12 Quien desprecia al prójimo no tiene juicio,
el hombre prudente se calla.
13 Quien anda charlando divulga secretos,
el hombre de fiar se guarda el asunto.
14 Por falta de gobierno se arruina un pueblo,
y se salva a fuerza de consejeros.
15 Quien sale fiador por el extraño se perjudica,
quien odia los compromisos está tranquilo.
16 [a] La mujer hermosa se hace respetar,
la que odia la rectitud tendrá un asiento de infamia.
La fortuna del holgazán es escasa,
los diligentes ganan riquezas.
17 El hombre bondadoso se hace bien a sí mismo,
el hombre cruel destroza su propia carne.

a bc según el griego.

18 El malvado hace ganancias engañosas,
el que siembra justicia tiene paga segura.
19 El que busca la justicia, vivirá;
el que persigue el mal, morirá.
20 El Señor aborrece la mente tortuosa
y le gusta una conducta intachable.
21 Tarde o temprano el malvado la paga,
el linaje de los honrados está a salvo.
22 Anillo de oro en jeta de puerco
es la mujer hermosa falta de seso.
23 Los deseos de los honrados se logran,
la ilusión de los malvados fracasa.
24 Hay quien regala y aumenta su haber,
quien retiene lo que debe y empobrece.
25 El ánimo generoso prospera,
el que riega también recibirá riego.
26 Al que acapara grano lo maldice la gente,
al que lo vende lo cubren de bendiciones.
27 Quien madruga para el bien consigue favor,
al que busca el mal le saldrá al encuentro.
28 El que confía en sus riquezas se marchita,
los honrados brotarán como follaje.
29 Quien arruina su casa heredará viento,
y el necio será esclavo del juicioso.
30 Fruto de la honradez, un árbol de vida;
el sensato se gana a la gente.
31 Si al honrado le pagan en la tierra,
¡cuánto más al malvado y al pecador!

12 El que ama la corrección, ama el saber;
el que detesta la reprensión, se embrutece.
2 El bueno obtiene el favor del Señor,
el intrigante será condenado.
3 No estará firme el hombre sobre la maldad,
la raíz del honrado no se desprende.
4 La mujer hacendosa es corona del marido,
la de mala fama es caries en los huesos.
5 Los planes del honrado son rectos,
la táctica del malvado es traidora.
6 Las palabras del malvado son insidias mortales,
la boca de los rectos los salva.
7 Los malvados se derrumban y desaparecen,
pero la casa de los honrados resiste.
8 Por su prudencia lo alabarán a uno,
el corazón perverso será vituperado.
9 Mejor es ser modesto y tener un criado
que presumir de rico y no tener pan.
10 El hombre recto atiende al sustento del ganado,
el perverso tiene un corazón despiadado.
11 El que cultiva su campo se saciará de pan,
el que anda a la caza de tonterías no tiene juicio.

12 La codicia es la red de los malvados,
los honrados arraigan firmemente.
13 En la falsedad de sus labios se enreda el malvado,
el honrado escapa del peligro.
14 De lo que uno habla, se saciará;
lo que uno hace, se lo pagarán;
15 El necio está contento de su proceder,
el que escucha el consejo es sensato.
16 El necio muestra en seguida su rabia,
el que disimula el insulto es sagaz.
17 Quien dice la verdad declara con justicia,
el testigo falso profiere mentiras.
18 El charlatán da estocadas,
la lengua juiciosa sana.
19 Labio sincero dura largo tiempo,
lengua embustera sólo un instante.
20 Taimada es la mente que maquina el mal,
el que aconseja la paz vive contento.
21 Al honrado no le pasa nada malo,
el malvado anda lleno de desgracias.
22 El Señor aborrece el labio embustero,
el hombre sincero obtiene su favor.
23 El hombre sagaz encubre su saber,
el insensato grita su necedad.
24 Mano diligente mandará,
mano negligente servirá.
25 La angustia del corazón deprime,
una buena palabra reanima.
26 El honrado se aparta del mal,
el malvado extravía su camino.
27 El holgazán no gana su sustento,
el diligente abunda en riquezas.
28 La senda de la justicia es vida,
el camino de la impiedad lleva a la muerte.

13 El hijo sensato acepta la corrección paterna,
el insolente no escucha la reprensión.
2 De lo que uno habla, comerá;
el traidor hambrea violencia.
3 Quien guarda su boca, guarda su vida;
quien suelta los labios, marcha a la ruina.
4 El holgazán desea mucho y no obtiene nada,
el diligente sacia su apetito.
5 El honrado aborrece la mentira,
el malvado se hace odioso y se infama.
6 La honradez custodia al hombre íntegro,
el pecado trastorna al perverso.
7 Hay quien presume de rico y no tiene nada,
quien pasa por pobre y tiene una fortuna.
8 El rico paga rescate por su vida,
al pobre no le importan las amenazas.

9 La luz de los honrados es alegre,
la lámpara de los malvados se apaga.
10 La insolencia del mentecato provoca discordias,
la sensatez acompaña a los que se dejan aconsejar.
11 Fortuna hecha de la nada [a] encoge,
el que reúne poco a poco enriquece.
12 Esperanza que tarda acongoja el corazón,
el deseo que se cumple es árbol de vida.
13 El que desprecia las órdenes queda empeñado,
el que respeta el mandato queda sin deudas.
14 La instrucción del experto es manantial de vida
que aparta de los lazos de la muerte.
15 El sentido común se gana el favor,
el camino de los pérfidos va a la ruina.
16 El sagaz actúa con prudencia,
el necio propala su necedad.
17 Mensajero malvado precipita en la desgracia,
enviado fiel la remedia.
18 Miseria y oprobio para quien rechaza la corrección,
el que cumple los avisos recibirá honor.
19 Deseo cumplido es dulce al corazón,
para el necio es odioso apartarse del mal.
20 Trata con los doctos y te harás docto,
el que se junta con ignorantes se echa a perder.
21 La desgracia persigue al pecador;
a los honrados, la paz y el bien.
22 La herencia del hombre bueno queda en su familia,
la fortuna del pecador se reserva para el honrado
23 La besana de los nobles da rico sustento,
pero se puede perder por falta de justicia.
24 Quien escatima la vara odia a su hijo,
el que lo ama lo corrige a tiempo.
25 El honrado come a su satisfacción,
el vientre del malvado pasa hambre.

14 La sensatez edifica su casa,
la necedad la arruina con sus manos.
2 El hombre recto teme a Dios,
el de mala conducta lo desprecia.
3 De la boca del necio brota la soberbia,
los labios del sensato lo guardan.
4 Donde no hay bueyes hay grano sólo en el pesebre [b],
la fuerza del toro trae rica cosecha.
5 El testigo fiel no miente,
el testigo falso dice mentiras.
6 El cínico busca sensatez y no la encuentra,
el saber es fácil para el inteligente.
7 Deja la compañía del necio,
pues no hallarás saber en sus labios.
8 La pericia del sagaz discierne su camino,
la necedad del insensato se engaña.

a o: apresurada. *b* dudoso.

9 Los necios se burlan de la culpa,
los rectos disfrutan del favor.
10 Conoce el corazón su propia amargura
y en su gozo no se mezcla el extraño.
11 La casa del malvado se arruina,
la tienda del honrado prospera.
12 Cree uno que su camino es recto,
y va a parar a la muerte.
13 También entre risas llora el corazón,
y la alegría termina en pesar.
14 El insensato se saciará de su conducta,
y de sus obras, el hombre bueno.
15 El ingenuo se lo cree todo,
el sagaz atiende a sus pasos.
16 El juicioso es cauto y se aparta del mal,
el necio se lanza confiado.
17 El de genio vivo hace locuras,
el reflexivo sabe aguantar.
18 El ingenuo se adorna con necedad,
el sagaz se corona de saber.
19 Los malos se doblarán ante los buenos,
y los malvados, a la puerta del honrado.
20 El pobre es odioso aun a su pariente,
el rico tiene muchos amigos.
21 Quien desprecia a su prójimo [a], peca;
dichoso quien se apiada de los pobres.
22 El que maquina el mal se extravía,
el que busca el bien obtiene piedad y lealtad.
23 Toda fatiga trae su ganancia,
pero el charlar trae indigencia.
24 Corona de los sensatos es su riqueza,
collar del insensato es la necedad.
25 El testigo veraz salva las vidas,
el impostor profiere mentiras.
26 Respetar al Señor es firme confianza
que servirá de refugio a los hijos.
27 Respetar al Señor es manantial vivo
que aparta de los lazos de la muerte.
28 Pueblo numeroso es honor del rey,
la falta de gente es ruina del príncipe.
29 El hombre paciente es rico en prudencia,
el impulsivo exalta su desatino.
30 Corazón sosegado es vida del cuerpo,
la envidia es caries de los huesos.
31 Quien explota al necesitado afrenta a su Hacedor;
el que se apiada del pobre, lo honra.
32 El malvado tropieza en su maldad,
el honrado se refugia en su integridad [b].
33 En el corazón prudente habita la sensatez,
aun en medio de necios se da a conocer.

a En griego: al hambriento. *b* En hebreo: en su muerte.

34 La justicia hace prosperar a una nación,
el pecado empobrece a los pueblos.
35 El rey favorece al ministro hábil,
descarga su ira sobre el indigno.

15 Respuesta blanda aplaca la ira,
palabra hiriente atiza la cólera.
2 Lengua sensata destila experiencia,
la boca del necio borbota necedades.
3 En todo lugar los ojos de Dios
están vigilando a malos y buenos.
4 La lengua suave es árbol de vida,
la lengua falsa hiere en lo vivo.
5 El necio desprecia la corrección paterna,
quien cumple los avisos se hace cauto.
6 En casa del honrado hay abundancia,
la renta del malvado se disipa.
7 Los labios del sensato destilan experiencia,
la mente del necio es insensata.
8 El Señor aborrece el sacrificio del malvado,
la oración de los rectos alcanza su favor.
9 El Señor aborrece la conducta del malvado
y ama al que busca la justicia.
10 El que deja la senda será escarmentado;
el que odia la reprensión, morirá.
11 Infierno y Abismo están patentes a Dios,
¡cuánto más el corazón humano!
12 El insolente no quiere que lo reprendan,
y no se junta con los hombres sensatos.
13 Corazón contento alegra el semblante,
corazón abatido desalienta.
14 El hombre inteligente procura saber,
la boca del necio se apacienta de necedades.
15 Para el desgraciado todos los días son malos,
el corazón contento tiene festín perpetuo.
16 Más vale poco con temor de Dios
que grandes tesoros con sobresalto.
17 Más vale plato de verdura con amor
que buey cebado con rencor.
18 Hombre colérico atiza las pendencias,
hombre paciente calma la riña.
19 El camino del holgazán está vallado de espinas,
la senda de los rectos es una calzada.
20 Hijo sensato, alegría de su padre;
hijo necio, deshonra de su madre.
21 La necedad divierte al falto de juicio,
el hombre prudente camina derecho.
22 Cuando no se delibera, fracasan los planes,
y resultan a fuerza de consejeros.
23 ¡Qué alegría saber responder,
qué buena es la palabra oportuna!

24 El prudente sube por un camino de vida
que lo aparta de la bajada al Abismo.
25 El Señor arranca la casa del soberbio
y planta los linderos de la viuda.
26 El Señor aborrece los malos pensamientos
y le gustan las palabras limpias.
27 El hombre codicioso arruina su casa,
el que odia el soborno vivirá.
28 La mente honrada medita la respuesta,
la boca del malvado borbota maldades.
29 El Señor está lejos de los malvados
y escucha la oración de los honrados.
30 Mirada serena alegra el corazón,
buena noticia da vigor a los huesos.
31 Oído que escucha la reprensión saludable
se hospedará en medio de los doctos.
32 Quien rechaza la corrección se odia a sí mismo,
quien escucha la reprensión adquiere juicio.
33 El temor del Señor es escuela de sensatez,
delante de la gloria va la humildad.

16 El hombre se prepara por dentro,
pero Dios le pone la respuesta en los labios.
2 El hombre piensa que su conducta es limpia,
pero es Dios quien pesa los corazones.
3 Encomienda a Dios tus tareas,
y te saldrán bien tus planes.
4 El Señor da a cada cosa su destino,
al malvado el día funesto.
5 El Señor aborrece al arrogante,
tarde o temprano no quedará impune.
6 Bondad y verdad reparan la culpa,
el temor de Dios aparta del mal.
7 Cuando Dios aprueba la conducta de un hombre
lo reconcilia con sus enemigos.
8 Más vale poco con justicia
que muchas ganancias injustas.
9 El hombre planea su camino,
el Señor dirige sus pasos.
10 Los labios del rey son un oráculo:
su boca no yerra en la sentencia.
11 Los platillos de la balanza son del Señor,
todas las pesas son obra suya.
12 El rey aborrece el obrar mal,
porque su trono se afianza con la justicia
13 El rey aprueba los labios sinceros
y ama a quien habla rectamente.
14 La ira del rey es heraldo de muerte,
pero el sensato logra aplacarla.
15 El rostro sereno del rey trae vida,
su favor es nube que trae lluvia.

16 Mejor es comprar sabiduría que oro,
más vale comprar prudencia que plata.
17 Calzada llana es apartarse del mal;
quien vigila su camino guarda su vida.
18 Delante de la ruina va la soberbia,
delante de la caída va la presunción.
19 Más vale ser humilde con los pobres
que repartir botín con los soberbios.
20 Al que mide sus palabras le irá bien,
dichoso el que confía en el Señor.
21 El hombre juicioso tiene fama de prudente,
hablar con dulzura aumenta la persuasión.
22 Fuente de vida es la sensatez para el que la posee,
la necedad es el castigo del necio.
23 A mente sensata, boca discreta;
su hablar aumenta la persuasión.
24 Panal de miel son las palabras suaves,
dulzura en la garganta, salud de los huesos.
25 Hay caminos que parecen derechos,
pero van a parar a la muerte.
26 El hambre del obrero trabaja por él,
porque su boca lo estimula.
27 Hombre depravado cava zanjas funestas
y lleva en los labios fuego abrasador.
28 Hombre pervertido provoca riñas,
el que anda con cuentos se enajena al amigo.
29 Hombre violento seduce a su prójimo
y lo guía por mal camino.
30 Quien guiña el ojo medita engaños,
quien frunce los labios ya ha hecho el mal.
31 Noble corona son las canas,
y se encuentran en el camino de la rectitud.
32 Más vale paciencia que valentía
y dominarse que conquistar una ciudad.
33 Las suertes se agitan en el regazo,
pero el resultado viene del Señor.

17 Más vale mendrugo seco con paz
que casa llena de festines y pendencias.
2 El siervo hábil se impondrá al hijo indigno
y partirá la herencia con los hermanos.
3 La plata en el horno, el oro en el crisol,
el corazón lo prueba el Señor.
4 El malvado hace caso de labios maldicientes,
el embustero presta oído a lengua maligna.
5 Quien se burla del pobre afrenta a su Hacedor,
quien se alegra de su desgracia no quedará impune.
6 Corona de los ancianos son los nietos,
honra de los hijos son los padres.
7 No le va al necio lenguaje elevado,
mucho menos al noble labios embusteros.

8 El soborno es piedra mágica para quien lo da:
consigue cuanto se propone.
9 Quien busca amistad disimula la ofensa,
quien la dice y repite se enajena al amigo.
10 Una reprensión aprovecha al prudente
más que cien golpes al imprudente.
11 El revoltoso busca camorra:
le echarán un alguacil inflexible.
12 Encuentre yo una osa a quien robaron las crías
y no a un necio que dice sandeces.
13 Quien paga mal por bien,
el mal no se apartará de su casa.
14 Suelta el chorro quien comienza la riña:
antes de enzarzarte, retírate.
15 A quien absuelve al culpable y a quien condena al inocente,
a los dos los aborrece el Señor.
16 ¿De qué le sirve al necio tener dinero
para comprar sensatez si no tiene seso?
17 En toda ocasión ama el amigo,
el hermano nace para el peligro.
18 Anda falto de juicio quien estrecha la mano
saliendo fiador de su vecino.
19 Quien ama la riña ama el delito,
quien agranda la puerta busca la ruina.
20 Corazón tortuoso no hará fortuna,
lengua retorcida caerá en desgracia.
21 Quien engendra un tonto pasará pena,
no tendrá alegría el padre de un necio.
22 Corazón alegre, cuerpo sano;
ánimo abatido seca los huesos.
23 El malvado acepta soborno bajo cuerda
para torcer el camino de la justicia.
24 El prudente se orienta por la sensatez,
el necio mira a las musarañas.
25 Hijo tonto, rabia del padre,
amargura de la madre.
26 No es justo multar al inocente
ni hay derecho a azotar a los nobles.
27 El que ahorra palabras es hombre que sabe,
el hombre de sangre fría es prudente.
28 Necio callado pasa por sabio;
el que cierra los labios, por prudente.

18 El hombre esquivo sigue sus caprichos
y se enreda contra toda conveniencia.
2 El necio no ama la discreción,
sino publica lo que piensa.
3 Donde entra maldad, entra desprecio
con baldón y afrenta.
4 Las palabras de un hombre son agua profunda,
arroyo que fluye, manantial de sensatez.

5 No es justo favorecer al culpable
negando su derecho al inocente.
6 Los labios del necio provocan riñas,
su boca llama a los golpes.
7 La boca del necio es su ruina,
en sus labios se enreda él mismo.
8 Las palabras del que murmura son golosinas
que bajan hasta lo hondo del vientre.
9 El hombre remiso en sus asuntos
es hermano del que destruye.
10 El nombre del Señor es un torreón de fortaleza:
a él se acoge el honrado, y es inaccesible.
11 La fortuna del rico es su plaza fuerte,
se la imagina como alta muralla.
12 Antes de la desgracia el corazón fue soberbio,
antes de la gloria fue humilde.
13 El que contesta antes de escuchar
sufrirá el sonrojo de su necedad.
14 Buen ánimo sostiene en la enfermedad;
ánimo abatido, ¿quién lo levantará?
15 El inteligente adquiere saber,
el oído sensato desea aprender.
16 Los regalos abren paso al hombre
y lo presentan ante los grandes.
17 El primero que se defiende tiene razón,
hasta que llega el otro y lo impugna.
18 La suerte pone fin a las disputas
y decide entre los poderosos.
19 Hermano ofendido es plaza fuerte,
las pendencias son cerrojo de castillo.
20 De los frutos del hablar se sacia el vientre,
se sacia de la cosecha de los labios.
21 Muerte y vida están en poder de la lengua:
lo que escoja comerá.
22 Quien encuentra mujer encuentra un bien,
alcanza favor del Señor.
23 El pobre habla suplicando,
el rico responde duramente.
24 Hay camaradas que se maltratan,
hay amigos más unidos que hermanos.

19 Más vale pobre de conducta íntegra
que embustero insensato.
2 No vale afán sin reflexión:
quien apremia el paso, tropieza.
3 Cuando a un hombre lo trastorna su necedad,
su corazón se irrita contra el Señor.
4 La riqueza procura muchos amigos,
al pobre lo abandonan sus vecinos.
5 El testigo falso no quedará impune,
el que suelta mentiras no se libra.

6 Muchos halagan al hombre generoso
y todos son amigos del que hace regalos.
7 El pobre es odioso aun para sus hermanos;
cuánto más se distanciarán de él los vecinos.
8 Quien adquiere juicio se ama a sí mismo,
a quien conserva la prudencia le irá bien.
9 El testigo falso no quedará impune,
el que suelta mentiras perece.
10 No le va al necio vivir con lujo;
cuánto menos al siervo mandar a los príncipes.
11 El hombre atinado cohíbe la ira
y tiene a honra ignorar una ofensa.
12 Rugido de león es la cólera del rey,
rocío sobre hierba es su favor.
13 Hijo necio es desgracia del padre,
mujer que riñe es gotera continua.
14 Casa y hacienda, herencia de los padres;
mujer habilidosa la concede el Señor.
15 La pereza desploma en el sueño,
el holgazán pasará hambre.
16 Quien guarda el precepto guarda su vida,
quien no cuida su conducta morirá.
17 Quien se apiada del pobre presta al Señor,
y él le dará su recompensa.
18 Corrige a tu hijo mientras hay esperanza,
pero no te arrebates hasta matarlo.
19 El iracundo pagará una multa,
y si se la perdonan, volverá a caer.
20 Escucha el consejo, acepta la corrección
y llegarás a ser sensato.
21 El hombre medita muchos planes,
pero se cumple el designio de Dios.
22 Afán del hombre la lealtad:
más vale pobre que traidor.
23 El temor de Dios es vida:
uno duerme satisfecho y sin pesadillas.
24 El holgazán mete la mano en el plato
y ni es capaz de llevarla a la boca.
25 Golpea al cínico y el inexperto se hará cauto;
reprende al prudente, y aumentará su saber.
26 Quien maltrata al padre y expulsa a la madre
es hijo indigno e infame.
27 Hijo mío, deja de aceptar la corrección
y te perderás por falta de principios.
28 El testigo depravado se burla del derecho,
la boca del perverso se traga el crimen.
29 Para los cínicos hay varas preparadas
y azotes para la espalda de los necios.

20 El vino excita, el licor enajena,
y quien se tambalea no se hará juicioso.

2 La cólera del rey es rugido de león:
quien la irrita se juega la vida.
3 Es un honor componer un pleito,
pero el necio se enreda en disputas.
4 El holgazán no ara en otoño,
en la cosecha pide y no encuentra.
5 Agua profunda es un plan en la mente:
el hombre prudente lo saca afuera.
6 Muchos alardean de buenos,
pero ¿quién hallará un hombre veraz?
7 Honrado es quien procede sin tacha:
dichosos los hijos que le sucedan.
8 Un rey sentado en el tribunal para juzgar
con su mirada avienta toda maldad.
9 ¿Quién se atreverá a decir:
tengo la conciencia pura, estoy limpio de pecado?
10 Pesas desiguales, medidas desiguales:
las dos cosas las aborrece el Señor.
11 Ya con sus acciones deja ver el muchacho
si su conducta será pura y recta.
12 Oído que escucha, ojo que mira:
ambas cosas las hizo el Señor.
13 No te aficiones al sueño, que te empobrecerás;
despega los ojos y te saciarás de pan.
14 «Malo, malo», dice el comprador;
después se aleja ponderando la compra.
15 Está el oro y están los corales,
pero de más precio son los labios expertos.
16 Cógele la ropa, sácale prendas,
pues salió fiador de un extraño y un desconocido.
17 Sabe dulce el pan sustraído,
pero después la boca se llena de guijos.
18 Prepara tus planes con consejo
y haz la guerra con táctica.
19 El que anda charlando divulga secretos,
no te juntes con el de labios fáciles.
20 Al que maldice a su padre y a su madre
se le apagará la lámpara en plena oscuridad.
21 Fortuna que comienza muy de prisa
al final no prosperará.
22 No digas: «Me las pagará»;
espera en el Señor, que él te defenderá.
23 El Señor aborrece pesas desiguales,
no es buena la balanza falsa.
24 El Señor dirige los pasos del hombre,
¿cómo puede el hombre entender su camino?
25 Es tentación hacer en seguida un voto
y pensar después de haber prometido.
26 Rey prudente avienta a los malvados
y hace rodar el trillo sobre ellos.
27 El espíritu humano es lámpara del Señor
que sondea lo íntimo de las entrañas.

28 Misericordia y lealtad guardan al rey,
la justicia asegura su trono.
29 Orgullo del joven es su fuerza,
honra del anciano son sus canas.
30 Heridas y llagas purgan del mal;
golpes, lo hondo del vientre.

21 El corazón del rey es una acequia en manos de Dios:
la dirige a donde quiere.
2 Al hombre le parece siempre recto su camino,
pero es Dios quien pesa los corazones.
3 Practicar el derecho y la justicia
Dios lo prefiere a los sacrificios.
4 Ojos altivos, mente ambiciosa,
el pecado es la besana de los malvados.
5 Los planes del diligente traen ganancia,
los del atolondrado traen indigencia.
6 Tesoros ganados por boca embustera
son humo que se disipa y lazos mortales.
7 La violencia del malvado acecha contra él,
porque se negó a practicar el derecho.
8 El camino del vicioso zigzaguea,
el hombre probo obra con rectitud.
9 Más vale vivir en rincón de azotea
que en posada con mujer pendenciera.
10 Afán del malvado es buscar el mal,
no mira con piedad a su prójimo.
11 Cuando el cínico la paga, aprende el inexperto;
pero el sensato aprende con la experiencia.
12 El honrado observa cómo la casa del malvado
precipita al malvado en la ruina.
13 Quien cierra los oídos al clamor del necesitado
no será escuchado cuando grite.
14 Un regalo a escondidas aplaca la cólera;
un don bajo mano, la áspera ira.
15 Al hacerse justicia, el honrado se alegra,
el malhechor tiembla.
16 Quien se extravía del camino de la reflexión
habitará en la comunidad de las Animas.
17 Quien ama los festejos acabará mendigo,
quien ama vino y perfumes no llegará a rico.
18 El malvado servirá de rescate por el honrado;
el traidor, por el hombre recto.
19 Más vale habitar en el desierto
que con mujer pendenciera y de mal genio.
20 El sensato guarda en casa un precioso tesoro,
el necio lo consume.
21 El que busca justicia y misericordia
alcanzará vida y gloria.
22 El hombre hábil escalará la plaza fuerte
y derribará la fortaleza confiada.

23 Quien guarda la boca y la lengua
se guarda de aprietos.
24 Quien actúa con pasión e insolencia
tiene fama de insolente, fanfarrón y cínico.
25 Los deseos dan muerte al holgazán,
porque sus manos se niegan a trabajar.
26 Todo es codiciar y codiciar,
pero el honrado da sin reservarse.
27 Los sacrificios del malvado son execrables,
y mucho más si los ofrece con cálculo.
28 El testigo falso perecerá,
el que sepa escuchar hablará el último.
29 El malvado endurece el semblante,
el recto prepara [a] su camino.
30 No valen habilidad ni prudencia
ni consejo frente al Señor.
31 Se apareja el caballo para el combate,
la victoria la da el Señor.

22 Más vale buena fama que riquezas,
más vale simpatía que oro y plata.
2 El rico y el pobre se encuentran:
a los dos los hizo el Señor.
3 El sagaz ve el peligro y se esconde,
el infeliz sigue y lo paga.
4 Tras las huellas de la humildad y el temor del Señor
caminan riqueza, honor y vida.
5 Hay lazos y trampas en el camino del perverso:
quien cuida de sí mismo se aparta de ellos.
6 Acostumbra al muchacho al buen camino:
cuando envejezca no se apartará de él.
7 El rico es señor de los pobres,
el deudor es esclavo del acreedor.
8 El que siembra maldad cosecha desgracia:
la vara del castigo acabará con él.
9 El generoso será bendecido
porque repartió su pan con el pobre.
10 Echa al insolente: se irá la contienda
y cesarán riñas e insultos.
11 El rey ama un corazón limpio
y aprecia un hablar atractivo.
12 El Señor vigila y custodia al entendido
y hace fracasar las palabras del traidor.
13 Dice el holgazán: «Afuera hay un león:
me matará en plena calle».
14 Fosa profunda es la boca de la ramera,
el enemistado con Dios caerá en ella.
15 La necedad se pega al corazón del muchacho:
la vara de la corrección se la apartará.
16 Quien oprime al pobre, lo enriquece;
quien da al rico, se empobrece.

a o: distingue.

MAXIMAS DE DOCTORES

17 Presta oído y escucha las sentencias de los sabios,
presta atención a mi experiencia:
18 te serán gratas si las guardas bien adentro
y las tienes todas a flor de tus labios;
19 para que pongas en Dios tu confianza,
también a ti te instruiré hoy.
20 He escrito para ti treinta máximas de experiencia,
21 para que aprendas a observar y hablar objetivamente
e informar fielmente a quien te envía [a].
22 No explotes al pobre, porque es pobre;
no atropelles al desgraciado en el tribunal,
23 porque el Señor defenderá su causa
y despojará de la vida a los que lo despojaban.
24 No te juntes con el hombre colérico
ni vayas con el iracundo,
25 no sea que te acostumbres a sus caminos
y te pongas una trampa a ti mismo.
26 No seas fácil en dar la mano
empeñándote en deudas,
27 pues si no tienes qué devolver,
te quitarán la cama de debajo.
28 No remuevas los linderos antiguos
que colocaron tus abuelos.
29 ¿Has visto un hombre diestro en su oficio?
Estará al servicio de reyes, no estará al servicio de gente oscura.

23 Sentado a la mesa de un señor,
mira bien quién tienes delante;
2 ponte un cuchillo en la garganta
si tienes hambre,
3 no seas ansioso de sus manjares,
que son comida engañosa.
4 No te afanes por enriquecerte,
deja de pensar en eso;
5 posas los ojos, y ya no está,
ha echado alas y vuela como águila por el cielo.
6 No te sientes a comer con el avaro
ni ansíes sus manjares:
7 es un pelo en la garganta, amargura en el paladar;
te dice: «Come y bebe», pero no está contigo;
8 el bocado comido lo vomitarás
y habrás gastado tus buenas palabras.
9 No hables a oídos insensatos,
porque despreciarán tus sensatas razones.
10 No remuevas los linderos antiguos
ni te metas en la parcela del huérfano,
11 porque su defensor es fuerte
y defenderá su causa contra ti.

a o: te pregunta.

12 Haz caso de la corrección,
presta oído a los consejos de la experiencia.
13 No ahorres castigo al muchacho:
porque le des unos palos no morirá;
14 si le das unos palos,
lo libras del Abismo.
15 Hijo mío, si te haces sensato
yo me alegraré,
16 sentiré un gozo entrañable
cuando tus labios hablen con tino.
17 No sientas envidia de los pecadores,
sino siempre del temor de Dios;
18 así tendrás un porvenir,
y tu esperanza no fracasará.
19 Escucha, hijo mío, sé juicioso,
encamina bien tu mente:
20 no te juntes con bebedores
ni vayas con comilones,
21 porque bebedores y comilones se arruinarán
y el holgazán se vestirá de harapos.
22 Escucha al padre que te engendró,
no desprecies la vejez de tu madre:
23 compra la verdad y no la vendas,
la sensatez, la educación y la prudencia;
24 el padre del honrado se llenará de gozo,
el que engendra un hijo sensato se alegrará,
25 tu padre estará contento de ti
y gozará la que te dio a luz.
26 Hijo mío, hazme caso,
acepta de buena gana mi camino.
27 Fosa profunda es la mala mujer,
pozo angosto la ramera;
28 se pone al acecho como un salteador
y provoca traiciones entre los hombres.
29 ¿A quién los ayes?, ¿a quién los gemidos?,
¿a quién las riñas?, ¿a quién los lamentos?,
¿a quién los golpes de balde?, ¿a quién los ojos turbados?
30 Al que se alarga en el vino
y va catando las bebidas.
31 No mires al vino cuando rojea
y rebrilla en la copa;
32 se desliza suavemente, al final muerde como culebra,
pica como víbora.
33 Tus ojos verán maravillas,
tu mente imaginará absurdos;
34 serás como quien yace en alta mar
o se sienta en la punta de un mástil.
35 «Me han golpeado, y no me ha dolido;
me han sacudido, y no lo he sentido;
en cuanto despierte volveré a pedir más».

24 No envidies a los malvados
ni desees vivir con ellos,
2 porque su corazón medita violencias
y sus labios hablan maldades.

Sensatez

3 Con la sensatez se construye una casa,
con la prudencia se consolida,
4 con la experiencia se llenan sus estancias
de bienes, riquezas y comodidades.
5 Más vale maña que fuerza,
experiencia más que vigor.
6 Con estratagemas se gana la guerra,
y la victoria, a fuerza de consejo.
7 La sensatez es demasiado para el necio:
no abrirá la boca en público.
8 Al que medita maldades
le llamarán intrigante;
9 el que trama locuras peca,
el insolente es detestable a los hombres.
10 Has flaqueado en el peligro,
te faltó el valor:
11 libra al que llevan a matar,
no abandones al que está en peligro de muerte.
12 Porque digas: «No me doy cuenta»,
¿no lo va a saber el que pesa los corazones?
Él que vigila tu vida lo sabe y paga al hombre sus acciones.
13 Hijo mío, come miel, que es buena;
el panal es dulce al paladar:
14 lo mismo la sensatez y el saber para tu deseo;
si los alcanzas tendrás un porvenir y tu esperanza no fracasará.
15 No pongas asechanzas a la casa del honrado
ni destruyas su habitación,
16 pues aunque caiga siete veces el honrado se levantará,
pero los malvados se hundirán en la desgracia.
17 Si cae tu enemigo, no te alegres;
si tropieza, no lo celebres,
18 no sea que el Señor lo vea
e irritado desvíe su ira contra ti.
19 No te exasperes por los malvados,
no envidies a los que obran el mal;
20 porque el perverso no tiene porvenir,
la lámpara del malvado se apagará.
21 Hijo mío, teme al Señor y al rey;
no provoques a ninguno de los dos,
22 porque de repente salta su castigo,
y ¿quién conoce su furor?

Otras máximas de doctores

23 No es bueno ser parcial al juzgar:
24 a quien declara inocente al culpable
la gente lo maldice y todos se irritan contra él;
25 los que los acusan son gratos,
sobre ellos bajan las bendiciones.
26 La respuesta bien dada
es beso en los labios.
27 Dispón tus asuntos en la calle y prepáratelos en el campo,
después podrás poner casa.
28 No atestigües sin motivo contra tu prójimo,
no engañes con los labios,
29 no digas: «Le haré lo que me hizo,
me las ha de pagar».
30 Pasé por el campo del perezoso,
por la viña del hombre sin juicio:
31 todo era espinas que crecían, los cardos cubrían su extensión,
la cerca de piedras estaba derruida;
32 al verlo, reflexioné;
al mirarlo, escarmenté.
33 Un rato duermes, un rato das cabezadas,
un rato cruzas los brazos y descansas,
34 y te llega la pobreza del vagabundo,
la indigencia del mendigo.

25 *OTROS PROVERBIOS DE SALOMON*
que recogieron los escribientes de Ezequías, rey de Judá.

2 Es gloria de Dios ocultar un asunto,
es gloria de reyes averiguarlo.
3 La altura del cielo, la hondura de la tierra
y el corazón de los reyes son insondables.
4 Aparta la escoria de la plata,
y el platero sacará una copa;
5 aparta al malvado del rey,
y su trono se afianzará en la justicia.
6 Ante el rey no gloriarse,
no colocarse con los grandes:
7 más vale escuchar «Sube acá»
que ser humillado ante los nobles.
8 Aun sobre lo que has visto no tengas prisa en pleitear,
pues ¿qué harás al final, cuando tu prójimo te saque los colores?
9 Arregla el pleito con tu vecino
y no reveles el secreto ajeno,
10 para que no te denigre el que lo oye
y tu infamia no tenga remedio.
11 Naranjas de oro en diseños de plata
las palabras pronunciadas a su tiempo.
12 Pendientes de oro y alhajas de buena ley
el experto que amonesta a un oído dócil.
13 Frescura de nieve en tiempo de siega
el mensajero fiel para quien lo envía.
14 Nubes y viento sin caer gota
es quien presume con regalos que no valen.
15 Con paciencia se convence a un gobernante,
la lengua blanda quebranta los huesos.
16 Si encuentras miel, come lo justo,
no sea que te hartes y la vomites;
17 pisa con cuenta el umbral de tu vecino,
no sea que lo hartes y te aborrezca.
18 Maza y espada y flecha aguda
el testigo falso contra su amigo.
19 Diente picado y pie que resbala
es confiar en un pérfido cuando llega el peligro.
20 Vinagre en la llaga, ir sin ropa en el frío
es cantar coplas a corazón apenado.
21 Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer;
si tiene sed, dale de beber;
22 así le sacarás los colores
y el Señor te lo pagará.
23 Viento nordeste trae la lluvia;
lengua solapada, semblantes airados.
24 Más vale vivir en rincón de azotea
que en posada con mujer pendenciera.
25 Agua fresca en garganta sedienta
es la buena noticia de tierra lejana.

26 Manantial turbio, fuente corrompida,
es el inocente que flaquea ante el culpable.
27 Comer mucha miel no aprovecha,
sé parco en conceder honores [a].
28 Ciudad desmantelada y sin muralla
el hombre que no se domina.

26 Ni nieve al verano ni lluvia a la siega,
ni honor al necio les van bien.
2 Gorrión que aletea, golondrina que vuela,
la maldición injusta no va a ninguna parte.
3 Para el caballo el látigo, para el asno el ronzal,
para la espalda del necio la vara.
4 No respondas al necio según su desatino,
no te vayas a igualar a él;
5 responde al necio según su desatino,
no se vaya a creer listo.
6 Se corta las piernas y se desnuda el culo
quien envía un recado por medio de un necio.
7 Al lisiado le cuelga la pierna;
al necio, el proverbio en la boca.
8 Quiere sujetar una piedra en la honda
quien concede honores a un necio.
9 Astilla clavada en la mano de un borracho
es proverbio en boca del necio.
10 Arquero que dispara a los transeúntes
es quien toma a sueldo a un necio o a un borracho.
11 Perro que vuelve a su vómito
es el necio que insiste en sus sandeces.
12 ¿Has visto a uno que se tiene por listo?
Pues más se puede esperar de un necio.
13 Dice el holgazán: «Hay un chacal en el camino,
hay un león en la calle».
14 La puerta da vueltas en el quicio,
el perezoso en la cama.
15 El holgazán mete la mano en el plato
y le cansa llevársela a la boca.
16 El holgazán se cree más sabio
que siete que responden con acierto.
17 Agarra un perro por las orejas [b]
quien se mete en riña ajena.
18 Payaso que dispara
venablos y flechas mortales
19 es el que engaña a su prójimo
y luego dice: «Era broma».
20 Si se acaba la leña, se apaga el fuego;
si no está el deslenguado, amaina la riña.
21 Fuelle para las brasas y leña para el fuego
es el pendenciero para atizar la riña.
22 Las palabras del que murmura son golosinas
que bajan hasta lo hondo del vientre.

a dudoso. *b* o: por la cola.

23 Barniz que recubre la loza
son los labios que adulan con mala idea.
24 El que odia habla disimulando,
mientras dentro medita engaños;
25 aunque suavice la voz, no le creas,
que lleva dentro siete abominaciones;
26 aunque encubra el odio con disimulo,
su maldad quedará patente en la asamblea.
27 El que cava una fosa caerá en ella,
al que rueda una piedra le caerá encima.
28 Lengua embustera duplica los daños,
boca que adula empuja a la ruina.

27 No te glories del mañana,
no sabes lo que engendra el día.
2 Que te alabe el extraño, y no tu boca;
el desconocido, y no tus labios.
3 Peso de piedra, carga de arena:
más pesado el mal genio del necio.
4 Cruel es la cólera; la ira, arrolladora;
pero ¿quién resistirá a los celos?
5 Más vale reprensión abierta
que amistad encubierta.
6 Leal es el golpe del amigo,
falaz el beso del enemigo.
7 Estómago harto pisotea el panal,
a estómago hambriento lo amargo le es dulce.
8 Pájaro escapado del nido
es el vagabundo lejos de su hogar.
9 Perfume e incienso alegran el corazón,
el consejo del amigo endulza el ánimo.
10 No abandones al amigo tuyo y de tu padre:
en la desgracia no tendrás que ir a casa de tu hermano.
Más vale vecino cerca
que hermano lejos.
11 Ten juicio, hijo mío; dame esta alegría,
y podré responder a quien me afrenta.
12 El sagaz ve el peligro y se esconde,
el infeliz sigue adelante y lo paga.
13 Acepta la ropa de quien la dio en prenda por un extraño
y queda empeñado por un desconocido.
14 Quien saluda al vecino de madrugada y a voces
es como si lo maldijera.
15 Gotera continua en día de chaparrón
y mujer pendenciera hacen pareja:
16 quien la sujeta, sujeta el viento
y recoge aceite en la mano [a].
17 El hierro afila al hierro,
el hombre el perfil de su prójimo.
18 Quien guarda una higuera comerá higos,
quien respeta a su amo recibirá honores.

a dudoso.

19 Como el rostro se refleja en el agua,
así el hombre en su conciencia.
20 Infierno y Abismo son insaciables,
insaciables son los ojos del hombre.
21 La plata en el horno, el oro en el crisol,
y el hombre en la boca que lo alaba.
22 Aunque machaques al necio con la mano del almirez
no le quitarás su necedad.
23 Observa bien el aspecto de tus ovejas
y fíjate en tus rebaños;
24 porque la fortuna no dura siempre
ni las riquezas de edad en edad.
25 Apunta la hierba, asoma el césped
y se recoge el pasto de los montes,
26 las ovejas te dan vestido,
los cabritos el precio de un campo,
27 las cabras leche para alimentar a tu familia
y mantener a tus criadas.

28 El malvado huye sin que lo persigan,
el honrado va seguro como un león.
2 Por los crímenes de un país se multiplican sus jefes;
el hombre prudente y experto mantiene el orden.
3 Pobre que explota a los indigentes
es lluvia torrencial que no da pan.
4 El que abandona la ley alaba al malvado,
el que guarda la ley rompe con él.
5 El malvado no entiende el derecho,
el que busca al Señor lo entiende todo.
6 Más vale pobre de conducta íntegra
que embustero insensato.
7 El que observa la ley es hijo prudente,
el que se junta con disolutos abochorna a su padre.
8 El que aumenta sus riquezas prestando a usura
acumula para el que se compadece de los pobres.
9 Si uno cierra los oídos a la ley,
hasta su oración será aborrecible.
10 El que extravía a los rectos por el mal camino
caerá en su propia trampa.
11 El rico se cree sabio,
pero el pobre perspicaz lo penetra.
12 Gran prestigio trae el triunfo de los honrados;
si se imponen los malvados, no se encuentra un hombre.
13 El que oculta su crimen no prosperará,
el que lo confiesa y se enmienda será compadecido.
14 Dichoso el hombre que se mantiene alerta;
el contumaz caerá en la desgracia.
15 León rugiente y oso hambriento
es el gobernante que oprime a los necesitados.
16 Un jefe imprudente oprime a muchos;
el que odia el lucro prolongará sus años.

17 El culpable de asesinato
corre a la fosa sin que nadie lo sujete.
18 El de conducta intachable se salva,
el que camina por vericuetos caerá en la fosa.
19 El que cultiva su campo se saciará de pan,
el que va a caza de tonterías se hartará de miseria.
20 Gran bendición es el hombre sincero,
el que se enriquece de prisa no quedará impune.
21 No es bueno ser parcial:
por un pedazo de pan el hombre comete un crimen.
22 El avaro se apura por enriquecerse
y no sabe que le llegará la pobreza.
23 El que reprende a otro
será más estimado que el de lengua aduladora.
24 El que roba a sus padres y dice: «No he pecado»,
hace compañía al asesino.
25 El codicioso atiza las pendencias,
el que confía en el Señor prosperará.
26 El que se fía de sí mismo es un necio,
el que procede con sensatez está a salvo.
27 El que da al pobre no pasará necesidad,
al que cierra los ojos le echarán maldiciones.
28 Cuando se imponen los malvados, uno se esconde;
cuando desaparecen, prosperan los justos.

29 El hombre reacio a las reprensiones
fracasará de improviso y sin remedio.
2 Cuando gobiernan los honrados se alegra el pueblo,
cuando mandan los malvados el pueblo se queja.
3 El que ama la sabiduría alegra a su padre,
el que se junta con rameras disipa su fortuna.
4 El rey justo hace estable el país,
el que lo carga de impuestos lo arruina.
5 El que adula a un amigo
tiende una red ante sus pasos.
6 El crimen del malvado es un lazo,
mientras que el honrado canta de alegría.
7 El justo atiende a la causa del desvalido,
el malvado no comprende nada.
8 Los provocadores agitan la ciudad,
los juiciosos calman los ánimos.
9 Cuando el docto disputa con el necio,
uno está en vilo y ríe sin parar.
10 Los sanguinarios odian al hombre de bien,
los malvados lo persiguen a muerte.
11 El necio desfoga toda su pasión,
el sensato acaba por aplacarla.
12 El gobernante que hace caso de embustes
tendrá criminales por ministros.
13 El pobre y el usurero se encuentran:
el Señor da luz a los ojos de ambos.

14 Cuando un rey juzga lealmente a los desvalidos,
su trono está siempre firme.
15 Palos y reprensiones meten en razón,
muchacho consentido avergüenza a su madre.
16 Cuando mandan los malvados aumentan los crímenes,
pero los honrados mirarán cómo caen.
17 Corrige a tu hijo y te dará
tranquilidad y satisfacciones.
18 Donde no hay profeta, el pueblo se desmanda;
el que guarda la ley es feliz.
19 Sólo con palabras no escarmienta el siervo,
aunque entienda no responde.
20 ¿Has visto a un hombre que habla a toda prisa?
Más se puede esperar de un necio.
21 El que consiente al esclavo cuando muchacho
al final lo lamentará.
22 El colérico atiza las pendencias,
el iracundo multiplica los crímenes.
23 La soberbia del hombre lo humillará,
el humilde conservará su honor.
24 El que va a medias con el ladrón se odia a sí mismo:
requerido bajo pena no lo denuncia.
25 El que teme a los hombres caerá en el lazo,
el que confía en el Señor estará seguro.
26 Muchos buscan el favor del que manda,
pero la sentencia viene del Señor.
27 El criminal es aborrecido por los honrados,
el hombre recto es aborrecido por los malvados.

30 *Palabras de Agur, hijo de Yaqué, el masaíta*

Oráculo del hombre: «¡Qué fatiga,
Dios, qué fatiga inútil!».
2 Yo soy un necio, menos que hombre,
no tengo inteligencia humana;
3 no aprendí a ser sensato
ni llegué a comprender al Santo.
4 ¿Quién subió al cielo y luego bajó?,
¿quién encerró el viento en el puño?,
¿quién apretó el mar en la capa?,
¿quién fijó los confines del orbe?,
¿cuál es su nombre y su apellido,
si es que lo sabes?
5 La palabra de Dios es acendrada,
él es escudo para los que se refugian en él.
6 No añadas nada a sus palabras,
porque te replicará y quedarás por mentiroso.
7 Dos cosas te he pedido;
no me las niegues antes de morir:
8 aleja de mí falsedad y mentira;
no me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan;

9 no sea que me sacie y reniegue de ti,
diciendo: «¿Quién es el Señor?»;
no sea que, necesitado, robe
y blasfeme el nombre de mi Dios.
10 No calumnies al siervo ante su amo:
te maldecirá y serás castigado.
11 Hay quien maldice a su padre
y no bendice a su madre,
12 hay quien se considera limpio
y no se lava su inmundicia,
13 hay gente de ojos engreídos
de mirada altanera,
14 hay quien tiene navajas por dientes,
cuchillos por mandíbulas,
para extirpar de la tierra a los humildes
y del país a los pobres.
15 La sanguijuela tiene dos hijas: «Dame, dame».
Tres cosas hay insaciables y una cuarta que no dice «Basta»:
16 el Abismo, el vientre estéril,
la tierra que no se harta de agua y el fuego que no dice «Basta».
17 Al que se burla de su padre
y desprecia a su anciana madre,
que le saquen los ojos los cuervos
y se los coman los aguiluchos.
18 Hay tres cosas que me rebasan
y una cuarta que no comprendo:
19 el camino del águila por el cielo,
el camino de la serpiente por la peña,
el camino de la nave por el mar,
el camino del varón por la doncella.
20 Así procede la adúltera:
come, se limpia la boca y dice: «No he hecho nada malo».
21 Por tres cosas tiembla la tierra
y la cuarta no la puede soportar:
22 siervo que llega a rey,
necio harto de pan,
23 aborrecida que encuentra marido,
sierva que sucede a su señora.
24 Cuatro cosas pequeñas hay en el mundo
más sabias que los sabios:
25 las hormigas, pueblo débil
que reúne de comer en verano;
26 los tejones, pueblo sin fuerza
que hace madriguera en las peñas;
27 las langostas, que no tienen rey
y avanzan todas en formación;
28 las lagartijas, que se cogen con la mano,
pero que entran en el palacio real.
29 Hay tres cosas de buen andar
y una cuarta de buen caminar:
30 el león, el más valiente de los animales,
que no retrocede ante nadie;

31 el macho cabrío, de recios lomos;
el rey, al frente de su pueblo [a].
32 Si te has engreído, por irreflexión o aposta,
mano a la boca:
33 aprietas la leche y sale manteca, aprietas la nariz y sale sangre,
aprietas la ira y salen riñas.

31 *Palabras de Lemuel, rey de Masá, que le enseñó su madre:*
2 ¿Qué tienes, hijo mío,
hijo de mis entrañas, hijo de mis promesas?
3 No gastes tu fuerza con mujeres
ni tu vigor con las que corrompen a los reyes.
4 No es de reyes, Lemuel, no es de reyes darse al vino,
no es de gobernantes darse al licor,
5 porque beben y olvidan la ley
y desatienden el derecho del desgraciado;
6 dale el licor al vagabundo
y el vino al afligido:
7 que beba y olvide su miseria,
que no se acuerde de sus penas.
8 Abre tu boca a favor del mudo,
en defensa del desventurado;
9 abre tu boca y da sentencia justa
defendiendo al pobre y al desgraciado.

Poema alfabético sobre la buena ama de casa

10 Una mujer hacendosa, ¿quién la hallará?
Vale mucho más que las perlas.
11 Su marido se fía de ella,
y no le faltan riquezas.
12 Le trae ganancias y no pérdidas
todos los días de su vida.
13 Adquiere lana y lino,
sus manos trabajan a gusto.
14 Es como nave mercante
que importa el grano de lejos.
15 Todavía de noche se levanta
para dar la ración a sus criadas.
16 Examina un terreno y lo compra,
con lo que ganan sus manos planta un huerto.
17 Se ciñe la cintura con firmeza
y despliega la fuerza de sus brazos.
18 Aprecia el valor de sus mercancías
y aun de noche no se apaga su lámpara.
19 Extiende la mano hacia el huso
y sostiene con la palma la rueca.
20 Abre sus manos al necesitado
y extiende el brazo al pobre.
21 Si nieva no teme por la servidumbre,
porque todos los criados llevan trajes forrados.

a Falta un miembro de la cuaterna.

22 Confecciona mantas para su uso,
se viste de lino y de holanda.
23 En la plaza su marido es respetado
cuando se sienta entre los concejales del pueblo.
24 Teje sábanas y las vende,
provee de cinturones a los comerciantes.
25 Está vestida de fuerza y dignidad,
sonríe ante el día de mañana.
26 Abre la boca juiciosamente
y su lengua enseña con bondad.
27 Vigila las andanzas de sus criados,
no come su pan de balde.
28 Sus hijos se levantan para felicitarla,
su marido proclama su alabanza:
29 «Muchas mujeres reunieron riquezas,
pero tú las ganas a todas».
30 Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura,
la que teme al Señor merece alabanza.
31 Cantadle por el éxito de su trabajo,
que sus obras la alaben en la plaza.

JOB

INTRODUCCION

El libro de Job es un drama con muy poca acción y mucha pasión. Es la pasión que un autor genial, anticonformista, ha infundido en su protagonista. Disconforme con la doctrina tradicional de la retribución, ha opuesto a un principio un hecho, a una idea un hombre.

Ya el salmo 73 (72) había opuesto los hechos de experiencia a la teoría de la retribución, y había encontrado la respuesta al entrar «en el misterio de Dios».

Nuestro autor extrema el caso: hace sufrir a su protagonista inocente, para que su grito brote «desde lo hondo». La pasión o sufrimiento de Job enciende la pasión de su búsqueda y de su lenguaje; ante ella se van estrellando las olas concéntricas de los tres amigos, que repiten con variaciones y sin cansarse la doctrina tradicional de la retribución.

La acción es sencillísima: entre un prólogo y un epílogo dobles —en el cielo y en la tierra— se desenvuelven cuatro tandas de diálogo. Por tres veces habla cada uno de los amigos y Job responde; la cuarta vez Job dialoga a solas con Dios. En los diálogos con los amigos, más que un debate intelectual se produce una tensión de planos o direcciones: los amigos defienden la justicia de Dios como juez imparcial que premia a buenos y castiga a malos; a Job no le interesa esa justicia de Dios, que desmiente su propia experiencia, y apela a un juicio o pleito con Dios mismo, en el que aparecerá la justicia del hombre; por llegar a este pleito y por probar su inocencia frente a Dios, Job arriesga su propia vida. Dios, como instancia suprema, zanja la disputa entre Job y sus amigos; como parte interpelada, responde y pregunta a Job para encaminarlo hacia el misterio de Dios.

A través de los diálogos, del hombre bueno convencional, que da gracias a Dios porque todo le sale bien, surge un hombre profundo, capaz de asumir y representar la humanidad doliente que busca audazmente a Dios. De un Dios sabido y hasta encasillado surge un Dios imprevisible, difícil y misterioso. En el espacio de un solo libro nuestro conocimiento de Dios, del hombre y de sus relaciones ha crecido. Porque Job, como otro Jacob en su visión nocturna, ha luchado con Dios; porque el autor ha empeñado su genio literario y religioso en sacudir viejos esquemas explorando en profundidad.

El libro de Job es un libro singularmente moderno, provocativo, no apto para conformistas. Es difícil leerlo sin sentirse interpelado y es difícil comprenderlo si no se toma partido.

El autor es un genio anónimo, que vivió probablemente después del destierro, que se ha alimentado en el rezo de los Salmos y ha conocido la obra de Jeremías y Ezequiel.

Composición

Dentro de un marco narrativo, se desenvuelve el drama en cuatro actos. El marco narrativo está formado por un prólogo doble, en el cielo y en la tierra, y un epílogo doble. El primer acto está precedido por un preludio (cap. 3) y el cuarto por un interludio (cap. 28). En tres actos, los amigos dialogan por turno con Job; en el cuarto, dialoga con Dios. Pero el cuarto acto está interrumpido por una inserción, los discursos de Elihú.

PROLOGO

Prólogo en la tierra

1 Había una vez en el país de Hus un hombre llamado Job: era
justo y honrado, religioso y apartado del mal. Tenía siete hijos y
tres hijas.
2 Tenía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de
bueyes, quinientas burras y una servidumbre numerosa. Era el más
rico entre los hombres de Oriente.
3 Sus hijos solían celebrar banquetes, un día en casa de cada uno,
e invitaban a sus tres hermanas a comer con ellos.
4 Al terminar esos días de fiesta, Job los hacía venir para purificar-
5 los: madrugaba y ofrecía un holocausto por cada uno, por si habían
pecado maldiciendo a Dios en su interior. Esto lo solía hacer Job
cada vez.

Prólogo en el cielo

6 Un día fueron los ángeles y se presentaron al Señor; entre ellos
llegó también Satanás.
7 El Señor le preguntó:
—¿De dónde vienes?
El respondió:
—De dar vueltas por la tierra.
8 El Señor le dijo:
—¿Te has fijado en mi siervo Job? En la tierra no hay otro
como él: es un hombre justo y honrado, religioso y apartado del
mal.
9 Satanás le respondió:
10 —¿Y crees tú que su religión es desinteresada? ¡Si tú mismo lo
has cercado y protegido, a él, a su hogar y todo lo suyo! Has ben-
11 decido sus trabajos, y sus rebaños se ensanchan por el país. Pero
tócalo, daña sus posesiones, y te apuesto a que te maldecirá en tu
cara.
12 El Señor le dijo:
—Haz lo que quieras con sus cosas, pero a él no lo toques.
Y Satanás se marchó.

Las pruebas de Job

13 Un día que sus hijos e hijas comían y bebían en casa del hermano
14 mayor, llegó un mensajero a casa de Job y le dijo:
—Estaban los bueyes arando y las burras pastando a su lado
15 cuando cayeron sobre ellos unos sabeos, apuñalaron a los mozos
y se llevaron el ganado. Sólo yo pude escapar para contártelo.
16 No había acabado de hablar, cuando llegó otro y dijo:
—Ha caído un rayo del cielo que ha quemado y consumido tus
ovejas y pastores. Sólo yo pude escapar para contártelo.
17 No había acabado de hablar, cuando llegó otro y dijo:
—Una banda de caldeos, dividiéndose en tres grupos, se echó

sobre los camellos y se los llevó, y apuñaló a los mozos. Sólo yo
pude escapar para contártelo.
18 No había acabado de hablar, cuando llegó otro y dijo:
—Estaban tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo en casa del
19 hermano mayor, cuando un huracán cruzó el desierto y embistió
por los cuatro costados la casa, que se derrumbó y los mató. Sólo
yo pude escapar para contártelo.
20 Entonces Job se levantó, se rasgó el manto, se rapó la cabeza,
se echó por tierra y dijo:
21 —Desnudo salí del vientre de mi madre
y desnudo volveré a él.
El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó,
bendito sea el nombre del Señor.
22 A pesar de todo, Job no protestó contra Dios.

2 Un día fueron los ángeles y se presentaron al Señor; entre ellos
llegó también Satanás.
2 El Señor le preguntó:
—¿De dónde vienes?
El respondió:
—De dar vueltas por la tierra.
3 El Señor le dijo:
—¿Te has fijado en mi siervo Job? En la tierra no hay otro
como él: es un hombre justo y honrado, religioso y apartado del
mal, y tú me has incitado contra él, para que lo aniquilara sin mo-
tivo, pero todavía persiste en su honradez.
4 Satanás respondió:
—Uno da una piel por otra piel; por la vida, todo lo que tiene.
5 Ponle la mano encima, hiérelo en la carne y en los huesos, y apues-
to a que te maldice en tu cara.
6 El Señor le dijo:
—Haz lo que quieras con él, pero respétale la vida.
7 Y Satanás se marchó. E hirió a Job con llagas malignas desde la
planta del pie a la coronilla.
8 Job cogió una tejuela para rasparse con ella, sentado en tierra
entre la basura.
9 Su mujer le dijo:
—¿Todavía persistes en tu honradez? Maldice a Dios y muérete.
10 El le contestó:
—Hablas como una necia. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no
vamos a aceptar los males?
A pesar de todo, Job no pecó con sus labios.

Los amigos de Job

11 Tres amigos suyos —Elifaz de Temán, Bildad de Suj y Sofar de
Naamat—, al enterarse de la desgracia que había sufrido, salieron
de su lugar y se reunieron para ir a compartir su pena y consolarlo.
12 Cuando lo vieron a distancia, no lo reconocían, y rompieron a
llorar; se rasgaron el manto, echaron polvo sobre la cabeza y hacia
13 el cielo y se quedaron con él, sentados en el suelo, siete días con
sus noches, sin decirle una palabra, viendo lo atroz de su sufri-
miento.

PRELUDIO

3 1-2 Entonces Job abrió la boca y maldijo su día diciendo:

3 —¡Muera el día en que nací,
la noche que dijo: «Han concebido un varón»!
4 Que ese día se vuelva tinieblas,
que Dios desde lo alto se desentienda de él,
que sobre él no brille la luz,
5 que lo reclamen las tinieblas y las sombras,
que la niebla se pose sobre él,
que un eclipse lo aterrorice,
6 que se apodere de esa noche la oscuridad,
que no se sume a los días del año,
que no entre en la cuenta de los meses,
7 que esa noche quede estéril
y cerrada a los gritos de júbilo,
8 que la maldigan los que maldicen el Océano,
los que entienden de conjurar al Leviatán;
9 que se velen las estrellas de su aurora,
que espere la luz y no llegue,
que no vea el parpadear del alba;
10 porque no me cerró las puertas del vientre
y no escondió a mi vista tanta miseria.
11 ¿Por qué al salir del vientre no morí
o perecí al salir de las entrañas?
12 ¿Por qué me recibió un regazo
y unos pechos me dieron de mamar?
13 Ahora dormiría tranquilo,
descansaría en paz,
14 lo mismo que los reyes de la tierra
que se alzan mausoleos;
15 o como los nobles que amontonan oro
y plata en sus palacios.
16 Ahora sería un aborto enterrado,
una criatura que no llegó a ver la luz.
17 Allí acaba el tumulto de los malvados,
allí reposan los que están rendidos,
18 con ellos descansan los prisioneros
sin oír la voz del capataz;
19 se confunden pequeños y grandes
y el esclavo se libra de su amo.
20 ¿Por qué dio luz a un desgraciado
y vida al que la pasa en amargura,
21 al que ansía la muerte que no llega
y escarba buscándola, más que un tesoro,
22 al que se alegraría ante la tumba
y gozaría al recibir sepultura,
23 al hombre que no encuentra camino
porque Dios le cerró la salida?

24 Por alimento tengo mis sollozos
y los gemidos se me escapan como agua;
25 me sucede lo que más temía,
lo que más me aterraba me acontece.
26 Vivo sin paz y sin descanso
entre continuos sobresaltos.

ACTO I

4 Respondió Elifaz de Temán:

2 —Si uno se atreviera a hablarte, no sé si lo aguantarías,
pero ¿puede uno frenar las palabras?
3 Tú que a tantos instruías
y fortalecías los brazos inertes,
4 que con tus palabras levantabas al que tropezaba
y sostenías las rodillas que se doblaban,
5 hoy que te toca a ti, ¿no aguantas?,
¿te turbas, hoy que todo te cae encima?
6 ¿No era la religión tu confianza
y una vida honrada tu esperanza?
7 ¿Recuerdas un inocente que haya perecido?,
¿dónde se ha visto un justo exterminado?
8 A los que aran maldad y miseria
yo he visto cosecharlas.
9 Sopla Dios y perecen,
su aliento enfurecido los consume.
10 Aunque ruge el león y le hace coro la leona,
a los cachorros les arrancan los dientes:
11 muere el león falto de presa
y las crías de la leona se dispersan.
12 Oí furtivamente una palabra,
apenas percibí su murmullo;
13 en una visión de pesadilla,
cuando el letargo cae sobre el hombre,
14 me sobrecogió un terror,
un temblor que estremeció todos mis huesos.
15 Un viento me rozó la cara,
se me erizó el vello.
16 Estaba en pie —no lo conocía—,
sólo una figura ante mis ojos, un silencio; después oí una voz:
17 «¿Puede el hombre llevar razón contra Dios?,
¿o un mortal ser puro frente a su creador?
18 En sus mismos ángeles descubre faltas,
ni aun a sus criados los encuentra fieles,
19 pues ¿cómo estarán limpios ante su Hacedor
los que habitan en casas de arcilla, cimentadas en barro?
20 Entre el alba y el ocaso se desmoronan;
sin que se advierta, perecen para siempre;
21 les arrancan las cuerdas de la tienda
y mueren sin haber aprendido».

5 Grita, a ver si alguien te responde;
¿a qué ángel recurrirás?
2 Porque el despecho mata al insensato
y la pasión da muerte al imprudente.
3 Yo vi a un insensato echar raíces
y al momento vi maldita su morada,
4 a sus hijos sin poder salvarse,

atropellados sin defensa ante los jueces;
5 sus cosechas las devoró el hambriento
robándolas a través de los espinos [a],
y el sediento se sorbió su hacienda.
6 No nace del barro la miseria,
la fatiga no germina de la tierra:
7 es el hombre quien engendra la fatiga,
como las chispas alzan el vuelo [b].
8 Yo que tú, acudiría a Dios
para poner mi causa en sus manos.
9 El hace prodigios incomprensibles,
maravillas sin cuento:
10 da lluvia a la tierra,
riega los campos,
11 levanta a los humildes,
da refugio seguro a los abatidos,
12 malogra los planes del astuto
para que fracasen sus manejos,
13 enreda en sus mañas al artero
y hace abortar las intrigas del taimado;
14 así, en pleno día van a dar en las tinieblas,
a plena luz van a tientas como de noche.
15 Así Dios salva al pobre
de la lengua afilada, de la mano violenta;
16 da esperanza al desvalido
y tapa la boca a los malvados.
17 Dichoso el hombre a quien corrige Dios:
no rechaces el escarmiento del Todopoderoso,
18 porque él hiere y venda la herida,
golpea y cura con su mano;
19 de seis peligros te salva
y al séptimo no sufrirás ningún mal;
20 en tiempo de hambre te librará de la muerte
y en la batalla, de la espada;
21 te esconderá del látigo de la lengua
y aunque llegue el desastre no temerás,
22 te reirás de hambres y desastres,
no temerás a las fieras,
23 harás pacto con los espíritus del campo
y tendrás paz con las fieras,
24 disfrutarás de la paz de tu tienda
y al recorrer tu dehesa nada echarás de menos;
25 verás una descendencia numerosa
y a tus retoños como hierba del campo;
26 bajarás a la tumba sin achaques,
como una gavilla en sazón.
27 Todo esto lo hemos indagado y es cierto:
escúchalo y aplícatelo.

a o: la sequía arrebató sus posesiones.
b dudoso.

6 Respondió Job:
2 —Si pudiera pesarse mi aflicción
y juntarse en la balanza mis desgracias,
3 serían más pesadas que la arena;
por eso desvarían mis palabras.
4 Llevo clavadas las flechas del Todopoderoso
y siento cómo absorbo su veneno,
los terrores de Dios se han desplegado contra mí.
5 ¿Rebuzna el asno salvaje ante la hierba?,
¿muge el buey ante el forraje?,
6 ¿va uno a comer sin sal lo desabrido
o a encontrarle gusto al suero de la leche?
7 Lo que me daba asco
es ahora mi alimento repugnante.
8 Ojalá se cumpla lo que pido
y Dios me conceda lo que espero:
9 que Dios se digne triturarme
y cortar de un tirón la trama de mi vida.
10 Sería un consuelo para mí:
aun torturado sin piedad, saltaría de gozo,
por no haber renegado de las palabras del Santo [a].
11 ¿Qué fuerzas me quedan para resistir?,
¿qué destino espero para tener paciencia?,
12 ¿es mi fuerza la fuerza de la roca
o es de bronce mi carne?
13 Ya no encuentro apoyo en mí
y la suerte me abandona.
14 Para el enfermo es la lealtad de los amigos,
aunque olvide el temor del Todopoderoso;
15 pero mis hermanos me traicionan como un torrente,
como una torrentera cuando cesa el caudal:
16 baja turbio por el deshielo
arrastrando revuelta la nieve [b];
17 pero con el primer calor se seca
y en la canícula desaparece de su cauce.
18 Por su culpa las caravanas cambian de ruta,
se adentran en la inmensidad y se extravían;
19 las caravanas de Temá lo buscan
y los beduinos de Sabá cuentan con él;
20 pero queda burlada su esperanza
y, al llegar, se ven decepcionados.
21 Igual vosotros, os habéis vuelto nada,
veis mi terror y tenéis miedo.
22 ¿Os he pedido que soltéis por mí
algún soborno de vuestro bolsillo,
23 que me libréis de mi adversario
y me rescatéis de un poder tiránico?
24 Instruidme, que guardaré silencio;
hacedme ver en qué me he equivocado.

a - b dudoso.

25 ¡Qué persuasivas son las palabras certeras!;
pero ¿qué prueban vuestras pruebas?
26 ¿Pretendéis cogerme en mis palabras
cuando lo que dice uno desesperado es viento?
27 Sería como sortearse un huérfano
y tratar el precio de un amigo.
28 Ahora miradme atentamente:
juro no mentir en vuestra cara.
29 Otra vez, por favor, pero sin maldad;
otra vez, que está en juego mi inocencia.
30 ¿Hay maldad en mis labios?,
¿no pondera mi boca las palabras?

7 El hombre está en la tierra cumpliendo un servicio,
sus días son los de un jornalero:
2 como el esclavo, suspira por la sombra;
como el jornalero, aguarda el salario.
3 Mi herencia son meses baldíos,
me tocan en suerte noches de fatiga;
4 al acostarme pienso: ¿cuándo me levantaré?,
se hace larga la noche y me harto de dar vueltas hasta el alba;
5 me tapo con gusanos y con terrones,
la piel se me rompe y me supura.
6 Mis días corren más que la lanzadera
y se consumen sin esperanza.
7 Recuerda que mi vida es un soplo
y que mis ojos no verán más la dicha;
8 los ojos que me ven ya no me descubrirán [a],
y cuando me mires tú, ya no estaré.
9 Como la nube pasa y se deshace,
el que baja a la tumba no sube ya;
10 no vuelve a su casa,
su morada no vuelve a verlo.
11 Por eso no frenaré mi lengua,
hablará mi espíritu angustiado y mi alma amargada se quejará.
12 ¿Soy el monstruo marino o el Dragón
para que me pongas un guardián?
13 Cuando pienso que el lecho me aliviará
y la cama soportará mis quejidos,
14 entonces me espantas con sueños
y me aterrorizas con pesadillas.
15 Preferiría morir asfixiado
y la misma muerte a estos miembros que odio.
16 No he de vivir por siempre:
déjame, que mis días son un soplo.
17 ¿Qué es el hombre para que le des importancia,
para que te ocupes de él,
18 para que le pases revista por la mañana
y lo examines a cada momento?
19 ¿Por qué no apartas de mí la vista
y por qué no me dejas ni tragar saliva?

a o: no me verás, ojo del que mira.

20 Si he pecado, ¿qué te he hecho?
Centinela del hombre,
¿por qué me has tomado como blanco
y me he convertido en carga para ti?
21 ¿Por qué no me perdonas mi delito y no alejas mi culpa?
Muy pronto me acostaré en el polvo, me buscarás y ya no existiré.

8 Bildad de Suj habló a su vez y dijo:
2 —¿Hasta cuándo hablarás de esa manera?
Las palabras de tu boca son un huracán.
3 ¿Puede Dios torcer el derecho
o el Todopoderoso pervertir la justicia?
4 Si tus hijos pecaron contra él,
ya los entregó en poder de sus delitos;
5 pero si tú madrugas por buscar a Dios
y suplicas al Todopoderoso,
6 si te conservas puro y recto,
él velará por ti y restaurará tu legítima morada;
7 tu pasado será una pequeñez
comparado con tu magnífico futuro.
8 Pregunta a los antepasados
y atiende a lo que averiguaron sus padres;
9 nosotros somos de ayer, no sabemos nada;
nuestros días son una sombra sobre el suelo;
10 pero ellos te instruirán, te hablarán
con palabras salidas del corazón.
11 ¿Brota el papiro fuera del pantano,
crece sin agua el junco?
12 Todavía verde, sin que lo arranquen,
se agosta antes que otras hierbas.
13 Tal es el destino del que olvida a Dios,
en esto acaba la esperanza del impío.
14 Su confianza es sólo un hilo,
una telaraña su seguridad;
15 si se apoya en su casa, no lo resiste;
si se agarra a ella, no lo sostiene.
16 Lleno de savia, al sol,
echa retoños por su huerto,
17 enreda las raíces entre piedras,
se agarra al muro.
18 Pero si lo arrancan de su sitio,
éste reniega de él: «Nunca te he visto».
19 Así acaba su alegre carrera,
y otra planta brota de la tierra.
20 Dios no rechaza al hombre justo
ni da la mano a los malvados:
21 puede aún llenar tu boca de risas
y tus labios de gritos de júbilo;
22 tus enemigos se cubrirán de vergüenza
y la tienda del malvado desaparecerá.

9 Respondió Job:
2 —Sé muy bien que es así:
que el hombre no lleva razón contra Dios.
3 Si Dios se digna pleitear con él,
él no podrá rebatirle de mil razones una.
4 ¿Quién, fuerte o sabio,
le resiste y queda ileso?
5 El desplaza las montañas sin que se advierta
y las vuelca con su cólera;
6 estremece la tierra en sus cimientos,
y sus columnas retiemblan;
7 manda al sol que no brille
y guarda bajo sello las estrellas;
8 él solo despliega el cielo
y camina sobre el dorso del mar;
9 creó la Osa y Orión,
las Pléyades y las Cámaras del Sur;
10 hace prodigios incomprensibles,
maravillas sin cuento.
11 Si cruza junto a mí, no lo veo;
pasa rozándome, y no lo siento;
12 si coge una presa, ¿quién se la quitará?,
¿quién podrá decirle: «Qué estás haciendo»?
13 Dios no cede en su enojo,
bajo él se encorvan las legiones del Caos.
14 Cuánto menos podré yo replicarle
o escoger argumento contra él.
15 Aunque tuviera yo razón, no recibiría respuesta,
tendría que suplicar a mi adversario;
16 aunque lo citara y me respondiera,
no creo que me hiciera caso;
17 me arrollaría con la tormenta
y me heriría mil veces sin pretexto;
18 no me dejaría ni tomar aliento,
me saciaría de amargura.
19 Si se trata de fuerza, él puede más;
si es en un juicio, ¿quién lo hará comparecer?
20 Aunque fuera yo inocente, su boca me condenaría;
aunque fuera justo, me declararía perverso.
21 Soy inocente; no me importa la vida,
desprecio la existencia;
22 pero es lo mismo —os lo aseguro—:
Dios acaba con inocentes y culpables;
23 si una calamidad siembra muerte repentina,
él se burla de la desgracia del inocente;
24 deja la tierra en poder de los malvados
y venda los ojos a sus gobernantes: ¿quién sino él lo hace?
25 Mis días corren más que un correo
y se escapan sin probar la dicha;
26 se deslizan como lanchas de papiro,
como águila que se lanza sobre la presa.
27 Y si me digo: «Olvidaré mi aflicción,

pondré buena cara»,
28 temo toda clase de desgracias,
sabiendo que no me absolverás.
29 Y si soy culpable,
¿para qué fatigarme en vano?
30 Aunque me frotara con jabón
y me lavara las manos con lejía,
31 me hundirías en el fango
y mis vestidos me darían asco.
32 Dios no es hombre como yo, para decirle:
«Vamos a comparecer en juicio»;
33 no hay un árbitro entre nosotros
que pueda poner la mano sobre ambos.
34 Que aparte de mí su vara
y no me enloquezca con su terror,
35 y aunque no lleve razón contra él,
hablaré sin miedo.

10 Estoy hastiado de la vida: me voy a entregar a las quejas,
desahogando la amargura de mi alma.
2 Pediré a Dios: «No me condenes,
hazme saber qué tienes contra mí».
3 ¿Te parece bien oprimirme y desdeñar la obra de tus manos,
mientras alumbras los designios del malvado?
4 ¿Tienes ojos de carne
o ves como ven los hombres?
5 ¿Son tus días como los de un mortal
y tus años como los del hombre,
6 tú que indagas mi culpa
y examinas mi pecado,
7 aunque sabes que no soy culpable
y que nadie me librará de tus manos?
8 Tus manos me formaron, ellas modelaron
todo mi contorno, y ¿ahora me aniquilas?
9 Recuerda que me hiciste de barro,
y ¿me vas a devolver al polvo?
10 ¿No me vertiste como leche?,
¿no me cuajaste como queso?,
11 ¿no me forraste de carne y piel?,
¿no me tejiste de huesos y tendones?,
12 ¿no me otorgaste vida y favor,
y tu providencia no custodió mi espíritu?
13 Y con todo, algo te guardabas,
ahora sé que pensabas esto:
14 que si pecaba, me pondrías vigilancia
y no me dejarías impune;
15 que si era culpable, ¡ay de mí!;
que si era inocente, no levantaría cabeza,
y me saciaría de afrentas y miserias;
16 que si la levantaba, me darías caza como un león,
repitiendo tus proezas contra mí,
17 renovando tus testigos frente a mí,

redoblando tu cólera contra mí,
lanzando tropas de refresco sobre mí.
18 Entonces, ¿por qué me sacaste del vientre?
Pude haber muerto sin que unos ojos me vieran
19 y ser como si no hubiera existido,
conducido del vientre al sepulcro.
20 ¡Qué pocos son mis días! Que Dios acabe y me dé una tregua,
y tendré un instante de alegría,
21 antes de partir, para no volver,
al país de tinieblas y sombras,
22 a la tierra lóbrega y opaca, de confusión y negrura,
donde la misma claridad es sombra.

11 Sofar de Naamat habló a su vez y dijo:
2 —¿Va a quedar sin respuesta tal palabrería?;
¿va a tener razón el charlatán?,
3 ¿hará callar a otros tu locuacidad?,
¿te burlarás sin que nadie te confunda?
4 Tú has dicho: «Mi doctrina es limpia,
soy puro ante tus ojos».
5 Pero que Dios te hable,
que abra los labios para responderte:
6 él te enseñará secretos de sabiduría, retorcerá tus argucias
y sabrás que aun parte de tu culpa te la perdona.
7 ¿Pretendes sondear el abismo de Dios
o alcanzar los límites del Todopoderoso?
8 El es la cumbre del cielo: ¿qué vas a saber tú?;
es más hondo que el abismo: ¿qué sabes tú?
9 Es más largo que la tierra
y más ancho que el mar.
10 Si se presenta y encarcela y cita a juicio,
¿quién se lo puede impedir?
11 El conoce a los hombres falsos,
ve su maldad y la penetra.
12 Pero el mentecato cobrará sentido
cuando un asno salvaje se domestique.
13 Si diriges tu corazón a Dios
y extiendes las manos hacia él,
14 si alejas tu mano de la maldad
y no alojas en tu tienda la injusticia,
15 podrás alzar la frente sin mancilla;
acosado, no sentirás miedo,
16 olvidarás tus desgracias
o las recordarás como agua que pasó;
17 tu vida resurgirá como un mediodía,
tus tinieblas serán una aurora;
18 tendrás seguridad en la esperanza,
te recogerás y te acostarás tranquilo,
19 dormirás sin sobresaltos
y muchos buscarán tu favor.
20 Pero a los malvados se les ciegan los ojos,
no encuentran refugio, su esperanza es un soplo.

12 Respondió Job:
2 —¡Qué gente tan importante sois,
con vosotros morirá la sabiduría!
3 Pero también yo tengo inteligencia
y no soy menos que vosotros: ¿quién no sabe todo eso?
4 Soy el hazmerreír de mi vecino [a],
yo, que llamaba a Dios y me escuchaba;
[hazmerreír siendo honrado y cabal]
5 una tea que no aprecia el satisfecho,
pero que sirve a unos pies que vacilan,
6 mientras tanto hay paz en las tiendas de los salteadores,
y viven tranquilos los que desafían a Dios,
pensando que lo tienen en su puño.
7 Pregunta a las bestias, y te instruirán;
a las aves del cielo, y te informarán;
8 a los reptiles del suelo, y te darán lecciones;
te lo contarán los peces del mar;
9 con tantos maestros, ¿quién no sabe
que la mano de Dios lo ha hecho todo?
10 En su mano está el respiro de los vivientes
y el aliento del hombre de carne.
11 ¿No distingue el oído las palabras
y no saborea el paladar los manjares?
12 ¿No está en los ancianos la sabiduría
y la prudencia en los viejos?
13 Pues él posee sabiduría y poder;
la perspicacia y la prudencia son suyas.
14 Lo que él destruye, nadie lo levanta;
si él aprisiona, no hay escapatoria;
15 si retiene la lluvia, viene la sequía;
si la suelta, se inunda la tierra.
16 El posee fuerza y eficacia,
suyos son el engañado y el que engaña;
17 conduce desnudos a los consejeros
y hace enloquecer a los gobernantes,
18 despoja a los reyes de sus insignias
y les ata una soga a la cintura,
19 conduce desnudos a los sacerdotes
y trastorna a los nobles,
20 quita la palabra a los confidentes
y priva de sensatez a los ancianos,
21 arroja desprecio sobre los señores
y afloja el cinturón de los robustos;
22 revela lo más hondo de la tiniebla
y saca a la luz las sombras,
23 levanta pueblos y los arruina,
dilata naciones y las destierra,
24 quita el talento a los jefes
y los extravía por una inmensidad sin caminos,

a 4-6 Texto dudoso.

25 por donde van a tientas en lóbrega oscuridad
tropezando como borrachos.

13 Todo eso lo han visto mis ojos,
lo han oído mis oídos, y lo comprendo:
2 lo que sabéis vosotros, yo también lo sé,
y no soy menos que vosotros.
3 Pero quiero dirigirme al Todopoderoso,
deseo discutir con Dios.
4 Vosotros enjalbegáis con mentiras
y sois unos médicos matasanos.
5 ¡Ojalá os callarais del todo,
eso sí que sería saber!
6 Por favor, escuchad mis argumentos,
atended a las razones de mis labios:
7 ¿o es que intentáis defender a Dios
con mentiras e injusticias?
8 ¿Queréis tomar el partido de Dios
y ser sus abogados?
9 ¿Qué tal si él os sondeara?,
¿intentaríais engañarlo como a un hombre?
10 Si sois parciales a escondidas.
él os lo probará.
11 ¿No os sobrecoge su majestad,
no os aplasta su terror?
12 Vuestros avisos son proverbios polvorientos
y vuestras réplicas son arcilla.
13 Guardad silencio, que voy a hablar yo:
venga lo que viniere,
14 me lo jugaré todo,
llevando en la palma mi vida,
15 y aunque intente matarme, lo aguardaré [a],
con tal de defenderme en su presencia;
16 esto sería ya mi salvación,
pues el impío no comparece ante él.
17 Escuchad atentamente mis palabras,
prestad oído a mi discurso:
18 he preparado mi defensa
y sé que soy inocente.
19 ¿Quiere alguien contender conmigo?
Porque callar ahora sería morir.
20 Asegúrame sólo estas dos cosas,
y no me esconderé de tu presencia:
21 que mantendrás lejos de mí tu mano
y que no me espantarás con tu terror;
22 después acúsame, y yo te responderé,
o hablaré yo, y tú me replicarás:
23 ¿Cuántos son mis pecados y mis culpas?,
demuéstrame mis delitos y pecados;
24 ¿por qué te tapas la cara

a o: aunque me mate, no temblaré.

y me tratas como a tu enemigo?,
25 ¿por qué asustas a una hoja que vuela
y persigues la paja seca?
26 Apuntas en mi cuenta rebeldías,
me imputas las culpas de mi juventud
27 y me metes los pies en cepos [a],
vigilas todos mis pasos y examinas mis huellas.

14 El hombre, nacido de mujer,
corto de días, harto de inquietudes,
2 como flor se abre y se marchita,
huye como la sombra sin pararse:
13,28 se consume como una cosa podrida,
como vestido roído por la polilla.
3 ¿Y en uno así clavas los ojos
y lo llevas a juicio contigo?
4 ¿Quién sacará pureza de lo impuro?
¡Nadie!
5 Si sus días están definidos y sabes el número de sus meses,
si le has puesto un límite infranqueable,
6 aparta de él tu vista, para que descanse
y disfrute de su paga como el jornalero.
7 Un árbol tiene esperanza:
aunque lo corten, vuelve a rebrotar y no deja de echar renuevos;
8 aunque envejezcan sus raíces en tierra
y el tocón esté amortecido entre terrones,
9 al olor del agua reverdece
y echa follaje como planta joven.
10 Pero el varón muere, y queda inerte,
¿adónde va el hombre cuando expira?
11 Puede faltar el agua de los lagos,
los ríos quedar secos,
12 pero el hombre que se acuesta no se levanta;
pasará el cielo, y él no despertará ni se desperezará de su sueño.
13 ¡Ojalá me guardaras en el Abismo,
escondido mientras pasa tu cólera,
y fijaras un plazo para acordarte de mí!
14 Cada día de mi servicio esperaría
que llegara mi relevo;
15 con nostalgia por la obra de tus manos
tú me llamarías, y yo respondería;
16 y si hoy vas contando mis pasos [b],
entonces no vigilarías mis pecados,
17 sellarías en un saco mis delitos
y blanquearías mis culpas.
18 Una montaña se inclina y se derrumba,
una roca se mueve de su sitio,
19 el agua desgasta las piedras, la avenida inunda las tierras
y tú destruyes la esperanza del hombre;
muerto el varón, ¿puede revivir?

a o: en cal. *b* o: Pero ahora...

20 Lo aplastas para siempre y se va,
le demudas el rostro y lo expulsas.
21 Sus hijos se enriquecen sin que él se entere,
se arruinan sin que él lo advierta;
22 sólo siente el tormento de su carne,
sólo siente la pena de su alma.

ACTO II

15 Elifaz de Temán habló a su vez y dijo:
2 —¿Responde un sabio con doctrina falsa
o se hincha de viento de levante?
3 ¿Arguyes con razones inconsistentes
o con palabras sin sentido?
4 Tú destruyes aun el temor de Dios
y eliminas la oración;
5 tus culpas inspiran tus palabras
y adoptas el lenguaje de la astucia;
6 te condena tu boca, no yo;
tus labios atestiguan contra ti.
7 ¿Has sido el primer hombre en nacer,
te engendraron antes que a los collados?
8 ¿Has asistido al consejo de Dios,
has acaparado la sabiduría?
9 ¿Qué sabes que nosotros no sepamos?,
¿qué entiendes que no entendamos?
10 Entre nosotros hay canas venerables,
alguien más anciano que tu padre.
11 ¿Te parecen poco los consuelos de Dios
y la palabra suave que se te insinúa?
12 ¡Cómo te arrebata la pasión
y se te saltan los ojos!
13 Vuelves contra Dios tu furor,
soltando protestas por la boca.
14 ¿Cómo puede el hombre ser puro
o inocente el nacido de mujer?
15 Ni aun a sus ángeles los encuentra fieles
ni el cielo es puro a sus ojos;
16 ¡cuánto menos el hombre, detestable y corrompido,
que se bebe como agua la iniquidad!
17 Escúchame, que voy a hablarte,
voy a contarte lo que he visto,
18 lo que transmitieron los sabios
como tradición de sus antepasados
19 —a ellos solos les dieron el país
y ningún extranjero lo recorrió con ellos—.
20 El malvado pasa la vida en tormentos,
son pocos los años almacenados para el tirano;
21 escucha ruidos que lo espantan;
cuando está más tranquilo, lo asaltan los bandidos;
22 cuando se hace oscuro no confía volver,
porque está reservado para el puñal;
23 lo destinan a pasto de los buitres
y sabe que su día está cercano;
24 el día lóbrego lo aterroriza,
la inquietud y la angustia lo atenazan;
25 porque extendió la mano contra Dios
y desafió al Todopoderoso,
24c como un rey dispuesto al ataque:

26 cargaba contra él de cabeza,
tras el escudo macizo y abollonado;
27 la cara rolliza de grasa,
los muslos se le hinchan de gordura.
28 Habitará ciudades abandonadas,
casas inhabitables que amenazan ruina,
29 ya no será rico ni durará su fortuna,
ni bajarán al sepulcro sus posesiones,
30 ni escapará de las sombras;
el bochorno quemará sus renuevos
y el viento arrebatará sus flores.
31 Que no se engañe fiándose de la vaciedad,
pues se lo pagarán con vaciedad;
32 antes de sazón se marchitará
y no volverán a verdear sus ramas;
33 será cepa que daña sus agraces,
olivo que sacude sus flores.
34 La banda de los impíos es estéril,
el fuego devorará las tiendas de los venales:
35 «Concibe miseria y da a luz desgracia,
gesta en el vientre la decepción».

16 Respondió Job:
2 —He oído ya mil discursos semejantes;
todos sois unos consoladores importunos.
3 ¿No hay límite para los discursos vacíos?,
¿qué te impulsa a replicar?
4 También yo hablaría como vosotros si estuviera en vuestro lugar:
ensartaría palabras contra vosotros meneando la cabeza,
5 os confortaría con mi boca,
os calmaría moviendo los labios.
6 Pero aunque hable, no cesa mi dolor;
aunque calle, no se aparta de mí.
7 Ahora Dios me ha rendido y amedrentado,
su guardia me ha prendido
8 y se levanta a testimoniar contra mí,
acusándome en falso en mi cara;
9 su furor me ataca y me desgarra,
rechina contra mí los dientes y aguza sus ojos hostiles;
10 abren contra mí la boca, me abofetean afrentosamente,
todos en masa contra mí.
11 Dios me entrega a los malvados,
me arroja en manos criminales.
12 Vivía yo tranquilo [a] cuando me trituró,
me agarró por la nuca y me descuartizó, hizo de mí su blanco;
13 cercándome con sus saeteros,
me atravesó los riñones sin piedad y derramó por tierra mi hiel,
14 me abrió la carne brecha a brecha
y me asaltó como un guerrero.
15 Me he cosido un sayal sobre el pellejo

a o: Me hizo su presa.

y he hundido en el polvo mi hombría;
16 tengo la cara enrojecida de llorar
y la sombra me vela los párpados;
17 aunque en mis manos no hay violencia
y es sincera mi oración.
18 ¡Tierra, no cubras mi sangre;
tumba, no encierres mi demanda de justicia!
19 Está en el cielo mi testigo
y en la altura mi defensor,
20 el que interpreta mis pensamientos ante Dios:
a él alzo los ojos llorosos;
21 que él juzgue entre hombre y Dios
como se juzga un pleito entre hombres.
22 Porque pasarán años contados
y emprenderé el viaje sin retorno.

17 Se me turba la mente, mis días se apagan,
me espera el sepulcro:
2 sólo burlas me acompañan,
mis ojos contemplan acometidas.
3 Sé tú mi fiador ante ti mismo,
pues ¿quién si no será mi garante?
4 Tú has cerrado su mente al raciocinio
y no podrán prevalecer.
5 («Si alguien denuncia al prójimo para despojarlo,
a sus hijos se les consumirán los ojos»).
6 Me has hecho el hazmerreír de la gente,
como a quien escupen en la cara;
7 mis ojos se consumen irritados
y mis miembros [a] se borran como sombras:
8 los justos se asombran al verlo,
y el inocente se indigna contra el malvado;
9 pero el justo se afirma en su camino
y las manos puras cobran fortaleza.
10 Venid todos, volved:
que no encontraré entre vosotros un sabio.
11 Pasan mis días, fracasan mis planes
y los afanes de mi corazón.
12 Algunos llaman día a la noche,
luz cercana a la tiniebla presente [b].
13 ¡Nada espero! El abismo es mi casa,
me hago la cama en las tinieblas,
14 a la podredumbre la llamo madre;
a los gusanos, padre y hermanos.
15 ¿Dónde ha quedado mi esperanza?;
mi esperanza, ¿quién la ha visto?
16 Bajará conmigo a la tumba
cuando nos hundamos juntos en la tierra.

18 Bildad de Suj habló a su vez y dijo:
2 ¿Hasta cuándo andarás a caza de palabras?

a o: y las formas. *b* dudoso.

Reflexiona y luego hablaremos.
3 ¿Por qué nos consideras unas bestias
y nos tienes por idiotas?
4 Tú, que te despedazas con tu cólera,
¿podrás despoblar la tierra o mudar las rocas de su sitio?
5 La luz del malvado se apaga
y no brilla la llama de su hogar,
6 se oscurece la luz de su tienda
y se le apaga la lámpara,
7 se acortan sus pasos vigorosos
y sus propios planes lo derriban;
8 sus pies lo llevan a la red
y camina entre mallas,
9 un lazo lo engancha por los tobillos
y la trampa se cierra sobre él,
10 hay nudos escondidos en el suelo
y trampas en su senda.
11 Lo rodean terrores que lo espantan
y dispersan sus pisadas;
12 su vigor queda demacrado
y la desgracia se pega a su costado,
13 la enfermedad se ceba en su piel,
devora sus miembros la primogénita de la Muerte;
14 lo arrancan de la paz de su tienda
para conducirlo al Rey de los terrores;
15 el fuego se asienta en su tienda,
y esparcen azufre en su morada;
16 por debajo sus raíces se secan,
por arriba su ramaje se marchita.
17 Su recuerdo se acaba en el país
y se olvida su nombre a la redonda;
18 expulsado de la luz a las tinieblas,
desterrado del mundo,
19 sin prole ni descendencia entre su pueblo,
sin un superviviente en su territorio.
20 De su destino se espantan los del poniente
y los del levante se horrorizan:
21 «¡Tal es la morada del malvado,
el lugar del que no reconoce a Dios!».

19 Respondió Job:
2 —¿Hasta cuándo seguiréis afligiéndome
y aplastándome con palabras?
3 Ya van diez veces que me sonrojáis
y me ultrajáis sin reparo.
4 Si es que he cometido un yerro,
con ese yerro me quedo yo:
5 ¿queréis cantar victoria
echándome en cara mi afrenta?
6 Pues sabed que es Dios quien me ha trastornado
envolviéndome en sus redes.
7 Grito «violencia», y nadie me responde;

pido socorro, y no me defienden;
8 él me ha cerrado el camino, y no tengo salida;
ha llenado de tinieblas mi sendero,
9 me ha despojado de mi honor
y me ha quitado la corona de la cabeza;
10 ha demolido mis muros y tengo que marcharme,
ha descuajado mi esperanza como un árbol;
11 ardiendo en ira contra mí,
me considera su enemigo.
12 Llegan en masa sus escuadrones,
apisonan caminos de acceso y acampan cercando mi tienda.
13 Mis hermanos se alejan de mí,
mis parientes me tratan como a un extraño,
14 me abandonan vecinos y conocidos
y me olvidan los huéspedes de mi casa;
15 mis esclavas me tienen por un extraño,
les resulto un desconocido;
16 llamo a mi esclavo, y no me responde,
y hasta tengo que rogarle.
17 A mi mujer le repugna mi aliento,
y mi hedor a mis propios hijos;
18 aun los chiquillos me desprecian,
y me insultan si intento levantarme;
19 mis íntimos me aborrecen,
los más amigos se vuelven contra mí.
20 Se me pegan los huesos a la piel,
he escapado por un pelo [a].
21 ¡Piedad, piedad de mí, amigos míos,
que me ha herido la mano de Dios!
22 ¿Por qué me perseguís como Dios
y no os hartáis de escarnecerme?
23 ¡Ojalá se escribieran mis palabras,
ojalá se grabaran en cobre,
24 con cincel de hierro y en plomo
se escribieran para siempre en la roca!
25 «Yo sé que está vivo mi Vengador
y que al final se alzará sobre el polvo:
26 después que me arranquen la piel,
ya sin carne, veré a Dios;
27 yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán».
¡El corazón se me deshace en el pecho! [b].
28 Y si decís: «¿Cómo lo perseguiremos,
cómo hallaremos de qué acusarlo?» [c].
29 Temed la espada, porque la ira castiga las culpas,
y sabréis que hay quien juzga.

20 Sofar de Naamat habló a su vez y dijo:
2 —Mi agitación me impulsa a responder,
pues me siento inquieto

a o: salvando el pellejo. *b* dudoso.
c o: cómo encontrar en él la raíz del asunto.

3 por haber escuchado una lección humillante,
pero mi espíritu me invita a responder con prudencia.
4 ¿No sabes que es así desde siempre,
desde que pusieron al hombre en la tierra;
5 que el júbilo de los malvados es efímero
y la alegría del impío dura un instante?
6 Aunque su ambición suba hasta el cielo
y toque con la cabeza las nubes,
7 perecerá para siempre, como estiércol,
y los que lo veían preguntan: «¿Dónde está?».
8 Cruza como un sueño, y no se lo encuentra,
se disipa como visión nocturna;
9 los ojos que lo veían no lo vuelven a mirar,
el sitio que ocupaba no lo ve más.
10 Sus hijos tienen que resarcir a los pobres
y por sus manos restituye él su fortuna.
11 Sus miembros llenos aún de juventud
se acuestan con él en el polvo.
12 Si le sabía dulce la maldad
y la escondía debajo de la lengua,
13 cuidadosamente, sin soltarla,
reteniéndola contra el paladar,
14 ese manjar en las entrañas se le transforma
en veneno de víbora.
15 Devoró riquezas, y las vomitará,
porque Dios se las saca del vientre;
16 chupará veneno de víboras,
y lo matará la lengua del áspid.
17 No gozará viendo acequias
y torrentes y ríos de leche y miel;
18 devuelve sin usarlo el fruto de su fatiga,
y lo que ganó comerciando no lo disfruta;
19 porque explotó y dejó en desamparo a los pobres,
y se apropió casas que no había construido;
20 porque no supo calmar su codicia,
nada se salvaba de su avidez,
21 nadie escapaba de su voracidad;
por eso no durará su bienestar.
22 De la opulencia caerá en la penuria,
las manos de los desgraciados [a] se echarán sobre él.
23 Para que llene el vientre, Dios le enviará el incendio de su ira,
como lluvia que le penetre las carnes.
24 Si escapa del arma de hierro,
lo atraviesan con el arco de bronce;
25 el astil le sale por la espalda
y brilla la punta saliendo por el hígado;
se abate sobre él el pavor,
26 le reservan tinieblas totales,
lo devora un fuego no encendido por hombre,
se ceba en los restos de su tienda.

a o: la mano de la desgracia.

27 El cielo revela su culpa,
la tierra se subleva contra él.
28 Arrolla su casa una avenida,
los raudales del día de la ira.
29 Esta suerte reserva Dios al malvado,
esta herencia le depara Dios.

21 Respondió Job:
2 —Oíd atentamente mis palabras,
sea éste el consuelo que me dais;
3 tened paciencia mientras hablo,
y cuando termine, podréis burlaros.
4 ¿Me quejo yo de algún hombre
o pierdo la paciencia sin razón?
5 Atendedme, que de puro asombro
os llevaréis la mano a la boca.
6 Cuando lo recuerdo, me horrorizo
y me atenaza las carnes el pavor.
7 ¿Por qué siguen vivos los malvados
y al envejecer se hacen más ricos?
8 Su prole está segura en su compañía
y ven crecer a sus retoños;
9 sus casas, en paz y sin temores;
la vara de Dios no los azota;
10 su toro cubre sin marrar,
la vaca les pare sin abortar.
11 Dejan correr a sus chiquillos como cabritos,
dejan saltar a sus críos;
12 cantan al son de cítaras y panderos
y se regocijan oyendo la flauta.
13 Así acaba su vida dulcemente
y bajan serenamente al sepulcro.
14 Ellos que decían a Dios: «Apártate de nosotros,
que no nos interesan tus caminos.
15 ¿Quién es el Todopoderoso para que le sirvamos?,
¿qué sacamos con rezarle?».
16 ¿Y no tienen en su mano su dicha?
¡El plan de los malvados está lejos de Dios! [a].
17 ¿Cuántas veces se apaga la lámpara del malvado
o se abate sobre ellos la desgracia,
o la ira de Dios les reparte sufrimientos,
18 y son como paja que empuja el viento,
como tamo que arrolla el torbellino?
19 ¿Guarda Dios el castigo para sus hijos?
¡Que se lo cobre a él, y que lo sienta!
20 ¡Que vea con sus ojos la copa
y beba la cólera del Todopoderoso!
21 Pues ¿qué le importa su casa una vez muerto él
y acabada la cuenta de sus meses?

a o: no tienen la dicha en su mano; lejos de mí el consejo de los malvados. Quizá sea glosa.

22 ¿Se le pueden dar lecciones a Dios
que juzga a los más encumbrados? [a].
23 Uno llega a la muerte sin un achaque,
del todo tranquilo y en paz,
24 sus flancos bien rollizos,
jugosa la médula de sus huesos;
25 el otro muere lleno de amargura,
sin haber comido nunca bien,
26 y los dos se acuestan juntos en el polvo,
cubiertos de gusanos.
27 Yo me sé vuestros pensamientos
y las argucias que tramáis contra mí.
28 Sé que decís: «¿Dónde está la casa del poderoso,
dónde la morada de los malvados?».
29 ¿Por qué no se lo preguntáis a los que han viajado
y no creéis sus historias maravillosas?
30 Que en la catástrofe se salva el malvado
y que el día trágico lo encuentra ausente;
31 que nadie le echa en cara su conducta
ni le paga lo que se merece;
32 que al ser conducido al sepulcro,
33b se agolpa la gente tras de él y delante va una muchedumbre;
32b que sobre él hace guardia su mausoleo
33a y le son dulces los terrones del valle.
34 ¿Y me queréis consolar con vaciedades?
Vuestras respuestas son puro engaño.

a o: juzgar al más Alto.

ACTO III [a]

22 Elifaz de Temán habló a su vez y dijo:
2 —¿Puede un hombre ser útil a Dios?,
¿puede un sabio serle útil?
3 ¿Qué saca el Todopoderoso de que tú seas justo
o qué gana si tu conducta es honrada?
4 ¿Acaso te reprocha el que seas religioso
o te lleva a juicio por ello?
5 ¿No es más bien por tu mucha maldad
y por tus innumerables culpas?
6 Exigías sin razón prendas a tu hermano,
arrancabas el vestido al desnudo,
7 no dabas agua al sediento
y negabas el pan al hambriento.
8 Como hombre poderoso, dueño del país,
privilegiado habitante de él,
9 despedías a las viudas con las manos vacías,
hacías polvo los brazos de los huérfanos.
10 Por eso te cercan lazos,
te espantan terrores repentinos
11 y oscuridad que no te deja ver,
y te sumergen aguas desbordadas.
12 ¿No es Dios la cumbre del cielo?
¡Y mira qué alto está el cenit sobre los astros!
13 Tú dices: «¿Qué sabe Dios;
puede distinguir a través de los nubarrones?,
14 las nubes lo tapan y no le dejan ver
cuando se pasea por la órbita del cielo».
15 ¿Quieres tú seguir la vieja ruta
que hollaron mortales perversos,
16 arrastrados prematuramente
cuando la riada inundó sus cimientos?
17 Decían a Dios: «Apártate de nosotros,
¿qué puede hacernos el Todopoderoso?».
18 El les había llenado la casa de bienes
y ellos lo excluían de sus planes perversos.
19 Los justos al verlo se alegraban,
los inocentes se burlaban de ellos:
20 «¡Se han acabado sus posesiones,
el fuego ha devorado su opulencia!».
21 Reconcíliate y ten paz con él,
y recibirás bienes;
22 acepta la instrucción de su boca
y guarda sus palabras en tu corazón;
23 si te vuelves al Todopoderoso, te restablecerá;
aleja de tu tienda la injusticia,

a El tercer acto está mal conservado: parece estar en desorden, con reparto de papeles equivocado, quizá incompleto. Un arreglo posible sería Elifaz (22), Job (23), Bildad (25 + 26,5-14), Job (26,1-4 + 27,1-7), Sofar (24,18-24 + 27, 8-23), Job (24,1-17.25).

24 arroja al polvo tu oro,
y tu metal de Ofir a los guijarros del torrente,
25 y el Todopoderoso será tu oro
y tu plata a montones;
26 él será tu delicia
y alzarás hacia él tu rostro;
27 cuando le supliques, te escuchará,
y tú cumplirás tus votos;
28 lo que tú decidas, se hará,
y brillará la luz en tus caminos;
29 porque él humilla a los arrogantes
y salva a los que se humillan.
30 El librará al inocente,
te librará [a] por la limpieza de tus manos.

23 Respondió Job:
2 —Hoy también me quejo y me rebelo,
porque su mano agrava mis gemidos.
3 ¡Ojalá supiera cómo encontrarlo,
cómo llegar a su tribunal!
4 Presentaría ante él mi causa
con la boca llena de argumentos,
5 sabría con qué palabras me replica,
y comprendería lo que me dice.
6 ¿Pleitearía él conmigo haciendo alarde de fuerza? [b].
No; más bien tendría que escucharme.
7 Entonces yo discutiría lealmente con él
y ganaría definitivamente mi causa.
8 Pero me dirijo al levante, y no está allí;
al poniente, y no lo distingo;
9 lo busco al norte, y no lo veo;
me vuelvo al mediodía, y no lo encuentro.
10 Pero ya que él conoce mi conducta,
que me examine, y saldré como el oro.
11 Mis pies pisaban sus huellas,
seguían su camino sin torcerse,
12 no me aparté de sus mandatos
y guardé en el pecho sus palabras.
13 Pero él no cambia: ¿quién podrá disuadirlo?
Realiza lo que quiere.
14 El ejecutará mi sentencia
y otras muchas que tiene pensadas.
15 Por eso me turbo en su presencia
y me estremezco al pensarlo;
16 porque Dios me ha intimidado,
el Todopoderoso me trastorna.
17 ¡Ojalá me desvaneciera en las tinieblas
y velara mi rostro la oscuridad!

a o: al culpable que se librará...
b o: Pleitearía por medio de su abogado.

24 ¿Por qué el Todopoderoso no señala plazos
para que sus amigos puedan presenciar sus intervenciones?
2 Los malvados mueven los linderos,
roban rebaños y pastores,
3 se llevan el asno del huérfano
y toman en prenda el buey de la viuda,
4 echan del camino a los pobres
y los miserables tienen que esconderse.
5 Como asnos salvajes salen a su tarea, madrugan para hacer presa,
el páramo ofrece alimento a sus crías;
6 se procuran forraje en descampado
o rebuscan en el huerto del rico [a];
7 pasan la noche desnudos,
sin ropa con que taparse del frío,
8 los cala el aguacero de los montes
y, a falta de refugio, se pegan a las rocas.
9 Los malvados arrancaron del pecho al huérfano
y toman en prenda al niño del pobre.
10 Andan desnudos por falta de ropa;
cargan gavillas y pasan hambre;
11 exprimen aceite en el molino,
pisan en el lagar y pasan sed.
12 En la ciudad gimen los moribundos y piden socorro los heridos.
¿Y Dios no va a hacer caso a su súplica?
13 Otros son rebeldes a la luz,
no conocen sus caminos ni se acostumbran a sus sendas:
14 de madrugada se levanta el asesino
para matar al pobre y al indigente;
15b de noche ronda el ladrón
con la cara embozada;
16 a oscuras abren boquetes en las casas
que de día estaban cerradas [b];
15 el adúltero acecha el crepúsculo, diciéndose: «Nadie me ve»;
16c no quieren nada con la luz:
17 la mañana es oscura para ellos,
acostumbrados a los miedos de las tinieblas.
[Bildad de Suj habló a su vez y dijo:] [c]
18 (—Se desliza ligero sobre el agua,
están malditas sus fincas en el país
y no toma el camino de su viña [d].
19 Como el calor y la sequía roban el agua a las nieves,
así el Abismo al pecador;
20 lo olvida el seno materno, lo saborean los gusanos,
se acaba su memoria y se tala como un árbol la injusticia.
21 Porque maltrataba a la estéril sin hijos
y no socorría a la viuda;

a o: del malvado.
b o: que habían marcado de día.
c Quizá pertenezcan estas palabras, con 27,8-23, a Sofar.
d o: ningún trabajador se acerca a su viña.

22 arrastraba con su fuerza a los poderosos
y cuando ya no esperaba vivir se levantaba sano [a].
23 Dios lo dejaba confiado y seguro,
pero sus ojos observaban sus caminos.
24 Exaltado por breve tiempo, deja de existir;
se abatieron y se marchitaron como todos,
y los segaron como espigas).
25 Si no es así, que alguien me desmienta
y reduzca a nada mis palabras.

25 Bildad de Suj habló a su vez y dijo:
2 —Dios tiene un poder que sobrecoge
e impone paz en su altura;
3 sus tropas son innumerables,
¿sobre quién no se alza su luz?
4 ¿Puede el hombre llevar razón contra Dios?,
¿puede ser puro el nacido de mujer?
5 Si ni siquiera la luna es brillante
ni a sus ojos son puras las estrellas,
6 ¡cuánto menos el hombre, ese gusano;
el ser humano, esa lombriz!

26,5 Hasta los muertos se estremecen
debajo del mar y sus habitantes;
6 el Abismo está desnudo a sus ojos,
y sin velos, el reino de la Muerte.
7 Él tendió el cielo sobre el vacío
y colgó la tierra sobre la nada,
8 metió el agua en bolsas de nubes,
sin que éstas se desgarren con el peso;
9 oscurece la cara de la luna llena
desplegando sobre ella su nube;
10 trazó un círculo sobre la superficie del mar
en la frontera de la luz y las tinieblas.
11 Las columnas del cielo retiemblan,
asustadas, cuando él brama;
12 con su poder aquietó el Mar [b],
con su destreza machacó al Caos;
13 a su soplo, el cielo resplandece,
y su mano traspasó la Serpiente huidiza.
14 Y esto no es más que la orla de sus obras,
hemos oído apenas un murmullo de él;
¿quién percibirá su trueno poderoso?

26,1 Respondió Job:
2 —¡Qué bien has ayudado al débil
y socorrido al brazo sin vigor!
3 ¡Qué bien has aconsejado al ignorante
enseñándole con tanta habilidad!

a o corrigiendo: Dios arrastra con su fuerza a los poderosos; aunque éste se levante, no espera vivir.
b o: con el viento mete el Mar en una bolsa.

4 ¿A quién has dirigido tus palabras?,
¿qué espíritu habla por ti?

27 Job siguió entonando sus versos y dijo:
2 —¡Por Dios, que me niega mi derecho;
por el Todopoderoso, que me llena de amargura;
3 que mientras tenga respiro
y el aliento de Dios en las narices,
4 mis labios no dirán falsedades
ni mi lengua pronunciará mentiras!
5 ¡Lejos de mí daros la razón!
Hasta el último aliento mantendré mi honradez,
6 me aferraré a mi inocencia sin ceder:
la conciencia no me reprocha ni uno de mis días.
7 Demostraré la culpa de mi enemigo
y la injusticia de mi rival.
[Sofar] [a].
8 ¿Qué esperanza le queda al impío
cuando Dios le corta la trama y le arranca la vida?
9 ¿Oirá Dios sus reclamaciones
cuando lo sorprenda la angustia?
10 ¿Será el Todopoderoso su delicia?,
¿invocará a Dios a cualquier hora?
11 Os explicaré el poder de Dios,
no os ocultaré lo que dispone el Todopoderoso:
12 Si todos lo habéis observado,
¿por qué repetís vaciedades?
13 Esta es la suerte que Dios reserva al malvado,
la herencia que el tirano recibe del Todopoderoso:
14 si tiene muchos hijos, serán para la espada;
sus descendientes no se saciarán de pan;
15 a los supervivientes los enterrará la peste
y sus viudas no los llorarán;
16 si amontona plata como tierra
y apila vestidos como barro,
17 los vestirá el inocente
y el justo heredará su plata;
18 casa que se construya será como de polilla,
como cabaña de guarda;
19 si se acuesta rico, es por última vez,
al abrir los ojos no le queda nada.
20 De día lo asaltan como riada los terrores
y de noche lo arrebata el torbellino,
21 se lo lleva el viento de levante,
la tempestad lo arranca de su sitio;
22 Dios lo empuja sin piedad [b],
y él intenta huir por todas partes.
23 Los que lo ven marcharse de su sitio
lo corean con palmadas y silbidos.

a Empalmando con 24,18-24.
b O continúa como sujeto el viento.

INTERLUDIO

Este poema es como un intermedio lírico después de los tres actos del diálogo, como una pausa que aleja y hace reposar al lector. En términos dramáticos, lo recitaría un solista o un coro.

Respecto a los amigos, que se creían sabios y poseedores de la solución del problema, el poema los reduce al silencio; de hecho, ya no volverán a hablar. Respecto a Job, el poema canta la búsqueda frustrada del hombre y el testimonio de la tierra y del abismo.

Lo que el homo faber *y el* homo oeconomicus *no pueden alcanzar, el* homo religiosus *lo alcanza: respetando a Dios y haciendo el bien, el hombre alcanza su realidad de* homo sapiens.

28 Tiene la plata veneros;
el oro, un lugar para refinarlo;
2 el hierro se extrae de la tierra,
al fundirse la piedra sale el bronce.
3 El hombre pone fronteras a las tinieblas,
explora los últimos rincones, las grutas más lóbregas;
4 perfora galerías inaccesibles, olvidadas del caminante:
oscila suspendido, lejos de los hombres.
5 La tierra que da pan
se trastorna con fuego subterráneo:
6 sus piedras son yacimientos de zafiros,
sus terrones tienen pepitas de oro.
7 Su sendero no lo conoce el buitre,
no lo divisa el ojo del halcón,
8 no lo huellan las fieras arrogantes
ni lo pisan los leones.
9 El hombre echa mano al pedernal,
descuaja las montañas de raíz;
10 en la roca hiende galerías,
atenta la mirada a todo lo precioso,
11 ataja los hontanares de los ríos
y saca lo oculto a la luz.
12 Pero la sabiduría, ¿de dónde se saca?,
¿dónde está el yacimiento de la prudencia?
13 El hombre no sabe su precio,
no se encuentra en la tierra de los vivos.
14 Dice el Océano: «No está en mí»;
responde el Mar: «No está conmigo».
15 No se da a cambio de oro
ni se le pesa plata como precio,
16 no se paga con oro de Ofir,
con ónices preciosos o zafiros,
17 no la igualan el oro, ni el vidrio,
ni se paga con vasos de oro fino,
18 no cuentan el cristal ni los corales
y adquirirla cuesta más que las perlas;
19 no la iguala el topacio de Etiopía,
ni se compara con el oro más puro.

20 ¿De dónde se saca la sabiduría,
dónde está el yacimiento de la prudencia?
21 Se oculta a los ojos de las fieras
y se esconde de las aves del cielo.
22 Muerte y Abismo confiesan:
«De oídas conocemos su fama».
23 Sólo Dios conoce su camino,
él conoce su yacimiento,
24 pues él contempla los límites del orbe
y ve cuanto hay bajo el cielo.
25 Cuando señaló su peso al viento
y definió la medida de las aguas,
26 cuando impuso su ley a la lluvia
y su ruta al relámpago y al trueno,
27 entonces la vio y la calculó,
la escrutó y la asentó.
28 Y dijo al hombre: «Respetar al Señor es sabiduría,
apartarse del mal es prudencia».

ACTO IV

Habla Job

29 Job volvió a entonar sus versos, diciendo:
2 —¡Quién me diera volver a los viejos días,
cuando Dios velaba sobre mí,
3 cuando su lámpara brillaba encima de mi cabeza
y a su luz cruzaba las tinieblas!
4 ¡Aquellos días de mi otoño,
cuando Dios era un íntimo [a] en mi tienda,
5 el Todopoderoso estaba conmigo
y me rodeaban mis hijos!
6 Lavaba mis pies en leche
y la roca me daba ríos de aceite.
7 Cuando salía a la puerta de la ciudad
y tomaba asiento en la plaza,
8 los jóvenes al verme se escondían,
los ancianos se levantaban y se quedaban en pie,
9 los jefes se abstenían de hablar
tapándose la boca con la mano,
10 enmudecía la voz de los notables
y se les pegaba la lengua al paladar.
21 Me oían, y quedaban en silencio,
esperando mis consejos;
22 después de hablar yo, no añadían nada;
mis palabras goteaban sobre ellos,
23 las esperaban como lluvia temprana,
se las bebían como lluvia tardía;
24 al verme sonreír, apenas lo creían,
y no se perdían ni un gesto favorable.
25 Sentado como jefe, yo escogía su camino;
como un rey en su trono, entre su guardia,
yo guiaba, y se dejaban conducir.
11 El que oía mi fama, me alababa;
el que me veía, se hacía mi testigo;
12 yo libraba al pobre que pedía socorro
y al huérfano indefenso,
13 recibía la bendición del vagabundo
y alegraba el corazón de la viuda;
14 la justicia era mi vestido;
el derecho, mi manto y mi turbante.
15 Yo era ojos para el ciego,
era pies para el cojo,
16 yo era padre de los pobres
y me ocupaba de la causa del desconocido.
17 Le rompía las mandíbulas al inicuo
para arrancarle la presa de los dientes.
18 Y pensaba: «Si muero con mi nido,
aumentaré mis años como el fénix».
19 Mis raíces alcanzaban hasta el agua

a o: cuando Dios protegía.

y el rocío se posaba en mi ramaje;
20 mi prestigio se renovaba conmigo
y mi arco se reforzaba en mi mano.

30 Ahora, en cambio, se burlan de mí muchachos más jóvenes que yo,
a cuyos padres habría rehusado dejar con los perros de mi rebaño,
2 cuyos brazos no me habrían servido,
sin fuerzas como estaban.
3 Andaban enjutos de hambre y necesidad, royendo la estepa,
de noche en el yermo desolado,
4 arrancando [a] armuelles por los matorrales,
alimentándose de raíces de retama;
5 expulsados de los poblados,
a gritos, como ladrones,
6 habitando en barrancos espantosos,
en grutas y cuevas,
7 aullando [b] entre la maleza,
apretándose entre los matorrales:
8 ¡chusma vil, prole sin nombre,
arrojada del país a latigazos!
9 Ahora, en cambio, me sacan coplas,
soy el tema de sus burlas,
10 me aborrecen, se distancian de mí
y aun se atreven a escupirme a la cara.
11 Dios ha soltado la cuerda de mi arco,
y desenfrenados contra mí me humillan.
12 A mi derecha se levanta una canalla
que prepara el camino a mi exterminio;
13 deshacen mi sendero, trabajan en mi ruina
y nadie los detiene;
14 irrumpen por una ancha brecha
al asalto, en medio del estruendo.
15 Se vuelven contra mí los terrores,
se disipa como el aire mi dignidad y pasa como nube mi ventura.
16 Ahora quiero desahogarme:
de día me atenaza la aflicción,
17 la noche me taladra hasta los huesos,
pues no duermen las llagas que me roen.
18 El me agarra con violencia por la ropa,
me sujeta por [c] el cuello de la túnica,
19 me arroja en el fango
y me confundo con el barro y la ceniza.
20 Te pido auxilio, y no me haces caso;
espero en ti, y me clavas la mirada.
21 Te has vuelto mi verdugo
y me atacas con tu brazo musculoso.
22 Me levantas en vilo, me paseas
y me sacudes en el huracán.
23 Ya sé que me devuelves a la muerte,
donde se dan cita todos los vivientes.

a o: calentándose con. *b* a la letra: rebuznando.
c o: me rodea como.

24 ¿No alarga uno la mano al hundirse,
o no grita «socorro» en el desastre? [a].
25 ¿No lloré con el oprimido,
no tuve compasión del pobre?
26 Esperé dicha, me vino desgracia;
esperé luz, me vino oscuridad.
27 Me hierven las entrañas y no se acallan,
días de aflicción me salen al encuentro.
28 Camino sombrío, lejos del sol,
y en la asamblea me levanto a pedir auxilio;
29 me he vuelto hermano de los chacales
y compañero de los avestruces.
30 Mi piel se ennegrece y se me cae,
mis huesos se queman de fiebre.
31 Mi cítara está de luto
y mi flauta acompaña al llanto.

31 Yo hice un pacto con mis ojos
de no fijarme en las doncellas [b].
2 A ver, ¿qué suerte reserva Dios desde el cielo,
qué herencia el Todopoderoso desde lo alto?
3 ¿No reserva la desgracia para el criminal
y el fracaso para los malhechores?
4 ¿No ve él mis caminos,
no me cuenta los pasos?
5 ¿He caminado con los embusteros,
han corrido mis pies tras la mentira?
6 Que me pese Dios en balanza sin trampa
y comprobará mi honradez.
7 Si aparté mis pasos del camino, siguiendo los caprichos de los ojos,
o se me pegó alguna mancha a las manos,
8 ¡que otro coma lo que yo siembre
y que me arranquen mis retoños!
9 Si me dejé seducir por una mujer
y aceché a la puerta del vecino,
10 ¡que mi mujer muela para un extraño
y que otro se acueste con ella!
11 (Eso es una infamia,
un delito que castigan los jueces;
12 fuego que devora y consume
y acabaría con todas mis posesiones).
13 Si denegué su derecho al esclavo o a la esclava
cuando pleiteaban conmigo,
14 ¿qué haré cuando Dios se levante,
qué responderé cuando me interrogue?
15 El que me hizo a mí en el vientre, ¿no lo hizo a él?,
¿no nos formó uno mismo a los dos?
16 Si negué al pobre lo que deseaba
o dejé consumirse en llanto a la viuda;
17 si comí el pan yo solo
sin repartirlo con el huérfano

a Traducción conjetural. *b* o corrigiendo: no mirar la maldad.

18 —yo que desde joven lo cuidé como un padre,
yo que lo guié desde niño—;
19 si vi al pobre o al vagabundo
sin ropa con que cubrirse,
20 y no me dieron las gracias sus carnes,
calientes con el vellón de mis ovejas;
21 si alcé la mano contra el huérfano
cuando yo contaba con el apoyo del tribunal,
22 ¡que se me desprenda del hombro la paletilla,
que se me despegue el brazo!
23 Me aterra la desgracia que Dios envía
y me anonada su sublimidad.
38 Si una tierra ha gritado contra mí
o sus surcos han llorado juntos,
39 si comí su cosecha sin pagarla,
asfixiando a los dueños,
40 ¡que mi tierra dé espinas en vez de trigo;
en vez de cebada, ortigas!
24 ¡Lo juro!: no puse en el oro mi confianza
ni llamé al metal precioso mi seguridad;
25 no me complacía con mis grandes riquezas,
con la fortuna amasada por mis manos.
26 Mirando al sol resplandeciente
o a la luna caminar con esplendor,
27 no me dejé seducir secretamente
ni les envié un beso con la mano.
28 (También esto es delito que castigan los jueces,
pues habría negado al Dios del cielo).
29 No me alegré en la desgracia de mi enemigo,
ni su mal fue mi alborozo,
30 ni dejé que mi boca pecara
echándole una maldición.
31 Cuando los hombres de mi campamento dijeron:
«¡Ojalá nos dejen saciarnos de su carne!»,
32 el forastero no tuvo que dormir en la calle,
porque yo abrí mis puertas al caminante.
33 No oculté mi delito como Adán [a]
ni escondí en el pecho mi culpa
34 por temor al griterío de la gente,
no me estuve callado y en silencio
por miedo al desprecio de mi clan.
35 ¡Ojalá hubiera quien me escuchara!
¡Aquí está mi firma!, que responda el Todopoderoso,
que mi rival escriba su alegato:
36 lo llevaría al hombro
o me lo ceñiría como una diadema.
37 Le daría cuenta de mis pasos
y avanzaría hacia él como un príncipe.

40c Fin de los discursos de Job.

a o: como la tierra.

INSERCION

Discursos de Elihú

En el libro de Job sucede ahora algo inesperado: un nuevo prólogo en prosa narrativa introduce a un nuevo personaje, el cual se sube al escenario y se pone a hablar. El autor no nos lo había presentado en su introducción, cuando nos habló de los tres amigos, ni vuelve a hablar de él en el epílogo; por tanto, es una aparición al margen del marco narrativo. Elihú no interviene realmente en el diálogo, habla solo y nadie le responde; no sigue las reglas del juego, tan bien señaladas en las dos primeras ruedas, es decir, su intervención queda fuera de la estructura del diálogo. Además, Elihú interrumpe la gran confrontación final, el desafío de Job y la respuesta de Dios, sin responder realmente a Job y adelantándose a Dios; también aquí perturba la estructura de la composición.

32 Los tres hombres no respondieron más a Job, convencidos de que
2 era inocente. Pero Elihú, hijo de Baraquel, del clan de Ram, natural de Buz, se indignó contra Job, porque pretendía justificarse
3 frente a Dios. También se indignó contra los tres compañeros, porque, al no hallar respuesta, habían dejado a Dios por culpable.
4 Elihú había esperado mientras ellos hablaban con Job, porque eran
5 mayores que él; pero viendo que ninguno de los tres respondía,
6 Elihú, hijo de Baraquel, de Buz, indignado, intervino, diciendo:
—Yo soy joven, y vosotros sois ancianos;
por eso, intimidado, no me atrevía a exponeros mi saber.
7 Me decía: «Que hablen los años,
que la edad madura enseñe sabiduría».
8 Pero es un espíritu en el hombre,
el aliento del Todopoderoso, el que da inteligencia.
9 No es la edad quien da sabiduría,
ni por ser anciano sabe uno juzgar;
10 por eso os pido que me escuchéis:
yo también quiero exponer lo que sé.
11 Yo esperé mientras hablabais,
presté atención a vuestras razones mientras buscabais qué decir;
12 por más que escuché con atención,
ninguno de vosotros fue capaz de refutar los argumentos de Job.
13 Y no digáis: «Hemos topado con un saber
que Dios sólo, y no un hombre, puede refutar».
14 Job no se ha enfrentado conmigo
ni yo le responderé con vuestras razones.
15 Ellos, desconcertados, ya no responden,
los desamparan las palabras.
16 ¿Debo aguardar porque ellos no hablan,
porque están ahí sin responder?
17 Quiero tomar parte en la discusión,
yo también expondré lo que sé,
18 porque me siento henchido de palabras
y su ímpetu me oprime las entrañas,
19 como vino que fermenta encerrado
y revienta los odres nuevos.

20 Hablaré y me desahogaré,
abriré los labios para responder.
21 No tomaré partido por ninguno,
a nadie adularé,
22 porque no sé adular
y porque me eliminaría mi Hacedor.

33 Escucha mis palabras, Job;
presta oído a mi discurso:
2 Mira que ya abro la boca
y mi lengua forma palabras con el paladar;
3 hablo con un corazón sincero,
mis labios expresan un saber acendrado.
4 El soplo de Dios me hizo,
el aliento del Todopoderoso me dio vida.
5 Contéstame, si puedes;
prepárate, ponte frente a mí.
6 Yo soy obra de Dios, lo mismo que tú;
también yo fui modelado en arcilla.
7 No te trastornaré de terror
ni me ensañaré contigo.
8 Tú lo has dicho en mi presencia
y yo te he escuchado:
9 «Yo soy puro, no tengo delito;
soy inocente, no tengo culpa;
10 pero él halla pretextos contra mí,
y me considera su enemigo,
11 me mete los pies en el cepo
y vigila todos mis pasos».
12 Protesto: en eso no tienes razón,
porque Dios es más grande que el hombre.
13 ¿Cómo te atreves a acusarlo
de que no contesta a ninguna de tus razones?
14 Dios sabe hablar de un modo o de otro,
y uno no lo advierte:
15 en sueños o visiones nocturnas,
cuando el letargo cae sobre el hombre
que está durmiendo en su cama,
16 entonces le abre el oído
y lo aterroriza con sus avisos
17 para apartarlo de sus malas acciones
y protegerlo de la soberbia,
18 para impedirle caer en la fosa
y cruzar la frontera de la muerte.
19 Otras veces lo corrige con la enfermedad,
con la agonía incesante de sus miembros,
20 hasta que aborrece la comida
y le repugna su manjar favorito;
21 se le consume la carne, hasta que no se le ve,
y los huesos, que no se veían, se le descubren;
22 su alma se acerca a la fosa
y su vida a los Exterminadores.

23 Pero si encuentra un ángel favorable,
uno de los Mil, como intercesor,
que dé testimonio de su rectitud,
24 que tenga compasión de él y diga:
«Líbralo de bajar a la fosa, que he encontrado rescate por él»,
25 entonces su carne rebosará juventud
y volverá a los días de su mocedad;
26 suplicará a Dios y será atendido,
verá con júbilo su rostro, cantará a los hombres su salvación.
27 cantará ante ellos y dirá:
«Yo pequé y torcí el derecho,
pero Dios no me ha dado mi merecido;
28 me ha librado de caer en la fosa
y mi vida se inunda de luz».
29 Estas cosas se las hace Dios
dos y tres veces al hombre
30 para sacarlo vivo de la fosa,
para alumbrarlo con la luz de la vida.
31 Hazme caso, Job; escúchame,
guarda silencio, que voy a hablar.
32 Si tienes algo que responder, dilo,
que estoy dispuesto a darte la razón;
33 si no lo tienes, escúchame;
calla, y te enseñaré sabiduría.

34 Elihú siguió diciendo:
2 —Sabios, escuchad mis palabras;
prestadme oído los doctos,
3 pues igual que el oído distingue las palabras
y el paladar aprecia los sabores,
4 así nosotros escogeremos lo justo
y distinguiremos lo que es bueno.
5 Job ha afirmado: «Aunque soy inocente,
Dios me niega el derecho;
6 con el derecho de mi parte, paso por mentiroso;
el flechazo se me encona, aunque no he pecado».
7 ¿Quién hay como Job,
que suelta sarcasmos a chorro,
8 se junta con malhechores
y va en compañía de malvados?
9 Pregunta: «¿De qué le sirve al hombre
gozar del favor de Dios?».
10 Escuchadme, hombres sensatos:
¡Lejos de Dios hacer el mal, del Todopoderoso la injusticia!
11 Dios paga al hombre por sus obras,
lo retribuye según su conducta;
12 ciertamente, Dios no obra el mal,
el Todopoderoso no tuerce el derecho.
13 ¿Quién le ha encomendado a él la tierra,
quién le ha confiado el universo?
14 Si decidiera por su cuenta
retirar su espíritu y su aliento,

15 expirarían todos los vivientes
y el hombre tornaría al polvo.
16 Si eres inteligente, escúchame,
presta oído a mis palabras:
17 ¿Podrá juzgar uno que odia el derecho?
¿Te atreves a condenar al más justo?
18 ¿Llamarás canalla a un rey
o malvado a un príncipe?
19 Dios no es parcial a favor del poderoso
ni favorece al rico contra el pobre,
pues todos son obra de sus manos.
20 Los ricos se agitan y pasan, mueren de repente a medianoche,
el poderoso es derribado sin mano de hombre.
21 Porque los ojos de Dios miran las sendas del hombre
y vigilan todos sus pasos;
22 no hay tinieblas ni sombras
donde puedan esconderse los malhechores;
23 Dios no da al hombre un plazo fijo
para que comparezca a juicio con él.
24 Tritura a los poderosos sin tener que indagar
y en su lugar nombra a otros;
25 en una noche los trastorna y destroza,
porque conoce sus acciones;
26 como a criminales los azota
en la plaza pública,
27 porque se apartaron de él
y no siguieron sus caminos,
28 provocando el clamor de los pobres,
hasta que Dios oyó el clamor de los oprimidos.
29 Porque esté quieto, ¿podrá alguien condenarlo?
Y si esconde su rostro, ¿quién podrá verlo?
Vela sobre pueblos y hombres
30 para que no reine el impío
ni el que engaña al pueblo [a].
31 ¿Acaso ha dicho Job a Dios [b]:
«Me equivoqué, pero no volveré a obrar mal;
32 instrúyeme tú, y si fui injusto,
no lo volveré a hacer»?
33 ¿Debe él retribuir según tus normas?
Puesto que escoges tú, y no yo, dinos lo que sabes;
34 y los hombres sensatos que me escuchan
y los sabios confesarán:
35 «Job habla sin saber,
sus palabras no tienen sentido.
36 Que lo sometan al último tormento
por sus respuestas, dignas de un malvado;
37 porque al pecado añade la rebelión,
se burla de nosotros y no cesa de hablar contra Dios».

a o: nombra a un impío rey de una nación terca y de su pueblo.
b 31-33: Traducción conjetural.

35 Elihú prosiguió:
2 —¿Te parece razonable lo que dices:
«Llevo razón contra Dios»?
3 Añades: «¿De qué me ha servido,
qué he ganado con no pecar?» [a].
4 Yo voy a responderte a ti
y a la vez a tus amigos.
5 Mira atentamente al cielo
y fíjate en las nubes, tan altas.
6 Si pecas, ¿qué mal le haces a Dios?
Si acumulas los delitos, ¿qué daño le haces?
7 Si eres justo, ¿qué le das a él
o qué recibe de tu mano?
8 Es a un ser humano a quien afecta tu maldad;
a un hombre, como tú, tu justicia.
9 Unos gimen bajo el peso de la opresión
y piden socorro contra los poderosos;
10 pero no dicen: «¿Dónde está nuestro Hacedor,
que restaura nuestras fuerzas durante la noche,
11 que nos da más entendimiento que a las bestias,
nos hace más inteligentes que las aves?».
12 Otros gritan, pero Dios no responde
por la arrogancia de la maldad [b],
13 porque Dios no escucha la falsedad,
el Todopoderoso no le hace caso.
14 Tú dices: «No me hace caso,
le he presentado mi causa y sigo esperando».
15 Ahora, como su cólera no castiga
ni se fija en los delitos,
16 Job abre la boca y echa viento
ensartando palabras sin sentido.

36 Elihú siguió hablando:
2 —Espera un poco y te enseñaré,
que aún queda algo por decir en defensa de Dios.
3 Iré lejos a buscar mi saber
para dar razón a mi Hacedor;
4 cierto, mis argumentos no son falsos,
habla contigo un sabio consumado.
5 Dios es poderoso
y no desprecia el corazón sincero,
6 no deja con vida al malvado,
hace justicia al pobre,
7 no aparta sus ojos de los justos,
los sienta en tronos reales y los exalta para siempre.
8 Y cuando los ata con cadenas
o los sujeta con cuerdas de aflición
9 es para denunciarles sus acciones
y los pecados de su soberbia,

a o: ¿qué gano con un sacrificio expiatorio?
b o: aunque gritan contra la arrogancia de los malvados, Dios no escucha.

10 les abre el oído para que aprendan
y los exhorta a convertirse de la maldad.
11 Si hacen caso y se someten,
acabarán sus días en la prosperidad y sus años en el bienestar.
12 Si no escuchan, pasarán la frontera de la muerte,
expirarán sin darse cuenta.
13 Pues los malvados, cuando los encadenan,
en vez de pedir auxilio acumulan rencor;
14 pierden la vida en plena juventud,
mueren como hieródulos.
15 Con la aflicción él salva al afligido,
abriéndole el oído con el sufrimiento.
16 También a ti te invita a salir de las garras de la angustia [a]
a un lugar espacioso y abierto para servirte una mesa sustanciosa,
17 pero tú no haces justicia contra el malvado
ni defiendes el derecho del huérfano.
18 No te dejes seducir por el regalo
ni torcer por un rico soborno.
19 Si no, ¿valdrán ante él tus riquezas
o el vigor de todas tus fuerzas en el peligro?
20 De noche no estés anhelando
echar a la gente de su puesto;
21 no vuelvas a la maldad,
pues por ella te probaron con la aflicción.
22 Mira, Dios es sublime en poder,
¿qué maestro se le puede comparar?
23 ¿Quién le señala el camino,
quién puede acusarlo de injusticia?
24 Acuérdate de celebrar sus obras,
que han cantado los hombres;
25 todos las contemplan,
los humanos las miran desde lejos.
26 Dios excede nuestro conocimiento
y no podemos contar sus años.
27 El va soltando las gotas de agua
que bajan como lluvia de sus fuentes,
28 las destilan las nubes
o caen a chaparrones sobre el suelo.
29 ¿Quién calcula la extensión de las nubes
o la altura de su pabellón?
30 En torno a sí despliega la luz
y asienta su trono en las raíces del mar.
31 Con la lluvia alimenta a los pueblos
dándoles comida abundante.
32 Se llena las manos de rayos [b]
y los lanza derechos a sus blancos.
33 Su trueno lo anuncia
y su ira provoca la tormenta.

a 16-19: Texto dudoso.
b o: esconde los rayos en sus palmas.

37 Al ver eso tiembla mi corazón
y se me salta de su sitio.
2 ¡Atención!, oíd el trueno de su voz
y el retumbar que sale de su boca;
3 suelta bajo el cielo su voz portentosa,
que alcanza hasta el extremo del orbe;
4 tras él resuena su bramido, que atruena con voz majestuosa,
y nadie puede sujetar el rayo cuando se oye su trueno.
5 Dios atruena con voz maravillosa
y realiza proezas que no comprendemos.
6 Manda a la nieve caer al suelo
y al aguacero bajar con violencia.
7 Encierra bajo sello a todo hombre [a]
para que todos reconozcan que es él quien actúa;
8 las fieras se meten en sus madrigueras
y se quedan en sus guaridas.
9 De su alcoba sale el huracán;
de sus silos, la helada;
10 al soplo de Dios se forma el hielo
y se cuaja la superficie del agua;
11 él carga de humedad los nublados
y dispersa las nubes de tormenta,
12 que giran y se revuelven, timoneadas por él,
para cumplir todos sus encargos sobre la superficie del orbe:
13 a su arbitrio, hace que acierten
para castigar o para favorecer.
14 Escúchame esto, Job,
fíjate en las maravillas de Dios:
15 ¿Sabes cómo carga Dios las nubes
y las hace fulgurar con relámpagos?
16 ¿Sabes del equilibrio de las nubes,
maravilla de sabiduría consumada;
17 tú, que te abrasas en tu ropa [b]
cuando la tierra se aletarga bajo el viento del sur?
18 ¿Puedes tender con él el firmamento,
duro como espejo de metal fundido?
19 Enséñanos qué debemos decirle,
porque a oscuras no podemos argüir.
20 ¿Habrá que informarle de que quiero hablar?,
¿hay alguien que desee ser aniquilado?
21 ¿No se ve el sol, antes oscurecido por las nubes,
cuando un viento pasa limpiándolas?
22 Del norte vienen resplandores de oro,
Dios se rodea de majestad terrible;
23 no podemos alcanzar al Todopoderoso:
sublime y fuerte, justo y recto, a nadie oprime;
24 por eso lo temen todos los hombres,
y él no teme a los sabios.

a - b dudoso.

ACTO IV

(continuación)

Habla Dios

38 Entonces el Señor habló a Job desde la tormenta:
2 —¿Quién es ése que denigra mis designios
con palabras sin sentido?
3 Si eres hombre, cíñete los lomos:
voy a interrogarte, y tú responderás.
4 ¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra?
Dímelo, si es que sabes tanto.
5 ¿Quién señaló sus dimensiones? —si lo sabes—,
¿o quién le aplicó la cinta de medir?
6 ¿Dónde encaja su basamento
o quién asentó su piedra angular
7 entre la aclamación unánime de los astros de la mañana
y los vítores de los ángeles?
8 ¿Quién cerró el mar con una puerta [a]
cuando salía impetuoso del seno materno,
9 cuando le puse nubes por mantillas
y niebla por pañales,
10 cuando le impuse un límite
con puertas y cerrojos,
11 y le dije: «Hasta aquí llegarás y no pasarás;
aquí se romperá la arrogancia de tus olas»?
12 ¿Has mandado en tu vida a la mañana
o has señalado su puesto a la aurora
13 para que agarre la tierra por los bordes
y sacuda de ella a los malvados,
14 para que le dé forma como el sello a la arcilla
y la tiña como la ropa,
15 para que les niegue la luz a los malvados
y se quiebre el brazo sublevado?
16 ¿Has entrado por los hontanares del mar
o paseado por la hondura del océano?
17 ¿Te han enseñado las puertas de la Muerte
o has visto los portales de las Sombras?
18 ¿Has examinado la anchura de la tierra?
Cuéntamelo, si lo sabes todo.
19 ¿Por dónde se va a la casa de la luz
y dónde viven las tinieblas?
20 ¿Podrías conducirlas a su país
o enseñarles el camino de casa?
21 Lo sabrás, pues ya habías nacido entonces
y has cumplido tantísimos años.
22 ¿Has entrado en los depósitos de la nieve,
has observado los graneros del granizo,
23 que reservo para la hora del peligro,
para el día de la guerra y del combate?

a o: ¿Quién veló el nacimiento del mar?

24 ¿Por dónde se divide el relámpago [a],
por dónde se difunde el viento del este?
25 ¿Quién ha abierto un canal para el aguacero
y una ruta al relámpago y al trueno,
26 para que llueva en las tierras despobladas,
en la estepa que no habita el hombre,
27 para que se sacie el desierto desolado
y brote hierba en el páramo?
28 ¿Tiene padre la lluvia?,
¿quién engendra las gotas del rocío?,
29 ¿de qué senos salen los hielos?,
¿quién engendra la escarcha del cielo
30 para que se endurezca el agua como piedra
y se cierre la superficie del lago?
31 ¿Puedes atar los lazos de las Pléyades
o desatar las ligaduras de Orión?
32 ¿Puedes sacar las constelaciones a su hora
o guiar a la Osa con sus hijos?
33 ¿Conoces las leyes del cielo
o determinas sus funciones sobre la tierra?
34 ¿Puedes levantar la voz hasta las nubes
para que te cubra el chaparrón?
35 ¿Despachas a los rayos, y ellos vienen
y te dicen: «Aquí estamos»?
36 ¿Quién le dio sabiduría al ibis
y al gallo perspicacia?
37 ¿Quién cuenta sabiamente las nubes
y quién vuelca los cántaros del cielo
38 cuando el polvo se funde en una masa
y los terrones se amalgaman?
39 ¿Le cazas tú la presa a la leona
o sacias el hambre de sus cachorros,
40 cuando se encogen en la guarida
o se agazapan al acecho en la maleza?
41 ¿Quién provee al cuervo de sustento
cuando chillan sus pollitos alocados por el hambre?

39 ¿Sabes tú cuándo paren las gamuzas
o has asistido al parto de las ciervas?
2 ¿Les cuentas los meses de la preñez
o conoces el momento del parto?
3 Se encorvan, fuerzan a salir a las crías,
echan fuera los hijos;
4 las crías crecen y se hacen fuertes,
salen a campo abierto y no vuelven.
5 ¿Quién da al asno salvaje su libertad
y suelta las ataduras al onagro?
6 Yo le he dado por casa el desierto
y por morada la llanura salada;
7 y él se ríe del bullicio de la ciudad

a o: ... se dividen los vientos.

y no escucha las voces del arriero;
8 explora los montes en busca de pasto,
rastreando cualquier rincón verde.
9 ¿Está el búfalo dispuesto a servirte
y a pasar la noche en el establo?
10 ¿Puedes atarlo con coyundas para que are,
para que rastrille la vega detrás de ti?
11 Porque sea robusto, ¿puedes fiarte de él
y descargar en él tus tareas?
12 ¿Le fiarías la cosecha
y almacenar el grano de tu era?
13 El avestruz aletea orgullosamente,
como si tuviera alas y plumón de cigüeña,
14 cuando abandona en el suelo los huevos
para que los incube la arena,
15 sin pensar que unos pies pueden hollarlos
y una fiera pisotearlos;
16 es cruel con sus crías, como si no fueran suyas;
no le importa que se malogre su fatiga,
17 porque Dios le negó sabiduría
y no le repartió inteligencia;
18 pero cuando se yergue batiéndose los flancos [a],
se ríe de caballos y jinetes.
19 ¿Le das al caballo su brío,
le vistes el cuello de crines?
20 ¿Le enseñas a saltar como langosta,
con resoplido terrible y majestuoso?
21 Piafa escarbando, gozoso de su fuerza,
y se lanza al encuentro de las armas;
22 no se asusta, se ríe del miedo,
no se vuelve ante la espada,
23 sobre él vibra la aljaba,
la llama de la lanza y de la jabalina;
24 con ímpetu y estruendo devora la distancia
y no se para aunque suene el clarín;
25 al toque de trompeta responde con un relincho,
olfatea de lejos la batalla, los gritos de mando y los alaridos.
26 ¿Enseñas tú a volar al halcón,
a desplegar sus alas hacia el sur?
27 ¿Mandas tú remontarse al águila
y colgar su nido en la altura?
28 En una roca vive y se refugia,
un picacho es su torreón,
29 desde donde acecha su presa
y sus ojos la otean desde lejos;
30 sus crías sorben la sangre;
donde hay carroña, allí está ella.

40 El Señor siguió hablando a Job:
2 —¿Quiere el censor discutir con el Todopoderoso?

a dudoso.

El que critica a Dios, que responda.
3 Job respondió al Señor:
4 —Me siento pequeño, ¿qué replicaré?
Me taparé la boca con la mano;
5 he hablado una vez, y no insistiré;
dos veces, y no añadiré nada.
6 El Señor replicó a Job desde la tormenta:
7 —Si eres hombre, cíñete los lomos;
voy a interrogarte, y tú responderás:
8 ¿Te atreves a violar mi derecho
o a condenarme para salir tú absuelto?
9 Si tienes un brazo como el de Dios
y tu voz atruena como la suya,
10 vístete de gloria y majestad,
cúbrete de fasto y esplendor,
11 derrama la avenida de tu cólera
y abate con una mirada al soberbio,
12 humilla con una mirada al arrogante
y aplasta a los malvados;
13 entiérralos juntos en el polvo
envueltos en sudarios en la tumba.
14 Entonces yo también pronunciaré tu alabanza:
«Tu diestra te ha dado la victoria».
15 Mira al hipopótamo [a], que yo he creado igual que a ti;
come hierba como las vacas.
16 Mira la fuerza de sus ancas,
la potencia de su vientre musculoso
17 cuando yergue su miembro como un cedro,
trenzando los tendones de los muslos;
18 sus miembros son tubos de bronce;
sus huesos, barras de hierro;
19 es la obra maestra de Dios,
sólo su Hacedor puede acercarle la espada [b].
20 Le traen el pasto de los cerros
mientras las fieras retozan junto a él;
21 se tumba debajo de los lotos,
se esconde entre las cañas del pantano,
22 le dan sombra los lotos
y lo cubren los sauces del torrente;
23 aunque el río baje bravo, no se asusta;
está tranquilo, aunque el Jordán espumee contra su hocico.
24 ¿Quién podrá agarrarlo de frente
y atravesarle el hocico con una horquilla?
25 ¿Puedes pescar con anzuelo al cocodrilo [c]
o sujetarle la lengua con cordeles?
26 ¿Puedes pasarle un junco por las narices
o perforarle la mandíbula con un gancho?
27 ¿Vendrá a ti con muchas súplicas
o te hablará con lisonjas?

a = Behemot. b dudoso. c = Leviatán.

28 ¿Hará un contrato contigo
para que lo tomes como a esclavo de por vida?
29 ¿Jugarás con él como con un pájaro
o lo atarás para que jueguen tus hijas?
30 ¿Traficarán con él los pescadores
o lo cortarán en trozos para venderlo?
31 ¿Podrás acribillarle la piel con dardos
o la cabeza con arpones?
32 Ponle la mano encima:
te acordarás y no volverás a provocarlo.

41 El que se confía es un iluso,
pues con sólo verlo queda derribado;
2 es feroz si se le provoca,
¿quién le resistirá?,
3 ¿quién le hizo frente y quedó ileso?
Nadie bajo el cielo.
4 No dejaré de describir sus miembros
ni su fuerza incomparable [a].
5 ¿Quién le abrió el revestimiento
y penetró por su doble coraza?
6 ¿Quién abrió las dos puertas de sus fauces,
rodeadas de dientes espantosos?
7 Su dorso son hileras de escudos,
sellados con lacre de piedra,
8 tan unidos unos con otros,
que el viento no pasa entre ellos;
9 soldado cada uno con el vecino,
se traban y no se pueden separar.
10 Su estornudo lanza destellos,
sus ojos parpadean como la aurora;
11 de sus fauces salen antorchas
y se escapan chispas de fuego;
12 de sus narices sale una humareda
como de un caldero hirviente;
13 su aliento enciende carbones
y saltan llamaradas de sus fauces.
14 En su cuello se asienta la fuerza,
ante él danza el terror.
15 Sus carnes son compactas,
fraguadas sobre él e inmóviles;
16 su corazón es duro como roca,
como piedra molar.
17 Cuando se yergue, tiemblan los héroes [b]
y las olas se retiran.
18 La espada que lo alcance no resiste,
ni la lanza, ni el dardo, ni el venablo;
19 pues para él el hierro es paja
y el bronce madera carcomida;
20 no lo ahuyenta la saeta,
las piedras de la honda se le vuelven tamo,

[a] dudoso. [b] o: los dioses.

21 para él la maza es pelusa,
se ríe del vibrar del venablo.
22 Su panza de tejuelas afiladas
es un trillo que se arrastra sobre el lodo.
23 hace hervir el fondo como una caldera
y humear el agua como un pebetero;
24 deja estela brillante
y el agua parece una melena encanecida.
25 En la tierra nadie se le iguala
a él, que fue creado intrépido.
26 Se encara con todo lo elevado
y es el rey de todas las fieras.

42 Job respondió al Señor:
2 —Reconozco que lo puedes todo
y ningún plan es irrealizable para ti
3 —yo, el que empañó tus designios con palabras sin sentido—;
hablé de grandezas que no entendía,
de maravillas que superan mi comprensión.
4 (Escúchame, que voy a hablar,
voy a interrogarte y tú responderás).
5 Te conocía sólo de oídas,
ahora te han visto mis ojos;
6 por eso me retracto y me arrepiento
echándome polvo y ceniza.

EPILOGO

7 Cuando el Señor terminó de decir esto a Job, se dirigió a Elifaz
de Temán:
—Estoy irritado contra ti y tus dos compañeros porque no ha-
béis hablado rectamente de mí, como lo ha hecho mi siervo Job.
8 Por tanto, tomad siete novillos y siete carneros, dirigíos a mi siervo
Job, ofrecedlos en holocausto y él intercederá por vosotros; yo haré
caso a Job, y no os trataré como merece vuestra temeridad, por no
haber hablado rectamente de mí, como lo ha hecho mi siervo Job.
9 Fueron Elifaz de Temán, Bildad de Suj y Sofar de Naamat, hicie-
ron lo que mandaba el Señor, y el Señor mostró su favor a Job.
10 Cuando Job intercedió por sus compañeros, el Señor cambió su
11 suerte y duplicó todas sus posesiones. Vinieron a visitarlo sus her-
manos y hermanas y los antiguos conocidos, comieron con él en su
casa, le dieron el pésame y lo consolaron de la desgracia que el Se-
ñor le había enviado; cada uno le regaló una suma de dinero y un
anillo de oro.
12 El Señor bendijo a Job al final de su vida más aún que al prin-
cipio; sus posesiones fueron catorce mil ovejas, seis mil camellos,
13 mil yuntas de bueyes y mil borricas. Tuvo siete hijos y tres hijas:
14 la primera se llamaba Paloma; la segunda, Acacia; la tercera, Aza-
15 bache. No había en todo el país mujeres más bellas que las hijas de
Job. Su padre les repartió heredades como a sus hermanos.
16 Después Job vivió cuarenta años, y conoció a sus hijos y a sus
17 nietos y a sus bisnietos. Y Job murió anciano y colmado de años.

ECLESIASTES
(QOHELET)

INTRODUCCION

En el momento en que experiencia y reflexión se constituyen en fuente de conocimiento y enseñanza, se siembra la semilla de la crítica. Así lo hizo la sabiduría *(ḥokmâ)* tradicional e internacional; por eso la sabiduría tenía que entrar en crisis.

Esto sucedió en Israel bajo la palabra de los profetas (Is 29,14; Jr 8,9), que era crítica desde fuera. Pero sucedió dentro, en el seno de esa venerable tradición.

Qohelet y Job son los dos exponentes máximos de esa crítica interior al ejercicio de la sabiduría, son dos momentos de un proceso dialéctico.

Qohelet se ha formado en una escuela y tradición sapienciales. Conoce las enseñanzas tradicionales. Cita proverbios viejos o fabrica otros semejantes que le pueden acreditar el título de maestro. No por ellos ha conseguido fama imperecedera, sino por su anticonformismo consecuente y honrado. Paradójicamente, Qohelet, que niega la supervivencia del nombre, tiene fama inmortal.

Hace más de medio siglo algunos comentadores recortaban el libro en tiras, que iban asignando a diversos autores; no veían que en la mente tormentosa del autor la sabiduría entraba en conflicto consigo misma. Y esto de modo entrañable, apasionado, si pudiéramos hablar de pasión fría. Su punto de ebullición (al revés que en Job) está a pocos grados.

Qohelet observa la vida en torno, después se levanta a reflexionar sobre ella y luego se levanta a reflexionar sobre su reflexión. Y en cada piso llega al desengaño. Así resulta que la obsesiva presencia del autor en primera persona no es vanidad ni soberbia, es honradez. Escribe un libro brevísimo, y aun del valor de sus palabras no está seguro: «Cuantas más palabras, más vanidad». ¿Hay autor menos dogmático en el Antiguo Testamento que este enigmático Eclesiastés? En él, la sabiduría se apea, llega al borde del fracaso; así encuentra su límite y se salva.

Y de ahí brota algo impresionante. A caballo entre el siglo IV y III a. C. (probablemente), un escritor crea un estilo nuevo, inconfundible e inolvidable.

Imposible averiguar cómo compuso el autor su obra. Puestos a ilustrar su aspecto, escogeríamos el modelo de un diario de reflexiones. Ningún día el tema está preestablecido, ningún tema impone un tamaño prefijado; un tema puede retornar en variaciones y metamorfosis, no se excluyen interferencias temáticas.

La traducción española imita de cerca la andadura del original. El libro es para ser leído lentamente, despacio y con pausas, hasta que sus repeticiones estilísticas y temáticas se conviertan en resonancias internas del lector. En ese momento, de la resonancia interior, comienza de verdad la comprensión y madura el disfrute.

1 Discurso de Qohelet, hijo de David, rey de Jerusalén:
2 ¡Vanidad de vanidades —dice Qohelet—; vanidad de vanidades,
todo es vanidad!

Nada hay nuevo bajo el sol

3 ¿Qué saca el hombre de todas las fatigas que lo fatigan bajo el
sol?
4 Una generación se va, otra generación viene, mientras la tierra
5 siempre está quieta. Sale el sol, se pone el sol, jadea por llegar a su
6 puesto y de allí vuelve a salir. Camina al sur, gira al norte, gira y
7 gira y camina el viento. Todos los ríos caminan al mar y el mar no
se llena; llegados al sitio adonde caminan, desde allí vuelven a
caminar.
8 Todas las cosas cansan y nadie es capaz de explicarlas. No se sa-
9 cian los ojos de ver ni se hartan los oídos de oír. Lo que pasó, eso
pasará; lo que sucedió, eso sucederá: nada hay nuevo bajo el sol.
10 Si de algo se dice: «Mira, esto es nuevo», ya sucedió en otros tiem-
11 pos mucho antes de nosotros. Nadie se acuerda de los antiguos y
lo mismo pasará con los que vengan: no se acordarán de ellos sus
sucesores.

Doble experimento

12-3 Yo, Qohelet, fui rey de Israel en Jerusalén. Me dediqué a inves-
tigar y a explorar con método todo lo que se hace bajo el cielo. Una
triste tarea ha dado Dios a los hombres para que se atareen con ella.
14 Examiné todas las acciones que se hacen bajo el sol: todo es vani-
15 dad y caza de viento, torcedura imposible de enderezar, pérdida
16 imposible de calcular. Y pensé para mí: aquí estoy yo, que he acu-
mulado tanta sabiduría, más que mis predecesores en Jerusalén;
17 mi mente alcanzó sabiduría y mucho saber. Y a fuerza de trabajo
comprendí que la sabiduría y el saber son locura y necedad. Y com-
18 prendí que también eso es caza de viento, pues a más sabiduría
más pesadumbre, y aumentando el saber se aumenta el sufrir.

2 Entonces me dije: vamos a ensayar con la alegría y a gozar de
2 placeres, y también resultó vanidad. A la risa dije «locura», y a la
3 alegría, «¿qué consigues?». Exploré atentamente guiado por mi
mente con destreza: traté mi cuerpo con vino, me di a la frivolidad,
para averiguar cómo el hombre bajo el cielo podrá disfrutar los días
contados de su vida.
4 Hice obras magníficas: me construí palacios, planté viñedos,
5 me hice huertos y parques y planté toda clase de árboles frutales,
6-7 me hice albercas para regar el soto fértil; adquirí esclavos y escla-
vas, tenía servidumbre y poseía rebaños de vacas y ovejas, más que
8 mis predecesores en Jerusalén; acumulé también plata y oro, las
riquezas de los reinos y provincias; contraté cantores y cantoras y
tuve un harén de concubinas para gozar como suelen los hombres.
9 Fui más grande y magnífico que cuantos me precedieron en Jerusa-
10 lén, mientras la sabiduría me asistía. Cuanto los ojos me pedían se

lo concedía, no rehusé a mi corazón alegría alguna; sabía disfrutar de todas mis fatigas, y ésta era la paga de todas mis fatigas.

Evaluación: nada se saca bajo el sol

11 Después examiné todas las obras de mis manos y la fatiga que
me costó realizarlas: todo resultó vanidad y caza de viento, nada se
saca bajo el sol.
12b ¿Qué hará el hombre que sucederá al rey? Lo que ya habían
hecho [a].
12a-3 Me puse a examinar la sabiduría, la locura y necedad, y observé
que la sabiduría es más provechosa que la necedad, como la luz
14 aprovecha más que las tinieblas. El sabio lleva los ojos en la cara,
el necio camina en tinieblas. Pero comprendí que una suerte común
15 les toca a todos, y me dije: la suerte del necio será mi suerte, ¿para
qué fui sabio?, ¿qué saqué en limpio?, y pensé para mí: también
16 esto es vanidad. Pues nadie se acordará jamás del necio ni tampoco
del sabio, ya que en los años venideros todo se olvidará. ¡Ay, que
ha de morir el sabio como el necio!
17 Y así aborrecí la vida, pues encontré malo todo lo que se hace
18 bajo el sol; que todo es vanidad y caza de viento. Y aborrecí lo que
hice con tanta fatiga bajo el sol, pues se lo tengo que dejar a un
19 sucesor, ¿y quién sabe si será sabio o necio? El heredará lo que me
costó tanto esfuerzo y habilidad bajo el sol. También esto es vanidad.
20 Y concluí por desengañarme de todo el trabajo que me fatigó
21 bajo el sol. Hay quien trabaja con sabiduría, ciencia y acierto, y
tiene que dejarle su porción a uno que no ha trabajado. También
22 esto es vanidad y grave desgracia. Entonces, ¿qué saca el hombre
de todos los trabajos y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol?
23 De día su tarea es sufrir y penar, de noche no descansa su mente.
También esto es vanidad.
24 El único bien del hombre es comer y beber y disfrutar del pro-
25 ducto de su trabajo, y aun esto he visto que es don de Dios. Pues
26 ¿quién come y goza sin su permiso? Al hombre que le agrada le da
sabiduría y ciencia y alegría; al pecador le da como tarea juntar y
acumular, para dárselo a quien agrada a Dios. También esto es vanidad y caza de viento.

Tiempo y sazón

3 Todo tiene su tiempo y sazón, todas las tareas bajo el sol:
2 tiempo de nacer, tiempo de morir;
tiempo de plantar, tiempo de arrancar;
3 tiempo de matar, tiempo de sanar;
tiempo de derruir, tiempo de construir;
4 tiempo de llorar, tiempo de reír;
tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar;

a dudoso.

5 tiempo de arrojar piedras, tiempo de recoger piedras;
tiempo de abrazar, tiempo de desprenderse;
6 tiempo de buscar, tiempo de perder;
tiempo de guardar, tiempo de desechar;
7 tiempo de rasgar, tiempo de coser;
tiempo de callar, tiempo de hablar;
8 tiempo de amar, tiempo de odiar;
tiempo de guerra, tiempo de paz.
9-0 ¿Qué saca el obrero de sus fatigas? Observé todas las tareas que
11 Dios encomendó a los hombres para afligirlos: todo lo hizo hermoso en su sazón y dio al hombre el mundo para que pensara; pero el
hombre no abarca las obras que hizo Dios desde el principio hasta
el fin.
12 Y comprendí que el único bien del hombre es alegrarse y pasarlo
13 bien en la vida. Pero que el hombre coma y beba y disfrute del pro-
14 ducto de su trabajo es don de Dios. Comprendí que todo lo que
hizo Dios durará siempre: no se puede añadir ni restar. Porque
15 Dios exige que lo respeten. Lo que fue ya había sido, lo que será
ya fue, pues Dios da alcance a lo que huye.

Injusticia

16 Otra cosa observé bajo el sol: en la sede del derecho, el delito;
17 en el tribunal de la justicia, la iniquidad; y pensé: al justo y al malvado los juzgará Dios. Hay una hora para cada asunto y un lugar
18 para cada acción. Acerca de los hombres, pensé así: Dios los prueba
19 para que vean que por sí mismos son animales; pues es una la
suerte de hombres y animales: muere uno y muere el otro, todos
tienen el mismo aliento y el hombre no supera a los animales. To-
20 dos son vanidad [a]. Todos caminan al mismo lugar, todos vienen del
21 polvo y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe si el aliento del hombre sube arriba y el aliento del animal baja a la tierra?
22 Y así observé que el único bien del hombre es disfrutar de lo
que hace: ésa es su paga; pues nadie lo ha de traer a disfrutar de
lo que vendrá después de él.

4 También observé todas las opresiones que se cometen bajo el sol:
vi llorar a los oprimidos sin que nadie los consolase, sin que nadie
2 los consolase del poder de los opresores; y llamé a los muertos que
3 ya han muerto más dichosos que los vivos que aún viven, y mejor
que los dos el que aún no ha existido, porque no ha visto las maldades que se cometen bajo el sol.

Trabajo

4 Observé todo el esfuerzo y el éxito de las empresas: es pura rivalidad entre compañeros. También esto es vanidad y caza de viento.
5-6 Es que «el necio cruza los brazos y se va consumiendo». Sí, pero
«más vale un puñado con tranquilidad que dos con esfuerzo».

a o: efímeros.

7-8 Otra vanidad descubrí bajo el sol: hay quien vive solo, sin com-
pañero, sin hijos ni hermanos; trabaja sin descanso y no está conten-
to con sus riquezas: «¿Para quién trabajo yo y me privo de satis-
facciones?». También esto es vanidad y dura tarea.
9 Mejor dos juntos que uno solo: tendrá buena paga su fatiga.
10 Si uno cae, lo levanta su compañero. Pobre del solo si cae: no tiene
11 quien lo levante. Más: si se acuestan juntos, se calientan; uno solo,
12 ¿cómo se calentará? Si a uno solo lo pueden, dos juntos resistirán:
el cordel triple no se rompe fácilmente.

Sabiduría

13 Más vale mozo pobre y hábil que rey anciano que no acepta avi-
14 sos: había nacido pobre durante su reinado, y salió de la cárcel para
15 reinar. Observé a todos los que se movían bajo el sol, estaban de
16 parte del hijo que le sucedió; y aunque su predecesor tuvo súbditos
innumerables, los sucesores no se alegran de su rey [a].

Votos y promesas

17 Vigila tus pasos cuando vas a la casa de Dios: «la obediencia es
más aceptable que los sacrificios» de los necios, que obran mal sin
darse cuenta [b].

5 Cuando presentes un asunto a Dios, que no te precipiten los la-
bios ni te arrastre el pensamiento. Dios está en el cielo y tú en la
2 tierra: sean tus palabras contadas. En lo que soñamos asoman nues-
tras preocupaciones, en las muchas palabras se escucha al necio.
3 Una vez hecha una promesa a Dios, no difieras cumplirla; no le
4 agradan los necios, lo prometido cúmplelo. Mejor no hacer prome-
5 sas que hacerlas y no cumplirlas. No dejes que tu boca te haga reo
de pecado ni digas después al mensajero que fue por inadvertencia;
6 pues Dios se irritará al oírte y hará fracasar tus empresas. Muchas
preocupaciones traen pesadillas, muchas palabras traen vanidades;
tú teme a Dios.

Autoridades

7 Si ves en una provincia oprimido el pobre, conculcados el dere-
cho y la justicia, no te extrañes de tal situación: cada autoridad
8 tiene una superior, y una suprema vigila sobre todas. Con todo, sale
ganando el país si el rey está al servicio del campo.

Riquezas

9 El codicioso no se harta de dinero y el avaro no lo aprovecha:
10 también esto es vanidad. Aumentan los bienes y aumentan los que
se los comen, y lo único que saca el dueño es verlo con sus ojos.

a Sentido dudoso. *b* o: no saben obrar mal.

11 Dulce es el sueño del obrero, coma mucho o coma poco; el que se
12 harta de riquezas no logra conciliar el sueño. Hay un mal morboso
que he observado bajo el sol: riquezas guardadas que perjudican al
13 dueño. En un mal negocio pierde sus riquezas, y el hijo que le nació
14 se queda con las manos vacías. Como salió del vientre de su madre,
así volverá: desnudo; y nada se llevará del trabajo de sus manos.
15 También esto es un mal morboso: tiene que irse igual que vino,
16 y ¿qué sacó de tanto trabajo? Viento. Toda su vida come en tinie-
blas, entre muchos disgustos, enfermedades y rencores.
17 Esta es mi conclusión: lo bueno y lo que vale es comer y disfru-
tar a cambio de lo que se fatiga el hombre bajo el sol los pocos
años que Dios le concede. Tal es su paga.
18 Si a un hombre le concede Dios bienes y riquezas y la capacidad
de comer de ellas, de llevarse su porción y disfrutar de sus trabajos,
19 eso sí que es don de Dios. No pensará mucho en los años de su vida
si Dios le concede alegría interior.

6 Yo he visto bajo el sol una desgracia que pesa sobre los hombres:
2 Dios concedió a un hombre riquezas y bienes de fortuna, sin que le
falte nada de cuanto puede desear; pero Dios no le concede disfru-
tarlas, porque un extraño las disfruta. Esto es vanidad y dolencia
3 grave. Supongamos que un hombre tiene cien hijos y vive muchos
años: si no puede saciarse de sus bienes, por muchos que sean sus
4 días, yo afirmo: mejor es un aborto, que llega en un soplo y se
5 marcha a oscuras, y la oscuridad encubre su nombre; no vio el sol
ni se enteró de nada ni recibe sepultura, pero descansa mejor que el
otro.
6 Y si no disfruta de la vida, aunque viva dos veces mil años, ¿no
7 van todos al mismo lugar? Toda la fatiga del hombre es para la
8 boca, y el estómago no se llena. ¿Qué ventaja le saca el sabio al
9 necio, o al pobre el que sabe manejarse en la vida? [a]. Más vale lo
que ven los ojos que los deseos vagabundos. También esto es va-
nidad y caza de viento.
10 Lo que ha sucedido estaba determinado, y se sabe que el hom-
11 bre [b] no puede enfrentarse con uno más fuerte. Cuantas más pa-
12 labras, más vanidad: ¿qué saca en limpio el hombre? ¿Quién sabe
lo que valen en la vida del hombre esos días contados de su tenue
vida que transcurren como sombra? ¿Y quién le dice al hombre
lo que va a pasar después bajo el sol?

Más vale

7 Más vale buena fama que buen perfume y el día de la muerte
2 que el del nacimiento. Más vale visitar la casa en duelo que la casa
en fiestas, porque en eso acaba todo hombre; y el vivo, que se lo
3 aplique. Más vale sufrir que reír, pues dolor por fuera cura por
4 dentro. El sabio piensa en la casa en duelo, el necio piensa en la
5 casa en fiesta. Más vale escuchar la reprensión de un sabio que es-
6 cuchar la copla de un necio, porque el jolgorio de los necios es

a dudoso. *b* o: y tiene un nombre: Adán; y...

7 como crepitar de zarzas bajo la olla. Eso es otra vanidad. Las presio-
8 nes perturban al sabio y el soborno le quita el juicio. Más vale el
fin de un asunto que el principio y más vale paciencia que arrogan-
9 cia. No te dejes arrebatar por la cólera, porque la cólera se aloja en
10 el pecho del necio. No preguntes: ¿Por qué los tiempos pasados
eran mejores que los de ahora? Eso no lo pregunta un sabio.
11 Buena es la sabiduría acompañada de patrimonio, y mejor es ver
12 la luz del sol. A la sombra de la sabiduría como a la sombra del
dinero; pero aventaja la sabiduría porque da vida a su dueño.
13 Observa la obra de Dios: ¿quién podrá enderezar lo que él ha
14 torcido? En tiempo de prosperidad disfruta, en tiempo de adver-
sidad reflexiona: Dios ha creado los dos contrarios para que el hom-
18 bre no pueda averiguar su fortuna. Lo bueno es agarrar lo uno y
no soltar lo otro, porque el que teme a Dios de todo sale bien
parado.

Honradez y sabiduría

15 De todo he visto en mi vida sin sentido: gente honrada que fra-
casa por su honradez, gente malvada que prospera por su maldad.
16 No exageres tu honradez ni apures tu sabiduría: ¿para qué matarse?
17 No exageres tu maldad, no seas necio: ¿para qué morir malogrado?
19 La sabiduría hace al sabio más fuerte que diez jefes en una ciudad.
20 No hay en el mundo nadie tan honrado que haga el bien sin pecar
21 nunca. No hagas caso de todo lo que se habla ni escuches a tu sier-
22 vo cuando te maldice, pues sabes muy bien que tú mismo has mal-
23 decido a otros muchas veces. Todo esto lo he examinado con mé-
24 todo pensando llegar a sabio, pero me quedé muy lejos. Lo que
existe es remoto y muy oscuro: ¿quién lo averiguará?

La mujer

25 Me puse a indagar a fondo buscando sabiduría y recta valoración,
procurando conocer cuál es la peor necedad, la necedad más absur-
26 da, y descubrí que es más trágica que la muerte la mujer cuyos [a]
pensamientos son redes y lazos y sus brazos cadenas. El que agrada
27 a Dios se librará de ella, el pecador quedará cogido en ella. Mira lo
que he averiguado —dice Qohelet— cuando me puse a averiguar
28 paso a paso: estuve buscando sin encontrar. Si entre mil encontré
29 sólo un hombre, entre todas ésas no encontré una mujer. Mira lo
único que averigüé: Dios hizo al hombre equilibrado, y él se buscó
preocupaciones sin cuento.

Consejero real

8 ¿Quién como el sabio?, ¿quién sabe interpretar un asunto? La
sabiduría serena el rostro del hombre cambiándole la dureza del
2 semblante. Yo digo: cumple el mandato del rey, pues juraste ante

a o: la mujer, pues sus...

3 Dios; no te turbes ante él, pero cede [a]; no resistas a su amenaza,
4 porque puede cumplirla. La palabra del rey es soberana, ¿quién le
5 pedirá cuentas de lo que hace? El que cumple sus mandatos no su-
6 frirá nada malo. El sabio atina con el momento y el método, pues
cada asunto tiene su momento y su método. El hombre está expues-
7 to a muchos males, porque no sabe lo que va a suceder y nadie le
8 informa de lo que va a pasar. El hombre no es dueño de su vida
ni puede encarcelar su aliento; no es dueño del día de la muerte
ni puede librarse de la guerra. Ni la maldad librará a su dueño.
9 Todo esto lo he observado fijándome en todo lo que sucede bajo
el sol, mientras un hombre domina a otro para su mal.

Retribución

10 También he observado esto: sepultan a los malvados, los llevan
a lugar sagrado, y la gente marcha alabándolos por lo que hicieron
11 en la ciudad. Y ésta es otra vanidad: que la sentencia dictada con-
tra un crimen no se ejecuta en seguida; por eso los hombres se de-
12 dican a obrar mal, porque el pecador obra cien veces mal y tienen
paciencia con él. Ya sé yo eso: «Le irá bien al que teme a Dios,
13 porque lo teme», y aquello: «No le irá bien al malvado, el que no
14 teme a Dios será como sombra, no prosperará». Pero en la tierra
sucede otra vanidad: hay honrados a quienes toca la suerte de los
malvados, mientras que a los malvados les toca la suerte de los
15 honrados. Y esto lo considero vanidad. Yo alabo la alegría, porque
el único bien del hombre es comer y beber y alegrarse; eso le que-
dará de sus trabajos durante los días de su vida que Dios le conceda
vivir bajo el sol.

El destino humano

16 Me dediqué a obtener sabiduría observando todas las tareas que
se realizan en la tierra: los ojos del hombre no conocen el sueño
17 ni de día ni de noche. Después observé todas las obras de Dios: el
hombre no puede averiguar lo que se hace bajo el sol. Por más que
el hombre se fatigue buscando, no lo averiguará; y aunque el sabio
pretenda saberlo, no lo averiguará.

9 He reflexionado sobre todo esto y he llegado a esta conclusión:
aunque los justos y los sabios con sus obras están en manos de
2 Dios, el hombre no sabe si Dios lo ama o lo odia. Todo lo que tiene
el hombre delante es vanidad, porque una misma suerte toca a
todos: al inocente y al culpable, al puro y al impuro, al que ofrece
sacrificios y al que no los ofrece, al justo y al pecador, al que jura
3 y al que tiene reparo en jurar. Esto es lo malo de todo lo que su-
cede bajo el sol: que una misma suerte toca a todos. El corazón de
los hombres está lleno de maldad: mientras viven piensan locuras
y después ¡a morir!
4 ¿Quién es preferible? Para los vivos aún hay esperanza, pues

a Dudosa la división de la frase.

5 vale más perro vivo que león muerto. Los vivos saben... que han
de morir; los muertos no saben nada, no reciben un salario cuando
6 se olvida su nombre. Se acabaron sus amores, odios y pasiones, y
7 jamás tomarán parte en lo que se hace bajo el sol. Anda, come tu
pan con alegría y bebe contento tu vino, porque Dios ya ha acep-
8 tado tus obras; lleva siempre vestidos blancos y no falte el perfume
9 en tu cabeza, disfruta la vida con la mujer que amas, todo lo que
te dure esa vida fugaz todos esos años fugaces que te han concedido
bajo el sol; que ésa es tu suerte mientras vives y te fatigas bajo
10 el sol. Todo lo que esté a tu alcance hazlo con empeño, pues no
se trabaja ni se planea, no hay conocer ni saber en el Abismo
adonde te encaminas.
11 Otra cosa he observado bajo el sol: que no depende el correr de
la agilidad, ni la batalla de la valentía, ni de la habilidad tener pan,
ni la riqueza de ser avisado, ni la estima del saber, sino que siem-
12 pre se tercia la ocasión y la suerte. El hombre no adivina su mo-
mento: como peces cogidos en la red, como pájaros atrapados en la
trampa, se enredan los hombres cuando un mal momento les cae
encima de repente.

Más vale maña que fuerza

13 Otra cosa he visto bajo el sol, y fue para mí una gran lección:
14 había una ciudad pequeña, de pocos habitantes; vino un rey pode-
roso que la cercó, montó contra ella fuertes piezas de asedio;
15 había en la ciudad un hombre pobre, pero hábil, capaz de salvar la
ciudad con su destreza, pero nadie se acordó de aquel pobre hom-
16 bre. Y me dije: sí, «vale más maña que fuerza», sólo que la maña
17 del pobre se desprecia y nadie hace caso de sus consejos. Y eso que
se escuchan mejor las palabras tranquilas de un sabio que los gritos
18 de un capitán de necios. Más vale maña que armas de guerra.

Proverbios varios

18b Un solo fallo echa a perder muchos bienes,
10,1 una mosca muerta echa a perder un perfume, una pizca de necedad
2 cuenta más que mucha sabiduría. La mente del sabio va a su dere-
3 cha, la mente del necio va a su izquierda; el falto de seso va por su
camino llamándolos necios a todos [a].
4 Si el que manda se enfurece contra ti, tú no dejes tu puesto, pues
5 la calma cura errores graves. Hay un mal que he visto bajo el sol,
6 un error del que es responsable el soberano: el ignorante ocupa
7 puestos altos mientras nobles y ricos se sientan abajo, he visto es-
clavos a caballo mientras príncipes iban a pie como esclavos.
8 El que cava una fosa caerá en ella, al que agrieta un muro le mor-
9 derá la culebra, el que remueve piedras se lesionará con ellas, el que
corta leña se herirá con ella.
10 Si el hierro está embotado y no se afila antes, hay que hacer mu-

a dudoso.

11 cha fuerza: y sale mejor con maña. Si la serpiente no se deja encan-
12 tar y pica, de nada vale el encantador. El sabio gana estima con sus
13 palabras, el necio se arruina por lo que habla, su exordio es una
14 necedad, su conclusión un terrible absurdo. El necio charla sin me-
dida, pero el hombre no sabe lo que va a pasar, pues ¿quién le in-
15 forma de lo que va a suceder? La fatiga del necio lo rinde porque
no acierta con el camino de la ciudad.
16 ¡Ay del país donde reina un muchacho y sus príncipes madrugan
17 para sus comilonas! Dichoso el país donde reina un noble y los prín-
18 cipes comen cuando es hora y no ponen su valentía en beber. La hol-
19 gazanería derrumba el techo y brazos caídos derriban la casa. Disfru-
tan celebrando banquetes y el vino les alegra la vida, y el dinero
responde de todo.
20 No hables mal del rey ni por dentro, no hables mal del rico ni
en tu alcoba, porque un pajarito les lleva el cuento y un ser alado
les cuenta lo dicho.

El riesgo

11 Aunque envíes tu grano por la superficie del mar, al cabo del
2 tiempo lo recobrarás; aunque lo dividas en siete o en ocho partes,
3 no sabes las desgracias que pueden suceder en la tierra. Si las nubes
van llenas, descargan la lluvia sobre el suelo. Caiga al sur o hacia el
4 norte, el árbol queda donde ha caído. Tanto mirar los vientos, que
5 no se siembra; tanto mirar las nubes, que no se siega. Si no entien-
des cómo un aliento entra en los miembros en un seno preñado,
6 tampoco entenderás las obras de Dios, que lo hace todo. De maña-
na siembra tu semilla y a la tarde no cruces los brazos, pues no
sabes cuál de las dos siembras resultará o si las dos tendrán igual
éxito.

Juventud y vejez

7-8 Dulce es la luz y los ojos disfrutan viendo el sol. Por muchos
años que viva el hombre, que los disfrute todos, recordando que
los años oscuros serán muchos y que todo lo que viene es vanidad.
9 Disfruta mientras eres muchacho y pásalo bien en la juventud;
déjate llevar del corazón y de lo que atrae a los ojos; y sabe que
10 Dios te llevará a juicio para dar cuenta de todo. Rechaza las penas
del corazón y rehúye los dolores del cuerpo: niñez y juventud son
efímeras.

12 Acuérdate de tu Hacedor durante tu juventud, antes de que lle-
guen los días aciagos y alcances los años en que dirás: «No les saco
2 gusto». Antes de que se oscurezca la luz del sol, la luna y las estre-
3 llas, y a la lluvia siga el nublado. Ese día temblarán los guardianes
de casa y los robustos se encorvarán, las que muelen serán pocas y
4 se pararán, las que miran por las ventanas se ofuscarán, las puertas
de la calle se cerrarán y el ruido del molino se apagará, se debilitará
5 el canto de los pájaros, las canciones se irán callando, darán miedo
las alturas y rondarán los terrores. Cuando florezca el almendro y
se arrastre la langosta y no dé gusto la alcaparra, porque el hombre

marcha a la morada eterna y el cortejo fúnebre recorre las calles.
6 Antes de que se rompa el hilo de plata, y se destroce la copa de oro,
y se quiebre el cántaro en la fuente, y se raje la polea del pozo,
7 y el polvo vuelva a la tierra que fue, y el espíritu vuelva a Dios,
que lo dio.
8 Vanidad de vanidades —dice el Predicador—, todo es vanidad.

Epílogo

9 El Predicador, además de ser un sabio, enseñó al pueblo lo que
10 él sabía. Estudió, inventó y formuló muchos proverbios; el Predi-
cador procuró un estilo atractivo y escribió la verdad con acierto.
11 Las sentencias de los sabios son como aguijadas o como clavos
bien clavados de los que cuelgan muchos objetos: las pronuncia un
solo pastor.
12 Un último aviso, hijo mío: nunca se acaba de escribir más y más
libros, y el mucho estudiar desgasta el cuerpo.
13 En conclusión, y después de oírlo todo, teme a Dios y guarda sus
mandamientos, porque eso es ser hombre; que Dios juzgará todas
las acciones, aun las ocultas, buenas y malas.

ECLESIASTICO
(BEN SIRÁ)

INTRODUCCION

El prólogo del traductor griego ofrece información sobre el autor y la época. *La Sabiduría de Jesús Ben Sirá* fue un libro tan leído en la Iglesia antigua, que adquirió el título y denominación de *Eclesiástico.*

Los judíos en general y una parte de la antigua Iglesia no consideraban este libro como canónico, aunque se leía en la iglesia. Por eso el texto hebreo original desapareció pronto, el texto griego tuvo aceptación y un texto latino libremente ampliado y adaptado pasó a la Vulgata.

En la Edad Media lo citan algunos autores judíos, sobre todo el gran maestro de Fayún, Saadías. Parece ser que un árabe encontró una copia en una cueva cerca de Jericó a fines del siglo VIII, y el texto llegó de este modo a Egipto. Una secta hebrea lo utiliza durante un par de siglos, pero otra consigue eliminarlo en el siglo XII. El libro desaparece en una geniza o depósito de El Cairo.

A finales del siglo pasado varios investigadores recobran diversos manuscritos, que equivalen a dos tercios de la obra completa. En 1931, 1958 y 1960 aparecen nuevos fragmentos breves. En 1966 se encuentran unas páginas en las excavaciones de Masada.

Los hallazgos y estudios recientes demuestran el valor superior del texto hebreo. La presente traducción está hecha de ese texto (teniendo en cuenta variantes y las traducciones griega y siríaca) y de la versión griega I, o breve, donde falta el original. Seguimos en ella la numeración de dichos textos. Por eso notará el lector que faltan algunos versículos que aparecen en otras traducciones recientes.

Texto hebreo existente hoy: 3,6-5,27; 6,18.19.24.28-37; 7,1-16,26; 18,32-33; 19,1-2; 20,5-7.13; 25,7-8.13.17; 26,1-2; 30,11-38,27; 39,15-51,30.

En algunas traducciones antiguas y modernas seis capítulos se encuentran transpuestos, según la siguiente correspondencia: 31 = 34; 32 = 35; 33 = 36; 34 = 31; 35 = 32; 36 = 33.

Con Jesús Ben Sirá llegamos a un ejercicio profesional del saber. Según sus confesiones en el libro, el autor se ha dedicado al estudio, enseñanza y exposición de lo que era tradicionalmente la sabiduría o sensatez o prudencia o experiencia. Continúa la observación, experiencia y reflexión como fuente del saber; pero el autor subraya el valor de la tradición (30,25; 36,16), la necesidad de la oración (39,5-8). Una de las cosas características de este autor es su estudio y comentario de textos bíblicos: a sus alumnos y lectores les ofrece un pequeño resumen de historia en forma de tratado *de viris illustribus;* a lo largo del libro prefiere el comentario de textos legales, con referencia explícita o implícita al mandato.

PROLOGO DEL TRADUCTOR

a) Muchos y grandes dones hemos recibido de la Ley y los Profetas y los demás que los siguieron —por los que Israel merece alabanza de sabio e instruido—.

b) Y como no basta que sus lectores aprendan, sino que deben ser capaces de ayudar a los de fuera, de palabra y por escrito,

c) mi abuelo Jesús, después de dedicarse intensamente a leer la Ley, los Profetas y los restantes libros paternos, y de adquirir un buen dominio de ellos, se decidió a componer por su cuenta algo en la línea de la sabiduría e instrucción, para que los deseosos de aprender, familiarizándose también con ello, pudieran adelantar en una vida según la Ley.

d) Te ruego, pues, que leas con atención y benevolencia y que seas indulgente si, a pesar de mi esfuerzo, no he acertado con la traducción de algunas frases. Pues lo que se expresó originalmente en hebreo no conserva el mismo sentido, traducido a otra lengua. Y no sólo este libro, sino también la Ley y los Profetas y los restantes libros son muy distintos en su lengua original.

e) El año treinta y ocho del reinado de Benefactor [a] vine a Egipto, donde pasé una temporada. Y como tuve buena ocasión de aprender, me pareció necesario aportar también mi trabajo y esfuerzo a traducir este libro, y así dediqué por entonces muchas vigilias y todo mi saber a completar y publicar el libro, en beneficio de los emigrantes deseosos de aprender y predispuestos por sus costumbres a vivir según la Ley.

PRIMERA PARTE

Sabiduría y temor de Dios

1 Toda sabiduría viene del Señor
y está con él eternamente.
2 La arena de las playas, las gotas de la lluvia,
los días de los siglos: ¿quién los contará?
3 La altura del cielo, la anchura de la tierra,
la hondura del abismo: ¿quién las rastreará?
4 Antes que todo fue creada la sabiduría,
la inteligencia y la prudencia antes de los siglos [a].
6 La raíz de la sabiduría: ¿a quién se reveló?;
la destreza de sus obras: ¿quién la conoció?
8 Uno solo es sabio: temible en extremo;
está sentado en su trono.
9 El Señor en persona la creó, la conoció y la midió,
la derramó sobre todas sus obras;
10 la repartió entre los vivientes, según su generosidad;
se la regaló a los que lo temen.
11 El temor del Señor es gloria y honor,
es gozo y corona de júbilo;
12 el temor de Dios deleita el corazón,
trae gozo y alegría y vida larga.
13 El que teme al Señor tendrá buen desenlace,
el día de su muerte lo bendecirán.
14 El principio de la sabiduría es temer al Señor:
ya en el seno se crea con el fiel.
15 Asienta su cimiento perpetuo entre los hombres
y se mantiene con su descendencia.
16 La plenitud de la sabiduría es temer al Señor:
con sus frutos sacia a los fieles;
17 llena de tesoros toda su casa
y de sus productos las despensas.
18 La corona de la sabiduría es temer al Señor:
sus brotes son la paz y la salud.
19 Dios hace llover la inteligencia y la prudencia,
y exalta la gloria de los que la poseen.
20 La raíz de la sabiduría es temer al Señor,
y sus ramos son una vida larga.
21 El temor de Dios rechaza los pecados
y aparta sin cesar la cólera.

Sabiduría y paciencia

22 El apasionado sin medida no quedará impune,
porque el ímpetu de la pasión lo hará caer.

a Algunos manuscritos añaden un v. 5: «La fuente de la sabiduría es la palabra de Dios en el cielo, y sus canales son los mandamientos eternos».

23 El hombre paciente aguanta hasta el momento justo,
y al final su paga es la alegría;
24 hasta el momento justo oculta lo que piensa:
la gente se hace lenguas de su prudencia.
25 Tesoro de sabiduría son los proverbios inteligentes,
pero el pecador aborrece la religión.
26 Si deseas la sabiduría, guarda los mandamientos,
y el Señor te la concederá;
27 porque el temor de Dios trae sabiduría y enseñanza,
y la fe y la humildad alcanzan su favor.

Sinceridad

28 Hijo mío, no seas falso en el temor de Dios,
no te acerques a él con doblez de corazón;
29 no seas hipócrita en tu trato con los hombres,
vigila tus labios;
30 no te ensoberbezcas, porque caerás
y te acarrearás ignominia;
el Señor descubrirá lo que ocultas
y te humillará en medio de la asamblea;
porque te acercaste al temor de Dios
mientras tu corazón estaba lleno de falsedad.

Paciencia y confianza

2 Hijo mío, cuando te acerques al temor de Dios,
prepárate para las pruebas;
2 mantén el corazón firme, sé valiente,
no te asustes en el momento de la prueba;
3 pégate a él, no lo abandones,
y al final serás enaltecido.
4 Acepta cuanto te suceda,
aguanta enfermedad y pobreza,
5 porque el oro se acrisola en el fuego,
y el hombre que Dios ama, en el horno de la pobreza.
6 Confía en Dios, que él te ayudará;
espera en él, y te allanará el camino.
7 Los que teméis al Señor, esperad en su misericordia,
y no os apartéis para no caer;
8 los que teméis al Señor, confiad en él,
que no retendrá vuestro salario hasta mañana;
9 los que teméis al Señor, esperad bienes,
gozo perpetuo y salvación.
10 Fijaos en las generaciones pretéritas:
¿quién confió en el Señor y quedó defraudado?,
¿quién esperó en él y quedó abandonado?,
¿quién gritó a él y no fue escuchado?
11 Porque el Señor es clemente y misericordioso,
perdona el pecado y salva del peligro.

12 Ay del corazón cobarde, de las manos inertes;
ay del hombre que va por dos caminos;
13 ay del corazón que no confía,
porque no alcanzará protección;
14 ay de los que abandonáis la esperanza,
¿qué haréis cuando venga a tomar cuentas el Señor?
15 Los que temen al Señor no desobedecen sus palabras,
los que lo aman siguen sus caminos;
16 los que temen al Señor buscan su favor,
los que lo aman cumplen la Ley;
17 los que temen al Señor disponen el corazón
y se humillan delante de él.
18 Entreguémonos en manos de Dios y no en manos de hombre,
pues como es su grandeza así es su misericordia.

Honrar padre y madre

3 Hijos míos, escuchad a vuestro padre;
obrad como os digo, y os salvaréis.
2 Dios hace al padre más respetable que a los hijos
y afirma la autoridad de la madre sobre su prole.
3 El que honra a su padre expía sus pecados,
el que respeta a su madre acumula tesoros;
5 el que honra a su padre se alegrará de sus hijos,
y cuando rece, será escuchado;
6 el que respeta a su madre tendrá larga vida,
al que honra a su madre el Señor lo escucha;
7 el que teme al Señor honra a los padres
y sirve a sus padres como a señores.
8 Hijo mío, en palabra y obra honra a tu padre,
y vendrán sobre ti toda clase de bendiciones;
9 la bendición del padre hace echar raíces,
la maldición de la madre arranca lo plantado.
10 No busques honra en la humillación de tu padre,
porque no sacarás honra de ella;
11 la honra de un hombre es la honra de su padre,
y la deshonra de la madre es vergüenza de los hijos.
12 Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre,
no lo abandones mientras vivas;
13 aunque chochee, ten indulgencia;
no lo abochornes mientras viva.
14 La limosna del padre no se olvidará,
será tenida en cuenta para pagar tus pecados;
15 el día del peligro se acordará de ti
y deshará tus pecados como el calor la escarcha.
16 Quien desprecia a su padre es un blasfemo,
quien insulta a su madre irrita a su Creador.

Humildad

17 Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad
y te querrán más que al hombre generoso.

18 Hazte pequeño en las grandezas humanas,
y alcanzarás el favor de Dios;
20 porque es grande la misericordia de Dios,
y revela sus secretos a los humildes.
21 No pretendas lo que te sobrepasa
ni escudriñes lo que se te esconde;
22 atiende a lo que te han encomendado,
pues no te importa lo profundo y escondido;
23 no te preocupes por lo que te excede,
aunque te enseñen cosas que te desbordan,
24 ¡son tan numerosas las opiniones de los hombres,
y sus locas fantasías los extravían! [a].
26 El terco saldrá malparado,
el que ama lo bueno, lo conseguirá;
27 el terco se acarrea desgracias,
el cobarde añade pecado a pecado.
25 (Donde faltan los ojos, falta la luz;
donde falta inteligencia, no hay sabiduría).
28 No corras a curar la herida del cínico,
pues no tiene cura, es brote de mala planta.
29 El sabio aprecia las sentencias de los sabios,
el oído atento a la sabiduría se alegrará.

Limosna

30 El agua apaga el fuego ardiente
y la limosna expía el pecado.
31 Al bienhechor lo recuerdan más tarde,
cuando resbale encontrará apoyo.

4 Hijo mío, no te burles de la vida del afligido,
no deprimas al que sufre amargamente;
2 no le gruñas al necesitado
ni te cierres al ánimo abatido;
3 no exasperes al que se siente abatido
ni aflijas al pobre que acude a ti, ni niegues limosna al indigente;
4 no rechaces la súplica del pobre,
5 ni le des ocasión de maldecirte:
6 si en la amargura de su dolor clama contra ti,
su Hacedor escuchará su clamor.
7 Hazte simpático a la asamblea,
inclina la cabeza ante el que manda;
8 haz caso del pobre
y responde a su saludo con llaneza;
9 libra al oprimido del opresor
y no te repugne hacer justicia.
10 Sé padre para los huérfanos y marido para las viudas,
y Dios te llamará hijo y su favor te librará de la desgracia.

a El v. 25 falta en griego y en latín; el texto hebreo lo trae después del v. 28.

Habla la Sabiduría

11 La sabiduría instruye a sus hijos,
estimula a los que la comprenden.
12 Los que la aman, aman la vida;
los que la buscan, alcanzan el favor del Señor;
13 los que la retienen consiguen gloria del Señor,
el Señor bendecirá su morada;
14 los que la sirven, sirven al Santo;
Dios ama a los que la aman.
15 Quien me escucha juzgará rectamente,
quien me hace caso habitará en mis atrios;
17 disimulada caminaré con él,
comenzaré probándolo con tentaciones;
cuando su corazón se entregue a mí,
18 volveré a él para guiarlo y revelarle mis secretos;
19 pero si se desvía, lo rechazaré y lo encerraré en la prisión;
si se aparta de mí, lo arrojaré y lo entregaré a la ruina.

Timidez

20 Hijo mío, atiende a la ocasión y guárdate del mal,
no seas vergonzoso en perjuicio propio;
21 hay una vergüenza que acarrea culpa,
hay una vergüenza que trae gracia y honor.
22 No tengas respetos en perjuicio propio
ni titubees con peligro propio;
23 no retengas la palabra oportuna
ni escondas tu sabiduría;
24 pues hablando se muestra la sabiduría,
y la inteligencia, en la respuesta de la lengua.
25 No contradigas a Dios, humíllate ante Dios;
26 no te avergüences de confesar tu culpa,
no te opongas a la corriente.
27 No te sometas a un necio ni resistas a los que mandan.
No te sientes con juez inicuo,
pues tendrás que juzgar según su capricho.
28 Hasta la muerte lucha por la justicia,
y el Señor peleará a tu favor.
29 No seas arrogante de boca,
apocado y cobarde en los hechos;
30 no seas un león para tu familia,
miedoso y apocado con los siervos;
31 no tengas la mano abierta para recibir
y cerrada a la hora de dar.

Presunción

5 No confíes en tus riquezas ni digas: «Soy poderoso»;
no confíes en tus fuerzas para seguir tus caprichos;

2 no sigas tus antojos y codicias
ni camines según tus pasiones.
3 No digas: «¿Quién me podrá?»,
porque el Señor te exigirá cuentas;
4 no digas: «He pecado, y nada malo me ha sucedido»,
porque él es un Dios paciente;
no digas: «El Señor es compasivo
y borrará todas mis culpas».
5 No te fíes de su perdón
para añadir culpas a culpas,
6 pensando: es grande su compasión y perdonará mis muchas culpas;
porque tiene compasión y cólera, y su ira recae sobre los malvados.
7 No tardes en volverte a él ni des largas de un día para otro;
porque su furor brota de repente,
y el día de la venganza perecerás.
8 No confíes en riquezas injustas,
que no te servirán el día de la ira.

Sobre el hablar

9 No avientes con cualquier viento
ni sigas cualquier dirección.
10 Sé consecuente en tu pensar
y coherente en tus palabras;
11 sé rápido para escuchar
y calmoso para responder;
12 si está en tu poder, responde al prójimo,
y si no, mano a la boca.
13 El hablar trae honra y trae deshonra,
la lengua del hombre es su ruina.
14 No seas falso ni murmures con tu lengua;
para el ladrón se hizo la vergüenza,
y la afrenta del prójimo para el falso.
15 No hagas daño, ni poco ni mucho,
no te hagas enemigo en vez de amigo.
6 Pues ganarás mala fama, baldón y afrenta:
de hombre perverso y doblado.

La pasión

2 No caigas víctima de tu pasión,
pues excitará sus fuerzas contra ti,
3 comerá tus hojas, arrancará tus frutos
y te dejará como árbol seco;
4 la pasión violenta destruye a su amo
y lo hace el hazmerreír de su enemigo.

Amigos

5 Una voz suave aumenta los amigos,
unos labios amables aumentan los saludos.

6 Sean muchos los que te saludan,
pero confidente, uno entre mil;
7 si adquieres un amigo, hazlo con tiento,
no te fíes en seguida de él;
8 porque hay amigos de un momento
que no duran en tiempo de peligro;
9 hay amigos que se vuelven enemigos
y te afrentan descubriendo tus riñas;
10 hay amigos que acompañan en la mesa
y no aparecen a la hora de la desgracia;
11 cuando te va bien, están contigo;
cuando te va mal, huyen de ti;
12 si te alcanza la desgracia, cambian de actitud
y se esconden de tu vista.
13 Apártate de tu enemigo
y sé cauto con tu amigo.
14 Al amigo fiel tenlo por amigo;
el que lo encuentra, encuentra un tesoro;
15 un amigo fiel no tiene precio
ni se puede pagar su valor;
16 un amigo fiel es un talismán:
el que teme a Dios lo alcanza;
17 su camarada será como él
y sus acciones como su título.

La Sabiduría

18 Hijo mío, desde la juventud busca la instrucción,
y hasta la vejez encontrarás sabiduría.
19 Acércate a ella como quien ara y siega, esperando abundante cosecha;
cultivándola trabajarás un poco, y en seguida comerás sus frutos.
20 Al necio le resulta fatigosa,
y el insensato no puede con ella;
21 lo oprime como piedra pesada,
y no tarda en sacudírsela.
22 Porque la instrucción es como su nombre indica:
no se manifiesta a muchos.
23 Escucha, hijo mío, mi opinión
y no rechaces mi consejo:
24 mete los pies en su cepo
y ofrece el cuello a su yugo,
25 arrima el hombro para cargar con ella
y no te irrites con sus cadenas;
26 con toda el alma acude a ella,
con todas tus fuerzas sigue sus caminos;
27 rastréala, búscala, y la alcanzarás;
cuando la poseas, ya no la sueltes;
28 al fin alcanzarás su descanso,
y se te convertirá en placer;
29 sus cadenas se volverán baluarte;
su coyunda, traje de gala;

30 su yugo, joya de oro;
sus correas, cintas de púrpura;
31 como traje de gala la llevarás,
te la pondrás como corona festiva.
32 Si quieres, hijo mío, llegarás a sabio;
si te empeñas, llegarás a sagaz;
33 si te gusta escuchar, aprenderás;
si prestas oído, te instruirás.
35 Procura escuchar las explicaciones,
no se te escape un proverbio sensato;
36 observa quién es inteligente, y madruga para visitarlo,
que tus pies desgasten sus umbrales.
37 Reflexiona sobre el temor del Altísimo
y medita sin cesar sus mandamientos:
él te dará la inteligencia y según tus deseos te hará sabio.

Proverbios varios: serie negativa

7 No hagas mal, y no te sucederá mal;
2 aléjate de la culpa, y se apartará de ti;
3 no siembres en los surcos de la iniquidad,
y no cosecharás el séptuplo.
4 No pidas a Dios poder ni al rey un puesto de honor;
5 no alardees de justicia ante Dios ni de prudencia ante el rey;
6 no pretendas mandar si te falta energía para reprimir la arrogancia;
pues te acobardarás ante el noble
vendiendo por soborno tu integridad.
7 No te muestres injusto ante la asamblea
ni caigas en desgracia de la población.
8 No te comprometas repitiendo un pecado,
pues aun de uno sólo no quedarás impune.
9 No digas: Dios mirará mis muchas ofrendas,
el Altísimo recibirá mis súplicas.
10 No seas impaciente en tu oración
y no regatees tus limosnas;
11 no desprecies al hombre atribulado,
recuerda que hay quien levanta y derriba.
12 No trames violencias contra tu hermano
ni tampoco contra tu amigo y compañero;
13 no te complazcas en mentir,
nada bueno puedes esperar de ello;
14 no te metas en la deliberación de los ministros
ni repitas las palabras de tu oración.
15 No hagas ascos de la milicia ni del trabajo del campo,
pues los ha creado Dios.
16 No te tengas en más que tus paisanos;
recuerda que la cólera no tarda;
17 humilla más y más tu soberbia,
pues al hombre lo esperan los gusanos.
No insistas repitiendo tu súplica,
encomiéndate a Dios y acepta su camino.

18 No cambies un amigo por dinero
ni a tu hermano querido por oro de Ofir.
19 No repudies a una mujer sensata,
su belleza vale más que corales.
20 No maltrates al siervo cumplidor
ni al obrero que se dedica a su oficio.
21 Ama al siervo hábil como a ti mismo
y no le niegues la libertad.

Serie positiva

22 Si tienes ganado, cuida de él; si te es útil, consérvalo;
23 si tienes hijos, edúcalos; cuando aún son jóvenes, búscales mujer;
24 si tienes hijas, vigila su cuerpo,
y no seas indulgente con ellas;
25 casar una hija es gran tarea,
pero dásela a hombre prudente;
26 si tienes mujer, no la aborrezcas,
pero no te fíes de una que no te gusta.
27 Honra a tu padre de todo corazón
y no olvides los afanes de tu madre;
28 recuerda que ellos te engendraron,
¿qué les darás por lo que te dieron?
29 Teme a Dios de todo corazón
y honra a sus sacerdotes consagrados;
30 ama a tu Hacedor con todas tus fuerzas
y no abandones a sus servidores;
31 honra a Dios y respeta al sacerdote,
y dale su porción como está mandado:
grano escogido, contribución para el culto,
sacrificios rituales, ofrendas consagradas.
32 Extiende la mano también al pobre,
para que sea completa tu bendición;
33 sé generoso con todos los vivos
y a los muertos no les niegues tu piedad;
34 no des largas a los afligidos
y guarda luto con los que están de luto;
35 no rehúyas al que está enfermo,
y él te querrá.
36 En todas tus acciones piensa en el desenlace,
y nunca pecarás.

Serie negativa: riñas y disputas

8 No pongas pleito a un poderoso,
no vayas a parar en sus manos;
2 no pelees con un hombre rico:
pesará tu precio, y estás perdido
(a muchos ha perturbado el oro
y ha torcido el corazón de los nobles).

3 No disputes con un malhablado,
que es echar leña al fuego;
4 no trates con el necio,
no te vayan a despreciar los nobles.
5 No abochornes al que se arrepiente del pecado:
recuerda que todos somos culpables;
6 no te burles del anciano,
porque nosotros seremos viejos;
7 no presumas ante un muerto:
recuerda que todos moriremos.

Docilidad

8 No rechaces los discursos de los sabios,
ataréate con sus enigmas;
porque de ellos aprenderás la instrucción
para presentarte ante los príncipes;
9 no desdeñes las historias de los ancianos
que ellos escucharon a sus padres;
porque de ellos recibirás prudencia,
para saber responder cuando hace falta.

Trato con los hombres

10 No enciendas fuego en las brasas del malvado,
no te vayas a quemar con sus llamas;
11 no huyas de la presencia del cínico,
dejándole que intrigue contra ti;
12 no prestes a uno más fuerte que tú,
y si le has prestado, dalo por perdido;
13 no des fianza por encima de lo que puedes,
y si la has dado, tente por deudor;
14 no pongas pleito a un juez,
porque sentenciará a su favor.
15 Con el temerario no camines, porque agravarás tus desgracias;
él va derecho a lo suyo, y tú pagarás su locura;
16 con el iracundo no seas testarudo,
no cabalgues con él por el camino;
porque no le importa derramar sangre,
y cuando nadie pueda auxiliarte, te matará;
17 con el ingenuo no tengas confidencias,
porque no sabe guardar tu secreto;
18 ante el extranjero no hagas lo que es secreto,
porque no sabes lo que puede suceder;
19 no le abras tu corazón a cualquiera,
así no espantarás tu felicidad.

Trato con las mujeres

9 No seas celoso de tu propia mujer,
no le enseñes a obrar mal contra ti;

2 no tengas celos de la mujer que amas,
y no te pisoteará;
3 no te acerques a mujer ajena, y no caerás en sus redes;
no intimes con la ramera, y no te cazará en sus lazos;
4 no trates con la que canta coplas,
y no te quemarás en su boca;
5 no te fijes demasiado en la doncella,
y no te entramparás por su causa;
6 no te enredes con la ramera,
y no le cederás tu fortuna:
7 sus miradas te enloquecerán
y te arruinarás con tu casa.
8 Cierra tus ojos ante la mujer hermosa
y no te fijes en belleza que no es tuya;
por las mujeres se han perdido muchos,
y su amor abrasa como fuego;
9 con mujer casada no comas ni te sientes con ella a beber,
porque te arrastrará el corazón y dará con tu vida en la fosa.

Amigo viejo

10 No deseches al amigo viejo, porque al nuevo no lo conoces;
amigo nuevo es vino nuevo: deja que envejezca y lo beberás.

Compañías

11 No envidies al malvado,
porque no sabes cuánto vivirá;
12 no te complazcas con el insolente que triunfa,
piensa que no morirá impune;
13 aléjate del que puede matar, y no temerás los terrores mortales;
si te acercas, no lo ofendas, porque te quitará la vida;
mira que caminas entre lazos, que avanzas por una red.
14 Según tu capacidad, responde a tu prójimo
e intima con los sabios;
15 comparte tus pensamientos con el prudente
y tus secretos con los entendidos;
16 gente humilde comparta tu pan,
y sea tu orgullo el temor del Señor.

Gobernantes

17 Manos hábiles aseguran el derecho,
el hombre elocuente gobierna a su pueblo;
18 terror de su ciudad es el deslenguado,
la lengua insolente será aborrecida.

10 Gobernante prudente educa a su pueblo,
el gobierno inteligente es ordenado.

2 A tal gobernante, tales ministros;
a tal alcalde, tales vecinos.
3 Un rey disoluto arruina la ciudad,
la prudencia de los jefes puebla la ciudad.
4 En manos de Dios está el gobierno del mundo:
sobre él establece al hombre oportuno;
5 en manos de Dios está el éxito del hombre:
él da su majestad al rostro del soberano.

Soberbia

6 Por ninguna ofensa devuelvas mal al prójimo,
no marches por el camino de la soberbia;
7 la soberbia es odiosa al Señor y a los hombres;
para los dos es delito de opresión;
8 el imperio pasa de nación a nación
a causa de la violencia y la soberbia.
9 ¿Por qué se ensoberbece el polvo y ceniza
si aún en vida se pudren sus entrañas?
10 Un achaque ligero, y el médico perplejo:
hoy rey, mañana cadáver.
11 Muere el hombre y hereda gusanos,
lombrices, orugas, insectos.
12 Esencia de la soberbia es la rebeldía humana [a],
que aleja el corazón de su Hacedor;
13 pues el pecador es aljibe de insolencia
y fuente que mana planes perversos;
por eso Dios le envía terribles plagas
y lo castiga hasta acabar con él.
14 Dios derribó del trono a los soberbios
y sentó sobre él a los oprimidos;
15 el Señor arrancó las raíces de los pueblos
y plantó en su lugar a los oprimidos;
16 el Señor borró las huellas de los pueblos
y los destruyó hasta los cimientos;
17 los borró del suelo y los aniquiló
y acabó con su apellido en la tierra.
18 No es digna del hombre la insolencia,
ni la crueldad del nacido de mujer.

Valor del hombre

19 ¿Un linaje honroso? — El linaje humano.
¿Un linaje honroso? — Los que temen a Dios.
¿Un linaje abyecto — El linaje humano.
¿Un linaje abyecto? — Los que quebrantan la ley.
20 Entre hermanos se honra al mayor;
en cambio, Dios aprecia a quien lo teme:

a dudoso.

22 forastero o extranjero, extraño o pobre,
su honra es el temor de Dios.
23 No hay que despreciar al pobre sensato,
ni hay que honrar al hombre violento;
24 príncipe, gobernante y juez reciben honor,
pero nadie es mayor que el que teme a Dios.
25 Hombres libres servirán al esclavo sensato,
el esclavo inteligente no tendrá que quejarse.
26 No presumas de sabio al despachar tus negocios
ni te gloríes en tiempo de necesidad;
27 más vale quien trabaja y posee hacienda
que el que presume y carece de pan.
28 Hijo mío, conserva tu honor con modestia,
y te darán los bienes que te mereces;
29 a quien se declara culpable, ¿quién lo absolverá?,
¿quién respetará al que se denigra?
30 Hay pobres respetados por su sensatez,
hay hombres respetados por sus riquezas;
respetado por su riqueza: ¿cómo?;
despreciado por su pobreza: ¿cómo?
31 Si lo respetan en la pobreza, cuánto más en la riqueza;
si lo desprecian en la riqueza, cuánto más en la pobreza.

Apariencias y juicio de Dios

11 Por su sabiduría el pobre llevará alta su cabeza
y se sentará entre los nobles.
2 No alabes a un hombre por su belleza
ni lo desprecies por su figura:
3 la abeja es la menor entre lo que vuela,
pero su cosecha es la más escogida.
4 No te rías de la capa gastada
ni te burles de los días amargos,
porque las obras del Señor son admirables
y sus acciones, inexplicables para los hombres.
5 Muchos miserables se han sentado en tronos
y gente despreciada se ciñó la corona;
6 muchos jefes fueron humillados
y también nobles cayeron en poder de otros.
7 Antes de averiguar, no critiques;
examina primero y después juzgarás.
8 Hijo mío, no respondas antes de escuchar
y no interrumpas en medio del discurso;
9 en lo que no te importa no metas baza
y no te coloques entre los arrogantes.
10 Hijo mío, no multipliques tus ocupaciones:
el que ansía enriquecerse no quedará impune.
Hijo mío, si no corres, no llegarás;
si no buscas, no encontrarás.
11 Hay quien trabaja y suda y corre,
y con todo llega tarde;

12 otro es pobre y vagabundo, anda falto de lo necesario,
pero el Señor se fija en él para hacerle bien y lo levanta del polvo,
13 le hace levantar la cabeza,
y muchos se asombran al verlo.
14 Bien y mal, vida y muerte,
pobreza y riqueza, todo viene del Señor;
15 sabiduría, prudencia y sensatez proceden del Señor,
castigo y camino recto proceden del Señor.
16 La ignorancia y la oscuridad se crearon para los criminales,
y el mal acompaña a los malvados;
17 pero el don del Señor es para el justo,
y su favor asegura el éxito.
18 Uno se hace rico a fuerza de privaciones,
y le toca esta recompensa;
19 cuando dice: «Ahora puedo descansar,
ahora comeré de mis pensiones»,
no sabe cuánto pasará hasta que lo deje a otro y muera.
20 Hijo mío, cumple tu deber, ocúpate de él,
envejece en tu tarea;
21 no admires las acciones del perverso,
espera en el Señor y aguarda su luz;
porque está al alcance del Señor
enriquecer en un instante al pobre.
22 La bendición del Señor es la suerte del justo,
y a su tiempo florece su esperanza.
23 No digas: He despachado mis asuntos,
y ahora, ¿qué me queda?
24 No digas: Ya tengo bastante,
¿qué mal me puede suceder?
25 El día dichoso te olvidas de la desgracia,
el día desgraciado te olvidas de la dicha;
26 fácil es para Dios, a la hora de la muerte,
pagar al hombre su conducta.
27 Un mal momento y te olvidas de los placeres;
cuando llega el fin del hombre, se revela su historia.
28 Antes de que muera, no declares dichoso a nadie;
en el desenlace se conoce el hombre.

Cautela con el desconocido

29 [a] No metas en tu casa a cualquiera:
el vendedor ambulante sabe muchas mañas.
(Como cesta llena de pájaros
están llenas sus casas de fraudes).
30 Como pájaro encerrado en la cesta
es el corazón soberbio: acecha como lobo a su presa.

a El texto hebreo está mal conservado. Los paréntesis indican probables glosas.

(Cuántos son los delitos del codicioso:
como mastín devora una casa).
Es violento el codicioso:
llega y pone pleito a todos los bienes.
El vendedor ambulante, como un oso,
acecha la casa de los insolentes,
como espía busca un punto desguarnecido.
31 El murmurador convierte el bien en mal
y cuenta falsedades de tus riquezas.
32 Una chispa enciende muchos carbones,
el malvado acecha para matar.
33 Guárdate del malo, que engendra males
y te echará una infamia perpetua;
no te juntes con el malvado, que torcerá tu camino
y te apartará de tus parientes;
34 el vecino desconocido desviará tu conducta
y te enajenará de tus familiares.

Cautela en favorecer

12 Si haces bien, mira a quién,
y podrás esperar algo de tus beneficios;
2 haz bien al justo y obtendrás recompensa,
si no de él, al menos del Señor.
3 No está bien ayudar al malvado,
pues no obrará rectamente;
5 doble mal recibirás en tiempo de necesidad
por todo el bien que le hiciste;
no le des armas, pues las volverá contra ti.
6 Porque Dios aborrece al malvado
y toma venganza de los perversos.
7 Da al bueno, rehúsa al malvado,
alivia al atribulado, no des al arrogante.

El enemigo

8 En la prosperidad no se conoce el amigo,
en la desgracia no se oculta el enemigo;
9 en la prosperidad el enemigo se hace amigo,
en la desgracia el compañero se aparta.
10 No te fíes nunca del enemigo,
su maldad es como bronce que se oxida;
11 aunque te haga caso y se porte con modestia,
ten cuidado y desconfía de él;
haz como quien bruñe un espejo;
él no podrá hacerte daño, y tú verás en qué para su celo.
12 No le des un puesto a tu lado,
porque te dará un empujón y ocupará tu puesto;
no lo hagas sentarse a tu derecha,
porque procurará ocupar tu asiento.

Entonces me darás la razón
gimiendo al compás de mis gemidos.
13 ¿Quién compadece al encantador mordido
o al que se acerca a bestias feroces?
14 Lo mismo al que se junta con el arrogante
y se mancha con sus delitos.
Mientras va contigo, no se te revela;
cuando caes, no se agacha a librarte;
15 mientras tú estás en pie, no se trasluce;
cuando tropiezas, no se contiene.
16 El enemigo habla con labios melosos,
y por dentro planea traiciones siniestras;
el enemigo llora con los ojos,
llega su ocasión, y no se sacia de sangre;
17 te ocurre una desgracia, y allí lo encuentras;
fingiendo apoyarte, te echa la zancadilla;
18 después sacude la cabeza, agita la mano,
y hablando entre dientes, cambia de expresión.

Trato con el rico

13 A quien toca la pez se le pega la mano,
quien se junta con el cínico aprende sus costumbres.
2 No levantes un peso superior a tus fuerzas
ni busques la compañía del más rico que tú:
¿cómo puede juntarse el jarro con la olla?,
chocará con ella y se romperá.
3 El rico ofende y encima se ufana,
el pobre es ofendido y encima pide perdón.
4 Si le eres útil, se servirá de ti;
si te derrengas, renuncia a ti;
5 si tienes algo, te dirá buenas palabras,
pero te explotará sin que le duela;
6 si te necesita, te halagará,
y con sonrisas te infundirá confianza;
te dirá amablemente: ¿qué necesitas?,
y con sus manjares te avergonzará;
7 mientras se aprovecha de ti, te engaña;
a la segunda o a la tercera te amenazará;
más tarde, al verte, te evitará
y meneará la cabeza contra ti.

Trato con el noble

8 Guárdate de ser presuntuoso,
no imites a los faltos de juicio.
9 Si te invita un noble, mantente a distancia,
y él insistirá para que te acerques;
10 no te acerques mucho, no sea que te aparte;
no te alejes mucho, no te hagas antipático;

11 no te atrevas a discutir con él
ni te fíes de sus muchos razonamientos,
pues con sus razonamientos te pone a prueba
y sonriendo te examina.
12 Cruelmente se burlará de ti
y no te ahorrará cadenas.
13 Ten cuidado y ponte en guardia
y no camines con hombres violentos.

Ricos y pobres

15 Todo viviente ama a los de su especie:
lo mismo el hombre, a los que se le asemejan,
17 no se junta el lobo con el cordero
ni el malvado con el justo (ni el rico con el necesitado).
18 ¿Pueden tratarse la hiena y el perro?,
¿pueden tratarse el rico y el pobre?
19 El asno salvaje es presa del león,
el pobre es pasto del rico.
20 El soberbio aborrece al humilde,
el rico aborrece al indigente.
21 Tropieza el rico, y su vecino lo sostiene;
tropieza el pobre, y su vecino lo empuja;
22 habla el rico, y muchos lo aprueban,
y encuentran elocuente su hablar desmañado;
se equivoca el pobre y le dicen: vaya, vaya;
habla con acierto, y no le hacen caso;
23 habla el rico, y lo escuchan en silencio,
y ponen por las nubes su talento;
habla el pobre, y dicen: ¿quién es?,
y si cae, encima lo empujan.
24 Buena es la riqueza adquirida sin culpa,
mala es la pobreza causada por la arrogancia.

La conciencia

25 El corazón humano hace mudar semblante
para bien o para mal:
26 rostro sereno es señal de buena intención,
hablar por rodeos señal de mala idea.

14 Dichoso el hombre a quien no afligen sus palabras
y no tiene que sufrir remordimiento;
2 dichoso el hombre a quien no le reprocha la conciencia
ni ha perdido la esperanza.

Tacaño y generoso

3 El hombre mezquino no merece riquezas,
el hombre tacaño no se merece el oro;

4 el que se priva a sí mismo reúne para otros,
de sus bienes disfrutará el extraño;
5 el que es tacaño consigo, ¿con quién será generoso?;
no sacará partido de sus bienes;
6 el tacaño consigo es el supremo tacaño,
su tacañería se vuelve contra él.
7 Si hace un favor es por descuido,
al final delata su tacañería.
9 El mezquino piensa que su porción es pequeña,
coge la del prójimo y echa a perder la suya.
10 El tacaño mira ansioso al pan
mientras su propia mesa está vacía.
(El generoso ofrece comida abundante,
la fuente seca destila agua sobre la mesa) [a].
11 Hijo mío, si tienes algo, sírvete de ello
(si tienes algo, trátate bien), y sé generoso con Dios.
12 Recuerda que en la tumba no disfrutarás
y que la muerte no tarda, aunque no te han dicho la hora de morir.
13 Antes de morir favorece a tu amigo,
dale de lo que tengas a mano.
14 No te prives de un día dichoso
y no se te pase la porción deseable.
15 ¿Por qué dejar a un extraño tus riquezas
y tus sudores para que los repartan a suerte?
16 Da a tu hermano y trátate bien,
porque en el Abismo no hay que buscar placeres.
(Todo lo que prometiste hacer cúmplelo en presencia de Dios).
17 Toda carne se consumirá como la ropa,
porque el decreto eterno es «Has de morir».
18 Como crecen las hojas en un árbol frondoso,
una se marchita, la siguiente brota,
así las generaciones de carne y sangre:
una muere y otra nace.
19 Todas sus tareas se pudrirán,
lo que ganaron sus manos se irá con ellas.

La Sabiduría

20 Dichoso el hombre que piensa en la Sabiduría
y pretende la Prudencia,
21 el que presta atención a sus caminos
y se fija en sus sendas;
22 sale tras ella a espiarla
y acecha junto a su portal,
23 mira por sus ventanas
y escucha a su puerta,
24 acampa junto a su casa
y clava sus estacas junto a su pared,
25 pone su tienda junto a ella

a Sentido dudoso.

y se acomoda como un buen vecino,
26 pone nido en su ramaje
y mora entre su fronda,
27 se protege del bochorno a su sombra
y habita en su morada.

15 El que teme al Señor obrará así,
observando la Ley alcanzará la sabiduría.
2 Ella le saldrá al encuentro como una madre
y lo recibirá como la esposa de la juventud;
3 lo alimentará con pan de sensatez
y le dará a beber agua de prudencia;
4 apoyado en ella no vacilará
y confiado en ella no fracasará;
5 lo ensalzará sobre sus compañeros
para que abra la boca en la asamblea;
6 alcanzará gozo y alegría,
le dará un nombre perdurable.
7 No la alcanzan los hombres falsos
ni la verán los arrogantes,
8 se queda lejos de los cínicos
y los embusteros no se acuerdan de ella;
9 su alabanza desdice en boca del malvado,
porque no se la otorga Dios;
10 la boca del sabio la pronuncia
y el que la posee la enseña.

Origen del pecado

11 No digas: «Mi pecado viene de Dios»,
porque él no hace lo que odia;
12 no digas: «El me ha extraviado»,
porque no necesita de hombres inicuos;
13 el Señor aborrece la maldad y la blasfemia,
los que temen a Dios no caen en ella.
14 El Señor creó al hombre al principio
y lo entregó en poder de su albedrío;
15 si quieres, guardarás sus mandatos,
porque es prudencia cumplir su voluntad;
16 ante ti están puestos fuego y agua:
echa mano a lo que quieras;
17 delante del hombre están muerte y vida:
le darán lo que él escoja.
18 Es inmensa la sabiduría del Señor,
es grande su poder y lo ve todo;
19 los ojos de Dios ven las acciones,
él conoce todas las obras del hombre;
20 no mandó pecar al hombre,
ni deja impunes a los mentirosos.

Dios castiga

16 No desees hijos guapos y sin provecho
ni te alegres de hijos que sean malvados;
2 aunque prosperen, no goces con ellos
si no tienen temor del Señor;
3 no esperes que vivan mucho ni confíes en su desenlace,
porque no tendrán buena descendencia;
pues vale más uno cumplidor del deber que mil,
y mejor es morir estéril que tener sucesores de conducta arrogante.
4 Uno solo y estéril, si teme al Señor, puebla una ciudad;
una turba de bandidos la deja desierta.
5 Muchas cosas de ese género han visto mis ojos
y muchas más ha escuchado mi oído.
6 Por culpa de los malvados se encendió el fuego
y ardió la cólera contra un pueblo impío;
7 no perdonó a los gigantes de antaño,
que se rebelaron con su fuerza;
8 no perdonó a los vecinos de Lot
que se pervirtieron por su arrogancia;
9 no perdonó al pueblo proscrito,
que fue desposeído por sus crímenes,
10 ni a los seiscientos mil soldados
que fueron aniquilados por su arrogancia.
11 Y aunque no haya más que uno de dura cerviz,
si escapa impune, será por milagro.
Porque él tiene compasión y cólera, absuelve y perdona,
pero descarga su ira sobre los malvados;
12 tan grande como su compasión es su escarmiento,
y juzga a cada uno según sus obras.
13 No deja escapar al malvado con su presa
ni deja sin cumplir los deseos del justo.
14 El que hace limosna tendrá recompensa,
cada uno recibirá según sus obras.
15 El Señor endureció el corazón del Faraón
—que no lo quiso reconocer—
para manifestar sus obras bajo el cielo.
16 Todas las criaturas conocen su compasión,
su luz y su alabanza son la porción de los hombres.

Dios ve

17 No digas: «Me esconderé de Dios,
¿quién se acordará de mí en lo alto?
Entre tanta gente no me distinguirán,
¿quién soy yo en la anchura del mundo?».
18 Mira: los cielos, el último cielo,
la tierra y el abismo se ponen en pie
y tiemblan cuando él baja hasta ellos;
19 las raíces de los montes, los cimientos del orbe
se echan a temblar cuando los mira Dios.

20 «En mí no se fijará
ni hará caso de mi conducta;
21 si peco, nadie me verá;
si miento a escondidas, ¿quién se enterará?
22 ¿Quién le informa de una buena acción,
qué puedo esperar de cumplir mi deber?».
23 Gente falta de juicio piensa así,
el hombre engañado razona de ese modo.

Dios creador

24 Escuchadme y aprended sabiduría,
prestad atención a mis palabras,
25 voy a exponer con ponderación mi pensamiento
y con modestia mi doctrina.
26 Cuando al principio creó Dios sus obras
y las hizo existir, les asignó sus funciones;
27 determinó para siempre su actividad
y sus dominios por todas las edades;
no desfallecen ni se cansan ni faltan a su obligación.
28 Ninguna estorba a su compañera,
nunca desobedecen las órdenes de Dios.
29 Después el Señor se fijó en la tierra
y la colmó de sus bienes;
30 cubrió su faz con toda clase de vivientes,
que han de volver a ella.

17 El Señor formó al hombre de tierra
y le hizo volver de nuevo a ella;
2 le concedió un plazo de días contados
y le dio dominio sobre la tierra;
3 lo revistió de un poder como el suyo
y lo hizo a su propia imagen;
4 impuso su temor a todo viviente,
para que dominara a bestias y aves [a].
6 Les formó boca y lengua y ojos
y oídos y mente para entender;
7 los colmó de inteligencia y sabiduría
y les enseñó el bien y el mal;
8 les mostró sus maravillas,
para que se fijaran en ellas,
10 para que alaben el santo nombre
y cuenten sus grandes hazañas.
11 Les concedió inteligencia
y en herencia una Ley que da vida;
12 hizo con ellos alianza eterna
enseñándoles sus mandamientos.

a Un autor griego añade aquí: Recibió el uso de cinco obras del Señor; como sexto don les regaló la inteligencia, y como séptimo, el lenguaje, que interpreta las obras del Señor.

13 Sus ojos vieron la grandeza de su gloria
y sus oídos oyeron la majestad de su voz.
14 Les ordenó abstenerse de toda idolatría
y les dio preceptos acerca del prójimo.

Dios retribuye

15 Sus caminos están siempre en su presencia,
no se ocultan a sus ojos.
16 (Sus caminos desde la niñez se inclinan al mal,
no son capaces de transformar
en corazones de carne los de piedra).
(Cuando dividió sobre la tierra las naciones)
17 puso un jefe sobre cada nación, pero Israel es la porción del Señor.
18 (Por ser su primogénito lo educa
y porque le dio la luz de su amor no lo abandona).
19 Todas sus obras están ante él como el sol,
sus ojos observan siempre sus caminos;
20 no se le ocultan sus injusticias,
todos sus pecados están a su vista.
21 (El Señor, que es bueno y conoce a su criatura,
no los rechaza ni abandona, sino que los perdona).
22 El Señor guarda, como sello suyo, la limosna del hombre,
y su caridad, como la niña del ojo.
23 Después se levantará para retribuirlas
y hará recaer sobre ellos lo que merecen.

Arrepentimiento

24 A los que se arrepienten los deja volver
y reanima a los que pierden la paciencia.
25 Vuelve al Señor, abandona el pecado,
suplica en su presencia y disminuye tus faltas;
26 retorna al Altísimo, aléjate de la injusticia
y detesta de corazón la idolatría.
27 En el Abismo, ¿quién alaba al Señor
como los vivos que le dan gracias?
28 el muerto como si no existiera deja de alabarlo,
el que está vivo y sano alaba al Señor.
29 ¡Qué grande es la misericordia del Señor
y su perdón para los que vuelven a él!

Dios comprende y perdona

30 El hombre no es como Dios,
pues ningún hijo de Adán es inmortal;
31 ¿qué hay más brillante que el sol?
—pues también tiene eclipses—
(carne y sangre maquinan el mal).

32 Dios pasa revista al ejército celeste,
cuanto más a los hombres de polvo y ceniza.

18 El que vive eternamente creó el universo:
2 el Señor es el único sin tacha, y no hay otro fuera de él.
3 Dirige el universo con la palma de la mano,
y todos cumplen su voluntad;
es rey universal y poderoso
que separa lo santo de lo profano.
4 Nadie es capaz de contar sus obras,
¿quién rastreará sus grandezas?
5 ¿Quién podrá medir su grandeza
y quien contará sus favores?
6 No es posible aumentar ni disminuir
ni se pueden rastrear sus maravillas;
7 cuando el hombre termina, está empezando,
y cuando se detiene, queda estupefacto.
8 ¿Qué es el hombre, para qué sirve,
cuál es su bondad y su maldad?
9 Los días del hombre son contados,
y es mucho si llega a cien años;
10 una gota del mar, un grano de arena:
eso son mil años comparados con el día eterno.
11 Por eso el Señor tiene paciencia con ellos
y derrama sobre ellos su compasión.
12 Pues sabe muy bien que están inclinados al mal,
y por eso abunda su perdón.
13 El hombre se compadece de su prójimo;
el Señor, de todos los vivientes;
avisa, y educa, y enseña, y guía como pastor a su rebaño.
14 Se compadece de los que reciben la corrección
y de los que se esfuerzan por cumplir sus mandamientos.

Dar con amor

15 Hijo mío, cuando haces un favor, no reprendas
ni ofendas con las palabras cuando haces limosna:
16 el rocío alivia el bochorno
y la palabra vale más que el don;
17 ¿no vale la palabra más que el don
cuando proceden de un hombre caritativo?
18 El necio insulta sin caridad,
un don de mala gana hace llorar.

Prevenirse

19 Antes de hablar, aprende;
antes de caer enfermo, busca remedio;
20 antes de ser juzgado, examínate,
y a la hora de la cuenta te perdonarán;
21 antes de caer enfermo, humíllate,
y cuando peques, muestra arrepentimiento.

22 Nada te impida cumplir pronto un voto,
no esperes hasta la muerte para cumplirlo.
23 Antes de rezar, prepárate,
no imites a los que tientan al Señor.
24 Acuérdate del día final de la cólera, del momento de la venganza,
cuando ocultará su rostro.
25 Cuando estás harto, acuérdate del hambre,
y cuando seas rico, de la pobreza e indigencia;
26 de la noche a la mañana cambia la situación:
ante el Señor todo pasa aprisa.
27 Un hombre sabio siempre está prevenido;
cuando tienta el pecado, se abstiene de obrar mal.
28 Un hombre inteligente conoce la sabiduría
y alaba al que la alcanza.
29 Los que saben hablar también se hacen sabios
y pronuncian proverbios acertados.

Dominarse

30 Hijo mío, no sigas tus caprichos,
refrena tus deseos;
31 si cedes al placer de tus deseos,
te harás el hazmerreír de tus enemigos.
32 No le tomes gusto al lujo,
porque sus gastos te harán pobre.
33 No seas glotón y bebedor
cuando tienes la bolsa vacía.

19 Quien se da a la bebida, no se hará rico;
quien desprecia lo pequeño, se irá arruinando.
2 Vino y mujeres extravían a hombres inteligentes,
el que anda con prostitutas se vuelve descarado;
3 podre y gusanos se apoderarán de él,
y su descaro será aniquilado.

Callar y hablar

4 El que se fía a la primera, no tiene seso;
el que peca, se perjudica a sí mismo.
5 El que goza pensando mal, será condenado;
el que resiste a los placeres, corona su vida.
6 El que domina la lengua, vivirá sin peleas;
el que detesta la murmuración, sufrirá pocos males.
7 No repitas una murmuración
y no quedarás malparado;
8 no se lo cuentes ni a amigo ni a enemigo,
y no lo descubras, a no ser que incurras en pecado.
9 Alguien te ha oído, se guarda de ti,
y un día te odiará.
10 ¿Has oído algo? Muera dentro de ti;
aguanta, que no reventarás.

11 Tal noticia pone en trance al necio,
como la criatura a la parturienta;
12 flecha clavada en el muslo
es la noticia en las entrañas del necio.
13 Pregunta a tu amigo: a lo mejor no lo ha hecho,
y si ha hecho algo, para que no lo repita;
14 pregunta al prójimo: a lo mejor no lo ha dicho,
y si lo ha dicho, para que no lo repita;
15 pregunta al amigo: muchas veces es calumnia,
no te fíes de cualquier palabra.
16 Hay quien resbala sin querer,
¿quién no ha pecado con la lengua?;
17 pregunta al prójimo antes de reprenderlo
y deja lugar a la ley del Altísimo [a].

Sabiduría y temor de Dios

20 El temor del Señor es síntesis de la sabiduría,
cumplir su Ley es toda la sabiduría.
22 No es sabiduría ser experto en maldad,
no es prudencia la deliberación de los malvados.
23 Hay una astucia que resulta detestable
y hay insensatos que carecen de sabiduría.
24 Más vale el de pocos alcances que teme al Señor
que el muy inteligente que quebranta la Ley.
25 Hay una astucia exacta y a la vez injusta,
hay quien es sagaz para aparentar rectitud;
26 hay quien anda encorvado y compungido
mientras dentro está lleno de engaños:
27 se hace el ciego, se hace el sordo,
y cuando no lo piensas te echa la zancadilla,
28 y si le falta fuerza para hacerte daño,
cuando encuentre una ocasión te perjudicará.
29 Al hombre se le conoce por la figura,
al sensato lo reconoces al encontrarlo;
30 la manera de vestir, de reír, de caminar
manifiestan el carácter de un hombre.

20 Hay reprensiones inoportunas
y hay quien calla por prudencia;
2 nada sacas de reprender al insolente;
3 quien confiesa la culpa se libra de la desgracia.
4 Un eunuco que suspira por abrazar una muchacha
es el que hace justicia con la fuerza.
5 Hay quien calla y pasa por sabio,
hay quien se hace antipático por su mucho charlar;
6 hay quien calla porque no tiene respuesta

a Algunos códices griegos añaden estos dos versos: «El temor del Señor es el comienzo de su favor, la sabiduría consigue su amor; los mandamientos del Señor son doctrina de vida, los que cumplen su voluntad cogen frutos del árbol de la inmortalidad».

y hay quien calla porque espera su momento;
7 el sabio calla hasta el momento oportuno,
el necio no aguarda la oportunidad.
8 El que habla mucho se hace odioso,
al que se arroga autoridad se le detesta.
9 Hay desgracias que acaban bien
y hay ganancias que arruinan;
10 hay regalos que no te aprovechan
y hay regalos que se pagan el doble;
11 hay honores que traen humillaciones
y hay quien por la desgracia levantó cabeza;
12 hay quien compra mucho a poco precio
y después lo paga siete veces más.
13 El sabio, con pocas palabras, se hace simpático,
el necio malgasta su cortesía.
14 El regalo del necio no te aprovecha
porque lo mira con siete ojos;
15 regala poco, critica mucho, abriendo la boca como pregonero;
hoy presta, mañana reclama: ¡qué hombre tan odioso!
16 Dice el necio: «No tengo amigos,
no hay quien agradezca mis favores;
17 los que comen mi pan son malas lenguas,
¡cuántos y cuántas veces se burlan de mí!».
18 Más vale resbalar en el suelo que en la lengua;
la caída de los malvados se precipita.
19 Hombre antipático es como cuento inoportuno
que no se cae de la boca de los necios.
20 Proverbio dicho por un necio se rechaza,
porque no sabe decirlo a tiempo.
21 Hay quien por pobreza no puede pecar
y descansa sin remordimientos.
22 Hay quien se destruye a sí mismo por timidez
y hay quien se destruye por falsos respetos.
23 Hay quien promete a un amigo por timidez
y lo convierte en enemigo sin necesidad.

Mentira

24 La mentira es una infamia para el hombre,
no se cae de la boca de los necios;
25 mejor es el ladrón que el embustero:
los dos heredarán la perdición;
26 el mentiroso vive deshonrado
y siempre lo acompaña su afrenta.

El sabio

27 El que habla bien se abre camino,
el prudente agrada a los nobles;
28 el que cultiva la tierra recoge su cosecha,
al que agrada a los nobles le perdonan las culpas.

29 Regalos y favores ciegan al sabio,
son un bozal que impide la reprensión.
30 Sabiduría escondida y tesoro oculto,
¿para qué valen?
31 Mejor es el que oculta su locura
que el que oculta su sabiduría.

Pecado: consecuencias y remedio

21 Hijo mío, ¿has pecado? No lo repitas,
sino reza por los pecados pasados;
2 huye del pecado como de la culebra: si te acercas, te morderá;
sus dientes son dientes de león que destrozan vidas humanas.
3 La injusticia es espada de dos filos
y su herida es incurable;
4 crueldad y arrogancia destruyen la hacienda,
la casa del soberbio quedará desierta;
5 el Señor escucha la súplica del pobre
y le hace justicia inmediatamente.
6 El que odia la corrección va detrás del pecador,
el que teme al Señor se arrepiente de corazón.
7 Al fanfarrón se le conoce desde lejos,
el sensato reconoce sus deslices.
8 El que construye su casa con dinero ajeno
recoge piedras para su mausoleo.
9 Una banda de malhechores es un haz de estopa
que termina en una llamarada.
10 El camino de los malvados es de piedras lisas,
pero desemboca en lo hondo del abismo.
11 El que guarda la Ley domina sus pensamientos,
el temor del Señor es la perfección de la sabiduría.

Necio y sabio

12 El que no es habilidoso no aprende,
pero hay una habilidad que produce amargura;
13 el saber del sabio es riada que crece,
su consejo es fuente de vida;
14 la mente del necio es vasija rota
que no retiene ningún conocimiento.
15 Cuando el inteligente oye una palabra sabia, la alaba y añade otra;
la oye el imbécil, y se burla y se la echa a la espalda.
16 La explicación del necio es fardo en el viaje,
los labios del prudente saben agradar;
17 la asamblea solicita el discurso del prudente
y reflexiona sobre sus palabras.
18 La sabiduría es prisión para el necio,
la prudencia es cárcel para el insensato;
19 la instrucción es para el necio como grillos a los pies,
como argolla en el brazo derecho;

21 la instrucción es para el inteligente joya de oro,
brazalete en el brazo derecho.
20 El necio ríe sonoramente,
el cauto apenas sonríe;
22 el pie del necio se precipita en la casa,
el hombre de experiencia se detiene con respeto;
23 el necio fisga la casa desde la puerta,
el bien educado se queda fuera;
24 es mala educación escuchar a la puerta,
el sensato se moriría de vergüenza.
25 Los insolentes hablan con insistencia,
el prudente pesa sus palabras en la balanza;
26 el necio tiene la mente en los labios,
el sabio tiene los labios en la mente.
27 Cuando el impío maldice a Satanás,
se maldice a sí mismo;
28 el que murmura se denigra a sí mismo,
y lo detestan en la vecindad.

22 El holgazán se parece a una piedra ensuciada:
la gente silba al ver su indignidad;
2 el holgazán se parece a una boñiga:
el que la coge, sacude la mano.

Educación de los hijos

3 ¡Qué desgracia ser padre de un hijo malcriado!,
y si es hija, no es menor desgracia.
4 Hija prudente enriquece al marido,
hija infamada es desgracia de sus padres;
5 la de malas costumbres afrenta a padre y marido,
y es despreciada de los dos.
6 Historia a destiempo es música en duelo,
pero corrección y látigo siempre enseñan.

El necio

9 Es pegar cascotes enseñar a un necio,
o despertar a uno de un profundo sueño;
10 el que da explicaciones a un necio se las da a un borracho;
al final le responde: ¿de qué se trata?
11 Llora al muerto porque le falta la luz,
llora al necio porque le falta el sentido;
aunque mejor es llorar al muerto, que ya descansa,
pues la vida del necio es peor que la muerte;
12 el luto de un muerto dura siete días;
el de un necio o impío, toda la vida.
13 No hables mucho con el insensato ni vayas con el ignorante;
guárdate de él, no sea que tropieces o te salpique cuando se sacude;
apártate de él y estarás tranquilo y no te irritará su locura.

14 ¿Qué hay más pesado que el plomo? ¿Cómo se llama?
Necio.
15 Arena, sal, una bola de hierro
se soportan mejor que un insensato.

Ponderación

16 Casa trabada con vigas de madera no se deshará en el terremoto;
decisión apoyada en consejo ponderado no temerá en el peligro.
17 Decisión asentada en reflexión prudente
es como estuco en pared bien lisa;
18 valla expuesta en una altura no resistirá al viento,
decisión cobarde de un plan insensato
no resistirá ninguna amenaza.

Amistad

19 Quien hiere el ojo saca lágrimas,
quien hiere un corazón revela sus sentimientos;
20 quien tira piedras a los pájaros los espanta,
quien critica a un amigo destruye la amistad.
21 Aunque hayas empuñado la espada contra el amigo,
no pierdas la esperanza, que aún hay remedio;
22 aunque hayas abierto la boca contra el amigo,
no temas, puedes reconciliarte;
en cambio, insultos, arrogancia, descubrir secretos
y golpes a traición ahuyentan al amigo.
23 Gánate la confianza del prójimo mientras es pobre,
y gozarás con él de su prosperidad;
durante la tribulación hazle compañía,
y repartirás la herencia con él.
24 Antes de prender, el horno echa vapor y humo;
antes de la sangre ha habido insultos.
25 No me avergüenzo de saludar a un amigo
ni me escondo de su vista;
26 si algún mal me sucede por su culpa,
el que se entere se guardará de él.

Oración por el dominio propio

27 ¡Quién pusiera un centinela en mi boca
y un cerrojo de prudencia en mis labios
para no caer por su causa, para que no me pierda la lengua!

23 Señor, Padre y Dueño de mi vida,
no me dejes caer por su culpa.
2 ¡Quién pusiera un cómitre sobre mis pensamientos
y un sabio instructor en mi mente
que no perdonase mis ignorancias ni disimulase mis pecados!
3 Para que no aumenten mis ignorancias

ni se multipliquen mis pecados;
para que no caiga ante mis adversarios
ni se alegre el enemigo de mi ruina.
4 Señor, Padre y Dueño de mi vida,
1b no me entregues a su capricho;
4b no permitas que mis ojos sean soberbios,
5 aparta de mí los malos deseos;
6 gula y lujuria no se apoderen de mí,
no me entregues a pasión vergonzosa.

Sobre el hablar

7 Hijos, escuchad mi instrucción sobre el hablar:
el que la guarda no quedará cogido.
8 El pecador se enreda en sus propios labios,
el arrogante e injurioso tropieza en ellos.
9 No te acostumbres a pronunciar juramentos
ni pronuncies a la ligera el nombre santo.
10 Como el siervo sometido a interrogatorio
no saldrá sin cardenales,
así el que jura por el nombre continuamente
no quedará limpio de pecado.
11 El que mucho jura se llena de maldad,
y el látigo no se apartará de su casa;
si se equivoca, incurre en pecado;
si no cumple, peca el doble;
si jura en falso no será absuelto,
y su casa estará llena de calamidades.
12 Hay palabras que merecen la muerte:
¡que no existan en la heredad de Israel!
Los hombres religiosos están lejos de tales cosas
y no se revuelcan en pecados.
13 No acostumbres tu boca a mal hablar,
porque será causa de pecado;
14 acuérdate de tu padre y tu madre
cuando te sientes entre los nobles:
no sea que te descuides en su presencia
y eches una mancha en tu educación;
desearás no haber nacido
y maldecirás el día en que viste la luz.
15 El que se acostumbra a insultar
no aprenderá en toda la vida.

Pasión sexual

16 Dos clases de hombres multiplican pecados
y una tercera provoca la cólera de Dios:
17 el sensual que arde como fuego,
no se apagará hasta consumirse;
el que fornica con una pariente,

no acabará hasta consumirse;
el lujurioso que encuentra dulce cualquier pan,
no parará hasta que el fuego lo consuma.
18 El que es infiel al lecho matrimonial
diciéndose: «¿Quién me ve?,
la oscuridad me rodea, las paredes me encubren,
nadie me ve, ¿por qué temer?,
el Altísimo no tendrá en cuenta mis pecados»
19 sólo teme la mirada de los hombres
y no sabe que los ojos del Altísimo
son mil veces más brillantes que el sol
y contemplan todos los caminos de los hombres
y penetran hasta lo más escondido.
20 Antes de crear el universo, ya los conocía,
y lo mismo después de terminar.
21 Pues cuando menos lo piense, será arrestado
y será paseado en pública vergüenza.
22 Lo mismo la mujer que abandona al marido
y engendra un heredero de un extraño:
23 en primer lugar, desobedece la ley del Altísimo;
en segundo lugar, ofende a su marido;
en tercer lugar, se prostituye con adulterio
y engendra hijos de un extraño.
24 Habrá de comparecer ante la asamblea,
y el castigo recaerá sobre sus hijos;
25 sus hijos no echarán raíces
y sus vástagos no darán fruto;
26 su memoria será maldecida
y su infamia no se borrará.
27 Los restantes reconocerán
que nada hay más importante que temer al Señor
ni más dulce que guardar sus mandamientos.

SEGUNDA PARTE

Himno de la Sabiduría

24 La sabiduría se alaba a sí misma,
se gloría en medio de su pueblo,
2 abre la boca en la asamblea de Dios
y se gloría delante de sus potestades:
3 Yo salí de la boca del Altísimo
y como niebla cubrí la tierra;
4 habité en el cielo
con mi trono sobre columna de nubes;
5 yo sola rodeé el arco del cielo
y paseé por la hondura del abismo;
6 regí las olas del mar y los continentes
y todos los pueblos y naciones.
7 Por todas partes busqué descanso
y una heredad donde habitar.
8 Entonces el creador del universo me ordenó,
el creador estableció mi morada:
Habita en Jacob, sea Israel tu heredad.
9 Desde el principio, antes de los siglos me creó,
y no cesaré jamás.
10 En la santa morada, en su presencia ofrecí culto
y en Sión me establecí;
11 en la ciudad escogida me hizo descansar,
en Jerusalén reside mi poder.
12 Eché raíces entre un pueblo glorioso,
en la porción del Señor, en su heredad.
13 Crecí como cedro del Líbano
y como ciprés del monte Hermón,
14 crecí como palmera de Engadí y como rosal de Jericó,
como olivo crecí en la pradera y como plátano junto al agua.
15 Perfumé como cinamomo y espliego
y di aroma como mirra exquisita,
como incienso y ámbar y bálsamo,
como perfume de incienso en el santuario.
16 Como terebinto extendí mis raíces,
un ramaje bello y frondoso;
17 como vid hermosa retoñé:
mis flores y frutos son bellos y abundantes.
18 Venid a mí los que me amáis,
y saciaos de mis frutos;
20 mi nombre es más dulce que la miel,
y mi herencia mejor que los panales.
21 El que me come tendrá más hambre,
el que me bebe tendrá más sed;
22 el que me escucha no fracasará,
el que me pone en práctica no pecará.
23 Todo esto es el libro de la alianza del Altísimo,
la Ley que nos dio Moisés
como herencia para la comunidad de Jacob.

24 Rebosa sabiduría como el Pisón
y como el Tigris en primavera,
26 va llena de inteligencia como el Eufrates
y como el Jordán durante la cosecha,
27 ofrece enseñanza como el Nilo
y como el Guijón durante la vendimia.
28 El primero no acabará de comprenderla
y el último no podrá rastrearla,
29 pues su pensamiento está más lleno que el mar
y su consejo más que el océano.
30 Yo salí como canal de un río
y como acequia que riega un jardín;
31 dije: Regaré mi huerto y empaparé mis arriates,
pero el canal se me hizo un río y el río se me hizo un lago.
32 Haré brillar mi enseñanza como la aurora
para que ilumine las distancias;
33 derramaré doctrina como profecía
y la legaré a las futuras generaciones.
34 Mirad que no he trabajado para mí solo,
sino para todos los que la buscan.

25 En tres cosas se complace mi alma
que agradan a Dios y a los hombres:
concordia de hermanos, amor del prójimo,
mujer y marido que se llevan bien.
2 Tres cosas detesta mi alma y su conducta me resulta insoportable:
pobre soberbio, rico tacaño y viejo verde falto de seso.

Vejez

3 En la juventud no has hecho acopio,
¿cómo quieres encontrar en la vejez?
4 ¡Qué bien sienta a las canas el juicio
y a los ancianos saber aconsejar!
5 ¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría,
el consejo y la prudencia a hombres venerables!
6 La experiencia es corona de los ancianos,
y su orgullo es el temor del Señor.

Diez bienaventuranzas

7 Mi corazón guarda nueve bienaventuranzas
y mi boca proclamará la décima:
Dichoso el que se alegra con sus hijos,
el que no tiene que servir a un inferior;
8 dichoso el marido de mujer sensata,
el que no tiene que arar con buey y asno;
dichoso el que vive para ver la derrota de sus rivales,
y el que no resbala con la lengua;
9 dichoso el que encuentra un amigo,
y el que no habla a oídos sordos;

10 grande es el que alcanza sabiduría,
y nadie como el que teme al Señor;
11 el temor del Señor lo supera todo,
el que lo posee es incomparable.

La mujer malvada

13 Ninguna herida como la del corazón,
ninguna maldad como la de la mujer,
14 ninguna pelea como la de las rivales,
ninguna venganza como la de las émulas;
15 no hay veneno como el de la serpiente
ni hay cólera como la de la mujer;
16 más vale vivir con leones y dragones
que vivir con mujer pendenciera.
17 La mujer iracunda deforma su aspecto
y pone cara hostil como de osa;
18 cuando su marido se sienta con los compañeros,
suspira sin poderse contener.
19 Pocas maldades como la de la mujer;
que le toque en suerte un pecador;
20 cuesta de arena para pie anciano
es mujer charlatana para marido paciente.
21 No tropieces por la belleza de una mujer
ni te dejes cazar por sus riquezas:
22 es una infamia y una vergüenza
que la mujer sustente al marido.
23 Corazón abatido, rostro sombrío,
pena del alma es la mujer malvada;
brazos débiles, rodillas vacilantes,
cuando la mujer no hace feliz al marido.
24 Por una mujer comenzó la culpa,
y por ella morimos todos.
25 No abras las compuertas al agua
ni des confianza a mujer malvada;
26 y si no quiere someterse a ti,
córtala de tu propia carne.

La mujer buena

26 Dichoso el marido de una mujer buena:
se doblarán los años de su vida.
2 La mujer hacendosa hace prosperar al marido,
él cumplirá sus días en paz.
3 Mujer buena es buen partido
que recibe el que teme al Señor:
4 sea rico o pobre, estará contento
y tendrá cara alegre en toda sazón.

La mujer malvada

5 Tres cosas teme mi corazón
y una cuarta me asusta:
calumnia de la ciudad, motín popular,
acusación falsa, son peores que la muerte.
6 Mujer que envidia a otra es pena y dolor de corazón.
(Lengua mordaz es común a los cuatro).
7 Mujer malvada es yugo que da sacudidas,
el que se la lleva agarra un alacrán.
8 Mujer borracha es grave molestia,
y no puede ocultar su infamia.
9 Mujer adúltera tiene ojos engreídos,
y se la conoce en los párpados.
10 Vigila bien a la moza impúdica,
para que no aproveche la ocasión de fornicar;
11 guárdate de sus ojos impudentes,
y no te extrañe que te ofenda.
12 Porque abre la boca como viajero sediento
y bebe de cualquier fuente a mano;
se sienta frente a cualquier estaca
y abre la aljaba a cualquier flecha.

La mujer buena

13 Mujer hermosa deleita al marido,
mujer prudente lo robustece;
14 mujer discreta es don del Señor:
no se paga un ánimo instruido;
15 mujer modesta duplica su encanto:
no hay belleza que pague un ánimo casto.
16 El sol brilla en el cielo del Señor,
la mujer bella en su casa bien arreglada;
17 lámpara que luce en candelabro sagrado
es un rostro hermoso sobre un tipo esbelto;
18 columnas de oro sobre plintos de plata
son piernas firmes sobre pies hermosos.

Exhortación

19 Hijo mío, conserva sana la flor de tu juventud
y no des tu vigor a extranjeras;
20 busca un buen lote por todo el país
y siembra tu semilla, fiel a tu estirpe;
21 así durarán tus frutos
y madurarán con la firmeza de tu estirpe.
22 Mujer que se vende vale un comino,
la casada es torre de la muerte para los que la gozan;
23 mujer irreligiosa tocará en suerte al inicuo,
mujer religiosa al que teme al Señor;

24 mujer desvergonzada se dedica a la infamia,
joven pudorosa se cohíbe incluso ante el marido;
25 la mujer impúdica es una perra,
mujer pudorosa teme al Señor;
26 mujer que respeta al marido es tenida por sensata,
la que lo desprecia con arrogancia es tenida por irreligiosa.
27 Mujer chillona y charlatana
es corneta que toca a zafarrancho.
(El ánimo humano es igual en todos,
en la confusión de la guerra se prueba el valor)[a].
28 Dos cosas me entristecen y una tercera me da rabia:
rico caído en la indigencia, hombre famoso caído en olvido,
hombre honrado convertido en pecador:
el Señor lo entrega a la espada.

Mercader

29 Difícilmente se libra de injusticia el mercader,
el comerciante no quedará libre de pecado.

27 Muchos pecaron por una minucia,
quien pretende enriquecerse se hace el ciego;
2 una estaca se clava entre dos piedras ajustadas,
entre comprador y vendedor queda cogido el pecado.
3 Si uno no es firme y diligente en temer al Señor,
muy pronto se arruinará su casa.

Conocer a los hombres

4 Se agita la criba y queda el desecho,
así el desperdicio del hombre cuando es examinado;
5 el horno prueba la vasija del alfarero,
el hombre se prueba en su razonar;
6 el fruto muestra el cultivo de un árbol;
la palabra, la mentalidad del hombre;
7 no alabes a nadie antes de que razone,
porque ésa es la prueba del hombre.

Bien hablar

8 Si buscas la sinceridad, la alcanzarás
y te la vestirás como traje de gala.
9 Cada pájaro anida con los de su especie,
y la verdad con el veraz;
10 el león acecha la presa
y el pecado al malhechor.
11 El hombre religioso habla siempre sabiamente,
el necio muda como la luna.

a Sentido dudoso.

12 Entre necios mide tu tiempo,
entre sabios detente;
13 la conversación de los necios es indignante
y su risa es derroche de pecado;
14 la conversación del malhablado horripila;
cuando riñe hay que taparse los oídos;
15 riña de arrogantes es como derramar sangre,
es penoso escuchar sus insultos.

Guardar secretos

16 El que descubre secretos destruye la confianza
y no encontrará amigo íntimo·
17 ama a tu amigo y confíate a él,
pero si revelas su secreto no vayas en su busca;
18 como uno destruye a su enemigo,
así has destruido la amistad de tu prójimo;
19 has soltado un pájaro de la mano,
has soltado a tu prójimo y no lo cazarás;
20 no lo persigas, pues se ha alejado,
ha escapado como cierva de la red;
21 se puede vendar una herida, se puede remediar un insulto;
el que revela un secreto no tiene esperanza.

Falso amigo

22 El que guiña el ojo trama algo malo,
y nadie lo apartará de ello;
23 en tu presencia su boca es melosa, admira tus palabras;
después cambia de lenguaje y procura cogerte en tus palabras.
24 Muchas cosas detesto, pero ninguna como a él,
porque el Señor mismo lo detesta.

Quien la hace la paga

25 Tira una piedra a lo alto y te caerá en la cabeza:
un golpe a traición reparte heridas;
26 el que cava una fosa caerá en ella,
el que tiende una red quedará cogido en ella;
27 al que hace el mal se le volverá contra él,
aunque no sepa de dónde le viene.
28 Burlas e insultos le tocarán al insolente,
pues la venganza lo acecha como un león.
29 Los que se alegran de la caída de los buenos
se consumirán de pena antes de morir.

Venganza

30 Furor y cólera son odiosos:
el pecador los posee.

28 Del vengativo se vengará el Señor
y llevará estrecha cuenta de sus culpas.
2 Perdona la ofensa a tu prójimo,
y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas.
3 ¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro
y pedir la salud al Señor?
4 No tiene compasión de su semejante,
¿y pide perdón de sus pecados?
5 Si él, que es carne, conserva la ira,
¿quién expiará por sus pecados?
6 Piensa en tu fin y cesa en tu enojo,
en la muerte y corrupción, y guarda los mandamientos.
7 Recuerda los mandamientos y no te enojes con tu prójimo,
la alianza del Señor, y perdona el error.
8 Huye de riñas y disminuirás los pecados,
el iracundo enciende la riña;
9 el pecador provoca a los amigos
y siembra discordia entre bien avenidos.
10 Cuanta más leña, más arde el fuego;
cuanta más terquedad, más arde la riña;
cuanta más fuerza, mayor es la cólera;
cuanta más riqueza, más crece la ira.
11 Una centella provoca un incendio,
riña acalorada derrama sangre;
12 si soplas la chispa, la atizarás;
si escupes en ella, la apagarás.

Calumnia

13 Maldice al murmurador y al doblado,
pues ha destruido muchas amistades;
14 lengua entrometida inquieta a muchos
y los hace huir de pueblo en pueblo,
destruye plazas fuertes
y derriba palacios de nobles;
15 lengua entrometida expulsa a mujeres capaces
y las priva del fruto de sus fatigas;
16 el que le hace caso no tendrá paz
ni podrá vivir tranquilo;
17 golpe de látigo deja un cardenal,
golpe de lengua rompe los huesos;
18 muchos cayeron a filo de espada,
pero no tantos como las víctimas de la lengua;
19 dichoso el que se protege de ella y no es víctima de su furor,
el que no arrastra su yugo ni se enreda en sus cadenas;
20 pues su yugo es de hierro
y sus cadenas de bronce;
21 la muerte que causa es terrible,
se está mejor en el Abismo.
22 Pero no podrá dominar a los buenos,
que no se quemarán en su fuego;

23 los que abandonan al Señor caerán en él,
prenderá en ellos y no se apagará;
lo soltarán tras ellos como un león,
y los destrozará como una pantera.

Exhortación

24 Rodea tu posesión con seto de espinos,
guarda bien tu oro y tu plata;
25 para las palabras hazte balanza y platillos;
para la boca, puerta y cerrojo.
26 No resbales con la lengua,
y no caerás ante los que te acechan.

Prestar

29 El hombre compasivo presta a su prójimo,
el que le echa una mano guarda el mandamiento.
2 Presta a tu prójimo cuando lo necesita,
y paga pronto lo que debes al prójimo;
3 cumple la palabra y séle fiel,
y en todo momento obtendrás lo que necesitas.
4 Muchos procuraron obtener un préstamo
y perjudicaron al que les prestó:
5 hasta conseguirlo le besan las manos,
ante las riquezas del prójimo humillan la voz;
a la hora de devolver dan largas
y piden una prórroga.
6 Importunando apenas recobrará la mitad,
y lo considerará un hallazgo;
en otro caso se quedará sin dinero
y se habrá echado un enemigo de balde,
que le pagará con maldiciones e insultos,
con injurias, en vez de honor.
7 Muchos se retraen no por maldad,
sino temiendo que los despojen sin razón.
8 Con todo, sé generoso con el pobre,
no le des largas en la limosna;
9 por amor a la Ley recibe al menesteroso,
y en su indigencia no lo despidas de vacío;
10 pierde tu dinero por el hermano y el prójimo,
no lo eches a perder bajo una piedra;
11 invierte tu tesoro según el mandato del Altísimo,
y te producirá más que el oro;
12 guarda limosnas en tu despensa,
y ellas te librarán de todo mal;
13 mejor que escudo resistente o poderosa lanza,
lucharán contra el enemigo a tu favor.

Fianza

14 El hombre bueno sale fiador por su prójimo,
el que no tiene vergüenza lo abandona;
15 no olvides el favor del que fio por ti,
pues se expuso por tu causa;
16 el pecador trastorna la bondad del fiador,
el desagradecido abandona a su salvador;
17 la fianza ha arruinado a muchos ricos
y los ha sacudido como a olas del mar;
18 dejó sin casa a hombres adinerados,
que tuvieron que emigrar al extranjero.
19 El pecador que cayó en fianza por afán de lucro
se enredará en pleitos.
20 Ayuda a tu prójimo según tus posibilidades,
pero ten cuidado de no arruinarte.

En casa ajena

21 Son esenciales para la vida agua y pan y casa
y vestido para cubrir la desnudez.
22 Más vale vida pobre al reparo del propio techo
que banquete en casa ajena;
23 conténtate con lo que tienes, poco o mucho,
y no oirás las burlas de la vecindad.
24 Es vida dura ir de casa en casa,
donde eres forastero no abrirás la boca;
25 recibirás abochornado hospedaje y bebida,
y encima tendrás que oír frases hirientes:
26 «Anda, forastero, prepara la mesa,
dame de comer lo que tengas»;
27 «Vete, forastero, que viene gente importante,
llega mi hermano a hospedarse y necesito la casa».
28 Duro es esto para el hombre sensato:
injurias del casero, burlas del prestamista.

Educación de los hijos

30 El que ama a su hijo lo castiga con frecuencia
para poder alegrarse más tarde;
2 el que educa a su hijo sacará provecho de él,
y estará orgulloso de él ante los conocidos;
3 el que instruye a su hijo da envidia a su enemigo,
y estará satisfecho de él ante los amigos.
4 Fallece el padre, como si no hubiera muerto,
pues ha dejado uno semejante a sí;
5 mientras vive lo ve y se alegra,
cuando va a morir no se entristece;
6 ha dejado quien lo vengue de sus enemigos,
quien agradezca a los amigos.

7 Quien consiente a su hijo tendrá que vendarle las heridas,
a cada grito se le conmoverán las entrañas;
8 caballo no domado sale cerril,
hijo tolerado sale terco;
9 sé blando con tu hijo, y te hará temblar;
sigue sus caprichos, y lo sentirás;
10 no te rías con él, y no llorarás con él,
al final no te dará dentera.
11 No le des autoridad en la juventud
ni disimules sus locuras;
12 dóblale la cerviz mientras es muchacho
y túndele los lomos cuando aún es pequeño;
no se te vuelva terco y se te rebele,
y te acarree disgustos del alma.
13 Corrige a tu hijo, ponle un yugo pesado
para que no levante el cuello contra ti.

Salud

14 Más vale pobre robusto y sano
que rico lleno de achaques;
15 la buena salud la prefiero al oro
y el buen ánimo a los corales;
16 no hay riqueza como un cuerpo robusto
y no hay bienes como un corazón contento.
17 Más vale morir que vivir sin provecho,
y el descanso eterno más que sufrimiento crónico.
18 Manjares ofrecidos a una boca cerrada
son ofrendas de comida sobre una tumba;
19 ¿de qué sirve una ofrenda al ídolo incapaz de comer y de oler?,
lo mismo el que posee riquezas y no puede disfrutar de su fortuna,
20 mira con los ojos y suspira
como eunuco que abraza a una doncella.

Alegría

21 No te dejes vencer por la tristeza
ni abatir por tu propia culpa:
22 alegría de corazón es vida del hombre,
el gozo alarga sus años;
23 consuélate, recobra el ánimo, aleja de ti la pena,
porque a muchos ha matado la tristeza,
y no se gana nada con la pena.
24 Celos y cólera acortan los años,
las preocupaciones aviejan antes de tiempo.
25 Corazón alegre es gran festín
que hace provecho al que lo come.

Riqueza y honradez

31 Las vigilias del rico acaban con su salud,
la preocupación por el sustento aleja el sueño,
2 (la preocupación por el sustento aleja el sueño) [a],
la enfermedad grave no le deja dormir.
3 El rico trabaja por amasar una fortuna,
y descansa acumulando lujos;
4 el pobre trabaja, y le faltan las fuerzas,
y si descansa, pasa necesidad.
5 El que codicia el oro no quedará impune,
el que ama el dinero se extraviará por él.
6 Muchos quedaron empeñados por el oro
y se entramparon por los corales
—pero no los libraron de la desgracia
ni los salvaron el día de la cólera—.
7 Son una trampa para el necio,
el inexperto se enreda en ella.
8 Dichoso el hombre que se conserva íntegro
y no se pervierte por la riqueza.
9 ¿Quién es? Vamos a felicitarlo,
porque ha hecho algo admirable en su pueblo.
10 ¿Quién en la prueba se acreditó?
Tendrá paz y tendrá honor.
¿Quién pudiendo desviarse no se desvió,
pudiendo hacer el mal no lo hizo?
11 Su bondad está confirmada,
y la asamblea contará sus alabanzas.

Invitado

12 Hijo mío, invitado a la mesa de un rico,
no abras la boca diciendo: «Cuántas cosas».
13 Piensa en lo mala que es la envidia y que Dios la aborrece;
Dios nada creó peor que el ojo: por cualquier cosa le toca llorar.
15 Trata a tu vecino con delicadeza
pensando en lo que a ti te desagrada;
14 donde él mira no eches tú la mano,
no tropieces con él en la fuente.
16 Sírvete lo que te pongan delante, no seas glotón, y no quedarás mal;
piensa que tu vecino es como tú y come lo que te pongan.
17 Termina el primero, como pide la educación,
y no rebañes, para que no te desprecien.
18 Si estás entre muchos invitados,
no eches mano antes que el vecino.
19 Al hombre educado le basta poco,
y en la cama no se sofoca;
mientras que el necio sufre dolores,
insomnio, torturas, ahogo, retortijones;

a Parece repetición de copista.

20 estómago que ha digerido tendrá sueño saludable,
por la mañana se levantará bien despierto.
21 Si te sientes cargado de comida,
levántate, vomita, y sentirás alivio.
22 Escucha, hijo mío, no me desaires, y al final me darás la razón:
procede en todo con moderación, y no sufrirás desgracias.
23 Al huésped generoso lo bendicen los labios,
y la fama de su esplendidez es duradera;
24 del huésped tacaño se murmura en la plaza,
y la fama de su mezquindad es duradera.

Vino

25 No te hagas el valiente con el vino,
que a muchos ha tumbado el alcohol.
26 El horno calienta la obra del herrero,
así el vino las riñas de los arrogantes.
27 ¿A quién da vida el vino?
—Al que lo bebe con moderación.
¿Qué vida es cuando falta el vino,
que fue creado al principio para alegrar?
28 Alegría y gozo y euforia es el vino
bebido a su tiempo y con tiento;
29 dolor de cabeza, tartamudez, afrenta
es el vino bebido con pasión e irritación.
30 Mucho licor enreda al necio:
se queda sin fuerzas y lleno de heridas.
31 Mientras se bebe vino no reprendas al vecino,
ni te burles de él cuando está alegre;
no lo afrentes con tus palabras
ni lo humilles delante de los demás.

Banquetes

32 Si te toca presidir un banquete,
no presumas, sé como los demás;
2 ocúpate de ellos antes de sentarte,
mira qué necesitan antes de ocupar tu puesto;
así te alegrarás con la concurrencia
y te darán la corona de la cortesía.
3 Tú, anciano, habla cuando te corresponda,
pero refrena tu talento y no interrumpas el canto;
4 en el momento de brindar no sueltes un discurso,
y aunque no haya música, no exhibas tu sabiduría.
5 Joya de azabache en collar de oro
es el canto en medio del banquete;
6 engarce de oro con sellos de esmeralda
son los instrumentos entre la delicia del vino.
7 Tú, joven, habla si es indispensable;
a lo más, si te preguntan, dos y tres veces;

8 resume tus palabras, di mucho en poco espacio,
sé como quien sabe y se calla.
9 Con los ancianos no discutas,
con los que mandan no insistas.
10 El relámpago se adelanta al granizo,
la simpatía se adelanta a la modestia.
11 A la hora de despedirte no te entretengas,
saluda al huésped y vuelve a casa
(a la hora de comer no hables mucho,
aunque se te ocurran muchas cosas) [a];
12 allí podrás entretenerte
con temor de Dios y no con ligereza;
13 da gracias por todo a tu Creador,
que te ha colmado de bienes.

Temor de Dios

14 El que consulta a Dios, recibirá su enseñanza;
el que madruga por él, obtendrá respuesta.
15 El que estudia la Ley llegará a dominarla,
pero el hipócrita se enredará en ella.
16 El que teme al Señor aprenderá a juzgar
y dará señales en el crepúsculo.
17 El hombre perverso rechaza la corrección
y acomoda la Ley a su conveniencia;
18 el hombre prudente no esconde la sabiduría,
mientras que el insolente no guarda la lengua;
el sabio no acepta soborno,
el arrogante no acepta el mandato.
19 No hagas nada sin aconsejarte,
y una vez hecho no te arrepentirás.
20 No sigas camino peligroso
y no tropieces dos veces en una piedra;
21 no te fíes por camino de salteadores
22 y guárdate las espaldas.
23 En todas tus obras vigílate,
el que así obra guarda el mandato.
24 El que guarda la Ley se guarda a sí mismo,
el que confía en el Señor no queda defraudado.

Proverbios varios

33 El que teme al Señor no sufrirá desgracias,
sino que saldrá salvo de la prueba.
2 El que odia la Ley no llega a sabio,
será como barco sacudido por la tempestad:
3 el hombre prudente entiende la palabra del Señor
y su consejo es de fiar como un oráculo.

a Probablemente es glosa.

4 Prepara tu asunto antes de realizarlo
y arregla la casa antes de habitarla.
5 Rueda de carro es la mente del necio,
aro que gira sus pensamientos.
6 Amigo antipático es como caballo en celo,
que relincha bajo cualquier jinete.

Oposiciones

7 ¿Por qué un día es distinto de otro día,
si todos repiten la luz del sol?
8 La sabiduría de Dios los distinguió
y estableció entre ellos días festivos;
9 a unos los bendijo y santificó,
a otros los hace numerarios.
10 Todos los hombres son piezas de barro,
pues el hombre fue formado de la tierra;
11 pero la sabiduría de Dios los distingue,
los hizo habitar la tierra y ellos distinguieron sus caminos [a].
12 A unos los bendice y exalta, a unos los consagra y acerca a sí;
a otros los maldice y humilla y los arroja de sus puestos.
13 Como está el barro en mano del alfarero,
que lo maneja a su voluntad,
así está el hombre en manos de su Hacedor,
que le asigna un puesto en su presencia.
14 Frente al mal está el bien, frente a la vida la muerte,
frente al honrado el malvado, frente a la luz las tinieblas.
15 Contempla las obras de Dios:
todas de dos en dos, una corresponde a otra.

El autor

16 Yo quedé en vela el último,
como quien espiga detrás de los segadores;
17 madrugué con la bendición del Señor,
y como cosechero llené mi lagar.
18 Mirad que no he trabajado para mí solo,
sino para todos los que buscan sabiduría.
19 Escuchadme, jefes de un pueblo noble;
prestadme oído los que gobernáis la asamblea.

Testamentos

20a Ni a hijo ni a mujer, ni a amigo ni a vecino
des poder sobre tu vida;
21 mientras vivas y respires
no te sometas a nadie;

a o: e hizo diferentes sus destinos.

20b no entregues lo tuyo a otro,
no tengas que cambiar y suplicarle;
22 mejor es que tus hijos te supliquen
que estar tú colgado de su poder.
23 Sé dueño de todos tus asuntos,
y que no caiga mancha en tu reputación.
24 Cuando se cumpla el número de tus breves días,
el día de la muerte, repartirás tu herencia.

Siervos

25 Al asno, pienso, látigo y carga; al siervo, sujeción y tareas;
26 haz trabajar al siervo sin descanso si alza la cabeza y te traiciona;
28 haz trabajar al siervo para que no se rebele,
29 porque la pereza trae muchos males;
27 yugo y coyundas y la vara del que lo guía,
30 a siervo malo muchas cadenas.
Pero no te excedas con ningún hombre
ni hagas nada injustamente.
31 Si tienes un solo siervo, trátalo como a ti mismo,
pues lo has comprado a precio de sangre;
si tienes un solo siervo, considéralo un hermano,
no tengas celos de tu sangre y tu vida.
32 Si lo maltratas, se escapará y lo perderás,
¿por qué camino podrás encontrarlo?

Sueños

34 La esperanza del necio es vana y engañosa,
los sueños dan alas a los insensatos;
2 caza sombras o persigue vientos
el que se fía de sueños;
3 las visiones del sueño son a la realidad
lo que un rostro en el espejo es al verdadero.
4 ¿Qué podrá limpiar la suciedad?,
¿qué podrá comprobar la mentira?,
5 magia, adivinación y sueños son falsedad:
el corazón fantasea como parturienta.
6 Si no vienen como visita del Altísimo,
no les entregues el corazón.
7 Cuántos se extraviaron con sueños
y fiándose de ellos fracasaron.
8 En cambio, la Ley se ha de cumplir sin falta;
la sabiduría es la perfección de una boca sincera.

Viajes

9 Uno que ha viajado sabe muchas cosas,
hombre experimentado habla con sensatez;

10 quien no ha sido probado sabe bien poco,
el que ha viajado aumenta sus recursos.
11 He visto mucho en mis viajes
y sé más de lo que cuento;
12 cuántas veces pasé peligros de muerte
y me libró lo que sigue.

Temor de Dios

13 Los que temen al Señor vivirán,
porque esperan en su salvador;
14 el que teme al Señor no se alarmará
ni se acobardará, porque él es su esperanza;
15 dichoso el que teme al Señor,
¿en quién confía, quién es su apoyo?
16 El Señor se fija en los que lo aman,
es su robusto escudo, su firme apoyo,
sombra en el bochorno, reparo a mediodía,
protección del que tropieza, auxilio del que cae,
17 levanta el ánimo, alumbra los ojos,
da salud y vida y bendición.

Culto y justicia

18 Sacrificios de posesiones injustas son impuros,
ni son aceptados los dones de los inicuos;
19 el Altísimo no acepta las ofrendas de los impíos
ni por sus muchos sacrificios les perdona el pecado;
20 es sacrificar un hijo delante de su padre
quitar a los pobres para ofrecer sacrificio.
21 El pan de la limosna es vida del pobre,
el que se lo niega es homicida;
22 mata a su prójimo quien le quita el sustento,
quien no paga el justo salario derrama sangre.
23 Uno construye y otro derriba:
¿de qué sirve sino de más trabajo?
24 Uno reza y otro maldice:
¿a quién escuchará el Señor?
25 Uno se purifica del contacto de un cadáver y lo vuelve a tocar:
¿de qué le sirve el baño?
26 Lo mismo el que ayuna por sus pecados y luego vuelve a cometerlos,
¿quién escuchará su súplica?, ¿de qué le servirá su mortificación?

35 El que observa la Ley hace una buena ofrenda,
el que guarda los mandamientos ofrece sacrificio eucarístico,
2 el que hace favores ofrenda flor de harina,
el que da limosna ofrece sacrificio de alabanza.
3 Apartarse del mal es agradable a Dios,
apartarse de la injusticia es expiación.
4 No te presentes a Dios con las manos vacías:
esto es lo que pide la Ley.

5 La ofrenda del justo enriquece el altar,
y su aroma llega hasta el Altísimo.
6 El sacrificio del justo es aceptado,
su ofrenda memorial no se olvidará.
7 Honra al Señor con generosidad
y no seas mezquino en tus ofrendas;
8 cuando ofreces, pon buena cara,
y paga de buena gana los diezmos.
9 Da al Altísimo como él te dio:
generosamente, según tus posibilidades,
10 porque el Señor sabe pagar
y te dará siete veces más.

Los gritos del pobre

14 No lo sobornes, porque no lo acepta,
no confíes en sacrificios injustos;
15 porque es un Dios justo
que no puede ser parcial;
16 no es parcial contra el pobre,
escucha las súplicas del oprimido;
17 no desoye los gritos del huérfano
o de la viuda cuando repite su queja;
18 mientras le corren las lágrimas por las mejillas
19 y el gemido se añade a las lágrimas,
20 sus penas consiguen su favor
y su grito alcanza las nubes;
21 los gritos del pobre atraviesan las nubes
y hasta alcanzar a Dios no descansan;
no ceja hasta que Dios le atiende,
y el juez justo le hace justicia.
22 Dios tampoco dará largas;
como guerrero, no reposará,
23 hasta quebrantar los lomos del tirano
y tomar venganza de los soberbios,
hasta arrancar el cetro de los arrogantes
y romper la vara de los malvados,
24 hasta pagar al hombre sus acciones
y retribuir al mortal sus pensamientos,
25 hasta defender la causa de su pueblo
y darles la alegría de la salvación.
26 Bien venida su misericordia en la tribulación,
como nube de lluvia durante la vendimia.

Oración por Israel

36 Sálvanos, Dios del universo,
2 infunde tu terror a todas las naciones;
3 amenaza con tu mano al pueblo extranjero
para que sienta tu poder.

4 Como les mostraste tu santidad al castigarnos,
muéstranos así tu gloria castigándolos a ellos;
5 para que sepan, como nosotros lo sabemos,
que no hay Dios fuera de ti.
6 Renueva los prodigios, repite los portentos;
7 exalta tu mano, robustece tu brazo;
8 despierta la ira, derrama la cólera;
9 doblega al agresor, dispersa al enemigo;
10 apresura el término, atiende al plazo,
pues ¿quién podrá decirte «qué haces»?
11 Que un fuego vengador devore a los que escapan,
que los opresores de tu pueblo vayan a la ruina.
12 Aplasta la cabeza de los jefes enemigos
que dicen: «Nadie más que nosotros».
13 Reúne a todas las tribus de Jacob
16 y dales su heredad como antiguamente.
17 Ten compasión del pueblo que lleva tu nombre;
de Israel, a quien nombraste tu primogénito;
18 ten compasión de tu ciudad santa,
de Jerusalén, lugar de tu reposo.
19 Llena a Sión de tu majestad,
y al templo de tu gloria.
20 Da una prueba de tus obras antiguas,
cumple las profecías por el honor de tu nombre,
21 recompensa a los que esperan en ti
y saca veraces a tus profetas,
22 escucha la súplica de tus siervos por amor a tu pueblo
y reconozcan los confines del orbe que tú eres Dios eterno.

Elección de mujer

23 El estómago recibe cualquier comida,
pero hay comidas más sabrosas que otras;
24 el paladar distingue los manjares,
la mente distingue las mentiras;
25 el intrigante provoca desgracias,
el experimentado las retorcerá contra él.
26 La mujer acepta cualquier marido,
pero unas jóvenes son mejores que otras.
27 Mujer hermosa ilumina el rostro
y sobrepasa todo lo deseable;
28 si además habla acariciando,
su marido no es un mortal;
29 tomar mujer es el mejor negocio:
auxilio y defensa, columna y apoyo.
30 Viña sin tapia será saqueada,
hombre sin mujer andará vagabundo;
31 ¿quién se fía de la soldadesca
que anda saltando de ciudad en ciudad?,
así el hombre sin nido,
que se acuesta donde lo alcanza la noche.

Elección de amigo

37 Cualquier amigo declara su amistad,
pero hay amigos sólo de nombre.
2 ¿No es un disgusto mortal
cuando el amigo íntimo se vuelve enemigo?
3 Ay del malpensado, ¿para qué fuiste creado?,
para llenar la faz de la tierra de traiciones.
4 El enemigo desleal atiende a la mesa,
en el aprieto se queda a distancia.
5 El amigo fiel peleará contra tu enemigo,
empuñará contra él el escudo.
6 No olvides al amigo durante el combate
ni lo abandones al repartir el botín.

Elección de consejero

7 Todo consejero indica una dirección,
pero hay quien aconseja en propio provecho;
8 ten cuidado del que da consejos,
entérate primero de sus intereses;
porque también él piensa en sí mismo,
en cómo sacar provecho;
9 a lo mejor te dice: «Ese camino es bueno»,
y luego se pone a observar tu ruina.
10 No consultes con tu enemigo
ni te declares al que te envidia:
11 con la mujer, acerca de su rival;
al que busca botín, sobre la guerra;
con el comerciante, acerca de negocios;
al que compra, sobre una venta;
con el tacaño, acerca de generosidad;
al cruel, acerca de perdonar;
con el asalariado, acerca de la faena;
al empleado por un año, sobre la cosecha;
con siervo holgazán, acerca de una tarea:
no te fíes de tales consejeros,
12 sino del hombre que siempre teme a Dios,
y sabes que guarda los mandamientos,
que siente como tú sientes,
y si tropiezas, te ayudará.
13 Recibe también el consejo de tu corazón,
pues ¿quién te será más fiel que él?
14 El corazón del hombre le informa de la oportunidad
mejor que siete centinelas en las almenas.
15 Y después de todo, suplica al Señor
que dirija tus pasos en la verdad.

Los sabios

16 El pensamiento precede a toda acción
y la reflexión a toda tarea.

17 La mente es la raíz de toda conducta,
y produce cuatro ramas:
18 bien y mal, vida y muerte;
su señor absoluto es la lengua.
19 Hay sabios que son sabios para otros
y para sí mismos inútiles;
20 hay sabios odiosos al hablar,
y se privan de banquetes exquisitos [a].
22 Hay sabios que lo son para sí,
y cargan con el fruto de su saber;
23 hay sabios que lo son para su pueblo,
y los frutos de su saber son duraderos.
24 El que es sabio para sí goza de placeres,
los que lo ven lo felicitan;
26 el sabio para su pueblo hereda gloria,
y su fama vive para siempre.
25 La vida de un hombre son años contados,
la vida de Israel son años sin cuento.

Salud

27 Hijo mío, mientras tienes salud, pon a prueba tu apetito,
y no le concedas lo que ves que le hace daño,
28 porque no todo es bueno para todos
ni todo manjar es apetecible para todos;
29 no te precipites a todo lo exquisito
ni te entregues a todos los manjares;
30 porque la gula acarrea enfermedades
y la glotonería provoca cólicos;
31 por falta de dominio muchos han muerto,
el que se domina alarga su vida.

Médico

38 Respeta al médico, pues lo necesitas,
también a él lo ha creado Dios.
2 El médico recibe su ciencia de Dios
y del rey su sustento.
3 La ciencia del médico le hace llevar alta la cabeza
y presentarse ante los nobles.
4 Dios hace que la tierra produzca remedios:
el hombre prudente no los desdeñará.
5 ¿No endulzó el agua una rama,
mostrando así a todos su poder?
7 Con ellos el médico alivia el dolor
y el boticario prepara sus ungüentos.
6 Dios concedió al hombre inteligencia
para que se gloríe con la eficacia divina,

a El v. 21 sólo aparece en el texto griego: «Porque Dios no le concedió gracia, y le falta toda sabiduría».

8 así no cesa su actividad
ni la destreza de los hijos de Adán.
9 Hijo mío, cuando caigas enfermo, no te descuides,
reza a Dios, y él te hará curar;
10 huye del delito, lava tus manos
y limpia tu corazón de todo pecado;
11 ofrece, sí, en obsequio grasa que aplaca,
según tus posibilidades;
12 pero da lugar al médico,
y no te falte, pues también lo necesitas a él;
13 hay momentos en que de él depende el éxito,
14 y también él reza a Dios
para que le dé acierto al diagnosticar
y al aplicar la medicina saludable.
15 Peca contra su Hacedor
el que se hace fuerte frente al médico.

Muerte

16 Hijo mío, por el muerto derrama lágrimas,
gime y entona el canto fúnebre;
dale sepultura, según lo merece,
y no faltes a su funeral;
17 llora de dolor, guárdale luto y hazle el duelo que merece,
uno o dos días para las lágrimas, después consuélate de la pena;
18 pues la aflicción acarrea la muerte
y la pena interior desgasta las fuerzas;
19 en la desgracia se prolonga la pena,
la vida del pobre le aflige el corazón.
20 No vuelvas a estar pensando en él,
desecha su recuerdo y acuérdate del fin;
22 recuerda su Ley, que es la tuya:
él ayer, hoy tú.
21 No sigas recordándolo, pues no tiene esperanza;
a él no le aprovecha, a ti te perjudicas.
23 Cuando muere, cesa su memoria;
consuélate una vez que ha muerto.

Artes y oficios

24 El ocio del escritor aumenta su sabiduría,
el que está poco ocupado se hará sabio.
25 ¿Cómo se hará sabio el que agarra el arado
y su orgullo es manejar la aguijada?
El que guía los bueyes, dirige los toros
y no habla más que de novillos;
26 se desvela por arreglar el establo
y se preocupa de trazar los surcos.
27 Lo mismo el artesano y el tejedor,
que emplean la noche como el día.

Los que esculpen relieves de sellos procurando variar el diseño
se esfuerzan por imitar la vida y se desvelan por terminar la tarea.
28 Lo mismo el herrero, sentado junto al yunque,
mientras estudia el trabajo del hierro;
el soplo del fuego le seca la carne,
mientras brega en el calor del horno;
el ruido del martillo lo ensordece,
mientras se fija en el modelo de la herramienta;
se esfuerza por dar término a su tarea
y se desvela por perfilar la obra.
29 Lo mismo el alfarero, sentado al trabajo,
hace girar el torno con los pies,
siempre preocupado por su tarea
y trabajando para producir mucho;
30 con el brazo modela la arcilla
y ablanda su resistencia con los pies;
se esfuerza por terminar el barnizado
y se desvela por tener caliente el horno.
31 Todos éstos se fían de su destreza
y son expertos en su oficio;
32 sin su trabajo la ciudad no tiene casas
ni habitantes ni transeúntes;
33 con todo, no los eligen senadores ni descuellan en la asamblea,
no toman asiento en el tribunal ni discuten la justa sentencia,
34 no exponen su doctrina o su decisión ni entienden de proverbios;
aunque mantienen la vieja creación [a].
ocupados en su trabajo artesano.

El sabio

39 En cambio, el que se entrega de lleno
a meditar la Ley del Altísimo
indaga la sabiduría de sus predecesores
y estudia las profecías,
2 examina las explicaciones de autores famosos
y penetra por parábolas intrincadas,
3 indaga el misterio de proverbios
y da vueltas a enigmas.
4 Presta servicio ante los poderosos
y se presenta ante los jefes,
viaja por países extranjeros
probando el bien y el mal de los hombres;
5 madruga por el Señor, su creador, y reza delante del Altísimo,
abre la boca para suplicar pidiendo perdón de sus pecados.
6 Si el Señor lo quiere,
él se llenará de espíritu de inteligencia;
Dios le hará derramar sabias palabras,
y él confesará al Señor en su oración;
7 Dios guiará sus consejos prudentes,
y él meditará sus misterios;

a dudoso.

8 Dios le comunicará su doctrina y enseñanza,
y él se gloriará de la Ley del Altísimo.
9 Muchos alabarán su inteligencia, que no perecerá jamás;
nunca faltará su recuerdo, y su fama vivirá por generaciones;
10 la comunidad contará su sabiduría
y la asamblea anunciará su alabanza;
11 mientras vive, tendrá renombre entre mil,
que le bastará cuando muera.

Exhortación: todo es bueno

12 He pensado más cosas y las expondré,
pues estoy lleno como luna llena;
13 escuchadme, hijos piadosos, y creceréis
como rosal plantado junto a la corriente;
14 perfumad como incienso,
floreced como azucenas, difundid fragancia,
alzad la voz en canto de alabanza,
bendecid al Señor y sus obras,
15 exaltad la grandeza de su nombre
y alabadlo con himnos,
con cantos acompañados de instrumentos,
pronunciando aclamaciones:
16 Las obras de Dios son todas buenas,
y cumplen su función a su tiempo.
17 Con su palabra reunió las aguas,
a su orden se congregaron.
18 En cada momento se cumple su voluntad,
y nada rehúsa su servicio;
19 tiene delante las acciones de todo viviente,
y nada se esconde a su mirada;
20 desde siempre y por siempre está mirando,
y no tiene límite su salvación.
Nada es pequeño o menudo para él,
nada le es difícil o imposible.
21 No vale decir: ¿para qué sirve esto?,
pues cada cosa tiene asignada su función;
no vale decir: «Esto es peor que aquello»,
porque cada cosa vale en su momento.
22 Su bendición desborda como el Nilo,
como el Eufrates riega la tierra;
23 su cólera desposee a las naciones
y convierte en marisma el regadío.
24 Sus caminos son llanos para los honrados
y son escabrosos para los arrogantes.
25 Al principio creó bienes para los buenos,
y para los malos, bienes y males.
26 Son esenciales para la vida humana: agua, fuego, hierro, sal,
flor de harina, leche, miel, sangre de uva, aceite, vestido.
27 Todo esto aprovecha a los buenos
y se convierte en daño para los malos.

28 Hay vientos creados para el castigo
que con su furia descuajan las montañas,
para ejecutar la sentencia desatan su poder
y aplacan la cólera de su Hacedor.
29 Rayos y granizo, hambre y peste:
también fueron creados para el castigo;
30 bestias feroces, alacrán y víbora,
y espada vengadora que aniquila a los malvados.
Todo ello fue creado para su función,
y está almacenado hasta el momento oportuno.
31 Al recibir sus órdenes se alegran
y no protestan de sus mandatos.
32 Por eso hace tiempo que estoy convencido,
he reflexionado y lo he puesto por escrito:
33 «Las obras de Dios son todas buenas,
y cumplen su función a su tiempo».
34 No digas: «Esta es mala, ¿para qué sirve?»,
porque cada una es útil a su tiempo.
35 Y ahora cantad con toda el alma
y bendecid el nombre del Dios Santo.

La condición humana

40 Dios ha repartido una gran fatiga
y un yugo pesado a los hijos de Adán,
desde que salen del vientre materno
hasta que vuelven a la madre de los vivientes:
2 preocupaciones, temor de corazón
y la espera angustiosa del día de la muerte.
3 Desde el que ocupa un trono elevado
hasta el que se sienta en el polvo y la ceniza;
4 desde el que ciñe diadema de piedras preciosas
hasta el que se envuelve en una zamarra:
5 ¡cuánto afán y ansiedad y temor,
pavor mortal, pasión y riñas!
Y cuando se echa a descansar en la cama,
el sueño nocturno lo turba:
6 descansa un momento, apenas un instante,
y lo agitan las pesadillas;
aterrorizado por las visiones de su fantasía,
como quien escapa huyendo del que lo persigue;
7 y cuando se ve libre, se despierta
descubriendo que su terror no tenía objeto.
8 Esto sucede a los vivientes, hombres y animales,
y siete veces más a los pecadores:
9 peste y asesinatos, reyertas y puñales,
ruina y desastre, hambre y muerte.
10 Para el malvado fue creada la desgracia,
por su culpa no se aleja la destrucción.
11 Lo que viene de la tierra vuelve a la tierra,
lo que viene del cielo vuelve al cielo.

12 Soborno e injusticia pasarán,
la verdad dura para siempre:
13 la ganancia del malvado se seca como torrente,
como río hinchado por lluvia de tormenta;
14 al hincharse arranca las peñas,
en un instante cesa totalmente.
15 El malvado no echará brotes,
el impío echa raíces en el saliente de una roca.
16 Como juncos a la orilla de un torrente,
que se secan antes de que llueva.
17 Pero la misericordia no perece jamás,
la limosna dura para siempre.

Mejor que los dos

18 Dulce es la vida del que se basta y del que trabaja:
mejor que los dos el que encuentra un tesoro.
19 Los hijos y una ciudad perpetúan el nombre:
mejor que los dos el que encuentra sabiduría.
La prole y un plantío hacen florecer el nombre:
mejor que los dos una esposa enamorada.
20 El vino y el licor alegran el corazón:
mejor que los dos es gozar del amor.
21 La flauta y la cítara armonizan el canto:
mejor que los dos una lengua sincera.
22 Belleza y hermosura atraen los ojos:
mejor que los dos un campo que verdea.
23 Amigo y compañero ayudan en la ocasión:
mejor que los dos una mujer prudente.
24 Hermano y protector salvan del peligro:
mejor que los dos salva la limosna.
25 Oro y plata dan firmeza a los pies:
mejor que los dos un buen consejo.
26 Riqueza y poder alegran el corazón:
mejor que los dos el temor de Dios.
Al temor de Dios nada le falta:
con él no hay que buscar apoyo.
27 El temor de Dios es paraíso de bendiciones
y baldaquino lleno de gloria.

Vivir de limosna

28 Hijo mío, no vivas de limosna,
más vale morir que andar mendigando;
29 el que está pendiente de mesa ajena
ha de contar que no vive;
comida mendigada es deshonrosa
y le sienta mal al hombre sensato;
30 el hambriento pide con dulzura,
pero por dentro se requema con fuego.

Muerte

41 ¡Oh muerte, qué amargo es tu recuerdo
para el que vive tranquilo con sus posesiones,
para el hombre contento que prospera en todo
y tiene salud para gozar de los placeres!
2 ¡Oh muerte, qué dulce es tu sentencia
para el hombre derrotado y sin fuerzas,
para el hombre que tropieza y fracasa,
que se queja y ha perdido la esperanza!
3 No temas tu sentencia de muerte,
recuerda a los que te precedieron y te seguirán;
4 es el destino que Dios asigna a todo viviente,
¿y vas a rechazar la Ley del Altísimo?
En la tumba nadie discutirá
por mil años o cien o diez.
5 Prole reprobada es la de los malos
y descendencia insensata en casa del perverso;
6 de hijo inicuo vino un reino malvado,
su posteridad siempre será infame.
7 Al padre malvado lo maldice el hijo,
pues por su culpa la gente lo afrenta.
8 ¡Ay de vosotros, poderosos,
que abandonáis la Ley del Altísimo!
9 Si dais fruto, es para que se malogre;
si engendráis, es para el luto;
cuando caigáis, habrá gozo eterno;
cuando muráis, seréis malditos.
10 Lo que viene de la nada vuelve a la nada,
y el impío del no ser al no ser.
11 El hombre es un soplo en un cuerpo,
pero el nombre del compasivo no perece.
12 Respeta tu nombre, porque él te acompañará
más que mil tesoros preciosos.
13 Los bienes de la vida duran pocos años,
la buena fama años sin cuento.

Vergüenza

14 Sabiduría oculta y tesoro escondido,
¿para qué sirven los dos?
15 Mejor es el que oculta su locura
que el que oculta su sabiduría.
16 Hijos míos, escuchad mi instrucción sobre la vergüenza,
sonrojaos según mis normas:
no toda vergüenza merece sentirse
ni todo sonrojo se debe aceptar.
17 Avergüénzate: ante tus padres, de la inmoralidad;
ante el magistrado, de la mentira;
18 ante los señores, de la falsedad;
ante la asamblea popular, del crimen;

ante el amigo y compañero, de deslealtad;
19 ante los vecinos, de arrogancia;
de romper los pactos jurados; de meter los codos cuando comes;
de negar un favor que te piden;
21 de rechazar la visita de un amigo;
de retener la porción asignada a otro;
20 de no responder a un saludo;
de mirar a la mujer de tu prójimo,
22 y de fijarte en la extraña;
ante el amigo, de insultarlo;
de acompañar un regalo con un desprecio;

42 de repetir lo que has escuchado y de revelar secretos.
Esta será vergüenza auténtica que te traerá el favor de todos.
Pero de lo siguiente no te avergüences
ni peques por respetos humanos:
2 de la Ley y mandatos del Altísimo,
de absolver al acusado inocente,
3 de hacer cuentas con el socio o el amo,
de repartir una herencia o propiedad,
4 de exactitud en pesas y balanzas, de pesas y medidas controladas,
de comprar una pequeñez entre una abundancia,
5 de ganar comerciando con viajantes,
de educar con rigor a un hijo,
de tundir los lomos a un mal siervo,
6 de encerrar a la mujer infiel,
de echar llave donde andan manos sueltas,
7 de contar bien un depósito,
de anotar lo que das o recibes,
8 de corregir al necio y al inexperto
y al viejo que se aconseja con prostitutas.
Así serás verdaderamente prudente
y serás estimado de todos.

Cuidados por la hija

9 Una hija es tesoro engañoso para su padre,
le quita el sueño por la preocupación:
si es joven, no se le quede en casa;
si casada, no se la repudien;
10 si doncella, no se la seduzcan;
si casada, no sea infiel;
en la casa paterna, no quede encinta;
en casa del marido, no quede estéril.
11 Vigila a tu hija doncella,
para que no te acarree mala fama,
comentarios de la ciudad, desprecio de la gente
y burlas de los que se reúnen en la plaza.
Donde ella vive no haya una reja
ni miradores a los accesos en torno.

12 No exhiba su belleza ante cualquier hombre
ni trate familiarmente con las mujeres;
13 porque del vestido sale la polilla
y de una mujer la maldad de otra.
14 Mejor es la dureza del marido que la indulgencia de la mujer,
la de mala fama trae infamia a la casa.

TERCERA PARTE

HIMNO POR LA NATURALEZA Y LA HISTORIA [a]

El Creador

15 Voy a recordar las obras de Dios y a contar lo que he visto:
por la palabra de Dios son creadas
y de su voluntad reciben su tarea.
16 El sol sale mostrándose a todos,
la gloria del Señor a todas sus obras.
17 Aun los santos de Dios no bastaron
para contar las maravillas del Señor.
Dios fortaleció sus ejércitos,
para que estén firmes en presencia de su gloria.
18 Sondea el abismo y el corazón,
penetra todas sus tramas,
19 declara el pasado y el futuro
y revela los misterios escondidos.
20 No se le oculta ningún pensamiento
ni se le escapa palabra alguna.
21 Ha establecido el poder de su sabiduría,
es el único desde la eternidad;
no puede crecer ni menguar ni le hace falta un maestro.
22 ¡Qué amables son todas tus obras!,
y eso que no vemos más que una chispa.
23 Todas viven y duran eternamente
y obedecen en todas sus funciones.
24 Todas difieren unas de otras, y no ha hecho ninguna inútil.
25 Una excede a otra en belleza:
¿quién se saciará de contemplar su hermosura?

La creación

43 El firmamento puro es orgullo del cielo
y la bóveda celeste, ¡qué glorioso espectáculo!
2 El sol cuando sale derramando calor,
¡qué obra maravillosa del Señor!,
3 a mediodía abrasa la tierra,
¿quién puede resistir su ardor?
4 Un horno encendido calienta al fundidor,
un rayo de sol abrasa los montes,
una lengua del astro calcina la tierra habitada
y su brillo ciega los ojos.
5 ¡Qué grande el Señor que lo hizo!,
sus órdenes espolean a sus campeones.

a Aquí comienza el gran himno que se extiende hasta 50,24: alabanza de Dios en este capítulo, de la naturaleza en el siguiente, de los antepasados ilustres en los restantes.

6 También brilla la luna en fases y ciclos
y rige los tiempos como signo perpetuo,
7 determina las fiestas y las fechas
y se complace menguando en su órbita,
8 de mes en mes se renueva,
¡qué maravilloso cambiar!
Señal militar, instrumento celeste
que atraviesa el firmamento con su brillo.
9 Las estrellas adornan la belleza del cielo
y su luz resplandece en la altura divina;
10 a una orden de Dios ocupan su puesto
y no se cansan de hacer la guardia.
11 Mira el arco iris y bendice a su creador:
¡qué esplendor majestuoso!
12 Abarca el horizonte con su esplendor
cuando lo tensa la mano poderosa de Dios.
13 Su poder traza el relámpago
y acelera los rayos justicieros;
14 crea para un destino un depósito
y hace volar la nube como un buitre.
15 Su poder condensa las nubes
y desmenuza las piedras de granizo.
16 La voz de su trueno estremece la tierra,
y al verlo, tiemblan las montañas;
17 cuando él quiere, el ábrego sopla,
la tormenta del norte, el ciclón y el huracán.
18 Sacude la nieve como bandada de pájaros,
y al bajar se posa como langosta;
su belleza blanca deslumbra los ojos,
y cuando cae, se extasía el corazón;
19 derrama escarcha como sal,
sus cristales rebrillan como zafiros.
20 Hace soplar el gélido cierzo y su frío cuaja el estanque,
hiela todos los depósitos y reviste el aljibe con una coraza;
21 quema la hierba del monte como la sequía
y los brotes de la dehesa como una llama;
22 pero el destilar del rocío lo cura todo
y fecunda en seguida la tierra reseca.
23 Su sabiduría domeña el océano
y planta islas en el mar;
24 los navegantes describen su extensión,
y al oírlos, nos asombramos;
25 en él hay criaturas extrañas
y toda especie de monstruos marinos.
26 Por él tiene éxito su mensajero
y su palabra ejecuta su voluntad.
27 Aunque siguiéramos, no acabaríamos,
la última palabra: «El lo es todo».
28 Encarezcamos su grandeza impenetrable,
él es más grande que todas sus obras;
29 el Señor es temible en extremo,
y son admirables sus palabras.

30 Los que ensalzáis al Señor, levantad la voz,
esforzaos cuanto podáis, que aún queda más;
los que alabáis al Señor, redoblad las fuerzas,
y no os canséis, porque no acabaréis.
31 ¿Quién lo ha visto que pueda describirlo?,
¿quién lo alabará como él es?
32 Quedan cosas más grandes escondidas,
sólo un poco hemos visto de sus obras.
33 Todo lo ha hecho el Señor,
y a sus fieles les da sabiduría.

La historia

44 Hagamos el elogio de los hombres de bien,
de la serie de nuestros antepasados:
2 grande gloria les repartió el Altísimo,
los engrandeció desde tiempos antiguos.
3 Alabemos: a los soberanos, por su gobierno del país;
a los hombres famosos, por sus hazañas;
a los consejeros, por su prudencia;
a los videntes, por su don profético;
4 a los príncipes de naciones, por su sagacidad;
a los jefes, por su penetración;
a los sabios pensadores, por sus escritos;
a los poetas, por sus vigilias.
5 Compositores según el arte,
que pusieron por escrito sus canciones.
6 Hombres ricos y poderosos,
que vivieron en paz en sus moradas.
7 Recibieron honor durante su vida,
y fueron la gloria de su tiempo.
8 Algunos legaron su nombre
para ser respetados por sus herederos.
9 Otros no dejaron recuerdo, y acabaron al acabar su vida:
fueron como si no hubieran sido, y lo mismo sus hijos tras ellos.
10 No así los hombres de bien:
su esperanza no se acabó,
11 sus bienes perduran en su descendencia,
su heredad pasa de hijos a nietos.
12 Sus hijos siguen fieles a la alianza,
y también sus nietos, gracias a ellos.
13 Su recuerdo dura por siempre,
su caridad no se olvidará.
14 Sepultados sus cuerpos en paz,
vive su fama por generaciones;
15 el pueblo cuenta su sabiduría,
la asamblea pregona su alabanza.
16 HENOC caminó con el Señor,
ejemplo de religión para todas las edades.
17 El justo NOÉ fue un hombre íntegro,
al tiempo de la destrucción él fue el renovador;

por él quedó vivo un resto
y por su alianza cesó el diluvio;
18 con señal perpetua se sancionó su pacto
de no destruir otra vez a los vivientes.
19 ABRAHÁN fue padre de un pueblo numeroso,
en su gloria no cabe mancha,
20 porque guardó la Ley del Altísimo y pactó una alianza con él,
en su carne selló el pacto, y en la prueba se mostró fiel;
21 por eso Dios le juró
bendecir con su descendencia a las naciones,
multiplicarlo como la arena de las playas,
y a su prole como a las estrellas del cielo;
darle en herencia de mar a mar,
desde el Gran Río hasta el extremo del orbe.
22 A ISAAC le aseguró descendencia
por causa de Abrahán, su padre;
23 le dio la alianza de sus antepasados,
y la bendición bajó sobre ISRAEL,
a quien confirmó la bendición y le dio la herencia,
señaló las fronteras de las tribus repartiendo lotes a las doce.
De él nació un hombre
amado por todos: MOISÉS.

45 Amado de Dios y de los hombres,
bendita es la memoria de Moisés:
2 le dio gloria como de un dios,
lo hizo poderoso entre los grandes;
3 a su palabra se precipitaban los signos,
lo mostró poderoso ante el rey,
lo mandó a su pueblo y le mostró su gloria;
4 por su fidelidad y humildad
lo escogió entre todos los hombres,
5 le hizo escuchar su voz
y lo introdujo en la nube espesa;
puso en su mano los mandamientos,
ley de vida y de inteligencia,
para que enseñase los preceptos a Jacob,
sus leyes y decretos a Israel.
6 Consagró a AARÓN, de la tribu de Leví,
7 dándole un pacto perpetuo,
le concedió dignidad para ministerio de su gloria;
le ciñó los cuernos de búfalo y lo revistió con manto de gala,
8 le vistió ornamentos preciosos,
insignias de poder y dignidad: calzón, túnica y manto,
9 y un cinturón de campanillas con granadas todo alrededor
que sonasen suavemente al caminar,
para que el sonido se oyese en el santuario,
como aviso para los hijos de su pueblo.
10 Ornamentos sagrados de oro y púrpura y lino tejido por un maestro;
la placa del juicio, el efod y el ceñidor
11 tejido por un maestro con hilo escarlata;
piedras preciosas con relieves engarzadas por mano de un orfebre,

con letras grabadas en relieve
para recordar las doce tribus de Israel;
12 corona de oro sobre el turbante
y una joya con la inscripción «Santo»:
honor, dignidad, gloria y poder,
encanto de los ojos, belleza perfecta.
13 Antes de él no hubo cosa semejante, ni extranjero lo llevará jamás,
solamente sus hijos y sus nietos sucesivamente.
14 Su ofrenda se quema totalmente,
dos veces al día, sin faltar.
15 Moisés mismo lo consagró
ungiéndolo con óleo sagrado,
le dio una alianza perpetua,
y a sus descendientes, lo que dure el cielo,
para que sirvan a Dios como sacerdotes
y bendigan al pueblo en su nombre.
16 Lo escogió entre todos
para ofrecer holocaustos y grasa,
quemar aroma que aplaca, en obsequio,
para expiar por los hijos de Israel.
17 Le confió los mandamientos
y autoridad para legislar y juzgar,
para que enseñase la Ley al pueblo
y los preceptos a los hijos de Israel.
18 Gente de otra familia, en el desierto,
se encendió en envidia de él:
los hombres de Datán y Abirán
y los secuaces de Córaj, con arrogancia.
19 El Señor, al verlo, se indignó
y los consumió en el incendio de su ira,
envió contra ellos un prodigio:
una llama que los devoró.
20 Pero aumentó la dignidad de Aarón, dándole su herencia,
le concedió las ofrendas sagradas,
21 comer lo ofrecido al Señor;
su porción es el pan presentado
como don para él y sus descendientes;
22 en cambio, no tiene propiedad en la tierra
ni reparte herencia con el pueblo,
su lote y herencia son las ofrendas al Señor
en medio de los hijos de Israel.
23 También FINEÉS, hijo de Eleazar,
es el tercero en esta línea de potestad:
con su celo por el Dios del universo
se puso en la brecha de su pueblo,
con su corazón generoso
expió por los hijos de Israel.
24 También a él le aseguraron un derecho,
alianza de paz para sostener el santuario;
para él y sus descendientes,
sumo sacerdocio por siempre.
25 Aunque la alianza con David,

hijo de Jesé, de la tribu de Judá,
es herencia personal, debida a su dignidad,
la herencia de Aarón es para su descendencia.
26 Y ahora alabad al Señor, porque es bueno
y os corona de gloria,
os da un corazón sabio para juzgar con justicia a su pueblo;
que no cese vuestra dicha y vuestro poder por siempre jamás.

46 Soldado valiente fue JOSUÉ, hijo de Nun,
ministro de Moisés en la profecía,
creado para alcanzar en sus días gran victoria para los elegidos,
para tomar venganza de los enemigos y dar la herencia a Israel.
2 Qué glorioso cuando alzando el brazo
agitó su bastón de mando contra la ciudad.
3 ¿Quién le pudo resistir
cuando peleaba las batallas del Señor?
4 Por su medio se detuvo el sol, y un día duró lo que dos;
5 invocó al Dios Altísimo cuando lo acosaban alrededor,
y el Dios Altísimo le respondió
con fuerte granizo y pedrisco,
6 que arrojaba contra las tropas enemigas,
y en la Cuesta aniquiló a los adversarios;
para que supieran los pueblos proscritos
que el Señor velaba por sus batallas.
Porque siguió plenamente al Señor
7 y en tiempo de Moisés se mantuvo fiel,
él y CALEB, hijo de Jefoné,
resistieron el motín del pueblo,
apartaron de la asamblea la ira de Dios
y acabaron con la difamación;
8 por eso los dos se libraron
entre los seiscientos mil infantes,
para introducir al pueblo en su heredad,
en la tierra que mana leche y miel.
9 El Señor dio fuerzas a Caleb,
que lo acompañaron hasta la vejez,
para establecerlos en los montes de la tierra,
y también su descendencia recibió su heredad.
10 Para que supieran los descendientes de Jacob
que es bueno seguir plenamente al Señor.
11 Los jueces, cada uno por su nombre, los que no se dejaron seducir,
los que no se apartaron de Dios, ¡bendita sea su memoria!
12 Renuévese su fama en sus hijos
y revivan sus huesos en la tumba.
13 Amado del pueblo y favorito de su Creador,
ofrecido desde el vientre materno,
consagrado como profeta del Señor,
SAMUEL, juez y sacerdote;
por orden del Señor nombró un rey
y ungió príncipes sobre el pueblo,
14 según la Ley del Señor gobernó al pueblo
visitando los campamentos de Israel.

15 Su acierto lo comprobó como profeta;
su oráculo, como vidente de fiar.
16 También él invocó al Señor
cuando lo acosaban en torno los enemigos,
y ofreció un lechal en sacrificio.
17 El Señor tronó desde el cielo
y se oyó el eco de su voz,
18 derrotó a los jefes enemigos
y destruyó a los príncipes filisteos.
19 Cuando descansaba en su lecho de muerte
invocó por testigos al Señor y a su ungido:
«¿De quién he recibido un par de sandalias?»,
y nadie se atrevió a contestarle.
20 Aun después de su muerte fue consultado
y reveló al rey su destino,
alzando del sepulcro su profética voz
y profetizando la expiación de la culpa.
47 Después de él surgió NATÁN,
que estuvo al servicio de DAVID
2 (como la grasa es lo mejor del sacrificio,
así David es el mejor de Israel).
3 Jugaba con leones como con cabritos,
y con osos como con corderillos;
4 siendo un muchacho mató a un gigante,
removiendo la afrenta del pueblo,
cuando su mano hizo girar la honda,
y derribó el orgullo de Goliat.
5 Invocó al Dios Altísimo, quien hizo fuerte su diestra
para eliminar al hombre aguerrido
y restaurar el honor de su pueblo.
6 Por eso le cantaban las mozas
alabándolo por sus diez mil.
7 Ya coronado peleó y derrotó a sus enemigos vecinos,
derrotó a los filisteos hostiles, quebrantando su poder hasta hoy.
8 De todas sus empresas daba gracias
alabando la gloria del Dios Altísimo;
de todo corazón amó a su Creador,
entonando salmos cada día;
9 trajo instrumentos para servicio del altar
y compuso música de acompañamiento;
10 celebró solemnemente fiestas
y ordenó el ciclo de las solemnidades;
cuando alababa el nombre santo,
de madrugada, resonaba el rito.
11 El Señor perdonó su delito y exaltó su poder para siempre,
le confirió el poder real y le dio un trono en Jerusalén.
12 Por sus méritos le sucedió
un hijo prudente que vivió en paz:
13 SALOMÓN, rey en tiempos tranquilos,
porque Dios pacificó sus fronteras;
construyó un templo en su honor
y fundó un santuario perpetuo.

14 ¡Qué sabio eras en tu juventud,
rebosando doctrina como el Nilo!
15 Tu saber llenaba la tierra
cubriéndola con cánticos sublimes;
16 tu fama llegaba hasta las costas,
que deseaban escucharte.
17 De tus cantos, proverbios, enigmas y sentencias
los pueblos quedaban pasmados;
18 te llamaban con el nombre glorioso con que llaman a Israel.
Pero reuniste oro como hierro
y acumulabas plata como plomo;
19 entregaste a mujeres tus muslos
dándoles poder sobre tu cuerpo,
20 echaste una mancha en tu honor
e infamia sobre tu lecho,
induciendo la ira sobre tus descendientes
y desgracias sobre tu tálamo.
21 Pues el pueblo se escindió en dos partes
con la usurpación del reino de Efraín.
22 Pero Dios no retiró su lealtad
ni permitió que fallaran sus promesas;
no aniquila la prole de sus escogidos
ni destruye la estirpe de sus amigos,
sino que dejó un resto a Jacob
y a David una raíz de su linaje.
23 Salomón descansó con sus padres
y dejó por sucesor a uno de sus hijos:
rico en locura y falto de juicio,
que con su política hizo amotinarse al pueblo.
Surgió uno —no se pronuncie su nombre—
que pecó e hizo pecar a Israel;
24 fue un escándalo para Efraín, que lo condujo al destierro;
25 enorme fue su pecado, se entregó a toda maldad.

48 Entonces surgió un profeta como un fuego
cuyas palabras eran horno encendido:
2 les quitó el sustento del pan,
con su celo los diezmó;
3 con el oráculo divino sujetó el cielo
e hizo bajar tres veces el fuego.
4 ¡Qué terrible eras, ELÍAS!,
¿quién se te compara en gloria?
5 Tú resucitaste un muerto,
sacándolo del Abismo por voluntad del Señor;
6 hiciste bajar reyes a la tumba
y nobles desde sus lechos;
8 ungiste reyes vengadores
y nombraste un profeta como sucesor.
7 Escuchaste en Sinaí amenazas
y sentencias vengadoras en Horeb.
9 Un torbellino te arrebató a la altura,
tropeles de fuego hacia el cielo.

10 Está escrito que te reservan para el momento
de aplacar la ira antes de que estalle,
para reconciliar a padres con hijos,
para restablecer las tribus de Israel.
11 Dichoso quien te vea antes de morir
[y más dichoso tú que vives] [a].
12 Elías fue arrebatado en el torbellino,
y ELISEO recibió dos tercios de su espíritu.
En vida hizo múltiples milagros y prodigios con sólo decirlo;
en vida no temió a ninguno, nadie pudo sujetar su espíritu;
13 no hubo milagro que lo excediera:
bajo él revivió la carne;
14 en vida hizo maravillas
y en muerte obras asombrosas.
15 Y, con todo, el pueblo no se convirtió
ni dejó de pecar,
hasta que fueron arrojados de su país
y dispersados por toda la tierra.
Judá quedó diezmada,
con un jefe de la casa de David.
16 Algunos reyes obraron rectamente,
otros hicieron males monstruosos.
17 EZEQUÍAS fortificó la ciudad desviando la corriente de agua,
cavó con bronce la roca y cerró los bordes del estanque.
18 En su reinado, lo atacó Senaquerib y despachó al copero mayor;
intentó apoderarse de Sión y blasfemó de Dios con arrogancia.
19 Entonces los que confiaban se acobardaron
y se retorcían como parturientas,
20 invocaron al Dios Altísimo extendiendo los brazos hacia él;
Dios escuchó sus súplicas y los salvó por medio de ISAÍAS;
21 hirió el campamento asirio
y con su plaga sembró el pánico.
22 Porque Ezequías había obrado rectamente
manteniéndose en el camino de David,
como le mandaba el profeta Isaías,
que pronunció oráculos verídicos.
23 En sus días, el sol volvió atrás
y alargó la vida del rey.
24 Con espíritu poderoso previó el futuro
y consoló a los afligidos de Sión,
25 anunció el futuro hasta el final
y los secretos antes de que sucediesen.

49 El nombre de JOSÍAS es incienso aromático
mezclado por un maestro perfumista,
su recuerdo es miel dulce al paladar
o música en el banquete,
2 porque sufrió por nuestra conversión
y acabó con la abominación de los ídolos;
3 se entregó a Dios de todo corazón

a Traducción conjetural. El griego añade: «y también nosotros viviremos».

y en tiempos violentos fue compasivo;
4 excepto David, Ezequías y Josías, todos se pervirtieron,
abandonaron la Ley del Altísimo los reyes de Judá hasta el final.
5 Por eso entregó su poder a otros
y su honor a un pueblo extranjero,
6 que incendió la ciudad santa
y asoló sus calles.
7 JEREMÍAS lo anunció, cuando lo maltrataron;
creado profeta en el vientre materno,
para arrancar y arrasar y demoler,
para edificar y plantar y consolidar.
8 EZEQUIEL tuvo una visión
y describió los diferentes seres del carro,
9 también mencionó a JOB,
que se mantuvo en el camino justo.
10 También los DOCE PROFETAS ¡revivan sus huesos en la tumba!,
ellos reanimaron a Jacob y lo salvaron con firme esperanza.
11 Qué grande fue ZOROBABEL,
un sello en la diestra de Dios.
12 Y lo mismo JESÚS, hijo de Yosedec,
en cuyos días se construyó el altar,
se reedificó el templo santo destinado a gloria eterna.
13 NEHEMÍAS, nombre glorioso; él reconstruyó nuestras ruinas,
reparó los muros derruidos, colocando puertas y cerrojos.
14 Pocos ha habido en el mundo como HENOC,
también él fue arrebatado en persona.
15 No ha nacido varón como JOSÉ,
y también sepultaron su cadáver.
16 SEM y SET son respetados por los hombres,
a todos sobrepasa la gloria de ADÁN.

50 El más grande de los hermanos y honor de su pueblo
es el sacerdote SIMEÓN, hijo de Juan.
En su tiempo se reparó el templo,
en sus días se afianzó el santuario,
3 en su tiempo cavaron la cisterna
y un pozo de agua abundante,
2 en sus días reconstruyeron las murallas
con torres de defensa para el templo real;
4 protegió a su pueblo del saqueo
y fortificó la ciudad para el asedio.
5 Qué majestuoso cuando salía de la tienda
asomando detrás de las cortinas:
6 como estrella luciente entre nubes,
como luna llena en día de fiesta,
7 como sol refulgente sobre el templo real,
como arco iris que aparece entre nubes,
8 como rama florida en primavera,
como azucena junto a la acequia,
como rama de cedro en verano,
9 como incienso ardiendo sobre la ofrenda,
como cadena de oro

con piedras preciosas engarzadas,
10 como olivo frondoso cargado de olivas,
como árbol balsámico de espeso ramaje.
11 Cuando se ponía el traje de gala y vestía los ornamentos de fiesta,
cuando subía al altar glorioso y adornaba los bordes del altar,
12 cuando de pie, junto a la pira,
recibía de sus hermanos las porciones,
rodeado de una guirnalda de jóvenes
como pimpollos de cedros del Líbano
y lo cercaban como chopos de río
13 los hijos de Aarón, engalanados;
llevaba los dones al Señor
ante toda la asamblea de Israel.
14 Cuando terminaba el servicio del altar
y preparaba la ofrenda del Altísimo,
16 aclamaban los sacerdotes hijos de Aarón
tocando las trompetas de metal,
aclamaban, y su voz majestuosa resonaba
proclamando la presencia del Altísimo;
17 todo el pueblo a una se apresuraba
a prosternarse por tierra,
para adorar la presencia del Altísimo,
la presencia del Santo de Israel;
18 mientras los cantores entonaban
sobre suave acompañamiento de arpegios,
19 todo el pueblo cantaba
suplicando al Misericordioso.
Cuando terminaba el servicio del altar
y de ofrecer a Dios lo establecido,
20 bajaba con los brazos en alto
hacia la asamblea de Israel,
pronunciando la bendición del Señor,
adornado con el nombre del Señor.
21 De nuevo el pueblo se prosternaba
para recibir la bendición del Altísimo.
22 Y ahora bendecid al Señor, Dios de Israel,
que ha hecho maravillas en la tierra,
que cría al hombre desde el vientre materno
y lo forma a su voluntad.
23 El os conceda un corazón sabio
y que reine la paz entre vosotros.
24 Manténgase su fidelidad con Simón
y cúmplale el pacto de Fineés,
y no se lo quite ni a él ni a su descendencia
mientras dure el cielo.

Tres enemigos

25 Dos naciones aborrezco y la tercera no es pueblo:
26 los habitantes de Seír y Filistea y el pueblo necio que habita en [Siquén.

Envío y firma

27 Enseñanza prudente, consejos oportunos
de Simón, hijo de Jesús, hijo de Eleazar, hijo de Sirá,
como brotaban de su meditación
y los pronunciaba con sabiduría.
28 Dichoso el que los medite, el que los estudie se hará sabio,
29 el que los cumpla tendrá éxito, pues temer al Señor es vida.

EPILOGO

ACCION DE GRACIAS

51 Te alabo, mi Dios y salvador;
te doy gracias, Dios de mi padre.
2 Contaré tu fama, refugio de mi vida,
porque me has salvado de la muerte,
detuviste mi cuerpo ante la fosa,
libraste mis pies de las garras del Abismo,
me salvaste del látigo de la lengua calumniadora
y de los labios que se pervierten con la mentira,
estuviste conmigo frente a mis rivales,
3 me auxiliaste con tu gran misericordia:
del lazo de los que acechan mi traspié,
del poder de los que me persiguen a muerte,
me salvaste de múltiples peligros,
4 del cerco apretado de las llamas,
del incendio de un fuego que no ardía,
5 del vientre de un océano sin agua,
de labios mentirosos e insinceros,
de las flechas de una lengua traidora.
6 Cuando estaba ya para morir
y casi en lo profundo del Abismo,
7 me volvía a todas partes y nadie me auxiliaba,
buscaba un protector y no lo había,
8 recordé la compasión del Señor y su misericordia eterna,
que libra a los que se acogen a él y los rescata de todo mal;
9 desde la tierra levanté la voz
y grité desde las puertas del Abismo,
10 invoqué al Señor: Tú eres mi Padre,
tú eres mi fuerte salvador,
no me abandones en el peligro,
a la hora del espanto y turbación;
11 alabaré siempre tu nombre
y te llamaré en mi súplica.
El Señor escuchó mi voz y prestó oído a mi súplica,
12 me salvó de todo mal, me puso a salvo del peligro.
Por eso doy gracias y alabo
y bendigo el nombre del Señor:
Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia;

dad gracias al Dios de la alabanza,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al guardián de Israel,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al creador del universo,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al redentor de Israel,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al que reúne los dispersos de Israel,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al que reconstruye su ciudad y santuario,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al que hace rebrotar el poder de la casa de David,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al que escoge un sacerdote entre los hijos de Sadoc,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al Escudo de Abrahán,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias a la Roca de Isaac,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al Héroe de Jacob,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al que escoge a Sión,
porque es eterna su misericordia;
dad gracias al Rey de reyes,
porque es eterna su misericordia;
acrece el poder de su pueblo, alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo escogido. Aleluya.

Poema alfabético [a]

13 Siendo aún joven, antes de torcerme,
deseé la sabiduría con toda el alma,
14 la busqué desde mi juventud y hasta la muerte la perseguiré;
15 crecía como racimo que madura, y mi corazón gozaba con ella,
mis pasos caminaban fielmente siguiendo sus huellas desde joven,
16 presté oído un poco para recibirla, y alcancé doctrina copiosa;
17 su yugo me resultó glorioso,
daré gracias al que me enseñó;
18 decidí hacer un buen negocio,
cuando lo alcance no me avergonzaré;
19 mi alma se pegó a ella, y no apartaré de ella el rostro;
mi alma saboreó sus frutos, y jamás me apartaré de ella;
mi mano abrió sus puertas, la mimaré y la contemplaré;
20 mi alma la siguió desde el principio y la poseyó con pureza;
con sus consejos conseguí prudencia,
por eso no la abandonaré;
21 mis entrañas se conmovían al mirarla,
por eso la adquirí como posesión preciosa;

a Reconstituido a partir del griego.

22 el Señor me concedió lo que pedían mis labios,
con mi lengua le daré gracias.
23 Vosotros, ignorantes, venid a mí,
y habitad en mi escuela.
24 ¿Hasta cuándo os faltará esto y aquello,
y se morirá de sed vuestra alma?
25 Abrí la boca para hablar de ella:
comprad sabiduría de balde;
26 someted el cuello a su yugo y aceptad de buena gana su carga;
está cerca de los que la buscan; el que se entrega, la consigue.
27 Ved con vuestros ojos que trabajé poco
y conseguí abundante descanso;
28 escuchad un poco mi enseñanza,
y con ella ganaréis oro y plata.
29 Mi alma goza con esta audiencia,
no os avergoncéis de mi canción.
30 Haced vuestras obras con justicia
y el Señor os recompensará a su tiempo.
Bendito sea el Señor por siempre,
alabado sea su nombre de edad en edad.

Hasta aquí las palabras de Simón, hijo de Jesús, apellidado hijo de Sirá.
Sabiduría de Simón, hijo de Jesús, hijo de Eleazar, hijo de Sirá.
Sea bendito el nombre del Señor ahora y siempre.

SABIDURIA

INTRODUCCION

Este es el último libro del Antiguo Testamento y su más importante tratado de «teología política». Si preferimos, es un tratado sobre la justicia en el gobierno, con argumentación teológica y orientación doctrinal. Ni manual práctico ni tratado profano: no se hermana con la *theologia civilis* de Varrón.

El tema de la justicia en el gobierno es de buena ascendencia sapiencial: «El trono se afianza con la justicia» (Prov 16,12). Dirigirse a los gobernantes, israelitas o extranjeros, que quieran leer no es una fantasía desatinada. Lo habían hecho otros antes: Ester y el tercer libro de los Macabeos en forma narrativa, Daniel en clave apocalíptica. Quizá nuestro autor lo hace con una conciencia más lúcida y también con mayor acierto. No es extraño que su obra tuviera más lectores judíos que paganos, más súbditos que gobernantes; los que gobiernan son siempre menos.

El discurso sobre la justicia, sobre todo si es crítico, es provocado muchas veces por la práctica de la injusticia, sobre todo de la «injusticia establecida», de «los que dictan sentencias en nombre de la Ley» (Sal 94,20). Aparte las persecuciones bien conocidas, por ejemplo, la de Ptolomeo II (a la que parece referirse 3 Mac), es probable que los judíos de la diáspora alejandrina tuvieran que sufrir discriminaciones, opresión y vejaciones a manos de gobernantes griegos o romanos; también pudieron sumarse a esos opresores algunos judíos renegados e influyentes. El libro no especifica la raza de los destinatarios, pues quiere atravesar fronteras (6,1); el libro no disimula su actitud crítica, que estriba en la justicia de Dios, en un «pensar correcto del Señor» (1,1). La denuncia profética se hace aquí crítica sapiencial.

El autor realiza en su tratado una conjunción de culturas. Está embebido en los escritos del Antiguo Testamento, que lee en la traducción griega de los LXX; lo que tiene tan asimilado le sale de muchas formas, controladas o espontáneas. Como temas y motivos literarios, como falsilla disimulada, como alusión inteligente. Conoce también una cultura filosófica griega, especialmente en su corriente estoica; filosofía en estado de cultura poco profunda. Lo cual le basta para casar concepciones con audacia o ingenio, con fuerza sugestiva. Matrimonio mixto mental que hace el libro agradable y convincente. El judío pregona su mercancía no por ignorancia o desprecio de lo griego.

El autor es mediador sereno. Justos e impíos de la primera parte no tienen nacionalidad, los personajes del capítulo 10 pierden el nombre, los israelitas de la tercera y quinta partes son tipos de la *historia magistra*.

Lo que sucede con el pensamiento sucede también con el estilo. Los recursos hebreos del paralelismo, de la frase paratáctica, del comentario midrásico son patentes. No menos lo son los recursos griegos: palabras compuestas, exquisitas, multiplicación de sinónimos, adjetivación refinada, aliteraciones, paronomasias, rimas, juegos de palabras. La simbiosis de una tradición hebrea con una alejandrina engendra una obra original, a veces recargada y reiterativa, artificiosa, con alardes de artesanía estilística, rica en sorpresas y agudezas de ingenio.

A pesar de sus defectos, demasiado visibles, el libro se impone por méritos de pensamiento y de estilo. Y alcanzó indudable éxito.

El autor es anónimo. Es muy probable que haya vivido en Alejandría. La fecha de composición parece ser el tiempo de Cristo o algún decenio antes. Tiene bastantes coincidencias con pasajes del Nuevo Testamento, sobre todo con san Pablo y su escuela.

JUICIO DEFINITIVO

La justicia es inmortal

1 Amad la justicia, los que regís la tierra;
pensad correctamente del Señor y buscadlo con corazón entero.
2 Lo encuentran los que no exigen pruebas
y se revela a los que no desconfían.
3 Los razonamientos retorcidos alejan de Dios,
y su poder, sometido a prueba, pone en evidencia a los necios.
4 La Sabiduría no entra en alma de mala ley
ni habita en cuerpo deudor del pecado.
5 El espíritu educador y santo rehúye la estratagema,
levanta el campo ante los razonamientos sin sentido
y se rinde ante el asalto de la injusticia.
6 La Sabiduría es un espíritu amigo de los hombres
que no deja impune al deslenguado;
Dios penetra sus entrañas, vigila puntualmente su corazón
y escucha lo que dice su lengua.
7 Porque el espíritu del Señor llena la tierra
y, como da consistencia al universo, no ignora ningún sonido.
8 Por eso quien habla impíamente no tiene escapatoria,
no podrá eludir la acusación de la justicia.
9 Se indagarán los planes del incrédulo,
el informe de sus palabras llegará hasta el Señor
y quedarán probados sus delitos,
10 porque un oído celoso lo escucha todo
y no le pasan inadvertidos cuchicheos ni protestas.
11 Guardaos, por tanto, de protestas inútiles
y absteneos de la maledicencia;
no hay frase solapada que caiga en el vacío;
la boca calumniadora mata.
12 No os procuréis la muerte con vuestra vida extraviada
ni os acarreéis la perdición con las obras de vuestras manos;
13 Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo a los vivientes.
14 Todo lo creó para que subsistiera;
las criaturas del mundo son saludables:
no hay en ellas veneno de muerte ni el abismo impera en la tierra.
15 Porque la justicia es inmortal.
16 Los impíos la [a] llaman a voces y con gestos,
se consumen por ella, creyéndola su amiga;
hacen pacto con ella, pues merecen ser de su partido.

Sea nuestra fuerza la norma del derecho

2 Se dijeron, razonando equivocadamente:
La vida es corta y triste, y el trance final del hombre, irremediable;
y no consta de nadie que haya regresado del abismo.
2 Nacimos casualmente y luego pasaremos como quien no existió;
nuestro respiro es humo,
y el pensamiento, chispa del corazón que late;

a a la muerte.

3 cuando ésta se apague, el cuerpo se volverá ceniza
y el espíritu se desvanecerá como aire tenue.
4 Nuestro nombre caerá en el olvido con el tiempo
y nadie se acordará de nuestras obras;
pasará nuestra vida como rastro de nube, se disipará como neblina
acosada por los rayos del sol y abrumada por su calor.
5 Nuestra vida es el paso de una sombra,
y nuestro fin, irreversible;
está aplicado el sello, no hay retorno.
6 ¡Venga!, a disfrutar de los bienes presentes,
a gozar de las cosas con ansia juvenil;
7 a llenarnos del mejor vino y de perfumes,
que no se nos escape la flor primaveral;
8 ciñámonos coronas de capullos de rosas antes de que se ajen;
9 que no quede pradera sin probar nuestra orgía;
dejemos en todas partes recuerdos de nuestra alegría,
porque ésta es nuestra suerte y nuestro sino.
10 Atropellemos al justo que es pobre,
no nos apiademos de la viuda
ni respetemos las canas venerables del anciano;
11 que sea nuestra fuerza la norma del derecho,
pues lo débil —es claro— no sirve para nada.
12 Acechemos al justo, que nos resulta incómodo:
se opone a nuestras acciones,
nos echa en cara las faltas contra la Ley,
nos reprende las faltas contra la educación que nos dieron;
13 declara que conoce a Dios y dice que él es hijo del Señor;
14 se ha vuelto acusador de nuestras convicciones,
sólo verlo da grima;
15 lleva una vida distinta de los demás y va por un camino aparte;
16 nos considera de mala ley
y se aparta de nuestras sendas como si contaminasen;
proclama dichoso el destino del justo
y se gloría de tener por padre a Dios.
17 Vamos a ver si es verdad lo que dice,
comprobando cómo es su muerte;
18 si el justo ése es hijo de Dios, él lo auxiliará
y lo arrancará de las manos de sus enemigos.
19 Lo someteremos a tormentos despiadados,
para apreciar su paciencia y comprobar su temple;
20 lo condenaremos a muerte ignominiosa,
pues dice que hay quien mira por él.
21 Así discurren, y se engañan, porque los ciega su maldad;
22 no conocen los secretos de Dios, no esperan el premio de la virtud
ni valoran el galardón de una vida intachable.
23 Dios creó al hombre para la inmortalidad
y lo hizo imagen de su propio ser;
24 pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo
y los de su partido pasarán por ella.

Los justos están en paz

3 La vida de los justos está en manos de Dios
y no los tocará el tormento.
2 La gente insensata pensaba que morían,
consideraba su tránsito como una desgracia,
3 y su partida de entre nosotros, como una destrucción,
pero ellos están en paz.
4 La gente pensaba que cumplían una pena,
pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad;
5 sufrieron pequeños castigos, recibirán grandes favores,
porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de sí;
6 los probó como oro en crisol,
los recibió como sacrificio de holocausto;
7 a la hora de la cuenta resplandecerán
como chispas que prenden por un cañaveral;
8 gobernarán naciones, someterán pueblos,
y el Señor reinará sobre ellos eternamente.
9 Los que confían en él comprenderán la verdad,
los fieles a su amor seguirán a su lado;
porque quiere a sus devotos, se apiada de ellos
y mira por sus elegidos.
10 Los impíos serán castigados por sus razonamientos:
menospreciaron al justo y se apartaron del Señor;
11 desdichado el que desdeña la sabiduría y la instrucción:
vana es su esperanza, baldíos sus afanes e inútiles sus obras;
12 necias son sus mujeres, depravados sus hijos
y maldita su posteridad.

Dichosa la estéril irreprochable

13 Dichosa la estéril irreprochable
que desconoce la unión pecaminosa:
alcanzará su fruto el día de la cuenta;
14 y el eunuco que no cometió delitos con sus manos
ni tuvo malos deseos contra el Señor:
por su fidelidad recibirá favores extraordinarios
y un lote codiciable en el templo del Señor.
15 Pues quien se afana por el bien obtiene frutos espléndidos;
la sensatez es tronco inconmovible.
16 Los hijos de los adúlteros no llegarán a la madurez
y la prole ilegítima desaparecerá.
17 Si llegan a viejos, nadie les hace caso,
al fin tendrán una vejez ignominiosa;
18 si fallecen antes, no tendrán esperanza
ni quien los tranquilice el día de la sentencia;
19 el final de la gente perversa es cruel.
4 Más vale ser virtuoso, aunque sin hijos;
la virtud se perpetúa en el recuerdo:
la conocen Dios y los hombres.

2 Presente, la imitan; ausente, la añoran;
en la eternidad, ceñida la corona, desfila triunfadora,
victoriosa en la prueba de trofeos bien limpios.
3 La familia innumerable de los impíos no prosperará:
es retoño bastardo, no arraigará profundamente
ni tendrá base firme;
4 aunque por algún tiempo reverdezcan sus ramas,
como está mal asentado, lo zarandeará el viento
y lo descuajarán los huracanes.
5 Se troncharán sus brotes tiernos, su fruto no servirá:
está verde para comerlo, no se aprovecha para nada;
6 pues los hijos que nacen de sueños ilegales
son testigos de cargo contra sus padres
a la hora del interrogatorio.

Maduró en pocos años

7 El justo, aunque muera prematuramente, tendrá descanso;
8 vejez venerable no son los muchos días,
ni se mide por el número de años;
9 canas del hombre son la prudencia,
y edad avanzada, una vida sin tacha.
10 Agradó a Dios, y Dios lo amó;
vivía entre pecadores, y Dios se lo llevó;
11 lo arrebató para que la malicia no pervirtiera su conciencia,
para que la perfidia no sedujera su alma;
12 la fascinación del vicio ensombrece la virtud,
el vértigo de la pasión pervierte una mente sin malicia.
13 Maduró en pocos años, cumplió mucho tiempo;
14 como su alma era agradable a Dios,
se dio prisa en salir de la maldad;
la gente lo ve y no lo comprende, no se da cuenta de esto
15 (que quiere a sus elegidos, se apiada de ellos
y mira por sus devotos).
16 El justo fallecido condena a los impíos que aún viven,
y una juventud colmada velozmente,
a la vejez longeva del perverso;
17 la gente verá el final del sabio
y no comprenderá lo que el Señor quería de él,
ni por qué lo puso al seguro.
18 Lo mirarán con desprecio, pero el Señor se reirá de ellos;
19 se convertirán en cadáver sin honra,
baldón entre los muertos para siempre;
pues los derribará cabeza abajo, sin dejarles hablar,
los zarandeará desde los cimientos, y los arrasará hasta lo último;
vivirán en dolor y su recuerdo perecerá.

Juicio: comparecencia

20 Comparecerán asustados cuando el recuento de sus pecados
y sus delitos los acusarán a la cara.

5 Aquel día el justo estará en pie sin temor
delante de los que lo afligieron y despreciaron sus trabajos.

Juicio: para nosotros no salía el sol

2 Al verlo, se estremecerán de pavor,
atónitos ante la salvación imprevista;
3 dirán entre sí, arrepentidos, entre sollozos de angustia:
4 «Este es aquel de quien un día nos reíamos
con coplas injuriosas, nosotros insensatos;
su vida nos parecía una locura, y su muerte una deshonra.
5 »¿Cómo ahora lo cuentan entre los hijos de Dios
y comparte la herencia con los santos?
6 Sí, nosotros nos salimos del camino de la verdad,
no nos iluminaba la luz de la justicia,
para nosotros no salía el sol;
7 nos enredamos en los matorrales de la maldad y la perdición,
recorrimos desiertos intransitables,
sin reconocer el camino del Señor.
8 »¿De qué nos ha servido nuestro orgullo?
¿Qué hemos sacado presumiendo de ricos?
9 Todo aquello pasó como una sombra, como un correo veloz;
10 como nave que surca las undosas aguas,
sin que quede rastro de su travesía ni estela de su quilla en las olas;
11 o como pájaro que vuela por el aire sin dejar vestigio de su paso;
con su aleteo azota el aire leve, lo rasga con un chillido agudo,
se abre camino agitando las alas y luego no queda señal de su ruta;
12 o como flecha disparada al blanco:
cicatriza al momento el aire hendido y no se sabe ya su trayectoria;
13 igual nosotros: nacimos y nos eclipsamos,
no dejamos ni una señal de virtud,
nos malgastamos en nuestra maldad».
14 Sí, la esperanza del impío es como tamo que arrebata el viento;
como escarcha menuda que el vendaval arrastra;
se disipa como humo al viento,
pasa como el recuerdo del huésped de una noche.

Los justos viven eternamente

15 Los justos viven eternamente,
reciben de Dios su recompensa, el Altísimo cuida de ellos.
16 Recibirán la noble corona, la rica diadema de manos del Señor;
con su diestra los cubrirá, con su brazo izquierdo los escudará.

Vestirá la coraza de la justicia

17 Tomará la armadura de su celo
y armará a la creación para vengarse de sus enemigos;
18 vestirá la coraza de la justicia,

se pondrá como casco un juicio insobornable;
19 empuñará como escudo su santidad inexpugnable;
20 afilará la espada de su ira implacable
y el universo peleará a su lado contra los insensatos.
21 Saldrán certeras ráfagas de rayos
del arco bien tenso de las nubes y volarán hacia el blanco;
22 la catapulta de su ira lanzará espeso pedrisco;
las aguas del mar se embravecerán contra ellos,
los ríos los anegarán sin piedad;
23 se levantará contra ellos su aliento poderoso
que los aventará como un huracán;
la iniquidad arrasará toda la tierra
y los crímenes derrocarán los tronos de los soberanos.

LA SABIDURIA

Exordio: el poder os viene del Señor

6 Escuchad, reyes, y entended;
aprendedlo, gobernantes del orbe hasta sus confines;
2 prestad atención los que domináis los pueblos
y alardeáis de multitud de súbditos;
3 el poder os viene del Señor, y el mando, del Altísimo:
él indagará vuestras obras y explorará vuestras intenciones;
4 siendo ministros de su reino, no gobernasteis rectamente,
ni guardasteis la Ley, ni procedisteis según la voluntad de Dios.
5 Repentino y estremecedor vendrá contra vosotros,
porque a los encumbrados se les juzga implacablemente.
6 A los más humildes se les compadece y perdona,
pero los fuertes sufrirán una fuerte pena;
7 el Dueño de todos no se arredra, no le impone la grandeza:
él creó al pobre y al rico y se preocupa por igual de todos,
8 pero a los poderosos les aguarda un control riguroso.
9 Os lo digo a vosotros, soberanos,
a ver si aprendéis a ser sabios y no pecáis;
10 los que observan santamente su santa voluntad
serán declarados santos;
los que se la aprendan encontrarán quien los defienda.
11 Ansiad, pues, mis palabras; anheladlas y recibiréis instrucción.

La Sabiduría conduce al reino

12 La sabiduría es radiante e inmarcesible,
la ven sin dificultad los que la aman,
y los que van buscándola, la encuentran;
13 ella misma se da a conocer a los que la desean.
14 Quien madruga por ella, no se cansa:
la encuentra sentada a la puerta.
15 Meditar en ella es prudencia consumada,
el que vela por ella pronto se ve libre de preocupaciones;
16 ella misma va de un lado a otro buscando a los que la merecen;
los aborda benigna por los caminos
y les sale al paso en cada pensamiento.
17 Su comienzo auténtico es un deseo de instrucción;
18 el afán por la instrucción es amor;
el amor es la observancia de sus leyes;
la custodia de las leyes es garantía de incorruptibilidad;
19 la incorruptibilidad acerca a Dios;
20 por tanto, el deseo de la sabiduría conduce al reino.
21 Así que, si os gustan los tronos y los cetros,
soberanos de las naciones,
respetad la sabiduría y reinaréis eternamente.
22 Os voy a explicar lo que es la sabiduría y cuál es su origen,
sin ocultaros ningún secreto;

me voy a remontar al comienzo de la creación,
dándola a conocer claramente, sin pasar por alto la verdad.
23 No haré el camino con la podrida envidia,
que con la sabiduría ni se trata.
24 Muchedumbre de sabios salva al mundo
y rey prudente da bienestar al pueblo.
25 Por tanto, dejaos instruir por mi discurso, y sacaréis provecho.

Ningún rey empezó de otra manera

7 También yo soy un hombre mortal, igual que todos,
hijo del primer hombre modelado en arcilla;
en el vientre materno fue esculpida mi carne;
2 tardé en cuajar diez meses, masa de sangre,
de viril simiente y del deleite cómplice del sueño.
3 Al nacer, también yo respiré el aire común,
y al caer en la tierra que todos pisan,
estrené mi voz llorando, igual que todos;
4 me criaron con mimo, entre pañales.
5 Ningún rey empezó de otra manera;
6 idéntica es la entrada de todos en la vida e igual es la salida.
7 Por eso supliqué y se me concedió la prudencia;
invoqué y vino a mí el espíritu de sabiduría.
8 La preferí a cetros y tronos,
y en su comparación tuve en nada la riqueza;
9 no le equiparé la piedra más preciosa,
porque todo el oro a su lado es un poco de arena,
y junto a ella, la plata vale lo que el barro;
10 la quise más que a la salud y la belleza
y me propuse tenerla por luz,
porque su resplandor no tiene ocaso.
11 Con ella me vinieron todos los bienes juntos,
en sus manos había riquezas incontables;
12 de todas gocé, porque la sabiduría las trae,
aunque yo no sabía que las engendra a todas.
13 Aprendí sin malicia, reparto sin envidia
y no me guardo sus riquezas;
14 porque es un tesoro inagotable para los hombres:
los que la adquieren se atraen la amistad de Dios,
porque el don de su enseñanza los recomienda.

La Sabiduría me lo enseñó

15 Que me conceda Dios saber expresarme
y pensar como corresponde a ese don,
pues él es el mentor de la sabiduría
y quien marca el camino a los sabios.
16 Porque en sus manos estamos nosotros y nuestras palabras,
y toda la prudencia y el talento.
17 El me otorgó un conocimiento infalible de los seres

para conocer la trama del mundo
y las propiedades de los elementos;
18 el comienzo y el fin y el medio de los tiempos,
la sucesión de los solsticios y el relevo de las estaciones;
19 los ciclos anuales y la posición de las estrellas;
20 la naturaleza de los animales y la furia de las fieras,
el poder de los espíritus y las reflexiones de los hombres,
las variedades de plantas y las virtudes de las raíces;
21 todo lo sé, oculto o manifiesto,
22 porque la sabiduría, artífice del cosmos, me lo enseñó.

Reflejo de la luz eterna

En efecto, es un espíritu inteligente, santo, único, múltiple, sutil,
móvil, penetrante, inmaculado,
lúcido, invulnerable, bondadoso, agudo,
23 incoercible, benéfico, amigo del hombre,
firme, seguro, sereno, todopoderoso, todovigilante,
que penetra todos los espíritus inteligentes, puros, sutilísimos.
24 La sabiduría es más móvil que cualquier movimiento,
y, en virtud de su pureza, lo atraviesa y lo penetra todo;
25 porque es efluvio del poder divino,
emanación purísima de la gloria del Omnipotente;
por eso nada inmundo se le pega.
26 Es reflejo de la luz eterna,
espejo nítido de la actividad de Dios e imagen de su bondad.
27 Siendo una sola, todo lo puede;
sin cambiar en nada, renueva el universo,
y, entrando en las almas buenas de cada generación,
va haciendo amigos de Dios y profetas;
28 pues Dios ama sólo a quien convive con la sabiduría.
29 Es más bella que el sol y que todas las constelaciones;
comparada a la luz del día, sale ganando,
30 pues a éste lo releva la noche,
mientras que a la sabiduría no la puede el mal.
8 Alcanza con vigor de extremo a extremo
y gobierna el universo con acierto.

La pretendí como esposa

2 La quise y la rondé desde muchacho
y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura.
3 Su unión con Dios realza su nobleza,
siendo el dueño de todo quien la ama;
4 es confidente del saber divino y selecciona sus obras.
5 Si la riqueza es un bien apetecible en la vida,
¿quién es más rico que la sabiduría, que lo realiza todo?
6 Y si es la inteligencia quien lo realiza,
¿quién es artífice de cuanto existe más que ella?

7 Si alguien ama la rectitud, las virtudes son fruto de sus afanes;
es maestra de templanza y prudencia, de justicia y fortaleza;
para los hombres no hay en la vida nada más provechoso que esto.
8 Y si alguien ambiciona una rica experiencia,
ella conoce el pasado y adivina el futuro,
sabe los dichos ingeniosos y la solución de los enigmas,
comprende de antemano los signos y prodigios,
y el desenlace de cada momento, de cada época.
9 Por eso decidí unir nuestras vidas,
seguro de que sería mi consejera en la dicha,
mi alivio en la pesadumbre y la tristeza.
10 «Gracias a ella me elogiará la asamblea,
y, aun siendo joven, me honrarán los ancianos;
11 en los procesos lucirá mi agudeza
y seré la admiración de los monarcas;
12 si callo, estarán a la expectativa;
si tomo la palabra, prestarán atención,
y si me alargo hablando, se llevarán la mano a la boca.
13 »Gracias a ella alcanzaré la inmortalidad
y legaré a la posteridad un recuerdo imperecedero.
14 »Gobernaré pueblos, someteré naciones;
15 soberanos temibles se asustarán al oír mi nombre;
con el pueblo me mostraré bueno, y en la guerra, valeroso.
16 »Al volver a casa, descansaré a su lado, pues su trato no desazona,
su intimidad no deprime, sino que regocija y alegra».
17 Esto es lo que yo pensaba y sopesaba para mis adentros:
la inmortalidad consiste en emparentar con la sabiduría;
18 su amistad es noble deleite;
el trabajo de sus manos, riqueza inagotable;
su trato asiduo, prudencia; conversar con ella, celebridad;
entonces me puse a dar vueltas, tratando de llevármela a casa.
19 Yo era un niño de buen natural, dotado de un alma buena;
20 mejor dicho, siendo bueno, entré en un cuerpo sin tara.
21 Al darme cuenta de que sólo me la ganaría
si Dios me la otorgaba
—y saber el origen de esta dádiva suponía ya buen sentido—,
me dirigí al Señor y le supliqué, diciendo de todo corazón:

Envíala desde el cielo

9 Dios de mis padres, Señor de misericordia,
que todo lo creaste con tu palabra
2 y formaste al hombre sabiamente
para que dominara todas tus criaturas,
3 gobernara el mundo con justicia y santidad
y administrara justicia rectamente:
4 dame la sabiduría entronizada junto a ti,
no me niegues un puesto entre los tuyos.
5 Porque soy siervo tuyo, hijo de tu sierva,
hombre débil y efímero, incapaz de entender el derecho y la ley;
6 por más cumplido que sea un hombre,
si le falta tu sabiduría, no valdrá nada.

7 Tú me has escogido como rey de tu pueblo
y gobernante de tus hijos e hijas,
8 me encargaste construirte un templo en tu monte santo
y un altar en la ciudad de tu morada,
copia del santuario que fundaste al principio.
9 Contigo está la sabiduría, que conoce tus obras,
a tu lado estaba cuando hiciste el mundo;
ella sabe lo que a ti te agrada, lo que responde a tus mandamientos.
10 Envíala desde el cielo sagrado, mándala desde tu trono glorioso,
para que esté a mi lado y trabaje conmigo,
enseñándome lo que te agrada.
11 Ella, que todo lo sabe y lo comprende,
me guiará prudentemente en mis empresas
y me custodiará con su prestigio;
12 así aceptarás mis obras, juzgaré a tu pueblo con justicia
y seré digno del trono de mi padre.
13 Pues ¿qué hombre conoce el designio de Dios?
¿Quién comprende lo que Dios quiere?
14 Los pensamientos de los mortales son mezquinos
y nuestros razonamientos son falibles;
15 porque el cuerpo mortal es lastre del alma
y la tienda terrestre abruma la mente pensativa.
16 Apenas adivinamos lo terrestre
y con trabajo encontramos lo que está a mano:
pues ¿quién rastreará las cosas del cielo?
17 ¿Quién conocerá tu designio, si tú no le das la sabiduría
enviando tu santo espíritu desde el cielo?
18 Sólo así fueron rectos los caminos de los terrestres,
los hombres aprendieron lo que te agrada y la sabiduría los salvó.

La Sabiduría salvó al justo

10 Ella fue quien protegió al padre del mundo en su soledad,
a la primera criatura modelada por Dios;
2 lo levantó de su caída y le dio el poder de dominarlo todo.
3 Se apartó de ella el criminal iracundo,
y su saña fratricida le acarreó la ruina.
4 Por su culpa vino el diluvio a la tierra,
y otra vez la salvó la sabiduría,
pilotando al justo en un tablón de nada.
5 Cuando la barahúnda de los pueblos, concordes en la maldad,
ella se fijó en el justo y lo preservó sin tacha ante Dios,
manteniéndolo entero sin ablandarse ante su hijo.
6 Cuando la aniquilación de los impíos, ella puso a salvo al justo,
fugitivo del fuego llovido sobre la Pentápolis;
7 testimonio de su maldad, aún está ahí el yermo humeante,
los árboles frutales de cosechas malogradas
y la estatua de sal que se yergue, monumento al alma incrédula.
8 Pues, dejando a un lado a la sabiduría,
se mutilaron ignorando el bien,
y además legaron a la historia un recuerdo de su insensatez,
para que su mal paso no quedara oculto.

9 La sabiduría sacó de apuros a sus adictos.
10 Al justo que escapaba de la ira de su hermano
lo condujo por sendas llanas;
le mostró el Reino de Dios y le dio a conocer los santos;
dio éxito a sus tareas e hizo fecundos sus trabajos;
11 lo protegió contra la codicia de los explotadores y lo enriqueció;
12 lo defendió de sus enemigos y lo puso a salvo de asechanzas;
le dio la victoria en la dura batalla,
para que supiera que la piedad es más fuerte que nada.
13 No abandonó al justo vendido,
sino que lo libró de caer en pecado;
14 bajó con él al calabozo y no lo dejó en la prisión,
hasta entregarle el cetro real y el poder sobre sus tiranos;
demostró la falsedad de sus calumniadores
y le concedió gloria perenne.
15 Al pueblo santo, a la raza irreprochable,
lo libró de la nación opresora;
16 entró en el alma del servidor de Dios,
que hizo frente a reyes temibles con sus prodigios y señales.
17 Dio a los santos la recompensa de sus trabajos
y los condujo por un camino maravilloso;
fue para ellos sombra durante el día
y resplandor de astros por la noche.
18 Los hizo atravesar el Mar Rojo
y los guió a través de aguas caudalosas;
19 sumergió a sus enemigos,
y luego los sacó a flote de lo profundo del abismo.
20 Por eso los justos despojaron a los impíos
y cantaron, Señor, un himno a tu santo nombre,
ensalzando a coro tu brazo victorioso;
21 porque la sabiduría abrió la boca de los mudos
y soltó la lengua de los niños.

JUICIOS HISTORICOS

Juicio del agua

11 Coronó con el éxito sus obras por medio de un santo profeta.
2 Atravesaron un desierto inhóspito,
acamparon en terrenos intransitados;
3 hicieron frente a ejércitos hostiles y rechazaron a sus adversarios.
4 Tuvieron sed y te invocaron:
una roca áspera les dio agua y les curó la sed una piedra dura.
5 Con lo que sus enemigos eran castigados,
ellos, en el apuro, eran favorecidos.
6 A cambio de la corriente perenne
de un río turbio y sanguinolento
7 —castigo del decreto infanticida—
les diste sin esperarlo agua abundante,
8 para que aprendieran, por la sed pasada,
cómo habías castigado a sus adversarios.
9 En efecto, cuando sufrían una prueba,
aunque fuera una corrección piadosa,
comprendían los tormentos de los impíos,
sentenciados con cólera;
10 porque a los tuyos los probaste como padre que reprende,
pero a aquéllos, como rey inexorable, los examinaste y condenaste.
11 Ausentes y presentes se consumían por igual;
12 un doble pesar se apoderó de ellos y gemían, recordando el pasado;
13 en efecto, al oír que sus propios castigos
redundaban en beneficio de los otros, veían allí la mano del Señor.
14 Al que antaño habían abandonado expósito
y luego rechazado con burla,
al final de los sucesos lo admiraron,
al sufrir una sed distinta de la de los justos.

Juicio de los animales

15 Su mentalidad insensata y depravada
los extravió hasta el punto de rendir culto
a reptiles sin razón y viles alimañas,
y tú te vengaste enviando contra ellos
un sinfín de animales sin razón,
16 para que aprendieran que en el pecado está el castigo.
17 Bien que podía tu mano omnipotente,
que de materia informe había creado el mundo,
soltar contra ellos osos a manadas o bravos leones,
18 o especies nuevas de animales recién creados, ferocísimos,
que lanzasen resoplidos llameantes
o despidiesen una humareda pestilente,
o cuyos ojos echasen chispas terribles;
19 podía haberlos aniquilado su maleficio,
y su solo aspecto espeluznante, exterminarlos.

20 Sin nada de esto podían haber caído de un solo soplo,
perseguidos por la justicia, aventados por tu soplo poderoso,
pero todo lo tenías predispuesto con peso, número y medida.
21 Desplegar todo tu poder está siempre a tu alcance;
¿quién puede resistir la fuerza de tu brazo?
22 Porque el mundo entero es ante ti
como grano de arena en la balanza,
como gota de rocío mañanero que cae sobre la tierra.
23 Pero te compadeces de todos, porque todo lo puedes,
cierras los ojos a los pecados de los hombres para que se arrepientan.
24 Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que has hecho;
si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado.
25 Y ¿cómo subsistirían las cosas si tú no lo hubieses querido?
¿Cómo conservarían su existencia si tú no las hubieses llamado?
26 Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida.
12 Todos llevan tu soplo incorruptible.

Los cananeos: teodicea

2 Por eso corriges poco a poco a los que caen,
les recuerdas su pecado y los reprendes,
para que se conviertan y crean en ti, Señor.
3 A los antiguos pobladores de tu santa tierra
4 los aborreciste por sus prácticas detestables,
ritos execrables y actos de magia,
5 crueles sacrificios de criaturas
y banquetes canibalescos de vísceras y sangre humana;
a estos cofrades iniciados,
6 progenitores asesinos de vidas indefensas,
decidiste eliminarlos por medio de nuestros padres,
7 para que tu tierra predilecta
acogiera a la digna colonia de los hijos de Dios.
8 Pero aun a ésos, como hombres que eran,
los trataste con miramiento
y les enviaste, como avanzada de tu ejército, avispas,
para exterminarlos paulatinamente.
9 Bien que podías haber entregado a los impíos
en manos de los justos, en batalla campal,
o haberlos aniquilado de una vez
por medio de fieras terribles, o con una palabra inexorable;
10 pero, castigándolos paulatinamente, les diste ocasión de arrepentirse,
a sabiendas de que eran de mala cepa, de malicia congénita,
y que su manera de ser no cambiaría nunca.
11 Eran raza maldita desde su origen;
si les indultaste los delitos no fue porque tuvieras miedo a nadie.
12 Porque ¿quién puede decirte «qué has hecho»?
¿Quién protestará contra tu fallo?
¿Quién te denunciará por el exterminio
de las naciones que tú has creado?
¿Quién se te presentará como vengador de delincuentes?

13 Además, fuera de ti, no hay otro dios al cuidado de todos,
ante quien tengas que justificar tu sentencia;
14 no hay rey ni soberano que pueda desafiarte por haberlos castigado.
15 Eres justo, gobiernas el universo con justicia
y estimas incompatible con tu poder
condenar a quien no merece castigo.
16 Porque tu fuerza es el principio de la justicia
y el ser dueño de todos te hace perdonarlos a todos.
17 Ante el que no cree en la perfección de tu poder
despliegas tu fuerza,
y a los que la reconocen los dejas convictos de su atrevimiento;
18 pero tú, dueño de tu fuerza, juzgas con moderación
y nos gobiernas con mucha indulgencia;
hacer uso de tu poder está a tu alcance cuando quieres.
19 Actuando así, enseñaste a tu pueblo
que el hombre justo debe ser humano,
e infundiste a tus hijos la esperanza,
pues dejas arrepentirse a los que pecan.
20 Pues si a los enemigos de tus hijos, reos de muerte,
los castigaste con tanto miramiento e indulgencia,
dándoles tiempo y ocasión de arrepentirse de sus culpas,
21 ¿con cuánto esmero no has juzgado a tus hijos,
a cuyos padres prometiste favores con juramentos y alianzas?

Juicio de burla

22 A nosotros nos instruyes azotando mil veces a nuestros enemigos,
para que a la hora de juzgar pensemos en tu benevolencia
y cuando nos toque ser juzgados esperemos misericordia.
23 A los necios que vivieron una vida depravada
los torturaste con sus propias abominaciones;
24 se extraviaron muy lejos por el camino del error,
teniendo por dioses a los animales más viles y repugnantes,
dejándose engañar como párvulos sin sentido;
25 por eso, como a niños que no razonan,
los sometiste a un juicio de burla.
26 Los que no escarmentaron con correctivos burlescos
tendrían que sufrir un juicio digno de Dios.
27 Al ser castigados por aquellos mismos a los que tenían por dioses
—y los habían hecho sufrir e irritarse—
abrieron los ojos y reconocieron como Dios verdadero
al que antes no habían querido conocer;
por eso les sobrevino el colmo de la condena.

LA IDOLATRIA

Fascinados por la hermosura del universo

13 Eran naturalmente vanos todos los hombres que ignoraban a Dios,
y fueron incapaces de conocer al que es
partiendo de las cosas buenas que están a la vista,
y no reconocieron al artífice fijándose en sus obras,
2 sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire leve,
a las órbitas astrales, al agua impetuosa,
a las lumbreras celestes, regidoras del mundo.
3 Si, fascinados por su hermosura, los creyeron dioses,
sepan cuánto los aventaja su Dueño,
pues los creó el autor de la belleza;
4 y si los asombró su poder y actividad,
calculen cuánto más poderoso es quien los hizo;
5 pues, por la magnitud y belleza de las criaturas,
se descubre por analogía al que les dio el ser.
6 Con todo, a éstos poco se les puede echar en cara,
pues tal vez andan extraviados
buscando a Dios y queriéndolo encontrar;
7 en efecto, dan vueltas a sus obras, las exploran,
y su apariencia los subyuga, porque es bello lo que ven.
8 Pero ni siquiera éstos son perdonables,
9 porque si lograron saber tanto
que fueron capaces de averiguar el principio del cosmos,
¿cómo no encontraron antes a su Dueño?

Idolos de madera

10 Son unos desgraciados, ponen su esperanza en seres inertes,
los que llamaron dioses a las obras de sus manos humanas,
al oro y la plata labrados con arte y a figuras de animales,
o a una piedra inservible, obra de mano antigua.
11 Pongamos un ebanista: tala un árbol terciado,
lo descorteza con maña y, aplicándose a su oficio con destreza,
hace un objeto útil para los menesteres de la vida;
12 el desecho del trabajo lo gasta preparando la comida, y se sacia;
13 el desecho de todo, que para nada sirve,
un palo retorcido y nudoso, lo coge y lo talla en sus ratos de ocio
y se entretiene dándole forma hábilmente,
hasta sacar la imagen de un hombre
14 o lograr el parecido de un vil animal; le da una mano de minio,
le pinta de rojo todo el cuerpo y repasa todas sus faltas;
15 le prepara un nicho digno
y lo coloca en la pared, sujetándolo con una abrazadera.
16 Sabiendo que no puede valerse por sí mismo,
toma sus precauciones para que no se caiga:
es una imagen y necesita ayuda.
17 Luego le reza por la hacienda, la boda y los hijos,

sin sonrojarse de acudir a un ser sin vida;
implora la salud de un ser débil,
18 ruega por la vida a un muerto, solicita ayuda al más torpe
y un buen viaje a quien ni de sus pies puede servirse;
19 para sus negocios y trabajos y el éxito feliz de sus tareas
pide vigor al que menos vigor tiene en las manos.

14 Otros, al hacerse a la mar,
dispuestos a atravesar las encrespadas olas,
invocan a un leño más frágil que la embarcación que los transporta.
2 Esta la proyectó el afán de lucro y la armó la pericia técnica;
3 pero es tu providencia quien la pilota, Padre,
que trazaste un camino en el mismo mar
y una senda segura entre las olas,
4 demostrando que puedes salvar de todo riesgo,
para que se embarquen aun los inexpertos.
5 No quieres que se frustren las obras de tu sabiduría;
por eso los hombres confían sus vidas a un madero insignificante,
y cruzando el oleaje en una balsa, llegan sanos y salvos.
6 En efecto, cuando perecieron los soberbios gigantes de antaño,
la esperanza del mundo se refugió en una balsa,
que, pilotada por tu mano,
transmitió la semilla de la vida a los siglos.
7 Bendito el leño que se emplea rectamente,
8 pero el ídolo hecho a mano, maldito él y quien lo hizo;
éste por haberlo fabricado,
aquél porque, siendo corruptible, fue tenido por dios.
9 Porque Dios aborrece igualmente al impío y su impiedad;
10 también la obra será castigada con su autor.
11 También a los ídolos de los gentiles se les pedirá cuenta por esto:
porque, entre las criaturas de Dios, se han hecho abominables,
tropiezo para las almas de los hombres
y trampa para los pies de los necios.

Origen de la idolatría: la desgracia y el poder

12 La infidelidad arranca de proyectar ídolos,
y su invención trajo la corrupción de la vida.
13 Porque ni existían desde el principio
ni existirán eternamente;
14 en efecto, entraron en el mundo por la vanidad de los hombres,
y por eso tienen marcado un fin repentino.
15 Un padre, desconsolado por un luto prematuro,
hace una imagen del hijo malogrado,
y al que antes era un hombre muerto,
ahora lo venera como un dios
e instituye misterios e iniciaciones para sus subordinados;
16 luego arraiga con el tiempo esta impía costumbre
y se observa como ley.
También por decreto de los soberanos se daba culto a las estatuas;
17 como los hombres, viviendo lejos, no podían venerarlos en persona,

representaron a la persona remota
haciendo una imagen visible del rey venerado,
para así, mediante esta diligencia, adular presente al ausente.
18 La ambición del artista,
atrayendo aun a los que no lo conocían, promovió este culto;
19 en efecto, queriendo tal vez halagar al potentado,
lo favorecía, forzando hábilmente el parecido,
20 y la gente, atraída por el encanto de la obra,
juzga ahora digno de adoración
al que poco antes veneraba como hombre.
21 Este hecho resultó una trampa para el mundo:
que los hombres, bajo el yugo de la desgracia y del poder,
impusieron el nombre incomunicable a la piedra y al leño.

Consecuencias de la idolatría

22 Luego no les bastó errar acerca del conocimiento de Dios,
sino que, metidos en la guerra cruel de la ignorancia,
saludan a esos males con el nombre de paz.
23 En efecto, celebrando iniciaciones infanticidas,
o misterios secretos, o frenéticas orgías de extraño ritual,
24 ya no conservan pura ni la vida ni el matrimonio,
sino que unos a otros se acechan para eliminarse
o se hacen sufrir con sus adulterios.
25 Todo lo domina un caos de sangre y crimen, robo y fraude,
corrupción, deslealtad, anarquía, perjurio,
26 desconcierto de los buenos, olvido de la gratitud,
impureza de las almas, perversiones sexuales,
desórdenes matrimoniales, estupro y desenfreno.
27 Porque el culto a los innominables ídolos
es principio, causa y fin de todos los males;
28 en efecto, o celebran fiestas frenéticas, o profetizan embustes,
o viven en la injusticia, o perjuran con facilidad;
29 como confían en ídolos sin vida,
no temen que el jurar en falso les ocasione ningún daño.
30 Será doble la condena que les caiga:
por pensar mal de Dios, pendientes de los ídolos,
y por jurar contra la verdad y la justicia, despreciando la santidad;
31 porque no es el poder de aquellos por quienes se jura,
es la justicia que se venga de los pecadores
quien persigue siempre las transgresiones de los injustos.

Conocerte a ti es justicia perfecta

15 Pero tú, Dios nuestro, eres bueno y fiel,
tienes mucha paciencia y gobiernas el universo con misericordia.
2 Aunque pequemos, somos tuyos, acatamos tu poder;
pero no pecaremos, sabiendo que te pertenecemos.
3 Conocerte a ti es justicia perfecta,
y acatar tu poder es la raíz de la inmortalidad.

4 No nos extraviaron las malas artes inventadas por los hombres,
ni el trabajo estéril de los pintores
—figuras realizadas con manchas policromas—;
5 su contemplación apasiona a los necios,
que se entusiasman con la imagen sin aliento de un ídolo muerto.
6 Están enamorados del mal y son dignos de tales esperanzas,
tanto los autores como los entusiastas y los adoradores.

Idolos de barro

7 Un alfarero se afana amasando y reblandeciendo la arcilla;
moldea cacharros para nuestro servicio,
pero con la misma arcilla modela por igual
vasijas destinadas a menesteres nobles o innobles;
el destino de cada una lo decide el barrero.
8 Malogrando su trabajo modela con la misma arcilla un dios falso,
el que poco antes nació de la tierra,
para volver en breve allí de donde lo sacaron,
cuando le reclamen la vida prestada.
9 Pero le trae sin cuidado tener que agotarse
y que su vida sea efímera;
compite con orfebres y plateros,
plagia a los escultores en bronce y tiene a gala modelar réplicas.
10 Su mente es ceniza; su esperanza, más mezquina que el barro,
y su vida vale menos que la arcilla;
11 pues no reconoció a quien lo modeló a él,
le infundió un alma activa y le sopló aliento vital,
12 sino que consideró la vida como un juego,
la existencia como una feria de negocios;
«hay que sacar partido —decía— de lo que sea, hasta del mal».
13 Este más que nadie sabe que peca:
el que fabrica con materia terrosa vasijas frágiles y estatuas.

Animales divinizados

14 Pero los más necios, y más infelices que el alma de un párvulo,
son los enemigos que oprimieron a tu pueblo,
15 pues tuvieron por dioses a todos los ídolos de los gentiles,
cuyos ojos no les sirven para ver, ni la nariz para respirar,
ni las orejas para oír, ni los dedos de las manos para tocar
y sus pies son torpes para andar.
16 Porque los hizo el hombre, los modeló un ser de aliento prestado,
y ningún hombre puede modelar un dios a su semejanza;
17 siendo mortal, sus manos pecadoras producen un cadáver;
vale más él que los objetos que adora,
pues él tiene vida, los otros jamás.
18 También dan culto a los animales más odiosos,
que comparados con los demás, son los más brutos;
19 no tienen ninguna belleza que los haga atractivos
—cosa que sucede a la vista de otros animales—,
sino que se quedaron sin la aprobación de Dios y sin su bendición.

JUICIOS HISTORICOS

Codornices

16 Por eso recibieron el castigo merecido
torturados por una plaga de alimañas semejantes.
2 Frente a ese castigo, a tu pueblo lo favoreciste,
y, para satisfacer su apetito,
les proporcionaste codornices, manjar desusado;
3 así, mientras los otros, hambrientos, perdían el apetito natural,
asqueados por los bichos que les habías enviado,
éstos, después de pasar un poco de necesidad,
se repartían un manjar desusado.
4 Pues era justo que a los opresores les sobreviniera
una necesidad sin salida,
y a éstos se les mostrara sólo cómo eran torturados sus enemigos.

Juicio de las serpientes

5 Pues cuando les sobrevino la terrible furia de las fieras
y perecían mordidos por serpientes tortuosas,
tu ira no duró hasta el final;
6 para que escarmentaran, se les asustó un poco,
pero tenían un emblema de salud
como recordatorio del mandato de tu ley;
7 en efecto, el que se volvía hacia él sanaba
no en virtud de lo que veía, sino gracias a ti, Salvador de todos.
8 Así convenciste a nuestros enemigos
de que eres tú quien libra de todo mal;
9 a ellos los mataron a picaduras alacranes y moscas,
sin que hubiera remedio para sus vidas,
porque tenían merecido este castigo;
10 a tus hijos, en cambio, ni los dientes
de culebras venenosas los pudieron,
pues acudió a curarlos tu misericordia.
11 Los aguijonazos les recordaban tus oráculos
—y en seguida sanaban—
para que no cayeran en profundo olvido
y se quedaran sin experimentar tu acción benéfica.
12 Porque no los curó hierba ni emplasto,
sino tu palabra, Señor, que lo sana todo.
13 Porque tú tienes poder sobre la vida y la muerte,
llevas a las puertas del infierno y haces regresar;
14 el hombre, en cambio, aunque con su maldad dé muerte,
no devuelve el aliento exhalado ni libera el alma ya prisionera.

Juicio del fuego y el alimento

15 Imposible escapar de tu mano;
16 a los impíos que no querían conocerte
los azotaste con tu brazo vigoroso:

los perseguían lluvias insólitas
y pedriscos y tormentas implacables,
y el fuego los devoró;
17 y lo más sorprendente:
en el agua, que todo lo apaga, ardía más el fuego,
pues el cosmos es paladín de los justos;
18 unas veces se amansaba la llama,
para no quemar a los animales enviados contra los impíos,
para que, viéndolos, comprendieran
que el juicio de Dios los perseguía;
19 pero otras veces, aun en medio del agua,
ardía con más fuerza que el fuego,
para destruir la cosecha de una tierra malvada.
20 A tu pueblo, por el contrario,
lo alimentaste con manjar de ángeles,
proporcionándole gratuitamente, desde el cielo,
pan a punto, de mil sabores, a gusto de todos;
21 este sustento tuyo demostraba a tus hijos tu dulzura,
pues servía al deseo de quien lo tomaba
y se convertía en lo que uno quería.
22 Nieve y hielo aguantaban el fuego sin derretirse,
para que se supiera que el fuego
—ardiendo en medio de la granizada
y centelleando entre los chubascos—
aniquilaba los frutos de los enemigos;
23 pero el mismo, en otra ocasión, se olvidó de su propia virtud,
para que los justos se alimentaran.
24 Porque la creación, sirviéndote a ti, su hacedor,
se tensa para castigar a los malvados
y se distiende para beneficiar a los que confían en ti.
25 Por eso también entonces, tomando todas las formas,
estaba al servicio de tu generosidad, que da alimento a todos,
a voluntad de los necesitados,
26 para que aprendieran tus hijos queridos, Señor,
que no alimenta al hombre la variedad de frutos,
sino que es tu palabra quien mantiene a los que creen en ti.
27 Pues lo que el fuego no devoró,
se derritió simplemente calentado por un fugaz rayo de sol,
28 para que se supiera que es preciso
madrugar más que el sol para darte gracias,
y rezar al clarear el alba;
29 pues la esperanza de los ingratos
se derretirá como escarcha invernal
y se escurrirá como agua sin provecho.

Juicio de las tinieblas

17 Tus juicios son grandiosos e inexplicables;
por eso las almas indóciles se extraviaron.
2 Pensaban los malvados que controlaban a la nación santa,
mientras yacían ellos prisioneros de las tinieblas,

en el calabozo de una larga noche, recluidos bajo sus techos,
prófugos de la eterna providencia.
3 Creían pasar inadvertidos,
con sus pecados encubiertos bajo el tupido velo del olvido,
pero estaban desperdigados en el colmo del aturdimiento,
sobresaltados por alucinaciones.
4 Pues ni el rincón que los retenía los salvaguardaba del miedo;
retumbaban a su alrededor ruidos aterradores
y se les aparecían tétricos fantasmas de lúgubres rostros.
5 No había fuego bastante para iluminarlos,
ni las lumbreras fulgurantes de los astros
lograban iluminar aquella noche siniestra.
6 Para ellos lucía solamente una fogata espeluznante
que ardía por sí sola,
y despavoridos por aquella aparición que no veían,
les parecía más macabra la visión.
7 Los trucos de la magia habían fracasado
y su alarde de prudencia sufría un descalabro vergonzoso,
8 pues los que se comprometían
a expulsar del alma enferma terrores y sobresaltos
padecían ellos mismos un pánico grotesco.
9 Aunque nada inquietante les metiera miedo,
amedrentados por el paso de alimañas y el silbido de reptiles,
10 sucumbían temblando, negándose a mirar el aire inevitable.
11 Pues la maldad de por sí es cobarde y se condena a sí misma;
apurada por la conciencia, se imagina siempre lo peor,
12 porque el miedo no es otra cosa
que el desamparo de los auxilios de la reflexión;
13 cuanto menos esperanza tiene uno,
más grave se le hace la causa de la tortura.
14 Durante aquella noche realmente impotente,
salida de los rincones del impotente abismo,
mientras dormían el mismo sueño,
15 o los perseguían monstruosos espectros,
o al darse por vencidos quedaban paralizados,
pues los invadió un miedo repentino e inesperado.
16 Así, todo el que allí caía, quienquiera que fuese,
quedaba encarcelado, recluido en la mazmorra sin barrotes;
17 fuese labrador o pastor u obrero que se afana en solitario,
sufría, sorprendido, el sino ineludible;
18 porque a todos amarraba la misma cadena de tinieblas.
El silbido del viento,
el canto melodioso de las aves en la espesura de las ramas,
la cadencia del agua fluyendo impetuosa,
19 el golpe seco de las rocas al precipitarse,
la invisible carrera de los animales retozando,
el rugido de las bestias más feroces,
el eco retumbante en las cavernas de los montes
los agarrotaba de miedo.
20 El mundo entero, iluminado por una luz radiante,
se entregaba sin trabas a sus tareas;
21 sobre ellos solos se cernía una noche agobiante,

imagen de las tinieblas que iban a acogerlos.
Para sí mismos eran más agobiantes que las tinieblas.

18 Pero tus santos tenían una luz magnífica;
los otros, que oían sus voces sin ver su figura,
los felicitaban por no haber padecido como ellos;
2 les daban las gracias porque no se desquitaban
de los malos tratos recibidos
y les pedían por favor que se marcharan.
3 Entonces les proporcionaste una columna de fuego
que los guiara en el viaje desconocido
y un sol, inofensivo, para sus andanzas gloriosas.
4 Los otros merecían quedarse sin luz,
prisioneros de las tinieblas,
por haber tenido recluidos a tus hijos
que iban a transmitir al mundo la luz incorruptible de tu Ley.

Juicio de los primogénitos

5 Cuando decidieron matar a los niños de los santos
—y se salvó uno sólo, expósito—,
en castigo les arrebataste sus hijos en masa,
y los eliminaste a todos juntos en las aguas formidables.
6 Aquella noche se les anunció de antemano a nuestros padres
para que tuvieran ánimo, al conocer con certeza
la promesa de que se fiaban.
7 Tu pueblo esperaba ya la salvación de los inocentes
y la perdición de los enemigos,
8 pues con una misma acción castigabas a los adversarios
y nos honrabas llamándonos a ti.
9 Los piadosos herederos de las bendiciones
ofrecían sacrificios a escondidas
y, de común acuerdo, se imponían esta ley sagrada:
que todos los santos serían solidarios en los peligros y en los bienes,
y empezaron a entonar los himnos tradicionales.
10 Hacían eco los gritos destemplados de los enemigos,
y cundía el clamor quejumbroso del duelo por sus hijos;
11 idéntico castigo sufrían el esclavo y el amo,
el plebeyo y el rey padecían lo mismo;
12 todos sin distinción tenían muertos innumerables,
víctimas de la misma muerte;
los vivos no daban abasto para enterrarlos,
porque en un momento pereció lo mejor de su raza.
13 Aunque la magia los había hecho desconfiar de todo,
cuando el exterminio de los primogénitos
confesaron que el pueblo aquel era hijo de Dios.
14 Un silencio sereno lo envolvía todo,
y al mediar la noche su carrera,
15 tu palabra todopoderosa se abalanzó, como paladín inexorable,
desde el trono real de los cielos al país condenado;
16 llevaba la espada afilada de tu orden terminante;

se detuvo y lo llenó todo de muerte;
pisaba la tierra y tocaba el cielo.
17 Entonces, de repente, los sobresaltaron terribles pesadillas,
los asaltaron temores imprevistos;
18 tirados, medio muertos, cada uno por su lado,
manifestaban la causa de su muerte;
19 pues sus sueños turbulentos los habían prevenido,
para que no perecieran sin conocer el motivo de su desgracia.

Expiación

20 También a los justos les alcanzó la prueba de la muerte
y en el desierto tuvo lugar una gran matanza,
pero no duró mucho la ira;
21 porque un varón intachable se lanzó en su defensa,
manejando las armas de su ministerio:
la oración y el incienso expiatorio;
hizo frente a la cólera y puso fin a la catástrofe,
demostrando ser ministro tuyo;
22 venció la indignación no a fuerza de músculos
ni esgrimiendo las armas, sino que rindió al verdugo con la palabra,
recordándole los pactos y promesas hechos a los padres.
23 Cuando ya se hacinaban los cadáveres, unos encima de otros,
se plantó en medio y atajó el golpe,
cortándole el paso hacia los que aún vivían.
24 Pues en su ropa talar estaba el mundo entero,
y los nombres ilustres de los patriarcas
en la cuádruple hilera de piedras talladas,
y tu majestad en la diadema de su cabeza.
25 Ante esto, el exterminador retrocedió atemorizado;
una sola prueba de tu ira bastaba.

Juicio del Mar Rojo

19 Pero a los impíos los acosó hasta el fin una ira despiadada,
porque Dios ya sabía lo que iban a hacer:
2 que los dejarían marchar y los urgirían para que se fueran,
pero luego, cambiando de parecer, los perseguirían.
3 En efecto, antes de terminar los funerales,
llorando junto a las tumbas de los muertos,
tramaron otro plan insensato,
y a los que habían expulsado con súplicas,
los perseguían como fugitivos.
4 Hasta este extremo los arrastró su merecido sino
y los hizo olvidarse del pasado,
para que remataran con sus torturas el castigo pendiente,
5 y mientras tu pueblo realizaba un viaje sorprendente,
toparan ellos con una muerte insólita.
6 Porque la creación entera, cumpliendo tus órdenes,
cambió radicalmente de naturaleza
para guardar incólumes a tus hijos.

7 Se vio la nube dando sombra al campamento,
la tierra firme emergiendo donde había antes agua,
el Mar Rojo convertido en camino practicable
y el violento oleaje hecho una vega verde;
8 por allí pasaron, en formación compacta,
los que iban protegidos por tu mano,
presenciando prodigios asombrosos.
9 Retozaban como potros y triscaban como corderos,
alabándote a ti, Señor, su libertador.
10 Aún tenían en la memoria todo lo del destierro:
cómo la tierra, y no los animales, produjo mosquitos;
cómo, en vez de especies acuáticas, vomitó el río cantidad de ranas.
11 Más tarde vieron también un nuevo modo de nacer los pájaros,
cuando, acuciados por el apetito, pidieron manjares de capricho;
12 pues, para satisfacerles, salieron codornices del mar.

Esclavizaron a unos emigrantes

13 Y a los pecadores les sobrevinieron los castigos
no sin el previo aviso de retumbantes truenos;
justamente sufrían por sus propios delitos,
por haber odiado cruelmente a los extranjeros.
14 Sí, hubo quien negó hospitalidad a unos visitantes desconocidos;
pero éstos esclavizaron a unos emigrantes
que les hacían buenos oficios.
15 Más aún: qué castigo no les tocará a aquéllos
por haber recibido hostilmente a los extranjeros;
16 pero éstos, después de agasajarlos a su llegada,
cuando tenían ya los mismos derechos,
los maltrataron con trabajos inhumanos.
17 Y también los hirió la ceguera,
como a los que, a la puerta del justo,
envueltos en una densa oscuridad,
tanteaban la entrada de su puerta.

Metamorfosis de la creación

18 Los elementos de la naturaleza se intercambiaban sus propiedades,
lo mismo que en un arpa las cuerdas cambian
el carácter de la música, siguiendo igual el tono,
como puede colegirse exactamente a la vista de lo que pasó;
19 pues los seres terrestres se volvían acuáticos,
y los que nadan, se paseaban por la tierra;
20 el fuego acrecentaba su propia virtud en el agua,
y el agua olvidaba su condición de extintor;
21 las llamas, por el contrario, no abrasaban
las carnes de los endebles animales que por allí merodeaban
ni derretían aquella especie de manjar divino, cristalino y soluble.
22 Porque en todo, Señor, enalteciste y glorificaste a tu pueblo,
y nunca y en ningún lugar dejaste de mirar por él y socorrerlo.

NUEVO TESTAMENTO

Traducción de
JUAN MATEOS
con la colaboración de
L. ALONSO SCHÖKEL

Introducciones de
JUAN MATEOS

INTRODUCCION

Los veintisiete escritos que componen el NT tienen estilo y contenido diferentes: hay narraciones históricas (Evangelios y Hechos), cartas, que a veces contienen un tratado (Rom), un sermón (Heb) o un escrito sapiencial (Sant); el Apocalipsis, por su parte, adopta el estilo profético.

El problema del canon del NT, es decir, de la colección de escritos reconocidos por la Iglesia, se planteó a medida que desaparecían los Apóstoles y los testigos de la primera generación. Se constituyen colecciones parciales, la de los Evangelios o la de las cartas de Pablo, que se reúnen después. Los escritos principales del NT, unos veinte, están unánimemente aceptados a fines del s. II; los restantes (2 Pe, 2 y 3 Jn, Heb, Sant, Jds), discutidos por algún tiempo, fueron aceptados en el siglo IV, mientras quedaban excluidos algunos otros (Didajé, Pastor de Hermas, carta de Bernabé).

Poseemos papiros de fines del s. II que contienen enteros los Evangelios de Lc y Jn, y otros del s. III con fragmentos de Evangelios y Hechos, las cartas de Pablo y casi todo el Apocalipsis. Los grandes códices en pergamino empiezan en el s. IV y contienen todos los escritos del NT. Además de estos documentos en lengua original, hay traducciones sirias desde el s. II y latinas desde el III. También los escritores cristianos desde el s. II citan pasajes de libros del NT.

Ambiente judío del NT

Al tiempo del nacimiento de Jesús reinaba en Palestina Herodes el Grande († 4 a. C.), a cuya muerte se dividió el país entre sus hijos: Arquelao heredó el gobierno de Judea y Samaría (Mt 2,22); Herodes Antipas, el de Galilea y Perea, y Filipo, hijo de otra mujer, el territorio del Jordán hasta el Hermón (Lc 3,1).

Debido a su crueldad, Arquelao fue depuesto y desterrado a las Galias, pasando a ser su territorio provincia romana gobernada por un procurador imperial. Ante la ocupación extranjera se organiza un partido nacionalista fanático (zelotas), y Judas el Galileo acaudilla una revuelta (Hch 5,37), sofocada por los romanos; su último baluarte fue la ciudad de Séforis, a poca distancia de Nazaret, finalmente destruida. Sus ruinas podían verse desde Nazaret cuando Jesús era joven.

Varios personajes conocidos se citan en los Evangelios: Anás (Lc 3,2; Jn 18, 13.24; H 4,6), sumo sacerdote destituido por el procurador romano Valerio Grato (15-26); el año 18 fue nombrado José Caifás, que ocupó el cargo hasta el año 36. A Valerio Grato sucedió Poncio Pilato, hombre cruel que provocó mucho a los judíos (cf. Lc 13,1) y fue destituido el año 36.

Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, era rey vasallo de Galilea y Perea (cf. Lc 13,31), gozando de relativa independencia; sus relaciones con Pilato fueron tirantes (Lc 23,12). Después de divorciarse de su primera mujer se casó con la mujer de su hermano, Herodías, que ocasionó la muerte de Juan Bautista (Mt 14,1-2 y par.).

En los Hechos aparece Herodes Agripa I, que gobernó Palestina entera desde el año 40 hasta su muerte en 44 (Hch 12,20-23). Persiguió a la comunidad cristiana, mandando ejecutar a Santiago el Mayor y encarcelar a Pedro (12,1-3).

A la muerte de Herodes Agripa I, Palestina pasó a ser provincia romana, gobernada por un procurador. Entre ellos, Félix, hombre cruel y avaricioso (52-60), instruye el proceso de Pablo en Cesarea (Hch 23,24; 24,3.22). El año 60 Festo, hombre cabal, sucedió a Félix (Hch 24,27), pero murió en el cargo a los dos años. Antes que llegase el sucesor, el sumo sacerdote hizo ejecutar a Santiago, el pariente del Señor (Mc 6,3; Hch 12,57, etc.; 1 Cor 15,7).

En este ambiente políticamente agitado aparecen varias tendencias que habían ido cristalizando desde la vuelta del destierro. La helenización de una parte de la casta sacerdotal había suscitado una reacción tradicionalista, la de los asideos o «piadosos», que exigían una obediencia radical a la Ley, con la mira puesta en las promesas escatológicas. La idea del Mesías sufre un cambio, haciéndose trascendente (libro de Daniel).

Algunos asideos, enemigos de la casta sacerdotal imperante y del culto del templo, fundaron una especie de orden religiosa, los *esenios,* cerca del Mar Muerto, en el emplazamiento llamado Qumrán. Se consideraban los elegidos de Dios, el único Israel, los únicos depositarios de la Alianza. Para ellos, el templo era la comunidad misma; aunque continuó la distinción entre sacerdotes y laicos, los preceptos de pureza sacerdotal se hicieron obligatorios para todos los miembros del grupo. El monasterio fue destruido por los romanos en la guerra judaica el año 68 d. C.

Otra parte de los asideos, menos radicales, fueron los *fariseos,* movimiento seglar, dirigido por los letrados, opuestos a la jerarquía sacerdotal saducea, pero que frecuentaban el templo. Su influjo en el pueblo era considerable; con su interpretación de la Ley apoyaban la devoción popular y se ganaban la simpatía de la gente. Explicaban la Ley con una minuciosa casuística y la rodeaban de una serie de preceptos secundarios cuya observancia la protegía de la transgresión. La concentración en la observancia llevaba a concebir la relación con Dios en sentido legalista y no es raro encontrar entre ellos el símil del Dios banquero que lleva su libro de haber y debe, donde apunta las acciones de los hombres. El esfuerzo por observar la Ley desembocaba a veces en la suficiencia (Lc 18, 9.11-12), a veces en el desaliento (Hch 15,10), cuyo último recurso era la apelación a la misericordia de Dios.

Tenían un sentido de superioridad y de elección parecido al de los esenios. Despreciaban profundamente a la gente sencilla (Mt 9,36), ignorante de las sutilezas de la Ley (Jn 7,49) y, por tanto, incapaz de cumplir la voluntad de Dios.

La médula del *partido saduceo* era la nobleza seglar, compuesta por los grandes terratenientes de Palestina. A él pertenecía también la aristocracia sacerdotal. Su ideología era conservadora, en lo referente al culto, a la Escritura, de la que admitían sólo los libros atribuidos a Moisés, y al *status quo* con el poder romano; por otra parte, estaban abiertos al influjo helenístico. Su esperanza escatológica había quedado reducida a la de un Estado centrado en el templo, con cierta autonomía dentro del régimen romano. Rechazaban toda tendencia reformista que comprometiese la situación.

El *Consejo Supremo* o Sanedrín estaba compuesto por setenta y dos miembros presididos por el sumo sacerdote. Comprendía tres grupos: los sacerdotes de alto rango (sumos sacerdotes), los letrados, pertenecientes al partido fariseo, y los representantes de la aristocracia seglar, llamados presbíteros o senadores (Mc 14,43).

Los *zelotas* eran los nacionalistas fanáticos que se oponían activamente al dominio romano. Judas el Galileo, aparentemente su fundador, se opuso al pago del tributo al Emperador, por considerarlo opuesto al primer mandamiento, y organizó una rebelión, sofocada en sangre por los romanos. La acusación levantada a Jesús ante Pilato (Lc 23,2) pretendía identificarlo con un rebelde político del partido zelota.

Fuera del pueblo judío se encontraban los *samaritanos,* mezcla étnica de hebreos y paganos, que establecieron en el monte Garizín su propio templo (Jn 4,20), destruido por los judíos en el 129 a. C. El antagonismo entre los dos pueblos fue grande y estaba muy vivo en el siglo I d. C. Por eso no encuentra

Jesús alojamiento en las aldeas de Samaría (Lc 9,52-56) y como máximo insulto se le llama samaritano (Jn 8,48).

Tal es el ambiente en que vive y actúa Jesús: odio a los paganos, alimentado por la literatura apocalíptica de la época; divisiones internas entre tendencias diametralmente opuestas, tensión y violencia que irían a desembocar en el levantamiento fanático que llevó la nación a la ruina en el año 70.

Ambiente religioso helenístico

En el mundo helenístico, que participaba de la cultura de signo griego, la *filosofía* va ganando terreno a las antiguas religiones, al menos entre la gente ilustrada. En la masa del pueblo cunden los cultos orientales a los dioses dadores de salud, como Esculapio, Isis y Serapis, y la magia. Pero quizá la novedad más importante fue el auge de la *astrología,* con la concepción de que a cada hombre le acompaña una estrella que determina el destino de cada cual. Se identificó a los dioses con los planetas, mientras el Eón, personificación del tiempo y la eternidad, pasó a ser la divinidad suprema. Los astros dictaban el destino de dioses y hombres. Tan temible era este determinismo que el pueblo buscaba salvación en la magia o en los cultos mistéricos.

Otra corriente del tiempo es el *gnosticismo,* que pretendía penetrar en las profundidades del mundo y del ser, no por la investigación filosófica, sino por transformación sobrenatural, buscando la divinización del hombre. El dualismo gnóstico era tan exacerbado, que no sólo se consideraba mala la materia, sino también el alma misma, de modo que había que liberar al «yo» del cuerpo y del alma. Ese «yo», que no puede describirse, sólo experimentarse en la iluminación del gnóstico, es una chispa divina, partícula de la luz primordial. Unicamente el mensajero enviado a este mundo por la luz del más allá puede recoger estas partículas de luz para llevarlas a su verdadera patria.

Los «misterios», cultos secretos con disciplina arcana, prometían la salvación en el más allá, liberando del destino y otorgando después de la muerte la unión con la divinidad. En la iniciación se efectuaba una purificación ritual del candidato, ordinariamente un baño, que lo preparaba para el rito central que lo unía al destino del dios.

El culto del Emperador, de raíces orientales y egipcias, se extiende en el Imperio Romano. Era una declaración de lealtad al Imperio, pero por los títulos divinos que se concedían al soberano constituyó un problema de conciencia para los cristianos.

LOS EVANGELIOS SINOPTICOS

La palabra «evangelio», que en tiempos de Homero significaba la propina dada al portador de buenas noticias y en la época clásica los sacrificios ofrecidos en acción de gracias por una buena noticia, llegó a significar en la época helenística la buena noticia misma.

El contenido de la Buena Noticia que proclamó Jesús es la llegada del reinado de Dios, inaugurado por su presencia y actividad (Mc 1,15; Mt 12,28; Lc 11,20; 17,21). En los escritos apostólicos es el anuncio de la persona de Jesús, como Mesías y Salvador, que inicia una nueva edad.

Cuatro libros del NT llevan el título de «Evangelio», aunque la palabra se encuentra sólo en Mt y Mc. Los tres primeros se llaman «Evangelios sinópticos» (de «synopsis», perspectiva común), por seguir el mismo plan y estar escritos en estilo semejante.

Como obra literaria, el evangelio constituye un género particular que no se identifica con ninguno de los conocidos hasta la época. No se trata de simples biografías, pues su interés principal no está en describir la historia externa de un héroe y mucho menos su vida interior o su carácter; tampoco pueden llamarse libros de memorias para mantener vivo el recuerdo de un gran personaje conservando dichos y anécdotas de su vida ni historias de milagros destinadas a glorificar a un taumaturgo; no pretenden tampoco suscitar el entusiasmo por la doctrina de un gran filósofo ni admiración por la virtud de un gran hombre, sino despertar la fe en Jesús como Mesías e Hijo de Dios (Mc 1,1), para llevar a un compromiso personal con él y a un cambio de vida (Mt 7,24-27; Lc 6, 47-49), hecho posible por la salvación que él trae.

Además de los cuatro Evangelios canónicos se escribieron otras obras con el mismo título, llamadas en conjunto «Evangelios apócrifos», como el de Santiago, el de Pedro, el de Felipe o el de Tomás. Unos se complacían en lo maravilloso, otros ponían en boca de Jesús doctrinas gnósticas. Nunca fueron usados en la lectura pública.

Leyendo los tres primeros Evangelios se notan semejanzas y disparidades en la narración del mismo hecho o en el texto del mismo discurso, pero, comparados con Jn, los tres ofrecen un estilo muy similar y siguen una misma línea cronológica: infancia (Mt y Lc), Juan Bautista, bautismo y tentación, labor en Galilea, viaje a Jerusalén, pasión y resurrección.

Es cosa admitida que los sinópticos dependen unos de otros, aunque es muy difícil precisar en muchos puntos esa dependencia. Es claro que Mt y Lc han conocido y utilizado Mc. Por otra parte, hay gran cantidad de material en Mt y Lc que no se encuentra en el predecesor de ambos; mucho de ello es común a los dos y se supone que procede de una misma fuente escrita que no se ha conservado. Además, una quinta parte de Mt y un tercio de Lc es material exclusivo, cuyas fuentes desconocemos.

EL EVANGELIO

EVANGELIO SEGUN MATEO

INTRODUCCION

Este Evangelio sigue el esquema ya trazado por Mc respecto a la vida y actividad de Jesús, pero insertando gran cantidad de material nuevo; aproximadamente la mitad de Mt no tiene paralelo en Mc. Incluso lo que recoge de Mc, Mt lo reelabora, eliminando lo concreto y anecdótico y suprimiendo o cambiando las referencias a las emociones de Jesús; así da mucho relieve a la figura de Jesús y al aspecto teológico de cada episodio.

El material didáctico, tan abundante en Mt, se encuentra reunido en cinco grandes discursos: la fidelidad propia del Reino (caps. 5-7), instrucciones a los mensajeros (10), las parábolas sobre el Reino (13), el comportamiento de la comunidad (18), la actitud ante la crisis final (24-25). Además, el cuerpo del Evangelio está precedido por los orígenes de Jesús y episodios de su infancia, ausentes en Mc.

La figura de Jesús en Mt es la del Mesías Salvador enviado por Dios, el Rey de Israel. Su conflicto con las autoridades judías se debe a la diversa concepción de la mesianidad, pues Jesús no responde a la idea de un Mesías nacionalista, político, liberador del yugo romano y vengador de Israel. El conflicto se exacerba porque Jesús discute públicamente la autoridad de los jefes. El es al mismo tiempo el intérprete de la ley divina, de la que propone una interpretación radical, liberándola de la tradición que la sofocaba y poniendo de relieve su única exigencia profunda, el amor al prójimo.

La figura de los discípulos está idealizada en Mt con relación a Mc: no insiste tanto en su incredulidad o en su torpeza; a veces sustituye un rasgo desfavorable por otro halagador (Mt 13,16-17 y Mc 4,13; Mt 14,33 y Mc 6,52), aunque no siempre (Mt 16,8 y Mc 8,17; Mt 16,23 y Mc 8,33).

El contraste continuo con los letrados y fariseos quiere curar a los cristianos de toda tentación de volver a la observancia e instituciones judías. La ley de que Mt habla es la del evangelio, que se resume en el precepto de amor activo al prójimo (7,12). La vida no está guiada por leyes o prescripciones, sino por principios y actitudes.

El Mesías ha venido para su pueblo (10,5-6; 15,24), pero éste lo rechaza (27,25). Sin embargo, el mensaje de Jesús está destinado a todos los hombres (28,19). Las antiguas promesas hechas a Israel se extienden a la humanidad entera (Jesús, hijo de David, hijo de Abrahán, 1,1).

Mt es un Evangelio eclesiástico, compuesto para enseñar a la Iglesia a seguir las huellas del Maestro. Da mucho relieve a la figura de Pedro, firme de la Iglesia y prototipo del discípulo, asociado estrechamente a Jesús.

Mt se dirige a una comunidad de lengua griega y de mayoría judeocristiana. Fue compuesto probablemente en Antioquía o en la parte de Siria colindante con Palestina. Como ya supone la destrucción de Jerusalén, la fecha de composición se calcula entre los años 80 y 90.

Por lo que aparece en el texto del Evangelio que poseemos, el autor es un judeocristiano de lengua griega, con posible formación rabínica, que redacta los dichos de Jesús, acercándolos a su mentalidad, proclamándolo al mismo tiempo Mesías para todas las naciones.

I

GENEALOGIA E INFANCIA DE JESUS

Genealogía
(Lc 3,23-28)

1 Genealogía de Jesús, Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán:
2 Abrahán engendró a Isaac,
Isaac engendró a Jacob,
Jacob engendró a Judá y a sus hermanos,
3 Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zará,
Fares engendró a Esrón,
Esrón engendró a Arán,
4 Arán engendró a Aminadab,
Aminadab engendró a Naasón,
Naasón engendró a Salmón,
5 Salmón engendró, de Rajab, a Booz,
Booz engendró, de Rut, a Obed,
Obed engendró a Jesé,
6 Jesé engendró al rey David,

David engendró, de la que fue mujer de Urías, a Salomón,
7 Salomón engendró a Roboán,
Roboán engendró a Abías,
Abías engendró a Asaf,
8 Asaf engendró a Josafat,
Josafat engendró a Jorán,
Jorán engendró a Ozías,
9 Ozías engendró a Joatán,
Joatán engendró a Acaz,
Acaz engendró a Ezequías,
10 Ezequías engendró a Manasés,
Manasés engendró a Amón,
Amón engendró a Josías,
11 Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos,
cuando la deportación a Babilonia.

12 Después de la deportación a Babilonia,
Jeconías engendró a Salatiel,
Salatiel engendró a Zorobabel,
13 Zorobabel engendró a Abiud,
Abiud engendró a Eliacín,
Eliacín engendró a Azor,
14 Azor engendró a Sadoc,
Sadoc engendró a Aquín,
Aquín engendró a Eliud,
15 Eliud engendró a Eleazar,
Eleazar engendró a Matán,
Matán engendró a Jacob
16 y Jacob engendró a José, el esposo de María,
de la que nació Jesús, llamado el Mesías.

17 Por tanto, las generaciones desde Abrahán a David fueron en
total catorce, desde David hasta la deportación catorce y desde
la deportación a Babilonia hasta el Mesías catorce.

Nacimiento de Jesús
(Lc 2,1-7)

18 Así nació Jesús el Mesías: María, su madre, estaba desposa-
da con José y, antes de vivir juntos, resultó que esperaba un
19 hijo por obra del Espíritu Santo. Su esposo, José, que era hom-
bre recto y no quería infamarla, decidió repudiarla en secreto.
20 Pero apenas tomó esta resolución, se le apareció en sueños el
ángel del Señor, que le dijo:
—José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte contigo
a María tu mujer, porque la criatura que lleva en su seno viene
21 del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás de nombre
Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.
22 Esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor
por el profeta:

23 *Mirad: la virgen concebirá y dará a luz un hijo*
y le pondrán de nombre Emanuel
(Is 7,14)

(que significa «*Dios con nosotros*»).
24 Cuando se despertó José, hizo lo que le había dicho el ángel del
25 Señor y se llevó a su mujer a su casa; sin haber tenido relación
con él, María dio a luz un hijo, y él le puso de nombre Jesús.

Visita de los Magos

2 Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes.
En esto, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén pre-
2 guntando:
—¿Dónde está ese rey de los judíos que ha nacido? Porque
hemos visto salir su estrella y venimos a rendirle homenaje.
3 Al enterarse el rey Herodes se sobresaltó, y con él Jerusalén
4 entera; convocó a todos los sumos sacerdotes y letrados del pue-
blo, y les pidió información sobre dónde tenía que nacer el Mesías.
5 Ellos le contestaron:
—En Belén de Judea, así lo escribió el profeta:

6 *Y tú, Belén,* tierra de Judá,
no *eres* ni mucho menos *la última*
de las ciudades de Judá;
pues de ti saldrá un jefe
que será pastor de mi pueblo, Israel
(Miq 5,1).

7 Entonces Herodes llamó en secreto a los magos, para que le
8 precisaran cuándo había aparecido la estrella; luego los mandó a
Belén encargándoles:

—Averiguad exactamente qué hay de ese niño y, cuando lo en-
contréis, avisadme para ir yo también a rendirle homenaje.
9 Con este encargo del rey, se pusieron en camino; de pronto
la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta pararse
10 encima de donde estaba el niño. Ver la estrella les dio muchísima
alegría.
11 Al entrar en la casa, vieron al niño con María, su madre, y ca-
yendo de rodillas le rindieron homenaje; luego abrieron sus cofres
y como regalos le ofrecieron oro, incienso y mirra.
12 Avisados en sueños de que no volvieran a Herodes, se marcha-
ron a su tierra por otro camino.

Huida a Egipto

13 Apenas se marcharon, el ángel del Señor se apareció en sueños
a José y le dijo:
—Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; qué-
date allí hasta nuevo aviso, porque Herodes va a buscar al niño
para matarlo.
14 José se levantó, cogió al niño y a su madre de noche, se fue
15 a Egipto y se quedó allí hasta la muerte de Herodes. Así se cum-
plió lo que dijo el Señor por el profeta:

Llamé a mi hijo para que saliera de Egipto
(Os 11,1).

Matanza de los inocentes

16 Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, montó en
cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo
en Belén y sus alrededores, calculando la edad por lo que había
averiguado de los magos.
17 Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías:

18 *Un grito se oyó en Ramá,*
llanto y lamentos grandes:
es Raquel que llora por sus hijos
y rehúsa el consuelo, porque ya no existen
(Jr 31,15).

Retorno de Egipto

19 Apenas murió Herodes, el ángel del Señor se apareció en sue-
20 ños a José en Egipto y le dijo:
—Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel;
ya han muerto los que intentaban acabar con el niño.
21-2 Se levantó, cogió al niño y a su madre y entró en Israel. Al
enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de
su padre, Herodes, tuvo miedo de ir allá. Entonces, avisado en
23 sueños, se retiró a Galilea y fue a establecerse a un pueblo que
llaman Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que
se llamaría Nazareno.

II

PREPARACION

Predicación de Juan Bautista
(Mc 1,2-8; Lc 3,1-18; Jn 1,19-28)

3 Por aquellos días se presentó Juan Bautista en el desierto de
Judea proclamando:
2 —Enmendaos, que ya llega el reinado de Dios [a].
3 A él se refería el profeta Isaías cuando dijo:

Una voz grita desde el desierto:
Preparadle el camino al Señor,
allanad sus senderos
(Is 40,3).

4 Este Juan iba vestido de pelo de camello, con una correa de
cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre.
5 Acudía en masa la gente de Jerusalén, de toda Judea y del valle
6 del Jordán, confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.
7 Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bauti-
zara, les dijo:
—¡Camada de víboras!, ¿quién os ha enseñado a vosotros a es-
8 capar del castigo inminente? Pues entonces, dad el fruto que co-
9 rresponde al arrepentimiento y no os hagáis ilusiones pensando que
Abrahán es vuestro padre; porque os digo que de las piedras éstas
10 es capaz Dios de sacarle hijos a Abrahán. Además, el hacha está
ya tocando la base de los árboles, y todo árbol que no da buen
fruto será cortado y echado al fuego.
11 Yo os bautizo con agua, para que os arrepintáis; pero el que
viene detrás de mí es más fuerte que yo, y yo no merezco ni qui-
tarle las sandalias. Ese os va a bautizar con Espíritu Santo y fuego,
12 porque trae el bieldo en la mano para aventar su parva y reunir
el trigo en su granero; la paja, en cambio, la quemará en una
hoguera que no se apaga.

Bautismo de Jesús y bajada del Espíritu
(Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Jn 1,29-34)

13 Jesús fue de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que
14 lo bautizara. Juan intentaba disuadirlo diciéndole:
—¿Tú acudes a mí? Si soy yo quien necesito que tú me bau-
tices.
15 Jesús le contestó:
—Déjalo ya, que así es como nos toca a nosotros cumplir todo
lo que Dios quiera.
Entonces Juan lo dejó.
16 Jesús, una vez bautizado, salió en seguida del agua. En esto se

a «de Dios», lit. «de los cielos», semitismo propio de Mt para sustituir el nombre divino.

abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y
17 posarse sobre él. Se oyó una voz del cielo:
—Este es mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto.

La prueba
(Mc 1,12-13; Lc 4,1-13)

4 El Espíritu condujo a Jesús al desierto para que el diablo
2 lo pusiera a prueba. Jesús ayunó cuarenta días con sus noches y
al final sintió hambre.
3 El tentador se le acercó y le dijo:
—Si eres Hijo de Dios, di que las piedras éstas se convientan en
panes.
4 Le contestó:
—Está escrito: «*No de solo pan vive el hombre, sino también de todo lo que diga Dios por su boca*» [a].
5 Entonces se lo llevó el diablo a la ciudad santa, lo puso en el
6 alero del templo y le dijo:
—Si eres Hijo de Dios, tírate abajo; porque está escrito: «*A sus ángeles ha dado órdenes para que cuiden de ti*» y también «*te llevarán en volandas, para que tu pie no tropiece con piedras*» [b].
7 Jesús le repuso:
—También está escrito: «*No tentarás al Señor tu Dios*» [c].
8 Después se lo llevó el diablo a una montaña altísima y le mostró
9 todos los reinos del mundo con su esplendor, diciéndole:
—Te daré todo eso si te postras y me rindes homenaje.
10 Entonces le replicó Jesús:
—Vete, Satanás, porque está escrito: «*Al Señor tu Dios rendirás homenaje y a él sólo prestarás servicio*» [d].
11 Entonces lo dejó el diablo; en esto se acercaron unos ángeles y
se pusieron a servirle.

III

EN GALILEA

La buena noticia
(Mc 1,14-15; Lc 4,14-15)

12 Al enterarse de que habían detenido a Juan, Jesús se retiró a
13 Galilea. Dejó Nazaret y se estableció en Cafarnaún, junto al lago,
14 en territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había
dicho el profeta Isaías:

15 *País de Zabulón y país de Neftalí,*
camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los paganos.

a Dt 8,3. *b* Sal 91,11-12. *c* Dt 6,16. *d* Dt 6,13.

16 *El pueblo que habitaba en tinieblas*
vio una luz grande;
a los que habitaban en tierra y sombra de muerte
una luz les brilló
(Is 8,23-9,1).

17 Desde entonces empezó Jesús a proclamar:
—Enmendaos, que ya llega el reinado de Dios [a].

Primeros discípulos
(Mc 1,16-20; Lc 5,1-11)

18 Paseando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos: a Simón,
al que llaman Pedro, y a Andrés, que estaban echando una red
19 en el lago, pues eran pescadores. Les dijo:
—Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres.
20 Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.
21 Pasando adelante vio a otros dos hermanos: a Santiago y a
Juan, hijos de Zebedeo, que estaban en la barca repasando sus re-
22 des con Zebedeo, su padre. Jesús los llamó. Inmediatamente deja-
ron la barca y a su padre y lo siguieron.
23 Jesús recorría Galilea entera, enseñando en aquellas sinagogas,
proclamando la buena noticia del Reino y curando todo achaque
24 y enfermedad del pueblo. Se hablaba de él en toda Siria: le traían
enfermos con toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados,
25 epilépticos y paralíticos, y él los curaba. Lo seguían multitudes
venidas de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania.

EL SERMON DE LA MONTAÑA

La proclama del Reino: las bienaventuranzas
(Lc 6,20-23; 14,34-35; Mc 9,50)

5 Al ver Jesús el gentío subió a la montaña, se sentó y se le
2 acercaron sus discípulos. El tomó la palabra y se puso a enseñar-
les así:

3 Dichosos los que eligen ser pobres,
porque ésos tienen a Dios por Rey.
4 Dichosos los que sufren,
porque ésos van a recibir el consuelo.
5 Dichosos los no violentos,
porque ésos van a heredar la tierra.
6 Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ésos van a ser saciados.
7 Dichosos los que prestan ayuda,
porque ésos van a recibir ayuda.
8 Dichosos los limpios de corazón,
porque ésos van a ver a Dios.

a «de Dios», lit. «de los cielos».

9 Dichosos los que trabajan por la paz,
porque a ésos los va a llamar Dios hijos suyos.
10 Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad,
porque ésos tienen a Dios por Rey.

11 Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calum-
12 nien de cualquier modo por causa mía. Estad alegres y contentos,
que Dios os va a dar una gran recompensa; porque lo mismo per-
siguieron a los profetas que os han precedido.
13 Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se pone sosa, ¿con
qué se salará? Ya no sirve más que para tirarla a la calle y que
la pise la gente.
14 Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciu-
15 dad situada en lo alto de un monte; ni se enciende un candil para
meterlo debajo del perol [a], sino para ponerlo en el candelero y
16 que alumbre a todos los de casa. Alumbre también vuestra luz
a los hombres; que vean el bien que hacéis y glorifiquen a vuestro
Padre del cielo.

Se cumplirán las promesas

17 ¡No penséis que he venido a derogar la Ley o los Profetas!
18 No he venido a derogar, sino a dar cumplimiento, porque os asegu-
ro que no desaparecerá una sola letra o un solo acento de la Ley
antes que desaparezcan el cielo y la tierra, antes que se realice
todo.
19 Por tanto, el que se salte uno solo de esos preceptos míni-
mos y lo enseñe así a la gente, será declarado mínimo en el Reino
de Dios; en cambio, el que los cumpla y enseñe, ése será declarado
20 grande en el Reino de Dios..., porque os digo que si vuestra fide-
lidad no sobrepasa la de los letrados y fariseos, no entraréis en el
Reino de Dios.

Corrige la Ley y su interpretación
(Lc 6,27-36)

21 Os han enseñado que se mandó a los antiguos: «*No matarás* [b], y
22 si uno mata será condenado por el tribunal». Pues yo os digo:
Todo el que trate con ira a su hermano será condenado por el
tribunal; el que lo insulte [c] será condenado por el Consejo; el que
lo llame renegado será condenado al fuego del quemadero.
23 En consecuencia, si yendo a presentar tu ofrenda al altar, te
24 acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofren-
da allí, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano;
vuelve entonces y presenta tu ofrenda.
25 Busca un arreglo con el que te pone pleito, cuanto antes, mien-
tras vais todavía de camino; no sea que te entregue al juez, y el

a «perol»: en el original, «modion», medida para áridos, parecida al desusado «celemín».
b Ex 20,13.
c «lo insulte», lit. «lo llame racá» (imbécil).

26 juez al guardia, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás
de allí hasta que no pagues el último cuarto.
27 Os han enseñado que se mandó: «*No cometerás adulterio*» [a].
28 Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer casada excitando
su deseo por ella, ya ha cometido adulterio con ella en su interior.
29 Y si tu ojo derecho te pone en peligro, sácatelo y tíralo; más
te conviene perder un miembro que ser echado entero en el fuego.
30 Y si tu mano derecha te pone en peligro, córtatela y tírala; más
te conviene perder un miembro que ir a parar entero al fuego.
31 Se mandó también: «*El que repudia a su mujer, que le dé acta*
32 *de divorcio*» [b]. Pues yo os digo: Todo el que repudia a su mujer,
fuera del caso de unión ilegal, la empuja al adulterio, y el que se
case con la repudiada comete adulterio.
33 También os han enseñado que se mandó a los antiguos: «*No*
34 *jurarás en falso*» [c] y «*cumplirás tus votos al Señor*» [d]. Pues yo os
digo que no juréis en absoluto: por *el cielo* no, porque *es el trono*
35 *de Dios;* por *la tierra* tampoco, porque *es el estrado de sus pies;*
36 por Jerusalén tampoco, porque es la *ciudad del gran Rey;* no jures
tampoco por tu cabeza, porque no puedes volver blanco ni negro
37 un solo pelo. Que vuestro sí sea un sí y vuestro no un no; lo que
pasa de ahí es cosa del Malo.
38 Os han enseñado que se mandó: «*Ojo por ojo, diente por dien-*
39 *te*» [e]. Pues yo os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al con-
trario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la
40 otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale
41 también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla, acompá-
42 ñalo dos; al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no
le vuelvas la espalda.
43 Os han enseñado que se mandó: «*Amarás a tu prójimo...*» [f] y
44 odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos
45 y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre
del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la
lluvia sobre justos e injustos.
46 Si queréis sólo a los que os quieren, ¿qué premio merecéis?
47 ¿No hacen eso mismo también los recaudadores? Y si mostráis
48 afecto sólo a vuestra gente, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No
hacen eso mismo también los paganos? Por consiguiente, sed bue-
nos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo.

Desacredita a los fariseos
(Lc 11,2-4)

6 Cuidado con hacer vuestras obras de piedad delante de la gente
para llamar la atención; si no, os quedáis sin paga de vuestro
Padre del cielo.
2 Por tanto, cuando des limosna no lo anuncies a toque de trom-
peta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en la calle para
que la gente los alabe. Ya han cobrado su paga, os lo aseguro.
3 Tú, en cambio, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquier-

a Ex 20,14. *b* Dt 24,1. *c* Ex 20,7; Nm 30,3; Dt 23,22.
d Is 66,1; Sal 48,3. *e* Ex 21,4. *f* Lv 19,18.

4 da lo que hace la derecha, para que tu limosna quede escondida;
y tu Padre, que mira escondido, te recompensará.
5 Cuando recéis, no hagáis como los hipócritas, que son amigos
de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse
6 ante la gente. Ya han cobrado su paga, os lo aseguro. Tú, en cam-
bio, cuando quieras rezar, métete en tu cuarto, echa la llave y
rézale a tu Padre que está escondido; y tu Padre, que mira escon-
dido, te recompensará.
7 Pero, cuando recéis, no seáis palabreros como los paganos, que
8 se imaginan que por hablar mucho les harán más caso. No seáis
como ellos, que vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que
9 se lo pidáis. Vosotros rezad así:

Padre nuestro del cielo,
proclámese que tú eres santo,
10 llegue tu reinado,
realícese tu designio en la tierra como en el cielo;
11 nuestro pan del mañana [a] dánoslo hoy
12 y perdónanos nuestras deudas,
que también nosotros perdonamos a nuestros deudores;
13 y no nos dejes ceder en la prueba,
sino líbranos del Malo.

14 Pues si perdonáis sus culpas a los demás, también vuestro Pa-
15 dre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los
demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas.
16 Cuando ayunéis, no os pongáis cariacontecidos, como los hipó-
critas, que se afean la cara para ostentar ante la gente que ayu-
17 nan. Ya han cobrado su paga, os lo aseguro. Tú, en cambio, cuan-
18 do ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para no ostentar
tu ayuno ante la gente, sino ante tu Padre que está escondido;
y tu Padre, que mira escondido, te recompensará.

Explica «los que eligen ser pobres»
(Lc 6,13; 11,34-36; 12,22-34)

19 Dejaos de amontonar riquezas en la tierra, donde la polilla y
la carcoma las echan a perder, donde los ladrones abren boquetes
20 y roban. En cambio, amontonaos riquezas en el cielo, donde ni
polilla ni carcoma las echan a perder, donde los ladrones no abren
21 boquetes ni roban. Porque donde tengas tu riqueza tendrás el
corazón.
22 La esplendidez da el valor a la persona. Si eres desprendido,
23 toda tu persona vale; en cambio, si eres tacaño, toda tu persona
es miserable. Y si por valer tienes sólo miseria, ¡qué miseria tan
grande! [b].
24 Nadie puede estar al servicio de dos amos, porque aborrecerá

a «del mañana»; otra traducción menos probable, «cotidiano».
b «Esplendidez», «generosidad», expresadas en términos de luz; cf. Sal 112 (111), 3-4; Is 58,7-8. «Tacaño», en las lenguas semíticas «ojo malvado»; cf. Eclesiástico 14,10.

a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al
otro. No podéis servir a Dios y al dinero.
25 Por eso os digo: No andéis agobiados por la vida pensando
qué vais a comer o a beber, ni por el cuerpo, pensando con qué
os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo
26 más que el vestido? Fijaos en los pájaros: ni siembran, ni siegan,
ni almacenan; y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta.
27 ¿No valéis vosotros mucho más que ellos? Y ¿quién de vosotros,
a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su
vida?
28 Y ¿por qué os agobiáis por el vestido? Daos cuenta de cómo
29 crecen los lirios del campo, y no trabajan ni hilan. Y os digo que
ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como cualquiera de
30 ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se
quema en el horno, la viste Dios así, ¿no hará mucho más por
vosotros, gente de poca fe?
31 Conque no andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué
32 vais a beber, o con qué os vais a vestir. Son los paganos quienes
ponen su afán en esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que
33 tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero que reine su justicia,
y todo eso se os dará por añadidura.
34 Total, que no os agobiéis por el mañana, porque el mañana
traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos.

Avisos. Oración
(Lc 6,37-38.41-42; 11,9-13)

7 No juzguéis y no os juzgarán; porque os van a juzgar como
2 juzguéis vosotros, y la medida que uséis la usarán con vosotros.
3 ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y
4 no reparas en la viga que llevas en el tuyo? O ¿cómo vas a de-
cirle a tu hermano: «Deja que te saque la mota del ojo», con esa
5 viga en el tuyo? Hipócrita, sácate primero la viga de tu ojo; en-
tonces verás claro y podrás sacar la mota del ojo de tu hermano.
6 No déis lo sagrado a los perros ni les echéis vuestras perlas a
los cerdos, no sea que las pisoteen, y además se vuelvan y os
destrocen.
7 Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán;
8 porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que
llama le abren.
9 O es que si a uno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a
10 ofrecer una piedra? O si le pide un pescado, ¿le va a ofrecer una
11 serpiente? Pues si vosotros, malos como sois, sabéis dar cosas
buenas a vuestros niños, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo se
las dará a los que se las piden!
12 En resumen: Todo lo que querríais que hicieran los demás
por vosotros, hacedlo vosotros por ellos, porque eso significan la
Ley y los Profetas.

Decisión. Criterios

13 Entrad por la puerta angosta; porque ancha es la puerta y
amplia la calle que llevan a la perdición, y muchos entran por
14 ellas. ¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el callejón que
llevan a la vida! Y pocos dan con ellos.
15 Cuidado con los profetas falsos, esos que se os acercan con piel
16 de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los
conoceréis; a ver, ¿se cosechan uvas de las zarzas o higos de los
cardos?
17 Así, los árboles sanos dan frutos buenos; los árboles dañados
18 dan frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni
19 un árbol dañado dar frutos buenos, y todo árbol que no da fruto
20 bueno se corta y se echa al fuego. Total, que por sus frutos los
conoceréis.
21 No basta decirme: «¡Señor, Señor!», para entrar en el Reino de
Dios [a]; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del
cielo.
22 Aquel día muchos me dirán: «Señor, Señor, ¡si hemos profeti-
zado en tu nombre y echado demonios en tu nombre y hecho
23 muchos milagros en tu nombre!». Y entonces yo les declararé:
«Nunca os he conocido. ¡Lejos de mí los que practicáis la mal-
dad!».
24 En resumen: Todo aquel que escucha estas palabras mías y las
pone por obra se parece al hombre sensato que edificó su casa
25 sobre roca. Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos y
arremetieron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba
cimentada en la roca.
26 Y todo aquel que escucha estas palabras mías y no las pone por
27 obra se parece al necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la
lluvia, vino la riada, soplaron los vientos, embistieron contra la
casa y se hundió. ¡Y qué hundimiento tan grande!
28 Al terminar Jesús este discurso estaba la gente asombrada de
29 su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, no como sus
8 letrados. Y al bajar del monte lo siguió un gran gentío.

ACTIVIDADES

Cura a un leproso
(Mc 1,40-45; Lc 5,12-16)

2 En esto se le acercó un leproso, y se puso a suplicarle:
—Señor, si quieres puedes limpiarme.
3 Extendió la mano y lo tocó diciendo:
—¡Quiero, queda limpio!
Y en seguida quedó limpio de la lepra.
4 Jesús le dijo:
—Cuidado con decírselo a nadie; eso sí, ve a presentarte al
sacerdote y ofrece el donativo que mandó Moisés, para que les
conste.

a «de Dios», lit. «de los cielos».

El criado del capitán
(Lc 7,2-10; Jn 4,43-54)

5-6 Al entrar en Cafarnaún se le acercó un capitán rogándole:
—Señor, mi criado está echado en casa con parálisis, sufriendo
terriblemente.
7 Jesús le contestó:
—Voy a curarlo.
8 El capitán le replicó:
—Señor, yo no soy quién para que entres bajo mi techo, pero
9 basta una palabra tuya para que mi criado se cure. Porque yo,
que soy un simple subordinado, tengo soldados a mis órdenes, y
si le digo a uno que se vaya, se va; o a otro que venga, viene; y
si le digo a mi siervo que haga algo, lo hace.
10 Al oír esto, Jesús dijo admirado a los que lo seguían:
—Os aseguro que en ningún israelita he encontrado tanta fe.
11 Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente a sentarse
12 a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de Dios; en cam-
bio, a los ciudadanos del Reino los echarán afuera, a las tinieblas.
Allí será el llanto y el apretar de dientes.
13 Y al capitán le dijo:
—Vete; como has tenido fe, que se te cumpla.
Y en aquel momento se puso bueno el criado.

Curaciones
(Mc 1,29-34; Lc 4,38-41)

14 Al llegar Jesús a casa de Pedro encontró a la suegra echada con
15 fiebre, le tocó la mano y se le pasó la fiebre; ella se levantó y se
puso a servirle.
16 Al anochecer le llevaron muchos endemoniados; con su palabra
17 expulsó a los espíritus y curó a todos los enfermos, para que se
cumpliese lo que dijo el profeta Isaías:

El tomó nuestras dolencias
y cargó con nuestras enfermedades
(Is 53,5).

Seguir a Jesús
(Lc 9,57-62)

18 Al ver Jesús que una multitud lo rodeaba dio orden de salir
19 para la orilla de enfrente. Se le acercó un letrado y le dijo:
—Maestro, te seguiré vayas adonde vayas.
20 Jesús le respondió:
—Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este
Hombre [a] no tiene dónde reclinar la cabeza.

a «este Hombre», lit. «el Hijo del hombre», locución aramea para designar a un individuo; a veces, alusión a la «figura humana» de Dn 7,13. Cf. *Hombre*, en *Vocabulario bíblico-teológico*, al final del libro.

21 Otro, ya discípulo, le dijo:
—Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre.
22 Jesús le replicó:
—Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos.

Calma el temporal
(Mc 4,35-41; Lc 8,22-25)

23-4 Subió Jesús a la barca y sus discípulos lo siguieron. De pron-
to se levantó un temporal tan fuerte que la barca desaparecía
25 entre las olas; él dormía. Se acercaron los discípulos y lo des-
pertaron gritándole:
—¡Auxilio, Señor, que nos hundimos!
26 El les dijo:
—¿Por qué sois cobardes? ¡Qué poca fe!
Se puso en pie, increpó a los vientos y al lago y sobrevino
27 una gran calma. Aquellos hombres se preguntaban admirados:
—¿Quién será éste que hasta el viento y el agua le obedecen?

Los dos endemoniados
(Mc 5,1-20; Lc 8,26-39)

28 Llegó él a la orilla de enfrente, a la región de los gadarenos.
Desde el cementerio dos endemoniados salieron a su encuentro;
eran tan peligrosos que nadie se atrevía a transitar por aquel ca-
29 mino. De pronto empezaron a gritar:
—¿Quién te mete a ti en esto, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí
a atormentarnos antes de tiempo?
30 Una gran piara de cerdos estaba hozando a distancia. Los de-
31 monios le rogaron:
—Si nos echas, mándanos a la piara.
32 Jesús les dijo:
—Id.
Salieron y se fueron a los cerdos. De pronto la piara entera se
33 abalanzó al lago, acantilado abajo, y murió ahogada. Los porque-
rizos salieron huyendo, llegaron al pueblo y lo contaron todo,
34 incluyendo lo de los endemoniados. Entonces el pueblo entero
salió a donde estaba Jesús y, al verlo, le rogaron que abandonase
su país.
9 Subió a una barca, cruzó a la otra orilla y llegó a su ciudad.

Cura a un paralítico
(Mc 2,2-12; Lc 5,17-26)

2 En esto, le presentaron un paralítico echado en un catre. Viendo
la fe que tenían, Jesús dijo al paralítico:
—¡Animo, hijo! Se te perdonan tus pecados.
3 Entonces algunos letrados se dijeron:
—Este blasfema.
4 Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo:

5 —¿Por qué pensáis mal? A ver, ¿qué es más fácil: decir «se
te perdonan tus pecados» o decir «levántate y echa a andar»?
6 Pues para que sepáis que el hombre está autorizado para perdonar
pecados en la tierra… —le dijo entonces al paralítico—:
—Ponte en pie, carga con tu catre y vete a tu casa.
7 El hombre se puso en pie y se marchó a su casa.
8 Al ver esto, el gentío quedó sobrecogido y alababa a Dios, que
da a los hombres tal autoridad.

Llama a Mateo
(Mc 2,13-17; Lc 5,27-32)

9 Salió Jesús de allí, vio al pasar a un hombre llamado Mateo,
sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo:
—Sígueme.
Se levantó y lo siguió.
10 Estando Jesús a la mesa en casa acudió un buen grupo de
recaudadores y descreídos [a] y se reclinaron con él y sus discípulos.
11 Al ver aquello preguntaron los fariseos a los discípulos:
—¿Se puede saber por qué come vuestro maestro con recauda-
dores y descreídos?
12 Jesús lo oyó y dijo:
—No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Id mejor
13 a aprender lo que significa «*corazón quiero y no sacrificios*» [b];
porque no he venido a invitar a los justos, sino a los pecadores.

Pregunta sobre el ayuno
(Mc 2,18-22; Lc 5,33-39)

14 Se acercaron entonces los discípulos de Juan a preguntarle:
—Nosotros y los fariseos ayunamos a menudo, ¿por qué razón
tus discípulos no ayunan?
15 Jesús les contestó:
—¿Pueden estar de luto los amigos del novio mientras dura
la boda? [c]. Llegará el día en que se lleven al novio, y entonces
16 ayunarán. Nadie echa una pieza de paño sin estrenar a un manto
pasado, porque el remiendo tira del manto y deja un roto peor.
17 Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos, porque si no, re-
vientan los odres: el vino se derrama y los odres se echan a perder;
no. el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así las dos cosas se
conservan.

La hija del personaje y la mujer con flujos
(Mc 5,21-43; Lc 8,40-56)

18 Mientras Jesús les hablaba de esto se presentó un personaje
que se puso a suplicarle diciendo:

a «descreídos», lit. «pecadores», que en boca de los fariseos designaba la gente irreligiosa que no seguía su interpretación de la Ley.
b Os 6,6.
c «mientras dura la boda», lit. «mientras el novio está con ellos».

—Mi hija acaba de morir; pero ven tú, aplícale tu mano y vivirá.
19 Jesús se levantó y lo siguió con sus discípulos.
20 En esto una mujer que sufría de flujos de sangre desde hacía
doce años se le acercó por detrás y le tocó el borde del manto,
21 pensando: «Con sólo tocarle el manto, me curo».
22 Jesús se volvió, y al verla le dijo:
—¡Animo, hija! Tu fe te ha curado.
Y desde aquel momento quedó curada la mujer.
23 Jesús llegó a casa del personaje y al ver a los flautistas y el
24 alboroto de la gente, dijo:
—¡Fuera, que la chiquilla no está muerta, está dormida!
25 Ellos se reían de él. Cuando echaron a la gente, entró Jesús,
cogió a la chiquilla de la mano y ella se puso en pie.
26 La noticia del hecho se divulgó por toda aquella comarca.

Los dos ciegos

27 Cuando salió de allí lo siguieron dos ciegos pidiéndole a gritos:
—Ten compasión de nosotros, Hijo de David.
28 Al llegar a casa, se le acercaron los ciegos; Jesús les preguntó:
—¿Tenéis fe en que puedo hacer eso?
Contestaron:
—Sí, Señor.
29 Entonces les tocó los ojos diciendo:
—Según la fe que tenéis, que se cumpla.
30 Y se les abrieron los ojos. Jesús les avisó muy en serio:
—Mirad que nadie se entere.
31 Pero cuando salieron hablaron de él por toda aquella comarca.

El mudo

32 Apenas salieron los ciegos, le presentaron a un endemoniado
33 mudo. Echó al demonio y el mudo habló. La multitud decía admirada:
—Jamás se ha visto uno así en Israel.
34 En cambio, los fariseos decían:
—Echa a los demonios con poder del jefe de los demonios.

ELECCION Y MISION DE LOS DOCE

(Mc 6,34; 3,13-19; Lc 10,2; 6,12-16)

35 Recorría Jesús todos los pueblos y aldeas, enseñando en las si-
nagogas, proclamando la buena noticia del Reino y curando todo
36 achaque y enfermedad. Viendo al gentío, le dio lástima de ellos,
porque andaban maltrechos y derrengados como ovejas sin pastor.
37 Entonces dijo a sus discípulos:
38 —La mies es abundante y los braceros pocos; por eso, rogad al
dueño que mande braceros a su mies.

10 Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y curar todo achaque y enfermedad.
2 Los nombres de los doce apóstoles son éstos: el primero Simón,
al que llaman Pedro, y su hermano Andrés; Santiago Zebedeo
3 y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el re-
4 caudador, Santiago Alfeo y Tadeo, Simón el Fanático [a] y Judas
Iscariote, el mismo que lo entregó.

Instrucciones
(Mc 6,7-13; Lc 9,1-6)

5 A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones:
—No vayáis a tierra de paganos ni entréis en la provincia de
6 Samaría; mejor es que vayáis a las ovejas descarriadas de Israel.
7-8 Por el camino proclamad que ya llega el reinado de Dios, curad
enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. De
balde lo recibisteis, dadlo de balde.
9 No os procuréis oro, plata ni calderilla para llevarlo en la faja;
10 ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni
bastón, que el bracero merece su sustento.
11 Cuando entréis en un pueblo o aldea, averiguad quién hay allí
que se lo merezca y quedaos en su casa hasta que os vayáis.
12-3 Al entrar en una casa, saludad. Si la casa se lo merece, la paz
que le deseáis se pose sobre ella; si no se lo merece, vuestra paz
vuelva a vosotros.
14 Si alguno no os recibe o no os escucha, al salir de su casa o
15 del pueblo sacudíos el polvo de los pies. Os aseguro que el día
del juicio les será más llevadero a Sodoma y Gomorra que a aquel
pueblo.

Persecuciones
(Mc 13,9-13; Lc 21,12-17)

16 Mirad que yo os mando como ovejas entre lobos: por tanto,
17 sed cautos como serpientes e ingenuos como palomas. Pero tened
cuidado con la gente, porque os llevarán a los tribunales, os azota-
18 rán en las sinagogas y os conducirán ante gobernadores y reyes
por mi causa; así daréis testimonio ante ellos y ante los paganos.
19 Sin embargo, cuando os entreguen no os preocupéis por lo que
vais a decir o por cómo lo diréis, pues lo que tenéis que decir
20 se os inspirará en aquel momento; porque no seréis vosotros los
que habléis, será el Espíritu de vuestro Padre quien hable por
vuestro medio.
21 Un hermano entregará a su hermano a la muerte, y un padre
a su hijo; los hijos denunciarán a sus padres y los harán morir.
22 Todos os odiarán por causa mía; pero quien resista hasta el final
se salvará.
23 Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, porque os

a «el Fanático», en el original, «cananeo», término arameo que significa «celoso», «entusiasta», en griego, «zelotes» (cf. la introducción al NT).

asegura que no habréis acabado con las ciudades de Israel antes
que vuelva este Hombre.
24 Un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que
25 su amo. Ya le basta al discípulo con ser como su Maestro y al
esclavo como su amo. Y si al cabeza de familia lo han llamado
Belcebú, ¡cuánto más a los de su casa!
26 Conque no les cojáis miedo, porque nada hay cubierto que no
27 deba descubrirse ni nada escondido que no deba saberse; lo que os
digo de noche, decidlo en pleno día, y lo que escucháis al oído,
pregonadlo desde la azotea.
28 Tampoco tengáis miedo de los que matan el cuerpo pero no
pueden matar la vida; temed si acaso al que puede acabar con vida
y cuerpo en el fuego.
29 ¿No se venden un par de gorriones por unos cuartos? Y, sin
embargo, ni uno solo caerá al suelo sin que lo disponga vuestro
30 Padre. Pues de vosotros, hasta los pelos de la cabeza están con-
31 tados. Conque no tengáis miedo, que vosotros valéis más que todos
los gorriones juntos.
32 En conclusión: Por todo el que se pronuncie por mí ante los
hombres, me pronunciaré también yo ante mi Padre del cielo;
33 pero al que me niegue ante los hombres, lo negaré yo a mi vez
ante mi Padre del cielo.

No paz, sino espadas
(Lc 12,51-53; 14,26-27)

34 No penséis que he venido a sembrar paz en la tierra: no he
35 venido a sembrar paz, sino espadas; porque he venido a enemistar
al hombre *con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con*
36 *la suegra; así que los enemigos de uno serán los de su casa* [a].
37 El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es
digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí,
38 no es digno de mí; y el que no coge su cruz y me sigue, no es
digno de mí.
39 El que conserve su vida, la perderá, y el que pierda su vida por
mí, la conservará.
40 El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe
41 a mí recibe al que me ha enviado. El que recibe a un profeta
porque es profeta tendrá paga de profeta; el que recibe a un justo
42 porque es justo tendrá paga de justo; y cualquiera que le dé a
beber aunque sea un vaso de agua fresca a uno de esos humildes
porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro.

11 Cuando terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, Jesús
se marchó de allí, para enseñar y predicar por aquellos pueblos.

Emisarios de Juan Bautista y elogio de Juan
(Lc 7,18-35)

2 Juan se enteró en la cárcel de las obras que hacía el Mesías y
3 mandó dos discípulos a preguntarle:

a Miq 7,6.

4 —¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro? Jesús
les respondió:
—Id a contarle a Juan lo que estáis viendo y oyendo:
5 *Los ciegos ven* y los cojos andan,
los leprosos quedan limpios y los sordos oyen,
los muertos resucitan
y *a los pobres se les anuncia la buena noticia* [a].

6 Y ¡dichoso el que no se escandalice de mí!
7 Mientras se alejaban, Jesús se puso a hablar de Juan al gentío:
—¿Qué salisteis a contemplar en el desierto?, ¿una caña sa-
8 cudida por el viento? ¿Qué salisteis a ver si no?, ¿un hombre
vestido con elegancia? Los que visten con elegancia, ahí los tenéis,
9 en la corte de los reyes. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver un
10 profeta? Sí, desde luego, y más que profeta; es él de quien está
escrito:

Mira, yo te envío mi mensajero por delante
para que te prepare el camino
(Mal 3,1).

11 Os aseguro que no ha nacido de mujer nadie más grande que
Juan Bautista, aunque el más pequeño en el Reino de Dios es
12 más grande que él. Desde que apareció Juan hasta ahora, se usa
la violencia contra el reinado de Dios y gente violenta quiere arre-
13 batarlo; porque hasta Juan los profetas todos y la Ley eran pro-
14 fecía, pero él, aceptadlo si queréis, es el Elías que tenía que venir.
15 Quien tenga oídos, que oiga.
16 ¿A quién diré que se parece esa clase de gente? Se parece a
unos niños sentados en la plaza que gritan a los otros:

17 Tocamos la flauta y no bailáis,
cantamos lamentaciones y no hacéis duelo.

18 Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dijeron que tenía
19 un demonio dentro. Viene este Hombre, que come y bebe, y dicen:
«¡Vaya un comilón y un borracho, amigo de recaudadores y des-
creídos!». Pero la sabiduría de Dios ha quedado justificada por
sus obras.

Recrimina a las ciudades
(Lc 10,13-15)

20 Se puso entonces a recriminar a las ciudades donde había hecho
casi todos sus milagros, por no haberse enmendado.
21 —¡Ay de ti, Corozaín; ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro
y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace
tiempo que habrían hecho penitencia, cubiertas de sayal y ceniza.
22 Pero os digo que el día del juicio les será más llevadero a Tiro
23 y a Sidón que a vosotras. Y tú, Cafarnaún, *¿piensas encumbrarte*

a Is 26,19; 29,18s; 35,5s; 61,1.

hasta el cielo? Bajarás al abismo[a]; porque si en Sodoma se hubie-
24 ran hecho los milagros que en ti, habría durado hasta hoy. Pero os
digo que el día del juicio le será más llevadero a Sodoma que
a ti.

Acercaos a mí
(Lc 10,21-22)

25 Por aquel entonces exclamó Jesús:
—Bendito seas[b], Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has
escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado
26 a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido
eso bien.
27 Mi Padre me lo ha enseñado[c] todo; al Hijo lo conoce sólo el
Padre y al Padre lo conoce sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo
se lo quiere revelar.
28 Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que
29 yo os daré respiro. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy
30 sencillo y humilde: encontraréis vuestro respiro, pues mi yugo es
llevadero y mi carga ligera.

Arrancando espigas en sábado
(Mc 2,23-28; Lc 6,1-5)

12 Por aquel entonces, un sábado, iba Jesús por los sembrados;
los discípulos sintieron hambre y empezaron a arrancar espigas y a
2 comer. Los fariseos, al verlo, le dijeron:
—Mira, tus discípulos están haciendo lo que no está permitido
en sábado.
3 El les replicó:
—¿No habéis leído lo que hizo David cuando él y sus hombres
4 sintieron hambre? Entró en la casa de Dios y comieron de los
panes dedicados, cosa que no les estaba permitida ni a él ni a sus
5 hombres, sino sólo a los sacerdotes. Y ¿no habéis leído en la Ley
que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incu-
6 rrir en culpa? Pues os digo que hay algo más que el templo aquí.
7 Si comprendierais lo que significa *«corazón quiero y no sacrifi-*
8 *cios»*[d], no condenaríais a los que no tienen culpa. Porque es señor
del sábado el hombre.

El hombre del brazo atrofiado
(Mc 3,1-6; Lc 6,6-11)

9-10 Se marchó de allí y fue a la sinagoga de ellos. Había allí un
hombre con un brazo atrofiado; para poder acusar a Jesús, le pre-
guntaron:
—¿Está permitido curar en sábado?
11 El les respondió:

a Is 14,13-15. *b* «bendito seas», sobrentendido en el original.
c «enseñado», lit. «entregado»; «entregar», como «indicar» (cf. Jn 5,19-20),
se usan también en el sentido de «enseñar». *d* Os 6,6; 1 Sm 15,22.

—Supongamos que uno de vosotros tiene una oveja, y que un
12 sábado se le cae en una zanja, ¿la agarra y la saca o no? Pues
¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Por tanto, está per-
mitido hacer bien en sábado.
13 Entonces le dijo al hombre:
—Extiende el brazo.
14 Lo extendió y quedó sano y normal como el otro. Al salir de
la sinagoga, los fariseos planearon el modo de acabar con Jesús.

El siervo elegido

15 Jesús se enteró y se marchó de allí. Lo siguieron muchos y él
16 los curó a todos, mandándoles que no lo descubrieran.
17 Así se cumplió lo que dijo el profeta Isaías:

18 *Mirad a mi siervo, mi elegido,*
mi amado, mi predilecto.
Sobre él pondré mi espíritu
para que anuncie el derecho a las naciones.
19 *No altercará, no gritará,*
no voceará por las calles.
20 *La caña cascada no la quebrará,*
el pabilo humeante no lo apagará
hasta que haga triunfar el derecho.
21 *El será la esperanza de las naciones*
(Is 42,1-4).

Lo acusan de magia
(Mc 3,20-30; Lc 11,14-23; 12,10; 6,43-45)

22 Le acercaron entonces un endemoniado ciego y mudo; él lo
23 curó y el mudo hablaba y veía. Toda la multitud decía asombrada:
—¿No será éste el Hijo de David?
24 Pero los fariseos, al oír esto, dijeron:
—Si éste echa los demonios no es más que con poder de Bel-
cebú, el jefe de los demonios.
25 Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo:
—Todo reino dividido queda asolado, y ninguna ciudad o fa-
26 milia dividida podrá mantenerse en pie. Pues si Satanás echa a
Satanás, es que se ha enfrentado consigo mismo; y entonces, ¿cómo
podrá mantenerse en pie su reinado?
27 Además, si yo echo los demonios con poder de Belcebú, vuestros
adeptos, ¿con poder de quién los echan? Por eso ellos mismos
serán vuestros jueces.
28 En cambio, si yo echo los demonios con el Espíritu de Dios,
29 señal que el reinado de Dios os ha dado alcance. ¿Cómo podrá
uno meterse en casa de un hombre fuerte y arramblar con su ajuar,
si primero no lo ata? Entonces sí podrá arramblar con la casa.
30 El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge
31 conmigo, desparrama. Por eso os digo: A los hombres se les podrá
perdonar cualquier pecado o blasfemia, pero la blasfemia contra
32 el Espíritu no tendrá perdón. Es decir, al que hable en contra del

hombre, se le podrá perdonar; pero el que hable en contra del
Espíritu Santo no tendrá perdón ni en esta edad ni en la futura.
33 O declaráis sano el árbol y sano el fruto, o declaráis dañado el
árbol y dañado el fruto; porque el árbol se conoce por el fruto.
34 ¡Camada de víboras! ¿Cómo pueden ser buenas vuestras pa-
labras siendo vosotros malos? Porque lo que rebosa del corazón
35 lo habla la boca: el que es bueno, saca cosas buenas de su al-
macén de bondad; el que es malo saca cosas malas de su almacén
de maldad.
36 Y os digo que el día del juicio los hombres darán cuenta de
37 toda palabra falsa que hayan pronunciado, pues por tus palabras
te absolverán y por tus palabras te condenarán.

La señal de Jonás

(Mc 8,11-12; Lc 11,29-32)

38 Entonces, en respuesta, algunos de los letrados y fariseos le
dijeron:
—Maestro, queremos ver una señal tuya personal.
39 El les contestó:
—¡Una gente perversa e idólatra y exigiendo señales! Pues señal
40 no se le dará excepto la señal de Jonás profeta. Porque si *tres días
y tres noches estuvo Jonás en el vientre del monstruo* [a], también
tres días y tres noches estará este Hombre en el seno de la tierra.
41 Los habitantes de Nínive se alzarán a carearse con esta clase de
gente y la condenarán, pues ellos se enmendaron con la predicación
de Jonás, y hay más que Jonás aquí.
42 La reina del Sur se pondrá en pie para carearse con esta clase
de gente y la condenará, pues ella vino desde los confines de la
tierra para escuchar el saber de Salomón, y hay más que Salomón
aquí.
43 Y cuando al espíritu inmundo lo echan de un hombre, va atra-
vesando lugares resecos buscando un sitio para descansar, pero
44 no lo encuentra. Entonces dice:
—Me vuelvo a mi casa, de donde me echaron.
Al llegar, se la encuentra desocupada, barrida y arreglada.
45 Entonces va a cogerse otros siete espíritus peores que él y se
mete a vivir allí, y el final de aquel hombre resulta peor que el
principio. Eso mismo le va a suceder a esta clase de gente.

Madre y hermanos de Jesús

(Mc 3,31-35; Lc 8,19-21)

46 Todavía estaba Jesús hablando a la gente, cuando su madre y
sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con él.
47 Uno se lo avisó:
—Oye, tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren ha-
blar contigo.
48 Pero él contestó al que le avisaba:
—¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

a Jon 2,1.

49 Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo:
50 —Aquí están mi madre y mis hermanos. Porque el que cum-
ple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es hermano mío y her-
mana y madre.

DISCURSO EN PARABOLAS

(Mc 4,1-20.30-34; Lc 8,4-15; 13,18-21)

13 1-2 Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Acu-
dió tanta gente, que tuvo que subir a sentarse en una barca; la
3 gente toda se quedó en la playa. Les habló de muchas cosas en
parábolas:
4 —Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, unos granos ca-
5 yeron en la vereda; vinieron los pájaros y se los comieron. Otros
cayeron en terreno rocoso, donde apenas tenían tierra; como la
6 tierra no era profunda, brotaron en seguida; pero en cuanto salió
7 el sol se abrasaron y, por falta de raíz, se secaron. Otros cayeron
8 entre zarzas; las zarzas crecieron y los ahogaron. Otros cayeron en
tierra buena y dieron grano: unos, ciento; otros sesenta; otros,
9 treinta. ¡Quien tenga oídos, que oiga!
10 Se le acercaron los discípulos y le preguntaron:
—¿Por qué razón les hablas en parábolas?
11 El les contestó:
—Vosotros podéis ya comprender los secretos del reinado de
12 Dios; ellos, en cambio, no pueden: y al que produce [a] se le dará
hasta que le sobre, mientras al que no produce se le quitará hasta
13 lo que tiene. Por esa razón les hablo en parábolas, porque miran
14 sin ver y escuchan sin oír ni entender. Se cumple en ellos la pro-
fecía de Isaías:

Por mucho que oigáis no entenderéis,
por mucho que miréis no veréis,
15 *porque está embotada la mente de este pueblo.*
Son duros de oído, han cerrado los ojos
para no ver con los ojos ni oír con los oídos
ni entender con la mente
ni convertirse
para que yo los cure
(Is 6,9-10).

16 ¡Dichosos, en cambio, vuestros ojos porque ven y vuestros oídos
17 porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos de-
searon ver lo que veis vosotros, y no lo vieron, y oír lo que oís
vosotros, y no lo oyeron.
18-9 Escuchad ahora vosotros la parábola del sembrador: Siempre
que uno escucha el mensaje del Reino y no lo entiende, viene el
Malo y se lleva lo sembrado en su corazón; eso es «lo sembrado

a «produce», lit. «tiene», sobreent. «por haber producido», alusión a la cosecha del v. 8.

20 en la vereda». «Lo sembrado en terreno rocoso» es ése que escu-
21 cha el mensaje y lo acepta en seguida con alegría; pero no tiene
raíces, es inconstante, y en cuanto surge una dificultad o perse-
22 cución por el mensaje, falla. «Lo sembrado entre zarzas» es ése que
escucha el mensaje, pero el agobio de esta vida y la seducción de
23 la riqueza lo ahogan y se queda estéril. «Lo sembrado en tierra
buena» es ése que escucha el mensaje y lo entiende; ése sí da fruto
y produce en un caso ciento, en otro sesenta, en otro treinta.
24 Les propuso otra parábola:
—Se parece el reinado de Dios a un hombre que sembró se-
25 milla buena en su finca; mientras todos dormían llegó su enemigo,
sembró cizaña entre el trigo y se marchó.
26 Cuando brotaron los tallos y se formó la espiga apareció tam-
27 bién la cizaña. Los obreros fueron a decirle al propietario:
—Señor, ¿no sembraste en tu finca semilla buena? ¿Cómo
resulta entonces que sale cizaña?
28 El les declaró:
—Es obra de un enemigo.
Los obreros le preguntaron:
—¿Quieres que vayamos a escardarla?
29 Respondió él:
—No, por si acaso al escardar la cizaña arrancáis con ella el
30 trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega. Al tiempo de la siega
diré a los segadores: Entresacad primero la cizaña y atadla en ga-
villas para quemarla; el trigo, almacenadlo en mi granero.
31 Les propuso otra parábola:
—Se parece el reinado de Dios al grano de mostaza que un
32 hombre sembró en su campo; siendo la más pequeña de las semi-
llas, cuando crece sale por encima de las hortalizas y se hace un
árbol, hasta el punto que vienen los pájaros a anidar en sus ramas.
33 Les dijo otra parábola:
—Se parece el reinado de Dios a la levadura que metió una
mujer en medio quintal [a] de harina; todo acabó por fermentar.
34 Todo eso se lo expuso Jesús a la gente en parábolas; sin pa-
35 rábolas no les exponía nada, para que se cumpliese el oráculo del
profeta:

Abriré mis labios para decir parábolas,
anunciaré cosas escondidas desde que empezó el mundo
(Sal 78,2).

36 Luego dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acer-
caron a pedirle:
—Acláranos la parábola de la cizaña en el campo.
37 El les contestó:
38 —El que siembra la buena semilla es este Hombre; el cam-
po es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del Reino;
39 la cizaña son los secuaces del Malo; el enemigo que la siembra
es el diablo; la cosecha es el fin del mundo; los segadores, los
40 ángeles. Lo mismo que la cizaña se entresaca y se quema, su-

a «medio quintal», lit. «tres *sata*», medida equivalente a unos trece litros.

41 cederá al fin del mundo; este Hombre enviará a sus ángeles,
42 escardarán de su Reino a todos los corruptores y malvados y los
arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el apretar de
43 dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de
su Padre.
Quien tenga oídos, que oiga:
44 Se parece el reinado de Dios a un tesoro escondido en el campo;
si un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y de la alegría
va a vender todo lo que tiene y compra el campo aquél.
45 Se parece también el reinado de Dios a un comerciante que
46 buscaba perlas finas; al encontrar una perla de gran valor fue
a vender todo lo que tenía y la compró.
47 Se parece también el reinado de Dios a la red que echan en
48 el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arras-
tran a la orilla, se sientan, reúnen los buenos en cestos y tiran
49 los malos. Lo mismo sucederá al fin del mundo: saldrán los
50 ángeles, separarán a los malos de los buenos y los arrojarán al
horno encendido. Allí será el llanto y el apretar de dientes.
51 —¿Habéis entendido todo esto?
Contestaron ellos:
—Sí.
52 El les dijo:
—De modo que todo letrado que entiende del reinado de Dios
se parece a un padre de familia que saca de su arcón cosas nuevas
y antiguas.

INCIDENTES VARIOS

Lo desprecian en Nazaret
(Mc 6,1-6; Lc 4,16-30)

53-4 Cuando acabó estas parábolas se marchó Jesús de allí, llegó a
su pueblo y se puso a enseñar en aquella sinagoga. La gente decía
asombrada:
55 —¿De dónde saca éste ese saber y esos milagros? ¿No es el
hijo del carpintero? ¡Si su madre es María y sus hermanos San-
56 tiago, José, Simón y Judas! ¡Si sus hermanas viven todas aquí!
¿De dónde saca entonces todo eso?
57 Y aquello les resultaba escandaloso. Jesús les dijo:
—Sólo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta.
58 No hizo allí muchos milagros por su falta de fe.

Muerte de Juan Bautista
(Mc 6,14-29; Lc 9,7-9)

14 Por aquel entonces oyó el virrey Herodes lo que se contaba
2 de Jesús y dijo a sus ayudantes:
—Ese es Juan Bautista; ha resucitado y por eso los poderes
actúan en él.
3 Porque Herodes había mandado prender a Juan y lo había
metido en la cárcel encadenado; el motivo había sido Herodías,

4 mujer de su hermano Felipe, pues Juan le decía que no le estaba
permitido tenerla por mujer.
5 Quería quitarle la vida, pero tuvo miedo de la gente, que lo
6 tenía por profeta. El día del cumpleaños de Herodes danzó la
hija de Herodías delante de todos, y le gustó tanto a Herodes que
7 juró darle lo que pidiera.
8 Ella, instigada por su madre, le dijo:
—Dame ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan Bautista.
9 El rey lo sintió; pero debido al juramento y a los invitados
10 ordenó que se la dieran, y mandó decapitar a Juan en la cárcel.
11 Trajeron la cabeza en una bandeja, se la entregaron a la joven y
ella se la llevó a su madre.
12 Sus discípulos recogieron el cadáver, lo enterraron y fueron a
contárselo a Jesús.

Acoge y da de comer a cinco mil
(Mc 6,30-44; Lc 9,10-17; Jn 6,1-14)

13 Al enterarse Jesús se marchó de allí en barca a un sitio tran-
quilo y apartado. La gente lo supo y lo siguió por tierra desde
14 los pueblos. Al desembarcar vio Jesús mucha gente, le dio lás-
15 tima de ellos y se puso a curar a los enfermos. Por la tarde se
acercaron los discípulos a decirle:
—Estamos en despoblado y ya ha pasado la hora; despide a
la multitud, que vayan a las aldeas y se compren comida.
16 Jesús les contestó:
—No necesitan ir; dadles vosotros de comer.
17 Ellos le replicaron:
—¡Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces!
18 Les dijo:
—Traédmelos.
19 Mandó al gentío que se recostara en la hierba, y tomando los
cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la
bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los dis-
20 cípulos a su vez se los dieron a la gente. Comieron todos hasta
21 quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Co-
mieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.
22 En seguida obligó a los discípulos a que se embarcaran y se
le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente.
23 Después de despedirla subió al monte para orar a solas. Al ano-
checer seguía allí solo.

Anda sobre el agua
(Mc 6,45-52; Jn 6,15-21)

24 Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, maltratada
25 por las olas, porque llevaba viento contrario. De madrugada se
26 les acercó Jesús andando por el lago. Los discípulos, viéndolo
andar por el lago, se asustaron diciendo que era un fantasma, y
daban gritos de miedo.

27 Jesús les habló en seguida:
—¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!
28 Pedro le contestó:
—Señor, si eres tú, mándame acercarme a ti andando sobre el
agua.
29 El le dijo:
—Ven.
Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercán-
30 dose a Jesús; pero al sentir la fuerza del viento le entró miedo,
empezó a hundirse y gritó:
—¡Sálvame, Señor!
31 Pero Jesús extendió en seguida la mano, lo agarró y le dijo:
—¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?
32 En cuanto subieron a la barca amainó el viento.
33 Los de la barca se postraron ante él diciendo:
—Realmente eres Hijo de Dios.

Curaciones en Genesaret
(Mc 6,53-56)

34-5 Terminada la travesía atracaron en Genesaret. Los hombres del
lugar, al reconocerlo, avisaron por toda la comarca, y le llevaron
36 los enfermos, rogándole que les dejara tocar siquiera el borde de
su manto, y todos los que lo tocaron se curaron.

La tradición
(Mc 7,1-23)

15 Entonces se acercaron a Jesús unos fariseos y letrados de Je-
rusalén y le preguntaron:
2 —¿Se puede saber por qué se saltan tus discípulos la tradición
de nuestros mayores y no se lavan las manos antes de comer?
3 El les replicó:
—Y ¿se puede saber por qué os saltáis vosotros el manda-
4 miento de Dios, en nombre de vuestra tradición? Porque Dios
dijo: «*Sustenta a tu padre y a tu madre*» y «*quien deja en la miseria*
5 *a su padre o a su madre tiene pena de muerte*» [a]. En cambio, vos-
otros decís que el que declara a su padre o a su madre: «Los bienes
6 con que podría ayudarte los ofrezco al templo» ya no está obli-
gado a sustentar a su padre; así, en nombre de vuestra tradición,
habéis invalidado el mandamiento de Dios.
7 ¡Hipócritas! Qué bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo:

8 *Este pueblo me honra con los labios,*
pero su corazón está lejos de mí;
9 *el culto que me dan es inútil,*
pues la doctrina que enseñan son preceptos humanos
(Is 29,13).

a «Deje en la miseria», Ex 21,17, donde la raíz *qll* tiene el sentido de «privar de lo suyo». Cf. Ex 20,12; Dt 5,16; Lv 20,9.

10 Y llamando a la gente, les dijo:
11 —Escuchad y entended: No mancha al hombre lo que entra
por la boca; lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre.
12 Se acercaron entonces los discípulos y le dijeron:
—¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oírte?
13 Respondió él:
—El plantío que no haya plantado mi Padre del cielo será arran-
14 cado de raíz. Dejadlos, son ciegos y guías de ciegos. Y si un ciego
guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo.
15 Entonces Pedro le pidió:
—Explícanos la comparación.
16 Contestó Jesús:
—A estas alturas, ¿tampoco vosotros sois capaces de entender?,
17 ¿no comprendéis que lo que entra por la boca pasa al vientre
18 y se evacua en lugar retirado? En cambio, lo que sale de la boca
19 viene del corazón, y eso sí mancha al hombre. Porque del corazón
salen las malas ideas: los homicidios, adulterios, inmoralidades,
20 robos, testimonios falsos, calumnias. Eso es lo que mancha al
hombre; comer sin lavarse las manos, no.

IV

RETIRADA A FENICIA Y VUELTA A GALILEA

La mujer cananea
(Mc 7,24-30)

21 Jesús se marchó de allí y se retiró al país de Tiro y Sidón.
22 Y hubo una mujer cananea de aquella región que salió y se puso
a gritarle:
—Señor, Hijo de David, ten compasión de mí. Mi hija tiene
un demonio muy malo.
23 El no le contestó palabra. Entonces los discípulos se le acercaron a rogarle:
—Atiéndela, que viene detrás gritando.
24 El les replicó:
—Me han enviado sólo para las ovejas descarriadas de Israel.
25 Ella los alcanzó y se puso a suplicarle:
—¡Socórreme, Señor!
26 Jesús le contestó:
—No está bien quitarle el pan a los hijos para echárselo a los
perrillos.
27 Pero ella repuso:
—Cierto, Señor; pero también los perrillos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.
28 Jesús le dijo:
—¡Qué grande es tu fe, mujer! Que se cumpla lo que deseas.
En aquel momento quedó curada su hija.

Curaciones

29 Jesús se marchó de allí y llegó al lago de Galilea; subió al monte
30 y se sentó. Acudió un gran gentío llevándole cojos, ciegos, lisiados, sordomudos y otros muchos enfermos; los echaban a sus
31 pies y él los curaba. La gente estaba admirada viendo que los
mudos hablaban, los lisiados se curaban, los cojos andaban y los
ciegos veían; y alababan al Dios de Israel.

Da de comer a cuatro mil
(Mc 8,1-10)

32 Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:
—Me da lástima de esta gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas,
no sea que se desmayen por el camino.
33 Los discípulos le preguntaron:
—Y en un despoblado, ¿de dónde vamos a sacar pan bastante
para hartar a tanta gente?
34 Jesús les preguntó:
—¿Cuántos panes tenéis?
Contestaron:
—Siete y unos cuantos pescaditos.
35-6 Mandó que la gente se echara en el suelo, tomó los siete panes
y los pescaditos, pronunció la acción de gracias, los partió y los fue
dando a los discípulos; los discípulos se los daban a la gente.
37 Todos comieron hasta quedar satisfechos y recogieron siete es-
38 puertas llenas de sobras. Comieron cuatro mil hombres, sin contar
mujeres y niños.
39 Luego despidió a la gente, se embarcó y llegó a la comarca de
Magadán.

Una señal del cielo
(Mc 8,11-13; Lc 12,54-56)

16 Se acercaron los fariseos y saduceos y le pidieron con mala idea:
—Muéstranos una señal que venga del cielo.
2 El les respondió:
—Al caer la tarde decís: «Está el cielo colorado, va a hacer
3 bueno»; por la mañana decís: «Está el cielo de un color triste,
hoy va a haber tormenta». El aspecto del cielo sabéis interpretar-
4 lo, ¿y la señal de cada momento no sois capaces? ¡Una gente
perversa e idólatra y exigiendo señales! Pues señal no se les dará
excepto la señal de Jonás.
Los dejó plantados y se marchó.

La levadura de fariseos y saduceos
(Mc 8,14-21)

5 Al llegar los discípulos a la orilla de enfrente, se les había olvidado llevar pan.

6 Jesús les dijo:
—¡Atención! Mucho cuidado con la levadura [a] del pan de los
fariseos y saduceos.
7 Ellos discutían entre sí:
—¿Por qué no hemos traído pan?
8 Dándose cuenta, les dijo Jesús:
—¡Cómo!, ¿discutiendo entre vosotros, gente de poca fe, por qué
9 no tenéis pan? ¿No acabáis de entender?, ¿no recordáis los cinco
10 panes de los cinco mil y cuántos cestos recogisteis?, ¿ni los siete
panes de los cuatro mil y cuántas espuertas recogisteis? ¿Cómo
11 no entendéis que no hablaba de panes? Mucho cuidado con la
levadura de los fariseos y saduceos.
12 Entonces comprendieron que no los prevenía contra la levadura,
sino contra la doctrina de los fariseos y saduceos.

V

IDA A LA REGION DE CESAREA Y VUELTA

Declaración de Pedro y anuncio de la muerte y resurrección
(Mc 8,27-9,1; Lc 9,18-27)

13 Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a
sus discípulos:
—¿Quién dice la gente que es este Hombre?
14 Contestaron ellos:
—Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías
o uno de los profetas.
15 El les preguntó:
—Y vosotros, ¿quién decís que soy?
16 Simón Pedro tomó la palabra y dijo:
—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.
17 Jesús le respondió:
—¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás! Porque eso no te lo
ha revelado nadie de carne y hueso [b], sino mi Padre del cielo.
18 Ahora te digo yo: Tú eres Piedra, y sobre esta roca voy a edificar
19 mi Iglesia [c], y el poder de la muerte no la derrotará. Te daré las
llaves del Reino de Dios; así, lo que ates en la tierra quedará
atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado
en el cielo.
20 Y prohibió terminantemente a los discípulos decirle a nadie
que él era el Mesías.
21 Desde entonces empezó Jesús a manifestar a sus discípulos que

a «levadura del pan», lit. «levadura», término que designaba la levadura misma y también el pan fermentado, por oposición al pan «ázimo».

b «nadie de carne y hueso», lit. «carne y sangre».

c «Piedra», sobrenombre de Simón (castellanizado «Pedro»), en griego «petros», es nombre común («Simón el Piedra»). «Roca» (griego: «petra»), cf. 7,24.

tenía que ir a Jerusalén, padecer mucho a manos de los senadores,
sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día.
22 Entonces Pedro lo tomó aparte y empezó a increparlo:
—¡Líbrete Dios, Señor! ¡No te pasará a ti eso!
23 Jesús se volvió y dijo a Pedro:
—¡Quítate de mi vista, Satanás! Eres un peligro para mí, porque
tu idea no es la de Dios, sino la humana.
24 Entonces dijo a los discípulos:
—El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo,
25 que cargue con su cruz y me siga. Porque si uno quiere salvar
su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por mí, la
26 conservará. A ver, ¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero
27 si malogra su vida? ¿Y qué podrá dar para recobrarla? Porque
este Hombre va a venir entre sus ángeles con la gloria de su
28 Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta. Os aseguro
que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto
llegar a este Hombre como rey.

Transfiguración
(Mc 9,2-13; Lc 9,28-36)

17 Seis días después cogió Jesús a Pedro, a Santiago y a su her-
2 mano Juan y subió con ellos a una montaña alta y apartada. Allí
se transfiguró delante de ellos: su rostro brillaba como el sol y
3 sus vestidos se volvieron esplendentes como la luz. De pronto se
les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.
4 Entonces intervino Pedro y le dijo a Jesús:
—Señor, viene muy bien que estemos aquí nosotros; si quieres,
hago aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para
Elías.
5 Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió,
y dijo una voz desde la nube:
—Este es mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto. Escuchadlo.
6 Al oírla cayeron los discípulos de bruces espantados.
7 Jesús se acercó y los tocó diciéndoles:
—Levantaos, no tengáis miedo.
8 Alzaron los ojos y no vieron más que a Jesús solo.
9 Mientras bajaban de la montaña, Jesús les mandó:
—No contéis a nadie la visión. Esperad a que este Hombre
resucite de la muerte.
10 Los discípulos le preguntaron:
—Y ¿por qué dicen los letrados que primero tiene que venir
Elías?
11 El les contestó:
—¿De modo que tiene que venir Elías a ponerlo todo en or-
12 den? Pues os digo que Elías vino ya y, en vez de reconocerlo, lo
trataron a su antojo. Y también este Hombre va a padecer a manos
de ellos.
13 Los discípulos comprendieron entonces que se refería a Juan
Bautista.

Cura al niño epiléptico
(Mc 9,14-29; Lc 9,37-43a)

14 Cuando llegaron adonde estaba la gente se le acercó un hombre
15 que le dijo de rodillas:
—Señor, ten compasión de mi hijo, que tiene epilepsia y le
dan ataques: muchas veces se cae en el fuego y otras muchas en
16 el agua. Se lo he traído a tus discípulos y no han sido capaces de
curarlo.
17 Jesús contestó:
—¡Gente sin fe y pervertida! ¿Hasta cuándo tendré que estar
con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar? Traédmelo
aquí.
18 Jesús increpó al demonio y salió; en aquel momento quedó
curado el niño.
19 Los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron aparte:
—¿Por qué razón no pudimos echarlo nosotros?
20 Les contestó:
—Porque tenéis poca fe. Os aseguro que si tuvierais fe como
un grano de mostaza le diríais a la montaña aquélla que viniera
aquí, y vendría. Nada os sería imposible [a].

Predice nuevamente la Pasión

22 Mientras recorrían juntos Galilea les dijo Jesús:
—A este Hombre lo van a entregar en manos de los hombres
23 y lo matarán, pero al tercer día resucitará.
Ellos quedaron consternados.

En Cafarnaún: el impuesto del templo

24 Cuando llegaron a Cafarnaún, los que cobraban el impuesto del
templo se acercaron a Pedro y le preguntaron:
—¿Vuestro maestro no paga el impuesto?
25 Contestó:
—Sí.
Cuando llegó a casa se adelantó Jesús a preguntarle:
—¿Qué te parece, Simón? Los reyes de este mundo, ¿a quiénes
les cobran tributos e impuestos: a los suyos o a los extraños?
26 Contestó:
—A los extraños.
Jesús le dijo:
27 —O sea, que los suyos están exentos. Sin embargo, para no
escandalizarlos, ve al lago y echa el anzuelo; coge el primer pez
que pique, ábrele la boca y encontrarás una moneda; cógela y
págales por mí y por ti.

a Algunos mss. añaden el v. 21, tomado de Mc 9,29.

El más grande en el Reino
(Mc 9,33-37; Lc 9,46-48)

18 En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús y le pre-
guntaron:
—Vamos a ver, ¿quién es más grande en el Reino de Dios?
2-3 El llamó a un criadito [a], lo puso en medio y dijo:
—Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como estos chiqui-
4 llos, no entraréis en el Reino de Dios; o sea, que cualquiera que se
haga tan poca cosa como el chiquillo éste, ése es el más grande en
5 en el Reino de Dios; y el que acoge a un chiquillo como éste por
causa mía, me acoge a mí.

Evitar el escándalo
(Mc 9,42-48; Lc 17,1-2)

6 En cambio, al que escandalice a uno de esos pequeños que creen
en mí, más le convendría que le colgasen al cuello una rueda de
molino y lo sepultaran en el fondo del mar.
7 ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es irremediable que
sucedan escándalos, pero ¡ay del hombre por quien viene el es-
cándalo!
8 Si tu mano o tu pie te pone en peligro, córtatelo y tíralo: más
te vale entrar manco o cojo en la vida que ser echado al fuego
eterno con dos manos o dos pies.
9 Y si tu ojo te pone en peligro, sácatelo y tíralo: más te vale
entrar tuerto en la vida que ser echado con los dos ojos al fuego
del quemadero.
10 Cuidado con mostrar desprecio a un pequeño de ésos, porque
os digo que sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro
de mi Padre celestial [b].

La oveja perdida
(Lc 15,3-7)

12 A ver, ¿qué os parece? Suponed que un hombre tiene cien
ovejas y que una se le extravía; ¿no deja las noventa y nueve
13 en el monte para ir en busca de la extraviada? Y si llega a en-
contrarla, os aseguro que ésta le da más alegría que las noventa
14 y nueve que no se han extraviado. Pues lo mismo: es voluntad
de vuestro Padre del cielo que no se pierda ni uno de esos pe-
queños.

a «Criadito», niño de hasta doce años (cf. Mc 5,42). Como «pais», chico, criado, «paidion» significa chiquillo, criadito.
b Algunos mss. añaden el v. 11, tomado de Lc 19,10.

Perdón de las ofensas
(Lc 17,3)

15 Si tu hermano te[a] ofende, ve y házselo ver, a solas entre los
16 dos. Si te hace caso, has ganado a tu hermano. Si no te hace
caso, llama a otro o a otros dos, para que *toda la cuestión quede*
17 *zanjada apoyándose en dos o tres testigos*[b]. Si no les hace caso,
díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comu-
nidad, considéralo como un pagano o un recaudador.
18 Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en
el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el
19 cielo. Os lo digo otra vez: Si aquí en la tierra dos de vosotros
se ponen de acuerdo, cualquier asunto por el que pidan les re-
20 sultará, por obra de mi Padre del cielo, pues donde están dos o
tres reunidos apelando a mí, allí, en medio de ellos, estoy yo.
21 Entonces se adelantó Pedro y le preguntó:
—Señor, y si mi hermano me sigue ofendiendo, ¿cuántas veces lo
tendré que perdonar?, ¿siete veces?
22 Jesús le contestó:
—Siete veces, no; setenta y siete.
23 Y a propósito de esto: se parece el reinado de Dios a un rey
24 que quiso saldar cuentas con sus empleados. Para empezar, le
25 presentaron a uno que le debía millones[c]. Como no tenía con
qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, con su mujer,
sus hijos y todas sus posesiones, y que pagaran con eso.
26 El empleado se echó a sus pies suplicándole:
—Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo.
27 El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar,
perdonándole la deuda.
28 Pero, al salir, el empleado encontró a un compañero suyo que
le debía algún dinero[d], lo agarró por el cuello y le decía apretando:
—Págame lo que me debes.
29 El compañero se echó a sus pies suplicándole:
—Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré.
30 Pero él no quiso, sino fue y lo metió en la cárcel hasta que
pagara lo que debía.
31 Al ver aquello sus compañeros, quedaron consternados y fueron
32 a contarle a su señor lo sucedido. Entonces el señor llamó al em-
pleado y le dijo:
—¡Miserable! Cuando me suplicaste te perdoné toda aquella
33 deuda. ¿No era tu deber tener también compasión de tu compa-
ñero como yo la tuve de ti?
34 Y su señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara
toda su deuda.
35 Pues lo mismo os tratará mi Padre del cielo si no perdonáis de
corazón, cada uno a su hermano.

a aunque omitido por excelentes mss., el pronombre «te» está exigido por el contexto, cf. v. 21. *b* Dt 19,15.
c «millones», lit. «diez mil talentos», cantidad fabulosa.
d «algún dinero», lit. «cien denarios»; el denario era el jornal de un obrero.

VI

VIAJE A JERUSALEN

El divorcio
(Mc 10,1-12)

19 Cuando terminó estas palabras, pasó Jesús de Galilea al terri-
2 torio de Judea del otro lado del Jordán. Lo siguió un gran gentío
y él se puso a curarlos allí.
3 Se le acercaron unos fariseos y le preguntaron para ponerlo a
prueba:
—¿Le está permitido a uno repudiar a su mujer por cualquier
motivo?
4 El les contestó:
—¿No habéis leído aquello? Ya al principio el creador *los hizo*
varón y hembra, y dijo: «*Por eso dejará el hombre a su padre*
y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos un solo ser»[a].
6 De modo que ya no son dos, sino un solo ser; luego lo que Dios
ha unido que no lo separe el hombre.
7 Ellos insistieron:
—Y entonces, ¿por qué prescribió Moisés *darle acta de divorcio*
cuando se la repudia?[b]
8 El les contestó:
—Por lo incorregibles que sois, por eso os consintió Moisés re-
9 pudiar a vuestras mujeres, pero al principio no era así. Ahora os
digo yo que si uno repudia a su mujer —no hablo de unión ile-
gal— y se casa con otra, comete adulterio.
10 Los discípulos le replicaron:
—Si tal es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta
casarse.
11 Pero él les dijo:
—No todos pueden con eso que habéis dicho, sólo los que han
12 recibido el don. Hay eunucos que salieron así del vientre de su
madre, a otros los hicieron los hombres y hay quienes se hacen
eunucos por el reinado de Dios. El que pueda con eso, que lo haga.

Bendice a unos niños
(Mc 10,13-16; Lc 18,15-17)

13 Le acercaron entonces unos niños para que les impusiera las
14 manos y rezara por ellos; los discípulos les regañaban, pero Jesús
dijo:
—Dejad a los niños, no les impidáis que se acerquen a mí:
porque los que son como ellos tienen a Dios por Rey.
15 Les impuso las manos y siguió su camino.

a Gn 1,27; 2,24. *b* Dt 24,1.

El joven rico
(Mc 10,17-31; Lc 18,18-30)

16 En esto se le acercó uno y le preguntó:
—Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para conseguir vida eterna?
17 Jesús le contestó:
—¿Por qué me preguntas por lo bueno? El Bueno es uno solo; y si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos.
18 El le preguntó:
—¿Cuáles?
Jesús le contestó:
—«*No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás*
19 *falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre y ama a tu prójimo como a ti mismo*» [a].
20 El joven le dijo:
—Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?
21 Jesús le declaró:
—Si quieres ser un hombre logrado, vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza; y, anda, sígueme a mí.
22 Al oír aquello, el joven se fue entristecido, pues tenía muchas posesiones.
23 Jesús dijo a sus discípulos:
—Os aseguro que con dificultad entrará un rico en el Reino de
24 Dios. Lo repito: Más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios.
25 Al oír aquello, los discípulos se quedaron enormemente desorientados y decían:
—En tal caso, ¿quién puede subsistir?
26 Jesús se les quedó mirando y les dijo:
—Humanamente eso es imposible, pero para Dios todo es posible.
27 Intervino entonces Pedro:
—Pues, mira, nosotros ya lo hemos dejado todo y te hemos seguido. En vista de eso, ¿qué nos va a tocar?
28 Jesús les dijo:
—Os aseguro que cuando llegue el mundo nuevo y este Hombre se siente en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce
29 tribus de Israel. Y todo aquel que por mí ha dejado casa, o hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará vida eterna.

Los jornaleros de la viña

30 Y todos [b], aunque sean primeros, serán últimos, y aunque sean
20 últimos, serán primeros, porque el reinado de Dios se parece a
un propietario que salió al amanecer a contratar jornaleros para

a Ex 20,12-16; Dt 5,16-20; Lv 19,18.
b «todos», lit. «muchos», cf. vv. 16 y 28.

2 su viña. Después de ajustarse con ellos en el jornal de costum-
3 bre [a], los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a
4 otros que estaban en la plaza sin trabajo y les dijo:
—Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo que es justo.
5 Ellos fueron.
Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo.
6 Saliendo al caer la tarde, encontró a otros parados y les dijo:
—¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?
7 Le respondieron:
—Nadie nos ha contratado.
El les dijo:
—Id también vosotros a la viña.
8 Cuando oscureció, dijo el dueño de la viña a su encargado:
—Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros.
9 Llegaron los del atardecer y cobraron cada uno el jornal entero.
10 Al llegar los primeros pensaban que les darían más, pero también
11 ellos cobraron el mismo jornal por cabeza. Al recibirlo se pusieron a protestar contra el propietario:
12 —Estos últimos han trabajado sólo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos cargado con el peso del día y el bochorno.
13 El repuso a uno de ellos:
—Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste con-
14 migo en ese jornal? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este
15 último lo mismo que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?, ¿o ves tú con malos ojos que yo sea generoso?
16 Así es como los últimos serán primeros y los primeros últimos.

Tercer anuncio de la muerte y resurrección
(Mt 10,32-34; Lc 18,31-34)

17 Mientras iba subiendo a Jerusalén cogió Jesús aparte a los Doce y les dijo por el camino:
18 —Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y este Hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y letrados: lo condenarán a muer-
19 te y lo entregarán a los paganos, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará.

Petición de los Zebedeos
(Mc 10,35-45)

20 Entonces se acercó a Jesús la madre de los Zebedeos con sus
21 hijos, haciéndole reverencias con intención de pedirle algo. El le preguntó:
—¿Qué deseas?

a «el jornal de costumbre», lit. «un denario al día»; de modo parecido en vv. 9.10.13.

Contestó ella:
—Dispón que cuando tú seas rey estos dos hijos míos se sienten
uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.
22 Pero Jesús replicó:
—No sabéis lo que pedís; ¿sois capaces de pasar el trago [a] que
voy a pasar yo?
Le contestaron:
—Sí, lo somos.
23 El les dijo:
—Mi trago lo pasaréis, pero el sentarse a mi derecha o a mi
izquierda no me toca a mí concederlo; será para los que mi Padre
tiene designados.
24 Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos
25 hermanos. Jesús los reunió y les dijo:
—Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan y que los
26 grandes las oprimen. No será así entre vosotros; al contrario, el
27 que quiera subir, sea servidor vuestro y el que quiera ser primero
28 sea esclavo vuestro. Igual que este Hombre no ha venido a que
le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos [b].

Cura a dos ciegos
(Mc 10,46-52; Lc 18,35-43)

29-0 Al salir de Jericó lo siguió mucha gente. Había dos ciegos, sen-
tados a la vera del camino, y al oír que Jesús pasaba, se pusieron
a gritar:
—¡Ten compasión de nosotros, Señor, Hijo de David!
31 La gente les regañaba para que se callaran, pero ellos gritaban
más:
—¡Ten compasión de nosotros, Señor, Hijo de David!
32 Jesús se detuvo, los llamó y les dijo:
—¿Qué queréis que haga por vosotros?
33 Le contestaron ellos:
—Señor, que se nos abran los ojos.
34 Jesús sintió lástima y les tocó los ojos; al momento recobraron
la vista y lo siguieron.

a «pasar el trago», lit. «beber la copa», locución semítica que, como la española, denota una prueba difícil.
b «por todos», lit. «por muchos», semitismo que expresa una totalidad de individuos.

VII

EN JERUSALEN

Entrada triunfal
(Mc 11,1-11; Lc 19,28-38; Jn 12,12-19)

21 Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, junto
2 al monte de los Olivos, Jesús mandó a dos discípulos, diciéndoles:
—Id a esa aldea de enfrente y encontraréis en seguida una bo-
3 rrica atada, con un pollino; desatadlos y traédmelos. Y si alguien
os dice algo, contestadle que el Señor los necesita, pero que los
devolverá cuanto antes.
4 Esto ocurrió para que se cumpliese lo que dijo el profeta:

5 *Decid a la ciudad de Sión:*
Mira a tu rey que llega,
humilde, montado en un asno,
en un pollino, hijo de acémila
(Is 62,11; Zac 9,9).

6 Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Je-
7 sús; trajeron la borrica y el pollino, les pusieron encima los man-
8 tos y Jesús se montó. La mayoría de la gente se puso a alfom-
brar la calzada con sus mantos; otros la alfombraban con ramas
9 que cortaban de los árboles. Y los grupos que iban delante y detrás
gritaban:
—¡*Viva* [a] el Hijo de David!
—¡*Bendito el que viene en nombre del Señor!* [b].
—¡*Viva* Dios Soberano!
10 Al entrar en Jerusalén, la ciudad entera preguntaba alborotada:
—¿Quién es éste?
11 La gente contestaba:
—Este es el profeta, Jesús, el de Nazaret de Galilea.

Purificación del templo
(Mc 11,15-19; Lc 19,45-48; Jn 2,13-22)

12 Jesús entró en el templo y se puso a echar a todos los que ven-
dían y compraban allí. Volcó las mesas de los cambistas y los pues-
13 tos de los que vendían palomas, diciéndoles:
—Escrito está: «*Mi casa será casa de oración*», pero vosotros la
convertís en una *cueva de bandidos* [c].
14-5 En el templo se le acercaron ciegos y cojos y él los curó. Los
sumos sacerdotes y los letrados, al ver los milagros que hacía y
a los niños que gritaban en el templo «Viva el Hijo de David»,
16 le dijeron indignados:
—¿Oyes lo que dicen ésos?

a «viva», en el texto «hosanna», locución hebrea que significaba «salva, por favor» y que en tiempos posteriores pasó a ser una aclamación.
b Sal 118,25-26. *c* Is 56,7; Jr 7,11.

Jesús les replicó:
—Sí. ¿Nunca habéis leído aquello: «*De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza*»? [a].
17 Y dejándolos plantados, salió de la ciudad, se fue a Betania y pasó la noche allí.

La higuera maldita
(Mc 11,12-14.20-24)

18 A la mañana siguiente, cuando volvía a la ciudad, sintió ham-
19 bre. Viendo una higuera junto al camino, se acercó, pero no encontró nada más que hojas; entonces le dijo:
—Nunca jamás des ya fruto.
20 Y la higuera se secó de repente. Al verlo, los discípulos preguntaron asombrados:
—¿Cómo es que la higuera se ha secado de repente?
21 Jesús les contestó:
—Os aseguro que si tuvierais una fe sin reservas, no sólo haríais
esto de la higuera; incluso si le dijerais al monte ése «quítate de
22 ahí y tírate al mar», lo haría. Todo lo que le pidáis a Dios con
fe lo recibiréis.

La autoridad de Jesús
(Mc 11,27-33; Lc 20,1-8)

23 Llegó al templo, y mientras enseñaba, los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo se le acercaron preguntándole:
—¿Con qué autoridad actúas así?, ¿quién te ha dado esa autoridad?
24 Jesús les replicó:
—Os voy a hacer también yo una pregunta; si me respondéis,
25 os diré también yo con qué autoridad actúo así. El bautismo de
Juan, ¿qué era: cosa de Dios o cosa humana?
Ellos razonaban para sus adentros:
—Si decimos «de Dios», nos dirá que entonces por qué no le
26 creímos; y si decimos «humana», nos da miedo de la gente, por-
que todos piensan que Juan era un profeta.
27 Y respondieron a Jesús:
—No sabemos.
Entonces les declaró él:
—Pues tampoco os digo yo con qué autoridad actúo así.

Parábola de los dos hijos

28 —A ver, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acer-
có al primero diciéndole: «Hijo, ve hoy a trabajar en la viña».
29 Le contestó: «No quiero»; pero después recapacitó y fue.
30 Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Este contestó: «Por
31 supuesto, señor», pero no fue. ¿Cuál de los dos cumplió la volun-
tad del padre?

a Sal 8,3 LXX.

Contestaron ellos:
—El primero.
Jesús les dijo:
—Os aseguro que los recaudadores y las prostitutas os llevan
32 la delantera para entrar en el Reino de Dios. Porque Juan os ense-
ñó el camino para ser justos y no le creísteis; en cambio, los recaudadores y las prostitutas le creyeron. Pero vosotros, ni aun después de ver aquello habéis recapacitado ni le habéis creído.

Los viñadores perversos
(Mc 12,1-12; Lc 20,9-19)

33 Escuchad otra parábola:
—Había una vez un propietario que *plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó un lagar, construyó la casa del guarda* [a], la arrendó a unos labradores y se marchó al extranjero.
34 Cuando llegó el tiempo de la vendimia, envió criados suyos
para percibir de los labradores los frutos que le correspondían.
35 Los labradores agarraron a los criados, apalearon a uno, mataron
a otro y a otro lo apedrearon.
36 Envió entonces otros criados, más que la primera vez, e hicie-
37 ron con ellos lo mismo. Por último les envió a su hijo, diciéndose:
—A mi hijo lo respetarán.
38 Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron:
—Este es el heredero: venga, lo matamos y nos quedamos con su herencia.
39 Lo agarraron, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron.
40 Vamos a ver, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con
aquellos labradores?
41 Le contestaron:
—Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará su viña a otros que le entreguen los frutos a su tiempo.
42 Jesús les dijo:
—¿No habéis leído nunca aquello de la Escritura?
La piedra que desecharon los constructores
es ahora la piedra angular.
Esa la ha puesto el Señor:
¡Qué maravilla para nosotros!
(Sal 118,22-23).

43 Por eso os digo que se os quitará a vosotros el Reino de Dios
44 y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos. Además, el que
caiga sobre esa piedra se estrellará, y si ella cae sobre alguno, lo hará trizas.
45 Al oír sus parábolas los sumos sacerdotes y los fariseos se
46 dieron cuenta de que iban por ellos. Aunque estaban deseando
echarle mano, tuvieron miedo de la gente, que lo tenía por profeta.

a Is 5,1-7.

Los invitados a la boda
(Lc 14,15-24)

22 De nuevo tomó Jesús la palabra y les habló en parábolas:
2 —Se parece el reinado de Dios a un rey que celebraba la boda
3 de su hijo. Envió criados para avisar a los que ya estaban con-
4 vidados a la boda, pero éstos no quisieron acudir. Volvió a enviar
criados, encargándoles que les dijeran:
—Tengo preparado el banquete, he matado terneros y cebones
y todo está a punto. Venid a la boda.
5 Pero los convidados no hicieron caso: uno se marchó a su finca,
6 otro a sus negocios, los demás echaron mano de los criados y los
maltrataron hasta matarlos.
7 El rey montó en cólera y envió tropas que acabaron con aquellos
8 asesinos y prendieron fuego a su ciudad. Luego dijo a sus criados:
—La boda está preparada, pero los que estaban convidados no
9 se la merecían. Id ahora a las salidas de los caminos, y a todos
los que encontréis invitadlos a la boda.
10 Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que
encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de
comensales.
11 Cuando entró el rey a echar un vistazo a los comensales, reparó
12 en uno que no iba vestido de fiesta [a] y le dijo:
—Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?
13 El otro no despegó los labios. Entonces el rey dijo a los ca-
mareros:
—Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas.
14 Allí será el llanto y el apretar de dientes.
Porque hay más llamados que escogidos [b].

El tributo al César
(Mc 12,13-17; Lc 20,20-26)

15 Se retiraron entonces los fariseos para tener un conciliábulo y
16 ver si lograban cazar a Jesús con sus propias palabras. Le en-
viaron a sus discípulos con unos partidarios de Herodes, y le
dijeron:
—Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino
de Dios con verdad; además, no te importa de nadie, porque tú
17 no miras lo que la gente sea. Dinos qué opinas, ¿está permitido
pagar tributo al César o no?
18 Calando Jesús su mala intención, les dijo:
19 —¡Hipócritas!, ¿por qué intentáis comprometerme? Enseñadme
la moneda del tributo.
20 Ellos le ofrecieron un denario y él les preguntó:
—¿De quién son esta efigie y esta leyenda?
21 Le respondieron:
—Del César.

a «traje de fiesta», lit. «traje de boda», es decir, traje apto para boda.
b Lit. «Porque muchos son llamados y pocos escogidos»: forma aramea de expresar el comparativo de superioridad.

Entonces les replicó:
—Pues lo que es del César devolvédselo al César, y lo que
es de Dios, a Dios.
22 Sorprendidos al oír aquello, lo dejaron allí y se marcharon.

La resurrección
(Mc 12,18-27; Lc 20,27-40)

23 El mismo día se acercaron unos saduceos, de esos que dicen
que no hay resurrección, y le propusieron este caso:
24 —Maestro, Moisés mandó esto: «*Si uno muere sin hijos, su
hermano se casará con la viuda para dar descendencia a su her-*
25 *mano*» [a]. Pues había entre nosotros siete hermanos: el primero
se casó y, como murió sin hijos, le dejó la mujer a su hermano.
26 Lo mismo le pasó al segundo y al tercero, y así hasta el séptimo.
27-8 Finalmente murió la mujer. Pues bien, cuando llegue la resurrec-
ción, ¿de cuál de los siete va a ser mujer, si lo ha sido de todos?
29 Jesús les contestó:
—Estáis muy equivocados, por no comprender las Escrituras
30 ni el poder de Dios. Porque cuando llegue la resurrección ni los
hombres ni las mujeres se casarán, serán como ángeles del cielo.
31 Y acerca de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo
32 que dice Dios: «*Yo soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y
el Dios de Jacob*»? [b]. No hay Dios de muertos, sino de vivos.
33 Al oír esto, el gentío quedó asombrado de su enseñanza.

Los dos grandes mandamientos
(Mc 12,28-34; Lc 10,25-28)

34 Los fariseos, al enterarse de que Jesús había tapado la boca a
35 los saduceos, formaron grupo, y uno de ellos, que era jurista, le
preguntó con mala idea:
36-7 —Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley? El
le contestó:
—«*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu*
38 *alma,* con toda tu mente» [c]. Este es el mandamiento principal y
39 el primero, pero hay un segundo no menos importante: «*Amarás*
40 *a tu prójimo como a ti mismo*» [d]. De estos dos mandamientos pen-
den la Ley entera y los Profetas.

El sucesor de David
(Mc 12,35-37; Lc 20,41-44)

41 Mientras seguían reunidos los fariseos les preguntó Jesús:
42 —¿Qué pensáis del Mesías?, ¿de quién es sucesor?
Contestaron ellos:
—De David.
43 El replicó:

a Dt 25,5; Gn 38,8. *b* Ex 3,6. *c* Dt 6,5. *d* Lv 19,18.

—Pues entonces, ¿cómo es que David le da el título de Señor, cuando dice inspirado:

44 *Dijo el Señor a mi Señor:*
Siéntate a mi derecha
que voy a hacer de tus enemigos estrado de tus pies?
(Sal 110,1).

45 Entonces, si David lo llama Señor, ¿cómo puede ser sucesor
suyo?
46 Ninguno fue capaz de responder nada; y desde aquel día nadie
se atrevió a hacerle más preguntas.

Denuncia pública de letrados y fariseos
(Mc 12,38-40; Lc 11,37-52; 20,45-47)

23 Entonces Jesús, dirigiéndose a la multitud y a sus discípulos, de-
2 claró:
—En la cátedra de Moisés han tomado asiento los letrados y los
3 fariseos. Por tanto, todo lo que os digan, hacedlo y cumplidlo…,
pero no imitéis sus obras, porque ellos dicen, pero no hacen.
4 Lían fardos pesados y los cargan en las espaldas de los demás,
mientras ellos no quieren empujarlos ni con un dedo.
5 Todo lo hacen para llamar la atención de la gente: se ponen
6 cintas anchas en la frente y borlas grandes en el manto; les en-
cantan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de
7 honor en las sinagogas, que les hagan reverencias por la calle y
que la gente los llame «señor mío».
8 Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar «señor mío», pues
9 vuestro maestro es uno solo y vosotros todos sois hermanos; y no
os llamaréis «padre» unos a otros en la tierra, pues vuestro Padre
10 es uno solo, el del cielo; tampoco dejaréis que os llamen «directo-
11 res», porque vuestro director es uno solo, el Mesías. El más grande
12 de vosotros será servidor vuestro. A quien se encumbra, lo aba-
jarán, y a quien se abaja, lo encumbrarán.
13 ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que les cerráis
a los hombres el Reino de Dios! Porque vosotros no entráis, y a
los que están entrando tampoco los dejáis [a].
15 ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que recorréis mar
y tierra para ganar un prosélito y, cuando lo conseguís, lo hacéis
digno del fuego el doble que vosotros!
16 ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que enseñáis: «Jurar por el san-
tuario no es nada, pero jurar por el oro del santuario obliga»!
17 ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro o el santuario que consa-
18 gra el oro? O también: «Jurar por el altar no es nada, pero jurar
19 por la ofrenda que está en el altar obliga». ¡Ciegos! ¿Qué es más,
20 la ofrenda o el altar, que hace sagrada la ofrenda? Quien jura por
21 el altar, jura al mismo tiempo por todo lo que está encima; y
quien jura por el santuario, jura al mismo tiempo por el que habita

a «de Dios», lit. «de los cielos». Algunos mss. añaden el v. 14, tomado de Lc 20,47.

22 en él; y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por
el que está sentado en él.
23 ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que pagáis el
diezmo de la hierbabuena, del anís y del comino y descuidáis lo
más grave de la Ley: la justicia, el buen corazón y la lealtad! ¡Esto
24 había que practicar!, y aquello…, no dejarlo. ¡Guías ciegos, que
filtráis el mosquito y os tragáis el camello!
25 ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que limpiáis por
fuera la copa y el plato, mientras dentro rebosan de robo y des-
26 enfreno! ¡Fariseo ciego! Limpia primero la copa por dentro, que
así quedará limpia también por fuera.
27 ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que os parecéis
a los sepulcros encalados! Por fuera tienen buena apariencia, pero
28 por dentro están llenos de huesos de muerto y podredumbre; lo
mismo vosotros: por fuera parecéis honrados, pero por dentro
estáis repletos de hipocresía y de crímenes.
29 ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que edificáis
sepulcros a los profetas y ornamentáis los mausoleos de los justos,
30 diciendo: «Si hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres no
habríamos sido cómplices suyos en el asesinato de los profetas»!
31 Con esto atestiguáis, en contra vuestra, que sois hijos de los que
32 asesinaron a los profetas. ¡Pues colmad vosotros la medida de
33 vuestros padres! ¡Culebras, camada de víboras!, ¿cómo evitaréis
la condena al fuego?
34 Mirad, para eso os voy a enviar yo profetas, sabios y letrados:
a unos los mataréis y crucificaréis, a otros los azotaréis en vues-
35 tras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad; así recaerá
sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra;
desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo
36 de Baraquías, al que matasteis entre el santuario y el altar. Os
aseguro que todo eso va a recaer sobre tal clase de gente.

Lamento por Jerusalén
(Lc 13,34-35)

37 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a
los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos
como la clueca reúne a sus pollitos bajo las alas, pero no habéis
38 querido! Pues mirad, *vuestra casa se os quedará desierta* [a], y os
39 digo que ya no volveréis a verme hasta que exclaméis: *¡Bendito
el que viene en nombre del Señor!* [b].

CRISIS FINAL DE LA HISTORIA. VIGILANCIA

Predice la destrucción del templo
(Mc 13,1-23; Lc 21,5-24)

24 Jesús salió del templo; mientras iba de camino se le acercaron
2 sus discípulos y le señalaron los edificios del templo, pero él les
repuso:

a Jr 7,14; 12,7; 26,4-6. *b* Sal 118,26.

—¿Veis todo eso, verdad? Os aseguro que lo derribarán hasta
que no quede ahí piedra sobre piedra.
3 Estando él sentado en el monte de los Olivos, se le acercaron
los discípulos y le preguntaron a solas:
—Dinos cuándo va a ocurrir eso y cuál será la señal de tu venida
y del fin del mundo.
4 Jesús les contestó:
5 —Cuidado con que alguno os extravíe, porque van a venir
muchos usando mi título, diciendo: «El Mesías soy yo», y extra-
viarán a mucha gente.
6 Vais a oír estruendo de batallas y noticias de guerra. Mirad, no
os alarméis, que eso tiene que suceder, pero no es todavía el final.
7 Porque se alzará nación contra nación y reino contra reino, habrá
8 hambre y terremotos en diversos lugares, pero todo eso no es más
que los primeros dolores.
9 Os entregarán al suplicio y os matarán, por mi causa os odiarán
10 todos los pueblos; entonces fallarán muchos, y se delatarán y se
odiarán unos a otros.
11 Saldrán muchos falsos profetas y extraviarán a mucha gente;
12-3 al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría, pero el
que resista hasta el final se salvará.
14 La buena noticia del Reino se proclamará en el mundo entero
para que llegue a oídos de todos los pueblos. Entonces llegará
el fin.
15 Cuando veáis que está *en el lugar santo el execrable devastador* [a]
16 que anunció el profeta Daniel (entiéndelo, lector), entonces los
17 que estén en Judea, que huyan a la sierra; quien esté en la azotea,
18 que no baje por sus cosas; quien esté en el campo, que no vuelva
por la capa.
19-0 ¡Ay de las que estén encinta o criando en aquellos días! Pedid
que vuestra huida no caiga en invierno o en sábado, porque habrá
21 entonces *una angustia* tan grande *como no la ha habido desde*
22 *que el mundo es mundo* [b] ni la habrá nunca más. Si no se acortasen
aquellos días, nadie escaparía con vida; pero por amor a los ele-
gidos se acortarán.
23 Si alguno os dice entonces: «Mira, aquí está el Mesías», o «Mí-
24 ralo, allí está», no os lo creáis; porque saldrán mesías falsos y
profetas falsos, con tal ostentación de señales y portentos, que
25 extraviarían, si fuera posible, a los mismos elegidos. Mirad que
os he prevenido.
26-7 Si os insisten: «Mira, que está en el desierto», no vayáis;
«Mira, que está en el sótano», no os lo creáis; porque igual que
el relámpago sale del levante y brilla hasta el poniente, así ocurrirá
28 con la venida de este Hombre. Donde se reúnen los buitres, está
el cadáver.

La venida
(Mc 13,24-37; Lc 21,25-33; 17,26.30.34-36)

29 Inmediatamente después de la angustia de aquellos días *el sol*
se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán

a Dn 9,27; 11,31; 12,11. *b* Dn 12,1.

30 *del cielo, los astros se tambalearán* [a]; y entonces brillará en el
cielo la señal de este Hombre; y *todas razas de la tierra se gol-*
pearán el pecho viendo *venir a este Hombre sobre las nubes* [b],
31 con gran poder y majestad; y enviará a sus ángeles con trompetas
sonoras y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos, de hori-
zonte a horizonte [c].
32 Aprended de esta comparación con la higuera: Cuando ya la
rama se pone tierna y brotan las yemas, deducís que el verano
33 está cerca. Pues lo mismo: cuando veáis vosotros todo eso, sabed
34 también que ya está cerca, a la puerta. Os aseguro que antes que
35 pase esta generación todo eso se cumplirá. El cielo y la tierra
36 pasarán, pero mis palabras no pasarán, aunque el día y la hora
nadie los sabe, ni siquiera los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo
y únicamente el Padre.
37 Cuando venga este Hombre sucederá como en tiempos de Noé:
38 antes del diluvio la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día
39 en que Noé entró en el arca; y, cuando menos se lo esperaban, llegó
el diluvio y se los llevó a todos. Lo mismo sucederá cuando venga
40 este Hombre: dos hombres estarán en el campo, a uno se lo lleva-
41 rán y al otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo, a una se
42 la llevarán y a la otra la dejarán. Por tanto, estad en vela, pues
no sabéis qué día vendrá vuestro Señor.
43 Ya comprendéis que si el dueño de casa supiera a qué hora
de la noche va a llegar el ladrón, se quedaría en vela y no le
44 dejaría abrir un boquete en su casa. Pues estad también vosotros
preparados, que cuando menos lo penséis llegará este Hombre.

Criados fieles e infieles
(Mc 13,33-36; Lc 12,41-48)

45 ¿Dónde está ese empleado fiel y cuidadoso encargado por el
46 amo de dar a su servidumbre la comida a sus horas? Dichoso el
tal empleado si el amo, al llegar, lo encuentra cumpliendo con
47 su obligación. Os aseguro que le confiará la administración de
todos sus bienes.
48 Pero si el canalla del empleado, pensando que su amo tardará,
49 empieza a maltratar a sus compañeros y a comer y beber con los
50 borrachos, el día que menos se lo espera y a la hora que no ha
51 previsto, llegará el amo y lo pondrá en la calle [d], mandándolo [e]
a donde se mandan los hipócritas. Allí será el llanto y el apretar
de dientes.

Parábola de las diez muchachas

25 Entonces se parecerá el reino de Dios a diez muchachas que
2 cogieron sus candiles y salieron a recibir al novio. Cinco eran

a Am 8,9. *b* Dn 7,13-14. *c* «de horizonte a horizonte», lit. «de un extremo de los cielos hasta su [otro] extremo».
d «lo pondrá en la calle», lit. «lo dividirá en dos», expresión técnica para indicar separación definitiva.
e «mandándolo, etc.», lit. «pondrá su suerte con los hipócritas», es decir, asociará su suerte a la de los hipócritas.

3 necias y cinco sensatas. Las necias, al coger los candiles, se dejaron
4 el aceite; las sensatas, en cambio, llevaron alcuzas de aceite ade-
más de los candiles.
5 Como el novio tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.
6 A medianoche se oyó gritar:
—¡Qué llega el novio, salid a recibirlo!
7 Se despertaron todas y se pusieron a despabilar los candiles.
8 Las necias dijeron a las sensatas:
—Dadnos de vuestro aceite, que los candiles se nos apagan.
9 Pero las sensatas contestaron:
—Por si acaso no hay bastante para todas, mejor es que vayáis
a la tienda a comprarlo.
10 Mientras iban a comprarlo llegó el novio; las que estaban pre-
paradas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.
11 Cuando por fin llegaron las otras muchachas, se pusieron a llamar:
—Señor, señor, ábrenos.
12 Pero él respondió:
—Os aseguro que no sé quiénes sois.
13 Por tanto, estad en vela, que no sabéis el día ni la hora.

Parábola de los millones
(Lc 19,11-27)

14 Es como un hombre que, al irse de viaje, llamó a sus emplea-
15 dos y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco mi-
llones [a], a otro dos, a otro uno, según sus capacidades; luego se
marchó.
16 El que recibió cinco millones fue en seguida a negociar con ellos
17 y ganó otros cinco; el que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros
18 dos; en cambio, el que recibió uno hizo un hoyo en la tierra y
escondió el dinero de su señor.
19 Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados
20 y se puso a saldar cuentas con ellos. Se acercó el que había reci-
bido cinco millones y le presentó otros cinco, diciendo:
—Señor, cinco millones me dejaste; mira, he ganado otros cinco.
21 Su señor le respondió:
—Muy bien, empleado fiel y cumplidor. Has sido fiel en lo
poco, te pondré al frente de mucho; pasa a la fiesta de tu señor.
22 Se acercó luego el que había recibido dos millones, y dijo:
—Señor, dos millones me dejaste; mira, he ganado otros dos.
23 Su señor le respondió:
—Muy bien, empleado fiel y cumplidor. Has sido fiel en lo
poco, te pondré al frente de mucho; pasa a la fiesta de tu señor.
24 Finalmente se acercó el que había recibido un millón y dijo:
—Señor, supe que eres hombre duro, que siegas donde no siem-
25 bras y recoges donde no esparces; me asusté y fui a esconder tu
millón bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo.
26 El señor le replicó:
—¡Empleado negligente y cobarde! ¿Sabías que siego donde no

a «millones», lit. «talentos», medida de peso que variaba según los países entre 26 y 36 kilos; se suponen de oro o de plata.

27 siembro y recojo donde no esparzo? Pues entonces debías haber
puesto mi dinero en el banco, para que al volver yo pudiera
recobrar lo mío con los intereses.
28-9 Quitadle el millón y dádselo al que tiene diez; porque al que
produce se le dará hasta que le sobre, mientras al que no produce
30 se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese empleado inútil, echadlo
fuera a las tinieblas: allí será el llanto y el apretar de dientes.

El juicio de las naciones

31 Cuando este Hombre venga con su esplendor acompañado de
32 todos sus ángeles, se sentará en su trono real y reunirán ante él
a todas las naciones. El separará a unos de otros, como un pastor
33 separa las ovejas de las cabras, y pondrá a las ovejas a su derecha
34 y a las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su
derecha:
—Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para
35 vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me
disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y
36 me recogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me
visitasteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme.
37 Entonces los justos le replicarán:
—Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer o
38 con sed y te dimos de beber?, ¿cuándo llegaste como extranjero
39 y te recogimos o desnudo y te vestimos?, ¿cuándo estuviste enfer-
mo o en la cárcel y fuimos a verte?
40 Y el rey les contestará:
—Os lo aseguro: Cada vez que lo hicisteis con un hermano mío
de esos más humildes, lo hicisteis conmigo.
41 Después dirá a los de su izquierda:
—Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para
42 el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de
43 comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui extranjero y no me
recogisteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la
cárcel y no me visitasteis.
44 Entonces también éstos replicarán:
—Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o extranjero
o desnudo, o enfermo o en la cárcel y no te asistimos?
45 Y él les contestará:
—Os lo aseguro: Cada vez que dejasteis de hacerlo con uno de
esos más humildes, dejasteis de hacerlo conmigo.
46 Estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

VIII

PASION Y RESURRECCION

Complot para matar a Jesús
(Mc 14,1-2; Lc 22,1-2; Jn 11,45-53)

26 Cuando acabó este discurso, dijo Jesús a sus discípulos:
2 —Pasado mañana es Pascua, como sabéis, y entregarán a este
Hombre para que lo crucifiquen.
3 Los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo se reunieron
por entonces en el palacio del sumo sacerdote, que se llamaba
4 Caifás, y decidieron prender a Jesús a traición y darle muerte,
5 aunque dijeron:
—Durante las fiestas no, que podría armarse un tumulto en el
pueblo.

La unción en Betania
(Mc 14,3-6; Jn 12,1-8)

6 Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, se le
7 acercó una mujer llevando un frasco de perfume de mucho precio
y se lo derramó en la cabeza a Jesús, que estaba reclinado a la
mesa.
8 Al ver aquello, los discípulos dijeron indignados:
9 —¿A qué viene ese derroche? Podía haberse vendido por mu-
cho y habérselo dado a los pobres.
10 Jesús se dio cuenta y les dijo:
—¿Por qué molestáis a esta mujer? Está muy bien lo que ha
11 hecho conmigo; a esos pobres los tenéis siempre con vosotros; en
12 cambio, a mí no me vais a tener siempre. Cuando ella derramaba
el perfume sobre mi cuerpo, me estaba preparando para la sepul-
13 tura. Os aseguro que en cualquier parte del mundo donde se pro-
clame esta buena noticia, se recordará también en su honor lo
que ha hecho ella.

Judas vende a Jesús
(Mc 14,10-11; Lc 22,3-6)

14 Entonces uno de los Doce, Judas Iscariote, fue a ver a los sumos
15 sacerdotes y les propuso:
—¿Cuánto estáis dispuestos a darme si os lo entrego?
16 *Ellos quedaron en darle treinta monedas de plata* [a]. Desde en-
tonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

La Pascua con los discípulos
(Mc 14,12-21; Lc 22,7-14; 21-23; Jn 13,21-30)

17 El primer día de los Azimos se acercaron los discípulos a Jesús
y le preguntaron:

a Zac 11,12.

18 —¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua? El
contestó:
—Id a la ciudad, a casa de Fulano, y dadle este recado: «El
Maestro dice que su hora está cerca y que va a celebrar la Pascua
en tu casa con sus discípulos».
19 Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepa-
raron la cena de Pascua.
20-1 Al caer la tarde se puso a la mesa con los Doce. Mientras co-
mían, dijo:
—Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.
22 Ellos, consternados, empezaron a replicarle uno tras otro:
—¡No seré yo, Señor!
23 Respondió él:
—Uno que ha mojado en la misma fuente que yo me va a en-
24 tregar. Este Hombre se va, como está escrito de él; pero ¡ay de
ése que va a entregar a este Hombre! Más le valdría a ese indi-
viduo no haber nacido.
25 Entonces le preguntó Judas, el que lo iba a entregar:
—¡No seré yo, Maestro!
Respondió:
—Tú lo has dicho.

La eucaristía
(Mc 14,22-26; Lc 22,15-20; 1 Cor 11,23-25)

26 Mientras comían, Jesús cogió un pan, pronunció la bendición y
lo partió; luego lo dio a sus discípulos, diciendo:
—Tomad, comed; esto es mi cuerpo.
27 Y cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias y se la
pasó, diciendo:
28 —Bebed todos, que ésta es mi sangre, la sangre de la alianza,
29 que se derrama por todos para el perdón de los pecados. Os digo
que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta que
llegue el día en que lo beba con vosotros, pero nuevo, en el Reino
de mi Padre.
30 Cantaron los salmos y salieron para el monte de los Olivos.

Predice las negaciones de Pedro
(Mc 14,27-31; Lc 22,31-34; Jn 13,36-38)

31 Entonces Jesús les dijo:
—Esta misma noche vais a fallar todos por causa mía, porque
está escrito: *«Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del re-*
32 *baño»* [a]. Pero cuando resucite iré por delante de vosotros a Ga-
lilea.
33 Le repuso Pedro:
—Aunque todos fallen por causa tuya, yo jamás fallaré.
34 Jesús le declaró:
—Te aseguro que esta misma noche, antes que el gallo cante,
me negarás tres veces.

a Zac 13,11.

35 Pedro le replicó:
—Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré.
Y los demás discípulos dijeron lo mismo.

La oración en el huerto
(Mc 14,34-42; Lc 22,39-46)

36 Jesús llegó con sus discípulos a un huerto que llamaban Get-
semaní, y les dijo:
—Sentaos aquí, mientras yo me voy allí a orar.
37 Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a
38 entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo:
—Me muero de tristeza. Quedaos aquí y estad en vela conmigo.
39 Adelantándose un poco, cayó rostro en tierra y se puso a orar
diciendo:
—Padre mío, si es posible, que se aleje de mí ese trago [a]. Sin
embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.
40 Se acercó a los discípulos, los encontró adormilados y dijo a
Pedro:
—¡Vaya! ¿No habéis podido velar ni una hora conmigo? Estad
41 en vela y pedid no ceder en la prueba; el espíritu es animoso,
pero la carne es débil.
42 Se apartó por segunda vez y oró diciendo:
—Padre mío, si no es posible que yo deje de pasarlo, realícese
tu designio.
43 Al volver los encontró otra vez adormilados, porque se caían
44 de sueño. Los dejó, se alejó de nuevo y oró por tercera vez, re-
45 pitiendo las mismas palabras. Al final se acercó a los discípulos
y les dijo:
—¿Así que durmiendo y descansando? Mirad, ha llegado la
46 hora de que este Hombre sea entregado en manos de los pecadores.
¡Levantaos, vamos! Ya está ahí el que me entrega.

El arresto
(Mc 14,43-50; Lc 22,47-53; Jn 18,3-12)

47 Aún estaba hablando cuando apareció Judas, uno de los Doce,
acompañado de un tropel de gente con machetes y palos, mandada
48 por los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo. El traidor
les había dado por seña:
—El que yo bese, ése es; detenedlo.
49 Se acercó en seguida a Jesús y le dijo:
—¡Salud, Maestro!
50 Y lo besó con insistencia. Pero Jesús le contestó:
—¡Amigo, a lo que has venido!
Entonces se acercaron a Jesús, le echaron mano y lo detuvieron.
51 Uno de los que estaban con él tiró de machete y de un tajo le
cortó la oreja al criado del sumo sacerdote.
52 Jesús le dijo:
—Vuelve el machete a su sitio, que el que a hierro mata a

a «ese trago», cf. 20,22.

53 hierro muere. ¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre? El pon-
54 dría a mi lado ahora mismo más de doce legiones de ángeles. Pero
¿cómo se cumpliría entonces la Escritura, que dice que esto tiene
que pasar?
55 Jesús dijo entonces a la gente:
—¡Con machetes y palos habéis salido a prenderme como si
fuera un bandido! A diario me sentaba en el templo a enseñar y
no me detuvisteis.
56 Todo esto ocurrió para que se cumpliera lo que escribieron los
profetas. En aquel momento todos los discípulos lo abandonaron
y huyeron.

Ante el Consejo
(Mc 14,53-65; Lc 22,54-55.63-71; Jn 18,12-14.19-24)

57 Los que detuvieron a Jesús lo condujeron a casa de Caifás el
sumo sacerdote, donde se habían reunido los letrados y los sena-
58 dores. Pedro lo fue siguiendo de lejos hasta el palacio del sumo
sacerdote, entró dentro y se sentó con los guardias para ver en
qué paraba aquello.
59 Los sumos sacerdotes y el Consejo en pleno buscaban un falso
60 testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte, pero no lo
encontraban a pesar de los muchos falsos testigos que compare-
61 cían. Finalmente comparecieron dos que declararon:
—Este ha dicho que puede derribar el santuario de Dios y re-
construirlo en tres días.
62 El sumo sacerdote se puso en pie y le preguntó:
—¿No tienes nada que responder? ¿Qué significan estos cargos
en contra tuya?
63 Jesús siguió callado. El sumo sacerdote le dijo entonces:
—Te conjuro por Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías,
el Hijo de Dios.
64 Jesús le respondió:
—Tú lo has dicho; pero además os digo esto: *Desde ahora vais
a ver cómo este Hombre toma asiento a la derecha del Todopode-
roso y cómo viene sobre las nubes del cielo* [a].
65 El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo:
—Ha blasfemado, ¿qué falta hacen más testigos? Acabáis de
66 oír la blasfemia, ¿qué decidís?
Contestaron ellos:
—Pena de muerte.
67 Entonces le escupieron a la cara y lo golpearon; otros le daban
68 bofetadas, diciendo:
—Adivina, Mesías, ¿quién te ha pegado?

Negaciones de Pedro
(Mc 14,66-72; Lc 22,56-62; Jn 18,15-18.25-27)

69 Pedro estaba sentado fuera, en el patio; se le acercó una criada
y le dijo:
—También tú andabas con Jesús el Galileo.

a Sal 110,1; Dn 7,13.

70 El lo negó delante de todos, diciendo:
—¡No sé de qué hablas!
71 Al salir al portal lo vio otra y dijo a los que estaban allí:
—Este andaba con Jesús Nazareno.
72 Otra vez lo negó, jurándolo:
—No conozco a ese hombre.
73 Al poco rato se le acercaron los que estaban allí y le dijeron:
—Tú también eres de ellos, seguro; se te nota en el habla.
74 Entonces Pedro se puso a echar maldiciones y a jurar:
—¡No conozco a ese hombre!
75 Y en seguida cantó un gallo. Pedro se acordó de las palabras
de Jesús: «Antes que cante el gallo me negarás tres veces». Y sa-
liendo fuera, lloró amargamente.

Lo llevan a Pilato
(Mc 15,1; Lc 23,1-2; Jn 18,28-32)

27 Al amanecer, todos los sumos sacerdotes y los senadores del pue-
2 blo hicieron un plan para condenar a muerte a Jesús y, atándolo,
lo condujeron a Pilato, el gobernador, y se lo entregaron.

Muerte de Judas
(Hch 1,18-19)

3 Al ver Judas, el traidor, que habían condenado a Jesús, sintió
remordimientos y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos
4 sacerdotes y senadores, diciéndoles:
—He pecado, entregando a la muerte [a] a un inocente.
Ellos le contestaron:
—Y a nosotros ¿qué? ¡Allá tú!
5 Entonces arrojó las monedas hacia el santuario y se marchó; lue-
go fue y se ahorcó.
6 Los sumos sacerdotes recogieron las monedas y dijeron:
—No está permitido echarlas en el arca de las ofrendas, porque
son precio de sangre.
7 Y, después de discutirlo, compraron con ellas el Campo del
8 Alfarero, para cementerio de extranjeros. Por eso aquel campo
9 se llama todavía hoy «el Cementerio». Con esto se cumplió lo
escrito por el profeta Jeremías: «*Tomaron las treinta monedas de
plata, el precio de uno que fue tasado según la tasa de los hijos de*
10 *Israel, y pagaron con ellas el Campo del Alfarero, como me lo ha-
bía mandado el Señor*» [b].

Ante Pilato. Es condenado a muerte
(Mc 15,2-15; Lc 23,3-5.13-25; Jn 18,33-19,16)

11 Jesús compareció ante el gobernador, y el gobernador lo in-
terrogó:
—¿Tú eres el rey de los judíos?

a «entregando a la muerte, etc.», lit. «entregando sangre inocente»; «sangre» connota al mismo tiempo la persona y la muerte. *b* Jr 32,6-9; Zac 11,12-13.

Jesús declaró:
—Tú lo estás diciendo.
12 Mientras duró la acusación de los sumos sacerdotes y senado-
13 res no replicó nada. Entonces le preguntó Pilato:
—¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?
14 No le contestó a una sola pregunta, de suerte que el gobernador
estaba sumamente extrañado.
15 Por la Fiesta acostumbraba el gobernador soltar un preso,
16 el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, Jesús
17 Barrabás. Cuando acudió la gente, les preguntó Pilato:
—¿A quién queréis que os suelte, a Jesús Barrabás o a Jesús
a quien llaman el Mesías?
18 Es que sabía que se lo habían entregado por envidia.
19 Mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó re-
cado:
—Deja en paz a ese inocente, que esta noche he sufrido mucho
en sueños por causa suya.
20 A pesar de todo, los sumos sacerdotes y los senadores conven-
cieron a la gente de que pidieran a Barrabás y que muriese Jesús.
21 El gobernador tomó la palabra:
—¿A cuál de los dos queréis que os suelte?
Contestaron ellos:
—A Barrabás.
22 Pilato les preguntó:
—Y ¿qué hago con Jesús, a quien llaman el Mesías?
Contestaron todos:
—¡Que lo crucifiquen!
23 Pilato repuso:
—Pero ¿qué ha hecho de malo?
Ellos gritaban más y más:
—¡Que lo crucifiquen!
24 Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba
formando un tumulto, pidió agua y se lavó las manos cara a la
gente, diciendo:
—Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!
25 El pueblo entero contestó:
—¡Nosotros [a] y nuestros hijos respondemos de su sangre!
26 Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de mandarlo
azotar, lo entregó para que lo crucificaran.

La burla de los soldados
(Mc 15,16-20; Jn 19,2-3)

27 Los soldados del gobernador llevaron a Jesús a la residencia
28 y reunieron alrededor de él a toda la compañía. Lo desnudaron y
29 le echaron encima un manto escarlata; después trenzaron una co-
rona de espino, se la pusieron en la cabeza y en la mano derecha
una caña. Doblando la rodilla ante él, le decían de burla:
—¡Salud, rey de los judíos!

a «nosotros, etc.», lit. «caiga (o «recaiga») su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

30 Le escupieron, le quitaron la caña y le pegaron en la cabeza.
31 Terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y
se lo llevaron para crucificarlo.

Crucifixión y muerte
(Mc 15,21-41; Lc 23,26-49; Jn 19,17-30)

32 Al salir encontraron a un hombre de Cirene que se llamaba
33 Simón y lo forzaron a llevar la cruz de Jesús. Cuando llegaron
34 al lugar llamado Gólgota (que quiere decir «La Calavera»), le
dieron a beber vino mezclado con *hiel* [a]; Jesús lo probó, pero no
35 quiso beberlo. Después de crucificarlo *se repartieron* su ropa *echan-*
36 *do suertes* [b] y luego se sentaron allí a custodiarlo.
37 Encima de su cabeza colocaron un letrero con la acusación:
38 ESTE ES JESUS, EL REY DE LOS JUDIOS. Crucificaron entonces con
él a dos bandidos, uno a la derecha y el otro a la izquierda.
39 Los que pasaban lo injuriaban, y decían, *meneando la cabeza* [c]:
40 —¡Tú que destruías el santuario y lo reconstruías en tres días!
Si eres Hijo de Dios, sálvate y baja de la cruz.
41 Así también los sumos sacerdotes, en compañía de los letrados
y los senadores, bromeaban:
42 —Ha salvado a otros y él no se puede salvar. ¡Rey de Israel!
43 Que baje ahora de la cruz y le creeremos. *¡Había puesto en Dios*
su confianza! Si de verdad *lo quiere* Dios, *que lo libre* [d] ahora, ¿no
decía que era Hijo de Dios?
44 Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban.
45 Desde el mediodía hasta la media tarde toda aquella tierra es-
46 tuvo en tinieblas. A media tarde gritó Jesús muy fuerte:
—*Elí, Elí, lemá sabaktani.*
(Es decir: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* [e]).
47 Al oírlo, algunos de los que estaban allí decían:
—A Elías llama éste.
48 Inmediatamente uno de ellos fue corriendo a coger una esponja,
la empapó *de vinagre* y, sujetándola a una caña, le *dio de beber* [f].
49 Los demás decían:
—Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo.
50 Jesús dio otro fuerte grito y exhaló el espíritu.
51 Entonces la cortina del santuario se rasgó en dos, de arriba abajo;
52 la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron y
53 muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron; después
que él resucitó, salieron de las tumbas, entraron en la ciudad santa
y se aparecieron a muchos.
54 El capitán y los soldados que con él custodiaban a Jesús, viendo
el terremoto y todo lo que pasaba, dijeron aterrados:
—Verdaderamente éste era Hijo de Dios.
55 Estaban allí mirando desde lejos muchas mujeres que habían
56 seguido a Jesús desde Galilea para asistirlo, entre ellas María
Magdalena, María la madre de Santiago y José, y la madre de los
Zebedeos.

a Sal 69,22. *b* Sal 22,19. *c* Sal 22,8. *d* Sal 22,9; Sab 2,18-20.
e Sal 22,2. *f* Sal 69,22.

Sepultura
(Mc 15,42-47; Lc 23,50-56; Jn 19,38-42)

57 Al caer la tarde llegó un hombre rico de Arimatea, de nombre
58 José, que era también discípulo de Jesús. Fue a ver a Pilato
para pedirle el cuerpo y Pilato mandó que se lo entregaran.
59 José se llevó el cuerpo de Jesús y lo envolvió en una sábana
60 limpia; después lo puso en el sepulcro nuevo excavado para él
mismo en la roca, rodó una losa grande a la entrada del sepulcro
61 y se marchó. Estaban allí María Magdalena y la otra María, sen-
tadas frente al sepulcro.
62 A la mañana siguiente, pasado el día de la Preparación, los sumos
63 sacerdotes y los fariseos acudieron en grupo a Pilato y le dijeron:
—Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor, estando
64 en vida, anunció: «A los tres días resucitaré». Por eso manda que
vigilen el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discí-
pulos, roben el cuerpo y digan al pueblo que ha resucitado de
la muerte. La última impostura sería peor que la primera.
65 Pilato contestó:
—Ahí tenéis la guardia; id vosotros y asegurad la vigilancia
como ya sabéis.
66 Ellos fueron, sellaron la losa, y con la guardia aseguraron la
vigilancia del sepulcro.

Resurrección
(Mc 16,1-8; Lc 24,1-12; Jn 20,1-10)

28 Pasado el sábado, al clarear el primer día de la semana, María
2 Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto
la tierra tembló violentamente, porque el ángel del Señor bajó
3 del cielo y se acercó, corrió la losa y se sentó encima. Tenía aspecto
4 de relámpago y su vestido era blanco como la nieve. Los centinelas
temblaron de miedo y se quedaron como muertos.
5 El ángel habló a las mujeres:
—Vosotras no temáis. Ya sé que buscáis a Jesús el crucificado;
6 no está aquí, ha resucitado, como tenía dicho. Venid a ver el sitio
7 donde yacía, y después id aprisa a decir a sus discípulos que ha
resucitado de la muerte y que va delante de ellos a Galilea; allí
lo verán. Esto es todo.
8 Con miedo, pero con mucha alegría, se marcharon a toda prisa
9 del sepulcro y corrieron a anunciárselo a los discípulos. De pronto
Jesús les salió al encuentro y las saludó diciendo:
—¡Alegraos!
10 Ellas se acercaron y se postraron abrazándole los pies. Jesús
les dijo:
—No tengáis miedo; id a avisarles a mis hermanos que vayan
a Galilea; allí me verán.

Informe de los soldados

11 Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fue-
ron a la ciudad e informaron a los sumos sacerdotes de todo lo

12 sucedido. Estos se reunieron con los senadores, deliberaron y die-
13 ron a los soldados una suma considerable, encargándoles:
—Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuer-
14 po mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gober-
nador, nosotros lo calmaremos y os sacaremos de apuros.
15 Los soldados aceptaron el dinero y siguieron las instrucciones.
Por eso corre esta versión entre los judíos hasta el día de hoy.

Misión de los discípulos

(Mc 16,14-18; Lc 24,36-39; Jn 20,19-23; Hch 1,9-11)

16 Los once discípulos fueron a Galilea al monte donde Jesús los
17 había citado. Al verlo se postraron ante él, aunque algunos duda-
18 ban. Jesús se acercó y les habló así:
19 —Se me ha dado plena autoridad en el cielo y en la tierra. Id
y haced discípulos de todas las naciones, bautizadlos para consa-
grárselos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y enseñadles a
20 guardar todo lo que os he mandado; mirad que yo estoy con vos-
otros cada día, hasta el fin del mundo.

EVANGELIO SEGUN MARCOS

INTRODUCCION

El autor del Evangelio es probablemente Juan Marcos, primo de Bernabé (Col 4,10), que entra en escena por primera vez en Hch 12,25. Era de Jerusalén, donde vivía su madre, y Pedro conocía a esta familia (Hch 12,12). No hay por qué dudar de que Mc haya utilizado recuerdos de la predicación de Pedro, aunque la lectura del Evangelio evidencia también el uso de otros materiales. El lugar de composición puede haber sido Roma o Antioquía. En cuanto a la fecha, se suele proponer la de los años 65-67, poco antes de la destrucción de Jerusalén (70 d. C.), pero datos más recientes hacen posible una fecha más antigua, hacia el año 50.

Mc sigue una exposición lineal bastante clara, aunque su esquema, más que estrictamente cronológico, se basa en una sucesión de hechos significativos que construyen un cuadro abreviado, pero coherente, de una realidad más extensa.

En Mc, la figura de Jesús no se expresa en discursos como el Sermón de la Montaña (Mt 5-7; Lc 6,17-49), se va revelando en su acción y en sus respuestas ocasionales. En su vida no aparece un plan preconcebido, sino un intercambio continuo con la realidad que lo rodea, un diálogo de acción y de palabra.

El propósito de Mc es mostrar que Jesús es el Mesías (1,1; cf. 8,29; 14,61), el Hijo de Dios (1,1; 14,61; 15,39). Aparece el heraldo, Juan Bautista (1,7-8), y a continuación la figura de Jesús, con su consagración mesiánica, la plenitud del Espíritu y la victoria sobre Satanás, en la que se decide la suerte del mundo (1,9-13).

El ministerio en Galilea lo muestra como maestro y profeta; su popularidad es grande, pero, para evitar desviaciones triunfalistas, Jesús impone el secreto (1,44) y se designa a sí mismo como «el Hombre», título mesiánico oscuro que subrayaba su solidaridad con los demás (2,10). Para liberar del pecado (2,10) se mezcla con pecadores (2,17) y admite en su círculo íntimo a uno de ellos (2,13-14), desafiando las discriminaciones sociales; rechaza el sistema de espiritualidad fariseo (2,18-22), viola el tabú del sábado (2,23-27; 3,1-5), atrayéndose la hostilidad (3,6).

Para ensanchar su radio de acción elige a doce por compañeros y colaboradores (3,14-15), a los que da una instrucción particular.

Anuncia el reinado de Dios, que no se inaugurará con un golpe de fuerza, sino que será el resultado de un crecimiento (4,1-10.26-32). Envía a los Doce en misión por la Galilea del norte (6,6b-13). La oposición no descansa, y llega a producirse un choque frontal acerca de la validez de la Ley (7,1-23), que obliga a Jesús a retirarse del ministerio público en Galilea. Se va con los Doce al norte, a la región de Tiro (7,24-8,26). A su vuelta encuentra la misma oposición (8,11-13) y vuelve a marcharse, esta vez a la región de Cesarea de Filipo (8,27), donde por primera vez propone a los discípulos la cuestión decisiva: Pedro, en nombre de todos, declara haber reconocido en él al Mesías esperado (8,29): Jesús aclara el sentido de su mesianismo (8,31) y las condiciones para ser discípulo, cortando en seco toda ilusión de triunfo político (8,34-38). El Padre glorifica esta actitud de Jesús (9,2-7).

Emprende el viaje a Jerusalén, instruyendo a sus discípulos (9,30-31) y corrigiéndolos (9,30-32.33.41; 10,28.35-45). Su entrada en Jerusalén es la proclamación pública de su título de Mesías Rey (11,1-11). Con su autoridad expulsa a los comerciantes del templo (11,12-19), lo que le atrae las iras de los sacerdotes

(11,27-12,12). Ante la denuncia pública de los jefes, éstos deciden darle muerte (14,1-2). Pero no todo acaba en la cruz: el ángel anuncia a las mujeres que ha resucitado y que va delante de los discípulos a Galilea, invitación al lector de seguir a Jesús en su vida y de experimentar por sí mismo que el crucificado está vivo (16,7).

El texto actual de Mc termina con un apéndice (16,9-20), que falta en los mejores manuscritos. El estilo no es de Mc, y se inspira de relatos de Mt y Lc.

I

INTRODUCCION

Predicación de Juan Bautista
(Mt 3,1-12; Lc 3,1-9.15-17; Jn 1,19-28)

1 Así comenzó la buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios.
2 Como estaba escrito en el profeta Isaías:

«Mira, te envío mi mensajero por delante
para que te prepare el camino»
(Mal 3,1)

3 *«Una voz grita desde el desierto:*
Preparadle el camino al Señor,
allanad sus senderos»
(Is 40,3),

4 se presentó Juan en el desierto bautizando: pregonaba un bautis-
mo, para que se arrepintieran y se les perdonaran los pecados.
5 Acudía toda la provincia de Judea y todos los de Jerusalén, con-
fesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.
6 Juan iba vestido de pelo de camello, con una correa de cuero
7 a la cintura, y comía saltamontes y miel silvestre. Este era su
pregón:
—Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo, y yo no
merezco ni agacharme para desatarle la correa de las sandalias.
8 Yo os he bautizado con agua, él os bautizará con Espíritu Santo.

Bautismo de Jesús y bajada del Espíritu
(Mt 3,13-17; Lc 3,21-22)

9 Por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea, y Juan
10 lo bautizó en el Jordán. Y en seguida, mientras salía del agua,
vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hasta él como una paloma.
11 Se oyó una voz del cielo:
—Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto.

La prueba
(Mt 4,1-11; Lc 4,1-13)

12-3 En seguida el Espíritu lo empujó al desierto. Estuvo en el
desierto cuarenta días: Satanás lo ponía a prueba, estaba con las
fieras y los ángeles le servían.

II

LABOR EN GALILEA

La buena noticia
(Mt 4,12-17; Lc 4,1-13)

14 Cuando detuvieron a Juan, Jesús se fue a Galilea a pregonar de
15 parte de Dios la buena noticia. Decía:
—Se ha cumplido el plazo, ya llega el reinado de Dios. Enmen-
daos y creed la buena noticia.

Primeros discípulos
(Mt 4,18-22; Lc 5,1-11)

16 Pasando junto al lago de Galilea vio a Simón y a su hermano
Andrés que estaban echando una red en el lago, pues eran pesca-
17 dores. Jesús les dijo:
—Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres.
18 Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.
19 Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su
hermano Juan, que estaban en su barca repasando las redes, y en
20 seguida los llamó; dejaron a su padre, Zebedeo, en la barca con
los jornaleros y se marcharon con él.

En la sinagoga: el poseído
(Lc 4,31-37)

21 Entraron en Cafarnaún, y el sábado siguiente fue a la sinagoga
22 y se puso a enseñar. Estaban asombrados de su enseñanza, porque
enseñaba con autoridad, no como los letrados.
23 Resultó que en aquella sinagoga estaba un hombre poseído por
un espíritu inmundo, y se puso a gritar:
24 —¿Quién te mete a ti en esto, Jesús Nazareno? ¿Has venido
a destruirnos? Sé quién eres: el Consagrado por Dios.
25 Jesús le intimó:
—¡Cállate la boca y sal de este hombre!
26-7 El espíritu inmundo lo retorció y, dando un alarido, salió. Se
quedaron todos tan estupefactos que se preguntaban unos a otros:
—¿Qué significa esto? Un nuevo modo de enseñar, con autori-
dad, y además da órdenes a los espíritus inmundos y le obedecen.

28 Su fama se extendió en seguida por todas partes, llegando a toda
la comarca circundante de Galilea.

Cura a muchos enfermos
(Mt 8,14-17; Lc 4,38-41)

29 Al salir de la sinagoga se fueron derechos a casa de Simón y
30 Andrés llevando a Santiago y a Juan. La suegra de Simón estaba
31 en cama con fiebre, y se lo dijeron en seguida. Jesús se acercó,
la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y les estuvo
sirviendo.
32 Al anochecer, cuando se puso el sol, le fueron llevando todos
33 los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba
34 a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó
muchos demonios; y no toleraba que los demonios hablasen, por-
que sabían quién era.
35 Se levantó muy de madrugada y salió, se marchó a un descam-
36 pado y estuvo orando allí. Simón y sus compañeros echaron tras
37 él y al encontrarlo le dijeron:
—Todo el mundo te busca.
38 El les respondió:
—Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, que voy a pre-
dicar también allí; para eso he salido.
39 Y fue predicando por aquellas sinagogas, por toda Galilea, y
expulsando los demonios.

Cura a un leproso
(Mt 8,2-4; Lc 5,12-16)

40 Se le acercó un leproso y le suplicó de rodillas:
—Si quieres, puedes limpiarme.
41 Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo:
—Quiero, queda limpio.
42-3 En seguida se le quitó la lepra y quedó limpio. El lo empujó
44 fuera avisándole muy en serio:
—Cuidado con decirle nada a nadie; eso sí, ve a presentarte al
sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para
que les conste.
45 Pero el otro, cuando se fue, se puso a pregonarlo a más y mejor,
divulgando la cosa hasta el punto de que Jesús ya no podía entrar
abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en despoblado,
pero acudían a él de todas partes.

CONFLICTOS CON LOS LIDERES ESPIRITUALES

El paralítico y el perdón
(Mt 9,2-8; Lc 5,17-26)

2 Cuando a los pocos días volvió a Cafarnaún, se supo que es-
2 taba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puer-
3 ta, y él les exponía el mensaje. Llegaron cuatro llevándole un

4 paralítico y, como no podían meterlo por causa del gentío, levan-
taron el techo encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete
y descolgaron la camilla con el paralítico.
5 Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico:
—Hijo, se te perdonan tus pecados.
6 Unos letrados que estaban allí sentados razonaban para sus
adentros:
7 —¡Cómo! ¿Este habla así, blasfemando? ¿Quién puede perdo-
nar pecados más que Dios sólo?
8 Jesús, dándose cuenta en seguida de cómo razonaban, les dijo:
9 —¿Por qué razonáis así? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico
«se te perdonan tus pecados» o decirle «levántate, carga con tu
10 camilla y echa a andar»? Pues para que sepáis que el hombre está
autorizado para perdonar pecados en la tierra... —le dijo al pa-
ralítico:
11 Escúchame [a] tú; ponte en pie, carga con tu camilla y vete a
tu casa.
12 Se puso en pie, cargó en seguida con la camilla y salió a la
vista de todos; todos se quedaron atónitos y alababan a Dios di-
ciendo:
—Nunca hemos visto cosa igual.

Llama a Leví y come con gente de mala fama
(Mt 9,9-13; Lc 5,27-32)

13 Jesús salió de nuevo junto al lago; la gente acudía en masa y él
14 les enseñaba. Al pasar vio a Leví de Alfeo sentado al mostrador de
los impuestos, y le dijo:
—Sígueme.
Se levantó y lo siguió.
15 Estando Jesús a la mesa en su casa, un buen grupo de recauda-
dores y descreídos se reclinaron con él y con sus discípulos, pues
16 eran ya muchos los que lo seguían. Los letrados y fariseos, al ver
que comía con descreídos [b] y recaudadores, decían a los discí-
pulos:
—¿Por qué come con recaudadores y descreídos?
17 Jesús lo oyó y les dijo:
—No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he veni-
do a invitar a los justos, sino a los pecadores.

Los ascetas y el ayuno
(Mt 9,14-17; Lc 5,33-39)

18 Los discípulos de Juan y los fariseos estaban de ayuno. Fueron
a preguntarle a Jesús:
—Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayu-
nan; ¿por qué razón tus discípulos no ayunan?
19 Jesús les contestó:
—¿Es que pueden ayunar los amigos del novio mientras duran
las bodas? Mientras tienen al novio con ellos no pueden ayunar.

a «escúchame tú», lit. «a ti te digo». b «descreídos», cf. Mt 9,10.

20 Llegará el día en que se lo lleven, y entonces, aquel día, ayunarán.
21 Nadie le pone un pieza de paño sin estrenar a un manto pasado,
porque el remiendo tira del manto —lo nuevo de lo viejo— y
22 deja un roto peor. Nadie echa tampoco vino nuevo en odres vie-
jos; si no, el vino revienta los odres y se pierden el vino y los
odres; no, a vino nuevo, odres nuevos.

Oposición: el sábado
(Mt 12,1-8; Lc 6,1-5)

23 Un sábado pasaba él por los sembrados, y los discípulos, mien-
24 tras andaban, se pusieron a arrancar espigas. Los fariseos le di-
jeron:
—¡Oye!, ¿cómo hacen en sábado lo que no está permitido?
25 El les replicó:
—¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus
26 hombres se vieron faltos y con hambre? Entró en la casa de Dios,
en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes dedi-
cados, que nada más que a los sacerdotes les está permitido comer,
y les dio también a sus compañeros.
27 Y añadió:
—El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el
28 sábado: así que el hombre es señor también del sábado.

El hombre con el brazo atrofiado
(Mt 12,9-14; Lc 6,6-11)

3 Entró de nuevo en la sinagoga y había allí un hombre con un
2 brazo atrofiado. Estaban al acecho para ver si lo curaba en sábado
y acusarlo.
3 Jesús le dijo al del brazo atrofiado:
—Levántate y ponte ahí en medio.
4 Y a ellos les preguntó:
—¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal;
salvar una vida o matar?
Se quedaron callados.
5 Echando en torno un mirada de ira y dolido de su ceguera, le
dijo al hombre:
—Extiende el brazo.
Lo extendió y su brazo quedó normal.
6 Nada más salir de la sinagoga, los fariseos se pusieron a planear
con los herodianos el modo de acabar con Jesús.

III

CULMINA SU LABOR EN GALILEA

Popularidad: a la orilla del lago

7 Jesús se retiró con sus discípulos a la orilla del lago y mucha
8 gente de Galilea siguió detrás. También de Judea y de Jerusalén,
de Idumea y Transjordania y de las cercanías de Tiro y Sidón,
mucha gente, enterándose de las cosas que hacía, acudió a él.
9 El encargó a sus discípulos que le tuvieran preparada una barca,
10 no lo fuera a estrujar el gentío; pues, como había curado a tantos,
todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo.
11 Y los espíritus inmundos, cuando lo veían, se postraban ante él
gritando:
—Tú eres el Hijo de Dios.
12 Pero él les prohibía severamente que lo descubrieran.

Elección de los Doce
(Mt 10,1-4; Lc 6,12-16)

13 Mientras subía a la montaña fue llamando a los que él quiso
14 y se reunieron con él. Designó a doce para que fueran sus com-
15 pañeros y para enviarlos a predicar con poder de expulsar de-
16 monios. Así constituyó el grupo de los Doce: Simón, a quien
17 puso de sobrenombre Pedro, Santiago Zebedeo y su hermano
Juan, a quienes puso de sobrenombre Boanerges (los Rayos), An-
18 drés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago Alfeo, Tadeo,
19 Simón el Fanático[a] y Judas Iscariote, el mismo que lo entregó.

Desconfían sus parientes. Los letrados lo acusan de magia
(Mt 12,22-32; Lc 11,14-23; 12,10)

20 Fue a casa, y se juntó de nuevo tanta gente que no lo dejaban
21 ni comer. Al enterarse sus parientes, fueron a echarle mano, por-
que decían que no estaba en sus cabales.
22 También los letrados, que habían bajado de Jerusalén, decían
que tenía dentro a Belcebú, y que echaba a los demonios con poder
del jefe de los demonios.
23 El los llamó y les puso estas comparaciones:
24 —¿Cómo es posible que Satanás eche a Satanás? Si un reino
25 se divide, ese reino no puede mantenerse en pie; si una familia
26 se divide, esa familia no podrá mantenerse en pie. Pues si Satanás
se ha levantado contra sí mismo y se ha dividido, no podrá man-
tenerse en pie, está perdido.
27 Nadie puede meterse en casa de un hombre fuerte y arramblar
con su ajuar si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con
28 la casa. Os aseguro que todo se les podrá perdonar a los hombres;
29 los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfema

a «el Fanático», cf. Mt 10,4.

contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, carga con un
pecado perpetuo.
30 Es que ellos decían que tenía dentro un espíritu inmundo.

Madre y hermanos de Jesús
(Mt 12,46-50; Lc 8,19-21)

31 Llegaron su madre y sus hermanos, y desde fuera lo mandaron
32 llamar. Tenía gente sentada alrededor, y le dijeron:
—Oye, tu madre y tus hermanos te buscan ahí fuera.
33 El les contestó:
—¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?
34 Y paseando la mirada por los que estaban sentados en el corro,
dijo:
35 —Aquí tenéis a mi madre y mis hermanos. El que cumple la
voluntad de Dios ése es hermano mío y hermana y madre.

Enseña con parábolas
(Mt 13,1-23.31-32; Lc 8,4-15; 13,18-19)

4 Se puso a enseñar otra vez junto al lago. Se reunió un gentío
tan enorme que tuvo que subir a sentarse en una barca metida
en el agua, y la gente toda se quedó en tierra junto a la orilla.
2 Les estuvo enseñando muchas cosas con parábolas; entre otras
les dijo:
3-4 —Escuchad: Salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo
5 cayó en la vereda, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otra
6 parte cayó en terreno rocoso, donde apenas tenía tierra; como la
tierra no era profunda, brotó en seguida, pero en cuanto salió el
7 sol se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otra cayó entre zarzas:
8 crecieron las zarzas, la ahogaron y no granó. Otros granos cayeron
en tierra buena: fueron brotando, creciendo y granando, y dieron
uno treinta, uno sesenta, uno ciento.
9 Y añadió:
—Quien tenga oídos para oír, que oiga.
10 Cuando se quedó solo, sus acompañantes y los Doce le pregun-
11 taban por el sentido de las parábolas. Entonces él les dijo:
—Vosotros estáis ya en el secreto de lo que es el reinado de
Dios; a ellos, en cambio, a los de fuera, todo se les queda en pa-
rábolas; así,

12 *por más que miran, no ven;*
por más que oyen, no entienden,
a menos que[a] *se conviertan y los perdonen*
(Is 6,9-10).
13 Y añadió:
—¿No entendéis esta parábola?, pues ¿cómo vais a compren-
14-5 der todas las demás? «El sembrador» siembra el mensaje. «Los
de la vereda» son ésos en quienes se siembra el mensaje, pero
en cuanto lo escuchan, viene Satanás y se lleva el mensaje sembra-

a «a menos que», según el texto arameo subyacente.

16 do en ellos. Lo mismo, «los que reciben la simiente como terreno
rocoso» son ésos que al escuchar el mensaje lo acogen con alegría,
17 pero no tienen raíces, son inconstantes, y luego, en cuanto surge
18 una dificultad o persecución por el mensaje, fallan. Otros, «los
que reciben la simiente entre zarzas», son ésos que escuchan el
19 mensaje, pero los agobios de esta vida, la seducción de las riquezas
y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan el mensaje y se
20 queda estéril. Por fin, «los que recibieron la simiente en tierra
buena» son aquéllos que escuchan el mensaje, lo aceptan y dan
su cosecha: uno treinta, uno sesenta, uno ciento.
21 Les dijo también:
—¿Acaso se trae el candil para meterlo debajo del perol o de
22 la cama? ¿No es para ponerlo en el candelero? Porque si algo
está escondido es sólo para que se descubra; y si algo se ha ocul-
23 tado es sólo para que salga a la luz. El que tenga oídos para oír,
que oiga.
24 Y añadió:
—Atención a cómo escucháis, pues la medida que llenéis la
25 llenarán para vosotros, y con creces. Porque al que produce se le
dará, y al que no produce se le quitará hasta lo que tiene.
26 Dijo también:
—Así es el reinado de Dios, como cuando un hombre siembra
27 la simiente en la tierra; él duerme de noche y se levanta por la
mañana y la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo.
28 La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos,
29 luego la espiga, después el grano en la espiga. Cuando la cosecha
está a punto, mete en seguida la hoz, porque ha llegado la siega.
30 Dijo también:
—¿Con qué podríamos comparar el reinado de Dios? ¿Qué pa-
31 rábola usaremos? Con un grano de mostaza; cuando se siembra
32 en la tierra es la semilla más pequeña de todas, pero, una vez
sembrada, brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa
ramas tan grandes que los pájaros pueden anidar a su sombra.
33 Con muchas parábolas del mismo estilo les estuvo exponiendo el
34 mensaje, según lo que podían oír. No les habló más que en pará-
bolas, pero a sus propios discípulos se lo explicaba todo en pri-
vado.

Calma la tempestad
(Mc 8,23-27; Lc 8,22-25)

35 El día aquel, al caer la tarde, les dijo:
—Crucemos a la orilla de enfrente.
36 Ellos dejaron a la gente y se lo llevaron en la barca, como es-
37 taba; otras barcas lo acompañaban. Se produjo un fuerte torbellino
de viento y las olas se abalanzaban contra la barca hasta casi lle-
38 narla de agua. El estaba a popa, dormido sobre un cabezal.
Lo despertaron gritándole:
—Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?
39 Se despertó, increpó al viento y dijo al lago:
—¡Silencio, cállate!
El viento amainó y sobrevino una gran calma.

40 El les dijo:
—¿Por qué sois tan cobardes? ¿Cómo es que no tenéis fe?
41 Les entró un miedo atroz y se decían unos a otros:
—Pero entonces, ¿quién será éste, que hasta el viento y el agua
le obedecen?

El endemoniado de Gerasa
(Mt 8,28-34; Lc 8,26-39)

5 Llegaron a la orilla de enfrente, a la región de los gerasenos.
2 Apenas desembarcó, le salió al encuentro desde el cementerio un
3 hombre poseído por un espíritu inmundo, que vivía en los sepul-
4 cros; ni con cadenas podía ya nadie sujetarlo; muchas veces lo
habían ya sujetado con grillos y cadenas, pero él rompía las ca-
denas y destrozaba los grillos, y nadie tenía fuerza para domeñarlo.
5 Se pasaba el día y la noche en las tumbas y en los montes, gritando
e hiriéndose con piedras.
6 Viendo de lejos a Jesús, echó a correr, se postró ante él y gritó
7 a voz en cuello:
—¿Quién te mete a ti en esto, Jesús, Hijo de Dios Soberano?
Te conjuro por Dios a que no me atormentes.
8 Porque Jesús le había mandado:
—Espíritu inmundo, sal de este hombre.
9 Jesús le preguntó:
—¿Cómo te llamas?
Le respondió:
—Me llamo Legión, porque somos muchos.
10 Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella
comarca.
11 Había allí cerca una gran piara de cerdos hozando en la falda
12 del monte. Los espíritus le rogaron:
—Déjanos ir y meternos en los cerdos.
13 El se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron del hombre
y se metieron en los cerdos; y la piara, unos dos mil, se abalanzó
al lago acantilado abajo y se ahogó.
14 Los porquerizos salieron huyendo y lo contaron por el pueblo
15 y por los cortijos. La gente fue a ver lo que había pasado. Se
acercaron a Jesús, y vieron al endemoniado sentado, vestido y en
su juicio, al mismo que había tenido la legión, y les entró miedo.
16 Los que lo habían visto les refirieron lo que le había ocurrido al
17 endemoniado y lo de los cerdos. Ellos le rogaban que se marchase
de su país.
18 Mientras se embarcaba, el endemoniado le rogaba que lo ad-
19 mitiese en su compañía, pero no se lo consintió y, en cambio, le
dijo:
—Vete a casa con los tuyos y cuéntales todo lo que el Señor ha
hecho contigo por su misericordia.
20 El hombre se marchó y se puso a proclamar por la Decápolis
lo que Jesús había hecho por él; y todos se admiraban.

La hija de Jairo y la mujer con flujos
(Mt 9,18-26; Lc 8,40-56)

21 Jesús atravesó de nuevo en barca a la orilla de enfrente, se le
reunió otra vez mucha gente alrededor y se quedó junto al lago.
22 Se acercó un jefe de sinagoga que se llamaba Jairo, y al verlo
23 se echó a sus pies rogándole con insistencia:
—Mi niña está en las últimas; ven a aplicarle las manos para
que se cure y viva.
24 Jesús se fue con él acompañado de mucha gente, que lo apre-
tujaba.
25 Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce
26 años; aunque muchos médicos la habían hecho sufrir mucho, y
se había gastado todo lo que tenía, en vez de mejorar se había
27 puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás entre
28 la gente, le tocó el manto, diciéndose: «Con que le toque aunque
sea la ropa, me curo».
29 Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó
30 en su cuerpo que estaba curada de aquel tormento. Jesús, dándo-
se cuenta de que había salido de él aquella fuerza, se volvió en
seguida en medio de la gente, preguntando:
—¿Quién me ha tocado la ropa?
31 Los discípulos le contestaron:
—¿Estás viendo que la gente te apretuja y sales preguntando:
«Quién me ha tocado»?
32-3 El seguía mirando alrededor para ver quién había sido. La
mujer, asustada y temblorosa al comprender lo que le había pa-
sado, se le acercó, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad.
34 El le dijo:
—Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y sigue sana de tu tor-
mento.
35 Aún estaba hablando cuando llegaron de casa del jefe de sina-
goga para decirle:
—Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?
36 Pero Jesús, sin hacer caso del recado, le dijo al jefe de sina-
goga:
—No temas, ten fe y basta.
37 No permitió que lo acompañara nadie más que Pedro, Santiago
38 y su hermano Juan. Llegaron a casa del jefe de sinagoga y estuvo
contemplando el alboroto de los que lloraban gritando sin parar.
39 Luego entró y les dijo:
—¿Qué alboroto y qué lloros son éstos? La niña no está muerta,
está dormida.
40 Ellos se reían de él, pero él los echó fuera a todos, y con el
padre y la madre de la niña y sus acompañantes entró donde es-
41 taba la niña. La cogió de la mano y le dijo:
—*Talitha, qum* (que significa: Escúchame tú, chiquilla, ponte
en pie).
42 La chiquilla se levantó inmediatamente y echó a andar, pues
tenía doce años. Se quedaron viendo visiones.
43 Les insistió en que nadie se enterase, y les dijo que dieran de
comer a la niña.

Jesús, rechazado en Nazaret
(Mt 13,53-58; Lc 4,16-30)

6 Se marchó de allí y fue a su pueblo en compañía de sus discí-
2 pulos. Cuando llegó el sábado empezó a enseñar en la sinagoga;
la mayoría de la gente, al oírlo, se preguntaba asombrada:
—¿De dónde saca éste eso? ¿Qué saber le han enseñado a éste,
3 para que tales milagros le salgan de las manos? ¡Si es el carpin-
tero, el hijo de María, el hermano de Santiago, José, Judas y
Simón! ¡Si sus hermanas viven con nosotros aquí!
Y aquello les resultaba escandaloso.
4 Jesús les dijo:
—Sólo en su tierra, entre sus parientes y en su casa, desprecian
a un profeta.
5 No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó a unos pocos en-
6a fermos aplicándoles la mano. Y se extrañó de aquella falta de fe.

IV

EXTIENDE SU ACTIVIDAD. CRISIS

Misión de los Doce
(Mt 10,1.5-15; Lc 9,1-6)

6b-7 Mientras recorría las aldeas de alrededor enseñando, llamó a
los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad
8 sobre los espíritus inmundos. Les encargó que no cogieran nada
para el camino, un bastón y nada más: ni pan, ni alforja, ni cal-
9 derilla en la faja; llevar sandalias, sí, pero que no se pusieran dos
10 túnicas. Y añadió:
—Quedaos en la casa donde os alojéis hasta que os vayáis de
11 aquel lugar. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos
sacudíos el polvo de las suelas para echárselo en cara.
12 Ellos se fueron a predicar que se enmendaran, echaban muchos
13 demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

Intermedio: miedos de Herodes y muerte de Juan Bautista
(Mt 14,1-12; Lc 9,7-9)

14 Como su fama se había extendido, el rey Herodes oyó lo que
se decía: que Juan Bautista había resucitado, y por eso los pode-
res actuaban en él.
15 Otros, en cambio, opinaban que era Elías, y otros, que era un
profeta comparable a los antiguos.
16 Pero Herodes, al oírlo, decía:
—Aquel Juan a quien yo le corté la cabeza, ése ha resucitado.
17 Porque este mismo Herodes había mandado prender a Juan y
lo había metido en la cárcel encadenado; el motivo fue que He-

rodes se había casado con Herodías, mujer de su hermano Felipe,
18 y Juan le decía:
—No te está permitido tener a tu cuñada por mujer.
19 Herodías se la tenía guardada a Juan y quería quitarle la vida;
20 pero no podía, porque Herodes miraba con respeto a Juan, sa-
biendo que era un hombre recto y santo, y lo tenía protegido.
Cuando lo escuchaba, quedaba desconcertado, pero le gustaba es-
cucharlo.
21 La ocasión llegó cuando Herodes, por su cumpleaños, dio un
banquete a sus magnates, a sus oficiales y a la gente principal
22 de Galilea. La hija de Herodías en persona entró y danzó, gus-
tando mucho a Herodes y a los convidados. El rey le dijo a la
joven:
—Pídeme lo que quieras, que te lo doy.
23 Y le juró repetidas veces:
—Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino.
24 Ella salió a preguntarle a su madre:
—¿Qué le pido?
La madre le contestó:
—La cabeza de Juan Bautista.
25 Entró ella en seguida, a toda prisa, se acercó al rey y le pidió:
—Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de
Juan Bautista.
26 El rey se puso muy triste, pero debido al juramento y a los
27 convidados, no quiso desairarla, y en seguida mandó a un verdugo
que trajese la cabeza de Juan. Fue, lo decapitó en la cárcel, trajo
28 la cabeza en una bandeja y se la entregó a la joven; la joven se
la entregó a su madre.
29 Al enterarse sus discípulos, fueron a recoger el cadáver y le
dieron sepultura.

Da de comer a cinco mil
(Mt 14,13-23a; Lc 9,10-17; Jn 6,1-15)

30 Los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo
31 lo que habían hecho y todo lo que habían enseñado. El les dijo:
—Venid vosotros solos a un sitio tranquilo y descansad un
poco.
Es que eran tantos los que iban y venían, que no encontraban
tiempo ni para comer.
32-3 Se fueron en la barca a un sitio tranquilo y apartado. Los vie-
ron marcharse y muchos los reconocieron; entonces, de todos los
pueblos fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelan-
34 taron. Al desembarcar vio Jesús mucha gente, le dio lástima de
ellos, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a ense-
ñarles con calma.
35 Avanzada ya la tarde, se acercaron sus discípulos a decirle:
36 —Estamos en despoblado y es ya muy tarde. Despídelos, que
vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compren de comer.
37 El les replicó:
—Dadles vosotros de comer.

Le preguntaron:
—¿Vamos a comprar de pan medio año de jornal [a] para darles de comer?
38 El les dijo:
—¿Cuántos panes tenéis? Id a ver.
Cuando lo averiguaron, le dijeron:
—Cinco, y además dos peces.
39 Les dijo que la gente se echara en el verde formando grupos.
40-1 Se recostaron en corros de ciento y de cincuenta. Y tomando
él los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos para que los sirvieran. Repartió también los dos peces entre todos.
42-3 Comieron todos hasta quedar satisfechos, y recogieron doce
44 cestos de sobras de pan y pescado. Comieron cinco mil hombres.
45 En seguida obligó a los discípulos a que se embarcaran y se adelantasen a la orilla de Betsaida, mientras él despedía a la gente.
46 Cuando se despidió de ellos, se retiró al monte a orar.

Anda sobre el agua
(Mt 14,23b-33; Jn 6,15-21)

47 Al anochecer estaba la barca en mitad del lago y Jesús solo en
48 tierra. Viendo con qué fatiga remaban, porque tenían viento contrario, fue de madrugada en dirección a ellos andando por el lago, y estaba para pasarlos.
49 Ellos, viéndolo andar por el lago, pensaron que era un fantas-
50 ma y empezaron a dar gritos, porque todos lo vieron y se sobresaltaron. Pero él les habló en seguida y les dijo:
—Animo, soy yo, no tengáis miedo.
51 Subió a la barca con ellos y amainó el viento. Su estupor llegó
52 al colmo, porque estaban ciegos y no habían comprendido lo de los panes.

Cura enfermos en Genesaret
(Mt 14,34-36)

53 Terminada la travesía tocaron tierra en Genesaret y atracaron.
54 Al desembarcar ellos algunos lo reconocieron en seguida y se pu-
55 sieron a recorrer toda aquella comarca; la gente llevaba a los enfermos en camillas a donde oían que estaba.
56 Adonde llegaba, fueran aldeas, pueblos o cortijos, colocaban a los enfermos en la calle y le rogaban que les dejase tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que lo tocaban obtenían la salud.

Rechaza las tradiciones
(Mt 15,1-20)

7 Se acercó a Jesús el grupo de fariseos con algunos letrados lle-
2 gados de Jerusalén, y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras (es decir, sin lavarse las manos).

a «medio año de jornal», lit. «doscientos denarios», cf. Mt 18,28; 20,2.

3 (Porque los fariseos, y los judíos en general, no comen sin lavarse antes las manos restregando bien, aferrándose a la tradición
4 de sus mayores, y al volver de la plaza no comen sin bañarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones de enjuagar vasos, jarras y ollas).
5 Según eso, los fariseos y letrados le preguntaron a Jesús:
—¿Se puede saber por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen la tradición de los mayores?
6 El les contestó:
—¡Qué bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas! Así está escrito:

Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí.
7 *El culto que me dan es inútil,*
porque la doctrina que enseñan
son preceptos humanos
(Is 29,13).

8 Soltáis el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres.
9 Y añadió:
—¡Qué bien! Echáis a un lado el mandamiento de Dios para
10 plantar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: «*Sustenta a tu padre y a tu madre*» y «*quien deje en la miseria a su padre o a su madre*
11 *tiene pena de muerte*» [a]. En cambio, vosotros decís que si uno le declara a su padre o a su madre: «Los bienes con que podría
12 ayudarte los ofrezco en donativo al templo», ya no le permitís hacer
13 nada por su padre o por su madre, invalidando el mandamiento de Dios con esa tradición que habéis transmitido; y de éstas hacéis muchas.
14 Entonces llamó de nuevo a la gente y le dijo:
15 —Escuchadme todos y entended esto: Nada que entra de fuera puede manchar al hombre; lo que sale de dentro es lo que mancha al hombre [b].
17 Cuando dejó a la gente y entró en casa, le preguntaron sus dis-
18 cípulos por la comparación. El les dijo:
—¿Así que tampoco vosotros sois capaces de entender? ¿No
19 comprendéis que nada que entre de fuera puede manchar al hombre? Porque no entra en el corazón, sino en el vientre, y se echa en la letrina.
(Con esto declaraba puros todos los alimentos).
20 Y siguió:
21 —Lo que sale de dentro, eso sí mancha al hombre; porque de
22 dentro, del corazón del hombre, salen las malas ideas: inmoralidades, robos, homicidios, adulterios, codicias, perversidades, frau-
23 des, desenfreno, envidias, calumnias, arrogancia, desatino. Todas esas maldades salen de dentro y manchan al hombre.

a Ex 20,12; 21,17; Dt 5,13; Lv 20,9. Cf. Mt 15,4, nota.
b Algunos mss. añaden el v. 16, tomado de 4,9.23.

V

RETIRADA A FENICIA Y VUELTA

La mujer fenicia
(Mt 15,21-28)

24 Se marchó de allí y fue a la región de Tiro. Entró en una casa,
no queriendo que nadie se enterase, pero no pudo pasar inadver-
25 tido. Una mujer, que tenía una niña poseída por un espíritu im-
puro, se enteró en seguida, fue a buscarlo y se le echó a los pies.
26 La mujer era pagana, una siria de Fenicia, y le rogaba que
27 echase al demonio de su hija. El le dijo:
—Deja que coman primero los hijos. No está bien quitarle el
pan a los hijos para echárselo a los perrillos.
28 Le replicó ella:
—Cierto, Señor, pero también los perrillos, debajo de la mesa,
comen las migajas que tiran los niños.
29 El le contestó:
—Anda, vete, que por eso que has dicho el demonio ha salido
de tu hija.
30 Al llegar a su casa se encontró a la niña echada en la cama; el
demonio se había marchado.

Cura a un sordomudo

31 De vuelta de la región de Tiro, pasó Jesús por Sidón y llegó al
lago de Galilea por la parte central de la Decápolis.
32 Le presentaron un sordo tartamudo, y le pidieron que le apli-
33 case la mano. El lo apartó de la gente; a solas con él, le metió
34 los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva. Luego, mi-
rando al cielo, suspiró y le dijo:
—*Effatá* (esto es: «ábrete»).
35 Inmediatamente se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de
36 la lengua y hablaba normalmente. Les prohibió decírselo a nadie,
37 pero, cuanto más se lo prohibía, más lo pregonaban ellos. En el
colmo del asombro decían:
—¡Qué bien lo hace todo! Hace oír a los sordos y hablar a los
mudos.

Da de comer a cuatro mil
(Mt 15,32-39)

8 Uno de aquellos días, como había otra vez mucha gente y no
tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:
2 —Me da lástima de esta gente; llevan ya tres días conmigo y
3 no tienen qué comer; y si los despido a sus casas en ayunas, se
van a desmayar por el camino. Algunos, además, han venido de
lejos.
4 Le replicaron sus discípulos:
—Y ¿de dónde se puede sacar pan, aquí en despoblado, para
que coman éstos?

5 El les preguntó:
—¿Cuántos panes tenéis?
Contestaron:
—Siete.
6 Mandó que la gente se echara en el suelo; tomó los siete panes,
pronunció la acción de gracias, los partió y los fue dando a sus
discípulos para que los sirvieran. Ellos los sirvieron a la gente.
7 Tenían además unos cuantos pescaditos: los bendijo y mandó
8 que los sirvieran también. La gente comió hasta quedar satisfecha,
9 y recogieron siete espuertas de sobras. Eran unos cuatro mil.
10 Jesús los despidió, luego se embarcó con sus discípulos y llegó
a la región de Dalmanuta.

Le piden una señal
(Mt 16,1-4)

11 Salieron los fariseos y se pusieron a discutir con él; para po-
12 nerlo a prueba le pidieron una señal que viniera del cielo. Jesús
dio un profundo suspiro y dijo:
—¡Cómo!, ¡esta clase de gente busca una señal! Os aseguro
que a esta clase de gente no se le dará señal.
13 Los dejó, se embarcó de nuevo y se fue a la orilla de enfrente.

La levadura de los fariseos y de Herodes
(Mt 16,5-12)

14 A los discípulos se les olvidó llevar pan, y no tenían más que
15 un pan en la barca. Jesús les recomendó:
—Atención, cuidado con la levadura del pan de los fariseos y
con la de Herodes.
16 Discutían unos con otros por qué no tenían pan.
17 Dándose cuenta, les dijo Jesús:
—¡Cómo!, ¿discutiendo por qué no tenéis pan? ¿No acabáis
18 de entender ni de comprender? ¿Estáis ciegos? *¿Para qué tenéis*
19 *ojos, si no veis, y oídos, si no oís?* [a]. ¿No recordáis cuántos cestos
de sobras recogisteis cuando repartí cinco panes entre cinco mil?
Le contestaron:
—Doce.
20 —Y ¿cuántas espuertas de sobras recogisteis cuando repartí
siete panes entre cuatro mil?
Le contestaron:
—Siete.
21 El les dijo:
—Y ¿no acabáis de comprender?

Cura a un ciego en Betsaida

22 Llegaron a Betsaida y le llevaron un ciego pidiéndole que lo
23 tocase. Cogiéndolo de la mano, lo sacó de la aldea, le escupió en
los ojos, le aplicó las manos y le preguntó:

a Jr 5,21; Ez 12,2.

—¿Ves algo?
24 Empezó a distinguir y dijo:
—Veo la gente; me parecen árboles que andan.
25 Le aplicó otra vez las manos a los ojos; el hombre vio del todo:
estaba curado y lo divisaba todo con claridad.
26 Jesús lo mandó a casa diciéndole:
—¡Ni entrar siquiera en la aldea!

VI

RETIRADA A CESAREA Y VIAJE A JERUSALEN

Declaración de Pedro y primer anuncio de la Pasión
(Mt 16,13-28; Lc 9,18-37)

27 Jesús y sus discípulos salieron para las aldeas de Cesarea de
Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos:
—¿Quién dice la gente que soy yo?
28 Ellos le contestaron:
—Juan Bautista; aunque otros, que Elías, y otros, que uno de
los profetas.
29 El les preguntó:
—Y vosotros, ¿quién decís que soy?
Pedro tomó la palabra y le dijo:
—Tú eres el Mesías.
30 El les prohibió terminantemente decírselo a nadie.
31 Y empezó a instruirlos:
—Este Hombre tiene que padecer mucho: tiene que ser recha-
zado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado
y resucitar a los tres días.
32 Y exponía el mensaje abiertamente. Entonces Pedro lo tomó
33 aparte y empezó a increparlo. Jesús se volvió y, de cara a los
discípulos, increpó a Pedro:
—¡Quítate de mi vista, Satanás!, porque tu idea no es la de
Dios, sino la humana.
34 Después invitó a la gente a reunirse con sus discípulos, y les
dijo:
—El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo,
35 cargue con su cruz y me siga, porque si uno quiere salvar su
vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por la bue-
36 na noticia, la salvará. A ver, ¿de qué le sirve a uno ganar el
37 mundo entero si malogra su vida? Y ¿qué podrá dar para re-
38 cobrarla? Porque si uno se avergüenza de mí y de mis palabras
entre la gente ésa, idólatra y pecadora, también este Hombre se
avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre
los santos ángeles.
9 Y añadió:
—Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin
haber visto que el reinado de Dios ha llegado ya con fuerza.

La transfiguración
(Mt 17,1-13; Lc 9,28-36)

2 Seis días después cogió Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan y
subió con ellos solos a una montaña alta y apartada. Allí se trans-
3 figuró delante de ellos: sus vestidos se volvieron de un blanco
deslumbrador, como no es capaz de blanquearlos ningún batanero
del mundo.
4 Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús.
5 Intervino entonces Pedro y le dijo a Jesús:
—Maestro, viene muy bien que estemos aquí nosotros; podría-
mos hacer tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para
Elías.
6 Estaban tan espantados que no sabía lo que decía.
7 Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube:
—Este es mi Hijo, a quien yo quiero, escuchadlo.
8 De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a
9 Jesús solo con ellos. Mientras bajaban de la montaña, Jesús les
mandó:
—No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que este Hom-
bre resucite de la muerte.
10 Esto se les quedó grabado, aunque discutían qué querría decir
11 aquello de resucitar de la muerte. Le preguntaron:
—¿Por que dicen los letrados que primero tiene que venir Elías?
12 El les contestó:
—¿De modo que primero tiene que venir Elías a ponerlo todo
en orden? Entonces, ¿cómo está escrito que este Hombre tiene
13 que padecer mucho y ser despreciado? No, os digo que también
Elías ha venido ya, y lo han tratado a su antojo, como estaba
escrito de él.

Cura a un niño epiléptico
(Mt 17,14-20; Lc 9,37-43a)

14 Al llegar a donde estaban los otros discípulos vieron mucha gente
15 alrededor y a unos letrados discutiendo con ellos. La presencia
16 de Jesús causó sensación y toda la gente corrió a saludarlo. El les
preguntó:
—¿De qué discutís?
17 De entre la gente le contestó uno:
—Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu que
18 no lo deja hablar; cada vez que lo agarra lo tira al suelo, echa
espumarajos, rechina los dientes y se queda tieso. He pedido a tus
discípulos que lo echen, y no han podido.
19 El les contestó:
—¡Gente sin fe! ¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros?,
¿hasta cuándo tendré que soportaros? Traédmelo.
20 Se lo llevaron. En cuanto el espíritu vio a Jesús, se puso a
retorcer al niño; cayó por tierra y rodaba echando espumarajos.
21 Jesús preguntó al padre:
—¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?

Contestó:
22 —Desde pequeño. Y muchas veces hasta lo ha tirado al fuego
y al agua para acabar con él. Si algo puedes, ten lástima de nos-
otros y ayúdanos.
23 Jesús le replicó:
—¡Ese «si puedes»! Todo es posible para el que tiene fe.
24 Entonces el padre del muchacho gritó:
—¡Fe tengo, ayúdame tú en lo que me falte!
25 Jesús, al ver que acudía gente corriendo, increpó al espíritu
inmundo, diciéndole:
—Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando: Sal de éste y no
vuelvas a entrar en él.
26 Entre gritos y violentas convulsiones salió. El niño se quedó
como un cadáver, de modo que la mayoría decía que estaba muer-
27 to. Pero Jesús lo levantó, cogiéndolo de la mano, y el niño se puso
en pie.
28 Al entrar en casa sus discípulos le preguntaron aparte:
—¿Por qué no pudimos echarlo nosotros?
29 El les respondió:
—Esta ralea no sale más que a fuerza de oración.

Anuncia de nuevo su muerte y resurrección

(Mt 17,22-23; Lc 9,43b-45)

30 Se marcharon de allí y atravesaron Galilea sin detenerse, no
31 queriendo que nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus dis-
cípulos. Les decía:
—A este Hombre lo van a entregar en manos de los hombres,
y lo matarán; pero, después que lo maten, a los tres días resuci-
tará.
32 Ellos no entendían sus palabras, y les daba miedo preguntarle.

¿Quién es el más importante?

(Mt 18,1-5; Lc 9,46-48)

33 Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa les preguntó:
—¿De qué discutíais por el camino?
34 Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era
35 el más grande. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:
—Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el
servidor de todos.
36 Y cogiendo a un criadito [a], lo puso en medio, lo abrazó y les
dijo:
37 —El que acoge a un chiquillo de éstos por causa mía, me acoge
a mí; y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al
que me ha enviado.

a Véase Mt 18,2, nota.

Quien no está en contra, está a favor

(Lc 9,49-50)

38 Juan le dijo:
—Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nom-
bre y hemos intentado impedírselo porque no anda con nosotros.
39 Jesús respondió:
—No se lo impidáis, porque nadie que haga un milagro usando
40 mi nombre puede a continuación hablar mal de mí. O sea, el que
41 no está contra nosotros está a favor nuestro. Y además, el que
os dé a beber un vaso de agua por razón de que seguís al Mesías
no se quedará sin su recompensa, os lo aseguro.

Escándalo

(Mt 18,6-9; Lc 17,1-2)

42 —Y al que escandalice a uno de esos pequeños que creen en
mí sería mejor para él que le encajaran en el cuello una piedra de
43 molino y lo echasen al mar. Si tu mano te pone en peligro, cór-
tatela: más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos ma-
45 nos al quemadero, al fuego que no se apaga [a]. Y si tu pie te pone
en peligro, córtatelo: más te vale entrar cojo en la vida que con
47 los dos pies ser echado al quemadero. Y si tu ojo te pone en peli-
gro, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que
48 ser echado con los dos ojos al quemadero, donde *su gusano no*
muere y el fuego no se apaga [b].
49-0 De hecho, cada cual será salado a fuego. Buena cosa es la sal;
pero si la sal pierde el gusto, ¿con qué la sazonaréis? Que no falte
entre vosotros la sal y convivid así en paz.

Divorcio

(Mt 19,1-12)

10 De allí se marchó al territorio de Judea y Transjordania; otra
vez se le fueron reuniendo grupos de gente por el camino y, según
2 su costumbre, también entonces les estuvo enseñando. Se acerca-
ron unos fariseos y le preguntaron para ponerlo a prueba:
—¿Le está permitido a un hombre repudiar a su mujer?
3 El les replicó:
—¿Qué os ha mandado Moisés?
4 Contestaron:
—Moisés permitió *repudiarla, dándole un acta de divorcio* [c].
5 Jesús les dijo:
—Por lo incorregibles que sois dejó escrito Moisés ese precepto.
6 Pero al principio del mundo Dios *los hizo varón y hembra* [d].
7 *Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre, se unirá a su*
8 *mujer y serán los dos un solo ser* [e]; de modo que ya no son dos,
9 sino un solo ser. Luego lo que Dios ha unido, que no lo separe
el hombre.

a Algunos mss. añaden vv. 44.46 iguales al v. 48. *b* Is 66,24.
c Dt 24,1. *d* Gn 1,27. *e* Gn 2,24.

10 Vueltos a casa, los discípulos le preguntaron sobre lo mismo.
11 El les dijo:
—Si uno repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio
12 contra la primera. Y si ella repudia a su marido y se casa con otro,
comete adulterio.

Bendice a unos niños
(Mt 19,13-15; Lc 18,15-17)

13 Le acercaban niños para que los tocara, pero los discípulos les
14 regañaban. Al verlo Jesús, les dijo indignado:
—Dejad que se me acerquen los niños, no se lo impidáis, por-
15 que los que son como ellos tienen a Dios por Rey. Os lo aseguro:
quien no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.
16 Y tomándolos en brazos, los bendecía imponiéndoles las manos.

El hombre rico
(Mt 19,16-30; Lc 18,18-30)

17 Estaba él saliendo al camino cuando se le acercó uno corriendo,
se le arrodilló y le preguntó:
—Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar vida eter-
na?
18 Jesús le contestó:
—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno más que uno,
19 Dios. Ya sabes los mandamientos: *No mates, no cometas adulterio,*
no robes, no des falso testimonio, no defraudes, *honra a tu padre*
y a tu madre [a].
20 El declaró:
—Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven.
21 A esto, Jesús se le quedó mirando, le tomó cariño y le dijo:
—Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes y dáselo a los
pobres, que Dios será tu riqueza; y, anda, sígueme a mí.
22 A estas palabras, el otro frunció el ceño y se marchó entristecido,
23 pues tenía muchas posesiones. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus
discípulos:
—¡Con qué dificultad van a entrar en el Reino de Dios los que
tienen el dinero!
24 Los discípulos no salían de su asombro ante estas palabras.
Jesús insistió:
25 —Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Más fácil
es que pase un camello por el ojo de una aguja que no que entre
un rico en el Reino de Dios.
26 Ellos comentaron, completamente desorientados:
—Entonces, ¿quién puede subsistir?
27 Jesús se les quedó mirando y dijo:
—Humanamente, imposible; pero no para Dios, porque todo es
posible para Dios.
28 Pedro se puso a decirle:

a Ex 20,12-16; Dt 5,16-20; 24,14.

—Pues mira, nosotros ya lo hemos dejado todo y te hemos
seguido.
29 Jesús declaró:
—Os lo aseguro: No hay ninguno que haya dejado casa, o her-
manos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y
30 por la buena noticia, que no reciba en este tiempo cien veces más
—casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con
31 persecuciones— y en la edad futura vida eterna. Pero todos, aun-
que sean primeros, serán últimos, y esos últimos serán primeros.

Tercer anuncio de su muerte y resurrección
(Mt 20,17-19; Lc 18,31-34)

32 Iban subiendo camino de Jerusalén y Jesús les llevaba la de-
lantera; los discípulos no salían de su asombro, y los que seguían
iban con miedo. El se llevó aparte otra vez a los Doce y se puso
a decirles lo que le iba a suceder:
33 —Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y este Hombre va a ser
entregado a los sumos sacerdotes y a los letrados: lo condenarán
34 a muerte y lo entregarán a los paganos, se burlarán de él, le escu-
pirán, lo azotarán y lo matarán, pero a los tres días resucitará.

Petición de Santiago y Juan. Autoridad
(Mt 20,20-28)

35 Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le di-
jeron:
—Maestro, querríamos que hicieras lo que te vamos a pedir.
36 Les preguntó él:
—¿Qué queréis que haga por vosotros?
37 Contestaron:
—Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda
el día de tu gloria.
38 Jesús les replicó:
—No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de pasar el trago [a] que
voy a pasar yo o de sumergiros en las aguas en que me voy a
sumergir yo?
39 Le contestaron:
—Sí, lo somos.
Jesús les dijo:
—El trago que voy a pasar yo, lo pasaréis, y en las aguas en que
40 me voy a sumergir yo, os sumergiréis; pero el sentarse a mi dere-
cha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reser-
vado.
41 Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y
Juan.
42 Jesús los reunió y les dijo:
—Sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos los
43 tiranizan, y que los grandes los oprimen, pero no ha de ser así

a «el trago», cf. Mt 20,22. «Sumergiros en las aguas, etc.», lit. «ser sumergidos por la inmersión en que yo soy sumergido». Id., en el v. 39.

entre vosotros; al contrario, el que quiera subir, sea servidor vues-
44-5 tro, y el que quiera ser el primero, sea esclavo de todos, porque
tampoco este Hombre ha venido para que le sirvan, sino para
servir y para dar su vida en rescate por todos.

Cura al ciego Bartimeo
(Mt 20,29-34; Lc 18,35-43)

46 Llegaron a Jericó; al salir de la ciudad con sus discípulos y
bastante gente, un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo),
47 estaba sentado a la vera del camino. Al oír que era Jesús Nazareno,
empezó a gritar:
—Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí.
48 Muchos le regañaban para que se callara, pero él gritaba mucho
más:
—Hijo de David, ten compasión de mí.
49 Jesús se detuvo y dijo:
—Llamadlo.
Llamaron al ciego diciéndole:
—Animo, levántate, que te llama.
50 Echó a un lado el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.
51 Jesús le dijo:
—¿Qué quieres que haga por ti?
El ciego le contestó:
—Maestro, que vea otra vez.
52 Jesús le dijo:
—Anda, tu fe te ha curado.
Al momento recobró la vista, y lo siguió por el camino.

VII

EN JERUSALEN

Entrada triunfal
(Mt 21,1-11; Lc 19,28-40; Jn 12,12-19)

11 Cuando se acercaban a Jerusalén por Betfagé y Betania, junto
al monte de los Olivos, mandó Jesús a dos de sus discípulos di-
2 ciéndoles:
—Id a esa aldea de enfrente, y al entrar encontraréis en seguida
un borrico atado que nadie ha montado todavía. Desatadlo y
3 traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, contestadle
que el Señor lo necesita y que se lo devolverá cuanto antes.
4 Fueron, encontraron el borrico fuera, en la calle, atado a un por-
5 tón, y lo soltaron. Algunos de los presentes les preguntaron:
—¿Qué hacéis ahí desatando el borrico?
6 Ellos les contestaron como les había dicho Jesús, y se lo per-
mitieron.

7 Llevaron el borrico adonde estaba Jesús, le echaron encima sus
8 mantos y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus
9 mantos, otros con ramas cortadas en el campo. Los que iban de-
lante y detrás gritaban:
10 —*¡Viva!* [a]. *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!* [b].
¡Bendito el reinado que llega, el de nuestro padre David!
¡Viva Dios Soberano!
11 Entró en Jerusalén derecho hasta el templo, dio un vistazo a
todo alrededor porque era ya tarde, y se marchó a Betania con
los Doce.

Maldición de la higuera
(Mt 21,18-19)

12 Al día siguiente, cuando salieron de Betania, sintió hambre.
13 Viendo a lo lejos una higuera con hojas, se acercó a ver si encon-
traba algo; al llegar no encontró más que hojas, porque no era
14 tiempo de higos. Entonces le dijo:
—Nunca jamás coma nadie fruto tuyo.
Los discípulos lo oyeron.

Echa a los mercaderes del templo
(Mt 21,12-17; Lc 19,45-48; Jn 2,13-22)

15 Llegaron a Jerusalén, entró en el templo y se puso a echar a los
que vendían y a los que compraban allí, volcando las mesas de los
16 cambistas y los puestos de los que vendían palomas; y no con-
sentía que nadie transportase objetos atravesando por el templo.
17 Luego se puso a enseñar diciendo:
—¿No está escrito: «*Mi casa será casa de oración para todos
los pueblos*»? *Pues vosotros la tenéis* convertida en *una cueva de
bandidos* [c].
18 Los sumos sacerdotes y los letrados se enteraron; como le tenían
miedo, porque todo el mundo estaba asombrado de su enseñanza,
buscaban la manera de acabar con él.
19 Cuando atardeció, salieron fuera de la ciudad.

La lección de la higuera seca
(Mt 21,20-22)

20-1 Al pasar por la mañana vieron la higuera seca de raíz. Pedro
se acordó y dijo a Jesús:
—Maestro, mira, la higuera que maldijiste está ya seca.
22 Jesús contestó:
23 —Tened fe en Dios. Os aseguro que si uno le dice al monte
ése: «Quítate de ahí y tírate al mar», no con reservas interiores,
24 sino creyendo que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso
os lo digo: cualquier cosa que pidáis en vuestra oración, creed que
25 os la han concedido, y la obtendréis. Y cuando estéis de pie oran-
do, perdonad lo que tengáis contra otros, para que también vues-
tro Padre del cielo os perdone vuestras culpas [d].

a «Viva», cf. Mt 21,9. *b* Sal 118,25-26. *c* Is 56,7; Jr 7,11.
d Algunos mss. añaden el v. 26, tomado de Mt 6,15.

Discuten su autoridad
(Mt 21,23-27; Lc 20,1-8)

27 Llegaron de nuevo a Jerusalén, y mientras paseaba por el tem-
plo se le acercaron los sumos sacerdotes, los letrados y los sena-
28 dores, y le preguntaron:
—¿Con qué autoridad actúas así?, ¿quién te ha dado la autori-
dad para actuar así?
29 Jesús les contestó:
—Os voy a hacer una pregunta, contestádmela y os diré con
30 qué autoridad actúo así. El bautismo de Juan, ¿era cosa de Dios
o cosa humana? Contestadme.
31 Ellos razonaban para sus adentros:
—Si decimos «de Dios», dirá que entonces por qué no le creí-
32 mos. Pero si decimos «cosa humana»...
(Tenían miedo de la gente, porque todo el mundo pensaba que
Juan era realmente un profeta).
33 Y respondieron a Jesús:
—No sabemos.
Jesús les replicó:
—Pues tampoco os digo yo con qué autoridad actúo así.

Parábola de la viña y los labradores
(Mt 21,33-46; Lc 20,9-19)

12 Entonces se puso a hablarles en parábolas:
—Un hombre *plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó
un lagar, construyó la casa del guarda*[a], la arrendó a unos labra-
dores y se marchó al extranjero.
2 A su tiempo envió un criado para percibir de los labradores
3 su tanto de la cosecha de uva. Ellos lo agarraron, lo apalearon
4 y lo despidieron con las manos vacías. Entonces les envió otro
5 criado; a éste lo descalabraron y lo insultaron. Envió a otro, y
a éste lo mataron; y a otros muchos o los apalearon o los mataron.
6 Todavía le quedaba uno, su hijo querido, y se lo envió el último,
pensando: «A mi hijo lo respetarán».
7 Pero los labradores aquellos se dijeron: «Este es el heredero;
8 venga, lo matamos y será nuestra la herencia». Y agarrándolo, lo
mataron y lo arrojaron fuera de la viña.
9 ¿Qué hará el dueño de la viña? Irá a acabar con esos labra-
10 dores y dará la viña a otros. ¿Es que no habéis leído este texto?:

«*La piedra que desecharon los constructores*
es ahora la piedra angular.
11 *Esa la ha puesto el Señor:*
¡Qué maravilla para nosotros!»
(Sal 118,22-23).

12 Estaban deseando echarle mano, porque se dieron cuenta de
que la parábola iba por ellos; pero tuvieron miedo de la gente y,
dejándolo allí, se marcharon.

a Is 5,1-2.

El tributo al César
(Mt 22,15-22; Lc 20,20-26)

13 Le enviaron unos fariseos y partidarios de Herodes para ca-
14 zarlo con una pregunta. Se acercaron y le dijeron:
—Maestro, sabemos que eres sincero y que no te importa de
nadie, porque tú no miras lo que la gente sea. No, tú enseñas el
camino de Dios de verdad. ¿Está permitido pagar tributo al César
o no? ¿Pagamos o no pagamos?
15 Jesús, notando su fingimiento, les dijo:
—¿Por qué intentáis comprometerme? Traedme acá una mo-
16 neda, que la vea. Se la llevaron, y él les preguntó:
—¿De quién son esta efigie y esta leyenda?
Le contestaron:
—Del César.
17 Jesús les replicó:
—Lo que es del César devolvédselo al César, y lo que es de
Dios, a Dios.
Y los dejó atónitos.

Los saduceos y la resurrección
(Mt 22,23-33; Lc 20,27-40)

18 Se le acercaron unos saduceos, los que decían que no hay re-
surrección, y le propusieron este caso:
19 —Maestro, Moisés nos dejó escrito: «*Si a uno se le muere su
hermano,* dejando mujer, *pero no hijos, cásese con la viuda y dé
20 descendencia a su hermano*»[a]. Había siete hermanos: el primero
21 se casó y murió sin dejar hijos; el segundo se casó con la viuda
22 y murió sin tener hijos, lo mismo el tercero, y ninguno de los
23 siete dejó hijos. Por último, murió también la mujer. Cuando lle-
gue la resurrección y ésos resuciten, ¿de cuál de ellos va a ser
mujer, si ha sido mujer de los siete?
24 Jesús les dijo:
—¿Por qué estáis equivocados más que por no comprender las
25 Escrituras ni el poder de Dios? Porque cuando resuciten, ni los
hombres ni las mujeres se casarán, serán como ángeles del cielo.
26 Y acerca de que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro
de Moisés, en el episodio de la zarza, lo que le dijo Dios?: «*Yo
soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*»[b].
27 No hay un Dios de muertos, sino de vivos. Estáis muy equivo-
cados.

El principal mandamiento
(Mt 22,34-40; Lc 10,25-28)

28 Un letrado, que había oído la discusión y había notado lo bien
que respondía, se acercó y le preguntó:
—¿Qué mandamiento es el primero de todos?
29 Respondió Jesús:
—El primero es: «*Escucha, Israel, el Señor nuestro es el único*

a Dt 25,5s. *b* Ex 3,6.

30 *Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu*
31 *alma,* con toda tu mente, *con todas tus fuerzas»* [a]. El segundo es
éste: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* [b]. No hay otro man-
damiento mayor que éstos.
32 El letrado replicó:
—Muy bien, Maestro, tienes razón en decir que el Señor *es uno*
33 *solo y no hay otro fuera de él* [c]; y que *amarlo con todo el corazón,*
con todo el entendimiento y con todas las fuerzas, y *amar al pró-*
jimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sa-
crificios.
34 Jesús, viendo que había respondido inteligentemente, le dijo:
—No estás lejos del Reino de Dios.
Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

El sucesor de David
(Mt 22,41-46; Lc 20,41-44)

35 Mientras enseñaba en el templo, abordó Jesús la cuestión pre-
guntando:
—¿Cómo dicen los letrados que el Mesías es sucesor de David?
36 David mismo, movido por el Espíritu Santo, dice:

«Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha,
que voy a hacer de tus enemigos estrado de tus pies»
(Sal 110,1).

37 David mismo lo llama Señor; entonces, ¿de dónde sale que es
sucesor suyo?
La gente, que era mucha, disfrutaba escuchándolo.

Denuncia a los letrados
(Mt 23,1-36; Lc 20,45-47)

38 Entre lo que enseñaba, dijo:
—¡Cuidado con los letrados! Esos que gustan de pasearse con
39 sus hopalandas y de las reverencias en la calle, de los asientos de
honor en las sinagogas y de los primeros puestos en los banquetes;
40 ésos que se comen los bienes de las viudas con pretexto de largos
rezos. Esos tales recibirán una sentencia severísima.

La limosna de la viuda
(Lc 21,1-4)

41 Se sentó enfrente de la sala del Tesoro, y observaba cómo la
gente iba echando dinero en el cepillo; muchos ricos echaban en
42-3 cantidad. Se acercó una viuda pobre y echó unos cuartos. Lla-
mando a sus discípulos, les dijo:
—Esa viuda, que es pobre, ha echado en el cepillo más que

a Dt 6,4-5. *b* Lv 19,18. *c* Dt 6,4.

44 nadie, os lo aseguro. Porque todos han echado de lo que les sobra,
mientras que ella ha echado de lo que le hace falta, todo lo que
tenía para vivir.

Predice la destrucción del templo
(Mt 24,1-2; Lc 21,5-6)

13 Al salir Jesús del templo, uno de sus discípulos le dijo:
—Maestro, ¡mira qué sillares y qué edificios!
2 Jesús le repuso:
—¿Ves esos magníficos edificios? Los derribarán hasta que no
quede piedra sobre piedra.

Comienzo de los dolores
(Mt 24,3-14; Lc 21,7-19)

3 Estando él sentado en el monte de los Olivos, enfrente del tem-
plo, Pedro, Santiago, Juan y Andrés le preguntaron aparte:
4 —Dinos cuándo va a ocurrir eso y cuál será la señal de que
esto está para acabarse todo.
5 Jesús empezó:
6 —Cuidado con que nadie os extravíe. Van a venir muchos
usando mi título, diciendo «ése soy yo», y extraviarán a mucha
7 gente. Y cuando oigáis estruendo de batallas y noticias de guerra,
no os alarméis; eso tiene que suceder, pero no es todavía el final.
8 Porque se alzará nación contra nación y reino contra reino, habrá
terremotos en diversos lugares, habrá hambre; ésos son los pri-
meros dolores.
9 Vosotros andaos con cuidado: os llevarán a los tribunales y a
las sinagogas, os apalearán y os harán comparecer ante goberna-
10 dores y reyes por causa mía; así daréis testimonio ante ellos. Ade-
más, primero tiene que pregonarse la buena noticia a todos los
11 pueblos. Y cuando os conduzcan para entregaros, no os preocupéis
de antemano por lo que vais a decir, decid lo que se os inspire
en aquel momento; pues no seréis vosotros los que habléis, será
el Espíritu Santo.
12 Un hermano entregará a su hermano a la muerte y un padre
a su hijo; los hijos denunciarán a sus padres y los harán morir.
13 Todos os odiarán por causa mía, pero quien resista hasta el final
se salvará.

La gran angustia
(Mt 24,15-28; Lc 21,20-24)

14 Cuando veáis que *el execrable devastador* [a] está donde no se
debe (entiéndelo, lector), entonces los que estén en Judea, que
15 huyan a la sierra; quien esté en la azotea, que no baje ni entre
16 en casa a coger nada; quien esté en el campo, que no vuelva por
17 la capa. Y ¡ay de las que estén encinta o criando en aquellos días!
18-9 Pedid que no caiga en invierno, porque aquellos días serán una

a Dn 9,27.

angustia como no la ha habido igual hasta ahora desde que empezó
20 *este mundo* [a] que Dios creó, ni la habrá nunca más. Si el Señor
no acortara aquellos días, nadie escaparía con vida, pero por sus
elegidos los acortará.
21 Si alguno os dice entonces: «¡Mira, aquí está el Mesías, míralo,
22 allí está!», no os lo creáis. Porque saldrán mesías falsos y profetas
falsos, y realizarán señales y prodigios que extraviarían, si fuera
23 posible, a los elegidos. Vosotros estad sobre aviso, os he prevenido
de todo.

La venida

(Mt 24,29-31; Lc 21,25-28)

24 Pero en aquellos días, después de aquella angustia, *el sol se*
25 *hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán*
26 del cielo, *los astros* se tambalearán [b]. Entonces verán *venir a este*
27 *Hombre sobre las nubes,* con gran fuerza y majestad, y enviará
a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, de
horizonte a horizonte.

Ejemplo de la higuera

(Mt 24,32-35; Lc 21,29-33)

28 Aprended de esta comparación con la higuera: Cuando ya la
rama se pone tierna y brotan las yemas deducís que el verano está
29 cerca; pues lo mismo: cuando veáis vosotros que suceden estas
30 cosas sabed que está cerca, a la puerta. Os aseguro que antes que
pase esta generación todo eso sucederá.
31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Vigilancia

(Mt 24,35-36.42; 25,13-15; Lc 19,12-13; 12,40)

32 En cuanto al día y la hora, nadie los sabe, ni siquiera los án-
33 geles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre. Cuidado con dormiros, que
no sabéis cuándo llegará el momento.
34 Es como un hombre que se iba al extranjero: Dejó su casa, se
la encargó a sus criados señalándole a cada uno su tarea, y al por-
35 tero le mandó estar en vela. Por eso estad en vela, que no sabéis
cuándo llegará el dueño de casa, si al anochecer, a medianoche,
36 al canto del gallo o al amanecer; no vaya a presentarse de pronto
37 y os encuentre dormidos. Y lo que os digo a vosotros se lo digo
a todos: ¡Estad en vela!

a Dn 12,1. *b* Dn 7,13-14.

VIII

PASION Y RESURRECCION

Complot para matar a Jesús

(Mt 26,1-5; Lc 22,1-2; Jn 11,45-53)

14 Faltaban dos días para la Pascua y los Azimos. Los sumos sacer-
dotes y los letrados andaban buscando una manera de darle muer-
2 te prendiéndolo a traición, porque decían:
—Durante las fiestas no, no vaya a haber un tumulto en el
pueblo.

Unción en Betania

(Mt 26,6-13; Jn 12,1-8)

3 Estando Jesús en Betania, reclinado a la mesa en casa de Simón
el leproso, llegó una mujer llevando un frasco de perfume de nardo
auténtico muy caro; quebró el frasco y se lo derramó en la cabeza.
4 Algunos comentaban indignados:
5 —¿A qué viene ese derroche de perfume? Podía haberse ven-
dido por un dineral [a] y habérselo dado a los pobres.
6 Y le reñían, pero Jesús replicó:
—Dejadla, ¿por qué la molestáis? Está muy bien lo que ha
7 hecho conmigo. Porque a los pobres los tenéis siempre con vos-
otros y podéis socorrerlos cuando queráis; en cambio, a mí no
8 me vais a tener siempre. Ella ha hecho lo que podía: ha embal-
9 samado de antemano mi cuerpo para la sepultura. Os aseguro
que en cualquier parte del mundo donde se pregone la buena no-
ticia se recordará también en su honor lo que ha hecho ella.

Traición de Judas

(Mt 26,14-16; Lc 22,3-6)

10 Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a ver a los sumos sacer-
11 dotes para entregarles a Jesús. Al oírlo se alegraron y le prome-
tieron dinero. El andaba buscando ocasión propicia para entre-
garlo.

La cena pascual con los discípulos

(Mt 26,17-25; Lc 22,7-14.21-23; Jn 13,21-30)

12 El primer día de los Azimos, cuando se sacrificaba el cordero
pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:
—¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?
13 El envió a dos discípulos diciéndoles:
—Id a la ciudad, os encontraréis con un hombre que lleva un
14 cántaro de agua: seguidlo, y en la casa donde entre decidle al

a «por un dineral», lit. «por más de trescientos denarios». Cf. Mt 18,28; 20,2.

dueño: «El maestro pregunta dónde está su habitación, donde va
15 a comer el cordero pascual con sus discípulos». Os mostrará una
sala grande arreglada con divanes en el piso de arriba. Preparádnosla allí.
16 Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron
17 lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Al caer
18 la tarde fue él con los Doce. Estando a la mesa comiendo, dijo
Jesús:
—Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar: uno que
está comiendo conmigo.
19 Ellos, apenados, empezaron a replicarle uno tras otro:
—¡No seré yo!
20 Respondió él:
—Es uno de los Doce y ése está mojando en la misma fuente
21 que yo. Porque este Hombre se va, como está escrito de él, pero
¡ay de ése que va a entregar a este Hombre! ¡Más le valdría a ese
individuo no haber nacido!

La eucaristía

(Mt 26,26-30; Lc 22,15-20; 1 Cor 11,23-25)

22 Mientras comían, Jesús cogió un pan, pronunció la bendición,
lo partió y se lo dio a ellos, diciendo:
—Tomad, esto es mi cuerpo.
23 Y cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la pasó
24 y todos bebieron. Y les dijo:
—Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama
25 por todos. Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid
hasta el día aquel en que lo beba, pero nuevo, en el Reino de
Dios.
26 Cantaron los salmos y salieron para el monte de los Olivos.

Predice la negación de Pedro

(Mt 26,31-35; Lc 22,31-34; Jn 13,36-38)

27 Jesús les dijo:
—Todos vais a fallar, como está escrito: *«Heriré al pastor y*
28 *se dispersarán las ovejas»* [a]. Pero cuando resucite iré por delante
de vosotros a Galilea.
29 Pedro le declaró:
—Aunque todos fallen, yo no.
30 Y le dijo Jesús:
—Te aseguro que tú, hoy, esta misma noche, antes que el gallo
cante dos veces, me negarás tres.
31 Pero él insistía con vehemencia:
—Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré.
Y los demás decían igual.

a Zac 13,7.

Oración en Getsemaní

(Mt 26,36-46; Lc 22,39-46)

32 Llegaron a una finca que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos:
—Sentaos aquí mientras yo voy a orar.
33 Se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir horror
34 y angustia, y les dijo:
—Me muero de tristeza: quedaos aquí y estad en vela.
35 Adelantándose un poco, cayó a tierra, pidiendo que si era po-
36 sible se alejase de él aquella hora; decía:
—¡Abba! ¡Padre!: todo es posible para ti, aparta de mí este
trago, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.
37 Se acercó, los encontró adormilados y dijo a Pedro:
—¿Estás durmiendo, Simón? ¿No has podido velar ni una hora?
38 Estad en vela y pedid no ceder en la prueba: el espíritu es animoso, pero la carne es débil.
39-0 Se apartó de nuevo y oró repitiendo las mismas palabras. Al
volver los encontró otra vez adormilados, porque se morían de
sueño, y no sabían qué contestarle.
41 Volvió por tercera vez, y les dijo:
—¿Así que durmiendo y descansando? ¡Basta ya, ha llegado la
hora! Mirad, este Hombre va a ser entregado en manos de los
42 pecadores. ¡Levantaos, vamos!; ya está ahí el que me entrega.

Detienen a Jesús

(Mt 26,47-56; Lc 22,47-53; Jn 18,2-12)

43 Aún estaba hablando cuando se presentó Judas, uno de los
Doce, acompañado de una turba con machetes y palos, de parte
44 de los sumos sacerdotes, los letrados y los senadores. El traidor
había quedado en darles una señal, diciéndoles:
—El que yo bese, ése es: detenedlo y conducidlo con cautela.
45 En cuanto llegó, se acercó y le dijo:
—¡Maestro!
46 Y lo besó con insistencia. Los otros le echaron mano y lo pren-
47 dieron, pero uno de los presentes sacó el machete y de un tajo
48 le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús intervino diciéndoles:
—¡Con machetes y palos habéis salido a prenderme como si
49 fuera un bandido! A diario me teníais en el templo enseñando, y
no me detuvisteis. Pero que se cumpla la Escritura.
50 Todos lo abandonaron y huyeron.
51 Lo iba siguiendo un joven envuelto sólo en una sábana, y le
52 echaron mano. Pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo.

Jesús ante el Consejo

(Mt 26,57-68; Lc 22,54-55.63-71; Jn 18,13-14.19-24)

53 Condujeron a Jesús a casa del sumo sacerdote, y se reunieron
todos los sumos sacerdotes, los senadores y los letrados.
54 Pedro lo siguió de lejos hasta el interior del palacio del sumo

sacerdote y se quedó sentado con los guardias calentándose a la
lumbre.
55 Los sumos sacerdotes y el Consejo en pleno buscaban un testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte, y no lo encontraban,
56 pues, aunque muchos testimoniaban en falso contra él, los testi-
57 monios no concordaban. Algunos, levantándose, testimoniaban falsamente diciendo:
58 —Nosotros le hemos oído decir: «Yo destruiré el santuario éste edificado por hombres, y en tres días construiré otro no edificado por hombres».
59 Pero ni en esto concordaban sus testimonios.
60 El sumo sacerdote se puso en pie en el centro e interrogó a Jesús:
—¿No tienes nada que responder? ¿Qué significan estos cargos en contra tuya?
61 Pero él seguía callado y no respondía nada.
El sumo sacerdote reanudó el interrogatorio preguntándole:
—¿Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios bendito?
62 Jesús contestó:
—Yo soy. *Y vais a ver cómo este Hombre toma asiento a la derecha del Todopoderoso, y cómo viene entre las nubes del cielo* [a].
63 El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras, diciendo:
64 —¿Qué falta hacen más testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?
Todos sin excepción pronunciaron sentencia de muerte. Algunos
65 se pusieron a escupirle y, tapándole la cara, le daban golpes diciendo:
—Adivina, profeta.
También los guardias lo recibieron a bofetadas.

Negación de Pedro
(Mt 26,69-75; Lc 22,56-62; Jn 18,15-18.25-27)

66 Mientras Pedro estaba abajo en el patio llegó una criada del
67 sumo sacerdote y, al ver a Pedro calentándose, se le quedó mirando y le dijo:
—También tú andabas con el Nazareno, ese Jesús.
68 El lo negó diciendo:
—¡Ni sé ni entiendo de qué hablas tú!
Salió fuera, al zaguán, y un gallo cantó.
69 Pero la criada lo vio y volvió a decir a los allí presentes:
—Este es uno de ellos.
70 El lo volvió a negar. Al poco rato, también los allí presentes empezaron a decirle:
—Tú eres de ellos, seguro, si eres galileo.
71 Pero él se puso a echar maldiciones y a jurar:
—¡No conozco a ese hombre que decís!
72 Y en seguida, por segunda vez, cantó un gallo. Pedro se acordó de las palabras de Jesús: «Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres», y se echó a llorar.

a Dn 7,13.

Ante Pilato. Es condenado a muerte
(Mt 27,1-2.11-26; Lc 23,1-5.13-25; Jn 18,28-19,16)

15 Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes, con los senadores, los letrados y el Consejo en pleno, prepararon su plan y, atándolo, lo condujeron a Pilato y se lo entregaron.
2 Pilato lo interrogó:
—¿Tú eres el rey de los judíos?
Le contestó:
—Tú lo estás diciendo.
3-4 Los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas; Pilato reanudó el interrogatorio:
—¿No tienes nada que responder? Mira de cuántas cosas te acusan.
5 Jesús no contestó nada más, de suerte que Pilato estaba muy extrañado.
6 Por la fiesta solía soltarles un preso, el que le pidieran. Estaba
7 en la cárcel un tal Barrabás, con los sediciosos que habían matado
8 a uno en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto
9 de costumbre. Pilato les contestó:
—¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?
10 Es que sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado
11 por envidia; pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que les soltara mejor a Barrabás.
12 Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó:
—Y ¿qué hago con ése que llamáis rey de los judíos?
13 A eso gritaron ellos:
—¡A la cruz con él!
14 Pilato les replicó:
—Pero ¿qué ha hecho de malo?
Ellos gritaron más y más:
—¡A la cruz con él!
15 Pilato, queriendo dar satisfacción a la gente, les soltó a Barrabás, y a Jesús lo entregó para que lo azotaran y lo crucificaran.

La burla de los soldados
(Mt 27,27-31; Jn 19,2-3)

16 Los soldados se lo llevaron al interior del palacio —es decir, a la residencia del gobernador— y convocaron a toda la com-
17 pañía; lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espino,
18 que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo:
—¡Salud, rey de los judíos!
19 Le golpeaban la cabeza con una caña y le escupían, y, arrodi-
20 llándose, le rendían homenaje. Terminada la burla, le quitaron la púrpura, le pusieron su ropa y lo sacaron para crucificarlo.

Crucifixión y muerte
(Mt 27,32-56; Lc 23,26-49; Jn 19,17-30)

21 Pasaba por allí de vuelta del campo un tal Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, y lo forzaron a llevar la cruz.

22 Condujeron a Jesús al Gólgota (que significa «La Calavera») y le
23-4 ofrecieron vino con mirra, pero él no lo tomó. Lo crucificaron y
se repartieron su ropa, echándola a suertes [a] para ver lo que se
llevaba cada uno.
25-6 Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero estaba
escrita la causa de su condena: EL REY DE LOS JUDIOS.
27 Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y el otro
a la izquierda [b].
29 Los que pasaban lo injuriaban, y decían *meneando la cabeza:*
—¡Vaya! Tú que destruías el santuario y lo reconstruías en tres
30 días: baja de la cruz y sálvate.
31 Así también los sumos sacerdotes, en compañía de los letrados,
bromeaban entre ellos:
32 —Ha salvado a otros y él no se puede salvar. ¡El Mesías, el
rey de Israel! ¡Que baje ahora de la cruz para que lo veamos y
creamos!
También los que estaban crucificados con él lo insultaban.
33 Al llegar el mediodía toda aquella tierra quedó en tinieblas
34 hasta media tarde. A media tarde gritó Jesús muy fuerte:
—*Eloí, Eloí, lemá sabaktani* (que significa: «*Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado?*») [c].
35 Algunos de los presentes, al oírlo, decían:
—Mira, está llamando a Elías.
36 Uno echó a correr y, empapando una esponja en *vinagre,* la
sujetó a una caña y le *dio de beber* [d] diciendo:
—Dejadlo, a ver si viene Elías a descolgarlo.
37-8 Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró, y la cortina del
santuario se rasgó en dos, de arriba abajo.
39 El capitán, que estaba frente a él, al ver que había expirado
dando aquel grito, dijo:
—Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.
40 Había también unas mujeres mirando desde lejos, entre ellas
María Magdalena, María, la madre de Santiago el Menor y de
41 José, y Salomé, que cuando él estaba en Galilea lo seguían y lo
atendían: y además otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

Entierro de Jesús
(Mt 27,57-61; Lc 23,50-56; Jn 19,38-42)

42 Ya había caído la tarde (es que era día de preparativos, es decir,
43 víspera de sábado) cuando José de Arimatea, distinguido consejero
que aguardaba él también el reinado de Dios, armándose de valor
44 se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó
de que ya hubiera muerto, llamó al capitán y le preguntó si hacía
45 mucho que había muerto. Informado por el capitán, concedió el
46 cadáver a José. Este compró una sábana y, descolgando a Jesús,
lo envolvió en la sábana, lo puso en un sepulcro excavado en la
roca y rodó una losa contra la entrada del sepulcro.
47 María Magdalena y María la de José observaban dónde lo ponían.

a Sal 22,19. *b* Algunos mss. añaden el v. 28, tomado de Lc 22,37.
c Sal 22,2. *d* Sal 69,22.

Resurrección
(Mt 28,1-8; Lc 24,1-12; Jn 20,1-10)

16 Terminado el descanso del sábado, María Magdalena, María
la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar
2 a Jesús. El primer día de la semana, muy de mañana, recién salido
3 el sol, fueron al sepulcro. Se decían unas a otras:
—¿Quién nos correrá la losa de la entrada del sepulcro?
4 Al levantar la vista observaron que la losa estaba corrida; y
era muy grande.
5 Entraron en el sepulcro, vieron a un joven vestido de blanco
6 sentado a la derecha y se espantaron. El les dijo:
—No os espantéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha
7 resucitado, no está aquí. Mirad el sitio donde lo pusieron. Y ahora,
marchaos, decidle a sus discípulos y a Pedro que va delante de
ellos a Galilea; allí lo verán, como les dijo.
8 Salieron huyendo del sepulcro, del temblor y el desconcierto
que les entró, y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían.

APENDICE

Aparición a María Magdalena y a dos discípulos
(Mt 28,9-10; Jn 20,11-18; Lc 24,13-35)

9 Jesús resucitó en la madrugada del primer día de la semana
y se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado
10 siete demonios. Ella fue a decírselo a sus compañeros, que estaban
11 de duelo y llorando, pero ellos, al oírle decir que estaba vivo y
que lo había visto, se negaron a creer.
12 Después se apareció por el camino, con aspecto diferente, a dos
13 de ellos que iban a un cortijo. También éstos fueron a anunciárselo a los demás, pero tampoco a ellos les creyeron.

Misión de los discípulos y Ascensión
(Mt 28,16-20; Lc 24,36-49; Jn 20,19-23; Hch 1,6-8)

14 Por último se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la
mesa, y les echó en cara su incredulidad y su terquedad en no creer
a los que lo habían visto resucitado.
15 Y añadió:
—Id por el mundo entero pregonando la buena noticia a toda
16 la humanidad. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue
17 a creer, se condenará. A los que crean, los acompañarán estas señales: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas,
18 cogerán las serpientes y, si beben algún veneno, no les hará daño:
aplicarán las manos a los enfermos y quedarán sanos.
19 Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó
20 a la derecha de Dios. Ellos se fueron a pregonar el mensaje por
todas partes y el Señor cooperaba confirmándolo con las señales
que los acompañaban.

EVANGELIO SEGUN LUCAS

INTRODUCCION

Lc sigue fundamentalmente el esquema de Mt y Mc, pero añadiendo gran cantidad de datos y reelaborando el material común. Es el único que hace una declaración sobre fuentes y motivos de la obra (1,1-4), y que se propone escribirla en dos partes: Evangelio y Hechos (Hch 1,1).

La introducción (1,5-2,52) es original, a base de material propio, y establece un paralelismo de escenas contrastando los dos personajes principales, Juan Bautista y Jesús. Más que relatos de infancia son el cotejo de dos épocas de la historia de la salvación (cf. 16,16), para hacer ver la supremacía de la época de Jesús.

El cuerpo del Evangelio comienza con datos cronológicos (3,1-2). La labor de Jesús en Galilea (4,12-9,50) tiene poco material nuevo (7,11-17.36-50; 8,2-3). Nótese que en el discurso del Reino (6,20-49) se universaliza la perspectiva respecto al Sermón de la Montaña de Mt: no hay referencia a la Ley mosaica, no se centra el discurso en la oposición formalismo-espíritu de la Ley, sino en la más universal de egoísmo-amor.

La subida a Jerusalén (9,51-19,28) adquiere en Lc mucha mayor extensión que en Mt y Mc, y sólo tiene paralelos con este último a partir de 18,15.

Jerusalén constituye el punto focal de todo el Evangelio, porque allí se desarrolla el acontecimiento salvífico por excelencia. El llanto sobre la ciudad (19, 41-44) subraya la grandiosidad y trascendencia de este momento único.

Para Lc, Jesús es el comienzo de una nueva y definitiva historia, pues con él ha hecho su aparición el reinado de Dios (10,17-20; 11,20-22; 17,21). En Jesús, el reinado de Dios es germen y levadura (13,18-19); su crecimiento lo constituye la Iglesia, la comunidad de discípulos, que continúa la época del Espíritu inaugurada con Jesús (3,22; 4,1.14; 24,49). Esta segunda fase, cuyo final no se anuncia como inminente, terminará con la venida gloriosa de Jesús (17,24; 21,27), que inaugurará el triunfo final del Reino.

Insiste en cuáles deben ser las actitudes del discípulo: amor del prójimo en vez de observancia formalista de la Ley (6,6-10; 13,10-16; 14,1-6); pero el prójimo no es un concepto legal, sino que la relación con el prójimo se crea (10,29. 36-37); esta actitud es la central (6,27-39), y su realización concreta se llama servicio (9,46-48; 12,42-48; 22,24-27). Amor y servicio son la única grandeza y la única autoridad en un Reino en el que no existen tradiciones ni reglas de vida (5,33-39); a través del amor y del servicio entra el discípulo en una nueva relación con Dios (6,35; 10,21-22), a quien puede llamar Padre (11,1-4), dirigiéndose a él con plena confianza (11,13; 12,6-7.22-32; 18,7-8a).

Dos obstáculos hacen imposible esa relación con Dios: la conciencia pagada de sí misma (18,11-12) y la riqueza, rival de Dios y, por tanto, injusta (16,13), continua tentación que hace al hombre sordo a la voz de Dios (12,33-34; 16,14. 19-31). Al discípulo se le exige la renuncia al dinero (12,31-34; 14,33; 16,1-13; 18,22); eso le dará la verdadera felicidad (18,29-30).

Característica de Lc es su insistencia en la oración de Jesús, que marca siempre un momento importante en su vida (3,21; 5,16; 6,12; 9,18.29; 11,1; 22,41; 23,34.46).

Literariamente sigue Lc las normas de la Antigüedad en materia de historiografía. Su estilo personal es muy bueno (1,1-4), aunque por fidelidad a sus fuentes inserta a veces pasajes de estilo semitizante (caps. 1-2). Los destinatarios

son gente de cultura griega. El lugar de composición se discute: Cesarea, Efeso, Corinto o quizá Roma. La fecha más probable se sitúa entre el 75 y el 90 d. C. El autor suele identificarse con Lucas, «el querido médico» de Col 4,14.

PROLOGO

1 Excelentísimo Teófilo:
Muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los
2 hechos que se han verificado entre nosotros, siguiendo lo que
nos han transmitido los que fueron testigos oculares desde el prin-
3 cipio y luego se hicieron predicadores del mensaje. Por eso yo
también, después de investigarlo todo cuidadosamente desde los
4 orígenes, he resuelto escribírtelo por su orden, para que compruebes la solidez de las enseñanzas que has recibido.

I

INTRODUCCION

Se anuncia el nacimiento de Juan Bautista

5 En tiempos de Herodes, rey del país judío, hubo un sacerdote
de nombre Zacarías, del turno de Abías, casado con una descen-
6 diente de Aarón que se llamaba Isabel. Los dos eran rectos a los
ojos de Dios y procedían sin falta según los mandamientos y leyes
7 del Señor. No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y eran ya
los dos de edad avanzada.
8 Una vez que estaba de servicio en el templo con el grupo de
9 su turno, según el ritual de los sacerdotes, le tocó a él entrar en
10 el santuario del Señor a ofrecer el incienso; la muchedumbre del
11 pueblo estaba fuera rezando durante la ofrenda del incienso. Se
le apareció el ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del
12 incienso; al verlo, Zacarías se sobresaltó y quedó sobrecogido.
13 Pero el ángel le dijo:
—Tranquilízate, Zacarías, que tu ruego ha sido escuchado: Isa-
14 bel, tu mujer, te dará un hijo y le pondrás de nombre Juan. Será
para ti una grandísima alegría, y serán muchos los que se alegren
15 de su nacimiento, porque va a ser grande a los ojos del Señor:
no beberá vino ni licor; y además se llenará de Espíritu Santo ya
16 en el vientre de su madre, y convertirá a muchos israelitas al Señor
17 su Dios. El irá por delante del Señor, con el espíritu y poder de
Elías, *para reconciliar a los padres con los hijos* [a], y enseñar a los
rebeldes la sensatez de los justos, preparándole al Señor un pueblo
bien dispuesto.
18 Zacarías replicó al ángel:
—¿Qué garantía me das de eso? Porque yo ya soy viejo y mi mujer de edad avanzada.

a Mal 3,23-24.

19 El ángel le contestó:
—Yo soy Gabriel, que estoy a las órdenes [a] inmediatas de Dios:
él me ha enviado a que te hable para darte esta buena noticia.
20 Pues mira, te vas a quedar mudo, y no podrás hablar hasta el día
que esto suceda, por no haber dado fe a mis palabras, que se
cumplirán en su momento.
21 El pueblo estaba aguardando, extrañado de que Zacarías tardase
22 tanto en el santuario. Cuando salió, no podía hablarles, y ellos
23 comprendieron que en el santuario había tenido una visión. El les
hacía gestos, y seguía mudo. Al terminar sus días de servicio vol-
24 vió a casa. Poco después concibió Isabel, su mujer, y estuvo cinco
25 meses sin salir, diciéndose:
—Esto se lo debo al Señor, que ahora se ha preocupado de li-
brarme de esta vergüenza mía ante la gente.

Se anuncia el nacimiento de Jesús

26 A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de
27 Galilea, que se llamaba Nazaret, a una joven prometida a un hom-
bre de la estirpe de David, de nombre José; la joven se llamaba
28 María. El ángel, entrando a donde estaba ella, le dijo:
—Alégrate, favorecida, el Señor está contigo.
29 Ella se turbó al oír estas palabras, preguntándose qué saludo era
30 aquél. El ángel le dijo:
—Tranquilízate, María, que Dios te ha concedido su favor. Pues
31 mira, vas a concebir, darás a luz un hijo y le pondrás de nombre
32 Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios
33 le dará el trono de David su antepasado; reinará para siempre en la
casa de Jacob y su reinado no tendrá fin.
34 María dijo al ángel:
—¿Cómo sucederá eso, si no vivo [b] con un hombre?
35 El ángel le contestó:
—El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te
cubrirá con su sombra; por eso al que va a nacer lo llamarán
36 «Consagrado», Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel: a
pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y la que decían que era
37 estéril está ya de seis meses; *para Dios no hay nada imposible* [c].
38 María contestó:
—Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí lo que has
dicho.
Y el ángel la dejó.

María visita a Isabel

39 Unos días después María se puso en camino y fue a toda prisa
40 a la sierra, a un pueblo de Judea; entró en casa de Zacarías y
41 saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, la cria-

a «que estoy a las órdenes, etc.», lit. «que asisto en la presencia de Dios».
b «si no vivo, etc.», lit. «puesto que no conozco ('estoy conociendo') varón».
c Gn 18,14.

tura dio un salto en su vientre. Llena de Espíritu Santo, dijo
42 Isabel a voz en grito:
—¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vien-
43 tre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?
44 En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría
45 en mi vientre. Y ¡dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha
dicho el Señor se cumplirá.
46 Entonces dijo María:
Proclama *mi alma* la grandeza *del Señor,*
47 *se alegra* mi espíritu *en Dios mi Salvador,*
48 *porque se ha fijado* en su *humilde esclava* [a].
Pues mira, desde ahora me felicitarán todas las generaciones
49 porque el Poderoso ha hecho tanto por mí:
él es santo
50 y su misericordia llega a sus fieles
generación tras generación.
51 Su brazo interviene con fuerza,
desbarata los planes de los arrogantes,
52 derriba del trono a los poderosos
y exalta a los humildes,
53 a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide de vacío.
54 Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose,
55 como lo había prometido a nuestros padres,
de la misericordia
en favor de Abrahán y su descendencia,
por siempre.
56 María se quedó con ella unos tres meses y después volvió a
su casa.

Nacimiento de Juan Bautista

57-8 A Isabel se le cumplió el tiempo y dio a luz un hijo. Se ente-
raron sus vecinos y parientes de lo bueno que había sido el Señor
59 con ella, y la felicitaban. A los ocho días fueron a circuncidar al
60 niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. Pero la madre in-
tervino.
—¡No! Se va a llamar Juan.
61 Le replicaron:
—Ninguno de tus parientes se llama así.
62 Por señas le preguntaban al padre cómo quería que se llamase.
63 El pidió una tablilla y escribió: «Su nombre es Juan». Todos se
64 quedaron sorprendidos. En el acto se le soltó la lengua y empezó
65 a hablar bendiciendo a Dios. Toda la vecindad quedó sobrecogida;
corrió la noticia por toda la sierra de Judea y todos los que lo
66 oían se quedaban pensando:
—¿Qué irá a ser este niño?
Porque la mano de Dios lo acompañaba.

a 1 Sm 2,1; Hab 3,18; 1 Sm 1,11.

Cántico de Zacarías

67 Zacarías, su padre, lleno de Espíritu Santo, profetizó:
68 *Bendito sea el Señor, Dios de Israel* [a],
porque ha venido él a liberar a su pueblo,
69 suscitándonos una fuerza salvadora
en la casa de David, su siervo.
70 El lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas:
71 que nos salvaría de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
72 manteniéndose leal a nuestros padres
y teniendo presente su santa alianza;
73 la promesa que hizo
a nuestro padre Abrahán
74 de concedernos que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos,
75 le sirvamos con santidad y rectitud
en su presencia, todos nuestros días.
76 Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo
porque irás *delante del Señor,*
a preparar sus caminos [b],
77 anunciando a su pueblo la salvación,
el perdón de sus pecados.
78 Por la entrañable misericordia de nuestro Dios
nos visitará el sol que nace de lo alto,
79 *para iluminar a los que viven en tinieblas*
y en sombra de muerte [c],
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.
80 El niño iba creciendo y su personalidad se afianzaba; vivió en
el desierto hasta que se presentó a Israel.

Nacimiento de Jesús
(Mt 1,18-25)

2 Por entonces salió un decreto del emperador Augusto, mandan-
2 do hacer un censo del mundo entero. Este fue el primer censo
3 que se hizo siendo Quirino gobernador de Siria. Todos iban a
4 inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la
estirpe y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en
5 Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para
6 inscribirse con su esposa, María, que estaba encinta. Estando allí
7 le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito; lo
envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no encon-
traron sitio en la posada.

Los pastores y los ángeles

8 En las cercanías había unos pastores que pasaban la noche a la
9 intemperie, velando el rebaño por turno. Se les presentó el ángel

a Sal 41,14; 72,18; 106,48. *b* Mal 3,1; Is 40,3. *c* Is 9,1; 42,7.

del Señor: la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se asus-
taron mucho.
10 El ángel les dijo:
—Tranquilizaos, mirad que os traigo una buena noticia, una
11 gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy, en la ciudad
12 de David, os ha nacido un salvador: el Mesías, el Señor. Y os doy
esta señal: Encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado
en un pesebre.
13 De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército
celestial, que alababa a Dios diciendo:
14 Gloria a Dios en el cielo
y paz en la tierra a los hombres,
que él quiere tanto.
15 Al marcharse los ángeles al cielo, los pastores se decían unos
a otros:
—Vamos derechos a Belén a ver eso que ha pasado y que nos
ha anunciado el Señor.
16 Fueron corriendo y encontraron a María, a José y al niño acos-
17 tado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho
18 del niño. Todos los que lo oyeron se admiraban de lo que les
19 decían los pastores. María, por su parte, conservaba el recuerdo
20 de todo esto, meditándolo en su interior. Los pastores se volvieron
glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído;
todo como se lo habían dicho.

Circuncisión y presentación

21 Al cumplirse los ocho días, cuando tocaba circuncidar al niño,
le pusieron de nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes
de su concepción.
22 Cuando llegó el tiempo de que se purificasen, conforme a la
Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al
23 Señor (así lo prescribe la Ley del Señor: «*Todo primogénito varón*
24 *será consagrado al Señor*») [a] y para entregar la oblación (conforme
a lo que dice la Ley del Señor: «*Un par de tórtolas o dos pi-*
chones») [b].
25 Vivía entonces en Jerusalén un cierto Simeón, hombre honrado
y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; el Espíritu Santo
26 estaba con él y le había avisado que no moriría sin ver al Mesías
27 del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Cuando los
padres de Jesús entraban para cumplir con el niño lo previsto por
28 la Ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:
29 Ahora, Señor, según tu promesa,
despides a tu siervo en paz,
30 porque mis ojos han visto a tu Salvador:
31 lo has colocado ante todos los pueblos
32 como luz para alumbrar a las naciones,
y gloria de tu pueblo, Israel.
33 Su padre y su madre estaban admirados por lo que decía del
34 niño. Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre:

a Ex 13,2; 13,11. *b* Lv 5,7; 12,8.

—Mira: éste está puesto para que todos en Israel caigan o se
35 levanten; será una bandera discutida, mientras que a ti una es-
pada te traspasará el corazón; así quedará patente lo que todos
piensan.
36 Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu
de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido
37 siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se
apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con
38 ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias
a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la liberación
de Jerusalén.
39 Cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se
40 volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo
y robusteciéndose, y adelantaba en saber; y el favor de Dios lo
acompañaba.

Jesús se queda en el templo

41 Sus padres iban cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua.
42 Cuando Jesús cumplió doce años subieron a las fiestas según la
43 costumbre, y cuando éstas terminaron, se volvieron; pero el niño
44 Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos,
creyendo que iba en la caravana, al terminar la primera jornada
45 se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; y, como no
46 lo encontraban, volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días
lo encontraron, por fin, en el templo, sentado en medio de los
47 maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que lo
oían quedaban desconcertados de su talento y de las respuestas que
48 daba. Al verlo se quedaron extrañados, y le dijo su madre:
—Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira con
qué angustia te buscábamos tu padre y yo!
49 El les contestó:
—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tenía que estar
en la casa de mi Padre?
50-1 Ellos no comprendieron lo que quería decir. Jesús bajó con
ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba
52 en su interior el recuerdo de todo aquello. Jesús *iba creciendo* en
saber, en estatura *y en el favor de Dios y de los hombres* [a].

a Prov 3,4.

II

PREPARACION

Predicación de Juan Bautista
(Mt 3,1-12; Mc 1,1-8; Jn 1,19-28)

3 El año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio
Pilato gobernador de Judea; Herodes, virrey de Galilea; su her-
mano Filipo, virrey de Iturea y Traconítida, y Lisanio, virrey de
2 Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, le llegó un
3 mensaje de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Recorrió
entonces toda la comarca del Jordán pregonando un bautismo, para
4 que se arrepintieran y se les perdonaran los pecados, como está
escrito en el libro del profeta Isaías:

«*Una voz grita desde el desierto:*
preparadle el camino al Señor, allanad sus *senderos;*
5 *que los valles se levanten,*
que los montes y colinas se abajen;
que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale.
6 *Y todos verán la salvación de Dios*»
(Is 40,3-5).

7 Iba un gran gentío a que los bautizara; y Juan les decía:
—¡Camada de víboras! ¿Quién os ha enseñado a vosotros a
8 escapar del castigo inminente? Pues entonces dad el fruto que co-
rresponde al arrepentimiento y no empecéis a deciros que Abrahán
es vuestro padre; porque os digo que de las piedras éstas es capaz
9 Dios de sacarle hijos a Abrahán. Además, el hacha está ya tocando
la base de los árboles: y todo árbol que no dé buen fruto será
cortado y echado al fuego.
10 La gente le preguntaba:
—¿Qué tenemos que hacer?
11 El contestó:
—El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no
tiene, y el que tenga de comer, que haga lo mismo.
12 Fueron también a bautizarse unos recaudadores, que le pregun-
taron:
—Maestro, ¿qué tenemos que hacer?
13 El les contestó:
—No exijáis más de lo que tenéis establecido.
14 Unos guardias le preguntaron:
—Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer?
El les contestó:
—No hagáis violencia a nadie ni saquéis dinero; conformaos con
vuestra paga.
15 El pueblo estaba en vilo preguntándose si no sería Juan el Me-
16 sías; él declaró delante de todos:
—Yo os bautizo con agua, pero está para llegar el que es más
fuerte que yo, y yo no merezco ni desatarle la correa de las san-
17 dalias. Ese os va a bautizar con Espíritu Santo y fuego, porque

trae el bieldo en la mano para aventar su parva y reunir el trigo
en su granero; la paja, en cambio, la quemará en una hoguera que
no se apaga.
18 Con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la
19 buena noticia. El virrey Herodes, a quien Juan reprendía por el
asunto de su cuñada Herodías y por sus demás crímenes, para
20 remate de todo encerró en la cárcel a Juan.

Bautismo de Jesús y bajada del Espíritu
(Mt 3,13-17; Mc 1,9-11)

21 Después de un bautismo del pueblo en masa y de bautizarse
22 también Jesús, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó sobre él el
Espíritu Santo en forma de paloma y se oyó una voz del cielo:
—Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto.

Genealogía
(Mt 1,1-17)

23 Este era Jesús, que al empezar tenía treinta años, y se pen-
24 saba que era hijo de José, que a su vez lo era de Helí, el de
25 Matat, el de Leví, el de Melquí, el de Jannaí, el de José, el de
Matatías, el de Amós, el de Nahún, el de Eslí, el de Nagai, el
26 de Maat, el de Matatías, el de Semeín, el de Josec, el de Jodá,
27 el de Joanán, el de Resá, el de Zorobabel, el de Salatiel, el de
28 Nerí, el de Melquí, el de Addí, el de Cosán, el de Elmadán, el
29 de Er, el de Jesús, el de Eliezer, el de Jorín, el de Matat, el de
30 Leví, el de Simeón, el de Judá, el de José, el de Joná, el de
31 Eliacín, el de Meleá, el de Mená, el de Matatá, el de Natán,
32 el de David, el de Jesé, el de Jobed, el de Boaz, el de Salá, el
33 de Naasón, el de Aminadab, el de Admín, el de Arní, el de Esrón,
34 el de Fares, el de Judá, el de Jacob, el de Isaac, el de Abrahán,
35 el de Tara, el de Nacor, el de Seruc, el de Ragau, el de Fálec, el
36 de Eber, el de Salá, el de Cainán, el de Arfaxad, el de Sem, el de
37 Noé, el de Lámec, el de Matusalén, el de Henoc, el de Járet, el
38 de Maleleel, el de Cainán, el de Enós, el de Set, el de Adán, el de
Dios.

La prueba
(Mt 4,1-11; Mc 1,12-13)

4 Jesús volvió del Jordán, lleno de Espíritu Santo; durante cua-
2 renta días el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras el
diablo lo ponía a prueba. Todo aquel tiempo estuvo sin comer y
3 al final sintió hambre. Entonces el diablo le dijo:
—Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en
pan.
4 Jesús le contestó:
—Está escrito: «*No de solo pan vive el hombre*» [a].

a Dt 8,3.

5 Después, llevándolo a una altura, el diablo le mostró en un ins-
6 tante todos los reinos del mundo y le dijo:
—Te daré todo ese poder y esa gloria, porque me lo han dado
7 a mí y yo lo doy a quien quiero; si me rindes homenaje, todo será
tuyo.
8 Jesús le contestó:
—Está escrito: «*Al Señor tu Dios rendirás homenaje y a él sólo
prestarás servicio*» [a].
9 Entonces lo llevó a Jerusalén, lo puso en el alero del templo
y le dijo:
10 —Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito:
«*Encargará a sus ángeles que cuiden de ti y te guarden*», y tam-
11 bién: «*Te llevarán en volandas, para que tu pie no tropiece con
piedras*» [b].
12 Jesús le contestó:
—Está mandado: «*No tentarás al Señor tu Dios*» [c].
13 El diablo, acabadas sus pruebas, se marchó hasta su momento.

III

EN GALILEA

Comienza el ministerio
(Mt 4,12-17; 13,53-58; Mc 1,14-15; 6,1-6)

14 Con la fuerza del Espíritu, Jesús volvió a Galilea, y su fama
15 se extendió por toda la comarca. Enseñaba en aquellas sinagogas
y todos se hacían lenguas de él.
16 Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como
era su costumbre los sábados, y se puso en pie para tener la lec-
17 tura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, desenrollán-
dolo, encontró el pasaje donde está escrito:

18 «*El Espíritu del Señor está sobre mí,*
porque él me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
19 *para proclamar el año de gracia del Señor*»
(Is 61,1-2).

20 Enrolló el volumen, lo devolvió al sacristán y se sentó. Toda la
21 sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él empezó a hablarles:
—Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje.
22 Todos se declaraban en contra, extrañados de que mencionase
sólo las palabras sobre la gracia. Decían:

a Dt 6,13. *b* Sal 91,11-12. *c* Dt 6,16.

—Pero ¿no es éste el hijo de José?
23 El les dijo:
—Supongo que me diréis lo del proverbio aquél: «Médico,
cúrate tú»; haz también aquí, en tu tierra, lo que hemos oído que
has hecho en Cafarnaún.
24 Pero añadió:
—Os aseguro que a ningún profeta lo aceptan en su tierra.
25 Además, no os quepa duda de que en tiempos de Elías, cuando no
llovió en tres años y medio y hubo una gran hambre en todo el
26 país, había muchas viudas en Israel; y, sin embargo, a ninguna de
ellas enviaron a Elías; lo enviaron a una viuda de Sarepta en el
27 territorio de Sidón. Y en tiempo del profeta Eliseo había muchos
leprosos en Israel y, sin embargo, a ninguno de ellos curó; sólo
a Naamán el sirio.
28-9 Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levan-
tándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del cerro
30 donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús
se abrió paso entre ellos y se alejó.

El hombre con el demonio inmundo
(Mc 1,21-28)

31 Jesús bajó a Cafarnaún, ciudad de Galilea, y los sábados ense-
32 ñaba a la gente. Estaban asombrados de su enseñanza, porque
33 hablaba con autoridad. Había en la sinagoga un hombre que te-
nía un demonio inmundo, y se puso a gritar a voces:
34 —¡Vamos! ¿Quién te mete a ti en esto, Jesús Nazareno? Has
venido a destruirnos; sé quién eres: el Consagrado por Dios.
35 Jesús le intimó:
—¡Cállate la boca y sal de ese hombre!
El demonio tiró al hombre por tierra en medio de la gente,
36 pero salió de él sin hacerle ningún daño. Todos comentaban es-
tupefactos:
—¿Qué tendrá su palabra?, pues, ¿no da órdenes con autoridad
y poder a los espíritus inmundos, y salen?
37 Noticias de él iban llegando a todos los lugares de la comarca
circundante.

Cura a mucha gente
(Mt 8,14-17; Mc 1,29-39)

38 Al salir de la sinagoga entró en casa de Simón. La suegra de
Simón estaba con fiebre muy alta y le pidieron que hiciera algo
39 por ella. El se inclinó a la cabecera, increpó a la fiebre y se le
pasó; ella, levantándose al momento, se puso a servirles.
40 Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de lo que fuera
se los llevaron; y él, aplicándole las manos a cada uno, los fue
41 curando. De muchos de ellos salían también demonios, que gri-
taban:
—Tú eres el Hijo de Dios.
El los increpaba y no los dejaba hablar, porque sabían que él
era el Mesías.

42 Al hacerse de día salió y se marchó a un descampado. El gentío
lo andaba buscando; dieron con él e intentaron retenerlo para que
no se les fuese.
43 Pero él les dijo:
—También a los otros pueblos tengo que anunciarles el reino
de Dios; para eso me han enviado.
44 Y anduvo predicando por las sinagogas del país judío.

PERSONAJES Y ACTITUDES

Primeros discípulos
(Mt 4,18-22; Mc 1,16-20)

5 Una vez que la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír
el mensaje de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret,
2 vio dos barcas junto a la orilla: los pescadores habían desembar-
3 cado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la
4 de Simón, y le pidió que la retirara un poco de tierra. Desde la
barca, sentado, estuvo enseñando a la gente. Cuando acabó de
hablar dijo a Simón:
—Sácala lago adentro y echad las redes para pescar.
5 Simón contestó:
—Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos
cogido nada; pero, ya que lo dices tú, echaré las redes.
6 Así lo hicieron, y cogieron tal redada de peces, que reventaba
7 la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca para que vi-
nieran a echarles una mano, se acercaron ellos y llenaron las dos
8 barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a
los pies de Jesús, diciendo:
—Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.
9 El y sus compañeros se habían quedado pasmados al ver la
10 redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a
Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón. Jesús
dijo a Simón:
—No temas: desde ahora lo que pescarás serán hombres.
11 Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Limpia a un leproso
(Mt 8,2-4; Mc 1,40-45)

12 Una vez, estando Jesús en un pueblo, se presentó un hombre
todo lleno de lepra; al ver a Jesús se echó rostro en tierra y le
rogó:
—Señor, si quieres puedes limpiarme.
13 Jesús extendió la mano y lo tocó diciendo:
—Quiero, queda limpio.
14 Y en seguida se le quitó la lepra. Jesús le mandó que no se lo
dijera a nadie, pero añadió:
—Ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo
que prescribió Moisés, para que les conste.

15 Se hablaba de él cada vez más, y mucha gente acudía a oírlo
16 y a que los curara de sus enfermedades. El, en cambio, solía reti-
rarse a despoblado para orar.

Cura a un paralítico
(Mt 9,2-8; Mc 2,1-12)

17 Un día estaba enseñando y estaban allí sentados unos fariseos
y letrados, venidos de las aldeas de Galilea, de Judea y de Jeru-
18 salén. El curaba con el poder del Señor. Se presentaron unos hom-
bres con un paralítico en un catre y trataban de introducirlo para
19 colocárselo delante. No encontrando por donde meterlo, por causa
del gentío, subieron a la azotea y, separando las losetas, lo bajaron
20 con el catrecillo hasta el centro, delante de Jesús. El, viendo la fe
que tenían, dijo:
—Hombre, tus pecados están perdonados.
21 Los letrados y los fariseos se pusieron a pensar:
—¿Quién es éste que dice tales blasfemias? ¿Quién puede per-
donar pecados fuera de Dios?
22 Pero Jesús, dándose cuenta de cómo razonaban, les contestó:
23 —¿Qué andáis pensando? ¿Qué es más fácil: decir «tus pecados
24 están perdonados» o decir «levántate y echa a andar»? Pues para
que sepáis que el hombre está autorizado para perdonar pecados
en la tierra... —le dijo al paralítico—:
—Escúchame tú, ponte en pie, carga con tu catrecillo y már-
chate a tu casa.
25 Se levantó en el acto delante de todos, cogió el catrecillo donde
26 estaba tendido y se marchó a su casa alabando a Dios. Todos que-
daron atónitos y alababan a Dios, diciendo sobrecogidos:
—Hoy hemos visto cosas increíbles.

Llama a Leví
(Mt 9,9-13; Mc 2,13-17)

27 Más tarde, al salir, vio a un recaudador llamado Leví sentado
al mostrador de los impuestos, y le dijo:
—Sígueme.
28 El, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví le ofreció en
29 su casa un gran banquete, y estaban recostados a la mesa con ellos
30 un gran número de recaudadores y otra gente. Los fariseos y los
letrados de su partido protestaban diciendo a los discípulos:
—¿Se puede saber por qué coméis y bebéis con recaudadores
y descreídos? [a].
31 Jesús les replicó:
32 —No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he ve-
nido a invitar a la enmienda a los justos, sino a los pecadores.

a «descreídos», cf. Mt 9,10.

Pregunta sobre el ayuno
(Mt 9,14-17; Mc 2,18-22)

33 Entonces le dijeron ellos:
—Los discípulos de Juan tienen sus ayunos frecuentes y sus re-
zos, y los de los fariseos también; en cambio, los tuyos, a comer
y a beber.
34 Jesús les contestó:
—¿Queréis que ayunen los amigos del novio mientras dura la
35 boda? [a]. Llegará el día en que se lleven al novio, y entonces, aquel
día, ayunarán.
36 Y les añadió esta comparación:
—Nadie recorta una pieza de un manto nuevo para echársela
a un manto viejo, porque el nuevo se queda roto y al viejo la
37 pieza del nuevo no le pega. Nadie echa tampoco vino nuevo en
odres viejos, porque, si no, el vino nuevo revienta los odres; el
38 vino se derrama y los odres se echan a perder. No, el vino nuevo
39 hay que echarlo en odres nuevos. Pero nadie acostumbrado al
de siempre quiere uno nuevo, pues dice: «Bueno está el de siem-
pre».

Oposición: el sábado
(Mt 12,1-8; Mc 2,23-28)

6 Un sábado atravesaba él por unos sembrados; sus discípulos
arrancaban espigas y, frotándolas con las manos, se comían el
2 grano. Unos fariseos les dijeron:
—¡Cómo! ¿Hacéis lo que no está permitido en sábado?
3 Jesús les replicó:
—¿Ni siquiera habéis leído lo que hizo David cuando él y sus
4 hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios, cogió los
panes dedicados —que sólo a los sacerdotes les está permitido
comer—, comió él y les dio a sus hombres.
5 Y añadió:
—El hombre es señor del sábado.

El hombre del brazo atrofiado
(Mt 12,9-14; Mc 3,1-6)

6 Otro sábado entró en la sinagoga a enseñar. Había allí un hom-
7 bre que tenía el brazo derecho atrofiado. Los letrados y los fariseos
estaban al acecho para ver si curaba en sábado y encontrar de qué
8 acusarlo. Pero él, conociendo sus intenciones, dijo al hombre del
brazo atrofiado:
—Levántate y ponte ahí en medio.
9 El hombre se levantó y se quedó en pie. Jesús les dijo:
—Una pregunta: ¿Qué es lo que está permitido en sábado,
hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o acabar con ella?
10 Y echando en torno una mirada a todos, le dijo al hombre:
—Extiende el brazo.
11 Lo hizo, y su brazo quedó normal. Ellos se pusieron furiosos y
discutían qué podrían hacer con Jesús.

a «mientras dura la boda», cf. Mt 9,15.

DISCURSO DEL REINO: LA NUEVA ACTITUD

Elección de los Doce
(Mt 10,1-4; Mc 3,13-19)

12 Por aquel entonces se fue a la montaña a orar y se pasó la
13 noche orando a Dios. Cuando se hizo de día llamó a sus discípulos,
14 escogió a doce de ellos y los nombró apóstoles: Simón, al que puso
15 de nombre Pedro, y Andrés su hermano, Santiago, Juan, Felipe,
16 Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago Alfeo, Simón apodado el Fanático [a], Judas el de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor.
17 Al bajar Jesús del monte con ellos, se detuvo en un llano con
un buen grupo de discípulos y una muchedumbre del pueblo, procedente de todo el país judío, de Jerusalén y de la costa de Tiro
18 y Sidón. Venían a oírlo y a que los curara de sus enfermedades;
19 los atormentados por espíritus inmundos quedaban curados, y toda
la gente trataba de tocarlo, porque salía de él una fuerza que los curaba a todos.

Bienaventuranzas e imprecaciones
(Mt 5,1-12)

20 Jesús, dirigiendo la mirada a sus discípulos, dijo:
—Dichosos vosotros los pobres,
porque tenéis a Dios por Rey.
21 Dichosos los que ahora pasáis hambre,
porque os van a saciar.
Dichosos los que ahora lloráis,
porque vais a reír.
22 Dichosos vosotros cuando os odien los hombres y os expulsen y
os insulten y propalen mala fama de vosotros por causa de este
23 Hombre [b]. Alegraos ese día y saltad de gozo, mirad que os va a
dar Dios una gran recompensa; porque así es como los padres de éstos trataban a los profetas.
24 Pero ¡ay de vosotros, los ricos,
porque ya tenéis vuestro consuelo!
25 ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados,
porque vais a pasar hambre!
¡Ay de los que ahora reís,
porque vais a lamentaros y a llorar!
26 ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Porque así es
como los padres de éstos trataban a los falsos profetas.

Amor a los enemigos
(Mt 5,38-48; 7,1-2.12a)

27 Pero, en cambio, a vosotros que me escucháis os digo: Amad
28 a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid

a «el Fanático»; en griego, «zelotes», «celoso», «entusiasta», miembro del partido de los fanático-nacionalistas, cf. la introducción general al NT.
b «este Hombre», cf. Mt 8,20.

29 a los que os maldicen, rezad por los que os injurian. Al que te
pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa,
30 déjale también la túnica. A todo el que te pide, dale; al que se
31 lleve lo tuyo, no se lo reclames. Así, pues, tratad a los demás
como queréis que ellos os traten.
32 Si queréis a los que os quieren, ¡vaya generosidad! También los
33 descreídos quieren a quien los quiere. Y si hacéis el bien al que
os hace el bien, ¡vaya generosidad! También los descreídos lo
34 hacen. Y si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¡vaya generosidad! También los descreídos se prestan unos a otros con intención
35 de cobrarse. ¡No! Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada: así tendréis una gran recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los malos y des-
36 agradecidos. Sed generosos como vuestro Padre es generoso.
37 Además, no juzguéis y no os juzgarán; no condenéis y no os
38 condenarán; perdonad y os perdonarán; dad y os darán: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis la usarán con vosotros.

Actitud del discípulo
(Mt 15,14; 7,3-5.17-20; 12,34b-35)

39 Y añadió una comparación:
—¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en
40 el hoyo? Un discípulo no es más que su maestro, aunque, terminado el aprendizaje, le llegará a su maestro.
41 ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y
42 no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo te permites
decirle a tu hermano: «Hermano, déjame que te saque la mota del ojo», sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, entonces verás claro y podrás sacar la mota del ojo de tu hermano.
43 Cierto, no hay árbol sano que dé fruto dañado ni árbol dañado
44 que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto: ¡no se
45 cogen higos de las zarzas ni se cosecha uva de los espinos! El que
es bueno, de la bondad que almacena en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón lo habla la boca.

Los dos cimientos
(Mt 7,24-27)

46 ¿Por qué me invocáis: «Señor, Señor», y no hacéis lo que digo?
47 Todo el que se acerca a mí, escucha mis palabras y las pone por
48 obra, os voy a indicar a quién se parece: Se parece a uno que
edificaba una casa: cavó, ahondó y asentó los cimientos sobre roca; vino una crecida, rompió el río contra aquella casa y no se tam-
49 baleó porque estaba bien construida. El que las escucha y no las
pone por obra se parece a uno que edificó una casa sobre tierra, sin cimiento; rompió contra ella el río, y en seguida se derrumbó; y ¡hay que ver qué ruina la de aquella casa!

7 Cuando terminó de hablar a la gente, entró en Cafarnaún.

Cura al siervo del capitán
(Mt 8,5-13; Jn 4,43-45)

2 Un capitán tenía un siervo a quien estimaba mucho y que estaba
3 enfermo, a punto de morir. Oyendo hablar de Jesús, le envió
unos concejales judíos para rogarle que fuera a curar a su siervo.
4 Se presentaron a Jesús y le rogaron encarecidamente:
5 —Merece que se lo concedas, porque quiere a nuestra nación y
es él quien nos ha construido la sinagoga.
6 Jesús se fue con ellos. No estaba ya lejos de la casa cuando el
capitán le envió unos amigos a decirle:
—Señor, no te molestes, que yo no soy quién para que entres
7 bajo mi techo. Por eso tampoco me atreví a ir en persona; pero
8 con una palabra tuya se curará mi criado. Porque yo, que soy un
simple subordinado, tengo soldados a mis órdenes; y si le digo
a uno que se vaya, se va; o a otro que venga, viene; y si le digo
a mi siervo que haga algo, lo hace.
9 Al oír esto, Jesús se quedó admirado de él, y volviéndose a la
gente que lo seguía, dijo:
—Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado tanta fe.
10 Al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Resucita al hijo de una viuda

11 Después de esto fue a un pueblo llamado Naín, acompañado de
12 sus discípulos y de mucha gente. Cuando se acercaba a la entrada
del pueblo resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único
de su madre, que era viuda; un gentío considerable del pueblo la
13 acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima de ella y le dijo:
—No llores.
14 Acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon)
y dijo:
—¡Escúchame [a] tú, muchacho, levántate!
15 El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó
16 a su madre. Todos quedaron sobrecogidos y alababan a Dios, diciendo:
—Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a
su pueblo.
17 La noticia del hecho se divulgó por todo el país judío y la comarca circundante.

Los emisarios de Juan Bautista y elogio de Juan
(Mt 11,2)

18 Los discípulos de Juan le contaron todo aquello. Entonces él,
19 llamando a dos de ellos, los envió al Señor a preguntarle:
—¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?
20 Los hombres se presentaron a Jesús y le dijeron:

a «escúchame», lit. «a ti te digo».

—Juan Bautista nos ha mandado a preguntarte: «¿Eres tú el
que tenía que venir o esperamos a otro?».
21 Entonces mismo curó Jesús a muchos de enfermedades, ataques
22 y malos espíritus, y a muchos ciegos les devolvió la vista. Después contestó a los enviados:
—Id a contarle a Juan lo que habéis visto y oído:
Los ciegos ven, los cojos andan,
los leprosos quedan limpios y los sordos oyen,
los muertos resucitan,
a los pobres se les anuncia la buena noticia [a].
23 Y ¡dichoso el que no se escandalice de mí!
24 Cuando se marcharon los emisarios se puso Jesús a hablar de
Juan a la gente.
—¿Qué salisteis a contemplar en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ¿Qué salisteis a ver si no? ¿Un hombre vestido
25 con elegancia? Los que se visten con lujo y viven entre placeres
26 ahí están, en los palacios. Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un
27 profeta? Sí, desde luego, y más que profeta. Es él de quien está
escrito:

«*Mira, te envío mi mensajero por delante*
para que te prepare el camino»
(Mal 3,1).

28 Os digo que de los nacidos de mujer ninguno es más grande
que Juan. Aunque el más pequeño en el Reino de Dios es más
grande que él.
29 El pueblo entero que escuchaba a Juan, incluso los recaudado-
30 res, dieron la razón a Dios recibiendo su bautismo; en cambio, los
fariseos y los juristas frustraron el designio de Dios al rehusar su
bautismo.
31 —Entonces, ¿a quién diré que se parece esa clase de individuos?
32 ¿Y, de hecho, a quién se parecen? Se parecen a unos niños sentados en la plaza que se gritan unos a otros:
«Tocamos la flauta y no bailáis,
cantamos lamentaciones y no lloráis».
33 Porque ha venido Juan Bautista, que ni comía ni bebía, y di-
34 jisteis: «Tiene un demonio dentro»; ha venido este Hombre, que
come y bebe, y decís: «¡Vaya un comilón y un borracho, amigo
35 de recaudadores y descreídos!» [b]. Pero la Sabiduría de Dios ha
quedado justificada por todos sus discípulos.

Un fariseo y una pecadora

36 Un fariseo lo invitó a comer con él. Jesús entró en casa del
37 fariseo y se recostó a la mesa. En esto una mujer, conocida como
pecadora en la ciudad, al enterarse de que comía en casa del fari-
38 seo, llegó con un frasco de perfume; se colocó detrás de él junto
a sus pies, llorando, y empezó a regarle los pies con sus lágrimas;
se los secaba con el pelo, los cubría de besos y se los ungía con

a Is 35,5-6; 61,1. *b* «descreídos», cf. Mt 9,10.

39 perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado dijo para
sus adentros:
—Este, si fuera profeta, sabría quién es y qué clase de mujer la
que lo está tocando: una pecadora.
40 Jesús tomó la palabra y le dijo:
—Simón, tengo algo que decirte.
El respondió:
—Dímelo, Maestro.
41 —Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía veinte mil
42 duros y el otro dos mil. Como no tenían con qué pagar, se lo
perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos le estará más agradecido?
43 Simón le contestó:
—Supongo que aquel a quien le perdonó más.
Jesús le dijo:
—Has acertado.
44 Y volviéndose a la mujer, dijo a Simón:
—¿Ves esta mujer? Cuando yo entré en tu casa no me ofreciste
agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con
45 sus lágrimas y me los ha secado con su pelo. Tú no me besaste;
ella, en cambio, desde que entré no ha dejado de besarme los
46 pies. Tú no me echaste ungüento en la cabeza; ella, en cambio,
47 me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: cuando muestra tanto agradecimiento es que le han perdonado sus pecados,
que eran muchos; en cambio, al que poco se le perdona, poco tiene
que agradecer.
48 Y a ella le dijo:
—Tus pecados están perdonados.
49 Los demás convidados empezaron a decirse:
—¿Quién es éste que hasta perdona pecados?
50 Pero Jesús le dijo a la mujer:
—Tu fe te ha salvado, vete en paz.

El grupo que acompañaba a Jesús

8 Después de esto fue caminando de pueblo en pueblo y de aldea
2 en aldea proclamando la buena noticia del Reino de Dios; lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos
espíritus y enfermedades: María Magdalena, de la que había echado
3 siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes;
Susana, y otras muchas que le ayudaban con sus bienes.

ACTITUDES ANTE EL MENSAJE

Parábola del sembrador
(Mt 13,1-9.18-23; Mc 4,1-9.13-25)

4 Como se le juntaba mucha gente y en cada pueblo se iban añadiendo más, les dijo esta parábola:
5 —Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrar, algo cayó
6 en la vereda, lo pisaron y los pájaros se lo comieron. Otra parte
7 cayó en las rocas, y al brotar se secó por falta de humedad. Otra

parte cayó entre zarzas, y las zarzas, brotando al mismo tiempo,
8 la ahogaron. Otra parte cayó en tierra buena, brotó y dio fruto
al ciento por uno.
Dicho esto, exclamó:
—¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!
9 Entonces le preguntaron los discípulos:
—¿Qué significa esa parábola?
10 El les respondió:
—Vosotros podéis ya comprender los secretos del reinado de
Dios; a los demás, en cambio, se les habla en parábolas; así,

Viendo no ven
y oyendo no entienden
(Is 6,9).

11 La parábola significa esto:
12 «La semilla» es el mensaje de Dios. «Los de la vereda» son los
que escuchan, pero luego viene el diablo y les quita el mensaje del
13 corazón, para que no crean y se salven. «Los de las rocas» son los
que al escucharlo reciben el mensaje con alegría, pero éstos no
14 tienen raíces; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba desertan. «Lo que cayó entre zarzas» son ésos
que escuchan, pero con los afanes y riquezas y placeres de la vida
15 poco a poco se ahogan y no maduran. «Lo de la tierra buena» son
ésos que escuchan, guardan el mensaje en un corazón noble y generoso y dan fruto con su aguante.
16 Nadie enciende un candil para taparlo con un perol [a] o meterlo
debajo de la cama; lo pone en el candelero para que los que entran
17 vean la luz. Porque nada hay oculto que no deba descubrirse ni
18 nada secreto que no deba saberse o hacerse público. Por eso a
ver cómo aprendéis: porque al que produzca [b] se le dará, pero al
que no produzca se le quitará hasta lo que cree tener.

Madre y hermanos de Jesús
(Mt 12,46-50; Mc 3,31-35)

19 Fueron a verlo su madre y sus hermanos, pero con el gentío no
20 lograban llegar hasta él. Entonces le avisaron:
—Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte.
21 Pero él les contestó:
—Mi madre y mis hermanos son los que escuchan el mensaje
de Dios y lo ponen por obra.

Apacigua el temporal
(Mt 8,23-27; Mc 4,35-41)

22 Un día subió él a una barca con sus discípulos y les dijo:
—Crucemos a la otra orilla del lago.
23 Y zarparon. Mientras navegaban, él se quedó dormido. Se abatió

a «perol», cf. Mt 5,15. *b* «produzca», lit. «tenga», sobrentendiéndose «por haber producido», alusión a los frutos del v. 15.

sobre el lago un torbellino de viento; la barca se les anegaba y
24 corrían peligro. Los discípulos se acercaron y lo despertaron gritándole:
—¡Maestro, Maestro, que nos hundimos!
El se despertó e increpó al viento y al oleaje; se apaciguaron y
25 vino la calma. Entonces les dijo:
—¿Dónde está vuestra fe?
Ellos comentaban con miedo y admiración:
—Pero entonces, ¿quién será éste? Da órdenes al viento y al agua, y le obedecen.

Cura al geraseno endemoniado
(Mt 8,28-34; Mc 5,1-20)

26 Arribaron a la región de los gerasenos, que está enfrente de
27 Galilea. Al saltar a tierra, un hombre de la aldea, que estaba endemoniado, le salió al encuentro; hacía tiempo que no usaba ves-
28 tido ni vivía en una casa, sino en los sepulcros. Al ver a Jesús empezó a dar gritos, se postró ante él y le dijo a voces:
—¿Quién te mete a ti en esto, Jesús, Hijo de Dios Soberano? Por favor, no me atormentes.
29 (Es que Jesús le estaba mandando al espíritu impuro que saliera del hombre, pues a menudo le producía ataques, y aunque lo sujetaban atándolo con cadenas y grillos, él rompía las ataduras y el demonio lo empujaba a despoblado).
30 Jesús le preguntó:
—¿Cómo te llamas?
El respondió:
—Legión.
31 De hecho, eran muchos los demonios que habían entrado en
32 él y le rogaban que no los mandara al Abismo. Había allí cerca una buena piara de cerdos hozando en la falda del monte; los demonios le rogaron que les permitiese entrar en ellos. El se lo
33 permitió. Los demonios salieron del hombre y se metieron en los cerdos; la piara se abalanzó al lago acantilado abajo y se ahogó.
34 Al ver lo ocurrido, los porquerizos salieron huyendo y lo contaron
35 por el pueblo y por los cortijos. La gente salió a ver lo que había pasado, se acercaron a Jesús y encontraron al hombre del que habían salido los demonios sentado a los pies de Jesús, vestido y en su juicio, y les entró miedo.
36 Los que lo habían visto les contaron cómo se había curado el
37 endemoniado. Toda la población de la comarca de los gerasenos,
38 muerta de miedo, le pidió que se marchase de allí. Jesús se embarcó y se volvió. El hombre librado de los demonios le suplicaba que lo admitiese en su compañía. Pero Jesús lo despidió diciéndole:
39 —Vuelve a tu casa y refiere lo que Dios ha hecho por ti.
El hombre fue proclamando por todo el pueblo lo que Jesús había hecho por él.

La hija de Jairo y la mujer con flujos
(Mt 9,18-26; Mc 5,21-43)

40 Al volver Jesús la gente le dio la bienvenida, pues todos esta-
41 ban esperándolo. En esto llegó un tal Jairo, jefe de sinagoga, y se echó a los pies de Jesús rogándole que fuera a su casa, porque
42 su hija única, que tenía unos doce años, se estaba muriendo. Mientras iba de camino la gente lo asfixiaba.
43 Una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años y que había malgastado toda su fortuna en médicos, sin que nin-
44 guno pudiera curarla, se acercó por detrás y le tocó el borde del
45 manto; en el acto se le cortaron los flujos. Jesús preguntó:
—¿Quién me ha tocado?
Mientras todos decían que ellos no, le replicó Pedro:
—Pero, Maestro, si la gente te aprieta y te estruja.
46 Jesús dijo:
—Alguno me ha tocado, porque yo he sentido que una fuerza ha salido de mí.
47 La mujer, al verse descubierta, se acercó temblorosa, se le echó a los pies y explicó delante de todos por qué lo había tocado y
48 cómo se había curado en el acto. El le dijo:
—Hija, tu fe te ha curado; vete en paz.
49 Aún estaba hablando, cuando llegó uno de casa del jefe de sinagoga a decirle:
—Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro.
50 Pero Jesús lo oyó y le dijo:
—No temas: basta que tengas fe, y se salvará.
51 Al llegar a la casa no dejó entrar con él más que a Pedro, Juan
52 y Santiago y a los padres de la niña. Todos lloraban y hacían duelo por ella. Pero Jesús dijo:
—No lloréis, que no está muerta, está dormida.
53-4 Ellos se reían de él, sabiendo que estaba muerta. Pero él la cogió de la mano y la llamó diciendo:
—Niña, ponte en pie.
55 Le volvió el aliento y se levantó al instante; él mandó que le
56 dieran de comer. Sus padres se quedaron atónitos, pero Jesús les mandó que no contaran a nadie lo sucedido.

Misión de los Doce
(Mt 10,5-15; Mc 6,7-13)

9 Convocó a los Doce y les dio poder y autoridad sobre toda clase
2 de demonios y para curar enfermedades. Luego los envió a pro-
3 clamar el reinado de Dios y a curar a los enfermos, diciéndoles:
—No cojáis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan
4 ni dinero, ni llevéis cada uno dos túnicas. Quedaos en la casa
5 donde os alojéis hasta que os vayáis de aquel lugar. Y en caso de que no os reciban, al salir de aquel pueblo sacudíos el polvo de los pies, para echárselo en cara.
6 Ellos se pusieron en camino y fueron de aldea en aldea, anunciando la buena noticia y curando en todas partes.

Desconcierto de Herodes
(Mt 14,1-12; Mc 6,14-29)

7 El virrey Herodes se enteró de lo que pasaba y no sabía a qué
atenerse, porque unos decían que Juan había resucitado; otros,
8 en cambio, que había aparecido Elías, y otros que un profeta de
9 los antiguos había vuelto a la vida. Pero Herodes se decía:
—A Juan le corté yo la cabeza. ¿Quién es éste de quien oigo semejantes cosas?
Y tenía ganas de verlo.

Comen cinco mil personas
(Mt 14,13-21; Mc 6,30-44; Jn 6,1-14)

10 Al volver los apóstoles le contaron a Jesús todo lo que habían
hecho. Entonces se los llevó y se retiró con ellos en dirección a un
11 pueblo llamado Betsaida, pero el gentío se dio cuenta y lo siguió.
El los acogió, estuvo hablándoles del reinado de Dios y curó a
12 los que lo necesitaban. Caía la tarde y los Doce se le acercaron a
decirle:
—Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque esto es un descampado.
13 El les contestó:
—Dadles de comer vosotros.
Replicaron ellos:
—¡Si no tenemos más que cinco panes y dos peces! A menos
que vayamos nosotros a comprar de comer para toda esta multitud.
14 (Eran unos cinco mil hombres). Jesús dijo a los discípulos:
—Decidles que se echen en grupos de cincuenta.
15-6 Así lo hicieron, diciendo que se echaran todos. Y tomando él
los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, los bendijo,
los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a
17 la gente. Comieron hasta quedar satisfechos todos, y recogieron
doce cestos de sobras.

Declaración de Pedro y primer anuncio de la Pasión
(Mt 16,13-21; Mc 8,27-31)

18 Una vez que estaba orando solo en presencia de sus discípulos,
les preguntó:
—¿Quién dice la gente que soy yo?
19 Contestaron ellos:
—Juan Bautista; otros, en cambio, que Elías, y otros un profeta de los antiguos que ha vuelto a la vida.
20 El les preguntó:
—Y vosotros, ¿quién decís que soy?
Pedro tomó la palabra y dijo:
—El Mesías de Dios.
21-2 El les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió:
—Este Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser rechazado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado
y resucitar al tercer día.

23 Y dirigiéndose a todos, dijo:
—El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que
24 cargue cada día con su cruz y me siga; porque si uno quiere salvar
su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por mí, la
25 salvará. A ver, ¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero si
26 se pierde o se malogra él mismo? Pues si uno se avergüenza de
mí y de mis palabras, también este Hombre se avergonzará de él
cuando venga con su gloria, con la del Padre y la de los ángeles
27 santos; y os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán
sin haber visto el reinado de Dios.

La transfiguración
(Mt 17,1-8; Mc 9,2-8)

28 Unos ocho días después de este discurso cogió a Pedro, a Juan
29 y a Santiago y subió a la montaña a orar. Mientras oraba, el aspecto
30 de su rostro cambió, y sus vestidos refulgían de blancos. De pronto
31 hubo dos hombres conversando con él: eran Moisés y Elías, que
aparecieron resplandecientes y hablaban de su éxodo, que iba a
32 completar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño;
pero se espabilaron, y vieron su gloria y a los dos hombres que
33 estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús:
—Maestro, viene muy bien que estemos aquí nosotros; podríamos hacer tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.
34 No sabía lo que decía. Mientras hablaba se formó una nube que
35 los cubría. Al entrar en la nube se asustaron. Y salió de la nube
una voz que decía:
—Este es mi Hijo, el Elegido. Escuchadlo.
36 Cuando cesó la voz, Jesús estaba solo. Los discípulos guardaron
el secreto y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que
habían visto.

El niño epiléptico
(Mt 17,14-18; Mc 9,14-27)

37 Al día siguiente, al bajar del monte, le salió al encuentro mucha
38 gente y, de pronto, entre la gente un hombre gritó:
—¡Maestro, por favor, atiende a este hijo mío, que es el único
39 que tengo! Mira, lo agarra un espíritu y de pronto da un grito,
lo retuerce entre espumarajos, y a duras penas se va, dejándolo
40 molido. He rogado a tus discípulos que lo echen, pero no han sido
capaces.
41 Jesús contestó:
—¡Gente sin fe y pervertida! ¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros y soportaros? Tráeme aquí a tu hijo.
42 Mientras se acercaba lo derribó el demonio y empezó a retorcerlo. Jesús increpó al espíritu inmundo, curó al niño y se lo de-
43 volvió a su padre. Todos quedaron espantados de lo grande que
es Dios.

Jesús vuelve a anunciar su muerte
(Mt 17,22-23; Mc 9,30-32)

Entre la admiración general por todo lo que hacía, dijo Jesús a
sus discípulos:
44 —Vosotros meteos bien esto en la cabeza: a este Hombre[a] lo
van a entregar en manos de los hombres.
45 Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro,
que no cogían el sentido, y tenían miedo de preguntarle sobre el
asunto.

¿Quién es el más importante?
(Mt 18,1-5; Mc 9,33-37)

46-7 Pero les entró la idea de cuál de ellos sería el más grande. Je-
sús, adivinando lo que pensaban, cogió de la mano a un criadito[b],
48 lo puso a su lado y les dijo:
—El que acoge a este chiquillo por causa mía, me acoge a mí;
y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado; es decir, el
que es de hecho más pequeño de todos vosotros, ése es grande.

Quien no está en contra, está a favor
(Mc 9,38-40)

49 Intervino Juan y dijo:
—Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nom-
bre y hemos intentado impedírselo, porque no anda con nosotros.
50 Jesús le respondió:
—Nada de impedir, que el que no está contra vosotros está a
favor vuestro.

IV

VIAJE A JERUSALEN

Una aldea de Samaría rechaza a Jesús

51 Cuando iba llegando el tiempo de que se lo llevaran, Jesús
52 decidió irrevocablemente ir a Jerusalén. Envió mensajeros por de-
lante; yendo de camino entraron en una aldea de Samaría para
53 prepararle alojamiento, pero se negaron a recibirlo porque se di-
54 rigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le
propusieron:
—Señor, si quieres, decimos que *caiga un rayo y acabe*[c] con
ellos.
55-6 El se volvió y les regañó[d]. Y se marcharon a otra aldea.

a «este Hombre», cf. Mt 8,20. *b* Véase Mt 18,2, nota.
c Alusión a 2 Re 1,10-12.
d Algunos mss. añaden: «y dijo: —No sabéis de qué espíritu sois vos-
otros, porque este Hombre no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos».

CONDICIONES, TAREAS Y PRIVILEGIOS DEL DISCIPULO

Seguir a Jesús
(Mt 8,19-22)

57 Por el camino le dijo uno:
—Te seguiré vayas adonde vayas.
58 Jesús le respondió:
—Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este
Hombre no tiene donde reclinar la cabeza.
59 A otro le dijo:
—Sígueme.
El respondió:
—Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre.
60 Jesús le replicó:
—Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anun-
ciar por ahí el reinado de Dios.
61 Otro le dijo:
—Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi
familia.
62 Jesús le contestó:
—El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale
para el Reino de Dios.

Misión de los setenta y dos

10 Algún tiempo después designó el Señor otros setenta y dos y
los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y luga-
2 res adonde pensaba ir él. Y les dijo:
—La mies es abundante y los braceros pocos; por eso, rogad
3 al dueño que mande braceros a su mies. ¡En marcha! Mirad
4 que os mando como corderos entre lobos. No llevéis bolsa, ni
alforja, ni sandalias; y no os paréis a saludar a nadie por el ca-
5 mino. Cuando entréis en una casa, lo primero saludad: «Paz a
6 esta casa»; si hay allí gente de paz, la paz que les deseáis se posará
7 sobre ellos; si no, volverá a vosotros. Quedaos en esa casa, comed
8 y bebed de lo que tengan, que el obrero merece su salario. No
andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben
9 bien, comed de lo que os pongan, curad a los enfermos que haya,
10 y decid: «Ya os llega el reinado de Dios». Cuando entréis en un
11 pueblo y no os reciban, salid a las calles y decid: «Hasta el polvo
de este pueblo que se nos ha pegado a los pies nos lo limpiamos,
¡para vosotros! De todos modos, sabed que ya llega el reinado de
12 Dios». Os digo que el día aquél le será más llevadero a Sodoma
que a ese pueblo.

Recrimina a las ciudades. Delegados
(Mt 11,20-24)

13 ¡Ay de ti, Corozaín; ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en
Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo
que habrían hecho penitencia cubiertas de sayal y sentadas en

14 ceniza. Por eso el juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón
15 que a vosotras. Y tú, Cafarnaún, *¿piensas encumbrarte hasta el
cielo? Bajarás al abismo [a].
16 Quien os escucha a vosotros, me escucha a mí; quien os rechaza
a vosotros, me rechaza a mí; y quien me rechaza a mí, rechaza
al que me ha enviado.

Regreso de los setenta y dos

(Mt 11,25-27; 13,16-17)

17 Los setenta y dos volvieron muy contentos y le dijeron:
—Señor, hasta los demonios se nos someten por tu nombre.
18 El les contestó:
—¡Ya veía yo que caería Satanás de lo alto como un rayo!
19 Mirad: Os he dado potestad para pisotear serpientes y escorpiones
y sobre todo el ejército del enemigo: y nada podrá haceros daño.
20 Sin embargo, no sea vuestra alegría que se os someten los espí-
ritus; sea vuestra alegría que vuestros nombres están escritos en
el cielo.
21 En aquel momento, con la alegría del Espíritu Santo, exclamó:
—Bendito seas [b], Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has
ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado
a la gente sencilla. Sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido
22 eso bien. Mi Padre me lo ha enseñado [c] todo; quién es el Hijo
lo sabe sólo el Padre; quién es el Padre lo sabe sólo el Hijo y
aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.
23 Y volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte:
24 —¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os
digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que veis vos-
otros y no lo vieron, y oír lo que oís vosotros y no lo oyeron.

El buen samaritano

25 En esto se levantó un jurista y le preguntó para ponerlo a
prueba:
—Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar vida eterna?
26 El le dijo:
—¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo es eso que recitas?
27 El jurista contestó:
—«*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu
alma, con todas tus fuerzas* y con toda tu mente. *Y a tu prójimo
como a ti mismo*» [d].
28 El le dijo:
—Bien contestado. Haz eso y tendrás vida.
29 Pero el otro, queriendo justificarse, preguntó a Jesús:
—Y ¿quién es mi prójimo?
30 Jesús le contestó:
—Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y lo asaltaron unos

a Is 14,13.15. *b* «Bendito seas», la segunda vez sobrentendido en el texto. *c* «enseñado», lit. «entregado». «Entregar», para los semitas, puede incluir la idea de enseñar. *d* Dt 6,5; Lv 19,18.

bandidos; lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon
31 dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba un sacerdote por
32 aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo
hizo un clérigo que llegó a aquel sitio; al verlo dio un rodeo y
33 pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde
34 estaba el hombre y, al verlo, le dio lástima; se acercó a él y le
vendó las heridas, echándoles aceite y vino; luego lo montó en
35 su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día
siguiente sacó cuarenta duros y, dándoselos al posadero, le dijo:
«Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta».
36 ¿Qué te parece? ¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del que
cayó en manos de los bandidos?
37 El letrado contestó:
—El que tuvo compasión de él.
Jesús le dijo:
—Pues anda, haz tú lo mismo.

Visita a Marta y María

38 Por el camino entró Jesús en una aldea, y una mujer de nombre
39 Marta lo recibió en su casa. Esta tenía una hermana llamada María,
40 que se sentó a los pies del Señor para escuchar sus palabras. Marta,
en cambio, se distraía con el mucho trajín; hasta que se paró de-
lante, y dijo:
—Señor, ¿no se te da nada de que mi hermana me deje trajinar
sola? Dile que me eche una mano.
41 Pero el Señor le contestó:
—Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas: sólo
41 una es necesaria. Sí, María ha escogido la parte mejor, y ésa no
se le quitará.

La oración

(Mt 6,9-15; 7,7-11)

11 Una vez estaba él orando en cierto lugar; al terminar, uno de
sus discípulos le pidió:
—Señor, enséñanos una oración, como Juan les enseñó a sus
discípulos.
2 El les dijo:
—Cuando recéis decid:
«Padre,
proclámese que tú eres santo,
llegue tu reinado,
3 nuestro pan del mañana dánoslo cada día
4 y perdónanos nuestros pecados,
que también nosotros perdonamos a todo deudor nuestro;
y no nos dejes ceder en la prueba».
5 Y añadió:
—Suponed que uno de vosotros tiene un amigo que llega a
mitad de la noche diciendo:
6 —Amigo, préstame tres panes, que un amigo mío ha venido
de viaje y no tengo nada que ofrecerle.

7 Y que, desde dentro, el otro le responde:
—Déjame en paz; la puerta está ya cerrada, los niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos.
8 Os digo que acabará por levantarse y darle lo que necesita, si
no por ser amigos, al menos para librarse de su importunidad.
9 Por mi parte, os digo yo: Pedid y se os dará, buscad y encon-
10 traréis, llamad y os abrirán; porque todo el que pide recibe, el
11 que busca encuentra, y al que llama le abren. ¿Quién de vosotros
que sea padre, si su hijo le pide pescado, en vez de pescado le
12 va a ofrecer una culebra?; y si le pide un huevo, ¿le va a ofrecer
13 un alacrán? Pues si vosotros, malos como sois, sabéis dar cosas
buenas a vuestros niños, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará
Espíritu Santo a los que se lo piden?

JESUS Y LA OPOSICION

Lo acusan de magia
(Mt 12,22-30.43-45; Mc 3,20-27)

14 Estaba Jesús echando un demonio que dejaba mudo, y apenas
salió el demonio, el mudo habló. La multitud se quedó admirada,
15 pero algunos de ellos dijeron:
—Echa los demonios con poder de Belzebú, el jefe de los demonios.
16 Otros, con mala idea, le exigían una señal que viniera del cielo.
17 El, calando sus intenciones, les dijo:
—Todo reino dividido queda asolado y se derrumba casa tras
18 casa. Pues, si también Satanás se ha dividido, ¿cómo va a man-
tenerse en pie su reino?..., ya que decís que yo echo los de-
19 monios con poder de Belzebú. Ahora, si yo echo los demonios
con poder de Belzebú, vuestros adeptos, ¿con poder de quién los
20 echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. En cambio,
si yo echo los demonios con el dedo de Dios, señal que el reinado
21 de Dios os ha dado alcance. Mientras un hombre fuerte y bien
22 armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero cuando
otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas en que con-
23 fiaba y después reparte el botín. El que no está conmigo, está
contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama.
24 Cuando al espíritu inmundo lo echan de un hombre, va atravesando lugares resecos buscando un sitio para descansar; y al no encontrarlo, dice:
—Me vuelvo a mi casa, de donde me echaron.
25-6 Al llegar se la encuentra barrida y arreglada. Entonces va a coger otros siete espíritus peores que él y se mete a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el principio.

La verdadera dicha

27 Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la gente le dijo gritando:
—¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!

28 Pero él repuso:
—Mejor: ¡Dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen!

Unica señal: su mensaje
(Mt 12,1-38; Mc 8,12)

29 El gentío se apiñaba a su alrededor y él se puso a decirles:
—Esa clase de gente es mala gente. Pide una señal, y señal no
30 se le dará excepto la señal de Jonás; porque igual que Jonás fue
una señal para los habitantes de Nínive, así va a serlo este Hombre
31 para la gente esa. La reina del Sur se pondrá en pie para ca-
rearse con esa clase de gente y la condenará; porque ella vino
desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salo-
32 món, y hay más que Salomón aquí. Los habitantes de Nínive se
alzarán a carearse con esa clase de hombres y los condenarán,
porque ellos se arrepintieron con la predicación de Jonás, y hay
más que Jonás aquí.

Enmienda necesaria: la generosidad
(Mt 5,15; 6,22-23; Mc 4,21)

33 No se enciende una lámpara para meterla en el sótano; se pone en el candelero para que los que entran vean la luz [a].
34 La esplendidez da el valor a tu persona. Cuando eres despren-
dido, toda tu persona vale; en cambio, si eres tacaño, tu persona
35 es miserable. Por eso, cuidado con que tu valer no sea sólo miseria.
36 Si eres generoso de arriba abajo, sin tener ni tanto así de miseria, entonces vales todo entero. Así es cuando la esplendidez te ilumina con su brillo.

Fariseos y juristas: los que no se enmiendan
(Mt 23,1-36; Mc 12,38-40; Lc 20,45-47)

37 Apenas terminó de hablar, un fariseo lo invitó a comer a su
38 casa. El entró y se puso a la mesa. El fariseo se extrañó al ver que
39 no se lavaba antes de comer, y el Señor le dijo:
—De modo que vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa
y el plato, mientras por dentro estáis repletos de robos y mal-
40 dades. ¡Insensatos! El que hizo lo de fuera, ¿no hizo también
41 lo de dentro? En vez de eso, dad lo de dentro en limosnas y
así lo tendréis limpio todo.
42 Pero ¡ay de vosotros, fariseos! Pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda verdura, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. ¡Esto había que practicar!, y aquello..., no descuidarlo.
43 ¡Ay de vosotros, fariseos, que gustáis de los asientos de honor
44 en las sinagogas y de las reverencias por la calle! ¡Ay de vosotros!
Sois como tumbas sin señal que la gente pisa sin saberlo.

a Véase Mt 6,22-23, nota.

45 Un jurista intervino y le dijo:
—Maestro, diciendo eso nos ofendes también a nosotros.
46 Jesús replicó:
—¡Ay de vosotros también, juristas, que abrumáis a la gente
con cargas insoportables, mientras vosotros ni las rozáis con el
dedo!
47 ¡Ay de vosotros, que edificáis mausoleos a los profetas, des-
48 pués que vuestros padres los mataron! Así dais testimonio de lo
que hicieron vuestros padres, y lo aprobáis; porque ellos los ma-
49 taron y vosotros edificáis los sepulcros. Por algo dijo la sabiduría
de Dios: «Les enviaré profetas y apóstoles; a unos los matarán,
50 a otros los perseguirán», para que a tal clase de gente se le pida
cuenta de la sangre de los profetas derramada desde que empezó
51 el mundo; desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, que pere-
ció entre el altar y el santuario. Sí, os lo repito: Se le pedirá
cuenta a tal clase de gente.
52 ¡Ay de vosotros, juristas, que os habéis guardado la llave del
saber! Vosotros no habéis entrado, y a los que estaban entrando
les habéis cerrado el paso.
53 Al salir de allí, los letrados y fariseos empezaron a acosarlo y
a tirarle de la lengua insidiosamente sobre muchas cuestiones, es-
54 tando al acecho para cogerlo con sus propias palabras.

12 Mientras tanto, miles y miles de personas se habían aglomerado
hasta pisarse unos a otros. Jesús empezó a hablar, dirigiéndose en
primer lugar a sus discípulos:
—Mucho cuidado con la levadura de los fariseos, o sea, con la
2 hipocresía. Pero nada hay encubierto que no deba descubrirse ni
3 nada escondido que no deba saberse, porque lo que dijisteis de
noche se escuchará en pleno día, y lo que dijisteis al oído en la
despensa se pregonará desde las azoteas.

ACTITUDES DEL DISCIPULO

(Mt 10,28-33; 12,32; 10,19-20)

4 Escuchadme ahora vosotros, amigos míos: No les cojáis miedo
5 a los que matan el cuerpo y después no pueden hacer más. Os
voy a indicar a quién tenéis que temer: Temed al que tiene poder
para matar y después echar en el fuego. Sí, a ése temedlo, desde
6 luego. ¿No se venden cinco gorriones por cuatro cuartos? Y, sin
7 embargo, ni de uno solo de ellos se olvida Dios. Es más, hasta los
pelos de vuestra cabeza están todos contados. No tengáis miedo:
valéis más que todos los gorriones juntos.
8 Y os digo que, por todo el que se pronuncie por mí ante los
hombres, también este Hombre se pronunciará ante los ángeles
9 de Dios. Y si uno me niega ante los hombres, será negado él
10 ante los ángeles de Dios. A todo el que hable en contra del hom-
bre se le podrá perdonar, pero el que blasfeme contra el Espíritu
11 Santo no tendrá perdón. Cuando os conduzcan a la sinagoga, ante
los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo os

vais a defender o de qué vais a decir, porque lo que hay que decir
12 os lo enseñará el Espíritu Santo en aquel momento.

Parábola del rico necio

13 Uno del público le pidió:
—Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.
14 Le contestó Jesús:
—Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vos-
otros?
15 Entonces les dijo:
—Cuidado: guardaos de toda codicia, que aunque uno ande so-
brado, la vida no depende de los bienes.
16 Y les propuso una parábola:
—Las tierras de un hombre rico dieron una gran cosecha. El
17 estuvo echando cálculos: «¿Qué hago? No tengo dónde almace-
narla».
18 Y entonces se dijo:
—Voy a hacer lo siguiente: derribaré mis graneros, construiré
otros más grandes y almacenaré allí el grano y las demás provi-
19 siones. Luego podré decirme: «Amigo, tienes muchos bienes alma-
cenados para muchos años: túmbate, come, bebe y date la buena
vida».
20 Pero Dios le dijo:
—Insensato, esta noche te van a reclamar la vida. Lo que te
has preparado, ¿para quién será?
21 Eso le pasa al que amontona riquezas para sí y para Dios no
es rico.

Confianza en el Padre

(Mt 6,19-21.25-34)

22 Y a sus discípulos les dijo:
—Por eso os digo: No andéis agobiados por la vida, pensando
qué vais a comer, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a
23 vestir; porque la vida vale más que el alimento y el cuerpo más
24 que el vestido. Fijaos en los cuervos: ni siembran ni siegan, no
tienen despensa ni granero y, sin embargo, Dios los alimenta.
Y ¡cuánto más valéis vosotros que los pájaros!
25 Y ¿quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una
26 hora al tiempo de su vida? Entonces, si no sois capaces ni siquiera
27 de lo pequeño, ¿por qué os agobiáis por lo demás? Fijaos cómo
crecen los lirios: ni hilan ni tejen, y os digo que ni Salomón en
28 todo su fasto estaba vestido como cualquiera de ellos. Pues si a
la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el
horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente
de poca fe?
29 No estéis con el alma en un hilo buscando qué comer y qué
30 beber. Son los paganos quienes ponen su afán en esas cosas; ya
31 sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de eso. En cambio, buscad
que él reine y eso se os dará por añadidura.
32 Tranquilizaos, rebaño pequeño, que es decisión de vuestro Pa-

33 dre reinar de hecho sobre vosotros. Vended vuestros bienes y
dadlo en limosnas; haceos bolsas que no se estropeen, un tesoro
inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni echa
34 a perder la polilla. Porque donde tengáis vuestra riqueza tendréis
el corazón.

Criados vigilantes
(Mt 24,45-51)

35-6 —Tened el delantal puesto y encendidos los candiles: pareceos
a los que aguardan a que su amo vuelva de la boda para, cuando
37 llegue, abrirle en cuanto llame. Dichosos esos criados si el amo al
llegar los encuentra en vela: os aseguro que él se pondrá el delan-
38 tal, los hará recostarse y les servirá uno a uno; si llega entrada
la noche o incluso de madrugada y los encuentra así, dichosos ellos.
39 Esto ya lo comprendéis: que si el dueño de la casa supiera a qué
40 hora va a llegar el ladrón, no le dejaría abrir un boquete. Por eso,
estad también vosotros preparados, pues cuando menos lo penséis
llegará este Hombre.
41 Pedro le preguntó:
—Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos en
general?
42 El Señor continuó:
—Conque ¿dónde está ese administrador fiel y cuidadoso a
quien el amo va a encargar de repartir a los sirvientes la ración
43 a sus horas? Dichoso el tal empleado si el amo al llegar lo en-
44 cuentra cumpliendo con su obligación. Os aseguro que le confiará
45 la administración de todos sus bienes. Pero si el tal empleado,
pensando que su amo tardará, empieza a maltratar a los mozos
46 y a las muchachas, a comer y beber y emborracharse, el día que
menos se lo espera, y a la hora que no ha previsto, llegará el amo
y lo pondrá en la calle, mandándolo a donde se manda a los que no
47 son fieles. El empleado ése, que conociendo el deseo de su señor
no prepara las cosas o no las hace como su señor desea, recibirá
48 muchos palos; en cambio, el que no lo conoce, pero hace algo que
merece palos, recibirá pocos. Al que mucho se le dio, mucho se le
exigirá; al que mucho se le confió, más se le pedirá.

Jesús, causa de división
(Mt 10,34-36)

49 Fuego he venido a encender en la tierra, y ¡qué más quiero si
50 ya ha prendido! Pero tengo que ser sumergido [a] en las aguas y
51 no veo la hora de que eso se cumpla. ¿Pensáis que he venido a
52 traer paz a la tierra? Os digo que no, división y nada más; porque
de ahora en adelante una familia de cinco estará dividida; se divi-
53 dirán tres contra dos y dos contra tres; padre contra hijo e *hijo
contra padre,* madre contra hija e *hija contra madre,* la suegra con-
tra su nuera y la *nuera contra la suegra* [b].

a «sumergido en las aguas», cf. Mc 10,38. «Y no veo la hora, etc.», lit. «y cómo estoy agobiado hasta que se cumpla». *b* Miq 7,5.

EL TIEMPO DE JESUS: SIGNIFICADO Y URGENCIA

Interpretar el tiempo
(Mt 16,2-3)

54 Y añadió, también para la gente:
—Cuando veis subir una nube por el poniente decís en seguida:
55 «Chaparrón tenemos», y así sucede. Cuando sopla el sur decís:
56 «Va a hacer bochorno», y lo hace. Hipócritas: si sabéis interpretar
el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo es que no sabéis inter-
pretar el momento presente?
57 Y ¿por qué no juzgáis vosotros mismos lo que se debe hacer?
58 Por ejemplo, cuando vas con tu contrincante a ver al magistrado,
haz lo posible por librarte de él mientras vais de camino; no sea
que te arrastre ante el juez y el juez te entregue al alguacil, y el
59 alguacil te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta
que no pagues el último céntimo.

Enmienda o ruina

13 En aquel momento se presentaron algunos a contarle que Pilato
había mezclado la sangre de unos galileos con la de las víctimas
2 que ofrecían. Jesús les contestó:
—¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás
3 porque acabaron así? Os digo que no; y si no os enmendáis, todos
4 vosotros pereceréis también. Y aquellos dieciocho que murieron
aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables
5 que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y si no os
enmendáis, todos vosotros pereceréis también.

Parábola de la higuera estéril

6 Y añadió esta parábola:
—Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, fue a
7 buscar higos y no encontró. Entonces dijo al viñador:
—Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera
y no lo encuentro. Córtala. ¿Para qué además va a esquilmar el
terreno?
8 Pero el viñador le contestó:
—Señor, déjala todavía este año; entre tanto yo cavaré y le echa-
9 ré estiércol; si en adelante diera fruto..., si no, la cortas.

La mujer encorvada

10 Un sábado enseñaba en una sinagoga. Había allí una mujer que
11 desde hacía dieciocho años estaba enferma por causa de un espí-
12 ritu, y andaba encorvada, sin poderse enderezar del todo. Al verla,
la llamó Jesús y le dijo:
—Mujer, quedas libre de tu enfermedad.
13 Y le aplicó las manos. En el acto se puso derecha y empezó a
14 alabar a Dios. Intervino el jefe de la sinagoga, indignado porque
Jesús había curado en sábado, y le dijo a la gente:

—Hay seis días de trabajo: venid esos días a que os curen, y
no los sábados.
15 Pero el Señor, dirigiéndose a él, dijo:
—Hipócritas: cualquiera de vosotros, ¿no desata del pesebre al
16 buey o al burro y lo lleva a abrevar aunque sea sábado? Y a ésta,
que es hija de Abrahán, y que Satanás ató hace ya dieciocho años,
¿no había que soltarla de su cadena en sábado?
17 Según iba diciendo esto se abochornaban sus adversarios, mien-
tras toda la gente se alegraba de tantos portentos como hacía.

Parábolas del grano de mostaza y la levadura
(Mt 13,31-33; Mc 4,30-32)

18 Continuó:
—¿A qué se parece el reinado de Dios? ¿Con qué lo compa-
19 raré? Se parece al grano de mostaza que un hombre sembró en su
huerta: creció, se hizo un árbol y los pájaros anidaron en sus ramas.
20 Y repitió:
21 —¿Con qué compararé el reinado de Dios? Se parece a la leva-
dura que metió una mujer en medio quintal de harina y todo
acabó por fermentar.

HACIA JERUSALEN. SIGNIFICADO DEL VIAJE

La puerta estrecha
(Mt 7,13-14.21-23; 25,10-12)

22 Camino de Jerusalén, enseñaba en los pueblos y aldeas que iba
23 atravesando. Uno le preguntó:
—Señor, ¿son pocos los que se salvan?
Jesús dio esta respuesta:
24 —Forcejead para abriros paso por la puerta estrecha, porque os
25 digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Una vez que el
dueño de casa se levante y cierre la puerta, por mucho que gol-
peéis la puerta desde fuera gritando: «Señor, ábrenos», él os re-
26 plicará: «No sé quiénes sois». Entonces os pondréis a decirle: «Si
hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras
27 calles»; pero él os responderá: «No sé quiénes sois; ¡lejos de mí
28 todos los que practicáis la injusticia!». Allí será el llanto y el apre-
tar de dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a todos
los profetas en el Reino de Dios, mientras a vosotros os echan
29 fuera. Y también de oriente y de occidente, del norte y del sur,
habrá quienes vengan a sentarse en el banquete del Reino de Dios.
30 Mirad: Hay últimos que serán primeros y hay primeros que
serán últimos.

Lamento sobre Jerusalén
(Mt 23,37-39)

31 En aquella ocasión se acercaron unos fariseos a decirle:
—Vete, márchate de aquí, que Herodes quiere matarte.

32 El contestó:
—Id a decirle a ese don nadie [a]: «Mira, hoy y mañana seguiré
33 curando y echando demonios; al tercer día acabo». Pero hoy, ma-
ñana y pasado tengo que seguir mi viaje, porque no cabe que un
profeta muera fuera de Jerusalén.
34 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los
que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos,
como la clueca a sus pollitos bajo las alas, pero no habéis querido!
35 Pues mirad, *vuestra casa se os quedará vacía.* Y os digo que no
me volveréis a ver hasta el día que exclaméis: «*Bendito el que
viene en nombre del Señor*» [b].

Cura en sábado. Los convidados

14 Sucedió que un sábado fue a comer a casa de uno de los jefes
2 fariseos, y ellos lo estaban acechando. Jesús se encontró delante un
3 hombre enfermo de hidropesía, y dirigiéndose a los juristas y fari-
seos, preguntó:
—¿Está permitido curar los sábados o no?
4 Ellos se quedaron callados. Jesús cogió al enfermo, lo curó y
5 lo despidió. Y a ellos les dijo:
—Si a uno de vosotros se le cae al pozo el burro o el buey, ¿no
lo saca en seguida, aunque sea sábado?
6 Y se quedaron sin respuesta.
7 Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les
propuso estas máximas:
8 —Cuando alguien te convide a una boda, no te sientes en el
puesto principal, que a lo mejor ha convidado a otro de más cate-
9 goría que tú; se acercará el que os invitó a ti y a él y te dirá:
«Déjale el puesto a éste». Entonces, avergonzado, tendrás que ir
10 bajando hasta el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete
derecho a sentarte en el último puesto, para que cuando venga el
que te convidó te diga: «Amigo, sube más arriba». Así quedarás
11 muy bien ante los demás comensales. Porque a todo el que se
encumbra lo abajarán y al que se abaja lo encumbrarán.
12 Y al que lo había invitado le dijo:
—Cuando des una comida o una cena no invites a tus amigos,
ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; no
13 sea que te inviten ellos para corresponder y quedes pagado. Cuan-
14 do des un banquete invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y
dichoso tú entonces porque no pueden pagarte; te pagarán cuando
resuciten los justos.

Parábola del gran banquete
(Mt 22,1-10)

15 Al oír esto, uno de los comensales le dijo:
—¡Dichoso el que coma en el banquete del Reino de Dios!

a «don nadie», lit. «zorro», no en el sentido de astucia, sino en el de indi-viduo insignificante, opuesto a «león» o persona importante. *b* Sal 118,26.

16 Jesús le dijo a él:
—Un hombre daba un gran banquete y convidó a mucha gente;
17 a la hora del banquete mandó al encargado a avisar a los con-
vidados:
—Venid, que ya está preparado.
18 Pero todos, en seguida, empezaron a excusarse. El primero le
dijo:
—He comprado un campo y tengo que ir a verlo. Dispénsame,
por favor.
19 Otro dijo:
—He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Dis-
pénsame, por favor.
20 Otro dijo:
—Me acabo de casar y, naturalmente, no puedo ir.
21 El encargado volvió a contárselo al amo. Entonces el dueño de
la casa, indignado, le dijo:
—Sal corriendo a las plazas y calles de la ciudad y tráete a los
pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos.
22 El encargado dijo:
—Señor, se ha hecho lo que mandaste y todavía queda sitio.
23 Entonces el amo le dijo:
—Sal por los caminos y senderos e insísteles hasta que entren
24 y se me llene la casa, porque os digo que ninguno de aquellos
convidados probará mi banquete.

Condiciones para ser discípulo
(Mt 10,37-38)

25 Por el camino lo acompañaba un gran gentío; él se volvió y
les dijo:
26 —Si uno quiere ser de los míos y no me prefiere [a] a su padre y
a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas,
27 y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no carga
con su cruz y se viene detrás de mí, no puede ser discípulo mío.
28 Ahora bien, si uno de vosotros quiere construir una torre, ¿no
se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para termi-
29 narla? Para evitar que, si echa los cimientos y no puede acabarla,
30-1 los mirones se pongan a burlarse de él a coro, diciendo: «Este
empezó a construir y no ha sido capaz de acabar». Y si un rey
va a dar batalla a otro, ¿no se sienta primero a deliberar si le
bastarán diez mil hombres para hacer frente al que viene contra
32 él con veinte mil? Y si ve que no, cuando el otro está todavía
lejos, le envía legados para pedir condiciones de paz.
33 Esto supuesto, todo aquel de vosotros que no renuncia a todo
lo que tiene no puede ser discípulo mío.
34 Sí, buena cosa es la sal, pero si hasta la sal se pone sosa, ¿con
35 qué se sazonará? No sirve ni para abono ni para el estercolero.
Hay que tirarla. ¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!

a «no me prefiere», significado del semitismo «odia».

LA ALEGRIA DEL PERDON

Parábola de la oveja perdida
(Mt 18,12-14)

15 Recaudadores y descreídos [a] solían acercarse en masa para es-
2 cucharlo. Los fariseos y los letrados lo criticaban diciendo:
—Ese acoge a los descreídos y come con ellos.
3 Entonces les propuso Jesús esta parábola:
4 —Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no
deja las noventa y nueve en el campo y va en busca de la des-
5 carriada hasta encontrarla? Cuando la encuentra, se la carga en los
6 hombros, muy contento; al llegar a casa reúne a los amigos y a los
vecinos para decirles:
—¡Dadme la enhorabuena! He encontrado la oveja que se me
había perdido.
7 Os digo que lo mismo pasa en el cielo; da más alegría un pe-
cador que se enmienda que noventa y nueve justos que no nece-
sitan enmendarse.

La moneda perdida

8 Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no en-
ciende un candil, barre la casa y busca con cuidado hasta encon-
9 trarla? Y cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas
para decirles:
—¡Dadme la enhorabuena! He encontrado la moneda que se
me había perdido.
10 Os digo que la misma alegría sienten los ángeles de Dios por
un solo pecador que se enmienda.

El hijo pródigo

11 Y añadió:
12 —Un hombre tenía dos hijos; el menor le dijo a su padre:
—Padre, dame la parte de la fortuna que me toca.
13 El padre les repartió los bienes. No mucho después, el hijo me-
nor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derro-
14 chó su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se lo había
gastado todo vino un hambre terrible en aquella tierra y empezó
15 él a pasar necesidad. Fue entonces y se puso al servicio de uno
de los naturales de aquel país, que lo mandó a sus campos a guar-
16 dar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las alga-
17 rrobas que comían los cerdos, pues nadie le daba de comer. Re-
capacitando entonces, se dijo:
—Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia,
18 mientras yo estoy aquí muriéndome de hambre. Voy a volver a
casa de mi padre y le voy a decir: «Padre, he ofendido a Dios
19 y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame
como a uno de tus jornaleros».

a «descreídos», cf. Mt 9,10.

20 Entonces se puso en camino para casa de su padre; su padre
lo vio de lejos y se enterneció; salió corriendo, se le echó al cuello
21 y lo cubrió de besos. El hijo empezó:
—Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no me-
rezco llamarme hijo tuyo.
22 Pero el padre les mandó a los criados:
—Sacad en seguida el mejor traje y vestidlo; ponedle un anillo
23 en el dedo y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y ma-
24 tadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío se había
muerto y ha vuelto a vivir; se había perdido y se le ha encon-
trado.
Y empezaron el banquete.
25 El hijo mayor estaba en el campo. A la vuelta, cerca ya de la
26 casa, oyó la música y el baile; llamó a uno de los mozos y le pre-
27 guntó qué pasaba. Este le contestó:
—Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar el ter-
nero cebado, porque ha recobrado a su hijo sano y salvo.
28 El se indignó y se negó a entrar; pero el padre salió e intentó
29 persuadirlo. El hijo replicó:
—Mira: a mí, en tantos años como te sirvo sin desobedecer
nunca una orden tuya, jamás me has dado un cabrito para comér-
30 melo con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se
ha comido tus bienes con malas mujeres, matas para él el ternero
cebado.
31 El padre le respondió:
—Hijo mío, ¡si tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo!
32 Además, había que hacer fiesta y alegrarse, porque este hermano
tuyo se había muerto y ha vuelto a vivir, se había perdido y se
le ha encontrado.

LA RIQUEZA, RIVAL DE DIOS

Parábola del administrador

16 Jesús dijo también a sus discípulos:
—Un hombre rico tenía un administrador y le fueron con el
2 cuento de que éste derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y
le dijo:
—¿Qué es eso que oigo decir de ti? Dame cuenta de tu gestión,
porque quedas despedido.
3 El administrador se puso a echar cálculos:
—¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita el empleo?
4 Para cavar no tengo fuerza; mendigar, me da vergüenza. Ya sé
lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administra-
ción, haya quien me reciba en su casa.
5 Fue llamando uno por uno a los deudores de su amo, y preguntó
al primero:
—¿Cuánto debes a mi amo?
6 Aquél respondió:
—Cien barriles de aceite.

El le dijo:
—Aquí está tu recibo: date prisa, siéntate y escribe «cin-
cuenta» [a].
7 Luego preguntó a otro:
—Y tú, ¿cuánto le debes?
Este contestó:
—Cien fanegas de trigo.
Le dijo:
—Aquí está tu recibo: escribe «ochenta».
8 El amo felicitó a aquel administrador de lo injusto por la saga-
cidad con que había procedido, pues los que pertenecen a este
mundo son más sagaces con su gente que los que pertenecen a
la luz.
9 Ahora os digo yo: Ganaos amigos dejando el injusto dinero;
así, cuando esto se acabe, os recibirán en las moradas eternas.
10 Quien es de fiar en lo de nada, también es de fiar en lo impor-
tante; quien no es honrado en lo de nada, tampoco es honrado en
11 lo importante. Por eso, si no habéis sido de fiar con el injusto
12 dinero, ¿quién os va a confiar lo que vale de veras? Si no habéis
sido de fiar en lo ajeno, lo vuestro, ¿quién os lo va a entregar?
13 Ningún criado puede estar al servicio de dos amos; porque o
aborrecerá a uno y querrá al otro o bien se apegará a uno y des-
preciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.
14 Oyeron todo esto los fariseos, que son amigos del dinero, y
15 se burlaban de él. Jesús les dijo:
—Vosotros sois los que os las dais de intachables ante la gente,
pero Dios os conoce por dentro, y ese encumbrarse entre los hom-
bres le repugna a Dios.

El reinado de Dios, profecía y realidad
(Mt 11,12-13)

16 La Ley y los Profetas llegaron hasta Juan; desde entonces se
anuncia el reinado de Dios y todo el mundo usa la violencia con-
17 tra él; pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra que no que
18 caiga un acento de la Ley. Todo el que repudia a su mujer y se
casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la repudiada
comete adulterio.

El rico y Lázaro

19 Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino y ban-
20 queteaba todos los días espléndidamente. Un mendigo llamado
21 Lázaro estaba echado en el portal, cubierto de llagas; habría que-
rido llenarse el estómago con lo que tiraban de la mesa del rico;
22 más aún, hasta se le acercaban los perros a lamerle las llagas. Se
murió el mendigo, y los ángeles lo pusieron a la mesa al lado de
23 Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Estando en

a El administrador no defrauda al amo, en ambos casos renuncia a su co-
misión.

el abismo, en medio de los tormentos, levantó los ojos, vio de
24 lejos a Abrahán con Lázaro echado a su lado, y gritó:
—Padre Abrahán, ten piedad de mí; manda a Lázaro que moje
en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, que me ator-
mentan estas llamas.
25 Pero Abrahán le contestó:
—Hijo, recuerda que en vida te tocó a ti lo bueno y a Lázaro
26 lo malo; por eso ahora él encuentra consuelo y tú padeces. Además,
entre nosotros y vosotros se abre una sima inmensa; por más que
quiera, nadie puede cruzar de aquí para allá ni de allí para acá.
27 El rico insistió:
28 —Entonces, padre, por favor, manda a Lázaro a mi casa, porque
tengo cinco hermanos: que los prevenga, no sea que acaben tam-
bién ellos en este lugar de tormento.
29 Abrahán le contestó:
—Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen.
30 El rico insistió:
—No, no, padre Abrahán; pero si un muerto fuera a verlos, se
enmendarían.
31 Abrahán le replicó:
—Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no le harán caso ni
a un muerto que resucite.

Recomendaciones al discípulo
(Mt 18,6-7.21-22; Mc 9,42)

17 Jesús dijo a sus discípulos:
—Es inevitable que sucedan escándalos; pero ¡ay del que los
2 provoca! Más le valdría que le encajaran en el cuello una piedra
de molino y lo arrojasen al mar, antes que escandalizar a uno de
3 estos pequeños. Andaos con cuidado.
Si tu hermano te ofende, repréndelo; y si se arrepiente, perdó-
4 nalo. Si te ofende siete veces al día y vuelve siete veces a decirte
¡lo siento!, lo perdonarás.
5 Los apóstoles le pidieron al Señor:
—Auméntanos la fe.
6 El Señor contestó:
—Si tuvierais una fe como un grano de mostaza, le diríais a
esa morera: «Arráncate de raíz y plántate en el mar», y os obe-
decería.
7 Suponed que un criado vuestro trabaja de labrador o de pastor.
Cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: «Pasa co-
8 rriendo a la mesa»? No; le decís: «Prepárame de cenar, ponte el
9 delantal y sírveme mientras yo como; después comerás tú». ¿Te-
néis que estarle agradecidos porque hace lo que se le manda?
10 Pues vosotros lo mismo: cuando hayáis hecho todo lo mandado,
decid: «No somos más que unos pobres criados [a], hemos hecho lo
que teníamos que hacer».

a «pobres criados», lit. «siervos inútiles», expresión usual con el mismo sentido de la castellana.

Cura a diez leprosos

11 Yendo camino de Jerusalén, atravesó Jesús por entre Samaría y
12 Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron hacia él diez
13 leprosos que se pararon a lo lejos y le dijeron a gritos:
—¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!
14 Al verlos, les dijo:
—Id a presentaros a los sacerdotes.
15 Mientras iban de camino quedaron limpios. Uno de ellos, notan-
do que estaba curado, se volvió alabando a Dios a voces, y se echó
16 por tierra a los pies de Jesús, dándole las gracias; era un sama-
17 ritano. Jesús preguntó:
—¿No han quedado limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde
18 están? ¿No ha habido quien vuelva para agradecérselo a Dios
excepto este extranjero?
19 Y le dijo:
—Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

Sobre la llegada del reinado de Dios
(Mt 24,23-28.37-41)

20 A unos fariseos que le preguntaban cuándo iba a llegar el rei-
nado de Dios les contestó:
—La llegada del reinado de Dios no está sujeta a cálculo ni
21 podrán decir: míralo aquí o allí; porque, mirad, ¡dentro de vos-
otros [a] está el reinado de Dios!
22 En cambio, a sus discípulos les dijo:
—Llegará un tiempo en que desearéis vivir siquiera un día con
23 este Hombre y no podréis. Os dirán: míralo aquí, míralo allí;
24 no vayáis, no corráis detrás; porque igual que el fulgor del re-
lámpago brilla de un extremo a otro del horizonte, así ocurrirá
25 con este Hombre en su día. Pero antes tiene que padecer mucho
y ser rechazado por esa clase de gente.
26 Lo que pasó en tiempo de Noé pasará también en el tiempo de
27 este Hombre: comían, bebían y se casaban ellos y ellas hasta el
día que Noé entró en el arca; entonces llegó el diluvio y acabó
28 con todos. Lo mismo sucedió en tiempo de Lot: comían, bebían,
29 compraban, vendían, sembraban y construían; pero el día que Lot
salió de Sodoma llovió fuego y azufre del cielo y acabó con todos.
30-1 Así sucederá el día que se manifieste este Hombre. Aquel día, si
uno está en la azotea y tiene sus cosas en casa, que no baje por
ellas; si uno está en el campo, lo mismo, que no se vuelva para
32 atrás. Acordaos de la mujer de Lot.
33 El que pretenda poner su vida al seguro, la perderá; y, en cam-
34 bio, el que la pierda, la recobrará. Esto os digo: Aquella noche
estarán dos en una cama, a uno se lo llevarán y al otro lo dejarán;

a «dentro de vosotros», hay que optar por él, no es acontecimiento puramente externo.

35 estarán dos moliendo juntas, a una se la llevarán y a la otra la
dejarán [a].
37 Ellos le preguntaron.
—¿Dónde será, Señor?
El contestó:
—Donde se reúnen los buitres, allí está el cuerpo.

La viuda y el juez

18 Para explicarles que tenían que orar siempre y no desanimarse,
les propuso esta parábola:
2 —En una ciudad había un juez que ni temía a Dios ni respe-
3 taba a hombre. En la misma ciudad había una viuda que iba a
4 decirle: «Hazme justicia frente a mi adversario». Por bastante
tiempo no quiso, pero después pensó: «Yo no temo a Dios ni
5 respeto a hombre, pero esa viuda me está amargando la vida; le
voy a hacer justicia para que no venga a reventarme sin parar».
6 Y el Señor añadió:
7 —Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará
justicia a sus elegidos si ellos le gritan día y noche?, o ¿les dará
8 largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero cuando vuel-
va este Hombre, ¿qué?, ¿va a encontrar esa fe en la tierra?

El fariseo y el recaudador

9 A algunos que, pensando estar a bien con Dios, se sentían
seguros de sí y despreciaban a los demás, les dirigió esta parábola:
10 —Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo;
11 el otro, recaudador. El fariseo se plantó y se puso a orar en voz
baja de esta manera: «Dios mío, te doy gracias de no ser como
los demás: ladrón, injusto o adúltero; ni tampoco como ese re-
12 caudador. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo
13 lo que gano». El recaudador, en cambio, se quedó a distancia y
no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; no hacía más que
darse golpes de pecho diciendo: «¡Dios mío!, ten compasión de
este pecador».
14 Os digo que éste bajó a su casa a bien con Dios y aquél no.
Porque a todo el que se encumbra lo abajarán y al que se abaja lo
encumbrarán.

Los niños
(Mt 19,13-15; Mc 10,13-16)

15 Le acercaban también niños pequeños para que los tocara. Al
16 verlo los discípulos les regañaban. Jesús invitó a que se los traje-
ran, diciendo:
—Dejad que se me acerquen los niños y no se lo impidáis, por-
17 que los que son como ellos tienen a Dios por Rey. Os aseguro que
quien no acepte el Reino de Dios como un niño no entrará en él.

a Algunos mss. añaden el v. 36, tomado de Mt 24,40.

Jesús y el rico
(Mt 19,16-30; Mc 10,17-31)

18 Un magistrado le preguntó:
—Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar vida
eterna?
19 Jesús le contestó:
—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno más que uno,
20 Dios. Ya sabes los mandamientos: *No cometas adulterio, no mates,*
no robes, no des falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre [a].
21 El replicó:
—Todo eso lo he cumplido desde joven.
22 Al oírlo Jesús, le dijo:
—Aún te queda una cosa: vende todo lo que tienes y repár-
telo a los pobres, que Dios será tu riqueza; y, anda, sígueme
a mí.
23-4 Al oír aquello se puso muy triste, porque era riquísimo. Vién-
dolo tan triste, dijo Jesús:
—¡Con qué dificultad entran en el Reino de Dios los que tie-
25 nen el dinero! Porque es más fácil que entre un camello por el
ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios.
26 Los presentes exclamaron:
—Entonces, ¿quién puede subsistir?
27 El les contestó:
—Lo imposible humanamente es posible para Dios.
28 Replicó Pedro:
—Pues mira, nosotros hemos dejado lo que teníamos y te hemos
seguido.
29 Jesús les dijo:
—Os lo aseguro: No hay ninguno que haya dejado casa, o mu-
30 jer o hermanos, o padres o hijos por el reinado de Dios que no
reciba en este tiempo mucho más y en la edad futura vida eterna.

SE ACERCA A JERUSALEN

Anuncia por tercera vez su muerte y resurrección
(Mt 20,17-19; Mc 10,32-34)

31 Se llevó aparte a los Doce y les dijo:
—Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y se va a cumplir todo
32 lo que escribieron los profetas acerca de este Hombre: Lo en-
tregarán a los paganos, se burlarán de él, lo insultarán, le escu-
33 pirán; después de azotarlo, lo matarán, pero al tercer día resu-
citará.
34 Ellos no entendieron nada de aquello; aquel lenguaje seguía
siendo un enigma para ellos y no comprendían lo que quería decir.

a Ex 20,12-16; Dt 5,16-20.

El pordiosero ciego cerca de Jericó
(Mt 20,29-36; Mc 10,46-52)

35 Cuando se acercaban a Jericó había un ciego sentado a la vera
36 del camino, pidiendo. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué
37 era aquello, y le explicaron:
—Está pasando Jesús el Nazareno.
38 Entonces empezó a dar voces diciendo:
—¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!
39 Los que iban delante le regañaban para que se callara, pero él
gritaba mucho más:
—¡Hijo de David, ten compasión de mí!
40 Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando lo tuvo cerca
le preguntó:
41 —¿Qué quieres que haga por ti?
El dijo:
—Señor, que vea otra vez.
42 Jesús le contestó:
—Recobra la vista; tu fe te ha curado.
43 En el acto recobró la vista y lo siguió bendiciendo a Dios.
Y todo el pueblo, al ver esto, alababa a Dios.

Zaqueo

19 Entró Jesús en Jericó y empezó a atravesar la ciudad. En esto
2 un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de recaudadores y muy
3 rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo
4 impedía, porque era bajo de estatura. Para verlo se adelantó
corriendo y se subió a una higuera, porque tenía que pasar por
5 allí. Al llegar a aquel sitio, levantó Jesús la vista y le dijo:
—Zaqueo, baja en seguida, que hoy tengo que alojarme en tu
casa.
6-7 El bajó en seguida y lo recibió muy contento. Al ver aquello
murmuraban todos:
—¡Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador!
8 Zaqueo se puso en pie y le dijo al Señor:
—Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres,
y si a alguien le he sacado dinero, se lo restituiré cuatro veces.
9 Jesús le contestó:
—Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es
10 hijo de Abrahán. Porque este Hombre ha venido a buscar lo que
estaba perdido y a salvarlo.

Parábola de las diez onzas
(Mt 25,14-30)

11 Como la gente lo escuchaba, añadió una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y se pensaba que el reinado de Dios iba
a despuntar de un momento a otro:
12 —Un hombre noble se marchó a un país lejano para conse-

13 guirse el título de rey y volver después. Llamó a diez empleados
suyos y les repartió diez onzas de oro[a], encargándoles:
—Negociad mientras vuelvo.
14 Sus conciudadanos, que lo aborrecían, enviaron detrás de él
una delegación que dijese: «No queremos a éste por rey».
15 Cuando volvió con el título real mandó llamar a los empleados
a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había
16 ganado cada uno. El primero se presentó y dijo:
—Señor, tu onza ha producido diez.
17 El le contestó:
—Muy bien, eres un empleado cumplidor; como has sido fiel
en una minucia, tendrás autoridad sobre diez ciudades.
18 El segundo llegó y dijo:
—Tu onza, señor, ha producido cinco.
19 A éste le dijo también:
—Pues toma tú el mando de cinco ciudades.
20 El otro llegó y dijo:
—Señor, aquí está tu onza; la he tenido guardada en un pa-
21 ñuelo; te tenía miedo porque eres hombre exigente, que reclamas lo que no prestas y siegas lo que no siembras.
22 El contestó:
—Por tu boca te condeno, empleado inútil. ¿Conque sabías
que soy exigente, que reclamo lo que no presto y siego lo que
23 no siembro? Pues razón de más para poner mi dinero en el banco.
Al volver yo lo habría cobrado con los intereses.
24 Entonces dijo a los presentes:
—Quitadle a éste la onza y dádsela al que tiene diez.
25 Le replicaron:
—Señor, si ya tiene diez onzas.
26 —Os digo que a todo el que produce se le dará, y que al que
27 no produce, se le quitará hasta lo que tiene. Y a esos enemigos
míos que no me querían por rey traedlos acá y degolladlos en
mi presencia.
28 Y dicho esto, Jesús echó a andar delante de ellos, subiendo hacia
Jerusalén.

V

EN JERUSALEN

Entrada solemne
(Mt 21,1-11; Mc 11,1-11; Jn 12,12-19)

29 Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte que llaman
30 de los Olivos, mandó a dos de sus discípulos diciéndoles:
—Id a esa aldea de enfrente: al entrar encontraréis un borrico
atado en el que nadie se ha montado nunca. Desatadlo y traedlo.

a «onzas de oro», en griego *mná* o *mina*, moneda de gran valor.

31 Y si alguien os pregunta por qué razón lo desatáis, contestadle que
el Señor lo necesita.
32-3 Ellos fueron y encontraron lo que les había dicho. Mientras
desataban el borrico, los dueños les preguntaron:
—¿Por qué desatáis el borrico?
34 Contestaron ellos:
—El Señor lo necesita.
35 Se lo llevaron a Jesús, aparejaron el burro con sus mantos y
36 ayudaron a Jesús a montarse. Según iba él avanzando, alfombraban
37 el camino con los mantos. Cuando ya se acercaba, en la bajada
del monte de los Olivos, los discípulos en masa, entusiasmados,
se pusieron a alabar a Dios a gritos por todos los milagros que
38 habían visto, diciendo:
—*¡Bendito el que viene* como rey *en nombre del Señor!* [a].
¡Del cielo paz y a Dios gloria!
39 De entre la gente, unos fariseos le dijeron:
—Maestro, reprende a tus discípulos.
40 El replicó:
—Os digo que si éstos se callan gritarán las piedras.
41 Al acercarse y ver la ciudad, le dijo llorando:
42 —¡Si también tú comprendieras en este día lo que lleva a la
43 paz! Pero no, no tienes ojos para verlo. Y la prueba es que va a
llegar un día en que tus enemigos te rodeen de trincheras, te
44 sitien, aprieten el cerco, te arrasen con tus hijos dentro y no
dejen piedra sobre piedra, porque no reconociste la oportunidad
que Dios te daba.

ENSEÑANZA EN EL TEMPLO

Echa a los vendedores del templo
(Mt 21,12-17; Mc 11,15-19; Jn 2,13-22)

45 Después entró en el templo y se puso a echar a los vendedores,
46 diciéndoles:
—Escrito está: «*Será mi casa casa de oración*» [b], pero vosotros
la habéis convertido en una *cueva de bandidos*.
47 Todos los días enseñaba en el templo. Por su parte, los sumos
sacerdotes y los letrados intentaban quitarlo de en medio, y lo
48 mismo los notables del pueblo, pero no encontraban modo de
hacer nada, porque el pueblo entero estaba pendiente de sus labios.

Discuten su autoridad
(Mt 21,23-27; Mc 11,27-33)

20 Uno de aquellos días, mientras enseñaba al pueblo en el templo
anunciándoles la buena noticia, se presentaron los sumos sacerdo-
2 tes y los letrados con los senadores, y le hablaron así:
—Dinos con qué autoridad actúas así; ¿quién es el que te ha
dado esa autoridad?

a Sal 118,26. *b* Is 56,7; Jr 7,11.

3 Jesús les replicó:
4 —Os voy a hacer también yo una pregunta. Decidme: el bau-
tismo de Juan, ¿era cosa de Dios o cosa humana?
5 Ellos se pusieron a deliberar entre sí: si decimos «de Dios»,
6 dirá que por qué no le creímos, y si decimos «humana», el pueblo
entero nos apedreará, porque están convencidos de que Juan era
un profeta.
7 Y contestaron que no sabían.
8 Entonces Jesús les replicó:
—Pues tampoco os digo yo con qué autoridad actúo así.

Parábola de la viña y los labradores
(Mt 21,33-46; Mc 12,1-12)

9 Entonces se puso a decirle al pueblo esta parábola:
—Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores y
10 se marchó al extranjero para una buena temporada. A su tiempo
envió un criado a los labradores para que le entregasen su tanto
de la cosecha de uva, pero los labradores lo apalearon y lo des-
11 pidieron con las manos vacías. A continuación mandó un segundo
criado, pero también a éste lo apalearon, lo insultaron y lo des-
12 pidieron con las manos vacías. Entonces mandó un tercero; pero
13 también a éste lo malhirieron y lo echaron. El dueño de la viña
se dijo entonces:
—¿Qué hago? Voy a mandar a mi hijo querido, seguro que a
él lo respetarán.
14 Pero los labradores, al verlo, razonaron entre ellos:
—Este es el heredero, lo matamos y será nuestra la herencia.
15 Lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Vamos a ver, ¿qué
16 hará con ellos el dueño de la viña? Irá, acabará con los labradores
aquellos, y dará la viña a otros.
Al oír esto exclamaron:
—¡No lo permita Dios!
17 El se les quedó mirando y les dijo:
—¿Qué significa entonces ese texto de la Escritura: «*La piedra
que desecharon los constructores es ahora la piedra angular*»? [a].
18 Todo el que cae sobre esa piedra se estrellará, y si ella cae sobre
alguno, lo hará trizas.
19 Los letrados y los sumos sacerdotes, dándose cuenta de que la
parábola iba por ellos, intentaron echarle mano en aquel mismo
momento, pero tuvieron miedo de la gente.

El tributo al César
(Mt 22,15-22; Mc 12,13-17)

20 Entonces, poniéndose al acecho, le enviaron unos espías, que
aparentaban ser hombres íntegros, para cogerlo en alguna expresión
y poderlo entregar a la autoridad y jurisdicción del gobernador.
21 Le preguntaron:
—Maestro, sabemos que lo que dices y enseñas está bien y

a Sal 118,22.

que no te preocupa lo que la gente sea. No, tú enseñas el camino
22 de Dios de verdad. ¿Nos está permitido pagar impuesto al César
o no?
23 Jesús, advirtiendo su mala intención, les dijo:
24 —Mostradme una moneda. ¿De quién son la efigie y la leyenda
que lleva?
25 Le contestaron:
—Del César.
Les replicó:
—Pues entonces, lo que es del César devolvédselo al César, y
lo que es de Dios, a Dios.
26 No lograron cogerlo en nada delante del pueblo y, sorprendidos
por su respuesta, se callaron.

Problema sobre la resurrección
(Mt 22,23-33; Mc 12,18-27)

27 Se acercaron entonces unos saduceos, los que negaban la re-
surrección, y le propusieron este caso:
28 —Maestro, Moisés nos dejó escrito: «Si a uno se le muere su
hermano, dejando mujer, pero no hijos, cásese con la viuda y dé
29 descendencia a su hermano». Bueno, pues había siete hermanos:
30 el primero se casó y murió sin hijos. El segundo, el tercero y así
31 hasta el séptimo se casaron con la viuda, y murieron también sin
32-3 dejar hijos. Finalmente murió también la mujer. Pues bien, esa
mujer, cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos va a ser
mujer, si ha sido mujer de los siete?
34 Jesús les respondió:
35 —En esta vida los hombres y las mujeres se casan; en cambio,
los que sean dignos de la vida futura y de la resurrección, sean
36 hombres o mujeres, no se casarán; porque ya no pueden morir,
puesto que serán como ángeles, y, por haber nacido de la resu-
37 rrección, serán hijos de Dios. Y que resucitan los muertos lo in-
dicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama *al*
38 *Señor: «El Dios de Abrahán y Dios de Isaac y Dios de Jacob»* [a].
Y Dios no lo es de muertos, sino de vivos; es decir, que para él
todos ellos están vivos.
39 Intervinieron unos letrados:
—Bien dicho, Maestro.
40 Porque ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

¿Sucesor de David?
(Mt 22,41-46; Mc 12,35-37)

41 Pero Jesús les preguntó:
42 —¿Cómo dicen que el Mesías es sucesor de David?, si David
mismo dice en el libro de los Salmos:
«Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha,
que voy a hacer de tus enemigos estrado de tus pies» [b].

a Ex 3,6. *b* Sal 110,1.

44 De modo que David lo llama Señor; entonces, ¿cómo puede ser
sucesor suyo?

Denuncia en público a los letrados
(Mt 23,1-36; Mc 12,38-40; Lc 11,37-54)

45 En presencia de todo el pueblo dijo a los discípulos:
46 —¡Atención con los letrados!, esos que gustan de pasearse con
sus hopalandas y son amigos de que les hagan reverencias por la
calle, de los asientos de honor en las sinagogas y de los primeros
47 puestos en los banquetes; los que se comen los bienes de las viudas
con pretexto de largos rezos. Esos tales recibirán una sentencia
severísima.

El donativo de la viuda
(Mc 12,41-44)

21 Alzando los ojos vio a los ricos que echaban sus donativos en
2 el cepillo del templo; vio también a una viuda necesitada que
3 echaba unos cuartos, y dijo:
—Esa viuda, que es pobre, ha echado más que nadie, os lo
4 aseguro, porque todos ésos han echado como donativo de lo que
les sobra, mientras ella ha echado de lo que le hace falta, todo
lo que tenía para vivir.

Jesús predice la ruina del templo
(Mt 24,1-2; Mc 13,1-2)

5 Como algunos comentaban la belleza del templo por la calidad
de la piedra y los exvotos, dijo:
6 —Eso que contempláis llegará un día en que lo derribarán hasta
que no quede piedra sobre piedra.
7 Ellos le preguntaron:
—Maestro, y ¿cuándo va a ocurrir eso?, y ¿cuál será la señal
de que está para suceder?
8 El respondió:
—Cuidado con dejarse extraviar; porque van a venir muchos
usando mi título, diciendo «ése soy yo» y que el momento está
9 cerca; no los sigáis. Cuando oigáis estruendos de batallas y de
revoluciones, no tengáis pánico, porque eso tiene que suceder pri-
mero, pero el final no será inmediato.
10 Y añadió:
11 —Se alzará nación contra nación y reino contra reino, y habrá
grandes terremotos, y en diversos lugares hambre y epidemias;
sucederán cosas espantosas y se verán portentos grandes en el
12 cielo. Pero antes os perseguirán, os echarán mano, llevándoos a
las sinagogas y a la cárcel, y os conducirán ante reyes y gober-
13 nadores por causa mía; así tendréis ocasión de dar testimonio.
14 Por tanto, meteos en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra
15 defensa, porque yo os daré palabras tan acertadas que ningún
16 adversario os podrá hacer frente o contradeciros. Hasta vuestros
padres y hermanos, parientes y amigos os entregarán y os harán

17-8 morir a algunos. Todos os odiarán por causa mía, pero no per-
19 deréis ni un pelo de la cabeza; con vuestro aguante conseguiréis
la vida.

Predice la ruina de Jerusalén
(Mt 24,15-21; Mc 13,14-19)

20 —Cuando veáis a Jerusalén sitiada por ejércitos sabed que está
21 cerca su devastación. Entonces los que estén en Judea, que huyan
a la sierra; los que estén en la ciudad, que se alejen; los que estén
22 en el campo, que no entren en la ciudad; porque serán días de
23 escarmiento en que se cumplirá todo lo que está escrito. ¡Ay de
las que estén encinta o criando en aquellos días! Porque habrá
una necesidad tremenda en esta tierra y un castigo para este pue-
24 blo. Caerán a filo de espada, los llevarán cautivos a todas las na-
ciones y Jerusalén será pisoteada por los paganos, hasta que la
época de los paganos llegue a su término.

La venida de este Hombre
(Mt 24,29-31; Mc 13,24-27)

25 —Aparecerán portentos en el sol, la luna y las estrellas; y en
la tierra se angustiarán las gentes, enloquecidas por el estruendo
26 del mar y el oleaje. Los hombres quedarán sin aliento por el miedo,
27 pensando en lo que se le viene encima al mundo, porque hasta
los astros se tambalearán, y entonces verán *a este Hombre venir*
28 *en una nube* [a], con gran poder y majestad. Cuando empiece a su-
ceder esto, poneos derechos y alzad la cabeza, que se acerca vuestra
liberación.
29 Y les puso una comparación:
30 —Fijaos en la higuera o en cualquier árbol: cuando echan bro-
31 tes, os basta verlos para saber que el verano está ya cerca. Pues
lo mismo: cuando veáis vosotros que suceden estas cosas, sabed
32 que está cerca el reinado de Dios. Os aseguro que antes que pase
33 esta generación todo se cumplirá. El cielo y la tierra pasarán, mis
palabras no pasarán.
34 Andaos con cuidado, que no se os embote la mente con el
vicio, la bebida y los agobios de la vida, y el día aquel se os
35 eche encima de repente; porque caerá como un lazo sobre todos
36 los que habitan la faz de la tierra. Estad despiertos y pedid fuerza
en todo momento para escapar de todo lo que va a venir y poder
así manteneros en pie ante este Hombre.
37 De día estaba enseñando en el templo, y salía a pasar la noche
38 al monte de los Olivos. El pueblo en masa madrugaba para acudir
al templo a escucharlo.

a Dn 7,13-14.

PASCUA

Complot contra Jesús
(Mt 26,1-5; Mc 14,1-2; Jn 11,45-53)

22 1-2 Se acercaba la fiesta de los Azimos, llamada la Pascua. Los
sumos sacerdotes y los letrados andaban buscando la manera de
3 acabar con él, pues tenían miedo del pueblo. Pero entró Satanás
4 en Judas Iscariote, que pertenecía al grupo de los Doce, y éste
fue a tratar con los sumos sacerdotes y los oficiales la manera
5 de entregárselo. Ellos se alegraron y se comprometieron a darle
6 dinero. Judas aceptó y andaba buscando ocasión propicia para en-
tregárselo sin que la gente se enterase.

La preparación de la Pascua
(Mt 26,17-25; Mc 14,12-21; Jn 13,21-30)

7 Llegó el día de los Azimos, en que había que sacrificar el cordero
8 pascual. Entonces envió a Pedro y a Juan diciéndoles:
—Id a prepararnos la cena de Pascua.
9 Le preguntaron:
—¿Dónde quieres que la preparemos?
10 El les contestó:
—Mirad: al entrar en la ciudad os encontraréis con un hombre
que lleva un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa donde entre,
11 y decidle al dueño: «El maestro te pregunta que dónde está la
12 habitación en la que va a comer el cordero con sus discípulos». El
os mostrará una sala grande con divanes en el piso de arriba.
Preparadlo allí.
13 Ellos se fueron, encontraron lo que les había dicho y prepararon
la cena de Pascua.

Institución de la eucaristía
(Mt 26,26-30; Mc 14,22-26; 1 Cor 11,23-25)

14 Cuando llegó la hora se puso Jesús a la mesa con los apóstoles
15 y les dijo:
—¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de
16 mi Pasión! Porque os digo que nunca más la comeré hasta que
tenga su cumplimiento en el Reino de Dios.
17 Cogiendo una copa, dio gracias y dijo:
18 —Tomad, repartidla entre vosotros; porque os digo que desde
ahora no beberé más del fruto de la vid hasta que llegue el rei-
nado de Dios.
19 Cogiendo un pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo:
—Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced lo
mismo en memoria mía.
20 Después de cenar, hizo igual con la copa diciendo:
—Esta copa es la Nueva Alianza sellada con mi sangre, que
21 se derrama por vosotros. Ahora que, mirad, la mano del que me
22 entrega está en la mesa, a mi lado; porque este Hombre se va
según lo establecido. Pero ¡ay del que lo entrega!

23 Ellos empezaron a preguntarse unos a otros quién podría ser
el que iba a hacer aquello.

Quién es el más importante. Promesa
(Mt 20,25-27; Mc 10,42-44; Mt 19,28)

24 Surgió además entre ellos una disputa sobre cuál de ellos debía
25 ser considerado el más grande. Jesús les dijo:
—Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen el
26 poder se hacen llamar bienhechores. Pero vosotros nada de eso;
al contrario, el más grande entre vosotros iguálese al más joven,
27 y el que dirige al que sirve. Vamos a ver, ¿quién es más grande:
el que está a la mesa o el que sirve? El que está a la mesa, ¿verdad?
Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve.
28 Vosotros os habéis mantenido a mi lado en mis pruebas, y yo
29-0 os confiero la realeza como mi Padre me la confirió a mí. Cuando
yo sea rey comeréis y beberéis a mi mesa, y os sentaréis en
tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Predice las negaciones de Pedro
(Mt 26,31-35; Mc 14,27-31; Jn 13,36-38)

31 —¡Simón, Simón! Mira que Satanás os ha reclamado para cri-
32 baros como trigo. Pero yo he pedido por ti para que no pierdas
la fe. Y tú, cuando te arrepientas, afianza a tus hermanos.
33 Le contestó Pedro:
—Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la
muerte.
34 Replicó Jesús:
—Te digo, Pedro, que hoy, antes que cante el gallo, dirás tres
veces que no me conoces.
35 Y dijo a todos:
—Cuando os envié sin bolsa ni alforja ni sandalias, ¿os faltó
algo?
Contestaron:
—Nada.
36 El añadió:
—Pues ahora, el que tenga bolsa, que la coja, y lo mismo la
alforja; y el que no tenga, que venda el manto y se compre un
37 machete. Porque os digo que tiene que cumplirse en mí lo que
está escrito: «*Lo tuvieron por un criminal*» [a]. Pues, de hecho, lo
que a mí se refiere toca a su fin.
38 Ellos dijeron:
—Señor, aquí hay dos machetes.
Les contestó:
—Basta ya.

a Is 53,12.

PASION

Ora en el monte de los Olivos
(Mt 26,36-46; Mc 14,32-42)

39 Salió entonces y se dirigió, como de costumbre, al monte de los
Olivos; pero lo siguieron también los discípulos.
40 Al llegar al sitio, les dijo:
—Pedid no ceder en la prueba.
41 El se arrancó de ellos, alejándose como un tiro de piedra, y se
42 puso a orar de rodillas diciendo:
—Padre, si quieres, aparta de mí este trago [a]; sin embargo, que
no se realice mi designio, sino el tuyo.
43-4 Se le apareció un ángel del cielo, que lo animaba. Al entrarle
la angustia, se puso a orar con más insistencia. Le chorreaba hasta
45 el suelo un sudor parecido a goterones de sangre. Levantándose
de la oración fue a donde estaban los discípulos; los encontró dor-
46 midos por la pena, y les dijo:
—¡Conque durmiendo! Levantaos y pedid no ceder en la prueba.

Traición y arresto
(Mt 26,47-56; Mc 14,43-50; Jn 18,3-11)

47 Aún estaba hablando cuando apareció gente: el llamado Judas,
48 uno de los Doce, iba en cabeza y se acercó a besar a Jesús. Jesús
le dijo:
—Judas, ¿con un beso entregas a este Hombre?
49 Dándose cuenta de lo que iba a pasar, los que estaban con él
dijeron:
—Señor, ¿atizamos con el machete?
50 Y uno de ellos, de un tajo, le cortó la oreja derecha al criado
51 del sumo sacerdote. Jesús intervino diciendo:
—Dejad que lleguen hasta eso.
Y tocándole la oreja, lo curó.
52 Entonces dijo a los sumos sacerdotes, a los oficiales del templo
y a los senadores que habían venido a prenderlo:
—¡Habéis salido con machetes y palos, como si fuera un ban-
53 dido! A diario estaba yo en el templo con vosotros y no me echas-
teis mano. Pero ésta es vuestra hora, cuando mandan las tinieblas.

Pedro niega a Jesús
(Mt 26,57-58.69-75; Mc 14,53-54.66-72; Jn 18,12-18.25-27)

54 Lo prendieron, se lo llevaron y lo condujeron a casa del sumo
55 sacerdote. Pedro lo seguía de lejos. Encendieron fuego en medio
56 del patio, se sentaron alrededor, y Pedro se sentó con ellos. Una
criada, al verlo sentado a la lumbre, lo miró fijamente y le dijo:
—También éste estaba con él.
57 Pero él lo negó diciendo:
—No lo conozco, mujer.

a «trago», cf. Mt 20,22.

58 Poco después lo vio otro y le dijo:
—Tú también eres uno de ellos.
Pedro replicó:
—No, hombre; yo, no.
59 Pasada cosa de una hora, otro insistía:
—Seguro, también éste estaba con él, ¡si es galileo!
60 Pedro contestó:
—¡Hombre!, ¡no sé de qué hablas!
61 Todavía estaba hablando cuando de pronto cantó un gallo. El
Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó
de lo que el Señor le había dicho: «Antes que cante hoy el gallo
62 me negarás tres veces». Y, saliendo fuera, lloró amargamente.
63 Los hombres que tenían preso a Jesús le daban golpes burlán-
64 dose de él. Tapándole los ojos, le preguntaban:
—Adivina, profeta, ¿quién te ha pegado?
65 Y lo insultaban de otras muchas maneras.

Jesús en el Consejo
(Mt 26,59-66; Mc 14,55-64; Jn 18,19-24)

66 Cuando se hizo de día se reunió en junta el senado del pueblo,
los sumos sacerdotes con los letrados, y, haciéndolo comparecer
67 ante su Consejo, le dijeron:
—Si eres tú el Mesías, dínoslo.
El les contestó:
68 —Si os lo digo, no lo vais a creer, y si os hago preguntas, no
69 me vais a contestar. Pero de ahora en adelante *este Hombre estará
sentado a la derecha de Dios todopoderoso* [a].
70 Dijeron todos:
—Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?
El les declaró:
—Vosotros lo estáis diciendo, yo soy.
71 Ellos dijeron:
—¿Qué falta hacen más testigos? Nosotros mismos lo hemos
oído de su boca.

Ante Pilato
(Mt 27,1-2.11-14; Mc 15,1-5; Jn 18,28-38)

23 Se levantó toda la asamblea, condujeron a Jesús a presencia de
2 Pilato y empezaron la acusación diciendo:
—Hemos comprobado que éste anda amotinando a nuestra na-
ción, oponiéndose a que se paguen tributos al César y diciendo
que él es Mesías y rey.
3 Pilato lo interrogó:
—¿Tú eres el rey de los judíos?
El le contestó declarando:
—Tú lo estás diciendo.
4 Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la turba:
—No encuentro ninguna culpa en este hombre.

a Sal 110,1.

5 Ellos insistían:
—Solivianta al pueblo con su enseñanza por todo el país judío;
empezó en Galilea y ha llegado hasta aquí.

Ante Herodes

6-7 Pilato, al oírlo, preguntó si era galileo; al enterarse de que
pertenecía a la jurisdicción de Herodes, se lo remitió a éste, que
precisamente estaba en Jerusalén por aquellos días.
8 Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento; hacía ya tiempo
que estaba deseoso de verlo por lo que oía de él, y esperaba verle
9 hacer algún milagro. Le hizo numerosas preguntas, pero Jesús
10 no le contestó palabra. Estaban allí los sumos sacerdotes y los
11 letrados acusándolo con vehemencia. Herodes, con su escolta, lo
trató con desprecio, le hizo poner un ropaje espléndido para bur-
larse de él y se lo remitió a Pilato.
12 Aquel día se hicieron amigos Herodes y Pilato, que antes se
llevaban muy mal.

Es condenado a muerte
(Mt 27,15-26; Mc 15,6-15; Jn 18,39-19,6)

13 Pilato convocó a los sumos sacerdotes, a los jefes y al pueblo
14 y les dijo:
—Me habéis traído a este hombre, alegando que alborota al
pueblo; pues bien, yo lo he interrogado delante de vosotros y no
he encontrado en él ninguna de las culpas de que lo acusáis;
15 Herodes tampoco, porque nos lo ha devuelto. Ya veis que no ha
16 cometido nada que merezca la muerte, así que le daré un escar-
miento y lo soltaré [a].
18 Pero ellos vociferaron todos a una:
—¡Fuera ése! Suéltanos a Barrabás.
19 (A este último lo habían metido en la cárcel por cierta revuelta
acaecida en la ciudad y un homicidio).
20 Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a
21 Jesús. Pero ellos seguían gritando:
—¡A la cruz, a la cruz con él!
22 El les dijo por tercera vez:
—Y ¿qué ha hecho éste de malo? No he encontrado en él nin-
guna culpa que merezca la muerte, así que le daré un escarmiento
y lo soltaré.
23 Ellos insistían a gritos en que lo crucificara, y el griterío iba
24-5 creciendo. Pilato decidió que se hiciera lo que pedían: soltó al
que reclamaban (al que habían metido en la cárcel por revuelta y
homicidio) y a Jesús se lo entregó a su arbitrio.

Crucifixión y muerte
(Mt 27,32-56; Mc 15,21-41; Jn 19,17-30)

26 Mientras lo conducían, echaron mano de un tal Simón de Cirene,
que volvía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevase

a Algunos mss. añaden el v. 17: «por la fiesta tenía que soltarles un preso».

27 detrás de Jesús. Lo seguía gran gentío del pueblo y muchas mu-
jeres que se golpeaban el pecho y gritaban lamentándose por él.
28 Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:
—Mujeres de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad mejor por
29 vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que van a llegar días
en que digan: «Dichosas las estériles, los vientres que no han
30 parido y los pechos que no han criado». Entonces *pedirán a los*
montes: «Desplomaos sobre nosotros», y a las colinas: «Sepultad-
31 *nos»* [a]; porque si con el leño verde hacen esto, con el seco, ¿qué
irá a pasar?
32 Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos
33 con él. Cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», los cru-
cificaron allí, a él y a los malhechores, uno a su derecha y otro a
34 su izquierda. Jesús decía:
—Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.
Se repartieron sus ropas echando suertes [b].
35 El pueblo lo *presenciaba*. Los jefes, por su parte, *comentaban*
con sorna:
—A otros ha salvado; que se salve él si es el Mesías de Dios,
el Elegido.
36 También los soldados se acercaban para burlarse de él y le
37 ofrecían *vinagre* diciendo:
—Si eres tú el rey de los judíos, sálvate.
38 Además, tenía puesto encima un letrero:

EL REY DE LOS JUDIOS ES ESTE.

39 Uno de los malhechores crucificados lo escarnecía diciendo:
—¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti y a nosotros.
40 Pero el otro lo increpó:
—¿Ni siquiera tú, sufriendo la misma pena, tienes temor de
41 Dios? Y la nuestra es justa, nos dan nuestro merecido; en cambio,
éste no ha hecho nada malo.
42 Y añadió:
—Jesús, acuérdate de mí cuando vuelvas como rey.
43 Jesús le respondió:
—Te lo aseguro: Hoy estarás conmigo en el paraíso.
44 Era ya eso de mediodía cuando se oscureció el sol, y toda la
45 región quedó en tinieblas hasta la media tarde. La cortina del
46 santuario se rasgó por medio. Jesús gritó muy fuerte:
—Padre, *a tus manos encomiendo mi espíritu* [c].
Y dicho esto, expiró.
47 Viendo lo que sucedía, el capitán confesó [d]:
—Realmente, este hombre era inocente.
48 La muchedumbre que había acudido al espectáculo, al presen-
ciar lo ocurrido, se volvió a la ciudad dándose golpes de pecho.
49 Sus conocidos se mantenían a distancia, y también las mujeres que
lo habían seguido desde Galilea, y que estaban mirando.

a Os 10,8. *b* Sal 22,19. *c* Sal 31,6.
d «confesó», lit. «glorificó a Dios», expresión hebrea que significa «reconocer» o «confesar la verdad».

Sepultura
(Mt 27,57-61; Mc 15,42-47; Jn 19,38-42)

50-1 Un senador de nombre José, persona buena y honrada, no se
había adherido ni a la decisión ni a la acción de los judíos; era
natural de Arimatea, pueblo de Judea, y aguardaba el reinado de
52 Dios. Este acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Lo descol-
53 gó, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro cavado en
54 la roca, donde no habían puesto a nadie todavía. Era día de prepa-
55 rativos y rayaba el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado
desde Galilea fueron detrás para ver el sepulcro y cómo colocaban
56 el cuerpo. A la vuelta prepararon aromas y ungüentos.

RESURRECCION

El anuncio
(Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; Jn 20,1-10)

24 El sábado guardaron el descanso de precepto, pero el primer día
de la semana, de madrugada, fueron al sepulcro llevando los aro-
2-3 mas que habían preparado. Encontraron corrida la losa, entraron
4 y no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pen-
sar de aquello, cuando se les presentaron dos hombres con ves-
5 tidos refulgentes; despavoridas, miraban al suelo, y ellos les dijeron:
6 —¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está
aquí, ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo estando todavía
7 en Galilea: «Este Hombre tiene que ser entregado en manos de
gente pecadora y ser crucificado, pero al tercer día resucitará».
8-9 Recordaron entonces sus palabras, volvieron del sepulcro y
10 anunciaron todo esto a los Once y a los demás. Eran María Mag-
dalena, Juana y María la de Santiago; también las demás que ha-
bían ido con ellas les decían lo mismo a los apóstoles, pero ellos
11-2 lo tomaron por un delirio y se negaban a creerlas. Pedro, sin
embargo, se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose vio
sólo las vendas por el suelo y se volvió a su casa extrañándose de
lo ocurrido.

Camino de Emaús
(Mc 16,12-13)

13 Aquel mismo día hubo dos discípulos que iban camino de una
aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén, y
14-5 comentaban lo sucedido. Mientras conversaban y discutían, Je-
16 sús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero es-
17 taban cegados y no podían reconocerlo. Jesús les dijo:
—¿Qué conversación es ésa que os traéis por el camino?
18 Se detuvieron cariacontecidos, y uno de ellos, que se llamaba
Cleofás, le replicó:
—¿Eres tú el único de paso en Jerusalén que no se ha enterado
de lo ocurrido estos días en la ciudad?
19 El les preguntó:
—¿De qué?

Contestaron:
—De lo de Jesús Nazareno, que resultó ser un profeta poderoso
20 en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; de cómo lo
entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo con-
21 denaran a muerte, y lo crucificaron, cuando nosotros esperábamos
que él fuera el liberador de Israel. Pero, además de todo eso, con
22 hoy son ya tres días que ocurrió. Es verdad que algunas mujeres
23 de nuestro grupo nos han dado un susto: fueron muy de mañana
al sepulcro y, no encontrando su cuerpo, volvieron contando in-
cluso que habían visto una aparición de ángeles, que les habían
24 dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al
sepulcro, y lo encontraron tal y como habían dicho las mujeres;
pero a él no lo vieron.
25 Entonces Jesús les dijo:
—¡Qué torpes sois y qué lentos para creer lo que anunciaron
26 los Profetas! ¿No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar
en su gloria?
27 Y comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas, les
28 explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Cerca ya de la
29 aldea adonde iban hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le
insistieron diciendo:
—Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de
caída.
30 El entró para quedarse. Recostado a la mesa con ellos, tomó el
31 pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció. Se les abrie-
32 ron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció. Entonces co-
mentaron:
—¿No estábamos en ascuas mientras nos hablaba por el camino
explicándonos las Escrituras?
33 Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde
34 encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que decían:
—Era verdad: ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.
35 Ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo
lo habían reconocido al partir el pan.

Jesús se presenta a los discípulos
(Mt 28,16-20; Mc 16,14-18; Jn 20,19-23; Hch 1,6-8)

36 Mientras hablaban se presentó Jesús en medio y les dijo:
—Paz con vosotros.
37 Se asustaron y, despavoridos, pensaban que era un fantasma.
38 El les dijo:
—¿Por qué estáis asustados? ¿Por qué os vienen esas dudas?
39 Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme, mirad,
un fantasma no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.
40-1 Dicho esto les mostró las manos y los pies. Como todavía no
acababan de creer de pura alegría y no salían de su asombro, les
dijo:
—¿Tenéis ahí algo de comer?
42-3 Le ofrecieron un trozo de pescado asado; él lo cogió y comió
44 delante de ellos. Después les dijo:

—A esto me refería cuando, estando todavía con vosotros, os
dije que todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y
Salmos acerca de mí tenía que cumplirse.
45 Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las
46 Escrituras. Y añadió:
—Así estaba escrito: El Mesías padecerá, resucitará al tercer
47 día, y en su nombre se predicará el arrepentimiento y el perdón
de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén.
48-9 Vosotros sois testigos de todo esto. Y ahora yo os voy a enviar lo
que mi Padre tiene prometido; vosotros quedaos en la ciudad hasta
que de lo alto os revistan de fuerza.

Ascensión de Jesús
(Mc 16,19-21; Hch 1,9-11)

50 Después los sacó hacia Betania y, levantando las manos, los ben-
51 dijo. Mientras los bendecía, se separó de ellos y se lo llevaron al
52 cielo. Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén llenos
53 de alegría. Y se pasaban el día en el templo bendiciendo a Dios.

EVANGELIO SEGUN JUAN

INTRODUCCION

Cuestión importante y difícil acerca del Evangelio de Juan es decidir si es obra de un solo autor o si han intervenido diversas manos en su redacción o, al menos, en su edición. El problema se suscita por la diferencia de estilo entre diversas partes (Prólogo y cap. 21 respecto al resto del Evangelio), por ciertas incoherencias en la sucesión cronológica y geográfica (caps. 5 y 6), por las dos conclusiones que presenta (20,30-31 y 21,25), por repeticiones en los discursos (5,19-25 y 26-30; 6,35-50 y 51-58; 14,1-31 y 16,4-33) y por la orden de marchar en 14,31, seguida de tres capítulos que continúan el tema.

Resumiendo la opinión que parece más probable, parece que este Evangelio tuvo dos ediciones: la primera hecha por el que llamamos evangelista y otra, posterior a su muerte, realizada por un discípulo al que podemos llamar el redactor, que usa material del evangelista no incorporado en la primera edición, además de intercalar en el texto diversas versiones escritas del mismo episodio o discurso.

Jn se diferencia de los sinópticos en primer lugar por su estilo. Los dichos de Jesús no se organizan en pequeñas unidades, reunidas después para formar un discurso, sino en discursos y diálogos largos. Añade Jn a los sinópticos la actividad de Jesús en el valle del Jordán (3,22; 4,1-3); especifica tres viajes a Jerusalén; su estancia en la capital la última vez llegaría a medio año (desde 7,10 hasta la muerte). La vida pública, según Jn, habría durado dos o tres años (1.ª Pascua, 2,13; 2.ª, dudosa, 5,1; 3.ª, 6,4; 4.ª, la de su muerte).

Jn conoce al menos Mc y Lc, pero no los toma como base. La mayor parte del material que utiliza es independiente de los sinópticos y de las fuentes que ellos usaron. Jn quiere dibujar la figura de Jesús, poniendo de relieve que él es el Mesías, el Hijo de Dios (20,31).

Aunque Jn es el Evangelio que contiene menos citas explícitas del AT, lo utiliza abundantemente entretejiéndolo con su texto. Aparte de las referencias a Abrahán (8,39), Isaac (3,16) y Jacob (1,51; 4,5-6.12), alude a muchas realidades de la historia de Israel en el desierto (tabernáculo, 1,14; serpiente de bronce, 3,14; maná, 6,31-32; agua de la roca, 7,38).

Hay en Jn un tema fundamental: Jesús es el enviado de Dios. Se trata, por tanto, de su persona, de su misión, origen y destino, de la actitud de los hombres ante él; los detalles carecen de valor propio, adquieren significado sólo en relación con el tema central.

Jn se opone al dualismo gnóstico espíritu-materia como representantes del bien y del mal. Usando las mismas antítesis: luz-tinieblas, verdad-mentira, salvación-perdición, vida-muerte, las aplica a un dualismo ético, no físico; la perdición se debe no a la materia, sino a la decisión personal de alejarse del Creador. Vida y muerte dependen de la libre opción entre fe e incredulidad. El salvador no viene, como en la doctrina gnóstica, para iluminar al hombre sobre su origen celeste, sino para revelarle su pecado y colocarlo ante una alternativa: vivir como esclavo o como hijo de Dios. Así, frente al determinismo, reivindica Jn la libertad humana. La maldad no está en lo físico, sino en lo social: «el mundo» significa la humanidad, y en su sentido peyorativo, el orden social creado por los hombres, el sistema de relaciones humanas basado en la mentira, el odio y la injusticia.

La venida del Mesías hace caducar la religión judía, las purificaciones rituales (2,3-12), el templo (2,13-22), el sábado (5,1-18), la interpretación rabínica de la Escritura (5,39-47), la espiritualidad basada en las obras (6,28-29) y los antiguos símbolos, que se cumplen en él (maná, 6,31-34; agua, 7,37-39; luz, 8,12; templo y altar, 10,36), la Ley, de la que Jesús se distancia (8,17; 10,34; 15,25). «Los judíos», que designan de ordinario a los jefes o autoridades judías enemigas de Jesús, son la encarnación del «mundo» injusto en aquella sociedad.

El mensaje y la exigencia de Dios, la Palabra eterna encarnada en Jesús, es el amor leal, sin fallo, entre los hombres, como el que Dios ha mostrado a la humanidad (1,14).

Este mensaje condena la maldad del orden presente, «el mundo», y ante él la humanidad se divide, aceptándolo o rechazándolo; de esta opción dependen la vida o la muerte. Los que lo aceptan forman un grupo humano cuyo distintivo es el amor constante hasta la muerte, rechazando los criterios y la escala de valores del mundo injusto: ellos anulan al mundo en medio del mundo (17, 16.18).

De ahí la insistencia de Jn sobre la humanidad de Jesús (1,14; 6,53-54; 19, 34). Quien se desentiende del Jesús terrestre no es cristiano, pues su vida en este mundo es el mensaje; vivir como él vivió es la norma del cristiano y el único mandamiento (13,1.34-35; 15,12.17; 17,16).

Aunque el autor piensa en arameo, escribe en griego; quizá viviera en un ambiente bilingüe, posiblemente Siria. En 21,24 se afirma que el autor del Evangelio es el discípulo preferido; la candidatura más probable sigue siendo la de Juan Zebedeo, uno de los Doce, que no se nombra en este Evangelio.

La fecha del texto que poseemos se calcula entre los años 90 y 100, después de la muerte del discípulo preferido (21,23). La primera edición, sin embargo, pudo aparecer en los mismos años que Mt y Lc, es decir, entre el 75 y el 90.

PROLOGO

1 Al principio ya existía la Palabra,
la Palabra se dirigía a Dios
y la Palabra era Dios:
2 ella al principio se dirigía a Dios.
3 Mediante ella se hizo todo;
sin ella no se hizo nada de lo hecho.
4 Ella contenía vida,
y esa vida era la luz del hombre;
5 esa luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la han comprendido.
6 Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan;
7 éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz y que por
8 él todos llegasen a la fe. No era él la luz, era sólo testigo de la
9 luz. La luz verdadera, la que alumbra a todo hombre, estaba llegando al mundo.
10 En el mundo estuvo
y, aunque el mundo se hizo mediante ella,
el mundo no la conoció.

11 Vino a su casa,
pero los suyos no la recibieron.
12 Pero a los que la recibieron
los hizo capaces de ser hijos de Dios.
13 A los que le dan su adhesión, y éstos no nacen de linaje hu-
mano, ni por impulso de la carne ni por deseo de varón, sino
que nacen de Dios.
14 Y la Palabra se hizo hombre,
acampó [a] entre nosotros
y contemplamos su gloria:
gloria de Hijo único del Padre,
lleno de amor y lealtad.
15 De él daba testimonio Juan cuando clamaba:
—Este es de quien yo dije: El que venía detrás de mí se me ha
puesto delante, porque existía antes que yo.
16 Porque de su plenitud
todos nosotros recibimos,
ante todo un amor que responde a su amor.
17 Porque la Ley se dio por medio de Moisés, el amor y la lealtad
18 se hicieron realidad en Jesús el Mesías. A Dios nadie lo ha visto
jamás; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien
lo ha explicado.

a «acampó», probable alusión *(skene-šekinah)* al antiguo tabernáculo o Tienda del encuentro (Ex 33,7), ahora sustituida por la Palabra hecha hombre.

EL LIBRO DE LAS SEÑALES

(1,19-12,50)

I

PRIMEROS DIAS

El testimonio de Juan Bautista
(Mt 3,1-12; Mc 1,7-8; Lc 3,15-17)

19 Y éste fue el testimonio de Juan, cuando las autoridades judías
de Jerusalén enviaron sacerdotes y clérigos a preguntarle:
—Tú, ¿quién eres?
20 El declaró prontamente y sin reservas:
—Yo no soy el Mesías.
21 Le preguntaron:
—Entonces, ¿qué? ¿Eres tú Elías?
Contestó él:
—No lo soy.
—¿Eres tú el Profeta?
Respondió:
—No.
22 En vista de aquello le preguntaron:
—¿Quién eres? Tenemos que llevar una respuesta a los que nos
han enviado. ¿Qué dices tú que eres?
23 Declaró:
—Yo *soy una voz que grita desde el desierto: 'Allanadle el ca-*
mino al Señor' (como dijo el profeta Isaías) [a].
24-5 Entre los emisarios había fariseos, y éstos le preguntaron:
—Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres ni el Mesías, ni
Elías, ni el Profeta?
26 Juan les respondió:
—Yo bautizo con agua; entre vosotros está ése que no conocéis
27 y que viene detrás de mí; yo no merezco desatarle la correa de las
sandalias.
28 Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan
bautizaba.

El Cordero de Dios

29 Al día siguiente, viendo a Jesús que se le acercaba, exclamó:
—Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.
30 Este es de quien yo dije: «Detrás de mí viene un hombre que se
31 me ha puesto delante, porque existía antes que yo». Tampoco yo
lo conocía, pero si yo he venido a bautizar con agua es para que
se manifieste a Israel.
32 Juan declaró además:
—He visto al Espíritu bajar del cielo como una paloma y po-

a Is 40,3.

33 sarse sobre él. Tampoco yo lo conocía, fue el que me envió a
bautizar con agua quien me dijo: «Aquel sobre quien veas que
el Espíritu baja y se posa, ése es el que bautiza con Espíritu
34 Santo». Pues yo ya lo he visto, y doy testimonio de que éste es
el Hijo de Dios.

Los primeros discípulos

35 Al día siguiente estaba allí Juan otra vez con dos discípulos
36 y, fijando la vista en Jesús que pasaba, dijo:
—Ese es el cordero de Dios.
37 Al oír estas palabras, los dos discípulos se fueron detrás de
38 Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó:
—¿Qué buscáis?
Le contestaron:
—Señor (que equivale a «Maestro»), ¿dónde vives?
39 Les dijo:
—Venid y lo veréis.
Lo acompañaron, vieron donde vivía y se quedaron aquel día
con él; serían las cuatro de la tarde.
40 Uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús era An-
41 drés, hermano de Simón Pedro; al primero que se encontró fue
a su propio hermano Simón y le dijo:
—Hemos encontrado al Mesías (que significa Ungido).
42 Y se lo presentó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo:
—Tú eres Simón, hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que signi-
fica «Piedra»).

Llama a Felipe y a Natanael

43 Al día siguiente decidió Jesús salir para Galilea; encontró a
Felipe y le dijo:
—Sígueme.
44-5 Felipe era de Betsaida, el pueblo de Andrés y Pedro. Se en-
contró con Natanael y le dijo:
—Oye, aquel de quien escribió Moisés en la Ley y también los
Profetas lo hemos encontrado: es Jesús, hijo de José, el de Na-
zaret.
46 Natanael le replicó:
—¿De Nazaret puede salir algo bueno?
Felipe le contestó:
—Ven y lo verás.
47 Jesús vio venir a Natanael y comentó:
—Ahí tenéis a un israelita de veras, a un hombre sin falsedad.
48 Natanael le preguntó:
—¿De qué me conoces?
Jesús le contestó:
—Te vi antes que te llamara Felipe, cuando estabas descan-
sando bajo la higuera.
49 Natanael le respondió:
—Señor mío, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.

50 Jesús le dijo:
—¿Es porque te he dicho que te vi descansando debajo de la
higuera por lo que crees? Pues cosas más grandes verás.
51 Y añadió:
—Sí, os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de
Dios subir y bajar por este Hombre.

II

DE CANA A CANA.
REACCIONES ANTE JESUS EN DIVERSOS LUGARES

Boda en Caná

2 Dos días después hubo una boda en Caná de Galilea y la madre
2 de Jesús estaba allí; invitaron también a la boda a Jesús y a sus
discípulos.
3 Faltó el vino y le dijo su madre:
—No les queda vino.
4 Jesús le contestó:
—¿Quién te mete a ti en esto, mujer? Todavía no ha llegado
mi hora.
5 Su madre dijo a los sirvientes:
—Haced lo que él os diga.
6 Había seis tinajas de piedra de unos cien litros cada una, como
lo pedían los ritos de purificación de los judíos.
7 Jesús les dijo:
—Llenad las tinajas de agua.
Las llenaron hasta arriba.
8 Luego les mandó:
—Ahora sacad y llevádselo al maestresala.
9 Le llevaron al maestresala. Este probó el agua convertida en
vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues
10 la habían sacado ellos); entonces llamó al novio y le dijo:
—Todo el mundo sirve primero el vino bueno, y cuando la
gente está bebida, el peor; tú, en cambio, te has guardado el bueno
hasta ahora.
11 Así, en Caná de Galilea, comenzó Jesús sus señales, manifestó
su gloria y sus discípulos creyeron más en él.
12 Después de esto bajó a Cafarnaún con su madre, sus parientes
y sus discípulos, y se quedaron allí unos cuantos días.

Echa a los mercaderes del templo
(Mt 21,12-13; Mc 11,15-18; Lc 19,45-46)

13 Como se acercaba la Pascua de los judíos, Jesús subió a Jeru-
14 salén. En el templo encontró a los vendedores de bueyes, ovejas
15 y palomas y a los cambistas instalados; hizo un azote de cordeles

y los echó a todos del templo con las ovejas y bueyes; desparramó
16 las monedas y volcó las mesas de los cambistas; y a los que vendían
palomas les dijo:

—Quitad eso de ahí: no convirtáis la casa de mi Padre en un mercado.

17 Sus discípulos se acordaron de lo que dice la Escritura: «*La
pasión por tu casa me consumirá*» [a].

18 En vista de aquello intervinieron los dirigentes judíos, preguntándole:

—¿Qué señal nos das para obrar así?

19 Jesús contestó:

—Destruid este templo y en tres días lo levantaré.

20 Los dirigentes replicaron:

—Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, y ¿tú vas a levantarlo en tres días?

21-2 Pero el templo de que él hablaba era su cuerpo. Cuando re-
sucitó se acordaron los discípulos de lo que había dicho y dieron
fe a la Escritura y a estas palabras de Jesús.

23 Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, al pre-
senciar las señales que realizaba muchos le dieron su adhesión;
24 pero Jesús por su parte no se confiaba con ellos, porque los conocía
25 a todos. No necesitaba informes de nadie, él conocía al hombre
por dentro.

Jesús y Nicodemo

3 Había un hombre del partido fariseo, de nombre Nicodemo,
2 jefe judío. Fue a ver a Jesús de noche y le dijo:

—Señor mío, sabemos que tú eres un maestro venido de parte de Dios; nadie podría realizar las señales que tú haces si Dios no estuviera con él.

3 Jesús le contestó:

—Pues sí, te aseguro que si uno no nace de nuevo [b] no podrá gozar del reinado de Dios.

4 Nicodemo le replicó:

—¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Podrá entrar otra vez en el vientre de su madre y volver a nacer?

5 Jesús le contestó:

—Pues sí, te lo aseguro: A menos que uno nazca del agua y el
6 Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. De la carne nace
7 carne, del Espíritu nace espíritu. No te extrañes de que te haya
8 dicho: «Tenéis que nacer de nuevo». El viento [c] sopla donde quie-
re; oyes el ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Eso
pasa con todo el que ha nacido del Espíritu.

9 Nicodemo le preguntó:

—¿Cómo puede suceder eso?

a Sal 69,10.

b «de nuevo» significa también «de arriba»; la ambigüedad de la expresión es deliberada.

c «Viento» y «Espíritu» son dos significados del mismo término griego *pneuma*.

10 Le contestó Jesús:

11 —Y tú, el maestro de Israel, ¿no lo entiendes? Pues sí, te
aseguro que hablamos de lo que sabemos; damos testimonio de
lo que hemos visto y, a pesar de eso, no aceptáis nuestro testi-
12 monio. Si no creéis cuando os hablo de lo terrestre, ¿cómo vais
a creer cuando os hable de lo celeste?

13 Y nadie ha estado arriba en el cielo excepto el que bajó del
14 cielo, el Hombre [a] aquel. Lo mismo que Moisés levantó en alto la
serpiente en el desierto, también el Hombre aquél tiene que ser
15 levantado en alto para que todos los que creen en él tengan vida
eterna.

16 Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que
tenga vida eterna y no perezca ninguno de los que creen en él.
17 Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo,
18 sino para que el mundo por él se salve. Al que cree en él no se
le juzga; el que no cree, ya está juzgado, por no haber dado su
adhesión al Hijo único de Dios.

19 El juicio consiste en esto: en que la luz vino al mundo y los
hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus acciones eran
20 malas. Todo el que practica lo malo detesta la luz, y no se acerca
21 a la luz para que no se descubran sus acciones. En cambio, el que
obra conforme a la verdad se acerca a la luz para que se vean sus
acciones, porque están hechas como Dios quiere.

A él le toca crecer, a mí menguar

22 Después de esto fue Jesús a Judea con sus discípulos; vivía allí
23 con ellos y bautizaba. También Juan estaba bautizando en Enón,
cerca de Salín, donde había agua abundante, y la gente acudía a
24 bautizarse, pues aún no habían metido a Juan en la cárcel.

25 Se originó entonces una discusión entre los discípulos de Juan
26 y un judío a propósito de ritos de purificación; fueron a Juan y le
dijeron:

—Maestro, el que estaba contigo en la otra orilla del Jordán, aquel de quien tú diste testimonio, resulta que está bautizando y todo el mundo acude a él.

27 Contestó Juan:

28 —Nadie puede apropiarse nada si Dios no se lo permite. Vos-
otros sois testigos de que yo dije que no soy el Mesías, sino que me
29 han enviado por delante. A la esposa la tiene el esposo; el amigo
30 que está allí a su disposición se alegra mucho de oír su voz. Por
eso mi alegría, que es ésa, ha llegado a su colmo. A él le toca
crecer, a mí menguar.

31 Quien viene de arriba está más alto que nadie; quien es del
32 suelo, del suelo es y desde el suelo habla. Quien viene del cielo
está más alto que nadie; de lo que ha visto y oído, de eso da tes-
timonio, pero su testimonio nadie lo acepta.
33 Quien acepta su testimonio refrenda que Dios dice la verdad,
34 pues el enviado de Dios comunica los mandatos de Dios; porque
Dios no le escatima el Espíritu.

a «el Hombre aquel», como «este Hombre», cf. Mt 8,20.

35-6 El Padre ama al Hijo y lo ha puesto todo en su mano; quien
cree en el Hijo posee vida eterna; en cambio, quien se niega a
creer en el Hijo no sabrá lo que es vida; lleva encima la sentencia
de Dios.

Jesús y la samaritana

4 Los fariseos se enteraron de que Jesús ganaba más discípulos y
2 bautizaba más que Juan (aunque, en realidad, no bautizaba él
3 personalmente, sino sus discípulos). Cuando Jesús lo supo, aban-
donó Judea y se volvió a Galilea.
4-5 Tenía que atravesar Samaría y llegó a un pueblo que se lla-
6 maba Sicar, cerca del campo que le dejó Jacob a su hijo José; allí
estaba el pozo de Jacob.
7 Jesús, agotado del camino, se sentó sin más junto al pozo. Era
casi mediodía. Una mujer de Samaría llegó a sacar agua, y Jesús
le dijo:
—Dame que beba.
8 (Es que sus discípulos habían ido al pueblo a comprar provi-
siones).
9 La samaritana le preguntó:
—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy
samaritana? (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos).
10 Jesús le contestó:
—Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de
beber, le pedirías tú a él y él te daría agua viva.
11 La mujer le preguntó:
—Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde vas
12 a sacar agua viva? ¿Vas a ser tú más que nuestro padre Jacob,
que nos dejó este pozo, donde bebían él, sus hijos y sus ganados?
13 Jesús le contestó:
14 —El que bebe agua de ésta vuelve a tener sed; el que beba el
agua que yo voy a dar nunca más tendrá sed: porque ese agua se
le convertirá dentro en un manantial que salta dando una vida sin
término.
15 La mujer dijo:
—Señor, dame agua de ésa; así no tendré más sed ni tendré
que venir aquí a sacarla.
16 El repuso:
—Ve a llamar a tu marido y vuelve acá.
17 La mujer le contestó:
—No tengo marido.
Jesús le dijo:
18 —Muy bien dicho que no tienes marido, porque has tenido ya
cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad.
19 La mujer contestó:
20 —Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres celebraban
el culto en este monte; en cambio, vosotros decís que el lugar don-
de hay que celebrarlo está en Jerusalén.
21 Jesús le dijo:
—Créeme, mujer: Se acerca la hora en que no daréis culto al
22 Padre ni en este monte ni en Jerusalén. Vosotros adoráis lo que
no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la sal-

23 vación sale de los judíos. Pero se acerca la hora, o mejor dicho, ha
llegado, en que los que dan culto auténtico darán culto al Padre
con espíritu y verdad, pues de hecho el Padre busca hombres que
24 lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran han de dar
culto con espíritu y verdad.
25 La mujer le dijo:
—Sé que va a venir el Mesías, el Ungido; cuando venga él nos
lo explicará todo.
26 Jesús le contestó:
—Soy yo, el que hablo contigo.
27 En aquel momento llegaron sus discípulos y se quedaron extra-
ñados de que hablase con una mujer, aunque ninguno se atrevió
a preguntarle qué deseaba o por qué hablaba con ella.
28 La mujer dejó el cántaro, se fue al pueblo y le dijo a la gente:
29 —Venid a ver a un hombre que ha adivinado todo lo que he
hecho; ¿será éste tal vez el Mesías?
30 Salieron del pueblo y se dirigieron a donde estaba él.
31 Mientras tanto, sus discípulos le insistían:
—Maestro, come.
32 El les dijo:
—Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis.
33 Los discípulos comentaban:
—¿Le habrá traído alguien de comer?
34 Jesús les dijo:
—Para mí es alimento cumplir el designio del que me envió y
35 llevar a cabo su obra. Decís que faltan cuatro meses para la siega,
¿verdad? Pues yo os digo esto: Levantad la vista y contemplad
36 los campos; ya están dorados para la siega. El que siega cobra
ya salario y recoge cosecha para una vida sin término; así se
37 alegran los dos, el que siembra y el que siega, porque en eso tiene
38 razón el refrán, que uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar
lo que no habíais labrado; fueron otros los que labraron y vos-
otros habéis entrado en su labor.
39 Muchos samaritanos de aquel pueblo creyeron en él por lo que
les dijo la mujer, declarando que había adivinado todo lo que ella
40 había hecho. Por eso, cuando llegaron los samaritanos a donde esta-
41 ba él le rogaron que se quedara, y se quedó allí dos días. Muchos
42 más todavía creyeron por lo que les dijo él, y decían a la mujer:
—Ya no creemos por lo que tú cuentas; nosotros mismos lo
hemos oído y sabemos que él es realmente el salvador del mundo.

En Caná: cura al hijo del funcionario
(Mc 8,5-13; Lc 7,2-10)

43-4 Al cabo de los dos días salió para Galilea, pues Jesús mismo
45 había asegurado que a un profeta no lo estiman en su tierra. Cuan-
do llegó a Galilea lo recibieron bien, porque los de allí habían ido
también a la fiesta y se acordaban de lo que le habían visto hacer
46 en Jerusalén. Así llegó Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde
había convertido el agua en vino.
Había en Cafarnaún un funcionario del rey que tenía un hijo
47 enfermo. Al oír que Jesús había llegado de Judea, fue a verlo y

48 le pidió que bajase a curar a su hijo, que estaba muriéndose. Jesús
le dijo:
—Como no veáis señales y prodigios no creéis.
49 El funcionario insistió:
—Señor, baja antes que se muera mi niño.
50 Jesús le contestó:
—Márchate, que tu hijo está bueno.
51 El hombre creyó en las palabras de Jesús y se marchó. Cuando
iba ya bajando la cuesta lo encontraron sus criados, que le di-
jeron:
—Tú hijo está bueno.
52 Les preguntó a qué hora había sentido la mejoría, y ellos le con-
testaron:
—Hoy hacia la una se le quitó la fiebre.
53 El padre cayó en la cuenta de que era precisamente la hora en
que Jesús le había dicho que su hijo estaba bueno. Y creyó él con
toda su familia.
54 Este segundo milagro lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

III

EN LAS FIESTAS PRINCIPALES

El sábado: curación en la piscina

5 Algún tiempo después celebraban los judíos una fiesta y Jesús
subió a Jerusalén.
2 Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de los Rebaños, una piscina
3 que los hebreos llaman La Fosa. Tiene cinco soportales, y allí
4 estaban echados muchos inválidos, ciegos, cojos y paralíticos [a].
5 Entre ellos había un hombre que llevaba treinta y ocho años in-
6 válido. Viéndolo Jesús allí echado y notando que llevaba ya mucho
tiempo inválido, le preguntó:
—¿Quieres curarte?
7 El inválido le contestó:
—Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando
se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha ade-
lantado.
8 Jesús le dijo:
—Levántate, carga con tu camilla y echa a andar.
9 Al momento el hombre recobró la salud, cargó con su camilla
y echó a andar.
10 Como era sábado aquel día, los dirigentes judíos dijeron al que
se había curado:

a Algunos mss. añaden «que aguardaban la agitación del agua, porque de cuando en cuando el ángel del Señor bajaba a la piscina y removía el agua; y entonces el primero que entraba después de la agitación del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviera».

—Es sábado y no te está permitido llevar la camilla.
11 El les replicó:
—El que me ha dado la salud me dijo que cargase con la ca-
milla y echase a andar.
12 Entonces le preguntaron:
—Y ¿quién es ese individuo que te ha dicho que te la cargues
y andes?
13 El hombre curado no sabía quién era, porque Jesús se había
14 escabullido aprovechando la gente que había en aquel sitio. Más
tarde lo encontró Jesús en el templo y le dijo:
—Como ves, estás sano; no vuelvas a pecar, no sea que te ocu-
rra algo peor.
15 El hombre fue a informar a los dirigentes de que era Jesús
quien le había dado la salud.
16 Esta fue la razón de que los dirigentes judíos empezaran a perse-
17 guir a Jesús, que hacía aquellas cosas en sábado. Jesús les declaró:
—Mi Padre, hasta el presente, sigue trabajando y yo también
trabajo.
18 Ante esto les entraban a los dirigentes más ganas de matarlo,
porque no sólo abolía el sábado, sino además, diciendo que Dios
era Padre suyo, se hacía igual a Dios.

Explicación: autoridad del Hijo

19 Entonces Jesús tomó la palabra y les dijo:
—Pues sí, os lo aseguro: Un hijo no puede hacer nada de
por sí, primero tiene que vérselo hacer a su padre. Lo que el
20 padre haga, eso lo hace también el hijo, porque el padre quiere
a su hijo y le enseña todo lo que él hace. Y todavía le enseñará
cosas mayores que éstas, para vuestro asombro.
21 Por ejemplo, igual que el Padre resucita a los muertos y les
22 da vida, también el Hijo da vida a quien quiere; porque tampoco
el Padre juzga a nadie, ha delegado en el Hijo toda potestad de
23 juzgar, para que todos honren al Hijo como lo honran a él. Ne-
garse a honrar al Hijo significa negarse a honrar al Padre que
lo envió.
24 Sí, os lo aseguro: Quien oye mi mensaje y da fe al que me
envió, posee vida eterna y no se le llama a juicio; no, ya ha
pasado de la muerte a la vida.
25 Sí, os aseguro que se acerca la hora, o mejor dicho, ha llegado,
en que los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios y al
26 escucharla tendrán vida. Porque el Padre dispone de la vida y ha
27 concedido al Hijo disponer también de la vida; y, además, le ha
28 dado autoridad para pronunciar sentencia, porque es hombre. No
os asombre esto, porque se acerca la hora en que escucharán su
29 voz los que están en el sepulcro y saldrán: los que hicieron el bien
resucitarán para la vida; los que practicaron el mal resucitarán
para el juicio.
30 Yo no puedo hacer nada de por mí; yo juzgo como me dice
el Padre, y mi sentencia es justa porque no persigo un designio
mío, sino el designio del que me envió.

Testigos en favor de Jesús

31 Si yo fuera testigo en causa propia, mi testimonio no valdría,
32 pero en mi causa el testigo es otro, y el testimonio que está dando
de mí me consta que vale.
33 Vosotros mandasteis a preguntarle a Juan, y él declaró en favor
34 de la verdad; no es que yo acepte testimonios humanos, os lo
recuerdo para vuestro bien.
35 Juan era una lámpara encendida y resplandeciente y, por algún
36 tiempo, vuestro afán era disfrutar de su luz. Pero el testimonio
en que me apoyo vale más que el de Juan: las obras que el Padre
me ha encargado realizar, esas obras que yo hago, me acreditan
37 como enviado del Padre. Y el Padre mismo que me envió sigue
dando testimonio en mi favor.
38 Nunca habéis oído su voz ni visto su figura y tampoco con-
serváis su mensaje entre vosotros; la prueba es que no dais fe a
39 su enviado. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas
40 vida eterna; son ellas las que dan testimonio en mi favor y no
queréis acudir a mí para encontrar esa vida.
41-2 Honores humanos no los acepto, pero a vosotros ya os co-
43 nozco: no lleváis dentro el amor de Dios. Yo he venido en nombre
de mi Padre, por eso no me aceptáis; a otro que venga en su
44 propio nombre, a ése sí lo aceptaréis. ¿Cómo os va a ser posible
creer, a vosotros que os dedicáis al intercambio de honores y no
buscáis el honor que viene sólo de Dios?
45 No os figuréis que os voy a acusar yo ante el Padre; hay uno
que os acusa, Moisés, en quien ponéis vuestra esperanza; porque
46 si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, dado que de mí escribió
47 él. Pero si no dais fe a sus escritos, ¿cómo vais a dar fe a mis
palabras?

LA PASCUA: SU PAN EN VEZ DEL MANA

Da de comer a cinco mil. Anda sobre el agua
(Mt 14,13-27; Mc 6,30-52; Lc 9,10-17)

6 Algún tiempo después salió Jesús para la orilla opuesta del lago
2 de Galilea (o de Tiberíades). Lo seguía mucha gente, porque
habían presenciado las señales que realizaba con los enfermos.
3 Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos.
4-5 Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús levantó
los ojos y, al ver la mucha gente que acudía, le dijo a Felipe:
6 —¿Dónde podremos comprar pan para que coman éstos? (Lo
decía para tantearlo, porque él ya sabía lo que iba a hacer).
7 Felipe le contestó:
—Ni medio año de jornal [a] bastaría para que a cada uno le
tocara un pedazo.
8 Uno de los discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le
dijo:

a «ni medio año de jornal», lit. «doscientos denarios», cf. Mt 18,28.

9 —Hay aquí un chiquillo que tiene cinco panes de cebada y dos
pescados secos; pero ¿qué es eso para tanta gente?
10 Jesús les mandó:
—Decidle a la gente que se eche en el suelo.
Había mucha hierba en aquel sitio y pudieron echarse los hom-
bres, que eran unos cinco mil.
11 Jesús tomó los panes, pronunció la acción de gracias, y los
repartió a la gente con el pescado, todo lo que quisieron.
12 Cuando quedaron satisfechos, dijo a sus discípulos:
—Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desper-
dicie.
13 Los recogieron y llenaron doce cestos con las sobras de los cinco
14 panes. La gente, al ver la señal que había realizado, decía:
—Este sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo.
15 Jesús, entonces, dándose cuenta de que iban a llevárselo para
proclamarlo rey, se retiró otra vez al monte, él solo.
16-7 Al atardecer bajaron los discípulos al lago, se embarcaron y
empezaron la travesía rumbo a Cafarnaún. Era ya noche cerrada
18 y todavía Jesús no los había alcanzado; soplaba además un fuerte
19 viento y el lago se iba encrespando. Habían remado unos cinco o
seis kilómetros [a] cuando vieron a Jesús que andaba por el lago
20 acercándose a la barca, y se asustaron; pero él les dijo:
—Soy yo, no tengáis miedo.
21 Quisieron entonces recogerlo a bordo, pero la barca tocó tierra
en seguida en el sitio adonde iban.

Explicación a la gente: el pan de la vida

22 Al día siguiente la gente que se había quedado al otro lado del
lago notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús
no se había embarcado con sus discípulos; éstos se habían mar-
23 chado solos. Entre tanto, unas barcas de Tiberíades atracaron cerca
del sitio donde habían comido el pan, cuando el Señor pronunció
24 la acción de gracias. Al ver la gente que ni Jesús ni sus discípulos
estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de
25 Jesús. Lo encontraron en la orilla del lago y le preguntaron:
—Maestro, ¿cuándo has venido?
26 Jesús les contestó:
—Sí, os lo aseguro: No me buscáis porque hayáis percibido
27 señales, sino porque habéis comido pan hasta saciaros. No tra-
bajéis por el alimento que se acaba, sino por el alimento que dura
dando una vida sin término, el que os dará este Hombre, porque
es él a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello.
28 Le preguntaron:
—Y ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que
Dios quiere?
29 Respondió Jesús:
—La obra que Dios quiere es ésta: que tengáis fe en su enviado.
30 Le replicaron:

a «cinco o seis kilómetros», lit. «veinticinco o treinta estadios», medida de longitud equivalente a 192 metros.

31 —Y ¿qué señal realizas tú para que viéndola creamos?, ¿cuál
es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto;
así está escrito: «*Les dio a comer pan del cielo*» [a].
32 Entonces Jesús les repuso:
—Pues sí, os lo aseguro: No fue Moisés quien os dejó el pan
del cielo; no, es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo,
33 porque el pan de Dios es el que baja del cielo y va dando vida
al mundo.
34 Entonces le dijeron:
—Señor, danos siempre pan de ése.
35 Jesús les contestó:
—Yo soy el pan de la vida. El que se acerca a mí no pasará
36 hambre y el que tiene fe en mí no tendrá nunca sed. Pero vosotros,
como os he dicho, aunque habéis visto, no tenéis fe.
37 Todos los que el Padre me entrega se acercarán a mí, y al que
38 se acerca a mí no lo echo fuera; porque no he bajado del cielo
para realizar un designio mío, sino el designio del que me envió.
39 Y éste es el designio del que me envió: que no pierda a ninguno
de los que me ha entregado, sino que los resucite a todos el último
40 día. Porque éste es el designio de mi Padre: que todo el que
reconoce al Hijo y cree en él tenga vida eterna y lo resucite yo
el último día.

En la sinagoga: reacción de los dirigentes

41 Los dirigentes judíos protestaban contra él porque había dicho
42 que él era el pan bajado del cielo, y comentaban:
—Pero ¿no es éste Jesús, el hijo de José? Si nosotros conocemos
a su padre y a su madre, ¿cómo dice ahora que ha bajado del
cielo?
43 Jesús les repuso:
44 —Dejaos de protestar entre vosotros. Nadie puede acercarse
a mí si el Padre que me envió no tira de él, y a ése lo resucitaré
45 yo el último día. Está escrito en los profetas que *todos serán discípulos
de Dios* [b]: todo el que escucha al Padre y aprende se acerca
46 a mí. No porque alguien haya visto al Padre; el único que ha visto
al Padre es el que procede de Dios.
47-8 Pues sí, os lo aseguro: Quien tiene fe posee vida eterna. Yo
49 soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el
50 desierto, pero murieron: aquí está el pan que baja del cielo, para
51 comerlo y no morir. Yo soy el pan vivo bajado del cielo: el que
coma pan de éste vivirá para siempre. Pero, además, el pan que voy
a dar es mi carne, para que el mundo viva.
52 Los dirigentes judíos se pusieron a discutir acaloradamente:
—¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?
53 Entonces Jesús les dijo:
—Pues sí, os aseguro que si no coméis la carne y no bebéis
54 la sangre de este Hombre no tendréis vida en vosotros. Quien
come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo re-
55 sucitaré el último día, porque mi carne es verdadera comida y mi

a Sal 78,24. *b* Is 54,13; Jr 31,33s.

56 sangre verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre
57 sigue conmigo y yo con él. A mí me ha enviado el Padre, que
vive, y yo vivo gracias al Padre; pues también quien me come
58 vivirá gracias a mí. Aquí está el pan que ha bajado del cielo; no
como el que comieron vuestros padres, que comieron, pero murieron;
quien coma pan de éste vivirá para siempre.
59 Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Reacción de los discípulos

60 Muchos discípulos dijeron al oírlo:
—Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir
eso?
61 Jesús, sabiendo que sus discípulos protestaban de aquello, les
preguntó:
62 —¿Esto os escandaliza? ¡Pues si presenciarais que este Hombre
63 sube a donde estaba antes! Sólo el espíritu da vida, la carne no
sirve para nada. Las palabras que yo os he dicho son espíritu y
64 vida y, con todo, hay entre vosotros quienes no creen.
Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no
65 creían y quién lo iba a entregar. Y añadió:
—Por eso os dije que nadie puede acercarse a mí si el Padre
no se lo concede.
66 Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron
más con él.
67 Jesús preguntó a los Doce:
—¿También vosotros queréis marcharos?
68 Simón Pedro le contestó:
—Señor, y ¿a quién vamos a acudir? En tus palabras hay vida
69 eterna, y nosotros ya creemos y sabemos que tú eres el Consagrado
por Dios.
70 Jesús les respondió.
—¿No os elegí yo a vosotros doce? Y, sin embargo, uno de
vosotros es un traicionero [a].
71 Se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote, pues éste, siendo
uno de los Doce, lo iba a entregar.

LA FIESTA DE LAS CHOZAS

Va de incógnito

7 Algún tiempo después recorría Jesús Galilea, evitando andar por
2 Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta
3 judía de las Chozas y sus parientes le dijeron:
—Márchate de aquí y vete a Judea, que también tus discípulos
4 de allí presencien esas obras que haces; porque nadie hace las
cosas a escondidas si es que busca publicidad; si haces esas cosas,
date a conocer a todo el mundo.

a «traicionero», lit. «diablo», en su sentido etimológico se dice del que acusa, calumnia, se opone con mala idea.

5 De hecho, ni siquiera sus parientes creían en él.
6 Jesús les contestó:
—Para mí todavía no es el momento; para vosotros, en cambio,
7 cualquier momento es bueno. El mundo no tiene motivos para
aborreceros a vosotros; a mí sí me aborrece, porque yo declaro
8 que sus acciones son malas. Subid vosotros a la fiesta; yo no subo
a esta fiesta; para mí, el momento no ha llegado aún.
9 Después de esta conversación él se quedó en Galilea; sin em-
10 bargo, después que sus parientes se marcharon a la fiesta, entonces
11 subió él también, no abiertamente, sino a escondidas. Por eso lo
buscaban los dirigentes judíos durante la fiesta, preguntando:
—¿Dónde anda ése?
12 La gente hablaba mucho de él, cuchicheando. Unos decían:
—Es buena persona.
Otros, en cambio:
—No, que extravía a la gente.
13 Pero ninguno hablaba de él en público por miedo a los diri-
gentes.

Enseña en el templo: ¿Será el Mesías?

14 A mitad de la fiesta subió Jesús al templo y se puso a enseñar.
15 Los dirigentes judíos preguntaban extrañados:
—¿Cómo es éste tan instruido, si no ha estudiado?
16 Jesús entonces les contestó:
17 —Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado; el que
esté dispuesto a hacer lo que Dios quiere podrá apreciar si esa
18 doctrina es mía o si hablo yo en mi nombre. Quien habla en su
propio nombre busca su propio prestigio; en cambio, el que busca
el prestigio del que lo ha enviado, ése es veraz y en él no hay
19 injusticia. ¿No fue Moisés quien os dejó la Ley? Y, sin embargo,
ninguno la cumplís. ¿Por qué intentáis matarme?
20 La gente intervino:
—Estás loco [a]; ¿quién intenta matarte?
21 Les contestó Jesús:
—Una sola cosa hice, y todos, venga aspavientos. A propósito,
22 Moisés os prescribió la circuncisión (no es que venga de Moisés,
venía de los Patriarcas) y vosotros circuncidáis al hombre aunque
23 sea sábado. De modo que, para no quebrantar la Ley de Moisés,
se circuncida al hombre en sábado; y ¿os indignáis conmigo porque
24 en sábado le di la salud a un hombre entero? No juzguéis por
impresiones, juzgad según justicia.
25 Unos vecinos de Jerusalén comentaban:
26 —¿No es ése el que quieren matar? Pues ahí lo tenéis hablando
en público y nadie le dice nada. ¿Se habrán convencido los jefes
27 de que es él el Mesías? Aunque éste sabemos de dónde viene;
mientras, cuando llegue el Mesías, nadie sabrá de dónde viene.
28 Gritó entonces Jesús mientras enseñaba en el templo:
—¿Conque sabéis quién soy y sabéis de dónde vengo? Y, sin

a «estás loco», lit. «tienes un demonio». La locura se atribuía al influjo del demonio.

embargo, yo no estoy aquí por decisión propia; no, hay realmente
29 uno que me ha enviado, y a éste no lo conocéis vosotros. Yo sí lo
conozco, porque procedo de él y él me ha enviado.
30 Intentaron entonces prenderlo, pero nadie le puso la mano en-
31 cima porque todavía no había llegado su hora. Muchos del pueblo
creyeron en él y decían:
—Cuando venga el Mesías, ¿realizará más señales que éste?
32 Oyeron los fariseos estos cuchicheos de la gente; entonces los
sumos sacerdotes y fariseos mandaron guardias a prender a Jesús.
33 Jesús dijo:
—Poco tiempo me queda de estar con vosotros antes de irme
34 con el que me envió. Me buscaréis, pero no vais a encontrarme,
pues vosotros no sois capaces de venir al lugar donde voy a es-
tar yo.
35 Los judíos comentaban:
—¿Adónde querrá irse éste que no podamos nosotros encon-
trarlo? ¿Querrá irse con los emigrados a países griegos para en-
36 señar a los griegos? ¿Qué significará eso que ha dicho: «Me bus-
caréis, pero no vais a encontrarme, pues vosotros no sois capaces
de venir al lugar donde voy a estar yo»?

Ultimo día de las fiestas. Ríos de agua viva

37 El último día, el más solemne de las fiestas, Jesús, de pie como
estaba, gritó:
38 —Quien tenga sed, que se acerque a mí; quien crea en mí,
que beba. Como dice la Escritura: «*De su entraña manarán ríos
de agua viva*» [a].
39 Decía esto refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que
creyeran en él. Aún no había Espíritu, porque Jesús no había
sido glorificado.
40 Entre la gente, algunos que habían oído sus palabras dijeron
entonces:
—Este es realmente el Profeta.
41 Decían otros:
—Es el Mesías.
Otros, en cambio:
42 —¿Es que el Mesías va a venir de Galilea? ¿No dice la Es-
critura que el Mesías será del *linaje de David* y que *vendrá de
Belén* [b], el pueblo de David?
43 Se originó división entre la gente a propósito de él. Algunos
44 querían prenderlo, pero nadie le puso las manos encima.
45 Los guardias del templo volvieron a donde estaban los sumos
sacerdotes y fariseos. Estos les preguntaron:
—¿Se puede saber por qué no lo habéis traído?
46 Los guardias contestaron:
—Nadie ha hablado nunca como ese hombre.
47 Replicaron los fariseos:
48 —¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Es que uno

a Is 55,1-3. *b* 2 Sm 7,12.

49 solo de los jefes ha creído en él o un solo fariseo? No, y esa
plebe, que no entiende de la Ley, está maldita.
50 Nicodemo, el que había ido a ver a Jesús y que era uno de
ellos, intervino:
51 —¿Permite acaso nuestra Ley juzgar a alguien sin antes escu-
charlo y averiguar lo que ha hecho?
52 Le replicaron:
—¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea
no puede salir un profeta.
53 Y cada uno se marchó a su casa.
8 Jesús se fue al monte de los Olivos.

La adúltera

2 Al amanecer se presentó de nuevo en el templo; acudió el pue-
3 blo en masa; él se sentó y se puso a enseñarles. Los letrados y
fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio, la pusieron
4 en medio y le preguntaron:
—Maestro, a esta mujer la han sorprendido en flagrante adul-
5 terio; la Ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú,
¿qué dices?
6 Le preguntaban esto con mala idea, para tener de qué acusarlo.
Jesús se inclinó y se puso a hacer dibujos con el dedo en el suelo.
7 Como insistían en la pregunta, se incorporó y les dijo:
—A ver, el que no tenga pecado, que le tire la primera piedra.
8-9 Volvió a inclinarse y siguió escribiendo en la tierra. Al oír
aquello fueron saliendo uno a uno, empezando por los más vie-
jos, y él se quedó solo con la mujer, que seguía allí delante. Se
incorporó y le preguntó:
10 —¿Dónde están los otros? ¿Ninguno te ha condenado?
Contestó ella:
—Ninguno, Señor.
11 Jesús le dijo:
—Pues tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no vuelvas
a pecar.

Jesús, luz del mundo

12 Jesús volvió a hablarles:
—Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará en ti-
nieblas, tendrá la luz de la vida.
13 Los fariseos le replicaron:
—Tú haces de testigo en causa propia; tu testimonio no vale.
14 Jesús les contestó:
—Aunque yo sea testigo en causa propia, mi testimonio vale,
porque yo sé de dónde he venido y adónde voy, aunque vosotros
15 no lo sepáis. Vuestros juicios siguen normas humanas; yo no llevo
16 a nadie a juicio, pero si lo hiciera, mi acción legal sería legítima,
17 porque no estoy solo; estamos yo y el Padre que me envió, y en
18 vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos es válido. Yo
soy testigo en causa propia, pero el Padre que me envió es tam-
bién testigo en mi causa.

19 Entonces le preguntaron ellos:
—Y tu padre, ¿dónde está?
Jesús les contestó:
—Ni sabéis quién soy yo ni sabéis quién es mi Padre; si su-
pierais quién soy yo, sabríais también quién es mi Padre.
20 Esta conversación la tuvo Jesús mientras enseñaba en el templo
junto a la Sala del Tesoro, pero nadie lo detuvo; todavía no había
llegado su hora.

El pecado de los dirigentes: pertenecer a aquel orden

21 Por eso en otra ocasión les dijo Jesús:
—Yo me voy; me buscaréis, pero vuestro pecado os llevará a
la muerte: al lugar adonde yo voy, vosotros no sois capaces de
venir.
22 Los dirigentes judíos comentaban:
—¿Irá a suicidarse, y por eso dice «al lugar adonde yo voy,
vosotros no sois capaces de venir»?
23 El continuó:
—Vosotros pertenecéis a lo de aquí abajo, yo pertenezco a lo
24 de arriba; vosotros pertenecéis a este orden, yo no pertenezco al
orden éste. Por eso os he dicho que os llevarán a la muerte vues-
tros pecados. Es decir, si no creéis que yo soy el que soy, os
llevarán a la muerte vuestros pecados.
25 Entonces le preguntaron:
—Y ¿quién eres tú?
Jesús les contestó:
26 —Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Mucho podría
decir de vosotros y condenarlo. Pero no, el que me envió es veraz
y yo lo que aprendí de él se lo digo al mundo.
27-8 No comprendieron que les hablaba del Padre, y por eso Jesús
añadió:
—Cuando levantéis en alto a este Hombre, entonces compren-
deréis que yo soy el que soy y que no hago nada de por mí, sino
29 que esto que digo me lo ha enseñado el Padre. Además, el que me
envió está conmigo; nunca me ha dejado solo, porque yo hago
siempre lo que le agrada a él.
30 Mientras hablaba así muchos creyeron en él.

No basta la adhesión de palabra

31 Entonces dijo Jesús a los dirigentes judíos que le habían creído:
—Vosotros, para ser de verdad mis discípulos, tenéis que ate-
32 neros a ese mensaje mío; conoceréis la verdad y la verdad os
hará libres.
33 Le replicaron:
—Nosotros descendemos de Abrahán y nunca hemos sido es-
clavos de nadie; ¿cómo dices tú que vamos a ser libres?
34 Jesús les contestó:
—Pues sí, os lo aseguro: quien comete ese pecado es esclavo,
35 y el esclavo no se queda para siempre en la casa. El hijo se queda
36 para siempre; sólo si el hijo os da la libertad seréis realmente

37 libres. Ya sé que descendéis de Abrahán; y, sin embargo, queréis
38 matarme porque ese mensaje mío no os cabe en la cabeza. Yo
hablo de lo que he visto estando con el Padre; ahora os toca a
vosotros hacer lo que se os ha dicho de parte del Padre.
39 Le replicaron:
—Nuestro padre es Abrahán.
Jesús les contestó:
40 —Si fuerais hijos de Abrahán os portaríais como él. En cambio,
estáis tratando de matarme a mí, que os he comunicado la verdad
41 que aprendí de Dios. Eso no lo hacía Abrahán. Vosotros hacéis
lo mismo que vuestro padre.
Le replicaron entonces:
—Nosotros no somos hijos de mala madre; un solo padre tenemos, y es Dios.
42 Jesús les contestó:
—Si Dios fuera vuestro padre, me querríais, porque yo vine
y estoy aquí de parte de Dios; no he venido por decisión propia,
43 me ha enviado él. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque
44 no podéis oír ese mensaje mío. Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis realizar los deseos de vuestro padre. Él fue un asesino desde el principio, y nunca ha estado con la verdad porque
en él no existe verdad. Cuando dice la mentira le sale de dentro,
45 porque es falso y padre de la mentira. A mí, como digo la verdad,
46 no me creéis. ¡A ver, uno que pruebe que estoy en falta! Entonces,
47 si lo que digo es verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? El que
es de Dios entiende lo que Dios dice; por eso vosotros no lo entendéis, porque no sois de Dios.
48 Los dirigentes judíos le replicaron:
—¿No tenemos razón en decir que eres un samaritano y que
estás loco?
49 Jesús les contestó:
—Yo no estoy loco, yo honro a mi Padre; en cambio, vosotros
50 me quitáis la honra a mí. Pero yo no busco mi prestigio; otro se
51 encarga de eso y es juez en el asunto. Pues sí, os lo aseguro: quien
haga caso de mi mensaje no sabrá nunca lo que es morir.
52 Replicaron los judíos:
—Ahora estamos seguros de que estás loco: Abrahán murió, los
profetas también, ¿y tú sales diciendo que quien haga caso de tu
53 mensaje no probará nunca la muerte? ¿Eres tú más que nuestro
padre Abrahán, que murió? Y los profetas también murieron:
¿por quién te tienes?
54 Respondió Jesús:
—Si el honor me lo diera yo, mi honor no sería nada. Es mi
Padre quien me honra, el que vosotros llamáis vuestro Dios, aun-
55 que no lo conocéis. Yo, en cambio, lo conozco bien y, si lo negase,
sería un embustero como vosotros. Lo conozco y hago caso de sus
56 palabras. Abrahán, vuestro padre, gozaba esperando ver este día
mío, y ¡cuánto se alegró al verlo!
57 Los judíos le replicaron:
—Todavía no tienes cincuenta años, y ¿has visto a Abrahán?
58 Les contestó Jesús:

—Pues sí, os lo aseguro, desde antes que naciera Abrahán,
soy yo el que soy.
59 Cogieron piedras para apedrearlo, pero Jesús se escondió y salió
del templo.

Cura al ciego de nacimiento

9 1-2 Al pasar vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Sus
discípulos le preguntaron:
—Maestro, ¿quién tuvo la culpa de que naciera ciego: él o sus
padres?
3 Jesús contestó:
—Ni él ni sus padres. Está ciego para que se manifiesten en él
4 las obras de Dios. Mientras es de día tenemos que hacer las obras
que nos encarga el que me envió; se acerca la noche, en que no
5 se puede trabajar. Mientras estoy en el mundo soy la luz del
mundo.
6 Entonces escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó
7 en los ojos al ciego y le dijo:
—Ve a lavarte en la piscina de Siloé (que significa «el Enviado»).
8 El ciego fue entonces a lavarse y volvió con vista. Los vecinos
y los que antes solían verle pedir limosna preguntaban:
—¿No es ése el que se sentaba a pedir?
9 Unos decían:
—El mismo.
Otros, en cambio:
—No es él, pero se le parece.
El respondía:
—Soy yo.
10 Entonces le preguntaban:
—¿Cómo se te han abierto los ojos?
11 Contestó:
—Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en
los ojos y me dijo que fuera a lavarme a Siloé; fui, me lavé y empecé a ver.
12 Le preguntaron:
—¿Dónde está ése?
Contestó:
—No sé.
13-4 Llevaron a los fariseos al que había sido ciego. (El día que
15 Jesús hizo barro y le abrió los ojos era sábado). Los fariseos, a
su vez, le preguntaron cómo había conseguido la vista. El les
contestó:
—Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.
16 Algunos fariseos comentaban:
—Ese hombre no guarda el sábado; no puede venir de parte
de Dios.
Pero otros replicaban:
—Y ¿cómo puede un pecador realizar semejantes señales?
17 Estaban divididos y le preguntaron otra vez al ciego:
—A ti te ha abierto los ojos, ¿qué piensas tú de él?

Respondió:
—Que es un profeta.
18 Los dirigentes judíos no creyeron que antes era ciego y que
19 había conseguido la vista hasta que llamaron a sus padres y les
preguntaron:
—¿Es éste el hijo vuestro que decís que nació ciego? ¿Cómo
es que ahora ve?
20 Contestaron los padres:
21 —Sabemos que es nuestro hijo y que nació ciego; cómo es que
ahora ve no lo sabemos, y quién le ha abierto los ojos, tampoco.
Preguntádselo a él, que ya es mayor y puede explicarse.
22 Los padres contestaron así por miedo a los dirigentes judíos,
porque éstos habían ya convenido en excomulgar a quien recono-
23 ciera que Jesús era el Mesías. Por eso dijeron: «Ya es mayor,
preguntádselo a él».
24 Llamaron otra vez al que había sido ciego y le dijeron:
—A nosotros nos consta que ese hombre es un pecador; re-
conócelo tú [a].
25 El contestó:
—Si es pecador o no, no lo sé; lo único que sé es que yo era
ciego y ahora veo.
26 Insistieron:
—¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?
27 Contestó:
—Ya os lo he dicho y no me habéis hecho caso; ¿para qué
queréis oírlo otra vez? ¿Es que queréis haceros discípulos suyos
también vosotros?
28 Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron:
—Discípulo de ése lo serás tú; nosotros somos discípulos de
29 Moisés. A nosotros nos consta que a Moisés le habló Dios, pero
ése no sabemos de dónde procede.
30 Replicó él:
—Pues eso es lo raro, que no sepáis de dónde procede cuando
31 me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los peca-
32 dores, sino al que es religioso y cumple su voluntad. Jamás se ha
oído decir que nadie le haya abierto los ojos a un ciego de na-
33 cimiento; si éste no procediera de Dios, no podría hacer nada.
34 Le replicaron:
—Empecatado naciste de arriba abajo, ¡y vas tú a darnos lec-
ciones a nosotros!
Y lo expulsaron.
35 Se enteró Jesús de que lo habían expulsado, fue a buscarlo y
le preguntó:
—¿Tú crees en el Hombre aquel? [b].
36 Contestó:
—Dime quién es, Señor, para creer en él.

a «reconócelo tú», lit. «da gloria a Dios», expresión hebrea usada en el sentido de «confesar» o «reconocer la verdad», cf. Lc 23,47.

b «El Hombre aquel» (Dn 7,13), el Mesías (35). La fe del ciego: Jesús es hombre (11), profeta (17), procede de Dios (33), el Mesías (38). Seguridad farisea (16.24.29). Los guías, ciegos porque no quieren ver (41).

37 Jesús le dijo:
—Ya lo estás viendo, es el mismo que habla contigo.
38 Declaró él:
—Creo, Señor.
Y se postró ante él.
39 Jesús añadió:
—Yo he venido a este mundo para abrir un proceso; así, los
que no ven, verán, y los que ven, quedarán ciegos.

Los dirigentes y el verdadero pastor

40 Al oír esto, los fariseos que estaban con él le preguntaron:
—¿Somos también nosotros ciegos?
41 Jesús les contestó:
—Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís que
veis, vuestro pecado sigue ahí.

10 Sí, os lo aseguro: el que no entra por la puerta en el recin-
to de las ovejas, sino saltando por otro lado, ése es un ladrón
2 y un bandido. Pastor de las ovejas es quien entra por la puerta,
3 a ése le abre el guarda y las ovejas escuchan su voz. Llama a las
4 suyas por su nombre y las saca fuera; cuando las saca todas, va
5 delante, y las ovejas lo siguen porque conocen su voz. A un ex-
traño no lo seguirían, huirían de él, porque no conocen la voz
de los extraños.
6 Jesús les puso esta semejanza, pero ellos no entendieron a qué
7 se refería; por eso añadió:
8 —Pues sí, os lo aseguro, yo soy la puerta de las ovejas. Todos
los que han venido antes de mí eran ladrones y bandidos, pero las
9 ovejas no les hicieron caso. Yo soy la puerta: el que entre por mí
estará al seguro, podrá entrar y salir y encontrará pastos.
10 El ladrón no viene más que para robar, matar y perder. Yo
he venido para que vivan y estén llenos de vida: yo soy el mo-
11 delo de pastor. El pastor modelo se desprende de su vida por las
12 ovejas; el asalariado, como no es pastor ni las ovejas son suyas,
cuando ve venir al lobo, deja las ovejas y echa a correr, y el lobo
13 las arrebata y las dispersa; porque a un asalariado no le importan
las ovejas.
14 Yo soy el modelo de pastor: conozco a las mías y las mías me
15 conocen a mí, igual que mi Padre me conoce y yo conozco al
Padre; además, me desprendo de la vida por las ovejas.
16 Tengo otras ovejas que no son de este recinto; también a ésas
tengo que conducirlas; escucharán mi voz y se hará un solo rebaño
con un solo pastor.
17 Por eso me ama mi Padre, porque yo me desprendo de mi
18 vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, yo la doy vo-
luntariamente. Está en mi mano desprenderme de ella y está en
mi mano recobrarla. Este es el encargo que me ha dado el Padre.
19 También estas palabras causaron división entre los dirigentes
judíos.
20 Muchos decían:
—Está loco de atar, ¿por qué lo escucháis?

21 Otros replicaban:
—Esas no son palabras de loco; ¿puede un loco abrir los ojos
de los ciegos?

LA FIESTA DE LA DEDICACION

Jesús rechazado por los dirigentes

22 Se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación del templo.
23-4 Era invierno y Jesús se paseaba por el pórtico de Salomón; los
dirigentes judíos lo rodearon y le preguntaron:
—¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si eres tú el Mesías,
dínoslo francamente.
25 Jesús les respondió:
—Os lo he dicho, pero no lo creéis. Mis credenciales son las
26 obras que yo hago en nombre de mi Padre; pero, como no sois
27 ovejas mías, no creéis. Mis ovejas obedecen mi voz, yo las conozco
28 y ellas me siguen; yo les doy vida eterna y no se perderán jamás,
29 nadie me las arrancará de la mano. Lo que mi Padre me ha dado
es lo que más importa, y nadie puede arrancar nada de la mano
30 del Padre. Yo y el Padre somos uno.
31-2 Los dirigentes judíos cogieron piedras para apedrearlo. Jesús
les replicó:
—Por encargo del Padre he hecho en vuestra presencia muchas
cosas buenas, ¿por cuál de ellas vais a apedrearme?
33 Le contestaron los dirigentes:
—No te apedreamos por nada bueno, sino por una blasfemia;
porque tú, siendo un hombre, te haces Dios.
34 Jesús les replicó:
—¿No está escrito en vuestra Ley: «*Yo os digo que sois dio-*
35 *ses*»? [a]. Pues si llama dioses a los que recibieron un nombra-
miento divino [b], y esta frase de la Escritura no se puede anular,
36 ¿por qué me acusáis de blasfemia a mí, a quien el Padre consagró
37 y envió al mundo, si digo que soy Hijo de Dios? Si yo no hago
38 lo que me encarga mi Padre, no os fiéis de mí; pero si lo hago,
aunque no os fiéis de mí, fiaos de mis obras; así sabréis de una
vez que el Padre está conmigo y yo estoy con el Padre.
39 Otra vez intentaron prenderlo, pero se les escabulló de las ma-
40 nos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde
41 tiempo atrás había bautizado Juan, y se quedó allí. Acudieron
muchos que decían:
—Juan no habrá realizado ninguna señal, pero todo lo que dijo
de éste era verdad.
42 Y en aquel lugar muchos creyeron en él.

a Sal 82,6.
b «a los que recibieron un nombramiento divino», lit. «a aquellos a quienes se dirigió la palabra de Dios», con referencia al salmo 82, que llama dioses a los príncipes y jueces establecidos por él.

IV

JESUS, LA VIDA, SE ACERCA A LA MUERTE

Lázaro

11 Había caído enfermo un tal Lázaro, natural de Betania, la aldea
2 de María y su hermana Marta. Fue María la que ungió al Señor
con perfume y le secó los pies con el pelo; Lázaro, el enfermo,
3 era hermano suyo, y por eso las hermanas le mandaron recado
a Jesús:
—Señor, mira que tu amigo está enfermo.
4 Jesús al oírlo dijo:
—Esta enfermedad no es para muerte, sino para honra de Dios,
para que ella honre al Hijo de Dios.
5 (Jesús era muy amigo de Marta, de su hermana y de Lázaro).
6 Pues cuando se enteró de la enfermedad esperó dos días donde
7 estaba; sólo entonces dijo a los discípulos:
—Vamos otra vez a Judea.
8 Los discípulos le replicaron:
—Maestro, hace nada querían apedrearte los judíos, y ¿vas a
ir allí otra vez?
9 Contestó Jesús:
—¿No hay doce horas de luz? Si uno camina de día, no tropieza,
10 porque hay luz en este mundo y se ve; uno tropieza si camina
de noche, porque le falta la luz.
11 Dicho esto, añadió:
—Nuestro amigo Lázaro se ha dormido; voy a despertarlo.
12 Los discípulos replicaron:
—Señor, si duerme se curará.
13 Jesús se refería a la muerte, pero ellos lo interpretaron del sueño
14 natural. Entonces Jesús les dijo claro:
15 —Lázaro ha muerto. Me alegro por vosotros de no haber estado
allí para que tengáis fe. Ahora vamos a su casa.
16 Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a sus compañeros:
—Vamos también nosotros a morir con él.
17 Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cua-
18 tro días enterrado. Betania dista poco de Jerusalén, unos tres
19 kilómetros [a], y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María
para darles el pésame por su hermano.
20 Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a recibirlo,
21 mientras María se quedaba en la casa. Marta le dijo a Jesús:
—Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi herma-
22 no. Pero, así y todo, sé que Dios te dará lo que le pidas.
23 Jesús le dijo:
—Tu hermano resucitará.
24 Marta respondió:
25 —Ya sé que resucitará en la resurrección del último día.
Jesús le dijo:
—Yo soy la resurrección y la vida: el que tiene fe en mí, aunque

a «tres kilómetros», lit. «quince estadios», cf. 6,19.

26 muera, vivirá; y todo el que está vivo y tiene fe en mí, no morirá
nunca. ¿Crees esto?
27 Ella le contestó:
—Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que
tenía que venir al mundo.
28 Dicho esto fue a llamar a su hermana María y le dijo en voz
baja:
—El Maestro está ahí y te llama.
29 Apenas lo oyó, se levantó María y salió a donde estaba Jesús.
30 El no había entrado todavía en la aldea: seguía donde Marta lo
había encontrado.
31 Los judíos que estaban con María en la casa dándole el pésame,
al ver que se levantaba y salía a toda prisa, la siguieron, pensando
32 que iba al sepulcro a llorar. Cuando María llegó a donde estaba
Jesús se le echó a los pies diciéndole:
—Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.
33 Al ver llorar a María y a los judíos que la acompañaban, Jesús
34 se reprimió con una sacudida y preguntó:
—¿Dónde lo habéis enterrado?
Le contestaron:
—Ven a verlo, Señor.
35-6 Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban:
—¡Mirad cuánto lo quería!
37 Pero algunos de ellos dijeron:
—Y uno que le abrió los ojos a un ciego, ¿no podía haber
impedido que muriera éste?
38 Jesús, reprimiéndose de nuevo, llegó al sepulcro; era una cueva
cerrada con una losa.
39 Dijo Jesús:
—Quitad la losa.
Marta, la hermana del difunto, le dijo:
—Señor, ya huele mal, lleva cuatro días.
40 Jesús insistió:
—¿No te he dicho que si tienes fe verás el poder de Dios?
41 Entonces quitaron la losa. Jesús levantó los ojos a lo alto y
dijo:
42 —Gracias, Padre, por haberme escuchado. Yo sé que siempre
me escuchas; lo digo por la gente que me rodea, para que crean
que tú me has enviado.
43 Luego gritó muy fuerte:
—¡Lázaro, sal fuera!
44 El muerto salió; llevaba los brazos y las piernas atados con ven-
das y la cara envuelta en un sudario.
Jesús les mandó:
—Desatadlo y dejadlo que ande.

Complot para matar a Jesús
(Mt 26,15; Mc 14,1-2; Lc 22,1-2)

45 Muchos de los judíos que habían ido a casa de María y habían
46 presenciado lo que había hecho creyeron en él. Algunos, sin em-

bargo, fueron a ver a los fariseos y les contaron lo que había hecho
Jesús.
47 Los sumos sacerdotes y fariseos convocaron entonces el Consejo
y preguntaban:
48 —¿Qué hacemos? Ese hombre realiza muchas señales; si deja-
mos que siga, todos van a creer en él y vendrán los romanos y
nos destruirán el lugar santo y la nación.
49 Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote el año aquél, les
dijo:
50 —No tenéis idea, no calculáis que antes que perezca la nación
entera conviene que uno muera por el pueblo.
51 Esto no se le ocurrió a él; siendo sumo sacerdote el año aquél,
52 profetizó que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la
nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos.
53-4 Desde aquel día estuvieron decididos a matarlo. Por eso Jesús
ya no andaba en público por Judea; se retiró a una ciudad llamada
Efraín, en la región cercana al desierto, y se quedó allí con sus
discípulos.
55 Se acercaba la Pascua de los judíos y mucha gente del campo
56 subía a Jerusalén para purificarse antes de las fiestas. Buscaban
a Jesús y se preguntaban unos a otros en el templo:
—¿Creéis que no vendrá a las fiestas?
57 Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se
enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.

La unción en Betania
(Mt 26,6-13; Mc 14,3-9)

12 Seis días antes de la Pascua fue Jesús a Betania, donde vivía
Lázaro, a quien había resucitado de la muerte. Le ofrecieron allí
2 una cena; Marta servía y Lázaro era uno de los comensales.
3 María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho
precio, le ungió los pies a Jesús y se los secó con el pelo. La casa
se llenó de la fragancia del perfume.
4 Pero uno de los discípulos, Judas Iscariote, el que lo iba a
entregar, dijo:
5 —¿Por qué razón no se ha vendido ese perfume por un dineral [a]
y no se ha dado a los pobres?
6 Dijo esto no porque le importasen los pobres, sino porque era
un ladrón y, como tenía la bolsa, cogía de lo que echaban.
7 Jesús dijo:
8 —Deja que lo guarde para el día de mi sepultura; porque a
esos pobres los tendréis siempre con vosotros; en cambio, a mí
no me vais a tener siempre.
9 Un gran número de judíos se enteró de que estaba allí y fueron,
no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había
10 resucitado. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lá-
11 zaro, porque muchos judíos iban a verlo y creían en Jesús.

a «por un dineral», lit. «por trescientos denarios», cf. Mt 18,28.

Entrada en Jerusalén
(Mt 21,1-11; Mc 11,1-11; Lc 19,28-40)

12 Al día siguiente, la multitud que había acudido a la fiesta, al
13 oír que Jesús llegaba a Jerusalén, salió a recibirlo con ramos de
palma, gritando:
—*¡Viva!* [a]. *¡Bendito el que viene en nombre del Señor* [b], el que
es rey de Israel!
14 Pero Jesús encontró un borriquillo y se montó en él, como
estaba escrito:

15 *No temas, ciudad de Sión,*
mira a tu rey que llega
montado en un borrico
(Zac 9,9s).

16 Sus discípulos no comprendieron esto a la primera, pero cuando
se manifestó la gloria de Jesús se acordaron de que habían hecho
con él lo que estaba escrito.
17 El grupo que había estado presente cuando resucitó a Lázaro,
mandándole salir del sepulcro, daba testimonio de lo que había
18 visto. Y la gente, al enterarse de que había realizado aquella señal,
salió a recibirlo.
19 Los fariseos se decían unos a otros:
—Ya veis que no adelantáis nada; mirad cómo todo el mundo
se ha ido detrás de él.

Unos griegos buscan a Jesús. Llega su hora

20-1 Entre los peregrinos de la fiesta había algunos griegos; se
acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le dijeron:
—Señor, quisiéramos ver a Jesús.
22 Felipe fue a decírselo a Andrés, y Andrés fue con Felipe a
decírselo a Jesús.
23 El les contestó:
—Ha llegado la hora de que se manifieste la gloria de este Hom-
24 bre [c]. Sí, os lo aseguro, si el grano de trigo cae en tierra y no
muere, queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante.
25 Quien tiene apego a la propia existencia, la pierde; quien des-
precia la propia existencia en el mundo, éste la conserva para una
26 vida sin término. El que quiera servirme, que me siga, y allí donde
esté yo, esté también mi servidor; a quien me sirva lo honrará
el Padre.

Acepta la muerte

27 —Ahora me siento agitado; ¿le pido al Padre que me saque
28 de esta hora? ¡Pero si para esto he venido, para esta hora! ¡Padre,
manifiesta la gloria tuya!
Entonces se oyó una voz del cielo:

a «viva», lit. «hosanna», locución hebrea que significaba «salva, por favor» y que en tiempos más recientes pasó a ser una aclamación.
b Sal 118,25s. *c* «este Hombre», cf. Mt 8,20.

—¡Acabo de manifestar mi gloria y volveré a manifestarla!
29 Ante esto, la gente que estaba allí escuchando decía que había
sido un trueno; algunos decían que le había hablado un ángel.
30 Jesús intervino y dijo:
31 —Esa voz no era por mí, sino por vosotros. Ahora comienza
un juicio contra el orden presente, y ahora el jefe del mundo
32 éste va a ser echado fuera. Pero yo, cuando me levanten de la
tierra, tiraré de todos hacia mí.
33 Decía esto dando a entender cómo iba a morir.
34 La gente le replicó:
—Nosotros hemos aprendido en la Escritura que el Mesías se-
guirá aquí para siempre; ¿cómo dices tú que ese Hombre tiene
que ser levantado en alto? ¿Quién es ese Hombre?
35 Jesús les contestó:
—Todavía os queda un rato de luz; caminad mientras tenéis
luz, antes que os sorprendan las tinieblas. El que camina en tinie-
36 blas no sabe adónde va; mientras hay luz fiaos de la luz para
quedar iluminados.
Dichas estas palabras se marchó y se escondió de ellos.

Actitud final de los judíos y aviso de Jesús

37 A pesar de tantas señales como le habían visto realizar no
38 creían en él; así se cumplieron las palabras del profeta Isaías:

Señor, ¿quién ha creído nuestro mensaje?,
¿a quién se ha revelado la fuerza del Señor?
(Is 53,1).

39 Y no podían creer por lo que dijo también Isaías:

40 *Les ha cegado los ojos y embotado la mente*
para que sus ojos no vean ni su mente discurra
ni se conviertan y los tenga que sanar
(Is 6,9s).

41 Esto lo dijo Isaías hablando de él, porque había visto su gloria.
42 A pesar de eso, muchos, incluso de los jefes, creyeron en él;
pero no lo confesaban por miedo a los fariseos, para que no los
43 expulsaran de la sinagoga; preferían el honor que dan los hombres
al que da Dios.
44 Entonces Jesús dijo gritando:
—Cuando uno cree en mí no es en mí en quien cree, sino en
45 el que me ha enviado, y cuando uno me ve a mí ve al que me ha
46 enviado. Yo he venido al mundo como luz, para que ninguno que
cree en mí quede a oscuras.
47 Al que escucha mis palabras y no las cumple yo no lo juzgo;
48 no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. El que
me rechaza y no acepta mis palabras ya tiene quien lo juzgue:
el mensaje que he comunicado, ése lo juzgará el último día.
49 Porque yo no he hablado en nombre mío; no, el Padre que
me envió me ha encargado él mismo lo que tenía que decir y que
50 hablar, y yo sé que este encargo suyo significa vida eterna; por
eso lo que yo hablo, lo hablo tal y como me lo ha dicho el Padre.

EL LIBRO DE LA GLORIA

(13,1-20,31)

I

LA ULTIMA CENA

Lavatorio de los pies

13 Era antes de Pascua. Sabía Jesús que había llegado para él la
hora de pasar de este mundo al Padre; había amado a los suyos
que vivían en el mundo y los amó hasta el extremo.
2 Estaban cenando. El diablo le había metido ya en la cabeza a
3 Judas, hijo de Simón Iscariote, entregar a Jesús. Jesús, sabiendo
que el Padre le había puesto todo en su mano, y sabiendo que
4 había venido de Dios y que a Dios volvía, se levantó de la mesa,
5 se quitó el manto y se ciñó una toalla; echó agua en una jofaina
y se puso a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con
6 la toalla que llevaba ceñida. Al llegar a Simón Pedro éste le dijo:
—Señor, ¿tú lavarme los pies a mí?
7 Jesús le replicó:
—Lo que yo estoy haciendo no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde.
8 Replicó Pedro:
—¿Lavarme tú los pies? Jamás.
Jesús le contestó:
—Si no te dejas lavar, no tienes nada que ver conmigo.
9 Simón Pedro le dijo:
—Señor, no sólo los pies, también las manos y la cabeza.
10 Jesús le contestó:
—Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies;
está limpio todo. También vosotros estáis limpios, aunque no
todos.
11 (Dijo que no todos estaban limpios, porque sabía quién lo iba
a entregar).
12 Cuando acabó de lavarles los pies se puso otra vez el manto
y les dijo:
13 —¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me
14 llamáis Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy. Pues si yo,
el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros
15 debéis lavaros los pies unos a otros, porque os he dado ejemplo
16 para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho. Sí, os lo asegu-
guro: Un criado no es más que su amo ni un enviado más que
17 el que lo envía. ¿Lo sabéis? Pues dichosos vosotros si lo cumplís.

Predice la traición

(Mt 26,20-25; Mc 14,17-21; Lc 22,21-23)

18 No lo digo por todos vosotros; yo sé bien a quiénes elegí, pero
tiene que cumplirse la Escritura: «*El que come de mi pan me ha*

19 *puesto la zancadilla*» [a]. Os lo digo ya ahora, antes de que suceda,
20 para que cuando suceda creáis que yo soy el que soy. Sí, os lo
aseguro: quien recibe a uno cualquiera que yo envíe, me recibe
a mí, y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado.
21 Dicho esto, Jesús, estremeciéndose, declaró:
—Sí, os lo aseguro: uno de vosotros me va a entregar.
22 Los discípulos se miraban desconcertados sin saber por quién
23 lo decía. Uno de ellos, el preferido de Jesús, estaba reclinado a su
24 derecha. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién
25 lo decía. Entonces él, apoyándose sin más en el pecho de Jesús,
le preguntó:
—Señor, ¿quién es?
26 Jesús le contestó:
—Es ese a quien le voy a dar yo este trozo de pan mojado.
Y, mojando pan en la salsa, se lo dio a Judas, el de Simón
27 Iscariote. Y en aquel momento, detrás del pan, entró en él Satanás.
Jesús le dijo entonces:
—Lo que vas a hacer, hazlo en seguida.
28-9 Ninguno de los comensales entendió por qué se lo decía. Como
Judas tenía la bolsa, supusieron algunos que Jesús le encargaba
30 comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas
tomó el pan y salió inmediatamente. Era de noche.
31 Cuando salió, dijo Jesús:
—Ahora acaba de manifestarse la gloria de este Hombre, y por
32 él la de Dios; y como por él se ha manifestado la gloria de Dios,
Dios mismo va a manifestar la gloria de este Hombre, y eso muy
pronto.

El mandamiento nuevo

33 Hijos míos, me queda muy poco de estar con vosotros. Me
buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros:
al lugar adonde yo voy, vosotros no sois capaces de venir,
34 Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual
35 que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán
que sois discípulos míos: en que os amáis unos a otros.

Predice la negación de Pedro

(Mt 26,31-35; Mc 14,27-31; Lc 22,31-34)

36 Le preguntó Simón Pedro:
—Señor, ¿adónde vas?
Jesús le respondió.
—Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más
tarde.
37 Replicó Pedro:
—Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Por ti daría la
vida.
38 Contestó Jesús:
—¿Tú darías la vida por mí? Pues sí, te aseguro que antes que
cante el gallo me habrás negado tres veces.

a Sal 41,10.

Jesús, camino hacia el Padre

14 1-2 No estéis agitados; fiaos de Dios y fiaos de mí. La casa de
mi Padre tiene muchos aposentos. Si así no fuera, ¿os habría dicho
3 que voy a prepararos sitio? Cuando vaya y os lo prepare, volveré
para llevaros conmigo; así, donde esté yo, estaréis también vos-
4 otros. Ya sabéis el camino para ir a donde yo voy.
5 Tomás le dijo:
—Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el ca-
mino?
6 Respondió Jesús:
—Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie se acerca al
7 Padre sino por mí; si me conocéis a mí, conoceréis también a mi
Padre, aunque ya desde ahora lo conocéis y lo estáis viendo.
8 Felipe le dijo:
—Señor, preséntanos al Padre; con eso nos basta.
9 Jesús le replicó:
—Con tanto tiempo como llevo con vosotros, ¿todavía no me
conoces, Felipe? Quien me ve a mí está viendo al Padre, ¿cómo
10 dices tú: «preséntanos al Padre»? ¿No crees que yo estoy con el
Padre y el Padre conmigo? Las cosas que yo os digo no las digo
como mías: es el Padre que está conmigo realizando sus obras.
11 Creedme, yo estoy con el Padre y el Padre está conmigo; al menos
12 dejaos convencer por las obras mismas. Sí, os lo aseguro: Quien
13 cree en mí hará obras como las mías y aún mayores; porque yo
me voy con el Padre, y lo que pidáis alegando mi nombre lo haré
yo para que la gloria del Padre se manifieste por medio del Hijo;
14 cualquier cosa que me pidáis alegando mi nombre, la haré.

La promesa del Espíritu

15 Si me amáis, guardaréis los mandamientos míos, y entonces yo
16 le pediré al Padre que os dé otro abogado que esté siempre con
17 vosotros: el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo,
porque no lo percibe ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo cono-
céis, porque vive ya con vosotros y está entre vosotros.
18 No os dejaré desamparados, volveré. De aquí a poco el mundo
19 no me verá más; vosotros sí me veréis, pues de la vida que yo
20 tengo viviréis también vosotros: aquel día conoceréis que yo estoy
21 con el Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta
mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama; y al que
me ama, lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré
a él.
22 El otro Judas (no el Iscariote), le preguntó:
—Señor, ¿a qué se debe que vayas a revelarte nada más que
a nosotros y no al mundo?
23 Jesús le contestó:
—Uno que me ama hará caso de mi mensaje, mi Padre lo amará
24 y los dos nos vendremos con él y viviremos con él. Uno que no
me ama no hace caso de mis palabras; y el mensaje que oís no es
mío, sino del Padre que me envió.
25 Esto es lo que tenía que deciros mientras estaba con vosotros;

26 el abogado que os enviará el Padre cuando aleguéis mi nombre,
el Espíritu Santo, ése os lo enseñará todo y os irá recordando todo
lo que yo os he dicho.
27 «Paz» es mi despedida [a]; paz os deseo, la mía; y no os la deseo
28 como la desea el mundo. No estéis agitados ni tengáis miedo, habéis
oído lo que he dicho, que me voy para volver. Si me amarais,
os alegraríais de que me vaya con el Padre, porque el Padre es
más que yo.
29 Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda
30 tengáis fe. Ya no hay tiempo para hablar largo, porque está para
llegar el jefe del orden éste; no es que él tenga poder sobre mí,
31 pero el mundo tiene que comprender que amo al Padre y que
cumplo exactamente su encargo. ¡Levantaos, vámonos!

La verdadera vid

15 1-2 Yo soy la vid verdadera, mi Padre es el labrador. Todo
sarmiento mío que no da fruto lo corta; los que dan fruto los lim-
3 pia para que den más. Vosotros estáis ya limpios por el mensaje
que os he comunicado.
4 Seguid conmigo, que yo seguiré con vosotros. Si un sarmiento
no sigue en la vid, no puede dar fruto solo; así tampoco vosotros,
5 si no seguís conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el
que sigue conmigo y yo con él es quien da fruto abundante, porque
6 sin mí no podéis hacer nada. Al que no sigue conmigo, lo tiran
como a un sarmiento y se seca; los recogen, los echan al fuego y
7 los queman. Si seguís conmigo y mis palabras siguen con vosotros,
8 pedid lo que queráis, que se cumplirá. En eso se manifiesta la
gloria de mi Padre: en que deis fruto abundante y seáis discípulos
míos.
9 Igual que mi Padre me amó os he amado yo. Manteneos en ese
10 amor que os tengo, y para manteneros en mi amor cumplid mis
mandamientos; también yo he cumplido los mandamientos del
Padre y me mantengo en su amor.
11 Os dejo dicho esto para que compartáis mi alegría y así vuestra
alegría sea total.
12 Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como
13 yo os he amado. No hay amor más grande que dar la vida por
14 los amigos. Seréis amigos míos si hacéis lo que os mando. Ya no
15 os llamo más siervos, porque un siervo no está al corriente de lo
que hace su amo; os llamo amigos porque os he comunicado todo
lo que le he oído a mi Padre.
16 No me elegisteis vosotros a mí, fui yo quien os elegí a vosotros
y os destiné a que os pongáis en camino y deis fruto, y un fruto
que dure; así, lo que le pidáis al Padre alegando mi nombre, os
lo dará.

El odio del mundo

17 Esto es todo lo que os mando: que os améis unos a otros.
18 Cuando el mundo os odie, tened presente que primero me ha

a **«paz es mi despedida, etc.», lit. «paz os dejo, la paz mía os doy».**

19 odiado a mí. Si pertenecierais al mundo, el mundo os querría como
a cosa suya, pero como no le pertenecéis, sino que al elegiros yo
os he sacado de él, el mundo os odia.
20 Acordaos de aquello que os dije yo: que un siervo no es más
que su amo; si a mí me han perseguido, lo mismo harán con vos-
otros, y el caso que han hecho de mis palabras lo harán de las
21 vuestras. Os tratarán así por causa mía, porque no reconocen al
22 que me ha enviado. Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado,
no tendrían culpa; ahora, en cambio, no tienen excusa.
23 Odiarme a mí es odiar a mi Padre. Si yo no hubiera hecho en
24 presencia de ellos lo que nadie ha hecho, no tendrían culpa; pero
ahora han visto y, a pesar de eso, nos han tomado odio a mí y a
25 mi Padre. Pero así se cumple lo escrito en su Ley: «*Me odiarán
sin razón*» [a].
26 Cuando venga el abogado que os voy a enviar yo de parte de mi
Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él será testigo
27 en mi causa; también vosotros sois testigos, pues habéis estado
conmigo desde el principio.

16 1-2 Os dejo dicho esto para que no os vengáis abajo: os expul-
sarán de la sinagoga; es más, llegará el día en que os maten pen-
3 sando que así dan culto a Dios. Harán eso con vosotros porque
4 no nos reconocen ni al Padre ni a mí, y os lo dejo dicho para que
os acordéis de mi aviso cuando llegue la hora.

La actuación del Espíritu

Esto no os lo dije desde el principio porque estaba con vos-
5 otros, pero ahora ya me vuelvo con el que me envió. ¿No me
6 preguntáis ninguno adónde voy? Eso sí, porque os he dicho esto
7 la tristeza os abruma. Y, sin embargo, es verdad lo que os digo;
os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá
vuestro abogado; en cambio, si me voy, os lo enviaré.
8 Cuando venga él le probará al mundo que hay culpa, inocencia
9 y sentencia: primero, culpa, porque no creen en mí; luego, ino-
10 cencia, y la prueba es que me voy con el Padre y ya no me veréis
11 más; por último, sentencia, porque el jefe del orden éste ha
salido condenado.
12 Mucho me queda por deciros, pero no podéis con tanto ahora;
13 cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os irá guiando en
la verdad toda, porque no hablará en su nombre, sino comunicará
14 lo que le digan y os interpretará lo que vaya viniendo. El mani-
festará mi gloria porque tomará de lo mío y os lo interpretará.
15 Todo lo del Padre es también mío, por eso digo que tomará de
lo mío y os lo interpretará.

La pena acaba en alegría

16 Dentro de poco ya no me veréis, pero poco más tarde me vol-
veréis a ver.

a Sal 35,19.

17 Comentaron entonces algunos discípulos:
—¿Qué significa eso de «dentro de poco ya no me veréis, pero
poco más tarde me volveréis a ver», y eso de «me voy con el
Padre»?
18 Y se preguntaban:
—¿Qué significa ese poco?
19 Comprendió Jesús que querían preguntarle y les dijo:
—¿Estáis discutiendo de eso que os he dicho: «Dentro de poco
20 ya no me veréis, pero poco más tarde me volveréis a ver»? Pues
sí, os aseguro que lloraréis y os lamentaréis vosotros mientras el
mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra pena
21 acabará en alegría. Cuando una mujer va a dar a luz siente an-
gustia porque le ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz
al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que un hombre
22 haya venido al mundo. Por eso ahora también vosotros estáis
tristes, pero cuando volváis a verme os alegraréis, y esa alegría
23 vuestra no os la quitará nadie. Ese día no me preguntaréis nada.
Pues sí, os aseguro que, si alegáis mi nombre, el Padre os dará
24 lo que le pidáis. Hasta ahora no habéis pedido nada alegando mi
nombre. Pedid y recibiréis, así vuestra alegría será completa.

He vencido al mundo

25 Hasta aquí os he hablado en comparaciones. Es hora de dejarse
26 de comparaciones y de hablaros del Padre claramente. Cuando
27 llegue aquel día pediréis alegando mi nombre. Con esto no quiero
decir que yo rogaré al Padre por vosotros; el Padre mismo os
quiere, porque vosotros ya me queréis y ya creéis que yo salí de
28 junto a Dios; salí de junto al Padre y vine a estar en el mundo,
ahora dejo el mundo y me vuelvo con el Padre.
29 Los discípulos le dijeron:
30 —Esto es hablar claro y no andarse con rodeos. Ahora sabemos
que lo sabes todo y que no necesitas que nadie te haga preguntas.
Por eso creemos que viniste de parte de Dios.
31 Jesús les contestó:
32 —¿Ahora creéis? ¡Cuando se acerca la hora, o cuando ya ha
llegado, de que os disperséis cada uno por su lado dejándome
solo! Aunque yo no estoy solo, está conmigo el Padre.
33 Os he dicho estas cosas para que gracias a mí tengáis paz. En
el mundo tendréis apreturas, pero, ánimo, que yo he vencido al
mundo.

Oración de Jesús

17 Así habló Jesús y, levantando los ojos al cielo, dijo:
—Padre, ha llegado la hora; manifiesta la gloria de tu Hijo
2 para que tu Hijo manifieste la tuya, pues le diste autoridad sobre
todos los hombres para que dé vida eterna a todos los que le has
3 confiado. Y ésta es la vida eterna, reconocerte a ti como único
Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús, como Mesías.
4 Yo he manifestado tu gloria en la tierra llevando a cabo la obra
5 que me encargaste; ahora, Padre, glorifícame tú a tu lado dándome
la gloria que tenía junto a ti antes que existiera el mundo.

6 Te he manifestado a los hombres que me confiaste, sacándolos
del mundo; eran tuyos, tú me los confiaste y ellos han hecho caso
7 de tu mensaje. Ahora saben que todo lo que yo tengo lo he
8 recibido de ti; porque las palabras que tú me transmitiste se las
he transmitido yo a ellos y ellos las han aceptado: se han con-
vencido de que salí de tu lado y han creído que tú me enviaste.
9 Yo te ruego por ellos; no te ruego por el mundo, sino por los
10 que me has confiado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo
11 y lo tuyo es mío, y en ellos queda patente mi gloria. Ya no estaré
más en el mundo; mientras ellos se quedan en el mundo, yo voy
a reunirme contigo. Padre Santo, protege tú mismo a los que me
12 has confiado, para que sean uno como lo somos nosotros. Mien-
tras estaba con ellos, yo los protegía en tu lugar; tú me los con-
fiaste, yo los tuve seguros y ninguno se perdió, excepto el que
13 tenía que perderse para que se cumpliera la Escritura. Ahora me
voy contigo, y hablo así mientras estoy en el mundo para que los
inunde mi alegría.
14 Yo les he transmitido tu mensaje y el mundo los odia porque
15 no le pertenecen, como tampoco yo. No te ruego que los saques
16 del mundo, sino que los protejas del Malo. No pertenecen al
17 mundo, como yo tampoco pertenezco al mundo; conságratelos con
18 la verdad: verdad es ese mensaje tuyo. Como tú me enviaste
19 al mundo, al mundo los envío yo también; por ellos me consagro
a ti, para que también ellos te queden consagrados de verdad.
20 No te pido sólo por éstos, te pido también por los que van a
21 creer en mí mediante su mensaje: que sean todos uno, como tú Pa-
dre estás conmigo y yo contigo; que también ellos estén con nos-
22 otros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado a
ellos la gloria que tú me diste, la de ser uno como lo somos nos-
23 otros, yo unido con ellos y tú conmigo, para que queden realizados
en la unidad; así sabrá el mundo que tú me enviaste y que los
has amado a ellos como a mí.
24 Padre, tú me los confiaste; quiero que, donde yo estoy, estén
ellos también conmigo y contemplen esa gloria mía que tú me has
dado, porque me amabas ya antes que existiera el mundo.
25 Padre justo, aunque el mundo no te ha reconocido, yo te re-
26 conocí, y también éstos reconocieron que tú me enviaste. Yo te
he revelado a ellos y seguiré revelándote, para que el amor que
tú me has tenido esté con ellos y también yo esté con ellos.

II

RELATO DE LA PASION

La traición y el arresto

(Mt 26,47-56; Mc 14,43-50; Lc 22,47-53)

18 Dicho esto, salió Jesús con sus discípulos, pasaron el torrente
2 Cedrón y entraron en un huerto. Judas, el que lo traicionaba, co-
nocía también el sitio, porque Jesús se reunía allí a menudo con
sus discípulos.
3 Judas cogió la patrulla y a unos guardias de los sumos sacerdotes
4 y fariseos, con faroles, antorchas y armas, y entró allí. Jesús, sa-
biendo todo lo que se le venía encima, se adelantó y les dijo:
—¿A quién buscáis?
5 Contestaron:
—A Jesús Nazareno.
Les dijo Jesús:
—Soy yo.
6 Estaba con ellos Judas el traidor. Al decirles «soy yo», dieron
un paso atrás y cayeron a tierra.
7 Luego les preguntó otra vez:
—¿A quién buscáis?
Contestaron:
—A Jesús Nazareno.
8 Jesús les dijo:
—Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad que éstos
se marchen.
9 Así se cumplió lo que había dicho: «De los que me confiaste,
a ninguno he perdido».
10 Entonces Simón Pedro, que llevaba un machete, lo sacó, y de un
11 tajo le cortó la oreja derecha al criado del sumo sacerdote. El
criado se llamaba Malco. Jesús le dijo a Pedro:
—Mete el machete en su vaina. El trago que me ofrece el Padre,
¿voy a dejar de beberlo?

Ante el sumo sacerdote

(Mt 26,57-58; Mc 14,53-54; Lc 22,54)

12 La patrulla, el comandante y los guardias de la autoridad judía
13 prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a casa de Anás,
porque era suegro de Caifás, el sumo sacerdote del año aquél.
14 Era Caifás el que había dado a los judíos aquel consejo: «Con-
viene que uno muera por el pueblo».

Negación de Pedro

(Mt 26,69-70; Mc 14,66-68; Lc 22,55-57)

15 Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. El discípulo
aquel, que era conocido del sumo sacerdote, entró en el palacio
16 al mismo tiempo que Jesús. Pedro se quedó fuera, en la puerta;

salió entonces el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote,
se lo dijo a la portera y se llevó a Pedro dentro.
17 La criada que hacía de portera le preguntó a Pedro:
—¿No eres tú también discípulo de ese hombre?
Pedro contestó:
—Yo no.
18 Como hacía frío, los criados y los guardias habían encendido
un brasero para calentarse. También Pedro estaba allí de pie ca-
lentándose con ellos.

Interrogatorio

(Mt 26,59-66; Mc 14,55-64; Lc 22,66-71)

19 El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y
20 su enseñanza. Jesús contestó:
—Yo he hablado públicamente a todo el mundo; siempre he
enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen los judíos;
21 no he dicho nada a ocultas. ¿Por qué me preguntas a mí? De
qué he hablado yo, pregúntaselo a los que me han oído; ellos
saben lo que he dicho.
22 Apenas dijo esto, uno de los guardias presentes le dio una bofe-
tada diciendo:
—¿Así le contestas al sumo sacerdote?
23 Jesús le respondió:
—Si he faltado en el hablar, declara en qué está la falta; pero
si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?
24 Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Segunda y tercera negación de Pedro

(Mt 26,71-75; Mc 14,69-72; Lc 22,58-62)

25 Simón Pedro estaba de pie calentándose, y le preguntaron:
—¿No eres tú también discípulo suyo?
El lo negó:
—Yo no.
26 Un criado del sumo sacerdote, pariente del otro a quien Pedro
le cortó la oreja, le dijo:
—¿No te he visto yo con él en el huerto?
27 Pedro volvió a negar y en seguida cantó un gallo.

Ante Pilato. Es condenado a muerte

(Mt 27,1-2.11-31; Mc 15,1-20; Lc 23,1-5.13-25)

28 Entonces condujeron a Jesús de casa de Caifás a la residencia
del gobernador. Estaba amaneciendo; ellos no entraron en la re-
sidencia para no contaminarse y poder celebrar la cena de Pascua.
29 Pilato salió fuera y les preguntó:
—¿Qué acusación presentáis contra este hombre?
30 Le contestaron:
—Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos.
31 Pilato entonces les dijo:
—Lleváoslo vosotros y juzgadlo conforme a vuestra Ley.

Los judíos repusieron:
—No estamos autorizados para dar muerte a nadie.
32 Así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando cómo iba
a morir.
33 Entró otra vez Pilato en la residencia, llamó a Jesús y le dijo:
—¿Tú eres el rey de los judíos?
34 Jesús le contestó:
—¿Piensas tú eso o te lo han dicho otros de mí?
35 Pilato replicó:
—¿Es que soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te
han entregado a mí; ¿qué has hecho?
36 Jesús le contestó:
—La realeza mía no pertenece al mundo éste. Si perteneciera
al mundo éste esa realeza mía, mi guardia personal habría luchado
para impedir que me entregaran en manos de las autoridades ju-
días. Ahora que la realeza mía no es de aquí.
37 Pilato le dijo:
—Pero, entonces, ¿eres tú rey?
Jesús le contestó:
—Tú lo estás diciendo, yo soy rey. Tengo por misión ser testigo
de la verdad, para eso nací yo y vine al mundo. Todo el que está
por la verdad me escucha.
38 Pilato le dijo:
—¿Qué es eso de «verdad»?
Dicho esto, salió otra vez a donde estaba los dirigentes judíos
y les dijo:
39 —Yo no encuentro ningún cargo contra él. Por cierto, es cos-
tumbre vuestra que por Pascua os ponga en libertad a un preso.
¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?
40 Volvieron a gritar:
—A ése no, a Barrabás.
(Y Barrabás era un bandido).

19 1-2 Entonces Pilato mandó azotar a Jesús. Los soldados trenza-
ron una corona de espino y se la pusieron en la cabeza, lo vis-
3 tieron con un manto color púrpura y, acercándose a él, le decían:
—¡Salud, rey de los judíos!
Y le daban bofetadas.
4 Pilato salió otra vez afuera y les dijo:
—Mirad, os lo saco fuera para que sepáis que no encuentro
ningún cargo contra él.
5 Salió Jesús llevando la corona de espino y el manto color púr-
pura. Pilato les dijo:
—Aquí tenéis al hombre.
6 Al verlo, los sumos sacerdotes y los subalternos gritaron:
—¡A la cruz! ¡A la cruz!
Pilato les contestó:
—Lleváoslo vosotros y crucificadlo; yo no encuentro ningún
cargo contra él.
7 Los judíos replicaron:
—Nosotros tenemos una Ley, y según esa Ley debe morir,
porque pretendía ser hijo de Dios.

8-9 Cuando Pilato oyó estas palabras se asustó más y, entrando
otra vez en la residencia, preguntó a Jesús:
—¿De dónde vienes tú?
Jesús no le dio respuesta.
10 Insistió Pilato:
—¿Te niegas a hablarme a mí? ¿No sabes que tengo autoridad
para soltarte y autoridad para crucificarte?
11 Jesús le contestó:
—No tendrías autoridad alguna para actuar contra mí si Dios
no te dejara. Por eso, el que me ha entregado a ti es el principal
culpable.
12 A consecuencia de esto Pilato se esforzaba por soltarlo, pero
los judíos gritaban:
—Si sueltas a ése, no eres amigo del César: todo el que pretende
ser rey se declara contra el César.
13 Al oír estas palabras, Pilato sacó fuera a Jesús y lo sentó en el
tribunal, en el sitio que llamaban «El Enlosado» (en arameo,
14 Gábbata). Era la víspera de Pascua, hacia mediodía.
Dijo Pilato a los judíos:
—Aquí tenéis a vuestro rey.
15 Ellos gritaban:
—¡Fuera, fuera! ¡Crucifícalo!
Pilato les dijo:
—¿Crucificar a vuestro rey?
Contestaron los sumos sacerdotes:
—No tenemos más rey que el César.
16 Entonces, al fin, se lo entregó para que lo crucificaran.

Crucifixión y muerte
(Mt 27,32-56; Mc 15,21-41; Lc 23,26-49)

17 Y con eso se hicieron cargo de Jesús. El, llevando a cuestas su
cruz, salió para un lugar que llamaban la Calavera (en arameo,
18 Gólgota); allí lo crucificaron con otros dos, uno a cada lado y
Jesús en medio.
19 Pilato mandó también escribir un letrero y ponerlo en la cruz;
20 decía: JESUS NAZARENO, EL REY DE LOS JUDIOS. Como el lugar
donde crucificaron a Jesús estaba cerca de la ciudad, muchos judíos
leyeron el letrero; porque además estaba escrito en hebreo, latín
21 y griego. Los sumos sacerdotes dijeron a Pilato:
—No dejes escrito: «El rey de los judíos»; pon: «Este dijo que
era rey de los judíos».
22 Pilato les contestó:
—Lo escrito, escrito se queda.
23 Cuando crucificaron a Jesús, los soldados repartieron su ropa en
cuatro lotes, uno para cada uno, dejando aparte la túnica. Era una
túnica sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo.
24 Los soldados se dijeron:
—Mejor que dividirla en pedazos la echaremos a suerte, a ver
a quién le toca.

Así se cumplió la Escritura: «*Se repartieron mi ropa y echaron
a suerte mi túnica*» [a]. Esto fue lo que hicieron los soldados.
25 Estaban junto a la cruz de Jesús su madre; la hermana de su
26 madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a su madre
y a su lado al discípulo preferido, dijo Jesús:
—Mujer, ése es tu hijo.
27 Y luego al discípulo:
—Esa es tu madre.
Desde entonces el discípulo la tuvo en su casa.
28 Después de esto, sabiendo Jesús que todo quedaba terminado,
para que se terminara de cumplir la Escritura, dijo:
—Tengo sed.
29 Había allí un jarro con vinagre. Sujetando a una caña de hisopo
una esponja empapada en el vinagre, se la acercaron a la boca;
30 cuando tomó el vinagre, dijo Jesús:
—Queda terminado.
Y reclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Traspaso del costado

31 Siendo día de preparativos, los judíos, para evitar que el sábado
se quedaran los cuerpos en la cruz, porque aquel sábado era un
día muy solemne, le pidieron a Pilato que les quebraran las piernas
y los quitaran.
32 Fueron los soldados y le quebraron las piernas primero a un
33 crucificado y luego al otro; pero al llegar a Jesús, viendo que ya
34 estaba muerto, no le quebraron las piernas; en cambio, un soldado
le traspasó el costado con una lanza, e inmediatamente salió sangre
y agua.
35 Lo dice un testigo presencial y su testimonio es válido, y ése
sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis; porque
36 esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «*No le quebrarán
37 ni un hueso*» [b], y en otro lugar dice: «*Verán al que traspasaron*» [c].

Entierro
(Mt 27,57-61; Mc 15,42-47; Lc 23,50-56)

38 Después de esto, José de Arimatea, discípulo de Jesús, pero
clandestino por miedo a las autoridades judías, le pidió a Pilato
que le dejara quitar el cuerpo. Pilato lo autorizó. El fue y quitó
el cuerpo de Jesús.
39 Fue también Nicodemo, aquel que la primera vez había ido a
verlo de noche, llevando unas cien libras de una mezcla de mirra
40 y áloe. Cogieron el cuerpo de Jesús y lo vendaron de arriba abajo
echándole aromas, como acostumbran a enterrar los judíos.
41 En el sitio donde lo crucificaron había un huerto, y en el huerto
un sepulcro nuevo donde todavía no habían enterrado a nadie.
42 Como para los judíos era día de preparativos y el sepulcro
estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

a Sal 22,19. *b* Ex 12,46; Sal 34,21. *c* Zac 12,10.

III

LA RESURRECCION

El sepulcro vacío
(Mc 28,1-10; Mc 16,1-8; Lc 24,1-12)

20 El primer día de la semana, al amanecer, cuando aún estaba
oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio la losa quitada.
2 Fue corriendo a donde estaba Simón Pedro con el discípulo prefe-
rido de Jesús, y le dijo:
—Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo
han puesto.
3-4 Pedro y el otro discípulo salieron para el sepulcro. Los dos
corrían juntos, pero como el otro discípulo corría más que Pedro,
5 se le adelantó y llegó primero; asomándose al sepulcro, vio las
6 vendas en el suelo, pero no entró. Simón Pedro llegó detrás,
7 entró en el sepulcro y vio las vendas en el suelo; el sudario en
que le habían envuelto la cabeza no estaba en el suelo con las
8 vendas, sino enrollado aparte. Entonces entró también el discípulo
que había llegado primero y, al ver aquello, creyó, porque hasta
9 entonces no habían entendido lo que dice la Escritura: que tenía
que resucitar de la muerte.
10 Los dos discípulos se volvieron a casa.

Aparición a María Magdalena
(Mc 16,9-11)

11 Fuera, junto al sepulcro, estaba María llorando. Se asomó al
12 sepulcro sin dejar de llorar y vio dos ángeles vestidos de blanco,
sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera
y otro a los pies.
13 Le preguntaron:
—¿Por qué lloras, mujer?
Les contestó:
—Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han
puesto.
14 Dicho esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no
se daba cuenta de que era él.
15 Jesús le preguntó:
—¿Por qué lloras, mujer? ¿A quién buscas?
Tomándolo por el hortelano, le dijo ella:
—Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, que
yo lo recogeré.
16 Jesús le dijo:
—María.
Ella se volvió y exclamó en su lengua:
—Señor mío (que equivale a «Maestro»).
17 Le dijo Jesús:
—Suéltame, que aún no estoy arriba con el Padre. Anda, ve a

decirles a mis hermanos: «Subo a mi Padre, que es vuestro Padre;
a mi Dios, que es vuestro Dios».
18 Fue María y anunció a los discípulos:
—He visto al Señor y me ha dicho esto y esto.

Aparición a los discípulos
(Mt 28,16-20; Mc 16,14-18; Lc 24,36-49)

19 Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban
los discípulos en una casa con las puertas atrancadas por miedo
a las autoridades judías. Jesús entró, se puso en medio y les dijo:
—Paz con vosotros.
20 Dicho esto, les enseñó las manos y el costado. Los discípulos
se alegraron mucho de ver al Señor.
21 Jesús repitió:
—Paz con vosotros. Como el Padre me ha enviado, os envío yo
también.
22 A continuación sopló sobre ellos y les dijo:
23 —Recibid Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados,
les quedarán perdonados; a quienes se los imputéis, les quedarán
imputados.

Incredulidad de Tomás

24 Tomás, uno de los Doce, a quien llamaban el Mellizo, no estaba
25 con ellos cuando se presentó Jesús. Los otros discípulos le decían:
—Hemos visto al Señor.
Pero él les contestó:
—Tengo que verle en las manos la señal de los clavos; hasta
que no toque con el dedo la señal de los clavos y le palpe con
la mano el costado, no lo creo.
26 Ocho días después los discípulos estaban otra vez en casa, y
Tomás con ellos. Estando atrancadas las puertas, llegó Jesús, se
puso en medio y dijo:
—Paz con vosotros.
27 Luego se dirigió a Tomás:
—Aquí están mis manos, acerca el dedo; trae la mano y pálpame
el costado. No seas desconfiado, ten fe.
28 Contestó Tomás:
—¡Señor mío y Dios mío!
29 Jesús le dijo:
—¿Porque me has visto tienes fe? Dichosos los que tienen fe
sin haber visto.

Conclusión: Intención del autor

30 Jesús realizó en presencia de sus discípulos otras muchas seña-
31 les que no están en este libro. Hemos escrito éstas para que creáis
que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y con esta fe tengáis vida
gracias a él.

APENDICE

Aparición a siete discípulos

21 Algún tiempo después se apareció Jesús a los discípulos junto
al lago de Tiberíades. Ocurrió de esta manera:
2 Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Mellizo, Nata-
3 nael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos. Simón Pedro
les dijo:
—Voy a pescar.
Contestaron:
—Vamos también nosotros contigo.
Salieron y se embarcaron, pero aquella noche no cogieron nada.
4 Estaba ya amaneciendo cuando Jesús se presentó en la orilla, aun-
que los discípulos no se dieron cuenta de que era él.
5 Jesús les preguntó:
—Muchachos, ¿tenéis por casualidad algo que comer?
Contestaron:
—No.
6 Les dijo:
—Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.
La echaron, y cogieron tantos peces que no tenían fuerzas para
7 sacarla. El discípulo preferido de Jesús le dijo a Pedro:
—Es el Señor.
Al oír que era el Señor, Simón Pedro se ciñó el camisón, que
8 era lo único que llevaba, y se tiró al agua. Los otros discípulos
fueron en la barca, que estaba a unos cien metros de la orilla,
9 trainando la red con los peces. Al saltar a tierra, vieron un pes-
cado puesto a asar sobre brasas, y pan.
10 Jesús les dijo:
—Traed algunos peces de los que acabáis de coger.
11 Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red,
repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. A pesar de ser
tantos, no se rompió la red.
12 Jesús les dijo:
—Vamos, almorzad.
Ningún discípulo se atrevía a preguntarle quién era, sabiendo
13 muy bien que era el Señor. Jesús se acercó, cogió pan y se lo
repartió, y lo mismo el pescado.
14 Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos
después de resucitar de la muerte.
15 Después de comer, le preguntó Jesús a Simón Pedro:
—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?
Contestó Pedro:
—Señor, sí, tú sabes que te quiero.
Jesús le dijo:
—Lleva mis corderos a pastar.
16 Le preguntó otra vez:
—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?
Contestó:
—Señor, sí, tú sabes que te quiero.

Jesús le dijo:
—Cuida de mis ovejas.
17 Le preguntó por tercera vez:
—Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?
A Pedro le dolió que le preguntara tres veces si lo quería, y le
contestó:
—Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.
Jesús le dijo:
18 —Lleva mis ovejas a pastar. Puedes estar seguro: si de joven
tú mismo te ponías el cinturón para ir a donde querías, cuando
seas viejo extenderás los brazos y será otro el que te ponga un
cinturón para llevarte a donde no quieres.
19 Dijo esto aludiendo a la muerte con que iba a glorificar a Dios.
Y añadió:
—Sígueme.
20 Pedro se volvió y vio que los seguía el discípulo preferido de
Jesús, el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y
le había preguntado quién lo iba a entregar.
21 Al verlo, Pedro preguntó a Jesús:
—Señor, y de éste ¿qué?
22 Contestó Jesús:
—Y si quiero que se quede aquí hasta que yo vuelva, ¿a ti qué
te importa? Tú sígueme.
23 Se corrió entonces entre los hermanos que aquel discípulo no
moriría; pero Jesús no dijo que no moriría, sino: «Si quiero que
se quede aquí hasta que yo vuelva, ¿a ti qué te importa?».
24 Este es el discípulo que da testimonio de estos hechos: él mismo
los ha escrito y nos consta que su testimonio es verdadero.
25 Otras muchas cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una,
me parece que los libros no cabrían en el mundo.

HECHOS DE LOS APOSTOLES

INTRODUCCION

El libro de los Hechos, como se ve por el prólogo, es la segunda parte del Evangelio de Lucas. El punto de engarce es la ascensión de Jesús, que corona su vida terrestre (Lc 24,51) y funda la misión universal de la Iglesia (Hch 1,8).

El título que lleva el libro desde fines del siglo II no responde exactamente a su contenido, pues de los Doce sólo Pedro desempeña un papel importante, mientras Pablo se convierte después en protagonista. «La expansión del evangelio» o «El avance de la salvación» serían títulos más apropiados para la obra.

Hch no pretende ser una historia completa, sino señalar los acontecimientos más importantes respecto a la expansión del evangelio y, especialmente, de la gran decisión de anunciarlo a los paganos. La obra está compuesta con gran destreza y resulta de una amenidad extraordinaria. El autor propone como ejemplo la época apostólica y, en concreto, la vida de la primitiva comunidad de Jerusalén (1,12-8,3); muestra cómo la Iglesia continúa la verdadera tradición de Israel, mientras que los judíos son infieles en su mayoría a la revelación del AT (cf. 7,5-53; 26,6-7.23) y deja claro que la difusión del evangelio entre los paganos se hace por expresa voluntad del Señor (9,15; 10,44-46; 11,17-18; 22,14-15.21; 26,27-28).

El tiempo de la Iglesia es la época del Espíritu, la etapa final de la historia, de la que la vuelta de Jesús será la coronación. La Iglesia es el lugar donde se ejerce la acción de Cristo y del Espíritu, don del resucitado, sobre individuos y comunidades. La salvación prometida para los tiempos finales está presente y se va extendiendo con la predicación.

Más que las dificultades internas de la Iglesia, lo que interesa al autor es la misión, la Iglesia como instrumento de Cristo para la salvación de la humanidad; los asuntos internos se describen sólo en cuanto inciden sobre el avance de la salvación en el mundo.

Esta es quizá la gran lección del libro para el lector moderno: la Iglesia no puede vivir cerrada en sí misma ni preocupada de sí misma; su esencia es ser instrumento de Cristo para la salvación de los hombres (1,8; 4,19-20.29; 5,32.42; 9,15-16.20.29; 28-29, etc.), y lo mismo su organización que sus problemas han de ser resueltos mirando a la eficacia de su misión, razón de su existencia.

El autor es el mismo que el del tercer Evangelio, identificado desde el siglo II con Lucas, «el querido médico» (Col 4,14; Flm 24). No todos, sin embargo, admiten esta identificación. La fecha de composición suele colocarse unos diez años después de la del Evangelio, es decir, entre el 80 y el 90 d. C.

INTRODUCCION

1 En mi primer libro, querido Teófilo, traté de todo lo que hizo
2 y enseñó Jesús desde el principio hasta el día en que, después de
dar instrucciones a los apóstoles que había escogido movido por
el Espíritu Santo, se lo llevaron.

Promesa del Espíritu, misión y ascensión

3 Fue a ellos a quienes se presentó después de su pasión, dándoles
numerosas pruebas de que estaba vivo, y, dejándose ver de ellos
durante cuarenta días, les habló del reinado de Dios.
4 Una vez que comían juntos les recomendó:
—No os alejéis de Jerusalén; aguardad a que se cumpla la pro-
5 mesa del Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con
agua, vosotros, en cambio, dentro de pocos días seréis bautizados
con Espíritu Santo.
6 Entonces los que se habían reunido le preguntaron:
—Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino para Israel?
7 El contestó:
—No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que
8 el Padre ha reservado a su autoridad. Pero recibiréis una fuerza,
el Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, para ser testigos
míos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines
del mundo.
9 Dicho esto, lo vieron subir, hasta que una nube lo ocultó a sus
10 ojos. Mientras miraban fijos al cielo viéndolo irse, se les presen-
11 taron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron:
—Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mis-
mo Jesús que se han llevado de aquí al cielo volverá como lo
habéis visto marcharse.

I

LA IGLESIA EN JERUSALEN

12 Entonces, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista
poco de Jerusalén, lo que se permite caminar en sábado, se vol-
13 vieron a la ciudad. Llegados a casa, subieron a la sala donde se
alojaban; eran: Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás,
Bartolomé, Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Fanático y Judas
14 el de Santiago. Todos ellos se dedicaban a la oración en común,
junto con algunas mujeres, además de María, la madre de Jesús,
y sus parientes.
15 Uno de aquellos días había reunidas unas ciento veinte personas.
Pedro se puso de pie en medio de los hermanos y dijo:
16 —Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo había
predicho en la Escritura; lo que dice David acerca de Judas, que

17 hizo de guía a los que arrestaron a Jesús. Era uno de nuestro
18 grupo y colega en este servicio nuestro. Con la paga del crimen
compró un terreno, se despeñó, reventó por medio y se esparcieron
19 sus entrañas. El hecho se divulgó entre los vecinos de Jerusalén,
y a aquel terreno lo llamaron en su lengua Hacéldama, o sea, «ce-
20 menterio», porque en el libro de los Salmos está escrito: «*Que su*
finca quede desierta y que nadie habite en ella» [a]. Pero dice tam-
21 bién: «*que su cargo lo ocupe otro*»; por tanto, hace falta que
uno que haya sido testigo de su resurrección se asocie a nosotros;
22 uno de los que nos acompañaron mientras vivía con nosotros el
Señor Jesús desde los tiempos en que Juan bautizaba hasta el día
en que se lo llevaron al cielo.
23 Propusieron a dos: a José apellidado Barsabá, de sobrenombre
24 Justo, y a Matías. Luego rezaron así:
—Señor, tú penetras el corazón de todos; muéstranos a cuál de
25 los dos has elegido, a fin de que, en este servicio apostólico, ocupe
el puesto que dejó Judas para marcharse al que le correspondía.
26 Echaron suertes, le tocó a Matías y lo asociaron a los once após-
toles.

Llegada del Espíritu Santo

2 Al llegar el día de Pentecostés estaban todos reunidos en el
2 mismo lugar. De repente un ruido del cielo, como de viento recio,
3 resonó en toda la casa donde se encontraban, y vieron aparecer
unas lenguas como de fuego que se repartían posándose encima
4 de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a
hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les concedía ex-
presarse.
5 Residían entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las na-
6 ciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron
desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idio-
7 ma. Todos, desorientados y admirados, preguntaban:
8 —¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces,
9 ¿cómo es que cada uno los oye hablar en su lengua nativa? Entre
nosotros hay partos, medos y elamitas; otros vivimos en Mesopo-
tamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en
10 Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que confina con Cirene;
11 algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; tam-
bién hay cretenses y árabes, y cada uno los oye hablar de las mara-
villas de Dios en su propia lengua.
12 No acertando a explicárselo, se preguntaban atónitos:
—¿Qué quiere decir esto?
13 Otros se burlaban:
—Están bebidos.

Discurso de Pedro

14 Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la pa-
labra:
—Judíos y vecinos todos de Jerusalén, escuchad mis palabras y

a Sal 69,26; Sal 109,8.

15 enteraos bien de lo que pasa. Estos no están borrachos, como
16 suponéis; no es más que media mañana. Está sucediendo lo que
dijo el profeta Joel:

17 En los últimos días —dice Dios—
derramaré mi Espíritu sobre todo hombre:
Profetizarán vuestros hijos e hijas,
vuestros jóvenes tendrán visiones
y vuestros ancianos soñarán sueños;
18 *y sobre mis siervos y siervas*
derramaré mi Espíritu en aquellos días y profetizarán.
19 *Haré prodigios* arriba *en el cielo*
y signos abajo *en la tierra:*
sangre, fuego, columnas de humo.
20 *El sol se hará tinieblas, la luna se teñirá de sangre*
antes de que llegue el día del Señor, grande y deslumbrador.
21 *Pero cuantos invoquen el nombre del Señor se salvarán*
(Jl 3,1-5).

22 Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús el Nazareno, el hom-
bre que Dios acreditó ante vosotros, realizando por su medio los
23 milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al plan pre-
visto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por
24 mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó
rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte
25 lo retuviera bajo su dominio, pues David dice:

Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.
26 *Por eso se me alegra el corazón,*
exulta mi lengua y mi carne descansa esperanzada.
27 *Porque no me abandonarás a la muerte*
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.
28 *Me has enseñado el sendero de la vida,*
me saciarás de gozo en tu presencia
(Sal 16,8-11).

29 Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: El patriarca
David murió y lo enterraron, y conservamos su sepulcro hasta
30 el día de hoy. Pero era profeta y sabía que Dios *le había prometido*
31 *con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo* [a]; cuando
dijo que «*no lo abandonaría a la muerte* y que su carne *no cono-*
cería la corrupción» [b], hablaba previendo la resurrección del Me-
32 sías. Pues bien, Dios resucitó a este Jesús, y todos nosotros somos
33 testigos. Exaltado así por la diestra de Dios, ha recibido del Padre
el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado: esto
es lo que estáis viendo y oyendo.
34 David, que no subió al cielo, dice, sin embargo:

Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha,
35 *que voy a hacer de tus enemigos estrado de tus pies*
(Sal 110,1).

a Sal 132,11. *b* 2 Sm 7,12.

36 Por tanto, entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis.
37 Estas palabras les traspasaron el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:
—¿Qué tenemos que hacer, hermanos?
38 Pedro les contestó:
—Arrepentíos, bautizaos confesando que Jesús es Mesías para
que se os perdonen los pecados, y recibiréis el don del Espíritu
39 Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos
y además para todos los extranjeros que llame el Señor Dios
nuestro.
40 Les urgía además con otras muchas razones y los exhortaba diciendo:
—Poneos a salvo de esta generación depravada.
41 Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día se les agregaron unos tres mil.
42 Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en
43 la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones. Todo
el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y señales
44 que los apóstoles realizaban. Los creyentes vivían todos unidos y
45 lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repar-
46 tían entre todos según la necesidad de cada uno. A diario frecuentaban el templo en grupo; partían el pan en las casas y comían
47 juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón, siendo bien
vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando
al grupo a los que se iban salvando.

CICLO DE PEDRO Y JUAN

Curación del paralítico

3 Un día subían Pedro y Juan al templo al tiempo de la oración de media tarde, cuando vieron traer a un lisiado de nacimiento.
2 Solían colocarlo todos los días en la Puerta Hermosa del templo, para que pidiera limosna a los que entraban.
3 Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna.
4 Pedro, con Juan a su lado, se le quedó mirando y le dijo:
—Míranos.
5-6 Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pedro le dijo:
—Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesús Mesías, el Nazareno, echa a andar.
7 Agarrándolo de la mano derecha, lo incorporó. En el acto se le
8 robustecieron las piernas y los tobillos, se puso en pie de un salto,
echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando
9 brincos y alabando a Dios. La gente lo vio andar alabando a Dios
10 y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna
sentado en la Puerta Hermosa, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo sucedido.
11 Mientras el hombre seguía agarrado a Pedro y a Juan, la gente,

asombrada, acudió corriendo al pórtico de Salomón, donde ellos
12 estaban. Pedro, al ver a la gente, les dirigió la palabra:
—Israelitas, ¿por qué os extrañáis de esto?, ¿por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a éste con nuestro propio
13 poder o virtud? *El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres* [a], ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y rechazasteis ante Pilato, cuando había decidido
14 soltarlo. Rechazasteis al santo, al justo, y pedisteis el indulto de
15 un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó,
16 nosotros somos testigos. Como este que veis aquí y que conocéis
ha tenido fe en él, él le ha dado vigor: esta fe lo ha dejado completamente sano como habéis visto todos.
17 Sin embargo, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, y
18 vuestros jefes lo mismo; pero Dios cumplió de esta manera lo que
había predicho por los Profetas: que su Mesías tenía que pade-
19 cer. Por tanto, arrepentíos y convertíos para que se borren vues-
20 tros pecados; a ver si el Señor manda los tiempos del consuelo y
os envía el Mesías que os estaba destinado, es decir, a Jesús.
21 El cielo tiene que retenerlo hasta que llegue la restauración universal que Dios anunció por boca de los santos Profetas antiguos.
22 Moisés dijo: «*El Señor Dios suscitará entre vuestros hermanos un*
23 *profeta como yo; haréis caso de todo lo que os diga, y quien no*
24 *haga caso al profeta será excluido del pueblo*» [b]. Y todos los Profetas, desde Samuel en adelante, hablaron también anunciando es-
25 tos días. Sois vosotros los herederos de los Profetas y de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán:
«*Tu descendencia será la bendición de todas las razas de la tie-*
26 *rra*» [c]. Por vosotros en primer lugar suscitó Dios a su siervo y lo
envió para que os trajera esa bendición, con tal que os apartéis
cada uno de vuestros pecados.

Pedro y Juan ante el Consejo

4 Mientras hablaban al pueblo se les presentaron los sacerdotes,
2 el comisario del templo y los saduceos, muy molestos porque enseñaban al pueblo y anunciaban que la resurrección de los muertos
3 se había verificado en Jesús. Les echaron mano y, como era ya
4 tarde, los metieron en la cárcel hasta el día siguiente. Muchos de
los que habían oído el discurso creyeron, y el número de hombres
llegó a unos cinco mil.
5 Al día siguiente se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo,
6 los senadores y los letrados, incluyendo al sumo sacerdote Anás,
a Caifás, Juan, Alejandro y a todos los que pertenecían a familias
7 de sumos sacerdotes. Hicieron comparecer a Pedro y a Juan y los
interrogaron:
—¿Con poder de quién o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?
8 Pedro, lleno de Espíritu Santo, respondió:
9 —Jefes del pueblo y senadores: Dado que nuestro interrogatorio
de hoy versa sobre el favor hecho a un enfermo, para averiguar

a Ex 3,6.15; Is 52,13. *b* Dt 18,15.19. *c* Gn 12,3.

10 por obra de quién está curado este hombre, quede bien claro
para vosotros y para todo Israel que ha sido por obra de Jesús
Mesías, el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios
resucitó de la muerte; por obra suya tenéis aquí a éste sano ante
11 vosotros. Jesús *es la piedra que desechasteis* vosotros *los cons-*
12 *tructores y que se ha convertido en piedra angular* [a]. La salvación
no está en ningún otro, es decir, que bajo el cielo no tenemos
los hombres otro diferente de él al que debamos invocar para
salvarnos.
13 Viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hom-
bres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos; sabían tam-
14 bién que habían sido compañeros de Jesús, pero, viendo junto a
15 ellos al hombre que se había curado, no encontraron réplica. Les
mandaron salir fuera del Consejo y se pusieron a deliberar:
16 —¿Qué vamos a hacer con estos hombres? Porque han hecho
un milagro evidente, lo sabe todo Jerusalén y no podemos negarlo;
17 pero para evitar que se siga divulgando entre el pueblo, los ame-
nazaremos para que no vuelvan a mencionar ese nombre delante
de nadie.
18 Los llamaron y les prohibieron terminantemente hablar y ense-
19 ñar sobre la persona de Jesús. Pedro y Juan les replicaron:
—¿Puede aprobar Dios que os obedezcamos a vosotros en vez
20 de a él? Juzgadlo vosotros. Nosotros no podemos menos de contar
lo que hemos visto y oído.
21 Con nuevas amenazas los soltaron. No encontraban manera de
imponerles un castigo, por causa del pueblo, pues todos alababan
22 a Dios por lo sucedido, ya que el hombre curado por el milagro
tenía más de cuarenta años.

Oración de los fieles y bajada del Espíritu

23 En cuanto los soltaron, volvieron a los suyos y les contaron lo
24 que les habían dicho los sumos sacerdotes y senadores. Al oírlo,
todos a una invocaron a Dios en voz alta:
—Señor, tú *hiciste el cielo, la tierra, el mar y todo lo que con-*
25 *tiene* [b]; tú le inspiraste a tu siervo, nuestro padre David, que di-
jera: «*¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean*
26 *fracasos? Se alían los reyes de la tierra, los príncipes conspiran*
27 *contra el Señor y contra su Mesías*» [c]. Así fue: se aliaron en esta
ciudad Herodes y Poncio Pilato con paganos y gentes de Israel
28 contra tu santo siervo Jesús, tu Ungido, para realizar cuanto tu
29 eficacia y tu decisión habían decretado que sucediera. Ahora, Se-
ñor, fíjate cómo nos amenazan y da a tus siervos plena valentía
30 para anunciar tu mensaje; al mismo tiempo extiende tu mano y
realiza curaciones, señales y prodigios cuando invoquemos a tu
santo siervo Jesús.
31 Al terminar la oración retembló el lugar donde estaban reunidos,
los llenó a todos el Espíritu Santo y anunciaban con valentía el
mensaje de Dios.

a Sal 118,22. *b* Ex 20,11. *c* Sal 2,1-2.

CICLO DE LOS APOSTOLES

Vida de la comunidad: comunidad de bienes

32 En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mis-
mo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de
33 lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del
Señor Jesús con mucha eficacia; todos ellos eran muy bien mira-
34 dos, porque entre ellos ninguno pasaba necesidad, ya que los que
35 poseían tierras o casas las vendían, llevaban el dinero y lo ponían
a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que
necesitaba cada uno.
36 José, a quien los apóstoles apellidaron Bernabé (es decir, Con-
37 solado), que era clérigo judío y natural de Chipre, tenía un campo
y lo vendió; llevó el importe y lo puso a disposición de los após-
toles.

Ananías y Safira

5 En cambio, un tal Ananías vendió una propiedad de acuerdo
2 con su mujer, Safira, y a sabiendas de ella, retuvo parte del
3 precio y puso el resto a disposición de los apóstoles. Pedro le dijo:
—Ananías, ¿cómo es que Satanás se te ha metido dentro? ¿Por
qué has mentido al Espíritu Santo reservándote parte del precio
4 de la finca? ¿No podías tenerla para ti sin venderla? Y si la ven-
días, ¿no eras dueño de quedarte con el dinero? ¿Cómo se te ha
ocurrido hacer eso? No has mentido a los hombres, sino a Dios.
5 A estas palabras Ananías cayó al suelo y expiró y todos los que
6 se enteraban quedaban sobrecogidos. Fueron los jóvenes, lo amor-
tajaron y lo llevaron a enterrar.
7 Unas tres horas más tarde llegó la mujer, que ignoraba lo suce-
8 dido. Pedro le preguntó:
—Dime, ¿vendisteis la finca por tanto?
Contestó ella:
—Sí, por tanto.
9 Pedro le repuso:
—¿Por qué os pusisteis de acuerdo para poner a prueba al Es-
píritu del Señor? Mira, los que han enterrado a tu marido están
ya pisando el umbral para llevarte a ti.
10 En el acto cayó a sus pies y expiró. Al entrar los mozos la en-
contraron muerta; se la llevaron y la enterraron junto al marido.
11 La comunidad entera quedó espantada y lo mismo todos los que
se enteraron.

Milagros de los Apóstoles. Persecución

12 Por mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodi-
gios en medio del pueblo. Todos los fieles se reunían en grupo
13 en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntárseles,
14 aunque la gente se hacía lenguas de ellos; más y más gente se
15 adhería al Señor por la fe, multitud de hombres y mujeres, hasta
el punto de sacar a los enfermos a la calle y ponerlos en catres y
camillas para que, al pasar Pedro, por lo menos su sombra cayera

16 sobre alguno. Mucha gente de los alrededores acudía a Jerusalén
llevando enfermos y poseídos por espíritus inmundos, y todos se
curaban.
17 El sumo sacerdote y los de su partido —la secta de los sadu-
18 ceos—, llenos de coraje, mandaron prender a los apóstoles y me-
19 terlos en la cárcel común, pero por la noche el ángel del Señor
les abrió las puertas y los sacó fuera diciéndoles:
20 —Id, plantaos en el templo y explicadle allí al pueblo íntegra-
mente esta manera de vivir.
21 En vista de aquello, entraron en el templo al amanecer y se
pusieron a enseñar.
Cuando llegó el sumo sacerdote con los suyos, convocaron el
Consejo, es decir, el pleno del Senado israelita, y mandaron por
22 los presos a la cárcel. Fueron los guardias, pero no los encontraron
en la celda y volvieron a dar parte:
23 —Hemos encontrado la cárcel cerrada, todo al seguro, y a los
centinelas de puesto en las puertas; pero al abrir no encontramos
a nadie dentro.
24 El comisario del templo y los sumos sacerdotes no atinaban a
25 explicarse qué había pasado con los presos. Se presentó uno di-
ciendo:
—Los hombres que metisteis en la cárcel están ahí en el templo
y siguen enseñando al pueblo.
26 Salió el comisario con los guardias y se los trajo, sin emplear
27 la fuerza, por miedo a que el pueblo los apedrease. Los condujeron
a presencia del Consejo, y el sumo sacerdote los interrogó:
28 —¿No os habíamos prohibido formalmente enseñar en nombre
de ése? En cambio, habéis llenado Jerusalén de vuestra enseñanza
y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.
29 Pedro y los apóstoles replicaron:
30 —Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios
de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros asesinasteis
31 colgándolo de un madero. La diestra de Dios lo exaltó haciéndolo
Jefe y Salvador, para otorgarle a Israel el arrepentimiento y el
32 perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Es-
píritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.
33 Exasperados por esta respuesta, decidieron acabar con ellos.
34 Pero un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la Ley respetado por
todo el pueblo, se levantó en el Consejo, mandó que los sacaran
35 fuera un momento y dijo:
—Israelitas, pensad bien lo que vais a hacer con esos hombres.
36 No hace mucho surgió un tal Teudas, dándoselas de ser alguien,
y se le juntaron unos cuatrocientos hombres. Lo ejecutaron, se
37 desbandaron todos sus secuaces y todo acabó en nada. Más tarde,
cuando el censo, surgió Judas el Galileo arrastrando tras de sí
gente del pueblo; también pereció y dispersaron a todos sus se-
38 cuaces. En el caso presente mi consejo es éste: no os metáis con
esos hombres, soltadlos. Si su plan o su actividad es cosa de hom-
39 bres, fracasarán; pero si es cosa de Dios, no lograréis suprimirlos
y os expondríais a luchar contra Dios.
40 Le dieron la razón y llamaron a los apóstoles; los azotaron, les
prohibieron mencionar el nombre de Jesús y los soltaron.

41 Los apóstoles salieron del Consejo contentos de haber merecido
42 aquel ultraje por causa de Jesús. Ni un solo día dejaban de ense-
ñar, en el templo y por las casas, dando la buena noticia de que
Jesús es el Mesías.

CICLO DE ESTEBAN

Vida de la comunidad: elección de los Siete

6 Por entonces, al crecer el número de los discípulos, los de lengua
griega se quejaron contra los de lengua hebrea; decían que en el
2 suministro diario descuidaban a sus viudas. Los apóstoles convo-
caron el pleno de los discípulos y les dijeron:
—No está bien que nosotros desatendamos el mensaje de Dios
3 por servir a la mesa. Por tanto, hermanos, escoged entre vos-
otros a siete hombres de buena fama, dotados de espíritu y habili-
4 dad, y los encargaremos de esa tarea; nosotros nos dedicaremos a
la oración y al servicio del mensaje.
5 La propuesta les pareció bien a todos, y eligieron a Esteban,
hombre dotado de fe y Espíritu Santo; a Felipe, Prócoro, Nicanor,
6 Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presen-
taron a los apóstoles y ellos, imponiéndoles las manos, oraron.
7 El mensaje de Dios iba cundiendo, y en Jerusalén crecía mucho
el número de discípulos; incluso gran cantidad de sacerdotes res-
pondían a la fe.

Arresto y discurso de Esteban

8 Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y
9 señales en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada
de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se
10 pusieron a discutir con Esteban, pero no logrando hacer frente
11 al espíritu con que hablaba, sobornaron a algunos para que dije-
ran: «Le hemos oído pronunciar blasfemias contra Moisés y con-
tra Dios».
12 Alborotaron al pueblo, a los senadores y a los letrados, agarra-
13 ron a Esteban por sorpresa y lo condujeron al Consejo, presen-
tando testigos falsos que decían:
—Este individuo no para de hablar contra el lugar santo y la
14 Ley. Le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este
lugar y cambiará las tradiciones que recibimos de Moisés.
15 Fijaron la vista en Esteban todos los miembros del Consejo, y
su rostro les pareció el de un ángel.

7 El sumo sacerdote le preguntó:
—¿Es verdad eso?
2 Contestó Esteban:
—Padres y hermanos míos, escuchad. El Dios de la gloria se
apareció a nuestro padre Abrahán en Mesopotamia, antes de que
3 fuera a establecerse en Harrán, y le dijo: *«Sal de tu tierra y de
4 tu familia y vete a la tierra que te mostraré»* [a]. Salió Abrahán del

a Gn 12,1.

país de los caldeos y se estableció en Harrán. Cuando murió su
padre, Dios lo trasladó de allí a esta tierra en que vosotros vivís
ahora.
5 No le dio en propiedad ni siquiera un pie de terreno, pero pro-
metió *dársela en posesión a él y más tarde a su descendencia*[a],
aunque todavía no tenía hijos.
6 Dios le dijo que *su descendencia habitaría en tierra extranjera,*
7 *y que la esclavizarían y maltratarían por cuatrocientos años;* pero
añadió: «*A la nación que va a esclavizarlos la juzgaré yo* —así
8 dijo Dios— *y entonces saldrán para darme culto en este lugar*»[b].
Le dio como alianza la circuncisión; por eso circuncidó a Isaac a
los ocho días de nacer. Isaac engendró a Jacob y Jacob a los doce
Patriarcas.
9 Los Patriarcas vendieron a José por envidia, para que se lo lle-
10 varan a Egipto; pero Dios estaba con él y lo sacó de todas sus
desgracias; además *le dio* una sabiduría que le ganó *el favor del*
Faraón, rey de Egipto, y éste lo nombró gobernador de Egipto y
de todas sus posesiones[c].
11 *Hubo un hambre en Egipto y en Canaán*[d], con tanta escasez,
12 que nuestros padres no encontraban víveres. Al enterarse Jacob
de que en Egipto había provisiones, envió allá a nuestros padres;
13 la segunda vez que fueron se dio a conocer José a sus hermanos,
14 y el Faraón se enteró de qué estirpe era José. José mandó llamar
a su padre, Jacob, y a toda su parentela, en total setenta y cinco
15 personas. Jacob bajó a Egipto, y allí acabaron su vida él y nuestros
16 padres; los trasladaron a Siquén y los enterraron allí en el sepulcro
que había comprado Abrahán con su dinero a los hijos de Hamor.
17 A medida que se acercaba el cumplimiento de la promesa de
Dios a Abrahán, el pueblo crecía y se multiplicaba en Egipto.
18 Pero surgió otro rey en Egipto que no tenía noticia de José, y éste,
19 usando malas artes con nuestra gente, forzó a nuestros padres a
abandonar a los recién nacidos para que perdiesen la vida.
20 Por entonces nació Moisés, el hombre grato a Dios. Se crió tres
21 meses en casa de su padre; cuando lo abandonaron, lo recogió la
22 hija del Faraón y lo hizo criar como hijo suyo. Así aprendió Moisés
la sabiduría de los egipcios, y fue elocuente y hombre de acción.
23 Cuando cumplió cuarenta años le vino la idea de visitar a sus her-
24 manos los israelitas. Al ver maltratar a uno, acudió a defenderlo,
25 y vengó al oprimido matando al egipcio. Esperaba que sus her-
manos comprendiesen que Dios los iba a salvar por su medio,
26 pero no lo comprendieron. Al día siguiente apareció mientras unos
se peleaban y trató de que hicieran las paces, diciéndoles: «Hom-
27 bres, si sois hermanos, ¿por qué os maltratáis?». Pero el que
28 maltrataba a su compañero lo rechazó diciendo: «*¿Quién te ha*
nombrado jefe y juez nuestro? ¿Quieres matarme a mí como ma-
29 *taste ayer al egipcio?*»[e]. Al oír esto, Moisés huyó y emigró al país
de Madián, donde tuvo dos hijos.
30 Cuarenta años más tarde, *estando en el desierto, en el monte*
Sinaí, se le apareció un ángel en la llama que abrasaba a una zar-

a Gn 12,7; 13,15; 17,8. *b* Gn 15,13-14. *c* Gn 41,37-39.40-44.
d Gn 41,54. *e* Ex 2,13-15.

31 *za*[a]. Moisés quedó sorprendido de lo que veía, y al acercarse para
32 ver mejor oyó la voz del Señor: «*Yo soy el Dios de tus padres,*
el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob»[b]. Moisés se echó a tem-
33 blar y no se atrevía a mirar. *El Señor le dijo:* «*Quítate las sanda-*
34 *lias; la tierra que pisas es santa. He visto lo que sufre mi pueblo*
en Egipto, he escuchado su gemido y he bajado a librarlos. Ahora
ven acá, que te voy a enviar a Egipto»[c].
35 A aquel mismo Moisés a quien habían rechazado diciéndole:
«*¿Quién te ha nombrado jefe y juez nuestro?*»[d], lo envió Dios
como jefe y liberador, por medio del ángel que se le apareció en la
36 zarza. El fue quien los sacó, realizando prodigios y señales en
Egipto, en el Mar Rojo y en el desierto durante cuarenta años.
37 Fue Moisés quien dijo a los israelitas: «*Dios suscitará entre vues-*
38 *tros hermanos un profeta como yo*»[e]. En la asamblea del desierto
fue él mediador entre el ángel que le hablaba en el monte Sinaí
y nuestros padres, y recibió palabras de vida para transmitírnos-
39 las. Pero nuestros padres no quisieron escucharlo, lo rechazaron;
40 quisieron volver a Egipto y dijeron a Aarón: «*Haznos dioses que*
abran la marcha, pues aquel Moisés que nos sacó de Egipto no
sabemos qué ha sido de él»[f].
41 Entonces se fabricaron un becerro y ofrecieron sacrificios al
42 ídolo, celebrando fiesta en honor de la obra de sus manos. Dios
les volvió la espalda y los entregó al culto de los astros, como dice
el libro de los Profetas: «*Casa de Israel, ¿acaso me ofrecisteis*
43 *sacrificios y ofrendas en los cuarenta años del desierto? No; trans-*
portasteis la tienda de Moloc y el astro de vuestro dios Refán,
imágenes que os fabricasteis para adorarlas. *Pues yo os deportaré*
más allá de Babilonia»[g].
44 Nuestros padres tenían en el desierto la tienda de la alianza; el
que hablaba con Moisés le había ordenado construirla copiando el
45 modelo que había visto. Nuestros padres se fueron transmitiendo
la tienda, hasta introducirla, guiados por Josué, en el territorio
conquistado a los paganos, que Dios expulsó delante de ellos. Así
46 estuvieron las cosas hasta el tiempo de David, que alcanzó el favor
de Dios y le pidió que le permitiera construirle una morada a él,
47 el Dios de Jacob, aunque fue Salomón quien se la construyó.
48 Pero el Altísimo no habita en edificios construidos por hombres,
49 como dice el Profeta: «*Mi trono es el cielo, la tierra el estrado*
de mis pies. ¿Qué templo podréis construirme —dice el Señor—
50 *o qué lugar para que descanse? ¿No ha hecho mi mano todo*
esto?»[h].
51 ¡Rebeldes, infieles de corazón y reacios de oído! Siempre re-
52 sistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un
profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los
que anunciaban la venida del Justo, y a él lo habéis traicionado y
53 asesinado vosotros ahora; vosotros, que recibisteis la Ley por
mediación de ángeles y no la habéis observado.

a Ex 3,1-2. *b* Ex 3,6. *c* Ex 3,5; 3,7-8. *d* Ex 2,14.
e Dt 18,15. *f* Ex 32,1. *g* Am 5,25-27 LXX. *h* Is 66,1-2.

Ejecución de Esteban

54 Oyendo sus palabras se recomían por dentro y rechinaban los
55 dientes contra él. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijó la mirada
en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha de
56 Dios, y dijo:
—Veo el cielo abierto y a aquel Hombre de pie a la derecha
de Dios.
57 Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos y, todos a una,
58 se abalanzaron sobre él; lo empujaron fuera de la ciudad y se pu-
sieron a apedrearlo. Los testigos, dejando sus capas a los pies de
59 un hombre joven llamado Saulo, se pusieron a apedrear a Esteban,
que repetía esta invocación:
—Señor Jesús, recibe mi espíritu.
60 Luego, cayendo de rodillas, lanzó un grito:
—Señor, no les tomes en cuenta este pecado.
Y con estas palabras expiró.

8 Saulo aprobaba la ejecución.

Persecución

Aquel día se desató una violenta persecución contra la iglesia
de Jerusalén; todos, menos los apóstoles, se dispersaron por Judea
y Samaría.
2 Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron gran
duelo por él.
3 Saulo, por su parte, se ensañaba con la Iglesia; penetraba en
las casas y arrastraba a la cárcel a hombres y mujeres.

II

EXPANSION DE LA IGLESIA EN PALESTINA

Felipe en Samaría

4 Al ir de un lugar para otro, los prófugos iban anunciando el men-
5 saje. Felipe bajó a la ciudad de Samaría y se puso a proclamar
6 allí al Mesías. El gentío hacía caso unánime de lo que decía Felipe,
porque oían hablar de las señales que realizaba y las estaban
7 viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lan-
8 zando gritos y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad
se llenó de alegría.
9 Ya de antes estaba en la ciudad un cierto Simón, que prac-
ticaba la magia y pasmaba al pueblo de Samaría haciéndose pasar
10 por un ser extraordinario. Todos, grandes y pequeños, le hacían
caso, pues decían:
—Este es la potencia de Dios, ésa que llaman la grande.
11 Le hacían caso porque por largo tiempo los había tenido pas-
12 mados con sus magias; pero cuando creyeron, porque Felipe anun-

ciaba el reinado de Dios y a Jesús el Mesías, hombres y mujeres
13 se bautizaron. También Simón creyó, y una vez bautizado no se
apartaba de Felipe; y presenciando las grandes señales y milagros
que sucedían, se quedaba pasmado.
14 Al oír los apóstoles de Jerusalén que Samaría no había pasado
de aceptar el mensaje de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan.
15 Estos bajaron a Samaría y oraron por ellos para que recibieran
16 Espíritu Santo; porque no había bajado aún sobre ninguno de
ellos: solamente habían quedado bautizados consagrándose al Señor
17 Jesús. Entonces les fueron imponiendo las manos y recibían Es-
píritu Santo.
18 Al ver Simón que, al imponer las manos los apóstoles, se daba
19 el Espíritu, les ofreció dinero, diciendo:
—Dadme a mí también ese poder, que a quien yo le imponga
las manos reciba Espíritu Santo.
20 Pedro le replicó:
—¡Púdrete [a] tú con tus cuartos, por haberte imaginado que el
21 don de Dios se compra con dinero! No es cosa tuya ni se ha hecho
para ti el mensaje éste, pues por dentro no andas a derechas con
22 Dios. Por eso, arrepiéntete de esa maldad tuya y pídele al Señor
23 a ver si te perdona esa idea que te ha venido; porque te veo
destinado a la hiel amarga y a las cadenas de los inicuos.
24 Respondió Simón:
—Rogad al Señor por mí, que no me venga encima lo que
habéis dicho.
25 Después de dar avisos y de exponer el mensaje del Señor, los
apóstoles regresaron a Jerusalén anunciando la buena noticia en
muchas aldeas samaritanas.

Felipe y el etíope

26 El ángel del Señor habló así a Felipe:
—Anda, ponte en camino hacia el sur, por la carretera de Jeru-
salén a Gaza (la que cruza el desierto).
27 El se puso en camino. En esto apareció un eunuco etíope,
ministro de Candaces, reina de Etiopía, intendente del tesoro, que
28 había ido en peregrinación a Jerusalén e iba de vuelta, sentado
en su carroza, leyendo al profeta Isaías.
29 El Espíritu dijo a Felipe:
—Acércate y pégate a esa carroza.
30 Felipe se acercó corriendo, le oyó leer al profeta Isaías y le
preguntó:
—A ver, ¿entiendes lo que estás leyendo?
31 Contestó:
—Y ¿cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?
E invitó a Felipe a subir y sentarse con él.
32 El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era éste:

«Como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador,
enmudecía y no abría la boca.

a «púdrete tú con tus cuartos», lit. «tu dinero sea contigo para perdición».

33 *Lo humillaron, negándole todo derecho;*
a sus seguidores, ¿quién podrá enumerarlos?
Lo arrancaron de la tierra de los vivos»
(Is 53,7-8 LXX).

34 El eunuco le preguntó a Felipe:
—Por favor, ¿de quién dice esto el Profeta? ¿De sí mismo o
de otro?
35 Felipe tomó la palabra y, a partir de aquel pasaje, le dio la
36 buena noticia de Jesús. En el viaje llegaron a un sitio donde había
agua, y dijo el eunuco:
—Mira, ahí hay agua, ¿qué impide que yo me bautice? [a].
38 Mandó parar la carroza; bajaron los dos al agua, Felipe y el
39 eunuco, y Felipe lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu
del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió
su viaje lleno de alegría.
40 Felipe fue a parar a Azoto y fue dando la buena noticia en cada
pueblo hasta llegar a Cesarea.

Conversión de Saulo

9 Saulo, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos
2 del Señor, fue a ver al sumo sacerdote y le pidió cartas para las
sinagogas de Damasco, autorizándolo a llevarse detenidos a Jeru-
salén a todos los que seguían aquel camino, hombres y mujeres.
3 En el viaje, cerca ya de Damasco, de repente una luz celeste
4 relampagueó en torno a él. Cayó a tierra y oyó una voz que le
decía:
—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
5 Preguntó él:
—¿Quién eres, Señor?
Respondió la voz:
6 —Soy Jesús, a quien tú persigues. Levántate, entra en la ciudad
y allí te dirán lo que tienes que hacer.
7 Sus compañeros de viaje se habían detenido mudos de estupor,
8 porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del
suelo y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía. De la mano lo
9 llevaron hasta Damasco, y allí estuvo tres días sin vista y sin
comer ni beber.
10 Había en Damasco un discípulo, de nombre Ananías. El Señor
lo llamó en una visión:
—¡Ananías!
Respondió él:
—Aquí estoy, Señor.
11 El Señor le dijo:
—Ve a la calle Mayor, a casa de Judas, y pregunta por un tal
12 Saulo de Tarso. Está orando y ha tenido una visión: que un hom-
bre llamado Ananías entraba y le aplicaba las manos para que
recobrase la vista.

a Algunos mss. añaden el v. 37: «Contestó Felipe: 'Si crees de todo corazón, se puede'. Respondió: 'Creo que el Hijo de Dios es Jesús el Mesías'». El texto no es uniforme en los mss.

13 Ananías contestó:
—Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño
14 que ha hecho a tus fieles en Jerusalén; y aquí tiene poderes de
los sumos sacerdotes para detener a todos los que te invocan.
15 El Señor le dijo:
—Anda, ve, que ese hombre es un instrumento elegido por mí
para darme a conocer a los paganos y a sus reyes, además de a los
16 israelitas. Yo le enseñaré cuánto tiene que sufrir por mí.
17 Salió Ananías, entró en la otra casa, le aplicó las manos a Saulo
y le dijo:
—Hermano Saulo, el Señor me ha enviado, Jesús, el que se te
apareció cuando venías por el camino, para que recobres la vista
y te llenes de Espíritu Santo.
18 Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas
19 y recobró la vista. Se levantó y lo bautizaron. Luego comió y le
volvieron las fuerzas.

Saulo en Damasco y en Jerusalén

20 Pasó unos días con los discípulos de Damasco, y muy pronto
se puso a predicar en las sinagogas afirmando que Jesús es el
21 Hijo de Dios. Los oyentes quedaban pasmados y comentaban:
—¿No es éste el que se ensañaba en Jerusalén contra los que
invocan ese nombre?, y ¿no había venido aquí precisamente para
llevárselos detenidos a los sumos sacerdotes?
22 Pero Pablo se crecía y tenía confundidos a los judíos de Da-
masco, demostrando que Jesús es el Mesías.
23 Pasados bastantes días, los judíos se concertaron para suprimir-
24 lo, pero Saulo tuvo noticia de su conjura. Como día y noche cus-
todiaban las puertas de la ciudad con intención de quitarlo de en
25 medio, una noche lo cogieron sus discípulos y lo descolgaron muro
abajo en un cesto.
26 Llegado a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos;
pero todos le tenían miedo, porque no se fiaban de que fuera
realmente discípulo.
27 Entonces lo cogió Bernabé y se lo presentó a los apóstoles.
Saulo les contó cómo había visto al Señor en el camino y que
le había hablado, y cómo en Damasco había predicado pública-
mente de Jesús.
28 Saulo los acompañaba a todas partes y se movía libremente en
29 Jerusalén predicando públicamente del Señor. Hablaba y discutía
también con los judíos de lengua griega, que se propusieron su-
30 primirlo. Al enterarse los hermanos, lo bajaron a Cesarea y lo
hicieron embarcarse para Tarso.
31 Entre tanto, la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y
Samaría; se iba construyendo, progresaba en la fidelidad al Señor
y se multiplicaba, alentada por el Espíritu Santo.

Pedro en la costa: curación de Eneas

32 Pedro, que iba recorriendo todas aquellas regiones, bajó a ver
33 a los fieles que residían en Lida. Encontró allí a un cierto Eneas,

un paralítico que desde hacía ocho años no se levantaba del catre.
34 Pedro le dijo:
—Eneas, Jesús el Mesías te da la salud; levántate y haz la cama.
35 Se levantó inmediatamente. Lo vio toda la población de Lida
y de la llanura de Sarón y se convirtieron al Señor.

Resurrección de Gacela

36 Había en Jafa una discípula llamada Tabita (es decir, Gacela),
37 que hacía infinidad de obras buenas y de limosnas. Por entonces
cayó enferma y murió: la lavaron y la pusieron en la sala del piso
de arriba.
38 Como Lida está cerca de Jafa, al enterarse los discípulos de que
Pedro estaba allí, enviaron dos hombres a rogarle que fuera a
39 Jafa sin tardar. Pedro se fue con ellos.
Cuando llegó lo llevaron a la sala de arriba, y se le presentaron
las viudas mostrándole con lágrimas los vestidos y mantos que
40 hacía Gacela cuando vivía. Pedro mandó salir fuera a todos, se
arrodilló, se puso a rezar y, dirigiéndose a la muerta, dijo:
—Gacela, levántate.
41 Ella abrió los ojos, y al ver a Pedro se incorporó. Pedro la
cogió de la mano, la levantó y, llamando a los fieles y a las viu-
das, se la presentó viva.
42 Esto se supo por toda Jafa, y muchos creyeron en el Señor.
43 Pedro se quedó en Jafa bastantes días, en casa de un tal Simón,
que era curtidor.

Pedro y Cornelio

10 Vivía en Cesarea un cierto Cornelio, capitán de la compañía itá-
2 lica. Era devoto y adepto a la religión judía, como toda su familia;
daba muchas limosnas al pueblo y oraba regularmente.
3 A eso de la media tarde tuvo una visión: vio claramente al ángel
de Dios que entraba en su cuarto y lo llamaba:
—¡Cornelio!
4 El se quedó mirándolo y le preguntó asustado:
—¿Qué quieres, Señor?
Le contestó el ángel:
—Tus oraciones y tus limosnas han llegado hasta Dios y las
5 tiene presentes. Ahora manda a alguien a Jafa en busca de un tal
6 Simón Pedro; para en casa de cierto Simón, curtidor, que vive
junto al mar.
7 Cuando se marchó el ángel llamó Cornelio a dos criados y a
8 un soldado devoto, ordenanza suyo; les refirió todo y los mandó
a Jafa.
9 Al día siguiente, hacia el mediodía, mientras ellos iban de ca-
mino, cerca ya de la ciudad, subió Pedro a la azotea a orar, pero
10 sintió hambre y quiso tomar algo. Mientras se lo preparaban, le
11 vino un éxtasis: vio el cielo abierto y una cosa que bajaba, una
especie de toldo enorme que por los cuatro picos llegó a alcanzar
12 el suelo. Había dentro todo género de cuadrúpedos, reptiles y pá-
jaros.

13 Una voz le habló:
—Anda, Pedro; mata y come.
14 Replicó Pedro:
—Ni pensarlo, Señor, nunca he comido nada profano o impuro.
15 Por segunda vez le habló una voz:
—Lo que Dios ha declarado puro no lo llames tú profano.
16 Esto se repitió tres veces, y en seguida se llevaron la cosa al
cielo.
17 Pedro no acertaba a explicarse el sentido de aquella visión.
Mientras tanto los emisarios de Cornelio, que habían andado bus-
18 cando la casa de Simón, se presentaron en el portal y, dando una
voz, preguntaron si paraba allí el Simón que llamaban Pedro.
19 Pedro seguía dándole vueltas a la visión, cuando el Espíritu
le dijo:
20 —Hay unos hombres que te buscan. Date prisa, baja y vete
con ellos sin reparos, que los he enviado yo.
21 Pedro bajó a abrirles y les dijo:
—Aquí estoy, yo soy el que buscáis. ¿Qué os trae por aquí?
22 Contestaron ellos:
—Cornelio, el capitán, hombre recto y adepto al judaísmo, re-
comendado por toda la población judía, ha recibido aviso de un
ángel encargándole que te mande llamar para que vayas a su casa
y escuchar lo que le digas.
23 Pedro los invitó a entrar y les dio alojamiento.
Al día siguiente se puso en camino con ellos, acompañado de
24 algunos hermanos de Jafa, y al otro día llegaron a Cesarea.
Cornelio los estaba aguardando, y había reunido a sus parientes
25 y amigos íntimos. Cuando iba a entrar Pedro salió Cornelio a su
encuentro y se echó a sus pies a modo de homenaje, pero Pedro
26 lo alzó diciendo:
—Levántate, que también yo soy un simple hombre.
27 Entró en la casa conversando con él, encontró a muchas personas
reunidas y les dijo:
28 —Sabéis que a un judío le está prohibido tener trato con ex-
tranjeros o entrar en su casa; pero a mí me ha enseñado Dios a
29 no llamar profano o impuro a ningún hombre. Por eso, cuando
me habéis mandado llamar, no he tenido inconveniente en venir.
Ahora quisiera saber el motivo de la llamada.
30 Contestó Cornelio:
—Hace cuatro días estaba yo rezando en mi casa a esta misma
hora, a media tarde, cuando se me presentó un hombre vestido
31 espléndidamente, que me dijo: «Cornelio, Dios ha escuchado tu
32 oración y tiene presentes tus limosnas. Manda alguien a Jafa e
invita a venir a Simón Pedro, que para en casa de Simón el cur-
33 tidor, junto al mar». Te mandé recado en seguida y tú has tenido
la amabilidad de presentarte aquí. Ahora aquí nos tienes a todos
delante de Dios, para escuchar lo que el Señor te haya encargado
decirnos.

Discurso de Pedro y bajada del Espíritu

34 Pedro tomó la palabra:
—Realmente voy comprendiendo que Dios no hace distincio-
35 nes, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente, sea de la
36 nación que sea. El envió su mensaje a los israelitas anunciando la
37 paz que traería Jesús el Mesías, que es Señor de todos. Vosotros
sabéis muy bien el acontecimiento que ocupó a todo el país de los
judíos, empezando por Galilea, después que Juan predicó el bau-
38 tismo. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuer-
za del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los
oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.
39 Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en el país de los
40 judíos y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero, pero
Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se dejara ver, no de todo
41 el pueblo, sino de los testigos que él había designado, de nosotros,
que hemos comido y bebido con él después que resucitó de la
42 muerte. El nos mandó predicar al pueblo dando solemne testi-
monio de que Dios lo ha nombrado a él juez de vivos y muertos.
43 El testimonio de los Profetas es unánime: que todo el que cree
en él recibe por su medio el perdón de los pecados.
44 Aún estaba hablando Pedro, cuando cayó el Espíritu Santo
45-6 sobre todos los que escuchaban el mensaje. Al oírlos hablar en
lenguas extrañas y proclamar la grandeza de Dios, los creyentes
circuncisos que habían venido con Pedro se quedaron desconcer-
tados de que el don del Espíritu Santo se derramara también
sobre los no judíos.
Entonces intervino Pedro:
47 —¿Se puede negar el agua del bautismo a éstos, que han reci-
bido el Espíritu Santo igual que nosotros?
48 Y dispuso que recibieran el bautismo de Jesús el Mesías.
Entonces le rogaron que se quedara allí unos días.

Pedro informa a la iglesia de Jerusalén

11 Los apóstoles y los hermanos de Judea se enteraron de que
2 también los paganos habían aceptado el mensaje de Dios. Cuando
Pedro subió a Jerusalén, los partidarios de la circuncisión le re-
procharon:
3 —Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos.
4 Entonces Pedro empezó por el principio y les expuso los hechos
por su orden:
5 —Estaba yo orando en la ciudad de Jafa cuando tuve en éxtasis
una visión: Una cosa que bajaba, una especie de toldo enorme que
bajaba del cielo hasta donde yo estaba y se posaba por los cuatro
6 picos. Miré, me quedé observando y vi cuadrúpedos, fieras, repti-
7 les y pájaros. Luego oí una voz que me decía: «Anda, Pedro;
8 mata y come». Yo respondí: «Ni pensarlo, Señor; jamás ha entrado
9 en mi boca nada profano o impuro». La voz del cielo habló de
nuevo: «Lo que Dios ha declarado puro, no lo llames tú profano».
10 Esto se repitió tres veces, y de un tirón lo subieron todo otra vez
11 al cielo. En aquel preciso momento se presentaron en la casa donde

estábamos tres hombres que venían de Cesarea con un recado para
12 mí. El Espíritu me dijo que me fuera con ellos sin más. Me acom-
pañaron estos seis hermanos, y entramos en casa de aquel hombre.
13 El nos contó cómo había visto al ángel que se presentó en su casa
diciéndole: «Manda recado a Jafa e invita a Simón Pedro a que
14 venga; lo que te diga te traerá la salvación a ti y a tu familia».
15 En cuanto empecé a hablar, les cayó encima el Espíritu Santo,
igual que pasó con nosotros al principio, y me acordé de lo que
16 había dicho el Señor: «Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis
17 bautizados con Espíritu Santo». Pues si Dios quiso darles a ellos
el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor, Jesús
Mesías, ¿quién era yo para poder impedírselo a Dios?
18 Con esto se calmaron y alabaron a Dios diciendo:
—¡Así que también a los paganos les ha concedido Dios el arre-
pentimiento que lleva a la vida!

III

EXPANSION DE LA IGLESIA FUERA DE PALESTINA

Antioquía: helenistas

19 Entre tanto, los dispersos con motivo de la persecución provo-
cada por lo de Esteban llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía,
20 sin predicar el mensaje más que a los judíos. Pero algunos de ellos,
naturales de Chipre y de Cirene, al llegar a Antioquía, se pusieron
a hablarles también a los griegos, anunciándoles al Señor Jesús.
21 Como el Señor los apoyaba, gran número creyó convirtiéndose al
22 Señor. Llegó noticia de esto a la iglesia de Jerusalén, y enviaron
23 a Bernabé a Antioquía; al llegar y ver la generosidad de Dios, se
alegró mucho, y exhortó a todos a seguir unidos al Señor con todo
24 empeño; como era hombre de bien, lleno de Espíritu Santo y de
fe, una multitud considerable se adhirió al Señor.
25-6 Entonces salió para Tarso, en busca de Saulo: lo encontró y
se lo llevó a Antioquía. Pasaron un año entero trabajando juntos en
aquella iglesia, instruyendo a numerosa gente, y fue en Antioquía
donde por primera vez llamaron a los discípulos «cristianos».
27 Por entonces bajaron a Antioquía unos profetas de Jerusalén.
28 Uno de ellos, llamado Agabo, movido por el Espíritu, se puso en
pie y anunció que iba a haber una gran carestía en todo el mundo
29 (sucedió en tiempo de Claudio). Los discípulos acordaron enviar
un subsidio, según los recursos de cada uno, a los hermanos que
30 vivían en Judea: así lo hicieron, enviándolo a los responsables [a]
por medio de Bernabé y de Saulo.

a «responsables», en griego «presbíteros», el mismo término usado para los senadores seglares judíos, cf. 4,5.8.23; 6,12. En la comunidad cristiana, «presbítero» no tenía aún el significado que adquirió más tarde; de ahí la traducción.

Persecución: muerte de Santiago, prisión de Pedro y muerte de Herodes

12 Por aquel entonces, el rey Herodes, con la peor intención, echó
2 mano a algunos miembros de la Iglesia. Hizo pasar a cuchillo a
3 Santiago, hermano de Juan, y, al ver que esto agradaba a los judíos, procedió a detener también a Pedro. Era la semana de Pascua.
4 Mandó prenderlo y meterlo en la cárcel, encargando de vigilarlo a cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno: tenía intención de
5 hacerlo comparecer en público pasadas las fiestas de Pascua. Ahora bien, mientras custodiaban a Pedro en la cárcel, la comunidad rezaba a Dios por él insistentemente.
6 La noche antes de que lo sacara Herodes estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, y centinelas hacían guardia a la puerta de la cárcel.
7 En esto se presentó el ángel del Señor, y se iluminó la celda. Dándole unas palmadas en el costado, despertó a Pedro y le dijo:
—Date prisa, levántate.
Se le cayeron las cadenas de las manos, y el ángel añadió:
—Ponte el cinturón y las sandalias.
8 Obedeció, y el ángel le dijo:
—Echate la capa y sígueme.
9 Pedro salió detrás, sin saber si lo que hacía el ángel era real,
10 pues aquello le parecía una visión. Atravesaron la primera y la segunda guardia, llegaron al portón de hierro que daba a la calle, y se abrió solo. Salieron, y al final de la calle de pronto lo dejó el ángel.
11 Pedro recapacitó y dijo:
—Pues era verdad: el Señor ha enviado a su ángel para librarme de las manos de Herodes y de toda esa expectación del pueblo judío.
12 Una vez que cayó en la cuenta fue a casa de María, la madre de Juan Marcos, donde había numerosas personas reunidas orando.
13 Llamó a la puerta de la calle, y una muchacha de nombre Rosa fue
14 a ver quién era; al reconocer la voz de Pedro, le dio tanta alegría que, en vez de abrir, corrió dentro anunciando que Pedro estaba a la puerta.
15 Le dijeron:
—Estás loca.
Ella se empeñaba en que sí.
Los otros decían:
—Será su ángel.
16 Pedro seguía llamando. Abrieron y, al verlo, se quedaron de
17 una pieza. Con la mano les hizo seña de que se callaran, les contó cómo el Señor lo había sacado de la cárcel y concluyó:
—Avisádselo a Santiago y a los hermanos.
A continuación salió y se fue a otro lugar.
18 Al hacerse de día se armó un buen alboroto entre los soldados preguntándose qué había sido de Pedro.
19 Herodes hizo pesquisas, pero no dio con él. Entonces interrogó a los guardias y mandó ejecutarlos. Bajó después de Judea a Cesarea y se quedó allí.

20 Estaba furioso con los habitantes de Tiro y de Sidón. Se le presentó una comisión, que después de ganarse a Blasto, chambelán real, solicitó la paz, porque recibían los víveres del territorio de Herodes.
21 El día señalado, Herodes, vestido con el manto real y sentado
22 en la tribuna, les dirigió un discurso. La plebe aclamaba:
—¡Palabras de dios, no de hombre!
23 Pero de pronto el ángel del Señor lo hirió, por haber usurpado el honor de Dios, y expiró roído de gusanos.

Misión de Saulo y Bernabé

24-5 El mensaje del Señor cundía y se propagaba. Cumplido su servicio en Jerusalén, se volvieron Bernabé y Saulo, llevándose con ellos a Juan Marcos.

13 En la comunidad de Antioquía eran profetas y maestros Bernabé, Simeón, apodado el Moreno; Lucio el Cireneo, Manaén, que se había criado con el virrey Herodes, y Saulo.
2 Un día que éstos tenían una reunión litúrgica con ayuno, dijo el Espíritu Santo:
—Apartadme a Bernabé y a Saulo para la tarea a que los he llamado.
3 Volvieron a ayunar y a orar, les impusieron las manos y los despidieron.

Chipre

4 Con esta misión del Espíritu Santo bajaron ellos a Seleucia y
5 de allí zarparon para Chipre. Llegados a Salamina, anunciaron el mensaje de Dios en las sinagogas de los judíos, llevando como asistente a Juan.
6 Atravesaron la isla hasta Pafos y encontraron allí a un mago
7 judío, profeta falso, llamado Bar Jesús; vivía con el procónsul Sergio Pablo, hombre juicioso. El procónsul mandó llamar a Bernabé y a Saulo, con deseo de escuchar el mensaje de Dios, pero
8 Elimas o el Mago (que eso significa el nombre) les hizo la contra,
9 intentando disuadir de la fe al procónsul. Entonces Saulo, o sea, Pablo, lleno de Espíritu Santo, le soltó mirándolo fijo:
10 —Tú, plagado de trampas y fraudes, secuaz del diablo, enemigo de todo lo bueno, ¿cuándo dejarás de torcer los caminos derechos
11 de Dios? Pues ahora mismo va a descargar sobre ti la mano del Señor, te quedarás ciego y no verás la luz del sol hasta su momento.
Al instante lo envolvieron densas tinieblas, y buscaba a tientas alguien que lo llevara de la mano.
12 Entonces, al ver aquello, creyó el procónsul, que estaba impresionado por la doctrina del Señor.

Antioquía de Pisidia

13 Pablo y sus compañeros se hicieron a la vela en Pafos y llegaron a Perge de Panfilia. En cambio, Juan los dejó, y se volvió a

14 Jerusalén. Desde Perge siguieron ellos hasta Antioquía de Pisidia;
15 el sábado entraron en la sinagoga y tomaron asiento. Acabada la
lectura de la Ley y los Profetas, los jefes de la sinagoga les man-
daron a decir:
—Hermanos, si queréis pronunciar unas palabras para exhortar
al pueblo, hablad.
16 Pablo se puso en pie y, pidiendo atención con la mano, dijo:
17 —Israelitas y adeptos, escuchad: El Dios de este pueblo, Israel,
eligió a nuestros padres y multiplicó al pueblo cuando vivían como
18 forasteros en Egipto. Con brazo potente los sacó de allí, los so-
19 portó unos cuarenta años en el desierto, exterminó siete naciones
20 en el país de Canaán y les dio en posesión su territorio. Todo
21 esto duró unos cuatrocientos cincuenta años. Luego les dio jueces
hasta el tiempo del profeta Samuel. Entonces pidieron un rey y
Dios les dio a Saúl, hijo de Quis, de la tribu de Benjamín, que
22 reinó cuarenta años. Lo depuso y les suscitó como rey a David,
de quien hizo esta alabanza: «*Encontré a David,* hijo de Jesé, *un*
23 *hombre a mi gusto* [a], que cumplirá todos mis designios» [b]. Según
lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Is-
24 rael, Jesús. Antes de que llegara, Juan predicó a todo Israel un
25 bautismo para que se arrepintieran; y cuando estaba para acabar
su vida, decía: «¿Qué pensáis que yo sea? No soy yo ése; mirad
que detrás de mí viene uno a quien no merezco desatar las sanda-
26 lias». Hermanos, descendientes de Abrahán y vosotros los adeptos,
27 a nosotros se nos ha enviado este mensaje de salvación. Porque
los habitantes de Jerusalén y sus jefes no reconocieron a Jesús
y, al condenarlo, cumplieron las profecías que se leen los sábados.
28 Aunque no encontraron nada que mereciera la muerte, le pidieron
29 a Pilato que lo mandara ejecutar. Y cuando cumplieron todo lo
que estaba escrito de él, lo bajaron del madero y lo sepultaron.
30-1 Pero Dios lo resucitó de la muerte; durante muchos días se apa-
reció a los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, y
ellos son ahora sus testigos ante el pueblo.
32 Y nosotros os damos la buena noticia: que la promesa que Dios
33 hizo a nuestros padres nos la ha cumplido a nosotros resucitando
a Jesús. Así estaba escrito en el Salmo segundo:

Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy
(Sal 2,7).

34 Y que lo resucitó de la muerte para nunca volver a la corrup-
ción, lo tiene expresado así:

Os cumpliré *la promesa que aseguré a David*
(Is 55,3 LXX);

35 por eso dice en otro lugar:

No dejarás a tu fiel conocer la corrupción
(Sal 15,10 LXX).

a «[un hombre] a mi gusto», lit. «según mi corazón».
b 1 Sm 13,14.

36 Pero David, cumplida la misión que Dios le dio para su época,
37 murió, se lo llevaron con sus padres y su cuerpo se corrompió. En
38 cambio, aquél a quien Dios resucitó no se corrompió. Por tanto,
sabedlo bien, hermanos, se os anuncia el perdón de los pecados
por medio de él, es decir, que de todo aquello de que no pudisteis
39 rehabilitaros con la Ley de Moisés, se rehabilita gracias a él todo
40 el que cree. Cuidado con que os suceda lo que dicen los Profetas:

41 *Mirad, escépticos, pasmaos y anonadaos,*
porque en vuestros días estoy yo haciendo una obra tal,
que si os la cuentan no la creeréis
(Hab 1,5).

42 Al salir les rogaron que el sábado siguiente les hablaran de lo
43 mismo. Cuando se disolvió la asamblea, muchos judíos y prosélitos
practicantes se fueron con Pablo y Bernabé, que continuaron ha-
blando con ellos, persuadiéndolos de ser fieles al favor de Dios.
44 El sábado siguiente casi toda la ciudad acudió a oír el mensaje
45 del Señor. Al ver el gentío, los judíos se llenaron de envidia y se
oponían con insultos a las palabras de Pablo.
46 Entonces Pablo y Bernabé dijeron sin contemplaciones:
—Era menester anunciaros primero a vosotros el mensaje de
Dios; pero como lo rechazáis y no os consideráis dignos de la vida
47 eterna, sabed que vamos a dedicarnos a los paganos. Así nos lo
ha mandado el Señor: «*Yo te haré luz de las naciones, para que*
lleves la salvación hasta el extremo de la tierra» [a].
48 Cuando los paganos oyeron esto, se alegraron mucho y ponde-
raban aquellas palabras del Señor; y cuantos estaban destinados a
obtener vida eterna creyeron.
49 El mensaje del Señor se iba difundiendo por toda la región.
50 Pero los judíos incitaron a las señoras distinguidas y adictas y a
los principales de la ciudad, provocaron una persecución contra
Pablo y Bernabé y los expulsaron del territorio.
51 Ellos se sacudieron el polvo de los pies, para echárselo en cara
52 a la ciudad, y se fueron a Iconio, mientras los discípulos quedaban
llenos de alegría y de Espíritu Santo.

Iconio

14 En Iconio entraron en la sinagoga, como de costumbre, y habla-
ron de tal modo que creyó un buen número de judíos y de griegos.
2 Los judíos que no se dejaron convencer soliviantaron a los paga-
3 nos y les malearon el ánimo contra los hermanos. A pesar de
todo, se detuvieron allí largo tiempo, hablando con valentía, apo-
yados en el Señor, que acreditaba su mensaje de gracia realizando
por medio de ellos señales y prodigios.
4 La población de la ciudad se dividió en bandos; unos estaban
5 por los judíos y otros por los apóstoles. Como de parte de paganos
y judíos, a sabiendas de sus jefes, hubo un conato de usar la vio-
6 lencia y apedrearlos, ellos, al darse cuenta, se escaparon a Licaonia,

a Is 49,6.

7 a las ciudades de Listra y Derbe y alrededores; también allí estu-
vieron anunciando la buena noticia.

Listra

8 Residía en Listra un hombre inválido de las piernas, cojo de
9 nacimiento, que nunca había podido andar. Escuchaba las palabras
de Pablo; Pablo lo miró fijo y, viendo que tenía una fe capaz de
10 curarlo, le gritó:
—Levántate en pie derecho.
11 El hombre dio un salto y echó a andar. Al ver lo que Pablo
había hecho, el gentío exclamó en la lengua de Licaonia:
—Dioses en figura de hombres han bajado a visitarnos.
12 A Bernabé lo llamaban Zeus y a Pablo, Hermes, porque él era
13 el portavoz. El sacerdote del templo de Zeus que estaba a la
entrada de la ciudad hizo llevar a las puertas toros y guirnaldas,
y con la gente quería ofrecerles un sacrificio.
14 Al enterarse los apóstoles, Bernabé y Pablo, se rasgaron el manto
y rompieron por medio del gentío gritando:
15 —¿Qué hacéis, hombres? Nosotros somos gente igual que vos-
otros y la buena noticia que os predicamos es que dejéis los dioses
falsos y os convirtáis al Dios vivo *que hizo el cielo, la tierra y el*
16 *mar y todo lo que contienen* [a]. En las pasadas edades él dejó que
17 cada pueblo siguiera su camino; aunque siempre se dio a conocer
por sus beneficios, mandándoos desde el cielo estaciones fértiles,
lluvias y cosechas, dándoos comida y alegría en abundancia.
18 Con estas palabras disuadieron al gentío, aunque a duras penas,
de que les ofrecieran sacrificio.
19 Pero llegaron unos judíos de Antioquía y de Iconio y se ga-
naron a la gente; apedrearon a Pablo y lo arrastraron fuera de la
20 ciudad, dándolo ya por muerto. Pero cuando lo rodearon los dis-
cípulos, él se levantó y volvió a la ciudad.

Vuelta a Antioquía de Siria

21 Al día siguiente salió con Bernabé para Derbe; después de anun-
ciar la buena noticia en aquella ciudad y de ganar numerosos dis-
cípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confortando
22 a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe, diciéndoles
que tenemos que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios.
23 En cada iglesia les designaron responsables [b], oraban, ayunaban
24 y los encomendaban al Señor en quien habían creído. Atravesa-
25 ron Pisidia y llegaron a Panfilia. Predicaron el mensaje en Perge,
26 bajaron a Atalía, y allí se embarcaron para Antioquía, su punto
de partida, donde los habían encomendado al favor de Dios para
27 la misión que habían cumplido. Al llegar reunieron a la comuni-
dad, les contaron lo que Dios había hecho con ellos y cómo había
28 abierto a los paganos la puerta de la fe. Se quedaron allí bastante
tiempo con los discípulos.

a Sal 146,6. *b* «responsables», cf. 11,30.

IV

LA ASAMBLEA DE JERUSALEN

15 Unos que bajaron de Judea enseñaban a los hermanos que, si
no se circuncidaban conforme a la tradición de Moisés, no podían
2 salvarse. Esto provocó un altercado y una seria discusión con Pa-
blo y Bernabé, y se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más
subieran a Jerusalén a consultar a los apóstoles y responsables
3 sobre aquella cuestión. La comunidad los proveyó para el viaje;
atravesaron Fenicia y Samaría, contando a todos los hermanos
cómo los paganos se convertían y alegrándolos mucho con la no-
ticia.
4 Al llegar a Jerusalén, la comunidad, los apóstoles y los respon-
sables los recibieron muy bien, y entonces contaron todo lo que
5 Dios había hecho con ellos. Pero algunos de la facción farisea que
se habían hecho creyentes intervinieron, diciendo:
—Hay que circuncidarlos y mandarles que guarden la Ley de
Moisés.
6 Los apóstoles y los responsables [a] se reunieron a examinar el
7 asunto, pero, como la discusión se caldeaba, se levantó Pedro y
les dijo:
—Hermanos, desde los primeros días, como sabéis, Dios me
escogió entre vosotros para que los paganos oyeran de mi boca
8 el mensaje del evangelio y creyeran. Y Dios, que lee los corazo-
nes, se declaró a favor de ellos, dándoles el Espíritu Santo igual
9 que a nosotros. Sin hacer distinción alguna entre ellos y nosotros,
10 ha purificado sus corazones con la fe. ¿Por qué provocáis a Dios
ahora imponiendo a esos discípulos una carga que ni nosotros ni
11 nuestros padres hemos tenido fuerzas para soportar? No, creemos
que nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús y ellos
lo mismo.
12 Toda la asamblea hizo silencio para escuchar a Bernabé y Pablo,
que les contaron las señales y prodigios que Dios había realizado
13 por su medio entre los paganos. Cuando terminaron de hablar,
Santiago tomó la palabra:
14 —Escuchadme, hermanos: Simeón ha expuesto cómo Dios des-
de el principio se preocupó de escogerse entre los paganos un
15 pueblo para él. Esto responde a lo que dijeron los Profetas:

16 *Después volveré para levantar de nuevo*
la choza caída de David;
levantaré sus ruinas y la pondré en pie,
17 *para que los demás hombres busquen al Señor,*
con todas las naciones que llevan ya mi nombre:
18 *lo dice el Señor, que lo anunció desde antiguo*
(Am 9,11-12).

19 Por eso, a mi parecer, no hay que molestar a los paganos que
20 se convierten; basta escribirles que no se contaminen con la ido-

a «responsables», cf. 11,30. Id. en vv. 6,22.23.

latría o con uniones ilegales, ni tampoco comiendo sangre o ani-
21 males estrangulados; porque durante muchas generaciones se ha
leído y proclamado la Ley de Moisés todos los sábados en la sina-
goga de cada ciudad.
22 Los apóstoles y los responsables, de acuerdo con toda la asam-
blea, decidieron entonces elegir a algunos de ellos y mandarlos a
Antioquía con Pablo y Bernabé. Eligieron a Judas Barsabá y a
23 Silas, hombres de nota entre los hermanos, y les entregaron esta
carta:
«Los hermanos apóstoles y los hermanos responsables salu-
dan a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia procedentes del
paganismo.
24 Nos hemos enterado de que algunos de aquí, sin encargo nues-
25 tro, os han alarmado e inquietado con sus palabras. Hemos de-
cidido por unanimidad elegir a algunos y enviároslos con nues-
26 tros queridos Bernabé y Pablo, hombres que han dedicado su
27 vida a la causa de nuestro Señor, Jesús Mesías. En vista de lo
cual mandamos a Silas y a Judas, que os referirán lo mismo de
28 palabra. Porque hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no
29 imponeros más cargas que las indispensables: abstenerse de carne
sacrificada a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y
de uniones ilegales. Haréis bien en guardaros de todo eso.
Salud».
30 Los despidieron y ellos bajaron a Antioquía, donde reunieron al
31 pleno y entregaron la carta. Al leer aquellas palabras alentadoras,
se alegraron mucho.
32 Judas y Silas, siendo como eran predicadores inspirados, habla-
33 ron largamente alentando y confortando a los hermanos. Pasado
algún tiempo, se despidieron cordialmente de los hermanos para
35 volverse a la comunidad que los había enviado [a]. Pablo y Bernabé
se quedaron en Antioquía, enseñando y anunciando con otros mu-
chos el mensaje del Señor.

V

EXPANSION POR EL MUNDO GRIEGO. PABLO EN ASIA MENOR, MACEDONIA Y GRECIA

Pablo y Bernabé se separan

36 Unos días más tarde, le dijo Pablo a Bernabé:
—¿Por qué no vamos otra vez a ver cómo están los hermanos
en todas aquellas ciudades donde anunciamos el mensaje del
Señor?
37-8 Bernabé quería llevarse con ellos a Juan Marcos, pero Pablo
opinaba que a uno que, en vez de acompañarlos en la tarea, los

a Algunos mss. añaden, con diferentes redacciones, el v. 34: «Pero a Silas le pareció mejor quedarse y Judas se marchó solo».

39 había dejado plantados en Panfilia, no debían llevarlo. El con-
flicto se agudizó tanto, que se separaron: Bernabé se llevó a Mar-
40 cos y se embarcó para Chipre; Pablo, por su parte, escogió a
Silas; los hermanos lo encomendaron al favor de Dios, él se mar-
41 chó y atravesó Siria y Cilicia consolidando las comunidades.

Timoteo se une a Pablo y a Silas

16 Fue a Derbe y luego a Listra. Se encontró allí con un discípulo
llamado Timoteo, de madre judía creyente, pero de padre griego.
2 Los hermanos de Listra y de Iconio daban buenos informes de
3 él. Pablo quiso llevárselo y lo circuncidó, por motivo de los judíos
de la región, pues todos sabían que su padre era griego.
4 Al pasar por las ciudades comunicaban las decisiones de los
apóstoles y responsables de Jerusalén para que las observasen.
5 Las comunidades se robustecían en la fe y crecían en número de
día en día.

Visión de Pablo

6 Como el Espíritu Santo les impidió predicar el mensaje en la
7 provincia de Asia, atravesaron Frigia y la región de Galacia. Al
llegar al confín de Misia intentaron dirigirse a Bitinia, pero el
8 Espíritu de Jesús no se lo consintió. Entonces cruzaron Misia y
bajaron a Tróade.
9 Aquella noche tuvo Pablo una visión: se le apareció un mace-
donio, de pie, que le rogaba: «Pasa aquí a Macedonia y ayúdanos».
10 Apenas tuvo la visión, buscamos salir inmediatamente para Ma-
cedonia, seguros de que Dios nos llamaba a nosotros a darles la
buena noticia.

En Filipos: conversión de Lidia

11 Zarpamos entonces de Tróade derechos a Samotracia; al día
12 siguiente salimos para Neápolis y de allí para Filipos, ciudad del
primer distrito de Macedonia y colonia romana. En esta ciudad
nos detuvimos unos días.
13 El sábado salimos a las afueras y fuimos por la orilla del río
a un sitio donde pensábamos que se reunía gente para orar; nos
sentamos y trabamos conversación con las mujeres que habían
14 acudido. Una de ellas, que se llamaba Lidia, natural de Tiatira,
vendedora de púrpura, adicta al judaísmo, estaba escuchando, y
el Señor le abrió el corazón para que hiciera caso de lo que decía
Pablo.
15 Al bautizarse con toda su familia, nos invitó:
—Si estáis convencidos de que soy fiel al Señor, venid a hos-
pedaros en mi casa.
Y nos obligó a aceptar.

Prisión en Filipos

16 Una vez que íbamos al sitio de la oración nos salió al encuentro
una criada que era adivina y proporcionaba a sus amos mucho

17 dinero echando la buenaventura. Nos seguía a Pablo y a nosotros
gritando:
—Estos hombres son siervos de Dios Soberano y os anuncian
el camino de la salvación.
18 Hizo lo mismo muchos días, hasta que Pablo, fastidiado, se
volvió y le dijo al espíritu:
—En nombre de Jesús Mesías te mando que salgas de ella.
Y al instante salió.
19 Los amos, viendo que se les iba toda esperanza de negocio,
agarraron a Pablo y a Silas, los arrastraron a la plaza ante las auto-
20 ridades y los presentaron a los magistrados diciendo:
—Estos hombres están alborotando nuestra ciudad. Judíos como
21 son, predican enseñando costumbres que nosotros no podemos
aceptar ni practicar siendo como somos romanos.
22 La plebe se amotinó contra ellos y los magistrados dieron orden
23 de que les quitaran la ropa y los apalearan; después de molerlos
a palos, los metieron en la cárcel, mandándole al carcelero que los
24 pusiera a buen recaudo; conforme a la orden recibida, los metió
en la mazmorra y les sujetó los pies en el cepo.
25 A eso de medianoche, Pablo y Silas oraban cantando himnos
26 a Dios. Los otros presos escuchaban. De repente vino una sacu-
dida tan violenta que retemblaron los cimientos de la cárcel, las
puertas se abrieron de golpe y a todos se les soltaron las cadenas.
27 El carcelero se despertó y, al ver las puertas de la cárcel de par
en par, sacó el machete para suicidarse, imaginando que los presos
se habían fugado.
28 Pablo lo llamó a gritos:
—No te hagas nada, que estamos todos aquí.
29 El carcelero pidió una lámpara, saltó dentro y se echó temblan-
30 do a los pies de Pablo y Silas, los sacó fuera y les preguntó:
—Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?
31 Le contestaron:
—Cree en el Señor Jesús y os salvaréis tú y tu familia.
32 Y le explicaron el mensaje del Señor a él y a todos los de su
33 casa. El carcelero los cogió a aquellas horas de la noche, les lavó
34 las heridas y se bautizó en seguida con todos los suyos; luego los
subió a su casa, les preparó la mesa y celebraron una fiesta de
familia por haber creído en Dios.
35 Por la mañana los magistrados enviaron alguaciles con esta
orden:
—Pon en libertad a esos hombres.
36 El carcelero se lo comunicó a Pablo:
—Los magistrados mandan a decir que se os ponga en libertad.
Por tanto, salid y marchaos en paz.
37 Pero Pablo replicó a los alguaciles:
—¿Cómo? Nos azotan en público, sin previa sentencia, a nos-
otros, ciudadanos romanos, nos meten en la cárcel, ¿y ahora pre-
tenden echarnos a escondidas? Ni hablar. Que vengan ellos en
persona a sacarnos.
38 Los alguaciles comunicaron la respuesta a los magistrados. Al
39 oír que eran ciudadanos romanos, se asustaron y fueron a excu-

sarse; los sacaron fuera y les rogaron que se marcharan de la ciu-
dad.
40 Al salir de la cárcel, Pablo y Silas fueron a casa de Lidia, y des-
pués de ver a los hermanos y animarlos, se marcharon.

En Tesalónica

17 Atravesando Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde
2 había una sinagoga judía. Pablo, según su costumbre, se presentó
allí y por tres sábados discutió con ellos. Apoyándose en la Escri-
3 tura, explicaba y probaba que el Mesías tenía que padecer y resu-
citar, y concluía: «Ese Mesías es Jesús, el que yo os anuncio».
4 Algunos judíos se convencieron y se juntaron a Pablo y Silas,
con gran número de adictos griegos y no pocas mujeres princi-
pales.
5 Envidiosos los judíos, reclutaron unos maleantes del arroyo y,
provocando tumultos, alborotaron la ciudad. Irrumpieron en casa
de Jasón, en busca de Pablo y Silas, para conducirlos ante la plebe;
6 al no encontrarlos, arrastraron a Jasón y a algunos hermanos a
presencia de los concejales, vociferando:
—Esos que han revolucionado el mundo se han presentado
7 también aquí y Jasón les ha dado hospedaje. Todos éstos actúan
contrariamente a los edictos del emperador, porque afirman que
hay otro rey, Jesús.
8 Estas palabras alarmaron a la multitud y a los concejales, y
9 exigieron una fianza a Jasón y a los otros para ponerlos en li-
bertad.

En Berea

10 Inmediatamente, de noche, los hermanos hicieron salir a Pablo
y a Silas para Berea. Llegados allí, se dirigieron a la sinagoga.
11 Los judíos de Berea eran de mejor natural que los de Tesalónica
y recibieron el mensaje con toda buena voluntad, escudriñando a
12 diario la Escritura para comprobar si estaban así las cosas. En
consecuencia, muchos de ellos creyeron y, además, no pocos paga-
nos, señoras distinguidas y hombres.
13 Pero cuando los judíos de Tesalónica descubrieron que Pablo
anunciaba el mensaje de Dios en Berea, fueron allí a agitar a la
14 gente y a alborotarla. Entonces los hermanos, sin tardar, hicieron
que Pablo saliese para la costa, mientras Silas y Timoteo se que-
15 daron allí. Los que conducían a Pablo lo llevaron hasta Atenas,
y se volvieron con el encargo de que Silas y Timoteo se reuniesen
con Pablo cuanto antes.

En Atenas

16 Mientras Pablo los aguardaba en Atenas, le llegaba al alma ver
17 la ciudad poblada de ídolos. Por un lado, hablaba en la sinagoga
a los judíos y adictos, y además a diario en la plaza mayor con
18 los que encontraba. Incluso algunos filósofos epicúreos y estoicos
conversaban con él. Unos preguntaban:
—¿Qué tendrá que decir ese charlatán?

Otros, al oír que anunciaba a Jesús y la resurrección, decían:
—Parece ser un propagandista de dioses extranjeros.
19 Lo cogieron, lo llevaron al Areópago y le preguntaron:
20 —¿Se puede saber qué es esa nueva doctrina que enseñas? Porque estás metiendo conceptos que nos suenan extraños y queremos saber qué significan.
21 (Es que los atenienses todos y los forasteros residentes allí gastaban el tiempo contando o escuchando la última novedad).
22 Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo:
—Atenienses, en cada detalle observo que sois en todo extre-
23 madamente religiosos. Porque paseándome por ahí y fijándome en
vuestros monumentos sagrados encontré incluso un altar con esta
inscripción: «Al dios desconocido». Pues eso que veneráis sin
24 conocerlo, os lo anuncio yo: el Dios que hizo el mundo y todo lo
que contiene, ese que es Señor de cielo y tierra, no habita en
25 templos construidos por hombres ni lo sirven manos humanas,
como si necesitara de alguien, él que a todos da la vida y el aliento
26 y todo. De un solo hombre sacó todas las naciones para que habitaran la faz de la tierra, determinando las etapas de su historia
27 y los límites de sus territorios. Quería que lo buscasen a él, a ver
si al menos a tientas lo encontraban, por más que no está lejos de
ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existi-
28 mos. Así lo dicen incluso algunos de vuestros poetas: «Sí, estirpe
29 suya somos». Por tanto, si somos estirpe de Dios, no podemos
pensar que la divinidad se parezca a oro, plata o piedra, esculpidos
30 por la destreza y la fantasía de un hombre. Pues bien, Dios, pasando por alto aquellos tiempos de ignorancia, manda ahora a
31 todos los hombres en todas partes que se enmienden; porque
tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por
medio del hombre que ha designado, y ha dado a todos garantía
de esto resucitándolo de la muerte.
32 Al oír «resurrección de muertos», unos lo tomaban a broma; otros dijeron:
—De esto te oiremos hablar en otra ocasión.
33 Entonces Pablo se salió del corro.
34 Algunos hombres, sin embargo, le habían dado su adhesión y habían creído, entre ellos Dionisio el Areopagita, además de una mujer llamada Dámaris y algunos otros.

En Corinto

18 1-2 Después de esto dejó Atenas y se fue a Corinto. Allí encontró a un tal Aquila, judío natural del Ponto, y a su mujer, Priscila; habían llegado hacía poco de Italia, porque Claudio había
3 decretado que todos los judíos abandonasen Roma. Se juntó con
ellos y, como ejercía el mismo oficio, se quedó a trabajar en su
casa (eran tejedores de lona).
4 Todos los sábados discutía en la sinagoga, esforzándose por con-
5 vencer a judíos y griegos. Cuando Silas y Timoteo bajaron de Macedonia, Pablo se dedicó enteramente a predicar, sosteniendo ante los judíos que Jesús es el Mesías.

6 Como ellos se cerraban en banda y respondían con insultos, Pablo se sacudió la ropa y les dijo:
—Vosotros sois responsables de lo que os ocurra; yo no tengo culpa. En adelante me voy con los paganos.
7 Se marchó de allí y se fue a casa de un adicto llamado Ticio
8 Justo, que vivía al lado de la sinagoga. Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su familia; también otros muchos corintios que escuchaban, creían y se bautizaban.
9 Una noche le dijo el Señor a Pablo en una visión:
10 —No temas, sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo y nadie te atacará ni te hará daño, porque muchos de esta ciudad pertenecen a mi pueblo.
11 Pablo se quedó allí año y medio explicándoles la palabra de Dios.
12 Pero siendo Galión procónsul de Grecia, los judíos arremetieron
13 a una contra Pablo, lo condujeron al tribunal y lo acusaron:
—Este induce a la gente a dar a Dios un culto ilegal.
14 Iba Pablo a tomar la palabra, cuando Galión dijo a los judíos:
—Judíos, si se tratara de un crimen o de una fechoría grave,
15 sería razón escucharos con paciencia; pero si son cuestiones de
doctrinas y de esa Ley vuestra, allá veréis vosotros. Yo no quiero
meterme a juez de esos asuntos.
16 Y ordenó despejar el tribunal.
17 Entonces agarraron todos a Sóstenes, jefe de la sinagoga, y le dieron una paliza delante del tribunal. Galión no se dio por aludido.
18 Pablo se quedó en Corinto todavía algún tiempo.

Vuelta a Antioquía

Luego se despidió de los hermanos y se embarcó para Siria con
Priscila y Aquila. En Cencreas se afeitó la cabeza, porque había
19 hecho un voto. Al llegar a Efeso se separó allí de ellos y fue a la
20 sinagoga, donde se puso a hablar con los judíos. Le pidieron que
21 se quedara más tiempo, pero no accedió, y se despidió diciendo:
—Ya volveré por aquí, si Dios quiere.
22 Zarpó de Efeso, desembarcó en Cesarea, subió a saludar a la comunidad y luego bajó a Antioquía.

VI

EXPANSION POR EL MUNDO GRIEGO. SEGUNDO VIAJE DE PABLO POR ASIA MENOR, MACEDONIA Y GRECIA

23 Pasado algún tiempo, emprendió otro viaje y fue recorriendo
por etapas la región de Galacia y Frigia confortando a todos los
discípulos.
24 Llegó a Efeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría,
25 hombre elocuente y muy versado en la Escritura. Lo habían ins-
truido en el camino del Señor y hablaba con mucho entusiasmo
enseñando con gran exactitud la vida de Jesús, aunque no conocía
más bautismo que el de Juan.
26 Apolo se puso a hablar abiertamente en la sinagoga. Cuando lo
oyeron, Priscila y Aquila lo tomaron por su cuenta y le explicaron
27 con más exactitud aún el camino de Dios. Teniendo él intención
de pasar a Grecia, los hermanos lo animaron y escribieron a los
discípulos de allí que lo recibieran bien. Su presencia, con el favor
de Dios, contribuyó mucho al provecho de los creyentes, pues
28 rebatía vigorosamente en público a los judíos, demostrando con
la Escritura que Jesús es el Mesías.

Pablo en Efeso

19 Mientras Apolo estaba en Corinto atravesó Pablo la meseta y
2 llegó a Efeso; encontró allí a ciertos discípulos y les preguntó:
—¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?
Contestaron:
—Ni siquiera hemos oído hablar de que haya un Espíritu Santo.
3 Pablo volvió a preguntarles:
—Entonces, ¿qué bautismo habéis recibido?
Respondieron:
—El bautismo de Juan.
4 Pablo les dijo:
—El bautismo de Juan era signo de arrepentimiento, mientras
le decía al pueblo que creyesen en el que iba a venir después de
él, es decir, en Jesús.
5-6 Al oír esto se bautizaron, consagrándose al Señor Jesús, y al
imponerles Pablo las manos, bajó sobre ellos el Espíritu Santo, y
7 empezaron a hablar en lenguas y a pronunciar mensajes inspirados.
Eran en total unos doce hombres.
8 Pablo fue a la sinagoga y durante tres meses habló abiertamente
9 del reinado de Dios, tratando de persuadirlos. Como algunos se
obstinaban en no dejarse convencer y desacreditaban el camino
aquel delante de la asamblea, Pablo prescindió de ellos y formó
grupo aparte con los discípulos, teniendo conversaciones todos los
días en la escuela de Tirano.
10 Esto duró dos años, y así todos los habitantes de la provincia
de Asia, lo mismo judíos que griegos, pudieron escuchar el men-
saje del Señor.

11 Dios hacía por medio de Pablo prodigios extraordinarios, hasta
12 el punto que bastaba aplicar a los enfermos pañuelos o prendas
que él llevaba encima, para ahuyentar las enfermedades y expul-
sar los espíritus malos.
13 Algunos exorcistas judíos ambulantes probaron también a in-
vocar el nombre del Señor Jesús sobre los poseídos, diciéndoles:
—Os conjuro por ese Jesús que Pablo predica.
14 Entre los que hacían esto estaban siete hijos de un tal Escevas,
15 sumo sacerdote judío, pero el espíritu malo les replicó:
—A Jesús lo conozco y Pablo sé quién es, pero vosotros, ¿quié-
nes sois?
16 Y el poseído por el espíritu malo se abalanzó de un salto sobre
ellos y les pudo, acogotándolos a todos, de modo que huyeron de
la casa aquella desnudos y malheridos.
17 El suceso se divulgó entre los habitantes de Efeso, lo mismo
judíos que griegos; todos quedaban espantados y se proclamaba
18 la grandeza del Señor Jesús. Muchos de los que ya creían iban a
19 confesar públicamente sus malas prácticas, y buen número de los
que habían practicado la magia hicieron un montón con los
libros y los quemaron a la vista de todos. Calculado el precio,
resultó ser cincuenta mil monedas de plata.
20 Así, con el poder del Señor, el mensaje se difundía vigorosa-
mente.

El motín de Efeso

21 Cumplido todo esto, decidió Pablo ir a Jerusalén atravesando
Macedonia y Grecia, declarando que, después de haber estado en
Jerusalén, tenía que visitar también Roma.
22 Envió a Macedonia dos auxiliares suyos, Timoteo y Erasto,
23 mientras él se detenía un poco en la provincia de Asia. En aquella
ocasión se produjo un grave tumulto a propósito del nuevo ca-
mino.
24 Un tal Demetrio, platero, que labraba en plata reproducciones
del templo de Artemis, proporcionando no poca ganancia a los
25 artesanos, reunió a éstos con los otros obreros del ramo y les
dijo:
—Amigos, sabéis que de esta ganancia depende nuestro bien-
26 estar; y estáis viendo y oyendo decir que ese Pablo ha persuadido
a numerosa gente a cambiar de idea, no sólo en Efeso, sino prác-
ticamente en toda la provincia de Asia, diciéndoles que no son
27 dioses los que se fabrican con las manos. No sólo hay peligro de
que nuestro oficio se desacredite, sino también de que se des-
prestigie el santuario de la gran Artemis y se derrumbe la majes-
tad de la diosa que venera toda el Asia y el mundo entero.
28 Al oír aquello, se pusieron a gritar furiosos:
—¡Arriba [a] la Artemis de los efesios!
29 El revuelo cundió por la ciudad y la gente se precipitó en masa
hacia el teatro arrastrando a dos macedonios, Gayo y Aristarco,
compañeros de viaje de Pablo.
30 Pablo quería entrar en el mitin, pero los discípulos no se lo

a «arriba», lit. «grande», grito de exaltación, íd. v. 34.

31 permitieron. Algunos senadores amigos suyos le mandaron recado
aconsejándole también que no compareciera en el teatro.
32 Cada uno gritaba una cosa, porque la asamblea estaba hecha un
33 lío y la mayoría ni sabía para qué se habían reunido. Algunos de
los presentes aleccionaron a un tal Alejandro, a quien los judíos
habían empujado adelante. Alejandro hizo seña con la mano
34 de que quería dar explicaciones a la concurrencia, pero en cuanto
cayeron en la cuenta de que era judío, estuvieron gritando todos
a coro por casi dos horas:
—¡Arriba la Artemis de los efesios!
35 Consiguiendo por fin calmar a la gente, dijo el canciller:
—Efesios, ¿quién hay en el mundo que no sepa que la ciudad
de Efeso es la guardiana del templo de la gran Artemis y de su
36 estatua caída del cielo? Esto es indiscutible; por tanto, es menes-
37 ter que conservéis la calma y no obréis precipitadamente. Estos
hombres que habéis traído no son ni sacrílegos ni blasfemos contra
38 nuestra diosa. Y si Demetrio y los artesanos sus compañeros tie-
nen querella contra alguno, ahí tienen las audiencias públicas y
los procónsules: que unos y otros presenten allí sus querellas.
39 Y si tenéis alguna otra demanda, se proveerá en la asamblea legal.
40 De hecho, corremos riesgo de ser acusados de motín por lo de
hoy, pues no podemos alegar ningún motivo que justifique este
alboroto.
41 Y con esto despidió a la asamblea.

Pablo en Macedonia y Grecia

20 Cuando se apaciguó el tumulto mandó Pablo llamar a los discí-
pulos para animarlos; luego se despidió y salió para Macedonia.
2 Después de recorrer aquella región animando a los discípulos
con frecuentes conversaciones, llegó a Grecia.
3 A los tres meses de estar allí, como lo amenazaba un atentado
de los judíos al zarpar para Siria, decidió volverse por Macedonia.
4 Hasta la provincia de Asia lo acompañaron Sópater, natural de
Pirro de Berea; Aristarco y Segundo, de Tesalónica; Gayo de Der-
5 be, Timoteo, Fortunato y Trófimo, naturales de Asia. Estos se
6 adelantaron y nos esperaron en Tróade. Nosotros, en cambio, al
terminar las fiestas de Pascua, nos hicimos a la mar en Filipos, y
en cinco días los alcanzamos en Tróade, donde nos detuvimos una
semana.

Se despide de Tróade

7 El domingo nos reunimos a partir el pan; Pablo les estuvo
hablando y, como iba a marcharse al día siguiente, prolongó el
8 discurso hasta medianoche. Había lámparas en abundancia en la
sala de arriba, donde estábamos reunidos.
9 Un joven, de nombre Eutiquio, estaba sentado en la ventana.
Mientras Pablo hablaba y hablaba le iba entrando cada vez más
10 sueño; al final, vencido por él, se cayó del tercer piso abajo. Lo
levantaron ya cadáver, pero Pablo bajó, se echó sobre él y, abra-
zándolo, dijo:
—No os alarméis, que tiene aliento.

11 Volvió a subir, partió el pan y cenó. Estuvo conversando largo
12 hasta el alba y, por fin, se marchó. Por lo que hace al muchacho,
lo trajeron vivo, con gran alivio de todos.

De Tróade a Mileto

13 Nosotros nos embarcamos con tiempo y zarpamos rumbo a Aso,
donde teníamos que recoger a Pablo, pues él había dispuesto
14 hacer el viaje por tierra. Cuando nos alcanzó en Aso, subió a bordo
15 con nosotros y llegamos a Mitilene. Zarpamos de allí, y al día
siguiente llegamos a la altura de Quíos; al otro costeamos en di-
16 rección a Samos y un día después llegamos a Mileto. Pablo había
resuelto no hacer escala en Efeso para no perder tiempo en Asia;
se daba prisa a ver si lograba estar en Jerusalén para el día de
Pentecostés.

Discurso a los responsables de Efeso

17 Desde Mileto mandó recado a Efeso y llamó a los responsables
18 de la comunidad. Cuando se presentaron, les dijo:
—Vosotros sabéis cómo me he portado con vosotros todo este
19 tiempo, desde el día que por primera vez puse el pie en Asia:
he servido al Señor con toda humildad, entre las penas y pruebas
20 que me han procurado las maquinaciones de los judíos. Sabéis que
en nada que fuera útil me he retraído de predicaros y enseñaros
21 en público y en privado, instando lo mismo a judíos que a griegos
a convertirse a Dios y a creer en nuestro Señor Jesús.
22-3 Ahora me dirijo a Jerusalén, forzado por el Espíritu. No sé lo
que me espera allí, sólo sé que el Espíritu Santo, de ciudad en
24 ciudad, me asegura que me aguardan cárceles y luchas. Pero la
vida para mí no cuenta, al lado de completar mi carrera y cumplir
el encargo que me dio el Señor Jesús: ser testigo de la buena no-
ticia, del favor de Dios.
25 Y ahora mirad, yo sé que ninguno de vosotros, entre quienes
26 he predicado el Reino, volverá a verme. Por eso declaro hoy que
27 no soy responsable de la suerte de nadie, porque no me he retraído
28 de anunciaros enteramente el plan de Dios. Tened cuidado de vos-
otros y de todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto
como guardianes, siendo así pastores de la Iglesia de Dios, que él
adquirió con la sangre de su Hijo.
29 Ya sé yo que cuando os deje se meterán entre vosotros lobos
30 feroces que no perdonarán al rebaño, e incluso de entre vosotros
mismos saldrán algunos que corromperán la doctrina, arrastrando
31 tras sí a los discípulos. Por eso, estad alerta: recordad que durante
tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágri-
mas en los ojos a cada uno en particular.
32 Ahora os dejo en manos de Dios y del mensaje de su gracia,
que tiene poder para construir y dar la herencia a todos los con-
33 sagrados. No he deseado dinero, oro ni ropa de nadie; sabéis por
34 experiencia que estas manos han ganado lo necesario para mí y
35 mis compañeros. En todo os he hecho ver que hay que trabajar

así para socorrer a los necesitados, acordándonos de las palabras
del Señor Jesús: «Hay más dicha en dar que en recibir».
36 Cuando terminó de hablar se puso de rodillas con todos y rezó.
37 Todos lloraban mucho y, abrazando a Pablo, lo besaban; lo que
38 más pena les daba era lo que había dicho de que no volverían
a verlo. Luego lo acompañaron hasta el barco.

Viaje hasta Jerusalén

21 Después de separarnos de ellos, navegamos derechos a Cos; al
2 día siguiente, a Rodas, y de allí, a Pátara. Encontrando un barco
3 que hacía la travesía a Fenicia, nos embarcamos y zarpamos. Después de avistar Chipre y dejarla a babor, seguimos rumbo a Siria
y llegamos a Tiro, donde el barco tenía que descargar.
4 Dimos con los discípulos y pasamos una semana con ellos. Movidos por el Espíritu, le decían a Pablo que no pusiera pie en
5 Jerusalén; pero al cabo de la semana los dejamos y continuamos
el viaje. Todos, incluso las mujeres y los niños, nos acompañaron
6 hasta las afueras de la ciudad. Después de arrodillarnos a rezar
en la playa, nos separamos de ellos, nos embarcamos y ellos se
volvieron a sus casas.
7 Terminando el viaje por mar, desde Tiro llegamos a Tolemaida,
saludamos allí a los hermanos y nos quedamos un día con ellos.
8 Salimos al día siguiente y llegamos a Cesarea; fuimos a ver a Felipe, el misionero ambulante, uno de aquellos Siete, y nos hospe-
9 damos en su casa. Felipe tenía cuatro hijas solteras con el don
de hablar inspiradas.
10 Cuando llevábamos allí varios días, bajó de Judea un inspirado
11 que se llamaba Agabo; vino a vernos, cogió la faja de Pablo, se
ató los pies y las manos y dijo:
—Esto dice el Espíritu Santo: Al dueño de esta faja lo atarán
así los judíos en Jerusalén y lo entregarán a los paganos.
12 Al oír aquello, nosotros y los del lugar le insistíamos a Pablo
13 en que no subiera a Jerusalén, pero Pablo replicó:
—¿A qué viene este llanto?, ¿queréis desmoralizarme? No sólo
estoy dispuesto a llevar cadenas, sino incluso a morir en Jerusalén
por el Señor Jesús.
14 Como no hubo manera de persuadirlo, desistimos diciendo:
—Sea lo que Dios quiera.

VII

PABLO, DETENIDO Y PROCESADO EN JERUSALEN

15 Pasados aquellos días y acabados los preparativos emprendimos
16 la subida a Jerusalén. Desde Cesarea nos acompañaron algunos
discípulos para llevarnos a casa de un tal Nasón, natural de Chipre,
discípulo de la primera época, que iba a darnos alojamiento.

Pablo visita a Santiago

17 Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron gus-
18 tosos. Al día siguiente fuimos con Pablo a casa de Santiago,
19 donde estaban también todos los responsables. Pablo los saludó
y les contó punto por punto lo que Dios había hecho entre los
20 paganos por ministerio suyo. Al oírlo, alabaron a Dios y le dijeron:
—Hermano, ya ves cuántos miles de judíos se han hecho cre-
21 yentes, pero todos siguen siendo fanáticos de la Ley. Por otra
parte, han oído rumores acerca de ti: que a los judíos que viven
entre paganos les enseñas que rompan con Moisés, diciéndoles
22 que no circunciden a sus hijos ni observen las tradiciones. A ver
qué hacemos. Por supuesto, se van a enterar de que has llegado;
23 por eso, sigue nuestro consejo: hay aquí cuatro hombres que tienen
24 que cumplir un voto; llévatelos, purifícate con ellos y costéales tú
el afeitado de cabeza; así sabrán todos que no hay nada de lo
que se dice, sino que también tú estás por la observancia de la
25 Ley. Por lo que toca a los paganos que se han hecho creyentes,
nosotros les comunicamos por escrito lo que habíamos decidido:
que se abstengan de carne sacrificada a los ídolos, de comer sangre
y carne de animales estrangulados y de contraer uniones ilegales.
26 Entonces Pablo se llevó a aquellos hombres, se purificó con ellos
al día siguiente y entró en el templo para avisar cuándo se terminaban los días de la purificación y tocaba ofrecer la oblación por
cada uno.

Pablo, arrestado en el templo

27 Cuando estaban para cumplirse los siete días, los judíos de
Asia, que lo vieron en el templo, alborotaron al gentío y agarraron
28 a Pablo, gritando:
—¡Auxilio, israelitas! Este es el individuo que ataca a nuestro
pueblo, a nuestra Ley y a este lugar, enseñando a todo el mundo
por todas partes. Además, ha introducido a unos griegos en el
templo, profanando este lugar santo.
29 Era que antes habían visto por la ciudad a Trófimo el de Efeso
con Pablo, y pensaban que Pablo lo había introducido en el
templo.
30 El revuelo cundió por toda la ciudad, y hubo una avalancha
de gente; agarraron a Pablo, lo sacaron del templo a rastras e
inmediatamente cerraron las puertas.

31 Intentaban matarlo, cuando llegó noticia al comandante de la
32 guarnición de que toda Jerusalén andaba revuelta. Inmediatamente
cogió tropa y oficiales y bajó corriendo. Al ver al comandante y
33 a los soldados, dejaron de golpear a Pablo. El comandante se acer-
có, agarró a Pablo y dio orden de que lo ataran con dos cadenas;
luego intentó averiguar quién era y qué había hecho, pero en el
34 gentío cada uno gritaba una cosa. No pudiendo sacar nada en
limpio por el barullo, ordenó que lo condujeran al cuartel; al
35 llegar a la escalinata era tal la violencia de la gente, que los sol-
36 dados tuvieron que llevar a Pablo en volandas, pues el pueblo en
masa venía detrás gritando:
—¡Muera!

Defensa de Pablo

37 Cuando estaban para meterlo en el cuartel, dijo Pablo al co-
mandante:
—¿Me permites decirte dos palabras?
El comandante contestó:
38 —¿Sabes griego? Entonces ¿no eres tú el egipcio que hace poco
amotinó a aquellos cuatro mil guerrilleros y se echó al campo con
ellos?
39 Pablo contestó:
—¿Yo? Yo soy judío, natural de Tarso, ciudad de Cilicia que
tiene su fama; por favor, permíteme hablar al pueblo.
40 Le dio permiso, y Pablo, de pie en las gradas, hizo señas al
pueblo con la mano. Se hizo un gran silencio, y les dirigió la pala-
bra en su lengua:

22 —Padres y hermanos míos, escuchad la defensa que os presento
ahora.
2 Al oír que les hablaba en su lengua, el silencio se hizo aún
mayor. Pablo continuó:
3 —Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta
ciudad; fui alumno de Gamaliel, me eduqué en todo el rigor de
la Ley de nuestros padres y tenía tanto fervor religioso como vos-
4 otros ahora. Yo perseguí a muerte este nuevo camino, aprisionando
5 y metiendo en la cárcel a hombres y mujeres; y son testigos de esto
el mismo sumo sacerdote y el Senado. Ellos me dieron cartas para
los hermanos de Damasco, y fui allí para traerme presos a Jeru-
salén a los que encontrase, para que los castigaran.

Cuenta su conversión

6 Pero en el viaje, cerca ya de Damasco, hacia mediodía, de re-
7 pente una gran luz del cielo relampagueó en torno a mí, caí por
tierra y oí una voz que me decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me per-
8 sigues?». Yo pregunté: «¿Quién eres, Señor?». Me respondió:
9 «Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues». Mis compañeros
vieron el resplandor, pero no comprendieron lo que decía el que
10 me hablaba. Yo pregunté: «¿Qué debo hacer, Señor?». El Señor
me respondió: «Levántate, sigue hasta Damasco y allí te expli-
11 carán toda la tarea que se te ha asignado». Como yo no veía, cega-

do por el resplandor del relámpago, mis compañeros me llevaron
de la mano a Damasco.
12 Un cierto Ananías, hombre devoto al modo de la Ley, recomen-
13 dado por todos los judíos de la ciudad, vino a verme, se puso a
14 mi lado y me dijo: «Saulo, hermano, recobra la vista». Inmediata-
mente recobré la vista y lo vi. El me dijo: «El Dios de nuestros
padres te destinó a que conocieras su designio, vieras al Justo y
15 escucharas palabras de su boca, porque vas a ser su testigo ante
16 todos los hombres de lo que has visto y oído. Ahora no pierdas
tiempo, levántate, bautízate y lava tus pecados invocándolo a él».

Pablo, enviado a los paganos

17 Regresé a Jerusalén, y estando en el templo caí en éxtasis;
18 y lo vi a él, que me decía: «Date prisa, vete en seguida de Jeru-
19 salén, porque no van a aceptar tu testimonio acerca de mí». Yo
repliqué: «Señor, si ellos saben que yo iba por las sinagogas para
20 encarcelar a tus fieles y azotarlos; además, cuando se derramó la
sangre de Esteban, tu testigo, estaba yo presente, aprobando
21 aquello y guardando la ropa de los que lo mataban». Pero él me
dijo: «Anda, que yo te voy a enviar a pueblos lejanos».

Pablo y el comandante romano

22 Hasta aquel momento lo estuvieron escuchando, pero entonces
empezaron a gritar:
—¡Quita de en medio a ese individuo, no merece vivir!
23 Como seguían vociferando, tirando los mantos y echando polvo
24 al aire, el comandante mandó que metieran a Pablo en el cuartel
y ordenó que lo hicieran hablar a latigazos, para averiguar por qué
gritaban así contra él.
25 Mientras lo estiraban con las correas preguntó Pablo al capitán
que estaba presente:
—¿Os está permitido azotar a un ciudadano romano sin previa
sentencia?
26 Al oírlo, el capitán fue a avisar al comandante:
—Mira bien lo que vas a hacer, ese hombre es romano.
27 Acudió el comandante y le preguntó:
—Dime, ¿tú eres romano?
Pablo respondió:
—Sí.
28 El comandante añadió:
—A mí la ciudadanía romana me ha costado una fortuna.
Pablo contestó:
—Pues yo la tengo de nacimiento.
29 Los que iban a hacerlo hablar se retiraron en seguida, y el co-
mandante tuvo miedo de haberle puesto cadenas siendo ciudadano
romano.

Ante el Consejo

30 Al día siguiente, queriendo poner en claro de qué lo acusaban
los judíos, mandó desatarlo, ordenó que se reunieran los sumos

sacerdotes y el Consejo en pleno, bajó a Pablo y lo presentó ante
ellos.

23 Pablo, mirando al Consejo, dijo:
—Hermanos, yo hasta ahora he procedido con Dios con la me-
jor conciencia.
2 A esto, el sumo sacerdote Ananías ordenó a sus ayudantes que
le dieran un golpe en la boca.
3 Pablo replicó:
—Dios te golpeará a ti, muro encalado; estás ahí sentado para
juzgarme conforme a la Ley y ¿violas la Ley mandando que me
peguen?
4 Los presentes dijeron:
—¿Insultas al sumo sacerdote de Dios?
5 Respondió Pablo:
—Hermanos, no sabía que fuese sumo sacerdote. Sí, la Escritura
dice: «*No maldecirás al jefe de tu pueblo*» [a].
6 Sabiendo Pablo que una parte de ellos eran fariseos y otra
saduceos, gritó en medio del Consejo:
—Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo, y me juzgan acerca
de la esperanza en la resurrección de los muertos.
7 Apenas dijo esto se produjo un altercado entre fariseos y sa-
8 duceos, y la asamblea quedó dividida. (Los saduceos sostienen que
no hay resurrección ni ángeles ni espíritus, mientras los fariseos
admiten todo esto).
9 Se armó un griterío enorme, y algunos letrados del partido fa-
riseo se pusieron en pie protestando enérgicamente:
—No encontramos ningún delito en este hombre; ¿y si le ha
hablado un espíritu o un ángel?
10 El altercado arreciaba, y el comandante, temiendo que hicieran
pedazos a Pablo, mandó que bajara la tropa para sacarlo de allí
y llevárselo al cuartel.
11 La noche siguiente se presentó el Señor a Pablo y le dijo:
—¡Animo! Lo mismo que has dado testimonio a favor mío en
Jerusalén, tienes que darlo en Roma.

Conjura contra Pablo

12 Por la mañana temprano tuvieron los judíos un conciliábulo y
13 juraron no comer ni beber hasta que mataran a Pablo; los jura-
14 mentados eran más de cuarenta. Se presentaron a los sumos sacer-
dotes y senadores diciendo:
—Hemos jurado solemnemente no probar bocado hasta que ma-
15 temos a Pablo. Ahora vosotros, de acuerdo con el Consejo, pedid
al comandante que mande bajarlo con pretexto de examinar su
caso con más detalle. Nosotros estaremos preparados para eliminar-
lo antes de que llegue.
16 Pero el sobrino de Pablo, hijo de su hermana, se enteró de la
emboscada; se presentó en el cuartel, lo dejaron entrar y se lo
17 avisó a Pablo. Pablo llamó a un capitán y le dijo:

[a] Ex 22,27.

—Conduce este joven al comandante, que tiene algo que co-
municarle.
18 El capitán se lo llevó al comandante y le dijo:
—El preso Pablo me ha llamado y me ha pedido que te traiga
este muchacho, que tiene algo que decirte.
19 El comandante lo cogió de la mano, se lo llevó aparte y le pre-
guntó:
—¿De qué se trata?
20 El muchacho contestó:
—Los judíos se han puesto de acuerdo para pedirte que mañana
hagas bajar a Pablo al Consejo, con pretexto de examinar su caso
21 con más detalle. Tú no te lo creas, porque van a tenderle una
emboscada más de cuarenta de ellos, que han jurado no comer ni
beber hasta que lo eliminen. Ya están preparados, sólo aguardan
a que tú des permiso.
22 El comandante despidió al muchacho encargándole:
—No digas a nadie que me has denunciado esto.

Lo envían al gobernador

23 Llamó a dos capitanes y les dio estas órdenes:
—Para las nueve de la noche tened preparados doscientos sol-
dados de infantería, setenta de caballería y doscientos lanceros,
24 que tienen que ir a Cesarea. Proveed también cabalgaduras para
que las monte Pablo y lo llevéis a salvo al gobernador Félix.
25 Escribió además una carta en estos términos:
26 «Claudio Lisias saluda a su excelencia el gobernador Félix.
27 A este hombre lo habían prendido los judíos y lo iban a matar;
al enterarme yo de que era ciudadano romano, acudí con la tropa
28 y se lo quité de las manos. Decidido a averiguar el crimen de que
29 lo acusaban, lo mandé al Consejo judío; me resultó que las acusa-
ciones se referían a cuestiones de su Ley, pero no a delitos que
30 mereciesen muerte o prisión. Al ser informado de que se prepa-
raba un atentado contra este hombre, te lo remito sin dilación,
y notifico a sus acusadores que formulen sus querellas ante ti».

VIII

PROCESO DE PABLO EN CESAREA

31 Siguiendo las órdenes recibidas, los soldados cogieron a Pablo
32 y lo condujeron de noche hasta Antípatris; al día siguiente lo
33 dejaron con los de caballería y se volvieron al cuartel. El grupo
llegó a Cesarea, entregaron la carta al gobernador y le presentaron
34 a Pablo. La leyó y preguntó de qué provincia era; averiguado que
35 era de Cilicia, le dijo:
—Te daré audiencia cuando se presenten tus acusadores.
Y mandó que quedase detenido en el palacio de Herodes.

Acusación contra Pablo

24 Al cabo de cinco días, el sumo sacerdote Ananías bajó a Cesarea
con algunos senadores y un abogado, un tal Tértulo, y presenta-
2 ron al gobernador querella contra Pablo. Citado Pablo, Tértulo
empezó la acusación:
—La mucha paz que por ti gozamos y las mejoras hechas en pro
3 de esta nación gracias a tu providencia, excelentísimo Félix, las
reconocemos siempre y en toda ocasión con la más profunda gra-
4 titud. Pero no quiero importunarte demasiado, te ruego sólo que
5 nos escuches un momento con tu acostumbrada indulgencia. He-
mos descubierto que este pernicioso individuo promueve motines
contra los judíos del mundo entero y que es cabecilla de la secta
6 de los nazarenos; incluso ha intentado profanar el templo, y por
8 eso lo hemos detenido [a]. Interrógalo tú mismo y comprobarás que
nuestras acusaciones son fundadas.
9 Los judíos corroboraron la acusación afirmando que así estaban
las cosas.

Defensa de Pablo ante Félix

10 Cuando el gobernador le hizo señal de que tomara la palabra,
Pablo respondió:
—El saber que desde hace muchos años administras justicia en
11 esta nación me anima a hablar en mi defensa; tú puedes verificar
que hace sólo doce días que subí a Jerusalén en peregrinación;
12 no me han encontrado discutiendo con nadie en el templo ni cau-
sando disturbios con la gente en las sinagogas ni por la ciudad;
13 tampoco pueden aducir pruebas de lo que ahora me imputan.
14 Esto sí lo reconozco: que sirvo al Dios de nuestros padres siguien-
do este camino —secta lo llaman ellos—, creyendo todo lo que
15 está escrito en la Ley y los Profetas, con la esperanza puesta en
Dios, como ellos mismos lo esperan, de que habrá una resurrección
16 de justos e injustos. Por eso también me esfuerzo yo por conservar
siempre una conciencia irreprochable ante Dios y ante los hom-
17 bres. Después de muchos años había vuelto aquí a traer limosnas
18 para mi pueblo y ofrecer sacrificios. De eso me ocupaba yo en el
templo cuando me encontraron después de mi purificación, sin
19 turba ni tumulto. Pero unos judíos de Asia..., son ellos los que
habrían debido presentarse ante tu tribunal y acusarme si tenían
20 algo contra mí. Y si no, que digan éstos qué crimen encontraron
21 cuando comparecí ante el Consejo, fuera de estas solas palabras
que pronuncié delante de ellos: «Si hoy me juzgan ante vosotros
es por la resurrección de los muertos».
22 Félix, que estaba bastante bien informado del nuevo camino,
les dio largas diciendo:
—Cuando baje el comandante Lisias examinaré vuestro caso.
23 Dio orden al capitán de que tuviese a Pablo detenido, pero de-
jándole cierto margen, sin impedir que lo asistiera ninguno de
sus amigos.

a Algunos mss. añaden: «y según nuestra ley queríamos darle muerte.
7 Pero se presentó el comandante Lisias y nos lo arrebató de las manos, re-
mitiéndotelo a ti». Las redacciones varían.

Pablo en prisión

24 De allí a unos días se presentó Félix con su mujer, Drusila, que
era judía, y mandó llamar a Pablo para que le hablase de la fe
25 en el Mesías Jesús. Pero cuando tocó el tema de la honradez de
conducta, del dominio de sí y del juicio futuro, Félix le replicó
asustado:
—Por el momento, puedes marcharte. Cuando tenga tiempo te
mandaré llamar.
26 No perdía tampoco la esperanza de que Pablo le diera dinero;
por eso lo mandaba llamar con relativa frecuencia para conversar
con él.
27 A los dos años Porcio Festo sucedió a Félix, y Félix, deseoso
de congraciarse a los judíos, dejó a Pablo en la cárcel.

Apela al emperador

25 A los tres días de llegar a la provincia subió Festo de Cesarea
2 a Jerusalén. Los sumos sacerdotes y los judíos principales le pre-
3 sentaron querella contra Pablo, insistiendo y pidiéndole como un
favor, con mala idea, que lo trasladase a Jerusalén: pensaban pre-
pararle una emboscada para suprimirlo en el camino.
4 Festo contestó que Pablo estaba preso en Cesarea y que él mis-
5 mo se iba a marchar de Jerusalén muy pronto. Y añadió:
—Por tanto, que bajen conmigo los que tengan autoridad entre
vosotros, y si hay algo irregular en ese hombre, que presenten la
acusación.
6 Festo se quedó en Jerusalén ocho o diez días a lo más y luego
bajó a Cesarea; al día siguiente tomó asiento en el tribunal y dio
7 orden de que trajeran a Pablo. Cuando compareció lo rodearon
los judíos bajados de Jerusalén, aduciendo muchos y graves cargos
8 que no podían probar. Pablo se defendía diciendo:
—No he faltado contra la Ley judía, ni contra el templo, ni
contra el emperador.
9 Festo, deseoso de congraciarse con los judíos, preguntó a Pablo:
—¿Quieres subir a Jerusalén y que se juzgue allí tu asunto
ante mí?
10 Pablo contestó:
—Estoy ante el tribunal del emperador, que es donde se me
tiene que juzgar. No he hecho ningún daño a los judíos, como tú
11 mismo sabes perfectamente. Por tanto, si soy reo de algún delito
que merezca la muerte, no rehúyo morir; pero si las acusaciones
de éstos no tienen fundamento, nadie tiene derecho a cederme a
ellos sin más ni más. Apelo al emperador.
12 Festo, después de consultar con sus consejeros, contestó:
—Apelas al emperador, pues al emperador irás.

Pablo ante Agripa y Berenice

13 Pasados unos días, el rey Agripa y Berenice llegaron a Cesarea
14 para cumplimentar a Festo; como se entretuvieron allí bastantes
días, Festo informó al rey del caso de Pablo, diciéndole:

15 —Tengo aquí un preso que ha dejado Félix; cuando fui a Je-
rusalén los sumos sacerdotes y los senadores judíos presentaron
16 querella contra él, exigiendo su condena. Les respondí que no es
costumbre romana ceder a un individuo sin más ni más; primero
el acusado tiene que carearse con sus acusadores, para tener oca-
17 sión de defenderse de lo que se le inculpa. Vinieron entonces
conmigo aquí a Cesarea, y yo, sin dilación alguna, al día siguiente,
18 me senté en el tribunal y mandé traer a este hombre. Pero cuando
los acusadores lo rodearon, no adujeron ningún cargo grave de los
19 que yo suponía: se trataba de ciertas controversias con él acerca de
su propia religión y en particular acerca de un difunto llamado
20 Jesús, que Pablo sostiene que está vivo. No encontrando yo medio
de instruir el proceso acerca de aquello, le pregunté si quería ir
21 a Jerusalén a que lo juzgase allí. Pero como Pablo ha apelado,
pidiendo que lo deje en la cárcel para que decida su Majestad,
he dado orden de dejarlo en la cárcel hasta que pueda remitirlo
al emperador.
22 Agripa le dijo a Festo:
—Me gustaría a mí también oír a ese individuo.
Festo contestó:
—Mañana lo oirás.
23 Al día siguiente Agripa y Berenice llegaron con gran pompa y
entraron en la sala de audiencias, acompañados de jefes militares
y de las personalidades de más relieve de la ciudad. Festo mandó
llevar a Pablo.
24 Dijo Festo:
—Rey Agripa y señores todos aquí presentes: ¿veis a este hom-
bre? Pues la población judía toda entera ha acudido a mí, en
Jerusalén y en esta ciudad, clamando que no debe vivir un día
25 más. Yo, por mi parte, he comprendido que no ha cometido nada
que merezca la muerte, pero como él personalmente ha apelado
26 a su Majestad, he decidido enviarlo. Sin embargo, no tengo nada
preciso que escribir al soberano acerca de él. Por eso lo hago com-
parecer ante vosotros, especialmente ante ti, rey Agripa, para,
27 celebrada esta audiencia, tener materia para mi carta; pues me
parece absurdo enviar un preso sin indicar al mismo tiempo los
cargos que se le hacen.

Defensa de Pablo ante Agripa

26 Agripa dijo a Pablo:
—Se te permite hablar en tu descargo.
Pablo, extendiendo la mano, empezó su defensa:
2 —Me considero dichoso de poder defenderme hoy ante ti, rey
3 Agripa, de todos los cargos que me imputan los judíos; mayor-
mente siendo tú experto en todo lo que a los judíos se refiere,
4 lo mismo en sus costumbres que en sus controversias. Por eso
te ruego que me escuches con paciencia. Mi vida de joven, que
pasé desde pequeño entre mi gente en Jerusalén, la conocen todos
5 los judíos, y saben desde hace mucho, y, si quisieran, podrían
atestiguarlo, que viví como fariseo, la secta más estricta de nuestra
6 religión. Ahora estoy aquí procesado por la esperanza en la pro-

mesa que Dios hizo a nuestros padres, ésa que nuestras doce tribus
7 esperan alcanzar dando culto a Dios asiduamente, día y noche.
8 Pues de esa esperanza, Majestad, hay judíos que me acusan. ¿Por
qué os parece increíble que Dios resucite a los muertos?
9 Pues bueno, yo pensaba que era mi deber combatir con todos
10 los medios a Jesús Nazareno, y así lo hice en Jerusalén: autori-
zado por los sumos sacerdotes, metí en la cárcel a muchos fieles
11 y, cuando los ajusticiaban, manifestaba mi aprobación. Repetidas
veces, recorriendo todas las sinagogas, ensañándome con ellos,
intentaba hacerlos renegar; y mi furor llegó al extremo de perse-
guirlos incluso en las ciudades del extranjero.

Cuenta su conversión

12 En esto, yendo una vez camino de Damasco, autorizado y co-
13 misionado por los sumos sacerdotes, a mediodía, Majestad, vi
por el camino una luz venida del cielo, más brillante que el sol,
que relampagueaba en torno mío y de mis compañeros de viaje.
14 Caímos todos por tierra y oí una voz que me decía en hebreo:
«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Peor para ti si das coces
15 contra el pincho». Yo pregunté: «¿Quién eres, Señor?»; el Señor
16 dijo: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Anda, levántate y ponte
en pie: me he aparecido a ti precisamente para elegirte como ser-
vidor, como testigo de que me has visto ahora y de lo que te
17 revele en adelante. Te salvaré de tu pueblo y de los paganos, a
18 quienes te envío para que les abras los ojos y se vuelvan de las
tinieblas a la luz y del dominio de Satanás a Dios; para que, cre-
yendo en mí, obtengan el perdón de los pecados y parte en la
herencia de los consagrados».
19 Y yo, rey Agripa, no he sido desobediente a la visión celeste.
20 Al contrario, primero a los de Damasco, pero además a los de Je-
rusalén y de toda la comarca de Judea, y luego a los paganos, les
he predicado que se arrepientan y que se conviertan a Dios, por-
21 tándose como corresponde al arrepentimiento. Por este motivo me
prendieron los judíos, estando yo en el templo, y trataron de ase-
22 sinarme; pero, favorecido con la protección de Dios, me he man-
tenido hasta hoy dando testimonio a grandes y pequeños. No
añado nada a lo que predijeron los profetas y también Moisés:
23 que el Mesías tenía que padecer y que, siendo el primero de los
muertos en resucitar, anunciaría el amanecer a su pueblo y a los
paganos.

Invita a Agripa a creer en Cristo

24 En este punto de la defensa de Pablo, exclamó Festo a voz
en cuello:
—¡Estás loco, Pablo! ¡Tanto saber te trastorna el juicio!
25 Pablo contestó:
—No estoy loco, excelentísimo Festo; mis palabras son verda-
26 deras y sensatas. El rey entiende de estas cuestiones, por eso ante
él hablo francamente; no puedo creer que ignore nada de esto,

27 pues no ha sucedido en un rincón. ¿Das fe a los Profetas, rey
Agripa? Estoy seguro de que sí.
28 Agripa le dijo a Pablo:
—Por poco me convences a hacerme cristiano.
29 Pablo le contestó:
—Por poco o por mucho, quisiera Dios que no sólo tú, sino
todos los que hoy me escucháis, fuerais lo mismo que yo soy…,
cadenas aparte.
30 Se levantaron el rey, el gobernador, Berenice y los demás par-
31 ticipantes en la sesión; al retirarse comentaban:
—Este hombre no hace nada que merezca muerte o prisión.
32 Agripa le dijo a Festo:
—Si no fuera porque ha apelado al emperador, se le podría
poner en libertad.

IX

PABLO VA PRESO A ROMA

27 Cuando se decidió que emprendiésemos la travesía para Italia
encargaron de Pablo y de varios otros presos a un capitán de la
2 legión Augusta, de nombre Julio. Embarcamos en una nave con
matrícula de Adrumeto que salía para los puertos de Asia, y nos
hicimos a la mar. Nos acompañaba Aristarco, un macedonio de
Tesalónica.
3 Al día siguiente tocamos en Sidón, y Julio, con mucha amabi-
lidad, permitió a Pablo visitar a los amigos para que lo atendieran.
4 Zarpamos de Sidón y navegamos al abrigo de Chipre, porque el
5 viento era contrario; luego atravesamos por alta mar frente a Cili-
cia y Panfilia, y llegamos a Mira de Licia.
6 El capitán encontró allí un barco de Alejandría que se dirigía
7 a Italia, y nos mandó embarcar. Por muchos días la navegación
fue lenta y a duras penas llegamos a la altura de Cnido; como el
viento no nos era propicio, navegamos al abrigo de Creta, por bajo
8 del cabo Salmón; después de costear la isla llegamos a duras penas
a una localidad llamada Buenos Puertos, cerca de la ciudad de
Lasea.
9 Habíamos perdido un tiempo considerable; la navegación era
10 ya peligrosa, porque había pasado el ayuno de septiembre. Pablo
se lo avisó:
—Amigos, preveo que la travesía va a ser desastrosa, con gran
perjuicio no sólo para la carga y el barco, sino también para nues-
tras personas.
11 El capitán daba más crédito al piloto y al patrón del barco que
12 a los avisos de Pablo. Como además el puerto no era a propósito
para invernar, los más se pronunciaron por zarpar de allí, a ver si
podían alcanzar Fénix, puerto de Creta orientado al sudoeste y
noroeste, y pasar allí el invierno.

La tempestad

13 Al levantarse brisa del sur, se figuraron poder realizar su pro-
14 yecto; levaron anclas y fueron bordeando Creta. Pero de allí a
poco se desencadenó del lado de tierra el conocido huracán del
15 noroeste; como el barco, arrastrado por el viento, no podía hacerle
16 frente, nos dejamos llevar a la deriva. Al pasar al abrigo del islote
que llaman Cauda, a duras penas pudimos recobrar el control del
17 bote; lo izaron a bordo y reforzaron el casco de la nave ciñéndolo
con cables. Temiendo ir a dar contra los bajíos de la Sirte, soltaron
un flotador y siguieron a la deriva.
18 Al día siguiente, como el temporal seguía zarandeándonos con
19 violencia, aligeraron la carga. Al tercer día arrojaron al mar con
20 sus propias manos el aparejo del barco. Como por muchos días
no vimos ni el sol ni las estrellas y teníamos encima un temporal
tan violento, llegamos ya a perder toda esperanza de salvarnos.
21 Llevábamos mucho tiempo sin comer. Entonces Pablo se puso
de pie en medio y les dijo:
—Amigos, debíais haberme hecho caso y no zarpar de Creta;
22 os habríais ahorrado este desastre y estos perjuicios. De todos
modos, ahora os recomiendo que nos os desaniméis: pérdidas
23 personales no habrá, sólo se perderá el barco; porque esta noche
se me ha presentado un mensajero del Dios a quien pertenezco
24 y sirvo, y me ha dicho: «No temas, Pablo, tienes que comparecer
ante el emperador, y Dios te ha concedido la vida de todos tus
25 compañeros de navegación». Por eso, ánimo, amigos; yo me fío
de Dios y sé que sucederá exactamente como me lo han dicho;
26 tenemos que ir a dar en una isla.
27 A las catorce noches íbamos todavía sin rumbo fijo por el Adriá-
tico; hacia medianoche barruntaron los marineros que nos acer-
28 cábamos a tierra. Echaron la sonda y marcaba veinte brazas; poco
29 más adelante volvieron a echarla, y marcaba quince. Temiendo
ir a dar con una escollera, echaron cuatro anclas a popa, esperando
con ansia que se hiciera de día.
30 Como los marineros trataban de escapar del barco y empezaban
a arriar el bote al agua con pretexto de alejar las anclas desde
31 proa, dijo Pablo al capitán y a los soldados:
—Si ésos no se quedan en el barco, vosotros no podréis sal-
varos.
32 Los soldados, entonces, cortaron las amarras del bote y lo de-
33 jaron caer. Pablo les insistía a todos en que, mientras amanecía,
tomaran algo, diciéndoles:
—Con hoy lleváis catorce días en vilo y en ayunas y seguís sin
34 tomar nada. Insisto en que comáis, que os ayudará a salvaros, pues
ninguno perderéis ni un pelo.
35 Dicho esto, cogió un pan, dio gracias a Dios delante de todos,
36 lo partió y se puso a comer. Todos se animaron y comieron tam-
37 bién. Eramos en total doscientas setenta y seis personas a bordo.
38 Una vez satisfechos, aligeraron el barco, arrojando el trigo al mar.

El naufragio

39 Al hacerse de día, no reconocían la tierra, pero divisaron una
ensenada con su playa, y decidieron varar el barco allí como pu-
40 dieran. Soltaron las anclas de ambos lados dejándolas caer al mar,
aflojaron al mismo tiempo las correas de los timones, izaron la
vela de popa y a favor de la brisa se fueron acercando a la playa.
41 Pero toparon con un bajío y encallaron; la proa se hincó y quedó
inmóvil, mientras la popa se deshacía por la violencia de las olas.
42 Los soldados resolvieron matar a los presos para que ninguno
43 se escapase nadando; pero el capitán, decidido a salvar a Pablo,
les impidió ejecutarlo; a los que sabían nadar les mandó echarse
44 al agua los primeros y salir a tierra, a los demás les dijo que se
valiesen de tablas o de restos del barco. Así todos llegaron a tierra
sanos y salvos.

En Malta

28 Una vez a salvo averiguamos que la isla se llamaba Malta; los
2 indígenas nos trataron con una humanidad poco común; como
estaba lloviendo y hacía frío, encendieron una hoguera y nos invi-
taron a acercarnos.
3 Pablo recogió una brazada de ramas secas y la echó en la hogue-
ra, y una víbora, huyendo del fuego, se le enganchó en la mano.
4 Los indígenas, al ver el animal colgándole de la mano, comen-
taban:
—Seguro que este individuo es un asesino; se ha escapado del
mar, pero la justicia divina no le consiente vivir.
5 Pablo, por su parte, sacudió el animal en el fuego, y no sufrió
6 ningún daño. Los otros esperaban que de un momento a otro se
hincharía o caería muerto de repente; aguardaron un buen rato y,
viendo que no le pasaba nada anormal, cambiaron de parecer y
empezaron a decir que era un dios.
7 En los alrededores tenía una finca el principal de la isla, que
se llamaba Publio; nos recibió y nos hospedó tres días amable-
8 mente. Coincidió que el padre de Publio estaba en cama con fiebre
y disentería; Pablo entró a verlo y rezó, le aplicó las manos y lo
9 curó. Como consecuencia de esto, los demás enfermos de la isla
10 fueron acudiendo y Pablo los curaba. Nos colmaron de atenciones,
y al hacernos a la mar nos proveyeron de todo lo necesario.

De Malta a Roma

11 Al cabo de tres meses zarpamos en un barco que había inverna-
do en la isla. Era de Alejandría y llevaba por mascarón a Cástor
12 y Pólux. Tocamos en Siracusa y nos detuvimos tres días; desde
13 allí, costeando, arribamos a Regio. Al día siguiente se levantó
14 viento sur y llegamos a Pozuelos en dos días. Encontramos allí
hermanos, nos dejamos convencer a pasar una semana con ellos y
a continuación llegamos a Roma.
15 Los hermanos de Roma, que tenían noticia de nuestras peri-
pecias, salieron a recibirnos al Foro Apio y las Tres Tiendas. Al
verlos, Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimos.

16 Cuando entramos en Roma, le permitieron a Pablo tener su
propio domicilio con un soldado que lo vigilase.

En Roma

17 Tres días después invitó a los judíos principales a un encuentro;
cuando se reunieron les dijo:
—Yo, hermanos, sin haber hecho nada contra el pueblo ni las
tradiciones de nuestros padres, estoy preso desde que en Jerusalén
18 me entregaron a los romanos. Me interrogaron y querían ponerme
en libertad porque respecto a mí no existía ningún cargo que
19 mereciera la muerte; pero como los judíos se oponían, me vi obli-
gado a apelar al emperador, aunque sin intención alguna de acusar
20 a mi pueblo. Este es el motivo por el que os rogué poder veros y
hablar con vosotros, pues precisamente por la esperanza de Israel
llevo encima estas cadenas.
21 Ellos le contestaron:
—Nosotros no hemos recibido ninguna carta de Judea acerca
de ti, ni ha llegado ningún hermano con malos informes o hablan-
22 do mal de ti. Sin embargo, nos gustaría que nos expusieras tus
ideas, porque lo único que sabemos de esa secta es que en todas
partes encuentra oposición.
23 Fijaron un día y vinieron a verlo a su alojamiento bastantes
más. En su exposición les dio Pablo testimonio del reinado de
Dios y trataba de convencerlos de quién era Jesús alegando lo
mismo a Moisés que a los Profetas; así estuvieron desde la maña-
24 na hasta la tarde. Unos se dejaban convencer por lo que decía,
25 otros seguían escépticos. Se despedían ya sin estar de acuerdo en-
tre ellos, cuando Pablo añadió esto sólo:
—Con razón dijo el Espíritu Santo a vuestros padres por medio
del profeta Isaías:

26 *Ve a ese pueblo y dile:*
Por mucho que oigáis no entenderéis,
por mucho que miréis no veréis,
27 *porque está embotada la mente de este pueblo.*
Son duros de oído, han cerrado los ojos
para no ver con los ojos, ni oír con los oídos,
ni entender con la mente,
ni convertirse para que yo los cure
(Is 6,9-10).

28 Por tanto, sabed que la salvación de Dios se envía a los paga-
nos; ellos sí escucharán [a].
30 Vivió allí dos años enteros a su propia costa, recibiendo a todos
31 los que acudían, predicándoles el reinado de Dios y enseñando lo
que se refiere al Señor Jesús Mesías con toda libertad, sin estorbos.

a Algunos mss. añaden el v. 29: «Cuando él dijo esto, se marcharon los judíos discutiendo acaloradamente».

CARTAS

INTRODUCCION A SAN PABLO

Saulo o Saúl, conocido más tarde por Pablo, era natural de Tarso, ciudad de Cilicia en la costa sur de Asia Menor (Hch 22,3), y debió de nacer en los primeros años del siglo I, de familia hebrea (Flp 3,5), de la tribu de Benjamín (Rom 11,1). Como nacido en una ciudad libre, era ciudadano romano (Hch 22, 25-29; 16,37; 23,27).

Era fariseo (Hch 23,6; 26,5; Gál 1,13; Flp 3,6); en Jerusalén fue alumno de Gamaliel, rabino famoso (Hch 22,3; cf. 5,34), y hablaba arameo además de griego (Hch 21,37.40; 26,14). Dada la misión que el sumo sacerdote le confió contra los cristianos de Damasco (Hch 9,1-2; 22,5; 26,12), era, sin duda, hombre importante, con esperanzas de una brillante carrera.

Su encuentro en el camino de Damasco con el Señor resucitado cambió su vida; de perseguidor se convierte en apóstol, y su campo de misión serán los paganos (Gál 1,13-17; Hch 9,3-19; 22,6-16; 26,12-18).

Bautizado en Damasco (Hch 9,1), se marcha a Arabia, probablemente para su primera misión, y de allí vuelve a Damasco (Gál 1,17), donde pasa tres años (Gál 1,18; Hch 9,23) predicando en las sinagogas. Perseguido por los judíos, apoyados por el gobernador (2 Cor 11,32), huye a Jerusalén, donde visita a Pedro (Gál 1,18; Hch 9,26) hacia el año 40. Una conjura judía lo obliga a volver a Tarso (Hch 9,29-30; Gál 1,21; años 40-44). Bernabé va a buscarlo y se lo lleva a Antioquía, donde pasa un año (Hch 11,25-26).

Las misiones de Pablo se extienden entre los años 46 y 58. En la primera (46-49 d. C.; Hch 13,4-14,26), en compañía de Bernabé y, al principio, de Juan Marcos (Hch 13,13), recorre varias regiones de Asia Menor; ante la resistencia de los judíos, Pablo predica a los paganos (Hch 13,46-48).

El éxito de esta misión planteó a la Iglesia el problema de la obligatoriedad de la Ley de Moisés, que se discutió en la asamblea de Jerusalén, donde triunfó la posición de Pablo (Gál 2,6), sostenida también por Pedro (Hch 15,7-11).

En la segunda misión, Pablo se separa de Bernabé por causa de Juan Marcos y toma por compañero a Silas o Silvano (Hch 15,36-41). Después de visitar las comunidades fundadas en la primera misión, una visión lo invita a pasar a Europa (Hch 16,6-10) y funda en Filipos la primera comunidad europea. Va a Tesalónica, Berea y Atenas (Hch 17,10.15). Fracasado en su intento de acercarse a los intelectuales (Hch 17,22-32), baja a Corinto y, al año y medio, sale para Efeso y vuelve a Antioquía (Hch 18,2) a fines del año 52.

En la primavera del 54 empieza su tercera misión, cuyo centro de operaciones fue Efeso (Hch 18,23-21,17), donde permaneció dos años y medio (54-57) (Hch 18,19; 20,31). Desde allí escribe la carta a los Gálatas y probablemente la de los Filipenses. En la primavera del 57 recibe noticias de Corinto y empieza el conflicto con aquella iglesia, a la que dirige varias cartas y hace al menos un viaje. Tito consigue arreglar la situación y se encuentra con Pablo en Macedonia (2 Cor 2,12-13; 7,5-16). Llega a Corinto a fines del 57 y se detiene tres meses (Hch 20,2-3); escribe allí la Carta a los Romanos, donde expone su plan de visitar Roma y España (Rom 15,22-24).

Pablo había organizado una colecta en favor de los pobres de Jerusalén (Gál 2,10), a la que habían contribuido las iglesias del mundo pagano (Rom 15, 25-26; 1 Cor 16,1; 2 Cor 8-9), y vuelve a Jerusalén para entregar el donativo (Hch 21,15-16). Pero allí se arma un tumulto contra él en el templo y queda

detenido (Hch 21,27-33). Pasa dos años en la cárcel (58-60) (Hch 24,27). Al llegar el nuevo procurador, Festo, Pablo apela al tribunal del emperador (Hch 25, 11) y, después de una accidentada navegación y un naufragio en Malta, llega a Roma en la primavera del 61 (Hch 28,15), donde queda en arresto domiciliario (Hch 28,30-31). Su muerte tuvo lugar, según Eusebio, hacia el año 67, en la persecución de Nerón.

De las catorce cartas de Pablo, siete se consideran auténticas: Rom, 1 y 2 Cor, Gál, Flp, 1 Tes, Flm; la autenticidad de las otras se discute. En sus escritos aplica Pablo los principios evangélicos a situaciones particulares o explica puntos controvertidos. Gran importancia tiene la transposición del mensaje evangélico en nuevas categorías culturales, creando una teología de la fe.

CARTA A LOS ROMANOS

INTRODUCCION

Pablo escribe esta carta hacia el año 57, desde Corinto, como preparación a su proyectada visita a la capital del Imperio, camino de España (Rom 15,23-24. 28). Como no conocía a la comunidad romana, Pablo se ve obligado a presentarse a ella y exponerle algunos puntos de su doctrina que habían sido calumniados o mal utilizados por sus opositores.

La comunidad de Roma estaba compuesta por judíos y paganos convertidos (15,7-12), aunque la mayoría debía de ser de origen pagano (1,5-6.13; 4,3-5; 10,1; 11,23-28.30; 15,15-16), y existían tensiones en la comunidad con motivo de la observancia de la Ley judaica.

Tema central de la carta es la acción de Dios por medio de Jesucristo para salvar a la humanidad (11,32), destrozada por el pecado (1,18-3,20). La salvación tiene, por decirlo así, dos momentos: una rehabilitación o amnistía inicial, cuya única condición es la fe en Jesús el Mesías (1,16-17; 5,6-8.21-26), y que es la manifestación suprema del amor de Dios al hombre (1,16-17; 5,5-8; 8,31-39) y, en consecuencia, un cambio en lo íntimo del hombre, efectuado por el Espíritu de Dios, que acaba con el dominio del pecado y permite una vida nueva (8, 1-3.12-17).

Para describir esa realidad usa Pablo, por un lado, términos jurídicos: «rehabilitación», «amnistía», «indulto» (todos traducción del término griego *dikaiosyne)*, y por otro, términos inspirados en la relación Padre-hijo entre Dios y el hombre: «reconciliación», «filiación», «herencia» (5,10; 8,15-17). La salvación se realiza por una nueva solidaridad del hombre con el Mesías, Jesús, el nuevo Adán, principio de una humanidad nueva (5,12-21).

El estilo de la carta es muchas veces lapidario; utiliza el método de la diatriba, creando un interlocutor ficticio, un supuesto judeocristiano, que objeta o pide aclaraciones (2,1-2.17; 3,1.5.7.9.31; 4,1; 6,1.15; 7.7.12-13a; 9,19-20).

La doxología final de la carta (16,25-27) no parece paulina, y de hecho se encuentra en los mss. en diversos lugares.

1 Pablo, servidor del Mesías Jesús, apóstol por llamamiento di-
vino, escogido para anunciar la buena noticia de Dios.
2 Esta buena noticia, prometida ya por sus Profetas en las Escri-
3 turas santas, se refiere a su Hijo, que, por línea carnal, nació de
4 la estirpe de David y, por línea de Espíritu santificador, fue cons-
tituido Hijo de Dios en plena fuerza por su resurrección [a] de la
muerte: Jesús, Mesías, Señor nuestro.
5 A través de él hemos recibido el don de ser apóstol, para que
en todos los pueblos haya una respuesta de fe en honor de su
6 nombre. A ellos pertenecéis también vosotros, llamados por Je-
sús el Mesías.
7 A todos los predilectos de Dios que estáis en Roma, llamados
y consagrados [b], os deseo el favor y la paz de Dios nuestro Padre
y del Señor, Jesús Mesías.
8 Antes de nada doy gracias a mi Dios, por medio de Jesús el
Mesías, por todos vosotros, porque en el mundo entero se pondera
9 vuestra fe. Bien sabe Dios, a quien doy culto con toda mi alma [c]
proclamando la buena noticia de su Hijo, que no se me cae vuestro
10 nombre de la boca cada vez que rezo, y le pido a Dios que, si es
su voluntad, alguna vez por fin consiga ir a visitaros como sea.
11 Tengo muchas ganas de veros, para comunicaros algún don del
12 Espíritu que os afiance, es decir, para animarnos mutuamente con
la fe de unos y otros, la vuestra y la mía.
13 Por otra parte, quiero que sepáis, hermanos, que muchas veces
he tenido en proyecto haceros una visita, pero que hasta el pre-
sente siempre he encontrado obstáculos; esperaba recoger entre
14 vosotros algún fruto, como entre los demás pueblos. Estoy en
15 deuda con griegos y extranjeros, con instruidos e ignorantes; de
ahí mi afán por exponeros la buena noticia también a vosotros
los de Roma.
16 Porque yo no me acobardo de anunciar la buena noticia, fuerza
de Dios para salvar a todo el que cree, primero al judío, pero tam-
17 bién al griego, pues por su medio se está revelando la amnistía [d]
que Dios concede, única y exclusivamente por la fe, como dice
la Escritura: «*El que se rehabilita por la fe, vivirá*» [e].

a «por su resurrección» o «a partir de su resurrección».
b «santos» o «consagrados», que en el AT se decía de Israel como pueblo consagrado a Dios.
c «con toda mi alma», lit. «con mi espíritu», indicando la totalidad de la persona; cf. *Hombre* en el *Vocabulario bíblico-teológico,* que va al final del volumen.
d «amnistía», véase *Vocabulario bíblico-teológico.* «Unica y exclusivamente por la fe», lit. «de fe hasta fe», expresión inspirada en otra aramea con el significado de «empezando por [la fe] y acabando por [la fe]», cf. 2 Cor 2,16.
e Hab 2,4.

I

LA HUMANIDAD, SIN SALIDA

Condición de los paganos

18 Se está revelando además desde el cielo la reprobación de Dios
contra toda impiedad e injusticia humana, la de aquellos que re-
primen con injusticias la verdad.
19 Porque lo que puede conocerse de Dios lo tienen a la vista:
20 Dios mismo se lo ha puesto delante. Desde que el mundo es
mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divi-
nidad, resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras, de
21 modo que no tienen disculpa. Porque al descubrir a Dios, en vez
de tributarle la alabanza y las gracias que Dios se merecía, su
razonar se dedicó a vaciedades y su mente insensata se obnubiló.
22 Pretendiendo ser sabios, resultaron unos necios que cambiaron la
23 gloria de Dios inmortal por imágenes de hombres mortales, de
pájaros, cuadrúpedos y reptiles.
24 Por eso, abandonándolos a sus deseos, los entregó Dios a la
inmoralidad, con la que degradan ellos mismos sus propios cuerpos,
25 por haber sustituido ellos al Dios verdadero por uno falso, vene-
rando y dando culto a la criatura en vez de al Creador (¡Bendito
26 él por siempre! Amén). Por esa razón los entregó Dios a pasiones
degradantes: sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por
27 otras innaturales, y los hombres lo mismo: dejando las relaciones
naturales con la mujer, se consumieron de deseos unos por otros;
cometen infamias con otros hombres, recibiendo en su persona
el pago inevitable de su extravío.
28 Como además juzgaron inadmisible seguir reconociendo a Dios,
los entregó Dios a la inadmisible mentalidad de romper toda regla
29 de conducta, llenos como están de toda clase de injusticia, per-
versidad, codicia y maldad; plagados de envidias, homicidios, dis-
30 cordias, fraudes, depravación; son difamadores, calumniadores, hos-
tiles a Dios, insolentes, arrogantes, fanfarrones, con inventiva para
31 lo malo, rebeldes a sus padres, sin conciencia, sin palabra, sin en-
trañas, sin compasión.
32 Conocían bien el veredicto de Dios: que los que se portan así
son reos de muerte, y, sin embargo, no sólo hacen esas cosas, sino
además aplauden a los que las hacen.

El judío no es mejor

2 Por eso tú, amigo, el que seas, que te eriges en juez, no tienes
disculpa; al dar sentencia contra el otro te estás condenando a ti
mismo, porque tú, el juez, te portas igual.
2 —Pero ¡sabemos que Dios condena con razón a los que obran
de ese modo!
3 —Y tú, amigo, que juzgas a los que obran así mientras tú haces
lo mismo, ¿te figuras que tú sí vas a escaparte de la sentencia
4 de Dios? ¿O es que no das importancia a su inagotable benigni-
dad, a su tolerancia y a su paciencia, sin darte cuenta de que
la benignidad de Dios te está empujando a la enmienda?

5 Pues con la dureza de tu corazón impenitente te estás almace-
nando castigos para el día del castigo, cuando se revelará el justo
6-7 juicio de Dios, que pagará a cada uno según sus obras. A los
que perseveraron en hacer el bien, buscando gloria y honor que
8 no decaen, les dará vida eterna; a los que por egoísmo se rebelaron
contra la verdad y se afiliaron a la injustica, les dará un castigo
implacable.
9 Aflicción y angustia tocarán a todo el que comete el mal, en
10 primer lugar al judío, pero también al griego; gloria, honor y paz
a todo el que practica el bien, en primer lugar al judío, pero
11 también al griego. Porque Dios no tiene favoritismos: los que
12 pecaban sin estar bajo la Ley perecerán sin que intervenga la
13 Ley; los que pecaban bajo la Ley, por la Ley serán juzgados. Por-
que no basta escuchar la Ley para estar a bien con Dios, hay que
practicar la Ley para recibir su aprobación.
14 Me explico: cuando los paganos, que no tienen Ley, hacen
espontáneamente lo que ella manda, aunque la Ley les falte, son
15 ellos su propia Ley; y muestran que llevan escrito dentro el con-
tenido de la Ley cuando la conciencia aporta su testimonio y dia-
logan sus pensamientos condenando o aprobando.
16 Así será el día en que Dios juzgue lo escondido en el hombre;
y, según el evangelio que predico, lo hará por medio de Jesús el
Mesías.

Lo exterior no cuenta

17 Supongamos ahora que tú te llamas judío, que te respaldas en
18 la Ley, te glorías de Dios, conoces su voluntad y, adoctrinado por
19 la Ley, aciertas con lo mejor; con eso estás convencido de ser
guía de ciegos, luz de los que viven en tinieblas, educador de
20 ignorantes, maestro de simples, por tener el saber y la verdad plas-
mados en la Ley.
21 Bueno, y enseñando tú a otros, ¿no te enseñas nunca a ti mis-
22 mo? Predicando que no se robe, ¿robas tú? Diciendo que no se
cometa adulterio, ¿adulteras tú? Teniendo horror de los ídolos,
23 ¿te aprovechas de sus templos? Mientras te glorías de la Ley,
24 ¿afrentas a Dios violando la Ley? Claro, «*por vuestra culpa mal-
dicen los paganos el nombre de Dios*» [a], como dice la Escritura.
25 La circuncisión sirve ciertamente para algo si practicas la Ley,
26 pero si la violas, tu circuncisión es como si no existiera. Esto su-
puesto, si un pagano no circunciso cumple las exigencias de la Ley,
27 ¿no se le considerará circunciso aunque no lo esté? Físicamente
no estará circuncidado, pero si observa la Ley te juzgará a ti, que
28 con todo tu código escrito y tu circuncisión violas la Ley. Porque
ser judío no está en lo exterior, ni circuncisión es tampoco la
29 exterior en el cuerpo; no, judío se es por dentro, y circuncisión
es la interior, hecha por el Espíritu, no por fuerza de un código;
lo es el que está bien conceptuado, no por los hombres, sino por
Dios.

a Is 52,5; Ez 36,20.

Objeciones

3 —Entonces, ¿en qué es superior el judío?, ¿de qué sirve la
circuncisión?
2 —De mucho, bajo cualquier aspecto. Ante todo, porque a ellos
3 se les confiaron los oráculos de Dios. ¿Qué importa que algunos
hayan sido infieles? ¿Es que la infidelidad de éstos va a anular la
4 fidelidad de Dios? De ninguna manera; hay que dar por des-
contado que Dios es leal y que los hombres por su parte son todos
desleales, como dice la Escritura:

Tus argumentos mostrarán tu inocencia
y en el juicio saldrás vencedor
(Sal 50,6).

5 —Pero entonces, si nuestra iniquidad hace resaltar la rectitud
de Dios, ¿qué se deduce? ¿No es Dios inicuo al descargar la cóle-
ra? Hablo en términos humanos.
6 —¡De ninguna manera! En ese caso, ¿cómo podría Dios juzgar
al mundo?
7 —Pero si, por causa de mi deslealtad, la lealtad de Dios re-
dunda en gloria suya, ¿por qué encima se me condena a mí como
pecador?
8 —Y ¿por qué no decir ya «hagamos el mal para que resulte
el bien»? Esa calumnia nos levantan y algunos van diciendo que
eso enseñamos; razón hay para condenarlos.
9 —En resumidas cuentas, ¿llevamos alguna ventaja?
—Todo considerado, ninguna, porque acabamos de probar que
10 todos, judíos y paganos, están bajo el dominio del pecado; así lo
dice la Escritura:

Ninguno es inocente, ni uno solo,
11 *no hay ninguno sensato, nadie que busque a Dios.*
12 *Todos se extraviaron, igualmente obstinados,*
no hay uno que obre bien, ni uno solo.
13 *Su garganta es un sepulcro abierto,*
mientras halagan con la lengua
con veneno de víboras en sus labios.
14 *Su boca está llena de maldiciones y fraudes,*
15 *sus pies tienen prisa para derramar sangre;*
16 *destrozos y ruinas jalonan sus caminos,*
17 *no han descubierto el camino de la paz.*
18 *El respeto a Dios no existe para ellos*
(Sal 13,1-3; 5,10; 9,28; Is 59,7-8).

19 Como sabemos, siempre que la Ley habla se dirige a sus súbdi-
tos; con esto se les tapa la boca a todos y el mundo entero queda
20 convicto ante Dios. Porque «*nadie podrá justificarse ante él*»[a]
aduciendo que ha observado la Ley, pues la función de la ley es
dar conciencia del pecado.

a Sal 143,2.

II

REHABILITACION

21 Ahora, en cambio, independientemente de toda Ley, está pro-
clamada una amnistía que Dios concede, avalada por la Ley y los
22 Profetas, amnistía que Dios otorga por la fe en Jesús Mesías a
todos los que tienen esa fe. A todos sin distinción, porque todos
23-4 pecaron y están privados de la presencia[a] de Dios; pero graciosa-
mente van siendo rehabilitados por la generosidad de Dios, me-
diante el rescate presente en el Mesías Jesús: Dios nos lo ha puesto
25 delante como lugar donde, por medio de la fe, se expían los peca-
dos con su propia sangre.
Así demuestra Dios que no fue injusto si dejó impunes con su
26 tolerancia los pecados del pasado, con esa demostración de su rec-
titud en nuestros días: resulta así que él es justo y que rehabilita
al que alega la fe en Jesús.
27 Y ahora, ¿dónde queda el orgullo? Eliminado. ¿Por qué régi-
men?, ¿por el de las obras? No, al contrario, por el régimen de
28 la fe. Porque ésta es nuestra tesis: que el hombre se rehabilita por
la fe, independientemente de la observancia de la Ley.
29 ¿Acaso Dios lo es solamente de los judíos? ¿No lo es también
de los demás pueblos? Evidentemente que también de los demás
30 pueblos, dado que hay un solo Dios. Pues él rehabilitará a los
circuncisos en virtud de la fe y a los no circuncisos también por
la fe.
31 —Entonces, con la fe, ¿derogamos la Ley?
—Nada de eso; al revés, la Ley la convalidamos.

Testimonio de la Ley antigua: Abrahán

4 —¿Qué concluimos entonces del caso de Abrahán, progenitor
2 de nuestra raza? Porque, si Abrahán fue rehabilitado por sus obras,
tiene de qué estar orgulloso.
3 —Sí, pero con Dios no hubo tales; a ver, ¿qué dice la Escritura?
«*Abrahán se fio de Dios y eso le valió la rehabilitación*»[b].
4 Ahora bien, a uno que hace su trabajo, el salario no le vale como
5 gratificación, sino como algo debido; en cambio, a uno, que no lo
hace, pero se fía de aquel que rehabilita al culpable, esa fe le
vale la rehabilitación.
6 En esa línea llama también David dichoso al hombre a quien
Dios le hace valer la rehabilitación independientemente de las
obras:

7 *¡Dichosos los que están perdonados de sus culpas,*
a quienes han sepultado sus pecados!
8 *¡Dichoso el hombre a quien el Señor*
no le cuenta el pecado!
(Sal 31,1-2).

a «presencia», lit. «gloria» que indicaba el esplendor por el que Dios ma-
nifestaba su presencia y comunicaba con su pueblo.
b Gn 15,6.

9 Ahora bien: esta bienaventuranza ¿se refiere sólo al circunciso
o también al no circunciso? Hemos quedado en que *la fe de*
10 *Abrahán le valió la rehabilitación,* pero ¿cuándo le valió: antes
11 o después de circuncidarse? Antes, no después, y la circuncisión
se le dio como señal, como sello de la rehabilitación obtenida por
la fe antes de estar circuncidado; así es padre de todos los no
circuncisos que creen, valiéndoles también a ellos la rehabilitación,
12 y al mismo tiempo de todos los circuncisos que, además de estar
circuncidados, siguen las huellas de la fe que tuvo nuestro padre
Abrahán antes de circuncidarse.
13 Porque la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia, de
que su herencia sería el mundo, no suponía la observancia de la
14 Ley, sino la rehabilitación obtenida por la fe. Además, si el ser
herederos dependiera de observar la Ley, la fe quedaría sin con-
15 tenido y la promesa anulada, porque la Ley no trae más que re-
probación; en cambio, donde no hay Ley no hay violación po-
sible.
16 Esa es la razón de que la promesa dependa de la fe, para que,
siendo gratuita, esté segura para toda la descendencia; no sólo para
la descendencia que sigue la Ley, sino también para la que sigue
la fe de Abrahán. Que él es nuestro padre común, lo dice la Es-
17 critura: «*Te he destinado a ser padre de todos los pueblos*» [a].
Fue al encontrarse con el Dios que da vida a los muertos y
18 llama a la existencia lo que no existe cuando creyó Abrahán. Es-
perar cuando no había esperanza fue la fe que lo hizo *padre de*
todos los pueblos, conforme a lo que Dios le había dicho: «*Así*
19 *será tu descendencia*» [b]. Su fe no flaqueó al considerar su cuerpo
materialmente muerto (tenía casi cien años), ni el seno de Sara ya
20 sin vida; frente a la promesa de Dios, la incredulidad no lo hizo
vacilar; al contrario, su fe se reforzó, reconociendo [c] que Dios
21 decía verdad y convenciéndose plenamente de que tiene poder
22 para cumplir lo que promete. Precisamente por eso «*le valió la*
rehabilitación».
23 Pero ese «le valió» no se escribió sólo por él, sino también por
24 nosotros; nos valdrá a nosotros porque tenemos fe en el que resu-
25 citó de la muerte a Jesús Señor nuestro, entregado por nuestros
delitos y resucitado para nuestra rehabilitación.

III

SALVACION

5 Según lo dicho, rehabilitados ahora por la fe, estamos en paz
2 con Dios por obra de nuestro Señor Jesús Mesías, pues por él tu-
vimos entrada a esta situación de gracia en que nos encontramos
y estamos orgullosos con la esperanza de alcanzar el esplendor de
Dios.
3 Más aún: estamos orgullosos también de las dificultades, sa-
4 biendo que la dificultad produce entereza; la entereza, calidad;

a Gn 17,5. *b* Gn 15,5. *c* «reconociendo que Dios decía verdad», lit. «dando gloria a Dios», cf. Jn 9,24.

5 la calidad, esperanza; y esa esperanza no defrauda, porque el amor
que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu
Santo que nos ha dado.
6 Es que cuando aún nosotros estábamos sin fuerzas, entonces,
7 en su momento, Jesús el Mesías murió por los culpables. Cierto,
con dificultad se dejaría uno matar por una causa justa; con todo,
8 por una buena persona quizá afrontaría uno la muerte. Pero el
Mesías murió por nosotros cuando éramos aún pecadores: así de-
muestra Dios el amor que nos tiene.
9 Pues ahora que Dios nos ha rehabilitado por la sangre del Me-
10 sías, con mayor razón nos salvará por él del castigo; porque si,
cuando éramos enemigos, la muerte de su Hijo nos reconcilió con
11 Dios, mucho más, una vez reconciliados, nos salvará su vida. Más
aún, gracias a Jesús el Mesías, Señor nuestro, que nos ha obtenido
la reconciliación, estamos también orgullosos de Dios.

Nueva solidaridad con Cristo

12 En consecuencia, igual que por un hombre entró el pecado en
el mundo y por el pecado la muerte, y la muerte se propagó sin
más a todos los hombres, dado que todos pecaban...
13 Porque antes de la Ley había ya pecado en el mundo; y, aun-
14 que donde no hay Ley no se imputa el pecado, a pesar de eso la
muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso entre los que no
habían pecado cometiendo un delito como el de Adán.
15 Este era figura del que tenía que venir, pero no hay proporción
entre el delito y la gracia que se otorga; pues, si por el delito
de uno solo murió la multitud, mucho más la gracia otorgada por
Dios, el don de gracia que correspondía a un hombre solo, Jesús
el Mesías, sobró para la multitud.
16 Y tampoco hay proporción entre las consecuencias del pecado
de uno y el perdón que se otorga, pues el proceso, a partir de
un solo delito, acabó en sentencia condenatoria, mientras la gracia,
17 a partir de una multitud de delitos, acaba en amnistía. En otras
palabras: si por el delito de aquél solo la muerte inauguró su rei-
nado, por culpa de aquél solo, mucho más los que reciben esa
sobra de gracia y de perdón gratuito, viviendo reinarán por obra
de uno solo, Jesús Mesías.
18 En resumen: lo mismo que el delito de uno solo resultó en la
condena de todos los hombres, así el acto de fidelidad de uno solo
19 resultó en el indulto y la vida para todos los hombres; es decir,
como la desobediencia de aquel solo hombre constituyó pecadores
a la multitud, así también la obediencia de este solo constituirá
justos a la multitud.
20 Por lo que hace a la Ley, se metió por medio para que prolife-
rase el delito, pero donde proliferó el pecado sobreabundó la gra-
21 cia; así, mientras el pecado reinaba dando muerte, la gracia reina
concediendo un indulto que acaba en vida eterna, gracias a Jesús,
Mesías, Señor nuestro.

La nueva solidaridad excluye el pecado

6 —¿Qué sacamos de esto? ¡Persistamos en el pecado para que
cunda la gracia!
2 —¡De ningún modo! Nosotros que hemos muerto al pecado,
¿cómo vamos a vivir todavía sujetos a él?
3 ¿Habéis olvidado que a todos nosotros, al bautizarnos vincu-
lándonos al Mesías Jesús [a], nos bautizaron vinculándonos a su
4 muerte? Luego aquella inmersión que nos vinculaba a su muerte
nos sepultó con él, para que, así como Cristo fue resucitado de
la muerte por el poder del Padre, también nosotros empezáramos
5 una vida nueva. Además, si hemos quedado incorporados a él por
una muerte semejante a la suya, ciertamente también lo estaremos
por una resurrección semejante.
6 Tened esto presente: el hombre que éramos antes fue crucifi-
cado con él, para que se destruyese el individuo pecador [b] y así
7 no seamos más esclavos del pecado; porque cuando uno muere,
el pecado pierde todo derecho sobre él.
8 Ahora bien, por haber muerto con Cristo creemos que tam-
9 bién viviremos con él, y sabemos que Cristo resucitado de la
muerte no muere ya más, que la muerte no tiene dominio sobre
10 él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siem-
11 pre; en cambio, su vivir es un vivir para Dios. Pues lo mismo:
vosotros teneos por muertos al pecado y vivos para Dios, mediante
el Mesías Jesús.
12 Por consiguiente, no reine más el pecado en vuestro ser mortal,
13 obedeciendo vosotros a sus deseos, ni tengáis más vuestro cuerpo
a su disposición como instrumento para la injusticia; no, poneos
a disposición de Dios, como muertos que han vuelto a la vida,
y sea vuestro cuerpo instrumento para la honradez al servicio de
14 Dios. El pecado no tendrá dominio sobre vosotros, porque ya no
estáis en régimen de Ley, sino en régimen de gracia.
15 —Entonces, ¿qué? ¡A pecar, que no estamos en régimen de
Ley, sino en régimen de gracia!
16 —¡Ni mucho menos! Sabéis muy bien que estar a disposición
de alguien obedeciéndole como esclavos es ser de hecho esclavos
de ése a quien obedecéis: si es el pecado, para acabar en la muer-
te; si es la obediencia a Dios, para la vida honrada.
17 Pero, gracias a Dios, aunque erais esclavos del pecado, respon-
disteis de corazón a la doctrina básica que os transmitieron y,
18 emancipados del pecado, habéis entrado al servicio de la honradez
19 (hablo en términos humanos, por lo flojos que estáis). Me explico:
igual que antes cedisteis vuestro cuerpo como esclavo a la inmora-
lidad y al desorden, para el desorden total, cededlo ahora a la
honradez, para vuestra consagración.
20 Es un hecho que, cuando erais esclavos del pecado, la honradez
21 no os gobernaba. Y ¿qué salíais ganando entonces de aquello, que
22 ahora reconocéis funesto? Porque eso lleva a la muerte. Ahora,
en cambio, emancipados del pecado y entrados al servicio de Dios,

a «vinculándonos al Mesías Jesús», sentido de la preposición griega que no indica el líquido para la sumersión (cf. 1 Cor 10,2), sino la unidad de destino.
b «individuo pecador», cf. *Hombre* en el *Vocabulario bíblico-teológico.*

23 os vais ganando una consagración que lleva a vida eterna. Porque
el pecado paga con muerte, mientras Dios regala vida eterna por
medio del Mesías, Jesús Señor nuestro.

Caducidad de la Ley

7 ¿Acaso ignoráis, hermanos (y hablo a gente entendida en leyes),
2 que la Ley obliga al individuo sólo mientras vive? Así, una mujer
casada está legalmente vinculada al marido mientra él está vivo,
pero si el marido muere, queda exenta de las leyes del matrimo-
3 nio. Consecuencia: que si se va con otro mientras vive el marido,
se la declara adúltera; en cambio, muerto el marido, está exenta
de las leyes del matrimonio, y si se va con otro, no es adúltera.
4 Pues bueno, hermanos míos, en el cuerpo del Mesías os hicieron
morir a la Ley; así pudisteis ser de otro, del que resucitó de la
5 muerte, y empezar a ser fecundos para Dios. Cuando estabais su-
jetos a los bajos instintos, las pasiones pecaminosas que atiza la
6 Ley activaban en nuestro cuerpo una fecundidad de muerte; ahora,
en cambio, al morir a lo que nos tenía cogidos, quedamos exentos
de la Ley; así podemos servir en virtud de un espíritu nuevo, no
de un código anticuado.

La Ley, régimen de muerte

7 —Conclusión: que Ley es sinónimo de pecado.
—¡Ni mucho menos! Es verdad que si descubrí el pecado fue
sólo por la Ley. Yo realmente no sabía lo que era el deseo hasta
8 que la Ley no dijo: «*No desearás*» [a], y entonces el pecado, toman-
do pie del mandamiento, provocó en mí toda clase de deseos.
De hecho, en ausencia de Ley, el pecado está muerto, mientras
9 yo, antes, cuando no había Ley, estaba vivo. Pero al llegar el
10 mandamiento recobró vida el pecado y morí yo: me encontré con
que el mismo mandamiento destinado a dar vida daba muerte,
11 porque el pecado, tomando pie del mandamiento, me engañó y,
con el mandamiento, me mató.
12 —Así que la Ley es santa y el mandamiento santo, justo y
13 bueno. En todo caso, eso en sí bueno se convirtió en muerte
para mí.
—No, tampoco, sino que el pecado aparece como pecado por-
que utiliza eso en sí bueno para provocarme la muerte; de ese
modo, gracias al mandamiento, resalta hasta el extremo lo cri-
minal del pecado.
14 La Ley es espiritual, de acuerdo, pero yo soy un hombre de
15 carne y hueso, vendido como esclavo al pecado. Lo que realizo
no lo entiendo, pues lo que yo quiero, eso no lo ejecuto, y, en
16 cambio, lo que detesto, eso lo hago. Ahora, si lo que hago es
contra mi voluntad, estoy de acuerdo con la Ley en que ella es
17 excelente, pero entonces ya no soy yo el que realiza eso, es el
pecado que habita en mí.
18 Veo claro que en mí, es decir, en mis bajos instintos, no anida

a Ex 20,17.

nada bueno, porque el querer lo excelente lo tengo a mano, pero
19 el realizarlo no; no hago el bien que quiero; el mal que no quiero,
20 eso es lo que ejecuto. Ahora, si lo que yo hago es contra mi volun-
tad, ya no soy yo el que lo realiza, es el pecado que habita en mí.
21 Así, cuando quiero hacer lo bueno, me encuentro fatalmente
22 con lo malo en las manos. En lo íntimo, cierto, me gusta la Ley
23 de Dios, pero en mi cuerpo percibo unos criterios diferentes que
guerrean contra los criterios de mi razón y me hacen prisionero
25b de esa ley del pecado que está en mi cuerpo. En una palabra: yo
de por mí, por un lado, con mi razón, estoy sujeto a la Ley de
Dios; por otro, con mis bajos instintos, a la ley del pecado.
24 ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este ser mío, instru-
25a mento de muerte? Pero ¡cuántas gracias le doy a Dios por Jesús,
Mesías, Señor nuestro! [a].

Liberación. Vida por el Espíritu

8 En consecuencia, ahora no pesa condena alguna sobre los del
2 Mesías Jesús, pues, mediante el Mesías Jesús, el régimen del Es-
píritu de la vida te ha liberado del régimen del pecado y de la
muerte.
3 Es decir, lo que le resultaba imposible a la Ley, reducida a la
impotencia por los bajos instintos, lo ha hecho Dios: envió a su
propio Hijo en una condición como la nuestra pecadora, para el
asunto del pecado, y en su carne mortal sentenció contra el pe-
4 cado. Así, la exigencia contenida en la Ley puede realizarse en
nosotros, que ya no procedemos dirigidos por los bajos instintos,
sino por el Espíritu.
5 Porque los que se dejan dirigir por los bajos instintos tienden
a lo bajo, mientras los que se dejan dirigir por el Espíritu tienden
6 a lo propio del Espíritu; de hecho, los bajos instintos tienden a
7 la muerte; el Espíritu, en cambio, a la vida y a la paz. La razón
es que la tendencia a lo bajo significa rebeldía contra Dios, pues
no se somete a la Ley de Dios; en realidad, ni siquiera lo puede,
8 y los que viven sujetos a los bajos instintos son incapaces de agra-
dar a Dios.
9 Vosotros, en cambio, no estáis sujetos a los bajos instintos, sino
al Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros; y si
10 alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es cristiano. Pues
bien, si Cristo está en vosotros, aunque vuestro ser estuvo muerto
11 por el pecado, el Espíritu es vida por el indulto; y si el Espíritu
del que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, el mismo
que resucitó al Mesías dará vida también a vuestro ser mortal,
por medio de ese Espíritu suyo que habita en vosotros.
12 Resumiendo, hermanos, deudores lo somos, pero no de los bajos
13 instintos para tener que vivir a su manera. Si vivís de ese modo,
vais a la muerte, y, al contrario, si con el Espíritu dais muerte a
14 las bajas acciones, viviréis; porque hijos de Dios son todos y sólo
aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios.
15 Mirad, no recibisteis un espíritu que os haga esclavos y os vuel-

a Se invierte el orden de los vv. 24-25 para conservar la sucesión lógica.

va al temor; recibisteis un Espíritu que os hace hijos y que nos
16 permite gritar: ¡Abba! ¡Padre! Ese mismo Espíritu le asegura a
17 nuestro espíritu que somos hijos de Dios; ahora, si somos hijos,
somos también herederos: herederos de Dios, coherederos con el
Mesías; y el compartir sus sufrimientos es señal de que compar-
tiremos también su gloria.

La esperanza de la gloria

18 Sostengo además que los sufrimientos del tiempo presente son
cosa de nada comparados con la gloria que va a revelarse reflejada
en nosotros.
19 De hecho, la humanidad [a] otea impaciente aguardando a que se
20 revele lo que es ser hijos de Dios; porque, aun sometida al fra-
caso (no por su gusto, sino por aquél que la sometió), esta misma
21 humanidad abriga una esperanza: que se verá liberada de la escla-
vitud a la decadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los
hijos de Dios.
22 Sabemos bien que hasta el presente la humanidad entera sigue
23 lanzando un gemido universal con los dolores de su parto. Más
aún: incluso nosotros, que poseemos el Espíritu como primicia,
gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos,
24 del rescate de nuestro ser, pues con esta esperanza nos salvaron.
25 Ahora bien, esperanza de lo que se ve ya no es esperanza; ¿quién
espera lo que ya ve? En cambio, si esperamos algo que no vemos,
necesitamos constancia para aguardar.
26 Pero, además, precisamente el Espíritu acude en auxilio de
nuestra debilidad: nosotros no sabemos a ciencia cierta lo que
debemos pedir, pero el Espíritu en persona intercede por nosotros
27 con gemidos sin palabras; y aquel que escruta el corazón conoce la
intención del Espíritu, porque éste intercede por los consagrados
como Dios quiere.
28 Sabemos también que, con los que aman a Dios, con los que
él ha llamado siguiendo su propósito, él coopera en todo para su
29 bien. Porque Dios los eligió primero, destinándolos desde enton-
ces a que reprodujeran los rasgos de su Hijo, de modo que éste
30 fuera el mayor de una multitud de hermanos; y a esos que había
destinado, los llamó; a esos que llamó los rehabilitó, y a esos que
rehabilitó les comunicó su gloria.

Certeza de la salvación

31 ¿Cabe decir más? Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá
32 estar en contra? Aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino
que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo es posible que con él
33 no nos lo regale todo? ¿Quién será el fiscal de los elegidos de
34 Dios? Dios, el que perdona. Y ¿a quién tocará condenarlos? Al
Mesías Jesús, el que murió, o, mejor dicho, resucitó, el mismo que
está a la derecha de Dios, el mismo que intercede en favor nues-

a «la humanidad», mejor que la creación, según el contexto y el uso de Pablo (cf. 2 Cor 5,17; Gál 6,15).

35 tro. ¿Quién podrá privarnos de ese amor del Mesías? ¿Dificulta-
des, angustias, persecuciones, hambre, desnudez, peligros, espada?
36 Dice la Escritura:

Por ti estamos a la muerte todo el día,
nos tienen por ovejas de matanza
(Sal 43,23).

37 Pero todo eso lo superamos de sobra gracias al que nos amó.
38 Porque estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni
39 soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes, ni alturas, ni
abismos, ni ninguna otra criatura podrá privarnos de ese amor de
Dios, presente en el Mesías Jesús, Señor nuestro.

IV

LA TRAGEDIA DE ISRAEL. EL PLAN DE SALVACION EN LA HISTORIA

9 Como cristiano [a] que soy, digo la verdad, no miento; me lo
2 asegura mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo: siento una
3 gran pena y un dolor íntimo e incesante, pues, por el bien de mis
hermanos, los de mi raza y sangre, quisiera ser yo mismo un pros-
crito lejos del Mesías.
4 Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen
la presencia de Dios, la alianza, la Ley, el culto y las promesas;
5 suyos son los Patriarcas, y de ellos en lo humano nació el Mesías,
suyo es el Dios Soberano [b], bendito por siempre. Amén.

Dios elige a sus colaboradores

6 No es que Dios haya faltado a su palabra, es que no todos los
7 descendientes de Israel son pueblo de Israel, como tampoco todos
8 los descendientes de Abrahán son hijos de Abrahán; no, «*por
Isaac continuará tu apellido*» [c]. Es decir, que no es la generación
natural la que hace hijos de Dios, es lo engendrado en virtud de
9 la promesa lo que cuenta como descendencia, pues aquel dicho
contenía una promesa: «*Volveré por este tiempo y Sara tendrá
ya un hijo*» [d].
10 Pero hay más: Rebeca concibió dos gemelos de Isaac nuestro
11 antepasado. Pues bien, para continuar el propósito de Dios de
elegir no por las obras, sino porque él llama, antes de que nacieran
12 y pudieran hacer nada bueno ni malo, se dijo a Rebeca: «*El ma-
13 yor será siervo del menor*», conforme a la otra Escritura: «*Quise
a Jacob más* [e] *que a Esaú*» [f].

a «como cristiano», lit. «en Cristo», es decir, unido a Cristo; expresión anterior y equivalente al adjetivo «cristiano».
b «suyo el Dios Soberano, etc.», texto conjetural; el transmitido dice: «[el Mesías], el que está sobre todo. ¡Bendito sea Dios por siempre! Amén». Los autores difieren sobre la puntuación y traducción del texto.
c Gn 21,12. *d* Gn 18,10.
e «quise... más», lit. «quise... odié», cf. Mt 22,14.
f Gn 25,23; Mal 1,2-3.

14 —¿Qué se concluye? ¿Que Dios es injusto?
15 —¡De ninguna manera! De hecho, él le dijo a Moisés: «*Tendré
misericordia de quien yo quiera y compasión de quien yo quie-
16 ra*» [a]. En consecuencia, la cosa no está en que uno quiera o se
17 afane, sino en que Dios tenga misericordia, pues se dice al Faraón
en la Escritura: «*Con este solo fin te he suscitado, para mostrar en
18 ti mi fuerza y que se extienda mi fama por toda la tierra*» [b]. En
conclusión: Dios tiene misericordia de quien quiere y deja endu-
recerse a quien quiere.

Libertad y misericordia de Dios

19 Ahora me dirás tú: ¿Y por qué todavía se queja? ¿Quién pue-
de resistir a su voluntad?
20 ¡Vamos, hombre! ¿Quién eres tú para contestarle a Dios? *¿Va
a decirle la arcilla al que la modela* [c]*:* por qué me has hecho así?
21 ¿No tiene el alfarero derecho sobre la arcilla para hacer del mismo
barro un objeto de valor y uno ordinario?
22 ¿Y si Dios quisiera mostrar su reprobación y manifestar su po-
tencia soportando con mucha paciencia a los que eran objeto de
23 reprobación, ya prontos para destruirlos, y dar a conocer su in-
agotable esplendidez con los que eran objeto de misericordia, que
24 él había preparado para la gloria?... que somos nosotros, llamados
además por él no sólo de entre los judíos, sino también de entre
25 los paganos. Eso es lo que dice en el libro de Oseas:

Llamaré pueblo mío al que no es mi pueblo,
a la no amada la llamaré amada mía;
26 *y en el mismo sitio donde les dijeron*
«no sois mi pueblo»,
los llamarán «hijos de Dios»
(Os 1,10).

27 Isaías, por su parte, clama a propósito de Israel:

Aunque el número de los hijos de Israel
fuese como la arena del mar,
se salvará sólo el residuo;
28 *porque sin mengua y sin tardanza*
cumplirá el Señor su palabra
en la tierra
(Is 10,22-23).

29 Pero también predijo Isaías:

Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla,
seríamos como Sodoma, nos pareceríamos a Gomorra
(Is 1,9).

a Ex 33,19. *b* Ex 9,16. *c* Is 29,16.

Libertad humana: Israel y el evangelio

30 ¿Qué se concluye? Que los paganos, que no tenían por meta
una rehabilitación, consiguieron una rehabilitación, la rehabilita-
31 ción por la fe. Israel, en cambio, que tenía por meta una Ley re-
32 habilitadora, no llegó a la Ley. ¿Qué pasó? Que, al no apoyarse
en la fe, sino, como ellos sostienen, en las obras, tropezaron con
33 el obstáculo de esa piedra que menciona la Escritura:

Mirad, coloco en Sión una piedra de obstáculo,
una roca para caerse,
pero quien crea en ella no quedará defraudado
(Is 28,16).

10 Hermanos, mi anhelo más profundo y lo que pido a Dios por
2 ellos es que se salven. Que tienen fervor religioso lo declaro en su
3 honor, pero mal entendido; pues, olvidándose de la rehabilitación
que Dios da y porfiando por mantenerla a su modo, no se some-
4 tieron a la rehabilitación de Dios. Porque el fin de la Ley es el
Mesías, y con eso se rehabilita a todo el que cree.
5 La rehabilitación que viene por la Ley la define Moisés en estos
términos: «*El que cumple estos preceptos, por ellos saldrá con*
6 *vida*» [a]; en cambio, la rehabilitación que viene por la fe se expresa
así: «*No te preguntes: ¿quién subirá al cielo?* (es decir, con la
7 idea de hacer bajar al Mesías); ni tampoco: *¿quién bajará al*
abismo?» (es decir, con la idea de sacar al Mesías de la muerte).
8 ¿Qué dice entonces? Esto: «*A tu alcance está la palabra, en tus*
labios y en tu corazón» [b]; la palabra, es decir, la fe que proclama-
9 mos. Porque si tus labios profesan que Jesús es Señor y crees de
10 corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás. La fe in-
terior obtiene la rehabilitación, y la profesión pública obtiene
11 la salvación, pues dice la Escritura: «*Ninguno que crea en él que-*
12 *dará defraudado*» [c]. Y ya no hay distinción entre judío y griego,
porque uno mismo es el Señor de todos, generoso con todos los
13 que lo invocan; porque «*todo el que invoca el nombre del Señor*
se salvará» [d].
14 Pero ¿cómo van a invocarlo sin creer en él?, y ¿cómo van a
15 creer sin oír hablar de él?, y ¿cómo van a oír sin uno que lo anun-
cie?, y ¿cómo lo van a anunciar sin ser enviados? Según aquello
de la Escritura: «*Bienvenidos los que traen buenas noticias*» [e].

Resistencia de Israel

16 Sin embargo, no todos han respondido a la buena noticia. Mirad
lo que dice Isaías: «*Señor, ¿quién ha dado fe a nuestro mensa-*
17 *je?*» [f]. ¿Lo ves? La fe sigue al mensaje, y el mensaje es el anun-
18 cio del Mesías. Pero pregunto yo: ¿Será que no han oído hablar?
Todo lo contrario, «*a toda la tierra alcanzó su pregón y hasta los*
19 *límites del orbe su lenguaje*» [g]. Insisto: ¿será que Israel no ha
entendido? Para empezar, cito a Moisés:

a Lv 18,5. *b* Dt 9,4; 30,12-14.
c Is 28,16. *d* Jl 3,5. *e* Is 52,7. *f* Is 53,1. *g* Sal 18,4.

Yo os daré envidia con un pueblo ilusorio,
os irritaré con una nación fatua
(Dt 32,21).

20 E Isaías se atreve a más:

Me encontraron los que no me buscaban,
me revelé a los que no preguntaban por mí
(Is 65,1).

21 En cambio, de Israel dice:

Tenía mis manos extendidas todo el día
hacia un pueblo rebelde y provocador
(Is 65,2).

11 Entonces me pregunto: ¿habrá Dios desechado a su pueblo?
¡Ni pensarlo! También yo soy israelita, descendiente de Abrahán,
2 de la tribu de Benjamín. *Dios no ha desechado a su pueblo* [a], que
él se eligió.
Recordáis, sin duda, aquello que cuenta de Elías la Escritura,
3 cómo interpelaba a Dios en contra de Israel: «Señor, *han matado*
a tus profetas y derrocado tus altares; me he quedado yo solo y
4 *atentan contra mi vida*». Pero ¿qué le responde la voz de Dios?:
«Me *he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla*
ante Baal» [b].
5 Pues lo mismo ahora, en nuestros días, ha quedado un residuo,
6 escogido por puro favor. Y si es por puro favor, ya no se basa en
7 las obras, si no el favor dejaría de serlo. ¿Qué se sigue? Que
Israel no consiguió lo que buscaba; los escogidos lo consiguieron,
8 mientras los demás se han obcecado, como estaba escrito:

Dios les embotó el espíritu, les dio ojos para no ver
y orejas para no oír hasta el día de hoy
(Dt 19,3; 29,4; Is 29,10).

9 Y David dice:

Que su mesa les sirva de trampa y de lazo,
de tropiezo y de castigo;
10 *que sus ojos se nublen y no vean,*
haz que su espalda esté siempre encorvada
(Sal 68,23-24).

11 Pregunto ahora: ¿Han caído para no levantarse? Por supuesto
que no. Si por haber caído ellos la salvación ha pasado a los pa-
12 ganos, es para dar envidia a Israel. Por otra parte, si su caída ha
supuesto riqueza para el mundo, es decir, si su devaluación ha
supuesto riqueza para los paganos, ¿qué no será su afluencia en
masa?

a 1 Sm 12,27. *b* 1 Re 19,10.18.

Aviso a los de origen pagano

13 Ahora voy con vosotros, los de origen pagano. Yo soy apóstol
de los paganos y, como tal, procuro dar publicidad a mi trabajo,
14-5 a ver si les entra envidia a los de mi raza y salvo a algunos. Porque si descartarlos a ellos ha supuesto reconciliación para el mun-
16 do, ¿qué será el acogerlos sino un volver de muerte a vida? Además, si están consagradas las primicias, lo está también la masa,
y si está consagrada la raíz, también lo están las ramas.
17 Han desgajado algunas ramas y, entre las que quedaban, te han
injertado a ti, que eres de acebuche; así entraste a participar con
18 ellos de la raíz y savia del olivo. Pero no presumas con las ramas;
y si te da por presumir, recuerda que no sostienes tú a la raíz,
sino que la raíz te sostiene a ti.
19-0 Dirás tú: «Desgajaron ramas para injertarme a mí». Perfectamente: las desgajaron por su falta de fe y tú te mantienes por la
21 fe; conque no seas soberbio y ándate con ciudado, que si Dios no
tuvo miramientos con las ramas naturales, a lo mejor tampoco los
tiene contigo.
22 Fíjate en la bondad y en la severidad de Dios; para los que
cayeron, severidad; para ti, su bondad. Con tal que no te salgas
23 de su bondad, que, si no, también a ti pueden cortarte; mientras
a ellos, si no persisten en su falta de fe, los injertarán, que Dios
24 tiene poder para injertarlos de nuevo. Si a ti te cortaron de tu
acebuche nativo y, contra tu natural, te injertaron en el olivo,
cuánto más fácil será injertarlos a ellos, nacidos del olivo, en el
tronco en que nacieron.

Salvación universal

25 Y no quiero que ignoréis, hermanos, el designio que se esconde
en esto para que no os sintáis suficientes: la obcecación de una
parte de Israel durará hasta que entre el conjunto de los pueblos;
26 entonces todo Israel se salvará, como dice la Escritura:

Llegará de Sión el libertador,
para expulsar de Jacob los crímenes;
27 *así será la alianza que haré con ellos*
cuando perdone sus pecados
(Is 59,20; 27,9).

28 Por un lado, considerando el evangelio, son enemigos, para ventaja vuestra; pero por otro, considerando la elección, son predi-
29 lectos, por razón de los patriarcas, pues los dones y la llamada de
30 Dios son irrevocables. Vosotros, antes rebeldes a Dios, a través
31 de la rebeldía de ellos habéis obtenido misericordia; lo mismo
ellos: son ahora rebeldes para, a través de esa misericordia que
32 habéis obtenido vosotros, obtener a su vez misericordia. Porque
Dios encerró a todos en la rebeldía, para tener misericordia de
todos.
33 ¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de
Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus ca-
34 minos! Pues, «*¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién es su*

35 *consejero? ¿Quién le ha prestado para que él le devuelva?*» [a].
36 El es origen, camino y meta del universo: a él la gloria por los
siglos, amén.

V

ACTUALIZANDO LA SALVACION

Culto y moral cristianos

12 Por ese cariño de Dios os exhorto, hermanos, a que ofrezcáis
vuestra propia existencia [b] como sacrificio vivo, consagrado, agra-
2 dable a Dios, como vuestro culto auténtico; y no os amoldéis al
mundo éste, sino idos transformando con la nueva mentalidad,
para ser vosotros capaces de distinguir lo que es voluntad de Dios,
lo bueno, conveniente y acabado.
3 Además, en virtud del don que he recibido, aviso a cada uno
de vosotros, sea quien sea, que no se tenga en más de lo que hay
que tenerse, sino que se tenga en lo que debe tenerse, según el
cupo de fe que Dios haya repartido a cada uno.
4 Porque en el cuerpo, que es uno, tenemos muchos miembros,
5 pero no todos tienen la misma función; lo mismo nosotros, con
ser muchos, unidos a Cristo formamos un solo cuerpo y, respecto
6 de los demás, cada uno es miembro; pero con dotes diferentes, según el regalo que Dios nos haya hecho: si es el hablar
7 inspirado, ejérzase en proporción a la fe; si es el servicio, dedicándose a servir; si es el que enseña, a enseñar; si es el que ex-
8 horta, a exhortar. El que contribuye, hágalo con esplendidez; el
encargado, con empeño; el que reparte la asistencia, con simpatía.
9 El amor, sin ficciones: aborreced lo malo y apegaos a lo bueno.
10 Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, rivalizan-
11 do en la estima mutua. En la actividad no os echéis atrás; en el
12 espíritu manteneos fervientes, siempre al servicio del Señor. Que
la esperanza os tenga alegres, sed enteros en las dificultades y
13 asiduos a la oración; haceos solidarios de las necesidades de los
consagrados; esmeraos en la hospitalidad.
14 Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis.
15 Con los que están alegres, alegraos; con los que lloran, llorad.
16 Andad de acuerdo unos con otros; no penséis en grandezas, que
os tire lo humilde; no mostréis suficiencia.
17 No devolváis a nadie mal por mal. *Procurad la buena reputación*
18 *entre la gente* [c], en cuanto sea posible, y por lo que a vosotros
toca, estad en paz con todo el mundo.
19 Amigos, no os toméis la venganza, dejad lugar al castigo, porque dice el Señor en la Escritura: «*Mía es la venganza, yo daré lo*
20 *merecido*» [d]. En vez de eso, «*si tu enemigo tiene hambre, dale de*
comer; si tiene sed, dale de beber: así le sacarás los colores [e] *a*
21 *la cara*» [f]. No te dejes vencer por el mal, vence al mal a fuerza
de bien.

a Is 40,13; Job 41,11. *b* «existencia», cf. *Vocabulario bíblico-teológico.* *c* Prov 5,4 LXX. *d* Dt 32,35. *e* «le sacarás los colores», sentido de la expresión hebrea «amontonarás ascuas en su cabeza». *f* Prov 25,21-22.

Deberes con la autoridad y con el prójimo

13 Sométase todo individuo a las autoridades constituidas; no exis-
te autoridad sin que lo disponga Dios y, por tanto, las actuales
2 han sido establecidas por él. En consecuencia, el insumiso a la
autoridad se opone a la disposición de Dios y los que se le oponen
se ganarán su sentencia.
3 De hecho, los que mandan no son una amenaza para la buena
acción, sino para la mala. ¿Quieres no tener miedo a la autoridad?
4 Sé honesto y tendrás su aprobación, pues ella es agente de Dios
para ayudarte a lo bueno. En cambio, si no eres honesto, teme,
que por algo lleva la espada: es agente de Dios, ejecutor de su
reprobación contra el delincuente.
5 Por eso forzosamente hay que estar sometido no sólo por miedo
6 a esa reprobación, sino también por motivo de conciencia. Y por
la misma razón pagáis impuestos, porque son funcionarios de Dios
7 dedicados en concreto a esa misión. Pagad a cada uno lo que le
debáis: impuesto, contribución, respeto, honor, lo que le corres-
ponda.
8 A nadie le quedéis debiendo nada, fuera del amor mutuo, pues
9 el que ama al otro tiene cumplida la Ley. De hecho, el «*no comete-
rás adulterio, no matarás, no robarás, no envidiarás*» [a] y cualquier
10 otro mandamiento que haya se resumen en esta frase: «*Amarás
a tu prójimo como a ti mismo*» [b]. El amor no causa daño al pró-
jimo y, por tanto, el cumplimiento de la Ley es el amor.
11 Y más conociendo las circunstancias; ya es hora de despertaros
del sueño, porque ahora tenemos la salvación más cerca que cuan-
12 do empezamos a creer. La noche está avanzada, el día se echa
encima: dejemos las actividades propias de las tinieblas y pertre-
13 chémonos para actuar en la luz. Comportémonos como en pleno
día, con decoro: nada de comilonas ni borracheras, nada de orgías
14 ni desenfrenos, nada de riñas ni porfías. En vez de eso, revestíos
del Señor, Jesús Mesías, y no déis pábulo a los bajos deseos.

No exacerbar las diferencias

14 Al que tiene la fe débil, hacedle buena acogida sin discutir opi-
2 niones. Hay quien tiene fe para comer de todo; otro, en cambio,
3 que la tiene débil, come sólo verduras. El que come de todo, que
no desprecie al que se abstiene; el que se abstiene, que no juzgue
4 al que come, pues Dios lo ha acogido. ¿Quién eres tú para poner
falta al criado de otro? Que siga en pie o se caiga es asunto de
su señor; y en pie se mantendrá, que fuerzas tiene el Señor para
sostenerlo.
5 Este, además, da preferencia a un día sobre otro; en cambio,
para aquél cualquier día es bueno. Cada cual esté bien conven-
6 cido de lo que piensa. El que se preocupa de días determinados,
lo hace por el Señor; el que come de todo, lo hace por el Señor,
y la prueba es que da gracias a Dios; el que se abstiene, lo hace
7 por el Señor, y también da gracias a Dios. Porque ninguno de nos-
8 otros vive para sí ni ninguno muere para sí: si vivimos, vivimos

a Ex 20,13-17; Dt 5,17-21. *b* Lv 18,19.

para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor; o sea que, en
9 vida o en muerte, somos del Señor. Para eso murió el Mesías y
recobró la vida, para tener señorío sobre vivos y muertos.
10 Tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú, ¿por qué desprecias a
11 tu hermano? Todos compareceremos ante el tribunal de Dios, como
dice la Escritura:

Por mi vida, dice el Señor,
ante mí se doblará toda rodilla,
a mí me alabará toda lengua
(Is 45,23).

12 Total, que cada uno de nosotros tendrá que dar cuenta a Dios
de sí mismo.

Mirar por los débiles

13 Por tanto, basta ya de juzgarnos unos a otros; mejor será que
adoptéis por criterio no poner obstáculo ni escandalizar a ningún
14 hermano. Por Jesús el Señor sé y estoy convencido de que nada
es impuro de por sí; algo es impuro para el que lo tiene por
15 impuro y nada más. Ahora que si por comer de algo hieres a tu
hermano, ya no estás procediendo como pide el amor. Que por
comer tú no se pierda uno por quien el Mesías murió.
16 Conque ese bien que tenéis, que no puedan denigrarlo, porque
17 al fin y al cabo no reina Dios por lo que uno come o bebe, sino
18 por la honradez, la paz y la alegría que da el Espíritu Santo; y el
que sirve así al Mesías, agrada a Dios y lo aprueban los hombres.
19 En resumen: esmerémonos en lo que favorece la paz y constru-
20 ye la vida común. No destruyas la obra de Dios por una cuestión
de comida; todo es puro, pero está mal comer causando escándalo.
21 Mejor es abstenerse alguna vez de carne o vino o de lo que sea,
22 si eso es obstáculo para tu hermano; esa convicción [a] que tienes,
guárdatela para ti, que Dios la ve. Dichoso el que examina las
23 cosas y se forma un juicio; en cambio, el que come con dudas es
culpable, porque no procede por convicción, y todo lo que no
procede de convicción es pecado.

15 Nosotros los robustos debemos cargar con los achaques de los
2 endebles y no buscar lo que nos agrada. Procuremos cada uno dar
satisfacción al prójimo en lo bueno, mirando a lo constructivo.
3 Tampoco el Mesías buscó su propia satisfacción; al contrario, como
dice la Escritura: «*Las afrentas con que te afrentaban cayeron
4 sobre mí*» [b]. Es un hecho que todas las antiguas Escrituras se es-
cribieron para enseñanza nuestra, de modo que, entre nuestra
constancia y el consuelo que dan las Escrituras, mantengamos la
esperanza.
5 Que Dios, fuente de toda constancia y consuelo, os conceda
andar de acuerdo entre vosotros, como es propio de cristianos;
6 para que, unánimes, a una voz, alabéis a Dios, Padre de nuestro
Señor, Jesús Mesías.

a «convicción», lit. «fe», pero en este caso y en el v. siguiente no teológica, sino en la rectitud de una conducta. *b* Sal 69,10.

Aceptarse mutuamente

7 Por consiguiente, acogeos mutuamente como el Mesías os aco-
8 gió para honra de Dios. Quiero decir con esto que el Mesías se
hizo servidor de los judíos para demostrar la fidelidad de Dios,
9 ratificando las promesas hechas a los Patriarcas y haciendo que
los paganos alabasen a Dios por su misericordia. Así lo dice la
Escritura:

Por eso te alabaré en medio de las naciones
y cantaré a tu nombre
(Sal 17,50).

10 Y en otro lugar:

Alegraos, naciones, con su pueblo
(Dt 32,43 LXX).

11 Y de nuevo:

Alabad, naciones todas, al Señor;
ensalzadlo todos los pueblos
(Sal 116,1).

12 Y también Isaías dice:

Retoñará la raíz de Jesé,
el vástago reinará sobre las naciones;
las naciones esperarán en él
(Is 11,10).

13 Que el Dios de la esperanza colme vuestra fe de alegría y de
paz, para que con la fuerza del Espíritu Santo desbordéis de es-
peranza.

EPILOGO

14 Con todo, hermanos, en vuestro caso yo personalmente estoy
convencido de que rebosáis buena voluntad y de que os sobra
15 saber para aconsejaros unos a otros. A pesar de eso, os he escrito
para refrescaros la memoria, a veces con bastante atrevimiento.
16 Me da pie el don recibido de Dios, que me hace celebrante del
Mesías Jesús para con los paganos: mi función sacra consiste en
anunciar la buena noticia de Dios, para que la ofrenda de los
paganos, consagrada por el Espíritu Santo, le sea agradable.
17 Por eso, en lo que toca a Dios, pongo mi orgullo en el Mesías
18 Jesús, y así no se me ocurrirá hablar de nada que no sea lo que
el Mesías ha hecho por mi medio para que respondan los paga-
19 nos, valiéndose de palabras y acciones, de la fuerza de señales y
prodigios, de la fuerza del Espíritu; de ese modo, dando la vuelta
desde Jerusalén hasta la Iliria, he completado el anuncio de la
20 buena noticia del Mesías, poniendo así además todo mi ahínco

en anunciarla donde aún no se había pronunciado su nombre; no
21 quería construir sobre cimiento ajeno, sino atenerme a la Es-
critura:

Los que no tenían noticia lo verán,
los que nunca habían oído comprenderán
(Is 11,10).

22 Las más de las veces ha sido eso precisamente lo que me ha
23 impedido ir a visitaros; ahora, en cambio, no tengo ya campo de
acción en estas regiones, y como hace muchos años que siento
24 muchas ganas de haceros una visita, de paso para España..., por-
que espero veros al pasar y que vosotros me facilitéis el viaje;
aunque primero tengo que disfrutar un poco de vuestra compañía.
25 Por el momento me dirijo a Jerusalén, prestando un servicio a
26 los consagrados; porque Macedonia y Grecia[a] han decidido dar
una muestra de solidaridad a los pobres entre los consagrados de
27 Jerusalén. Lo han decidido, sí, y de hecho se lo deben, porque
si los demás pueblos han compartido sus bienes espirituales, les
deben a su vez una ayuda en lo material.
28 Concluido este asunto y entregado el producto de la colecta,
29 saldré para España pasando por vuestra ciudad, y sé que mi ida
ahí cuenta con la plena bendición de Cristo.
30 Por nuestro Señor, Jesús el Mesías, y por el amor que inspira el
Espíritu os pido ahora un favor, hermanos: luchad a mi lado pi-
31 diendo a Dios que escape de los incrédulos de Judea y que este
servicio mío a Jerusalén sea bien acogido allí por los consagrados.
32 De esa manera, si Dios quiere, podré ir a veros contento y descan-
saré un poco en compañía vuestra.
33 El Dios de la paz esté con todos vosotros, amén.

APENDICE

16 Os recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia
2 de Cencreas; recibidla como cristianos, como corresponde a gente
consagrada; poneos a su disposición en cualquier asunto que nece-
site de vosotros, pues lo que es ella se ha hecho abogada de mu-
chos, empezando por mí.
3 Recuerdos a Prisca y Aquila, colaboradores míos en la obra del
4 Mesías Jesús; por salvar mi vida se jugaron la cabeza, y no soy
yo sólo quien les está agradecido, lo mismo todas las iglesias del
5 mundo pagano. Saludad a la comunidad que se reúne en su casa.
Recuerdos a mi querido Epéneto, primer fruto de Asia para
6 Cristo. Recuerdos a María, que ha trabajado tanto por vosotros.
7 Recuerdos a Andrónico y Junías, paisanos míos y compañeros de
prisión, que son apóstoles insignes e incluso fueron cristianos
8-9 antes que yo. Recuerdos a Ampliato, mi amigo en el Señor. Re-
cuerdos a Urbano, colaborador mío en la obra de Cristo, y a mi

a «Grecia», lit. «Acaya».

10 querido Estaquis. Recuerdos a Apeles, que ha dado pruebas de
ser todo un cristiano.
11 Recuerdos a la familia de Aristóbulo. Recuerdos a Herodión mi
12 paisano. Recuerdos a los cristianos de la casa de Narciso. Recuerdos
a Trifena y Trifosa, que trabajan duro por el Señor. Recuerdos a
13 mi amiga Pérside, que ha trabajado tanto por el Señor. Recuer-
dos a Rufo, ese cristiano eminente, y a su madre, que también
lo es mía.
14 Recuerdos a Asíncrito, a Flegón, a Hermes, a Patrobas, a Her-
15 mas y a los hermanos que viven con ellos. Recuerdos a Filólogo
y a Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpio y a todos los con-
sagrados que están con ellos.
16 Saludaos unos a otros con el beso ritual [a]. Todas las comunida-
des cristianas os saludan.
17 Por favor, hermanos, estad en guardia contra esos que crean di-
sensiones y escándalos opuestos a la doctrina que habéis aprendi-
18 do; evitadlos, gente de ésa no está al servicio del Mesías nuestro
Señor, sino al de su propio estómago, y con zalamerías y halagos
19 engañan a los ingenuos. Sin duda, la respuesta de vuestra fe ha
llegado a oídos de todos, y esto me alegra de vosotros; pero ade-
más querría que fueseis listos para lo bueno y simples para lo
20 malo, que el Dios de la paz no tardará en aplastar a Satanás bajo
vuestros pies.
El favor de nuestro Señor Jesús os acompañe.
21 Saludos de mi colaborador Timoteo y de Lucio, Jasón y So-
22 sípatro. Yo, Tercio, el amanuense, os mando un saludo cristiano.
23 Saludos de Gayo, que me da hospitalidad a mí y a toda esta co-
24 munidad. Saludos de Erasto, tesorero de la ciudad, y de nuestro
hermano Cuarto.
25 A aquél que tiene poder para afianzaros en la buena noticia que
anuncio y la proclamación de Jesús Mesías, con la revelación de un
26 secreto callado por incontables siglos, pero manifestado ahora y,
por disposición de Dios eterno, comunicado con escritos proféticos
a todos los pueblos para que respondan con la fe, a Dios, el único
27 sabio, por medio de Jesús Mesías, sea la gloria por siempre, amén.

a «beso ritual», lit. «beso santo», expresión ritual del amor cristiano.

PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS

INTRODUCCION

En el siglo I era Corinto una gran metrópoli comercial, con dos puertos: Cencreas al este (Rom 16,1; Hch 18,18) y Lequeo al oeste. La mezcla de razas y religiones, el tráfico marítimo y la gran riqueza habían creado un ambiente de inmoralidad famoso en todo el Imperio. El pasaje de Rom 1,18-32, escrito desde Corinto, da una idea de la impresión que la ciudad causó a Pablo.

La comunidad cristiana de Corinto fue fundada por Pablo (3,6-10; 4,15; 2 Cor 10,14), que llegó allí desde Atenas (Hch 18,1) el año 49 o 50. Se detuvo en Corinto año y medio (Hch 18,11).

Cuando, después de un viaje a Jerusalén y Antioquía (Hch 18,18-22), volvió Pablo a Efeso (Hch 18,23; 19,1), donde permaneció dos años y medio (Hch 19, 19; 20,31), muchas cosas habían sucedido en Corinto: Apolo había predicado allí el evangelio con gran elocuencia (Hch 18,24-19,1); quizá Pedro mismo había pasado por la ciudad (9,4), pero, en todo caso, habían estado en Corinto ciertos predicadores judeo-cristianos que probablemente se escudaban detrás del nombre de Pedro y que eran muy propensos a lo judío. El resultado fue que la comunidad se dividió en bandos, convirtiendo a los predicadores en jefes de facción, contra la voluntad de Pablo y de Apolo, que había vuelto a reunirse con Pablo en Efeso (16,12).

Antes de 1 Cor había escrito Pablo otra carta (5,9), que no se conserva, aunque algunos creen reconocer un fragmento en 2 Cor 6,14-7,1; 1 Cor la escribe Pablo desde Efeso, en primavera (16,8), probablemente el año 56.

La comunidad de Corinto estaba formada en su mayor parte por gente de baja categoría social (1,26-28), la mayoría antiguos paganos (8,7; 12,1-2). Estimaban mucho el saber (1,17.20-25; 2,6; 3,18) y la elocuencia (2,4), y se sentían tentados por la inmoralidad ambiente (6,15; 7,2); imbuidos de filosofía griega, no todos creían en la resurrección (15,12).

Algunos negaban a Pablo su calidad de apóstol (9,1). Las divisiones llegaban a la discordia (1,11); los que creían ser más importantes e instruidos (4,7.18-20; 8,2) despreciaban a los de menos categoría (12,22-23), y en la misma celebración de la eucaristía se subrayaba la diferencia de clases, humillando a los más pobres (11,21-22).

La carta no contiene un tratado, sino una serie de advertencias y respuestas sobre diversos asuntos, teniendo por objetivo principal restablecer la unión en la comunidad. El estilo es vivo, pintoresco y claro.

1 Pablo, apóstol del Mesías Jesús por designio y llamamiento de
2 Dios, y Sóstenes, nuestro hermano, a la iglesia que está en Corinto,
a los que han sido consagrados [a] por el Mesías Jesús, llamados y
consagrados con todos los que en cualquier lugar invocan el nom-
3 bre de nuestro Señor Jesús Mesías, Señor de ellos y nuestro. Os
deseamos el favor y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesús
Mesías.
4 Continuamente doy gracias a mi Dios por vosotros, por el favor
5 que os ha concedido mediante el Mesías Jesús, pues por su medio
os ha hecho ricos de todo, de todos los dones de palabra y de

a «consagrados», cf. Rom 1,7.

6 conocimiento; así se vio confirmado entre vosotros el testimonio
7 que damos del Mesías, hasta el punto de que en ningún don os
quedáis cortos, mientras aguardáis la manifestación de nuestro
8 Señor, Jesús Mesías; él por su parte os mantendrá firmes hasta el
fin, para que el día de nuestro Señor Jesús nadie pueda acusaros.
9 Fiel es Dios, y él os llamó a ser solidarios de su Hijo, Jesús el
Mesías, Señor nuestro.

I

DIVISIONES EN CORINTO

10 Os ruego, sin embargo, hermanos, por el mismo Señor nuestro,
Jesús Mesías, que os pongáis de acuerdo y no haya bandos entre
vosotros, sino que forméis bloque con la misma mentalidad y el
mismo parecer.
11 Es que he recibido informes, hermanos míos, por la gente de
12 Cloe, de que hay discordias entre vosotros. Me refiero a eso que
cada uno por vuestro lado andáis diciendo: «Yo estoy con Pablo,
13 yo con Apolo, yo con Pedro, yo con Cristo». ¿Está el Mesías da-
do [a] en exclusiva?, ¿acaso crucificaron a Pablo por vosotros?, o ¿es
que os bautizaron para vincularos a Pablo?
14 Gracias a Dios no os bauticé a ninguno más que a Crispo y a
15 Gayo, así nadie podrá decir que lo bautizaron para vincularlo a
16 mi persona. Sí, también bauticé a la familia de Esteban; fuera
17 de ésos, no bauticé a ningún otro, que yo sepa. Porque Cristo no
me mandó a bautizar, sino a dar la buena noticia; y eso sin elo-
cuencia, para que no pierda su eficacia la cruz del Mesías.

La Cruz, subversión de los valores

18 De hecho, el mensaje de la Cruz para los que se pierden resulta
una locura; en cambio, para los que se salvan, para nosotros, es
19 un portento de Dios, pues dice la Escritura:

Anularé el saber de los sabios,
descartaré la cordura de los cuerdos
(Is 29,14).

20 ¡A ver un sabio, a ver un letrado, a ver un estudioso del mundo
éste! ¿No ha demostrado Dios que el saber de este mundo es lo-
21 cura? Mirad, cuando Dios mostró su saber, el mundo no reco-
noció a Dios a través del saber; por eso Dios tuvo a bien salvar
22 a los que creen con esa locura que predicamos. Pues mientras los
23 judíos piden señales y los griegos buscan saber, nosotros predica-
mos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los
24 paganos una locura; en cambio, para los llamados, lo mismo judíos
que griegos, un Mesías que es portento de Dios y saber de Dios:
25 porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debi-
lidad de Dios más potente que los hombres.

a «dado en exclusiva», «asignado», o bien «dividido», según los dos significados del verbo griego.

26 Y si no, hermanos, fijaos a quiénes os llamó Dios: no a muchos
intelectuales, ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena fa-
27 milia; todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios
para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios
28 para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado,
se lo escogió Dios: lo que no existe, para anular a lo que existe,
29 de modo que ningún mortal pueda engallarse ante Dios.
30 Pero de él viene que vosotros, mediante el Mesías Jesús, tengáis
existencia, pues él se hizo para nosotros saber que viene de Dios:
honradez y, además, consagración y liberación, para que, como dice
31 la Escritura: «*El que está orgulloso, que esté orgulloso del Se-
ñor*» [a].

Predicación de Pablo

2 Por eso yo, hermanos, cuando llegué a vuestra ciudad, no llegué
anunciándoos el secreto de Dios con ostentación de elocuencia o
2 saber; con vosotros decidí ignorarlo todo excepto a Jesús el Mesías,
y a éste, crucificado.
3 Por eso yo me presenté ante vosotros con una sensación de im-
4 potencia y temblando de miedo; mis discursos y mi mensaje no
usaban argumentos hábiles y persuasivos, la demostración consistía
5 en la fuerza del Espíritu, para que vuestra fe no se basara en
saber humano, sino en la fuerza de Dios.

El verdadero saber

6 Con los hombres hechos, sin embargo, exponemos un saber, pero
no un saber del mundo éste ni de los jefes pasajeros de la historia
7 presente; no, exponemos un saber divino y secreto, el saber es-
condido; ése que, conforme al decreto de Dios antes de los siglos,
8 había de ser nuestra gloria; ése que ninguno de los jefes de la
historia presente ha llegado a conocer, pues si lo hubieran descu-
bierto no habrían crucificado al glorioso Señor.
9 Pero, en cambio, aquello que dice la Escritura: «*Lo que ojo
nunca vio* [b], ni oreja oyó, ni hombre alguno ha imaginado, lo que
Dios ha preparado para los que lo aman», nos lo ha revelado
Dios a nosotros por medio del Espíritu.
10 Porque el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios.
11 A ver, ¿quién conoce a fondo la manera de ser del hombre si no
es el espíritu del hombre que está dentro de él? Pues lo mismo:
la manera de ser de Dios nadie la conoce si no es el Espíritu de
12 Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino
el Espíritu que viene de Dios: así conocemos a fondo los dones
que Dios nos ha hecho.
13 Eso precisamente exponemos, no con el lenguaje que enseña el
saber humano, sino con el que enseña el Espíritu, explicando te-
mas espirituales a hombres de espíritu.
14 El hombre de tejas abajo no acepta la manera de ser del Espíritu
de Dios, le parece una locura; y no puede captarla porque hay

a Jr 9,22. *b* Is 64,4.

15 que enjuiciarla con el criterio del Espíritu. En cambio, el hombre
de espíritu puede enjuiciarlo todo, mientras a él nadie puede en-
16 juiciarlo; pues, *¿quién conoce el modo de pensar del Señor para
poder darle lecciones?* [a]. Y nuestro modo de pensar es el de Cristo.

Inmadurez de los corintios: culto de la personalidad

3 Por mi parte, hermanos, no pude hablaros como a hombres de
espíritu, sino como a gente débil, como a cristianos en la infancia.
2 Os alimenté con leche, no con comida, porque no estabais para
3 más. Por supuesto, ni siquiera ahora lo estáis, pues aún seguís
los bajos instintos. Mientras haya entre vosotros rivalidad y dis-
cordia, ¿no es que os guían los bajos instintos y que procedéis
como gente cualquiera?
4 A ver, cuando uno dice «yo estoy con Pablo» y otro «yo, con
5 Apolo», ¿no sois como gente cualquiera? En fin de cuentas, ¿qué
es Apolo y qué es Pablo? Auxiliares que os llevaron a la fe, cada
6 uno con lo que le dio el Señor. Yo planté, Apolo regó, pero era
7 Dios quien hacía crecer; por tanto, ni el que planta significa nada,
ni el que riega tampoco; cuenta el que hace crecer, o sea, Dios.
8 El que planta y el que riega hacen uno, aunque el salario que
9 cobre cada cual dependerá de lo que haya trabajado. Es decir, nos-
otros trabajamos juntos para Dios; labranza de Dios, edificio de
Dios sois vosotros.
10 Conforme al don que Dios me ha dado, yo, como hábil arqui-
11 tecto, coloqué el cimiento, pero otro levanta el edificio. Ahora
que atención cada cual a cómo construye; porque un cimiento
diferente del ya puesto, que es Jesús el Mesías, nadie puede po-
12 nerlo, pero encima de ese cimiento puede uno edificar con oro,
13 plata, piedras preciosas, madera, heno o paja. Y la obra de cada
uno se verá por lo que es, pues el día aquel la pondrá de mani-
fiesto; porque ese día amanecerá con fuego y el fuego pondrá a
14 prueba la calidad de cada obra: si la obra de uno resiste, recibirá
15 su paga; si se quema, la perderá; él sí saldrá con vida, pero como
quien escapa de un incendio.
16 ¿Habéis olvidado que sois templo de Dios y que el Espíritu de
17 Dios habita en vosotros? Si uno destruye el templo de Dios, Dios
lo destruirá a él, porque el templo de Dios es santo y ese templo
sois vosotros.
18 Nadie se engañe: el que se las da de listo entre vosotros al modo
19 de este mundo, vuélvase necio para ser listo de veras. Porque el
saber del mundo es necedad a los ojos de Dios, como dice la
Escritura:

El coge a los listos en su propia astucia
(Job 5,13);

20 y en otro sitio:

El Señor conoce lo fútiles que son
las argucias de los listos
(Sal 93,11).

a Is 40,13.

21 Total, que nadie ponga su orgullo en hombres, porque todo es
22 vuestro: Pablo, Apolo, Pedro [a], el mundo, la vida, la muerte, lo
23 presente y lo por venir, todo es vuestro; pero vosotros sois de
Cristo, y Cristo de Dios.

La conciencia del Apóstol

4 Según esto, que se nos considere a nosotros servidores de Cristo
2 y encargados de anunciar los secretos de Dios; y en tal supuesto,
lo que al fin y al cabo se pide a los encargados es que sean de
fiar.
3 Sino que a mí me importa muy poco que me exijáis cuentas
vosotros o un tribunal humano; más aún, ni siquiera yo me las
4 pido; pues aunque la conciencia no me remordiese, eso no signi-
ficaría que estoy absuelto; quien me pide cuentas es el Señor.
5 Por consiguiente, no juzguéis nada antes de tiempo, esperad a
que llegue el Señor: él sacará a la luz lo que esconden las tinieblas
y pondrá al descubierto los motivos del corazón. Entonces cada
uno recibirá su calificación de Dios.

Sarcasmo y aviso a los engreídos

6 Hermanos, he aplicado lo anterior a Apolo y a mí por causa
vuestra, para que con nuestro caso aprendáis aquello de «No sal-
tarse el reglamento» y no seáis hinchas de uno a costa del otro.
7 Vamos a ver, ¿quién te hace a ti superior?, y, en todo caso,
¿qué tienes que no hayas recibido? Y si de hecho lo has recibido,
¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado?
8 Ya estáis satisfechos, ya os habéis hecho ricos, sin nosotros ha-
béis llegado a reinar. ¡Ojalá fuera verdad! Así podríamos asociar-
9 nos a vosotros, pues, por lo que veo, a nosotros los apóstoles nos
asigna Dios el último puesto, como a condenados a muerte, dán-
donos en espectáculo al mundo entero, lo mismo a ángeles que a
hombres.
10 Nosotros, unos locos por Cristo; vosotros, ¡qué cristianos tan
sensatos!; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros célebres,
11 nosotros despreciados; hasta el momento presente no hemos para-
do de pasar hambre, sed, frío y malos tratos; no tenemos domicilio
12 fijo, nos agotamos trabajando con nuestras propias manos; nos
13 insultan y les deseamos el bien; nos persiguen y aguantamos; nos
difaman y respondemos con buenos modos; se diría que somos
basura del mundo, desecho de la humanidad, y eso hasta el día
de hoy.
14 No os escribo esto para avergonzaros, sino para llamaros la aten-
15 ción como a hijos míos queridos, porque como cristianos tendréis
mil tutores, pero padres no tenéis muchos; como cristianos fui
16 yo quien os engendré a vosotros con el evangelio. Por eso os
17 exhorto a que sigáis mi ejemplo y para eso os mando a Timoteo,
hijo mío querido y cristiano fiel; él os recordará mis principios

a «Pedro»; en el texto, la forma aramea «Cefas».

cristianos, los mismos que enseño en todas partes, a cada comunidad.
18 Algunos, por otra parte, han empezado a engreírse pensando
19 que no iré por ahí; pues voy a llegar muy pronto, si el Señor
quiere, y entonces veré no lo que dicen esos engreídos, sino lo
20 que hacen; porque Dios no reina cuando se habla, sino cuando se
21 actúa. ¿Qué queréis?, ¿voy con la vara o con cariño y suavidad?

II

TRES ESCANDALOS CONTRA EL TESTIMONIO

El caso del incestuoso

5 Se oye hablar entre nosotros, como si nada, de un caso de inmoralidad, y una inmoralidad de tal calibre que no se da ni entre
los paganos: uno que vive con su madrastra.
2 ¡Y vosotros seguís engreídos en lugar de poneros de luto y
echar de vuestro grupo al que ha cometido eso!
3 Por lo que a mí toca, ausente con el cuerpo, pero presente en
espíritu, ya he tomado una decisión, como si estuviera presente,
4 respecto al que ha hecho eso; reunidos vosotros —y yo en espíritu— en nombre de nuestro Señor Jesús, con el poder de nuestro
5 Señor Jesús entregad a ese individuo a Satanás; humanamente quedará destrozado, pero la persona se salvará el día del Señor.
6 Esa jactancia vuestra no viene a cuento; ¿no sabéis que una
7 pizca de levadura fermenta toda la masa? Haced buena limpieza
de la levadura del pasado para ser una masa nueva, conforme a
lo que sois, panes sin levadura. Porque Cristo, nuestro cordero
8 pascual, ya fue inmolado; ahora a celebrar la fiesta, pero no con
levadura del pasado, no con levadura que es maldad y perversidad,
sino con panes sin levadura, que son candor y autenticidad.
9 Os decía en la otra carta que no os juntarais con libertinos.
10 No me refería así en general a los libertinos de este mundo, ni
tampoco a los codiciosos y estafadores, ni a los idólatras; para
11 eso tendríais que marcharos del mundo. Lo que de hecho os dije
fue que no os juntarais con uno que se llama cristiano y es libertino, codicioso, idólatra, difamador, borracho o estafador: con uno
12 así ni sentarse a la misma mesa. ¿Es asunto mío juzgar a los de
13 fuera?, ¿no es a los de dentro a quienes juzgáis vosotros? A los
de fuera los juzga Dios. *Echad de vuestro grupo al malvado* [a].

Los procesos en tribunales paganos

6 Cuando uno de vosotros está en litigio con un compañero, ¿cómo
tiene el valor de hacer que lo juzguen paganos y no gente con-
2 sagrada?, o ¿es que no sabéis que los consagrados juzgarán el
universo? Y si vosotros vais a juzgar al mundo, ¿no seréis compe-
3 tentes para pleitos de nada? No olvidéis que juzgaremos a ángeles;
cuánto más asuntos de la vida ordinaria.

a Dt 17,7.

4 De manera que en los pleitos ordinarios tomáis por jueces a
5 esa gente que en la comunidad no pinta nada. ¿No os da vergüenza? ¿Así que no hay entre vosotros ningún entendido que
6 pueda arbitrar entre dos hermanos? No, señor; hermano con her-
7 mano se meten en un proceso, y además ante no creyentes. De
cualquier manera, ya es ciertamente un fallo que haya procesos
entre vosotros. ¿Por qué no mejor sufrir la injusticia?, ¿por qué
8 no mejor dejarse robar? En cambio, sois vosotros los injustos y
los ladrones, y eso con hermanos vuestros.
9 ¿Habéis olvidado que la gente injusta no heredará el Reino de
Dios? No os llaméis a engaño: los inmorales, idólatras, adúlteros,
10 invertidos, sodomitas, ladrones, codiciosos, borrachos, difamadores
11 o estafadores no heredarán el Reino de Dios. Eso erais algunos
antes, pero os lo lavasteis, pero os consagraron, pero os rehabilitaron por la acción del Señor, Jesús Mesías, y mediante el Espíritu
de nuestro Dios.

La inmoralidad

12 —«Todo me está permitido».
—Sí, pero no todo aprovecha. Todo me está permitido, pero
yo no me dejaré dominar por nada.
13 —La comida es para el estómago y el estómago para la comida
y, además, Dios acabará con lo uno y con lo otro.
—Pero el cuerpo no es para la lujuria, sino para el Señor, y el
14 Señor para el cuerpo, pues Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros con su poder.
15 ¿Se os ha olvidado que sois miembros de Cristo?, y ¿voy a
quitarle un miembro al Mesías para hacerlo miembro de una pros-
16 tituta? ¡Ni pensarlo! ¿No sabéis que unirse a una prostituta es
hacerse un cuerpo con ella? Lo dice la Escritura: «*Serán los dos*
17 *un solo ser*» [a]. En cambio, estar unido al Señor es ser un Espíritu
18 con él. Huid de la lujuria; cualquier perjuicio que uno cause queda
fuera de uno mismo; en cambio, el lujurioso perjudica a su propio
cuerpo.
19 Sabéis muy bien que vuestro cuerpo es templo del Espíritu
Santo, que está en vosotros porque Dios os lo ha dado. No os per-
20 tenecéis, os han comprado pagando; pues glorificad a Dios con
vuestro cuerpo.

III

RESPUESTA A UNA CONSULTA SOBRE EL ESTADO DE VIDA

Matrimonio

7 Ahora, acerca de aquello que escribisteis: está bien que uno
2 no se case. Sin embargo, por tanta inmoralidad como hay, tenga
3 cada uno su propia mujer y cada mujer su propio marido. El marido dé a su mujer lo que le debe y lo mismo la mujer al marido;

a Gn 2,24.

4 la mujer ya no es dueña de su cuerpo, lo es el hombre, y tampoco
el hombre es dueño de su cuerpo, lo es la mujer.
5 No os privéis el uno del otro; si acaso, de común acuerdo y
por cierto tiempo, para dedicaros a la oración, y luego os juntáis
otra vez, no sea que el diablo os tiente si no podéis conteneros.
6-7 Y esto lo digo a modo de concesión, no como una orden. A to-
dos les desearía que vivieran como yo, pero cada uno tiene el don
particular que Dios le ha dado; unos uno y otros otro.
8 A los solteros y a las viudas les digo que estaría bien que se
9 quedaran como están, como hago yo. Sin embargo, si no pueden
contenerse, que se casen; más vale casarse que quemarse.
10 A los ya casados les mando —bueno, no yo, el Señor— que la
11 mujer no se separe del marido. Y si llegara a separarse, que no
vuelva a casarse o que haga las paces con su marido, y el marido
que no se divorcie de su mujer.
12 A los demás les hablo yo, no el Señor: si un cristiano está ca-
sado con una no cristiana y ella está de acuerdo en vivir con él,
13 que no se divorcie. Y si una mujer está casada con un no cristiano
y él está de acuerdo en vivir con ella, que no se divorcie del ma-
14 rido. Porque el marido no cristiano queda consagrado a Dios por
su mujer, y la mujer no cristiana queda consagrada por el marido
cristiano. Si no fuera así, vuestros hijos estarían contaminados,
15 mientras de hecho están consagrados. Ahora que si el no cristiano
quiere separarse, que se separe; en semejantes casos el cristiano
o la cristiana no están vinculados; Dios nos ha llamado a una vida
16 de paz. ¿Quién te dice a ti, mujer, que vas a salvar a tu marido?
o ¿quién te dice a ti, marido, que vas a salvar a tu mujer?

No cambiar de estado de vida

17 Fuera de este caso, viva cada uno en la condición que el Señor
le asignó, en el estado en que Dios lo llamó.
18 Esta norma doy en todas las comunidades. ¿Te llamó Dios estan-
19 do circuncidado? No lo disimules. ¿Te ha llamado sin estarlo? No
te circuncides. Estar circuncidado o no estarlo no significa nada, lo
que importa es cumplir lo que Dios manda.
20-1 Siga cada uno en el estado en que Dios lo llamó. ¿Te llamó
Dios de esclavo? No te importe (aunque si de hecho puedes ob-
22 tener la libertad, mejor aprovéchate), porque si el Señor llama a
un esclavo, el Señor le da la libertad, y lo mismo, si llama a uno
23 libre, es esclavo de Cristo. Pagaron para compraros, no seáis es-
24 clavos de hombres. Hermanos: cada uno siga ante Dios en la con-
dición en que lo llamaron.

Aplicación a solteros y viudas

25 Respecto a los solteros no ha dispuesto el Señor nada que yo
sepa; os doy mi parecer como creyente que soy por la misericordia
26 del Señor. Estimo que lo que dije está bien por motivo de la ca-
lamidad que se viene encima, es decir, que está bien quedarse
27 como uno está. ¿Estás unido a una mujer? No trates de separarte.
28 ¿Estás soltero? No busques mujer, aunque si te casas no haces

nada malo, y si una soltera se casa, tampoco. Es verdad que en
lo humano pasarán ésos sus apuros, pero yo os respeto.
29 Lo que afirmo es que el plazo se ha acortado; en adelante, los
30 que tienen mujer pórtense como si no la tuvieran; los que sufren,
como si no sufrieran; los que gozan, como si no gozaran; los que
31 adquieren, como si no poseyeran; los que sacan partido de este
mundo, como si no disfrutaran, porque el papel de este mundo
está para terminar.
32 Querría además que os ahorraseis preocupaciones. El soltero se
preocupa de los asuntos del Señor, buscando complacer al Señor.
33 El casado, en cambio, se preocupa de los asuntos del mundo,
34 buscando complacer a su mujer, y tiene dos cosas en qué pensar.
La mujer sin marido y la joven soltera se preocupan de los asuntos
del Señor, para dedicarse a él en cuerpo y alma. La casada, en
cambio, se preocupa de los asuntos del mundo, buscando complacer
35 al marido. Os digo estas cosas para vuestro bien personal, no para
echaros el lazo. Miro al decoro y a una adhesión al Señor ininte-
rrumpida.
36 Supongamos que uno con mucha vitalidad piensa que se está
propasando con su compañera [a] y que la cosa no tiene remedio;
37 que haga lo que desea, no hay pecado en eso; cásense. Otro, en
cambio, está firme interiormente y no siente una compulsión irre-
sistible, sino que tiene libertad para tomar su propia decisión y
ha determinado dentro de sí respetar a su compañera; hará per-
38 fectamente. En resumen, el que se casa con su compañera hace
bien, y el que no se casa, todavía mejor.
39 La mujer está ligada mientras vive el marido; si se muere, queda
libre para casarse con el que quiera, con tal que sea cristiano.
40 Sin embargo, será más feliz si se queda como está; ésta es mi opi-
nión, y Espíritu de Dios creo tener también yo.

IV

OTRA CONSULTA: ¿SE PUEDE COMER LA CARNE SACRIFICADA?

Libertad, sí; pero responsable

8 Acerca de la carne de los sacrificios: «todos tenemos conoci-
miento», ya lo sabemos. (El conocimiento engríe, lo constructivo
2 es el amor). Quien se figura haber terminado de conocer algo,
3 aún no ha empezado a conocer como es debido. En cambio, al
que ama a Dios, Dios lo reconoce.
4 Esto supuesto, en lo de comer carne de los sacrificios sabemos
que en el mundo un ídolo no representa nada y que nadie es Dios
5 más que uno; pues aunque hay los llamados dioses, ya sea en el
cielo, ya en la tierra —y de hecho hay numerosos dioses y nume-
6 rosos señores—, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre,
de quien procede el universo y a quien estamos destinados nos-

a «su compañera», lit. «su virgen», es decir, compañera de trabajo soltera; el v. siguiente muestra que no puede tratarse de la novia.

otros, y un solo Señor, Jesús Mesías, por quien existe el universo y
por quien existimos nosotros.
7 Sin embargo, no es de todos ese conocimiento: algunos, acos-
tumbrados a la idolatría hasta hace poco, comen pensando que la
carne está consagrada al ídolo, y su conciencia, por estar insegura,
se mancha.
8 No será la comida lo que nos recomiende ante Dios: ni por
9 privarnos de algo somos menos ni por comerlo somos más; pero
cuidado con que esa libertad vuestra no se convierta en obstáculo
10 para los inseguros. Porque si uno te ve a ti, «que tienes conoci-
miento», sentado a la mesa en un templo, ¿no se envalentonará
11 su conciencia, insegura y todo, y comerá carne del sacrificio? Es
decir, que por tu conocimiento irá al desastre el inseguro, un
hermano por quien el Mesías murió.
12 Al pecar de esa manera contra los hermanos, haciendo daño a su
13 conciencia insegura, pecáis contra Cristo. Por esa razón, si un
alimento pone en peligro a un hermano mío, nunca volveré a
probar la carne, para no poner en peligro a mi hermano.

Saber renunciar a los propios derechos

9 ¿No soy libre?, ¿no soy apóstol?, ¿es que no he visto a Jesús
Señor nuestro?, ¿no es obra mía el que vosotros seáis cristianos? [a].
2 Si para otros no soy apóstol, al menos para vosotros lo soy, pues
3 el sello de mi apostolado es que vosotros sois cristianos. Esta es
mi defensa contra los que me discuten.
4-5 ¿Acaso no tenemos derecho a comer y beber?, ¿acaso no te-
nemos derecho a viajar en compañía de una mujer cristiana como
los demás apóstoles, incluyendo a los parientes del Señor y a
6 Pedro?, o ¿somos Bernabé y yo los únicos que no tenemos dere-
7 cho a dejar otros trabajos? ¿Cuándo se ha visto que un militar
corra con sus gastos?, ¿quién planta una viña y no come de su
fruto?, ¿qué pastor no se alimenta de la leche del rebaño?
8 ¿Que son humanas las razones que alego?, ¿o es que la Ley,
9 por su parte, no dice también eso? Porque en la Ley de Moisés
está escrito: «*No pondrás bozal al buey que trilla*» [b]. ¿Le importan
10 a Dios los bueyes, o lo dice precisamente por nosotros? Sí, se
escribió por nosotros, porque el que ara tiene que arar con espe-
11 ranza, y el que trilla, con esperanza de obtener su parte. Si nos-
otros hemos sembrado para vosotros lo espiritual, ¿será mucho
12 que cosechemos nosotros de vuestros bienes materiales? Si otros
comparten los bienes de que disponéis, nosotros con mayor razón.
Sin embargo, no hicimos uso de ese derecho; al contrario, sobre-
llevamos lo que sea para no crear obstáculo alguno a la buena
noticia del Mesías.
13 Bien sabéis que a los que celebran el culto el templo los sus-
tenta y que los que atienden al altar tienen su parte en las ofrendas
14 del altar. Pues también el Señor dio instrucciones a los que anun-
cian el evangelio, diciéndoles que vivieran de su predicación.

a «cristianos», lit. «en el Señor», equivalente a «en Cristo», cf. Rom 9,1.
b Dt 25,4.

15 Yo, sin embargo, nunca he hecho uso de nada de eso ni tam-
poco escribo estas líneas con intención de reclamarlo, más me val-
dría morirme que... Nadie me privará de este motivo de orgullo.
16 Porque el hecho de predicar el evangelio no es para mí un motivo
17 de orgullo, ése es mi sino, ¡pobre de mí si no lo anunciara! Si
lo hiciera por mi voluntad, tendría mérito; pero si me han con-
fiado un encargo independientemente de mi voluntad, ¿dónde está
18 entonces mi mérito? En predicar el evangelio ofreciéndolo de
balde, sin aprovecharme del derecho que me da esa predicación.
19 Soy libre, cierto, nadie es mi amo; sin embargo, me he puesto
20 al servicio de todos, para ganar a los más posibles. Con los judíos
me porté como judío para ganar judíos; con los sujetos a la Ley
me sujeté a la Ley, aunque personalmente no esté sujeto, para
21 ganar a los sujetos a la Ley. Con los que no tienen la Ley me
porté como libre de la Ley, para ganar a los que no tienen Ley
—no es que yo esté sin Ley de Dios, no; mi Ley es el Mesías—;
22 con los inseguros me porté como un inseguro, para ganar a los
inseguros. Con los que sea me hago lo que sea, para ganar a algu-
23 nos como sea. Y todo lo hago por el evangelio, para que la buena
noticia me aproveche también a mí.

Autodisciplina para no inutilizar la fe

24 ¿No sabéis que en el estadio todos los corredores cubren la ca-
rrera, pero uno solo se lleva el premio? Corred así, para ganar.
25 Además, cada contendiente se impone en todo una disciplina;
ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, una que
26 no se marchita. Pues yo corro de esa manera, no sin rumbo fijo;
27 boxeo de esa manera, no dando golpes al aire; nada de eso, mis
directos van a mi cuerpo y lo obligo a que me sirva, no sea que
después de predicar a otros me descalifiquen a mí.

10 Porque no quiero que olvidéis, hermanos, que nuestros ante-
pasados estuvieron todos bajo la nube, que todos atravesaron el
2 mar y que, en la nube y en el mar, recibieron todos un bautismo
3 que los vinculaba a Moisés. Todos también comieron el mismo ali-
mento profético [a] y todos bebieron la misma bebida profética,
4 porque bebían de la roca profética que los acompañaba, roca que
5 representaba al Mesías. A pesar de eso, la mayoría no agradó a
Dios, y la prueba es que fueron abatidos en el desierto.
6 Todo esto sucedió para que aprendiéramos nosotros, para que
7 no estemos deseosos de lo malo, como ellos lo desearon. No seáis
tampoco idólatras, como algunos de ellos, según dice la Escritura:
«*El pueblo se sentó a comer y beber y luego se levantó a danzar*» [b].
8 Tampoco seamos libertinos, como lo fueron algunos de ellos, y en
un solo día cayeron veintitrés mil. Tampoco provoquemos al Se-
9 ñor, como lo provocaron algunos de ellos y perecieron víctimas de
10 las serpientes. Tampoco protestéis, como protestaron algunos de
de ellos y perecieron a manos del exterminador.

a «profético», lit. «espiritual», como el lenguaje y la inspiración de los pro-
fetas, cf. Ap 11,8. *b* Ex 32,6.

11 A ellos les sucedían estas cosas para que aprendieran, y se es-
cribieron para que escarmentemos nosotros, a quienes llegan los
12 resultados de la historia. Por consiguiente, quien se ufana de estar
en pie, cuidado con caerse.
13 Ninguna prueba os ha caído encima que salga de lo ordinario:
fiel es Dios, y no permitirá él que la prueba supere vuestras fuer-
zas. No, para que sea posible resistir, con la prueba dará también
la salida.

La idolatría, incompatible con la fe

14-5 Por esa razón, amigos míos, huid de la idolatría. Os hablo
16 como a gente sensata, juzgad vosotros esto que digo. Esa «copa de
la bendición» que bendecimos, ¿no significa solidaridad con la
sangre del Mesías? Ese pan que partimos, ¿no significa solidari-
17 dad con el cuerpo del Mesías? Como hay un solo pan, aun siendo
muchos formamos un solo cuerpo, pues todos y cada uno partici-
pamos de ese único pan.
18 Considerad el pueblo de Israel: los que comen de las víctimas
19 quedan unidos con el altar. ¿Qué quiero decir con esto?, ¿que las
20 víctimas son algo o que un ídolo es algo? No, sino que ofrecen
sus sacrificios a demonios que no son Dios, y no quiero que vos-
21 otros entréis en sociedad con los demonios. No podéis beber de
la copa del Señor y de la copa de los demonios. No podéis parti-
22 cipar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿Quere-
mos dar celos al Señor?, ¿es que somos más fuertes que él?

Libertad, sí; pero responsable

23 —Todo está permitido.
—Sí, pero no todo aprovecha. Todo está permitido, pero no
24 todo es constructivo. Que nadie busque su propio interés, sino el
ajeno.
25 Comed de todo lo que se vende en el matadero, sin más ave-
26 riguar por escrúpulo de conciencia, *porque la tierra y todo lo que
contiene es del Señor*[a].
27 Si un pagano os invita y queréis ir, comed de todo lo que os
28 pongan, sin más averiguar por escrúpulo de conciencia. Pero en
caso de que uno os advierta: «eso es carne sacrificada», no comáis,
29 por motivo del que os avisa y de la conciencia, y cuando hablo
de conciencia no entiendo la propia, sino la del otro.
—¡Vaya! Y ¿a santo de qué mi libertad va a tener por juez la
30 conciencia de otro? Si yo, cuando participo en una comida, se lo
agradezco a Dios, ¿por qué tienen que denigrarme por algo que
tomo dándole las gracias?
31 —De todas formas, hagáis lo que hagáis, comer, beber o lo que
32 sea, hacedlo todo para honra de Dios; no seáis un impedimento
33 para judíos ni griegos ni para la comunidad, como yo a mi vez pro-
curo en todo dar satisfacción a todos, no buscando mi provecho,
sino el de la gente, para que se salven.

a Sal 24,1.

11 Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.

V

DOS AVISOS PARA LAS CELEBRACIONES

Para actuar en público, cúbranse las mujeres

2 Os felicito porque siempre me recordáis y porque mantenéis las
tradiciones como os las transmití.
3 Quiero que sepáis, sin embargo, que el Mesías es cabeza de todo
hombre, el hombre cabeza de la mujer y Dios cabeza del Mesías.
4 Un hombre que ora o predica inspirado con la cabeza cubierta,
5 abochorna a su cabeza. Una mujer que ora o habla inspirada con
la cabeza descubierta, abochorna a su cabeza, porque eso y estar
6 rapada es uno y lo mismo. O sea, que para estar destocada, que
se pele; y si es vergonzoso para una mujer dejarse pelar o rapar,
que se cubra.
7 Es decir, el hombre no debe cubrirse, siendo como es imagen
8 y reflejo de Dios; la mujer, en cambio, es reflejo del hombre. Por-
que no procede el hombre de la mujer, sino la mujer del hombre;
9 ni tampoco fue creado el hombre para la mujer, sino la mujer
10 para el hombre. Por eso la mujer debe llevar en la cabeza una
señal de sujeción, por los ángeles.
11 —Sólo que en cristiano ni hay mujer sin el hombre ni hombre
12 sin la mujer, pues lo mismo que la mujer salió del hombre, tam-
bién el hombre nace por la mujer, y todo viene de Dios.
13 —Juzgadlo vosotros mismos: ¿está decente que una mujer ore
14 a Dios destocada? ¿No nos enseña la misma naturaleza que es des-
15 honroso para el hombre dejarse el pelo largo, mientras a la mujer
el pelo largo le da realce? Porque el pelo largo va bien con un
velo.
16 Y si alguno está dispuesto a discutir, sepa que nosotros no te-
nemos tal costumbre, ni las comunidades tampoco.

Eucaristía sin amor fraterno, imposible

17 A propósito de estas instrucciones, no puedo felicitaros de que
18 vuestras reuniones causen más daño que provecho. Porque, en
primer lugar, oigo decir que cuando os reunís en asamblea for-
19 máis bandos; y en parte lo creo, porque es inevitable que llegue
a haber partidos entre vosotros; así destacarán también los hom-
bres de calidad.
20 En consecuencia, cuando tenéis una reunión os resulta imposi-
21 ble comer la cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comerse
su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho.
22 ¿Será que no tenéis casas para comer y beber?, o ¿es que tenéis
en poco a la asamblea de Dios y queréis abochornar a los que no
tienen? ¿Qué queréis que os diga?, ¿que os felicite? Por esto no
os felicito.
23 Porque lo mismo que yo recibí y que venía del Señor os lo

transmití a vosotros: que el Señor Jesús, la noche en que iban a
24 entregarlo, cogió un pan, dio gracias, lo partió y dijo: «Esto es
mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced lo mismo en me-
25 moria mía». Después de cenar, hizo igual con la copa, diciendo:
«Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre; cada vez
26 que bebáis, haced lo mismo en memoria mía». Y de hecho, cada
vez que coméis de ese pan y bebéis de esa copa, proclamáis la
27 muerte del Señor, hasta que él vuelva. Por consiguiente, el que
come del pan o bebe de la copa del Señor sin darles su valor tendrá
que responder del cuerpo y de la sangre del Señor.
28 Examínese cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber
29 de la copa, porque el que come y bebe sin apreciar el cuerpo, se
30 come y bebe su propia sentencia. Esa es la razón de que haya entre
vosotros muchos enfermos y achacosos y de que hayan muerto
31 tantos; si nos juzgáramos debidamente nosotros, no nos juzgarían,
32 aunque si el Señor nos juzga es para corregirnos, para que no sal-
gamos condenados con el mundo.
33 Así que, hermanos míos, cuando os reunís para comer, esperaos
34 unos a otros; si uno está hambriento, que coma en su casa, para
que vuestras reuniones no acaben con una sanción.
Lo demás lo arreglaré cuando vaya.

VI

DONES DEL ESPIRITU

Múltiples dones, un Espíritu

12 En la cuestión de los fenómenos espirituales no quiero que sigáis
2 en la ignorancia. Recordáis que cuando erais paganos os sentíais
arrebatados hacia los ídolos mudos, siguiendo el ímpetu que os
3 venía. Por eso os advierto que nadie puede decir: «¡Afuera Je-
sús!», si habla impulsado por el Espíritu de Dios; ni nadie puede
decir: «¡Jesús es Señor!», si no es impulsado por el Espíritu
Santo.
4-5 Los dones son variados, pero el Espíritu el mismo; las funcio-
6 nes son variadas, aunque el Señor es el mismo; las actividades son
variadas, pero es el mismo Dios quien lo activa todo en todos.
7 La manifestación particular del Espíritu se le da a cada uno
8 para el bien común. A uno, por ejemplo, mediante el Espíritu,
se le dan palabras acertadas; a otro, palabras sabias, conforme al
9 mismo Espíritu; a un tercero, fe, por obra del mismo Espíritu;
a otro, por obra del único Espíritu, dones para curar; a otro, reali-
10 zar milagros; a otro, un mensaje inspirado [a]; a otro, distinguir
inspiraciones; a aquél, hablar diversas lenguas; a otro, traducirlas.
11 Pero todo eso lo activa el mismo y único Espíritu, que lo reparte
dando a cada individuo en particular lo que a él le parece.
12 Es un hecho que el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros;
pero los miembros, aun siendo muchos, forman entre todos un

a «mensaje inspirado», en griego «profecía», es decir, dirigirse a la comunidad inspirado por el Espíritu.

13 solo cuerpo. Pues también el Mesías es así, porque también a todos
nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, nos bauti-
zaron con el único Espíritu para formar un solo cuerpo, y sobre
14 todos derramaron el único Espíritu; y es que tampoco el cuerpo
15 es todo el mismo órgano, sino muchos. Aunque el pie diga: «Como
16 no soy mano, no soy del cuerpo», no por eso deja de serlo. Y aun-
que la oreja diga: «Como no soy ojo, no soy del cuerpo», no por
17 eso deja de serlo. Si todo el cuerpo fuera ojos, ¿cómo podría
18 oír?; si todo el cuerpo fuera oídos, ¿cómo podría oler? Pero, de
hecho, Dios estableció en el cuerpo cada uno de los órganos como
19 él quiso. Si todos ellos fueran el mismo órgano, ¿qué cuerpo sería
20 ése? Pero no, de hecho hay muchos órganos y un solo cuerpo.
21 Además, no puede el ojo decirle a la mano: «No me haces
22 falta», ni la cabeza a los pies: «No me hacéis falta». Al contrario,
los miembros que parecen de menos categoría son los más indis-
23 pensables, y los que nos parecen menos dignos los vestimos con
más cuidado. Lo menos presentable lo tratamos con más miramien-
24 to; lo presentable no lo necesita.
Es más, Dios combinó las partes del cuerpo procurando más
25 cuidado a lo que menos valía, para que no haya discordia en el
cuerpo y los miembros se preocupen igualmente unos de otros.
26 Así, cuando un órgano sufre, todos sufren con él; cuando a uno
lo tratan bien, con él se alegran todos.
27 Pues bien, vosotros sois cuerpo de Cristo, y cada uno por su
28 parte es miembro. En la comunidad, Dios ha establecido a algunos,
en primer lugar, como apóstoles; en segundo lugar, como profe-
tas; en tercer lugar, como maestros; luego hay milagros, luego
dones de curar, asistencias, funciones directivas, diferentes len-
29 guas. ¿Son todos apóstoles?, ¿son todos profetas?, ¿son todos
30 maestros?, ¿hacen todos milagros?, ¿tienen todos dones de curar?,
31 ¿hablan todos en lenguas?, ¿pueden todos traducirlas? Pues
ambicionad los dones más valiosos.

El amor a los demás, camino excepcional

Y me queda por señalaros un camino excepcional.

13 Ya puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles,
que si no tengo amor no paso de ser una campana ruidosa o unos
platillos estridentes.
2 Ya puedo hablar inspirado [a] y penetrar todo secreto y todo el
saber; ya puedo tener toda la fe, hasta mover montañas, que si
no tengo amor no soy nada.
3 Ya puedo dar en limosnas todo lo que tengo, ya puedo dejarme
quemar vivo, que si no tengo amor de nada me sirve.
4 El amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no
5 se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo suyo, no se exaspera
6 ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza
7 con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre,
aguanta siempre.

a «hablar inspirado», cf. 12,10.28.

8 El amor no falla nunca. Los dichos inspirados se acabarán, las
9 lenguas cesarán, el saber se acabará; porque limitado es nuestro
10 saber y limitada nuestra inspiración, y cuando venga lo perfecto,
11 lo limitado se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como un niño,
tenía mentalidad de niño, discurría como un niño; cuando me hice
12 un hombre, acabé con las niñerías. Porque ahora vemos confusa-
mente en un espejo, mientras entonces veremos cara a cara; ahora
conozco limitadamente, entonces comprenderé como Dios me ha
13 comprendido. Así que esto queda: fe, esperanza, amor; estas tres,
y de ellas la más valiosa es el amor.

Preferir los dones útiles a los llamativos

14 Esmeraos en el amor mutuo; ambicionad también las manifes-
taciones del Espíritu, sobre todo el hablar inspirados.
2 Mirad, el que habla en lenguas extrañas no habla a los hombres,
sino a Dios, ya que nadie lo entiende; llevado del Espíritu dice
3 cosas misteriosas. En cambio, el que habla inspirado habla a los
hombres, construyendo, exhortando y animando.
4 El que habla en lenguaje extraño se construye él solo, mientras
5 el que habla inspirado construye la comunidad. A todos os deseo
que habléis en esas lenguas, pero prefiero que habléis inspirados.
Para que la comunidad reciba algo constructivo, vale más hablar
inspirado que en lenguas, excepto en caso de que se traduzcan.
6 Vamos a ver, hermanos: si yo os hiciera una visita hablando en
lenguas de ésas, ¿de qué os serviría, si mis palabras no os trans-
7 mitían ninguna revelación, saber, inspiración o doctrina? Pasa lo
mismo con los instrumentos musicales, por ejemplo, una flauta o
una guitarra; si las notas que dan no guardan los intervalos, ¿cómo
8 se va a saber lo que tocan? Otro ejemplo: si la trompeta da un
9 sonido indistinto, ¿quién se va a preparar al combate? Pues lo
mismo vosotros con la lengua: si no pronunciáis palabras recono-
10 cibles, ¿cómo va a entenderse lo que habláis? Estaréis hablando
al aire. Vete a saber cuántos lenguajes habrá en el mundo, y nin-
11 guno carece de sentido; de todos modos, si uno habla un lenguaje
que yo no conozco, mis palabras serán un galimatías para él y las
12 suyas para mí. Aplicaos el cuento: ya que ambicionáis tanto los
dones del Espíritu, procurad que abunden los que construyen la
13 comunidad. Por tanto, el que habla en una lengua de ésas, pida a
Dios la traducción.
14 Cuando pronuncio una oración en esas lenguas, en mí el Espí-
15 ritu [a] reza, pero mi inteligencia no saca nada. ¿Conclusión de esto?
Que quiero rezar llevado del Espíritu, pero rezar también con la
inteligencia; que quiero cantar llevado del Espíritu, pero cantar
16 también con la inteligencia. Supongamos que pronuncias la ben-
dición llevado del Espíritu; ese que ocupa un puesto de simpa-
tizante, ¿cómo va a responder «amén» a tu acción de gracias si no
17 sabe lo que dices? Tu acción de gracias estará muy bien, pero al
otro no le ayuda.

a «en mí el Espíritu reza», lit. «mi espíritu reza», refiriéndose al fenómeno provocado por el Espíritu.

18 Gracias a Dios hablo en esas lenguas más que todos vosotros,
19 pero en la asamblea prefiero pronunciar media docena de palabras
inteligibles, para instruir también a los demás, antes que diez mil
en una lengua extraña.
20 Hermanos, no tengáis actitud de niños; sed niños para lo malo,
21 pero vuestra actitud sea de hombres hechos. En la Ley está es-
crito:

> «*Con gente de otras lenguas, por boca de extranjeros*
> *hablaré a este pueblo:*
> *pero ni* así me *escucharán*»
> (Is 28,11-12).

22 Eso dice el Señor, de modo que esas lenguas no son una señal
destinada a los que creen, sino a los incrédulos. En cambio, el
mensaje inspirado no está destinado a los incrédulos, sino a los
23 que creen. Supongamos ahora que la comunidad entera tiene una
reunión y que todos van hablando en esas lenguas; si entra gente
24 no creyente o simpatizantes, ¿no dirán que estáis locos? En cam-
bio, si todos hablan inspirados y entra un no creyente o un sim-
patizante, lo que dicen unos y otros le demuestra sus fallos, lo
25 escruta, formula lo que lleva secreto en el corazón; entonces se
postrará y rendirá homenaje a Dios, reconociendo que Dios está
realmente con vosotros.

Orden en la asamblea

26 ¿Qué concluimos, hermanos? Cuando os reunís, cada cual apor-
ta algo: un canto, una enseñanza, una revelación, hablar en lenguas
27 o traducirlas; pues que todo resulte constructivo. Si se habla en
lenguas extrañas, que sean dos cada vez o a lo más tres, por turno,
28 y que traduzca uno sólo. Si no hay quien traduzca, que guarden
silencio en la asamblea y hable cada uno con Dios por su cuenta.
29 De los profetas, que hablen dos o tres, los demás den su opi-
30 nión. Pero en caso de que otro, mientras está sentado, reciba
31 una revelación, que se calle el de antes, porque hablar inspirados
podéis todos, pero uno a uno, para que aprendan todos y se ani-
32 men todos. Además, los que hablan inspirados pueden controlar
33 su inspiración, porque Dios no quiere desorden, sino paz, como
en todas las demás comunidades de consagrados.
34 Las mujeres guarden silencio en la asamblea [a], no les está permi-
tido hablar; en vez de eso, que se muestren sumisas, como lo dice
35 también la Ley. Si quieren alguna explicación, que les pregunten a
sus maridos en casa, porque está feo que hablen mujeres en las
asambleas.
36 ¿Acaso empezó por Corinto la palabra de Dios, o sois quizá los
37 únicos a quienes ha llegado? El que se tiene por profeta o por
hombre de espíritu comprenderá que esto que os escribo es orde-
38 nanza del Señor, y si alguno no lo sabe, peor para él.

a Los vv. 34-35 son probablemente una interpolación posterior, que contradice a 11,5.

39 En una palabra, hermanos: sea vuestra ambición predicar inspi-
40 rados, aunque sin impedir que se hable en lenguas; pero hágase
todo con dignidad y orden.

VII

LA RESURRECCION

La resurrección de Cristo

15 Os recuerdo ahora, hermanos, el evangelio que os prediqué, ese
2 que aceptasteis, ese en que os mantenéis, ese que os está salvan-
do..., si lo conserváis en la forma como yo os lo anuncié; de no
ser así, fue inútil que creyerais.
3 Lo que os transmití fue, ante todo, lo que yo había recibido:
que el Mesías murió por nuestros pecados, como lo anunciaban
4 las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día,
5 como lo anunciaban las Escrituras; que se apareció a Pedro y más
6 tarde a los Doce. Después se apareció a más de quinientos her-
manos a la vez; la mayor parte vive todavía, aunque algunos han
7 muerto. Después se le apareció a Santiago, luego a los apóstoles
todos.
8 Por último se me apareció también a mí, como al nacido a des-
9 tiempo. Es que yo soy el menor de los apóstoles; yo, que no me-
10 rezco el nombre de apóstol, porque perseguí a la Iglesia. Sin em-
bargo, por favor de Dios soy lo que soy y ese favor suyo no ha
sido en balde; al contrario: he rendido más que todos ellos, no
11 yo, es verdad, sino el favor de Dios que me acompaña. De todos
modos, sea yo, sean ellos, eso es lo que predicamos y eso fue lo
que creisteis.

La resurrección de todos

12 Ahora, si de Cristo se proclama que resucitó de la muerte,
13 ¿cómo decís algunos que no hay resurrección de muertos? Si no
hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado, y si
14 Cristo no ha resucitado, entonces nuestra predicación no tiene
contenido ni vuestra fe tampoco.
15 Además, como testigos de Dios, resultamos unos embusteros,
porque en nuestro testimonio le atribuimos falsamente haber re-
sucitado al Mesías, cosa que no ha hecho si realmente los muertos
16 no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco ha resu-
17 citado el Mesías, y si el Mesías no ha resucitado, vuestra fe es
18 ilusoria y seguís con vuestros pecados. Y, por supuesto, también
los cristianos difuntos han perecido.
19 Si la esperanza que tenemos en el Mesías es sólo para esta vida,
20 somos los más desgraciados de los hombres. Pero de hecho el
Mesías ha resucitado de la muerte, como primer fruto de los que
21 duermen, pues si un hombre trajo la muerte, también un hombre
22 trajo la resurrección de los muertos; es decir, lo mismo que por
Adán todos mueren, así también por el Mesías todos recibirán la
23 vida, aunque cada uno en su propio turno: como primer fruto,

24 el Mesías; después, los del Mesías, el día de su venida; luego,
el resto, cuando entregue el reinado a Dios Padre, cuando haya
25 aniquilado toda soberanía, autoridad y poder. Porque su reinado
tiene que durar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus
26-7 pies; como último enemigo aniquilará a la muerte: pues «*todo
lo han sometido bajo sus pies*» [a] (aunque cuando diga «Todo le está
sometido» se exceptuará evidentemente el que le sometió el uni-
28 verso). Y cuando el universo le quede sometido, entonces tam-
bién el Hijo se someterá al que se lo sometió, y Dios lo será todo
para todos.
29 De no ser así, ¿qué van a sacar los que se bautizan por los
muertos? Si decididamente los muertos no resucitan, ¿a qué viene
30 bautizarse por ellos? ¿A qué viene que nosotros estemos en peli-
31 gro a todas horas? No hay día que no esté yo al borde de la
muerte, tan verdad como el orgullo que siento por vosotros, her-
32 manos, gracias al Mesías, Jesús Señor nuestro. Si hubiera tenido
que luchar con fieras en Efeso por motivos humanos, ¿de qué
me habría servido? Si los muertos no resucitan, «*comamos y be-
bamos, que mañana moriremos*» [b].
33 Dejad de engañaros: «malas compañías estragan buenas costum-
34 bres». Sacudíos la modorra, como es razón, y dejad de pecar. Ig-
norancia de Dios es lo que algunos tienen; os lo digo para vuestra
vergüenza.

El cuerpo resucitado

35 Alguno preguntará: ¿Y cómo resucitan los muertos?, ¿qué clase
36 de cuerpo traerán? Necio, lo que tú siembras no cobra vida si
37 antes no muere. Y, además, ¿qué siembras? No siembras lo mismo
que va a brotar después, siembras un simple grano, de trigo, por
38 ejemplo, o de alguna otra semilla. Es Dios quien le da la forma
que a él le pareció, a cada semilla la suya propia.
39 Todas las carnes no son lo mismo; una cosa es la carne del hom-
bre, otra la del ganado, otra la carne de las aves y otra la de los
40 peces. Hay también cuerpos celestes y cuerpos terrestres, y una
cosa es el resplandor de los celestes y otra el de los terrestres.
41 Hay diferencia entre el resplandor del sol, el de la luna y el de
las estrellas; y tampoco las estrellas brillan todas lo mismo.
42 Igual pasa en la resurrección de los muertos:
se siembra lo corruptible, resucita incorruptible;
43 se siembra lo miserable, resucita glorioso;
se siembra lo débil, resucita fuerte;
44 se siembra un cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual.
45 Si hay cuerpo animal, lo hay también espiritual; así está escrito:
«*El primer hombre,* Adán, *fue un ser animado*» [c], el último Adán
46 es un espíritu de vida. No, no es primero lo espiritual, sino lo
47 animal; lo espiritual viene después. El primer hombre salió del
48 polvo de la tierra; el segundo procede del cielo. El hombre de la
49 tierra fue el modelo de los hombres terrenos; el hombre del cielo
es el modelo de los celestes; y lo mismo que hemos llevado en

a Sal 8,7. *b* Is 22,13. *c* Gn 2,7.

nuestro ser la imagen del terreno, llevaremos también la imagen
del celeste.
50 Quiero decir, hermanos, que esta carne y hueso no pueden he-
redar el Reino de Dios ni lo ya corrompido heredar la incorrup-
51 ción. Mirad, os revelo un secreto: no todos moriremos, pero todos
52 seremos transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos,
al son de la trompeta final. Cuando resuene, los muertos resucita-
53 rán incorruptibles y nosotros seremos transformados; porque esto
corruptible tiene que vestirse de incorrupción y esto mortal tiene
54 que vestirse de inmortalidad. Entonces, cuando esto corruptible
se vista de incorrupción y esto mortal de inmortalidad, se cumplirá
55 lo que está escrito: «*Se aniquiló la muerte* [a] *para siempre*». «*Muer-*
56 *te, ¿dónde está tu victoria?, ¿dónde está, muerte, tu aguijón?*» [b].
El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la
57 Ley. ¡Demos gracias a Dios que nos da esta victoria por medio de
nuestro Señor, Jesús Mesías!
58 Por consiguiente, queridos hermanos, estad firmes e inconmo-
vibles, trabajando cada vez más por el Señor, sabiendo que vuestras
fatigas como cristianos no son inútiles.

VIII

CUESTIONES VARIAS Y DESPEDIDA

La colecta para Jerusalén

16 Acerca de la colecta para los consagrados: las instrucciones que
2 di a las comunidades de Galacia seguidlas también vosotros. Los
domingos poned aparte cada uno por vuestra cuenta lo que con-
sigáis ahorrar, para que, cuando yo vaya, no haya que andar en-
3 tonces con colectas. Cuando yo llegue daré cartas de presentación
a los que vosotros deis por buenos y los enviaré a Jerusalén con
4 vuestro presente; y si merece la pena que vaya yo también, iremos
juntos.
5 Llegaré ahí después de haber pasado por Macedonia, pues el
6 viaje lo haré por Macedonia. En cambio, con vosotros es posible
que me detenga, y tal vez todo el invierno, para que vosotros me
7 ayudéis a continuar para donde sea. Porque esta vez no querría
veros sólo de paso, es decir, espero quedarme algún tiempo junto
8 a vosotros, si el Señor lo permite; pero me quedaré en Efeso
9 hasta Pentecostés, porque se presenta una gran ocasión de trabajo
eficaz y muchos hacen la contra.
10 Si llegase Timoteo, procurad que no se sienta cohibido, pues
11 trabaja en la obra del Señor lo mismo que yo; por tanto, que nadie
lo desprecie. Además, ayudadle cordialmente a que vuelva aquí,
pues lo estoy esperando con los hermanos.
12 Acerca del hermano Apolo: le insistí mucho en que fuera a

a «se aniquiló la muerte para siempre», lit. «sumióse la muerte en la victoria», traducción defectuosa en los LXX del texto de Is 25,8.
b Os 13,14.

veros con los hermanos; no tenía absolutamente ninguna gana de
ir ahora, pero irá cuando llegue la ocasión.
13 Estad alerta, manteneos en la fe, sed hombres, sed robustos;
14 todo lo que hagáis, que sea con amor.
15 Un favor os pido, hermanos: sabéis que la familia de Esteban
es de lo mejor de Grecia [a] y que se ha dedicado a servir a los
16 consagrados; querría que también vosotros estéis a disposición
de gente como ellos y de todo el que colabora en la tarea.
17 Me alegro de la llegada de Esteban, Fortunato y Acaico; ellos
18 han compensado por vuestra ausencia, tranquilizándome a mí y
a vosotros. Por eso estad reconocidos a hombres como ellos.
19 Os mandan recuerdos las comunidades de Asia. Un caluroso
saludo cristiano de parte de Aquila, Prisca y la comunidad que se
20 reúne en su casa. Recuerdos de todos los hermanos. Saludaos mu-
tuamente con el beso ritual [b].
21-2 La despedida, de mi mano: Pablo. El que no quiera al Señor,
fuera con él. Ven, Señor.
23-4 El favor del Señor Jesús os acompañe. Mi amor cristiano os
acompañe a todos.

a «de lo mejor de Grecia», lit. «primicias de Acaya», que puede también interpretarse «de los primeros convertidos de Acaya». *b* Cf. Rom 16,16.

SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS

INTRODUCCION

Según parece, 2 Cor está formada por la yuxtaposición de varios escritos de Pablo. Los capítulos 1-8 forman una carta; el cap. 9 es un billete aparte sobre la colecta; los cap. 10-13 pertenecen a otra misiva de Pablo. En orden cronológico vendría primero la carta contenida en 10-13, luego la de 1-8 y finalmente el billete del cap. 9. Todavía algunos, con bastante probabilidad, descubren en el pasaje 6,12-7,1, un fragmento de la carta anterior a 1 Cor en que Pablo recomendaba no juntarse con libertinos (1 Cor 5,19); de hecho, el pasaje es una cuña entre 2 Cor 6,11 y 7,2. 1 Cor, donde Pablo anuncia la visita de Timoteo (1 Cor 4,17; 16,10) no solucionó el conflicto ni Timoteo tampoco. Debió de ser entonces cuando Pablo hizo su segunda visita a Corinto, entre la primera, cuando fundó la comunidad (1 Cor 2,1), y la tercera, anunciada en 2 Cor 13,1.

La segunda visita parece haber sido un fracaso: una minoría de la comunidad estaba en abierta rebelión contra él; un individuo lo ofendió públicamente (2 Cor 2,6; 7,12) y la comunidad lo toleró; no pudo hacerse dueño de la situación. Interrumpe la visita y se marcha a Efeso, prometiendo volver. Escribe otra carta «con muchas lágrimas» (2,4; 7,8-12), llevada probablemente por Tito (7, 13-14), y que algunos identifican con 2 Cor 10,13. Impaciente por tener noticias, fue a Tróade, en Asia Menor, y al no encontrar allí a Tito, salió para Macedonia (2,12-13), donde por fin se reúne con Tito, que volvía de Corinto con excelentes noticias: la situación se había calmado; los corintios habían comprendido su error y su falta (7,7-16).

En 2 Cor se puede apreciar la insidiosa propaganda que los adversarios hacían contra Pablo, y el Apóstol, a su vez, polemiza con ellos. Los adversarios eran, sin duda, judeo-cristianos palestinenses, que probablemente mostraban cartas de recomendación de Jerusalén.

Pablo aparece en esta carta como el hombre dedicado que no escatima esfuerzos ni se arredra ante las dificultades.

1 Pablo, apóstol del Mesías Jesús por designio de Dios, y el her-
mano Timoteo, a la Iglesia de Dios que está en Corinto y a todos
2 los consagrados de Grecia [a] entera: Os deseamos el favor y la paz
de Dios nuestro Padre y del Señor, Jesús el Mesías.
3 ¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús Mesías, Pa-
4 dre cariñoso y Dios que es todo consuelo! El nos alienta en todas
nuestras dificultades, para que podamos nosotros alentar a los
demás en cualquier dificultad, con el ánimo que nosotros recibimos
5 de Dios; pues si los sufrimientos del Mesías rebosan sobre nos-
otros, gracias al Mesías rebosa en proporción nuestro ánimo.
6 Si pasamos dificultades es para vuestro aliento y vuestro bien;
si cobramos aliento es para que vosotros cobréis ese aliento que
se traduce en soportar los mismos sufrimientos que padecemos
7 nosotros. Nos dais fundados motivos de esperanza, pues sabemos
que si sois compañeros en el sufrir, también lo sois en el ánimo.

a «consagrados», cf. Rom 1,7. «Grecia», lit. «Acaya».

8 Porque no queremos que ignoréis, hermanos, las dificultades que
pasé en Asia. Me vi abrumado tan por encima de mis fuerzas, que
9 perdí toda esperanza de vivir. Sí, en mi interior di por descontada
la sentencia de muerte; así aprendí a no confiar en mí mismo,
10 sino en Dios, que resucita a los muertos. El me salvó y me salvará
de tan tremendos peligros de muerte; en él está nuestra esperanza
11 y nos salvará en adelante; cooperad también vosotros pidiendo
por mí; así, viniendo de muchos el favor que Dios me haga, mu-
chos le darán gracias por causa mía.

I

EL CAMBIO DE PLANES

12 Mi orgullo es el testimonio de mi conciencia; ella me asegura
que trato con todo el mundo, y no digamos con vosotros, con la
sinceridad y candor que Dios da, y no por saber humano, sino por
13 gracia de Dios. O sea, que en mis cartas no hay más de lo que
14 leéis y entendéis; y ya que me habéis entendido en parte, espero
que entenderéis del todo que yo seré una honra para vosotros,
como vosotros lo seréis para mí, el día de nuestro Señor Jesús.
15 Precisamente con esta confianza me proponía empezar por vi-
16 sitaros, para que os tocase un regalo doble: pensé ir a Macedonia
pasando por Corinto, y de Macedonia volver de nuevo a Corinto,
17 para que vosotros me preparaseis el viaje a Judea. ¿Será entonces
que este propósito lo hice a la ligera?, o ¿hago mis planes con
18 miras humanas, para dejar ambiguo el sí y el no? Bien sabe Dios
que cuando me dirijo a vosotros no hay un sí o un no ambiguo,
19 pues el Hijo de Dios, Jesús el Mesías, que os hemos predicado
nosotros —quiero decir Silvano y Timoteo conmigo—, no fue un
20 ambiguo sí y no; en él ha habido únicamente un sí, es decir, en
su persona se ha pronunciado el sí a todas las promesas de Dios,
y por eso a través de él respondemos nosotros a la doxología con
21 el amén a Dios. Y el que nos mantiene firmes —a mí y a vos-
22 otros— en la adhesión al Mesías es Dios que nos ungió; él tam-
bién nos marcó con su sello y nos dio dentro el Espíritu como
garantía.

Motivo del cambio

23 Por lo que a mí hace, séame Dios testigo y que me muera si
miento; si aún no he vuelto a Corinto ha sido por consideración
24 a vosotros. No es que vuestra fe esté en nuestra mano, pero somos
cooperadores en vuestra alegría —de hecho, en la fe os mantenéis
2 firmes— y tomé la decisión de no ir de nuevo a causaros pena.
2 Porque, si yo os causo pena, ¿quién me va a alegrar a mí? ¡Como
no sea el que está pesaroso por causa mía!
3 Esto precisamente pretendía con mi carta: que, cuando fuera,
no me causaran pena los que deberían darme alegría, persuadido
4 de que todos tenéis mi alegría por vuestra. De tanta congoja y
agobio como sentía, os escribí con muchas lágrimas, pero no era
mi intención causaros pena, sino haceros caer en la cuenta del
amor tan especial que os tengo.

5 Y si uno ha ofendido, no me ha ofendido a mí, sino, hasta
6 cierto punto, para no exagerar, a todos vosotros. Bástale a ese
7 individuo el correctivo que le ha impuesto la mayoría; ahora, en
cambio, más vale que lo perdonéis y animéis, no sea que el exce-
8 sivo pesar se lo lleve. Por eso os recomiendo que le confirméis
9 vuestro amor. Sólo éste fue el propósito de mi carta: comprobar
10 vuestro temple y ver si hacéis caso en todo. Sin embargo, al que
le perdonáis algo, se lo perdono yo también, pues de hecho lo que
yo perdono, si algo tengo que perdonar, es debido a vosotros,
11 delante de Cristo; quiero evitar que Satanás saque tajada de esto,
pues no ignoramos sus ardides.
12 Así, pues, llegué a Tróade para anunciar la buena noticia del
Mesías, y aunque se presentaba una ocasión de trabajar por el
13 Señor, al no encontrar allí a Tito, mi hermano, no me quedé tran-
quilo; me despedí de ellos y salí para Macedonia.
14 Doy gracias a Dios, que constantemente nos asocia a la victoria
que él obtuvo por el Mesías y que por medio nuestro difunde en
15 todas partes la fragancia de su conocimiento. Porque somos el
incienso que el Mesías ofrece a Dios entre los que se salvan y
16 los que se pierden; para éstos, un olor [a] que da muerte y sólo
muerte; para los otros, un olor que da vida y sólo vida.

II

AGENTE DEL ESPIRITU

16b-7 Y para esto, ¿quién tiene aptitudes? Porque no vamos trafi-
cando con el mensaje de Dios, como hace la mayoría, sino que
hablamos conscientes de nuestra sinceridad, conscientes de que lo
hacemos de parte de Dios, bajo su mirada, movidos por Cristo.

3 ¿Estoy empezando a recomendarme otra vez? ¿Será que, como
algunos individuos, necesito cartas de recomendación para vos-
2 otros o escritas por vosotros? Vosotros sois mi carta, escrita en
3 vuestros corazones, carta abierta y leída por todo el mundo. Se
os nota que sois carta de Cristo y que fui yo el amanuense; no
está escrita con tinta, sino con Espíritu de Dios vivo, no en ta-
blas de piedra, sino en tablas de carne, en el corazón.
4 Esta es la clase de confianza que sentimos ante Dios gracias al
5 Mesías. No es que de por sí uno tenga aptitudes para poder apun-
6 tarse algo como propio. La aptitud nos la ha dado Dios. Fue él
quien nos hizo aptos para el servicio de una alianza nueva, no de
código [b], sino de Espíritu; porque el código da muerte, mientras
el Espíritu da vida.

Antigua y nueva alianza

7 Aquel agente de muerte —letras grabadas en piedra— se inau-
guró con gloria, tanto que los israelitas no podían fijar la vista

a «un olor que da muerte y sólo muerte», lit. «de muerte hasta muerte», cf. Rom 1,17.
b «código», lit. «letra» refiriéndose a las leyes escritas, cf. v. 7.

en el rostro de Moisés, «por el resplandor de su rostro», caduco
8 y todo como era. Pues cuánto mayor no será la gloria de lo que
9 es agente del Espíritu. Si el agente de la condena tuvo su esplen-
dor, cuánto más intenso será el esplendor del agente de la reha-
10 bilitación. Y de hecho, el esplendor aquél ya no es tal esplendor,
eclipsado por esta gloria incomparable; pues si lo caduco tuvo
11 su momento de gloria, cuánto mayor no será la gloria de lo per-
manente.
12 Por eso, teniendo una esperanza como ésta, procedemos con toda
13 franqueza, no como hizo Moisés, que se echaba un velo sobre la
cara, y así los israelitas no se fijaron en la finalidad de aquello
14 caduco; pero se les embotó la inteligencia, porque hasta el día
de hoy aquel mismo velo sigue ahí cuando leen el Antiguo Testa-
15 mento, y no se les descubre que con el Mesías caduca. No, hasta
16 hoy, cada vez que leen a Moisés, un velo cubre sus mentes. *«Pero*
17 *cuando se vuelva hacia el Señor, se quitará el velo»* [a]; ahora bien,
ese Señor es el Espíritu, y donde hay Espíritu del Señor hay li-
18 bertad. Y nosotros, que llevamos todos la cara descubierta y refle-
jamos la gloria del Señor, nos vamos transformando en su imagen
con resplandor creciente; tal es el influjo del Espíritu [b] del Señor.

III

LA VIDA DEL APOSTOL

Honradez, mensaje

4 Por eso, encargados de este servicio por misericordia de Dios,
2 no nos acobardamos; al contrario, hemos renunciado a tapujos
vergonzosos, dejándonos de intrigas y no falseando el mensaje de
Dios; en vez de eso, manifestando la verdad, nos recomendamos
a la íntima conciencia que tiene todo hombre ante Dios.
3 Pero, además, si la buena noticia que anunciamos sigue velada,
4 es para los que se pierden, pues por su incredulidad el dios del
mundo éste les ha cegado la mente y no distinguen el resplandor
5 de la buena noticia del Mesías glorioso, imagen de Dios. Porque no
nos predicamos a nosotros, predicamos que Jesús el Mesías es Señor
6 y nosotros siervos vuestros por Jesús; pues el Dios que dijo:
«Brille la luz del seno de las tinieblas» [c], la ha encendido en nues-
tros corazones, haciendo resplandecer el conocimiento de la gloria
de Dios, reflejada en el rostro del Mesías.
7 Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se
vea que esa fuerza tan extraordinaria es de Dios y no viene de
8 nosotros. Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan;
9 estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no aban-
10 donados; nos derriban, pero no nos rematan; paseamos continua-
mente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también
11 la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo; es decir, que
a nosotros que tenemos la vida, continuamente nos entregan a la

a Ex 34,34. *b* «el Espíritu del Señor» o bien «el Espíritu que es Señor».
c Gn 1,3.

muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús
12 se transparente en nuestra carne mortal. Así la muerte actúa en
nosotros y la vida en vosotros.
13 Sin embargo, poseyendo el mismo espíritu de fe que se expresa
en aquel texto de la Escritura: «*Creo, por eso hablo*» [a], también
14 creemos nosotros y por eso hablamos, sabiendo que aquél que
resucitó a Jesús nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos
15 colocará con vosotros a su lado. Y todo esto es por vosotros, de
suerte que, al extenderse la gracia a más y más gente, multiplique
la acción de gracias para gloria de Dios.
16 Por esta razón no nos acobardamos; no, aunque nuestro exterior
17 va decayendo, lo interior se renueva de día en día; porque nuestras
penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eter-
18 na, una gloria que las sobrepasa desmesuradamente; y nosotros no
ponemos la mira en lo que se ve, sino en lo que no se ve, porque
lo que se ve es transitorio y lo que no se ve es eterno.

5 Es que sabemos que si nuestro albergue terrestre, esta tienda
de campaña, se derrumba, tenemos un edificio que viene de Dios,
2 un albergue eterno en el cielo no construido por hombres; y, de
hecho, por eso suspiramos, por el anhelo de vestirnos encima la
3 morada que viene del cielo, suponiendo que, al quitarnos ésta,
4 no quedemos desnudos del todo. Sí, los que vivimos en tiendas
suspiramos abrumados, porque no querríamos quitarnos lo que
tenemos puesto, sino vestirnos encima, de modo que lo mortal
5 quedase absorbido por la vida. Quien nos preparó concretamente
para eso fue Dios, y como garantía nos dio el Espíritu.
6 En consecuencia, siempre estamos animosos, aunque sepamos
que mientras sea el cuerpo nuestro domicilio, estamos desterrados
7-8 del Señor, porque nos guía la fe, no la vista. A pesar de todo,
estamos animosos, aunque preferiríamos el destierro lejos del cuer-
9 po y vivir con el Señor. En todo caso, sea en este domicilio o en el
10 destierro, nuestro mayor empeño es agradarle, porque todos tene-
mos que aparecer como somos ante el tribunal del Mesías, y cada
uno recibirá lo suyo, bueno o malo, según se haya portado mientras
tenía este cuerpo.

Para el cristiano no valen las apariencias

11 Sabiendo, pues, el respeto que se debe al Señor, trato de sin-
cerarme con los hombres, pues Dios me ve como soy, y espero que
cada uno de vosotros tenga conciencia de lo que soy.
12 No me estoy recomendando otra vez ante vosotros, estoy dán-
doos argumentos para que presumáis de mí; así tendréis algo que
responder a los que presumen de apariencias y no de lo que hay
13 dentro. Porque si perdí el juicio, fue por Dios; si estoy en mis
14 cabales, es por vosotros. Es que el amor del Mesías no nos deja es-
15 capatoria, cuando pensamos que uno murió por todos; con eso,
todos y cada uno han muerto; es decir, murió por todos para que
los que viven ya no vivan más para sí mismos, sino para el que
murió y resucitó por ellos.

a Sal 116,10.

16 Por consiguiente, nosotros ya no apreciamos a nadie por la apa-
riencia y, aunque una vez valoramos al Mesías por la apariencia,
17 ahora ya no. Por consiguiente, donde hay un cristiano, hay huma-
nidad [a] nueva; lo viejo ha pasado; mirad, existe algo nuevo.

Al servicio de la reconciliación

18 Y todo eso es obra de Dios, que nos reconcilió consigo a través
19 del Mesías y nos encomendó el servicio de la reconciliación; quie-
ro decir que Dios, mediante el Mesías, estaba reconciliando el
mundo consigo, cancelando la deuda de los delitos humanos y
20 poniendo en nuestras manos el mensaje de la reconciliación. Somos,
pues, embajadores de Cristo y es como si Dios exhortara por nues-
tro medio. Por Cristo os lo pido, dejaos reconciliar con Dios.
21 Al que no tenía que ver con el pecado, por nosotros lo cargó con
el pecado, para que nosotros, por su medio, obtuviéramos la reha-
bilitación de Dios.

6 Secundando, pues, su obra, os exhortamos también a no echar
2 en saco roto esta gracia de Dios. (Dice él: «*En tiempo favorable
te escuché, en día de salvación vine en tu ayuda*» [b]; pues mirad,
ahora es tiempo propicio, ahora es día de salvación).
3 Para que no pongan tacha a nuestro servicio nunca damos a nadie
4 motivo de escándalo; al contrario, continuamente damos prueba de
5 que somos servidores de Dios con tanto como aguantamos: luchas,
infortunios, angustias, golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin
6 dormir y días sin comer; procedemos con limpieza, saber, pacien-
7 cia y amabilidad, con dones del Espíritu y amor sincero, llevando
el mensaje de la verdad y la fuerza de Dios. Con la derecha y
8 con la izquierda empuñamos las armas de la honradez, a través
de honra y afrenta, de mala y buena fama. Somos los impostores
9 que dicen la verdad, los desconocidos conocidos de sobra, los mo-
10 ribundos que están bien vivos, los penados nunca ajusticiados, los
afligidos siempre alegres, los pobretones que enriquecen a muchos,
los necesitados que todo lo poseen.

IV

RECONCILIACION

11 Me he desahogado con vosotros, corintios; siento el corazón en-
12 sanchado. Dentro de mí no estáis estrechos, sois vosotros los de
13 sentimientos estrechos. Pagadme con la misma moneda; os hablo
como a hijos, y ensanchaos también vosotros.

Paréntesis: Templo de Dios

14 No os unzáis al mismo yugo con los infieles: ¿Qué tiene que
ver la rectitud con la maldad?, ¿puede unirse la luz con las tinie-
15 blas?, ¿pueden estar de acuerdo Cristo y el diablo?, ¿irán a medias

a «humanidad», cf. Rom 8,19. *b* Is 49,8.

16 el fiel y el infiel?, ¿son compatibles el templo de Dios y los ídolos?
Porque nosotros somos templo de Dios vivo; así lo dijo él:

Habitaré y caminaré con ellos,
seré su Dios y ellos serán mi pueblo
(Lv 26,12).

17 Por eso, *salid de en medio de esa gente,*
apartaos, dice el Señor,
no toquéis lo impuro
y yo os acogeré
(Is 52,11).

18 *Seré un padre* para vosotros
y vosotros *para mí hijos* e hijas,
dice el Señor soberano de todo
(2 Sm 7,14).

7 Estas promesas tenemos, amigos; por eso, limpiémonos toda
suciedad de cuerpo o de espíritu, y sigamos completando nuestra
consagración con el respeto que a Dios se debe.

Efecto de la carta anterior. Alegría de Pablo

2 Hacednos un hueco: a nadie ofendimos, a nadie arruinamos, a
3 nadie explotamos. No os estoy censurando; ya os tengo dicho que
os llevo tan dentro, que estamos unidos para vida y para muerte.
4 Mucha es mi confianza con vosotros, mucho mi orgullo por vos-
otros, me siento lleno de ánimos, reboso alegría en medio de todas
5 mis penalidades. Porque, de hecho, tampoco cuando llegué a Ma-
cedonia tuvo mi pobre persona un momento de sosiego; no, difi-
cultades por todas partes, contiendas por fuera y temores por den-
6 tro. Pero Dios, que da aliento a los deprimidos, nos animó con la
llegada de Tito; y no sólo con su llegada, sino también con los
ánimos que traía por causa vuestra; me habló de vuestra añoranza,
de vuestras lágrimas, de vuestro interés por mí, y esto me alegró
todavía más.
8 Por eso, aunque os causé pena con mi carta, no lo siento; antes
lo sentía, viendo que aquella carta os dolió, aunque fue por poco
9 tiempo; pero ahora me alegro, no de que sintierais pesar, sino de
que ese pesar produjese enmienda. Vuestro pesar fue realmente
como Dios manda, de modo que no salisteis perdiendo nada por
10 causa mía. Porque un pesar como Dios manda produce una en-
mienda saludable y sin vuelta atrás; en cambio, el pesar de este
11 mundo procura la muerte. ¡Hay que ver! El hecho de haber sen-
tido pesar como Dios manda cuánto empeño produjo en vosotros,
qué excusas, qué indignación, qué respeto, qué añoranza, qué emu-
lación, qué escarmiento. Habéis probado de todos los modos posi-
12 bles que no teníais culpa en el asunto. Ya veis que el motivo real
de la carta no eran el ofensor ni el ofendido; me proponía que des-
13 cubrieseis delante de Dios el aprecio que sentís por mí. Esto es
lo que me ha dado ánimos.

Además de estos ánimos, me alegró mucho más aún lo feliz que
se sentía Tito, pues se ha quedado tranquilo por todos vosotros.
14 En ninguno de los elogios que le había hecho de vosotros quedé
mal, todo lo contrario: lo mismo que a vosotros siempre os he di-
cho la verdad, también los elogios que hice a Tito de vosotros
15 resultaron ser verdad. Siente mucho más afecto por vosotros re-
cordando vuestra respuesta unánime y con qué escrupulosa aten-
16 ción[a] lo recibisteis. Me alegra poder contar con vosotros en todo.

V

LA COLECTA PARA JERUSALEN

8 Quiero que conozcáis, hermanos, el favor que Dios ha hecho
2 a las comunidades de Macedonia, pues, en medio de una dificul-
tad que los pone a dura prueba, su desbordante alegría y su ex-
trema pobreza se han volcado con ese derroche de generosidad.
3 Hicieron todo lo que podían, yo soy testigo, incluso más de lo
4 que podían; espontáneamente me pidieron con mucha insistencia
el favor de poder contribuir en la prestación a los consagrados.
5 Superaron mis previsiones, porque ante todo se dieron ellos per-
sonalmente al Señor y a nosotros, como Dios quería, hasta tal
6 punto que le he pedido a Tito que, lo mismo que él empezó la
cosa, dé el último toque ahí entre vosotros a esta obra de caridad.
7 Tenéis abundancia de todo: de fe, de dones de palabra, de cono-
cimiento, de empeño para todo y de ese amor vuestro por mí:
8 pues que sea también abundante vuestro donativo. No es que os
lo mande; os hablo del empeño que ponen otros para comprobar
9 si vuestra caridad es genuina; porque ya sabéis lo generoso que
fue nuestro Señor, Jesús el Mesías: siendo rico, se hizo pobre por
10 vosotros para enriqueceros con su pobreza. En este asunto doy
sólo un consejo; os viene muy bien, pues hace ya un año que
tomasteis la iniciativa, no sólo en la ejecución, sino en el propósito;
11 terminad ahora la ejecución, de modo que el término corresponda
12 a la buena voluntad del propósito; según vuestros medios, pues
donde hay buena voluntad se la acepta con lo que tenga, sin pedir
13 imposibles. No se trata de aliviar a otros pasando vosotros estre-
14 checes, sino que, por exigencia de la igualdad, en el momento
actual vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen, para
15 que un día la abundancia de ellos remedie vuestra falta, y así haya
igualdad, como dice la Escritura: «*Al que recogía mucho no le
sobraba y al que recogía poco no le faltaba*»[b].

Emisarios de Pablo

16 Doy gracias a Dios por haber puesto en el corazón de Tito el
17 mismo aprecio por vosotros; porque, desde luego, ha accedido a
mi petición, pero además, como es tan diligente, espontáneamente
18 se marcha a visitaros. Mando con él a un hermano que se ha he-

a «escrupulosa atención», lit. «con temor y temblor», frase hecha que indica sumo cuidado, cf. Ef 6,5; Flp 2,12. *b* Ex 16,18.

cho célebre en todas las comunidades anunciando la buena noticia;
19 más aún, las comunidades lo han elegido para que sea mi compa-
ñero de viaje en esta obra de caridad que administramos para
20 gloria del Señor y en prueba de nuestra buena voluntad. Evito
así las posibles críticas por la administración de esta importante
21 suma, pues *tenemos cuidado de quedar bien* no sólo *ante Dios*,
sino también *ante los hombres* [a].
22 Mando también con ellos a otro hermano nuestro, cuya diligen-
cia he comprobado muchas veces en muchos asuntos, y ahora mues-
tra mucha más, por lo mucho que se fía de vosotros.
23 A propósito de Tito, es compañero mío y colabora conmigo en
vuestros asuntos; nuestros hermanos son delegados de las comu-
24 nidades y honra de Cristo. Por eso, dadles pruebas de vuestro
amor y justificad ante ellos y ante sus comunidades mi orgullo
por vosotros.

VI

BILLETE SOBRE LA COLECTA PARA JERUSALEN

9 Es ciertamente superfluo escribiros sobre la prestación en favor
2 de los consagrados. Conozco vuestra buena voluntad y de ella alar-
deo con los macedonios, diciéndoles que Grecia tiene hechos to-
dos los preparativos desde el año pasado, y vuestro entusiasmo
ha estimulado a la mayoría.
3 Os mando a los hermanos para que mis alardes no queden des-
mentidos en este punto; o sea, para que estéis preparados, como
4 les decía a ellos; pues si los macedonios que vayan conmigo os
encuentran sin preparar, yo, por no decir vosotros, voy a que-
5 dar mal en este asunto. Por eso he juzgado necesario pedir a los
hermanos que se me adelanten y tengan preparado de antemano
el generoso donativo que habíais prometido. Así estará a punto y
parecerá generosidad en vez de sacado a regañadientes.
6 Recordad aquello: «*A siembra mezquina, cosecha mezquina;*
7 *a siembra generosa, cosecha generosa*» [b]. Cada uno dé lo que haya
decidido en conciencia, no a disgusto ni por compromiso, que
8 *Dios* se lo agradece *al que da de buena gana* [c]; y poder tiene Dios
para colmaros de toda clase de favores, de modo que, además de
tener siempre y en todo plena suficiencia, os sobre para toda clase
9 de obras buenas. Como dice la Escritura: «*Reparte limosna a los*
10 *pobres, su limosna es constante, sin falta*» [d]. El que suministra
semilla para sembrar y pan para comer, suministrará y hará crecer
vuestra sementera y multiplicará la cosecha de vuestra limosna;
11 seréis ricos de todo para ser generosos en todo, y esta generosidad,
pasando por nuestras manos, produce acción de gracias a Dios.
12 Porque la prestación de este servicio no sólo cubre las necesi-
dades de los consagrados, sino que redunda además en las muchas
13 gracias que se dan a Dios; al comprobar el valor de la prestación,

a Prov 3,4 LXX.
b Prov 11,24-25. *c* Prov 22,8 LXX. *d* Sal 111,9.

alabarán a Dios por lo obediente que es la fe que profesáis a la
buena noticia del Mesías y lo generosa que es vuestra solidaridad
14 con ellos y con todos; al ver el extraordinario favor que Dios os
15 muestra, expresarán su afecto orando por vosotros. Bendito sea
Dios por ese don inefable.

VII

POLEMICA

10 Yo, Pablo en persona, os voy a pedir algo por la paciencia e
indulgencia del Mesías; yo, tan encogido de cerca y tan valiente de
2 lejos. Ahorradme, por favor, tener que hacer el valiente cuando
vaya, pues me siento seguro y pienso atreverme con esos que me
3 achacan proceder por miras humanas. Aunque procedo, cierto,
como hombre que soy, no milito con miras humanas, porque las
4 armas de mi milicia no son humanas; no, es Dios quien les da
poder para derribar fortalezas: derribamos falacias y todo torreón
5 que se yerga contra el conocimiento de Dios; cogemos prisionero
6 a todo el que maniobra [a], sometiéndolo al Mesías, y estamos pre-
parados para castigar toda rebeldía, una vez que esa sumisión vues-
tra sea completa.
7 Os fijáis sólo en las apariencias. El que esté convencido de ser
de Cristo, que tenga en cuenta también esto: que yo soy tan de
8 Cristo como él. Y aunque alardease un poco demasiado de mi
autoridad, que me dio el Señor para construir vuestra comunidad,
9 no para destruirla, nadie va a dejarme en mal lugar, para no dar
10 la impresión de que os meto miedo sólo con cartas. Alguno dice:
«Las cartas, sí, son duras y severas, pero tiene poca presencia y
11 un hablar detestable». El individuo que dice eso sepa que de cerca
voy a ser en los hechos lo que soy de lejos y de palabra en mis
cartas.

Sarcasmo. No se excede en sus pretensiones

12 Cierto que uno no se atreve a equipararse o a compararse con
algunos de ésos que se hacen el cartel, aunque ellos, a fuerza de
tomarse por patrón de sí mismos y de compararse consigo mismos,
ya no coordinan.
13 Por lo que a mí toca, no voy a presumir pasándome de la raya;
me atendré a las medidas de mi campo de acción, las medidas que
14 Dios me asignó y que alcanzaban también a Corinto. Porque no
tengo que estirarme como si no alcanzara hasta ahí, pues también
a Corinto fui yo el primero en llegar con la buena noticia del Me-
15 sías. Y no por pasarme de la raya y presumir de fatigas ajenas,
sino con la esperanza de que, conforme crecía vuestro número de
16 creyentes, me multiplicaría más y más entre vosotros y anunciaría

a «a todo el que maniobra», lit. «a toda maniobra». «Sometiéndolo», como la «sumisión» del v. siguiente, responde a las metáforas militares del pasaje mejor que «obediencia».

la buena noticia más allá de Corinto, sin presumir de campo ajeno
entrando en lo ya labrado.
17-8 Además, *el que presume, que presuma del Señor* [a], pues quien
se hace él mismo el cartel no es ése el que está aprobado, sino
aquél a quien se lo hace el Señor.

11 ¡Ojalá me aguantaseis unos cuantos disparates! ¡Vamos, aguan-
2 tádmelos! Es que tengo celos de vosotros, los celos de Dios, pues
quise desposaros con un solo marido, presentándoos al Mesías como
3 una virgen intacta, y me temo que, igual que la serpiente sedujo
a Eva con su astucia, se pervierta vuestro modo de pensar y aban-
4 done la entrega y fidelidad al Mesías. Porque si el primero que se
presenta predica un Jesús diferente del que yo prediqué, o recibís
un espíritu diferente del que recibisteis y un evangelio diferente
del que aceptasteis, lo aguantáis tan tranquilos.

Los superapóstoles

5 Pues bajo ningún concepto me tengo yo en menos que esos
6 superapóstoles. En el hablar seré inculto, de acuerdo; pero en el
7 saber no, y os lo he demostrado siempre y en todo. ¿Hice mal en
abajarme para elevaros a vosotros? Lo digo porque os anuncié de
8 balde la buena noticia de Dios. Para estar a vuestro servicio tuve
9 que saquear a otras comunidades, aceptando un subsidio; mientras
estuve con vosotros, aunque pasara necesidad, no le saqué el jugo
a nadie; los hermanos que llegaron de Macedonia proveyeron a
mis necesidades. Mi norma fue y seguirá siendo no seros gravoso
10 en nada, y tan verdad como que soy cristiano, que nadie en toda
11 Grecia [b] me quitará esa honra. ¿Por qué será?, ¿porque no os
quiero? Bien sabe Dios cuánto.
12 Esto hago y seguiré haciendo, para cortarles de raíz todo apoyo
13 a ésos que buscan un pretexto para gloriarse de ser como yo. Esos
tales son apóstoles falsos, obreros tramposos, disfrazados de após-
14-5 toles del Mesías; y no hay por qué extrañarse; si Satanás se
disfraza de mensajero de la luz, no es mucho que también sus
agentes se disfracen de agentes de la honradez; su final correspon-
derá a sus obras.

Pablo no es inferior en trabajos

16 Lo repito, que nadie me tenga por insensato; y si no, aunque
sea como insensato, aceptadme, para que pueda presumir un po-
17 quito yo también. En este asunto del presumir, lo que diga no lo
18 digo como cristiano, sino disparatando. Son tantos los que presu-
19 men de títulos humanos, que también yo voy a presumir, porque
vosotros soportáis con gusto a los insensatos, por lo mismo que
20 sois sensatos. Si uno os esclaviza, si os explota, si os tima, si se
21 da importancia, si os abofetea en la cara, se lo aguantáis. ¡Qué
vergüenza, verdad, ser yo tan débil!
Pues en lo que otro se atreva, y hablo disparatando, me atrevo

a Jr 9,22-23. *b* «Grecia», como de ordinario, traduce «Acaya».

22 yo también. ¿Que son hebreos? También yo. ¿Que son linaje de
Israel? También yo. ¿Que son descendientes de Abrahán? Tam-
23 bién yo. ¿Que sirven a Cristo? Voy a decir un desatino: yo más.
Les gano en fatigas, les gano en cárceles, en palizas sin compara-
24 ción y en peligros de muerte con mucho. Los judíos me han
25 azotado cinco veces, con los cuarenta golpes menos uno; tres veces
he sido apaleado, una vez me han apedreado, he tenido tres nau-
26 fragios y pasé una noche y un día en el agua. Cuántos viajes a pie,
con peligros de ríos, con peligros de bandoleros, peligros entre
mi gente, peligros entre paganos, peligros en la ciudad, peligros
en despoblado, peligros en el mar, peligros con los falsos herma-
27 nos. Muerto de cansancio, sin dormir muchas noches, con hambre
28 y sed, a menudo en ayunas, con frío y sin ropa. Y aparte de eso
exterior, la carga de cada día, la preocupación por todas las co-
29 munidades. ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién cae sin
que a mí me dé fiebre?
30 Si hay que presumir, presumiré de lo que muestra mi debilidad,
31 y bien sabe Dios, el Padre de nuestro Señor, Jesús el Mesías
32 —bendito sea por siempre—, que no miento. En Damasco, el go-
bernador del rey Aretas tenía montada una guardia en la ciudad
33 para prenderme; metido en un costal me descolgaron por una
ventana de la muralla y así escapé de sus manos.

Tampoco en revelaciones del Señor

12 ¿Hay que presumir? No se saca nada, pero pasaré a las visiones
y revelaciones del Señor.
2 Yo sé de un cristiano que hace catorce años fue arrebatado hasta
3 el tercer cielo; con el cuerpo o sin cuerpo, ¿qué sé yo? Dios lo
4 sabe. Lo cierto es que ese hombre fue arrebatado al paraíso y oyó
palabras arcanas, que un hombre no es capaz de repetir; con el
cuerpo o sin cuerpo, ¿qué sé yo? Dios lo sabe.
5 De uno como ése podría presumir; lo que es yo, sólo presumiré
6 de mis debilidades. Y eso que si quisiera presumir, no sería un
insensato, diría la pura verdad, pero lo dejo, para que nadie me
7 tenga en más de lo que puede sacar viéndome u oyéndome y por
lo extraordinario de las revelaciones.
Por eso, para que no tenga soberbia, me han metido una espina
en la carne, un emisario de Satanás, para que me abofetee y no
8 tenga soberbia. Tres veces le he pedido al Señor verme libre de
9 él, pero me contestó: «Te basta con mi gracia, la fuerza se realiza
en la debilidad». Por consiguiente, con muchísimo gusto presumiré,
si acaso, de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza
10 del Mesías. Por eso estoy contento en las debilidades, ultrajes e in-
fortunios, persecuciones y angustias por Cristo; pues cuando soy
débil, entonces soy fuerte.

Preocupación por los corintios. Calumnias

11 He sido un insensato, vosotros me obligasteis. Hablar en favor
mío debería ser cosa vuestra, pues, aunque yo no sea nadie, en
12 nada soy menos que esos superapóstoles. La marca de apóstol se

vio en mi trabajo entre vosotros, en la constancia a toda prueba y
13 en las señales, portentos y milagros. ¿Qué tenéis que envidiar a
otras comunidades, excepto que yo no fui una carga para vosotros?
Perdonadme esta injuria.
14 Por tercera vez estoy preparado para ir a Corinto, y tampoco
ahora seré una carga. No me interesa lo vuestro, sino vosotros,
pues no son los hijos quienes tienen que ganar para los padres,
15 sino los padres para los hijos. Por mi parte, con muchísimo gusto
gastaré, y me desgastaré yo mismo por vosotros. Os quiero dema-
siado. ¿Es una razón para que me queráis menos?
16 Pase, dirán algunos, que yo no he sido una carga para vosotros;
17 pero como soy tan astuto, os he cazado con engaño. Vamos a ver,
de los que he mandado a Corinto, ¿de cuál me he servido para ex-
18 plotaros? Le pedí a Tito que fuera y con él mandé al otro her-
mano. ¿Os ha explotado Tito? ¿No hemos procedido con el mismo
espíritu? ¿No hemos seguido las mismas huellas?
19 ¿Pensáis ya hace rato que me estoy justificando ante vosotros?
Hablo como cristiano, delante de Dios, y todo es para construir
20 vuestra comunidad, amigos míos, porque me temo que cuando
vaya no os voy a encontrar como quisiera y que tampoco vosotros
me vais a encontrar a mí como quisierais. Podría encontrar dis-
cordia, rivalidad, arrebatos de ira, egoísmos, difamación, chismes,
21 engreimientos, alborotos. Temo que, cuando vaya, mi Dios me
aflija otra vez ahí entre vosotros y tenga que ponerme de luto por
muchos que fueron antes pecadores y no se han enmendado de la
inmoralidad, libertinaje y desenfreno en que vivían.

13 Esta vez va a ser mi tercera visita. *Todo asunto se resolverá*
2 *basándose en la declaración de dos o tres testigos* [a]. Os prevengo
ahora ausente de aquello de que previne en mi segunda visita a
los antiguos pecadores y a todos en general: que, cuando vuelva,
3 no tendré contemplaciones; ésta será la prueba que buscáis de que
Cristo habla por mí. El no es débil con vosotros; al contrario,
4 muestra su poder entre vosotros; es verdad que fue crucificado
por su debilidad, pero vive ahora por la fuerza de Dios. Yo, aun-
que comparto su debilidad, con la fuerza de Dios participaré de
su vida frente a vosotros.
5 Poneos a prueba a ver si os mantenéis en la fe, someteos a exa-
men. ¿No tenéis conciencia de que el Mesías Jesús está entre vos-
6 otros? A ver si es que no pasáis el examen; pero reconoceréis, así
7 lo espero, que yo sí lo he pasado. Pido a Dios que no hagáis nada
malo; no es que me interese ostentar mis calificaciones, sino que
vosotros practiquéis el bien, aunque parezca que yo estoy descali-
ficado.
8 No tenemos poder alguno contra la verdad, sólo en favor de la
9 verdad. Con tal que vosotros estéis fuertes, me alegro de ser yo
10 débil; todo lo que pido es que os recobréis. Por esta razón os escri-
bo así mientras estoy fuera, para no verme obligado a ser tajante
en persona con la autoridad que el Señor me ha dado para cons-
truir, no para derribar.

a Dt 19,15.

11 Y nada más, hermanos: estad alegres, recobraos, tened ánimos
y andad de acuerdo; vivid en paz, y el Dios del amor y la paz
estará con vosotros.
12 Saludaos unos a otros con el beso ritual. Todos los consagrados
os saludan.
13 El favor del Señor Jesús Mesías y el amor de Dios y la soli-
daridad del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

CARTA A LOS GALATAS

INTRODUCCION

Después de su tercer viaje misionero (Hch 18,23), encontrándose Pablo en Efeso (Hch 19,10), es cuando, con toda probabilidad, tiene noticias de una ofensiva personal contra él y su doctrina en las comunidades de Galacia del Norte. Algunos judeo-cristianos que seguían las tendencias de ciertos círculos de Jerusalén (Hch 15,1) querían imponer a los gálatas la circuncisión y la observancia de la Ley mosaica. Denigraban a Pablo, negándole su calidad de apóstol por no pertenecer al grupo de los Doce, y afirmaban que su doctrina sobre la caducidad de la Ley era invención suya y no correspondía a lo que se pensaba en los altos círculos de Jerusalén.

Las comunidades gálatas eran de origen pagano y habían sido fundadas y visitadas por Pablo (4,13; Hch 16,6; 18,23).

La carta, ciertamente auténtica, contiene una violenta reivindicación del apostolado de Pablo y de su doctrina, seguida de una reafirmación del evangelio como contradistinto de la Ley y de la espiritualidad legalista. Es la única carta de Pablo que no comienza por una bendición o acción de gracias a Dios (Rom 1, 8-10; 1 Cor 1,4-9, etc.), hecho revelador de la indignación que sentía.

Gál es el manifiesto de la libertad cristiana; de ahí su importancia para toda época. Pablo enseña que el crecimiento personal a que Dios llama al hombre no se obtiene por la fidelidad minuciosa a un código de leyes o reglas, sino por el uso responsable de la libertad. La relación creadora del hombre no se establece con un código, sino con Cristo, presente en lo profundo del ser (2,20). La guía de la libertad es el amor a sí mismo y a los demás (5,13.14), que se identifica con el interés activo por el bien del prójimo (5,6).

La fecha del escrito ha de colocarse entre los años 54 y 57, más probablemente al final de este período, dada su afinidad con la Carta a los Romanos, escrita el año 57/58.

1 Pablo, apóstol no por nombramiento ni intervención humana,
sino por intervención de Jesús el Mesías y de Dios Padre, que lo
resucitó de la muerte.
2 Yo y todos los hermanos que están conmigo, a las comunidades
3 de Galacia: Os deseamos el favor y la paz de Dios nuestro Padre
4 y del Señor, Jesús Mesías, que se entregó por nuestros pecados
para librarnos de este perverso mundo presente, conforme al de-
5 signio de Dios nuestro Padre. A él la gloria por los siglos de los
siglos. Amén.

Exordio: no hay más que un evangelio

6 Me extraña que tan de prisa dejéis al que os llamó al favor que
7 obtuvo el Mesías para pasaros a una buena noticia diferente, que
no es tal cosa, sino que hay algunos que os alborotan tratando
de darle la vuelta a la buena noticia del Mesías.
8 Pues mirad, incluso si nosotros mismos o un ángel bajado del
cielo os anunciara una buena noticia distinta de la que os hemos
9 anunciado, ¡fuera con él! Lo que os tenía dicho os lo repito ahora:

si alguien os anuncia una buena noticia distinta de la que reci-
bisteis, ¡fuera con él!
10 Qué, ¿trato ahora de congraciarme con los hombres o con Dios?,
o ¿busco yo contentar a hombres? Si todavía tratara de contentar
a hombres, no podría estar al servicio de Cristo.

I

REIVINDICA SU TITULO DE APOSTOL Y SU DOCTRINA

11 Os advierto además, hermanos, que la buena noticia que yo os
12 anuncié no es invento humano; porque tampoco a mí me la ha
transmitido ni enseñado ningún hombre, sino una revelación de
Jesús como Mesías.
13 Sin duda habéis oído hablar de mi conducta pasada en el judaís-
mo; con qué saña perseguía yo a la Iglesia de Dios tratando de
14 destruirla; y hacía carrera en el judaísmo más que muchos compa-
triotas de mi generación, por ser mucho más fanático de mis tra-
diciones ancestrales.
15 Y cuando aquél que me escogió desde el seno de mi madre y
16 me llamó por su gracia se dignó revelarme a su Hijo para que yo
lo anunciara a los paganos, no consulté con nadie de carne y hueso
17 ni tampoco subí a Jerusalén para ver a los apóstoles anteriores a mí,
sino que inmediatamente salí para Arabia, de donde volví otra
vez a Damasco.

Primera visita a Jerusalén

18 Después, tres años más tarde, subí a Jerusalén para conocer a
19 Pedro y me quedé quince días con él. No vi a ningún otro apóstol,
20 excepto a Santiago, el pariente del Señor. Y en esto que os escribo
21 Dios me es testigo de que no miento. Fui después a Siria y Cilicia.
22 En cambio, las comunidades cristianas de Judea no me conocían
23 personalmente; nada más oían decir que el antiguo perseguidor
24 predicaba ahora la fe que antes intentaba destruir, y alababan a
Dios por causa mía.

Segunda visita a Jerusalén

2 Después, a los catorce años, subí de nuevo a Jerusalén en com-
2 pañía de Bernabé, llevándome también a Tito. Subí por una reve-
lación y les expuse la buena noticia que pregono a los paganos,
pero en particular, a «los respetados», para evitar que mis afanes
3 de ahora o de entonces resulten inútiles. Y así fue; ni siquiera
obligaron a circuncidarse a mi acompañante, Tito, aunque era
griego.
4 Se debía la cosa a aquellos intrusos, a aquellos falsos hermanos
que se infiltraron para acechar nuestra libertad —esa que tenemos
5 gracias al Mesías Jesús—, con intención de esclavizarnos. Ante
aquéllos ni por un momento cedimos dejándonos avasallar, para
que la verdad de la buena noticia siguiera con vosotros.

6 Pues bien, por parte de los respetados por ser algo (lo que
fueran o dejaran de ser no me interesa nada, Dios no mira lo
exterior del hombre); a mí, como decía, «los respetados» no
7 tuvieron nada que añadirme, todo lo contrario: viendo que se me
ha confiado anunciar la buena noticia a los paganos (como a Pedro
8 a los judíos, pues aquel que capacitó a Pedro para la misión de
9 los judíos me capacitó también a mí para los paganos), y recono-
ciendo el don que he recibido, Santiago, Pedro y Juan, los respe-
tados como pilares, nos dieron la mano a mí y a Bernabé en señal
de solidaridad, de acuerdo en que nosotros nos dedicáramos a los
10 paganos y ellos a los judíos. Sólo nos pidieron que nos acordáse-
mos de los pobres de allí, y eso en concreto lo tomé muy a pecho.

Incidente con Pedro

11 Pero cuando Pedro fue a Antioquía tuve que encararme con
12 él, porque se había hecho culpable. Antes que llegaran ciertos in-
dividuos de parte de Santiago, comía con los paganos; pero llega-
dos aquéllos empezó a retraerse y ponerse aparte, temiendo a los
partidarios de la circuncisión.
13 Los demás judíos se asociaron a su ficción y hasta el mismo
14 Bernabé se dejó arrastrar con ellos a aquella farsa. Ahora que
cuando yo vi que no andaban a derechas con la verdad del evan-
gelio, le dije a Pedro delante de todos:
—Si tú, siendo judío, estás viviendo como un pagano y en nada
como un judío, ¿cómo intentas forzar a los paganos a las prácti-
15 cas judías? Nosotros éramos judíos de nacimiento, no de esos
16 paganos pecadores, pero comprendimos que ningún hombre es
rehabilitado por observar la Ley, sino por la fe en Jesús Mesías.
Por eso también nosotros hemos creído en el Mesías Jesús, para
ser rehabilitados por la fe en el Mesías y no por observar la Ley,
pues por observar la Ley «*no será rehabilitado ningún mortal*» [a].
17 Ahora, si por buscar la rehabilitación por medio del Mesías he-
mos resultado también nosotros unos pecadores, ¿qué?, ¿está el
18 Mesías al servicio del pecado? —¡Ni pensarlo!—, porque si uno
construye de nuevo lo que demolió una vez, demuestra uno mis-
mo haber sido culpable.
19 Lo que es yo, estando bajo la Ley morí para la Ley, con el
fin de vivir para Dios. Con el Mesías quedé crucificado y ya no
20 vivo yo, vive en mí Cristo; y mi vivir humano de ahora es un
vivir de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por
21 mí. Yo no inutilizo el favor de Dios; y si la rehabilitación se
consiguiera con la Ley, entonces en balde murió el Mesías.

a Sal 143,2.

II

EXPOSICION:
DIOS REHABILITA AL HOMBRE POR LA FE, NO POR LA OBSERVANCIA DE LA LEY

3 ¡Gálatas estúpidos! ¿Quién os ha embrujado? ¡Después que ante
2 vuestros ojos presentaron a Jesús el Mesías en la cruz! Contestad-
me sólo a esto: ¿recibisteis el Espíritu por haber observado la Ley
3 o por haber escuchado con fe? ¿Tan estúpidos sois? ¿Empezasteis
4 por el espíritu para terminar ahora con la materia? ¡Tan magníficas
5 experiencias en vano!, suponiendo que hayan sido en vano. Va-
mos a ver: cuando Dios os comunica el Espíritu y obra prodigios
entre vosotros, ¿lo hace porque observáis la Ley o porque es-
cucháis con fe?

Abrahán rehabilitado por la fe

6 Dado que Abrahán «*se fio de Dios y eso le valió la rehabilita-
7 ción*» [a], sabed de una vez que hijos de Abrahán son únicamente
8 los hombres de fe. Además, la Escritura, previendo que Dios re-
habilitaría a los paganos por la fe, le adelantó a Abrahán la buena
9 noticia: «*Por ti serán benditas todas las naciones*» [b]. Así que son
los hombres de fe los que reciben la bendición con Abrahán el
creyente.
10 Mirad: los que se apoyan en la observancia de la Ley llevan
encima una maldición, porque dice la Escritura: «*Maldito el que
11 no se atiene a todo lo escrito en el libro de la Ley y lo cumple*» [c].
Y que por la Ley nadie se rehabilita ante Dios es evidente, pues
12 «*vivirá el que se rehabilita por la fe*» [d], y la Ley no alega la fe,
sino que dice: «*El que cumple sus preceptos, vivirá por ellos*» [e].
13 El Mesías nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose por
nosotros un maldito, pues dice la Escritura: «*Maldito todo el que
14 cuelga de un palo*» [f]; y esto para que por medio de Jesús el Me-
sías la bendición de Abrahán alcanzase a los paganos y por la fe
recibiéramos el Espíritu prometido.

La promesa no depende de la Ley

15 Hermanos, hablo desde el punto de vista humano: aunque sea
de un hombre, un testamento debidamente otorgado nadie puede
16 anularlo ni se le puede añadir una cláusula. Pues bien, las pro-
mesas se hicieron a Abrahán y a su descendencia; no se dice «y a
los descendientes» en plural, sino en singular, «*y a tu descen-
dencia*» [g], que es el Mesías.
17 Quiero decir esto: Una herencia ya debidamente otorgada por
Dios no iba a anularla una Ley que apareció cuatrocientos treinta
18 años más tarde, dejando sin efecto la promesa; y en caso de que
la herencia viniera en virtud de la Ley, ya no dependería de la

a Gn 15,6. *b* Gn 12,3. *c* Dt 27,26. *d* Hab 2,4.
e Lv 18,5. *f* Dt 21,23. *g* Gn 12,7.

promesa, mientras que a Abrahán Dios le dejó hecha la donación
con la promesa.
19 Entonces, ¿para qué la Ley? Se añadió para denunciar los deli-
tos, hasta que llegara el descendiente beneficiario de la promesa,
20 y fue promulgada por ángeles, por boca de un mediador; pero
este mediador no representa a uno solo, mientras Dios es uno
solo.
21 Entonces, ¿contradice la Ley a las promesas de Dios? Nada de
eso. Si se hubiera dado una Ley capaz de dar vida, la rehabilita-
22 ción dependería realmente de la Ley. Pero no, la Ley escrita [a] lo
encerró todo en el pecado, para que lo prometido se dé por la fe
en Jesús Mesías a todo el que cree.

La Ley, infancia de la humanidad

23 Antes de que llegara la fe estábamos custodiados por la Ley,
24 encerrados esperando a que la fe se revelase. Así la Ley fue nues-
tra niñera [b], hasta que llegase el Mesías y fuésemos rehabilitados
por la fe.
25 En cambio, una vez llegada la fe, ya no estamos sometidos a la
26 niñera, pues por la adhesión al Mesías Jesús sois todos hijos
27 de Dios; porque todos, al bautizaros vinculándoos al Mesías, os
28 revestisteis del Mesías. Ya no hay más judío ni griego, esclavo ni
libre, varón y hembra, pues vosotros hacéis todos uno, mediante
29 el Mesías Jesús; y si sois del Mesías, sois, por consiguiente, des-
cendencia de Abrahán, herederos conforme a la promesa.

El hombre, mayor de edad

4 Quiero decir: mientras el heredero es menor de edad, en nada
se diferencia de un esclavo, pues, aunque es dueño de todo, lo
2 tienen bajo tutores y curadores hasta la fecha fijada por su padre.
3 Igual nosotros, cuando éramos menores estábamos esclavizados por
lo elemental del mundo.
4 Pero cuando se cumplió el plazo envió Dios a su hijo, nacido
5 de mujer, sometido a la Ley, para rescatar a los que estaban some-
6 tidos a la Ley, para que recibiéramos la condición de hijos. Y la
prueba de que sois hijos es que Dios envió a vuestro interior el
7 Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba! ¡Padre! De modo que ya
no eres esclavo, sino hijo, y si eres hijo eres también heredero, por
obra de Dios.

a «la Ley escrita», lit. «la Escritura» con referencia al código legal.
b «niñera»; en griego, «pedagogo», esclavo encargado no de enseñar, sino de cuidar del niño y llevarlo a la escuela.

III

LA SITUACION EN GALACIA

Vuelta a las observancias

8 Antes, cuando no sabíais de Dios, os hicisteis esclavos de seres
9 que por su naturaleza no son dioses. Ahora que habéis recono-
cido a Dios, mejor dicho, que Dios os ha reconocido, ¿cómo os
volvéis de nuevo a esos elementos sin eficacia ni contenido?
10 ¿Queréis ser sus esclavos otra vez como antes? Respetáis ciertos
11 días, meses, estaciones y años; me hacéis temer que mis fatigas
por vosotros hayan sido inútiles.

Frialdad con Pablo

12 Poneos en mi lugar, hermanos, por favor, que yo, por mi parte,
13 me pongo en el vuestro. En nada me habéis ofendido. Recordáis que
la primera vez os anuncié el evangelio con motivo de una enfer-
14 medad mía, pero no me despreciasteis ni me hicisteis ningún
desaire, aunque mi estado físico os debió de tentar a eso; al con-
trario, me recibisteis como a un mensajero de Dios, como al Mesías
Jesús en persona.
15 Siendo esto así, ¿dónde ha ido a parar aquella dicha vuestra?
Porque hago constar en vuestro honor que, a ser posible, os ha-
16 bríais sacado los ojos por dármelos. ¿Y ahora me he convertido
en enemigo vuestro por ser sincero con vosotros?
17 El interés que ésos os muestran no es de buena ley; quieren
18 aislaros para acaparar vuestro interés. Sería bueno, en cambio,
que os interesarais por lo bueno siempre, y no sólo cuando estoy
19 ahí con vosotros. Hijos míos, otra vez me causáis dolores de parto,
20 hasta que Cristo tome forma en vosotros. Quisiera estar ahora
ahí y matizar el tono de mi voz, pues con vosotros no encuentro
medio.

IV

LA LIBERTAD CRISTIANA

21 Vamos a ver, si queréis someteros a la Ley, ¿por qué no es-
22 cucháis lo que dice la Ley? Porque en la Escritura se cuenta que
Abrahán tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la mujer
23 libre, pero el de la esclava nació de modo natural, mientras el de
la libre fue por una promesa de Dios.
24 Esto significa algo más: las mujeres representan dos alianzas;
una, la del monte Sinaí, engendra hijos para la esclavitud: ésa
25 es Agar (el nombre de Agar significa el monte Sinaí, de Arabia)
y corresponde a la Jerusalén de hoy, esclava ella y sus hijos.
26 En cambio, la Jerusalén de arriba es libre y ésa es nuestra
27 madre, pues dice la Escritura:

Alégrate, la estéril que no das a luz,
rompe a gritar, tú que no conocías los dolores,
porque la abandonada tiene muchos hijos,
más que la que vive con el marido
(Is 54,1).

28 Pues vosotros, hermanos, sois hijos por la promesa, como Isaac.
29 Ahora bien, si entonces el que nació de modo natural perseguía
30 al que nació por el Espíritu, lo mismo ocurre ahora. Pero ¿qué
añade la Escritura?: «*Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque*
el hijo de la esclava no compartirá la herencia con el hijo de la
libre» [a].
31 Por tanto, hermanos, no somos hijos de esclava, sino de la mu-
5 jer libre. Para que seamos libres nos liberó el Mesías; conque
manteneos firmes y no os dejéis atar de nuevo al yugo de la es-
clavitud.

Conclusión

2 Mirad lo que os digo yo, Pablo: si os dejáis circuncidar, el Me-
3 sías no os servirá ya de nada. Y a todo el que se circuncida le
4 declaro de nuevo que está obligado a observar la Ley entera. Los
que buscáis la rehabilitación por la Ley habéis roto con el Mesías,
habéis caído en desgracia.
5 Por nuestra parte, la anhelada rehabilitación la esperamos de la
6 fe por la acción del Espíritu, pues como cristianos da lo mismo
estar circuncidado o no estarlo; lo que vale es una fe que se tra-
duce en amor.

Colofón

7 Con lo bien que corríais, ¿quién os cortó el paso para que no
8-9 siguieseis la verdad? Ese influjo no venía del que os llama. «Una
10 pizca de levadura fermenta toda la masa». Respecto a vosotros,
yo confío en que el Señor hará que estéis en pleno acuerdo con
esto, pero el que os alborota, sea quien sea, cargará con su san-
ción.
11 Por lo que a mí toca, hermanos, si es verdad que sigo predi-
cando la circuncisión, ¿por qué todavía me persiguen? Ea, ya está
12 neutralizado el escándalo de la Cruz. ¡Ojalá se mutilasen del todo
esos que os soliviantan!

V

APENDICE: LIBERTAD RESPONSABLE

13 A vosotros, hermanos, os han llamado a la libertad; solamente
que esa libertad no dé pie a los bajos instintos. Al contrario, que
14 el amor os tenga al servicio de los demás, porque la Ley entera
queda cumplida con un solo mandamiento, el de «*amarás a tu*
15 *prójimo como a ti mismo*» [b]. Cuidado, que si os seguís mordiendo
y devorando unos a otros, os vais a destrozar mutuamente.
16 Quiero decir: proceded guiados por el Espíritu y nunca cederéis
17 a deseos rastreros. Mirad, los objetivos de los bajos instintos son
opuestos al Espíritu y los del Espíritu a los bajos instintos, porque
los dos están en conflicto. Resultado: que no podéis hacer lo que
18 quisierais. En cambio, si os dejáis llevar por el Espíritu, no estáis
sometidos a la Ley.

a Gn 21,10. *b* Lv 19,18.

19 Las acciones que proceden de los bajos instintos son conocidas:
20 lujuria, inmoralidad, libertinaje, idolatría, magia, enemistades, dis-
cordia, rivalidad, arrebatos de ira, egoísmos, partidismos, secta-
21 rismos, envidias, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os
prevengo, como ya os previne, que los que se dan a eso no here-
darán el Reino de Dios.
22 En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, tolerancia,
23 agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí. Contra esto
24 no hay ley que valga. Los que son del Mesías han crucificado sus
bajos instintos con sus pasiones y deseos.

Exhortación: seguir al Espíritu

25 Si el Espíritu nos da vida, sigamos también los pasos del Es-
26 píritu. No seamos vanidosos, provocándonos unos a otros, envi-
6 diándonos unos a otros. Hermanos, incluso si a un individuo se
le cogiera en algún desliz, vosotros, los hombres de espíritu, recu-
perad a ese tal con mucha suavidad; estando tú sobre aviso, no
vayas a ser tentado también tú.
2 Arrimad todos el hombro a las cargas de los otros, que con eso
3 cumpliréis la ley del Mesías. Por supuesto, si alguno se figura ser
4 algo, cuando no es nada, él mismo se da el timo. Cada cual exa-
mine su propia actuación, y tenga entonces motivo de satisfacción
5 refiriéndose sólo a sí mismo, no refiriéndose al compañero, pues
cada uno tendrá que cargar con su propio bulto.
6 Cuando uno está instruyéndose en el mensaje, comparta con el
catequista todo lo que tiene.
7 No os engañéis, con Dios no se juega: lo que uno cultive, eso
8 cosechará. El que cultiva los bajos instintos, de ellos cosechará
corrupción; el que cultiva el espíritu, del Espíritu cosechará vida
9 eterna. Por tanto, no nos cansemos de hacer el bien, que, si no
desmayamos, a su tiempo cosecharemos.
10 En una palabra: mientras tenemos ocasión, trabajemos por el
bien de todos, especialmente por el de la familia de la fe.

Posdata y despedida

11 Fijaos qué letras tan grandes, son de mi propia mano.
12 Esos que intentan forzaros a la circuncisión son ni más ni menos
los que desean quedar bien en lo exterior; su única preocupación
es que no los persigan por causa de la Cruz del Mesías, porque la
13 Ley no la observan ni los mismos circuncisos; pretenden que os
circuncidéis para gloriarse de que os habéis sometido a ese rito.
14 Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme más que de la Cruz
de nuestro Señor, Jesús Mesías, en la cual el mundo quedó cru-
15 cificado para mí y yo para el mundo. ¡Circuncisión o no circun-
16 cisión, qué más da! Lo que importa es una nueva humanidad.
Paz y misericordia para todo el que sigue esta norma y para el
Israel de Dios.
17 En adelante, que nadie me amargue más la vida, que yo llevo
en mi cuerpo las marcas de Jesús.
18 El favor de nuestro Señor, Jesús Mesías, os acompañe, her-
manos, amén.

CARTA A LOS EFESIOS

INTRODUCCION

La dirección «a los efesios» no aparece en el documento más antiguo de las cartas de Pablo, un papiro de principios del siglo III, y algunos autores del siglo II desconocían esta dirección y pensaban que la carta estaba dirigida a Laodicea.

La carta se presenta como escrita por Pablo, que está en la cárcel (3,1; 4,1; 6,20), pero el autor no conoce personalmente a los destinatarios y sólo de oídas su fe y su amor (1,14); ellos tampoco lo conocen a él (3,2). La autenticidad paulina es discutida, por la enorme diferencia de estilo con las cartas auténticas. El estilo de Ef es redundante y pesado y su lenguaje mucho más semítico que el paulino. Además, Ef se inspira en Colosenses, hasta el punto de que casi la mitad de sus versículos tienen paralelos verbales con Col. Ciertas expresiones resultan difíciles de conciliar con el pensamiento de Pablo: por ejemplo, que los apóstoles y profetas sean el cimiento de la Iglesia (2,20-21), en contraste con Col 2,7 (construidos sobre él) y, sobre todo, con 1 Cor 1,26 (Cristo, único cimiento).

La carta presupone un momento histórico en que muchos paganos han llegado a la fe; Ef construye una cristología o, mejor, una eclesiología a partir del acontecimiento, y en él centra el secreto de Dios. Esto supone una generación posterior a Pablo.

Los escritos pseudónimos eran frecuentes en la época y no tenían la pretensión de engañar, sino de continuar la enseñanza de un autor conocido, aplicándola a nuevas circunstancias. Recuérdese el caso del libro de la Sabiduría, atribuido a Salomón, aunque escrito en griego a principios del siglo I d. C.

Ef es el gran documento de la unidad eclesial. El autor quiere evitar el peligro de un nuevo particularismo que hiciera olvidar a los cristianos de origen pagano el pasado judío y la unidad de ambos pueblos. La carta se escribe entre los años 80 y 100, probablemente en Asia Menor.

1 Pablo, apóstol del Mesías por designio de Dios, a los consagra-
2 dos [a], a los que son también fieles del Mesías Jesús: Os deseo el
favor y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesús el Mesías.

I

EL DESIGNIO DE DIOS: LA UNION UNIVERSAL

3 ¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús Mesías, que,
por medio del Mesías, nos ha bendecido desde el cielo con toda
bendición del Espíritu!
4 Porque nos eligió con él antes de crear el mundo, para que
estuviéramos consagrados y sin defecto a sus ojos por el amor;
5 destinándonos ya entonces a ser adoptados por hijos suyos por

a «consagrados», cf. Rom 1,7. Con los mejores mss. se omiten las palabras «en Efeso».

medio de Jesús Mesías —conforme a su querer y a su designio—,
6 a ser un himno a su gloriosa generosidad [a].
La derramó sobre nosotros por medio de su Hijo querido, el
7 cual, con su sangre, nos ha obtenido la liberación, el perdón de
los pecados: muestra de su inagotable generosidad.
8 Y la derrochó con nosotros —y ¡con cuánta sabiduría e inte-
9 ligencia!—, revelándonos su designio secreto, conforme al querer
10 y proyecto que él tenía para llevar la historia a su plenitud: hacer
la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y
de lo celeste.
11 Por su medio, pues por él Dios hizo de nosotros su heredad
(a esto habíamos sido destinados, conforme al proyecto de aquel
12 que activa el universo según su plan y su designio), para que los
que ya esperábamos en el Mesías fuéramos un himno a su gloria.
13 Y por él también, vosotros, después de oír el mensaje de la
verdad, la buena noticia de vuestra salvación, por él, al creer,
fuisteis sellados con el Espíritu Santo prometido, garantía de
14 nuestra herencia, para liberación de su patrimonio, para himno a
su gloria.
15 Por eso, por lo que a mí toca, enterado de vuestra adhesión al
16 Señor Jesús y de vuestro amor a todos los consagrados, no ceso
de dar gracias a Dios por vosotros cuando os encomiendo en mis
oraciones.
17 Que el Dios de nuestro Señor, Jesús Mesías, el Padre que posee
la gloria, os dé un saber y una revelación interior con profundo
18 conocimiento de él; que tenga iluminados los ojos de vuestra
alma, para que comprendáis qué esperanza abre su llamamiento,
19 qué tesoro es la gloriosa herencia destinada a sus consagrados y
qué extraordinaria su potencia en favor de los que creemos, conforme a la eficacia de su poderosa fuerza.

Fundamentos de la esperanza

20 Desplegó esa eficacia con el Mesías, resucitándolo y sentándolo
21 a su derecha en el cielo, por encima de toda soberanía y autori-
dad y poder y dominio, y de todo título reconocido no sólo en
22 esta edad, sino también en la futura. *Sí, todo lo sometió bajo sus*
23 *pies* [b], y a él lo hizo, por encima de todo, cabeza de la Iglesia, que
es su cuerpo, el complemento del que llena totalmente el universo.

2 También vosotros estabais muertos por vuestras culpas y pe-
2 cados, pues tal era antes vuestra conducta, siguiendo el genio [c] de
este mundo, siguiendo al jefe que manda en esta zona inferior,
3 el espíritu que ahora actúa eficazmente en los rebeldes. De ellos
éramos también nosotros, pues todos vivíamos antes sujetos a
los bajos deseos, obedeciendo a los caprichos del instinto y de la
imaginación, y, naturalmente, estábamos destinados a la reprobación como los demás.

a «generosidad», o bien, «favor», «gracia», «benevolencia». Así, a menudo en la carta. *b* Sal 8,7. *c* «el genio», en griego «Eón», quizá alusión al Dios de ese nombre, personificación del tiempo y de la eternidad.

4 Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor que nos tuvo,
5 cuando estábamos muertos por las culpas nos dio vida con el Me-
6 sías —estáis salvados por pura generosidad—, con él nos resucitó
y con él nos hizo sentar en el cielo, en la persona del Mesías Jesús.
7 Con esa bondad suya para con nosotros, por medio del Mesías
Jesús, quería mostrar a las edades futuras su espléndida e incom-
parable generosidad.
8 De hecho, gracias a esa generosidad estáis ya salvados por la
9 fe; es decir, no viene de vosotros, es don de Dios; no es por lo
10 que hayáis hecho, para que nadie se engalle. Somos realmente
hechura suya, creados, mediante el Mesías Jesús, para hacer el bien
que Dios nos asignó de antemano como línea de conducta.

II

CRISTO, EJECUTOR DEL DESIGNIO DE UNIDAD: LA HUMANIDAD NUEVA

Situación anterior. Obra de Cristo. Resultado

11 Recordad por eso que antes vosotros, los paganos en el cuerpo
—tratados de «incircuncisos» por los que se llamaban «circun-
12 cisos» (en el cuerpo y por mano de hombres)—, recordad que no
teníais un Mesías, que estabais excluidos de la ciudadanía de Israel
y erais ajenos a las alianzas, sin esperanza en la promesa ni Dios
en el mundo.
13 Ahora, en cambio, gracias al Mesías Jesús, vosotros los que antes
14 estabais lejos estáis cerca, por la sangre del Mesías, porque él es
nuestra paz: él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó la
15 barrera divisoria, la hostilidad, aboliendo en su vida mortal la Ley
de los minuciosos preceptos; así, con los dos, creó en sí mismo
16 una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un
solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, ma-
tando en sí mismo la hostilidad.
17 Por eso, su venida *anunció la paz a los que estabais lejos y la paz*
18 *a los que estaban cerca,* pues gracias a él unos y otros, por un
mismo Espíritu, tenemos acceso al Padre.
19 Por tanto, ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciu-
20 dadanos de los consagrados y familia de Dios, pues fuisteis edifi-
cados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, con el Mesías
21 Jesús como piedra angular. Por obra suya la construcción se va
levantando compacta, para formar un templo consagrado por el
22 Señor; y también por obra suya vais entrando vosotros con los
demás en esa construcción, para formar por el Espíritu una morada
para Dios.

Explica de nuevo el designio de Dios

3 Por esta razón yo, Pablo, prisionero por el Mesías Jesús para el
2 bien de vosotros los paganos... Supongo que estáis enterados del
encargo que Dios generosamente me ha dado con vistas a vosotros;
3 cómo en una revelación se me dio a conocer el secreto que he ex-

4 puesto con brevedad anteriormente; leyéndolo podréis daros cuenta
de que entiendo del secreto del Mesías.
5 Nunca se había dado a conocer a los hombres de otras genera-
ciones como ahora lo ha revelado el Espíritu a los consagrados, a
6 sus apóstoles y profetas: que los paganos, mediante el Mesías
Jesús, y gracias a la buena noticia, entran en la misma herencia,
forman un mismo cuerpo y tienen parte en la misma promesa;
7 buena noticia a cuyo servicio estoy, regalo que me hizo Dios ge-
8 nerosamente con la eficacia de su poder. A mí, el más insignifi-
cante de todos los consagrados, me concedieron este don: anunciar
9 a los paganos la inimaginable riqueza del Mesías y aclararles a
todos cómo se va realizando el secreto escondido desde siempre
en Dios, creador del universo.
10 Así, desde el cielo, por medio de la Iglesia, se dan a conocer a
las soberanías y autoridades las múltiples formas de la sabiduría
11 de Dios, contenidas en el proyecto secular que llevó a efecto me-
12 diante el Mesías, Jesús Señor nuestro. Gracias a él, tenemos es-
13 libertad de acercamiento, con la osadía que da la fe en él; por eso,
hacedme el favor de no acobardaros cuando paso dificultades por
vosotros; ellas son precisamente vuestra gloria.

Pide la experiencia interior

14-5 Por esta razón doblo las rodillas ante el Padre, el que da el
16 apellido a toda familia en cielo y tierra, y le pido que, mostrando
su inagotable esplendidez, os refuerce y robustezca interiormente
17 con su Espíritu, para que el Mesías se instale por la fe en lo
íntimo de vosotros y quedéis arraigados y cimentados en el amor;
18 con eso seréis capaces de comprender, en compañía de todos los
consagrados, lo que es anchura y largura, altura y profundidad,
19 y de conocer lo que supera todo conocimiento, el amor del Me-
sías, llenándoos de la plenitud total, que es Dios.
20 Al que puede hacer mucho más sin comparación de lo que pe-
dimos o concebimos, con esa potencia que actúa eficazmente en
21 nosotros, a él dé gloria la Iglesia con el Mesías Jesús por todas
las generaciones, de edad en edad, amén.

III

UNIDAD Y AMOR MUTUO

La diversidad, instrumento de unidad

4 En consecuencia, un favor os pido, yo, el prisionero por el Señor:
2 Que viváis a la altura del llamamiento que habéis recibido; sed
de lo más humilde y sencillo, sed pacientes y conllevaos unos a
3 otros con amor. Esforzaos por mantener la unidad que crea el
4 Espíritu, estrechándola con la paz. Hay un solo cuerpo y un solo
Espíritu, como una es también la esperanza que os abrió su lla-
5-6 mamiento; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de
todos, que está sobre todos, entre todos y en todos.

7 Pero cada uno hemos recibido el don en la medida en que
8 el Mesías nos lo dio. Por eso dice la Escritura:

Subió a lo alto llevando cautivos,
dio dones a los hombres
(Sal 67,19).

9 Ese «subió» supone necesariamente que había bajado antes a lo
10 profundo de la tierra; y fue el mismo que bajó quien subió por
encima de los cielos para llenar el universo.
11 Fue él quien dio a unos como apóstoles, a otros como profetas [a],
12 a otros como evangelistas, a otros como pastores y maestros, con
el fin de equipar a los consagrados para la tarea del servicio, para
13 construir el cuerpo del Mesías; hasta que todos sin excepción
alcancemos la unidad que es fruto de la fe y del conocimiento del
Hijo de Dios, la edad adulta, el desarrollo que corresponde al
complemento del Mesías.
14 Así ya no seremos niños, zarandeados y a la deriva por cualquier
ventolera de doctrina, a merced de individuos tramposos, consu-
15 mados en las estratagemas del error. En vez de eso, siendo autén-
ticos en el amor, crezcamos en todo aspecto hacia aquél que es la
16 cabeza, Cristo. De él viene que el cuerpo entero, compacto y tra-
bado por todas las junturas que lo alimentan, con la actividad
peculiar de cada una de las partes, vaya creciendo como cuerpo,
construyéndose él mismo por el amor.

Romper con el pasado

17 Por tanto, en nombre del Señor os digo y os recomiendo que
no viváis más como los paganos, con la cabeza vacía, con el pen-
18 samiento a oscuras y ajenos a la vida de Dios; esto se debe a la
inconsciencia que domina entre ellos por la ceguera de su mente:
19 perdida toda sensibilidad, se han entregado al vicio, dándose in-
saciablemente a toda clase de inmoralidad.
20 Lo que es vosotros, no fue ésa la instrucción que os dieron
21 sobre el Mesías; supongo que os hablaron de él y que, a propó-
sito de él, os enseñaron lo que responde a la realidad de Jesús:
22 es decir, a despojaros, respecto a la vida anterior, del hombre que
23 erais antes, que se iba desintegrando seducido por sus deseos, a
24 cambiar vuestra actitud mental y a revestiros de ese hombre nuevo
creado a imagen de Dios, con la rectitud y santidad propias de
la verdad.
25 Por tanto, dejaos de mentiras, *hable cada uno con verdad a su*
26 *prójimo* [b], que somos miembros unos de otros. *Si os indignáis, no*
lleguéis a pecar, que la puesta del sol no os sorprenda en vuestro
27 enojo; no dejéis resquicio al diablo.
28 El ladrón, que no robe más; mejor será que se fatigue traba-
jando honradamente con sus propias manos para poder repartir
29 con el que lo necesita. Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo

a «profetas», cf. 1 Cor 12,10; 13,2. *b* Zac 8,16; Sal 4,4.

que digáis sea bueno, constructivo y oportuno; así hará bien a los
que lo oyen.
30 No irritéis al santo Espíritu de Dios que os selló para el día
31 de la liberación; nada de brusquedad, coraje, cólera, voces ni insul-
32 tos; desterrad eso y toda inquina. Unos con otros sed agradables
y de buen corazón, perdonándoos mutuamente como Dios os per-
donó por Cristo.

5 En una palabra: como hijos queridos de Dios, procurad pareceros
2 a él y vivid en mutuo amor, igual que el Mesías os amó y se entre-
gó por vosotros, ofreciéndose a Dios como sacrificio fragante.
3 Por otra parte, de lujuria, inmoralidad de cualquier género o
codicia, entre vosotros, ni hablar; es impropio de gente consagrada.
4 Y lo mismo obscenidades, estupideces o chabacanerías, que están
5 fuera de sitio; en lugar de eso, dad gracias a Dios. Porque esto
que digo tenedlo por sabido y resabido: nadie que se da a la
lujuria, a la inmoralidad o a la codicia, que es una idolatría, tendrá
6 parte en el Reino del Mesías y de Dios. Que nadie os engañe con
argumentos especiosos: estas cosas son las que atraen la repro-
bación de Dios sobre los rebeldes.
7-8 Por eso no os hagáis cómplices de ellos; porque antes, sí, erais
tinieblas, pero ahora, como cristianos, sois luz. Portaos como gente
9 hecha a la luz, donde florece toda bondad, honradez y sinceridad,
10-1 examinando a ver lo que agrada al Señor. En vez de asociaros
12 a las acciones improductivas de las tinieblas, denunciadlas, porque
13 lo que ésos hacen a escondidas da vergüenza hasta decirlo. Pero
14 todo eso, cuando la luz lo denuncia, queda al descubierto, y todo
lo que está al descubierto recibe el influjo de la luz. Por eso
dicen:

Despierta, tú que duermes,
levántate de la muerte
y te iluminará el Mesías.

15 Por consiguiente, mucha atención a cómo os portáis: no como
16 simplones, sino con talento, aprovechando las ocasiones, porque
17 corren días malos. No seáis irreflexivos, tratad de comprender lo
que el Señor quiere.
18 Tampoco os emborrachéis con vino, que esconde libertinaje;
19 eso sí, llenaos de Espíritu, expresaos entre vosotros con salmos,
himnos y cánticos inspirados, cantando y tocando con toda el alma
20 para el Señor y, por medio de nuestro Señor, Jesús Mesías, dad
gracias por todo sin cesar a Dios Padre.

IV

RELACIONES DOMESTICAS

21-2 Sed dóciles unos con otros por respeto a Cristo: las mujeres
23 a sus maridos como si fuera al Señor; porque el marido es cabeza
de la mujer, como el Mesías, salvador del cuerpo, es cabeza de la
24 Iglesia. Como la Iglesia es dócil al Mesías, así también las mujeres
a sus maridos en todo.

25 Maridos, amad a vuestras mujeres como el Mesías amó a la Igle-
26 sia y se entregó por ella: quiso así consagrarla con su palabra, la-
27 vándola en el baño del agua, para prepararse una Iglesia radiante,
sin mancha ni arruga ni nada parecido, una Iglesia santa e inmacu-
28 lada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres como a su
29 propio cuerpo. Amar a su mujer es amarse a sí mismo, y nadie
ha odiado nunca a su propio cuerpo; al contrario, lo alimenta y
30 lo cuida, como hace el Mesías con la Iglesia, porque somos miem-
bros de su cuerpo.
31 «*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a*
32 *su mujer y serán los dos un solo ser*» [a]. Este símbolo es magnífico;
33 yo lo estoy aplicando a Cristo y a la Iglesia; pero también vosotros,
cada uno en particular, debe amar a su mujer como a sí mismo,
y la mujer debe respetar al marido.

6 Hijos, obedeced a vuestros padres cristianamente, como es ra-
2 zón. «*Honra a tu padre y a tu madre*» es el primer mandamiento
3 que lleva una promesa: «*te irá bien y vivirás largo tiempo en la*
tierra» [b].
4 Padres, vosotros no exasperéis a vuestros hijos; criadlos edu-
cándolos y corrigiéndolos como el Señor quiere.
5 Esclavos, obedeced escrupulosamente [c] a vuestros amos de la tie-
6 rra, de todo corazón, como si fuera al Mesías. No en lo que se ve,
para quedar bien, sino como esclavos de Cristo que cumplen la
7 voluntad de Dios con toda el alma; servid de buena gana, como
8 si fuera al Señor y no a hombres; recordad que lo que uno haga
de bueno, sea esclavo o libre, se lo pagará el Señor.
9 Amos, vosotros correspondedles dejándoos de amenazas; recor-
dad que ellos y vosotros tenéis un amo en el cielo y que ése no
tiene favoritismos.

V

RECOMENDACION FINAL Y DESPEDIDA

10 Para terminar, dejad que os robustezca el Señor con su pode-
11 rosa fuerza. Poneos las armas que Dios da para resistir a las estra-
12 tagemas del diablo; porque la lucha nuestra no es contra hombres
de carne y hueso [d], sino la del cielo contra las soberanías, contra
las autoridades, contra los jefes que dominan en estas tinieblas,
contra las fuerzas espirituales del mal.
13 Por eso os digo que cojáis las armas que Dios da, para poder
hacerles frente en el momento difícil y acabar el combate sin perder
14 terreno. Conque en pie: *abrochaos el cinturón de la verdad, por*
15 *coraza poneos la honradez* [e]; bien calzados, *dispuestos a dar la no-*
16 *ticia de la paz* [f]. Tened siempre embrazado el escudo de la fe, que
17 os permitirá apagar todas las flechas incendiarias del malo. Tomad

a Gn 2,24. *b* Ex 20,12. *c* «escrupulosamente», lit. «con temor y temblor», frase hecha que indica el máximo cuidado, cf. 2 Cor 7,15; Flp 2,12.
d «hombre de carne y hueso», lit. «sangre y carne», cf. Mt 16,17.
e Is 11,5. *f* Is 52,7.

por casco la salvación y por espada la del Espíritu, es decir, la
palabra de Dios [a].
18 Al mismo tiempo, con la ayuda del Espíritu, no perdáis ocasión
de orar, insistiendo en la oración y en la súplica; y para eso es-
pantad el sueño y pedid constantemente por todos los consagrados;
19 y también por mí, para que Dios abra mis labios y me conceda
palabras para comunicar sin temor su secreto, la buena noticia de
20 la que soy portavoz... en cadenas. Pedid que tenga valor para ha-
blar de él como debo.
21 Quiero que también vosotros sepáis qué es de mí y qué tal sigo;
de todo os informará Fortunato, nuestro hermano querido y auxi-
22 liar fiel en la tarea del Señor. Os lo mando precisamente para que
tengáis noticias nuestras y os dé ánimos.
23 Que Dios Padre y el Señor, Jesús Mesías, concedan a los her-
24 manos paz y amor acompañados de fe; su favor acompañe a todos
los que aman a nuestro Señor, Jesús el Mesías, sin desfallecer.

a Is 59,17.

CARTA A LOS FILIPENSES

INTRODUCCION

La ciudad de Filipos fue la primera ciudad de Europa donde se predicó el mensaje cristiano (Hch 16,6-40). Pablo llegó allí en su segundo viaje misionero el año 49 o 50. El mismo tenía la impresión de que, a partir de Filipos, empezaba una nueva etapa de su actividad (Flp 4,15).

La carta, ciertamente auténtica, se escribe desde la cárcel, probablemente en Efeso, entre los años 55 y 57 (Hch 19,10), con ocasión de la visita de Epafrodito, enviado por la comunidad de Filipos para atender a Pablo (2,30) y llevarle algún dinero (4,10.14.18).

Cuando escribe la carta, Pablo ha comparecido ya ante el tribunal por lo menos una vez, y ha aprovechado su defensa para consolidar el evangelio (1,7). La sentencia está todavía pendiente, y no es seguro si lo pondrán en libertad o lo condenarán a muerte (1,20).

El grupo cristiano de Filipos comenzaba a padecer una ofensiva que ponía en peligro su fidelidad al evangelio (1,27-28); provenía de los cristianos judaizantes, sin duda llegados de fuera para oponerse a la doctrina de Pablo, que eximía de la circuncisión y de la observancia de la Ley judía a los paganos convertidos (3,2-11). La situación se parecía a la de las comunidades de Galacia, aunque era mucho menos grave; se trataba más bien de una amenaza conocida que de un peligro (3,1b), ya que Pablo muestra plena confianza en ellos (1,3-7; 2,12; 4,1), aunque algunos parecían impresionados por la propaganda (3,2.15.17).

La situación interna de la comunidad no era todo lo buena que cabía desear, pues existía división, causada por las ínfulas y egoísmo de algunos (2,1-4).

Flp es la carta de la alegría cristiana (1,4.8.25; 2,2.17.18.28.29; 3,1a; 4,1.4.10), incluso ante la perspectiva de la muerte (2,28). La vida del cristiano, según la carta, está centrada en Cristo en el presente (1,21; 3,7-11) con la esperanza del futuro (1,23; 3,20-21) y se manifiesta en el afecto, unión, amor y alegría de la comunidad, de donde está desterrada toda rivalidad y orgullo (2,2-4; 3,1a; 4,4).

1 Pablo y Timoteo, servidores del Mesías Jesús, a todos los consagrados [a] por el Mesías Jesús que residen en Filipos, con sus en-
2 cargados y auxiliares: Os deseamos el favor y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor, Jesús el Mesías.
3 Doy gracias a mi Dios por todo lo que recuerdo de vosotros;
4 cada vez que pido por todos vosotros siempre lo hago con alegría,
5 por la parte que habéis tomado en anunciar la buena noticia desde
6 el primer día hasta hoy; seguro además de una cosa: de que aquel que dio principio a vuestra buena empresa le irá dando remate hasta el día del Mesías, Jesús.
7 Esto que siento de vosotros está justificado: os llevo muy dentro, pues tanto durante mi prisión como durante mi defensa y confirmación de la buena noticia todos tenéis parte conmigo en el
8 privilegio que me ha tocado. Bien sabe Dios con qué cariño cristiano os echo de menos.

a «consagrados», cf. Rom 1,7.

9 Y esto pido en mi oración: que vuestro amor crezca todavía
10 más y más en penetración y en sensibilidad para todo; así podréis
vosotros acertar con lo mejor y llegar genuinos y sin tropiezo al
11 día del Mesías, colmados de ese fruto de rectitud que viene por
Jesús Mesías, para gloria y alabanza de Dios.

I

NOTICIAS PERSONALES Y RECOMENDACION

12 Además, quiero que sepáis, hermanos, que esto que me ocurre
13 más bien ha favorecido el avance de la buena noticia, pues la entera
residencia del gobernador y todos los demás ven claro que estoy
14 en la cárcel por ser cristiano, y la mayoría de los hermanos, alenta-
dos por mi prisión a confiar en el Señor, se atreven mucho más a
exponer el mensaje sin miedo.
15 Es verdad que algunos proclaman al Mesías por envidia y anta-
gonismo hacia mí; otros, en cambio, lo hacen con buena intención;
16 éstos porque me quieren y saben que me han encargado de defen-
17 der el evangelio; los otros anuncian al Mesías por rivalidad, ju-
gando sucio, pensando en hacer más penoso mi encarcelamiento.
18 ¿Qué más da? Al fin y al cabo, de la manera que sea, con se-
gundas intenciones o con sinceridad, se anuncia a Cristo y yo me
19 alegro; más aún, me seguiré alegrando, porque sé que todo será
para bien, gracias a vuestras oraciones y al espíritu de Jesús el Me-
20 sías que me socorre. Tal es mi expectación y mi esperanza, que en
ningún caso saldré fracasado, sino que, viva o muera, ahora como
siempre se manifestará públicamente en mi persona la grandeza
21-2 de Cristo. Porque para mí vivir es Cristo y morir ganancia. Por
otra parte, si vivir en este mundo me supone trabajar con fruto,
23 ¿qué elegir? No lo sé. Las dos cosas tiran de mí: deseo morirme
24 y estar con Cristo (y esto es con mucho lo mejor); sin embargo,
25 quedarme en este mundo es más necesario por vosotros. Conven-
cido de esto, siento que me quedaré y estaré a vuestro lado, para
26 que avancéis alegres en la fe, de modo que vuestro orgullo de ser
cristianos rebose por causa mía cuando me encuentre de nuevo
entre vosotros.
27 Una sola cosa: vivid a la altura de la buena noticia del Mesías,
de modo que ya sea que vaya a veros o que tenga de lejos noticias
vuestras, sepa que os mantenéis firmes en el mismo espíritu y que
lucháis juntos como un solo hombre por la fidelidad a la buena no-
28 ticia, sin el menor miedo a los adversarios; esto será para ellos signo
29 de derrota, para vosotros de victoria, todo por obra de Dios. Por-
que a vosotros se os ha concedido el privilegio de estar del lado
30 de Cristo, no sólo creyendo en él, sino sufriendo por él, enzar-
zados como estáis en el mismo combate; ése en que me visteis
una vez y que ahora conocéis de oídas.

II

EVITAR LAS DIVISIONES

2 Entonces, si hay un estímulo en el Mesías y un aliento en el
amor mutuo, si existe una solidaridad de espíritu y un cariño en-
2 trañable, hacedme feliz del todo y andad de acuerdo, teniendo un
3 amor recíproco y un interés unánime por la unidad. En vez de
obrar por egoísmo o presunción, cada cual considere humildemen-
4 te que los otros son superiores y nadie mire únicamente por lo
suyo, sino también cada uno por lo de los demás.

5 Entre vosotros tened la misma actitud del Mesías Jesús:
6 El, a pesar de su condición divina,
no se aferró [a] a su categoría de Dios;
7 al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
haciéndose uno de tantos.
Así, presentándose como simple hombre,
8 se abajó, obedeciendo hasta la muerte
y muerte en cruz.
9 Por eso Dios lo encumbró sobre todo
y le concedió el título que sobrepasa todo título;
10 de modo que a ese título de Jesús
toda rodilla se doble [b]
—en el cielo, en la tierra, en el abismo—
11 *y toda boca proclame* que Jesús, el Mesías, es Señor,
para gloria *de Dios* Padre.

12 Por tanto, amigos míos, igual que en toda ocasión habéis obe-
decido, seguir realizando vuestra salvación escrupulosamente [c],
no sólo cuando yo esté presente, sino mucho más ahora, en mi
13 ausencia; porque es Dios quien activa en vosotros ese querer y
ese actuar que sobrepasan la buena voluntad.
14 Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones, para
15 ser irreprochables y límpidos, hijos de Dios sin tacha en medio
de una gente torcida y depravada, entre la cual brilláis como lum-
16 breras del mundo, manteniendo un mensaje de vida. El día del
Mesías eso será una honra para mí, que mis trabajos no fueron
17 inútiles ni mis fatigas tampoco. Y aun suponiendo que mi sangre
haya de derramarse, rociando el sacrificio litúrgico que es vuestra
18 fe, yo sigo alegre y me asocio a vuestra alegría; pues lo mismo
vosotros, estad alegres y asociaos a la mía.

III

ENVIO DE TIMOTEO Y VUELTA DE EPAFRODITO

19 Con la ayuda del Señor Jesús espero mandaros pronto a Timo-
20 teo, para animarme yo también recibiendo noticias vuestras; porque

a «no se aferró», lit. «no consideró una presa».
b Is 45,23. *c* «escrupulosamente», cf. 2 Cor 7,15; Ef 6,5.

no tengo ningún otro amigo íntimo que se preocupe lealmente de
21 vuestros asuntos; todos sin excepción buscan su interés, no el
22 de Jesús Mesías. De Timoteo, en cambio, conocéis la calidad, pues
se puso conmigo al servicio del evangelio como un hijo con su
23 padre; éste es el que espero mandaros en cuanto barrunte lo que
24 va a ser de mí, aunque, con la ayuda del Señor, confío en ir pron-
to personalmente.
25 Por otra parte, me considero obligado a mandaros de vuelta a
Epafrodito, mi hermano, colaborador y compañero de armas, al
26 que enviasteis vosotros para atender a mi necesidad. El os echaba
mucho de menos y estaba angustiado porque os habíais enterado
27 de su enfermedad. De hecho, estuvo para morirse, pero Dios tuvo
compasión de él; no sólo de él, también de mí, para que no me
28 cayera encima pena tras pena. Os lo mando lo antes posible, para
29 que viéndolo volváis a estar alegres y yo me sienta aliviado. Re-
30 cibidlo, pues, cristianamente con la mayor alegría; estimad a hom-
bres como él, que por la causa de Cristo ha estado a punto de
morir, exponiendo su vida para prestarme en lugar vuestro el
servicio que vosotros no podíais. Por lo demás, hermanos míos,
3 manteneos alegres, como cristianos que sois.

IV

OFENSIVA DE LOS PARTIDARIOS DE LA LEY

El ideal que proponen fue el de Pablo

Repetiros lo ya dicho otras veces no me cuesta a mí nada y a
2 vosotros os dará seguridad. ¡Ojo con esos perros, ojo con esos
3 malos obreros, ojo con la mutilación! Porque los circuncisos somos
nosotros, que damos culto con el Espíritu de Dios y que pone-
mos nuestra gloria en el Mesías Jesús sin confiar en lo propio nues-
4 tro. Aunque lo que es yo, ciertamente tendría motivos para con-
fiar en lo propio, y si algún otro piensa que puede hacerlo, yo
5 mucho más: circuncidado a los ocho días de nacer, israelita de
nación, de la tribu de Benjamín, hebreo de pura cepa y, por lo
6 que toca a la Ley, fariseo; si se trata de intolerancia, fui perse-
guidor de la Iglesia; si de la rectitud que propone la Ley, era
intachable.

Renunciando, gana al Mesías

7 Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo tuve por
8 pérdida comparado con el Mesías; más aún: cualquier cosa tengo
por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personal-
9 mente al Mesías Jesús mi Señor. Por él perdí todo aquello y lo
tengo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarme a él, no
por tener la propia rectitud que concede la Ley, sino la que viene
por la fe en el Mesías, la rectitud que Dios concede como respues-
10 ta a la fe. Quiero así tomar conciencia de su persona, de la potencia
de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos, repro-

duciendo en mí su muerte para ver de alcanzar como sea la resu-
11 rrección de entre los muertos.
12 No es que ya haya conseguido el premio o que ya esté en la
meta; sigo corriendo a ver si lo obtengo, pues el Mesías Jesús lo
13 obtuvo para mí. Hermanos, yo no pienso haberlo ya obtenido
personalmente, y sólo una cosa me interesa: olvidando lo que
14 queda atrás y lanzándome a lo que está delante, correr hacia la
meta, para coger el premio al que Dios llama desde arriba por
el Mesías Jesús.
15 ¡A ver, los hombres hechos, ésta es nuestra línea! Y si en algún
punto pensáis de otro modo, Dios se encargará de aclararos tam-
16 bién eso. En todo caso, seamos consecuentes con lo ya alcanzado.

Antítesis entre las dos mentalidades

17 Hermanos, seguid todos mi ejemplo y tened siempre delante a
los que proceden según el modelo que tenéis en nosotros, porque
18 andan por ahí muchos... ¡Cuántas veces os los he señalado, y
ahora lo hago con lágrimas en los ojos, a esos enemigos de la Cruz
19 del Mesías! Su paradero es la ruina, honran a Dios con el estó-
mago y ponen su gloria en sus vergüenzas, centrados como están
en lo terreno.
20 Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde
21 aguardamos como salvador al Señor Jesús, el Mesías; él transfor-
mará la bajeza de nuestro ser reproduciendo en nosotros el esplen-
dor del suyo, con esa energía que le permite incluso someterse
4 el universo. De modo que, hermanos míos queridos y añorados,
mi alegría y mi corona, mis amigos, manteneos así fieles al Señor.

V

RECOMENDACIONES FINALES Y AGRADECIMIENTO

2 Recomiendo a Evodia y lo mismo a Síntique que anden de acuer-
3 do como cristianas que son; por supuesto, a ti en particular, leal
compañero, te pido que les ayudes, pues ellas lucharon a mi lado
por el evangelio, con Clemente y los demás colaboradores míos,
cuyos nombres están escritos en el registro de los vivos [a].
4 Como cristianos, estad siempre alegres, os lo repito, estad ale-
5 gres. Que todo el mundo note lo comprensivos que sois. El Señor
6 está cerca, no os agobiéis por nada; en lo que sea, presentad ante
Dios vuestras peticiones con esa oración y esa súplica que inclu-
7 yen acción de gracias; así la paz de Dios, que supera todo razo-
nar, custodiará vuestra mente y vuestros pensamientos mediante
el Mesías Jesús.
8 Por último, hermanos, todo lo que sea verdadero, todo lo res-
petable, todo lo justo, todo lo limpio, todo lo estimable, todo lo
de buena fama, cualquier virtud o mérito que haya, eso tenedlo
9 por vuestro; y lo que aprendisteis, y recibisteis, y oísteis, y visteis

a «registro de los vivos», lit. «libro de la vida».

de mí o en mí, eso llevadlo a la práctica; así el Dios de la paz
estará con vosotros.
10 Como fiel del Señor, me alegré muchísimo de que ahora pudie-
rais por fin expresar de nuevo vuestro interés por mí; pues, aun-
11 que lo sentíais, os faltaban ocasiones. No penséis que lo digo por-
que ando escaso, pues yo he aprendido a arreglarme en toda cir-
12 cunstancia: sé vivir con estrechez y sé tener abundancia; ninguna
situación tiene secretos para mí, ni estar harto, ni pasar hambre,
13 ni tener sobra, ni pasar falta; para todo me siento con fuerzas,
14 gracias al que me robustece. Con todo, me habéis hecho un favor
al tomar como vuestra mi dificultad.
15 Vosotros los filipenses sabéis además que desde que salí de
Macedonia y empecé la misión, ninguna iglesia, aparte de vosotros,
16 se hizo cargo de saldar mi debe y haber. Ya a Tesalónica me man-
17 dasteis más de una vez un subsidio para aliviar mi necesidad; no
es que yo busque el regalo, busco que los intereses se acumulen
en vuestra cuenta.
18 Este es mi recibo por todo: tengo de sobra, he quedado bien
provisto al recibir lo que me mandáis con Epafrodito: es un in-
19 cienso perfumado, un sacrificio aceptable que agrada a Dios. Mi
Dios, por su parte, cubrirá todas vuestras necesidades con sus in-
20 agotables riquezas por medio del Mesías Jesús. A Dios nuestro
Padre la gloria por los siglos de los siglos, amén.
21 Recuerdos a todo consagrado por el Mesías Jesús. Os mandan sa-
22 ludos los hermanos que están conmigo; os saludan también todos
los consagrados, especialmente los que están al servicio del Em-
23 perador. El favor del Señor os acompañe.

CARTA A LOS COLOSENSES

INTRODUCCION

Colosas era una pequeña ciudad-mercado de Frigia, cerca de otras dos más importantes: Hierápolis y Laodicea. Pablo no la había visitado personalmente (2,6); fue su discípulo Epafras quien fundó allí una comunidad cristiana (1,17), así como en las otras dos ciudades (4,13), posiblemente durante la estancia de Pablo en Efeso (Hch 19,10), que distaba unos 200 kilómetros.

Los cristianos de Colosas eran de origen pagano (1,27) y había en la ciudad iglesias o asambleas domésticas, la de la casa de Ninfa (4,15, quizá en Laodicea) y la de Arquipo (4,17, comp. con Flm 2).

Pablo está en la cárcel, quizá en Roma. Epafras lo ha informado sobre la situación en Colosas (1,8), donde ejercen su influjo ciertos individuos, cuya filosofía o sistema de vida (2,8) proponía la plenitud (2,9-10) a través de ciertas devociones o culto a los ángeles (2,18), es decir, a seres supramundanos (1,16) que regían los destinos del mundo. Propugnaban prácticas ascéticas (2,16.18.21.23) y cultivaban un esoterismo visionario (2,18). Eran «santones» que impresionaban por su modo de vivir (2,23).

A la plenitud que aquellos maestros pretendían obtener por medio de observancias, Pablo opone la plenitud que da Cristo, que empieza por una renovación interior del hombre (2,11) y continúa por una asociación a la vida misma de Cristo (2,12-13), declarando que la ascética es impotente para renovar al hombre (2,23). El resultado de la renovación efectuada por Cristo es la nueva calidad de las relaciones humanas, opuestas a las que vigen en el mundo (3,5-17); desaparecen las barreras entre los hombres (3,11).

No todos admiten la autenticidad paulina de esta carta, basándose en la diferencia de estilo con los escritos genuinos de Pablo, en la cristología cósmica tan desarrollada, en la ausencia de mención del Espíritu como principio de la vida cristiana y en el poco peso de la escatología. Otros, en cambio, la defienden, basándose en el estilo tan personal de algunos trozos (4,7-18), y datándola del tiempo de la cautividad en Roma (años 61-63), en Cesarea (58-60) o en Efeso (54-57). Otros, finalmente, proponen una solución intermedia: Col sería la ampliación hecha por un discípulo de una carta más breve de Pablo.

1 Pablo, apóstol del Mesías Jesús por designio de Dios, y el her-
2 mano Timoteo, a los consagrados [a] que viven en Colosas, herma-
nos fieles en Cristo: Os deseamos el favor y la paz de Dios nues-
tro Padre.
3 En nuestras oraciones damos constantemente gracias por vos-
4 otros a Dios, Padre de nuestro Señor Jesús, el Mesías, desde que
nos enteramos de vuestra adhesión al Mesías Jesús y del amor que
5 tenéis a todos los consagrados. Os anima a esto la esperanza de
lo que Dios os tiene reservado [b], que conocisteis cuando llegó
6 hasta vosotros la buena noticia, el mensaje de la verdad. Así es

a «consagrados», cf. Rom 1,7. *b* «Dios [os tiene reservado]», lit. «en el cielo», perífrasis por el nombre divino.

cómo va dando fruto creciente en el mundo entero, como ha
ocurrido entre vosotros desde el día que la escuchasteis y compren-
7 disteis de verdad lo generoso que es Dios; así lo aprendisteis de
Epafras, nuestro querido compañero de servicio, fiel agente del
8 Mesías para con vosotros; es él quien nos ha informado del amor
que os inspira el Espíritu.
9 Por esta razón, nosotros, desde el momento que nos enteramos,
oramos por vosotros sin cesar; pedimos a Dios que os dé pleno
conocimiento de su designio, con todo el saber e inteligencia que
10 procura el Espíritu. Así viviréis como el Señor se merece, agra-
dándole en todo: dando fruto creciente en toda buena actividad,
11 gracias al conocimiento de Dios; fortalecidos en todo aspecto por
el poder que irradia de él, con una entereza y paciencia a toda
12 prueba, y dando gracias con alegría al Padre, que os ha hecho
dignos de tener parte en la herencia de los consagrados, en la
luz.

I

DESIGNIO Y ACCION DE DIOS POR MEDIO DE CRISTO

13 Porque él nos sacó del dominio de las tinieblas
para trasladarnos al Reino de su Hijo querido,
14 por quien obtenemos la redención,
el perdón de los pecados.
15 Este es imagen de Dios invisible,
nacido antes que toda criatura,
16 pues por su medio se creó el universo celeste y terrestre,
lo visible y lo invisible,
ya sean majestades, señoríos, soberanías o autoridades.
El es modelo y fin del universo creado,
17 él es antes que todo y el universo tiene en él su consistencia.
18 El es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia.
El es el principio, el primero en nacer de la muerte,
para tener en todo la primacía,
19 pues Dios, la Plenitud total [a],
quiso habitar en él,
20 para por su medio reconciliar consigo el universo,
lo terrestre y lo celeste,
después de hacer la paz con su sangre derramada en la cruz.
21 También vosotros estabais antes distanciados y erais enemigos
22 jurados por causa de vuestras malas acciones; ahora, en cambio,
con la muerte que el Mesías sufrió en su cuerpo mortal, Dios os
ha reconciliado para haceros gente consagrada, sin defecto y sin
23 reproche a sus ojos; a condición de que permanezcáis cimentados y
estables en la fe e inamovibles en la esperanza que escuchasteis en
el evangelio; el que se proclama a toda criatura bajo el cielo, y a
cuyo servicio yo, Pablo, fui destinado.

a «la Plenitud total», se explicita «Dios», según 2,9.

II

CRISTO, SECRETO DE DIOS, Y SU EFICACIA EN LOS CRISTIANOS

24 Ahora me alegro de sufrir por vosotros, pues voy completando
en mi carne mortal lo que falta a las penalidades del Mesías por
25 su cuerpo, que es la Iglesia. Yo fui destinado a su servicio cuando
26 Dios me confió este encargo respecto a vosotros: anunciar por
entero el mensaje de Dios, el secreto escondido desde el origen de
las edades y de las generaciones, revelado ahora a sus consagrados.
27 A éstos ha querido Dios manifestar qué espléndida riqueza repre-
senta este secreto para los paganos, pues consiste en que el Mesías,
28 la gloria esperada, os pertenece. Y esto predicamos nosotros,
aconsejando a todos y enseñando a todos lo mejor que sabemos,
29 para hacer de todos cristianos cabales; con esta intención peno y
lucho, sostenido por esa fuerza suya que despliega en mí su efi-
cacia.

2 Quiero que tengáis noticia de la empeñada lucha que sostengo
por vosotros y los de Laodicea y por tantos otros que no me cono-
2 cen personalmente; así cobrarán ánimos, uniéndose estrechamente
con el amor mutuo y enriqueciéndose con toda la certeza que da
3 el comprender, penetrando el secreto de Dios, el Mesías, en quien
4 se esconden todos los tesoros del saber y del conocer. Os digo
5 esto para que nadie os desoriente con discursos capciosos, pues,
aunque corporalmente estoy ausente, mi espíritu está con vos-
otros, alegrándome de veros bien alineados y firmes en vuestra
adhesión al Mesías.
6 Por tanto, ya que habéis aceptado al Mesías Jesús como a Se-
7 ñor, proceded como cristianos: arraigados en él, id construyéndoos
sobre él y afianzándoos en la fe que os enseñaron, rebosando
8 agradecimiento. Cuidado con que haya alguno que os capture con
ese sistema de vida [a], vana ilusión tradicional en la humanidad,
basado en lo elemental del mundo y no en el Mesías.
9 Porque es en éste en quien habita realmente la plenitud total
10 de la divinidad, y por él, que es cabeza de toda soberanía y auto-
11 ridad, habéis obtenido vuestra plenitud. Fue él quien os circuncidó
con una circuncisión no hecha por hombres, despojándoos de los
bajos instintos de vuestro ser; tal fue la circuncisión de Cristo al
12 sepultaros con él en el bautismo. Fue él quien os asoció a su re-
surrección, por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó a él de
13 la muerte. Y a vosotros, muertos como estabais por vuestros delitos
y por no extirpar vuestros bajos instintos, Dios os dio vida con
14 él, perdonando todos nuestros delitos, cancelando el recibo que nos
pasaban los preceptos de la Ley; éste nos era contrario, pero Dios
15 lo quitó de en medio clavándolo en la cruz. Destituyendo a las
soberanías y autoridades, las ofreció en espectáculo público, des-
pués de triunfar de ellas por medio del Mesías.

a «sistema de vida», en griego «filosofía», que no se refiere a una mera especulación, sino a la manera de vivir, consecuencia de una concepción del mundo.

III

CONSECUENCIA: LO SUPERADO Y LO ESENCIAL

16 Por eso nadie tiene que dar juicio sobre lo que coméis o bebéis,
17 ni en cuestión de fiestas, lunas nuevas o sábados; eso era sombra
18 de lo que tenía que venir, la realidad es el Mesías. Que no vaya a
descalificaros ninguno que se recrea en humildades y devociones
a ángeles, que se enfrasca en sus visiones y se engríe tontamente
19 con las ideas de su amor propio; ése se desprende de la cabeza,
que por las junturas y tendones da al cuerpo entero alimento y
cohesión, haciéndolo crecer como Dios quiere.
20 Si moristeis con el Mesías a lo elemental del mundo, ¿por qué os
21 sometéis a reglas como si aún vivierais sujetos al mundo? «No
22 tomes, no pruebes, no toques», de cosas que son todas para el
uso y consumo, según las consabidas prescripciones y enseñanzas
23 humanas. Eso tiene fama de sabiduría por sus voluntarias devo-
ciones, humildades y severidad con el cuerpo; no tiene valor nin-
guno, sirve para cebar el amor propio.

3 Por tanto, si habéis resucitado con el Mesías, buscad lo de arriba,
2 donde el Mesías está sentado a la derecha de Dios; estad centrados
3 arriba, no en la tierra. Moristeis, repito, y vuestra vida está escon-
4 dida con el Mesías en Dios; cuando se manifieste el Mesías, que
es vuestra vida, con él os manifestaréis también vosotros gloriosos.
5 En consecuencia, extirpad [a] lo que hay de terreno en vosotros:
lujuria, inmoralidad, pasión, deseos rastreros y codicia, que es
6 una idolatría; eso es lo que atrae el castigo de Dios sobre los
7 rebeldes. Entre ellos andabais también vosotros cuando vivíais de
8 esa manera; ahora, en cambio, despojaos de todo eso: cólera, arre-
batos de ira, inquina, insultos y groserías, ¡fuera de vuestra boca!
9 Dejad de mentiros unos a otros, ya que os despojasteis del hombre
que erais antes y de su manera de obrar y os vestisteis de ese
10 hombre nuevo que por el conocimiento se va renovando a imagen
11 de su Creador; y aquí no hay más griego ni judío, circunciso ni
incircunciso, extranjero [b], bárbaro, esclavo ni libre: no, lo es todo
y para todos Cristo.
12 En vista de eso, como elegidos de Dios, consagrados y predilec-
tos, vestíos de ternura entrañable, de agrado, humildad, sencillez,
13 tolerancia; conllevaos mutuamente y perdonaos cuando uno tenga
queja contra otro; el Señor os ha perdonado, haced vosotros lo
14 mismo. Y, por encima, ceñíos el amor mutuo, que es el cinturón
15 perfecto. Interiormente, la paz del Mesías tenga la última palabra;
a esta paz os han llamado como miembros de un mismo cuerpo.
16 Sed también agradecidos. El mensaje del Mesías habite entre vos-
otros en toda su riqueza: enseñaos y aconsejaos unos a otros lo
mejor que sepáis; con agradecimiento cantad a Dios de corazón
17 salmos, himnos y cánticos inspirados; y cualquier actividad vues-

a «extirpad», lit. «matad». «Lo que hay de terreno», lit. «los miembros que están sobre la tierra».

b «extranjero», en griego «bárbaro», es decir, el que habla una lengua desconocida. «Bárbaro», lit. «escita», que se aplicaba a pueblos no civilizados.

tra, de palabra o de obra, hacedla en honor del Señor Jesús, dando
gracias a Dios Padre por medio de él.

Deberes sociales

18 Mujeres, sed dóciles a vuestros maridos, como conviene a cris-
19 tianas. Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis agrios con
ellas.
20 Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, que da gusto ver eso
21 en los cristianos. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que
no se depriman.
22 Esclavos, obedeced en todo a vuestros amos humanos, no en lo
que se ve, para quedar bien, sino de todo corazón por respeto al
23 Señor. Cualquier cosa que hagáis, hacedla con toda el alma, como
24 si fuera para el Señor y no para hombres, sabiendo que el Señor
os recompensará con la herencia. El Señor a quien servís es Cristo;
25 mirad que al injusto le pagarán sus injusticias, y no hay favoritis-
4 mos. Amos, procurad a los esclavos lo que es justo y la igualdad,
sabiendo que también vosotros tenéis un amo en el cielo.
2 Sed constantes en la oración; que ella os mantenga en vela dando
3 gracias a Dios. Pedid al mismo tiempo por nosotros, para que el
Señor nos dé ocasión de predicar y de exponer el secreto del Me-
4 sías, por el que estoy en la cárcel; pedid que lo publique con
el lenguaje que debo.
5 Con los de fuera proceded con tacto, aprovechando las ocasio-
6 nes; vuestra conversación sea siempre agradable, con su pizca de
sal, sabiendo cómo tratar con cada uno.

IV

NOTICIAS, SALUDOS Y DESPEDIDA

7 De todo lo que a mí se refiere os informará Fortunato, hermano
8 querido, auxiliar fiel y compañero en el servicio del Señor; os lo
mando precisamente para eso, para que sepáis de mí y os dé
9 ánimos. Con él va Onésimo, fiel y querido hermano, que es uno
de los vuestros; ellos os pondrán al corriente de todo lo que hay
por aquí.
10 Recuerdos de Aristarco, que está preso conmigo; de Marcos, el
primo de Bernabé (ya tenéis instrucciones sobre él; en caso de que
11 vaya a visitaros, recibidlo), y también de Jesús, por otro nombre
Justo; éstos son los únicos judíos que trabajan conmigo por el
12 reinado de Dios y han sido un alivio para mí. Recuerdos de vues-
tro Epafras, servidor del Mesías Jesús; con sus oraciones no cesa
de luchar en favor vuestro para que os mantengáis cabales y entre-
13 gados, cualquiera que sea el designio de Dios. Yo soy testigo del
mucho trabajo que se toma por vosotros y también por los de Lao-
14 dicea y Hierápolis. Recuerdos de Lucas, el querido médico, y de
Dimas.
15 Recuerdos a los hermanos de Laodicea, a Ninfa y a la iglesia
16 que se reúne en su casa. Cuando hayáis leído vosotros esta carta

haced que se lea también en la iglesia de Laodicea, y la de allí
leedla también vosotros.
17 Decidle a Arquipo que considere el encargo que el Señor le
ha dado y que lo cumpla.
18 La despedida, de mi mano: Pablo. Acordaos de que estoy en
la cárcel. La gracia os acompañe.

PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES

INTRODUCCION

Tesalónica (hoy Salónica) era la capital de la provincia romana de Macedonia. En tiempo de Pablo existía allí una colonia judía importante, con sinagoga propia (Hch 17,1), a la que asistían muchos prosélitos paganos, entre ellos un grupo femenino influyente (Hch 17,4).

Pablo llega a Tesalónica (año 49/50) en compañía de Silvano o Silas y Timoteo (1,1), procedente de Filipos, donde él y Silas habían estado en la cárcel (Hch 16,11-17,1; 1 Tes 2,2); su estancia debió de ser bastante larga, dada la intimidad que muestra con los tesalonicenses (2,7-12) y los frutos de su visita (1,7-8).

Parte de la colonia judía, celosa del éxito de Pablo entre los prosélitos paganos, organizó un tumulto en la ciudad (Hch 17,5-9; 1 Tes 2,14-16). Pablo hubo de escapar (Hch 17,10), y desde Atenas, muy inquieto por no saber en qué había parado la persecución de los judíos de Tesalónica, manda a Timoteo para tener noticias. La vuelta de Timoteo tranquiliza a Pablo, y la carta, escrita inmediatamente después, expresa su satisfacción (3,7-9).

Pablo aprovecha la ocasión para aclarar algunas dudas sobre la suerte de los difuntos (4,13-18) y sobre la venida escatológica de Cristo (5,1-11). Corrige también algunas deficiencias en la vida de la comunidad, quizá alguna libertad de costumbres (4,2-8), cierta inquietud por la creencia en la vuelta inminente del Señor (4,11-12; 5,14) y alguna impaciencia frente a los que tomaban la dirección en aquellas circunstancias difíciles (5,12-13).

La carta, que se considera auténtica y escrita desde Corinto hacia el año 49/50, es quizá el escrito más antiguo del NT.

1 Pablo, Silvano y Timoteo, a los que en Tesalónica forman la
Iglesia de Dios Padre y del Señor Jesús Mesías: Os deseamos gra-
cia y paz.

I

GRACIAS A DIOS POR LO PASADO

2 Continuamente damos gracias a Dios por todos vosotros al en-
3 comendaros en nuestras oraciones, recordando sin cesar ante Dios
nuestro Padre la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro
amor y el tesón de vuestra esperanza en nuestro Señor, Jesús el
Mesías.
4 Sabemos, hermanos amados por Dios, que él os ha elegido, por-
5 que la buena noticia que anunciamos no se quedó para vosotros en
palabras, resultó además una fuerza exuberante del Espíritu Santo;
tal fue nuestra actuación entre vosotros, como sabéis, para vuestro
bien.
6 Por vuestra parte seguisteis nuestro ejemplo y el del Señor:
a pesar de tantas dificultades, acogisteis el mensaje con la alegría
7 del Espíritu Santo, convirtiéndoos en modelo para todos los cre-

8 yentes de Macedonia y Grecia [a]. Porque desde vuestra comunidad
ha resonado el mensaje del Señor, y no solamente en Macedonia
y Grecia; en todas partes vuestra fe en Dios ha corrido de boca
en boca, de modo que nosotros no necesitamos hablar para nada;
9 ellos mismos, hablando de nosotros, cuentan qué acogida nos hi-
cisteis, cómo abandonando los ídolos os convertisteis a Dios, para
servir al Dios vivo y verdadero y aguardar la vuelta desde el cielo
10 de su Hijo, al que resucitó de la muerte, de Jesús, el que nos libra
del castigo que viene.

Actuación de Pablo y respuesta de los tesalonicenses

2 Sabéis muy bien, hermanos, que la acogida que nos hicisteis no
2 resultó inútil; a pesar de los sufrimientos e injurias padecidos en
Filipos, que ya conocéis, nos atrevimos, apoyados en nuestro Dios,
a exponeros la buena noticia de Dios en medio de fuerte oposi-
3 ción. Es que nuestra exhortación no nace de error ni de motivos
4 sucios ni de doblez; no, como Dios nos aprobó para confiarnos
la buena noticia, hablamos como corresponde, no para contentar
a hombres, sino a Dios, que examina nuestro interior.
5 Como bien sabéis, nunca hemos tenido palabras aduladoras ni
6 codicia disimulada —bien lo sabe Dios—; no buscamos honores
7 humanos, ni vuestros ni de otros. Aunque por ser apóstoles del
Mesías podríamos reclamar autoridad, os tratamos con delicadeza,
8 como una madre que cría con mimo a sus hijos; por el cariño que
os teníamos, os habríamos entregado con gusto no sólo la buena no-
ticia de Dios, sino nuestra propia vida; tanto llegamos a quereros.
9 Recordad si no, hermanos, nuestros sudores y fatigas: trabajando
día y noche para no ser una carga para nadie, proclamamos entre
vosotros la buena noticia de Dios.
10 Vosotros sois testigos, y Dios también, de lo impecable, honrado
y sin tacha que fue nuestro proceder con vosotros los creyentes;
11 sabéis perfectamente que tratamos con cada uno de vosotros per-
12 sonalmente, como un padre con sus hijos, exhortando, con tono
suave o enérgico, a vivir como se merece Dios, que os ha llamado
a su reino y gloria.
13 Esa es precisamente la razón por la que damos gracias a Dios
sin cesar: que al oírnos predicar el mensaje de Dios, no lo aco-
gisteis como palabra humana, sino como lo que es realmente, como
palabra de Dios, que despliega su energía en vosotros los creyen-
14 tes; de hecho, vosotros, hermanos, resultasteis imitadores de las
comunidades cristianas de Judea, pues vuestros propios compatrio-
tas os han hecho sufrir exactamente como a ellos los judíos, esos
15 que mataron al Señor Jesús y a los Profetas, y nos persiguieron a
nosotros; esos que no agradan a Dios y son enemigos de los hom-
16 bres; esos que estorban que hablemos a los paganos para que se
salven, colmando en todo tiempo la medida de sus pecados; pero
el castigo los alcanzará [b] de lleno.

a «Grecia», lit. «Acaya». Id. en v. 8.
b «los alcanzará», interpretando el aoristo como profético; si no, «los cogió».

Deseo de verlos. Envío y vuelta de Timoteo

17 Por nuestra parte, hermanos, al poco tiempo de vernos privados
de vosotros, lejos con la persona, no con el corazón, redoblamos
los esfuerzos para ir a veros personalmente, tan ardiente era nues-
18 tro deseo; porque nos propusimos haceros una visita —y en par-
ticular, yo, Pablo, más de una vez—, pero Satanás nos cortó el
19 paso. Al fin y al cabo, ¿quién sino vosotros será nuestra esperanza,
nuestra alegría y nuestra honrosa corona ante nuestro Señor Jesús
20 cuando venga? Sí, nuestra gloria y alegría sois vosotros.

3 Por eso, no pudiendo aguantar más, preferí quedarme solo en
2 Atenas y mandé a Timoteo, hermano nuestro y compañero en el
trabajo de Dios anunciando la buena noticia del Mesías, para que
3 afianzase y alentase vuestra fe y ninguno titubease en las dificul-
4 tades presentes, pues sabéis bien que ése es nuestro destino. Cuan-
do estábamos con vosotros, os predecíamos ya que nos esperaban
5 dificultades, y sabéis que así ocurrió. Por esa razón yo no pude
aguantar más y envié a uno que se informara de cómo andaba
vuestra fe, temiendo que os hubiera tentado el tentador y que
nuestras fatigas hubieran resultado inútiles.
6 Ahora Timoteo acaba de llegar y nos ha dado buenas noticias
de vuestra fe y amor mutuo, añadiendo que conserváis grato re-
cuerdo de nosotros y que tenéis tantas ganas de vernos como nos-
7 otros de veros. Por todo esto, en medio de todos nuestros aprietos
8 y dificultades, vosotros con vuestra fe nos animáis; ahora me
9 siento vivir, sabiendo que os mantenéis fieles al Señor. ¿Cómo po-
dremos agradecérselo bastante a Dios? Agradecerle tanta alegría
10 como gozamos delante de nuestro Dios por causa vuestra, mientras
le pedimos día y noche con toda el alma veros cara a cara y reme-
diar las deficiencias de vuestra fe.
11 Que Dios mismo, nuestro Padre, y nuestro Señor Jesús dirijan
12 nuestra ruta hacia vosotros, y que a vosotros os conceda el Señor
un amor siempre creciente de unos a otros y a todos, como el
13 nuestro por vosotros; que os afiance así interiormente, para que
os presentéis con una santidad sin tacha ante Dios nuestro Padre
cuando vuelva nuestro Señor Jesús con todos sus santos.

II

INSTRUCCIONES Y ACLARACIONES

4 En fin, hermanos, esto os pido con insistencia por el Señor Jesús:
ya que aprendisteis de nosotros cómo debéis portaros para agradar
a Dios y ya que os portáis así, que sigáis progresando.
2 Conocéis bien las instrucciones que os dimos en nombre del
3 Señor Jesús: lo que Dios quiere es que viváis consagrados a él, que
4 os apartéis del libertinaje, que sepa cada cual controlar su propio
5 cuerpo [a] santa y respetuosamente, sin dejarse arrastrar por la pa-
6 sión, como los paganos que no conocen a Dios. Y que en este

a «controlar su propio cuerpo», o bien «buscarse su propia mujer».

asunto nadie ofenda a su hermano ni abuse de él, porque el
7 Señor venga todo eso, como ya os dijimos y aseguramos. Dios no
8 nos llamó a la inmoralidad, sino a una vida consagrada; por con-
siguiente, quien rechaza estas instrucciones no rechaza a un hom-
bre, sino a Dios, el que os da su Espíritu Santo.
9 Acerca del cariño de hermanos, no necesitáis que os escriba,
10 Dios mismo os enseña a amaros unos a otros, y ya lo practicáis
con todos los hermanos de Macedonia entera; pero os exhortamos,
11 hermanos, a seguir progresando, a poner todo ahínco en conservar
la calma, en ocuparos de vuestros asuntos y trabajar con vuestras
12 manos según nuestras instrucciones; así vuestro proceder será co-
rrecto ante los de fuera y no tendréis necesidad de nadie.

La venida del Señor

13 Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los que mue-
ren, para que no os aflijáis como esos otros que no tienen espe-
14 ranza. ¿No creemos que Jesús murió y resucitó? Pues también
a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él.
15 Mirad, esto que voy a deciros se apoya en una palabra del Se-
ñor: nosotros los que quedemos vivos para cuando venga el Señor
16 no llevaremos ventaja a los que hayan muerto; pues cuando se
dé la orden, a la voz del arcángel y al son de la trompeta celeste,
el Señor en persona bajará del cielo; primero resucitarán los cris-
17 tianos difuntos, luego nosotros, los que quedemos vivos, junto con
ellos seremos arrebatados en nubes, para recibir al Señor en el
18 aire, y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mu-
tuamente con estas palabras.

5 Acerca del tiempo y las circunstancias, no necesitáis, hermanos,
2 que se os escriba, pues sabéis perfectamente que el día del Señor
3 llegará como un ladrón de noche. Cuando estén diciendo «hay
paz y seguridad», entonces les caerá encima de improviso el exter-
minio, como los dolores a una mujer encinta, y no podrán escapar.
4 A vosotros, en cambio, que no vivís en tinieblas, ese día no tiene
por qué sorprenderos como un ladrón, pues todos vivís en la luz
5-6 y en pleno día. No pertenecemos a la noche ni a las tinieblas; por
eso no durmamos como los demás, estemos despiertos y despejados.
7 Los que duermen, duermen de noche; los borrachos se emborra-
8 chan de noche; en cambio, nosotros, que pertenecemos al día, este-
mos despejados y armados: la fe y el amor mutuo *sean nuestra*
9 *coraza;* la esperanza de la *salvación,* nuestro *casco* [a]. Porque Dios
no nos ha destinado al castigo, sino a obtener la salvación por
10 medio de nuestro Señor, Jesús el Mesías; él murió por nosotros
11 para que, despiertos o dormidos, vivamos con él. Por eso animaos
mutuamente y ayudaos unos a otros a crecer, como ya lo hacéis.

Construir la comunidad

12 Os rogamos, hermanos, que apreciéis a esos de vosotros que
trabajan duro, haciéndose cargo de vosotros por el Señor y llamán-

a Is 59,17.

13 doos al orden. Mostradles toda estima y amor por el trabajo que
hacen. Entre vosotros tened paz.
14 Por favor, hermanos, llamad la atención a los ociosos, animad
a los apocados, sostened a los débiles, sed pacientes con todos.
15 Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal, esmeraos siempre
en haceros el bien unos a otros y a todos.
16-7 Estad siempre alegres, orad constantemente, dad gracias en
18 toda circunstancia, porque esto quiere Dios de vosotros como cris-
19 tianos [a]. No apaguéis el Espíritu, no tengáis en poco los mensajes
20-1 inspirados; pero examinadlo todo, retened lo que haya de bueno
22 y manteneos lejos de toda clase de mal.
23 Que el Dios de la paz os consagre él mismo íntegramente y que
vuestra entera persona, alma y cuerpo, se conserve sin tacha para
24 la venida de nuestro Señor, Jesús el Mesías. El que os llama es fiel y
él lo hará.
25-6 Hermanos, pedid también por nosotros. Saludad a todos los
27 hermanos con el beso ritual [b]. Os conjuro por el Señor a que leáis
esta carta a todos los hermanos.
28 El favor de nuestro Señor, Jesús Mesías, os acompañe.

a «como cristianos», cf. Rom 9,1.
b «beso ritual», lit. «beso santo», cf. Rom 16,16.

SEGUNDA CARTA A LOS TESALONICENSES

INTRODUCCION

Esta carta, como la primera, aparece dirigida por Pablo y sus dos compañeros, Silvano y Timoteo (1,1), y como Silvano o Silas acompañó a Pablo sólo durante su primer viaje misionero (Hch 15,40; 18,5), tendría que haber sido escrita poco después de la primera.

Propone una enseñanza sobre la venida del Señor (1,1-2,17) que no coincide con la que se da en 1 Tes: mientras en ésta se afirma claramente que no habrá señales que anuncien la vuelta de Cristo (1 Tes 5,1-3), en 2 Tes se enumeran una serie de signos precursores (2,3-10); Pablo, entretanto, no había visitado Tesalónica.

También las imágenes que describen la vuelta de Cristo: poderosos ángeles, fuego llameante, hacer justicia, esplendor de su fuerza (1,7-9), aunque tomadas del acervo tradicional, no corresponden, por su carácter espectacular, al gusto de Pablo.

La autenticidad de la carta queda, pues, incierta. Podría atribuirse a un discípulo de Pablo que, a fines del siglo I, quiere salir al paso de ciertas inquietudes por el retraso de la venida del Señor, que se había pensado inminente. La hipótesis de la subitaneidad dejaba los ánimos intranquilos, mientras el proponer signos precursores los habría calmado. El supuesto autor, convencido de continuar el espíritu de Pablo, refrenda su carta con la despedida (2,17). Su propósito fue, sin duda, impedir el daño que estaban haciendo ciertos rumores acerca de pretendidas revelaciones, dichos o cartas de Pablo (quizá de algún falsario que soliviantaba a las comunidades) (2,2), y se consideró obligado a precisar el estado de la cuestión.

1 Pablo, Silvano y Timoteo, a los que en Tesalónica forman la
2 Iglesia de Dios nuestro Padre y del Señor, Jesús Mesías: Os de-
seamos el favor y la paz de Dios Padre y del Señor, Jesús Mesías.
3 Es deber nuestro dar continuas gracias a Dios por vosotros,
hermanos, y es también justo, pues vuestra fe crece vigorosamen-
te, y vuestro amor, de cada uno por todos y de todos por cada
4 uno, sigue aumentando. Esto hace que nos mostremos orgullosos
de vosotros ante las iglesias, por la constancia de vuestra fe en
medio de todas las persecuciones y agobios que soportáis.

I

LA VENIDA DEL SEÑOR

5 Esto es indicio claro del justo juicio de Dios, que se propone
6 concederos su Reino, por el cual bien que padecéis; ya que será
justo a los ojos de Dios pagar con aflicción a los que os afligen
7 y con alivio a vosotros los afligidos junto con nosotros, cuando
el Señor Jesús se revele, viniendo del cielo con sus poderosos
8 ángeles, *en medio de un fuego llameante, para hacer justicia con-*

tra los que se niegan a reconocer a Dios [a] y a responder al evange-
9 lio de nuestro Señor Jesús; su castigo será la ruina definitiva,
10 *lejos de la presencia del Señor y del esplendor de su fuerza* [b], cuan-
do venga él aquel día para que en sus consagrados se manifieste
su gloria, y en todos los que creyeron, sus maravillas; y vosotros
creísteis nuestro testimonio.
11 Teniendo esto presente, pedimos continuamente a nuestro Dios
que os ponga a la altura de vuestra vocación y con su poder dé
12 plena realidad a todo buen propósito y actividad de la fe; así
glorificaréis a nuestro Señor Jesús y él a vosotros, con la genero-
sidad de nuestro Dios y del Señor, Jesús Mesías.

El impío

2 A propósito de la venida de nuestro Señor, Jesús el Mesías, y de
2 nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no perdáis fácil-
mente la cabeza ni os alarméis por supuestas revelaciones, dichos
o cartas nuestras, como si afirmásemos que el día del Señor está
3 encima. Que nadie en modo alguno os desoriente; primero tiene
4 que llegar la apostasía y aparecer la impiedad en persona, el hom-
bre destinado a la ruina, el que se enfrentará *y se pondrá por en-
cima de todo* lo que se llama *Dios* o es objeto de culto, hasta *insta-
larse en el* templo *de Dios,* proclamándose él mismo *Dios* [c].
5 ¿No recordáis que estando aún con vosotros os hablaba de esto?
6 Sabéis lo que ahora lo frena, para que su aparición llegue a su
7 debido tiempo. Porque esta impiedad escondida está ya en acción;
apenas se quite de en medio el que por el momento lo frena,
8 aparecerá *el impío,* a quien el Señor Jesús *destruirá con el aliento
de su boca* [d] y aniquilará con el esplendor de su venida.
9 La venida del impío tendrá lugar, por obra de Satanás, con
10 ostentación de poder, con portentos y prodigios falsos, y con toda
la seducción que la injusticia ejerce sobre los que se pierden, en
pago de no haberse abierto al amor de la verdad que los habría
11 salvado. Por eso Dios les manda un extravío que los incita a
12 creer a la mentira; así, todos los que no dieron fe a la verdad
y aprobaron la injusticia serán llamados a juicio.
13 Por vosotros, en cambio, debemos dar continuas gracias a Dios,
hermanos amados por el Señor, porque Dios os escogió como pri-
micias para salvaros consagrándoos con el Espíritu y dándoos fe
14 en la verdad. Para eso os llamó por medio de la buena noticia que
anunciamos, para que sea vuestra la gloria de nuestro Señor, Jesús
15 el Mesías. Por tanto, hermanos, seguid firmes y mantened las tra-
16 diciones que os enseñamos de palabra o por carta. Y que ese mis-
mo Señor nuestro, Jesús el Mesías en persona y Dios nuestro Padre,
que nos ha amado tanto y que graciosamente nos ha dado un ánimo
17 indefectible y una magnífica esperanza, os anime interiormente y os
afiance en todo bien de palabra y de obra.

a Is 66,15. *b* Is 2,10-17.
c Dn 11,36. *d* Is 11,4; Sal 33,6.

II

INSTRUCCIONES

3 En fin, hermanos, pedid por nosotros, para que el mensaje del
Señor se propague rápidamente y sea acogido con honor como
2 entre vosotros. Pedid también que nos veamos libres de la gente
3 malvada y sin principios, pues no todos son de fiar; el Señor sí
4 es de fiar y él os afianzará y os guardará del malvado. El Señor
nos da la certeza de que cumplís y cumpliréis nuestras instruccio-
5 nes; que el Señor os dirija hacia el amor de Dios y la constancia
del Mesías.
6 Hermanos, éstas son nuestras instrucciones en nombre del Señor
Jesús el Mesías: Retraeos de todo hermano que lleva una vida
7 ociosa y no sigue la tradición que recibió de nosotros. Bien sabéis
en qué forma hay que seguir nuestro ejemplo: estando con vos-
8 otros no estuvimos ociosos, no comimos el pan de balde a costa
de alguien, sino con fatiga y cansancio, trabajando día y noche
9 para no seros gravoso a ninguno. Y no es que no tuviéramos el
derecho de hacerlo, pero queríamos presentarnos ante vosotros
10 como un modelo que imitar, pues cuando estábamos ahí os dimos
11 esta norma: el que no quiera trabajar, que no coma. Es que nos
hemos enterado de que algunos de vuestro grupo viven en la
12 ociosidad, muy ocupados en no hacer nada; a éstos les mandamos
y recomendamos en nombre del Señor, Jesús el Mesías, que traba-
13 jen pacíficamente y así ganen para comer. Por vuestra parte, her-
14 manos, no os canséis de hacer el bien, y si alguno no hace caso
de lo que decimos en la carta, señaladlo con el dedo y hacedle el
15 vacío, para que se avergüence. No quiero decir que lo tratéis como
a un enemigo, sino que le llaméis la atención como a un hermano.
16 Que el Señor de la paz os conceda la paz en toda circunstancia
y en todo. El Señor os acompañe a todos.
17 La despedida, de mi mano: Pablo; ésta es la contraseña en todas
18 las cartas; ésta es mi letra. El favor de nuestro Señor, Jesús Mesías,
os acompañe a todos.

CARTAS PASTORALES

INTRODUCCION

Estas tres cartas, 1 y 2 a Timoteo y la carta a Tito, llamadas «pastorales» desde el siglo XVIII, están dirigidas a individuos, no a comunidades, como las otras cartas de Pablo (exceptuado el billete a Filemón), y no presentan el carácter de carta, sino el de instrucciones, mirando sobre todo a la organización eclesiástica. Las tres forman una unidad en cuanto a vocabulario, temática y ambiente.

Timoteo, destinatario de las dos primeras, era natural de Listra, en Licaonia, hijo de padre pagano y de madre judeo-cristiana (Hch 16,1; 2 Tim 1,5). Pablo lo escoge por compañero al pasar por Listra en su primer viaje a Macedonia y Grecia (Hch 16,3). Recibe misiones de confianza para Corinto (1 Cor 4,17; 16,10) y Filipos (Flp 2,19-23). Era de carácter tímido (1 Cor 16,10).

Tito no aparece en Hch como compañero de viaje de Pablo, pero éste lo cita como acompañante suyo en la asamblea de Jerusalén (Gál 2,1.3). Fue Tito quien llevó a Corinto la «carta de las lágrimas», logrando calmar la situación (2 Cor 2,13; 7,6-7; 12,18), y volvió a Corinto con la 2 Cor (8,6.16-17.23). Fue, sin duda, hombre de muchas cualidades y buen diplomático.

En 1 Tim, Pablo, que estaba en Efeso, ha salido para Macedonia y encarga a Timoteo que lo sustituya en sus funciones por breve tiempo (3,14; 4,13). Extraña que para esto se escriba una carta tan detallada. Es, en realidad, un breve tratado de organización eclesiástica.

En 2 Tim, Pablo aparece en Roma en la cárcel (1,8.16-17), pero no mucho antes había estado en Tróade (4,13) y había pasado por Mileto (4,20). Esta carta supone que Pablo fue puesto en libertad después de la cautividad romana descrita en Hch 28, que volvió a Oriente y que, de nuevo en Roma, fue encarcelado, con la perspectiva de una condena a muerte. La carta podría llamarse el testamento de Pablo.

Según la carta a Tito, Pablo habría estado recientemente en Creta y habría dejado allí a Tito para que acabara de organizar las comunidades de la isla. Pablo quiere reunirse con Tito en Nicópolis de Epiro, donde piensa pasar el invierno (3,12).

Las comunidades que reflejan las cartas están muy organizadas; los fieles son un cuerpo amorfo, sin personalidad ni relieve, sin carismas, especialmente sin la guía del Espíritu mediante mensajes inspirados (profecías). La organización está centrada en los que ejercen los cargos: *epískopoi* (dirigentes, que no corresponden aún a los actuales obispos), *presbýteroi* (responsables, lit. «ancianos»), *diákonoi* o auxiliares.

La autenticidad de las cartas es muy discutida y los argumentos en contra prevalecen sobre los argumentos a favor. Lo más probable es que reflejen la situación de algunas comunidades de fines del siglo I, angustiadas por propagandas insidiosas, que intentaban defenderse cerrando filas y proveyéndose de una detallada organización, inspirada en modelos judeo-cristianos. Sin embargo, algunos trozos, de carácter muy personal (2 Tim 4,9-21), podrían provenir de billetes enviados por Pablo a Timoteo en alguna ocasión anterior.

PRIMERA CARTA A TIMOTEO

1 Pablo, apóstol del Mesías Jesús por disposición de Dios, nuestro
2 salvador, y de Jesús el Mesías, nuestra esperanza, a Timoteo, hijo
legítimo en la fe.
Te deseo el favor, la misericordia y la paz de Dios Padre y del
Mesías Jesús, Señor nuestro.
3 Al salir para Macedonia te encargué que no te movieras de
Efeso; tenías que mandarles a algunos que no enseñaran doctrinas
4 diferentes ni se ocuparan de fábulas e interminables genealogías,
cosas que llevan más a discusiones que a formar en la fe como
Dios quiere.
5 Esa orden tiene por objeto el amor mutuo, que brota del co-
6 razón limpio, de la conciencia honrada y de la fe sentida. Algunos
7 han fallado en esto y se han dado a vanas palabrerías; pretenden
ser maestros de la Ley, cuando no saben lo que dicen ni entienden
de lo que dogmatizan.
8 Sabemos que la Ley es cosa buena siempre que se tome como
9 Ley, sabiendo esto: que no ha sido instituida para la gente hon-
rada; está para los criminales e insubordinados, para los impíos
y pecadores, sacrílegos y profanadores, para los parricidas, matri-
10 cidas y asesinos; para los libertinos, invertidos y traficantes de
esclavos; para los estafadores, perjuros y para todo lo demás que
11 se oponga a la sana enseñanza según el evangelio de la gloria de
Dios bienaventurado, que me han confiado.

Reflexiones de Pablo sobre su pasado

12 Qué agradecido estoy al que me dio fuerzas, al Mesías Jesús
Señor nuestro, por la confianza que tuvo en mí al designarme para
13 su servicio; en mí, antes un blasfemo, perseguidor e insolente.
A pesar de eso, como lo hacía con la ignorancia del que no cree,
14 Dios tuvo misericordia de mí; y se desbordó la generosidad de
nuestro Señor, dándome fe y amor cristiano.
15 Mucha verdad es ese dicho y digno de que todos lo hagan suyo:
«que el Mesías Jesús vino al mundo para salvar pecadores»; nadie
16 más pecador que yo, pero, precisamente por eso, Dios tuvo mi-
sericordia de mí, para que el Mesías Jesús mostrase en mí el pri-
mero hasta dónde llega su paciencia, proponiendo un ejemplo
típico a los que en el futuro creyesen en él para obtener vida
eterna.
17 Al Rey de los siglos, al inmortal, invisible y único Dios, honor
y gloria por los siglos de los siglos. Amén.
18 Te encomiendo dar estas instrucciones, Timoteo, hijo mío, ate-
niéndome a aquellos mensajes inspirados que se referían a ti;
apoyado en ellos presta servicio en este noble combate, armado
19 de fe y de conciencia honrada. Algunos se desentendieron de ella
20 y han naufragado en la fe, entre ellos Himeneo y Alejandro; yo
los entregué a Satanás para que aprendan a no ofender a Dios.

Oración pública

2 Según esto, lo primero que recomiendo es que se tengan sú-
plicas y oraciones, peticiones y acciones de gracias por la huma-
2 nidad entera, por los reyes y todos los que ocupan altos cargos,
para que llevemos una vida tranquila y sosegada, con un máximo
3 de piedad y decencia. Esto es cosa buena y agrada a Dios nuestro
4 salvador, pues él quiere que todos los hombres se salven y lleguen
a conocer la verdad.
5 Porque no hay más que un Dios y no hay más que un mediador
entre Dios y los hombres, un hombre, el Mesías Jesús, que se
6 entregó como precio de la libertad de todos. Ese testimonio se
7 dio a su debido tiempo y de él me han nombrado pregonero y
apóstol —digo la verdad, no miento— para enseñar a los paganos
la fe y la verdad.
8 En cualquier lugar que sea, quiero que las oraciones las digan
los hombres; que levanten manos inocentes, sin ira ni rencores.
9 Por lo que toca a las mujeres, que vayan convenientemente arre-
gladas, compuestas con decencia y modestia, sin adornos de oro
10 en el peinado, sin perlas ni vestidos suntuosos; adornadas con
buenas obras, como corresponde a mujeres que se profesan pia-
dosas.
11 La mujer, que escuche la enseñanza, quieta y con docilidad.
12 A la mujer no le consiento enseñar ni imponerse a los hombres;
13 le corresponde estar quieta, porque Dios formó primero a Adán
14 y luego a Eva. Además, a Adán no lo engañaron, fue la mujer
15 quien se dejó engañar y cometió el pecado; pero llegará a salvarse
por la maternidad, con tal que persevere con fe, amor y una vida
santa y modesta.

Funciones directivas

3 Está muy bien dicho que quien aspira a un cargo directivo [a]
2 no es poco lo que desea, porque el dirigente [b] tiene que ser in-
tachable, fiel a su mujer, juicioso, equilibrado, bien educado, hos-
3 pitalario, hábil para enseñar, no dado al vino ni amigo de reyertas,
4 sino comprensivo, pacífico y desinteresado. Tiene que gobernar
bien su propia casa y hacerse obedecer de sus hijos con dignidad.
5 Uno que no sabe gobernar su casa, ¿cómo va a cuidar de una
6 asamblea de Dios? Que no sea recién convertido, por si se le
7 sube a la cabeza y lo condenan como al diablo. Se requiere además
que tenga buena fama entre los de fuera, para evitar el despres-
tigio y que el diablo lo atrape.
8 También los auxiliares [c] tienen que ser respetables, hombres de
palabra, no aficionados a beber mucho ni a sacar dinero, conser-
9 vando la fe revelada con una conciencia limpia. También éstos

a «cargo directivo» traduce el término «episkopé», «inspección», «supervisión», que aún no corresponde al «episcopado» posterior, como se ve por los rasgos que señala a continuación.

b «dirigente», en griego «epískopos», cf. el v. anterior.

c «auxiliar» traduce «diákonos», «servidor», «sirviente», cf. v. 10, íd. en v. 12.

10 tienen que ser probados primero, y cuando se vea que son irre-
11 prochables, que empiecen el servicio. Las mujeres, lo mismo: sean
12 respetables, no chismosas, juiciosas y de fiar en todo. Los auxi-
liares sean fieles a su mujer y gobiernen bien a sus hijos y sus
13 propias casas; porque los que se han distinguido en el servicio,
se ganan una posición distinguida y mucha libertad para hablar
de fidelidad cristiana.

El misterio de Cristo

14 Aunque espero ir a verte pronto, te escribo esto por si me re-
15 traso; quiero que sepas cómo hay que conducirse en la casa de
Dios, es decir, en la asamblea de Dios vivo, columna y base de la
verdad.
16 Sin discusión, grande es el misterio que veneramos:

El se manifestó como hombre,
lo rehabilitó el espíritu,
se apareció a los mensajeros [a],
se proclamó a las naciones,
se le dio fe en el mundo,
fue elevado a la gloria.

Apostasía de algunos

4 El Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algu-
nos abandonarán la fe, por dar oídos a inspiraciones erróneas y
2 enseñanzas de demonios, de impostores hipócritas, embotados de
3 conciencia. Esos prohibirán el matrimonio y el comer ciertos ali-
mentos, que Dios creó para que los gustaran con gratitud los fieles
4 que conocen la verdad. Porque todo lo que Dios ha creado es
bueno, no hay que desechar nada, basta tomarlo con agradeci-
5 miento, pues la palabra de Dios y nuestra oración lo consagran.

El buen servidor de Cristo

6 Si propones estas cosas a los hermanos, servirás bien al Mesías
Jesús, alimentándote con los principios de la fe y de la buena
7 enseñanza que has seguido siempre. En cambio, evita esas fábulas
8 profanas de viejas. Tú ejercítate en la piedad. El ejercicio corporal
es útil por poco tiempo; en cambio, la piedad es útil para siem-
9 pre, pues tiene una promesa para esta vida y para la futura. Este
10 dicho es mucha verdad y todos deberían hacerlo suyo; y éste es
el objetivo de nuestras fatigas y luchas, pues tenemos puesta la
esperanza en Dios vivo, salvador de todos los hombres, sobre
todo de los fieles.
11-2 Prescribe estas cosas y enséñalas. Nadie te tenga en poco por
ser joven; sé tú un modelo para los fieles, en el hablar y en la
13 conducta, en el amor, la fe y la decencia. Mientras llego, preocú-

a «mensajeros», en griego «angeloi», en su sentido original.

14 pate de la lectura pública, de animar y enseñar. No descuides el
don que posees, que se te concedió por indicación de una profecía
15 con la imposición de manos del colegio de responsables. Cuida de
esas cosas y dedícate a ellas, para que todos vean cómo adelantas.
16 Preocúpate de ti y de la enseñanza, sé constante; si lo haces te
salvarás a ti y a los que te escuchan.

Conducta con los miembros de la comunidad

5 Con un hombre anciano no seas duro, exhórtalo como a un
2 padre; a los jóvenes, como a hermanos; a las mujeres de edad,
como a madres, y a las jóvenes, con la mayor delicadeza, como a
hermanas.
3-4 El subsidio de viuda dáselo a las viudas de verdad; pero si
una viuda tiene hijos o nietos, que aprendan éstos primero a que-
rer a su familia y a corresponder por lo que han recibido de sus
padres. Esto es lo que agrada a Dios.
5 La viuda de verdad, la que está sola en el mundo, tiene puesta
su esperanza en Dios y se pasa el día y la noche pidiendo y re-
6-7 zando. En cambio, la frívola ha muerto en vida. Insiste en estas
8 cosas para que sean intachables. Quien no mira por los suyos, y en
particular por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un
descreído.
9 No inscribas en la lista a una viuda de menos de sesenta años;
10 tiene que haber sido fiel a su marido y estar recomendada por sus
buenas obras: si ha criado bien a sus hijos, si ha ejercitado la hospi-
talidad, si ha lavado los pies a los consagrados, si ha ayudado a los
que sufren, en fin, si ha aprovechado toda ocasión de hacer el bien.
11 A las viudas jóvenes no las apuntes, pues cuando su sensualidad
12 las aparta del Mesías, quieren casarse otra vez y se ven conde-
13 nadas por haber roto su compromiso anterior. Además, se acos-
tumbran a ir de casa en casa sin hacer nada; y no sólo no hacen
nada, sino que chismorrean y se meten en todo, hablando de lo
14 que no conviene. Quiero que las viudas jóvenes se casen, tengan
hijos, se ocupen de su casa y no den pie a las críticas de los adver-
15 sarios, porque ya algunas se han descarriado siguiendo a Satanás.
16 La cristiana que tenga viudas en su familia, que las asista, para
que la comunidad no esté sobrecargada y pueda asistir a las real-
mente viudas.

Responsables

17 Los responsables[a] que dirigen bien merecen doble honorario,
18 sobre todo los que se atarean predicando y enseñando, porque
dice la Escritura: «*No le pondrás bozal al buey que trilla*»[b], y tam-
19 bién: «El obrero merece su jornal». No admitas una acusación con-
tra un responsable a menos que esté apoyada *por dos o tres tes-
tigos*[c].

a «responsables», en griego «presbíteros», «ancianos», «senadores», que aún no corresponde al «presbítero» posterior, cf. Hch 11,30.
b Dt 25,4. *c* Dt 19,15.

Pecadores públicos

20 A los que pequen repréndelos públicamente, para que los demás
21 escarmienten. Por Dios, por Jesús el Mesías y por los ángeles ele-
gidos te pido encarecidamente que observes estas normas, exclu-
22 yendo todo prejuicio y sin ser parcial en nada. A ninguno le im-
pongas las manos a la ligera ni te hagas cómplice de pecados aje-
23 nos; tú consérvate honesto. Deja de beber agua sola, toma un poco
de vino, por el estómago y tus frecuentes indisposiciones.
24 Los pecados de algunos son tan manifiestos, que van antes que
ellos al juicio; los de otros, en cambio, salen a relucir después.
25 Las buenas obras lo mismo, o son manifiestas o, si no lo son, no
pueden quedar ocultas.

Esclavos cristianos

6 Los que están bajo yugo de esclavitud, consideren a sus amos
dignos de todo respeto, para que no se maldiga a Dios y a nues-
2 tra doctrina. Los que tienen amos creyentes no los tengan en me-
nos porque sean hermanos; al contrario, sírvanlos mejor, pues los
que reciben el beneficio son creyentes y amigos.

Falsos maestros

3 Esto es lo que tienes que enseñar y recomendar. Quien enseña
cosas diferentes y no se atiene a las palabras saludables, las de
4 nuestro Señor Jesús el Mesías, y a la doctrina propia de la piedad,
es un ignorante con pretensiones que tiene el prurito de discutir so-
bre cuestiones de palabras; de ahí salen las envidias, riñas, insul-
5 tos, viles sospechas, altercados interminables, típicos de mentes
depravadas, privadas de la verdad. Piensan que la piedad es un
6 negocio; la piedad es ciertamente un buen negocio cuando uno
7 se conforma con lo que tiene; porque nada trajimos al mundo,
8 como nada podremos llevarnos, así que teniendo qué comer y con
9 qué vestirnos, podemos estar contentos. Los que quieren hacerse
ricos, caen en tentaciones, trampas y mil afanes insensatos y
funestos, que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición;
10 porque raíz de todos los males es el amor al dinero; por esta ansia
algunos se desviaron de la fe y se infligieron mil tormentos.
11 Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de todo eso, esmérate
en la rectitud, la piedad, la fidelidad, el amor, la constancia, la
12 delicadeza. Lucha en el noble combate de la fe, conquista la vida
eterna a la que fuiste llamado: de esa fe hiciste noble profesión
13 en presencia de muchos testigos. Y ahora, delante de Dios que da
vida al universo y del Mesías Jesús que dio testimonio ante Poncio
Pilato con tan noble profesión, te insisto en que guardes el man-
14 damiento sin mancha ni reproche hasta la venida de nuestro Señor
15 Jesús el Mesías; a su debido tiempo lo manifestará Dios bien-
16 aventurado y único soberano, rey de reyes y señor de señores, único
que posee la inmortalidad, que habita en una luz inaccesible, a
quien nadie ha visto ni puede ver. A él honor y dominio eterno,
amén.

Ricos

17 A los ricos de este mundo insísteles en que no sean soberbios
ni pongan su confianza en riqueza tan incierta, sino en Dios que
18 nos procura todo en abundancia para que lo disfrutemos. Que
hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, generosos y con
19 sentido social: y así acumularán un capital sólido para el porvenir
y alcanzarán la vida verdadera.
20 Querido Timoteo, conserva el depósito, apartándote de charla-
tanerías irreverentes y de las objeciones de esa mal llamada cien-
21 cia; algunos que se especializaban en ella se han desviado de la fe.
La gracia os acompañe.

SEGUNDA CARTA A TIMOTEO

1 Pablo, apóstol del Mesías Jesús por designio de Dios, conforme
2 a la promesa de vida que hay en Jesús Mesías, a Timoteo, hijo
querido: Te deseo el favor, la misericordia y la paz de Dios Padre
y del Mesías Jesús, Señor nuestro.
3 Doy gracias a Dios, a quien sirvo con limpia conciencia, como
aprendí de mis antepasados, cuando te encomiendo en mis oracio-
4 nes noche y día. Al acordarme de tus lágrimas, ansío verte, para
5 llenarme de alegría refrescando la memoria de tu fe sincera, esa
fe que tuvieron tu abuela Loide y tu madre, Eunice, y que estoy
seguro tienes también tú.
6 Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que
7 recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha
dado un espíritu de cobardía, sino un espíritu de valentía, de
8 amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar
testimonio de nuestro Señor ni de que yo esté en la cárcel por
él. Al contrario, sufre conmigo por el evangelio, con la fuerza de
9 Dios: él nos salvó y nos llamó a una vida consagrada, no por mé-
ritos nuestros, sino por aquella decisión suya y aquella gracia que
nos concedió en el Mesías Jesús antes que empezaran los tiempos,
10 manifestada ahora por la aparición en la tierra de nuestro salvador,
el Mesías Jesús; él ha aniquilado la muerte y ha irradiado vida
e inmortalidad por medio del evangelio.
11 De este evangelio me han nombrado heraldo, apóstol y maestro;
12 ésta es la razón de mi penosa situación presente; pero no me
siento derrotado, pues sé de quién me he fiado y estoy firme-
mente persuadido de que tiene poder para asegurar hasta el último
día el encargo que me dio.
13 Lleva contigo un compendio de la saludable enseñanza que me
14 oíste acerca de la fe y el amor cristiano; guarda el precioso de-
pósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.
15 Ya sabes que todos los de Asia me han vuelto la espalda, entre
16 otros, Figelo y Hermógenes. Dios tenga misericordia de Onesíforo
y familia, pues él me ha dado tantas veces aliento y no se ha

17 avergonzado de que esté en la cárcel; al contrario, al llegar a
18 Roma me buscó sin descanso hasta que dio conmigo. Que el Señor
le conceda alcanzar su misericordia en el último día. Por lo demás,
los servicios que prestó en Efeso tú los conoces mejor que nadie.

Buen soldado de Cristo

2 Por tanto, hijo mío, saca fuerzas de la gracia que tenemos en
2 el Mesías Jesús; lo que me oíste a mí en presencia de muchos tes-
tigos encomiéndalo a hombres de fiar, capaces a su vez de enseñar
3 a otros. Comparte las penalidades como buen soldado del Mesías
4 Jesús; ningún soldado en activo se enreda en asuntos civiles si
5 quiere tener contento al que lo ha enrolado. Tampoco un atleta
6 recibe el premio si no compite conforme al reglamento. El labrador
que suda es el primero que tiene derecho a una parte de la co-
7 secha. Reflexiona sobre esto que te digo, que el Señor te lo hará
comprender todo.
8 Acuérdate siempre de Jesús el Mesías, resucitado de la muerte,
nacido del linaje de David; ésta es la buena noticia que anuncio y
9 por ella sufro hasta llevar cadenas como un criminal; pero el men-
10 saje de Dios no está encadenado. Por eso soporto lo que sea por
los elegidos, para que también ellos alcancen la salvación presente
en el Mesías Jesús, con la gloria eterna.
11 Esto es mucha verdad:

si morimos con él, viviremos con él;
12 si perseveramos, reinaremos con él;
si lo negamos, también él nos negará;
13 si somos infieles, él permanece fiel,
porque negarse a sí mismo no puede.

14 Sígueles recordando todo esto, avisando seriamente en nombre
de Dios de que no discutan sobre palabras; no sirve para nada y
15 es catastrófico para los oyentes. Esfuérzate porque Dios te apruebe
como a un obrero irreprensible, que predica la verdad sin des-
viaciones.
16 A las charlatanerías profanas dales de lado, porque se irán ha-
17 ciendo cada vez más impías, y la enseñanza de esa gente corroerá
como una gangrena; entre ellos están Himeneo y Fileto, que se
18 desviaron de la verdad pretendiendo que la resurrección se ha
19 efectuado ya y trastornando la fe de algunos. A pesar de todo,
el sólido cimiento de Dios está firme y lleva esta inscripción: «*El
Señor conoce a los suyos*» y «*quien invoca el nombre del Señor
aléjese de la maldad*» [a].
20 En una casa grande no hay sólo utensilios de oro y plata, tam-
bién los hay de madera y de barro, unos para usos nobles, otros
21 para usos bajos. Si uno quiere ser un utensilio para usos nobles,
consagrado y útil a su dueño, disponible para toda obra buena,
tiene que limpiarse bien de todo eso.
22 Huye de las pasiones juveniles, esmérate en la rectitud y la

a Nm 16,5.

fidelidad, en el amor fraterno y la paz con los que invocan al Señor
23 limpiamente. Niégate a discusiones estúpidas y superficiales, sa-
24 biendo que acaban en peleas; y uno que sirve al Señor no debe
pelearse, sino ser amable con todos; debe ser hábil para enseñar,
25 sufrido, suave para corregir a los contradictores; puede que Dios
26 les conceda enmendarse y comprender la verdad; entonces reca-
pacitarán y se zafarán del lazo del diablo que los tiene ahora
cogidos y sumisos a su voluntad.

En los últimos días

3 Ten presente que en los tiempos finales va a haber momentos
2 difíciles; la gente será egoísta e interesada, serán arrogantes, so-
berbios, difamadores, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos,
3 sin corazón, implacables y calumniadores, gente sin control, in-
4 humanos y enemigos de todo lo bueno; traidores, temerarios, pre-
5 suntuosos, amigos del placer en vez de amigos de Dios. Tendrán
6 semblante de piedad, pero serán la negación de su esencia. No te
juntes con gente de ésa; y a ellos pertenecen los que se cuelan
7 por las casas y cautivan a mujerzuelas cargadas de pecados, zaran-
deadas por múltiples caprichos, que están siempre aprendiendo,
8 pero son incapaces de llegar a conocer la verdad. Yanes y Yambres
se opusieron a Moisés; exactamente lo mismo se oponen éstos a la
verdad: mentes degeneradas, hombres incapacitados para la fe.
9 Pero no irán más adelante, pues todos echarán de ver su insen-
satez, como les pasó a aquéllos.

Enseñar con paciencia

10 Tú, en cambio, seguiste asiduamente mi enseñanza y mi manera
de vivir: mis proyectos, mi fe y paciencia, mi amor fraterno y mi
11 aguante en las persecuciones y sufrimientos, como aquellos que me
ocurrieron en Antioquía, Iconio y Listra. ¡Qué persecuciones pa-
12 decí! Pero de todas me sacó el Señor; y lo mismo: todo el que se
13 proponga vivir como buen cristiano será perseguido. Esos per-
versos embaucadores, por su parte, irán de mal en peor, extraviando
14 a otros y extraviándose ellos. Tú mantén lo que aprendiste y te
15 convenció; recuerda quiénes te lo enseñaron y también que desde
niño conoces la Sagrada Escritura. Ella puede instruirte acerca de
la salvación por la fe en el Mesías Jesús.
16 Todo escrito inspirado por Dios sirve además para enseñar,
17 reprender, corregir, educar en la rectitud; así el hombre de Dios
será competente, perfectamente equipado para cualquier tarea
buena.

4 Delante de Dios y del Mesías Jesús, que ha de juzgar a vivos
y muertos, te pido encarecidamente, en nombre de su venida y
2 de su reinado: proclama el mensaje, insiste a tiempo y a destiempo,
usando la prueba, el reproche y la exhortación, con la mayor com-
3 prensión y competencia; porque va a llegar el momento en que
la gente no soportará la doctrina sana; no, según sus propios ca-
4 prichos, se rodearán de maestros que les halaguen el oído; se

5 harán sordos a la verdad y darán oídos a las fábulas. Tú no pierdas
nunca el control, soporta lo adverso, trabaja en propagar la buena
6 noticia y desempeña bien tu servicio, pues por lo que a mí toca,
estoy para derramar mi sangre y no me falta mucho para soltar las
7 amarras. He competido en noble lucha, he corrido hasta la meta,
8 me he mantenido fiel. Ahora ya me aguarda la merecida corona
con la que el Señor, juez justo, me premiará el último día; y no
sólo a mí, sino también a todos los que anhelan su venida.

Encargos y noticias

9-0 Procura venir cuanto antes; Dimas me ha dejado, enamorado
de este mundo presente, y se ha marchado a Tesalónica; Crescente
11 se ha ido a Galacia; Tito, a Dalmacia; sólo Lucas está conmigo.
12 Tráete contigo a Marcos, que me va a ser útil en la tarea. A For-
tunato lo he mandado a Efeso.
13 El abrigo que me dejé en Tróade en casa de Carpo tráetelo al
14 venir, y los libros también, pero sobre todo los cuadernos. Ale-
jandro el broncista me ha causado mucho daño, el Señor le pagará
15 lo que ha hecho. Ten cuidado con él también tú, pues contradijo
16 violentamente mis palabras. En mi primera defensa ninguno se
presentó en mi favor, todos me abandonaron. Dios no se lo tenga
17 en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas; quería
anunciar íntegro el mensaje por mi medio y que lo oyera todo
18 el mundo pagano; él me libró de las fauces del león. El Señor
seguirá librándome de toda acción malvada y me guardará in-
cólume para su reino celeste. A él la gloria por los siglos de los
siglos. Amén.
19-0 Recuerdos a Prisca, y Aquila, y a Onesíforo y familia. Erasto
21 se quedó en Corinto. A Trófimo lo dejé enfermo en Mileto. Procu-
ra venir antes del invierno. Recuerdos de Eúbulo, Pudente, Lino,
Claudia y todos los hermanos.
22 El Señor te acompañe. La gracia os acompañe.

CARTA A TITO

1 Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesús Mesías, para que crean
los elegidos de Dios: para que conozcan la verdad propia de la
2 piedad que se apoya en la esperanza de vida eterna. Dios, que no
miente, había prometido esa vida desde tiempos inmemoriales;
3 al llegar el momento ha cumplido su palabra públicamente con la
predicación que me han confiado por disposición de Dios nuestro
Salvador.
4 Querido Tito, hijo legítimo en la fe común: te deseo el favor y
la paz de Dios Padre y del Mesías Jesús salvador nuestro.

Misión de Tito en Creta

5 Mi intención al dejarte en Creta era que acabaras de organizar
lo que faltaba y nombrases responsables [a] en cada ciudad, siguiendo
6 las instrucciones que te di yo; cada uno sea intachable, fiel a su
mujer, con hijos creyentes, no indisciplinados ni de mala fama.
7 Porque siendo administrador de Dios, el dirigente [b] tiene que ser
intachable: no debe ser arrogante ni colérico, ni dado al vino, a
8 riñas o a sacar dinero. Al revés, que sea hospitalario, amigo de
lo bueno, equilibrado, acepto a los hombres y a Dios, dueño de
9 sí; debe ser adicto a la doctrina auténtica; así será capaz de pre-
dicar una enseñanza sana y de rebatir a los adversarios.
10 Porque hay mucho insubordinado, charlatán y embaucador, so-
11 bre todo entre los judíos convertidos, y hace falta taparles la boca.
Revuelven familias enteras enseñando lo que no se debe, y todo
12 para sacar dinero. Fue uno de su tierra, un profeta de ellos, quien
dijo: «Cretenses, siempre embusteros, bichos malos, estómagos
13 gandules» [c], y tenía razón en lo que dijo. Por este motivo, reprén-
14 delos enérgicamente, para que estén saludables en la fe. Que se
dejen de dar oídos a fábulas judaicas y a preceptos de hombres
15 que vuelven la espalda a la verdad. Todo es limpio para los lim-
pios; en cambio, para los sucios y faltos de fe no hay nada limpio:
16 hasta la mente y la conciencia la tienen sucia. Hacen profesión de
conocer a Dios, pero con sus acciones lo desmienten, por esa de-
testable obstinación que los incapacita para cualquier acción buena.

2 Por tu parte, habla de lo que es conforme a la enseñanza sana.
2 Di a los ancianos que sean juiciosos, respetables y sensatos, que
3 estén saludables en la fe, en el amor y en la paciencia. A las an-
cianas lo mismo: que sean muy devotas en el porte, que no sean
chismosas ni se envicien con el vino; han de ser maestras en lo
4 bueno, y aconsejar a las jóvenes que quieran a sus maridos y a
5 sus hijos, que sean sensatas y púdicas, que cuiden de la casa, que
sean bondadosas y dóciles a los maridos, para que no se despres-
tigie la buena noticia.
6-7 A los jóvenes recomiéndales también que sean sensatos, presen-
tándote en todo como un modelo de buena conducta. Cuando
8 enseñes, que se vea tu integridad y seriedad, con un hablar bien
fundado e inatacable, para que la parte contraria se abochorne, no
pudiendo denigrarnos en nada.
9 Los esclavos, que sean sumisos a sus amos y que procuren dar
10 satisfacción en todo; que no sean respondones ni sisen; al con-
trario, muestren completa fidelidad y honradez y hagan honor a
lo que Dios nuestro Salvador nos enseña.
11 Porque el favor de Dios se hizo visible, trayendo salvación para
12 todos los hombres; nos enseñó a rechazar la vida impía y los de-
seos mundanos, y a vivir en este mundo con equilibrio, rectitud
13 y piedad, aguardando la dicha que esperamos: la venida de Jesús
14 Mesías, gloria del gran Dios y salvador nuestro, del que se entregó

a «responsables», cf. Hch 11,30. *b* «dirigente», cf. 1 Tim 3,2.
c Cita al poeta cretense, del siglo VI, Epiménides de Gnosos. Utiliza la palabra profeta en sentido de vate.

por nosotros, para rescatarnos de toda clase de maldad y purifi-
15 carse un pueblo elegido, entregado a hacer el bien. De esto tienes
que hablar, animando y reprendiendo con autoridad; que nadie
te mire por encima del hombro.

3 Recuérdales que acaten al gobierno y autoridades, que hagan caso
2 y estén disponibles para toda buena iniciativa, que no insulten a
nadie ni sean agresivos, que sean comprensivos y muestren la ma-
3 yor sencillez con todo el mundo; porque antes también nosotros
con nuestra insensatez y obstinación íbamos fuera de camino: éra-
mos esclavos de pasiones y placeres de todo género, nos pasábamos
la vida haciendo daño y comidos de envidia, éramos insoportables
4 y nos odiábamos unos a otros. Pero se hizo visible la bondad de
5 Dios y su amor por los hombres, y entonces, no en base a las
buenas obras que hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos
6 salvó con el baño regenerador y renovador, con el Espíritu Santo
que Dios derramó copiosamente sobre nosotros por medio de nues-
7 tro Salvador, Jesús el Mesías. Así, rehabilitados por Dios por pura
generosidad, somos herederos, con esperanza de una vida eterna.
8 Esto es mucha verdad y en ello quiero que seas categórico, para
que los que ya creen en Dios pongan empeño en señalarse en hacer
9 el bien. Eso es lo bueno y lo útil para los demás. En cambio, a
las cuestiones estúpidas, las genealogías, disputas y peleas sobre
10 la Ley, dales de lado; son inútiles y sin sustancia. Al que intro-
duzca división, llámalo al orden hasta dos veces; luego no tengas
11 que ver con él. Comprende que un individuo así está desviado y
peca, condenándose él mismo.
12 Cuando te mande a Artemas o a Fortunato [a], procura ir a en-
13 contrarme a Nicópolis, donde pienso pasar el invierno. A Zenas el
abogado y a Apolo esmérate en proveerlos para el viaje, de modo
14 que nada les falte, y que aprendan los nuestros en particular a
señalarse en hacer el bien, atendiendo a las necesidades urgentes;
así no serán improductivos.
15 Recuerdos de todos los que están conmigo. Saluda tú a nuestros
amigos en la fe. La gracia os acompañe a todos.

a «Fortunato», como en Col 4,7 y en 2 Tim 4,12, traduce el nombre griego «Tíquico». Es distinto del Fortunato (nombre latino) de 1 Cor 16,17.

CARTA A FILEMON

INTRODUCCION

Indiscutiblemente auténtica, es el más breve de los escritos de Pablo. Aunque incluye en la dirección a la comunidad que se reúne en casa de Filemón, tiene carácter personal.

La carta es una recomendación de Onésimo, esclavo de Filemón, escapado después de cometer un robo (18), pero que ha conocido a Pablo en la cárcel y se ha hecho cristiano (10). Filemón es un cristiano pudiente, convertido por Pablo (19) y colaborador suyo (1), muy generoso con la comunidad cristiana (5-7).

Como en la carta a los Colosenses, Pablo está en la cárcel (Col 4,3.10.18; Flm 9-10.13) y rodeado de los mismos compañeros (Col 4,7-14; Flm 23-24). Onésimo, además, vuelve a Colosas con Fortunato, el portador de Col (Col 4,7-9). La carta a Filemón es, por tanto, contemporánea de los pasajes paulinos de Colosenses.

1 Pablo, preso por el Mesías Jesús, y el hermano Timoteo, a Fi-
2 lemón, nuestro querido amigo y colaborador, con la hermana Apia;
a Arquipo, nuestro compañero de armas, y a la comunidad que se
3 reúne en tu casa: os deseamos el favor y la paz de Dios nuestro
Padre y del Señor Jesús el Mesías.
4 Doy siempre gracias a Dios cuando te encomiendo en mis ora-
5 ciones, pues recibo noticias de tu amor y de la fidelidad que tienes
6 al Señor Jesús y a todos los consagrados. Pido a Dios que la
solidaridad propia de tu fe se active al comprender que todos los
bienes que tenemos son para Cristo.
7 Mucho me alegró y animó tu caridad, hermano; gracias a ti los
8 consagrados se sienten tranquilos. Por eso, aunque por Cristo tengo
plena libertad para mandarte lo que convenga, prefiero rogártelo
9 apelando a tu caridad, yo, el viejo Pablo, ahora además preso por
10 el Mesías Jesús. Te ruego en favor de este hijo mío, de Onésimo,
11 al que engendré en la cárcel; antes te era inútil, ahora puede ser-
12 nos útil a ti y a mí. Te lo mando de vuelta a él, es decir, al hijo
de mis entrañas [a].
13 Me habría gustado retenerlo conmigo para que él me sirviera
14 en lugar tuyo mientras estoy preso por el evangelio. Sin embargo,
no quise hacer nada sin contar contigo; no quiero que tu bondad
15 parezca forzada, sino espontánea. Si te dejó por algún tiempo fue
16 tal vez para que ahora lo recobres definitivamente; y no ya como
esclavo, más que como esclavo, como hermano querido; para mí
lo es muchísimo, cuánto más va a serlo para ti, como hombre y
como cristiano.
17-8 Si te sientes solidario conmigo, recíbelo como si fuera yo. Si
19 en algo te ha perjudicado o te debe algo, ponlo a mi cuenta; yo,
Pablo, te firmo el pagaré de mi puño y letra, para no hablar de
20 que tú me debes tu propia persona. Anda, hermano, deja que, como
cristiano, me aproveche yo de ti; tranquilízame tú como cristiano.

a «al hijo de mis entrañas», sentido de la expresión «mis entrañas».

21 Te escribo seguro de tu respuesta, sabiendo que harás aún más
22 de lo que te pido. Y, a propósito, prepárame alojamiento, pues,
gracias a vuestras oraciones, espero que Dios os mandará este re-
galo.
23 Recuerdos de Epafras, mi compañero de cárcel por el Mesías
24 Jesús, y también de Marcos, Aristarco, Dimas y Lucas, mis colabo-
radores.
25 El favor del Señor Jesús el Mesías os acompañe.

CARTA A LOS HEBREOS

INTRODUCCION

La carta a los Hebreos es, en realidad, un sermón (13,22), pronunciado, sin duda, en una o varias ocasiones, y que se manda por escrito, acompañado de un saludo (13,22-25), a otras comunidades, para ser leído, por lo que parece, en la asamblea eucarística. Su estilo, en conformidad con el género literario, es retórico, solemne, y manifiesta gran dominio de la lengua.

Los destinatarios eran cristianos (3,1-2.4; 6,4-6.9; 10,23.26; 12,22-24), tal vez sujetos a ciertas influencias judías. Sin embargo, ni siquiera aparecen los términos «judío» y «pagano», no hay controversia sobre la observancia de la Ley en contraposición con la fe, y las prescripciones alimenticias son algo extraño a la comunidad (13,9).

El autor, desconocido, se presenta como perteneciente a la segunda generación cristiana (2,3). Es un maestro judeo-cristiano, de formación alejandrina, muy versado en la Escritura, con gran penetración teológica. Su estilo no se parece en nada al de Pablo.

La fecha de composición es también incierta, en todo caso anterior a la primera carta de Clemente (año 96), que ya conoce Heb.

El autor utiliza un sistema simbólico antiguo, el de sacrificio-sacerdocio, para expresar una realidad puramente existencial. Jesús había muerto como un criminal político, eliminado de su sociedad (13,12); nada había en esto que sugiriese la idea de una ofrenda a Dios. El sacrificio antiguo era una acción sacra ejecutada conforme a rituales precisos y siempre en el recinto de un templo. Nada de esto se verificó en la muerte de Jesús, y así muestra el autor que el culto a Dios es la vida misma, que todo el conato religioso de la humanidad, y en particular el del pueblo judío, era inútil, pues no lograba limpiar al hombre de sus pecados; y, además, que el modo de agradar a Dios no son los ritos religiosos, sino la obediencia a su voluntad, que se manifiesta en la entrega por amor hasta la muerte, a ejemplo de Jesús (10,1-10).

EXORDIO

1 En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios anti-
2 guamente a nuestros padres por los Profetas. Ahora, en esta etapa
final, nos ha hablado por un Hijo, al que nombró heredero de
todo, lo mismo que por él había creado los mundos y las edades.
3 El es reflejo de su gloria, impronta de su ser; él sostiene el uni-
verso con la palabra potente de Dios; y después de realizar la
purificación de los pecados, se sentó a la derecha de su Majestad
4 en las alturas, haciéndose tanto más poderoso valedor que los án-
geles cuanto más extraordinario es el título que ha heredado.

I

UN TITULO SUPERIOR AL DE LOS ANGELES

Hijo de Dios

5 Pues ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: «*Mi Hijo eres tú, yo
te he engendrado hoy*» [a], ni tampoco: «*Y seré para él un padre
6 y él para mí un hijo*»? [b]. Además, en otro pasaje, cuando introduce
en aquel mundo al primogénito, dice: «*Adórenlo todos los ángeles
de Dios*».
7 Por una parte, habla así de los ángeles: «*Envía a sus ángeles
8 como a los vientos, a sus ministros como al rayo*» [c]. En cambio,
del Hijo: «*Tu trono, oh Dios, permanece para siempre*», y tam-
9 bién: «*Cetro de rectitud es tu cetro real. Has amado la justicia y
odiado la iniquidad; por eso Dios, tu Dios, te ha distinguido de
10 tus compañeros ungiéndote con perfume de fiesta*» [d]. Otra vez se
expresa así: «*Tú, Señor, en los comienzos cimentaste la tierra;
11 obra de tus manos son los cielos; ellos perecerán, tú permaneces;
12 se gastarán como la ropa, los liarás como una capa, serán* como
vestido *que se muda. Pero tú eres siempre el mismo, tus años no
se acabarán*» [e].
13 Y ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: «*Siéntate a mi derecha
14 mientras pongo a tus enemigos por estrado de tus pies*»? [f]. ¿Qué
son todos sino espíritus en servicio activo, que se envían en
ayuda de los que han de heredar la salvación?

2 Por esa razón, para no ir a la deriva, tenemos que prestar más
2 atención a lo aprendido. Pues si la Ley dictada por ángeles tuvo
validez, y toda transgresión y desobediencia fue justamente casti-
3 gada, ¿cómo escaparemos nosotros si desdeñamos una salvación
tan excepcional? Una que fue anunciada al principio por el Señor
4 y que nos han confirmado los que la oyeron, mientras Dios añadía
su testimonio con portentosas señales, con variados milagros y dis-
tribuyendo dones del Espíritu Santo según su voluntad.

Hermano de los hombres

5 Porque no fue a los ángeles a quienes Dios sometió el mundo
6 futuro de que hablamos. Alguien lo atestiguó en alguna parte
diciendo: «*¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él, el ser
7 humano para que mires por él? Lo hiciste poco inferior a los án-
8 geles, lo coronaste de gloria y dignidad; todo lo sometiste bajo sus
pies*» [g]. Claro que, al sometérselo todo, nada dejó de someterle.
Ahora, es verdad, no vemos todavía el universo entero some-
9 tido al hombre; pero vemos ya al que Dios *hizo un poco infe-
rior a los ángeles*, a Jesús, que, por haber sufrido la muerte, está
coronado de *gloria y dignidad;* así, por la gracia de Dios, la muer-
te que él experimentó redunda en favor de todos.

a Sal 2,7; 2 Sm 7,14. *b* Dt 32,43. *c* Sal 104,4.
d Sal 45,7-8. *e* Sal 102,26-28. *f* Sal 110,1. *g* Sal 8,5-7 LXX.

10 De hecho, convenía que Dios, fin del universo y creador de
todo, proponiéndose conducir muchos hijos a la gloria, al pionero
11 de su salvación lo consumara por el sufrimiento, pues el consa-
grante y los consagrados son todos del mismo linaje. Por esta razón
12 no tiene él reparo en llamarlos hermanos, cuando dice: «*Contaré
tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré*», *y*
13 en otro lugar: «*En él pondré yo mi confianza*» [a], y también: «*Aquí
estoy yo con los míos, los que Dios me ha dado*» [b].
14 Por eso, como los suyos tienen todos la misma carne y sangre,
también él asumió una como la de ellos, para con su muerte re-
ducir a la impotencia al que tenía dominio sobre la muerte, es
15 decir, al diablo, y liberar a todos los que, por miedo a la muerte,
16 pasaban la vida entera como esclavos. Porque no es a los ángeles,
está claro, a los que él *tiende la mano, sino a los hijos de Abrahán* [c].
17 Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo
sacerdote compasivo y fidedigno en lo que toca a Dios y expiar
18 así los pecados del pueblo. Pues por haber pasado él la prueba
del dolor, puede auxiliar a los que ahora la están pasando.

II

JESUS, SUMO SACERDOTE FIDEDIGNO Y MISERICORDIOSO

Fidelidad de Moisés y fidelidad de Jesús

3 Por lo dicho, hermanos consagrados que compartís el mismo lla-
mamiento celeste, considerad al enviado y sumo sacerdote de la
2 fe que profesamos: a Jesús, que tiene la confianza del que lo
nombró, como la tuvo Moisés *entre todos los de la casa de Dios* [d].
3 Es decir, el honor concedido a Jesús es mayor que el de Moisés,
en cuanto el que construye la casa tiene mayor dignidad que la
4 casa misma. (Porque toda casa la construye alguien, aunque el que
5 todo lo construye es Dios). Moisés, además, tuvo la confianza *entre
todos los de la casa* como criado, para transmitir lo que Dios fuera
6 diciendo, mientras el Mesías la tiene como Hijo, al frente de la
casa, y esa casa somos nosotros, con tal que mantengamos esa segu-
ridad y esa honra que es la esperanza.

No ser infieles

7 Por eso, como dice el Espíritu Santo:

Si hoy oís su voz,
8 *no endurezcáis el corazón como en el tiempo de la rebelión,*
como el día de la prueba en el desierto,
9 *cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron,*
10 *aunque habían visto mis obras durante cuarenta años.*
Por eso me indigné contra aquella gente y dije:

a Sal 22,23. *b* «con los míos», lit. «y los niños», en el sentido de discípulos o seguidores (Is 8,17-18). *c* Is 41,8-9. *d* Nm 12,7 LXX.

«*Su corazón está siempre extraviado,*
no han conocido mis caminos:
11 *como lo juré en mi cólera,*
nunca entrarán en mi descanso»
(Sal 95,7-11).

12 Cuidado, hermanos, con que ninguno de vosotros tenga un co-
razón dañado por la incredulidad, que lo haga desertar del Dios
13 vivo; no, mientras resuena ese «*hoy*», animaos unos a otros día
tras día, para que ninguno se endurezca seducido por el pecado.
14 Porque somos compañeros del Mesías siempre que mantengamos
15 firme hasta el final la actitud del principio, dado que dice: «*Si hoy
oís su voz, no endurezcáis el corazón como en el tiempo de la
16 rebeldía*». ¿Quiénes se rebelaron al oírlo? Ciertamente todos los
17 que salieron de Egipto por obra de Moisés. Y ¿contra quiénes
se indignó durante cuarenta años? Contra los que habían pecado,
18 cuyos *cadáveres quedaron tendidos en el desierto.* Y ¿a quién *juró
19 que no entrarían en su descanso* [a] sino a los rebeldes? Y vemos
que no pudieron entrar por falta de fe.

4 Precaución, por tanto; no sea que mientras está en pie la pro-
mesa de entrar en su descanso, resulte que alguno se queda reza-
2 gado. Pues, de hecho, la buena noticia la hemos recibido nosotros
lo mismo que aquéllos, pero a ellos no les sirvió de nada oír la
3 palabra, porque no se sumaron a los que habían oído. Entremos,
pues, los que ya hemos creído, en el descanso a que se refieren las
palabras: «*Como lo juré en mi cólera, nunca entrarán en mi des-
canso*».
Las tareas, por cierto, terminaron con la creación del mundo,
4 pues en algún sitio se habla así del día séptimo: «*Y el día séptimo
5 descansó Dios de todas sus tareas*»; y en este pasaje sale de nuevo:
«*Nunca entrarán en mi descanso*» [b].
6 Ya que, según esto, quedan algunos por entrar en él, y los pri-
meros que recibieron la buena noticia no entraron por su rebeldía,
7 Dios señala otro día, «*hoy*», al decir mucho tiempo después, por
boca de David, lo antes citado: «*Si hoy oís su voz, no endurezcáis
8 el corazón*» [c]. Claro que si Josué les hubiera dado el descanso no
9 habría hablado Dios de otro día después de aquello; por consi-
10 guiente, un tiempo de descanso queda todavía para el pueblo de
Dios, pues el que entra en su descanso, descansa él también de
11 sus tareas, como Dios de las suyas. Esforcémonos, por tanto, por
entrar en ese descanso y nadie caiga siguiendo el ejemplo aquel
de rebeldía.
12 Además, la palabra de Dios es viva y enérgica, más tajante que
una espada de dos filos, penetra hasta la unión de alma y espíritu,
13 de órganos y médula, juzga sentimientos y pensamientos. No hay
criatura que escape a su mirada, todo está desnudo y vulnerable
a sus ojos, y es a ella a quien habremos de dar cuenta.
14 Teniendo, pues, un sumo sacerdote extraordinario que ha atra-
vesado los cielos, Jesús el Hijo de Dios, mantengamos firmes la fe
que profesamos.

a Nm 14,21-23. *b* Sal 95,11. *c* Sal 95,7.

Jesús, sumo sacerdote misericordioso

15 Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse
de nuestras debilidades, sino uno probado en todo igual que nos-
16 otros, excluido el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente
al tribunal de la gracia para alcanzar misericordia y obtener la
gracia de un auxilio oportuno.

5 Porque todo sumo sacerdote se escoge siempre entre los hom-
bres y se le establece para que los represente ante Dios y ofrezca
2 dones y sacrificios por los pecados. Es capaz de ser indulgente con
los ignorantes y extraviados, porque a él también la debilidad lo
3 cerca. Por ese motivo se ve obligado a ofrecer sacrificios por sus
4 propios pecados como por los del pueblo. Ahora que nadie puede
arrogarse esa dignidad; tiene que designarlo Dios, como en el caso
de Aarón.
5 De la misma manera, tampoco el Mesías se adjudicó los honores
de sumo sacerdote, sino el que le habló diciendo: «*Mi hijo eres*
6 *tú, yo te he engendrado hoy*» [a], o como dice en otro pasaje: «*Tú*
7 *eres sacerdote perpetuo en la línea de Melquisedec*» [b]. El, en los
días de su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas, a gritos y con
lágrimas, al que podía salvarlo de la muerte; y Dios lo escuchó,
8 pero después de aquella angustia, Hijo y todo como era. Sufrien-
9 do aprendió a obedecer y, así consumado [c], se convirtió en causa
10 de salvación eterna para todos los que le obedecen a él, pues Dios
lo proclamó sumo sacerdote *en la línea de Melquisedec* [d].

III

EL SUMO SACERDOTE DEL NUEVO CULTO EFICAZ

11 De eso nos queda mucho por decir y es difícil explicarlo, por-
12 que os habéis vuelto indolentes para escuchar. Cierto, con el tiem-
po que lleváis deberíais ser ya maestros, y, en cambio, necesitáis
que se os enseñen de nuevo los rudimentos de los primeros orácu-
los de Dios; habéis vuelto a necesitar leche, en vez de alimento
13 sólido; y, claro, los que toman leche están faltos de juicio moral,
14 porque son niños. El alimento sólido es propio de adultos, que
con la práctica tienen una sensibilidad entrenada en distinguir lo
bueno de lo malo.

6 Por eso prescindamos ya de los prolegómenos al Mesías y vamos
a lo adulto, sin echar más cimientos de conversión de las obras
2 muertas y fe en Dios, de enseñanza sobre abluciones e imposición
3 de manos, resurrección de muertos y juicio final. Esto precisa-
mente vamos a hacer, si Dios lo permite.
4 Pues para los que fueron iluminados una vez, han saboreado
5 el don celeste y participado del Espíritu Santo, han saboreado la
palabra favorable de Dios y los dinamismos de la edad futura,

a Sal 2,7. *b* Sal 110,4. *c* «consumado», que incluye la idea de perfección, transformación y consagración. *d* Sal 110,4.

6 si apostatan es imposible otra renovación, volviendo a crucificar
para que se arrepientan ellos al Hijo de Dios, es decir, exponién-
7 dolo al escarnio. Además, cuando una tierra se embebe de las llu-
vias frecuentes y produce plantas útiles para los que la labran,
8 está participando de una bendición de Dios; pero *si da espinas y*
cardos [a], es tierra de desecho a un paso de la maldición, y acabará
quemada.
9 Aunque hablamos así, amigos míos, en vuestro caso estamos
10 ciertos de lo mejor y de lo conducente a la salvación. Porque Dios
no es injusto, para olvidarse de vuestro trabajo ni del amor que
le habéis mostrado prestando servicio a los consagrados como
11 hacéis todavía. Desearíamos, sin embargo, que todos mostraseis
el mismo empeño hasta que esta esperanza sea finalmente realidad,
12 que no seáis indolentes, sino que imitéis a los que por la fe y la
paciencia van heredando las promesas.
13 Porque cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, como no tenía
a nadie superior a él por quien jurar, *juró por sí mismo,* diciendo:
14-5 «*Te bendeciré copiosamente y* te *multiplicaré sin medida*» [b]. Y así
16 Abrahán, aguardando con paciencia, obtuvo la promesa. Los hom-
bres juran por uno superior a ellos, y el juramento, dando garan-
17 tías, pone fin a todo litigio; y como Dios quería demostrar peren-
toriamente a los herederos de la promesa lo irrevocable de su de-
18 cisión, interpuso un juramento. Así, dos actos irrevocables, en
los que es imposible que Dios mienta, nos dan brío y ánimo a
nosotros los que buscamos asilo asiéndonos a la esperanza que
19 tenemos delante; ésta es para nosotros como un ancla de la exis-
tencia, sólida y firme, que entra además hasta el otro lado de la
20 cortina, hasta el lugar donde como precursor entró por nosotros
Jesús, hecho sumo sacerdote *perpetuo en la línea de Melquisedec* [c].

A) SUMO SACERDOTE EN LA LINEA DE MELQUISEDEC

7 Este *Melquisedec, rey de Salem, sacerdote de Dios Altísimo, se*
encontró con Abrahán que volvía de derrotar a los reyes; lo ben-
2 *dijo* y a él le adjudicó *Abrahán el diezmo de todo* [d]. El nombre
significa «rey de justicia» y el título es «*rey de Salem*», es decir,
3 «rey de paz». Al omitir padre, madre y genealogía, el principio de
sus días y el fin de su vida, asemejándolo al Hijo de Dios, perma-
nece sacerdote para siempre.
4 Considerad lo grande que debía de ser éste para que Abrahán,
5 el patriarca, le diera el diezmo de lo mejor del botín. Mientras
a los hijos de Leví, que reciben el sacerdocio, les manda la Ley
cobrar un diezmo al pueblo, es decir, a sus hermanos, a pesar de
6 que todos descienden de Abrahán, Melquisedec, que no tenía as-
cendencia común con ellos, percibe el diezmo de Abrahán y ben-
7 dice al depositario de las promesas. Ahora bien, está fuera de
8 discusión que lo que es más bendice a lo que es menos. Y aquí
los que cobran el diezmo son hombres que mueren, mientras allí
9 fue uno de quien se declara que vive. Además, por así decir, en

a Gn 3,18 *b* Gn 22,16s. *c* Sal 110,4. *d* Gn 14,17-20.

la persona de Abrahán también Leví, el que ahora cobra el diez-
10 mo, lo pagó; pues estaba ya presente en su padre, cuando a éste
lo encontró Melquisedec [a].

Los dos sacerdocios

11 Ahora bien, si se realizaba una transformación por medio del
sacerdocio levítico —pues en él se basaba la legislación dada al
pueblo—, ¿qué falta hacía que surgiese otro *sacerdote en la línea*
12 *de Melquisedec* y que no se le llame *de la línea* de Aarón? Por-
que cambiar el sacerdocio lleva consigo forzosamente cambiar la
13 Ley; y ése de que habla el texto pertenece a una tribu diferente,
14 de la que ninguno ha tenido que ver con el altar. Es cosa sabida
que nuestro Señor nació de Judá, y de esa tribu nunca habló Moi-
sés tratando del sacerdocio.
15 Esto resulta aún más evidente si, a semejanza de *Melquisedec,*
16 surge otro *sacerdote* que no lo es en virtud de una ley, de una dis-
posición sobre el linaje, sino por una fuerza de vida indestructible,
17 pues se declara: «*Tú eres sacerdote perpetuo en la línea de Mel-*
18 *quisedec*» [b]. Es decir, por una parte se deroga una disposición an-
19 terior, por ser ineficaz e inútil —pues la Ley no consiguió trans-
formar nada— y, en cambio, se introduce una esperanza más va-
liosa, por la cual nos acercamos a Dios.
20 Aquí no falta además un juramento (pues aquéllos fueron sacer-
21 dotes sin garantía de juramento, éste, en cambio, por el juramento
que le hicieron al decirle: «*El Señor lo ha jurado y no se arrepen-*
22 *tirá: Tú eres sacerdote perpetuo*») [c], señal de que él, Jesús, es
garante de una alianza más valiosa.
23 De aquéllos ha habido multitud de sacerdotes, porque la muerte
24 les impedía permanecer; como éste, en cambio, dura para siempre,
25 tiene un sacerdocio exclusivo. De ahí que puede también salvar
hasta el final a los que por su medio se van acercando a Dios,
pues está siempre vivo para interceder por ellos.
26 Porque así tenía que ser nuestro sumo sacerdote: santo, inocente,
sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado por encima
27 de los cielos; él no necesita ofrecer sacrificios cada día —como
hacen los sumos sacerdotes, primero por sus propios pecados y
luego por los del pueblo—, porque esto lo hizo de una vez para
28 siempre ofreciéndose él mismo. Es que la Ley establece como su-
mos sacerdotes a hombres débiles, mientras el juramento que vino
después de la Ley establece a un Hijo consumado para siempre.

B) PERFECTO, CONSUMADO, CONSAGRADO

Insuficiencia del culto antiguo

8 Estamos en el punto capital de la exposición, y es que tenemos
esa clase de sumo sacerdote: uno que en el cielo se sentó a la
2 derecha del trono de su Majestad, como celebrante del santuario
y del tabernáculo verdadero, erigido por el Señor, no por hombres.

a Gn 14,17. *b* Sal 110,4. *c* Sal 110,4.

3 Como a todo sumo sacerdote se le nombra para que ofrezca do-
nes y sacrificios, era indispensable que también él tuviera algo
4 que ofrecer. Ahora que, si estuviera en la tierra, no sería ni si-
quiera sacerdote, pues ya están los que ofrecen los dones prescritos
5 por la Ley. Pero el servicio de éstos es un esbozo y sombra de lo
celeste, según las instrucciones que recibió Moisés cuando iba a
construir el tabernáculo: «*Ten cuidado de hacerlo todo conforme*
6 *al modelo que se te ha mostrado en el monte*» [a]. De hecho, a él
le ha tocado una liturgia muy diferente, pues él es mediador de
una alianza más valiosa, legalmente establecida en base a prome-
sas de más valor.

Crítica y sustitución de la alianza antigua

7 Es decir, si aquella primera alianza no hubiera tenido defecto,
8 no quedaría lugar para una segunda; pero de hecho Dios le en-
cuentra defecto cuando les dice:

Mirad que llegan días —dice el Señor—
en que haré con la casa de Israel
y la casa de Judá una alianza nueva,
9 *no como la alianza que hice con sus padres*
cuando los tomé de la mano
para sacarlos de Egipto;
ellos quebrantaron mi alianza
y yo me desentendí de ellos —dice el Señor—.
10 *La alianza que estableceré con la casa de Israel*
cuando lleguen esos días —dice el Señor— será así:
Al dar mis leyes
las escribiré en su razón y en sus corazones,
yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.
11 *Un hombre no tendrá que instruir a su conciudadano*
ni el otro a su hermano
diciéndoles: «Reconoce al Señor»;
porque todos me conocerán,
desde el pequeño al grande,
12 *cuando perdone sus crímenes*
y no recuerde más sus pecados
(Jr 31,31-34).

13 Al llamar *nueva* a esta alianza dejó anticuada la primera; y
todo lo que se vuelve antiguo y envejece está próximo a desapa-
recer.

Ineficacia de las antiguas instituciones cultuales

9 La primera alianza tenía reglas para el culto y el santuario te-
2 rrestre. De hecho, se construyó un tabernáculo, el primero, donde
estaban el candelabro, la mesa y los panes presentados —éste se
3 llama el Santo—, y detrás de la segunda cortina, el tabernáculo

a Ex 25,40.

4 llamado el Santísimo; había allí un altar de oro para el incienso
y el arca de la alianza toda recubierta de oro; en ésta se guardaban
una urna de oro con el maná, la vara florecida de Aarón y las
5 tablas de la alianza. Encima estaban los querubines de la Gloria,
cubriendo con su sombra el lugar de la expiación. Pero no es ahora
el momento de perderse en detalles.
6 Construido todo de esta manera, en el primer tabernáculo en-
tran los sacerdotes continuamente para celebrar el culto; pero en
7 el segundo entra una vez al año el sumo sacerdote solo y además
llevando sangre para ofrecerla por él mismo y por las faltas del
8 pueblo. Con esto da a entender el Espíritu Santo que mientras
esté en pie el primer tabernáculo, el camino que lleva al santuario
9 no está patente. Esto es un símbolo de la situación actual; según
él, se ofrecen dones y sacrificios que no pueden transformar en su
conciencia al que practica el culto, pues se relacionan sólo con
10 alimentos, bebidas y abluciones diversas, observancias exteriores
impuestas hasta que llegara el momento de poner las cosas en su
punto.

El sacrificio de Cristo, eficaz y definitivo

11 El Mesías, en cambio, presentándose como sumo sacerdote de los
bienes definitivos, mediante el tabernáculo mayor y más perfecto,
no hecho por hombres, es decir, no de este mundo creado, y me-
12 diante sangre no de cabras y becerros, sino suya propia, entró de
una vez para siempre en el santuario, consiguiendo una liberación
irrevocable.
13 Si la sangre de cabras y toros y unas cenizas de becerra, cuando
rocían a los impuros, los consagran confiriéndoles una pureza ex-
14 terna, ¿cuánto más la sangre del Mesías, que con espíritu irrevo-
cable se ofreció él mismo a Dios como sacrificio sin defecto, puri-
ficará nuestra conciencia de las obras de muerte, para que demos
culto al Dios vivo?
15 Por esa razón es mediador de una alianza nueva: para que,
después de una muerte que librase de los delitos cometidos con la
primera alianza, los llamados puedan recibir la herencia perenne,
objeto de la promesa.
16 Mirad, para disponer de una herencia es preciso que conste
17 la muerte del testador, pues un testamento adquiere validez en caso
de defunción; mientras vive el testador, todavía no tiene vigencia.
18 De ahí que tampoco faltase sangre en la inauguración de la pri-
19 mera alianza. Cuando Moisés acabó de leer al pueblo todas las
prescripciones contenidas en la Ley, cogió la sangre de los bece-
rros y las cabras, además de agua, lana escarlata e hisopo, y roció
20 primero el libro mismo y después al pueblo entero diciendo: «*Esta*
21 *es la sangre de la alianza que hace Dios con vosotros*» [a]. Con la
sangre roció además el tabernáculo y todos los utensilios litúrgicos.
22 Según la Ley, prácticamente todo se purifica con sangre, y sin de-
rramamiento de sangre no hay perdón.
23 Bueno, estos esbozos de las realidades celestes tenían que puri-

a Ex 24,8.

ficarse por fuerza con tales ritos, pero las realidades mismas nece-
24 sitan sacrificios de más valor que éstos; y de hecho el Mesías no
entró en un santuario hecho por hombres, copia del verdadero, sino
en el mismo cielo, para presentarse ahora ante Dios en favor nues-
25 tro. Y no era tampoco para ofrecerse repetidas veces, como el sumo
sacerdote, que entra año tras año en el santuario, llevando una
26 sangre que no es la suya; si no habría tenido que sufrir muchas
veces desde que se creó el mundo. De hecho, su manifestación ha
tenido lugar una sola vez, al final de la historia, para abolir con
su sacrificio el pecado.
27 Por cuanto es destino de cada hombre morir una vez, y luego
28 un juicio, así también el Mesías se ofreció una sola vez, para quitar
los pecados de tantos; la segunda vez, ya sin relación con el pecado,
se manifestará a los que lo aguardan para salvarlos.

c) CAUSA DE SALVACION ETERNA

10 Pues poseyendo la Ley sólo una sombra de los bienes defini-
tivos y no la imagen misma de lo real, con los sacrificios, siempre
los mismos, que se ofrecen indefectiblemente año tras año, nunca
2 puede transformar a los que se acercan. O ¿es que no dejarían de
ofrecerse si los que practican el culto quedasen purificados de una
3 vez y perdiesen toda conciencia de pecado? Por el contrario, en
esos sacrificios se recuerdan los pecados año tras año.
4 Es que es imposible que sangre de toros y cabras quite los pe-
5 cados; por eso, al entrar en el mundo dice él:

Sacrificios y ofrendas no los quisiste,
en vez de eso me has dado un cuerpo a mí;
6 *holocaustos y víctimas expiatorias*
no te agradan;
7 *entonces dije:*
«Aquí estoy yo
(en el libro hay un título que se refiere a mí)
para realizar tu designio, Dios mío»
(Sal 40,7-9 LXX).

8 Primero dice: «*Sacrificios y ofrendas, holocaustos y víctimas ex-*
piatorias ni los quieres ni te agradan» —éstos son los que manda
9 ofrecer la Ley—, y después añade: «*Aquí estoy yo para realizar*
10 *tu designio*» [a]. Deroga lo primero para establecer lo segundo. Por
esa voluntad hemos quedado consagrados, mediante la ofrenda del
cuerpo de Jesús el Mesías, única y definitiva.
11 Los sacerdotes están todos de pie cada día celebrando el culto,
ofreciendo una y otra vez los mismos sacrificios, que son total-
12 mente incapaces de quitar los pecados. Este, en cambio, después
de ofrecer un sacrificio único por los pecados, *se sentó* para siem-
13 pre *a la derecha de Dios*. No le queda más que aguardar a que
«*pongan a sus enemigos por estrado de sus pies*», pues con una

a Sal 110,1.

14 ofrenda única dejó transformados para siempre a los que va con-
sagrando.
15 Lo mismo atestigua el Espíritu Santo; porque, después de haber
16 dicho: «*Esta es la alianza que haré* con ellos *cuando lleguen aque-
llos días*», dice el Señor: «*Al dar mis leyes, las escribiré en sus*
17 *corazones y en su razón; de sus pecados y de sus crímenes no vol-*
18 *veré a acordarme*» [a]. Ahora bien, donde el perdón es un hecho, se
acabaron las ofrendas por el pecado.

EXHORTACION

19 Hermanos, tenemos libertad para entrar en el santuario llevan-
20 do la sangre de Jesús, y tenemos un acceso nuevo y viviente que
21 él nos ha abierto a través de la cortina, que es su carne, y tenemos
además un gran sacerdote al frente de la familia de Dios.
22 Acerquémonos, pues, con sinceridad y plenitud de fe, purifica-
dos en lo íntimo de toda conciencia de mal y lavados por fuera
23 con un agua pura; aferrémonos a la esperanza inamovible que
24 profesamos, pues fiel es quien hizo la promesa, y considerémonos
unos a otros para acicate del amor mutuo y del bien obrar, sin
25 faltar a nuestra reunión, como algunos suelen; animaos, en cambio,
y mucho más viendo que se acerca aquel día.
26 Porque si, después de haber recibido el conocimiento de la ver-
dad, nos obstinamos en el pecado, ya no quedan sacrificios por los
27 pecados, queda sólo la perspectiva pavorosa de un juicio y el furor
28 de un fuego dispuesto a devorar a los enemigos. Al que viola la
Ley de Moisés, lo ejecutan sin compasión, *basándose en dos o tres*
29 *testigos* [b]. Cuánto peor castigo pensáis que merecerá uno que ha
pisoteado al Hijo de Dios, que ha juzgado impura la sangre de la
alianza que lo había consagrado y que ha ultrajado al Espíritu de
30 la gracia. Sabemos muy bien quién dijo aquello: «*Mío es el des-
quite, yo daré a cada cual su merecido*» [c], y también: «*El Señor*
31 *juzgará a su pueblo*». Es horrendo caer en manos del Dios vivo.
32 Recordad aquellos días primeros, cuando recién iluminados sos-
33 tuvisteis recios y penosos combates; unas veces os exponían pú-
blicamente a escarnio y vejaciones; otras os hacíais solidarios de
34 los que así eran tratados. De hecho, compartisteis el sufrimiento
de los encarcelados y aceptasteis con alegría que os confiscaran los
bienes, sabiendo que teníais un patrimonio mejor y estable.
35 Conque no renunciéis a vuestra valentía, a la que está reservada
36 una gran recompensa. Es decir, os hace falta constancia, para rea-
37 lizar el designio de Dios y alcanzar así la promesa; porque ya «*falta
poco, muy poco, para que llegue el que viene; no se retrasará*».
38 «*Mi justo vive de su fidelidad; en cambio, si se echa atrás, dejará*
39 *de agradarme*» [d]. Y nosotros no somos de los que se echan atrás
y perecen, sino hombres fieles que conservan la vida.

a Jr 31,33-34. *b* Dt 17,6. *c* Dt 32,35-36.
d Is 26,20 LXX; Hab 2,3-4 LXX.

IV

FE Y CONSTANCIA

La fe de los antiguos

11 Es la fe anticipo de lo que se espera, prueba de realidades que
no se ven.
2 Por ella declaró Dios su aprobación a los antiguos.
3 Por la fe comprendemos que la orden de Dios formó los mun-
dos, haciendo que lo visible surgiera de lo que no aparece.
4 Por la fe ofreció Abel un sacrificio superior al de Caín, y por
ella recibió testimonio de su rectitud, pues Dios mismo aprobó
sus dones; por su fe, estando muerto, habla todavía.
5 Por su fe se llevaron a Henoc sin pasar por la muerte: «*Des-
apareció porque se lo llevó Dios*» [a]. Se declara que ya antes de lle-
6 várselo *agradaba a Dios*, y sin fe es imposible agradarle: quien se
acerca a Dios debe creer que existe y que recompensará a los que
lo buscan.
7 Por la fe, Noé, recibido el oráculo de lo que aún no se veía,
angustiado preparó un arca para salvarse con su familia. Con su fe
demostró la sinrazón del mundo y adquirió derecho a la salvación
que da la fe.

De Abrahán a José

8 Por la fe respondió Abrahán al llamamiento de salir para la
tierra que iba a recibir en herencia, y salió sin saber adónde iba.
9 Por la fe emigró a la tierra prometida como un extranjero, habi-
tando en tiendas con Isaac y Jacob, herederos de la misma pro-
10 mesa. Esperaba la ciudad con cimientos, cuyo arquitecto y cons-
tructor es Dios.
11 Por la fe recibió vigor para fundar una descendencia con Sara,
aunque le había pasado la edad, porque juzgó digno de fe al que
12 se lo prometía. Así, de uno solo y, en este aspecto, ya extinguido,
nacieron hijos numerosos *como los astros del cielo y como la arena
incontable de la orilla del mar* [b].
13 Con fe murieron todos éstos, sin recibir lo prometido, nada más
viéndolo y saludándolo de lejos y confesando ser extranjeros y
14 peregrinos en la tierra. Hablando así demostraban que buscaban
15 una patria, pues, si es que añoraban la patria que habían dejado,
16 estaban a tiempo de volver; suspiraban, por tanto, por una patria
mejor, es decir, por la celeste. Y como Dios les había preparado
una ciudad, no tiene reparo en que lo llamen su Dios.
17 Por la fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac, y era su
18 hijo único lo que ofrecía el depositario de la promesa, después
19 que le habían dicho: «*Isaac continuará tu descendencia*» [c], esti-
mando que Dios tiene poder incluso para levantar de la muerte;
así, aun exponiéndolo a la muerte, lo recobró.
20 Por la fe también bendijo Isaac el futuro de Jacob y de Esaú.
21 Por la fe bendijo Jacob al morir a cada uno de los hijos de José,

a Gn 5,24. *b* Gn 22,17. *c* Gn 21,12.

22 y *se postró apoyándose en el puño de su bastón* [a]. Por la fe, José,
estando para morir, mencionó el éxodo de los hijos de Israel y
dio disposiciones acerca de sus restos.

Moisés

23 Por la fe, a Moisés recién nacido lo escondieron sus padres,
viendo que el niño era hermoso, y sin temor al decreto del rey.
24 Por la fe, Moisés, ya crecido, rehusó ser adoptado por la hija del
25 Faraón, prefiriendo ser maltratado con el pueblo de Dios al goce
26 efímero del pecado. Estimaba mayor riqueza el oprobio del ungido
27 que los tesoros de Egipto, pues miraba a la recompensa. Por la fe
se marchó de Egipto, sin temer la cólera del rey; fue tenaz como
si viera al Invisible.
28 Por la fe celebró la pascua y untó la sangre, para que el exter-
29 minador no tocase a los primogénitos de ellos. Por la fe atravesa-
ron el Mar Rojo como tierra firme, y al intentar lo mismo los
30 egipcios, se ahogaron. Por la fe se derrumbaron los muros de Je-
31 ricó a los siete días de dar vueltas alrededor. Por la fe, Rajab, la
prostituta, no pereció con los rebeldes, por haber acogido amistosa-
mente a los espías.
32 ¿Qué más queréis que diga? Porque si me detuviera con Ge-
deón, Barac, Sansón, Jefté, con David, Samuel y los Profetas, me
33 faltaría tiempo. Ellos con su fe subyugaron reinos, administraron
justicia, consiguieron promesas, taparon bocas de leones, apagaron
34 la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, se repusie-
ron de enfermedades, fueron valientes en la guerra y pusieron en
35 fuga ejércitos extranjeros. Hubo mujeres que recobraron resucita-
dos a sus difuntos.
A otros, en cambio, los mataron a golpes, pues no aceptaron el
36 rescate, queriendo obtener una resurrección más valiosa. Otros tu-
vieron que sufrir el ultraje de los azotes e incluso de cadenas y
37 cárceles. Fueron apedreados, aserrados, quemados, murieron a filo
de espada. Andaban errantes, cubiertos de pieles de ovejas o de
cabras, pasando necesidad, apuros y malos tratos: el mundo no
38 se los merecía. Andaban por despoblado, por los montes, por cue-
vas y oquedades del suelo.
39 Pero de todos éstos, que por la fe recibieron la aprobación de
40 Dios, ninguno alcanzó la promesa, pues Dios preparó algo mejor
para nosotros y no quiso sin nosotros llevarlos a la meta.

La constancia necesaria

12 En consecuencia, rodeados como estamos por tal nube de tes-
tigos de la fe, sacudámonos todo lastre y el pecado que se nos pega.
Corramos con constancia en la competición que se nos presenta,
2 fijos los ojos en el pionero y consumador de la fe, Jesús; el cual,
por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz, despreciando la
3 ignominia, y está sentado a la derecha del trono de Dios. Meditad,

a Gn 47,31.

pues, en el que soportó tanta oposición de parte de los pecadores,
y no os canséis ni perdáis el ánimo.
4 Aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha con el
5 pecado; además habéis echado en olvido la recomendación que os
dirigen como a hijos: «*Hijo mío, no tengas en poco que el Señor*
6 *te eduque ni te desanimes cuando te reprende; porque el Señor*
educa a los que ama y da azotes a los hijos que reconoce por su-
7 *yos*» [a]. Lo que soportáis os educa, Dios os trata como a hijos; y
8 ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija? Si os eximen de la
corrección, que es patrimonio de todos, será que sois bastardos y
no hijos.
9 Más aún, tuvimos por educadores a nuestros padres carnales y
los respetábamos. ¿No nos sujetaremos con mayor razón al Padre
10 de nuestro espíritu para tener vida? Porque aquéllos nos educaban
para breve tiempo, según sus luces; Dios, en cambio, en la medida
11 de lo útil, para que participemos de su santidad. En el momento
ninguna corrección resulta agradable, sino molesta; pero después,
a los que se han dejado entrenar por ella, los resarce con un
12 fruto apacible de honradez. Por eso *fortaleced los brazos débiles,*
robusteced las rodillas vacilantes, plantad los pies en sendas llanas [b]
13 para que la pierna coja no se disloque, sino se cure.

V

FRUTOS DE LA FIDELIDAD

Horizonte escatológico

14 Esmeraos en tener paz con todos y en vivir consagrados, sin lo
15 cual nadie verá al Señor. Velad porque nadie quede excluido del
favor de Dios, porque no retoñe ninguna raíz venenosa y dañe
16 contagiando a la multitud y porque nadie se prostituya y profane
como Esaú, que por un solo plato vendió sus derechos de primo-
17 génito. Sabéis que más tarde quiso heredar la bendición, pero fue
excluido, pues no obtuvo la retractación por más que la pidió hasta
con lágrimas.
18 No os habéis acercado a un monte tangible y a un fuego ardien-
19 te, ni a densos nubarrones y tormenta, ni al estrépito de la trom-
peta ni al clamor de las palabras; fue tal que aquéllos, al oírlo,
20 pidieron que no continuase. No podían soportar lo que mandaba:
«*Quien toque el monte, aunque sea un animal, morirá apedrea-*
21 *do*» [c]. Tan espantoso era el espectáculo, que dijo Moisés: «*Estoy*
temblando *de miedo*» [d].
22 En cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de
Dios vivo, la Jerusalén celeste; a los millares de ángeles en fiesta;
23 a la asamblea de los primogénitos inscritos en el cielo; a Dios,
juez de todo; a los espíritus de los justos llegados a la meta; al
24 mediador de una nueva alianza, Jesús, y a la sangre de la asper-
sión, que clama con más fuerza que la de Abel.

a Prov 3,11-12 LXX. *b* Is 35,3. *c* Ex 19,12s. *d* Dt 9,19.

25 Cuidado con rechazar al que habla, pues si aquéllos no escapa-
ron por haber rechazado al que transmitía los oráculos en la tierra,
cuánto menos nosotros, si volvemos la espalda al que habla desde
26 el cielo. Su voz entonces hizo vacilar la tierra, pero ahora tiene
prometido esto: «*La última vez haré vacilar* no sólo *la tierra,* sino
27 también *el cielo*» [a]. Esa «*última vez*» indica la desaparición de lo
28 que vacila por ser creado, para que quede lo inconmovible. Por
eso nosotros, que recibimos un reino inconmovible, estemos agra-
decidos; sirvamos así a Dios como a él le agrada, con minucioso
29 esmero, porque nuestro *Dios es fuego devorador* [b].

Actitudes cristianas

13 1-2 Consérvese el amor fraterno. La hospitalidad no la echéis
en olvido, que por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.
3 Acordaos de los presos como ligados con ellos y de los maltrata-
dos, que también vosotros vivís en un cuerpo.
4 Valoren todos el matrimonio y no deshonren el lecho nupcial,
porque a los libertinos y adúlteros los juzgará Dios.
5 La conducta sea desinteresada, conformándose con lo que uno
tiene, pues él ha dicho: «*Nunca te dejaré, nunca te abandonaré*» [c].
6 Con esto podemos decir animosos: «*El Señor está conmigo, no
temo; ¿qué podrá hacerme un hombre?*» [d].
7 Acordaos de aquellos dirigentes vuestros que os expusieron la
palabra de Dios y, teniendo presente cómo acabaron su vida, imi-
tad su fe.
8 Jesús el Mesías es el mismo hoy que ayer y será el mismo siem-
9 pre. No os dejéis arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas,
lo importante es robustecerse interiormente por gracia y no con
prescripciones alimenticias, que de nada valieron a los que las
10 observaban. Nosotros tenemos un altar del que no tienen derecho
11 a comer los que dan culto en el tabernáculo; porque los cadáveres
de los animales, cuya sangre lleva el sumo sacerdote al santuario
para el rito de la expiación, se queman fuera del campamento;
12 y por eso Jesús, para consagrar al pueblo con su propia sangre,
13 murió fuera de las murallas. Salgamos, pues, a encontrarlo fuera
14 del campamento, cargados con su oprobio, que aquí no tenemos
15 ciudad permanente, andamos en busca de la futura. Por su medio
ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza, es decir,
16 el tributo de labios que bendicen su nombre. No os olvidéis de la
solidaridad y de hacer el bien, que tales sacrificios son los que
agradan a Dios.
17 Haced caso a vuestros dirigentes y sed dóciles, pues ellos se
desvelan por vuestro bien, sabiéndose responsables. Que puedan
cumplir su tarea con alegría y no suspirando, pues lo contrario no
os traería cuenta.
18 Rezad por nosotros: estamos convencidos de tener la conciencia
limpia, ya que nuestra voluntad es proceder en todo noblemente;
19 pero os ruego encarecidamente que lo hagáis para que me recibáis
de vuelta cuanto antes.

a Ag 2,6. *b* Dt 4,24. *c* Dt 31,6. *d* Sal 118,6.

20 Que el Dios de la paz, que sacó de la muerte al Sumo Pastor
del rebaño, portador de una sangre de alianza perpetua, a nuestro
21 Señor Jesús, os equipe con dotes de toda clase, para realizar su
designio, y nos utilice para ir realizando lo que él estima indicado,
por medio de Jesús el Mesías. A él la gloria por los siglos de los
siglos, amén.
22 Por favor, hermanos, tolerad que os mande el sermón con estas
breves líneas.
23 Sabed que han puesto en libertad a Timoteo; si viene pronto,
irá conmigo a veros.
24 Recuerdos a todos vuestros dirigentes y a todos los consagrados.
25 Los italianos os saludan. La gracia os acompañe a todos.

CARTAS CATOLICAS

CARTA DE SANTIAGO

INTRODUCCION

Se trata de un escrito de carácter netamente sapiencial, dirigido a todas las comunidades cristianas, simbolizadas por las doce tribus del (nuevo) Israel (1,1).

Aunque la carta apenas si hace referencia a Jesucristo (sólo 1,1; 2,1), su mensaje central es eminentemente cristiano, pues, como Jesús, Pablo y Juan, reduce la Ley al mandamiento del amor al prójimo (1,25; 2,8.12). La carta puede considerarse una explicitación de las exigencias de ese mandamiento en diversas circunstancias: igualdad cristiana (2,1-4), preferencia por los pobres (2,5-7), amor de obra (2,14-17). La fe auténtica es un dinamismo de acción y ella misma no madura hasta que no se expresa en la acción (2,20-26), contra toda espiritualidad y religiosidad intimista (1,26-27). Lo mismo que la fe meramente interior, también el saber que no se traduce en conducta carece de valor o es pernicioso (3,13-16). La exigencia del amor excluye la explotación, y esta carta presenta el pasaje más violento del NT contra los ricos explotadores, siguiendo la línea profética del AT (5,1-6).

La separación entre las llamadas «dimensión vertical» y «horizontal» del cristianismo queda refutada por la carta de Santiago: «Lo mismo que un cuerpo que no respira es un cadáver, también la fe sin obras es un cadáver» (2,26), y las obras citadas en el contexto son dar de comer al hambriento y vestir al desnudo (2,15-16; cf. Mt 25,35-36).

El autor se da el nombre de Santiago (1,1), que indica, sin duda, al hermano o pariente del Señor (Mc 6,3; 1 Cor 15,17; Gál 1,19), que dirigió la asamblea de Jerusalén (Hch 15,13) y murió mártir el año 62. Sin embargo, el griego refinado de la carta hace improbable que haya sido escrita por un judío de Jerusalén. El autor parece haber sido un judío helenista de fines del siglo I, entre los años 80 y 100, que conocía tradiciones provenientes de Santiago, como lo prueban los numerosos paralelos con pasajes evangélicos.

La carta no se encuentra citada antes del siglo III.

1 Santiago, servidor de Dios y del Señor, Jesús el Mesías, saluda a
las doce tribus de la emigración.

I

CONSEJOS VARIOS Y PRECISIONES

2 Teneos por muy dichosos, hermanos míos, cuando os veáis ase-
3 diados por pruebas de todo género, sabiendo que esa piedra de
4 toque de vuestra fe engendra constancia. Que la constancia acabe
su obra, para que seáis hombres logrados y cabales, sin deficiencia
5 alguna. Y si alguno de vosotros se ve falto de acierto, pídaselo a
6 Dios, que da sin regatear y sin humillar; él se lo dará. Pero tiene
que pedir con fe, sin titubear lo más mínimo, pues quien titubea

7 se parece al oleaje del mar agitado y sacudido por el viento; no
8 se piense ese individuo que va a recibir nada del Señor, siendo
un indeciso que no sigue rumbo fijo.
9 El hermano de condición humilde esté orgulloso de su alta dig-
10 nidad y el rico de su humilde condición, pues pasará como flor de
11 hierba. Sale el sol con el bochorno y agosta la hierba, cae la flor
y su bello aspecto perece; pues así se marchitará el rico en medio
de sus empresas.
12 Dichoso el hombre que resiste la prueba, porque, al salir airoso,
recibirá en premio la vida que Dios ha prometido a los que lo
aman.
13 Cuando uno se ve tentado, no diga que Dios lo tienta; lo malo
14 a Dios no lo tienta y él no tienta a nadie. A cada uno le viene la
15 tentación cuando su propio deseo lo arrastra y lo seduce; el deseo
concibe y da a luz pecado, y el pecado, cuando madura, engendra
muerte.
16 No os equivoquéis, queridos hermanos: todo buen regalo, todo
17 don acabado viene de arriba, del padre de los astros, en el cual
18 no hay fases ni períodos de sombra. Por propia iniciativa nos en-
gendró con el mensaje de la verdad, para que fuéramos en cierto
modo primicias de sus criaturas.

II

DISCERNIMIENTO

Verdadera religiosidad

19 Saber, sí sabéis, queridos hermanos; sin embargo, sea cada cual
20 pronto para escuchar, lento para hablar, lento para la ira, porque
21 la ira del hombre no produce la rectitud que Dios quiere. Por
tanto, quitaos de encima toda costra espesa de maldad y aceptad
dócilmente el mensaje plantado en vosotros, que es capaz de
salvaros.
22 Llevad a la práctica el mensaje y no os inventéis razones para
23 escuchar y nada más, pues quien escucha el mensaje y no lo pone
en práctica se parece a aquel que se miraba en el espejo la cara
24 que Dios le dio y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvi-
25 daba de cómo era. En cambio, el que se concentra en la ley per-
fecta, la de los hombres libres, y es constante, no en oírla y olvi-
darse, sino en ponerla por obra, ése encontrará su felicidad en
practicarla.
26 Quien se tenga por religioso porque no escatima palabras, pero
27 engañándose él mismo, la religión de ése está vacía. Religión pura
y sin tacha a los ojos de Dios Padre es ésta: mirar por los huér-
fanos y las viudas en sus apuros y no dejarse contaminar por el
mundo.

Verdadera fidelidad

2 Hermanos míos, no confundáis la fidelidad a nuestro Señor Je-
2 sús, Mesías glorioso, con ciertos favoritismos. Supongamos que en
vuestra reunión entra un personaje con sortijas de oro y traje fla-

3 mante y entra también un pobretón con traje mugriento. Si aten-
déis al del traje flamante y le decís: «Tú siéntate aquí cómodo»,
y decís al pobretón: «Tú, quédate de pie o siéntate aquí en el
4 suelo junto a mi estrado», ¿no habéis hecho discriminaciones entre
vosotros? y ¿no os convertís en jueces de raciocinios inicuos?
5 Escuchad, queridos hermanos, ¿no fue Dios quien escogió a los
que son pobres a los ojos del mundo para que fueran ricos de fe
6 y herederos del Reino que él prometió a los que lo aman? Vos-
otros, en cambio, habéis afrentado al pobre.
¿No son los ricos los que os oprimen y ellos los que os arrastran
7 a los tribunales? ¿No son ellos los que ultrajan el nombre ilustre
8 que os impusieron? Que, a pesar de eso, cumpláis la ley del Reino
enunciada en la Escritura: «*Amarás a tu prójimo como a ti mis-*
9 *mo*» [a], está muy bien. Pero mostrar favoritismo sería cometer un
10 pecado y esa ley os acusaría como a transgresores. Porque quien
observa entera esa ley, pero falla en un solo punto, tiene que res-
ponder de la totalidad.
11 Un ejemplo: el mismo que dijo «*no cometas adulterio*» dijo
también «*no mates*» [b]. Si tú no cometes adulterio, pero matas, eres
ya transgresor de esa ley.
12 Hablad a la manera y actuad a la manera de quienes van a ser
13 juzgados por una ley de hombres libres, porque el juicio será sin
corazón para quien no tuvo corazón: el buen corazón se ríe del
juicio.

Verdadera fe

14 Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe si
15 no tiene obras? ¿Es que esa fe podrá salvarlo? Supongamos que
un hermano o una hermana no tienen qué ponerse y andan faltos
16 de alimento diario, y que uno de vosotros le dice: «Andad con
Dios, calentaos y buen provecho», pero sin darle lo necesario para
17 el cuerpo; ¿de qué sirve eso? Pues lo mismo la fe: si no tiene
obras, ella sola es un cadáver.
18 Y si alguno dijera que tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame
esa fe tuya sin obras, que yo te mostraré la fe con mis obras.
19 Tú crees que hay un solo Dios; muy bien hecho, pero eso lo creen
20 también los demonios y los hace temblar. ¿Quieres enterarte, es-
21 túpido, de que la fe sin obras es inútil? A nuestro padre Abrahán,
¿no se le rehabilitó por las obras, por ofrecer a su hijo Isaac sobre
22 el altar? Fíjate en que la fe colaboraba con sus obras y que con
23 las obras se realizó la fe; así llegó a cumplirse lo que dice aquel
pasaje de la Escritura: «*Abrahán se fio de Dios y eso le valió la re-*
habilitación» [c], y se le llamó «amigo de Dios».
24 Ya ves que un hombre está rehabilitado por las obras, no por
25 la fe sola. Lo mismo vale de Rajab, la prostituta: ¿no se la rehabi-
litó por sus obras?, ¿por acoger a los emisarios y hacerlos salir
26 por otro camino? O sea, lo mismo que un cuerpo que no respira
es un cadáver, también la fe sin obras es un cadáver.

a Lv 19,18. *b* Dt 5,17-18. *c* Gn 15,6.

III

EL MAESTRO Y EL VERDADERO SABER

3 No os metáis tantos a maestros, hermanos míos; sabéis bien que
nuestro juicio será muy severo, pues todos fallamos muchas veces.
2 Quien no falla cuando habla es un hombre logrado, capaz de mar-
car el rumbo también al cuerpo entero.
3 Mirad, a los caballos les metemos el freno en la boca para
que ellos nos obedezcan a nosotros, y dirigimos todo su cuerpo.
4 Y ahí tenéis los barcos: tan grandes como son y con vientos tan
recios que los empujan, se dirigen con un timón pequeñísimo a
donde al piloto le da por llevarlos.
5 Pues lo mismo la lengua: pequeña como órgano, alardea de
grandes cosas. Ahí tenéis, un fuego de nada incendia un bosque
6 enorme. También la lengua es fuego (esa esfera de la maldad). La
lengua, siendo uno de nuestros órganos, contamina, sin embargo,
al cuerpo entero: inflama el curso de la existencia, inflamada ella
misma por el infierno.
7 Porque fieras y pájaros, reptiles y bestias marinas de toda espe-
cie se pueden subyugar y han sido subyugados por la especie hu-
8 mana; pero lo que es esa lengua, bicho turbulento, cargado de
veneno mortal, no hay hombre capaz de subyugarla.
9 Con ella bendecimos al que es Señor y Padre y con ella malde-
10 cimos a los hombres, creados a semejanza de Dios. De la misma
boca sale bendición y maldición. Eso no puede ser, hermanos míos;
11 ¿es que una fuente echa por el mismo caño agua dulce y salobre?
12 Hermanos míos, ¿puede dar aceitunas la higuera o higos la vid?
Ni tampoco un manantial salino puede dar agua dulce.
13 A ver, ¿quién de vosotros es sabio y docto? Pues demuestre
14 con su buena conducta que obra como sabio, sin violencia. Pero
si interiormente os amarga el despecho y sois partidistas, dejad
15 de presumir y engañar a costa de la verdad. No es ése el saber que
16 baja de lo alto; ése es terrestre, irracional, maléfico; y donde hay
despecho y partidismo hay turbulencia y toda clase de malas faenas.
17 En cambio, el saber que baja de lo alto es, ante todo, límpido y
luego apacible, comprensivo y abierto, rebosa buen corazón y
18 buenos frutos, no hace discriminaciones ni es fingido. Y la cosecha
de honradez, con paz la van sembrando los que trabajan por la
paz.

IV

AMBICION E INJUSTICIA

4 ¿De dónde esas guerras y de dónde esas luchas entre vosotros?
¿No será precisamente de esos apetitos agresivos que lleváis en el
2 cuerpo? Deseáis y no obtenéis, sentís envidia y despecho y no
conseguís nada; lucháis y os hacéis la guerra, y no obtenéis, porque
3 no pedís; o si pedís, no recibís, porque pedís mal, para satisfacer
vuestros apetitos.
4 Idólatras, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es hostilidad

contra Dios? Por tanto, quien decide ser amigo del mundo se
hace enemigo de Dios.
5 ¿No os parece que por algo dice aquel texto de la Escritura:
6 «Desea con envidia el espíritu que él metió en nosotros, pero la
gracia que concede es mayor»? Por eso dice: *«Dios se enfrenta
con los arrogantes, pero concede gracia a los humildes»* [a].
7 Por consiguiente, someteos a Dios; resistid al diablo y os huirá.
8 Acercaos a Dios y él se os acercará: lavaos las manos, pecadores;
purificaos el corazón, indecisos. ¡Empezad el lamento, el duelo
9 y el llanto! ¡Conviértase vuestra risa en duelo y vuestra alegría
10 en consternación! Humillaos ante el Señor y él os levantará.

La mala lengua

11 Dejad de denigraros unos a otros. Quien denigra a su hermano
o juzga a su hermano, denigra a la Ley y juzga a la Ley; y, si juzgas
12 a la Ley, ya no la estás cumpliendo, eres su juez. Uno solo es legis-
lador y juez: el que puede salvar y destruir. ¿Quién eres tú para
juzgar al prójimo?

Comerciantes. Hombres de negocios

13 Vamos ahora con los que dicen: «Hoy mismo o mañana salimos
para tal o cual ciudad, nos pasamos allí un año negociando, y ¡a
14 ganar dinero!». Y eso sin tener idea de lo que va a ser de vos-
otros mañana. Vuestra vida, ¿qué es? Una niebla que se ve un
15 rato y luego se desvanece. Lo que deberíais decir es esto: «Si el
16 Señor quiere y nos da vida, haremos esto y lo otro». En lugar
de eso hacéis gala de vuestras bravatas, y toda jactancia de ese esti-
17 lo es mala. En resumen, el que sabe cómo portarse bien y no lo
hace, está en pecado.

Explotadores

5 Vamos ahora con los ricos: llorad a gritos por las desgracias que
2 se os vienen encima. Vuestra riqueza se ha podrido, vuestros
3 trajes se han apolillado, vuestro oro y vuestra plata se han oxi-
dado, su roña será testigo en contra vuestra y se comerá vuestras
4 carnes como fuego; atesorasteis... para los últimos días. Mirad,
el jornal de los braceros que segaron vuestros campos, defraudado
por vosotros, está clamando, y los gritos de los segadores han
5 llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Con lujo vivisteis
en la tierra y os disteis la gran vida, cebando vuestros apetitos...
6 para el día de la matanza. Condenasteis y asesinasteis al inocente:
¿no se os va a enfrentar Dios? [b].

a Prov 3,34 LXX. *b* El sujeto «Dios» se deduce del texto citado en 4,6.

V

AVISOS VARIOS

7 Tened paciencia, hermanos, hasta que venga el Señor; mirad
cómo el labrador aguarda la valiosa cosecha de la tierra esperando
8 con paciencia a que reciba la lluvia *temprana y la tardía* [a]. No
perdáis la paciencia tampoco vosotros, reforzad el ánimo, que
la venida del Señor está cerca.
9 Hermanos: no os quejéis unos contra otros, para que no os
den sentencia; mirad que el juez está a la puerta.
10 Hermanos, en el sufrir y en la paciencia tomad por modelo
11 a los Profetas que hablaron en nombre del Señor. Llamamos di-
chosos a los que tuvieron aguante. Habéis oído hablar del aguante
de Job y ya veis el final que le dio el Señor, porque *el Señor es
compasivo y misericordioso* [b].
12 Sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por
la tierra, ni por ninguna otra cosa; vuestro sí sea un sí y vuestro
no un no, para no exponeros a un juicio.
13 ¿Sufre alguno de vosotros? Que rece. ¿Está uno de buen humor?
14 Que cante. ¿Hay alguno enfermo? Llame a los responsables de la
comunidad, que recen por él y lo unjan con aceite invocando al
15 Señor. La oración hecha con fe dará la salud al enfermo y el
Señor hará que se levante; si, además, tiene pecados, se le per-
donarán.
16 Por tanto, confesaos los pecados unos a otros y rezad unos por
otros para que os curéis. Mucho puede la oración intensa del justo:
17 Elías era un hombre débil como nosotros, y cuando oró insisten-
temente para que no lloviera, no cayó una gota en tres años y
18 medio; oró de nuevo, y el cielo dio su lluvia y la tierra produjo
su fruto [c].
19 Hermanos míos, si alguno se desvía de la verdad y otro lo en-
20 dereza, tened presente que quien endereza a un pecador de su
extravío se salvará él mismo de la muerte y sepultará un sinfín
de pecados.

PRIMERA CARTA DE PEDRO

INTRODUCCION

La carta está dirigida a una serie de comunidades del norte y oeste de Asia Menor (1,1), formadas por cristianos procedentes sobre todo del paganismo (1, 14-18; 2,9-10; 4,3-4). Estaban, sin embargo, familiarizados con el AT, como lo prueban los numerosos textos que se citan; quizá muchos habían sido prosélitos judíos antes de ser cristianos.

Estas comunidades pasaban por un período de prueba o, al menos, de fuerte presión social con efectos dolorosos: sufrían calumnias de parte de los

a Dt 11,14. *b* Job 42,10-17; Sal 103,8. *c* 1 Re caps. 17-18.

paganos (2,2.15; 3,14.16) y oposición local (1,6-7; 3,14; 4,12-19; 5,8-10), anunciadas ya por ciertos profetas que habían predicho las numerosas conversiones (1,10-12). La actitud positiva frente al Estado (2,13-17) excluye la posibilidad de una persecución oficial. Se les perseguía por ser cristianos (4,16), no por delitos (2,20; 4,15); se trataba, pues, de la reacción de una sociedad pagana ante un modo de vida diferente (4,4).

La carta es un escrito didáctico y exhortatorio, que se propone afianzar en la fe a grupos cristianos en los que amenazaba el peligro de apostasía (5,8-10). Los polos de la enseñanza y exhortación son la gracia y compromiso del bautismo y la esperanza de la venida de Cristo.

La nueva vida o nuevo nacimiento procede de la iniciativa de Dios (1,3.23; cf. 2,2), son una elección de Dios (1,1) que se verifica por la consagración efectuada por el Espíritu (1,2); así quedan los cristianos separados de este mundo perverso, para obedecer a Jesucristo (1,2), es decir, para vivir como él vivió y enseñó, recibiendo al mismo tiempo un perdón continuo de sus faltas, en virtud de la sangre de la alianza (1,2).

Se constituye así la Iglesia de los emigrantes y forasteros (1,1; 2,11), enclave de Dios en medio del mundo, templo de Dios y del Espíritu, cuya firmeza es Cristo, la piedra angular (2,4-7), sacerdocio destinado a proclamar las proezas de Dios (2,9).

Según la carta misma, el autor es el apóstol Pedro (1,1); se escribe desde Babilonia (5,13), denominación peyorativa de Roma en el Apocalipsis (14,8; 16,19, etc.). Aunque algunos dudan de la autenticidad, no hay argumentos decisivos para negarla. Su fecha sería, pues, anterior a la persecución de Nerón (64 d. C.).

1 Pedro, apóstol de Jesús Mesías, a los emigrantes dispersos por
el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia: a los elegidos me-
2 diante la consagración con el Espíritu, conforme al proyecto de
Dios Padre, para obedecer a Jesús Mesías y recibir la aspersión de
su sangre. Os deseo gracia y paz creciente.

I

EL NUEVO NACIMIENTO

3 ¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús el Mesías!
Por su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo,
para la viva esperanza que nos dio
resucitando de la muerte a Jesús el Mesías;
4 para la herencia que no decae, ni se mancha, ni se marchita,
5 reservada en el cielo para vosotros, que, gracias a la fe,
estáis custodiados por la fuerza de Dios;
para la salvación dispuesta a revelarse en el momento final.
6 Por eso saltáis de gozo, si hace falta ahora sufrir por algún
7 tiempo diversas pruebas; de esa manera los quilates de vuestra
fe resultan más preciosos que el oro perecedero, que, sin embargo,
se aquilata a fuego, y alcanzará premio, gloria y honor cuando
8 se revele Jesús el Mesías. Vosotros no lo visteis, pero lo amáis;
ahora, creyendo en él sin verlo, sentís un gozo indecible, radiantes

9 de alegría, porque obtenéis el resultado de vuestra fe, la salvación
personal.
10 Por esta salvación empezaron a interesarse y a investigar ciertos
11 profetas [a] que habían predicho la gracia destinada a vosotros. El
Espíritu de Cristo que estaba en ellos les declaraba por anticipado
los sufrimientos por Cristo y los triunfos que seguirían. Indagaban
ellos queriendo saber para cuándo y para qué circunstancia lo
12 indicaba, y se les reveló que aquel ministerio profético no miraba
a ellos, sino a vosotros. Ahora, por medio de los que os trajeron
la buena noticia, os lo ha comunicado el Espíritu Santo enviado del
cielo. Los ángeles se asoman deseosos de verlo.
13 Por eso, con la mente preparada para el servicio y viviendo con
sobriedad, poned una esperanza sin reservas en el don que os va
14 a traer la manifestación de Jesús el Mesías. Como hijos obedientes,
no os amoldéis más a las aspiraciones que teníais antes, en los
15 días de vuestra ignorancia. No, igual que es santo el que os llamó,
16 sed también vosotros santos en toda vuestra conducta, porque la
Escritura dice: «*Seréis santos, porque yo soy santo*» [b].
17 Además, si podéis llamar Padre a aquel que juzga imparcial-
mente las obras de cada uno, conducíos con respeto mientras estáis
18 aquí de paso; porque sabéis con qué os rescataron del modo de
vivir idolátrico que heredasteis de vuestros padres: no con oro
19 ni plata perecederos, sino con la sangre preciosa del Mesías, cor-
20 dero sin defecto y sin mancha, escogido desde antes de la creación
del mundo y manifestado en los últimos tiempos por vosotros.
21 Por medio de él confiáis en Dios que lo resucitó de la muerte y
lo glorificó; así vuestra fe y esperanza están puestas en Dios.
22 Purificados ya internamente por la respuesta a la verdad, que
lleva al cariño sincero por los hermanos, amaos unos a otros de
23 corazón e intensamente. Porque habéis vuelto a nacer, y no de
una semilla mortal, sino de una inmortal, por medio de la palabra
24 de Dios viva y permanente; porque «*todo mortal es hierba y toda*
25 *su belleza es flor de hierba: se agosta la hierba y cae la flor. En*
cambio, la palabra del Señor permanece para siempre» [c]. Y ésa es
la palabra que os anunciaron.

2 Así, pues, despojados de toda maldad, de toda doblez, fingi-
2 miento, envidia y de toda maledicencia, como niños recién nacidos,
ansiad la leche auténtica [d], no adulterada, para crecer con ella
3 sanos, ya que *habéis saboreado lo bueno que es el Señor* [e].
4 Al acercaros a él, piedra viva desechada por los hombres, pero
5 elegida y digna de honor a los ojos de Dios, también vosotros,
como piedras vivas, vais entrando en la construcción del templo
espiritual, formando un sacerdocio santo, destinado a ofrecer sa-
crificios espirituales que acepta Dios por Jesús Mesías.
6 Por eso está escrito: «*Yo coloco en Sión una piedra angular,*
elegida y digna de honor: quien crea en ella no quedará defrauda-
7 *do*» [f]. El honor es para vosotros los creyentes; para los incrédulos,

a Cf. *Profeta,* en el *Vocabulario bíblico-teológico.*
b Lv 19,1. *c* Is 40,6-8.
d «auténtica», uno de los sentidos de la palabra griega «pneumatikós».
e Sal 34,9. *f* Is 28,16.

en cambio, es la «*piedra que habían desechado los constructores*
8 *la que se ha convertido en piedra angular*»; más, «*en piedra para*
tropezar y en roca para estrellarse» [a]. Ellos tropiezan por ser rebel-
des al mensaje: ése es su destino.
9 Vosotros, en cambio, sois *linaje elegido, sacerdocio real, nación*
consagrada, pueblo adquirido por Dios, para publicar las proe-
10 *zas* [b] del que os llamó de las tinieblas a su maravillosa luz. Los
que antes *no* erais *pueblo,* ahora sois *pueblo de Dios; los que no*
habíais alcanzado misericordia, ahora habéis *alcanzado misericor-*
dia [c].

II

TESTIMONIO ANTE EL MUNDO

11 Amigos míos, como a forasteros y emigrantes que sois, os re-
comiendo que os mantengáis a distancia de esos bajos deseos que
12 nos hacen la guerra; o sea, portaos honradamente entre los paga-
nos; así, ya que os tachan de malhechores, las buenas acciones de
que son testigos los obligarán a rectificar el día que Dios los visite.

Ciudadanos del Imperio

13 Acatad toda institución humana por amor del Señor; lo mismo
14 al emperador como a soberano que a los gobernadores como de-
legados suyos para castigar a los malhechores y premiar a los que
15 hacen el bien. Porque así lo quiere Dios: que haciendo el bien
le tapéis la boca a la estupidez de los ignorantes; y esto como
16 hombres libres; es decir, no usando la libertad como tapadera de
17 la villanía, sino sirviendo a Dios. Mostrad consideración a todo el
mundo, amad a vuestros hermanos, respetad a Dios, honrad al
emperador.

Esclavos cristianos

18 Criados, sed sumisos a los amos con todo respeto, no sólo a los
19 buenos y comprensivos, sino también a los esquinados. Porque
dice mucho en favor de uno si, por la experiencia [d] que tenemos
20 de Dios, soporta que lo maltraten injustamente. Vamos a ver,
¿qué hazaña supone aguantar que os peguen si os portáis mal?
En cambio, si hacéis el bien y además aguantáis el sufrimiento,
eso dice mucho ante Dios.
21 De hecho, a eso os llamaron, porque también Cristo sufrió por
22 vosotros, dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas. «*El no*
23 *cometió pecado ni encontraron mentira en sus labios*» [e]; cuando
lo insultaban no devolvía el insulto; mientras padecía no profería
amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga rectamen-
24 te. *El* en su persona *subió* nuestros *pecados* a la cruz, para que

a Sal 118,22. *b* Ex 19,5-6; Is 43,20-21. *c* Os 1,6-9.
d «experiencia de Dios»; la palabra griega designa en este texto la conciencia psicológica, es decir, la conciencia o experiencia [de Dios].
e Is 53,9.

nosotros muramos a los pecados y vivamos para la honradez:
25 «*sus llagas os curaron*». *Andabais descarriados como ovejas* [a], pero
ahora habéis vuelto a vuestro pastor y guardián.

Matrimonios

3 Respecto a las mujeres: sean sumisas a los propios maridos; de
este modo si hay algunos rebeldes a la palabra, la conducta de sus
2 mujeres podrá ganarlos sin palabras, al ser testigos del escrupu-
3 loso recato de vuestra conducta. Lo propio vuestro no sea el
adorno exterior de peinados y aderezos de oro ni la variedad en
4 el vestir, sino la personalidad escondida dentro, con el adorno
inalterable de un carácter suave y sereno. Eso sí que vale a los
5 ojos de Dios. Así se adornaban antaño aquellas santas mujeres que
6 esperaban en Dios sumisas a sus maridos. Así obedeció Sara a
Abrahán llamándolo su señor. Ahora, con hacer el bien y no alar-
maros por lo que pueda pasar, os habéis hecho hijas suyas.
7 Respecto a los maridos: tened tacto en la vida común, mostrando
consideración con la mujer, por ser de constitución más delicada,
y también por ser herederas como vosotros del don de la vida;
así podréis orar sin obstáculos.

Comunidad cristiana

8 En fin, tened todos la misma actitud y sed compasivos, con
9 afecto de hermanos, buen corazón y humildad. No devolváis mal
por mal ni insulto por insulto; al contrario, responded con bendi-
10 ciones, pues a esto os llamaron: a heredar una bendición. Porque
«*si uno ama la vida y quiere ver días felices, refrene su lengua*
11 *del mal y sus labios de la falsedad; apártese del mal y obre el bien,*
12 *busque la paz y corra tras ella*», pues «*los ojos del Señor se fijan*
en los justos y sus oídos atienden a sus ruegos; pero el Señor hace
frente a los que practican el mal» [b].

La oposición del mundo

13 Y, además, ¿quién podrá haceros daño si os dais con empeño
14 a lo bueno? Pero aun suponiendo que tuvierais que sufrir por ser
honrados, dichosos vosotros. *No les tengáis miedo ni os asustéis* [c];
15 en lugar de eso, en vuestro corazón *reconoced* al Mesías como a
Señor, dispuestos siempre a dar razón de vuestra esperanza a todo
16 el que os pida una explicación, pero con buenos modos y respeto
y teniendo la conciencia limpia. Así, ya que os difaman, los que
denigran vuestra buena conducta cristiana quedarán en mal lugar.
17 Más valdría padecer porque uno hace el bien, si tal fuera el desig-
nio de Dios, que por hacer el mal.
18 Porque también el Mesías sufrió una vez por los pecados, el ino-
cente por los culpables, para llevarnos a Dios; sufrió la muerte
19 en su cuerpo, pero recibió vida por el Espíritu. Fue entonces
cuando proclamó la victoria incluso a los espíritus encarcelados

a Is 53,4-6. *b* Sal 34,13-17. *c* Is 8,12-13 LXX.

20 que antiguamente fueron rebeldes, cuando en tiempo de Noé la
paciencia de Dios aguardaba mientras se construía el arca; en ella
unos pocos, ocho personas, se salvaron por en medio del agua,
21 a la que corresponde el bautismo que ahora os salva: no el hecho
de quitarse una suciedad corporal, sino el compromiso con Dios
22 de una conciencia honrada, fundado en la resurrección de Jesús
el Mesías, a quien sometieron ángeles, autoridades y poderes, llegó
al cielo y está a la derecha de Dios.

4 Por tanto, dado que el Mesías sufrió en su carne mortal, armaos
también vosotros del mismo principio: que uno que ha sufrido en
2 su carne ha roto con el pecado, para vivir el resto de sus días
3 guiado por la voluntad de Dios, no por deseos humanos. Bastante
tiempo pasasteis ya viviendo en plan pagano, dados como estabais
a libertinajes y vicios, crápulas, comilonas, borracheras y nefandas
4 idolatrías. Ahora, cuando no acudís con ellos al consabido derroche
5 de inmoralidad, se extrañan y os insultan; ya darán cuenta al que
6 está preparado para juzgar a vivos y muertos. ¿Para qué, si no,
se dio la buena noticia a los muertos? Para que después de haber
recibido en su carne mortal la sentencia común a todos los hombres, viviesen por el Espíritu con la vida de Dios.

Conducta cristiana

7 Además, el final de todo está cerca; por tanto, calma y sobriedad
8 para poder orar. Sobre todo, mantened en tensión el amor mutuo,
9 que el amor sepulta un sinfín de pecados. Practicad la hospitalidad
10 unos con otros sin refunfuñar. Las dotes que cada uno ha recibido
úselas para servir a los demás, como buenos administradores de
11 la múltiple gracia de Dios. Quien habla, sea portavoz de Dios;
quien se dedica al servicio, hágalo con las fuerzas que Dios le da. De modo que sea en lo que sea, Dios reciba gloria por medio de Jesús el Mesías, a quien pertenecen la gloria y el dominio por los siglos de los siglos, amén.

III

AVISOS VARIOS

Alegría en la persecución

12 Amigos míos, no os extrañéis del fuego que ha prendido ahí
13 para poneros a prueba, como si os ocurriera algo extraño. Al contrario, estad alegres en proporción a los sufrimientos que compartís con el Mesías; así también cuando se revele su gloria, des-
14 bordaréis de alegría. Si os escarnecen por ser cristianos, dichosos
vosotros; eso indica que el Espíritu de la gloria, que es el de
15 Dios, reposa sobre vosotros. Que a ninguno de vosotros lo castiguen por ladrón, homicida o malhechor; ni tampoco por meterse
16 en asuntos ajenos. Pero si sufre por ser cristiano, no tiene por
17 qué avergonzarse; que alabe a Dios por el nombre que lleva. Es

que ha llegado el momento del juicio y está empezando por el
templo de Dios. Si lo nuestro es el principio, ¿cuál será el final
18 con los que se rebelan contra la buena noticia de Dios? Si *el justo*
19 *a duras penas se salva, ¿qué va a ser del impío y pecador?* [a]. Conclusión: los que padecen según ese designio de Dios, que practiquen el bien, poniéndose así en manos del Creador, que es fiel.

Presbíteros y comunidad

5 Me dirijo a los responsables [b] de vuestras comunidades, yo, responsable como ellos, que fui testigo de la pasión del Mesías y
2 experimenté la gloria que va a revelarse: cuidad del rebaño de
Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no por obligación,
sino de buena gana, como Dios quiere; tampoco por sacar dinero,
3 sino con entusiasmo; no tiranizando a los que os han confiado,
4 sino haciéndoos modelos del rebaño. Así, cuando aparezca el supremo Pastor, recibiréis la corona perenne de la gloria.
5 Respecto a los jóvenes: poneos a disposición de las personas de edad.
Y todos, en el trato mutuo, forraos bien de humildad, porque
«*Dios se enfrenta con los arrogantes, pero concede gracia a los*
6 *humildes*» [c]. Por eso haceos humildes, para estar bajo la mano po-
7 derosa de Dios, que él a su tiempo os levantará; descargad en Dios
todo agobio, que a él le interesa vuestro bien.

Alerta en la persecución

8 Despejaos, espabilaos, que vuestro adversario el diablo, rugiendo
9 como un león, ronda buscando a quien tragarse. Hacedle frente
firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos en el mundo
10 entero están pasando por idénticos sufrimientos. Tras un breve
padecer, Dios, que es todo gracia y que os llamó por el Mesías a su eterna gloria, él en persona os restablecerá, afianzará, robustecerá y dará estabilidad.
11 Suyo es el dominio por los siglos, amén.
12 Por mano de Silvano, hermano de toda confianza —que por
tal lo tengo—, os he escrito esta breve carta para exhortaros y confirmaros que ésta es la verdadera gracia de Dios: apoyaos en ella.
13 Os manda recuerdos la que está en Babilonia, elegida como vos-
14 otros, y en particular mi hijo Marcos. Saludaos unos a otros con
el beso fraterno. Paz a todos vosotros los cristianos.

a Prov 11,31 LXX. *b* «responsables», cf. Hch 11,30.
c Prov 3,34 LXX.

SEGUNDA CARTA DE PEDRO

INTRODUCCION

Este escrito se propone defender la esperanza en la venida de Jesucristo (1,16) contra ciertos adversarios que la ridiculizaban (3,4).

Después de la dirección y el saludo (1,1-2), el autor recuerda los beneficios de Dios, que permiten llevar una vida piadosa con la esperanza del Reino eterno (1,3-11). Insiste en recordar la promesa de la vuelta de Cristo, preanunciada por la transfiguración e ilustrada por las profecías del AT (1,12-21).

Pasa luego a un ataque contra los adversarios, en términos altamente retóricos (2,1-22), atacando su comportamiento. Se puede colegir que eran un grupo cristiano disidente.

Una vez desacreditados los adversarios, pasa al tema central de la carta, la vuelta de Cristo (3,4). No la describe como una transformación del mundo ni como el reinado de Dios sobre su creación, ya libre de enemigos, sino como la destrucción total de la realidad presente (3,11-13). De ahí que el autor no conciba la venida de Cristo como el triunfo y reconocimiento universal del Hijo de Dios; sólo subraya la idea del premio de los justos (1,11) y del castigo de los impíos (3,7): la cruz y la resurrección no se mencionan en la carta.

2 Pe es un escrito defensivo, circunstancial, en mayor grado aún que las Pastorales; pone ante los ojos un caso particular de controversia, de las muchas que jalonaron el camino de las primeras comunidades cristianas.

La carta se presenta como el testamento del apóstol Pedro, que ve próxima su muerte (1,13-15), pero los autores suelen atribuirle una fecha más tardía. Un argumento es la dependencia de 2 Pe respecto a la carta de Judas, especialmente 2 Pe 2,1-11 de Jds 4-16. Si la carta de Judas se escribió en edad posapostólica, ***a fortiori*** 2 Pe. Otro es la desilusión acerca de la venida de Cristo y la ironía consiguiente. No se comprende que durante la época apostólica surgiese tal escepticismo (cf. Mc 9,1) ni que hubiera que recurrir a argumentos como el de 3,8. Esto supone tiempos posteriores. Finalmente, el vocabulario de la carta (1,5, «virtud»; 1,4, «partícipes de la naturaleza de Dios»; 1,16, «testigos presenciales», término de los misterios paganos) indica una época distanciada en que ha cambiado el léxico primitivo cristiano. Se atribuye a un discípulo de la primera mitad del siglo II.

1 Simón Pedro, servidor y apóstol de Jesús el Mesías, a los que
han obtenido una fe tan inapreciable como la nuestra gracias a la
equidad de nuestro Dios y de Jesús, el Mesías salvador.
2 Crezcan vuestra gracia y paz por el conocimiento de Dios y de
Jesús Señor nuestro.
3 Su divino poder, al darnos conocimiento de aquel que nos
llamó con su divino esplendor y potencia, nos ha concedido todo
4 lo necesario para la vida y la piedad. Con eso nos ha concedido
también los inapreciables y extraordinarios bienes prometidos, que
os permiten escapar de la ruina que el egoísmo causa en el mundo
5 y participar de la naturaleza de Dios. Precisamente por eso poned
6 todo empeño en añadir a vuestra fe la virtud; a la virtud, el cri-
7 terio; al criterio, el dominio propio; al dominio propio, la cons-
8 tancia; a la constancia, la piedad; a la piedad, el cariño fraterno;

al cariño fraterno, el amor. Estas cualidades, si las poseéis y van
creciendo, no permiten ser remisos e improductivos en la adqui-
9 sición del conocimiento de nuestro Señor, Jesús Mesías. El que
no las tiene es un cegato miope que ha echado en olvido la puri-
10 ficación de sus antiguos pecados. Por eso, hermanos, poned cada
vez más ahínco en ir ratificando vuestro llamamiento y elección.
11 Si lo hacéis así, no fallaréis nunca, y os abrirán de par en par las
puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador, Jesús el
Mesías.
12 Por eso nunca dejaré de recordaros estas cosas, aunque ya las
13 sabéis y seguís firmes en la verdad que llegó hasta vosotros. Mien-
tras habito en esta tienda de campaña, creo deber mío refrescaros
14 la memoria, sabiendo que pronto voy a dejarla como me lo comu-
15 nicó nuestro Señor, Jesús el Mesías. Pondré empeño en que, in-
cluso después de mi muerte, siempre que haga falta tengáis la
posibilidad de acordaros de esto.
16 Porque cuando os hablábamos de la venida de nuestro Señor,
Jesús Mesías, en toda su potencia, no plagiábamos fábulas re-
buscadas, sino que habíamos sido testigos presenciales de su gran-
17 deza. El recibió de Dios honra y gloria cuando, desde la sublime
gloria, le llegó aquella voz tan singular: «Este es mi hijo, a quien
18 yo quiero, mi predilecto». Esta voz llegada del cielo la oímos nos-
19 otros estando con él en la montaña sagrada. Y nos confirma la
palabra de los profetas, a la cual hacéis muy bien en prestar aten-
ción como a lámpara que brilla en la oscuridad, hasta que despunte
20 el día y el lucero nazca en vuestros corazones. Ante todo, tened
presente que ninguna predicción de la Escritura está a merced
21 de interpretaciones personales; porque ninguna predicción antigua
aconteció por designio humano; hombres como eran, hablaron de
parte de Dios movidos por el Espíritu Santo.

Invectiva contra los falsos doctores

2 No faltaron falsos profetas en el pueblo judío; y lo mismo entre
vosotros habrá falsos maestros que introducirán bajo cuerda sectas
perniciosas; por negar al Señor que los rescató, se acarrean un
2 rápido desastre. Muchos los seguirán en su libertinaje y por ese
3 motivo el camino verdadero se verá difamado. Llevados de la co-
dicia, os explotarán con discursos artificiosos. Pero hace mucho
tiempo que su sentencia no huelga y que el desastre que los espera
no pega ojo.
4 Dios no perdonó a los ángeles que pecaron; al contrario, los
precipitó en las lóbregas mazmorras del infierno, guardándolos para
5 el juicio. Aunque puso al seguro a ocho personas, contando a Noé,
el pregonero de la rectitud, tampoco perdonó a la humanidad anti-
gua: al contrario, mandó el diluvio sobre aquel mundo de impíos.
6 A las ciudades de Sodoma y Gomorra las condenó reduciéndolas a
ceniza, dejándolas como ejemplo a los impíos del futuro. Pero salvó
7 al justo Lot, atormentado por la desenfrenada conducta de aquella
8 gente nefanda; aquel justo, con lo que veía y oía mientras con-
vivía con ellos, día tras día sentía despedazarse su espíritu recto
9 por sus obras inicuas. Sabe el Señor sacar a los piadosos de la prue-

ba; a los culpables, en cambio, sabe irlos castigando, guardándolos
10 para el día del juicio. Sobre todo, a los que se van tras los deseos
infectos de la carne y menosprecian toda autoridad.
Temerarios y suficientes, maldicen sin temblar a seres gloriosos,
11 mientras los ángeles, superiores a ellos en fuerza y poder, no se
12 atreven a echar una maldición formal ante el Señor. Estos, al revés,
son como animales, nacidos y destinados a que los cacen y los
maten, por maldecir lo que no conocen; y como los animales mo-
13 rirán, cobrando daño por daño. Su idea del placer es la franca-
chela en pleno día. ¡Qué asco y qué vergüenza cuando banquetean
14 con vosotros, regodeándose en sus placeres! Se comen con los
ojos a las mujerzuelas y no se hartan de pecar; engatusan a la
gente insegura, se saben todas las mañas de la codicia y están des-
15 tinados a la maldición. Se extraviaron dejando el camino recto y
metiéndose por la senda de Balaán de Bosor, que se dejó sobornar
16 por la injusticia. Pero tuvo quien le echase en cara su delito: una
acémila muda, hablando con voz humana, detuvo el desatino del
profeta.
17 Son fuentes agotadas, brumas arrastradas por la tormenta; las
18 lóbregas tinieblas los aguardan. Vocean pomposas vaciedades y,
atizando los deseos de la carne y el desenfreno, engatusan a los
que apenas empiezan a apartarse de los que viven en el extravío.
19 Les prometen libertad, ellos los esclavos de la corrupción: pues
20 cuando uno se deja vencer por algo, queda hecho su esclavo. Si
después de haber escapado de los miasmas del mundo, gracias al
conocimiento de nuestro Señor y Salvador, Jesús el Mesías, otra
vez se dejan enredar y vencer por ellos, el final les resulta peor
21 que el principio. Más les habría valido no conocer el camino de
la rectitud que, después de conocerlo, volverse atrás del manda-
22 miento santo que les transmitieron. Les ha sucedido lo de aquel
proverbio tan acertado: «*El perro vuelve a su propio vómito*» [a]
y «cerda lavada se revuelca en el fango».

El retraso de la parusía

3 Esta es ya, amigos, la segunda carta que os escribo. En las dos
2 os refresco la memoria, para que vuestra mente sincera recuerde
los dichos de los santos Profetas de antaño y el mandamiento del
3 Señor y Salvador comunicado por vuestros apóstoles. Sobre todo
tened presente que en los últimos días vendrán hombres que se
burlarán de todo y que procederán como les dicten sus deseos.
4 Esos preguntarán: «¿En qué ha quedado la promesa de su venida?
Nuestros padres murieron y desde entonces todo sigue como desde
5 que empezó el mundo». Estos pretenden ignorar que originariamen-
te existieron cielo y tierra; la palabra de Dios los sacó del agua y los
6 estableció entre las aguas; por eso el mundo de entonces pereció
7 inundado por el agua. Y la misma palabra tiene reservada para
el fuego, el cielo y la tierra de ahora, guardándolos para el día del
juicio y de la ruina de los impíos.
8 Pero no olvidéis una cosa, amigos: que para el Señor un día

a Prov 26,11.

9 es como mil años y mil años como un día. No retrasa el Señor lo
que prometió, aunque algunos lo estimen retraso; es que tiene
paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, quie-
10 re que todos tengan tiempo para enmendarse. El día del Señor
llegará como un ladrón, y entonces los cielos acabarán con un es-
tampido, los elementos se desintegrarán abrasados y la tierra y
lo que se hace en ella desaparecerán.
11 En vista de esa desintegración universal, ¿qué clase de personas
deberéis ser en la conducta santa y en las prácticas de piedad,
12 mientras aguardáis y apresuráis la llegada del día de Dios? Ese
día incendiará los cielos hasta desintegrarlos, abrasará los elemen-
13 tos hasta fundirlos. Ateniéndonos a su promesa, aguardamos *un
cielo nuevo y una tierra nueva* [a] en los que habite la justicia.
14 Por eso, amigos, mientras aguardáis esto, poned empeño en estar
15 en paz con él, libres de mancha y defecto. Considerad que la pa-
ciencia de Dios es nuestra salvación, como os escribió nuestro que-
16 rido hermano Pablo con el saber que Dios le dio. En todas sus
cartas habla de esto; es verdad que hay en ellas pasajes difíciles,
que esos ignorantes e inestables tergiversan, como hacen con las
demás Escrituras, para su propia ruina.
17 Así, pues, amigos, vosotros estáis prevenidos; estad en guardia
para que no os arrastre el error de esos hombres sin principios y
18 perdáis pie. Creced en el favor y el conocimiento de nuestro Señor
Jesús el Mesías, a quien sea la gloria ahora y hasta el día eterno,
amén.

PRIMERA CARTA DE JUAN

INTRODUCCION

El autor se dirige a ciertas comunidades cristianas que atraviesan una crisis, provocada por un grupo de disidentes (2,15) carismáticos (4,1), verosímilmente hombres de nota en la comunidad, que, sin duda, habían propuesto nuevas doctrinas; al no ser aceptados, habían formado grupo aparte, dedicándose, con gran éxito (4,5), al proselitismo entre los paganos. Esta ruptura de la unidad cristiana hacía que las comunidades se sintieran inseguras (5,13).

Los falsos maestros negaban que Jesús fuera el Mesías (2,18.22; 4,3), por lo que son calificados de «anticristos» o «antimesías». Se jactaban, sin embargo, de conocer a Dios (2,4; 4,8), de amarlo (4,20), de estar en íntima unión con él (1,6; 2,6.9) y libres de pecado (1,8.10); no daban importancia al amor al prójimo (2,4.9.11; 3,7.10-12.17). Tal vez manifestaban odio o violencia contra los fieles (3,13-15).

El vértice unificador de toda la carta es el amor al prójimo: amar al prójimo significa conocer a Dios (2,3; 4,8), vivir en la luz (2,10), estar unido a Dios (1,6) y a los hermanos (1,7), no pertenecer al mundo (2,15), cumplir los mandamientos (5,2) y, por consiguiente, amar a Dios (3,17; 5,2), practicar la justicia (3,10),

a Is 65,17; 66,22.

ser hijo de Dios (4,7; 5,1), obtener el perdón de los pecados (1,7; 3,18-20), liberarse del temor (4,18).

Todo lenguaje espiritualista es peligroso o está vacío de sentido, a menos que se traduzca en la conducta (1,6; 2,4; 4,20). La naturaleza del amor es tal, que no se puede amar a Dios con exclusión del prójimo (4,21; 5,1) y no puede vivirse más que en comunidad, pues si Dios es Padre, hay necesariamente una familia de hijos de Dios que viven como hermanos (3,14; 4,12; 5,1-2). Dios manifestó su amor al hombre en Jesús y por él ha hecho posible el amor entre los hombres. De aquí el gravísimo peligro de negar u olvidar que Jesús, el que vivió y dio su vida por amor al hombre, es el Mesías (= el Cristo), el Hijo y el Consagrado por Dios (2,22; 5,1.10; 2,20). La fidelidad al ejemplo y al mandamiento de Jesús es lo que da validez a cualquier privilegio espiritual.

Desde los primeros tiempos se ha atribuido esta carta al apóstol Juan, autor del cuarto Evangelio. El vocabulario y las expresiones son en gran parte comunes a ambos escritos, y algunas, como «la Palabra», que aparece en los prólogos, son peculiares de ellos. Sin embargo, por la menor agilidad de estilo, su concepción más ingenua de la escatología (2,18), la interpretación expiatoria de la muerte de Cristo (2,2; 4,10) y la no mención del Espíritu como agente del nacimiento del hombre a la vida divina (Jn 3,5-8), algunos la atribuyen a un discípulo de Juan. En todo caso, se considera posterior al Evangelio.

PROLOGO

1 Lo que existía desde el principio,
lo que oímos,
lo que vieron nuestros ojos,
lo que contemplamos y palparon nuestras manos
—hablamos de la Palabra, que es la vida,
2 porque la vida se manifestó,
nosotros la vimos, damos testimonio
y os anunciamos la vida eterna,
que estaba de cara al Padre
y se manifestó a nosotros—,
3 eso que vimos y oímos
os lo anunciamos ahora
para que seáis vosotros solidarios con nosotros;
pero, además, esta solidaridad nuestra
lo es con el Padre y con su Hijo Jesús, el Mesías.
4 Os escribimos esto
para que nuestra alegría llegue a su colmo.

I

DIOS ES LUZ. VIVE EN LA LUZ QUIEN AMA AL PROJIMO

5 El anuncio que le oímos a él y que os manifestamos a vosotros
es éste: que Dios es luz y que en él no hay tiniebla alguna.
6 Si afirmamos estar asociados a él mientras nos movemos en las
7 tinieblas, mentimos y, además, nuestra conducta no es sincera. En

cambio, cuando nos movemos en la luz, imitándolo a él, que está
en la luz, somos solidarios unos de otros y, además, la sangre de
Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado.
8 Si afirmamos no tener pecado, nosotros mismos nos extraviamos
9 y, además, no llevamos dentro la verdad. Si reconocemos nuestros
pecados, Dios, que es fiel y justo, perdona nuestros pecados y,
además, nos limpia de toda injusticia.
10 Si afirmamos no haber pecado nunca, dejamos a Dios por embustero y, además, no llevamos dentro su mensaje.

2 Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis; pero, en caso
de que uno peque, tenemos un defensor ante el Padre, Jesús, el
2 Mesías justo, que expía nuestros pecados, y no sólo los nuestros,
sino también los del mundo entero.
3 Para saber si conocemos a Dios, veamos si cumplimos sus man-
4 damientos. Quien dice: «Yo lo conozco», pero no cumple sus man-
5 damientos, es un embustero; ése no lleva dentro la verdad. En
cambio, en uno que hace caso de su mensaje, el amor de Dios
queda realizado de veras. Así podemos saber que estamos con él;
6 quien habla de estar con Dios tiene que proceder como procedió
Jesús.
7 Amigos míos, no os comunico un mandamiento nuevo, sino un
mandamiento antiguo, el que habéis tenido desde el principio; ese
8 antiguo mandamiento es el mensaje que escuchasteis. Y, sin embargo, el mandamiento que os comunico es nuevo, cosa que es
verdad de él y de nosotros, porque se van disipando las tinieblas
y la luz verdadera ya brilla.
9 Quien habla de estar en la luz mientras odia a su hermano, no
10 ha salido de las tinieblas. Quien ama a su hermano está en la luz
11 y en sí no encuentra tropiezo. En cambio, quien odia a su hermano
está en tinieblas y camina en tinieblas sin saber adónde va, porque
las tinieblas le han cegado los ojos.

II

ENEMIGOS DEL MENSAJE

12 Os digo[a], hijos míos, que vuestros pecados están perdonados
por obra suya.
13 Os digo, padres, que ya conocéis al que existía desde el principio.
Os digo, jóvenes, que ya habéis vencido al malo.
14 Os repito[b], hijos, que ya conocéis al Padre.
Os repito, padres, que ya conocéis al que existía desde el principio.
Os repito, jóvenes, que sois fuertes, que el mensaje de Dios está
en vosotros y que ya habéis vencido al malo.

a «os digo», lit. «os escribo».
b «os repito», lit. «os escribí», refiriéndose a las frases anteriores.

El mundo

15 No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Quien ama al
16 mundo no lleva dentro el amor del Padre, porque de todo lo que
hay en el mundo —los bajos apetitos, los ojos insaciables, la arro-
gancia del dinero— nada procede del Padre, procede del mundo,
17 y el mundo pasa y su codicia también. En cambio, el que cumple
la voluntad de Dios permanece para siempre.

Los anticristos

18 Hijos, ha llegado el momento final. ¿No oísteis que iba a venir
el anticristo? Pues mirad cuántos anticristos se han presentado:
de ahí deducimos que es el momento final.
19 Aunque han salido de nuestro grupo, no eran de los nuestros;
si hubieran sido de los nuestros se habrían quedado con nosotros,
pero tenía que quedar claro que no todos son de los nuestros.
20 A vosotros, además, el Consagrado os confirió una unción y
21 todos tenéis ya conocimiento. Si os escribo no es porque no conoz-
cáis la verdad, sino porque la conocéis y sabéis también que de la
verdad no salen mentiras.
22 ¿Quién es el embustero?, ¿quién sino el que niega que Jesús
es el Mesías? El anticristo es ése, el que niega que son Padre e
23 Hijo [a]. Todo el que niega al Hijo se queda también sin el Padre;
quien reconoce al Hijo tiene también al Padre.
24 Por vuestra parte, siga con vosotros lo que aprendisteis desde
el principio; si eso que aprendisteis desde el principio sigue con
25 vosotros, también vosotros seguiréis con el Hijo y el Padre; ésa
es precisamente la promesa que él nos hizo, la vida eterna.
26-7 Sobre los que intentan extraviaros, basta con lo escrito. Ade-
más, la unción con que él os ungió sigue con vosotros y no nece-
sitáis otros maestros. No, como esa unción suya, que es realidad,
no ilusión, os va enseñando en cada circunstancia aquello mismo
que os había enseñado, seguís con él.
28 Pues ahora, hijos, seguid con él para que, cuando se manifieste,
nos sintamos seguros y no fracasados lejos de él, el día de su
venida.

III

DIOS ES PADRE. ES HIJO DE DIOS QUIEN AMA AL PROJIMO

29 Si sabéis que Jesús es justo, deducid que todo el que practica
la justicia ha nacido de Dios y lo vive.

3 Mirad qué magnífico regalo nos ha hecho el Padre: que nos
llamemos hijos de Dios; y además lo somos. La razón de que el
2 mundo no nos reconozca es que no ha reconocido a Dios. Amigos
míos, hijos de Dios lo somos ya, aunque todavía no se ve lo que

a «que son Padre e Hijo», lit. «al Padre y al Hijo», refiriéndose a la relación entre los dos.

vamos a ser; pero sabemos que cuando Jesús se manifieste y lo
3 veamos como es, seremos como él. Todo el que tiene puesta en
Jesús esta esperanza se purifica, para ser puro como él lo es.
4 Todo el que comete pecado, comete también rebeldía, porque
5 el pecado se identifica con la rebeldía. Como sabéis, él se mani-
6 festó para quitar el pecado, y en él no hay pecado. Ninguno que
sigue con él se da al pecado; nadie que se da al pecado lo ha
visto ni lo ha conocido.
7 Hijos, que nadie os extravíe: es justo quien practica la justicia,
8 imitándolo a él, que es justo; quien comete el pecado es del diablo,
que ha sido pecador desde el principio.
Precisamente para esto se manifestó el Hijo de Dios, para des-
9 hacer las obras del diablo. Quien ha nacido de Dios y lo vive no
comete pecado, porque lleva dentro la semilla de Dios; es más,
como ha nacido de Dios y lo vive, le resulta imposible pecar.
10 Con esto queda claro quiénes son los hijos de Dios y quiénes
los hijos del diablo.
Quien no practica la justicia, o sea, quien no ama a su hermano,
11 no es de Dios; porque el mensaje que oísteis desde el principio
12 fue éste: que nos amemos unos a otros, no como Caín, que estaba
de la parte del malo y asesinó a su hermano. Y ¿por qué lo asesi-
nó? Porque sus propias acciones eran malas, y las de su hermano,
justas.
13-4 No os extrañéis, hermanos, si el mundo os odia. Nosotros sa-
bemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos
15 a los hermanos. No amar es quedarse en la muerte; odiar al propio
hermano es ser un asesino, y sabéis que ningún asesino conserva
dentro la vida eterna.
16 Hemos comprendido lo que es el amor porque aquél se des-
prendió de su vida por nosotros; ahora también nosotros debemos
17 desprendernos de la vida por nuestros hermanos. Si uno posee
bienes de este mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad,
le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?
18 Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y
de verdad.
19 De este modo sabremos que estamos de parte de la verdad y
20 podremos apaciguar ante Dios nuestra conciencia; y eso aunque
nuestra conciencia nos condene, pues por encima de nuestra con-
ciencia está Dios, que lo sabe todo.
21 Amigos míos, cuando la conciencia no nos condena, sentimos
22 confianza para dirigirnos a Dios y, además, obtenemos cualquier
cosa que le pidamos, porque cumplimos sus mandamientos y ha-
23 cemos lo que le agrada. Y su mandamiento es éste: que demos
fe a su Hijo Jesús, el Mesías, y nos amemos unos a otros como
24 él nos mandó. Quien cumple sus mandamientos está con Dios y
Dios con él, y así, gracias al Espíritu que nos dio, conocemos que
Dios está con nosotros.

IV

LOS ENEMIGOS

4 Amigos míos, no deis fe a toda inspiración [a]; sometedlas a prue-
ba para ver si vienen de Dios, pues ya han salido en el mundo
2 muchos falsos profetas. Para saber si una inspiración es de Dios,
seguid esta norma: toda inspiración que confiesa que Jesús es el
3 Mesías venido ya en carne mortal procede de Dios, y toda inspi-
ración que no confiesa a ese Jesús no procede de Dios. Eso es
lo propio del anticristo; oísteis que iba a venir y ahora ya está
en el mundo.
4 Hijos, vosotros sois de Dios y ya lo habéis vencido, porque el
que está con vosotros es más fuerte que el que está con el mun-
5 do. Ellos pertenecen al mundo, por eso hablan el lenguaje del
6 mundo y el mundo los escucha. Nosotros, en cambio, somos de
Dios; quien conoce a Dios nos escucha a nosotros, quien no es
de Dios no nos escucha.
Con esto podemos distinguir el espíritu de la verdad del espí-
ritu del error.

V

DIOS ES AMOR. SOLO QUIEN AMA CONOCE A DIOS

7 Amigos míos, amémonos unos a otros, porque el amor viene de
8 Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El
que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor.
9 En esto se hizo visible entre nosotros el amor de Dios: en que
envió al mundo a su Hijo único para que nos diera vida.
10 Por esto existe el amor: no porque amáramos nosotros a Dios,
sino porque él nos amó a nosotros y envió a su Hijo para que
expiase nuestros pecados.
11 Amigos míos, si Dios nos ha amado tanto, es deber nuestro
12 amarnos unos a otros; a Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos ama-
mos mutuamente, Dios está con nosotros y su amor está realizado
13 entre nosotros; y esta prueba tenemos de que estamos con él y
él con nosotros, que nos ha hecho participar de su Espíritu.
14 Nosotros lo vimos y atestiguamos que el Padre envió su Hijo al
15 mundo para salvar al mundo. Si uno confiesa que Jesús es el Hijo
16 de Dios, Dios está con él y él con Dios; por nuestra parte, el amor
que Dios mantiene entre nosotros ya lo conocemos y nos fiamos
de él. Dios es amor: quien permanece en el amor permanece en
Dios y Dios con él.
17 Con esto queda realizado el amor entre nosotros, porque nuestra
vida en este mundo imita lo que es Jesús, y así miramos confiados
18 al día del juicio. En el amor no existe temor; al contrario, el amor
acabado echa fuera el temor, porque el temor anticipa el castigo;

a «inspiración», en griego «pneuma», designa un espíritu agente o su efecto, la inspiración; cf. *Espíritu,* en el *Vocabulario bíblico-teológico.*

en consecuencia, quien siente temor aún no está realizado en el
amor.
19 Podemos amar nosotros porque él nos amó primero. El que diga
20 «Yo amo a Dios», mientras odia a su hermano, es un embustero,
porque quien no ama a su hermano, a quien está viendo, a Dios,
21 a quien no ve, no puede amarlo. Y éste es precisamente el manda-
miento que recibimos de él: quien ama a Dios, ame también a su
hermano.

VI

VICTORIA SOBRE EL MUNDO. LA VIDA

5 Quien cree que Jesús es el Mesías ha nacido de Dios, y quien
ama al que le dio el ser, ama también a todo el que ha nacido
de él.
2 Sabemos que amamos a los hermanos cuando amamos a Dios
3 cumpliendo sus mandamientos, porque amar a Dios significa cum-
plir sus mandamientos.
4 Sus mandamientos no son una carga, porque todo el que nace
de Dios vence al mundo, y ésta es la victoria que ha derrotado al
5 mundo: nuestra fe; pues, ¿quién puede vencer al mundo sino el
que cree que Jesús es el Hijo de Dios?
6 El que vino con agua y sangre fue él, Jesús el Mesías (no vino
sólo con el agua, sino con el agua y la sangre), y el que lo atestigua
7 es el Espíritu, porque el Espíritu es la verdad. Por tanto, los que
8 dan testimonio son tres [a]: el Espíritu, el agua y la sangre, y los
9 tres apuntan a lo mismo. Si aceptamos el testimonio humano, más
fuerza tiene el testimonio de Dios, y el testimonio de que hablamos
es de Dios, que ha dejado un testimonio de su Hijo.
10 Quien cree en el Hijo de Dios tiene dentro el testimonio. El que
no da fe a Dios lo deja por embustero, negándose a creer el testi-
11 monio que ha dejado él de su Hijo. Y el testimonio consiste en
esto: en que Dios nos ha dado vida eterna, vida que está en su
12 Hijo: quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo
de Dios no tiene la vida.

EPILOGO

13 Me he propuesto con esta carta que vosotros, los que creéis en
el Hijo de Dios, estéis ciertos de que tenéis vida eterna.
14 Al dirigirnos a Dios podemos tener esta seguridad: que cuando
15 pedimos algo conforme a su designio nos escucha; y al estar cier-
tos de que él escucha cualquier cosa que le pidamos, estamos cier-
tos de que obtenemos lo que le hemos pedido.

a La adición de la Vulgata clementina sobre los tres testigos celestes: el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo, no se halla en los códices griegos, y, entre los latinos, sólo se lee en algunos códices españoles. Es probable que su origen sea africano (así, Bover).

16 Si uno se da cuenta de que su hermano peca en algo que no
acarrea la muerte, pida por él y Dios le dará vida. Digo los que
cometen pecados que no acarrean la muerte. Hay un pecado que
acarrea la muerte; no me refiero a éste cuando digo que rece.
17 Toda injusticia es pecado, pero hay pecados que no acarrean la
muerte.
18 Sabemos que todo el que ha nacido de Dios y lo vive, no peca;
no, lo guarda el que nació de Dios, y el malo no puede tocarlo.
19 Sabemos que somos de Dios, mientras el mundo entero está en
poder del malo.
20 Sabemos que ha venido el Hijo de Dios y nos ha dado enten-
dimiento para conocer al Dios verdadero, y estamos con el ver-
dadero, gracias a su Hijo, Jesús el Mesías. Ese es el verdadero
Dios y vida eterna.
21 Hijos, guardaos de los ídolos.

SEGUNDA CARTA DE JUAN

INTRODUCCION

Bajo el título de «elegida» o «distinguida señora» está personificada una comunidad cristiana. La carta repite frases de la primera y presenta afinidades con el Evangelio de Juan.

Su único rasgo peculiar es el peligro que amenaza a la comunidad de parte de ciertos predicadores «avanzados» (9), que niegan que Jesús hombre sea el Mesías enviado por Dios (7) y descuidan la práctica del amor mutuo (5-6), rompiendo así su relación con Dios (9). El autor prohíbe todo trato con tales impostores (10-11). Se trata, sin duda, de individuos pertenecientes a los círculos que combate la primera carta.

El autor, «el anciano» («presbítero»), como él mismo se titula, es, sin duda, el mismo de la primera carta.

1 El anciano, a la señora elegida y a sus hijos, a los que yo amo de
verdad; y no sólo yo, sino también todos los que tienen conoci-
2 miento de la verdad, gracias a la verdad que está en nosotros y
3 que nos acompañará para siempre. Nos acompañará el favor, mise-
ricordia y paz de Dios Padre y de Jesús el Mesías, el Hijo del Pa-
dre, con la verdad y el amor.
4 Me alegré mucho al enterarme de que la conducta de tus hijos
5 es sincera, conforme al mandamiento que el Padre nos dio. Pues
ahora te ruego, señora —y no es que vaya a hablarte de un manda-
miento nuevo, sino del que tenemos desde el principio—, que nos
6 amemos unos a otros. Y amar consiste en esto: en proceder con-
forme a sus mandamientos. Como lo oísteis desde el principio,
éste es el mandamiento que debe regir nuestra conducta.
7 Es que han salido en el mundo muchos impostores, los que no
confiesan que Jesús es el Mesías venido en carne mortal, ¡ése es

8 el impostor y el anticristo! Atención, no echéis a perder lo traba-
jado si queréis recibir el pleno salario.
9 Quien va demasiado lejos y no se mantiene en la enseñanza del
Mesías no tiene a Dios; quien permanece en esa enseñanza, ése
10 sí tiene al Padre y al Hijo. Si os visita alguno que no trae esa
11 enseñanza, no lo recibáis en casa ni le deis la bienvenida; quien
le da la bienvenida se hace cómplice de sus malas acciones.
12 Aunque tengo mucho más que deciros, no quiero confiarlo al
papel y la tinta; espero ir a visitaros y hablar cara a cara, para
que nuestra alegría llegue a su colmo.
13 Recuerdos de los hijos de tu hermana elegida.

TERCERA CARTA DE JUAN

INTRODUCCION

Esta breve carta presenta una situación y unas personas muy concretas. El anciano, responsable, sin duda, de un grupo de comunidades, encuentra oposición en cierto jefe local, Diotrefes, a quien tacha de dominador y de tener una lengua afilada (9-10). Ha enviado algunos misioneros, que se han alojado en casa de Gayo (5), pero a quienes Diotrefes ha negado la admisión en la comunidad local (10); ahora vuelve a mandarlos y pide de nuevo ayuda a Gayo (6-7). Demetrio (12) es probablemente el portador de la carta y quizá uno de los misioneros. No se reprocha a Diotrefes ninguna doctrina errada, sino un espíritu autoritario que toma decisiones sin contar con la comunidad (10).

Autor y época son los mismos de las dos cartas precedentes.

1 El anciano, a su amigo Gayo, a quien quiere de verdad.
2 Querido amigo, te deseo que la prosperidad personal de que
ya gozas se extienda a todos tus asuntos, y buena salud.
3 ¡Qué alegría tuve cuando llegaron unos hermanos y nos hablaron
4 de tu sinceridad, de lo sinceramente que tú procedes! No puedo
tener mayor alegría que enterarme de que mis hijos proceden con
sinceridad.
5 Querido amigo, qué lealmente te portas en todo lo que haces
6 por los hermanos, y eso que para ti son extraños; ellos han ha-
blado de tu caridad delante de la comunidad de aquí. Por favor,
7 provéelos para el viaje, como Dios se merece, pues emprendieron
8 el viaje por Cristo sin aceptar nada de los paganos; es deber nues-
tro hacernos cooperadores de la verdad ayudando a hombres como
éstos.
9 Escribí unas letras a la comunidad, pero Diotrefes, con su afán
10 de dominar, no nos acepta. En vista de eso, cuando vaya por ahí
sacaré a relucir lo que está haciendo con esas puyas malignas que
nos echa. Y no contento con eso, él, por sí y ante sí, tampoco
acepta a los hermanos, y a los que quieren aceptarlos se lo impide
y los expulsa de la comunidad.

11 Querido amigo, no imites lo malo, sino lo bueno; quien hace
el bien es de Dios, quien hace el mal no ha visto a Dios.
12 Todos recomiendan a Demetrio, y esto responde a la verdad;
también nosotros lo recomendamos, y sabes que nuestro testimonio
es verdadero.
13 Tendría mucho que decirte, pero no quiero hacerlo con tinta y
14 pluma. Espero verte pronto y hablar cara a cara.
15 La paz esté contigo. Recuerdos para ti de los amigos. Saluda tú
a los amigos uno por uno.

CARTA DE JUDAS

INTRODUCCION

Este escrito, como la segunda carta de Pedro, muestra una mentalidad muy diferente del resto del NT. Por su estilo y manera de argumentar se ve que procede de un círculo de acusada marca judeo-cristiana.

La carta responde a una situación concreta: en la comunidad o comunidades se han introducido falsos maestros (4), que ponen en peligro la fe y contaminan las comidas fraternas de los fieles (12). El autor no explica en qué consisten sus errores, pero los desacredita por su comportamiento. Se apoya en escritos apócrifos del AT, en particular en la *Ascensión de Moisés* (9) y el *Apocalipsis de Henoc* (14-15). La fe no se interpreta como una entrega personal a Dios, sino como una ortodoxia doctrinal (3,20).

El escrito casi no tiene forma epistolar. El autor se dice hermano de Santiago, que es, sin duda, el pariente del Señor (Sant 1,1; Hch 15,13, etc.; Gál 1, 19; 2,9), siendo él también, por tanto, pariente de Jesús (Mc 6,3; Mt 13,55).

Se discute, sin embargo, tal atribución. El griego refinado y retórico en que escribe no es propio de un judío palestinense, y la referencia a predicciones de los Apóstoles sobre los tiempos finales (17-18) sugiere época relativamente tardía. El autor pudo ser un judeo-cristiano de lengua griega, quizá en contacto con tradiciones provenientes de Judas y Santiago; la carta puede datarse a fines del siglo I.

1 Judas, servidor de Jesús el Mesías y hermano de Santiago, a los
2 llamados que ama Dios Padre y custodia Jesús el Mesías. Os deseo
misericordia, paz y amor crecientes.
3 Amigos, pongo siempre mucho empeño en escribiros acerca de
nuestra salvación, y me veo obligado a mandaros esta carta para
animaros a combatir por esa fe que se transmitió al pueblo santo
4 de una vez para siempre. La razón es que se han infiltrado ciertos
individuos que incurren en la condenación anunciada antiguamente
por la Escritura, impíos que han convertido en libertinaje la gracia
de nuestro Dios y rechazan a nuestro único Soberano y Señor,
Jesús el Mesías.
5 Aunque lo sabéis de sobra, quiero, sin embargo, traeros a la
memoria que el Señor, después de haber sacado al pueblo de Egip-

6 to, exterminó más tarde a los que no creyeron; y que a los ángeles
que no se mantuvieron en su rango y abandonaron su propia mora-
da los tiene guardados para el juicio del gran día, atados en las
7 tinieblas con cadenas perpetuas. También Sodoma y Gomorra, con
las ciudades circunvecinas, por haberse entregado a la inmoralidad
como éstos, practicando vicios contra naturaleza, quedan ahí como
ejemplo, incendiadas en castigo perpetuo.
8 Lo mismo pasa con éstos: sus desvaríos los llevan a contaminar
la carne, a rechazar todo señorío, a maldecir a seres gloriosos.
9 El arcángel Miguel, cuando altercaba con el diablo disputándole
el cuerpo de Moisés, no se atrevió a echarle una maldición, dijo
10 solamente: «*Que el Señor te reprima*» [a]. Estos, en cambio, mal-
dicen lo que no conocen, y con sus instintos, comunes con los
11 animales, se corrompen. ¡Ay de ellos! Se metieron por la senda
de Caín, por dinero cayeron en la aberración de Balaán y perecie-
12 ron en el motín de Coré. Son éstos los que en vuestras comidas
fraternas —qué vergüenza— banquetean sin recato, echándose
pienso. Nubes sin lluvia que se llevan los vientos, árboles que en
otoño no dan fruto y que arrancados de cuajo mueren por segunda
13 vez; olas encrespadas del mar coronadas por la espuma de sus pro-
pias desvergüenzas; estrellas fugaces a quienes está reservada la
lobreguez de las eternas tinieblas.
14 A éstos se refería aquella profecía de Henoc [b], el séptimo des-
pués de Adán: «Mirad, llega el Señor con sus millares de ángeles,
15 para dar sentencia contra todos y dejar convictos a todos los impíos
de todas las obras impías que impíamente cometieron, y de todas
las insolencias que pronunciaron contra él esos impíos pecadores».
16 Son una partida de rezongones que reniegan de su suerte y pro-
ceden como les dictan sus deseos; su boca habla pomposamente
para pasmar a las personas y sacarles el dinero.
17 Vosotros, queridos hermanos, acordaos de lo que predijeron los
18 Apóstoles de nuestro Señor, Jesús el Mesías. Ellos os decían que
en el tiempo final habrá quienes se rían de todo y procedan como
19 les dictan sus deseos impíos. Son éstos los que se constituyen en
20 casta, siendo hombres de instintos y sin espíritu. Vosotros, en
cambio, queridos hermanos, idos asentando sobre el cimiento de
vuestra santa fe, orad movidos por el Espíritu Santo y manteneos
21 así en el amor de Dios, aguardando a que la misericordia de nues-
tro Señor, Jesús el Mesías, os dé la vida eterna.
22-3 ¿Titubean algunos? Tened compasión de ellos; a unos salvad-
los arrancándolos del fuego, a otros mostradles compasión, pero
con cautela, aborreciendo hasta el vestido que esté manchado por
los bajos instintos.
24 Al único Dios, nuestro salvador, que puede preservaros de tro-
piezos y presentaros ante su gloria exultantes y sin mancha, gloria
25 y majestad, dominio y poderío por Jesús el Mesías, nuestro Señor,
desde siempre y ahora y por todos los siglos, amén.

a Pasaje inspirado en el libro apócrifo *La Ascensión de Moisés.*
b Cita el *Apocalipsis de Henoc,* 1,9.

APOCALIPSIS
O
VISION DE JUAN

INTRODUCCION

El Apocalipsis es único en su género entre los libros del NT. El género apocalíptico, común en la literatura del judaísmo, se proponía revelar realidades trascendentales usando material mítico, cifras misteriosas, visiones, voces y apariciones celestes. El Apocalipsis de san Juan, aun perteneciendo al género, elimina muchos de sus rasgos usuales: en primer lugar no es un libro pseudónimo, como solían serlo los apocalipsis judíos (de Henoc, de Isaías, etc.); el autor se nombra con toda sencillez (1,1.4.9). Ha tenido una visión y describe lo que ha experimentado, sin dedicarse a elucubraciones; propone una profecía abierta, dirigida a todos, no un saber esotérico (1,3.4; 22,16.18). La clave para la interpretación de la historia no es ya el pasado israelita, sino la poderosa acción de Dios con Jesucristo.

La revelación que recibe Juan está dirigida en primer lugar a ciertas iglesias de su tiempo (2,1) que sufren persecución (2,9). Hay un combate en curso, entre el poder político pagano, representado por una bestia feroz, la Fiera que sale del mar (13,1-8), o por su capital, la gran prostituta que corrompe a la tierra entera (17,1-6), y la Iglesia cristiana. El drama contemporáneo no es, sin embargo, más que un episodio en una lucha más vasta y duradera, la de Dios contra Satanás. Continuando una línea del NT que aparece en la prueba de Jesús en el desierto, especialmente en Lc 4,5-6, Juan ve en la gloria y el poder del mundo un instrumento del diablo.

Con esta revelación quiere Jesús, por medio de Juan, animar a las iglesias, desorientadas en medio de la incipiente persecución, anunciándoles la salvación que Dios realizará. No se trata sólo de la salvación de los ya cristianos, sino de que la humanidad acabe por reconocer su extravío; las plagas y castigos que jalonan el libro son medios que Dios usa para hacer comprender a los hombres que están siguiendo el camino de su propia ruina (9,20-21; 15,4; 16,9.11).

Algunos escritos del NT muestran cierta confianza en las instituciones romanas (Hch 25,8; Rom 13,1-7; 1 Pe 2,13-17). El Apocalipsis rompe esa línea previendo el choque inevitable entre la idolatría propugnada por el Estado y la fe cristiana. La denuncia de Juan no se traduce, sin embargo, en una llamada a las armas. Siguiendo el ejemplo de Jesús, nunca incita a la violencia, sino al aguante, a la constancia sin cesiones (2,7.11.17; 3,5.12.21; 13,8-10; 14,12; 20,4).

Para expresar su sublime experiencia recurre el autor a un material estilístico tradicional; usa figuras y narraciones de estilo mítico (los Cuatro Jinetes, los Dos Testigos, la lucha del Dragón contra la Mujer, las dos Fieras, etc.).

No pretende el libro presentar en clave simbólica una sucesión de los hechos desde los tiempos del autor hasta el fin del mundo, pero sí da una visión de la historia. Ante los acontecimientos de su época, descubre el trasfondo de la lucha histórica contemporánea y proporciona una clave de interpretación válida para la historia en su conjunto. La oposición sangrienta del Imperio Romano contra los fieles de Cristo no es más que un episodio en la lucha mucho más duradera que Dios conduce contra el orgulloso poder humano. La duración de la historia es mayor de lo que aparece en el libro, pero su problema de fondo es el mismo. El autor quiere expresar la victoria de Cristo sobre las potencias de este mundo.

En la segunda parte del libro (4,1-22,5) hay entrelazadas una sucesión temática y otra simbólica:

La sucesión temática comienza exponiendo ciertos hechos: desastres, protección divina, victoria final (6,1-9,21), pero sin analizar sus causas profundas. Sólo el librito profético (10,2.8-11) revela el trasfondo de lo ya descrito, precisando

quiénes son los verdaderos contendientes, en los dos aspectos, histórico (Iglesia-Imperio) y trascendente (Cristo-Satanás), y que la victoria consistirá en la ruina del Imperio perseguidor, simbolizado por su capital (Babilonia-Roma).

La sucesión simbólica, en cambio, tiene su eje en las series septenarias, no independientes, sino subordinadas; el séptimo elemento de cada serie se despliega en otro septenario: el séptimo sello incluye a las siete trompetas, y la séptima trompeta, a los siete cuencos.

Los puntos de articulación de las dos series no coinciden. Para evitar la confusión que crearía desmembrar los septenarios, adoptamos en la división del escrito la sucesión simbólica.

El libro se escribió probablemente en la época de Domiciano († 96). Juan, el autor, se encontraba en la isla de Patmos (1,9), situada en la costa de Asia Menor, cerca de Mileto, y dirige su obra a siete iglesias de Asia Menor (1,4.11); se deduce que debía de residir en aquella provincia. El mismo se llama «profeta» o inspirado, hermano de los demás cristianos (1,9). Ya a mitad del siglo II se le identificó con el apóstol Juan Zebedeo, aunque en el siglo III se negó tal identificación. La cuestión del autor sigue debatiéndose. Otros se inclinan por un profeta judeo-cristiano de nombre Juan, predicador del evangelio en Asia Menor y perteneciente a la escuela de Juan apóstol, o bien por un discípulo del apóstol en el papel de redactor. En todo caso, la obra suele datarse entre los años 90-95.

PROLOGO

1 Revelación de Jesús Mesías. Lo que Dios le encargó mostrar
a sus siervos sobre lo que tiene que suceder en breve y él comu-
2 nicó enviando su ángel a su siervo Juan. Diciendo todo lo que ha
visto, éste se hace testigo de la palabra de Dios y del testimonio
de Jesús Mesías.
3 Dichoso el que lee y los que escuchan esta profecía y hacen
caso de lo que está escrito en ella, porque el momento está cerca.
4 Juan, a las siete iglesias de la provincia de Asia.
Gracia y paz a vosotros de parte del que es y era y ha de venir,
5 de parte de los siete espíritus que están ante su trono y de parte
de Jesús el Mesías, el testigo fidedigno, el primero en nacer de la
muerte y el soberano de los reyes de la tierra.
Al que nos ama y con su sangre nos rescató de nuestros peca-
6 dos, al que hizo de nosotros linaje real y sacerdotes para su Dios
y Padre, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos, amén.
7 *Mirad, viene entre las nubes:* todos lo *verán* con sus ojos, tam-
bién aquellos que lo *traspasaron, y plañirán por él todas las razas*
de la tierra [a]. Así es. Amén.
8 Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, el que es y era
y ha de venir, el soberano de todo.

a Dn 7,13; Zac 12,10-14.

I
LO QUE ESTA SUCEDIENDO
(1,9-3,22)

Visión inaugural

9 Yo, Juan, hermano vuestro, que comparto con vosotros la lucha,
el linaje real y la constancia cristiana, me encontraba en la isla de
Patmos por proclamar el mensaje de Dios y dar testimonio de
10 Jesús. Un domingo me arrebató el Espíritu y oí a mis espaldas
11 una voz vibrante como una trompeta, que decía: «Lo que vas a
ver, escríbelo en un libro y mándalo a estas siete iglesias: Efeso,
Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea».
12 Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba; al vol-
13 verme vi siete candelabros de oro y en medio de los candelabros
una figura humana [a] *vestida de túnica talar* con una faja *dorada* a
14 la altura del pecho [b]. *El pelo de su cabeza era blanco como lana,*
15 *como nieve; sus ojos llameaban, sus pies parecían bronce incan-*
descente en la fragua y *era su voz como el estruendo del océano* [c].
16 Con la mano derecha sostenía siete estrellas; de su boca salía una
espada aguda de dos filos, y su semblante resplandecía como el sol
en plena fuerza.
17 Al verlo caí a sus pies como muerto. El puso su diestra sobre
mí, diciéndome: «No temas, yo soy el primero y el último, el que
18 vive. Estuve muerto, pero como ves estoy vivo por los siglos de
19 los siglos y tengo las llaves de la muerte y del abismo. Escribe
esto que has visto: lo que está sucediendo y lo que va a suceder
20 después. Este es el simbolismo de las siete estrellas que viste en
mi diestra y de los siete candelabros de oro: las siete estrellas
significan los ángeles de las siete iglesias; los siete candelabros, las
siete iglesias».

Las siete cartas

2 Al ángel de la iglesia de *Efeso* escribe así:
Esto dice el que tiene las siete estrellas en su diestra y anda entre
los siete candelabros de oro:
2 Conozco tus obras, tu esfuerzo y tu entereza; sé que no puedes
sufrir a los malvados, que pusiste a prueba a esos que se llaman
3 apóstoles sin serlo y hallaste que son unos embusteros. Tienes
aguante, has sufrido por mí y no te has rendido a la fatiga, pero
4 tengo en contra tuya que has dejado el amor primero.
5 Recuerda de dónde has caído, enmiéndate y vuelve a proceder
como al principio; si no, como no te enmiendes, vendré a quitar
6 tu candelabro de su sitio. Es verdad que tienes una cosa a tu
favor: aborreces las prácticas de los nicolaítas, que yo también
aborrezco.
7 Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias.
Al que salga vencedor le concederé comer del árbol de la vida,
que está en el jardín de Dios.

a «una figura humana», lit. «como un hijo de hombre», cf. Mt 8,20.
b Dn 7,13. *c* Dn 10,5-6.

8 Al ángel de la iglesia de *Esmirna* escribe así:
Esto dice el que es primero y último, el que estuvo muerto y
9 volvió a la vida: Conozco tu apuro y tu pobreza y, sin embargo,
eres rico; sé también cómo te calumnian esos que se llaman judíos
10 y no son más que sinagoga de Satanás. No temas nada de lo que
vas a sufrir; el diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel
para poneros a prueba, pero vuestro apuro durará diez días. Sé
fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.
11 Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias.
El que salga vencedor no será víctima de la muerte segunda.

12 Al ángel de la iglesia de *Pérgamo* escribe así:
13 Esto dice el que tiene la espada aguda de dos filos: Sé dónde
habitas, donde Satanás tiene su trono. A pesar de eso, te man-
tienes conmigo, y no renegaste de mi fe ni siquiera cuando a Anti-
pas, mi testigo, mi fiel, lo mataron en vuestra ciudad, morada de
14 Satanás. Tengo, sin embargo, algo en contra tuya: tienes ahí algu-
nos que profesan la doctrina de Balaán, el que enseñó a Balac a
tentar a los israelitas incitándolos a participar en banquetes ido-
15 látricos y a fornicar. Además otra cosa: también tú tienes algunos
que profesan la doctrina de los nicolaítas.
16 A ver si te enmiendas, que si no iré en seguida y los combatiré
con la espada de mi boca.
17 Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias.
Al que salga vencedor le daré maná escondido y le daré tam-
bién un guijarro blanco; el guijarro lleva escrito un nombre nuevo
que sólo sabe el que lo recibe.

18 Al ángel de la iglesia de *Tiatira* escribe así:
Esto dice el Hijo de Dios, el de ojos llameantes y pies como
19 bronce: Conozco tus obras, tu amor fraterno, fe, dedicación y
aguante, y últimamente tu actividad es mayor que al principio;
20 pero tengo en contra tuya que toleras a esa Jezabel, la mujer que
dice poseer el don de profecía y que extravía a mis servidores con
su enseñanza, incitándolos a la fornicación y a participar en ban-
21 quetes idolátricos. Le di tiempo para enmendarse, pero no quiere
22 enmendarse de su fornicación. Mira, la voy a postrar en cama y
a sus amantes los voy a poner en grave aprieto si no se enmiendan
23 de lo que hacían con ella. A los hijos que tuvo les daré muerte;
así sabrán todas las iglesias que yo soy el que escruta corazones y
mentes y que os voy a pagar a cada uno conforme a vuestras obras.
24 Ahora me dirijo a vosotros, los demás de Tiatira que no profe-
sáis esa doctrina ni habéis experimentado lo que ellos llaman las
profundidades de Satanás. No os impongo ninguna otra carga,
25 basta que mantengáis lo que tenéis hasta que yo llegue.
26 Al que salga vencedor cumpliendo hasta el final mis tareas,
le daré autoridad *sobre las naciones* —la misma que yo tengo de
27 mi Padre—, *las regirá con cetro de hierro y las hará pedazos como*
28 *a jarros de loza*[a]. Le daré también el lucero de la mañana.
29 Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias.

a Sal 2,8-9.

3 Al ángel de la iglesia de *Sardis* escribe así:
Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete es-
trellas: Conozco tus obras; nominalmente, vives, pero estás muerto.
2 Anda vigilante y consolida los restos que iban a morir, pues no
3 he encontrado obras tuyas acabadas a los ojos de mi Dios. Recuer-
da, por tanto, lo que oíste y aún mantienes, haz caso y enmién-
date, que si no estás en vela llegaré como un ladrón, sin que te
4 des cuenta de la hora de mi llegada. A pesar de todo, tienes ahí
en Sardis unos cuantos que no han manchado su ropa; ésos pasea-
rán conmigo vestidos de blanco, pues se lo merecen.
5 El que salga vencedor se vestirá de blanco y no borraré su nom-
bre del registro[a] de los vivos, pues ante mi Padre y sus ángeles
reconoceré su nombre.
6 Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias.

7 Al ángel de la iglesia de *Filadelfia* escribe así:
Esto dice el santo, el veraz, el que tiene *la llave de David, el*
8 *que abre y nadie cierra, cierra y nadie abre*[b]: Conozco tus obras;
mira, ante ti dejo abierta una puerta que nadie puede cerrar, pues
aunque tu fuerza es pequeña has hecho caso de mis palabras y no
9 has renegado de mí. Haré que algunos de la sinagoga de Satanás,
de esos que dicen ser judíos (pero es mentira, no lo son), vayan
10 a postrarse ante ti y se den cuenta de que te quiero. Por haber
seguido el ejemplo de mi paciencia yo te preservaré en la hora de
prueba que va a llegar para el mundo entero, y que pondrá a
11 prueba a los habitantes de la tierra. Llego en seguida; mantén lo
que tienes, para que nadie te quite tu corona.
12 Al que salga vencedor lo haré columna del santuario de mi Dios
y ya no saldrá nunca de él; grabaré en él el nombre de mi Dios,
el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén que baja
del cielo de junto a mi Dios, y mi nombre nuevo.
13 Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias.

14 Al ángel de la iglesia de *Laodicea* escribe así:
Esto dice el amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la
15 creación de Dios: Conozco tus obras y no eres ni frío ni caliente.
16 Ojalá fueras frío o caliente, pero como estás tibio y no eres ni
17 frío ni caliente, voy a escupirte de mi boca. Tú dices: «Soy rico,
tengo reservas y nada me falta». Aunque no lo sepas, eres des-
18 venturado y miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que
me compres oro acendrado a fuego, así serás rico; y un vestido
blanco, para ponértelo y que no se vea tu vergonzosa desnudez,
19 y colirio para untártelo en los ojos y ver. A los que yo amo los
20 reprendo y los corrijo; sé ferviente y enmiéndate. Mira que estoy
a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa
y cenaremos juntos.
21 Al que salga vencedor lo sentaré en mi trono, a mi lado, lo
mismo que yo, cuando vencí, me senté en el trono de mi Padre,
a su lado.
22 Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias.

a «registro de los vivos», lit. «libro de la vida». *b* Is 22,22.

II
LO QUE VA A SUCEDER DESPUES
(4,1-22,5)

PRIMERA SECCION: VISION INAUGURAL

4 En la visión apareció después una puerta abierta en el cielo;
la voz con timbre de trompeta que me habló al principio decía:
2 «Sube aquí y te mostraré lo que va a suceder después». Al mo-
mento me arrebató el Espíritu.
3 Había un trono en el cielo y alguien sentado en el trono. El
que estaba sentado en el trono parecía de jaspe y granate, y el
trono irradiaba todo alrededor un halo que parecía de esmeralda.
4 En círculo, alrededor del trono, había otros veinticuatro tronos,
y sentados en ellos veinticuatro ancianos con capas blancas y
5 coronas de oro en la cabeza. Del trono salen relámpagos, estam-
pidos y truenos; ante el trono arden siete lámparas, los siete es-
6 píritus de Dios, y delante se extiende una especie de mar, trans-
parente como cristal.
En el centro, alrededor del trono, había cuatro vivientes tacho-
7 nados de destellos [a] por delante y por detrás; *el primero* se parecía
a un león, el segundo a un novillo, el tercero tenía *cara de hombre*
8 *y el cuarto* parecía *un águila* en vuelo [b]. Los cuatro vivientes, *cada*
uno con seis alas, estaban tachonados de destellos por un lado y
por otro. Día y noche cantan sin pausa:

—*¡Santo, santo, santo es el Señor,*
soberano de todo,
el que era y es y ha de venir!

9 Y cada vez que los cuatro vivientes gritan:

—¡Gloria y honor y gracias
al que está sentado en el trono,
que vive por los siglos de los siglos!,

10 los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en
el trono, para rendir homenaje al que vive por los siglos de los
siglos, y arrojan sus coronas ante el trono diciendo:

11 —Tú mereces, Señor y Dios nuestro,
recibir la gloria, el honor y la fuerza
por haber creado el universo:
por designio tuyo fue creado y existe.

5 En la diestra del que está sentado en el trono vi un rollo escrito
2 por las dos caras y sellado con siete sellos. Vi también un ángel
vigoroso que pregonaba con voz potente: «¿Quién es capaz de sol-

a «[tachonados de] destellos»; en griego, *ophthalmôn,* que, como en Ez 1, 18, se refiere probablemente no a ojos, sino a puntos de luz; íd. en v. 8.
b Ez 1,5-21; 10,14; Is 6,2-3.

3 tar los sellos y abrir el rollo?». Pero nadie, ni en el cielo ni en
la tierra ni bajo la tierra, podía abrir el rollo y ni siquiera exa-
minarlo.
4 Lloraba yo mucho porque no había nadie que fuera capaz de
5 abrir el rollo ni de examinarlo siquiera. Entonces uno de los an-
cianos me dijo: «No llores, ha vencido el león de la tribu de
Judá, el retoño de David; él abrirá el rollo y sus siete sellos».
6 Entonces, entre el trono con los cuatro vivientes y el círculo de
los ancianos vi un Cordero: estaba de pie, aunque parecía dego-
llado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus
de Dios enviados a la tierra entera.
7 Se acercó el Cordero y recibió el rollo de la diestra del que está
8 sentado en el trono. Cuando él recibió el rollo, los cuatro vivientes
y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; tenía
cada uno una cítara y cuencos de oro, que son las oraciones de
9 los consagrados, llenos de aromas; cantaban un cántico nuevo:

—Tú mereces recibir el rollo y soltar sus sellos,
porque fuiste degollado
y con tu sangre adquiriste para Dios
hombres de toda raza y lengua, pueblo y nación;
10 hiciste de ellos linaje real
y sacerdotes para nuestro Dios,
y serán reyes en la tierra.

11 En la visión oí la voz de multitud de ángeles que rodeaban el
trono, a los vivientes y a los ancianos; eran miles de miles, milla-
12 res de millares, y aclamaban:

—¡El Cordero que está degollado
merece todo poderío y riqueza,
saber y fuerza, honor, gloria y alabanza!

13 Oí entonces que todas las criaturas del cielo, de la tierra, de
bajo la tierra y del mar, todo lo que hay en ellos, respondían:

—¡Al que está sentado en el trono y al Cordero,
la alabanza, el honor,
la gloria y el poder
por los siglos de los siglos!

14 Los cuatro vivientes decían: «Amén», y los ancianos se postraron
rindiendo homenaje.

SEGUNDA SECCION: SE ABRE EL ROLLO

Los cuatro primeros sellos: los jinetes

6 En la visión, cuando el Cordero soltó el primero de los siete
sellos, oí al primero de los vivientes que decía con voz de trueno:
2 «Ven». En la visión apareció un caballo blanco; el jinete llevaba

un arco, le entregaron una corona y se marchó victorioso para ven-
cer otra vez.
3 Cuando soltó el segundo sello, oí al segundo viviente que decía:
4 «Ven». Salió otro caballo, alazán, y al jinete le dieron poder para
quitar la paz a la tierra y hacer que los hombres se degüellen unos
a otros; le dieron también una espada grande.
5 Cuando soltó el tercer sello, oí al tercer viviente que decía:
«Ven». En la visión apareció un caballo negro; su jinete llevaba en
6 la mano una balanza. Me pareció oír una voz que salía de entre
los cuatro vivientes y que decía: «Un cuartillo de trigo, veinte
duros; tres cuartillos de cebada, veinte duros; al aceite y al vino
no los dañes».
7 Cuando soltó el cuarto sello, oí la voz del cuarto viviente que
8 decía: «Ven». En la visión apareció un caballo amarillento [a]; el
jinete se llamaba «muerte» y el abismo lo seguía. Les dieron po-
testad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada,
hambre, epidemias y con las fieras salvajes.

El quinto sello: los mártires apelan a Dios

9 Cuando soltó el quinto sello vi al pie del altar, con vida [b], a los
asesinados por proclamar la palabra de Dios y por el testimonio
10 que mantenían; clamaban a grandes voces:

—Tú, el soberano, el santo y leal,
¿para cuándo dejas el juicio de los habitantes de la tierra
y la venganza de nuestra sangre?

11 Dieron a cada uno una vestidura blanca y les dijeron que tu-
vieran calma todavía por un poco, hasta que se completase el nú-
mero de sus compañeros de servicio y hermanos suyos a quienes
iban a matar como a ellos.

El sexto sello: intervención divina

12 En la visión, cuando se abrió el sexto sello se produjo un gran
terremoto, el sol se puso negro como un sayo de pelo, la luna
13 se tiñó de sangre y las estrellas del cielo cayeron a la tierra como
caen los higos verdes de una higuera cuando la sacude un huracán.
14 Desapareció el cielo como un volumen que se enrolla y montes e
15 islas se desplazaron de su lugar. Los reyes de la tierra, los mag-
nates, los generales, los ricos, los potentes y todo hombre, esclavo
o libre, se escondieron en las cuevas y entre las rocas de los montes,
16 *diciendo a los montes y a las rocas: «Caed sobre nosotros y ocul-
tadnos* [c] de la presencia del que está sentado en el trono y de la
17 cólera del Cordero, porque ha llegado el gran día de su cólera y
¿quién podrá resistirle?».

a «amarillento», «bayo». *b* «con vida»; en griego, *tás psykhás*, indicando la existencia, la vida, como contraste a la muerte que habían sufrido, como en Mt 10,28. Cf. *Hombre* II, en el *Vocabulario*. *c* Os 10,8.

Marcan a los fieles de la tierra

7 Después de esto vi cuatro ángeles, plantado cada uno en un
ángulo de la tierra; retenían a los cuatro vientos de la tierra para
que ningún viento soplase sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre
los árboles.
2 Vi después otro ángel que subía del oriente llevando el sello de
Dios vivo. Con un grito estentóreo dijo a los cuatro ángeles encar-
3 gados de dañar a la tierra y al mar: «No dañéis a la tierra ni al
mar ni a los árboles hasta que marquemos en la frente con el sello
a los siervos de nuestro Dios».
4 Oí también el número de los marcados, ciento cuarenta y cuatro
mil, de todas las tribus de Israel:

5 de la tribu de Judá, doce mil marcados,
de la tribu de Rubén, doce mil,
de la tribu de Gad, doce mil,
6 de la tribu de Aser, doce mil,
de la tribu de Neftalí, doce mil,
de la tribu de Manasés, doce mil,
7 de la tribu de Simeón, doce mil,
de la tribu de Leví, doce mil,
de la tribu de Isacar, doce mil,
8 de la tribu de Zabulón, doce mil,
de la tribu de José, doce mil,
de la tribu de Benjamín, doce mil marcados.

Victoria de Dios y suerte de los fieles

9 Después de esto apareció en la visión una muchedumbre innume-
rable de toda nación y raza, pueblo y lengua; estaban de pie ante
el trono y ante el Cordero, vestidos de blanco y con palmas en la
10 mano; aclamaban a gritos:

—¡La victoria pertenece a nuestro Dios,
que está sentado en el trono,
y al Cordero!

11 Todos los ángeles que estaban de pie rodeando el trono, los
ancianos y los cuatro vivientes cayeron rostro en tierra ante el
12 trono y rindieron homenaje a Dios, diciendo:

—Amén.
¡La alabanza, la gloria, la sabiduría,
las gracias, el honor,
la potencia y la fuerza
se deben a nuestro Dios
por los siglos de los siglos!
Amén.

13 Se dirigió a mí uno de los ancianos y me preguntó: «Esos ves-
14 tidos de blanco, ¿quiénes son y de dónde vienen?». Yo le respon-
dí: «Señor mío, tú lo sabrás». El me contestó: «Esos son los que

han salido de la gran persecución; han lavado y blanqueado sus
15 vestiduras con la sangre del Cordero, por eso están ante el trono
16 de Dios, sirviéndole noche y día en su santuario; el que está sen-
tado en el trono habitará con ellos; *no pasarán más hambre ni más*
17 *sed, ni el sol ni el bochorno pesarán sobre ellos* [a], pues el Cordero
que está ante el trono *será su pastor y los conducirá a fuentes de*
agua viva; y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» [b].

TERCERA SECCION: EL SEPTIMO SELLO Y LA SERIE DE LAS TROMPETAS

8 Cuando soltó el séptimo sello se hizo silencio en el cielo por
2 cosa de media hora. Vi a los siete ángeles que están delante de
Dios; les dieron siete trompetas.
3 Llegó otro ángel llevando un incensario de oro y se detuvo junto
al altar; le entregaron gran cantidad de aromas para que los mez-
clara con las oraciones de todos los consagrados sobre el altar de
4 oro situado ante el trono. De la mano del ángel subió ante Dios
el humo de los aromas mezclado con las oraciones de los consa-
grados.
5 El ángel cogió entonces el incensario, lo llenó de ascuas del altar
y lo arrojó a la tierra: hubo truenos, estampidos, relámpagos y un
6 terremoto. Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se
apestaron a tocarlas.

Las cuatro primeras trompetas

7 Al tocar su trompeta el primero se produjeron granizo y cente-
llas mezclados con sangre y los lanzaron a la tierra: un tercio de
la tierra se abrasó, un tercio de los árboles se abrasó y toda la
hierba verde se abrasó.
8 Al tocar su trompeta el segundo ángel lanzaron al mar un enor-
me bólido incandescente: un tercio del mar se convirtió en sangre,
9 un tercio de los seres que viven en el mar murió y un tercio de
las naves naufragó.
10 Al tocar su trompeta el tercer ángel se desprendió del cielo un
gran cometa que ardía como una antorcha y fue a dar sobre un
11 tercio de los ríos y sobre los manantiales. El cometa se llamaba
«Ajenjo»: un tercio de las aguas se convirtió en ajenjo y mucha
gente murió a consecuencia del agua, que se había vuelto amarga.
12 Al tocar su trompeta el cuarto ángel repercutió en un tercio del
sol, en un tercio de la luna y en un tercio de las estrellas: se ente-
nebreció un tercio de cada uno y al día le faltó un tercio de su
luz, y lo mismo a la noche.
13 En la visión oí un águila que volaba por mitad del cielo cla-
mando: «¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra por los restantes
toques de trompeta, por los tres ángeles que van a tocar!».

a Is 49,10. *b* Is 25,8.

Quinta trompeta o primer ay: la langosta

9 Al tocar su trompeta el quinto ángel vi en la tierra una estrella
caída del cielo. Le entregaron la llave del pozo del abismo y abrió
2 el pozo del abismo; del pozo salió humo como el humo de un gran
horno, y con el humo del pozo se oscurecieron el sol y el aire.
3 Del humo saltaron a la tierra langostas y se les dio ponzoña de
4 escorpiones. Se les ordenó que no hicieran daño a la hierba ni
a nada verde ni a ningún árbol, sino sólo a los hombres que no
5 llevan la marca de Dios en la frente. No se les permitió matarlos,
pero sí atormentarlos durante cinco meses; el tormento que causan
6 es como picadura de escorpión. En aquellos días los hombres bus-
carán la muerte y no la encontrarán, ansiarán morir y la muerte
huirá de ellos.
7 Las langostas tienen aspecto de caballos aparejados para la gue-
rra; llevan en la cabeza una especie de corona dorada y la cara
8 parece de hombre; las crines son como pelo de mujer y los dientes
9 parecen de león. Tienen el pecho como corazas de hierro y el fragor
de sus alas diríase el fragor de carros con muchos caballos que
10 corren al combate. Tienen colas con aguijones, como el escorpión,
y en la cola la ponzoña para dañar a los hombres durante cinco
11 meses. Están a las órdenes de un rey, el ángel del abismo; en
hebreo, su nombre es Abaddón; en griego, Apolíon, el extermi-
nador.
12 El primer ay ha pasado; quedan todavía dos.

Sexta trompeta o segundo ay: la caballería infernal

13 Al tocar su trompeta el sexto ángel oí una voz que salía de los
14 ángulos del altar de oro que está delante de Dios. Le decía al
sexto ángel, al que tenía la trompeta: «Suelta a los cuatro ángeles
15 que están atados junto al gran río, el Eufrates». Quedaron sueltos
los cuatro ángeles que estaban reservados para matar en tal hora,
16 día, mes y año a la tercera parte de la humanidad. Las tropas de
caballería contaban doscientos millones; el número lo oí.
17 En la visión vi así a los caballos y a sus jinetes: llevaban corazas
color fuego, jacinto y azufre; las cabezas de los caballos parecían
18 cabezas de león y por la boca echaban fuego, humo y azufre. Estas
tres plagas, es decir, el fuego, el humo y el azufre que echan por
19 la boca, mataron a la tercera parte de la humanidad. Los caballos
tienen su ponzoña en la boca y también en la cola, pues las colas
parecen serpientes con cabezas y con ellas dañan.
20 El resto de los hombres, los que no murieron por estas plagas,
tampoco se arrepintieron: no renunciaron a las obras de sus ma-
nos ni dejaron de rendir homenaje a los demonios y *a los ídolos*
de oro y plata, bronce, piedra y madera, que no ven ni oyen ni
21 *andan* [a]. No se arrepintieron tampoco de sus homicidios, ni de sus
maleficios, ni de su lujuria, ni de sus robos.

a Dn 5,4.

El librito profético

10 Vi entonces otro ángel vigoroso que bajaba del cielo envuelto
en una nube; el arco iris aureolaba su cabeza, su rostro parecía el
2 sol y sus piernas columnas de fuego. Llevaba en la mano un librito
abierto. Plantó el pie derecho en el mar y el izquierdo en la tierra
3 y dio un grito estentóreo, como rugido de león; al gritar él habla-
ron las voces de los siete truenos.
4 Cuando hablaron los siete truenos, me dispuse a escribir, pero
oí una voz del cielo que decía: «Guárdate lo que han dicho los
siete truenos, no lo escribas ahora».
5 El ángel que había visto de pie sobre el mar y la tierra *levantó*
6 *la mano derecha al cielo y juró por el que vive por los siglos de*
los siglos [a], por el que creó el cielo y cuanto contiene, la tierra y
cuanto contiene, el mar y cuanto contiene: «Se ha terminado el
7 plazo; cuando el séptimo ángel empuñe su trompeta y dé su
toque, entonces, en esos días, llegará a su término el designio se-
creto de Dios, como lo anunció a sus siervos los Profetas».
8 La voz del cielo que había escuchado antes se puso a hablarme
de nuevo diciendo: «Ve a coger el libro abierto de la mano del
9 ángel que está de pie sobre el mar y la tierra». Me acerqué al ángel
y le dije: «Dame el librito». El me contestó: «Cógelo y cómetelo;
te amargará las entrañas, aunque al paladar te sabrá dulce como
10 miel». Cogí el librito de mano del ángel y me lo comí; en la boca
me sabía dulce como miel, pero cuando me lo tragué sentí una
amargura en las entrañas. Entonces me dijeron: «Tienes que profe-
tizar todavía contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reinos».

Los dos testigos

11 Me dieron una caña como de una vara, diciéndome: «Ve a medir
el santuario de Dios, el altar y el espacio para los que dan culto.
2 Prescinde del patio exterior que está fuera del santuario; no lo
midas, pues se ha permitido a las naciones pisotear la ciudad santa
3 cuarenta y dos meses; pero haré que mis dos testigos profeticen
vestidos de sayal mil doscientos sesenta días».
4 Ellos son los dos olivos y los dos candelabros que están en la
5 presencia del Señor de la tierra. Si alguno quiere hacerles daño,
saldrá de su boca fuego que devorará a sus enemigos; así, el que
6 intente hacerles daño morirá sin remedio. Tienen poder para cerrar
el cielo y que no llueva mientras dure su profecía; tienen también
poder para transformar el agua en sangre y herir la tierra a volun-
tad con plagas de toda especie.
7 Cuando terminen su testimonio, la fiera que sube del abismo les
8 hará la guerra, los derrotará y los matará. Sus cadáveres yacerán
en la calle de la gran ciudad, llamada en lenguaje profético Sodoma
9 o Egipto, donde también su Señor fue crucificado. Durante tres
días y medio, gente de todo pueblo y raza, de toda lengua y nación
10 mirarán sus cadáveres y no permitirán que les den sepultura. Los
habitantes de la tierra se felicitarán por su muerte, harán fiesta y

a Dn 12,7; Dt 32,40; Neh 9,6.

se cambiarán regalos, porque estos dos profetas eran un tormento
para los habitantes de la tierra.
11 Al cabo de los tres días y medio un aliento de vida mandado
por Dios entró en ellos y se pusieron en pie; el terror sobrecogió
12 a todos los que lo veían. Oyeron entonces una voz potente que les
decía desde el cielo: «Subid aquí». Y subieron al cielo en una
nube, a la vista de sus enemigos.
13 En aquel momento se produjo un gran terremoto y se desplomó
la décima parte de la ciudad; murieron en el terremoto siete mil
personas, y los demás, aterrorizados, dieron la razón [a] al Dios del
cielo.
14 El segundo ay ha pasado; el tercero va a llegar pronto.

CUARTA SECCION:
LA SEPTIMA TROMPETA Y LA SERIE DE LOS CUENCOS

15 Al tocar su trompeta el séptimo ángel se oyeron aclamaciones en
el cielo:

—¡El reinado sobre el mundo
ha pasado a nuestro Señor y a su Mesías
y reinará por los siglos de los siglos!

16 Los veinticuatro ancianos que están sentados delante de Dios
17 cayeron rostro en tierra rindiendo homenaje a Dios, y decían:

—¡Gracias, Señor Dios, soberano de todo,
el que eres y eras
por haber asumido tu gran potencia
y haber empezado a reinar!
18 Montaron en cólera las naciones,
pero tu cólera ha llegado:
el momento de juzgar a los muertos,
pequeños y grandes;
para recompensar a tus siervos los profetas,
a los consagrados y a los que respetan tu nombre,
para destruir a los que destruyen la tierra.

19 Se abrió en el cielo el santuario de Dios y en su santuario apa-
reció el arca de su alianza; se produjeron relámpagos, estampidos,
truenos, un terremoto y temporal de granizo.

La mujer y el dragón

12 Apareció en el cielo una magnífica señal: una mujer envuelta en
el sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce
2 estrellas. Estaba encinta, gritaba por los dolores del parto y el
tormento de dar a luz.
3 Apareció en el cielo otra señal: un gran dragón rojo con siete
4 cabezas y diez cuernos, y en las cabezas siete diademas. Su cola

a «dieron la razón», lit. «dieron gloria», cf. Lc 23,47; Jn 9,24.

barrió la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó a la
tierra.
El dragón se quedó delante de la mujer que iba a dar a luz para
5 devorar a su hijo cuando naciera. Ella dio a luz un hijo varón, des-
tinado *a regir* a todas *las naciones con cetro de hierro* [a]; pero arre-
6 bataron a su hijo y lo llevaron hasta Dios y su trono. La mujer
huyó al desierto, donde tiene un lugar reservado por Dios, para
que allí la sustenten mil doscientos sesenta días.
7 En el cielo se trabó una batalla. Miguel y sus ángeles declararon
8 guerra al dragón. Lucharon el dragón y sus ángeles, pero no ven-
cieron y desaparecieron del cielo definitivamente; al gran dragón,
9 a la serpiente primordial que se llama diablo y Satanás y extravía
a la tierra entera, lo precipitaron a la tierra y precipitaron a sus
ángeles con él.
10 Oí en el cielo una aclamación:

—¡Ha sonado la hora de la victoria de nuestro Dios,
de su poderío y de su reinado,
y de la potestad de su Mesías!
Porque han derribado al acusador de nuestros hermanos,
al que los acusaba día y noche ante nuestro Dios;
11 ellos lo vencieron con la sangre del Cordero
y con el testimonio que pronunciaron
sin preferir la vida a la muerte.
12 Regocijaos por eso, cielos
y los que en ellos habitáis.
¡Ay de la tierra y del mar!
El diablo bajó contra vosotros rebosando furor,
pues sabe que le queda poco tiempo.

13 Cuando vio el dragón que lo habían arrojado a la tierra se puso
14 a perseguir a la mujer que había dado a luz el hijo varón. Le
pusieron a la mujer dos alas de águila real para que volase a su
lugar en el desierto, donde será sustentada un año y otro año y
15 medio año lejos de la serpiente. La serpiente, persiguiendo a la
mujer, echó por la boca un río de agua, para que el río la arras-
16 trase; pero la tierra salió en ayuda de la mujer, abrió su boca y se
17 bebió el río salido de la boca de la serpiente. Despechado el
dragón por causa de la mujer, se marchó a hacer la guerra al resto
de su descendencia, a los que guardan los mandamientos de Dios
y mantienen el testimonio de Jesús.

Las dos fieras

18 El dragón se detuvo en la arena del mar.
13 Entonces vi una fiera que salía del mar; tenía diez cuernos y
siete cabezas, llevaba en los cuernos diez diademas y en las cabezas
2 un título blasfemo. La fiera que vi parecía una pantera con patas
de oso y fauces de león. El dragón le confirió su poder, su trono y

a Sal 2,9.

3 gran autoridad. Una de sus cabezas parecía tener un tajo mortal,
pero su herida mortal se había curado. Todo el mundo, admirado,
4 seguía a la fiera; rindieron homenaje al dragón por haber dado su
autoridad a la fiera y rindieron homenaje a la fiera, exclamando:
«¿Quién hay como la fiera?, ¿quién puede combatir con ella?».
5 Dieron a la fiera una boca grandilocuente y blasfema y el dere-
6 cho de actuar cuarenta y dos meses. Abrió su boca para maldecir
a Dios, insultar su nombre y su morada y a los que habitaban en
7 el cielo. Le permitieron guerrear contra los consagrados y vencerlos
y le dieron autoridad sobre toda raza, pueblo, lengua y nación.
8 Le rendirán homenaje todos los habitantes de la tierra, excepto
aquellos cuyos nombres están escritos desde que empezó el mundo
en el registro de los vivos que tiene el Cordero degollado.
9 Quien tenga oídos, que oiga:

10 *El que está destinado al cautiverio,*
al cautiverio va.
Al que tenía que morir a espada,
a espada lo mataron [a].
¡Aquí del aguante y la fe de los consagrados!

11 Vi después otra fiera que salía de la tierra; tenía dos cuernos
12 de cordero, pero hablaba como un dragón, y ejerce toda la autori-
dad de la primera fiera, a su vista; consigue que el mundo entero
y todos sus habitantes veneren a la primera fiera, la que tenía
curada su herida mortal. Realizaba grandes señales, incluso hacía
14 bajar fuego del cielo a la tierra a la vista de la gente. Con las se-
ñales que le concedieron hacer a la vista de la fiera, extraviaba a
los habitantes de la tierra, incitándolos a que hiciesen una estatua
15 de la fiera que había sobrevivido a la herida de la espada. Se le
concedió dar vida a la estatua de la fiera, de modo que la estatua
de la fiera pudiera hablar e hiciera dar muerte al que no venerase
16 la estatua de la fiera. A todos, grandes y pequeños, ricos y pobres,
esclavos y libres, hizo que los marcaran en la mano derecha o en
17 la frente, para impedir comprar ni vender al que no llevase la
marca con el nombre de la fiera o la cifra de su nombre.
18 Aquí del talento: quien sea inteligente descifre la cifra de la
fiera, que es una cifra humana. Y su cifra es 666.

En el monte Sión

14 En la visión apareció el Cordero de pie sobre el monte Sión
y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban inscrito en la
frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre.
2 Oí también un fragor que bajaba del cielo, parecido al estruendo
del océano y al estampido de un trueno fuerte: era el son de cita-
3 ristas que tañían sus cítaras delante del trono, delante de los cuatro
vivientes y los ancianos, cantando un cántico nuevo.
Nadie podía aprender aquel cántico fuera de los ciento cuarenta
4 y cuatro mil, los adquiridos en la tierra. Estos son los que no se

a Jr 15,2.

pervirtieron con mujeres, porque son vírgenes; éstos son los que
siguen al Cordero adondequiera que vaya; los adquirieron como
5 primicias de la humanidad para Dios y el Cordero. En sus labios
no hubo mentira, no tienen falta.

Tres ángeles predicen la victoria

6 Vi otro ángel que volaba por mitad del cielo; llevaba un men-
saje irrevocable para anunciarlo a los habitantes de la tierra, a
7 toda nación, raza, lengua y pueblo. Clamaba: «Respetad a Dios
y dadle la razón, porque ha sonado la hora de su juicio; rendid
homenaje al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales».
8 Lo siguió otro ángel, el segundo, que decía: «Cayó, cayó la gran
Babilonia, la que ha hecho beber a todas las naciones del vino del
furor de su fornicación».
9 Lo siguió otro ángel, el tercero, clamando: «Quien venere a la
fiera y a su estatua y reciba su marca en la frente o en la mano,
10 ése beberá del vino del furor de Dios, escanciado sin diluir en la
copa de su cólera, y será atormentado con fuego y azufre ante los
11 santos ángeles y el Cordero. El humo de su tormento subirá por
los siglos de los siglos, pues los que veneran a la fiera y reciben
la marca con su nombre no tendrán respiro ni día ni noche».
12 ¡Aquí del aguante de los consagrados que guardan los manda-
mientos de Dios y la fidelidad de Jesús!
13 Oí una voz del cielo que decía: «Escribe: Dichosos los que en
adelante mueran como cristianos». «Cierto, dice el Espíritu: po-
drán descansar de sus trabajos, pues sus obras los acompañan».

Visión anticipada del juicio

14 En la visión apareció una nube blanca y, sentada encima, una
figura humana con una corona de oro en la cabeza, y en la mano
15 una hoz afilada. Salió del santuario otro ángel dando gritos es-
tentóreos al que estaba sentado en la nube: «Arrima tu hoz y siega;
ha llegado la hora de la siega, pues la mies de la tierra ya está
16 pajiza». El que estaba sentado encima de la nube acercó su hoz a
la tierra y la segó.
17 Del santuario celeste salió otro ángel llevando también él una
18 hoz afilada. Del altar salió otro, el ángel que tiene poder sobre
el fuego, y dio una gran voz al de la hoz afilada diciendo: «Arrima
tu hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, que
19 las uvas están en sazón». El ángel acercó su hoz a la tierra, ven-
dimió la viña de la tierra y echó las uvas en el gran lagar del furor
20 de Dios. Pisaron el lagar fuera de la ciudad, y del lagar corrió
tanta sangre, que subió hasta los bocados de los caballos, en un
radio de sesenta leguas.

Se preparan las siete últimas plagas

15 Vi en el cielo otra señal, magnífica y sorprendente: siete ángeles
que llevaban siete plagas, las últimas, pues con ellas se agotó el
furor de Dios.

2 Vi también una especie de mar de vidrio veteado de fuego; en
la orilla del mar de vidrio estaban de pie los que habían triunfado
de la fiera, de su estatua y de la cifra de su nombre; con cítaras
3 que Dios les había dado cantaban el cántico de Moisés el siervo
de Dios y el cántico del Cordero diciendo:

—Grandes y admirables son tus obras,
  Señor Dios, soberano de todo;
justo y verdadero tu proceder,
  rey de las naciones.
4 ¿Quién no te respetará?,
  ¿quién no dará gloria a tu nombre,
  si sólo tú eres santo?
Todas las naciones vendrán
  a postrarse ante ti,
porque tus justas sentencias
  se han promulgado.

5 Después, en la visión, se abrió en el cielo el santuario de la
6 tienda del encuentro y salieron del santuario los siete ángeles que
llevaban las siete plagas, vestidos de lino puro esplendente y ceñi-
7 dos con fajas doradas a la altura del pecho. Uno de los cuatro
vivientes repartió a los siete ángeles siete cuencos de oro llenos
hasta el borde del furor de Dios, que vive por los siglos de los
8 siglos. El humo de la gloria de Dios y de su potencia llenó el san-
tuario; nadie podía entrar en él hasta que no se terminasen las
siete plagas de los siete ángeles.

16 Oí una voz potente que salía del santuario y decía a los siete
ángeles: «Id a derramar en la tierra los siete cuencos del furor de
Dios».

Los seis primeros cuencos

2 Se alejó el primero, derramó su cuenco en la tierra y apareció
una llaga maligna y enconada en los hombres que llevaban la marca
de la fiera y veneraban su imagen.
3 El segundo derramó su cuenco en el mar y el mar se convirtió
en sangre de muerto; todo animal marino murió.
4 El tercero derramó su cuenco en los ríos y manantiales y se
convirtieron en sangre.
5 Oí que el ángel de las aguas decía:

—Tú, el que eras y eres, el santo,
  tienes razón en dar esta sentencia:
6 a los que derramaron sangre
  de consagrados y profetas
les diste a beber sangre.
  Se lo merecen.

7 Y oí que el altar decía:

—Así es, Señor Dios, soberano de todo,
  tus sentencias son legítimas y justas.

8 El cuarto derramó su cuenco en el sol e hizo que quemara a los
9 hombres con su ardor; los hombres sufrieron quemaduras por el
enorme calor y maldecían el nombre de Dios que dispone de tales
plagas, en vez de arrepentirse y darle la razón.
10 El quinto derramó su cuenco sobre el trono de la fiera y su
reino quedó en tinieblas; los hombres se mordían la lengua de
11 dolor y maldecían al Dios del cielo por los dolores y las llagas, pero
no enmendaron su conducta.
12 El sexto derramó su cuenco sobre el gran río, el Eufrates, y se
quedó seco, dejando preparado el camino a los reyes que vienen
del Oriente.
13 De la boca del dragón, de la boca de la fiera y de la boca del
falso profeta vi salir tres espíritus inmundos en forma de ranas.
14 Los espíritus eran demonios con poder de efectuar señales, y se
dirigían a los reyes de la tierra entera con el fin de reunirlos para
la batalla del gran día de Dios, soberano de todo.
15 (Mirad, voy a llegar como un ladrón. Dichoso el que está en
vela con la ropa puesta, así no tendrá que pasear desnudo dejando
ver sus vergüenzas).
16 Y los reunieron en el lugar llamado en hebreo Harmagedón.

QUINTA SECCION:
EL SEPTIMO CUENCO. EL DESENLACE

17 El séptimo derramó su cuenco en el aire, y del interior del san-
tuario salió una voz potente que venía del trono y decía: «Es un
hecho».
18 Se produjeron relámpagos, estampidos y truenos, y un terremoto
tan violento que desde que hay hombres en la tierra no se ha
19 producido terremoto de tal magnitud. La gran ciudad se hizo tres
pedazos y las capitales de las naciones se derrumbaron.
Recordaron a Dios que hiciera beber a la gran Babilonia la copa
20 de su vino, del furor de su cólera. Todas las islas huyeron, los mon-
21 tes desaparecieron. Granizos como adoquines [a] cayeron del cielo
sobre los hombres, y los hombres maldijeron a Dios por el daño del
granizo, pues el daño que hacía era terrible.

La prostituta y la fiera

17 Se acercó uno de los siete ángeles que tenían los siete cuencos
y me habló así: «Ven acá, voy a mostrarte la sentencia de la gran
2 prostituta que está sentada al borde del océano, con la que han
fornicado los reyes de la tierra, la que ha emborrachado a los habi-
tantes de la tierra con el vino de su prostitución».
3 En visión profética me llevó a un desierto. Vi allí una mujer
montada en una fiera escarlata, cubierta de títulos blasfemos, que
4 tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer iba vestida de púrpura
y escarlata y enjoyada con oro, pedrería y perlas. Tenía en la mano

a «como adoquines», lit. «como talentos»; medida de peso entre 26 y 36 kilos; en otros casos hasta sesenta.

una copa de oro llena hasta el borde de abominaciones y de las
5 inmundicias de su fornicación; en la frente llevaba escrito un nom-
bre enigmático: «La gran Babilonia, madre de las prostitutas y de
6 las abominaciones de la tierra». Vi que la mujer estaba borracha
de la sangre de los consagrados y de la sangre de los testigos de
Jesús.
7 Al verla me quedé boquiabierto. El ángel me dijo: ¿Por qué
razón te admiras? Yo te explicaré el simbolismo de la mujer y
de la fiera que la lleva, la de las siete cabezas y los diez cuernos.
8 La fiera que viste estuvo ahí; ahora no está, pero va a salir del
abismo para ir a su ruina. Los habitantes de la tierra cuyo nombre
no está escrito desde la creación del mundo en el registro de los
vivos se sorprenderán al ver que la fiera que estaba ahí y ahora no
está se presenta de nuevo.
9 ¡Aquí de la inteligencia, el que tenga talento! Las siete cabezas
10 son siete colinas donde está asentada la mujer, y siete reyes; cinco
cayeron, uno está ahí, otro no ha llegado todavía y cuando llegue
11 durará poco tiempo. La fiera que estaba ahí y ahora no está es el
12 octavo y al mismo tiempo uno de los siete, y va a su ruina. Los
diez cuernos que viste son también diez reyes que aún no han co-
menzado a reinar, pero que recibirán autoridad por breve tiempo
13 asociados a la fiera. Estos, de común acuerdo, cederán sus fuerzas
14 y su autoridad a la fiera. Combatirán contra el Cordero, pero el
Cordero los vencerá porque es Señor de señores y Rey de reyes, y
los llamados a acompañarlo son escogidos y fieles».
15 Y añadió: «El océano donde viste sentada a la prostituta son
16 pueblos y masas, naciones y lenguas. Pero los diez cuernos que
viste y la fiera van a tomar odio a la prostituta y a dejarla asolada
17 y desnuda; se comerán su carne y la destruirán con fuego. Dios
les ha metido en la cabeza que ejecuten su designio; por eso, lle-
gando a un acuerdo, cederán su realeza a la fiera hasta que se
18 cumpla lo que Dios ha dicho. Por último, la mujer que viste es la
gran ciudad, emperatriz de los reyes de la tierra».

Se anuncia la caída de Babilonia

18 Vi después otro ángel que bajaba del cielo; venía con gran
2 autoridad y su resplandor iluminó la tierra. Gritó a pleno pulmón:

—¡Cayó, cayó la gran Babilonia!
Se ha convertido en morada de demonios,
en guarida de todo espíritu impuro,
en guarida de todo pájaro inmundo y repugnante;
3 porque el vino del furor de su fornicación
lo han bebido todas las naciones,
los reyes de la tierra fornicaron con ella
y los comerciantes se hicieron ricos
con su lujo desaforado.

4 Y oí otra voz del cielo que decía:

—Pueblo mío, sal de ella
para no haceros cómplices de sus pecados

ni víctimas de sus plagas;
5 porque sus pecados han llegado hasta el cielo
y Dios se ha acordado de sus crímenes.
6 Pagadle con su misma moneda,
devolvedle el doble de lo que ha hecho,
mezcladle en la copa
el doble de lo que ella mezcló.
7 En proporción a su fasto y a su lujo
dadle tormento y duelo.
Ella solía decirse:
«Sentada estoy como una reina,
viuda no soy y duelo nunca veré»;
8 por eso el mismo día le llegarán todas sus plagas,
epidemia, duelo y hambre,
y el fuego la abrasará,
porque es fuerte el Señor Dios que la juzga.

Lamentación por Babilonia

9 Llorarán y plañirán por ella los reyes de la tierra que con ella
fornicaron y se dieron al lujo cuando vean el humo de su incendio;
10 manteniéndose a distancia por miedo de su tormento, dirán:

—¡Ay, ay de la gran ciudad,
de Babilonia la ciudad poderosa!
¡Que haya bastado una hora
para que llegue tu castigo!

11 También los comerciantes de la tierra llorarán y plañirán por
12 ella, porque su cargamento ya no lo compra nadie; el cargamento
de oro y plata, pedrería y perlas; de lino, púrpura, seda y escarlata,
toda la madera de sándalo, los objetos de marfil y de maderas pre-
13 ciosas, de bronce, hierro y mármol; la canela, el clavo y las espe-
cias, perfumes e incienso, vino y aceite, flor de harina y trigo,
ganado mayor y menor, caballos, carros, esclavos y siervos.

14 —La fruta de otoño que excitaba tu apetito
se alejó de ti,
toda opulencia y esplendor
se acabó para ti,
y nunca volverán.

15 Los que comerciaban en estos géneros y se hicieron ricos a costa
16 de ella se detendrán a distancia por miedo de su tormento, llorando
y lamentándose así:

—¡Ay, ay de la gran ciudad!
La que se vestía de lino,
púrpura y escarlata
y se enjoyaba con oro,
pedrería y perlas.
17 ¡Que haya bastado una hora
para asolar tanta riqueza!

También los pilotos, los que navegan de puerto en puerto, los
marineros y cuantos viven del mar se detuvieron a distancia y
18 gritaban al ver el humo de su incendio: «¿Quién podía compararse
19 con la gran ciudad?». Se echaron polvo en la cabeza y gritaban
llorando y lamentándose:

—¡Ay, ay de la gran ciudad
donde se hicieron ricos todos los armadores
por lo elevado de sus precios!
¡Que haya bastado una hora para asolarla!

20 —¡Regocíjate, cielo, por lo que le pasa,
y también vosotros, los consagrados,
los apóstoles y los profetas!
Porque, condenándola a ella,
Dios ha reivindicado vuestra causa.

Un ángel representa la caída de Babilonia

21 Un ángel vigoroso levantó en vilo una piedra del tamaño de
una rueda de molino y la tiró al mar diciendo:

—Así, de golpe,
precipitarán a Babilonia, la gran ciudad,
y desaparecerá.
22 El son de cítaras y músicos,
de flautas y trompetas
no se oirá más en ti,
ni artífices de ningún arte
habrá más en ti,
ni murmullo de molino
se oirá más en ti,
23 ni luz de lámpara
brillará más en ti,
ni voz de novio y novia
se oirá más en ti,
porque tus comerciantes eran los magnates de la tierra
y con tus brujerías embaucaste a todas las naciones.
24 Y en ella se encontró sangre de profetas
y consagrados
y de todos los asesinados en la tierra.

Alegría en el cielo

19 Oí después en el cielo algo que recordaba el vocerío de una gran
muchedumbre; cantaban:

—Aleluya.
¡La victoria, la gloria y el poder
pertenecen a nuestro Dios,
2 porque sus sentencias son legítimas y justas!

El ha condenado a la gran prostituta
que corrompía la tierra con su fornicación
y le ha pedido cuenta de la sangre de sus siervos.

3 Y repitieron:

—Aleluya.
El humo de su incendio
sube por los siglos de los siglos.

4 Se postraron los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes rin-
diendo homenaje a Dios, que está sentado en el trono, y diciendo:

—Amén. Aleluya.

5 Y del trono salió una voz que decía:

—¡Alabad a nuestro Dios todos sus siervos
todos sus fieles,
pequeños y grandes!

6 Y oí algo que recordaba el rumor de una gran muchedumbre,
el estruendo del océano y el retumbar de fuertes truenos; decían:

—Aleluya.
¡Ha empezado a reinar
el Señor nuestro Dios,
soberano de todo!
7 Hagamos fiesta, saltemos de gozo
y démosle a él la gloria,
porque han llegado las bodas del Cordero.
La esposa se ha ataviado,
8 le han regalado un vestido
de lino puro, esplendente.
(Y el lino representa
las buenas obras de los consagrados).

9 Entonces me dijo: «Escribe: Dichosos los invitados al banquete
de bodas del Cordero». Y añadió: «Estas palabras verídicas son
de Dios».
10 Caí a sus pies para rendirle homenaje, pero él me dijo: «No,
cuidado, soy tu compañero de servicio, tuyo y de esos hermanos
tuyos que mantienen el testimonio de Jesús; rinde homenaje a
Dios». Es que dar testimonio de Jesús equivale a la inspiración
profética.

Ruina de la fiera

11 Vi el cielo abierto y apareció un caballo blanco; su jinete se
llama el fiel y el leal, porque lleva razón en el juicio y en la
12 guerra. Sus ojos llameaban, ceñían su cabeza mil diademas y llevaba
13 grabado un nombre que sólo él conoce. Iba envuelto en una
14 capa tinta en sangre y lo llaman Palabra de Dios. Lo seguían las

tropas del cielo en caballos blancos, vestidos de lino blanco puro.
15 De su boca salía una espada aguda, para herir con ella a las na-
ciones, pues él *va a regirlas con cetro de hierro* [a] y a pisar el lagar
16 del vino de la furiosa cólera de Dios, soberano de todo. En la
capa y en el muslo llevaba escrito un título: «Rey de reyes y Señor
de señores».
17 Vi entonces un ángel de pie en el sol, que dio un grito estentó-
reo, diciendo a todas las aves que vuelan por mitad del cielo:
18 «Venid acá, reuníos para el gran banquete de Dios; comeréis carne
de reyes, carne de generales, carne de valientes, carne de caballos
y de jinetes, carne de hombres de toda clase, libres y esclavos,
pequeños y grandes».
19 Vi a la fiera y a los reyes de la tierra con sus tropas reunidos
20 para hacer la guerra contra el jinete del caballo y su ejército. Cap-
turaron a la fiera y con ella al falso profeta que efectuaba señales
a su vista, extraviando con ellas a los que llevaban la marca de
la fiera y veneraban su estatua. A los dos los echaron vivos en el
21 lago de azufre ardiendo. A los demás los mató el jinete con la
espada que sale de su boca, y las aves todas se hartaron de su
carne.

Derrota del dragón

20 Vi entonces un ángel que bajaba del cielo llevando la llave del
2 abismo y una cadena grande en la mano. Agarró al dragón, la
serpiente primordial, el diablo o Satanás, y lo encadenó para mil
3 años. Lo arrojó al abismo, echó la llave y puso un sello encima,
para que no pueda extraviar a las naciones antes que se cumplan
los mil años. Después tiene que estar suelto por un poco de tiempo.
4 Vi también tronos, donde se sentaron los encargados de pro-
nunciar sentencia; vi también con vida [b] a los decapitados por dar
testimonio de Jesús y proclamar el mensaje de Dios, los que no
habían rendido homenaje a la fiera ni a su estatua y no habían
llevado su marca en la frente ni en la mano. Estos volvieron a la
vida y fueron reyes con el Mesías mil años.
5 (El resto de los muertos no volvió a la vida hasta pasados los
mil años).
6 Esta es la primera resurrección. Dichoso y santo aquel a quien
le toca en suerte la primera resurrección, sobre ellos la segunda
muerte no tiene poder: serán sacerdotes de Dios y del Mesías y
serán reyes con él los mil años.
7-8 Pasados los mil años soltarán a Satanás de la prisión. Saldrá
él para engañar a las naciones de los cuatro lados de la tierra, a
Gog y Magog, y reclutarlos para la guerra, incontables como las
arenas del mar.
9 Subieron a la llanura y cercaron el campamento de los consagra-
dos y la ciudad predilecta, pero bajó fuego del cielo y los devoró.
10 Al diablo que los había engañado lo arrojaron al lago de fuego y
azufre con la fiera y el falso profeta, y serán atormentados día y
noche por los siglos de los siglos.

a Sal 2,9.
b «con vida», cf. 6,9, aun antes de la resurrección.

Juicio universal y derrota de la muerte

11 Vi un trono magnífico y brillante y al que estaba sentado en él;
huyeron de su presencia la tierra y el cielo y desaparecieron defi-
nitivamente.
12 Vi también a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el
trono de Dios. Se abrieron unos libros y abrieron luego un libro
aparte, el registro de los vivos [a]. Juzgaron a los muertos por sus
13 obras, según lo escrito en los libros. El mar entregó sus muertos,
la muerte y el abismo entregaron sus muertos, y cada uno de ellos
fue juzgado por sus obras.
14 A la muerte y al abismo los echaron al lago de fuego. El lago
15 de fuego es la segunda muerte. Y a todo el que no estaba escrito
en el registro de los vivos lo arrojaron al lago de fuego.

Nuevo universo y nueva ciudad

21 Vi entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer
cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar ya no existía.
2 Y vi bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva
Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo.
3 Y oí una voz potente que decía desde el trono:

—*Esta es la morada* de Dios con los hombres;
él habitará con ellos
y ellos serán su pueblo;
Dios en persona estará con ellos
y será su Dios.
4 *El enjugará las lágrimas* de sus ojos,
ya no habrá muerte ni luto
ni llanto ni dolor,
pues lo de antes ha pasado [b].

5 Y el que estaba sentado en el trono dijo:
—Todo lo hago nuevo.
Y añadió:
—Escribe, que estas palabras son fidedignas y verídicas.
6 Y me dijo todavía:
—Ya son un hecho. Yo soy el alfa y la omega, el principio y
el fin. Al sediento, yo le daré a beber de balde de la fuente de
7 agua viva. Quien salga vencedor heredará esto, porque *yo seré su*
8 *Dios y él será mi hijo* [c]. En cambio, a los cobardes, infieles, ne-
fandos, asesinos, lujuriosos, hechiceros e idólatras y a todos los
embusteros les tocará en suerte el lago de azufre ardiendo, que es
la segunda muerte.
9 Se acercó uno de los siete ángeles que tenían los siete cuencos
llenos de las siete plagas últimas y me habló así: «Ven acá, voy
a mostrarte a la novia, a la esposa del Cordero».
10 En visión profética me transportó a la cima de una montaña
grande y alta y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba

a «registro de los vivos», cf. 3,5. Id. en v. 15.
b Ez 37,27; Is 25,8; 35,10. *c* 2 Sm 7,14.

11 del cielo de junto a Dios, radiante con la gloria de Dios. Brillaba
como una piedra preciosísima parecida a jaspe claro como cristal.
12 Tenía una muralla grande y alta con doce *puertas;* en las puertas
doce ángeles y en cada una grabado *el nombre* de una *de las tribus*
13 *de Israel; tres puertas daban a oriente; tres puertas, al norte;*
14 *tres puertas, al sur; tres puertas, a occidente* [a]. La muralla tenía
doce basamentos con doce nombres grabados: los nombres de los
doce apóstoles del Cordero.
15 El que me hablaba tenía una vara de medir de oro, para medir
16 la ciudad, las puertas y la muralla. La planta de la ciudad es cua-
drada, igual de ancha que de larga. Midió la ciudad con la vara
y resultaron cuatrocientas cincuenta y seis leguas; la longitud, la
17 anchura y la altura son iguales. Midió la muralla: ciento cuarenta
18 y cuatro codos, medida humana que usaba el ángel. La mam-
postería del muro era de jaspe y la ciudad de oro puro, pare-
cido a vidrio claro.
19 Los basamentos de la muralla de la ciudad estaban incrustados
de toda clase de piedras preciosas: el primero, de jaspe; el segun-
do, de zafiro; el tercero, de calcedonia; el cuarto, de esmeralda;
20 el quinto, de ónix; el sexto, de granate; el séptimo, de crisolito;
el octavo, de aguamarina; el noveno, de topacio; el décimo, de
ágata; el undécimo, de jacinto; el duodécimo, de amatista.
21 Las doce puertas eran doce perlas, cada puerta hecha de una
sola perla. Las calles de la ciudad eran de oro puro, como vidrio
transparente.
22 Templo no vi ninguno; su templo es el Señor Dios, soberano de
23 todo, y el Cordero. La ciudad no necesita sol ni luna que la alum-
bre, la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero.

La humanidad en la nueva Jerusalén

24 Se pasearán las naciones bañadas en su luz, los reyes de la tierra
25 llevarán a ella su esplendor y sus puertas no se cerrarán de día,
26 pues allí no habrá noche. Llevarán a ella el esplendor y la riqueza
27 de las naciones, pero nunca entrará en ella nada impuro, ni idó-
latras ni impostores; sólo entrarán los inscritos en el registro de
los vivos que tiene el Cordero.

22 Me mostró entonces el ángel el río de agua viva, luciente como
2 el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. *A mitad* de
la calle de la ciudad, a cada lado del *río, crecía un árbol de la vida* [b]:
da doce cosechas, *una cada* mes del año, *y las hojas* del árbol sirven
de medicina a las naciones.
3 Allí no habrá ya nada maldito. En la ciudad estará el trono de
Dios y del Cordero, y sus servidores le prestarán servicio, lo verán
4-5 cara a cara y llevarán su nombre en la frente. Noche no habrá
más ni necesitarán luz de lámpara o de sol, porque el Señor Dios
irradiará luz sobre ellos y serán reyes por los siglos de los siglos.

a Ez 48,31-35. *b* Ez 47,12.

EPILOGO
(22,6-21)

El ángel, Juan y Jesús autentican el libro

6 Me dijo: «Estas palabras son dignas de fe y verdaderas. El Señor
Dios que inspira a los profetas envió su ángel para que mostrase
7 a sus servidores lo que tiene que suceder en breve. Voy a llegar
en seguida, dichoso el que hace caso de la profecía contenida en
este libro».
8 Soy yo, Juan, quien vio y oyó todo esto. Al oírlo y verlo caí a
los pies del ángel que me lo mostraba, para rendirle homenaje,
9 pero él me dijo: «No, cuidado, yo soy tu compañero de servicio,
tuyo y de tus hermanos los profetas y de los que hacen caso de las
palabras de este libro; rinde homenaje a Dios».
10 El me dijo: «No selles el mensaje profético contenido en este
11 libro, que el momento está cerca. El que daña, siga dañando; el
manchado, siga manchándose; el honrado, siga portándose honra-
damente; el consagrado, siga consagrándose».
12 «Voy a llegar en seguida, llevando mi salario para pagar a cada
13 uno conforme a la calidad de su trabajo. Yo soy el alfa y la omega,
el primero y el último, el principio y el fin».
14 «Dichosos los que lavan su ropa para tener derecho al árbol
15 de la vida y entrar por las puertas de la ciudad. Fuera los perros,
los hechiceros, los lujuriosos, los asesinos, los idólatras y todo
amigo de cometer fraudes».
16 «Yo, Jesús, envié mi ángel para que os declarase esto acerca
de las iglesias. Yo soy el retoño y el linaje de David, el lucero
brillante de la mañana».
17 Dicen el Espíritu y la esposa: «¡Ven!».
Diga el que escucha: «¡Ven!».
Quien tenga sed, que se acerque; el que quiera, coja de balde
agua viva.
18 A todo el que escucha la profecía contenida en este libro le
declaro yo: Si alguno añade algo, Dios le mandará las plagas des-
19 critas en este libro. Y si alguno suprime algo de las palabras pro-
féticas escritas en este libro, Dios lo privará de su parte en el
árbol de la vida y en la ciudad santa descritos en este libro.
20 El que se hace testigo de estas cosas dice: «Sí, voy a llegar en
seguida».
Amén. Ven, Señor Jesús.
21 El favor del Señor Jesús esté con todos.

VOCABULARIO BIBLICO-TEOLOGICO

I

ANTIGUO TESTAMENTO

Este vocabulario no es una concordancia Ni siquiera es un índice de conceptos para facilitar la búsqueda. Es una selección de un centenar de temas importantes, conceptos, símbolos, ideas. Cada unidad está tratada de modo sistemático (en cuanto es posible); las unidades están dispuestas en orden alfabético, con referencias cruzadas.

Este vocabulario desea sustituir la multiplicidad de notas dispersas, no pretende reemplazar el comentario. En efecto, veinte líneas organizadas sobre la alegría o el agua o la conversión pueden hacer el servicio de cuarenta notas repartidas en diversos puntos. Ayudando al estudioso, no distraen al lector. El índice es teológico: no pretende informar sobre geografía, arqueología, religiones comparadas, sino ayudar a comprender el mensaje verdadero de la Biblia. Es además complementario: lo que el mismo texto bíblico o las introducciones especiales tratan de modo sistemático no se repite aquí.

Aarón → Sacerdocio.
Abismo → Infierno.
Abrahán → Patriarcas.
Acción de gracias → Oración.
Acción simbólica → Profetismo.
Adán. Nombre común que significa hombre, y nombre propio del primer hombre, según Gn 2-3. «Hijos de Adán» es designación colectiva y genérica de los humanos. «Hijo de Adán» puede significar un ser humano, dado que el apellido se expresa comúnmente con la forma «hijo de N»; llamar a un hombre «hijo de Adán» suena a evitar el apellido y devolverlo a su radical condición humana; tal puede ser el caso de Ezequiel. En la literatura apocalíptica aparece un «hijo de hombre», es decir, un ser humano, distinto de las restantes fieras alegóricas (o emblemáticas), que recibe del Altísimo título y poderes reales al final de la historia (Dn 7).
Adivinación → Magia.
Adulterio → Matrimonio.
Agua. Aun sin profesar la teoría de los cuatro elementos, los hebreos ven el agua como algo fundamental, objeto de experiencias varias y generador de diversos símbolos. En primer lugar está el agua cósmica, que conciben repartida en dos zonas, por encima y por debajo del firmamento (Gn 1); en la tierra el agua se congrega en los mares (Gn 1) y subsiste debajo de la tierra (Sal 136). Hay como dos océanos primordiales capaces de desatarse (Gn 6). Esa agua cósmica muestra ya su polaridad de elemento que engendra vida (Gn 1) y elemento de desorden, caótico.

Después se distingue entre el agua recogida en estanques o albercas y el «agua viva» de manantiales. Se distinguen los ríos de corriente perenne y los arroyos intermitentes, imprevisibles. También el agua de ríos, canales y pozos, que el hombre explota, y el agua de lluvia, que Dios envía (Dt 11, 10-12); con la lluvia van el rocío, de condición benéfica, y el granizo destructor.

Donde no hay agua no hay vida: por eso el desierto es la región inhabitable, y la sequía es uno de los grandes castigos (Elías, en 1 Re 17; Jr 14).

Por su pluralidad de funciones y su valor polar, el agua adquiere sentido simbólico en la literatura y en el ritual. Agua de purificación: ritual (Levítico) y poética (Ez 36; Sal 51), agua de ordalías. Agua como peligro y amenaza

(Is 8 y 43). La sabiduría es como agua (Prov 16,22). Dios mismo está representado como agua, en su variedad y polaridad (Sal 42-43; Jr 2,13; 17,13; 15,18).

En imágenes poéticas se presenta la lucha de Dios con el océano primordial hostil, sobre todo referida a hechos históricos (Sal 136; Is 51,9-10). Además, Dios es capaz de transformar la distinción original de agua y tierra (Sal 107, 33-35), y así anuncia la transformación escatológica (Is 35; Sab 19).

Alabanza → Oración.

Alegría. Como experiencia humana elemental y plural aparece en muchos pasajes del AT; en particular, autores sapienciales pueden verla como nacida del interior, como salud interior (Eclo 13,25-14,2; 30,21-25), como uno de los bienes máximos (Eclo 1,11-13); Jeremías se aparta de gozos humanos (Jr 16); Jerusalén es gozo superior de los desterrados (Sal 137). Acompaña y testimonia la experiencia consciente de la salvación e informa la expresión de esa conciencia; de ahí el carácter alegre, festivo del culto (Dt 12; 16), tanto que la misma palabra hebrea puede significar alegría y fiesta. La expresión puede acompañarse de música y danzas (Ex 15). La alegría humana se extiende a la naturaleza en una especie de contagio cósmico (Sal 65; 90). La alegría es bien mesiánico por excelencia (Is 35, himno a la alegría; 60; 65,18).

Alianza. La misma palabra hebrea *berit* puede significar un contrato (Gn 31, 44ss), un convenio o acuerdo entre amigos (1 Sm 18,3; 23,18), un pacto de los súbditos con su rey (2 Sm 5,3), una alianza entre dos reyes o naciones (1 Re 5,2ss). Entre reyes se da el pacto entre iguales o entre soberano y vasallo (Ez 17,14ss). El texto de la alianza podía tener una introducción o prólogo histórico, el acuerdo de base, sus cláusulas, una serie de sanciones. El juramento por los dioses de ambas partes y también un sacrificio sancionaban el tratado, y su texto se conservaba en los archivos. Los profetas previenen a Israel contra el peligro de las alianzas humanas (Is 28-29).

Esta institución humana, con sus elementos literarios, la utilizan varios autores bíblicos para simbolizar cultural y ritualmente la unión del pueblo con su Dios. Aparte referencias sueltas o elementos de alianza dispersos, el AT nos ofrece dos tipos fundamentales de alianza.

Una, representada por la escuela sacerdotal, es de signo unilateral, y se reduce prácticamente a una promesa solemne de Dios. Tres pactos jalonan esta historia: la alianza con Noé, de alcance universal, cuyo signo es cósmico: el arco iris (Gn 9,1-17); la segunda, con Abrahán, limitada por la elección, cuyo signo se refiere a la fecundidad: la circuncisión (Gn 17); la tercera es con Moisés y el pueblo, con valor institucional, y su signo es el sábado. En estos casos, el hombre acepta la alianza = promesa de Dios con un acto de fe y confianza; se fía de Dios de modo que tal actitud orienta su vida.

El segundo tipo, representado por la escuela deuteronomista, concibe la alianza en forma de pacto entre soberano y vasallo, con su rica articulación literaria, subrayando a la vez la iniciativa libre y generosa del Señor, y el libre compromiso humano. Dios coloca al pueblo en situación de compromiso bilateral, que se condensa en la fórmula «vosotros sois mi pueblo, yo soy vuestro Dios». La alianza se sella en el Sinaí (Ex 19 y 24), se renueva en Moab (Dt 29-30) y en Siquén (Jn 24). Véanse dichos textos con la introducción a Ex 19 y a Dt.

En este segundo esquema las cláusulas son: primero las «diez palabras» o decálogo, al que se añade el llamado Código de la Alianza (véase Ley); las bendiciones y maldiciones sancionan, como premio y castigo, el cumplimiento. La actitud fundamental del pueblo se puede llamar fidelidad, o amor, o temor, o bien pegarse al Señor, seguirlo, etc.; se va realizando en actos de obediencia o cumplimiento. Es exclusiva, no admite otros dioses.

A las anteriores se añade la alianza con David, que es más bien una promesa a la dinastía (2 Sm 7; Sal 89).

La alianza sinaítica fracasa, porque el pueblo la quebranta, y la alianza davídica evoluciona por el dinamismo de la promesa. Así se abre paso la idea de la futura nueva alianza, escatológica, mesiánica (Jr 31,31-34; 33,14-22; Ez 36, 22-32).

Ben Sirá describe la creación de Adán en términos de alianza, según el modelo sinaítico (Eclo 17,11-14).

La alianza es uno de los grandes símbolos o patrones del AT, que sirve para interpretar las relaciones de los hombres con Dios. Es una de las categorías teológicas centrales.

Alma → Hombre.

Altar → Culto.

Amor. Entre hombres. El tema del amor humano, en sus diversas realizaciones, es frecuente en el AT. Al amor sexual se dedica uno de sus libros más bellos, el *Cantar de los Cantares* (= El mejor cantar); es institución original de Dios (Gn 2,23-24), es tema de las historias patriarcales (Gn 24: el amor sigue al matrimonio; Gn 29: el amor precede). Véanse las introducciones a Cant y a Rut.

El amor de amistad se describe en la historia de David y Jonatán (1 Sm 18ss; 2 Sm 1,19-27). De amor paterno es buen ejemplo David (2 Sm 12,15-23: el hijo de Betsabé; 18,33: muerte de Absalón). De amor maternal, la figura trágica de Rispá (2 Sm 21,9-10). Al amor familiar en sus diversos aspectos está dedicado el libro de Tobías (véase la introducción).

Ensanchando el campo, se encuentra el esclavo que se encariña con el amo (Dt 15). Y sobre todo el precepto de amar al prójimo como a uno mismo (Lv 19,18); ese amor se dirige sobre todo a los necesitados; por ejemplo, al emigrante (Lv 19,34).

El amor en sus diversos aspectos se emplea como expresión simbólica de las relaciones entre Dios y los hombres. Aunque son correlativas, podemos distinguir para aclarar:

a) El hombre debe amar a Dios. El precepto clásico de Dt 6 expresa la totalidad, intensidad y exclusividad de la actitud humana, que después se manifestará en el cumplimiento de los mandatos (Dt 5,10). La intimidad personal se expresa en textos como Sab 6,19; 7,14; 8,3. Este amor puede representarse, sobre todo como lealtad del vasallo, en la teología del Deuteronomio o bien en símbolo conyugal (Os 2).

b) El amor de Dios al hombre puede usar el símbolo maternal (Is 49, 14-15), paternal (Os 11); más frecuente y desarrollado es el símbolo conyugal (Is 1,21-23; 49,14-26; 54; 62; Jr 2; Ez 16). El amor es fundamento de la elección y de la alianza y exige correspondencia (Dt 4,37; 7,8.13; 10,15).

c) Emparentadas con el amor o fundadas en él están la gracia, compasión, clemencia, bondad, misericordia, etc.

Angel. El término hebreo (y su traducción griega) significan mensajero; Dios puede tomar como mensajeros los vientos (Sal 104,4), el rey puede aparecer como mensajero de Dios (2 Sm 14,17); puede confundirse con un profeta (Jue 13,6).

En sentido técnico, «el ángel del Señor» aparece unas veces simplemente como la manifestación del Señor, otras como ser intermedio. En un contexto se puede decir que el Señor habla y que su ángel se aparece; así se evita decir que Dios mismo se aparece (cf. Jue 6,12ss). Domina la función de mensajero, pero también puede ejecutar órdenes (por ejemplo, 2 Re 19,35); es protector (Sal 91) o vengador (2 Sm 24).

El AT habla además de una categoría de seres sobrehumanos, de algún modo pertenecientes a la esfera divina, que nosotros llamaríamos ángeles. Se llaman «hijos de Dios» (= seres divinos) o «santos de Dios»; forman su corte (3 Re 22; Job 1) y su ejército (Jos 5,14) o su campamento (Gn 32,1-2); también desempeñan funciones litúrgicas, sea mediando (Gn 28), sea invitados a la alabanza (Sal 103,20; 148,2).

Querubines y serafines son seres sobrehumanos, en figura de animales polimorfos, al servicio de Dios en su morada, sea el paraíso (Gn 3,24), sea el cielo (Sal 18,11), sea el templo (3 Re 6), sea sustentando su trono (Sal 99,1);

véanse también Ez 1 y 10 e Is 6. El AT nunca llama ángeles a estos seres. Textos posteriores introducen ángeles con nombre personal: Gabriel (Dn 8-9), Rafael (Tob), Miguel (Dn 10).

Animal. Los animales son criaturas de Dios que comparten con el hombre la bendición de la fecundidad (Gn 1), el aliento de vida (Sal 103), cierta sabiduría (Eclo 1), diversas cualidades; pero están sometidos al hombre (Gn 1; Sal 8).

Los animales se dividen por especies (Gn 1), por su habitación en cielo, tierra y mar; se dividen en domésticos y fieras, en puros e impuros (Lv 11). Se utilizan como nombres propios o emblemas designando personas o cargos: por ejemplo, Lobo, Serpiente, Asno, Cuervo, los Carneros, los Toros (todos nombres de príncipes o jefes); como emblemas en las bendiciones de Gn 49 Dt 33. Los escritos apocalípticos desarrollan este uso introduciendo animales fantásticos que personifican soberanos o poderes (por ejemplo, Dn 7-8).

Por su participación en la sabiduría, algunos animales pueden enseñar al hombre en la literatura sapiencial o pueden desafiar con sus enigmas la inquisición del hombre (Prov 3; Job 39-41).

Animales sobrehumanos y polimorfos son los querubines y serafines; mitológicos son Rahab, Leviatán, Tanín. La invasión de las fieras señala la ruina de la cultura urbana (Is 34).

En el futuro reino escatológico, la paz universal pacificará al hombre con las fieras incluso con el enemigo primordial que es la serpiente (Is 11).

El zoomorfismo o presentación de Dios con caracteres de animales es poco frecuente (véase Os). El libro de la Sabiduría condena como suprema depravación la zoolatría de los egipcios.

Aparición → Revelación.
Aplacar → Reconciliar → Ira.
Apocalíptica → Introducción a Daniel.
Armas → Guerra.
Arca → Culto.
Arrepentimiento → Conversión.
Asamblea → Pueblo.

Asilo. Tienen derecho de asilo algunas ciudades, especialmente designadas (Dt 19; Nm 35) y de modo especial el templo (1 Re 1,50; 2,28; Sal 11).

La función del templo se personaliza en la piedad, de modo que Dios mismo es el asilo y refugio del hombre (Sal 7,2; 31,2.20, etc.); en tales casos, la imagen del refugio puede tomar aspecto militar de baluarte, fortaleza (Sal 18).

Asiria → Naciones → Introducción a Re y Nah.

Autoridades. Encontramos en Dt 17-18 un ensayo de ordenar las diversas autoridades o poderes, jueces, sacerdotes, rey, profeta. La teología de la autoridad, como misión recibida de Dios y responsable ante él, se desarrolla en Sab 1 y 6. Ecl 5,8-9 parece referirse a la pirámide burocrática.

No es posible sistematizar los títulos y cargos que encontramos en los diversos libros. En lo militar se aprecia la jerarquía, según el tamaño de la unidad que uno manda; hay expresiones que corresponden a nuestros «mandos y oficiales», a capitán, comandante, general. En la magistratura está el concejo local de ancianos, el juez, el árbitro y tribunales de apelación en el templo y en palacio. En lo político, después de los jeques (los patriarcas, Job), la monarquía trae una cierta jerarquía de rey, ministros, gobernadores, con funciones especializadas relativamente. En lo religioso también hay una jerarquía de sacerdotes, levitas y empleados.

El profeta entra en escena con verdadera autoridad, incluso sobre reyes: Elías y Eliseo, Jr 1, etc.

Las autoridades fuera de Israel toman a veces nombres emblemáticos de animales.

Ayuno. El ayuno expresa y corrobora el pesar y dolor; por la culpa, por una desgracia. Es parte del luto o duelo, puede acompañar la penitencia o subrayar la súplica a Dios. Puede ser individual o colectivo; en el segundo caso puede tener carácter litúrgico. El único ayuno prescrito es el del día de la expiación (Lv 16). El hombre «se aflige» excitando la compasión de Dios.

Baal → Dioses falsos.
Babilonia → Naciones → Introducción a Re y Jr.

Bendición. Cuando el hombre bendice a Dios (salmos), alaba sus obras o agradece sus beneficios. Cuando Dios bendice al hombre, le concede toda clase de bienes. Primero la fecundidad, compartida con los animales; después la paz, el bienestar, etc. El salmo 134 expresa el movimiento de la bendición, del hombre a Dios y de Dios al hombre.

El hombre puede pronunciar la bendición: es función sacerdotal (Nm 6) o real (1 Re 8); también del padre o patriarca, especialmente antes de morir (Gn 9,26-27; Dt 33). El hombre puede ser canal o mediador de bendición (Gn 12; 30,27; 39,5).

La alianza incluye listas de bendiciones y maldiciones, como sanción de la observancia (Dt 27-28; Lv 26).

Bien y mal. Como experiencia humana radical, física y ética, la bina atraviesa todo el AT. En sentido polar indica la comprensión, el conocimiento total (Gn 3). Como distinción o discernimiento se sitúa en los sentidos, especialmente en el gusto (2 Sm 19,35); también en el juicio intelectual y moral (tema frecuente de los sapienciales), cuya sede metafórica son los ojos («bueno/malo a los ojos de N»). Se opone al recto discernimiento la confusión e inversión de los valores (Is 5,20). Al juicio sigue la elección de la libertad entre el bien y el mal (Is 7,16; Dt 30,1.15-16); y a la elección pueden seguir las consecuencias de bien o mal, premio o castigo, bendición o maldición, sea en una especie de dialéctica inmanente, sea por disposición de Dios (véase retribución).

Bien y mal caen bajo el dominio de Dios, no hay dos principios creadores opuestos (Is 45,7); Dios puede sacar bien del mal y hacer que el bien triunfe (Gn 50,20; Introducción a Gn).

Sobre el problema del mal, véase Job, Eclo 33,7ss; 39,12-27; 15,11ss.

Blasfemia → Nombre.

Camino. De la experiencia común y elemental del hombre se forma una matriz simbólica para expresar una empresa concreta, la conducta, el curso de la existencia o de una etapa, la norma que regula la conducta. Por la elección hay dos caminos (Sal 1), caminos que parecen buenos y acaban mal (Prov 14, 12), seguir la buena vía, des-viarse, extra-viarse, perderse, etc. A esto añade Israel la experiencia histórica y colectiva del desierto, como historia vivida concretamente en forma de camino.

También Dios tiene sus caminos, que son: su modo de obrar, su estilo (Is 55), sus mandatos genéricos o específicos, que guían al hombre (Dt 5,23; Sab 5,6); gracias a ello, el hombre puede caminar por los caminos de Dios (Is 2,2-5).

Carne → Hombre.

Castigo. Es la retribución de la culpa. Con frecuencia tiene aspecto judicial, de sentencia ejecutada. Unas veces la ley, en su enunciado, lleva aneja la pena (Ex 20); otras veces el oráculo profético conmina la pena. Muchas veces toma la forma de la ley del talión, en cuanto la pena se sitúa en el mismo plano que la culpa (por ejemplo, Is 5; Sal 53,7; 81).

Función del castigo. Hay un castigo ordenado a la conversión: hace recapacitar, reconocer, arrepentirse (Jue 2; Sal 106); en general, pertenecen a este tipo los castigos que Dios inflige a su pueblo; sirven para el escarmiento propio y ajeno. Si no se acepta, puede dar paso a la serie, hasta el efecto saludable (Am 4; Lv 26) o hasta el castigo final. Este definitivo castigo puede venir al final de la serie o en otro momento, puede servir de escarmiento sólo a otros. Ejemplo clásico de castigo saludable es el destierro (Is 26 y 40);

de castigo definitivo, la destrucción de Sodoma (Gn 19 y frecuentes alusiones). El castigo revela la justicia o santidad de Dios (Ezequiel, *passim):* el hombre, por las buenas o por las malas, reconoce a Dios (Sal 64).

Instrumentos del castigo divino pueden ser los meteoros (Eclo 39); desgracias biológicas, como enfermedad y muerte prematura o violenta; desgracias históricas, como guerras; la vara es instrumento del castigo medido (Is 10); el fuego, instrumento de castigo final (Ex 32); también el hombre puede ser ejecutor del castigo.

El castigo ligado a la alianza toma la forma de maldiciones.

Como parte de la educación, se recomienda en la literatura sapiencial (Prov 13,24; 23,13).

Celo. Predicado de Dios es el amor apasionado, exigente, exclusivista de Dios.

El Señor es un Dios celoso porque no puede admitir otros frente o al lado de él (Ex 20: primer mandamiento); ofrece su alianza y, en términos conyugales, exige fidelidad exclusiva (Ex 34,12-16). Dios sale por el honor de su nombre, de su casa (Ez 36). También tiene celos por su pueblo, lo protege y defiende, lo salva (Is 9,6).

El hombre puede sentir celo por Dios y salir en su defensa (Nm 25; Sal 69,10). Los celos conyugales (Prov 27,4) pueden llevar a un proceso de ordalía (Nm 5,11-31). En otro campo equivale a envidia, rivalidad (Nm 11, 26-29; Sal 37,1).

Cielo. En la expresión «cielo y tierra» es un componente para designar la creación entera. Por eso la visión escatológica habla de la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra (Is 65,17; 66,22). Cielo y tierra son además los dos testigos de Dios en su juicio (Is 1; Sal 50).

Los autores del AT se representan el cielo de modo ingenuo, no crítico, traduciendo a rasgos de la experiencia terrestre lo que descubren arriba. De acuerdo con otras religiones, ven en el cielo una revelación de Dios (Sal 8; 19) y lo invitan a su alabanza (Sal 148). Además, el cielo cosmológico les sirve para aplicar a Dios el simbolismo de la morada en proporciones inmensas e inalcanzables. Esta visión espacial, que sitúa a Dios, no está criticada (excepto 1 Re 8), y sirve para generar una serie de imágenes: la corte, el trono, la morada, mira desde arriba, baja, escucha, observa, se pasea, etc.

El hombre no puede subir al cielo (Dt 4), intentarlo es la suprema soberbia (Is 14), pero puede ser arrebatado por Dios (2 Re 2).

Circuncisión. Practicada en otros pueblos como rito de iniciación, en Israel rebaja su referencia sexual y subraya el sentido religioso. Es el signo de la alianza (Gn 17), signo de pertenencia al pueblo de Dios, condición para comer la Pascua (Ex 12); los paganos son incircuncisos, dicho de ordinario en tono despectivo (1 Sm 17; Ez 32), pero pueden incorporarse a Israel aceptando la circuncisión (Gn 34).

Metafóricamente se dice que el árbol queda «incircunciso» hasta que su fruto es comido (Lv 19,23). Y para subrayar la exigencia moral y religiosa del rito se habla de corazón, oídos circuncidados (Jr 9,25; 6,10).

Ciudad. Israel pasa muy pronto de la vida seminómada a la cultura urbana, con todas las consecuencias de unificación civil, diferenciación de oficios, facilidades comerciales, ventajas defensivas de tal cultura. Particular importancia adquieren las ciudades que cuentan con algún santuario famoso (Gabaón, Siló), o son residencia de algún personaje importante (Ramá, de Samuel), o son escenario de fiestas con sus romerías (Siquén).

Entre todas las ciudades descuella, naturalmente, la capital a partir de la monarquía. La capital desarrolla un simbolismo de representación de todo el pueblo con caracteres femeninos. La ciudad es la doncella o muchacha, alabada por su hermosura (diversas ciudades llevan nombre de belleza, como Naín, Jafa, Tirsá); como tal es la «hija del pueblo». En segundo lugar, la ciudad es matrona, fecunda y acogedora.

El reino del Norte cambia de capitales (no tantas como dinastías) hasta fijarse en Samaría. El reino del Sur adquiere bajo David una capital de duradero prestigio político y religioso. Es la elegida o preferida de Dios (1 Re 11,13; Jr 3,16), centro de la justicia (Sal 122) y del culto, sobre todo a partir de Josías. Su prestigio histórico se multiplica en la transformación escatológica, cuando será esposa del Señor (Is 62), madre de múltiples pueblos (Sal 87), atracción de todos (Zac 14,16-19) por su irradiación (Is 2 y 60), morada perpetua del Señor (Jl 4,20). Isaías 2 y 3 y Ezequiel son los grandes cantores de la futura Jerusalén.

En las ciudades tenían particular importancia la muralla, que reúne y defiende, y la puerta, que era centro de la vida pública ciudadana, comercio y justicia.

Compasión → Misericordia.

Conciencia. De ordinario, los hebreos se refieren a la conciencia con el término «corazón», a veces con la palabra «espíritu»; señalan la interioridad, lo oculto (Prov 15,11; Eclo 15,18-19), la luz (Prov 20,27). A la conciencia afloran los pensamientos o recuerdos «subiendo al corazón».

La conciencia psicológica actúa sobre todo en lo ético. A desarrollar la conciencia ayuda la Ley y un tipo de sacrificios por «inadvertencia» (Lv 5), también la denuncia profética (1 Sm 12). Ser un inconsciente, no caer en la cuenta, es un rasgo de temperamento que fácilmente resulta culpable (Sal 49). También la oración, especialmente de súplica y penitencia, aclaran la conciencia del hombre.

Condenación → Castigo.

Confianza → Esperanza.

Conocer. Tiene en el AT un sentido más inclusivo y menos diferenciado que nuestros términos intelectuales. Conocer incluye con frecuencia la experiencia (Is 53,3) y la destreza artesana (Gn 25,27), y con el mismo verbo se designa la posesión sexual. Conocer puede incluir el trato, la ocupación y aun preocupación, la preferencia.

Dios conoce al hombre, incluso su interior (Eclo 16-17), conoce el pasado y el futuro (Is 2), posee la destreza artesana y nadie le enseña (Is 40; Job 38ss). Conoce y se ocupa de su pueblo, sobre todo en la desgracia (Ex 2 y 6).

El hombre puede y debe conocer a Dios, es decir, conocerlo en el trato y reconocerlo (Is 1,33; Jr 24,7), conocer que el Señor es Dios (Dt 4,39), que es él quien actúa (Os 11,4; Miq 6,5). Tal reconocimiento equivale a la fe y es respuesta a la revelación de Dios en acción: los ojos ven la historia, la fe reconoce al protagonista (Is 19,21; 41,20). También el castigo lleva al reconocimiento (Ezequiel).

En la era mesiánica habrá un conocimiento pleno de Dios (Is 11,9).

Conversión. Porque el hombre y el pueblo pecan, tiene que haber conversión. El hombre puede arrepentirse, Dios hace posible la conversión y la sella con su perdón. La palabra conversión, también en hebreo, viene de la metáfora volverse: volver a dar la cara cuando uno ha vuelto la espalda, volver a un puesto del que uno se ha alejado. En el acto religioso domina el término personal.

La conversión puede presentarse como un hecho único y puede desdoblarse en varios actos de un proceso. La liturgia penitencial da expresión separada a esos momentos y ayuda a comprender y distinguir su sentido.

a) Acusación. El hombre cae en la cuenta de su culpa por algo que lo acusa. Muchas veces es una palabra de Dios, bien el mandato recordado, bien un oráculo profético específico, individual o colectivo. Un castigo saludable cumple la misma función. En ocasiones, la conciencia entrenada reacciona (2 Sm 24,10).

b) Confesión. El hombre conoce y reconoce, interna y externamente, su pecado y culpa (salmos penitenciales). Lo cual incluye el arrepentimiento. A veces el hombre resiste, y Dios tiene que argumentar y acosar al hombre (Jr 2-3). Con el arrepentimiento puede venir la aceptación del castigo merecido.

c) Conversión como vuelta a Dios y cambio de vida (Dt 30,2). Con el perdón de Dios se consuma la reconciliación. Ejemplos clásicos y bien desarrollados de conversión: David (2 Sm 12), el pueblo (Jue 10); de conversión imperfecta: el Faraón (Ex 9), Saúl (1 Sm 15). Liturgias penitenciales: Sal 50-51; Neh 9; Dn 9.

También Dios se ha de volver al pueblo (Sal 90). De Dios se dice que se arrepiente cuando por la conversión del hombre no cumple su amenaza, y que no se arrepiente cuando decide mantener su promesa o amenaza (sí: Gn 6,6; 1 Sm 15,11; no: Nm 23,19; Os 13,14).

Corazón → Hombre.

Creación. Los autores hebreos tardan en desarrollar un concepto metafísico de creación de la nada, pero reconocen que el Señor su Dios es el creador del universo.

El concepto primero se refiere a la naturaleza: Gn 1; Sal 33; 136; alcanza su formulación más filosófica en 2 Mac 7,28. La creación es acto de la voluntad de Dios (Sal 33), y se realiza por la palabra, por la sabiduría, por el espíritu (Gn 1; Prov 8; Eclo 1). La creación de nuevos seres vivos continúa (Sal 104,30).

Después se refiere a la historia, en cuanto que nuevos seres y sucesos comienzan a existir (Is 45,8; Jr 31,22). Al final habrá una nueva creación (Is 65, 17). También se habla de creación en la conversión total del hombre con el perdón y el cambio interno (Sal 51).

Por eso las criaturas son reveladoras de Dios y de su gloria (Sal 8; Is 6) y son invitadas a la alabanza (Sal 148; Dn 3).

Cumplimiento → Profecía (predicción) → Promesa → Mandato.

Culto. El culto, como expresión formalizada del sentido religioso, atraviesa todo el AT. Los patriarcas ocupan cúlticamente lugares de culto paganos; en el éxodo Dios pide al Faraón que deje libre al pueblo «para que me den culto»; pero el decálogo no contiene ninguna prescripción cúltica. El culto se practica en algunos lugares privilegiados y en santuarios locales hasta la gran centralización de Josías. En el destierro el culto del templo es imposible, pero es casi lo primero que se renueva a la vuelta. Su importancia no decae en la época de los Macabeos.

a) Lugares. La pascua se celebra en familia, en las casas. Para muchos ritos se prefieren las colinas próximas, con ermitas o sin ellas. Salomón construye en Jerusalén un templo, que es central y en cierto modo dinástico; el cisma se afianza con la construcción de templos en Betel y Dan. Josías impone la centralización, que se mantiene después del exilio, frente a los intentos de los samaritanos. Los judíos de la diáspora tenían centros de enseñanza de la Ley y de rezo, pero los de Elefantina construyen su templo.

El templo, como morada de Dios y lugar de culto, ofrece sitios de reunión para el pueblo y zonas de creciente santidad para las diversas ceremonias; véase la descripción en 1 Re 6s y Ez 40ss. El recinto incluía los patios y un edificio, con un atrio, una nave (santo) y un camarín (santísimo).

b) Los tiempos cúlticos están regulados por el calendario: hay fiestas anuales, mensuales y semanales, y tiempos especiales cada día (Lv 23; Dt 16).

c) Entre los innumerables objetos del culto, el más importante es el altar, lugar donde se ofrecen los sacrificios. En sus esquinas, cuatro salientes verticales indican la sacralidad. Ex 25-31 y 35-40 describen con detalle el ajuar del templo.

El culto se desarrolla combinando palabras (véase *Oración)* con gestos o ritos. La acción cúltica más importante es el sacrificio; se añaden las libaciones, las posturas y gestos, la procesión, la danza.

Sobre el sentido del culto, véase la introducción al Lv. Sobre los actores, véase *Sacerdotes.*

El culto pierde su sentido y se deprava cuando se disocia de la justicia entre los hombres; de aquí las violentas polémicas de Profetas (Is 1; 58; Os 6; Am 5), Salmos (Sal 50) y Sapienciales (Eclo 34-35).

Cultura. El hebreo no tiene una palabra correspondiente ni una idea clara de la evolución de las culturas. Pero deja constancia de repetidas tensiones. Gn 4 introduce en la segunda generación humana la diferenciación entre cultura pastoral y agrícola, y continúa introduciendo la cultura urbana, el uso del metal, las armas y los instrumentos musicales (es decir, mezcla el neolítico con el hierro). Del choque con la cultura cananea quedan huellas en los libros más antiguos, y se advierten los influjos literarios en la poesía de profetas y salmistas. El reino de Salomón trae un gran progreso cultural, con sus inconvenientes. De nuevo, las culturas asiria, babilonia y persa influyen y amenazan a Israel. El momento más crítico de su historia sucede en la confrontación con la cultura helenística, que pareció amenazar la existencia del pueblo como entidad política y religiosa autónoma. La más grande contribución de la cultura hebrea es, sin duda, su literatura.

Dar. Dios se presenta en el AT como el grande y generoso dador: no sólo de bienes ya realizados, sino también de la capacidad de producirlos (Dt 8). El don por excelencia es la tierra; después da la lluvia para que la tierra produzca sus frutos; y así pone en movimiento un proceso de dones. Y quiere que el hombre entre en el proceso generosamente (Dt 15), dando a los que necesitan. También otorga o concede la petición, y el hombre se hace consciente de que recibe de Dios. En pago, el hombre puede dar su reconocimiento, expresado en la alabanza, la acción de gracias y las ofrendas rituales.

David. Una de las figuras centrales de la historia, la leyenda y la teología del Antiguo Testamento. Véase la introducción correspondiente en el libro de Samuel. Es modelo de elección divina (Sal 89), portador de la gran promesa dinástica; su figura polariza la esperanza mesiánica (véase *Mesianismo).* En las Crónicas (véase introducción) es además el patrono del culto y de los cantores. El ciclo de David es una de las obras maestras de la narrativa hebrea.

Decálogo → Introducción a Ex 19.

Demonio. El AT no ofrece ideas claras y sistematizadas sobre espíritus nocivos, tentadores, hostiles al plan de Dios. El Satán del libro de Job tiene acceso a la corte celeste; lo mismo el espíritu engañoso de 1 Re 22,21. Más clara, la función tentadora y hostil de la serpiente del paraíso, de la que prescinde Ben Sirá (Eclo 15 y 17); Sal 36 personifica el pecado en lo interior del hombre.

A veces, los falsos dioses reciben el nombre de demonios *(sedim:* Dt 32, 17; Sal 106,37); el desierto es refugio de una especie de sátiros (Lv 17,7), y hay una especie de demonio nocturno *(lilit:* Is 34,14). El enigmático Azazel (Lv 16) de la expiación parece una figura demoníaca; quizá lo sea el cortejo maligno de Sal 91,5-6. Asmodeo es el demonio del libro de Tobías.

Descanso → Sábado.

Desierto. En la primera salvación o éxodo (véase introducción a Ex y Nm), el desierto es el espacio y el tiempo intermedio entre la esclavitud de Egipto y la libertad de Palestina. Espacio vacío, sin cultura ni caminos, donde el pueblo aprende a depender de Dios en el hambre, la sed y los peligros. Tiempo de dilación, de espera y esperanza. Dios pone a prueba al pueblo, en una especie de noviciado, y el pueblo quiere poner a prueba, tentar a Dios. El pueblo liberado se tiene que liberar a sí mismo para entregarse a Dios en la alianza. En el segundo éxodo, de Babilonia (véase introducción a Is II), el desierto toma cualidades de la tierra prometida y del paraíso. El desierto ocupa dos polos: de recuerdo actualizado, que enseña y amonesta (Dt 8), y de esperanza escatológica.

Siendo la zona amorfa, sin cultura humana, es habitación de fieras y demonios; por eso puede ser símbolo del castigo escatológico (Is 34).

Destierro. Suceso importante y paradójico de la historia del pueblo: a primera vista, rotura, final, antisalvación; en realidad, tiempo de salvación a oscuras. Políticamente, el destierro se hace inevitable cuando Israel se enreda en el juego de las alianzas y rebeliones, provocando cada vez más al gran poder de

turno, Babilonia. Religiosamente, el destierro se hace necesario por la idolatría del pueblo y por su práctica idolátrica del yahvismo; es decir, por la confianza mecánica en las instituciones al margen de sus exigencias. El destierro priva al pueblo de la tierra, del rey y del templo, lo fuerza a un nuevo encuentro con Dios más allá de esas instituciones. El destierro es purificación y expiación. Por ser temporal, se convierte en escuela de esperanza (Is 2), y la vuelta geográfica se vuelve símbolo de la vuelta-conversión a Dios.

Véanse Dt 28,63-64; 2 Re 17; Jr y Ez; Sal 137.

Día. Día y noche son como el pulso de la vida (Sal 104), ritmo del culto (Sal 42; 30), ambos tienen su mensaje de alabanza (Sal 19). Gn 1 proyecta el ritmo a la creación del mundo. Aunque los días son astronómicamente iguales, Dios distingue algunos días (Eclo 33,7-9), consagrándolos. Aparte de estos días periódicos hay otros días históricos en que Dios actúa de modo especial: son cada uno un «día del Señor» (Am 5,18-20; 8,9; Sof 1,7). Entre ellos destaca «el día del Señor» como un día decisivo y final: el libro de Joel combina ambos en sus dos secciones (cf. introducción).

Dios. El plural hebreo *elohim* no tenía el sentido filosófico nuestro; podía aplicarse a seres sobrehumanos y servir como adjetivo superlativo. Los hebreos pasan de una especie de henoteísmo al verdadero monoteísmo. El henoteísmo no niega la existencia de otros dioses, pero los excluye para Israel (Dt 32,8; 4,19; Jue 11,24); Is II desarrolla con insistencia y riqueza de aspectos el monoteísmo.

Dios es nombre común, el nombre propio del Dios de Israel es YHWH (hoy día se cree que la pronunciación era Yahvé; hemos traducido Señor). Yahvé asume otros nombres o títulos, como *Sadday* (Ex 6,3, traducido conjetural y tradicionalmente por Todopoderoso), *Elion* (= Altísimo). A lo largo de la historia y en el culto recibe una serie de títulos o predicados: creador o hacedor; salvador, redentor, que sacó, que da; vivo, santo, justo, eterno; vengador. Dios pronuncia sus títulos en Ex 34,6: «Señor, Dios clemente y compasivo, misericordioso, paciente y leal». Porque es único, es exclusivo y celoso y es también universal.

El AT subraya siempre el carácter personal y activo de Dios. Tiene un nombre propio, personal, que comunica para la invocación y el trato. Es señor y protagonista de la historia, que conoce y predice, planea y realiza; no se desentiende y no es neutral, atiende de modo especial al débil, desvalido, oprimido. Trasciende los tiempos y espacios y la fantasía e inteligencia humanas (Sal 139).

Representación de Dios. Dios revela su nombre previniendo contra los abusos, hace oír su voz y su palabra, pero no se muestra en imagen y prohíbe ser representado. En compensación, el AT desarrolla un riquísimo repertorio de representaciones literarias de Dios, todas más o menos a imagen del hombre; la justificación la da Gn 1 diciendo que el hombre es imagen y semejanza de Dios, dando la clave de lectura de todo el AT: es padre, pastor, defensor, se despierta, acude, baja, se sienta; tiene rostro, ojos, oídos, boca, manos; siente amor, indignación, celo, ira... Este lenguaje, necesario y precario, queda corregido por la negación de límites de espacio y poder y saber, y por la afirmación de la santidad.

Dioses falsos. La idolatría, en cuanto culto a dioses falsos, es uno de los peligros y pecados más graves del pueblo del AT. En lo teológico niega la unicidad o superioridad del Señor Dios de Israel; en lo humano rebaja al hombre por debajo de la obra de sus manos. Si en un tiempo se prohíbe la idolatría porque esos dioses no son de Israel, más tarde se prohíbe porque son dioses falsos, vanidad, nulidad. La polémica contra las imágenes idolátricas cobra cuerpo en Is 40,18-29; 44,9-20, se hace burlesca en las adiciones griegas a Daniel y en la carta de Jeremías, alcanza su formulación más elaborada en la Sabiduría.

Entre los dioses falsos citados en el AT, el más frecuente es Baal, sin distinguir bien su unidad o multiplicidad: Baal Fegor, Baal Zebul (burlescamente, Zebub = mosca); Moloc, dios amonita ligado a los sacrificios humanos (Lv 20, 2-5); Asera, que es una diosa y un mayo ritual (Jue 6,25; 1 Re 18,19); Astarté (1 Re 11,5). Véase también Is 10.

Divorcio → Matrimonio.

Egipto → Naciones → Salvación → Introducción a Ex y Jue.

Ejército → Guerra.

Elección. Es la concreción del obrar de Dios en la historia humana por medio de hombres. Como tal, es iniciativa indiscutible de Dios (Eclo 33,7-15; Ex 33, 19) y no se basa en méritos humanos (Dt 7 y 9), sino que crea el valor (Is 43,3-4).

Dios elige un pueblo, para que viva en la historia la experiencia de Dios y la muestre en vivo a otros y la formule para los futuros; dentro del pueblo escoge jefes, reyes, profetas, sacerdotes; también elige «un siervo» fuera del pueblo. Los elige para funciones o misiones específicas en la historia. El elegido puede y debe aceptar la elección, puede hacerse indigno de ella y ser rechazado por Dios (Saúl, Elí). Porque la elección es para una misión, muchas veces difícil (Jr, Ez), crea mayores exigencias (Am 3,2); no es para el privilegio, aunque pueda traer consigo bendiciones y protección.

Es una deformación interpretar la elección en términos exclusivistas, que combaten Jonás y las profecías escatológicas con la idea de la llamada universal (véase *Naciones*).

Enemigo. La historia de salvación es dramática porque está llena o envuelta en antagonismos y hostilidades. La hostilidad radical arranca del paraíso (Gn 3, 15). El pueblo de Israel se siente expuesto a la hostilidad de los pueblos vecinos y de los imperios que se turnan; también siente la hostilidad dentro, entre las tribus (Jue 20), entre los dos reinos (Re), entre diversos grupos (Mac). El individuo se siente muchas veces amenazado y destrozado por enemigos internos. Es un tema frecuente de los salmos. El enemigo se describe con imágenes cósmicas (Is 8; Sal 124,4-5) y sobre todo de fieras (Sal 22, 13ss).

Dios entra en el juego porque no es neutral, y así carga con hostilidades (Gn 12); los enemigos de su pueblo lo son suyos (Ex; Jue 5,31), pero también puede volverse enemigo de su pueblo rebelde (Is 63,10).

Aunque el israelita, de ordinario, odia a su enemigo, desconfía de él, pide a Dios su destrucción, sin embargo, hay casos en que esa actitud se supera: en la legislación (Lv 19,17) José y sus hermanos, David y Saúl; en consejos sapienciales (Prov 20,22; 24,29).

Enseñanza. No hay pruebas de que en Israel estuviera organizada, aunque tenía que existir el aprendizaje artesano en todas sus ramas. En buena parte parece estar ligada a los «sabios». Ex 12,26-27 podría aludir a una catequesis elemental, en familia; de hecho, los padres son los primeros instructores, y el sabio se dirige a sus discípulos con el título «hijo mío». Dios educa a Israel como un padre a su hijo (Dt 8,5). A los sacerdotes compete la enseñanza o instrucción (= torá) en materias cúlticas. La parenesis del Dt tiene valor de enseñanza religiosa. También los profetas tenían discípulos (Eliseo; Is 8).

La enseñanza puede ser simple aprendizaje de textos (Dt 31,19-20), puede incluir el aspecto de experiencia y entrenamiento (Sal 144,1; Is 2,4). Los temas de la enseñanza suelen ser de la vida práctica; no sabemos si las disertaciones botánicas de Salomón (1 Re 4,31ss) estaban destinadas a la enseñanza.

En la gran restauración no será necesaria la enseñanza humana (Jr 31,34).

Enterrar → Muerte.

Escatología. El adjetivo «escatológico» indica lo último y definitivo. Lo último puede ser relativo a una era o etapa, y muchas veces los que escribieron la determinación correspondiente en el AT se referían a una etapa. Pero incluso estos textos, en la lectura posterior, se proyectaron a la etapa de restauración definitiva (Is 2; Miq 4). La era escatológica, del reino definitivo de Dios,

puede concebirse con un mesías mediador o sin él. La expectación escatológica y mesiánica favoreció y hasta impuso la lectura escatológica de pasajes originalmente ambiguos o abiertos. También puede darse una lectura no escatológica, que considera realizada la expectación en el presente (1 Mac). Hay promesas escatológicas, alianza, bendiciones, oráculos. Además, esta orientación engendra formas literarias propias, que podemos llamar «escatologías»: véase la introducción a Is 24-27 y Ez 38-48. No se ha de confundir la escatología con la apocalíptica.

Escribir → Libro.

Esperanza. Es la respuesta del hombre a la promesa divina por cumplir, que enlaza así el pasado con el futuro. Es como la fe multiplicada por el tiempo: no simple continuidad o constancia, sino apertura a lo nuevo. Si el cumplimiento es próximo o inminente, la esperanza se hace expectación. El gran teólogo de la esperanza en el AT es Isaías II. La esperanza del pueblo es ilimitada, la del individuo tropieza en el AT con el límite de la muerte: Ecl 9, 4; Job 6,11; 14. Por la esperanza, el hombre colabora activamente, esperanzado, mientras que la desesperación o su variante, la resignación, puede paralizar. La escatología expresa y cultiva la esperanza de Israel en los últimos siglos.

La *confianza* se puede distinguir cuando se centra en el presente; de lo contrario, se confunde con la esperanza. Los profetas denuncian la falsa confianza, en las alianzas, los jefes (Is 31,1; Sal 146,3), los bienes (Sal 62). La confianza en Dios es auténtica e invencible y es tema de muchos salmos (véase *Oración).*

Espíritu. La misma palabra hebrea significa el viento, el aliento animal, la conciencia. A veces significa lo inerte, insustancial (Job 7,7; 16,3). De ordinario, expresa el dinamismo más que la inmaterialidad, y puede ser cósmico o humano o divino.

El viento cósmico, aparte su carácter de meteoro, puede asumir un sentido casi mitológico (Ex 15; Ez 37); está al servicio de Dios como otros meteoros. En el hombre es el aliento vital (Gn 6,17), que Dios retira y renueva (Sal 104, 30); son las dotes, el carácter, la conciencia (Gn 26,35; Ez 11,5); en particular, es la valentía (Jos 5,1) y la acción decidida (Ag 1,14).

El espíritu de Dios en general representa su dinamismo y acción eficaz: acción creadora (Gn 1; Sal 33,6), en estrecha relación con el mandato eficaz; en particular, creador de vida (Sal 104,30); acción salvadora que excita y dirige a personas elegidas (Jueces); inspiración de los profetas (Nm 11,17ss; Ez 2, 2; 3,12). En la era escatológica el Mesías tendrá una plenitud de espíritu (Is 11,2; 61,1) y habrá una efusión universal de espíritu (Jl 3,1-2). Es raro que se llame santo (Sal 51,9; Is 63,10). En Sab 1 casi se confunde con la Sabiduría trascendente.

Exodo → Introducción a Ex → Salvación.

Expiación → Reconciliación.

Exterminio → Guerra santa.

Familia. Es núcleo de vida civil y religiosa. En tiempos patriarcales la familia abarca varias generaciones, ramas colaterales, empleados. La legislación (por ejemplo, Lv 18) tiene presente esa «gran familia». Es tema que domina en las narraciones patriarcales de Gn.

Como unidad social, cuenta en el censo y puede ser responsable en bloque (Nm 16; Jos 7), práctica que corrigen leyes posteriores (Dt 24,16). En la familia se transmite el lote de propiedad o heredad (véase *Tierra),* se transmite el nombre y a veces el oficio.

Las diversas relaciones familiares son tema frecuente de la literatura sapiencial: especialmente se habla de la educación de los hijos, de los deberes para con los padres, de la esposa, de la convivencia.

Estos temas pasan también a la plegaria (Sal 127; 128; 133; 144,12) y son

fuente de imágenes teológicas. La familia es la unidad cúltica de la fiesta de Pascua.

Fe. Actitud fundamental del hombre respecto a Dios. Es actitud inclusiva: por parte de Dios implica su fidelidad o lealtad; por parte del hombre exige entrega confiada. Se basa en una palabra de Dios que anuncia y promete; esa palabra puede estar garantizada por algún signo o por acciones previas de Dios; por eso la memoria y la alabanza robustecen la fe. Véanse Ex 14,31; 19,9; Dt 1,32.

Esta fe excluye la confianza en los ídolos, en poderes humanos, en los propios méritos; Abrahán es modelo de ella (Gn 15). Esa fe es base de la existencia del pueblo (Is 7,9) y también del individuo (Hab 2,4).

El concepto de fe se expresa frecuentemente en el AT con el término *yd*ʿ = conocer/reconocer a Dios, al Señor. Por lo que tiene de duradera y estable, la fe equivale también a la fidelidad del hombre respecto a Dios, en contexto de alianza o de promesa.

Fecundidad → Bendición.

Fidelidad. En las relaciones con Dios pertenece a la esfera de la fe.

En las relaciones humanas es cualidad fundamental, especialmente recomendada en la literatura sapiencial. Si es en las palabras, pertenece a la verdad y sinceridad. También se ejercita en las obras y es, sustentándolo todo, una actitud de relación interpersonal: uno se fía y es de fiar. Prov 3,3; 25,13; 27,6; Ex 18,21.

Fiestas. Véanse los calendarios de Ex 23,14-19; Lv 23; Dt 16. La fiesta de las primicias en Dt 26. Más tarde se introduce la fiesta de *Purim* (Ester) y de la nueva dedicación del templo o *Hanukka* (2 Mac 2). Además de estas fiestas institucionales se celebran otras ocasionales que no pasan al calendario.

Las fiestas suelen incluir una parte litúrgica: «asamblea sacra». Excepto la fiesta de la expiación, tienen un carácter alegre, festivo. Aunque en su origen fueran pastorales (pascua) o agrícolas (pentecostés, primicias), se convierten en conmemoración histórica.

El Dt insiste en el valor social de estas fiestas, de las que han de disfrutar todos por igual.

Fuego. En su relación con el hombre manifiesta su carácter polar: calienta la casa, prepara los alimentos, sirve al trabajo; es incendio, sequía, insolación; el fuego del cielo es el rayo (Eclo 39,26ss). Se emplea en el culto legítimo (Lv) y en el prohibido (Jr 32,35).

Por su riqueza de funciones, el fuego suministra varios símbolos religiosos. Puede ser parte de la teofanía (Sinaí; Sal 50,3; 97,3); simboliza una de las amenazas fundamentales a la vida (Is 43,2); la ira de Dios; y también la ejecución del castigo definitivo, sea de Sodoma (Gn 19; Dt 29,22-23; Sab 10,6) o de Jerusalén (Ez 10).

Por la acción de Dios, el fuego puede transmutar sus funciones: Sab 16, 15-29; 19,20-21.

Futuro → Tiempo → Esperanza.

Gehenna → Infierno.

Gloria. En el ámbito humano, la palabra hebrea que significa gloria significa también riqueza (Gn 31,1), honor y dignidad (Gn 45,3; Job 19,9).

Dicha de Dios, es su manifestación con majestad o poder. Es una especie de presencia invisible (Ex 33,18.22) o visible en símbolos o en acción. Es decir, suele tener carácter teofánico (Ex 16,7-10). Es presencia numinosa, que puede envolverse en oscuridad (Dt 5,21), puede apreciarse en el terremoto y en el orden, en la tempestad y la calma (Sal 29). También puede ser litúrgica: como presencia constante (Ex 40,34; 1 Re 8,11; Sal 63,3) o como manifestación concreta (Sal 50). Llena la tierra (Is 6,3) y está sobre el cielo (Sal 113,4), y también en el templo. Su carácter luminoso resalta en Is 24,23 y 60,1ss.

Dios no cede su gloria a nadie (Is 48,11), pero da de su gloria al hombre

(Sal 8). El hombre tiene que dar gloria = glorificar o reconocer la gloria de Dios (Sal 96,7), y no a los ídolos o a una imagen (Sal 106,20). Si no reconoce esa gloria con gozo y buena voluntad, habrá de reconocerla a su pesar.

Gobierno → Autoridades.

Gracia. En el plano humano, la palabra hebrea coincide bastante con la castellana: es lo que atrae el favor, gracia en el rostro, en el hablar (Prov 31,30) y es el favor otorgado y la actitud favorable, es conceder (Prov 14,31) y perdonar (Sal 37,21.26). También el hebreo pide «por favor» y pide «gratis» (Gn 29,15).

Dios concede su gracia o favor; es una de sus actitudes básicas con el hombre (Ex 34,6); actúa sobre todo perdonando y liberando. Sin mérito humano (Dt 9).

El hombre implora gracia, es decir, perdón o favores (Sal 51,3; 119,29); y da gracias por el favor recibido. Dios paga el agradecimiento con nuevos favores (Sal 138).

Guerra. Experiencia frecuente de Israel y hecho común, tanto que un autor dice: «En la época en que los reyes van a la guerra» (2 Sm 11,1). Josué presenta a Israel en guerra de conquista, atacando. Después la mayoría de las guerras de Israel son defensivas o consecuencia de una política de alianzas. De unos batallones de voluntarios (Jue 5) se pasa con Salomón a un ejército regular, armado al estilo de la época. Israel puede vencer a reyes vecinos, pero no puede enfrentarse con las grandes potencias: Asiria y Babilonia. Armas defensivas son escudo, coraza y yelmo; ofensivas son la espada, lanza, jabalina, honda.

En Israel se encuentra una vieja institución y una ideología de la «guerra santa». Es del Señor (Ex 17,16; Nm 21,24), porque el Señor lucha por Israel, no al revés; es santa por su dedicación, su nombre y sus ritos (Jl 4,9; Jr 6,4). Recogiendo datos sueltos se puede reconstruir este proceso: convocación o leva (Is 13,3), consagración o purificación cúltica; un oráculo anuncia la victoria (Jos 2,24). Dios acude a la batalla: en el arca que es su palacio (Nm 10,35-36), o se presenta en una teofanía de tormenta (Jue 5; Jos 10) para luchar por Israel (Ex 15,3; Jos 23,10); envía su pánico, que desbarata al enemigo (Ex 23,27); tiene sus escuadrones, que son los israelitas en tierra (Ex 7,4), astros y meteoros en la altura (Jue 5,20; Sal 18); y tiene sus armas. Al ejército de Israel unas veces le toca mirar inmóvil (Ex 14; 2 Cr 20), otras tiene que luchar; ésta es una de las principales tareas del rey (Sal 45,20-21).

Derrotado el enemigo, el pueblo consagra al Señor todo o parte del botín, algunos o todos los enemigos: es el *ḥerem* o exterminio sacro (Nm 21,1-3; Dt 20).

La guerra, en concreto la guerra santa, engendra una serie de imágenes militares aplicadas al Señor: ejemplo de síntesis son Hab 3 y Sab 5,17-23.

Pero la guerra no es un bien, sino una desgracia, un castigo (Dt 12,10), y a veces la guerra santa se vuelve contra Israel pecador. Así, la ideología de la guerra se va superando con la idea de la paz; la panoplia del Señor se vuelve metafórica (Is 62), su espada es escatológica y sirve para la ejecución de los rebeldes; el Señor vence a la guerra con la paz (Is 2,2-5; Sal 76,4).

Heredad, Herencia → Tierra.

Hermano. Introducción a Gn. El Dt extiende el nombre a todos los miembros del pueblo, ampliando los deberes de fraternidad. Hermana es título cariñoso que se da a la novia en Cant.

Hijo → Familia. El hijo varón continúa el apellido y en cierto modo la imagen paterna (Gn 5,3). El nombre se extiende a descendientes remotos. Metafóricamente designa al discípulo (Prov, Eclo).

El pueblo de Israel es hijo de Dios (Ex 4,22; Dt 14,1; Os 11,1); y el rey se considera adoptado por el Señor (Sal 2,7; 89,28). También el justo, como individuo típico (Sab 2,13; 5,5).

Himno → Oración.

Historia. Más que otros pueblos antiguos, Israel desarrolla una conciencia histórica, impulsado por la experiencia religiosa, iluminado por sus portavoces, jefes y profetas. La historia es espacio y medio de revelación de Dios, es historia de salvación. En la captación, el pueblo puede empezar por experiencias sueltas, que después se agrupan y llegan a un reposo, dibujando una figura significativa; para percibir la historia como acción de Dios hace falta su iluminación, que muchas veces se da por un intérprete (Dt 29,3).

La historia es en rigor lineal; pero el historiador sagrado quiere obtener algunas síntesis. Tales son los credos, cuyo contenido es histórico, los himnos (Sal 136); después vienen los ciclos y los grandes cuerpos (deuteronomista, cronista: véase introducción). Dentro de una etapa se descubren esquemas de recurrencia repetida, casi cíclica (Jue), y la apocalipsis posterior opera con períodos.

Israel canta y cuenta su historia, la medita y la vuelve a contar libremente, comentándola con recursos narrativos (= midrás; Sab 11-19). Además historifica las fiestas agrícolas y muchos símbolos míticos.

Su historiografía incluye la leyenda de familia o personaje, el canto heroico (a modo de romances), la épica, la crónica y también la ficción (Tob, Jud, Est).

Hombre. El hombre ante Dios es el gran tema de la Biblia; y como el hombre es imagen de Dios (Gn 1), también Dios es representado en imágenes humanas. Las principales dimensiones del hombre juegan en esta historia, pero no llegan a cuajar en una antropología sistemática.

El hombre tiene una carne, que indica lo débil y caduco, y un aliento o vida o espíritu, que representa lo dinámico. Lógicamente, los diversos miembros son fuente de imágenes y metáforas; algunos se consideran sede de diversas funciones: el corazón, sede del pensamiento; los riñones, de los sentimientos; las entrañas y el seno materno, de algunos afectos; los ojos, de la estimación.

El hombre es personal, inteligente y libre (Eclo 17), capaz de todo e insaciable (Ecl 1), capaz de relaciones con Dios. El hombre se desarrolla socialmente en la familia, el clan, el pueblo, las naciones. Todos los hombres comparten la misma condición; aunque Israel sea elegido, todos tienen las mismas aspiraciones y el mismo destino. Los autores israelitas se atreven a hacer afirmaciones generales y universales sobre el hombre, en la literatura sapiencial y en la reflexión histórica.

El hombre ocupa el puesto supremo en la creación (Gn 1; Sal 8), a la que está ligado en el conocimiento, la contemplación, el trabajo; pero esa creación lo desborda (Job 38ss) haciéndole conocer sus límites. Estos son múltiples, pero el definitivo es la muerte en un aspecto, el pecado en otro, ambos ligados.

El hombre bíblico actúa con profundidad y simplicidad de afectos y pasiones, que expresa sobre todo en la historia y en el culto; los salmos son un repertorio amplio de expresión humana, rica y auténtica. En las páginas narrativas aparecen muchas figuras, algunas de gran intensidad.

Ya Gn 4 nos presenta al *homo faber, homo ludens, homo politicus;* pero en el AT descuella el *homo loquens,* ser dotado de lenguaje.

Humildad → Pobreza → Soberbia. La humildad del hombre como actitud surge de la convicción que Dios atiende y exalta a los humildes; pero no en movimiento interesado, que haría de la humildad farsa. Se afianza con la percepción de que el hombre frente a Dios no puede gloriarse. Humillándose por el pecado (1 Re 21,27-29) o humillado en la adversidad (Sal 106,42), el hombre se abre a la misericordia de Dios.

Idolatría → Dioses falsos.

Imagen. El decálogo prohíbe la representación de Dios en imágenes (Ex 20,4-6; Dt 5,8-10; motivación histórica en Dt 4,15-23). En rigor, la imagen puede ser pura representación o lugar de la presencia (como los querubines sobre

el arca), no se identifica con el dios. Pero esa representación puede confundir al pueblo, puede introducir un Dios manipulable. Más tarde, en la escuela del Deuteronomio, se considera que cualquier intento de representar a Yahvé produce un ídolo.

En la polémica contra la idolatría, fuera y dentro de Israel, se simplifica el sentido y se considera que «la piedra y el leño» reciben adoración. Véanse Ex 32; 1 Re 12,25ss.

Intercesión → Mediación.

Ira. A ejemplo de la ira humana se representa la ira divina. Es su reacción personal y apasionada contra el pecado, su incompatibilidad con él, sea pecado contra Dios o contra el hombre. La ira de Dios toma a veces aspecto de sentencia judicial y de ejecución (Ez 38,18-23). Puede dirigirse contra los enemigos y también contra el pueblo, por su infidelidad (Is 9; Sal 79).

Instrumentos de la ira son la vara, que dice castigo limitado (Is 10,5), y el fuego, que denota el castigo definitivo (Ez 22,17); además se habla de la mano (Is 5,24), la espada y otras armas cósmicas de la teofanía. La ira alcanza a personas, pueblos e incluso al cosmos (Dt 32,22).

A veces parece que la ira de Dios es injustificada (Ex 4,24; Nm 22,22 en la presente redacción). En realidad, es magnánimo, paciente (Sal 86,15; 103,8; 145,8). La ira se acumula hasta que llega al colmo y sucede un «día de ira» (Sof 3,15).

Jerusalén. La antigua Urusalimu, la ciudad cananea de Melquisedec y Adonisedec, fue audazmente conquistada por David, quien la convirtió en capital del reino unido. Esta elección queda ratificada por Dios, y Jerusalén se convierte en la ciudad elegida (2 Sm 5).

En lo civil, es la capital, el centro del gobierno y la justicia (Sal 122), centro de unificación (que dura poco). En lo religioso, es la ciudad del templo, donde el Señor está presente en medio de su pueblo, lo bendice y protege.

La dimensión civil y religiosa se conjugan haciendo —según uso antiguo— de la capital el símbolo o encarnación del pueblo, en la doble imagen femenina de joven hermosa y madre fecunda y acogedora. Este simbolismo es ampliamente explotado en profecías escatológicas (especialmente Is 49; 52; 54; 60; 62; 66). En el reino escatológico, Dios reinará en Sión (Is 25; Zac 9, 9), y todas las naciones acudirán a ella (Zac 9,14), incluso será la cuna de pueblos extranjeros (Sal 87).

No es extraño que muchos salmos tengan por tema a Jerusalén o al monte Sión: 46; 48; 68; 76; 125; 128; 137.

Jubileo. Véase Lv 25,8-17.29-31. Esta ley tardía, real o ideal, expresa la convicción de que el Señor es dueño de la tierra, la reparte entre todo el pueblo y no quiere la acumulación de tierras en manos de pocos (Is 5,8-10). Emparentada con ésta existe la ley de remisión de esclavos (Dt 15).

Juicio. La sociedad israelítica conoce el juicio bilateral, en que dos discuten su causa en presencia de los ancianos (testigos notariales), y el juicio trilateral, en que dos llevan su pleito a un juez (Dt 1,16-17); es posible la apelación a un tribunal civil superior, al tribunal del templo (Dt 17,8-13) y al juicio de Dios en forma de ordalía (Nm 5,11). El rey puede ser parte de un juicio bilateral (1 Sm 24 y 26: David con Saúl), y tiene como función específica juzgar como juez (1 Re 3: juicio salomónico).

Una legislación, más repetida y motivada que diferenciada, quiere proteger la justicia de los tribunales contra partidismos y soborno, falsos testimonios y precipitación (Ex 23,1-9; Dt 16,18-19). Y hay salmos apasionados que gritan contra la injusticia de los tribunales (58; 94).

El juicio es uno de los símbolos o esquemas más frecuentes y más desarrollados para explicar la acción de Dios en la historia. Dios entra en juicio bilateral: contra el Faraón (Ex 9,27) y contra su pueblo, incluso en forma litúrgica (Sal 50-51; 81); esto constituye una de las formas de la denuncia profética. También actúa como juez en el pleito o lesión de la justicia entre hombres (Gn 30,42ss): sea que el hombre apele a Dios o que el responsable se desentienda.

Dios dirige la historia interviniendo con «juicios» o sentencias ejecutadas, y el acto final, antes de la instauración de la teocracia escatológica, tendrá la forma de juicio (véase introducción a Is 24-27). Son días del Señor y el día del Señor.

Las piezas del proceso aparecen libremente: Dios denuncia, juzga, sentencia y ejecuta la sentencia, o se la encomienda a otro. De este modo «hace justicia» defendiendo el derecho del oprimido, manifiesta su justicia imparcial, pero no neutral, restablece la justicia en la sociedad humana. La justicia vindicativa de Dios se llama a veces venganza (Sal 94). Sobre la justicia retributiva → retribución.

A veces el hombre quiere enjuiciar a Dios o vérselas con él en un juicio bilateral (véase introducción a Job).

Juramento. Se jura por el propio o los propios dioses, por eso el juramento implica una profesión de fe. El israelita sólo puede jurar por el Señor (Dt 6,13; Jr 12,16); pero no puede invocar el nombre del Señor para apoyar un testimonio falso (Decálogo). También se jura por la vida del otro (2 Sm 15,21). El juramento se usa en contratos y pactos (Gn 21,22; Ez 17,13-21), deposición o acto judicial (Dt 21,1-9). El perjurio está condenado (Lv 19,12).

También Dios jura: por sí mismo, por su vida, por su santidad (Ex 32, 13; Am 6,8; Sal 89,36).

Justicia. Es una de las ideas centrales del AT: tema de la Ley y de la súplica, de la esperanza y del ideal. Por eso aparece en todos los cuerpos del AT, con gran abundancia de paralelos, especificaciones, contextos; pero no se traduce en una exposición conceptual sistemática. Incluye lo que nosotros llamamos justicia distributiva, retributiva, vindicativa y también la justicia social y los derechos del hombre. Tanto que muchas veces no se distingue de la misericordia y el amor.

Es el respeto concreto y eficaz de los derechos de todos, en particular de los débiles, y se funda en la hermandad de los hombres (con frecuencia, restringida a Israel); también tiene en cuenta el «derecho de gentes» (Am 1).

Es tarea de todos y brota de la conciencia: es corriente llamar «justo» al hombre honrado; al justo se opone el injusto (en términos forenses, inocente y culpable), y en Prov la oposición se relaciona íntimamente con la oposición sensatez-necedad.

Es tarea específica de los jueces (→ Juicio), de los gobernantes (Sab 1, 1ss; 6,1-10), del rey (Sal 44; 72); la justicia es el programa político de Absalón (2 Sm 15,1-6). Hacer justicia equivale a defender los derechos, en el tribunal o fuera.

Dios establece la justicia en Israel respaldando una legislación que pretende ordenar las relaciones de los ciudadanos como parte de la alianza. A los profetas toca denunciar las injusticias que cometen los israelitas, especialmente los poderosos (Amós y Miqueas), incluso el rey (2 Sm 12).

Justicia y culto. Cuando falta la justicia, el culto queda vacío, deformado, se vuelve execrable y criminal (Sal 50; Is 1,10-20; Eclo 34-35). Practicar la justicia está íntimamente ligado con conocer al Señor, al verdadero Dios, que ama la justicia (Jr 22,16; Is 45,21-24); mientras que los falsos dioses no defienden la justicia y son destronados (Sal 82); viceversa, el falso concepto de Dios trae la injusticia (Sab 1,1; 14,22-31). Dios hace justicia al débil y al oprimido, y así quiere ser reconocido.

Dios restablece la justicia en sus juicios históricos. En la era final o mesiánica implantará un reino de justicia en la tierra: Is 11,3-5; 32,1-3.15-18.

Levita → Sacerdote.

Ley. Como colectivo y genérico incluye decretos, preceptos, mandatos, órdenes, estatutos, etc. El AT considera la Ley como institución divina, aunque de

hecho sus códigos recogen mucho de la legislación de otros pueblos y de los consejos sapienciales.

En el orden cósmico Dios da sus leyes estables o sus órdenes específicas a las criaturas, cielo (Sal 148,6), mar (Prov 8,29), meteoros (Job 28,26), astros (Jr 31,35), universo (Jr 33,25).

Se supone que otros pueblos están sometidos a la ley de Dios; el AT no se refiere a ella, sino a la Ley positiva que ha recibido del Señor y que considera ligada a la alianza. A esa Ley fundamental se añaden las órdenes específicas comunicadas por sacerdotes y profetas.

El Pentateuco contiene tres códigos legales: el Código de la Alianza (Ex 20,22-23,33), el deuteronómico (Dt 12-26) y el de Santidad (Lv 17-26). Por el estilo se distinguen las leyes apodícticas: breves, categóricas, sin matices, y las casuísticas, que presentan y cualifican el caso; también hay que distinguir las que se redactan con sanción o sin ella. También hay algo que se puede llamar Ley consuetudinaria, y se expresa: «Eso no se hace en Israel» (2 Sm 13,12).

La respuesta fundamental a la Ley es el cumplimiento, la observancia. A lo cual conducen algunas actitudes y actos: recordarla (Dt 6), meditarla (Sal 1,2), inculcarla con sus motivos (Dt 1,5). Y amarla, según Sal 119, que amplifica sin cansarse el tema.

En la Nueva Alianza Dios grabará internamente su Ley (Jr 31,33). Imágenes comunes de la Ley son camino y luz.

Libertad, liberación. La libertad psicológica de elección está claramente afirmada y constantemente supuesta en la responsabilidad del individuo y de la comunidad ante Dios (Eclo 15,14-17; Dt 30,15.19). El pueblo ha de aceptar libremente la alianza (Ex 19; Jos 24), y Dios pone a prueba al pueblo para que decida y se manifieste (Dt 8).

En sentido social, libertad es la condición opuesta a la esclavitud. La legislación del AT admite la esclavitud y la regula con leyes humanitarias (sobre todo en el Dt). Se distingue el esclavo comprado, vendido para pagar una deuda, y el nacido en casa; para los primeros está la ley de la remisión (Dt 15); entre los segundos encontramos algunos con funciones importantes en la casa (Gn 24).

En sentido político, la libertad equivale a la independencia: se opone a vivir en un territorio como vasallos, con cierta autonomía, y vivir sin territorio ni derechos en medio de un pueblo opresor. Esta es la situación de los israelitas en Egipto (Ex 1 y 5), y de ella arranca la gran historia de la liberación → salvación. El vasallaje fue condición frecuente de los israelitas en Palestina respecto a los grandes imperios.

Libro. Antiguamente escribían en tablillas de barro y en losas (decálogo), más tarde emplearon el pergamino y después el papiro. Libro equivale muchas veces a escrito, documento, protocolo. Se escriben algunos contratos (Jr 32), el protocolo de la alianza (Dt 24,1), oráculos sueltos o reunidos (Is 8,16; Jr 36), narraciones épicas o religiosas (Jos 10,13), anales y crónicas reales (Re), cartas (1 Re 21,8), etc.

Después del destierro se comienza la compilación de los escritos sagrados, que empiezan a ser Escritura canónica con autoridad. A ello se refiere 1 Mc 12,9.

Se habla del libro del destino (Sal 139,16); del registro (Jr 22,30; Sal 87); del libro de las obras que sirve para juzgar (Dn 7,10), del libro de los vivos (Ex 32,32).

Limosna → Dar. Se recomienda alguna vez en libros antiguos (Prov 3,27s; 22, 29; 28,27); se convierte en práctica importante en tiempos posteriores (Tob 4, 6-11).

Luz. Luz y oscuridad fundamentalmente se ofrecen a la experiencia en el ritmo de día y noche (Gn 1), aunque también la luna y las estrellas tienen su luz. Luz y oscuridad son sobre todo símbolos profundos y ricos: la cárcel equivale a la oscuridad, incluso físicamente; el mundo de los muertos es la región de la oscuridad (Job 10), y ver la luz equivale a vivir (Job 33,30); luz es la prosperidad (Job 22,28).

Dios es luz y fuente de luz, su gloria es luminosa; ilumina su rostro mostrando benevolencia (Nm 6,25; Sal 31,17); ofrece la luz de su Ley (Is 2, 2-5; Sab 18,4). Castiga con la oscuridad (Am 8,9; Sab 17).

En el tiempo escatológico habrá un crecimiento de luz (Is 30,26), una aurora sin término (Is 60; Zc 14,7).

Magia. Con actividades emparentadas, según Dt 18. La magia de los otros pueblos fracasa frente a Dios: los magos de Egipto (Ex 6,8), el adivino Balaán (Nm 22-24); también fracasa en Babilonia (Is 47,12). A los israelitas se les prohíben todas esas prácticas (Ex 22,17, hechicera; Lv 19,31; Dt 18,10-11). Pero la práctica persistió a pesar de prohibiciones (1 Sm 28; Ez 13; Is 8).

Maldición → Alianza.

Maná → Desierto. Y el midrás de Sab 16,20-29.

Mar. Componente del universo en la división tripartita. El hombre domina el mar en la navegación (Sal 107,23-32; Jonás), especialmente con fines comerciales (prototipo, Tiro: Is 23; Ez 26-27). En el mar siente el hombre su vida amenazada, y así se convierte en realidad y símbolo de poder hostil (Ex 15,8; Sal 69,3.16); también hostil a Dios (Sal 93).

El mar es también símbolo de plenitud (Is 11,9), que el hombre contempla admirado (Sal 104,25; Eclo 43,23-26). → Agua.

Matrimonio. Se considera institución de Dios en Gn 1 y 2. → Amor.

Legislación: se admite la poligamia y el tener concubinas, también el divorcio está admitido y regulado (Dt 22,13-19.28-29; 24,1-4). La ley del levirato (Dt 25,5-10) intenta asegurar descendencia legal a uno que muere sin tener hijos. En tiempos antiguos se permitían los matrimonios mixtos, con extranjeras; Dt 7,3 los prohíbe, y esta ley se aplica rigurosamente por Esdras y Nehemías. El incesto está prohibido en una serie de grados (Lv 18, 6-18). El adulterio incluye siempre una mujer casada, y es delito gravísimo de injusticia.

La ceremonia de la boda no era religiosa, sino familiar (Tob 7,13-14). Los libros sapienciales abundan en reflexiones sobre el matrimonio: Prov 5,15-19; 31; Eclo 26,1-4.13-21.

Sobre el simbolismo matrimonial, véase *amor*.

Mediación. Dado que Dios actúa de ordinario en los hombres por medio de hombres, el oficio de mediador aparece con frecuencia en el AT. El mediador tiene una función descendente y otra ascendente. De parte de Dios trae a los hombres su ley, su palabra, su mensaje, su bendición, su signo o milagro, su alianza; de parte de los hombres levanta a Dios la intercesión, el sacrificio, la acción de gracias.

Varios oficios incluyen una función mediadora: el sacerdote, el rey, el profeta, el juez, otros jefes; el pueblo de Israel es un mediador entre Dios y las otras naciones, como espacio de revelación y atracción. De una manera especial será mediador el Siervo del Señor.

Entre los mediadores más ilustres aparecen Abrahán (Gn 18) y Moisés (Ex 32; Nm 14). Más tarde se personifican la palabra, el espíritu, la sabiduría, como mediadores de Dios para los hombres.

Memoria. Dada la importancia de la historia, la memoria se convierte en facultad teológica. Recordar las acciones de Dios es un deber de gratitud y una obligación; el olvido es culpable y peligroso (Sal 78). La memoria se convierte en dinamismo, que influye en la acción presente y sustenta la esperanza. En cambio, se rechaza la memoria como nostalgia paralizante (Is 43,18-19); y también la simple repetición rutinaria (Is 29,13).

También a Dios se le atribuye la memoria (Sal 98,3): recuerda su alianza (Ex 2,24), su compasión (Sal 25,6) y también el pecado humano (Sal 137,7).

Mentira → Verdad.

Mérito → Gracia.

Mesías. La palabra hebrea significa ungido: se aplica al sumo sacerdote, al rey, a los patriarcas con su familia (Sal 105,15), a Ciro.

En sentido técnico designa a un futuro personaje, salvador de la era venidera o definitiva. Ese personaje de ordinario no se llama mesías en el AT; es una convención de la lectura posterior de la Biblia, en clave de expectación antes de Cristo y con la perspectiva del cumplimiento después.

En sentido amplio, se pueden considerar como profecías mesiánicas: Gn 3, 14; 9,24; 12,1; 49,8-12; Nm 24,15-19; 2 Sm 7,13-16; Sal 2,7; 16,10; 110,4.6; Am 9,11-15; Is 7,14-15; 9,1-6; 11,1-9; 2,2-5; 53; Jr 23,45; 31,21; Ez 17; 21, 30-32; 34,23; 37,22-25; Zac 3,8; 6,11-13; 9,9-10; Mal 3,1; Dn 7,13.

Cuando el tiempo escatológico tiene un mesías se puede hablar de mesianismo estricto; hay veces en que no se menciona el mesías en tal contexto, y entonces tenemos una escatología sin mesías (algunos dicen mesianismo sin mesías).

Sus caracteres dispersos son: rey de la dinastía davídica, sacerdote, siervo paciente, hombre celeste. Vendrá en el tiempo último y definitivo para instaurar el reino de Dios → Escatología.

Milagro → Signo.

Misericordia. La misericordia de Dios es casi la cualidad dominante de Dios respecto al hombre; incluye los aspectos de compasión, ternura, clemencia, piedad, paciencia, tolerancia. En rigor, todo beneficio de Dios al hombre tiene carácter de misericordia, pues no se basa en derechos o méritos humanos.

Entra en la definición de Dios: Ex 34,6; Sal 86,15; 103,8. Su extensión es universal (Jonás); su duración, eterna (Sal 136, con el estribillo común en la liturgia). Motiva la plegaria y funda la confianza. Difiere el castigo, lo mitiga y aun lo suspende, y triunfa liberando al necesitado. La misericordia es el arco postrero que abarca todas las etapas históricas y establece la última: porque la misericordia de Dios hace posible la conversión y real la transformación del hombre.

El hombre debe ser misericordioso con su prójimo: Prov 3,27; 20,28; Eclo 40,17; Sab 12,19.

Moisés. Cf. introducción a Ex.

Antes de la vocación y misión ensaya y realiza por adelantado un éxodo; recibe la revelación de Dios, la llamada y la misión. Esta comienza en Egipto, se desenvuelve en el desierto, se quiebra al llegar a la tierra (cf. introducción a Dt). Tiene que liberar y guiar, es mediador de la alianza y la Ley, tiene palabra profética, intercede por el pueblo, es confidente de Dios. La tradición israelítica lo ha visto como caudillo, profeta (Dt 18) e incluso sacerdote (Sal 99,6). Lo ha considerado autor literario que narra, legisla, anuncia y predica.

Montaña. En oposición a Egipto y Babilonia, Palestina es región de montañas. La montaña es símbolo frecuente del espacio divino: monte Safón, Olimpo; por eso coloca Ez 28 el paraíso en una montaña divina. La montaña es el lugar privilegiado de la manifestación divina: Sinaí (pero Ezequiel la recibe en un valle). De modo especial, el monte Sión es escogido como residencia del Señor: por lo cual lo envidian las otras montañas (Sal 68,16-17). Y el reino escatológico se implantará en una montaña (Is 2,2-5; 11,9).

En cerros y alturas quiere el hombre dar culto a Dios: al principio estaba permitido; Josías prohíbe semejante práctica y centraliza el culto.

Las montañas representan también lo estable y duradero; por eso es sorprendente que salten (Sal 114) a la vista de la salvación, y es terrible que tiemblen bajo la acción de Dios (Job 9,5). También son símbolo de la soberbia humana (Is 2,14).

Muerte. La realidad biológica se hace más trágica cuando es violenta o prematura. La muerte puede ser castigo: pena capital de varios códigos (Lv 20; Nm 35), pena infligida o conminada por Dios (Gn 18). Gn 2,17 habla de una prohibición con pena capital, es decir, de muerte violenta y prematura

(nada dice de una inmortalidad previa); y Eclo 17,1-2 considera que el hombre fue creado mortal. En cambio, Sab 1,13-16; 2,23-24 afirma que la muerte no es originaria, sino consecuencia de la «envidia del diablo» y del pecado.

En todo caso, el hombre reconoce y lamenta su condición mortal: Job 14; Eclo 41,1-3; Sal 90; la muerte lo relativiza todo según el Eclesiastés.

Dios puede curar al enfermo y diferir la muerte (salmos). Cuando el hombre muere baja al reino de la muerte, infierno, abismo o seol. Es reino de oscuridad, subterráneo, donde el hombre continúa una existencia que no es vida, está lejano de Dios y no lo alaba (Sal 88; Is 38,11.18). A veces la muerte está míticamente personificada (Is 28,15). El hombre debe ser enterrado; quedar sin sepultura es gran deshonra (2 Sm 21,12; 1 Re 14,11). Otras descripciones poéticas en Is 14 y Ez 32,17-32.

La muerte puede ser superada por el poder de Dios: la esperanza está entrevista en Sal 49; 73; Is 25,8; 26,19; 53; 1 Sm 2,6; está afirmada en Dn 12,2; 2 Mac 7; el libro de la Sab la defiende como pieza central de su doctrina sobre la justicia.

Mujer. Desempeña un papel importante en el AT. Ante todo, pertenece a la creación inicial de Dios; el hombre es originariamente bisexual. Para bien y para mal, está presente en la historia: Eva en el paraíso; Sara y Agar, Rebeca, Raquel y Lía en las historias patriarcales; Séfora, mujer de Moisés; en la época de los jueces, Débora y Jael, Dalila; en tiempo de la monarquía, Betsabé, Tamar, Abigail y Micol, la mujer sabia de Tecua, la intrépida Rispá (2 Sm 21); Jezabel y Atalía; en la ficción, Rut, Sara, Judit y Ester.

La maternidad es su aspecto dominante, aunque también se resalta la belleza de la novia, la seducción de la prostituta. Los diversos aspectos se prestan a usos simbólicos: la novia y la matrona representan la capital y al pueblo; la prostituta, a la nación infiel; la viuda, como clase social desvalida, puede representar al pueblo en su desgracia.

Nunca en Israel se admite una diosa consorte de Yahvé, sino que se atribuyen a Dios aspectos maternales (Sal 131; Is 45,10; 49,15).

Matrimonio → Amor.

Mundo. El hebreo designa el universo con la bina cielo y tierra, a la cual añade a veces el mar o las aguas. Su visión física del universo es muy elemental; se puede apreciar en Gn 1 y Job 26; 38.

Es una visión horizontal en niveles (Sal 148): en el cielo (reino de Dios, Sal 135) están los astros como criaturas animadas; más abajo están los meteoros, y en la capa inferior vuelan las aves; la tierra se llena de plantas (que nunca se llaman vivas) y de → animales, y es el reino del hombre; el mar está alrededor o al lado, y está poblado de peces; hay un océano subterráneo que aflora en fuentes y corrientes; una capa subterránea es el reino de los muertos.

Es un mundo dinámico: creado al principio por Dios (→ Creación), sometido a leyes que obedece, diferenciado en oposiciones y especies; resultado de una sabiduría artesana que actúa y se revela en él. Está ofrecido al hombre para el dominio, pero el hombre se siente desbordado por su inmensidad. El hombre se abre a su contemplación y estudio: Sal 104; Prov 8; Eclo 1; 42-43; Job 38-41.

Los libros de la Sabiduría y de los Macabeos introducen el concepto griego de *kosmos*.

Música. Gn 4 coloca en la época primitiva la invención de los instrumentos musicales. Canto e instrumentos aparecen sobre todo asociados al culto de Israel, en Salmos y en las Crónicas (cf. introducción). También está presente en los banquetes (Eclo 32).

Tiene valor terapéutico (1 Sm 16,23); pone en trance al profeta (2 Re 3,15). Es posible que algunos oráculos proféticos fueran cantados (Is 5; Ez 33,33); al menos en sus letras imitan formas populares (Is 23; 27). Sab 19,18 usa una sugestiva imagen musical.

Niño → Hijo. En la familia forman categoría aparte. Es crueldad máxima en la guerra estrellar a los niños (Os 14,1; Nah 3,10). El motivo popular de los cuentos, el pequeño o el menor o el niño que triunfa, se encuentra en Saúl, David y Samuel.

En las relaciones con Dios: Dios muestra su ternura paternal (Os 11; Dt 8), el hombre responde con confianza infantil (Sal 131).

Es notable el protagonismo del niño en oráculos mesiánicos: Is 7,14ss; 9 y 11.

Nombre. Como entre nosotros, el nombre sirve para la identificación: de una especie (nombre común, Gn 2), de una colectividad (pueblos), de un individuo (nombre propio), de una persona. La persona da o pone su nombre a un objeto como signo de pertenencia (marca, propiedad). El nombre sirve para el conocimiento y reconocimiento, para la llamada que establece contacto. También hay nombres de oficios o dignidades que llamamos títulos (Is 9,3); y el «nombramiento» para un nuevo cargo puede incluir un cambio de nombre. El nombre sirve para la leva y el registro «nominal». El nombre es también el «renombre» o la fama, que se dilata y sobrevive (Gn 6,4; 11,4), mientras que el nombre se prolonga en los hijos convirtiéndose en apellido. Uno puede actuar en nombre propio y en nombre ajeno; en nombre propio equivale a personalmente.

Todos estos usos se aplican al nombre personal de Dios, que es YHWH (comúnmente pronunciado Yahvé), mientras que *elohim* es nombre común de la divinidad. *Yhwh* revela su nombre para la identificación, para la invocación, para el juramento, para la bendición; el hombre tiene que reconocer por el nombre la persona, su identidad; tiene que respetar ese nombre atribuyendo por él a la persona la gloria y la santidad; no puede invocar ese nombre para un juramento falso. Dios da su nombre, en señal de posesión, a un altar, un templo, un pueblo; el hombre graba ese nombre.

En nombre del Señor habla el profeta (Ex 5,23; Jr 26,20) y lucha el soldado (1 Sm 17,45). En algunos textos el nombre se usa como realidad mediadora de la presencia de Dios (Dt 12,11; 14,23). Muchos hombres llevan nombres teofóricos.

El *nomen omen* es un motivo literario muy frecuente: en textos de anunciación o nacimiento (Is 7,14; 9,1-5) y en muchos comentarios sobre el destino de personas o ciudades (Babel, Gn 11; la serie de Is 10,28-34).

Nube. Es uno de los signos teofánicos, que muestra y encubre la presencia de Dios: Ex 13,21; Jue 5,4; se ve en el Sinaí (Ex 19,16ss) y en el templo (1 Re 8,10), donde la recrea el incienso (Lv 16,13). Poéticamente, es la carroza o la tienda del Señor (Sal 18,10,12).

Números. Varios números tienen valores cualitativos además de cuantitativos: el dos, de la división; el tres, de lo divino; el cuatro, de la totalidad creada; el siete y ocho, de perfección o totalidad; el diez, lo mismo; el doce, de las tribus; el cuarenta, de una generación o una etapa.

Poetas y narradores emplean con frecuencia números implícitos como patrones de construcción, con valor estático o dinámico, o también señalando una palabra o motivo dominante.

Lo innumerable desborda al hombre y puede ser signo de lo divino (Sal 139,17-18).

Obediencia → Ley.

Oblación → Culto.

Obstinación. Es la actitud humana consolidada, «endurecida», que rechaza la palabra de Dios; como actitud, es resultado de un proceso dialéctico, que aumenta la gravedad y la dureza; puede ser individual y colectiva (Jr 9,13; 13,17; Dt 29,18). En un sentido es causante el hombre, por su reacción repetida; en otro es causante Dios, que vuelve a enviar su palabra; las dos versiones están registradas en el AT.

Ofrenda → Culto.

Oración. Es actividad central del hombre en el AT; por eso abarca las más variadas situaciones, expresa múltiples afectos, trata de múltiples temas (cf. introducción a Sal).

Predomina la oración como parte del culto o liturgia, y, por tanto, la oración colectiva; pero también el individuo reza en el templo, en casa, en diversas ocasiones de la vida.

También son múltiples las formas: desde la simple invocación y grito hasta la elaborada reflexión. El hombre adora con sumisión, alaba con gozo, pide con confianza, se desahoga con sinceridad y hasta reclama a Dios con audacia. Acompañan a la oración algunos gestos: extender o levantar las manos, postrarse, la procesión y la danza. Las oraciones que conservamos son por lo general obras poéticas, algunas destinadas al canto.

La oración se dirige exclusivamente al Señor. El hombre pide por sí o por otros (intercesión).

Oráculo → Profeta.

Orden. El orden de la creación está establecido por actos de separación que distinguen y asignan puestos y funciones, hasta distinguir especies (Gn 1) con sus nombres correspondientes. Es un orden dinámico, de movimiento y función (Eclo 33,1-15; 39,16-35), que se puede concebir como ley de la naturaleza.

El hombre se ordena en la sociedad por las instituciones y leyes de Dios. La armonía de la creación y del templo (Ez 43,11) reprochan al hombre su desorden y le infunden un deseo de renovación (Sal 104; 19).

Oscuridad → Luz.

Padre → Hijo → Familia.

Paganos. Son las otras naciones en cuanto opuestas al pueblo elegido. La actitud de Israel frente a ellas es más bien negativa, con variaciones históricas.

Israel se siente oprimido por Egipto y Babilonia, amenazado por Asiria y otros pueblos; está igualmente amenazado por la infiltración cananea, pueblo idólatra y de perversas costumbres (Lv 18,24.28; 20,23). La actitud de Israel es de separación (Nm 23,9), que puede llegar al aislamiento de Esdras-Nehemías; de recelo y condena, que se expresa en los oráculos proféticos contra las naciones.

En contraste aparecen las abundantes relaciones promovidas sobre todo por Salomón: comerciales, artísticas, literarias. La cultura circundante influyó profundamente en Israel, lo cual fue una bendición mezclada de maldición; con la cultura penetra el sincretismo religioso y la nación se enreda en las alianzas políticas.

Algunos israelitas ocupan puestos importantes en cortes extranjeras: José, en Egipto; Nehemías, en Persia; la ficción recoge el tema: Tobías, Mardoqueo, Daniel.

En la era escatológica habrá un asalto de naciones aliadas, pero la vocación se extenderá a todas las naciones (Is 2 y 3, Zac), consumando así la actitud abierta de Jonás y otros.

Palabra. Sobre el lenguaje humano no hay mucha reflexión explícita. Gn 2 presenta el primer nombrar de Adán, Gn 11 explica la diversidad de las lenguas. Se reconoce la importancia suma del lenguaje; por eso sapienciales y códigos legales insisten en la veracidad y previenen contra pecados de maledicencia.

La palabra de Dios llena el AT, y en la reflexión posterior todo él es palabra de Dios. Siguiendo el esquema de alianza podemos distinguir: una palabra que narra, otra que manda, otra que sanciona conminando y prometiendo. Los profetas actualizan la primera interpretando la historia; la segunda, comunicando órdenes concretas; la tercera, con sus oráculos de condena y sus promesas, hasta la promesa escatológica.

La palabra es activa y eficaz en la historia: llega, se cumple; a través del hombre o a pesar de él. Registrada por escrito puede alcanzar futuras generaciones.

Algunos autores (sobre todo de la escuela sacerdotal) introducen a Dios hablando en sus narraciones para representar su intervención en la historia.

Paraíso. Gn 2-3 habla de un parque de recreo más que de un jardín; Ez 28, 12-19 lo coloca en la montaña sagrada de los dioses. Algunos textos de restauración o escatológicos aluden a un nuevo paraíso en el desierto (Is 41,19) o en el monte del Señor (Is 11,6-9).

Pastor. En Israel, la cultura pastoril coexiste con la agrícola muchos siglos; Gn 4 proyecta esa coexistencia y contraste a Caín y Abel. Los recabitas excluyen la agricultura (Jr 35).

Es corriente considerar al rey como pastor del pueblo, especialmente David (1 Sm 17; Sal 78,71.72); en general, los que gobiernan al pueblo (Ez 34).

Dios recibe el título de pastor de su pueblo (Os 4,16; Is 40,11; Sal 23). También el Mesías tendrá el título de pastor (Jr 23,1-8; Mic 5,3).

Patriarca → introducción a Gn 12.

Paz. Es un concepto que pertenece al orden familiar, social, político y religioso. No sólo dice ausencia de guerra, sino que incluye de algún modo la prosperidad, plenitud, bendición de Dios.

Hay una paz cósmica (Os 2,20; Is 11) y una paz histórica (Lv 26,6); el reino mesiánico será reino de paz (Is 9,5), sin guerras (Is 2,2-4), por acción del Mesías (Mic 5,1-3).

Hay una paz falsa, que es la injusticia establecida (Jr 6,14; Ez 13,10-12); porque la verdadera paz está ligada a la justicia (Sal 85,11; 72,3; Is 60,17).

Pecado. Numerosos términos emparentados quieren describir esa realidad que separa al hombre de Dios (Is 59,2): pecado, delito, culpa, rebelión, transgresión, abominación; tres metáforas significativas son: la mancha (más bien de orden cúltico), el fallar o marrar, y la transgresión que supone una orden o la alianza.

En su aspecto psicológico, el pecado es responsable porque es acto libre; a veces se da el pecado por inadvertencia, que la ley cúltica quiere hacer consciente. El proceso completo del pecado incluye una tentación externa o interna, un consentimiento, una ejecución, de donde puede arrancar la conversión o el endurecimiento. La literatura profética ofrece abundantes ejemplos de ello.

Hay pecados individuales y los hay colectivos. Como en el bien, también en el mal hay una solidaridad del grupo o de la cadena histórica (Sal 106,6); por eso hay confesiones de pecados históricos (Dn 9). También a esta responsabilidad colectiva apelan los profetas.

Se dice que el hombre peca contra Dios en cuanto que es infiel a la alianza (Os 8,1), o bien porque Dios se siente ofendido cuando se ofende al hombre (2 Sm 12); aunque el hombre no hace daño positivo a Dios (Jr 7, 18ss; Job 35,6), con todo, Dios no es neutral, se irrita, se encoleriza.

El pecado puede acarrear una desgracia, en una especie de dialéctica inmanente a los sucesos (Jue 9); se opone a la vida, que quita o disminuye (Jr 17,11; Ez 24,6); y también afecta a la tierra (Is 24,20).

El pecado tiene su origen en una desobediencia de los primeros hombres, crece poderosamente hasta la elección de Abrahán. La monarquía del norte nace tarada con el pecado de Jeroboán; en la monarquía del sur rebrota el pecado ancestral (Ez 16); también los cananeos llevan una maldición original (Sab 12,11).

Penitencia → Conversión.

Perdón. El Señor es el Dios del perdón (Ex 34,7; Sal 99,8; 103,3), que perdona los pecados por su nombre y fama, por su bondad y misericordia, por algún antepasado ilustre (Abrahán, David), por un grupo de justos en una colectividad (Gn 18; Jr 5,1).

De ordinario, el hombre pide perdón de sus pecados, reconociéndose y cambiando de conducta; sin estas condiciones Dios no perdona (Jr 5,7.9.29). Dios perdona: sepulta el pecado, no lo apunta (Sal 32,1), lava, borra, aparta (Sal 51), aleja (Sal 103).

El perdón será uno de los dones escatológicos (Jr 31,34).

Pobreza. Como hecho está descrita en Job 24,2-12: es un mal y una desgracia, no un valor. Causas: puede ser la pereza o despilfarro culpables (Sal 6,10-11; 23,21); muchas veces la causa es la codicia ajena, la opresión y explotación, contra la cual hablan duramente los profetas, especialmente Amós, Miqueas, Isaías. En la ordenación social se consideran pertenecientes a la clase de los necesitados de modo especial los huérfanos, las viudas y los emigrantes.

Para remediar la pobreza hay una legislación que exige o inculca el cuidado de los pobres, la defensa de sus derechos (→ Justicia), la limosna y la compasión (Ex 22,21-24; 23,6.1); Dt 15,7-11); a ello se añaden las recomendaciones de los sabios. Dios mismo respalda esa legislación y sale por los derechos de los pobres (tema frecuente en los salmos).

Sof 3,12 identifica el resto salvado con los pobres, y Sal 37,11 pronuncia una bienaventuranza para ellos. Parece basarse en la experiencia del pueblo oprimido y liberado por Dios; es decir, su dicha es que Dios mismo se ocupará de ellos.

Primicias, primogénito. En los seres fecundos lo primero es lo mejor; la fecundidad es bendición de Dios, y el don se reconoce ofreciendo a Dios las primicias. Hay una fiesta de ofrenda de primicias (Dt 26). Entre animales, el primer parto pertenece a Dios, y en algunos casos puede ser redimido (Ex 22, 29). También pertenecen a Dios los primogénitos humanos: pero no han de ser sacrificados, sino ofrecidos (1 Sm 1,24) o redimidos (Ex 34,19-20); la tribu de Leví es el rescate de los demás primogénitos (Nm 3,40-51). En sentido metafórico, Israel es el pueblo primogénito de Dios (Ex 4,22).

Profeta. El profeta es un hombre de Dios, un hombre del espíritu, un hombre de la palabra. Confidente y mensajero de Dios, capacitado e inspirado por el espíritu para su misión de proclamar la palabra de Dios. Escogido, nombrado y enviado por Dios, ha de transmitir sólo el mensaje de Dios, dándole su forma y estilo propios. Es además intercesor a favor del pueblo; centinela que da la voz de alarma, fiscal que denuncia, defensor de inocentes. Por poseer ese nombre, está fuera de la pura institución, se enfrenta con sacerdotes y reyes, es testimonio y agente de la soberanía de Dios por encima de las instituciones que Dios mismo ha creado o consagrado.

En Israel existían también los *gremios proféticos* —especie de derviches—, que vivían en comunidades y que con sus gestos colectivos atestiguaban la presencia del espíritu en Israel. El profeta individual puede tener un discípulo (Eliseo, de Elías), un secretario (Baruc, de Jeremías); puede formar un grupo de discípulos que aprenden y divulgan los oráculos del maestro, los escriben, adaptan y editan.

Los *falsos profetas* falsifican la palabra de Dios y seducen al pueblo, intentando neutralizar a los auténticos. Para distinguirlos hay que mirar si se ajustan a la tradición yahvista, si son interesados, si anuncian paz sin conversión, si sus predicciones se cumplen.

Sus *temas* son la historia, sobre todo el presente; la Ley, con sus promesas y amenazas. Entre sus *formas* dominan la sentencia judicial —denuncia del delito y conminación de la pena—, el oráculo de salvación, los ayes, la liturgia penitencial, la visión interpretada, la acción simbólica (especie de pantomima) interpretada.

Promesa. Con juramento o sin él, Dios promete al hombre empeñando su palabra, y esa palabra se cumple (Is 40,8), es eficaz (Is 55,9-11). La promesa es en sí incondicional; Dios añade a veces condiciones y hasta concreta la promesa con una alianza (Sal 105,9-10). Destacan las promesas a Abrahán, a saber: descendencia numerosa, posesión de la tierra, bendición (Gn 15); esta promesa continúa en los patriarcas y en el pueblo de Israel, actualizándose en momentos críticos. La promesa davídica (1 Re 2,4; 6,12-13; 8,20) dirige la historia de la monarquía meridional. Sobresalen las promesas mesiánicas o escatológicas, que resumen dones del paraíso, bendiciones de la alianza y los más profundos deseos del hombre (→ Escatología).

Dios promete por benevolencia o misericordia y cumple por fidelidad; el hombre debe fiarse de Dios, esperar el cumplimiento; también puede apelar a la promesa divina.

Sobre la promesa del hombre hecha a Dios con voto, véase la legislación de Lv 5; 27; Nm 6; Dt 23.

Prostitución. Como hecho profano está atestiguado por la historia de Tamar (Gn 38), y los sapienciales previenen contra sus peligros (Prov 5; 7). La prostitución sagrada, ejercitada en otros pueblos (Nm 25), está prohibida en Israel (Dt 23,18).

Es imagen frecuente de la infidelidad de Israel a Dios, especialmente en Ezequiel.

Pueblo. En medio de las naciones paganas vive Israel como pueblo de Dios. La elección y pertenencia a Dios son el último fundamento de su ser como pueblo.

Al principio son una pluralidad de familias y clanes y de tribus; la representación oficial subraya los elementos de unidad. Por la genealogía, descendientes de Abrahán y de Jacob = Israel; por la lengua (véase Neh 13,23-24), la cultura, las instituciones. El hecho religioso se ratifica en la alianza y tiene como signo la circuncisión. Es un pueblo santo (Ex 19,6), con una misión específica y universal.

Israel vive la tensión entre la elección exclusiva y el destino universal, entre la fuerza que lo cierra y la fuerza que lo abre; el mesianismo impone el triunfo de lo universal en sus diversos aspectos. Aunque la unidad política se rompe a la muerte de Salomón, permanece la conciencia de unidad, y Jerusalén sigue atrayendo; en la restauración se recompone la unidad rota (Ez 37,15-28).

La unidad crea un sentido de fraternidad (frecuente en Dt) y solidaridad. Se expresa en las asambleas generales o parciales: la asamblea sacra congrega al pueblo en las fiestas de peregrinación y en la guerra santa; también en la elección o nombramiento de rey (2 Sm 5; 1 Re 12,1), en la renovación de la alianza (Jos 24), en casos nacionales (Jue 20). Los escritos de la escuela sacerdotal (P) consideran al pueblo como asamblea sagrada.

El pueblo tiene sus instituciones y autoridades; aunque la monarquía es absoluta, no se pierde del todo cierto sentido democrático, atestiguado sobre todo en Dt y en la primera motivación del cisma. En la concepción teológica, el pueblo es el dato primario, del que son funciones los diversos oficios.

Pureza-impureza → Introducción a Lv → Metáfora de pecado en Ez.

Reconciliación. Es el proceso o el acto por el cual se restablecen las relaciones de amistad entre el hombre o el pueblo y Dios. Naturalmente, la iniciativa es de Dios, que desea la vida y ofrece el perdón; el hombre responde pidiendo perdón, aplacando, expiando. Dios da en el culto una expresión objetiva y pública de la reconciliación, individual y colectiva: es especialmente la expiación (Lv 16); se expía por el hombre o por el pecado (Lv 4,20.31); el Siervo que sufre y muere expía por la multitud (Is 53). La reconciliación con Dios es un hecho interpersonal que a veces incluye un castigo limitado como reparación (Ex 32). Mal 3,24 habla de una mesiánica reconciliación de los padres con los hijos.

Redención. Es un acto de solidaridad basado en relaciones de familia o clan, regulada según el grado de parentesco; su objeto pueden ser propiedades, que han de volver a la familia (Lv 25), esclavos que han de recobrar la libertad de la propia familia (Lv 25), la vida de un hombre asesinado que se ha de vengar con la muerte del asesino (Nm 35,14ss) o bien la mujer viuda (Rut).

El esquema se aplica a Dios, que se hace solidario de su pueblo, lo redime de la esclavitud (Ex 6,6), lo libra de la cautividad (Is 2), incluso de la muerte (Os 13,14). Aunque a veces se dice que Dios compra, en rigor redime sin pagar precio, y en última instancia venga la muerte sin causar otra muerte.

Job apela al vengador de su muerte y espera ser vengado (Job 16,18ss; 19, 23-27).

Refugio → Asilo.

Resto. El pueblo escogido es portador y revelador de salvación en la historia, tiene una promesa de continuidad que no fallará, y posee a la vez una exigencia de fidelidad. Los dos elementos originan el concepto del resto: Dios castiga la infidelidad del pueblo dejando sólo un resto, pero dejando un resto. Ese resto es la continuidad de historia, de salvación y de esperanza. La idea está presente en textos como Nm 14, incluso en la historia de Noé, a escala universal. El término es frecuente en Is (1,9; 4,3; 6,13; 7,3). Durante el destierro se plantea el problema de la identificación: según Jr y Ez, el resto son los desterrados de Babilonia (Jr 24; Ez 48). El resto de Israel recibirá las promesas mesiánicas (Zc 8,11ss; Jr 23,3; Miq 5,6).

Resurrección. Entendida como simple reanimación, se encuentra en la hagiografía de Elías y Eliseo (1 Re 17; 2 Re 4). Entendida como vida que misteriosamente continúa, se dice de Henoc y Elías (Gn 5,24; 2 Re 2). Entendida como vida renovada después de la muerte, se prepara con el símbolo de los huesos (Ez 37), se afirma con el símbolo del rocío celeste que fecunda la tierra de las sombras (Is 26,14-19) y en la historia del siervo (Is 53). Con toda claridad, la afirman Dn 12,2, distinguiendo buenos y malos, y 2 Mac 7, 9; 11,23; 14,46. Es doctrina implícita en Sab. Se basa en el poder de Dios sobre vivos y muertos, en que Dios quiere la vida y no la muerte, en que es un Dios de vivos.

Retribución. Se basa en la idea de que Dios juzga para premiar y castigar las acciones libres del hombre. Siendo Dios juez universal, la retribución se extiende a todos los pueblos: lo prueban los oráculos contra las naciones y textos como Ex 1,20. Dentro de la alianza, la retribución toma la forma de bendiciones y maldiciones (Lv 26; Dt 28).

La retribución exige proporción entre el acto y la sanción: esto se expresa en fórmulas proféticas que imitan la ley del talión. Pero por encima de esa proporción está la soberanía de Dios, que puede diferir el castigo (Am 7,1-3), limitarlo e incluso suprimirlo. La retribución puede ser colectiva (2 Re 17; Jr 20,6) o individual (Ez 18; 33,10-20; Eclo 16,11-23); la segunda significa un progreso en la reflexión teológica; consolida la responsabilidad personal y abre a la esperanza.

A veces se subraya el aspecto personal del Dios airado que castiga; a veces destaca el aspecto inmanente, el culpable se acarrea el castigo. La retribución se convierte en principio teológico narrativo en el cuerpo deuteronomístico (Jos, Jue, Sm, Re), que se exacerba en la obra del cronista.

Pero como la retribución tiene como horizonte esta vida, el principio entra en crisis en los libros del Ecl y Job y en algunos salmos (Sal 49; 73). Sólo ensanchando el horizonte a otra vida se resuelve el problema, sobre todo en Sab.

Revelación. El sujeto es Dios, que manifiesta algo de sí mismo, del hombre, de la historia. Dios revela su nombre (Ex 3), sus cualidades, especialmente la santidad, pero no figura alguna (Dt 4), revela su plan y su estilo o modo de obrar. También revela al hombre en su actitud frente a Dios, desenmascarando e iluminando el interior; de ese modo desarrolla la conciencia del hombre bíblico. Revela el sentido de la historia, descubriendo su dimensión sobrehumana de salvación; lo cual incluye la explicación del pasado, el anuncio e interpretación del futuro (Is 2).

Medios típicos de revelación son la gloria en la teofanía, la acción o brazo y sobre todo la palabra; acción y palabra se sintetizan en solidez y claridad: ni meras palabras ni hechos ambiguos. Formas menores de revelación son los sueños, las suertes, la visión, algún mensajero o ángel.

A la revelación responde el hombre conociendo y reconociendo, en un acto libre y responsable.

Rey. La monarquía es una experiencia histórica de Israel cargada desde el prin-

cipio de polaridad y tensiones. Por el ejemplo de los vecinos y por las necesidades internas, el pueblo pide cambio de régimen: Samuel responde apelando a que el Señor es rey y a los peligros de una monarquía autocrática (1 Sm 8,7; 12,12). La experiencia de Saúl (como antes la de Abimelec, Jue 9) resulta negativa. Con David llega un rey elegido por Dios, que triunfa, recibe una promesa y polariza las esperanzas del pueblo (Sal 89; 132). Experiencia negativa es el cisma y muchos de los reyes, con pocas excepciones, como Ezequías, Josafat y Josías.

Actividad del rey es defender al pueblo en la guerra, administrar justicia en la paz, proteger y aun ejercer en el culto. El rey ideal se retrata en Sal 45 y 72.

Dios es rey, del universo y de Israel (Nm 23,21; Dt 33,5; Sal 22,29; 47; 93; 95-99). Quiere establecer su reino: por medio del rey terreno (1 Cr 28,5; 29,23; 2 Cr 9,8); finalmente, por su mesías o personalmente (Mic 4,7; Is 24,23).

Riqueza. La riqueza es un bien que Dios concede a los patriarcas o al pueblo en las bendiciones de la alianza. Pero no son bien sin más: hay otros bienes superiores, sobre todo la amistad de Dios (Sal 4; 73). La riqueza puede inducir al hombre a la falsa confianza (Sal 62), incluso a una concepción inmanente del ciclo de producción y consumo (Dt 8). Especialmente se condena la acumulación de bienes que entraña el despojo de otros (Am, Mic); incluso la acumulación por parte del rey escucha condenas proféticas (Is 3), aunque suscitase la admiración de algún historiador de corte (1 Re 5). El Eclesiastés hace la crítica sistemática del afán de riquezas, y Prov 30,7-9 pone el ideal en el medio entre riqueza y pobreza.

Sábado. Al parecer, Israel recoge de otros pueblos la institución del sábado. Es un precepto del decálogo fuertemente inculcado. Ex 20 ofrece una motivación teológica, el hombre participa en el descanso de Dios creador; Dt da una motivación social, descanso de todos sin diferencias de clases. Después de haber proyectado la práctica de la semana con su descanso como esquema de la creación (Gn 1), este texto retorna para justificar la institución humana.

El sábado es signo de la alianza (Ex 31,12-17); andando el tiempo, constituye uno de los preceptos capitales, clave de identificación del pueblo (Neh 13), y hasta lleva a una crisis grave en la guerra (1 Mac 2,32-38). El sábado no se celebra cúlticamente; su santificación consiste en no trabajar; la transgresión tiene pena de muerte (Nm 15,32-36) o de excomunión (Ez 20,13).

Sabiduría → introducción a los libros sapienciales.

Sacerdote. El oficio sacerdotal no es un monopolio al principio: oficia el patriarca, el padre de familia (Jue 17), más tarde el rey. Ya en tiempos antiguos parece que miembros de la tribu de Leví se especializan en las funciones cúlticas en un proceso creciente de exclusivismo. Cuando su poder está establecido y es grande, parece que proyectan hacia atrás, a la historia remota, su papel en la vida del pueblo: en la tribu de Leví sobresale Aarón como cabeza de dinastía; Salomón elimina la rama de Abiatar y establece la de Sadoc, que domina hasta el siglo II a. C. Con la reforma de Josías, los simples levitas ocupan un puesto secundario respeto a los aaronitas, aunque Cr se esfuerza en exaltar el papel de los levitas. Después del destierro, el sumo sacerdote asume funciones de gobierno, hasta que se invierten los factores y los reyes asmoneos ejercen funciones de sumos sacerdotes. Nm 16 informa sobre problemas de competencia y autoridad.

Condiciones para el sacerdocio en Lv 21. Funciones: bendecir (Nm 6), ofrecer sacrificios (Lv 1-7) y ofrendas (Dt 26), instruir (Lv 13; Mal 2,6-8), juzgar (Dt 17,8).

Los profetas denuncian abusos cometidos por sacerdotes: Jr 2,26; Ez 8; Am 7,10-17; Os 4,4-6. El Mesías será sacerdote, según Sal 110,4, aunque no de línea levítica, mientras que Zac 3-4 habla de dos personajes, sumo sacerdote y mesías.

Sacro y profano → introducciones a Lv.

Sacrificio → introducción a Lv 1-7.

Salvación. Es un concepto inclusivo, imposible de definir, y es casi la sustancia del AT. La salvación es obra de Dios (Sal 91; Os 13,4), de modo que salvador es uno de sus títulos mayores; no salvan los ídolos (Is 45,20; 46,7), que por eso no son dioses; no salva el hombre (Is 26,18). Pero Dios salva por medio de hombres: personajes carismáticos (Jueces), el rey (1 Sm 9,16; 11,3). El salvador definitivo será el Mesías (Is 19,20; Jr 23), con una salvación perpetua y ofrecida a todos.

El Exodo (Ex, Nm y Jos) ofrece el esquema narrativo fundamental para entender la salvación como obra histórica: se salva de algo, de la esclavitud y el trabajo forzado, sacando de Egipto; se salva para algo, para dar en posesión una tierra, Palestina. Este esquema bimembre se alarga con una pieza intermedia, el camino por el desierto, en la que el pueblo tiene que aceptar y realizar la salvación. Las tres etapas son dramáticas, porque los hombres se oponen a la obra de Dios: se opone el Faraón, y es derrotado en un juicio y una batalla; se oponen los mismos israelitas, que son salvados, y el Señor los educa y pone a prueba y selecciona; se oponen los habitantes de la tierra, y los israelitas tienen que ganarse la promesa. La tierra es final de la esclavitud y de la peregrinación: por eso es libertad y reposo. Pero la tierra es tarea del pueblo y es don para todos, en ella se puede repetir el drama de la salvación. El segundo éxodo repite el esquema básico, cambiando y enriqueciendo sus piezas y proyectándolo hacia un futuro escatológico (cf. introducción a Is II). El esquema se aplica a otras situaciones del pueblo y del individuo, por eso se encuentra en muchos salmos de súplica y acción de gracias.

Es fundamental en todo el proceso descrito la personalización: Dios atrae hacia sí (Ex 19,4); libertad es servirle a él; para volver a la tierra hay que volver (= convertirse) a él. La salvación hay que aceptarla reconociendo a su autor y colaborando en la empresa.

Sangre. Es sede de la vida y por ello propiedad exclusiva de Dios. No se come (1 Sm 14). Derramar la sangre de un hombre es delito máximo, y la sangre clama al cielo pidiendo venganza (Gn 4,10; Job 19,25). Dios concede al hombre la sangre de los animales para que la ofrezca y derrame en el culto (Lv 17); salpica el altar y el pueblo sellando la alianza (Ex 24,5-8), expía y purifica (Dt 21,8). Como señal, protege a los israelitas (Ex 12).

Santidad → introducción a Lv 17-26.

Satán → Demonio.

Serpiente. En el paraíso personifica el poder adverso a Dios, que tienta al hombre; parece tomada la imagen de representaciones mitológicas de la serpiente, como poder cósmico adverso a Dios, del cual quedan huellas en el AT (Is 51,9; Sal 136,13). Su morada es el océano y el desierto (Dt 8,15). También representa el imperio enemigo (Is 14,29). En la batalla escatológica será definitivamente vencida (Is 27,1).

La serpiente de bronce es un signo salvador: Nm 21 y Sab 16,5-7; no debe ser venerada (2 Re 18,4).

Siervo. Aunque la legislación distingue entre esclavo, empleado y asalariado, el término hebreo «siervo» tiene múltiples usos. Es el esclavo en una economía rural, es el ministro del rey, un rey vasallo de su soberano.

Siervos del Señor son: en lo cúltico, todo el pueblo (culto = servicio) y de modo específico los sacerdotes; en lo político, el pueblo es vasallo de Dios (cf. Alianza), el rey terreno es como virrey de Dios (Sab 6), el profeta es siervo en su función de mensajero o embajador de Dios. Siervos son algunos personajes famosos: Abrahán, Moisés, Josué, David y Job.

De modo especial hablan de un siervo del Señor los cuatro cantos de Is II (cf. introducción), que de algún modo apuntan al Mesías.

Signo. Se usa para reconocer, como el banderín de las tribus (Nm 2), la cuerda en la ventana (Jos 2,12); o bien para recordar (Jos 4,6; Nm 17,3.25); sirve para manifestar y declarar (Is 19,20; 66,19). Es garantía que Dios da o exige:

el arco iris (Gn 9,12), la circuncisión (Gn 17,11), el sábado (Ex 31,13). Es también garantía de un oráculo (Jue 6,17; Is 7,11), de una misión (Ex 3,12). A veces esos signos tienen carácter milagroso, es decir, superan la posibilidad de comprensión o dominio de los que los reciben (Dt 4,34; 7,19), y por eso apuntan hacia Dios.

Las acciones simbólicas de los profetas son como pantomimas, oráculos en acción (Is 20).

Sueño → Revelación.

Temor de Dios. En su sentido originario es un componente de lo numinoso, es el sobrecogimiento de la criatura en presencia de Dios; se redobla por la conciencia de pecado que dicha presencia descubre. Ese carácter tiene en textos primitivos (como Gn 28) y lo conserva en las teofanías de castigo (Sal 14; 48; 68,36; 76); pero en ésas también el justo o inocente se siente sobrecogido (Sal 64). Incluso perdonando, Dios infunde respeto (Sal 130).

Con el tiempo, el concepto temor pasa a designar el sentido religioso del hombre, y dentro de la alianza, la fidelidad: así en Dt y en muchos salmos, en los que la palabra hebrea, que etimológicamente significa temeroso, significa de hecho «fieles de Dios». Hay textos en que el temor es paralelo del amor, del pegarse o seguir a Dios.

Esa fidelidad incluye sobre todo el cumplimiento de la ley de Dios, y más tarde ese elemento se destaca hasta coincidir prácticamente con el temor de Dios: es el caso de textos sapienciales.

En textos sapienciales, el «principio de la sabiduría es el temor de Dios», es decir, el sentido religioso (Prov 1,7; Eclo 1,13-16).

Templo. Es el sitio separado para el culto, especialmente relacionado con la divinidad: en principio puede ser un lugar abierto (altozanos), puede ser una tienda de campaña o pabellón, puede ser un recinto con edificios. Santuarios antiguos hubo en Siquén, Betel, Gabaón, Siló. Entre David y Salomón se consuma la construcción de un templo central para todo el pueblo. La descripción se encuentra en 1 Re 6-7 y Ez 40ss. El sentido teológico se formula sobre todo en la oración de Salomón (1 Sm 8). Es lugar del sacrificio, el oráculo y la oración.

El templo tiene una dimensión positiva: es lugar de la presencia de Dios, que recibe y da audiencia, en él está la gloria del Señor; es garantía de protección. Pero el templo puede desviar: sugiriendo un Dios inmóvil, creando una falsa seguridad (Jr 7). La cosa es tan grave, que el templo es destruido y la Gloria emigra (Ez 1-10).

Habrá un templo mesiánico (Is 2,2-5; 56,7; 60; Ez 40-48), lugar de oración para todos los pueblos.

Teofanía → Revelación → Gloria.

Tentación. Dios tienta al hombre poniéndolo a prueba, para que el hombre se realice y se compruebe: el ser libre del hombre crece (Gn 22), la actitud se hace acto y se afianza (Dt 8), el justo se acrisola (Sab 3,1-9).

Algunos textos presentan dramáticamente un tentador: externo al hombre, como la serpiente (Gn 3) o Satán (Job); o interno, como el oráculo del Pecado (Sal 37).

El hombre quiere tentar a Dios: exigiendo pruebas (Ex 17), poniendo plazos (Jud 7), desconfiando de él (Is 7,12).

Testigo. En sentido corriente es el que presencia un hecho, escucha personalmente un dicho. En sentido jurídico, los testigos actúan notarialmente en una boda (Rut), en una compra (Jr 32). En sentido forense, los testigos aducen pruebas de cargo o descargo. La legislación se fija sobre todo en el último aspecto, para asegurar la justicia de los tribunales (Ex 20,16; Dt 5,17; 19,18), también los sapienciales previenen contra el testigo falso (Prov 6,19; 25,18).

Dios es invocado como testigo en un pacto (Gn 31; 1 Sm 20,23). Cuando Dios pleitea con su pueblo, llama por testigos (notariales) al cielo y la tierra, y actúa a la vez como testigo de cargo (Is 1,2; Sal 50). Israel ha de ser testigo de Dios, dando testimonio de él ante los paganos (Is 43,8-13) y contra los falsos dioses.

Moisés lega su canto como testimonio perpetuo contra la infidelidad de Israel (Dt 31,19).

Tiempo. La experiencia de Israel es semejante a la nuestra en su nivel ordinario; quizá subraye más algunos aspectos cualitativos.

La misma división de pasado, presente y futuro: el pasado vuelve en la memoria y actúa con fuerza modelando al pueblo; el presente es muchas veces el punto de cita del recuerdo («como sucede hoy») y puede ser el tiempo de la decisión («si escucháis hoy su voz»); el futuro es el tiempo de la esperanza, que induce a la acción. Hay un tiempo inicial de cada cosa, que tiene especial valor; también hay un tiempo final; y desbordando ambos está Dios (Is II). Hay un tiempo intermedio de dilación (cf. Desierto) y un tiempo inminente de cumplimiento.

Se distinguen los ritmos básicos del día y la noche, de tres estaciones, de meses y años. Además, el ritmo histórico de las generaciones. Y secciones misteriosas que desbordan esos ritmos y resultan inabarcables e incomprensibles.

El tiempo circular rige las celebraciones litúrgicas (Is 29,1), que repiten «el mismísimo día» (Ex 12; Lv 23). En cierto modo rigen los esquemas narrativos (Jue 2).

Qohelet (Ecl) defiende un tiempo circular (1,1-11) y un tiempo de alternancias (3,1-8). La apocalíptica periodiza la historia.

Tierra. Con el cielo compone el universo; es la morada del hombre (Sal 115, 16), aunque sigue siendo propiedad de Dios (Sal 24,1). En esta tierra se distingue la superficie, tierra de los vivos (Sal 116,9), y la zona subterránea de los muertos (Is 26,19). También se distingue la tierra universal, el orbe y los territorios, especialmente la tierra prometida.

Se llama prometida porque Dios se la promete a los patriarcas para dársela a sus descendientes; pues aunque la tierra entera es de Dios, lo es de modo especial la que llamamos Palestina. Es posesión sagrada, reservada para el pueblo de Dios. Un tiempo la habitan los cananeos, que la han contaminado con sus abominaciones (Lv 18,24-28) y por eso son desposeídos (Sab 12). Al dar la tierra, Dios se revela dador y fiel a la promesa. Ese don inicial, que ha de ser recordado, se actualiza con el don anual de la lluvia y se materializa en el don de las cosechas. Respecto a la tierra de Egipto, la nueva es posesión: en ella los israelitas ya no son emigrantes; respecto al desierto, es cultivo y descanso; frente a una visión mítica o no problemática, la tierra es tarea en otro plano (no sólo de cultivo), tiene que ser conservada con la fidelidad del pueblo a su Dios.

La tierra prometida entera es don al pueblo entero. Pero ese don se realiza por medio de un reparto de lotes, realizado a suertes; el lote debe quedar en la familia, dándole arraigo y constituyendo la heredad. Varias leyes quieren garantizar ese reparto contra la expropiación y acumulación de tierras. Como todo israelita comparte la propiedad global de esa tierra, el que no tiene un lote en propiedad tiene derecho al sustento que da esa tierra (Jos; Dt 26).

Trabajo. Aparece en su aspecto positivo y negativo. Es positivo como tarea del hombre sobre la creación que debe someter; incluso el paraíso tenía que cultivarlo (Gn 2,15). Dios quiere un hombre activo. Es negativo el esfuerzo que supone, el sudor de la frente (Gn 3) y también la explotación del hombre en trabajos forzados, como hacía el Faraón en Egipto (Ex 1; 5) o Salomón en Israel (1 Re 12). Positivo es el trabajo cuando produce frutos que el trabajador disfruta (bendiciones); negativo, cuando no produce frutos o cuando otro disfruta de ellos (maldiciones). La escatología dice que se acabará esa maldición (Is 62,8-9).

Porque es valor positivo, los sapienciales lo recomiendan contra la pereza (Prov 26,13-16; 24,30-34); pero otro sapiencial, Eclesiastés, se rebela contra el trabajo excesivo que impide disfrutar de la vida. El decálogo sintetiza tra-

bajo y descanso en el ciclo semanal. La fiesta de las primicias (Dt 26) conmemora el fruto del don de Dios y del trabajo del hombre.

También Dios trabaja: en la creación (Gn 1) y en su acción constante; no se cansa y da fuerzas al cansado (Is 40,27-31). En otras religiones, el hombre trabaja para que los dioses descansen; en Israel, Dios trabaja incluso cuando el hombre descansa (Sal 127), y hace al hombre partícipe de su descanso (Ex 20,11; Sal 94).

Tradición → Memoria.

Unción → Mesías.
Universalismo → Elección.

Venganza → Justicia vindicativa.

Verdad. Aunque no coincidan en las palabras, los hebreos conocen nuestro concepto de verdad, sólo que no tan diferenciado y muchas veces implícito en otros conceptos. En el aspecto más bien cognoscitivo: Adán pone los nombres exactos (Gn 2,19-20); sobre todo en los sapienciales se valora el conocer y descubrir, sea la naturaleza (Salomón: 1 Re 5,13), sea los hombres (Prov 20, 5), y también se valora el enunciar.

En un orden moral, la verdad es sinceridad, que ha de regir las relaciones con Dios, con el prójimo, consigo mismo; el formalismo es falta de sinceridad y también el corazón dividido. En las relaciones con el prójimo se condena la mentira y el fraude que dañan.

En el orden judicial se aprecia con toda claridad la exigencia de la verdad; hay que averiguar para conocer realmente los hechos (Dt 13,14; 1 Re 16-28); hay que dar testimonio verdadero (cf. Testigo); hay que sentenciar conforme a la inocencia o culpabilidad.

Hay otra forma de hallazgo y exposición de la verdad que es la interpretación: practicada con deleite en los enigmas y acertijos (Jue 16-17; 1 Re 10); más tarde ocupa puesto prominente en la apocalíptica.

Dios concentra todas esas formas de verdad, y también la Sabiduría personificada de textos tardíos: Sal 139; Sab 7.

Vestido. Según Gn 3, aparece después del pecado por motivos de pudor; la desnudez en Israel era vergonzosa. El vestido distingue los sexos (Dt 22,5), puede ser insignia de autoridades y ornamento sagrado de sacerdotes (Ex 28; 39); poner la insignia puede equivaler al nombramiento o es parte de él. También sirve para expresar el gozo festivo o el duelo.

Vida. El hombre comparte la vida con los animales (no con las plantas); sede de la vida es la sangre y el respiro. Es el don supremo y base de todos (Job 2,4; Eclo 9,4), una vida larga es una de las bendiciones básicas. Se relaciona con la luz, que el hombre ve en esta vida, en la tierra de los vivos (Job 33,30).

Dios da la vida, la conserva, la aumenta. Porque es Dios vivo y de vivos (Jos 3,10; Dt 32,40), es fuente de vida (Sal 36,10), es señor de la vida (Nm 27,16) y quiere la vida del hombre, incluso del pecador (Ez 18,23.32); tanto que él es la vida del pueblo. Pero liga la vida a la observancia de los mandamientos (Dt 30,15-20).

La vida disminuye en la enfermedad y termina en la muerte. Ahora bien, si la vida es el don supremo, en la era futura tiene que triunfar sobre la muerte; si Dios es señor de la vida, puede conservarla o restablecerla. En las escatologías se promete vida larga (Is 65,20) y también la victoria sobre la muerte (Is 25,8) → Resurrección.

Vocación. Suele ser parte de la elección y misión. Dios llama a algunos hombres para una misión determinada y los capacita para cumplirla. La vocación o llamada de Dios se narra en formas literarias bastante estables o en breves referencias. Entre las vocaciones destacan: Abrahán (Gn 12), Moisés (Ex 3), Gedeón (Jue 6), Isaías, Jeremías, Ezequiel, Amós (Am 7,15), Isaías II (Is 40), David (Sal 78,70-72), Ciro (Is 45,4), el siervo (Is 42,1.6; 49,1).

II

NUEVO TESTAMENTO

Alegría. Característica de los tiempos mesiánicos (Is 51,3; 65,18-19; Lc 1,14.28; 2,10; Mt 2,10; Jn 3,29), fruto del Espíritu Santo (Lc 10,21; Hch 13,52; Gál 5,22), rasgo de la vida cristiana (Flp 3,1; 4,4; 1 Tes 5,16); incluso la persecución es motivo de alegría (Mt 5,12; Lc 6,23; Hch 5,41; 2 Cor 7,4; Col 1,11.24; 1 Tes 1,6; Heb 10,34; 1 Pe 1,8; 4,13). Clima de la comunidad cristiana (Hch 11,23; Rom 15,32; 2 Cor 2,3; Flp 2,17; 1,4.25; 2,17.18.29; 4,1; 1 Jn 1,4). El encuentro con el reino de Dios produce alegría desbordante (Mt 13,44) y el reino futuro se compara a una fiesta (Mt 25,21.23). El líder de una comunidad coopera en la alegría de todos (2 Cor 1,24) y nada puede quitársela a él (2 Cor 6,10). Esperanza y alegría (Rom 12,12; Heb 12,2).

Alianza. Jesús interpreta su muerte en términos de sacrificio de alianza (Mc 14, 24; Mt 26,28; cf. Ex 24,8) o de alianza nueva (Lc 22,20; 1 Cor 11,25; cf. Jr 31,33). La nueva alianza invalida a la antigua (Heb 8,13). Características de la nueva alianza: el Espíritu concedido a todo hombre (Hch 2,16-18), la ley interna, no externa (Heb 8,10), la experiencia de Dios (8,11; cf. Jn 6, 45; 14,23; 1 Jn 2,20-21), el perdón de los pecados (Heb 8,12; 10,15.18), la fraternidad universal (Ap 4,9-10; cf. Ef 2,13-16).

Amnistía → Rehabilitación, III.

Amor. I. En los sinópticos, Jesús supone el *amor a Dios* (Mt 22,37 y par.); lo traduce en imitación (Mt 5,44-45), fidelidad (5,20), en hacer lo que Dios quiere (Mt 6,10; 7,21; 12,50; 18,14; 21,31; Mc 3,35; Lc 8,21).

Ser fiel a Dios (Mt 5,20), como se explica en el Sermón de la Montaña, significa no ofender al prójimo (Mt 5,21-26.27-30.31-32), ser sincero (5,33-37), renunciar a la venganza (5,38-42), hacer el bien (5,43-48), no condenar (7,1), es decir, *amar al prójimo* con las obras, pues eso significan la Ley y los Profetas (7,12).

Condición necesaria y suficiente para heredar la vida eterna es el amor al prójimo (Mc 10,17-19 y par.; Lc 10,25-37; Mt 25,31-46).

II. Los escritos joaneos están centrados en la exhortación al *amor fraterno,* esencia del mensaje de Jesús. El amor leal, indefectible, de Dios al hombre (Jn 1,14.17) exige un amor de la misma calidad entre los hombres (13,34; 15,12-13.17).

Dios, que es amor (1 Jn 4,8.16), entrega a su Hijo por amor al hombre (Jn 3,16; 1 Jn 4,10); Jesús ama a los suyos como el Padre lo ama a él (Jn 15, 9.14-15). El amor viene de Dios (1 Jn 4,7) y ha de llevar al amor de los hermanos *(ibid.,* 4,11); ése es el mensaje y el mandamiento (1 Jn 3,11; Jn 13, 34-35; 15,12.17; 1 Jn 3,23; 4,21; 5,1; 2 Jn 5), el amor de obra (1 Jn 3,17-18). Los mandamientos de Jesús (Jn 14,15.21; 15,10) explicitan el único mandamiento (15,12.17; cf. 13,15-16; 1 Jn 2,6; 3,3). Quien no ama al prójimo no conoce a Dios (1 Jn 4,8), quien ama ha pasado de la muerte a la vida (3,14).

III. Para san Pablo, la gran prueba del amor de Dios al hombre es que Cristo murió por los culpables (Rom 5,8); el Espíritu da al creyente experiencia interior de ese amor (5,5); seguridad de la salvación (5,10; 8,33). El amor fraterno, expresión necesaria de la fe (Gál 5,6; cf. Sant 2,14-17; 1 Pe 1,22), entrega al servicio (Gál 5,13), fruto del Espíritu (Gál 5,22; cf. Rom 15,30), superior a todo carisma (1 Cor 12,31-13,3), cimiento y raíz de toda comunidad cristiana (Ef 3,17), hace inmaculados ante Dios (Ef 1,4; cf. 1 Pe 4,8), es el cumplimiento de la ley moral (Rom 13,10). Dios mismo lo enseña (1 Tes 4,9), clima de la comunidad (Rom 12,10; Heb 13,1); el buen estado de las comunidades se mide por su fe y amor mutuo (Ef 1,15; Col 1,4; 1 Tes 1,3; 3,6.12).

IV. También Santiago reduce la ley moral al mandamiento del amor al prójimo, ley del Reino (2,8), ley de hombres libres (1,25; 2,12), ley perfecta (1,25). Exigencias del amor son la igualdad cristiana (2,1-4), preferencia por

los pobres (2,5-7), amor de obra (2,14-17); la explotación, excluida (5,1-6).
Apóstol → Discípulo, III, Carismas.

Bautismo. I. «Ser sumergido» por las aguas: expresión metafórica de la muerte (Mc 10,38-39; Lc 12,50; cf. Sal 18,5-6).

II. Juan Bautista exhorta a un bautismo o inmersión, símbolo del arrepentimiento y enmienda (Mt 3,11) que obtiene el perdón de los pecados (Mc 1,4; Lc 3,3). Jesús se hace bautizar (Mt 3,13 y par.), es consagrado por el Espíritu y aprobado por el Padre (Mt 3,16-17 y par.). Jesús bautiza o más bien sus discípulos (Jn 3,22.26; 4,1-2), pero el bautismo propio del Mesías es el del Espíritu (Mt 3,11 y par.; Hch 1,5.8; 11,16); mientras no hay efusión del Espíritu no hay bautismo cristiano (Hch 8,14-16; 19,2-6).

III. El Espíritu recibido en el bautismo crea un «hombre nuevo» (Ef 4, 24; Col 3,10; cf. Gn 1,26); es un «nuevo nacimiento» (Jn 3,3; cf. 1 Pe 1, 3.23), a una vida nueva, alejada del pecado (Rom 6,4; 1 Jn 3,9); une al destino de Cristo, a su muerte y sepultura (Rom 6,3-4) y a su resurrección (Col 2,12-13); es muerte a la Ley (Rom 7,1-6) y a lo elemental del mundo (Col 2,20); consagra y rehabilita al hombre (1 Cor 6,11; cf. Tit 3,5); es compromiso con Dios (1 Pe 3,21), incorpora a Cristo (Rom 6,5) y hace miembro de su cuerpo (1 Cor 12,13; Gál 3,28), que es la comunidad, la Iglesia (Ef 1,22-23; Col 1,18).

Carismas. Este término griego significa «don», «regalo» (1 Cor 12,27-31); equivale a «don», «gracia» (Rom 1,5); a «don», «dádiva» (Ef 4,7.11), a «llamamiento», «vocación» (Rom 1,1). Prácticamente, sinónimo de «funciones» y «actividades» en 1 Cor 12,4-6.

Los carismas varían. Los más importantes son:

Apóstol (1 Cor 12,28-29; Ef 4,11; cf. Rom 1,1; 1 Cor 1,1), que no se identifica con los Doce, se funda en haber recibido una misión del Señor (1 Cor 9,1; Gál 1,16-17; cf. Hch 26,17-18): Bernabé y Pablo (Hch 14,4.14), Andrónico y Junías (Rom 16,7), «todos los apóstoles» (1 Cor 15,5-7, después de la mención de los Doce); parecen haber sido misioneros enviados por el Señor o el Espíritu para anunciar la buena noticia en nuevas regiones (Hch 13,1-3).

El *profeta* (el que transmite mensajes inspirados) construye la comunidad animando y exhortando (1 Cor 14,3); a veces predice acontecimientos futuros (Hch 11,27-28; 21,10-11; cf. 1 Pe 1,10). Con el de apóstol, es el carisma más importante (Ef 2,20; 3,5) y Pablo anima a desearlo (1 Cor 14,1).

Los *evangelistas* eran predicadores ambulantes (Ef 4,11); había *maestros* (1 Cor 12,28-29; Ef 4,11), *pastores* (Ef 4,11). Otros dones, en 1 Cor 12, 8-10.28).

Hablar en lenguas desconocidas, carisma para el bien del individuo (1 Cor 14,4); se usa en comunidad sólo si se traduce el mensaje (*ibid.*, 5).

Los carismas se dan para el bien común (1 Cor 12,7); la diversidad de los dones lleva a la unidad (Ef 4,13); no hay que hacer de ellos pretexto de superioridad (1 Cor 12,12-27).

Carne → Hombre, *c*).

Cruz. I. Suplicio romano de esclavos y criminales. Para los judíos, el crucificado era un maldito (Dt 21,23; Gál 3,13); máximo insulto, crucificar a su rey (Mc 15,26 y par.). Escarnio (Mc 15,29-32).

Jesús ha de morir como un criminal (Lc 22,37); horror y aceptación (Mc 14,33-36 y par.). En Jn, la hora de Jesús, que es su muerte (13,1), es al mismo tiempo su gloria y la del Padre (13,31; 17,1), expresión suma de su amor al Padre (14,31) y victoria sobre el mundo (12,31).

II. Para Pablo, la cruz muestra el fracaso de la humanidad: lo que ésta ha condenado es lo que Dios aprueba (1 Cor 1,18-31). Deroga la ley, que causaba la división (Ef 2,15-16); volver a la Ley es neutralizar el escándalo de la cruz (Gál 5,11).

Cuerpo → Hombre, *b*) → Iglesia → Eucaristía, III → Bautismo, III.

Discípulo. I. Jesús llama (Mt 4,18-22 y par.; 8,22; 9,9 y par.; 19,21 y par;. Lc 9,59). Del grupo de discípulos escoge a Doce (Mt 10,1-4 y par.; cf. Jn 15, 16). Un grupo lo acompaña en su predicación ambulante: los Doce (Mac 3, 14) y otros setenta y dos (Lc 10,1.17), algunas mujeres (Lc 8,1-3; 24,22; Mc 15,40-41), numeroso en la subida a Jerusalén (Mc 10,1.32.46; Lc 14, 25; cf. Mt 20,17).

II. Para ser discípulo hay que romper con el mundo (terminología de san Juan), es decir, cambiar la escala de valores (cf. *Mundo,* II).

a) El discípulo tiene por ley el amor fraterno (Mt 7,12; cf. 22,34-40 y par.; Jn 13,34-35; 15,12.17), expresado con obras (Mt 5,42.44; 18,21-22; 25,31-46; Mc 10,42-45 y par.; Lc 6,27-28; 10,25-37; 17,3-4); cf. *Amor.*

b) La motivación del discípulo no es adquirir méritos (Mt 19,30-20,16; Lc 17,7-10), sino el agradecimiento y la alegría por la gracia recibida (Mt 5, 44-45; 13,44; 18,26-27; Lc 18,11-14; 22,27; Jn 13,14).

c) «Entrar en el reino de Dios», que ya se verifica al hacerse discípulo (cf. *Reino de Dios,* II, *a*), exige una fidelidad que supere los preceptos de la Ley (Mt 5,20; cf. 5,21-48) y renunciar a toda ambición (Mt 18,3-4 y par.; 19,14).

d) La buena noticia, que lleva consigo la invitación a ser discípulo, la dirige Jesús sobre todo a los pobres (Mt 11,5; Lc 4,18; 7,22), escándalo para aquella sociedad (Mt 11,6). Es casi imposible que un rico se haga discípulo (Mc 10,24-25 y par.). Por eso, condición para ser discípulo es la renuncia a los bienes (Mc 10,21 y par.; Lc 12,33; 14,33; 16,1-15), pues el dinero es el rival de Dios (Mt 6,21.24 y par.). La renuncia y el seguimiento de Jesús llevan a la felicidad ya en este mundo (Mc 10,29-30 y par.); ninguna angustia (Mt 6,33; Lc 12,31-32).

e) Condición más general para ser discípulo es «renegar de sí mismo» (Mc 8,34 y par.), es decir, no vivir para sí (cf. 2 Cor 5,15), estando dispuesto a afrontar la deshonra y la muerte («cargar con su cruz», Mc 8,34 y par.). La persecución es inevitable, por la maldad del mundo (Mt 10,22; Jn 15,21).

f) Seguir a Jesús se antepone a los vínculos de familia (Mt 10,37; Lc 14, 26) y crea lazos más fuertes que los de sangre (Mc 3,31-35 y par.). Por el reino de Dios se puede renunciar al matrimonio (Mt 19,11-12).

III. Jesús no pretende proponer doctrinas esotéricas ni llevar individuos aislados a la perfección, sino formar un grupo donde se viva el mensaje de amor mutuo y se proclame al mundo; por eso escoge a Doce (Mt 10,1-4 y par.; Jn 15,16) para que estén con él y para enviarlos en misión (Mc 3, 14-15 y par.). Desde que lo reconocen como Mesías (Mc 8,27 y par.), Jesús les expone abiertamente el mensaje y se dedica a formarlos (Mc 8,32; 9,30-31). Falta de comprensión de los Doce (Mc 4,13.41; 6,52; 7,18; 8,17-21; 9,32).

Listas de los Doce: Mc 3,16-19; Mt 10,2-4; Lc 6,14-16; Hch 1,13 (sin Judas Iscariote). En el grupo, Jesús se niega a establecer reglas de oración y ayuno (Lc 5,33-34; cf. Col 2,16-23). Toda la vida del discípulo está inspirada y sostenida por la nueva relación con Dios como Padre, que Jesús revela y hace posible (Mt 5,16.45.48; 6,1.4.8.9, etc.; Jn 20,17).

Esperanza. Jesús no predica la esperanza en abstracto, anuncia su motivo: «Que ya llega el reinado de Dios» (Mc 1,15 y par.). El, como Mesías, es la esperanza de las naciones (Mt 12,21; cf. Rom 15,12; Col 1,27). Fundamento de la esperanza, como de la fe, es la resurrección de Jesús (1 Cor 15,12-20; Ef 1,19-20; 1 Pe 1,3.21); da la certeza de la salvación (Rom 5,10; 8,31-39; cf. 1 Cor 1,8-9).

La fe incluye la esperanza (Rom 4,18; Heb 11,1), aunque también se distingue de ella (1 Cor 13,13). Como la fe, la esperanza nace del llamamiento de Dios (Ef 1,18; 4,4), de la buena noticia (Col 1,23). No defrauda, pues tiene la experiencia interior del amor de Dios, dada por el Espíritu (Rom 5, 4-5). Los que no tienen a Dios no tienen esperanza (Ef 2,12; 1 Tes 4,13).

Espíritu. I. Tanto en griego como en hebreo, esta palabra significa primaria-

mente «viento» y designa secundariamente realidades no perceptibles con los sentidos; de ahí el juego entre «viento» y «espíritu» en Jn 3,5-8.

II. *Espíritu del hombre* (Mt 26,41; 1 Cor 2,11; 2 Cor 7,1.13) y, por extensión, la persona («vosotros», Gál 6,18; Flp 4,23; Flm 25; cf. Rom 1,9).

III. *Espíritus inmundos* que causan enfermedades (Mc 9,17-18.25) o locura (Mc 5,2-5), sinónimo de demonios Mc 3,11.22; 5,2.15), cuyo jefe es Satanás (Mc 3,22-26). «Blasfemia contra el Espíritu Santo»: atribuir su acción a un espíritu inmundo (Mc 3,29-30 y par.).

IV. *El Espíritu de Dios* (Mt 3,16; Rom 8,9; 1 Pe 4,14; 1 Jn 4,2), o del Señor (Lc 4,18; Hch 5,9), o de vuestro Padre (Mt 10,20), o de Jesús (Hch 16,7), o de Cristo (Rom 8,9; 1 Pe 1,11), o simplemente el Espíritu (Mc 1,10); Espíritu de la verdad (Jn 14,17) o de vida (Rom 8,2).

a) Símbolos del Espíritu: *paloma* (Mt 3,16 y par.), *viento* (Jn 3,8; Hch 2,2), *llamas* (Hch 2,3), *agua* (Jn 7,38-39), *lluvia* que riega (1 Cor 12, 13; cf. Sal 63,2), *líquido* que se derrama o donde uno se sumerge (Hch 2, 17.18; Rom 5,5; 1 Cor 12,13; Tit 3,5), *sello* que hace de los fieles propiedad de Dios (2 Cor 1,22; Ef 1,13).

b) La humanidad de Jesús es criatura del Espíritu (Mt 1,18-20; Lc 1,35); el Espíritu consagra a Jesús Mesías y servidor de Dios (Mt 3,6 y par.). Jesús, portador del Espíritu (Mt 12,18; Lc 4,18). Desde la resurrección, dador del Espíritu (Jn 7,39; Hch 2,33).

c) Como estaba anunciado (Jl 3,1), Dios derrama su Espíritu sobre todo hombre (Pentecostés, Hch 2,17.33). Espíritu = don de Dios (Hch 2,38; 8,20; 10,45) para todo el que responde al mensaje con la fe (en el bautismo, Hch 2,38; 9,17-18; 19,6; sin bautismo, Hch 2,4; o antes, Hch 10,44.45.47; 11,15; o después, Hch 8,15-17). Efectos del Espíritu: hablar en lenguas o inspirados (Hch 2,4; 10,45-46; 19,6).

d) El Espíritu es fuerza (Mt 12,28; Hch 1,8; 1 Cor 2,4); acompaña al hombre rehabilitado por Dios (Rom 8,9; 1 Cor 3,16); da la experiencia del amor que Dios nos tiene (Rom 5,5); hace hijos de Dios (Rom 8,5-16; Gál 4, 6-7); libera de la tiranía de los bajos instintos (Rom 8,2.9; Gál 5,16); es primicia de la gloria futura (Rom 8,23) y su garantía (2 Cor 1,22; 5,5; Ef 1, 14). Fruto del Espíritu (= madurez cristiana) (Gál 5,22); la libertad, efecto propio del Espíritu (2 Cor 3,17); anima a la Iglesia (Hch 9,31), guía su actividad y su vida (Hch 8,29.39; 10,19; 11,12; 13,2; 15,28); crea la unidad (Ef 4,3), su voz es la de Cristo (Ap 2,7.11, etc.); es abogado o valedor de la comunidad cristiana frente al mundo (Jn 14,16.26; 16,3).

Eucaristía o *Acción de gracias.*

I. La acción de gracias, como la bendición o alabanza a Dios, actitud de la vida cristiana (Mt 11,25; Lc 10,21; Jn 11,41; Rom 1,8; 7,25; 1 Cor 1, 4, etc.); cf. *Oración,* II.

II. Jesús instituye la eucaristía en la última cena. «Bendición» = «Acción de gracias» (cf. Mt 14,19; 15,36; 26,26 y par.). Relatos de la institución: Mt 26,16-28; Mc 14,22-24; Lc 22,19-20; 1 Cor 11,23-25. Acciones: coger (el pan o la copa), pronunciar la bendición (o la acción de gracias), partir (el pan), dar o repartir con las palabras de explicación (Lc 22,19, para el pan; 1 Cor 11,24.25, para el pan y la copa, añaden las palabras de institución: «Haced lo mismo en memoria mía»).

III. Jesús reparte el pan durante la cena («mientras comían», Mt 26,26; Mc 14,22); según Lc 22,10 y 1 Cor 11,25, distribuyó la copa después de cenar. En Cor, la eucaristía («cena del Señor», 1 Cor 11,20) se realizaba al final de una cena, que debía expresar la fraternidad, pero que, por las diferencias sociales, causaba desunión (1 Cor 11,17-34). La participación del cuerpo de Cristo crea el cuerpo de la Iglesia (1 Cor 10,17).

IV. Jn no narra la institución: donde Mt y Mc colocan la eucaristía, entre la traición de Judas y la predicción de las negaciones de Pedro, Jn coloca el nuevo mandamiento (13,34-35): el amor a los hermanos, Ley de la nueva alianza, inaugurada con la sangre de Jesús (Lc 22,20; 1 Cor 11,25).

V. En Hch, la eucaristía se llama «partir el pan» (2,42.46; 20,7.11) o comida en común, celebrada en las casas en atmósfera de alegría (2,46-47). De ahí las iglesias domésticas (Rom 16,5; 1 Cor 16,19; Col 4,15).

Fe. I. Del AT recibe «fe» en el NT sus connotaciones de confianza (fiarse de) y esperanza; pero no es una vaga piedad o confianza en Dios, está en dependencia del mensaje que se anuncia, que es Jesús, revelación de Dios. De ahí las construcciones «creer en», «fiarse de», «creer que».

II. En los sinópticos, el término «fe» siempre en boca de Jesús (excepto en Mc 2,5 y par., pero con referencia a Jesús). Lo mismo, casi siempre, el verbo «creer». Fe en Dios (Mc 11,22), en Jesús (Mt 18,6), creer a Juan Bautista (Mt 21,32), la buena noticia (Mc 1,15); en relatos de curación indica la certeza en el poder de Jesús (Mt 9,28; Mc 5,36; 9,23-24); la eficacia de la oración depende de la fe (Mt 8,13; 21,22; Mc 11,23). La falta de fe se muestra en el miedo (Mt 8,26), en la duda (Mt 14,31), en la torpeza para entender (Mt 16,8).

III. En Jn, «fe en Jesús» (2,11; 3,15, etc.), cuando es plena equivale a creer que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios (20,31), el enviado del Padre (11,42), el consagrado por Dios (6,69). Sinónimos de «creer en Jesús»: «dar adhesión» (lit. «creer en el nombre» o «en la persona», 1,12; 2,23), «acercarse» (5,40; 6,35), «recibirlo» (1,12), «aceptarlo» (5,43), «amarlo» (14, 15.23-24).

IV. En los escritos apostólicos, fe es la respuesta de adhesión al mensaje (Rom 1,5; 15,18; 16,19; 1 Pe 1,22). Pero el mensaje no es pura información, sino invitación personal de Dios al hombre, que pide una decisión; por eso la fe es compromiso, entrega a Dios (Rom 6,10-11; 1 Pe 3,21); por ella concede Dios el Espíritu (Gál 3,14; cf. 3,2.5) y el perdón de los pecados (Hch 10,43). Fe defectuosa que no recibe el Espíritu a pesar del bautismo (Hch 8,12.14-16).

V. En san Pablo, la fe se opone a las obras, en cuanto sólo la fe es condición para ser rehabilitado por Dios (Rom 3,28.30; 4,6.13.24; 5,1, etc.; cf. 1,17). Las obras, sin embargo, son la expresión normal y necesaria de la fe, y se resumen en el amor fraterno (Rom 13,8-10), «la fe que se traduce en amor» (Gál 5,6). Para Santiago, la fe que no se demuestra con obras es un cadáver (2,26), no salva (2,14; cf. Mt 7,17.21.26). La fe libera de la Ley, que era un estadio infantil (Gál 3,23-25), da la condición de hijo en vez de esclavo (*ibid.,* 3,26; 4,7), por el don del Espíritu, que Dios concede al que cree (Rom 8,15; Gál 4,6), y hace herederos de Dios con Cristo (Rom 8,17; Gál 4,7).

VI. En san Juan se establece la oposición entre fe y mundo: fe es optar por Dios contra el mundo (Jn 17,8.14.16); renunciar a la escala de valores del mundo y adoptar la de Dios (1 Jn 2,16).

VII. La fe incluye la esperanza (Hch 11,1), con ella y el amor fraterno constituye la vida cristiana (1 Cor 13,13; 1 Tes 1,3). Da confianza y seguridad (Ef 3,12), pero ésta no estriba en las obras, sino en la fidelidad y amor de Dios hacia el hombre (cf. Rom 5,8-10; 1 Cor 1,9). La fórmula que resume la fe cristiana es «Jesús (o Jesucristo) es Señor» (1 Cor 12,3; Flp 2,11; cf. 1 Pe 3,15), equivalente a la fe en su resurrección (Rom 10,9), que incluye la esperanza en la resurrección de los fieles (1 Cor 15,12-13) y afirma la divinidad de Cristo (Flp 2,6-11). Para san Juan, la fórmula es «Jesús es Mesías e Hijo de Dios» (Jn 20,31; 1 Jn 5,1-5), que insiste más en el ejemplo y la vida de Jesús como camino; son los títulos que justifican su seguimiento.

Gracia. El término griego *khâris* significa en primer lugar el favor o benevolencia de Dios, derivadamente «generosidad, don, regalo». No aparece en Mt y Mc, donde el favor de Dios se expresa como «buena noticia», que es Jesús mismo y su mensaje (Mc 1,1), el reinado de Dios que se acerca (Mc 1,

15). Lc lo usa en su sentido propio en 1,30; 2,40.52; 4,22. Jn, en el prólogo (1,14.17), en el sentido de benevolencia o amor.

En las cartas, el término es común. Todas las etapas de la salvación se deben al favor o generosidad de Dios: el plan salvador (Ef 1,6.7; 2,5.7.8; cf. Tit 2,11), el llamamiento a ser cristiano (Gál 1,15), la rehabilitación (Rom 3,24; Tit 3,7), la salvación por la fe (Ef 2,8), la promesa (Rom 4,16). El cristiano, rehabilitado por la fe, vive en paz con Dios y en situación de gracia ante él (Rom 5,1-2; Gál 5,4; Heb 4,16; cf. Rom 5,15).

El régimen de gracia se opone al régimen de Ley (Rom 6,14.15; Gál 5,4).

Hombre. La expresión hebrea *ben-adam,* como la aramea *bar-naša* (lit. «hijo de hombre»), significan simplemente «individuo de la especie humana», «ser humano», «hombre».

El papel del hombre, como representante de Dios en la tierra, se expone en Gn 1,26-28: Dios crea al hombre a imagen suya y le da dominio sobre todos los animales.

El salmo 8,5-9 recoge la tradición de Gn 1 y la comenta poéticamente en la misma clave cósmica: dignidad del hombre y su dominio del universo. En el verso 5 aparecen como sinónimos *'enoš* y *ben-adam,* «hombre» y «ser humano».

Dn 7,1-4 aplica el dominio del hombre al terreno histórico. La «figura humana» (lit. «como un hijo de hombre») que aparece en el cielo (7,13) indica que a los imperios bestiales (basados en la fuerza bruta) que proceden del mar (caos) (7,1-8), va a suceder, por obra de Dios, un imperio regido por el hombre, no por la bestia (7,9-14). Tal es el significado de la visión. Por eso, aun refiriéndola a Dn 7,13, la expresión «hijo de hombre» no admite más traducción que «hombre».

Al usarla, Jesús acentúa una línea del AT imperfectamente desarrollada: la importancia y el papel del hombre en la tierra y en la historia, según los textos citados anteriormente. Por eso usa a veces «el Hombre» en sentido inclusivo (Mc 2,10; 2,18), designando al hombre en general (cf. Mt 9,6: «el hombre»; 9,8; «los hombres», y 1 Cor 6,2). Otras veces aparece como perífrasis de «yo» (Mt 5,11; cf. Lc 6,22; Mt 10,32; cf. Lc 12,8, etc.). En Mc 9,12; 14,21 (cf. 8,31; 9,31; 10,32-34), la expresión se refiere sin duda alguna a Is 52,13-53,12 (Pasión del Siervo de Dios), sin alusión a Dn 7,13. En los textos que describen la exaltación y la venida gloriosa se alude a Dn 7,13 (Mt 10,23; 24,27.37-39; 25,31; Mc 8,38; 13,26; 14,62 y par.; Lc 17,24.26.30; 18,8; 21,36); sin embargo, Mt 28,18, que afirma el cumplimiento de la profecía, no menciona al «Hombre».

Es dudoso que la expresión haya sido interpretada por los oyentes de Jesús como título mesiánico; nunca suscita oposición ni siquiera curiosidad. Tampoco los discípulos o la Iglesia primitiva lo usan como título al lado del «Mesías», «Hijo de David» o «Hijo de Dios».

Hablando precisamente del mundo futuro, y para describir el dominio del hombre, Heb 2,6-9 aplica a Jesús no la profecía de Daniel, sino Sal 8,5-7.

Ap 1,13-14 (cf. 14,14) hace alusión a la figura humana de Dn 7,13, aunque uno de los rasgos que le atribuye pertenece al Anciano en Dn 7,9 (cf. Dn 10,5-6). Sin embargo, al describir el cumplimiento de la profecía y nacer el que va a terminar con los imperios bestiales (13,1) para implantar el suyo (12,10; 19,11-21), no se le llama «hijo de hombre», sino simplemente «un hijo varón» (12,5.13) o se usan otros títulos (19,16). Esto, como Mt 28, 18, muestra que «hijo de hombre» no es una expresión consagrada con un matiz particular, sino un simple semitismo para designar al hombre.

Otros varios términos designan al hombre considerado bajo diversos aspectos:

a) *Psychè* (hebr. *nefeš*): «aliento» (Hch 20,10), «vitalidad», «vida», «existencia» (Mt 2,20; 6,25; 10,28.39, etc.). De aquí, «hombre» en cuanto ser animado, viviente, sustituye a menudo el pronombre personal o al posesivo (Mt 11,29; Jn 12,27; Rom 16,4). «Mi alma» = «mi espíritu» = yo (Lc 1,46).

b) Sôma no designa una parte del hombre, sino al hombre entero en cuanto tiene una existencia corporal que lo integra en el mundo físico y lo hace capaz de interacción y comunicación: el hombre en cuanto capaz de relación. A veces se subraya el aspecto corpóreo (Rom 4,19; 1 Cor 6,13-20; 7,4); otras designa la persona concreta, el «yo» (1 Cor 9,27; 13,13; Flp 1,20) o a la persona en cuanto activa, «la existencia» (Rom 12,1). No hay existencia humana sin *sôma,* aun después de la muerte (1 Cor 15,35-44), «cuerpo espiritual» *(ibid.,* 44.49). El *sôma,* destinado al Señor (1 Cor 6,13), puede estar dominado por los bajos instintos (cf. *sarx)* y ser instrumento de muerte (Rom 7,24).

c) Sarx, el ser de carne y la carne misma que lo forma (1 Cor 15,39; Sant 5,3); con fórmula más enfática, «carne y hueso» (lit. «carne y sangre», Mt 16,17; 1 Cor 15,50; Ef 6,12). Designa primeramente el ser material, sensible y perceptible y, en consecuencia, débil, perecedero, transitorio, corruptible (Hch 2,17; Rom 3,20; 1 Cor 1,29; 2 Cor 12,7; Gál 2,16; 1 Pe 1,24). De ahí pasa a significar lo material (Rom 15,27; 1 Cor 9,11; Gál 3,3), lo exterior (Heb 9,10), lo débil, mortal, transitorio, lo propio humano con sus limitaciones (1 Cor 5,5; 7,28; 2 Cor 10,3; 11,18; Flp 3,3-4). Denota, por último, la debilidad moral, el estrato del ser donde arraiga el pecado (Rom 7,25), la esfera del egoísmo y de los bajos instintos (Rom 7,18; 13,14; Gál 5, 13), que se manifiestan en inmoralidades, envidias, partidismos (1 Cor 3,3; Gál 5,19-21), miras interesadas (2 Cor 1,17; 10,2-3), amor propio (Col 2,18. 23). El Espíritu de Dios, antítesis de los bajos instintos (Rom 8,4-6; Gál 5,17), permite vivir libre de su dominio (Rom 8,13).

Iglesia. El término griego *(eklêsía),* que podía designar cualquier asamblea civil (Hch 19,32.39), y que sirvió a los LXX para traducir el hebreo *qahal* (asamblea de Israel convocada de parte de Dios) (Hch 7,38), se elige para designar la asamblea o comunidad cristiana; a veces, para evitar equívocos, se determina como «Iglesia» (o 'Iglesias') de Dios» (Hch 20,28; 1 Cor 10,32; Gál 1,13).

En los Evangelios se encuentra sólo en Mt 16,18 (comunidad mesiánica) y 18,17 (asamblea local). El grupo de discípulos se designa como «Reino de Dios» en su fase histórica (cf. *Reino de Dios).* En los demás escritos del NT (excepto en 2 Tim, Tit, 1 y 2 Pe, 1, 2 y 3 Jn, Jds, donde no aparece), «Iglesia» se aplica a los fieles que se reúnen en una casa (iglesia doméstica, Rom 16,5; 1 Cor 16,19; Col 4,15; cf. Hch 2,46; 20,7-8) o al grupo cristiano de una localidad (Hch 8,1; 13,1; 20,17; 1 Cor 1,2, etc.). En Ef y Col se usa en sentido general, sin referencia a localidades determinadas (Ef 1,22; Col 1, 18.24).

La comunidad cristiana es el *pueblo adquirido* por Dios (1 Pe 2,9; cf. Ex 19,5; 2 Cor 6,16; cf. Lv 26,12), la convocación de «los consagrados» (Rom 1, 7; 15,25; 1 Cor 16,1, etc.) por Jesús Mesías (1 Cor 1,2) por medio del Espíritu (2 Tes 2,13; 1 Pe 1,2). Es *edificio* o construcción (Mt 16,18; 1 Cor 3,9-12; Ef 2,20), *templo* (Ef 2,21; 1 Pe 2,4-7), *cuerpo* del cual cada uno es miembro con función propia (Rom 12,3-8; 1 Cor 12,12-31), por participar del cuerpo de Cristo (1 Cor 10,17); su cabeza es el Mesías (Ef 1,22-23; 4,4.15; Col 1,18. 24); *esposa* del Mesías (Ef 5,25-33; 2 Cor 11,2), *familia de Dios* (Heb 3,1-6; cf. Gál 6,10). Está formada por hombres de todos los pueblos (Ap 5,9) y en ella no cuentan las diferencias raciales, culturales ni sociales (1 Cor 12,13; Gál 3,18; Col 3,11).

Igualdad. La pertenencia exclusiva a Cristo, como a único Señor, es el fundamento de la igualdad (1 Cor 3,21-23; Rom 14,7-9), que significa la ausencia de dominio y de privilegios en la comunidad.

I. Jesús define su misión: no ser servido, sino servir hasta dar la vida (Mt 20,28 y par.; cf. Lc 22,27; Jn 13,4-11). No da órdenes a sus discípulos,

sino encargos (Mt 21,1-3 y par.; 26,17-18 y par.), consejos y recomendaciones (Mt 6,2.5.9.16.19.25; 7,1.7.13, etc.); expresa sus exigencias de modo incondicional (Mt 16,24 y par.; Lc 14,25-33). Sólo les prohíbe, por razones tácticas, publicar que él es el Mesías (Mt 16,20 y par.; 17,9 y par.).

Corrige los brotes de ambición (Mt 18,1-4 y par.), excluye del grupo cristiano todo asomo de poder (Mt 20,25-28 y par.); única autoridad, la del servicio, a imitación suya (Mt 20,28 y par.). Prohíbe los títulos honoríficos en el grupo (Mt 23,8-12); él mismo, siendo Maestro y Señor (Jn 13,13), llama a los discípulos amigos (Lc 12,4; Jn 15,15) y hermanos (Mt 28,10; Jn 20,17); no hay otros títulos (Mt 23,8; Hch 1,15-16; Rom 1,13; Sant 1,2; 1 Pe 4, 12, etc.). Quien ocupa un cargo, esfuércese por subrayar la igualdad (Lc 22, 16).

En el grupo cristiano hay que entrar como pobre (Mc 10,21), todos han de ser igualmente últimos, para ser todos igualmente primeros (*ibid.*, 31).

II. Igualdad en san Pablo (1 Cor 3,9; 2 Cor 4,5; Gál 3,27; Col 3,11); no tener pretensiones (Rom 11,20.25; 1 Cor 7,19; Gál 5,6; 6,15) ni por motivo de los dones recibidos (Rom 12,3; 1 Cor 12,12-26); igualdad en lo económico (2 Cor 8,13-14). Particularmente severo es Santiago (1,9-11; 2,1-4. 5-9).

Jesús. I. *Títulos de Jesús:*

a) *Mesías* = Cristo = ungido = consagrado. → *Mesías.*

b) *Hijo de Dios* (Mc 1,1; en el AT, título real; Sal 2,7) incluye la idea de Mesías (Mc 1,11; 3,11; 14,61 y par.).

c) *Señor,* título divino que expresa la dignidad del Hijo (Lc 2,11; Jn 20, 28; 1 Cor 8,6; Flp 2,11).

d) *El Hombre,* por alusión a Dn 7,13 (cf. *Hombre);* Mt 28,18 muestra el cumplimiento de la profecía.

e) *El Profeta* o nuevo Moisés; por alusión a Dt 18,15.18 (Mt 21,11; Jn 6,14; 7,40; Hch 3,22; 7,37).

f) De sí mismo afirma Jesús ser más que Jonás (Mt 12,41 y par.), que Salomón (Mt 12,42 y par.), que Moisés (Mt 5,21-48; Mc 10,5 y par.), que Juan Bautista (Mt 11,10 y par.), que el templo (Mt 12,6), más fuerte que Satanás (Lc 3,16; 11,22 y par.).

II. *Jesús y Juan Bautista.* Jesús reconoce que el bautismo de Juan era cosa de Dios (Mc 11,30 y par.) y que había traído el camino recto (Mt 21, 32); era más que profeta por ser precursor suyo (Mt 11,9-10 y par.), el más grande de todos los nacidos (Mt 11,11); él termina la antigua época (Lc 16, 16) y empieza la nueva (Mt 11,12-14).

Jesús no se retira al desierto, sino que recorre Galilea (Mc 1,39), no era un asceta como Juan (Mc 2,18-19; Mt 11,18-19 y par.); Juan bautizaba con agua; Jesús, con Espíritu (cf. *Bautismo,* II).

III. *El mensaje y su realización.* Jesús proclama la buena noticia del reinado de Dios (cf. *Reino,* I), que invita a todos, justos y pecadores, observantes y descreídos, a reconocerlo como Padre, cambiando de vida y construyendo una sociedad de hermanos (cf. *Fe,* IV). Como la consecución de ese ideal es lenta, quiere Jesús realizarlo prácticamente en un grupo que ya desde ahora señale la meta (Mt 5,13-16).

Su enseñanza pública es, pues, válida en primer lugar para sus discípulos (Mt 5,2 y 7,28).

Algunos temas son:

a) El reinado de Dios se realiza gradualmente, no con un golpe de fuerza, porque está en función de la respuesta de los hombres (Mt 13,3-9.18-23 y par.), aunque el éxito final es seguro (*ibid.*, 31-33 y par.).

b) Como Mesías, no usa el poder (cf. Mt 4,8-10; Lc 4,6-8; Jn 18,36-37). Tres veces predice su muerte (Mc 8,31; 9,31; 10,33-34 y par.), Pedro se opone (Mc 8,31-32 y par.).

c) El grupo ha de continuar la misión de Jesús (Mt 10,1.7-8), primero

en Israel, luego en el mundo entero (Mt 10,5-6; 28,19): mensaje de esperanza (el reino que llega), demostrado con obras (curar y expulsar demonios, Mt 10,7-8). En Lc, misión de los Doce (9,1-6) y de los setenta y dos (10,1), ambas con el mismo mensaje y autoridad (9,2-6; 10,1.9; cf. 10,17), indicando que la misión es única y que pertenece a todos los discípulos; en la misión éstos representan a Jesús (10,16).

d) Derriba el prestigio de los líderes espirituales (Mt 6,1-18; 15,12-14; 23,1-36; Lc 11,37-52; 12,1-3; 20,45-47).

e) En el grupo se ha de vivir responsablemente (Lc 12,35-40 y par.); igualdad y servicio mutuo (Mt 20,25-28 y par.), evitar la ambición y la arrogancia, causas de escándalo (Mt 18,1-9 y par.), perdón continuo e ilimitado (Mt 18,15-35), no invocar méritos (19,30-20,16).

IV. *Reacciones al mensaje.* La acogida que hace Jesús a pecadores y descreídos provoca la indignación de los fariseos, que la estiman la ruina de la moral (Mc 2,16 y par.; Mt 11,19 y par.; Lc 15,2; cf. 19,7). Lo acusan de magia (Mc 3,22 y par.); se planea su muerte (*ibid.*, 3,2-6). Lo decisivo fue su intervención en el templo (Mc 11,15-18 y par.).

Ley. I. En los Evangelios, nunca recomienda Jesús la observancia de la Ley como tal (en Mc no aparece la palabra). En Mt declara insuficiente la observancia minuciosa y casuística de letrados y fariseos (5,20); éstos buscaban una obediencia más extensa, multiplicando los preceptos; Jesús, una fidelidad más intensa, más allá de los preceptos; declara que Dios exige actitudes, en vez de fidelidad literal a normas (5,21-48). Para el fariseo, la Ley escrita expresaba la voluntad de Dios; para Jesús, su conciencia inmediata de la voluntad, del designio de Dios, se hacía «ley» (cf. Jn 4,34; 6,38-40; Rom 12,2).

Interpreta y corrige la Ley escrita (Mt 5,21-48) y rechaza la Ley oral (Mc 2,23-28 y par.; 7,1-8 y par.; Lc 11,38). Oposición entre la Ley y el amor (Jn 1,17). Jesús se distancia de la Ley (8,17; 10,34; 15,25). Por eso los mandamientos que hay que guardar no son ya los de la Ley, sino los de Jesús (14,15.21; 15,10), que se resumen en el del amor mutuo (13,34-35; 15,12.17; cf. Mt 7,12: Mc 12,28-34 y par.).

II. En los Hechos, Esteban y el grupo judío helenístico, alejados y aun opuestos a la Ley (6,13), si la acusación tenía fundamento; el grupo judío palestinense, apegado a la Ley (21,20). La asamblea de Jerusalén decide contra la obligatoriedad de la Ley para los paganos que se convierten (cap. 15).

III. En los escritos paulinos se nota el conflicto entre dos grupos cristianos: los que consideraban la Ley requisito para la salvación y los que con Pablo sostenían que el Mesías era el fin de la Ley (Rom 10,4; Gál 3,23-25; 4,4-5).

La Ley daba conciencia del pecado (Rom 3,20; 7,7) y lo hacía proliferar (5,20), llevando a la reprobación de Dios (4,15). Era buena en sí (7,12.16), pero impracticable (7,23), por la mala inclinación del hombre (7,19-24; cf. 3, 27; 4,2; Flp 3,4-6). Hacer de la Ley medio de salvación es inutilizar la muerte de Cristo (Gál 2,21), cargar con una maldición (3,10.13). Es una esclavitud (Gál 5,1), hay que morir a ella para vivir para Cristo (Rom 7,4; Gál 2,19). San Pablo se opone también a los preceptos ascéticos, cúlticos y rituales (Gál 4,10; 5,3; Col 2,16.21.23). La doctrina sobre la abolición de la Ley atrajo a Pablo la acusación de inmoralismo (Rom 3,8; 6,1), a la que él responde (*ibid.*, 6,2-3.10-11.14). La exigencia profunda de la Ley se resume en el mandamiento del amor al prójimo (Rom 13,10; Gál 5,14; 6,2).

La carta a los Hebreos, apoyándose en Jr 31,33, opone la exterioridad de la Ley en el AT a la ley interior propia del NT (8,10; 10,16). Santiago habla de la Ley del Reino (2,88), de la Ley perfecta, propia de hombres libres (1, 25; 2,12), que se reduce al amor al prójimo (2,8).

En general, para advertir que la Ley no contaba para las comunidades cristianas, basta examinar los exordios de las cartas apostólicas: nunca se

alaba a las comunidades por su observancia ni se estimula a ella; se elogian la fe, la esperanza y el amor fraterno (por ejemplo, 1 Tes 1,3; 2 Tes 1,3; 2 Tim 1,5; Flm 1,5; 1 Pe 1,7-8).

Libertad. I. La libertad de Jesús dimana de su fidelidad al Padre, cuya voluntad y reinado es lo único que importa. Nunca muestra servilismo hacia los poderosos (Lc 13,32; Mt 21,23-27; 22,16 y par.). No respeta las discriminaciones sociales (Mt 8,1-4 y par.; Lc 17,11-13; Mt 9,10 y par.; Lc 7,36-50; 8,1-3); elige para el grupo de los Doce a hombres de diferentes tendencias (Mt 10,2-4 y par.). En su modo de enseñar no sigue el método tradicional (Mt 7,29 y par.), no se somete a escuelas de exégesis (Mt 22,41-46 y par.), de moral (Mt 19,3-6 y par.) ni de teología (Mt 22,23-33 y par.); omite versículos del AT que no concordaban con el mensaje de Dios (en Mt 11,5: Is 35,4b o 61,2b; en Lc 4,19; Is 61,2b); denuncia a los líderes en público (Mt 23 y par.), rechaza la adulación (Mc 10,17-18; Mt 22,16-18); está exento del deseo de popularidad (Mc 1,35-39; 6,45; Jn 7,3-6) y de poder (Mt 4,8-10 y par.; Jn 6,15). Libera del pecado (Mt 9,2-6 y par.; Lc 7,48; Jn 8,34-36), de los espíritus impuros que esclavizan al hombre interiormente (Mt 8,16.24-34 y par.; 12,22, etc.), de las enfermedades (Mt 8,2-4.6.13; 9,6.29-30 y par., etc.) y de la misma muerte (Mt 9,25 y par.; Lc 7,14-15; Jn 11,43-44; cf. Jn 8, 52); viene a liberar a los cautivos (Lc 4,18), restituye al hombre su dignidad (Mc 5,15) y llama a sus discípulos, no siervos, sino amigos (Jn 15,14-15; Lc 12,4) y hermanos (Mt 28,10; Jn 20,17).

II. En san Pablo, liberación de la esclavitud al pecado (Rom 6,7.16-20. 22), a la muerte (5,21; 6,16; 1 Cor 15,56; cf. Jn 8,21.24; Flp 3,20-21) y del miedo a la muerte (Heb 2,15); del dominio de los bajos instintos (Rom 8,6. 12-13) y de la Ley que los fomenta (Rom 6,14; 7,5-6; Gál 2,19; 5,1.16-18).

La libertad cristiana, que es total (1 Cor 6,12; 9,19; 10,23), se limita ella misma por el sentido de responsabilidad hacia uno mismo (1 Cor 6,12) o hacia el prójimo *(ibíd.,* 10,23; Gál 3,5; cf. Rom 14,15). Donde hay Espíritu del Señor, hay libertad (2 Cor 3,17; cf. Rom 8,15; Gál 4,6-7). Los débiles en la fe se escandalizan de la libertad (Rom 14,1-4.15). Pablo defendió la libertad en la asamblea de Jerusalén (Gál 2,4-8) e incluso contra Pedro en Antioquía *(ibíd.,* 2,11-21).

María, Madre de Jesús. Esposa de José (Mt 1,16; Lc 1,27), virgen, pues aún no vivía con su esposo (Mt 1,18.23; Lc 1,34; cf. 27: «joven» = «virgen» en aquella cultura, por oposición a la casada). Concibe por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35; Mt 1,20). El ángel Gabriel le da el título de «favorecida» o predilecta de Dios (Lc 1,28; cf. 30), y le anuncia que será madre del Mesías, Rey eterno (Lc 1,32), Hijo de Dios *(ibíd.);* en Mt, del Salvador (1,21).

En boca de Isabel, María es «la bendita entre las mujeres» (Lc 1,39-45). En su cántico, María describe la acción de Dios, que va a verificarse por medio de su Hijo: Dios se pone de parte de los humildes y de los pobres, contra los poderosos y los ricos *(ibíd.,* 51-55; cf. 6,20-21.24-25).

Durante la vida pública fue en una ocasión con sus parientes a buscar a Jesús (Mt 12,46 y par.) y se la menciona en Nazaret (15,35 y par.). En Jn aparece en dos ocasiones: en Caná Jesús le advierte que aún no ha llegado su hora (= su muerte), que es cuando empezará el papel de María (2,1-5); al llegar su hora, Jesús la confía al discípulo preferido, como madre de sus discípulos (Jn 19,26-27). Está con los discípulos que esperan la venida del Espíritu (Hch 1,14).

Mesías (hebr.) = Cristo (gr.) = ungido o consagrado. En el AT, el rey (1 Sam 2,10.35; 24,7, etc.; Sal 2,2.6, etc.). En el NT, Jesús (Mc 1,1; 8,29 y par.), Rey (Mt 25,34; Jn 18,33; 19,19), consagrado por Dios (Mc 1,24; Jn 6,69), Servidor de Dios (Mt 12,17-21), ungido por el Espíritu después de su bautismo (Mc 1,10-11; Lc 4,18-19; cf. Is 42,1; 61,1). Intercambiable con M. es «Hijo de Dios» (cf. Sal 2,2.7; Mc 14,61; Hch 9,20.22; Rom 5,9-10; 8,11;

2 Cor 1,19; Gál 1,12.16; 1 Jn 5,1.5.10). El título «Mesías» designa una misión en la historia.

Dios eligió al M. y a los suyos antes de crear el mundo (Ef 1,4). El M. es hijo de Abrahán (Mt 1,1), el descendiente heredero de la promesa (Gál 3, 16.18-19); por él, la bendición (= promesa) dada a Abrahán se extiende a todos los pueblos con el don del Espíritu (Gál 3,14). El es el «sí» a todas las promesas de Dios (2 Cor 1,19-20). Es descendiente de David (Mt 1,1; Lc 1,32), pero su reino es distinto (Mc 12,35-37; Jn 18,36).

Expresada con textos proféticos, *la misión del Mesías* es liberar, implantar el derecho y la justicia en el mundo entero, dar la buena noticia a los pobres (Mt 11,5; 12,18-21; Lc 4,18-19). En términos del NT, formar una sociedad nueva como alternativa a la existente, llamada: 1) en los sinópticos, «el reinado de Dios» (Mc 1,15 → *Reino de Dios);* 2) en Pablo, metafóricamente, «Cuerpo» (= cuerpo social), del que el M. es cabeza (= jefe) (Ef 1,22; Col 1,18). Por ser cabeza del pueblo, lo es de cada cabeza de familia (1 Cor 11,3). La relación de amor y fidelidad entre el M. y su pueblo se expresa, como en el AT (Os 2,16-18), con el símbolo conyugal (Ef 5,23-25; 2 Cor 11, 2-3).

Secreto de Dios sobre el M.: que sería Jefe inmediato de la humanidad entera, no a través de Israel (Ef 3,4-7; Col 1,26-27), aboliendo toda discriminación (Rom 10,12; 1 Cor 12,13; Gál 3,28; Ef 2,13-16; Col 3,11; cf. Ap 5, 9; 7,9). Su pueblo es la Iglesia (1 Cor 12,13.17; Ef 1,22; Col 1,18) o comunidad mesiánica (Mt 16,18), pero el objetivo es la unidad del universo (Ef 1, 10). El M. hace caducar la Antigua Alianza (2 Cor 3,14; cf. Heb 8,13), la Ley (Rom 10,4), obstáculo a la unidad del género humano (Ef 2,14-16).

Constituye a su pueblo no con leyes exteriores, sino infundiéndole el Espíritu (1 Cor 12,13; Rom 8,9), le comunica vida (Col 2,19; cf. Jn 10,10). Como la Cabeza, el Cuerpo es un pueblo de ungidos (1 Jn 2,20-27), de consagrados (1 Cor 1,2) por el Espíritu (1 Pe 1,2) y por el amor (Ef 1,4), de hijos de Dios (Rom 8,16; Gál 4,5; Ef 1,5; 1 Jn 5,1) y sus herederos (Rom 8,17; Gál 4,7). El amor mutuo es la característica, el vínculo y el factor de crecimiento del pueblo-Cuerpo (Ef 4,16; Col 3,14; cf. Jn 13,34-35). Para construir la nueva sociedad, el M. equipa a los suyos con dones diversos (Ef 4,7. 11-12); → *Carismas.*

La sociedad rechaza al M. y éste *muere ajusticiado* (Lc 22,37. Cruz = sangre = muerte violenta del Mesías) en nombre de la Ley (Jn 19 7). Pero su muerte fue prevista y voluntaria (Mc 8,31; Lc 24,26.46; Jn 10,18; Gál 1, 4; 2,20) y es la prueba del amor de Dios a la humanidad (Rom 5,8; 1 Jn 4, 9-10). Ella inaugura la época del favor de Dios (Rom 5,9; Gál 1,4.6), libera del pecado (Rom 6,3.10.14; 8,2; Col 2,11), que es el egoísmo (2 Cor 5,15; cf. Mc 8,24), de la Ley (Rom 7,4; Gál 5,1), de los determinismos cósmicos (= lo elemental del mundo) reflejados en las observaciones obligatorias (Gál 4,3.9.10; Col 2,20).

Dios reivindica al M. y a su obra resucitándolo (Rom 8,11; 1 Cor 15,15) y exaltándolo, confiriéndole el título divino de «Señor» (Flp 2,9-11; cf. Mc 14, 62; Jn 20,28); así se cumple Dn 7,13, → *Hombre.* La resurrección del M. funda la fe y la esperanza (1 Cor 15,17-19), pues su glorificación es la de los suyos (Ef 2,6). El juicio futuro pertence al M. y a los suyos (Rom 2,16; Mt 19,28; 1 Cor 6,2-3).

La fe cristiana consiste en reconocer a Jesús como a Mesías, en seguirlo como Jefe (Mc 8,29.34; Rom 3,22; Gál 1,12; 2,16), trabajando por la creación de la nueva sociedad (Mt 4,19; 28,19-20; Mc 13,10; Ef 4,12-13). Esa fe la da el Padre (Mt 16,17; Jn 6,37.44.65), es vida eterna (Jn 17,3; 20,31) y criterio para juzgar las inspiraciones (1 Jn 4,2); hace hijos de Dios (1 Jn 2, 22-23; 5,1). La eucaristía expresa la solidaridad con la muerte violenta (= sangre) del M., es decir, la ruptura con el mundo que lo crucificó, y la solidaridad con la nueva comunidad (= cuerpo), es decir, el compromiso de vivir el amor fraterno y de continuar la misión del M. en la historia (1 Cor 10,16).

Ministerios. La palabra, en latín, significa «servicio» y traduce el griego *diakonía,* del mismo significado.

I. Jesús no pide ser servido, vino para servir (Mt 20,28; Mc 10,45; Lc 22,26-27; cf. 12,37). Exige la misma actitud y excluye todo autoritarismo y poder (Mt 20,25-28; 23,11 y par.). Los Apóstoles se sienten encargados de un servicio (Hch 1,17.25; 6,4; Rom 11,13; 15,31; 2 Cor 6,3). Hay muchos servicios, pero un único Señor (1 Cor 12,5; cf. 3,5.21-23; 2 Cor 4,5).

II. Funciones en las comunidades:

a) *Presbýteroi,* ancianos (1 Tim 5,1.2; 1 Pe 5,5; Ap 4,4.10); en el Gran Consejo judío, los *presbýteroi* eran los senadores seglares (Mt 16,21; 21, 23, etc.); en los pueblos eran una especie de concejales (Lc 7,3). A imitación del Consejo seglar judío, la Iglesia de Jerusalén instituye un consejo alrededor de los Apóstoles (Hch 11,30; 15,2.4., etc.), que continúa más tarde con Santiago (21,18) (traducción: «responsables»; el término «presbítero» tiene otras connotaciones). Esta institución se propaga a otras iglesias locales (Hch 14,23; 20,17; cf. 1 Tim 5,17-19; Sant 5,14; 1 Pe 5,1); su función era presidir y tenían un estipendio (1 Tim 5,17). Abusos (1 Pe 5,1-4).

b) *Epískopos:* encargado, guardián, dirigente («obispo» tiene otras connotaciones), que se identifica con *presbýteros* (Hch 20,17.28 = guardianes; de Cristo en 1 Pe 2,25), o era quizá el primero entre ellos (Tit 1,5.7). Retrato del dirigente (1 Tim 3,1-7; Tit 1,7-9). En Flp 1,1, *epískopoi* podría indicar los encargados de la administración, pues la carta se escribe para dar las gracias por la ayuda económica a Pablo (4,10-20).

c) *Diákonos:* servidor, agente, auxiliar. A menudo, no designa una función, sino una actividad (1 Cor 3,5; Ef 6,21). Como función (Rom 16,1, de una mujer; Flp 1,1). Cualidades (1 Tim 3,8-13).

Mundo. En griego, *kosmos* = orden, adorno, mundo.

I. Además del mundo físico (Mt 13,35; Jn 16,21, etc.), significa en el NT la humanidad (Mt 5,14; cf. 5,16; 13,38; 18,7; Jn 3,16; 6,51; 8,12; 12, 47, etc.) y, en sentido peyorativo, la humanidad en cuanto estructurada en un orden sociorreligioso injusto y rebelde al designio de Dios. «El mundo éste» = el orden presente (Jn 8,23; 12,25.31; 16,11; 18,36; cf. 1 Cor 3,19; 7,31; Ef 2,2; 1 Jn 4,17), cuyo jefe es el diablo (Jn 12,31; 14,30; cf. Lc 4,5-6; Ap 13,2b); «ser del diablo» equivale a «pertenecer a este mundo» (Jn 8,44; 1 Jn 3,8-10).

El mundo como humanidad es objeto del amor de Dios (Jn 3,16; 12,47); el mundo como orden social (representado en el Jn por «los judíos», es decir, las autoridades judías, en el Ap por el Imperio Romano) es enemigo de Dios, está todo en poder del malo (1 Jn 5,19; Ap 13,2; cf. Lc 4,6). Dios, que ama a la humanidad, quiere salvarla de la estructura de mal que ha creado; para ello manda a su Hijo, que da al mundo la posibilidad de salir de su pecado (Jn 1,29; 1 Jn 4,10-11.19), de tener vida (Jn 10,10). La humanidad y cada hombre tiene que optar entre la vida que Dios ofrece en Jesús (Jn 4,10; 6,48; 8,12; 11,25) o condenarse a la muerte (1,4-5.12; 6,53).

II. El choque entre Jesús y el mundo muestra la incompatibilidad entre la ideología del mundo y el mensaje de Jesús, entre las dos escalas de valores (Jn 5,41.43; 7,7; 8,32-46). Odio del mundo a Jesús, que es odio a Dios sin razón y culpable (15,18-24); quiere suprimir la verdad (7,19; 8,37.43.46).

Frente a la estructura religiosa de «los judíos», Jesús anuncia el fin de los templos (4,21; cf. 2,19) y el comienzo del nuevo culto, en espíritu y verdad (4,23-24).

Jesús no propone una reforma del mundo, sino una alternativa; para ser discípulo suyo no basta ser mejor, es condición «no pertenecer al mundo», como él no pertenece (15,19; 17,14.16; 18,36-37; cf. Gál 6,14). Un sumario de lo propio del mundo (1 Jn 2,16; cf. 3,17). Se pertenece al mundo o al diablo cuando se odia (1 Jn 2,11; 3,12.15); el distintivo del discípulo es el amor fraterno (Jn 13,34-35; 15,12.17; 1 Jn 2,7-10; 4,7.21).

Oración. I. Mc menciona tres veces la oración de Jesús: en 1,35 y 6,46, después de una explosión de popularidad (peligro de mesianismo político; Jesús se aleja y no vuelve); en 14,32-42, antes de su Pasión, para aceptar el designio del Padre. Los dos últimos pasajes tienen paralelo en Mt.

En Lc ora Jesús antes de la bajada del Espíritu (3,21), se retira para orar (5,16), antes de escoger a los Doce (la noche entera, 6,12), antes de la pregunta decisiva a los discípulos (9,18), en la transfiguración (9,28-29), cuando le piden que les enseñe a orar (11,1), por la fe de Pedro (22,32; cf. 9,20) y en Getsemaní (22,39-46). Oración de Jesús en voz alta (Mt 11,25-26; Lc 10,21).

En Jn, Jesús da gracias al Padre (11,41-42); oración por sí mismo, por los discípulos y por los que creerán en lo sucesivo (17,1-26).

Exhorta a sus discípulos a orar (Mt 5,44 y par.; 9,38; Lc 11,13; 18,1-8; Mc 14,38 y par.). Les enseña el Padrenuestro (Mt 6,9-13; Lc 11,1-4). Orar con insistencia (Mt 7,7-11 y par.), sin rencor (Mc 11,25) y con una fe sin reservas *(ibid.,* 23-24 y par.).

II. La oración cristiana se expresa en alabanza, acción de gracias y petición (Rom 1,8; 1 Cor 1,4; 2 Cor 1,3; Ef 1,3; Flp 1,3; 1 Pe 1,3). Ejemplos de peticiones (Hch 1,24-25; 6,6; 8,15; 28,8; Flp 1,9; Col 1,3.9; 1 Tim 2,1-2). Ayuda del Espíritu (Rom 8,26). Oración incesante (1 Tes 5,17; cf. Lc 21,36). La petición de misericordia, frecuente en los que se acercan a Jesús, desaparece entre los cristianos, que han obtenido ya la misericordia al ser regenerados por Dios (1 Pe 1,3; 2,10; Rom 11,30.32; 1 Tim 1,13) y están seguros del amor de Dios (Rom 8,1; Heb 4,16). Se desea, sin embargo, como bendición, con el favor y la paz (Gál 6,16; 1 Tim 1,2; 2 Tim 1,16,18; Jds 2).

Pablo → «Introducción a san Pablo» al frente de sus cartas.

Pecado. I. *En los sinópticos,* Jesús exhorta a la enmienda o cambio de vida como preparación al reinado de Dios que llega (Mt 4,17; Mc 1,15; cf. Mt 3,2; Mc 6,12). Pecado, para él, no es ya transgredir una norma, sino la maldad que sale del corazón y daña a uno mismo o al prójimo (Mc 7,14-23 y par.). Es de suma gravedad escandalizar a los humildes con la arrogancia o la desigualdad (Mt 18,1-7; Mc 9,33-37.42; cf. Lc 17,1-4).

El perdón de Dios es total, sin humillar (Lc 15,18-24); produce agradecimiento (7,41-42.47), que obliga a perdonar a los demás (Mt 18,21-35). Jesús no transige en este punto: quien no perdona a su prójimo no será perdonado por Dios (Mt 6,14-15) ni escuchado (Mt 5,23-24; Mc 11,25; cf. Mt 6,12. 14-15; Lc 11,4). Perdón ilimitado (Mt 18,21-22; Lc 17,3-4); el máximo del perdón se muestra en el amor a los enemigos (Mt 5,43-48 y par.; cf. Lc 23,34).

El término «pecador» tiene con frecuencia un sentido de notoriedad social: descreídos, irreligiosos y gente de bajo nivel moral; en boca de los fariseos, los que no seguían su interpretación de la Ley (Mt 9,10-11.13 y par.; Lc 15, 1-2, etc.). Jesús frecuenta la compañía de los pecadores, come con ellos (Mt 9, 10-13 y par.), elige a uno para el círculo de los Doce *(ibid.,* 9 y par.). Esto le valió una especie de mote (Mt 11,19; Lc 7,34). Justifica su conducta con tres parábolas (Lc 15,1,32).

II. *En Juan,* «el pecado» es la opción contra la luz (Jn 1,5; 3,19; 9, 40-41), contenida en la Palabra eterna del amor y la lealtad (1,4.14), que ilumina a todo hombre (1,9). Optar contra la luz es optar contra la vida (1,4), en favor de las tinieblas (3,19) y de la muerte (cf. 1 Jn 5,16). «Pecado» es, por tanto, el poder opresor (8,23-24.34.44; 9,40-10,13), que rechaza la verdad (8,45-47).

Al que vive en la luz, es decir, al que ama a sus hermanos (1 Jn 2,10) la sangre de Jesús lo limpia de todo pecado (1,7; cf. Ap 1,5). Si un cristiano pecaıa, Jesús, que expía por los pecados del mundo entero, es su abogado ante el Padre (2,1-2). Cuando se ama a los hermanos con las obras, se puede estar seguro de la benevolencia de Dios, aun en el caso de que la conciencia no esté tranquila (3,18-20; cf. 1 Pe 4,8).

III. Para Pablo, el pecado es una potencia maléfica que entra en el mundo con el primer hombre (Rom 5,12), reina dando muerte (5,21), paga con muerte (6,23; Ef 2,1; cf. Sant 1,15). Todos estaban bajo el dominio del pecado (3,9) y separados de Dios (3,23). La Ley intervino para dar conciencia del pecado (Rom 3,20; Gál 3,19), pero al mismo tiempo para aumentarlo, pues atizaba las pasiones pecaminosas (Rom 5,20; 7,5; Gál 3,22). Triple conexión: el aguijón de la muerte (como animal venenoso) es el pecado, y la fuerza del pecado está en la Ley (1 Cor 15,56). Por tanto, si hay que morir al pecado (Rom 6,2), hay que morir a la Ley, su instrumento (7,4). Esta muerte es posible sólo mediante el Espíritu (Rom 8,2). El pecado actúa a través de los bajos instintos (cf. *Hombre, c*)

Pedro. De nombre Simón, hermano de Andrés, ambos pescadores; llamamiento (Mc 1,16-18 y par.). Vive en Cafarnaún (1,29-30 y par.); Jesús se aloja en su casa (Mt 8,14). Le da el sobrenombre de Cefas («piedra») (Mc 3,16), aunque no lo utiliza para dirigirse a él (única excepción, con ironía, Lc 22,34). Mt 16, 18 explica el nombre.

Es el primero de los Doce (Mt 10,2) y el prototipo del discípulo. Declara en nombre de todos que Jesús es el Mesías, (Mc 8,29-30 y par.), pero su mentalidad nacionalista lo lleva a increpar a Jesús, que se definía como Mesías no triunfador en lo humano, sino víctima del poder (Mc 8,32; Mt 16,22-23). Interpela a Jesús, que rechaza la riqueza, para que explique qué es lo que espera al grupo (Mc 10,28 y par.). Audacia y falta de fe (Mt 14,28-31).

Ha recibido del Padre la fe de que Jesús es el Mesías (Mt 16,16), que le vale al nombre de «Piedra», y la promesa de las llaves del reino, es decir, la facultad de atar y desatar, de admitir y expulsar de la comunidad (Mt 16, 19; cf. 18,17-18). Sin embargo, no entiende el mesianismo de Jesús, lo que le vale el reproche más severo que registra el evangelio (Mt 16,21-23; cf. 4, 10).

En Lc 22,31 (par. de Mt 16,21-22), Jesús ve el peligro en que está la fe de Pedro (cf. 9,20) y ha pedido a Dios que no la pierda; misión de Pedro será afianzar a los demás (*ibíd.*, 32). Pedro alardea de fidelidad (cf. Mt 26, 23) y Jesús predice las negaciones (*ibíd.*, 33-34). Negaciones (Mc 14,66-72 y par.).

Según Jn, Pedro y Andrés eran de Betsaida (1,44). Andrés, discípulo de Juan Bautista, conoce a Jesús y se lo presenta a Pedro (1,40-42). Confiesa la mesianidad de Jesús (6,68-69), pero muestra su incomprensión en el lavado de los pies (13,3-10; cf. Mc 8,32-33).

La figura de Pedro tiene gran relieve en Hch 1-12, donde aparece como líder del grupo de los Doce. Explica la bajada del Espíritu (2,14-36), cura al lisiado (3,6); arresto (4,3). Una visión lo prepara para la entrada de los paganos en la Iglesia (10,34-48). Críticas a Pedro (11,2-3). Encarcelado por Herodes (12,1-11). En la asamblea de Jerusalén (15,7-11). Incidente con Pablo en Antioquía (Gál 2,11-14).

Pobres. En el grupo de Jesús (= el reino de Dios) no se puede entrar como rico, sino como pobre (Mc 10,21), pues el reino de Dios es para los que eligen ser pobres (Mt 5,3; cf. Lc 6,20), cosa difícil para todos, pero especialmente para los ricos (Mc 10,23-25). Todos han de elegir ser últimos, para ser todos primeros (*ibíd.*, 31). «Ser pobre» significa renunciar a la ambición de dinero, no considerar la riqueza como un valor (Mt 6,19-21), optar por Dios contra el dinero (*ibíd.*, 24). El discípulo renuncia a la seguridad que da el dinero para ponerla en Dios («tesoro en el cielo», Mc 10,21 y par.), que dará cien veces más de lo que se deja por Jesús y por el Reino (*ibíd.*, 29-30). Por eso los «pobres» del Reino no conocerán el hambre, ni las lágrimas (Lc 6,21), ni la opresión (Mt 5,4). Jesús no acepta el dinero como solución, sino el compartir lo que se tenga (Mc 6,35-38; 8,4-5 y par.; cf. 12,43-44), eso es lo que Dios bendice con la abundancia (Mc 6,42-44; 8,8-9.19-21). De ahí su insistencia en no estar agobiados por lo material (Mt 6,25-34; Lc 12, 22-34). Aviso a los discípulos remisos (Lc 16,1-13). Los amigos del dinero no entienden ese lenguaje (*ibíd.*, 14-31).

Profeta → Carismas → Jesús, I.

Rehabilitación (en griego, *dikaiosyne*). I. *Sentido ético:* ser recto u honrado y proceder recta u honradamente con otros. En la religión judía, el que observa la Ley, expresión de la voluntad de Dios (Mt 1,19; Lc 1,6; 2,25). Como Jesús resume la Ley en el amor al prójimo (Mt 7,12) o a Dios y al prójimo (Mt 22,37-39 y par.), «justo» o «recto» llega a significar el que practica el amor al prójimo (Mt 25,37.46). Como adhesión a la voluntad de Dios, «rectitud» significa «fidelidad» (Mt 5,10); como actitud hacia el prójimo, «justo» es quien practica la justicia (1 Jn 2,29; 3,7.10).

II. *Sentido forense:* cualidad y actuación de un juez que sentencia a favor del inocente, que da razón al que la tiene, rehabilitándolo ante la opinión pública en caso de falsa acusación o injusticia por parte de un adversario: justicia, hacer justicia (Mt 5,6; 6,33; Hch 17,31; Heb 1,9). Para el judaísmo, Dios tenía que dictar sentencia sobre cada hombre, basándose en su fidelidad o infidelidad a la Ley y en la práctica o no de buenas obras; era, pues, una sentencia debida, aunque se admitiera que Dios, con su generosidad (gracia), supliría lo que faltase al esfuerzo del hombre. Había de pronunciarse en el juicio escatológico.

III. San Pablo se inspira en esta analogía para describir la acción salvadora de Dios con el hombre (Rom 1,16), reo de muerte por su pecado (5,12), pero pasando a un nivel superior, pues Dios no rehabilita al inocente, sino al culpable (4,5). No actúa, por tanto, como juez, sino como soberano que concede un indulto (5,21; 8,10) o una amnistía (1,7; 3,21-22). La rehabilitación no es, por tanto, debida, sino graciosa (3,24; 4,16). Unica condición para beneficiarse de esta amnistía es la fe en Jesús Mesías (1,17; 3,21.24.28; 4,3; 5,1, etc.; Gál 2,16.21; 3,11.21-22.24; Flp 3,9). Ley y fe son caminos incompatibles entre sí (Rom 3,21; 9,31-32; 10,4-11). La observancia de la Ley produce una «rectitud» propia, mérito del hombre (Rom 10,3: Flp 3,9) que lleva al orgullo (Rom 3,27; Ef 2,8-9; Flp 3,3-4). No hay que esperar al juicio escatológico para ser rehabilitado por Dios; la muerte y resurrección de Cristo han inaugurado la edad final, la amnistía está proclamada y se va revelando por el anuncio del evangelio (Rom 1,16-17; 3,24-25; 4,24-25; 5,9; Gál 4,5).

IV. «Rehabilitación» expresa sólo una faceta de la acción salvadora de Dios con el hombre: no ha de concebirse como puramente externa y social, sino como un cambio interior que hace al hombre agradable a Dios (Rom 5, 1-2). Por la fe se concede la rehabilitación (Rom 5,1), el Espíritu (Gál 3,4; Ef 1,13), la adopción filial (Gál 3,26), la promesa (Rom 4,16; Gál 3,14), aspectos diversos de la misma realidad de salvación. La rehabilitación es obra del amor de Dios por el hombre (Rom 5,8-10; 4,25) y es salvación incoada (Rom 1,16-17; 4,13; 5,9.17.21; 8,10; 10,10; Gál 3,6-9; cf. Ef 2,8-9).

V. La formulación de san Pablo corresponde a la enseñanza y actuación de Jesús: amor universal de Dios a los hombres (Mt 5,45; 9,13 y par.; 11, 19), perdón por la fe (Lc 7,48-50), gratuidad del perdón (Mt 18,27); la fe, única condición para su actividad bienhechora (Mt 8,2-3.13; 9,2.22.28, etc.; cf. 13,58). Entre las condiciones para ser discípulo nunca se menciona la observancia de la Ley.

VI. En san Juan, la fe es la única condición para la salvación (= vida) (3,15-16; 5,24; 6,47; 1 Jn 5,13; 20,31). Oposición entre Ley y fe, en Hch 13, 38-39; perdón de los pecados y don del Espíritu, aspectos de la rehabilitación, atribuidos a la fe (Hch 10,43; 19,2).

VII. La rehabilitación por la fe tiene que expresarse en obras, en un modo de vida, que se resume en el amor fraterno (Gál 5,6; cf. *Fe*, V). El don del Espíritu, aspecto de la rehabilitación, se da para la misión (Hch 1,8).

Reino de Dios. El término griego *basileia* significa: 1) realeza, dignidad real

(Lc 19,12.15; 22,29; Jn 18,36); 2) reinado, gobierno; 3) reino, territorio y súbditos; 4) casa real, linaje real (Ap 1,6.9; 5,10).

I. En el NT, generalmente sentido dinámico, «reinado» o «gobierno de Dios»: que Dios va a reinar es la buena noticia (Mt 3,2; 4,17.23; 9,35; 10,7; 24,14; Mc 1,14-15; Lc 8,1; 10,9.11) y el mensaje (Mt 13,19). Dios va a realizar el ideal del rey justo, anhelado en el AT (cf. Sal 72[71]), defendiendo y protegiendo a los débiles, oprimidos, desvalidos y pobres contra el explotador *(ibíd.,* 4,12-15; cf. Is 29,20). El manifiesto del reinado de Dios son las bienaventuranzas (Mt 5,3-10.12; Lc 6,20-26), y su programa aparece en los textos proféticos con que Jesús explica su actividad (Mt 11,5-6; Lc 4, 16-21).

II. Ante la dominación extranjera, Israel pone su esperanza en una restauración gloriosa del reino por medio del Mesías, que humillaría a los paganos; Elías había de preparar su llegada (cf. Mt 11,14; 17,10). El reinado de Dios había de inaugurarse con una especie de golpe de Estado que acabaría con los reinos precedentes (Dn 2,44).

Jesús corrige esta concepción: distingue claramente las dos etapas del reinado de Dios, la histórica y la final o escatológica.

a) *Etapa histórica:* La entrada en el Reino de Dios se describe como presente y sucesiva (Mt 23,13); el Reino de Dios se compara a una cosecha que va madurando (Mt 13,24-29.36-38), a un árbol que crece, a una masa que fermenta, a una red que va recogiendo peces buenos y malos hasta llenarse *(ibíd.,* 31-33.47-48a). El Reino de Dios se acepta (Mc 10,15); es el tiempo para negociar con el capital recibido (Lc 19,13; cf. Mt 25,15-17) y durante el cual aún se puede pecar (Mt 18,21.28-29). Israel era ciudadano del Reino (Mt 8,12), pero por su infidelidad deja de serlo; se formará otro pueblo (Mt 21,43). La culpa es de los jefes espirituales, cuya religiosidad oficial encubre la infidelidad a Dios (Mt 21,32.35-39).

b) *Etapa final:* representa un corte, un acontecimiento subitáneo (Lc 17,24) que clausura una situación y no admite rectificaciones ni se modifica con esfuerzos. Incluye de un modo u otro la idea de juicio, que hace definitiva una situación ya existente. Se describe como «cerrar la puerta» (Mt 25,10-11; Lc 13,25), como «siega» (Mt 13,30.39b-43), separación de peces buenos y malos *(ibíd.,* 48-50), entrada del rey en la sala del banquete *(ibíd.,* 22,11-13).

Muchas parábolas combinan los dos aspectos, histórico y final: trigo y cizaña (Mt 13,24-30.36-43), red *(ibíd.,* 47-50), diez muchachas (25,1-13), millones (25,14-30), traje de etiqueta (22,10-13), onzas (Lc 19,11-27).

III. Para Jesús, la etapa histórica del Reino de Dios no incluía la restauración del reino de Israel (Mc 12,35-37; cf. Hch 1,6) ni la humillación de los paganos (cf. Is 34,8; 35,4c; 61,2b y Lc 4,16-21; Mt 11,5-6). Tampoco se hará por un golpe de fuerza divino: Dios no coacciona, requiere la opción personal del hombre (Mc 10,15; Lc 17,20-21); habrá muchos fracasos (Mt 13, 4-8.18-23 y par.), pero la humanidad está preparada (Mc 4,16-29) y el éxito final es seguro (Mt 13,31-32.33 y par.).

El Reino de Dios no es pura interioridad, sino un hecho social con exigencias muy definidas (cf. I); no se trata de proponer una ideología, sino de realizar un modo nuevo de vida (Mt 7,21.24.26; 13,20-21). Como la sociedad de Israel rechaza el mensaje, debido a la oposición de los líderes (Mt 23,13; Lc 11,52; Mc 3,6.22; 7,1), Jesús quiere realizarlo en un grupo que refleje las características del Reino de Dios (Mc 13-19 y par.), para que sea sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5,13.14), por presentar de hecho la meta que él propone. Así, «entrar en el Reino de Dios» y hacerse discípulo de Jesús llegan a ser equivalentes (cf. Lc 18,22-24 y 14,33; Mt 18,4 y 20,26).

El mensaje de Jesús, que proclama las exigencias del Reino, produce una profunda división (Lc 12,51; Mt 10,34 y par.). La sociedad detestará a los que lo practican («la cruz»: Mt 10,38; 16,24 y par.). Mientras el Reino de Dios era lejano anuncio profético, todos decían desearlo, pero al hacerse realidad se desata la violencia contra él (Mt 11,12-14; Lc 16,16).

La etapa histórica del Reino asegura ya la felicidad (Mc 10,29-30 y par.; cf. Mt 13,44-46). La vida en el Reino definitivo se representa como un banquete (Mt 8,11; Lc 13,28-29; cf. Mt 26,29 y par.; Lc 16,23) o como su equivalente, una fiesta (Mt 25,21.23).

Resurrección. Jesús predice su resurrección (Mc 8,31; 9,9.31; 10,34 y par.); anuncio a las mujeres (Mc 16,6 y par.); apariciones en Jerusalén y Judea (Mt 28,9-10; Jn 20,11-18; Lc 24,13-35; 36-50; Jn 20,19-23.24-29), en Galilea (Mt 28,16-20; Jn 21,1-23); sumario (1 Cor 15,5-8). En la predicación (Hch 2, 24.32; 3,15; 4,2.33; 13,30; 17,31). La resurrección constituye a Jesús Hijo de Dios en plena fuerza (Rom 1,4), es fundamento y contenido de la fe (1 Cor 15,12-18; Rom 10,9) y de la esperanza (1 Cor 15,19; cf. 6,4; 1 Pe 1, 3.21), causa la rehabilitación del hombre (Rom 4,25). Jesús es la resurrección (Jn 11,24; cf. 6,39-40.44.54).

Riqueza. I. Obstáculo, porque toma el puesto de Dios (Mt 6,24; cf. Ef 5,5; Col 3,5), por eso es muy difícil que un rico se haga discípulo (Mc 10,24-25 y par.). Jesús apostrofa a los ricos (Lc 6,24-26), los ve inconscientes (12,18), en su egoísmo, olvidan al prójimo (16,19-21) y se hacen insensibles a la revelación de Dios (16,29-31). La riqueza es efímera (Mt 6,19-21) e injusta (Lc 16,9.11), y no es el bien propio del hombre *(ibíd.,* 12).

II. Jesús no llevaba dinero (Mt 17,27), prohíbe a sus discípulos llevarlo para la misión (Mt 10,9 y par.), no acepta el dinero como medio para saciar a la multitud (Mc 6,35-38 y par.), no acepta mediar en cuestiones de dinero (Lc 12,13-14). Un grupo de mujeres ayudaba al grupo económicamente (Lc 8, 3). Bolsa común (Jn 12,6; 13,29). Vida pobre y frugal (Mc 6,38: cinco panes y dos peces para comer Jesús y los Doce), pero nunca pasan hambre, ni siquiera durante la misión (Lc 22,35) (→ Pobres).

Sacerdocio. Jesús llama sacerdotes a los que oficiaban en el templo (Mc 1,44 y par.; 2,26 y par.); lo mismo los evangelistas (Lc 1,5.8.9; Jn 1,19). En Hch aparecen sacerdotes judíos (4,1; 6,7) y uno pagano (14,13).

Heb es el único escrito del NT que llama a Jesús «sacerdote» o «sumo sacerdote» (5,6; 7,3; 2,17; 3,1, etc.), cima y término de todo sacerdocio (7,23-24). El autor usa el sistema simbólico del AT para declararlo abolido (8,13; 10,8-10.18), traspasando a categorías sacerdotales la realidad existencial de Jesús, que era un seglar (7,13-14), que no recibe ritos consecratorios (5,7-10), que murió como criminal político, eliminado de su sociedad (13,12).

En 1 Pe 2,5-9 y Ap 1,6; 5,10 y 20,6 se habla del sacerdocio de todos los cristianos, cuya liturgia y sacrificios son la fe, expresada en la alabanza (Flp 2, 17; Heb 13,15) y el amor fraterno (Flp 4,18; Heb 13,16), en particular anunciando la buena noticia (Rom 15,16). Culto a Dios es la existencia entera *(ibíd.,* 12,1).

Salvación → Vida → Rehabilitación, IV → Amor, III → Esperanza.

Vida. I. En Mt y Mc *zoè* = vida eterna (cf. Mt 19,16.17), lleve o no el adjetivo (Mt 7,14; 18,8.9; 19,29; 25,46 y par. en Mc). En Lc, si no va calificada, la existencia terrena (12,15; 16,25; «vida eterna»: 10,25; 18,18). «Vida eterna» = salvación, etapa final del reinado de Dios. La obtiene quien practica el amor al prójimo (Mt 19,16-19 y par.; 25,34-36; Lc 10,25-28).

II. En Jn «vida» = «vida eterna», la vida de Dios que se comunica a los hombres por medio de Jesús, su Hijo (6,57; 1 Jn 4,9; 5,11; cf. Rom 6, 23), porque Dios es la vida eterna (1 Jn 5,20). Jesús, Mesías e Hijo de Dios, es la Palabra de la vida (1 Jn 1,1), la vida misma manifestada (1,2); el contenido de esa Palabra es el amor leal, sin fallo (Jn 1,14.17). Es vida eterna creer en Jesús el Mesías y en el que lo ha enviado (17,3); tener esa fe es tener vida eterna (3,15; 5,24; 6,47; 10,10; 20,31; 1 Jn 5,13), y la prueba

es el amor a los hermanos (1 Jn 3,14). Para el que cree no hay juicio (Jn 3, 18-19).

Vida cristiana. I. El cristiano ha de romper con la idolatría y los vicios paganos, producto de la «ignorancia» (Ef 4,17-19; Col 3,5-7; 1 Tes 4,5; 1 Pe 1, 14), inmoralidad (1 Cor 5,9-11; 6,9-10; Col 3,5-7; 1 Pe 3,10-12) y codicia o amor al dinero, calificada de idolatría (Ef 5,5; Col 3,5-7; cf. Mt 6,24 y par.), con la mentira (Ef 4,25; Col 3,9) y no devolver mal por mal (Rom 12,17; 1 Tes 5,15; 1 Pe 3,9-11).

II. Positivamente, vida consagrada (1 Tes 4,3.4.7.; 1 Pe 1,2.15-16), que se actualiza en el amor fraterno (Rom 12,9-10; 13,8-10; 1 Cor 13,1-13; Gál 5,13-14.22; Flp 2,2; Sant 2,8; 1 Pe 1,22; 4,8), con amor y servicio mutuo (1 Pe 4,8-11), humildad y modestia (Rom 12,3-8; 1 Tes 5,12-13), paciencia, bondad, perdón (Ef 4,2; Col 3,12-13), alegría (Rom 12,12; 2 Cor 1,24; Flp 4, 4), concordia y paz (Ef 4,3; Col 3,15; 1 Tes 5,13; 1 Pe 3,8) con todos (Rom 12,18).

CRONOLOGIA BIBLICA

ISRAEL	A.C.	JUDA
Jeroboán	931	Roboán
	914	Abías
	911	Asá
Nadab	910	
Basá	909	
Elá	885	
Zimrí	884	
Omrí		
Ajab	874	
	870	Josafat
Ocozías	853	
Jorán	852	
	848	Jorán
Jehú	841	Atalía
	835	Joás
Joacaz	813	
Joás	797	
	796	Amasías
Jeroboán II	782	
	767	Azarías
Zacarías	753	
Menajén	752	
Pecajías	741	
Pécaj	740	
	739	Yotán
	734	Acaz
Oseas	731	
	727	Ezequías
Caída de Samaría	722	
Fin del reino de Israel		
	698	Manasés
	643	Amón
	640	Josías
	609	Joacaz (3 meses)
		Joaquín
	603	Sumisión ante Nabucodonosor
	600	Rebelión de Joaquín
	598	Asedio de Jerusalén, Joaquín asesinado
	597	Jeconías, rey
		Se rinde a Nabucodonosor

ISRAEL	A.C.	JUDA
		1.ª deportación: Jeconías en Babilonia Sedecías, rey
	588	Rebelión de Sedecías
	587	Nuevo asedio de Jerusalén Jerusalén conquistada e incendiada 2.ª deportación: Sedecías en Babilonia Fin del reino de Judá

BABILONIA		PALESTINA
Nabucodonosor	605	
	597	1.ª deportación: Jeconías, rey de Judá, a Babilonia
	588	Sedecías se rebela contra Nabucodonosor
	586	Conquista e incendio de Jerusalén 2.ª deportación: Sedecías a Babilonia Fin del reino de Judá
Muerte de Nabucodonosor	562	
Sucesor: Amel-marduk	560	Jeconías puesto en libertad
Nergal-sar-usur	559	
Labasi-Marduk	556	
Nabonido	555	
Fin del Imperio de Babilonia	539	

PERSIA		
Conquista de Babilonia por Ciro	586	Palestina bajo el dominio persa
	538	Decreto de Ciro de tolerancia: Esd 1
	537	Final del exilio. Llega el primer grupo de repatriados bajo Sesbasar Reanudación del culto: Esd 2-3
	536	Primeros pasos en la reconstrucción del templo, en medio de grandes dificultades internas y externas: Esd 4-5
Muerte de Ciro en las campañas del Irán Oriental. Sucesor: Cambises	529	

PERSIA		PALESTINA
Asesina a su hermano Bardija		
Conquista de Egipto. Avance hacia Nubia y Libia	525	(Aprox.) Templo judío en Elefantina.
Muerte de Cambises en Siria Sucesor: Darío I Sófoca la rebelión de Gaumata que ambiciona el trono Darío, creador y organizador del Imperio persa	522	
	520	Predicación de Ageo y Zacarías.
	518	Obras del templo. Interrupción. Darío permite la prosecución: Esd 5-6.
	515	Fin de la reconstrucción. Dedicación del templo: Esd 6.
Darío somete la India	513	
Tracia y Macedonia bajo dominio persa	512	
Comienzan las Guerras médicas.	500	
	495	A partir de: Papiros de Elefantina
Destrucción de Mileto	494	
1.ª Guerra médica: Maratón	490	
Jerjes I = Asuero	486	
Represión de las rebeliones en Babilonia y Egipto	485	
2.ª Guerra médica: Salamina, Platea, Micala. Imperio persa comienza a debilitarse	480	
Eurimedón: Victoria de Cimón, atenienses, frente al ejército y flota persa	466	
Artajerjes I	465	
Paz de Calias entre Persia y Atenas. Garantía de autonomía para los Estados griegos de Asia Menor	448	Una colonia de judíos se traslada a Jerusalén: Esd 4,8ss. Comienza la reconstrucción de los muros de la ciudad: Esd 4,12. Nehemías en Jerusalén. Se concluyen los trabajos de las murallas: Neh 3-6. Nehemías gobernador de Judá: Neh 5,14.
Comienza en Grecia la época de Pericles	443	
	433	Nehemías vuelve a Susa: Neh 13 Predicación de Malaquías.

PERSIA		PALESTINA
	430	Nehemías y Esdras en Jerusalén. Lectura de la Ley. Reformas: Neh 8-10 y 13
Muerte de Pericles	429	Edicto de Artajerjes. Se conceden poderes a Esdras para la promulgación de la Ley: Esd 7-8
	428	Reformas de Esdras. Disolución de matrimonios mixtos: Esd 9-10
Jerjes II	424	
Darío II	423	Los samaritanos construyen el templo de Garizín
	410	Destrucción del templo de Elefantina
Rebelión de Armiteo II en Egipto. Consigue la independencia	405	
— 341: En Egipto se suceden las dinastías: XXVIII, XXIX y XXX Artajerjes II Mnemón Su hermano Ciro el Joven le disputa el trono	404	
Anábasis: Ciro el Joven contra Artajerjes. Batalla de Cunaxa. Muerte de Ciro	401	
Muerte de Sócrates	399	
El faraón Tacos y el griego Agesilao atacan a los persas en Fenicia	360	
Artajerjes III Ochos Consolidación del Imperio persa.	359	
Victoria decisiva de Artajerjes sobre el faraón Nectanebo II Comienza en Egipto una dura opresión	342	
Arses, hijo y sucesor de Artajerjes. Muere envenenado	338	
Darío III Codomano	336	
Alejandro Magno conquista Egipto	332	Alejandro Magno conquista Palestina
Fundación de Alejandría Batalla de Arbela: Darío III, derrotado. Intenta la huida. Muere en una conjuración Fin del Imperio persa	331	

HISTORIA UNIVERSAL	A.C.	HISTORIA PALESTINA
Alejandro Magno: 356-323 333: Issos. Victoria de Alejandro Magno sobre Darío III 323: Muerte de Alejandro en Babilonia 323-301: Luchas e intrigas entre los sucesores de Alejandro Nacimiento de tres reinos: Tolomeo, Seléucida, Antigónido	330	332: Conquista de Palestina Comienzo de la helenización No se entromete en los asuntos internos del país 323: Palestina controlada por Egipto
300: Fundación de Antioquía 280-279: Comienzan las guerras sirias entre Tolomeos y Seléucidas 280-276: Guerra romana contra Pirro 274-271: 1.ª Guerra siria, Tolomeo II contra Antíoco I 264-241: 1.ª Guerra púnica. Amílcar B 260-253: 2.ª Guerra siria. Antígono II y Antíoco II unidos contra Tolomeo II. Muere Tolomeo	300	
250: Traducción griega de la Biblia 250: Diodoto en Bactria rompe con los Seléucidas. Acuña monedas 250: Arsaces I. Comienzo de la dinastía Arsácida en el reino parto 248-211: Afirma el poder parto frente a Bactria y Seleuco II 246-241: 3.ª Guerra siria. Seleuco II contra Tolomeo III. Seleuco pierde territorios en Siria y Asia Menor 238: Diodoto II en Bactria. Pacto defensivo con Tiridates en contra de Seleuco II 229: Muere Amílcar. Sucesor: Asdrúbal	250	
221-2: 471.ª Guerra siria 217: Rafia. Antíoco III derrotado por Tolomeo V	225	

HISTORIA UNIVERSAL	A.C.	HISTORIA PALESTINA
219: Cartago conquista Sagunto. Roma declara la guerra		
218-201: 2.ª Guerra púnica, Aníbal-P. Cornelio Escipión		
215-205: 1.ª Guerra macedónica contra Roma. Etolios, Atalo I, Estados del Peloponeso a favor de Roma que afirma sus conquistas en Ilyria	200	
202: Zama. Aníbal derrotado por P. Cornelio Escipión		
202-195: 5.ª Guerra siria Tolomeo V contra Antíoco III. Consolidación del poder seléucida.	200	199: Batalla de Paneas. Palestina bajo dominio seléucida. Concesión de privilegios a los judíos por su postura favorable a Antíoco III, durante la guerra. Ayudas financieras
200-197: 2.ª Guerra macedónica		
197: Felipe V derrotado por T. Quintio Flaminio en Kynoskephalia Es obligado a retirarse de Grecia y Asia Menor. Debe entregar su flota y 1.000 talentos		
192-189: Antíoco III contra Roma y aliados. Penetra en Grecia		
192-137: Rebeliones lusitanas contra Roma. Viriato	190	
190: Batalla de Magnesia. L. Cornelio. Escipión Asiático y Cornelio Escipión Africano derrotan a Antíoco III		
189: Paz de Apamea. Antíoco se retira desde Apamea hasta Tauros. Paga contribuciones de guerra a Roma		
187: Antíoco III asesinado en Elimaida		
		175: Antíoco IV. Epífanes sube al trono. Impulsa la heleniza-

HISTORIA UNIVERSAL	A.C.	HISTORIA PALESTINA
		ción palestina. Intromisión en los asuntos judíos
		174: Jasón, helenizante, contra el sumo sacerdote Onías, enemigo de la helenización. Jasón compra el sumo sacerdocio. Onías depuesto
		172: Menelao. «2.ª compra» del sacerdocio. Jasón depuesto
171-168: 3.ª Guerra macedónica. Perseo II de Macedonia, acusado de maquinar la guerra contra Roma	170	171: Onías asesinado Intentos de Jasón de reconquistar el sumo sacerdocio por la fuerza. Intervención de Antíoco IV a favor de Menelao
170-168: 6.ª Guerra siria. Antíoco IV se apodera de grandes zonas de Egipto, haciéndose proclamar rey. Roma le obliga a renunciar a cambio de concesiones en Siria		
168: Batalla de Pidna. L. Emilio Paullus vence al macedonio Perseo II, preso en Samotracia		169: Antíoco IV invade Egipto. Saquea el templo de Jerusalén para resarcir pérdidas financieras Impone por la fuerza la helenización Prohibición del sábado y de la circuncisión
		167: Profanación del templo. Institución de cultos paganos
165: Incursión de Antíoco IV en Mesopotamia	165	166: Rebelión macabea. Matatías y sus hijos huyen al desierto. Desde allí lanzan sus ataques para destruir templos paganos Judas Macabeo victorioso frente a Lisias, general sirio
		164: Nueva consagración del templo Fiesta de la Hanukka
163: Muere Antíoco IV en lucha contra los partos Sucesor: Antíoco V Eupator		163: Las intrigas internas sirias en la sucesión favorecen a los Macabeos
162: Demetrio I Soter, nuevo rey sirio		162: Pacto Lisias-Judas Macabeo: libertad religiosa para los ju-

HISTORIA UNIVERSAL	A.C.	HISTORIA PALESTINA
		díos. Reconocimiento de la autoridad siria 162: Alcimo, amigo de la helenización, sumo sacerdote impuesto por los sirios. Oposición de Judas. Intervenciones armadas de los sirios a favor de Alcimo
	160	160: Muere Judas. Sucesor: Jonatán. Muere Alcimo. Sumo sacerdocio vacante 153: Jonatán ocupa el sumo sacerdocio con aprobación siria y descontento entre algunos grupos religiosos judíos
149-146: 3.ª Guerra púnica. Cartago arrasada por P. Cornelio Escipión. Años más tarde: provincia romana 149: 4.ª Guerra macedónica. Andrisco derrotado, después de sus victorias iniciales. Ejecutado 145: Demetrio II. Nicator rey seléucida		Grupos de Qumrán
143: Levantamiento de Numancia contra Roma		143: Asesinato de Jonatán Le sucede Simón como caudillo y sumo sacerdote 142: Liberación definitiva de Jerusalén. Independencia política de Judá. Exención de impuestos a los sirios. Acuña monedas propias
	140	140: El sumo sacerdocio hereditario dentro de la familia. Surge la casa asmonea, reconocida también por los romanos. Gran paz Intrigas dentro de grupos religiosos judíos 134: Simón asesinado. Le sucede: Juan Hircano
133: Cornelio Escipión destruye Numancia. Final de los movimientos antirromanos en la Península Ibérica 133-121: Reforma de los Gracos		

HISTORIA UNIVERSAL	A.C.	HISTORIA PALESTINA
133: Atalo III, último rey de Pérgamo, cede en testamento el reino a los romanos. Queda constituida así la provincia romana de Asia Rebelión de Aristónico, hermano de Atalo. Vence a Licinio Craso Muciano en Leuke. 129: M. Perperna vence a Aristónico	130	
129: Demetrio II, preso de los partos desde 139, es liberado para que surja como antirrex frente a Antíoco VII, enemigo de los partos		128: Juan Hircano destruye el templo de Garizín en Samaría 107: Conquista y destrucción de Samaría Muere Juan Hircano I. Sucesor: Aristóbulo I: Se concede el título de rey. Conquistas en Galilea. Simpatiza con los griegos 103: Alejandro Janeo: Grandes conquistas territoriales. Conquistas en el este del Jordán. Lucha contra los nabateos. Resistencia en diversos puntos de Palestina. Paz difícil de mantener. Poca simpatía popular hacia la dinastía Asmonea Oposición frontal con los fariseos: 800 fariseos crucificados en Jerusalén
91-88: Guerra social en Roma 89-84: 1.ª Guerra mitridática. Mitrídates VI derrota a Nicomedes. 80.000 romano-itálicos asesinados en Asia Menor 86: Queronea: Sila vence a Orcomenes, general de Mitrídates	100	
88-82: Guerra civil, Sila-Mario. Victoria de Sila 83-81: 2.ª Guerra mitridática. Licinio Murena derrotado. Mitrídates se une a Sertorio y la piratería contra Roma 82-79: Sila dictador. Acciones contra los simpatizantes de Mario	80	
74-63: 3.ª Guerra mitridática. Lucullus vence a Mitrídates VI en Kyzikos y Lemnos		76: Muere Alejandro Janeo Reina Salomé Alejandra Sumo sacerdote: Hircano II. Esfuerzos de reconciliación con

HISTORIA UNIVERSAL	A.C.	HISTORIA PALESTINA
66: Pompeyo-Phraates III destruyen el ejército de Mitrídates VI en Lykos 73-71: Sublevación de Espartaco con 70.000 esclavos 71: Es derrotado por Craso	70	los fariseos. Luchas por la paz interna del país
		67: Muere Salomé Alejandra Conflictos armados por la sucesión, entre Hircano II y Aristóbulo II. Intervención de idumeos y nabateos en favor de Hircano II. Los litigantes se dirigen a Pompeyo
64: Pompeyo organiza la Siria como provincia romana	65	El pueblo por la abolición de la dinastía Aristóbulo pretende imponerse por la fuerza 63: Jerusalén asediada por Pompeyo. Aristóbulo resiste tres meses. Conquista. Pompeyo entra en el Sancta Sanctorum. Final de la independencia judía 63-40: Hircano II, sumo sacerdote. Aristóbulo, preso en Roma
60: Primer Triunvirato: César-Pompeyo-Craso 44: Asesinato de César	60	
		35: Muere Antígono, sumo sacerdote. Ultimo descendiente de la familia asmonea 37-4: Herodes el Grande
30: Egipto provincia romana	30	37: Herodes conquista Jerusalén 31: Terremoto en Judea; destrucción del complejo de Qumrán
29: Cierre del templo de Jano en Roma Ejecución de Marianme, esposa de Herodes 25: Galacia, provincia romana 23: Augusto, tribuno de la plebe vitalicio 20-50 d. C.: Filón de Alejandría	20	20: Se inicia la construcción de templo. Hillel, doctor de la

HISTORIA UNIVERSAL	A.C.	HISTORIA PALESTINA
		Ley en Jerusalén. Sammay, doctor de la Ley en Jerusalén
18: Agripa, corregente *Lex Iulia* (sobre matrimonio y costumbres) 15: Agripa en Jerusalén 12: Muerte de Agripa Augusto, pontífice máximo 10: Consagración de Cesarea junto al mar 9: Dedicación del *Ara Pacis*, en Roma	10	
5-65 d. C.: Séneca, filósofo		*ca.* 7: Nace Jesús de Nazaret
		4: Reconstrucción de Qumrán Muerte de Herodes. Reparto del reino entre sus hijos. Antipas: Galilea y Perea. Arquelao: Judea, Idumea y Samaría. Filipo: Batanea, Traconítida y Auranítida Insurrección de los judíos, aplastada por Varo
2: Augusto, *pater patriae* 1: Germania, provincia romana		
6: P. Sulpicio Quirino, gobernador de Siria	D.C.	6: Deposición de Arquelao. Su territorio pasa a ser provincia romana Censo del legado P. Sulpicio Quirino Surgen los zelotas, acaudillados por Judas el Galileo 6-15: Anás el saduceo, suegro de Caifás, sumo sacerdote
12: Q. C. Metelo, gobernador de Siria 14: Muerte de Augusto 14-37: Tiberio 17: Capadocia, provincia romana		18-37: José Caifás, sumo sacerdote
21-26: Levantamientos en Tracia	20	26-36: Poncio Pilato, gobernador romano en Judea
27: Tiberio se retira a Capri		28-29: Actividad pública de Juan Bautista. Bautismo de Jesús

HISTORIA UNIVERSAL	D.C.	HISTORIA PALESTINA
		y principio de su actividad pública *ca.* 28-29: Ejecución de Juan Bautista
30: Calígula construye un templo estatal en Sarapis	30	*ca.* 30: Construcción de Tiberíades Gamaliel, maestro de san Pablo, doctor de la Ley en Jerusalén 30-33: (Pascua). Crucifixión de Jesús
32: L. Pomponio Flaco, gobernador de Siria		*ca.* 33-35: Conversión de Pablo *ca.* 35: Martirio de Esteban
35: L. Vitelio, gobernador de Siria 37: Flavio Josefo, historiador 38: Colocación de imágenes del emperador en las sinagogas de Alejandría Persecución de los judíos bajo A. A. Flaco Deposición de Flaco		
39: Los judíos destruyen en Yamnia un altar al emperador P. Petronio, gobernador de Siria Embajada de judíos a Roma, presidida por Filón		39: Se suspende a Herodes de sus funciones
40-104: El poeta Marcial 40: Curcio Rufo, historiador	40	
41: El emperador Claudio		*ca.* 41: Nuevo dominio romano sobre Judea 41-44: Agripa I, rey de los judíos, incluyendo Judea y Samaría
41-54: Simón Mago 42: César es nombrado *Divus Iulius* 43-120: Plutarco, filósofo 45: Tracia, provincia romana 47-130: D. Junio Juvenal, poeta		*ca.* 48-49: Concilio de los Apóstoles en Jerusalén
49: Claudio expulsa de Roma a los judíos		*ca.* 49-50: Primera carta a los Tesalonicenses
50: Herodes, rey de Cálcide	50	*ca.* 50-51: Segunda carta a los Tesalonicenses

HISTORIA UNIVERSAL	D.C.	HISTORIA PALESTINA
50-130: Epicteto, filósofo		50-100: Agripa II, etnarca. Desde el 53 gobierna como rey una parte del norte de Palestina 50-52: Pablo en Corinto 50-67: Evangelio de Marcos
51: L. Junio Galión, procónsul de Acaya 53: Agripa II 54: Asesinato de Claudio 54-68: Nerón		54-56: Estancia de Pablo en Efeso *ca.* 54-57: Carta a los Gálatas *ca.* 54-57: Carta a los Filipenses *ca.* 54-63: Carta a los Colosenses y a Filemón
55-120: P. Cornelio Tácito, historiador		*ca.* 55-56: Primera carta a los Corintios 55-60: Porcio Festo, procurador *ca.* 57-58: Carta a los romanos 58: Pablo es detenido en Jerusalén y encarcelado en Cesarea
	60	*ca.* 60-65: Primera carta de Pedro
61-114: C. Plinio Cecilio el Joven		62: Anás II, hijo de Anás I y cuñado de Caifás, sumo sacerdote hace ejecutar a Santiago, hermano del Señor Asesinato del sumo sacerdote Jonatán
64: Incendio de Roma Persecución de los cristianos por Nerón		64: Ejecución de Pedro y Pablo en Roma
		66: G. Floro, procurador Instauración del sacrificio al emperador Huida de los cristianos a Pella 68-69: Rebelión de Palestina 68: Destrucción del complejo de Qumrán
68: Suicidio de Nerón 69-79: Vespasiano	70	70: Conquista de Jerusalén por Tito y destrucción del Templo
70-80: Construcción del Coliseo de Roma		70-80: Llegada a Efeso de los judíos cristianos palestinos, entre ellos el presbítero Juan

HISTORIA UNIVERSAL	D.C.	HISTORIA PALESTINA
		73: Judea, provincia romana
		ca. 75-85: Evangelio de Mateo
		ca. 75-90: Evangelio de Lucas
		ca. 75-90: Evangelio de Juan
		ca. 75-100: IV libro de Esdras
79-84: Tito		
79: Erupción del Vesubio		
	80	*ca.* 80-90: Hechos de los Apóstoles
		ca. 80-90: Carta a los Hebreos
		ca. 80-90: Cartas pastorales
		ca. 80-100: Carta a los Efesios
81-96: El emperador Domiciano		
85: 1.ª Guerra dacia		
90: Persecución en Roma de filósofos e investigadores		*ca.* 90-95: Apocalipsis de Juan
		ca. 90-100: Cartas primera, segunda y tercera de Juan
96-98: Nerva		
98-117: Trajano		
	100	*ca.* 100: Sínodo de Yamnia
		Principios s. II: Cartas de Santiago y de Judas Tadeo
		100-140: Apocalipsis siríaco de Baruc
112: Trajano declara ilegal el cristianismo		
		120-150: Segunda carta de Pedro
		ca. 130: Traducción del AT por Aquila
132: Adriano prohíbe la circuncisión asimilándola a la castración		